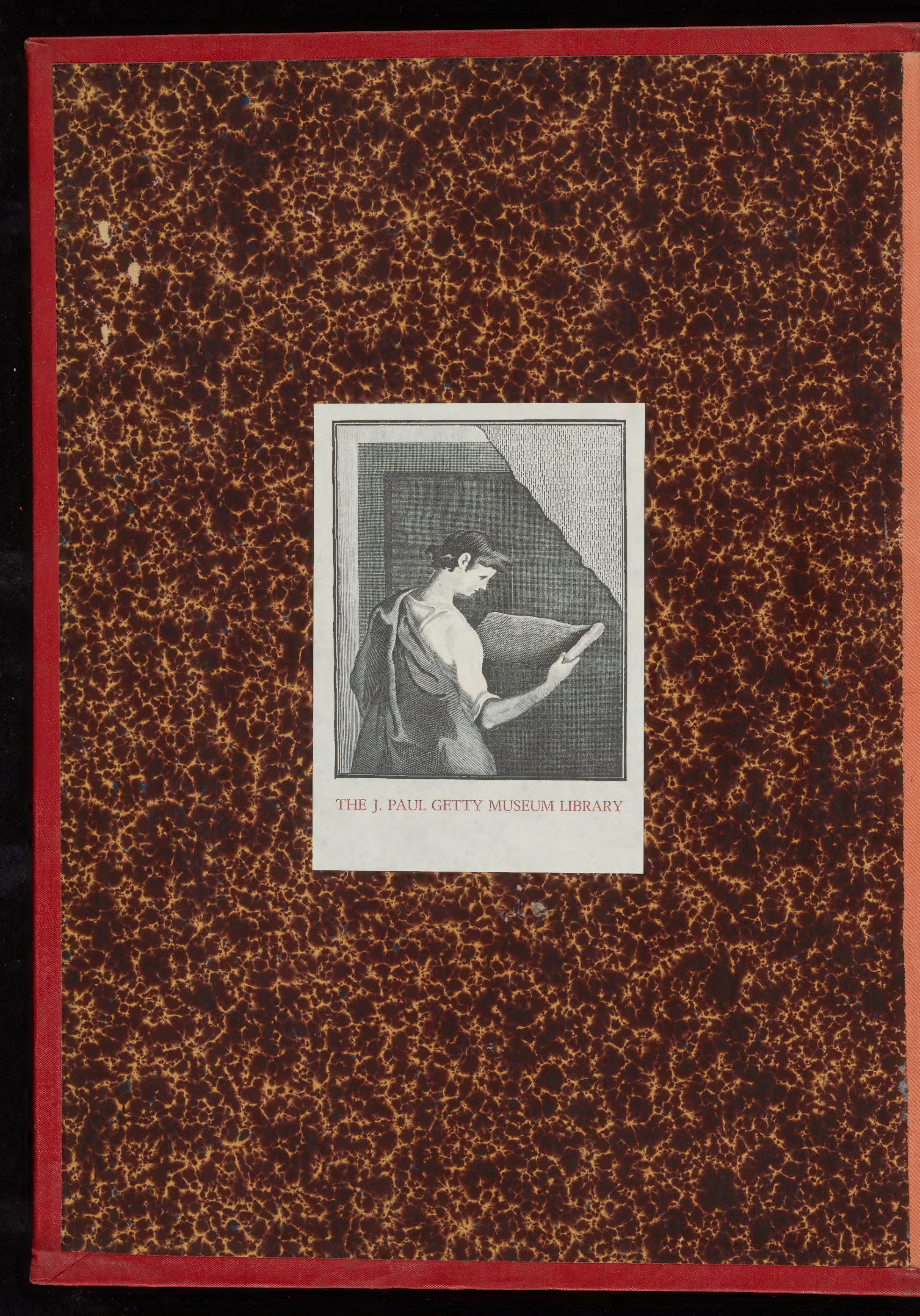
LA ILUSTRACION




THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXII.—AÑO 1903

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

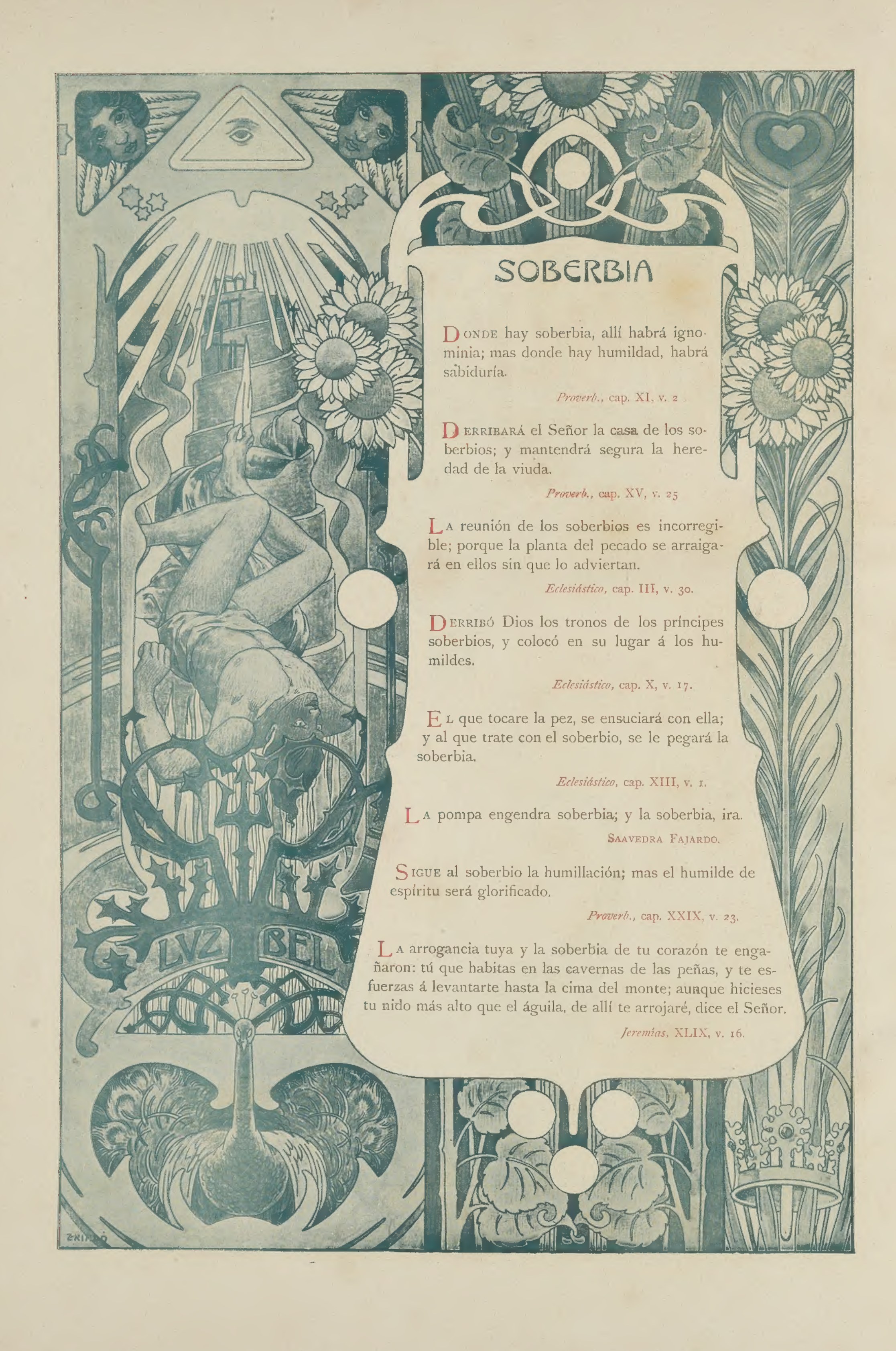
1903

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

1° DE ENERO
DE 1903



MONTANER Y SIMON · EDITORES



SOBERBIA

DONDE hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, habrá sabiduría.

Proverb., cap. XI, v. 2

DERRIBARÁ el Señor la casa de los soberbios; y mantendrá segura la heredad de la viuda.

Proverb., cap. XV, v. 25

LA reunión de los soberbios es incorregible; porque la planta del pecado se arraigará en ellos sin que lo adviertan.

Eclesiástico, cap. III, v. 30.

DERRIBÓ Dios los tronos de los príncipes soberbios, y colocó en su lugar á los humildes.

Eclesiástico, cap. X, v. 17.

EL que tocare la pez, se ensuciará con ella; y al que trate con el soberbio, se le pegará la soberbia.

Eclesiástico, cap. XIII, v. 1.

LA pompa engendra soberbia; y la soberbia, ira.

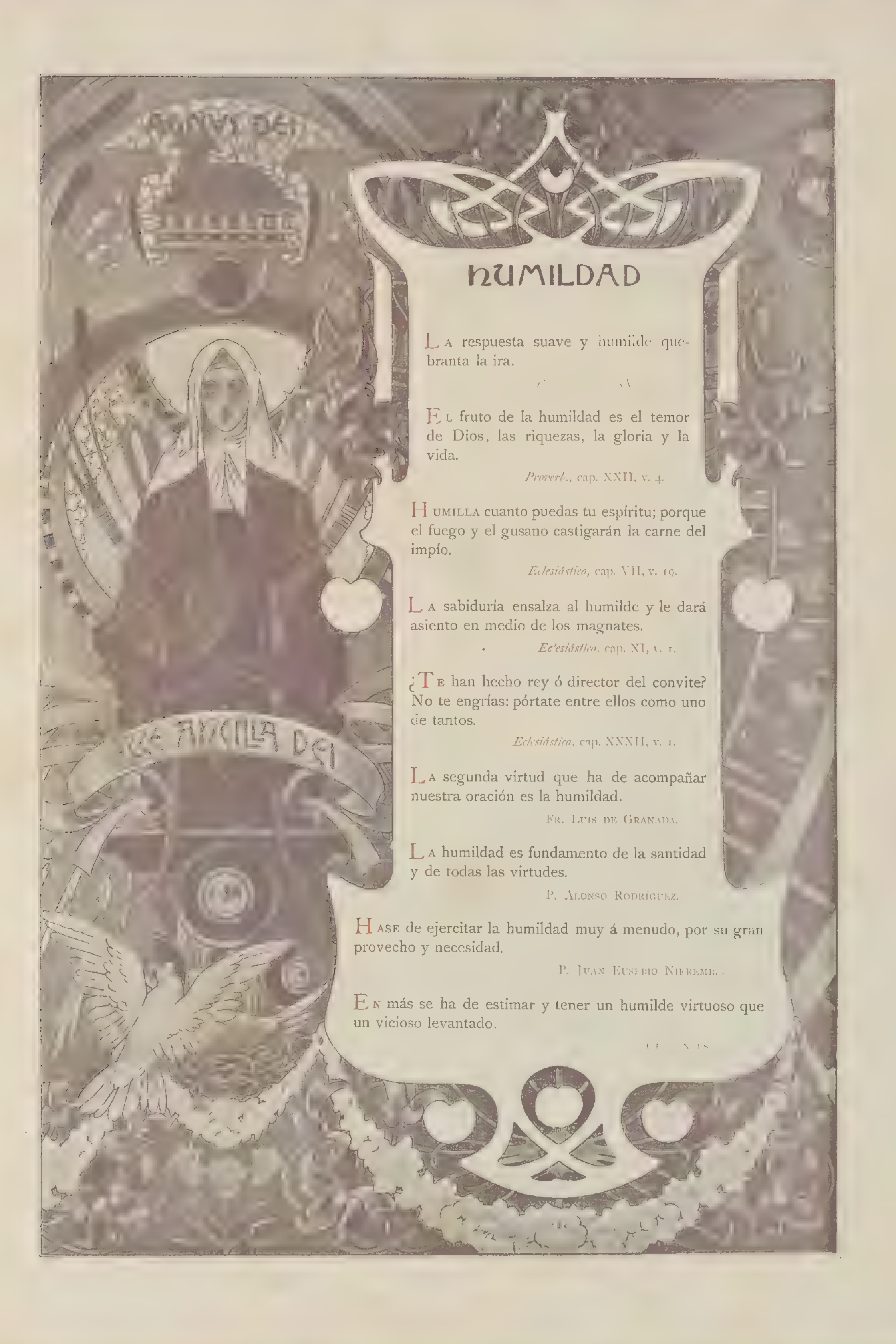
SAAVEDRA FAJARDO.

SIGUE al soberbio la humillación; mas el humilde de espíritu será glorificado.

Proverb., cap. XXIX, v. 23.

LA arrogancia tuya y la soberbia de tu corazón te engañaron: tú que habitas en las cavernas de las peñas, y te esfuerzas á levantarte hasta la cima del monte; aunque hicieses tu nido más alto que el águila, de allí te arrojaré, dice el Señor.

Jeremías, XLIX, v. 16.



HUMILDAD

La respuesta suave y humilde quebranta la ira.

El fruto de la humildad es el temor de Dios, las riquezas, la gloria y la vida.

Proverb., cap. XXII, v. 4.

Humilla cuanto puedas tu espíritu; porque el fuego y el gusano castigarán la carne del impío.

Eclesiástico, cap. VII, v. 19.

La sabiduría ensalza al humilde y le dará asiento en medio de los magnates.

Eclesiástico, cap. XI, v. 1.

¿Te han hecho rey ó director del convite? No te engrías: pórtate entre ellos como uno de tantos.

Eclesiástico, cap. XXXII, v. 1.

La segunda virtud que ha de acompañar nuestra oración es la humildad.

Fr. Luis de Granada.

La humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes.

P. Alonso Rodríguez.

Hase de ejercitar la humildad muy á menudo, por su gran provecho y necesidad.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

En más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado.



AVARICIA

Monstruo ordinario es la avaricia de los viejos; y la codicia de los ricos es una pobreza alhajada.

P. Nieremberg.

El que se deja llevar de la avaricia, mete el desorden en su casa.

Proverb, cap. XV, v. 27.

Porque raíz de todos los males es la avaricia; de la cual arrastrados algunos, se desviaron de la fe, y se sujetaron ellos mismos á muchas penas y aflicciones.

San Pablo á Timoteo, cap. VI, v. 10.

No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra; donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban.

San Mateo, cap. VI, v. 19.

El desvelo por las riquezas consume las carnes, y sus cuidados quitan el sueño.

Eclesiástico, cap. XXXI, 1.

El avariento jamás se saciará de dinero, y quien ama ciegamente las riquezas, ningún fruto sacará de ellas. Luego también es esto vanidad.

Eclesiastés, cap. V, v. 9.

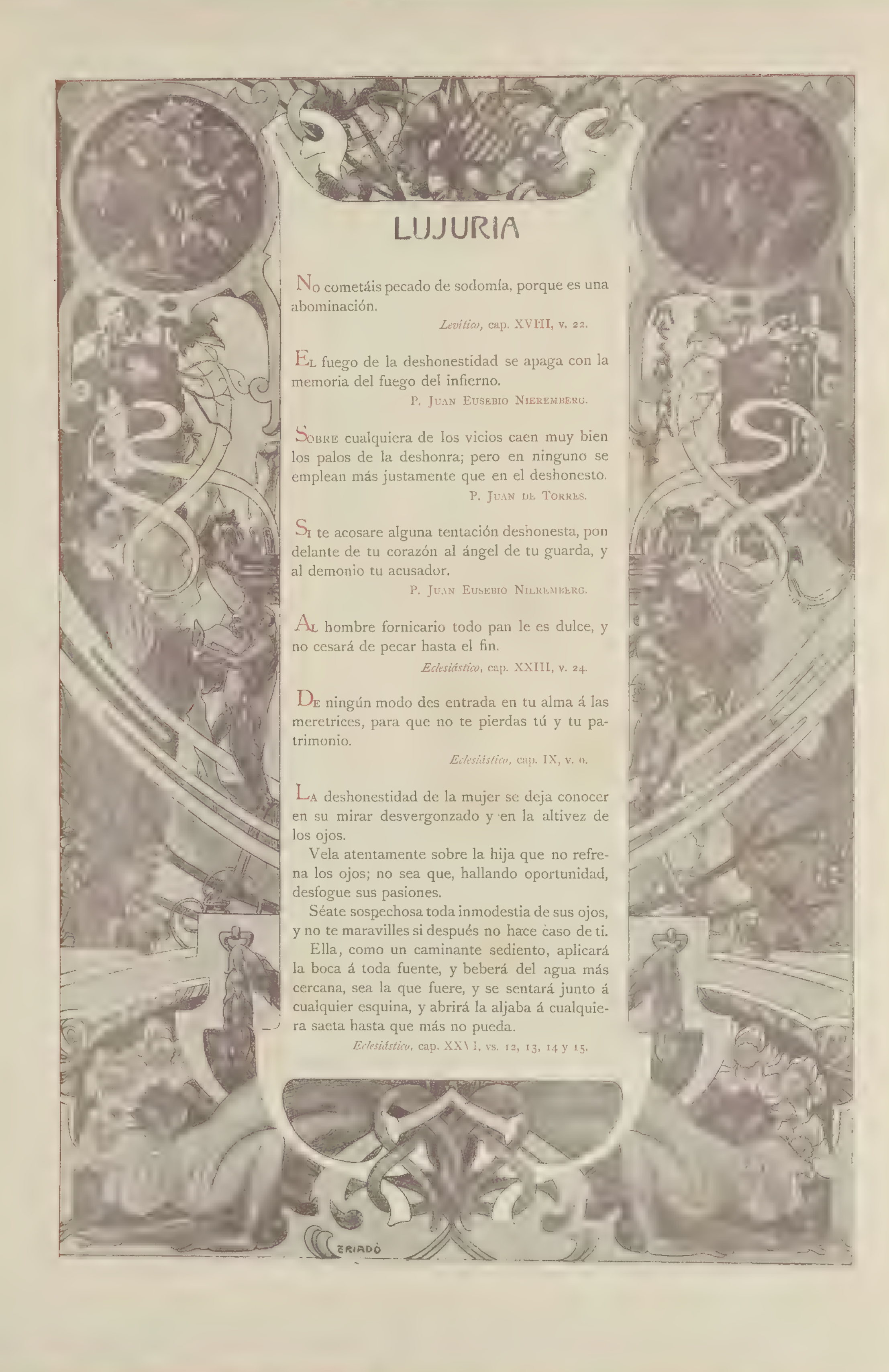
No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; porque el tal á su alma misma pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas.

[illegible]

Estad alerta y guardaos de toda avaricia: que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee.

San Lucas, cap. XII, v. 15.


LARGUÉZA
Tanto dista de la liberalidad el que no sabe guardar, como el que no sabe dar.
P. Nieremberg.
Hacía grandes mercedes sin género de ostentación, tratando las dádivas como deudas y poniendo la magnificencia entre los oficios de la majestad.
Antonio de Solís.
La dádiva en el que puede mandar hace necesidad ó fuerza obligación.
Saavedra Fajardo.
La dádiva secreta calma los enojos; y el don, metido oportunamente en el seno de otro, aplaca la mayor cólera.
Proverb., cap. XXI, v. 14.
A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni pongan confianza en las riquezas caducas, sino en Dios vivo (que nos provee abundantemente para nuestro uso). Exhórtalos á obrar bien, á enriquecerse de buenas obras, á repartir liberalmente, á comunicar sus bienes, á atesorar un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la vida verdadera.
San Pablo á Timoteo, cap. VI, vs. 17, 18 y 19.
Quien es dadivoso conseguirá victorias y honores; pues arrebatá el corazón de los que reciben.
Proverb., cap. XXII, v. 9.
Dádivas quebrantan peñas.
(Refran.)
Sta ISABEL REINA D HUNGRIA



LUJURIA

No cometáis pecado de sodomía, porque es una abominación.

Levítico, cap. XVIII, v. 22.

El fuego de la deshonestidad se apaga con la memoria del fuego del infierno.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

Sobre cualquiera de los vicios caen muy bien los palos de la deshonra; pero en ninguno se emplean más justamente que en el deshonesto.

P. Juan de Torres.

Si te acosare alguna tentación deshonesta, pon delante de tu corazón al ángel de tu guarda, y al demonio tu acusador.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

Al hombre fornicario todo pan le es dulce, y no cesará de pecar hasta el fin.

Eclesiástico, cap. XXIII, v. 24.

De ningún modo des entrada en tu alma á las meretrices, para que no te pierdas tú y tu patrimonio.

Eclesiástico, cap. IX, v. 6.

La deshonestidad de la mujer se deja conocer en su mirar desvergonzado y en la altivez de los ojos.

Vela atentamente sobre la hija que no refrena los ojos; no sea que, hallando oportunidad, desfogue sus pasiones.

Séate sospechosa toda inmodestia de sus ojos, y no te maravilles si después no hace caso de ti.

Ella, como un caminante sediento, aplicará la boca á toda fuente, y beberá del agua más cercana, sea la que fuere, y se sentará junto á cualquier esquina, y abrirá la aljaba á cualquiera saeta hasta que más no pueda.

Eclesiástico, cap. XXVI, vs. 12, 13, 14 y 15.



CASTIDAD

Ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo.

Fr. Luis de León.

¿Tienes hijas? Cela la honestidad de su cuerpo, y no les muestres demasiado complaciente tu rostro.

Eclesiástico, cap. VII, v. 26.

Porque hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que fueron castrados por los hombres; y eunucos hay que se castraron en cierta manera á sí mismos con el voto de castidad. Aquel que pueda ser capaz de eso, séalo.

San Mateo, cap. XIX, v. 12.

Por la honra que al cuerpo da la castidad se debe estimar más que la vida.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

La preciosa joya de la castidad no se da á todos, más que á los que con muchos sudores la alcanzan de Nuestro Señor.

Mtro. Juan de Avila

Esforzad cuanto más pudiéredes vuestra esperanza en la misericordia divina, que yo os alcanzaré de ella don de castidad y continencia.

Fr. Hernando del Castillo.

A la mujer casta, Dios le basta.

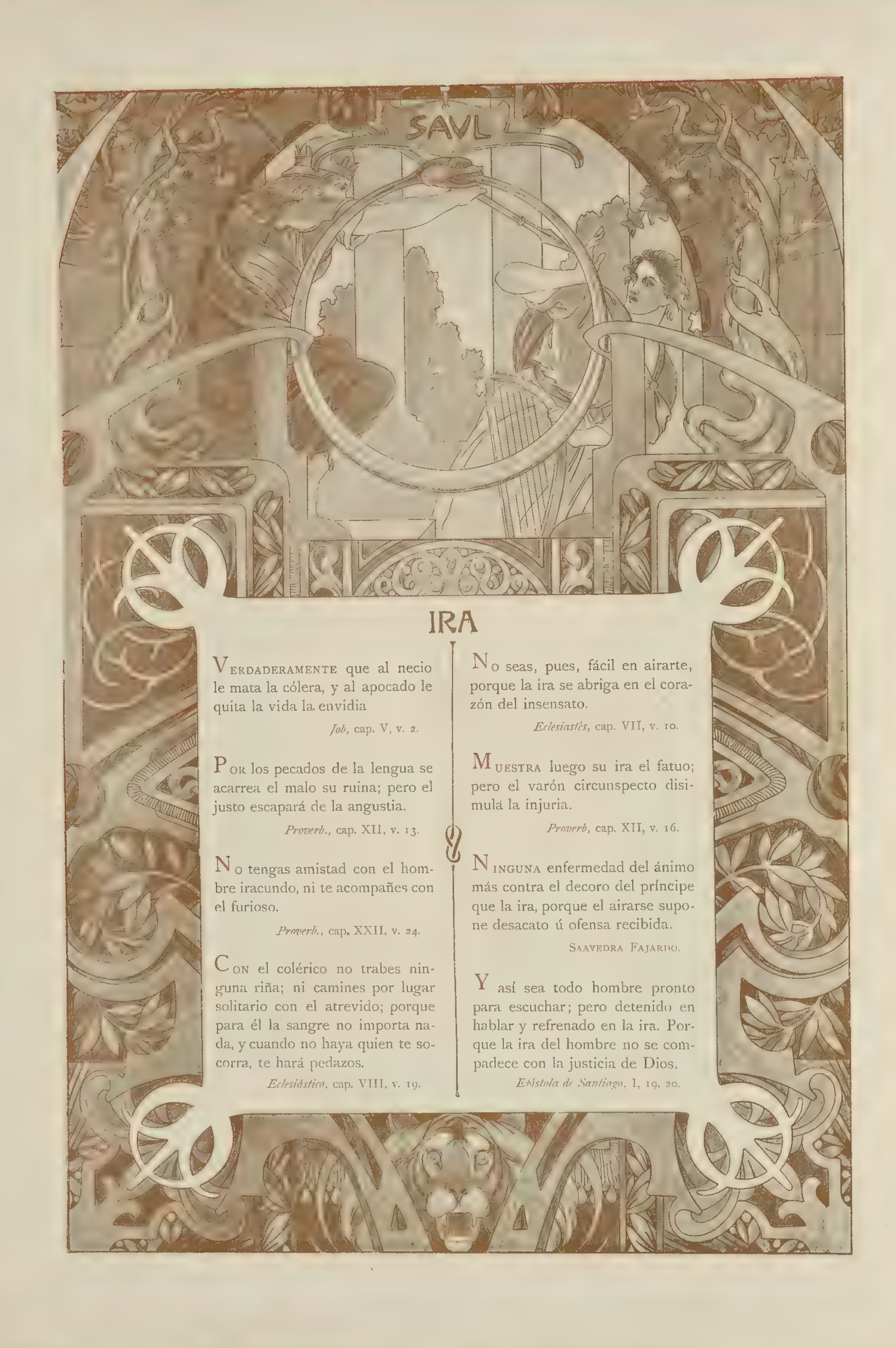
(Refrán.)

¡Oh cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres.

Sabiduría, cap. IV, v. 1.

La perfecta pureza une con Dios.

Sabiduría, cap. VI, v, 20.



IRA

VERDADERAMENTE que al necio le mata la cólera, y al apocado le quita la vida la envidia

Job, cap. V, v. 2.

POR los pecados de la lengua se acarrea el malo su ruina; pero el justo escapará de la angustia.

Proverb., cap. XII, v. 13.

NO tengas amistad con el hombre iracundo, ni te acompañes con el furioso.

Proverb., cap. XXII, v. 24.

CON el colérico no trabes ninguna riña; ni camines por lugar solitario con el atrevido; porque para él la sangre no importa nada, y cuando no haya quien te socorra, te hará pedazos.

Eclesiástico, cap. VIII, v. 19.

NO seas, pues, fácil en airarte, porque la ira se abriga en el corazón del insensato.

Eclesiastés, cap. VII, v. 10.

MUESTRA luego su ira el fatuo; pero el varón circunspecto disimula la injuria.

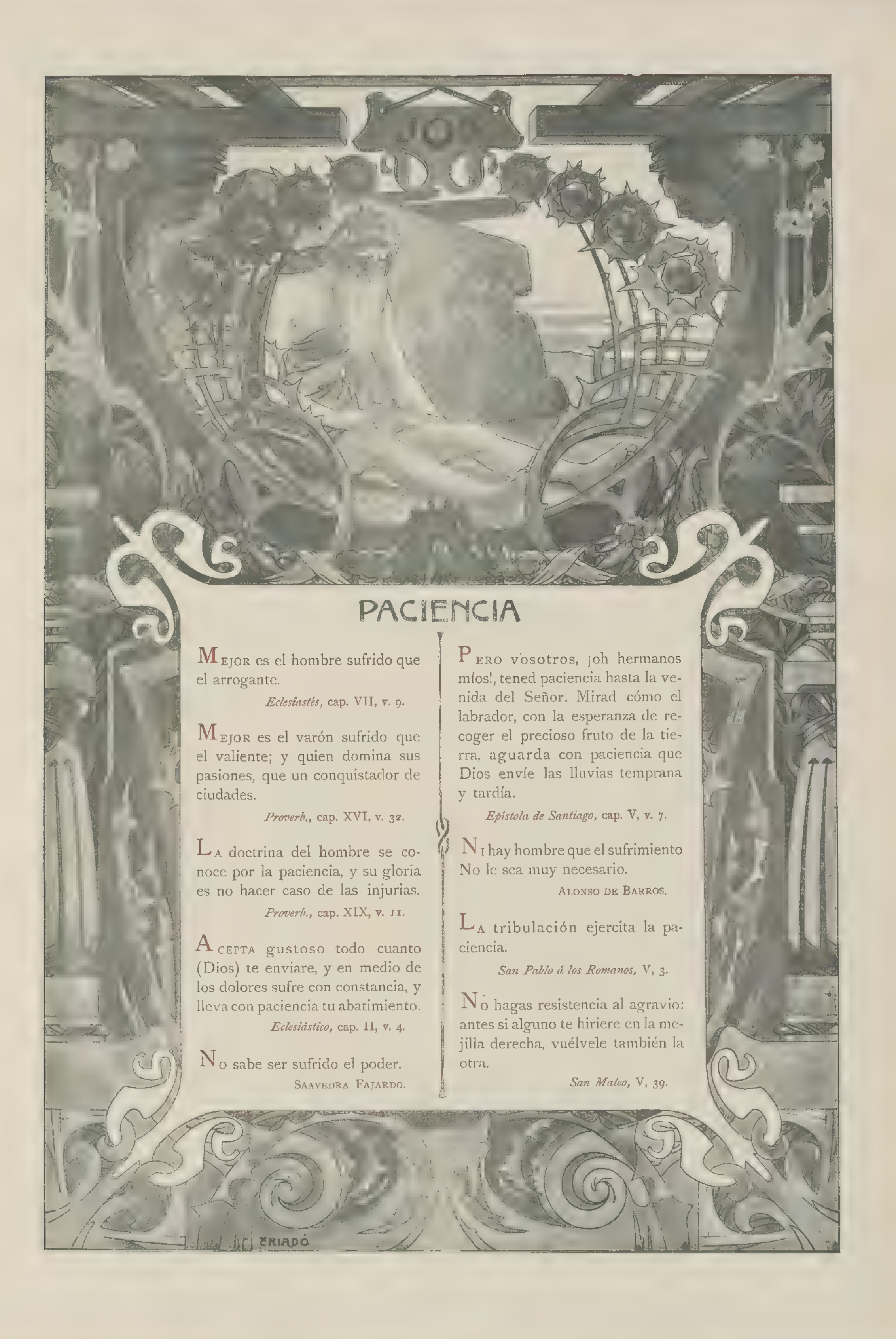
Proverb, cap. XII, v. 16.

NINGUNA enfermedad del ánimo más contra el decoro del príncipe que la ira, porque el airarse supone desacato ú ofensa recibida.

SAAVEDRA FAJARDO.

Y así sea todo hombre pronto para escuchar; pero detenido en hablar y refrenado en la ira. Porque la ira del hombre no se compadece con la justicia de Dios.

Epístola de Santiago, I, 19, 20.



PACIENCIA

MEJOR es el hombre sufrido que el arrogante.

Eclesiastés, cap. VII, v. 9.

MEJOR es el varón sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades.

Proverb., cap. XVI, v. 32.

LA doctrina del hombre se conoce por la paciencia, y su gloria es no hacer caso de las injurias.

Proverb., cap. XIX, v. 11.

ACEPTA gustoso todo cuanto (Dios) te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento.

Eclesiástico, cap. II, v. 4.

NO sabe ser sufrido el poder.

SAAVEDRA FAJARDO.

PERO vosotros, ¡oh hermanos míos!, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias temprana y tardía.

Epístola de Santiago, cap. V, v. 7.

NI hay hombre que el sufrimiento
No le sea muy necesario.

ALONSO DE BARROS.

LA tribulación ejercita la paciencia.

San Pablo á los Romanos, V, 3.

NO hagas resistencia al agravio: antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.

San Mateo, V, 39.



GULA

TODO el afán del hombre es para saciar su boca ó apetito; mas su alma, que es inmortal, no quedará con esto saciada.

Eclesiastés, cap. VI, v. 7.

QUIEN gusta de dar banquetes, parará en mendigo; no será jamás rico el aficionado al vino y á los manjares regalados.

Proverb., cap. XXI, v. 17

GUÁRDATE de ser glotón en los convites, ni te abalances á todos los platos: porque ocasiona enfermedades el mucho comer, y la glotonería viene á parar en cólicos y malos humores. De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sobrio alargará la vida.

Eclesiástico, cap. XXXVII, vs. 32, 33 y 34.

PRÍNCIPE de los demonios es Lucifer, y principio de los vicios es la gula.

P. JUAN DE TORRES.

LOS hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo, no se han de enseñar á ser glotones.

VICENTE ESPINEL.

NO tienes vergüenza de beber y glotonear siendo tu padre el mayor de los griegos.

DIEGO GRACIÁN.

NO asistas á los convites de los beodos, ni á las comilonas de aquellos que contribuyen á escote para los banquetes; porque con la frecuencia de beber y de pagar escotes vendrán á arruinarse, y su soñolienta desidia los reducirá á ser unos andrajosos.

Proverb., XXIII, vs. 20 y 21.



TEMPLANZA

Por tanto, yo tengo por una cosa bien hecha el que el hombre coma y beba sobriamente, y disfrute con alegría del fruto de las fatigas que ha de soportar en este mundo, durante los días de vida que Dios le conceda; y esta es la suerte que le pertenece.

Eclesiastés, cap V, v. 17.

Conténtate con la leche de tus cabras para tu alimento, y para la subsistencia de tu familia, para mantener á tus criadas.

Proverb., cap. XXVII, v. 27.

Toma como persona frugal de los platos que te se presentan, para que no te hagas odioso ó despreciable con el mucho comer.

Eclesiástico, cap. XXXI, v. 19.

Pervigilio, cólera y retortijones padecerá el hombre destemplado. Sueño saludable gozará el hombre templado; él dormirá hasta la mañana, y despertará con el corazón alegre.

Eclesiástico, cap. XXXI, v. 19.

... el borracho no es bueno para enseñar la templanza.

Mariana

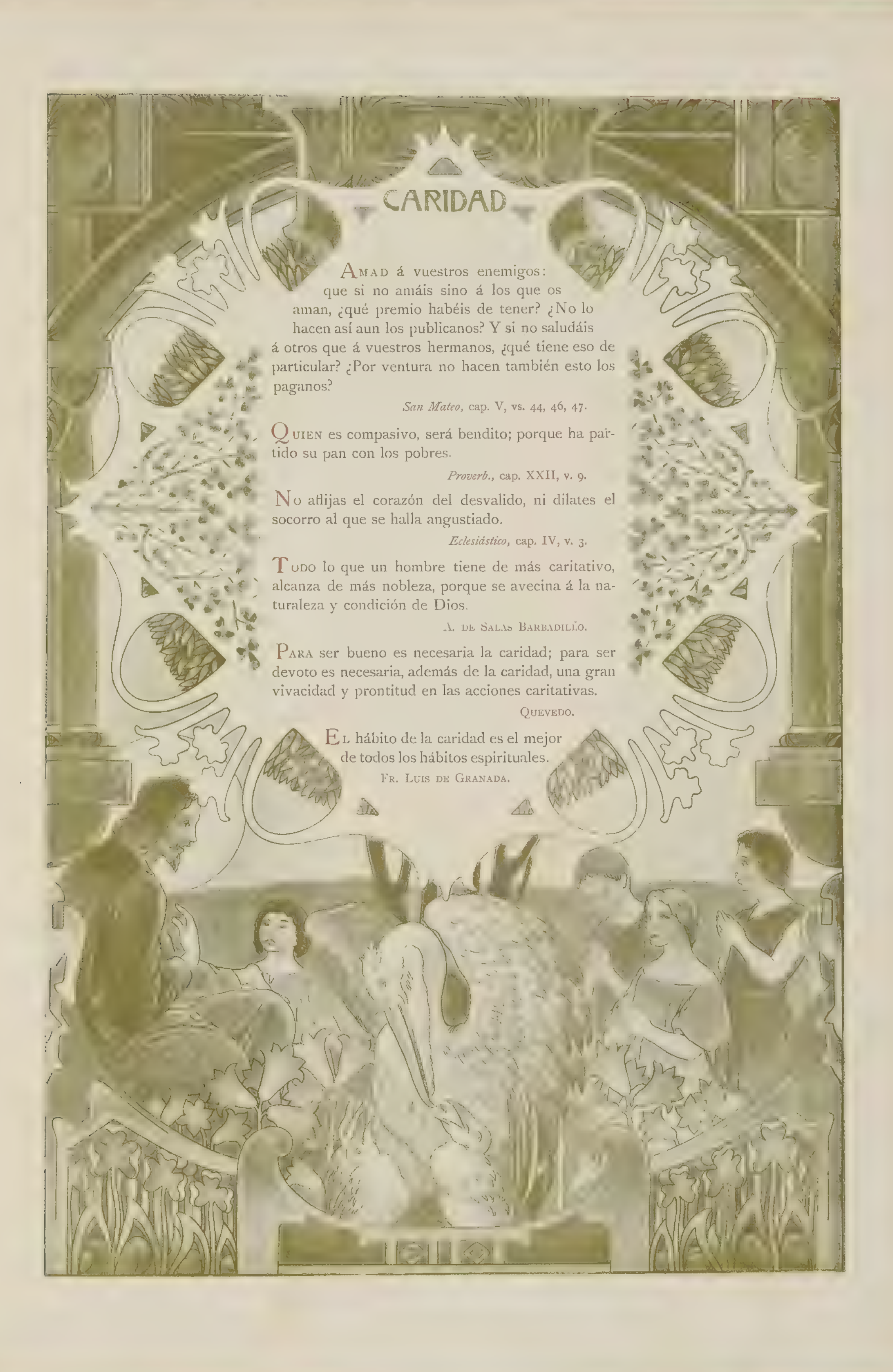
Mas si por lo que comes, tu hermano se contrista y escandaliza, ya tu proceder no es conforme á caridad. No quieras por tu manjar perder á aquél, por quien Cristo murió.

San Pablo á los Romanos, cap. XIV, v. 15.

Comida y cama y capote, que sustente y abrigue al niño y no le sobre.

(Refrán.)


ENVIDIA
No vayas á comer con el hombre envidioso, ni desees su mesa; puesto que, á manera de adivino y astrólogo, está calculando de antemano lo que aun no sabe que le gastarás. «Come y bebe,» te dirá; mas su corazón no está contigo.
Proverb., cap. XXIII, vs. 6 y 7
No envidies la gloria y las riquezas del pecador, pues no sabes tú cuál ha de ser su catástrofe.
Eclesiástico, cap. IX, v. 16.
Siempre el pueblo aborreció los virtuosos, envidió los honrados, persiguió los nobles
Juan Márquez.
El corazón sano da vida al cuerpo; mas la envidia es carcoma de los huesos.
Proverb., cap. XIV, v. 30
No envidies al hombre injusto.
Proverb., cap. III, v. 31.
Cada día vemos que á quien se había de tener lástima se tiene envidia, y á quien se había de envidiar se tiene lástima
Quevedo.
La envidia destruye al envidiador, y á el envidiado no le empece.
Bocados de oro.
CAIN



CARIDAD

Amad á vuestros enemigos: que si no amáis sino á los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿No lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludáis á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? ¿Por ventura no hacen también esto los paganos?

San Mateo, cap. V, vs. 44, 46, 47.

Quien es compasivo, será bendito; porque ha partido su pan con los pobres.

Proverb., cap. XXII, v. 9.

No aflijas el corazón del desvalido, ni dilates el socorro al que se halla angustiado.

Eclesiástico, cap. IV, v. 3.

Todo lo que un hombre tiene de más caritativo, alcanza de más nobleza, porque se avecina á la naturaleza y condición de Dios.

A. de Salas Barbadillo.

Para ser bueno es necesaria la caridad; para ser devoto es necesaria, además de la caridad, una gran vivacidad y prontitud en las acciones caritativas.

Quevedo.

El hábito de la caridad es el mejor de todos los hábitos espirituales.

Fr. Luis de Granada.



PEREZA

Por pereza en retejar se desplomará la techumbre, y por flojedad en obrar será toda la casa una gotera.

Eclesiastés, cap. X, v. 18.

El temor abate al perezoso; y las almas de los afeminados hambrearán.

Proverb., cap. XVIII, v. 8.

A los perezosos les parece el camino un vallado de espinas: los justos no hallan en él embarazo alguno.

Proverb., cap. XX, v. 19.

La pereza hace venir el sueño; y el alma negligente padecerá hambre.

Proverb., cap. XIX, v. 15.

Con piedras llenas de lodo es apedreado el perezoso; y todos hablarán de él con desprecio. Tíranle boñigas de buey, y todos los que le tocan sacuden y se limpian las manos, y se ríen.

Eclesiástico, cap. XXII, vs. 1 y 2.

No seáis flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís.

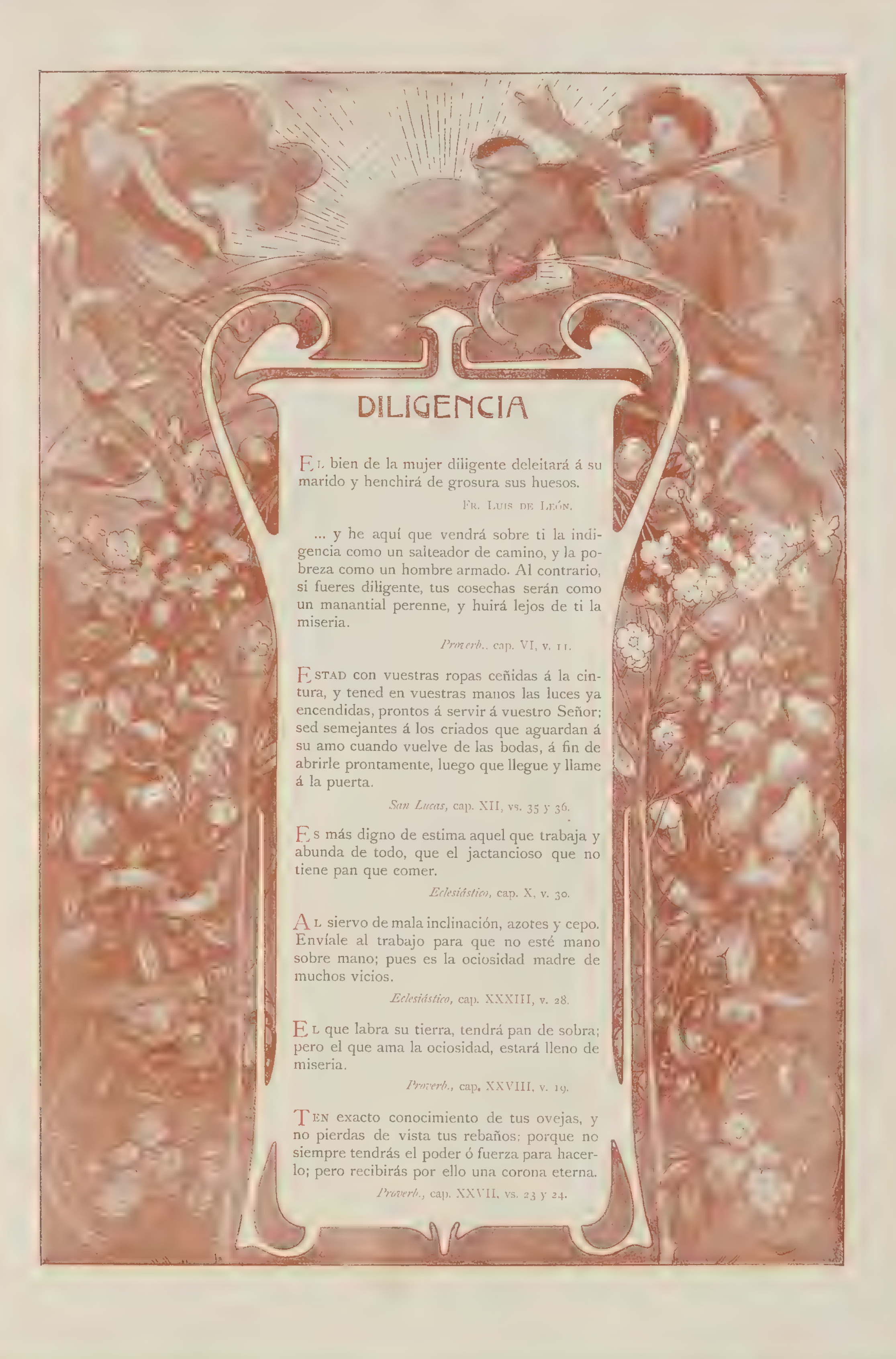
San Pablo á los Romanos, cap. XII, v. 11.

El perezoso dice: «Hay un león en el camino, está una leona en los desfiladeros; estaréme quedo en casa.» Como la puerta se vuelve sobre su quicio, así se revuelve el perezoso en su cama.

Proverb., cap. XXVI, vs. 13 y 14.

A quien madruga, Dios le ayuda.

(Refrán.)



DILIGENCIA

El bien de la mujer diligente deleitará á su marido y henchirá de grosura sus huesos.

Fr. Luis de León.

... y he aquí que vendrá sobre ti la indigencia como un salteador de camino, y la pobreza como un hombre armado. Al contrario, si fueres diligente, tus cosechas serán como un manantial perenne, y huirá lejos de ti la miseria.

Proverb., cap. VI, v. 11.

Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura, y tened en vuestras manos las luces ya encendidas, prontos á servir á vuestro Señor; sed semejantes á los criados que aguardan á su amo cuando vuelve de las bodas, á fin de abrirle prontamente, luego que llegue y llame á la puerta.

San Lucas, cap. XII, vs. 35 y 36.

Es más digno de estima aquel que trabaja y abunda de todo, que el jactancioso que no tiene pan que comer.

Eclesiástico, cap. X, v. 30.

Al siervo de mala inclinación, azotes y cepo. Envíale al trabajo para que no esté mano sobre mano; pues es la ociosidad madre de muchos vicios.

Eclesiástico, cap. XXXIII, v. 28.

El que labra su tierra, tendrá pan de sobra; pero el que ama la ociosidad, estará lleno de miseria.

Proverb., cap. XXVIII, v. 19.

Ten exacto conocimiento de tus ovejas, y no pierdas de vista tus rebaños; porque no siempre tendrás el poder ó fuerza para hacerlo; pero recibirás por ello una corona eterna.

Proverb., cap. XXVII, vs. 23 y 24.


FIN



LA GUITARRA DEL DIABLO

Apenas habrá biblioteca infantil que no tenga su bonito cuento de la princesa encantada, á quien una bruja rencorosa echó la maldición porque olvidaron de convidarla al bautizo. Generalmente, la pobre princesa duerme como una marmota unos cuantos miles de años, ó padece las salvajadas de algún fiero dragón ó de algún gigante de mal genio hasta que de luengas tierras viene á redimirla de su sortilegio un príncipe rubio y ojeroso, que en un dos por tres deshace el encanto y acaba casándose con la dormilona, siendo ambos muy felices, como sólo en los cuentos se puede llegar á serlo. Y colorín, colorao...

Tal es la base de estas historias de niños. La medula ó la moraleja varía, pero siempre es el amor el agente sobrenatural y poderoso, ante quien la maldad y toda su cohorte de perversos auxiliares se rinden vergonzosamente.

Pues bien: la historia de la princesa Nervosina, escrita en lengua indostánica y no traducida hasta hoy, no se parece nada á las corrientes que todo el mundo conoce, y es la más rara y extraordinaria que pueda imaginarse ó la más ingenua y sosa de todas, según se acierte ó no con el intríngulis que, al parecer, se trae dentro.

Esta princesa Nervosina era la hija única del rey de aquel país, allá por los tiempos de Maricastaña, antes de la conquista de Tamerlán, siglo más ó menos, y como tal unigénita la criaron bajo un fanal, sin duda para librarla de moscas y cortesanos, con cuidados tan exquisitos, con precauciones tan exageradísimas, que si de bella y discreta nadie la disputaba la palma y bien asentada estaba en el pináculo de la grandeza humana, á salud robusta y alegres colores cualquier aldeanota de las que andaban descalzas por los campos la daba quince y raya. Nervosina era pálida como el loto sagrado, sensible como la cuerda tendida que el arco hiere y hace vibrar, físicamente frágil como si fuera de materia quebradiza; el aire la producía estornudos, fiebre el sol, los perfumes aturdimiento, la música jaqueca, el silencio bostezos, la soledad hastío y enfado la compañía; en invierno tiritaba, y se sofocaba en verano; ni el agua ni el vino probaban á su estómago delicado, que toleraba apenas la miel y las frutas de sus comidas, de modo que traía á su padre y servidores desesperados y revueltos.

Mandaba hacer el rey obras costosas en el palacio para que la primavera sonriese perpetuamente á su hija; despachaba emisarios que la trajeran manjares y objetos curiosos de otros países, organizaba fiestas unas veces, imponía otras silencio de claustro, consultaba augures, ofrecía sacrificios, y Nervosina siempre triste, siempre pálida, desganada y caprichosa, con síntomas cada día más singulares de su hiperestesia irremediable.

El gran sacerdote, anciano muy avisado de barbazas como el armiño, fué de opinión que á doncellez que se queja sólo cura el amor, y en seguida salieron los embajadores con encargo de buscar novio á pedir de boca; pero Nervosina rechazó á todos los pretendientes y dijo que no quería casarse... El rey se llevaba las manos á la corona, los cortesanos se las llevaban á la cabeza y en el palacio todo era confusión, incertidumbre y ansiedad.

En esto y de súbito Nervosina puso el grito en los pintados techos y dió á entender que un dolor agudísimo laceraba su corazón. ¿Qué tendría la princesa en aquel corazoncito, al que todos, altos y bajos, rivalizaban en agradar? La ansiedad, la incertidumbre y la confusión subieron de punto en el palacio: el rey rasgó sus vestiduras (y eso que estaban acabaditas de estrenar) y mandó que de los cuatro extremos del imperio vinieran los médicos más famosos y del extranjero también, y de la China, de la Birmania, del Afghanistán y de la empinada cúspide del Himalaya llegaron, montados unos en rápidos corceles, otros en prudentes elefantes, otros en sobrios camellos y en veleros barcos otros por el mar de Omán y el Indico Océano, reuniéndose la muchedumbre científica en el salón más grande que en el palacio había. Uno por uno examinaron á la enferma, y cada cual expresó su diagnóstico y apuntó el remedio del caso; y como unos y otros no se entendían y recíprocamente se estorbaban, dispuso el rey ensayar el método de cada cual, y aquel que triunfara del dolor de la princesa, ése tenerle por el médico de cámara y por el más sabio de los médicos todos.

Y así se hizo. Sucedía que la enferma, á las primeras gotas del menjurje se ponía buena, ó al menos lo parecía, porque se calmaba el dolor, retrocediendo á las últimas células en que, como pérfida alimaña, hallábase guarecido; pero no bien la esperanza retoñaba en el alma del rey y la alegría del triunfo coloreaba la amarilla tez del doctor, sacaba las uñas de nuevo, y de nuevo la dolorida princesa elevaba el grito á las nubes. Uno por uno, y uno después de otro, escollaron todos y hubieron de marcharse derrotados; y cuando ya el rey no sabía á qué ídolo encomendarse, y el gran sacerdote, hundidos en las barbas de armiño tres dedos de la derecha mano, buscaba la solución del peligroso problema que tenía paralizados los negocios de Estado y la vida de la nación, se presentó pidiendo hablar á S. M. un chino miserable, quien aseguraba curaría á la princesa, siempre que le permitieran hablar claro, de manera que los ecos de la verdad no escandalizaran á los de la mentira, de la adulación y de la lisonja, huéspedes eternos de los palacios, entre cuyos doradas viven como entre el polvo las sabandijas.

Dejáronle que se acercara á la regia presencia, y con el permiso de decir cuanto quisiera, dijo el chino:

– Lo que la princesa tiene es hartazgo de regalo, inflamación de caprichos y flato de voluntad. Todo ello se cura con cuatro palos en salva la parte, hambre de ocho días, frío en invierno, calor en verano y trabajo manual todo el año.

Furioso el rey, condenó al insolente á ser decapitado por el delito de decir la verdad, lenguaje que en sus reales oídos no estaba bien que sonara, y publicó edictos por medio de trompeteros ofreciendo buena parte del oro de sus arcas al que curase á la princesa.

Continuó la peregrinación médica y el dolor de Nervosina sin darse á partido meses y meses, engañando y burlando á todos, cambiando de sitio, saltando de un extremo á otro del precioso cuerpo, que iba extenuando á ojos vistas, hasta que la fama, telégrafo de todos los tiempos, trajo al palacio la noticia que un médico existía conocedor profundísimo de las enfermedades de los nervios, el cual se albergaba en un antro del Himalaya, y por salir de su estudioso encierro pedía el oro y el moro.

No vaciló el rey, y mandó que en un palanquín bien escoltado condujeran al sabio á palacio, enviándole antes, para disponerle bien y convencerle mejor, una larga reata de acémilas tan cargadas de oro y piedras preciosas, que había para comprar muchas conciencias.

Pero ocurrió que, á pesar de tan magníficos avances, el sabio no consintió en subir al palanquín si no le prometían que habían de entregársele, en sazón oportuna, las regias almas del padre amoroso y la hija

dolorida; y pareciéndoles á los embajadores, que eran, naturalmente, unos herejotes desalmados, mezquino el precio é indigno de ser discutido, asintieron de seguida, y allí mismo firmaron el protocolo muy campantes, después de acordar que guardarían para sí la desdeñada carga de la valiosa reata.

Era el extraño sabio un viejecito de pobrísimas trazas, de capa negra raída, cabellera blanca y ojos centelleantes; tenía en ambos lados de la frente dos bultos ó protuberancias sospechosas, que bien podían pasar por disimulados pitones, y este detalle diabólico, lo retorcido y largo de sus uñas y el precio singular de la consulta inducen á creer al ignorado cronista que era el mismo demonio, ó tal vez una encarnación de Siva, quizá su primo carnal en persona que, por rivalidades de oficio y para no ser conocido, dejó sus cinco caras simbólicas y sus cuatro brazos y adoptó el disfraz y las tretas del maldito tentador de los cristianos.

Sea quien fuere, cuenta la leyenda que después de muchos días y de muchas noches llegaron á los reales alcázares, que el grito doloroso de Nervosina entristecía, siendo introducido el sabio en la cámara sin ceremonia... No miró siquiera á la princesa, ni le palpó la muñeca, ni la invitó á que sacara la lengua. Lo que hizo fué desenfundar de debajo de su capa un instrumento desconocido para el indostánico auditorio y que, á juzgar por el mal grabado que á la crónica acompaña, debió de ser una sencilla guitarra, y comenzó á tocar alegremente.

Y lo mismo fué empezar él á tocar y sentirse buena y sana Nervosina, de golpe y zumbido. Maravillóse el rey, se maravillaron todos y no hubo agasajo que no recibiera en la corte el portentoso médico.

Y añade el cronista muy gravemente: – «Desde aquel día, en todo el Indostán, y fuera de él, se ha tenido por único é infalible recurso para curar á las niñas histéricas y cuantos desequilibrados de nervios existen la guitarra del diablo.»

Lo malo es que resulta el remedio carísimo y casi, casi es preferible el del chino.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Ayer y hoy, cuadro de José Moreno Carbonero

AIRES NACIONALES

EL ZORCICO

El pueblo éuscaro tiene un bajo relieve vivo que se conserva á través de los siglos: su danza. Es un escudo de Hércules. La raza está retratada en ella. Es un baile á la vez belicoso, altivo, fiero, dulce, rendido y enamorado. Cuándo muestra gravedades druídicas, sacerdotales, de genuflexiones religiosas ante el ara santa, cuándo revela exquisiteces eróticas, amorosas, actitudes de adoración sexual; ya parece que va á presidirlo Píndaro, ya se diría que lo dirige el viejo Anacreonte; tan pronto hace pensar en una conjura para alzarse en armas y proclamar un héroe, tan pronto evoca las siluetas de los tranquilos castaños por entre los cuales guía la aldeana su carreta. Empieza solemne, grandioso como un canto llano litúrgico, y termina rápido, acelerado, con algo de la zambra oriental.

Dos notas dominan en la danza, dos notas que son sus dos piedras preciosas: el profundo amor á la autoridad, y el no menos profundo respeto á la mujer. El zorcico no se baila sin que el alcalde del pueblo lo autorice y lo presida. Es el antiguo acatamiento al patriarca, la influencia del más anciano, del venerable viejo de luenga barba, la mano del cual maldice ó bendice á los montañeses agrupados ante él, les señala el camino de la victoria ó de la muerte y autoriza sus fiestas. El zorcico no se baila sin que el jefe, obtenida la venia edil, no escoja su pareja, la moza preferida, la que por esta elección viene á resultar la reina de la danza, á la que todos cuantos toman parte en ella rinden parias, acatan, agasajan, cortejan y enamoran, convirtiéndola en centro y objeto de las diversas figuras del campesino rigodón.

Hasta los instrumentos mismos que acompañan á la danza revelan este doble carácter del zorcico: el tamboril y el silbo. El tamboril es la nota guerrera, la nota bélica, es el anciano patriarca, es el runrún fiero que habla de la pelea, es el eco de la batalla que rueda de garganta en garganta por las montañas llamando á combatir al temible Roldán, es la parte imperiosa del baile. Manda, ordena. Es seco, uniforme, duro, vibrante. El silbo es la nota apacible, la nota tierna, es la aldeana agasajada y triunfante, es el suspiro suave que recuerda el campo, es el canto de la paz satisfecha que vuela sobre los maizales convocando á las mozas á premiar con su presencia el esfuerzo de los hombres por defender la independencia de las breñas nativas. Respeto al jefe, respeto á la mujer. Aquellas razas viajeras que arrancando del Oxus, atravesaron el Cáucaso en las primeras edades no tenían por código sino esos dos grandes sentimientos.

Han pasado los siglos, la evolución ha hecho variar los tiempos, cambiando el modo de ser de la humanidad, dándole distinta fisonomía moral. Precisamente las provincias vascas, por su riqueza propia, por su suelo espléndido, por su industria floreciente, por su situación topográfica costera, hasta por haberlas tomado la moda veraniega por punto de los estivales recreos, son de las que más han realizado su desenvolvimiento progresivo. Pero entre ese florecer, entre ese desarrollarse, entre ese cosmopolitismo que les ha aportado el comercio y los baños, ahí está perdurable y fiel, con su prístina forma, con su clasicismo tradicional, el alma de la raza éuscara: el zorcico.

***

Todo en el zorcico es casto y puro: es el baile de la ingenuidad. Casto y puro es el traje de los hombres: pantalón blanco, blanca camisa, boina roja y faja de roja seda. Casto y puro es el vestido de las mujeres, con su pañolito de vivos tonos liando el busto y su blanco delantal; casto y puro es el detalle de que los danzadores no se cojan de las manos para formar el corro, sino que agarren por las puntas los pañuelos de las chicas; castas y puras son las actitudes de las mozas, graves, severas, como sonámbulas, al modo de vírgenes de tabla bizantina. La anteiglesia con su espadaña, su atrio y su campanita es casta y pura; el campo de esmeralda cuajado de manzanas, de apagado sol, es casto y puro. Puro y casto es el tamboril y puro y casto el silbo, en los que no suenan ni vibran las moriscas languideces andaluzas. Ni la más ligera sombra de sensualismo nótase en la fiesta. Nada por la materia ni los sentidos. Una castidad y una pureza primitivas.

¿Por qué contrasentido, después de esta nota diáfana, tímida, grave, después de esta pátina de ingenuidad ceremoniosa en que no se sabe lo que es malicia, termina el zorcico en un fandango, en un galope, en un frenesí de iluminados, en una convulsión indostánica en que las piernas y los brazos y los cuerpos se agitan con vertiginosa furia, en que los alientos jadean y los ojos brillan y las voces no cesan de animar el ritmo y el compás hasta la locura? ¿Por qué la estatua pentélica, Psiquis pudorosa, termina en una bayadera ardiente, en Fátima ó Aixa en los patios de la Alhambra de Boabdil?

***

El baile está en todo su apogeo. La cadena de mozas y mozos, unidos por sus pañuelos, gira con su dulce gravedad al son del silbo y del tamboril. Alto, flaco, chupado, quijotesco es el instrumentista. No contará menos de setenta años, setenta años en un roble retorcido del país; es un árbol con figura de hombre. Su rostro es una pura arruga, un resbalamiento de pellejos que se inflan para tocar. Todo el mundo recuerda en la aldea el mismo tamborilero. Los jóvenes le han conocido ya viejo; los viejos, sus contemporáneos, hacen memoria de sus mocedades, de cuando, colorado como una manzana, acompañaba á su padre en los zorcicos. Eso fué muchos años atrás; en tiempo de la «otra» guerra carlista. Y á su vez el padre heredó el cargo del suyo. Es una venerable institución – que el municipio sostiene con su peculio – municipal, perpetuando así el símbolo de la raza.

***

El zorcico tiene un hermano mayor: el guernikaco.

Entre la grave danza primitiva y el hermoso «Tantum ergo» popular mantienen enhiesto y siempre verde ese hermoso árbol centenario de las juntas forales, bajo cuyas hojas sagradas se viene renovando á su sombra bendita el santo amor éuscaro á la libertad.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



Apunte para el cuadro «LA AVENTURA DE LOS MOLINOS» *(Quijote)*, dibujo al lápiz de José Moreno Carbonero

JOSÉ MORENO CARBONERO

Difícil es condensar en breve espacio cuanto significa una existencia de labor fructífera, cuanto conduce á formar juicio de una personalidad saliente, que representa una de las más legítimas é indiscutibles glorias del arte patrio. De ahí nuestra perplejidad y vacilación al tratar de ocuparnos de la significación artística del excelente, por todos conceptos, pintor malagueño José Moreno Carbonero. Su nombre lleva hoy consigo el concepto de la maestría, si bien para llegar á la meta de su carrera haya sido preciso al artista desplegar todas sus energías, dar muestra de su superior inteligencia y perseverar en sus nobles propósitos, puesto que precisamente en los momentos en que más necesitaba de estímulo y protección, los desengaños, amarguras y decepciones contrariaron los ideales que persiguiera. Los merecimientos del novel artista al fin hubieron de reconocerse, y lo que la intriga y el favor le negaron, supo conquistarlo con su personal esfuerzo. El modesto pero alentoso discípulo de Ferrándiz pudo recoger en la Ciudad Eterna las enseñanzas que ambicionaba, y arrastrado por la corriente entonces imperante, embelesado por los resultados del efectismo, siguió la senda emprendida por otros pintores distinguidos, y no teniendo en cuenta, como aquéllos, que las nuevas ideas nacidas del trabajo incesante de todas las ciencias, imponen caracteres especiales y exigen diversas formas de producción, dedicóse al cuadro de historia, desplegando sus admirables cualidades de colorista. A aquel período pertenecen *El príncipe de Viana,* verdadera maravilla de color, la *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla* y *La Conversión del Duque de Gandía,* todos ellos aplaudidos y premiados con excepcionales recompensas en las exposiciones nacionales y extranjeras en que figuraron. Estos grandes lienzos, representan la primera fase del artista, y aunque no se ajusten á los cánones impuestos por el arte moderno por lo que atañe á las producciones de carácter histórico, en cambio revelan á un pintor de temperamento, dueño de la paleta, en que amasó, auxiliado por la vehemencia meridional, esos admirables matices que tanto seducen y cautivan, dando relieve corpóreo y componiendo esos conjuntos en que la fuerza imaginativa se sobrepone á la exactitud histórica.

Estos triunfos, tan noblemente alcanzados, no ofuscaron al artista, quien atento al movimiento que se iniciaba, abandonó la clase de pintura en que de modo tan gallardo se dió á conocer, para dedicarse por completo y con extraordinario fruto á la de género y á interpretar magistralmente cuadros, tipos y escenas de nuestra antigua y clásica literatura.

Ahí es donde se manifiesta la personalidad de Moreno Carbonero, ahí es donde aparecen sus inimitables cualidades de colorista y de discretísimo dibujante, revelándose el artista genuinamente español, con todo el gracejo y humorismo que distingue la vena ática y castiza de Goya, ó bien dando forma precisa y acertada á las creaciones de aquellos á quienes consideramos como astros de primera magnitud en el cielo purísimo de las letras patrias.

Las escenas del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana* han tenido felicísimo intérprete en Moreno Carbonero, quien en cada lienzo ha producido una obra de arte, admirable tanto por sus condiciones cuanto por su interpretación. Su primer cuadro de este género, inspirado en *La aventura del Carro de la Muerte,* fué una verdadera revelación. En igual ó parecido caso hállanse los titulados *Don Quijote camino de Sierra Morena, Primera salida de Don Quijote, La batalla del vizcaíno, El encuentro del rucio* y *La aventura de los mercaderes.* Este último lo reproducimos en el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y no cabe duda será su digno compañero el que actualmente interpreta, recordando *La aventura de los molinos,* uno de cuyos estudios, notable apunte al lápiz, reproducimos también en esta página, gracias á la galantería de su autor.

Vivo está el recuerdo del buen efecto que produjo y de los justísimos elogios que de la crítica mereció su hermosísimo cuadro representando á *Gil Blas con sus bandidos,* que figuró en la Exposición Nacional de 1892, al que siguieron otros no menos acertadamente interpretados.

No menos dignas de atención son sus demás producciones, puesto que todas representan luchas, investigación, esfuerzo y maestría, ya que el artista, á pesar de esa facilidad pasmosa para manejar el color y trazar la línea, complácese en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Véanse sus cuadros *La venta del sevillano, La romería del Rosario, El sombrero de tres picos, Un alto, Ayer y hoy* y otros más, y no dudamos que se reputará al pintor á que nos referimos como maestro en el manejo del color y el más atrevido, tal vez, en la interpretación de la luz, ya que, según afirma un distinguido crítico, cada una de sus pinceladas es un rayo luminoso que reverbera. Y así resulta evidenciado en aquel grupo de maltrechos titiriteros que se van *Con la música á otra parte,* cuyas abigarradas figuras se destacan de la blanqueada carretera, abrillantada, cual todo el cuadro, por la fuerza del sol en el período canicular.

Moreno Carbonero es determinadamente español; nos pertenece, porque aun sobre esos derroches de color y justeza de líneas, que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca la viveza, el calor, el sentimiento y la vida que sólo se halla en la tierra española, en donde el cielo brilla más, el sol ilumina con más fuerza y la naturaleza toda sonríe.

Tal es el inteligente intérprete de las obras de nuestros clásicos, de cuanto recuerda la esencia y el carácter de nuestro país, y tales las manifestaciones de su ingenio. Si logra hallar imitadores, podrá caberle la gloria de haber marcado segura senda por donde enderezar sus pasos á los que no pueden todavía orientarse. Mas sea cual fuere el resultado de sus laudables esfuerzos, el nombre de Moreno Carbonero figurará siempre entre el de los más distinguidos artistas, honra de las artes patrias.

A. GARCÍA LLANSÓ.



LA AVENTURA DE LOS MERCADERES (Qui



[...]ote, cap. IV), CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

– Sí, Sr. Pedro, la felicidad excesiva estorba algunas veces... Este es el caso... Contar con un visitante y recibir dos, aturde un poco en el primer recluta, concluyó el Sr. Destraimes con una sonrisa de simpatía.

Pedro estaba encendiendo un cigarrillo, é interrumpió la operación para volverse á mirar á Bautista con cara de asombro.

Y en el colmo del entusiasmo, chocó su vaso con los de todos los presentes

momento... Lo que nos preocupa por el instante es la cuestión de los padrinos... Debe usted comprender que habíamos tomado nuestras precauciones sólo para uno... Así, las cosas hubieran marchado sin inconveniente. Ese honor correspondía á los abuelos, mi padre y la madre de Delfina... Pero no creímos que la recién nacida sería seguida tan de cerca por un pequeño ciudadano...

Alrededor de la larga mesa en que la familia Destraimes acababa de almorzar, corrió una carcajada al oir las palabras del joven arrendatario, mientras que los criados y los obreros del molino volvían á su labor. El Sr. Destraimes padre estaba abriendo el correo, sin dejar de intervenir de vez en cuando en la conversación. Antonino, el hijo mayor, estaba absorto en la lectura de su periódico ciclista, mientras que la madre y la hija ayudaban á la criada á quitar la mesa. Pedro, el hijo menor, teniente de artillería en vacaciones de Pascuas, había apartado su silla para mirar de frente á Bautista, su hermano de leche, el cual se dirigía á él más especialmente.

– Algunas veces habíamos hablado Delfina y yo de las medidas que tomaríamos si venía otro hijo, continuó diciendo aquel padre demasiado dichoso, ruborizándose hasta la raíz de su crespa cabellera. Pero no creíamos que ese acontecimiento se presentara tan pronto, y lo que de lejos parecía tan sencillo, me embaraza lindamente ahora.

Y el campesino tartamudeaba, en efecto, dando vueltas al sombrero entre los dedos ó limpiándolo con el codo. Su actitud lamentable hacía tan cómico contraste con su aspecto vigoroso y con sus bigotazos de dragón, que la joven Celina Destraimes se echó á reir.

– ¡Vamos á ver, Pedro!, dijo alegremente, ayuda á ese pobre hombre.. No va á salir del atranco si se le deja solo...

– ¡Ah! Ha adivinado usted, señorita Celina... Pues bien, sí, Sr. Pedro; si no le contrariase mucho... ¡Seríamos tan dichosos!... Y puesto que precisamente está usted con licencia... Parece hecho á propósito...

– Ha llegado á punto para ser padrino del nuevo

– ¡Calla! ¿Era eso lo que querías? Pero, dime, tonto, ¿para qué tantos rodeos entre nosotros?

La cara de Bautista, ansiosamente fruncida hasta entonces, se serenó.

– ¿Entonces consiente usted? ¡Viva Francia! ¡Por Cristo! ¡Qué contenta se va á poner Delfina!..

Y en el colmo del entusiasmo chocó su vaso con los de todos los presentes, se lo bebió de un trago, y tan turbado estaba que por poco se atraganta. Reía, tosía, lloraba, estrechaba la mano del oficial y balbuceaba interminables frases de agradecimiento, ebrio de gozo y de orgullo... Para aquel campesino del Craonés angevino, de alma sencilla, adicta y deferente, esa alianza con los Destraimes del Molino Blanco era un honor considerable. Desde los tiempos lejanos en que, siendo un niño pequeño, se escondía entre las faldas de su madre, nodriza entonces de Pedro, cuando la señora de Destraimes iba á visitarlos, Bautista estaba acostumbrado á respetar á aquella familia, cuyo prestigio subsistía aún para sus ojos de hombre.

Todos los Destraimes eran objeto de su veneración; el padre, tan bueno y de tan reconocida rectitud; la madre, señora imponente, que en otro tiempo le asustaba y seguía intimidándole; aquel guapo mozo de Antonino, biciclista desenfrenado de afeminada fisonomía; Celina, una rubilla alegre de diez y seis años; y, sobre todo, Pedro, su hermano de leche, el brillante soldado... No se ocultaba á Bautista que todos ellos poseían su lote correspondiente de defectos personales, pero los admitía como se admiten las manchas del sol sin que por eso disminuya la intensidad de su culto. Nada impedía á Bautista el considerar á los Destraimes como unos seres especiales y de esencia superior.

– Pero todavía no nos ha dicho quién va á ser la madrina, hizo observar Celina, mirando al visitante con su carita de curiosidad.

– ¡Oh! ¡La madrina!, dijo Bautista con retintín y dándose importancia; la madrina será digna del padrino... ¡Una señorita, una verdadera señorita, señor Pedro!.. Puede usted figurarse que no me hubiera atrevido á pedirle tal servicio si no tuviera una bella comadre que proponerle.

– ¿Una verdadera señorita?, exclamó vivamente Celina. ¡Apuesto á que es la sobrina de la señorita Jaffre!..

– Precisamente; la señorita Alicia, declaró con orgullo el arrendatario. Me parece, Sr. Pedro, que le doy una linda pareja...

El joven sacudió la ceniza del cigarrillo, sin apresurarse á responder.

– No quiero ofenderte, querido Bautista, dijo; pero, la verdad, no me siento muy entusiasmado. Hubiera preferido una buena campesina con la que yo me hallase á mis anchas... Tu señorita Alicia, á la que he visto el domingo en misa después de unos cuantos años, me parece tiesa como una infanta.

– ¡Ha sido educada con tanto orgullo!, dijo la señora de Destraimes, saliendo de repente de su largo silencio. Su tía no encontraba en los alrededores niños dignos de jugar con ella... Esta muchacha ha crecido aislada en absoluto del común de los mortales...

– Sin embargo, Delfina..., aventuró Bautista, confuso por el efecto más bien frío de su revelación.

– ¡Delfina! Bien, ¿y qué?, replicó la mujer del molinero con su voz dominante. Delfina no era más que la hija de un granjero de su tía, y, sin embargo, jugaba con Alicia Maurevel... ¿Es eso lo que querías decir?.. Es verdad; pero, en el Otero, la granja está casi tocando á la casa de los amos, y de aquí las relaciones forzosas de las niñas... Y luego que esa criatura no podía vivir absolutamente como una salvaje... La señorita Jaffre, además, debía algunas atenciones á una honrada familia, arrendataria de sus propiedades desde hace cuarenta años. Por otra parte, la dueña del Otero sigue el ejemplo de los nobles, muy afables con la gente humilde y aplastando con su orgullo á los que piensan que podrían rivalizar con ellos. La tía ha sido siempre arrogante, y nada tendrá de extraño que lo sea también la sobrina.

El acento de la señora Destraimes revelaba, á pesar suyo, la acrimonia de un antiguo rencor. En aquel tranquilo rincón campestre las costumbres habían quedado estacionarias y las diferencias de castas permanecían intactas. Entre la señorita Jaffre, dueña del castillo perteneciente á su familia desde hacía más de un siglo, y los Destraimes del Molino Blanco, había casi la misma distancia social que entre éstos y Bautista Paumier, el arrendatario de Champignette. Esa desigualdad de condiciones se afirmaba en los más pequeños detalles. Alicia tenía una institutriz, mientras que Celina había sido educada en un pequeño colegio de niñas de la próxima subprefectura. El molino no tenía más departamento de recepción, fuera del despacho del molinero, que una vasta sala enlosada, de vigas visibles, en la que los amos y los criados comían patriarcalmente en la misma mesa. El gran salón y el saloncillo del Otero, con sus altos espejos, los sillones de raso, el piano y el estante de libros, los retratos colgados en las paredes y los enormes jarrones japoneses de las chimeneas, ejercían una fascinación inmensa en el espíritu popular. La señora Destraimes, relegada al segundo lugar en la parroquia en cuanto aparecía la señorita Jaffre á pasar la temporada del buen tiempo, se exasperaba, pues, en secreto al ver el servilismo con que todos se dirigían á aquella jorobada, que afectaba un empaque tan aristocrático, á pesar de su talle torcido y de su cara larga y angulosa.

– Y sin embargo, prosiguió con amargura, ¿quién es la señorita Maurevel para afectar tanta altivez? Su abuela era sencillamente la institutriz de María Luisa Jaffre cuando se casó con el padre de ésta... Recuerdo muy bien esa historia, aunque era yo muy joven en aquella época. Parece que estoy viendo los ojos de María Luisa durante la boda; parecía absolutamente un áspid encolerizado. La institutriz era una hermosa muchacha, el vivo retrato de Alicia; pero no le sirvió de nada el haber trastornado la cabeza al viejo, pues toda la fortuna pertenecía á la hija, y la madre de Alicia no llevó más que un dote muy escaso cuando se casó con el capitán Maurevel...

– Es guapa la señorita Alicia, dijo Antonino bostezando y estirándose. Pero la verdad es que parece que desprecia á la tierra que pisa...

– ¡Oh! Ese aspecto no significa nada, dijo Bautista con ardor.

Y buscando desesperadamente en la honradez de su corazón un argumento convincente en favor de Alicia, añadió:

– ¡Es tan amable cuando se la conoce! Decir que es arrogante es lo mismo que si se acusara al Sr. Pedro de ser orgulloso porque habla poco y lleva alta la cabeza...

Desde el hueco de una ventana, donde acababa de instalarse con una pila de servilletas en la falda, la señora de Destraimes murmuró irónicamente enhebrando la aguja:

– La acusación no sería tan falsa...

Antonino trató de disimular una sonrisa, y los ojos azules de Pedro lanzaron una rápida chispa, para recobrar en seguida su tranquila seriedad. Celina pasó por detrás de su hermano y le hizo una ingenua caricia como para consolarle del sarcasmo.

Bautista, entretanto, se sentía más y más confuso ante el lamentable resultado de su comparación, y comprendiendo que si prolongaba la visita se enredaría cada vez más, se levantó.

– En fin, Sr. Pedro, ¿está convenido á pesar de todo?, preguntó con cierta inquietud.

– Convenido, dijo brevemente el oficial, yendo á acompañar á su amigo.

– ¡Ah! ¡Qué contento estoy!, exclamó el arrendatario dando el último apretón de manos á Pedro. ¡Ya verá usted como no tiene que arrepentirse!

– Así lo creo, respondió el joven, ocultando con una sonrisa su falta de convicción.

Serpenteando entre las carretas que llenaban el patio, Bautista Paumier llegó al gran portal que daba al camino, y Pedro se sentó en un banco delante de la ventana del despacho, encendió otro cigarro y se puso á mirar distraídamente las idas y venidas de los habitantes del molino, que erguía á la derecha su alta masa cúbica agujereada por numerosas ventanas, lo que le recordaba la arquitectura regular del cuartel. El ruido de los cilindros en plena actividad se mezclaba con el del salto de agua. La inmensa jaula de mampostería zumbaba de arriba á abajo. Unos hombres subían y bajaban continuamente, cargados de sacos de grano y harina. Un fino polvo blanco cubría el suelo, el techo de los cobertizos y los alféizares de las ventanas, como una ligera nevada.

El joven consideraba aquel espectáculo familiar con una mezcla incierta de simpatía y de aversión. Profesaba, ciertamente, gran cariño á la casa natal, y, sin embargo, se desprendía de ella una tristeza que le oprimía el corazón.

De repente las voces que dialogaban detrás de la ventana se elevaron á un tono de querella; la una que jumbrosa é insolente, como la de un niño malcriado, y la otra apesadumbrada y regañona; y Pedro reconoció fácilmente á Antonino y á su padre. Algunas palabras le hicieron comprender que se trataba una vez más de los gastos exagerados y de las torpezas comerciales en que incurría su hermano, episodio vulgar de una lucha diaria en la que el molinero trataba en vano de combatir el descuido y la pereza de su primogénito.

Las cejas del teniente se fruncieron dando una expresión de dureza á aquella cara rubia, virilizada por la severidad del perfil recto y por el color tostado, sobre el cual el bigote formaba una línea clara de oro sedoso. ¡Qué triste auxiliar encontraba aquel padre, ya viejo y cansado, en su hijo Antonino, siempre dispuesto á escaparse á alguna loca aventura! Desde muy joven mostraba ya una completa indisciplina, así en el colegio como en su casa. Una ligera dolencia de la vista le había hecho eximirse, desgraciadamente, del servicio militar. Y en todo y por todo, así en sus escapatorias de niño como en sus locuras actuales, Antonino había encontrado siempre en su madre una aliada ciegamente adicta.

– Acaso es ligero, pero tiene un corazón..., decía de ordinario la señora de Destraimes, que no podía disimular su predilección por él.

Antonino era su primer hijo y el único á quien ella había dado el seno, así era que se sentía dos veces su madre. La intimidad debía necesariamente ser más estrecha y más tierna con aquel hijo privilegiado que con el menor, nacido diez y ocho meses después, tras de un embarazo muy penoso, y confiado para su lactancia á una aldeana de los alrededores.

Holgazán, embustero, vanidoso, insubordinado y zalamero, Antonino poseía, por otra parte, todas las cualidades de encantador truhán que encuentran tanta indulgencia en las mujeres. Con una caricia, un beso y unas lágrimas oportunas sabía obtenerlo y compensarlo todo; mientras que Pedro, de un carácter más concentrado, no había nunca sido comprendido por su madre, á la que él adoraba silenciosamente en el más profundo secreto de su alma.

«*¡Pedro Cabeza de hierro!*,» decía frecuentemente la señora Destraimes, encolerizada por la impasibilidad del jovenzuelo ante los regaños y los castigos, sin reflexionar que había heredado de ella misma aquella obstinación y aquella energía indomables. Cuando veía atribuir sus actos ó sus palabras á móviles absolutamente opuestos á sus sentimientos, el muchacho se quedaba como petrificado por el exceso de la desesperación y del estupor que le causaba la injusticia. No sabía defenderse de aquellas imputaciones erróneas, y no se le creía. Y entonces, desdeñando el protestar de nuevo, se encerraba en un orgulloso silencio.

Las diferencias se fueron acentuando, y Pedro pasó, á los ojos de su madre, por un egoísta, un astuto y un jactancioso. Nada pudo ya hacer variar aquel prejuicio. Los elogios de los maestros, que ponderaban la atenta gravedad y la razón precoz del muchacho, no prevalecieron contra la opinión que se había apoderado del espíritu de aquella madre. Si el pequeño trabajaba con tanta aplicación y tanto ahinco, era, según ella, para humillar al mayor con sus triunfos. Si anunciaba su deseo de entrar en el ejército, no era por vocación, sino por vanagloria... Y, celosa por Antonino, que parecía como eclipsado por los éxitos de su hermano menor, dejó ver una especie de satisfacción inconsciente cuando Pedro salió mal de su primer examen para la Escuela Politécnica.

Parecía que el orgullo de Pedro necesitaba esa mortificación como un desquite para el favorito.



La mirada del joven se detuvo en el pequeño castillo

Destraimes tenía necesidad muy á menudo de reprender á Antonino, pero no se atrevía á tomar abiertamente la defensa del otro hijo por temor de que se le acusase de parcialidad. Por otra parte Destraimes, como todos los hombres muy laboriosos, necesitaba la paz doméstica y temía que se alterase. Pedro comprendía las buenas intenciones de su padre, cuyo cariño aparecía claro cuando estaban los dos solos; pero el joven no se quejaba nunca, pues hubiera considerado como una vergüenza el ser causa de la menor disensión entre sus padres. Dejaba ese lamentable privilegio á Antonino, que lo ejercía sin coto.

... Precisamente la facundia de la señora Destraimes estaba en aquel momento sosteniendo la discusión, sin duda para paliar una vez más las fechorías de su hijo querido. Y Pedro, con la fisonomía contraída por un repentino sufrimiento, se levantó presuroso, dejó el patio y echó á andar de frente á lo largo del río... De aquella injusticia de su madre procedía, sin que él mismo se lo confesase, la impresión penosa que le producía su estancia

en el molino; impresión que, en las horas de la adolescencia en que se determina la vocación, le había hecho desear el alejamiento de la familia y elegir la carrera militar.

En el fondo del corazón del hombre se podría encontrar con frecuencia la cicatriz mal cerrada que han dejado las heridas del niño. Una sola impresión evoca inmediatamente multitud de reminiscencias dolorosas del pasado. Nadie hubiera sospechado que aquel muchachón altanero y tranquilo que se paseaba fumando por la pradera, sufría en aquel instante del mismo mal que el chicuelo de otro tiempo cuando se escondía en un rincón del granero para llorar á sus anchas.

Si la situación actual era tan penosa como siempre y aun más, á causa de los disturbios que ocasionaban las tonterías de Antonino en aquel matrimonio siempre tan unido, Pedro encontraba al menos cierta fuerza en el sentimiento de su independencia. El ejército, en el que se absorbía su personalidad, le emancipaba de la familia, y el joven sintió de pronto el deseo de vlover al regimiento para recobrar la tranquilidad de espíritu en el ejercicio de su deber claramente indicado. Debía partir dentro de tres días, y este pensamiento alivió su opresión. El paseo le calmó también, y sin darse cuenta de ello, Pedro se dejó penetrar por la serenidad risueña y primaveral de las cosas.

El azul aterciopelado del cielo se reflejaba en el río, que contorneaba con su cinta cristalina la colina frondosa y las verdes praderas salpicadas de blancas margaritas. A lo lejos se replegaban los cerros en forma de codo como para oponerse al paso de la corriente, la cual, tumultuosa al salir del molino, se apaciguaba poco á poco hasta formar un lago tranquilo en el que se miraba la aldea, con su campanario en forma de casco y sus techos antiguos agrupados alrededor de la iglesia. Los árboles frutales en flor ponían de vez en cuando una mancha blanca en el gris de las viejas murallas. Pero nuestro teniente no analizaba los detalles de aquel paisaje tan conocido, aunque sentía inconscientemente el encanto del abril renovado y la alegría de la vida primaveral así como de la propia juventud.

Volvió pies atrás lentamente. Al otro lado del Oudón y casi enfrente del molino, un bosque de castaños cubría la ladera, separado del camino por una baja tapia. Muchos ramos rosados y blancos empezaban á apuntar entre los retoños de un verde claro; pero la frondosidad, poco espesa todavía, dejaba ver un viejo edificio, una torre cuadrada, de altas chimeneas. Era el Otero. La mirada del joven se detuvo en el pequeño castillo, y en el momento se impuso á su mente la idea de la solemnidad de dentro de tres días.

– ¡Ese buen Bautista me ha dado una misión penosa para mi último día de licencia!, murmuró, haciendo un gesto de contrariedad.

La imagen de la futura madrina se evocó en él tal como la había visto en la misa de Pascuas; alta, el busto lleno y el talle fino, cara de ámbar, ojos negros, serenos y altivos, que rozaban los objetos sin detenerse en ellos. Una hermosa joven, por cierto, y, sin duda, *una verdadera señorita*, como decía Bautista, con aquella dignidad en el andar y aquella sobria distinción en el vestir.

Pedro, entonces, se sintió repentinamente inquieto al pensar que acaso podría hacer mala figura en tal circunstancia y prestarse á la risa de tan imponente persona. Las muchachas son terriblemente burlonas, y él ignoraba por completo la etiqueta de semejantes ceremonias.

Después de reflexionar, se decidió á volver al molino, y su hermana Celina, que estaba bordando al lado de una ventana de la gran sala, se quedó sorprendida y encantada al ver que su hermano se sentaba al lado suyo y al oir á aquel artillero averiguar gravemente cosas pueriles, de las que interesan especialmente á las muchachas, como, por ejemplo, los periódicos de modas... Pedro hojeó con expresión negligente y desdeñosa la colección que estaba en un velador y se detuvo á leer ciertos párrafos con una atención que se indicaba por las arrugas de su frente. De pronto dejó escapar esta frase asombrosa, que revelaba el género de estudio á que estaba dedicado hacía un instante.



Los muchachos se arremolinaron prorrumpiendo en agudos gritos

– ¡Diantre! El padrino debe hacer un regalo á la madrina..., un abanico, un cofrecillo, un juguete cualquiera... ¿Dónde diablos voy yo á encontrar semejante cosa?

Antonino y su padre entraban en este momento á merendar. Los obreros lo hacían en pie en la cocina ó diseminados por la escalinata de entrada. El hermano mayor cogió al vuelo la reflexión de Pedro.

– Yo puedo sacarte del apuro, dijo montándose en una silla. Mañana, precisamente, tengo que ir á Angers...

El Sr. Destraimes se alarmó.

– ¿Otra vez?, dijo. ¿Para qué? No sé que tengas allí ningún negocio.

– Dispénsame, papá, replicó Antonino en el tono más tranquilo. Lo tengo, por el contrario, y urgente... Mi amigo Karsac, ya sabes, Karsac, el famoso automovilista que acaba de ganar la carrera de Niza, me avisa que vá á pasar por Angers mañana por la tarde. Se prepara un banquete para recibirle, y yo no puedo faltar, siendo su íntimo amigo... Pienso salir en bicicleta después de almorzar... Los caminos están ya en buen estado, y ochenta kilómetros de ida y vuelta no asustan á un *recordman*, dijo el joven riéndose. Pedro tendrá su regalo mañana por la noche, ó, más bien, pasado mañana temprano, porque á mamá no le gusta que viaje de noche...

La delgada fisonomía del Sr. Destraimes se animó con un destello de cólera. El molinero tenía las facciones finas, los ojos pardos y las formas delicadas de aquel que se le ponía enfrente, mientras que Pedro era alto, rubusto y rubio, como su madre. El buen hombre permaneció callado un segundo, como si le impidiera hablar el enfado, hasta que, por fin, dijo con violencia:

– ¡No vas!.. ¡No lo permito!.. Yo soy aquí el amo y tú has acabado por olvidarlo...

– Dispénsame, papá, repitió Antonino con la misma voz dulce y sin dejar de desafiar al Sr. Destraimes con su mirada tranquila. Mis amigos me esperan, he prometido ir, é iré.

– ¡Tus amigos!.. Hablemos de tus amigos... Todos los holgazanes y todos los perdidos del departamento... Todos los incapaces de una ocupación seria... ¡Basta de fiestas!.. No tienes la fortuna necesaria para vivir ocioso... Yo he trabajado toda mi vida, y es tiempo de que, á tu vez, te dediques asiduamente al trabajo.

– Cada uno entiende el trabajo á su manera, murmuró Antonino.

– Me gustaría conocer la tuya..., respondió irónicamente Destraimes.

– El oficio que hago aquí es embrutecedor.

– ¿Pero eres capaz de hacer otro?, replicó el padre fuera de sí. ¿No debías considerarte muy dichoso, por el contrario, al encontrar aquí una posición que no exige más que un poco de energía para llegar á ser floreciente?

Antonino se calló un momento con expresión obstinada.

– ¡Otros han podido elegir el género de vida que les gustaba!.., dijo bruscamente, echando á su hermano una rápida mirada para apoyar la alusión. Déjame al menos, como compensación, algunas distracciones inofensivas... Por otra parte, mi viaje á la ciudad será útil á Pedro...

Pedro no intervenía nunca en aquellas escenas, que se repetían con frecuencia; pero al ser aludido tan directamente, dijo desde su sitio, con voz breve y sin levantar los ojos:

– Gracias... Iré yo mismo á elegir mi regalo

– ¡Bah!, dijo en tono burlón Antonino. El señor no se fía de mi gusto. Pues debes saber, querido, que probablemente seré más competente que tú en esta materia... delicada.

Y añadió mirando á su padre con aire socarrón:

– ¿No prohibes también á Pedro este pequeño viaje... de recreo?

– Pedro está con licencia y puede emplear el tiempo como le convenga, replicó Destraimes vivamente incomodado.

– ¡Eso es! ¡Todos los rigores para unos y todas las licencias para otros!.., dijo una voz amarga.

La señora Destraimes estaba oyendo la conversación desde la cocina.

Esta señora poseía el arte, esencialmente femenino, de volver del revés las cuestiones, de invertir los papeles y de confundir el ataque y la defensa. Su táctica, acaso inconsciente, consistía en acusar á su marido de mostrar predilección y preferencia hacia Pedro.

Al verla intervenir en el debate, el molinero retrocedió ante un conflicto penoso y desmoralizador, en que se daba por vencido de antemano. Suspiró, pues, profundamente y se quedó callado. Esta vez aún triunfó la pacífica independencia de Antonino.

... Pedro, sin tener en cuenta los proyectos de su hermano, se fué á la ciudad por la mañana temprano y se volvió tranquilamente en el primer tren, trayendo bombones, un grupo de Sajonia y, sobre todo, una espantosa jaqueca ganada en sus laboriosas conferencias con las vendedoras de los almacenes sobre la elección de un objeto propio para agradar á una joven de la buena sociedad y para dar al mismo tiempo buena opinión del gusto del comprador.

(Continuará.)

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 5 de enero de 1903 — Núm. 1.097

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

República Argentina.—Buenos Aires.—Exposición de Pintura española contemporánea organizada por D. José Artal á la memoria de Baldomero Galofre



UNA PARTIDA DE PIQUET, cuadro de Francisco Domingo

HOMENAGE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. – *Crónica de teatros*, por Zeda. – *El zapato de los Reyes*, por Alfonso Pérez Nieva. – *De la última Nochebuena. Madrid. Murcia. Andalucía*, por Félix Limendoux. – *Los juguetes. Artículo de Reyes*, por Juan B. Enseñat. – *República Argentina. – Buenos Aires. Duodécima exposición de pintura española organizada por D. José Artal*, por Justo Solsona. – *Nuestros grabados. – Miscelánea. – Problema de ajedrez. – El dueño del molino (continuación). – Mesa para operaciones veterinarias de Daviaus. – Vías férreas sin polvo*, por P. de Meriel. – Libros. – *El asunto Humbert.*

Grabados. – *República Argentina. – Buenos Aires. – Exposición de pintura española contemporánea. Una partida de piquet. Preparativos para la caza*, cuadros de F Domingo. – *Los piqueros de Bailén*, cuadro de M. de Unceta. – *Regatas en Sorrento*, cuadro de B. Galofre. – *La recepción de un cardenal*, cuadro de S. Sánchez Barbudo. – *Regreso de la pesca. Componiendo las redes*, cuadros de J. Sorolla. – *Estuvo en Flandes*, cuadro de R. Ribera. – *Venecia*, cuadro de M. Rico. – Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El zapato de los Reyes*. – *Elly*, cuadro de L. Corinth. – *Recuerdos de Nochebuena. La Nochebuena en Madrid, Murcia y Andalucía*, composición y dibujo de M. Vera. – *El arador*, monotipia de E. Ertz. – *Los esposos Duluit. – El general Cipriano Castro. – M. Adolfo Deucher. – Mesa de operaciones veterinarias. – Aparato Nichol para el riego de las vías férreas. – Mme. Humbert, M. Humbert y María Daurignac. – Román Daurignac. – Recuerdo de Nochebuena. La Nochebuena en el Sur de Italia*, dibujo de R. Pellegrini.

CRÓNICA DE TEATROS

Las empresas teatrales no descansan en su difícil tarea de atraer al público. Sin embargo, no todas ellas realizan sus propósitos. Mejor dicho, pocas son las que logran ver llenas las salas de sus teatros respectivos. Ni los bombos estrepitosos de contaduría, ni los éxitos ficticios fabricados por la claque, ni las benévolas reseñas periodísticas consiguen forzar la voluntad del público, que va sin necesidad de reclamos allí donde se divierte. Por esta suprema razón, porque se divierte, asiste ahora al teatro Real. El empresario del «Regio Coliseo» ha tenido el atisbo feliz, desde el punto de vista de su provecho, de explotar las óperas del antiguo repertorio; y aunque es lo cierto que una gran parte de la crítica y un grupo, no muy numeroso, de aficionados suspira por *Las Walkyrias, Tanhauser* y *Los maestros cantores*, es lo cierto que el gran público, que es el que paga, se deleita, como se deleitaban nuestros padres, con los gorgoritos de *Lucía, Puritanos* y *El trovador*.

La representación de esta última ópera ha valido á sus intérpretes, particularmente á la Darclée y á la Parsi, ovaciones tan grandes y entusiastas como de seguro no han alcanzado las dos excelentes artistas cantando las más difíciles óperas modernas. Las verdaderas obras de arte, á semejanza de las cigüeñas, se ausentan durante largo tiempo, y cuando parecen del todo olvidadas, vuelven de nuevo á los lugares que abandonaron.

Mientras el popular empresario de San Sebastián Sr. Arana, trasplantado á Madrid, defiende su dinero con el auxilio de Verdi, Bellini y Donizeti, Tirso Escudero sostiene casi exclusivamente el cartel de la Comedia con obras de los hermanos Alvarez Quintero y Jacinto Benavente. El último de estos autores es de una fecundidad artística inagotable. Durante el último mes ha dado dos obras al teatro, una en Lara, *El automóvil*, que ha obtenido lo que llaman los franceses un *succés d' estime*, y otra de carácter dramático estrenada en la Comedia.

Este drama, titulado *Alma triunfante*, es á la verdad bastante sombrío. Benavente ha prescindido en él del tono epigramático que con tanta maestría maneja, ha desechado todo linaje de efectismos y todo golpe de teatro, y ha dedicado sus esfuerzos á expresar con admirable sobriedad uno de esos conflictos interiores que no se resuelven á estocadas y tiros, pero que no son menos dolorosos y patéticos.

El problema moral que se plantea en *Alma triunfante* es el siguiente. Andrés ama á su esposa Isabel con amor entrañable: ambos esposos viven felices con su amor y con el cariño de su hija única, niña de corta edad. Un accidente trágico les arrebata su hija, é Isabel, que á causa de una operación quirúrgica no puede volver á ser madre, pierde la razón y es conducida á un manicomio. Pasa tiempo; Andrés, que cree á su mujer privada para siempre de juicio y como muerta para la vida de la familia y del amor, ha entablado relaciones con otra mujer y es padre de una niña á quien ama con apasionada ternura. Contra todo lo que se suponía y aseguraban los médicos, Isabel recobra la razón y se reune con su esposo. ¿Cuál es el deber de Andrés? ¿Cumplir los que le impone el sacramento del matrimonio, abandonando á su amante y á la hija del pecado, ó sobreponer su obligación de padre á sus obligaciones de esposo? El padre Víctor, en nombre de la religión, aconseja á Andrés que siga el primero de los dos caminos, y el atribulado marido, siguiendo el consejo religioso y el mandato de su propia conciencia, resuelve renunciar para siempre á su hija, sacrificando su amor de padre en aras de su deber conyugal. Por fortuna, Isabel, cuando se entera de la decisión de su esposo, perdona y olvida y hasta abre las puertas de su hogar á la hija del adulterio. De este modo queda triunfante el alma de Isabel.

Este asunto, que tiene, en cuanto al pensamiento que lo informa, alguna analogía con el de *La muerte civil*, está conducido por Benavente con singular habilidad. Podrá discutirse la solidez del conflicto que constituye el núcleo del drama, podrá considerársele más como sutil caso teológico que como problema esencialmente humano; pero lo que de seguro nadie negará al autor es su maestría en el desarrollo de la fábula dramática y sus altas dotes de pensador.

Con la comedia triste y dolorida de Benavente forma fuerte contraste el ingenioso capricho escénico de los Sres. Alvarez Quintero, titulado *El Amor en el teatro*. Constituyen la obra de los dos aplaudidos hermanos cinco cuadritos, en los que se condensa con mucha gracia lo más saliente y característico de otros tantos aspectos teatrales de la pasión del amor, que es y será siempre el principal asunto del teatro, como lo es de la vida. De todos los cuadros, el que está compuesto y escrito con mayor esmero – sin que esto quiera decir que los otros carezcan de mérito – es el titulado *Amor tirano*, feliz imitación de los donaires, metáforas y discreteos de las comedias del teatro antiguo, llamadas de *capa y espada*.

Que la tradición es rémora del progreso; que los pueblos que se empeñan en volver los ojos al pasado, descuidando el presente y sin querer mirar hacia adelante, corren peligro de quedarse petrificados, es lo que quiere demostrar Sellés en su drama titulado *La mujer de Loth*, estrenado, ó mejor dicho, reestrenado recientemente en el teatro Español. Sellés no es partidario del arte por el arte; en sus obras dramáticas (*El nudo gordiano, Las esculturas de carne, Los domadores*, etc., etc.) se propone siempre probar alguna afirmación sociológica ó política. Esta tendencia ajena al arte tiene sus inconvenientes; el autor escribe, por decirlo así, con pie forzado, y más que á presentar el libre juego de los caracteres y de las pasiones y afectos humanos, suele inclinarse á procurar exclusivamente que de los hechos por él inventados resulte la demostración de su tesis. Esta demostración casi nunca convence: el público comprende que por el procedimiento empleado por el autor, lo mismo puede probarse su afirmación que la contraria, puesto que el trabajo que pudiéramos llamar dialéctico del dramaturgo, consiste en elegir «los factores de un producto» que él ya establece de antemano.

Desde las primeras escenas de *La mujer de Loth* echa de ver hasta el espectador menos avisado que, al fin y á la postre, han de quedar castigados ó en ridículo los personajes que en la obra representan el entusiasmo fanático por las instituciones del pasado. Para llegar á esta conclusión preséntanos Sellés una familia aristocrática, orgullosa de sus blasones é intransigente con el espíritu moderno. A esta familia pertenecen dos jóvenes, varón y hembra, á quienes quiere casar el padre de uno de ellos, jefe de la casa; pero es el caso que ninguno de los dos está dispuesto á cumplir los deseos del conde de Peñafuerte, que tal es el nombre del viejo aristócrata: ella ama con pasión á cierto pintor de humilde clase, y él bebe los vientos por la institutriz de los nietos del conde, mujer de mucho talento y muy instruída, pero de bajo é ilegítimo origen. Al cabo, el conde y los que con él simbolizan lo tradicional y lo caduco quedan burlados y vencidos por los que representan el progreso y el porvenir. Si hubiera sido león el pintor, esto es, si el drama hubiera sido escrito por un «retrógrado,» la obra habría acabado por la simbólica derrota del presente y del porvenir bajo la fuerza formidable del glorioso pasado.

Bien mirado, desde el punto de vista artístico la tesis en los dramas significa poco. A mí, por ejemplo, la de *El médico de su honra* me parece brutal y absurda, lo que no quita para que tenga por excelente el famoso drama de Calderón. Como producción teatral, *La mujer de Loth* contiene no pocas bellezas; abundan en ella las situaciones dramáticas; despierta desde el primer momento y luego lo mantiene el interés del espectador, y su estilo, quizás excesivamente académico, está esmaltado de frases felices, imágenes brillantes y profundas sentencias.

A muy distinto género que *La mujer de Loth* pertenece *La Musa*, de Salvador Rueda. De idilio en tres actos califica su autor á esta comedia, y mucho hay en ella de bucólica sencillez, mezclada, á decir verdad, con cierto refinamiento cortesano. En *La Musa* no se muestra la Naturaleza con la hermosa rusticidad de los idilios de Teócrito, sino con algo del amaneramiento de los cuadritos de Watteau. La musa de Rueda no se nos presenta vestida de humilde zagala, sino más bien como señorita elegante disfrazada de campesina... A pesar de lo dicho, la obra está impregnada de efluvios campestres. Rueda es poeta, ama la belleza del campo y logra expresarla en algunas de las escenas de su idilio. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza realzaron con primores de ejecución la comedia de Rueda.

La «zarzuela grande» sigue obteniendo los favores del público. Prueba de ello han sido recientemente los aplausos con que se han recibido, en Price, *María del Pilar*, original la letra de los señores Flores García y Briones y la música del maestro Jiménez, y en el teatro Lírico *Don Juan de Austria*, libro de los Sres. Jurado de la Parra y Servet y música de Chapí.

María del Pilar tiene por argumento los amores de dos hermanos á una misma mujer, casada con uno de ellos. Por fortuna, la virtud de la esposa y la nobleza de su cuñado hacen que el conflicto no pase á mayores, y la acción, después de muy interesantes escenas, acaba sin que corra la sangre ni la moral padezca. El asunto se desarrolla en una aldea de la provincia de Salamanca, y lo pintoresco de las decoraciones y de los trajes de charras y charros da vitalidad á la zarzuela. La música de Jiménez, se oye con gusto; algunos números son muy notables; pero en general, la partitura no tiene el más leve carácter regional.

Muy aplaudida ha sido también la música que Chapí ha puesto al drama *Don Juan de Austria*, y digo drama porque la obra de los Sres. Jurado de la Parra y Servet no fué escrita para libro de zarzuela. Dificultades con que sin duda tropezaron los autores en «los teatros de verso,» les decidieron á modificar un tanto el plan primitivo á fin de proporcionar situaciones musicales al compositor. La acción de *Don Juan de Austria* por este motivo resulta un poco lenta, y lo prolongado de las situaciones disminuye el interés. Esto no obstante, la obra se oye con gusto por lo fácil y abundante de la versificación y por lo poético de las descripciones, leyendas y raptos líricos en que abunda toda la zarzuela. Si á esto se une el lujo con que ha sido puesta en escena y el esmero con que se la ha ensayado, se explicará fácilmente el lector el lisonjero éxito alcanzado por los poetas y por el músico.

En los teatros de género chico va acentuándose de día en día el cambio que ya viene notándose hace tiempo. Lo cómico es substituído por lo patético. A los chistes de peor ó mejor gusto y á la pintura de costumbres casi siempre caricaturescas, han sucedido los arranques apasionados y las imágenes más ó menos poéticas. Aquello en verdad era malo, pero yo creo que es aún peor el género melodramático comprimido.

Algo hay, sin embargo, dentro de él que merecería salvarse de un escrutinio riguroso. *Agua mansa*, por ejemplo, de Marquina, aunque huele al aceite, tiene algunos rasgos poéticos de buena ley. De otro estilo es el pasillo estrenado con mucho aplauso en Apolo y cuyo título es *La venta de Don Quijote*. Su autor, Fernández Shaw, ayudado por Chapí, nos presenta, en el mesón que el ingenioso hidalgo tomara por castillo, á Cervantes, á D. Quijote, Sancho, Maritornes..., y parafrasea con acierto algunas de las escenas del libro inmortal. Con menos pretensiones, pero con verdadero derroche de gracia, Vital Aza en el lindo sainete *Ciencias exactas*, estrenado en Lara, hace desfilar delante del público varios tipos de extraordinaria fuerza cómica.

También tienen la sal por arrobas dos de las comedias estrenadas en la tarde del día de Navidad. Me refiero á la titulada *Los hijos artificiales*, arreglo de una obra alemana hecho por los Sres. Abati y Reparaz, y á la que lleva por título *La Cidón*, escrita sobre el pensamiento de un *vaudeville* francés por Emilio Mario. Las dos obras, representadas la una en la Comedia y la otra en la Alhambra, son remedio seguro contra la melancolía.

Madrid, diciembre de 1902. ZEDA.



EL ZAPATO DE LOS REYES

El Magras, el golfo más listo de la plazuela, un granuja muy simpático y muy guapo bajo su pelambre fosca, andando despacio y con la vista clavada en el suelo por la costumbre de las colillas. La cara del muchacho refleja la pesadumbre más viva y como la cólera más profunda. Edad, ocho ó nueve años.

GOLFO *(monologando)*. – Mia que esto tie gracia, y luego quieren que no profese uno ideas avanzaas. La dinamita me paece poco. ¿De modo que porque yo no tengo un par de zapatos me voy á quedar hoy á la luna de Valencia y sin que esos Reyes que dicen que llegan á la madrugá me traigan siquiá un mal peón de los de punta de clavo, mientras que toos esos lipendis de la plazuela, el chico del ebanista y el de los muebles de lance, se darán tono con las escopetas ó los caballos de cartón que les pongan los Magos?.. Si valiera lo mismo un serillo ó una gorra y aunque fueran los mismos pantalones, me quedaba ahora mismo en calzoncillos, digo en piernas, manque me llevara el guiri en el acto á la prevenda... No sé por qué ha de ser esa desigencia de los zapatos. Ni que les pagara el viaje á los Reyes San Crispín, que es el patrón del gremio del tira y afloja.

(Un ruido seco en las piedras de la calle interrumpe el monólogo del golfo. Mira y ve ante él un zapato, un resto de zapato, con un gran agujero en medio de la suela, despojo lanzado, á no dudarlo, de alguna buhardilla.)

GOLFO *(riendo de buena gana)*. – ¡Vaya unas alhajas que llueven hoy por la mañana del cielo, gachó! ¿Qué duquesa habrá despreciao ese chapín de raso que ya lo quisiá pa sí la misma Cenicienta que hacen en el Circo? No, lo que es su dueño no se perdía gastando. ¡Valiente dineral se ha ahorrao con esa pieza! Y milagro que ha tenío el rasgo de echarlo por la ventana al arroyo, en vez de mandarlo á un portal á que le pongan unas contratapas.

(Se queda un instante pensativo, y de pronto se le ilumina el semblante con un resplandor de alegría que obscurece la duda y que al cabo concluye por triunfar é imponerse. Abalánzase entonces sobre el maltrecho residuo, lo agarra con ansia y no sin mirar á uno y otro lado como si cometiera un delito, y se lo esconde entre la camisa y la chaqueta.)

GOLFO *(escapando á correr con la decisión del que lleva un propósito fijo)*. – ¡Ha sido la gran idea, la órdiga!

Un portalucho estrecho de casa de vecindad y en él un chiscón de zapatero de viejo, con un burro y un cajón rebosando mugre y herramientas viejas. No está el honorable maestro de obra prima, y sólo el aprendiz, mientras su amo se embaula quizás la primera copa de la noche de Reyes, tira de lezna desojándose á la luz de un mal quinqué para adicionar una media suela á una bota. El golfo entra como una bala en el portal.

ZAPATERILLO *(levantando la cabeza y suspendiendo el trabajo)*. – ¡Hola, *Magras!*

GOLFO *(con énfasis)*. – ¡Vengo á proponerte un negocio!

ZAPATERILLO *(mirándole con el asombro socarrón de sus diez ó doce años)*. – ¡Pues ni que fuás un ministro, leña!

GOLFO. – ¿Tú sabes que esta noche son los Reyes?

ZAPATERILLO. – ¿Que si lo sé? Pregúntaselo á mi amo, que ya estará celebrándolo en la taberna...

GOLFO. – Bueno, eso á mí no me importa. A lo que estamos, tuerta ¿Tú sabes que los Reyes les traen cosas á los chicos?

ZAPATERILLO. – Lo sé de oídas, porque á mí nunca me han traío na.

GOLFO. – Ni á mí tampoco, pero vamos al decir...

ZAPATERILLO. – Bueno, al grano.

GOLFO. – Pues el grano es que este año no va á suceder lo mismo... Mira *(enseñándole el zapato tirado á la calle)*.

ZAPATERILLO. – Que sea enhorabuena, chico, por la herencia...

GOLFO. – ¿Te atreves á componerlo en una hora?

ZAPATERILLO. – Pero si eso no tie compostura. Habría que hacerlo de nuevo.

GOLFO. – Pus no hay más remedio. A mí no me han dejao nunca los Reyes na porque jamás les he puesto al paso el zapato, y como éste me ha llovío del cielo cuando yo pensaba en ello, pue que me equivoque, pero me paece un aviso y no quió desperdiciarlo. Conque al negocio. No tengo una mota, ni de donde me venga, por lo que no puedo pagarte tu trabajo; pero si me lo arreglas y los Reyes dejan algo, la mitad de lo que dejen para ti y la mitad para mí, como buenos hermanos. ¿Acomoda?

ZAPATERILLO. – ¿A qué hora vienen los Reyes?

GOLFO. – A las doce de la noche en punto, porque es gente mu puntual.

ZAPATERILLO *(examinando receloso la prenda)*. – Son las nueve de la noche y el zapato tie mucha obra, como que se deshace como una miga de pan duro.

GOLFO *(con impaciencia)*. – ¿Qué? ¿No te atreves? Yo creí que tenías más enjundias.

ZAPATERILLO. – ¡La órdiga, no seas tan súpito, gachó!.. ¿Tú te crees que echar unas medias suelas es cualquier cosa? Quisiá yo ver á muchos hombres de pelo en pecho echándolas.

GOLFO. – ¡Pero como aquí no hay más que una que echar, y luego no es pa pisarla!

ZAPATERILLO *(meditando)*. – Ayer hemos quitao una suela á una chancla... No estaba más que rozá por un lao... Por lo menos podríamos tapar el agujero pa que sirviera.

GOLFO *(con impaciencia)*. – ¿Te decidirás? Pues ni que fuás Sagasta.

ZAPATERILLO *(buscando, sin contestar á la interrupción, entre los mil trebejos del chiscón zapateril, y mostrando un pedazo de suela delgadísimo, pero sin agujerear)*. – Aquí está.

GOLFO. – ¡Pues si esto es la propia canela! ¡Si hasta resistiría el empedrao de los barrios bajos, chavó!

ZAPATERILLO. – Pues no hay más que hablar. Dentro de dos horas ties el zapato compuesto.

GOLFO *(radiante)*. – Y dentro de dos, ambos nos largamos á ponerlo al puente de Segovia.

La media noche. Dos chicuelos que corren á carrera tendida calle de Segovia abajo, sin ser advertidos por los agentes de la autoridad, que de otro modo y gracias á cualquier farol indiscreto, no habría faltado un guardia que notara el desarrapamiento de los muchachos. Dos granujas con tal marcha, algún delito acusan.

GOLFO *(jadeante)*. – Ya estamos cerca.

ZAPATERILLO. – ¿Dónde vamos á ponerlo?

GOLFO. – A la entrá del puente sobre el pretil, sobre una bola.

(Siguen corriendo sin hablar, llegan al puente, se paran y con suma cautela dispónense á colocar el remendado zapato en lo más culminante de una esfera de piedra, cuando oyen á sus espaldas una voz bronca que les dice:)

– ¿Qué se hace, amiguitus?

(Es el sereno. Instante de turbación en los dos muchachos, que siempre con el miedo de la prevención en su mente, apenas si aciertan á balbucear una excusa.)

GOLFO *(recobrándose al advertir que el sereno no les amenaza)*. – Pues la verdá es que no hacemos na malo: poner un zapato aquí que se diquelará bien, pa ver si los Reyes cuando pasen nos dejan algo.

SERENO *(con una risotada)*. – ¡A buena hora! Pus si los Reyes pasaron por aquí hace lu menus media.

GOLFO *(ahogándose)*. – ¡Media hora! ¿Y no sabe usted por dónde irán?

SERENO. – Nun lu sé.

GOLFO. – ¿Ni si volverán por este sitio?

SERENO. – Esu, el de los consumus, que ha sido sargentu y sabe muchu, me diju que no se vuelven por donde vinierun, ni recorren dos veces el mesmu lugar.

GOLFO *(pataleando con la voz llena de lágrimas)*. – ¡Hemos llegado tarde!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

DE LA ÚLTIMA NOCHEBUENA

MADRID. — MURCIA. — ANDALUCÍA

(Véase la lámina de Medina Vera de la página 29)

Periódicamente se repite la alegría en todo el orbe católico con una unanimidad verdaderamente admirable.

Cualquier otra fiesta encuentra espíritus reacios para su celebración; no así Nochebuena, de la cual puede asegurarse que en un momento determinado todos los españoles coinciden en solemnizar el natalicio de Jesús, llevando al hogar la alegría más pura y más sincera de cuantas invaden el alma.

No hay familia que no colabore á esta obra común de la alegría general, juntándose cuantos á ella pertenecen para celebrarla de igual manera: á todos guía el mismo propósito y en todos es idéntica la aspiración.

Pero á pesar de esto, cada una de las regiones españolas tiene su nota peculiarísima: siendo idéntico en el fondo el espíritu de la fiesta, tiene exteriorizaciones diferentes según las latitudes donde se celebra; es esa diferencia que rige igualmente y se manifiesta de un modo idéntico y muy significativo, en la fisonomía, en el habla, en los trajes...

***

Madrid es quizá, en Nochebuena, la ciudad más escandalosa de España; dicho sea con perdón lo de *escandalosa*, puesto que en este caso se trata de un escándalo agradable, aunque esto resulte paradógico á primera vista.

Madrid *cena* como cada capital de España, como el último pueblo de la península; en torno al besugo, que es más indispensable allí que el pavo mismo, va haciéndose la alegría á medida que el pobre pescado va quedando reducido á su propia espina y en tanto que el frasco de buen Valdepeñas, que preside la cena, va siendo víctima también de un trasiego casi sin solución de continuidad.

Las madrileñas beben esa noche tanto como ellos; no hay en esto recato alguno, porque lo que en época normal estaría mal visto, en Nochebuena resulta casi una gracia.

De esta conjunción de *ideas* y de *aspiraciones* que da el vino, nace un acuerdo mutuo que se pone en práctica inmediatamente: el de lanzarse á la calle á *escandalizar;* así, terminantemente, «á escandalizar;» y allá vuelcan todos los barrios bajos de Madrid su enorme contingente de andante chulapería cargada de panderas y zambombas, de latas y de almireces que golpean y repican de una manera desaforada hombres, mujeres y niños...

La Puerta del Sol es el escenario donde afluyen todos los actores de ese que podríamos llamar «auto sacramental,» á juzgar por la letra de los villancicos, pero que no pasa de ser, como antes dije, un verdadero escándalo, que dura hasta que las luces del alba se inician vagamente, y ellas parece que empujan hacia los barrios bajos todo aquel contingente que volcó sobre el polígono irregular de la Puerta del Sol la andante chulapería...

***

Murcia... Recuerdo aún mi último viaje por aquellos pueblos de la región levantina.

La Nochebuena es allí más plácida, estoy por decir más sencilla.

El gran prurito de cada cual es adornar á su modo la cocina donde ha de reunirse la familia para comer el pavo asado.

Los vasares aparecen repletos de toda la loza que en la casa existe; y para *confeccionar* aquellas filas de platos y cacerolas, las mujeres van colocando artísticamente cientos de naranjas, intercalando entre ellas tallos de pino recién cortados.

Esta es una nota característica de los pueblos de Murcia, sin que falte nada de lo que constituye la Nochebuena en las demás partes de España: ni villancicos desentonados, ni panderas de sonajeros metálicos, ni zambombas de carrizos roncos, ni belenes y nacimientos con todo su cortejo de pastores, reyes Magos, y borreguitos que pastan en campos de musgo recién arrancado y beben en arroyuelos de cristal...



Elly, cuadro de Luis Corinth

Desde la calle se ven las cocinas, adornadas en la forma que indiqué, y más bien parece aquello una fila interminable de tiendas de una población dedicada á la alfarería barata.

Y cuando llega el momento culminante, la calle no es el escenario donde se desborda la alegría: ésta se contiene en los límites amplios de las grandes cocinas...

La procesión, al revés de Madrid, va por dentro.

***

¡Oh, Andalucía!..

No puede prescindir de su meridionalismo exagerado en todo.

Se come, se bebe (sobre todo se bebe) y en el ambiente flota una nube de buen humor que se apodera de la capital.

En esa nube parece que se juntan piropos á las mujeres, chistes de todas clases, coplas intencionadas, rasgueos de guitarra...

La guitarra no puede faltar en Andalucía para ningún acto de la vida, por nimio ó por trascendental que sea.

Hasta en Semana Santa, las saetas las canta el pueblo acompañándose con el clásico instrumento de ritmo y acordes puramente moriscos.

Por eso allí la *misa del gallo* es el *clou* de la Nochebuena; hay que ir á la iglesia con guitarra: allí dentro se canta, se baila, y á pesar de lo profano *del procedimiento*, todos llevan en sí el mismo propósito de solemnizar el nacimiento del hijo de Dios.

Los mantones de crespón en las mujeres y los sombreros de anchas alas en los hombres lucen por todas partes, y es un rasgueo continuo de guitarras el que por doquier se oye desde las primeras horas de la noche.

La alegría tiene esa manifestación lírica, por lo que antes dije: porque Andalucía no puede prescindir por un momento de la que es su compañera en todo: de la guitarra, en cuya caja duermen las notas del sentimiento mezcladas con las del buen humor...

***

Pero un impulso mismo es el que lleva á todas las regiones españolas á colaborar en la fiesta de fin de año: en ese día, á despecho de optimismos baratos y de filosofías malsanas, queda manifiesto el espíritu religioso de este país, latente siempre, pero pronto á salir á la superficie en los grandes momentos de expansión cristiana...

Félix Limendoux.

LOS JUGUETES

ARTÍCULO DE REYES

Sus puntos de contacto con el mundo de los vivos. — Su fabricación y su comercio.

Al promediar el mes de diciembre, no hay ciudad europea que no se transforme en una vasta feria de juguetes, que dura hasta la Epifanía. Media población baja á la calle para vender á la otra mitad su surtido de muñecas, nacimientos, fonógrafos, caballitos, tambores y trompetas, de que se arma la gente menuda para invadirlo todo con el material de sus juegos y atronar el espacio con un concierto que tiene tanto de infernal como de infantil.

El observador halla numerosos y sorprendentes puntos de contacto entre el mundo de los monigotes y el mundo de los vivos. La feria de juguetes es una especie de vertedero donde vienen á parar las figuras y objetos que han alimentado la crónica del año; el Walhalla en miniatura en que aparecen, vestidos de trapos y oropeles, los fantasmas de los héroes del día; la comedia contemporánea vista con los gemelos invertidos.

El títere es siempre la última encarnación de la farsa humana, que apasiona á las muchedumbres. Compuesta de retazos de política, rasgos de costumbres y fragmentos de historia, esa contrafigura de la inmensa mayoría de los personajes conspicuos, traducción cándida y símbolo visible del ruido vano y de la gloria efímera, es el juguete predilecto del niño. ¡Destino irrisorio! ¡Cansar á la prensa con su nombre para venir á ser un títere más en las manecitas puercas de los chiquillos!

Se podría historiar una época con la historia de sus juguetes; y si Aristófanes no hubiese muerto



La Nochebuena en Madrid. – La Nochebuena en Murcia. – La Nochebuena en Andalucía. Composición y dibujo de Medina Vera

hace ya algunos años, podría hacer, reanimando esos espectros, arrancando la careta á esos arlequines y á esos pulchinelas, una comedia más interesante que *Las nubes*.

El centro de producción de juguetes más importante del orbe, el que surte el mercado universal, es sin duda París. El año pasado se me antojó visitar una de las principales fábricas del Marais, barrio en que se halla localizada esta industria.

No cito el nombre de la fábrica á fin de evitar que esto parezca un reclamo. Su director es un hombre genial, cuyo cerebro, siempre en ebullición, crea tipos, halla combinaciones desconocidas, renueva formas usadas, concibe invenciones maravillosas, compone con cartón, madera, hoja de lata, serrín y trapo verdaderos poemas, grandes como el *Canigó*.

Recibióme con mucha amabilidad el director de la fábrica, hombrecito seco, nervioso, calvo, con la cara arrugada en todos sentidos, y tan flaco que se oían crujir sus huesos á cada movimiento brusco.

– Caballero, me dijo después de los saludos de rúbrica; se encuentra usted con un hombre que se arranca los pelos de desesperación. ¿Ha visto usted en las tiendas los juguetes de este año?

– Sí, señor.

– ¿No le han parecido insulsos, insignificantes? ¡La verdad!

– Algo...

– ¡Estúpidos! Puede usted decirlo con toda franqueza. ¡Si lo sabré yo! ¡Como que la mayor parte salen de mi casa!.. ¿Le sorprende á usted? Va usted á ver.

Cogióme del brazo y me arrastró hacia los almacenes.

Detúvose de pronto y me preguntó fijando sus ojos en los míos:

– ¿Me da usted su palabra de honor de que no pertenece á la policía?

– Se lo juro.

Continuó su marcha, tirando de mi brazo, por entre aros, triciclos, automóviles, caballos mecánicos y torpederos.

– No mire usted eso, que no vale la pena. Yo había concebido una idea sublime. Quería regenerar el juguete que muere de marasmo. Mis colaboradores y yo hemos creado é íbamos á lanzar á la calle el juguete político. ¡Una verdadera revolución! Pero habíamos contado sin la huéspeda, es decir, sin la Comisión inspectora; porque los juguetes tienen su censura como el teatro. ¡Le hemos parecido peligrosos al gobierno!.. ¡Martín!, gritó á un dependiente; acompañe á este caballero á la *Cámara* política y diga al Sr. Tessier que haga el favor de bajar... El Sr. Tessier es nuestro *cronista*, añadió dirigiéndose otra vez á mí. Es un chico de talento, que ha escrito en el *Gil Blas;* firma con un seudónimo y está encargado de las actualidades.

El dependiente Martín volvió y dijo:

– El Sr. Tessier está encerrado con el sastre y el maquinista, que montan el mecanismo del *equilibrista maravilloso*. No dejan entrar á nadie.

– ¡Bueno, bueno, no les interrumpamos! La inspiración es sagrada. Acompañe al señor y enséñele los talleres.

Saludóme y se alejó, mientras yo era conducido á la *cámara* política.

Alineados sobre largas mesas, había allí una variada colección de tipos del reino animal, en que abundaban los burros y los lobos, cuyas cabezas eran caricaturas, muy parecidas, de personajes políticos. Todos estaban provistos de un mecanismo que les ponía en movimiento y les hacía *hablar*. Martín dió cuerda á un *gorila* que representaba al jefe de un Estado africano y que entonó, por medio de un fonógrafo colocado en la garganta, la *marcha real* inglesa.

– Este juguete estaba destinado á la exportación...

– Sí, al comercio inglés...

– En cambio tiene usted esa ballena, que representa á la reina Victoria y que canta el *himno del Transvaal* El fallecimiento inesperado de Su Majestad Británica ha impedido dar á la venta este cetáceo simbólico, y la censura ha *prohibido* el gorila.

Junto á un lobo con la cabeza de un ministro francés, que gritaba *¡Viva el socialismo gubernamental!*, había un asno con gorro frigio y un boletín electoral colgado del cuello.

Martín hizo gritar á un loro *¡Viva la religión!*, y á otro *¡Mueran los curas!*

En la colección había juguetes para todos los gustos y para todas las doctrinas. Mi *cicerone* enseñóme, entre otras curiosidades, una baraja en que los reyes habían sido reemplazados por los presidentes de cuatro repúblicas, y las sotas por cuatro *reyezuelos*.

El arador, monotipia de Eduardo Ertz

Desde principios de septiembre reina en todas las fábricas de juguetes una actividad extraordinaria. Día y noche, ingeniosos artistas arrugan trapos, recortan hoja de lata, articulan piezas, combinan resortes, pintarrajean y barnizan objetos. Reina verdadera fiebre en los talleres. La inquietud arruga la frente de los fabricantes, que juegan el todo por el todo. ¿Tendrán éxito sus creaciones? ¿Para quién será la honra y el provecho de lanzar á la calle el juguete del año?

¡Gran cuestión! El juguete del año no es nada y lo es todo. Un pedazo de hoja de lata, un par de alambres y un resorte; tales son los elementos esenciales del autómata que ha de hacer el gasto inédito, chispeante, de actualidad, que repetirá millares de veces en salones y buhardillas, ante hombres y niños, en ambos hemisferios. Tal es el problema, tan sencillo y tan arduo á la vez. No hace falta más que una idea, una pequeña idea; pero no siempre da con ella el inventor.

Cada año hay quince ó veinte industriales que creen haber dado con el juguete del día. Pero es el sufragio universal quien se pronuncia en favor del saltimbanqui político, del fraile recalcitrante, del inglés colonizador ó del torpedero submarino que se disputan el favor del público.

El juguete de actualidad nunca falta, pero éste no impide que vuelvan periódicamente la mariposa y el ratón automáticos, el volatinero, el mono trepador, la pipa-gallo y el puerco de goma, el triciclo y el automóvil, el tío-vivo y la ruleta.

¿Cómo se fabrica cada uno de estos juguetes? Es un trabajo complicado, que exige numeroso personal, diversos aparatos, mucho gusto y mucha imaginación.

La persona grata, en esta industria, es el inventor. Éste es, á veces, el mismo dueño de la fábrica; pero suele ser un humilde artífice que trabaja en su casa, y que, al cabo de muchísimas probaturas, da con la idea de un juguete nuevo, divertido y barato.

Aceptada la idea, se estudia el modo de realizarla en condiciones tales que el juguete funcione con absoluta regularidad y pueda fabricarse con gran rapidez. La cuestión más importante y más difícil de resolver es la de los instrumentos ó máquinas que han de simplificar el trabajo de los obreros. Tal mecanismo exigiría meses de pacientes esfuerzos, mientras que tal otro puede establecerse en ocho días.

En fin, las máquinas están en disposición de funcionar y va á ponerse manos á la obra.

Hablamos aquí del juguete barato, cuyo precio varía entre cincuenta céntimos y un franco.

La hoja de lata es la base del juguete, para el cual no es cierto que se utilicen latas usadas, como generalmente se cree. Hasta para los juguetes de ínfimo precio se necesita hoja de lata de primera calidad, sin grano y muy flexible.

El metal llega á la fábrica en anchas piezas arrolladas, que las máquinas cortan en discos, medias lunas ó chapas, según la forma del juguete que se trata de fabricar. Estas piezas pasan luego por numerosas manos. Un obrero las ajusta, otro las solda, un tercero prepara el mecanismo, otro fija este mecanismo en su punto... Y después, varias obreras visten y pintan el juguete, habiendo especialistas para las cabezas y para las manos. Es una lenta, pero sorprendente metamorfosis. Y sólo después de esta serie de manipulaciones y de una escrupulosa comprobación de todas sus piezas y de su funcionamiento, el juguete es entregado al comercio.

Comercio muy aleatorio, pues nada *envejece* ni pasa tan pronto de moda como un juguete. Por esta razón, el tendero se aplica á su venta con un ardor sin igual.

En las grandes capitales, el principal agente de expendición, para el juguete barato, es el vendedor ambulante, que con su charlatanismo legendario hace admirar y comprar «el juguete incomparable, la última novedad, la maravillosa invención del día.» Y el niño de *buena casa*, que ha bostezado ya ante su ferrocarril eléctrico, su torpedero submarino ó su caballo mecánico de cincuenta duros, se detiene y se extasía en presencia del pobre juguete de dos reales.

JUAN B. ENSEÑAT.

REPÚBLICA ARGENTINA.--BUENOS AIRES

DUODÉCIMA EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

ORGANIZADA POR D. JOSÉ ARTAL

Esta exposición, selecta en grado sumo, parece será la última de la serie del presente año, pródigo en Buenos Aires de semejantes manifestaciones de arte, ya con obras de un solo artista, ya con las de varios á la vez, y provechoso en resultados para todos.

Pero la que nos ocupa huye por completo del fin utilitario de todas las anteriores, para concretarse á ser recreo del espíritu y emoción sintética del arte, al hacerla y organizarla con el carácter exclusivo de homenaje póstumo, como si dijéramos, de funeral artístico rezado á orillas del Río de la Plata *in memoriam* del genial artista D. Baldomero Galofre, recientemente fallecido en la ciudad de Barcelona.

Para ello, el Sr. Artal ha reunido gran número de

obras de pintores españoles por intervención suya vendidas en esta capital, y alrededor de una veintena de cuadros del llorado artista, ha colocado los de de los demás, que forman digna corona de doble capa á nuestra memoria, verdadero conjunto de maestros príncipes del color y del pincel.

En sitio de honor están las telas de Galofre *Regatas en Sorrento, Las lavanderas, En la venta del* de Galofre rodeado de alegorías de sus propias obras, y en las páginas interiores se reproducen fragmentos de algunas otras; el único artículo que contiene es un estudio sintético del llorado artista, admirable-



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – LOS PIQUEROS DE BAILÉN, cuadro de Marcelino de Unceta

mérito por el valor de las obras y la clase de los autores, todos ellos amigos íntimos, compañeros y admiradores del superior talento de Galofre.

A ciento veinte se eleva el número de cuadros reunidos en exposición tan sugestiva, instalada en los salones de A. S. Witcomb, de todos tamaños, clases y procedimientos, firmados por Domingo, García Rodríguez, Huertas, López, Morillo, Navarro, Puig, *Carmen, Coso de gitanos,* con otros cuadros, dibujos y apuntes del insigne artista, y corriendo por ambos lados y dando la vuelta al gran salón, las obras de los demás en orden y combinación artística de mucho efecto, realzando el conjunto un friso ejecutado muy acertadamente por el artista Vicente Puig, que si es principiante por la edad, no lo parece por sus obras, y cuyo trabajo es un conjunto de alegorías mente escrito por el infatigable propagandista del moderno arte pictórico español D. José Artal. Este señor, con el buen gusto que le distingue y caracteriza, ha sabido organizar un acto digno del artista, juntando del arte contemporáneo español cuanto figura de más selecto en las galerías particulares bonaerenses, con el anhelo de que todos los amantes de las artes plásticas, de lo culto y lo bello, rindie-



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. – REGATAS EN SORRENTO, cuadro de Baldomero Galofre

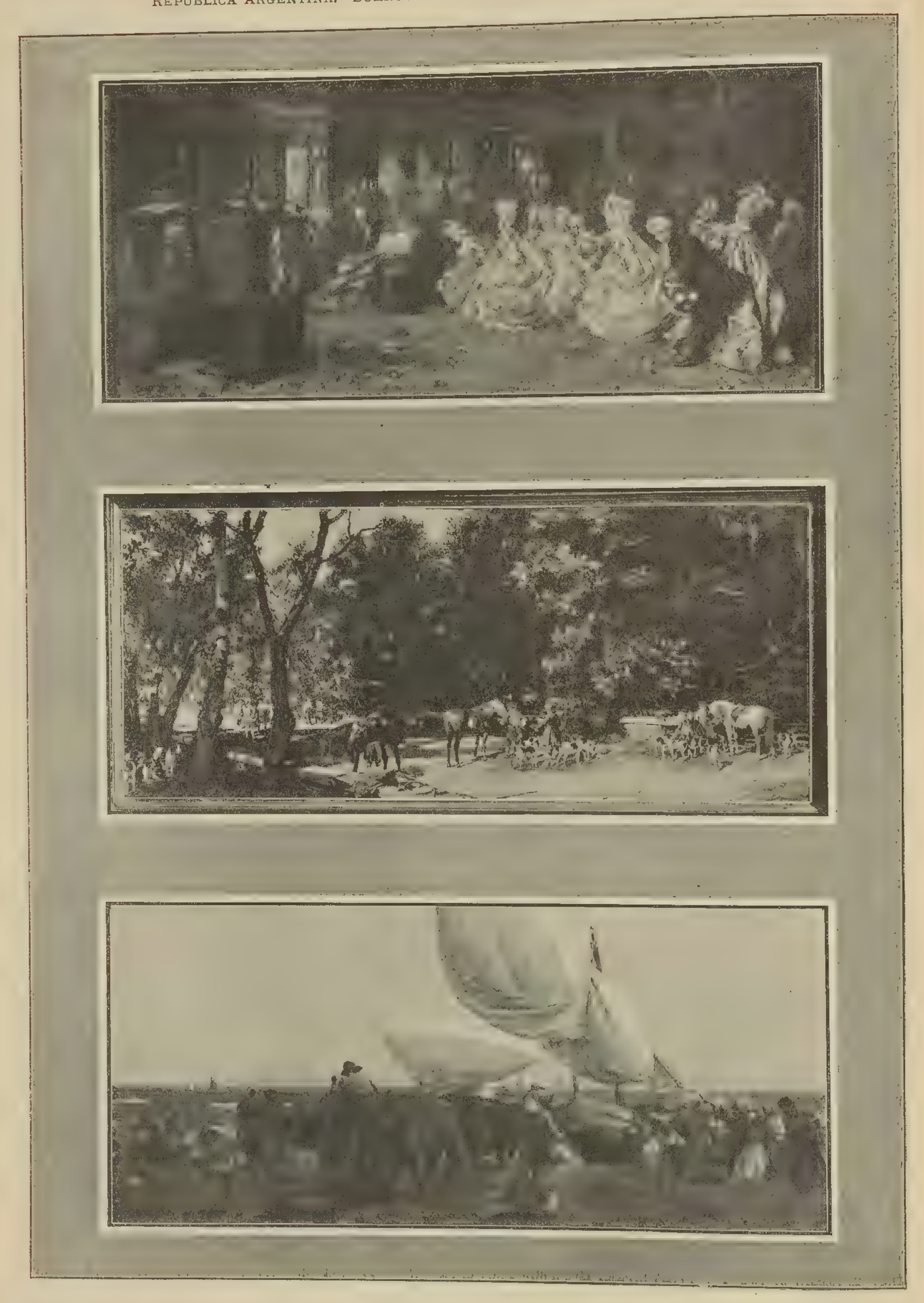
Sorolla, Villegas, Unceta, Pradilla, Moreno Carbonero, Alvarez, Benedito, Sánchez Barbudo (D. Salvador y D. José), Benlliure, Checa, Domínguez, García, Llances, Más y Fontdevila, Ribera, Rico, Richard, Sala, Serra, Soto y algún otro más que es que retratan la personalidad característica en el arte de los principales escultores y pintores españoles contemporáneos.

El catálogo de esta exposición es digno de ser mencionado: en la portada va un primoroso retrato ran homenaje de admiración al talento del desaparecido del mundo de los vivos, pero perenne en el de la gloria, contemplando obras de superior mérito.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre de 1902.

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA



LA RECEPCIÓN DE UN CARDENAL, cuadro de S. Sánchez Barbado. – PREPARATIVOS PARA LA CAZA, cuadro de Francisco Domingo
REGRESO DE LA PESCA, cuadro de Joaquín Sorolla



Estuvo en Flandes, cuadro de Román Ribera. – Venecia, cuadro de Martín Rico

Componiendo las redes, cuadro de Joaquín Sorolla

NUESTROS GRABADOS

Los esposos Dutuit.—En 11 de julio último falleció en Roma un francés, M. Augusto Dutuit, el cual legó á la ciudad de París preciosas colecciones de arte con los fondos necesarios para instalarlas, conservarlas y aumentarlas. M. Dutuit era un millonario de exquisito gusto y educación artísticos que vivía casi modestamente, pero que gastaba cuantiosas sumas para adquirir objetos y obras de arte antiguos y modernos; gracias á esta afición y á su inteligencia, logró reunir un verdadero museo de preciosidades que en la actualidad pueden admirarse en el Petit Palais, en donde han sido dispuestas con mucho acierto por M. Jorge Caín, conservador del Museo



LOS ESPOSOS DUTUIT

M. Augusto Dutuit ha legado recientemente á la ciudad de París sus preciosas colecciones que hoy figuran en el Petit Palais.

Carnavalet. La colección comprende multitud de antigüedades egipcias, griegas y romanas, unas de carácter artístico puro, otras de gran valor histórico ó arqueológico; gran número de monedas y medallas, ejemplares incomparables de todas las épocas; muebles preciosos, objetos de cerámica de los más diversos países, cuadros de los más ilustres maestros, grabados, libros, esmaltes, marfiles, etc., formando, en suma, un conjunto de un valor inestimable. El desprendimiento de M. Dutuit es digno de los más entusiastas elogios, y bien merece que la ciudad de París perpetúe la memoria del generoso donante.

***

El general Cipriano Castro.—La República de Venezuela, no repuesta todavía de los daños causados por la insurrección del general Mattos, se ha encontrado envuelta en un conflicto internacional que puede ser de gravísimas consecuencias para ella. No hemos de estudiar las causas del conflicto, pues ello exigiría un espacio de que no disponemos; pero fijándonos únicamente en la actitud que han adoptado Alemania é Inglaterra, á pretexto de defender intereses comprometidos de sus súbditos, bien podemos afirmar que pocas veces se ha ostentado de una manera tan brutal el derecho de la fuerza. Los buques de guerra de las dos citadas potencias han capturado gran número de barcos venezolanos, echando varios de ellos á pique, y han bombardeado Puerto Cabello, sin que pudieran alegar en defensa de tales atropellos razón alguna satisfactoria, pues ni siquiera los precedieron las negociaciones que suelen entablarse antes de toda declaración de guerra. Y á todo esto, los Estados Unidos, en otras ocasiones tan celosos guardadores de la doctrina de Monroe, han declarado que lo hecho con la república sudamericana por las dos naciones europeas no era bastante para justificar su intervención á fin de hacer prevalecer el principio de «América para los americanos.» La lección habrá resultado dura para Venezuela, pero en lo sucesivo puede ser provechosa para todos los Estados de la América latina.

El presidente D. Cipriano Castro cuenta en la actualidad cuarenta y dos años y se halla al frente de la república desde el año 1899. Además de ser un general muy activo y de gran competencia en asuntos de guerra, es hombre de grandes energías, de las que ha dado numerosas pruebas en la última insurrección.

El general CIPRIANO CASTRO, presidente de la República de Venezuela

El Dr. Adolfo Deucher.—El nuevo presidente de la Confederación suiza que ha sido elegido en diciembre último y que ha de desempeñar el cargo durante el año 1903, nació en 15 de febrero de 1831 en la pequeña ciudad de Steckborn (Turgovia), en donde hizo sus primeros estudios hasta que entró en la Escuela Cantonal de Frauenfeld. Cursó luego medicina en Zurich, Heidelberg, Praga y Viena, y de regreso en su patria y después de haber recibido el título oficial, establecióse en Steckborn, dedicándose al ejercicio de su profesión. En 1855 sus conciudadanos le enviaron al Parlamento cantonal, el Gran Consejo de Turgovia, en el que figuró durante veinticuatro años seguidos; cuando la revisión constitucional de 1868, tomó parte muy importante en la redacción de la nueva constitución democrática, y al año siguiente fué elegido para el Consejo Nacional. En 1879 entró en el gobierno del cantón de Turgovia y en diciembre de 1893 en el Consejo federal, desempeñando durante muchos años el departamento de comercio, industria y agricultura, en el que prestó grandes servicios á su país. La elección del Dr. Deucher, que ya había sido presidente en 1886, ha sido acogida con gran satisfacción por el pueblo suizo.

***

Elly, cuadro de Luis Corinth.—El autor de este cuadro, que figura entre los primeros pintores alemanes contemporáneos, nació en 1858 en Tapiau (Prusia oriental) y se dedicó en un principio al estudio de la música, que no tardó en abandonar por el de la pintura. Entró entonces en la Academia de Koenigsberg, trasladándose más tarde á Munich, en donde permaneció cuatro años, transcurridos los cuales se fué á París y allí estuvo tres años en el taller de Bouguereau. Después regresó á su patria, no sin antes haber obtenido una medalla de bronce en la Exposición de la Real Academia de Londres de 1884, y se estableció primero en Munich y últimamente en Berlín. Corinth, á quien puede clasificarse entre los realistas, ha conservado, sin embargo, en el fondo ciertas tendencias académicas, las cuales se manifiestan en su virtuosismo pictórico, que le hace incurrir en convencionalismos allí donde el verdadero realista suele mostrarse individual. Ha cultivado siempre con predilección el género de la figura en sus más diversas formas de expresión, consiguiendo envidiables triunfos, así en las obras cuyo principal elemento es la imaginación, aunque apoyada en la realidad, como en aquellas otras en que el artista parece limitarse á la copia del natural.

***

El arador, monotipia de Eduardo Ertz.—El original de donde se ha obtenido este grabado ha sido hecho por un procedimiento nuevo, invención del artista inglés Eduardo Ertz, que consiste en extender sobre una plancha de cobre una capa de color, modelar sobre ella con el dedo ó con un pincel ó con un trozo de madera una figura, un paisaje, un objeto cualquiera, dar tinta á la plancha, y por medio de una prensa de gran presión y de un papel húmedo, obtener una prueba que constituye un ejemplar verdaderamente artístico, que puede luego ser reproducido por cualquiera de los medios de reproducción conocidos. El efecto que de esta manera se logra es muy original, según puede verse por el grabado que en la página 30 publicamos; pero el procedimiento es poco práctico y sólo como curiosidad puede ser mencionado; en este concepto damos cuenta de él en estas columnas.

***

Recuerdos de Nochebuena. La Nochebuena en el Sur de Italia, dibujo de Ricardo Pellegrini.—Representa este dibujo una curiosa costumbre que desde tiempos muy antiguos se conserva en las poblaciones montañesas del Sur de Italia. El día de Nochebuena todos los habitantes de aquellos valles se dirigen en procesión, presididos por el obispo, y al son de *cannuli*, tambores, trompetas y otros instrumentos, hacia el belén instalado en el monte Grigna. Una vez allí, el obispo se reviste de sus hábitos pontificales, y después de haber encendido los grandes cirios que hay dispuestos delante del belén, proclama el nacimiento del Redentor.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.*—Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *La Duchese des Folies-Bergere*, comedia en tres actos y cinco cuadros de Jorge Feydeau; en el Vaudeville *Le Joug*, comedia en tres actos de Alberto Guinon y Juana Marni; en la Opera Comique *La Carmelite*, comedia musical en cuatro actos y cinco cuadros, poema de Cátulo Mendes y música de Raynaldo Hahn; en los Bouffes-Parisiens *Le Jockey malgré lui*, vaudeville opereta en tres actos, letra de Mauricio Ordonneau y Pablo Gavault, y música de Víctor Roger; en el Athenée *Leurs amants*, comedia en tres actos de F. Feraudy, y *Par vertu et par consentement mutuel*, comedia en un acto de F. de Croisset. El estreno en la Opera de la conocida ópera de Leoncavallo *Paillasse (I Pagliacci)* así como también el que ha tenido lugar en el teatro de Sarah Bernhardt de *Theroigne de Mericourt*, drama en seis actos de Pablo Hervieu, han sido dos grandes acontecimientos teatrales.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Los hijos artificiales*, graciosísima comedia en tres actos, arreglada del alemán por los Sres. Abati y Reparaz, y *Ciencias exactas*, bonita comedia en un acto de Vital Aza; en Romea *La deria del sastre Fullaraca*, sainete en un acto de don Ramón de Ramón; y en el Eldorado *Portfolio de Eldorado*, revista en un acto y varios cuadros, letra del Sr. Molas y Casas, música del maestro Cotó. En el teatro Principal la sociedad La Filarmónica ha dado un notabilísimo concierto en que los celebrados maestros Crickboom y Granados ejecutaron admirablemente tres sonatas de Brahms, Beethoven y Saint-



M. ADOLFO DEUCHER, presidente de la Confederación suiza para el año 1903

Saens. En el propio teatro se ha celebrado la segunda de las veladas organizadas por el Ateneo Barcelonés, habiéndose puesto en escena el drama en tres actos de Eduardo Marquina *La risa de Grecia* y algunas escenas de *El diablo mundo*: antes de la representación D. Jesús Pinilla dió una interesante conferencia sobre «Los poetas líricos en el teatro.»

Necrología. – Han fallecido:

D. Arturo Melida, notable arquitecto, pintor y dibujante español, profesor de la Escuela de Arquitectura, miembro de la Real Academia de San Fernando, individuo correspondiente del Instituto de Francia, autor de varios monumentos y de la importante restauración del claustro de San Juan de los Reyes de Toledo.

D. Alfonso Tovar, inspirado poeta español, que se había dedicado especialmente á los cantares, muchos de los cuales han pasado á ser verdaderos cantares populares.

Dr. Prudente de Moraes Barros, ex presidente de la República de los Estados Unidos del Brasil.

Juan Wislicenus, eminente químico alemán.

Alejandro Bertrand, notable arqueólogo francés, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, autor de muchas é importantes obras sobre la Galia prehistórica, céltica y romana.

Julio Berger, pintor austriaco, profesor de la Academia de Artes plásticas de Viena.

Arpad Kerekgyarts, historiador húngaro, profesor de Historia de la Universidad de Budapest, autor de varias obras sobre historia de Hungría.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 307, POR DR. A. W. GALITZKY.

Tercer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección B.

NEGRAS (6 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 306, POR A. CHARLICK.

Blancas	Negras
1. A d 6—g 3	1. Cualquiera.
2. D, A ó T mate.	

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

II

¡Din, don!.. ¡Din, don!.. Echada á vuelo la campana, un poco rajada por la edad, se agitaba en el viejo campanario para honrar á los dos nuevos cristianos. Delante de la iglesia, un gran grupo de chicos y muchachas esperaba la salida del cortejo, y sobre todo, la lluvia de almendras, que debía ser abundante.



Era un antiguo obrero, un poco chiflado, que vivía allí como un ermitaño

Aquel doble bautizo constituía un acontecimiento considerable para la monótona crónica de la aldea. Todas las mujeres estaban en el umbral de sus puertas con la labor en la mano, pero con los ojos clavados en el atrio de la iglesia. Las agujas de hacer media y las lenguas funcionaban juntas.

Por fin la puerta del templo se abrió de par en par. Los muchachos se arremolinaron prorrumpiendo en agudos gritos, y dos mujeres del pueblo aparecieron majestuosamente llevando cada una un paquete blanco hundido en una almohada.

Los abuelos, alegres y orgullosos, seguían á su joven posteridad, y detrás de ellos se presentaron por fin el traje claro y el uniforme que todo el mundo esperaba. Las curiosas se hablaron en voz baja, con la boca abierta de admiración ante el altivo continente y la brillante juventud de la hermosa morena y del apuesto joven rubio.

–¡Qué buena pareja!, dijo una vieja á media voz.

Pedro Destraimes percibió aquella exclamación de sencillo entusiasmo á través del rumor de las aclamaciones infantiles, y se ruborizó mirando furtivamente á su compañera. Pero se tranquilizó en seguida al verla muy serena, ocupada en resistir los empujones de los muchachos, y se apresuró á volver á su papel de padrino.

La animación del abuelo Paumier pudo servirle de ejemplo. El buen hombre, ébrio de júbilo, lanzaba á su alrededor, como si sembrase, grandes puñados de almendras, sobre las que se precipitaba la multitud bulliciosa. Y cuando el artillero le vino en ayuda con nuevos refuerzos de confites y de monedas, aquello fué una verdadera pelea de chicos y chicas revolcándose en el polvo.

–Arroje usted almendras, si eso le divierte, señorita, dijo Pedro presentando un cucurucho á la madrina.

–Sí, para los tímidos, dijo Alicia aceptando con su tranquila sonrisa.

Y separándose de la comitiva, se dirigió hacia los pequeños que, temerosos ó débiles, no se habían atrevido á tomar parte en la batalla, y se puso á abrir manecitas y bolsillos para echar en ellos confites á profusión, al mismo tiempo que tranquilizaba á los vergonzosos con una frase ó con una caricia.

–¡Con qué gracia lo hace todo!, pensó Pedro, que se arrepentía ya de sus prevenciones, aunque todavía no habían cambiado más que muy escasas palabras.

Era cierto que Alicia tenía un modo de andar como el de una reina, pero esa dignidad era natural en ella y se armonizaba con la más amable sencillez. Decididamente el día se presentaba encantador, y el joven oficial, excitado por la alegría ambiente y por el sol de abril, se sentía muy dispuesto á aprovecharle.

Tuvo, con todo, que pasar por una prueba, para él muy desagradable, en cuanto salieron de la iglesia. Todos los presentes se dirigieron en procesión hacia el Otero; pues, según Bautista, aquella visita á la señorita Jaffre, antigua señora de su mujer y madre adoptiva de la madrina, se imponía como un deber de deferencia. Pedro no podía oponerse á aquel paso colectivo sin cometer una inconveniencia, y contuvo su contrariedad, mientras Alicia presentaba amablemente á su tía los dos héroes de la fiesta, que dormían á pierna suelta bajo sus velos blancos.

Destraimes, educado en un ambiente más bien hostil á la dueña del Otero, no estaba animado respecto de ella de disposiciones muy favorables, y el aspecto de la señorita Jaffre, tal como apareció á su vista en la poltrona del gran salón, no era para inspirarle gran simpatía. Todo en aquella mujer era incierto, equívoco é imposible de definir; su edad, su sonrisa, su talle deformado, el matiz de sus cabellos enmohecidos y hasta el color de sus pupilas. Mientras estaba recibiendo á sus visitantes con afabilidad condescendiente, de sus ojos sin pestañas se escapaba una mirada singularmente incisiva, recalcada por la contracción sarcástica de los labios. Pedro estaba inquieto, y para evitar el encuentro de aquellos ojos molestos, examinaba alrededor de él las ensambladuras blancas con hojas talladas, los muebles de sedas de colores amortiguados, que indicaban un lujo antiguo y de buen gusto, los entrepaños pintados, y sobre todo el gran retrato, que le atraía irresistiblemente, en el que la madre de Alicia sonreía dulce y hermosa como su hija, con los hombros que se transparentaban entre los encajes de un vestido de baile.

Había muerto trágicamente, con su marido, en una catástrofe de ferrocarril. Y el joven se sintió poseído de emoción al recordar confusamente el drama que en otro tiempo oyó contar, cuando Alicia Maurevel, niña de diez años, llegó al Otero.

De repente se estremeció. Acababan de pronunciar su nombre, lo que indicaba que el momento fatal había llegado... Tuvo que adelantarse, saludar, salir de su pasividad, encontrar algo que decir, presentar una bombonera, todo ante aquella mirada desconcertante...

–¿Es usted el segundo hijo de los Destraimes?, preguntó la señorita Jaffre. Me parece que no me engaño... El mayor es el que permanece en el molino..., porque en esa familia se es molinero de padres á hijos. Pero ahora son ustedes unos molineros de juguete, casi unos señores, mientras que su abuelo Sergent hacía mis delicias, siendo niña, con su gorro y sus zuecos...

Y acabó su discurso con una bondad frívola, como si realmente se complaciese en aquellos antiguos recuerdos sin intención ofensiva para el joven.

–Mi abuelo tenía razón, dijo fríamente Destraimes. El gorro y los zuecos son muy cómodos, y yo adoptaría ese uniforme del molinero clásico si me dedicase á esa profesión, tradicional en nuestra familia. Pero en la actualidad tengo otra vocación.

–El Sr. Destraimes piensa hacer su camino en el ejército, dijo Bautista apresurándose á glorificar á su amigo de la infancia.

–¡Bah! ¿De veras?, preguntó la señorita Jaffre en el tono de la más impertinente sorpresa y como asombrada de que un rústico pudiese concebir tal ambición.

Pero después de una pequeña pausa añadió á media voz:

–Después de todo, ¿por qué no?.. Los caminos están hoy abiertos para todo el mundo.

En aquel momento, con sus ojos entornados y su sonrisa cáustica, la solterona parecía más que nunca la bruja Carabose vuelta á la vida. Pedro, á todo esto, sentía el hervidero de cólera impotente que debe experimentar el toro al pinchazo irritante de las banderillas. Por fortuna, los ritos estaban consumados en forma de refrescos, y los presentes se levantaban ya para marcharse. Alicia abrazó á su tía, que la retuvo afectuosamente, como si no pudiera decidirse á dejarla salir.

—¿Tienes mucho empeño en ir á esa comida de bautizo en Champignette?, le preguntó.

—¡Oh, sí, tía! Bien sabes cuánto sentiría Delfina que yo faltase, dijo vivamente la joven.

—Puedes ir entonces, hija mía... Y abúrrete lo menos posible... No deja, sin embargo, de ser divertido el salir de su clase y de sus costumbres... por unas horas.

Los dedos de Pedro se crisparon nerviosamente sobre el quepis. ¡Cómo le hubiera aliviado el poder romper algo! ¡Y qué bien comprendió en aquel momento la antipatía de su madre hacia la presuntuosa jorobada!

Por fin, de la media luz de la vieja morada salieron á la alegría del sol y del aire libre, lo que hizo á Pedro dar un gran suspiro, como si se librase de una larga opresión. Todos, incluso Alicia, experimentaron una especie de alivio. Pronto dejaron atrás las últimas casas de la aldea y entraron en el camino que se desarrollaba por un bosque de avellanos, bordeado por dos setos de margaritas. Como el sendero era estrecho y había que pasarle de dos en dos, con Bautista y Celina á retaguardia, Pedro hizo lo que todos, y un poco tímidamente ofreció el brazo á su compañera, que lo aceptó sin remilgos.

Los pasos sonaban en la tierra, apenas endurecida después de la humedad del invierno; el aire se poblaba de risas, y todos estaban un poco embriagados por la claridad y los perfumes primaverales, cuando de pronto, en el lindero del bosque, salió de una choza de adobes un hombre muy alto, con una gorra raída, una especie de hopalanda amarillenta y un violín debajo del brazo. Era un antiguo obrero, un poco chiflado, que vivía allí como un ermitaño, de limosnas y raíces. Una risa infantil abrió hasta las orejas su boca desdentada al ver aquel desfile.

—¡Eh! ¡Banot!, le gritó Bautista, que divagaba de pura dicha; ponte á la cabeza, como en las bodas de otro tiempo, y toca algo alegre hasta casa, para que entremos llevando el paso á compás.

La nariz glotona de Banot estaba ya oliendo el banquete del bautizo, de modo que el bueno del hombre no se hizo de rogar, y sin cuidarse siquiera de cerrar la puerta de su cabaña, acudió en dos zancadas con el violín en posición, y el arco arrancó á las cuerdas canciones antiguas y agradables. Los pies se levantaron cadenciosamente y la música se apoderó con tal viveza de los espíritus, que no había tiempo para pensar. Y Pedro, aturdido por las sensaciones encantadoras que le causaban el sol, la música, y sobre todo, el tibio brazo que se apoyaba en el suyo, hubiera caminado así hasta el fin del mundo, si aquel verde sendero hubiera conducido hasta tan lejos.

Pero todo tiene fin, hasta las verdes veredas. Por entre las ramas entrelazadas aparecieron los tejados de Champignette, el violín aceleró el compás, y los dos gemelos y su séquito entraron en la granja á un paso de galop triunfal.

En Champignette, como en muchas granjas angevinas, los animales estaban mejor alojados que los cristianos. A un lado del patio se elevaban unos hermosos establos, y en cambio la habitación, cubierta con un mal tejado, era baja y obscura. Los muebles nuevos de los jóvenes esposos hacían contraste con el suelo desnudo, á la luz indecisa de dos ventanas muy estrechas para aquella vasta pieza, que servía á la vez de comedor, de cocina y de dormitorio.

Pero ¡qué importaba!.. Bajo un techo dorado, en vez de aquellas vigas ennegrecidas, la gallina del puchero no habría sabido mejor, ni los convidados habrían estado más alegres, ni la sidra habría sido más chispeante... El rubio jugo de manzana corría á raudales. Una criada, cargada con un cántaro, no hacía más oficio que el de circular alrededor de los bancos para llenar los vasos cada vez que se producía en ellos el menor vacío. Y todavía esperaba el vino de oro, el glorioso vino de Anjou, cuyos corchos debían saltar á los postres á la salud de los recién nacidos y de la madre, que gozaba en su cama viendo la animación de la larga mesa.

El pato asado sucedió al guisado de liebre y el cochifrito reemplazó al pato. Después vinieron la tarta de manzanas, las frutas secas y los dulces en almíbar... Un banquete real, que recordó á Banot las bodas de sus tiempos, que comprendían tres días de festines, de bailoteos... y de indigestiones.

—¡Ah!, decía atracándose y con el rostro extasiado, ¡qué tiempos aquellos!.. Hoy nadie sabe casarse... A la segunda danza todo el mundo está rendido y sin aliento... La juventud de ahora no es tan vigorosa como la de entonces...

Y lloraba enternecido, sumergiendo en el vaso su ar ga y sinuosa nariz.

Aquella corriente de cordialidad debía necesariamente influir en Alicia y en Pedro. El joven no se sentía ya cortado delante de la madrina, y estaba asombrado de la facilidad con que había prescindido de sus prevenciones. Tímido por orgullo, como muchos jóvenes, Pedro estaba siempre á la defensiva con las muchachas, temiendo su inveterada propensión á la burla. Pero la serena sencillez de ésta le sorprendía agradablemente. Alicia no las echaba de noble benévola entre aquella gente modesta, como él se la había representado al principio, sino que se interesaba sinceramente por sus negocios y sus ideas, y se mostraba amistosa con Delfina y su marido y amable con los más humildes. Aunque hablaba poco, se veía que cuanto decía era sincero y que se esforzaba por pensar bien y por expresar exactamente lo que pensaba, como lo probaba la franca mirada de sus rasgados ojos negros.

Al empezar la comida, cuando parecía difícil encontrar asuntos de conversación, Pedro dijo á la joven:

—No se ofenda usted si al revés de lo que manda la cortesía corriente, se ofrecen los platos á Bautista antes que á nadie y él se sirve sin reparo el primero. Es la costumbre campesina, en testimonio de respeto hacia el jefe de la casa, el *amo*, que conserva el derecho de preferencia sobre los más encopetados huéspedes.

—Conozco ese uso, respondió Alicia, y le encuentro muy bien. El amo de la casa es el rey en ella, como un capitán á bordo.

—Esas son unas máximas que no están muy en boga entre las mujeres modernas de que nos hablan los periódicos, dijo el oficial riendo. Estas hablarían de esclavitud si la supremacía del marido se estableciese en todas partes como en las familias del campo. Las partidarias del «feminismo» quieren dominar y no obedecer.

Los ojos aterciopelados de Alicia se abrieron por completo y después se bajaron lentamente. La joven reflexionó unos segundos.

—Creo que hacen mal, dijo por fin con las mejillas ligeramente sonrosadas. Es mejor obedecer que mandar..., siempre que se obedezca... con amor.

Pedro encontró aquel pensamiento encantador, pero más delicioso todavía el movimiento de pestañas que le acompañó, proyectando una ligera sombra en la mejilla. El oficial pensó que nunca había visto nada tan lindo como aquella franja sedosa que velaba ó descubría las pupilas serenas y profundas. El alma de Alicia parecía así mostrarse, alternativamente, en un impulso de confianza ó esconderse en una repentina reserva.

Destraimes examinó con una atención cada vez más interesada aquel perfil puro, aquella tersa frente limitada por los rizosos cabellos, aquella boca pura y aquellas líneas suaves del comienzo del cuello. El cutis de la joven presentaba un matiz de cálida vida que imprimía reflejos bronceados á la masa de su cabellera, anudada sencillamente.

«¡Es verdaderamente hermosa!, pensó Pedro; y aunque toda su persona estuviese llena de imperfecciones, sus soberbios ojos bastarían para embellecerla.»

Pero el joven tuvo que cesar de repente en aquel interesante estudio al sorprender la mirada maliciosa que Alicia fijaba en él. Pedro entonces se sintió contrariado, se ruborizó, frunció con severidad las cejas y adoptó el aspecto de la más solemne indiferencia.

Por fortuna, los brindis de los postres le permitieron salir de aquella molesta actitud. Los buenos y mutuos deseos se manifestaron al chocar de los vasos; las voces se elevaron, y el vino generoso y la tierna influencia de la fiesta hicieron entrar corrientes de entusiasmo y de simpatía en todos los corazones.

La conversación se reanudó con más confianza entre Pedro y Alicia, que se pusieron á hablar de sí mismos con creciente abandono... El oficial contó sus recuerdos de la Politécnica y de Fontainebleau, su vida de soldado estudioso entrecortada por algunos recreos juveniles y distracciones de sociedad... Reveló también sus proyectos y sus esperanzas... Para apresurar las probabilidades de ascenso trataba de ingresar en la Escuela de Guerra... El trabajo no le intimidaba, al contrario... Y sus ojos azules se exaltaban como si descubriesen en el porvenir deslumbradoras perspectivas.

Su hermana Celina, colocada enfrente de él, sonreía al humedecer los labios en la dorada espuma, pero el oficial no se dignaba mirarla.

Alicia contó su vida de joven soltera, más monótona y más reducida de lo que Pedro pensaba. En invierno, Nantes; en verano, el campo; un mes en un establecimiento de aguas minerales, necesarias para la salud, siempre delicada, de la señorita Jaffre. Pero en todos esos cambios de residencia, Pedro adivinó pronto que la joven estaba sujeta á su tía por una semiservidumbre llena de atenciones y de cuidados, como esclava de un deber que acaso ella se exageraba con la severidad de una conciencia escrupulosa. Donde Alicia estaba más contenta era en el Otero, porque allí gozaba de una relativa libertad. Pero padecía por su aislamiento, sin amigas de su edad ni otra sociedad que la compañía demasiado austera de unas cuantas personas contemporáneas de su tía... Alicia había asistido á dos ó tres bailes, y todo el resto de su tiempo lo empleaba en tocar el piano, bordar y leer á la señorita Jaffre libros serios... Sin embargo, últimamente su existencia había adquirido gran interés con las lecciones de catecismo á los niños menesterosos... Y una chispa de amor y de placer surgió entonces de sus hermosos y serenos ojos.

La atmósfera, entretanto, se ponía pesada, y ya consumidos el café y su acompañamiento de licores, Bautista propuso un paseo por el jardín y por las praderas adyacentes á fin de procurar un poco de reposo á la parida.

Pedro se puso naturalmente al lado de Alicia para ese paseo. El sol poniente encendía con sus rayos oblicuos brillantes reflejos en la negra cabellera de la joven. El teniente y su compañera echaron á andar con lentitud por los estrechos senderos bordeados de perales en espaldar. La tierra estaba desnuda de hierba y el ramaje todavía claro; pero en todo el jardín sonreía la promesa de la primavera con los geranios y las margaritas ya desarolladas, los cerezos y los melocotoneros cubiertos de su nívea florescencia y las lilas llenas de capullos. Pedro iba cogiendo margaritas, y en su mente se establecía una relación confusa entre aquellas florecillas blancas y el cabello obscuro, en el que producirían un efecto delicioso; mas no se atrevió á colocar las flores, ni siquiera á ofrecerlas.

Ambos iban sin hablar, dominados por una penetrante y dichosa impresión. Al extremo del jardín la pradera extendía sus ondulaciones hasta el poniente rosado, sobre el cual se destacaban las esbeltas siluetas de los árboles todavía sin hojas.

—¡Qué hermosa es la tarde!, dijo Alicia. Es la hora que más me gusta.

—¡Y á mí!, respondió Pedro como un eco, sin haber reflexionado de antemano.

Pero una música rabiosa llamó de pronto á los paseantes hacia la casa. Banot, para pagar á su modo su cuota del festín, se había encaramado en una carreta al lado del gran nogal y arañaba su violín con un entusiasmo indescriptible, mientras que el joven boyero y la criada saltaban como dos cervatillos en medio de los gansos indignados.

—¡Una polca para acabar la fiesta!, gritó Bautista, arrebatando vigorosamente á Celina. ¡Buena idea!

Los viejos, estimulados por aquellos aires antiguos que les habían hecho bailar á los veinte años, siguieron aquel impulso con ardor, y sirvientes, mozos de labranza y vecinos formaron pronto una multitud que daba vueltas alrededor del músico. Pedro vaciló mirando á Alicia, que sonreía; pero se decidió bruscamente y la condujo al baile.

El oficial se creyó entonces arrebatado á su vez por un mágico torbellino. Sus ideas danzaban una exquisita zarabanda. Nunca había bailado con tanto placer como en aquel patio fangoso.

—¡Este baile improvisado es algo loco, pero muy divertido!, decía Alicia, risueña y animada, con los ojos iluminados por una alegría infantil.

El encanto se rompió por una voz que llamaba á la señorita Alicia. Era el jardinero del Otero, que iba á buscarla. La joven se detuvo de pronto y se escapó del círculo. La Cenicienta no se asustó más, seguramente, al oir que daban las doce de la noche. A la señorita Jaffre, por lo visto, no le gustaba esperar y exigía una sumisión completa á sus órdenes.

Alicia, en efecto, salió en seguida de la casa, sin tomarse tiempo para ponerse el abrigo. Apresuradamente, dijo un adiós colectivo, y tendiendo una mano, aún sin guante, á Celina y á Pedro, exclamó:

—¡Hasta la vista, compadre!.. ¡Y buena suerte!.

El teniente estrechó respetuosamente aquella mano delicada, y se quedó rabioso consigo mismo por sentirse torpe y balbuciente, sin encontrar ninguna linda frase...

Unos instantes después, Celina y él tomaban también la ruta del molino. El joven iba con el cerebro lleno de una multitud de ideas incoherentes que en vano hubiera tratado de ordenar. Por otra parte, aquel estado de agradable vértigo le complacía y la charla de su hermana le importunaba hasta irritarle.

—Es extraño, decía Celina; se está viendo á las personas años y años y se las juzga mal... Nunca

hubiera creído que la señorita Alicia fuese tan sencilla... Es muy amable, ¿verdad?

– Sí, dijo lacónicamente Pedro, con la fisonomía grave.

– Y os habéis entendido muy bien, según parece.

– ¡Basta, hija mía!..

Y aceleró el paso instintivamente para escapar á las preguntas que turbaban sus ensueños. Celina se colgó de su brazo para obligarle á acortar la marcha, y la manecita enrojecida de la muchacha evocó en él, por contraste, la imagen de otra mano que se había apoyado también en la manga de su uniforme, una verdadera mano de señorita, la más fina y delicada que jamás había tocado.

Al llegar á su casa, Pedro cayó de sus ilusiones poéticas hasta la melancólica realidad.

Antonino no había vuelto y acababa de comunicar por telegrama que su ausencia duraría dos ó tres días, pues había decidido acompañar á Karsac en una excursión al Poitou para probar un nuevo cochecillo de petróleo. Destraimes, indignado por aquella desenvoltura, echaba pestes, en uno de aquellos accesos terribles de cólera que le hacían tanto daño. Su mujer, aunque en el fondo desaprobaba la conducta de su hijo, hacía frente á su marido para defender al prófugo con todo el encarnizamiento de que puede ser capaz el que defiende una mala causa...

La llegada de Pedro dió á la buena señora ocasión para colocar sus ordinarios y desconcertantes argumentos... ¿Por qué dejar tanta libertad á unos y privar á otros de sus distracciones preferidas? El joven oficial, vuelto así, bruscamente, á las asperezas de la vida de familia, sintió que sus ideas risueñas se sumergían en un raudal de amargura.

– Madre mía, dijo con voz doliente, mi licencia expira mañana. ¡Querías, sin duda, hacerme desear la hora de la partida, y lo has logrado!..

Nunca su sufrimiento, orgullosamente oculto, se había revelado de aquel modo. Las palabras habían salido de sus labios casi sin que él se diese cuenta de ello. Su madre, al oirlas, se quedó muda, con la boca apretada y los ojos bajos.

Pedro salió unos instantes y trató de apaciguar en un rápido paseo su efervescencia moral. Después pensó en su padre, á quien debía dedicar aquella última noche, y en su afectuosa hermana Celina... y volvió á su casa. Pero la velada fué breve y silenciosa.

El teniente subió á su cuarto muy temprano, abrió la ventana y se asomó. La vega apareciósele bañada por una claridad azulada que teñía á la vez el firmamento, el río y las colinas. Todos los detalles se destacaban con limpieza en aquella dulce luz. La mirada errante del joven encontró el bosque de castaños del Otero y se detuvo en él.

Y entonces se despertaron de nuevo en su ánimo las exquisitas sensaciones que acababa de experimentar, más lánguidas ahora por la influencia de la soledad y de la noche. El alma de Pedro Destraimes fué presa de un sentimiento desconocido, especie de intuición de que aquel día marcaría en su vida una fecha decisiva. Y como era muy joven, pronto sus ensueños se orientaron hacia la esperanza.

Esperanza muy vaga, pero que irradiaba sin embargo como el resplandor de un faro lejano apenas visible entre la bruma... Después de todo, el padre de Alicia no había tenido más fortuna que su charretera... El plan de una deliciosa novela se dibujó en su cerebro. Pero de pronto, avergonzado al sorprenderse divagando tan neciamente, Pedro cerró la ventana. Con todo, á despecho de aquel ataque de su razón, murmuró muy bajito: «¿Quién sabe?.. Todo pudiera ser...» Y suspiró, pensando que el destino se había mostrado con él bastante duro para reservarle aquella hermosa compensación en el porvenir...

– ¡Este baile improvisado es algo loco, pero muy divertido!

A la misma hora y al otro lado del río, Alicia Maurevel estaba también contemplando los campos blanqueados por la luna y meditando. Alicia era una silenciosa, pero no una soñadora. El espectáculo de la vida daba bastante pasto á su pensamiento para que tratase de excitar su imaginación, y aquella joven no buscaba en el amor el sentido de la existencia como la mayor parte de las de su edad, acostumbrada á oirle condenar, odiar y desterrar por las respetables momias y biliosas solteronas de que estaba rodada.

Alicia estaba triste y descontenta. Su tía acababa de disipar con unos cuantos sarcasmos las alegres impresiones de la fiesta. Nada ofendía tanto á la natural generosidad de la joven como la injusticia. Hubiera querido conocer más á Pedro Destraimes para defenderle mejor y convencer á su tía de que no se trataba de un *farsante de aldea* ó de un *guapo de cantina,* como se complacía en afirmar la señorita Jaffre.

Con frecuencia la causticidad de su madre adoptiva afligía á Alicia como una enfermedad incurable, pero nunca había sentido tan vivamente el deseo de reparar los ataques dirigidos á las personas con tan gratuita malicia; jamás se había encontrado tan diferente de la mujer á quien debía tanto agradecimiento; nunca le había parecido tan absoluta su soledad de inteligencia y de corazón... Y nerviosa, afligida y vagamente irritada, la joven apoyó la frente en las manos y se echó á llorar...

III

– ¡Segré! Hemos llegado...

Pedro Destraimes no esperó para saltar al andén que se le hiciera esa advertencia. Estaba impaciente por moverse, por romper su febril pasividad, aguijoneado por la impaciencia que le impulsaba á correr hacia su casa desde que el día antes había recibido en su cuartel del Mans un telegrama que le anunciaba una indisposición alarmante de su padre y reclamaba su presencia en el molino para asuntos graves.

El tiempo necesario para obtener permiso y realizar el viaje, muy breve sin embargo, le había parecido eterno.

En este mismo momento recorría á grandes pasos el camino que culebreaba, blanco y polvoriento, bajo el sol de junio. Hacía ya tres meses que Pedro había pasado por allí. Ahora, la frondosidad de los árboles ocultaba las perspectivas, y la severa riqueza del verano reemplazaba á la gracia indecisa de la florida primavera.

Pero el joven no estaba dispuesto para estas contemplaciones, preocupado solamente de llegar al término de su viaje.

(Continuará.)

MESA PARA OPERACIONES VETERINARIAS

INVENTADA POR DAVIAUS

Esta mesa es un invento reciente que ha de prestar grandes servicios á la veterinaria y que se utiliza con excelente éxito en las principales yeguadas francesas y en el célebre hospital del Dr. Chapard, de Chantilly, especialmente



Mesa de operaciones veterinarias, inventada por Daviaus. – Atadura del animal

para los caballos de carreras de gran precio. Consiste esta mesa en una gruesa tabla de roble con un colchón de cuero, todo ello puesto sobre varios juegos de ruedas. La tabla puede girar alrededor de un eje.

Para utilizar el aparato, se coloca la tabla en posición vertical, y entonces se ata á ella el animal de manera que no pueda hacer el menor movimiento y luego se vuelve á poner el aparato horizontal para realizar la operación.

***

VÍAS FÉRREAS SIN POLVO

El polvo en las vías férreas constituye un inconveniente gravísimo, pues aparte de las molestias que causa á los viajeros, se introduce en las partes inferiores, en los órganos de los vagones y de las locomotoras, gastando muchas piezas del mecanismo, calentando las almohadillas y las cajas y formando con la grasa una substancia espesa que dificulta la rotación.

Para evitar estos inconvenientes, la Compañía francesa de los ferrocarriles del Mediodía, en la línea de Burdeos á Bayona, en donde no puede utilizar como balasto más que arena muy fina, ensayó el procedimiento de arrojar sobre la vía aceites pesados de petróleo que sirvieran como de aglutinante de aquélla. En el primer mes, el resultado fué excelente, pero á los tres meses volvía á haber el mismo polvo que antes: la aplicación había sido insuficiente y además el aceite de petróleo se había aplicado en frío, cuando de haberlo sido en caliente su acción habría resultado mucho más eficaz. Debe, sin embargo, tenerse en cuenta que la primera materia costaba quizás demasiado cara.

En los Estados Unidos se han realizado iguales experimentos, pero en gran escala, utilizándose para ello un aparato inventado expresamente por Mr. James H. Nichol, ingeniero adjunto á la división West Jersey and Seashore del Pennsylvania Railroad.

La instalación se presenta en realidad como un tren de riego, que comprende un vagón depósito ordinario que transporta el petróleo y una plataforma sobre la cual van dispuestos los tubos y las canalizaciones de proyección; estos dos vagones van arrastrados á pequeña velocidad por una locomotora. La plataforma va ordinariamente resguardada por una especie de tienda que protege contra los rayos del sol á los agentes encargados de manejar las espitas; en el grabado que reproducimos aparece la plataforma sin la tienda á fin de que pueda apreciarse mejor la instalación. Debajo de esta plataforma hay un gran tubo, unido por medio de una canalización flexible á la espita de evacuación del depósito de petróleo. De esta conducción central parte un ramal que lleva el hidrocarburo á un tubo transversal fijado en el centro y debajo del vagón en sentido normal al eje de éste y á la conducción principal. Este tubo transversal se divide en tres piezas: una que se extiende debajo del vagón mismo, entre las ruedas, y varios orificios practicados en su parte interior dejan escapar el petróleo, el cual cae sobre el balasto, entre los rieles, sin que éstos se mojen, gracias á unas planchas metálicas que los protegen. Las otras dos secciones del tubo transversal se extienden de un lado á otro del vagón de modo que puedan regar lateralmente el balasto; estas secciones van articuladas por medio de una articulación universal que permite, gracias á una cadena movida por una rueda á mano, levantarlas más ó menos, según la distancia á que se quiere regar, y aun para levantarlas del todo, si es necesario.



Aparato Nichol para el riego de las vías férreas

De esta manera se puede regar con petróleo una parte del talud ó de la trinchera por donde se pasa, y los hombres que dirigen la maniobra tienen á mano algunas espitas que les permiten hacer llegar ó no el petróleo á los distintos tubos. También se dispone de tubos de riego móviles que pueden empalmarse al extremo del tubo principal longitudinal y regar porciones de la vía por donde no pasa el tren de riego. Otro tubo procedente de la caldera de la locomotora suministra vapor para calentar el petróleo y arrojarlo por los orificios de riego.

Ocioso es decir que el aceite empleado es un producto que no se inflama con las chispas que se desprenden de la locomotora; además es poco odorífero, de modo que á los pocos días todo olor ha desaparecido.

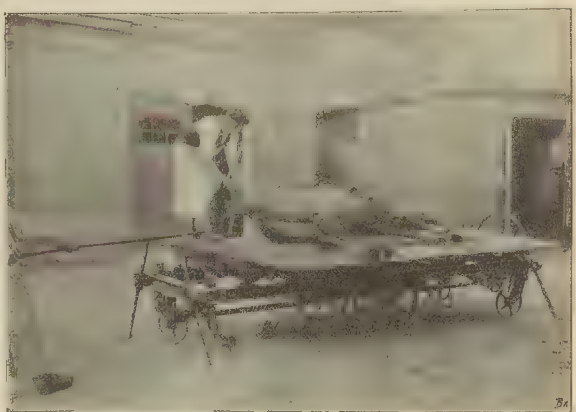
En la primera aplicación de petróleo el gasto ha sido de 140 á 150 francos por kilómetro; pero los riegos sucesivos no se han hecho con tanta abundancia y anualmente las aplicaciones de petróleo no cuestan más allá de 50.

P. DE MERIEL.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

REVISTA GRÁFICA.—El Instituto Catalán de las Artes del Libro ha publicado el segundo volumen de esta revista, que es un verdadero alarde de lo mucho y bueno que en Cataluña producen las artes gráficas, empleando todos los procedimientos de reproducción hoy en uso,



Mesa de operaciones veterinarias. – Posición de la mesa para la operación

desde los más sencillos á los más complicados. Hay en el libro que nos ocupa tirajes en relieve, impresiones en dos colores con dos autotipias, fotograbados, fototipias, tricromías, colotipias, cromolitografías, cromotipias, autotipias, colorigrafías y calcografías, muchos de estos trabajos copiados de notables originales, y todos bellísimos y ejecutados con una pulcritud incomparable. En el texto, no menos escogido, figuran artículos y poesías de los Sres. Guanyabens, Careta y Vidal, Canibell, Bofarull y Sans, Alegre, Viada y Lluch, Furnells, Giró, Rusell, Cail y otros. El tomo ha sido impreso en los talleres de D. Fidel Giró y la cubierta en la casa Henrich y C.ª, y la edición consta de 1.100 ejemplares numerados.

ALMANACH DE LA «ESQUELLA DE LA TORRATXA.» 1903. – El almanaque del popular periódico correspondiente al presente año no desmerece de los anteriores: contiene multitud de artículos, cuentos, poesías, epigramas firmados por más de cien escritores, entre los cuales figuran los principales nombres de literatos catalanes, é infinidad de grabados en color y en negro de nuestros más celebrados artistas. Forma un tomo de 200 páginas con una bonita portada en color y ha sido editado en Barcelona por Antonio López Precio, una peseta.

LA MELLOR CORONA, poesías de *Mosén Jacinto Verdaguer.* – Los Sres. Busquets y Punset y Viada y Lluch, amigos cariñosos y admiradores entusiastas de Verdaguer, han reunido en este tomo varias de las poesías de *Mosén Cinto* poco conocidas, hermosísimas todas, llenas de ese sentimiento, de ese perfume místico que caracterizan á las composiciones del inmortal poeta. El propósito que ha guiado á los coleccionadores ha sido tejer una corona á la memoria del llorado vate, y en verdad que han escogido para ella flores de una belleza incomparable, que forman realmente *La millor corona* en honor del autor del *Canigó* y de la *Atlántida*. El libro va precedido de una sentida y muy interesante carta del Sr. Viada y de un notable prólogo del Sr. Busquets. Se vende á tres pesetas y los productos de esta edición son para la hermana de Verdaguer.



MME. HUMBERT, M. HUMBERT Y MARÍA DAURIGNAC

EL ASUNTO HUMBERT

La captura de la familia Humbert, llevada á cabo por la policía de Madrid, ha ocupado durante muchos días á la prensa madrileña y á la francesa, que han dedicado columnas y más columnas á relatarnos la historia, las costumbres, lo que hacían y decían estos tristemente célebres personajes desde que huyendo de París se establecieron en la corte, hasta su reciente ingreso en la Conserjería, en la capital de Francia.

Por esta razón, y por creer que el asunto no merece la importancia que se le ha concedido y que pocas veces se concede á cuestiones bastante más trascendentales, omitimos ocuparnos detalladamente de este caso judicial, que al fin y al cabo se reduce, según parece, á una colosal estafa, realizada por procedimientos más ó menos hábiles.

Y decimos según parece, porque los Humbert se presentan como víctimas de una explotación infame, es decir, como estafados, mientras que la justicia los persigue como estafadores. Los tribunales franceses resolverán de parte de quién está la razón.

De todos modos, el alma del negocio, es decir, la principal estafadora ó la principal víctima, es Mme. Teresa Daurignac de Humbert, poderosamente ayudada por su hermano Román. En cuanto á M. Humbert y á los otros dos hermanos Daurignac, han sido, según todas las probabilidades, actores secundarios en este drama ó en esta comedia, que de ambas cosas tiene trazas este asunto; y por lo que hace á Eva Humbert nadie pone en duda su inocencia absoluta, y es la figura verdaderamente simpática é interesante del cuadro.

En ciertos círculos franceses se espera que el proceso ha de ser sensacional, como ahora se dice, pues no falta quien pretende que en el negocio están comprometidas altas personalidades de la política y de la magistratura; pero los que tal afirman empiezan á decir, preparándose anticipadamente la retirada, que son tantas las influencias puestas en juego, tantas las promesas hechas á los procesados, que éstos nada revelarán por la cuenta que les tendrá el silencio. En cambio, son muchos los que creen que nada de esto sucederá, porque nada de lo supuesto es cierto, y que el *affaire* Humbert no pasará de ser un caso vulgarísimo de estafa, como otros muchos, de los cuales sólo se diferenciará en la cuantía de las cantidades estafadas, que en vez de ser de algunos miles de francos, es de muchos millones. – X.



ROMÁN DAURIGNAC

RECUERDO DE NOCHEBUENA. – La Nochebuena en el Sur de Italia, dibujo de Ricardo Pellegrini

Imp. de Montaner y Simón

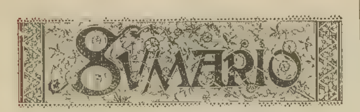
La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 12 de enero de 1903 — Núm. 1.098



UN RAPAZUELO, cuadro de Guillermo de Grau

(Salón del Círculo Artístico)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLICÍA

En tela de juicio y sobre el tapete anda estos días la aptitud de nuestra policía, con motivo de la captura de los Humbert. ¿Ha sido el descubrimiento de los monumentales estafadores un acierto, acierto verdadero, reflexivo, pues aquí no valdría ufanarse por éxitos casuales, sonaduras de flauta de aquellas de que trataba el fabulista? ¿Ha sido, por el contrario, la sencilla maniobra del que sabe, debido á que se lo avisan por carta anónima, que en un cajón está un billete de Banco, y abre el cajón y recoge el billete con gran sosiego? Las dos opiniones tienen defensores; pero observaré que la primera dominó al pronto, y que según van pasando días prevalece la segunda, domina el escepticismo.

***

En efecto, reconstruyendo la historia de los Humbert desde que abandonaron la capital testigo de sus triunfos y campo de sus empresas, se ve que esta familia de caballeros de industria llegó á Madrid hace bastantes meses y se instaló tranquilamente, como pudiera si no tuviese ningún motivo para ocultarse. Alquilaron los Humbert un hotel, tomaron su asistenta española, salieron á la calle todos los días, fueron á los toros, engalanaron sus balcones en las fiestas de la jura. Corrió tiempo, y á pesar de que una familia numerosa, extranjera y totalmente desconocida debe llamar siempre la atención de la policía, y moverla á realizar pesquisas hasta averiguar de dónde y á qué viene; á pesar de que la policía española tendría en su poder, sin género de duda, retratos de los Humbert, sus señas, su filiación, ahí se estuvieron pacíficamente, sin que á nadie se le importase un ardite de ellos. La prensa europea, cada ocho días, hablaba de los Humbert, de su increíble desaparición, consagraba artículos á las hipótesis de su escondrijo..., y nuestra policía, que debiera haberlos espiado desde la primer semana, ni aun soñaba con descubrir la menor relación entre una familia que no podía pasar inadvertida y los estafadores á quienes infructuosamente se perseguía por el mundo entero.

***

Los rumores más novelescos han corrido para explicar la repentina clarividencia de nuestra policía: hay quien cree que lejos de estimularla á que abriese el ojo, en Francia se deseaba una policía ciega y sorda. – Ahora bien; yo que me inclino siempre á lo verosímil, antes que á lo novelesco, no doy gran crédito á descabelladas versiones que ruedan de boca en boca, y acepto el hecho sencillo, natural, probado experimentalmente, de una policía descuidada, bien intencionada, pero no avezada á esas prestigiosas campañas que han inmortalizado á algunos célebres polizontes franceses.

Acertar *por casualidad* no es un acierto profesional policíaco. Eso le puede suceder á cualquiera: yo escucho una conversación al través de un piso ó de un muro, en una fonda, en un coche, y esa conversación me entrega á un gran criminal... Pero si mi oficio es vigilar, buscar, capturar criminales, debo *provocar* la circunstancia fortuita que me los ponga en las manos. La labor del polizonte es *arte, arte social*, y exige altas dotes, profundos estudios sociales también. No puede desempeñarla el primero que llegue, y no puede encontrarse más adelantado ese arte de lo que lo esté la sociedad misma, en conjunto. En una sociedad adelantada, todo el mundo auxilia á la policía, está interesado en cooperar á que se cumpla la ley. La policía, en efecto, sólo en Estados mal constituídos, en organizaciones sociales defectuosas, es mirada como elemento *áparte* de la sociedad, y aun como algo *enemigo* y reprobable. La reconciliación entre la sociedad y la policía significa: en la sociedad, el respeto á las prescripciones legales; en la policía, conciencia de la dignidad de su misión, incremento de inteligencia y moralidad.

***

Por eso aquí podemos tener un polizonte que desempeñe su misión con acierto, un *individuo* apto, y yo no regateo al Sr. Caro los méritos que en la captura de los Humbert pueda haber contraído; pero niego que por esta captura debe decirse que tenemos una policía mejor organizada que los restantes servicios, cuyas deficiencias tanto se lamentan y con sobra de razón. No ha mucho que la célebre Cecilia Aznar necesitaba, para hacerse prender, cometer todo género de imprudencias durante quince días, y venir, por decirlo así, á meterse ella misma en la boca del lobo, hasta el punto de que la prensa la adjudicó, á ella misma, la recompensa ofrecida á quien la capturase. Los Humbert, á su vez, tampoco extremaron las precauciones; ni se separaron, ni se disfrazaron, ni casi se escondieron. Y nótese que Cecilia y más aún los Humbert eran caza señalada por todas las jaurías, presas apetecidas universalmente. La impunidad y la seguridad del reo aumentan en razón directa de lo obscuro é ignorado del crimen. La lista de los criminales «no habidos» es infinita, el olvido cae sobre ellos y sobre sus actos, la justicia archiva las diligencias, y en paz. Cierto es que también en el extranjero hay criminales famosos que han burlado á la policía, como *Jack* el destripador; pero nótese que, comparado al inmenso Londres, Madrid es apenas un lugar de Castilla. Aquí todo el mundo conoce á todo el mundo: timadores, carteristas, vendedores ambulantes, placeras, menegildas, el hampa y la golfemia, el mundo de Salillas y Llanas Aguilaniedo, puede tenerlo en sus apuntes clasificado con perfecto orden un jefe de policía, y saber, como sabe su propio nombre, la vida, milagros, clase y condición de cuantos habitan en la villa coronada y pueden por cualquier concepto exigir que sus actos se vigilen. Porque, en materias tales, se procede por exclusión. De quinientos mil moradores de la corte, creo que no es aventurado suponer que cuatrocientos mil son personas honradas, ó dígase de *normalidad legal:* familias conocidas, pertenezcan á la clase que pertenezcan, señores, industriales, trabajadores, artesanos, gente cuyos actos no es preciso inspeccionar. Quedan, pues, cien mil *sospechosos;* á esos habrá que tenerlos en estudio, conocerles, no ignorar sus pasos; pero, especialmente, sólo á mil ó mil quinientos malhechores de oficio conviene no perder nunca de vista. Parece mucho y no es nada, cuando se les conoce bien y se poseen antecedentes, retratos, datos preciosos, que les entregan á la policía apenas se deslicen. Es cuestión de buena organización y de exquisita vigilancia. Madrid, capital relativamente pequeña, podía y debía ser un modelo en cuanto á seguridad y á barrido. Y sin embargo, por recientes estudios sociales no ignoramos que se encuentra punto menos que como manigua ó selva virgen, donde á su sabor realizan gatuperios y fazañas todos los avechuchos dañinos.

***

Que la sociedad puede y debe contribuir á que cumpla su oficio la policía, es axiomático. Aquí, sin embargo, confundidas las nociones de lo justo y de lo injusto, mientras por una parte lamentamos la insuficiencia de la policía, por otra nos colocamos, con derroche de romanticismo, al lado del delincuente, y le encontramos simpático, interesante y digno de compasión. No importa que los delincuentes interesantes se hayan concluído, que ya no existan reos políticos, que aquella bonita leyenda del *perseguido* á quien es preciso salvar aun á costa de la propia vida haya pasado á la historia y sólo se cante con música de la *Tosca* en el teatro: no pudiendo idealizar á un revolucionario, se idealiza á un tramposo, á un ladrón, á un asesino. Corrientes de simpatía van hacia el deslucido héroe de una odisea que canta la música callejera del romance. La familia Humbert – sobre todo Teresa Daurignac – ha sido mirada hasta con cariño, mientras se insultaba á sus presuntos denunciadores. Y en mi tierra y fuera de ella también, no ha faltado quien mirase como á un Judas al cura de Freijo, que facilitó á la guardia civil los medios para conseguir la captura del bandido Mamed Casanova, nuestro *Fra Diavolo.*

***

Ese cura, que recuerda, hasta en pormenores curiosos, á aquel otro por mí retratado en *Nieto del Cid* – un cuento que se ha leído y traducido bastante y del cual hicieron en Francia un dramita en un acto, – ese cura de una parroquia extraviada, es más hombre que el bandido; ha demostrado mayor sangre fría, se ha jugado la vida con mayor calma. Le atrajo á una emboscada, es cierto; pero recuérdese que el bandido acababa de pedirle «una limosna.» Y ya sabemos lo que esto significa en su lenguaje. El bandido se disponía á despojar al cura, y tal vez no hubiese parado ahí, como no paró en la casa del otro cura anteriormente desbalijado por Mamed y donde quedó, testimonio de la ferocidad de este malhechor, el cadáver de una mujer indefensa y asesinada fríamente. Son los curas de aldea las víctimas propiciatorias de los bandidos: allí caen y allí cometen todo género de crueldades y de horrores. Mamed, que por tantos estilos es un bandido italiano, dijo en sus declaraciones que él jamás dispararía sobre el cura; que respetaba el carácter sacerdotal. Mamed lleva escapulario, y cuando cayó herido por la bala del mauser de los guardias, al punto pidió confesión, que le administró el mismo párroco que acababa de hacer efectiva su captura. Con toda esta religiosidad, no me fiaría yo, en el pellejo del párroco, de las buenas inspiraciones que á Mamed le dictase la acendrada fe. Nada de eso: á cien leguas me quisiera de tan famoso creyente, que despachó, hasta sin confesión, á la criada de otro cura, y no despachó al amo de la criada, sencillamente porque se había descolgado de una ventana al campo, y ya ni un galgo á todo correr le alcanza en su despavorida fuga.

***

La opinión, así y todo, se puso en contra del valiente párroco de Freijo, y no sé si le calificó de *traidor* inclusive. A los que así predican quisiera yo ver perdidos en una montaña, lejos de auxilios humanos y con Casanova rondándoles la puerta. Quisiera yo que pudiesen oir los lamentos de las míseras mujeres atropelladas por el bandido, y dejadas con su escarnio y su vergüenza, deshaciéndose en lágrimas, en un monte ó al borde de un sendero; y entonces me dirían si con fiera por el estilo se ha de proceder tan caballerosamente cómo con D. Amadís de Gaula ó D. Belianís de Grecia.

Si la sociedad no es *social* – y ¿quién duda que estamos muy poco *socializados?* – la policía no puede ser muy perfecta, los institutos llamados á asegurar y mantener el orden tienen que resentirse á su vez del mismo ambiente que les rodea, y los encubridores y cómplices indirectos abundarán siempre más que los hombres ternes como ese párroco, á quien desde aquí felicito, declarándole *profesor de energía.*

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA PRINCESA LUISA DE SAJONIA

Grave escándalo ha causado la fuga de la princesa Luisa de Sajonia, que ha abandonado á su esposo y la corte sajona, y en compañía de su hermano, el archiduque Leopoldo de Austria-Toscana, y de cierto belga, Andrés Girón, se ha dirigido á Ginebra, en donde se encuentran actualmente los tres personajes y una señorita, Guillermina Adamowicz, amante del citado archiduque Leopoldo.

La génesis de esta novela es la siguiente:

En 21 de noviembre de 1891, la princesa Luisa, que entonces contaba veintiún años, casóse con el heredero de la corona sajona, el príncipe Federico Augusto. Aquel matrimonio, puramente diplomático, no proporcionó á la joven esposa la dicha que toda mujer tiene derecho á esperar cuando se une á un hombre en indisoluble lazo: su carácter alegre, jovial, no pudo aclimatarse en aquella corte austera, rigorista, y su corazón apasionado no encontró la debida correspondencia de afectos en su marido, más aficionado á los espectáculos militares y á la caza que á la dulce tranquilidad del hogar.



FEDERICO AUGUSTO, príncipe heredero de Sajonia



LA PRINCESA LUISA



EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO FERNANDO

Hace un año, fué nombrado profesor de sus hijos mayores, Cristián y Jorge, un joven belga, M. Andrés Girón, nacido en Gante en 1868, antiguo y brillante alumno del Ateneo de Ixelles y de la Escuela de Minas de Lieja, y que por su elegancia y su inteligencia llamó desde luego la atención de cuantos



M. ANDRÉS GIRÓN

le trataron. La princesa, mujer de gran talento y apasionada por las bellas artes y por la literatura, conocedora de los novelistas franceses, hasta el punto de que se dice que sufrió más de una reprimenda y aun algunos días de arresto por haber leído las obras de Zola, sintió desde luego simpatías por Girón, simpatías que no tardaron en trocarse en amor.

Según parece, el rey, durante una ausencia de su hijo, enteróse de lo que ocurría, y el profesor, despedido de palacio, hubo de salir precipitadamente de Dresde el día 14 de noviembre último. Mas no por eso se interrumpieron sus relaciones con la princesa, sino que continuó sosteniendo con ella correspondencia, y una semana después partía aquélla para Salzburgo, en donde reside gravísimamente enfermo su padre, el archiduque Fernando Salvador, gran duque de Toscana. En la noche del 11 al 12 de diciembre salió de aquella ciudad en compañía de su hermano, dirigiéndose á Zurich, en donde dos días después se reunió con Girón, marchando juntos á Ginebra.

Con ellos fué también el compasivo hermano, que tampoco iba solo, sino acompañado de la señorita Guillermina Adamowicz, hija de un modesto empleado de correos de Viena, con la cual sostenía relaciones desde hacía mucho tiempo. El archiduque Leopoldo Fernando de Toscana, nacido en Salzburgo en 2 de diciembre de 1868, es muy poco amante de la disciplina y del ceremonial cortesano, y en la capital austriaca concurría con frecuencia á las cervecerías de artistas y departía amigablemente con pintores y poetas.

El emperador de Austria, para poner término á lo que en aquella corte, la más etiquetera del mundo, se consideraba como gran escándalo, desterró de Viena al Sr. Adamowicz y á su hija; el archiduque vióse, á su vez, obligado por el soberano á emprender un viaje, de regreso del cual refugióse al lado de su padre en Salzburgo.

Las aventuras de su hermana precipitaron su decisión: acompañó, como hemos visto, á la princesa á Suiza, en donde se le unió Guillermina, y desde donde notificó al emperador Francisco José su deseo de abandonar su patria y su rango y de vivir como particular, con el nombre de Leopoldo Woelfling, ganándose el sustento como grabador. Actualmènte se ha retirado á Montreux con su compañera, después de haber sido exonerado de sus títulos y dignidades y borrado de la orden del Toisón de Oro.

Por su parte, la princesa Luisa y Andrés Girón han vivido dichosos hasta hace poco en Ginebra, en el Hotel de Inglaterra, en donde ocupaban dos modestas habitaciones. Ultimamente se han separado, mientras en Sajonia se incoan los procedimientos para la separación de cuerpos pedida por el príncipe Federico Augusto y para el divorcio solicitado por su esposa, que han de poner término legal á esta novela que tanta sensación ha producido y tanto ha dado que hacer á los *reporters*. Uno de éstos ha logrado sacar de los dos amantes varias fotografías, en las cuales se muestran al mundo tal como sueñan vivir, juntos, apoyados el uno en el otro y como desafiando los severos juicios que acerca de su conducta puedan formularse. — R.

EL PIANISTA PEPITO ARRIOLA

De verdadero prodigio musical merece ser calificado este niño pianista, que, á la edad de dos años y medio, sin haber recibido lección alguna, sentóse por propio impulso y por primera vez al piano y con seguridad y exactitud asombrosas repitió una pieza que acababa de tocar su madre, y tocó luego otras varias que, según decía con infantil gracejo y poniéndose el dedo en la frente, «le salían de aquí.» A los pocos meses daba en Madrid un concierto delante de un numeroso público, compuesto de notabilidades músicas y críticas, que quedaron maravilladas ante aquel caso inexplicable de precocidad artística. Estudió luego en el Conservatorio haciendo tan rápidos progresos, que á los tres meses leía música con celeridad extraordinaria y transportaba de repente á los tonos más difíciles.

Hace un año que el niño Arriola, que ahora cuenta seis de edad, se trasladó, por indicación del famoso director Nikisch, á Leipzig, en donde recientemente ha dado un concierto ante un círculo escogido de invitados, causando la admiración y el entusiasmo de todos.

Nikisch, hablando de él, ha escrito: «El pequeño Pepito Arriola es un niño dotado de cualidades fenomenales; en presencia de su talento musical nos sentimos como ante un enigma. No se sabe qué admirar más en él, si su memoria inaudita, ó su estilo delicioso, genuinamente musical, ó su notable talento para fantasear, para componer. Los progresos que



EL NIÑO PEPITO ARRIOLA, pianista de seis años de edad

ha hecho desde que recibe regularmente las lecciones del excelente profesor Reckendorff (¡dos meses!) exceden á todo lo que pudo esperarse. De Pepito hemos de oir grandes cosas.» — S.



Vista general de Tánger tomada desde el muelle

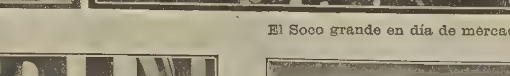


Tipos de Tánger



Puerta del Soco grande





El Soco grande en día de mercado



Puerta de la Alcazaba



Puerta del Soco grande detallada



La Alcazaba

LA GUERRA EN MARRUECOS.—Vistas y tipos de Tánger (de fotografías)



LA GUERRA EN MARRUECOS.—**Cabilas berberiscas negándose á pagar el tributo al sultán,** dibujo de R. Catón Woodville

LAMBESSA Y THAMUGAS

DOS CIUDADES ROMANAS EN EL NORTE DE AFRICA

En las inmensas llanuras del Sahara pueden seguirse las huellas del grandioso pasado de los territorios costaneros del Norte de Africa en tiempo de los cartagineses y de los romanos; y en el más bello oasis de Argelia, allí en donde, en las últimas décadas, se ha levantado un elegante sanatorio para la humanidad doliente, el suelo oculta las ruinas de una fortaleza romana que hace quince siglos hubo de resistir los ataques de las tribus del desierto, de los antepasados de los actuales tuaregs.

Una visita á Biskra, la antigua *Ad piscinam*, no es hoy una cosa extraordinaria, y son muchos los que han contemplado las antigüedades que se han descubierto en el camino que conduce al desierto; pero pocos son los viajeros que dejando en la alegre estación de Batna el ferrocarril, toman la antigua vía romana que por Lambese y Theveste llegaba hasta el pie del monte Aurés, para visitar, en la región de Timgad, las ruinas de la ciudad romana de Thamugas, que contaba 50.000 habitantes. Y sin embargo, esta interesantísima excursión no es difícil ni mucho menos, sino, por el contrario, cómoda; puede hacerse en un día, y sólo obliga á pernoctar una noche en la pequeña ciudad de Batna, en donde siempre se encuentran carruajes y los víveres necesarios para la expedición.

Después de haber dejado atrás el campo de maniobras de las tropas de guarnición en Batna, el camino, que es bastante bueno, dirígese á Lambese, la Lambessa de los romanos. Desde lejos se divisan los grandes edificios destinados á prisiones correccionales y presidios que los franceses han construído en esa aldea, poblada por 1.700 almas; pero muy pronto se distinguen también los restos de las anchas y grises murallas del pretorio romano, situado en la carretera que pasa por la parte Norte de los jardines de aquellas construcciones. Durante más de tres siglos fué Lambessa residencia de la tercera legión Augustana y capital militar de la provincia Numidia, y las grandiosas ruinas que allí se ven todavía atestiguan la importancia que aquella población tuvo en otro tiempo. Un amplio recinto embaldosado rodea el monumento, del que existen aún trozos muy considerables, á pesar de que los indígenas han sacado del Pretorio y de otras construcciones los materiales para sus viviendas. Este abuso está hoy rigurosamente prohibido, y las ruinas de Lambessa, como las de Thamugas, hállanse severamente vigiladas. Desde el Pretorio y mirando de espaldas á Batna se ve el sepulcro de Quinto Flavio Máximo, legado de la tercera legión, que un oficial francés descubrió y restauró. Antiguamente debieron alzarse en la ciudad más de cuarenta arcos de triunfo; pero en la actualidad sólo se conservan los restos de uno de ellos, el de Septimio Severo, que están bastante bien conservados. Tres arcos se levantan sobre las ruinas que en el transcurso de los años han ido cubriendo el suelo; algunas depresiones del suelo con graderías permiten reconocer la existencia de un anfiteatro; en otro sitio, se ven varios fragmentos de columnas y piedras, procedentes de un templo dedicado á Esculapio. También subsisten algunos restos de un acueducto, y cerca del Pretorio hay, resguardado por una techumbre construída *ad hoc*, un mosaico muy bien conservado que representa á Baco y en los ángulos las cuatro estaciones.



El Pretorio de Lambessa

El camino de Thamugas conduce desde allí á la aldea de Markuna, la Veracunda de los romanos. En una casa admirablemente situada y rodeada de exuberante vegetación, residencia de un oficial francés retirado, existe otro bonito mosaico, y en toda la aldea se encuentran ruinas de no pequeña importancia que revelan el grandioso pasado de aquella región.

A unos 25 kilómetros de Lambessa, una piedra colocada al borde de un campo indica que sólo nos falta recorrer dos kilómetros y medio para llegar á Timgad, objetivo de nuestra excursión. Las altísimas columnas, los arcos de las antiguas puertas y las grandes masas de piedra que allí encontramos, justifican el dictado de Pompeya africana que se ha dado á estas ruinas. La situación de aquella ciudad hubo de ser en extremo bella en los tiempos en que á sus pies se extendía una feracísima llanura: al Este álzase una cadena de montañas; al Sur la cordillera del Aurés, y al Oeste y al Norte pequeñas colinas en las cuales estuvieron en otro tiempo, según múltiples excavaciones lo han demostrado, las quintas en donde pasaban el estío los ricos ciudadanos. A la entrada de la antigua ciudad hay un pequeño edificio destinado á museo, en el que se guardan varias estatuas y mosaicos; pasado éste y entrando por la puerta Norte, de la que existen todavía algunos restos, se sigue un camino que conduce al Foro y á cuyos lados levántanse muchas casas. En el Foro se ven aún las columnatas y las tribunas de los oradores, y dos columnas, recientemente reconstruídas, indican el sitio en donde estuvo un templo de la Victoria; una de las piedras ostenta una inscripción, perfectamente conservada, que dice: «*Venari, lavari, ludere, ridere, hoc est vivere*» (Cazar, bañarse, jugar, reir, esto es vivir), y que hace suponer que el Foro era, no sólo el lugar en donde se desarrollaba la actividad política, sino el que servía para los pasatiempos de los ciudadanos. A unos 100 metros del Foro, y en una vía en donde se ven todavía huellas del tránsito de vehículos, hay un arco de triunfo de cuatro metros de espesor por 16 de alto con tres aberturas: una lápida, que en otro tiempo estuvo colocada en el ático, aparece hoy destruída en el suelo, y la inscripción que contiene dice que Thamugas fué fundada el año 100 de la era cristiana por el legado y propretor de la tercera legión Augustana. Las columnas que adornan el arco son de orden corintio, lo mismo que las que se ven al otro lado del Foro, en el camino que lleva al mercado, construcción debida á Sergio Marco Flocio Fausto, y de la que existen todavía el vestíbulo con una fuente y algunos puestos de venta: varias ánforas y otras vasijas allí descubiertas se guardan en el museo.



El Foro de Thamugas, hoy Timgad

Junto al mercado hay los restos de una vivienda que antiguamente debió estar lujosamente instalada y que perteneció al fundador de la ciudad y á su esposa Cornelia Valentina: desde ella, un hermoso camino, del que aún existen doce columnas, conduce al Capitolio. Del mercado se llega á ese camino por un pórtico, del que se conservan ocho fragmentos de columnas.

Las ruinas del Capitolio se ven desde toda la ciudad y aun desde mucha distancia de ésta. Por una



EL TEATRO DE THAMUGAS

escalinata de 40 escalones se llega al templo de Júpiter Capitolino, del que se conservan en pie restos de muros en una extensión de 66 metros de ancho por 90 de longitud. En la construcción subterránea hay dos columnas de 16 metros de alto por 1'50 de diámetro en su base, y delante del templo, en el sitio en donde hubo un altar, se encuentran numerosos restos de magníficos capiteles, columnas, ornamentos, frisos, etc., que indican cuál debió ser la magnificencia de aquel santuario. Desde el Capitolio puede visitarse el fuerte bizantino existente á 300 metros al Sur de la ciudad: los materiales con que construyó este fuerte Solomón, un general de Belisario, fueron sacados del Foro.

Más allá se encuentran las termas del Sur: los subterráneos conservan aún sus bóvedas, y todavía existen las canalizaciones y las distribuciones de agua fría y caliente, la exedra, en donde las gentes descansaban después del baño, los caldarios y los sudatorios, y se admiran multitud de pavimentos y mosaicos, y algunas estatuas de la diosa Higieya, de Mercurio, de ninfas. Además de estas termas hay otras varias, entre ellas las del Norte, no menos hermosas que las del Sur, y de las que se conservan muchos elevados muros.

Desde las termas del Sur se va al grandioso teatro, que podía contener 1.500 espectadores: en un círculo de 65 metros de radio hay siete filas de asientos, dispuestas alrededor del Podium, que estaba separado del público por la orquesta; detrás de la escena se ve el Postscenium con los vestuarios y departamentos de descanso para los actores.

Del teatro quedan aún en pie trece columnas, que con otras tres, hoy arruinadas, embellecían aquel recinto. El panorama que desde aquella altura se descubre es hermosísimo, ofreciéndose á la vista del viajero en toda su grandeza el Forum y el campo de ruinas de Thamugas.

Entre estos grandes monumentos existen en toda la ciudad multitud de casas más ó menos bien conservadas.

En la ciudad, cuyas excavaciones se han llevado á cabo bajo la dirección de Alberto Ballu, arquitecto en jefe de los monumentos históricos de Argelia, se han descubierto también siete basílicas cristianas, ninguna de las cuales, sin embargo, tiene importancia.



COLUMNATA DE THAMUGAS QUE SE EXTIENDE ENTRE EL MERCADO Y EL CAPITOLIO



VISTA GENERAL DE LAS RUINAS DE THAMUGAS

El territorio de Timgad desempeñó un papel muy importante en las luchas de los donatistas: el obispo Aptatus que en la ciudad de Thamugas residía fué durante mucho tiempo el jefe de aquel partido fanático; y como era oriundo de Numidia, es de suponer que contaba con numerosos partidarios.

Recientemente se ha comprobado que en la tribu de los chacías, tribu árabe establecida en la cordillera del Aurés, se han conservado usos y costumbres que recuerdan los que practican los cristianos para celebrar la Natividad del Señor y la Pascua de Pentecostés.

Al salir de la ciudad encuéntrase una fuente, junto á la cual puede el turista descansar de su excursión y resguardarse de los ardientes rayos solares, emprendiendo luego el viaje de regreso á Batna, punto de partida de aquella interesante expedición á las antiguas ruinas romanas, que constituyen una verdadera maravilla en medio del desierto, tanto más curiosa cuanto que sus bellezas son menos conocidas que las de las ruinas similares que en Italia se conservan. – H.



OFELIA, estatua de D. Puech



UN RAPTO, cuadro de G. Thurner. (Salón de París de 1902.)

NUESTROS GRABADOS

Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta. – Nació D. Práxedes Mateo Sagasta en Torrecilla de los Cameros en 21 de julio de 1827, y en 1842, tras un brillante examen, ingresó en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, entrando al mismo tiempo en la vida política y afiliándose al partido progresista, dentro del cual mostróse inclinado á las tendencias radicales.

Terminada la carrera, ejerció su profesión en Valladolid y Zamora, y al estallar la revolución de 1854 tomó parte activa en el movimiento y presidió la junta revolucionaria de la última de las dos ciudades citadas. Elegido diputado, distinguióse en aquellas Constituyentes como orador elocuente, fogoso, hábil é intencionado, y entró en la redacción de *La Iberia*, que dirigía Calvo Asensio. En 1856 hubo de emigrar á Francia, volviendo al poco tiempo á España en virtud de la amnistía concedida por el gobierno.

En 1863 adquirió la propiedad del mencionado periódico y en 1866 se sublevó con Prim, viéndose á consecuencia de ello obligado á huir á Portugal, de donde pasó á Londres y luego á Francia. A los pocos meses regresó á Madrid; pero sentenciado á muerte por su participación en la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil, hubo de emigrar nuevamente hasta que estalló la revolución del 68. Formó parte del primer gobierno revolucionario, desempeñando la cartera de Gobernación; fué luego ministro de Estado con Prim, y ejerció gran influencia durante el breve reinado de D. Amadeo, habiendo estado varias veces al frente del ministerio.

Entronizado D. Alfonso XII, formó el Sr. Sagasta el partido constitucional, y en febrero de 1881 recibió por vez primera el encargo del joven monarca de formar gabinete. Las discusiones que surgieron en su partido y los sucesos de Badajoz, Santo Domingo y La Seo, que le sorprendieron en el poder, le obligaron en 1883 á presentar la dimisión.

La muerte de D. Alfonso XII llevó de nuevo en 1885 al gobierno al Sr. Sagasta, el cual gobernó hasta el año 1890, prestando durante aquel período grandes servicios á la Regencia, pues con la aprobación de algunas leyes democráticas atrajo á la monarquía valiosísimos elementos del partido republicano.

En 1892 volvió á ocupar el poder, ocurriendo durante su gobierno la guerra de Melilla; en 1897, al morir el Sr. Cánovas del Castillo, la reina regente le encargó una vez más de la presidencia del Consejo de Ministros, habiendo tenido la desgracia de que estallara entonces la guerra con los Estados Unidos, cuyas consecuencias fueron la pérdida de nuestro imperio colonial. En marzo de 1901 subió por última vez al gobierno, que desempeñó hasta diciembre de 1902.

Tal es á grandes rasgos la biografía del político que más ha influído seguramente en los destinos de España durante el último tercio del siglo XIX, del que por más tiempo personificó las ideas liberales, defendiéndolas en la oposición con la palabra, con la pluma y con las armas, é implantándolas en el gobierno.

Era el Sr. Sagasta hombre de amabilísimo trato, frugal, modesto, poco amigo de las etiquetas cortesanas; conocedor como pocos de los recursos parlamentarios y de los resortes gubernamentales, y tan poco amigo de distinciones aparatosas, que habiendo podido reunir todas las grandes cruces y condecoraciones nacionales y extranjeras y alcanzar cualquier título nobiliario, no tuvo más que el Toisón de Oro y la cruz de Beneficencia, y nunca quiso añadir título alguno á su nombre.

¡Descanse en paz el ilustre hombre público!

***

Un rapazuelo, cuadro de Guillermo de Grau. – El cuadro que reproducimos forma parte de la exposición que de varias de sus producciones ha organizado en el Salón del Círculo Artístico de esta ciudad el novel pintor Sr. Grau. Joven, muy joven, no tiene otros méritos que alegar que los que se desprenden de sus obras y la revelación de lo que puede esperarse de sus condiciones y aptitudes, ya que á quien, como él, en los albores de la vida, en sus primeros empeños artísticos sabe interpretar tan discretamente las delicadas combinaciones de luz, dar relieve, carácter y expresión á las figuras y amasar en su paleta las coloraciones que recuerdan el natural, debe concedérsele la confianza de que ha de llegar á producir obras de más importancia y mayor aliento. Discípulo aventajado, primero del pintor Sr. Baixas y después del Sr. Sorolla, demuestra que ha procurado aprovechar las enseñanzas que recibiera. Los varios cuadros al óleo que figuraron en la exhibición y especialmente sus dibujos al carbón, trazados con soltura y firmeza, atestiguan el ventajoso concepto que ha podido formarse del novel artista, á quien no titubeamos en recomendar persevere en el estudio para que pueda lograr el envidiable puesto que le reservan sus recomendables aptitudes.

***

La guerra de Marruecos. – Todas las explicaciones que se han dado acerca de las causas de la lucha civil que ha estallado en Marruecos convienen en lo mismo: la guerra es pura y simplemente una manifestación del fanatismo de aquel pueblo, que no puede ver con buenos ojos las tendencias civilizadoras del sultán Abd el-Azís. Sabido es que éste, desde hace tiempo, demuestra ostensiblemente sus aficiones á los progresos modernos, y que, por otra parte, no ha cuidado lo bastante de mantener incólume su carácter de pontífice máximo de sus súbditos, y esto pugna con el modo de pensar y de sentir de los marroquíes y con el de todos los musulmanes en general. Aprovechando este estado del país, un fanático ó un ambicioso, Mohamed-el-Roghi, levantó la bandera de la rebelión, y á su alrededor no tardaron en agruparse multitud de tribus descontentas, que nunca faltan en aquella tierra; los rebeldes se hicieron fuertes en Tazza, y en la primera batalla formal, librada en el territorio del Tsul, derrotaron y dispersaron á los imperiales, causando en sus filas horribles estragos y apoderándose de un cuantioso botín de armas, víveres y dinero. El efecto que este sangriento combate produjo en todo el imperio y en todas las naciones interesadas en la cuestión marroquí fué inmenso; sin embargo, el Roghi no ha sabido ó podido sacar todas las ventajas posibles de su victoria, y después de haberse acercado á Fez y aun de haber amenazado



EL EXCMO. SR. D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA
fallecido en Madrid el día 5 de los corrientes

con sitiar y asaltar esta capital, se ha retirado nuevamente á sus posiciones de Tazza, mientras el sultán va juntando fuerzas, con las cuales piensa tomar sangriento desquite de aquella derrota é imponer á los rebeldes un castigo ejemplar: en tanto, Abd-el-Azís ha realizado un acto de gran trascendencia poniendo en libertad á su hermano Muley-Mohamed, que desde su entronizamiento permanecía encarcelado en Mequinez, y nombrándole generalísimo de su ejército: el príncipe Tuerto, que así se denomina también al hasta hace poco prisionero, goza de gran prestigio en el partido retrógrado y su nombre era utilizado por el partido rebelde.

Los grabados que en el presente número publicamos referentes á la guerra en Marruecos representan, el uno varias vistas de Tánger, que es la capital diplomática de aquel imperio, y el otro una escena muy frecuente en aquellas tierras, la de negarse una tribu á pagar el tributo debido al sultán.

***

Ofelia, cuadro de D. Puech. – El arte plástico antiguo ha sido siempre y es todavía fuente de inspiración para los escultores, y se comprende que así sea porque aquel arte llevó á su más alto grado de perfección la riqueza de formas del cuerpo humano. Esto no obstante, el desenvolvimiento artístico moderno ha ido mas allá, ya que ha analizado la vida anímica del hombre y puesto el material frío de la plástica al servicio del concepto psíquico, siendo hoy una de las más importantes misiones de la escultura la de caracterizar lo que podemos llamar elemento moral de los asuntos por el escultor tratados. El autor de la estatua *Ofelia*, que en el presente número publicamos, siguiendo estas tendencias, ha sabido expresar por modo admirable uno de los estados de alma más difíciles, el de la locura. Esta figura adornada de flores, suelta la cabellera, inclinado el cuerpo, con la mirada perdida en el vacío y el rostro desprovisto de expresión, traduce fielmente la idea que nos tenemos formada de la infortunada prometida del príncipe Hámlet; contemplándola, no cabe duda de que la infeliz doncella ha perdido la razón, de que el dolor ha apagado los destellos de su inteligencia. Puech nos presenta á Ofelia en el momento en que cree escuchar las voces de las ondinas que desde el fondo del lago la llaman; la situación ofrecía grandes dificultades, pero el celebrado artista francés ha sabido vencerlas con gran talento.

***

Un rapto, cuadro de G. Thurner. – El título de este cuadro leído en un catálogo despertaría de fijo en nuestra imaginación la idea de un episodio dramático, y nos parecería adivinar el asunto y aun veríamos *in mente* á los personajes que en él intervinieran. Y si después de hacer esta composición de lugar, viéramos el delicioso lienzo de Thurner, comprenderíamos cuán desacertados andábamos en nuestras suposiciones, porque nada más lejos de todo efecto dramático que esta obra inspirada en un tema sencillo, visto directamente de la naturaleza y trasladado á la tela con todo el vigor de la realidad. Es una nota sentida, es la visión de un pintor poeta que, sin apartarse de la verdad, sabe embellecerla, mejor dicho, sabe sorprenderla en el momento preciso para que aparezca en toda su belleza. Reuniendo como reune tan buenas cualidades y tantas excelencias técnicas, no es de extrañar que el cuadro que nos ocupa llamara la atención de cuantos visitaron el último Salón de París y mereciera los elogios de la crítica.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – El Circol Artistich de Sant Lluch ha organizado un belén muy artístico y original. El jardín del círculo ha sido hábilmente transformado en un interior de casa de campo catalana con todos los detalles necesarios para que la ilusión sea completa; á un lado, arrimado á la pared se ve un sencillo nacimiento colocado sobre unas tablas, y desde una puerta de la misma pieza, que da acceso á una galería simulada, se descubre el panorama de unos montes cubiertos de nieve con un río al pie de los mismos y en primer término otra montaña coronada por un monasterio. Sirven como invitación para visitar el nacimiento unas tarjetas postales que forman una colección de diez, dibujadas por Antonio Utrillo, Dionisio Baixeras, Juan Llimona, José Llimona, Francisco Galí, Octavio de Romeu, Alejandro de Riquer, Juan Llaverías, Ricardo Opisso y Arcadio Mas y Fondevila.

***

Salón Parés. – El inteligente pintor Carlos Vázquez ha expuesto á su vez en el Salón Parés varios lienzos y una colección de elegantísimas producciones pintadas al pastel, que con justicia llaman la atención del público. Unos y otras acreditan las condiciones y dotes que posee el Sr. Vázquez, ya que á la facilidad que revelan en los trazos y la acertada aplicación de los tonos, que determinan la elegancia y distinción, se agrega la circunstancia de ser la mayor parte estudios ó copias del natural que el artista ha utilizado, presentándolos en su aspecto más bello y agradable.

***

Salón del Círculo Artístico. – El distinguido pintor catalán Eliseo Meifrén acaba de dar nuevo é indiscutible testimonio de su valía y de sus aptitudes. La copiosa exhibición que ha organizado en el vasto salón destinado á exposiciones del Círculo Artístico de esta ciudad bastaría por sí sola para cimentar su reputación. Sus marinas, paisajes acuáticos y terrestres, han de estimarse como interesantes y fidelísimos estudios, trazados con la maestría, buen gusto y sentimiento peculiares en tan laborioso é inteligente artista. Todas y cada una de las producciones, aun siendo trasunto del natural, entrañan un concepto, revelan un sentimiento, cual es el de que se halla poseído el espíritu del artista, que entona un canto á la madre naturaleza, ensalzándola y enalteciéndola. Bien hayan los esfuerzos de nuestro distinguido compatriota, á quien deseamos obtenga la recompensa y el aplauso á que tiene indiscutible derecho.

***

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Guillermo de Kupffer, célebre anatómico alemán.

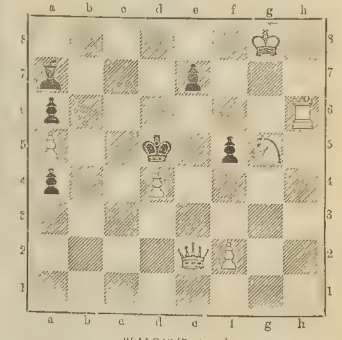
Pedro Millardet, notable botánico, profesor de la Universidad de Burdeos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 308, POR G. CHOCHOLOUS.

Tercer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección C.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 307, POR DR. A. W. GALITZKY.

Blancas.	Negras.
1. b2-b4	1. Th2xf2
2. h4-h5	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES.

1...... Re4xf5; 2. Dg1-g5 jaq., etc.
1...... Th2-g2; 2. Cf5-d6 jaq., etc.
1...... Th2-h1; 2. Cf5-d6 jaq., etc.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Después de recorrer rápidamente cuatro kilómetros, Pedro llegó al camino de la Chapelle, cuyo campanario se descubría por encima de las encinas y de los manzanos Queriendo evitar encuentros, que le retardarían, y temiendo, acaso, oir alguna palabra de mal augurio, evitó el pasar por la carretera, en la que fraternizaban las gallinas, los patos, los gatos y los chiquillos, y tomó por una vereda bordeada de jardines y de chozas medio arruinadas. . Con un ademán ó con una palabra, el oficial respondía, sin detenerse, á los «¡Buenos días, señor Pedro! ¡Otra vez por aquí!..,» que le dirigían al pasar los aldeanos que estaban sentados en las puertas, comiendo la sopa, con la escudilla entre las piernas. Al dar la última vuelta del camino, Destraimes descubrió por fin el conocido panorama; el río sinuoso en el fondo de la vega, entre la pradera y el bosque, y á la derecha, la esclusa, el puente y el molino. El joven entonces, con el corazón angustiado, echó á correr por la rápida cuesta que iba á parar á la senda de la orilla del río.

Sin contener su impulso, pasó el puente, y allí el ruido del molino en marcha alivió su horrible angustia. ¡Gracias á Dios! Sus temores habían sido exagerados. Su padre vivía.

El patio de la casa presentaba su aspecto ordinario... Pedro devolvió sus saludos á los obreros que se quitaban el sombrero al verle, y dirigiendo una mirada hacia las ventanas y hacia la puerta del molino, abierta de par en par, preguntó:

– ¿Está aquí mi hermano?

Pero no tuvo tiempo para hacer que le repitieran las respuestas dudosas ni para asombrarse por las miradas confusas que ocasionó su pregunta, pues una silueta clara apareció en el vestíbulo y le llamó con un movimiento de la mano... Pedro subió de un salto los tres escalones de la puerta, y Celina, echándose en sus brazos, prorrumpió en un sollozo infantil y balbuceó:

– ¡Ah, Pedro!.. ¡Ya estás aquí!.. ¡Si supieras!..

– ¿Qué sucede, pues?, preguntó el oficial con ansiosa inquietud. ¿Tan malo está nuestro padre?

– La crisis ha pasado ya... Pero ayer tuvimos mucho miedo. Su corazón está muy delicado á causa de los disgustos que le ha dado Antonino... El último ha aniquilado al pobre papá...



Pedro, conmovido, oprimió con emoción la mano que se le ofrecía

– ¿Cuál ha sido el último disgusto?

– ¡Antonino se ha marchado!, dijo la muchacha haciendo un esfuerzo y dejando que las lágrimas inundasen de nuevo su cara sonrosada de niña.

– ¡Que se ha marchado! Pues ya volverá, como otras veces. Una algarada de unos cuantos días... Debíais estar acostumbrados.

– No, no es como otras veces, murmuró Celina en tono misterioso. Creíamos que estaba en Tours para un negocio del molino... Pero ha escrito que aquí se aburría y que no volvería más, porque había encontrado una posición más de su gusto... Que se llevaba algún dinero, considerándolo como el sueldo que se le debía... Y que, de todos modos, pagaría ese préstamo, si se lo exigían, en cuanto ganara dinero, lo que no podía tardar. Por fin, decía que sentía haberse visto obligado á obrar de ese modo, pero que tenía horror á la existencia campesina y rutinaria; que sus ideas y sus gustos eran modernos y que vivir lejos los unos de los otros era el mejor medio de conservar la armonía... No me han dicho nada de esto, como comprenderás, dijo la muchacha con aire asustado, pero he podido ver la carta un instante sin que lo sepan...

El teniente se quedó al pronto silencioso. Pero en su aturdimiento una sola idea se definió claramente. En voz baja y angustiada preguntó:

– ¿Y nuestra madre? ¿Cómo ha sufrido la novedad?

Celina miró al techo con expresión de temor.

– Mamá había recibido una carta para ella sola. La pobre ha debido llorar en secreto, pero no ha respondido ni una palabra á las acusaciones de papá... Desde que cayó enfermo no se separa de él... Sube pronto, querido Pedro, pues papá te espera con impaciencia y pregunta cada cuarto de hora si has llegado.

La criada estaba llamando al joven desde la escalera, con gestos expresivos, sollozos y miradas al cielo. Pedro subió con una lentitud ocasionada por la emoción, que le debilitaba las piernas. A la inquietud de aquel momento se unía la impresión profunda que se apoderaba de él siempre que entraba en casa de los suyos.

En el umbral del cuarto de su padre se encontró con la mirada del enfermo, fija en la puerta. El viejo, al ver aparecer la alta estatura del soldado, dió un gran suspiro de descanso.

– ¡Por fin! ¡Ya estás aquí!

Aquella exclamación revelaba tanta angustia, que Pedro se quedó aterrado y se inclinó hacia aquella cara de facciones demacradas por la reciente crisis.

– No he podido venir antes, papá... Y hasta he temido que no quisieran darme permiso, en vísperas de la inspección. Por fin he obtenido una licencia de treinta y seis horas.

– ¡Nada más!, exclamó el viejo.

Pedro se volvió con una imperceptible vacilación hacia su madre, que estaba inmóvil y como anonadada en un sillón, á los pies de la cama.

– Buenos días, mamá, dijo con voz ligeramente velada.

Y como había hecho con su padre, acercó los labios á la pálida mejilla que su madre le ofrecía sin hablar.

Después de aquel ceremonial de llegada, realizado tan fríamente, se produjo un penoso silencio. De pronto el molinero levantó una mano y dijo como en un acceso doloroso de cólera:

– ¡Y bien! Ya lo sabes... ¡Se ha marchado!..

El oficial bajó la cabeza y dijo con embarazo:

– Un capricho de joven... Ya vendrá, papá; tranquilízate...

– No, esta vida honrada le era insoportable, dijo el anciano en tono de amarga ironía.

Los arrugados párpados de la mujer de Destraimes se movieron rápidamente y sus labios se agitaron, pero sin producir ningún sonido. El enfermo se incorporó en las almohadas y continuó diciendo con la misma acrimonia:

– ¡Bah! Adivino sus proyectos, aunque no me los haya confiado *á mí* (y echó una mirada significativa á su mujer para recalcar estas dos palabras). Su famoso amigo de colegio, el tal Karsac, le ha levantado de cascos con sus historias. Esa existencia de aventurero y de bohemio ha fascinado á Antonino, que cree que él también puede ganar sumas fabulosas, como Karsac, y vivir en perpetua fiesta, porque en las reuniones ciclistas de la comarca le llaman pomposamente «campeón del Oeste.» París atrae á todo lo bueno y á todo lo malo... Se ha marchado. Que se quede por allá... Pero ¿qué porvenir puedo presagiar para un joven que empieza su vida como un ladrón?.. Porque has de saber que Antonino se ha llevado tres mil francos que cobró de nuestro corredor de Tours...

La mujer de Destraimes no pudo contenerse más. Se levantó, y colocándose rígida delante de su marido, dijo con voz ahogada por los sollozos contenidos:

– Eres implacable... Antonino ha hecho mal en marcharse de ese modo, pero han sido el disgusto y el aburrimiento los que le han conducido á tal extremo. Los jóvenes tienen ideas diferentes de las nuestras, que somos viejos. Veía que otros emprendían la carrera de su elección (Pedro hizo un movimiento) y esto le desesperaba. Prefiero que se haya marchado, mejor que verle matarse...

La buena mujer dijo precipitadamente estas palabras y salió de la habitación. El enfermo volvió á caer en las almohadas con los ojos velados por la tristeza.

– ¡Pobre ilusa!.. ¡Aún le defiende! Ese muchacho ha sido la única causa de nuestras disensiones.

El enfermo cerró los ojos y su frente se ensombreció como si el pensamiento se concentrase penosamente. Después sus párpados se abrieron de nuevo y el anciano fijó en su hijo una mirada grave y

profunda que le penetró hasta el fondo de su alma.

– Pedro, estoy enfermo de gravedad... No, no protestes; conozco mi enfermedad... Es la misma afección cardíaca que mató á mi padre. Los disgustos ocasionados por las locuras de Antonino y otros graves cuidados me han aniquilado... Acaso viviría aún unos años si mi tranquilidad de espíritu estuviese asegurada... Y aquí me tienes solo para regentar el molino..., solo para pelear... Y tengo dos hijos...

Por las venas de Pedro corrió un frío glacial, y el soldado volvió la cabeza para evitar el magnetismo de la mirada que se fijaba en la suya.

– Pedro, siéntate ahí, al lado de mi cama, y escúchame...

– Te vas á cansar, papá, dijo débilmente el joven.

– No, lo que me hace sufrir, por el contrario, es contener todas mis ideas... Tu madre tiene razón cuando me acusa de haber sido parcial contigo... Querías ser militar y yo lo deploraba en secreto, pero no quise contrariarte. No había tenido que dirigirte jamás ni una reprensión y sabía que te conducirías siempre con rectitud...

Pedro, conmovido, oprimió con emoción la mano que se le ofrecía, una mano delgada y fina de trabajador y de hombre honrado.

– Entonces, continuó Destraimes, contaba todavía con Antonino, y esperaba que la edad curaría su ligereza de pensamiento y que ese muchacho acabaría por aplicarse seriamente al comercio con su inteligencia bastante despierta. Contaba también con que, dentro de unos años, Celina se casaría y tendría yo, acaso, en mi yerno un nuevo socio... De este modo el molino no sería explotado por extraños y tu patrimonio prosperaría sin que tú te tomases trabajo alguno. Ya ves que yo arreglaba el porvenir á mi gusto...

Pedro, demasiado turbado para responder, oprimió de nuevo la mano querida que tenía entre las suyas.

– Y aquí me tienes postrado por la enfermedad y por las circunstancias adversas, continuó el anciano con voz doliente. Antonino ha desertado y tú vas á marcharte á tu regimiento... ¿Cómo me voy á arreglar yo solo? Mis fuerzas están destruídas y la labor es ruda... El molino atraviesa una fase crítica que necesita precisamente un aumento de energía y de prudencia... Hace tres años, como sabes, transformé completamente la explotación, reemplacé las muelas con cilindros y compré una máquina de vapor para añadir su fuerza motriz á la del río. El antiguo molino del viejo Sergent se ha convertido en la mayor fábrica de harinas de la provincia... Esas mejoras costosas debían producir más adelante un rendimiento considerable, gracias á la extensión que se podría dar á los negocios. Pero he comprometido en esto toda mi fortuna... Más aún, me vi obligado á contratar un empréstito que todavía no está pagado.

Un acceso de fatiga le cortó la palabra... Pedro, asustado, quiso llamar; pero su padre, con energía sobrehumana, le hizo señas de que esperase, y pronto siguió hablando con aquella voz quebrada que tanto conmovía al joven.

– Si llegase á morir, se aprovecharía esta situación para vender el molino á vil precio... Y entonces, ¿qué sería de tu madre y de tu hermana? Dejar la casa en que ha nacido y en que se ha criado... ¡Ah! Pedro, esa sería la muerte de tu madre... Y tú, ¿con qué recursos podrías acudir en su ayuda?..

El militar bajó la cabeza humillado por su impotencia y aterrado por aquellos pronósticos amenazadores... Su garganta estaba oprimida de angustia.

– Mi vida se prolongaría con un poco de seguridad moral, continuó el viejo, haciendo un doloroso esfuerzo. Dentro de unos cuantos años, los apuros actuales desaparecerían, las deudas serían liquidadas y se realizaría un activo suficiente. Tu hermana se casaría, y tu cuñado y tú seríais los únicos dueños del molino. Pedro, Pedro, ¿comprendes? Haría falta un hombre de voluntad firme para secundarme, para suplirme en caso de necesidad...

El joven levantó la cabeza bruscamente, casi con violencia. Hasta allí había procurado ocultarse la evidencia, pero ahora lo que su padre esperaba de él resultaba demasiado claro...

– Pedro, Pedro, no te vayas... Piensa en tu madre y en tu hermana, que se quedarán desamparadas... No tienen á nadie de mi familia... Andrés, el hermano de mi suegro, está reñido con tu madre desde que nos casamos. No le hemos vuelto á ver más que en los grandes acontecimientos de familia. Apenas conozco á su nieto Felipe, que debe tener cinco ó seis años más que tú.. No podemos contar con sus socorros, y tú, Pedro, no podrás hacer nada por *ellas* si sigues en el ejército.. Por el contrario, todo se arreglaría si estuvieses aquí...

El oficial se pasó la mano por la frente con una impresión de irresistible vértigo... La voz de su padre le penetraba hasta las entrañas y su corazón le golpeaba rudamente el pecho.

– ¡Déjame unos minutos!, balbuceó escapándose de aquellos dedos demacrados que querían retenerle.

Y ocultándose la cara con las manos, cerró los ojos. Hubiera querido sepultarse en la obscuridad absoluta y perder la conciencia de la realidad así como dejaba de verla.

Pero el sentimiento de la situación persistía implacablemente y martirizaba su cerebro... ¡Volver al molino, al molino que tantos recuerdos melancólicos encerraba, y pasar allí la vida! ¡Esta era la resolución horrible que se esperaba de él!.. ¡Y su padre se lo rogaba por su madre y por su hermana!.. La lucidez y la justicia de las razones invocadas se imponían á su pensamiento, á pesar de su vacilación actual...

¡Su madre!.. ¡Su hermana!.. Su padre le legaba el cuidado de su bienestar y la tutela de su porvenir, y le confiaba una misión de protección y de generosidad... Aquel era su deber, y para cumplirle tenía que abandonar las ambiciones arraigadas en él hacía tantos años... Pero era el deber; y por penoso que le fuera obedecer, Pedro veía que nunca podría vivir en paz consigo mismo si no lo hacía.

Aquella pobre voz doliente dijo aún:

– Es un gran sacrificio el que te pido, Pedro... Pero tú no eres egoísta, hijo mío. Piensa que es por ellas...

El joven sintió vibrar cruelmente todos sus nervios en tensión é hizo un esfuerzo colosal para obtener palabras de su garganta contraída.

– Puesto que es preciso, papá...

Y no terminó... Como deslumbrado, vió todas las esperanzas que se iban á desvanecer por aquella sencilla palabra, y un ronco gemido se escapó de su pecho.

– ¡Pobre hijo mío! ¡Cuánta pena te causo!..

Aquellos anchos hombros se estremecieron y aquella cabeza rubia se inclinó más y más hasta quedar en la sombra. Después el cuerpo del soldado cayó en la cama, sacudido por cortos y violentos sollozos... Pero aquello sólo duró un minuto... En seguida Pedro se irguió, y recobrando su energía viril, dijo enjugándose con la mano las últimas lágrimas:

– Puesto que es preciso, volveré... Cuenta conmigo, padre mío...

– ¡Ah! Pedro, mi buen hijo...

La madre de Pedro entró en aquel momento y oyó aquella exclamación de su marido; vió al enfermo transfigurado y al joven temblando todavía de emoción, y adivinó que acababa de realizarse una grave escena. El anciano sorprendió aquella mirada.

– ¡Abrázale, anda!, dijo con exaltación designando á Pedro. Es un gran corazón... Consiente en dejar su carrera y en hacerse molinero para quedarse con nosotros...

Aquella cara rígida se ablandó un momento, y el hijo pudo sorprender en los ojos de su madre una expresión de asombro, de alegría y casi de ternura. Pedro estaba sufriendo una de esas crisis íntimas, en las que hasta los más fuertes necesitan expansión y simpatía. Tembloroso, entumecido y pronto á entregarse al llanto y á las caricias como un niño, se inclinó hacia su madre, que á su vez hizo un movimiento hacia él. Pero la voz del enfermo, á quien el contento tenía fuera de sí, resonó triunfante:

– ¡Sí! ¡Abrázale! Este no será nunca ingrato y ladrón, como el otro...

La mujer de Destraimes se hizo entonces atrás con brusco movimiento, y Pedro, que ya no vió delante de él más que unos ojos sombríos y una cara dura, retrocedió también sin dar el beso iniciado...

Un instante después, deseoso de estar solo, se dirigió á su cuarto. Celina se abrazó á él en una revuelta del pasillo.

– He escuchado en la puerta cuando entró mamá. ¿Es verdad que te quedas con nosotros? ¡Qué contenta estoy!

Pedro la rechazó casi con dureza. Aquella muchachona tenía en parte la culpa de que él renunciase al porvenir soñado y sentía hacia ella un rencor inconsciente.

– ¡Déjame, en nombre del cielo!

Asustada por aquel tono, Celina se separó y Pedro se encerró en su cuarto dando dos vueltas de llave. En seguida se puso á pasear de uno á otro lado; pero pronto las piernas se negaron á sostenerle, y se dejó caer en una silla, al lado de la mesa. El estupor del hecho realizado le aniquilaba. Estaba consternado ante aquel cambio imprevisto de su destino, y en el primer momento en que desaparecían las esperanzas que le guiaban hacía tanto tiempo, experimentaba el espanto y la confusión de un ciego á quien se le rompe el cayado.

En alta voz dijo irónicamente: «¡Está bien!» Y se rió de sí mismo con lástima... No había tenido bastante fuerza de voluntad para substraerse á las solicitaciones de su conciencia... Era, como siempre, un hombre de escrúpulos, sometido estúpidamente á la antigua ley moral... Era así... No podía cambiar su naturaleza... Y porque su hermano era indigno, él, el hombre honrado, debía sacrificar sus gustos personales al bien común... ¿Le agradecerían verdaderamente aquel sacrificio?.. Pedro se estremeció al recordar aquella última mirada de su madre que había entrado como un ardiente corrosivo hasta la parte más sensible de su alma.

Y con la cabeza apoyada en las manos, el joven se sumió en una especie de sopor que duró muchas horas. Muchas veces oyó á Celina tocar en la puerta y llamarle muy bajito, pero no tuvo valor para vencer su postración y responder. La voz de la muchacha sonó más resuelta.

– ¡Pedro!.. Papá te llama...

– Está bien... Voy en seguida, respondió el joven por fin.

Al abrir la puerta, encontró á Celina arrimada á la pared y mirándole con inquietud. La palidez de su hermano la asustó; pero no se atrevió á importunarle con sus consuelos ó con sus caricias, y se fué con la cabeza baja y los brazos caídos á ocupar su lugar al lado del enfermo. Pedro entró detrás de ella.

El anciano estaba reanimado por la satisfacción. Había tenido mucha impaciencia por volver á ver á su hijo y por tomar posesión de él. Así, pues, empezó inmediatamente á investirle con su nuevo cargo y á ponerle al corriente de la situación con minuciosos detalles técnicos. Pedro, por otra parte, estaba familiarizado desde la infancia con muchas cosas de aquel oficio, á pesar de lo cual ponía toda su atención para comprender las explicaciones de su padre. La tristeza, sin embargo, le dominaba y se hacía ver en su actitud indolente. Estando en esta escena, Celina, sin hacer ruido y con la expresión tierna de un perro cariñoso que teme un momento de mal humor, colocó un velador al lado de su hermano y en él una taza de caldo que había ido á buscar á la cocina.

Aquella delicada atención conmovió el corazón del soldado, el cual, sin cesar de escuchar al anciano, puso la mano en el sedoso cabello de Celina. Aquella muchacha era más solícita y más cuidadosa para él que una madre...

El resto del día se pasó con la impresión de un sueño desagradable. Solamente la charla pueril de la vieja criada animó la comida y la velada, y por fin Pedro volvió á estar solo en aquel cuartito donde había pasado tantas horas penosas, desde sus inocentes rabietas de niño, hasta sus ensueños de joven.

Nuestro oficial se sentó al lado de la ventana, como tres meses antes. La luna repartía sus fulgores blancos y fríos sobre el amontonamiento de las nubes. El río, lívido, dormía al lado de la negra colina, y la llanura se desarrollaba tristemente hasta desvanecerse en vagas lontananzas. La naturaleza parecía impregnada de la misma tristeza que el alma de Pedro. El joven contempló el valle ensombrecido por la noche con la desesperación del cautivo que examina su prisión. ¡Después de haber soñado con una existencia de horizontes alegres y variados, se encontraba encerrado en aquel estrecho círculo, en el que iban á realizarse todas las fases de su vida!.. La calma del campo le pareció lúgubre, acostumbrado al bullicio de la gran casa militar, en la que se agitaban tantos soldados de veinte años, y tuvo la misma impresión que si se hubiera encerrado en un convento de cartujos.

Con amarga pena vió pasar por su imaginación, como un sueño de dichas, el espejismo del porvenir ansiado, los brillantes y gloriosos ascensos deseados, las charreteras y las cruces de honor...

¡Adiós sus ideales todos!.. Al otro lado del Oudon, el bosque de castaños del Otero presentaba su masa frondosa, y evocó en Pedro la encantadora fisonomía femenina que embellecía sus sueños hacía algunos meses... Iba á vivir más cerca de ella, pero más lejos en realidad que cuando estaba en el ejército. Solamente el uniforme hubiera podido compensar la diferencia social que entre ellos existía... ¡Adiós sus locas esperanzas!.. Por segunda vez en aquel día, los ojos de Pedro se humedecieron.

Y mientras, el molino continuaba su ruido imperturbable, más penetrante en la paz de la noche, y cuyas vibraciones repercutían en el alma dolorida

del joven. Pedro creyó que era su corazón mismo lo que trituraba aquel devorador é incansable engranaje.

IV

Unos cuantos meses más de actividad militar, y en último lugar, la febril agitación de las maniobras, en las que Pedro se embriagó de movimiento como si hubiera querido gastar de una vez su actividad... Después, la vuelta definitiva al molino, triste viaje en el que el joven creyó envejecer muchos años.

Pedro evitó el encontrarse con Alicia. Por otra parte, las ventanas del Otero se cerraron poco después de su llegada. El otoño, precozmente frío, después de un verano húmedo, aceleró la instalación invernal de la señorita Jaffre en Nantes.

El joven se engolfó en seguida en el trabajo con rabiosa resolución, exagerando la austeridad de su nueva vida y buscando el olvido de sí mismo en una abnegación absoluta y en una labor no interrumpida.

A fin de ponerse más pronto al corriente de los negocios y de darse de ellos una cuenta exacta, Pedro quiso compulsar los libros; pero los encontró en tal desorden, que tuvo que dedicar largas veladas á una inspección minuciosa. Fué necesaria su aplicación obstinada para orientarse en aquel caos de cifras incomprensibles y de deudas descuidadas.

El embrollo venía de larga fecha. El señor Destraimes, obligado siempre á atender á lo más urgente, había carecido de método, y el paso de Antonino por la contabilidad se conocía por un aumento de confusión que pronto Pedro vió que había sido interesada y voluntaria. Pero el joven calló cuidadosamente este descubrimiento. Convertirse en acusador de su hermano; triunfar de su madre demostrándole las faltas de su preferido, era á los ojos de Pedro un acto innoble y despreciable.

¡Cuántas veces, sin embargo, estuvo tentado de decir la verdad, en la sorda irritación que le ocasionaba la actitud de su madre, durante aquellos largos silencios en los que la buena señora seguía en espíritu al ausente querido!.. Durante horas enteras la mujer de Destraimes permanecía inclinada sobre la labor, dejando destacarse su severo perfil sobre la claridad de la ventana y con la misma idea oculta bajo su rugosa frente. Con frecuencia también permanecía encerrada en su cuarto escribiendo á Antonino y leyendo las cartas que de él recibía en secreto. Pedro lo suponía así, al menos, al verla bajar con los ojos irritados y la mirada cansada y vacilante de la persona que ha esforzado su pensamiento. Nunca había descuidado tanto los quehaceres domésticos, que estaban abandonados á la criada, una de esas habladoras inagotables que cuentan todos sus asuntos en alta voz á los pucheros, á falta de mejor auditorio. El murmullo continuo de la criada y el golpear monótono del molino eran los únicos ruidos que animaban aquel hogar, pues Celina continuaba asistiendo al colegio á fin de obtener el certificado superior de estudios. Hubiera sido necesaria su bulliciosa presencia en la casa para dar una nota de alegría en medio de la triste paz que allí reinaba desde que no estaba Antonino para dar lugar á disputas.

Todos estaban dominados por la preocupación de evitar emociones y disgustos al anciano y de procurarle distracciones. Los miembros de la familia Destraimes tenían miedo de verse reducidos á estar solos, y abrían con más facilidad su puerta á los extraños, lo que sirvió á Banot para ir con frecuencia á pedir los restos de la cocina y á ocupar un puesto al lado del hogar, con gran contento de la cocinera, que contaba así con un interlocutor más apto que las cacerolas para convertir en diálogo su largo monólogo. El pobre hombre trataba de hacerse agradable á todos por medio de sus obsequiosidades, y siempre que veía al joven amo le dirigía alguna frase amable.



... recorrió con su padre los mercados y las ferias

—Sr. Pedro, decía frotándose las nudosas manos, hoy no sería tan agradable bailar en la pradera... Aquella linda señorita tendría frío...

Esto hacía que Pedro evitase en lo posible el encontrarse con el viejo, pues aquellas alusiones le mortificaban y sentía que le era preciso guardar toda su fuerza moral para las próximas dificultades, sin aminorarla con inútiles sufrimientos.

Se estaba, en efecto, convenciendo de lo necesaria que era su intervención en los negocios para restablecer el orden, en toda la extensión de esta palabra. Desde que el viejo cayó enfermo, aquello había sido una desbandada y hasta se había relajado la disciplina de los obreros, que atravesaban con frecuencia el puente para subir hasta la taberna. Además el molinero, enfermo en el momento decisivo de preparar el año comercial, había tenido que confiar á extraños el cuidado de hacer los contratos para asegurar la entrega de harina á los clientes hasta la nueva recolección. Y esas operaciones se habían hecho sin la previsión habitual en Destraimes.

La cosecha de trigo era aquel año escasa y los mercados estaban mal provistos. Las provisiones de grano del molino iban á ser insuficientes y el viejo contaba con la llegada de los trigos americanos para acabar de atender á sus compromisos; pero, en realidad, trataba deliberadamente de no profundizar una situación que antes de la apatía intelectual resultado de su enfermedad le hubiera causado vivas inquietudes.

Pedro, más novicio en los negocios, no podía adivinar las consecuencias de semejante imprudencia, pero estaba muy preocupado desde que una conferencia secreta con el médico le probó el peligro en que su padre se encontraba y la necesidad apremiante de asegurarle la situación para garantir el porvenir de la familia.

El joven se aplicó con todo celo al cumplimiento de su misión, y venciendo la repugnancia que le inspiraba la parte externa del comercio, recorrió con su padre los mercados y las ferias y visitó en su compañía á los corresponsales y á los corredores. La alegría de ir con su hijo había reanimado al pobre viejo, que le presentaba á todos en tono triunfal diciendo: «¡Mi hijo Pedro!,» lo que conmovía á éste, pero le llenaba también de confusión... El joven se esforzaba por vencer su melancolía y aprendió á soportar frases ociosas y á decir palabras sin alcance alguno, sin dejar de perseguir su objeto. Su bella presencia y su aspecto orgulloso y tímido le ganaban la simpatía de las mujeres, y sus maneras serias y leales le procuraban la confianza de los hombres. Y Pedro se quedó muy asombrado al descubrir en sí mismo unas aptitudes de negociante que no había sospechado.

Por otra parte, vigilaba la labor material de la fábrica, afirmaba la autoridad y estimulaba á los obreros con el ejemplo de su propia actividad. Apasionado por la mecánica, dotado de un espíritu reflexivo y paciente y preparado por sus estudios, Pedro se instruía en todos los detalles de la delicada organización de aquellos diez cilindros movidos por la fuerza hidráulica ó por el vapor, que no sólo pulverizaban el grano, sino que clasificaban las harinas y separaban el salvado, las sémolas y el gluten como si estuvieran dotados de inteligencia.

Aquella iniciativa le fué muy útil. Un día se descompuso el mecanismo y el movimiento se paró... Los obreros estuvieron desocupados dos días, pero Pedro tuvo la inmensa satisfacción de descubrir él solo la causa del mal y de repararla sin más ayuda que la del fogonero y el herrero del pueblo.

Cuando, después de una parada de dos días, la máquina se puso de nuevo en marcha, el joven experimentó una sensación de placer al oir aquel ruido habitual, miró el molino, iluminado por el pálido sol de invierno, con la misma complacencia con que el cirujano ve andar al enfermo á quien ha curado, y sintió esa vivificadora satisfacción de sí mismo que solamente proporciona el trabajo.

Aquella mañana, por otra parte, se presentó como el preludio de uno de esos días afortunados en los que todo sale bien. El Sr. Destraimes acababa de hacer un contrato con una importante sociedad de panadería de la provincia. Pedro se llevó la escritura para echarla al correo en Segré, y su madre fué con él á fin de traerse á Celina, que salía del colegio y debía pasar la tarde y la velada en el molino para celebrar el cumpleaños de su padre.

La presión moral que el joven venía sufriendo hacía meses tuvo aquel día algún alivio. Mientras su carricoche rodaba por el camino al rápido trote de un vigoroso caballo, Pedro respiró con delicia el aire frío y puro que estimulaba su joven sangre. Su alma se ablandó ante aquella impresión de bienestar, y dominado por su deseo de efusión y de paz, se volvió hacia su madre, sentada junto á él, y le dijo con una dulzura poco habitual:

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Los peces de colores contra los mosquitos. – La visión en los ciegos, por medio del *radium*. – Nuevo carromato para trasplantar árboles. – Medida exacta del tiempo en el recorrido de los automóviles. – Funcionamiento sincrónico del cinematógrafo y del fonógrafo.

Desde que los yanquis han declarado en la Habana la guerra á los mosquitos, destruyendo los focos en que sus larvas se desarrollaban é impidiendo por medio de espesas telas metálicas su entrada en los hospitales y en las habitaciones donde hay enfermos, han desaparecido allí, casi por completo, las terribles enfermedades del vómito, las viruelas, etc., cuyos gérmenes propagaban hasta hoy con verdadera alevosía esos temibles *dípteros (anopheles, culex pipiens*, etc.), según han demostrado Gerhardt, Baccelli Calandruccio, etc.

Creemos muy conveniente y de gran utilidad la divulgación de un hecho sumamente curioso y apenas conocido. Los hermosos ciprinos, esos peces de colores, *kin yu* (peces dorados) de los chinos, que con tanto esmero y cariño los cultivan en sus piscinas y viveros, y que en los lagos de los parques constituyen el encanto de los rapazuelos, son el verdadero azote de los mosquitos, dato ignorado por muchos ictiófilos, que consideran á los *ciprinóideos* como peces de lujo perfectamente inútiles.

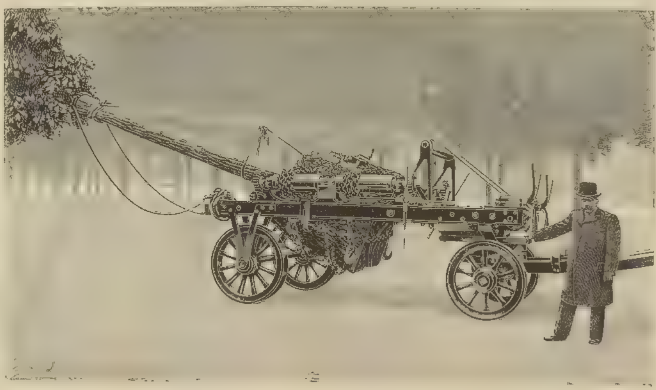
El sabio naturalista M. W. L. Underwood es quien nos acaba de presentar los peces de colores bajo el aspecto utilitario antes indicado. Hará próximamente unos seis años, queriendo dicho señor cultivar plantas acuáticas, mandó construir en sus jardines una balsa, á pesar del opuesto parecer de sus allegados, que temerosos de una molesta invasión de insectos, no querían agua estancada en los alrededores de la casa. Underwood puso en su pequeño lago unos cuantos peces de colores, que se multiplicaron con rapidez. Pasó algún tiempo, y no tan sólo las predicciones de la temida invasión de mosquitos dejó de realizarse, sino que jamás se vió en el agua una sola larva precursora del impertinente insecto.

Leía en cierta ocasión el citado naturalista un rollo de vetustos pergaminos que trataban *de las propiedades de algunas plantas y de varios animales*, cuando en uno de ellos encontró un *curioso y sencillo procedimiento contra los mosquitos*, cuya paternidad atribuía el autor del manuscrito á un monje cisterciense, que para librarse de tan temible plaga tuvo la sabia inspiración de poner diversos peces en las balsas y charcos de agua próximos á su retiro: á poco, observó que en una balsa donde había puesto unos peces de colores, los *gusanillos* (larvas de los mosquitos) habían desaparecido como por encanto, gracias á la voracidad de los dorados ciprinos; fomentó entonces su reproducción, y en breve se halló libre de aquel terrible azote de molestos insectos.

Datos tan importantes merecían una seria comprobación, y efectivamente, Underwood ha observado que en estanques y charcos en que no había peces se contaban por millares las larvas de *anopheles* y de *culex*, y bastaba poner en los mismos unos cuantos peces para ver desaparecer en breve tiempo todas las larvas que poco antes se encontraban en el agua. Repetidas las experiencias, todas con igual éxito, se ha persuadido el naturalista de que el alimento predilecto de los peces de colores son las larvas de los insectos, después de lo cual deduce la evidente conclusión de que para librarse de las invasiones de los mosquitos basta destruir sus larvas por medio de la cría de peces ciprinóideos en los sitios en que aquéllas se desarrollan, poniendo freno, de este modo, á su pavorosa multiplicación.

Carro para transportar árboles. – 1. Arbol cargado en su posición vertical. – 2. Vista de la delantera para la inclinación del árbol. – 3. Maniobra para poner el árbol en situación horizontal. – 4. Detalle del mecanismo de la cabria.

M. Javal, en una comunicación á la Academia de Medicina de París, acaba de manifestar que el *radium* (nuevo cuerpo simple descubierto por M. y Mme. Curie, á quienes el gobierno francés ha subvencionado con 20.000 francos para que continúen sus interesantes estudios) tiene la singular propiedad de emitir de un modo permanente rayos análogos á los de Roentgen y á los rayos catódicos.



Carro para transportar árboles. – Vista de conjunto

M. Giesel ha descubierto que una sal de *radium*, luminosa por sí misma, continúa produciendo en la vista del que la mira igual sensación luminosa, aun cuando se interponga una pantalla metálica entre el observador y la substancia radio activa contenida en un frasco de cristal.

M. M. Javal y Curie han verificado diversas experiencias con el *radium* en los ojos de algunos ciegos, poniendo de manifiesto que quienes se encuentren privados de la vista, el más útil y estimado de los sentidos, y tengan sus retinas en buen estado, como les ocurre á muchos desgraciados que, de recién nacidos, quedaron ciegos porque una oftalmía purulenta les volvió las córneas opacas, pueden percibir claramente la luz emitida por el *radium*.

¡Nuevo y prodigioso milagro de la Ciencia, cuyas ventajas bendecirán, á no tardar, muchos desgraciados!

La necesidad ó el deseo de poblar rápidamente paseos y jardines que ofrezcan desde un principio grandes umbrías, han hecho que desde tiempos inmemoriales se trasplantaran, por los más diversos procedimientos, corpulentos árboles con sus correspondientes terrones, susceptibles de producir instantáneamente el efecto deseado. Pero sólo desde hace medio siglo se practican estas trasplantaciones de una manera racional por medio de carromatos especiales cuyas ventajas han podido apreciar las principales ciudades de Europa y América.

Tenían estos carromatos, sin embargo, el inconveniente gravísimo de que los árboles habían de ser transportados en posición vertical, ó de que se necesitaran un personal numeroso y difíciles maniobras para inclinarlos cada vez que habían de salvar, en el trayecto, algún obstáculo, como puentes, alambres telegráficos, telefónicos; etc., y si por diversas circunstancias no se podía dar á los árboles la inclinación debida, eran precisas largas y enojosas formalidades para evitar ó destruir aquellos obstáculos y reponerlos en el acto á su anterior estado.

Estos inconvenientes no lo serán ya en lo sucesivo, gracias al nuevo carromato inventado por M. Beusnier (fig. 5) que figuraba en la última exposición de horticultura celebrada en París, y en el cual una ingeniosa combinación de cabrias, cuerdas y cadenas permite inclinar el árbol hacia atrás hasta colocarlo en posición horizontal ó en la inclinación que se quiera, sin que el terrón sufra en lo más mínimo. Para que se comprenda las ventajas que este carromato ofrece, aparte de la que constituye por sí sola la posibilidad de mover el árbol hasta dejarlo horizontal, bastará decir que la maniobra la realiza un solo hombre, mientras que con los antiguos sistemas se necesitan seis para obtener resultados menos completos.

Digamos algunas palabras sobre el mecanismo y sobre el modo como éste funciona.

Preparado el terrón y sólidamente sujeto, se deslizan debajo de él y á cada lado dos tablones *h* (figura 1), debajo de los cuales van colocadas dos cadenas *a*, *b* que se enganchan por ambos lados á las de la cabria *i*, *j*. Colócanse luego cinco tablones *c*, *d*, dos delante y tres detrás del terrón, que se sujetan con las cadenas *e*, *f*, las cuales se juntan por medio del cric *g*, puesto en la parte anterior para la ligazón del conjunto.

Elévase entonces el árbol, mediante la maniobra de las cabrias, á la altura necesaria para que pueda engancharse la cadena central *k* á la anilla *l* fijada en la armazón del carromato. La cadena semicircular *n* se engancha también á la parte trasera del terrón, sostenida en *o* por dos cadenitas sobre la cadena *e* del cric. Hecho esto, se pasan las cadenas *k*, *v*, *x* por debajo del terrón y se hace descender éste hasta que descansa sobre la *k*: las otras dos, *v*, *x*, unidas á la palanca *y*, sirven para sujetar más el

terrón y para impedir que la *k* se deslice cuando se incline el árbol.

La maniobra para lograr esta inclinación es sencillísima: las cuerdas *m, m'* (fig. 2) que se apoyan en el cilindro á fin de obtener la oblicuidad ó de volver el árbol á la posición vertical, se arrollan á las cabrias *q, r* y sujetan fuertemente el tronco; se separa la cadena *b* (fig. 3), con lo que el árbol descansa completamente sobre la *k*, y haciendo funcionar las cabrias *i* de la trasera del carromato, la cadena *a* pierde su equilibrio y el árbol toma la inclinación que se quiere, merced á la maniobra de las cabrias *q, r* de la delantera, quedando siempre sostenido por las cuerdas *m, m'* (fig. 3).

Desenrollando estas cuerdas por medio de las dos cabrias de la delantera, puede el árbol ser colocado en posición horizontal. Pasado el obstáculo, ó llegado el carromato al punto de destino, basta maniobrar las cabrias *q, r* para que el tronco vuelva á su posición vertical.

Ya se comprenderá que todas estas maniobras se verifican en menos tiempo del que se tarda en describirlas.

El carromato Beusnier es, pues, realmente práctico, y no dudamos de que prestará grandes servicios á todos cuantos tengan que hacer plantaciones de árboles de gran tamaño.

M. Louis Mors ha encontrado un medio muy sencillo para solventar las dificultades que se presentan en la medición exacta del tiempo invertido por un automóvil en recorrer un trayecto determinado.

Se tiende un hilo de algodón á través de la carretera en el punto de partida y otro igual en la meta, los cuales quedan cortados al paso del vehículo: á la salida, la rotura del hilo establece una corriente eléctrica, que pone en movimiento un cronómetro preparado al efecto: al llegar el automóvil al término del recorrido, la rotura del segundo hilo intercepta la corriente y el cronómetro se para, pudiendo entonces leerse con exactitud matemática el tiempo empleado en la carrera.

Se han verificado en Niza diversas pruebas del citado sistema cronométrico Mors, aplicado á las carreras de automóviles, con el éxito más completo.

Tan sorprendentes resultan algunos adelantos científicos, que el notable escritor M. H. de Parville se permite decir que, á fines de 1902, *ciencia* y *magia* vienen á ser casi una misma cosa: este modo de expresarse manifiesta la impresión profunda que en el ánimo del sabio reflejara un sorprendente espectáculo, presenciado en casa del ilustre ingeniero é insigne inventor M. L. Gaumont, quien acaba de presentar á la Sociedad francesa de fotografía un diminuto aparato denominado «Block Note,» que es una verdadera alhaja por su maravillosa precisión, cabe perfectamente en el bolsillo del chaleco y se pueden obtener con el mismo, á quemarropa y sin peligro de aparecer indiscreto, retratos perfectísimos cuyos clisés de 4½ – 6 se pueden ampliar á 18 – 24.

Para explicar á Parville la presentación de su «Block Note» á la sociedad antes citada y exponerle á la vez las condiciones del mismo, echó mano Gaumont de otro aparato, igualmente de invención suya y en su género más perfeccionado, si cabe, que el anterior, por medio del cual hizo funcionar sincrónicamente un notabilísimo fonógrafo y un cinematógrafo sin igual, que reprodujeron la escena con tal realidad, que Parville, hombre saturado de maravillas y curiosidades científicas, tuvo, á confesión propia, momentos de verdadera duda, que rectificaba inmediatamente al ver sentado junto á sí al mismo que, en apariencia, le hablaba con gran naturalidad, acompañando en todo instante, con absoluta precisión y exactitud, la acción á la palabra.

Los burdos ensayos verificados hasta hoy, para convertir en espectáculo público la combinación simultánea del cinematógrafo y del fonógrafo, adolecían del defecto gravísimo y esencial de falta de sincronismo en su funcionamiento, dando pie á que el público, tomando la escena á chacota, considerara el espectáculo como objeto de burla y de ludibrio.

Á Gaumont corresponde la gloria de haber resuelto el problema, por medio de un sencillo é ingenioso mecanismo.

El recuerdo de deudos y amigos que no están á nuestra vera, no irá envuelto en adelante en la vaga nebulosa de una memoria poco fiel, ni permanecerá invariablemente en la misma posición, cual nos lo presenta la estatua más bella ó el más artístico retrato, ni se verá desfigurado por el aparente misterio físico del ingenioso fonógrafo ó del sorprendente cinematógrafo: la ilusión de nuestros sentidos será completa, el abuelo no se separará jamás de sus nietos queridos, ni el marido de su esposa, ni la madre de sus hijos; en otros términos, la familia sobrevivirá á sí misma, su recuerdo será real y positivo, su memoria será auténtica y no se extinguirá jamás.

AL'LER-WILL.

Barcelona, Enero de 1903.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Rescoldos arquitectónicos, por *Emilio Rodríguez García.* – Contiene este libro tres conferencias dadas por el notable arquitecto argentino Sr. Rodríguez García en la Sociedad Central de Arquitectos, en el Ateneo y en la Colmena Artística de Buenos Aires, todas sobre temas interesantes desde el punto de vista de la arquitectura en general y en particular de la de aquella próspera república, que el autor trata con gran caudal de conocimientos y elevación de miras. Este volumen forma parte de la Biblioteca de «Cuestiones de arte y construcción» y ha sido impreso en Buenos Aires.

Lecciones de Gramática castellana, por *Enrique C. Hernández.* – El autor de esta gramática se ha preocupado principalmente de la sencillez, á fin de que sus lecciones sean perfectamente entendidas por los niños Para ello ha adoptado un método claro y sumamente práctico, que insensiblemente va iniciando á los discípulos en los preceptos gramaticales. El libro ha sido editado por la casa Appleton y C.ª, de Nueva York.

Manual del Perito calígrafo Revisor de letras y firmas, por *Enrique Sánchez Terrones.* – Aunque el principal objeto de esta obra es servir de guía á los profesores de Instrucción primaria y á los archiveros y bibliotecarios cuando tengan que hacer cotejo de letras y firmas en los tribunales, interesa muchísimo también á los jueces, abogados y procuradores porque les facilita grandemente su misión en los interrogatorios á los peritos calígrafos, y más, si cabe, al comercio en general, expuesto siempre á ser víctima de falsificaciones. Impreso en Madrid, en la imprenta Fortanet, véndese en las principales librerías á tres pesetas.

Almanaque Bailly-Bailliere. 1903. – De un chispeante artículo que sobre este Almanaque ha escrito el notable y popular literato Eusebio Blasco, entresacamos los siguientes párrafos que dan perfecta idea de la publicación y constituyen el mejor elogio de esta obra, verdadera enciclopedia popular de la vida práctica: «¡Qué libro! Hay para entretenerse con él tres ó cuatro meses. Libro *omnibus*, libro para todos. Desde el *menu* para la familia hasta la historia de los Reyes de Italia, y desde los evangelios de la semana hasta la manera de salvar al que se ahoga, en este Almanaque hay de todo, absolutamente de todo, y algunas cosas más. Estas cosas más son los premios de un sorteo originalísimo en el que hay yo no sé cuántos objetos que pueden tocarle al agraciado, relojes, libros, fonógrafos..., ¡qué sé yo!.. En las 450 páginas de este libro especialísimo se aprende mucho más que en las novelas y las obras de pasatiempo que cuestan más caras y no dejan memoria de nada.» El precio del Almanaque es de 1'50 pesetas.

Agenda de Bufete para 1903. – Se ha puesto á la venta esta utilísima agenda, publicada en Madrid por los señores Bailly-Bailliere é Hijos, que contiene datos sobre reducción de monedas, sistema decimal, modo de resolver el cambio entre España, Francia é Inglaterra, modelos de letras, recibos y pagarés, tarifas de correos, paquetes postales y correos, una guía completa de Madrid, de sus calles, edificios públicos, escuelas é institutos, las tarifas de arbitrios y consumos, de carruajes y cédulas personales, así como gran número de detalles sobre la parte oficial, comercio, industria y profesiones. Todos estos elementos están clara y metódicamente combinados.



El arco de triunfo de Thamugas. (Véase el artículo de la pág. 46)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 19 de enero de 1903 — Núm. 1.099

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONCIERTO, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)
propiedad de D. Estanislao Planás

HOMENAGE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Venezuela. – La agresión anglo-alemana y sus causas. – La rivalidad económica entre Europa y los Estados Unidos del Norte de América. – Alianza anglo-alemana. – Hostilidad contra los Estados Unidos. – El canal de Panamá y los capitales europeos.

El hecho culminante en la actualidad de la vida política americana es la agresión de que ha sido víctima la República de los Estados Unidos de Venezuela.

Casi en los momentos en que escribíamos la anterior *Revista*, consignando en ella noticias muy satisfactorias que hacían presumir el completo restablecimiento de la paz en América, escuadrillas de Alemania y de Inglaterra entraban en son de guerra por los mares de Colón, acercábanse á las costas de Venezuela, sorprendían y apresaban buques venezolanos indefensos, destruían fuertes y bombardeaban y hacían desembarcos en Puerto-Cabello y otros puntos, donde los soldados ingleses, según su costumbre, pillaron y saquearon cuanto hubieron á mano.

El 20 de diciembre los gobiernos alemán y británico proclamaron el bloqueo que, desde luego, comenzó á hacerse efectivo en Puerto Cabello y en Maracaibo, y pocos días después se declaró también en los de la Guaira, Carenero, Guanta, Cumaná y Carúpano y en las bocas del Orinoco.

¿Qué había sucedido? ¿Qué razón motivaba este inesperado rudo ataque contra Venezuela por parte de dos grandes naciones europeas? ¿Qué ofensas había inferido el gobierno venezolano al honor del Imperio alemán y del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda? ¿Qué planes se fraguaban en esa República contra los súbditos, los territorios ó los derechos de esos poderosos Estados?

No había, ciertamente, ni peligros ni ofensas que justificasen ese acto de fuerza; no había más que la negativa de los Estados Unidos de Venezuela á someterse, sin reservas, á las reclamaciones pecuniarias de acreedores ingleses y alemanes.

Alemania é Inglaterra, sin admitir prueba en contrario, ni mucho menos reconvención del gobierno venezolano por daños y perjuicios que los súbditos de aquéllas habían causado á la paz y tranquilidad de Venezuela, sostenían que ésta era deudora de unos cuantos miles de pesos á particulares y sociedades de la respectiva nacionalidad.

Inglaterra y Alemania no consentían ya excusa ni aplazamientos, y resolvieron cobrar á cañonazos.

Italia también, «la tránsfuga de la Unión latina,» se llamó á la parte. No era cosa de perder unos 10.000 dólars que, en junto, reclamaban súbditos suyos, y se adhirió á la acción anglo-germana.

¡Y en qué ocasión tan oportuna se combinan estas tres potencias para imponer sus *ultimátum* á Venezuela! Cuando esta República se preparaba á entrar en período normal y había esperanza de ir restaurando las agotadas fuerzas del país. No parecía sino que tomaban la imposición como pretexto para reanimar y fortalecer al bando vencido.

Pero ni la agresión intimida á los venezolanos, ni nadie simpatiza con la actitud de esas potencias, porque los pueblos cultos no deben jamás apelar á tales medios para resolver así, airadamente, los litigios en que se hallan interesados sus ciudadanos residentes en el territorio de otra nación también civilizada.

Castro lanza una proclama contra «los extranjeros cuyos pies insolentes han profanado el suelo sagrado de Venezuela.» Lo que ingleses y alemanes han hecho, dice, «no tiene precedente en la historia de las naciones civilizadas; es un acto de barbarie que conculca los principios más elementales del derecho de las naciones; es un acto innoble, porque es producto de una mezcla de inmoralidad y cobardía, de fuerza y de perfidia.» En otra alocución protesta contra el bombardeo de la ciudad de Puerto Cabello, que se llevó á cabo sin una previa declaración de guerra y sin llenar las formalidades prescritas, puesto que no se dió tiempo para substraer del peligro á las mujeres y á los niños. «Esto, añade, no es sólo una cobadía, sino un insulto á todas las naciones.»

La prensa en América y en Europa expresa en tonos más ó menos vivos asombro é indignación ante el proceder de esos acreedores implacables, escribe artículos sobre «las nuevas salvajadas de Inglaterra y Alemania,» y hasta en las Cámaras legislativas de algún Estado hispano-americano se oye la protesta contra la brutalidad de las potencias anglo germanas y la invitación á formar alianzas que puedan servir de salvaguardia del derecho contra la fuerza.

A pesar de que en la historia contemporánea se han dado repetidos casos de la desconsideración con que el fuerte trata al débil, el hecho de ahora es tan extraordinario, tan inaudito, que ya los mismos venezolanos se preguntaban, desde un principio, cuál era el verdadero objeto que perseguían los aliados.

¡Una alianza anglo-germano-italiana, los buques de guerra de estas potencias en el mar de las Antillas, barcos venezolanos echados á pique ó apresados, bombardeo, bloqueo, amenazas de invasión, desembarcos, propósitos de incautarse de las aduanas, tanto y tanto aparato bélico para que un sindicato ó una compañía de obras públicas y unos cuantos aventureros puedan embolsarse cantidades que les eran ó no debidas!

Para tomar á viva fuerza al gobierno venezolano unos millares de libras ó de marcos, Inglaterra y Alemania movilizan sus buques y gastan más de lo que importan los créditos, y se exponen á graves contrariedades si tienen que mantener fuerzas en tierra y que incautarse de las aduanas, ó hacen el ridículo papel que ya están haciendo si no las intervienen ni desembarcan y acaban por aceptar el arbitraje.

Ahora bien: ¿cabe admitir que los directores de la política internacional en Alemania é Inglaterra han procedido de ligero? ¿Tan torpes son que no han previsto las consecuencias de sus acuerdos?

Hay, indudablemente, otro fin, un propósito ulterior. ¿Cuál?

Se ha supuesto que el de favorecer al vencido, á Matos, procurándole ocasión ventajosa de abrir nueva campaña. Séalo ó no, el hecho es que la agresión redunda en beneficio de éste, que vuelve á la carga, aprovechando la crítica situación de Castro.

Claro es que las simpatías de que Matos pudiera gozar en las cortes de Berlín, Londres y Roma no llegan á tanto que deban considerarse como el único motivo de la acción combinada de ingleses, alemanes é italianos. Esa explicación no tiene otro fundamento racional que el de confiar aquéllos en que bajo un gobierno presidido por Matos los acreedores habrían de hacer efectivos sus créditos, y más aún que pidieran, pues la gratitud obliga á mucho.

Pero así volvemos al punto de partida. Si las escuadras de Inglaterra y Alemania no se han puesto al servicio de un pretendiente á la presidencia de una República sudamericana, lo están – en el supuesto á que nos referimos – á la de banqueros, agiotistas ó industriales que fían el buen éxito del negocio en el triunfo de Matos, y á móvil tan mezquino habría que atribuir, pues, la agresión.

No. Hay, indudablemente, otras causas, y no será difícil investigarlas si atendemos al estado actual y á las probables contingencias de las relaciones entre América y los pueblos europeos de mayor poder marítimo y de más fuerza expansiva por su industria, su producción y su comercio.

Necesitan esos pueblos evitar á todo trance que la gran república norteamericana llegue á conseguir la preponderancia económica en el mundo. Ni Alemania ni Inglaterra están dispuestas á tolerar que los Estados Unidos realicen sus aspiraciones de hegemonía política en América y de predominio mercantil en todas partes.

Como dice Levasseur, Inglaterra y Alemania parecen destinadas á ser las dos primeras víctimas de ese pulpo gigantesco que extiende sus brazos y sus ventosas por la América del Sur, por el Japón y la China, y hacia Africa y Europa.

Para ambas potencias, ya muy quebrantadas por la concurrencia norteamericana y por otras causas, el peligro es inminente y se anuncia con caracteres de suma gravedad. Si aisladas habríales de ser muy difícil impedir el daño, unidas tal vez puedan debilitar las enormes fuerzas del adversario, sobre todo si se apresuran á provocar conflictos para ir á la lucha armada en condiciones favorables, que dentro de algunos años no las tendrán, salvo si sobrevinieran en los Estados Unidos excisiones de índole social, ya iniciadas, ó catástrofes financieras, no muy improbables si continúan en auge los famosos *trusts*.

Perdieron la excelente ocasión que les ofreció la guerra hispano-yanqui no, ciertamente, por culpa de Alemania que, más previsora que la Gran Bretaña, hizo cuanto pudo para establecer una inteligencia entre los Estados europeos, y aun para obligarlos á ella. La actitud de la escuadra alemana allá en los mares de Oriente, sostenida á ciencia y paciencia del almirante yanqui, bien la recuerdan los que entonces residían en la capital del archipiélago filipino.

Ahora nueva ocasión se ha presentado, y Alemania, con más fortuna que en 1898, ha conseguido arrastrar á Inglaterra. No han necesitado acometer empresa tan arriesgada como hubiera podido ser la otra; no ha habido que ponerse frente á frente de los Estados Unidos.

Bastaba demostrar á los americanos de origen latino que, á pesar de los alardes de los yanquis, que tanto se ufanan de ser los protectores de los pueblos de América contra Europa, escuadras europeas podían entrar impunemente en el mar de las Antillas y realizar en él operaciones de guerra.

Y el gobierno de Wáshington ha dejado hacer. Después, negociaciones diplomáticas para terminar el asunto por medio de arbitraje ó conferencias, y nada más.

Ya saben, pues, los hispano-americanos que cuando una potencia europea quiera intervenir en sus asuntos, y echar á pique sus barcos, y cañonear su litoral, si esa potencia es fuerte, los Estados Unidos se cruzarán de brazos.

Alemania lanzó el guante á los Estados Unidos en la bahía de Manila. No lo recogieron. Ahora, unida con Inglaterra, los reta de nuevo en aguas de Venezuela. Monroe había dicho, refiriéndose á los pueblos americanos independientes, que «cualquier interposición con propósito de oprimirlos ó disponer *de cualquier manera* de sus destinos, se consideraría como una disposición hostil á los Estados Unidos.» Y una manera de disponer de los destinos de un pueblo es favorecer, directa ó indirectamente, á un bando político contra otro. Los yanquis no se han dado por entendidos. Observaciones muy razonadas sobre el derecho de bloqueo y ofrecimiento de buenos oficios; de aquí no pasan.

Pero Alemania va más lejos. No quiere que el canal de Panamá sea yanqui ó dé pretexto á los yanquis para monopolizar el comercio interoceánico.

Por una parte, Colombia no se aviene á aceptar todas las condiciones que imponen los Estados Unidos respecto al uso del canal y derechos sobre él y zona adyacente; por otra, se habla de un sindicato alemán que ha entrado en tratos y negociación con la Compañía francesa de Panamá.

La intervención en el canal de europeos ó de empresas creadas con capitales de nacionalidad varia, ofrece mayores garantías al comercio universal y menos peligro á los hispano americanos que la ingerencia yanqui en esa importante vía de comunicación.

¿Estará dispuesto el gobierno de Colombia á favorecer en este asunto la gestión ó las pretensiones de Alemania, á las que encubiertamente coopera Inglaterra? En tal caso, como el actual presidente de Venezuela es enemigo de los hombres que gobiernan en Colombia, y como convendría mucho contar también para lo presente y para lo porvenir con el concurso de aquella República, hace falta derribar á Castro del poder.

Ya se ven, pues, razones de mayor peso que la reclamación de créditos para explicar la brusca acometida de los aliados.

¡El canal libre de la opresora mano yanqui! ¡Acaso Colombia y Venezuela unidas para constituir la gran República en que soñó Bolívar!

A pesar de las atrocidades que acaban de hacer allí ingleses y alemanes, habría motivo para reconciliarnos con ellos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Rosa había caído desplomada junto al piano

LA ROMANZA

Era l' april giocondo:
Ridea sereno il di,
E un fiore moribondo
Piangia d' amor cosí

I

El salón parecía dividido en dos mitades, cuyo imperio se repartían las dos irreconciliables enemigas: la luz y la sombra. En el reino de la luz la marquesa, con dos ó tres de sus íntimas, cuchicheaban sobre las últimas noticias del día, disecando á las amigas ausentes con ese arte exquisito que hace penetrar el escalpelo en la vida íntima y desmenuza uno por uno todos los hechos y sus efectos y sus causas; y el marqués y su cuñado el general, ambos en la oposición por aquel entonces, se ejercitaban con igual encarnizamiento en la autopsia del que ellos llamaban cadáver de la situación.

En el imperio de la sombra sólo había dos personas: Luis, sentado al piano, y Rosa, de pie junto á él. Hablaban en voz baja, que parecía murmullo de enamorados, y de vez en cuando una escala, un acorde, dos ó tres notas sueltas que parecían dejar caer sobre el instrumento las distraídas manos de Luis, acentuaban, subrayaban la frase apasionada que brotaba de los labios de ambos interlocutores. Y sin embargo, no hablaban de amor.

–Yo no puedo negar á usted, decía Rosa, el encanto, la grandeza, la sublimidad de la música moderna, de la que hoy diputa la moda por insuperable; pero ¿qué quiere usted, Luis?, soy una enamorada impenitente de la melodía, y la línea pura y escueta de una frase inspirada llega más á mi alma que esos alardes de color con que á veces viste á una idea musical enteca y sin vida la ciencia del contrapunto y de la armonía...

–Es que usted exagera...

–No: digo lo que siento, sin que intente entablar discusión con usted, educado en Alemania, discípulo de Brahms, autor de tanta obra hermosa y aplaudida...

–Pero que á usted gustan menos que un sencillo andante belliniano.

–¿Y por qué no he de ser franca? Usted es bueno y no se ofenderá por esta preferencia de una ignorante... Sí: admiro la música de ustedes; pero no me hace llorar y reir, sentir y gozar como la otra... Ustedes son partidarios del color y yo del dibujo...

–¿De modo que no se aviene usted á cantar mañana la romanza de Schumann que yo había elegido?

–No la siento... ¿Quiere usted acompañarme una sencilla melodía italiana, que es la que yo prefiero?

–Sea.

Rosa colocó sobre el atril un libro, que se abrió obediente por la primera página de la melodía elegida, y el maestro comenzó á tocar. Era un sencillo poema musical en el que dos insistentes notas que formaban el final de la frase en el prólogo y epílogo de la romanza, parecían sonar en el piano como toque fúnebre de ideales campanas que doblaban por la muerte de algún ser vaporoso y tierno que moría abrasado por la pasión.

La voz de Rosa, impregnada de amor y de tristeza, se elevó sostenida por aquellas dos notas entre las que se mecía como si no pudiera existir sino acariciada por la suave armonía que de ellas brotaba; contó luego la breve historia que en pocos versos escribiera el poeta inspirador de aquella melodía; y tornó, en el final, á vagar de una en otra nota de aquellas dos inseparables compañeras que pintaban en sollozante semitono las angustias del amor y de la muerte.

Había en la voz de Rosa, al cantar aquella romanza, acentos reveladores de pasión intensa y de ignoradas ternuras; gritos en que se adivinaba á un corazón herido que gozaba en su propio tormento, y suspiros que parecían expresar la ventura inefable de un alma que padece por el bien amado; el espíritu de Rosa, en fin, que subiendo á su garganta y escapándose en raudales de voz angélica por sus labios, la mostraba á los ojos y á los oídos de su asombrado acompañante con hermosura sobrehumana, ideal, semidivina y muy superior siempre á la que brillaba en sus negros ojos y en sus rojos labios, y era saboreada con miradas codiciosas por la turbamulta de adoradores que solía cercarla.

Magnética corriente debió establecerse entre aquellas dos almas de artistas; porque sin que jamás hubiera mediado entre ellos palabra ninguna de amor y sin que se curasen de la tertulia que no lejos de ellos mantenían los padres de Rosa, al terminar ésta la melodía, Luis cogió apasionadamente una de sus manos y la besó con transporte de amoroso delirio, expresando en aquel beso todo el poema de su intensa pasión naciente. Rosa le miró también con ternura y no retiró su mano.

II

Así nacieron los amores de Luis y de Rosa, evocados por la luctuosa historia de una flor que se moría de amor por una mariposa. Al principio los marqueses intentaron oponerse; la sociedad aristocrática de la corte, en que Rosa vivía, asaeteó desdeñosamente lo que llamaba romántica aventura; pero poco á poco aquel amor grande venció todas las resistencias, hizo inclinarse ante su paso todas las cabezas, logró que enmudecieran todas las viperinas lenguas y reinó en todos los corazones. El gran artista y la gran dama formaban una pareja única que paseó triunfante y vencedora su amor y su dicha por todos los salones, recibiendo á su paso el doble homenaje rendido al arte y á la hermosura. Y cuando sentado Luis ante el piano posaba sobre las teclas sus dedos que las arrancaban gemidos y sonrisas, lágrimas y cantos de alegría, y Rosa, de pie á su lado como ideal aparición, comenzaba á contar con suave y apagado acento la mortal pasión de la flor moribunda, todas las manos se unían en un aplauso, todas las lenguas prorrumpían en un bravo atronador y en todos los pensamientos nacía la misma idea: la de que habían nacido el uno para el otro.

En esta inenarrable ventura vivieron un año, al cabo del cual y cuando los preparativos de su próximo enlace tocaban á su fin, una mañana encontraron á Luis muerto en su lecho. La mariposa había huído lejos, muy lejos y para siempre, y acá abajo quedaba la flor sola, consumiéndose de amor.

Pintar el dolor de Rosa fuera empresa imposible. Vistióse de luto, huyó de las fiestas y de los conciertos en que hasta entonces había brillado como astro de primera magnitud, y cerró, como con un candado, su garganta de ave canora, cual si nadie ya en el mundo fuera digno de acompañar sus trinos y gorjeos más que su muerto prometido.

Los marqueses, apenados por la eterna sombra de tristeza que parecía cubrir el alma de su hija, la obligaron á emprender largos viajes. Todo inútil: Rosa paseó su melancolía por las playas del Norte, por los bulevares parisienses, por las ciudades italianas, por las brumas londinenses, sin que ni la más ligera sonrisa plegase sus labios, ni la más fugaz chispa de júbilo momentáneo encendiese sus miradas. Y al fin de dos años de errar entristecida por Europa, volvió la desolada amante á encerrar su pesar sin medida en su palacio de la Castellana, vagando como alma en pena por aquellos salones antes llenos de luces y de fiestas y de alegría, ahora llenos de sombras y de soledad y de duelo.

Rosa parecía esperar con ansia la muerte para volver á unirse con Luis.

III

Pero ¡ay! nada hay perdurable de tejas abajo. Por las puertas del sombrío palacio entró un día Miguel Arjona, hijo de un hermano de la marquesa, andaluz, de tipo varonil y resuelto, de palabra fácil y animada, y con él pareció entrar una ráfaga de aire sano y vivificante que renovó aquella pesada atmósfera de dolor. Era el muchacho gran simulador de hondos cariños: así que, vencidos por sus melosas frases, á los pocos días la marquesa creíase idolatrada por su sobrino, el marqués no acertaba á dar su cotidiano paseo por el Retiro si no le acompañaba Miguelillo, y la servidumbre toda de la noble casa se desvivía por atender y complacer al señorito, que siempre tenía en sus labios una palabrilla dulce para las doncellas y en la petaca un aromático veguero para los hombres.

La plaza difícil, inexpugnable, fué durante mucho tiempo la prima Rosa. Al principio pareció casi como que no advertía la presencia de Miguel: luego, lentamente, el endiablado primito, sin dirigirse jamás á ella de frente, hablaba en la mesa, único sitio donde la veía, como si se hubiera propuesto des-

arrugar aquel ceño, desterrar aquel dolor, arrancar á aquella boca una sonrisa. Y un día, ¡por fin!, la sonrisa deseada apareció en aquellos labios, provocada por una frase chispeante de aquel picotero incansable. Poco á poco fueron desterrándose las nubes de aquel cielo, y al cabo llegó Miguel á ser dueño de aquel corazón, como lo había sido antes de todos los de la casa. ¡Qué digo como de todos! Más que de otro alguno. Rosa no podía menos de declarárselo á sí misma en sus horas de soledad y de íntimas confidencias.

¿Cómo se explicaba este caso de infidelidad á la memoria de Luis? Rosa quizá no hubiera podido puntualizarlo con palabras; pero adivinaba confusamente que lo que sentía por su primo era otra especie de amor. De Luis la sedujo el arte exquisito, la superioridad de espíritu, la semejanza de sentimientos de sus dos almas, aquella atmósfera ideal y semidivina que irradiaba en su torno y que había hecho germinar y crecer el amor en ellos dos sin que durante meses y meses hablaran de otra cosa que de arte, y sin que después de aquel beso que sellara el pacto de sus dos seres, ninguna otra furtiva caricia hubiera empañado con toscas realidades su pasión, nacida, sentida y sustentada en las regiones sobrehumanas del arte. De Miguel la enamoraba la involuntaria contemplación de sus ojos negros, inquietos y parladores; de su tez ligeramente morena y de aquel bigotillo negro y rizoso, condenado á perpetuo suplicio por su mano izquierda en constante movimiento; de su varonil apostura, algo donjuanesca, y de los secretos misterios de ignotos placeres que parecía prometer su resuelto carácter y la vigorosa energía que respiraban sus palabras y sus actitudes, su conducta y su gracioso desenfado; algo, en resumen, puramente carnal y terreno, pero que se despertaba en Rosa por primera vez con la savia ascendente de su corazón de veintidós años.

Y no luchó. Se entregó á esta nueva pasión tan por entero como á la antigua, y aun bendijeron más y más los felices marqueses al alborotador Miguelillo, que había traído de nuevo la salud, la alegría y la felicidad á aquella mansión que parecía elegida para morada perdurable por el dolor.

Los amores de Miguel y su prima fueron derechos á su término natural: al casamiento. Con verdadera alegría preparó la marquesa, por segunda vez, las galas de novia de su hija, y mientras los futuros esposos secreteaban sobre su próxima ventura en las alamedas del jardín del palacio, en los rincones de la *serre* y en el segundo término del palco del Real, enjambres de modistas y bordadoras invadían las habitaciones de la regocijada madre, dejando como huella de su paso sedas, paños, encajes y terciopelos. Rosa apenas se cuidaba de todo aquello: parecía subyugada, hipnotizada por Miguel. Era como un pajarillo al que fascina una serpiente.

Y esta vez el idilio no quedó interrumpido. Llegó el día, llegó la hora, llegó el momento, y el sacerdote bendijo la unión de los felices amantes en la capilla del palacio, ante reducido número de invitados: la familia y los amigos más íntimos. Algunos creyeron notar que al pronunciar Rosa el sí, intensa palidez cubría su semblante. Era cierto: en aquel momento vió la desposada cruzar ante su vista la imagen de Luis. Pero esto duró un segundo. Dirigió la vista hacia Miguel, y la tranquila y vencedora sonrisa del que ya era su esposo volvió el sosiego á su espíritu.

IV

Terminada la ceremonia entraron todos al salón. Eran las siete de una hermosa mañana de abril. El salón brillaba iluminado por los rayos de un sol primaveral. En todos los corazones brotó un deseo que Miguel, el afortunado marido, se encargó de formular. Todos querían oir cantar á Rosa. Cuando ésta escuchó la orden, envuelta en tonos de súplica, de su esposo, se puso instantáneamente en pie, pálida como una muerta. No había vuelto á cantar desde la muerte de Luis. Sola, y como si no viera que Miguel la ofrecía el brazo, cruzó el salón dirigiéndose al piano, abierto en uno de los ángulos. Llegó á él, buscó entre los papeles del musiquero y cogió un libro, que al ser colocado en el atril, se abrió obediente por la página en donde comenzaba la melodía favorita. Y entonces, con asombro, con terror de los que presenciaron la escena, clavados en sus puestos, como si magnética fuerza los inmovilizase, pasó una cosa increíble, inenarrable.

Rosa se mantuvo en pie junto al piano, como si en él estuviera sentado alguien que debiera acompañarla. Y en efecto: el piano comenzó á sonar con aquel insistente y patético semitono que expresaba con toque fúnebre el dolor de la agonía de la flor moribunda, y la voz de Rosa, como acento sobrehumano y ultraterrestre, se elevó pura, diáfana, idealizada, cantando en tiernas estrofas su pasión ardiente y abrasadora, su eterna aspiración á unirse con la mariposa fugitiva, su dolor, acallado breve tiempo, y que resurgía más grande evocado por las notas de la romanza que meció sus sueños de amor. En el piano manos invisibles herían, con arte jamás alcanzado, las teclas, y parecían entablar triste y amoroso diálogo con la doliente voz de Rosa. Por fin, en los labios de ésta vibró, suspirando y como perdiéndose, la última estrofa...

Era l' april giocondo:
Ridea sereno il dì,
E un fiore moribondo
Piangea d' amor così...

Al terminar, todos lanzaron un grito de espanto. Rosa había caído desplomada junto al piano. Acudieron. Estaba muerta.

Luis Cánovas.

(Dibujo de Tamburini.)



Ave María, cuadro de Luis Nono

EL NUEVO DIQUE

DEL NILO EN ASSIÚT

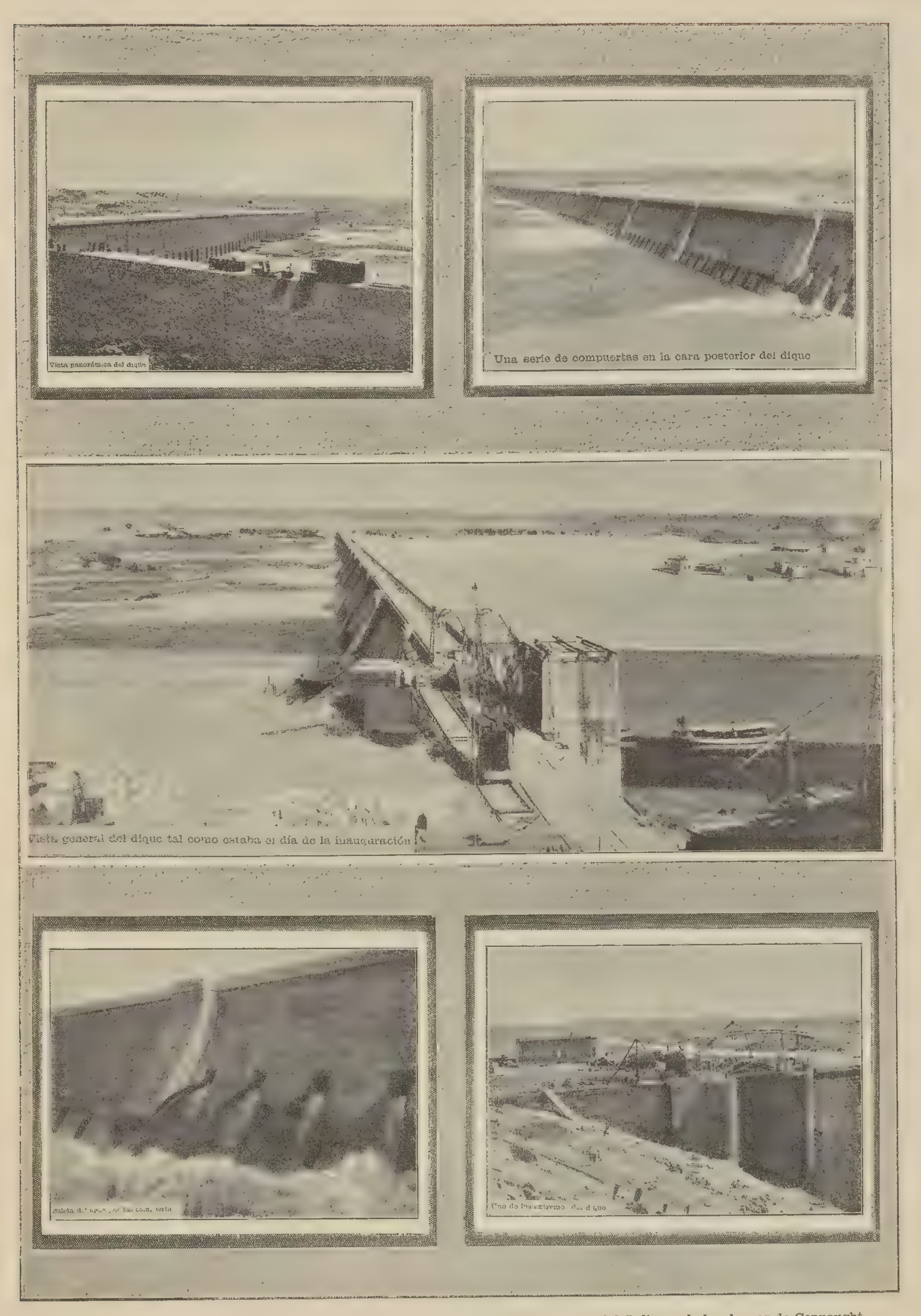
El día 10 de diciembre próximo pasado celebróse con grandes festejos y en presencia del Jedive y de los duques de Connaught la ceremonia de la colocación de la última piedra de las grandiosas obras realizadas en Assuán y Assiút para regularizar la corriente del Nilo y con ello aumentar la superficie de terrenos regables y asegurar la acción fertilizadora de aquel río, que tan inmensos beneficios ha dispensado al país de los Faraones.

El proyecto de estas obras, debido á Sir Samuel Baker, se divide en dos partes: la primera es la construcción de una presa situada á 400 kilómetros al Sur del Cairo, en Assiút, que ha de servir para el riego del Egipto central y de Fayum; la segunda, un gran depósito construído en Assuán. Merced á la primera se convierten en cultivables unas 120 000 hectáreas de tierras incultas, y gracias á la elevación de la lámina de agua en el canal de Ibrahim, que riega el vasto y fertilísimo oasis de Fayum, se aumentará considerablemente el caudal destinado á este riego.

Pero la presa de Assiút no llenaría su objeto si no pudiera ser alimentada en los meses en que el Nilo lleva poca agua; de aquí el gran depósito de Assuán, levantado á 600 metros río arriba de Assiút, encima de la primera catarata.

Las dimensiones de la presa ó dique de Assiút son dos kilómetros de largo, 52 metros de altura máxima y 30 metros de espesor en la base, espesor que va disminuyendo paulatinamente hasta quedar reducido á 7'20 en la coronación del muro. Este ha sido construído con el granito procedente de las canteras de Assúan que los antiguos egipcios empleaban para edificar sus templos; su cara interior está revestida de mampostería y la exterior de piedras de sillería. Las aberturas de las esclusas están cubiertas por dentro de una capa de cemento.

El lecho del río no era en su totalidad de rocas de granito, como se había supuesto, sino que en muchos puntos resultó ser de capas de micasquista que se rompían, siendo, por consiguiente, impropias para la fundación; de modo que en estos sitios los cimientos hubieron de sentarse á 12 metros más de profundidad.



Vista panorámica del dique

Una serie de compuertas en la cara posterior del dique

Vista general del dique tal como estaba el día de la inauguración

Salida del agua por las compuertas

Uno de los extremos del dique

EGIPTO. – El nuevo dique del Nilo en Assiút, recientemente inaugurado en presencia del Jedive y de los duques de Connaught

En el dique hay 180 esclusas de siete metros de alto por dos de ancho, que pueden dar paso á un volumen de agua de 15.000 metros cúbicos por segundo: cuando el río va crecido, estas esclusas están abiertas, de manera que por ellas puede pasar toda la corriente á la sección inferior y llegar á las tierras bajas; cuando el caudal de agua disminuye hasta 2.000 metros cúbicos, ciérranse aquéllas á fin de que se llene el depósito, que se extiende en una longitud de 300 kilómetros y que puede contener cien millones de metros cúbicos de agua. Este volumen de agua permanece en el depósito desde fines de diciembre hasta principios de marzo, y después de este tiempo se le da salida para que alimente el dique de Assiút.

Junto á la orilla izquierda hay cuatro cámaras de esclusa de 78 metros de largo por 9'6 de ancho para facilitar la navegación.

A consecuencia de la acumulación de un volumen de agua tan enorme, quedará inundada, durante los meses de enero á marzo, la interesante isla de File, situada al Sur del dique; pero se han adoptado todas las medidas y precauciones necesarias para que no sufran daño las magníficas ruinas de antiguos templos que en ella se conservan todavía.

La primera piedra de esta obra colosal fué colocada en febrero de 1899, habiéndose terminado el dique seis meses antes del plazo estipulado. El coste total se calcula en unos cinco millones de libras esterlinas; el número de obreros empleados en la construcción ha sido de 15.000. – R.

CUASIMODO

¡Qué oportunidad has tenido, lector!

Viniste á sorprenderme en el instante crítico en que iba á cumplir un deber de honor haciendo desaparecer estas tres cartas que ves sobre la mesa de mi despacho.

Pero como contigo no valen secretos, antes de que el fuego de la chimenea las consuma, entérate de ellas.

Perdóname si, en el fondo de estas confidencias, ves algo de vanidad personal por el hecho de ser yo el héroe mefistofélico de la aventura. ¿Qué quieres? El crimen, cuando está bien hecho, enorgullece al propio criminal.

Acércate, pues, al sillón; colócate detrás y ve leyendo por encima del hombro.

«Querido X: Sería un ingrato si no te escribiera en una ocasión tan solemne para mí; eres la única persona con quien tuve intimidades y quiero ser consecuente hasta el momento de morir; porque te advierto *à priori*; para tu conocimiento, que voy á matarme.

»No estoy loco, no; verás si tengo razón.

»Ignoro qué criterio preside al reparto de los dones que la Naturaleza nos hace; sea el que sea, no tengo que agradecerle absolutamente nada; me echó de un puntapié á la vida, y así soy: una cosa que se tira.

»Aunque me conoces perfectamente, te haré, sin embargo, la descripción de mí mismo para que veas hasta qué punto estoy convencido de lo poco que valgo.

»Mi cuerpo es una aberración del modelo humano: entre unos hombros angulosos y altos húndese mi cabeza, una cabeza deforme, de cabellos crespos y duros, de frente abultada y estrecha á la par, de cejas que se juntan en una línea recta, sin ese arco ligero que es la expresión graciosa de todas las fisonomías, de ojos pardos cuya pupila pequeña piérdese en una cavidad obscura, y allí dentro saltan y giran vertiginosamente; de nariz ancha y aplastada; de boca grande, cuyos labios gruesos se contraen eternamente en una mueca feroz y antipática... No he podido reir nunca como ríen las gentes; bien es verdad que tampoco tuve jamás una alegría de esas que, arrancando del corazón, desbordan sonoras por los labios.

»A partir de la cabeza, el resto del cuerpo es más horrible: la espalda, contraída por la joroba; los brazos, raquíticos; las piernas, combas y desiguales... ¡Un horror! Si Víctor Hugo me hubiese conocido, de fijo exclama al verme: *¡Cuasimodo!*

»Podrá parecerte que esta descripción te la hago con el espejo delante... No, querido; para nada necesito la reproducción material de mi ser; me veo á mí mismo con los ojos de mi inteligencia serena y tranquila, que en nada me engaña.

»Desde pequeño, las caricias de mis padres no tuvieron para mí esos encantos que perciben todos los niños y constituye un orgullo infantil porque les halaga su vanidad naciente; ¡jamás oí esas frases que son el vocabulario eterno del cariño! Cuando me acariciaban, era compasivamente.

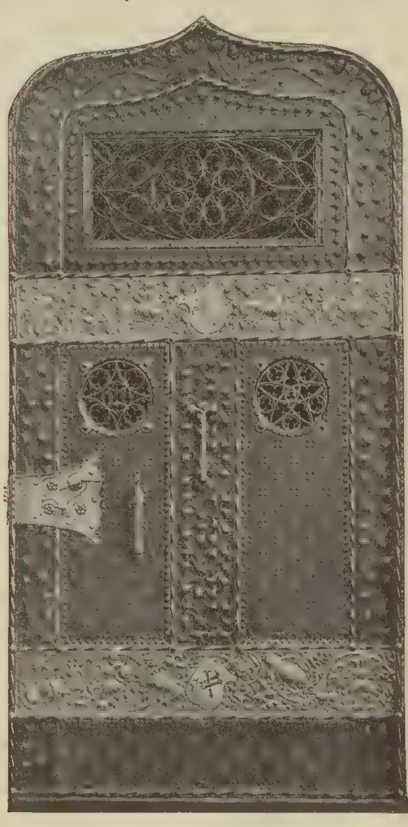
»Quedé huérfano y rico: hubo un momento en que creí que la fortuna heredada sería una compensación á mi infortunio; llegué á imaginarme que el brillo alegre del oro alumbraría las tristezas obscuras de mi porvenir, por aquello de que «el dinero todo lo puede;» pero esto es una máxima falsa que inventó seguramente uno que no tenía dos pesetas.

»El dinero no puede nada.

»Y esto lo dice y lo afirma un hombre que ha gastado más de cien mil duros en cuatro años y que va á morir dejando un capital de otros cien mil duros.

»Tuve la idea de instituir por herederos únicos de mi hacienda á los dos niños jorobados que ingresaran primero en el Hospicio de mi país; pero he desistido muy á tiempo de esta idea, porque, recapacitando en ello, he creído firmemente que los condenaba así al suplicio mismo que yo he pasado, y aseguraba, de este modo, dos suicidas más á plazo fijo.

»Muero, pues, sin hacer testamento, sin dejar heredero ninguno. He podido legarte mi fortuna; pero odio tanto el dinero y creo de tal modo en su fatalidad, que no quiero morir con la duda de si te hago infeliz. Que venga la justicia, que tome posesión de



Cara exterior



Cara interior

INDUSTRIA ARTÍSTICA. – Puerta de roble, cobre y hierro, construída por los hermanos Colli, de Innsbruck

todo y haga lo que le dé la gana; que ese dinero vaya á poder de quien yo no sepa ni conozca.. ¡Pero para él!

»No muero por exceso de odio, no; muero por falta de amor.

»Es muy triste llegar á decir, como yo digo ahora: *¡A mí no me ha querido nadie!*

»¿Qué hombre puede repetir esta frase en la seguridad absoluta de que es cierta?

»¿Qué hago, pues, en el mundo?..

»Nunca, ni por un hecho imprevisto, podría cambiarse mi fatalidad: adonde voy llevo la repulsión ó el odio; donde estoy siento la desesperación y el ridículo.

»Esto no tiene enmienda; pero tiene solución, y la solución consiste en eliminarme de los vivos... Y aquí quedan ustedes sin necesidad de soportar mi monstruosidad, y allá me voy yo con mi joroba y mis penas al otro mundo.

»¿Que hago mal? No lo creas. Es lo más acertado que puedo hacer.

»Sea, pues, esta carta la única despedida que hago; ni siquiera me tomo la molestia vulgar de escribir al juez; que trabaje y que se fastidie.

»Sé feliz, si puedes, y no te acuerdes más de tu amigo – CLAUDIO.»

¿Qué tal, lector?

¡Ah! Pues sigue leyendo: ¡ya verás!

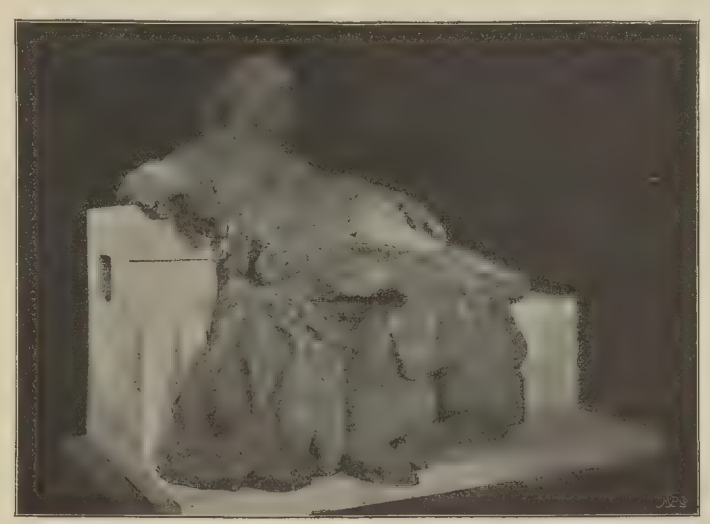
«X querido: Te escribe esta carta el mismo suicida que hace un año tenía la frente á dos dedos del cañón de una pistola.

»¡Horrible noche aquella de mi desesperación!

»Salí de casa tranquilo, en calma, sin que los nervios me dominasen y buscando únicamente un lugar apacible y hermoso que halagase mi espíritu en aquellos momentos.

»Quería morir plácidamente: llevando al pulmón el aire tibio y perfumado de la alameda, fijando en mi retina la inmensidad azul en donde iba á sepultarse mi alma.

»Marchaba despacio; la luz de la luna volcaba mi silueta horrible de jorobado sobre el llano del paseo; la imagen de mi desgracia seguía acompañándome; no me abandonaría sino hasta el instante de morir.



EL CRONISTA «ANONYMUS,» escultura de Nicolás Ligeti

»De pronto, junto á un grupo de árboles que recataban con su sombra un banco de piedra, vi algo que llamó mi atención: una mujer llorando...

»¿A qué seguir? Podría relatarte minuciosamente la escena, pero vale más que haga el resumen de ella en breves palabras.

»Hoy puedo rectificar aquella frase amarga que te decía; hoy *tengo quien me quiera.*

»Harto sabía yo que la felicidad consistía, no en el dinero, sino en el cariño.

»¡Y qué cariño tan grande el que salta por encima de la materia, el que cierra los ojos á la realidad monstruosa y llega con el alma á las profundidades del ser!..

»Mi mujer (¡sí, me he casado!) adora en mí; su amor es mi venganza contra la humanidad entera.

»*Tenemos* un hijo, rubio como un ángel, alegre como un día de primavera; juega conmigo sin asustarse de mi fealdad; su madre sonríe mientras tanto; quizá por su cerebro pasa la imagen del que la abandonó, pero apenas si nubla la serenidad de su frente; cuando en mí se fija, reacciona su espíritu y premia con un abrazo lo que ella llama *mi generosidad.*

»Vivimos solos; lejos de quien pueda turbar nuestra dicha con suspicacias infamantes y con malicias rastreras.

»Ven, si quieres; tú solo puedes ser testigo de mi felicidad.

»Te abraza tu amigo – CLAUDIO.»

¡Todo un poema!, ¿verdad, lector? Pero ten calma y aguarda ya hasta el final.

«X: No vengas; la carta de mi marido es sincera; nunca le he hablado de ti; cree que puedes seguir siendo su amigo; pero tu presencia en esta casa sería un remordimiento amarguísimo para mí y un latigazo impío á su nobleza y á su lealtad.

»La noche célebre en que leímos juntos aquella carta de Claudio que era su despedida del mundo, tú me propusiste en broma una cosa que yo acepté riendo también; cayó el pobre en el lazo tendido cuyas consecuencias yo no pude prever entonces.

»Hoy, lo que parecía burla, es más serio de lo que imaginas, y por eso te ruego que no vengas. ¡No vengas, por Dios! – JULIA.»

¿Verdad que no debo ir? ¡No! Vale más arrojar al fuego estas cartas pensando que ha hecho uno la felicidad de dos personas, aunque con la peor intención posible. Mejor dicho, la felicidad de *tres;* porque ese niño rubio como un ángel y alegre como un día de primavera que juega con Claudio sin asustarse de su monstruosidad, tiene ya padre.

¡Aunque sea jorobado!

FÉLIX LIMENDOUX.



Origen de la Catorcena en Segovia, cuadro de Vicente Cutanda



Palacio en donde se ha celebrado la Exposición Industrial



Llegada del Sr. Quirno Costa á la Exposición



Salida del Sr. Quirno Costa de la Exposición



Dr. Quirno Costa. – Vista general de la Exposición Industrial

El Dr. Quirno Costa, Vicepresidente de la República Argentina, en Barcelona (de fotografías de Mas



El Sr. Quirno Costa y los invitados en el restaurant Tibidabo



El Sr. Quirno Costa en la cumbre del Tibidabo



El Sr. Quirno Costa entrando en el restaurant Tibidabo



Banquete ofrecido al Sr. Quirno Costa por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona en el restaurant Tibidabo

El Dr. Quirno Costa, Vicepresidente de la República Argentina, en Barcelona (de fotografías de Mas)

NUESTROS GRABADOS

Srta. D.ª María Teresa Limantour. — Cuando se tuvo noticia en Méjico de los estragos causados por los terremotos en el Estado de Guerrero, organizáronse varias suscripciones y diversas funciones para reunir fondos con que acudir en auxilio de las víctimas de aquella catástrofe. Con objeto de coadyuvar á tan noble fin, los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia concibieron la idea de celebrar unos juegos florales, primeros que se verificaban en aquella nación por elementos nacionales. Entre los varios temas señalados figuraba uno libre, cuyo premio consistía en una flor natural y en el derecho, para el poeta que la obtuviera, de elegir una reina que presidiera la fiesta. Nombróse un jurado, compuesto de D. Justo Sierra, D. Balbino Dávalos y D. Luis G. Urbina, eminente hombre público y hoy Subsecretario de Instrucción Pública el primero, é inspirados poetas los dos últimos, y todos ellos muy ventajosamente conocidos, no sólo en toda América, sino también en España; además fué nombrado mantenedor el Ldo. D. Jesús Urueta, joven y elocuente orador que ha alcanzado innumerables y ruidosos triunfos en la tribuna. Hecha la proclamación de los escritores premiados, resultó agraciado con la Flor natural Abel C. Salasar, vigoroso poeta de los más jóvenes de Méjico y hasta aquella ocasión muy poco conocido: su poesía *Espectros heroicos* es una composición verdaderamente rica en imágenes. Los demás premios fueron concedidos á don Manuel de la Parra, D. Victoriano Salado, D. Laureano S. Viramontes y D. Manuel Romero Ibáñez. El Sr. Salasar eligió reina de la fiesta á la distinguida é inteligente Srta. D.ª María Teresa Limantour, hija de uno de los hombres públicos más eminentes de Méjico, el Ldo. D. José Ives Limantour, actual Ministro de Hacienda; la cual, acompañada de su corte, presidió aquella solemnidad literaria, que resultó tan lucida como hacía esperar el entusiasmo que en toda la capital mejicana había despertado.

Muley Abd-el-Azís, sultán de Marruecos. — El actual sultán de Marruecos nació en Marrakesh en 24 de febrero de 1878 y sucedió á su padre Muley Hassán en 6 de junio de 1894. Su entronizamiento promovió una sublevación, organizada por su hermano mayor, Muley Mohamed *el Tuerto*, que por las intrigas del gran chambelán Mohamed Ben Mussa se vió despojado del trono que él creía pertenecerle de derecho. El príncipe rebelde fué vencido y encarcelado en Mequinez, en donde ha permanecido hasta que últimamente lo ha puesto en libertad su hermano, para ver si por este medio podía restar fuerzas á la rebelión que, acaudillada por Mohamed-el-Roghi ó Bu-Hamara, ha estallado recientemente en aquel imperio y que amenaza con destronarle. Muley Abd-el-Azís ha cometido el pecado gravísimo, en concepto de sus súbditos, fanáticos musulmanes, de mostrarse inclinado á la civilización occidental, aceptando algunos adelantos modernos y escuchando y en parte atendiendo los consejos de las misiones europeas. Tal vez se proponía con ello ir infiltrando poco á poco en su pueblo nuevas costumbres que le hicieran salir de la barbarie en que vive; pero



Muley Abd-el-Azís, sultán de Marruecos

este noble pensamiento, para cuya realización contaba quizás con el apoyo de las potencias de Europa, puede muy bien ser causa de su ruina, gracias al egoísmo de la diplomacia; ya que los que hoy podrían ayudarle, siquiera moralmente, á llevar á cabo tan levantado empeño y por de pronto á salvarle de la apuradísima situación en que se encuentra, le abandonan á su suerte, por no haber podido llegar á un acuerdo que satisfaga las ambiciones de todos, y dicen pública y oficialmente que lo mismo les da el triunfo del sultán que el del pretendiente, aun sabiendo que éste es implacable enemigo de todos los cristianos y extranjeros y que su victoria se señalaría sin duda por sucesos sangrientos y por un aumento de barbarie de los marroquíes.

Concierto, cuadro de Román Ribera. — Lugar preferente, cual le correspondía, ocupó en el Salón Parés el hermoso cuadro que reproducimos, donde organizó su anual exhibición la «Sociedad literaria y artística.» *El Concierto* lo es indudablemente, más que por el tema, por la delicadeza y armonía de esas admirables coloraciones, tan propias y exclusivas de Ribera, y por la precisión y elegancia de trazos y líneas, que constituyen la base de todas sus producciones. Repetidas veces hemos expuesto y consignado el juicio que nos merece al cabernos la fortuna de publicar en estas páginas sus estimables producciones. De ahí que hoy sólo nos quepa el recurso de tributar un aplauso al maestro y un nuevo testimonio de la consideración que nos merece tan distinguido artista.



Srta. D.ª María Teresa Limantour, reina de los Juegos Florales celebrados en Méjico por la Escuela Nacional de Jurisprudencia á beneficio de las víctimas de los terremotos de Guerrero.

Réstanos consignar que *El Concierto* ha sido adquirido por el inteligente y acaudalado coleccionista D. Estanislao Planás, de cuya galería forma parte, como una de las más notables obras que la enriquecen.

Ave María, cuadro de Luis Nono. — La característica de este notable pintor veneciano es el sentimiento dramático; sus cuadros no sólo recrean los ojos, sino que además hablan al corazón; todos tienen, por decirlo así, argumento; son escenas culminantes de una acción cuyos antecedentes y consiguientes puede con facilidad imaginarse el que los contempla. Si nuestros lectores se fijan en el *Ave María* y recuerdan *La hermana mayor* y *Refugium Peccatorum*, que hace algún tiempo reprodujimos, verán que no es exagerado nuestro juicio laudatorio y convendrán con nosotros en que Luis Nono es de los artistas que saben conmover sin apelar á efectismos, sino simplemente tomando de la vida real los asuntos que pueden llegar al alma y trasladándolos al lienzo después de haberlos sentido con intensidad.

Puerta construída por los hermanos Colli, de Innsbruck. — Esta obra, muestra notabilísima de lo que hoy puede producir la industria hermanada con el arte, tiene tres metros de altura, interiormente es de roble y se halla revestida de una capa de bronce con aplicaciones de hierro y clavos dorados. Todo en ella es de un gusto exquisito, del más bello estilo gótico; el dibujo en general presenta una pureza de líneas extraordinaria y los detalles son de una perfección y de una delicadeza superiores á todo encomio.

El cronista «Anonymus,» escultura de Nicolás Ligeti. — El escultor húngaro Nicolás Ligeti pertenece á la escuela moderna, á esa escuela que prescindiendo de las tradiciones académicas y tomando del clasicismo lo que tiene de indiscutiblemente grande, no se limita á obtener la pureza y armonía de líneas, sino que busca en sus esculturas la vida, el movimiento, que son las cualidades que le dan verdadera expresión. Prueba de ello es esa figura del cronista del rey Bela «Anonymus,» vigorosamente modelada, de una originalidad grande, de una ejecución potente, amplia, que revela, no la meticulosidad del obrero más ó menos artista, sino el genio del artista de verdad, del que aspira á la realización de nobles ideales.

Origen de la Catorcena en Segovia, cuadro de Vicente Cutanda. — Con destino á la restaurada iglesia llamada del Corpus, que fué antigua sinagoga segoviana, ha ejecutado el distinguido pintor Vicente Cutanda el hermoso cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, representando el origen de la fiesta denominada *la Catorcena*, por tomar en ella activa parte las catorce parroquias de aquella histórica ciudad, cuna de las libertades castellanas. El hecho que conmemora fúndase en una conocida tradición. Afírmase que allá en los comienzos del siglo XV, los judíos segovianos, sobornando á un sacristán, se apoderaron de una Santa Forma, que trataron de destruir arrojándola dentro de un caldero lleno de agua hirviente, sin lograr su propósito, puesto que se mantuvo en el aire, brillante y resplandeciente, produciendo el hecho extraordinario pavor en todos los profanadores. Tal es la tradición, y al hecho que perpetúa se debe la conversión de la sinagoga en templo católico, que incendiado en 1899, ha sido inteligentemente restaurado, gracias á la iniciativa del dignísimo obispo Sr. Cadena y Eleta y á los buenos deseos de los segovianos. Cuanto al mérito de la obra, sólo diremos que es digna del buen nombre de su autor, siendo unánimes los elogios que le ha tributado la crítica, á los que unimos el nuestro, así como el testimonio de la consideración y afecto que nos merece el artista y el amigo.

El Dr. Quirno Costa en Barcelona. — Breve ha sido la estancia del Sr. Quirno Costa en Barcelona; sin embargo, no dudamos en afirmar que habrá bastado para demostrar al digno representante de la República Argentina las simpatías que nuestra capital siente por aquella nación del Plata, con la que nos unen tantos y tan estrechos lazos de afecto y de intereses.

Varios han sido los festejos y las solemnidades que en honor del ilustre huésped se verificaron, pero de todos ellos el que revistió sin duda alguna mayor importancia fué la Exposición Industrial, organizada, mejor dicho, improvisada casi, por la *Revista Comercial Ibero-Americana*. Hallábase esta exposición instalada en el hermoso edificio que sirvió de restaurant durante la Exposición Universal y en el gran salón en que estaba el Museo municipal de Historia, y en ella tenían brillante representación más de 500 industriales de toda España, de suerte que permitía formarse idea en conjunto de nuestra producción nacional. Todas las instalaciones estaban dispuestas con exquisito gusto, y el salón, adornado con profusión de plantas y banderas, producía un efecto bellísimo. Los productos expuestos han sido regalados al Sr. Quirno Costa, quien, al llegar á su patria, los exhibirá en la capital.

Otra de las fiestas con que se ha obsequiado al señor Quirno Costa ha sido el banquete que en su honor dispuso nuestro Ayuntamiento en el restaurant del Tibidabo. Allí, como en todas partes, pudo oir el distinguido hombre público argentino los más entusiastas y cariñosos conceptos, dirigidos tanto á él como al país cuya representación ostentaba, á los que correspondió con elocuentes frases de gratitud, de acendrado amor á la madre España y de admiración hacia el pueblo catalán y la ciudad de Barcelona.

Objetos de cerámica fabricados según dibujos de Max Lauger. — Como en distintas ocasiones nos hemos ocupado de objetos análogos, creemos innecesario insistir en explicaciones acerca de los que en la página 71 reproducimos, y nos limitaremos á señalar la belleza de los dibujos del profesor Lauger, quien, sin apartarse de la mayor sencillez, así en la forma como en la decoración, ha conseguido un bonito efecto.

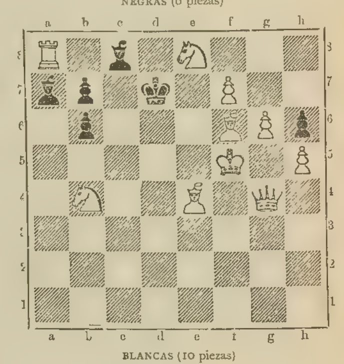
Punteando, cuadro de Domingo Fernández y González. — Repetidas veces, con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista varias producciones del distinguido artista sevillano señor Fernández y González, hemos consignado el juicio que nos merece, así como la tendencia y significación de aquellas obras. La que hoy damos á conocer á nuestros lectores forma parte de la que pudiéramos llamar colección de cuadros de costumbres y tipos andaluces pertenecientes á una época que ya ha pasado, y por lo tanto han de estimarse como agradable recuerdo y manifestaciones de un período que siempre resultará simpático, singularmente para aquellos que hallan encantos y atractivos en todo lo que evoca la memoria de esa región, tan digna de estudio para el artista.

AJEDREZ

Problema núm. 309, por Eric Westbury.

1.ª y 2.ª mención ex-æquo del Concurso de *La Stratégie*, sección E

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

Solución al problema n.º 308, por G. Chocholous.

Blancas.	Negras.
1. Th6–e6	1. Aa7×d4
2. De2 a2 jaque	2. Rd5–c5
3. Te6–b6	3. Cualquiera.
4. Cg5 e6 mate.	

VARIANTES.

1... Aa7–c5; 2. De2–a2 jaq., Rd5×d4; 3. Te6–e3, etc.
1... Rd5×d4; 2. De2–c2, Cualquiera; 3. Cg5–f3, etc.
1... Aa7–b8; 2. De2–c2, Ab8–d6; 3. Te6–e5j., etc.
Ab8–a7; 3. Cg5–f3, etc.
1... Otra jug.ª; 2. Cg5–f3, Aa7×d4; 3. Cf3–d2, etc.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Si quieres decirme dónde puedo encontraros, á Celina y á ti, volveremos juntos.

La fisonomía de la buena señora sufrió el ligero estremecimiento, comparable á las ondulaciones de un velo, que le acometía algunas veces. Pero sus facciones, alteradas un momento por una fugitiva impresión, recobraron en seguida su rigidez y la madre de Pedro le contestó en su tono ordinario:

– Te doy las gracias. Tenemos que hacer una infinidad de encargos y una sesión de prueba en casa de la modista, que nos ocupará mucho tiempo. No quiero abusar de tu paciencia.

Pero llevando aquel día la paciencia hasta la longanimidad, Pedro insistió:

– No importa, os esperaré... Yo también tengo que hacer muchas cosas...

– Gracias, replicó vivamente su madre; la idea de que me están esperando me es insoportable. Además, con este frío es más agradable andar á pie que en coche. No te ocupes de nosotras.

– Como quieras, dijo Pedro, resentido por aquella indiferencia.

La claridad que se había iniciado en su espíritu se apagó en seguida... Pedro no dedicó ya sus miradas á las perspectivas rosadas ni á los bosques rojizos, y volvió á caer en la aspereza de sus pensamientos habituales. La madre y el hijo no cambiaron ya ni una palabra hasta el momento en que aquélla se apeó del coche.

– Hasta luego, dijo en tono casi amable, como para compensar su brusca respuesta anterior.

– Hasta luego, respondió Pedro fríamente.

En cuanto dejó el caballo en la posada, Pedro fué al correo, y después se puso á recorrer la población para cumplir los encargos que su padre le había hecho. En uno de aquellos paseos se encontró precisamente con una de las personas á quienes buscaba, un gran tratante en trigos, el Sr. Lerou, hábil comerciante, á pesar de su aspecto bonachón, y antiguo amigo del Sr. Destraimes. Corpulento y congestionado, Lerou parecía amenazado en aquel momento de una inminente apoplejía. Pedro vió la preocupación que se manifestaba en los movimientos de sus grandes cejas, y le oyó decir, con una mueca de sus gruesos labios:



... pero antes de salir de la población oyó que le llamaban por su nombre

– ¿Sabes, muchacho, las noticias que corren? Estás siempre metido en aquel agujero y no te das cuenta de nada... Ayer estuve á punto de ir á veros para advertiros.

– ¿Qué sucede?, preguntó Pedro vagamente inquieto. He estado ocupado estos dos días en una reparación urgente, y ayer no recibimos los periódicos á causa de un error de dirección... Hoy he salido antes de que llegase el cartero.

Lerou lanzó entre dientes un juramento.

– Pues bien, muchacho: lo que puede consolaros es que no seréis vosotros solos los que daréis un bajón...

– ¿Qué quiere usted decir?

– ¿Qué? Que tu padre y yo y todos los que hemos creído en la baja del trigo á causa de los trigos americanos, hemos hecho una tontería... Los acaparadores de América nos van á poner la ley. El trigo está ahora á cuarenta francos en el mercado parisiense y la subida no ha terminado... ¿Dónde se detendrá? No lo sé... La cosa no tiene gracia para vosotros... Tu padre me ha contado sus negocios durante la enfermedad, y yo le he dado consejos, no de negociante, sino de camarada... ¿Sabes, muchacho? El comercio, con estos diablos de telégrafo y de teléfono, no es ya lo que era en mi juventud... Ya no tenemos la misma seguridad en el golpe de vista... Yo aconsejé á tu padre la prudencia y que se contentase con el precio de su molienda, pero el pobre diablo, preocupado con su empréstito, quiso tener mayores beneficios... Pues bien: los molineros que no están ahora provistos para un año, se van á venir abajo... Tu padre tendrá probablemente que comprar el trigo á precio más caro que el de la venta de su harina, según el tipo fijado en sus contratos...

Pedro había palidecido al oir aquellas terribles revelaciones.

¡Vender la harina á precio inferior al del trigo; soportar la diminución de peso que ocasiona la molienda, que da ciento cincuenta y cinco kilogramos de harina por doscientos de grano; sufrir en descubierto los gastos onerosos de la mano de obra!.. ¡El negocio sería desastroso y el molino trabajaría todo aquel año para empobrecer á sus dueños!..

Y en seguida acudió á la mente del joven la idea de aquel último contrato del que se felicitaba su padre porque aumentaba la clientela y aseguraba á la fábrica una venta considerable.

– ¡Ah!, dijo con desesperación. ¿Por qué no vino usted ayer?

Y expuso rápidamente el caso.

– ¡Diablo! Muchacho, ese contrato sería una ruina... ¿No puedes pedir esa carta en el correo ó enviar un telegrama?

– Voy á ver si recobro la carta, dijo Pedro echando á correr por las estrechas calles y tropezando con todo el mundo.

El joven llegó jadeante al correo y se precipitó en el despacho sin ver á nadie y dominado por un solo pensamiento, lo que le impidió observar que alguien abandonaba prontamente la ventanilla al verle acercarse.

– Señorita, dijo sofocada á la empleada, supongo que me conoce usted: Pedro Destraimes, de la fábrica de harinas. Por error he echado en el buzón una carta de negocios en la que falta una nota esencial... ¿Puede usted devolvérmela?

La empleada, que había escuchado aquella relación con sonrisa complaciente, se encogió ligeramente de hombros.

– Lo haría con la mejor voluntad del mundo, pero es imposible. Las cartas han sido recogidas y la de usted está en el tren que sale en este momento.

– Envíe usted entonces un telegrama, dijo Pedro escribiendo apresuradamente en la fórmula impresa: «Considere carta como no recibida.»

En aquel momento atrajeron de pronto su atención unos billetes de banco y algunas monedas de oro que estaban delante del ventanillo, y su mirada se fijó en un sobre de letra conocida y que tenía su nombre, «Destraimes,» y esta dirección, «París»... Con sorpresa repentina observó entonces que había otra persona en la oficina y que aquella persona era su madre. Pedro adivinó qué era lo que iba á hacer allí... ¡Iba á enviar dinero á Antonino!.. Para eso deseaba conservar su libertad de acción... Los labios de Pedro se contrajeron con una amarga sonrisa al ver á su madre en un rincón de la oficina, desconcertada y temblando... El joven entregó el telegrama á la empleada, saludó gravemente á su madre y salió.

Pedro se echó á andar al azar, dominado por las emociones que le agitaban... De modo que mientras él se mataba trabajando por salvar la situación, su madre no pensaba más que en sostener la ociosidad de Antonino y en darle dinero para sus placeres... Todo su afecto era para aquél, y para el menor nada más que una reserva desconfiada... ¿Para qué mortificarse entonces? ¿Para qué luchar, puesto que sus esfuerzos estaban condenados á ser estériles? La mala suerte se encarnizaba con ellos... Había que resignarse y caer en el abismo.

Sin saber cómo ni por qué había llegado hasta allí, Pedro se encontró en lo alto de la colina en que está situada la capilla del hospital. A la velada claridad de diciembre, una preciosa perspectiva se presentaba delante de él, sin claros ni obscuros, de tintas pálidas, como una decoración japonesa. Enfrente, la blanca cúpula de la iglesia nueva coronaba las pendientes cubiertas de viñas y de jardines que bajaban hasta el río de aguas azules. La vista del agua trajo á la mente de Pedro el molino fatal que se iba á convertir en instrumento de ruina, y la angustia contrajo su corazón al pensar en su padre. ¿Cómo soportaría aquel nuevo disgusto en su estado de morbosa nerviosidad?

La ansiedad filial dominó en el joven á todas las preocupaciones personales, é incapaz de apartar el

pensamiento de aquella idea para ocuparse de un asunto diferente, fué á la posada, buscando el medio de atenuar el efecto de las noticias amenazadoras que debía transmitir.

En cuanto el caballo estuvo enganchado, Pedro tomó el camino de su casa, pero antes de salir de la población oyó que le llamaban por su nombre. Era Celina, que corría gozosa hacia él, seguida de lejos por su madre.

–¡Qué suerte, Pedro, que la modista no tuviera acabado el vestido! Vas á llevarnos á casa, ¿quieres? Es agradable volver juntos...

El carruaje se detuvo y la muchacha se subió con ligereza á la banqueta posterior, mientras su madre, más pausadamente, se instalaba al lado de su hijo. El joven no pudo menos de decir con ironía:

– Por fin has podido hacer tus encargos más urgentes...

La breve respuesta de la buena señora se perdió en el alto cuello de su abrigo, subido hasta los ojos, y el diálogo terminó allí durante el corto trayecto que tenían que recorrer.

En cuanto el coche se paró en el patio del molino, la madre y los hijos oyeron una voz de mujer, airada y regañona, que salía de la casa.

Pedro arrojó las riendas á un muchacho, entró vivamente, presintiendo alguna escena desagradable para su padre, y vió gesticulando con furor á una panadera de los alrededores, á la que acababa de enviar una factura atrasada.

–¡Por fortuna la he encontrado!, gritaba agitando un papel, y puesto que iba á Segre, he querido traerla yo misma. ¡Qué bien hago en guardar mis recibos!.. ¡Hay tantas personas dispuestas á abusar de una pobre viuda haciéndose pagar dos veces!..

– Puede usted creer, señora, dijo el anciano poniéndose como la escarlata al oir aquella dura insinuación, que aquí no usamos semejantes procederes. Ha habido un error de buena fe, y mi hijo y yo pedimos á usted que nos dispense.

La vista de aquel buen mozo, que la saludaba con fría dignidad, dulcificó á la viuda tanto como las explicaciones del padre.

– Yo también, dijo, pido á ustedes perdón por haberme encolerizado... Pero estaba tan segura de haber pagado esta factura al Sr. Antonino en persona...

El padre y el hijo cambiaron una rápida mirada, y la madre, que estaba en el umbral de la puerta, la cerró bruscamente. El molinero acompañó á la panadera, que se confundía ahora en excusas locuaces, y volvió en seguida encorvado, con la cara contraída por la emoción. Llevóse á su hijo al despacho y se dejó caer, anonadado, en una butaca.

– Pedro, ¿cuándo dejaré de oir hablar de estas bribonadas?

– No ha sido más que una omisión... Todo el mundo puede padecer un olvido, dijo el joven intentando excusar á su hermano.

Pero el viejo se encogió de hombros.

– No, no le disculpes... Ha debido recurrir á ese procedimiento más de una vez... Acaso lo habías notado... ¿No es así?

Incapaz de mentir, Pedro volvió la cabeza ruborizado por su hermano. El anciano lanzó un gemido y dijo, poniendo el dedo en un periódico:



Pedro se encontró en lo alto de la colina en que está situada la capilla del hospital

– Las tristezas nunca vienen solas... Cuando entró esa mujer, estaba yo leyendo este boletín... ¿Conoces la subida de precios? Es la...

Vaciló antes de pronunciar la palabra terrible.

– Es la ruina, hijo mío...

Un espasmo le cortó el aliento, y lívido, con los ojos cerrados, se desmayó en la butaca. Pedro corrió hacia él.

– Llama á tu madre, balbuceó el molinero. Ella sabe... lo que hay que hacer... para estos accidentes.

Pedro corrió á la sala, pero la señora de Destraimes había subido á su cuarto. El joven la encontró en un minuto.

– Ven en seguida, dijo en la excitación del miedo; papá te llama.

La madre se estremeció al ver entrar á Pedro, pero siguió colocando metódicamente el sombrero y el vestido en un armario, mientras preguntaba con fingida tranquilidad:

– ¿Qué me quiere?

Evidentemente temía nuevas acusaciones á propósito de Antonino. Aquella impasibilidad que tanto contrastaba con su propia angustia, sublevó al joven. La indignación le hizo perder la prudencia y respondió con violencia:

– Mi padre está con el ataque... á consecuencia de la escena de hace un momento... He ocultado todo lo posible las malas mañas de Antonino, pero tenían que saberse. Vas á ver ahora las consecuencias...

La señora de Destraimes se apoyó en una silla. Pero en seguida, por un esfuerzo de voluntad, fué apresuradamente á la chimenea, cogió un frasco y se dirigió á la puerta pasando por delante de su hijo. Al poner el pie en el primer escalón, miró á Pedro con ojos febriles y dijo con voz ahogada:

– ¿Quién tendría para defenderle si no le quedase su madre?

Y bajó rápidamente sin volver la cabeza.

V

– Nada de disgustos ni de preocupaciones, dijo el médico, á quien habían llamado aquel mismo día para visitar á Destraimes. ¿Por qué diablos se mortifica usted ahora, teniendo este admirable suplente?, añadió el doctor dando un golpecito amistoso en el hombro de Pedro. Tenemos aquí un joven atleta capaz de transportar el mundo en los brazos... Usted viva tranquilo mirando correr el agua por debajo del molino... Con esta condición le garantizo una larga vida.

Pero detrás de aquel tono jovial, todos vieron la gravedad de la advertencia.

Cuando se marchó el doctor Bretón, Pedro se puso á meditar delante del fuego de la cocina, con los pies en los morillos y la cabeza apoyada en las manos, sordo á la charla de la vieja Fouché... ¡Era, pues, preciso que él solo hiciese frente á las dificultades que se acumulaban sobre la casa!.. Pedro se sentía como aplastado por el peso de aquella misión.

Por fin se levantó lentamente, subió la escalera y entró en el cuarto de Celina, contiguo al de sus padres. Desde allí veía la cama, al anciano dormido por efecto de los calmantes, á la joven en oración y á la madre, sentada á la cabecera, enfrente de la puerta. Pedro aprovechó el momento en que su madre miraba hacia aquel lado y la llamó por señas.

Después de un instante de vacilación, la señora de Destraimes se levantó y cruzó la habitación con paso silencioso hasta detenerse en la puerta delante de su hijo. Las miradas de ambos evitaban encontrarse y las de la madre permanecían fijas en el enfermo. Pedro habló fría y firmemente, como si conferenciase con un hombre de negocios.

– Ya has oído al médico. Mi padre tiene que abstenerse de todo cansancio moral. La casa, de este modo, queda privada de dirección.

– ¿No estás tú aquí? Me parece que te has puesto bien al corriente...

– Piensa, mamá, que para empezar voy á tener que habérmelas con una situación de las más peligrosas... El alza inesperada del trigo nos causa un

grave perjuicio y la crisis puede llevarnos á las más terribles consecuencias. En esta situación, ¿puedo encargarme de afrontar tal responsabilidad, para incurrir después en acusaciones inmerecidas?

La voz de Pedro era fuerte y severa. Los labios de su madre temblaban y sus pálidas mejillas se coloreaban de una oleada roja.

–Nadie te dirigirá acusaciones, dijo con esfuerzo.

–Necesito algo más que una aceptación muda de los hechos, en la que veré un reproche tácito, replicó Pedro rudamente. Para emprender la lucha con valor necesito contar con toda la confianza de aquellos por quienes trabaje.

–Puedes estar tranquilo, dijo débilmente la madre.

Y añadió dirigiéndole una rápida mirada:

–Sé que harás bien las cosas y que (esto lo dijo muy de prisa y muy bajo) y que nadie las haría mejor que tú...

Y como si temiera que Pedro la retuviera más tiempo, se separó precipitadamente de él y entró en el cuarto del enfermo, dejando á su hijo confuso y aturdido por la rapidez de la escena. Una vez más el velo de aquella cara se había movido, pero la fisonomía fugitivamente emocionada se había vuelto á cerrar antes de que Pedro pudiera descifrar nada en ella... Después de una esperanza momentánea, el joven volvió á encontrarse desengañado y triste.

Dominado por su pesimismo, Pedro interpretó desventajosamente las palabras y la actitud de su madre... ¡Pardiez! No podía negarle un testimonio de vulgar estimación... ¡Él no había robado!... ¡Un honrado mayordomo! Esto era todo lo que representaba para su madre...

Pedro se refugió en el despacho para poder entregarse á sus dolorosas reflexiones. El frío crepúsculo de diciembre le envolvió pronto en sus sombras y la claridad del día se mezcló melancólicamente con las sombras de la noche. El joven estaba irritado hasta la exasperación por no poder disfrutar ni un momento el descanso del silencio. El ruido del agua y la continua trepidación del molino, aquel monstruo que estaba pulverizando en este momento, con el grano, la fortuna y la vida de la familia, martilleaban su cerebro con una cruel y tenaz obsesión.

El valor le abandonaba y la desesperación se apoderaba de él. Se veía de antemano vencido por el inevitable destino y se decía: «¿Para qué combatir?..»

De pronto se abrió la puerta suavemente, la habitación se iluminó y Pedro dirigió sus ojos deslumbrados hacia una figura joven que se inclinaba sobre la mesa para colocar en ella la lámpara. Dos brazos rodearon su cuello, dos tibios labios depositaron en su frente un ruidoso beso de niña, y la voz de Celina, enronquecida por la emoción, murmuró:

–¡No estés triste, mi querido Pedro!

El joven no apartó la frente, y la muchacha, con su intuición femenina, comprendió que sus caricias llegaban en momento oportuno. Celina se encaramó en el brazo del sillón y se estrechó contra su hermano, como un gatito zalamero.

–No te preocupes por mí, sobre todo, Pedro. Me es indiferente volverme pobre... En primer lugar, no vuelvo al colegio, y esto es siempre una economía. El certificado de estudios no me ha de servir de nada y prefiero aprender á cuidar nuestra casa... Se lo he dicho á mamá, y después de pensarlo me ha respondido: «¡Sí, tienes razón! Aquí puedes sernos útil...»

Sí, la niña sería útil, aunque no fuese más que para indicar á Pedro, con su sola presencia, una meta noble de sus esfuerzos. El joven hizo instintivamente un ademán de protección y de defensa abrazando á Celina. La ternura que se apoderó de su corazón de hombre ahuyentó de él todos los pensamientos egoístas en presencia de aquella dulce debilidad que se apoyaba en él... Aquel momento fué como la investidura de su cargo de jefe de familia.

–¡No estés triste, mi querido Pedro!

Y su valor renació, generosamente estimulado..

Celina acercó á él su cara fresca y redonda rodeada de rubios cabellos y acarició con la mano el pelo fuerte y espeso de su hermano mayor.

–Ya verás, Pedro, dijo, como tu pequeña Celina se vuelve formal.

–¡Oh! No tan pronto, contestó el joven sonriendo á su pesar. Sigue mucho tiempo como eres.

La joven enrojeció de placer y de orgullo, y continuó hablando con viveza, feliz al realizar aquella misión consoladora, tan agradable á todas las mujeres:

–¿De veras? ¿No me encuentras demasiado insoportable?.. ¡Qué contenta estoy! Porque... ¿sabes Pedro?, siempre te he querido más á ti que á nadie, á pesar de que tu carácter no es siempre tolerante. Podré ayudarte en el despacho para hacer copias... Y cuando seamos muy pobres, yo me cuidaré de la cocina y seré tu criadita, y también la de tu mujer. Yo me arreglaré de modo que no la estorbe...

Pero Celina sintió de pronto la sensación desagradable del que cree haber hablado demasiado. Las cejas de Pedro se aproximaron y formaron aquella barra que ella conocía muy bien, y la mano del joven se enfrió en la suya. Con voz alterada y una dulzura un poco violenta dijo entonces:

–Déjame un poco, Celina, ¿quieres? Estoy muy cansado.

Acostumbrada á aquellos cambios de humor de Pedro, que era el héroe de su entusiasmo juvenil, Celina saltó al suelo dócilmente, rozó con un beso la frente contraída del joven y salió del despacho. Pedro sintió entonces en toda su crudeza el sufrimiento de un amor bruscamente despertado.

Hacía muchos meses que le estaba imponiendo silencio y exagerando el trabajo para no pensar en él... Pero las palabras aturdidas de su hermana habían abierto dolorosamente la antigua herida. Su alma había sufrido en aquel día una conmoción demasiado fuerte, y todos los dolores que se ocultaban en ella debían surgir al mismo tiempo.

Con un amargo sentimiento de lo imposible, Pedro renovó los recuerdos imperecederos de aquel día de primavera, y vió en su imaginación la deliciosa cara que simbolizaba para él el ideal... Entonces soñaba con aproximarse á ella por un paciente y valeroso esfuerzo... Sueño absurdo é insensato, pero que, al desvanecerse, dejaba para él la existencia desnuda, fría y hostil...

Se levantó para escapar á esos recuerdos desoladores y se dirigió á la cocina, pero vió, al lado del fuego, la figura extravagante de Banot... Entonces, como huyendo, Pedro abrió la puerta del jardín y salió.

Las ventanas del molino brillaban en la obscuridad como unos ojos luminosos. El joven se alejó de la zona iluminada y bajó hasta el vallado que dominaba al río, ensanchado por la crecida. El cielo y el agua estaban poblados de estrellas, y todo el resto del paisaje desaparecía ante aquella chispeante perspectiva. Pedro encendió un cigarrillo y se estuvo allí, insensible al frío, fascinado por la magia de la noche.

La contemplación de los astros arrastraba su pensamiento y le comunicaba el vértigo del infinito. Pedro no hubiera sabido rimar un verso; pero sus veinticuatro años, sus penas y su amor le hacían sensible á la poesía de aquella hora. Así llegó á pensar con dulzura en aquel amor imposible que se cernía sobre su triste vida como las altas y lejanas estrellas cuyo reflejo caía hasta las negras aguas...

VI

¡Qué lúgubre y desesperante invierno!.. El cielo pesaba sobre la tierra y las aguas. Las nieblas acumulaban en el valle sus vapores glaciales. La alegría del sol parecía perdida para siempre, y solamente la llama del hogar doméstico podía suscitar impresiones dichosas. Por todas partes, pues, la vida de familia se concentraba, más estrecha y más cordial, alrededor de las grandes chimeneas rústicas.

Pero en casa de los Destraimes el fuego no alumbraba más que frentes ensombrecidas y cansadas. El molinero no podía ya ocuparse en los negocios, pero presentía los apuros de la situación, sin que nadie le hablase de ellos; y otras cuestiones más altas y más graves absorbían su pensamiento, mientras contemplaba fijamente el fuego, recostado en su sillón con las pálidas manos apoyadas en las rodillas. Enfrente de él, su mujer, envejecida y triste, permanecía en un silencio que trataba á veces de romper con un acento duro y que sonaba á falso. Celina era una encantadora muchacha llena de alegre valor; pero tanta tristeza acababa por abatirla también, y con frecuencia su risa se convertía en lágrimas vivamente dominadas...

Pedro evitaba el estar en casa, porque aquella atmósfera melancólica le aniquilaba la fuerza moral, De cuando en cuando, como fiel cajero, rendía sus cuentas á su madre, y aquellas cuentas eran desconsoladoras... El abismo se ahondaba de día en día.

(Continuará.)

SANATORIOS PARA OBREROS

CONSTRUÍDOS POR LA INSTITUCIÓN PROVINCIAL DE SEGUROS DE BERLÍN EN BEELITZ

La Institución Provincial de Seguros de Berlín ha construído en la pequeña ciudad de Beelitz, distante pocas horas de la capital de Prusia, unos sanatorios para obreros valetudinarios ó enfermos, como no existen otros en toda Alemania y acaso tampoco fuera de aquella nación. En 9 de mayo de 1898 se compraron los terrenos necesarios, y cuatro años después quedaba terminada tan importante obra, en la cual ha invertido aquella sociedad un capital de nueve millones de marcos (11.250.000 pesetas), y que comprende cuatro grandes sanatorios, dos para hombres y dos para mujeres.

Después de largas negociaciones y muchos trabajos preparatorios, comenzó en el otoño del citado año, bajo la dirección del arquitecto Schmieden, la construcción de los edificios, para la cual se nombró una comisión que emprendió un viaje de estudio por Alemania é Inglaterra y á la que prestó gran ayuda la difunta madre del actual emperador.

Los sanatorios construídos contienen actualmente 600 camas, y en ellos está todo dispuesto de tal manera, que pueden ampliarse considerablemente sin grandes dispendios. Los gastos anuales de entretenimiento se elevan á 1 200.000 marcos.

En la construcción de los edificios y en todas las instalaciones se han empleado los mejores materiales, buscándose la solidez y huyendo de todo lujo.

La Institución Provincial de Seguros cuenta hoy con una existencia en metálico de 55 millones y medio de marcos y con un ingreso anual de un millón y medio, ingreso que aumenta de año en año. Ha fundado dos hospitales cerca de Berlín y en el centro de esta capital una oficina de informaciones para obreros que ha costado un millón, y ha gastado ademas cuatro millones en casas de curación, viviendas para obreros y otras fundaciones benéficas; pudiendo, por consiguiente, afirmarse que en la esfera del cuidado social despliega una actividad grandísima, cuyos frutos han de ser en alto grado beneficiosos para las clases menos acomodadas.

El lugar en que están situados los sanatorios es un terreno de 120 hectáreas bastante llano, que hasta ahora fué propiedad de la ciudad de Beelitz. Dista de Berlín sólo 40 kilómetros, de modo que el transporte de los enfermos resulta cómodo y barato; por otra parte, está á bastante distancia de Beelitz para que en esta población no hayan de temerse las consecuencias de la proximidad de aquellos establecimientos. El suelo es allí seco y sano, el aire de bosque fortificante y las arboledas son de una altura suficiente para preservar de la acción del viento y del polvo.

Divídese el establecimiento en cuatro secciones, determinadas por el ferrocarril de Wetzlar y por la carretera de Potsdam, á Beelitz que atraviesan el predio; cada una de ellas está cercada y tiene su entrada independiente, con lo que se evitan la comunicación y el contacto entre las distintas clases de asilados y entre los dos sexos. Cada sección tiene un pabellón para vivienda, quedando espacio sobrado para construir otro cuando las necesidades lo exijan.

El sanatorio para hombres es un edificio de 146 metros de largo, destinado en su mayor parte á dormitorios y habitaciones: en la planta baja hay 83 camas, en el primer piso 82 y en el último 21.

El pabellón del sanatorio para mujeres es mucho más pequeño y no contiene más que 80 camas; en lo demás, su instalación es igual á la del sanatorio para hombres.

El pabellón para tísicos varones tiene el mismo número de camas y análogas instalaciones que el de los demás asilados; pero como en el tratamiento para tuberculosos entra por mucho el agua fría, en él se han dispuesto convenientemente los servicios hidroterápicos. Hay además grandes cobertizos, unos para que los tísicos, tendidos en sendos sillones camas, puedan respirar el aire libre, y otros para que puedan pasearse en días de mal tiempo; los primeros, en número de cuatro, tienen 45 metros de largo por 5'70 de ancho y en cada uno de ellos caben 48 sillones camas, pudiendo dividirse en varios compartimientos por medio de tabiques de cristal. Los dos cobertizos para paseo tienen una longitud de 84 metros.



Sanatorios para obreros, construídos por la Institución Provincial de Seguros de Berlín en Beelitz. – Sanatorio para hombres



Sanatorios para obreros, construídos por la Institución Provincial de Seguros de Berlín en Beelitz. – Sanatorio para tísicos

Encuéntrase también en el sanatorio un taller en el que pueden los asilados trabajar en sus diferentes oficios.

En el edificio destinado á la administración hay casino para los médicos, salón de lectura, sala de juegos, terraza-jardín, etc.

Todos los edificios y dependencias están alumbrados eléctricamente, produciéndose la electricidad en el mismo establecimiento, mediante una instalación central que proporciona, no sólo el alumbrado, sino además la calefacción y la ventilación.

La obra realizada por la Institución Provincial de Seguros de Berlín en pro de los obreros desvalidos es una obra perfecta bajo todos conceptos, así desde el punto de vista técnico, como desde el ético, y de seguro ha de contribuir más á la solución del problema social que todas las predicaciones de los que se proponen redimir á la humanidad destruyendo los cimientos de la organización actual para construir sobre las ruinas una sociedad nueva. – H.



Objetos de cerámica dibujados por el profesor Max Lauger y ejecutados en la fábrica de Kandern (Alemania)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

APUNTES PARA UN PROYECTO DE REGLAMENTO DE LA CARRERA DIPLOMÁTICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, por *Baldomero García Sagastume*. – Contiene este trabajo atinadas consideraciones sobre la organización de la carrera diplomática y un proyecto de reglamento ajustado á las modernas necesidades de la misma. El autor es Secretario de 1.ª clase de la República Argentina en el Brasil. El libro ha sido impreso en Lima en la imprenta de Torres Aguirre.

POEMAS DE COLOR, por *José López de Maturana*. - Colección de inspirados sonetos sobre variados temas, en los cuales exterioriza el poeta bonaerense impresiones hondamente sentidas. Impreso en Buenos Aires en la imprenta «El Alba.»

HOMENAJE DEL ATENEO DE SANTIAGO AL SR. D. DIEGO BARROS ARANA. SESIÓN DEL 17 DE AGOSTO DE 1902. – Contiene los notables discursos de D. Santiago Aldunate Bascañán, de D. Valentín Letelier, de D. Jorge Huneeus Gana, una inspirada poesía de D. Samuel A. Lillo y los juicios de la prensa sobre tan solemne acto. Este folleto ha sido impreso en la Imprenta Universitaria de Santiago de Chile.

ALMANAQUE PARROQUIAL. AÑO 1902. – Este Almanaque, que se publica en Santiago de Chile, contiene varios trabajos literarios en prosa y verso, consejos prácticos y numerosos grabados, todo con autorización de la Secretaría arzobispal.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustrada; *España Cartófila*, revista mensual ilustrada; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, revista mensual; *Revista Comercial Ibero-Americana*, mensual ilustrada; *La Democracia Cristiana*, revista católica semanal ilustrada; *La Medicina Científica*, revista mensual; *Gaceta de Turistas*, semanario ilustrado (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *El Autonomista*, publicación semanal con un suplemento mensual ilustrado (Gerona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La patria de Cervantes*, revista mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Bibliografía Española*, publicación quincenal; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *El arma de Infantería*, revista mensual ilustrada (Valladolid); *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y de Farmacéuticos de Castellón*, revista quincenal; *El Dependiente*, revista semanal ilustrada (Habana); *Boletín Meteorológico del Observatorio de Monseñor Lasagna*, revista mensual; *La Fe*, revista ilustrada que se publica tres veces al mes (Buenos Aires); *Bibliografía Mexicana*, publicación quincenal (Méjico); *El Peruano*, diario oficial (Lima); *Boletín Municipal*, publicación quincenal (San Salvador); *Revista del Hogar*, mensual ilustrada; *El Mensajero*, revista mensual ilustrada; *Chile ilustrada*, revista mensual (Santiago de Chile).



Punteando, cuadro de Domingo Fernández y González

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 26 de enero de 1903 — Núm. 1.100

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DESCANSO EN EL BOSQUE

CUADRO DE JOSÉ MARÍA TAMBURINI

(Salón Parés)

El mejor y más adecuado calificativo que podemos dar á nuestro distinguido colaborador, el celebrado artista José M.ª Tamburini, cuyas obras tantas veces hemos tenido ocasión de alabar cual se merecen, es el de pintor poeta. Mas no se entienda esta palabra en el sentido de fantaseador que viste con ricas galas los productos de su imaginación, sino en el de espíritu superior, dotado de una sensibilidad exquisita para percibir lo bello en las más sencillas manifestaciones de la naturaleza y de un talento perfectamente equilibrado para trazar en la tela las bellezas percibidas y comunicar á los demás la emoción por él tan honda é intensamente experimentada.

Un rincón de bosque, una pradera, un jardín, la primavera con sus encantos, el estío con sus rigores, el otoño con su melancolía, el invierno con su tristeza, todo es fuente de inspiración para Tamburini, quien, en el paisaje que otros contemplarán con indiferencia, descubre elementos de poesía subyugadora cuyo secreto parece reservar la madre tierra solamente á los escogidos.

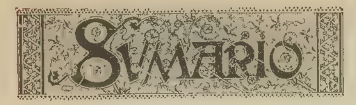
Y así sucede que, al mirar un cuadro suyo, la naturaleza se ofrece á nuestros ojos más hermosa de lo que nosotros mismos la hemos visto, y no porque el pintor la copie á su capricho, sino porque al reproducirla, ha sabido, por decirlo así, fijar en el lienzo el alma de la misma.

Análogo procedimiento sigue en las figuras que en sus composiciones entran; sin apartarse de la realidad logra idealizarlas, armonizándolas con el paisaje é identificándolas de tal manera con el tono y el sentimiento general de la obra, que la conjunción de uno y otras constituyen siempre un todo homogéneo, indivisible, realzado por una pureza de líneas y una suavidad de colores sorprendentes.

El cuadro que al pie de estas líneas reproducimos y que figuró en la Exposición que en el Salón Parés organizó la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, de la cual forma parte el pintor á que nos referimos, es la mejor demostración de nuestros asertos: *Descanso en el bosque* es un delicioso idilio, en el que se admiran el corazón de un poeta y el genio de un pintor.

DESCANSO EN EL BOSQUE, cuadro de José María Tamburini

(Salón Parés. – Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SIGUIENDO AL MUERTO

No han faltado acontecimientos en esta quincena. El cautiverio y extradición de los Humbert, con la revelación de los orígenes de su captura, revelación que confirmó mi aserto relativo al probable olfato de nuestra policía; las alarmas y temores infundidos por la guerra marroquí, reguero de pólvora que puede, de un momento á otro, prender fuego á nuestra casa; y la muerte de D. Práxedes Mateo Sagasta – una de las dos columnas que limitaban nuestro Estrecho político, – han dado larga tela á la prensa diaria y llenado sus columnas multiplicando esos números de á seis páginas que cuestan como de á cuatro y nunca acaban de leerse. Sagasta, en especial, ha ocasionado un desate de artículos biográficos, en los cuales reviven y palpitan memorias ultrarrevolucionarias, mezcladas y confundidas con reminiscencias del espíritu monárquico más ferviente. ¡Extrañas biografías las de los políticos! ¡Lástima de Plutarco que las sazonase con sus reflexiones, impregnadas de clasicismo y de pagana sabiduría!

***

Y yo digo que el que acaba de bajar al sepulcro fué un hombre tan feliz como se puede ser en esta malhadada vida; al menos, se podría jurar por los datos visibles (aunque nadie sabe lo que cada cual lleva dentro, en la caja de las penas). Una influencia benéfica convirtió para él en flores los que para otros fueron abrojos ensangrentados. De sus compañeros y amigos, los revolucionarios de 1854, 1866 y 1868, ¡cuántos han vegetado obscuramente, cuántos perdieron vida y hacienda! A infinitos los ha olvidado la historia; de varios inscribió el nombre con caracteres sombríos. La fiebre y el abandono al pie de cenagoso charco fueron para Sixto Cámara; las balas y las postas del alevoso trabuco para el héroe de Castillejos D. Juan Prim; la temprana desaparición para Calvo Asensio; la rápida impopularidad para Ribero; el eterno destierro para Ruiz Zorrilla; la labor de pluma forzosa, los ahogos económicos, el alejamiento gradual de las perspectivas del poder y del mando, para el gran Castelar; el retraimiento modesto, entre penumbras de olvido, de ese fácil olvido de los pueblos perezosos de inteligencia, para D. Francisco Pi... Y entretanto Sagasta, procedente de donde ellos procedían, llegaba á la cumbre del poder y á la meta del triunfo, y no sólo llegaba, sino que se sostenía y arraigaba en ella, con firmeza prodigiosa de institución secular. Sin los arrestos de Prim; sin la arrebatadora elocuencia de Ribero; sin la perseverante convicción de Ruiz Zorrilla; sin el prestigio europeo, universal, de Castelar; sin la sapiencia y la previsión de Pi, Sagasta los eclipsaba á todos, se colocaba fuera del alcance de los sucesos, inconmovible, perpetuo, imprescindible, indispensable – por una de esas fortunas históricas de las cuales no faltan ejemplos en este siglo, y no sólo en el terreno político, sino en el literario; y dígalo la suerte de Víctor Hugo, que recogió él solo toda la aureola y toda la herencia del vasto y complejo período romántico. – Cuanto hizo España en pro de la libertad; cuantos esfuerzos convulsivos, cuanta sangre vertida representa el planteamiento del sistema constitucional, el afianzamiento de la dinastía isabelina, el estado de derecho presente, y asimismo todo lo que (¡curiosa dualidad!) se luchó para lanzar del trono á esa misma dinastía; cuanto se llama «herencia de la revolución» desde 1868 acá, redundó muy principalmente en favor de la personalidad de Sagasta, y le llevó, de un modo insensible, á ejercer su mansa dictadura política, sin riesgos y casi sin contradicciones. La «gloriosa» otorgó al diestro conspirador, al infatigable agitador, la cartera de Gobernación, y en su desempeño, reinando D. Amadeo de Saboya, sufrió fracaso tal, en la célebre cuestión de la *transferencia*, que hubo de retirarse confesándolo, y ni acta de diputado tuvo en las elecciones siguientes. Pasajera fué, sin embargo, la sombra que veló su buena estrella: el golpe de fuerza de Pavía le sacó á flote otra vez, haciéndole ministro de Estado y poco después presidente del Consejo. La restauración de la monarquía de Alfonso XII, lejos de relegarle á segundo término, le infundió nuevos bríos: la jefatura del partido liberal se le apareció con sus infinitas promesas, sus ilimitados horizontes. Y ya ni el alzamiento republicano de 1883, ni los fusilamientos que lo terminaron, ni la disidencia izquierdista, ni la nueva insurrección de 1886, tan imprevista por el gobierno sagastino como temible en los primeros instantes; ni la famosa cuestión de los *subalternos*, ni dió claras señales de la debilidad con que se gobernaba; ni la guerra de Cuba, ni la de Filipinas; ni los inmensos, apocalípticos desastres de Santiago de Cuba y Cavite; ni el tratado de París y la pérdida de los últimos restos de nuestra soberanía colonial, influyeron para restar á Sagasta una sola probabilidad de ser llamado á formar gobierno en el punto y hora en que cesasen de presidirlo Cánovas y luego Silvela, los conservadores, en suma; ni mermaron su popularidad, ni turbaron la calma de su edad provecta, su vejez cada día más colmada de honores.

En esta etapa postrera había dado mal despacho, con agravios, pesadumbres y decepciones, á tres personajes de la talla de Gamazo, Romero Robledo y Canalejas; pero sin cuidado le tenía... En otras peores se había visto, siempre acompañado de la favorable estrella á que antes me referí... ¿Estrella?

***

Hay *estrellas*, quién lo duda: hay en política, como en el juego, extrañas, tercas corrientes, *venas*, *rachas*, algo que no explica la razón. Pero hay, en política al menos (y si se estudiasen bien, hasta en el juego se comprobarían), efectos del carácter, adaptaciones singulares de la personalidad á las circunstancias y al medio, más eficaces, para asentar una dictadura del género de la que ejerció Sagasta, para crear una oligarquía como la que él creó, que otras cualidades de orden más elevado y genial. Cánovas necesitó, para lograr lo que Sagasta, doble esfuerzo, doble fatiga; él pasaba la mano á contrapelo; mientras Sagasta, que estaba en el secreto, halagaba pelo abajo el espinazo del pobre envejecido león nacional, y cuando por casualidad el león, en vez de hacer la carretilla, iniciaba un rugido, se apartaba, le daba tiempo á que se calmase, y volvía... Jamás falló esta táctica.

***

Hoy se recuerda con interés una ingeniosa y acertada semblanza de Sagasta, escrita por Miguel Moya: muchos periódicos la han reproducido entera: yo sólo reproduciré unos párrafos, en confirmación de lo antedicho.

«Sagasta, que es en la oposición un incansable é invencible combatiente, se retira á la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de Ministros. Cuando lucha, lo quiere hacer todo: cuando ha vencido, sólo encuentra placer en no hacer nada. Habla con el fuego de la pasión á sus correligionarios; y como sólo les habla de lo que les interesa, y en un idioma familiar y sencillo, todos le entienden y todos le aplauden. Su mejor amigo es el tiempo. Su política ha consistido siempre en dejarlo todo para mañana. Ante las ingratitudes se sonríe; ante las rebeldías se cruza de brazos; ante los conflictos se encoge de hombros. Una desgracia es para él como una ola. Baja la cabeza y la deja pasar. Por eso dijo á Martínez Campos que le iba á fusilar en Sagunto y luego fué ministro con él. Por eso ha podido gobernar con la República, con la Restauración y con la Regencia. Por eso es... Sagasta.

»Es un jefe de partido y un jefe de Gobierno á la altura de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas. En esto está su fuerza. En que no ha querido ser nunca sino el primero entre sus iguales. Eso de ser de casta superior lo deja para sus segundos... y para Cánovas.

»Cuando está en la oposición, habla para conquistar el poder: cuando está en el poder, para conservarle. No teniendo que defender ó que combatir esto, no habla jamás: es mudo.»

***

¿No es cierto que los parrafitos encierran una lección substanciosa de psicología, no sólo del político que acaba de bajar al sepulcro, sino del pueblo que, quince ó veinte días antes de la muerte de Sagasta, le saludaba, en una especie de plebiscito, como al primero de los gobernantes españoles?

Hasta en esto la estrella lució para él, sobre su lecho de enfermo valetudinario, entre las arideces y terrores vagos del postrer período de la vida. Revolucionario sentenciado á garrote por un gobierno de Isabel II, al morir aclamado y cercado de simpatías, el rey Alfonso XIII deseó acompañarle á su última morada, la familia real vistió su luto, y su entierro en la basílica de Atocha fué una apoteosis. Este es el sinuoso curso de los sucesos, que en vano trataría nadie de regularizar. Los historiadores venideros, al estudiar la figura de Sagasta, encontrarán en ella, como encontró Moya, una personificación del alma española en las postrimerías del siglo XIX.

***

Ahora... el problema que á todos preocupa es cómo se substituye al jefe de un partido necesario para el equilibrio inestable de la política. Y aquí sí que desafío al más avispado y al mejor profeta á que haga vaticinios. La política, nuestra política, burla toda previsión; parece una divinidad hija del Acaso y de la Noche.

¡Quiera Dios que esos ciegos númenes, patronos de nuestros destinos, nos den una hija sana, bien conformada, una deidad robusta, fuerte, iniciadora, previsora, cual la habemos menester! Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbanzamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados... Es decir, estamos cansados *algunos*, que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La tolerancia es una virtud difícil; nuestro primer impulso y aun el segundo es odiar á todos los que no piensan como nosotros.

JULIO LEMAITRE.

Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño.

ALFONSO DAUDET.

De una confidencia á una indiscreción no hay más distancia que la que media de la oreja á la boca.

PETIT-SENN.

La testarudez es la fuerza de los débiles; la firmeza es la testarudez de los fuertes.

LAVATER.

Conviene que haya egoístas para hacer resaltar las abnegaciones.

MARÍA ADVILLE.

China es un país en donde algunos centenares de millones de chinos vivos están dominados por millares de millones de chinos muertos.

PEDRO LOTI.

No es malo haber sido joven creyente y piadoso, aun ó sobre todo cuando se convierta después en libre pensador.

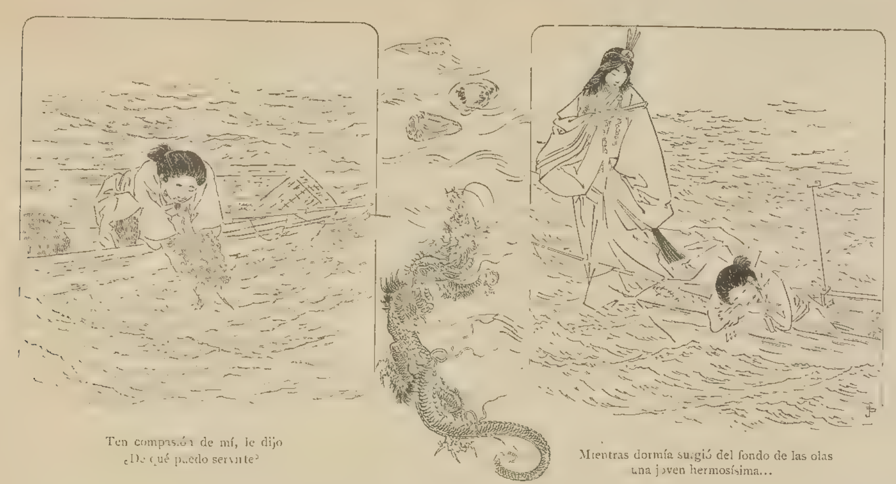
Siguiendo las corrientes de la moda, es sucesivamente de buen tono aparecer más honrado ó más corrompido de lo que se es en realidad.

La razón desautoriza todos los excesos; la moral los condena; la naturaleza hace más, los castiga.

G. M. VALTOUR.

En materia de comercio y de industria, el primer ocupante no conserva su puesto sino cuando sabe defenderlo y continúa mereciéndolo.

JORGE BLONDEL.



Ten compasión de mí, le dijo ¿De qué puedo servirte?

Mientras dormía surgió del fondo de las olas una joven hermosísima...

URASHIMATARO,

CUENTO JAPONÉS

Érase una vez cierto matrimonio que habitaba junto á la costa y se mantenía de la pesca. Un solo hijo hacía las delicias de los dos ancianos; y como era un buen muchacho y animoso por añadidura, jamás se quejaron aquéllos de su dura suerte y, antes al contrario, pasaban satisfechos los días de su vida.

Llamábase el tal hijo Urashimataro, que quiere



Y empuñando él un remo y la hermosa princesa otro, bogaron hasta la mansión...

decir «hijo de la isla,» y era un mozo guapo y dotado de excelente corazón; y como ayudaba á su padre en su oficio de pescador, veíasele cada día hacerse á la mar lo mismo con bueno que con mal tiempo. Nadie en la aldea, que por su pescado era famosa en toda la comarca, se aventuraba tanto como él mar adentro, por lo que á veces les decían los vecinos á sus padres:

– Si vuestro hijo continúa despreciando de tal modo el peligro, algún día le sucederá una desgracia; las olas le sepultarán y no le veréis regresar á vuestro lado.

Pero Urashimataro no se preocupaba de estas habladurías; y como sabía dirigir su canoa con brazo fuerte y sin miedo, sus padres tampoco pasaban por él cuidado alguno.

Una mañana hermosa, espléndida, al recoger sus redes y vaciarlas en su barca, encontró entre los pescados una pequeña tortuga, muy linda; y contentísimo de aquel hallazgo, colocó el animal en una vasija de madera. De pronto la tortuga rompió á hablar y le suplicó que le conservara la vida.

– Ten compasión de mí, le dijo. ¿De qué puedo servirte? ¡Soy tan joven y tan pequeña y tengo tantas ganas de vivir! Si de mí te apiadas y me dejas en libertad, te estaré agradecida, te lo prometo.

No necesitaba más para dejarse convencer el bueno de Urashimataro, que nunca había sabido negar un favor que le pidieran; así es que cogiendo al animal lo arrojó al mar.

Poco después, Urashimataro, vencido por esa languidez de un sofocante día estival que convida al reposo, quedóse profundamente dormido en su bote, y mientras dormía, del fondo de las olas surgió una joven hermosísima que entrando en la lancha le dijo:

– Escucha, mancebo, soy la hija del rey de los mares y vivo con mis padres en el palacio del Dragón, en el fondo del mar. La tortuga que hace poco has salvado era yo; mi padre me había enviado para averiguar si eras bueno ó malo; ahora ya sabemos que tienes buen corazón y que no te complaces en las crueldades, y por esto vengo á buscarte para que te cases conmigo y vivamos juntos durante mil años en el palacio del Dragón.

Consintió en ello Urashimataro; y empuñando él un remo y la hermosa princesa otro, bogaron hasta llegar á la mansión donde vivía y gobernaba el dios de las aguas, rey de todos los dragones, tortugas y peces. Admirado quedó el mancebo al contemplar aquel palacio de proporciones gigantescas, construído de cristal y costosa piedra, de oro y plata, de rojos corales y brillantes perlas que lanzaban vivos destellos; pero mayor aún fué su asombro cuando vió las maravillas que en su interior atesoraba el magnífico edificio.

Casóse Urashimataro con Otohimé, que así se llamaba la princesa, y su existencia fué completamente dichosa. El tiempo transcurría entre placeres. ¿Cuánto tiempo transcurría? Urashimataro lo ignoraba y no le importaba saberlo.

Pero de pronto, en medio de tanta felicidad, acometióle un ansia indescriptible de ver de nuevo á sus ancianos padres, y por más esfuerzos que hizo para ocultar este sentimiento, no le fué posible conseguirlo. Una mañana apoderóse de él tan honda tristeza, que Otohimé, viendo que con nada podía alegrarle, le preguntó la causa de su pesar, á lo que el mancebo contestó sinceramente que sentía irresistibles deseos de ver á sus padres, y que, de no realizar tales deseos, la vida le era imposible. La princesa escuchó tales palabras con verdadero terror; en vano le hizo comprender que la satisfacción de su capricho entrañaba para él los mayores peligros.

Y cogiendo una cajita se la entregó á Urashimataro...

– Te perderé para siempre; nunca más volveré á verte, le dijo anegada en llanto.

Pero Urashimataro se mostró inflexible, exclamando lleno de amargura y con el corazón oprimido:

– Necesito volver á mi patria, ver de nuevo á mis padres; pero tan pronto como haya satisfecho este deseo, volveré á tu lado, si así me lo ordenas.

La princesa bajó la cabeza tristemente y prorrumpió en hondos sollozos.

– Hay un medio, dijo, para que con seguridad vuelvas á mi lado, pero temo que no podrás cumplir la condición que para ello se requiere.

– Haré cuanto sea preciso, contestó Urashimataro contemplándola amorosamente.

Mas la princesa no por ello se regocijó, pues un presentimiento le decía que había de perderle para siempre. Sin embargo, levantóse y cogiendo una cajita se la entregó á Urashimataro, conjurándole con las palabras más expresivas á que nunca la abandonara y sobre todo á que jamás la abriera.

– Si cumples esta condición, díjole al tiempo de despedirse de él, no tienes más que llamarme desde la playa, y acudiré en tu busca para traerte aquí nuevamente.



El tiempo transcurría entre placeres

Dióle las gracias conmovido Urashimataro, y una vez más le juró que cumpliría fielmente su promesa. Y ocultando cuidadosamente la cajita entre sus vestiduras, montó sobre una tortuga que le estaba esperando y que echó á andar, mientras la princesa le veía alejarse tristemente.

Tres días y tres noches nadaron Urashimataro y su compañera, arribando por fin á la playa, en donde la tortuga se despidió, volviendo luego á desaparecer debajo de las olas.

Alegre y con paso presuroso encaminóse Urashimataro á su aldea, contemplando el humo que de las casas se escapaba y los viejos techos de paja que se destacaban sobre el verde fondo de las arboledas, escuchando los alegres gritos y aclamaciones de los chiquillos, oyendo los sonidos del *koto* (1) que salían de una cabaña, y sintiéndose, en una palabra, feliz y satisfecho de encontrarse nuevamente en su tan deseada patria.

¡Pero cómo se le oprimió el corazón al recorrer las calles del pueblo! Todo en éste estaba cambia

(1) Instrumento de cuerdas.

do; ni una casa, ni una persona le eran conocidas. Dirigióse precipitadamente á la vivienda de sus padres: allí estaba realmente, pero ¡cuán cambiada! Lleno de angustia preguntó á los que la habitaban por los suyos; pero aquellas gentes ni de nombre les conocían, ni supieron darle noticia alguna de ellos.

Presa de la mayor emoción corrió al cementerio, único sitio en donde podría hallar consejo y ayuda en su desgracia, pues allí estaban todos los buenos dioses, que le darían seguramente la clave de aquel misterio que tanto le atormentaba. Y no se engañó; al poco rato de buscar entre las tumbas, encontró las de sus padres, en cuyas lápidas había inscrito un año que no difería mucho del que marcaba el calendario cuando él fué conducido al palacio del Dragón. Rezó sus oraciones sobre aquellos sepulcros, y mirando á su alrededor, vió escritas fechas más recientes, acabando por convencerse de que habían transcurrido tres siglos desde que abandonara su patria.


Lleno de angustia preguntó á los que la habitaban por los suyos

Asombrado por tal descubrimiento, regresó á la aldea, y allí supo que lo que las inscripciones le dijeran era realmente cierto. Creyendo que tal vez era víctima de un maleficio del cual podría librarle la cajita de la princesa Otohimé, echó mano de ella y casi mecánicamente la abrió. Un vapor purpúreo se escapó del misterioso objeto, y al mismo tiempo Urashimataro vió con espanto que su mano, un momento antes robusta y fresca como la de un adolescente, habíase vuelto contraída, rugosa, huesuda como la de un anciano decrépito. Encaminóse al claro manantial que del monte descendía, y en su tersa superficie vió reflejada su imagen, que era ni más ni menos que la de una momia. Rendido por la fatiga, extenuado, arrastróse por la aldea, y nadie reconoció en aquel viejo al vigoroso joven que una hora antes se paseaba por aquellas calles. Como pudo, llegó hasta la orilla del mar, y sentándose sobre la arena llamó en vano á la princesa; ésta no acudió á su llamamiento y la muerte no tardó en hacer presa en él. Poco antes de morir tuvo tiempo para contar sus aventuras á la gente que acudió á la playa para consolarle y que á su vez las refirió á las demás del pueblo, ensalzando al hijo piadoso que por amor á sus padres había renunciado á las maravillas del palacio de la hermosa princesa del mar.

Y aun hoy en día se le ensalza; y cuando un hijo se aleja de sus padres, éstos le recomiendan el ejemplo de Urashimataro, para que ni aun rodeado de las mayores dichas, olvide nunca á los que le dieron el ser ni á la patria en que vió la luz primera.

REPUBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN LARRAVIDE

EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB

D. Manuel Larravide es un joven que apenas cuenta treinta años, y ya se ha conquistado nombre y fama en el mundo del arte pictórico.

Nacido en la capital de la vecina república Oriental del Uruguay, en la culta y pintoresca Montevideo, recibió las inapreciables lecciones del tan justamente alabado y ensalzado pintor Sr. Blanes, cuya reciente muerte llora el Arte. Blanes fué para el Sr. Larravide compatriota, maestro y amigo. Sus desinteresados consejos cayeron en terreno apropiado y dieron opimos frutos por lo bien aprovechados como hombre y como artista, porque el Sr. Larravide posee en armónico consorcio la bondad, nobleza de corazón, emoción estética, amor al estudio, inteligencia clara y un entusiasmo lleno de fe sin desfallecimientos por el arte que cultiva.

Sus últimos viajes por Europa, sus detenidas visitas á los centros artísticos, sus observaciones constantes en las largas navegaciones, han dado por efecto el perfeccionarse en grado sumo en lo que podemos llamar su especialidad: las marinas. El señor Larravide es un verdadero marinista; y del estudio de sus obras claro se desprende el entusiasmo que siente por todo lo que está relacionado con el mar. Se ve que lo siente, que lo ama; que la inmensidad del oceánico ambiente está en su alma juvenil; que se recrea en hallar detalles de transparencia, de color, de movimiento; en la lucha de los elementos viento y agua; en el estudio de las naves veleras corriendo un temporal ó capeándolo; en la agrupación de embarcaciones de distintas clases y portes en radas y puertos; en la delineación y perfecto dibujo de grandes vapores transatlánticos, todo en concordancia con el estado del cielo, de la luz, de la dirección del viento, del embate y forma, á veces caprichosa, de las olas, del aparejo; resultando característica la representación é interpretación del cuadro en sus menores detalles. Parece como que el Sr. Larravide haya pasado largos años navegando, no sólo en buques de vela de distinto aparejo y diferente tonelaje, sino que también en faluchos costeros, en barcas de pesca, en vapores de los ríos y en paquetes de alto bordo, porque en sus obras se admira el acierto y la verdad de lo tratado con conocimiento de causa, cosa dificilísima á nuestro ver, por cuanto buena parte ó la gran mayoría de pintores marinistas que se han salido de lo que se ve desde tierra, han desbarrado grandemente al querer tratar embarcaciones en alta mar, sea con bueno ó mal tiempo, lo que no sucede con las marinas del Sr. Larravide. Lo dicho no quiere afirmar que el joven artista esté exento de errores; pero ellos, en gran parte, son hijos de no conocer la ciencia náutica en todas sus partes, especialmente lo concerniente á maniobras, pero no de falta de observación ni de falta de arte.


Un vapor purpúreo se escapó del misterioso objeto

En la exposición celebrada en el salón Witcomb presentó *cuarenta y seis* obras, *veintiuna* al óleo y *veinticinco* á la acuarela; y unos y otras obtuvieron éxito tan brillante que sólo dos ó tres cuadros quedaron sin vender; explicándose este resultado por el mérito real que en ellas se encontraba, amén de lo simpático del género.

Los cuadros presentados por el Sr. Larravide al mercado argentino han sido inmediatamente apreciados por su bellísima factura, por su dibujo y colorido y por revelar en su autor una personalidad artística. De la justicia de estas apreciaciones podrán hacerse cargo nuestros lectores por los grabados que en la siguiente página reproducimos.

El Sr. Larravide tiene ante sí un bellísimo porvenir si persiste en el trabajo, en el estudio y en procurar la resolución de las infinitas incógnitas que guardan los mares.

Justo Solsona.

Buenos Aires, noviembre de 1902.

EL CORAZÓN DE ROSITA

Entre las numerosas víctimas del terrible incendio de la Opera Cómica de París, la que más nos impresionó con su muerte fué Rosita de Almenares, que era por entonces en aquella capital una de las mujeres más hermosas de la colonia hispano americana. Su esposo D. Julián de Almenares, peruano riquísimo y de bastante más edad que ella, estuvo á punto de perder la razón al quedarse de pronto sin Rosita.

No habían tenido hijos, y al inconsolable viudo, que la amaba con delirio, no le fué dado ni el triste consuelo de ver los restos de su esposa. Una pulsera de Rosita, con su nombre hecho de zafiros, sacada de las cenizas humeantes con otras cien joyas, muchas de ellas desfiguradas y ennegrecidas, pertenecientes á multitud de infelices abrasadas por las llamas, fué todo lo que pudo conservar como recuerdo de aquella espantosa catástrofe en que bruscamente pereció su ventura.

Metió la pulsera en una pequeña urna de cristal, y contemplándola con dolor profundo, el desdichado D. Julián de Almenares se pasaba casi todas las horas del día.

Grabado en la memoria le quedó otro recuerdo penosísimo, el de los funerales de las sesenta y tantas víctimas del incendio, entre cuyos nombres estuvo leyendo durante toda la triste ceremonia el de la mujer amada, con los ojos clavados en él como un visionario.

No acababa de creer lo que veía. Parecíale posible todo menos aquello... ¡Perder así, como por encanto, en plena felicidad, en plena dicha, á la adorada esposa que era su hechizo, y perderla para siempre! ¡Una separación impensada y eterna sin un último adiós, sin un supremo beso de despedida!.. El pobre D. Julián no acababa de resignarse á semejante infortunio.

Mas, forzosamente, tuvo que ir acostumbrándose poco á poco á su cruel soledad.

Cuando lo encontrábamos, alguna que otra vez, con el rostro desencajado y la mirada perdida como en un sueño, por los parajes más escondidos del Parque Monceau, comprendíamos lo que sufría y podíamos fácilmente observar que aún no se había curado la herida abierta en su alma.

Sólo muy de tarde en tarde íbamos á verlo á su hotel de la calle de Balzac algunos de los numerosos amigos que en vida de su esposa solíamos frecuentar sus salones, invitados por los dueños de la casa á las brillantes reuniones que allí había, muy celebradas en todo París, de las cuales, naturalmente, era Rosita el principal atractivo.

Mientras D. Julián, con lágrimas en los ojos, nos enseñaba la pulsera dentro de la pequeña urna, nuestra mirada insensiblemente se iba hacia un magnífico retrato de Rosita admirablemente hecho por Gaetán Roger, joven artista de grande inspiración, que con aquella obra magistral había obtenido uno de los primeros premios de pintura en la exposición anual del Salón de Bellas Artes.

El infeliz viudo, al sorprender nuestra mirada, solía decir contemplando com embeleso el retrato:

—¡Qué adorable mujer! ¡Qué ideal hermosura!.. ¡Y lo que más valía era su corazón!.. ¡Oh, el corazón de Rosita!

Y se echaba á llorar desesperado, clavando de nuevo sus ojos en la urna de cristal, donde los tenía fijos mirando la pulsera tristemente durante horas y horas.

Una tarde, saliendo del hotel de la calle de Balzac con el amigo Pepe Iriarte, me dijo éste al ir á separarnos en la esquina de los Campos Elíseos:

—¿Qué habrá sido de Gaetán Roger? Desde la noche del incendio de la Opera Cómica no se le ha visto más por París, ni se ha vuelto á saber de él.

—En efecto, ¡es verdad!, murmuré yo haciendo memoria.

—¡Ese es otro que estará en cualquier rincón del mundo llorando también á Rosita!, añadió Pepe Iriarte con cierto misterio.

—¡Cómo! ¿Qué dices?, exclamé con sorpresa.

—Sí, continuó mi amigo. Gaetán Roger la amaba, y la amaba locamente. La seguía por todas partes como la sombra al cuerpo... En fin, ¡otro desesperado! ¡Otra víctima del horroroso desastre!

A los pocos meses, recorriendo las pintorescas orillas del lago de Ginebra, se me ocurrió visitar la isla del Cautivo, cantada por lord Byron, y me detuve en Villeneuve. El panorama tenía mucho de fantástico entre Villeneuve y Montreux, y el sol que se hundía en las aguas del lago realzaba con sus dorados resplandores la belleza incomparable de aquella mágica orilla del Léman, formada de jardines y de chalets al pie de graciosas colinas.

Al dar mi vapor la vuelta, muy cerca de tierra, á una quinta de árboles frondosos que en suave ondulación avanza por entre las serenas aguas del lago, y en cuyo centro se eleva un hotelito, casi oculto por el follaje, me creí transportado fuera de



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Exposición Larravide en los salones de A. S. Witcomb – En la dársena de Buenos Aires, cuadro al óleo

REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Exposición Larravide en los salones de A. S. Witcomb. – El notable pintor uruguayo D. Manuel Larravide

Bahía de Río Janeiro. Efecto de luna, cuadro al óleo

la realidad: tras de un arbusto, y medio envuelta en una oleada de flores, vi á Rosita sacando con curiosidad la cabeza á mirar el vapor que pasaba.

Sentí un estremecimiento.

–¡Es ella! ¡Sí, es ella!, me dije.

Quise mirarla con más fijeza, una vez dominada mi primera impresión. Pero ya era tarde. El vapor había dado la vuelta, y todo había desaparecido tras de una doble muralla de arbustos y flores.

A nadie se lo conté jamás.

–Después de todo, pensé, sólo se trata acaso de una alucinación de mis sentidos, exaltados por aquel cuadro maravilloso en un instante tan propicio á la visión de cosas imaginarias y sobrenaturales.

De regreso en París, oí decir una noche en nuestra mesa del Gran Café:

–¿No saben ustedes la noticia? ¡Rosita de Almenares vive!

–¡Bah!, exclamaron casi todos burlándose del que esto afirmaba.

–¿Vive?, pregunté yo. ¿Pues no pereció abrasada en el incendio de la Opera Cómica?

–¡Nada de eso! Pasa por muerta, pero se la ha visto viva y muy viva por los alrededores de Villeneuve.

–¡Es estupendo!, murmuré. Pero esas cosas, ¿son posibles?

Al poco tiempo, comíamos juntos varios amigos, al aire libre, en el restaurant de la Cascada, y un reporter de los mejor informados de la prensa parisiense, que iba en coche á escape, nos gritó al pasar cerca de nosotros:

–¡Ya sabéis que vive Rosita!

Claro está que durante el resto de la comida ya no hablamos de otra cosa.

–¿Lo sabrá el peruano?, dije yo.

Al día siguiente, uno de nosotros fué al hotel de la calle de Balzac.

No encontró á D. Julián de Almenares. El hotel estaba cerrado.

En la vecindad sólo sabían que el dueño de la casa se había ido precipitadamente, sin decir adónde, acompañado de su ayuda de cámara y de un viejo y fiel criado que desde hacía muchos años tenía á su servicio.

–¡Figúrense ustedes, se le ocurrió pensar á Pepe Iriarte, lo singular del caso si ese pobre hombre, creyéndose viudo, se ha vuelto al Perú, adonde quizás no llegará nunca la noticia de que su mujer vive!

Mas no transcurrieron muchos días sin que supiéramos que D. Julián de Almenares se hallaba nuevamente en París y que estaba otra vez abierto el hotel de la calle de Balzac.

Al mismo tiempo, los periódicos de Ginebra publicaban la noticia de la desaparición, en los alrededores de Villeneuve, de una mujer hermosísima de cuyo nombre no existía ni el menor indicio.

–¿Estará en París Rosita?, nos preguntamos todos.

Y algunos, aguijoneados por una curiosidad que se explica bien, corrimos hacia el hotel de Almenares.

Cuando yo entré iba dispuesto á las más hondas emociones, esperando detrás de cada puerta la aparición de la resucitada.

Aún creí más en todo esto al ver á D. Julián risueño y afable, mirando con satisfacción la pequeña urna de cristal donde guardaba la pulsera.

–¡Ah!, exclamó después que nos saludamos. ¡Ya no es tan grande mi desdicha! Me habrán oído decir siempre que lo mejor de Rosita era el corazón... Me afligía mucho el no poseerlo... Pero ¡ya lo tengo! ¡Mírelo usted ahí! ¡Ese es el corazón de Rosita!

Miré, y lleno de terror, dentro de la urna, junto á la pulsera, vi un corazón.

Y D. Julián, sonriendo al contemplar la víscera amoratada, repetía:

–¡Ese es!.. ¡Ya lo tengo!.. ¡Ya lo tengo!

E. GARCÍA LADEVESE.

EL REY DEL MUNDO

El café de mi barrio es un establecimiento modesto, que vive gracias á los ingresos domingueros. Los días festivos, desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche, no hay una mesa disponible ni una silla donde sentarse. Empleados de poco sueldo, comerciantes modestos, horteras, artesanos y trabajadores á jornal, todos celebran la fiesta dominical, y las que caen entre semana, llevando á sus familias al café.



LOS HIJOS DE LOS PRÍNCIPES HEREDEROS DE SAJONIA

Por unos cuantos reales saborean lo que el cafetero califica de *aromático moka*, gozan de tertulia escogida (porque cada cual escoge la que quiere), y se deleitan con los primores musicales que dos artistas, mal comprendidos, ejecutan en piano y violín, no siempre afinados y á tono.

Hay, sin embargo, personas de pésimo gusto, yo una de ellas. Los domingos no aporto por el café de mi barrio, que pierde con la concurrencia y el bullicio el sereno encanto de todos los días.

A diario es aquello un retiro sagrado, donde no llegan los ecos del

mundanal ruido.

Una media luz discreta, opalina, produce en los parroquianos pensamientos de dulce melancolía. Turbar aquella calma es verdadera profanación. Si alguien osa hacerlo, ese no es de la casa, es un intruso á quien recibimos con mirada fosca y ceño adusto. Y el intruso siente un malestar incomprensible, está inquieto, á disgusto, y acaba por tomar la puerta y no volver por el café. Hace bien.

Allí todos nos conocemos. Los camareros conocen nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros defectos. Toleramos al vecino sus rarezas, seguros de que él aguantará las nuestras. Todos somos amigos, caras conocidas.

En la mesa de junto al mostrador hace diez años que toma café D. Serafín. Un viejecillo setentón, con cara de pascua, bigotes amarillentos por el humo del cigarro, ojillos azules y grandes cejas, tiesas, blanquísimas, que le dan aspecto de puerco espín. D. Serafín llega todas las noches en punto de las ocho, se sienta, saca un cigarro de quince céntimos y lo enciende á fuerza de vigorosos chupetazos. Después compra *La Correspondencia*, y entre sorbo y sorbo de café repasa la cuarta plana del diario nocturno.

Las esquelas mortuorias reclaman toda su atención; cada una de ellas hace exclamar á D. Serafín un «¡Qué escándalo!» en voz clara y fuerte, que pone en cuidado á todos los concurrentes.

Junto al piano hay una tertulia contemporánea del morrión de Sagasta. La componen cinco individuos, que hablan á gritos, se convencen á interjecciones y argumentan dando puñadas sobre la mesa, donde bailotea el servicio anunciando una próxima y sangriente catástrofe. El camarero los odia, pero los teme.

La política internacional está siempre sobre el tapete. Allí se ha discutido de todo, desde el pacto de familia á la cuádruple alianza. En el orden del día figura al presente la guerra del Transvaal. Para ello se comienza leyendo todas las noches los telegramas que sobre la guerra sudafricana publica el *Heraldo*.

Cuatro de los contertulios son *boers*, el quinto imperialista. La derrota y prisión de Methuen fué causa de una tremolina feroz y de que pasaran á mejor vida dos copas y una taza. Con otra derrota de los ingleses se queda sin vajilla el dueño del café.

Al lado de la puerta sienta sus reales el Senado, otra colección de viejos. Es tranquila, se disuelve á las diez en punto, y sólo se habla de tiempos pasados, del año treinta y tantos y de la degollina de los frailes. De aquella fecha parten todas nuestras desdichas, y si no viene una mano enérgica que nos meta en cintura, esto se lo llevará todo la trampa.

Un golpe de tos suele cortarle al orador el resuello, y entonces pone punto al discurso con una pastilla, se lía en la bufanda, se sube hasta los ojos el cuello del gabán y vase. Los demás le siguen. El Senado levanta la sesión.

Al otro lado de la puerta y solo en una mesa, un hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto, de cabellos grises, cortados al rape, escribe con febril diligencia cartas y más cartas. De vez en cuando levanta la cabeza y de sus ojos de un gris acerado parten fulgores febriles. El mozo, que es el mismo que á mí me sirve, le llama *Don Tostado*. Todas las noches llega al café, pide al fosforero recado de escribir, y sacando del bolsillo un montón de pliegos en blanco, pónese á la tarea. A las doce de la noche se ha escrito ocho, diez, doce cartas, las pone los sobres, las mete en el bolsillo del gabán y á la calle. Así lleva muchos meses. No se le conocen amigos, ni compañeros de tertulia, ni se le han oído más palabras que una: «¡Café!,» cuando el mozo se le aproxima.

El personaje tiene mucho de interesante y extraño. Mi curiosidad excitada quedó sin satisfacer á pesar de mis preguntas y pesquisas. De *Don Tostado* nadie sabía nada. Varias tentativas que hice para ponerme al habla con el consecuente escribidor tuvieron éxito deplorable, y mi curiosidad, espoleada por las dificultades, subía de punto cada noche. Era preciso acabar. Una noche me decidí. Me puse de acuerdo con el fosforero, y dirigiéndome al desconocido le rogué me prestara un sobre para una carta urgente. Me dió el sobre, y sin mirarme siquiera volvió á enfrascarse en su tarea. Le pagué el café. Inútil. Cuando le llegó la hora de hacerlo, no pareció extrañarle la nueva, no preguntó quién había sido, y salió con sus cartas en el bolsillo y sin darme las gracias.

El día siguiente era festivo. Contra mi costumbre fuí al café. Estaba lleno de bote en bote; mi hombre, solo en su mesa, emborronaba pliegos y pliegos. Le pedí permiso para sentarme á su mesa. Sin levantar la cabeza, contestó con frase nerviosa y breve:

–Haga usted lo que quiera.

En dos ó tres momentos intenté entablar conversación; tiempo perdido. Desesperado ya en mi empresa, opté por dejarlo en su aislamiento y me puse á leer un periódico.

De pronto *Don Tostado* alzó la cabeza, clavó en mí sus ojos pequeñines, grises y acerados, y sosteniéndose la barba con ambas manos me dijo:

–¿Por qué me importuna usted? Hace días que veo en usted el propósito de hablarme y de mezclarse en mis asuntos. Mal hecho. Un momento tuve la idea de contestarle de manera que no le quedaran ganas de preguntarme más. Lo he pensado mejor, tiene usted buena cara y puedo serle útil. Mi secreto puede servirle. ¿Hoy? ¿Mañana? ¡Quién sabe! Ya le diré cuándo.

Aquella salida me dejó perplejo, y repuesto, sólo pude aventurar una excusa cortés.

–No, no se justifique usted, repuso. De nada le serviría. Yo lo adivino todo; porque lo adivino, sé que su curiosidad no ha de serme perjudicial.

–¡Yo le aseguro á usted!.., dije.

—No me asegure usted nada. Es natural. No es el primer caso. Huyendo de los curiosos he recorrido todos los cafés de Madrid, hasta llegar á éste, extraviado y lejano. A esas gentes, dijo paseando una mirada de lástima sobre todos los que se hallaban en el salón, les preocupa, ¡infelices!, verme escribir tanto. Si poseyeran mi secreto, entonces lo comprenderían.

—Ciertamente es extraño que una persona que tiene tanta correspondencia la despache en el café...

—¡Y qué me importa á mí de esas gentes! En mi casa, los míos, mi mujer, mis hijos, se apoderarían de esto, que es la esencia de mi vida. ¿Me oye usted? Un ministro de esos que hacen economías me jubiló, por enfermo, con una pensión miserable. ¿Qué destino desempeñaba? ¿Mi nombre? Eso no le importa á usted. Había trabajado mucho, la inactividad me mataba, hasta que un día tuve un rayo de luz, una idea que me rejuveneció y me hizo el amo. De funcionario de un ministerio, de un número en el escalafón, pasé á ser el señor de todos, el rey del mundo. No se ría usted, sí, el rey del mundo. ¿Cómo? Ese es mi secreto, pero va usted á saberlo. El anónimo.

Hice un movimiento de extrañeza.

A *Don Tostado* se le coloreaban las flacas mejillas con oleadas de sangre, los ojos grises se clavaban en mí haciéndome el efecto de mordeduras, los pelos se le erizaban, sus manos, secas y largas, movíanse de prisa dando energía á sus palabras.

—¿Qué de particular tiene, continuó, que usted se extrañe, si no me comprende? El anónimo, sí. Todos los personajes, hasta los más encumbrados, políticos y oradores, artistas y hombres de ciencia, son mis esclavos, hacen mi voluntad, y no lo saben. Desde esta mesa, que es mi trono, con esta pluma, que es mi cetro, domino el mundo.

Y una risa sonora, franca, infantil, llenó el café, excitando la atención de los parroquianos, que jamás habían oído reir ni aun hablar á *Don Tostado*.

Este continuó:

—De una carta firmada, ¡quién hace caso! Pero un anónimo tiene la fuerza de lo desconocido y lo misterioso. Además, una carta á un hombre que se halla en las cumbres de la gloria ó del poder sin una petición adjunta, es un fenómeno. Yo nada pido. Censuro y dirijo. Al uno le digo: «Ese discurso es un disparate, no debiste decir aquello, no te inclines de ese lado, ves hacia la derecha, sigue por la izquierda, acomete el camino de frente.» A otro: «La adulación te pierde; los que te alaban son tus enemigos que ansían tu caída; desprecia esos triunfos fáciles, lucha, no descanses.» Al de más allá: «Eres un majadero; te dan calor los que te necesitan, mañana te darán un puntapié.» El primer anónimo se desprecia, el segundo hace pensar, el tercero es norma y programa de aquel que lo recibe. Lo he visto, lo he palpado, y como mi labor es continua, y mi pensamiento no descansa, y mi mano sólo halla paz en la tarea, desde aquí, desde mi trono, gozo placeres inefables viendo cómo los hombres son hijos de mi voluntad y su pensamiento prolongación de mi pensamiento. He ahí mi secreto. ¿Que por qué se lo he dicho á usted? Porque le juzgo incapaz de comprenderlo y aun de ejecutarlo.

Y *Don Tostado*, metiéndose en el bolsillo del gabán las cartas, ya escritas, abandonó el café con paso firme y tranquilo, como hombre satisfecho de sí mismo y de su fuerza.

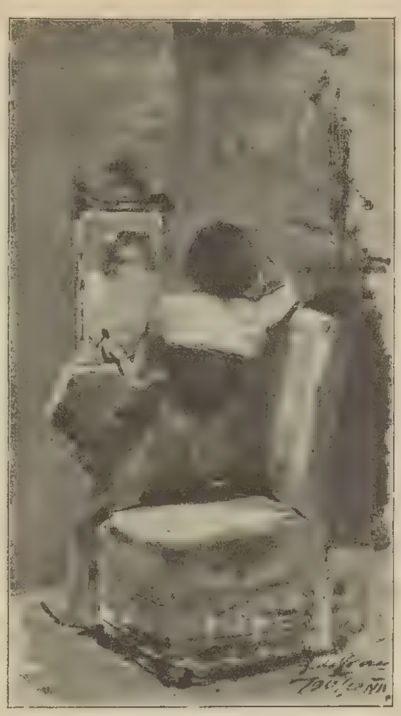
Cuando aquella noche llegué á mi casa, llevaba un dolor de cabeza terrible y el convencimiento de que *Don Tostado* estaba loco de remate.

* * *

Estuve lejos de Madrid algún tiempo y á mi regreso volví á mi café favorito. El loco ya no estaba en su mesa. Pregunté al camarero.

—¡Pero no sabe usted!, me dijo. Pues aquel señor estaba malo de la cabeza. Dicen que le había dado la locura por escribir anónimos á todo bicho viviente. Aquí en el café todas las noches escribía una docena de cartas. Ultimamente se las dirigía á él mismo. Una noche, al marcharse, le dió una cosa en la calle y se cayó en la acera. Cuando llegó el sereno, estaba muerto. Los médicos dijeron que había sido una apoplejía fulminante. En el bolsillo le encontraron un anónimo, de su propia letra, con amenazas de asesinarlo. ¡En fin, *mochales* perdido!

EMILIO DUGI.



ESTUDIO, cuadro de Guillermo de Grau. (Salón del Círculo Artístico.)

Invierno, cuadro de Guillermo de Grau. (Salón del Círculo Artístico.)



TRAICIONADA, COPIA DEL



BRADO CUADRO DE A. CORELLI

NUESTROS GRABADOS

Los hijos de los príncipes herederos de Sajonia.—Completando la información que publicamos en el número 1.098 sobre la novela iniciada en la corte de Sajonia y continuada luego en Ginebra y ahora en Menton, reproducimos en el presente los retratos de los cinco hijos del príncipe Federico Augusto y de la princesa Luisa, que ésta no ha tenido reparo en abandonar, impulsada por la pasión que le ha hecho dar al olvido los deberes sacratísimos de esposa y de madre. El príncipe Jorge nació en Dresde en 15 de enero de 1893; Federico Cristián en 31 de diciembre del mismo año; Ernesto Enrique en 9 de diciembre de 1896; la princesa Margarita en 24 de enero de 1900, y María Alicia, en Wachwitz, en 27 de septiembre de 1901.

A propósito de este asunto hemos de rectificar lo que en el antes citado número decíamos acerca de la separación temporal de la princesa y Andrés Giron: la noticia de esta separación no ha resultado cierta, y los dos amantes, echando, como vulgarmente se dice, la capa al toro, se han dirigido juntos á Menton, sin recatarse de nadie, antes bien haciendo pública ostentación de sus amores.

***

Invierno.–Estudio, cuadros de Guillermo de Grau. – Los dos lienzos que publicamos en estas páginas formaron parte de la exposición que este joven artista organizó en uno de los salones del Círculo Artístico de esta ciudad, de la que nos ocupamos en uno de los números anteriores. Hoy no nos cabe más que repetir lo que entonces dijimos, esto es, que su autor merece que se le aplauda y la manifestación del deseo de que persevere en su empresa, ya que estamos convencidos que ha de llegar á la meta reservada á los escogidos.

***

Traicionada, cuadro de A. Corelli. – No se necesita ser muy lince para adivinar el argumento de este cuadro: el autor ha puesto en él todos los elementos necesarios para su comprensión, completándolos con el título, que por sí solo explica suficientemente la escena que en la composición se desarrolla. Al contemplar aquel cortejo nupcial que por la calle desfila, aquella joven que vuelta de espaldas, para no presenciar el espectáculo torturador, oculta la cara entre las manos y prorrumpe en sollozos; aquellos viejos sentados junto al hogar, ella abatida pensando en el dolor de su pobre hija, él con expresión de concentrada ira, obsesionado por la idea de su deshonra y tal vez meditando terrible venganza, y sobre todo aquel niño inocente sobre el cual ha de pesar durante toda su vida la mancha infamante, no habrá quien no reconstruya la historia de unos amores, de una traición, de un criminal abandono. Dejóse seducir la incauta doncella por el apuesto mancebo, que le mintió una pasión con palabras ardientes que escondían los más bajos propósitos; entregóse por entero confiando en falsas promesas, y cuando su falta se hizo palpable, cuando lo que había de ser compendio de todas las ilusiones vino al mundo entre lágrimas y sonrojos, entonces el fementido apartóse de ella, y unióse á otra mujer y puso el sello á su acción vergonzosa, haciendo ostentación de su felicidad ante los ojos de la desdichada y cebándose en su aflicción con cruel ensañamiento. El pintor italiano Corelli demuestra una vez más en esta obra su instinto dramático que, junto con su talento pictórico, le ha conquistado un puesto envidiable en el mundo del arte.

***

El cardenal Parocchi. – Este purpurado, á quien se incluía en el número de los llamados *papábiles* y que ha fallecido recientemente en Roma á la edad de setenta años, era hijo de un molinero de Mantua. Dedicóse á la carrera eclesiástica, y fué párroco de una aldea, más tarde obispo de Pavía y



EL CARDENAL PAROCCHI,
fallecido en Roma en 15 de los corrientes

arzobispo de Bolonia, y finalmente cardenal en 1877. León XIII le dispensó gran protección y llegó á nombrarlo cardenal vicario, cargo que equivale al de jefe efectivo del gobierno de la Iglesia de Roma, y á hacer de él un consultor á quien sometía todas las cuestiones más delicadas. Pero, según parece, el cardenal Rampolla no veía con buenos ojos esta protección y al fin consiguió que Monseñor Parocchi pasase al puesto de vicecanciller de la Iglesia, de importancia relativamente escasa. En sus mocedades fué liberal, tanto que llamó á Víctor Manuel «el rey generoso,» pero luego fué abandonando estas ideas hasta acabar por identificarse completamente con la política romana. El cardenal Parocchi era hombre de trato agradabilísimo, de cortesía extremada, habiéndole por esto dado algunos de sus admiradores el dictado de «el cardenal Bembo de nuestros tiempos.»



M. ENRIQUE BLOWITZ, célebre corresponsal del *Times*,
fallecido en París en 18 de los corrientes

Enrique Blowitz. – El día 18 de los corrientes falleció en París M. Blowitz, el corresponsal del *Times* que tanta y tan justa celebridad había alcanzado en su larga carrera periodística. Literato cultísimo, gran conocedor de los hombres, dotado de una actividad incansable, de un don de gentes extraordinario y de un instinto particular para descubrir los que para otros eran impenetrables secretos, había conseguido ruidosos triunfos con sus informaciones, pudiendo decirse de él que fué el rey del reporterismo. Nació en Austria en 1825, pero se naturalizó francés en 1870; comenzó su carrera enseñando alemán en varios institutos de Francia, quiso ser inventor y la prueba de su invento por poco le cuesta la vida, y al fin se hizo periodista, habiendo obtenido en 1871 la corresponsalía del importantísimo diario londinense antes citado. Blowitz viajó por todo el mundo representando á su periódico en diversas campañas y acabó por ser un excelente geógrafo, soliendo decir que había estudiado geografía con los pies, y así era en efecto. Con motivo de su reciente jubilación, la prensa de París le tributó un homenaje unánime de admiración y afecto, obsequiándole con un banquete y dedicándole un magnífico objeto de arte que fué costeado por suscripción. Trabajador infatigable, verdadero enamorado de su profesión, el trabajo había formado en él una segunda naturaleza, de tal manera, que á poco de jubilado decía á sus amigos, con acento de profunda convicción, que no podría resistir al primer día de tedio.

***

Una partida de croquet, cuadro de Juan Lavery. – Para que nuestros lectores puedan formarse idea del puesto eminente que en el mundo del arte ocupa este pintor inglés, bastará que consignemos los siguientes datos: los cuadros de Lavery figuran en museos tan importantes como el Luxemburgo de París, la Galería Nacional de Berlín, la Galería Nacional de Bruselas, la Galería Moderna de Venecia, la Pinacoteca de Munich, la Galería Carneggia de Pittsburgo, la Galería Moderna de Filadelfia y otros, y que su autor es vicepresidente de la Sociedad internacional de Escultores, Pintores y Grabadores de Londres, caballero de la orden de la Corona de Italia, miembro de la Sociedad Nacional de Artistas franceses, miembro de la Real Academia escocesa y miembro correspondiente de las secesiones de Munich, Berlín y Viena, y ha obtenido medallas en las exposiciones de bellas artes de París, Berlín, Munich, Bruselas, Pittsburgo, Chicago, etcétera. Cuando un artista reune tantos títulos honoríficos y ha obtenido tantos premios, no ya en su patria, sino en los primeros centros artísticos de Europa y América, bien puede afirmarse de él que reune excepcionales méritos. La especialidad de Juan Lavery son los retratos, pero con el mismo talento trata el paisaje, como lo demuestran su famoso cuadro *Una partida de lawn-tennis*, premiado con medalla de oro en uno de los salones de los Campos Elíseos de París y adquirido por el gobierno bávaro, y el no menos celebrado *Una partida de croquet*, que en el presente número reproducimos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – *Círculo Artístico.* – Se ha expuesto una interesante y numerosa colección de carteles, propiedad del inteligente aficionado Sr. Plandiura, en la que figuran, entre otros, ejemplares notabilísimos de Casas, Rusiñol, Riquer, Llaverías, Utrillo (A.) y Cidón; de los cartelistas franceses Tossot, Capiello, Steinlen, Mucha, Cheret, Carriere, Grasset, Leandre y Villette; del italiano Hohenstein; de los ingleses Hassall y Aldin; de los belgas Privat Livemont y Meunier, y de los norteamericanos Bradley, L. J. Rhead, Parrish, Penfield y señorita Ethel Reed.

Salón Parés. – Entre las obras últimamente expuestas en este Salón merecen mencionarse especialmente un cuadro inspirado en *L' Atlántida* de Verdaguer y varias preciosas cabecitas de niñas de Brull, una interesantísima colección de *ex libris* de Triadó, algunos bellos óleos de Nunell y bonitas acuarelas de Boniquet.

Teatros. – En el teatro de la Moneda de Bruselas se ha representado con buen éxito *L' Etranger*, acción musical en dos actos, poema y música de Vincent d'Indi.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Théroigne de Mericourt*, drama en seis actos de Pablo Hervieu; en la Comedia Francesa *L' autre danger*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay, y en la Gaité *Le chien du regiment*, ópera cómica en cuatro actos de Pedro Decourcelle, con música de Luis Varney.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La nit de Reys*, cuadro dramático en dos actos de D. Salvador Vilaregut, y *Lo Pristidigitador*, bellísimo monólogo de D. Santiago Rusinyol; en el Eldorado *Los Charros*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Larrubiera y Casero, música del maestro Brull; y en Novedades *L' espiga negra*, drama en tres actos y en prosa de E. Bergé. En el Liceo se ha cantado *La Walkyria*, en cuya ejecución han alcanzado grandes aplausos las Sras Giudicci y D'Arneiro y el tenor Sr. Vaccari; el Sr. Mascheroni dirigió la orquesta admirablemente. La eminente diva Sra. Darclée ha dado en el propio teatro cuatro representaciones, habiendo cantado *El Trovador*, de Verdi, y *Los Hugonotes*, de Meyerbeer.

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Dufour, notable astrónomo suizo, profesor de la Academia y de la Universidad de Lausanne, fundador de la Comisión federal de Meteorología y de la Red meteorológica suiza, miembro de las comisiones astronómicas de Francia y Bélgica.

Fedor Jakob Fortinskij, historiador ruso, profesor y ex rector de la Universidad de Kiew.

Maximiliano Arwed Rossbach, célebre arquitecto alemán, autor de grandiosos edificios de Leipzig, Dresde, Olbernhau, Plauen, Freiberg, etc.

Roberto Weigl, escultor austriaco

José Chavanne, geógrafo y cartógrafo austriaco, que efectuó largos viajes por América y el Norte de Africa.

Pedro Laffitte, notable filósofo francés, el más ilustre y más fiel amigo de Augusto Comte, profesor del Colegio de Francia, autor de importantes obras.

Emilio Neumann, paisista y marinista alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Kassel.

Maximiliano Schede, eminente cirujano alemán, profesor de Cirugía y director de la Clínica quirúrgica de Bonn.

AJEDREZ

PROBLEMA FINAL NÚMERO 310, POR F. LAZARD.

Tercer premio del Concurso de *La Stratégie*, sección F.

NEGRAS (4 piezas)

BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 309, POR ERIC WESTBURY.

Blancas.	Negras.
1. A f 6 – h 4	1. b 6 – b 5
2. A c 4 – c 6 jaque	2. b 7 × c 6
3. R f 5 f 6 jaque	3. R d 7 – d 8
4. D g 4 – d 4 jaque	4. A a 7 × d 4 mate.

VARIANTE.

1... Aa7 – b8; 2. Dg4 – d1 jaq., Ab8 – d6; 3. Ta8 – a7, b6 – b5; 4. Ah4 – e7; Rd7 × e7 mate.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La pérdida diaria era enorme y llegaría á importar, al fin del año, unos sesenta mil francos. ¿Cómo cumplir los compromisos adquiridos y realizar los nuevos gastos? ¿Cómo salir de aquel atolladero? Ni la madre ni el hijo formulaban en voz alta esta interrogación que permanecía en su pensamiento atormentado. Sus almas, dotadas del mismo temple viril, no expresaban ni temores ni recriminaciones, preocupados solamente en resolver los problemas á medida que se presentaban, ya firmando pagarés de vencimientos escalonados, ya hipotecando la granja del Bas-Pré, próxima al molino. Los dos evitaban hablar del porvenir, pues por muy próxima que estuviese la tempestad, alguien muy querido, ¡ay!, no la vería estallar, y esta angustia dominada á todas las demás.

Por Nochebuena llegó al molino una carta de Antonino. Como buen hijo, respetuoso de las tradiciones, el joven felicitaba á sus padres y se felicitaba á sí mismo por la nueva vía en que necesariamente debía obtener buen éxito, pues reunía dos profesiones: conductor de automóviles y periodista. Pero el presente era todavía modesto, de modo que, lejos de hablar de la restitución de su... empréstito, Antonino pedía un pequeño socorro pecuniario.

Celina leyó esta carta en alta voz á su madre y á su hermano, que la oyeron silenciosos. Pero al llegar á la última frase, Pedro hizo un movimiento de sorpresa. ¿Había, entonces, su madre interrumpido sus envíos de dinero, puesto que Antonino se había decidido á aquel paso vergonzoso?.. Después reflexionó que su madre no salía, retenida siempre al lado del enfermo, y no parecía confiar á nadie misión alguna de ese género.

Como si la señora de Destraimes hubiera querido indicar á Pedro cuál era su respuesta, le encargó á él mismo, dos días después, que llevase al correo la carta para Antonino, la cual no parecía contener valores.

En la misma época un compañero de Pedro, principal interesado en una fábrica de automóviles de Neuilly, dió al ex militar detalles completos sobre la vida y milagros de su hermano mayor. El joven, en efecto, prontamente abandonado por Jamac, se había arrojado de lleno en cierta clase de periodismo equívoco y explotador. Pero, según el artillero, Destraimes no tenía aún el aplomo suficiente para esa clase de canalladas, y parecía haber encontrado el buen camino dedicándose á conducir los automóviles de las personas del gran mundo... y del mediano.



... vió que salía del molino un carruaje y oyó que tres voces se dirigían á él

Estos informes corroboraron las suposiciones de Pedro, que se abstuvo, sin embargo, de comunicárselas á su madre.

El año expiró y la vida siguió su camino ordinario. Los domingos de enero el molino se llenaba siempre de visitas, pues en el campo esos deberes de cortesía no se cumplen más que los días de fiesta, después de misa. Sería un escándalo exhibir en semana la ropa nueva.

Pedro huía de su casa en esos momentos y se marchaba á correr al azar, con una escopeta al hombro. Una tarde en que el tiempo inclemente le obligó á volver más pronto que de costumbre, vió que salía del molino un carruaje y oyó que tres voces se dirigían á él. Pedro reconoció entonces al señor Charnot, un hombre rechoncho, envuelto en una piel de cabra y que ocupaba el pescante. Era un rico tratante en maderas de Segré, que iba acompañando á su mujer y á su hija, dos cabezas empenachadas y sonrientes que se asomaban por la ventanilla.

– ¡Cómo!, dijo Charnot ofreciendo á Pedro su ancha mano cubierta con espeso guante de punto. ¡He aquí al Sr. Pedro en persona! ¡Cosa rara! ¡Descuida usted á sus amigos!

– Sí, sí, se hace usted valer mucho, dijo la señora de Charnot en tono de reproche que asombró á Pedro, pues nunca había tenido con aquella familia más que unas relaciones pasajeras y superficiales. Y sin embargo, va usted á Segré con frecuencia...

– Le vemos á usted pasar, añadió Clemencia.

– Perdónenme ustedes, señoras, dijo Pedro estrechando la mano enguantada de rojo de la señora de Charnot y el guante de cabritilla blanca que la joven le presentaba con tímida sonrisa. Estoy siempre tan ocupado desde que mi padre está enfermo...

Las tres caras expresaron una simpatía contristada.

– Acabamos de verle, dijo Clemencia suspirando y moviendo la cabeza.

– Justamente deseábamos invitar á ustedes todos á celebrar los Reyes con nosotros el domingo que viene, dijo la madre. Ya sabe usted que la fiesta dura todo el mes... Su madre de usted ha aceptado por usted y por Celina...

– ¡Sería tan amable en ustedes el aceptar!, dijo Clemencia con una mirada de cordero y poniéndose muy encarnada.

– No sé..., no creo que pueda..., respondió Pedro contrariado de que le hubieran cogido en el lazo.

– Sí, sí, sí podrá usted, dijo la madre en tono ligero. No se debe vivir como un salvaje y su hermanita de usted necesita distracciones.. ¡Hasta el domingo!.. ¡Contamos con ustedes!..

Este último argumento decidió á Pedro, que pensó en los diecisiete años de Celina, y respondió con acento afirmativo:

—Hasta el domingo.

—Hasta el domingo, dijo la dulce voz de Clemencia.

Pedro se quitó la gorra. El sombrero blanco de Clemencia y la resplandeciente capota de su madre entraron en el coche y éste se puso en marcha.

Al ir á colgar la escopeta en la sala, Pedro encontró á toda la familia reunida al lado de la chimenea, y desde luego le chocó el ver en todas las caras cierta expresión de animación y de esperanza.

—¿Has encontrado á los Charnot?, preguntó Celina levantando su carilla maliciosa, que tenía inclinada sobre un álbum de sellos de correos.

—Sí... Y por cierto que me impones una expedición divertida..., dijo Pedro con mal humor.

—Sí que lo será, respondió la joven golpeando vigorosamente un sello que no quería pegarse. Comeremos la torta de Reyes...

—¡Delicioso! Al que le toca el haba tiene siempre el aire de un idiota...

—¡Tonto! No tendrás más que ofrecérsela á Clemencia, que se quedará encantada, no lo dudes...

Pedro concibió una sospecha y miró á la burlona, después á su padre, que estaba atizando las ascuas con mano débil mientras se dibujaba en sus labios misteriosa sonrisa, y á su madre, inclinada sobre un libro y con las mejillas rojas de emoción.

—¡Yo estimo mucho á Clemencia!, dijo Celina con sangre fría. Según me ha dicho, quiere casarse á su gusto, con el que le agrade, y sus padres no la contrariarían... Lo que hace falta ahora es que el hombre de quien está enamorada la corresponda.

—¡Tiene ochenta mil francos de dote!.., afirmó de repente Destraimes en tono de extraña excitación. Y Charnot tiene más de doscientos cincuenta mil francos...

La señora de Destraimes cerró el libro y se puso á mirar al fuego. Todos se callaron, y Pedro, que había comprendido, se ruborizó como una muchacha.

Su alma se encontró conmovida por una inquietud, un asombro, algo como un ataque al pudor. ¡Cómo! ¡Una joven se había fijado en él, sin que él lo supiese, y le amaba hasta el punto de tomar la iniciativa!.. Pedro se quedó turbado y agradecido, pero sordamente descontento.

—¡Ochenta mil francos son un capital!, repitió el padre con voz hueca al pronunciar la cantidad fatídica.

¡Ochenta mil francos!.. Estas palabras resonaban en los oídos de Pedro imperiosas, batalladoras y enfáticas, mientras, solo en su cuarto, se quitaba el enlodado traje de caza. ¡Ochenta mil francos! Eran la salvación, la solución de todas las dificultades que le quitaban el sueño...

Las deudas pagadas, el molino desentrampado y trabajando ya alegremente para aumentar la fortuna de sus dueños... ¡Ochenta mil francos!.. Y la voz de Destraimes sonó de nuevo en su memoria, llenándole de enternecimiento. ¡Pobre padre! ¡Qué alivio sería para él semejante refuerzo!

¿Por qué no, después de todo?.. Pedro miró los altos tejados del Otero que se destacaban en la penumbra de la tarde... En el impulso de su abnegación no había hecho pesar en la balanza el sacrificio de sus íntimos sentimientos.

—No se vive de ensueños... Tarde ó temprano había que ir á parar á lo mismo, se dijo con el corazón oprimido.

Dedicó todavía algunos minutos á la contemplación evocadora; pero al mismo tiempo, reconociendo valerosamente lo ridículo de su locura, decidió entrar en la prosaica realidad. «De hoy en adelante me prohibo el soñar,» dijo lentamente y con la solemnidad de un juramento. Cuando volvió á bajar, su resolución estaba adoptada y el joven dió en seguida á los suyos el consuelo de la esperanza.

Como había supuesto, la conversación no cesó de dar vueltas alrededor de los Charnot, y si un momento dejaba de hablarse de ellos era para volver en seguida al mismo asunto, como siempre sucede cuando la mente de los que hablan está dominada por la misma idea. Y los duendes familiares debieron asombrarse aquel día al oir vibrar las voces con una alegría inusitada en la casa.

Los Charnot habían perdido muchos hijos, y Clemencia, la única que había vivido, fué educada con minuciosas precauciones: era una encantadora muchacha, á pesar de aquella educación indulgente y aduladora, según afirmaba Destraimes padre. Pedro ocultó una ligera sonrisa. Era natural que el viejo encontrase deliciosa á la joven que había tenido el buen gusto de enamorarse de su hijo.

Todos los miembros de la familia del tratante recibieron, por otra parte, halagüeños epítetos. La hija, encantadora. La madre, una excelente señora, llena de abnegación. El padre, un hombre listo, de admirable instinto comercial, y además gran comedor y el más alegre vividor de la provincia. Todos los Charnot, la redonda y diminuta mamá; el papá, de aspecto regocijado, y la niña, rubia y regordeta como una codorniz, daban á Pedro la impresión de ser de esas personas dichosas de vivir que no se fastidian en la mesa.

Aquella opinión se confirmó el domingo siguiente ante un banquete baltasaresco, cuyos platos principales habían sido guisados por la misma dueña de la casa. Clemencia no se desdeñaba tampoco, en aquella ocasión, de echar una mano á las cacerolas, como lo confesaba ella misma, enseñando amablemente sobre el mantel una manita bien formada, llena de hoyuelos y de una blancura de azucena. Delante de los convidados estaban alineadas cinco copas, que se llenaban alternativamente de las mejores marcas de la Borgoña y del Anjou para regar el venado y la pava con castañas. Charnot era verdaderamente espléndido en la mesa; su ancha cara resplandecía y su voz alegre hacía vibrar los cristales. Cada vez que decía un chiste, los convidados presentes, además de los Destraimes, se reían ruidosamente, y á cada momento estallaba así una explosión de sonoras carcajadas.

Pedro gozaba viendo á su hermana divertirse á sus anchas. Celina estaba sentada al lado de un joven empleado del tratante en maderas, con una cara de simple que parecía hecha á propósito para servir de blanco á las burlas. Charnot se gloriaba de las malas partidas que jugaba sin cesar al pobre Tomás, de modo que toda la concurrencia se divertía con él, sin que el necio sospechase que se reían á su costa.

—Amigo Tomás, usted no tiene bastante paciencia, decía muy serio el tratante. Figúrense ustedes que le pregunto si quería venir conmigo á cazar verderones. Todos sabéis cómo se hace esta caza, y usted, Destraimes, que es cazador, conoce el procedimiento: á eso de las nueve de una noche muy obscura, salen unos cuantos amigos y llegan á un sitio del campo bastante retirado en el que se sabe que hay verderones. Se colocan los cazadores á cierta distancia unos de otros, cada uno con un saco bien abierto, y no hay más que decir suavemente, como cantando: «¡Pi..., pi.., pi!..» Y los pajarillos van metiéndose en el saco...

Todos estaban sofocados de risa al oir aquella descripción fantástica.

—Pues bien: salimos Tomás, yo y algunos amigos, y escogemos nuestros sitios. ¡Diantre! La noche estaba obscura como boca de lobo... Una noche enteramente favorable. Y en el momento en que todo iba á salir bien, este cobardón se deja dominar por el miedo porque nos había perdido de vista, y echa á correr como un desesperado... Oímos sus pisadas en el camino, y creyendo que le había sucedido algún accidente, corremos detrás... El redobla entonces su velocidad y no se detiene hasta aquí, con los cabellos de punta... La caza de verderones fracasó, gracias á este pánico.

La risa, contenida hasta entonces, estalló al oir aquella conclusión, dicha con gran formalidad, y el pobre Tomás bajó la cabeza sin comprender que se burlaban de su credulidad más que de su cobardía.

Pedro rió como los demás, dejándose dominar por un benéfico descanso después de los apuros que no cesaban de mortificarle hacía muchos meses. En aquel comedor tibio y luminoso, en el que flotaba el perfume de los manjares, de las trufas y de los vinos delicados, experimentaba una sensación de bienestar material que absorbía todas sus facultades. Cuando miraba á su vecina, que era, naturalmente, Clemencia, veía una cara un poco de muñeca, unos ojos un poco pálidos, una boca algo grande, unos rizos un tanto rojizos y un cuello más bien corto, pero de agradable color, con bonitos reflejos en la satinada piel y una tierna languidez en las pupilas de un azul descolorido. El conjunto, en suma, era agradable, sobre todo cuando Pedro pensaba que, bajo aquel traje de seda, un corazón juvenil latía por él. ¿Qué hombre hubiera permanecido indiferente ante tal pensamiento?

—¿Pero qué tienes esta noche que no comes?, preguntaba de vez en cuando su madre á Clemencia, con gran confusión de Pedro, pues entonces la turbación de la muchacha se hacía más visible y él mismo se sentía ruborizado.

Cuando apareció la enorme torta de Reyes, saludada por un aplauso formidable, Pedro no dudó un momento de su destino. Lo que se teme sucede siempre, y en efecto, bien porque el azar le fuese en realidad propicio, bien porque le ayudara la mano maternal de la señora de Charnot, ello fué que Pedro se vió obligado á compartir la soberanía con Clemencia. Aquella ceremonia exigía forzosamente un beso, y el rey rozó con su fino bigote la mejilla de la reina, roja como una amapola, en medio de las aclamaciones turbulentas de sus súbditos. Por fortuna, los brindis proporcionaron á Pedro la ocasión de obtener del noble vino de la Coulée de Serrant el aplomo y la dignidad propios de su nueva situación.

A los postres fueron indispensables las canciones y cada cual cantó la suya; los viejos como pudieron y los jóvenes reservándose para el salón, en el que Clemencia «hizo un poco de música,» es decir, dió muestras durante veinte minutos de una energía de puños extraordinaria mientras sus manos recorrían el teclado como unos ratoncillos blancos, y Pedro, colocado orgullosamente al lado del piano, volvía las hojas cuando una sonrisa de la pianista se lo indicaba.

Pero Charnot y sus amigos no estaban á gusto en aquel salón fastuoso donde no podían encontrarse á sus anchas. La señora de Charnot cuidaba con esmero sus butacas de terciopelo, sus alfombras y sus jarrones, y sintió un alivio indescriptible cuando su marido propuso que se instalaran en el comedor. Alrededor de la gran mesa se organizó una partida de cartas, en la que Clemencia, saliendo al fin de su languidez, manifestó un vivo interés por el juego. Hubo un momento en que no tuvo reparo en acusar á su padre de que hacía trampas. El tratante en leñas, que robaba, en efecto, escandalosamente, echó la cosa á broma; pero la muchacha permaneció mucho tiempo incomodada y con la boca contraída de un modo que la embellecía, hasta que la voz de Pedro la hizo volver en sí y fundió su enfado en una tierna sonrisa. Nuevas libaciones restablecieron la concordia y la alegría... Y todo se confundió en una bruma dorada, de color de vino de Anjou...

VII

En la siguiente mañana los recuerdos de Pedro flotaban en aquel mismo vapor. El joven trató de precisarlos y de reflexionar seriamente.

Ciertamente la impresión dominante de aquella velada era una satisfacción física, y Pedro no se lo disimulaba, aunque se avergonzaba un tanto de ello. Todo lo que había observado tenía el sello de una alegre vulgaridad: las bromas de Charnot, los trajes demasiado chillones de las mujeres y las facciones de la muchacha. No podía buscar en aquel círculo la satisfacción de sus aspiraciones superiores ni el desarrollo de los elementos más elevados de su naturaleza. ¿Pero qué? Puesto que era preciso cerrar la puerta á las quimeras novelescas, ¿sería tan desagradable aquella prosa tan positiva?

El ruido interminable del molino, que acompañó esa conclusión, le recordó al mismo tiempo la alarmante realidad.

—¡Es preciso!, dijo Pedro vistiéndose. Si Clemencia me ama, tanto da esa como otra...

En el comedor, Celina, muy animada, estaba haciendo á su madre un relato detallado.

—¡Cinco copas! Sí, mamá, como en una boda... Y hubo venado, y trufas, un gran helado... Y luego, había allí un imbécil tan gracioso... Eso sí, Clemencia toca como un piano mecánico... Volveremos para la Candelaria y puede ser que en Carnaval... ¿Verdad, Pedro?

—Sí, veremos, dijo evasivamente aquél mientras abría el correo que acababa de traer el cartero.

Pedro tuvo una mala impresión. Una de aquellas cartas le convocaba á Nantes para una reunión de acreedores. Fatalista, como todos los enamorados, Pedro observó esta coincidencia singular: un negocio le llamaba á la población donde residía Alicia, justamente cuando él quería apartar de su pensamiento el recuerdo de la joven.

Las reminiscencias que trataba de desterrar surgían así forzosamente delante de él, y á fin de garantizar la firmeza de sus resoluciones, Pedro decidió conferir sus poderes á un representante y evitarse así aquel viaje.

Pero después reflexionó juiciosamente que no hay mejor representante que uno mismo y que debía ir. El interés de la casa lo exigía. Pero no se expondría á una dura prueba... No trataría de ver á Alicia.

Sin embargo, á medida que se aproximaba la fecha del viaje, su resolución se debilitaba, y Pedro veía irradiar delante de él el brillo deslumbrador de dos dulces ojos.

El joven se sublevaba con toda su voluntad contra el atractivo de aquel fantasma que le perseguía día y noche.

—¡Seré fuerte!, pensó al bajar del tren en Nantes.

Y tanto lo fué, que tres horas después, una vez terminados sus negocios, Pedro se encontraba en el

barrio en donde vivía la señorita Jaffre, delante de su casa y maldiciendo desesperadamente á la niebla que interponía sus sombras entre las ventanas y la calle... La compasiva Providencia descomponía así la tentación á que Pedro se había dejado llevar.

– ¡No la veré!, pensó desesperado volviendo pies atrás.

La niebla era tan espesa que no se veía á cinco pasos. En los almacenes las luces de gas ardían sin alumbrar, rodeadas de un nimbo amarillento, y en las ropas y en los cabellos la humedad se condensaba en finas gotas... Aquella obscuridad disminuía la vida de la ciudad comercial y amortiguaba los sonidos y los colores. Todo parecía desteñido, viejo y diluído. Destraimes se sentía transido de cuerpo y de alma. Aquel lúgubre y húmedo crepúsculo, aquellas sombras escurridizas, aquellas luces amortiguadas, le daban idea de los limbos vagos y desolados.

De repente, en una esquina, su paraguas tropezó con otro. Y Pedro vaciló como si le empujase un viento de extremada violencia. Enfrente de él resplandecían aquellos dulces ojos cuya influencia le dominaba.

– ¡Sr. Pedro!

– ¡Señorita Alicia!

El joven no pudo decir más, y Alicia, creyendo que se trataba de un sentimiento de timidez, sacó la mano del manguito y se la ofreció con una mirada de amable franqueza.

– ¡Querido compadre! Celebro encontrar á usted, aunque nuestro encuentro haya sido un choque... Va usted á darme noticias de nuestro ahijado, porque, según creo, es usted ahora completamente un habitante del molino...

– Sí, dijo Pedro; mis proyectos han cambiado, muy á pesar mío... Ya ve usted que ahora llevo otro uniforme...

Y Pedro hizo un gesto de desprecio para designar su traje de paisano.

– Delfina me ha dicho..., replicó vivamente Alicia.

Vaciló un momento y se decidió á expresar su pensamiento de mujer noble y generosa.

– Ha obrado usted bien, Pedro. No se debe nunca sentir el haber sabido sacrificarse...

Aquella voz de hermosas notas bajas y vehementes penetraba en el corazón de Pedro, privado de la facultad de dominarse por la sorpresa del encuentro. Habían ocurrido tantas cosas desde que la había visto, que le parecía que habían pasado años y años, y se quedaba absorto, contemplándola con humilde adoración.

El abrigo de pliegues flotantes que Alicia recogía con la mano, la espesa piel que formaba un marco á sus mejillas de ámbar, el rollo de música que oprimía con el brazo, todos los detalles de aquella encantadora aparición se grababan para siempre en la memoria del joven. Una criada esperaba á dos pasos. Estaban como solos, encerrados en aquellos densos vapores á través de los cuales los transeuntes parecían fantasmas.

Pedro se hubiera estado allí indefinidamente, pero Alicia era sin duda más sensible al lodo que le helaba los pies y á la bruma que se infiltraba traidoramente por los más pequeños intersticios de la ropa. Acaso creyó también que aquel coloquio en una esquina, debajo de los paraguas, debía tener fin, pues ofreció la mano á Pedro, ruborizándose un poco.

– Hasta la vista, Sr. Destraimes... Diga usted á Delfina que iremos muy pronto al Otero esta primavera... En seguida iré á ver á mi ahijado.

– Adiós, Alicia. Mañana mismo iré á Champignette para cumplir su encargo.

Alicia y su criada desaparecieron en la niebla. La sombra querida se borró como se desvanece una visión fantástica. Y Pedro echó á andar como deslumbrado.

Todos sus actos posteriores se realizaron en un estado de sonambulismo. Pedro se encontró en el tren sin saber por qué serie de operaciones había llegado allí. Se recostó en un rincón y cerró los ojos para aislarse y ver la aparición encantada. Y cuando hubo saboreado ese goce, encontró un placer doloroso en hacer constar su debilidad ante la fuerza invencible que le avasallaba. Un poderoso y dulce encanto le dominaba, y la evocación de un movimiento de cejas familiar en Alicia, del timbre de su voz ó de los detalles de su traje hacían latir su corazón.

– ¡La amo!.. No puedo remediarlo... Me es imposible amar á otra...

Entonces la idea de Clemencia Charnot le inspiró un violento transporte de cólera y de remordimiento. Pedro se despreció á sí mismo... Lo que le había parecido una concesion aceptable en interés de los suyos, se le aparecía ahora como una venta indigna... No, no podía abdicar así su dignidad.. Casarse con una mujer teniendo el corazón entregado á otra, era venderse... Era una cobardía, una deslealtad que no quería cometer ni aun al precio de la salvación del molino... Había luchado y seguiría luchando con todas sus fuerzas, con todo su ánimo, pero con honor...

... y el rey rozó con su fino bigote la mejilla de la reina

Le quedaba, sin embargo, una especie de conmiseración mezclada de remordimientos pensando en la joven que le había manifestado su preferencia y cuyos sueños había fomentado tácitamente.

Destraimes fué hasta Angers en aquellas alternativas de amor y de rabia contra sí mismo. Allí tenía que cambiar de tren y atravesar la población para ir á la estación de Segré; y en el andén encontró á Tomás, el empleado de Charnot, que se precipitó á su encuentro.

– ¡Qué placer! Vamos á viajar juntos..., exclamó el cándido joven con una efusión que asombró á Pedro, pues no había hecho nada para obtener tal simpatía.

Pero el molinero no tardó en comprender, con burlón contentamiento, que no debía aquel entusiasmo á su mérito personal, sino al privilegio de poseer una hermana bonita... Aquello era mortificante para su fatuidad, pero halagador para su vanidad de hermano... Y Pedro no pudo menos de sonreir para sus adentros cuando, apenas partido el tren, Tomás se engolfó en un lírico elogio de Celina

– ¡Qué agradable joven!.. ¡Y qué dientes!.. ¡Querría uno estar siempre viéndola reir!.. ¡Tan alegre, tan sencilla, tan amable!.. ¡Ah! Si todas las muchachas fueran como ella...

Y Tomás hizo un gesto de desprecio que ponía á todo el resto de la especie femenina cien codos por debajo del objeto de su entusiasmo.

– Todas las jóvenes son amables, Sr. Tomás, replicó Pedro. ¿Cómo puede usted dudarlo?

– ¡Ah! No, por cierto, protestó con violencia el joven. Para tener esa creencia es preciso no estar á diario al lado de una que yo conozco...

– ¿Se refiere usted á Clemencia Charnot?, preguntó Pedro picado de curiosidad.

Tomás se calló un momento; pero después, como el hermano de Celina le inspiraba confianza, dió rienda suelta á sus rencores.

– Pues bien, sí: no la puedo ver ni en pintura. Con aquel airecito de santa, trata á su madre como á un perro; sí, señor, como á un perro... Esto me subleva, pues yo he sido educado en el respeto á los padres. La señora de Charnot es la criada de su hija... ¡Y qué rabiosa está ahora la hermosa Clemencia!.. Ve que, si no se da prisa, su amiga Emilia se va á casar antes que ella. ¡Qué pataleos y qué crujir de dientes cuando supo la noticia!.. Y justamente, en aquel momento los pretendientes se habían declarado en huelga. Su madre entonces le dijo (yo lo estaba oyendo): «Consuélate, pobre hija mía... Emilia no se casa hasta octubre... De aquí á allá ya te encontraremos lo que te hace falta..» ¡Lo que yo gocé viéndola rabiar!.

El buen Tomás hablaba sin ironía, llevado por su cordial aversión. Era evidente que el día de Reyes no había observado ni sospechado nada, deslumbrado por la vecindad de Celina. Pedro no pensó siquiera en poner en duda su buena fe. ¿No son los inocentes los que dicen la verdad?

Al escuchar aquella diatriba y sus interesantes comentarios, el molinero experimentó una humillación profunda por haberse entregado tan benévolamente á las intrigas de una tontuela, é inmediatamente desechó todo arrepentimiento y todo escrúpulo á propósito de Clemencia. La candidatura de ésta fué liquidada en el acto y sin remisión.

Pedro vaciló mucho tiempo, sin embargo, antes de dar por terminada aquella tregua de que gozaban los suyos, confiados en el proyecto de casamiento. Por fin, un día, aprovechando un momento en que su padre dormía y su madre no estaba presente, dijo á Celina, que estaba arreglando el vestido rosa que llevaba el día de la fiesta de los Charnot:

– ¿Piensas ir allá el día de la Candelaria? A mí me es imposible acompañarte... Ni ese día ni otro...

Celina, asombrada, dejó escapar la labor.

– ¡Cómo! ¿No quieres volver á casa de los Charnot?..

Pedro siguió leyendo flemáticamente, pensando que su determinación estaba suficientemente expresada y que toda aclaración era inútil. Celina observó la temible línea de las cejas y no se atrevió á hacer ninguna objeción.

Una hora después, cuando Pedro vió á su madre, comprendió que su decisión había sido comunicada y entendida. Pero no cambiaron ni una palabra acerca de esto. Pedro agradeció á su madre aquel respeto de su voluntad y aquel deseo de no herir sus sentimientos... Y la señora de Destraimes no habló más de los Charnot, y sufrió sola el choque del enemigo cuando se presentó en el molino á formular una nueva invitación, que fué eludida.

VIII

La mañana era alegre, con todo el encanto del naciente mes de mayo. Los polluelos corrían por el camino. Las perezosas ovejas y los tímidos corderos pacían en las laderas. Por todas partes surgían las ramas rosadas y blancas. Y las golondrinas revoloteaban en torno del campanario buscando los nidos del último verano. Dos lindas jóvenes salían de la iglesia y animaban este cuadro florido y alegre; pero en medio de la naturaleza desbordante de vida y de esperanza, aquellas jóvenes hablaban de cosas tristes y sus ojos estaban gravemente preocupados.

Hacía más de un mes que Alicia y la hermana de Pedro se encontraban en la misa de siete.

(Continuará.)

EX LIBRIS dibujados por F. H. Ball, Alejandro de Riquer, J. Triadó y H. Gannaway

El deseo de expresar por medio de alegorías ó emblemas el pensamiento, las aspiraciones y cuanto pueda representar la vida, los actos y las tendencias ó inclinaciones del hombre, ha sido para éste causa de preocupación en todos los tiempos y motivo que ha aguijoneado su fantasía. Para convencerse de ello, basta recordar los enigmas y las manifestaciones de análogo género á que tan inclinados fueron los pueblos de la antigüedad.

Esta expresión figurada preséntase en forma descriptiva, y de tal suerte, que interesa y explica la idea que se propone representar. Es el atributo que más interesa y agradablemente influye en el ánimo, puesto que se sobrepone á todas las metáforas, por el ingenio que revela, derivándose de la vida del movimiento y de la acción.

Este propósito de condensar y hasta cierto punto encubrir sintéticamente el pensamiento, no es peculiar ni distintivo de pueblos ni períodos, ya que se transmite á través de los siglos, adoptando representaciones figuradas, lo mismo los señores que los humildes artesanos, para sus heráldicos emblemas ó para determinar su profesión. Los galos adornaron sus escudos con la representación de la cabeza de un animal, y los romanos ostentaban en la misma arma protectora los atributos de la legión á que pertenecían. En el siglo XII empezaron á distinguirse las mesnadas señoriales por marcas ó blasones perfectamente determinados en sus armas y enseñas, adquiriendo en la siguiente centuria caracteres fijos y hereditarios, adoptando cada familia signos peculiares y distintos, que se reproducían en sus respectivos escudos.



Ex libris dibujado por F. H. Bal



Ex libris dibujado por Alejandro de Riquer



Ex libris dibujado por J. Triadó

Los orientales atribuyeron á las flores y á las plantas diversas significaciones, componiendo con sus representaciones verdaderos emblemas, como puede observarse en los heráldicos del Mikado y de los daimios de la misteriosa Nipón.

Los mismos monarcas, deseosos de expresar determinadamente su personalidad, utilizaron, además de sus reales armas, divisas especiales que, como la empleada por el emperador Carlos I, representando el sol colocado sobre el zodíaco y la leyenda *Nondum in auge,* sintetizaba sus aspiraciones, y las dos coronas emblemáticas de Enrique III, representativas de los reinos de Francia y Polonia, sobremontadas por otra mayor, con la leyenda *Manet última cælo,* los piadosos deseos del monarca francés.

Los atributos adoptados por los artesanos como distintivos de su profesión, que vemos esculpidos en las grandes losas que cierran las sepulturas de los respectivos gremios ó cofradías en nuestras catedrales, utilizáronse también en la forma que podía aplicarse por los primeros impresores que, como los Aldos de Venecia, los Fioven de Basilea, los Elzevir de Amsterdam, Le Noir y Etienne de París, y Mateo Flandro de Zaragoza, Bartolomé Segura de Valencia, Centenera de Zamora, Arnaldo Guillén de Pamplona, y los barceloneses Mathevat, Cormellas, Martí, Llopis, Figaró, Graells, Dotil y Margarit, tan admirables obras produjeron, sirviendo la divisa empleada como marca ó distintivo de los libros impresos en sus talleres.

Ex libris dibujado por J. Triadó



Ex libris dibujado por Alejandro de Riquer



Ex libris dibujado por J. Triadó

Durante un largo período, olvidóse por completo la tradición, y los impresores limitáronse á estampar sus nombres ó el título de sus establecimientos en los trabajos que ejecutaban, sin parar mientes que sus antecesores adoptaron emblemas especiales que imprimían al final de los libros que salían de sus talleres, á modo de marca ó divisa.

El renacimiento literario y artístico moderno influyó poderosamente en esta rama especial, y la iniciativa de algunos autores, especialmente catalanes, que, como Mariano Aguiló, Jacinto Verdaguer, Cabot, Oller, Matheu y otros más, que adoptaron emblemas, divisas ó marcas para aplicarlas en la portada ó al final de sus obras, fué imitado por algunos tipógrafos que, como Luis Tasso, eligió la representación de un yunque, como significativa del origen de su apellido.

La marca de fábrica ó el sello ó timbre personal ha casi desaparecido, y al aumentar la general cultura, y con ella la esfera de acción del Arte, se ha transformado por completo el emblema, surgiendo á su bienhechora influencia el tradicional *ex libris,* pero avalorado por la discreción del concepto y por

los elementos artísticos que intervienen en su figurada interpretación. Los más aventajados artistas no rehusan hoy su concurso, á imitación de lo que hicieron sus antecesores, entre ellos el célebre Arfe, á quien se deben notabilísimas portadas, y actualmente se reunen y coleccionan, considerándolos como manifestaciones estimables y dignas de estudio del arte moderno. Plausible emulación y nobilísimo palenque se ha establecido, y parece como si los dibujantes y pintores porfiaran en explicar, por medio tan galano, con el auxilio de formas ó representaciones hábilmente ejecutadas, caracteres tendencias, individualismos, esforzándose en interpretarlos de manera clara y concreta, que no dé lugar á dudas ó vacilaciones y que aun con las condiciones peculiares del enigma resulte fácil de adivinar, avalorándolo con las galas distintivas del arte.

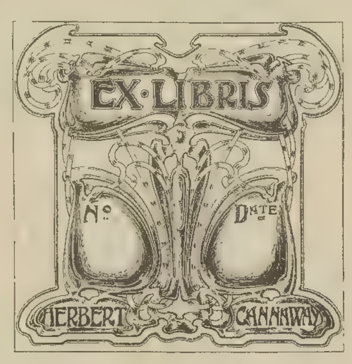
La intervención del arte ha sido altamente beneficiosa.

Ya no se circunscribe al deseo de distinguirse ó personalizarse, á la adopción de simples marcas industriales, puesto que las bibliotecas públicas y las particulares adhieren á los libros un sello distintivo de la fundación, procedimiento que se ha hecho extensivo á varios tipógrafos y que ha implantado también un crecido número de aquellos que traducen en el libro las manifestaciones de su inteligencia.

(Concluirá.)



Ex libris dibujado por Alejandro de Riquer



Ex libris dibujado por H. Gannaway



Ex libris dibujado por Alejandro de Riquer

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona



Una partida de croquet, cuadro de Juan Lavery

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 2 de febrero de 1903 — Núm. 1.101

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DEL RIÑÓN DE CASTILLA, dibujo original de Mariano Pedrero

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Terror de cómicos y pesadilla de las empresas teatrales es la fatigosa y áspera cuesta de enero. Ni la propia carreta de Thespis podría subir sin grandísimo esfuerzo de forzudos bueyes tan áspero y escabroso repecho. ¡Cuántos «caballos blancos» han caído sin aliento á la mitad de la empinada subida!

Allá por los comienzos de la temporada, á últimos de septiembre ó primeros de octubre, no hay teatro de Madrid que no abra sus puertas, ofreciendo al público el oro y el moro. Todas las compañías inauguran sus tareas «bajo los mejores auspicios» y todas las empresas cuentan con obras de los más reputados autores. Pero llega «el aterido enero» y empiezan á aparecer en la sección de espectáculos de los periódicos los consabidos sueltos, dando cuenta de que en tal teatro se suspenden las funciones «para dar lugar á la de gran espectáculo...,» etc..., etc...; ó de que cual otro se cierra á fin «de reforzar la compañía,» y así, con estos ó semejantes pretextos, ó sin ninguno, van poco á poco extinguiéndose, como las chispas en un papel recién quemado, las funciones de una porción de teatros de esta villa y corte.

De los que empezaron á funcionar en el último otoño, están ya en vacaciones los de Novedades, Eslava y Martín, y algunos como el de Price acuden á espectáculos de barraca de feria para no tener que cerrar sus puertas por falta de público.

Aun en los teatros más favorecidos déjase sentir la influencia del mes de enero. Y es natural que así suceda: una gran parte de la población de Madrid vive atenida á sueldos, por regla general harto exiguos, y sabido es además que éstos se cobran en vísperas de Nochebuena. Como la tal noche y las fiestas de Pascuas, con su cortejo de aguinaldos y propinas, consumen casi en su totalidad los recursos pecuniarios de la mitad, por lo menos, de la población de Madrid, acontece que al mediar el primer mes del año, el ochenta por ciento de los madrileños, y me quedo corto, están, como suele decirse, á la cuarta pregunta. ¿Quién piensa en tales circunstancias en el teatro, que en Madrid es carísimo? Por tal razón éstos, excepto los días de moda, recuerdan, casi sin excepción, los campos de soledad de que habló el poeta.

***

Gracias principalmente al talento de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y al abono de sus tres días de moda (lunes, miércoles y viernes), días en que el teatro de la plaza de Santa Ana se llena de lo que los revisteros llaman «todo Madrid,» el Español sube desembarazada y gallardamente la cuesta de enero. En uno de los primeros días de este mes verificóse allí la *reprise* de *Gabriela de Vergy,* drama trágico que no se había puesto en escena desde los tiempos de Rafael Calvo y Elisa Boldún. Para la nueva generación, el drama de José María Díaz, que este es el nombre del autor de *Gabriela de Bergy,* tuvo tanta novedad como un estreno.

La obra está basada en la siguiente tradición: Raúl de Coucy, perteneciente á la alta nobleza borgoñona, se enamoró apasionadamente de Gabriela, joven de humilde condición, mas dotada por el cielo de tanta belleza de cuerpo como de alma. Raúl, cumpliendo sus deberes de caballero y de cristiano, incorporóse como cruzado al ejército que capitaneaba Ricardo Corazón de León, y partió á rescatar del poder de los infieles el sepulcro de Cristo. Pasó tiempo y el cruzado no volvía. Gabriela, cada vez más enamorada del ausente caballero, sólo pensaba en su regreso, cuando acertó á verla Fayel, señor feudal del cual era pechero el padre de la enamorada doncella. Prendóse el señor de su vasalla, y como en aquellos tiempos la voluntad de los señores feudales era omnipotente, habiendo determinado aquél casarse con Gabriela, puso por obra su determinación y la hizo su esposa, á pesar de las negativas y de las lágrimas de la infortunada joven.

En tanto Raúl luchaba en Oriente contra los enemigos de su fe, hasta que en un combate hubo de caer malherido de un bote de lanza. A punto de morir, llamó á su escudero y le encargó que así que él, Coucy, muriese, le sacase el corazón y se lo llevase á Gabriela como ofrenda postrera de su constante amor. No sé de qué manera tuvo noticia Fayel del trágico mensaje; pero el caso fué que asaltando y sorprendiendo al fiel escudero, arrebatóle el corazón de Raúl de Coucy y se lo hizo servir en forma de manjar á Gabriela, la cual, cuando supo que había comido del corazón de su amante, dejóse morir de hambre, «porque – según la romántica tradición refiere – los labios que habían tocado el corazón de Coucy no podían volver á probar otro alimento.»

El drama ó tragedia del «poeta Díaz» – así llamaban en su tiempo al autor de *Gabriela de Vergy* – sigue con bastante fidelidad la leyenda, aunque suprimiendo lo del horrible banquete. De todos modos, la escena en que Fayel envía á Gabriela el corazón de su amante, más que horror trágico inspira repugnancia. Solamente puede tolerarse gracias al arte maravilloso, y en algunos momentos sublime, con que María Guerrero interpreta las congojas, el espanto y la desesperación de Gabriela. Con actrices como la Guerrero no hay obra que no se imponga al público.

Y nueva prueba de ello ha sido el estreno de *Caridad,* comedia de Miguel Echegaray, en la cual la primera actriz del Español ha alcanzado tan grande como merecido triunfo. Muchos reparos, desde el punto de vista literario, habría que poner á esta obra, á ratos *vaudevillesca,* á ratos melodramática y sin llegar jamás al verdadero terreno de la comedia, la pintura fiel de caracteres y costumbres. Pero si en *Caridad* se falta á la lógica dramática, si abundan en ella los incidentes inverosímiles y si los personajes son muñecos, en cambio no carece de efectismo teatral, ni de situaciones que, aunque falsas, entretienen y divierten. La comedia del Sr. Echegaray está hecha, si no con arte, con «picardía.» Sobre todo, y esto debe apuntarse en la lista de los aciertos, proporciona ancho campo para el lucimiento de la protagonista.

María Guerrero es en *Caridad* una bohemia, una pobre muchacha maltratada por un titiritero brutal, y á la que libra y da albergue una noble familia. Petra – que así se llama la titiritera, – casta como una de las once mil y forzuda como un Hércules, paga los beneficios recibidos salvando á Caridad, su protectora, de las asechanzas de dos vividores de mala especie, y sacrificando su amor en aras de su gratitud.

En este papel de Petra, María Guerrero hace tales prodigios de ejecución, sabe armonizar con tal arte lo tierno con lo varonil, lo enérgico con lo delicado, lo patético con lo cómico, que el público, arrebatado por tan primorosa labor, tributó á la insigne actriz una de esas ovaciones que forman época en la carrera de una artista. Cierto que María Guerrero no tiene nada que envidiar á las más afamadas actrices «internacionales.»

***

En la Comedia, después de *Los hijos artificiales,* vaudeville arreglado del italiano que, como dije en mi crónica anterior, se estrenó en la tarde del día 24 de diciembre y que luego se ha sostenido muchas noches en el cartel de aquel teatro, se ha puesto en escena una comedia original del joven escritor D. Alfonso Danvila. Cuantos siguen con algún cuidado el movimiento literario de España, habrán leído ó conocerán, por lo menos de nombre, dos interesantes novelas, *Lully Arjona* y *La conquista de la elegancia,* y un voluminoso libro, muy nutrido de erudición histórica, titulado *Don Cristóbal de Moura,* obras todas debidas á la pluma del Sr. Danvila. No se ha contentado el joven y fecundo publicista con emplear su inteligente actividad en los trabajos históricos y novelescos: ha querido también obtener los aplausos, tan difíciles de conquistar, del público del teatro, y noches pasadas nos dió en la Comedia buena muestra de los que ha de alcanzar cultivando el género dramático.

Nina la loca se titula la obra del Sr. Danvila, y en ella se nos presenta una fase de la vida *non sancta* madrileña. Nina es un personaje de la misma laya que La Peri del drama de Galdós *Realidad,* moza ligera de cascos, libre de conducta, pero no exenta de cierta bondad que no han podido destruir por completo ni su mala educación ni sus aventuras amorosas. El medio en que vive es el mismo que suele rodear á tales mujeres: lujo desordenado, hembras descocadas y parásitos de baja estofa... Todo esto presenta Danvila en su comedia, logrando salvar los peligros que por fuerza había de acarrear la presentación en el teatro de semejantes tipos y costumbres.

Si los procedimientos empleados por el autor de *Nina la loca* pueden parecer atrevidos, el fin de la comedia los hace admisibles hasta para las personas más timoratas y escrupulosas en punto á moralidad literaria, supuesto que la comedia tiende á mostrar el tedio y la repugnancia que siente un marido joven después de abandonar su casa para irse á vivir con una cortesana. No hay que decir que el marido pródigo vuelve arrepentido al redil conyugal.

***

Para Lara todos los meses son agosto. Al éxito obtenido por Vital Aza con su gracioso sainete *Ciencias exactas,* que todo Madrid ha visto y sigue viendo, ha sucedido el alcanzado por Ricardo de la Vega con la comedia en un acto, arreglada del francés, *La señora presidenta ó Siempre de buen humor,* que aun teniendo menos mérito que otras obras del ingenioso sainetero, proporcionó á su autor la noche del estreno los honores de la escena.

También ha obtenido sanción favorable, en el mismo teatro, la refundición hecha por Julián Romea de una obra francesa que hará cosa de cincuenta años arregló para la escena española, con el título de *La primera escapatoria,* el fecundo escritor y arreglador de comedias D. Luis Olona.

Los demás teatros siguen luchando con el retraimiento del público, retraimiento que tiene su origen, como dejo dicho, más que en la voluntad, en el bolsillo del público madrileño.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

Sucede con las alianzas lo que con las mujeres: las mejores son aquellas de las cuales no se habla.

De Bulow.

Educar mal á un hombre es destruir capitales, es preparar sufrimientos y pérdidas á la sociedad.

Molinari.

La mayor parte de las grandes influencias sociales son, como la moda, poderes anónimos.

– Un espíritu ligero olvida; un corazón generoso perdona.

G. M. Valtour.

En los pueblos sólo mueren los que no quieren vivir.

O. Greard.

Es preciso que la voluntad de los muertos se cumpla; sólo así se sobreviven y siguen existiendo entre nosotros.

Alfonso Daudet.

La visión de la muerte no tiene nada que pueda asombrar á los que han sabido emplear noblemente su vida.

De Heredia.

La pasión lleva en sí misma el germen del castigo.

R. Doumic.

La crueldad y el furor de un pueblo que combate por la libertad revelan el estado del cual quiere salir, no aquel en el cual quiere entrar.

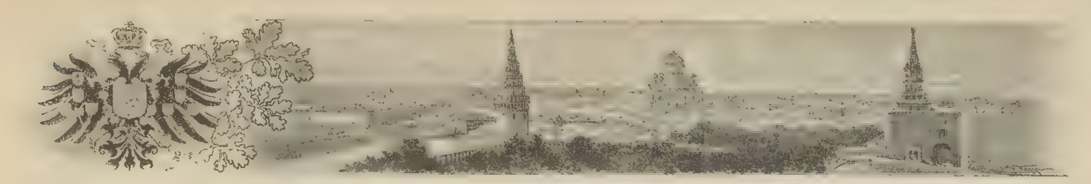
Pestalozzi.

Se necesita más de un día para dar la vuelta á un hombre.

(Proverbio ruso.)

Un pedestal es un espacio estrecho con cuatro precipicios á su alrededor.

Víctor Hugo.



¡SOLEDAD!

CUENTO RUSO

Anochece; grandes copos de nieve revolotean perezosamente en torno de los faroles que acaban de encenderse y se posan, formando una capa blanca y finísima, en los tejados, en los lomos de los caballos, en los hombros de los transeuntes, en los sombreros. El cochero Iona Potapof, blanco como un fantasma y tan encogido como puede encogerse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace el más pequeño movimiento; aunque sobre él cayera un montón de nieve, no sentiría, al parecer, la necesidad de sacudírselo. Su pequeño penco está tan blanco y tan inmóvil como él. Por la angulosidad de sus formas, por la rigidez de sus patas, por su inmovilidad, diríase, aun mirándolo de cerca, que es un caballo de pasta de un kopeque. Indudablemente hállase ensimismado, absorto en hondas meditaciones. En efecto, haber sido separado violentamente del arado y de los paisajes grises familiares á sus ojos, y verse lanzado allí, á aquel abismo lleno de fuegos monstruosos, de incesante estrépito y de gente que corre, son más que suficientes motivos para meditar.

Hace mucho rato que Iona y su caballo no se han movido; salieron de la cochera poco después de comer y aún no se han estrenado... Y la niebla de la caída de la tarde invade la ciudad, los innumerables faroles encendidos reemplazan á la luz del día, y la ruidosa agitación de las calles llega á su grado máximo.

De pronto, oye Iona una voz que le grita:

– ¡Cochero, al barrio de Viborg!

Iona se estremece y al través de sus pestañas pegadas por la nieve, ve á un oficial envuelto en su capa y con la capucha levantada.

– ¡Al barrio de Viborg!, repite el oficial. ¿Lo oyes? ¿Estás durmiendo? ¡Al barrio de Viborg!

Iona, en señal de asentimiento, tira de las riendas y con este movimiento hace caer capas de nieve de sus hombros y de la espalda del caballo; el oficial se sienta en el trineo y Iona se incorpora, alarga su cuello y más por costumbre que por necesidad chasquea su látigo. El caballo alarga también su cuello, dobla sus piernas rígidas y echa á andar con paso indeciso.

– ¡Eh, cochero!, oye gritar Iona, desde los primeros pasos, en la masa negra que sube y baja. ¿Por dónde quieres pasar? ¿Adónde vas? ¡Por la derecha!

El oficial se enfada y exclama:

– ¡Torpe, vé por la derecha!

Un cochero suelta un terno; un transeunte, que al atravesar la calle tocó con el hombro la nariz del caballo, lanza á Iona una mirada furiosa y se sacude la manga. Iona, como si le pinchasen con alfileres, se revuelve en el pescante, mueve los codos á derecha é izquierda, agita los ojos como un hombre á quien el vapor ciega y parece no explicarse dónde se encuentra ni por qué se encuentra allí.

– ¡Qué animales!, exclama el oficial. No parece sino que se han puesto de acuerdo para meterse expresamente entre los pies del caballo.

Iona se vuelve hacia él y mueve los labios...

Quisiera decir algo, pero de su garganta sólo se escapa un sonido ronco.

– ¿Qué dices?, pregunta el militar.

Una sonrisa tuerce la boca de Iona, el cual, haciendo un esfuerzo, dice con voz enronquecida:

– Mi hijo ha muerto esta semana.

– ¡Cómo! ¿Y de qué ha muerto?

Iona se vuelve y responde:

– ¡Quién lo sabe!.. Probablemente de una calentura... Estuvo tres días en el hospital y allí murió. ¡Hágase la voluntad de Dios!



... y tan encogido como puede encogerse un cuerpo humano, está sentado en el pescante

– ¡Mira hacia adelante, demonio!, exclama una voz que surge en la obscuridad. ¿Estás ciego? Abre los ojos.

– Anda, anda, dice el oficial, porque de lo contrario no vamos á llegar nunca... ¡Un poco más aprisa!

El cochero se yergue nuevamente, alarga el cuello y con pesada gracia hace restallar su látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero éste ha cerrado los ojos y no parece tener ganas de escucharle.

El militar se apea en el barrio de Viborg; Iona se detiene junto á un *traktir*, se acurruca en su asiento y permanece inmóvil. La nieve blanquea nuevamente su caballo... Pasa una hora; pasa otra...

En esto se acercan disputando tres jóvenes con zapatos de caucho que producen un sonido apagado al pisar la acera; uno de ellos es pequeño y jorobado, los otros dos son delgados y altos.

– ¡Cochero!, grita con voz temblorosa el de la joroba. ¡Al puente de la policía! ¡Veinte kopeques por los tres asientos!

Iona tira de las riendas y hace crujir los labios. Veinte kopeques es un precio irrisorio; pero Iona no piensa en el precio: lo mismo le da un rublo que cinco kopeques; la cuestión es tener parroquianos. Los jóvenes, empujándose y pronunciando groseras palabrotas, se aproximan al trineo y quieren subir los tres á la vez, discutiendo sobre quiénes estarán sentados y quién de pie, hasta que por fin, después de largo rato de disputas, amenazas y recriminaciones, resuelven que vaya de pie el jorobado, por ser el más pequeño.

– ¡En marcha!, dice éste instalándose y soplando en la oreja del cochero. ¡Arrea! ¡Vaya un penco! De fijo que no le hay peor en todo San Petersburgo.

Iona se ríe.

– ¡Ji, ji! ¡Si es así!..

– Bueno; pues si es así..., ¡en marcha!.. ¿Pero hemos de andar siempre á este paso? ¡Sí!.. Entonces te vas á ganar algún golpe.

– La cabeza se me abre, dice uno de los otros dos jóvenes. Anoche, en casa de los Dukmassof, Vasca y yo nos bebimos cuatro botellas de coñac.

– ¡No comprendo que haya quien mienta de ese modo!, exclama el otro. ¡Miente como un bruto!

– ¡Que Dios me castigue si no digo la verdad!

– ¡Sí, como un piojo tosiendo!

Iona se sonríe.

– ¡Ja, ja! ¡Son jóvenes alegres!

– ¡Que el diablo te!.., grita el jorobado. ¿Quieres andar, viejo maldito? ¿Esta es manera de correr? ¡Arréale un buen latigazo! ¡Corre, demonio, corre! ¡Pégale, hombre, pégale!

Iona siente á su espalda el cuerpo del jorobado que se agita, y oye su voz temblona; y al oir los insultos que se le dirigen y al ver las gentes que cerca de él pasan, comienza á endulzarse insensiblemente en él el sentimiento de la soledad. El de la joroba vocea, cuando no suelta algún terrible juramento ó no se ve acometido de un acceso de tos. Los otros dos se ponen á hablar de una tal Nadejda Petrovna. Iona se vuelve á cada momento hacia ellos, y aprovechando un minuto de calma les dice:

– ¡Esta semana... se me ha muerto un hijo!..

– Todos hemos de morir, responde el jorobado



El cochero Iona Potapof

suspirando y secándose los labios después de un acceso de tos. ¡Vamos, arrea! ¡Caballeros, de este modo no puedo continuar! ¿Cuándo llegaremos?

—¡Anima un poco á tu penco! ¡Dale duro!

—¿Lo oyes, viejo maldito?.. Si gastásemos cumplidos con vosotros, tendríamos que ir á pie. ¿Lo oyes, serpiente Gorintych (1)? Qué, ¿te burlas de lo que te decimos?

Y Iona, más que sentirlos, oye los golpes que le dan.

—¡Ji, ji!, dice riendo. ¡Son ustedes muy alegres! ¡Que Dios les conserve la salud!

—Cochero, ¿estás casado?, pregunta uno de los buenos mozos.

—¡Yo!.. ¡Ji, ji!.. ¡Vaya unos señoritos de buen humor!.. Al presente, mi mujer es la tierra húmeda... ¡Ji, ji, jo, jo, jo!.. En otras palabras, la tumba... Mi hijo murió, y yo, ¡yo vivo!.. ¡Triste caso! La muerte se equivocó de puerta; en vez de venir á buscarme á mí, vino por mi hijo...

Y Iona se vuelve para referir cómo murió su hijo; pero el jorobado, lanzando un suspiro, anuncia que, gracias á Dios, han llegado... El cochero recibe sus veinte kopeques y mira á los jóvenes, que desaparecen en un portal obscuro.

¡Otra vez solo! Y estando nuevamente solo se reanuda el silencio... Su pena, mitigada por un instante, renace y ensancha su pecho con mayor fuerza. Los ojos de Iona recorren ansiosos los grupos que á ambos lados de la calle se agitan. ¿No encontrará entre toda aquella gente alguien á quien pueda contar sus pesares?

Pero la gente pasa sin fijarse en él ni en su dolor.

¡Dolor enorme, sin límites! Si el pecho de Iona estallara y diera suelta á su angustia, ésta sería capaz de inundar el mundo entero, y sin embargo, nadie la ve; ha sabido encerrarse dentro de una envoltura tan delgada, que no se la vería ni aun en pleno día con una luz.

Iona ve á un dvornick que lleva un saco de estera y se decide á hablar con él.

—Amigo, ¿qué hora es?, le pregunta.

—Las nueve dadas... ¿Por qué te paras aquí? ¡Ea, andando!

(1) Serpiente que representa un gran papel en los cuentos populares rusos.



RECUERDO DE ASTURIAS, dibujo original de Mariano Pedrero

Iona avanza algunos pasos, se reconcentra y se entrega á su pena... Dirigirse á la gente, comprende que es perder el tiempo... Y aún no han transcurrido cinco minutos cuando se yergue, levanta la cabeza, como si sintiera un dolor agudo, y tira de las riendas... ¡No puede más!..

—¡A la parada, á la parada!, exclama.

El caballo, como si comprendiera las palabras de su amo, se pone al trote; y al cabo de una hora y media Iona está sentado delante de una gran estufa sucia. A su alrededor varios individuos roncan junto á la estufa, tendidos en el suelo y sobre los bancos... La estancia exhala un tufo pesado... Iona mira á los que duermen; se rasca la cabeza y siente haber regresado tan pronto.

—No he ganado siquiera para la avena..., por esto me aburro. Un hombre que hace lo que tiene que hacer, está tranquilo cuando él y su caballo han comido.

Un cochero joven se levanta de un rincón, se queja medio dormido y se estira para coger un cubo de agua.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Pues bien, ¡á tu salud! ¿Sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? ¡Es toda una historia!

Iona quiere ver qué efecto han producido sus palabras, pero no ve nada... El cochero joven ha escondido la cabeza y duerme. Iona suspira y se rasca la cabeza. Si el joven compañero tenía mucha sed, ¡él tiene tantas ganas de hablar!. Pronto hará una semana que murió su hijo y todavía no ha podido contárselo tranquilamente á nadie... Sería preciso relatarlo ordenadamente; referir cómo cayó enfermo, lo que sufrió, lo que dijo antes de morir y cómo murió... Sería preciso narrar su entierro y la ida al hospital para recoger las ropas que ha dejado. Quédale en la aldea una hija, Anissia; también sería preciso hablar de ella. ¡Hay tantas cosas de las cuales tendría que hablar ahora Iona!.. Quien le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle... Mejor aún sería contar estas cosas á mujeres; porque si es verdad que son menos inteligentes que los hombres, en cambio con dos palabras se las hace llorar.

¿Comes?, pregunta á su caballo

—Es menester que vaya á ver mi caballo, se dice Iona. ¡Tiempo tendrás de dormir! ¡No tengas miedo, demasiado dormirás!

Y se viste y se marcha á la cuadra, pensando en la avena, en el heno, en el tiempo que hace.

Cuando está solo, no puede pensar en su hijo... Podría hablar de él á cualquiera; pero pensar en él estando solo y figurárselo, es horriblemente doloroso.

—¿Comes?, pregunta á su caballo contemplando sus ojos relucientes. ¡Come, come! Ya que no hemos ganado para avena, comamos heno... ¡Sí, ya soy viejo para cochero!.. A mi hijo le iba muy bien este oficio, pero á mí no. ¡El sí que era un buen cochero!.. Sólo necesitaba vivir...

Iona se calla por un instante y luego añade:

—Sí, caballo mío; así va el mundo... ¡Se acabó Kuzma Ionytch!.. Quiso dejarnos. Le dió de repente y murió sin conocimiento... Vamos, supongamos que tienes un pollino, que eres madre, y que de pronto tu pollino te deja. ¿No sería una desgracia?

El caballo come y sopla en las manos de su amo... Iona se olvida de dónde está y se lo cuenta todo.

ANTONIO TCHEKHOV.

(Dibujos de Vázquez y de Dutriac.)

PEÑA HORADADA

Estaba *ella* aquella noche allí, en su palco del Real, levantando con su divino aspecto murmullos de admiración. Desde el instante de su llegada, que era siempre en el primer entreacto, ya no había gemelos ociosos, y un tropel de mirones ávidos se dedicaba en su espléndida persona al estrago visual: los solteros libres, sin descanso; los comprometidos y los casados, todo lo frecuentemente que el descuido de la novia ó de la cónyuge permitía, y las mujeres, sin distinción de edades ni de estados, con la implacable insistencia femenil de tales casos.

Y allí estaba también *él*, en su butaca de esquina central, buen mozo entre los mejores, elegante entre los más, compartiendo con ella aquel encarnizamiento de observación, en su calidad de preferido. Porque la infalible opinión pública le designaba como á tal; porque todo el mundo sabía que él la amaba y la seguía como su sombra, y porque nadie podía creer que un hombre de sus excepcionales condiciones se entregase en balde á tal trabajo de alma y de cuerpo.

Era ella Paula, condesa viuda de Rosas, una belleza en la sazón perfecta de los veinticinco años. ¡Qué caudal de hilos de oro el de aquel rubio cabello, recogido á la griega en la suave altura de su infantil cabeza! ¡Qué arco tan puramente trazado el de aquella frente! ¡Qué azul firmamental el de sus ojazos! ¡Qué fresón rasgado por boca! ¡Qué tentadora esbeltez la de su talle! ¡Qué brazo escultural el que descansaba en la muelle baranda; y su conjunto, en fin, qué hermosura tan majestuosa, tan serena, tan olímpica!

Era él Darío Vega, soltero y millonario, un soberbio tipo varonil de treinta años, gallardo y distinguidísimo. Tenía cabeza romana, con rizado pelo obscuro, barba entera y brillante, ojos rasgados y negros, y la morena tez correspondiente á su origen andaluz. Llevaba el frac con la privilegiada soltura con que es fama que lo llevaba el gran Romea, es decir, como si lo vistiera desde el día de su bautizo. Poseía notoriamente un carácter firme y recto, que le libraba de los vulgares peligros sociales de su posición y de su época. Era un mundano sin ser corrompido, y un estudioso á pesar de ser rico. Era bravo, pero afable y tolerante; elocuente, pero sin creerlo ni fingirlo; impetuoso y galante, pero sin salvar nunca, á ningún precio, las barreras del verdadero honor; era, en pocas palabras, nada menos que un hombre serio.

Mas la infalible opinión pública se equivocaba de medio á medio al dar por correspondido el mani-



CAÍN, cuadro de F. Cormon

fiesto amor de Vega; porque este hombre serio no había pasado aún, respecto á la condesa, de la categoría preliminar de pretendiente: triste categoría á que, por lo demás, estaban fatalmente destinados los amigos y suspirantes de la beldad. Sus amigos eran muchos, porque la hermosa Paula, que parecía no dignarse creer en el amor de los hombres, cultivaba, sin embargo, con grande afición su amistad, la amistad inofensiva y amena del sexo *soi disant* fuerte, y dedicaba gran parte de su renta á sostener ese cultivo en su renombrado salón y en su comedor selecto, perpetuamente abiertos para los trasnochadores de corbata blanca. En cuanto á la amistad de las mujeres, no se tomaba Paula la molestia de pensar siquiera en ella. Su única amiga apreciable era la decadente, correcta señora que la acompañaba siempre, con el título de parienta lejana y de alquiler.

Existía, empero, una honda y trascendental diferencia entre nuestro héroe y los demás asiduos cortesanos de la rubia deidad; y era que, mientras la derrota inmediata de sus pretensiones había marchitado en flor la esperanza de los otros, el deseo amoroso de Vega se había rebelado poderosamente contra el fracaso, y había crecido y crecía á compás de sus incesantes tentativas inútiles, y de sus angustias y mortificaciones de cada día. Lo que quiere decir que la pasión del pobre Darío era de la mejor ley; era una de esas pasiones críticas, devastadoras y perfectas en su género, de que Dios nos libre.

¡Cómo amaba, en efecto, cómo amaba aquel hombre serio á su impasible y estricta amiga! Había hecho por ella, en dos años de amor, cosas grandes: la mayor y principal, en nuestra opinión, había sido el reducir y compendiar en aquella mujer á todas las de la tierra, y el no volver á ocuparse, ni con el pensamiento, en las demás, él, tan simpático á tantas madrileñas dignísimas. De cuyo acceso de seriedad resultó, como no podía menos, el lastimoso estado moral en que, pese á las gratuitas suposiciones de la concurrencia, se hallaba el pobre Darío la noche de que tratamos.

Sufría nuestro amador aquella noche como un condenado en su caldera, ó como un cadete en su primer desengaño, ó como el tipo de este mundo, ó del otro, que ustedes crean que debe sufrir más. Y sufría por un motivo novísimo, á saber: por no haber merecido en todo el tiempo de la presencia de Paula en su palco una mirada, una sola mirada de aquellos ojos que le tenían encadenada el alma con una doble cadena luminosa.

En ocasiones análogas Paula solía fijar desde su altura sus anteojos en él, y aun saludarle, y aun sonreirle. Pero aquella noche no se había acordado un solo instante de que en cierta butaca central, y bajo el frac contemporáneo mejor llevado, latía el corazón en que mayor y más desastrosa influencia ejercía su desesperante y fría hermosura. La dirección de sus gemelos había recorrido el aristocrático recinto varias veces, sin detenerse un punto sobre aquella varonil cabeza llena de ardentísimos pensamientos en su homenaje. Decididamente aquella noche no existía el pobre Darío para la indiferente Paula, y esto era para el suprimido cosa de perder el juicio.

De modo, pues, que mientras el elegante público comentador, entrometido y chismoso como todos los públicos, seguía creyendo á Vega el feliz personaje imperante en el ánimo de la admirada condesa, y mientras los hombres seguían aborreciéndole por su fortuna supuesta, y muchas mujeres haciendo esfuerzos de mímica coquetería para recordarle que el mundo se compone de muchas Paulas y de muchos escotes admirables, el pobre Vega se consumía de amarga ansiedad, y era un simple mortal enamorado que fluctuaba entre los más descabellados y contrarios propósitos.

¡Qué haría, qué haría ante aquel último y premeditado desdén, que tácitamente le invitaba á perder todo resto de esperanza! Era preciso hacer algo, algo digno de la resolución de un hombre enérgico. Primero pensó en irse del teatro á su casa, disponer su equipaje y tomar el primer tren de la mañana que lo condujese al extranjero, de donde no volvería en diez años. Luego, fijándose en cierto *sportman* de otra fila, á quien Paula miraba en aquel instante, sintió el deseo de ir á darle de bofetadas y dejarse matar por él al amanecer. Después, tropezando sus ojos maquinalmente con cierta dama de ruidosa historia y muy llamativa, á quien tenía abandonada, casi estuvo por tomar en ella pública venganza apareciendo á su lado el resto de la función.

Tomó al fin una resolución tremenda: tomó el partido de subir inmediatamente á decir cuántas son cinco á la despiadada mujer que así jugaba con el corazón de los hombres formales.



República Argentina. – Santa Fe. — Monumento á San Martín recientemente inaugurado. El pedestal es de Torcuato Tasso

— Será la última vez que la hable, pensaba, y la primera que esa estatua viva, esa alma de hielo, ese pecho de roca, oirá lo que merece. ¡Ah, fiera calculadora!, ¡ah, coqueta impávida!, ¡ah, bello monstruo!, ¡ah, filósofa pérfida: yo huiré de ti, yo sabré odiarte y olvidarte; pero no será sin haberte confundido!

Y con toda la rapidez que le permitía el personal afluyente en los entreactos al estrecho pasillo, empujando á unos, codeando á otros, salió presuroso del patio, subió de dos en dos los escalones del primer piso y con violenta mano abrió la puerta del palco.

La condesa, que acababa de dejar su asiento visible, le recibió de pie, sonriente y magnífica, en el antepalco, cuya roja cortina servía de fondo artístico á sus contornos estatuarios. Y antes de que el resuelto celoso articulase su primera palabra, le tendió amistosamente su mano, una primorosa mano blanca y mórbida, con cinco lindos hoyuelos y cinco rematitos de nácar; una mano ateniense, afilada y perfumada; una de esas manos que, así Dios nos perdone á todos como han sido hechas por quien puede y sabe hacerlas, ni más ni menos que para ser besadas.

Y entonces sucedió que al contacto de aquella animada joya, de aquella extremidad azucenil, todas las terribles resoluciones del pobre Vega se dispersaron y extinguieron como por ensalmo; y el hombre serio cayó de rodillas ante su propietaria, y besó humildemente aquella mano, y no sólo la besó, sino que por primera vez desde que tenía barba cerrada saltó de sus ojos una lágrima, una ardiente gota que fué á caer y á evaporarse sobre el marmóreo fragante metacarpo... Y sucedió más: sucedió que aquella gota horadó sin duda la peña insensible; porque lo cierto es que pocas semanas después de la solemne genuflexión y del lagrimeo sublime del juicioso caballero, la condesa viuda de Rosas pasó á ser señora legítima del Sr. Vega. – Cosas del llorar á tiempo.

S. López Guijarro.

MONUMENTO Á SAN MARTÍN

No nos detendremos á describir los festejos que la culta ciudad de Santa Fe organizó para solemnizar la inauguración de la estatua del general San Martín, aprovechando la visita hecha á diferentes localidades de la provincia por el Excmo. Sr. presidente de la República D. Julio A. Roca, con motivo de la colocación de la primera piedra del nuevo puerto de Rosario. Sólo nos concretaremos al monumento en su parte artística.

La municipalidad de la capital santafecina, habiendo acordado erigir un monumento á la memoria del gran héroe de la independencia argentina, nombró una comisión que, presidida por el diputado nacional Dr. Carlos A. Aldao, tuvo por misión correr con todos los trabajos artísticos y financieros pertinentes al caso.

Esta comisión tuvo el escaso acierto de acordar que se sacase una copia exacta de la estatua ecuestre que se levanta, sobre modesto pedestal, en la plaza de su nombre de la ciudad de Buenos Aires; acuerdo que tiende á vulgarizar una obra de medianas condiciones artísticas, ya repetida en Chile, Perú, y según parece, próxima á reproducirse también en la ciudad de Mendoza: como si al victorioso general no se le pudiese representar de otro modo y en otra forma.

Si dicha comisión anduvo poco acertada en esto, en cambio estuvo acertadísima al escoger á nuestro paisano el laureado escultor D. Torcuato Tasso, para que en un gran bloque de granito, procedente de la cordillera de los Andes, labrara el pedestal.

El artista catalán supo inspirarse en lo verdaderamente monumental, sacando grandioso partido de la idea, del significado histórico y de la tradición respetada, sin desdeñar la estética y el ambiente del lugar destinado á la artística obra.

De la informe masa granítica surgieron dos imponentes estatuas de carácter semiegipcio, con cierta rigidez bien estudiada, simbolizando la República y Minerva, como base de los dos frentes principales. En uno de los otros lados, un gran escudo argentino con el sello primitivo de su emblema, y debajo de él, como defendiéndolo, un cóndor, de proporcionales dimensiones, simbolizando los Andes, todo labrado en la misma piedra. En el opuesto, una placa de bronce modelada por el mismo artista y ofrecida por «El ejército de la Nación á su Glorioso Capitán,» como reza la inscripción.

El conjunto es severo, majestuoso y de mucho mérito artístico; mayor aún si se tiene en cuenta que ha sido hecho, como quien dice, «con pie forzado,» para sustentar una estatua ya reproducida pluralidad de veces, y teniendo el artista que sujetarse á medidas y formas previamente dadas; lo que acorta el vuelo de la imaginación, esclaviza la idea creadora y empequeñece el esplendor de la obra ejecutada.

Justo Solsona.

Buenos Aires, diciembre de 1902.

CRÓNICAS ANDALUZAS

PESCADORES DE RÍO

Puede decirse de ellos que forman un grupo aparte de los otros que, con exposición constante de su vida, lánzanse en frágiles barquillas mar adentro para arrancar de sus insondables profundidades las variadísimas especies de peces que sirven de regalado alimento al hombre.

Fórmanse los pescadores de mar en medio de los rigores é inclemencias de las playas y llegan á la juventud desarrollándose con las incesantes fatigas de durísimos trabajos. Curten aquéllos su piel y las otras vigorizan su espíritu, armonizándose con la fortaleza del cuerpo las salvajes energías del alma.

Van así creciendo en este medio ambiente, avezados á constantes peligros, que desafían con heroica serenidad, sin que en sus pechos aliente el temor, ni se abrigue el recelo de la muerte, caracteres que constituyen un tipo especial, común á todas las naciones, en *el hombre de la mar*.

Difiere, en cambio, de aquél en alto grado el



Pertrechados con su mercancía, sitúanse á la entrada del puente de Triana

pescador de río, pues de otra manera crece y se desarrolla, y sus costumbres no pueden contribuir á determinar en él los caracteres de valor y de fortaleza.

En la margen del Guadalquivir en que se asienta el populoso y alegre barrio de Triana, encontramos sin esfuerzo el tipo de pescador de río.

Allí pulula; en sus tabernas y garitos, donde se reune la gente maleante, vémoslo, ya sentado á la puerta, ya formando parte de un corro en que se juega al rentoy ó al dominó. Cubre su cabeza con una boina ó gorrilla azul, la camisa desabrochada deja al descubierto el atezado pecho y un pantaloncillo de hilo sujeto por ancha faja roja ó negra completa su atavío.

Cuando muchacho, crióse con otros granujas en el Puerto Camaronero; aquel fué el centro de sus operaciones, allí hizo su aprendizaje y obtuvo el título de maestro, que Cervantes reconoció en los alumnos de la Costanilla sevillana, del Potro de Córdoba, de Zocodover de Toledo y del Azoguejo de Segovia, después de haber cursado en las cátedras de los famosos doctores de las almadrabas de Conil y de Vejer, ó en las de Ayamonte y la Higuerita.

Desde niño aprendió con su padre á manejar los remos de la barquilla que constituía el patrimonio de la familia, y en ella ayudábale á la pesca de camarones, poco azarosa y expuesta á peligros, ciertamente. Aquél le enseñó á cocerlos á punto y á colocarlos por tandas hábilmente en la cesta ó canasto de cañas, de manera que al exterior se ofreciesen á la vista los más grandes, debajo de los cuales quedaban ocultos los pequeños. El también enseñóle la manera de meter la mano en el canasto, como experto prestidigitador, para sacar los peores con unos cuantos no más de los buenos, y en suma, cuantas tretas han de ponerse en juego para engañar al comprador.

Pertrechados con su mercancía, sitúanse á la entrada del puente de Triana, por la tarde, que es mayor el tránsito de las gentes y por donde forzosamente pasan por bandadas las cigarreras que regresan de su trabajo, las cuales les hacen considerable consumo, y entrada la noche llevan á vender los restos que les quedan por las tabernas, donde es seguro que son consumidos por los manzanilleros, que con ayuda de los sabrosos crustáceos trasiegan centenares de cañas del dorado mosto sanluqueño ó del pálido y ligero vinillo de la hoja.

Ocurre frecuentemente que el padre Betis, al arrastrar en sus ondas las aguas torrenciales que bajan de los montes, encenaga sus líquidos cristales, y la fuerza de su corriente no permite la pesca de camarones; entonces los pescadores acuden á otro río, el Guadaira, próvido en otra clase de pesca, la de los pejerreyes, que el Diccionario de la Academia describe así: «Pez de unas tres pulgadas de largo, su lomo es enteramente recto, el vientre convexo, la mandíbula inferior algo más larga que la superior. Tiene dos aletas pequeñas sobre el lomo; la cola arpada, las escamas grandes y de color plateado ligeramente salpicado de negro y el cuerpo transparente.»

Por nuestra parte agregaremos que apenas si el más fino paladar podrá saborear su comida, pues es casi insípido, no obstante lo cual, tiene muchos aficionados.



Vendedor de camarones en Sevilla

Ha habido en Sevilla notables vendedores de pejerreyes cuyo recuerdo no se ha borrado todavía.

Hasta hace pocos años, Juanillo, *el niño de Triana,* causaba las delicias de la gente de los barrios, cuando aparecía á la entrada de una calle, y parado en una esquina, aplicando la mano izquierda sobre la oreja del mismo lado, con el canastillo de caña cubierto de verdes hojas de lampazos que se crían tan abundantes en el Guadaira, debajo de los cuales ocultaba su acuática mercancía, lanzaba los típicos é inimitables pregones que le dieron á conocer en toda la ciudad, y cuyo mérito principal consistía en las infinitas y caprichosas modulaciones de su poderosa voz, produciendo verdaderos arpegios que brotaban de su garganta á medida de su gusto.

Situado, como hemos dicho, en la esquina de la calle ó á la puerta de la casa donde vivía alguna mujer de su agrado, dejaba oir el pregón con esta sencillísima letra:

«¡Y... queeee... viviiiitos... traigo... los pejeeeerreyeees!»

Los lectores podrán calcular todos los gorgoritos con que acompañaba esta frase, sólo con decirles que tardaba en su emisión tres ó cuatro minutos.

Y ¡cómo lo jaleaban! Por las ventanas y puertas aparecían los vecinos, las mujeres salían á la calle y una turba de chicuelos rodeábale, pidiéndole que repitiese el pregón. Hacíalo él de muy buen grado, introduciendo mil variantes que asemejaban en sus tonos á las modulaciones del más castizo *cante* flamenco.

Pero llegó un día en que las facultades vocales de Juanillo fueron debilitándose hasta extinguirse, y entonces, ¿qué recurso había de quedarle?

Tuvo que cambiar de mercancía, y ora pregonaba con enronquecida voz camarones, ó galápagos y ranas para diversión de los muchachos; pues ¿cómo había de vender pejerreyes, él, que los había pregonado como nadie, y que dicho sea en verdad, fueron el pretexto de que se valía para entonar sus pregones y lucir su gracia y facultades vocales?

El niño de Triana formó escuela, por decirlo así, y dejó discípulos; pero ninguno de ellos llegó á aventajarle, por lo cual, si bien permanece el estilo, conservado por los actuales vendedores, distan mucho los gorgoritos de éstos de aquellos del famoso maestro trianero.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)



INDECISIÓN, dibujo de B. Gili y Roig



LOS ÚLTIMOS PASOS, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés.)

NUESTROS GRABADOS

El maestro Eduardo Mascheroni, director de orquesta del Gran Teatro del Liceo.—Conocida es la historia artística del maestro Mascheroni y su vasta ilustración musical. A ella y á sus indiscutibles aptitudes y merecimientos debe la justa fama de que goza. Por este motivo, al reproducir hoy su retrato, omitimos hacer mención especial de sus triunfos, limitándonos á hacer constar que, hoy como ayer, su intervención técnica en el Gran Teatro del Liceo es altamente provechosa, debiéndose á su inteligencia y acierto la acertada interpretación de las obras que se han puesto en escena. Al publicar su retrato nos proponemos simplemente ofrecer al distinguido maestro el testimonio de la consideración que nos merece.

Del riñón de Castilla.—Recuerdo de Asturias, dibujos originales de Mariano Pedrero.—Cada provincia, cada región de las que constituyen la nacionalidad española, presenta caracteres distintivos que ofrecen para el artista vasto campo de observación. Elementos de antiguos Estados conservan, los más de ellos, tipos, cuadros y costumbres que los particularizan de tal suerte, que sorprenden las diferencias que resultan en la forma, por más que el conjunto responda á una sola aspiración. Cierto es que los mayores medios de comunicación van borrando paulatinamente los contrastes, pero aún quedan comarcas en donde la tradición se conserva y existe latente algo que evoca el recuerdo de pasadas edades. De ahí que varios artistas meritísimos dedícanse á representar, con el auxilio del lápiz ó del pincel, lo que aún queda de característico, dando á conocer tipos, trajes y caracteres dignos de estudio y que por su índole especial préstanse á que el pintor pueda hacer gala de sus aptitudes. La empresa es evidentemente patriótica, y los que la realizan merecen que se les aplauda y estimule. Entre los que á tan digna labor se dedican figura nuestro excelente amigo el distinguido artista Mariano Pedrero, quien en las dos notables producciones que reproducimos nos da á conocer las regiones características del patrio suelo, bellamente presentadas y con el sello fidelísimo que les presta la observación del natural.

Caín, cuadro de F. Cormon.—La maldición de Dios sobre Caín y la eterna peregrinación del fratricida han sido temas que han inspirado á muchos artistas: el temperamento impetuoso y la sujeción espiritual de una humanidad bárbara son problemas psicológicos que se prestan admirablemente á ser exteriorizados en obras de arte, y son especialmente á propósito para los pintores que cultivan con predilección el estilo monumental. Al número de éstos pertenece al parisiense Fernando Cormon, que si bien se ha distinguido como retratista, ha conquistado principalmente su celebridad con los cuadros históricos de carácter decorativo, y cuyos rasgos salientes son una imaginación poderosa, un profundo espíritu de observación y un vigoroso sentimiento del colorido. Como Bastien Lepage y Benjamín Constant, educóse en la escuela de Cabanel, de aquel artista que inició la transición entre el severo clasicismo de David y el realismo moderno, y sometido más tarde á la influencia de Fromentin, la mágica paleta de éste hizo nacer en él el deseo de conocer el Oriente, que con su cielo, sus paisajes, sus tipos y sus costumbres tanto armonizaba con su modo de ser. Cormon tiende por temperamento á lo dramático; el elemento humano le cautiva más que el pintoresco, y así sus composiciones revisten un carácter de grandiosidad, tanto por el fondo de los asuntos cuanto por la forma en que los presenta, como sucede con el hermoso cuadro que en la página 93 reproducimos, ejecutado con un vigor y un talento de verdadero maestro.

M. Goubet.—El inventor del buque submarino de que tanto se ha hablado en Francia ha fallecido el 15 de enero último en París, en la casa de salud de los Hermanos de San Juan de Dios, adonde había sido conducido pocos días antes. En 1886, respondiendo á la invitación del almirante Aube, en aquel entonces ministro de Marina, M. Goubet, que se había



M. GOUBET, inventor del submarino de su nombre, fallecido en París en 15 de enero último

distinguido brillantemente como técnico, comenzó la construcción de un pequeño barco, el *Goubet n.º 1*, capaz de navegar debajo del agua. En 1890 y 1891 se realizaron varias pruebas en Cherburgo; y en vista de que el buque parecía reunir las condiciones exigidas, varios ministros de Marina recomendaron su adopción, á pesar de lo cual la comisión de examen lo rechazó. Entonces, teniendo en cuenta ciertas críticas, el ingeniero puso de nuevo manos á la obra, y en 17 de septiembre de 1899 el *Goubet n.º 2*, modelo más grande que el primero, era conducido por el ferrocarril de París á Tolón á fin de ser allí sometido al examen de una comisión oficial. Las pruebas, comenzadas en 1900, se prolongaron durante dos años, y en el curso de las mismas pudieron comprobarse los notables perfeccionamientos introducidos en el modelo primitivo y pudo apreciarse el valor del nuevo submarino, no obstante lo cual la comisión volvió á rechazarlo. Entonces fué preciso retirar el barco del arsenal y volverlo á los docks de Saint-Ouen, en donde hubo de ser vendido en 13 de septiembre último por 45.000 francos para pagar á los acreedores de M. Goubet, á quien había arruinado la construcción y el entretenimiento del submarino. El desgraciado inventor creyó que con el advenimiento al ministerio del actual ministro M. Pelletan obtendría algunas legítimas compensaciones; pero desvanecida esta esperanza, su naturaleza, ya quebrantada por tantos trabajos y sinsabores, no pudo resistir este último golpe, habiendo fallecido, como hemos dicho, M. Goubet en un hospital. Sobre su tumba se pronunciaron muchos discursos; todos los oradores, M. Pelletan entre ellos, rindieron justo homenaje, aunque tardío, á los méritos de aquel hombre que tan mal recompensadas vió en vida su laboriosidad, su energía y su perseverancia.



EL MAESTRO EDUARDO MASCHERONI, director de orquesta del Gran Teatro del Liceo

Indecisión, dibujo de Baldomero Gili y Roig.—Este joven pintor catalán, cuyas excelentes aptitudes tantas veces hemos encomiado, ha creído, y ha creído bien, que para completar su educación artística nada tan conveniente como recorrer países extranjeros, visitar los mejores museos, residir largas temporadas en los grandes centros del arte, á fin de beber en las mejores fuentes, de estudiar todas las escuelas, de recibir distintas impresiones, que al par que ampliaran sus conocimientos abriendo anchos horizontes á su talento, despertaran nuevas sensaciones en su alma de artista. De Alemania, de Francia, de Italia se ha traído un caudal de apuntes interesantísimos, y la variedad de los climas, de las costumbres y de los espectáculos que por delante de su espíritu de observación han desfilado, ha ido desenvolviendo y perfeccionando en su mente el instinto de la forma y del color en sus más diversas manifestaciones, al mismo tiempo que adiestraba su mano obligándola á buscar nuevos modos de expresión, á combinar en su paleta los colores y los matices más opuestos y á trasladar al lienzo ó al papel la impresión recibida con la rapidez necesaria para que conservase toda su intensidad. Sus esfuerzos se han visto coronados por el mayor éxito, y hoy Gili y Roig tiene ya su personalidad perfectamente marcada, caracterizándose por su amor al natural, por la espontaneidad con que trata los asuntos, por la soltura con que les da forma, cualidades que aparecen de relieve en el bellísimo dibujo que publicamos, inspirado en un tema sencillo, pero hondamente sentido, en una escena de amor desarrollada con admirable delicadeza.

Los últimos pasos, cuadro de Juan Llimona.—Acostumbrados nos tiene el distinguido pintor catalán Juan Llimona á ese género de producciones en que se funden armónicamente el esfuerzo del artista y el fervor del creyente; pero justo es observar que en la hermosa obra que reproducimos en estas páginas manifiéstase esta tendencia, se expone este propósito en una forma tal, que merece aplaudirse y ensalzarse. Inspirada, cual otras muchas del mismo autor, en un sentimiento rayano en el misticismo, resulta, sin embargo, ajustada al concepto imperante, demostrando que el artista, aun abstrayéndose y sintetizando el pensamiento, nutriéndose su espíritu en un ideal religioso noble y grande, procura adaptarlo á la época en que vivimos, para que, al comprenderse, ejerza la saludable impresión que se propone. Y ciertamente ha realizado su propósito, porque representa una escena real observada, y tan sentida, que impresiona y subyuga el espíritu: una pobre anciana, en el ocaso de su vida, apoyándose en el brazo que cariñosamente le ofrece una joven religiosa. Ahí está la significación y tendencia de la obra. El artista pudo vestir otro traje á la doncella; pero en este caso no se hubiera explicado cumplidamente su deseo, cual es el de la genuina representación de la caridad cristiana. Como producción pictórica la estimamos muy recomendable, ya que el pintor ha procurado la mayor simplicidad, logrando obtener efectos sin amasijos ni rebuscamientos. Olvidábamos consignar que figuró en la Exposición que recientemente organizó en el Salón Parés el Círculo Artístico de San Lucas.

Lápida funeraria esculpida por Jorge Frampton.—La idea que preside en esta composición no es nueva en el fondo, pues son varios los artistas que han representado la idea de la muerte por medio de uno ó de varios ángeles que llaman á sí el alma del difunto para acompañarla al puerto deseado; pero el celebrado artista inglés, autor de muchas y muy importantes obras monumentales, ha sabido tratarla con verdadera originalidad en el precioso relieve que reproducimos, y en el cual ha hecho una vez más gala de su talento y de sus grandes conocimientos técnicos. Frampton ha vencido con singular acierto las dificultades que este género escultórico encierra, logrando que dentro de un plano de escasa profundidad se destaquen vigorosamente las figuras y aparezca perfectamente dispuesta la perspectiva, teniendo cada término su valor correspondiente, condiciones que sólo se consiguen cuando el artista domina por completo su arte. La lápida que nos ocupa está destinada á figurar en un monumento que se erige en Escocia á la memoria de un hombre que perdió su vida cuando trataba de salvar la de algunos de sus semejantes amenazada de inminente peligro.

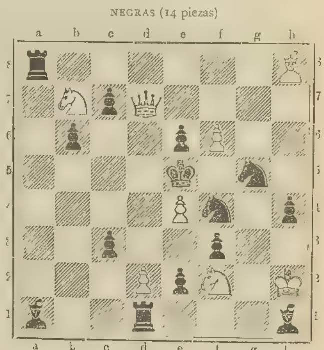
Teatros.—*Barcelona.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo la ópera en un acto del joven maestro Sr. Manén *Giovanna di Napoli*, que revela en su autor dotes de inspiración y conocimientos instrumentales no comunes; en el Principal *Hedda Gabler*, versión castellana del interesante drama de Ibsen; y en Novedades *La Ciclón*, gracioso juguete cómico en tres actos de D. Emilio Mario. En este último teatro ha dado un concierto el Orfeó Català, en el que con la maestría característica de tan notable institución se cantaron inspiradas piezas de Victoria, Bach, Millet, Nicoláu, Clavé, Borrás de Paláu, Pujol y Jannequin.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 311, POR K. ERLIN.

Cuarto premio del Concurso de *La Stratégie*, sección A.

NEGRAS (14 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 310, POR F. LAZARD

Blancas.	Negras.
1. Re4-f3	1. f2-f1 (D) jaque.
2. Rf3-g3 jaque	2. Rh1-g1
3. Da8-a7 jaque	3. Rg1-h1
4. Da7-b7 jaque	4. Rh1-g1
5. Db7-b6 jaque	5. Rg1-h1
6. Db6-c6 jaque	6. Rh1-g1
7. Dc6-c5 jaque	7. Rg1-h1
8. Dc5-d5 jaque	8. Rh1-g1
9. Dd5-d4 jaque	9. Rg1-h1
10. Dd4-h4 jaque	10. Rh1-g1
11. Dh4-h2 mate.	

VARIANTE.

Blancas.	Negras.
	1. Rh1-h2
2. Da8-b8 jaque	2. Rh2-h1
3. Db8-b7	3. Rh1-h2
4. Db7-c7 jaque	4. Rh2-h1
5. Dc7-c6	5. Rh1-h2
6. Dc6-d6 jaque	6. Rh2-h1
7. Rf3×e2 y ganan	

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Celina se había conmovido al ver el sincero interés con que Alicia se enteró, no bien llegada al campo, de la salud del Sr. Destraimes, y poco á poco habían tomado la costumbre de esperarse mutuamente al salir de misa, á la que, este año, Alicia iba sola por permiso especial. Las dos amigas volvían juntas hasta las inmediaciones del Otero. Después Alicia prolongó su paseo para acompañar más tiempo á Celina, y la conversación se prolongó así de día en día y se hizo más íntima, con lo que aumentó también el disgusto de separarse.

La frescura de pensamiento y la gracia de Celina agradaban por contraste á la grave y silenciosa Alicia... Además ésta encontraba un poderoso motivo de simpatía en las ansiedades filiales de la muchacha en aquellos días desoladores en que su padre, ya sin esperanza, acababa lentamente su vida, aniquilado por las penas y los cuidados, como un viejo llegado al límite de la existencia... En el corazón de Alicia se despertaban crueles recuerdos, ecos de la desesperación que había entristecido su infancia y que le hacían impresionarse más todavía por la angustia de su amiga. Aquella mañana le dijo en tono casi maternal al separarse:

– Tenga usted valor... No se deje abatir. Tiene usted madre, un hermano... admirable, según dice usted, y afectos seguros á los cuales puede usted ser útil... Otros hay más desheredados...

Alicia dijo estas palabras con voz ahogada y saltándosele las lágrimas. Después atrajo á Celina y la besó con emoción.

– Voy á rezar, dijo. Es todo lo que puedo hacer.

– Gracias, Alicia, balbuceó la hermana de Pedro, conmovida por aquella efusión tan inesperada en una persona tan poco comunicativa.

Alicia desapareció en el bosquecillo de castaños y Celina bajó sola el sendero.

El molino, resplandeciente de sol, ocupaba el centro del paisaje y prolongaba en el río la imagen invertida de sus muros y de sus ventanas. El fresco rumor del salto de agua se oía claramente en el aire de la mañana como una voz dominante en la que se perdían todos los ruidos alegres de la vida primaveral. Pero Celina, dolorosamente oprimida por un solo pensamiento, no participaba de la alegría de fiesta que reinaba á su alrededor.

Su juvenil corazón se indignaba por la impasibilidad de la naturaleza y guardaba rencor á los pájaros porque cantaban en aquel mes de mayo, cuando se aproximaba una cosa tan triste, ¡tan triste, Dios mío!.. Y al pasar el pontón de la esclusa, la pena fué tan fuerte, que Celina se detuvo ahogada por un acceso de lágrimas.

– ¡Pobre papá!, murmuró. ¿Será posible?..

Pero apareció un carro del molino, y Celina, con el pudor de los valientes y de los orgullosos, se enjugó precipitadamente los ojos, para no dar espectáculo, y entró en la casa.

– Voy á rezar, dijo. Es todo lo que puedo hacer

La joven iba todas las mañanas al despacho á dar rápidamente los buenos días á Pedro y á contarle los incidentes de su paseo y de su conversación con Alicia. Por intuición presentía que su charla de muchacha hacía descansar por un momento á su hermano de sus austeras preocupaciones.

Y tenía razón. Aquella aparición joven y graciosa, impregnada, por decirlo así, de los rayos de la aurora y de los efluvios matutinos, que le traía un reflejo de la mujer amada, iluminaban, en efecto, la tristeza de Pedro con una sensación de obscuro placer. A pesar del tormento presente y del peligro del porvenir, Pedro no tenía valor para rechazar la dicha que le venía de *ella*, y escuchaba sin perder palabra, aunque con afectada indiferencia, la conversación de Celina.

– La verdad, Pedro, compadezco á Alicia y me explico que sea tan seria... ¡Mira que no tener á quién amar más que á una señorita Jaffre!.. ¡No es mucho!.. Me representa aquella cabeza de la mitología que convertía á las personas en piedra... Medusa debía tener los ojos de la señorita Jaffre... A Alicia le haría falta un buen hermano como tú. Eso es lo que yo le digo, añadía Celina no sin malicia.

– No, tú no te andas ciertamente con rodeos, decía Pedro inclinándose sobre sus librotes como si le atacara una repentina miopia.

– Pero eso no es fácil... ¡Dios mío! Pedro, ¡qué dichosa soy de tenerte!.., añadía la joven dando á su hermano un ruidoso beso que siempre ponía fin á la conferencia.

Pero aquel día otra persona se había adelantado á la joven y estaba sentada delante del escritorio de Pedro. Celina reconoció la levita raída, el cogote macizo y los pelos de crin de un tal Roytel, un agente de negocios de poco envidiable reputación. Al verle, volvió á cerrar silenciosamente la puerta y se marchó. Así como así, aquel día no estaba para charlas.

Celina subió al cuarto de su padre. El enfermo, después de una noche horrorosa, se había sumido en un profundo sueño, y su mujer, agobiada por las largas veladas, estaba dormitando en un sillón. Celina, penetrada todavía por la fresca luz del exterior, sintió correr por la espalda un frío siniestro al entrar en aquella pieza gris y silenciosa.

A un ligero ruido la señora Destraimes se despertó vivamente, dispuesta á la acción. Pedro apareció en el umbral de la puerta tan descompuesto y pálido, que los ojos de su madre se dilataron de terror. El joven la llamó con un movimiento de los labios y ella salió á su encuentro.

– Ven al escritorio, si quieres, dijo muy bajo. Allí nadie nos oirá...

La madre, subyugada por una secreta emoción, bajó sin pedir explicaciones. En cuanto la puerta se cerró detrás de ellos, Pedro dijo con voz rápida y seca:

– Perdóname que haya ido otra vez á sacarte de tu puesto... He esperado hasta el último momento á fin de no aumentar tus penas... Pero no puedo más... He agotado las combinaciones y los expedientes... honrados... Estoy en las últimas... Dentro de ocho días vencen dos pagarés y no tengo ni un céntimo...

– El banco te hará ese adelanto... ¿Es considerable la suma?

– Seis mil... Pero no me atrevo á pedir... Temo que se me niegue crédito... Debo ya á Lerou... Y se empieza á sospechar la verdadera situación...

La señora Destraimes bajó la cabeza estremeciéndose.

– Acabo de tener una penosa escena. Roytel, ya conoces á ese ave de presa que huele la desgracia, ha venido á hacerme una proposición de compra del molino.

– ¡Ah!, exclamó la madre sordamente como si recibiera un rudo golpe.

– Sí, continuó Pedro con voz amargamente irónica, quería absolutamente hablar con mi padre. Cuando le aseguré que papá no estaba en situación de oirle, Boytel cambió de plan..., y me indicó con cruel insolencia que si las cosas estaban así, la ocasión que buscaba se presentaría por sí misma...

En la mirada turbada de su madre, Pedro vió que no comprendía ó que no se atrevía á comprender.

– Sí, explicó Pedro con lúgubre tranquilidad, Celina es menor y mi padre adquirió después de vuestro matrimonio el terreno y las construcciones del molino que explotaba nuestro abuelo Sergent. Si alguno de nosotros reclama su parte de herencia, los bienes han de venderse.

La madre levantó la cabeza con indignación dolorosa, pero Pedro dijo:

– Es la ley...

Y añadió más bajo:

– No supongo que me atribuirás nunca semejante exigencia.

La madre bajó la cabeza lentamente ante aquella mirada leal. No, desde que veía á Pedro en funciones no podía imputarle ningún acto pequeño ó despreciable. Pero el otro, el hijo querido, su amor, su debilidad, ¿era de fiar en cuanto á su desinterés?

– ¡Vender el molino!, repetía gimiendo.

El molino en que su marido, su padre y su abuelo habían empleado todo el esfuerzo de sus laboriosas existencias; el molino en que ella había nacido, donde habían crecido sus hijos, donde su esposo iba á morir, donde se concentraban todos los recuerdos de su vida, sus alegrías y sus penas... Con el alma vencida por una repentina debilidad, se dejó caer en una silla y ocultó la cara con el pañuelo.

– ¡Ah!, dijo Pedro dando un puñetazo en la mesa con la rabia de la desesperación, consiento en ser un obrero toda mi vida y en poner en tensión todas mis fuerzas... Pero que sea para obtener algún resultado... Permanecer pasivo é impotente es consumirse el cuerpo y el alma... ¿Y qué hacer? ¡Como no robe esos seis mil francos!.. ¡Y todos estos cuidados odiosos con la tristeza de tales días!, dijo designando con un brusco ademán el piso superior, al mismo tiempo que su voz se quebraba de repente.

Pedro se mordió con violencia los labios para ahogar un sollozo, y una niebla obscureció sus pupilas con un velo azulado y brillante.

La señora Destraimes contempló aquella joven y varonil fisonomía alterada por la emoción, y después dijo en voz alta y súbitamente, como quien resuelve una lucha íntima:

– Oye, acaso pueda yo procurarte esos seis mil francos...

Pedro la miró con estupor.

– ¿Mi tío Sergent, acaso?.., dijo.

Las cejas de su madre se fruncieron.

– ¡No!, dijo meneando la cabeza. A ese no iré hasta el último extremo... Además lo haría en vano. Andrés se pondría muy contento viéndome humillada y á merced suya... No, en quien he pensado es en Fanchette...

– ¿La señorita Massier?, repitió Pedro sorprendido.

Y en su memoria surgió la figura caduca de una vieja sentada invariablemente al lado de una ventana florida, cerca de la iglesia... Siendo muchacho había jugado muchas veces en el jardinillo de aquella antigua casa, y nunca pasaba por la puerta sin saludar á la viejecita, que le sonreía con unos ojos alegres y cándidos de niña.

– Sí, continuó la madre de Pedro con una voz entrecortada que probaba el esfuerzo que le costaban sus palabras, sí, Fanchette Massier... Nunca he pedido nada á nadie, pero á esa me costará menos trabajo que á otra cualquiera persona... Estoy segura de una buena acogida, porque me quiere mucho. Me ha conocido niña, ha conocido á todos los míos... Y si la he abandonado un poco en estos últimos años ha sido porque alguien dijo que yo ambicionaba su herencia. No pude soportar esa interpretación de mi conducta, y desde entonces me he mantenido alejada... Hoy confieso que he hecho mal... Fanchette me prefería, en efecto, á todo el mundo, y le he dado una pena inútilmente... Además he debido pensar en vuestro interés antes que en mi tonta indignación...



– ¿Quién dice tanto bien de mí, señorita Fanchette?

Pedro escuchaba atónito. Su madre nunca se había tomado el trabajo de explicarle sus actos... ¡Y cómo contrastaba esta humildad con su tono autoritario de costumbre! Pero Pedro comprendía mejor que nadie los móviles de su madre, escrúpulos extravagantes para las inteligencias medianas que juzgan con el simple buen sentido, pero muy fundados y muy dignos para ciertas almas altivas.

– Yo hubiera hecho lo que tú, dijo sencillamente.

Y aquella comunidad aumentó su mutua estima.

Pedro objetó, desconfiado por una larga sucesión de desengaños:

– ¿Crees que Fanchette podrá disponer de esa suma?

– Es más rica de lo que tú piensas, respondió vivamente la mujer del molinero. Fanchette tenía dos mil ochocientos francos de renta á la muerte de su padre, hace cuarenta años... ¿Qué necesita para vivir un ratoncillo como ella?.. La vaca, la huerta, las colmenas y el gallinero bastan sobradamente para mantenerla con su criada. Estoy segura de que no gasta mil doscientos francos al año, comprendidas las limosnas, y esto no por avaricia, sino por hábito. En fin, por si acaso voy á probar y en seguida.

La madre de Pedro salió, en efecto, inmediatamente, sin más atavío que un sombrero de jardín que se puso al atravesar el patio, como si desconfiase de sí misma y temiese que su resolución se enfriase. Pedro, aguijoneado por la impaciencia, subió y bajó muchas veces del escritorio al cuarto de su padre y de allí al molino, incapaz de entregarse á ninguna ocupación continuada. Poco tiempo después se sorprendió con la cara pegada al cristal de la ventana, esperando el regreso de su madre.

Por fin apareció en el portalón, y Pedro, lleno de miedo, retrocedió para no ver su cara y prejuzgar así el resultado de su expedición. La puerta se abrió con ímpetu y apareció la alta figura de la señora Destraimes destacándose sobre la blanca pared del vestíbulo. Sus ojos y sus mejillas tenían huellas de llanto, pero su cara expresaba la exaltación y el alivio del penitente que viene de descargar su corazón en una confesión penosa.

– ¡Toma!, dijo á Pedro poniéndole un sobre en la mano. Ahí tienes cuatro mil francos... El resto lo

tendrás pasado mañana lo más tarde. ¿Está bien así?

Pedro, el alto y robusto Pedro, flaqueó y presentó el aspecto deslumbrado del que contempla un milagro... Los labios de su madre temblaban.

– Fanchette no quiere siquiera recibo, continuó. Sólo sería feliz si tú quisieras ir á verla... Después de este servicio, me parece...

– Nada más justo, interrumpió Pedro con viveza. Yo también lo deseo... Voy en seguida.

La madre abrió la puerta y dijo en voz baja y dolorosa:

– Ahora, al menos, estarás tranquilo por ese lado en medio de las tristezas que nos esperan... Sube al cuarto de tu padre... Cuando tú estás allí es feliz... Y el recuerdo de estas horas fortifica después...

IX

Fanchette vió desde su ventana una gran sombra detenida en la puerta y se estremeció de contento, encantada por la distracción que iba á romper la monotonía de su existencia. En su impaciencia por ver al joven hubiera salido á su encuentro sin la maldita debilidad de la pierna izquierda, pero no esperó que entrase en la sala para saludarle con palabras cariñosas y cordiales.

– ¡Aquí tenemos, al fin, á ese famoso joven del que se dice tanto bueno!, exclamó con su vocecilla algo cascada por los años.

– ¿Quién dice tanto bien de mí, señorita Fanchette? De seguro serán personas que no me conocen mucho, replicó Pedro sentándose en frente del sillón de paja con almohadones de indiana que ocupaba su ángel bueno, una viejecita menuda como una muñeca desteñida cuya porcelana estuviera agrietada por las injurias del tiempo.

En el hueco de la ventana y al alcance de Fanchette, había una mesilla con libros de oraciones, con encuadernaciones amarillentas y ángulos carcomidos, una labor de punto, una rueca inmóvil y un gato muellemente echado. Alrededor de la pieza había unos armarios de brillantes cerraduras, una cómoda panzuda incrustada de cobre, un escritorio de marquetería y unas sillas en forma de lira. En las paredes unos grabados iluminados representando los *Jóvenes peregrinos que se encuentran un oso,* y los amores desgraciados de Matilde y Malek-Adel. Por todas partes se veían bellas y curiosas cosas antiguas que guardaban el mismo aspecto de bondad y de paz que la dueña de la casa. Por la ventana abierta entraba un agradable olor á saúco y á enredaderas.

Fanchette contestó á Pedro con un gracioso movimiento que sacudió su blanca papalina adornada con lazos malva:

– Sí..., sí... Ha sido alguien que te conoce perfectamente, perfectamente... Nadie puede conocerte mejor...

La vieja se sonrió con malicia y las mejillas de Pedro se cubrieron de violento rubor. ¿Aquella persona misteriosa sería su madre? No atreviéndose á descifrar el enigma, Pedro no preguntó más.

– Hace mucho tiempo que no te veo por aquí, dijo la vieja mirando al joven con afectuosa complacencia. Ya no puedo atraerte con pastillas como cuando eras pequeño.

– ¡Pero hace usted algo mejor!, dijo Pedro emocionado.

Y aprovechando la oportunidad, emprendió un discurso de gracias no muy fácilmente expresadas, pero con un balbuceo más elocuente que las grandes frases.

– ¡Bueno! ¡Bueno! Eso está muy bien, interrumpió Fanchette agitando sus cintas de color de malva. No hablemos de eso... Tu madre ha hecho mal en esperar tanto tiempo... Estoy enfadada por eso... Tu bisabuelo Sergent salvó la vida á mi abuelo, allá cuando la guerra de los chuanes... Los Massier, pase lo que pase, serán siempre deudores de los Sergent y yo estoy ahora encargada de la deuda... Esos servicios no se olvidan.

Las cosas de otro tiempo eran más familiares á Fanchette que las de actualidad, por las cuales no se interesaba tanto su vejez extremada. No había salido nunca de su aldea y conocía á fondo su crónica y la genealogía de todas las familias... Había observado tantos cambios en el destino, tantas subidas de unos y tantas decadencias de otros, que contaba historias de las que había sido testigo y que casi siempre llevaban consigo una moral edificante y confirmaban el adagio según el cual cada uno es castigado por donde peca. La vida real se parece, en efecto, con más frecuencia de lo que se cree, á un drama bien imaginado que conduce al castigo del vicio y al premio de la virtud.



Por la ventana abierta entraba un agradable olor á saúco y á enredaderas

– Cuando has entrado hace un instante, me ha parecido que veía á tu tío Andrés Sergent, el hermano de tu abuelo, tal como vino un día para llevarme á la boda de Mathurin Loriot, en la que me sirvió de caballero. Pero, no te ofendas, estaba mejor vestido que tú. Su chaleco de terciopelo floreado, su frac azul con botones dorados y su sombrero gris, hacían mejor efecto que tus ropas de color de polvo. Las modas de entonces eran más bonitas y tú no tienes la culpa... Pero tienes su misma expresión, su estatura y sus ojos azules... Todos los Sergent han sido buenos mozos y tú eres un verdadero Sergent.

– Gracias por el cumplido... Va usted á ponerme orgulloso...

Una risa bondadosa se dibujó en aquella boca sin dientes.

– ¡Buenos mozos, sí, pero cabezas de granito! Tu madre lo probó cuando quiso casarse con tu padre. Entonces fué cuando su tío Andrés se enfadó con ella y no se han vuelto á ver más que en las ocasiones solemnes... Porque supongo que seguís reñidos. Los Sergent no se vuelven nunca atrás en sus decisiones...

Pedro escuchaba con el mismo interés que si estuviera registrando el archivo de su familia.

– No he visto más que una vez al hermano de mi abuelo, dijo, y fué en el entierro de éste. Vive en el país de su mujer, en la Mayenne. Sé que ha perdido su hijo y su nuera y que vive con su nieto. He sabido que mi primo Felipe ha estudiado Derecho y se ha vuelto á vivir en sus tierras... Desde aquella fecha lejana no nos hemos encontrado ninguna otra vez. Yo era entonces un chico de unos diez años y Felipe debía tener catorce...

Fanchette escuchaba con una atención que enrojecía sus pómulos arrugados.

– Tu madre, dijo, me ha contado lo mismo esta mañana. Hacía mucho tiempo que no me atrevía á hablarle de todo esto; pero hay momentos en que se abre el corazón, y hoy me ha hablado espontáneamente de los tiempos pasados. Tu tío Andrés (y la tierna emoción con que pronunciaba este nombre, que con tanta frecuencia repetía, revelaba que había un sentimiento encerrado en aquel viejo corazón como una flor seca en un libro), tu tío Andrés tenía un hijo guapo y alto como él y como tú, que se enamoró como un loco de su prima. Tu madre era entonces la más linda muchacha de los alrededores. La llamaban «la Rosa del Molino.» Tu padre era un empleado de Puentes y Calzadas, y fué muchas veces al molino. Tenía los ojos negros y los de Rosa eran azules... Siempre sucede lo mismo... Tú te enamorarás seguramente de alguna joven de cabello negro.

– ¿Es verdaderamente una ley absoluta?, dijo Pedro ruborizándose un poco.

– Ya lo verás, ya lo verás... Así, pues, tu tío Andrés quiso casar á su hijo con su sobrina, pero ésta se negó. Entonces Andrés levantó de cascos al padre de Rosa que, sin embargo, adoraba á su hija. Rosa, que había perdido su madre, era la dueña de la casa y estaba acostumbrada á hacer en todo su santa voluntad, se encabritó ante la resistencia de su padre y de su tío, y juró que no tendría otro marido que Antonio Destraimes... Esperó cuatro años, y nadie sabe como yo lo que sufrió. ¡Cuántas veces vino á llorar ahí, en esa silla baja en que estás sentado!.. Rosa mostraba á todo el mundo una cara impasible... ¡Una verdadera Sergent por la obstinación y por el orgullo!.. ¡Pero qué dicha la suya cuando yo le procuré que se encontrase un día aquí con su novio, tan constante como ella!.. Por fin Rosa triunfó. Andrés se indispuso con su hermano, pero tu madre se casó con Antonio. Solamente que en sus dorados cabellos había ya algunas canas...

La vieja hablaba, hablaba, impulsada por sus recuerdos y dichosa al ver que era escuchada por aquel buen mozo cuyo aspecto excitaba su memoria. Pedro no perdía una palabra, cautivado por un poderoso interés. Aquella débil voz que parecía venir de muy lejos, hacía más interesante lo evocación del pasado de su madre y de aquella melancólica historia de la que el joven no tenía más que vagas noticias. La idea de que había amado tanto á su padre y sufrido tanto por su amor, suscitaba en él un tierno agradecimiento.

Todo se explicaba y se aclaraba, como siempre sucede cuando se nos revela la causa de las cosas. Pedro comprendía entonces que en aquella lucha para sostener su noble constancia su madre hubiera desarrollado la parte inflexible y altanera de su carácter. Se explicaba también la preferencia por Antonino, el primogénito, parecido físicamente al esposo amado, mientras que Pedro recordaba en todas sus facciones á aquel déspota de la familia contra el cual había tenido que sublevarse su madre...

¡Ay! La separación era inminente entre aquellos dos seres que tanto habían combatido para pertenecerse y que estaban unidos por los recuerdos de su tierna juventud y de toda una vida común... El corazón de Pedro se angustió ante esa idea, y movido por el deseo imperioso de estar á su lado lo más pronto posible, se levantó.

– ¡Cómo! ¿Ya te vas?, exclamó Fanchette.

Pedro hizo un gesto de tristeza que la vieja comprendió.

– Es verdad... Eres necesario allí... Pero ¿volverás al menos?

– Sí, ciertamente... No sabe usted el bien que me ha hecho, de todas maneras.

– Entonces, hasta la vista, Andrés Sergent, dijo por broma ó por distracción, como si quisiera pronunciar una vez más aquel nombre que la encantaba.

Pedro adivinó la lejana imagen, secretamente adorada, que él representaba para aquella anciana, y tuvo una delicada inspiración que le hizo sonreir, á pesar de las ideas sombrías que llenaban su mente.

(Continuará.)

EX LIBRIS dibujados por Alejandro de Riquer, M. L. Kirby, J. Triadó, Ethel Larcombe, Gracia M. Mc Clure, A. Scott Carter, M. Igglesden y Percy Lancaster. (Conclusión.)

Difícil es determinar el país ó localidad en donde surgió la moderna evolución del *ex libris*, puesto que así en el nuestro como en Francia, Inglaterra y Alemania es casi simultáneo el movimiento, produciéndose en todas partes obras admirables, dignas de estudio y estima, tanto por la agudeza que el concepto entraña cuanto por su recomendable ejecución. Las más notables publicaciones artísticas y profesionales reproducen con frecuencia excelentes ejemplares, dechado algunos de ellos de buen gusto, corrección y maestría, ó bien inspirados en obras capitales de las pasadas centurias. Algo semejante ocurre en nuestra patria, según puede observarse entre el considerable número de aquellos que más ó menos discretamente ejecutan nuestros artistas. De entre ellos merecen citarse especialmente los que ostentan la firma de los distinguidos artistas José Triadó y Alejandro Riquer, puesto que responden á las condiciones distintivas del *ex-libris* moderno y cada uno de ellos asume los caracteres peculiares de las obras artísticas, tanto por lo que respecta al procedimientó cuanto á la exposición del concepto.

Las del primero ofrecen tres aspectos, tan perfectamente determinados y definidos, que permiten formar igual número de clasificaciones. Aquellos en que el artista hace gala de su fantasía, é impulsado por ella combina elementos decorativos para producir una divisa que particularice y sirva de marca ó sello para uso de aquel á quien se destina; los que, inspirados en el concepto artístico moderno, razonan un pensamiento, explican una aspiración ó determinan un nombre en forma anagramática ó emblemática ó simbolizan determinada profesión, aunando armónicamente caracteres de diversos órdenes ó elementos pertenecientes á estilos y épocas que algunas veces se combinan de modo admirable con los escudos y blasones heráldicos, y por último, los inspirados en las producciones magistrales xilográficas de los Holbein, Durero, Rembrandt y otros más, explican en toda su amplitud el concepto con todas, las gallardías y bellezas que el arte puede aportar, subordinado el todo á la unidad del tema desarollado, con elementos apropiados, desprovistos de anacronismos y galana y hábilmente desarrollados. Estas son, á nuestro juicio, las obras en que más se revela el temperamento de este artista, admirador ferviente de esas producciones en que se realiza la conjunción de ese estilo tan severo como grandioso y aquel que significa el glorioso Renacimiento.



Ex libris dibujado por A. de Riquer



Ex libris dibujado por A. de Riquer



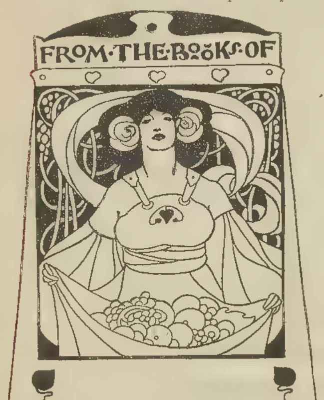
Ex libris dibujado por M. L. Kirby



Ex libris dibujado por J. Triadó

Cuanto á las producciones de Alejandro Riquer, ha de sernos permitido consignar que son la aplicación al *ex-libris* de los motivos ornamentales que le han singularizado, inspirados algunos de ellos en obras capitales del arte moderno, pero adaptados á nuestro país y completados con aquellos elementos que han contribuído á dar personalidad al artista y cimentar su fama de erudito y hábil dibujante. Los varios ejemplares que conocemos revelan su carácter y temperamento, y todos tienen como nota característica la elegancia y simplicidad de los trazos y cierta distinción y buen gusto que pregona su cultura.

A título de complemento de nuestras apreciaciones, hemos de hacer mención del interesantísimo concurso de *ex-libris* organizado en Londres por la notable revista titulada *The Studio*, que atestigua la acertada interpretación de los artistas que han toma-



Ex libris dibujado por Ethel Larcombe



Ex libris dibujado por Gracia M. Mc Clure



Ex libris dibujado por A. Scott Carter

do en él parte y su indiscutible valía, ya que algunos de ellos resultan obras de reconocida importancia.

Examínense las hermosas producciones de F. H. Ball, Gracia M. Mc Clure, Ethel Larcombe, A. Scott Carter, M. L. Kirby, H. Gannaway, M. Igglesden y Percy Lancaster, que también reproducimos y que figuraron en el concurso á que nos referimos, y no dudamos que ellas solas bastarán á nuestros lectores para formar ventajoso juicio del mérito de dichos artistas y de la importancia que reviste esta manifestación artística en Inglaterra. Hay que advertir que los *ex libris* históricos ofrecen un carácter especial y exclusivo, que los particulariza y les asigna un sello local, ó mejor dicho, nacional, expresión fidelísima de la corriente y concepto artístico que allí imperan. En las obras, que pudiéramos calificar como ejemplares, ya que, quizás, es el país en donde existe mayor número de cultivadores ó productores de *ex libris*, nótase gran firmeza y corrección en los trazos y acierto en la composición, resultando razonados los elementos empleados, producto, las más de las veces, del estudio y conocimiento de órdenes y estilos, singularmente los característicos de los pueblos orientales y de la antiguedad clásica. Extensísima sería la lista de aquellos que merecen citarse como maestros; mas como sólo nos hemos propuesto hoy tratar del *ex libris* en general, particularizando lo que á nuestro país se refiere, de ahí que nos abstengamos de consignar nombres, con mayor motivo cuando damos á conocer algunos de los ejemplares más notables que figuraron en el concurso de la notable publicación que mencionamos.

Diverso es el carácter de los *ex libris* de los artistas alemanes. Llevan también impreso el sello del país en que se producen, y al igual de todas las creaciones artísticas, son la bella y gráfica manifestación del modo de ser del pueblo germánico. Las obras revelan un temperamento firme y varonil, las representaciones son menos idealistas, resultando más humanas, inspiradas en el modelo viviente, en su acción, violenta muchas veces, que pone en movimiento esa musculatura propia de los hombres del Norte, evocadora de la fuerza y del espíritu que informa una raza.

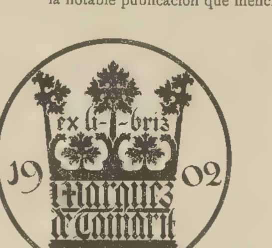
Con precedentes hermosísimos, con obras magistrales en que inspirarse, han podido los artistas alemanes cultivar con extraordinario provecho este género especial, siendo considerable el número de aquellos que se han distinguido, caracterizándose la mayor parte por los rasgos que señalamos.

Tales son las consideraciones que nos ha sugerido el renacimiento del *ex libris*, confiando que nuestros artistas aportarán su concurso al desenvolvimiento de una rama especialísima, en que de modo tan gallardo pueden manifestar su inteligencia, erudición y habilidad.

A. GARCÍA LLANSÓ.

·SUSANNAH·AND·
·ARAMINTA·ROE·
·THEIR·BOOK·

EX LIBRIS dibujado por M. Igglesden



EX LIBRIS dibujado por J. Triadó



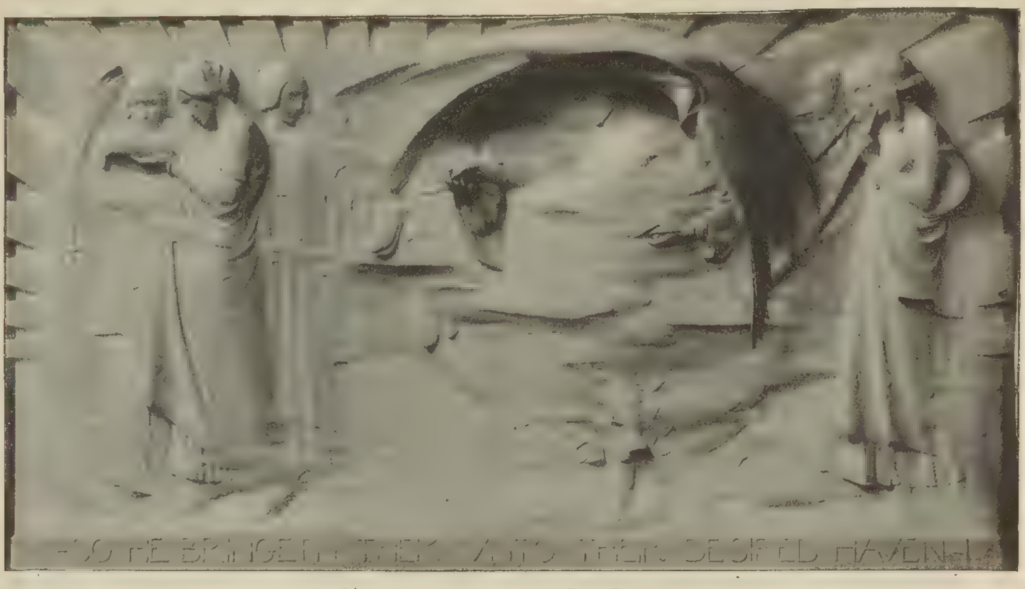
EX LIBRIS dibujado por J. Triadó



EX LIBRIS dibujado por P. Lancaster







Lápida funeraria esculpida por Jorge Frampton

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Catalina de Médicis, por *H. de Balzac*. – Forma parte este tomo de la Biblioteca económica que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso. Nada hemos de decir de la obra, pues el nombre del autor, universalmente admirado, es la mejor garantía de su bondad; la traducción está correctamente hecha por D. Torcuato Tasso. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

Nueva Geografía de Colombia, por *F. J. Vergara y Velasco*. – Se ha publicado el primer tomo de esta obra que comprende la Geografía general de Colombia y forma un volumen de más de 1.100 páginas con 342 grabados. No vacilamos en calificar el libro de importantísimo ni en afirmar que puede servir de modelo en su género, no sólo por la abundancia y minuciosidad de datos, sino además por el método con que están expuestos. Su autor, el general de Ingenieros de aquella República Sr. Vergara y Velasco, miembro de varias sociedades científicas, merece los más sinceros elogios y los merece también el gobierno del Presidente Marroquín por la edición oficial que ha hecho de la obra: ésta vió la luz pública hace quince años, pero la edición que nos ocupa ha sido notablemente corregida y sobre todo ilustrada con multitud de planos y de interesantísimos dibujos que constituyen una colección única en su especie. *La Nueva Geografía de Colombia* ha sido impresa en Bogotá, en la imprenta de Vapor del Dr. Joaquín Molino.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 9 de febrero de 1903 — Núm. 1.102

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

CUADRO DE A. MAS Y FONDEVILA

Transcurridos los cuarenta días de la Natividad del Señor, su Santísima Madre quiso cumplir con el precepto de la ley de los judíos, según la cual la mujer que paría debía purificarse en el templo; y aunque sabía que aquella ley no la obligaba, por estar exenta de toda mancha, no dudó en rendirse á la ley común, tanto por dar ejemplo cuanto por el ardiente afecto que sentía de «humillarse y pegarse con el polvo que siempre estaba en su corazón,» como escribe la Venerable Sor María Jesús de Agreda.

Partieron de Belén José, la Virgen y el Niño encaminándose á Jerusalén; y llegada la mañana del día señalado, se dirigieron al templo, llevando las tortolillas y las dos velas necesarias para la ceremonia. El sumo secerdote Simeón tomó á Jesús en brazos y le bendijo, diciendo: «Ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel.»

En este pasaje de la Vida de la Virgen se ha inspirado el notable pintor nuestro querido colaborador Sr. Mas y Fondevila para componer el bellísimo cuadro que al pie de estas líneas reproducimos. En él se ha ceñido el artista estrictamente á los textos sagrados, sin apartarse un ápice de lo que los Santos Evangelios refieren y sin consentir que su fantasía volara por esos espacios imaginarios á que tan aficionados se muestran algunos pintores cuando se trata de asuntos parecidos al del lienzo que nos ocupa.

Que la expresión sencilla de la verdad basta en estos casos para producir una obra de arte, nos lo demuestra con la suya el Sr. Mas y Fondevila, el cual, aparte de esto, ha justificado una vez más en ella que es artista concienzudo, que antes de desarrollar el tema en la tela, lo estudia profundamente en todos sus aspectos y acopia con escrupulosidad suma todos los elementos que son precisos para que el cuadro no presente punto alguno vulnerable; por esto las figuras tienen su carácter verdadero, y la indumentaria y los detalles arquitectónicos resultan intachables.

De las bellezas técnicas de la obra nada diremos, porque además de que se imponen desde luego á la simple contemplación, el Sr. Mas y Fondevila, por su corrección, por su naturalidad, por su vigor y por su brillantez, se ha conquistado un puesto eminente entre nuestros primeros dibujantes y coloristas.



PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO,
cuadro de Arcadio Mas y Fondevila, propiedad de D. José Monegal



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLÍNICA

Mientras la gente se precipita á los teatros y los invade tarde y noche (este es el año teatral por excelencia), mientras allende el Estrecho se evocan las sombras del Gran Cristiano y de Prim y aulla el fanatismo de los que nosotros debimos civilizar y no civilizamos porque estábamos dormidos – y harto tendríamos en que entender si nos autocivilizásemos, – en Madrid, la ciudad de los crímenes espeluznantes, se publica obscuramente un grueso volumen donde se recoge la Información del Ateneo acerca de este tema sugestivo: «Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarlo.»

***

Entre los sesenta y dos nombres de informantes, cuyos pareceres recoge el libro, figuran muchos de los que aquí poseen mayor autoridad en cuestiones sociales: Antonio Maura, Pedro Dorado Montero, Gumersindo de Azcárate, Miguel de Unamuno, Santiago Ramón y Cajal, Francisco Pi y Margall, José Piernas y Hurtado, Federico Rubio, Vicente Santa María de Paredes, Rafael Salillas, colectividades como un grupo de la Universidad de Oviedo y la Cámara agrícola del Alto Aragón... Otros nombres, entre ellos el mío, proceden del campo literario; pero *tutti quanti* en la lista aparecemos somos intelectuales, y me atrevo á creer que todos hemos reflexionado, más ó menos profunda y amargamente, sobre los males de la patria. El testimonio no carece, pues, de algún peso, y en otro país sería leído con avidez y comentado y meditado y discutido y cernido, y algo influiría en la marcha política y en la orientación administrativa. Aquí sospecho que quizás lo leeremos, si tanto se consigue, aquellos mismos que hemos colaborado en él. En la lista de nombres de informantes, no encuentro (con honrosas excepciones) los de los hombres políticos que por turno rigen nuestros destinos. Sin duda han calculado sabiamente que en boca cerrada no entran moscas.

***

Dejando aparte la Memoria de la Sección, obra de una eminencia, y pasando á examinar los testimonios, paréceme curioso recoger en muchos de ellos la nota saliente; de esta selección debe de resultar alguna enseñanza. Allá van por su orden y del modo más sucinto.

Antonio Maura. – Conforme del todo con Joaquín Costa en el cuadro pesimista del estado actual de España, «cuadro que tiene la neutralidad despiadada de un espejo.» El gobierno es el gran cacique, la *universalidad caciquil.* Hay un cacicato editor de la *Gaceta.* La úlcera es inmensa y nunca se acaba de sondear su profundidad. Los elementos sociales (aristocracia, estado llano) son ó caducos ó advenedizos. Remedios: este es el hueso – aquí noto más vaguedad en las palabras de Maura. – Saneamiento de la voluntad del gobierno; buen ejemplo; disolución de Cortes, si es preciso; reforma de la administración local; ley de responsabilidad civil de los empleados; quizás las costumbres, el lapso del tiempo.

Basiliso G. de Alcaraz. – Nuestra situación puede definirse: la anarquía burocrática. El reinado de la mesocracia aún tiene que prolongarse, hasta que eleve á su altura al cuarto estado. Para esto necesita al cacique. Así iremos tirando, hasta llegar á una revolución sangrienta.

Adolfo Bonilla. – Diatriba contra el caciquismo y en especial contra el cacique literario (este es un punto de vista donoso y original). Todos los caciquismos son revelaciones de un fondo general de incultura. Remedios: sistema presidencial, responsabilidad del jefe del Estado, separación de la *Administración* y del *Gobierno.*

Alfredo Calderón. – ¿Somos pueblo de viejos ó de niños? Se inclina á lo primero. Nuestra alma es, como nuestro suelo, un montón de ruinas. Bienvenida la dictadura, si ella hiciera patria. Pero el dictador no existe: es una pura utopía. Habrá que suplirlo con una especie de Convención Nacional. En vez de dictadura personal, dictadura parlamentaria. Revolución política, que no resolverá el problema, pero es condición previa indispensable para comenzar á resolverlo. Y si le dicen á Calderón que esto es otra utopía como la del «cirujano de hierro...,» Calderón confiesa que no sabrá qué contestar.

Cámara agrícola del Alto Aragón. – Urge apartar del poder á los políticos fracasados. Hay que formar un único partido nacional. La base de este partido deben darla los intelectuales.

Salvador Canals. – El cuadro del estado político de España trazado por Costa es indiscutible. La oligarquía y el caciquismo, efectivos, no son una causa, son un efecto, un fruto del medio nacional. No son ellos, pues, lo que importa combatir, sino su origen. Algunas reformas podrían intentarse al efecto, como: instrucción militar obligatoria, independencia del poder judicial y de la enseñanza, substantividad del municipio, supresión de las Diputaciones provinciales. El mal, sin embargo, está muy hondo; aquí no alientan sino los particularismos, y hay motivos para dudar de la existencia de un patriotismo español.

Antonio Casaña. – Ve todo el mal en el parlamentarismo.

Altamira, Posada, Buylla, Sela. – La misma realidad es el cuadro de nuestro estado que pinta Costa. Pero el caciquismo no es vicio del gobierno, sino enfermedad del Estado. Nuestra ignorancia, nuestra tendencia retrógrada, la originan. Estamos desnacionalizados. Es principalmente el pueblo quien ahora se contagia con esa enfermedad, que en 1808 no padecía aún. El mal no es sólo la oligarquía y caciquismo: reside también en el programa de los que van resueltamente contra la cultura y el sentido de la vida moderna. El remedio sería un buen presupuesto de enseñanza, más que otros medicamentos exteriores y coactivos. La dificultad de la dictadura consiste en la falta de *carácter* que aquí padecemos. No hay valor cívico. Como paliativo del caciquismo convendría la independencia del poder judicial. Al final de esta Información, á título de corolario, una carta de un ex magistrado y un párrafo de Alejandro Pidal.

Severino Bello. – Testifica, con observaciones y hechos, de ese comienzo de desnacionalización sorda que nos amaga, y pide que, fracasado el movimiento de las clases económicas, nos salven las intelectuales.

Lorenzo Benito. – Conforme también, de toda conformidad, con el cuadro de síntomas trazado por Costa. No hay Parlamento, no hay partidos, y vivimos en plena oligarquía. El Parlamento se acabó el día 3 de enero de 1874. Vivimos en ficción constitucional. Pero una revolución sería más bien una *subversión.* Nos hacen falta un *ambiente* y un *hombre.*

Joaquín Fernández Prida. – Está más por los paliativos que por los remedios heroicos.

Pompeyo Gener. – España ha sido «un agregado heterogéneo superorgánico» y hoy es «la degeneración de un imperio universal.» Desmembrada y disgregada España, reducida, ni aun conserva unidad étnica. El caciquismo, sin embargo (este *sin embargo* me pertenece), es una producción orgánica del país y de la raza. El cacique es el sucesor del emir ó del señor de horca y cuchillo. El remedio sería la proclamación de la República federal ó federativa, y la descapitalización de Madrid, donde la atmósfera política es tan funesta como la material. La capitalidad podría turnar entre Burgos, Bilbao, Barcelona, etc. Además convendría dar un desarrollo enorme á la instrucción pública. Y mucha vida moderna.

Enrique Gil y Robles. – ¡Qué cuerda tan distinta de la de Pompeyo Gener! – La oligarquía puede ser buena y patriótica y responder á un natural impulso de selección. Pero la actual oligarquía es una *burguesocracia* tiránica. Las capas de la clase media se han constituído en empresa mercantil é industrial para la explotación de una mina – el pueblo, el país. – Tal oligarquía no es exclusiva de España, estas habas se cuecen en todas partes; pero en otros países la clase media, más ilustrada, ha adquirido una habilidad de gobierno, una prudencia, de que carece aquí. En España esta burguesocracia presenta caracteres más graves y repulsivos, porque no hay quien le vaya á la mano, ni resistencia popular que le infunda, ya que no justicia, al menos prudencia. Como remedio, Gil y Robles cree que lejos de acercarnos á Europa nos conviene la autarquía y la deseuropeización. Se necesita – en esto está de acuerdo con Costa – el poder personal y su acción omnímoda. No nos queda más recurso – á pesar de sus peligros – que la dictadura, ya que aquí nos falta la realeza en su representación de potestad legítima. – El dictamen de este sabio absolutista es de los más curiosos y valientes de toda la Información.

Mañé y Flaquer. – La culpa de estas oligarquías y caciquismos la tiene el sufragio universal, que el pueblo ni pedía ni deseaba. Es una escuela de desmoralización política.

Ortí y Lara. – La culpa de estas oligarquías y caciquismos la tienen el libre examen y la independencia de la razón humana. Desechemos el liberalismo y nos remediaremos.

Pella y Forgas. – Cree que á nuestra carencia de unidad nacional se debe el caciquismo, el cual presta su servicio empalmando las relaciones entre el individuo y el Estado. Su remedio es la autonomía administrativa de las regiones.

Pi y Margall. – Para debelar el caciquismo, rómpase la cadena que va del gobierno á las corporaciones populares. La crema de la oligarquía son los senadores hereditarios y los vitalicios. Suprímase el Senado ó hágase electivo enteramente.

Jacinto Octavio Picón. – Para oir las quejas basta tener oídos, para ver las calamidades basta tener ojos. El mal es externo; su manifestación, la indiferencia y alejamiento del pueblo y de la clase media ilustrada en cuanto se refiere á la vida pública. Aquí se ha proferido impunemente el grito de «¡muera España!» El remedio sería una liga, una confederación, para el ejercicio de los deberes políticos. En ella entrarían todos los que aún sienten la idea de la patria.

. . . .

Y antes de proseguir, noto que el papel, es decir, el espacio que permiten estas crónicas, va á acabárseme, y que, aun practicando una concisión mutiladora, no cito y extracto la mitad de los pareceres. Me detengo y me reduzco á hacer observar una circunstancia característica de esta Información, á saber: que con bien raras, tal vez unipersonales, excepciones, los informantes reconocen á voz en cuello que, en efecto, estamos bajo el régimen de la oligarquía y del caciquismo. Es decir, que nadie podrá nunca insinuar siquiera que tal Información se ha propuesto sobre un tema sin cuerpo de realidad, y ha versado sobre males cuya trascendencia exageró, con esa fantasía de artista y de poeta que se le achaca como un delito, el Sr. Costa... No; por desdicha, ni el poeta ni el artista fueron, en esta ocasión, más allá que el pensador y el sociólogo; y el comentario del instructivo libro es el pedazo de tela que acabo de ver flotar en la Puerta del Sol, cegados mis ojos, al mirarle, por algo que no era el sol precisamente... La bandera de la República Cubana.

Emilia Pardo Bazán.



... y que nadie sepa que la niña ha muerto hasta que yo vuelva

HISTORIAS MADRILEÑAS

LA TIENDA DE JUGUETES

La condesa de Z fué durante mucho tiempo una de las figuras más notables de la sociedad aristocrática de Madrid. De origen criollo, su hermosura era espléndida; de riqueza cuantiosa, no sentía timideces para gastarla, y como su enlace con el conde la había dado elevada posición social, no era extraño que desempeñase tan brillante papel dando espléndidas fiestas y haciendo de sus salones los más notables de la corte.

Nada se podía reprochar á la condesa, que dotada de gran talento y de un tacto exquisito, sabía, sin violentarse mucho, detenerse en límite adonde no podía penetrar la murmuración.

Sólo tratándola íntimamente se podía notar el gran defecto de aquella mujer, su falta de corazón.

No vivía más que para el público, para la galería, para la exterioridad. Dentro de su alma, ni un sentimiento delicado; dentro de su hogar, ni un goce íntimo. Su esposo, convencido al poco tiempo de la frialdad de aquella mujer, que se había casado con él sólo por la vanidad de llevar el título, tomó la resolución filosófica de disfrutar del dinero que había recibido en cambio de sus blasones, sin meterse en interioridades, siendo en su casa un convidado más.

Habían tenido en los primeros años de su matrimonio una niña, que no despertó en el corazón de aquella mujer el sentimiento sublime y delicado de la maternidad, porque aquel corazón estaba muerto.

La niña no fué en la casa más que un objeto de lujo. Las amas que la conducían á paseo eran de las más aparatosas que se presentaban en el Retiro y en la Castellana, y á la nodriza robusta y fuerte, cargada de cadena de oro, collares de coral y botones de filigrana, que campanilleaban en traje de vistoso terciopelo, sucedió la más delicada y flexible de las *mises* que vino de Londres, donde había sido pedida como un mueble ó como un vestido, con la condición de que fuese elegantísima y distinguida.

Y la niña creció como flor de estufa, sin más cariño que el ardiente que la profesaba la doncella que había sido puesta á las órdenes de la *miss* para cuidar de aquella criatura.

Pero esto no basta para un corazoncito tierno y delicado como el que Dios había puesto, por singular contraste, dentro del cuerpecito de la hija de los condes de Z, y la niña languidecía visiblemente, hasta el punto de que su madre fulminó contra ella la más terrible de las sentencias que podían salir de sus labios.

—¡Jesús!, dijo uno de los varios días que la contempló detenidamente cuando la volvían de paseo. Esta chiquilla se está volviendo fea.

¡Fea! La pobre no lo era, pero faltaba en sus mejillas el color sonrosado que brota al roce de los besos maternales; sus cabellos de color de oro pálido no tenían las ondulaciones que les prestan los dedos de la madre cuando se enlazan cariñosos en ellos; faltaba en sus labios el rumor de las canciones, y en sus ojos el brillo encendido por el cariño.

Era, en medio de la opulencia que la rodeaba, una niña triste, como el huerfanito abandonado en medio de la calle; y la tristeza, la enfermedad del alma, se tomó como padecimiento físico, dándoles á los más reputados doctores la misión de combatirla.

Y como la niña no necesitaba medicinas, sino caricias; cuidados artificiales, sino besos, murió cuando menos se pensaba, una noche en que su madre estaba ya vestida para ir á un baile, al que de ninguna manera quería faltar.

—Enciérrense ustedes en el cuarto de la niña, les dijo á la *miss* y á la doncella, que la llamaron en el terrible momento, y que nadie sepa que la niña ha muerto hasta que yo vuelva.

Y así se hizo, y hasta que al clarear el nuevo día la señora volvió del baile, donde habían deslumbrado más que nunca su lujo y su belleza, no se dió la noticia de que la niña había muerto.

El entierro fué, como todo lo que se hacía en aquella casa, de extraordinaria pompa. Los lacayos vistieron la librea de gala, como para los bailes grandes; el diminuto ataúd de raso blanco desaparecía bajo un montón de flores cuando fué colocado en el lujoso coche estufa, y el mauseleo que por encargo de la condesa labró en el cementerio uno de los más renombrados escultores para encerrar el cuerpo de la niña, fué una maravilla de arte.

* * *

Había pasado algún tiempo desde la muerte de la pobre criatura, y un día de Todos los Santos que yo visitaba el cementerio en que estaba enterrada, me sorprendió ver su sepulcro lleno de flores.

Eran artificiales, pero flores al fin, que alegraban aquel triste recinto.

Ordenándolas se hallaba la que había sido doncella de la niña y continuaba en la servidumbre de la casa.

«¿Habrá habido algún arrepentimiento tardío en el corazón de aquella madre?, me dije. ¿Le habrán hecho penas y desengaños pensar en la hija muerta más que pensó en la hija viva?»

Y para salir de dudas me acerqué á la doncella, que me reconoció como una de las visitas de su ama.

—¿Aquí está enterrada la niña?, le pregunté para entrar en conversación.

—Sí, señor.

—Y esas coronas ¿quién las envía?

—Las hago yo con las flores que puedo coger de los vestidos de baile que desecha la señora.

* * *

El tiempo pasó rápidamente. Aquella casa donde se celebraron fiestas tan brillantes y recepciones tan

espléndidas, se cerró después de la muerte del conde, á la que sucedió la marcha de su mujer, que tuvo que ausentarse de Madrid para ver si podía salvar algo de su fortuna, comprometida en las guerras coloniales.

La hermosa y arrogante condesa de Z no era ya más que un recuerdo en la vida de la corte, recuerdo que sólo evocaban los viejos, los que la conocieron en sus buenos tiempos.

* * *

Llegando en una excursión del pasado estío á un pueblecito medio escondido en las vertientes de los Pirineos franceses, vi sentada en la plaza pública y frente al modesto edificio que servía de escuela á una anciana vestida de negro.

Su traje era de riguroso luto, como revelaban la toca y el largo velo de crespón, y aunque nada de particular tenían aquellas prendas, denotaban una distinción exquisita en la que las llevaba.

La anciana parecía indiferente á cuanto la rodeaba y entregada por completo á la tarea de formar ramitos con las flores que en gran cantidad tenía sueltas sobre la falda.

De pie á su lado se hallaba una mujer más joven que ella y vestida con el decoro de una criada distinguida.

La insistencia con que esta mujer me miraba llamó mi atención, y al acercarme á ella vi con sorpresa que me saludaba.

– Ya no me conoce el señor, dijo con una triste sonrisa.

– ¡Justina!, exclamé reconociendo de repente á la antigua doncella de la niña de la condesa de Z.

– La misma, contestó llevándose un dedo á los labios y señalando con melancolía á la anciana, que sin enterarse de nada continuaba engolfada en su tarea de arreglar las flores.

Quedé absorto al fijarme bien en aquella señora y reconocer en ella la arrogante y espléndida condesa de Z, que fué astro brillante en los salones madrileños.

Justina, llevándome aparte sin perder de vista á su señora, me contó rápidamente una triste historia.

Después de la muerte desgraciada del conde, la señora se había ido á Cuba, donde estaba lo principal de su fortuna, y allí había sufrido dolorosas contingencias durante la guerra, quedando poco menos que arruinada y habiendo perdido la razón después del incendio y saqueo del ingenio donde se había refugiado.

Un antiguo amigo de su familia, que liquidó lo poco que la quedaba, la trajo á Europa y la estableció en Biarritz, depositando en una casa de banca de Bayona el pequeño capital, que la daba para atender á las más perentorias necesidades de la vida de ella y de la sirvienta que la había permanecido fiel.

El bullicio de Biarritz y algunos encuentros inesperados de los buenos tiempos excitaron el sistema nervioso de la condesa, y un doctor afamado aconsejó el retiro en aquel tranquilo pueblecito.

La locura de la condesa era muy tranquila, y por un fenómeno singularísimo había recobrado el corazón al perder la razón, consagrando todos sus pensamientos á la memoria de su hija muerta, á la que creía ver en todas las niñas de la edad que tenía cuando murió.

Por eso las esperaba á la salida de la escuela y las acariciaba y adornaba con flores.

* * *

Partí de la aldea profundamente conmovido, y al poco tiempo supe la muerte de la condesa, cuyo cuerpo halló el eterno reposo en una modesta sepultura del cementerio del pueblecito francés.

Justina, nombrada por testamento su heredera, recogió el dinero depositado en Bayona y regresó á Madrid, donde se estableció, abriendo en una de las calles más céntricas de la capital una tienda de juguetes.

¡Una tienda de juguetes! Era todo lo que quedaba de la colosal fortuna con que deslumbró á Madrid, durante muchos años, la hermosa y arrogante condesa de Z, de la que ya casi nadie se acuerda.

Y una tienda de juguetes, esto es, un Paraíso de los niños, se había establecido en memoria de aquella infeliz criatura que vivió sin cariño y murió sin recibir los besos de su madre.

J. G. Abascal.



El día del Santo, cuadro de José Jiménez Aranda

GENTES Y COSAS DE MÉJICO

FIESTAS ESCOLARES

La sociedad de Méjico ha tenido ocasión de presenciar una fiesta inusitada entre nosotros y en extremo simpática, que mereció todos los sufragios y cuyo recuerdo es difícil que pierda su graciosa intensidad en largo tiempo: se trata de la primera fiesta escolar que para clausurar su período de estudios en el agonizante año de 1902, organizó la Dirección de Instrucción Primaria del Distrito Federal.

Hasta ahora, de acuerdo con los viejos cánones, las escuelas tenían, pasados sus exámenes, la clásica distribución de premios; pero un hálito de reforma sopla sobre la Instrucción Pública en Méjico, y las tradiciones se van, el andamiaje de las costumbres de antaño se quebranta, los clisés se borran y desvanecen, y nuevos métodos, nuevas tendencias asoman por todas partes.

Se ha visto tras larga experiencia que las distribuciones de premios, lejos de ser un elemento de estímulo, lo son de desmoralización; lejos de engendrar en el ánimo de los escolares entusiasmos fructuosos, originan envidias y desalientos. El niño privilegiado se llena de suficiencia; el niño que nada obtuvo, de despecho. Cree éste que á un favoritismo y no á la equidad debió el primero su fortuna. Desgraciadamente, en su casa, ó confirman y robustecen tal idea, ó bien hácenle objeto de censuras acérrimas por lo que llaman su ineptitud; el padre severo le amenaza con retirarlo de la escuela y meterle á aprender un oficio; y en cuanto al padre dulzón y sentimental, incúlcale la idea de que lejos de ser un desaplicado, un culpable de negligencia, es una víctima de quién sabe qué pasiones y manejos tortuosos. El porvenir suele por lo demás no ratificar los primeros éxitos de la escuela, y es frecuente leer en las biografías de los grandes hombres que fueron escolares reacios, y que un día, ante la fulguración de su conciencia ya formada, vieron de una ojeada el hueco abierto por su pereza y lo salvaron de un gran paso vigoroso y prometedor.

Hay otra consideración aún. A veces el alumno pundonoroso, pero de menguados alcances, conquista una recompensa, y es triste, profundamente triste, no sólo para él, sino aun para el escolar indisci-

plinado y reo de tales ó cuales venialidades contra el estudio, llegar al fin del año, tras las lentas horas de clase, sin otra esperanza de compensación que la



Escudo de Armas de la República Mejicana

de asistir á una distribución de premios en la cual se pavonearán satisfechos sus compañeros, los felices, los recompensados; mientras él, cariacontecido, malhumorado, lleno de un naciente despecho, amargada el alma por los reproches paternales y por los alfileretazos de los compañeros, se acurrucará alicaído en un rincón del aula en fiesta, con el rubor en el rostro y las lágrimas en los ojos.

***

¡Cuánto más bello, más piadoso, más estimulador es congregar, sin distinciones, sin preeminencias, á todos los alumnos en una fiesta, decirles: «Amigos míos, la faena ha concluído; abrid al sol que ríe y resplandece las ventanillas de vuestro corazón! ¡Regocijaos todos en el júbilo común, y que aquellos que cumplieron estrictamente con sus deberes en la escuela, se regocijen más que los otros, con el dulce gozo de la misión cumplida; que rían más que los otros, porque han dado un nuevo paso hacia la ciencia y hacia el bien!»

Crear en el niño una personalidad cada día más intensa y una conciencia cada día más libre; hacerle de hecho desde los comienzos de su vida en flor un manumiso moral; inculcarle la idea de la responsabilidad absoluta de sus actos y del respeto propio; hacer de una falta un elemento de deshonor y no un sujeto de castigo, he aquí algunos de los ideales de la educación moderna.

Y sobre todo, que la escuela no sea para el párvulo una ergástula, sino un riente templo de progreso y de amor; que la bandada de chicuelos llegue á ella cantando, como la pollada al árbol dispensador de sombra y de refugio...

Tales ideas presidieron á la gran Fiesta Escolar que ha inspirado estas líneas; parecía como que flotaban en el ambiente del teatro lleno de guirnaldas en que se efectuó aquélla; leíanse en los ojos húmedos de emoción del viejo Presidente que la honraba con su presencia, en el rostro noblemente satisfecho del subsecretario de Instrucción Pública y en las miradas brillantes de los padres de familia que llenaban la amplia sala.

***

La fiesta se efectuó en el teatro Arbeu, el más vasto de los que el gobierno tiene hoy en disponibilidad, en tanto que se construye el Gran Teatro Nacional de la Ópera; y tan grande fué desde un principio el entusiasmo que despertó en la buena sociedad de Méjico, que no bastando las localidades á satisfacer las solicitudes, hubo de repetirse el programa la siguiente noche.

Mas de mil niños tomaron parte en ella y otros mil podían contarse cuando menos entre los espectadores, formando entre ellos como manchones de luz, como oasis de júbilo, con la gloria de sus ojos, la rozagancia de sus caritas en flor y la gracia de sus trajes.

Se compuso el programa, entre otros números, 1.°, de *El Payador*, ese poema del argentino Rafael Obligado, en el cual palpita toda la augusta melancolía de la Pampa, y que nos sugiere, como casi todos los suyos, la visión misteriosa y serena de una tarde que se derrumba, recitado por cincuenta niñas que lo instrumentaron, esta es la palabra, maravillosamente, ya uniéndose para la estrofa coral, ya alternándose, ya formando grupos para la recitación de las estrofas capitales; 2.°, de un *juego cosmográfico* que muestra cómo hasta los recreos escolares son utilizables por la pedagogía moderna, para enseñar sin esfuerzo y sin sombra de fatiga ó de pena; 3.°, de un minueto bailado por dos docenas de diminutas parejas, con toda la gracia arcaica y discreta *del buen tiempo viejo;* 4.°, de varios coros muy bellos y recitaciones bien elegidas; 5.°, de ejercicios gimnásticos ejecutados por niñas; 6.°, de ejercicios militares (obligatorios en todas las escuelas de varones), ejecutados por liliputienses soldados; y 7.°, de un episodio de nuestra guerra de Independencia hábilmente teatralizado, y por último, del Himno Nacional coreado por dos mil niños en todas las localidades del teatro, y en general por todos los espectadores.

Cuando, después de esta última nota, la más conmovedora sin duda de todas, el viejo y venerable Presidente dejaba su palco, en medio de un aplauso unánime de cuatro mil manecitas, el editor del primer diario de Méjico me decía:

– El general Díaz debe estar satisfecho: el único aplauso que le faltaba era el de los niños, y hoy lo ha obtenido.

Y yo le respondí:

– Debe estar satisfecho, en efecto, porque ese aplauso es el del porvenir; los niños son para él la Historia, la Historia que comienza.

Amado Nervo.

Diciembre, 1902.



MÉJICO. – Fiesta escolar. – Grupo de niños que representaron el episodio de la guerra de la Independencia «Morelos y sus insurgentes.» (De fotografía remitida por nuestro corresponsal don Ramón de S. N. Araluce.)





MÉJICO. – Fiesta escolar. – Grupo de niños que bailaron el minué. – Grupo de niñas que tomaron parte en la alegoría «Homenaje á la Ciencia.» (De fotografías remitidas por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce.)

CÓMO RIEN LAS ALMAS

I

Juan Martín se incorporó en el lecho, miró al tragaluz de la buhardilla – por cuyo cristal entraba la luna nimbando el catre – y vió el cielo constelado. El bohemio sintió entonces en el alma cierta alegría triste. Algo deben de tener de mágico las estrellas, puesto que alivian los dolores morales, y es que, cuando titilan, parece que besan en el misterio...

– No me duermo, está visto: hasta á Morfeo le repugna abrazar á los miserables, dijo. Saldré. En la calle acechan el frío y la casualidad; quiere decirse que aceptaré las bofetadas del primero, con la esperanza de recibir la caricia de la segunda. ¡La casualidad!.. Como femenina, coqueta y sarcástica; sin embargo, ¡en cuántos momentos, á última hora, ha venido en mi auxilio! ¿Me faltará esta noche á la cita?..

Se vistió Juan á tientas, y salió tiritando de la buhardilla.

Eran las doce y media de la noche. La calle de las Huertas, allá por el final, estaba sola y triste: el viento helado que venía del Guadarrama tenía atemorizados hasta á los invencibles trasnochadores de Madrid: los serenos solamente, envueltos en sus recios gabanes de un dedo de espesor, echaban á las sombras, desde las esquinas de las bocacalles, la luminaria de oro que asomaba por las retinas de los faroles.

Juan, ya en la calle, dirigió el paso hacia el centro de Madrid, que es lo único que vive y brujulea á semejantes horas en la corte. Llevaba el bohemio el cuello de la americana subido y la boca tapada con el pañuelo de mano; el sombrero hongo inclinado muy sobre las cejas como para que nadie viese la tormenta íntima de aquella frente pensadora, ni la expresión de aquellos ojos grandes, negros y brillantes, que relucían con indignación, con hambre, con ilusiones, con pena, con fiebre; con la mar de cosas dentro, todas trágicas, todas grandes: es que hay ideas tan terribles, que cuando se manifiestan en una mirada, brillan como las retinas de los gatos, fosforean como las lucecillas de los cementerios.

Hasta desembocar en la calle del Príncipe, Juan anduvo de prisa para espantar el frío que le entraba en los huesos, y cuando dobló la esquina vió multitud de coches particulares, gentío, y oyó rumor de multitud. Era el desfile de la grandeza, que salía del teatro Español. Y se metió Juan entre aquel hormiguero, y vió llena la plaza de Santa Ana de carruajes que se atropellaban materialmente unos á otros. Aquello era un lujo insultante; una bofetada de gran señor que daba la vida sarcástica sobre el semblante indignado del bohemio. El, no obstante, avanzó con osadía hasta la misma puerta del teatro y se detuvo allí para ver aquello, aquello que desfilaba ante sus ojos como una vista de gala.

Allí vió un ramalazo de grandezas deslumbrador. Las puertas del teatro arrojaban á la calle, envuelta en galas, en flores, en sedas y en joyas, toda la dorada multitud española; salía, apiñada y riendo, una paletada enorme de carne hermosa y femenina; una catarata de felicidad que rodaba desde las plateas y desde los palcos hasta la calle penumbrosa y yerta; una vena colosal de sangre azul. Los brillantes faceteaban en las deliciosas orejas de las mujeres y en las pecheras estucadas de los hombres; los abrigos de las damas, como mantos imperiales, llegaban al suelo y se abrían como túnicas de diosas. Era un rayo de vivo placer el que salía de los ojos de las aristócratas; mientras que de los labios brotaban risas de amor como charla cristalina y fresca, y por los bajos, entre el borde tentador de las enaguas, surgía aroma tibio de tálamo, y asomaban piececitos de charol... Los coches, en lento desfile, iban parando ante la puerta del coliseo; y las damas subían y caían luego en el asiento de la berlina como en cojines de pluma, hundiéndose en el mullido de los almohadones con movimientos voluptuosos de palomas en celo. Luego sonaba el cerrar de portezuelas, el rodar de los grandes trenes sobre el asfalto del piso y... Nadie. Silencio. La luz eléctrica del pórtico se apagaba. Y quedaba sólo en el arroyo la hampa, tiritando, bostezando, á solas con sus harapos, con sus doloras, con sus imploraciones, con sus blasfemias...

– ¡Bah! Son unos infelices, después de todo, pensó Juan viendo desfilar el último coche. No han saboreado nunca los placeres humildes, que saben á beso... ¡Vivir siempre en la opulencia, entre las camelias, sin ver cómo se goza entre las amapolas!..

Y luego, cambiando de tono, de gesto y de reflexiones, pensó en la felicidad envuelta en percalina, no envuelta en seda insultante, como la otra.

– También los mendigos tienen amores; también se ríen; y esos, como saben mejor apreciar lo que cuesta la vida, cuando pueden gozarla un minuto, la disfrutan en más alto grado; se vuelven locos de amores con ella. El tálamo de los albañiles tiene algo de altar: en su mesa de pino, los garbanzos al salir del puchero parecen de oro: las alboradas de los braceros del campo son más brillantinas, los crepúsculos más lindos; una puesta de sol en un cortijo es más grande que Madrid en pleno. Los segadores tienen siempre una aurora boreal sobre las sienes; los reyes una corona; son más felices los segadores, pues. Entre el palacio y el bosque es más apocalíptico el bosque; y después de todo, lo mismo caben la cuna de un niño y el cuerpo de una madre – ¡el gran poema! – en una alcoba de terciopelo, que en una choza de esparto y de ramaje, ¡bah!

II

Juan Martín, nuestro bohemio, no quiso seguir más adelante. Volvió el rumbo y tomó de nuevo por la calle de las Huertas.

Entró en su buhardilla y se acostó.

No había cenado; ¿qué importa? Pero era feliz. Sentía la dicha de la idea, que oreaba sus pensamientos, ya blancos; no negros como antes; ya sublimes, no anárquicos; ¡ya puros, como si le hubiesen bañado la frente con agua bendita!

Se durmió. El sueño plácido venció al hambre venenosa. Morfeo ya esta vez abrazó al feliz, al espiritual.

Una sonrisa bordaba los labios del bohemio. Y la luna, que caía por el cristal del tragaluz nimbando el catre, le ponía una orla de plata en las sienes...

F. de la Escalera.



El coronel Arturo Lynch, condenado á muerte por el Tribunal Supremo de Londres por haber militado en las filas boers durante la última guerra (de fotografía).



El coronel Lynch y los oficiales de la brigada irlandesa en la última guerra anglo-boer. El coronel Lynch es el del centro de la primera fila

EL CORONEL LYNCH

Gran interés ha despertado en toda Inglaterra el proceso del coronel Lynch, que acusado ante el Tribunal Supremo de haberse unido á los enemigos del rey en el Transvaal, acaba de ser condenado á muerte, pena que le ha sido conmutada por la de reclusión perpetua.

La existencia de Lynch ha sido sumamente accidentada. Nacido en Australia en 1867, de padres irlandeses, estudió la carrera de ingeniero, licencióse en la Universidad de Melbourne, y después de haber sido profesor de matemáticas, consagróse á la literatura, habiendo escrito, entre otras, las obras *Nuestros poetas, Nuestros autores modernos* y *Nuestros demócratas*. Residió en Francia durante la mayor parte de su vida; y al estallar la guerra en el Sur de Africa, obtuvo del gobierno boer carta de naturalización, y organizó un comando al que dió el nombre de «brigada boer,» á cuyo frente combatió en el Natal, tomando parte en el sitio de Ladysmith.

Cuando se firmó la paz, regresó á Francia, y probablemente habría terminado tranquilamente su vida en París; pero habiendo sido elegido diputado por el partido nacionalista irlandés, marchó á Inglaterra, en donde fué inmediatamente detenido y procesado por el delito de alta traición.

La acusación formulada contra Lynch ha sido redactada en las formas arcaicas que conserva la justicia inglesa, y los que concurrieron á la vista no pudieron menos de sonreir cuando oyeron al ministerio público decir ante los jueces cubiertos con pelucas blancas y vestidos con togas de color de escarlata con franjas de armiño, que «Lynch, sin temor de Dios en el corazón é instigado por el demonio, había dado auxilio á los enemigos de la reina, con lo que resultaba ser un mal ejemplo para los demás.»

Su abogado defensor tomó por base de su argumentación que Lynch había sido naturalizado por el gobierno boer; que la ley de naturalización decretada en 1870 autorizaba el cambio de nacionalidad y borraba á la vez los derechos y los deberes anejos á la nacionalidad que abandonaba; y que después del juramento de fidelidad prestado por los boers con motivo de su sumisión, su defendido volvía á ser súbdito británico y reunía las condiciones necesarias para ocupar un sitio en la Cámara de Diputados.

A pesar de los argumentos de la defensa, el jura-

do dictó un veredicto de culpabilidad y el Tribunal Supremo condenó á Arturo Lynch á la pena capital decretada por la ley de 1695, que, como hemos dicho, le ha sido conmutada por el monarca. – R.



Proclamación de Eduardo VII emperador de la India. – Entrada de los duques de Connaught y del virrey lord Curzon en Delhi.

EL DURBAR DE DELHI

PROCLAMACIÓN DE EDUARDO VII EMPERADOR DE LA INDIA

Con inusitada pompa se ha celebrado recientemente en Delhi, antigua capital del Imperio Mongol y hoy de la provincia de Pendjab, el «Durbar» ó asamblea solemne para la proclamación de Eduardo VII como emperador de la India.

Desde hacía tiempo venían realizándose los preparativos necesarios para esta fiesta, en la que han aparecido confundidas las magnificencias orientales y europeas, resultando de ello un conjunto de espectáculos de una brillantez que excede á toda ponderación.

Durante los últimos meses acudieron á Delhi, en gran número, gentes de todo el mundo, especialmente norteamericanos, para asistir á las fiestas que se anunciaban, y no tardó en formarse en los alrededores de aquella ciudad un inmenso campamento que ocupaba una superficie tan grande casi como la de Londres, poblada por príncipes, rajáes, brahmanes, descendientes del Profeta que se distinguían por sus turbantes verdes, comerciantes, soldados ingleses é indígenas; en una palabra, por una multitud inmensa y de un aspecto abigarrado y en extremo pintoresco, en la que se mezclaban el Oriente y el Occidente, y que completaban los elefantes ricamente enjaezados, los dromedarios, las carrozas de gala de los magnates indios y otras cien notas brillantes de color. Cada príncipe indio tenía allí su campo propio, con tiendas riquísimas formando grupos por razas, religiones y castas, estando representados en aquella ciudad improvisada todos los pueblos asiáticos, del Tibet, del Himalaya, del Japón, de la Mandchuria, del Afghanistán, de Birmania, de Siam, etc. De noche, aquel campamento, de 48 kilómetros de perímetro, estaba iluminado por la luz eléctrica, cuya instalación costó 45.000 libras esterlinas.

El día 29 de diciembre verificaron su entrada en la ciudad el virrey, acompañado de su esposa, y los duques de Connaught, quienes, al salir de la estación del ferrocarril, fueron recibidos por los príncipes indios, vestidos con ricos trajes cubiertos de pedrería y montados en sendos elefantes dispuestos en dos filas. Lord y Lady Curzon montaron en un elefante que llevaba una silla de plata maciza de la cual pendían telas preciosas que llegaban hasta el suelo; los duques de Connaught montaron en otro guarnecido con no menos riqueza, y las dos ilustres parejas pusiéronse en marcha, seguidas de sesenta príncipes también montados en elefantes con sillas de oro, guarniciones llenas de pedrería, las trompas adornadas con plumas de pavo real y pendientes de las orejas gruesas cadenas de plata, conducidos por siervos que agitaban enormes abanicos de plumas.

Cerraban la comitiva lord Kitchener, generalísimo del ejército de la India, á caballo, al frente de los escuadrones indios, y otros príncipes montados en elefantes y camellos.

Si grandiosa y magnífica resultó esta ceremonia, casi rayó en lo indescriptible la de la proclamación de Eduardo VII, celebrada el día 1.° de enero, y á la cual concurrieron 40.000 soldados, 117 príncipes y 200.000 espectadores. Para este solemne acto improvisóse un anfiteatro de madera en forma de herradura, obra del arquitecto indio Ramsingh: en el fondo alzábase el trono, y en todas partes veíanse riquísimas colgaduras de brillantes colores, bordadas en oro y plata, y preciosos asientos para 15.000 personas.

A las once y media dirigiéronse al anfiteatro, precedidos de doce heraldos y trompeteros, los príncipes indígenas, suntuosamente vestidos, los duques de Connaught y Lord Curzon y su esposa, éstos en landó descubierto y aquéllos en elefantes maravillosamente enjaezados, mientras los cañones atronaban el espacio con sus salvas y una multitud inmensa prorrumpía en aclamaciones pronunciadas en treinta diversas lenguas. Sentóse el virrey en el trono, la guardia de honor presentó armas, sonaron 31 cañonazos, entre los aplausos de los espectadores que ocupaban las gradas, y pedida por el ministro del Exterior venia para empezar la ceremonia, presentóse el heraldo á caballo, seguido de doce trompeteros, dió la vuelta al circo, y á una señal del virrey leyó en alta voz la proclamación de Eduardo VII rey de Inglaterra como emperador de la India. Izóse luego la bandera inglesa en un mástil colocado en medio del anfiteatro, y las bandas ejecutaron el himno nacional, que fué acogido con gritos de entusiasmo por la muchedumbre que dentro y fuera del anfiteatro se apiñaba. Restablecido el silencio, á un toque de los trompeteros, lord Curzon pronunció un discurso y leyó el mensaje del rey y emperador, después de lo cual se presentó otra vez el heraldo, colocóse delante del trono y descubriéndose invitó á todos los presentes á dedicar tres aplausos á Eduardo emperador de las Indias. Finalmente verificóse el desfile ante el virrey de todos los reyes y príncipes vasallos, acompañados de sus consejeros íntimos, y los veteranos de la guerra de 1857 contra los cipayos, que son unos quinientos, entre ingleses é indios, y cuya edad varía entre 60 y 80 años.



LADY CURZON Y LORD CURZON, nuevo virrey de la India

Completaron las fiestas, que duraron quince días, un baile de gala y una gran revista de los príncipes vasallos y de sus escoltas. El primero se celebró el día 6 de enero en el Dewan Y-Khass, antiguo palacio de los emperadores mongoles, cuya inmensa bóveda está cubierta de mosaicos, ágatas y piedras preciosas, de las cuales arrancaban fantásticos destellos las luces eléctricas. La segunda se verificó el día 7: en una vasta llanura se situaron los rajáes ó marajáes, sentados en sendos tronos que llevaban en sus espaldas los elefantes cubiertos de preciosos metales y pedrería; cada uno de ellos aparecía rodeado de sus guardias de corps, cubiertos de preciosas armaduras y telas ricamente bordadas, formando un total de 160 grupos, delante de los cuales ondeaban inmensas banderas; fué, sin duda, el espectáculo más grandioso, brillante y teatral de cuantos figuraban en el programa de los festejos con que aquellas hermosas regiones han solemnizado el advenimiento al trono imperial de su nuevo soberano.

La ciudad moderna de Delhi en donde tan suntuosas fiestas se han celebrado es una población de forma regular, bien construída, con anchas calles y un recinto de murallas abaluartadas con once puertas: sus edificios principales son el palacio imperial, la mezquita-catedral del siglo XVII y la Kala Masyid, ó mezquita negra. Pero la gran maravilla de Delhi es la extensa llanura que hay al Este, en donde se ven innumerables y magníficos monumentos, restos de las ciudades que allí han existido desde los tiempos védicos hasta nuestros días; es un verdadero museo arqueológico que ocupa una superficie de 126 kilómetros cuadrados, y en el cual pueden admirarse todavía, en todo ó en parte, el palacio imperial de Feroces III, la mezquita de Daolat Lodi, el mausoleo del emperador Humayún, el Observatorio que en 1728 mandó edificar el rey astrónomo Yei-Sing, de Yeipur, y sobre todo el magnífico grupo del Kutab, con su minarete de 70 metros de altura y la soberbia Yemma Masyid, la maravillosa puerta de Aladino, el mausoleo de Altamax, las columnatas del Pirty-Radyi, del siglo IV, y una columna de hierro forjado de 14 metros de altura (siete enterrados) y 8.500 kilogramos de peso, que data del siglo III. – S.



PROCLAMACIÓN DE EDUARDO VII EMPERADOR DE LA INDIA. – LOS PRÍNCIPES INDIOS DESFILAN ANTE LOS DUQUES DE CONNAUGHT Y EL VIRREY





LA RIVAL, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE E. DE GRIMBERGHE, grabado por R. Bong

NUESTROS GRABADOS

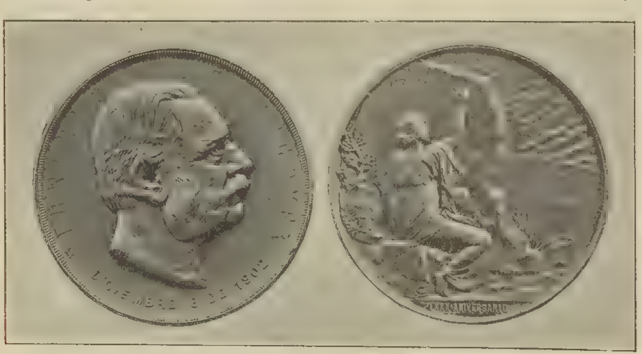
S. S. León XIII, retrato pintado por Teobaldo Chartran. – Figura el autor de esta obra entre los primeros retratistas franceses; su dibujo es firme y seguro á la vez que suave; y en presencia de sus obras se ve que la naturaleza y el estudio han colaborado por igual á la formación de su personalidad artística; que sus composiciones no son fruto de una paciente y minuciosa labor de investigación, sino más bien hijas de una facultad innata, de una fuerza natural. Sus cuadros no revelan la menor fatiga; son espontáneos, sinceros, alegres, y sus retratos están llenos de vida, pero no de esa vida tranquila que hace pensar en una vejez larga y apacible, sino de la que se desborda en gracias y en energías juveniles. Chartran nació en 1849, y su padre, consejero del tribunal de apelación de Besanzón, le destinaba á la magistratura; pero sus aficiones artísticas le hicieron abandonar en 1867 sus estudios universitarios y dedicarse de lleno á la pintura, entrando en seguida en el taller de Cabanel. En 1877 obtuvo el gran premio de Roma y una medalla en el Salón; tres años después ganaba la primera medalla con su lienzo *El cirio*, y en 1890 era nombrado caballero de la Legión de Honor, de la que actualmente es oficial. El retrato de S. S. León XIII que en esta página reproducimos es el estudio que hizo en el Vaticano para el cuadro que tanto llamó la atención en uno de los últimos salones de París.

El día del Santo, cuadro de José Jiménez Aranda. – Pocos pintores han conseguido resucitar de una manera tan bella y tan real, por decirlo así, las costumbres de nuestros bisabuelos como el ilustre autor de este cuadro. De anticuado, de contrario á las modernas tendencias, califican algunos el género á que el lienzo pertenece; pero, aparte de que en bellas artes, como en todo, sólo debe admitirse la distinción entre lo bueno y lo malo, sin tener para nada en cuenta las veleidades de la moda, aun aceptando aquel criterio estrecho, nadie negará que dentro del género citado pueden producirse verdaderas joyas; y todos los que no lleven su intransigencia hasta la exageración, habrán de convenir en que en el número de estas joyas bien puede figurar el bellísimo lienzo *El día del Santo*.

Medalla dedicada á D. Bernardo de Irigoyen, acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires. – Con motivo del 80.° aniversario del natalicio del ilustre estadista argentino D. Bernardo de Irigoyen, la Fábrica Nacional de medallas de los Sres. Bellagamba y Rossi ha acuñado la que adjunta reproducimos: la cabeza del anverso es un hermoso retrato del notable político, modelado con vigor y corrección admirables por el escultor Sr. Massa; en el reverso se ve en primer término una bellísima figura de la República Argentina, escribiendo sobre una peña la leyenda *Omnia pro patria;* y en el fondo, la planicie de la pampa terminada por una cadena de montañas que simboliza los Andes y detrás de la cual se pone el sol. Esta medalla, de la que se ha entregado un ejemplar en oro al Sr. Irigoyen y se han acuñado otros en bronce para ser repartidos entre los admiradores de éste, es una obra artística de verdadero mérito que honra á su autor y á los Sres. Bellagamba y Rossi.



S. S. LEÓN XIII, retrato pintado por Teobaldo Chartran



Anverso Reverso

REPÚBLICA ARGENTINA. – MEDALLA DEDICADA Á D. BERNARDO DE IRIGOYEN CON MOTIVO DEL 80° ANIVERSARIO DE SU NATALICIO, acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires

La rival, cuadro de E. de Grimberghe. – La tragedia provocada por los celos ha llegado á su desenlace; la antigua favorita del sultán, la que se vió un día despreciada y postergada á una nueva odalisca, ha tomado terrible venganza. La infortunada rival yace exánime, mientras la que por causa de ella padeció mil torturas, empuñando todavía el cuchillo tinto en sangre y pisando el desnudo cuerpo de la que le robó el amor de su dueño, contempla su obra con expresión y ademán preñados de odio. El notable pintor parisiense E. Grimberghe ha desarrollado este interesante tema por medió de dos figuras hermosamente trazadas, en cuya ejecución aparecen resueltos los más difíciles problemas de la técnica pictórica; y al darles como escenario una de esas viviendas orientales que tanto halagan la imaginación de los artistas, ha sabido efrenar los vuelos de la fantasía, haciendo gala de una sobriedad que no suele verse en composiciones de esta índole y que tan admirablemente armoniza con la gravedad del asunto por él tratado.

Confidencias, cuadro de Visitación Ubach. – Sobradamente conocidos son los escollos y las dificultades que se ofrecen á la mujer de nuestro país para que pueda dedicarse con aprovechamiento al cultivo de las bellas artes. De ahí que las obras pictóricas femenistas revistan para nosotros doble interés, ya que representan no escasa labor y gran suma de esfuerzos. Aplausos merecen, pues, las que sin olvidar la elevada misión que nuestra compañera debe llenar en el interior del hogar y en el seno de la familia, dedican su inteligencia y sus aptitudes al cultivo del arte. Limitado es el número de artistas con que contamos, por más que la mayor parte se distinguen por su discreción. Entre ellas merece citarse Visitación Ubach, que ha sabido ya conquistarse merecido concepto como pintora, sin menoscabo de sus condiciones de dama distinguida. El cuadro que reproducimos atestigua sus cualidades, recordando las notas simpáticas y la elegancia y distinción de líneas que caracterizaban las producciones de su malogrado maestro.

Fulvia y Marco Antonio, cuadro de Francisco Maura. – El episodio de la historia romana representado en este cuadro es bien conocido: Marco Antonio, después de haber mandado dar muerte á Cicerón, presentó la cabeza del elocuente tribuno á su esposa Fulvia, la cual contemplóla con cruel delicia y aun se complació en atravesar con una aguja aquella lengua que tan admirables oraciones había pronunciado. El notable pintor mallorquín Sr. Maura ha tratado concienzudamente este asunto, según pueden apreciar sin gran esfuerzo nuestros lectores en el lienzo que reproducimos y que fué premiado con una segunda medalla en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1890.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – *Salón Parés.* – El reputado pintor Santiago Rusiñol ha celebrado una exposición notabilísima en la que figuraban más de treinta lienzos, copias en su casi totalidad de paisajes de Mallorca y de Valencia: en todos ellos se admiraban las cualidades que tanta y tan justa celebridad han dado á su autor, como son la visión exacta del natural, el vigor del colorido, la solidez del dibujo y sobre todo el sentimiento de poesía de que están impregnados y que produce en quien los contempla, más que una impresión, una emoción profunda al ver tan maravillosamente interpretados los espectáculos de la naturaleza.

– Para anunciar los bailes infantil de trajes y de máscaras que como todos los años ha organizado el conocido industrial D. Francisco Aurigemma, se ha publicado un bonito cartel en colores, original del Sr. Brunet y tirado en los talleres de la casa Henrich y C.ª

– La casa Ladivér ha abierto un concurso entre artistas españoles para la composición de un cartel artístico anunciador de sus productos de perfumería, ofreciendo un premio de 1.000 pesetas. Las obras habrán de ser entregadas al Círculo Artístico antes de las diez de la noche del día 15 de los corrientes y habrán de tener 1'40 metros de altura, por 0'80 de ancho; la composición es de libre elección para el artista, pero deberá sujetarse á lo que permita la reproducción litográfica en cinco colores como máximo y llevar como inscripción: «Perfumería Ladivér. Esencias, extractos, cremas, aguas de tocador, cosméticos, etc., etc.» Los proyectos serán expuestos al público durante diez días en el local del Círculo Artístico, cuyo presidente, junto con el delegado de la casa Ladivér, designará las cinco personas que deben componer el Jurado. La obra premiada quedará de propiedad de la citada casa, la cual podrá reformarla, reproducirla, ampliarla ó reducirla donde y por el procedimiento gráfico que le convenga.

REUS. – La Sección Artística del Centro de Lectura de Reus anuncia un gran concurso de fotografías, que se divide en dos grupos, local y nacional, el primero reservado para los aficionados reusenses y el segundo para todos los aficionados ó profesionales españoles ó residentes en España. El valor intrínseco de los premios que se concederán asciende á más de 5.000 pesetas; entre ellos hay un «Gran premio de honor,» consistente en medalla de oro; un magnífico regalo ofrecido por SS. AA. RR. los Srmos. Sres. Príncipes de Asturias, y un diploma, que se otorgará á la mejor fotografía que se presente, sea cual fuere el tema elegido entre los señalados para el concurso. El grupo nacional comprende seis temas, que son: 1.° Figura y Composición; 2.° Paisaje, Marina, Monumentos, etc.; 3.° Asunto humorístico; 4.° Diapositivas para proyecciones; 5.° Verascopios y Estereoscopios; 6.° Ampliaciones. Para cada uno de estos temas hay tres premios, á saber: medalla de oro, de plata y de bronce. Además hay diez temas extraordinarios con importantes premios en metálico, objetos de arte, etc. Las fotografías en pliegos cerrados deberán remitirse á la Secretaría de la Sección Artística del Centro de Lectura de Reus antes del 31 de marzo próximo.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Titania*, drama musical en tres actos, letra de Luis Galet y Andrés Corneau, música de Jorge Hue; en el Gymnase *Le secret de Polichinelle*, comedia en tres actos de Pedro Wolff; en el Vaudeville *Le devoir conjugal*, comedia en tres actos de León Gandillot; en el Ambigú *Les derniers cartouches*, drama en cinco actos y diez cuadros de Julio Mary y Emilio Rochard; en Folies Dramatiques *La famille du broseur*, vaudeville en tres actos de Tristán Bernard; y en Cluny *Ma bonne cousine*, comedia en tres actos de P. L. Flers.

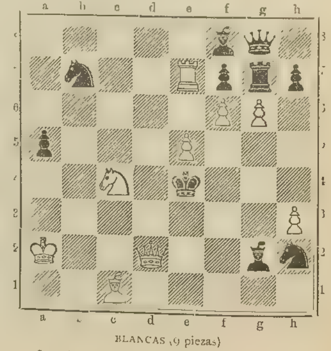
Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Resurrección*, drama en un prólogo y tres actos, arreglado de la famosa novela de Tolstoi del mismo título por los señores Jové y Ayuso; y en el Eldorado *La caprichosa*, sainete en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Pasqual Frutos y López Monís y música del maestro Vives. En Novedades funciona una compañía de ópera dirigida por el maestro Sr. Vehils, y de la que forman parte las Sras. Huguet y Giudicci, y los Sres. Tedeschi, Utor y Gnacarini.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 312, POR J. JESPERSEN.

Cuarto premio del Concurso de *La Stratégie*, sección B.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 311, POR K. ERLIN

Blancas.	Negras.
1. Dd7-a4	1. Cualquiera.
2. A, C ó P mate.	

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Como todos los que aman, Pedro era compasivo para los sufrimientos de amor. Aquel buen mozo inclinó galantemente la cabeza rubia descubierta y dijo:

– ¿Me permite usted que le dé un beso?

El fino bigote rozó las arrugas de Fanchette... Y aquel viejo corazón se conmovió y aquellas ajadas mejillas se enrojecieron pensando en el beso que hubieran podido recibir, sesenta años antes, de Andrés Sergent, el insensible...

X

En la calma del anochecer, reinaba en la orilla del río un silencio inusitado. El Sr. Destraimes acababa de expirar, y el molino, cuyo movimiento cesó en seguida, parecía que había muerto con su dueño.

El drama había llegado al desenlace sin gritos y sin gemidos. En una larga enfermedad sin esperanza, la hora más cruel no es la suprema para los que rodean al ser amado, libre, al fin, de sufrimientos terrenales. Solamente un sollozo de Celina turbó la calma de aquel fin tranquilo. La energía de la señora de Destraimes, templada por la continuidad de su angustia, pareció que se redoblaba en vez de abatirse. Secundada por Pedro y por la religiosa de San Carlos que había velado las últimas noches, la viuda cumplió todos los ritos piadosos y todas las fúnebres tareas. Después, rígida y muda, fué á ocupar su lugar al pie de aquella cama en la que ya no se elevaría la voz débil y dulce, familiar á su oído...

Abajo estaban comiendo los amigos de la casa y las mujeres se llevaron á Celina. Trataron también de decidir á la madre á que bajase, pero con un movimiento de cabeza lento y resuelto contestó: «No.» Y Pedro, sin decir nada, se quedó á su lado.

La viuda no parecía advertir la presencia de su hijo. Lívida y con la mirada fija en los párpados del difunto, estaba absorta en la contemplación de aquella cara de marfil iluminada por los cirios, cuyas llamas vacilantes producían á veces la ilusión del movimiento y de la vida.

Pedro, sentado á cierta distancia, consideraba tristemente aquel cuerpo para siempre inmóvil y aquella viuda altamente reconcentrada en su aflicción.

Ni una queja..., ni una lágrima... Y sin embargo, era indudable que estaba sufriendo una verdadera agonía íntima. A veces un sollozo oprimía su garganta y detenía la oración que agitaba sus pálidos labios... Sin que ella lo advirtiese, Pedro seguía en parte sus reflexiones angustiosas. Las confidencias de Fanchette permitían al hijo ver más claro en el alma de su madre y acompañarla, lleno de conmiseración, en aquella peregrinación lamentable á los lejanos recuerdos de dicha y de juventud.

Y el horroroso desgarrón de la muerte estaba en ella aumentado por otro tormento que la torturaba en lo más sensible de su ser. Destraimes, durante su larga dolencia, no había pedido nunca ver á su hijo mayor, y su mujer, temiendo proporcionarle una emoción funesta, no quiso sugerirle ese deseo. El sacerdote solamente, en la efusión de las últimas entrevistas, se atrevió á hablar en favor del hijo pródigo. El moribundo, como si no tuviera fuerza para pronunciar aquel nombre, respondió tan sólo con un signo afirmativo. Pedro partió inmediatamente á Segré y puso á su hermano un telegrama apremiante que no tuvo respuesta. Otro despacho enviado al día siguiente no obtuvo mejor resultado. Solamente después del tercero, el lunes por la mañana, llegó por fin esta respuesta: «Estaba ausente de París. Pena inmensa. Llegaré hoy.»



... le designó con ademán de autoridad el lecho mortuorio

Pero la muerte, más rápida, se había adelantado.

Se oyó el ruido de un coche en el patio... Un corto estremecimiento agitó los miembros de la viuda... Como Pedro, había reconocido el ruido del carruaje enviado á recibir á Antonino en la estación.

Pedro tuvo deseos de salir de la habitación para dejar más libertad á las primeras efusiones de la madre y el hijo idolatrado, al que no había visto hacía más de un año. Pero una ruda curiosidad, algo como un deseo invencible de irritar el mal nacido en él, le retuvo en su sitio... Ciertamente, no detestaba á su hermano; sus celos no tenían nada de hostil contra el preferido; pero temía, sin embargo, como una prueba penosa la llegada de aquel por quien sufría desde la niñez...

Se oyeron *sus* pasos en la escalera, se abrió la puerta y apareció Antonino seguido de Celina visiblemente inquieta. Al primer golpe de vista le pareció á Pedro que su hermano estaba más alto y más pálido, con su amplio gabán negro, su alta corbata y su cabello más largo que antes y echado hacia la frente. La madre se levantó, y Antonino, siempre pronto á enternecerse, se lanzó hacia ella dando un gemido.

– ¡Pobre mamá querida!..

Pero la viuda, sin abrirle los brazos, como él esperaba, le designó con ademán de autoridad el lecho mortuorio y al que reposaba para siempre con la frente tranquila y las manos cruzadas sobre el crucifijo.

– ¡Él ante todo!, dijo con fuerza casi trágica.

Antonino, conmovido, casi temblando, rozó con un beso miedoso la sien helada, y cayó después de rodillas en una crisis de lágrimas. Su madre volvió á caer en la silla y se cubrió la cara como si la tensión de sus nervios cediese al fin ante la emoción de aquella escena. En efecto, Pedro vió filtrarse por sus dedos unas gotas brillantes que caían después en la falda, y un dolor agudo hirió el corazón del joven... Aislada hasta entonces en la pena y sin comunicársela á nadie, había sido suficiente que el hijo adorado apareciese para que la sensibilidad de su madre se manifestase al fin exteriormente. El solo tenía el privilegio de conmover aquella alma rígida y de arrancar de ella el llanto; sólo con él consentía en compartir su desconsuelo... Y Pedro, en la efervescencia de su dolor, sintió íntimamente un movimiento de odio casi furioso contra su hermano.

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!, gemía Antonino, como expresión sin duda de su arrepentimiento.

Poco á poco, sin embargo, sus violentos sollozos se apaciguaron y por último se levantó enjugándose los ojos. Hubo unos momentos de silencio. Antonino tenía una actitud violenta ante aquel lecho fúnebre que evidentemente le aterrorizaba y ante el cual no se atrevía á levantar la vista. Por fin pareció que volvía en sí. Dió un apretón de manos á su hermano, que estaba cerca de él, y después se acercó á su madre y se inclinó para abrazarla. Pero ella no separó las manos de la cara y Antonino sólo pudo besarla en la frente sin que su madre levantase la cabeza á ese contacto...

– ¡Si supieras qué desesperación me ha causado este funesto contratiempo!.. ¡Qué viaje!.. ¡Con el temor horroroso de no encontrarle vivo!.. ¡Y llegar tarde, en efecto!.. ¡Pobre papá! ¡Pobre padre mío!..

– ¡Pobre padre, sí!, murmuró la viuda con acento indefinible.

Antonino la cogió por los puños y trató zalameramente de descubrirle la cara.

– ¡Vamos, mamá, te lo ruego!.. No te dejes abatir, dijo en aquel tono cariñoso con que siempre lograba convencerla. Es una gran pena..., una pérdida irreparable... Pero piensa en tus hijos... ¿No estamos aquí para consolarte?

– ¿Vas á volver, entonces, al molino?, preguntó de repente la viuda levantando la cabeza y escudriñando con la mirada aquellas pupilas engañadoras, que se turbaron.

– ¡Oh! No es eso lo que quiero decir, tartamudeó

visiblemente contrariado. Mis intereses me llaman á otra parte, ahora más que nunca... Pero lo mismo lejos que cerca...

La madre bajó los ojos sin responder y sin retirar los dedos, inertes y fríos entre los de su hijo. Se produjo un nuevo silencio. Antonino, á pesar de su facundia, no encontraba nada más que decir y resultaba cada vez más afectado en su actitud de cariño filial, inquieto ante aquellos testigos mudos, jueces acaso; su hermano, Celina, la monja en oración y sobre todo, aquella cara de mármol, allí, detrás de la colgadura..., aquella cara que tantas veces había visto contraerse de cólera delante de él y cuya inmutable serenidad le espantaba.

La viuda se volvió de repente hacia Celina.

– Vete á acabar de comer, hija mía, dijo con dulzura. Estás cansada... En seguida te irás á la cama... Haz que sirvan á tu hermano... Su cuarto debe estar preparado... Cuídate de eso...

– Sí, mamá, respondió dócilmente Celina que, en efecto, estaba rendida de cansancio por las emociones de aquel día.

Pero al ver que le trataban así como á un huésped al que hay que asistir en medio de las circunstancias más difíciles, Antonino se ruborizó y juzgó urgente el indignarse.

– ¡Ah, no, mamá!.. Quiero velar contigo... Además, Celina me ha dicho que no has comido. . No bajo si no vienes conmigo, ni como si no consientes en tomar también algún alimento...

Su madre cortó con un ademán aquellas demostraciones de tiranía afectuosa.

– No hablemos de eso aquí, dijo. Ya iremos más tarde... Tú necesitas descansar después de tu viaje... Ve á comer, anda... Y luego á dormir.

Antonino vaciló todavía, inquieto por el fondo lejano de ironía que había en aquellas palabras. Pero la viuda había recobrado su actitud meditabunda y el rosario corría entre sus dedos. Enfriado por una singular timidez muy nueva en él para con su madre, no se atrevió á insistir y siguió á Celina. Pedro se quedó...

La opresión de su pecho se había aligerado... Había pasado la prueba. Su madre no le despedía, sino que, al contrario, le asociaba á su velación. La presencia de su hijo no le pesaba y aceptaba que comulgase silenciosamente con ella en el mismo dolor... A pesar de la tristeza del momento, Pedro se sintió vivificado por una impresión refrigerante que penetró hasta lo más profundo de su alma y disipó sus últimas amarguras.

XI

Aquellas horas sombrías fueron pasando una por una. Con la cabeza vacía y el cuerpo pesado por el insomnio, Pedro cumplió con todos los grandes y pequeños deberes que llevaban consigo las ceremonias del día siguiente. Celina, la pobre muchacha, llena de buena voluntad, le ayudó como mejor pudo, deseando evitar á su madre trabajos superfluos y detalles enojosos.

La casa estuvo todo el día llena de visitas que venían á dar el pésame á la familia, pues en aquel rincón del Craomais angevino todo el mundo es pariente más ó menos lejano. La escalera y el vestíbulo presenciaron un desfile continuo y en el cuarto del muerto todo fueron exclamaciones de lástima y frases de pésame murmuradas en voz baja como en lugar sagrado. La señora de Destraimes, que había mostrado tanto valor en los momentos más angustiosos, se dejaba vencer por el enternecimiento ante los testimonios de simpatía, á veces inesperados, que le probaban cuán querido y estimado por todos era el difunto.

A mediodía se presentó en la casa Delfina Paumier, cargada con una inmensa corona de flores, cuyas clemátidas azules y blancas se mezclaban en pintoresca combinación con la hojarasca de la hiedra. Pedro hizo un ligero movimiento.

En toda la comarca no había más que un solo sitio en que se pudieran encontrar tales flores... Y Delfina confirmó muy pronto aquella secreta sospecha.

Detrás de los hombres de la familia venían las notabilidades de la comarca

La joven madre de los dos gemelos dijo, en efecto, á Celina:

– ¡Ah! Querida señorita... ¡Cuánto he pensado en ustedes!.. Si no hubiera sido por mis dos criaturas, Finette y Pierrot, no les hubiera á ustedes abandonado... Esta mañana muy temprano he ido al Otero... Hablo con más libertad á la señorita Jaffre que cualquiera otro, hasta que su misma sobrina, que no se atreve á disponer de una rosa sin su permiso. Le dije que deseaba hacer un buen ramillete, pero que en Champignette no teníamos más que flores demasiado comunes y campestres, y que le agradecería mucho que me dejase coger algunas del parque, donde las hay tan hermosas y tan abundantes... La señorita me dijo dos ó tres frases de burla, pero no se negó. Entonces su sobrina salió conmigo al jardín para ayudarme á escoger, y ella es la que ha hecho esta corona; pues, por mi parte, mejor sé hacer manteca que guirnaldas. La señorita Alicia, en cambio, no tiene rival para arreglar las flores y las toca como si las acariciara. Me ha encargado que dijera á usted, señorita Celina, cuánto siente no poder acompañarla en estas tristes circunstancias... Y debe usted creerlo, pues nunca dice más que la verdad... No tiene libertad ninguna. Hay muchas, y yo la primera, que se hubieran vuelto falsas y astutas viviendo como encadenadas á una persona caprichosa y maligna, como la señorita Jaffre... No conozco más que un defecto á Alicia y es el de ser demasiado buena y dejarse oprimir por su tía.. Me ha dicho que viniera á abrazar á usted en su nombre... Es un ángel, pueden creerlo.

– ¡Oh! Seguramente, dijo Celina con entusiasmo.

Y Pedro asintió en secreto, de todo corazón, á las opiniones de las dos mujeres.

La obsequiosa arrendataria de Champignette permaneció todo el día en el molino, supliendo con su hábil iniciativa la inexperiencia de Celina y la rutina de la cocinera. Esta, por otra parte, se ocupaba menos en sus quehaceres que en hacer comentarios con todo el mundo sobre las peripecias de la enfermedad del amo y en dar pruebas de sus facultades proféticas... «Yo lo había dicho en seguida... Y además los grajos graznaban todas las noches en el gran fresno del prado.»

Bautista, por su parte, no había desperdiciado aquella ocasión de manifestar su lealtad por la familia Destraimes, y por la mañana temprano había corrido á ponerse á la disposición de su hermano de leche. Mientras los empleados del molino corrían por los alrededores para distribuir las invitaciones, Paumier se encargaba de las misiones de confianza. Él fué quien hizo los encargos más importantes, el que telegrafió al tío y al primo Sergent, á Meslay-en-Maine, para invitarles á las exequias, y el que fué á esperarlos á la estación de Segré cuando anunciaron su llegada.

Antonino experimentaba un extraño malestar en medio de aquellas idas y venidas silenciosas. Veía que todo el mundo se dirigía naturalmente á Pedro para recibir órdenes ó para expresarle simpáticas manifestaciones de pésame y comprendía que todos prescindían de él. Nadie le consideraba ya como de casa, y la atención que algunos le dedicaban no podía ser considerada como halagüeña. Un telegrama que le trajeron durante el día ocasionó en el joven un aumento de mal humor. Con el pretexto de tomar el aire para aliviarse de la jaqueca, echó á andar por la orilla del Oudon en dirección al pueblo, y no volvió hasta por la noche, una hora después de la llegada del tío y del sobrino esperados.

Pedro temía un poco aquel primer encuentro con el decano de la familia, aquel terrible tío Andrés Sergent, tan autoritario, del que no conservaba más que una nebulosa imagen en sus recuerdos de la niñez. También pensaba confusamente en la obligación de ayudar á bajar del coche á un viejo de setenta y seis años.

Pedro llegó al patio precisamente en el momento en que se verificaba esta operación y se quedó atónito al ver la agilidad del septuagenario, que se adelantaba hacia él tieso, animado y decidido.

–¿Mi tío Andrés?

–¿Mi sobrino Pedro, probablemente?..

Sin decir nada más, ambos se examinaron estupefactos, sin disimular su curiosidad ni su sorpresa. Los dos eran tan altos que raras veces tenían ocasión de encontrar otra mirada á la altura de sus propios ojos. Y este segundo de examen los conquistó mutuamente. Aquella juventud en pleno vigor y aquella vejez tan bien conservada se admiraron como una halagüeña visión del pasado y del porvenir. Andrés veía en su sobrino la belleza varonil que él había poseído, y Pedro no podía desear más que parecerse, dentro de cincuenta años, á aquel magnífico viejo de mirada brillante y boca fina y cuyas arrugas acentuaban sus facciones sin desfigurarlas.

El tío miró al sobrino con la satisfacción del rey de Prusia ante un soberbio granadero.

–¡Eres un Sergent, muchacho!, dijo bruscamente golpeándole un hombro con bastante fuerza para que sintiera la dureza de la mano.

–Eso dicen, respondió Pedro.

Pero en seguida añadió, deseoso de hacer justicia á la memoria de su padre:

–También soy Destraimes en muchas cosas.

El tío Andrés no tuvo tiempo para comentar estas últimas palabras, pues Celina, levantándose en las puntas de los pies, vino á ofrecerle sus mejillas rosadas. La mirada del viejo se dulcificó al posarse en aquella fresca fisonomía.

–¡Aquí está la muchacha!, dijo cogiéndola por la barbilla. ¡Cómo has crecido desde que no te veo!

–Tío mío, dijo Celina sonriendo á pesar suyo, hace ya de eso catorce años. Si no hubiera crecido desde entonces...

Al mismo tiempo Pedro cambió un cortés apretón de manos con Felipe Sergent, que había logrado destacarse de la sombra gigantesca de su abuelo, al lado del cual parecía minúsculo y pequeño, aunque en realidad su estatura fuese de proporciones regulares y más bien graciosas.

Pero había en su persona algo de tímido y vacilante, así en sus maneras y en su modo de andar, como en su cara de finas facciones y en la expresión velada de sus ojos grises. Felipe producía la impresión de ser una naturaleza delicada y perezosa, aunque simpática, de esas que prefieren los sueños á la acción. Y Pedro comprendió la contrariedad y la envidia que había en el fondo de la exclamación del abuelo, viendo que otros habían heredado la robustez y la fuerza de su raza:

–¡Tú, tú eres un verdadero Sergent!

–Querido primo, dijo Felipe con voz notablemente dulce, siento mucho que reanudemos nuestro conocimiento en tan tristes circunstancias, pues lo deseaba hace mucho tiempo.

Esta frase fué dicha tartamudeando, pero el acento era sincero. Destraimes dió las gracias á su pariente con un nuevo apretón de manos

–Buenos días, primo, dijo Celina renovando el amable ceremonial empleado para el tío.

Al salir de la iglesia la comitiva atravesó la plaza y subió hasta el portico del cementerio

Aquella formalidad diplomática para uso de primos y primas, era sin duda poco familiar para Felipe, pues se quedó sorprendido y casi cortado al ver aquel carrillo redondo que se le ofrecía, y apenas le rozó con los labios, como si temiera ajar aquella epidermis aterciopelada.

–Perdona la torpeza de este salvaje, chiquilla, dijo Andrés dirigiendo á su nieto una sonrisa burlona. No está acostumbrado á besar primas bonitas...

Después dió media vuelta y siguió á su sobrino para ir á ver á la viuda. El viejo subió la escalera, deteniéndose casi en cada escalón para observar los cambios practicados en la morada de familia en los catorce años que hacía que no la había visto... Allí habían abierto una ventana..., aquí habían echado abajo un tabique... Su clara voz se turbó y sus pasos se hicieron más pesados. Aquella era la casa en que había nacido.

Al llegar al primer piso se encontró de repente ante una puerta abierta por la que se veía el ataúd rodeado de luces y cubierto de flores. El viejo Sergent entró descubriéndose, é inclinando su alta cabeza blanca, rezó por el hombre á quien había detestado y que ya estaba muerto.

Su barbilla afeitada tembló y sus ojos se nublaron. De aquellas paredes emanaban impresiones de un lejano pasado que penetraban hasta su corazón. Además adivinaba que estaba allí *ella*, aquella sobrina querida en otro tiempo hasta el punto de desear que fuera su hija y á la que siempre había guardado mortal rencor por su negativa... Los dos hombres que amaban á Rosa, su hijo y aquel Antonio Destraimes, causa de la disensión, habían muerto... De aquel pasado sólo quedaban *ella* y él guardando recuerdos comunes sobre las personas y las cosas del tiempo viejo, de ese tiempo hacia el cual vuelve con tanta complacencia la memoria de los ancianos.

Por fin se atrevió á dirigir la vista á su sobrina y la vió á dos pasos, en pie, pálida, encanecida, vacilante de emoción. Entonces no se pudo contener. La rudeza de su orgullo se ablandó y prorrumpiendo en un sollozo exclamó:

–¡Mi pobre Rosa!..

La viuda se arrojó en sus brazos y rompió á llorar.

–¡Ah!, dijo con acento desgarrador, usted sólo puede ya llamarme así...

El viejo vaciló... y la viuda recordó entonces que su apoyo era un anciano al que una emoción demasiado violenta podía ser funesta. Dominándose por un poderoso esfuerzo, le condujo á una butaca y se sentó á su lado. Durante unos minutos permanecieron sin hablar, acostumbrándose al milagro de encontrarse juntos y con las manos enlazadas.

–No me atrevía á esperar que vendría usted, dijo la viuda muy bajo. Gracias.

–Nunca me he sustraído á los deberes de familia, replicó el viejo. Además, ¿no vinisteis vosotros, tu marido y tú, cuando murió mi nuera y después mi hijo y mi mujer?

Permanecieron callados otro rato y después el anciano buscó con los ojos alrededor de la pieza.

–He visto á Pedro y la muchacha, dijo gravemente. ¿Dónde está *el otro*?

La viuda conocía demasiado á su tío para no suponer que, aun reñido con los habitantes del molino, había siempre averiguado detalladamente todo cuanto les ocurría. Comprendió en su acento que sabía á qué atenerse respecto de Antonino y bajó la cabeza para no confesar que *el otro*, en aquel día de duelo, desertaba de la casa cuya tristeza le era insoportable.

Poco después se presentó por fin el primogénito de los Destraimes, y al verle entrar, los ojos del tío Andrés y de Felipe expresaron una gran sorpresa.

–Aquí está mi hermano Antonino, dijo Celina.

–Le hemos visto hace un momento en la estación, contestó el viejo con voz incisiva. Pero yo no pensé, no pude pensar que estuviese allí uno de mis sobrinos...

Pedro, asombrado, no se explicó ni la acogida casi despreciativa del tío, ni la frialdad de Felipe, ni la actitud confusa de su hermano.

XII

El Sr. Destraimes acababa de franquear por última vez el umbral de su casa y el cortejo fúnebre desfilaba por aquel puente en el que tantas veces el molinero había contemplado el esplendor de las puestas de sol y el encanto de las mañanas, cerca de su querido molino.

El río, reflejando en sus aguas los rayos del sol, corría entre las azucenas y los lirios. Un barco estaba parado, con las velas caídas, cerca de la esclusa, esperando que pasase el entierro y dejase libre el camino de la orilla. Los hijos de Destraimes, entre Andrés y Felipe, iban á la cabeza de la larga y silenciosa fila que serpenteaba como una cinta negra por la fresca hierba de la pradera... Detrás de los hombres de la familia venían las notabilidades de la comarca, propietarios ó comerciantes, los habitantes de la Chapelle y de las aldeas próximas, granjeros con las cabezas desecadas por el viento y el sol, obreros del hierro y de la madera, de robusta complexión, viejos caducos y encorvados hacia la tierra por sus largos años de trabajo.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Aparato para evitar el polvo en los automóviles en marcha. – Ventajas del alquitranado en las vías públicas. – Huevos ferruginosos: ponedero colector para los mismos. – Pelo rubio y supresión del vello de las mujeres por el agua oxigenada. – Triunfo de Marconi. – Noticias varias.

Un aparato ó un medio cualquiera para suprimir en absoluto el polvo que levantan los automóviles que circulan á gran velocidad por nuestras carreteras, cuyas primeras víctimas son los mismos *sportmen* ó *chauffeurs*, representaría, sin duda, más que un notable progreso, un verdadero acontecimiento para los amantes del aristocrático deporte.

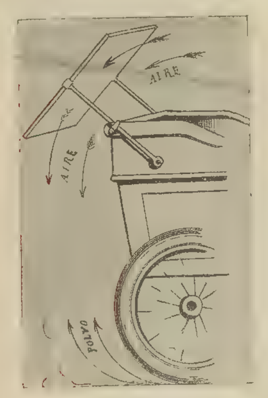
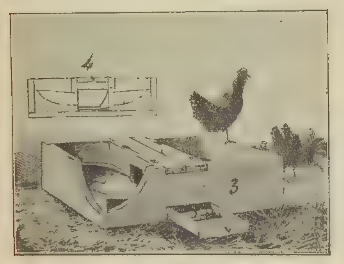


Fig. 1. – Aparato para evitar los efectos del polvo en los automóviles

Si bien hoy no se ha llegado todavía á este procedimiento ideal, creemos de utilidad suma el dar á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un aparato de origen inglés, sencillo y sin pretensiones, pero de excelentes resultados prácticos (figura 1). El polvo que se produce debajo de las ruedas, tiende á llenar el vacío que en el espacio va dejando el vehículo en su marcha y de consiguiente á invadir el coche.

El aparato de referencia consta simplemente de dos soportes metálicos en forma de T, colocados en la parte trasera y uno á cada lado del automóvil, del que se separan unos 60 centímetros tan sólo: una tela flexible y resistente, de forma cuadrilonga, va arrollada á la rama horizontal de uno de los soportes, que lleva un pequeño aparato, con resorte, parecido á los que se emplean en las cortinillas de los coches de ferrocarril: esta especie de pantalla se desarrolla y extiende hasta poderse sujetar á la rama transversal del otro soporte en T, formando un plano inclinado de 45 grados sobre el horizonte.



Figs. 2 y 3. – Ponedero colector de huevos ferruginosos

Estando el carruaje en marcha, el aire, que sigue el sentido indicado por las flechas, abate el polvo que las ruedas acaban de levantar y que, de no estar colocada la pantalla, se introduciría en el vehículo.

Este sencillo aparato, cuyos soportes pueden ser de tubo de aluminio, para hacerlo más ligero, está destinado á prestar gran utilidad á los excursionistas y *chauffeurs*, si logra combatir, como es de esperar, el molesto y pernicioso polvo, que puede hoy considerarse como el mayor enemigo de la locomoción automóvil.

Nuestras calles, paseos y carreteras se convierten, en épocas de lluvia, en inmensos lodazales que ofrecen tan sólo un punto de vista halagüeño á los buenos dibujantes (cuando no desempeñan el papel de protagonistas), por las innumerables notas cómicas que el deplorable estado de algunas de nuestras abandonadas vías les proporciona.

Los vehículos modernos con sus grandes velocidades y el tránsito cada día creciente de ciertas vías públicas aumentan considerablemente el molesto polvo, que la llovizna se encarga de transformar en barro inmundo.

Hoy se lucha ya con éxito contra el polvo, rociando los caminos con petróleo ó con aceites minerales pesados, procedentes de las fábricas del gas de hulla.

El empleo del petróleo, tan generalizado en América, se ha substituído en Europa, á causa de su excesivo coste, por el alquitrán, que resulta más económico.

Los primeros ensayos del alquitranado de las vías públicas verificados en Orán, en 1896, se repitieron con éxito en Los Angeles (California) y últimamente en el Principado de Mónaco.

El alquitrán forma con el polvo, con la arena y aun con el granito descompuesto una especie de asfalto continuo y resistente, que cubre con un revestimiento impermeable la superficie del afirmado.

De los diversos procedimientos para practicar el alquitranado, el más sencillo es el que se ha utilizado hace pocos meses en Monte-Carlo, pintando los caminos con alquitrán por medio de grandes escobas, á modo de colosales brochas. Este sistema ha costado 300 francos por kilómetro de vía de cuatro metros de ancho; debe efectuarse una vez al año, resultando el primer embadurnado mucho más caro que el de los años sucesivos: en algunas partes se ha repetido una ó dos veces, durante los dos primeros años, con éxito inmejorable.

Según ha demostrado plenamente la moderna ciencia microbiológica, el polvo es un vehículo que propaga muchos gérmenes patógenos, por cual motivo en diversos países se prohibe escupir en la vía pública; siendo lógico suponer que, si por el alquitranado se suprime el polvo de las calles y paseos, la higiene reportará saludables beneficios.

¿Por qué no se ha de ensayar en Barcelona lo que en otras partes produce excelentes resultados?

***

Los anémicos y cloróticos están de enhorabuena: en lugar de los mil brebajes diversos, píldoras ú obleas con que los médicos acostumbran á introducir en su economía el hierro metálico, por medio del lactato ferroso ó en otra forma fácilmente asimilable por el organismo, en adelante se verán agradablemente sorprendidos por recetas cuyas sencillas prescripciones constarán solamente de *yemas de huevo á la Bechamel*, ó *œufs pochés Jessica*, ó mejor todavía, para estómagos delicados, un par de huevos pasados por agua, escogidos, en todo caso, de la especialidad denominada *huevos ferruginosos*.

Estos huevos no se expenden hoy en el mercado, pero puede proporcionárselos el que tenga gallinas ponedoras en su casa.

Por los notables análisis de E. de Wolff, sabemos que el huevo de gallina contiene 65'7 por 100 de substancias albuminóideas digestibles y 1'32 por 100 de ácido fosfórico asimilable: por otra parte, M. Hartung acaba de comprobar que 100 gramos de yema de huevo contienen de 9 á 11 milígramos de óxido de hierro. Estas cifras pueden duplicarse, añadiendo á la dosis cotidiana de comida de las aves de corral 80 milígramos de óxido de hierro, bajo la forma de citrato de hierro: el régimen que acabamos de indicar debe sostenerse por lo menos un mes seguido.

Las pruebas verificadas hasta hoy inducen á creer que los huevos ferruginosos constituyen uno de los medios más eficaces para conseguir la asimilación del hierro por el organismo humano.

Con el fin de poner este precioso alimento á salvo de la voracidad de sus mismos progenitores, que muchas veces comen con avidez sus propios huevos, y para evitar que los aplasten, como ocurre con frecuencia, ó que sufran en el nido un principio de incubación, se ha inventado un aparato *ponedero colector* (figs. 2 y 3), cuya base, algo inclinada, hace que los huevos, apenas puestos, vayan á parar á un almacén central. Los nidos de este modelo, que expende el comercio americano, tienen un huevo de porcelana sujetado por su parte inferior, que sirve para atraer á las gallinas antes de la puesta.

***

El agua oxigenada ó sea el bióxido de hidrógeno, cuyas propiedades hemostáticas y desinfectantes son de todo el mundo conocidas, constituye un agente decolorante de los más poderosos. El pelo de color castaño obscuro pasa, después de algunos lavados, al rubio veneciano más puro y hermoso; pero el empleo del agua oxigenada como decolorante tiene el inconveniente gravísimo de precipitar la calvicie, si se abusa de la misma.

El Dr. Gallois aprovecha este inconveniente del agua oxigenada para convertirla en depilatorio sencillo é inofensivo, que emplea empapando en la misma un poco de algodón en rama, para aplicarlo durante algunos minutos, á la región que quiere limpiar de vello, repitiendo esta operación cinco, seis ó mas días consecutivos, hasta que el pelo adquiere un color claro y por fin desaparece.

Bajo la acción deletérea del bióxido de hidrógeno, desaparecen sin peligro ni molestia un sinnúmero de bigotes femeninos.

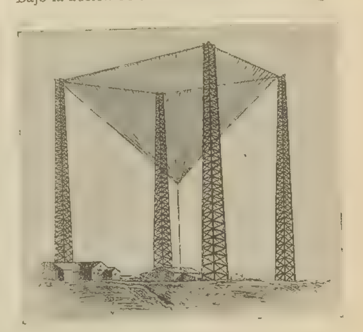


Fig. 4. – Estación Marconi de la telegrafía sin hilos

***

Después del sensacional artículo de la *The Electrical Review*, diciendo que la telegrafía sin hilos empezaba á ser objeto de lástima y de ira, por haber degenerado en burla del buen nombre de la Ciencia; después de los duros ataques de Sir William Preece y de la discusión empeñada, en la *Saturday Review* y en el *Times*, entre el profesor S. P. Thompson y el inventor italiano; en una palabra, después de la guerra sin cuartel que al sistema Marconi ha hecho gran parte de la prensa técnica, que llegó á dudar de la sintonización de las señales y de la eficacia de los aparatos contra las perturbaciones producidas por las tormentas, la transmisión real y positiva entre América y Europa de varios despachos, cuyo texto ha publicado el *Times* hace pocos días, constituyen para el joven é ilustre inventor Marconi un triunfo colosal, de los que forman época en los anales de la Ciencia.

El primer despacho expedido á través del Océano Atlántico ha sido transmitido por lord Minto al Rey de Inglaterra. El gobierno del Canadá recibió por cablegrama la noticia de la llegada del despacho á su destino.

El rey Eduardo contestó á lord Minto por el telégrafo sin hilos:

– Me he enterado con entusiasmo del despacho transmitido por telegrafía sin hilos que me habéis remitido, y me regocijo por el éxito del gran descubrimiento de Marconi, que enlaza más estrechamente todavía la Gran Bretaña al Canadá. – *Eduardo.*

El entusiasmo entre los admiradores del notable inventor es indescriptible.

El ilustre Edison, en el banquete anual de la Institución de ingenieros electricistas, ha ensalzado la audacia perseverante del joven italiano, y Tesla le ha calificado de gran inventor y pensador profundo.

El despacho antes indicado fué transmitido desde la estación americana, situada en la *Glace-Bay*, Cabo Bretón (fig. 4), á la europea de *Poldhu (Cornualles)*.

La parte aérea del telégrafo Marconi está provista de 150 alambres, reunidos todos en un grueso cable central, que penetra en el edificio donde se hallan los aparatos: cuatro torres de madera armada sostienen los alambres indicados.

La tarifa que para el público ha establecido la sociedad «Wireles Telegraph C.º,» explotadora del sistema Marconi, para telegrafiar desde Inglaterra al Canadá, es de 0'50 francos por palabra.

El colosal triunfo de M. Marconi ha coronado sus contrariedades y desvelos con la aureola inmarcesible de la inmortalidad.

La «Western Electric C.°» de Chicago, ha ensayado recientemente un procedimiento muy original para iluminar por medio de la electricidad los trenes en marcha. Consiste este procedimiento en aprovechar la corriente de aire que el tren produce para fabricar el fluído eléctrico necesario para su iluminación, á cual efecto se ha colocado en la parte delantera de la locomotora un ventilador helizoidal que la velocidad del aire pone en movimiento, sin que con ello se aumente sensiblemente, según afirman los inventores, la resistencia del aire. Este ventilador hace funcionar una dinamo, fijada debajo del mismo, y la corriente de este modo obtenida sirve para cargar los acumuladores situados en el ténder ó en los vagones. El gasto se reduce al coste de instalación, ya que el de entretenimiento es casi nulo.

En las pruebas realizadas con un tren que marchaba á una velocidad de 72'400 kilómetros por hora, se obtuvieron cuatro quilovats y medio por hora, es decir, una corriente que basta para iluminar un convoy de cinco grandes vagones americanos durante siete horas. Los inventores calculan que la corriente que se desarrollaría con las velocidades máximas de los trenes rápidos excedería de la necesaria para la alimentación de las lámparas y podría ser utilizada para diversos usos.

En el último Congreso del Instituto americano de ingenieros electricistas, Mr. G. Goethals ha hecho una interesante descripción de la organización eléctrica de los nuevos fuertes construídos para la defensa de las costas de los Estados Unidos. Una estación central distribuye la corriente necesaria para la producción de la fuerza y de la luz, en todas las partes del fuerte, que se divide en tres servicios: proyectores, baterías, guarnición. Los proyectores exigen el mayor consumo de corriente. En las baterías la electricidad asegura la iluminación de las casamatas, de las plataformas y de los puestos de telémetros; la fuerza motriz para las operaciones de manutención y apunte y para el taller de operaciones, así como la corriente que hace funcionar los teleautógrafos, aparatos que establecen una comunicación entre las estaciones telemétricas y sus baterías respectivas. En la guarnición proporciona asimismo alumbrado para los cuarteles, hospitales, depósitos de municiones, etc.

La estación central tiene una potencia doble de la que consumen los proyectores; cada uno de los grupos á los cuales debe atenderse cuenta con un circuito independiente para disminuir las interrupciones de servicios en caso de avería en uno de aquéllos. Además, varias reservas de acumuladores instalados en las baterías permiten alimentar los proyectores durante una hora y la red de alumbrado durante ocho.

Cuando dos fuertes están bastante cerca uno de otro, una sola estación eléctrica sirve para ambos por medio de una canalización subterránea.

Gracias á este sistema, el comandante, desde su torre de observación, con sólo oprimir los botones de contacto pone en acción las energías eléctricas que dan vida á todos los organismos de la fortaleza. – AL'LER-WILL.



CONFIDENCIAS, cuadro de Visitación Ubach. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – La Dirección general de Estadística de la República Oriental del Uruguay, de cuyos notabilísimos trabajos hemos dado cuenta en varias ocasiones alabándolos como se merecen, ha publicado el anuario correspondiente á 1901 que, como los anteriores, contiene datos completísimos, en extremo interesantes y perfectamente clasificados sobre territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, propiedad, ganadería, transmisiones de dominio, hipotecas, bolsa, fletes, precios de los principales frutos del país, bancos, instrucción pública, justicia, cárceles, policía, ferrocarriles y tranvías, correos, telégrafos y legislación, administración, etc. El anuario, que forma un tomo de cerca de novecientas páginas, impreso en la imprenta «La Nación» de Montevideo, es un trabajo que honra muchísimo á la Dirección general de Estadística, á cuyo frente está D. H. Roustan, y al gobierno uruguayo.

Fulvia y Marco Antonio, cuadro de Francisco Maura y Montaner

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA. – Pulcramente editado, acaba de publicarse el interesante volumen que contiene las composiciones que fueron premiadas en el cuarto concurso de los Juegos Florales de Colonia, instaurados por el distinguido escritor hispano-alemán D. Juan Fastenrath. Adornan el libro hermosos grabados y los retratos de la princesa Adelaida, reina de la fiesta, y los de los autores premiados.

MIL DOSCIENTOS SECRETOS, por *D. José O. Ronquillo*. – Esta obra se divide en cuatro partes: la primera consagrada á la limpieza del cuerpo, al tocador, al lavado y al aseo y á la conservación de ropas, muebles y otros objetos; la segunda comprende los diversos modos de conservar los granos, frutos, carnes, etc. y una porción de secretos para la conservación y el mejoramiento de cuanto se refiere á la economía doméstica; la tercera contiene una multitud de procedimientos utilísimos para los agricultores; y la cuarta es una especie de resumen de la medicina sin médico. Por estas simples indicaciones se comprende la importancia del libro, cuyo mejor elogio, por otra parte, queda hecho diciendo que van publicadas de él diez ediciones. Ha sido editado en Barcelona por Saurí y Sabater y se vende á 2'50 pesetas en Barcelona y tres fuera.

LA VIDA CRISTIANA EN MEDIO DEL MUNDO Y EN NUESTRO SIGLO, por *Enrique Laserre*, vertida á nuestro idioma por Gustavo Gili. – Tal es el título de la interesantísima obra que acaba de publicar el editor D. Juan Gili, inspirada en la más sana doctrina y de indiscutible utilidad, ya que se señalan recíprocos deberes y conceptos muy dignos de tenerse en cuenta.

EL CAPITÁN PÁNFILO, por *Alejandro Dumas*. – Forma parte este libro de la Biblioteca económica que con tanto éxito publica en esta ciudad el editor D. Luis Tasso. Tratándose de una obra del más famoso y popular novelista francés, huelga toda alabanza. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

BRUMAS, por *Miguel Luis Rocuant*. — Esta colección de poesías es la obra de un chileno joven, apasionado, y en ella, como dice acertadamente en el prólogo del libro el Sr. Cabrera Guerra, «hay el culto místico á la belleza pagana, toda la voluptuosa adoración de las líneas y las formas, exhalada al través de un religioso sensualismo que da un original y extraño carácter á esta poesía en que á cada paso la emoción sensual se purifica, se idealiza en la castidad de un virginal ensueño.» El libro ha sido impreso en Santiago de Chile, en la imprenta Franco-chilena.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



ALEGORÍA DEL CARNAVAL, dibujo de Baldomero Gili y Roig

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Venezuela. – Los alemanes en el golfo de Maracaibo. – El imperio de la fuerza como signo de retroceso en la humanidad. – Desprestigio de los yanquis en América. – *Chile* y *República Argentina:* la sentencia del árbitro inglés: reducción y desarme de fuerzas navales. – *Bolivia, Brasil* y *Perú:* cuestiones de límites: el Noroeste de Bolivia – Nuevos presidentes y candidatos á la presidencia en América

Después de escrita nuestra anterior *Revista,* sonó de nuevo el estampido del cañón europeo en los mares de América.

So pretexto de hacer más efectivo el bloqueo, pretendieron los buques alemanes internarse en el lago de Maracaibo. En el estrecho que lo pone en comunicación con el golfo del mismo nombre, cuya entrada angosta considerablemente la isla Zapara, hay islotes y bancos de arena que hacen difícil y peligrosa la navegación, y en uno de esos islotes, que está á la parte Norte, es decir, en aguas del golfo, en el llamado San Carlos, se alza un fuerte medianamente artillado que impide el libre acceso al estrecho, y por consiguiente, á la importante ciudad de Maracaibo, edificada en la orilla occidental de aquél.

La fortaleza de San Carlos rompió el fuego contra el primer barco alemán que intentó la aventura, obligándole á retirarse. Tres buques repitieron luego la tentativa, y procurando ponerse fuera del alcance de las piezas venezolanas, lanzaron sus obuses contra el fuerte, y casi impunemente consiguieron dejar sin vida á unos cuantos hombres de la guarnición y á gentes indefensas que habitaban en los poblados inmediatos y cuyos albergues quedaron destruídos por los proyectiles alemanes.

Conviene recordar que, según práctica puesta en uso por las grandes potencias contra los débiles, no son menester previa declaración de guerra ni previo aviso ó intimación para cañonear ó bombardear plazas. Así proceden en Venezuela ingleses y alemanes. El enemigo es poco temible, y no hay peligro en faltar á los principios generalmente admitidos en derecho internacional público. Sólo merece respeto y consideración quien dispone de fuerza material para exigirlos.

Por esto, sin duda, el filósofo Spéncer estudia y comenta, en obra reciente, las hazañas que vienen realizando los hombres de su raza, y de ellas deduce que la humanidad se embrutece y retrocede moralmente. Los anglos y los germanos, los descendientes de los antiguos bárbaros del Norte, se *rebarbarizan.* Rinden culto á la fuerza en todas sus manifestaciones, y desprecian el sentimiento, la razón y el derecho. Estos no son, no pueden ser los hombres superiores; su engrandecimiento no significa más que el triunfo de la ambición, de la violencia y de la barbarie.

A la verdad, no hace falta ser un Spéncer para pensar como el gran filósofo inglés. Cuatro años hace que un autor mucho más modesto, el que estas *Revistas* escribe, decía: «En todos los aspectos de la vida, en una ú otra forma, más ó menos brutal, la fuerza impera. Preciso es reconocerlo; pero este reconocimiento no obliga á enaltecer el imperio de la fuerza hasta el punto de deprimir al débil y ensalzar al fuerte, presentando á éste como ser dotado de cualidades morales y aptitudes intelectuales superiores á aquél. En los individuos y en los pueblos las imperiosas exigencias de la vida debilitan y aun anulan, con frecuencia, los sentimientos de justicia y de humanidad; sólo en espíritus de gran cultura moral se imponen los dictados de la razón, y con ellos el sentimiento de amor al prójimo. El individuo que vive y obra conforme á esos dictados es, indudablemente, un espíritu superior al del que se deja dominar por el egoísmo y todo lo subordina á la satisfacción de sus propias necesidades. Cierto es que este último las satisface más y mejor; pero en la escala moral, en la gradación que cabe dentro del género «hombre» por mayor ó menor racionalidad, el primero tiene que ocupar lugar preferente. Por idéntico motivo, es absurdo atribuir superioridad á pueblos ó razas que todo lo subordinan al instinto animal de conservación; que para favorecer el desarrollo de sus intereses materiales se apropian los elementos de riqueza que los demás poseen; que abusan, en suma, de su fuerza para quebrantar impunemente toda ley moral. Si son estas gentes las llamadas á predominar en el mundo, habrá que negar la realidad del progreso.» (1)

* * *

La continuación del bloqueo, el refuerzo de la escuadra alemana, el ataque al fuerte de San Carlos, todo ello después de aceptada la mediación de los Estados Unidos, son hechos que prueban una vez más que ni Alemania ni Inglaterra habían agredido á Venezuela sólo por obligarla á que pagase á sus acreedores. Los aliados, y Alemania especialmente, estaban resueltos á no abandonar el campo sin obtener nuevos triunfos contra el prestigio de los Estados Unidos en América; y á juzgar por las últimas noticias, ya parece que lo han conseguido. Los sucesores de Monroe, los mantenedores obligados de su doctrina, han cambiado los papeles. Ya no patrocinan á los pueblos americanos contra las intervenciones más ó menos veladas de los europeos; antes al contrario, pónense de parte de éstos, pues no ven otro medio de obligar á sus escuadras á que salgan del mar de las Antillas que admitir como buenas sus exigencias y garantirles el pago de las deudas que reclaman, entrometiéndose el gobierno de Wáshington en la recaudación de las aduanas venezolanas. Es decir, los Estados Unidos aliados con Europa contra una República americana. Son los intermediarios que dan la razón al más fuerte, y que además procurarán cobrarse la comisión á costa, por supuesto, de Venezuela.

Y así quedarán las cosas, si Alemania tiene á bien cejar en sus provocaciones. En previsión de otras contingencias, se trabaja activamente en los astilleros y arsenales yanquis y alemanes.

* * *

Consolídanse las fraternales relaciones entre Chile y la Argentina. El pleito de límites está ya definitivamente fallado por sentencia arbitral del rey de Inglaterra, de 25 de noviembre último.

Ambas Repúblicas habían fijado años hace como frontera «la cresta más elevada de los Andes por la cual pasa la línea divisoria de aguas.» Pero entre los 40° y los 52° de latitud Sur la divisoria no coincide con esa cresta. De aquí el conflicto. ¿Era el límite la cordillera, ó lo era la divisoria? El árbitro ha tomado un término medio, señalando una frontera que, en su mayor parte, aparece trazada entre el principal relieve de los Andes y la divisoria de aguas, de modo que, excepto la del Lúcar, las cuencas hidrográficas que en totalidad reclamaban Chile y la Argentina se parten ahora entre ambos estados. De los 92.000 kilómetros cuadrados que se disputaban (es decir, una superficie casi equivalente á nuestra Andalucía), 37.000 quedan para la República Argentina y 55.000 para Chile. Aquélla recibe ó conserva menos terreno, pero de mejores condiciones.

En las bases del último convenio chileno-argentino, además del compromiso de facilitar al árbitro inglés todos los datos necesarios para que pudiera dar su fallo en 1902, consignábase que ambas Repúblicas deberían apelar al arbitraje para decidir toda clase de controversias; que la Argentina no intervendría en las cuestiones que Chile tiene pendientes con Perú y Bolivia, y que se procuraría establecer el equilibrio naval entre los dos países.

Para cumplir esta última base, uno y otro reducen y desarman sus respectivas marinas en igualdad ó equivalencia de fuerza. Han convenido en las condiciones de venta de los acorazados que tenían en construcción en los astilleros europeos. Ahora se ponen á disposición del rey de Inglaterra, hasta que llegue el momento de venderlos, lo cual habrá de efectuarse con consentimiento de las dos Repúblicas. Además, la Argentina desarmará el *Garibaldi* y el *General Puyrredon,* Chile el *Capitán Frat.*

* * *

Otra cuestión de límites ha quedado resuelta: la de la frontera entre Bolivia y los Estados Unidos del Brasil. Partiendo del Madera, se dirige hacia el NO. y pasa entre Puerto Acre y Caquetá, en el río Aquiri ó Acre, yendo á terminar en el Yaquirana, origen del Yavari, en los 7° 7' lat. S. y 73° 47' long. O. Greenwich. Así, pues, se consolida la soberanía de Bolivia en la zona del Acre, correspondiente al curso superior y medio de este río.

Entran también en período de actividad los trabajos y negociaciones para determinar la frontera definitiva entre Bolivia y el Perú. Según la *Carta geográfica del Noroeste de Bolivia,* que acaba de publicarse en La Paz, esa frontera debe coincidir con la gran divisoria de aguas entre la cuenca del Ucayalí por una parte, y las del Yuruá, Purús y Madre de Dios por otra. El límite que el Perú pretende va mucho más al E., hasta los ríos Beni y Madera. Si prevaleciese esta demarcación, Bolivia no sólo perdería el territorio de Colonias íntegramente, sino casi toda la provincia de Caupolicán, en el departamento de La Paz. Pelechuco y Apolobamba serían las últimas poblaciones bolivianas al NO., y los centros industriales del Madre de Dios, del Ortón y del Acre, con las importantes explotaciones de gomeros, pasarían á aumentar el territorio peruano en más de 500.000 kilometros cuadrados de extensión. Se disputa, pues, un país cuya superficie equivale á la de España, y de un gran porvenir por la abundancia y riqueza de sus productos naturales.

El gobierno peruano ha hecho ya concesiones de tierras en la parte S. de la zona litigiosa, y ha manifestado oficialmente que se propone establecer allí estaciones militares y unirlas por medio de vías de comunicación y líneas telefónicas con los ferrocarriles de Puno y Santa Rosa. Bolivia protesta contra tales actos y está dispuesta á defender su soberanía en esas regiones, en que el esfuerzo nacional ha explorado el territorio y establecido la industria y el comercio.

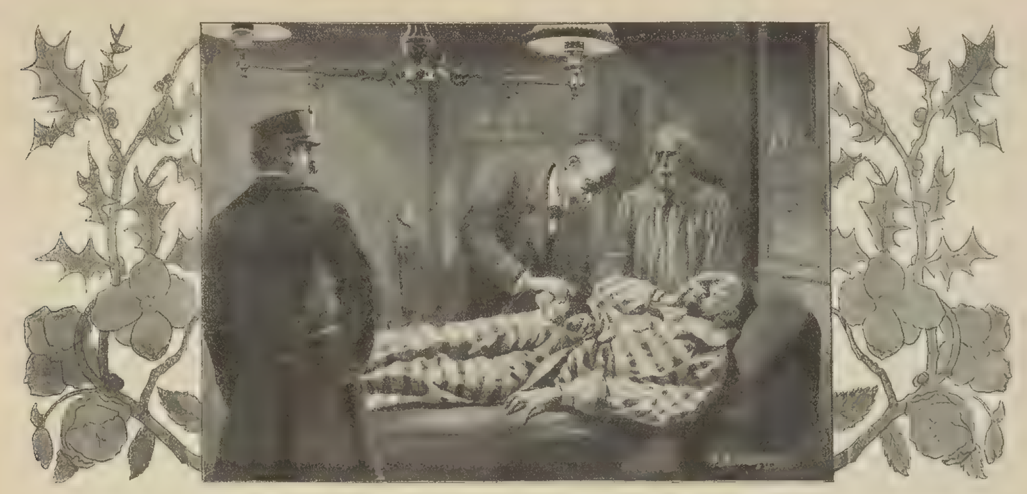
En este conflicto de límites ha de intervenir necesariamente el Brasil, puesto que el Perú completa su frontera llevándola al N. de la boliviano-brasileña antes citada, adjudicándose así todo el Acre y gran parte del Purús. Aquella frontera tiene en su abono la circunstancia de ser parte del límite que se fijó entre los dominios de España y Portugal en América por el tratado de San Ildefonso, de 1.° de octubre de 1777.

* * *

En las elecciones para la Presidencia de la República de Honduras triunfó el general D. Manuel Bonilla, cuyo nombramiento ha ratificado ya el Congreso; de la presidencia del Paraguay ha tomado posesión el coronel D. Juan A. Ezcurra. En el Uruguay muestran gran actividad los partidarios de los varios aspirantes á la sucesión de Cuestas, y cosa análoga sucede en el Perú, donde hasta ahora parece que tienen probabilidades D. Felipe Pardo y don Manuel Candamo. También en El Salvador se renueva ahora la primera magistratura de la República; uno de los candidatos, D. Francisco A. Reyes, ex ministro de Relaciones exteriores, ha circulado un programa en el que expone sus propósitos y proclama el espíritu de tolerancia como base ancha y sólida de la armonía social y de la tranquilidad del pueblo salvadoreño.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) *La Geografía en* 1898, por Ricardo Beltrán y Rózpide. Madrid, 1899.



Practiqué la primera cura con todo el esmero posible

LA CARETA

... Hacía tiempo que venía preocupándome aquel detalle.

Siempre que entraba en el despacho del doctor, mis ojos se dirigían instintivamente hacia el mismo sitio para fijarse en una gran careta de cartón colocada en la pared y casi oculta entre cuadros con diplomas, animales disecados, láminas de fisiología y demás adornos propios del gabinete de un médico.

Un día, por fin, mientras esperaba á mi amigo que concluyese de comer, no pude dominar mi curiosidad y me acerqué al rincón donde estaba la careta que tanto me preocupaba, para contemplarla á mi gusto.

Tenía una mueca exagerada de risa; los gruesos labios, pintados de carmín, se arqueaban en una carcajada grandísima; la nariz, enorme hasta la desproporción, terminaba en punta, y después de describir un arco descansaba sobre la boca; las cejas eran dos trazos negros que bajaban oblicuamente para unirse en el nacimiento de la nariz; y en los pómulos salientes, el artífice dejó una cantidad tal de vermellón, que materialmente parecía congestionada la cara por efecto de la risa.

Quedé un rato contemplando aquel objeto estrambótico, cuya justificación en aquel sitio tan solemne no podía explicarme, por más vueltas que le daba á mi imaginación.

El hueco de los ojos, negro y profundo, me atraía de tal forma que llegué á hacerme la ilusión perfecta de que me miraba: parecíame ver unas pupilas grandes inmóviles y misteriosas que se fijaban en mí con inexplicable insistencia para reirse descaradamente.

Estos fenómenos de alucinación, todos los padecemos; quería dejar de mirar á la careta, y sin embargo, aquel pedazo de cartón, moldeado en un gesto de risa, reteníame contra las exitaciones de mi voluntad.

Hice un poderoso esfuerzo, y al apartar mis ojos de los suyos pude observar entonces un detalle en el que no me había fijado.

La careta tenía, en lo que podríase llamar la frente, varias manchas obscuras y pequeñas de un color indefinido.

***

Cuando me fijaba en aquello, tratando de averiguar lo que pudiera ser, sorprendióme la entrada de mi amigo el doctor.

– He dicho que nos traigan aquí el café; charlaremos de nuestras cosas mientras apuramos el moka. ¿Le parece á usted bien?

– Perfectamente, contesté distraído.

– ¿Qué es eso? ¿Está usted preocupado? ¡Bah! Me figuro lo que es. Habrá tenido la tentación de fijarse en aquella careta, y arde usted en curiosidad por conocer su historia y sus antecedentes y la razón por que se encuentra en mi despacho.

– Es cierto; ¿á qué negarlo?

– Me parece muy natural; á todo el que me visita le sucede lo mismo, y aunque sea por centésima vez, no tengo inconveniente en relatar á usted la historia de ese pedazo de cartón que guardo como un gran documento humano y como testimonio de uno de los «casos» más extraños y más originales que se me han presentado durante mi carrera. Sentémonos.

***

Comenzamos á tomar el café, y entre sorbo y sorbo, hé aquí lo que me dijo el doctor:

– «No ignora usted que, hace seis años próximamente, prestaba yo mis servicios á la Beneficencia Municipal como médico en la casa de Socorro de la calle de...

»Una noche, martes de Carnaval por cierto, hacía yo mi guardia acostumbrada. Solo en mi despacho, junto á la chimenea procuraba con la lectura distraer las horas de encierro. Serían próximamente las tres de la madrugada, y hasta mí llegaba el rumor confuso de la calle, por donde pasaban alborotando grupos alegres á quienes el vino hacía vociferar y reir escandalosamente. Ya sabe usted que cerca de la Casa de Socorro está el teatro de..., donde todos los años se celebran los bailes de máscaras á que acude la gente del broncè. Procuraba distraerme, como digo á usted, cuando oí de pronto gran ruido de voces y pasos cerca de la escalera. Solté el libro y me dirigí apresuradamente á la sala de operaciones.

»En aquel momento entraban los mozos conduciendo una camilla que dejaron en el centro de la habitación.

»Era un herido. Sin pérdida de tiempo lo dispuse todo para practicar la cura que fuese necesaria, y no quiero ocultar á usted el efecto extraño que me produjo ver sobre la cama de hule que sirve para los heridos el cuerpo de un hombre vestido de *pierrot* y con esa careta que usted ve, la cual se oprimía fuertemente en una contracción muscular de la mano derecha.

»Intenté arrancársela, pero fué en vano. Uno de los guardias que venían dijo entonces:

– »No se moleste usted, señor doctor; por más que hemos hecho nosotros, ha sido imposible. Cuando recibió la herida que tiene en la ingle, sin lanzar ni un grito de dolor, llevóse la mano á la careta y se la apretó fuertemente contra el rostro. Así ha venido todo el camino.

»Ya comprenderá usted que me hubiera sido fácil despojarle de aquella máscara; pero no sé qué instinto secreto me obligó á respetar aquel deseo de un moribundo.

»Practiqué la primera cura con todo el esmero posible, á pesar de que veía cuán inútiles habían de ser mis esfuerzos.

»Aquel hombre había recibido una herida mortal de necesidad, y mi obligación era únicamente ponerle en condiciones de que llegase al hospital con un resto de vida.

»Mientras llenaba esta misión tristísima, el guardia me hacía historia del hecho, y he aquí lo que pude saber por su relato:

»El baile estaba en todo su esplendor á las dos y media; era imposible dar un paso por el salón, y cuando la orquesta ejecutaba algun bailable, las parejas apenas podían marcar el compás.

»Desde las primeras horas había llamado la atención de los bastoneros y acomodadores una máscara que recorría sola el teatro, vestida con traje de *pierrot* y que parecía buscar algo que no encontraba.

»Transcurría sin incidente alguno, salvo esos pequeños alborotos que son de rigor en los bailes de esa clase, cuando de pronto la gente arremolinóse en un extremo del salón. Habíase oído un grito de mujer y veíase dos hombres que luchaban desesperadamente.

»Cuando la autoridad quiso intervenir, la mujer, que vestía un dominó azul, había desaparecido; uno de los contendientes luchaba por abrirse paso hasta conseguirlo, y en el suelo yacía herido el *pierrot*, cuyo amplio traje de rayas blancas y negras inundaba la sangre que á borbotones se escapaba de la profunda herida.

»Nadie en los primeros momentos pudo darse cuenta de cómo se cometió el crimen; después se supo todo.

»La víctima era un marido ultrajado. Celoso de su amor y de su honra, quiso sorprender á la infiel; y en el momento de ver cierta su traición, ella misma había provocado la riña que tan funesto descenlace tuvo para el ofendido.

»Hasta aquí lo que me dijo el guardia; cuando el herido partió para el hospital no pude menos de entregarme á profundas meditaciones.

»Aquel hombre, seguramente, llevó su pundonor hasta el límite de querer ocultar una vergüenza que le producía más daño aún que la herida que recibiera.

»Desde entonces no se apartó de mí su recuerdo. Aún me parece verle en el momento de la cura: en vez del gesto trágico del dolor, tenía ante mi vista la mueca horrible de esa gran carcajada!..

***

»Murió al día siguiente en el hospital, y no sin gran trabajo conseguí de aquel establecimiento la careta que usted ve.

»Ahí tiene explicada su historia y por qué la conservo colocada entre mis documentos más importantes.

»Las manchas de sangre son producidas por los dedos de la mano con que se sujetó la máscara después de acudir á la herida.

»No supe si era joven ó viejo, ni me importa; me basta conservar esa careta. Para mí representa un poema de amor que termina con la muerte.

»¡Su carcajada es la expresión más grande de dolor que he visto!..»

FÉLIX LIMENDOUX.

(Dibujo de J. Sans Castaño.)



Recuerdo de Carnaval, cuadro de José Fernández y Rodríguez. (Salón Parés.)

RECUERDOS DE CARNAVAL,

cuadros de José Fernández y Rodríguez

(Salón Parés)

Los dos cuadros que reproducimos son, quizás, las primeras obras que ha expuesto el Sr. Fernández y Rodríguez. Joven, muy joven, pues apenas cuenta diecisiete años, no tiene otros méritos que alegar que la revelación de lo que puede esperarse de sus cualidades y aptitudes, ya que á quien, como él, en los albores de la vida, casi sin enseñanzas, sabe interpretar con tanta donosura escenas tan animadas y movidas cual las representadas en los dos cuadros que publicamos, debe concedérsele la confianza de que ha de llegar á producir obras verdaderamente recomendables. Establecido en Antequera, hállase el novel artista casi entregado á su propio esfuerzo. De ahí que hagamos votos para que las corporaciones oficiales le concedan una pensión que le permita entregarse seriamente al estudio, recomendándole que persevere en su noble propósito para que pueda lograr el envidiable puesto que le reservan sus singulares condiciones.



Recuerdo de Carnaval, cuadro de José Fernández y Rodríguez. (Salón Parés.)



EN EL BAILE INFANTIL DE TRAJES, cuadro de F. Louyot



I

Hace muchos años, tantos, que no recuerdo la fecha, era yo niño, y por relaciones de familia solía concurrir á fiestas infantiles que daba un ex covachuelista bien acomodado, llamado D. Antonio Luceño, que habitaba en una casa (que aún subsiste) situada en la calle de Isabel la Católica, en que estuvo el último tribunal de la Inquisición. Una noche de Carnaval hubo allí reunión y tertulia extraordinarias, y después de tomar el clásico chocolate bailaron los jóvenes, y los niños, según costumbre, recitamos fábulas y composiciones de Arriaza, que era entonces el poeta de moda. La última que recitó fué una niña de siete á ocho años de edad, pequeña, gruesecita, rubia, agraciada, blanca y pálida como una azucena; y recitó nada menos que «La Fábula del Genil,» de Espinosa, escrita, como es sabido, en innumerables octavas reales. Yo entonces no pude juzgar las precoces excelencias de la dicción de aquella niña; pero sí recuerdo que los concurrentes se la comieron á besos y que los niños sentimos mucha envidia. A mí lo que más me impresionó fué su voz; era una voz dulce, sonora, halagüeña, que daba á los endecasílabos una cadencia enteramente musical; tanto, que después de transcurridos bastantes años, al oirla por segunda vez, la recordé en seguida.

En efecto, aquella niña, que era Matilde Díez, poseyó desde sus primeros años *los encantos de la voz,* el timbre argentino, al que llamó Balzac *voz de plata,* hecha á propósito para las declamaciones de los dramas románticos y discreteos líricos de las comedias del teatro antiguo; por esto durante veinte años reinó sin rival en la escena española. Tuvo una competidora: Teodora Lamadrid; pero si bien esta actriz encantaba á su vez al público, las simpatías y la popularidad se inclinaban al lado de Matilde.

Porque Matilde, si subyugaba en la escena, cautivaba en el trato social. Franca, buena, sencilla, desconocía las pretensiones, y el empaque teatral que suelen constituir la idiosincrasia de las actrices halagadas del público. Su corta estatura no se prestaba á la representación de personajes *majestuosos;* pero su figura atractiva y aniñada se amoldaba maravillosamente á la extraordinaria flexibilidad de su talento escénico.

II

Matilde entró con buen pie en la senda de la vida. Casada con Julián Romea, que ya había empuñado el cetro del arte, parecía que aquella feliz pareja estaba predestinada á una eterna luna de miel. No fué así; intervino el diablo; dividióse el hogar de los dos grandes actores, mas no por completo sus corazones, unidos por el vínculo del amor paternal reconcentrado en un hijo único y adorado. Verdad es que Alfredito, como le llamaba su madre, era un precioso engaste de aquella doble afección; á aquel niño hermoso é inteligente no le hubiera sido posible renegar de sus padres: tanto se parecía á ellos.

A Matilde Díez la sucedió lo que á la reina Victoria de Inglaterra: tuvo bastantes enamorados ó locos, que para el caso es igual. Uno de éstos la persiguió de muerte, dando escándalos que no son para dichos, hasta que intervino Julián Romea y le metió en cintura. Todo esto sin sombra de coquetería por parte de aquélla. Pero es que Matilde tenía lo que se llama *ángel,* y el influjo de su gracia y talento labraba hasta en las naturalezas incultas. Recuerdo á este propósito que una noche entré en el teatro del Circo, en el que después de su regreso de América, actuó la popular actriz en compañía de Julián y Joaquín Arjona, y viendo en las butacas al célebre matador de toros Francisco Arjona Guillén, *alias Cúchares,* me acerqué á saludarle. Estaba acompañado del banderillero Matías Muñiz y de un aficionado á toros, y los tres miraban á un palco donde se hallaba Matilde, que no trabajaba aquella noche.

—¡Hola, amigo!, me dijo *Curro Cúchares;* estamos *filando* á doña Matilde de Díez, ¡qué mujer! La otra noche la vi hacer de gallega y me la hubiera comido. Estoy por *dir* á verla y decirla que ella en el teatro y yo en el redondel, estamos de non. ¡Ya se ve!, ¡como tocayos que somos de bautismo!

—¿Cómo es eso, *Curro?,* le pregunté yo.

—Pues qué, ¿no sabe usted? Doña Matilde y yo estamos bautizados en la misma pila, en la propia parroquia de San Sebastián.

La popularidad de Matilde llegaba á todas partes, y consistía en que además de sus raras facultades de actriz, trascendía, digámoslo así, su amable trato y bondadoso carácter. Una noche fué á la verbena de San Cayetano, prendida de claveles y envuelta graciosamente en un mantón de Manila y produjo en aquellos barrios una revolución de entusiasmo. Fué indiana, es decir, que estuvo y volvió de América, con algún dinero, no mucho. Su regreso á Madrid produjo una explosión de alegría entre los aficionados al arte escénico, y su presentación en el teatro del Circo fué un acontecimiento artístico al que asistió el *todo Madrid* inteligente, incluso la reina doña Isabel II. Trajo de América canturia ó tonillo, mas pronto se corrigió de este defecto.

III

No obstante sus disgustos domésticos, Matilde era de carácter alegre, tanto que á veces prorrumpía en accesos de hilaridad que no podía contener. Una noche, en el saloncito del teatro del Príncipe (entonces aún no era Español), Julián Romea y algunos poetas y actores buscábamos un consonante á *naranjo,* que no fuese verbo. Matilde estaba allí también, y también buscaba en vano. De pronto se presentó en la puerta que da á la escalera del teatro Miguel de los Santos Alvarez, muy apresurado por ver á Florencio Romea, que tenía dentro su cuarto. Cuando atravesaba Miguel el saloncillo, le dijo Romea:

—Oye, Miguel, ¿un consonante á naranjo, no verbo?

—Espanjo, contestó éste sin detenerse.

—¿Y qué es espanjo?, le gritó Julián desde la puerta que conducía al pasillo interior; á lo que contestó Miguel, también gritando:

—Así se llamaba á la esponja en el siglo XII.

Todos nos reímos; pero á Matilde la entró tal acceso de hilaridad, que más parecía afección nerviosa.

Tenía mucho instinto, á veces infundado, para prever los éxitos de las obras dramáticas, cosa rara en los actores, que por lo general casi siempre se equivocan.

En cierta ocasión se ensayaba un drama de don Gabriel Estrella, titulado «Alfonso el Sabio;» la obra traía *tronio,* como dicen los andaluces; pero á Matilde no le gustaba. En el drama decía un montero refiriéndose al rey Sabio:

«Tenaz como un jabalí;»

La inteligente actriz predijo que al oir este verso el público se le echaría encima, y así fué: la obra, que ya venía tambaleándose, al llegar á este punto cayó por completo.

Matilde Díez era buena cristiana, sin gazmoñería, y sobre todo, muy caritativa. Casi todos los días asistía á la misa de once de la iglesia de San Antonio del Prado, ya derribada al mismo tiempo que el contiguo palacio de Medinaceli. En la entrada de la doble escalera que conducía al templo, en ésta y en el atrio se situaban algunos mendigos. La bondadosa actriz los socorría á todos. El primero que la *veía* venir era un ciego que se colocaba en la parte de afuera, y avisaba á sus compañeros de postulación. En efecto, llegaba Matilde, y con su blanca y gruesecita mano repartía á cada uno de los menesterosos una pieza de las antiguas de dos cuartos.

Si esto hacía con los pobres, ¿qué no haría en favor de los amigos necesitados? Un día, un escritor la dió un sablazo en la siguiente aleluya:

«Está mi mujer de parto
y me pilla sin un cuarto.»

Matilde andaba muy mal de dinero; pero indudablemente se le ocurrió una idea, puesto que le contestó: «Hoy no puedo hacer nada por usted; pero véngase mañana á ver si salimos del cuidado.»

IV

Y salieron, he aquí cómo:

Matilde asistió aquella tarde á una fiesta que dió González Bravo en su residencia de Carabanchel Bajo. En otra ocasión, al hacer la semblanza de este personaje político, he mencionado las susodichas fiestas, que consistían en banquetes semanales, conatos de concierto, lecturas é improvisaciones poéticas. La tarde á que me refiero, antes de la comida de costumbre, hubo becerrada en un corral cercano al pueblo, convenientemente preparado para el objeto. Los aficionados torearon tres becerros mamones, y las señoras y niños presenciaron la lidia desde un tablado. Antes de salir el último becerro apareció sobre el tablado el siguiente cartel manuscrito, pendiente de un largo palo que sostenía Alfredito Romea:

Terminada la lidia de reses bravas,
Doña Matilde Díez, primera actriz
de este corral de Carabanchel,
recitará la heroida de Dorat,
titulada «Armida y Reinaldo,»
vertida al verso castellano.
Mas para oirla hay que aflojar el bolsillo,
puesto que se trata de una obra benéfica.
Precio de los billetes: caballero, un real:
Señoras y niños, medio real, ó cuatro
cuartos, si no hay ochavo.

En efecto, terminada la lidia del último becerro, desocupóse el corral y volvimos á entrar todos, previo el correspondiente pago. La concurrencia era grande, y además, como el caballero que menos dió una peseta por su billete, se reunió una cantidad de veintitantos duros, que al día siguiente fué á parar á manos del necesitado escritor, cuya señora dió á luz con relativa tranquilidad.

Gustábale á Matilde estudiar sus papeles de teatro en compañía, para lo cual sabía secuestrar á su hijo Alfredo, que, aunque vivía con su padre, iba

casi todos los días á verla. Como Matilde y Julián eran los protagonistas obligados de casi todas las obras que se ensayaban, y como el niño veía estudiar á ambos, y tenía una memoria feliz, se sabía los papeles de sus padres; lo cual ayudaba mucho á Matilde. Yo vi á ésta y á Alfredo ensayar el final de «Bandera negra,» de Rubí.

MATILDE

Quiero pediros
perdón de tantas ofensas.

ALFREDO

¡Callad, señora, callad!
excusadme esa verguenza;
cuanto acabáis de decir
deja mi alma satisfecha.

MATILDE

¿Tan satisfecho os halláis,
nada que anhelar os queda?

ALFREDO

Bien sabéis, que á pesar mío,
habéis atado mi lengua.

MATILDE

¿No habrá, si arrojo esta mano,
quien á tomarla se atreva?

ALFREDO

¡Oh!, sí, y á adorarla siempre...

y concluyó la escena, no sólo con tomar el niño la mano de su madre, sino en cubrirse de besos uno y otro.

Y era que la pobre Matilde, al besar á aquel hijo querido, recordaba al esposo á quien nunca había dejado de querer.



El Salvador del mundo,
cuadro auténtico de Murillo, propiedad de D. Diego de Piñar y Marín, de Zubia (Granada)

V

Por esto, en las postrimerías de Julián Romea, el dolor de aquella pobre mujer fué tan intenso, que hacía daño á los que le observaban. La historia de corazón de los dos grandes actores había sido como otras muchas: celos, cansancios momentáneos sin reacción, por orgullo y otras causas; pero en el fondo, una afección constante, basada en ambos en el aprecio de su mutuo talento.

Matilde estuvo cuatro días sin separarse de la cabecera del enfermo querido, sin tomar alimento, y sólo bebiendo agua con mucha frecuencia.

La pena la ahogaba. Los parientes y amigos que rodeaban el que pronto iba á ser lecho mortuorio, lloraban; pero á los ojos de aquélla no asomaba ni una lágrima, y sólo profería palabras entrecortadas, que más bien parecían monólogos mentales. Murió Julián: ella le amortajó, le veló y le besó en la frente al colocarle en la caja, encerrada en su mutismo, como lo había estado los días precedentes, y con los ojos secos. Sólo su hijo Alfredo consiguió hacer brotar aquel raudal de sentimiento, al decirla en son de reproche:

– Pero, mamá, ¿tú no lloras?

Desde entonces Matilde vivió, si no triste, retraída. Perdió las alegres expansiones de su carácter y sus entusiasmos artísticos. Fué como esas estrellas que vanse eclipsando lentamente.

Cuando ella también pagó su tributo á la Naturaleza, la noticia de su muerte repercutió en todo Madrid.

Había muerto la actriz madrileña, la predilecta, la popular. Para la nueva generación fué un acontecimiento como otro cualquiera; pero los contemporáneos de la inimitable actriz sentimos las punzadas del recuerdo.

Matilde nos dejaba la estela de sus triunfos, pero se hundía la gallarda nave en que durante tantos años bogaron nuestra juventud, ilusiones, entusiasmos y placeres.

F. MORENO GODINO.

Dulces melodías, cuadro de E. Herpfer



LA PRIMERA NOVIA DEL REY LUIS XIV DE FRANCIA, COPI



EL CELEBRADO CUADRO DE VICENTE DE PAREDES, grabado por Baude

NUESTROS GRABADOS

Manuel Utor.—Este tenor, que tantos aplausos consigue actualmente en nuestro teatro de Novedades, debutó á fines de la temporada última del Liceo, un domingo por la tarde, cantando la ópera de Meyerbeer *L' Africana*. Cuantos asistieron á aquella representación pudieron convencerse de que el debutante poseía en alto grado la principal cualidad que todo cantante debe tener, una voz extensa, hermosísima, de un



El tenor catalán Manuel Utor, que actualmente canta en el teatro de Novedades

timbre precioso, y comprendieron que las condiciones que le faltaban son de aquellas que pueden adquirirse con el estudio y con la experiencia. Las esperanzas que aquella tarde hizo concebir Utor se han confirmado en las representaciones que de la citada ópera ha venido dando después en el teatro de Novedades, y en las que se han ido notando en él visibles adelantos. Esta circunstancia permite predecirle un buen porvenir en su carrera si se dedica á cultivar el tesoro con que la naturaleza le ha dotado, y sobre todo si se acuerda de la fábula de la gallina de los huevos de oro y sabe aplicar su moraleja.

Manuel Utor, que cuenta 34 años, es un obrero que hace poco trabajaba como estibador en la Barceloneta, y debe, por decirlo así, su suerte á un protector, el distinguido y acaudalado joven de esta capital D. Ricardo Jenssen, quien habiéndole oído cantar un día por casualidad, le tomó bajo su amparo, y sin ser profesor de canto emprendió la ímproba tarea de enseñarle de memoria *L' Africana*, lo que consiguió después de nueve meses de constantes trabajos, pues hay que advertir que el discípulo no tenía noción alguna, no ya del arte del canto, pero ni siquiera de solfeo.

Al éxito que ha alcanzado en Novedades ha contribuído poderosamente la Sra. Giudicci, artista notabilísima á quien el público había podido ya admirar en el Liceo como *Walkiria* incomparable, y que en el papel de Selika no sólo ha rayado á colosal altura, sino que además ha sido sabia consejera y cariñosa y solícita compañera del inexperto tenor catalán.

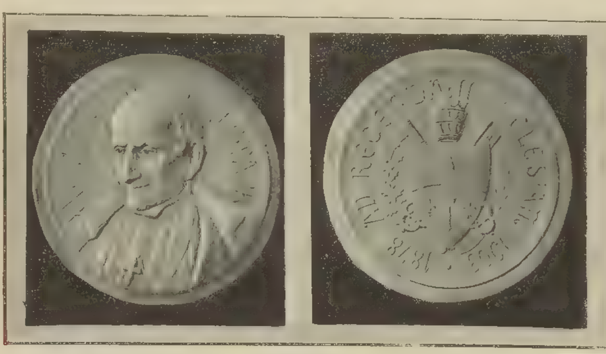
Alegoría del Carnaval, dibujo de Baldomero Gili y Roig.—En el número 1.101 de La Ilustración Artística expusimos el concepto que este joven pintor catalán nos merece, y por consiguiente nada diremos acerca de sus cualidades ni de su significación dentro de nuestro arte. El dibujo que hoy reproducimos pertenece á un género muy distinto del que motivó entonces nuestros juicios, y demuestra la diversidad de aptitudes de Gili y Roig, que lo mismo se manifiestan en un cuadro inspirado en la realidad y con sus puntas y ribetes de dramático, que en un trabajo puramente de fantasía. Su *Alegoría del Carnaval* es una composición de una factura correcta y sobre todo elegante, graciosa, cual corresponde á los temas de esta índole, y tiene además un carácter decorativo que la hace doblemente simpática y que armoniza perfectamente con el asunto.

En el baile infantil de trajes, cuadro de E. Louyot.—Parodiando una frase del popular sainete de Ricardo de la Vega, bien podemos decir que «también la gente menuda tiene su corazoncito.» No agitarán á los niños grandes pasiones, pero todo es relativo en este mundo, y las penas del infante son proporcionalmente tan intensas y sus lágrimas tan amargas, como las lágrimas y las penas del hombre. Díganle ustedes al niño del cuadro de Louyot que las burlas de sus dos amiguitas no tienen importancia, que no debe llorar por cosa tan baladí, y de seguro mandará enhoramala á quien de tal manera pretenda consolarle, y aun podría contestar que si por esto llora, en cambio se muestra impasible ante otros disgustos que causan hondo pesar á personas mayores; y tendría razón en reclamar el derecho de apesadumbrarse por lo mismo que á otros movería á risa. El pintor muniquense Louyot ha estado felicísimo en la interpretación de esta cómica escena, y para que resultara más graciosa ha tenido el buen acierto de presentar á los diminutos personajes disfrazados y en un medio ambiente que parece incompatible con el mal humor, y en el cual, por consiguiente, el contraste es más violento.

El Salvador del Mundo, cuadro de Murillo.—Encontrar hoy en día un cuadro desconocido de Murillo que haya podido escapar á la voracidad de los aficionados y comerciantes extranjeros, tan codiciosos de las obras del inmortal maestro sevillano, es una casualidad que pocas veces se presenta. Y si, por añadidura, el lienzo se halla en tan perfecto estado de conservación que permite apreciar toda su belleza, hasta en los menores detalles, la importancia del hallazgo sube de punto y bien merece ser felicitado el poseedor de la inestimable joya. Tal sucede con el original del grabado que en la página 127 publicamos, de cuya autenticidad responde su propietario, y que, á juzgar por la reproducción fotográfica, parece realmente debido al pincel de Murillo, pues la expresión del Salvador, la manera de estar tratados los querubines, los ropajes y el fondo, tienen en verdad todo el carácter de las composiciones murillescas. El cuadro mide 96 por 97 centímetros.

Dulces melodías, cuadro de E. Herpfer.—Cuando un pintor consigue identificarnos con el asunto por él trasladado al lienzo, es evidente que ha llenado uno de los principales fines del arte pictórico, que consiste, no sólo en hacernos ver lo mismo que él vió, sino además en comunicarnos las impresiones por él recibidas. Tal sucede con el cuadro de Herpfer, contemplando el cual nos imaginamos asistir á ese concierto íntimo y escuchar las dulces melodías que del clavicordio se escapan. Aparte de esto, la obra del artista alemán se recomienda por su elegante factura, por el sello de distinción de los personajes y del lugar de la escena.

Medalla de León XIII.—Para conmemorar el 25.° aniversario de la proclamación de S. S. León XIII, la reputada casa bilbaína de Alfredo Alvarez y C.ª ha acuñado la medalla que adjunta reproducimos y que ha sido modelada por el notable escultor francés M. Revillón. Así el busto del Sumo Pontífice, como el escudo del reverso, están perfectamente hechos y justifican la nombradía del artista y de los fabricantes.



Medalla conmemorativa del 25.° aniversario de la proclamación de León XIII, modelada por M. Revillon y acuñada en los talleres de Alfredo Alvarez y C.ª, de Bilbao

Esta medalla, que ha sido presentada al papa, se venderá en España, Francia é Italia.

La primera novia del rey Luis XIV de Francia, cuadro de Vicente de Paredes.—El notable pintor español Vicente de Paredes siente especial inclinación por los asuntos que se prestan á composiciones difíciles y al mismo tiempo á propósito para que en ellos pueda el artista encontrar ancho campo á su fantasía. Recordamos, entre otros, los cuadros titulados *Mozart en casa de Mme. de Pompadour* y *Un bautizo en España en el siglo* XVII, ya reproducidos en La Ilustración Artística y que pertenecen al mismo género que el que hoy publicamos: en todos ellos se nos presenta Paredes como pintor de gran imaginación, que resuelve con asombrosa facilidad las mayores dificultades, compone admirablemente y ejecuta con una corrección y una elegancia de lápiz y de pincel merecedoras de los mayores elogios.

El maestro Roberto Planquette.—Víctima de una embolia del corazón falleció el día 28 de enero último, en su hotel del bulevar Pereire, el inspirado maestro Planquette, autor de tantas operetas que han hecho las delicias de muchos



El maestro Roberto Planquette, fallecido en París en 28 de enero de 1903

públicos, y entre las cuales figura en primera línea *Les cloches de Corneville*, que nosotros conocemos con el título de *Las campanas de Carrión*. Había nacido en la capital de Francia en 1850, y después de haber pasado un año en el Conservatorio, en donde estudió composición con Duprato, escribió canciones y sainetes y debutó en el teatro con la citada obra, que se representó más de 400 noches seguidas en las Folies Dramatiques y que ha dado la vuelta al mundo, obteniendo igual éxito en todas partes. Grande fué también el que alcanzó su otra opereta *Rip*, que Planquette escribió siete años después, y estas dos obras fueron bastantes para hacer la fortuna del autor, quien además contaba como fuente de ingresos no pequeña lo que le producía la música de los bailes que escribía de continuo para el teatro de la Alhambra de Londres, del cual era, por decirlo así, proveedor casi único. Al morir ha dejado terminada una opereta destinada á la Gaité de París. Roberto Planquette era caballero de la Legión de Honor.

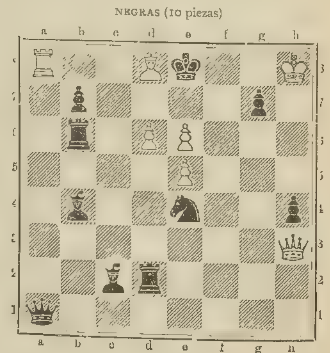
Fiesta completa, cuadro de Domingo Fernández y González.—Otro cuadro de los llamados de costumbres andaluzas nos ofrece el distinguido pintor sevillano señor Fernández y González. Forma parte de la serie que, pintados en extranjero suelo durante su larga residencia en la Ciudad Eterna, recuerdan una región española, pero embellecida por el artista, quien, al combinar la escena, ha procurado reunir elementos para aumentar su atractivo y hallar al propio tiempo medio para demostrar su habilidad y buen gusto. Nuestros lectores conocen ya, por haberlos publicado en las páginas de esta Revista, varias producciones del mismo género, y singularmente los hermosos estudios de Venecia que exhibió en el Salón Parés y que tan justos aplausos le merecieron.

AJEDREZ

Problema núm. 313, por F. Ruppert.

Cuarto premio del Concurso de *La Stratégie*, sección C.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 312, por J. Jespersen.

Blancas.	Negras.
1. Cc4–b6	1. f7×g6 jaque
2. e5–e6	2. Dg8×e6 jaque
3. Dd2–d5 mate.	

VARIANTES.

1..... Cb7–d6; 2. e5×d6 jaq., etc.
1..... Re4–f5; 2. Dd2–f4 jaq., etc.
1..... Af8×e7; 2. Dd2–f4 jaq., etc.
1..... Otra jugada; 2. Dd2–f4 jaq., etc.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Después, en la primera fila de las mujeres, seguían la viuda y la hija del difunto, sosteniéndose mutuamente y envueltas en amplios velos de gasa, un grupo de parientes lejanos, señoras de la clase media de Segré y de los alrededores, campesinas de cofias blancas enlutadas y unas cuantas viejas abuelas abrigando con sus mantos negros las cabezas vacilantes...

El cortejo rodeó la colina y tomó la cuesta escarpada en cuya cima esperaban los sacerdotes revestidos. Y la subida del ataúd hacia la cruz de plata que brillaba en la altura ofreció la elocuencia conmovedora de un símbolo.

Los que conducían el cadáver tuvieron que hacer más de un alto para tomar aliento y enjugarse la frente... No eran de esos hombres mercenarios que se dedican á ese oficio y le cumplen con indiferencia, sino amigos, vecinos y contemporáneos del muerto que, siguiendo una hermosa costumbre fundada en la solidaridad humana, le prestaban un servicio supremo llevándole piadosamente á la última morada. Las caras de aquellos hombres que subían agobiados bajo el venerable peso, estaban ennoblecidas por serios y austeros pensamientos.

El recogimiento era general, así en las filas de los ricos como en las de los pobres. Todas las fisonomías tenían una expresión grave y reflexiva. Y es que en el campo aparece más claramente el sentido y el objeto de la vida, por tratarse de existencias sencillas, en un espacio reducido. La idea de la muerte es allí familiar y está al alcance de todos los espíritus. El campo de reposo no se halla relegado á un rincón lejano como un lugar de espanto que se debe ocultar á los vivos, sino que está colocado en el centro de la aldea ó en su entrada, en el camino habitual de todo el mundo, para recordar á cada cual los desaparecidos y su propio destino...

Y mientras las vocecillas destempladas de los niños de coro se mezclaban con las de los barítonos y con las notas bajas de los chantres en las severas armonías de los salmos, Pedro se preguntaba si era posible que fuesen las exequias de su padre las que se estaban celebrando... Todas las circunstancias exteriores le presentaban á la vez la incoherencia y el realismo de ciertos sueños. Le parecía que su personalidad se duplicaba. Su ser físico obedecía al impulso dado y realizaba maquinalmente los actos exigidos de él; su pensamiento, por el contrario, se desprendía del barro temporal, adquiría una lucidez extraordinaria y se lanzaba al porvenir...

Al salir de la iglesia la comitiva atravesó la plaza y subió hasta el pórtico del cementerio. A uno y otro lado ondulaban las olas verdes de los trigos, ya crecidos y sembrados de amapolas y margaritas. Los setos estaban cubiertos de rosas silvestres. A cada paso se pisaban las flores en el campo de los muertos. La tierra y el aire vibraban de vida intensa y de profundo amor. Millares de existencias misteriosas se agitaban, dedicadas á su fin de fecundidad y de trabajo. La más pequeña partícula del suelo proveía de savia alimenticia á una cantidad innumerable de seres orgánicos. Las mariposas revoloteaban por parejas y las abejas saltaban de corola en corola... Por todas partes cantos, vuelos y perfumes... La obra de creación se proseguía, exuberante, en la irradiación primaveral.

–¡Pedro! ¡Hijo mío! ¡Tú le has dado las últimas alegrías!

Y en medio de aquella fermentación universal, Pedro sentía que invadía su espíritu dolorido una excitación extraña que le hacía olvidar la tristeza del momento. Mientras el ataúd de su padre reposaba al borde de la fosa abierta y el sacerdote pronunciaba las últimas bendiciones, el joven se afirmaba á sí mismo, en una exaltación sobrenatural, que la muerte no era más que un nombre vano, una separación aparente... La inmortalidad le deslumbraba con su espléndida esperanza. Pedro la veía, según sus creencias de cristiano, en la morada dichosa y mística de la eterna paz. Veía también la continuidad persistente de la vida en este mundo físico en el que las cosas no perecen, sino que se transforman, en el que las flores brotan de las tumbas... La existencia de los que han muerto, ¿no se prolonga moralmente por la de sus descendientes, que pueden perpetuar su influencia y su recuerdo y continuar su obra? El hijo, heredero del padre, ¿no debe asegurar la supervivencia del desaparecido, cumpliendo la misma tarea, siendo como él un hombre honrado en su esfera de acción, antes de dormirse como él con la serenidad de un buen obrero que ha empleado bien su jornada de trabajo?..

Pedro vió toda la extensión de sus deberes y aceptó su destino con sombrío entusiasmo, envolviendo en una mirada de tierna protección á las mujeres que lloraban.

–¡Lo haré, padre, te lo prometo!.., dijo mentalmente al echar agua bendita en la tumba.

Y una serenidad vivificadora se produjo en él y afirmó su corazón para el cumplimiento del deber, mientras Antonino, nerviosamente impresionado, se retorcía en ruidosos gemidos.

. . . .

Ya de regreso en el molino, los parientes y los invitados se dispusieron á tomar parte en el banquete fúnebre. Los arrendatarios del Bas-Pré, los criados y los obreros del molino se colocaron bajo el cobertizo delante de largos tablones dispuestos sobre unos toneles. Los demás invitados se repartieron en las diferentes posadas donde estaba preparada su colación por orden de la familia Destraimes.

Aquel almuerzo, rápido, sin embargo, pareció á Pedro la más penosa de las obligaciones de aquel día. Como sucede siempre, en efecto, los convidados, después de haber guardado al principio un tono mesurado y grave, olvidaron poco á poco las circunstancias en la satisfacción de los apetitos repletos... En el extremo de la mesa dos de ellos estaban concluyendo un trato para una corta de madera y otros discutían los actos del diputado, las tarifas de los alcoholes y el reglamento de pesca. Por todas partes sobresalían los intereses personales y vulgares, y Pedro llegó á un estado de exasperación que le inspiraba el deseo de echar á la calle á toda aquella gente. El ruido de los vasos y de los cubiertos le hería los oídos como un escándalo en aquella casa enlutada, y se sublevaba viendo á Antonino, tranquilo y casi sonriente, tomar parte en la conversación.

La mirada llena de reproches que Pedro dirigió á su hermano mayor, se cruzó con la de dos ojos grises observadores, que después de haber mirado á Antonino, se volvieron hacia el segundo de los Destraimes con triste simpatía. Y Pedro comprendió que Felipe Sergent sentía y pensaba como él.

Por fin los importunos se marcharon y sólo quedaron algunas amigas antiguas con la viuda, abrumándola con solicitud llena de excelentes intenciones. Ciertamente, sus cuidados y su locuaz conmiseración fatigaban á la buena señora, pero era mejor que en tal día no tuviese tiempo para replegarse en sí misma...

Pedro, tranquilo al ver á su madre cariñosamente rodeada, creyó que le era permitido reunirse con sus huéspedes, el tío y el primo, con quienes apenas había podido ponerse en contacto.

Ambos acababan de dejar la casa, entregada á los arreglos de los criados, y estaban en el jardín. Pedro descubrió pronto al viejo, que estaba paseándose por las calles de fresales con una mano en el hombro de Celina.

–Si no molesto á ustedes..., dijo el joven aproximándose.

Acababa de oir su nombre en la charla de Celina.

–Sí, sí, amigo... Lo que estamos diciendo no se refiere á ti..., replicó el tío Andrés guiñando los ojos con malicioso misterio. Allí está el puesto de los jóvenes, añadió designando una terraza en la que Felipe y Antonino estaban hablando y fumando.

Pedro, sonriendo á medias á pesar de su melancolía, dejó en conferencia á la muchacha y al viejo. Veía con placer que Celina había conquistado al tío... Andrés Sergent no había tenido hijas ni nietas, y como ignoraba la dulzura de las caricias inocentes, era más sensible á aquel encanto, nuevo para él. Sentía una satisfacción deliciosa al apoyarse en un joven hombro, al oir gorjear una voz argentina y al refrescar sus ojos fijándolos en una cándida fisonomía y en una cabellera del color de la miel. Y Celina, encantada por tener una persona más á quien amar, prodigaba las muestras de afecto á aquel viejo, al que se había imaginado hasta entonces como un ser inflexible y feroz, un Cromwell ó un Bismarck campesinos, y que, en realidad, no le parecía nada terrible.

El rudo y voluntarioso Sergent no se conocía ya á sí mismo... Su alma se había ablandado por una multitud de sensaciones: por aquella ternura que le envolvía; por el olor del aire natal que respiraba con delicia; por la alegría secreta de haberse reconciliado con su sobrina; por la gloria de restablecer su autoridad sobre aquella rama de la familia, hasta entonces rebelde. El viejo había accedido sin contrariedad al ruego de su sobrina, la viuda, que le invitó á quedarse unos días en el molino á fin de que presidiese los arreglos que la situación hacía necesarios, y para que fuese tutor de Celina. Con una generosidad retrospectiva, Andrés Sergent se sentía dispuesto al olvido completo del pasado y ya no guardaba rencor á Antonio Destraimes, puesto que había tenido la buena ocurrencia de morirse antes que él...

Cuando despidieron al intruso, Celina y el abuelo reanudaron sus paseos y su conversación.

–Decíamos que este bueno de Pedro había hecho dimisión de su empleo de oficial para volver al molino... ¿Y entonces?..

Y Celina, animada por estas palabras, se engolfó con nuevo ardor en el relato de la vida y milagros del hermano querido, mientras el héroe de aquella narración épica se iba dócilmente al sitio adonde le había enviado el viejo.

En aquel momento todos los resortes de su voluntad estaban flojos y hubiera obedecido al impulso de un niño. Pedro se sentó al lado de Felipe en una postura abatida, y lánguidamente emprendió una conversación en la que los dos primos, separados hacía tanto tiempo, se confiaron mutuamente su pasado, su género de vida, sus gustos y sus ideas generales.

Felipe, obligado por Antonino, estaba hablando de sí mismo con una voz de modulaciones extremadamente dulces, y repetía el pensamiento que ya había expresado al llegar.

–Hace mucho tiempo que deseaba conocer á mis primos de Anjou... Como mi madre era huérfana, sin hermanos ni hermanas, sois, en suma, mis parientes más próximos.

Un recuerdo alegre pasó por la tristeza de Pedro: las bromas de su padre sobre la habilidad del abuelo Sergent para descubrir herederas. El mismo se había casado con una rica viuda de la Mayenne, cuyas propiedades fué á explotar, y para consolar á su hijo de las calabazas de la hermosa «Rosa del molino,» le casó con aquella huérfana, muy rica, que fué la madre de Felipe y que murió á los dos años de casada.

–Yo sabía que mi abuelo lo deseaba también, continuó Felipe, pero es muy orgulloso y muy obstinado para confesar un sentimiento que á él le parecía una debilidad. A los setenta y seis años, sin embargo, gusta volver los ojos al pasado, y por esto aprovechaba el más pequeño pretexto para hablar de esta comarca, de las personas y de las cosas que en ella había conocido.

–Pues yo, dijo Antonino en tono sarcástico, si alguna vez humedezco mis ojos para recordar el agujero natal, será que me he vuelto idiota. Pero lo que no me explico, añadió poniendo una mano en la rodilla de Felipe, es que tú, hijo único y dueño de tu fortuna, te entierres en ese rincón de la Mayenne con un abuelo que no debe ser un hombre muy alegre... Aunque, después de todo, puede que sea él quien te impone esa vida campestre y cenobítica...

Pedro se sintió de nuevo molestado por el tono inconveniente de su hermano y otra vez sus ojos se encontraron con las pupilas grises de Felipe.

–Mi abuelo no me impone en modo alguno mi existencia actual, replicó éste con tono flemático y un tanto frío. La he escogido libremente y más bien contra su voluntad, pues él quería tener un hombre de leyes en la familia y con ese fin me envió á París á estudiar Derecho...

–¡A París!, exclamó Antonino maravillado. ¡Buena suerte tienes!.. ¡Viva el tío Andrés, hombre de progreso! ¿Cómo diablos pudo ocurrírsele esa feliz idea?.. Porque para los rurales, París es una especie de caldera infernal...

–Puede que tengan razón, respondió Felipe con tranquilidad. Una vasta caldera en la que fermentan los cerebros, se consumen las energías y el bien y el mal se confunden en una mezcla efervescente... Pero volviendo á mi historia, el abuelo obedeció solamente á la influencia del médico, cuyo hijo se fué conmigo á la capital... Tiene además el espíritu mucho más abierto de lo que pensáis, y creía que la estancia en París me corregiría de mi apatía natural y de mi salvajismo, defectos deplorables en un futuro abogado... Su esperanza ha salido fallida..., pues obtuve, es verdad, mi título de licenciado como cualquiera otro, pero no soy abogado y sigo tan salvaje como era...

Pedro se sonrió. La voz y los ojos de aquel salvaje le gustaban.

–¿Nunca has tenido gana de ejercer tu carrera?, preguntó á su vez á Felipe.

–¿Para qué? Son ya muchos los que se disputan la defensa de la viuda y del huérfano... Y las leyes me han parecido una confusión de disposiciones contradictorias que se puede emplear en pro ó en contra de la equidad...

–¡Pero *París!*.., repitió Antonino con énfasis, como si aquel nombre sagrado hubiera estado compuesto de cinco mayúsculas. ¡París! ¡Qué duro te habrá parecido el dejarle!..

–Nada de eso, respondió el extraño Felipe. He visto allí demasiadas angustias entre los jóvenes de mi generación, demasiadas luchas, demasiadas ambiciones frenéticas, y mi pereza se espantaba ante la idea de sostener semejante combate... Toda esa gente hace esfuerzos desesperados por llegar á *algo*. Los unos á la celebridad, los otros á la fortuna, muchos solamente á tener pan... Por mi parte, pensé que poseyendo la medianía del sabio y la independencia, sin la más pequeña ambición, era inútil que me lanzase á la pelea... Además, en ninguna parte me encuentro más feliz que en los bosques, con mi escopeta en invierno y mi caballete en verano... Porque tengo que confesaros ese defecto; pinto cosas horribles que me desesperan cuando están acabadas y hacen mis delicias mientras las hago... Pero veo que estoy hablando como una cotorra, dijo callándose de repente y dirigiendo á Pedro una mirada amistosa, aunque sus confidencias hubiesen tenido por punto de partida las preguntas que le había dirigido Antonino.

Pero éste no parecía ofenderse por la anomalía y continuaba con perseverancia el asedio de aquel primo ricachón caído del cielo y que ofrecía una vaga esperanza de expediciones en común y de *sablazos* fáciles...

–Pero, dime, continuó echando una mirada significativa al abuelo, que pasaba á cierta distancia con Celina; ¿el viejo no gruñó cuando le anunciaste la intención de permanecer en tu casa?

Al oir aquel lenguaje, que Antonino juzgaba sin duda pintoresco é ingenioso, Pedro vió que las cejas de Felipe se estremecían.

–Expliqué de una vez mis razones á mi abuelo, dijo pronunciando con respeto esta última palabra, para dar á Antonino una lección de tacto y de conveniencia. Y después no opuse á sus reproches más que la fuerza de inercia... La crisis pasó, y como á su edad se teme la soledad, acabó por resignarse, y hoy se alegra de tenerme á su lado.

–De todos modos eres un fenómeno, dijo Antonino. ¡Dejar París sin pena!.. ¿Tantas quejas tenías de las parisienses?

Felipe lanzó al aire una bocanada de humo y sus ojos tomaron de nuevo un matiz de descontento. Su naturaleza era poco expansiva, y aquel *interview* prolongado, al que empezó por prestarse con amabilidad, empezaba á cansarle horriblemente.

–Las parisienses á quienes se conoce en el barrio latino, respondió un poco secamente, son todas excelentes personas que han tenido la bondad de dejar mi corazón intacto.

En aquel momento Pedro se levantó sobresaltado y lleno de inquietud... En la ventana del cuarto de sus padres acababa de aparecer un momento la silueta de la viuda. ¿La habrían dejado sola? Pedro no quiso llamar á Celina, por no separarla del anciano que tanto parecía complacerse en su compañía... ¡Tanto mejor si se interesa por ella! La pobre no tendrá nunca bastantes protectores.

El joven dejó, pues, la terraza y se dirigió á la casa. Como había previsto, las amigas se habían marchado y las criadas estaban tomando el café en la cocina y no se ocupaban del ama. Pedro subió la escalera, resuelto á arrancar á su madre de aquel aislamiento tan penoso en las primeras horas, y la encontró de pie y retorciéndose los brazos en aquella habitación, ya transformada por algunos cambios y en la que el vacío era más impresionante que el lúgubre aparato de los últimos días.

–¡Antonio!, decía con acento desgarrador. ¡Antonio!.. ¡Amigo mío!.. ¡Se acabó! ¡Ya no estás aquí!

Pedro se aproximó vacilante y casi asustado. ¿Cómo tomaría su madre su intervención?. No podía, sin embargo, consentir que permaneciese entregada á las angustias de aquel dolor solitario.

–¡Mamá!.., dijo suplicante.

La viuda volvió hacia él unos ojos extraños y trágicos que nunca le había visto, puso las manos en los altos hombros de su hijo, que temblaron de emoción, y dijo con voz ronca que brotaba de un profundo sollozo:

–¡Pedro! ¡Hijo mío! ¡Tú le has dado las últimas alegrías!..

El joven, conmovido, cerró los brazos y los dos se abrazaron. Por la primera vez en su vida, Pedro sintió latir el corazón de su madre.

Por desgracia, aquel momento de amarga dicha fué breve... La puerta se abrió y entró la Fouché, con otra criada, para continuar la limpieza interrumpida.

XIII

–¿De modo que no hay río en su país de usted?

–A unos cuantos kilómetros serpentea solamente un pobre arroyuelo bordeado de álamos. Nada más.

–Pero no es un río como el nuestro, un verdadero río con olas..., dijo Celina orgullosamente.

Felipe sonrió viendo aquellas pequeñas ondas que rizaba el viento contrario á la corriente y venían á besar el muro de la terraza.

Era la mañana del día siguiente al del entierro. Celina había bajado temprano á la huerta á coger fresas y encontró al primo Felipe, que le propuso ayudarla como era debido. Y terminada la recolección, estaban hablando, acompañados por el ruido del molino, ya en marcha, él sentado en el banco y ella encaramada en el parapeto, con el cesto de fresas en las rodillas.

–¡Es tan bonita el agua!, prosiguió la joven. Se mueve, vive y está llena de imágenes de los árboles y de las nubes... Es el espejo del cielo... A mí me costaría mucha pena dejar mi río.

Se calló, como conmovida por sus propias palabras, y añadió dando un suspiro:

–Quisiera poder estar toda mi vida en el molino.

Aquellos labios tan rojos como las fresas se contrajeron, y aquellos ojos, que tanto habían llorado en los últimos días, se volvieron á humedecer y dejaron correr una brillante gota por la mejilla ligeramente pálida. Aquella lágrima y el severo traje negro de la joven formaban con su cara infantil un contraste que enterneció al salvaje Felipe Sergent.

En la educación de aquel joven se notaba la falta de la influencia femenina de una madre ó de una hermana. La mujer era para él un enigma peligroso y huía de ella como de una asechanza tanto más temible cuanto menos la conocía. No esperaba tener nunca bastante sangre fría ni bastante lucidez de juicio para estudiar aquel ser complejo y desconcertante que se llama *una joven*. Pero no experimentaba ese temor ante aquella muchacha de diez y siete años, á la que había visto postrada por la pena y que tan cándidamente mostraba su alma generosa en la sonrisa ó en las lágrimas.

Celina se enjugó rápidamente los ojos, no queriendo importunar á nadie con sus penas. Se creía en el deber de hacer soportable la estancia en la casa á aquellos parientes que habían respondido á su llamamiento y les acompañaban en las más penosas circunstancias. La muchacha se esforzaba por seguir el ejemplo de valor que le daba Pedro, el cual, después de tantas veladas, se había levantado con el alba para empezar el trabajo del molino.

La joven se volvió de pronto hacia Felipe, con uno de esos movimientos bruscos y caprichosos propios de los niños y de los pájaros.

–¿Usted pinta, según creo, primo?

–Sí, un poco... Es decir, mucho, pero no bien...

–¿Sabría usted pintar árboles y agua? Es muy difícil, según decía la profesora de dibujo del colegio.

– Creo que, en rigor, llegaría á pintar algo que se pareciese vagamente á los árboles ó al agua, dijo Felipe complacido.

Celina abrió unos ojos maravillados.

– ¿Y sería usted acaso capaz de representar también eso?, añadió designando el cielo vaporoso, las praderas humedecidas por el rocío y la arboleda que coronaba la colina.

Divertido por aquellas puerilidades, Felipe la miró, mientras ella, inclinada hacia él y con las manos cruzadas en el asa del canastillo, esperaba la respuesta. Las hojas de carpino matizadas por todas las luces y sombras de la gama de los verdes, componían un marco brillante á aquella joven cabeza aureolada de oro.

– Si usted quiere, la pinto á usted misma, dijo Felipe, á quien había llamado la atención aquella armonía de tonos y aquella pureza de líneas. En esa postura, sobre ese fondo verde y con ese canastillo lleno de fresas...

Celina se puso encarnada de placer.

– ¡Ah! Entonces es usted un gran pintor.

Y la joven diplomática añadió vacilante y casi ansiosa:

– Pero... el molino será acaso demasiado complicado para usted...

Evidentemente Celina, en su cándida admiración por el molino, creía la reproducción del enorme edificio más difícil que su propio retrato, y Felipe se quedó muy grave ante la seriedad de su prima.

– Creo que saldré adelante, á condición de que cuente usted antes las ventanas por mí.

Celina dió un brinco de entusiasmo, y dijo con las manos juntas y los ojos suplicantes:

– ¡Oh! Primo, si me atreviera á pedir á usted.. El molino, con las esclusas, el río, el puente, haría un bonito cuadro... ¡Qué contenta se pondría la pobre mamá!.. ¡Sea usted amable!.. ¡Le querré tanto!..

– Esa recompensa me decide, contestó Felipe con una risa un poco violenta. Trato hecho..., pero toma y daca..

– Pero si ya le quiero á usted..., dijo Celina con ímpetu. Un primo es casi como un hermano...

¿Qué impresión desagradable obscureció aquellas pupilas grises en las que Celina fijaba de frente su ingenua mirada? Felipe mismo no pudo definir aquel cambio... ¿Por qué en aquel instante le molestaba el recuerdo de las cinco ó seis canas que apuntaban en su cabeza y á las que nunca hasta entonces había dedicado la más mínima atención?..

– Yo, al menos, dijo ruborizándose, soy un hermano venerable.

– No mucho más que Antonino y Pedro.

– Soy más viejo que Pedro y hasta que Antonino. Tengo veintiocho años... ¡Es imponente!

Celina, con un pie en el primer escalón y el canastillo en la cadera, examinó á su primo con aire inteligente.

– Es la barba lo que le envejece á usted, dijo por fin muy convencida. Si yo fuera ministro prohibiría á los hombres que se dejasen la barba antes de los cuarenta años. ¡Cuánto más bonito llevar sólo el bigote, como Pedro! Pruebe usted y verá cómo le va bien.

Pronunciado este juicio, la joven bajó los escalones y Felipe creyó que debía darle escolta. En el portón de la huerta encontraron al tío Andrés, que había salido al amanecer á dar un paseo por la comarca y volvía fresco y de buen humor, rejuvenecido por su excursión matinal.

El viejo dió un beso á la muchacha y dijo:

– ¿Sabes? No me estrenas hoy, aunque no es tarde.. A estas horas he besado ya á otra persona..., una antigua *amiga* que me ha guardado cincuenta años de fidelidad... Esto valía un beso... A nuestra edad está permitido...

– ¡Cincuenta años!, exclamó la joven con estupor. ¡Usted bromea!.. ¡Ah, tío mío, tiene usted el corazón muy duro... ¡Debe ser tan terrible amar sin esperanza!

– ¿Se trata de Fanchette Massier?, dijo Pedro, que salió del molino y se aproximó al grupo.

– ¡Diantre! Sí, dijo el tío con una malicia un tanto enternecida. Pero tú y yo somos rivales, amigo, porque me ha estado haciendo tu elogio durante toda la sesión...

– Me ha hablado sin cesar de usted, replicó Pedro. Según dice, nos parecemos de tal modo que el uno hace pensar en el otro.

El viejo se irguió y miró á Pedro con orgullosa satisfacción.

– ¿Quieren ustedes visitar el molino ahora que está funcionando?, dijo inesperadamente el joven al tío y al primo.

Los dos le siguieron, y desde los primeros pasos el tío Andrés, que había ayudado en otro tiempo á su hermano en la explotación del molino, prorrumpió en una exclamación de asombro:

– ¡Diablo! ¡Qué lujo!. Parece que estamos en una quinta de recreo... Tu abuelo no conocería esto...

El viejo estaba como intimidado ante los útiles nuevos, los talleres relucientes como salas de baile, la potente máquina de vapor y todos aquellos cilindros, bonitos juguetes más provechosos que las primitivas muelas de antaño. Su espíritu práctico de campesino despierto no estaba apegado á los prejuicios de la rutina y respetaba las maravillosas invenciones modernas, sin comprender su parte técnica. El viejo escuchó, pues, las explicaciones de Pedro,



Celina había bajado á la huerta á coger fresas

y también Felipe, muy interesado, hizo minuciosas preguntas y observaciones.

Y Pedro, dominado por el asunto, se entusiasmó sin darse cuenta de ello, é hizo un caluroso elogio del molino, cuya situación permitía utilizar una fuerza hidráulica excelente y reservar el vapor para las épocas de sequía ó de grandes avenidas. De este modo, con dos fuerzas motrices que se suplían la una á la otra, la marcha estaba asegurada, siempre que se proveyese de grano á los tornos y á los cilindros... Pero la clientela aumentaba constantemente y no era de creer que el molino se parase tan pronto...

Pedro oyó sonar de pronto su propia voz con aquella expresión de convencimiento y se calló conmovido... Estaba repitiendo las mismas palabras de Destraimes cuando ponderaba su querido molino... Decididamente, el espíritu de su padre dominaba en él é inspiraba sus pensamientos y sus actos...

Por otra parte, Pedro se sentía aficionado á la obra por la cual luchaba hacía muchos meses. ¿No se quiere más especialmente á las personas y á las cosas por quienes se ha sufrido?

– ¡La verdad, querido, te admiro!, dijo Antonino, que se había reunido con ellos al fin de la visita. ¡Qué bien te está este oficio!.. En primer lugar, Pedro es un nombre predestinado; todos los buenos molineros se llaman Pedro... Pero estás enharinado como un pez dispuesto para la sartén...

En efecto, una capa de fino polvo cubría la ropa del hermano menor y le blanqueaba los bigotes y las cejas.

– He reemplazado á un obrero que faltaba esta mañana, respondió Pedro sin hacer caso de la burla.

Y añadió sencillamente:

– Otra vez me pondré una blusa.

– Así estarás completo, dijo bromeando Antonino. En fin, amigo, más vale que hayas tomado mi plaza en la harina. Guárdala; no te la reclamo...

El tío Andrés miró alternativamente á aquel gigante empolvado y la cara del otro, raquítica, más ajada á la luz matinal, y poniendo la mano en el hombro de Antonino le dijo en tono guasón:

– Creo, buen mozo, que el molino ha ganado en el cambio... Tú debes preferir los polvos de arroz de los perfumistas á la buena harina de trigo...

Por segunda vez Pedro se asombró viendo que su hermano se turbaba delante del viejo, y de nuevo sospechó que había allí algún pequeño misterio.

Pero Antonino, con la elasticidad de su naturaleza felina, dominó pronto aquel malestar y dijo mirando á su tío con sonrisa zalamera:

– Vamos, querido tío; usted, que es un hombre sensato, sabe bien que no hay que fiarse de vanas apariencias...

Y dirigió al mismo tiempo una mirada de inteligencia á Felipe, que no respondió. Pedro no tuvo tiempo de profundizar el enigma, pues Celina entró á decir á todos que su madre los esperaba en el escritorio...

XIV

La viuda estaba sentada delante del pupitre. La palidez de su cara y de sus cabellos canosos resaltaba sobre el negro de su traje y de su papalina de viuda. Una tristeza infinita se desprendía de ella. Su boca contraída denotaba la falta de esperanza de los dolores inconsolables, pero sus ojos azules conservaban su mirada penetrante y esa energía vivaz que sobrevive á las mayores amarguras.

Al ver entrar á los que había convocado, se levantó, presentó la frente al viejo con un ademán de muchacha muy conmovedor en aquella mujer de pelo blanco, y devolvió sus besos á sus hijos. En seguida fué derecha al asunto.

– Tío mío, dijo, Pedro le ha enseñado á usted el molino y ha podido usted apreciar el hermoso instrumento de trabajo que poseemos. Ahora, antes de que la curia intervenga, deseo que se explique á usted la situación. Pedro va á dar cuenta de todos los detalles, pruebas y cifras en mano.

Y al mismo tiempo indicó á su hijo menor un asiento al lado del suyo, como reservado para un socio. Pedro contó, con la precisión que dan los estudios matemáticos, las contrariedades sufridas con las complicaciones que de ellas resultaban, y después expuso las combinaciones que podían remediar el mal y que su madre y él habían concertado el día anterior en una entrevista con el Sr. Lerou, un hombre muy hábil, casi retirado del comercio y que no les negaría el concurso de su experiencia en estos asuntos.

Para enjugar el déficit resultado de la mala campaña emprendida, la viuda proponía vender la granja de Bas-Pré, que le pertenecía personalmente. El resto se saldaría por anualidades prudentemente distribuídas, con las cuales sería pagado el empréstito. No se lanzarían más á especulaciones arriesgadas ni á grandes compras que pudiesen sufrir las fluctuaciones del alza y de la baja, sino que se proveerían por pequeñas compras á plazo en la Bolsa del Comercio. Con este método prudente, el beneficio sería más reducido, pero seguro. El molino ganaría solamente en la molienda, y esa remuneración de un excelente instrumento sería ventajosa.

– Como veis, dijo la viuda á modo de epílogo del informe de Pedro, una vez doblado el cabo peligroso navegaremos en aguas tranquilas. El porvenir puede ser floreciente á condición de que permanezcamos unidos. La disensión sería la ruina. La concordia lo salvará todo.

Pero á pesar de la autoridad de su voz, la inquietud de la viuda se traducía en su misma insistencia en aquellas frases significativas y en la mirada de ansiedad con que vigilaba á Antonino.

Sergent resistió al deseo de vituperar las imprudencias del difunto, por consideración á la pena de su sobrina. El mal estaba hecho. ¿Para qué las recriminaciones? Además aquel Pedro, de inteligencia tan clara y de razón tan firme, y que no se desdeñaba de echar una mano al trabajo, le inspiraba confianza decididamente. El viejo estuvo callado un instante, calculando en sus adentros...

– Sí, dijo por fin, creo que todo puede arreglarse... Y todo se arreglará, porque nada es imposible para el que posee brazos sólidos y buena cabeza ¡Adelante, pues, muchacho!.. A tu edad era yo como tú, capaz de desafiar al mismo diablo...

Su opinión se resumía así en un testimonio de estimación hacia Pedro. Antonino, que estaba inmóvil, con los ojos bajos, la frente sombría y un gesto de decepción en los labios, frunció más las cejas. La preponderancia concedida al hermano menor irritaba sus agrios sentimientos, sus ambiciones y su descontento de los demás y de sí mismo.

– ¡Pero mis intereses están enteramente separados de los del molino!, hizo observar atusándose el bigote con los dedos de bien cuidadas uñas.

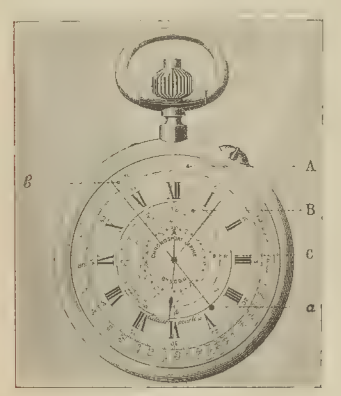
Pedro vió el estremecimiento que agitó á su madre de pies á cabeza, como una descarga eléctrica.

(Continuará.)

APRECIACIÓN DE LAS VELOCIDADES

EL CRONOSPORT LEPINE

Los recientes progresos realizados en materia de ciclos y de automóviles han impuesto á los constructores, lo mismo que á los aficionados, la necesidad de darse cuenta rápidamente y en varias ocasiones de la velocidad de sus máquinas, pero hasta



El cronosport Lepine

ahora no tenían á su disposición ningún aparato que pudiera satisfacerles por completo. Entre las investigaciones que últimamente se han hecho sobre el particular, merece citarse un nuevo instrumento construído por la casa Lepine, que se ha expuesto en el último Salón del Automobile-Club de Francia.

El cronosport Lepine, que es el aparato á que nos referimos y que llena la necesidad antes mencionada, es un cronógrafo y á la vez un contador de velocidades, merced á una ingeniosa combinación inventada por los Sres. Surcouf y Savignac. Comprende: 1.°, una esfera de horas y minutos, como todos los relojes de bolsillo; 2.°, un cronógrafo que indica los $^{1}/_{5}$ de segundo; 3.°, un contador central que totaliza los minutos del cronógrafo; y 4.°, un dromógrafo.

A este dromógrafo, de nuevo modelo con su doble escala unitaria y decimal, debe el cronosport Lepine las ventajas que ofrece sobre los instrumentos análogos. En este aparato, para conseguir la debida claridad y para evitar toda fatiga á los ojos, las esferas de lecturas son concéntricas, siendo más pequeña la del contador, y todas las agujas irradian alrededor del centro del reloj. En cuanto á la aguja grande, sirve á la vez de dromógrafo y de cronógrafo, y por consiguiente reemplaza á la aguja pequeña ordinaria.

El aparato se pone en movimiento como todos los cronógrafos, y la lectura se hace en tres círculos graduados A, B, C, en las condiciones siguientes: 1.°, en el primer círculo exterior A para las velocidades de 60 á 200 unidades por por hora (kilómetros, millas, verstas); 2.°, en dos círculos interiores B, C, para las velocidades de 6 á 60 y de 3 á 6 unidades por hora.

Uno de los caracteres particulares del instrumento es la utilización de uno ú otro extremo de la aguja cronográfica, el extremo *b* para indicar las velocidades en el círculo exterior, y el extremo *a* para los dos círculos exteriores. Estas disposiciones permiten apreciar por primera vez todas las velocidades comprendidas entre 3 y 200 unidades con un reloj de las dimensiones ordinarias.

Ejemplos: A. – Velocidad de 30 á 200 unidades (estando el recorrido dividido en unidades: kilómetros, millas, verstas, etc.). Si el contador no ha funcionado, la velocidad se lee con el extremo *b* de la aguja en el círculo exterior A; y si el contador ha funcionado, con el extremo *a* en el más pequeño de los dos círculos interiores C, cuidando en este segundo caso de multiplicar por 10 el nombre que se lee.

A.' – Velocidades de 3 á 30 unidades (siendo la unidad de recorrido la misma que en el caso precedente). El contador ha funcionado forzadamente: basta totalizar los minutos del contador reducidos á segundos con los segundos indicados por la aguja, y luego hacer funcionar el aparato de manera que el extremo *b* vaya á parar enfrente de la división correspondiente al $^{1}/_{10}$ de la suma y leer la velocidad con el extremo *a* en el mayor de los dos círculos interiores B, si el experimento ha durado de 2 á 10 minutos, y en el más pequeño C, si ha durado de 10 á 20.

Ejemplos B. – Velocidades de 3 á 60 unidades (estando el recorrido dividido al décimo de la unidad adoptada: kilómetro, versta, milla, etc.). La velocidad que se busca se lee por medio del extremo *a* de la aguja en el mayor de los círculos interiores B, si el contador no ha funcionado; y en el más pequeño C, si ha funcionado.

La lectura directa é instantánea está asegurada en ambos casos, ora se opere sobre la unidad de recorrido, ó sobre la décima parte de esta unidad. Conviene observar que para las velocidades superiores á 30 unidades el experimento debe hacerse sobre la unidad de recorrido; y para las velocidades inferiores á 30, sobre el décimo de esta unidad.

Añadiremos que cada combinación se diferencia en el reloj por la diversidad de colores, á fin de hacerla más clara.

Tal es el uso del cronosport cuya construcción aumenta la exactitud de las lecturas y disminuye, por consiguiente, los errores de apreciación: de manera que este instrumento, que parece más particularmente destinado al uso deportivo, es al mismo tiempo de gran utilidad para los ingenieros y hombres de ciencia. – R.

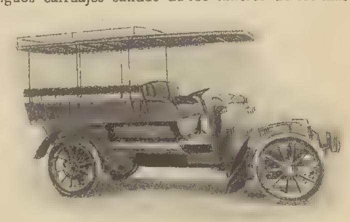
***

EXPOSICIONES DE AUTOMÓVILES

Son evidentes los progresos rapidísimos de los automóviles, pero nunca estos progresos se han afirmado tanto como en estos últimos meses, según ha podido comprobarse en las exposiciones celebradas últimamente en el Gran Palacio de París y en el Palacio de Cristal de Londres. Un solo dato bastará para demostrar la importancia de la primera: en diez y seis días ha sido visitada por 220.000 personas.

Sin necesidad de descender á detalles de las novedades expuestas, así en París como en Londres, que en general son particularidades de construcción y de disposiciones de órganos que sólo interesan á las gentes del oficio, bien puede afirmarse que los constructores se han preocupado principalmente de dos cosas, de la simplificación de los vehículos y de sus mecanismos y de la atenuación del ruido. La simplificación pone el automóvil al alcance de muchas personas poco expertas y aumenta, por ende, la clientela, antes limitada por la complejidad de los mecanismos; y en cuanto á la atenuación del ruido, al mismo tiempo que quita al automóvil una de sus cualidades más molestas, mejora sensiblemente el trabajo mecánico de las ruedas, puesto que los choques y las vibraciones son manifiestamente pérdidas de trabajo, de tal manera que se necesita un motor más potente para mover á una velocidad determinada un vehículo de un peso dado que hace ruido, que para impulsar á un vehículo idéntico y á idéntica velocidad, pero que se mueva sin trepidaciones, sin vibraciones y silenciosamente.

También se han preocupado de la comodidad para los viajeros y sobre todo de la elegancia de los vehículos: respecto de lo primero, uno de los inventos más curiosos que en el Salón del Automóvil de París se han presentado, ha sido el de un aparato que permite henchir los neumáticos automáticamente por el mismo motor y mediante la instalación de una bomba junto al volante. En cuanto á los segundos, en la actualidad puede decirse que han desaparecido los automóviles de formas pesadas y macizas para ser substituídos por otros elegantes que pueden, desde este punto de vista, competir con los antiguos carruajes salidos de los talleres de los más



Automóvil construído en Inglaterra para S. M. el rey Eduardo VII

afamados fabricantes. Como ejemplo de esto, véase el automóvil-jardinera que adjunto reproducimos, que ha figurado en la Exposición del Palacio de Cristal de Londres y que ha sido expresamente construído para el rey de Inglaterra. – S.

***

EL ARTE DECORATIVO HUNGARO

EN LA EXPOSICIÓN DE TURÍN

La Exposición Internacional de artes decorativas modernas que se celebró no hace mucho en Turín, tuvo grandísima importancia, porque en ella pudieron admirarse los mejores productos de las industrias artísticas de las diversas naciones y hacer un estudio comparativo tan interesante como fecundo en enseñanzas provechosas.

Una de las secciones más notables y más completas de aquella exposición era la sección húngara, en la que se destacaban en primer término dos personalidades vigorosas, la de Pablo Horti y la de Eduardo Wiegand, á quienes hoy se considera como directores del arte decorativo en aquel país: el primero es un artista vivamente penetrado del sentimiento nacional húngaro, aunque un tanto amoldado á los modelos ingleses; el segundo, representante del secesionismo vienés en Budapest, se distingue por la sobriedad, por la adaptación perfecta y la lógica de sus muebles y por la abstención radical de todo lo concerniente á los adornos suplementarios.



Exposición internacional de Artes decorativas de Turín. 1902. – Jarrones de barro cocido, modelados por Guillermo Zsolnay, de Pecs (Hungría)

En punto á arte plástico, aplicado á obras monumentales ó al arte decorativo, llamaron la atención la estatua de *Anónimo* modelada por Nicolás Ligeti, que reprodujimos en el número 1.099 de La Ilustración Artística, las *terracottas* de Telcz, Damko, Elsa de Kalmar y de Petrides y las mayólicas de Groh. Las artes textiles estaban brillantemente representadas por los tapices de la *Thoronthaler Teppich-Fabrik Nagy Becskerek* y los terciopelos dibujados y ejecutados por Geza Mirkowsky.

Notabilísimos eran también los objetos de cerámica y vidriado expuestos por Zsolnay y Rappaport, dos fabricantes de tan grande como merecida celebridad, cuyo único defecto, si es que de tal puede calificarse, consiste en su persistencia en los mismos modelos del género llamado modernista.



Exposición internacional de Artes decorativas de Turín. 1902. Busto y jarrones de barro cocido, modelados por Guillermo Zsolnay, de Pecs (Hungría)

De los productos fabricados por Zolnay podrán formarse idea nuestros lectores por los grabados que en esta y en la anterior página publicamos.

Completaban la sección húngara los bellísimos esmaltes y joyas de Oscar Huber, de estilo genuinamente magiar, los muebles de las casas Mahunka, Horwatz y Petrapovics, E. Lindner, J. Mocsay, las estatuitas de Gustavo Vogerl, las pinturas y mosaicos de cristal de Max Roth y las joyas de Visinger.

El gobierno húngaro, comprendiendo la importancia que estos públicos concursos revisten y deseando favorecer el desarrollo de esta nueva rama de la industria, dispensó su protección á los industriales de su país y les prestó el apoyo de su autoridad nombrando un comité en el que figuraban elevados funcionarios y reputados artistas. – M.



Fiesta completa, cuadro de Domingo Fernández y González

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 23 de febrero de 1903 — Núm. 1.104

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ANTICUARIO, cuadro de J. Pizá

(Salón Parés)

Al nucleo constituído por los pintores mallorquines Terraza, O'Neille, Benavent, Ribas, Fuster y otros más, á cuyo frente figura el respetable Ankermann, ha de agregarse el de Pizá, autor del bonito cuadro que reproducimos en esta página. Todos los artistas á que nos referimos han logrado, por medio de sus laudables esfuerzos y discretas y recomendables producciones, formar un centro artístico que contribuye poderosamente á difundir la cultura y á asignar á la región en que nacieron el lisonjero concepto de que disfrutan otras localidades peninsulares, como Barcelona, Valencia, Sevilla y Madrid.

Laudable es la empresa y notabilísimo el empeño de los artistas palmesanos, puesto que logran, por medio de su labor, un doble resultado, ó sea el de enaltecer su país y obtener la general consideración

Diversos son los géneros que cultivan dichos artistas y diversas las escuelas en que militan; pero aun así, en el contraste que pueden ofrecer, todos convergen y coinciden en el mismo propósito, en igual aspiración: rendir tributo al arte. De ahí que el Sr. Pizá logre distinguirse en la ejecución de obras que, como la titulada *El anticuario*, pertenecen ó corresponden á un período en donde imperaban otros cánones artísticos prestándose más atención al efecto pictórico, á la interpretación de tonos y coloraciones, que al concepto ó finalidad. Esto no obstante, justo es consignar que el autor del cuadro á que aludimos no es un artista novel; podrá ser joven, pero no es un principiante en la verdadera y genuina significación de la palabra, ya que la acertada disposición y colocación de las figuras y accesorios que constituyen el asunto, el exacto valor de todos los objetos y pormenores y el conjunto revelan seguridad, buen gusto y sólida educación artística.

Aplaudimos, pues, al Sr. Pizá por su nueva obra, confiando en que nos ofrecerá ocasión para tributarle nuevos elogios.



EL ANTICUARIO, cuadro de J. Pizá

(Salón Parés)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El vulgar y repulsivo crimen de la calle de Fuencarral no ha dado – digan lo que digan los periódicos – mucho juego. La curiosidad se ha limitado á cierto círculo, y apenas ha rebasado de las esferas á que pertenecía Cecilia. Si la prensa no consagra tanto espacio á esta información, infinitamente menor hubiese sido el interés por ella despertado. Ni aun como caso patológico y problema de medicina legal ha preocupado á los que de tales asuntos suelen y pueden preocuparse, porque á no reconocer que es un caso cada persona, criminal ó no, en la reo, ya hoy sentenciada á muerte, no se ha logrado ver sino la afirmación de los más comunes y bajos instintos.

¿Decaerán hasta los criminales? Porque al lado de Cecilia, la figura de su antecesora Higinia aparece revestida de algo que no debo llamar *poesía*, pero que seguramente era *distinción*, dentro del tipo criminal. Aquella mujer del pueblo, en cuyo rostro de líneas esculturalmente acusadas se leía la firmeza de carácter, cuyo ceño tenía la trágica severidad de la Melpómene griega, cuya mano era fina y sobre cuyo cuerpo la humilde ropa se plegaba en pliegues grandiosos, se diferenciaba de Cecilia Aznar como una estatua se diferencia de un grosero santo de yeso embadurnado de ocre. Cecilia es *material*; Higinia era tal vez *perversa*. Cuando la agarrotaron, dijéronme personas acaso bien informadas que se llevaba á su despreciada é ignominiosa sepultura un secreto ajeno, la clave de otra existencia, á la cual inmolaba la suya, con tenacidad propia de la raza á que pertenecía. Fuese ó no cierto, Higinia murió bien, con entereza, con calma. Había en su ser algo no vulgar, superior á su historia entera, á sus hechos. ¿No es cierto que el caso puede darse? Hay hombres y mujeres que valen más que su destino y que sus actos. La relación entre lo pensado, lo sentido y lo hecho, no es siempre lógica: ¡la lógica falta de tal manera, en tantas cuestiones de la vida! Pero al menos, en el crimen de Higinia se hallan elementos dramáticos, que faltan del todo en el de Cecilia, el cual, descartada la brutal violencia de la homicida agresión, es un robo doméstico, igual á los muchos que diariamente se cometen en Madrid.

El Carnaval, á pesar del tiempo espléndido, no se anuncia muy animado en la calle ni en los salones. La enfermedad de la archiduquesa hace que se suspendan las fiestas anunciadas; lo caro de los permisos de circulación, cada año recargados, acaso retraiga á alguna gente del Retiro. Ni es fácil que aquí se decidan muchos á adornar coches como en Niza, para ver que turbas de desarrapados arrancan las guirnaldas y las flores, sin que la policía se crea en el caso de intervenir. Las costumbres no favorecen á este género de diversión: hay escasez de suavidad, de tolerancia, de respeto, en las relaciones públicas; falta hasta el instinto de simpatía hacia lo bonito y lo adornado, que en Francia es tan poderoso, y aunque siempre habrá personas de buen humor que engalanen sus coches, otras lo dejarán por no trabajar para entretener á la golfería.

Y no digamos nada de lo que *atraen* las agradables serpentinas, que primero se prohibieron y se permitieron después, con esa instabilidad de criterio de la autoridad que es una de las causas de su desprestigio. – No sé si en otras partes del mundo las serpentinas se lanzan del mismo modo que aquí; se me figura que la mitad del peligro de las serpentinas se quitaría desenrollándolas bien antes de lanzarlas; pero como las arrojan enteras, son un proyectil tan temible como una piedra, y subir al Retiro ó á la Castellana es emular el suplicio, y no los merecimientos, de San Esteban protomártir.

Lo más peligroso es cruzar ante las tribunas de las Sociedades elegantes – Casino, Gran Peña, verbigracia. – Están llenas de señores *bien*, como hoy bárbaramente se dice, y estos señores *bien* apedrean mejor. Cestos atestados de serpentinas se vacían al paso de un coche, entre risas y algazara. Como no hay tiempo de desenrollarlas, las disparan enteras. ¡Pif! ¡Paf! Y allá va el sombrero apabullado, y allá va la cara, golpeada ferozmente; allá va, tal vez, el labio roto, el diente menos, la magulladura en la sien, el ojo vaciado. La tarde de máscaras termina en la Casa de Socorro. Ameno final.

El duque de Tetuán, una de las personas más formales, simpáticas y dignas de la plana mayor política, ha muerto. Su muerte revistió una especie de grandeza, por la serenidad con que la vió llegar y la arrostró. Hasta el último instante, entre sufrimientos, ¡quién sabe si entre terrores! (pero nadie lo puede afirmar), el duque de Tetuán permaneció tranquilo, igual de ánimo, conversando, despidiéndose de todos, como se despide una persona de tan escogida educación al emprender largo viaje. Era el duque alto, derecho, muy miope, de buena presencia todavía, á pesar del estrago de la edad. Su trato, entre grave y festivo, y sobre todo igual, consecuente; con las damas, galante y correcto. Lo ceñudo y árido de la vejez en él no se advertía; sin ser un viejo verde, cultivando la dignidad que los años llevan consigo; jamás le oí quejarse de ellos; su humor franco y alegre atraía. Políticamente era respetado, aunque no tuviese grandes probabilidades de llegar con su grupo de leales *Caballeros del Santo Sepulcro* á los consejos de la corona. Tampoco él manifestaba impaciencias ni inquietudes; ocupaba su lugar, y no reclamaba las ollas de Egipto de la *Gaceta*. Ahora los suyos se desbandan. Irán á sumarse á quien más les conviniere; irán á los cuatro puntos del horizonte. Esto, que se oye decir sin que nadie se asombre, califica el estado de nuestra política. El duque de Tetuán, rodeado de su grupo, no era sino el duque de Tetuán, sucesor de Cánovas del Castillo, que en este sentido tampoco venía á ser más que Cánovas del Castillo. Muy eminentísimo Cánovas; muy respetable y muy serio Tetuán..., pero ¿y las ideas, los programas, los fines, lo objetivo de la política, no son también algo grande, serio? Al afiliarse entre los adictos á un hombre público, ¿nada influyen, nada pesan estas consideraciones?

Y me detengo, por no incurrir en candidez imperdonable, ya que no la origina la juventud ni la explica la inexperiencia. Este aspecto de la mecánica política es un fenómeno que dice á las claras muchas cosas. Los políticos cambian de grupo lo mismo que cambiarían de casa si en la que habitan no entrase el sol ó hubiese una viga en falso. Y no lo extraña nadie.

Entretanto borbotean y humean las huelgas por toda la Península. En mi pueblo, especialmente, la huelga toma proporciones; las mujeres, en Galicia siempre tan resueltas como el hombre, por no decir más, son quienes la fomentan. El odioso impuesto de consumos ha sido la chispa que prendió la hoguera. Realmente ese impuesto, no tanto por lo que grava como por los abusos á su sombra cometidos, es demasiado antipático. Ahora recarga la sardina, el *compango* del pobre, en una población como la Coruña, donde las subsistencias están más caras que en Madrid; y á esta última vuelta de tornillo deja sin respiración á los que ignoran completamente cuál es el gusto y sabor de la carne, á los que se mantienen de sardina salada ó fresca; y ha estallado la huelga de pescaderas, huelga pintoresca, agitada, viva, con algo del tempestuoso movimiento del Cantábrico.

Unidas y concertadas, resolvieron no comprar pescado alguno; ni raspa siquiera. Como que las exigencias de la báscula de consumos igualan ó superan al coste intrínseco del pescado. La sardina fué enviada directamente á las fábricas de salazón; el besugo, al tren; en la población no entró nada. Un pobre diablo que había salido á pescar pececillos, los arrojó al mar por no satisfacer el aforo. Algunas disidentes quisieron introducir varios cestos de sardina. Su mercancía fué precipitada al mar. Y en esto sí que censuro á las autoridades que tal permiten. El derecho al trabajo y al tráfico me parece tan claro como el derecho á la huelga: la autoridad debe proteger á los que quieren vender el fruto de su labor.

Al punto, en esta clase de agitaciones y turbulencias que se derivan de conflictos económicos y que no son tan modernas como se suele creer (recuérdese que la revolución inglesa principió por un impuesto y la francesa por acaparamiento de trigos), surgen los jefes y tribunos populares; pero en este caso no son tribunos, son *tribunas*, semejantes en todo á la que yo describí en una novela que traduce con fidelidad suma el ambiente y el colorido de los barrios obreros de Marineda. La *tribuna* de ahora es una muchacha pescadera, que rompió á hablar con afluencia, en estilo pintoresco y persuasivo, denunciando los abusos, revelando las interioridades de la báscula y del aforo, contando la historia de la pobreza y la diaria conquista del pan. Desde el momento en que apareció á la cabeza del motín esta hembra (en Galicia no es ningún caso extraño, desde los tiempos de Maricastaña, la cual era una agitadora de la Edad Media, y alborotó al pueblo de Lugo), se organizó el *paro general*, rápidamente. Cerráronse los talleres, suspendiéronse las obras, se detuvo el trabajo en las fábricas, los cajistas se negaron á trabajar en las imprentas, las embarcaciones no se hicieron á la mar, hasta los cafés carecieron de mozos... ¡Una ciudad sin cafés! ¡El café, el vicio nacional, más nacional que la torería!

Las últimas noticias son que ya han vuelto al trabajo, excepto los pescaderos, que mantienen su protesta. Claro es que tales estados no se prolongan mucho. Son como las altas temperaturas: si se prolongasen, no lo soportaría el organismo. Pero su repetición, su frecuencia, denuncian la intensidad del malestar que los produce. Es el malestar de la desproporción entre los medios para vivir y las exacciones, origen de la carestía. ¡Hay que comer! El fisco, por lo visto, lo ignora.

Aquí la Hacienda y el Municipio no son sino *publicanismo*. Exprimir, retorcer, sacar el redaño, desollar... Y lo demás – como dicen en cierta piececilla – es lo de menos.

Emilia Pardo Bazán.

NOCHE DE PRUEBA

Para que en Ríoclaro se hablara bien de alguna persona, ya tenía ésta que ser un alma de Dios y dar quince y raya á los mismísimos santos de los altares.

Tal andaban las lenguas en el pueblo aquel, puesto en solfa por un acertado refrán: «De Ríoclaro, ni gente buena ni vino malo.» Con lo cual, si bien se zumbaba á los ríoclareños, poníase el vino en los cuernos de la luna. – Y váyase lo uno por lo otro.

Ello es que en el mencionado pueblecillo andaba la tijera lista, y se hablaba mal de todo bicho viviente, con la sola excepción de una pobre muchacha – la hija del confitero, – á la cual respetaba todo el mundo y todo el mundo compadecía.

Y á la verdad, si en la tierra hay santas, aquella pobre Asunción era una. El confitero, á quien llamaban Frasquito, tenía un genio de mil diablos; era raro, díscolo, grosero y ordinariote. Siempre andaba á vueltas con los escándalos; y con esto y el maldito vicio de jugar – que tenía metido en las entrañas, – había enterrado á su pobre mujer en fuerza de pendencias y sofocaciones, y llevaba camino de hacer lo propio con su hija mayor.

Porque es de advertir que Frasquito, aunque jamás logró duplicar su fortuna, en cambio triplicó su descendencia.

Vivía, pues, la muchacha al cuidado de sus hermanillos varones, dos desarrapados granujas que ya apuntaban en la vena del padre poniéndose á jugar á la brisca, sentados en el escalón de la tienda.

Asunción se veía y se deseaba para tenerlos con aseo y limpieza; cogíalos á mandoque, dábales grandes fregoteos, los remendaba y los cosía; y á media hora se le entraban por la puerta, tiznados, rotos, llenos de mugre, con la camisa fuera, los tirantes colgando y canta que te canta el tango en moda por entonces:

En Francia las mujeres,
nadie se asombre,
le han pedido al gobierno que les conceda
vestir de hombre...

–¡Adanes, sinvergüenzas! Dejad, dejad que os pille, saltaba Asunción entre cariñosa y disgustada.

Pero los muchachos se le escurrían, saltaban el mostrador, encaramábanse á las alhacenas y se burlaban de la infeliz con un descaro indecible. Eso cuando no la respondían con un insulto, sacado de los mil y mil que le oían al padre con frecuencia: «Déjame, so tal, so cual. A mí no tienes que pegarme, *madrastrona.*» Y le escupían á la cara, riéndose á qué quieres más.

Solía ocurrir que, estando en estas, Frasquito se colaba de rondón en la tienda, *y ya se armó.* Ibase flechado á la pobre muchacha, cogíala brutalmente por los brazos, la molía á pellizcos...

Vió á su hermana, fatigosa, rendida, dominada ya por la fuerza del padre; se animaron sus ojillos, apagados por la calentura, y comenzó á delirar animando á Frasquito á la pelea:

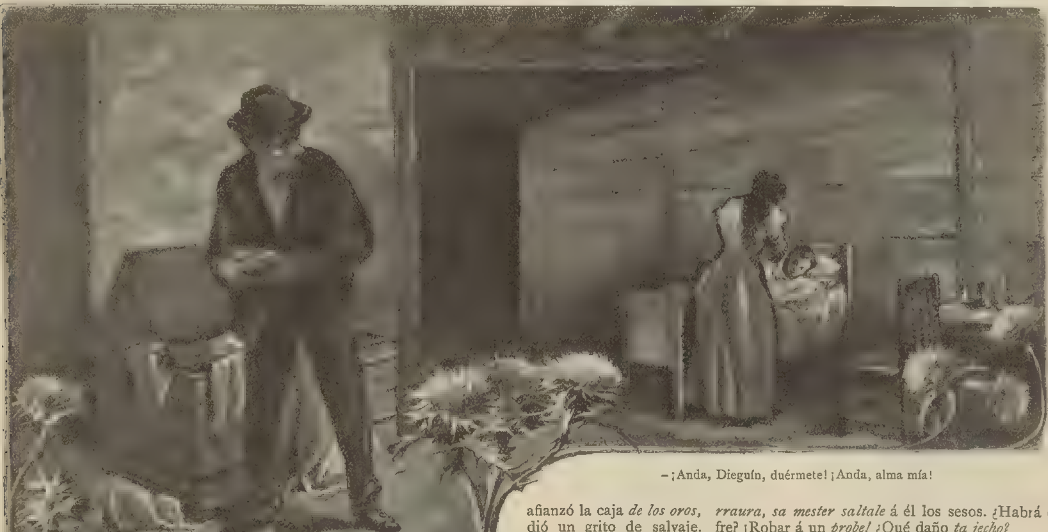
–Papá, pégale, que no *ma querío* dar arrope.

Y volvíase á ella diciendo:

–Anda, so mala, *pa* que no me lo des, *¡madrastrona!*

Triunfó el padre al fin, y mientras Asunción, sin alientos en el alma ni fuerza en el cuerpo, lloraba silenciosa, descuajada en la silla, el padre, llave en mano, se lanzó al arca.

Abrió. Hundió las manos entre la ropa; zagalejos y enaguas enrollados cayeron al suelo; y cuando



–¡Anda, Dieguín, duérmete! ¡Anda, alma mía!

afianzó la caja *de los oros,* dió un grito de salvaje. Asunción miraba la infame obra; probó á levantarse viendo que se la llevaban el guardapelo de su madre, todo lo *suyo,* todo lo que adoraba; pero se convenció de que estaba inútil como un mueble.

Gimió el enfermito, y á esto sí que se levantó la *pobre,* acercándose para arroparlo bien, cogiéndole las manitas sudorosas y besándoselas, como quien besa los pies del Nazareno.

–¡Anda, Dieguín, duérmete! ¡Anda, alma mía!..

Cuando volvió la cabeza, Frasquito salía con la caja en la mano.

¡Qué noche, Dios mío, qué noche! A poco acometió á Dieguín el ataque de alferecía. Sacólo de la cama, tomándole en brazos, arropándole con un mantón y llamando á la Virgen en su socorro.

Daba pena ver los gestos, retorceduras y convulsiones del pobre niño. Saltaba en las faldas de Asunción como si le estuvieran arrimando un ascua; se le volvían los ojos; se le agarrotaban los dedos; encorvábansele piernas y manos; un pringoso sudor le bañaba el cuerpo, y los carrillos, de ordinario coloradotes, teñíanse de un verdín que daba espanto. La pobre Asunción no podía más, y pedíale al Señor que la recogiera, que se la llevara de una vez...

En esto sonó un aldabonazo, y después otro y luego otro, casi seguidos los tres.

Oyóse la aguardentosa voz del padre, echando ternos que era una bendición.

Y como el pequeño se había sosegado, lo dejó en la cama y fuése á abrir.

Entró Frasquito jurando como un carretero, sacando de entre la faja puñados de duros y apedreando con ellos á su hija.

–¡Toma, *charrana,* toma más! Si yo no quiero *na* tuyo. ¡Toma!..

Luego, como si en la calle hubiese dejado algo temible, volvió la cabeza con inquietud, y hablando entre dientes dijo:

–Pchs... Ni Dios lo ha visto. No vendrán. ¡Qué han de venir!

Volvió de nuevo á su hija señalando al enfermo.

–*Jarreá* á cuidar á ese. ¿No ves que está malo?

Como si hubiera oído á su padre, el chiquitín se rebulló entre las sábanas respirando fatigosamente. Asunción le retenía las manos, acercando sus heladas mejillas á la ardorosa frente del enfermo, acariciándole, mimándole.

–Dieguín, pobrecito mío, ¿estás mejor? ¿Verdad que estás mejor? ¿Quieres arrope? ¡A ver, arrope *pa* mi niño!..

Levantóse el padre y tambaleando acercóse á la cama. Un aldabonazo seco, fuerte, heló la sangre en las venas de Asunción, arrancando á Frasquito una blasfemia.

–¡Por vida de tal! Ya están ahí...

Sonó gente en las escaleras, y un vocejón aguardentado gritó:

–*¿Ande* está ese pillo? *Endipués* de saltar la *cerraura, sa mester saltale* á él los sesos. ¿Habrá cafre? ¡Robar á un *probe!* ¿Qué daño *ta jecho?*

Y así, con esta retahila aderezada de votos, aparecióronse al padre atemorizado y á la hija infeliz un señor de gafas y patillas que olía á curial desde á la legua y una pareja de civiles.

–A ver, dijo el de las gafas, atarlo codo con codo y...

Detuvo sus órdenes al contemplar el tristísimo cuadro. Asunción, de pie ante la cama, con los ojos de loca miraba al chiquitín; y el padre, con las manos entre la faja, lloraba entre fatigosos hipos. En el suelo, entre ropas revueltas, brillaban los duros á la pajiza luz del velón.

El curial, entre compasiones y disculpas, explicó á Asunción «el hecho de autos.»

–Que Frasquito, luego que lo hubo perdido todo, desesperado y loco ya, acechó tras una esquina al que pasara. Le tocó pasar á un infeliz, el cual llevaba dinero de haber vendido unas cabras, y aquél pagó por todos. Le trincó echándole mano al cuello, y tras desbalijarlo dejólo ir...

Fué en balde la doctrinal explicación, porque la muchacha ni oía ni veía ni parecía estar en este mundo. Seguía afianzada á las manos del chiquitín, el cual volvió á quejarse. Pero ahora en tono de mimo y de caricia.

–*Chacha,* Asunción... *¡Chacha!* ¡Uf, qué calor tengo! Me duele aquí, aquí...

Y señalaba la frente.

En el entretanto, amarraron á Frasquito con esposas, y así salió entre civiles sin decir nada, como un convencido, sin *valor* ni para alzar la vista del suelo.

Y cuando ya clareaba el día, Asunción abrió la ventana. El huertecillo, todo frescura y soledad, despertábase entre gorjeos de alondras y susurrar de álamos; por las veredas lejanas tribus de jornaleros salían á sus labores; sonaba la acequia blandamente, como con siseos de mujer enamorada, y el sol levante asomaba por las montañas azules.

Algo de consolador y de divino tuvo el amanecer de aquella noche de prueba; porque la pobre niña atribulada respiró con delicia el aire sano y aromoso; su cuerpo fuése entonando con la dulce quietud del amanecer; y cuando una campana tocó á misa primera, Asunción, levantando el alma al Eterno, sintió como que le infundían nuevos ánimos.

Era que su juventud en flor esperaba...

EDUARDO ALBAREDA.

(Dibujo de N. Vázquez.)

Y con todo, Asunción ni resollaba siquiera, hasta que le oía gritar como un energúmeno:

–¡Ah, bruja, hipocritona, beatal.. ¿Conque los estás aspando, puñalera?.. Si lo he dicho que eres como la tal de tu madre...

Entonces, como le dolía tanto aquello, protestaba la infeliz: «¡Padre, por la Virgen...»

De los dos hermanos, Dieguín, el menor, había caído malo con unos ataques de alferecía algo extraños y sorprendentes á su edad de ocho años; pero que le amagaban de muerte, reteniéndole en cama calenturiento y enfermizo.

En aquel miserable cuartucho, todo pobreza y obscuridad, pasaba Asunción las noches enteras, sola en su solo cabo, velando al chiquitín, cuidándole con solicitud maternal, sufriendo horriblemente á cada ataque de los que agarrotaban el endeble cuerpecito, y volvían los ojos del pequeñín con las convulsiones del dolor. Y era de ver cómo la pobre muchacha, en la flor de su vida, sin calor de nadie, forzada en aquella esclavitud, ni se quejaba, ni se dolía, sino que tomaba su cruz con la serena conformidad de una santa.

Una de estas noches interminables, Frasquito, cambiada la color y el habla trabajosa, llegó pidiendo las llaves del arca. Sobrecogióse Asunción de miedo, aterrorizada á la sola idea de lo que su padre quería. Penetraba en el fondo de aquella alma ruin adivinando sus intenciones. Lo que pretendía Frasquito era entrar á saco los pocos vestidos de la infeliz, empeñarlos, venderlos – quizás por unas pesetas – y meterse en el aborrecido *monte.*

No, aquello no podía ser. «Primero me mata, pensó la pobre. Primero me dejo hacer pedazos. ¡No y mil veces no!»

Al borde mismo del camastro donde el chiquitín sudaba por la fiebre, comenzó la lucha entre la hija y el padre. El, que había de arrancarle la llave del arca; ella, emperrada en que no. De vez en cuando, Dieguín se destapaba: la calentura no le dejaba estar y arrojaba la sábana con los piececillos temblones.

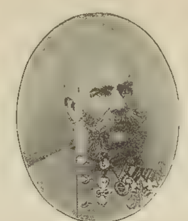
SOBERANOS EUROPEOS EN 1903



ALEMANIA Y PRUSIA
Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia, n. 27 enero 1859, subió al trono 15 junio 1888



ANHALT
Duque Federico, n. 29 abril 1831, subió al trono 22 mayo 1871



AUSTRIA-HUNGRÍA
Emperador Francisco José, n. 18 agosto 1830, subió al trono 2 diciembre 1848



BADEN
Gran duque Federico, n. 9 septiembre 1826, gobernó como regente, y tomó el título de gran duque 5 septiembre 1856



BAVIERA
Príncipe Luitpold, n. 12 marzo 1821, regente del reino por incapacidad del rey Otón



BÉLGICA
Rey Leopoldo II, n. 9 abril 1835, subió al trono 10 diciembre 1865



BRUNSWICK
Regente príncipe Alberto de Prusia, n. 8 mayo 1837, se encargó de la regencia 21 octubre 1885



BULGARIA
Príncipe Fernando, n. 26 febrero 1861, elegido príncipe 7 julio 1887



DINAMARCA
Rey Cristián IX, n. 8 abril 1818, subió al trono 15 noviembre 1863



ESPAÑA
Rey Alfonso XIII, n. 17 mayo 1886, se hizo cargo del gobierno en 17 de mayo de 1902



GRAN BRETAÑA
Rey Eduardo VII, n. 9 noviembre 1841, subió al trono 22 enero 1901



GRECIA
Rey Jorge I, n. 24 diciembre 1845, proclamado rey de los helenos 6 junio 1863



HESSE
Gran duque Ernesto Luis, n. 25 noviembre 1868, subió al trono 13 marzo 1892



ITALIA
Rey Víctor Manuel III, n. 11 noviembre 1869, subió al trono 29 julio 1900



LIECHTENSTEIN
Duque Juan II, n. 5 octubre 1840, subió al trono 12 noviembre 1858



LIPPE
Regente conde Ernesto, n. 9 junio 1842, se encargó de la regencia 10 julio 1897



LUXEMBURGO
Gran duque Adolfo, n. 24 julio 1817, subió al trono 23 noviembre 1890



MECKLEMBURGO-SCHWERIN
Gran duque Federico Francisco IV, n. 9 abril 1882, proclamado mayor de edad 9 abril 1901



MECKLEMBURGO-STRELITZ
Gran duque Federico Guillermo, n. 17 octubre 1819, subió al trono 6 septiembre 1860

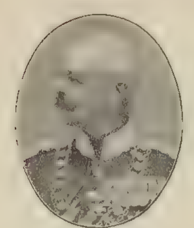


MÓNACO
Duque Alberto, n. 13 noviembre 1848, subió al trono 10 septiembre 1889

SOBERANOS EUROPEOS EN 1903



MONTENEGRO
Príncipe Nicolás I, n. 7 octubre 1841, subió al trono 13 agosto 1860



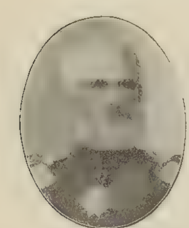
OLDEMBURGO
Gran duque Augusto, n. 16 noviembre 1852, subió al trono 13 junio 1900



PAÍSES BAJOS
Reina Guillermina, n. 31 agosto 1880, proclamada mayor de edad 31 agosto 1898



PORTUGAL
Rey Carlos I, n. 28 septiembre 1863, subió al trono 19 octubre 1889



REUSS, RAMA MAYOR
Regente Enrique XIV, n. 28 mayo 1832, subió al trono 10 abril 1902



REUSS, RAMA MENOR
Regente príncipe heredero Enrique XXVII, n. 10 noviembre 1858



RUMANÍA
Rey Carlos I, n. 20 abril 1839, proclamado rey 22 marzo 1881



RUSIA
Emperador Nicolás II, n. 18 mayo 1868, subió al trono 1.° noviembre 1894



SAJONIA
Rey Jorge, n. 8 agosto 1832, subió al trono 19 junio 1902



SAJONIA-ALTEMBURGO
Duque Ernesto, n. 16 septiembre 1826, subió al trono 3 agosto 1853



SAJONIA-COBURGO Y GOTHA
Regente príncipe heredero Ernesto de Hohenlohe-Langenburg, n. 13 septiembre 1863



SAJONIA MEININGEN É HILDBURGHAUSEN
Duque Jorge II, n. 2 abril 1826, subió al trono 20 septiembre 1866



SAJONIA-WEIMAR-EISENACH
Gran duque Guillermo Ernesto, n. 16 junio 1876, subió al trono 5 enero 1901



SCHAUMBURGO-LIPPE
Duque Jorge, n. 10 octubre 1846, subió al trono 8 mayo 1893



SCHWARZBURGO-RUDOLSTADT
Príncipe Gunter, n. 21 agosto 1852, subió al trono 19 enero 1890



SCHWARZBURGO-SONDERSHAUSEN
Príncipe Carlos Gunter, n. 7 agosto 1830, subió al trono 17 julio 1880



SERVIA
Rey Alejandro I, n. 14 agosto 1876, subió al trono 6 marzo 1889 bajo regencia hasta su mayor edad 13 abril 1893



SUECIA Y NORUEGA
Rey Oscar II, n. 21 enero 1829, subió al trono 18 septiembre 1872



TURQUÍA
Sultán Abdul-Hamid, n. 22 septiembre de 1842, subió al trono 31 agosto 1876



WALDECK
Príncipe Federico, n. 20 enero 1865, subió al trono 12 mayo 1893



WURTEMBERG
Rey Guillermo II, n. 25 febrero 1848, subió al trono 6 octubre 1891

EL PINTOR GRIEGO NICOLÁS GYSIS

Nació este pintor en la isla de Tinos en 1842 y siendo aún niño trasladóse á Atenas, en donde, desde la edad de doce años concurrió á la Escuela de Bellas Artes. Estudió luego en la Politécnica y en 1862 obtuvo una pensión para proseguir sus estudios artísticos en la Academia de Munich, á cuyas



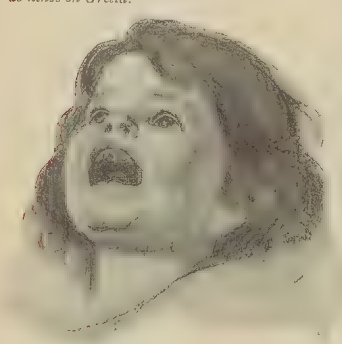
Cartel artístico anunciador de las exposiciones de Bellas Artes del Palacio de Cristal de Munich, original de Nicolás Gysis.

clases asistió durante seis años, al mismo tiempo que en el taller de Piloty recibía las lecciones de este gran maestro que tanta influencia ejerció en sus primeros trabajos.

Gysis se dedicó primeramente á la pintura de género, pero también pintó de cuando en cuando cuadros históricos, en el mismo estilo que su citado profesor, sin que por aquel entonces se viera en él tendencia alguna al clasicismo. Su primer éxito lo obtuvo con su lienzo *José en Egipto interpretando los sueños de Faraón*, al que siguieron *Judith en el campamento de Holofernes, Visita de perros, Huérfanos, El nieto.*

Después de la guerra franco-prusiana, en la que se inspiró para algunas notables composiciones, regresó á Atenas y emprendió un viaje al Asia Menor, cuyos frutos fueron varios lienzos de asuntos orientales, en los que aparecía ya perfectamente marcada su personalidad. Casóse en la capital de Grecia y no tardó en regresar á Munich para fijarse allí definitivamente.

Dejándose llevar todavía por las impresiones de sus viajes pintó, entre otros, *La narradora de cuentos* que en la siguiente página reproducimos, *El misterio descubierto, El Carnaval en Grecia, Esponsales de niños en Grecia.*



ESTUDIO, dibujo de Nicolás Gysis

De un género completamente distinto es *La peregrinación*, que también publicamos y con el cual consolidó su reputación.

En 1882 fué nombrado profesor de la Escuela superior de Bellas Artes de Munich y puede decirse que desde entonces su estilo sufrió una completa transformación, convirtiéndose en el pintor poeta, en el lírico de los maestros muniquenses y produciendo cuadros de encantadora poesía como *Sinfonía primaveral, El Arte y sus genios, Gloria, La hora de la danza* y otros no menos llenos de atractivos.

Asimismo ha pintado multitud de carteles, originales, grandiosos en sus líneas y en su composición, como los de varias Exposiciones del Palacio de Cristal de la capital bávara; diplomas de hermoso simbolismo, como el de los Juegos Olímpicos celebrados en 1896 en Atenas; y otras varias composiciones alegóricas que demuestran el culto que supo rendir al idealismo.

Nicolás Gysis no fué un pintor de quien se hablara mucho, porque no era de los que deslumbraban al gran público con obras brillantes, de esas en las cuales la solidez de la inspiración y de la técnica se subordina al efecto momentáneo sobre las multitudes.

Fué griego, no sólo por su nacimiento, sino en el fondo de su alma, enamorada del helenismo, pero no del helenismo clásico frío, rígidamente grandioso, sino del que se inspira en la más pura poesía, el helenismo de la delicadeza, de la gracia, de la armonía.

Fué un verdadero maestro en punto á técnica, maestro sin igual en algunos lienzos, como por ejemplo en varias naturalezas muertas que se confunden con la misma realidad, y un dibujante correctísimo que en unos pocos trazos sabía expresar la forma más bella y al par más característica de un objeto ó de una figura.

Sus obras son de una espontaneidad tal, tienen tales encantos, que contemplándolas se adivina que quien las produjo, no sólo no hubo de esforzarse para crearlas, sino que halló en ellas fuente de placer.

Cultivó los géneros más diversos, el arte monumental como el cuadro de caballete, el retrato como el arte decorativo, y en todos ellos se mostró artista concienzudo, que siempre supo prescindir de lo inútil, de lo accesorio de sus modelos ó asuntos, para atender principalmente á su fondo íntimo, á su esencia, á lo que revela su modo de ser propio y genuino.

Y esta diversidad de aptitudes para componer la demostró también en la ejecución, teniendo para cada género los medios de expresión más adecuados.

Con todas estas cualidades, Gysis habría podido ser lo que se llama un pintor á la moda, pero ya hemos dicho que jamás quiso abdicar de sus convencimientos ni quiso tampoco que la abundancia de producción pudiera perjudicar la bondad de sus composiciones.

Por esto su fama póstuma ha superado á la que alcanzó en vida, y hoy en Alemania, su patria adoptiva, se venera su nombre y se admiran sus cuadros como se veneran y admiran el nombre y los cuadros de los grandes maestros. – O.

LA ALDEANILLA

Así la llamábamos – «la Aldeanilla» – á aquella muchachita rubia, de diminuta estatura, de rostro lindísimo y vivaracho, de modales correctamente desenvueltos, de andar garboso y precipitado, de conversación culta y alegre.

El día que llegó á Madrid era uno de esos tristísimos días de diciembre en que el traidor Guadarrama frunce el ceño y envía á los habitantes de la corte, envueltas en sutil y cortante vientecillo, algunas docenas de pulmonías.

Sosteníamos animada y bulliciosa charla al amor de las amortiguadas ascuas de un desvencijado brasero, colocado en un ángulo del modesto comedor de nuestra hospedería, cuando entró la celebérrima doña Tomasa de Ybarguren y de Lecumberri – nuestra «ínclita» patrona – anunciándonos, con visibles muestras de regocijo, la llegada de su sobrina *Marichu*, de aquella sobrinita lista y revoltosilla, hija de su hermano el médico, de cual hermano y de cual sobrina nos había hablado doña Tomasa millares de veces, bien para ponderarnos el talento y sabiduría del primero en la ciencia de Hipócrates, bien para «describirnos» la belleza, la hermosura, y sobre todo, la gracia sin igual de su querida *Maruchilla*, de aquella sobrinica del alma á quien quería nuestra bondadosísima patrona, según su propia confesión, tanto, ó un «poquico» más, que á su difunto marido, que al pobre José-Mari, muerto de una manera trágica hacía veinte años próximamente, pero cuya alma estaría disfrutando – al decir de la casta viuda – de la presencia Divina; porque, en opinión de doña Tomasa, todo eso y mucho más merecía el infelizote y desventurado José-Mari, pues en toda su vida no le oyó *renegar* de Dios ni de ningún santo, ni pronunciar esas palabrotas tan feas («puerros» y «ajos») de que tanto usan y abusan otros hombres... Y además tampoco le gustaba gran cosa la bebida; bebía, sí, su cuartillo de vino á cada comida y una copita de aguardiente anisado para desayuno; pero no pasaban de ahí sus excesos. Así que – ¡tenía razón su fiel viuda! – un hombre de costumbres tan sencillas y morigeradas como José-Mari ha de ir, sin remedio, derechito al cielo y zambullirse en él de patitas, gústeles ó no á los enemigos del alma.

Pueden ustedes figurarse cuál sería el contento de los seis huéspedes de doña Tomasa, muchachos todos de diez y ocho á veinticinco años, al sernos presentada una joven tan linda, tan extraordinariamente simpática, que daba gloria oirla *chapurrear*



LA HORA DE LA DANZA, cuadro de Nicolás Gysis

el vascuence y más gloria aún parlar el castellano, hermosa lengua que destrozaba «encantadoramente...» La verdad es que todos nos relamíamos de gusto al pensar que aquel pimpollito se sentaría á nuestra mesa, nos serviría en alguna ocasión un vaso de agua y nos miraría cariñosamente con aquellos sus negros ojazos tan expresivos y tan dulces.

Creo que, cual más, cual menos, todos quedamos prendados de los encantos de *Marichu*, y no oí que ninguno la regateara sus elogios, así por lo bonita, como por lo espabilada, como por lo comunicativa é ingenua que se presentó la muchacha desde el primer momento.

El que únicamente estuvo parco en los encomios fué Antonio Palacios, el decano de los seis huéspedes de doña Tomasa, un mozo de veinticuatro años, de trato agradable, de aspecto grave, demasiado serio quizá, pero no exento de simpatía. En fin, un muchacho de historia, pues se decía de él que había estudiado Medicina, Farmacia, Ciencias, Derecho y no sé qué cosas más; pero que terminar no había terminado ninguna de las carreras comenzadas, y que en la actualidad nadie podía saber de qué vivía, pues no se le conocían padres, ni parientes, ni amigos que le protegieran, y sin embargo, él vestía con decencia, pagaba religiosamente el hospedaje, tomaba café, iba de vez en cuando al teatro y aceptaba, siempre que se le proponía, una merienda á escote... ¡Misterios de la vida!

. . . .

A los quince ó veinte días de tener á la preciosa *Marichu* de compañera, ó de segunda patrona, mejor dicho, ya habíamos averiguado el porqué Antonio Palacios, aquel joven de aspecto grave, de historia y formalote, al parecer, se había abstenido de

emitir francamente su opinión acerca de la revoltosilla y discreta *Marichu*.

El diablillo del amor hizo presa desde el primer instante en Antonio, y á éste le desagradaba, ¡naturalmente!, que ni en broma ni en serio nos ocupáramos los demás de la sobrinita de doña Tomasa.

Sin embargo, nosotros no respetábamos mucho, y estoy por decir que ni poco ni nada, los celos de nuestro caballeroso compañero; cada día encontrábamos una nueva gracia en «la Aldeanilla,» y celebrábamos con gran fruición y contento sus hechos, sus dichos y hasta los más insignificantes detalles de su peculiar y especialísima manera de ser... Porque era *Marichu* – psicológicamente considerada – una criatura excepcionalmente original: ni altanera, ni de una complacencia que diera pie para confianzas de mal gusto; ni infatuada, ni frívola; ni presumida, ni descuidada en el esmerado aliño de sus modestas y curiosísimas ropitas; ni beata gazmoña, ni atrevida pedante en cuanto afectaba á creencias religiosas... Reía, cantaba, bailaba con todos nosotros y con los amigos nuestros que nos visitaban; pero hacía todo esto con una naturalidad, con un candor, con tan pueril abandono, tan exenta de prejuicios y de cursis requilorios, que nos embelesaba, nos atraía, y todos, todos la queríamos con un cariño respetuoso, con un cariño más bien de simpatía que de amor, en la acepción vulgar que se suele dar á esta palabra.

– ¡Pero qué *divina* es esta chiquilla!, dijimos á coro en mil ocasiones, sin reparar en el mal rato que con nuestra entusiasta apreciación proporcionaríamos al amigo Palacios.

Y doña Tomasa nos agradecía infinitamente los obsequios, las atenciones, las galanterías, las deferencias y, sobre todo, la corrección y consideraciones con que tratábamos á su inocente sobrinita.

– Créanme, señoritos, nos dijo un día, nunca he tenido «pupilos» tan buenos ni tan decentes como ustedes. Los quiero á todos como si fueran de mi familia. He escrito al padre de la «moceta» diciéndole cómo se portan ustedes con ella, y en su contestación me encarga les dé un millón de gracias y muchísimas expresiones. Pues han de saber estos caballeritos – que lo son de veras – y ahora se lo digo, que si antes no traje á mi *Marichu* fué porque su señor padre se oponía á ello temiéndolos á ustedes. Pero conseguí convencerle, y ¡válgame Jesús bendito!, ya tenemos aquí á la que, Dios mediante, será heredera de la *pobreza* que yo deje.



PEREGRINACIÓN, cuadro de Nicolás Gysis

El formalote y caviloso Palacios escuchó sin pestañear las *revelaciones* de nuestra «magnánima» patrona y continuó imperturbable; pero los demás gritamos en confusa algarabía:

– Y la casará usted con uno de nosotros, ¿verdad?

– ¡Ay, hijos míos!, replicó, en eso nada he de decirla yo; que ella elija el que «la pida» su corazón, porque ¿qué mayor desgracia para una mujer que casarse con un hombre á quien no quiera?.. ¡Quia!.. ¡Jesús, María y José!.. En la elección de marido nunca, nunca la impondré yo mi voluntad... ¡Pobrecilla mía, con lo que yo la quiero!

LA NARRADORA DE CUENTOS, cuadro de Nicolás Gysis

. . . .

Discretísima, en medio de su jovialidad, era la preciosa vascongadita, y más discreto aún, favorecido por lo serio de su carácter, el misterioso joven cuyo presente estaba envuelto en tantas sombras, de cuyo pasado el que más sabía no sabía nada y en cuyo porvenir nadie absolutamente podía columbrar lo que ocurriría; pero á pesar de tanta discreción, de tanta reserva y de tanto recato, todos sabíamos que *Marichu* y Antonio se entendían; más todavía: no sólo sabíamos que se entendían, sino que se querían y se querían mucho... ¡Es tan difícil ahogar las llamas de una pasión amorosa, cuando esta pasión es vehemente, sincera y *santa!..*

Transcurrieron algunas semanas. La época de los exámenes se nos echaba encima á pasos agigantados. Había que apretar, y apretar tanto como habíamos aflojado desde que se inauguró el curso universitario.

Conque á estudiar. «A estudiar, *pues,*» como nos aconsejaba maternalmente nuestra venerable patrona.

Con este motivo – con el de nuestra abstención de callejeras correrías – tuvimos ocasión de charlar largo y tendido con doña Tomasa, la cual – para darnos una nueva prueba de la familiar confianza que la merecíamos – nos anunció el proyectado y *ya* concertado enlace de su sobrina *Maruchilla* con el más antiguo de sus «pupilos,» con el *señor don* Antonio Palacios, que así le llamaba ella.

Nos refirió de *pe* á *pa* la «negociación» del asunto con el papá de la adorable niña, con su hermano Anselmo. No nos ocultó que éste insinuó sus sospechas de que si un *pájaro* que de tal manera había vivido no sería un bribón redomado. y sus explicaciones sobre su pasado, su presente y su porvenir pura granujería...

Nos descifró, asimismo, la futura tía del misterioso Palacios el enigma que le rodeaba... Y verán ustedes: ni enigma ni misterio. Sólo una historia que ¡ay! se repite con demasiada frecuencia.

Efectivamente, Antonio Palacios y Bermúdez de Velasco era huérfano de padre y madre desde hacía tres ó cuatro años. Sus ascendientes llevaban no sé qué título de Castilla; poseían caudales inmensos, y palacio en Madrid, y quintas en el Norte, en el Mediodía, en Extremadura y en Levante...

Al muchacho le dió, tan luego terminó el Bachillerato, por *filosofar* mucho y *soñar* mucho más. Emitía, en religión y en sociología, ideas tan opuestas á las de sus progenitores, que sus padres, inexorables para castigar las *herejías*, le arrojaron de casa, le desheredaron, le despreciaron... Hicieron más: le negaron su perdón á la hora de la muerte, porque él, poseído de una fe ardiente, avasalladora, en sus ideales de suprema bondad y de infinita dulzura, no quiso engañar, no quiso mentir, huyó indignado de la sumisión hipócrita de sus convicciones.

. . . .

Llegó el mes de septiembre; diéronse por concluídas las vacaciones, y la hospedería de doña Tomasa la Vizcaína volvió á cobijar á los mismos escolares. Pero allí todo había cambiado.

El verdadero dueño de la casa era Antonio Palacios, quien, agotados los pocos recursos que le legaran ciertos parientes lejanos – menos fanáticos, más transigentes y de miras más elevadas que sus padres, – se dedicó á trabajar donde y en la ocupación que le salía; porque el primero y principal principio de sus teorías lo definía él así: «Ya que todo hombre ha de ganarse el sustento con el sudor de su frente, de este anatema que á todos nos alcanza nadie debe quedar excluído..., ni *siquiera* los Palacios y Bermúdez de Velasco.»

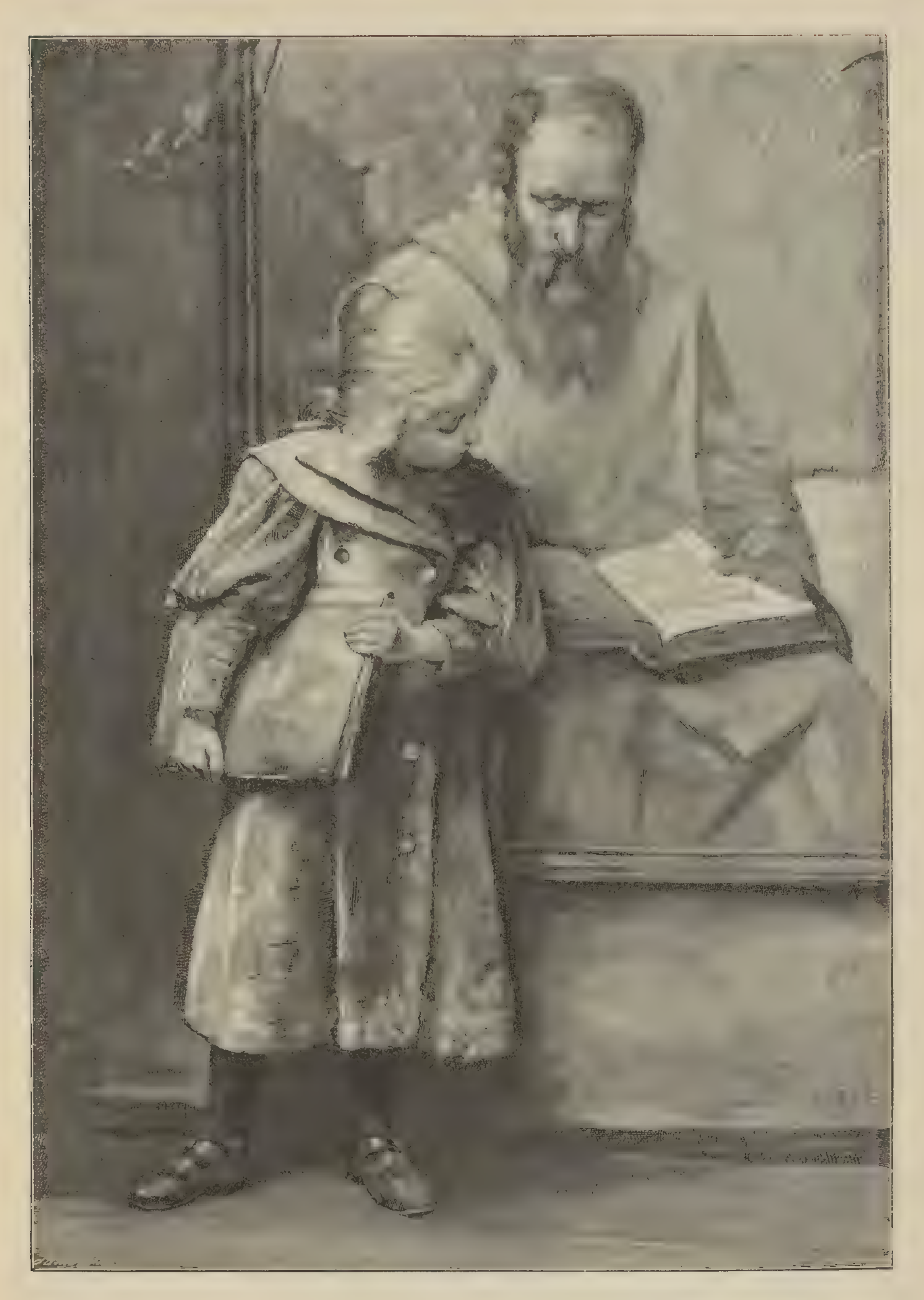
A *Marichu* la vimos satisfechísima, enamoradísima de su marido y en camino de ser madre.

Y en aquel hogar todo era felicidad, alegría y regocijo. Ni se presenciaban disputas, ni se promovían enojosas cuestioncillas, ni se veían tiranteces ni enfados.

¿Cuáles eran las ideas religiosas de «la Aldeanilla,



RETRATO ESTUDIO, por Conrado Kiesel



ANSIA DE SABER, cuadro de Guillermo Schade

cuáles las del vástago de ilustre familia desheredado y aborrecido por *hereje?*

Ellos lo sabían.

Lo único que yo sé es que los días festivos *Maruchilla* se levantaba muy de madrugada – andando de puntitas para no despertar á su marido, – dirigiéndose á la iglesia; que le besaba muy quedito al marcharse y estrepitosamente á la vuelta; que á las doce, si sus quehaceres se lo per mitían, entraban del brazo en San Ginés, y que el «día de difuntos» permanecieron ambos largo rato arrodillados en las gradas del suntuoso panteón donde descantaban los restos de los padres de Antonio.

– ¿.....?

Nada: dos almas muy grandes, muy grandes, que tuvieron la dicha de encontrarse, energía para luchar y valor para vencer..., *¡porque sabían amar y entendían el amor!*

Desiderio Marcos.

NUESTROS GRABADOS

El duque de Tetuán, fallecido en Madrid en 9 de los corrientes

El duque de Tetuán.—Don Carlos O'Donnell y Abreu, segundo duque de Tetuán, nació en Valencia en 1.° de junio de 1834, entró en 1848 en el Colegio General Militar de Toledo, de donde salió dos años después para empezar sus servicios en el ejército, y en 1854 pasó de capitán á Filipinas, como ayudante del marqués de Novaliches. En 1859 formó parte de la brillante comisión de oficiales españoles encargados por el gobierno de estudiar la guerra de Italia, y á su vuelta y como ayudante de su tío D. Enrique, hizo la guerra de Africa, hallándose en las principales acciones y demostrando en todas su valor y bizarro comportamiento: en aquella campaña conquistó el grado de teniente coronel y la cruz de San Fernando de primera clase. Ayudó más tarde al triunfo de la revolución de 1868 sin obtener ninguna gracia, y en 1869 pidió su licencia absoluta. Fué diputado de las Cortes Constituyentes y trabajó lealmente por la consolidación de D. Amadeo, durante cuyo reinado ejerció el cargo de jefe superior de palacio. En 1874 fué ministro plenipotenciario en Bruselas, y en tiempo de D. Alfonso XII estuvo con igual carácter en Viena y en Lisboa, de donde volvió á Madrid para encargarse de la cartera de Estado en el ministerio formado en 1879 por el general Martínez Campos. Con Alonso Martínez ingresó en el partido fusionista acaudillado por el Sr. Sagasta, quien le nombró senador vitalicio en 1881. Algunos años después afilióse al partido conservador, habiéndole confiado el Sr. Cánovas el Ministerio de Estado, que, muerto aquél, siguió desempeñando en el gabinete presidido por el general Azcárraga. Después del fallecimiento del señor Cánovas, adoptó una posición independiente, formando con algunos leales el grupo que se llamó del Santo Sepulcro y negándose en distintas ocasiones á unirse con el Sr. Silvela, lo propio que con el Sr. Sagasta.



Guerrero en su caballo de guerra, escultura de Gilberto Bayes

El duque de Tetuán ha ejercido gran influencia en la política española, no sólo por los elevados cargos que desempeñó, sino principalmente por las circunstancias en que hubo de desempeñarlos, una de ellas durante la guerra de Cuba y las primeras negociaciones con los Estados Unidos. Era grande de España de primera clase, gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, y estaba condecorado con las grandes cruces de Carlos III, del Cristo de Portugal y San Hermenegildo y con el collar de Carlos III.

Retrato estudio de Conrado Kiesel. – Si el ilustre pintor alemán no tuviera ya bien cimentada su fama, no sólo en su patria, sino que también fuera de ella, bastaría á conquistársela la obra suya que en el presente número reproducimos. Este retrato estudio es de los lienzos que, como vulgarmente se dice, se imponen desde luego: no se necesita ser crítico, ni siquiera inteligente aficionado, para apreciar sus bellezas; basta sentir, por poco que sea, el arte para comprenderlas. Cierto que el original, á juzgar por la efigie pintada, reune todos los elementos estéticos necesarios para que el retrato resulte agradable: la dulce expresión de su rostro correctísimo y de sus hermosos ojos, la elegante sencillez de su traje y de su tocado, el porte distinguido de su gentil figura, todo hace de esa joven un tipo interesante en alto grado. Pero justo es reconocer que el artista ha sabido aprovecharse de tales elementos y reproducir con maravilloso talento y mano habilísima esta distinción, esta corrección de facciones, esta dulzura y sobre todo esta expresión de conjunto que revela algo más hondo que el talento de un dibujante ó de un pintor, un alma sensible que sabe desentrañar y asimilarse el modo de ser, el pensamiento, la vida íntima de la persona retratada.

El ansia de saber, cuadro de Guillermo Schade.— Este artista se preocupa de algo más que de hacer una composición agradable; trata siempre de que ésta tenga algún argumento, aunque sólo se exprese en una idea que obliga á pensar al que contempla su obra. No se crea, sin embargo, que Schade sea de los artistas que plantean problemas, nada de esto; la parte que podríamos llamar de fondo de sus lienzos no es tan abstrusa que imponga meditación ó estudio, pero se sale de lo frívolo, de lo que sólo recrea los ojos sin interesar para nada el cerebro ó el corazón. Las varias producciones suyas que hemos publicado en La Ilustración Artística justifican nuestro aserto, y el que hoy reproducimos, modelo de sobriedad y severidad artísticas, es una nueva confirmación del mismo: examinando este último, parece como que sentimos algo de la curiosidad ó ansia de saber que mueve á la niña á descifrar los caracteres del viejo libro pintado y algo también de la gravedad del venerable monje del cuadro antiguo que el pintor retrató ensimismado en la lectura.

Guerrero en su caballo de guerra, escultura de Gilberto Bayes. – Las obras de este notable escultor inglés, según tuvimos ocasión de decir en el número 1.089 de esta revista, no tienen carácter monumental, sino que se hacen admirar por la gracia y la distinción, siendo, por consiguiente, más á propósito para adornar salones particulares que para figurar en las grandes salas de los museos. La que en esta página reproducimos reune en alto grado estas cualidades y es digna de la reputación que en el mundo del arte se ha conquistado su autor.

La careta japonesa, cuadro de Alfredo Stevens. – En un estudio que acerca de este artista belga publicamos en el número 981 de La Ilustración Artística, decíase, entre otras cosas: «Alfredo Stevens ha sido un maestro obrero; su paleta es de una riqueza de tonos que rivaliza con la de los más grandes pintores; sus personajes, sus accesorios, sus mismas fruslerías, están sólidamente establecidos, construídos tal como deben estar, puestos en buena luz y tratados basta en sus menores detalles con una seriedad y un cuidado que recuerdan á los más indiscutibles antecesores de la pintura holandesa ó flamenca.» «Stevens ha sido y será siempre el pintor de la mujer del segundo Imperio, habiendo trazado de aquella criatura efímera imágenes muy variadas, presentándola unas veces en el esplendor de su vestido de baile, otras en la sencillez de su traje de calle, ó en la intimidad de su traje de casa.» El cuadro suyo que en la página 151 reproducimos es una nueva y elocuente demostración de la verdad de estas observaciones y de las aptitudes que á Stevens caracterizan y que pueden sintetizarse en los siguientes conceptos: visión exacta del natural, elegancia en la composición, solidez y corrección en el dibujo y brillantez y delicadeza en el colorido.

Un rincón de cafetín, cuadro de Luis Graner. – Formó parte, el notable lienzo de Luis Graner, de la colección que ha pocos meses exhibió en el Salón Parés. La merecida fama de que goza este distinguido artista y la circunstancia de haber emitido, en diversas ocasiones, juicios y opiniones acerca de sus cualidades y aptitudes, nos reservan hoy de este que pudiéramos considerar como ineludible deber, para circunscribimos á llamar la atención acerca de la excelente obra que motiva estos renglones, notabilísimo estudio perfectamente observado y mejor interpretado, en el cual son tanto de admirar las cualidades pictóricas de la obra como su tendencia, altamente social, porque pone de manifiesto el modo de ser, una fase de la existencia de esa clase que constituye el núcleo de los grandes centros de población, que en el *rincón de un cafetín* acomete la ardua empresa de buscar soluciones para cierta clase de problemas, causa hoy de profunda preocupación para los estadistas. Graner ha recorrido en breve espacio de tiempo el camino ó senda en que otros han precisado largos períodos. Para lograrlo no ha escaseado los medios. Bien merece la recompensa.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *Els vells*, drama en tres actos de Ignacio Iglesias; en el Principal *La palidonia*, pieza en un acto de don Pedro Sañudo Autrán; y en el Eldorado *La venta de Don Quijote*, comedia lírica en un acto de D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí. En el teatro Principal «La Filarmónica,» que con tanto acierto dirige el maestro Crickboom, ha dado un concierto notable y muy interesante, de cuyo programa formaban parte oberturas de Bach, Haendel, Gluck, Mozart y Cherubini, muy bien ejecutadas por la orquesta y un concierto de Mendelssohn y una pieza de Wienawsky que tocó magistralmente el eminente violinista italiano Arrigo Serato.



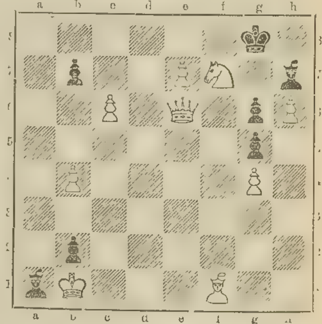
Tipo oriental, cuadro de Nicolás Gysis

AJEDREZ

Problema núm. 314, por J. Jespersen.

1.ª y 2.ª mención ex-æquo del Concurso de *La Stratégie*, sección E

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 313, por F. Ruppert.

Blancas.	Negras.
1. Dh3-g2	1. Td2×g2
2. d6-d7 jaque	2. Re8-f8
3. Ad8-e7 jaque	3. Rf8×e7
4. Ta8-e8 mate.	

VARIANTES.

1....... g7 g5; 2. Dg2-f1, Td2-f2 ó Ce4-f2; 3. Df1-b5 jaq., etc.
Ce4×d6; 3. Ad8-e7 jaq., etc.
Da1×a8; 3. Df1-f7 jaq., etc.
Ce4-f6; 3. Df1×f6, etc.
1....... Ce4-g5 ó g3; 2. Dg2×b7, Tb6×b7; 3. Ad8-a5 jaq., etc.
Da1-a7; 3. Ad8×b6 jaq., etc.
Ab4×d6; 3. Db7-d7 jaq., etc.
1.... Da1×a8; 2. Dg2×g7, Ab4×d6; 3. Dg7-d7 ó f7 jaq., etc.
1.... Ce4×d6; 2. Ad8-f6 jaq., Da1×a8; 3. Dg2×g7, etc.
Cd6×c8; 3. Ta8×c8 jaq., etc
1.... Otra jug.ª; 2. Dg2×g6 jaq., etc.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Tu interés es el de la explotación que aumentará tu patrimonio, dijo vivamente con voz alterada por la angustia.

– ¡Oh!, respondió en tono burlón Antonino; esa prosperidad futura me parece un poco problemática... Las cifras tienen una elocuencia brutal... Y la administración *de los últimos meses* se traduce, en suma, por una pérdida de sesenta mil francos. Es un pasado poco tranquilizador...

Pedro, con los ojos chispeantes, dió un salto en la silla, pero su madre le puso una mano en el hombro y le contuvo.

– ¡Cállate!

Y erguida, en su traje negro y con una palidez violácea en la cara, aplastó al insultante hijo con una mirada de cólera indignada.

– ¿Cómo te atreves? ¿No has comprendido, pues, hace un momento?.. Solamente la vigilancia y la prudencia de tu hermano han evitado la ruina. Tengo el deber de decirlo y de hacer justicia delante de nuestros parientes más próximos al que en los malos días ha hecho aún más que su deber y ha sido un buen hijo.

Su voz enérgica se dulcificó al decir esto con un temblor de emoción. Los ojos de Pedro también se nublaron, y el joven bajó la cabeza para ocultarlo.

– Permíteme que te diga, mamá, que no siempre has pensado así, respondió Antonino con amargura.

La viuda palideció de nuevo; pero valiente como siempre replicó:

– ¡Estaba equivocada! En la obra se conoce al obrero...

Antonino apretó los dientes con rabia. Solo con su madre hubiera podido reconquistarla por una comedia de sentimiento, y así pensaba hacerlo cuando llegó al molino. Pero la viuda, embebida en su dolor, no le había dado la ocasión de una entrevista. Por otra parte, la idea de muerte que llenaba entonces la casa paralizaba las facultades del joven. Y ahora, no sólo su madre escapaba á su influencia, sino que le daba una lección y glorificaba á Pedro delante de la familia reunida... El furor le cegó y le hizo abandonar todas las astucias con que esperaba lograr su objeto.

– Y bien, mamá, te responderé con otro refrán: Más vale un *toma* que dos *te daré*.. Sea el que quiera el porvenir de la explotación, prefiero coger desde luego lo mío y disponer como me convenga de mi parte de herencia...

Aquellas palabras brutales se apagaron en un silencio absoluto. Las fisonomías quedaron mudas, como las voces... Y el ruido del molino, más distinto, llenó la habitación con su martilleo, como si golpease en los pensamientos preocupados.

– ¡De modo que nos vas á obligar á poner los bienes en venta!.. ¡Todo se va á dispersar en una subasta!..

La violencia no entraba en la naturaleza flexible de Antonino, que se quedó un poco asombrado él mismo de su golpe de estado. Le parecía muy desagradable encontrar en todas las caras frialdad y reprobación. Impulsado por el instinto de su coquetería casi femenina y deseoso de producir una impresión halagüeña, intentó mitigar el desfavorable efecto de sus palabras y de atraerse alguna simpatía. Entonces se excusó, con su voz insinuante, y explicó su deseo de crearse una posición... Precisamente se presentaba una ocasión excepcional... Un amigo, inventor de un nuevo motor, le ofrecía una parte en el negocio... Después, á los veintiséis años, podía casarse de un momento á otro... Antonino se confundía y divagaba, turbado por las miradas que se fijaban en él, y exageraba el calor de sus protestas, á fin de aclarar aquellas fisonomías cuya severidad le ponía nervioso.

Su hueca elocuencia no parecía persuadir á la viuda de Destraimes, pero Felipe se dejó coger y creyó que Antonino escucharía de buena gana á un conciliador. Con la intención de ser útil á sus primos, predicó la concordia, con la que todos saldrían ganando. La venta por subasta podía ocasionar una depreciación del molino que disminuiría el patrimonio de todos. Antonino debía, pues, aceptar un reparto amistoso, basado en el dictamen de un perito que determinase la cuantía de su parte, y la familia le pagaría la renta mientras las circunstancias no permitiesen darle todo el capital. Antonino escuchó gravemente, moviendo la cabeza, pero evitaba las miradas y se reservaba las palabras. En el momento en que Felipe creía haberle convencido, el gran reloj de la cocina dió las once... Antonino se levantó como alarmado.

– Voy á reflexionar maduramente sobre todas las excelentes cosas que acaban ustedes de decirme... Pero perdónenme que ahora les deje... He prometido á un amigo, que está de paso en Segré, que iría á almorzar con él...

– ¿Es el amigo de la estación?, preguntó el viejo muy tranquilamente.

– No, no, querido tío, respondió el joven con ligera sonrisa. Aquello fué un simple encuentro casual... Hasta muy pronto... Reanudaremos la conversación para terminarla á gusto de todos... Esperémoslo...



El viejo estaba como intimidado ante los útiles nuevos... (pág. 133)

Y desplegando todas sus gracias para despedirse, besó á su madre con efusión, se mostró amistoso con su hermano y deliciosamente cordial con Felipe y el viejo, y se esquivó como quien huye, sin hacer caso de su hermana Celina que le gritaba desde la puerta: «¡Hasta luego!»

La viuda se pasó la mano por la frente y se levantó dando un profundo suspiro. Todos comprendieron lo que pensaba: «¡Pobre molino! ¡De qué capricho depende tu suerte!..»

. . . .

Con aquella viva inquietud en el fondo del alma, la viuda tuvo que sufrir las visitas que se sucedieron gran parte del día. En aquel desfile de personas in diferentes ó simpáticas tuvo el asombro de ver aparecer á la pequeña y gorda señora de Charnot, á la que creía muy fría con la familia. La esposa del tratante en maderas desmintió aquella hipótesis con sus demostraciones de afecto y se informó con interés de la salud de todos. Es verdad que el nombre de Pedro le hizo torcer la boca, como si acabase de poner una muela picada en contacto con el almíbar, pero se deshizo en elogios de la elegancia y el *cachet* parisiense de Antonino. Hasta expresó el deseo de estrecharle la mano y pareció contrariada al saber que no estaba en casa. Entonces languideció su conversación hasta que, al marcharse algunas visitas, las dos señoras se quedaron solas.

— Querida amiga, dijo entonces confidencialmente la de Charnot inclinándose hacia la viuda, tengo una importante noticia que dar á usted... El día no es propicio, lo sé, pero no quiero que la sepa usted por otros... Ya adivina usted... Mi Clemencia se casa... Una boda digna de su mérito... El dueño de un horno de cal, inmensamente rico y que está loco por la niña... Es algo más viejo que ella, pero así la querrá más... Los jóvenes son casi todos unos fatuos sin corazón, acabó en tono agresivo en el que se exhalaba todo su rencor.

— ¡Era esto lo que quería decirme!, pensó la viuda, que á pesar de su depresión moral, sospechaba que aquella interminable visita tenía algún objeto oculto.

Un golpe que sonó en la puerta evitó las felicitaciones que preparaba.

Era la Fouché, que entregó una carta.

— De parte del señorito Antonino... Ahí está un chico que espera la respuesta...

El presentimiento de una nueva pena hizo temblar la mano de la viuda al coger la carta.

— Entonces hay que renunciar á ver á su hijo mayor... ¡Qué lástima!, exclamó la de Charnot levantándose y dirigiéndose á la puerta y haciendo crujir la falda de seda en que estaba envuelta su redonda persona.

— Dispénsele usted, dijo distraídamente la viuda acompañando á la visitante. Le ha retenido sin duda su amigo de París...

— ¡Ah, sí!; el *amigo* que lleva tantas flores y tantas plumas en el sombrero... ¡Qué sombrero! ¡Ha revolucionado todo Segré!, exclamó la tratante en leñas con el tono inocente que debe siempre revestir toda perfecta mala intención.

La buena mujer no obtuvo respuesta y no insistió en su despedida. ¡Qué le importaba ya!.. Realizada su venganza se fué alegremente, dejando á la viuda clavada en el umbral de su puerta.

— Ya lo sabía, hija mía, dijo la voz grave del viejo Sergent. Le he visto... en la estación...

La viuda volvió hacia él sus ojos angustiados.

— No te aflijas, añadió el viejo poniéndole la mano en el hombro. Tienes á Pedro.

Su sobrina se estremeció y dijo con extraña expresión:

— ¡Sí, en efecto, Pedro está ahí!..

En el vestíbulo estaba esperando el muchacho que había servido de mensajero á Antonino, y viendo que la cosa tardaba, se decidió á recordar su presencia.

— Señora, vengo por la maleta...

Entonces la viuda recordó la carta que tenía en la mano y entró en el escritorio para leerla, aunque adivinaba su contenido por el sufrimiento instintivo de su corazón... Antonino anunciaba, en efecto, sin más rodeos, que las buenas cuentas hacen los buenos amigos, y que, por consecuencia, después de haber tomado consejo, confiaba sus intereses á un procurador para obtener su parte íntegra de la sucesión paterna. Las cosas seguirían, pues, su curso normal. Antonino enviaba sus recuerdos afectuosos á toda la familia, y decía que no podía volver á la Chapelle, pues sus negocios le llamaban á París.

— ¡El cobarde!.. No se ha atrevido á sostener su decisión cara á cara..., gruñó el tío Andrés cuando su sobrina le dió silenciosamente la carta.

La pobre mujer se quedó aterrada é inerte, con los ojos muy abiertos, como dilatados por el horror de las cosas espantosas que veían... ¡De modo que había mimado y adulado ciegamente á aquel hijo durante toda su infancia y toda su juventud, para llegar á esto..., á hacer de él un ingrato!.. ¡Y el *otro!* ¡El *otro,* al que había casi maltratado, era el que ahora debía salvarla y ser su consuelo!.. ¡Doloroso sarcasmo!.. ¡Ah! Era para volverse loca... Pero no; reflexionando bien, la estricta justicia, ¿no exigía que el castigo viniese por el mismo hijo en cuyo favor había sido injusta?.. ¡Y pensar que por su causa, su conciencia lo recordaba con amargura, había atormentado al pobre muerto, á quien amaba, sin embargo, con toda su alma!..

Aquel recuerdo era su más cruel castigo...

Un gran escalofrío la recorrió por entero, seguido de un acceso de cólera que la galvanizó...

— ¡Pues bien! ¡Que se vaya y que no quede aquí nada suyo!..

La madre abrió la puerta violentamente y mandó con imperio que preparasen la maleta y que no dejasen nada en el cuarto. Después recordó que en el correo del día había una carta para Antonino y la buscó para enviársela. Era sencillamente una circular en sobre abierto, del que cayó un recorte de periódico. La viuda lo leyó maquinalmente, como en un vértigo, y cayó en seguida sobre el escritorio con la cabeza apoyada en las manos.

El viejo Sergent, asombrado, recogió el papel fatal y trató de leerle, pero no comprendiendo qué quería decir, se lo entregó á Pedro que entraba, explicándole por lo bajo el incidente.

Pedro leyó con rapidez el impreso. Era un recorte de un periódico parisiense, enviado por una agencia, dando cuenta de una fiesta ciclista y citando «entre los más elegantes vehículos el precioso automóvil de una de las más seductoras mujeres de teatro, Ida des Varietés, conducido por el experto *chauffeur* Antonino Destraimes.»

¡Y aquella fiesta se había verificado el domingo anterior, aquel fúnebre domingo en el que Antoni no se decía ausente de París y durante el cual Pedro, enloquecido, envió á su hermano telegrama tras telegrama!..

El joven tiró el papel con un movimiento de indignación y de asco... Después miró á su madre y su corazón se llenó de una compasión infinita. Se acercó á ella y trató dulcemente de levantarla.

— ¡Madre!.. ¡Madre mía! ¡Vuelve en ti!

La viuda oyó aquella voz, reconoció la mano de su hijo, y apoyándola en su frente febril exclamó:

— ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Perdón!

Y se desmayó en sus brazos, agitada por una terrible crisis nerviosa.

XV

La viuda tuvo que guardar cama durante una semana. Extenuada por un largo esfuerzo, su energía se vino abajo de repente. El médico, alarmado por la anemia que se iniciaba, aconsejó un cambio de aires, más favorable todavía para la parte moral que para el cuerpo, y el tío Sergent, á quien justamente llamaban á sus tierras los trabajos del verano, invitó á su sobrina á marcharse con él. La viuda resistió débilmente, pero él habló con autoridad y Rosa se sometió. La obediencia es á veces un descanso para las voluntades fuertes.

Celina debía acompañar á su madre, y se convino en que Felipe las volvería á traer á la Chapelle y se instalaría allí por algún tiempo para disfrutar de las distracciones que ofrecía el río, la caza de los ánades, la pesca y la navegación en barca, placeres imposibles en Meslay. Y á *ratos perdidos,* como decía Celina, el joven emprendería la gran obra que ella había concebido; el retrato del molino.

Hasta entonces Pedro se quedaría solo. En el momento de la despedida todos sintieron una gran tristeza.

— ¿Qué va á ser de ti, mi pobre Pedro? ¡Cómo te vas á aburrir!, dijo Celina con el corazón oprimido al abandonar así á su hermano y muy dispuesta á renunciar al viaje para quedarse con él.

— ¿Tan necesaria te crees para mi existencia, vanidosilla?, dijo el joven esforzándose para sonreir. Trabajaré mucho. No hay nada mejor para ahuyentar el fastidio.

— ¿Para qué?, murmuró la viuda con un ademán de abatimiento. ¡Trabajar... para otros, para que lo aprovechen unos extraños!..

— ¡Qué importa!, replicó Pedro resueltamente. Si nos abandonamos, la diminución de los negocios ocasionará una depreciación del valor en venta. Es, pues, necesario trabajar á pesar de todo..., como si fuéramos á quedarnos aquí eternamente... ¿Quién sabe, además? ¡Yo creo en los milagros!..

Aquella afirmación optimista fué acogida por la madre con un movimiento de cabeza que expresaba muy poca confianza.

— Querido primo, te admiro, no pudo menos de decir Felipe al darle cordialmente el último apretón de manos. Tu actividad avergüenza á un perezoso como yo. Nunca me he sentido tan inútil como al verte tan activo y tan infatigable...

— ¡Oh! No, no tengas semejante idea, replicó Pedro con una animación un poco ficticia. Me contrariaría mucho el ser admirable, pues no hay nada más molesto para los que admiran y para el admirado... Pregunta á Celina y te dirá que tengo un carácter regañón, sentido y caprichoso...

— Sí, dijo la muchacha echándole los brazos al cuello; pero también los perros de Terranova son seres insoportables y gruñones y se portan magníficamente cuando llega la ocasión.

— ¡La ocasión!, interrumpió Pedro con risa nerviosa, esa es la palabra. Los místicos dicen que existe la gracia de estado; los fisiólogos aseguran que la función crea el órgano... Que se explique como quiera, pero la fuerza de las cosas nos obliga á adaptarnos á las circunstancias. Tú mismo verás esta verdad si llega el caso, querido primo.

— Es inútil que trates de rebajar tu mérito, dijo Felipe.

Pero la locomotora silbaba. Sergent apretó los dedos de Destraimes hasta aplastarlos, como si aquel alarde de vigor debiera atestiguar la sinceridad de su simpatía, y subió al vagón, en el que todos se habían colocado y héchole sitio el primero. Las portezuelas se cerraron y el tren se puso en marcha. Pedro creyó ver que unas gotas brillantes mojaban el velo de su madre... Celina agitó el pañuelo... Y todo desapareció en un recodo del camino.

Pedro hizo lo que había prometido y no le faltó labor. Una disposición del juzgado le había encargado de la dirección del molino hasta la venta, y el joven trató de excederse en el trabajo para evitar sus negros pensamientos. Pero á pesar de todo, sufría el malestar deprimente de la incertidumbre, la permanente ansiedad del porvenir, y por mucho que fuese su valor tenía que vencer la impresión desconsoladora de aquel «¿Para qué?» formulado por su madre y que también á él se le imponía.

Su casa le resultaba odiosamente vacía, y para estar en ella lo menos posible, corría por los campos durante todas las horas libres de las largas tardes de junio, comía en la primera posada que encontraba y buscaba una compañía cualquiera que le distrajese de su implacable idea fija. Al aproximarse de este modo á los campesinos, el joven se quedó sorprendido al oir á aquellos hombres rudos recordar respetuosamente, y con un tacto que no siempre da la educación, la memoria de su padre, y expresar con alusiones directas y delicadas el interés que inspiraba en toda la comarca la situación actual del molino. El campesino es siempre hostil á los cambios, y nadie veía con buenos ojos que se instalasen unos extraños en el sitio de una familia querida y arraigada en el país hacía mucho tiempo.

La voluntad de Pedro flaqueaba ante aquellos testimonios de simpatía. El también sufría ante la idea del destierro y veía que le unían lazos más fuertes de lo que él creía á aquella tierra en que había nacido y en la que estaban las tumbas de los suyos. Y dominado por la inquietud de las perturbaciones probables, se levantaba de repente para escapar á aquella desoladora idea.

Tampoco en casa de Fanchette encontraba el alivio del olvido. En varias ocasiones cedió á la invitación de la anciana, que sacó para obsequiarle las mejores servilletas y los mejores almíbares de sus armarios, y puso la casa en un pie como si se tratase del señor cura. A Pedro le parecía estar festejado en el mundo ingenuo de las muñecas... Pero Fanchette no tardaba en divagar sobre el asunto de sus preocupaciones constantes y se extendía en lamentaciones interminables. ¡El molino en venta! ¿Era posible imaginar abominación semejante? ¡Ver allí otros dueños que los Sergent! ¡Era imposible é inverosímil! ¡No, no sucedería!.. Y continuaba en ese tono hasta que Pedro, ya sin fuerzas, se despedía. Entonces la antífona cambiaba de nota.

— ¡Pero, Dios mío! ¿Cuándo vendrá tu madre? Dile que venga á verme en cuanto llegue, sin falta, ¿entiendes?..

Pedro lo prometía y se marchaba para empezar de nuevo á errar como alma en pena.

Con frecuencia su vagabundaje le llevaba á Champignette, que era en suma su mejor refugio. Al joven le gustaba estar entre aquellos humildes amigos que le ofrecían inconscientemente el símbolo de la vida sana y el compendio de la humana felicidad. Le agradaba ver la cara de Bautista, quemada por el

sol, y contemplar á la dueña de la casa, lista y activa entre sus calderos, sus cubos de leche y sus dos chiquillos que arrastraban ruidosamente por el suelo las polleras que los mantenían en pie sobre sus piernecitas rollizas.

¡Qué dulces y melancólicos recuerdos le asaltaban cuando se sentaba á aquella mesa en el sitio que Alicia ocupó en otro tiempo!.. Pedro reproducía en su mente todos los detalles inolvidables de aquel día, y su amor parecía poseer el don de la evocación, porque en dos ocasiones se le apareció el objeto de sus pensamientos..

Todos los domingos la veía en misa, en aquel banco casi señorial que la señorita Jaffre había hecho colocar en alto para dominar la concurrencia. Pero volver á ver á aquella reina de ojos negros en el círculo de familia en que la había conocido, era un cuento de hadas realizado, un encanto que le producía una angustia sorda y exquisita.

Alicia entraba seguida de una criada que llevaba mil chucherías para los niños, y cada uno de sus movimientos encantaba á Pedro como si fuese una maravilla. No cambiaban más que frases insignificantes, en las que su inocente ahijado hacía el gasto. Destraimes, por otra parte, hubiera sido incapaz de sostener una conversación, pues olvidaba por completo el valor exacto de las palabras.

Además Alicia, en aquellas rápidas visitas, no parecía desear otros asuntos de conversación que los dos gemelos, cuyas gracias absorbían su atención.

– ¡Cómo! ¿Ya tienes rotos los zapatos blancos? ¡Qué endiablado danzante!.. Te traeré otros y un bonito lazo para el gorro de Finette.

– ¿Finette? Ya empieza á hablar mejor que su hermano..., decía la madre con orgullo.

– Pero mi ahijado tiene dos dientes más, respondía la madrina envidiosa. ¡Enseñe usted sus dientecillos, Sr. Pedro!..

Claro está que esta orden se dirigía al más joven de los dos ciudadanos de ese nombre; pero eso no impedía que el grande se ruborizase, turbado deliciosamente al oir modular esas sílabas familiares por aquella voz grave y melodiosa.

Todo esto era pueril, ideal, embriagador.. Pero, por desgracia, el milagro se acababa demasiado pronto... Y una vez roto el encanto y Alicia desaparecida, Pedro, con el corazón agitado y los ojos llenos de la imagen idolatrada, se iba á pasear sus ensueños de amor, en las tardes resplandecientes ó en las límpidas noches de verano, por las veredas llenas de sombras fantásticas y de rayos de luna...

Poco después se le acabó la esperanza halagadora de aquellos encuentros, pues Alicia y su tía se marcharon á Evián para no volver al Otero hasta dos meses después; pero, en desquite, pensaban estarse en el campo hasta Nochebuena. Pedro no se atrevió á regocijarse por esa compensación. ¡Ay! ¿Qué habría sucedido para aquella fecha?..

Antonino y su procurador apretaban, en efecto, de tal modo, que la sentencia ordenando en términos bárbaros la liquidación y la subasta de los bienes del molinero fué pronunciada el mismo día en que la viuda volvió al molino.

Pedro fué á la estación á esperar á su familia, y como su cara reflejaba todas las reflexiones penosas de aquellos largos meses de soledad, Celina dió al verle un grito de compasión.

– ¡Pobre Pedro! ¡Cómo has adelgazado! ¡Pareces aún más alto!

– ¿Has tenido disgustos?, preguntó vivamente la viuda. Me lo temía... Pero no me han dejado volver...

Y la madre le miró con ansiedad.

Pedro, dominado por la alegría que le causaba aquella mirada verdaderamente maternal y los labios de su hermana al posarse en su mejilla demacrada, contestó:

– ¡Ya estáis aquí! Ahora todo irá mejor.

– ¡Ah! Lo confiesas... Te hacíamos falta, ¿verdad, Pedro?, exclamó Celina triunfante y enternecida.

La viuda se bajó el velo y volvió la cabeza.

Durante aquella rápida escena, Pedro no había tenido ojos más que para las dos mujeres queridas que regresaban; mas de repente vió que Celina se volvía con viveza hacia el vagón de que acababan de bajar.

– Pero dejamos á ese pobre Felipe arreglarse solo con los equipajes... Siempre que no olvide nada..., exclamó lanzándose hacia un joven cargado de bultos y paquetes de todas naturalezas y formas, en el que Pedro no reconoció en modo alguno á su primo.

– ¡Calla! ¿Me he vuelto miope?, dijo guiñando los ojos con cierta inquietud.

Y echándose á reir de repente continuó:

– Pero no... ¡Es él! ¡Y se ha quitado la barba!.. ¿Quieres despistar á la policía, querido primo?

– ¿Verdad que así está mejor?, dijo Celina victoriosamente, mientras Felipe, rojo y sonriente, dejaba en el suelo una maleta y tres ó cuatro paquetes para responder al vigoroso y cordial apretón de manos de Pedro.

Así, despojado de su frondosa vegetación, la cara de Felipe parecía más fina, de líneas delicadas y labios firmes y de expresión bondadosa que hubiera sido lástima ocultar por más tiempo.

– Si tú le has dado ese consejo, chiquilla, á fe mía que ha sido bueno... Parece ahora más joven que yo...

Y mirando á su primo de alto á bajo con alegría añadió:

– Y bien, querido, creo que en este momento estás gustando en toda su plenitud el placer de ser útil...

– ¡Bah! No me quejo; al contrario, respondió el primo Sergent, que con una escopeta metida en funda de cuero, una caja de colores, un caballete, una caña de pescar y varios sacos, paraguas y bultos diversos suspendidos alrededor de su persona, parecía el «hombre orquesta» ó un cazador emigrante.

Felipe cambió bruscamente sin transición de fisonomía, y preguntó con las cejas fruncidas y la voz dura:

– Dime, Pedro, ¿sabes quién es ese grotesco personaje?

Pedro siguió la mirada irritada de Felipe, único medio de indicación de que éste disponía en el momento, y vió al joven Tomás, que los estaba mirando de lejos con aire enfadado.

– ¿Ese?, dijo flemáticamente Destraimes, respondiendo al tímido saludo del empleado, es el adorador titular de Celina. Un inofensivo y perfecto idiota.

– Eso se ve desde luego, respondió Felipe en tono agrio. Hemos viajado con él desde la última estación. Se precipitó á la portezuela al ver á Celina y se portó de un modo tan ridículo, que tuve que llamarle orden... No creo que vuelva á atreverse.

«¡Diablo!, pensó Destraimes, asombrado por aquella violencia; no creí que Felipe fuera tan irascible... Toma realmente en serio su papel temporal de protector de la inocencia...»

Y un poco después, al ver al primo ayudar á Celina á colocar los paquetes en el coche, una idea repentina iluminó el espíritu de Pedro: «Puede que me equivoque, pero ese celo complaciente y ese sacrificio de la barba... ¿Habrá Celina domesticado á nuestro salvaje?..» Y aquella observación sirvió de objeto á una meditación abstracta que encendió por un momento un alegre fulgor en los ojos del joven..

El momento de entrar en su casa fué solemne. Cuando se encontraron en aquella gran sala donde tantas veces se había reunido la familia, apareció más profundo el vacío de los sitios desiertos... Las penas del pasado y las alarmas del día de mañana se avivaron en todos y se hicieron más amargas y más intensas... Celina trató de ahuyentar aquella impresión y de evitar el silencio con su charla, y contó con animación en qué desarreglo habían encontrado la habitación de los Sergent.

– ¡Qué horror, amigos míos!, dijo encogiéndose de hombros y mirando burlonamente á su primo y á su hermano, ¡qué horror, una casa en la que no hay más que hombres!.. Por muy vigilante que quiere ser el tío y por mucho que regaña á las dos criadas, el desorden es extraordinario. ¡Ni una servilleta sin agujeros!.. Mamá se ha pasado días enteros componiendo medias y zurciendo ropa apolillada... Sí, señor, dijo á Felipe con un gesto afirmativo; si sus botones de usted encuentran hoy ojales, se lo deben á nuestra aguja... ¿Negará usted ahora que las mujeres sirven para algo?..

– ¡Nunca he dicho semejante herejía!, afirmó el joven con calor.

Pedro, á su vez, tuvo que comunicar las noticias buenas y malas, éstas mucho más numerosas que las otras.. La frente de la viuda se ensombreció más y más... Y Pedro, para distraerla, habló de Fanchette y dió á su madre el recado de la anciana... La viuda estuvo un rato callada, y en seguida, como si despertase sobresaltada, dijo con voz tan fuerte y tan resuelta que todos la miraron con asombro:

– ¡Iré mañana mismo!..

XVI

– ¡Dios mío! ¡Qué bonito!, exclamó Celina electrizada. Todo se ve ya: el molino, el puente, las esclusas... ¡Es usted verdaderamente hábil, primo!..

Sentada en la hierba, al lado del caballete que Felipe había plantado entre los juncos de la orilla, Celina estaba espiando hacía una hora el lápiz que emborronaba el blanco lienzo y se extasiaba cada vez que el dibujo se hacía visible. ¡Cosa extraña! Felipe, que de ordinario buscaba la soledad y el misterio para perpetrar sus atentados artísticos, no parecía en modo alguno molestado por la vigilancia obstinada de aquellos ojos castaños.

(Continuará.)

Todos los domingos la veía en misa

CRÓNICA CIENTÍFICA

El verdadero baño ruso. – La terapéutica local. – Las ostras y la fiebre tifoidea. – El cocainismo. – La inteligencia de los ratones.

El grabado que adjunto publicamos reproduce un espectáculo muy general en Rusia, especialmente entre los soldados; con razón puede decirse, por consiguiente, que se trata del verdadero baño ruso. El modo de tomarlo es muy sencillo: después de permanecer un rato en un cuarto estufa, puesto á una temperatura elevada, como su nombre indica, salen los bañistas al aire libre, se revuelcan por la nieve y se frotan con ésta el desnudo cuerpo.

No puede negarse que por este procedimiento se obtienen en grado extraordinario los efectos de reacción que con el baño ruso se buscan; pero nos parece que para resistir una impresión tan violenta se necesita haber nacido en el país de donde toma nombre el baño y haberse acostumbrado desde muy niño á las caricias del frío sin que entre éste y la epidermis no se interpongan como muralla protectora la recia zamarra ó el aristocrático gabán de pieles. Y aun á los mismos rusos, acostumbrados á las más bajas temperaturas, el procedimiento no debe resultarles muy agradable, á juzgar por los visajes de algunos de los bañistas que en el dibujo figuran.

En cuanto á los que en tales condiciones no se encuentran, dudamos de que se dejen convencer, por muy entusiastas que sean del sistema hidroterápico, de la bondad del *verdadero baño ruso*, que más que medida higiénica parece ejercicio de prueba de resistencia de los cuerpos. Bajo este concepto es indudable que los que de esta prueba salen triunfantes pueden considerarse fuertes en grado máximo y capaces de resistir los fríos más intensos, cuya acción se estrellará contra su piel convertida en verdadero cuero. Se trata, por consiguiente, en el fondo, de un sistema de selección que no creemos acepten muchos pueblos, por muy débiles que sean y por muy necesitados que estén de reconstituyentes y fortificantes.

En el congreso de Medicina recientemente celebrado en el Cairo, el profesor Bouchard ha dado á conocer una aplicación de terapéutica local que parece llamada á un bello porvenir. El tal profesor ha creído que en las enfermedades locales ó en las generales que afectan localizaciones perfectamente determinadas, podría limitarse la aplicación del remedio al punto enfermo, al tejido lesionado, del mismo modo que se hace con las cauterizaciones, sanguijuelas y vejigatorios.

Tomemos como ejemplo el reumatismo agudo. Un hombre de 70 kilogramos de peso, dice M. Bouchard, toma seis gramos de salicilato de sosa y las coyunturas enfermas se deshinchan y dejan de causar dolor. Cada día se han introducido 10 centígramos de medicamento en cada kilogramo de su cuerpo, lo mismo en cada kilogramo de substancia sana que en cada kilogramo de substancia enferma; de modo que si en una gran articulación, las partes blandas, en donde reside la inflamación, pesan de 50 á 100 gramos, la curación de cada lesión local se debe á dosis de cinco á 10 milígramos.

¿No sería más sencillo servirse únicamente de la dosis mínima de medicamento inyectándola *in situ?* Con ello se lograría la ventaja de no fatigar el estómago con una dosis inútil, y los reumáticos saben de sobra cuán penosa es la digestión del salicilato de sosa.

La experiencia ha justificado la hipótesis: en efecto, inyectando al nivel de la articulación enferma dos, tres ó cinco centígramos de salicilato de sosa, M. Bouchard ha podido contener la marcha de la artritis.

Un hombre enfermo de reumatismo crónico en una rodilla y que hacía dos meses estaba en cama, se curó con una sola inyección de 20 centígramos de salicilato. Digamos, sin embargo, que el resultado es muchas veces local como el remedio; es decir, que en un reumatismo poliarticular, se contiene la fluxión en una ó dos articulaciones, pero no siempre se evita el desarrollo de nuevas manifestaciones de la artritis, ni la invasión de las grandes serosas, como el pericardio y la pleura; por esto en muchos casos es preciso recurrir al mismo tiempo á una medicación general.

El éxito de este procedimiento se observa principalmente en las formas locales ó generalizadas subagudas; pero también son eficaces las inyecciones en el reumatismo crónico, puesto que suprimen los dolores y la tumefacción.

Nótese que no se trata de un simple revulsivo, ya que ningún resultado se obtiene si la inyección es de agua clara, sino de una verdadera acción medicamentosa, conseguida á pequeñas dosis, gracias á que se aplica directamente al punto lesionado.



El verdadero baño ruso

¿Cómo explicarse esta acción de inyecciones mínimas? La hipótesis más probable es que se trata de una acción antiséptica suficiente para obrar sobre el agente patógeno en un punto dado sin llegar á ser tóxico para el organismo. Tal vez también, como en los diversos sueros, se produce una excitación de los diversos elementos para luchar contra los procesos infectivos.

Sea de esto lo que fuere, parece cierto de todos modos que este nuevo método tendrá aplicación adecuada en algunas enfermedades de localizaciones fijas y tendrá su lugar señalado al lado de las numerosas tentativas en que la intervención quirúrgica realiza por su parte la cura local de las enfermedades.

Sábese, desde hace años, que las ostras pueden transmitir la fiebre tifoidea, y varios hechos ocurridos en París y en Londres han venido á corroborar recientemente esta opinión. Hace dos meses, por ejemplo, presentáronse algunos casos de esta enfermedad en la costa meridional inglesa, sobre todo en Portsmouth y en Southampton, no tardando en presentarse aquélla en distintas poblaciones con carácter epidémico. La información practicada por el Dr. Lander, médico de Sanidad de Southampton, le ha llevado á señalar como causantes de la epidemia las ostras de la ciudad de Emsworth. Siete personas que habían concurrido á un banquete en que se sirvieron ostras de aquella procedencia, sintiéronse atacadas de fiebre tifoidea; también en Winchester la mayor parte de personas atacadas habían asistido á una comida entre cuyos platos figuraron las consabidas ostras; y en la misma Emsworth hubo 13 casos de fiebre tifoidea. Ahora bien: los bancos de ostras de Emsworth reciben todos los productos de las cloacas de la población, cuyas aguas, inofensivas tal vez en tiempo ordinario, es muy probable que en algunas ocasiones han arrastrado bacilos tíficos sembrándolos en las ostras.

Seguramente no se vigilan bastante los estuarios en donde se establecen bancos de ostras, de lo que resultan graves peligros para los consumidores. A consecuencia de las grandes lluvias, las cloacas arrastran numerosos detritus, y los residuos de las tierras removidas por el agua y los bancos se llenan de gérmenes patógenos.

Y si algunas dudas surgieran acerca de este punto, quedarán desvanecidas conociendo lo que sucede desde hace muchos años en Constantinopla. En aquella capital la etiología ostrearia de la dotinentería es evidente; sin embargo, allí no hay bancos de ostras, pero los moluscos encuentran á su alcance un medio en extremo favorable á su desarrollo en el agua del Cuerno de Oro, del mar de Mármara y hasta del mismo Bósforo, adonde van á desaguar todas las cloacas, todas las materias en descomposición de la ciudad, y de donde se sacan las ostras para venderlas directamente sin dejarlas antes un período de tiempo en agua de mar muy pura. El doctor Remlinger, director del Instituto imperial de bacteriología de Constantinopla, ha querido saber de una manera cierta si este medio de contaminación por las ostras era de temer en aquella ciudad, como se suponía, y se ha dedicado á una información metódica, consultando con sus colegas.

Sólo en el hospital francés, cuyo médico es M. Euthyboule, desde 15 de enero á 15 de junio de 1902 hubo 34 tifódicos, de los cuales la mitad, 17, habían comido ostras en una época que coincidía con lo que se sabe acerca de la duración del período de incubación de la enfermedad. En el mismo espacio de tiempo visitó entre sus clientes á 8 tifódicos que habían comido ostras.

Y lo que observó el Dr. Euthyboule en el hospital francés, lo observó también en el hospital alemán el doctor Mordtmann, en donde la fiebre tifoidea se cebó literalmente en un grupo de altos funcionarios alemanes recientemente llegados á Constantinopla, los cuales por temor á la dodintería evitaban beber agua, pero en cambio hacían gran consumo de ostras en las cervecerías adonde iban á comer. Pues bien: todos contrajeron la fiebre tifoidea y muchos fallecieron.

Estos ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente, de tal manera que todos los observadores convienen actualmente en que la ostra es un vehículo de la enfermedad.

El remedio de este estado de cosas es muy sencillo: exigir el establecimiento de parques ostrícolas en agua de mar pura, y en todas las regiones en las cuales no pueden instalarse parques, exigir que las ostras permanezcan en agua de mar pura una semana. Los Sres. Boyle y Herdmann afirman que en estas condiciones cesa todo peligro, y el Dr. Sacquepée ha visto, efectivamente, cómo el bacilo de Eberth desaparecía de una partida de ostras extraordinariamente contaminada á los seis días de permanencia en agua de mar renovada dos veces en veinticuatro horas.

El remedio, como se ve, no es tan difícil, y bien vale la pena de aplicarlo á fin de que los aficionados al sabroso marisco no se vean privados, por miedo, de un manjar tan delicioso, ni expuestos, por imprudencia, á una terrible enfermedad que causa tantas víctimas.

El alcohol no reina en el mundo como único y absoluto soberano, sino que tiene varios competidores, como el éter, el opio y la morfina, si bien el reino de éstos es mucho más limitado. A estos vene-

nos, modernos satanes que se disputan el cerebro de los hombres, hay que añadir ahora la cocaína que debemos á los médicos, como la morfina, y que se presenta ahora como rival peligroso del alcohol. Este, en menos de cincuenta años, ocasionó la desaparición casi total de los indios del territorio de los Estados Unidos; ahora los negros de los Estados del Sur se han entregado al cocainismo, que hace en ellos grandes estragos.

En efecto, en muchas plantaciones, los negros se niegan á trabajar si no encuentran en las inmediaciones los medios de proporcionarse cocaína, y algunos plantadores se han visto ya obligados á distribuirles una ración diaria de su nueva droga, del mismo modo que les distribuyen la ración del wisky, que ya no les basta.

El éxito de este nuevo excitante se explica por el hecho de que, al parecer, aumenta las fuerzas y hace á los individuos indiferentes á los fuertes calores y á los grandes fríos.

La cocainomanía se ha extendido también por el Indostán y sobre todo por Calcutta, en donde se absorbe en forma de tabletas ó en polvo y mascada con hojas de betel; pero allí no la usan los indígenas para luchar contra el calor ó contra el frío, sino para estar alegres. Después de algunos trastornos, tales como la insensibilidad de la lengua y de los labios, la sequedad de la garganta, la pesadez de cabeza y las palpitaciones, se declara el período de la risa descompasada, que los indígenas encuentran deliciosa.

Al cabo de un período más ó menos largo, en el que las dosis de cocaína han de aumentarse progresivamente llegando á subir de 5 á 75 centímetros, los cocainómanos, cuyos dientes se vuelven negros, pierden el apetito y el sueño, sufren continuas alucinaciones y acaban por presentar accesos de manía aguda.



LA CARETA JAPONESA, cuadro de Alfredo Stevens

Abundan los ejemplos demostrativos de que los ratones son animales en extremo inteligentes: un hecho reciente confirma esta opinión. Cierto jardinero de un pueblo de Francia plantó 250 cebollas de tulipanes, y habiendo querido, al día siguiente, plantar algunas más para completar el grupo, vió con asombro que habían desaparecido las primeras. Un amigo, á quien dió cuenta de lo sucedido, le aconsejó que viera si en el jardín había algún orificio que indicara la presencia de algún ratón. Efectivamente encontró uno, y perforando la tierra mató una hembra que estaba á punto de salir de su cuidado; continuó ahondando, y á 60 centímetros de profundidad halló una madriguera muy bien provista de heno y de hojas, que se comunicaba con dos almacenes, en los cuales aparecían cuidadosamente alineadas las 250 cebollas: no faltaba una sola y todas estaban completamente intactas. La ratonil pareja no sólo había realizado en una noche el ímprobo trabajo de extraer, trasladar y almacenar tan gran número de cebollas, sino que había rastrillado la tierra como el más hábil jardinero. Fueron, sin embargo, poco listos los ratones, pues de haberse contentado con robar unas cuantas cebollas, el jardinero no habría descubierto el hurto y ellos y su numerosa prole habrían podido gozar tranquilamente del fruto de su rapiña. – G.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

El alcoholismo, por *Constancio Bernaldo de Quirós*. – Notable monografía de la psicopatología social del alcoholismo, en la que el autor, de una manera sencilla y breve y con un lenguaje claro y ameno, se ha propuesto vulgarizar el conocimiento de un asunto cada día más importante para la reforma moral de nuestras sociedades. Editada en Barcelona por D. Juan Gili, se vende á cincuenta céntimos.

***

El reverso de la historia contemporánea, por *H. de Balzac*. – Pertenece este libro al número de los consagrados por la fama, y no necesita, por consiguiente, que lo demos á conocer ni que lo alabemos. El conocido editor barcelonés D. Luis Tasso, al incluirlo en su Biblioteca económica ha prestado un buen servicio á la literatuta. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

***

Thebusianas, por el *doctor Thebussem*. – Formando parte de la tan ventajosamente conocida Biblioteca Selecta que edita en Valencia el Sr. Aguilar, se ha publicado este tomo, que contiene una colección de interesantes artículos del reputado literato Dr. Thebussem, escritos con el gracejo que á su autor caracteriza y con gran conocimiento de los asuntos en ellos tratados. Precio, cincuenta céntimos.



Un rincón de cafetín, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

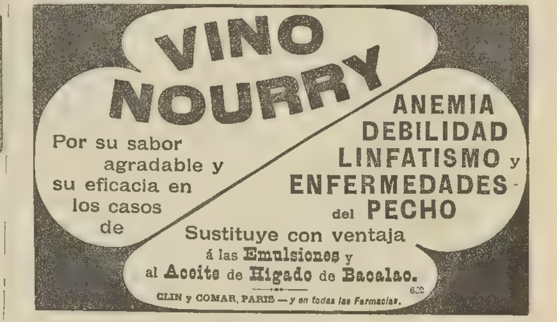
***

Gérmenes, novela por *Enrique Crosa*. – Este distinguido escritor uruguayo ha publicado bajo tan sugestivo título una producción interesantísima, verdadero estudio psicológico, que revela las condiciones especiales de su autor, quien pinta los tipos y expone las situaciones con singular gallardía y precisión. El libro, que ha sido primorosamente impreso en Montevideo, véndese al precio de cincuenta céntimos.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y Ploma, revista mensual ilustrada; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *A B C*, semanario, crónica universal ilustrada; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *Fomento Naval*, boletín oficial de la Junta de Fomento Naval; *El Financiero*, revista semanal, monetaria y bursátil; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, revista quincenal; *Diario de Tenerife*; *Heraldo de la Rioja*, diario (Logroño); *El Pensamiento Latino*, revista quincenal (Santiago de Chile).







PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 2 de marzo de 1903 — Núm. 1.105

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MELANCOLÍA, cuadro de José María Tamburini

(Salón Parés)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el sexto pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Uno de los acontecimientos teatrales más importantes, después de los registrados en mi última crónica, ha sido la función celebrada en el Real á beneficio de la «Asociación de actores y autores.» Lleno estaba el teatro de bote en bote; en palcos, plateas y butacas se apiñaba lo que se ha convenido en llamar «todo Madrid,» y en el *foyer* las artistas de las compañías que actúan en la corte, vendían á «precios fabulosos» flores, tarjetas postales y cigarros. ¿Quien podría negarse á las amables instancias de las lindas vendedoras?

Esto en cuanto se refiere á la sala, que en cuanto al escenario, desfilaron por él, interpretando el primer acto del *Don Tomás,* el segundo de *Jugar con fuego*, un apropósito titulado *La leyenda dorada*, original de Sinesio Delgado, y la zarzuela *Gigantes y cabezudos,* todas las actrices y todos los actores que al presente funcionan en los teatros de Madrid.

La leyenda dorada es una serie de cuadros en los que se ensalzan los más nobles sentimientos del pueblo español y las páginas de gloria que ilustran los anales patrios. Termina la obra, en la cual hay algunos versos muy brillantes y sonoros, con una «apoteosis» en que aparecen artísticamente combinados al pie de un obelisco, copia del erigido á la memoria de las víctimas del 2 de Mayo, un episodio de esta heroica jornada, otro del combate de Trafalgar, y entre ambos grupos el general Prim con varios soldados de la guerra de Africa. Por delante del monumento desfilan guerreros armados de punta en blanco que evocan el recuerdo de la Reconquista, bandas de arcabuceros de las guerras de Flandes y de Italia, guerrilleros del año ocho y tropas que llevan el uniforme de las que pelearon denodadamente en Castillejos y Tetuán.

Desde el punto de vista puramente dramático, lo mejor de la fiesta fué la representación del acto primero del *Don Tomás*. Con decir que en ella intervinieron María Guerrero, Rosario Pino, la Valverde, Fernando Mendoza, Francisco Ortega y José Rubio se comprenderá lo primorosa que hubo de ser la ejecución de aquella primera parte de la comedia de Narciso Serra. ¡Cuánto ganaría el arte escénico si los actores y actrices de mérito constituyesen compañías como la que ayer se formó momentáneamente para representar el primer acto de *Don Tomás!* ¿Pero quién puede ni soñar siquiera con el logro de tal aspiración? Solamente llegaría á realizarse si los gobiernos, haciéndose cargo de la importancia artística y social que tiene el teatro, se decidieran á crear una institución semejante á la Comedia francesa. Mas no van las aguas por ese cauce.

Afortunadamente, aunque al teatro Español le falte la protección oficial, el arte dramático no está entre nosotros ni agotado ni ocioso. Que esto es verdad acaban de evidenciarlo los hermanos Alvarez Quintero con su linda comedia *Pepita Reyes,* estrenada en Lara.

Entre las muchas y excelentes cualidades que adornan el ingenio de los dos jóvenes escritores, es en mi sentir la primera de todas la observación directa de la realidad. Hay muchos autores dramáticos, algunos muy aplaudidos, cuyas comedias son puramente librescas, esto es, un pálido reflejo de la vida, entrevista al través de las páginas de los libros. De ahí ese fárrago de retórica á veces brillante, cuyas excelencias con tanto ardimiento defiende Sellés en el prólogo de *La mujer de Loth,* esos simbolismos sin realidad más que en la región del pensamiento abstracto; de ahí, en fin, todos esos hombres y mujeres artificiales, sin individualidad ni carácter, ni más vida que la que les presta el actor que se encarga de representarlos. Los hermanos Alvarez Quintero buscan sus asuntos, no en los libros, sino en la realidad; de ella sacan también los personajes de sus comedias, y con el lenguaje hablado, mucho más espontáneo y vivo que el lenguaje escrito, forman el diálogo de sus obras.

Pepita Reyes es un hermoso cuadro de costumbres, una copia artística de un pedazo de la realidad. La protagonista no es el retrato de esta ó de la otra cómica, sino la personificación de todo un grupo de mujeres de teatro; es una de tantas comediantas españolas – salvo, es claro, algunas excepciones, – mujeres de buen palmito, de gentil figura y tan faltas de educación artística como sobradas de natural gracejo. Esos fáciles triunfos de los teatros de género chico deslumbran á Pepita Reyes, y sueña con los aplausos del público, con los elogios de la prensa, con los obsequios y agasajos de los admiradores, con los grandes sueldos de las empresas... Por este camino la empujan también la estrechez y miseria en que vive y la codicia, en parte disculpable, de una familia que ve en el desparpajo de la muchacha el único medio de salir de la laceria.

Tiene la cómica incipiente amores con un muchacho trabajador y honrado. Amanse ambos tiernamente, pero ni él está dispuesto á consentir en que su novia «salga al teatro á divertir á nadie,» ni Pepita, á pesar de todo su cariño, se resuelve á renunciar á sus sueños de gloria, que gloria le parece el brillo de la escena. Tampoco transigirá la familia de la *diva* futura con que venga un mozo, sin más rentas que su humilde trabajo, á deshacer un porvenir... de diez duros diarios de sueldo.

Así las cosas, llega el momento tan ansiado por Pepita y los suyos de que se le ofrezca puesto en una compañía de género chico. La noticia llena de gozo á toda la familia: el padre de la «artista,» una tía de la muchacha y un parásito que se propone vivir á la sombra de ella, todos ven con la tal noticia el cielo abierto. Poco importa que el novio de Pepita resuelva romper las relaciones antes que acceder á que la joven se haga cómica. «Ya transigirá,» piensa la futura estrella, y en medio de alegría, brindis y sendos tragos acaba el acto primero.

En el segundo nos encontramos con que se han realizado en gran parte los sueños de Pepita Reyes: la empresa le paga crecido sueldo, el público la «ovaciona,» los periódicos ilustrados publican su retrato y la adulan en lisonjeras crónicas, y por su cuarto desfilan aristócratas y celebridades de la literatura, de la prensa... y hasta del toreo. Su familia vive en grande, el porvenir ofrece á la Reyes una larga serie de triunfos; pero hay algo que amarga su felicidad presente. Del corazón de Pepita no ha desaparecido el recuerdo de su antiguo amor. Su novio tampoco la ha olvidado, y atraído por su sincera y honrada pasión, se presenta en el cuarto de la actriz. Noche es aquella de aplausos para la Reyes y coronamiento de su satisfacción la visita del hombre á quien ama. Viene el joven á ofrecerle su amor y su trabajo y á consagrarle su vida; pero á cambio de que Pepita renuncie al teatro. A pesar de su cariño, la aplaudida tiple no accede á los deseos de Víctor, su novio: la arrastran por el camino de la escena, además de su vocación y de su amor propio, las exigencias de los suyos, que ven en ella una mina inagotable. Víctor, en vista de la negativa de su novia, renuncia al amor de Pepita y sale del cuarto de la actriz, después de echar en cara al padre de la Reyes lo bajo de su conducta explotadora; y cuando la tiple en medio de los aplausos y halagos de un ruidoso triunfo se queda sola después de haber visto desfilar por delante de ella toda la falange de sus admiradores, comprende que ha sacrificado su dicha en aras de algo que satisface momentáneamente la vanidad, pero que hiela el corazón.

Todo esto avalorado por delicadas observaciones, sazonado con las sales del ingenio, desarrollado con rigurosa lógica y compuesto con verdadera maestría, constituye la preciosa comedia de los hermanos Quintero, la mejor de cuantas se han representado en la presente temporada.

No hay que decir, tratándose del teatro Lara, que es primorosa la interpretación de *Pepita Reyes*.

Menos afortunado que otras veces ha estado Guimerá en su último drama. Ni el esmero con que éste ha sido representado por la compañía del Español, ni los prodigios hechos por María Guerrero desempeñando el papel de la protagonista, ni los rasgos que de cuando en cuando revelan las poderosas facultades artísticas del autor, han bastado para que se sostuviese en la escena *La pecadora*. Lo que más daña á la obra es el exceso de efectismo. Hasta del propio Dios se ha valido el autor para sus «golpes de teatro.»

Y sin embargo, en *La pecadora* hay asunto para un verdadero drama. Su argumento, aunque de escasa novedad, no carece de interés: es el epílogo, por decirlo así, de la vida de cierta mujer alegre que tras de largos años de disipación, vuelve á la aldea en que pasó su infancia en busca de salud para su cuerpo y paz para su espíritu. ¡Qué alegría al contemplar la casa en que vivió, llena para Daniela – nombre de la pródiga – de conmovedores recuerdos! ¡Qué gozo al ver á los amigos de su niñez!

Allí encontrará el reposo de que está tan necesitada; aquello será el puerto tranquilo para la quebrantada nave.

Pronto se desvanecen tan lisonjeras esperanzas. Su rehabilitación es imposible: el pasado no se destruye, y todos los habitantes de la aldea, desde el párroco hasta la última comadre, ven en Daniela la pecadora impenitente, y ella misma comprende, aunque demasiado tarde, que hasta sus más nobles intenciones se convierten en motivo de escándalo y en causa de males. Sus angustias agravan su enfermedad, y cuando ve venir la muerte quiere huir, quiere agarrarse desesperadamente á la vida; pero la fatalidad la persigue, y para ella hasta Dios mismo llega tarde. Cuando suena la campanilla del Viático, Daniela ha dejado de existir.

Por lo que brevemente queda apuntado, se comprenderá fácilmente que en *La pecadora* hay un drama conmovedor. Lástima que al desarrollarlo haya atendido el autor más que á la lógica de los hechos, á los recursos melodramáticos, á las situaciones efectistas, á recargar, en una palabra, la acción con episodios y circunstancias que la embargan y desvirtúan.

Tampoco ha sido muy grande el éxito alcanzado en el teatro de la Comedia por la de Garrautt y Berr, traducida al castellano por Félix Llana y titulada *Madame Flirt.* Si, en efecto, esta obra fuese un retrato de las costumbres parisienses, forzoso sería convenir en que lo que modestamente llaman los franceses capital del mundo civilizado, era más bien la capital de la corrupción y del vicio.

La única mujer honrada que hay en la comedia, que á veces se convierte en *vaudeville,* es la que da título á la obra, Madame Flirt..., que ni siquiera *flirtea.* Esta señora tiene un alma tan generosa, que á trueco de salvar á una amiga suya no vacila en declararse querida de cierto mequetrefe aristócrata... Por fortuna, todo termina á pedir dè boca..., los maridos resignados con su suerte, Mad. Flirt casándose con el hombre á quien ama y el susodicho mequetrefe atravesado por una estocada, justo castigo de su perversidad.

La obra, que en París ha hecho furor, pasó aquí á duras penas.

Sigue entre los autores de sainetes y zarzuelas dominando el espíritu de asociación. Para escribir la titulada *La canción del náufrago* se han juntado los Sres. Arniches y Fernández Shaw. De la unión de estos dos ingenios, en vez de una suma, ha resultado una resta: lo chistoso del uno perjudica á lo patético del otro, y viceversa. La obra además carece de interés, y el asunto, que apenas daría tela para dos actos, ha sido desarrollado en tres fatigosas jornadas que la música del Sr. Morera no logra amenizar.

El público oyó con gusto el primer acto, inspirado sin duda en la novela de Blasco Ibáñez *Flor de Mayo;* en el segundo se sintió fatigado, y en el tercero manifestó en forma expresiva su cansancio. Los aplausos de la claque neutralizaron las protestas de los espectadores y *La canción del náufrago* se libró de zozobrar.

Antes de poner fin á esta crónica, debo dar cuenta, sin perjuicio de hablar en otra con más extensión, del estreno del drama de D. José Echegaray titulado *La escalinata de un trono*. Este drama produce en el espectador, más que la emoción trágica, el horror de lo truculento. No creo que haya en la literatura moderna nada más espantoso que el acto final de *La escalinata.*

Zeda.



Al fin el vagón, adquiriendo velocidad, entróse por la vía de la fábrica empujado por el hércules

EL SEÑOR ALCALDE

I

Bastaba ver sus manos recias, de cuadrados dedos encallecidos para siempre, sus espaldas anchas y formidables que pedían aún la carga y su cráneo estrecho y deprimido en el que de seguro no se escondía sino la fuerza, como en el del buey, para adivinar al antiguo trabajador de biceps de hierro en el membrudo alcalde de la población, ahogándose dentro de su frac y bajo la banda blanca y azul de la orden de Carlos III.

Los invitados á la inauguración de la fábrica, venidos en un expreso de Madrid y que no conocían al alcalde, quedáronse sorprendidos ante aquel rinoceronte vestido de etiqueta que salía á recibirlos con un bastón cogido como una cayada. En seguida los diputados del distrito, que también aguardaban en la estación, mientras el ministro se las entendía con la municipal autoridad, pusieron en autos en dos palabras á los periodistas, á la vez que los landós rodaban hacia la ciudad, de la casta de animal que era el presidente del concejo. Un antiguo jornalero enriquecido á la sombra del cacique de la provincia, que no disimulaba su procedencia plebeya, de la que se envanecía entre risas imbéciles de hombre primitivo, y que gracias á sus miles de duros, á su omnipotencia de opulento, encontraba quien le oyera, sin percatarse, por supuesto, de la mal encubierta ironía con que se le hablaba siempre. Un tipo delicioso para una crónica, ya verían, y que sería la delicia de la excursión.

En el salón de actos del Ayuntamiento, adonde se llevó á los expedicionarios á tomar un refresco antes de encaminarse á la fábrica, metió el bueno del alcalde los metatarsos por primera vez, provocando cierta hilaridad disimulada su decidido empeño en diferenciar por el tratamiento al ministro de los restantes invitados, llamando á uno vuecencia y á otros usía, y equivocándose diez y nueve veces en las veinte palabras de salutación oficial que dirigió á todos y soltando en la confusión de su aturdimiento un sincero *haiga* que hizo imposible ya contener el buen humor. Escapada la pifia municipal acabóse lo solemne del acto, comenzando las cuchufletas al orador, sin que el antiguo operario, acostumbrado á la sátira y á pesar de sus millones, algo anonadado entre aquellos señores madrileños cuya superioridad intelectual reconocía en su instinto de viejo cargador, se incomodara por las bromas más ó menos corteses que se le disparaban.

La fábrica estaba engalanada con ramaje verde y ondeantes gallardetes, mostrando á través de las vidrieras de sus naves la complicada maquinaria en movimiento, para que su excelencia y todos los invitados vieran funcionar aquellos colosos de la industria, desmenuzando las mazorcas con sus dedos de hierro. El consejo de la refinadora tenía dispuesto un opíparo banquete, que dió comienzo de que callaron las músicas y cesaron los silbatos de vapor en su unísono estrépito. Y entonces fué cuando llegó á su apoteosis el alcalde, entre la alegría de la comida y las familiaridades del vino. Manchóse varias veces, engulló la carne fría olvidándose del público con un trozo rebelde, ó sea cogiéndolo con los dedos, mordiéndolo y tirando de él. Los «enantes» y los «juimos» empezaron á saltar en la conversación, y sin comprender el éxito zumbón obtenido, tuvo la osadía de querer contar al ministro, mientras le guiaba recorriendo las cuadras, la historia de la moledora desde que se constituyó el primer comité.

Y se salió con la suya, creyendo de su deber ilustrar al consejero de la corona que se había dignado venir á visitar la fábrica cuyo consejo de administración presidía. Los invitados, que haciendo una buena digestión, llenos del contento del estómago satisfecho, no se apartaban del alcalde, su deliciosa presa, esperaban á cada instante ver estallar su frac, abriéndose por las espaldas, en cualquiera de los bruscos movimientos con que acompañaba su palabra torpe, marcándosele en las mangas unos músculos formidables.

Contábanse de su fuerza verdaderos prodigios que ahora salían á relucir. Derribar un toro era para el señor alcalde cosa de juego, lo mismo que llevarse tres hombres agarrados á sus cabellos. En cierta ocasión en que descargando fardos había caído uno sobre un compañero, cogiéndole debajo una pierna, y como tardaran en traer un gato para alzar el bulto, él solo, sin aguardar la cabria que se retrasaba, había levantado el enorme peso lo suficiente á la salvación del hombre, unos centímetros y un minuto de sostener con sus espaldas ciclópeas el saco repleto de género de lienzo, mientras los camaradas sacaban al moribundo del aprieto. Tradicional era el empuje de su puño, y el de un puñetazo con que hundió un cráneo en riña, á pesar de la faca en ristre del contrario.

Un periodista jovenzuelo de los expedicionarios, decadentista en literatura y que se escapaba de puro flaco de su alto cuello vuelto almidonado, que no le permitía el juego del pescuezo, resumió la semblanza trazada á trozos en el coche, en la mesa y recorriendo la fábrica, en una frase, dijeron los demás colegas que de diamante: «Hércules antes de Onfalia.»

II

¿Qué genio del mal puso aquel vagón-plataforma solo en la vía férrea, en el momento en que el expreso en que habían de marcharse á Madrid los invitados á la inauguración de la fábrica, doblaba ya la curva é iba á entrar en agujas, confiado y tranquilo ante el eco de la bocina del guarda que agarrado á su palanca daba la entrada al tren? No se sabe. El hecho es que á cien metros de la locomotora piafante, que avanzaba soltando dos chorros blancos de vapor por los desagües, en el instante preciso en que su aparición significaba inevitablemente la catástrofe, surgía el vagón, escapado, sin duda, al muelle particular de la refinadora y llegado á la línea por un ligero desnivel del terreno. La fábrica se había concluído de edificar sin el menor incidente lamentable, sin el más leve rasguño, ni siquiera una rozadura por un tablón de andamio que se cae, ni una contusión al descargar la maquinaria pesadísima, y he aquí que, cuando menos podía esperarse, iba á ocurrir una desgracia horrible, todo un convoy estrellado, centenares de viajeros heridos ó muertos al descarrilar los coches, ensangrentando tan hermosa fiesta del trabajo y dejando en la nueva industria de la que la provincia esperaba su prosperidad, esa silueta negra, ese recuerdo de muerte, caído sobre sus naves alegres que simbolizaban la vida el día mismo en que bajo el asperges del agua bendita regando los émbolos, lanzaban su poderoso silbido las máquinas que empezarían á la mañana siguiente su fecunda labor, la trituración del grano, sustento de muchas familias y ¡quién sabe la base de qué riquezas!

Todo el mundo miraba en la dirección que el tren traía, todo el mundo tendía la vista hacia el convoy que se sentía ya trepidar, todo el mundo vió el vagón inmóvil, quieto, siniestro, lúgubre, como acechando entre los dos rieles, como en espera de la locomotora para lanzarse contra su pecho de hierro. El grito fué unánime, espantoso, y el silencio absoluto, sepulcral, de terror que le siguió inmenso. El mismo inminente peligro trajo consigo un instante de estupefacción, de pánico, de atonía. Sobrevino la reacción y el aturdimiento. El ministro gritó, gritó el jefe de estación. ¡Una máquina para enganchar el vagón! No daba tiempo. ¿Qué hacer? Empujarlo á brazo. Era correr á la muerte.

De pronto vióse un hombre á toda carrera hacia el vagón. Era el alcalde. Se había quitado el frac, y sin tiempo para más, en mangas de camisa, con la banda de Carlos III cruzándole el chaleco, extraño, singular, cómico en semejante traje, delante de aquella muchedumbre en que predominaba el elemento oficial grave y correcto, corría, volaba mejor hacia el vagón, que alcanzó en seguida, rebasándole y poniéndose delante de él. Un momento pareció tantear la postura, se echó sobre su frente de espaldas y empujándole con sus homoplastos formidables, casi tendido, trató de mover la tremenda mole. La

voz se difundió en seguida. La vía del muelle de la fábrica estaba allí mismo. El alcalde trataba de desviar el vagón hacia ella. Pero mientras, el expreso se echaba encima. El espanto sobrecogía á todos. Algunos más animosos se lanzaron en ayuda del héroe...

No fueron necesarios. Al cabo el vagón se movía, sacudido por aquel ariete con vida. Primero fué una cosa imperceptible, después el movimiento se acentuó, al fin el vagón, adquiriendo velocidad, entróse por la vía de la fábrica empujado por el hércules, y después de un último impulso que le hizo caminar sólo varios metros, se detuvo, mientras veíase al hombre limpiarse el sudor de la frente con la palma de la mano. Un minuto más que hubiera tardado habría ocurrido la catástrofe, y él mismo habría sido destrozado por el tren.

Cuando á poco llegaba al andén jadeante, pero sonriente, con el orgullo instintivo é inconsciente de su fuerza, un griterío de entusiasmo le recibió y centenares de manos se le tendieron. Venía destrozado, con las botas de charol deshechas, saltado el cuello de la camisa, el chaleco en dos pedazos, la banda convertida en un pingo negro, trocado en un fogonero, sudando, enmarañado, saliéndosele la camisa por sobre la cintura del pantalón. Y entonces, dejando adivinar en aquel desorden su gran corazón lleno de abnegación y amor al prójimo, imponente en su vigor de hombre primitivo y capaz de pulverizar rocas, nadie se acordó de los «haigas» y de los «juimos,» del cerebro rudimentario de buey, de la cortedad de inteligencia nativa, y ni uno solo de los periodistas escuálidos y decadentistas, sombras con ojos, sojuzgado por semejante soberbia manifestación de la naturaleza poderosa, osó reirse ahora de aquel Hércules antes de Onfalia.

A. PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Medina Vera.)

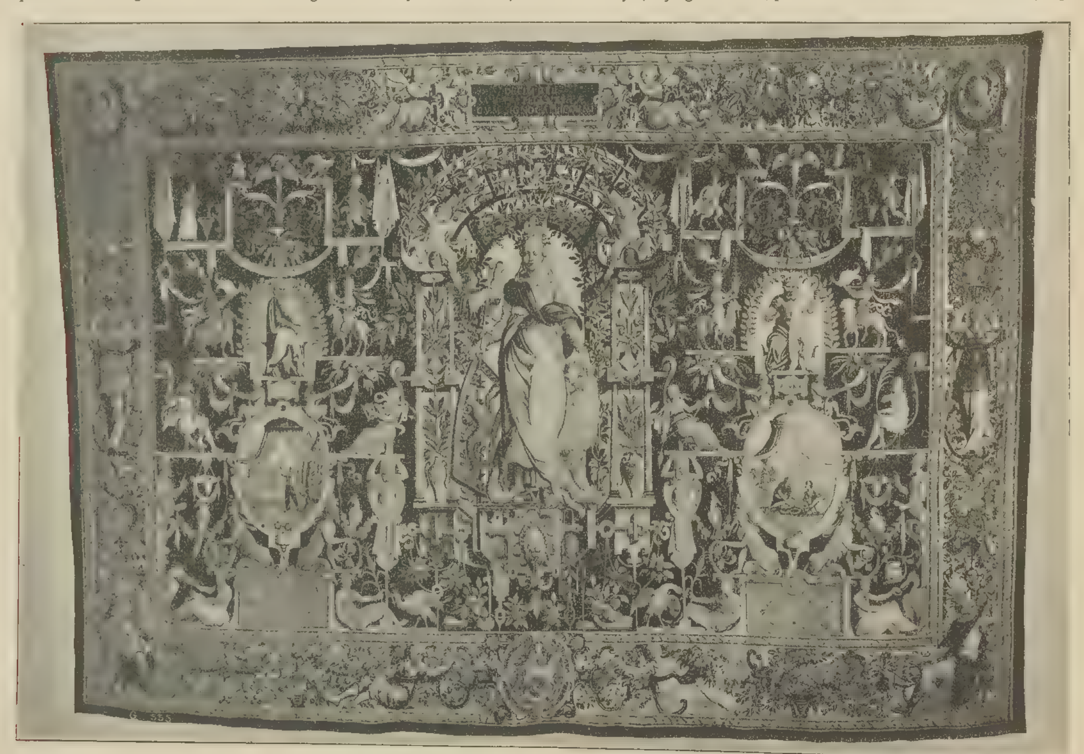


LOS GOBELINOS. – Tapiz de la primera época de la manufactura que representa varios episodios de la vida de San Remy

LA EXPOSICIÓN DE TAPICES EN EL GRAND PALAIS DE PARÍS

Organizóse esta exposición para conmemorar el tercer centenario de la fundación de la manufactura de los Gobelinos que el gran Colbert inauguró, ó mejor dicho, creó en 1602, y en ella se puso de relieve que los adelantos y la constancia de los hombres que han continuado esta fabricación no han menguado un momento en el transcurso de 300 años. Cierto que los continuadores han encontrado el campo bien labrado por los maestros flamencos, pero esto en nada perjudica á su mérito, como no perjudica tampoco al de los iniciadores la circunstancia de haber seguido tradiciones que se pierden en la noche de los siglos.

Los egipcios, los persas, más tarde los turcos, colocaron esta industria á tanta altura, que aun hoy admiramos sus producciones; las excavaciones practicadas en 1898 y 1899 en Akhmim, Droukah, Deir-el-Dyck y en los alrededores de Damieta, por cuenta de una sociedad particular, pusieron al descubierto multitud de ejempla-



LOS GOBELINOS. – Tapiz que forma parte de la serie de los «Doce meses», original de Le Brun



LOS GOBELINOS. – Tapiz que representa un episodio del reinado de Luis XV, original de Lefebvre

res que hicieron las delicias de cuantos aficionados visitaron el Palacio del Traje en la última exposición universal.

Desde la Edad media despertóse en Europa el gusto por los tapices, sin duda por causa de los preciosos ejemplares que trajeron los cruzados y que procedían de la era babilónica y de las fábricas griegas. Los grandes centros de fabricación en la antigüedad fueron Babilonia, Tiro, Sidón, Menfis, Alejandría, Atenas y Siracusa. Persia, Arabia, el Imperio de Bizancio y la India contribuyeron también poderosamente á los progresos de este arte.

En Francia, San Anselmo hizo ejecutar en el siglo IX tapices para la iglesia de Auxerre; á fines del siglo XIII se establecieron en las regiones francesas septentrionales y en Flandes fábricas de alto lizo y á fines del XIV de bajo lizo. En 1601 varios maestros tapiceros flamencos se establecieron en París á sueldo y á las órdenes del rey Enrique IV, el cual les otorgó el privilegio de que durante 25 años nadie podría imitar sus manufacturas. Dióles asimismo



LOS GOBELINOS. – Tapiz que forma parte de la serie «Historia del rey» (Luis XIV), original de Le Brun

alojamiento para ellos y sus obreros, y les proporcionó, el primer año, 25 aprendices, el segundo 20 y así sucesivamente, todos franceses. En dicho privilegio se les decía que á los seis años podrían establecerse en tiendas, se les aseguraban 1.500 libras de pensión y 100 para continuar los trabajos, se eximía de todo impuesto á los tapices que fabricaran para el rey y se les autorizaba para tener cervecerías y vender cerveza.

El propio monarca creó en el Louvre una manufactura de alfombras al estilo de Persia y Turquía que fué el punto de partida de la gran fábrica Savonnerie, poniendo al frente de ella al francés Pedro Dupont.

Pero cuando la industria de la tapicería tomó gran vuelo fué durante el reinado de Luis XIV, quien quiso seguir las tradiciones de Carlos V y ordenó trasladar á los tapices los grandes hechos de su tiempo.

El año 1662 señala una fecha memorable en los anales de la tapicería, pues en él se creó la «Manufacture royale des Meubles de la Couronne,» ó por mejor decir, dándole el nombre moderno, la Manufactura de los Gobelinos. Las aguas de los Gobelinos fueron, según dictamen dado por peritos, las mejores y más indicadas para la tapicería. Es de notar que por debajo de la fábrica pasa el río La Bievre.

Colbert compró á un tal Leleu el palacio de los Gobelinos, así llamado del nombre de una familia de tintoreros célebres establecidos desde el siglo XV en las orillas del citado río, en el arrabal Saint Marcel.

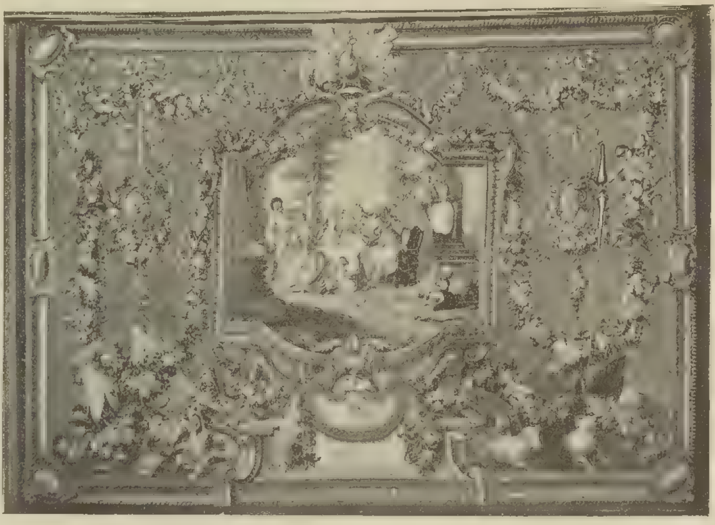
El edicto de fundación es del mes de noviembre de 1602, y en el mismo año se instalaban en el palacio talleres de escultura, joyería, ebanistería, bordado y grabado, figurando entre los artistas que allí trabajaron los maestros más ilustres de aquel tiempo.

Carlos Le Brun, primer director de los Gobelinos, emprendió nuevos caminos. Los síntomas de decadencia que se habían manifestado á fines del siglo XVI podían hacer temer por el porvenir de la tapicería, tan floreciente durante el Renacimiento; mas no fué así, gracias á dos artistas, uno flamenco, Rubens, y otro francés, el citado Le Brun, que devolvieron su verdadero carácter á la pintura decorativa, descubriendo nuevamente el arte de armonizar las figuras entre sí, de distribuir los grupos en el campo de los tapices, de presentar un conjunto agradable, cualidades todas que suponen una imaginación rica y brillante y una facilidad extraordinaria.

La intervención de Rubens en la confección de los cartones, que pronto fueron adoptados en toda Europa, imprimió gran vigor al desarrollo de este arte. La historia de María de Médicis, cuyas piezas forman hoy parte de las nuevas y notables salas del Palacio museo del Louvre, fué una de las obras que con más cariño se ejecutaron en París y en Bruselas.

Las escenas del Antiguo Testamento, cuyas 17 piezas forman la más rica colección de España, se encuentran en las Carmelitas Descalzas de Madrid, y sería de desear que nuestros gobiernos se preocupasen de su conservación y que nuestros legisladores dictasen una ley que impidiera la salida de estas joyas, ambicionadas por los ricachos extranjeros.

Ni Poussin, ni Lessueur, ni Rigaud, que valían mucho más que Carlos Le Brun, no hicieron, sin embargo, todos juntos lo que por el arte decorativo hizo éste. El sentimiento de la decoración es tan vivo en él, que sus pinturas se transfiguran al pasar del lienzo á la cadeneta; su traducción, por decirlo así, á un arte diferente les da mayor brillo, una belleza más rica y más vigorosa. Esto mismo sucede con los grandes cuadros de ceremonia que forman la incomparable serie llamada *La historia del rey:* aquellas figuras heroicas, cubiertas unas de armaduras brillantes y otras de ricos trajes bordados en oro y seda y adornados con piedras preciosas y encajes, adquieren nueva vida en las ligeras y onduladas superficies de los tapices. La pompa y la magnificencia del gran siglo, que resultan poco simpáticas tratadas en el cuadro al óleo ó en el fresco, tienen su natural y más feliz expresión en los tejidos, cuyos elementos propios son la seda y el oro.



LOS GOBELINOS. – Tapiz que forma parte de la serie de «Don Quijote», original de Coypel

Considerada desde el punto de vista de su significación social, la tapicería conservó durante el siglo XVII todos sus privilegios, aunque el entusiasmo del siglo anterior haya cedido á sentimientos más reposados y reflexivos: confíasele, como en el pasado, el cuidado de conservar el recuerdo de las páginas más memorables de la historia antigua, pero al mismo tiempo se producen composiciones religiosas y sobre todo mitológicas y alegóricas, y se perpetúan por este procedimiento gran número de episodios de la historia contemporánea, como la citada «Historia del rey,» entre cuyas piezas está la entrevista de Luis XIV con la infanta de España.

En el siglo XVIII la tapicería se adapta con perfecta docilidad á las necesidades y á los gustos de la nueva sociedad, de aquella sociedad tan viva, tan espiritual, tan frívola, como grave y solemne había sido la de la época de Luis XIV. El cultivo de la elegancia y de la gracia hace olvidar el de la nobleza; el *boudoir* substituye á los amplios y suntuosos salones; el pequeño arte ha destronado al grande.

El cambio de decoración es radical: las favoritas del rey, la Pompadour y la Du Barry, dan trabajo á las fábricas del Estado; ellas son las que lanzan las modas, las que procuran crear estilos y dan nombre á los colores y á las combinaciones de ramajes de rosas.

El famoso Coypel hizo poner en los telares la serie tan célebre del «Don Quijote,» que es una de las joyas de los palacios de Compiegne y también del palacio de Epinay, del difunto rey don Francisco de Asís.

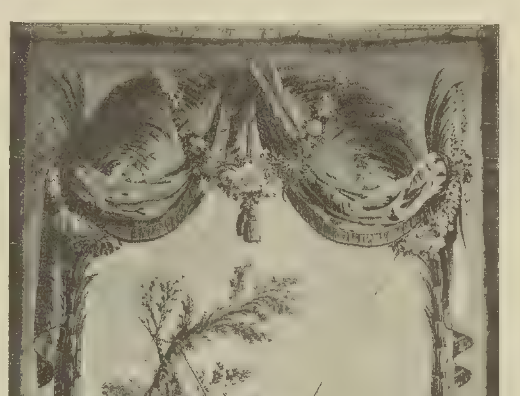
Los fondos de los ornamentos amarillos, tono sobre tono, fueron empleados hasta el año 1760; á partir de entonces, los talleres de los Gobelinos ejecutaron simultáneamente fondo adamascado rosa carmesí y fondo adamascado amarillo.

Los tapices de Boucher, del pintor de pastorcillas, de jiras campestres, del artista que introdujo la moda de las escenas rústicas, son actualmente los más solicitados: los temas mitológicos rodeados de guirnaldas de flores son un prodigio de elegancia y de arte.

La Revolución respetó la fábrica de los Gobelinos, á pesar de las protestas de Marat.

Una parte del siglo XIX se pasó en la ejecución de trabajos sueltos y sin ningún interés, y los experimentos que se hicieron en la sección de tintoreros para multiplicar los colores fueron desastrosos para las tapicerías; al mismo tiempo los tapiceros se esforzaron en copiar los cuadros en lo que se llama *trompe l'oeil,* y así cada uno de ellos no hacía más que cuarenta centímetros cuadrados de tapiz al año, cuando en 1750 podía ejecutar de dos metros cincuenta á tres metros cuadrados.

Hubo entonces un período durante el cual los pintores capaces de pintar modelos para tapices se apartaron de los Gobelinos, quedando de este modo interrumpida la tradición de más de dos siglos de obras maestras; hoy, después de treinta años de esfuerzos bajo la dirección de Darcel, Gespach y Guiffrey, enemigos declarados de la copia de cuadros, las tapicerías de los Gobelinos han



LOS GOBELINOS. – El columpio, tapiz original de Boucher

vuelto á ser verdaderas tradiciones de interpretación más libre de los modelos, siguiendo la técnica de los tapiceros flamencos y parisienses del siglo XVII. Los pintores de composiciones decorativas pueden estar seguros de encontrar en aquella manufactura manos bastante hábiles para la ejecución perfecta de las obras; pero la actual situación recuerda aquella otra de la que tan amargamente se lamentaba el arquitecto Soufflot, director de los Gobelinos desde 1755 á 1780, cuando pedía nuevos modelos y por falta de éstos hacía ejecutar diez veces los tapices que representaban á Esther, á Jasón, á Don Quijote y á los Dioses, á fin de no verse obligado á cerrar los talleres.

Y sin embargo, Soufflot tenía á su disposición á artistas que se llamaban Boucher, Natier y Van Loo.

PEDRO COLL.

París, enero 1903.



LOS GOBELINOS. – Alegoría de la República Francesa, tapiz original de José Blanc

EL SUICIDIO DE MI AMIGO BLAS

Hacía mucho tiempo que no sabía de él, y cuando llegué á X, su recuerdo fué lo primero que vino á mi memoria, á la vista de aquellas casitas blanqueadas que deslumbraban entre el obscuro de naranjos y limoneros.

Pregunté por él en el casino del pueblo y me dijeron que vivía en una finca de su propiedad llamada «El Tejar,» que distaba poco más de una legua; pero...

– ¿Pero qué?

– Nada, nada; ya lo verá usted mismo si se decide á visitarle.

Y el boticario, que era el que me daba estas noticias, sonreía de un modo extraño.

– ¿Es que está enfermo?, pregunté alarmado.

– No, señor; es decir...

– ¿Es decir?

– Nada, nada; ya lo verá usted mismo, repitió el buen hombre.

Un poco preocupado por estas reticencias, me dirigí á la plaza de la aldea para buscar un vehículo que me transportara á la quinta de Blas Andúinez, mi amigo de la niñez.

Era una plaza cuadrada, sumamente pintoresca, con soportales en tres de sus lados y con verdes parras sobre las puertas de las casas que formaban el cuarto lado.

Algunos braceros sin trabajo se agrupaban alrededor de una fuente pequeña, cubierta de toba verdosa, que se alzaba en medio del soleado cuadrilátero cerrado por los soportales y las parras. Unos cuantos chiquillos jugaban entre las galeras y carretas que, como barricadas, se veían colocadas delante de la mayoría de las casas. En un ángulo, sobre un destartalado portalón, leíase pintado con añil un inmenso letrero:

POSADA DE LA PLAZA MAYOR

Hay que advertir que en el pueblo no había más posada que aquella, ni otra plaza, grande ni chica, que la que yo atravesaba en dirección de la puerta de las letras azules, donde me habían indicado que alquilaban coches.

En el patio del mesón, un muchacho de unos diez y seis años, enterado de mi deseo,

– Miusté, me dijo, precisamente habemos enganchao pa llevar al médico ca é D. Blas. ¡D. Elías, este caballero va á ir con usted al Tejar!

Un hombre joven, vestido descuidadamente, pero con perfecta limpieza, se acercó á mí y me saludó con agrado, correspondiendo á esta brusca presentación.

– Cuando ustés quieran, gritó el chico desde el pescante de un jardinera desvencijada.

Y arreó á las dos mulas, que de un tirón sacaron á la plaza el asendereado armatoste, sembrando el espanto en una manada de gallinas y pavipollos que picoteaban entre el estiércol del patio y que huyeron á la desbandada á los crujidos nada tranquilizadores del carruaje.

– ¿Vamos á ir en... eso?, pregunté poco menos espantado que las gallinas.

– No tenga miedo; yo lo he utilizado bastante para visitar á su amigo, me advirtió el doctor.

– ¿Es usted amigo de Blas?

– Era.

– ¡Cómo *era!* ¿Ha muerto?

– Pero ¿no sabe usted lo que hay? Se ha suicidado.

– ¿Es posible?

– Le explicaré á usted el *caso*, porque en realidad se trata de un caso patológico, ó más bien psicológico, sin precedentes.

D. Elías se sentó frente á mí; y para que nos pudiéramos entender, á pesar del ruido ensordecedor que producía la máquina que nos llevaba, acercó su boca á mi oreja, á riesgo de que chocaran nuestras cabezas cada vez que sobrevenía un vaivén.

– Usted no ignorará que Blas tiene próximamente treinta y dos años. Pues bien: en Madrid, donde fué á doctorarse á los veintitrés ó veinticuatro...

– Justamente cuando se separó de mí. Nosotros hemos estudiado juntos desde los siete años en la escuela; pero, después que se marchó á Madrid, no he vuelto á saber de él más, sino que allí hizo una vida algo disipada.

– En efecto. Allí le conocí é intimamos. Juntos hicimos muchas; pero yo tuve más suerte ó más fuerza de voluntad y me pude apartar á tiempo del precipicio donde él cayó para siempre. Blas, que empezó frecuentando la alta sociedad, cuyas puertas encontró abiertas merced á su talento y á las letras de cambio que con harta frecuencia le enviaban de su casa, se hizo el niño mimado de los salones.

Hizo la corte á las más lindas solteras, siendo la desesperación de las mamás, que le veían cambiar de rumbo cuando algunas semanas de relaciones amorosas con la niña le habían hecho esperar un casamiento ventajoso. No hay que achacar esta volubilidad á falta de firmeza en sus ideas, sino, por el contrario, á la resolución de no casarse sino con una mujer que llenara las condiciones que él creía necesarias para la dicha conyugal.

Por demasiadas exigencias ó por error llegó á adquirir el convencimiento de que no existía el modelo que se había forjado, y comenzó á abandonar aquella vida que no le ofrecía ya atractivos, dedicándose en compañía de licenciosos aristócratas á escandalosas aventuras.

Durante mucho tiempo dejé de verle, hasta que un día le hallé en la «Viña P.»

– ¡Al fin la he encontrado!, exclamó abrazándome. La mujer ideal, la que tanto busqué.

– ¿Y dónde está ese fénix?

– Aquí, aquí mismo. Ven, que quiero presentártela. Ya verás.

Efectivamente: estaba en uno de los gabinetes particulares esperando á Blas, que había salido á encargar para ella una sorpresa gastronómica.

Era una mujer hermosísima, espléndida, lujosamente vestida y cubierta de joyas de gran valor. En realidad era un ser privilegiado: de exquisito trato y conversación amena, en la que sabía deslizar sin petulancia toda su vasta ilustración, mezclada de adorables frases de ingenio y de espirituales niñerías. Coqueta sin impudicia, soñadora sin romanticismo, alegre sin impertinencia, grave sin acritud, dispuesta para la orgía como para la abstinencia, y tan abierta de carácter, que á la media hora de conocerla todas sus dotes se habían revelado; de modo que cautivando y suspendiendo el ánimo del que la contemplaba, le desposeía de toda libertad que no se empleara en admirarla y de todo movimiento que no fuera en su culto. Tratándola, como tuve ocasión de hacerlo, se comprendían y disculpaban todas las locuras que Blas cometió por ella. Unicamente sus teorías amorosas, el medio ambiente en que había respirado hasta entonces, no me hicieron creer duradera la felicidad del pobre chico. Por entonces terminé mis asuntos en la corte y me trasladé á este villorrio. A los dos años se presentó Blas, pero Blas desesperado, loco de pena.

– ¿Te acuerdas de?.. Pues al fin como todas, me dijo en cuanto me vió. Dos años de vida común me habían hecho creer en ella. Era un perro fiel para mí; ya ves... Hasta que un día desapareció diciéndome en una carta que se aburría ya á mi lado y se marchaba por eso. La encontré después: todo arreglo era imposible; muerta mi última ilusión, ya no había remedio.

Le digo á usted que daba lástima ver al pobre muchacho. En medio de todas sus calaveradas, se conservaba católico hasta la medula, y esto le salvó del suicidio, porque me confesó que había pensado en él para abandonar un mundo que detestaba. Después me expuso su proyecto. Temía ir al infierno si se colocaba una bala entre las cejas; pero al mismo tiempo no podía acostumbrarse á la idea de seguir viviendo con tal padecer, sufriendo la nostalgia de aquel amor. Luego de mucho cavilar, había encontrado la solución para dejar de vivir sin matarse.

– No comprendo...

– Ahora lo verá usted.

En este momento llegaba la jardinera frente á una casita, cuyas persianas pintadas de verde estaban herméticamente cerradas.

A la puerta, una robusta campesina sujetaba con la mano derecha á un rapaz muy sucio, pero muy gordo, que pretendía saltar al pescante. Traía un niño de pecho que agitaba sus piernas desnudas bajo el redondo brazo de la madre, mientras con sus manecitas la golpeaba el tostado rostro.

– Buenas tardes, Ambrosia, le dijo D. Elías. Este caballero es amigo de D. Blas y quiere verle.

– Todavía no se ha despertado.

– No importa; vamos allá.

Pasamos por una cocina baja, limpia y bien oliente, y al final de un largo pasillo, el médico, que iba delante, abrió una puerta que daba á un precioso jardín. Nos dirigimos al cenador central formado de cipreses y enredaderas, y allí, en amplia butaca de lona, reposaba mi amigo tendido á la larga, durmiendo como un bendito. Me acerqué á él y le llamé á la vez que le sacudía.

– Es inútil, dijo mi acompañante; hasta la una no despertará.

– ¿Cómo?

– Duerme á todas horas, despertándose sólo á las de la comida. Come y vuelve á acostarse sin hablar nunca. Se acostumbró á esto durmiendo cada día algunos minutos más que el anterior, hasta que ahora es una máquina que se mueve con la precisión de un cronómetro, siendo muy difícil despertarle en otro momento que en el que acostumbra á hacer su única comida. Ese fué su plan.

– ¡Un verdadero suicidio! ¿Y hace mucho que está así?



COMPONIENDO LAS REDES, cuadro de Max Liebermann



EN LAS DUNAS, cuadro de Max Liebermann

– Cinco ó seis años.

En tanto que esperábamos la vuelta á la vida del desgraciado Blas, el marido de Ambrosia ponía la mesa en un velador, el chico brincaba jugando con un perro que ladraba alegremente, el mamoncillo chupaba con ansia la vida, hundiendo sus deditos en el abultado pecho de la madre. Dos palomas bajaron á posarse sobre la arena delante del cenador. El macho con la cabeza erguida lanzaba arrullos cortos y briosos, arrastrando el tornasolado buche y barriendo el suelo con su cola. Tras de algunas esquiveces, la hembra humilló amorosamente el cuerpo tembloroso..

Una ligera brisa conmovió la enredadera é hizo crujir los pámpanos de la parra. El sol brillaba con deslumbradora fuerza, se oyeron con más intensidad los ruidos del campo y todo pareció agitarse con un gozoso estremecimiento de amor y de vida.

Ajeno á los encantos exteriores, haciendo vigoroso contraste con este enérgico bullir de la naturaleza, nuestro infeliz amigo roncaba pesadamente bajo los cipreses que, como sobre una sepultura, extendían, cobijándole, su funeraria sombra.

Ramiro Leza y Agost.

NUESTROS GRABADOS

La archiduquesa Isabel de Austria. – Esta ilustre dama, hija del archiduque José, palatino de Hungría, y de la tercera esposa de éste, María, duquesa de Wurttemberg, nació en Budapest en 17 de enero de 1831, y á los diez y seis años y medio casó con el archiduque Fernando de Austria-Este-Módena, hermano de Francisco V, último duque de Módena. De este matrimonio nació la archiduquesa María Teresa, que en 20 de febrero de 1868 se unió al príncipe Luis de Baviera, hijo del actual príncipe regente Luitpoldo. Viuda en 15 de diciembre de 1849, contrajo segundas nupcias en 18 de abril de 1854 con el archiduque Carlos Fernando, naciendo de este enlace cuatro hijos: el archiduque Federico, duque de Teschen (4 de junio de 1856); la archiduquesa María Cristina, actual reina madre de España (21 de julio de 1858); el archiduque Carlos Esteban (5 de septiembre de 1860), y el archiduque Eugenio (21 de mayo de 1863). En 20 de noviembre de 1874 enviudó por segunda vez. Al morir deja cinco hijos, veintiséis nietos y siete bisnietos. La archiduquesa Isabel fué en su juventud una de las damas de más notable hermosura de Austria y aun en su ancianidad conservaba huellas de su pasada belleza; sus virtudes y su talento le conquistaron simpatías y admiración generales. Había estado diferentes veces en España, la primera de ellas cuando la boda de su hija con el malogrado Alfonso XII. Apenas S. M. la reina doña María Cristina tuvo noticia de la gravedad en que se encontraba su madre, á quien idolatraba, marchóse á Viena en compañía de su hija la infanta doña María Teresa, no habiendo podido tener el consuelo de recoger su último suspiro, pues á su llegada á la capital de Austria la archiduquesa había ya fallecido. S. M. el rey don Alfonso XIII envió á Viena una misión especial que le representara en los funerales, y ha dispuesto que la corte vista tres meses de riguroso luto y tres de alivio. A su regreso á Madrid la reina doña María Cristina ha sido objeto de un cariñoso recibimiento que le demostró una vez más las simpatías que con su afabilidad, su talento y sus virtudes se ha conquistado en su patria adoptiva.



La archiduquesa Isabel de Austria, fallecida en Viena en 14 de febrero último

El tsar y la tsarina cazando en el Parque de Livadia (Crimea).— La caza, tan antigua como el hombre, que hubo de dedicarse á ella, ya para defenderse de los animales feroces, ya para procurarse alimento, ha sido el placer favorito de los soberanos y magnates de todos los tiempos y de todos los países. Pero este ejercicio ha ido evolucionando en el transcurso de los siglos, obedeciendo á los cambios de costumbres que en los diversos períodos históricos se han realizado. Fueron en el antiguo Oriente las cacerías verdaderas solemnidades cortesanas; tuvieron por principal objeto en la época romana el abastecimiento de fieras para el circo; convirtiéronse en la Edad media en distracciones constantes de los señores feudales, que veían en ellas un remedo y un aprendizaje de la guerra; conservaron en los comienzos de la Edad moderna su carácter de fiestas palatinas que en algunas cortes fueron verdaderamente suntuosas; y hoy en día se han, por decirlo así, individualizado, sin que ello sea obstáculo para que por vía de excepción se organicen todavía algunas á la antigua usanza. Los jefes de Estado suelen obsequiarse, en sus recíprocas visitas, con excursiones cinegéticas, pero la mayoría de ellos gustan más de cazar en la intimidad, digámoslo así; son amantes de la caza por la caza, y así vemos que en cuanto los públicos negocios les dejan unas horas ó unos días de libertad, los aprovechan para entregarse en sus reales posesiones á su distracción predilecta. Lo mismo nuestro joven rey Alfonso XII, que el mismo emperador de Austria Francisco José; así el democrático Loubet, presidente de la República Francesa, como el autócrata de todas las Rusias, Nicolás II; el pacífico rey de los belgas y el belicoso é inquieto emperador de Alemania, todos buscan en sus cazaderos descanso á sus fatigas y preocupaciones, y sobre todo unos momentos de esparcimiento y libertad lejos de las etiquetas y exigencias políticas y palaciegas. La fotografía que en esta página reproducimos nos presenta á la pareja imperial rusa cazando en su parque de Livadia. ¡Quién diría que ese hombre de tan sencillo aspecto, sin más custodia que dos servidores encargados, más bien que de su defensa, de irle preparando las escopetas, reina como señor absoluto sobre cerca de 130 millones de súbditos y tiene su vida constantemente amenazada por la secta implacable é irreductible de los nihilistas!



El tsar y la tsarina cazando en el Parque de Livadia (Crimea), de fotografía de León Bouet

Melancolía, cuadro de José M.ª Tamburini.— Varias veces hemos dicho, al ocuparnos de las obras del señor Tamburini, que todas sus producciones se distinguían por la delicadeza del concepto que las inspira. Y esta afirmación vese una vez más confirmada en el cuadro que figura en la primera página de este número. El temperamento del artista influye regularmente en la forma adoptada para expresar sus concepciones; pero aun más que el impulso que le inclina hacia todo lo que pueda representar un sentimiento delicado ó una noble manifestación del espíritu, ejerce poderosa influencia su cultura y su ilustración.

Componiendo las redes.— En las dunas.— Hilandera, cuadros de Max Liebermann.— En el número 1.006 de La Ilustración Artística insertamos un artículo en el que se señalaban las cualidades características de este eminente pintor alemán, que nació en Berlín en 1847 y que hoy figura entre los primeros artistas de su país. Para completar lo que en aquel artículo se decía copiaremos el párrafo final de un extenso y notabilísimo trabajo que un ilustre crítico ha publicado en una de las más importantes revistas ilustradas de Alemania, párrafo que sintetiza perfectamente el modo de ser de Liebermann y retrata por modo admirable su personalidad en el mundo del arte. «Liebermann se preocupa de toda conquista artística y de todos los problemas nuevos que se plantean; pero lo que se asimila de una y otros adquiere en seguida una vida propia, personal, gracias á la manera como lo concibe y estudia. Como pocos es amante del continuo progreso; sin embargo, en su movimiento de avance no hace la menor concesión á las veleidades de una moda momentánea, sino que todas sus obras son expresión de convicciones por su propia observación adquiridas y firmemente arraigadas. Por esto, todo cuanto crea es verdadero y tiene valor y significación duraderos y sólidos. Pertenece, en suma, al número de aquellos que saben ver con nuevos ojos y hablar en lenguaje nuevo; y sólo los maestros de este fuste pasan á la posteridad y resisten el juicio de la historia »

* * *

Teatros.— *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La Castellana*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus, traducida al castellano por don Ricardo Blasco, y en el Eldorado *Agua mansa*, zarzuela dramática en un acto y cuatro cuadros de Eduardo Marquina, música del maestro Juan Gay.

AJEDREZ

Problema final núm. 315, por Dr. Goubeau

1.ª mención del Concurso de *La Stratégie*, sección F.

NEGRAS (4 piezas)

BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

Solución al problema número 314, por J. Jespersen.

Blancas.	Negras.
1. A f1 – a6	1. b7 × a6 ó b7 – b6
2. De6 – a2	2. a6 – a5 ó b6 – b5
3. C f7 – e5 jaque	3. R g8 – h8
4. C e5 × g6 jaque	4. Ah7 × g6 mate.

VARIANTES.

1...b7 – b5; 2. Cf7 × g5, jaq., Rg8 – h8; 3. Cg5 – f7 jaq., Rh8 – g8; 4. De6 – a2; g6 – g5 mate.

1...b7 × c6; 2. Aa6 – c4, c6 – c5; 3. A c4 – a2, c5 juega; 4. De6 × g6 jaq., Ah7 × g6 mate.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El entusiasmo de su espectadora le comunicaba, por el contrario, un ardor extraordinario, y el pintor sintió una singular contrariedad cuando la viuda atravesó el puente y Celina se levantó para ir al pueblo con su madre.

- ¡No se vaya usted!, dijo. ¡Iba esto tan bien!.. Usted me ayuda á trabajar...

- ¡Imposible!, dijo seriamente la joven. Tengo que acompañar á mamá... Ya adivina usted para quién debe ser nuestra primera visita y este ramo de siempreviva... Al salir del cementerio, mama irá á ver á Fanchette y yo la esperaré en la iglesia... No tardaremos mucho... Y para que tenga usted paciencia, voy á decir á á mi hermano Pedro que venga á hacerle compañía...

Celina se escapó al decir esto y se reunió con su madre, la cual hizo al pasar un ademán amistoso al artista. Pedro salió, en efecto, del molino y no tardó en dirigirse á su primo.

- ¿Cómo va esa obra?, dijo acercándosele.

- Juzga tú mismo, respondió insidiosamente el pintor echando una ojeada complacida á su dibujo y preparando la paleta. Voy ahora á empezar el boceto.

Pedro miró fijamente el lienzo. A fin de dar al paisaje un relieve pintoresco, Felipe había escogido la hora deliciosa en que las tintas rosadas del sol poniente dulcificaban el blanco crudo y las aristas geométricas del enorme edificio, que era el más hermoso del mundo para los Destraimes. Su croquis, muy sobrio, dejaba ocultos ciertos detalles que debían quedar sumergidos en la penumbra crepuscular. Aquella amplitud de dibujo desconcertó un poco al antiguo oficial, acostumbrado á la minuciosidad y á la exactitud de los planos.

- ¿Vas á pintar... ya?, preguntó. ¿Ese conjunto te basta?

Felipe notó la reticencia.

- ¿Qué ves aquí defectuoso?, preguntó vivamente. Dímelo... Te lo agradeceré.

Rogado de este modo, Pedro se permitió con candor algunas ligeras críticas. ¿Las elipses de los arcos y las líneas de los tejados ofrecían una perspectiva rigurosamente exacta? Las ventanas exigían, á su juicio, más regularidad... Los árboles... Felipe, muy nervioso, hizo salir entero en la paleta el contenido de todo el tubo de bermellón...

- ¡He aquí el sentido estético de un politécnico!, exclamó con impaciencia. Querido mío, un cuadro no se dibuja como un plano topográfico. Espera un poco... Cuando esté puesto el color, verás el efecto.



¡Ya estáis aquí! Ahora todo irá mejor (pág. 149)

Y añadió en tono doctoral:

- Por el momento, yo sólo puedo entenderme con mis indicaciones...

¿No debería el pintor aficionado aquella confianza á la opinión halagüeña de su prima, que empezaba á viciar su natural sencillez?

Pedro, extrañado al ver á aquel modesto joven tan extraordinariamente sentido, se apresuró á elogiar los méritos que ya se anunciaban, como la buena elección del punto de vista y la buena composición del asunto...

Y no le costó trabajo encontrar frases de sincero reconocimiento para dar las gracias á su primo por su amable intención.

- Vas á causar una verdadera alegría á mi madre... ¡Pobre molino! Gracias á ti, le poseeremos siquiera en pintura...

¡Ay! Todo iba á parar en derechura á esa fatal conclusión... La tal idea puso melancólicos á los dos jóvenes, que se quedaron silenciosos, Felipe pintando con ardor la parte baja de su cuadro, y Pedro, recostado en la hierba, mirando pensativo al horizonte.

El sol poniente iluminaba con resplandores mágicos el suelo. Hacia el occidente, una faja de oro bañada de un vapor violeta; al noroeste, unos matices diluídos sumamente delicados, unas bandas rosadas que se degradaban hasta el verde claro, como los pétalos de una rosa de te. Y toda esta combinación fantasmagórica reflejándose en el tranquilo espejo del río.

Pedro, bajo la influencia de aquella hora que incita á la meditación y á las confidencias, se puso á hablar á media voz, con tono convencido:

- Eres muy bueno por haber vuelto, querido Felipe, y por dar el consuelo de tu compañía á unas personas á quienes la adversidad hace muy poco divertidas

- Yo soy el que tengo que agradeceros vuestra hospitalidad, dijo Felipe con la voz alterada. ¡Si supierais qué monótona es mi vida ordinaria y qué feliz me encuentro entre vosotros!..

Pedro recordó que, hacía cinco semanas, aquel salvaje afirmaba su intransigente amor á la soledad.

- Además, me gusta este país. Un efecto de atavismo, sin duda... He oído hablar tanto de él á mi padre y á mi abuelo... Su luz y su aire me agradan.

Y añadió más bajo ruborizándose repentinamente:

- No tendría nada de extraño que viniésemos á establecernos aquí. Pondríamos un mayordomo en nuestras propiedades de la Mayenne. Mi abuelo empieza á cansarse del cultivo y sé que desea terminar aquí sus días.

- ¡Justamente cuando nosotros estamos condenados á alejarnos!, dijo tristemente Pedro.

Una exclamación de Felipe, que no dejaba de vigilar el camino sin dejar de pintar, puso fin á la conversación:

- ¡Ahí está mi tía!..

Y observó en seguida con una penetración particular:

– ¡Qué agitada está! ¡Y Celina no viene con ella! ¿Habrá ocurrido algo?

Y Felipe sacaba al mismo tiempo por encima del caballete una cara asustada. Pedro, á su vez, se quedó asombrado al ver el aspecto extraño de su madre, que llegaba á pasos precipitados.

Al ver á los dos jóvenes, les dirigió unas señas muy raras, apretó todavía más el paso y saltó la cuneta del camino para llegar á ellos más pronto.

– ¿Qué tienes?, preguntó Pedro, alarmado por aquella exuberancia anormal.

– ¿Qué ha sido de Celina?, preguntó Felipe con ansia.

La viuda se detuvo de pronto.

– ¡Calla! ¡Es verdad! Celina... La he olvidado y me espera en la iglesia.

Y prorrumpió en una carcajada nerviosa. Los dos primos la miraban con estupor y un temor indefinible atravesó la mente de Pedro á la vista de aquella cara encendida y de aquellos ojos chispeantes.

– La he olvidado, repitió. Enviaremos á buscarla. Pero no me dominaba más que una idea; volver aquí lo más pronto posible.

Y añadió cogiendo á su hijo por un brazo:

– ¡Pedro! ¡Te anuncio un regalo!.. ¡Un regalo de cincuenta mil francos!.. No me mires así, no estoy loca... Es la pura verdad.

Pedro se quedó inmóvil y como alelado, con los ojos desmesuradamente abiertos. Su razón se turbaba... Pero de pronto se hizo la luz en su mente.

– ¡Fanchette! ¿Verdad? No puede ser más que ella.

– ¡Sí!, respondió la viuda con vehemencia. ¡Fanchette! ¡Cincuenta mil francos para ti! ¡La donación será formalizada mañana!.. Y ahora, ¿comprendes?.. Con esa suma, tu parte en la herencia y lo que te aporte un socio ó un comanditario cualquiera que Lerou te encontrará fácilmente, comprarás el molino...

Y aquella figura negra, que se destacaba sobre el fondo opalino del cielo, extendió el brazo con un amplio ademán de victoria hacia la masa clara del gran edificio.

– ¡Todo será tuyo, Pedro!.. ¡Tú serás, por fin, *el dueño del molino!*

Y aquel grito de triunfo sonó como una aclamación en el silencio de la tarde y se prolongó en vibraciones hasta extinguirse lentamente. Pedro no se atrevía á creerlo, y se quedó pálido y tembloroso, sin ideas, sin palabras, como anonadado por aquella alegría demasiado repentina.

– ¡Oh, amigo mío!.. ¡Qué contento estoy!, balbuceaba Felipe, muy conmovido, estrechándole las manos. Corro yo mismo á buscar á tu hermana... para que sepa más pronto la buena noticia...

Y dejando á la desbandada paleta, lienzo y pinceles, echó á correr como si temiera que le detuviesen. Pero la madre y el hijo no pensaban en eso y se quedaron mirándose mutuamente. Los ojos de la viuda sonrieron y se turbaron. Pedro se pasó la mano por la frente.

– ¡Ah! Es fabuloso, dijo.

Y el timbre de su voz estaba velado como si hablase en sueños.

– ¡Tantas luchas y tantas angustias!.. ¡Y todo va á allanarse!

Pedro se sentía débil como un niño después de tal conmoción. Pero de repente le ocurrió una idea.

– ¿Pero por qué es á mí á quien Fanchette hace esa donación?

– ¡Porque yo lo he querido!, dijo la madre casi violentamente.

Y continuó anhelosa por la rapidez de su explicación:

– Fanchette quería legarme la mitad de su fortuna y destinar el resto á fundaciones piadosas y caritativas. Pero ante el peligro urgente, me ha propuesto cambiar sus disposiciones por una donación inmediata que nos permita rescatar el molino, prefiriendo, la pobre anciana, gozar en vida de nuestra dicha. ¡Necesita tan poco para vivir! Esos cincuenta mil francos, sus ahorros de cuarenta años, representan para ella lo superfluo, y tiene, por otra parte, gran confianza en nuestra gratitud. He aceptado su ofrecimiento, pero á condición de que te hiciera á ti la donación, y ella ha consentido con gusto comprendiendo mis razones.

Pedro la miró con expresión todavía indecisa y ella siguió con animación:

– Lo he querido, porque es necesario que tú seas el dueño aquí, como tu padre lo deseaba... Porque quiero confiarte la guarda de la fortuna de la familia, en interés de todos... Porque sé que eres leal, probo y justo, y que este depósito estará seguro en tus manos...

Un sollozo ahogó estas últimas palabras. En aquel momento pasaron unos obreros por el camino. La viuda se cogió del brazo de su hijo.



El entusiasmo de su espectadora le comunicaba, por el contrario, un ardor extraordinario

– Ven, le dijo llevándoselo por el sendero hacia las praderas.

Ambos anduvieron unos minutos, palpitantes y mudos, y llegaron á un rincón en el que unos troncos de árbol cortados invitaban á descansar. La viuda se sentó y el movimiento con que arregló su falda invitó á su hijo á sentarse á su lado. Así lo hizo Pedro.

El campo se extendía á su alrededor, desierto y tranquilo. A lo lejos y al nivel de las hierbas que balanceaba el viento de la tarde, la luna surgía como un globo inflamado. En la enramada, los pájaros apaciguaban su gorjeo. Todos los ruidos se ensordecían y la madre y el hijo podían oir el ritmo apresurado de sus corazones. La viuda tomó aliento como si le faltase el aire, y dijo por fin, dominando la emoción que cortaba sus frases:

– Oye... Sabe, ante todo, que *le* amaré siempre. Las faltas que ha cometido y las que cometerá no pueden destruir mi ternura... Yo soy, además, la causa de lo que *él* es hoy... Hace mucho tiempo que no estaba ciega como todos creías... Veía adónde *le* había conducido mi debilidad, mi cariño demasiado parcial... Pero le suponía un corazón... Creía que la experiencia le escarmentaría... ¿Podía yo abandonarle cuando *él* se enajenaba las simpatías de todo el mundo? ¿No debía yo procurarle con mi indulgencia un medio de arrepentimiento?.. ¡Ay! Todas mis concesiones han sido inútiles... No es malo, sino débil, que es aún peor... ¡Qué remordimiento para mí el ver las consecuencias de su conducta en aquel día de horrible pena, en el que llegó demasiado tarde!..

La viuda pareció sofocada por las lágrimas, pero continuó con acento desesperado.

– He comprendido mal mis deberes de madre... He sido culpable hacia él y hacia ti... Has sufrido por tu madre... ¡Oh! Pedro, Pedro, ¿me lo perdonas?..

Dominado por una emoción intensa al ver á su madre humillarse así ante él, Pedro la estrechó en sus brazos y la atrajo contra su pecho.

– ¡Eres muy dura contigo misma! ¡Cálmate, mamá!.. ¡Te lo suplico!

La blanca cabeza de la madre se apoyó en el hombro del hijo, y así permanecieron unos segundos, en aquel abrazo tierno que fundía sus almas por primera vez.

La viuda se levantó con un esfuerzo dulce, pero tenaz.

– Déjame, quiero decirlo todo. ¡Esto me alivia tanto!.. ¡Hace tanto tiempo que oculto estos pensamientos que me matan!.. Pedro, me odio á mí misma por haber desconocido á un hijo como tú...

Pedro quiso interrumpir otra vez aquella conferencia dolorosa.

– ¡Sí, sí! Escúchame... Cuando dejaste el ejército empecé á perder mis prevenciones... Te conocía mal... El colegio y las escuelas militares te habían alejado muy pronto de mi lado. Y yo quería persuadirme á costa tuya de que valías menos que *él*.. ¡Qué amargura me causa hoy el pensarlo!

De nuevo Pedro trató de interrumpirla; pero ella resistió otra vez, decidida á llevar su confesión hasta el fin.

– Créelo, Pedro, no es solamente su indignidad lo que me obliga á hacerte justicia... No, tu superioridad moral se afirma por sí misma... Al principio tuve miedo de engañarme y te observé atentamente y con angustia... Tu carácter se reveló día por día forzando mi estimación y captándose mi confianza... Insensiblemente, me acostumbré á contar contigo para todo, y cuando se trató de aquel matrimonio en el que nos seducía á todos el cebo del dinero – ¡estábamos entonces tan necesitados!, – vi la alta idea que tenía de tu mérito por la repulsión que me inspiraba la idea de darte á una Clemencia Charnot...

Esta vez fué Pedro el que apoyó la cabeza en el seno materno...

– Este sentimiento fué creciendo, continuó la viuda con voz débil, pero me dominaba la pena, la verguenza de mi injusticia... Mi malestar ante ti aumentaba á medida que probabas más tu desinterés, tu generoso olvido de ti mismo y tu abnegación filial... Cuando fuí á ver á Fanchette para aquel préstamo, mi corazón se desbordó... El relato que hice de los hechos no pudo ser más que un elogio tuyo, y entonces vi, Pedro, no solamente cuán orgullosa estaba de mi hijo, sino cuánto le amaba...

Pedro, medio arrodillado en la hierba delante de su madre besó frenéticamente aquellas manos demacradas que tenía entre las suyas.

– ¡Querida mamá! No hablemos más de todo esto... ¡Vamos á ser tan dichosos!..

Sus miradas, que tantas veces se habían evitado, se cruzaban ahora con delicia, como si se encontrasen después de una larga ausencia. Y la fisonomía de la madre conservaba al fin esa irradiación de cariño cuyo vago reflejo había creído reconocer Pedro algunas veces sin atreverse á creerlo.

El joven se hubiera estado allí horas y horas en aquella cariñosa beatitud tan nueva para él y que tanto había deseado siendo niño. Pero el aire refrescaba y la viuda sintió un ligero escalofrío. Pedro, entonces, puso el abrigo á su madre con solicitud de recién casado.

– Vas á coger frío... Vámonos á casa... ¿Quieres?

Su madre le retuvo, y apoyando las manos en sus hombros, con los ojos graves y los labios trémulos, le dijo lentamente:

– Pedro, en recuerdo de este instante, prométeme acordarte, suceda lo que quiera, de que *el otro* es tu hermano.

Pedro, sin separar la mirada, respondió muy bajo pero con firmeza:

– ¡Te lo prometo!

– Tú, Pedro, serás el dueño de la fortuna... ¡No le dejes en la necesidad! ¡Socórrele en la miseria en que caerá tarde ó temprano!

– Sí, madre mía.

– Ayúdale aun en el caso de que él no se atreva á recurrir á ti... Aunque le veas degradado..., aunque sea para ti un deshonor...

Pálido por la violencia de su emoción y por la solemnidad del compromiso, Pedro repitió sin vacilar:

– ¡Te lo prometo!..

— Gracias, hijo mío, dijo la madre sencillamente. Así moriré tranquila.

La viuda le dió un beso, se apoyó en él al levantarse, con la tranquila confianza del cariño confesado, y ambos subieron la cuesta que costeaba el río, á pasos lentos, sin apresurarse, como para prolongar la dulzura de aquellos momentos benditos.

La luna había subido gradualmente en el azul obscuro del cielo y brillaba como una esfera de oro pálido sobre la aldea dormida y agrupada en torno del campanario. El valle parecía agrandarse y retroceder en una sombra azulada, y los árboles destacaban las formas de su follaje sobre el tono neutro del firmamento. En las casas aisladas se encendían las luces, que iluminaban con una raya luminosa las rendijas de las puertas y de las ventanas. Las del molino se dibujaban en cuadrados de luz amarillenta

Al llegar al puente vieron dos sombras apoyadas en el parapeto, dos siluetas conocidas ágil y desenvuelta la una y la otra delgada y de actitud más grave.

— ¡Celina... y Felipe!, dijo Pedro, espaciando expresivamente los dos nombres.

Y añadió más bajo con sonrisa que se revelaba en su voz:

— ¿No has notado nada, mamá?

La viuda le oprimió ligeramente el brazo y respondió:

— Veo que no me había equivocado. ¿No estaría todo bien así?

— Me gustaría Felipe como hermano, respondió el joven.

— ¡Ah! Dios tiene piedad de nosotros..., murmuró su madre dando un largo suspiro.

Celina corrió y se arrojó en sus brazos.

— ¡Ah, mamá!, Pedro... ¡Qué contenta estoy!

Y, naturalmente, aquella alegría excesiva acabó por traducirse en abundantes lágrimas.

Las dos mujeres entraron las primeras en su casa y Pedro se detuvo en el puente para fumar un cigarrillo con su primo. Los dos permanecieron algún tiempo en ese silencio propio de las intimidades, cuando los espíritus se ponen de acuerdo tácitamente, sin necesidad de hablar... Las estrellas sembraban de puntos blancos la inmensidad del cielo y el río brillaba como una hoja de acero.

— Oye, Pedro, dijo Sergent con voz emocionada y vacilante, mi tía habló hace un momento de una asociación... ¿Habéis pensado en alguien?.. En caso contrario, ¿aceptaríais un socio muy nulo, muy indolente y muy torpe, que os dejaría de buena gana toda la tarea?

— Muy mal hablas de él, dijo Pedro con risa emocionada. Debes de ser tú... ¡Ah, Felipe!, ¿qué me propones?..

— ¿No quieres?, respondió el joven muy contristado. ¡Es verdad! Necesitas un socio hábil y versado en los negocios, y yo soy tan inepto...

Destraimes le dió un vigoroso golpe en el hombro.

— ¡Salvaje!.. ¿Cómo no adivinas el placer que yo tendría, si ese proyecto se realizase, teniendo como colaborador un pariente, más aún, un amigo, en vez de un extraño?.. Lo que temo es que sientas después ese impulso generoso... ¿Lo has pensado bien antes de decidirte?

— ¡Todo está pensado!, replicó resueltamente Sergent. Me será fácil realizar fondos... Y me harás un verdadero servicio sacándome de mi inercia y dando un objeto á mi actividad.

— ¿Pero estás seguro de avenirte bien con mi carácter raro y, sobre todo, de poder tolerar mis ideas heréticas sobre la pintura?, preguntó Pedro esforzándose por bromear para ocultar su enternecimiento.

— ¡Oh, Pedro, no sabes hasta qué punto te estimo!.. Me hará dichoso todo lo que contribuya á acercarnos el uno al otro... y á unirnos más y más... respondió Felipe, cuya voz se enronqueció repentinamente.

— ¡Y yo también!.. Puedes creerlo..., contestó Destraimes con gravedad.

Y sin decir nada más, se estrecharon fuertemente las manos.

XVII

Colocada en medio de la habitación y cubierta con un mantel deslumbrador, la mesa ovalada que no se abría más que en grandes y excepcionales ocasiones, ostentaba aquel día las porcelanas de filetes dorados de los días de gala, la sopera floreada y las más grandes compoteras de la casa. No se trataba entonces de comiditas de muñecas, sino de un verdadero festín. El sarraceno Malek-Adel y su infortunada amante no habían visto tanta gente reunida hacía medio siglo.



— ¡Querida mamá! No hablemos más de todo esto. ¡Vamos á ser tan dichosos!..

Fanchette había convidado á sus amigos para celebrar el memorable acontecimiento que acababa de realizarse... Era el mes de noviembre, y tres días antes, la venta esperada con tanta ansiedad y retardada por innumerables formalidades judiciales se había verificado en las condiciones que todos deseaban. El proyecto de asociación de los dos primos desconcertó un poco á los competidores. Desde el momento en que la familia pretendía conservar el molino, no retrocedería probablemente ante ningún sacrificio y se sabía que los Sergent eran obstinados y ricos. De este modo, á pesar de los esfuerzos de Roytel, los concurrentes se desanimaron, la licitación cayó y, á última hora, Pedro fué el adjudicatario.

El joven resultó, pues, realmente el dueño del molino, con Felipe como primer ministro, un ministro que, á la inversa de lo que ocurre en los Estados constitucionales, pretendía conservar un papel enteramente pasivo y abandonar á su jefe la autoridad y la iniciativa.

Sin embargo, á fin de seguir los estudios industriales y comerciales indispensables, Felipe se quedó en el molino, y en cuanto acabó la recolección en la Mayenne, también el tío Andrés se apresuró á venir á la Chapelle, pues el aire natal y, sobre todo, la amable compañía de Celina, habían llegado á ser una necesidad para el viejo.

Fanchette estaba en sus glorias, la buena viejecita, en aquella fiesta íntima que reunía alrededor suyo á todos los que amaba... Riendo, divagando y agitándose en su butaca, procuraba ser agradable á sus convidados y les dirigía expresivos guiños y afectuosos movimientos de cabeza, de tal modo que su papalina adoptaba las posiciones más cómicas del mundo... Las criadas que ayudaban á la gran cocinera sexagenaria no se daban punto de reposo para servir sin tregua una multitud de cosas apetitosas, como debían esperarse de la sobrina de un ama de canónigo, genealogía de la que Nothon, la cocinera, se mostraba muy orgullosa. El *menu* había sido objeto de graves conferencias entre la cocinera y la dueña de la casa. Y el orden que debía asignar á los convidados no atormentó menos la imaginación de la anciana. Pero en este momento su júbilo era inmenso al ver el buen efecto de sus juiciosas resoluciones. ¡Qué satisfacción para ella la de verse colocada entre Andrés Sergent y Pedro Destraimes y recibir las amables atenciones de éste y las bromas amistosas de aquél!.. A la derecha de Pedro estaba su madre, pues Fanchette había pensado que no debía separarlos, teniendo tanta ternura atrasada que comunicarse. Al otro lado de la viuda estaba Felipe, y al lado de éste — y aquí era donde todas las arrugas de la anfitriona se estiraban con inocente malicia — estaba Celina, fresca como un capullo de rosa y que parecía empeñada en devolver con usura al viejo Andrés los obsequios del joven primo.

Una negra nube había obscurecido, sin embargo, el rostro de Celina al empezar la fiesta... Felipe se había marchado el día antes á Château-Gontier para arreglar negocios personales y debía volver en el tren de la mañana y llegar precisamente á la hora de almorzar.

Pero sonaron las doce fatídicas campanadas y pasó todavía media hora más sin que aquél pareciese... Nothon gruñía en la cocina. Fanchette, muy perpleja, rabiaba por lo bajo. Y ya se hablaba de destapar la sopa sin esperar más... Había que ver la triste cara de Celina, sus labios fruncidos, sus ojos inquietos y sus idas y venidas desesperadas de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta... Todos acabaron por notar su silencio y su aspecto lastimoso... Pedro miró á su madre; ésta observó al tío Andrés, y el viejo fijó los ojos en la joven con sonriente curiosidad... Y cuando Felipe se presentó por fin, Celina exclamó con tal calor: «¡Ah! ¡Ya está aquí!,» que ella misma se quedó confusa...

— ¡Hubiera sido tan triste no sentarnos todos juntos á la mesa!, se creyó en el caso de decir Celina, roja hasta la raíz de sus rubios cabellos. Y además, su tardanza podía ser á consecuencia de haberle ocurrido alguna desgracia...

— Un sencillo retraso del tren, dijo Felipe sentándose con visible satisfacción entre su tía y su prima.

Celina recobró en seguida su locuacidad para preguntar al joven todos los detalles de su corto viaje y contarle al mismo tiempo todo lo ocurrido en el molino y fuera de él durante las últimas treinta y seis horas.

¡Era asombroso lo que aquellas puerilidades les interesaban á los dos! Su dicha interior irradiaba alrededor de ellos como un fluido benéfico y propagaba una comunicativa alegría.

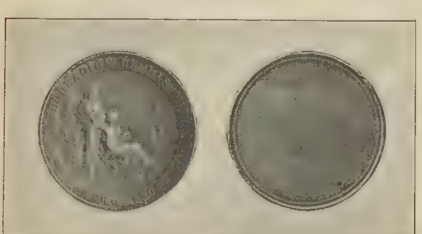
Pedro y su madre, sin embargo, permanecían silenciosos. Uno y otro estaban aún mal curados de las pasadas angustias, y á pesar de la dicha presente y de la dulzura de su mutuo cariño, sentían que la felicidad sería incompleta para ellos. La viuda no podía olvidar el doloroso pasado, y el joven experimentaba una invencible melancolía ante el juvenil amor de su hermana, comprendiendo la laguna que existiría siempre en su vida para impedirle la felicidad absoluta.

(Continuará.)

NUEVAS LÍNEAS FERROVIARIAS

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

El día 7 de enero último se inauguraron en la República Argentina las obras de dos líneas ferroviarias, la de Perico á Ledesma y la de Jujuy á Bo-



Anverso Reverso

REPÚBLICA ARGENTINA. – Medalla conmemorativa de la inauguración de las obras del ferrocarril de Jujuy á Bolivia y de Perico á Ledesma, acuñada en la fábrica de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

livia, que tanto han de beneficiar á las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, la Rioja y Santiago del Estero, cuyos minerales y manufacturas no se verán sometidos á una especulación que, aunque lógica y natural en toda empresa particular, siempre es una rémora para el completo desarrollo de la riqueza de un país.

Si los productos del Norte y los de Jujuy, Salta, Tucumán y Cuyo pueden llegar al litoral con transporte barato por las líneas ahora inauguradas y otras que en lo sucesivo se inauguren, quedará resuelto un problema de gran trascendencia para los intereses nacionales argentinos, sobre todo si, como ya se indica, se completa la red de ferrocarriles de vía estrecha prolongándola hasta el futuro grandioso puerto de Rosario de Santa Fe.

Comprendiendo la importancia de las nuevas líneas férreas, una de las cuales ha de estrechar las relaciones de la Argentina con Bolivia, el Parlamento argentino no ha vacilado en autorizar para la construcción de las mismas la emisión de 15 millones en títulos, resolviendo de un modo práctico el propósito de una verdadera política económica nacional que utilice los recursos propios del país sin acudir á capitales extranjeros.

Los verdaderos protagonistas de las fiestas inaugurales del ferrocarril de Jujuy á Bolivia, á las que asistieron representantes del gobierno y las autoridades locales, fueron el senador D. Domingo F. Pérez y el ingeniero D. Miguel Iturbe, el primero no sólo por el patriótico tesón con que ha defendido y apoyado la necesidad de ese trazado ferroviario importantísimo, sino además por su brillante campaña en pro de la modificación que lo lleva por la quebrada de Humahuaca, y el segundo por los eminentes servicios prestados como director de los estudios.

El pueblo de Jujuy ofreció á los Sres. Pérez é Iturbe dos hermosas placas conmemorativas, de un metro por 80 centímetros, de plata y con una chapa de oro con la dedicatoria. La del Sr. Pérez dice: «El pueblo de la Provincia al Senador Nacional Sr. Domingo F. Pérez. Por su eficaz y elocuente defensa de la traza del ferrocarril Argentino Boliviano por la quebrada de Humahuaca. – Jujuy.» La del Sr. Iturbe: «El pueblo de la Provincia al Ingeniero señor Miguel Iturbe por la eminente dirección de los estudios del ferrocarril Argentino Boliviano y la adopción de la traza por la quebrada de Humahuaca. – Jujuy.»

Estas placas, como podrán ver nuestros lectores por las reproducciones que en esta página publicamos, además de su valor intrínseco, lo tienen y no pequeño desde el punto de vista artístico, pues en ambas la composición resulta bellísima por su sobriedad, por su vigor y por su carácter decorativo modernista sin exageraciones, y la ejecución es perfecta, permitiendo apreciar en todos sus detalles la delicada labor del artista. Son dos obras, en resumen, que honran á la Fábrica Nacional de Medallas de los Sres. Bellagamba y Rossi, de cuyos talleres procede asimismo la medalla que también en esta página publicamos. – R.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Placa de plata y oro ofrecida al Senador D. Domingo F. Pérez, como testimonio de gratitud por sus trabajos en pro del ferrocarril de Jujuy á Bolivia, acuñada en la fábrica de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Placa de plata y oro ofrecida al ingeniero Sr. Iturbe por el pueblo de Jujuy, como testimonio de gratitud por los estudios hechos por él para el ferrocarril de Jujuy á Bolivia, acuñada en la fábrica de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

LA PLATA Y LOS MICROBIOS

La plata, como la lengua de Esopo, es la mejor y la peor de las cosas, no sólo por su valor venal, sino que también por su naturaleza química. En efecto, con su aspecto limpio y brillante es un veneno de los más violentos, no para nosotros, á quienes daña por varios otros conceptos, sino para los microbios y para otros organismos inferiores. Este hecho fué evidenciado, hace ya buen número de años, por un químico de mucha valía, Raulin, quien había llegado á componer un líquido casi maravilloso, en el cual un moho negro muy común, el *Aspergillus niger*, adquiría un enorme desarrollo: con un litro y medio de líquido que contenía 80 gramos de materias nutritivas, se obtenían, en seis días, 25 gramos de hongos, cantidad respetable si se tiene en cuenta la ligereza de los mohos. Pues bien: queriendo un día sin duda honrar á las plantas que cultivaba, Raulin les ofreció el alimento en un plato de plata, esperando de fijo que se estremecerían de placer y que alcanzarían un desarrollo aún mayor que en una vasija de porcelana. Mas ¡oh sorpresa! Los esporos ni siquiera quisieron germinar; el hongo había perecido, envenenado por la cantidad ínfima de plata que el líquido había disuelto, cantidad, por otra parte, tan pequeña, que el análisis químico resulta impotente á descubrir.

M. Enrique Coupin ha hecho en el laboratorio de M. Gastón Bonnier investigaciones análogas acerca de la germinación del trigo, y ha reconocido que este cereal no germina en un agua que contenga o'0029 gramos de nitrato de plata por 100 de agua. Pero con quienes se porta la plata de una manera lamentable es con los microbios, á los que mata en un momento. M. Strauss ha comprobado, por ejemplo, que el microbio de la tuberculosis no se desarrolla si se coloca su caldo de cultivo en una cápsula de plata.

Esta propiedad nociva de la plata ha sido demostrada de un modo más pintoresco todavía por el Dr. Vincent, el cual, estudiando la bacteriología de las monedas, ha visto que las de oro y las de bronce son las que contienen más microbios en los meandros de sus relieves, al paso que las de plata están mucho menos invadidas por ellos; así, mientras en una pieza de 10 céntimos se encuentran 11.000 microbios y 3.000 en una de oro, sólo hay 500 en una de plata. Y como estas últimas monedas circulan casi tanto como las de bronce y mucho más que las de oro, parece muy lógico suponer que es la plata la que mata los microbios. El Dr. Vincent ha suministrado una prueba de ello directa y concluyente: en efecto, después de haber esterilizado al fuego varias monedas de oro y plata, ha depositado en ellas algunos microbios conocidos, y así como en la primera vivieron cinco días el bacilo de la fiebre tifoidea, seis el de la difteria y nueve el del pus, en las segundas todos los microbios habían muerto al cabo de seis horas.

Estas observaciones habían de inducir necesariamente á los médicos á destruir los microbios por medio de la plata, y efectivamente, conocidos son los admirables resultados que se obtienen bañando el ojo de los recién nacidos con nitrato de plata para evitar la terrible oftalmía purulenta y haciendo lavados más ó menos externos con esta solución en multitud de enfermedades microbianas.

Se ha querido también ensayar el empleo de la misma plata metálica, es decir, no en estado de sal, y en Alemania se ha probado recientemente con éxito la aplicación de la plata «coloidal,» forma bajo la cual puede penetrar hasta los puntos más internos del organismo. Esta medicación fué ensayada por

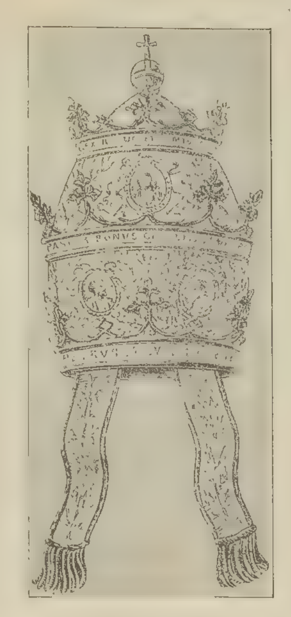
primera vez en Francia; en efecto, M. Luis Renon acaba de recordar á la Sociedad de Médicos de Hospitales de París que en 1896, el Dr. Follet en sus cultivos microbianos hechos en patatas observó que no prosperaban cuando con un alambre de plata aislaba los medios de cultivo de las paredes del tubo de cristal; además vió que las heridas suturadas con hilo de plata se cicatrizaban más rápidamente que las otras; en vista de lo cual ensayó las inyecciones de plata en varias enfermedades, practicándolas una ó dos veces por semana en los muslos de las nalgas. M. Follet hace observar que la presencia en estas inyecciones del guayacol y del eucaliptol puede ejercer una acción beneficiosa, pero en su sentir, la mayor parte del éxito conseguido se debe á la plata. – N.

TIARA REGALADA Á S. S. LEÓN XIII

Con motivo de las fiestas celebradas en Roma para conmemorar el 25.° aniversario del advenimiento de Su Santidad León XIII al solio pontificio, ha recibido el papa una preciosa tiara, que será la quinta que figurará en el tesoro del Vaticano.

En la Edad media había una docena de ellas que desaparecieron cuando el saco de Roma por el condestable de Borbón, excepción hecha de la más rica, la de Julio II, que valía más de tres millones y que se hallaba empeñada para atender á los gastos de las guerras pontificias. Poco después, Gregorio XIII le añadió una de las más hermosas esmeraldas del mundo, cuyo peso es de 440 carats.

En tiempo de Pío VI el tesoro poseía cuatro tiaras: la de Julio II; la de Paulo III, hecha con el oro y las piedras encontrados en el mausoleo de María, hija de Estilicón y esposa de Honorio; la de Clemente VIII y la de Urbano VIII. Todas desaparecieron cuando la invasión de los Estados Pontificios por los soldados de la República francesa en 1798, y la hermosa esmeralda de Gregorio XIII fué á parar al Museo de Historia Natural de París como ejemplar de mineralogía.



Tiara de oro, plata y piedras preciosas regalada á S. S. León XIII con motivo del 25.° aniversario de su elevación al Solio pontificio.

Cuando en 1805 Napoleón ofreció una tiara á Pío VII, hizo que en ella se emplearan una parte de los joyeles de las tiaras antiguas que se pudieron encontrar y en especial la citada esmeralda. Esta tiara sólo puede llevarse muy poco rato, porque pesa ocho libras: su valor se calcula en 224.000 francos.

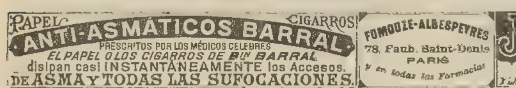
La segunda es la que la reina doña Isabel II de España regaló á Pío IX en 1855; consta de 18.000 brillantes y se calcula que vale 300.000 francos.

Más rica aún es la que la diócesis de París ofreció á León XIII en 1888 con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales.

La tiara que ordinariamente lleva el Sumo Pontífice en las ceremonias es más ligera y más modesta: sólo tiene 146 piedras y 11 brillantes, además de los 11 de la cruz. Fué hecha para Pío IX, es de forma más baja que las otras y su valor es de 10.000 francos.

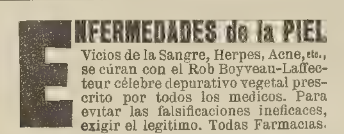
La tiara del actual jubileo que adjunta reproducimos, podrá rivalizar con esta última en punto á ligereza, ya que pesa menos de un kilogramo. Su fondo es de plata con ramas de olivo, con las tres coronas de oro adornadas de pedrería: entre la primera y la segunda corona hay seis medallones con las efigies de San Pedro, Pío IX, León XIII y de algunos ángeles, y en los aros se leen inscripciones que expresan el carácter de la triple autoridad del papa. Entre la segunda y la tercera corona se ve, en la parte de delante, un medallón del Buen Pastor, y en la de detrás el monograma del Redentor, ó por mejor decir, la sigla adoptada en el jubileo de 1900: una cruz con la inscripción JESUS CHRISTUS DEUS HOMO y alrededor, REGNAT, IMPERAT ANN MDCCCC.

Esta tiara, que ha costado 120.000 francos, producto de una suscripción recaudada por un comité internacional, es obra de un joyero italiano, el Sr. Milani, y ha sido presentada al Papa por el cardenal vicario, monseñor Respighi en la audiencia solemne, en la que fueron admitidas las delegaciones de todo el mundo que acudieron á rendir homenaje de filial cariño y veneración á León XIII y á reconocer su triple autoridad, doctrinal, sacramental y pastoral, simbolizada por la triple corona. – M.









LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

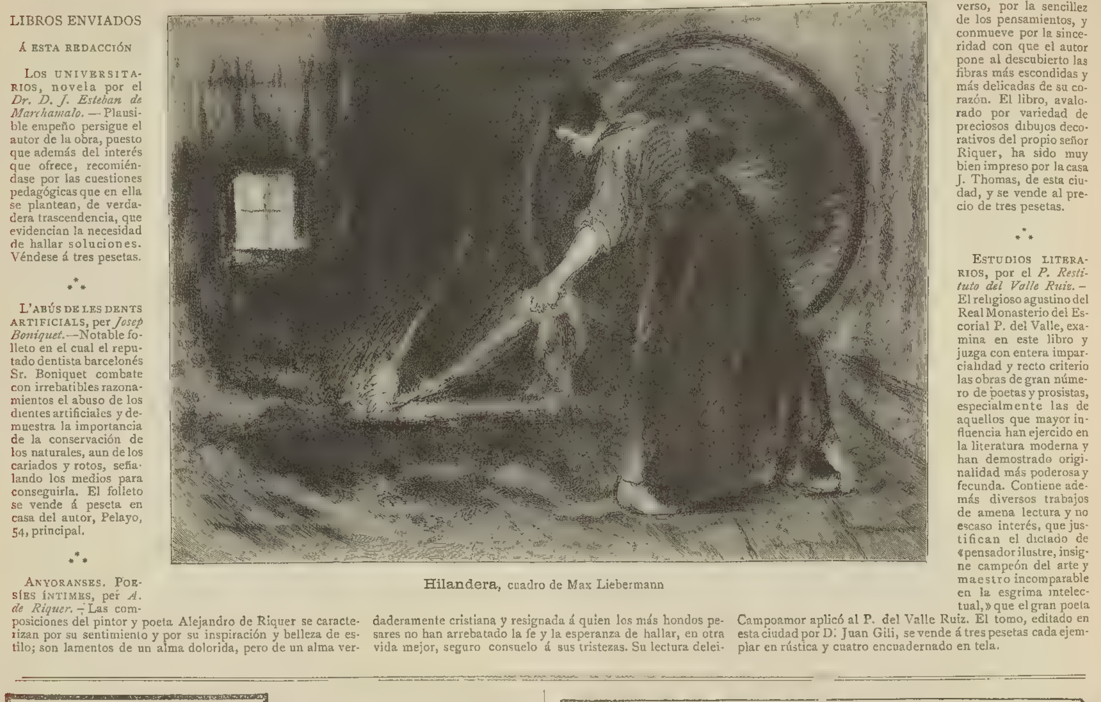
Los universitarios, novela por el *Dr. D. J. Esteban de Marchamalo.* — Plausible empeño persigue el autor de la obra, puesto que además del interés que ofrece, recomiéndase por las cuestiones pedagógicas que en ella se plantean, de verdadera trascendencia, que evidencian la necesidad de hallar soluciones. Véndese á tres pesetas.

***

L'abús de les dents artificials, per *Josep Boniquet.* — Notable folleto en el cual el reputado dentista barcelonés Sr. Boniquet combate con irrebatibles razonamientos el abuso de los dientes artificiales y demuestra la importancia de la conservación de los naturales, aun de los cariados y rotos, señalando los medios para conseguirla. El folleto se vende á peseta en casa del autor, Pelayo, 54, principal.

***

Anyoranses. Poesíes íntimes, per *A. de Riquer.* — Las composiciones del pintor y poeta Alejandro de Riquer se caracterizan por su sentimiento y por su inspiración y belleza de estilo; son lamentos de un alma dolorida, pero de un alma verdaderamente cristiana y resignada á quien los más hondos pesares no han arrebatado la fe y la esperanza de hallar, en otra vida mejor, seguro consuelo á sus tristezas. Su lectura deleita por la armonía del verso, por la sencillez de los pensamientos, y conmueve por la sinceridad con que el autor pone al descubierto las fibras más escondidas y más delicadas de su corazón. El libro, avalorado por variedad de preciosos dibujos decorativos del propio señor Riquer, ha sido muy bien impreso por la casa J. Thomas, de esta ciudad, y se vende al precio de tres pesetas.



Hilandera, cuadro de Max Liebermann

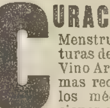
***

Estudios literarios, por el *P. Restituto del Valle Ruiz.* — El religioso agustino del Real Monasterio del Escorial P. del Valle, examina en este libro y juzga con entera imparcialidad y recto criterio las obras de gran número de poetas y prosistas, especialmente las de aquellos que mayor influencia han ejercido en la literatura moderna y han demostrado originalidad más poderosa y fecunda. Contiene además diversos trabajos de amena lectura y no escaso interés, que justifican el dictado de «pensador ilustre, insigne campeón del arte y maestro incomparable en la esgrima intelectual,» que el gran poeta Campoamor aplicó al P. del Valle Ruiz. El tomo, editado en esta ciudad por D. Juan Gili, se vende á tres pesetas cada ejemplar en rústica y cuatro encuadernado en tela.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 9 de marzo de 1903 — Núm. 1.106

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DESPUÉS DE LA TEMPESTAD,

CUADRO DE CARLOS VÁZQUEZ

El cuadro que reproducimos al pie de estas líneas figuró, entre otros, en la exposición que en los comienzos del pasado mes de enero organizó en el Salón Parés el distinguido pintor Carlos Vázquez. Entonces llamamos la atención de nuestros lectores respecto de la índole y carácter de las obras expuestas, poniendo de relieve las estimables cualidades que reconocemos en su autor. La mayor parte de aquellas producciones son estudios ó copias del natural, que el artista procuró presentar en su aspecto más bello y agradable; otras, el conjunto de impresiones recibidas y de su fantasía, pero todas son la manifestación evidente de un espíritu culto y de un pintor que conoce los recursos que la paleta le ofrece.

Los interesantes estudios de los pueblos del valle de Ansó, cuyos edificios, tipos y pormenores conducen á suponer que reproducen los característicos de otros países lejanos del nuestro y en manera alguna de una región peninsular, así como el que motiva estos renglones, atestiguan los dos aspectos que ofrecían los cuadros que figuraron en la exhibición.

De las condiciones estimables que reune el titulado *Después de la tempestad*, testimonio es la copia que reproducimos. De ahí que nos limitemos á ofrecer á su autor la expresión de la simpatía y consideración que nos merece.



DESPUÉS DE LA TEMPESTAD, cuadro de Carlos Vázquez

(Salón Parés)

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la novela de D. Carlos María Ocantos

PEQUEÑAS MISERIAS

bellísima narración de costumbres argentinas, en la que á una acción en extremo interesante y admirablemente desarrollada, se unen los atractivos de un profundo espíritu de observación y de un lenguaje castizo y elegante.

Es una obra vívida; todo en ella es real y verdadero, desde el estudio psicológico de los personajes y el desenvolvimiento lógico de sus pasiones, hasta las descripciones de lugares, escenas y usos de aquel país.

Los dibujos que ilustrarán

PEQUEÑAS MISERIAS

son originales del reputado artista D. Arcadio Mas y Fondevila, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad de su trabajo.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA DE CUARESMA

Tengo una manía: la de cantar las cosas cuando la gente se las calla ó las niega, y callarlas cuando la gente las divulga á gritos. Vengo clamando aquí contra la barbarie de las costumbres en la capital, donde, por lo menos, debiera estar reprimida y contenida esa barbarie mediante la acción de la autoridad y de la ley, ya que otros sistemas de corrección á mi ver más eficaces, pero más lentos y pacientes, no se emplean; no quiero reincidir hoy, porque la prensa, unánime, ha protestado contra los excesos de la muchedumbre en estos días de Carnestolendas y contra lo que revelan esos excesos; y un diario, *El Nacional,* publica oportuna *Carta de un riffeño,* que me recuerda el artificio de las *Cartas persas;* la reprensión de las costumbres de una corte y de un país nominalmente civilizado, por la comparación con las de otro país que no ostenta el mismo título, pero en el cual no ocurren ciertos desmanes...

***

Dejemos, pues, aparte este asunto ya tratado hasta la saciedad en otras ocasiones, y consagremos algunas líneas á la muerte de Eusebio Blasco. No fué del número de mis amigos este escritor ameno y dotado de verdadero ingenio, y por lo tanto es bien segura mi imparcialidad al reconocer que con su muerte pierde la prensa española uno de sus más brillantes *chroniqueurs.* De otros aspectos de la personalidad literaria de Eusebio Blasco habría mucho que decir para justipreciar debidamente sus títulos al recuerdo de la posteridad. Como poeta lírico tal vez no se le estimó cuanto merecía: algunas de las poesías contenidas en *Soledades* caben entre lo escogido de nuestro Parnaso contemporáneo. De sus *Cuentos baturros* deben señalarse algunos llenos de donaire, aunque recarguen con exageración el carácter del pueblo aragonés. En su teatro también hay algo que acaso no muera pronto, por más que el teatro, en general, es flor de un día, sobre todo cuando ni expresa el alma nacional ni cava hondo en los caracteres. Si fuésemos francos y leales con nosotros mismos, nos confesaríamos que en el teatro de los autores renombradísimos (de Shakespeare y Racine para abajo), poco se puede ya representar y no mucho leer. Oigo repetir que los *Autos Sacramentales* son gloria de nuestra escena. ¿Quién resiste la lectura de un *Auto Sacramental,* como no le estimule curiosidad literaria y erudita? Las mismas comedias de Lope y Calderón, no todas son fáciles de asimilar. ¿Pues y Bretón? Creo que no se le negará su mérito al tuerto insigne... Con todo eso, á duras penas traga el público su *Muérete y verás,* que es un primor. Triste caso: cuanto más *entra* una comedia en el público de determinada época, más condenada está á olvido, fatal, irremisible. Dentro de su género, dudo que se pueda escribir cosa más de *ambiente* que *El joven Telémaco.* Esa picante bufonada trajo á España revuelta, y á todo fué aplicable y aplicada, y creo que se la supieron de memoria hasta las piedras de la calle. Hará dos años, no recuerdo con qué motivo, quisieron exhumarla. Fuí á *reverla.* Aquello era, para la generación contemporánea, un jeroglífico. Los chistes se habían evaporado, y sólo quedaba una especie de fría mascarada, ininteligible. Los espectadores se miraban con extrañeza. ¿Era aquella la farsa divertidísima de antaño? Me fijé en un detalle, que acaso lo explica todo. – Cuando *El joven Telémaco* se representaba por la compañía de Arderíus, las *suripantas* – palabra de entonces, caída en desuso, – las *suripantas,* digo, lucían, con el traje griego de rigor, las botitas de raso de colores, á la polaca, con unos tacones Luis XV de media cuarta de alto. En la exhumación de *El joven Telémaco,* las coristas calzaban zapatos ó sandalias: no eran *suripantas* ya... Aquellas botitas de marras, que trastornaron cabezas y se agitaron en los ensueños calenturientos de infinitos *gallos* y *pollos* (otras palabrejas que han prescrito), eran el signo de actualidad de *El joven Telémaco,* Las botas de raso, con tacón de media cuarta, trotando menudo, se llevaron á las regiones del Leteo á la popular obra.

Blasco siguió produciendo, trabajando, multiplicándose en el teatro y la prensa con incesante actividad; pero siempre conservó el sello, el carácter, el *pliegue* (aunque sea galicismo) de la época de 1868 á 1878. Siempre acertó á hacerse leer y hacerse escuchar; mas nunca pudo volver á descubrir aquella veta retozona, significativa, que se apodera del público y le subyuga, y que es como la racha afortunada en el juego. Algo que pasa...

***

En el Ateneo se discute estos días *la novela.* No he asistido á ninguna sesión, por falta de tiempo: raro es tener, aquí, una noche libre, disponible para consagrarla á escuchar debates y conferencias. Oigo tan sólo lo que por ahí se dice, y leo lo que traen los periódicos, y que no permite formar idea clara del giro de la discusión. Lo único que puede deducirse de todas estas referencias, es que no toma parte en ella, por ahora, sino el elemento joven, y que allí se habla de bastantes cosas que no guardan relación con el tema propuesto.

Esto último creo que debe de suceder en toda discusión oral. La palabra es algo que ondea y flota y se esparce y se disuelve, algo líquido ó más bien fluido. Al correr de la palabra van saliendo á plaza las ideas, y cada quisque, al hablar, vacía su cabeza como se vacía un bolsillo en una bandeja de tocador. ¿Que se trata de la novela? No importa; hablemos del duque de Alba, ó de lo que se tercie...

¿Y qué mal hay en ello? El caso es reunirse, disertar, discutir. A mi juicio, la prensa está muy severa con los muchachos de la sección. Si pasasen las noches de los miércoles en Apolo, en el café, en cualquier perdedero de tiempo y narcotizadero de cerebro, nadie lo extrañaría. Pero se reunen, hablan de cosas intelectuales – derecho ó torcido, acertando ó errando, ¡qué importa', – satisfacen una necesidad más elevada, más *humana,* que la de fumar maldiciendo ó ver piernas metidas en mallas color de rosa, y no parece sino que no hay cuchufletas bastantes para castigarles de tan grave delito.

No es nueva la observación, ni con ella he de corregir á nadie, pero ciertamente es curioso este modo de ser de la prensa y de las gentes. Haced cosas vacías, inútiles, haced cosas malas; sed holgazanes, sed viciosos: nadie os reprenderá, ninguna censura caerá sobre vuestra cabeza. Reuníos á tratar de literatura, de filosofía, de arte, de algo que al fin vaya aderezado con unos granitos de sal de la inteligencia: ya estáis fresco. Escribid lo que se os ocurra: ya estáis aviado.

Si yo hubiese prendido fuego á una población, ó cometido las estafas de la familia Humbert, ó sido causa de la muerte de alguien, de fijo no me dicen las lindezas que me han dicho por emborronar algunos millares de páginas, hoy trasladadas á varios idiomas...

***

Sigue la cruzada contra los tranvías eléctricos, que tienen la desgracia de no ser galeras aceleradas. Es muy cierto que los eléctricos han hecho destrozos estos días, y sin embargo, yo los defiendo. Los eléctricos no se salen de sus rieles, y el que es por ellos aplastado, ha ido primero á colocarse en su vía.

En todos los países del mundo hay tranvías eléctricos, que funcionan normalmente, sin levantar este turbión de protestas. Alguna vez ocasionarán desgracias; mas es caso excepcional, y aquí las desgracias son frecuentísimas, sobre todo en los niños. Indaguemos la razón de esta diferencia, y la encontraremos en la angostura de las vías madrileñas y en el abandono de los mismos niños, á quienes se deja jugar en la calle – vivir en la calle sería más exacto. – Por librarse de ellos, por tenerles entretenidos, por falta de escuelas y asilos diurnos de párvulos en cantidad suficiente, los niños se pasan el día en el arroyo, la golfería es legión. En mi país, si no diablean debajo de los eléctricos, se agarran por racimos á la trasera de los coches, se meten bajo los cascos de los caballos, y es un problema de asaz difícil solución el no matar á un chico cada tarde. Sólo á fuerza de precauciones se consigue; precauciones que puede adoptar un carruaje particular, no un coche de línea para el servicio público. Es triste, es doloroso, hay que tratar de evitarlo; pero mientras los chiquillos, descuidados por sus padres, hagan juguete y diversión del tranvía, habrá criaturas despachurradas, pese á todas las multas y á todas las providencias que se adopten.

***

Las viejecitas, los sordos, los cortos de vista, los torpes en correr, están expuestos de igual modo á sufrir el cruel topetazo del tranvía, á caer por él arrollados. ¿Quién lo duda? No por eso se ha de limitar la circulación de tranvías, como no se ha de renunciar á edificar porque se caigan de los andamios los albañiles. Soy bastante miope y un día puedo ser cogida por el tranvía, del modo más soso. Declaro que sólo me quejaré en el caso referido anteayer por los diarios, ó en otro por el estilo: que, al querer subir á la plataforma, no me den tiempo y me arrastren. Eso sí que no les es lícito; eso sí que constituye una verdadera grave falta. Pero á los que se meten de grado y literalmente bajo las ruedas, ¿cómo salvarles? ¿Cómo detener instantáneamente el coche, suspenso en el aire para que no haga daño?

***

Se habla mucho de trabajos y gestiones contra la trata de blancas; esto es loable, merece respeto, debe alentarse..., pero sin perder de vista que el origen del mal está más hondo y que á no extirpar sus raíces no se conseguirá atajarlo eficazmente.

La trata de blancas... Forma aguda de una enfermedad crónica, y enfermedad crónica sostenida por un estado general del sexo femenino que en España menos que en ninguna se aspira á modificar y mejorar.

La mujer, sin instrucción completa, sin derechos, sin libertad para la competencia, sin alternativa en ningún ramo, autorizada únicamente á turnar con el hombre en las labores más penosas del taller y del campo, ¿qué asidero tiene para evitar ese escollo en que naufragan la mocedad y la honra?

Es tanto lo que acerca de este capítulo se podría decir, que vale más no empezar siquiera, y limitarse á afirmar que la *blancura* se corrige con baños de tinta, ¡con lo mismo que se corregirían tantas cosas! Instrucción, instrucción, instrucción, equidad, equidad, libertad, acceso á todo; que la mujer pueda hacer cuanto la permitan sus facultades, sin tropezar en preocupaciones ni en caprichosas trabas. Siempre habrá *blancas,* como siempre habrá alcohólicos y delincuentes; sólo que los habrá en menor número; no serán una plaga tan extensa, tan descorazonadora, ni tan funesta en sus consecuencias. Y es cuanto se puede pedir.

Emilia Pardo Bazán.



La pareja de la guardia civil tropezó con aquellos dos cuerpos rígidos que interceptaban el paso

SUICIDIO

– No; todo menos eso: antes de que nos separen, antes de que yo te pierda de vista y me roben la luz de tus ojos, los suspiros de tu pecho y el aroma de tus labios, soy capaz de hacer una que sea sonada; te lo juro por estas, Juana mía.

Y cruzando los dedos besábase las manos febrilmente relampagueándole la mirada, rechinándole la dentadura y enronqueciéndosele la voz que salía de su garganta con rugidos de ira y estremecimientos de sollozo...

– No, Paco mío; no quiero que por mí te pierdas!..

– Y si no me pierdo por ti, ¿por quién he de perderme? Eso de que quieran robarme el cariño de la mujer que ha nacido para mí; eso de que me dejen en medio del arroyo desamparado y me empujen de mala manera como á un borracho que estorba, mientras se llevan lo que es mío, lo que yo me he ganado á fuerza de sacrificios, de conducta, de honradez y de corazón, eso es más grave de lo que tú te imaginas y no estoy dispuesto á consentirlo. Sobre todo cuando yo no pido la luna; cuando es verdad que tú me quieres y que á ti también te roban la felicidad. ¿Has de hacer caso á Ramón porque sí y porque á tus padres les conviene?.. Yo no digo que Ramón sea una mala persona; es amigo mío y me consta que es hombre que vale; pero ni él te quiere á ti como yo, sino porque eres la más guapa del partido, ni tú le podrás querer á él porque tenga más tierras que todos nosotros: ¿es verdad?

– No me lo preguntes siquiera: tú y ¡sólo tú!

– Pues entonces, ¿á qué destrozar de ese modo una cosa que vale tanto como nuestro cariño? Tus padres ciegan ante el dinero y les importa poco matar nuestras ilusiones quitándote de mi lado para que tú te mueras de pena y yo me mate de desesperación. Pues eso no y no ¡y cien veces no!

– Sí, Paco, eso es lo que quieren, y... ¡todo menos eso!

– Pues ya verás cómo se arregla: espérame esta noche en la portillera del huerto cuando sea muy tarde, cuando ya duerman todos... Los perros me conocen y no han de delatarnos; te aguardo hasta que bajes.

– Bajaré.

Y sin cambiar más palabras, ella subió la cuesta que llevaba al cortijo, sujetando con el delantal el brazado de hierba; y él siguió por el valle saltando entre pedriscos, con la escopeta al hombro, en tanto que la luz del crepúsculo iba destacando la figura de la mujer á medida que ascendía y envolviendo en sombras la de él á medida que iba perdiéndose en las sinuosidades del arroyo.

– ¿Estás ahí?

– Desde hace una hora: abre la verja.

– ¿Para qué?

– Para que salgas.

– Si salgo es para siempre.

– Eso es lo que quiero.

La pareja de la guardia civil que bajaba de madrugada por la carretera, tropezó con aquellos dos cuerpos rígidos que interceptaban el paso.

La sangre que manaba de las heridas habíase encharcado alrededor de ellos y aparecía terrosa y empapada en el polvo.

Sin más averiguaciones y ante el estado agónico de los dos heridos, que en su desvanecimiento aún daban señales de vida, recogieron los guardias ambos cuerpos, y terciados en los caballos los condujeron hasta el hospital, que levantaba su mole augusta en las afueras de la ciudad y á poca distancia del lugar del suceso.

Al hacerse cargo, médicos y enfermeros, de los dos heridos, colocaron á cada uno en la sala que le correspondía. La operación fué dolorosa: tratábase de heridas mortales y aparecían ambos cuerpos acribillados de tal modo que no podía decirse que una mano criminal se hubiera gozado en destrozarlos, sino que un instinto superior y más sutil buscaba las fuentes de vida para borrarlas en total. Todos los golpes iban directos al corazón; pero el cuchillo, manejado torpemente, había siempre tropezado con obstáculos de la misma carne...

Los cirujanos cumplieron con su deber durante todo el día. Después los practicantes conjeturaron todo lo que su ingenio y su despreocupación juvenil les dictaba, y las hermanas de la caridad rezaron últimamente antes de acabar el día por si aquellos *dos números* muriesen durante la madrugada.



Bajo la luz del farol que entenebrecía aquel sitio, los dos se vieron

El silencio se hizo en el hospital: todas las dependencias quedaron á obscuras, y únicamente velaba, por compromiso, un mozo de los que retribuye mezquinamente la Diputación provincial.

Juana volvió en sí: la fiebre ofrecióle aquel intervalo de tiempo para darse cuenta de su situación. Y acordóse de la escena: había convenido morir abrazada á su amante, sintió el golpe primero en el corazón y creyó que abandonaba la vida...

Por eso, cuando sus ojos le dieron la sensación de una realidad imprevista, tuvo miedo; pensó en que disfrutaba de la vida mientras Paco era cadáver.

– ¿Ha muerto?..

El enfermero de guardia, hombre *práctico* en cosas de hospitales, tuvo el mal acuerdo de decirle:

– No; vive; está en la sala de enfrente; pero no salvará.

Y chupeteando un cigarrillo de los peores, se perdió entre la fila de camas que alumbraba tenuemente el foco opaco de luz eléctrica colocado en el centro del salón. Algo idéntico debió ocurrir en la otra sala, donde Paco, luchando con la muerte, no dió otras señales de vida que las de preguntar por Juana.

Y la noche seguía avanzando...

La calma de un hospital es augusta: el dolor aparece extendido por cuadras y habitaciones; los ayes son uniformes casi; la luz es monótona. La Caridad y la Ciencia se nublan un momento cuando todo queda bajo el poder de espíritus mercenarios...

Juana saltó del lecho. Nadie vino á impedirle aquella marcha difícil y salió de la sala...

Débil, jadeante, resintiéndose aún de las heridas vendadas, llegó al pasillo, ávida de enfrontar con la sala donde Paco yacía... En tanto que él, salvando igualmente las mismas dificultades, venía en su busca...

Bajo la luz del farol que entenebrecía aquel sitio, los dos se vieron.

Fué un grito espantoso: un grito de amor solemne y augusto en el cual se confundieron los mismos deseos y las mismas dudas:

– ¡Juana!

– ¡Paco!

Acudieron entonces los enfermeros y las hermanas de la Caridad que se habían retirado; quisieron separar ambos cuerpos; pero fué inútil. Al abrazarse los dos suicidas habíanse desgarrado de intento los vendajes de aquella primera cura, y una segunda hemorragia más abundante aún que la primera fué el remate del suicidio.

Los periódicos no dijeron nada al día siguiente. ¿Para qué? Estos dramas no entran en la categoría de *sucesos*.

(Dibujos de Medina Vera.) FÉLIX LIMENDOUX.

CASA PROVINCIAL DE MATERNIDAD Y EXPÓSITOS, DE BARCELONA


Patio de recreo de niños

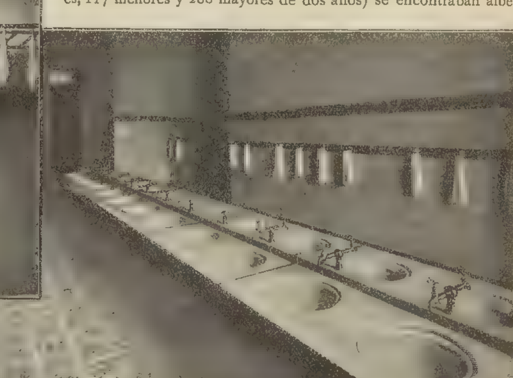

Entrada al edificio de lactancia


Patio de recreo de niñas

Aquel *patres nostri peccaverunt, et nos peccata eorum portamus,* del que tan justamente se lamentaba Címbali (1), es lo que se propone mitigar, como las demás de su índole, la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos de Barcelona, fundada en 1853, al trasladarse al antiguo local de la calle de Ramalleras los expósitos que se albergaban en el Hospital de la Santa Cruz, y que bajo la égida protectora de la Diputación Provincial, celosa de un servicio tan importante como abandonado por parte de otras Diputaciones españolas, y la inteligente gestión de las Juntas de Gobierno que en su dirección se han sucedido, ha venido siguiendo la piadosa orientación que le señalara durante cerca de medio siglo aquel esclarecido y cristiano varón que se llamó D. Ignacio de Casanova y de Mir y desempeñó primero el cargo de Administrador Subdirector, y luego, hasta su muerte, recientemente ocurrida, el de Secretario del Asilo.

El objeto de éste no puede ser más interesante, como no puede ser más conmovedor y doloroso el espectáculo de la infancia abandonada. La existencia de establecimientos de tal naturaleza evita los infanticidios que la miseria y el temor á la deshonra inducirían con frecuencia á cometer, y en ellos, después de proporcionarse á las tiernas y desvalidas criaturas, víctimas de una falta de la cual no son responsables, los primeros socorros materiales, se comienza á formar sus inteligencias y corazones, misión altísima que en el de Barcelona está encomendada á las admirables Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, á cuyo digno cargo corre además todo cuanto se refiere al régimen interior de la Casa, convertida en modelo de buen orden, limpieza é higiene, merced á sus desvelos y á los del ilustrado Cuerpo facultativo.


Sala de pediluvios


Lavabos

En la sección de Maternidad tienen albergue todas aquellas mujeres que, habiendo concebido ilegítimamente y reuniendo las debidas condiciones, quieren ocultar su estado y vivir retiradas hasta después del alumbramiento. En la sección de Expósitos lo tienen todos los hijos de padres desconocidos, ingresados por el torno ó la puerta ó remitidos de los pueblos de la provincia.

Ambas secciones, que antes estuvieron en la vieja casa, adonde el digno Gobernador D. Melchor Ordóñez mandó trasladar los expósitos en la época indicada, se hallan instaladas desde hace algunos años en los magníficos edificios levantados ex profeso en el antiguo término municipal de Las Corts de Sarriá, agregado actualmente á Barcelona, y de los que dan idea los grabados que publica hoy La Ilustración Artística. Son los principales: el pabellón destinado á expósitos de lactancia (menores de dos años), del que forman parte la interesante sección de las incubadoras para los faltos de tiempo, por las que obtuvo la Casa una señalada distinción en la Exposición de Chicago, y la otra no menos importante sección de lactancia artificial para los atacados de enfermedades contagiosas; el destinado á expósitos de destete (mayores de dos y menores de cinco años), conocido también con el nombre de Pabellón del «Avemaría;» el destinado á cocina, unido á los anteriores mediante unas hermosas galerías subterráneas; los dos destinados á expósitos de destete atacados de enfermedades infecciosas; el que lo está á lavaderos, y los provisionales del departamento de Maternidad. Por su grandiosidad y excelentes condiciones, así como por el buen orden é inmejorable disposición de los servicios, la Casa, que es la mejor de España, puede servir de modelo á la mayor parte de las del extranjero. Calcúlese por ello lo que será cuando estén terminados los edificios que falta construir, entre ellos uno de grandes dimensiones, cuya nave central ha de ser la Capilla; otro definitivo, que ha de levantarse con arreglo á las últimas indicaciones de la higiene y la arquitectura para la enfermería, sala de autopsias y depósito de cadáveres, y otro que en definitiva también ha de servir para instalar en él la sección de Maternidad.

Dadas las circunstancias de las personas á quienes se extiende la acción bienhechora del Asilo, la mayor parte de las mismas residen fuera de él, pues se procura confiar los expósitos de lactancia á buenas nodrizas externas y los demás á familias á propósito para su prohijamiento.

Así es que de las 5.258 personas de ambos sexos que en 1.° de enero de este año estaban bajo la tutela del establecimiento, 405 (esto es, 117 menores y 288 mayores de dos años) se encontraban albergados en él, y 4.853 (ó sea, 717 menores de dos años, 673 mayores de dos y menores de cinco años y 3.463 mayores de esta última edad) estaban fuera de la casa.

Tan excelente es el trato que los internos reciben, que á pesar de que son muchos los que, víctimas de la miseria ó del vicio de los que les dieron el ser, vienen al mundo ó ingresan en el Establecimiento en el estado más lamentable, las epidemias causan relativamente pocas bajas, y el promedio de las enfermedades comunes y de la mortalidad en la Casa (descontando, naturalmente, los que sucumben en los primeros momentos por efecto de aquel deplorable estado), es muy inferior al del resto de la población, por lo que á la infancia se refiere.

En cuanto á los externos, la ilustre Junta de Damas, en Barcelona, y, en otras poblaciones, entidades similares – cuyo número procura la Junta de Gobierno que aumente de día en día, – velan para que se cumplan escrupulosamente las condiciones impuestas á las encargadas de su crianza ó á los prohijantes.

Atendido el número verdaderamente enorme de tales expósitos externos, á cuyos encargados se retribuye hasta que aquéllos cumplen la edad de cinco años, ya se comprende cuán cargado ha de resultar por dicho concepto el presupuesto de gastos. Así es que de las 452.862 pesetas á que asciende el del año actual, 226.935 pesetas están destinadas á pagar los salarios de las nodrizas externas. Los de las nodrizas internas importan 16.500 pesetas.

Como los ingresos de la Casa ascienden sólo á 22.898 pesetas, 70 céntimos,

(1) *La nuova fase del diritto civile nei rapporti economici é sociali.*



Vestíbulo y escalera.



Clase de niñas.



Vista panorámica de los edificios.



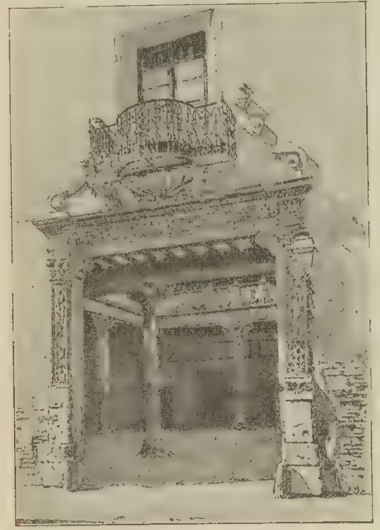


Dormitorios.

CASA PROVINCIAL DE MATERNIDAD Y EXPÓSITOS DE BARCELONA



resulta un déficit de 429.963 pesetas y 30 céntimos, á cubrir con fondos provinciales. La Diputación Provincial de Barcelona, á pesar de los cuantiosos gastos á que tiene que atender por otros conceptos, acude solícita y generosamente á tan grande necesidad; pero puesto que la beneficencia, como la enseñanza, es función social y no política, esto es, como



ZARAGOZA. – La casa de Zaporta ó de la Infanta. – Portada

la caridad ha de ser una virtud del individuo antes que un deber del ciudadano contribuyente, es preciso y de toda urgencia que las personas cuyo espíritu esté inflamado por aquella incomparable virtud cristiana; todos cuantos sientan humedecerse sus ojos y oprimirse su corazón al reflexionar sobre la triste suerte á que vienen sujetos los inocentes hijos de la culpa, y perciban la trascendencia de una obra que tiende á ponerles sanos y salvos en el camino de la vida; todos aquellos que comprendan, en fin, el heroico proceder de aquellas vírgenes que, por amor á Dios y renunciando á los bienes perecederos, adoptan por hijos á los de las infelices madres que, encenagadas en el vicio, los abandonaron, ó que tal vez, presas de martirio indecible, se ven obligadas á ocultar su maternidad y á privarse del sublime placer de estrecharlos entre sus brazos y apretarlos contra su regazo; todos los que tal sientan, perciban y comprendan, contribuyan á una obra de tanta magnitud: con sus pingües donativos los pudientes, con sus óbolos modestos los humildes, y unos y otros con el concurso de su voluntad generosa y decidida.

CARLOS FRANCISCO Y MAIMÓ

ZARAGOZA. – LA CASA DE ZAPORTA

El ilustre historiador, arqueólogo y poeta D. José María Quadrado, en su notable libro sobre Aragón, que forma parte de la importante obra «España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza é historia,» describe en los siguientes términos la casa de Zaporta, conocida también con el nombre de la Infanta por haber servido á fines del siglo XVIII de residencia á la Vallabriga, esposa del infante D. Luis:

«Rodean el cuadrado recinto de su piso bajo ocho columnas estriadas en su parte inferior y formadas desde el anillo arriba por grupos de tres figuras como de sátiros y de ninfas que, enlazadas por los brazos y cubiertas de la cintura abajo con paños y guirnaldas, sostienen en sus cabezas el capitel. Sobre éste descansan acurrucados dos mascarones de hombres, mujeres y animales, sirviendo de imposta para aguantar el friso delicadamente esculpido con una greca de follajes, monstruos y medallones. De una dentellada cornisa arranca la galería superior, presentando seis arcadas por lado, y profusión, variedad y primor de relieves por todas partes: los pedestales de sus ligeras abalaustradas columnas llevan esculpido un mascarón; adornan el antepecho medallones con bustos de gran tamaño, cuáles revestidos de armadura, cuáles con el traje del siglo XVI y todos con espada desenvainada; el arquivolto de los redondos arcos se ve artesonado, sus enjutas ocupadas por pequeños grupos de figuras y animales, su cornisa sostenida por ménsulas y prolijamente labrada. No desdice del patio la escalera, cuyo pasamano reproduce los bustos del antepecho, tan usuales en aquel género de arquitectura y producto de la inventiva, á lo que creemos, más bien que retratos ó alusiones; iguales los ofrece en derredor suyo, con varias figuras mitológicas en las pechinas, su cúpula de madera artesonada con variados cuadros; y los cuatro arcos que le dan salida á la galería son idénticos á los ya descritos.»

Esta valiosísima joya del arte plateresco fué construída, según fundadas conjeturas, en la primera mitad del siglo XVI bajo la dirección del famoso arquitecto y escultor Martín de Gaztelu, *Tudelilla*, y es considerada como uno de los más bellos y mejor conservados ejemplares de aquel primoroso estilo que constituye el primer período del Renacimiento español. Esta sola circunstancia sería suficiente en cualquiera nación que se preocupara algo de cuanto con la historia del arte se relaciona, para poner á la casa de la Infanta á cubierto de todo riesgo que amenazara su existencia; en España, desgraciadamente, no sucede así, y hoy el precioso monumento, ornato de la capital aragonesa, está en peligro de próxima desaparición.

No nos ha extrañado la noticia: donde por razones de mayor ó menor conveniencia se ha procedido al derribo de la famosa Torre Nueva; donde no ha habido un gobierno ni una comisión de monumentos capaces de evitar crímenes artísticos tan graves como éste y otros no menos importantes, aunque no tan conocidos, ¿cómo extrañar que no haya una institución oficial que se interese por la suerte de una joya más ó menos? Quédese para los Estados idealistas, como Alemania, el destinar millones á la conservación y restauración de monumentos y á la adquisición de obras de arte; dejemos que un pueblo soñador, como el de Italia, reedifique á peso de oro el *Campanile* de Venecia, cuya fama, más que á su belleza artística, se debió á su carácter histórico. Aquí somos más prácticos; aquí estas cuestiones, de índole principalmente especulativa, sólo preocupan á cuatro *maniáticos* que han tomado en serio lo de que «no sólo de pan vive el hombre.»

Ponen éstos ahora el grito en el cielo, invocan el patriotismo de todos, aun de los que como ellos no piensan, y hasta consiguen, á fuerza de lamentos y de imprecaciones, que algunos hombres públicos, pues aquí los hombres públicos son los únicos que todo lo pueden, les ofrezcan hacer algo por complacerles; pero mucho nos tememos que, pasada la impresión del primer momento, vuelvan las cosas á su curso tranquilo y que al fin desaparezca la casa de la Infanta, como un día ú otro desaparecerán, si Dios no lo remedia, los demás tesoros que nos dejaron las pasadas edades, por egoísmo de los unos, por indiferencia de los otros y por punible abandono de los que en otros países se creen obligados á ser fieles guardadores de las tradiciones artísticas de un pueblo. – M.



ZARAGOZA. – La casa de Zaporta ó de la Infanta. – Angulo del patio

CUENTOS DE ÚLTIMA HORA

UN DUELO Á MUERTE

Hace ya algunos años oí referir la historia de este lance en la reunión de madrugada de Fornos.

Es una historia cómicamente fúnebre, un suceso siniestro y risible todo junto, una especie de tragedia para hacer reir y de sainete para hacer llorar, hablando al estilo de D. Ramón de la Cruz.

El brigadier – todavía había brigadieres entonces – era uno de los más asiduos concurrentes á la tertulia, y no sé por qué todos le llamaban *Talegón*, hasta el mozo.

Por supuesto, se lo llamaban cuando él no lo oía, porque el difunto brigadier *Talegón* (ahora que no me oye) tenía un genio de todos los demonios y era capaz de armar una camorra «en la flor de un berro,» como él mismo decía.

Militar «por esencia y potencia» – frases suyas, – soldadote rudo que se había ganado la carrera combatiendo en la guerra y «en todos los terrenos,» el brigadier era en el fondo un buen hombre, lo que se llama una malva, para los que sabían conllevarle el carácter.

Ordenancista, eso sí, «no se había casado nunca con nadie,» y ya retirado *prolongaba* el fuero de guerra y conceptuaba el estado de sitio perpetuo como el ideal del Estado.

– Estas patatas están poco fritas. Era cosa de pegarle cuatro tiros al cocinero.

Aquellos contertulios que le eran simpáticos le *tomaban el pelo* impunemente.

– ¿No ha reparado usted, mi brigadier?

– Usted dirá, pollo.

– Que cada día le ponen á usted menos manteca en las medias tostadas.

– Ya, ya. Si este país estuviera gobernado como es debido..., habría que formar sumaria á la repostería. La ordenanza lo dice. Insuficiencia de los víveres. A mí déjenme ustedes las ordenanzas, y gobierno el planeta como una seda. ¡Mozo! Este café está frío.

– Mi brigadier...

– Te voy á fusilar.

Con su aspecto de brigadier de teatro, cejijunto, bigote y larga perilla embadurnados de tinte barato, alto y marcial y echando ¡mil bombas! y ¡cien rayos! por aquella boca, parecía que se iba á tragar el mundo.

Luego otorgaba generosamente el indulto y no pasaba nada.

Con lo único que no transigía era con el mote.

Llamarle *Talegón* era el peor de los *insultos á superior* que pudieran dirigírsele.

Había ya tenido por eso tres ó cuatro «cuestiones personales,» que en realidad no llegaron á ser cuestiones porque acabaron en otras tantas actas.

Quedaba retirado lo de *Talegón*, pero el mal rato que el brigadier había pasado «no se lo abonaba nadie.»

– Un día voy á tener que matar á uno, añadía, para concluir de una vez con esas bromas.

Decíase que era un gran tirador de pistola.

Y sin duda estaba de Dios que habían de cumplirse los funestos presentimientos del brigadier.

Ello fué una noche en que llegó al café con el humor más agrio que de costumbre.



EL CARNAVAL DE MADRID. - Carroza «Ultimos moradores,» que obtuvo el primer premio

– Va á llover, exclamó D. Fermín viéndole entrar.

– ¿Ha bajado el barómetro?

– No sé, pero á *Talegón* debe de habérsele resentido el balazo de Montejurra, á juzgar por la cara que trae. Signo de humedad... y de *bronca*.

– Oiga usted, paisano...

Así comenzó á entablar conversación el brigadier, y cuando él comenzaba de tal modo..., ¡hum!, malo, malo, malo.

Le daba una entonación particular á aquella palabra.

Decía: «Oiga usted, paisano.» Y *sonaba* como si diría: «Oiga usted, *cualquiera*.»

Habló y tronó contra todo y contra todos. Quería fusilar «al verbo» y poner á España patas abajo y no respetar «ni al *sursum corda*» y hacer «una sonada» y tirar al gobierno, que tampoco aquel mes había pagado á las clases pasivas... ¡Qué sé yo!

– Aquí no hay país, ni vergüenza, ni nada.

– Vamos, cálmese usted, se atrevió á insinuar un tal González, nuevo en la reunión.

– No admito advertencias, paisano.

– No es advertencia, perdone usted. Digo que me parece que no es para tanto, Sr. de *Talegón*.

¡Horror! ¡Terror! ¡Furor!

¡Sr. de *Talegón!*

Y con qué tranquilidad y con qué dulzura había pronunciado aquel hombre la palabra fatal.

El brigadier se abalanzó sobre él furioso, González paró el golpe con un bastón, se interpusieron los amigos... Después, cambio de tarjetas, envío de padrinos, lo de ritual.

– ¡A muerte!, rugía *Talegón*.

Pero el caso era que González no había ni soñado en ofenderle. Le había llamado *Talegón* de buena fe, porque creía que se llamaba así. Había oído hablar del brigadier *Talegón* en el café. Hasta creía que era pariente de los Talegones de su pueblo, una familia muy bien considerada.

– ¡A muerte!, continuaba el ofendido. El mote se puede retirar. Pero me tocó en la cara con el bastón. «Ofensa con golpes.» No tiene remedio. ¡A pistola y á muerte! Concluyamos de una vez. Ahora se verá quién es *Talegón;* digo, ¡mil bombas!, ahora se verá quién soy yo.

No pudo haber arreglo y se concertó el desafío para la madrugada siguiente en una finca de las cercanías de Madrid. A pistola y á muerte.

– Mi brigadier, le dijo ya en el terreno uno de sus padrinos á *Talegón;* González es un infeliz; su pobre mujer dió á luz anoche el primer fruto de bendición de este matrimonio. Está decidido á no tirar. Usted es bueno, usted es noble, el honor se ha salvado, tenga usted compasión.

Sonaron á poco las tres palmadas.

– No quiero matar á un padre de familia, exclamó *Talegón* conmovido.

Desvió la pistola, salió el tiro y cayó muerto Sebastián, el guarda de la finca, que tenía seis hijos y presenciaba el lance á poca distancia.

JOSÉ DE LASERNA.

EL CARNAVAL MADRILEÑO

Carnaval es la juventud del año. Cuando más se divierte Madrid, cuando más disfruta, es en esta época, porque hasta todas las clases sociales llega el revoltijero bullicio de Carnaval. ¡Con cuánta ansiedad se le espera!

Nada verdaderamente notable ha diferenciado al presente año de los pasados, de modo que esta crónica sólo puede ser una nota impresionista más del Carnaval madrileño.

Así como en la paleta del pintor hay uno ó dos colores que se destacan vivamente de los demás, también del crecido número de bailes que aquí se celebran, dos son los que resaltan notablemente: el del Círculo de Bellas Artes y el de Modistas. ¡Qué diferentes son y cuánto atractivo tienen!

Para el primero, verificado en el teatro Real, pintó un artístico cartel D. Juan Francés. Desde las doce comenzaron á llegar los coches. Muchos curiosos los esperaban á la puerta del elegante coliseo: dos focos de luz esparcían su claridad espectral sobre la enmascarada que surgía de la penumbra del coche; por entre el disfraz se adivinaba un cuerpo de escultura correctísima, y bajo la careta el lindo perfil de un semblante, hermoso unas veces, gracioso ó coquetón otras. Junto á las caprichosas mascaritas iban los hombres, orgullosos, luciendo sus flamantes chisteras y sus botas acharoladas, engabanados en sus largos abrigos de pieles, y desaparecían buscando la bulliciosa animación del baile, que les permitía danzar al compás de la orquesta abrazados á la persona deseada ó pasear por el vestíbulo cogidos del brazo.



EL CARNAVAL DE MADRID. - Carroza «Cesto de naranjas,» que obtuvo el segundo premio

Aunque el baile de Modistas carecía del perfume de elegancia que ostentó el del Círculo de Bellas Artes, hallábanse allí mayores atractivos. Las hijas del trabajo, inquietas y revoltosas, daban una nota de voluptuosidad y alegría tan placentera como una sonrisa de felicidad.

El domingo de Carnaval se verificó la fiesta en el Parque de Madrid: resultó animadísima. Se otorgaron los premios á las carrozas, á las estudiantinas y máscaras que á juicio del Jurado le merecieron. Las carrozas más notables fueron: Un castillo, sobre el que veíanse varios murciélagos, otro castillo en ruinas, una cesta de calabazas, una gallina con polluelos, una cesta de flores y... nada más. Las restantes no tenían nada de particular; resultaban carromatos adornados; y aun en los premiados, si no carecían de gusto artístico, se notaba claramente la falta de práctica.

EL CARNAVAL DE MADRID. - Carroza «Grupo de calabazas,» que obtuvo el tercer premio

Los dos días siguientes se congregó el Carnaval en el paseo del Prado, Castellana y especialmente en Recoletos.

Desde las Calatravas hasta el Ministerio de la Guerra se sucedían unidos los puestos ambulantes de serpentinas y *confetti*. Por una *perra grande* facilitaban al comprador un bote de papelillos. Esta industria ha tomado proporciones considerables. Al llegar á la fuente de Cibeles y entrar en el paseo de Recoletos, la confusión es grandísima.

De las tribunas á los coches, las serpentinas van tendiendo hilos de color por donde se transmiten las corrientes de simpatía. Una lluvia de *confetti* cae sobre los transeuntes; la batalla empieza, y hasta que los combatientes no acaban los papelillos, siguen éstos revoleando por el espacio.

Al atardecer, comienza el desfile por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol. Es imposible formarse idea exacta de la gente y el número de carruajes que regresa. Aún por las calles se continúa tirando *confetti*, y á pesar del cansancio que en las personas se nota, todas desean vivamente que pase pronto la noche y la mañana para volver de nuevo.

El Miércoles de Ceniza lo celebra la gente artesana en la pradera del Canal. Sobre el verde gramal de la extensa pradera, tienden el blanco mantel, sacan de la cesta las viandas y dan fin de la merienda. Como son muchos los grupos de comensales, la pradera resulta animadísima. Algún exceso se hace del licor que embriagó á Noé; pero la vigilancia impide que se altere el orden y la tarde transcurre alegre.

Y termina el Carnaval con el Domingo de Piñata, último de tirar papelillos y serpentinas en los paseos y de bailes de máscaras.

¡Un carnaval más que pasó!

Otra vez al constante carnaval de la vida, verdadera mascarada donde se finge con traición é hipocresía y se disfraza con la apariencia.

(Fotografías de F. Rosálvez Peñalver.) JULIO DE HOYOS.



EL BESO DE MEDUSA, cuadro de W. Kotarbinski



TIZIANELLA, cuadro de Juana Romani

NUESTROS GRABADOS

El beso de Medusa, cuadro de W. Kotarbinski. — Entre los pintores ruso-polacos ocupa el varsoviano Kotarbinski una posición propia. Así como la mayoría de sus compatriotas se han arrojado en brazos del naturalismo y del impresionismo parisienses, él sigue rindiendo culto al romanticismo fantástico. Este pintor, que cuenta en la actualidad cincuenta y dos años, ha residido durante veinte en Roma, obteniendo la gran medalla de la Escuela de San Lucas y alcanzando no menos honores en Lemberg, Varsovia y Moscou. Sus obras figuran casi todas en museos y galerías particulares de Rusia, pues hasta ahora no se ha preocupado de darse á conocer en el extranjero: el aplauso de su patria le basta, y su patria no se lo regatea, antes bien le colma de distinciones. El cuadro suyo que reproducimos y que representa á Medusa estampando su funesto beso en los labios del criminal crucificado y clavando en él sus ojos de fuego, es una composición grandiosamente concebida y ejecutada con un vigor, con una valentía que revelan el temperamento de un artista en toda la extensión de la palabra.

D. Laureano Figuerola. — El ilustre hacendista y hombre público que el 28 de febrero último falleció en Madrid, había nacido en Calaf en 1816 y cursó Filosofía y Derecho en la Universidad de Barcelona, en donde comenzó á ejercer con gran lucimiento la carrera de abogado y fué nombrado síndico del Ayuntamiento. Desempeñó además en esta ciudad, como substituto, la cátedra de Derecho constitucional y de Economía política, en la que se inició su reputación como economista. Director de la Escuela Normal barcelonesa en 1846, ganó al año siguiente la cátedra de Derecho administrativo y Economía política y en 1853 la de Derecho político y Legislación mercantil de la Universidad central. Fué uno de los representantes de España en el Congreso de Economistas de Bruselas de 1856 y en el Congreso sobre el sistema tributario que se reunió en Lausanne en 1860. Afiliado desde su primera juventud al partido progresista, fué diputado en varias legislaturas, defendiendo en el Parlamento las doctrinas librecambistas y adquiriendo en las discusiones de las cuestiones económicas tal fama de competencia, que en el primer gobierno de la Revolución de 1868 le fué confiada la cartera de Hacienda. La situación por que pasaba la hacienda española en aquel entonces era, no difícil, sino casi desesperada: D. Laureano Figuerola supo vencer con gran tesón muchas dificultades al parecer insuperables, y si no las venció todas no fué por falta de iniciativas provechosas ni de saludables energías, sino por la fuerza de las circunstancias, que fueron más poderosas que su voluntad. Afiliado al partido radical, era presidente del Senado cuando ocurrió la renuncia de D. Amadeo y fué uno de los que votaron la República; sin embargo, tomó poca participación en aquel gobierno, y aunque después de hecha la Restauración no quiso reconocerla y siguió afiliado al partido republicano, siendo uno de los que firmaron el manifiesto de 1.º de abril de 1880 y figurando en vida de Ruiz Zorrilla en la Junta directiva de la agrupación republicana progresista, las disidencias de los republicanos y su avanzada edad le fueron retrayendo poco á poco de la política, de la cual se hallaba apartado desde hace algunos años.

D. LAUREANO FIGUEROLA, notable hacendista, fallecido en Madrid en 28 de febrero último

En la actualidad, era presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, presidente de la sección segunda de la Comisión general de Codificación y vocal de la Junta Superior de Prisiones.

¡Descanse en paz el economista famoso, el trabajador infatigable, el hombre de quien como de pocos puede decirse que fué un carácter!

Eusebio Blasco. — Ingenioso cronista, inspirado poeta, periodista hábil, autor de innumerables cuentos á cual más bellos y de cien obras dramáticas á cual más aplaudidas; *causeur* inimitable, todo esto fué el famoso y popular escritor que acaba de fallecer en Madrid, á la edad de 59 años. Eusebio Blasco había nacido en Zaragoza, hijo de un arquitecto muy reputado por su ciencia y laboriosidad, y comenzó los estudios preparatorios para ingresar en la Escuela de Arquitectura. Contaba veinte años cuando la muerte de su padre y la necesidad de atender á la subsistencia de su madre y de sus hermanos pequeños le obligó á abandonar la carrera empezada y á trasladarse á Madrid para ganarse el sustento con la pluma, entrando en seguida en la redacción de *La Discusión*, que dirigía D. Nicolás María Rivero, y poco después en la del *Gil Blas*, semanario satírico, que fué órgano eficaz de la obra revolucionaria. No tardó en dedicarse al teatro, estrenando con gran éxito *La mujer de Ulises*, *Un joven audaz*, *El vecino de enfrente* y *El joven Telémaco*: con esta última introdujo Blasco en España el género llamado bufo, que tanta boga alcanzaba entonces en Francia y que supo arraigar en nuestra patria el inimitable Arderíus. Triunfante la Revolución de Septiembre, Rivero, ministro de la Gobernación, le confió su secretaría particular, puesto que abandonó poco después, no volviendo á figurar en política hasta que en 1875 Cánovas le confió un cargo en la Dirección general de Comunicaciones. Por razones no bien conocidas se separó del partido conservador y se adhirió á la política de Martos primero y de Ruiz Zorrilla después, y llevado de su espíritu aventurero y tal vez impulsado por desengaños y contrariedades, trasladóse á París, en donde, á pesar de ser extranjero y sin más apoyo que el de su talento, no sólo logró entrar en la redacción de *Le Figaro*, sino crearse una situación importante en aquel periódico, que para los más reputados escritores franceses constituye la meta de sus aspiraciones. Al cabo de algunos años regresó á su patria, estableciéndose en la corte y consagrándose por entero al cultivo de la literatura, consiguiendo no interrumpidos triunfos en el periódico, en la revista y en el teatro.

El catálogo de sus obras dramáticas de todos los géneros es larguísimo: entre sus creaciones más celebradas citaremos *El pañuelo blanco*, *El baile de la condesa*, *La mosca blanca*, *La tertulia de confianza*, *La rosa amarilla*, *El anzuelo*, *Los dulces de la boda*, *Cabeza de chorlito*, *El Angelus*, *José León*, *La cruz del túnel*, *Pobres hijos*, *Pobre porfiado*, *No la hagas y no la temas*, etcétera, que representaron Matilde Díez, Elisa Boldún, Elisa Mendoza Tenorio, María Tubau, María Guerrero, Vico, Catalina, Calvo, Díaz de Mendoza, es decir, los astros de primera magnitud de nuestro teatro.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tantas veces se ha honrado con la colaboración de Eusebio Blasco, dedica con estas líneas un modesto, pero sentido testimonio de admiración al escritor ilustre, y se asocia de todo corazón al sentimiento que su muerte ha producido en el mundo literario de nuestra patria.

Tizianella, cuadro de Juana Romani. — Aunque residente desde hace años en París, esta notable pintora no ha olvidado que es italiana, no sólo por su nacimiento, sino por su temperamento y educación. La influencia del medio parisiense no ha bastado á extinguir ni debilitar siquiera el fuego que en su alma depositaron el sol ardiente, el cielo purísimo, la atmósfera cálida, la naturaleza exuberante de Italia. Por esto sus pinturas son vigorosas, los trazos firmes, los tonos cálidos; sus figuras respiran pasión, sintiéndose circular por sus venas la sangre ardiente que enardece á las mujeres de aquella tierra privilegiada. Véase, en prueba de ello, esa *Tizianella*, hermosamente pintada, que parece resumir la gracia, la belleza, la esbeltez, los encantos todos de esa raza de hembras que han inmortalizado los Tiziano, Rafael y tantos otros maestros de todos los tiempos.

Gitana, cuadro de Isidro Nonell. — Cuanto es y cuanto vale, débelo Isidro Nonell á su propio esfuerzo. Refractario á aceptar los cánones y reglas de los estudios académicos, ha buscado en la calle, en cuanto vive y se agita á su alrededor, los modelos para sus estudios y sus cuadros, fijándose especialmente en los tipos y caracteres cuyos rasgos, coloración ó actitudes pudieran producir más violentos contrastes. En este concepto, algunos han considerado al pintor á que nos referimos como un verdadero revolucionario. Por nuestra parte no opinamos lo mismo, ya que vemos en Nonell la representación de la constante aspiración humana, cual es la de poder cumplir una misión y llenar el cometido que representa la acción, dependiendo la finalidad de la inteligencia de quien la ejecuta.

MISCELÁNEA

Teatros. — *París.* — Se han estrenado con buen éxito: en los Bouffes Parisiens *Florodora*, opereta de gran espectáculo en dos actos y tres cuadros de Owen-Hall, adaptada á la escena francesa por A. Vely y F. Schwab, música de Leslie Stuart; y en el Ateneo *L' enfant du miracle*, comedia bufa en tres actos de Pablo Gavault y Roberto Charvay.

Barcelona. — En el teatro de Novedades actúa una excelente compañía de declamación italiana, dirigida por el eminente actor Ermette Zacconi. En el propio teatro han dado un concierto los eminentes artistas Vidiella y Ribera: el primero ejecutó admirablemente, acompañado de la orquesta, el concierto en *re* mayor de Bach, y solo, la sonata séptima de Beethoven y una composición de Brahms, obteniendo en todas ellas entusiastas ovaciones; el segundo dirigió de una manera superior á todo encomio el prólogo sinfónico de Max Schilling para la ópera *Rey Edipo*, la escena de la Consagración de la ópera de Wagner *Parsifal*, en cuya ejecución tomaron parte el Orfeó Canigó y la Escola Jordiana, y la sinfonía de *Tannhauser*, que produjeron un efecto indescriptible, conquistándose el señor Ribera una ovación tan grande como merecida. También en Novedades han dado dos conciertos los notables artistas señores Secchiari (violín) y Casella (piano), que obtuvieron grandes aplausos en cada una de las piezas que solos y juntos tocaron.



El ilustre escritor EUSEBIO BLASCO, fallecido en Madrid el día 25 de febrero último

Necrología. — Han fallecido:

Tomás Dennerlein, escultor alemán.

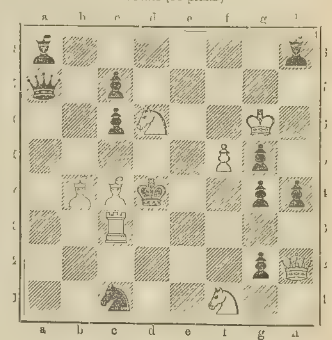
Augusta Holmes, notable compositora francesa, autora de varias cantatas y de la ópera *Montaigne noire*.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 316, POR M. FEIGL.

5.º premio del Concurso de *La Stratégie*, sección A.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 315, POR DR. GOUBEAU.

Blancas.	Negras.
1. Cg7 – e6 jaque	1. Rf8 – e8
2. De4 – g6 jaque	2. Re8 – d7
3. Dg6 – d3 jaque	3. Dd2 × d3
4. Ce6 – c5 jaque	4. Rd7 – d6
5. Cc5 × d3	5. e7 – e5
6. Rh1 – g1	6. e5 – e4
7. Cd3 – c1	7. e4 – e3
8. Rg1 – f1 y ganan.	

VARIANTES.

	1. Rf8 – f7
2. De4 – f5 jaque	2. Rf7 – e8
3. Df5 – f8 jaque	3. Re8 – d7
4. Df8 – d8 jaque y ganan.	

EL DUEÑO DEL MOLINO

Novela original de Matilde Alanic. - Ilustraciones de Marchetti

(CONCLUSIÓN)

– A propósito, dijo de repente Felipe, creyendo que debía generalizar la conversación, he sabido en Chateau Guntier una noticia que se refiere á la Chapelle.

– ¿Qué es ello?, preguntó Fanchette con curiosidad.

– Se trata, dijo Felipe con indiferencia, de una propiedad que su dueña trata de vender. Como no es una cliente habitual de mi notario, el Sr. Bailly, éste me ha pedido informes sobre el Otero y sobre su dueña.

Varias exclamaciones siguieron á estas palabras.

– ¿El Otero? ¡Cómo! ¿Es el Otero el que se vende?.. ¿Es posible?..

Pedro no dijo ni una palabra, pero su respiración se detuvo y sus ojos se fijaron ávidamente en Felipe.

– Sí, el Otero, afirmó con naturalidad el joven Sergent. Y según las hipótesis del notario, la vendedora ha debido ser víctima de las últimas quiebras y quiere encontrar comprador para dejar la comarca antes de que se conozca su ruina.

– ¡La ruina!, exclamó Destraimes con voz conmovida. La historia es, en efecto, interesante.

Naturalmente, la noticia suscitó comentarios sin número y sin fin. Hasta la viuda de Destraimes salió de su apatía para decir que sería útil, si las circunstancias lo permitían, comprar el pedazo de tierra enclavado en los campos de Bas-Pré, negocio que nunca se hubiera atrevido á proponer á la señorita Jaffre. La ambición del viejo Andrés fué más lejos. Mirando expresivamente á su nieto, inició la idea de que el Otero, situado cerca del río y no lejos del molino, sería una agradable residencia.

Y el orgullo del viejo se exaltó ante aquella triunfante perspectiva. ¡Los Sergent dueños del castillo!.. Todas las cabezas se calentaron ante esa idea y más que ninguna la de Fanchette, viendo aquella probable apoteosis de la familia amiga.

Todos trataban de sacar partido de la decadencia anunciada y nadie pensaba en compadecer á la orgullosa propietaria, que siempre se había atraído más enemistades que simpatías por la afectación de sus maneras y por su agrio carácter. La biografía de María Luisa Jaffre no ofrecía más que detalles de odio y de rencor. Todos recordaron con qué furor acogió, teniendo sólo trece años, el matrimonio novelesco de su padre y de su institutriz, y la constante hostilidad que demostró hacia el hijo de aquella unión. También salió á colación su rabioso despecho cuando su primo materno, el capitán Maurevel, se enamoró de su hermana menor, cuya belleza formaba tan violento contraste con la fealdad de la primogénita, y se hizo aceptar por marido, aun teniendo mucha más edad que ella.

El viejo Sergent, con su espíritu cáustico, hizo observar que María Luisa era como el vino, que mejora al envejecer, pues había educado á la hija de aquella hermana aborrecida y manifestaba la intención de dotarla y de dejarla por heredera...

– ¡Oh! Ni por tener una fortuna querría yo arrastrar la existencia de Alicia, dijo redondamente Celina. Su tía no le da un alfiler sin recordarle su incomparable generosidad, de modo que la pobre muchacha trata de demostrar su gratitud por una verdadera servidumbre... ¡Es tan buena y tan dulce! Sentiría mucho que tuviera que sufrir la pobreza...

– ¡Bah!, dijo Felipe apresurándose á consolar á su prima. Las presunciones del notario son acaso infundadas, como si fueran de un simple mortal... Puede ser que estemos gastando nuestra imaginación sin motivo.



Fanchete había convidado á sus amigas para celebrar el memorable acontecimiento (pág. 165)

Con su corazón leal, Sergent no sospechaba hasta qué punto se aplicaban exactamente sus últimas palabras á su primo y qué inquietud febril le dominaba mientras estaba allí silencioso é inmóvil en contemplación delante de su plato. Mil pensamientos tumultuosos se chocaban en su alma y hacían asomar el rubor á su rostro ó le ponían pálido de repente. Todo lo que dormía en él hacía meses se despertaba impetuosamente. Sus aspiraciones, severamente comprendidas hasta entonces, volvían á remontar el vuelo.

¿Si fuera cierto?.. Si aquellas conjeturas se confirmaran, ¡qué dicha inesperada para él!.. Alicia, pobre, era ya accesible... ¿No podía Pedro pensar en su propia dicha, ahora que todas las dificultades se habían allanado?

Pedro, al pensarlo, se perdía en divagaciones deliciosas... En cuanto supiera á qué atenerse sobre el estado de fortuna de la señorita Jaffre, trataría de encontrar á Alicia, en Champignette ó en otra parte, y le confesaría lo que sentía por ella desde su primer encuentro. ¿Qué respondería?.. La ansiedad le dominó un instante, pero después cobró confianza recordando mil indicios favorables, como cierta turbación de aquellas pupilas negras ó de aquella voz melodiosa... Y su corazón latió locamente... ¡Dios mío! ¡Pensar que Alicia podría ser suya!.. Pedro trató de imaginar ese milagro. Alicia, la amada, la respetada, entrando en su casa, participando de su vida íntima, pasando la existencia á su lado... Sus ojos se humedecieron en un éxtasis indescriptible.

Una repentina intuición advirtió á Pedro que alguien le miraba. Levantó la cabeza y encontró fija en él la mirada escrutadora de su madre. Pedro dejó ver la sonrisa violenta y el rubor revelador de una muchacha sorprendida en flagrante delito de meditación amorosa.

En aquel momento asomó la cabeza por la puerta la mujer de Bautista Paumier, siempre agradablemente colorada, como si acabara de lavarse las mejillas con frescas frambuesas.

—¿Molesto?, dijo introduciendo sin más miramientos el resto de su persona, animada por la buena acogida general.

—¡Buenos días, Delfina la de los gemelos!, exclamó Fanchette con petulancia. ¿Cómo están esos sorprendentes muchachos?.. Entra, entra, hija mía. Llegas á punto para tomar café con nosotros.

—Eso no se rehusa, respondió redondamente Delfina colocándose en el sitio que se apresuró á hacerle Celina por medio de una aproximación hacia Felipe. Sin embargo, acabo de almorzar en el Otero.

—¿Vienes del Otero?, exclamó Fanchette, cuya papalina hizo un brusco movimiento. Entonces tú vas á enterarnos... ¿No has notado nada de particular en la casa, tú, que no eres tonta?..

En la manera majestuosa que Delfina tenía de remover su café, conocieron todos que tenía noticias de primer orden que no soltaría sino con su cuenta y razón. Pero la tentación de dar gusto á una lengua turbulenta y la satisfacción de complacer la curiosidad de un auditorio simpático, decidieron por fin á la mujer á romper aquel silencio imponente y lanzó de repente la bomba.

—¡Pues sí! Hay algo nuevo en el Otero. ¡Y cosa gorda!.. La señorita Alicia se casa...

El azucarero de estilo Imperio que Pedro estaba presentando á su madre estuvo á punto de llegar á su última hora á causa del temblor convulsivo que agitó la mano del joven. Si esperaba una noticia, no era seguramente esa... Y la mujer de Bautista continuó, en medio de un rumor de asombro:

—Sí, se casa... Se casa con un pariente de una amiga de la señorita Jaffre, un Sr. Briandy, que tiene una buena plaza en Hacienda, creo que en Marsella... Nadie sabe nada todavía, porque la cosa se ha arreglado durante el viaje á Suiza, y esas señoras han estado algún tiempo en Nantes antes de llegar aquí el sábado último. El compromiso se contraerá en una gran comida, en el Otero, á fines de esta semana, en cuanto vuelva el novio, que se va á París á sus negocios... Después se marchará de nuevo y no volverá hasta el día de la boda... De manera que Alicia no habrá visto á su futuro más que cinco ó seis veces, en total...

—¿Has visto tú á ese Sr. Briandy?, preguntó con aspereza Celina, como si mordiese con rabia en aquel nombre que le era antipático.

—¡Oh, sí!, dijo la joven granjera con cierto tono de desdén, le he visto... Un caballero con una raya en medio de la cabeza, ancha y limpia como una calle de jardín, con anteojos de oro, un cuello tieso que le debe cortar las orejas... y ya viejo... Treinta y cuatro años, según dicen, pero representa cuarenta. ¿No es demasiada edad para una joven de veintiún años?.. Porque Alicia es bonita, aunque le falte un poco de sangre en las mejillas, añadió Delfina, convencida de que la intensidad de color constituía la principal belleza. Por otra parte, la señorita Alicia no parece muy alegre... Las señoritas, continuó vertiendo por completo lo que tenía en la cabeza, las señoritas son menos felices que las campesinas... Bautista y yo nos casamos porque nos gustábamos, mientras que en la clase alta se trata de acordar los bolsillos más bien que los corazones... Si Alicia hubiera sido libre para elegir, creo que su elección hubiera ido á otra parte...

Y al decir esto, Delfina tenía los ojos fijos en el vacío con una obstinación que daba á entender que el objeto misterioso de aquella preferencia estaba presente y no se atrevía á mirarle. Pedro hizo tal esfuerzo por permanecer en aparente calma, que las venas de su frente se hincharon.

—Si no le ama, ¿por qué se casa con él?, dijo la voz grave de la viuda de Destraimes dominada por un pensamiento penoso.

—La señorita Alicia no puede ir á buscar al que le gusta, como usted comprende, dijo Delfina. Y como tarde ó temprano hay que casarse, tanto le da aceptar el novio que su tía le propone como otro cualquiera... Además, Alicia depende de su tía, y pueden ustedes creer, porque la conozco bien, que si no quiere desagradarla no es por miedo de perder su herencia, sino por no mostrarse ingrata por los beneficios que su tía no cesa de echarle en cara... ¡Como si la señorita Alicia no los hubiera pagado cien veces con su inagotable complacencia hacia esa vieja caprichosa!..

Á Destraimes parecíale oir tocar á muerto. Las palabras se incrustaban dolorosamente en su cerebro sin que él comprendiese su sentido, y en el desorden de sus sensaciones un solo pensamiento permanecía claro, inflexible y desesperante. ¡Alicia perdida para él!.. Y con ella toda la alegría que le ilusionaba en aquel mismo instante.

Después recobró la conciencia de las cosas y observó con suspicaz orgullo que las voces eran más débiles y que la conversación languidecía, lo que le indicó que su pena secreta era adivinada por los que le amaban. Pedro tenía el pudor de su sufrimiento y quería que se le dejase solo para sentirle. Su cara se endureció de repente con la barra severa que formaba la aproximación de las cejas.

Por fortuna, estalló en la cocina una discusión mezclada con risotadas que ocasionó una distracción



En aquel momento asomó la cabeza por la puerta

oportuna al malestar que se cernía sobre los convidados.

—¿Qué sucede en su laboratorio de usted?, preguntó el tío Andrés á Northon.

—Es este viejo canalla de Banot, respondió la cocinera encogiéndose de hombros. El muy tuno huele siempre las buenas salsas desde una legua, y ahora que ya ha limpiado todos los platos y todas las botellas quiere á toda costa venir á regalar á ustedes los oídos rascando en su violín.

—¿Por qué no?, dijo Felipe, que sentía la necesidad de una reacción para restablecer el buen humor. ¡Cómo! Fanchette, ¿tiene usted músicos á sueldo?.. Es un refinamiento babilónico... Sus comidas de usted no tienen nada que envidiar á las del Elíseo.

—¡Bueno!.. Que entre Banot, puesto que lo desean, dijo Fanchette esforzándose por estar alegre.

No bien había dado aquella orden, cuando el músico había ya introducido su largo cuerpo por la puerta entreabierta.

—¡Un poquito de música para los postres!.. Salud á todos..., dijo cumplidamente Banot quitándose la gorra y volviéndosela á poner tantas veces como personas estaban presentes.

Al llegar á Pedro, su risa se acentuó hasta hacerle tocarse con la boca en las orejas.

—¡Ah! ¡Ah! Nuestro joven amo... Voy á tocar una cosa que va á gustar á usted, dijo el buen hombre entornando sus ojillos de colores diferentes. Una canción que aquella linda señorita cantaba el otro día al piano y que yo oí por la ventana...

Pedro cambió de color y todos evitaron cuidadosamente el mirarle.

Banot apoyó el violín en el hombro, y marcando el compás con el pie, tarareando para ayudar al arco y agitándose de modo tan grotesco que sus pelos blancos se erizaban como electrizados, trató de recordar la melodía que había escuchado.

Pedro no se pudo ya contener... Su valor sucumbió. Aquel ser risible para todos le parecía lúgubre al evocar todos sus recuerdos con aquella música vacilante que le atacaba á los nervios... De repente se levantó.

—Perdonadme que os deje, exclamó con una contracción lastimosa que quería ser una sonrisa, pero tengo una cita en el molino... Que nadie se mueva, sobre todo... Seguid embriagándoos de licores y de armonía...

Sabía que no engañaba á nadie y que así descubría á todos el misterio de su alma... Pero su orgullo cedió ante la crueldad del suplicio... Sus fuerzas le abandonaron... Y sin hacer caso de las lamentaciones amistosas de Fanchette, huyó como si le persiguieran.

XVIII

Al otro lado del río las ventanas del Otero, alumbradas por las arañas, iluminaban la noche. Era el banquete de esponsales de Alicia Maurevel y los preparativos tenían revuelta toda la vecindad. Banot, entusiasmado por el atracón en perspectiva, no había salido en todo el día de la cocina del castillo más que para ir á la del molino á comprar todas aquellas maravillas á la Fonché, cuya charla difundía en seguida las noticias por toda la casa.

Pedro se había encerrado en el despacho y retirádose temprano á su cuarto á fin de evitarse el martirio del fingimiento, no sólo ante los importunos indiferentes, sino también delante de su familia. En el silencio entristecido de su madre y de su hermana, que le hablaban con acentos cariñosos y dulces, como á un enfermo, adivinaba una compasión que hería su naturaleza altanera é irritaba su sensibilidad. El joven buscaba la soledad para ocultar su pena y para estar en paz y libre de las emociones dolorosas que le producían una palabra ó una mirada cualquiera.

Á pesar suyo se acercó á la ventana y se hirió una vez más los ojos y el alma con aquellas claridades de regocijo que atravesaban las tinieblas... Después se echó en la cama y hundió la cara en la almohada, deseoso de no ver ni oir, pero no logró calmar la actividad insoportable de su pensamiento ni ahuyentar la odiosa idea de que aquel tormento intolerable se perpetuaría por la proximidad del Otero... Pedro se creía condenado á tener constantemente enfrente de él aquel recuerdo, del que quería huir: ¡Alicia casada con otro!..

Por fin perdió la conciencia de todo en un sueño corto y agitado, del que despertó ya de día con los miembros pesados y la cabeza aturdida. Oíanse ya en la casa las idas y venidas propias de la mañana, y cuando Pedro bajó la escalera se encontró con la mujer de Bautista que entraba en el vestíbulo, con su cesto de manteca al brazo, á fin de traer la provisión para la semana.

—¡Buenos días, Sr. Pedro!, dijo Delfina apresurándose á quitarse los zuecos mojados; hoy se le han pegado á usted las sábanas, sea dicho sin ofenderle... Pero me viene bien que no haya usted salido, porque tengo que pedirle un pequeño servicio y que contarle una cosa.

Y al decir esto, entró en la cocina, saludó á la madre de Pedro y puso el cesto en la mesa, abandonándole con rara indiferencia al examen de la Fonché y sin disputar con la buena mujer, como de costumbre, sobre el precio y la calidad de su mercancía.

Pero tampoco la cocinera hizo caso de la manteca, poseída como estaba por otras preocupaciones, y se dirigió á Delfina levantando las manos al cielo.

—¿Ya sabás lo ocurrido? ¡Jamás se ha visto mayor escándalo!..

—¿Si lo sé?.. ¡Vaya si lo sé!, respondió tranquilamente Delfina encogiéndose de hombros con altanería.

Pero á pesar de aquella calma desdeñosa, sus frescas mejillas, que estaban tan rojas como si las hubieran abofeteado, sus ojos brillantes como ascuas y su boca, contraída por el esfuerzo de contener las impaciencias de la lengua, denotaban una animación anormal.

La Fonché, rechazada de ese modo, se apoderó en seguida de otro oyente.

—¡Ah, Sr. Pedro!, bien se ve que se levanta usted de la cama, cuando no ha oído lo que se cuenta. Los obreros no hablan de otra cosa y la noticia ha corrido por todo el pueblo. Los violines del Otero no han debido estorbar á usted para dormir esta noche... ¡Digo! A las diez todo estaba cerrado, las luces apagadas y los convidados en fuga... ¡El novio no se ha presentado!.. Parece que en el último momento ha sabido que la señorita no tiene tanto dinero como él creía... ¡Pobre señorita Alicia! ¡Qué afrenta y qué disgusto!

Pedro escuchaba con estupor, blanco como el cuello de su camisa.

—Una afrenta, puede ser... Pero lo que es disgusto, no, puedo afirmarlo, dijo Delfina. La señorita Alicia vale demasiado para lamentar la falta de un señor como aquel... Y si no sabe usted más que

eso, yo podría contarle otras muchas cosas si quisiera...

Delfina volvió la espalda á la cocinera, para indicar que no quería perder el tiempo sacándola de su ignorancia, y dijo dirigiéndose á Pedro:

– Quisiera que me hiciera usted el favor de prestarme una carretilla y un hombre, por dos horas solamente, porque Bautista está en la feria, el mozo está enfermo y es cosa que urge.

Su acento enfático daba una importancia misteriosa á estas palabras tan sencillas que despertaron la curiosidad de todos. La joven dijo entonces, echando una mirada de desconfianza á la cocinera:

– Si quiere usted concederme cinco minutos, doña Rosa, le explicaré el porqué de mi comisión.

La viuda, alarmada por aquellas maneras enigmáticas, se llevó á Delfina hacia el despacho con cierta prisa.

– Venga usted también, Sr. Pedro, si gusta, dijo vivamente la granjera viendo que el joven se quedaba atrás. Me parece que estas historias de mujeres le podrán interesar.

Destraimes comprendió que se trataba de Alicia y una sorda emoción le oprimió el pecho. Una vez cerrada la puerta, la mujer de Bautista dijo con una vehemencia verdaderamente trágica:

– Aquí donde ustedes me ven, voy á buscar los efectos de la señorita Alicia y sobre todo las cosas que fueron de sus padres... Alicia no vuelve más al Otero. ¿Y saben ustedes dónde está á estas horas?. En Champignette, vestida con un traje mío... La pobre se ha escapado, lloviendo y con una noche muy obscura, con el vestido de baile... Y parece que dió un miedo atroz á Banot, que al ver correr aquella forma blanca, la tomó por un fantasma, mientras que Alicia estaba no menos asustada por la sombra desgalichada del bueno del hombre... Es la primera vez que el tal Banot logra espantar á alguien.

Y Delfina no pudo evitar el reirse mientras se enjugaba los ojos.

– Al fin acabaron por conocerse, y Alicia ha llegado á nuestra casa escoltada por Banot, á las altas horas de la noche, calada de agua y casi exánime...

Pedro se dejó caer en una silla, sin fuerzas para mantenerse en pie, y escuchaba con la cara inmóvil y los ojos en el suelo.

– ¡Ah!, continuó Delfina con violenta mímica, no he estado más que dos veces en el teatro, en Angers, durante la feria de San Martín, pero no se ven en él aventuras más extraordinarias que esta... Figúrense ustedes que todo ese lío de matrimonio ha sido fraguado por la señorita Jaffre á fin de mortificar á su sobrina... La muy bruja le estaba preparando esta mala pasada hace muchos años... ¡Tenía odio á esta pobre joven, que es más dulce que un cordero! ¿Y por qué, vamos á ver? Ante todo porque le da envidia todo lo que es bello y joven, y después porque Alicia se parece á su madre y á su abuela... ¡Como si ella tuviera la culpa! En fin, la vieja no ha querido que Alicia herede su fortuna. ¡Una verdadera venganza de jorobada!.. Y se ha arruinado poco á poco, poniendo en renta vitalicia lo necesario para asegurar largamente su pensión en un convento. Ha esperado hasta última hora para advertir esto al novio, sabiendo que dejaría á Alicia en cuanto supiera que no tenía dote... ¡Vaya una comida, anoche, cuando se supo que el novio no venía!.. Todo el mundo se apresuró á tomar la puerta lo más pronto posible, y cuando la tía y la sobrina se quedaron solas, la señorita Jaffre soltó una carcajada de esas que hielan la sangre y se puso á jactarse de su traición diciendo un montón de horrores. «¡Te detesto!, decía á su sobrina. Tu abuela me robó el cariño de mi padre... Tu madre me arrebató el hombre con quien hubiera podido casarme. ¡Tú pagarás por ellas!.. ¡Tú sufrirás el abandono y la pobreza!.. Todas las muchachas sin un céntimo no tienen la misma suerte que tu abuela.» Entonces Alicia, indignada, se irguió delante de la infame vieja. «Has hecho bien de obrar así, le dijo. De este modo tu maldad me dispensa de toda obligación para contigo... Y como soy mayor de edad, aprovecho mi libertad para no estar ni una hora más en tu casa...» La tía se arrojó sobre ella como una furia; pero Alicia, más ágil, se escapó y se fué á nuestra casa de una carrera y sin coger siquiera un abrigo...



... al ver correr aquella forma blanca, la tomó por un fantasma

Delfina, falta de aliento, se sonó para ocultar su enternecimiento. Pedro y su madre quedaron en silencio, actitud reservada que desconcertó á la joven granjera, acostumbrada á encontrar expansiones más fáciles y que esperaba otro efecto de su elocuencia.

– ¿Quién lo hubiera creído?, exclamó dando un suspiro. ¡La señorita Alicia tan pobre como yo y más desgraciada, pues no tiene familia!.. Su tía la aislaba de todo el mundo, probablemente para que no tuviera amigos...

– ¿Y qué piensa hacer?, preguntó gravemente la viuda.

– No ha decidido nada todavía, pero se volverá á Nantes para ganarse allí la vida...

Y ruborizándose de confusión al pensar que acaso había comprometido la dignidad de Alicia con un paso inútil, la granjera añadió con sincero interés:

– Alicia no sospecha que estoy aquí... Y no le gustaría nada si supiera que yo había contado lo que le pasa...

Hubo otro momento de silencio... Después los ojos de la madre y los del hijo se encontraron. La viuda tuvo un ligero estremecimiento y puso la mano en el hombro de Pedro.

– Vete á cumplir tu encargo, Delfina, dijo tranquilamente, y di á uno de los mozos, á Martín ó á Juan, que te acompañe.

Pero Delfina había visto la mirada que madre é hijo habían cruzado y el movimiento acariciador, y una alegre esperanza reanimó su espíritu abatido.

– Sí, señora, tiene usted razón; voy en seguida. ¡Y que no venga á buscarme camorra la vieja bribona, porque le diré cara á cara cuatro verdades!.. ¡Hase visto nada más abominable que vengarse de dos muertas en una inocente joven!..

Delfina salió, dirigiendo un ademán de amenaza hacia la tía de Alicia, y madre é hijo se quedaron solos. Pedro se apoderó de una mano de la viuda y apoyó en ella pesadamente su frente febril.

– ¡Mamá!, balbuceó.

Aquella palabra de súplica y la fiebre que quemaba su cara eran más explícitas que cien palabras. La madre experimentó una intensa emoción.

– ¡Mamá!, repitió Pedro más bajo.

– ¿Quieres que yo vaya, verdad?, preguntó la madre con voz alterada.

Pedro respondió estrechándole fuertemente la mano.

La viuda luchó todavía unos segundos y dejó escapar un gemido apasionado. Separó las manos y cogió aquella cabeza rubia atrayéndola hacia ella.

– ¡Ah!, dijo dolorosamente. ¡Qué amargura! Para todas las madres es una prueba fatal el momento en que sus hijos se separan de ellas. ¡Pero cuánto más desgarrador es para mí!.. ¡Poseerte hace tan poco tiempo y cederte ya!

Pedro protestó con todo el ardor de su alma:

– No, madre mía, nada cambiará para ti... Nada podrá alterar mi ternura... ¿Soy yo un hombre capaz de variar mis sentimientos?

La madre movió tristemente la cabeza.

– A pesar de todo, nunca será lo mismo.

Pedro comprendió la inquietud de su madre, que veía ya un adversario en su futura nuera, é insistió con acento persuasivo:

– ¡Reflexiona bien, mamá! Piensa qué dulce es y cuánta es su abnegación... Considera que hace mucho tiempo no conoce la dicha de estar rodeada de una familia... ¡Qué agradable será para ella encontrar *una madre!*

La viuda se estremeció y se quedó rígida y con los ojos fijos como si contemplase cosas lejanas. . ¡Sin familia!.. ¡Sin madre!.. ¡Era cierto!.. Huérfana y careciendo de todo, Alicia no les sería disputada por ninguna corriente de afecciones rivales y adoptaría como suyos á los parientes de su marido... Era un carácter recto y elevado, y si la viuda trataba de hacerse querer, podía esperar, en cambio, de la joven una ternura y una confianza filiales, en vez de esa diplomacia acre que caracteriza con frecuencia las relaciones entre suegra y nuera.

Estas consideraciones consolaron un poco su disgusto... La viuda dejó de estrechar á su hijo al que tenía abrazado como si temiera que se lo arrebatasen, y dijo sencillamente:

– ¡Tranquilízate!.. ¡Iré!..

Pedro se levantó reanimado y besó á su madre con fogosa gratitud.

– ¡Oh! ¡Querida mamá, gracias! . Pero irás pronto, ¿eh?..

– Hoy mismo...

Pocos momentos después la mujer de Paumier entraba impetuosamente á recoger su cesto y á dar cuenta de cómo iban las cosas, mientras Martín, con la carretilla en que iba el baúl de Alicia, tomaba la delantera por el camino de Champignette.

La granjera no había tenido ocasión de utilizar sus reservas de coraje agresivo, pues la señorita

Jaffre no se había dejado ver. Pero aquel exceso de energía inútil se empleó en el relato de las perturbaciones ocurridas en el Otero.

– Todo está patas arriba allí, dijo. Los criados han recibido aviso de que van á ser despedidos. La casa está en venta con todo lo que hay dentro, pues la vieja no se lleva más que su mobiliario de Nantes al convento en que piensa instalarse... Parece que su renta vitalicia es más que suficiente para vivir á sus anchas en el mejor departamento de la casa religiosa... Las pobres monjas no saben, de seguro, lo que se les viene encima... ¡Ese retiro no tardará en convertirse en un purgatorio!..

La viuda interrumpió aquel discurso diciendo con tranquilidad:

– Delfina, no tardes, hija mía... La señorita Alicia debe de estar impaciente por verte. Dile que, antes de una hora, recibirá una visita.

La mujer de Bautista se quedó suspensa y tan roja como si tuviera una congestión. Pero pronto se apoderó de su cesto, se puso los zuecos y empuñó el paraguas.

– ¡Voy volando! Y no me entretendré en el camino... Se lo prometo á usted...

Y en efecto, atravesó el vestíbulo y el patio con la velocidad de una locomotora que marcha enfilada en los rieles sin permitirse la menor desviación.

– A ese paso no tardará en llegar, dijo la viuda sonriendo á su hijo. No tardes en mandar que enganchen.

La madre iba á salir, pero Pedro la detuvo por el vestido.

– Mamá, dijo con timidez de muchacho, ¿si quisieras permitírmelo? Yo guiaré el coche y te esperaré en la cruz del camino... ¿Qué quieres que haga aquí solo, consumiéndome en la incertidumbre?

– ¡La incertidumbre!, respondió vivamente la viuda. La respuesta no es dudosa... ¿Qué joven no estaría orgullosa de ser amada por mi hijo?

Y tuvo el tacto de no añadir: «Sobre todo en la situación en que esa se encuentra,» comprendiendo que hubiera herido mortalmente la delicadeza de su hijo...

Pero la orgullosa seguridad maternal no tranquilizó la modestia pesimista de Pedro.

Pronto se pusieron en marcha. El trayecto se efectuó en silencio, pues estaban absortos en demasiados pensamientos para poder hablar.

En el crucero se detuvo el coche y la viuda se bajó.

– ¡Espera!.., dijo brevemente á su hijo.

Y emprendió á grandes pasos el camino lleno de profundas rodadas.

Pedro acercó el coche á la cuneta y se quedó en el pescante, con las riendas en la mano y el capuchón echado sobre la frente. Estaba cayendo una lluvia fina como polvo, y la soledad sólo era turbada por las piadas de algún pájaro transido de frío, por el ruido monótono de las gotas sobre las hojas secas y por el chasquido de alguna rama que se quebraba en la espesura... A veces la llovizna se cambiaba en chaparrón, el horizonte se obscurecía y el brillo y el choque del agua reemplazaban á los ruidos tenues y á las voces plañideras... Y Pedro, en la impaciencia de su situación, sufría la impresión de aquella melancolía, de la que no parecía que pudiese surgir ninguna dicha.

Los minutos le parecían eternos. A cada momento consultaba el reloj y se quedaba asombrado de la lentitud con que se movían las agujas. La ausencia de su madre duraba, sin embargo, más de lo que había previsto. ¿Sería esto de buen ó mal agüero? Pedro evitaba toda conjetura funesta, pero su pensamiento se le escapaba á pesar suyo.

La inacción llegó á serle intolerable y se bajó del coche á pasearse por el camino. Por fin la sombra de su madre se dibujó á lo lejos. Pedro contuvo el impulso que le hacía correr hacia ella, sintiéndose cobarde ante la próxima realidad.

Adivinando la angustia de su hijo, la viuda agitó triunfalmente el pañuelo. Pedro comprendió entonces que su madre le traía un alegre mensaje y todo dió vueltas á su alrededor. El fornido mancebo estuvo á punto de desmayarse como una muchachuela.

– ¡Mi pobre Pedro!, dijo la viuda acariciándole con una tierna sonrisa. ¿Dudabas de que pudiera traerte otra cosa que un *sí*?..

Y añadió con voz profunda:

– Estoy contenta... Alicia es digna de ti... Su primera palabra ha sido una negativa... Temía que aceptando tal honor en las actuales circunstancias, pareciese que cedía á la necesidad... Quiere que tengas entendido que no consiente en casarse contigo para aprovecharse de la situación que le ofrecemos, sino porque te ama, Pedro, desde hace mucho tiempo... No aceptaba aquel matrimonio más que por despecho y sin esperanza de realizar nunca sus sueños... Y se arrepiente con amargura de haber tenido la debilidad de dar su consentimiento.

– ¡Qué buena eres de repetirme esas cosas!.. ¡Oh, madre mía, no me atrevía á esperar tanto!.. ¡Cómo te vamos á querer los dos!..

La viuda le impulsó suavemente hacia el camino y le dijo:

– ¡Anda, vete tú ahora!.. Yo esperaré á mi vez... Y no te apresures por volver. Nubiano y yo tenemos mucha paciencia, añadió acariciando el cuello del caballo resignado.

Pedro no corría, volaba, como si le hubieran nacido alas en los talones. En un instante se encontró en Champignette, con el corazón dando saltos en el pecho. Empujó la puerta y no vió siquiera la fuga de Delfina, que se metió discretamente en la otra pieza llevándose en cada brazo un chiquillo prestamente recogido... Pedro vió tan sólo á la persona querida de puros ojos negros que hacía tanto tiempo poblaba sus sueños y que se levantó al verle.

– ¡Alicia!, dijo cogiendo la mano que ella le ofrecía.

– ¡Pedro!, respondió la joven muy bajo.

Aquella fué la sola declaración de su largo y silencioso amor... Sus miradas se fundieron con fervor intenso... Pedro leyó en aquellas pupilas aterciopeladas cosas indecibles y tiernas. Y bruscamente la rodeó con sus brazos y ambos se estrecharon mutuamente en el éxtasis del primer beso...

. . . .

– ¡Pronto tendremos boda en el molino!, dijo al entrar la viuda á su tío Andrés.

Pedro se había quedado atrás retenido en los talleres.

El viejo acogió la noticia con un fruncimiento de sus finos labios.

– Sí, sí, ya sé, dijo. Celina me ha indicado algo... La cosa no es brillante... Pedro merecía algo mejor que una muchacha sin dote...

La viuda conocía las ideas positivistas del decano de la familia, y precisamente había tomado la delantera para evitar á su hijo el desagrado del primer choque.

– Pedro hubiera sido desgraciado toda su vida, respondió sencillamente. En esas cosas mi opinión es que cada cual debe seguir su gusto...

Aquella fué su primera alusión á las diferencias de otro tiempo... Sergent, cuyo ardor belicoso se había amortiguado con la edad, se calló y se abstuvo prudentemente de toda reflexión... Pero después de una pausa, durante la cual hizo, sin duda, mentalmente el sacrificio de sus ambiciones para su sobrino, dijo levantando la cabeza y con los ojos chispeantes de astuta malicia:

– Puesto que las cosas vienen así, ¿y si diéramos un doble golpe? ¿Eh, Rosa?.. Las molestias no serían mayores. Mis anteojos me son útiles para leer el periódico, pero no los necesito para ver ciertas cosas...

Celina, roja como una amapola, se escapó precipitadamente.

Felipe, no menos encarnado que su prima, tuvo, sin embargo, el valor de quedarse, y dirigió á la viuda una mirada suplicante, que se encontró con una sonrisa.



¡Mi pobre Pedro!, dijo la viuda acariciándole con una tierna sonrisa

–Celina es muy joven... ¡No tiene aún diez y ocho años!, objetó la madre. Querría conservarla todavía... ¿Vais á quitármelos todos á la vez?

–¡Bah! ¿No vas á tener otra hija?, dijo alegremente el viejo. Nosotros, ¿verdad, Felipe?, necesitamos una mujer en casa... Por otra parte, si compramos el Otero, no estaréis separadas más que por el río... y hay un puente...

* * *

La entrada de los Sergent en el Otero y el casamiento de los dos hijos de Destraimes proporcionaron un epílogo deslumbrador á los anales inscritos en la memoria de Fanchette Massier.

–No hay que desesperar de nada, dice la buena viejecita, experta en deducir una moraleja de cualquier historia.

Y Fanchette repite alegremente el docto aforismo ante la asiduidad con que Andrés Sergent compensa ahora su indiferencia de otro tiempo.

La señorita Jaffre, según los pronósticos de Delfina, ha encontrado en su nueva existencia buen empleo para sus raras facultades de malignidad y de despotismo. La vieja tiene locas con sus exigencias á las infortunadas legas destinadas á su servicio, y se complace con beatitud en sembrar la discordia entre las otras señoras pensionistas...

Antonino ha dilapidado prontamente su parte de herencia y navega como puede en el océano parisiense, en el que su barquilla naufragará un día ú otro. Su familia no oirá hablar de él, probablemente, hasta que tropiece en algún escollo.

Pero las manchas negras del pasado y las nubes del porvenir se borran ante la irradiación de la felicidad presente... El molino suena día y noche; pero su ruido, en otro tiempo importuno, produce ahora en su joven dueño la sensación agradable de una creciente prosperidad. Pedro podría repetir la máxima de Fanchette cuando, después de tantos reveses, considera la tranquila dicha que debe á su ternura satisfecha y á su valeroso esfuerzo ..



Ambos se estrecharon mutuamente en el éxtasis del primer beso

Banot se consuela de no haber podido tocar el violín en las bodas, demasiado graves para eso, haciendo saltar á los niños de Celina y á los de Alicia, que juegan juntos, como los polluelos de dos camadas amigas, en las praderas del Otero y en la huerta del molino.

El mayor de los muchachos de Alicia es un vigoroso diablillo de cuatro años, rubio, tieso y voluntarioso, que da ocasión con sus obstinaciones á que su abuela le llame *Pedro Cabeza de Hierro*, como llamaban á su padre cuando era niño.

En cierta ocasión, el joven delfín del molino prefirió quedarse sin postre á renunciar á un capricho, é impasible ante el castigo que por ello se le impusiera y desdeñoso por las golosinas que su hermana Rosa comía con delicia, declaró con orgullo:

–¡No me importa! Pedro está contento porque ha hecho *lo que ha querido.*

Aquel mozo obstinado, que tanto se parecía á su padre en el carácter y en la cara, era el que la abuela quería más, sin dejar de adorar á los otros.

–Mamá, le mimas demasiado, decía el molinero cuando encontraba al chiquillo blandamente instalado en la falda de su abuela.

Y la viuda de Destraimes respondió un día, besando apasionadamente los cabellos rubios de *Pedro Cabeza de Hierro:*

–¡Estoy pagando á éste lo que debo al otro!..

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El Rey, por *Marcos Jesús Bertrán*. – De esbozo de comedia dramática califica esta obra su autor, pero bien puede afirmarse que el elemento dramático es en ella secundario; lo que le da carácter es la sátira política que entraña y que, aun tratándose de una acción imaginativa, despierta en los lectores la idea de la realidad, hasta el punto de que algunos de los personajes y episodios parecen figuras y sucesos conocidos. El pensamiento en que se ha inspirado el Sr. Bertrán es elevado y encierra más de una lección que merece ser meditada: el estilo es de una viveza y de un vigor dignos de las mayores alabanzas, y los sentimientos que animan á los personajes están bien observados y se desarrollan admirablemente. *El Rey*, lujosamente impreso en Barcelona en la casa Salvat y C.ª, se vende á dos pesetas.

Los niños mal educados, por *Fernando Nicolay*. Traducción de *Antonio García Llansó*. – Con decir que esta obra ha sido premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, que de ella se han hecho 20 ediciones en Francia y que ha sido traducida á diversos idiomas, queda hecho el mejor elogio del libro de Nicolay. Este éxito está perfectamente justificado, porque pocas veces se habrá tratado con tanto conocimiento de causa y de una manera tan profunda y á la vez tan amena el difícil problema de la educación de la infancia; y es que Nicolay á su seriedad de pensador une el donaire y el ingenio de un hombre de mundo y la corrección y elegancia de estilo de un consumado literato; pudiendo, con razón, sentar como lema de su obra «he querido escribir en broma un libro en serio.» El procedimiento que ha empleado para realizar sus propósitos educativos es el más á propósito para esta clase de trabajos: tomar los ejemplos de la realidad, ridiculizar los defectos de los hijos y las faltas de los padres, para que la lección resulte del hecho, no del consejo ó de consideraciones más ó menos elevadas. La traducción, hecha con verdadera escrupulosidad y estilo castizo y elegante, es de nuestro querido compañero de redacción D. Antonio García Llansó. El libro, muy bien editado en Barcelona por D. Gustavo Gili, y se vende á cinco pesetas en rústica y seis encuadernado.



Gitana, cuadro de Isidro Nonell. (Salón París.)

Guía Judicial de Cataluña. 1903. – Contiene las listas oficiales de los Colegios de Procuradores, Abogados, Escribanos, de la Junta de Gobierno y secciones de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de magistrados, jueces, y en una palabra, de todo el personal que directa ó indirectamente interviene en la administración de justicia de las cuatro provincias catalanas. La *Guía Judicial* ha sido impresa en Barcelona en la tipografía de José Cunill.

La Moral en ejemplos históricos, por el *Dr. Juan García Purón*. – El autor de este importante libro cumple perfectamente el principio sentado por los grandes moralistas y pedagogos de que en la educación el fin se logra más pronto por el ejemplo que por el precepto: en los diferentes capítulos de la obra trata de las obligaciones para con Dios, para con nosotros mismos, para con nuestros semejantes y para con la naturaleza, de las virtudes y de los vicios, intercalando entre claras definiciones y consideraciones inspiradas en la moral más pura, curiosas anécdotas históricas que dan mayor fuerza á los conceptos enunciados, resultando de aquí un libro lleno de provechosas enseñanzas al par que de amenísima lectura para los niños y aun para los adultos y personas mayores. Esta obra, ilustrada con muchos grabados, ha sido editada por la casa Appleton y Compañía, de Nueva York.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hispania, revista quincenal ilustrada; *Hojas selectas*, revista mensual ilustrada; *Mercurio. Revista Comercial Ibero-Americana*, mensual ilustrada; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, quincenal; *La mujer en su casa*, revista ilustrada (Madrid).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 16 de marzo de 1903 — Núm. 1.107



BLONDINETA, cuadro de Juan Brull

(Salón Parés)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el séptimo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Venezuela: levantamiento del bloqueo: obligaciones contraídas por el gobierno venezolano: juicio de los resultados de la mediación de los Estados Unidos en el conflicto. – *América central.* – *El Salvador* y su nuevo presidente. *Honduras:* el gobierno de Sierra: el censo de 1901. *Colombia:* los partidos políticos: relaciones con España. – *Ecuador:* el matrimonio civil – *Paraguay:* propósitos del nuevo presidente. – *Chile:* empresas industriales.

Terminadas las diferencias surgidas entre los gobiernos de Alemania y la Gran Bretaña, por una parte, y el gobierno de Venezuela, por otra, el 16 de febrero se levantó el bloqueo, por las fuerzas de mar alemanas, de los puertos venezolanos de Puerto Cabello y Maracaibo, y por las fuerzas de mar británicas, en la noche del 14 al 15, el bloqueo de los de La Guaira, Carenero, Guanta, Cumaná, Carúpano y bocas del Orinoco. Después, Alemania é Inglaterra han devuelto á Venezuela los cañoneros que habían apresado.

¿Cuál ha sido la solución? En lo esencial, la que pretendían los aliados europeos. Inglaterra, Italia y Alemania han cobrado ya ó cobrarán sin que los tribunales venezolanos dicten fallo acerca de la justicia de las reclamaciones promovidas por los especuladores extranjeros. El representante inglés ha percibido 5.500 libras en el acto de firmar su protocolo. A favor de Italia se reconoce cantidad igual pagadera en dos meses. Se entregarán al gobierno alemán 340.000 pesos, en cinco mensualidades, á partir del 15 de marzo. Venezuela ofrece en garantía de todas sus deudas el 30 por 100 de los ingresos de las aduanas de La Guayra y Puerto Cabello desde el 1.° de marzo actual. Comisiones ó tribunales mixtos (un venezolano y otro del respectivo país) decidirán sobre las reclamaciones que aún no hayan sido falladas. Si hay desacuerdo, un tercer juez procederá como árbitro. El orden de prelación entre los acreedores lo fijará el Tribunal de Arbitraje de La Haya. En estos últimos días se ha dicho que Venezuela quiere evitar la ingerencia del citado Tribunal, y pretende garantir los derechos de las potencias que no han cooperado al bloqueo, expidiendo pagarés á plazo fijo.

Esas potencias son España, Francia, Bélgica, Holanda, Suecia y Dinamarca; á última hora suena el nombre de Méjico, y no hay que decir que en primer término aparece el gobierno de Wáshington, que se ha apresurado á firmar el correspondiente protocolo, atando bien los cabos; la comisión ha de reunirse antes del 1.° de junio, y Venezuela tendrá que pagar en oro. En los demás protocolos no se menciona la clase de moneda. Ya que la doctrina de Monroe no ha quedado por esta vez muy bien parada, los yanquis se consuelan asegurando su parte en el botín y sentando un precedente más para cobrar cuentas por la tremenda. Posible es que las primeras víctimas sean las Repúblicas dominicana y de El Salvador, á las que piden algunos millares de dólars compañías norteamericanas.

Respecto á las reclamaciones de las potencias no aliadas, decidirá una comisión formada por un venezolano y un yanqui; si no hay acuerdo, intervendrá en concepto de árbitro la reina Guillermina de Holanda. Antes se había hablado del rey de España.

Durante el conflicto, 53 buques yanquis, con 14 000 tripulantes, á las órdenes de Dewey, iban y venían por el mar de las Antillas, entre Puerto Rico y el golfo de Paria. Tales alardes de fuerza de nada han servido á Venezuela. Las escuadrillas alemana é inglesa establecieron el bloqueo, apresaron ó echaron á pique los barcos venezolanos, bombardearon puertos y fuertes, incendiaron caseríos, y por fin han logrado embargar parte de las rentas de las aduanas venezolanas. A eso fueron, según decían; á exigir dinero contante y sonante, y si no lo conseguían á incautarse de las aduanas. No han tenido necesidad de tomarse este trabajo; los Estados Unidos los substituyen, y bajo su garantía se hará la retención correspondiente al 30 por 100. Tan eficaz ha sido la mediación de aquéllos, que ahora Venezuela tiene que dedicar los ingresos de sus aduanas, no sólo á satisfacer las reclamaciones de las potencias que la agredieron, sino las de todos los Estados que alegan créditos contra ella.

Gracias, pues, al gobierno de Wáshington, Europa hace presa sobre la renta de aduanas de una República suramericana; le niega, en connivencia con los americanos del Norte, la facultad de administrar justicia, y europeos y yanquis están de acuerdo en reconocer que hubo motivo para que Alemania é Inglaterra agredieran á Venezuela, puesto que ninguna responsabilidad se les exige y nada deben indemnizar por los daños causados al gobierno y á súbditos venezolanos, ni siquiera por los cañoneros que echaron á pique.

Como ya en alguna otra ocasión hemos apuntado, conviene siempre poner en tela de juicio cuantos informes nos llegan, de origen norteamericano, acerca de motines y revoluciones en los demás países de América. El ideal de los yanquis es la guerra civil perpetua en las Repúblicas hispano americanas, sobre todo en las del Centro, y en Colombia y Venezuela. Para llegar á dominar en el mar de las Antillas, impórtales mucho que ninguno de esos Estados pueda hacer vida normal. Procuran fomentar la discordia en ellos, y se complacen sobre manera en humillarlos con la relación, uno y otro día repetida, de conflictos políticos ó internacionales que inventan cuando no los hay, ó cuyas proporciones exageran cuando realmente se producen.

Ahora las agencias telegráficas nos han traído la nueva de revoluciones en Honduras y en El Salvador, de alianzas contra Guatemala y de propósitos de crear la Unión centroamericana por la fuerza de las armas, imponiéndola á las Repúblicas que no la aceptan.

Respecto de El Salvador, su legación en París desmintió la noticia. El país está tranquilo. El nuevo presidente, D. Pedro José Escalón, es un agricultor y propietario que ha vivido y vive en excelentes relaciones de amistad con el anterior, D. Tomas Regalado. Goza de gran prestigio, no precisamente como político, sino como hombre de probidad y patriotismo reconocidos, y los salvadoreños fundan en su gestión halagüeñas esperanzas.

En Honduras parece, sí, que hay alguna agitación promovida por los amigos del ex presidente Terencio Sierra. Este se despidió de los hondureños con el mensaje dirigido al soberano Congreso Nacional el 1.° de enero último. Durante los cuatro años de su gobierno se ha fundado el departamento de la Atlántida en una de las más favorecidas porciones del territorio, y se han creado catorce pueblos con sus correspondientes municipalidades; se ha hecho el censo de la población; se ha atendido con perseverancia y buena voluntad á la instrucción pública, aumentando el número de escuelas y reorganizando las normales y la de Artes y Oficios; se ha reducido la deuda pública, y se ha gozado de completa paz.

En 1888 se calculaba la población de Honduras en 382 000 almas. En 1901, según los cuadros que como trabajo preliminar del censo acaban de publicarse, tenía la República 774.800, resultado relativamente exacto, aunque deficiente todavía, pues no están comprendidas las tribus selváticas; podría, pues, sin hipérbole, afirmarse que el número verdadero de habitantes en Honduras no baja de 800 000.

En cuanto á los propósitos de renovar la tentativa de Confederación centro americana, sobre que no hay dato ninguno verídico. las circunstancias actuales de El Salvador y de Honduras, ambas con nuevos presidentes, no son, en verdad, las más adecuadas para acometer una empresa cuyo buen éxito ha de ser siempre muy dudoso, mientras no se cuente con la resuelta aquiescencia de los cinco Estados.

Terminada en Colombia la guerra civil, tienden las cosas á normalizarse. Conservadores y liberales mostraban buen deseo de establecer la concordia sobre bases sólidas, y unos y otros en la prensa exponen opiniones y publican programas de gobierno. Claro es que en estos programas figuran los lugares comunes de siempre; fomento de la agricultura, mayor actividad en las transacciones mercantiles, apertura de vías de comunicación, etc. Todo ello será posible si los partidos se avienen y cesan las intransigencias.

Dicen que el actual gobierno muestra interés en atraer hacia Colombia la producción española, y nos consta que el ministro de esa República en nuestro país, D. Julio Betancourt, realiza trabajos en este sentido. Si, como se anuncia, llega á rescindirse el contrato vigente entre Colombia y la *Pacific Steam Navigation Company*, no sería difícil que aquel gobierno entrase en tratos con alguna compañía naviera española para que ésta se encargase del servicio marítimo entre Panamá y Guayaquil, que hoy hace la mencionada compañía inglesa.

La República del Ecuador ha sido uno de los Estados en que mayor predominio han ejercido, hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XIX, el clero católico y las ideas tradicionales. No hace aún cuarenta años, en tiempos del presidente García Moreno, el autor de la *Defensa de los jesuitas*, imperaba en absoluto el llamado partido clerical, la instrucción estaba á cargo de la Compañía de Jesús, de los Hermanos de las Escuelas cristianas y de las Hermanas de los Sagrados Corazones, y no pasaba por las aduanas libro alguno que figurase en los Indices de Roma. Las circunstancias han cambiado de tal modo, que ahora, á pesar de la natural y ruda oposición del clero, los ecuatorianos pueden casarse civilmente, ante los jefes políticos en las cabeceras de los cantones, y ante los tenientes políticos en las parroquias rurales. Ya se han celebrado varios matrimonios con arreglo á la nueva ley, objeto de gran curiosidad y apasionados comentarios entre los naturales. Por telégrafo dábase cuenta al ministro de Justicia de la celebración de un matrimonio civil en Manabí el 1.° de enero último.

Hemos visto el texto del discurso que el nuevo presidente del Paraguay leyó ante el Congreso Nacional al prestar el juramento que la Constitución prescribe. El coronel Ezcurra tiene el firme propósito de rodearse de personas inteligentes que le ayuden á desenvolver las fuerzas económicas del país. Los puntos principales de su programa son evitar, en lo posible, las oscilaciones del valor del papel moneda y la consiguiente perturbación comercial que aquéllas producen; levantar el crédito de la República y pagar puntualmente á los acreedores del Estado; arbitrar fondos, aumentar los del Banco agrícola; estimular y favorecer el trabajo y todas las actividades; canalizar el río Paraguay; extender las vías de comunicación; activar la solución del conflicto de límites pendiente con Bolivia.

El último y probable definitivo acuerdo sobre la frontera chileno-argentina y la confianza de que por ahora no ha de haber motivos que interrumpan la cordialidad de relaciones entre ambas Repúblicas, son circunstancias que han contribuído á poner en movimiento á las empresas que venían reuniendo capitales para interesarse en las obras públicas ha tiempo proyectadas en Chile, y que hicieron alto en sus gestiones cuando se temió el rompimiento y la guerra. Sindicatos y capitalistas de Europa y del Norte de América envían comisionados técnicos para informarse bien de las condiciones de aquellas obras y para estudiar el país desde los puntos de vista agrícola y minero, y se inicia así un período de activa y fecunda labor en la República chilena.

A los trabajos de demarcación ya emprendidos para determinar sobre el propio terreno la línea fronteriza de conformidad con la sentencia arbitral, seguirán los reconocimientos de la zona á que la frontera corresponde. Trátase de territorios vírgenes, la mayor parte, de explotación, y en los que hay indicios de importantes yacimientos mineros, y valles y praderas en que la agricultura y la ganadería, sobre todo en la sección oriental ó argentina, pueden alcanzar gran prosperidad y desarrollo.

Los periódicos de Santiago citan, entre otros representantes de Sociedades ó sindicatos extranjeros, á los Sres. D. Ricardo Monteavaro y D. Alejandro Castañeda, éste procedente de Madrid y delegado de una Compañía industrial española que se propone comprar minas de cobre.

R. Beltrán Rózpide.



Tipos de locas

El Carnaval en el hospital de locos de Lungara, en Roma, de fotografías de Carlos Abeniacar

(Véase el artículo de la página 190)



MELILLA. – Moros tocadores de *gemberi* y pandero. – Tiendas de moros y hebreos del Mantelete. – Moro pordiosero y vendedor de arropía (de fotografías de Manuel G. Alvarez)

DESDE MELILLA

I

El Rogui, Bú Amara, Muley Arafa y Ab-del-Azís son figuras salientes en el cuadro de la insurrección mogrebina; nada absorbe tanto la atención pública como los menores detalles de tan apreciables sujetos.

Toda Europa está pendiente de los informes que de Tánger remiten sus diplomáticos, y toda ella ansía un pronto desenlace que prolongue algunos años más el mantenimiento del *stato quo*.

España, quizás más interesada que Francia é Inglaterra en los sucesos del Imperio, hace cuanto puede ó le *permiten* las señoras feudales de la política exterior por garantir sus posesiones norte africanas.

Ceuta y Melilla, llamadas á desempeñar un papel importante en futuros acontecimientos, van paulatinamente adquiriendo su fortaleza necesaria.

Desde su vida militar y comercial, hasta su vida árabe, Melilla respira un ambiente tal de colorido propio, que préstase á consideraciones mil de puro orden histórico.

Melilla, teatro de pasadas luchas; Melilla, fronteriza á las cabilas más rebeldes del Imperio; Melilla, avanzada de España en el turbulento Rif, en estos momentos realza su antiguo renombre y parece que reclama el puesto que por su historia de colonia romana, cartaginesa y goda le corresponde en la historia contemporánea.

Las luchas de Belisario y Gilmelerico que en el año 533 la desmantelaron, pueden repercutir entre los habitantes de Frajana, de Mezquita y de Benisicar, y si bien hoy no obtendrían tal fruto, pues la defensa de la plaza es completa, sería curioso observar desde ella, como desde blanca terraza, el encarnizamiento de los bravos del Rif.

Causa extrañeza ver su aspecto en los días de gran *entrada* árabe.

El mercader hebreo de tipo bien conocido; el soldado del sultán de ropaje abandonado; el moro señorial de porte majestuoso; el santón de blancas vestiduras; el moro hambriento procedente del interior; el esbelto árabe de blanco turbante y amplio manto ó capa; el vendedor de gallinas, que ostenta algo del *Lazaroni* y mucho del *golfo;* el pescador, y el nubio, Guelayo y Kebdario, conductor de camellos con su algarabía especial acompañada del constante gruñir de sus *locombviles,* forman un conjunto tal de color, una *mancha* tan brillante, que entusiasma y agrada...

Por hoy, si los enviados de Medina-Sidonia arribasen á Melilla, no podrían conocerla.

Teatro, suntuoso casino, barrios simpáticos de españoles, edificios hermosos, calles, paseo y parque, cuarteles, mercado y plaza de toros, han dado con su existencia un giro de progreso verdaderamente notable á la antigua *Rusadir* y contribuyen en mucho á su engrandecimiento.

¡Qué tiempos aquellos en que por la noche se levantaba el puente de la Puerta de Carlos III, y el centinela, arma al brazo, bajo férreo casco, pensaba en su patria amada!

¡Qué tiempos aquellos en que dueños del Gurugú podamos dominar los llanos del Muluya!

¿Llegarán algún día?

Nuestros políticos tienen la palabra.

II

Un sol hermoso alumbra el día; el Mantelete presenta aspecto animadísimo; las tiendas adosadas al antiguo muro encerrador de la Melilla de los Medina-Sidonia, comunícanle aspecto de *zoco* morisco, al que acuden en tropel árabes y hebreos á efectuar sus compras.



El vapor de guerra marroquí *Sidi-et-Turqui* en aguas de Melilla (de fotografía de Manuel G. Alvarez)

Todo es color y vida en aquel trozo de tierra española: el hebreo que calcula su ganancia vestido de ropaje azul; el árabe que compra telas para sus *caftanes* y *chilabas;* el rifeño que acude á vender sus gallinas como *pavas,* como *camellios;* el hijo del mar que desde la ardiente playa llega con sus plateados boquerones..., todos son elementos artísticos y de vida de este boceto incomparable.

De pronto termina la algarabía de gritos y exclamaciones, y de aquellos grupos diversos de distinta raza y religión, sólo unidos por la necesidad comercial, sale un murmullo de contento, un mal contenido grito de regocijo...

Es que aparecen los tocadores, los músicos populares del Imperio, los murguistas de nuestra España. Poco es el valor de su música, nada de mérito tocan sus instrumentos; pero hay tal novedad en aquellos toscos panderos de cuero, en aquellos des comunales cuernos y en aquellas *gemberi* diminutas, hay tal *sabor* local en aquellas contorsiones continuas, en aquellos gritos guturales y en aquellos roncos sonidos, que aun en su algarabía y en su desentono agradan y entretienen...

Al salir de la puerta de Santa Bárbara, límite del Mantelete y campo exterior, encuéntrase siempre sentado en el poyo del puentecillo algún que otro pordiosero ó moro harapiento y algún vendedor de dulce *arropía,* que llaman la atención del transeunte con sus gritos y voces y con sus lamentos y quejas.

– *Mulana, Mulana,* dice el harapiento rifeño de plateada barba, apoyado en su tosca cayada de sabina.

– *Arropía, arropía,* grita el sudanés de brillante piel y abultados labios.

Y mientras el sudanés tararea aires de su terruño y el desgraciado pordiosero mueve las blancas córneas de sus ojos sin vista alguna, el sol remontándose al *Kebdana* va señalando en su ascenso la línea de su retirada hacia los esfumados contornos del Pequeño Atlas, siempre brumosos y siempre azulados allá en el límite del horizonte.

III

Hoy es buen día para el vecino; acaba de llegar *Arafa,* y las impresiones del Askar que viene y del Mesjania que desembarca animan el semblante del guerrero rifeño, que tan pronto cree en el europeizado Ab-del-Azís, como respeta al temible pretendiente.

Ya están en pugna política la mitad de las cabilas limítrofes, y si Benisicar triunfa ó Frajana vence, el príncipe imperial puede asegurar que su existencia la debe al azar de una jugada con más ó menos fortuna, pero desprovista de toda consideración á su regia estirpe.

Cuestión de intereses, cuestión de ideas, para tras ella aumentar tesoros y haciendas; es la vital energía que impele al rifeño á la lucha; lo mismo le da un señor que otro; el dominio imperial es puramente nominal; para sacar del Rif una ventaja positiva, para obtener la sumisión de estos salvajes del Pequeño Atlas, hay que hacer tan horribles matanzas y tan ejemplares castigos como aquel de que fueron víctimas los habitantes de Bocoya.

El campamento imperial hase establecido en los llanos de Frajana; hacia las playas de esta tribu dirige su proa el barco de guerra del sultán, el *Sidi-et-Turqui.*

¿Que qué tal es?

Risa grande causa tal pregunta: barco dedicado en sus tiempos de juventud al pacífico comercio del Támesis, hoy varía su nombre de mercante por el de guerra, tan sólo por llevar á su bordo dos cañones é izar en su asta la bandera roja del Mogreb.

Desembarca armamento, víveres y soldados, algunos de éstos veteranos de las Mesjanias del sultán; otros, reclutas de nuevo ingreso, niños, adolescentes, todo menos hombres.

¡Qué lástima! Son carne de cañón, son materia dispuesta al sacrificio sin el convencimiento de sus ideales, sin el menor indicio de voluntad. Vienen á morir porque esta es su suerte, su predestinación.

Allí están en grupos diversos comentando las últimas noticias del teatro de Fez; allí gesticulan á su placer, se sienten valerosos. ¿Qué harían si apareciese en Frajana el propio pretendiente? Huir, refugiarse en su baluarte marítimo, en el *Sidi et Turqui.*

Según la prensa toda, espéranse aún algunos acontecimientos de esta guerra, sugerida á no dudar por el creciente desarrollo de la secta de los *Senoussias;* Melilla quizás sea testigo de luchas entre sus vecinos.

FEDERICO PITA.



MELILLA. - 1. Plaza de toros. - 2. Pescadores de las cabilas de Beni-furor. - 3. Mercado. - 4. Teatro Alcántara. - 5. Comandancia general. - 6. Moro conductor de camellos 7. Entrada á la plaza. - 8. Caravana recién llegada de Tesza (de fotografías de Ricardo Gómez)

EL CARNAVAL

EN EL HOSPITAL DE LOCOS DE LUNGARA

(Véase la lámina de la página 187)

¡El Carnaval en un hospital de locos! ¿Verdad que parece esto un contrasentido? Y sin embargo, debiera parecer lo más lógico y natural del mundo; porque al fin y al cabo, ¿qué es el Carnaval? ¿No hemos convenido en definirlo como el reinado efímero de la locura? Pues ¿dónde puede éste ejercer mejor su imperio que entre los locos?

Durante los días de Carnestolendas, los que están ó se supone que están en posesión de su juicio hacen cuanto pueden para que por locos los tomen quienes miran desapasionadamente sus extravagancias. Siendo esto así y resultando además anormal y para muchos inexplicable que hagan el loco los que por cuerdos pasan, ¿por qué ha de parecer extraño que los locos de veras sigan siéndolo en aquellos días, sin más diferencia que manifestar su locura en forma distinta que en el resto del año?

Pero aún media otra razón en favor del proceder lógico de estos desdichados, una circunstancia que, bien analizada, demuestra que su perturbada razón funciona de una manera más consecuente, dentro de su desviación morbosa, que la de los que están en pleno uso de sus facultades mentales. Estos, cuando de disfrazarse tratan, buscan en muchos casos lo que más contrario es á su naturaleza, condición ó carácter: el varón gusta de adornarse con femeniles atavíos; la mujer goza vistiéndose de hombre; el pobre luce ufano el vistoso traje de señor que alquiló por unas pocas pesetas, y el rico se complace en envolverse en los más humildes andrajos. Los locos, en cambio, proceden á buen seguro más razonadamente, aunque la palabra resulte paradógica. Entre las fotografías que publicamos en la pagina 187, hay una que por sí sola es la mejor demostración de este aserto: nos referimos á la que lleva por título «La manía de las grandezas.» ¿Qué ha hecho esa infeliz enajenada para disfrazarse? Sencillamente vestirse con más ó menos propiedad, pero de una manera evidente, de gran señora; no ha querido, por consiguiente, engañar al mundo acerca de su condición, sino, por el contrario, ostentarse tal como es, mejor dicho, tal como le dice que es su imaginación trastornada.

A ningún loco melancólico se le ocurrirá de fijo disfrazarse de payaso, ni á ningún miedoso de guerrero, ni de magnate al que padece la manía de la miseria.

¿Por qué, pues, considerar como un contrasentido el Carnaval en una casa de locos? ¿Querríase, acaso, que procediendo como los cuerdos, hicieran el cuerdo para celebrar la fiesta carnavalesca?

Dígase que el espectáculo resulta triste y consentiremos en ello, ya que la idea del manicomio no es la que mejor armoniza con la algazara y el bullicio propios de las Carnestolendas; pero esta tristeza existe siempre tratándose de esta clase de asilos, y quién sabe si aún nos impresionaría más hondamente la contemplación de esos mismos locos si los viéramos en su vida ordinaria, despojados de esos trapos que, distrayéndoles momentáneamente de sus obsesiones, proporcionando un desahogo á su alterado sistema nervioso, poniendo en actividad por modo distinto del usual su cerebro, hacen desaparecer de sus semblantes esa expresión fatal que es el estigma con que la insania marca el rostro de sus víctimas. Y la prueba la tenemos en otra de las fotografías que reproducimos. ¿Acaso no nos inspiran tanta ó mayor lástima que las locas disfrazadas esas otras que separadas de ellas por una verja contemplan cómo sus compañeras se divierten? El mismo loco alcohólico á quien se ha proclamado presidente de la fiesta con el pomposo título de «Conde de la Borrachera,» ¿no excitaría más nuestra conmiseración si en vez de ofrecerse á nuestros ojos animado por la excitación fugaz del instante en que le sorprendió la máquina fotográfica, lo viéramos sumido en el embrutecimiento que suele ser propio de su estado ó en uno de esos accesos de *delirium tremens* en que se agita su intoxicado organismo?

Prescindamos, pues, de filosóficas sensiblerías al considerar la fiesta celebrada en el hospital de locos de Lungara, y veamos en ella únicamente un medio de distraer, de proporcionar una dosis de felicidad á esos pobres seres que han perdido la razón, una manifestación muy digna de tenerse en cuenta de los progresos realizados por la frenopatología, que ha despojado al manicomio del carácter de cárcel que tenía antes y que, tratando al loco como enfermo, ha substituído el antiguo sistema curativo, que tan gráficamente sintetizaba el antiguo refrán español «el loco por la pena es cuerdo,» con el moderno tratamiento que tan admirablemente expresa la frase de Guislain: «Hacer bien, mucho bien, al enajenado: he aquí el capítulo más importante del Códex del médico frenópata.» – S.



Ninetta, cuadro de L. Passini

LA PESETA FINA

(NARRACIÓN MARROQUÍ)

En una de las tertulias que en el Casino Militar celebrábamos todas las noches varios oficiales y jefes, refirió una de ellas el distinguido teniente coronel de ingenieros Fernández cierta narración que no dejó de interesarnos.

Fernández había estado destinado en Melilla bastante tiempo, conocía el árabe que hablan en las cabilas y había hecho varias excursiones por el territorio marroquí; unas veces, desempeñando comisiones especiales del servicio, tales como unos trabajos de triangulación que le valieron generales elogios, y otras, por su sola voluntad y deseo. Resultaba de todo esto que el teniente coronel conocía muy bien los usos y costumbres de Marruecos y que pocos como él sabían referirlos y explicarlos.

He aquí extractado el relato que nos hizo.

Cuantos viajeros hayan estado en cualquiera de nuestras posesiones africanas ó recorrido aquellas ciudades en que, no obstante pertenecer de hecho al Imperio del Mogrev, se mantienen relaciones, especialmente mercantiles, con los españoles y los franceses singularmente, y en general con los europeos, en el mismo Marrakés, en Fez y otras, habrán tenido ocasión de observar que cuando un «cristiano» llega á un «bazar» ó simplemente al tenducho de un mercader ó á cualquiera de los tenderetes colocados al aire libre en las plazas ó las calles, en los que los bereberes expenden baratijas ó golosinas, y pregunta el extranjero por el precio de cualquier mercancía, en un especial castellano echado á perder suele contestarle casi indefectiblemente el comerciante moro: «Peseta fina *tantas* (las que constituyan el precio del objeto en venta); peseta buena, *tantas.*»

Es decir, que el vendedor árabe de que se trata distingue dos clases de peseta, que ambas circulan y las admite y da en sus pagos y cobros, que son la *peseta fina* y la *peseta buena,* que es la que vale más.

Esta diferencia nace de lo siguiente: el comerciante moro, y aun los que no son comerciantes, van provistos de un pequeño taladro, y á pretexto de ver si la moneda que el cristiano les entrega es ó no de plata, practican en ella un agujerillo. El que no lleva esta herramienta lleva, por lo menos, su gumia, su puñal ó su navaja, y con la punta del arma y con una admirable destreza raya la moneda, arrancándola una virutilla del metal. No precisa añadir que los pedacitos de plata procedentes de los taladros y de los arañazos van á parar al cajón del mercader ó á una bolsa de cuero que éste lleva y que al cabo de cierto tiempo el moro ha logrado reunir en pedacillos de plata el valor de unas cuantas pesetas. Lo que él ha ganado es lo que han perdido las monedas, las cuales, cuando han pasado por muchas manos morunas, sólo tienen un valor efectivo muy pequeño, á veces apenas si llegan á real y medio, pero siguen pasando por parte de su valor nominal, y decimos esto, porque continúan circulando por pesetas, pero por pesetas *finas,* tan finas, que algunas parecen un encaje. Dicho se está que las *buenas* son las que permanecen sin taladro ni señal, pero no han de tener ni la más mínima, que hasta este extremo llevan su explotación con los europeos los mercaderes moros, y así reputan como *finas* aquellas que para convencerse de la bondad del metal marcan con sus férreos dientes los moros menos cultos de las cabilas que no usan el taladro, y que son monedas, por lo tanto, todavía *completas,* por decirlo así.

Bien: pues es el caso que hacia el año 59, poco antes de nuestra gloriosa campaña de Africa, vivía en la cabila de Beniarás una encantadora doncella hija de Alí-ben-Hamet, hombre ya anciano, mercader de cuerdas de cáñamo y de drogas, y que sólo compartía su hogar con aquella hija, á quien adoraba tanto como á Alá.

Fétima, no Fátima, que así se llamaba á la preciosa joven, ayudaba á «su viejo,» como ella decía, en las modestas tareas mercantiles del chiribitil convertido en tienda, y como tenía más labia y era menos adusta que su padre, se daba mejor arte para vender que aquél, por lo que éste, que la consideraba con «muy buena mano» para el despacho, le confiaba casi todas las ventas.

Permaneciendo largas horas tras de los cajones que servían de mostrador, no tardó en tener muchos pretendientes; pero ella, prudente y recatada, rechazó á todos, á todos, incluso á Salí-ben-Mohamed, joven apuesto, inteligente, rico y descendiente de una prestigiosa familia del Imperio.

El amor que Salí sentía por Fétima le abrasaba, pero ella, tal vez por esto mismo, manteníase con él más seria y reservada que con los demás. El enamorado, aun á riesgo de que se enterase el viejo Alí de su pasión y de sus largas estancias en la tienda, permanecía en ella mucho tiempo, sentado en un rincón, silencioso y triste, y había que ver cómo abría sus ojazos negros cada vez que Fétima, al re



JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII. – Hermanas de la Caridad saliendo de San Pedro después del servicio divino. – Devotos saliendo de la iglesia de San Pedro (de fotografías de Carlos Abeniacar)

cibir una moneda de los muchos «cristianos» que allí acudían, más que por comprar, por verla, clavaba en la moneda sus dientes de perlas.

Muchas veces trató Salí de apoderarse de una de aquellas monedas, pero nunca había podido lograr su deseo, deseo que iba creciendo cada día con más fuerza. La «peseta fina» marcada por los blancos y diminutos dientes de la mora, pero acabada de morder por ella en su presencia, adquirida en el acto, cuando nadie pudiese dudar de la autenticidad de la marca y el pedazo de plata conservase todavía el perfume de aquella boca de rosas y de azahares, cuyos labios rojos como claveles habían rozado su superficie; he aquí el objeto de los deseos de Salí.

Este anhelo llegaba á constituir una obsesión terrible en el enamorado que, callado y prudente, ya no se atrevía á insistir en su demanda cerca de Fétima, cuando una tarde entró en el comercio del viejo Alí un oficial del ejército español, que en unión de otros compañeros se había alejado del campo de Melilla para hacer una excursión.

El oficial – cuyo nombre no hace al caso – no era aquella la vez primera que entraba en la tienda, y así, con cierto desembarazo, compró varias pequeñeces, concluyendo por pedir á la hermosa Fétima, y á cambio de otra peseta, la devolución de una de las que le había dado y que ella acababa de señalar.

La mora no se hizo rogar, y sonriendo devolvió al militar la moneda pedida.

Ya iba á anochecer y hacía muy poco que los oficiales habían salido de la tienda, cuando Salí la abandonó también, tétrico y silencioso.

Al amanecer del día siguiente fué encontrado en el campo el cuerpo del oficial, que había sido muerto á puñaladas. Ni los mismos compatriotas que le acompañaban supieron darse clara cuenta de cómo ocurrió aquello, explicándoselo tan sólo porque su camarada, algo distanciado de ellos, se hubiese extraviado en la obscuridad de la noche, sin que ellos hubiesen concedido gran importancia á su ausencia por creer que se les hubiese adelantado.

Fuese como fuera, el hecho fué que se encontró un cadáver y que nadie pudo descubrir á los ladrones, pues que el robo había sido indudablemente el móvil del crimen, cuando de los bolsillos del uniforme que vestía el muerto faltaba todo el dinero.

Fétima fué la única persona que pudo adivinar algo de lo ocurrido, pues á la tarde siguiente, cuando ella estaba sola, se presentó Salí oprimiendo entre sus dientes una moneda y brillando en sus ojos un chispazo de alegría ó de venganza satisfecha.

P. GÓMEZ CANDELA.

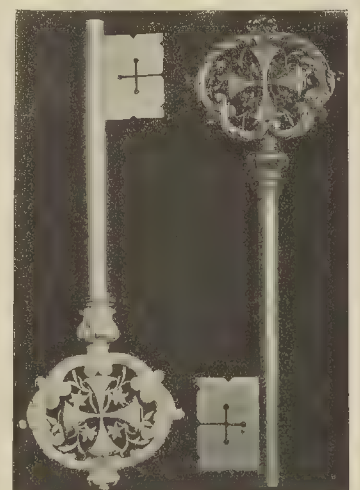
EL JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII

Después de las fiestas con que en Roma y en toda la cristiandad se solemnizó en 20 de febrero último el 25.° aniversario de la elección pontificia de Joaquín Pecci, se han celebrado en los primeros días de este mes otras no menos grandiosas para conmemorar el jubileo de la coronación de León XIII.

Las ceremonias que desde hace tiempo se venían anunciando constituían una verdadera preocupación para el sabio y venerable anciano que se sienta en la silla de San Pedro; poder presenciarlas, presidirlas, tomar parte activa en ellas, era su sueño dorado, sueño cuya realización, por depender de tantas circunstancias, dado el estado de salud del papa, parecía difícil ó cuando menos problemática. Pero León XIII ha visto colmados sus deseos, y á pesar de sus 93 años y de sus achaques, su cuerpo ha resistido perfectamente la agitación de las audiencias, recepciones, funciones religiosas, no interrumpidas durante tantos días, y su espíritu no se ha rendido á las emociones que en su alma hubieron de causar las innumerables y continuas muestras de afecto y de veneración que de todo el orbe católico ha recibido con motivo de la conmemoración de una fecha solemne para su vida y para la vida de la Iglesia.

JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII. – Medalla de oro ofrecida por el Comité de las peregrinaciones (de fotografía de Carlos Abeniacar)

De todas las ceremonias en Roma verificadas, la más grandiosa ha sido sin duda la que tuvo lugar el día 3 en la Basílica de San Pedro. A las ocho de la mañana, la multitud se dirigía ordenadamente al templo; dos horas después, había congregadas en éste 70.000 personas, ansiosas de aclamar á Su Santidad. A las nueve y cuarto apareció el cortejo, que penetró en la basílica por la puerta de la derecha que comunica con el Vaticano. Abrían la marcha gendarmes pontificios y los guardias nobles presididos por el conde Pecci, sobrino del papa; seguían los suizos y las cuatro espadas tradicionales que indican los cuatro cantones helvéticos en que se reclutan, por su fidelidad, los guardias papales; tras ellos iban los prelados y dignidades eclesiásticas, el Seminario y Cabildo vaticano, los auditores de la Rota y los cardenales.



JUBILEO DE LEÓN XIII
Llaves simbólicas de oro, ofrecidas por la ciudad de Ferrara (de fotografía de Carlos Abeniacar)

Al divisarse la noble figura del Pontífice, que vestido de blanco se destacaba sobre la *sede gestatoria*, rodeado de los camareros de capa y espada, resonaron en todos los ámbitos del templo entusiastas vivas pronunciados en diversos idiomas. León XIII, cubierta la cabeza con la tiara de oro que le han regalado los católicos de todo el orbe, se inclinó ligeramente para bendecir á la muchedumbre.

Llegada la *sede gestatoria* al altar de la Confesión, bajó de ella el papa, y después de permanecer arrodillado algunos momentos, se dirigió al trono que se le tenía preparado.

El cardenal Langenieux celebró el Santo Sacrificio, durante el cual la capilla de música dirigida por el maestro Perossi cantó inspiradas composiciones sacras. En el acto de la elevación, sonaron en la cúpula las famosas trompetas de plata y se echaron á vuelo las campanas de las 400 iglesias de Roma.

Terminada la misa, León XIII subió al altar, bendiciendo con voz solemne y pausada á la multitud que se postraba á sus pies, y luego volvió á ocupar la *sede gestatoria* y la comitiva pontificia se retiró por el mismo orden en que había entrado, atravesando por entre las apretadas filas de fieles que no cesaban de aplaudir y vitorear, reproduciendo el espectáculo más imponente que puede presenciarse en la tierra.

Entre los grabados que en esta página publicamos figuran la medalla conmemorativa del jubileo y las llaves simbólicas de oro regaladas por la ciudad de Ferrara. – R.



LA FAVORITA, cuadro de Adolfo de Meckel



UNA CANCION, cuadro de Alejandro Roche

NUESTROS GRABADOS

Blondineta, cuadro de Juan Brull.—La preciosa cabecita que figura en la primera página de este número, forma parte de la interesantísima serie que ha producido el distinguido pintor catalán Juan Brull. Digna compañera de las anteriores, tiene como aquéllas la característica de la simplidad de medios empleados en su ejecución, circunstancia que indudablemente favorece para el logro del resultado que el artista se propuso, cual es el misterioso encanto que la delicadeza de su tonalidad y la impresión de los trazos determinan. Ahí, en esta clase de obras, se manifiesta cumplidamente el modo de ser del artista, el caudal de sentimientos y ternuras que su espíritu atesora, resumen de recuerdos y remembranzas que sintetizan cuanto amó y cuanto, aun sin verlo, le alienta y le enaltece.

***

Dos hermanos, cuadro de Max Liebermann.—Como muy recientemente nos hemos ocupado de otras obras de este notable pintor alemán, nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el bellísimo cuadro que en esta página reproducimos, sobre este interesante grupo de chiquillos que por su entonación vigorosa, por lo sólido del dibujo, recuerda las mejoras creaciones del antiguo arte flamenco Liebermann no es un exclusivista, puesto que acepta de todas las escuelas lo que cree digno de imitarse, ó mejor dicho, de estudiarse; pero tampoco es un plagiario, sino que las enseñanzas ajenas le sirven para asimilarse lo mejor de ellas, que luego expresa con verdadera originalidad. Tiene, en una palabra, personalidad propia, y una personalidad ilustre, puesto que como maestro le proclaman sus compatriotas y cuantos siguen con interés el movimiento progresivo del arte.

***

Ninetta, cuadro de L. Passini.—En esos ojos de mirada expresiva, en esa enmarañada cabellera rebelde á toda sujeción, en esa nariz de perfil picaresco, en esa boca voluptuosamente plegada, en esos labios carnosos y sensuales, en todas las facciones de ese agraciado rostro se refleja el espíritu, el modo de ser de la hembra italiana que ha servido de inspiración á tantos artistas. No es la *Ninetta* de Passini el tipo de mujer agitada por pasiones violentas, pero tiene en su semblante la expresión melancólica, soñadora, que en muchas regiones de Italia, como en muchos países de Oriente, se admira; esa expresión que refleja un alma de sensibilidad exquisita, una imaginación que se lanza á los espacios en busca de ideales que no encuentra en la tierra, un ansia de satisfacer deseos hondamente sentidos y de imposible realización en este mundo. La exteriorización de estos sentimientos constituye, sin duda alguna, un problema difícil para el pintor, el cual, para esta clase de obras, no cuenta con esos elementos que tanto contribuyen al buen efecto de un cuadro. Lienzos como el que nos ocupa no admiten los trazos enérgicos y las tonalidades violentas que los grandes afectos traen consigo; el éxito ha de obtenerse por la sinceridad, por la delicadeza de líneas y de matices que correspondan á la placidez y á la suavidad del estado psicológico del modelo. Y en este sentido bien podemos afirmar que Passini ha actuado de verdadero artista pintando ese busto que se ajusta perfectamente á estos conceptos y en el cual ha sabido vencer con facilidad admirable aquellas dificultades.

***

La favorita, cuadro de Adolfo Meckel.—El Oriente con sus costumbres pintorescas, con sus tipos de rara belleza, con sus espléndidos paisajes llenos de luz, brinda á los artistas manantial inagotable de asuntos para sus composiciones. Por esto en todos los países ha habido y hay pintores que atraídos por tales encantos han visitado aquellos territorios y han aguzado su ingenio para combinar en su paleta los matices que reprodujeran la profusión de brillantes colores que hirieron sus ojos, la transparencia del aire, la intensidad del azul del cielo, en cuya contemplación se extasiaron, los abigarrados tonos de los trajes y las tintas, ora delicadas, ora vigorosas de las encarnaciones. El pintor alemán Adolfo de Meckel ha reproducido uno de esos tipos que con ningún otro pueden confundirse, una de esas mujeres en cuyo rostro y en cuyas actitudes han impreso su sello la voluptuosidad y la indolencia propias de aquellos climas cálidos, una de esas odaliscas de esbeltas formas y cimbreantes movimientos que entre perfumes y narcóticos viven, si es que esto es vivir, encerradas en los harenes sintiendo la nostalgia de la patria, la añoranza de la perdida libertad. El cuadro *La favorita* es una hermosa muestra de ese género de pintura que tantos admiradores tiene y que con éxito han cultivado artistas de las más distintas procedencias y de las tendencias más diversas.

***

Una canción, cuadro de Alejandro Roche.—Nació este pintor en Glasgow en 1863 y después de haber hecho sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, prosiguió su educación artística en París y por último se estableció definitivamente en Edimburgo, en donde en la actualidad reside. Pertenece, no sólo por su nacimiento, sino por sus tendencias, á la escuela escocesa, que fué una de las primeras en asociarse al movimiento por virtud del cual el antiguo convencionalismo académico hubo de ceder al arte naturalista la preeminencia de que por tanto tiempo había disfrutado. Pero el naturalismo que cultivan los artistas escoceses no es el naturalismo crudo que sólo de la verdad se preocupa, considerando la belleza como secundario ó accidental, sino del que procura armonizar ambos elementos realizando dentro del arte lo que tan admirablemente realizado vemos en la naturaleza. Y la labor de aquellos pintores resultó tanto más espontánea cuanto que esa visión poética de la realidad se ofrecía continuamente á sus ojos y á su alma en su propio país, en aquella región de los azulados lagos, de las altas montañas cubiertas de bosques, de los profundos valles, de las verdes praderas y de los históricos castillos, que tan incomparables creaciones inspiró, en literatura, al inmortal Walter Scott. Esta manera de sentir el arte no influyó solamente en los paisistas; ha influído también en los que se dedican á la figura, y buen ejemplo de ello tenemos en el interesante lienzo de Roche, obra en la que aparecen íntimamente fundidas la realidad y la poesía: nadie podrá negar que la joven cantora está tomada de la realidad; pero hay que convenir también en que el pintor no se ha limitado á copiar la materia, sino que ha sabido comunicarle una expresión, un sentimiento que son los que dan verdadera vida á las creaciones artísticas.



DOS HERMANOS, cuadro de Max Liebermann

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – NUEVA YORK. – En una venta pública recientemente verificada en Nueva York se ha acentuado la constante subida de precios de los cuadros llamados de la escuela de Barbizón. Un cuadro de Millet, vendido hace poco por 37.500 francos, lo ha sido ahora por 117.500; por tres de Corot se han pagado 107.500, 75.000 y 72.500; por uno de Díaz, 68.500; por uno de Troyón, 45.500; por uno de Daubigny 50.000 y por uno de Rousseau, 48.500.

BERLÍN. – La Galería de Pintura de Berlín ha hecho recientemente dos importantes adquisiciones, un cuadro de Martín Schonganet, el más ilustre de los predecesores de Alberto Durero, y otro de Hugo van der Goes, comprado en España. Las obras de estos maestros, ninguno de los cuales había estado representado hasta ahora en los museos berlineses, hace tiempo que no se encuentran en el comercio, pudiendo, por tanto, considerarse como joyas de valor inapreciable.

– En los presupuestos del Estado prusiano correspondientes al presente año figuran, entre otras, las siguientes partidas para el capítulo de bellas artes: 1.000.000 de marcos para la continuación de las obras del Museo del emperador Federico; 37.000 para la restauración de los tapices de Rafael que han de figurar en el nuevo Museo; 30 000 para el Gabinete de Grabado; 500.000 como tercera entrega para las obras de ampliación del Museo de Industrias Artísticas, cuyo coste total está presupuesto en 1.800 000; y 1.000.000 como primera entrega para la reconstrucción de la Biblioteca Real y de la Biblioteca Universitaria.

VENECIA. – El día 22 de abril se inaugurará la quinta exposición internacional de bellas artes. Además de los premios concedidos por el Estado y por varias entidades, el Ayuntamiento veneciano ha votado la cantidad de 100.000 francos para la adquisición de obras.

MADRID. – Con objeto de erigir en Madrid un monumento nacional que perpetúe la memoria de los soldados y marinos muertos en las campañas de Cuba y Filipinas, se ha constituído una Junta Central que preside el Excmo. Sr. Marqués de Polavieja y de la que forman parte las personalidades más ilustres de la corte. Para la realización de tan laudable proyecto se admitirán donativos en la tesorería de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja y en todas las comisiones, delegaciones y subdelegaciones de la misma, en las delegaciones del Fomento Naval, en las redacciones de todos los periódicos de España y españoles en el extranjero y en los consulados españoles en el extranjero.

BARCELONA. – El resultado celebrado por la «Revista de Materiales y Documentos del Arte Español» ha sido: *decoración interior*, accésit D. Francisco Labarta y Planas, mención D. Miguel Massot; *pintura decorativa*, accésit D. Miguel Massot; *escultura decorativa*, premio D. Pedro Ricart, accésit D. Miguel Neas, D. Juan Labarta y D. Francisco Roca, mención D. Emilio Artó; *dibujo para tejidos*, premio D. Mateo Cullell, accésit D. Jaime Llongueras, mención don Miguel Massot; *vidrieras de color*, premio D. Juan Llongueras, accésit D. Miguel Massot; *cerrajería*, premio D. Federico Barceló, accésit D. Carlos de Luque, mención D. Emilio Arto; *proyecto de altar*, premio D. Carlos Lagunas, accésit D. Joaquín Renart, mención D. Federico Barceló; *orfebrería*, accésit D. Ramón Rosselí, D. Federico Barceló, mención D. Pedro Ricart; un *paraguero*, accésit D. Gaspar Homar, D. Miguel Massot, mención D. Pascual Sanz; *sección de fotografía*, primer premio D. Julio Vintró, tercer premio D. Francisco Sala.

– *Salón Parés.* – El laborioso y notable pintor catalán Luis Graner ha organizado en el Salón Parés una exhibición de varias de sus excelentes producciones. Y conste que el calificativo que les asignamos es tan merecido, que lo empleamos á falta de otro que pudiera expresar mejor el lisonjero juicio que nos merecen las obras expuestas. Esta vez, como la anterior, muestra el artista su rara habilidad para representar ó reproducir los efectos de noche, si bien los asuntos difieren de los que tantos aplausos le valieron en la anterior exposición No ha tratado Graner de representar ahora cuadros sociales y tipos y caracteres; ha recurrido á los recursos, á los elementos que la naturaleza le ofrece, cual puede observarse en el hermoso paisaje de Vallvidrera, majestuoso, solemne, por su grandiosidad y encanto. Graner sabe, y logra expresarlo con extraordinaria intensidad, cuantos efectos pueden obtenerse, cuantas notas vibran en la misteriosa penumbra del atardecer y de la noche, y cual si fuera inspirado poeta, canta, compone y expresa, como pocos, el sentimiento de que se halla poseído su espíritu.

***

Teatros. – *Barcelona.* – En el teatro de Novedades ha dado la XI sesión dramática el *Teatre Intim*, poniendo en escena la magnífica tragedia de Sófocles *Edipo Rey* y la bellísima comedia en un acto de Molière *El casament per forsa*. Ambas obras, por el cariño con que fueron representadas por los aficionados que constituyen aquella institución y por el lujo y propiedad de la presentación escénica, produjeron honda impresión en el público, que colmó de aplausos á todos cuantos en la función tomaron parte y muy especialmente al director Sr. Gual, que bien merece las más calurosas alabanzas por los levantados móviles que en su empresa le guían y por la ímproba labor que para llevarla á feliz cima se ha impuesto. Las hermosas decoraciones han sido pintadas por los Sres. Moragas y Alarma la de *Edipo Rey* y por el Sr. Vilumara la de *El casament per forsa*.

***

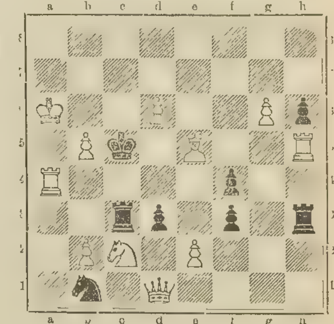
Necrología.—Han fallecido:
Ricardo Fresenius, paisista y marinista alemán.
Eleuterio Pagliano, pintor italiano.
Ada Ellen Bayly, notable novelista inglesa, defensora de la emancipación de la mujer.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 317, POR V. MARÍN.

5.º premio del Concurso de *La Stratégie*, sección B.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 316, POR M. FEIGL

Blancas.	Negras.
1. Tc3–g3	1. Cualquiera.
2. D 6 T mate.	



Entonces, más pálida, Victoria se sentó y se cubrió los ojos para ocultar que lloraba

PEQUEÑAS MISERIAS

Novela original de Carlos María Ocantos. – Ilustraciones de Mas y Fondevila

I

En la estación Central, feo armatoste de carpintería condenado á desaparecer por el Progreso y el Arte, dos ediles celosos si los hay, se agrupaban, codeaban y estrujaban los allegados y amigos de los novios, todos los que, en procesión lujosa de magníficos trenes, habíanles acompañado hasta la Merced, donde acababan de recibir la bendición nupcial Josecito Esquendo y Victoria Stuart, los dos seres felices que, asomados á una de las ventanillas del convoy próximo á partir, sonreían á todos y entre todos repartían apretones de manos, frases amables y flores de azahar. De los Esquendo alguno faltaba, además del gran D. Fabio; de la aristocracia, así la advenediza como la de abolengo, brillaban los principales nombres que avaloran el Gotha social bonaerense, descollando entre las preciosas capotas y los sombreros de felpa la figura arrogante de la abuela, misia Justita González de Esquendo, la hermana política de aquella misia Sandalia, madre de los últimos Tejera, hermosa aún en su vejez soberbia, á pesar de los setenta y cinco ya cumplidos; y á su lado el único Stuart, Ladislao, tan alto como ella, correcto y fino, á fuer de buen hijo de británico, el único que guardaba compostura en medio de tan grande guirigay, contentándose con mirar á la hermanita de manera paternal, mientras la enguantada mano retorcía las luengas guías del bigote rubio.

En torno de ambos, por asaltar la ventanilla, se revolvían capotas y sombreros, amenazaban los abanicos y chispeaban los ojos y las joyas. El calor de noviembre, en toda la fuerza del medio día, abría las fuentes del sudor, que á muchas bonitas caras despojaba de sus afeites, y obligaba á otros, los mártires de levita y chistera, á huir del enjambre, y frente al río, cerca de las obras comenzadas del gran puerto, olfatear ansiosos mezquina ráfaga de aire.

Sonó la campana y arreció el tumulto; Victoria, algo pálida, seguía sonriendo y repartiendo los capullos de su ramillete de desposada; Josecito se inclinaba á un lado y otro, saludaba con las manos y la cabeza, sin saber á quién atender, mareado, á veces, en su desconfianza de sordo, mirando de hito en hito y no recobrando el aplomo sino cuando los ojos de la abuela Justa le calmaban. Sonó nuevamente la campana, en seguida un horrible pitido y el convoy arrancó de pronto; los brazos eleváronse por última vez... Ni Victoria ni Josecito se apartaron de la ventanilla, agitando los pañuelos; no se apartaron hasta que la distancia confundió á Ladislao y á misia Justa en el numeroso y pintoresco grupo del andén.

Entonces, más pálida, Victoria se sentó y se cubrió los ojos para ocultar que lloraba. Como no iban solos en el vagón y el viaje de tres horas refrenaba impaciencias, Josecito se estuvo quieto en su rincón. Su sordera le impedía hablar ante testigos y no habló palabra. Miraba y admiraba á su mujer con estúpido enajenamiento: el lindo talle que modelaba elegante vestido gris, la cabecita rubia defendida por el sombrerín de paja encantador, la oreja de rosa, la barba y los labios, todo lo que el pañolito de encajes dejaba ver, y como el perro satisfecho, gruñía, enseñando los feos dientes cariados. Ya era suya, ¡suya!, aquella orgullosa Stuart que durante dos años le trajo maliciosamente al retortero, burlándole, humillándole y sumiéndole en el purgatorio de los pretendientes en desahucio, para entreabrirle luego las puertas del cielo, sabia estrategia en que todas son maestras consumadas; suya, ¡suya! ¡Oh! ¡Victoria cruel! ¡Costosa victoria!

Gruñía, pensando en la llegada al Trigal, en la inefable soledad de la *estancia*, en los quince días que en *La Justa* le aguardaban... Porque, naturalmente, el tío Fabio se marcharía en seguida, y ni la abuela, ni la cuñada Melchora, con el arrapiezo de Pastorita, vendrían á molestarles. ¡No faltaría más!

Como entrara el sol con desvergüenza á besar en la nuca á Victoria, Josecito, celoso, se levantó y lo echó fuera, bajando la cortinilla. Ella no apartaba el pañuelo, por evitar también la curiosidad de los vecinos. Pero, secas ya las lágrimas, al través de una abertura hecha adrede, disimuladamente la joven observaba á su marido: el cuerpecillo enclenque, el largo pescuezo de nuez enorme, los pelos ralos de la barba, la boca dentuda, los ojos muertos, la frente estrecha... Y como la primera vez, sentía el amargor de la repugnancia y el desdén. ¡Dios mío, qué feo era!, y ¡qué memo! ¡Y sordo, sordo por añadidura! Un cuerpo y un alma incapaces de escuchar ni comprender nada, insensibles á todo lo que no fuera los fines de la animalidad. ¿Por qué cedió? Sí, ¿por qué?

Entre el rumor de las ruedas, parecía contestar Ladislao á la pregunta desesperada:

– ¡Porque es rico, riquísimo! ¿Qué importa que sea tonto y que sea feo? Hay que mirar el matrimonio como una operación comercial: así lo han impuesto las costumbres, las exigencias del lujo, las necesidades sociales, solemne vulgaridad ésta, en fuerza de ser repetida y practicada, pero que es preciso tener siempre presente. ¡Un Esquendo!, aunque fuera jorobado y cojo, y anduviera en cuatro patas. Piensa en el palacio que te espera, en los coches, en los trajes. Cuando él se acerque á ti, cierra los ojos, é imagina que es el galán más apuesto del mundo. Debemos hacernos servir por la imaginación y no ser esclavos de ella. Todo consiste en la educación de la voluntad. No olvides que nuestro padre, el que aún llaman el misterioso Mr. John Stuart, descendiente de noble familia escocesa, semilla regia, tal vez, que las vicisitudes aventaron hacia estas playas, aunque casó muy bien con la heredera de los Solaños, parienta lejana de estos Esquendos millonarios, quedó arruinado, y que los últimos años de nuestra pobre madre fueron angustiosísimos; piensa que en esta *Barraca* para la venta de cueros y lanas que la necesidad obligó á poner á orillas del Riachuelo á nuestro padre, paso yo la pena negra por darte á ti el regalo que mereces y sostenernos en el pie á que estuvimos acostumbrados... Cierra los ojos, Victoria de mi alma, ciérralos, repito, y con el oro de tu marido cómprale las gracias, perfecciones y donaires que le faltan. ¡Es sordo! ¡Ojalá fuera ciego también! Así estaría completo. Hay que ser prácticos, Victoria, que de ingleses descendemos...

Ladislao tenía razón. Pero hay razones amargas como el acíbar, muy difíciles de tragar. Mirándole

por la abertura del pañolito, Victoria aquilataba las dificultades inmensas para hacer de su marido otro hombre distinto, ni con todo el oro del mundo, así pusiera en la empresa además toda su voluntad y sus mejores intenciones.

Y á la voz fraternal, con el pensamiento, respondía de esta manera:

– Te empeñé mi palabra y la he cumplido. Ya me has oído en la iglesia decir que sí, que le aceptaba por mi señor y marido, á este hombre tan feo, tan feo, Ladislao, á quien no podré yo querer jamás. He dicho que sí, pensando en eso mismo, en el fausto y en el favor que te presto, á ti, que has sido el padre de esta huérfana Pero me sacrifico, Ladislao; créeme que hago un horrible sacrificio, tan horrible que no sé si podré soportarlo hasta el fin; no sé si, aun atada de pies y manos en poder de la señora abuela, que dicen es de navaja en la liga, no me sublevo y recobro mi independencia... ¡Ay! ¡Cuando te enfadaste conmigo porque no cedía á tus consejos y á tus exigencias, poniéndote furioso por la primera vez con esta tu hermanita que tan sumisa fué siempre y cariñosa, te dije que no atribuyeras mi negativa á otros amores; lo repito ahora que este tren me lleva corriendo al precipicio, como si me llevaran los mismos demonios: por aquí no ha pasado un alma, Ladislao! Yo no quiero á nadie más que á ti. Y aunque te burles, te confesaré que no cambio yo ahora los esplendores que me aguardan y me han cegado, por la vida modestísima é independiente de la Barraca. ¡Ay, pobre cuartito mío azul!, ¡mis pájaros, mis macetas, mis libros, mis alegrías de soltera! Las lágrimas acaban de borrar de mi vista su odiosa cara de animalucho. No sabe más que enseñar los colmillos... ¡Ay, Ladislao, estoy arrepentida, muy arrepentida! Ayer, mareada con los regalos, las felicitaciones, las crónicas anunciadas, la perspectiva deslumbrante de la ceremonia nupcial, te manifesté mi contento; pues bien, ahora, sola con él, frente á frente, como en nuestra sala, en sus visitas de novio, le veo tan cerca y me siento ya suya, me contradigo, me sublevo, libre de tu sugestión malhadada y de los vapores del incienso, recobro la conciencia y comprendo, ¡ay Ladislao de mi alma!, que estoy arrepentida... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Bruscamente se detuvo el tren, y con grosero envión se arrastró de nuevo pasando majestuoso ante los muelles y los galpones repletos de mercancías, junto á la ría cuajada de mástiles, entre el movimiento colosal de la factoría que en este extremo característico de la gran ciudad suspende y asombra; cerca del puente de Barracas, Victoria se descubrió los ojos para echar una mirada tristísima á sus balcones: ahí estaba, cara al Riachuelo, pintada de color de café la antigua *Barraca de Stuart;* en ella quedaba su alma entera, vagando de la alcoba azul á la salita, donde el padre y la madre en sus cuadros dorados se sonreían uno al otro, él, Mr. John, con su porte nobilísimo, la levita ceñida, el chaleco floreado, la gruesa cadena, el cuello alto y su hermosa cara de rosa abierta; ella, misia María Josefa, de miriñaque, manteleta y cocas de azabache, resplandeciendo todas las virtudes en sus ojazos de criolla agraciada... Y de la salita al despacho de Ladislao, y de aquí á la terraza y por la escalerilla exterior á la azotea donde en las tardes de verano se entretenía, ya espiando con los gemelos marinos la llegada de los buques de ultramar, ya contemplando la carga y descarga en los muelles. ¡Vida dulcísima! ¡Melancólicas añoranzas! ¡Ay! ¡Sus pájaros, sus macetas y sus libros, la grata compañía de su danés plateado, el hermoso *Boy*, y de la fiel doña Mónica, la criada vieja, servidora que fué de su madre, nacida en la casa misma de los Solaños y apegada perpetuamente á la familia!

Abrumada por los recuerdos, sollozó detrás del pañolito; y se rehizo, de súbito, descubriendo otra vez los magníficos ojos zarcos y fijándolos serenos en su marido, que la preguntaba inquieto: «¿Qué tienes?...» con baboso cariño. Ella se quejó del calor y del polvo espeso que resecaba la garganta; y Josecito, adivinando lo que se le decía, rezongaba:

– ¡Naturalmente! Si el tren parece una carreta... ¡Viaje más aburrido! Deja que lleguemos al Trigal. Desde el Trigal á *La Justa* hay sus cinco leguas largas, pero como iremos en el *break*...

En la estación la locomotora descansó buen rato, y el joven pataleaba como si quisiera meter espuelas á la perezosa cabalgadura. Habían bajado un sacerdote y un vascongado de ricos arreos que con ellos venían, pero no quedaron solos, porque era el coche de estos salones á la americana y estaba lleno de diputados y empleados de La Plata, que hablaban todos juntos y discutían. El ir y venir de tanta gente en el andén distrajo á Victoria; pero cuando se puso en marcha el convoy con rechinamiento de ejes y sacudidas epilépticas, y suelto el freno, echó á correr por las verdes llanuras del Sur, sintió espantosa angustia porque cada tranco del monstruo era un paso hacia el abismo, y la llegada al Trigal, la intimidad del carruaje, la soledad y el abandono de *La Justa* la alarmaron más que antes. Pegados los labios á su dulce confidente, el pañuelo de encajes, repitió la pavorosa pregunta:

– ¿Por qué he cedido? ¡Ay, Dios mío!..

Y Josecito, entretanto, se esponjaba en su rincón, satisfecho. Su pensamiento, de corto vuelo, rasando iba sobre estas cosas vulgares:

– La pobre está que no sabe lo que la pasa de alegría, de emoción ó de impaciencia. Ya llegaremos, mujercita mía... No sé si será bueno que tome yo un baño en llegando, porque con el calor y el polvo... A veces me parece indiferente: tiene ese aire pretencioso de quien le ha hecho á uno un gran favor. Pues no, señorita de Stuart, que quien hace aquí el favor soy yo, por más reina y emperatriz que usted se crea. Al fin y al cabo, con *mi plata* podía yo tener todas las que quisiera. Usted se hizo de rogar, ó lo fingió, y esto me irritó, agravó mi capricho. Abuelita Justa, temiendo sin duda que fuera á cometer una barbaridad como la de mi hermano Jacobo, que se casó con la sirvienta, aquella vascongada tan bonita, arrastrando el apellido de Esquendo por los suelos... Pues, temiendo de mí cosa parecida, no se opuso, aunque se hizo de rogar también, pues quería algo de mayor substancia pecuniaria: conque ya ve usted, orgullosa señorita Victoria... ¡Qué linda es! ¡Qué formas! ¡Qué seno! La mano es tan chiquitita que parece la de un ratón... Mía, toda mía, desde la punta del pie hasta el último cabello... ¡Cómo tardamos en llegar, y lo que aún falta!.. No, tendré que bañarme, porque con este calor... En el *neceser* traigo buen acopio de perfumería... ¿Habré olvidado?

Cogió una maleta de la red y la registró, luego todas, las cuatro de roja piel y cantos de níquel; también los porta-mantas y un saquito de mano. Se volvía á la joven disculpándose:

– Creía que se me había olvidado algo..., pero, no. Aquí está. Como *La Justa* es poco menos que un desierto... ¿Quieres el agua de Colonia ó tu frasco de sales?

Victoria pidió el frasco, y con languidez levantó el tapón de esmalte orlado de brillantes. Josecito gruñó alegremente:

– Este fué mi primer regalo, ¿te acuerdas? El día de Santa Victoria, el 23 de diciembre... Permíteme que me acerque: me sentaré á tu lado, puesto que el cura ya no está y aquellos viajeros se han cansado de espiarnos. Unos novios siempre llaman la atención, aunque nosotros, por lo formales, no lo parecemos. Tú estás como si volvieras de un entierro ó te llevaran á la cárcel. Quítate ese pañuelo de la cara, déjame que te vea...

Resignóse la joven á privarse del antifaz que encubría sus dolorosas sensaciones, y sonrió á Josecito haciéndole un hueco á su lado, previniéndole sólo con el gesto, pues no entendía él de palabras, que debía guardar compostura. Él prometió que sí, que la guardaría, pero acercábase tanto, que sus calientes resoplidos molestaban á Victoria y el machacar de sus sandios alardes de riqueza, mostrando, por la opuesta ventanilla, los innumerables ganados que filosóficamente pastaban á lo largo de la vía:

– ¡Pues tenemos nosotros más en *La Justa!* Vacas, así, como moscas, y ovejas, así, como mosquitos. De las *caballadas* hemos perdido la cuenta. ¿Y la granja para la fabricación de quesos y mantecas? ¿Y las cien incubadoras con sus miles de pollos? Las faenas agrícolas todas, todas, se hacen á máquina, según los sistemas más perfeccionados. Ya verás, ya verás. La capilla de Santa Justa es gótica, y parece un relicario de oro; en el órgano, traído de París, toca Melchora los domingos divinamente, y cuando hay fiesta mayor viene á predicar un dominico de Buenos Aires. La escuela es grandísima: entre chicas y muchachos suman unos setenta... Te digo que es un condado *La Justa*. En todo observarás la mano inteligente de mi tío Fabio, que ha consagrado á la *estancia* sus ocios de solterón, y en ella vive casi el año entero; ya le conoces, mitad gaucho y mitad señor, un hombre fornido, alegre y bondadoso. La transformación del establecimiento se la debemos á él exclusivamente: mi padre murió muy joven; mi hermano mayor, Alberto, el marido de Melchora, el más apto y quien ayudaba al tío, se desbarrancó en un rodeo hará siete años; mi hermano segundo, Jacobo, tomó mal camino y ni le vemos ni le oímos, y yo, francamente, no sirvo... A mí que me den una buena yunta y la guío con más seguridad y elegancia que el mejor cochero de oficio. No sirvo para otra cosa

Después de esta sincera confesión, se achicaba con la humildad del convencimiento de la propia insignificancia, y repetía: «No, no sirvo...,» palmeándose las puntiagudas rótulas.

Por más que quisiera Victoria huir de su pegajosa vecindad no podía, porque el ardiente resoplar seguíala en todos sus movimientos, insinuándola amorosas soserías, despertando el recuerdo de sus relaciones, desde la primera mirada en Palermo hasta la primera visita en Barracas, bajo la vigilancia de doña Mónica, y todas las vicisitudes, sus desdenes, vacilaciones y rigores hasta confirmar el sí solemnemente en la Merced, poco antes, á la faz de Dios y del concurso más aristocrático que pudo reunirse jamás.

– ¡Estabas más bonita! Nunca me has parecido tanto como con el velo y los azahares. Ahora también me lo pareces... Si soy tu maridito, ¿por qué huyes? No nos ven, te digo que no. Mira, hazte cuenta que soy tu perro, tu *Boy*...

– Cuantos argumentos forjo para convencerme de que no es tal como es, sino como la imaginación quiere fingirlo – susurraba allá adentro el pensamiento de la casadita, – se desmoronan apenas le veo ó le oigo. ¡Inútil porfía! Diga lo que quiera Ladislao, sacrificada he sido, y como la oveja más mansa de *La Justa* me he dejado yo sacrificar. No he pensado bien lo que he hecho. ¿Por qué no lo he pensado bien? ¡Que tenía que soportarlo, no un día ni dos, sino la vida entera! Vergüenza me da confesar que me ha comprado su fortuna... Y aunque no lo confesara, ¿quién, viéndole á él, dirá otra cosa? Anoche mismo he sentido ímpetus de retirar mi palabra, y á Mónica se lo conté hoy al prenderme el velo. La pobre Mónica lloró: «¡Pero si estás arrepentida, aún es tiempo; las cosas que se hacen por puro interés, no salen bien! ¡Aún es tiempo, niña!» No, ya no era tiempo, ¿qué hubiera dicho la sociedad? ¿Qué Ladislao? Ladislao, que en este matrimonio tiene puestas todas sus esperanzas... ¡Horrible sacrificio! Y cuanto más cerca le siento, más asco me inspira. Y yo no quiero, *no quiero*, que mi marido me inspire... eso; haré de tripas corazón, cumpliré mi deber, porque es preciso que yo cumpla mi deber y mis juramentos... ¡Ay, Dios mío! ¿Es el Trigal?

No era el Trigal, sino una de las tantas estaciones de la línea, y allí holgazaneó á su gusto la locomotora, engullendo carbón, refrescándose y haciendo ejercicios sobre la vía con grande furia de Josecito, que hubiera deseado poder castigarla y llevarla hasta el Trigal á trallazos como á sus caballos. Iba de una ventanilla á la otra, echaba la cabeza fuera para preguntar ó protestar, y se impacientaba más, volvía á su asiento con ridículos ademanes:

– ¡Pues no salimos todavía! ¡A que pasamos la noche aquí! Vaya si tendría gracia...

Al fin salieron, y se calmó entonces, y se distrajo con el vocear de los señores diputados. Poco á poco el pesado calor aplanaba los espíritus y desmadejaba los cuerpos el zangoloteo; reclinábanse sobre el duro respaldo las cabezas, buscando ficticio reposo; secas las lenguas, callaban ó se movían á desgana; las narices, obturadas por el polvo, aspiraban sedientas de aire... Victoria, presa de intolerable vahido, se abandonó con resignación á aquella fuerza que á todo correr, por la pampa infinita, endriago que en sus brazos la arrebatara, la conducía á *La Justa* sin remedio posible. Escuchaba, de vez en cuando, gritos de aves en la campiña dormida, de lechuzas, de torcaces y de *teros*, y se le figuraban alertas, gemidos ó anuncios agoreros de inmediatas desdichas. Ahora, en el silencio interior, el martilleo de las ruedas aumentaba y el balanceo del convoy, como larga sierpe que se descoyuntase.

Cuando en la estación siguiente bajaron en tropel los de La Plata, Josecito demostró su alegría de modo que la joven hubo de contenerlo poniendo los labios en la abertura de sus caídas orejas, porque los gestos no bastaron.

– ¿Que tienes jaqueca?, dijo él con empacho; bueno, pero esa no es razón, ¡soy tu marido y puedo besarte! Ya no hay testigos... Pero me estaré quieto, no te tocaré ni con la punta del dedo; me sentaré lejos, aquí, más lejos, si te parece. ¡Nadie creerá que somos recién casados! Te digo que si vas á seguir así se lo contaré á la abuela Justita. Yo no me he casado para esto..

Como animalejo que se mete dentro de su concha, herido ó desconfiado, se arrinconó silencioso y ya no se movió hasta llegar al Trigal, esperando que Victoria le llamase para desenojarle; pero Victoria no le llamó, ni pensó en ello siquiera. Él enfurruñado, pues, y ella preocupada, pasaron la media hora larga que para llegar aún faltaba, y con los primeros pitidos saltó Josecito, se asomó y palmoteó:

— Ya estamos. He visto al tío Fabio... También á Pardales, el Juez de paz... Hay mucha gente. Vengan acá esas maletas. Supongo que no bajarás con esa cara... No te quejarás de que te molesto. ¡Dichosa jaqueca!

Con palidez de muerta, Victoria se levantó maquinalmente, sin hablar, se echó sobre el rostro el velo de motitas, cogía los sacos de mano y los dejaba, con un atolondramiento próximo á la idiotez: empujada por Josecito salió á la plataforma y distinguió á sus pies un enjambre de cabezas que no conocía, brazos que se alargaban para recibirla y paciencia de Josecito, y al fin acomodáronse éstos en el *break*, empuñando el joven las riendas, naturalmente, porque allí donde él estuviese holgaban cocheros, la señorita Clotilde y el capellán en la volanta, con los saquitos de mayor cuantía para su cuidado, con los baúles y mundos Regino, el criado, á la turca sobre el pértigo del carretón, y don Fabio á caballo sobre su *Lobuno* de buena alzada, que así él y el jinete imponían por la desmesurada grandeza. Y ¡hala! al trote vivo por la polvorienta, caldeada y malísima senda que pretendía honores de carretera.

Ni la hora, ni el paisaje eran á propósito para recrear el ánimo y los ojos, que todo en contorno, en el amplio horizonte de la llanura, no percibieron más, á poco de salir del pueblo, que el amarillear de los *potreros* con tal cual ombú solitario. Iba don Fabio al estribo del carruaje, expuesta la hermosa cara al sol, que la había tostado de modo que parecía un morazo con sus luengas barbas; desenvuelto como un jovenzuelo, tomaba á veces la delantera, volvía al galope, se quedaba á la cola de la caravana y al seguro golpear de los cascos del *Lobuno* reaparecía junto á Victoria, terciado el poncho, el ala del chambergo levantada, con toda su rudeza campesina. Su voz poderosa resonaba en la soledad de la llanura...



Iba D. Fabio al estribo del carruaje, expuesta la hermosa cara al sol

voces que saludaban: «¡Bienvenidos! ¿Qué tal? Muchas felicidades...» Un hombre de aventajada figura, de rico poncho listado y chambergo á la usanza gauchesca, de aire rudo, pero con ciertos dejos señoriles, las barbas grises y crecidas como las de un capuchino, hendiendo la multitud se aproximó al coche, y alegremente, con graciosa presteza, arrebató á la muchacha y en medio del círculo respetuoso la dejó exclamando:

— Señores, esta es mi sobrina, tengo el honor de presentar á ustedes á mi sobrina, la más linda porteña que habrán conocido ustedes.

Aquel era el tío Fabio, el hijo mayor de misia Justa, pero estaba Victoria tan atontada que no acababa de reconocerle. Y D. Fabio comenzó la serie de presentaciones:

— El Sr. D. Celedonio Armero, capellán de *La Justa*... La señorita doña Clotilde Paces, maestra de la escuela de *La Justa*, maestra normal con diploma y muy distinguida poetisa... D. Zacarías Pardales, Juez de paz del Trigal... Misia Petrona Pardales, la señora *jueza*, diremos, del partido... D. Ignacio Churrigorria, cura de esta parroquia... El señor intendente, D. Blas Herreros .. D. Alejo Pardales, estudiante simpático é hijo de su papá...

A todos saludaba Victoria muy gentilmente, á pesar de que todos se la figuraban sombras movibles y de los nombres no la quedara ni el eco en los oídos. Se cogió del brazo de D. Fabio, y achuchada por unos y otros siguió á Josecito, que metía prisa con furibundas voces, llegando en revuelta procesión á la explanada donde esperaban un bonito *break* de campo lujosamente enganchado, la oronda volanta, un carretón para el equipaje y los caballos de aquellos señores; abrasaba el sol, y á pesar de las amables insinuaciones de misia Petrona por que pasaran á refrescar á su casa, les pareció mejor á los novios refugiarse en el *break* bajo la elegante toldilla, pues en llegando á *La Justa* sobrado tiempo habría de descansar, y como hasta *La Justa* mediaban unos cinco leguas y eran ya las tres de la tarde, no podían entretenerse sin que se expusieran á que les cogiese la noche en el camino. Allí mismo se despidieron, los apretones y besuqueos de sombras renováronse con mayor fatiga de Victoria é im-

¿Qué tal la ceremonia?, ¿qué tal? El tío Fabio deseando estaba conocer los detalles, como que muy á disgusto suyo no pudo asistir. ¿Quién les hubiera recibido entonces y quién preparado hubiera todo en *La Justa*, si el tío Fabio se marcha aquel día y deja el poncho por la levita? Preparado de la manera que él solo era capaz, con la meticulosidad, con el notable instinto de organización que le distinguía; la mesa quedaba puesta, la merienda á punto, hasta un ramo de jazmines tenía cogido para su sobrina, pues recordaba que era el jazmín su flor favorita, y los balcones de la *Barraca de Stuart* ostentaban en verano soberbia colgadura de jazmines. Nada falta ba. Y además muchas otras cosas que ya verían..., sorpresas, amables sorpresas que les aguardaban, cuyo mérito, si alguno se les reconocía, en justicia había de compartir con la señorita Clotilde y el señor D. Celedonio. Conque, ¿qué tal?, ¿qué tal?

El sordo, atento únicamente á sus caballos, no podía responder, y Victoria lo hizo con gusto, porque la franqueza y la afabilidad del bondadoso señorón la distraía de sus melancolías. ¡Qué regocijo!, ¡qué risas produjeron los detalles de la atareada mañana! No, aquello no era para él, acostumbrado á la libertad pampeana: ¡levita, sombrero de copa, botas de charol, guantes y alfileres!, mayor suplicio de cuantos se han inventado. Si el casarse, además de las durísimas trabas que supone, obliga al paciente á tales exigencias, bien hayan los solterones que hábilmente escaparon de las redes traidoras de Himeneo.

— Digo, los que como yo, por mi desgracia, agregó galantemente, no han encontrado Victorias en su camino...

Rióse la muchacha y le preguntó si se quedaría en *La Justa*.

— ¡Dios me libre!, contestó D. Fabio enarbolando el rebenque con cabo de plata. El amor es egoísta y la felicidad despierta la envidia. Yo, hija mía, viejo y todo, aún tengo sangre en las venas. Tan pronto como deje á ustedes instaladitos, me vuelvo en mi *Lobuno* á tomar el tren de las nueve, y en ocho días no me ven ustedes la cara, no prolongando más mi ausencia, porque los trabajos de la siega empiezan en diciembre... ¡Quedarme! Ni á palos. ¡Bueno se pondría también el señor sobrino! ¡Él, que no ha aprendido á dominar sus impresiones! Cuando en la estación me dispuse á venir de escolta, no se olvidó de torcer el hocico...

— No lo crea usted, dijo Victoria; Josecito es un niño...

— ¡A quién se lo adviertes!, clamó el caballero. Si yo le he sufrido como á sus hermanos... ¡A falta de hijos!.. ¡Eh, cuidado, José, que el puente no es muy de fiar!..

Pasaron el puente de madera tendido sobre el reseco lecho de un arroyo, que, al decir de D. Fabio, arrastraba en invierno tan grande caudal de aguas que apenas si podía vadearse y ya por dos veces había destruído el paso y causado muchas fechorías en las tierras vecinas y en los ganados; llamábanle del *Cura Magro*, porque un sacerdote de tal nombre, paisano del Sr. D. Celedonio, ó sea asturiano (si antes no se ha declarado el origen del digno capellán) y párroco que fué del Trigal, allí se ahogó una noche con el santo Viático: decían los gauchos que por sus orillas vagaba el ánima envuelta en la sotana negra así que obscurecía, y no cruzaban el puente sin persignarse. Este puente debía ser reemplazado por otro de hierro; pero como la política mete en todo la pata, el proyecto empedernido estaba en manos del Intendente Herreros, que tan sólo se ocupaba de cubileteos electorales.

En esto asomóse la señorita Clotilde, que era en verdad muy guapa (si antes no se ha dicho tampoco), y llamó á D. Fabio; fué D. Fabio, y sin refrenar el trotecito que llevaba, junto á la portezuela habló misteriosamente un rato con los de la volanta acerca de sabe Dios qué pícara intriga que entre los tres tenían amasada. Cuando volvió el caballero al estribo del *break*, Victoria, ensimismada, inclinaba la cabecita rubia al peso de la fatiga y de sus pensamientos... Bajaban una pendiente y Josecito azuzó á los caballos; ya se distinguían, á lo lejos, los primeros cercos de alambre, majadas, reses vagabundas, el tejado de algún rancho y en el último confín el oleaje de los trigos, un mar de oro derretido que limitaba la redondez del horizonte.

(Continuará)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Nuevo aparato para el salvamento de náufragos: la antorcha marina de acetileno. – El Carnaval y los disfraces de diversos animales. – Salva-trenes Heyburn. El choque transformado en descarrilamiento. – Fenómeno curioso de congelación. – Aeróstatos libres.

El día 14 del próximo pasado febrero se verificaron en el Sena, frente al Hotel d'Orsay (París), unas interesantes pruebas de las nuevas antorchas marinas de acetileno con éxito sorprendente.



Fig. 1. – Aparato lanza antorchas de salvamento

Echadas al agua las antorchas, se encendieron al instante, flotando en la superficie, y por más que se las forzara á penetrar en la masa líquida, que extinguía su luminosa llama, veíanse nuevamente encendidas tan pronto volvían á aparecer impelidas por el empuje de la vena líquida, obedeciendo á los principios del inmortal Arquímedes y del ilustre físico Pascal.

Es de utilidad grandísima, en determinadas circunstancias, disponer en el mar de un foco luminoso de gran potencia que resista al viento, y cada vez que una ola lo apague, se vuelva á encender automáticamente, siendo al mismo tiempo económica su producción. Estas son las condiciones esenciales de la *antorcha marina de acetileno*.

Al penetrar el agua del mar por un tubo cuentagotas (fig. 2) en la cámara de la antorcha, que contiene el carburo de calcio, se produce instantáneamente una cantidad de gas acetileno, que se almacena en un depósito central, de donde pasa poco á poco al exterior á través de pequeños mecheros de orificios capilares, junto á los cuales hay un departamento que contiene una cantidad precisa de fosfuro de calcio, que al contacto del agua desarrolla hidrógeno fosforado, gas espontáneamente inflamable en presencia del aire, por cuyo motivo enciende instantáneamente el acetileno que sale del aparato.

El hidrógeno fosforado es el mismo gas que produce los fuegos fatuos en los cementerios.

Si una ola apaga la llama de la antorcha, el agua ataca á un mismo tiempo al fosfuro y el hidrógeno fosforado inflama nuevamente el gas acetileno.

Fig. 2. – Antorcha marina, sección vertical.

Las operaciones de salvamento de náufragos, tan difíciles algunas noches de tormenta, se verificarán en adelante con gran sencillez, gracias á la eficacia y utilísima cooperación del potente foco luminoso de las antorchas marinas.

Un aparato especial lanza-antorchas (fig. 2) contribuye al buen éxito de las operaciones de exploración nocturna, de iluminación constante de la entrada de un puerto ó de una bahía, en caso de bloqueo, sin que el enemigo pueda precisar la posición del buque sitiador, ó para la defensa de un navío contra los ataques nocturnos de los torpederos, para lo cual basta que se rodee aquél de una gran circunferencia iluminada por las citadas antorchas; y pueden éstas, por fin, servir de igual modo para obtener una iluminación suficiente, cuando precise verificar de noche, en un buque, ciertos trabajos de reparación, pintado, descarga, calafateado, etc.

La buena acogida que la antorcha marina ha obtenido por parte de las sociedades extranjeras de Salvamento de náufragos, nos anima á recomendar sus ensayos á las sociedades españolas que persiguen igual fin.

El instinto de imitación, tan común en la raza humana, se extiende de igual modo á diversas especies animales, aunque, en muchas ocasiones, no es caso raro atribuir al mismo diversas manifestaciones de la vida animal, que únicamente dependen del instinto de conservación del ser que las produce.

Algunos animales se disfrazan con tanta habilidad, que consiguen pasar inadvertidos muchas veces á los ojos del más hábil observador naturalista.

El fin ú objeto del disfraz de los animales es muy distinto del que el hombre se propone en Carnaval, pues mientras éste se preocupa tan sólo de divertirse en la indicada época, los animales se disfrazan todo el año para defenderse, ó mejor dicho, para librarse de las garras de sus enemigos, ó acecharlos con mayor impunidad.

El Carnaval de los animales no es más que una manifestación de los innumerables recursos de la sabia Naturaleza, el *struggle for life*, como dice M. Coupin.

Algunos insectos recubren su cuerpo de polvo, y á beneficio de su disimulado disfraz, se acercan impunemente á las moscas, chinches, etc., y las traspasan con sus aguijones para chupar sus jugos.

Las larvas y las hembras de ciertos lepidópteros denominados *psiches*, se fabrican un forro ó vaina tapizado exteriormente de hierbas y pajuelas que las vuelven casi invisibles á los ojos de sus más perspicaces cazadores. Los pájaros que las devoran con avidez pasan por su lado sin darse cuenta de ellas.

La polilla, el eterno azote de nuestros tejidos de lana, se fabrica un pequeño estuche con finísimas hebras, en el cual se esconde para continuar destrozando alevosamente nuestros trajes, y cuando la tela en que se desarrolla es de la llamada «escocesa,» por sus diversos colores, la envoltura de la larva parece un traje de arlequín.

Las arañas de mar se revisten con algas, pólipos, esponjas, etc., constituyendo á veces su carapacho un verdadero museo zoológico y botánico.

El cangrejo se halla en muchas ocasiones envuelto en un verdadero tejido de algas marinas.

Las larvas de *phryganes* se construyen bolsas originalísimas para esconderse en las mismas.

La *xenofora*, del mar de las Indias, se protege con piedras, conchas de marisco, etc., llegándose á veces á formar un escondrijo sumamente disimulado con residuos de diversas plantas, en el cual se introduce al menor síntoma de peligro.

Así como el hombre al disfrazarse emplea además de *dominós* y otros trajes caprichosos, diversos colores con que se tiñe y embadurna el rostro y aun á veces la cabeza, del mismo modo se observa también un hecho parecido en muchos animales, con la sola diferencia de que en éstos la materia colorante está debajo de la piel. Ejemplo de ello son los camaleones, los rodaballos, los pulpos, etc., que cambian de color según sea el medio ambiente en que se encuentran.

El pulpo, blanco en la playa de arena calcárea, se vuelve de color obscuro en las costas arcillosas.

La hermosa perdiz de los Alpes y de los Pirineos, el lagopedo (Tetrao Lagopus L.) y (Lagopus mutus Richard), tan blanca en invierno que cuando se posa sobre la nieve es imposible verla aun estando muy cerca de ella, se vuelve en verano del color pardo moreno del suelo en que habita.

Animales hay á millares que en el momento de peligro simulan la muerte con tal perfección, que toleran ser devorados vivos antes que mover una antena ó un solo músculo de su cuerpo; algunos de ellos constituyen la desesperación de los naturalistas, que al ir á cogerlos de la rama de un árbol se dejan caer al suelo, perdiéndose después entre las malezas.

Los individuos de otras especies heredan el disfraz de sus progenitores; por ejemplo, la *pletochroza maculifolia* del Brasil, lo mismo que la *callima*, se asemejan de un modo sorprendente á la hoja de las plantas en que viven, quedando evidenciado que la Naturaleza lo que no da con el instinto lo infiltra en el organismo.

A pesar de la diferencia grandísima de los dos Carnavales del reino animal, cuando presenciamos los excesos de algún mascarón inmundo, que pregonan por doquier los defectos de una estirpe degenerada, se nos ocurre recordar con pena que «también las bestias se disfrazan.»

Los modernos inventores de aparatos para evitar accidentes en los ferrocarriles no conocen dificultad que resista á su inventiva: á semejanza del célebre Don Juan, nada les arredra.

El ingeniero americano M. Weldon B. Heyburn, de Wallace (Idaho), estudiando la estadística de los accidentes ferroviarios, observó que el número de víctimas que producen los choques de trenes es relativamente muy superior al causado por los descarrilamientos; en vista de lo cual concibió la idea de dotar á los trenes de un aparato especial destinado á producir el descarrilamiento de los mismos en el desgraciado caso de un choque inevitable.

El invento del sabio americano consiste en dos grandes cuñas de acero colocadas á los dos extremos de cada convoy (fig 3, A) que descansan sobre tres ruedas: son de forma triángulo-rectangular, con sus catetos colocados uno en la dirección de la vía y otro en posición perpendicular á la misma. En caso de choque, las hipotenusas de los triángulos, ó sea los lados mayores de dichas cuñas, se deslizan uno sobre otro y provocan el descarrilamiento de los trenes, evitando que se aplasten por el choque.

Posteriormente Heyburn ha perfeccionado su invento, con objeto de que el maquinista pueda elegir á voluntad el lado de la vía hacia el cual le convenga descarrilar su tren (fig. 3, B). En este caso, el furgón de cola está construído ex profeso con dos caras metálicas, formando en la parte trasera del vehículo un ángulo diedro, cuya arista vertical recorre el centro de la vía.

La cuña de cabeza sostenida por la misma locomotora gira alrededor de un eje vertical y puede desviarse á derecha ó izquierda, á voluntad del maquinista: se le imprime este movimiento por medio del vapor de la máquina ó del aire comprimido de los frenos.

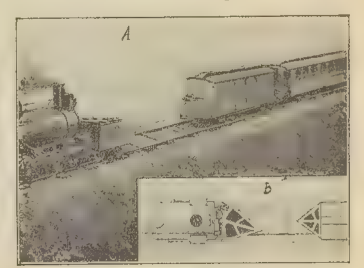


Fig. 3. – Salva trenes «Heyburn» para transformar el choque en descarrilamiento

Si bien no ha de ser muy grata para un maquinista la elección del lado de la vía por donde pueda descarrilar un tren, en caso de accidente, las víctimas de los choques de Manresa, Sagues, etc., acaecidos hace pocos días, con seguridad no fueran tantas, ni las consecuencias tan funestas, si los maquinistas de los trenes que chocaron hubieran podido disponer de un aparato Heyburn ú otro parecido.

Si las grandes compañías de ferrocarriles son refractarias á la adopción de los modernos adelantos, debieran ser en todo consecuentes, no cobrando *á la moderna* ni explotando al público, que se ve obligado á pagar *pronto, sin garantía y muy caro* un servicio casi siempre *peligroso, retrasado y malo.*

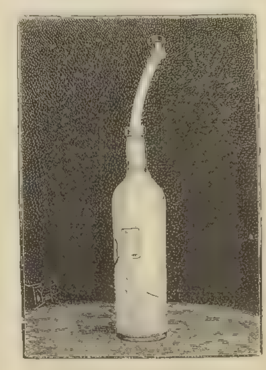


Fig. 4. – Chorro de hielo que sale de una botella

El director del Laboratorio del Estado de Amberes explica en los siguientes términos un fenómeno curioso de congelación:

«Durante los últimos fríos, en 15 de diciembre último, se helaron las muestras de agua de mi laboratorio; algunos frascos resistieron, otros se rompieron de diversos modos. Entre estos últimos se presentó un fenómeno muy singular, y como creo que se romperían muchas botellas antes de lograr reproducirlo, lo hice fotografiar. El agua del frasco número 1771, al aumentar de volumen por efecto de la congelación, empujó el tapón y salió en parte fuera de la botella, la cual después se rompió. ¿Cómo explicar este extraño fenómeno que no presenció nadie? Sábese, por los experimentos de Tyndall, que el hielo se vuelve plástico bajo presión y puede ser moldeado y atravesado por un hilo en tensión, y este hecho de fusión y de recongelación se verifica lentamente. La forma ligeramente curva del cilindro proyectado parece indicar que á este orden de fenómenos pertenece el que me ocupa. Más absurdo resultaría si quisiéramos explicar el fenómeno como un caso de explosión, pues no se comprendería cómo pudo quedar en el aire la columna de agua. Podría admitirse que el cilindro se formó por la superficie de laminillas de hielo empujadas lentamente hacia afuera por efecto de la congelación de arriba abajo y del aumento de volumen; pero no pudo descubrirse en el cilindro la más pequeña huella de estratificación, antes al contrario, su superficie era enteramente lisa.

»De todos modos creo conveniente dar á conocer este hecho que podría explicar otros todavía obscuros.»

Los ensayos de deslastradores automáticos para globos libres recientemente realizados se han completado con unas pruebas de aeróstatos que uno de estos días se han de soltar en Gabés. Estas pruebas han consistido en henchir con gas del alumbrado dos globos, el *Eclaireur* y el *Leo Dex*, los cuales permanecieron cuatro días henchidos, en las condiciones en que se encontrarán para su tentativa de atravesar el Sahara.

Durante estos cuatro días, el *Eclaireur* perdió nueve kilogramos de su fuerza ascensional, ó sea un 18 por 100, y el *Leon Dex* 17 kilogramos, ó sea 18 por 100 aproximadamente. El primero llevaba 34

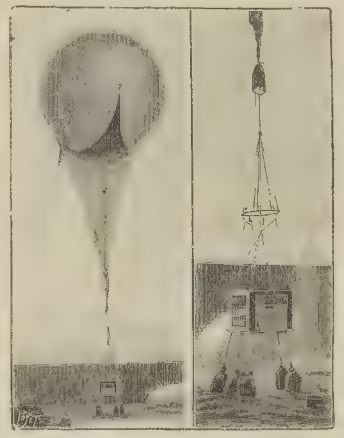


Fig. 5. – El globo «Leo Dex»

kilogramos de lastre, en forma de cuerda de arrastre, y el segundo 55. Sus pérdidas de fuerza ascensional durante el viaje se reducirán á las fugas de gas al través de la envoltura, puesto que sus mangas de apéndice, de una longitud relativamente considerable (seis metros), irán atadas.

Esta ligadura de las mangas que transforma los globos en globos cerrados, es posible porque sus cuerdas de arrastre son demasiado pesadas para poder ser arrastradas por ellos, y por consiguiente los aeróstatos no podrían elevarse á las altas capas de la atmósfera.

Añadamos que para permitir una libre dilatación del gas bajo la acción del sol, los aeróstatos partirán incompletamente henchidos.

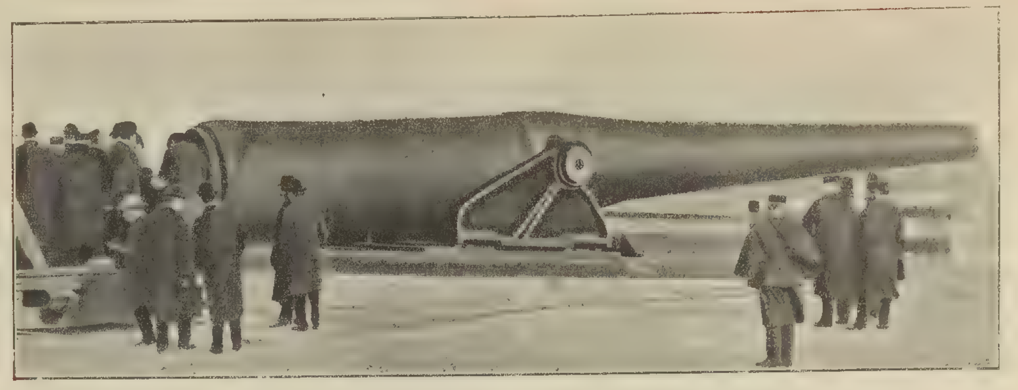
Aunque formados por un alambre de acero de siete milímetros de diámetro y por consiguiente de un coeficiente de roce pequeño, estas cuerdas de arrastre retardarían sensiblemente la marcha de los aeróstatos si no se hubiese tenido la precaución de proveer cada globo de tres velas en forma de pirámide que duplican la acción de arrastre del viento y que además, merced á su inclinación combinada con la superficie inferior del aeróstato, constituyen una especie de cometa que tiende á levantar todo el aparato si sobreviene una ráfaga de aire. Por otra parte, en su deslastrador automático, que no figura en el grabado (fig. 5), el *Leo Dex* se lleva una barquilla que contiene palomas mensajeras y aparatos registradores.

Con su velamen mide el globo 11'50 metros de altura y con su barquilla y su deslastrador automático llega á 19'50 metros.

A fin de saber á cuál de los dos globos puedan referirse las noticias que de su paso den los indígenas del Sahara, uno de ellos llevará velas encarnadas y otro velas verdes; de modo que á menos de que aquellos indígenas no padezcan de daltonismo, se sabrá por el color del viajero aéreo cuál de los aeróstatos habrán visto.

Por las referencias que por este medio se obtengan y por el lugar en donde caigan los dos globos libres, que han de efectuar la travesía sin aeronautas, si es que se encuentran sus restos, se espera poder reconocer el itinerario que hayan seguido, reconstitución que indudablemente proporcionará datos precisos acerca de la regularidad de los vientos alisios que los exploradores del Sahara representan unánimemente como soplando con una constancia verdaderamente monótona por encima de esas regiones cuya aridez extraordinaria se debería en este caso á la extremada sequedad de esos vientos Nordeste demasiado inmutables.

AL'LER-WILL.



EL CAÑÓN MÁS GRANDE DEL MUNDO, probado recientemente en Sandy Hook (Estados Unidos)

EL CAÑÓN MÁS GRANDE DEL MUNDO

Este cañón, de 16 pulgadas, cuyas pruebas se han verificado hace poco tiempo en el polígono de Sandy Hook (Estados Unidos), en presencia de todas las notabilidades del ejército y de la armada federales, de los agregados militares y de gran número de espectadores, mide 49 pies 7 pulgadas de largo, pesa 130 toneladas y tiene un alcance de 20 millas.

Su velocidad inicial es de 2.300 pies por segundo y la fuerza viva en la boca de 88 000 pies-toneladas. El diámetro de la culata es de 6 pies 2 pulgadas y el precio de la pieza con su cureña es de 2 500.000 francos.

Para los ensayos llevados á cabo en 21 de enero de este año en el citado polígono, montóse el cañón sobre una vieja cureña de una pieza de 18 pulgadas, instalada encima de una plataforma de 30 pies de largo por 10 de grueso y 12 de ancho. Por un sentimiento de prudencia, muy natural tratándose de esta clase de experimentos, no se le puso toda la carga de pólvora sin humo que la pieza admite, cargándose solamente con 550 libras en las primeras pruebas y con 640 en las segundas. El estampido y la sacudida fueron muy soportables, contra lo que esperaban los que al acto asistieron.

El servicio de este cañón exige diez y seis artilleros.

El alcance de la pieza se fija en 21 millas, ó sean 31 kilómetros, pero en las pruebas de Sandy Hook resultó menor á causa de no haberse puesto, como hemos dicho, toda la carga de pólvora.

Este cañón, destinado á las obras de defensa del puerto de Nueva York, es el más grande de los hasta ahora construídos; pero dadas las tendencias que en los Estados guerreros prevalecen, no tardará sin duda alguna en salirle algún competidor que le aventaje bajo todos conceptos; del mismo modo que es muy probable que antes de poco se invente algún nuevo sistema de buques acorazados capaces de resistir los proyectiles de la gigantesca pieza. En el duelo á muerte entre los colosos de mar y los colosos de tierra no se ha dicho, ni probablemente se dirá nunca, la última palabra, pues la ciencia no cesa de facilitar nuevos medios á los que están empeñados en esta lucha.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 23 de marzo de 1903 — Núm. 1.108



ÉXTASIS, cuadro de Sebastián Junyent
(Salón Parés)



LA CALLE DE LA MONTERA

I

> –«¡Es mucha calle, señor,
> la calle de Montera!»
>
> NARCISO SERRA.

La calle de la Montera, en Madrid, por su proximidad á la Puerta del Sol, sus muchos y variados comercios, su espaciosa iglesia de San Luis, su Pasaje, que la pone en comunicación con el populoso mercado del Carmen, su encuentro con las bulliciosas calles de Jacometrezo, Fuencarral, Hortaleza y Caballero de Gracia, su constante movimiento y su alegre vecindario, es una de las más importantes de la villa y corte.

¿Pero se ha llamado siempre así? Y en caso afirmativo, ¿á qué causas debe tan extraño nombre?

Esto es lo que procuraremos averiguar y dejar consignado en el presente trabajo, con la esperanza de que los datos que hemos podido recoger no han de desagradar á nuestros ilustrados lectores.

Al decir de varios cronistas de la capital de España, la hoy calle de la Montera llamóse primeramente de la *Inclusa.*

¿Por qué?

Porque en ella se conservaba la imagen de la *Cofradía del Consuelo*, piadosa fundación dedicada á recoger y cuidar los niños expósitos, la cual estuvo instalada en sus comienzos en la que hoy es parroquia de San Luis.

En la época en que tenía este nombre, parece que habitaban en ella algunas *señoras del tusón*, como las llamó el ilustre autor de *La verdad sospechosa*, y que una de ellas, que tenía por adorador á un rico indiano, quejósele un día del mucho frío que sentía en su casa, aludiendo á lo poco espléndido que era con ella su galán. El indiano, comprendiendo, sin duda, la indirecta, ofrecióla que en muy corto tiempo haría que el frío desapareciera para siempre de la casa; y en efecto, poco después la enviaba un delicado brasero cuyas cenizas estaban representadas por monedas de plata y el fuego por escudos de oro.

Según otros autores, la actual calle de la Montera llamóse *Red de San Luis*, porque en el trozo que media entre la dicha iglesia – fundada el año 1541 como anejo de la parroquia de San Ginés y que es uno de los templos más concurridos de la capital – y el alto de la calle, en su encuentro con las de Fuencarral y Hortaleza, levantóse en el siglo XVI una especie de mercado para la venta del pan, que más tarde se extendió al despacho de carnes, verduras y aun bebidas, cuyos puestos ó tinglados tenían delante una red defensiva que la dió su nombre.

Cuéntase que en el centro de la famosa *red* un fraile premostatense, que no debía tener nada de tonto, colocaba todas las mañanas un púlpito de madera, de los llamados portátiles, desde el cual dirigía la voz á su auditorio, que le escuchaba entusiasmado, entregándole abundantes limosnas para su convento; porque este hermano, á quien el vulgo llamaba el fraile *Rasca nubes*, poseía el raro don de elevarse y elevarse en el púlpito, alcanzando una altura extraordinaria; hasta que el párroco de San Luis, por indicaciones de la Inquisición, encerróse con él en la sacristía de la iglesia y le hizo descubrir la maquinaria de que se valía para su prodigiosa ascensión y que consistía en unos bancos hábilmente dispuestos.

En el año 1832 se colocó en lo alto de la calle una hermosa fuente – trazada y dirigida por el reputado arquitecto Sr. Mariategui, con esculturas muy notables del distinguido artista D. José Tomás, – con motivo y en honor del nacimiento de la reina doña Isabel II, fuente que últimamente ha sido trasladada al Retiro, cerca del Estanque, porque su permanencia dificultaba el tránsito de una vía cada día de mayor movimiento.

Posteriormente, y hasta mediados del siglo XIX, se mantuvieron los citados cajones, hasta que por la dicha razón se mandaron quitar, desapareciendo por completo el mercado, no así el nombre, pues hoy día son muchos los habitantes de Madrid, especialmente los de cierta edad, que siguen llamando, si no á la calle entera, por lo menos á aquel trozo, *Red de San Luis.*

II

Conozcamos ahora el porqué del nombre, que en el día ostenta, de calle de la Montera.

Sientan algunos escritores que lo adquirió por su configuración, muy parecida á un montecillo ó cerro; creen otros que lo debió á que al final de ella existía un verdadero monte; y suponen bastantes que lo obtuvo por ser el lugar de salida de los caballeros para sus *monterías* ó partidas de caza.

Recojamos y consignemos otra versión tan admitida como poética, sin asegurar que sea la más cierta, aunque bien lo parece.

Afirman diversos publicistas que en esta calle de la *Inclusa* ó de la *Red de San Luis* vino á habitar una mujer de peregrina belleza, viuda del montero mayor del rey D. Felipe III; y añaden que, bajo el negro manto de riguroso luto, vestía un lujosísimo traje de *charra* ó labradora castellana, que hacía resaltar más y más su encantadora persona.

La fama de su extraordinaria hermosura atrajo á aquel lugar á los cortesanos más calaveras, á los *lindos* más encopetados, á los capitanes más heroicos de los tercios de Italia y Flandes, á los estudiantes más pícaros, á los golillas más orgullosos, á los mercaderes más ricos, á los poetas más aplaudidos y á los valentones más diestros, empeñados todos en servirla y festejarla con serenatas, latines, versos, ramilletes y estocadas, á fin de llamar su atención y conquistar su amor.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder; que en un lugar en que tantas y tan diversas gentes se reunían, mitad calle, mitad mercado y mitad camino, impulsadas por el mismo deseo, á las miradas de odio sucedieron las provocaciones, y á las provocaciones las cuchilladas, y á las cuchilladas los heridos y los muertos.

La lindísima señora, ó por indiferencia ó por cálculo, de nada de lo que al pie de su casa venía ocurriendo parecía enterarse. Diariamente salía á la reja, ya para cuidar de sus pájaros, ya para regar sus flores; por la tarde tañía la vihuela y cantaba unas canciones tan sentidas y amorosas, que al escucharlas se hubiesen condenado los hombres más santos; y por la noche acudía á la cercana iglesia de San Luis á rezar sus oraciones, llevando una escolta de galanes que la servían de pajes y escuderos de su posada al templo y del templo á su posada.

¡Y aquí era Troya!

Cada desaparición de la dama producía una pendencia que terminaba en sangriento drama, pues todos eran á considerar como suyas las dulces miradas y las picarescas sonrisas que la maliciosa y coqueta montera iba repartiendo en su camino, y que los desdichados amadores de su beldad pagaban con la sangre de sus venas.

III

Semejante estado de cosas no podía durar.

En las galerías del palacio real los caballeros no hablaban de otra cosa.

En las salas de la cárcel de villa los alcaldes se ocupaban con empeño de tan grave asunto.

En muchas familias se lloraba la vida de algún pariente, ó se temía por la existencia de algún hijo.

En los mercados, en las calles y en las tabernas se promovían agrias disputas y terribles pendencias.

¡Y todo por la hermosa montera!

No creemos nosotros, como cierto cronista, que la Inquisición, al observar que las rondas de alguaciles, á pesar de haber sido considerablemente aumentadas, no lograban mantener la paz ni evitar los desafíos, hiciera salir una noche sus temidos estandartes y sus severos familiares, y al pie de la casa habitada por la linda montera lanzase los rayos de una excomunión contra los alborotadores del sosiego público y adoradores de la *charra* más gentil que pisó jamás las calles de la coronada villa. Lo que sí creemos es que, á pesar de su elevada alcurnia, como viuda del montero mayor del rey, de la alta protección de ciertos grandes señores y de la pasión que dicen logró inspirar á uno de los alcaldes de mayor valimiento, una noche la alegre viudita, temerosa quizás de caer en las garras de los alguaciles, ó en los calabozos del Santo Oficio, ó en los brazos de algún galán celoso, desapareció de la capital retirándose á sus posesiones de Castilla.

La gente, que hasta entonces, escuchando y comentando los lances, pendencias y muertes que á diario tenían lugar en aquella calle, solía exclamar, con cierto disgusto mezclado de espanto:

> –¡Es mucha calle, señor,
> la calle de la Montera!,

siguió repitiendo el estribillo; dando lugar á que las novelescas narraciones y epigramáticos cuentos cambiasen el nombre de la calle de la *Inclusa* ó de la *Red de San Luis*, por el de la *Montera* que hoy ostenta, en recuerdo de la viuda del montero mayor del rey; narraciones y cuentos que inspiraron una de las más aplaudidas comedias al malogrado poeta Narciso Serra, la que lleva por título el mismo que nuestro artículo, *La calle de la Montera.*

En su retiro de la vieja Castilla bien pudo alabarse la preciosa montera de haber dado su nombre á una de las vías principales de la villa y corte; y Madrid, libre de su presencia, de volver á gozar la tranquilidad que ella tan profundamente había llegado á perturbar con sus encantos y sus coqueterías.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

PENSAMIENTOS

Las palabras son como la moneda: por su sonido se distinguen las falsas de las verdaderas.

MAURICIO CHOPPY.

La razón es el poder más legítimo y más discutido.

Nuestra novelesca indulgencia por los crímenes pasionales proporciona á los autores de éstos tantas simpatías, que perseguir á un asesino equivale á prepararle un triunfo.

G. M. VALTOUR.

La obra maestra de un hombre hábil consiste en hacer cada cosa á su debido tiempo.

FEDERICO II.

La debilidad no constituye un derecho ni dispensa de tener razón.

EMILIO OLLIVIER.

El atractivo y los beneficios de los viajes consisten en darnos en el presente la lección del pasado.

MELCHOR DE VOGÜÉ.

Desconfiemos de la felicidad; el hombre afortunado cree que todo le es permitido.

F. COPPÉE.

Hay que desconfiar del hombre que no ha sido sectario antes de los treinta años ó que continúa siéndolo pasada esta edad.

AQUILES TOURNIER.

Toda una ciudad, toda una nación residen en unas pocas personas que piensan más vigorosa é intensamente que las demás. El resto no entra en cuenta.

ANATOLIO FRANCE.

Una nación fuerte nada tiene que temer de la antipatía de los extranjeros; una nación débil nada debe esperar de su simpatía.

MAX NORDAU.



Le alargué una cartera ensangrentada

DOS CARIÑOS

La noche era fría y lluviosa, la obscuridad completa, y entre el agudo silbido del viento que azotaba con furia á nuestros pobres soldados, envueltos en sus mantas y velando sobre el reducto, no se escuchaba más que el incesante y monótono «¡alerta!» del centinela ó el bronco y metálico sonido del fusil, al descansar pesadamente en el suelo.

No obstante mi deseo de llegar á Monte-Esquinza, vime obligado á permanecer aquella noche en Oteiza, al lado de una buena lumbre que secaba mis vestidos empapados durante el día por un triste accidente en las aguas del río de Larraga, y entre media docena de bravos oficiales, que ya me consideraban, aunque paisano, como uno de sus más fieles y más queridos compañeros.

Los carlistas habían intentado la noche anterior apoderarse por sorpresa del pueblecillo, y se temía que repitieran el ataque. La vigilancia era estremada; habíanse reforzado los centinelas y el oficial de cuarto visitaba á cada momento las avanzadas y los escuchas, alentando con su presencia y con sus palabras á aquellos inmóviles soldados que la consigna mantenía fijos en sus puestos, inaccesibles á la helada temperatura que los envolvía y como retando al plomo enemigo que constantemente les amenazaba en la obscuridad.

Ninguno de los que permanecíamos alrededor de la hoguera podía dedicarse al descanso; unos, porque sus deberes se lo impedían; otros, y entre éstos estaba yo, porque la inquietud, el desasosiego, la seguridad de un próximo combate, nos tenía sobresaltados y nos desvelaba.

Hablóse, pues, de diferentes asuntos para entretener el tiempo; salieron á relucir anécdotas y aventuras amorosas de cada uno de nosotros; hiciéronse confidencias, especie de *secreto á voces*, entre los seis ú ocho que contribuíamos á animar la conversación, y hasta la filosofía, la historia, la metafísica, el espiritismo, la táctica, la equitación, todas las ciencias y las artes pagaron su tributo á nuestro incesante afán de charla, aguijoneado por las libaciones que nos permitíamos, gracias á dos enormes tarros de ginebra que aquel día había yo adquirido en Tafalla.

Había entre mis compañeros de velada dos hermanos que desde el primer instante me inspiraron profunda simpatía y que llamaban poderosamente mi atención. El mayor, Rafael, era comandante, y viéndolo, no podía concebirse aspecto más marcial. Alto, robusto, tostado por el sol de los campamentos, con una descuidada barba negra que casi ocultaba su rostro, dándole un tinte de fiereza imposible de describir, era, no obstante, alegre y comunicativo como el que más, hablaba por los codos, bebía como una esponja y nos hacía morir de risa con los picantes chascarrillos y las discretas burlas que incesantemente se le ocurrían.

Su hermano se llamaba Antonio y tenía el grado de teniente. Era un tipo enteramente opuesto al de Rafael, así en su parte física, como en la moral. Rubio, sonrosado como una niña, tenía esparcida por su semblante una sombra de sufrimiento y de tristeza, que en vano quería borrar en ocasiones con ficticios arranques de atolondramiento y de alegría, que á ninguno nos engañaban. Apenas si aproximó á sus labios la ginebra; no intervino tampoco en la conversación, á no ser con monosílabos; antes bien, apartándose disimuladamente á un lado de la barraca, extraía de su cartera algunos papeles, leyéndolos con tal atención, que no notaba el cariñoso espionaje de que por mi parte era objeto.

En tanto que se entregaba á su lectura, llegué á sorprender varias veces suspendidas de sus párpados algunas temblorosas lágrimas.

– ¿Qué tiene Antonio?, pregunté al comandante.

– Está *amelonado*, me contestó éste lanzando una carcajada.

Antonio se puso encendido hasta el blanco de los ojos.

– Ahora, añadió el comandante, estará repasando por centésima vez la carta de la novia.

– No; es la de mamá, dijo su hermano.

Una nube pasó por la frente de Rafael. Repentinamente adquirieron sus pronunciadas facciones una seriedad, mejor dicho, una tristeza que antes no tenían, y conmovido exclamó por lo bajo, aunque no tan bajo que no le oyésemos los demás:

– ¡Pobre madre!.. ¡Dios sabe si mañana á estas horas tendrás hijos!

Un profundo silencio siguió á estas palabras, y la imaginación, con esa inconcebible rapidez que le es propia, reprodujo un momento ante nosotros todas nuestras delicias pasadas, toda nuestra existencia de niños y de adolescentes; las dulzuras del hogar doméstico; los besos, los arrullos y los cuidados de nuestras madres; el alegre cielo que cubrió nuestra infancia; los amigos que nos querían; las diversiones con que gozábamos; la primera mirada que hizo latir nuestro tímido corazón, aún no avezado á las lides amorosas; el primer rubor que coloreó nuestra mejilla y el primer secreto impulso que nos hizo temblar ante una mujer que pasaba por nuestro lado; las tranquilas veladas del invierno, en que recogida la familia en torno del hogar donde el pesado tronco ardía con alegre llama, oíamos la voz querida de nuestro padre ó de nuestro abuelito, al mismo tiempo que recostábamos la cabeza cargada de sueño en el regazo de nuestra madre; el gemido del viento en la chimenea, que tanto nos asustaba; los desconchados de la pared, caprichosas figuras á que atribuíamos, con infantil alborozo, la representación, ya del terrible dómine que en la escuela nos

castigaba, ya la de aquellos individuos que nos eran antipáticos en la vecindad...

Esas mil pequeñeces, esas nimiedades, esos recuerdos de nuestra vida de niños, que á muchos hombres parecerán ridículos, pero que, en cambio, veneran otros y los guardan como un depósito sagrado en el fondo de su corazón.

Todo esto se reprodujo en nuestra mente para formar, sin duda, caprichoso contraste con nuestras miserias del momento, con las incomodidades, con la inseguridad, con los peligros que nos rodeaban, con aquella desmantelada choza de tablas mal unidas en que nos cobijábamos expuestos á la incesante lluvia y al terrible frío del exterior.

Y como si este frío y esta agua y esta espantosa obscuridad, guarida de enemigos en que se perdía el horizonte, no fuesen bastante para hacernos ver y sentir el horrible presente en contraposición al risueño pasado de nuestra vida, el continuo «¡alerta!» del centinela, ya próximo, ya lejano, venía á advertirnos á cada instante que velásemos, prontos á matar y dispuestos á morir, prontos á embriagarnos en sangre y en sollozos y en imprecaciones y en gemidos, no en dulces arrullos, ni en tiernas caricias, ni en tumultuosos juegos como en nuestra niñez.

* * *

La batalla era ruda. Apenas hubo desembocado nuestra vanguardia, con su sección de tiradores, por el desfiladero de Cogullo, viéronse, al otro estremo del llano, las faldas de Montejurra hormigueando de enemigos. Apoyándose en Barbarni y en la ermita de Arroniz, los carlistas dominaban todas aquellas alturas, incluso las de Lubín y Urbiola.

La línea de batalla medía cuatro kilómetros, y en toda ella el fuego era incesante y mortífero, habiendo un momento en que todas las armas tomaron parte en la contienda.

Desalojado el enemigo de algunas de sus posiciones, no por esto había quedado expedito el camino de Estella. En Dicastillo, Avellano, Villamayor, Azqueta, Luquin, Igúzquiza y Ayegui, fuertes núcleos carlistas se hallaban dispuestos á impedir el paso con la bravura de que tantos y tan asombrosos testimonios habían dado durante el día. Todos los montes que rodean á Estella, los de Villatuerta, Monte-Muro, Montejurra y Monjardín, estaban coronados por los partidarios del pretendiente.

Con una habilidad que constituye uno de los más brillantes timbres de su historia militar, Moriones ordenó y dirigió la retirada.

Nuestras tropas comenzaron á replegarse hacia el reducto de Cáceres, en el flanco Sur de Monte-Esquinza, sosteniendo un tiroteo escalonado con el enemigo, que aunque débilmente, hostilizaba la retaguardia.

Las pérdidas habían sido enormes y dolorosísimas. Confundidos con la impedimenta iban los carros de heridos, pero otros muchos desgraciados quedaban todavía en aquellos pueblos, ya por falta de espacio donde colocarlos, ya porque su traslado equivalía á una sentencia de muerte.

* * *

Antonio, el pobre Antonio, el teniente aniñado y melancólico que tanto interés me inspirara en la velada de Oteiza, estaba allí, delante de mis ojos arrasados en lágrimas, tendido en aquel camastro de aquella miserable casucha de Arroniz, pálido como la muerte, con la vista empañada, difícil y fatigosa la respiración... La vida se escapaba por instantes de aquel pecho agujereado por las balas.

Su mano trémula se agitó en el aire... Parecióme que me llamaba. Me incliné hacia él hasta rozar mi oído con su boca.

– ¡Mi madre!.. ¡María!.., murmuró.

– Habla. ¿Qué quieres para ellas?, le pregunté.

– En Madrid..., visítalas..., háblalas... Diles que me muero... pensando en ellas...



EL BEATO JUAN DE RIVERA, estatua de Mariano Benlliure

Quiso hablar más y no pudo. Hizo un leve movimiento..., se agitó dos ó tres veces y quedó rígido. Su rostro marmóreo adquirió una indecible expresión de dulzura. Parecía dormido y que, dormido, soñaba.

* * *

Con el corazón terriblemente oprimido, ahogado por la angustia, con un diluvio de lágrimas pugnando por escaparse de mis ojos, subí la escalera de aquella casa.

Cuando me encontré en presencia de aquella señora venerable, de aquella madre desdichadísima, cuyos blancos cabellos contrastaban con las negras tocas que la cubrían, mi aturdimiento fué tal, que no acerté á pronunciar palabra.



PASATIEMPOS DEL REY NIÑO, cuadro de José Benlliure

Le alargué una cartera ensangrentada. La pobre madre la tomó sollozando, y al tomarla se apoderó de mi mano, sin que yo pudiera impedirlo, y la besó con frenesí... Luego se apoyó en mi hombro y lloró, lloró largo rato con terrible desconsuelo.

Por fin, dominando mi emoción, balbuceé:

– ¿Y María?..

La pobre madre alzó instantáneamente la cabeza; fijó en mí aquellos ojos encendidos por las lágrimas y en los que brillaba un extraño fulgor, y con acento breve y duro murmuró, al mismo tiempo que me oprimía febrilmente la mano:

– ¿María?.. En París con su esposo... Está haciendo su viaje de boda.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

GENTES Y COSAS DE MÉJICO

MÉJICO NUEVO

Es ya proverbial cómo en los Estados Unidos surgen, de la noche á la mañana, esas formidables agrupaciones humanas que levantan con rapidez nunca vista, ahí donde días antes en manadas agresivas pacían los búfalos y el desierto desarrollaba sus monótonas llanadas, ciudades-colmenas en las que nada falta; ni la escuela de agradable aspecto, pintada de blanco con ventanas verdes, á las cuales llega sonriendo y cantando la turba matinal de párvulos (ellas con sombreros de paja de anchas alas, ellos con cachucha gris y tirantes rayados sobre la camisola de vivos colores), ni la casa de correos, ni la oficina telegráfica, donde no cesa el atareado tic tac, ni el periódico de ocho páginas profusamente ilustrado. Pero en Méjico tales improvisaciones eran raras. Nuestras ciudades se transformaban con una lentitud de galápago; el viajero que á ellas tornaba después de cuatro ó cinco años de ausencia, solía encontrarse con que D. Pepe, el acaudalado comerciante, había pintado su casa, y D. Paco, el rico hacendado, había añadido un piso á la suya; con que la huerta de D. Pantaleón tenía verja de hierro colado, y el pavimento de la plaza de armas recientes remiendos. Eso era todo. Ahora, un año de ausencia de la capital, pongo por caso, basta para transformaciones inusitadas. Ahí donde la hierba inculta campaba por sus respetos ha surgido todo un barrio, con sus palacetes de caprichosas arquitecturas, sus minúsculos jardines ingleses, su pavimento de asfalto, su alumbrado eléctrico y hasta su tranvía de *trolley*, que con el perenne tintinear de sus timbres despierta los ecos adormecidos de la *colonia* silenciosa.

La Municipalidad se ve en graves apuros para adoptar á aquella nueva criatura que se acoge á su amparo, y que apenas nacida quiere agua, gendarmes, banquetas, parques y hasta una música militar que divierta sus ocios dominicales, á cambio de contribuciones un si es no es exigüas.

Y así va creciendo la capital, que, según la prisa con que lo hace, diríase que va á invadir en un santiamén toda la parte occidental del inmenso valle de Méjico.

El año de 1900 salí yo para Europa; torné á Méjico en 1902, y en tan breve período toda una ciudad, una vasta y aristocrática barriada, se levantaba en la margen Sur del hermoso paseo de la Reforma, y se proyectaba ya, no lejos, la fundación de otra *colonia* inmensa, la «colonia de la Condesa,» que muy pronto poblará una de las más sonrientes llanadas del Valle.

Parecería á cualquiera que con esta fiebre de construcción las casas en Méjico estarían al alcance de todas las fortunas en asunto de alquileres. No por cierto. La clase baja de la ciudad se agrupa, se apiña, se sofoca en los barrios del Oriente y del Norte de la misma, en tugurios nauseabundos donde el tifus diezma sin piedad á las familias; y la clase media, la fecunda é inteligente clase media, el factor más poderoso de progreso y de vida, se resigna á la vivienda incómoda y malsana, que no por ser malsana é incómoda es menos cara.


Escudo de Armas de la República Mejicana

¿Cómo se explica este contrasentido? ¿Cómo puede ser que á mayor abundamiento de casas no corresponda una diminución sensible de alquileres? Pues se explica, entre otras cosas, por la carestía de los materiales de construcción y por el tipo é índole de las construcciones mismas. Por cada casa *de vecindad* que se edifica, se construyen veinte *villas*, veinte palacetes, veinte moradas señoriales. La clase media y la clase baja nada ganan con esto. La ciudad empero se embellece. El capital ocioso, tímido, rutinario, construye porque este es un viejo negocio seguro; fija tipos de alquileres excesivos y aguarda pacientemente los réditos de su dinero, que no necesita. El extranjero rico que llega, el americano sobre todo, que gana sus salarios en oro y paga por nuestros pesos treinta y ocho centavos, no protestará ni contra el alquiler alto ni contra ningún otro exceso pecuniario. Pagará sin murmurar todo lo que se le cobre; mejorará la tarifa de sueldos de criados; se dejará esquilmar en el mercado. ¡Qué importa! Su dólar se triplica casi en Méjico, y cara y todo, esta vida le resulta baratísima.

Sea como fuere, la vieja ciudad colonial, la perla de la corona española en América, la secular metrópoli azteca, llamada por Humboldt en un momento de buen humor *ciudad de los palacios*, aspira ya á merecer este nombre. La imperial avenida abierta por Maximiliano y bautizada después con el nombre de Paseo de la Reforma, en unos cuantos años se ha transformado en un bulevar lujosísimo, limitado por palacios en que se codean en heteróclita fraternidad todas las arquitecturas; frecuentado por un enjambre de elegantes trenes, salpicado de monumentos ostentosos, llevando su anchuroso cauce hasta ese imponderable parque de Chapultepec dominado por un castillo bellísimo y donde el ministro de Hacienda Sr. Limantour, á fuerza de buen gusto, de perseverancia y de dinero, ha creado bellezas sin cuento.


MÉJICO. – ALREDEDORES DE LA CAPITAL. CASTILLO DE CHAPULTEPEC (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

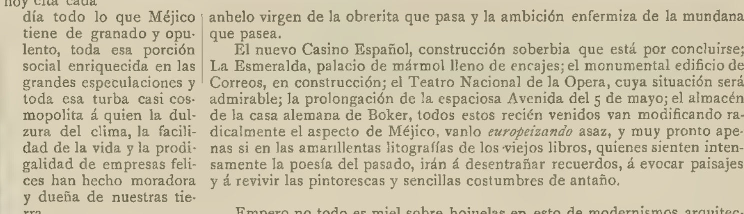
Ahí en ese bosque donde los emperadores aztecas hallaron sus delicias, donde los virreyes y después los presidentes de Méjico han encantado sus ocios, donde Maximiliano, el rubio iluso de Miramar, soñó que era rey, donde los sabinos milenarios de corteza musculada, encanecidos de leyendas, parecen soñar en las plácidas y austeras tardes otoñales; ahí se da hoy cita cada día todo lo que Méjico tiene de granado y opulento, toda esa porción social enriquecida en las grandes especulaciones y toda esa turba casi cosmopolita á quien la dulzura del clima, la facilidad de la vida y la prodigalidad de empresas felices han hecho moradora y dueña de nuestras tierra.


MÉJICO. – ESTATUA DE COLÓN (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

Una vez que se ha dejado atrás la monumental estatua ecuestre de Carlos IV, maravilla de arte fundida en el siglo XVIII por el arquitecto y escultor español Tolsa, que marca la entrada al Paseo de la Reforma, todas las visiones de la vieja ciudad se desvanecen; allá quedan las melancólicas moradas señoriales de principios y mediados del siglo XIX, con sus almenas mohosas, sus amplios patios, sus muros de *tezontle* enrojecido, sus hornacinas de azulejos en que vetustas imágenes de piedra aguardan en vano las antiguas flores y la lamparilla palpitante que á sus plantas consumía su aceite; allá quedan las iglesias churriguerescas, con sus torres poliédricas *recortando pesadas y angulosas el transparente azul de las alturas...*, como dicen los versos de Urbina; allá quedan los vestigios de los sombríos conventos donde la barreta abre todos los días heridas incurables; allá queda la ciudad madre, y como si la diestra del viejo rey de bronce indicase el porvenir desde los lomos de su colosal y majestuoso caballo, todo se transforma, todo se ilumina, todo se espacia bajo la gloria del sol. Los palacios apuntan al cielo con sus afiladas torrecillas, las *mansardas* azulean en la transparencia del aire; las calles, limpias, encauzadas por construcciones alegres y amplias, tienden sus armónicas redes á uno y otro lado de la Reforma, y el automóvil, hermano del viento, pasa como un monstruo industrial, fantástico y vertiginoso, dejando estelas de polvo, dorado por el sol...


MÉJICO. – LA ESMERALDA (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

En la ciudad vieja la transformación es menos rápida; mas no tanto que no sorprenda. Todos los días desaparecen esos caserones con alma de ciudadelas con que nuestros padres guarecían su vida patriarcal, y ahí donde las poderosas ventanas cubiertas de hierro como la visera de un morrión bostezaban mostrando hondas zonas de sombrío, radian hoy como ascuas de oro los aparadores donde las joyas, los muebles y los trajes de París tientan el anhelo virgen de la obrerita que pasa y la ambición enfermiza de la mundana que pasea.



MÉJICO. – ESTATUA DE CARLOS IV (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N Araluce)

El nuevo Casino Español, construcción soberbia que está por concluirse; La Esmeralda, palacio de mármol lleno de encajes; el monumental edificio de Correos, en construcción; el Teatro Nacional de la Opera, cuya situación será admirable; la prolongación de la espaciosa Avenida del 5 de mayo; el almacén de la casa alemana de Boker, todos estos recién venidos van modificando radicalmente el aspecto de Méjico, vanlo *europeizando* asaz, y muy pronto apenas si en las amarillentas litografías de los viejos libros, quienes sienten intensamente la poesía del pasado, irán á desentrañar recuerdos, á evocar paisajes y á revivir las pintorescas y sencillas costumbres de antaño.

Empero no todo es miel sobre hojuelas en esto de modernismos arquitectónicos. Se construye, se edifica mucho, es cierto; pero frecuentemente con un gusto deplorable.

El ricachón que se da el lujo de construirse una casa, empieza por pedir planos y proyectos á un arquitecto y acaba por echarlos á perder, combina estilos *incombinables*, agrega, quita, fantasea y hace un absurdo, un abigarramiento, una olla podrida, de lo que pudo ser un conjunto armónico y lleno de nobleza.

Los americanos del Norte, que nunca han sido ni serán probablemente en algún tiempo gentes de buen gusto, imponen su absurdo estilo en Méjico. Churriguera, que no ha muerto aún, por más que lo parezca, se alía con ellos, y lo más lamentable del caso es que si la arquitectura es deplorable, la solidez



de los edificios está á prueba de terremotos, y nuestros nietos (á quienes supongo más refinados y artistas que sus abuelos) buen trabajo tendrán para purgar de adefesios á esta flamante capital de la República Mejicana.

Algunos de los que levantan palacios en los barrios nuevos de la metrópoli han viajado por Europa, y en cuanto vuelven hacen todo lo contrario de lo que vieron y aun admiraron.

Afortunadamente la inmigración europea irá resolviendo este problema, como empieza á resolverlo en Buenos Aires; la paz prolongada y opulenta en dones nos dará esa exquisita floración del arte; nuestros arquitectos pensionados en Europa irán imponiendo á los más refractarios bellezas y euritmias que ahora no entienden, y la vieja galantería del barón de Humboldt, trocando su interpretación amable por una profética, añadirá al secular nombre de esta Méjico, esposa de la leyenda, el mote, ya justo, de *Ciudad de los Palacios*.

Amado Nervo.



Concurso fotográfico «Tibidabo,» organizado por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña
Premio de los Sres. Berrens y Soulé, lema «Magda,» de D. José Matheu

Premio del Depósito general fotográfico, lema «Por las alturas,» de D. Fernando de Olalde



Premio de D. S. Andreu, lema «Reinado de Felipe II,» de D. Antonio Porras

CONCURSO FOTOGRÁFICO «TIBIDABO»

organizado por la real sociedad colombófila de cataluña

La fiesta celebrada en la cumbre del Tibidabo el primer domingo del presente marzo resultó, como todas cuantas tienen lugar en la pintoresca montaña á que ha llevado la animación y la vida la Sociedad del Ferrocarril funicular, sumamente agradable y provechosa. La inauguración de la estación de palomas mensajeras y el concurso de aficionados á la fotografía congregaron en aquel sitio á multitud verdaderamente extraordinaria que hormigueaba por los caminos y por las carreteras que se entrecruzan en la elevada meseta, llenando la terraza del restaurant y las torres de los edificios vecinos pocos momentos antes de comenzar la Misa, durante la cual fué bendecida por un Padre Salesiano la bandera de la Sociedad Colombófila de Cataluña, que sostenía el presidente de la misma don Diego de la Llave. Terminado el santo sacrificio, la comitiva se dirigió al nuevo palomar, tomando posesión del mismo, y poco después el Jurado ordenó que comenzara la suelta de palomas.

El espectáculo que ofrecía en aquel momento la explanada frontera al hotel era por demás extraño: más de mil quinientos aficionados fotógrafos, unos con instantáneas de mano, otros con máquinas de pie, sentados en el suelo los primeros y apostados los últimos detrás de sus respectivos aparatos, estaban distribuídos en doble hilera en el espacio destinado previamente á ellos. A la señal del Jurado, soltáronse, á las doce y diez minutos, las palomas de la Delegación de Reus; ocho minutos después las de la Sociedad Colombófila y de la Mensajera de Iluro, de Mataró, que llenaban ocho cestas; á continuación las de la Colombófila de Sabadell, y por fin, á un disparo de un cañón granífugo, las de la Colombófila de Barcelona, que llenaban unas cincuenta cestas y que se remontaron en arremolinado y ruidoso vuelo, tomando la dirección de sus respectivos palomares. El concurso había terminado.

A los acordes de la banda de los Salesianos, que contribuyó á amenizar la fiesta, y mientras ondeaba al viento la bandera de la Colombófila, de seda blanca con leyenda y ramaje bordados en oro y verde respectivamente y coronados por una paloma mensajera de colores naturales, desfiló la numerosa concurrencia, que descendía por los tortuosos senderos de las ocultas y deliciosas fuentes que dan rumores á aquellos sitios, ó desaparecía tras del artístico cancel del elegante Hotel del Tibidabo, en una de cuyas salas se reunían poco después en fraternal banquete los organizadores y cooperadores de la fiesta, á la que enviaron adhesiones entusiastas la Federación Colombófila Española y las de Madrid, Valencia y otras.

Calurosos brindis de congratulación por el éxito del concurso, en los que se recordó que un periodista, D. Nilo Fabra, fué en 1872 el introductor de las palomas mensajeras de Barcelona, fueron digno remate de aquella agradable fiesta, encaminada á mantener la afición á ese modernísimo medio de transmisión rápida de noticias, que, según la poética frase de D. Santiago Rusiñol, era de desear que, en lugar de servir de auxiliar de la guerra, fuese instrumento de paz, transmisor de nuestro amoroso lenguaje á las provincias hermanas. Interpretando tan cordiales sentimientos, remitiéronse varios telegramas, entre otros uno á la señora Marquesa de Monistrol, cuyo esposo había sido entusiasta é incansable compañero de todos los colombófilos.

Era poco más de media tarde cuando, en medio de la mayor animación, se daba por terminada la fiesta, la primera de una serie que se propone dar en aquellas alturas la Sociedad del Funicular del Tibidabo.



Premio «Cosmos,» lema *Volan, volan... coloms?*, de D. Antonio de Bofarull

El Jurado, al otorgar los premios á las fotografías presentadas al concurso «Tibidabo,» ha tenido en cuenta, como podrán ver nuestros lectores por los grabados que reproducimos en esta y en las siguientes páginas, el mérito artístico, la técnica fotográfica y la elección del asunto, premiando con preferencia los relacionados con el *sport* colombófilo. En su virtud ha concedido premio á los siguientes concursantes: medallas de oro, plata y bronce de la Real Sociedad Colombófila, con sus correspondientes grandes diplomas, á D. José Puntas, á D. J. Soler y á D. José Bayarri respectivamente; un objeto de arte ofrecido por D Salvador Andreu, á D. Antonio de Porras; una lámpara de magnesio «Nadar,» de los señores Hijos de José Texidor, á D. Luis Xirau; medalla de oro y diploma de honor de la Sociedad Nacional de Avicultores Españoles, á D. Ignacio Barraguer; una cámara «Metropol» (9×12), de D. Fernando Rus, á D. Federico Barris; un objeto artístico, de don G. Cuspinera, á D. Antonio Ubach; una cámara panorámica «Litote» (6×13), del Cosmos Fotográfico, á don Antonio de Bofarull; un objeto de arte, del café-restaurant del Tibidabo, á D. Enrique Amiguet; un trípode de metal automático, de la casa Riba S. en C., y seis frascos de revelador, de Hijos de A. Busquets, dos premios, á D. José Pagés; un objetivo Cleveland, de D. Ramón Olaguer-Feliu, á D. Fernando de Olalde; un objeto artístico, de los Sres. Llibre y Serra, á D. Joaquín Grassa; una cámara para vistas panorámicas semicirculares, de Multiscope and Film C.°, á D. José Matheu; un objeto de arte, de la Comisión ejecutiva de la estación de mensajeras de la Colombófila, á don Francisco de Cepeda; un objeto artístico, de D. Diego de la Llave, á don Eugenio Janer, y un premio de la casa Helius, á D. Guillermo de Plandolit.

CONCURSO FOTOGRÁFICO «TIBIDABO.» – Primer premio, medalla de oro de la Real Sociedad Colombófila, lema *Tornemhi*, de D. José Puntas

Además, vista la dificultad de obtención de los asuntos pedidos y para premiar el esfuerzo demostrado por otros concursantes, el Jurado ha otorgado 108 diplomas de cooperación. – X.

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Anselmo no era opulento, pero era solo, lo cual no deja también de representar una renta. En efecto, para él era exclusivamente cuanto ganaba; todas las obligaciones que tenía que cumplir y todas las necesidades que había de solventar reducíanse á su persona, así es que con los dieciséis realillos que le daban todas las noches en el teatro Eslava, vivía «hecho un príncipe,» como decía él en una hipérbole que henchía la satisfacción.

La temporada terminaría, el teatro cerraría sus puertas, y nuestro hombre, que era «un segundo violín» bastante aceptable, en opinión de los maestros y de sus compañeros, tendría que irse con la música á otra parte; pero ¡bah!, se iría. Si el teatro de Eslava se cerraba, no habría, en cambio, de faltarle un puesto y un atril en cualquiera otro de los coliseos que se abriesen, ó en último término, con alguna función religiosa ó yéndose fuera formando parte del sexteto de cualquier compañía modesta que saliese á provincias, él saldría adelante aunque disminuyese su jornal, porque «para él solo...»

Tres duros de cuarto, en uno que lo era en la calle de la Ruda; dos pesetas diarias por hacer dos comidas en un figón de la cabecera del Rastro; dos reales del café diario, y lo restante para fumar, vestir ó cualquier otro gasto extraordinario: he aquí todo el presupuesto de Anselmo.

Porque, efectivamente, el fumar y el vertir eran verdaderos «extraordinarios» para el violinista, quien no solía consumir más tabaco que el que le daban sus compañeros, y á quien todavía le duraba un chaquet que compró el año 80 y un pantalón que le regaló un trompa cuando el Centenario de Colón.



Premio de los señores socios de la Colombófila, lema *Ars, lux, patientia*, de D. Francisco de Cepeda

Cierta noche del mes de enero, de esas en que á pesar de soplar helado el viento del Guadarrama, la nieve cayendo en espesos copos cubre como con blanco sudario tejados y piso, Anselmo, terminada la función, caminaba hacia su casa muy de prisa, dando tiritones y oprimiendo contra su cuerpo el violín envuelto en su funda verde.

Al llegar á la cerrada puerta del portal é ir á meter la llave en la cerradura, sus pies tropezaron con algo que había en el suelo, en el mismo escalón del quicio de la puerta.

Una idea súbita cruzó por su mente; él había oído hablar de niños recién nacidos, abandonados por sus padres miserables en medio del arroyo ó puestos á la puerta de la casa de un amigo ó de una persona caritativa, é instintivamente miró aquel envoltorio de harapos que yacía sobre la dura piedra.

No, no era de ningún pequeñuelo, á juzgar por su tamaño, y Anselmo pronto pudo convencerse de ello, pues se trataba de una niña, crisálida de mujer, de unos diez años de edad, escuálida, con el hambre retratada en sus ojos azules, demacrada, anémica y al mismo tiempo rubia y hermosa.

Anselmo la preguntó por sus padres, no los tenía; por su modo de vivir, pidiendo limosna; por sus protectores, la tía Nemesia, que la maltrataba sin piedad cuando no la entregaba más de tres pesetas y de quien había decidido separarse para siempre aquella misma noche.

Anselmo la obligó amable y cariñosamente á subir á su buhardilla; ella, más que accediendo, dejándose llevar, subió, y poco después caía desfallecida sobre el desvencijado catre del músico.

El violinista corrió á la taberna de la esquina, que no se cerraba en toda la noche, y momentos más tarde subía de dos en dos los escalones de su casa con varias frioleras y una botella de buen vino.

Instó Anselmo á su desconocida á tomar algún alimento; hízolo ésta así, y ya más repuesta, conversó con su inesperado amigo hasta que el sueño y el cansancio la rindieron.

El músico durmió aquella noche sentado y arrebujado en su raída capa, y esta ó parecida escena se repitió muchas noches.

Anselmo subvenía con un amor verdaderamente paternal á cuanto la mendiga necesitaba, repartiendo con ella, mejor dicho, cediéndole casi todo su sueldo, y ambos vivían alegres y satisfechos, á pesar de sus muchas privaciones y escaseces.

Pero la murmuración, esa miserable entrometida que todo lo mancha con su baba venenosa, presentóse también muy pronto, y despertando en Julia, que así se llamaba la recogida de Anselmo, sentimientos é ideas que antes desconocía, hicieron que la muchacha principiase á sentir por su amigo algo muy distinto de la gratitud.

Una noche, Julia manifestó á aquel viejo, que hasta casi podía ser su abuelo, sus deseos de abandonar su casa; pero el anciano exclamó besándola en la frente:

—No, no te irás; te casarás conmigo, y aun cuando seguiré siendo tu padre, evitaremos las murmuraciones.

Un año más tarde, Julia y Anselmo estaban casados. Ella le cuidaba como á un padre, y merced á una inesperada herencia los esposos vivían con desahogo.

La murmuración, sin embargo, sigue creyendo que aquel matrimonio fué sólo un matrimonio *de conveniencia*. Y no explica por parte de cuál de los dos cónyuges.

P. GÓMEZ CANDELA.



DESPLUMANDO ANADES, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE M



MAX LIEBERMANN, EXISTENTE EN LA GALERIA NACIONAL DE BERLIN

NUESTROS GRABADOS

Los príncipes imperiales alemanes embarcándose en Brindis en el yate «Saphyr» para



Los príncipes de Alemania embarcándose en Brindis en el yate *Saphyr* para emprender su viaje á Oriente

El yate *Saphyr*. (De fotografías de Monticelli de Marzo, remitidas por Carlos Abeniacar.)

emprender su viaje á Oriente.—La educación que el emperador Guillermo II de Alemania da á sus hijos, es indudablemente la que, dado el modo de ser de los pueblos europeos, corresponde á quienes pueden verse al frente de la gobernación de un Estado. Después de convenientemente preparados con la primera instrucción recibida al lado de sus padres, se han pasado algunos años en Bona, cursando en aquella universidad como simples particulares, viviendo con la relativa independencia del estudiante separado de su familia, en continuo contacto con sus compañeros, sin distinguir á los plebeyos de los nobles y sin obtener de ellos más preferencias ni distinciones que las que por su propio valer ó por sus personales simpatías se conquistaron. Y una vez terminados sus estudios, el emperador les hace emprender ahora un viaje á Oriente, sin que le arredren los riesgos de la excursión ni la consideración de los pocos años de sus hijos, comprendiendo que el oficio de monarca exige no pocos sacrificios é



CONCURSO FOTOGRÁFICO «TIBIDABO.» – Premio de la casa Cuspinera, lema «Con risa y llanto...,» de D. Antonio Ubach

impone el deber de preparar nuevos y buenos soberanos para el pueblo cuyos destinos confió á sus manos la Providencia. Así fué educado él, y nadie negará que ha resultado un monarca de cuerpo entero, conocedor como pocos de las necesidades de su nación y como pocos atento á satisfacerlas. Alemania, bajo una dinastía que así piensa y obra, ha llegado á ser la nación, bajo muchos conceptos, más poderosa del mundo; el sistema está, pues, acreditado por la práctica, y el actual emperador, al perseverar en él, demuestra un gran talento y un gran amor á su patria.

Éxtasis, cuadro de Sebastián Junyent. – Es el Sr. Junyent uno de los pintores catalanes que más se ha singularizado. Enemigo de la vulgaridad, ha procurado huir de la imitación, convencido de que todos debemos aportar el personal esfuerzo expresando ó representando conceptos y sentimientos en la forma y modo que se conciben y permiten las aptitudes. De ahí que en todas sus obras se observe el carácter, tendencia y temperamento del artista, que entiende felizmente que cada obra que produzca ha de ser la manifestación determinada de un pensamiento, sin que para lograr su propósito haya de recurrir á moldes y procedimientos adoptados. Véanse los cuadros que ha producido y especialmente el que figura en estas páginas, y resultará evidenciado que el artista á que nos referimos subordina el procedimiento al concepto, persiguiendo siempre el nobilísimo propósito de obtener resultados con limitación de recursos, ajeno á los efectismos y devoto ferviente de la simplicidad.

El beato Juan de Rivera, estatua de Mariano Benlliure. – Con razón ocupa Benlliure uno de los puestos más eminentes entre nuestros escultores y goza de grande y merecida fama en los centros artísticos extranjeros: sus esculturas no son la copia fría de la realidad ó la expresión gráfica de una idea maduramente pensada, sino que en todas ellas alienta la pasión, late la vida, brilla la inspiración más portentosa. En sus manos el mármol ó el barro pierden la cualidad de materia insensible para ofrecerse á nuestros ojos como miembros que se mueven, como músculos que palpitan, como nervios en actividad; en suma, como algo que vive y alienta proclamando el poder del genio que tal milagro ha realizado. Tienen sus estatuas verdadero movimiento en medio de su quietismo; no parecen condenadas á inmovilidad perpetua, sino sorprendidas en una actitud fugaz cuya contemplación no fatiga y que se nos antoja ha de resolverse en cuanto dejemos de mirarlas, porque la actitud nunca es forzada y la expresión siempre resulta por demás natural. La obra suya que reproducimos en la página 204 constituye una prueba de que no son exagerados nuestros elogios.

Pasatiempos del rey niño, cuadro de José Benlliure. – Los que recuerden los cuadros *La visión del Coloseo*, *El valle de Josafat*, *La barca de Caronte*, *El aquelarre* y otros cuadros que del genial pintor José Benlliure hemos publicado en esta revista, habrán de convenir, al contemplar el que en el presente número reproducimos, la ductilidad del talento de este artista. Unos y otro pertenecen á dos géneros completamente opuestos, y sin embargo, el mismo pincel que en vigorosos trazos diera forma á aquellos asuntos poemáticos tan grandiosamente concebidos y ejecutados, ha sabido encontrar primores de dibujo y delicadezas de color para trasladar al lienzo esa escena de apacible poesía que recuerda las exquisiteces de quienes se inspiraron en las costumbres cortesanas de los Luises XIV y XV de Francia.

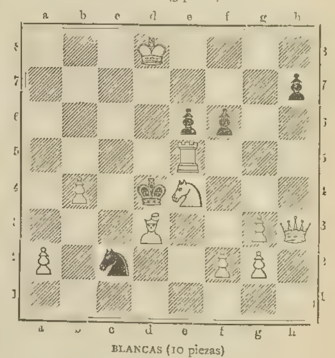
Desplumando ánades, cuadro de Max Liebermann. – Aunque muy recientemente y en distintas ocasiones nos hemos ocupado de este ilustre pintor alemán, estimamos oportuno hacer una ligera indicación sobre el cuadro suyo que hoy publicamos ¿Quién no diría, al verlo, que es obra pintada hace poco? Tan por completo se ajusta á los cánones del arte moderno, que si al pie del mismo figurara la fecha de uno de estos últimos años, nadie lo extrañaría y aceptaría el lienzo como uno de los mejores en nuestros días producidos. Pues bien: Max Liebermann lo pintó en 1872, cuando las teorías hoy dominantes apenas eran presentidas por algunos escogidos, y cuando el culto á la naturaleza y á la verdad no se había atrevido á medir sus armas con el convencionalismo, que como soberano poco menos que absoluto entonces imperaba. Y es que Liebermann no se ha preocupado nunca de cómo podían sentir el arte los demás; ha querido únicamente mostrar al público cómo lo sentía él; por esto precisamente ha llegado á ser uno de los pintores más concienzudos y más universalmente celebrados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 318, POR R. HOLLSTEIN.

5.° premio del Concurso de *La Stratégie*, sección C.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 317, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dd1-h1	1. Th3×h1
2. Cc2-e3	2. f4×e3
3. Ae5-h2 mate.	

VARIANTES.

1..... Rc5 d5; 2. Ta4 d4 jaq., etc.
1..... Th3×h5; 2. Dh1×f3, etc.
1..... Otra jug.; 2. Ae5×f4 jaq., etc.

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Y dijo D. Fabio, señalando con el cabo del rebenque:

—¿Ves allá, allá, aquella tranquera? Pues ese es el término de *La Justa:* desde ahí hasta la casa tenemos más de una hora todavía; es decir, que antes de las seis no habremos llegado. Aquel rancho es la *pulpería* de Donato, el piamontés: no nos dejará pasar sin ofrecernos un vasito de caña ó de ginebra... Su mujer es criolla y tiene dos hijas muy monas. ¡Buena gente toda; buena! ¡Qué tierra, Victoria!, ¡qué aire! ¿No se te ensancha el alma?

Orgulloso, recreándose en la obra maravillosa de su constancia y de su esfuerzo, abrazaba de una sola ojeada los campos cultivados y fecundos que surgían en el fondo del camino, y tendía la diestra:

—¡Todo lo he hecho yo!, ¡yo solo! Quince años atrás esto era un *potrero* inmenso. Espera, ya verás...

Aún tardaron media hora en arribar á los dominios de *La Justa;* en la *pulpería* de Donato estaban, debajo del fresco emparrado, la criolla con sus dos chicas, muy agraciadas morenas, en efecto, pero no todo lo limpias que debe parecer la hermosura, de falda de percal y pañuelos de seda al cuello, sueltas las recias trenzas negras y desnudo el pie: á sus voces de alegre bienvenida, acudieron el gordo piamontés y cuatro paisanotes que jugaban á las bochas, pretendiendo todos que bajaran los señores y catasen un trago de la mejor ginebra del partido, ó un mate que la más lista de las mozas prepararía en un decir amén; pero Josecito no quiso admitirlo ni dar respiro á los caballos, y dejó á todos con los obsequios en la boca y los sombreros en la mano, arreando el equipaje á riesgo de descalabrarlo.

Mientras él porfiaba con Donato y sus amables huéspedes, hizo D. Fabio que la volanta se pusiera á la cabeza de la caravana, sin duda á fin de facilitar la ejecución del plan que concertado había con sus cómplices, y así no fué escasa la rabia de Josecito cuando vió el armatoste que le cortaba la carrera; mandó que se quitara, pero no hubo medio, pues más apresuraba él, más corría la volanta, y tanto, que desapareció en una hondonada, y entre los árboles, que adelantábanse á pregonar los cuidados del plantío, se perdió luego, provocando espesa polvareda. A todo esto se internaron en el bosque, y la algarabía de los loros, que de rama á rama charlaban como si fueran personas, les aturdió y distrajo alegremente; dijo D. Fabio que eran aquellos los discursos que el alado congreso dedicaba á la nueva y hermosa castellana, y fueron tales y tan elocuentes, que Victoria se tapó los oídos, demostración que antes que imponer ó cerrar el pico á los parlanchines, los alborotó más, sin duda escandalizados del ruido del carruaje.

Ya podía respirarse, y en la frescura de la arboleda los asoleados y molidos viajeros (excepción hecha de D. Fabio, que era el más famoso centauro del contorno), hallaron lenitivo á sus fatigas y anticipo deleitoso del descanso apetecido. No daba paz al látigo el auriga, y á poco salieron del bosque y entraron en la inmensa zona de cultivo, cruzando campos de alfalfa y de maíz, tan extensos que inundaba el verdor todo el paisaje; luego praderas, donde *las moscas y los mosquitos* anunciados por José pululaban, en efecto, y no había quien los contara; y verdes alfalfares, otra vez, maizales que se perdían de vista, y más allá, más allá, tapices de lino y de centeno, y al cabo el trigo, el dorado mar sin límites, derroche de fecundidad, riqueza desbordada de la madre tierra, que sonreía orgullosa. D. Fabio, erguido, como un dios á cuyo poder estuvieran sometidos los gérmenes todos, tendía de nuevo la soberbia diestra.

—Yo solo, ¡solo! ¡Tierra de bendición!.. ¿Qué vale tu gran ciudad, Victoria, al lado de este templo de la Abundancia, donde la vida brota lozana por todas partes?



apoyada en la ventana, casi á obscuras...

Aunque no quisiera Josecito, hubieron de detenerse en el primer *puesto* que al paso se encontraba, y era el de *ño* Camilo, un gaucho de melena gris que esperándoles estaba á la puerta del rancho; pero apenas diez minutos de descanso se concedió á los sudorosos caballos, y de nuevo el látigo les cosquilleaba en las orejas, sumergiéndose entre los trigales, donde anduvieron sin parar y sin que pareciera el término del viaje ni del sendero... Al cabo divisáronse las torrecillas de *La Justa;* con chasquidos y trallazos por la calle de altos eucaliptus emprendió carrera Josecito, y galopando gallardamente, siempre junto al estribo, D. Fabio; del carretón de Regino no se tenían noticias, ni se preocupó nadie en pedirlas.

Rápidamente desfilaron, pues, coche y caballero ante una serie de blanqueados galpones, que eran otros tantos depósitos de lanas y cueros secos, y cuyo hedor característico salía por las puertas abiertas, las que exponían la pródiga riqueza almacenada, de fardos y de pieles; otros más eran graneros, repletos como para alimentar un ejército, y en otro amplísimo se guardaban las máquinas de labranza, de arar, sembrar, segar, trillar, desgranar: la actividad multiplicadora puesta al servicio de un solo brazo. Aparecieron luego, del siniestro lado, edificios que, por lo rústicos y de agradable vista, parecían de alquería holandesa, muy pintaditos de rojo, cuyo destino lo proclamaban el mugir de las muchas vacas que en los limpios establos ofrecían las ubres generosas y el batido de cremas que alegremente se escuchaba, entre el pasar y repasar ante las ventanas de chicas no tan bonitas é ideales como lo soñaría el romanticismo, pues eran campesinas negruzcas y cerdosas, pero todo lo pulcras que el arte de la mantequería exige; del lado derecho, sobre el hermoso tapiz de un jardín, surgió, á la vuelta de un recodo, el elegante pabellón bajo el cual la señorita Clotilde enseñaba lo que no sabían á los hijos de los *puesteros* de la finca y á cuantos niños, por la distancia ú otros inconvenientes, no podían asistir á las escuelas del Trigal, y de pronto, en el fondo, rasgó el espacio la aguja de la capillita gótica, cuya campana empezó en seguida á voltear, anunciando feliz y extraordinario suceso.

Declinaba el sol, y en el parque cantaban zorzales y calandrias. Al son de esta marcha triunfal, pues, llegaron coche y caballero á la plazoleta de naranjos que precedía la entrada de la casa, y la vieron ocupada por un batallón de chiquillos, las hembras de un lado y los varones del otro, cepillados todos y apañaditos como en día de fiesta, presididas las niñas por la señorita Clotilde y por D. Celedonio los niños; á una señal del capellán, rompieron á berrear todos un himno ó epitalamio que, según se supo después, era parto de la musa de la maestra; al mismo tiempo, dos rapazas de las mayorcitas adelantáronse y presentaron á Victoria ramilletes de jazmines, mientras el eco repetía el estribillo de los desaforados cantores:

—*Salve, señora, salve...*

Celebró mucho la joven la ocurrencia, y ayudada del radiante D. Fabio, fué á besar á la chiquillería y felicitar á los directores del coro, los cuales se deshicieron en corteses excusas por la falta de ensayos, sobre todo el D. Celedonio, que era un viejecito miope y desdentado, cuya timidez le sacaba los colores para decir:

—He compuesto yo la música en dos días... Luego, tres días nada más de ensayos... Gracias que son todos muy listos, porque á listos no hay quien gane á sus paisanos de usted, señora: se lo aprenden todo como sorberse un huevo.

—¡Oh, eso sí!, apoyó Clotilde parpadeando con afectación de bella inspirada, no tengo ninguna cabeza dura en la clase, afortunadamente.

Entre dimes y diretes, Josecito había desaparecido; despidióse D. Fabio, sin que valieran los ruegos que para retenerle la sobrina le hizo, escuchando ésta las siguientes expresivas palabras de adiós, que lo mismo eran advertencia que consejo:

—Sobre todo cuida de ganar la voluntad de mi madre. Mi madre es muy rara... Estúdiala y no la contraríes. Mucho tacto, sobrinita...

Marcháronse la maestra, el capellán y su cortejo de bulliciosos angelotes, y Victoria, guiada por una doncella respetuosamente, subió la escalinata de la casa suspirando, atravesó el recibimiento, la sala y el comedor, que la parecieran muy ricamente decorados si no llevara los ojos cuajados de lágrimas otra vez; volvió á subir por una escalerilla de caracol y ya en el piso principal, al cabo de un pasillo, la doncella abrió una puerta:

—Aquí es: ¿desea la señora alguna cosa?

Victoria entró en la alcoba, tendida de azul y de color de rosa, colores alegres con que se visten las ilusiones, y derrochados en la pintura de amorcillos, que en ronda picaresca revoloteaban en las cortinas y en el techo. Imaginósele, sin embargo, todo negro,

horrible calabozo en el que la recluían para siempre, y temerosa de que estallara su amargura, despidió á la criada, arrojó los jazmines sobre una consola y se apoyó en la ventana abierta... La tarde caía serena; en el parque el concierto de zorzales y calandrias, interrumpido por la campanita bullanguera, recomenzaba con mayor brío: enamorados aéreos que celebraban sus esponsales con envidia y regocijo de la naturaleza entera. Victoria lloró largo rato. En la heredad magnífica, en medio de las riquezas que D. Fabio la señalaba durante el camino y suyas eran ya en virtud del eterno vínculo que á la casa Esquendo la ligaba, se sintió más infeliz que la última muchacha de *La Justa*. No, no previó esto, cuando instigada empeñosamente por Ladislao, llegó á ambicionarlas...

Y llorando, apoyada en la ventana, casi á obscuras, la sorprendieron los pasos de Josecito en el pasillo, cuya presencia adivinó porque repercutieron en su corazón como golpes que se dieran en la puerta de una tumba.

Victoria cerró los ojos...

II

Inútil será que busquen ustedes en la nomenclatura de los partidos provinciales el del Trigal, adonde acabamos de llegar después de tanto molimiento, porque no le hallarían, como tampoco hallaron los de Ombú y Las Piedras, sitios imaginarios en los que pasaron curiosos sucesos ya referidos. ¡Pues medrado andaría el autor si no cambiara nombres y supiera despistar á la maliciosa curiosidad, que entre líneas gusta de filtrarse para descubrir intenciones y levantar la careta de los personajes! Conste, pues, que el Trigal existe realmente, si bien no sea este el nombre oficial con que se le conoce, y es tal como se ha visto y se ha tratado de pintar con la ayuda del gran D. Fabio Esquendo, el más ilustre de los *trigaleños*, y acabará de pintarse cuando visitemos el pueblo, que será pronto, Dios mediante.

Obligados á respetar las expansiones de los novios, interésanos más, por ahora, averiguar quiénes eran estos Esquendo...

No todos ellos, especialmente los de la última hornada, aunque todos muy ricos, gozaron de la estima y limpia fama que D. Fabio, lo cual daba á su figura mayor relieve. Pasa por verdadero que el hermano menor de D. Fabio fué algo calaverón, y acaso el algo sea favor de la benevolencia; lo cierto es que dió tan grandes dizgustos á misia Justa, hoy con deudas, mañana con trapisondas y con escándalos todos los días, que, ocurrido el más ruidoso de su carrera, no sé qué escalos y adúlteros manejos en la casa de un trigaleño acomodado, le casaron á la fuerza; y como estaba el hombre que se caía á pedazos de la mala vida, la arrastró penosamente, dejando horrible herencia á la esposa infeliz, que murió también á poco, hecha una lástima, y á sus tres hijos.

De éstos, el mayor, Alberto, prometía grandes cosas, aunque era de salud precaria; pero apenas casado con Melchora, su prima, se desnucó cayendo de un caballo; el segundo, Jacobo, escarnio y vergüenza eterna de la familia, dió su nombre á una mujer de baja estofa, y llevaba en la sombra el grillete de su falta; el tercero, Josecito, era tonto y, según el fallo médico, propenso á la locura, cuyo estallido impediría la sabia higiene y un método severo.

Matrona de grandes alientos, misia Justa soportó el peso de tantas desdichas con valerosa firmeza. Viuda desde muy joven, había aprendido á vencer los obstáculos de la vida; porque misia Justita González poseía un carácter realmente varonil, altas dotes de masculinidad asombrosas en quien no podía ser tachada de marimacho, pues conservaba las gracias de su sexo, y ni gastaba barbas, ni voz gruesa, ni las brusquedades hombrunas que parece exigir el personaje; en suma: que siendo misia Justa hermosa dama de refinados modales, en lo externo, era hombre *por dentro*, un D. Fabio con faldas, ó más claro (si en esto hay confusión), un alma de varón embutida dentro del cuerpo de la hembra más guapa que, según la tradición, floreció jamás en los porteños jardines, alma que sentía y obraba como no acostumbran á hacerlo las que, por regla general, animan é inspiran á la belleza. De tal modo, que, navegante en porfiada lucha con las olas, en medio de los disgustos, muertes, catástrofes y adversidades de todo linaje que afligieron en cincuenta años á la familia, mientras á sus fieros golpes caían vencidos los Esquendo uno tras otro, la abuela Justa permanecía erguida, insensible, al parecer, como la misma piedra, sin una lágrima, estereotipada la sonrisilla de desdén que á su fisonomía de imagen, dentro del marco de plateados bucles, bajo la luz de sus ojos negros, dábala reflejos de singular estoicismo.

—Lo que tiene remedio, hay que remediarlo; cuando no lo tiene, ¿qué le hemos de hacer?, decía sencillamente explicando el fundamento de su filosofía.

Alguien la ha acusado de dureza de corazón. Es posible, pero á mí no me toca defenderla. La verdad es que en las trastadas y bellaquerías del segundón de sus nietos se mostró la señora tan implacable que no la conmovieron ruegos, llantos y humillaciones; Jacobo quedó desterrado para siempre de su presencia, y por no perecer de hambre tuvo que sostener largo pleito, porque la abuela, con argucias, le rehusaba lo que le correspondía de la fortuna de su padre.

No puede negarse que mucha parte de la grande obra de D. Fabio en el Trigal se debía á misia Justa, al menos en la ayuda pecuniaria, sin la cual la idea práctica muere apenas nacida en la mente generadora Siendo misia Justa un D. Fabio al revés, pero un D. Fabio sin corazón, D. Fabio tenía por dentro y por fuera rasgos y parecidos de misia Justa notables, compenetrándose los espíritus de la madre y del hijo como si formaran uno solo, y mostrando en lo físico tanta semejanza, que muchos decían de D. Fabio que era misia Justa con entrañas.

Pecaríamos, pues, de menguada imparcialidad, si en la cuenta de misia Justa apuntáramos los defectos y errores que el público la enrostra con malevolencia notoria. Así en el caso desgraciado de Jacobo, como en cuantos sufrió ó hubo de intervenir la familia, sea por el natural respeto de D. Fabio y su bondadosa debilidad, ó por el despotismo incontrastable de misia Justa, madre é hijo marcharon de acuerdo, con tan absoluta armonía, que la palabra del uno pasaba, con razón, por traducción fidelísima del pensamiento materno; y en la casa, lo mismo Melchora que el último criado, sabían que bastaba consultar á cualquiera de ellos para obedecer y agradar á los dos.

Lo que más preocupaba á misia Justa (y de consiguiente á D. Fabio) era la sucesión de aquella inmensa fortuna de Esquendo. ¿Quién la tomaba en sus manos y se ponía al frente de la *estancia* el día que ambos faltaran? Porque á D. Fabio fácilmente le reemplazaría ella misma, que la sobraban conocimientos y energía, y empresas mayores sentíase capaz de acometer y las acometió; pero á ella, ¿quién la reemplazaba? Solterón incorregible D. Fabio, ó por inclinación, ó el apartamiento de la vida social que de tentaciones le libraba, parecía excusado pensar que llegara á casarse bien corridos los cincuenta; Alberto, el mayor de los nietos, dejó sólo una hembra, Pastorita, y las hembras, de no ser de la madera de misia Justa (y desgraciadamente Pastorita no salía á la abuela), no sirven para otra cosa que para enredarlo y descomponerlo todo, según la opinión de D. Fabio; en cuanto á Jacobo, ¡alabado sea Dios!, no tenía hijos.

De esto hablaron mucho la madre y D. Fabio, sin discutir, pues jamás discutían; pero como los sucesores no se improvisan, dejaron que el tiempo resolviera el asunto, casando, por ejemplo, á Josecito. Los defectos de Josecito no se les figuraban obstáculos, ni como tales defectos debían tenerse en cuenta; cuando él quisiera, y la que él quisiera mágicamente se entregaría á su albedrío, que por conquistarle todas las chicas casaderas se tirarían del moño.

Verdad tan grande esta, que no pasó mucho tiempo sin que se comprobase, mediante el descubrimiento de las artimañas puestas en juego para atrapar al niño tonto, y que la malicia atribuía á los Stuart, de Barracas.

Misia Justa, gravemente, reflexionó y D. Fabio también. Sus dos cerebros, trabajando de consuno, alumbraron esta misma idea: que si la Stuart era de buena familia no debía contrariarse á Josecito, pues si le contrariaban, caería en manos de una de igual calaña que la de Jacobo, ó quizá peor. Y acordaron no contrariarle, aunque el instinto de la desconfianza escamó á misia Justa, desde luego, tocante á los interesados propósitos que la atracción del nieto suponía en los Stuart, y sobre estas dudas sopló vivamente la agria y maligna Melchora, alarmada por un proyecto que podía despojar á su hija de la herencia universal de los Esquendo. Naturalmente, ¿qué otro móvil que el interés más descarado guiaba á los Stuart?

La abuela Justa no se opuso además por el lejano parentesco de los Esquendo y los Solaños, la buena fama y la hermosura de Victoria, pero no abrió las puertas de su familia á la intrusa sin grande recelo y escaso aprecio, altiva y seca siempre, guardando sus energías para la ocasión oportuna

En esta campaña desplegó el ambicioso Ladislao todos sus recursos de astucia, de paciencia, de serenidad y de cálculo. Aconsejaba, guiaba y empujaba á Victoria, consolábala en sus desmayos y fortalecía sus indecisiones; hasta sugeríale aquellos juegos de coquetería que la frialdad de la muchacha olvidaba, no ciertamente por ignorados. Preso en la red Josecito, en la Barraca de Stuart se emplearon cuantos medios y cábalas y artimañas permite la decencia convencional que rige en las altas sociedades, para que de la red no se escapase, siendo de estos manejos Ladislao el alma y el director supremo, Victoria el instrumento dócil y resignado; pero cayó tan á gusto el preso, que no le sacaran á la fuerza, y si le sacan se mata ó acaba de perder el seso.

¡Válgame Dios, y qué trabajo costó casar á Josecito! Tanto como criarle, vigilar su adolescencia tardía y meterle en la cabeza las cuatro reglas .. Sus impaciencias llegaban al delirio, y las vacilaciones mal disimuladas de Victoria le enfurecían; y como entre una y otra familia había cavado la intriga hondo abismo de rencores y desconfianzas, el soldar de incidentes sólo la habilidad de Ladislao podía conseguir, habiéndose apresurado los preparativos de la ceremonia por temor de que todo quedara en agua de cerrajas.

Cuanto se diga, pues, de lo preocupada que el señalado día de la boda volvió misia Justa á su palacio de la calle de la Victoria, solar patrimonial de los Esquendo, parecerá inútil, y con ella Melchora, la avispada viudita de Alberto, eco é instrumento suyo, sometida incondicionalmente á su despotismo en beneficio de la niña Pastora, una chiquilla de ocho años, hermosísima, rubia y sanota, en quien los instintos varoniles de la abuela habían degenerado en perversa inclinación, y era más mala y traviesa ella sola que cien muchachos juntos.

Muy preocupada estaba, pues, misia Justa, contribuyendo, sin embargo, las noticias que de allá trajo D. Fabio á calmar un poco su disgusto: instalada ya la pareja en el nido, la naturaleza y el tiempo, dos maestros de la vida, se encargarían de remachar la unión. El que pasaran los primeros días sin que Josecito la solicitara, ni se acordase del santo de su abuela, fué para ella excelente augurio; si bien, hablando con D. Fabio y Melchora, propuso que, antes de acabar la semana, marcharan todos á la *estancia*, pues el mozo no era muy de fiar, y por dares ó tomares de la remilgadísima inglesa podía arder la casa, lo cual sería ahora de más grave trascendencia que en la temporada del noviazgo; que, acostumbrado Josecito á someter sus acciones y pensamientos á la vigilante intervención suya, cuanto más cerca de él estuviera, menos peligro habría de conflicto, y, por último, que dejarle solo más de ocho días exponíasele á que se nublara su luna de miel. Con una de estas razones bastaba para que D. Fabio y Melchora se convencieran de la necesidad de marchar á *La Justa*, y aun con ninguna; pero la tiránica señora no resolvía nada sin consultarlo antes... para hacer luego aquello que tenía acordado de antemano.

Y así se hizo, llegando á *La Justa* los cuatro un domingo, á tiempo que D. Celedonio, terminada su misita, paseábase en la plazoleta de los naranjos muy campante. No se esperaba aquel día á los amos, y con tal motivo hubo su regular alboroto en la servidumbre, sin que, durante el largo rato que duró la atropellada recepción, por puerta ni ventana aparecieran los novios, ni por parte alguna. Llamó la señora abuela al capellán y le llevó á remolque hasta una glorieta próxima, donde estaban á salvo de la curiosidad y del sol, y con aquel acento napoleónico que empleaba para los subordinados á su dictadura, le preguntó:

—Dígame usted, padre, ¿adónde han ido, que no se les ve?

—Pues... la señora Victoria está en la capilla y D. Josecito en su break, como todas las mañanas. Me parece, me parece, que tomó la dirección del Trigal.

—Ella en la capilla... Él de paseo... ¡Padre, esto no me gusta, repito que no me gusta!

Se encogió el pobre hombre, como quien teme recibir un cogotazo, y se excusó humildemente de lo que no le cabía la menor culpa, «porque si él hubiera sabido...,» «si la señora se lo hubiera mandado...»

—Pero ¿quién le hace á usted cargos? Digo que no me gusta, naturalmente. ¡A los ocho días de casados!

—Si la señora me lo permite, insinuó el tímido sacerdote... Desde el día siguiente de la boda viene sucediendo lo mismo.

—¡Lo mismo! Ella baja á la capilla, y él. . ¡Padre Celedonio! Cuénteme usted y hábleme con franque-

za, con sinceridad. La cosa no va con usted. No se ande usted, por lo tanto, con miedosos repulgos... ¡Parece mentira que lleve usted cuatro años en la casa!

– Es que la señora..., en verdad, me intimida un poco.

– Bueno. Hable usted. ¿Qué ha observado usted? ¡Padre, que me pone usted nerviosa!

Poca cosa pudo arrancarse por este medio al pusilánime señor, que, puesto á balbucear, no dió pie con bola: desde el día que llegaron, no se había visto juntos á los novios sino á la hora de la comida, y eso, según los informes de Blasa, la sirvienta, sentados sin hablar. La señora Victoria se levantaba muy tempranito, y lo primero que hacía era meterse en la capilla; luego repartía su tiempo entre la lechería, donde gustaba mucho de ayudar á las mozas, y la escuela, con la señorita Clotilde, enseñando el inglés á los chicos y ejerciendo de pasanta á satisfacción general... Todo esto lo adivinó misia Justa, traduciendo al estropajoso capellán; y aumentó su disgusto, porque preveía desavenencias precoces en los recién casados, iniciales de perturbaciones futuras.

La niña Pastora llamó á voces á la abuela, y ésta y D. Celedonio volvieron á la plazoleta en el propio momento que Victoria salía de la capilla, llevando colgada del brazo á la chicuela: estaban allí también Melchora y D. Fabio, de palique con la Blasa, sin duda á la pesca de los mismos informes que sonsacar quería al capellán misia Justa; y á todos pareció la novia una animada figura de las góticas del pórtico, tan amarilla y triste que ni las monadas de Pastorita, ni el saludo familiar de sus parientes adornaron sus labios de una sonrisa. Dejóse besar fríamente por las damas, tendió la mano á D. Fabio y se encaminó á la casa rodeada de todos, dejando á todos en el pasillo para encerrarse en su alcoba...

No había menester de más para que la abuela se escamara y se apercibiese á disparar sus rayos olímpicos. ¿Qué pasaba? Y fuera lo que fuese, ¿qué se figuraba la pobretona, la *guaranga*, la *orillera* de Barracas? Sin quitarse los guantes, ni la capota, ni el polvo del camino siquiera, reunió en seguida á sus hijos en consejo, cerrada la puerta del magnífico *hall*, que ahora se dice, ó sea la desahogada antecámara sobre el jardín que servía, ya de fumadero, ó de agradable pretexto de tertulia. ¿Qué decía de esto Melchora? ¿Qué pensaba D. Fabio? Erguida junto á la vidriera, el coraje la hacía estremecer. Los consultados callaban. Melchora daba á entender su pensamiento con visajes y moviendo de hombro á hombro la cabeza morena y vivaracha; D. Fabio fruncía el gesto, repitiendo:

– No sé..., no sé...

Analizados los informes recogidos por unos y otros, coincidían tan asombrosamente en lo esencial, que apenas se dudó que la discordia había estallado el día mismo de la boda: ¿por qué motivo? ¿Tan grave era éste que en los días siguientes no pudo ser remediado?, ¿ó el carácter de la Stuart era de tal naturaleza que no se doblegaba á la razón, ni á las conveniencias, ni al impulso del afecto de su marido?

– Ya me lo sospechaba..., dijo Melchora con aires de profetisa.

– Pues á esa, prorrumpió misia Justa desbordándose, la domaré yo con mis propias manos y la pondré más mansa que una oveja. ¡Conmigo no va á jugar! Y tampoco le permitiré que se burle de mi pobre nieto...

Como, al cabo, la discusión estaba fundada sobre conjeturas, creyeron lo mejor esperar las explicaciones de Josecito, las cuales se encargó la abuela de conseguir, pues á su influencia todopoderosa el joven se entregaría de seguida. Y apenas regresó de su excursión, antes del almuerzo, en el mismo *hall*, sola con él misia Justa, le interrogó por el método que acostumbraba cuando no quería que la oyeran, y era el siguiente: cogía un papel en blanco, ó más bien la pizarra que servía para los ejercicios escolares de Pastorita, y con un lápiz escribía las preguntas, las observaciones ó los consejos que daba á leer al sordo, el cual debía responder lo más bajo posible; de esta manera la conferencia sería pesada, pero quedaba secreta.

Se armó, pues, del lápiz la señora abuela, y sin hacer caso del asombro y disgusto del mozo, francamente expresados, por su intempestiva llegada, escribió con resolución, letra clarísima y firme pulso, estas preguntas:

– ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué andas tú por un lado y Victoria por otro? ¿Por qué nos ha recibido ella con tan mala cara?

Metió por los ojos del nieto el papelote, y esperó la respuesta con nerviosa impaciencia; pero Josecito, aunque leyó de corrido el cartel, no contestó palabra; gruñó é hizo ademán de marcharse incomodado, lo que no había osado jamás, lo que significaba el mayor atrevimiento contra la abuela, el primero de su vida. Ella insistió, añadiendo una pregunta más y esta amenaza:



revolvió el brebaje y se lo zampó

– Si no me lo dices, te obligaré. ¡Ya me conoces!

Y el sordo, como si no supiese leer. Al cabo, de un zarpazo puso fin al interrogatorio, rasgando el papel y con rabiosas lágrimas diciendo:

– Déjeme usted en paz... No hay nada... Lo que hay es que ella no me quiere... Y si no me quería, ¿por qué se ha casado conmigo?.. ¡Yo no me he casado para esto!.. Y ahora vienen ustedes á meterse... Lo van á empeorar... ¡Ay, abuela, abuela!..

Echado en un diván de aquellos, Josecito lloraba como un niño, y desconcertada misia Justa esgrimía el lápiz inútil, dudando si castigar con él al nieto ó proseguir el juicio en otra forma que de tan obscuro suceso la diera la clave. Sonó, en esto, la campana del almuerzo, y esclava de la disciplina por ella impuesta, la señora hubo de decidirse á interrumpir la tarea interesante de las averiguaciones; y Josecito delante y ella detrás, ceñuda y de mal humor, salieron del *hall* para entrar en el comedor...

En el cual, rodeando la bien vestida y espléndida mesa, esperaban sentados Melchora, D. Fabio, Pastorita, el señor capellán y Clotilde, que comían con la familia; sentóse á la cabecera misia Justa, luego de cambiar con los hijos una expresiva mirada; se deslizó en su asiento Josecito, y el criado iba á presentar el primer servicio, cuando la abuela le detuvo:

– ¡Falta la señora Victoria! Son las once, sin embargo. ¿No sabe la señora Victoria que es la hora del almuerzo?

– La señora Victoria ha mandado aviso con Blasa que la dispensaran si no bajaba hoy al comedor, respondió el criado respetuoso.

– ¿Está enferma?, dijo misia Justa temblando de cólera.

Nadie contestó. El mismo D. Fabio, muy contrariado, desmenuzaba su pan, por hacer algo. La maestra indicó temerosa:

– Esta mañana la oí quejarse de la cabeza...

– Pastorita, ordenó misia Justa, anda, hija mía, y dile á tu tía que la esperamos... Dile, ¿oyes?, ¡que *yo* la espero!

Salió escapada la niña Pastora, como un torbellino, y mientras ella desempeñaba la difícil comisión, ninguno de los comensales habló ni se movió, oprimidos los pechos por el disgusto; D. Fabio hacía pirámides de pelotillas, Clotilde y Melchora miraban sus platos, Josecito parecía un muñeco, el padre capellán se encogía como si quisiera desaparecer debajo de la mesa... El criado, granadero que da la guardia, con la fuente en las manos, esperaba tras del sitial del ama, tan espetado como ella.

La vuelta de la mensajera se anunció por un terremoto en las escaleras y corredores, presentándose toda sofocada á comunicar que «la tía Victoria no podía bajar...» El concurso entero agachó la cabeza, como cuando se presiente el estallido del trueno.

– ¡Vuelve á decir á la tía Victoria que yo la mando bajar!, resonó la voz airada de la señora.

Repercutió la orden en toda la casa, y el efecto del trompetazo fué la aparición de la rebelde, que, con tímidas excusas, se sentó entre D. Fabio y su marido. Todos respiraron. El criado sirvió.

Pero, como si algo les atragantara, ninguno pasaba bocado. En medio del silencio general repicaban los tenedores, y las desenfadadas mandíbulas de Pastorcita, á quien no quitaban las preocupaciones el apetito voraz, mascaban con el estrépito de una piedra de molino; en las copas caía el rojo chorro de líquido, que nadie cataba, y apenas se oía la repulsa de alguno ante un nuevo plato: «No, gracias...» Estaban en el tercer servicio, cuando volcó su vaso Pastorita, inundando el mantel, lo que provocó su despedida ignominiosa del comedor, con pellizcos y palmetazos que desataron una tormenta de gritos propia para envidiar el privilegio de Josecito.

Así terminó el fúnebre banquete; escurriéndose uno á uno los comensales, en el deseo de resarcirse del mal rato con tranquila siesta á que convidaba el pesado calor de mediodía, y ya Victoria, la última, se retiraba, cuando misia Justa, secamente, la llamó de esta manera:

– Victoria, ven; tenemos que hablar.

La joven obedeció, sumisa; dejóse llevar por la terrible abuela al *hall*, donde ya D. Fabio, espatarrado, fumaba á sus anchas, y de donde le arrojaron en términos perentorios, y frente á frente las dos, la dictadora y la humilde reo, sentadas en el diván, empezó así misia Justa:

– Espero que lo que hoy ha sucedido sea la primera y la última vez que suceda. A las siete es el desayuno, á las once el almuerzo, á las tres la merienda, y la comida á las siete y media: nadie en la casa se atreve á faltar á este horario, á no ser por causa de enfermedad grave, y á nadie le tolero, ni aun á Fabio, que peina canas, la indisciplina ó el desorden. Mi casa es un reloj... ¿Entiendes?

– Señora, dijo Victoria dulcemente, crea usted que yo no he querido faltar... Mi intención no ha sido... Cumpliré, estoy dispuesta á cumplir...

– Perfectamente. La lección que acabas de recibir debe aprovecharte, y si no peor para ti. Ahora, óyeme, y contesta derecho...

Reprodujo la anciana aquellas preguntas del cartel de Josecito, adobadas con apremiantes razones que no dejaban otra salida á la joven que la de la franqueza, cerrándole los atajos del disimulo de tan hábil modo, que cuantas veces intentó ampararse de él, misia Justa la cortó el paso.

– No; conmigo no valen tapujos. Tienes que decirme la verdad, para disponer, para obrar. Vuestra conducta es inconveniente: hay que poner remedio, evitar, prevenir... Yo miro muy lejos, muy lejos... Leo en el fondo de tu alma... Tú no quieres á tu marido... Y sabe Dios por qué. Sabe Dios lo que ocultas. ¿Me entiendes? Tengo la vista encima de ti, te vigilo, ¡te vigilaré! Cuidado, porque no consentiré la menor... la menor mancha; sí, mancha, en el apellido que te hemos dado. Con un marido bobo se pueden hacer muchas cosas; ¡pues haz cuenta que te has casado conmigo!

– ¡Señora!, exclamó herida Victoria; yo no he dado lugar... Usted me ofende; ¿por qué me ofende usted así?

Rompió á llorar. La abuela apenas hizo ademán de prestarle consuelo.

(Continuará)

UN NUEVO EJERCICIO ACROBÁTICO

En uno de los circos de Londres está llamando actualmente la atención el ejercicio acrobático que ejecuta Miss Belle Stone, ejercicio sumamente original y que produce una ilusión completa.

Hasta ahora habían sido varios los acróbatas que ascendían por una espiral subidos á una gran bola que movían con sus pies ó montados en bicicleta; pero Miss Belle Stone verifica la misma ascensión encerrada dentro de una esfera de acero, según puede verse en los adjuntos grabados. Colocada la artista al pie de la espiral, pónese de pie en uno de los hemisferios en que la bola se divide, colócase el otro encima de la cabeza, y después de haber juntado estas dos mitades, quedándose ella metida en aquel estrecho espacio, empieza el globo á ascender por la estrecha vía lentamente, pero con toda seguridad. El descenso se verifica de la misma manera, aunque con mayor rapidez, y resulta, como se comprenderá, mucho más difícil.

El procedimiento que sigue Miss Belle Stone consiste en empujar con toda su fuerza el globo moviéndolo alrededor de su eje, en la subida, y en retenerlo á fin de que no se precipite por el espacio, en la bajada.

Miss Stone dice que se le ocurrió la idea de su ejercicio viendo á una ardilla dar vueltas en su jaula, y al cabo de algunos años de practicarse dentro de su cilindro comprendió que, valiéndose de sus hombros y de sus codos, podría, encerrada dentro de una esfera hueca, manejar ésta con más facilidad que los antiguos acróbatas montados encima. – M.

Miss Belle Stone encerrada en una esfera de acero subiendo por una espiral

***

GEÓFAGOS Y TIERRAS COMESTIBLES

Si á cualquiera de nuestros fondistas se le ocurriese servir como postre tortas de tierra, á buen seguro sus parroquianos no le agradecerían el obsequio, porque en los países europeos la geofagía, si existe, es sólo como fenómeno morboso y excepcional, generalmente como síntoma de la malacia, especie de enfermedad de languidez acompañada de depravación del gusto.

Mas no sucede lo mismo en ciertas comarcas de Asia, de Africa y de América, en donde hay tribus enteras de geófagos. Las razas amarillas son las que más apegadas se hallan á esta costumbre, por más que la encontremos también extendida en otros pueblos pertenecientes á otros grupos étnicos y habitantes en las más diversas latitudes: en la Guyana, en Siberia, en Venezuela, en Nueva Caledonia, en Camerún y en Siam.

Son varios los viajeros que han traído de sus excursiones tierras comestibles, y he aquí lo que acerca de éstas se sabe.

En Java y en Sumatra, la arcilla con que se regalan los indígenas es sometida á una preparación previa: según M. Hekmeyer, farmacéutico jefe de las Indias orientales holandesas, se la reduce á pasta mezclándola con agua, separando las materias extrañas, piedras, arena y otros cuerpos duros; después se la dispone en tiras delgadas que se asan en una cacerola de hierro sobre un fuego de carbones. Cada una de estas galletas arrolladas parece una corteza seca cuyo tamaño no es mayor que el de un lápiz y cuyo color varía desde el gris pizarra al rojo pardo. Con esta pasta hacen los javaneses también figurillas toscamente modeladas. Las tierras comestibles en China son, según Ehrenberg, blancas, gordas y silicadas, sin restos orgánicos, unas; con ciertos animálculos fósiles, otras.

Una memoria de M. Heiberg, publicada recientemente por *Le Caducée,* da detalles precisos acerca de las substancias terrosas apreciadas por los negros del Congo. Las dos muestras analizadas, que el autor había recibido del Dr. Hans Müller, presentaban entre sí diferencias sensibles: una de ellas era una materia porosa, de un color amarillo de ocre, que fácilmente se reducía á polvo fino y contenía ácido silícico, óxido de aluminio, sosa, indicios de hierro y una pequeña cantidad de materia orgánica azoada; la otra, de un color gris negro, parecía arcilla ordinaria y su composición era análoga á la anterior, salvo que en ella se encontraron algunos espongolitos, y en cambio, no había sodio. Calentadas las dos muestras, desprendían agua y vapores alcalinos; pero así como la amarilla contenía cuarzo libre en forma de granos finos de arena, la gris carecía de él. El examen bacteriológico dió un resultado negativo.

En definitiva, en estos extraños alimentos sólo hay asimilables por el organismo el hierro y el sodio, porque la substancia azoada desaparece con la cochura. La tierra amarilla se recoge en las plantaciones de café de Nueva Amberes (Bangala). En cuanto á la variedad gris, la más estimada por los consumidores congolanos, los cuales, sin embargo, no la pagan á más de unos cinco céntimos el kilogramo, no se sabe exactamente dónde los indígenas la recogen.

Según M. Dumontier, en las posesiones francesas del Tonkín la geofagía existe también en las provincias de Nam-Dinh, Thai-Binh, Hai-Duong y Soutay; allí los «pastelillos» de tierra se presentan bajo dos aspectos, á saber: las «orejas de gato» *(gnoe-tai-meo),* virutas delgadas que se obtienen de un bloque compacto gris secado encima de ladrillos calientes, y las «tejas,» *ngoi,* sometidas á una cochura bastante intensa para que tomen un hermoso color encarnado. Estos pasteles se venden por término medio á 18 sapeques los 600 gramos. Los annamitas consideran como una golosina esas tierras comestibles, que poseen las propiedades físicas de la arcilla, se pegan á la lengua y carecen de sabor.

En resumen, en estas indigestas tortas no hay ningún principio nutritivo en cantidad apreciable, y las costumbres geofágicas no tienen, por consiguiente, justificación y se apartan ciertamente mucho de las reglas gastronómicas. – J.

***

CONSERVAS AMERICANAS

En ninguna parte ha alcanzado la industria de conservas alimenticias la importancia que tiene en los Estados Unidos, lo cual se explica, primero, porque las condiciones de vida social son allí de tal naturaleza, que las amas de casa americanas tienen en gran aprecio la cocina hecha que puede servirse y consumirse sin preparación, y segundo, porque los artículos de consumo se producen en grande escala y en forma de conservas pueden ser expedidos á multitud de mercados.

Entre estas conservas las hay que también se fabrican en Europa y que son muy conocidas en nuestras mesas, desde las langostas y legumbres, hasta las sardinas y las frutas. No son tan comunes entre nosotros las conservas de pollos y de ostras, pero aún lo son menos otras casi exclusivas de la América del Norte.

La producción del maíz tiene en los Estados Unidos una importancia enorme, y no sólo la del maíz que se cultiva en Europa, sino del maíz dulce, muy azucarado, que se come como postre. De este maíz dulce se hacen conservas y hay muchas fábricas que se entregan á esta industria poco común en nuestros países. La cochura del grano y su colocación en cajas se efectúan por medio de máquinas y con rapidez fantástica.

Término de la ascensión

Aquellos de nuestros lectores que hayan viajado por ciertas regiones de Alemania y de la Suiza alemana, han podido gustar esas compotas de murtillas que se sirven en los hoteles y cuyo jugo morado colora á menudo los labios de una manera intensa. Pues bien: en los Estados Unidos, ó mejor dicho, en los alrededores de Wáshington, se fabrican conservas de murtillas, y las llanuras de aquella región se destinan á la producción de millares y millares de hectolitros de estas bayas moradas, y hasta se han inventado instrumentos especiales, especie de horcas de dientes múltiples, que permiten efectuar rápidamente su recolección: ésta dura de tres á seis semanas, á fines de agosto ó principios de septiembre, y las bayas se pagan de 15 á 20 céntimos el litro y además cinco céntimos para el propietario del terreno en que nacen las plantas.

Finalmente citaremos también entre estas conservas, las que se hacen de ese marisco, hoy escasísimo en las costas oceánicas, el *pecten,* que los ingleses denominan *clam,* que se encuentra en masa en los Estados Unidos, principalmente á lo largo de la costa del Maine. – B.

GRAN HOTEL DE PALMA DE MALLORCA

(Véase el grabado de la página siguiente)

Por su hermoso cielo, por sus pintorescos paisajes, por sus incomparables costas, por sus famosas cuevas, merece Mallorca el gran renombre de que goza. La naturaleza ha derramado con pródiga mano sus dones sobre la Isla Dorada, colmándola de bellezas y adornándola con todos los encantos imaginables, para que en su contemplación se recrearan propios y extraños. El hombre, sin embargo, no había hasta ahora correspondido á tanta munificencia; los que visitaban aquella isla no hallaban en ella todas las comodidades que el turista moderno exige y que está acostumbrado á encontrar en todos los países que tienen algo que ofrecer á la admiración ó simplemente á la curiosidad de los viajeros; y una de las cosas más indispensables que allí faltaban era un hotel montado á la moderna. A llenar esta necesidad, y á llenarla por completo, ha venido el Gran Hotel, magnífico edificio construído expresamente para su objeto, según el proyecto del eminente arquitecto barcelonés D. Luis Doménech y Montaner y bajo la dirección de otro arquitecto no menos notable, el Sr. Alsina. No nos detendremos en describirlo: de su grandiosidad, de su gusto, de su bellísimo estilo, podrán formarse idea nuestros lectores por la fotografía que en la siguiente página reproducimos; de su instalación interior diremos únicamente que en ella se han aplicado todos los adelantos más modernos, que el arte, el lujo y el conforte imperan en su disposición general y en sus menores detalles, que su servicio está montado con todos los elementos necesarios para satisfacer á los más exigentes, y en una palabra, que el Gran Hotel puede bajo todos conceptos competir con los mejores del extranjero.

Mallorca está, pues, de enhorabuena por la inauguración de este edificio, cuyo propietario Sr. Palmer merece entusiastas elogios por la obra realizada, como los merecen también cuantos artistas han colaborado en ella.



PALMA DE MALLORCA. – GRAN HOTEL RECIENTEMENTE INAUGURADO, proyectado por D. Luis Doménech y Montaner (de fotografía)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 30 de marzo de 1903 — Núm. 1.109



LA NOVIA, fragmento del cuadro «Luna de miel» de Julio Borrell

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el octavo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Me faltó espacio en mi última crónica para hablar con la extensión debida del drama de D. José Echegaray titulado *La escalinata de un trono.* Justo será subsanar ahora aquella forzosa deficiencia. En su última obra el gran dramaturgo ha vuelto á sus antiguos procedimientos, á aquellos de *En el seno de la muerte* y de *La peste de Otranto:* personajes delirantes, contrastes estupendos, situaciones espantosas, discreteos calderonianos, versificación esmaltada de imágenes..., de todo hay mucho en *La escalinata de un trono.*

Ha colocado Echegaray la acción de su drama en la Italia del siglo XIV, lugar y tiempos fecundos en violentas pasiones, en crueles venganzas y en horrendos crímenes. De lo que era aquella sociedad da trágico testimonio *El infierno* del Dante. Del célebre episodio del *Conde Ugolino*, el más tremendo de los que contiene *La divina comedia*, arranca el argumento de *La escalinata de un trono.* Roger ama apasionadamente á Teodora: ella le paga con idéntico amor y la vida brinda á ambos amantes con sus más deleitosos placeres. Es en Venecia y en una noche de carnaval cuando el autor nos presenta á los dos jóvenes. Roger no sabe quiénes son sus padres, pero de un momento á otro va á saberlo. Como él se siente noble, generoso, honrado, cree que los que le dieron el ser han debido tener sus mismas cualidades. Pero el destino le reserva una terrible sorpresa. El padre de Roger fué nada menos que el esbirro miserable que incitó al arzobispo Rugero de Pisa á que hiciera morir de hambre á Ugolino y á sus hijos, y la madre, la digna hembra de semejante monstruo. Al tener noticia de su origen, el infortunado mancebo quiere comprobarla, y para ello parte á Pisa, seguido de Teodora.

El tirano de esta ciudad «oprobio de las ciudades» es Stéfano, compañero de infancia de Teodora y á la que ama con tanta vehemencia como la ama Roger. Éste, con el fin de saber á ciencia cierta si son exactas ó no las noticias que le han dado acerca de su nacimiento, va á la «Torre del hambre» á interrogar á los carceleros: al calabozo del conde Ugolino acuden también Teodora y Stéfano, y allí, bajo las pavorosas bóvedas que presenciaron la bárbara agonía del conde Ugolino, adquiere el desventurado joven la certidumbre de su vergonzoso origen. Roger se desespera, insulta al tirano, rechaza á Teodora, y mientras ésta es arrastrada por los esbirros de Stéfano fuera de la torre, él quédase encerrado en el calabozo.

La decoración del acto tercero representa el campo santo de Pisa. Roger va á visitar las tumbas de sus padres, y al campo santo van también Teodora y Stéfano. La escena que en el cementerio se desarrolla es sobre poco más ó menos la misma que la de la torre. Reproches de Roger á Teodora, insultos y amenazas al tirano, prisión del desesperado mancebo y oferta de la hermosa pisana de casarse con el tirano. «Yo te demostraré cuán grande es mi pasión,» dice Teodora á Roger, y con tal promesa acaba el acto.

El cuarto y último es de lo más horripilante que ha salido de la pluma de Echegaray y de lo más truculento que se ha visto en la escena. Algunas señoras hubo en la noche del estreno que se retiraron espantadas de sus palcos. Y motivos había para ello. Ha de saber el lector que uno de los castigos que, según parece, se aplicaban en Pisa á los reos de alta traición, era lo que se llamaba el *vía-crucis* del condenado. Sacaban á éste de la cárcel y lo entregaban al furor del populacho, el cual la emprendía con el reo á pedradas y á palos, llevándole de tan bárbara manera hasta la muralla de la ciudad, desde la cual se le despeñaba. A este terrible *vía-crucis* es condenado Roger; y cátate que cuando Teodora, cubierta de lujosísimas galas y joyas soberbias, después de oir el relato de los tormentos que está padeciendo su amante, cuyo suplicio ha empezado ya, acaba de desposarse con el tirano, óyense los gritos frenéticos de la plebe. Teodora, desde lo alto de la escalinata de su trono, da orden de que sea conducido á su presencia el condenado, las puertas de la *logia* en que la escena pasa se abren y aparece Roger, ó mejor dicho, un harapo humano, cubierto de sangre, magullado, despedazado, tembloroso, moribundo, casi ciego, mostrando por las roturas de su vestido hecho jirones su carne macerada y sangrienta. No es posible mayor ni más espantosa verdad. Al salir Roger á escena, el público lanza un grito de horror y las mujeres se tapan los ojos para no ver aquella trágica visión.

Pero la comedia no ha acabado todavía y por consiguiente aún no cesan los horrores. Roger es arrojado á los pies del tirano y de su esposa, y entonces Teodora, hundiendo un puñal en el corazón de Stéfano, se precipita sobre Roger, le abraza, y el pueblo, enfurecido por la muerte del tirano, amarra juntos á los dos amantes y los empuja á la muralla, para desde allí precipitarlos.

El que haya visto sin estremecerse la representación de *La escalinata de un trono*, de seguro que podrá contemplar con tranquilidad una ejecución de pena capital...

A otro muy distinto del género á que pertenece el drama de Echegaray corresponde «*la novela escénica*» en cinco actos y en prosa, estrenada también en el Español y original de Jacinto Benavente, titulada *La noche del sábado.* Es Benavente, sin duda alguna, el más *moderno* de los autores contemporáneos, el que está más dentro de la corriente general de la cultura é ideas de nuestros días. La última comedia, ó como él la llama, *novela escénica*, es francamente simbólica. Antes de empezar la representación, y á guisa de prólogo, ya se le dice al público la significación de lo que va á ver y oir, y mucho, en efecto, hay que ver y oir en *La noche del sábado.*

Ante todo, justo es reconocer que si el autor ha de vaciar en la obra escénica todo su arte, estudio é inspiración, es menester que le secunden cuantos elementos entran en la ejecución escénica. Pero suele darse el caso de que unas veces por deficiencias de los actores, otras por temores de herir ciertos sentimientos del público, y otras, finalmente, por pobreza ó cicatería de las empresas, el autor se ve forzado á restringir el desarrollo de su obra, haciendo, no lo que podría, sino lo que le dejan hacer. En el teatro Español, por el contrario, Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero ponen al servicio del dramaturgo, cuantos medios necesita éste para expresar totalmente su pensamiento sin limitaciones de ninguna especie: ejecución esmeradísima hasta el punto de que la comedia puede representarse sin necesidad de apuntador, decoraciones tales como el autor las ha imaginado, *mise en scene* de propiedad irreprochable, y cuando el asunto lo exige, lujo fastuoso hasta en los pormenores más insignificantes.

No es menester darse de calabazadas para averiguar el sentido que pudiéramos llamar esotérico de *La noche del sábado:* el autor pone en boca de sus personajes cuantas explicaciones son necesarias para que el público vea la idea al través de la forma. «Vivimos esclavos de la realidad: nuestro ideal, bueno ó malo, hállase encerrado en las profundidades de nuestro ser como un prisionero en hondo calabozo. Pero nuestras almas, como las brujas de las leyendas, escapan á veces en alas de la fantasía á la región de los sueños, en donde celebran misteriosos aquelarres. Allí, en aquellos rápidos momentos de vida puramente imaginativa, libres de todas las trabas que en la realidad nos sujetan, «podemos ser lo que verdaderamente somos.» Después, cuando volvemos á la existencia real, reanúdase en nosotros el eterno conflicto entre lo que nos impone la vida y los anhelos de nuestra alma: los débiles ceden dejándose arrastrar por la corriente; los fuertes luchan por realizar su ideal; algunos lo consiguen; mas para llegar á él dejan en la áspera pendiente pedazos de su corazón, jirones sangrientos de su existencia.

Imperia es una de estas almas fuertes; nacida en hogar miserable, rodeada de seres abyectos, propónese realizar su ideal: «Seré emperatriz, dice, conquistaré un trono,» y á la conquista de él se lanza, sacrificando en aras de su aspiración suprema sus más íntimos afectos y sus más delicadas ternuras. En esta desesperada ascensión surge como un obstáculo insuperable su hija Dorina, carne de su carne y alma de su alma... Cuando la pobre muchacha abandonada por su amante va á morir, preséntase ante Imperia la realización de su sueño, la conquista de una corona: hay que optar entre ella y su hija moribunda. El alma de Imperia vacila, pero al fin el ideal vence; y el arte, por boca de Leandro, dice á la mujer fuerte: «Venciste: has realizado, has sabido sacudir lo real por lo ideal.»

Este es el pensamiento que Benavente ha desarrollado en *La noche del sábado.* A decir verdad, el final del drama ha debido de ser atenuado por temor á los prejuicios del público. Cuando Imperia se decide á partir, su hija está ya muerta. El conflicto por consiguiente entre el amor maternal y la conquista del trono no existe. La lógica de la obra exigía, y así de seguro lo imaginó Benavente, que Imperia dejase de recoger el último aliento de Dorina, la abandonase en su agonía para correr á la posesión de su ideal. El autor de *La noche del sábado*, ó no se ha atrevido á llegar á este final, ó lo ha cambiado ante el justificado temor de comprometer el éxito de la comedia.

La forma en que el pensamiento capital del drama ha sido desarrollado por el autor, es rebosante de ingenio, de belleza, de sutiles observaciones, de delicadeza y originalidad. La acción pasa en una población que bien puede ser Mónaco ó Niza, y en donde se reune una sociedad exótica y cosmopolita. Es aquello, por decirlo así, un resumen de la humanidad, con sus vicios, sus mentiras, sus dolores y sus placeres. Ante los ojos del espectador desfilan príncipes de derecho divino sin fe en su realeza y sin conciencia de su misión de pastores de pueblos; poetas decadentes y decaídos, cuya musa es el escepticismo; cortesanas que empiezan y cortesanas que acaban; codiciosos rufianes que venden á sus amantes por un puñado de oro, y pobres mujeres destinadas á consumirse tristemente en la hoguera del amor sensual.

Todos estos personajes en los cuales más que individualidades vivientes ha querido encarnar el autor decadencias, aspiraciones más ó menos insensatas y vicios, nos muestran en sus diálogos, ya ingeniosos, ya profundos, los múltiples aspectos del alma humana: abismos tenebrosos unas veces, resplandores otras de cumbres celestes, las miserias y grandezas del ser humano, que ya se arrastra por los lodazales como bestia salvaje, ya tiende sus alas como un ángel en pleno azul.

He dicho en alguna otra parte, y aquí es ocasión de repetirlo, lo siguiente: sean cualesquiera las ideas que se tengan acerca del teatro, ya se le considere exclusivamente como representación de una serie de hechos imitados del exterior de la vida, ó ya como medio de expresión directa ó indirecta de cuanto abarca, sueña ó fantasea el espíritu del hombre; sea un género poético ó no poético, pero circunscrito á un espacio limitado del arte literario, ó sea la literatura toda en cuanto representable y representada, es lo cierto que obras como *La noche del sábado* revelan una potencia intelectual tan grande, una amplitud tan intensa de ideas, horizontes tan vastos, que el ánimo del espectador se siente transportado á un mundo que podrá no ser teatral, pero que con su belleza nos cautiva y nos deslumbra. Yo no censuraré á los que buscan en la escena las emociones que despiertan una intriga amorosa ó un conflicto *pasional;* mas ¿por qué no han de entretener á un público culto las hondas aspiraciones del alma, los vagos anhelos de nuestro continuo soñar, los fantasmas que pueblan nuestras noches de insomnio, las voces que gritan en el fondo de nuestro ser..., todo ese mundo interior é incoherente que constituye lo más humano de nuestra vida?

En Lara han pasado sin gran dificultad *El intérprete*, juguete en un acto, arreglado del francés por Mario y Abati, y *La gracia andaluza*, original de Rafael Santana. Triunfó en la Zarzuela una en un acto de costumbres andaluzas titulada *La Macarena*, y *El niño de oro* pereció en Apolo en el mismo momento de nacer. En el circo de Price se aprobó tras reñida votación la zarzuela bufa *Su alteza imperial*, y se aplaudió en el Lírico una adaptación de la comedia de Vélez de Guevara *Reinar después de morir.*

Como se ve por todo lo dicho, en esta época de abstinencia no la ha habido de novedades teatrales.

ZEDA.



... me miró, esperando el cuento como una niña curiosa

MADRE AJENA

Hacía rato que callábamos.

Hacía rato que los dos mirábamos distraídamente la llama azul que bailoteaba en el fondo obscuro de la chimenea, sobre los troncos hechos ascua.

El gabinete estaba á obscuras; en el techo daba la luz cinérea de un lejano farol de la calle.

El silencio era tan absoluto, que molestaba.

Elena se movió nerviosamente en su butaca y dijo con extenuada voz:

– Oye: ¿Por qué no me cuentas alguna historia bonita?.., ¿un cuento de niños? Me gustaría oir esta noche un cuento de niños.

– No sé cuentos de esos..., no recuerdo ninguno...

Removía en los rincones de mi memoria para complacerla.

Entretanto habíase levantado á echar leña sobre las brasas; después se arrebujó á mis pies con actitud infantil, y poniendo la cara más inocente del mundo, me miró, esperando el cuento como una niña curiosa.

– El caso es que, por más que hago, no me acuerdo de nada que se parezca á lo que me pides. Pero, si quieres, puedo repetirte una historia muy interesante que he sabido hoy.

– ¿Es triste, por lo menos?

– De una tristeza dulce.

– ¡Oh! Es lo que prefiero...

Surgió, en aquel punto, la llama alegre de la leña recién echada, iluminando el reducido gabinete y esparciendo un calor suave. Elena se estremeció con un repeluzno de satisfacción, complaciéndose con la anunciada historia, bañándose en el bienestar y en la paz que nos rodeaba.

Dí comienzo á mi narración.

– ¿Tú recuerdas á Teodoro, aquel muchacho arquitecto que almorzó con nosotros una mañana? Bien; pues hoy me lo he tropezado en la plaza de las Salesas, después de algunos meses transcurridos sin vernos. Le invité á dar una vuelta por Recoletos; pero se negó, mostrándome su traje. No había reparado en que vestía de luto. Le pregunté quién se le había muerto.

– Mi madre, dijo tristemente.

– Pero ¿no eras huérfano?

Él me había dicho en cierta ocasión que su madre había muerto al darle á luz.

– Esta era otra madre. Una madre de hace cinco años.

Naturalmente, no le entendía, y entonces me contó lo que vas á oir.

Hace bastante tiempo vino á Madrid un joven de veintidós años, hijo de una viuda que cobraba una exigua pensión con la que apenas podía mantenerse una persona. Hasta esa fecha habían vivido madre é hijo con mil apuros en su pueblo, un lindo pueblo de Andalucía.

Dionisio ganaba algo, allá, como escribiente en casa del registrador, que estaba medio ciego y tenía necesidad de alguien que le ayudase. Con lo poco que este trabajo le producía y la paga de la madre fueron tirando medianamente de la vida; pero se murió el registrador, y el que vino á substituirle no necesitaba de los servicios del joven. Entonces comenzó para éste y para la viuda una era de privaciones y sufrimientos insoportable.

El muchacho padecía la desgracia de tener imaginación, cosa imperdonable, y un corazón honrado, defecto más imperdonable aún. Y se figuró que con eso debería bastar para vivir en una capital, donde pudieran desenvolverse sus condiciones.

En los muchos ratos que le dejaban libre los quehaceres del registro, habíase dedicado á estudiar en la no despreciable biblioteca de su principal. Cuando no tuvo más libros de qué enterarse, púsose él á hacerlos, y Teodoro, que ha leído las dos novelas que escribió en el pueblo, asegura no conocer nada más humano, ni que revele mayor sentimiento que esas dos primeras obras de Dionisio.

Éste, sabiendo que la pensión no alcanzaba para dos personas, y que, si él se eliminaba, su madre podría vivir holgadamente con ella, decidió utilizar la instrucción que poseía y sus aficiones literarias, para procurarse una posición, siquiera fuese modesta.

Para esto era preciso trasladarse á la corte, foco deslumbrador de las mariposas del talento, en donde perecen tantas alegrías juveniles, tantas ilusiones acariciadas en los floridos rincones de provincias.

A los pocos días de llegar conocióle Teodoro, y desde entonces siguió paso á paso todas sus vicisitudes, asistiendo á la representación del drama de aquella existencia. El arquitecto, estudiante por esa época, era muy poco lo que podía auxiliarle; sin embargo, Dionisio se salvó de morir de hambre en muchas ocasiones, gracias á su amigo.

Tres años, poco más ó menos, el hijo de la pensionista luchó con todas sus fuerzas contra la muralla casi siempre infranqueable que, en los caminos que se separan de la gran carretera de la rutina, levantan en este bendito país los cuatro vicios nacionales; la Indiferencia, la Envidia, la Ignorancia y la Jocosidad.

Hay un medio cómodo de romper estas murallas, la adulación; pero Dionisio, en la inflexibilidad de su honradez, en la rectitud de su conciencia sentíase incapaz de afirmar lo contrario de lo que sentía. Era, además, hombre á quien no se le apostemaba verdad alguna en el cuerpo, y esto le acarreó muchos enemigos, porque no se desenmascara impunemente á los falsos ídolos.

En tres años vivió una existencia entera, y se encontró, á los veinticinco, con toda la carga de hastío, desilusiones y desprecio hacia el mundo de un viejo decrépito.

En los viejos, á esos desencantos y á ese hastío corresponde el cansancio y la debilidad física, y este acuerdo entre el espíritu y la materia, cuando es perfecto, engendra una tranquilidad resignada, admirable: la gran tranquilidad de los ancianos.

Pero en Dionisio, dotado de una naturaleza poderosa, con todos los ardores y las rebeliones de la juventud, el desequilibrio entre lo moral y lo físico no podía menos de producir una catástrofe, y ésta no se hizo esperar.

Una mañana recibió Teodoro un aviso del juzgado de guardia para que se presentase en donde se le indicaba.

Dionisio se había suicidado, y en la carta que se le encontró para el juez, suplicaba que se llamase á Teodoro, el cual, después de abrir un abultado paquete colocado sobre la mesa de su habitación, enteraría al juzgado de cuanto pudiera necesitar.

Allí encontró el arquitecto una carta en la que exponía las razones de su resolución: Estaba convencido de que la vida era un asco y de que no valía la pena de ser visto lo que ella nos pudiera reservar. Encargábale rogara al juez que ocultase á todo el mundo su nombre, para que no pudiera llegar la noticia á oídos de su madre. Y por último, le decía que leyera en su casa y detenidamente los demás papeles que en el paquete se contenían.

Así lo hizo Teodoro, y encontró una porción de cuartillas en las que Dionisio hacía una detallada relación de los asuntos de su casa, de la historia de su familia y de los parentescos y amistades que tenían en el pueblo.

«Te cuento estas cosas, decía el manuscrito, para que puedas cumplir sin entorpecimiento el más grande favor que me pudieras hacer, y que, estoy seguro, ejecutarás religiosamente. Mi madre está muy delicada de salud; la noticia de mi suicidio le acarrearía la muerte ó, cuando menos, habría de amargarla horriblemente los tristes años de la vejez. Es preciso que ignore lo sucedido. Para esto la preparé

diciéndola, en el correo último, que mi suerte había comenzado á mejorar, que me mudaba de domicilio (le ponía las señas del tuyo) y que, sabiendo el trabajo que para su poca vista suponía el descifrar mis garabatos, pensaba comprar una máquina de escribir, que utilizaría para la primera carta que la dirigiera.

»Lo que espero de ti es que recibas la correspondencia de mi madre y la contestes en mi lugar, de modo que crea soy yo el que lo hago. Para esto dejo firmados muchos pliegos del papel en que acostumbraba á escribirla y varios modelos que te servirán para conocer el estilo de mis epístolas y los apelativos que más empleaba. Todo va en este paquete.

»Procura mostrarte muy cariñoso con ella, y sobre todo, muy puntual en responder... Será un trabajo que ejecutarás con gusto, porque sabes que ha de hacer feliz á una pobre anciana, que no tenía en el mundo más que á su hijo. Por otra parte, creo que no se prolongará mucho esa obligación que la amistad te impone. ¡Hallábase tan acabada cuando me separé de ella!»

Teodoro cumplió escrupulosamente cuanto se le encargaba, y estando en los ápices de los asuntos y costumbres de Dionisio y de su madre, no cometió indiscreción alguna.

Cinco años ha durado esta correspondencia.

—Al principio, me decía esta tarde el arquitecto, me costaba cierta violencia el fingimiento de esas cartas; encontrándome, más que nada, premioso en las frases de afecto que había de prodigar á una persona desconocida. Pero, poco á poco, fué haciéndoseme más fácil mi tarea, según iba recibiendo sus escritos, en los que se ponía de manifiesto un alma sencilla y bondadosa y en los que rebosaba un cariño inmenso, el cariño sin igual de una madre, para mí nuevo, ya que no conocí á la mía. Al cabo de algunos meses, llegué á esperar con verdadero interés las cartas de la pobre viuda. En todas aconsejaba á Dionisio que se mantuviese honrado, que huyera de las malas compañías, que rezara á la Virgen del Puente, la patrona de su pueblo. Compadeciendo la soledad del hijo y los disgustos á que se vería expuesto en la lucha por conquistarse un lugar distinguido en la sociedad, le consolaba constantemente. En mis horas de aislamiento y de amargura llegaban estas cartas, que parecían escritas para mí, como un bálsamo suavísimo que me fortalecía y me daba fe en lo venidero. Llegué á figurarme que era á mí á quien aconsejaba, que eran para mí aquellas sus palabras amorosas y que, cuando yo contestaba, era á mi madre á quien lo hacía. Sus consuelos llegaron á serme indispensables. En una palabra: á fuerza de ponerme en el lugar de su hijo, llegué á quererla como se debe querer á una madre. Un día se quejó de su salud: estaba mal. No me lo decía para que fuera, que ya se le alcanzaba lo difícil de esto, dadas las muchas ocupaciones que me impedirían hacerlo... ¿Puedes creer que me hubiese puesto en camino inmediatamente, á no haberme contenido el temor de que todo se descubriría en este caso? Me hube de reducir á animarla; afirmando que, efectivamente, no podía abandonar ni un momento la corte, porque todo lo adelantado, que era mucho, podría perderse. Desde entonces no volvió aquella santa á manifestar sus dolencias, y creí que esto podría deberse á que realmente hubiese mejorado, según me decía. Hace un mes recibí una carta de luto; en ella, un pariente de Dionisio, creyendo desde luego dirigirse á él, me daba cuenta de la muerte de la anciana. Había expirado dichosa, suponiendo á su hijo próximo á llegar á la cúspide de la gloria y de la fortuna.

Estoy seguro de que sufrí la pena mayor que sentirse pueda. Tú, que has perdido á tu madre, ¿verdad que se experimenta un dolor horrible? Por eso visto de luto.

J. Sánchez Gerona.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA «SCHOLA CANTORUM» DE PARÍS

Que no se ha borrado la buena memoria que entre nosotros dejara, cuando nos visitó por vez primera, la famosa asociación musical parisiense, lo han demostrado los éxitos material y artístico de las sesiones que ha dado en el teatro de Novedades, en unión con el *Orfeó Catalá*, que dirige el maestro Millet, en los días 20 y 22 de los corrientes, sesiones consagradas á la ejecución de las obras clásicas de Hændel, Victoria, Orlando de Lassus, Jannequin, Caríssimi, Bach, Palestrina, Gluck, Beethoven y de algunos de sus más felices imitadores modernos.



MM. Guilmant, Vincent d'Indy y Carlos Bordes, fundadores directores de la *Schola cantorum*



El órgano y el salón de conciertos de la *Schola cantorum*

No parece, pues, extemporáneo, aprovechando la estancia entre nosotros de «los animosos apóstoles de la regeneración del arte musical religioso y profano,» recordar la historia breve, pero gloriosa, de esa benemérita escuela.

Hace próximamente diez años, M. Carlos Bordes, maestro de capilla de Saint-Gervais, en París, tuvo la feliz idea de formar una agrupación de cantores con el intento de dar á conocer los célebres responsos de Palestrina, de Victoria y el *Stabat Mater* del primero. El éxito de esta tentativa decidió á M. Bordes á fundar la asociación antedicha. Desde 1892 á 1902 los cantores, bajo la dirección del maestro, ejecutaron en las festividades del año las mejores composiciones de la música polifónica del siglo xvi y resucitaron con honra el canto gregoriano según los libros y el método de Solesmes. En 1894, M. Vincent d'Indy, en unión con el organista M. Alejandro Guilmant, redactaron las bases, ampliadas después, de la *Schola cantorum*. La idea inicial de los fundadores de la nueva escuela fué el restablecimiento de la tradición gregoriana, de la música de Palestrina y el mejoramiento del repertorio de los organistas.

El entusiasta M. Bordes, con la famosa suma de 37 francos 50 céntimos, alquiló esperanzado en la calle de Stanislas un local adecuado para el funcionamiento de la *Schola*, y después de dos años de incesante laboriosidad pudo darla á conocer en las iglesias y en las salas de conciertos de más de cien ciudades de Francia.

El rápido desenvolvimiento de la escuela, sus alumnos cada día más numerosos, impulsaron á los organizadores á buscar un monumento digno de su obra: en la antigua calle de Saint Jacques, junto al Val-de Grâce, encontraron el antiguo monasterio de benedictinos, y apropiaron el hermoso y vasto edificio á un nuevo destino. Desde entonces, el 2 de noviembre de 1900, quedó París dotado, merced á la fe ardiente de M. Carlos Bordes, de una institución necesaria para luchar contra el mercantilismo del arte musical, enseñando á los coristas el culto del arte verdaderamente bello y proporcionando á los maestros de capilla un repertorio severo y artístico.

Los cursos de *Schola cantorum* comprenden la música en sus diversas ramificaciones: el solfeo elemental, el canto gregoriano, la declamación lírica, la armonía, el contrapunto, el órgano, el piano, las clases de orquesta, de conjunto y de composición: esta última, bajo la dirección acertada de M. Vincent d'Indy, cuenta en la actualidad más de cincuenta alumnos. Simultáneamente con el canto ó con el instrumento de su elección, los jóvenes alumnos estudian la historia de su arte, su estética, y en el curso de conjunto vocal, que M. de Lacerda dirige tan concienzudamente, no desperdicia ocasión para explicar á los cantores el género de las obras interpretadas, insistiendo sobre su carácter y su construcción.

Mensualmente la *Schola* organiza grandes audiciones para el público en su salón de conciertos, y en estas audiciones, los cantores de Saint Gervais ejecutan con perfección insuperable las obras maestras de Gluck, Hændel, Mozart, etc., las geniales cantatas de Juan Sebastián Bach y los motetes de los maestros religiosos del siglo xvi, sin dejar de rendir ferviente culto á la canción popular francesa.

M. Carlos Géniaux, al hablar de la vida íntima de esta institución, hace las siguientes apreciaciones:

«Así que uno penetra en el patio severo y triste de la antigua abadía benedictina, encuentra en las cercanías del cancel que una administración paternal instaló á la puerta de entrada de la *Schola* jóvenes de palabra exuberante y de movimientos ágiles para dirigir orquestas de mil ejecutantes. En efecto, la dominante de esta escuela es inflamar á sus alumnos en verdadero anhelo de belleza: así, cuando les veáis con el rostro animado, nada temáis en contra de vuestra seguridad: platican simplemente acerca del arte que les interesa. De igual modo la sencillez de su traje y la buena franqueza de su compañerismo advierten al visitante que no se encuentra en una academia preparatoria de adolescentes para el jubón, el sombrero de plumas y los zapatos de punta. Esta sencillez de modales permite á los estudiantes presentarse en sus cursos, así como en los conciertos públicos, en donde figuran entre las clases de orquesta, con verdadera apariencia de alumnos, y no con esos acicalamientos ambiguos que hacen presagiar, en otras salas, los futuros cómicos y los virtuosos adulados. Encontramos altamente simpática esa gravedad modesta de los futuros artistas, y sin duda que contribuye á hacerles olvidar el ambiente de gloria precoz y de postura en que se complacen los músicos en general.» — X.



EN LA CAMPIÑA, cuadro de Souza Pinto

LANCE DE HONOR

Terminaba la comida en una de las mesas del *restaurant* del casino, y mientras el mozo recogía el servicio y traía el café, acompañado de unas copitas de *fine champagne*, la conversación, muy animada hasta entonces, había sufrido un paréntesis.

Los comensales eran cuatro y en sus trajes y en sus ademanes resaltaba la distinción de la clase social á que pertenecían. Uno de ellos, de cabeza enérgica, de ojos brillantes, más cerca por su edad del sereno análisis de la vejez que de los ímpetus juveniles, ostentaba en la solapa del frac la roseta roja de una orden militar. Tomó un habano de la salvilla de plata en que respetuosamente se lo ofrecía el *maitre d'hotel*, lo encendió, y lanzando una bocanada de perfumado humo, dijo, dirigiéndose á sus compañeros de mesa:

– Durante toda la comida habrán ustedes observado que apenas si he metido baza en la conversación. Hablaban de lo que es hoy el tema obligado de las conversaciones en todo Madrid, y he permanecido mudo hasta tanto que dijeran cuanto sabían del triste suceso que lamentamos. Oyéndoles me he convencido de que ustedes, como los demás, no saben más que una parte de historia, que es un verdadero poema del corazón.

– ¿De modo que hay una historia, una verdadera historia?, dijo un joven moreno de atildado aspecto, con grandes bigotes á la borgoñona, que con la manos en los bolsillos del chaleco y el cigarro en la boca, lanzaba espirales de humo mirando distraídamente las pinturas del techo; entonces, general, no tiene usted más remedio que contarla.

– No por satisfacer la curiosidad de ustedes, dijo el general, sino porque creo cumplir un deber de conciencia justificando á los personajes de esta historia, hablaré.

Mi amigo el general Miranda, que ha muerto esta mañana atravesado de una estocada, era un militar tan valiente como caballeroso. En nuestras luchas civiles, en nuestras guerras coloniales, en los encuentros de encrucijada á que dió lugar el período revolucionario en España, Miranda demostró que su valor personal corría parejas con su ilustración y su hidalguía. Juntos cursamos los estudios de la Academia, compañeros fuimos en una misma promoción y á no pocos hechos de armas asistimos juntos. Nuestra amistad, acalorada con los recuerdos de la niñez y con las primeras ambiciones de los verdes años, me permite conocer el corazón del desdichado Miranda como el mío propio.

Otro compañero había que con nosotros formó siempre trinidad inseparable, el coronel Pedrosa, muerto en época no lejana.

Una comisión diplomática me retuvo á mí fuera de España mucho tiempo, y cuando regresé á Madrid, hace dos años, me encontré con Miranda que se hallaba aquí de cuartel. Por él supe que Pedrosa había muerto, y que la familia atravesaba en aquellos momentos una situación más que difícil. Miranda, que tenía un gran corazón y que gozaba de posición económica muy desahogada, pensó que ningún empleo mejor podía dar á su corazón y su dinero que protegiendo á la familia del compañero muerto; y ruego á ustedes, porque así lo afirma un hombre de honor, que á la palabra protección den el más noble y puro de sus sentidos.

La mujer de Pedrosa fué, en sus tiempos, una catalana de buen palmito, tan espléndida de formas como falta de seso, y la fortuna de su marido y los ahorros de éste en sus largas campañas en nuestras perdidas colonias, bien pronto desaparecieron convertidos en trapos elegantes y joyas vistosas. En aquella época de apogeo tuvieron ustedes ocasión de conocer á la hija del coronel, la bellísima Mercedes Pedrosa, que durante algún tiempo llamó la atención de Madrid por su hermosura y por su sencilla elegancia.

– La recuerdo perfectamente, general, interrumpió uno de los oyentes, era una de las muchachas más bonitas que paseaban por Madrid.

– ¿No recordáis á la madre?, agregó otro. Le llamaban doña Jimena. Una señora imponente por sus carnes. Por cierto que si algo la molestaba era una flor, una frase galante dirigida á su hija. Más que molestada por el atrevimiento, parecía envidiosa de los triunfos de la muchacha. Era un ejemplar curioso.

– ¡Pobre mujer!, siguió el general, recogía por reflexión los homenajes tributados á su hija.

Pero continúo. El coronel, convencido de que se había pasado la vida trabajando inútilmente para dejar á los suyos un puñado de pesetas, tuvo el buen acuerdo de morirse.



MARINO PRECOZ, cuadro de José Israels
(reproducción autorizada por Alejandro Young, Esq.)

Y entonces fué cuando Miranda, que le acompañó hasta el último momento, creyóse en el deber de amparar á la familia del compañero de armas, casi en la indigencia, pues la viuda, lejos de curarse de sus hábitos de lujo y de desorden, á los pocos meses de la muerte de su marido tenía la pensión en manos de usureros y era pavoroso problema la comida cotidiana.

Señores, yo no soy narrador, y si he de conseguir que ustedes me entiendan y formen claro juicio de esta historia triste, ha de ser sacrificando las bellezas de estilo á la cronología de los hechos. Algunos años, pues, antes de la muerte de Pedrosa y cuando éste, maltrecho de cuerpo y enfermo de alma, vínose á Madrid con los suyos, empujado por su mujer que ansiaba de ancho campo para su vanidad morbosa, un amigo de provincias escribió al coronel recomendándole á un hijo suyo que, terminada la carrera en la Universidad, se trasladaba á la corte en busca de porvenir. El muchacho le conocen ustedes todos; se llama Máximo Argüelles.

– ¿Sabe usted, general, interrumpió uno de los presentes, que tiene usted grandes condiciones para el género novelesco?

– Argüelles, siguió el general, acababa de cumplir veinte años; granadino de nacimiento, había acabado la carrera de Leyes y era ambicioso. Tenía, mejor dicho, tiene un gran corazón.

Pedrosa le abrió las puertas de su casa, le sentó á su mesa, puso á disposición del muchacho sus relaciones, su conocimiento del mundo y su bolsa. Y Máximo, despierto de inteligencia, sediento de gloria, con ángel para granjearse simpatías y amistades, entró y salió en los bufetes y en los despachos de los políticos de más renombre, bulló en el salón de conferencias, frecuentó los salones y los círculos elegantes.

Adivinamos todos que, andando el tiempo, aquel muchacho sería algo. A todo esto, Argüelles no salía de casa de Pedrosa, y ocurrió lo que ya habrán imaginado ustedes sin gran número de antecedentes; que Máximo y Mercedes, que ya se conocían de niños, que habían jugado juntos muchas veces y que se profesaban cariño fraternal, al volverse á ver en Madrid, ella una encantadora muchacha, él un apuesto galán, se amaron locamente, con toda la pasión de los veinte años, con todo el entusiasmo de dos almas jóvenes, sin prejuicios y sin amarguras.

Pedrosa veía con gusto estos amores. ¿Qué más podía querer para su hija que un hombre que, con su corazón, le diera un nombre honrado? Pero la muerte que acechaba á mi pobre amigo no daba treguas y el coronel se murió sin ver realizada aquella boda que le hubiera proporcionado la paz en los últimos momentos. La viuda de Pedrosa no encontraba en Máximo el yerno apetecido; era un abogadillo sin pleitos y sin fortuna, que no podía proporcionarle los medios para continuar la vida de estúpido despilfarro á que se hallaba acostumbrada, y apelando á todos los medios, lanzó á Máximo Argüelles de su casa, primero, y le hizo reñir con Mercedes después.

Miranda era el punto sobre el que convergían todas las ambiciones de la viuda. Cierto que se había convertido en el protector de la familia, y que no pocos días se comió en aquella casa, gracias á la mano pródiga del general; pero esto no bastaba para los propósitos de la viuda de Pedrosa, que pretendía sujetarlo con lazos más fuertes y duraderos. De qué recursos echó mano, cuáles artificios puso en juego, es cosa que ignoro, y aun cuando los supiera no había de detallarlos fatigando la atención de ustedes. El hecho es que hace algunos meses sorprendió á todos la noticia de la boda del general Miranda con Mercedes Pedrosa.

Días antes de la ceremonia mi amigo vino á verme para darme cuenta del fausto acontecimiento y para rogarme que le apadrinara.

Con la lealtad propia de mi carácter, con la autoridad de nuestro mutuo afecto de cuarenta años, intenté disuadirle de tal empeño. Era una locura unir las arideces de un viejo de sesenta años con las fragancias de una muchacha que todavía no cumplió los veinte. Vana empresa.

Mi amigo estaba bien cogido por la viuda. Se había apelado á sus sentimientos caballerescos y mi amigo llegaría hasta el fin. Quería con su nombre y con su fortuna poner al abrigo de cualquiera eventualidad desgraciada á la hija del compañero muerto.

Aferrado á este razonamiento, los míos resultaron todos inútiles. Celebróse la boda y asistí como padrino del novio.

Fué un acto de triste solemnidad. Mercedes Pedrosa parecía entre las blancas nubes de su velo de desposada una víctima dispuesta para el sacrificio. En la cara de Miranda creí advertir algo entre amargo y siniestro. Sólo había entre todas aquellas gentes un rostro de verdad alegre; el de la viuda de Pedrosa reflejando la satisfacción del triunfo.

Después los novios emprendieron un largo viaje por el extranjero. Aquel mismo día la amistad de un político de talla había dado á Máximo Argüelles un acta de diputado á Cortes por un distrito granadino.

Cuando hace pocos meses los señores de Miranda regresaron de su viaje de novios, Madrid, enamorado de lo nuevo, hacía su héroe de Máximo Argüelles, que con unos cuantos discursos de acometividad rabiosa se había hecho dueño del Parlamento. No hace muchos días se hablaba en todas partes de que el Gobierno, maltrecho por los ataques del joven orador andaluz, trataba de comprar su benevolencia y su silencio con un alto puesto oficial.

No hace muchos días también que Miranda vino á visitarme. Desde el de la boda no nos habíamos visto.

No diré á ustedes lo que hablamos en aquella entrevista; los dolores de un corazón sangrando por las ilusiones muertas, no pueden fácilmente pintarse con ajenas relaciones. Mi pobre amigo, al separarnos, me dijo como despedida:

– «Mi mujer no me ama, no puede amarme; quise conquistar su corazón y lo he perdido por completo.

Antes era el amigo bondadoso que hacía con ella las veces de padre; ahora soy el obstáculo atravesado en el camino de su felicidad.

»Mercedes ama á otro hombre, tuve la ridícula pretensión de interponerme entre ambos y he conseguido la desdicha de todos. Sólo la muerte, castigándome como á un insensato que he sido, sería piadosa y justiciera.»

Lo que resta de la historia lo conocen ustedes tan bien como yo: un lance de honor entre Miranda y Máximo Argüelles, por causas que los padrinos si conocen no revelarán nunca, y un hombre, Miranda, esgrimidor diestro, que se hace atravesar por la espada de su adversario.

El desenlace, por lo menos, no podrán ustedes decir que ha sido vulgar.

Emilio Dugi.

EL «CAKE-WALK»

Esta danza, que de algún tiempo á esta parte se ha puesto en moda en París, ha perdido con la importación á Europa todo el encanto pintoresco que tiene en su país de origen, bailada por los negros de los Estados del Sur de la Unión americana.



El Cake-Walk en su país de origen, dibujo de Tom Brawne

Allí el *Cake-Walk* (danza de la torta) es un verdadero concurso, un torneo, en el que se disputa como premio una torta enorme y que se celebra al aire libre, á no ser que el mal tiempo obligue á los artistas y á los espectadores á refugiarse bajo techado. Instalados los jueces en la tribuna, al pie de la cual se ostenta el premio codiciado, lánzanse las parejas al baile, que consiste en una serie de movimientos, saltos, gestos y actitudes no sujetos á ninguna regla fija. Los bailarines se mueven á su antojo, y á medida que se van entusiasmando aguzan su ingenio, inventan nuevos y cada vez más grotescos ejercicios, todo con el afán de llamar la atención del jurado y de obtener por unanimidad la tradicional recompensa.

El paso característico del *Cake-Walk* evoca la imagen de un perro á quien se obligase á mantenerse de pie sobre sus patas traseras: el bailarín avanza dando saltitos, con las manos recogidas sobre el pecho y ejecutando las contorsiones más violentas y exageradas, al son de una música extraña que ejecutan los tocadores de *banjo*.

Ya se comprenderá que el *Cake Walk* que se baila en los cafés conciertos de París dista mucho de ser esto; en cuanto al que se ejecuta en algunos salones, bien puede afirmarse que apenas es una reminiscencia de la verdadera danza de los negros. — M.



El Cake-Walk en París (de fotografías remitidas por Branger-Doyé)



ZAPATERO DE VIEJO, cuadro de Max Liebermann



¡EH, GONDOLERO!, cuadro de Alejandro Milesi

NUESTROS GRABADOS

La novia, fragmento del cuadro «La luna de miel» de Julio Borrell. — No es esta la primera vez que nos ocupamos del notable pintor catalán que, muy joven todavía, se ha conquistado un puesto eminente en el mundo del arte. En él se aúnan una imaginación potente y un gran espíritu reflexivo, cualidades que le permiten sobresalir, así en los cuadros en que sólo habla el alma como en aquellos en los cuales la mano obediente traslada al lienzo una escena de costumbres admirablemente vista y profundamente observada: en los primeros prevalecen el concepto inspirado por la pasión, los toques enérgicos, los trazos vigorosos, los grandes contrastes de claroscuro; en los segundos brillan la naturalidad más portentosa y una ejecución firme, sobria ó delicada según los asuntos, pero siempre dentro de la realidad; mas ni en unos ni en otros aparece nunca el efecto rebuscado, ya que Julio Borrell, adorador ferviente de la verdad, jamás apela á esos recursos artificiosos que si de momento deslumbran al vulgo, tarde ó temprano caen por su base y acaban por ser completamente olvidados. El bellísimo busto que reproducimos en el presente número, fragmento del cuadro *La luna de miel*, es de una fuerza expresiva superior á todo encomio y está pintado con tal perfección y cariño que por sí solo bastaría para hacer la reputación de un artista.

En la campiña, cuadro de Souza Pinto. — Tiene este pintor una afición marcada por los asuntos cuyos protagonistas son los niños. Si nuestros lectores recuerdan los cuadros suyos que hemos publicado en La Ilustración Artística, verán que en casi todos ellos se concede un puesto preferente á la infancia, pero no á la que crece en ricas viviendas, sino á la que se desarrolla al aire libre, en las orillas del mar ó á la sombra de los bosques. Juntando, pues, estos dos elementos, la niñez y la naturaleza, que tan admirablemente se prestan á bellas combinaciones, logra Souza Pinto efectos tan delicados como el que ha obtenido en su lienzo *En la campiña*, en el que la infantil pareja que respira salud y contento y el hermoso paisaje cubierto de las galas de la primavera forman un conjunto lleno de dulce poesía.

Marino precoz, cuadro de José Israels. — En el número 1.091 de La Ilustración Artística publicamos el cuadro del mismo autor *La cena del obrero*, y entonces expusimos el juicio que sus obras han merecido de la crítica, señalando como su cualidad principal la naturalidad, la ausencia de todo efectismo. Y lo que entonces dijimos pueden verlo nuestros lectores confirmado en el cuadro que en la página 223 reproducimos, de una sencillez extraordinaria, pero asimismo de una verdad encantadora: el mar, el cielo, las figuras, todo en él está observado directamente del natural, sin que el artista haya puesto de su parte nada para embellecer artificiosamente la impresión que la realidad le produjo.

Zapatero de viejo, cuadro de Max Liebermann. — En poco tiempo nos hemos ocupado varias veces de este notabilísimo pintor alemán, con motivo de la reproducción de algunos de sus principales lienzos. Excusado nos parece, por consiguiente, repetir lo que en otras ocasiones hemos dicho, y únicamente llamaremos la atención de nuestros lectores sobre el vigor con que están trazadas las figuras del zapatero y del aprendiz y sobre el carácter eminentemente realista del cuadro, detalle tanto más digno de notarse cuanto que esta obra fué pintada hace veintidós años, es decir, cuando aún se techaba de revolucionarios á los que, rompiendo las trabas de la rutina se lanzaban á procedimientos totalmente en pugna con los cánones entonces vigentes.




Medalla de Gutenberg, creada por el Instituto de Francia para premio de trabajos de imprenta
Modelada por León Deschamps y acuñada en la Fábrica de Moneda de París

Medalla de Gutemberg, modelada por León Deschamps. — El Instituto de Francia acaba de crear esta medalla para que sirva de recompensa á los trabajos de imprenta por él premiados. En el anverso está el busto de Gutemberg y en el reverso la primitiva máquina de imprimir con la leyenda *La lumière fut* (la luz se hizo); uno y otra modelados con gran vigor. Es una obra que honra al escultor Deschamps y á la Casa de Moneda de París, que la ha acuñado.

¡Eh, gondolero!, cuadro de Alejandro Milesi. — Por lo general, los pintores que buscan inspiración en la interesante Venecia, nos presentan á la hermosa ciudad de las lagunas bañada por un sol espléndido que se destaca sobre el azul obscuro del cielo y se refleja en los canales, arrancando de sus tranquilas aguas destellos que semejan chispas de fuego. Milesi, el célebre artista veneciano, se ha apartado de este punto de vista que podríamos llamar tradicional, y en su lienzo *¡Eh, gondolero!* nos muestra á la perla del Adriático envuelta en una atmósfera gris y sin ninguna de esas notas brillantes que nos hemos referido. Por esto la impresión que su lienzo nos causa es más intensa, porque es para nosotros más nueva y porque esta manera de ver del artista corresponde á un estado de ánimo altamente humano y traduce un sentimiento que, gracias á la maestría de su pincel, se transmite íntegro á los que contemplan su obra.



Jesucristo en oración, cuadro de Eugenio Burnand

Jesucristo en oración, cuadro de Eugenio Burnand. — Sea porque hoy no se sienta la fe con la misma intensidad que en otros tiempos; sea porque hasta en la pintura religiosa han influído las modernas tendencias realistas, es lo cierto que los pintores que á este género se dedican se apartan, en su mayoría, por completo de lo que hicieron los grandes maestros del arte cristiano, concediendo al elemento humano una importancia que no tenía. El cuadro del suizo Burnand es una prueba de ello: la figura de Jesucristo, por otra parte magistralmente trazada, despierta en nosotros la idea del Hombre más que la del Dios, lo cual en nada perjudica al valor de la obra que, mirada desde el punto de vista técnico, no presenta ningún punto vulnerable á la crítica.

Pietá, cuadro de Luis Corinth. — Si nuestros lectores examinan el cuadro *Elly* de este mismo autor, que publicamos en el número 1.097 de La Ilustración Artística, y lo comparan con el que en el presente reproducimos, habrán de convenir en que Luis Corinth tiene aptitudes no comunes para cultivar géneros tan diversos como los que representan por un lado la graciosa figura de la gentil muchacha y por otro el grupo dramático en que el artista ha tratado de una manera sumamente original uno de los más interesantes episodios de la historia del Salvador. *Pietá* fué premiado con mención honorífica en el Salón de París de 1890 y actualmente se conserva en el Museo Municipal de Magdeburgo.

MISCELÁNEA

Teatros. — *Barcelona.* — En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Piquito de oro*, cuadro de costumbres andaluzas en un acto y tres cuadros, letra de A. Sáenz, música de los maestros Barrera y Guervós. En el Tívoli funciona una buena compañía de ópera dirigida por el maestro Vehils y de la que forman parte las tiples señoras Giudice, Longhi y Gresler, y los señores Utor, Vilalta y Gnacarini. En Novedades actúa una excelente compañía italiana bajo la dirección del notable actor Sr. Zacconi.

En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Eduardo Risler, que en todas las piezas que tocó obtuvo entusiastas aplausos por la maestría con que interpreta los grandes maestros y por su ejecución brillante y expresiva. El segundo concierto que en Novedades dieron Vidiella y Ribera fué, como el anterior, una serie de ovaciones para ambos artistas; el primero ejecutó con su habitual maestría, acompañado por la orquesta, un concierto de Weber y una Polonesa de Chopín; el segundo dirigió de una manera admirable varios fragmentos de *Los maestros cantores*, de Wagner, en alguno de los cuales tomó parte el tenor señor Raventós, discípulo del Sr. Ribera, dotado de una voz agradable y sobre todo perfectamente educada. En el propio teatro ha dado dos conciertos la *Schola Cantorum* de París, de los que en otro lugar de este número nos ocupamos: en esta sección diremos únicamente que el éxito obtenido por los cantores de Saint Gervais y por su director Sr. Bordes ha sido verdaderamente extraordinario.

— En el teatro de Monte Carlo, de Mónaco, se ha cantado con un éxito extraordinario *La Damnation de Faust*, desempeñando los papeles de Fausto, Margarita y Mefistófeles los eminentes artistas Tamagno, Emma Calvé y Renaud. Los coros y la orquesta se han portado admirablemente bajo la dirección de M. León Jehin y la presentación escénica ha sido superior á todo encomio por su lujo y sobre todo por su propiedad.

Bellas Artes. — Venecia. — El Consejo Municipal de Venecia, que ha destinado ya 500.000 liras para la reconstrucción del famoso *Campanile*, ha votado recientemente 350.000 más para la conservación de varios monumentos de aquella ciudad, amenazados de ruina. De esta última cantidad, 50.000 liras son para reforzar y asegurar el campanario de San Stefano, que hace algún tiempo ofrece inminente peligro de derrumbarse, hasta el punto de que se había propuesto ya su demolición.

Necrología. — Han fallecido:

Oscar Huguenin, escritor y dibujante suizo.

Gustavo Storm, historiador noruego, uno de los mejores conocedores de la antigüedad del Norte.

María Alinda Brunamonti, poetisa italiana.

Luis Gloss, escultor y pintor austriaco.

El príncipe Nicolás Mavrokordatos, diplomático griego.

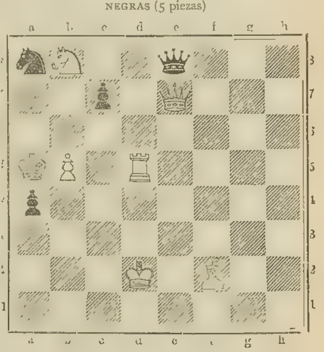
Pedro Francisco Peters, pintor alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 319, por V. Kosek.

1.ª mención del Concurso de *La Stratégie*, sección A.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 318, por R. Hollstein.

Blancas.	Negras.
1. g3-g4	1. f6×e5
2. Dh3-h6	2. Rd4-d5
3. Dh6×e6 jaque	3. Rd5×e6 ó d4
4. A ó D mate.	

VARIANTES.

2.............. Rd4×d3; 3. Dh6-d2 jaq., etc.
2.............. Cc2 juega; 3. Dh6-e3 jaq., etc.
1. f6-f5; 2. Ad3×c2, f5×e4; 3. Te5-c5, etc.
Rd4×e5; 3. Dh3-c3 jaq., etc.
1. h7 juega; 2. Ad3×c2, Rd4×e5; 3. Dh3-c3 jaq., etc.
1. Cc2 juega; 2. Dh3-e3 jaq., Rd4×e5; 3. f2-f4 jaq., etc.
1. Rd4×e5; 2. Dh3-g3 jaq., R juega; 3. Dg3-d6 mate.



Una alegre mañanita, jinete en su *Lobuno*

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esperó un rato, y viendo que el llanto no cesaba, se impacientó, exigiendo explicaciones categóricas, porque las lágrimas ni explican ni disculpan nada...

– ¡Dios mío!, murmuró la joven. ¿Qué puedo yo explicar á usted?

Bien que conocía ella á Josecito. Por cualquier cosa se atufaba, tan desconfiado de todo, que le alucinaba la misma verdad; una palabra inocente, un mohín involuntario, descomponíanle y trastornaban. Pues eso, eso, no sabía cuándo, ni cómo, ni por qué. Llevaba seis días de berrinche, sin atender á razones. Ella hacía lo que podía; más de lo que podía, por atraerle, por convencerle. Si leía la señora abuela dentro de su alma, según dijo, ¿cómo no descubría aquellas sus intenciones sinceras de cumplir todos los deberes á que se había obligado, de labrar la felicidad de su marido, y obedecer todas las campanadas del reloj de la casa? Sí, sí. En otras cosas más hondas, en la pretensión de remover sus sentimientos y examinarlos como un confesor, ahí nadie tenía derecho á llegar, porque ella tampoco lo consentiría. Juzgáranla por sus hechos y dejasen en paz su conciencia.

– Te despachas de lo lindo, interrumpió ásperamente misia Justa; entre sollozo y suspiro das el arañazo. Pero á mí no me tocas. Capaz eres de creer que te hemos casado á la fuerza, que has aceptado el lazo de Esquendo, que importa una gran fortuna, sacrificándote. El aire de víctima te sienta y lo explotas, porque lo sabes. Todavía vá á resultar que nos has hecho un gran favor. Gracias, hija mía, muchas gracias. Como si no supiéramos todos á qué atenernos... Lástima que María Josefa, tu madre, haya muerto, y tu padre D. Juan, aquel inglés de los misterios y las nebulosidades, no se halle presente, para que declararan si soñaron jamás casar á su hija con un Esquendo. Pues sí: aquí la tenemos secuestrada, tiranizada, hecha un mar de lágrimas, á esta alteza real de Barracas, á quien hemos sacado de entre los fardos de lana sin corona, y poco menos que sin camisa; la fortuna, el lujo, todo es poco para ella, y sin embargo, mírenla ustedes, cualquiera diría que la matamos de hambre y á disgustos. Que no lo sepa tu hermano, pues todavía puede venir á interpelarnos, y ¡figúrate!, ¿qué le responderíamos?

Rióse con cruel ironía, mientras la otra protestaba:

– ¿Por qué me dice usted estas cosas? No tiene usted razón de agraviarme, no.

– Pero, hija mía, exclamó misia Justa, ¿de cuándo acá la verdad es una ofensa?

Y la verdad patente era que no demostraba ni gusto ni gratitud por la honra que se le había dispensado. Su conducta daba ya lugar á habladurías entre la servidumbre, y no tardaría en correr en gacetillas malévolas por la ciudad, cosa que ella, la abuela, estaba decidida á evitar á todo trance, sofocando el germen de los chismes. Por sabido callaba que hasta Barracas llegó la fama de perversa, de ogra, ó poco menos, que la daban; pues bien, lo sería en este caso que la felicidad de su nieto y el honor de la familia hallábanse interesados. De manera que, lo primero que su *querida hija* tenía que hacer era componer la cara y el humor, buscar al marido y desenojarle luego, someterse á lo que él quisiera y acompañarle donde él quisiera, que así lo mandan Dios y San Pablo, y por último, prestar buen oído al reloj de la casa... ¡Afortunadamente, había llegado á tiempo!

Se puso de pie. Tan alta parecía, en su rigidez de tiránica superioridad, que Victoria, sin alzar la cabeza no veía su cara de hermosa imagen, avejentada y severa.

– ¡Anda!, dijo la abuela, por hoy es bastante. No olvides lo que te he dicho y cuidado: ¡yo vigilo!

La empujó después de besarla, caricia de pura etiqueta que la enfrió la piel, y desapareció sin que Victoria supiera por dónde, aunque bien podía asegurar que no fué por resquicio ni hendedura de pared. Oyó cuchichear muy cerca, las voces de la abuela, de D. Fabio y de Melchora, y supuso que hablaban de ella, comentando los pormenores de la reciente conferencia; afuera cantaban las chicharras en medio de la calma de la siesta... Aturdida y confusa permaneció Victoria en el diván. ¡Ay! ¡Qué desamparo el suyo! ¡Y Ladislao que no venía, ni doña Mónica! Todos la olvidaban, abandonábanla á merced de los rencores y suspicacias de aquella familia que nunca miraría como suya, con la que jamás entablaría intimidad ni haría confianza. ¡Sola, sola! ¡Prisionera, víctima infeliz de mezquinos intereses, recluída allí en aquella cárcel magnífica para pasto de un amor odioso! ¡Contados sus pasos, analizadas sus palabras, sondeadas sus intenciones, aherrojada perpetuamente á la jurisdicción inquisitorial de misia Justita González!

Había cesado el cuchicheo, y se aventuró á salir del *hall* y cruzar el pasillo, á tiempo que el padre Celedonio, que del comedor salía á su vez, con andar gatuno, la tropezó y detuvo.

– He venido por el bicarbonato, dijo el capellán muy bajito; en estando aquí la señora Justa, mala digestión tenemos y gasto de bicarbonato por arrobas. Nosotros, con permiso de usted, la llamamos la *Nerona*, porque, á la verdad, es un trasunto de aquel personaje, si no tiene algún parentesco. Ya verá usted: ahora ha sido porque usted no bajó á tiempo, pues esta noche será por pitos y mañana por flautas, y lo mismo en todas las comidas; pretextos no le faltan para turbarnos las digestiones, y así estoy yo que, en los cuatro años que llevo en la casa, no ha habido día que no se me agriara el alimento. ¡Ay, señora Victoria! ¡Y pensar que estos revoltijos de bilis preparan las enfermedades y la muerte! ¡De estos dimes y diretes comineros, causas mínimas, vienen las malas digestiones, que repetidas á diario le pierden á usted el estómago, y á la larga hacen impotente al mismísimo bicarbonato! ¡Señora Victoria, por la espina de Santa Rita bendita, que no nos falte usted esta tarde al dar la media de las siete!

– ¡Ya, ya!, agregó notando en el resignado silencio de la joven benevolencia y deseo de confianza. Cuando la señora mayor está en casa, los síntomas son mortales: así, pasamos unos veranitos realmente insoportables. La señorita Clotilde ha sufrido un soponcio, de resultas del almuerzo, y eso que ya lleva también sus buenos chubascos recibidos; pero ¿qué quiere usted?, ¡el pan nuestro!.. Yo, con mis años, y ella con su pobreza vergonzante... ¡Más padeció nuestro divino Redentor!.. ¡Estábamos tan bien solos, señora Victoria!

No respondía ésta sino con suspiros; y mordido D. Celedonio del mal deseo de dar gusto á la lengua, la soltó en obsequio de la primera víctima de la mañana. ¡Virgen santísima del Carmen, si allí hasta para respirar había que pedir permiso á la señora Justa! El mejor barómetro era la cara de misia Justa, que anunciaba buen ó mal tiempo encapotando ó desarrugando el gesto, y á veces, en pleno sol, despachaba una granizada que quitaba el sentido. Pues ¿y de joven? Decía Donato, el piamontés, uno de los primeros pobladores de la *estancia*, que era lo mismo, quizás peor: montaba á caballo en pelo, *boleaba* avestruces, *pialaba* y ejecutaba todas las faenas campesinas como el gaucho más atroz. ¡Un hombre!, ¡un hombre! salvo el sexo, gráfico disparate que retrataba admirablemente á la señora Justa. ¡Ah! ¡Cuánto podría contar, si tuviera tiempo y su estómago se lo permitiese!

–¡Señora Victoria de mi alma!, insistió, que no nos falte usted esta tarde. Y si desea usted pasarlo aquí medianamente, haga buen acopio de paciencia y de bicarbonato.

Iba á marcharse, escabulléndose como felino que retorna á su madriguera, y se volvió nuevamente. ¿Sabía que al día siguiente comenzaba la novena de la Purísima? Pues sí, y con todo el esplendor acostumbrado, porque, en rigor de verdad y mal genio aparte, la señora mayor era muy mano abierta en general y particularmente en lo relativo al culto. ¡Qué función de la Purísima! ¡Qué derroche de incienso, de flores y de cera! Del mismo Trigal venían muchos vecinos, y el cura, D. Ignacio Churrigorría, enfermaba de celos el pobre señor...

–Si á usted la parece bien, baje luego á la capilla, que entre usted y la señora Melchora arreglarán el altar. Y siempre que en la capilla quiera refugiarse, si la llave no está puesta, mande por mí que, como mis piernas no dan para muchos trotes, ó he de hallarme recogido en mi habitación ó no andaré lejos... Distráigase usted, señora Victoria, y no preste á lo de ahora más importancia que la que tiene. Eso sucederá todos los días: sólo cambia el beneficiado. ¡Ay! ¡Qué flato más ardiente!

La joven sonrió con tristeza, y escapóse el viejo, á la vez que en el piso principal sonaban alaridos y por la escalera abajo se despeñaba Pastorita, perseguida de cerca en castigo de alguna de sus infinitas y varoniles travesuras. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!, ¿estarían seguros?

D. Celedonio atravesó la plazoleta y se dirigió á la capilla, á cuya espalda arrimada estaba la bonita caseta que él habitaba solo, compuesta de tres piezas muy amplias y bien alhajadas, con ventanas sobre el parque; llegó á ella corrido por el calor y el susto, pues á pesar del solideo y el lienzo que echó sobre la cabeza, el sol le derritió los sesos, ó á él parecióle que los traía derretidos y los nervios de punta á causa del estruendo de la casa. Seguían cantando las chicharras, y los chicos de la escuela vecina, bajo la férula de Clotilde, se ejercitaban en la tabla á coro: dos por una, dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...

De una alacena, ya en la fresca y sombreada pieza que le servía de despacho, sacó el capellán la botella del agua y un vaso, echó la narigada de bicarbonato, revolvió el brebaje y se lo zampó de un trago, con gestos de desagrado y asco. Entonces observó que pasaba ante la ventana un mozalbete á caballo, vestido como los señoritos de pueblo, es decir, de pantalón largo y chaqueta, botines de elástico, pañuelo al cuello y chambergo, un *compadrito* muy garboso, en quien reconoció al hijo del Juez de paz del Trigal, Alejo Pardales, que venía de visita ó de merodeo, sabiendo, como sabía el curioso capellán, que las gracias de la señorita Clotilde le interesaban más que los libros, y en sus vacaciones se ocupaba más en rondarla que en el repaso de mal aprendidos programas. Le dió el alto con un ¡hola! oportuno y corrió á la ventana, sobre cuyos floridos barrotes se apoyó para preguntar al contrariado jinete:

–¿Qué te trae, Alejito, á estas horas? ¡Ponte á la sombra, muchacho, que vas á pillar una fiebre! ¿Sabes que ya tenemos en casa al pampero en forma de la señora Justa, y ya ha habido su terremoto, en comparación del cual el de la Martinica es torta y pan pintado? Pues si te sorprende, te luces, Alejito. ¿A qué vienes?

–Vengo, contestó el estudiante vuelto siempre del lado de la escuela, vengo á dar un recado al señor D. Fabio.

–¡Ah!, ya; seguramente tu padre ha encontrado la pista del *Mandinga*, el gaucho malo, terror de estos campos trigaleños...

–Eso que lo descubra Herminia, la mayor de Donato, que es la prenda del *Mandinga*, ó su padre *ño* Camilo. No, señor capellán; el recado que traigo es que se preparen ustedes á recibir á la langosta, porque tenemos noticias telegráficas de que ha caído en Ombú una buena manga.

–¡San Antonio nos favorezca! ¡En Ombú! ¡Y poco que hallará aquí que devorar la indina! ¡Buena noticia para D. Fabio! Ahora estará durmiendo la siesta... ¿Quieres esperarle? Entra y descansarás.

–Sí, le esperaré; pero no entro, muchas gracias; aquí se respira mejor.

–¡Que se ha de respirar mejor! Vapor de plomo derretido, atmósfera del infierno... ¡Alejito, Alejito! A ti no te gustarán los libros; pero los maestros, digo, las maestras...

Sonrió el buen mozo y en el pabellón de la escuela clavó la mirada, en aquella hermosa jaula asentada entre la verdura donde los humanos pajarillos, al compás de las chicharras, piaban: cinco por una, cinco; cinco por dos, diez; cinco por tres, quince; cinco por cuatro, veinte.., himno monótono que parecía una oración.

III

A principios de Diciembre dió comienzo la siega. Como aquellos capitanes que en la historia pasan por grandes y fueron segadores de vidas, D. Fabio, al frente de su regular ejército de peones, y en línea de batalla las poderosas máquinas que llamaremos de paz, inició la fructífera campaña, una alegre mañanita, jinete en su *Lobuno*, cuyos cascos, al revés de los del corcel famoso, allí donde se posaban hacían crecer la hierba.

Coincidió con esta faena, que regocijaba la casa entera, la primera visita de Ladislao Stuart á su hermana; y aquella marcha triunfal entre la cortada mies, y al son de la portentosa maquinaria, renovó su satisfacción por el logrado objeto de sus ambiciones, saludando así, desde el carricoche que le traía, al general que tan hábilmente dirigía las rurales maniobras:

–Amigo Esquendo, ¡esto es un prodigio!

Prodigio era, en efecto, y mayor que cuanto él imaginara. Descolorido el rostro, de corrección femenina, espeluznados los mostachos rubios, esbelto, con su traje de campo irreprochable, paseaba sus ojos garzos por el contorno; mirada de amo futuro que calcula y descifra el porvenir.

Bajo el sol ardiente, entre la lluvia de oro, el gran D. Fabio avanzaba por el camino, agitando el chambergo, que descubría su cabezota morisca, erguido sobre el caballo con magnífica apostura; rodaban las segadoras á ambos lados: tres del uno y tres del otro; en el alto pescante de una de ellas Regino, el oficial, diré, de la compañía, y sobre otra el capataz, D. Patricio, un criollo viejo y robusto aún, antiguo colaborador de D. Fabio, á quien tengo el agrado de presentar á ustedes..., abatiéndose á su paso mansamente los trigos, que sobre el campo quedaban en apretadas gavillas, como si la mano del hombre las hubiera formado. Los gritos de *teros*, de urracas y de loros, en la mañana esplendorosa, parecían celebrar la alegre fiesta del trabajo.

Llegó D. Fabio, y el del carricoche le asió la mano con mucho afecto; él sonreía, orgulloso, y como el Creador, tendía la derecha mano para señalar en torno, ademán suyo habitual, diciendo sin palabras: «¡He aquí mi obra!» Dióle la bienvenida y le acompañó largo trecho, hablando de la operación que se efectuaba, de la opima cosecha y de sus rendimientos, del temor de que aquel mal enemigo, la langosta, levantara sus reales de Ombú y se corriera hacia acá: en el maíz, tierno aún, y en las hortalizas, podía hacer grave daño. Cuantas precauciones aconseja la práctica se habían adoptado; pero ante una manga tan espesa que cubre el mismo sol, ¿cómo defenderse? Contrariado de la proximidad del peligro, daba suaves rebencazos al *Lobuno*. Ladislao preguntó con mucha timidez:

–¿Y Victoria?

El gesto que contrajo la apacible fisonomía de D. Fabio, ¿fué por causa del asunto que trataba ó de la pregunta? Ladislao lo notó, y esperó lleno de zozobra la respuesta. ¿Habría la hermana no sentir sus repugnancias á la familia y existirían ya disgusto general, rozamientos, guerra declarada?

–Victoria, contestó Esquendo muy despacio, está buena... Creo, quiero creer, que contenta también. Ella se lo dirá á usted. Aquí no tiene más dificultad que ganar á mi madre, y á mi madre se la conquista á fuerza de tacto diplomático... Victoria es inteligente y la conquistará, de seguro. Aconséjela usted que tenga tacto, tacto sobre todo.

Algo obscura la respuesta, pareció á Ladislao, sin embargo, bastante clara; y no quiso insistir temiendo descubrir lo que sospechaba y guardábase á comprobar en la conferencia á que sometería muy pronto á la muchacha. Echó, pues, la conversación por otro lado, diciendo:

–Sí, Victoria es una niña. Ya lo verán ustedes... ¿Sabe usted, amigo Esquendo, que las lanas están en alza?

Respecto del alza de las lanas discutieron mucho, del engorde del ganado, cierto proyecto de invernada y otros tópicos campesinos; y ya, cerca de los galpones, donde todo se preparaba para recibir el grano, despidióse D. Fabio y volvió grupas al campo, donde la voz de D. Patricio le reclamaba. Muy preocupado con aquel gesto y la breve respuesta de D. Fabio, Ladislao, lejos de observar lo que por primera vez contemplaba, se reconcentró en la ingrata idea de que las chiquilladas y tonterías de Victoria amenazaban hacer fracasar los proyectos de engrandecimiento de la casa de Stuart, que ya creía realizados con una boda que tantos dolores de cabeza le produjo; era preciso tirar de las orejas á Victoria, darla á entender que de su absoluta pasividad, de su completo sacrificio, dependía la fortuna presente y futura de los Stuart. Estúpido era que por el capricho de una niña sin seso se perdiera todo, la prosperidad de su comercio, el goce actual de riquezas inmensas, la herencia probable del dominio en que estaba... ¡Estúpido!, ¡completamente estúpido!, ¡bah!, ¡como si la costara tanto dejarse querer de Josecito! Otros peores hay y no falta quien los quiera; al fin y al cabo la mujer es un instrumento...

Al ruido de las colleras del carricoche salieron de la lechería dos chicas, producto primoroso de la mezcla de sangre criolla é italiana, y con ellas otras más, no tan agraciadas, que en el amplio local, de recomendable limpieza, entre los fregados cántaros y la espuma de la crema trabajaban al son de gorjeos y batidores; alborotáronse, asimismo, los chicos que correteaban por el parque en bandadas, y Pastorita, colgada de una rama, como una mona del rabo, suspendió los volatines para anunciar al extranjero con chillidos de alarma.

Descendió en la plazoleta Ladislao, y vió que salían á recibirle la señora Justa, Melchora y Victoria, la señora Justa en medio, aventajando á las otras su figura soberbia de generala que se siente tal y gusta de hacerlo sentir, y de bracero con ella la regordeta Melchora, cuyos andares remedaban los del pato divinamente, y Victoria, luciendo en el bonito vestido de muselina blanca un cinturón color de rosa.

Sorprendióse el hermano de aquello, y apenas supo disimular, con vulgares frases de cortesía, el efecto del consorcio de las tres damas, íntimo al parecer y cariñosamente familiar. Misia Justa dijo:

–Sr. Stuart, me alegro mucho de su visita. Aquí tiene usted á nuestra Victoria, tan contenta, ¿verdad, hija?..

Para explicar cómo la visita fraternal no produjo en la recién casada la explosión de afectos que debía esperarse, bastará indicar que la política dictatorial de misia Justa, aplanando su ánimo, en pocos días la sojuzgó y redujo á una pieza más del aparato de relojería de que era ella el péndulo. Sí, Victoria se entregó sin luchar, convencida de lo irremediable de su situación, y entraba al comedor y salía á la hora marcada por la tirana; hasta se la vió pasear con Josecito, figurando para todos la pareja de enamorados más feliz del mundo, resultado que en parte debíase también á la intervención oficiosa de D. Fabio. No por esto eran las digestiones (según confesión del insigne astur D. Celedonio) todo lo fáciles que la buena alimentación prometía; pero, al menos, la correcta actitud de la inglesita evitó iguales disgustos y escándalos mayores.

Así recibió ella con mucha dignidad al hermano, y á sus preguntas contestó afirmando que si no podía llamarse dichosa, puesto que faltarla nada la faltaba y fuera injusticia declarar lo contrario, hacía todo lo posible por serlo y parecerlo; en la glorieta donde estaban solos (después de recorrer y admirar las dependencias todas de la finca) sentados en un banco lado á lado, estrechaba Ladislao á la hermanita para arrancarla alguna frase en consonancia con las repugnancias, vacilaciones y negativas que precedieron á la boda, y ella, gravemente, insistió:

–Te digo que hago lo posible por ser dichosa, ¿qué más quieres?

Ladislao, entonces, la abrazó. ¡Dichosa! ¿Cómo no serlo en medio de aquella magnificencia, si como á reina y señora la juraban todos! Dichosa tal y como había él deseado hacerla, en su sabia previsión de hombre práctico. ¿A que no miraba ya con los mismos ojos los defectos del marido? Educada su voluntad, día vendría en que no distinguiera sombra de ellos y dudase si los tuvo alguna vez, juzgándolo todo al tenor de su conveniencia y con entera abs-

tracción de cuanto la perjudicara. ¡Dichoso era él también! ¿Sabía que por milagro de aquella boda su Barraca iba en camino de la prosperidad, eficazmente ayudada por la influencia omnipotente de los Esquendo? ¿Y que el nombre de Stuart en el mercado se cotizaba ya muy alto, gracias á la misma causa? Pues, retornar á las tonturas sentimentales, parar mientes en físicos encantos que para nada el varón necesita, en sordera de más ó chispa de menos, y la conquistada posición se comprometía, perdíase miserablemente. ¡La verdad, la verdad, Victoria!, repitió.

—Yo hago lo posible, haré lo posible. No quiero que mañana me acuses de torpe, de niña ó de loca. A veces, ¿cómo no?, me cuesta, estoy á punto de sublevarme, pero me sé contener, me sé dominar, y pasa el trago. Ya sé que debemos hacernos prácticos; ¡el comercio, tu comercio ante todo!

Había amargura é ironía en su respuesta; pero no la dejaba traslucir ó el otro no lo entendía. No lo entendió, ni sospechó de la comedia en los dos agradables días que pasó de huésped en *La Justa;* y viéndola, á todas horas, ya con la abuela, ya con Melchora, el tío y Josecito, en trato sereno y afabilísimo en apariencia, se convenció de que lo pasado eran sueños y vapores de niña histérica ó mimada, y que había logrado infiltrar en ella todo su espíritu práctico y de moderno cuño. Tornó á Barracas contentísimo y orgulloso, llevando la impresión del magnífico dominio de los Esquendo, y de la felicidad de Victoria, á la que había contribuído con sus esfuerzos; y como el mozo era aprovechado y nada hacía de balde, se trajo también buenas consignaciones que le dió D. Fabio y aumentaban las entradas de su negocio. Muy contento, pues, permitió á doña Mónica fuera de visita á *La Justa*, donde no quiso se presentara antes por temor de que con sus lloriqueos y sensiblerías lo echara todo á perder, exacerbando la nostalgia de Victoria, y que con ella marchase *Boy*, el perro danés, éste para quedarse al lado de su ama, conforme se lo había prometido.

¡Ay! Todas las lágrimas contenidas durante la temporada derramó Victoria en el surco de las mejillas de doña Mónica y sobre la cabeza de su favorito. Libre de testigos extraños, incluso Pastorita, la centinela y espía que misia Justa la había impuesto, podía desahogar su pena y la desahogó sin rebozo, abrazada al cuello de la vieja sirvienta, que era y merecía ser su madre. «¡Ah, Mónica del alma!» Este reclamo lastimoso decía más que todas las quejas, y la pobre mujer se echó á llorar también, y llorando las dos se pasaron amargo rato en la intimidad de la rosada alcoba nupcial, delante del soberbio perrazo impasible.

Limpiábase doña Mónica los ojillos, hipando desconsolada. ¡Si ya se lo sospechaba ella que cuanto fué carareando el egoistón de Ladislao era pura mentira y bobería! ¡Qué dicha ni qué berenjenas iban á proporcionar en aquella casa á la niña de sus entrañas (que como á tal la miraba)! ¡Ay! ¡Lástima de pimpollo, de botón de oro, en manos de aquel *tilingo* de siete suelas! ¿Por qué cedió? ¡A ver! ¿Por qué no hizo caso, á tiempo, de sus buenos consejos?

—¡Mónica, Moniquita de mi alma, sollozaba Victoria, soy muy desgraciada! ¡Y lo peor es que ya no tiene remedio!

—¡Qué ha de tener remedio! Ninguno, ninguno.

—A ti te lo puedo confesar, Moniquita. ¡Rabiando estaba por decírtelo! Te lo diré al oído, para que ni *Boy* lo oiga: cada día me parece más feo, y más estúpido, y más repugnante. ¡Dios mío! Y es malo que así me lo parezca; pero ¿qué culpa tengo de que él sea así? Me combato á mí misma, cierro los ojos..., ¡nada!, es pretender hacer pasar una píldora como un caramelo. No lo paso, no lo trago... ¡Ay, Mónica!

—Lo que merecía Ladislao, él que se metió á casamentero, era que le pusieran en tu lugar á ver qué tal le probaba... ¿Y la señora mayor? Por supuesto, tan amable...

—¡Ay, Mónica! Así, en un puño. Es una *Nerona*, como dice D. Celedonio.

—¡Claro, un sargentón con aire de ángel! También te lo previne á tiempo, pues fama tiene... ¡Hija, nos hemos lucido!

Mejor expresaba la cara avellanada de doña Mónica el dolor y la ira producidos por las confidencias de su niña, que cuanto se atrevía á hablar; pues á fin de burlar la sospechada vigilancia exterior, con visajes entendíanse ambas, lánguidamente desmayada en una butaca Victoria, y la vieja arrodillada sobre la estera. Y el menear de la cabeza, las manos que se plegaban, los sollozos y los suspiros, eran claro lenguaje para tan triste historia, que en todos sus detalles se contó y relató de nuevo, con desesperación mayor de la señora, á medida que escuchándolos iba y comentando. ¡Buena la habían hecho! ¡Ah, si la señora María Josefa levantara la cabeza!

¿Qué remedio quedaba ya? ¡Ninguno! Pero, sí, había uno... ¡Uno! ¿Cuál? No, si no podía ser... Sí, uno, el único: separarse de la suegra ó de la abuela, que era peor que todas las suegras juntas, vivir aparte, ¡el casado casa quiere! Así haría su santa voluntad, se evitaba la diaria y sistemática contradicción de todos sus gustos, que, á la postre, se resuelve en abierta rebelión y guerra á muerte, y los alfilerazos de cada hora, de cada minuto, que se enconan y sangran como heridas profundas. Ella, la querida niña de sus ojos, no estaba acostumbrada á que la trataran así. ¡Pobrecita! Una flor no se cuida con más mimo que ella lo fué..., ¡para caer en semejantes manos! Todo por culpa de Ladislao, de su interés maldito, de los pesos miserables... La verdad, sí, señora, ¿y qué? Al mismo Ladislao se lo tenía dicho, usando de la confianza que sus antiguos ser vicios le permitían en la casa. La habían vendido á su niña como una esclava. ¡Virgen Santísima! ¿Les faltaba, acaso, qué comer? ¿Les faltó nunca, tampoco? Pues, entonces, ¿por qué entregar á la niña y traficar con ella de modo tan feo? ¡Qué hombres, qué costumbres y qué leyes! Antes de salir, Ladislao le había dicho: «¡A ver si vas á soliviantarla con tus gazmoñerías, Mónica! Ten cuidado, porque no te dejaré volver á verla. Te conozco y te temo. Aconséjala que se someta, que se aguante...»



Te digo que hago lo posible por ser dichosa, ¿qué más quieres?

Pues no, no la aconsejaría semejante cosa, así no la viera más, que sería lo mismo que cegarla y quitarla la vida. Que se defendiera, que resistiera con dignidad, que no consintiera en que la sobajasen, á ella, ¡una Stuart! En llegando el otoño, á poner casita aparte, y así podría su Mónica ir á servirla, como siempre, y si ni la señora abuela ni el pazguato del marido querían, romper de una vez, separarse y tornar á Barracas, que más vale la paz servida en escudilla de barro que la guerra en fuente de plata.

Oía todo esto Victoria, palmeando la cabeza de *Boy*, turbios los ojos y haciendo gestos negativos.

—Es inútil, Mónica. Tu remedio me parece un disparate, ¡la separación sería el escándalo! ¿Quieres papel más triste que el de la mujer separada de su marido? No haberlo hecho, haberlo pensado mejor, haber tenido mayor entereza... Lo pago, lo estoy pagando... Tus razones me aturden por lo claras y sinceras, pero no hay remedio; lucharé, lucharé hasta que ya no pueda más... Cuéntame, Moniquita, ¿cómo están mis jazmines del balcón? Y mis canarios, ¿se acuerdan de mí? ¡Ay, no los veré más? De aquí me sacarán muerta; ¡y ojalá sea mañana!

Todo estaba cual ella lo dejó, las plantas, los pájaros, sus libros y sus muebles, esperando el regreso de la que aquel triste día de noviembre les abandonó, cubierta de tules blancos, cual si la muerte la arrebatara: en la sala, D. Juan y misia María Josefa la buscaban desde sus marcos dorados; los canarios, piando, la llamaban, y las flores, agitándose en el balcón; el catalejo con que en la azotea sondeaba los misterios del gran río, su vecino, nadie lo había vuelto á tocar. ¡Lástima que no la descubriera otros misterios! El silencio y la tristeza reinaban en la casa: el mismo Ladislao no hacía su vida ordinaria, pues por no comer solo, comía fuera casi siempre y no paraba sino á las horas de oficina... En cuanto á ella, devorada de penas, acabaría por dejarse morir en un rincón.

Halló algún alivio Victoria en el recuerdo de los días pasados, y lloró más, sin embargo, transportada á su casita de Barracas, donde vivió libre y venturosa. ¡Qué cambio! ¡Cómo pasa todo! ¡Y cómo una palabra sola puede trastornar los destinos!

El campanazo del almuerzo cortó las expansiones, protestando furiosa doña Mónica de que á su niña la tuvieran sujeta á reglamento, lo mismo que á los presos de la cárcel. Y como Victoria chapuzara el lindo palmito en la jofaina, para refrescar los irritados ojos, se excedió en la expresión de su cólera, hasta exponerse á ser oída: ¡no faltaba otra cosa sino que la castigaran también, que la pegaran con un látigo por haber llorado ó por retrasarse un minuto en bajar... ¡Qué atroz tiranía! ¡Qué insufrible dominación! ¡Pobre niña Victoria de sus entrañas!..

El que *Boy* se quedara en su compañía aminoró el sentimiento de Victoria por la partida de doña Mónica, la que se marchó aquella tarde muy quemada de la frialdad y recelo con que la trató misia Justa, en forma que dábale á comprender que bien haría en escasear sus visitas; y *Boy* se quedó con el real permiso de la señora abuela, pues tanto miedo habíala cobrado Victoria, que no se atreviera á guardarlo consigo si ella no lo consiente.

Fueron ambas visitas, por distintas razones, motivo de pesadumbre y melancolía para la joven, difícil de disimular ante el argos de la familia entera; la visión del pasado, aquella ráfaga de sus alegres días de soltera, que el hermano y doña Mónica la trajeron, entristeciéronla tanto, que, como prisionero á quien se abandona en negra fortaleza y escucha el cerrojo y los pasos que se alejan, quiso gritar en demanda de perdón ó de lástima. No gritó, sin embargo, y toda acongojada, repasó su papel de sumisión, para no desbarrar y estropear el asunto...

Con quien ella demostraba más confianza y sincero agrado era con Clotilde, la maestra. Chica muy bien educadita y modosa, Clotilde pertenecía á una familia de estas venidas á menos, que la necesidad ha obligado á hacer un oficio de las habilidades adquiridas para brillar en el mundo: muerto el padre, arruinado, la madre servía como ama de llaves en una casa grande, el hermano tocaba el violín en un teatro, y ella logró aquella plaza en *La Justa*, muy bien rentada, eso sí; allí pasaba todo el año, el invierno en compañía de D. Celedonio, cuyos reumas y catarros la daban mucha guerra, y dos criados, que, para asistirles, dejaba la familia; el verano, algo más distraída por las excursiones al Trigal y algún otro esparcimiento, que va á descubrirse pronto: esto, á pesar de que las ventoleras y exabruptos de sobremesa de misia Justa le alteraban mucho los nervios, y al cabo de la estación quedaba muy flaca y melancólica, quizá por causa también de que la inspiración poética que solía inflamarla adquiría más intensidad febril en el estío. Era bonita, de dorada piel, ojos dormidos y pelo negrísimo, con finuras y remilgos de marisabidilla y dejos orgullosos de honradez selvática. Habitaba la señorita de Paces en la torre de la casa, una pieza ochavada con ventanaje sobre el parque, gracioso nido que ella se había fabricado, bastante alto para la más fácil comunicación con las estrellas y absoluto dominio del camino del Trigal. Allí soñaba, pulía sus versos inocentes, distraía su aburrimiento y escondía sus penas y sus esperanzas... Y allí acudía muchas veces la casadita infeliz, siempre que la dejaban libre.

(Continuará)

UN EJERCICIO PELIGROSO

Peligroso es, en efecto, el ejercicio que actualmente realizan en París dos ciclistas, uno en Olimpia y otro en el Casino de París. El primero, un norteamericano llamado Smithson, es realmente el inventor de este sorprendente espectáculo al que ha bautizado con el nombre de *Looping the loop* y que los franceses denominan «el paso del anillo» y también «el rompecabezas.»

Lanzado desde lo alto de una pista, que después de una gran pendiente se arrolla en espiral y termina en cuesta, el ciclista permanece unos instantes con la cabeza hacia abajo, cuando está en lo alto de la parte interior del anillo. Las velocidades medidas son: de 88 kilómetros por hora al entrar en la espiral, de 30 en lo alto de la misma, de 85 en el descenso y de 50 en la parada.

Cuando Smithson se presentó ante el público de Londres, fueron muchos los que creyeron que en lo que hacía había trampa, como vulgarmente se dice, y hasta hubo un periódico importante que ofreció una cantidad no despreciable al que la descubriera y divulgara. Y sin embargo, el *Looping the loop* es un ejercicio basado en un principio científico bien conocido, el de la fuerza centrífuga, y se explica por las leyes físicas y mecánicas.

El LOOPING THE LOOP, ejercicio acrobático que actualmente llama la atención en París

En efecto: un hombre que parte de una altura de unos 14 metros en una pista inclinada de 34 metros de largo, ¿puede, con la velocidad adquirida, remontarse hasta lo alto de una espiral que le lleva á correr, con la cabeza hacia abajo, por una pista colocada á siete metros sobre el suelo? Esto es perfectamente posible.

Obsérvese ante todo que el centro de gravedad del hombre y de su bicicleta está á 1'20 ó 1'30 metros aproximadamente encima de la pista, lo que hace que la espiral le lleve á elevar su centro de gravedad sólo en

$$7 \text{ metros} - 2 \times 1'20 = 4'60.$$

El hombre pesa 70 kilogramos y su bicicleta 32, ó sea un peso total de 102 kilogramos que se precipita desde lo alto de las cimbras, produciendo de este modo un trabajo destinado únicamente á dar al hombre su velocidad á pesar de la resistencia del aire.



El hombre que anda sobre la cabeza

La fórmula que da la velocidad V del hombre en la parte baja de la pista después de haber recorrido los L metros de longitud que lo separan de la entrada de la espiral es:

$$\left(\frac{P}{2g} - \frac{L \times 0'07}{16}\right) V \times V = 1\,400$$

El significado de las letras es: P, peso del hombre y de la máquina, ó sean 100 kilogramos; L, longitud recorrida, ó sean 34 metros; g, intensidad de la gravedad en París, ó sean 9'81.

De ello se deduce que V=16'40, es decir, 59 kilómetros por hora.

Pero si es interesante conocer la velocidad del hombre en la parte baja de la pista, puesto que es la que ha de permitirle subir, más interesante aún es conocer la que lleva cuando está en lo alto de la espiral, ya que es la que le permite adherirse á la pista.

La fórmula antes mencionada, aplicada de nuevo al recorrido de la primera mitad, que, como hemos visto, eleva su centro de gravedad en 5'40 metros, da ahora 12'80 metros por segundo, ó sea 46 kilómetros por hora. Con esta velocidad, la presión que el hombre ejerce sobre la pista situada encima de él nos la da

$$\frac{P.\ V.}{g} \cdot \frac{V}{R},$$ si R es el radio (2'70) del círculo recorrido por el centro de gravedad del hombre y de su máquina.

Hechos los correspondientes cálculos, encontramos 615 kilogramos, presión suficiente para mantener la rueda de la bicicleta sobre la pista, puesto que para mantenerla sobre el suelo bastan 100 kilogramos.

El cálculo nos permite también apreciar aproximadamente la duración total del trayecto.

Los 34 primeros metros se recorren á una velocidad de 0 á 16'40 metros por segundo, de modo que requieren 4 $^{1}/_{7}$ de segundo. Añadamos el tiempo necesario para dar vuelta á la espiral á una velocidad que disminuye de 16'40 á 12'80 metros, para adquirir á la salida la de 16 metros. Como se ve, á la salida no tiene la misma velocidad que á la entrada, siendo debida esta pérdida á la resistencia del aire y á los roces de las ruedas.

Es asimismo curioso observar que la trayectoria descrita en realidad no es la pista con sus siete metros de diámetro, sino el círculo imaginario de 5'40 que describe su centro de gravedad: el cálculo nos da en este caso un segundo y una décima.

Finalmente, si se tienen en cuenta, aunque este cálculo es sólo aproximado, los $^{2}/_{8}$ de segundo empleados en recorrer la pequeña parte horizontal en que termina la pista, encontramos como duración total cinco segundos y $^{3}/_{8}$, de los que sólo un segundo se emplea en recorrer la espiral.

La gran dificultad no es, pues, aguantarse en el aire dentro de la espiral, sino más bien no descarrilar, por decirlo así, y sobre todo detener al ciclista á la salida, cuando marcha á una velocidad de 50 kilómetros por hora y llega como una exhalación á la red destinada á amortiguar el choque.

Existe además otra dificultad que se presenta especialmente á la salida de la pista y que trataremos de explicar sin recurrir á cálculos. En su movimiento alrededor de la espiral, el hombre y su máquina dan una vuelta sobre sí mismos alrededor de su centro de gravedad común; este movimiento, que se realiza rápidamente, en un segundo, no puede evidentemente cesar en seguida de salir de la espiral. Así como el hombre continúa avanzando en su impulso, así también continúa, ó mejor dicho, tiende á continuar esa rotación, resultando de ello una tendencia de la rueda delantera de la máquina á levantarse, tendencia que, si no se opone por completo á la dirección, la hace ciertamente más difícil.

De todas estas explicaciones y demostraciones se deduce que en el *Looping the loop* no hay trampa alguna y que todo el secreto y toda la dificultad de este ejercicio estriban en la habilidad del ciclista en mantenerse en equilibrio y en dirigir la bicicleta para que no salga de la pista.

Smithson hizo su aprendizaje en una pista muy accidentada, en forma de montañas rusas, y cuando hubo adquirido la sangre fría y la práctica necesarias, seguro de que la velocidad con que, sin pedalear, llegaba á lo alto de las curvas era suficiente, lanzóse en una espiral y desde el primer momento salió bien de la prueba. En la actualidad cobra 1.200 francos por representación y como esta dura



El hombre que anda sobre la cabeza

unos cinco segundos, bien puede afirmarse que no hay trabajo alguno mejor pagado que el suyo que le resulta por la friolera de 864.000 francos por hora.

El grabado que en esta página reproducimos representa la pista en espiral que recorre el ciclista.—R.

EL HOMBRE QUE ANDA SOBRE LA CABEZA

Este ejercicio, que también se ejecuta en el Casino de París como el *Looping the loop*, sin ser tan peligroso como éste no es menos sorprendente. La habilidad de los dos jóvenes acróbatas que lo realizan consiste en mantenerse en equilibrio, saltar y moverse hacia adelante y hacia atrás, no sobre los pies, como los demás mortales, ni sobre las manos, como se entretienen á veces en hacer los niños, sino sobre la cabeza y sin servirse para nada de las extremidades.

Las fotografías que en esta página reproducimos nos ahorran toda clase de explicaciones: viéndolas se formarán nuestros lectores perfectamente idea de lo que es este ejercicio, calificado con razón de «última palabra del acrobatismo,» y de la naturalidad con que los dos acróbatas hacen lo que tan contrario parece á las leyes de la naturaleza, que nos ha dado los pies para apoyarles en el suelo y ha formado el cuerpo humano para servir de sostén á la cabeza y no para que ésta le sostenga á él y se arrastre por la tierra.-S.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CIENCIA POLÍTICA, por *Antonio Royo y Villanova*. — El distinguido catedrático de la Universidad de Valladolid don Antonio Royo y Villanova expone en esta obra, con claridad y sencillez grandes, los principales problemas de la ciencia política, colocándose en un terreno puramente neutral y sin descender á los hechos particulares ni á las impurezas de la vida pública. Las cuestiones estudiadas resultan perfectamente ordenadas y sujetas á un plan riguroso que permite al lector adquirir gradualmente conocimiento completo dé todas ellas. Forma parte este libro de los «Manuales Enciclopédicos» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Juan Gili y se vende, elegantemente encuadernado, á dos pesetas.



Pietá, cuadro de Luis Corinth

PRÁCTICAS PREPARATORIAS DE INSTRUMENTACIÓN, por *Felipe Pedrell*. — El objeto de esta obra es presentar una nomenclatura explicativa y razonada del material sonoro utilizado por la música moderna en todas sus manifestaciones, dando á conocer íntima y detalladamente la extensión particular de cada una de las voces y de los instrumentos, la posición que ocupan éstos en la escala general de los que hoy emplea la música, la correlación que existe entre los sonidos vocales é instrumentales, la manera de escribirlos en la partitura; en una palabra, todo cuanto se relaciona con la instrumentación. La justa fama de que en el mundo musical goza el maestro Pedrell es la mejor garantía del acierto con que todo esto está tratado en el libro que nos ocupa y que forma parte de la «Biblioteca de Manuales enciclopédicos», publicada por el editor D. J. Gili. El precio del tomo *cartoné* es de 3'50 pesetas.

MUSGO, por *R. D. Perés*. - Esta nueva obra justifica una vez más la reputación de inspirado poeta que se ha conquistado el Sr. Perés. Las composiciones en ella contenidas son de concepción elevada, abundan en hermosas ideas, inspíranse en los más nobles sentimientos y, en una palabra, llenan cumplidamente los fines de la poesía, así por la bondad del fondo como por la belleza de la forma. Elegantemente impresa en la tipografía barcelonesa de L'Avenç, véndese á 5 pesetas.

EL CANARIO, por *Antonio Recasens*. - El distinguido ornitólogo Sr. Recasens estudia en este libro, con gran conocimiento de la materia, los caracteres de los canarios, su origen, razas, cría, higiene, cruzamientos y enfermedades, dictando reglas sumamente prácticas y dando utilísimos consejos para obtener buenos ejemplares de tan apreciados pájaros. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese á una peseta.

LA LITERATURA GALLEGA EN EL SIGLO XIX, por *Eugenio Carré Aldao*. — Con gran abundancia de datos y criterio muy imparcial estudia el autor de este interesante libro toda la literatura gallega del último siglo partiendo de los orígenes, continuando por los precursores, analizando detenidamente la obra de Rosalía Castro y sus continuadores, la de Manuel Curros Enríquez y la nueva generación, y tratando de otras materias no menos importantes. Completan la obra varios apéndices con algunas composiciones de escritores gallegos residentes en América, otras de escritores no gallegos y que, sin embargo, cultivan este idioma, un índice alfabético de los escritores que han escrito en gallego y un catálogo de obras. El libro ha sido impreso en la Coruña en la Imprenta Regional y se vende á tres pesetas.



CARTEL ANUNCIADOR de D. Francisco de Cidón, primer premio en el concurso celebrado por la casa Ladivfer



CARTEL ANUNCIADOR de D. Buenaventura Casas, primer accésit en el concurso celebrado por la casa Ladivfer



CARTEL ANUNCIADOR de D. Javier Puente, segundo accésit en el concurso celebrado por la casa Ladivfer



CONCURSO DE CARTELES

ORGANIZADO POR LA CASA LADIVFER

EN EL SALÓN DE EXPOSICIONES DEL CÍRCULO ARTÍSTICO

Digna es de aplauso la resolución adoptada por la casa Ladivfer, abriendo un palenque en donde los artistas pudieran contender noblemente. Este procedimiento, esta conducta adoptada por el inteligente director del establecimiento de perfumería, merece plácemes, puesto que responde á un propósito razonado, que de tener imitadores produciría indiscutibles ventajas. Así han debido apreciarlo los artistas, ya que el número de los que han acudido al llamamiento excede de los cálculos y esperanzas que podían haberse formado. Cerca de doscientas obras figuraron en el Salón de exhibiciones del Círculo Artístico, distinguiéndose muchas de ellas por su discreción y buen gusto. De ahí las dificultades con que tropezó el Jurado, puesto que era harto difícil establecer la selección, dado el número y calidad de los carteles expuestos. Esto no obstante, fué posible determinar una gradación de méritos, asignándose al cartel ejecutado por D. Francisco de Cidón el primer premio, consistente en la cantidad de mil pesetas, el primer accésit á D. Buenaventura Casas y el segundo accésit á D. Javier Puente. Los nombres de los artistas premiados y el asentimiento del público atestiguan el acierto del fallo formulado por el Jurado.

Reciban los artistas premiados nuestra sincera felicitación por el éxito alcanzado y el Sr. Ladivfer nuestros plácemes por su generosa iniciativa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 6 de abril de 1903 — Núm. 1.110

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ cuadro de Pedro Borrell



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MEDITACIÓN

Los periódicos hablan mucho estos días de cierto hermano Juan, especie de santo penitente que en el Hospital general practica las mayores mortificaciones y realiza los actos de caridad más estupendos venciendo y pisoteando sus sentidos. Al leer esto creemos que se proyecta en el suelo la sombra de un edificio ojival, acabado de construir, y que por un camino erizado de peñascos y precipicios nos dirigimos, con la esclavina de conchas al hombro, á Compostela en peregrinación ó á Roma á ganar el Jubileo magno... No en balde estamos en Semana Santa, tiempo de meditación religiosa.

Para que nada falte á la leyenda del hermano Juan, nos enteran también los mismos periódicos de que su conversión fué originada por un rudo desengaño amoroso. La figura del penitente se poetiza y se agranda. No es un Sutayef, un mujik ignorante, tocado de la gracia divina, como la orza de barro es herida por el rayo de sol; es un espíritu culto, un San Pablo para quien el camino de Damasco estaba dentro de su propio corazón, en las honduras y repliegues del sentimiento... Una especie de *Don Alvaro* á la moderna.

***

Bien mirado, el número de contingencias, en la vida, es reducido; las combinaciones de este ajedrez están contadas y limitadas de antemano. Lo rico y variado es lo que luego se determina y produce en el plástico fondo del sentir. Descarnados, los hechos. poco ó nada significan. Que el golpe de un hecho caiga sobre un alma ó sobre otra, ¡cuán distintos los resultados, cuán diferentes las consecuencias! La desigualdad profunda es la desigualdad psíquica: reíos de la de estaturas, colores y pelos, fortunas, clases y nombres.

El mismo desengaño del hermano Juan (si aceptamos la versión de los periódicos y damos ese origen á su conversión y vocación), ¿qué hubiese producido en otro hombre? Pasajera desazón, amarga risa, extremos de furor, tal vez actos de violencia, encenagamiento en la crápula..., lo previsto. En él, por ser él, tomó otra forma: la suya. En la hagiografía franciscana encontramos de estos casos: Jacopone de Todi, convertido á la locura de Cristo por el espectáculo del cuerpo inerte de la mujer amada. ¡La locura! ¡Cuánto y cuánto se presta á meditaciones esta palabra! El hermano Juan, según le describen los que le conocen (yo ni le he visto nunca ni tengo de él personales referencias), parece en ocasiones algo loco; pero es su demencia demencia de amor, y puede repetir, con el extático franciscano:

In fuoco amor mi mise...

No habiendo ya leprosos (al menos en el Hospital general de Madrid, que en otras partes sí los hay), el hermano Juan prefiere y busca á los atacados de males no menos repugnantes; á los variolosos, por ejemplo. Suyo es el privilegio de limpiarles, de mudarles, de servirles la comida, de vestirse luego su ropa... Ved aquí la locura poética, calificada en este detalle. - No dicta la locura poética lo *útil* sólo: lo útil, cualquier enfermero bien adiestrado lo hará. Lo bello es lo superfluo, el lujo sentimental, la flor del espíritu. Para asistir correctamente á los variolosos no hace falta vestirse su ropa. Hay más: el vestírsela encierra peligro, y peligro sin necesidad arrostrado. Si llego á las últimas consecuencias de este razonamiento, diré que ni aun variolosos debe haber, dentro de la civilización que en primer término se precia de las conquistas de la higiene. Parece que ya en Alemania va siendo desconocida la viruela. - Para el ansia de abnegación, para la exaltación del hermano Juan, de cierto es preferible que la viruela exista y haga estragos. El dolor humano, que será infinito aunque la ciencia seque algunos de sus manantiales, acaso no los más hondos, es un océano en que se complacen en sumergirse los que, como el hermano Juan, han visto á la luz de un relámpago la cifra del existir, y no la aceptan, sino transitoriamente, á condición de que se realice en la esfera de su ideal.

***

Para el hermano Juan, el ideal está en la fiebre de caridad que le abrasa. Su alma necesita llenar con algo el tremendo vacío, y lo llena así, de amor, de locura, de *eso* que se bebe en el vaso del Santo Grial, donde José de Arimatea recogió la preciosa Sangre. ¿Creéis que un hombre es más desdichado que otro porque habita en un zaquizamí, limpia á los variolosos, come de sus sobras? Error, el gran error de este siglo; el culto del goce material. - Si hay en algo verdadera alegría, dijo San Francisco, es en el desasimiento, en la serenidad interior, en la pobreza voluntaria. Es el *giubilo* franciscano, la alegría peculiar de los verdaderos Menores, el acorde de la cítara con que el ángel suspende y embelesa al solitario, tendido sobre su estera. ¿Que esto es para pocos? ¡Ya lo sé! Aun en el siglo XIII, escasos debieron de ser los que sintieron adentro, adentro, correr la fuente de puros cristales, florecer el maravilloso jardín.

Para pocos: y sin embargo, de tiempo en tiempo nos convencemos de que es para algunos. - No ha mucho murió un hidalgo, un señor rico y noble, que tenía familia y casa, toda la exterioridad de la altura social. Por dentro, era franciscano. No había pronunciado voto alguno; no llevaba hábito, ni cerquillo, ni escudo siquiera; pero allá en lo más escondido de su bien alhajada y cómoda mansión, existía un cuartito convertido en celda, un lecho-tarima, un asiento duro é incómodo, y sobre una mesilla humilde, una calavera... Y este hombre, en público, jamás dejó transparentarse su regla interior; la ocultó como hubiese ocultado un delito. A su alrededor sentía la nieve de la indiferencia y del descreimiento, la brutalidad de los apetitos desencadenados en tropel, la burla insípida, todo lo que acarrea la colectividad, para ahogar la afirmación del individuo; y en su celda se refugiaba y allí era donde *vivía* realmente, despierto del sueño confuso de su otra vida falsa, convencional, adaptada á las ajenas. También él podía exclamar, al cruzar los umbrales de su celda y encontrarse en el torbellino: «¡Mi *yo!* ¡Que me roban, que me arrebatan mi *yo!*»

***

Y el caso es que no deseo conocer al hermano Juan, que me ha sugerido todo lo que acabo de escribir, propio del santo tiempo en que nos encontramos. - Es posible, es hasta probable, que conocer á este y á cualquiera de los seres en quienes creemos que arde una chispa de la divina hoguera, nos robe esa partícula de luz. Verles en nosotros mismos, ¿no valdrá más? ¿Qué sería San Juan de la Cruz? ¿Qué Santa Teresa? ¿Qué San Francisco? Su presencia, ¿confirmaba ó destruía la especialísima irradiación de su voluntad inspirada? Debemos creer que sería lo primero, porque tales seres, ya huellan las praderas celestiales, ya tienen nimbo, ya están fuera y por cima de nuestra especie, entre piélagos de luz y raudales de armonía. Pero al que todavía pisa el fango de la tierra - como el hermano Juan, - más vale no tratar de conocerle, dejarle en su hornacina, respetar su ensueño; hasta se me figura que el rasgueo de las plumas sobre el papel puede alterar la serenidad interior á tanta costa adquirida. Las plumas, indiscretas, curiosas, exageradas, me producen, en esta clase de asuntos, el efecto de moscas, de negras moscas que dejan rastro negro. Si en efecto el hermano Juan ha recibido la visita del ángel; si en su alma se ha realizado eso que llamamos *conversión*, fenómeno mal estudiado y digno de tanto respeto, las «instantáneas» de la prensa, donde aparece al lado del autor del «crimen de ayer,» son una especie de delito. Esas cosas no se retratan más que en tabla, sobre fondo de oro, con los pinceles de un Tadeo Gaddi ó de un Gicinta Pisano.

***

Bien mirado, sería inexplicable que no quedasen retoños y brotes de la vieja cepa de nuestro misticismo. No se arrancan con tanta facilidad las vastas raíces del cortado tronco. Llegaba muy á lo hondo; estaba muy nutrido con los jugos de nuestra tierra, para que de vez en cuando no arroje un renuevo vivaz. Era una fuerza, una corriente, uno de nuestros modos de ser; forma de nuestro espíritu. Más que la aparición de individuos como el hermano Juan, me sorprende no haber encontrado, en toda mi vida, sino dos ó tres que se le asemejen, y en quienes no hallo señales ni rastros de humano interés, comprobando en cambio los signos característicos de la sublime locura. ¡Dos ó tres! Es poco. - Y sin embargo, ya recuerdo, y puede recordar todo el que cuente algunos años, tanta gente, tal serie de figuras que pasan, dejando una impresión de conjunto, un chispazo de luz ó un toque de sombra. - No vale forjarse ilusiones, no vale engrosar la lista con nombres dudosos. Dos ó tres... Lo indispensable para que no me parezca que el tronco se ha podrido completamente, perdiendo el último jugo vital.

***

Una de las tres almas que he conocido que me hayan recordado la Edad Media, era un alma de mujer. No quería entrar monja: acaso llegase á quererlo más adelante, cuando perdiese á su madrastra, enferma, á la cual asistía como asistirán los ángeles, si hay ángeles enfermeros. Lo que sucedía á Laura - la llamaré así porque, aunque sus ojos se hayan cerrado para siempre, debe respetarse el pudor de su santidad hasta más allá de todo límite. - Laura tenía veinticuatro años cuando la conocí, y casi diría la adiviné; sus amigas no sospechaban todo lo que había debajo de aquel hábito del Carmen. No era muy rezadora, ni asistía á muchas funciones y solemnidades religiosas; no era triste; ostentaba, al contrario, esa alegría extraña y constante de ciertos bienaventurados de leyenda. ¿Latía algún recuerdo, algo dramático personal en la historia de Laura? Decían que su padre se había suicidado, pero era difícil comprobar la verdad de este hecho, pues sólo constaba su desaparición; una tarde salió de paseo, y jamás volvió, ni se tuvo de él la menor noticia. La madrastra y la hijastra quedaron solas, pobres, el empleo del padre era el único recurso de la familia; y cada vez que la madrastra sacaba la conversación dolorosa, formulaba la eterna interrogación al destino, Laura respondía apaciblemente:

- Déjelo usted... Eso, allá Dios.

Diez años duró la asistencia... y terminó, no por la muerte de la asistida, como pudiera creerse, sino por la de la enfermera. ¿La mató la fatiga? ¿Las privaciones minaron su organismo? ¿Secreto dolor consumó la obra de la naturaleza? No lo sé. La enferma, la madrastra, vivió todavía cuatro ó seis años más, encamada siempre, siempre anunciando que se acercaba su última hora..., y á Laura, en cambio, la vimos hasta la víspera del día postrero en pie, con su vaga sonrisa de estatuilla gótica que adorna un sepulcro, con la calma de su lisa frente, con la paz infinita de sus ojos obscuros, con la visible tensión de su voluntad hacia el blanco del sacrificio. Una mañana supimos que se le había roto dentro algo, no sé qué resorte de los que la vida tiene que hacer funcionar normalmente...

Al desnudarla para socorrerla se vió que llevaba cilicio de cuerda, pegado al cuerpo. Pero el cilicio del alma, ese, ya comprendía yo que no se lo quitaba nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Las grandes reformas han devorado siempre á los que las han llevado á cabo.

F. DE PRESSENSÉ.

Ni el sacerdote ni el soldado han de sentir las inquietudes de la duda.

ANATOLIO FRANCE.

La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado.

LEGOUVÉ.

Cuando la moral individual está en decadencia, la moral política baja en la misma proporción.

AGUSTIN FOLÓN.

Todo sueño realizado es un sueño que muere.

MELCHOR DE VOGUE.

Es más difícil detenerse en la pendiente de la arbitrariedad que en la de la libertad.

G. BOISSIER.

Cuanto más lógico es un espíritu falso, tanto más lejos va en el absurdo.

- La civilización moderna tiene medios maravillosos para suprimir el espacio entre los países, pero no los tiene para reducir la distancia que separa las razas.

G. M. VALTOUR.



¡Sigámosle!

NARRACION DE ENRIQUE SIENKIEWICZ. – ILUSTRACIONES DE JAN STYKA

I

Cayo Septimio Cinna, patricio romano, había pasado su juventud en medio de las legiones haciendo la vida ruda de los campamentos.

Después regresó á Roma para disfrutar allí de su gloria y del lujo y de la opulencia que le permitía sostener su fortuna cuantiosa, aunque ya muy mermada, entregándose en seguida á los placeres y saciándose de todo cuanto la ciudad maravillosa podía ofrecerle. Transcurrían sus noches entre orgías que celebraba en sus magníficas quintas de los suburbios, y sus días entre ejercicios con los *lanistas* (1) y conversaciones con los retóricos, en las termas, en donde se sostenían disertaciones de todo género y se contaban los chismes de la población, ó en el circo ó en las arenas de los gladiadores, entre las brujas de Tracia y las encantadoras bailarinas de las islas del Archipiélago.



También las almas buscan el calor, que no es sino el Amor, y la luz, que no es otra cosa que la Verdad

El ilustre Lúculo era pariente suyo por parte de madre y de él había heredado Cinna la afición á los manjares exquisitos. En su mesa servíanse con profusión los vinos de Grecia, las ostras de Nápoles, los gordos saltamontes del Ponto confitados en miel de Numidia; de cuantas viandas raras había en Roma, ninguna podía faltar en ella, desde el pescado del mar Rojo, hasta la perdiz blanca de las riberas del Borysthene.

De todos estos beneficios de la existencia gozaba, no como soldado glotón, sino á fuer de refinado patricio.

Había tratado de convencerse, y tal vez estaba realmente convencido, de que sentía gran pasión por las obras de arte, y se entusiasmaba con las estatuitas descubiertas en las ruinas de Corinto, con las *epilychnias* (2) del Atica, con los jarros de Etruria ó importados de la brumosa región de los Seres, con los mosaicos romanos, con las telas del Eufrates, con los perfumes de Arabia, y, en una palabra, con todas las baratijas y bagatelas que llenaban el vacío de una vida patricia.

De todas estas cosas sabía Cinna discutir como inteligente con viejos desdentados que para sentarse á la mesa adornaban sus calvas con coronas de rosas y que, después del festín, mascaban pétalos de heliotropo para perfumar su aliento.

Sabía asimismo apreciar la belleza de un período de Cicerón y de un verso de Horacio ó de Ovidio, y educado por un retórico ateniense, hablaba con facilidad la lengua griega, recitaba de memoria cantos enteros de la *Iliada* y con la copa en la mano podía declamar estrofas de Anacreonte hasta que de él se apoderaba la más completa embriaguez, seguida de un pesado sueño.

Gracias á su maestro y á otros retóricos, tenía igualmente nociones de filosofía bastantes para comprender la arquitectura de los edificios en otro tiempo erigidos á la inteligencia en la Hélade y en sus colonias; pero comprendía también que de todos aquellos edificios no quedaba ya más que un montón de ruinas.

Conocía personalmente á muchos estoicos, si bien les era hostil porque les consideraba más bien como un partido político que como ascetas que despreciaban los placeres de la vida. Los escépticos sentábanse á menudo á su mesa, y entre plato y plato demolían muchos sistemas filosóficos, y levantando sus crateras llenas de vino, declaraban que el placer es cosa vana, que la verdad es irrealizable y que el fin perseguido por el sabio no puede ser más que el reposo, la inercia.

Cinna escuchaba todos estos discursos, pero les concedía escasa importancia; no profesaba ninguna opinión ni tenía el menor interés en profesar alguna; consideraba á Catón como personificación de una energía enorme unida á una enorme tontería, y en su concepto, la vida parecíase al mar sobre el cual sopla un viento desordenado, consistiendo la única sabiduría del navegante en desplegar las velas de manera que el soplo del viento hiciera avanzar el barco.

Además, tenía en mucho sus anchas espaldas, su estómago sólido y su hermosa cabeza de perfil de águila y de fuertes mandíbulas, y estaba seguro de que, provisto de tales armas, podía serle fácil la existencia.

Sin pertenecer á la escuela de los escépticos, no dejaba de ser un escéptico en la vida y cirenaico al mismo tiempo, aun sabiendo que el placer no constituía todavía la felicidad.

Y como ignoraba la verdadera doctrina de Epicuro, figurábase ser un epicúreo.

En general, veía en la filosofía un ejercicio intelectual tan útil como el que practicaba bajo la dirección del *lanista*, y cuando se sentía fatigado de la conversación, íbase á ver correr sangre en el circo.

No creía en los dioses ni en la virtud, en la verdad ni en la dicha; creía solamente en la magia, tenía sus supersticiones y sentíase atraído por el misterio de las religiones orientales.

Era bondadoso con los esclavos, cuando el aburrimiento no le hacía ser cruel.

Comparaba la vida con un ánfora, que vale tanto más cuanto más precioso es el vino que contiene; por esto procuraba llenar la suya con lo mejor que encontraba.

No amaba á nadie, aunque le gustaban muchas cosas, entre otras su propia cabeza de hermoso cráneo y la elegancia de su pie de patricio.

Durante los primeros años de su vida alegre, habíase complacido en asombrar á Roma con sus excentricidades, lo que había conseguido muchas veces; mas luego cansóse también de esto.

II

Pero vino la ruina.

Los bienes de Cinna habían pasado á manos de sus acreedores, y sólo le quedaban á él el cansancio

(1) Los que compraban y formaban gladiadores para el circo.

(2) Lámparas.

que sucede á un trabajo abrumador, la saciedad y algo que todavía no había experimentado: una inquietud vaga, pero profunda.

Había gozado, sin embargo, plenamente de la riqueza y del amor, tal como entonces la sociedad lo entendía, de todos los lujos y de la gloria militar; había probado los peligros, habíase acercado más ó menos á los límites del humano pensamiento y había estado en contacto con la poesía y con el arte; por consiguiente, bien podía imaginarse haber sacado de la vida todo cuanto la vida puede dar de sí.

Esto no obstante, sentía la sensación de haber olvidado algo, y algo importante; pero ignoraba qué y en vano se atormentaba por averiguarlo.

Procuraba á menudo ahuyentar las ideas que le preocupaban, sacudir la inquietud que de él se apoderara y persuadirse de que no había ni podía haber nada en la otra vida; y sin embargo, su inquietud en vez de disminuir crecía hasta el punto de parecerle que su preocupación no le afectaba sólo á él, sino que se refería á Roma entera.

Al mismo tiempo envidiaba á los escépticos y les tenía por necios, porque afirmaban que el vacío puede llenarse perfectamente con nada.

Desde entonces, en Cinna parecían vivir dos hombres: uno asombrado de su inquietud, y otro que, á pesar suyo, encontraba esta inquietud de todo punto justificada.

Después de la pérdida de su fortuna y gracias á la influencia de parientes poderosos, fué nombrado gobernador de Alejandría y partió con la esperanza de rehacer su hacienda en aquella rica comarca.

Mas al embarcarse en Brindis, habíase embarcado con él su inquietud, la cual le acompañó durante todo su viaje al través de los mares.

Sus nuevas funciones, sus relaciones nuevas, una sociedad nueva y nuevas impresiones, debían, en su concepto, librarle de tan importuna compañera.

Se engañaba: pasó un mes y otro mes, y del mismo modo que el grano de Deméter llevado de Italia crece más lozano en el fértil suelo del Delta, la angustia de Cinna, como arbusto convertido en frondoso cedro, proyectó cada vez mayores sombras en su alma.

Al principio, quiso disipar su agitación llevando una existencia análoga á la que antes llevara en Roma.

Alejandría era una ciudad hermosa en la que abundaban las mujeres griegas de rojizos cabellos y tierna epidermis, á la que el sol de Egipto daba un tinte dorado de ámbar transparente; y Cinna buscó el olvido en brazos de aquellas mujeres.

Pero en cuanto hubo reconocido la vanidad de tal recurso, vióse perseguido por la idea del suicidio; muchos amigos suyos se habían librado por este medio de los cuidados de la vida y habían recurrido á él por razones más fútiles aún que las que á él le movían: unos por hastío, otros porque sentían el vacío de su existencia y otros porque les faltaba el deseo de gozar de las dichas terrenas. Bastaba para ello un esclavo que supiera empuñar por un instante el puñal con mano firme.

Este pensamiento se apoderó de Cinna, y disponíase ya á ponerlo por obra, cuando un sueño extraño le contuvo.

Atravesaba un río y en la orilla opuesta vió su inquietud personificada en un esclavo fatigado que saludándole le dijo:

«Me he adelantado á ti para salir á tu encuentro.»

Por vez primera tuvo miedo Cinna, comprendiendo que si no podía pensar en la existencia de ultratumba sin que en ella anduviera mezclada la Inquietud, ésta no dejaría de seguirle allí también.

Y como medida extrema, resolvió avistarse con los sabios que pululaban en Serapeum, esperando que entre ellos hallaría la solución del enigma.

Aquellos filósofos, sin embargo, no pudieron descubrirla; pero en cambio otorgaron á Cinna el título de *τοῦ μουνειον*, que se concedía á los romanos de ilustre estirpe y elevada condición.

El consuelo era insignificante, y el título de sabio, conferido á un hombre que no acertaba á definir lo que más le preocupaba, podía parecer irónico; pero Cinna pensaba que Serapeum no descubre de una vez su ciencia entera y no perdió aún del todo la esperanza.



Antea decía á veces que en sueños se le aparecían seres hostiles envueltos en una luz maravillosa

De entre los filósofos de Alejandría el más activo era el noble Timón, ateniense, ciudadano romano, personaje respetable que vivía desde hacía muchos años en aquella ciudad, adonde fuera para estudiar la ciencia misteriosa de Egipto. Decíase que no había un pergamino ni un papirus en la biblioteca que no hubiese leído, y añadíase que poseía toda la sabiduría humana. Además, era perspicaz y bondadoso.



«*Tu felix Cinna!,*» repetíase él el día de los desposorios

Cinna le distinguió entre multitud de pedantes y comentaristas de obtuso cerebro, é inmediatamente simpatizó con él hasta llegar á ser su íntimo amigo.

El joven romano estaba asombrado de la facilidad de dialéctica del viejo y de la elocuencia con que trataba del alto significado de la humanidad y del universo, y lo que más particularmente le impresionaba era ver que los profundos conceptos de Timón estaban impregnados de cierta tristeza.

Más adelante, cuando se estrecharon aún más sus relaciones, Cinna sintió grandes deseos de interrogar al anciano filósofo acerca de la causa de aquella melancolía y al mismo tiempo de abrirle su corazón.

No tardó en presentarse ocasión para ello.

III

Una tarde, después de una conversación animada sobre el camino que recorre el alma en las regiones extraterrestres, Cinna y Timón habíanse quedado solos en la terraza desde donde la vista se extendía por el mar.

El joven romano, cogiendo la mano al viejo, confesóle lo que constituía el mayor pesar de su vida y el motivo que le había impulsado á trabar amistad con los sabios y los filósofos de Serapeum.

– Cuando menos, dijo como final de sus explicaciones, he ganado en ello el placer de conocerte; y ahora sé que si tampoco tú puedes resolver el enigma de mi vida, nadie conseguirá descifrarlo.

Timón contempló largo rato las aguas que ante él se extendían y en las cuales se reflejaba la imagen de la luna, y luego dijo:

– Cinna, ¿has visto las emigraciones de las aves que en invierno llegan aquí procedentes de las tinieblas del Norte? ¿Sabes qué es lo que vienen á buscar en Egipto?

– ¡Ya lo creo! El calor y la luz.

– También las almas buscan el calor, que no es sino el Amor, y la luz, que no es otra cosa que la Verdad; pero el pájaro sabe adónde ha de volar para encontrar su dicha, al paso que las almas vuelan en lo desconocido, en medio de la tristeza y de la inquietud.

– ¿Y por qué no pueden hallar su camino, noble Timón?

– En otro tiempo, la fe en los dioses proporcionaba la tranquilidad; hoy, esta fe se ha consumido como el aceite del lampadario; después, se creyó que la filosofía brillaría para las almas como un sol de verdad; y actualmente, bien lo sabes, sobre las ruinas de la filosofía, lo mismo en Roma y en Atenas que aquí, están sentados los escépticos que piensan llevar la calma cuando no llevan más que la perplejidad. Porque apartarse de la luz y del calor es dejar al alma sumida en las tinieblas, y las tinieblas son la inquietud. De aquí que, con las manos extendidas, busquemos la salida á tientas...

– ¿De modo que tampoco tú la has encontrado?

– La he buscado, mas no he dado con ella. Tú la habías buscado en los placeres, yo en el pensamiento; y los dos nos vemos envueltos en la misma obscuridad. Sabe, pues, que no eres el único en sufrir y que en ti sufre el alma del universo... ¿Hace mucho tiempo, Cinna, que no crees en los dioses?

– En Roma se les honra públicamente y hasta se han introducido algunos nuevos, procedentes de Asia y de Egipto; pero los únicos que tal vez creen todavía sinceramente en ellos son los vendedores de legumbres que desde la campiña acuden por la mañana á la ciudad.

– Y estos son los únicos que gozan de reposo.

– Lo mismo que aquí los que se inclinan hasta el suelo saludando á los gatos y las cebollas.

– Lo mismo que aquellos que, á imitación de las bestias hartas, no aspiran más que á dormir después de haberse atiborrado de comida.

– Pues si es así, ¿vale la pena de vivir?

– ¿Sabemos acaso lo que la muerte nos reserva?

– Entonces, ¿qué diferencia hay entre tú y los escépticos?

– Los escépticos se acostumbran á las tinieblas ó fingen acostumbrarse á ellas, al paso que á mí las tinieblas me hacen sufrir.

– ¿Y no ves la salvación?



El loto rosado palideció cada vez más hasta convertirse en loto blanco

Calló un momento Timón y luego dijo lentamente y vacilando:

– La espero.

– ¿De dónde?

– No lo sé.

Y apoyando la cabeza en la mano, y tal vez dominado por el silencio y la paz que reinaban en la terraza, dijo en voz baja:

– ¡Qué extrañeza! Paréceme á veces que si el mundo no contuviera más cosas que las que conocemos y si nosotros mismos no pudiéramos ser algo más de lo que somos, no experimentaríamos la menor inquietud... De modo que en la propia fuente de la enfermedad busco la esperanza de la curación... La fe en el Olimpo y en la filosofía ha muerto; pero la salud está quizás en alguna verdad nueva que no conozco. . . . . . .

. . . .

Contra lo que esperaba, esta conversación proporcionó á Cinna un alivio real: cuando supo que no era el único que padecía esta enfermedad, sino que con él la padecía el mundo entero, experimentó la sensación de un hombre á quien se libra de un gran peso para repartirlo entre millares de hombros.

IV

La amistad entre Cinna y el viejo griego era más estrecha de día en día: veíanse á menudo, y comiendo juntos compartían al mismo tiempo sus pensamientos y su pan.

Sin embargo, á pesar de su experiencia de la vida y del cansancio que en él sucediera á la saciedad, Cinna era todavía demasiado joven para que la vida no pudiera proporcionarle algún ignorado atractivo. Este atractivo lo halló en la hija única de Timón, Antea.

La fama de que ésta gozaba en Alejandría no era menor que la de que disfrutaba su padre, pues la veneraban, así los romanos que frecuentaban la casa de Timón como los griegos, lo mismo los filósofos de Serapeum que el vulgo.

Timón no la encerraba en un gineceo, como sucedía con las demás mujeres, sino que, por el contrario, procuraba hacerle conocer lo que él conocía.

Apenas salida de la infancia, habíale hecho leer libros griegos, romanos y hebreos, porque la muchacha, dotada de una notable memoria y educada en aquella ciudad cosmopolita de Alejandría, había tenido ocasión de aprender los tres idiomas.

Como compañera de su padre, asociaba á los pensamientos de éste los suyos propios; tomaba parte á menudo en los coloquios durante las *symposes* (1) que se celebraban en la casa de Timón, y con frecuencia también era la única que encontraba, como Ariana, el camino en el laberinto de las cuestiones difíciles, arrastrando en pos de sí á las demás. Su mismo padre se mostraba admirado de ello y le profesaba gran estima.

Finalmente, rodeábala una especie de encanto, de misterio, casi de santidad, porque tenía sueños proféticos y veía cosas invisibles para los ojos profanos de los mortales.

El anciano sabio la quería como á su propia alma, y la quería más porque temía perderla: Antea decía á veces que en sueños se le aparecían seres hostiles envueltos en una luz maravillosa sin que supiera si aquello había de ser para ella la fuente de la vida ó de la muerte.

En el entretanto, sólo de amor se veía rodeada. Los egipcios que visitaban á Timón la denominaban «el Loto,» sin duda porque esta flor era objeto de una veneración divina á orillas del Nilo; pero indudablemente también porque el que una sola vez había visto á Antea, olvidaba al mundo entero.

Su belleza igualaba á su sabiduría: el sol de Egipto no había obscurecido su rostro, en el que parecían haberse encerrado como en una concha de nácar transparente los dorados rayos del amanecer. Sus ojos reflejaban el azul del Nilo y su mirada dijérase que salía de las mismas profundidades misteriosas que las aguas de aquel misterioso río.

Cuando Cinna volvió á su casa después de haberla visto y oído por primera vez, sintió deseos de erigirle un altar en el atrio de su vivienda y de ofrecerle en holocausto blancas palomas.

En el transcurso de su vida había encontrado millares de mujeres, desde las jóvenes del lejano Norte, de blancas pestañas y cabellos del color de las espigas, hasta las númidas negras como la lava enfriada, pero jamás había visto rostro ni alma semejantes. Y cuanto más la veía, la comprendía y la escuchaba, tanto mayor era su sorpresa, llegando á imaginarse algunas veces, á pesar de su incredulidad, que no podía ser hija de Timón, sino que era hija de los cielos, medio mujer y medio diosa.

Muy pronto la amó con amor inesperado, profundo, invencible, tan diferente de sus sentimientos pasados, como diferente era Antea de las demás mujeres.

(1) Festines entre los griegos.



De intento he conversado largo tiempo con Él

Hubiera querido poseerla únicamente para venerarla, y para ello estaba dispuesto á dar toda su sangre; habría preferido ser pobre, pero con ella, á ser sin ella César.

Y así como un torbellino del mar arrastra con irresistible fuerza todo lo que recogen sus remolinos, así también el amor de Cinna se apoderó de su alma, de su corazón, de sus pensamientos, de sus días, de sus noches, en una palabra, de todo cuanto es la vida.

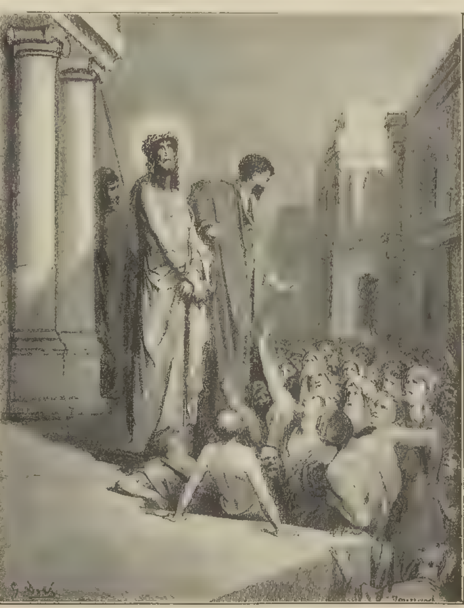
Después, el amor aprisionó igualmente en sus brazos á Antea.

«*Tu felix Cinna!,*» decían sus amigos.

«*Tu felix Cinna!,*» repetíase él el día de los desposorios, cuando los divinos labios de la virgen hubieron proferido las palabras sacramentales:

– Allí donde tú estés, Cayo, allí estaré yo, Caya!

Y entonces parecíale que su felicidad era, como el mar, inconmensurable, infinita.



Por dos veces salí del pretorio para arengar á esos furiosos sacerdotes y á esa miserable plebe...

V

Transcurrió un año, durante el cual la joven esposa vióse rodeada en su hogar de una adoración casi divina: era para su marido la niña de sus ojos, el amor, la sabiduría, la luz.

Pero en la comparación que de su dicha con el mar había hecho, habíase olvidado Cinna que también el mar tiene sus reflujos

Al cabo de un año, apoderóse de Antea un mal terrible y misterioso: espantosas visiones turbaron su sueño y secaron en ella el manantial de la vida; extinguiéronse en su semblante los rayos del amanecer, dejando sólo en él su nacarada transparencia; sus manos tornáronse diáfanas, sus ojos se hundieron en sus órbitas, y «el loto» rosado palideció cada vez más hasta convertirse en loto blanco, blanco como la faz de un muerto.

Sobre la vivienda de Cinna revolotearon algunos buitres, cosa que en Egipto era considerada como fúnebre presagio.

Las visiones de Antea fueron de día en día más terribles. Cuando en pleno mediodía el sol inundaba la tierra con

su luz blanca y reinaba el silencio en la ciudad, imaginábase oir á su alrededor los pasos rápidos de algunos seres invisibles y ver en el fondo del éter un rostro de cadáver, amarillo y seco, que clavaba en ella sus ojos de azabache. Y aquellos ojos parecía que la llamaban á alguna parte, hacia las tinieblas misteriosas.

Entonces la fiebre agitaba el cuerpo de Antea, y sobre su pálida cara rodaban gotas de frío sudor; la reverenciada sacerdotisa del hogar doméstico transformábase en un niño desarmado, aterrorizado, y ocultando su cabeza en el pecho de su marido, repetía con sus labios exangües:

–¡Sálvame, Cayo, sálvame!

Cayo se habría arrojado sobre cualquier fantasma que Perséfona hubiera podido hacer surgir de las entrañas de la tierra, pero en vano lo buscaba en el espacio. Como siempre á la hora meridiana, nada había á su alrededor: una blanca luz inundaba la ciudad; el mar parecía incandescente herido por los rayos del sol, y en medio del universal silencio sólo se oía el grito de los buitres que revoloteaban en torno de la casa.

Las visiones, cada vez más frecuentes, acabaron por ser cotidianas y perseguían á Antea en la calle, en el atrio y en las habitaciones interiores.

Por consejo de los médicos Cinna llamó á algunos egipcios y beduínos que con sus sambucos y sus flautas de barro amortiguaran con su estrepitosa música los pasos de los seres invisibles.

Mas todo fué en vano: Antea oía aquellos pasos en medio de las más ruidosas conversaciones, y cuando el sol se elevaba tan alto que la sombra yacía al pie del hombre como vestidura caída de las espaldas, en la atmósfera vibrante de calor aparecía la faz cadavérica que miraba á Antea con ojos vidriosos y se alejaba andando lentamente de espaldas, como diciéndole:

–¡Sígueme!

VI

A veces parecíale á Antea que los labios de la aparición se movían imperceptiblemente, y en ocasiones figurábasele ver salir de ellos escarabajos negros y repugnantes que hacia ella volaban.

A la sola idea de estas visiones, su mirada expresaba el mayor terror.

Tanto, que comenzaba á imaginarse la vida como una cadena no interrumpida de sufrimientos agudos y hasta llegaba á suplicar á Cinna que clavara en su pecho una espada ó le permitiera tomar un veneno.

Pero Cinna nunca quiso consentir en ello: con su espada habríase abierto todas las venas, si esto hubiese podido aliviarla; pero jamás se habría sentido con fuerzas para matarla á ella.

Cuando se imaginaba muerta aquella querida cabecita, con los párpados cerrados, y en una helada inmovilidad; cuando se representaba aquel pecho atravesado por su espada, comprendía que antes de resolverse á consumar tal acción, necesariamente habría de volverse loco.

Un médico griego le dijo que quien se aparecía á Antea era Hecate, y que los seres invisibles que tanto espantaban á la enferma eran el acompañamiento de aquella terrible divinidad; en su concepto, la joven no tenía remedio, porque todo el que había visto á Hecate tenía que morir.

Entonces Cinna, que antes se burlaba de la fe en Hecate, le ofreció en sacrificio una hecatombe; pero el remedio no proporcionó alivio alguno y al siguiente día los ojos lúgubres continuaron clavándose en Antea.

Probaron de taparle la cabeza, pero al través del velo más espeso veía la cadavérica faz; y cuando se encontraba en una habitación obscura, aquella faz aparecía en la pared, disipando las tinieblas con su luz pálida y descolorida.

Por la noche, la enferma sentíase mejor; pero entonces permanecía sumida en un sueño tan profundo, que Cinna y Timón á veces temían que no volvería á despertarse.

Al fin su debilidad fué tal, que no pudo andar sin ayuda y hubo que llevarla en una litera.

La antigua inquietud de Cinna renació más fuerte que antes y se apoderó de él por completo: había en ella, en primer lugar, algo de miedo por la vida de Antea, pero había también una extraña sensación de que aquella enfermedad se enlazaba misteriosamente con lo que había sido objeto de su conversación íntima con Timón.



Mientras le golpeaban, mostrábase paciente como un cordero

El viejo sabio pensaba acaso como él, pero Cinna temía interrogarle.

En el entretanto, la enferma se consumía como flor en cuyo cáliz ha anidado un reptil venenoso; mas Cinna, á pesar de su desaliento, defendía á su esposa con toda la energía de la desesperación.

Primero la llevó al desierto, á los alrededores de Memfis; pero viendo que la estancia á la sombra de las Pirámides á la libertaba de sus espantosas visiones, regresó de Alejandría y rodeó á su mujer de adivinas, de brujos que conjuraban las enfermedades, de toda una muchedumbre de esos magos imprudentes que con sus manejos secretos explotan la credulidad humana. Cinna, que no podía elegir entre otros recursos, apelaba á todos los medios que se le ocurrían.

Por aquel tiempo llegó á Alejandría procedente de Cesarea, un médico famoso, el hebreo Josef, hijo de Khouza.

Cinna lo llevó inmediatamente al lado de su mujer y muy pronto brilló de nuevo en su corazón la esperanza.

Josef, que no creía en los dioses de Grecia ni en los de los romanos, rechazó con desprecio la suposición de que el mal fuera debido á la influencia de Hecate; más bien admitía la influencia de los demonios, y aconsejaba que se sacara á Antea de Egipto, en donde, independientemente de tales demonios, su salud podía estar comprometida por las pantanosas emanaciones del Delta. Según él, acaso porque era judío, debían llevarla á Jerusalén, ciudad que los demonios no podían visitar y en la cual el aire era fuerte y sano.

Cinna siguió este consejo con tanto mayor gusto cuanto que, en primer lugar, no le quedaba otro recurso y además porque gobernaba en Jerusalén un amigo suyo cuyos ascendientes habían sido clientes de la casa de sus antepasados.

Y en efecto, el procurador Poncio acogió á la joven pareja con los brazos abiertos y puso á su disposición su casa de campo cerca de las murallas de la ciudad.

Mas la esperanza de Cinna habíase desvanecido ya antes de su llegada á Jerusalén, porque en el mismo puente de la galera la faz cadavérica contemplaba á Antea, y cuando hubo llegado al término de su viaje, la enferma esperaba con el mismo terror que en Alejandría la hora meridiana.

Y de nuevo pasaron los días en medio de la tristeza, del temor, de la desesperación, y de la espera de la muerte.

VII

Mucho calor hacía en el atrio, á pesar de la fuente, de la sombra del pórtico y de la hora matinal; el mármol blanco ardía bajo la acción del sol de primavera.

Por fortuna, no lejos de la casa había un pistachero cuyas extensas ramas cubrían un ancho espacio. De cuando en cuando un soplo de brisa pasaba por aquel sitio descubierto. Allí mandó Cinna colocar la litera guarnecida de jacintos y de flores de manzano en que estaba tendida Antea, y sentándose junto á ésta puso su mano sobre la mano, blanca como el alabastro, de su esposa, y le preguntó:

–¿Estás bien, amada mía?

–Muy bien, respondió la joven con voz apenas perceptible y entornando los párpados como si fuera á dormirse.

Reinó el silencio, sólo interrumpido por la brisa que agitaba las ramas del pistachero, mientras en el suelo, alrededor de la litera, movíanse las doradas manchas de los rayos solares que al través del follaje se filtraban y los saltamontes no cesaban de zumbar en las rocas grises.

Un instante después, la enferma abrió los ojos.

–Cayo, dijo, ¿es verdad que ha aparecido en esta comarca un filósofo que cura las enfermedades?

–Aquí, respondió Cinna, á estos hombres se les llama profetas. He oído hablar de ese á quien te refieres y quería hacerle venir; pero como es un mago engañoso y además blasfema contra las cosas sagradas y las creencias de este país, el procurador le ha condenado á muerte y hoy mismo ha de ser crucificado.

Antea bajó la cabeza.

–El tiempo te curará, añadió Cinna, viendo la expresión de tristeza que nublaba el semblante de su esposa.

De nuevo reinó el silencio.

Las manchas doradas del suelo continuaban moviéndose y centelleando; los zumbidos de los saltamontes eran cada vez más fuertes y de las grietas de las rocas salían pequeños lagartos que se instalaban sobre las caldeadas piedras.

De cuando en cuando Cinna clavaba su mirada en Antea y por milésima vez acudía á su mente la desesperante idea de que todos los medios para devolverle la salud se habían agotado, de que era vana toda esperanza y de que muy pronto de aquel ser adorado no quedaría más que una sombra efímera y un puñado de ceniza en el columbario.

Entonces mismo, tendida sobre la litera y con los ojos cerrados, parecía como muerta.

«¡Te seguiré!,» decía entre sí Cinna.

Oyóse en aquel instante ruido de pasos.

Antea palideció más aún; sus labios entreabiertos aspiraban el aire con avidez y su pecho se levantaba á impulsos de una respiración jadeante: la pobre mártir creía que la multitud de seres invisibles se aproximaba anunciando la aparición de la faz cadavérica de vidriosas órbitas.

Pero Cinna, cogiéndole la mano, esforzóse en tranquilizarla.

–Nada temas, Antea; estos pasos también yo los oigo.

Un momento después añadió:

–Es Poncio, que viene á visitarnos.

En efecto, á la vuelta del sendero apareció el procurador, seguido de dos esclavos.

Era un hombre de cierta edad, de barba redonda y afeitada, en quien se adivinaban la majestad fingida y al mismo tiempo la preocupación y el cansancio reales.

–Salud á ti, noble Cinna, y á ti, divina Antea, dijo cuando estuvo bajo la sombra del pistachero. ¡Qué día tan caluroso después de una noche tan fría!.. ¡Que sea de felicidad para los dos y que la salud de Antea renazca como esos jacintos y esas flores de manzano que adornan su litera!

–Salud á ti también, Poncio. Sé bienvenido, respondió Cinna.

Sentóse el procurador en una roca, miró á la joven y frunciendo el ceño dijo:

–El aislamiento engendra la enfermedad y el hastío, mientras que en medio de la muchedumbre no hay espacio para un temor inmotivado. Voy, pues, á daros un consejo. No estamos desgraciada-



La muchedumbre se apresuraba á ocupar los mejores sitios

mente en Antioquía ni en Cesarea; aquí no hay juegos, ni arenas, y aunque organizáramos un circo, al día siguiente lo destruirían los fanáticos; no se oye pronunciar más nombre que el de la «Ley» y la ley se opone á todo. Habría preferido vivir en Escitia que en este país...

– ¿Qué ibas á decir, Pilatos?

– Es verdad, me he apartado del asunto; de ello tienen la culpa mis preocupaciones. Decía, pues, que entre la muchedumbre no hay espacio para un miedo inmotivado, y precisamente hoy podréis disfrutar de un espectáculo. En Jerusalén es menester contentarse con poca cosa, y hay que procurar, sobre todo, que Antea se encuentre en medio de la multitud cuando sea la hora del mediodía. Hoy deben morir en la cruz tres hombres, y siempre vale más esto que nada; además, con ocasión de la Pascua acuden á la ciudad los más extraños pordioseros de todos los ámbitos de la región, y podréis contemplar á satisfacción á todas estas gentes. Daré orden de que os reserven un buen sitio, junto á las cruces. Espero que los condenados morirán como valientes: uno de ellos, extraño personaje, se titula Hijo de Dios, es bondadoso como una paloma y en realidad nada ha hecho para merecer el suplicio.

– ¿Y le has condenado á morir crucificado?

– Me interesaba evitar toda clase de disgustos, y al mismo tiempo no tocar el nido de avispas que zumban alrededor del templo y que ya han enviado á Roma bastantes quejas contra mí. Aparte de que no se trata de un ciudadano romano.

– Mas no por ello sufrirá menos el condenado.

Al pronto el procurador nada respondió; sólo al cabo de algunos minutos púsose á hablar como si soñara en alta voz:

– Hay una cosa que no puedo tolerar, la exageración; no más que oyendo pronunciar este nombre ya me pongo de mal humor para todo el día. El término medio, he aquí el punto en que mi prudencia me dice que me mantenga, y no hay en el mundo ningún país en que esta regla sea tan de rigor como en este... ¡Y cuánto me cuesta mantenerme en ella! En ninguna parte, ni en los hombres ni en la naturaleza, encuentro la paz y el equilibrio... Ved, si no; estamos en primavera, y sin embargo, las noches son frías y los días tan calurosos que las piedras os queman las plantas de los pies. Todavía falta mucho para mediodía, y ya veis el calor que se siente. Y en cuanto á los hombres, vale más no hablar. Vivo aquí porque á ello me obligan; pero en fin, no se trata de esto, y ya me había desviado nuevamente de nuestro asunto... Id á presenciar el suplicio; estoy seguro de que ese Nazareno morirá como un valiente. He mandado que le azotaran creyendo salvarlo así de la muerte, pues no soy en modo alguno un hombre cruel; pues bien, mientras le golpeaban mostrábase paciente como un cordero y bendecía al pueblo, y cuando la sangre bañaba su cuerpo alzaba los ojos al cielo y oraba. Es el hombre más extraño que he visto en mi vida... Desde aquel momento mi mujer no me ha dejado ni un minuto tranquilo, y durante todo el día no cesó de repetirme: «¡No hagas perecer á un inocente!» Este era también mi deseo, y por dos veces salí del pretorio para arengar á esos furiosos sacerdotes y á esa miserable plebe; pero ¡quiá!, como un solo hombre gritaban todos, echando atrás la cabeza y con la boca desmesuradamente abierta: «¡Crucifícale!»

– ¿Y has cedido?, preguntó Cinna.

– Por fuerza; de lo contrario habría habido agitación en la ciudad y yo estoy aquí para mantener el orden. Debo cumplir con mi deber... No me gustan las exageraciones y además estoy horriblemente cansado... Pero una vez he adoptado una resolución, sacrifico sin vacilar la vida de un hombre por el bien de todos, tanto más cuanto que en el caso presente se trata de un desconocido, de quien nadie se preocupará. Peor para él si no es romano.

– El sol no brilla solamente para Roma, observó Antea.

Estaba pálido y avanzaba lentamente con paso débil é inseguro

– Divina Antea, replicó el procurador, á tu observación podría contestar diciendo que en toda la tierra sólo para el poderío romano brilla; de aquí que á éste hay que sacrificarlo todo. Ahora bien, los agitadores comprometen este poderío... Pero ante todo te ruego que no me pidas que revoque mi sentencia; ya sabe Cinna que esto es imposible: una vez dictado el fallo, solamente puede revocarlo el César, de suerte que aunque yo quisiera hacerlo no podría, ¿no es verdad, Cayo?



Antea se dejó caer de nuevo sobre las almohadas de su litera

– Es cierto.

Estas palabras produjeron visiblemente una triste impresión en Antea, la cual, como si hablara consigo misma, murmuró:

– ¿De manera que aun siendo inocente se puede sufrir y morir?

– Aquí no se trata de inocentes, respondió Poncio. Ese Nazareno no ha cometido ningún crimen; por esto yo, como procurador, me he lavado las manos; pero como hombre condeno su doctrina. De intento he conversado largo rato con Él; quería sondearle y me he convencido de que sueña cosas inauditas... Sus doctrinas son muy difíciles de comprender. La vida del mundo ha de basarse en la razón... ¿Es necesaria la virtud? ¿Quién se atrevería á negarlo? Por lo menos yo no. Los mismos estoicos prescriben la calma ante una opinión contradictoria... Pero no piden el abandono de todo, desde la fortuna hasta la comida del día presente. Dime, Cinna, tú que eres hombre razonable: ¿qué pensarías de mí si, sin motivo alguno, regalara esta casa que habitas á ese pordiosero que se calienta al sol cerca de la puerta de Jaffa? Y sin embargo, esto es lo que el Nazareno pide.. Dice además que es preciso amar á todo el mundo sin distinción, lo mismo á los hebreos que á los romanos, á éstos como á los egipcios, igual que á los africanos y así sucesivamente. Al oir tales cosas no he querido saber más... Por otra parte, en los instantes en que se trataba para Él de una cuestión de vida ó muerte, su actitud era tal que no parecía sino que nada tenía que ver con ello: enseñaba y rezaba. Pues bien; yo no tengo el deber de salvar á quien ningún interés tiene por sí mismo. El que no sabe guardar el término medio demuestra que carece de razonamiento... Por último, se titula Hijo de Dios, y como quebranta los cimientos de la sociedad, perjudica á los hombres. En buena hora que piense para sus adentros lo que quiera, pero que no destruya las bases... De modo que, como hombre particular, protesto contra su doctrina. Supongamos que yo no crea en los dioses; pero esto sólo á mí me atañe. Sin embargo, reconozco la necesidad de la religión y la proclamo en alta voz porque creo que es un freno indispensable en lo que toca al pueblo. Los caballos han de estar enganchados al carro, y bien enganchados... Por otra parte, la muerte no debe asustar mucho



MARÍA MAGDALENA, cuadro de Miguel Lambertini

[illegible]



JESÚS EN EL SEPULCRO, cuadro de Muñoz Degrain

[illegible]

al Nazareno, puesto que pretende que resucitará.

Cinna y Antea cambiaron entre sí una mirada de sorpresa y exclamaron:

—¿Resucitará?

—Dentro de tres días, ni más ni menos. De todos modos, así lo anuncian sus discípulos; en cuanto á Él, no me he acordado de interrogarle sobre este punto... A bien que todo esto me importa poco, porque la muerte desliga de las promesas... Y aunque no resucitara, nada tampoco perdería, porque según su doctrina, la verdadera felicidad, así como la vida eterna, no comienzan hasta después de la muerte. De esto habla con absoluto convencimiento. Hay en su Hades más luz que en todo el mundo sublunar, y el que más sufre aquí abajo, irá más seguramente allá arriba; no hay más que amar, amar y siempre amar.

—¡Extraña doctrina!, dijo Antea.

—¿Y la plebe te gritaba «Crucifícale»?, exclamó á su vez Cinna.

—Nada de esto me ha sorprendido. El alma de este pueblo está amasada en odio. ¿Quién sino el odio es capaz de pedir la cruz á cambio del amor?

Antea se pasó su enflaquecida mano por la frente y preguntó:

—¿Y está cierto ese hombre de que se puede vivir y ser dichoso después de la muerte?

—Precisamente por esto no teme la muerte ni la cruz.

—¡Qué hermoso sería esto, Cayo!

Un instante después siguió preguntando:

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Pretende saberlo, contestó el procurador, por el Padre de todos los hombres, que es para los judíos lo que para nosotros Júpiter, con la diferencia de que, según el Nazareno, es único y misericordioso.

—¡Qué hermoso es esto!, repitió la enferma.

Cinna entreabrió los labios como si tuviera que decir algo, pero se calló y la conversación no pasó de aquí.

Poncio, pensando sin duda en la doctrina del Nazareno, meneaba la cabeza ó se encogía de hombros.

Al fin se levantó para despedirse.

De pronto dijo Antea:

—Cayo, vamos á ver á ese Nazareno.

—Daos prisa, añadió Pilatos alejándose, porque pronto se pondrá en marcha la comitiva.

VIII

Se aproxima la hora meridiana; el día, que comenzó caluroso y sereno, empieza á obscurecerse; del Noroeste vienen nubes negras ó rojo-cobrizas, pequeñas, pero espesas, saturadas evidentemente de tempestad, y aunque todavía dejan entrever en algunos sitios el intenso azul del cielo, no tardarán en juntarse y en velar todo el firmamento. Ahora, el sol orla sus escotaduras con filetes de oro.

Sobre la ciudad y las vecinas montañas, aún se ve una faja de cielo claro, mientras en la tierra el aire languidece y deja de circular.

En la elevada meseta del Gólgota están ya instalados aquí y allí algunos pequeños grupos de hombres que se han apresurado á tomar puesto antes que el cortejo salga de Jerusalén.

El sol ilumina aquel espacio pedregoso, ancho, vacío, estéril, triste, cuya monotonía gris perla rompen únicamente las gargantas y las grietas que con su negrura se destacan sobre la meseta violentamente iluminada. A lo lejos álzanse elevadas colinas también estériles y envueltas en un vapor violáceo.



MUERTE DE JESÚS

Más abajo, entre las murallas de la ciudad y la meseta del Gólgota se extiende la llanura, sembrada de rocas, pero no menos árida. En las excavaciones en donde se ha amontonado algún limo, crecen algunas higueras de mezquino follaje. Vense allí igualmente algunos edificios de tejados planos adheridos, como nidos de golondrinas, á las paredes rocosas, ó bien sepulcros que muestran al sol su deslumbrante blancura.

Con motivo de la proximidad de las fiestas habían llegado aquel día gentes de toda la provincia, y alrededor de las murallas de la ciudad habíanse levantado gran número de chozas y tiendas que formaban un campamento en donde hormigueaban hombres y camellos.

El sol seguía ascendiendo por la azul bóveda, libre todavía de nubes: era la hora en que aquellas alturas suelen estar sumidas en un profundo silencio y en que todo ser viviente busca un abrigo junto á las murallas de la ciudad ó en los repliegues del terreno.

A pesar de la animación que allí reinaba en aquel momento, cierta tristeza cerníase sobre aquella extensión en donde la luz deslumbradora del sol se posaba, no sobre campos de verdura, sino sobre la masa gris de las piedras. Escuchábase el eco de un ruido lejano procedente de la ciudad que semejante al murmullo de las olas parecía fundirse en el silencioso ambiente.

Los grupos aislados que desde la mañana se habían situado en el Gólgota dirigían á cada momento sus miradas á la ciudad, esperando ver salir de ella el cortejo.

En esto apareció la litera de Antea, escoltada por unos cuantos soldados del emperador encargados de abrir paso por entre la multitud y en cierto modo de preservar á los extranjeros de los insultos de la plebe fanática que los odiaba.

Junto á la litera iba Cinna en compañía del centurión Rufilo.

Antea parecía más tranquila y esperaba menos inquieta que de ordinario la hora del mediodía, que era la hora en que se le mostraban aquellas visiones terribles que la extenuaban.

Lo que el procurador había dicho del Nazareno, habíase apoderado de su ánimo y desviaba su atención del mal que padecía.

Había en esto algo extraño que no acertaba á comprender.

La sociedad de aquel tiempo había visto á muchos morir con la misma tranquilidad con que se extingue una pira funeraria cuando la leña se ha consumido por completo; pero aquella calma era la calma resultante del valor ó la resignación filosófica ante la necesidad de pasar de la luz á las tinieblas, de la vida real á una existencia nebulosa, vaga, indefinida.

Hasta entonces, nadie había bendecido la muerte; ninguno moría con la certidumbre inquebrantable de que sólo después de la pira ó de la tumba empiezan la verdadera existencia, la dicha verdadera, tan grande, tan infinita que únicamente un ser omnipotente é infinito puede proporcionarla.

Pues bien: esta dicha anunciábala como verdad indiscutible aquel á quien iban á crucificar dentro de un momento; y esta enseñanza había impresionado hondamente á Antea, porque le había parecido la única fuente de consuelo y de esperanza.

Sabía que había de morir y sentíase dominada por un gran pesar.

¿Qué era para ella la muerte? La separación de Cinna, de su padre, de todo el mundo, del amor; era el frío, la nada, las tinieblas. Cuanto mejor se sentía viviendo, tanto más profunda debía ser su pena; pero si la muerte podía servirle de algo, si podía llevarse consigo una partícula del recuerdo de su amor, de su felicidad, entonces sí que hallaría la fuerza necesaria para someterse.

Y ahora resultaba que cuando no esperaba sino la muerte, aprendía que la muerte podía dárselo todo. ¿Y quién le había enseñado esto? Un hombre extraño, maestro, profeta, filósofo, que predicaba el amor á sus semejantes como la más alta de las virtudes, un hombre que á sus semejantes bendecía en el instante mismo en que le azotaban y en que iban á crucificarle.

Y Antea pensó:

«¿Por qué predica tales cosas si la única recompensa que por ello obtiene es la cruz? Algunos aspiran al poder, pero Él no lo desea y se ha conservado siempre humilde; otros ambicionan palacios

lujo, festines, vestidos de púrpura, carros adornados de nácar y de marfil, al paso que Él ha vivido como un pastor en medio de su rebaño. Enseña el amor, la piedad, la pobreza; luego no puede ser malo ni engañar deliberadamente á sus semejantes. Si dice la verdad, sea, pues, bendecida la muerte; la muerte, término de la humildad terrestre, cambio de una felicidad pequeña por una



¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!

mayor, luz para los ojos apagados, alas que conducen hacia la mansión de la alegría eterna...»

Ahora comprendía Antea el anuncio de la resurrección.

La inteligencia y el corazón de la pobre enferma adoptaron con ardor aquella doctrina. Acordóse de las palabras de su padre, que á menudo había dicho que sólo la nueva verdad podía sacar de las tinieblas al alma humana fatigada y librarla de las cadenas que la oprimían. Y allí estaba la nueva verdad, vencedora de la muerte, fuente de salud.

Antea habíase sumido tan profundamente en sus pensamientos, que por vez primera, desde hacía mucho tiempo, no observó Cinna en su rostro, al acercarse mediodía, los signos de ansiedad acostumbrados.

La comitiva salió de la ciudad y se dirigió al Gólgota.

Desde la altura en donde se encontraba Antea podían distinguirse los menores detalles.

La multitud era considerable, y sin embargo parecía fundirse en el espacio del desierto pedregoso. La puerta de la ciudad, de par en par abierta, vomitaba sin cesar oleadas humanas que en el camino aumentaban con los que esperaban extramuros, y á ambos lados del río viviente agitábanse enjambres de chiquillos. El cortejo cambiaba de color á causa del brillo de los vestidos blancos de los hombres y de los pañuelos encarnados y azules de las mujeres. En el centro relucían las espadas y los hierros de las lanzas de los guerreros romanos.

El ruido de las voces llegaba primero confuso y después cada vez más distinto. Al fin la comitiva se acercó y las primeras filas comenzaron á subir la colina.

La muchedumbre se apresuraba á ocupar los mejores puestos á fin de no perder ni un solo detalle del suplicio, de modo que la escolta que rodeaba á los condenados se quedó atrás.

Los primeros en aparecer fueron los niños, en su mayoría chiquillos medio desnudos, con un trozo de tela atado á la cintura, los cabellos cortados al rape, excepto dos rizos que les colgaban sobre las sienes, de tez aceitunada, ojos azules y hablar chillón, que lanzando gritos estridentes se pusieron á arrancar de las excavaciones fragmentos de rocas desprendidas para más tarde arrojarlos á los crucificados.

Detrás de ellos, una parte de la abigarrada multitud llegó á la cumbre de la colina. Los rostros de todas aquellas gentes estaban animados por la esperanza de un espectáculo interesante; en ninguno de ellos se veía la menor sombra de compasión. Los clamores, la precipitación de las palabras, la exuberancia de los gestos, llegaron á asombrar á Antea, á pesar de que estaba acostumbrada á la plebe griega, charlatana y ruidosa. Los hombres hablaban entre sí como si estuvieran dispuestos á lanzarse unos contra otros y vociferaban cual si de su salvación se tratara.

El centurión Rufilo, que se había aproximado á la litera, dió á la joven algunas explicaciones en tono tranquilo y grave, mientras de la ciudad seguían saliendo precipitadamente nuevas oleadas humanas.

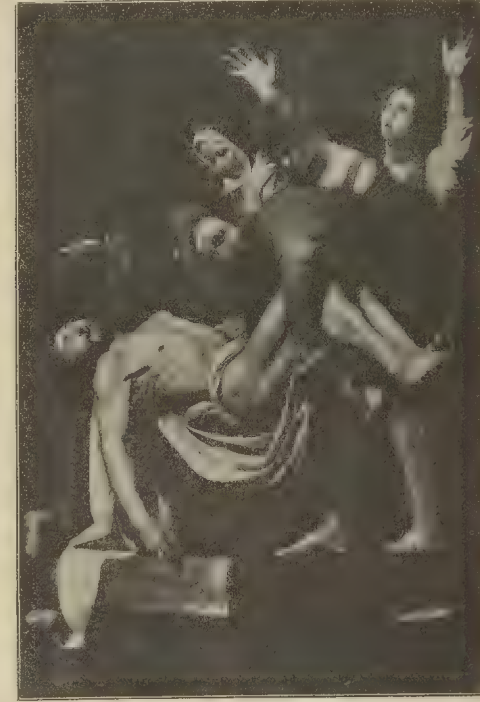
Allí había habitantes acomodados de Jerusalén que se mantenían apartados de la turba de los arrabales; aldeanos acompañados de sus familias á quienes atrajera la proximidad de las fiestas; labradores, con las alforjas á la espalda; pastores de aspecto bonachón y turbado, vestidos con pieles de cabra.

Las mujeres se confundían con los hombres; pero como las vecinas de holgada posición no eran aficionadas á salir de la ciudad, lo que más abundaban allí eran las labriegas y las cortesanas, vestidas con telas de colores chillones, con los cabellos, cejas y uñas teñidos, haciendo ostentación de su riqueza y esparciendo en torno suyo el olor perfumado del nardo.

Finalmente apareció el Sanhedrín, en medio del cual iban Hanaan, viejo de perfil de buitre y de rojos párpados, y el obeso Caifás, cubierta la cabeza con la mitra de dos cuernos y adornado el pecho con la dorada tabla. Seguíanles los diferentes órdenes de fariseos: los que *arrastran los pies* y tropiezan intencionadamente con obstáculos; los que se *ensangrientan* voluntariamente y se dan de cabezadas contra las paredes; los que andan *encorvados*, como dispuestos á llevar sobre sus espaldas los pecados de todo el pueblo. Su sombrío aire de importancia y el frío furor pintado en sus rostros les distinguían marcadamente del bullicioso populacho.

Cinna contemplaba á todos los que pasaban con el desprecio del hombre perteneciente á la nación soberana; Antea les miraba con asombro y con temor. En Alejandría había muchos hebreos, pero allí parecían semigriegos, al paso que aquí los veía por vez primera tales como se los había descrito el procurador.

El juvenil semblante de Antea, en el que la muerte había impreso ya su sello, y su persona, que más bien parecía una sombra que un ser viviente, atraían la atención general: la multitud la examinaba con toda la insistencia que permitían los soldados á quienes se confiara la custodia de la litera, y hasta en esa curiosidad se manifestaba el odio y el desprecio á los extranjeros, pues



Sepelio de Jesucristo

ninguna cara expresaba el menor sentimiento de piedad hacia la pobre enferma, y antes bien los ojos irritados manifestaban cierta alegría ante la idea de que la víctima no podría evitar el desenlace fatal.

Entonces comprendió Antea por qué aquellas gentes exigían la crucifixión del profeta que predicaba el Amor.

Y de pronto el Nazareno le pareció un ser afín á ella, casi por ella amado. Él había de morir; también debía morir ella. La sentencia estaba dictada; nada podía salvarle á Él; también sobre ella pesaba una sentencia. Y le parecía que los dos estaban unidos por una especie de fraternidad en la desgracia y en la muerte.

Pero así como Él iba hacia la cruz con la fe en un mañana póstumo, ella no sentía esa fe, y había acudido á su lado para buscar en Él la esperanza.

En el entretanto, el lejano tumulto aumentaba. De pronto se oyó un silbido al que siguió un alarido, y luego todas las voces cesaron.

Oyóse el ruido de las armas y de los pesados pasos de los legionarios; la multitud retrocedió apartándose, y la escolta que conducía á los condenados llegó al sitio en donde estaba la litera. Delante, á los lados y detrás marchaban los soldados con paso cadencioso; en el centro distinguíanse tres cruces que parecían moverse solas en el vacío, tan encorvados bajo su peso iban los hombres que las llevaban.

Fácil era adivinar que entre aquellos tres hombres no estaba el Nazareno: en los semblantes de los dos condenados veíanse las huellas del vicio y del

crimen; el tercero era un aldeano de cierta edad que sin duda llevaba la cruz por otro.

Detrás de ellos venía Jesús de Nazareth entre dos guardias: llevaba un manto de púrpura encima de su túnica, y de su frente, ceñida con una corona de espinas, manaba sangre. Las gotitas rojas rodaban lentamente por su cara y algunas se coagulaban en su frente, como bayas de agavanzo ó corales de un rosario.

Estaba pálido y avanzaba lentamente con paso débil é inseguro.

Insensible á las burlas del populacho, parecía como sumido en un ensueño que traspasaba los límites del mundo visible, como desprendido de la tierra y sordo á los clamores de odio, con un aire de perdón que superaba al perdón humano y de conmiseración que superaba á la humana piedad, rodeado ya de una aureola del infinito, muy por encima de los males de la tierra, dulce y sufriendo el gran sufrimiento de todo el universo.

– ¡Tú eres Verdad!, murmuraron los temblorosos labios de Antea.

La comitiva estaba en aquel momento muy cerca de la litera y se había detenido un momento para dejar que los soldados que iban al frente se abrieran paso á viva fuerza.

Antea veía al Nazareno á pocos pasos de ella; veía cómo la brisa jugueteaba con sus cabellos; veía cómo los rojizos reflejos de su manto se posaban sobre su rostro pálido y diáfano.

La muchedumbre que se precipitaba hacia Él formó un círculo estrecho en torno de los soldados, quienes hubieron de armar sus arcos para proteger al condenado contra el furor del pueblo. Por todas partes se alzaban puños crispados y se veían ojos que se salían de sus órbitas, dientes relucientes, barbas en desorden, labios que arrojaban espuma y escupían maldiciones.

El Nazareno miró á su alrededor como preguntando: «¿Qué os he hecho?» Después alzó los ojos al cielo y oró.

– ¡Antea, Antea!, exclamó Cinna.

Pero Antea no pareció oir aquel llamamiento. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y olvidando su mal y que hacía largo tiempo que no abandonaba su litera, se incorporó, y temblorosa, como enajenada de piedad, de conmiseración y también de indignación contra aquel populacho delirante, púsose á arrancar los jacintos y las flores de manzano y á arrojarlas á los pies del Nazareno.

Entonces cesaron todos los rumores y la masa humana quedó sobrecogida al ver á aquella noble romana que rendía tributo al condenado.

Éste posó su mirada sobre el semblante pálido enfermizo de la joven y sus labios se movieron cual si murmurasen una bendición.

Antea se dejó caer de nuevo sobre las almohadas de su litera, y sintiéndose invadida por un torrente de luz, de bondad, de esperanza y de dicha, repitió:

– ¡Tú eres Verdad!

Y luego volvieron á brotar de sus ojos las lágrimas.

El condenado había pasado y fué conducido al sitio en donde, en una excavación de la roca, alzábanse los tres montantes que habían de sostener las cruces. La multitud le ocultó por un instante á la vista de Antea; pero como el lugar del suplicio era más alto, muy pronto pudo la joven volver á contemplar su rostro pálido y su corona de espinas.

Los legionarios hubieron de recurrir nuevamente á sus bastones para hacer apartar á conveniente distancia al populacho que estorbaba los preparativos de la ejecución. Los dos ladrones fueron izados á las cruces laterales; en la punta de la del centro había clavada una tablita blanca cuyas extremidades agitaba el viento que se había levantado.

Cuando los soldados se acercaron al Nazareno y le quitaron las vestiduras, los espectadores prorrumpieron en gritos:

– ¡Rey, rey, no consientas que te toquen, rey! ¿Dónde están tus legiones? ¡Defiéndete!

A estos alaridos se mezclaron algunas carcajadas; parecía como que una befa formidable sacudía todo el terraplén pedregoso.

El condenado, en tanto, fué tendido en el suelo para clavarle las manos en el travesaño con el cual le levantarían á fin de izarlo á lo alto del madero.

En aquel instante, un hombre situado no lejos de la litera y vestido con una túnica blanca, cubrióse la cabeza de ceniza y exclamó con voz potente y desesperada:

– ¡Yo padecía de lepra y me curó! ¿Y es á Él á quien crucifican?

Antea se puso intensamente pálida y exclamó:

– ¡Le curó!.. ¿Lo oyes, Cayo?

– ¿Quieres que nos volvamos á casa?

– No, quiero quedarme aquí.

Una desesperación inconmensurable, salvaje, se apoderó de Cinna ante la idea de que no había recurrido al Nazareno para curar á su esposa.

Pero en aquel momento los soldados aplicaron los clavos á las manos de los condenados y se pusieron á hundirlos á martillazos. Oyóse entonces el choque amortiguado del hierro contra el hierro, y á poco el sonido hízose más distinto cuando los clavos hubieron traspasado la carne y penetraron en la madera.

Calló de nuevo la plebe para disfrutar de las quejas que el sufrimiento debía arrancar de los labios del Nazareno; pero éste permaneció mudo, y en el terraplén sólo se oyeron los siniestros martillazos.

Por fin, cuando el trabajo estuvo concluído, el cuerpo de Jesús fué levantado junto con el madero; entonces el centurión con voz cantante y monótona dió algunas órdenes, y uno de los soldados púsose á clavar los pies del reo.

Las nubes que desde la mañana se iban acumulando, habían acabado por tapar el sol; extinguióse el reflejo deslumbrador que despedían las lejanas colinas y los peñascos; disminuyó la luz, y una sombra siniestra de un tinte rojo cobrizo envolvió todo el paisaje y se fué haciendo cada vez más espesa, á medida que el sol se hundía en el fondo de los nubarrones.

Parecía como que alguien desde lo alto sembrara asfixiantes tinieblas; sopló una ráfaga abrasante, luego otra y después calmóse el aire y la atmósfera se hizo pesada, de una pesadez insoportable.

De pronto los rojizos resplandores ennegreciéronse á su vez: las nubes, sombrías como la noche, descendieron en masas enormes encima del pueblo y del terraplén. La tempestad estaba cerca; todo respiraba ansiedad.

– Vámonos, dijo Cinna.

– Quiero verle todavía, respondió Antea.

La penumbra velaba los cuerpos suspendidos de las cruces, por lo que Cinna dió orden de que transportasen la litera más cerca del calvario.

El cuerpo del Crucificado se destacaba sobre el leño, y en medio de la obscuridad ambiente aparecía como formado por rayos de luna. Una respiración jadeante levantaba su pecho, pero su cabeza y sus ojos seguían fijos siempre en el cielo.

Del fondo de las nubes salió un sordo fragor y el trueno retumbó con crepitación ensordecedora desde Oriente á Occidente; luego se amortiguó cual si cayera en un precipicio sin fondo, fué disminuyendo y volvió después á rugir con fuerza, hasta que por último estalló en una explosión que conmovió hasta las entrañas de la tierra.

En seguida un formidable relámpago azul rasgó la nube é iluminó violentamente el cielo, la tierra, las cruces, las armaduras de los guerreros y la multitud que se apiñaba despavorida y llena de miedo como un rebaño de carneros.

Al rayo sucedió una obscuridad aún más profunda que la que reinaba antes.

Junto á la litera oíanse los sollozos de las mujeres situadas al pie de la cruz, y aquel llanto, en medio del universal silencio, producía una impresión hondísima.

Los que habían ido juntos y se habían separado llamábanse unos á otros, y de cuando en cuando se oían voces inquietas que gritaban:

– ¿Habrán crucificado á un Justo? ¡Oyah!

– ¡Oyah! ¡Él predicaba la verdad!

– ¡Él resucitaba á los muertos! ¡Oyah!

– ¡Ay de ti, Jerusalén!, aulló uno.

– ¡La tierra tiembla!, gritó otro.

Y las profundidades de las nubes vomitaron un nuevo torrente de rayos parecidos á gigantescas siluetas de fuego. Las voces callaron ó, mejor dicho, se perdieron en el fragor del huracán que se desencadenó con inaudita furia, arrancando á los hombres sus vestiduras para esparcirlas por la llanura.

– ¡La tierra tiembla!, gritaron algunos.

Y unos huyeron, mientras otros, inmovilizados por el miedo, permanecieron petrificados, sin acertar á pensar y únicamente con un vago sentimiento de que acaba de consumarse algo terrible.

Después, las tinieblas comenzaron á aclararse; el viento barrió las nubes, las estiró, las juntó, para desgarrarlas de nuevo como trapos viejos; aumentó la claridad y al fin entreabrióse el obscuro velo y por aquel desgarrón precipitóse una ola de rayos solares. Todo se iluminó: el calvario, las cruces, los semblantes aterrorizados.

El Nazareno tenía la cabeza doblada sobre el pecho; estaba pálido como la cera, tenía los ojos abiertos y los labios lívidos.

– ¡Muerto!, murmuró Antea.

– ¡Muerto!, repitió Cinna.

En aquel momento el centurión clavó la punta de su lanza en el costado del ajusticiado.

¡Cosa extraña! La plebe, al ver de nuevo el sol y á aquel muerto, pareció tranquilizarse y se acercó más al lugar del suplicio sin que los soldados la rechazaran.

– ¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!, gritaron algunos en son de mofa.

Antea contempló todavía aquella hermosa cabeza inclinada, y dijo en voz baja, como si hablara consigo misma:

– ¿Será cierto que resucitará?

Veía sus ojos y sus labios cubiertos de azuladas manchas, sus brazos rígidos é inertes, su cuerpo inmóvil y desplomado, y sin embargo el tono de su voz revelaba una desesperada duda.

La misma duda atormentaba el alma de Cinna. Tampoco él creía en la resurrección del Nazareno; pero estaba seguro de que, en vida, sólo Él habría podido, con su poder bueno ó malo, curar á Antea.

En el entretanto, la muchedumbre seguía aumentando en torno de la cruz, y varias voces, cada vez más burlonas, repetían:

– ¡Desciende de la cruz! ¡Desciende de la cruz!

– ¡Desciende!, exclamó Cinna desesperado y desde el fondo del corazón. ¡Cúrala y tuya es mi alma!

El cielo se despejó. La niebla envolvía aún los montes, pero por encima del Gólgota y de la ciudad no se cernía ya ni una sola nube.

La torre Antonia, herida por los rayos solares, brillaba como otro sol, y en el aire refrescado revoloteaban centenares de golondrinas.

Cinna indicó que era preciso retirarse.

Hacía mucho que había pasado el mediodía. Cuando se aproximaba á su casa, dijo Antea:

– Hoy no ha venido Hecate.

Lo mismo había pensado Cinna.

IX

Tampoco al día siguiente reapareció la visión.

La enferma sentíase muy animada porque Timón, muy inquieto por la salud de Antea y alarmado por una carta de Cinna, había salido apresuradamente de Alejandría y llegado á Cesarea para ver por última vez á su única hija.

La esperanza comenzaba á llamar al corazón de Cinna y pedía que la dejaran entrar; pero Cinna no se atrevía á abrirle del todo la puerta, no se atrevía á esperar.

En Alejandría y en el desierto había habido ya intervalos de esos entre las visiones que mataban á Antea, pero aquellos intervalos habían sido de un día, nunca de dos.

Cinna atribuía, pues, el actual alivio á la llegada de Timón y á la impresión que en Antea produjera el suplicio, impresión tan profunda que la joven no podía hablar de otra cosa, ni aun á su mismo padre.

Éste escuchaba atento, sin replicar, y reflexionaba preguntando con cuidado acerca de la doctrina del Nazareno, respecto de la cual Antea no sabía sino lo que le había dicho el procurador.

De todos modos, sentíase mejor, más fuerte y un rayo de esperanza brilló en sus ojos cuando hubo transcurrido sin incidentes la hora meridiana. En varias ocasiones calificó aquel día de venturoso y pidió á su marido que lo anotara.

El día, no obstante, era triste y sombrío: de las nubes bajas y monótonas caía una lluvia, primero abundante, después fina, penetrante, fría.

Sólo á la caída de la tarde el cielo se despejó y el gran disco solar tiñó de púrpura y oro las nubes, las rocas grises del desierto, el mármol blanco de los pórticos de las quintas, para luego sumergirse, á lo lejos, en los abismos del Mediterráneo.

Al día siguiente, en cambio, el tiempo mostróse espléndido: todo indicaba que el día sería caluroso, pero la mañana estaba fresca, el cielo sin la más pequeña nube y la tierra de tal manera inundada por el brillo del azul firmamento que todos los objetos aparecían con un tinte azulado.

Antea se hizo conducir á su pistachero favorito que dominaba toda la colina, para gozar desde allí de la vista del radiante paisaje y del horizonte azul.

Cinna y Timón, que sin apartarse de la litera espiaban el menor cambio en el semblante de la enferma, observaron en ella una vaga inquietud, pero no aquel terror mortal que de ella solía apoderarse cuando mediodía se acercaba. En aquel momento sus ojos eran más límpidos y en sus mejillas aparecía un tinte sonrosado.

Cinna ya se atrevía á esperar por instantes que su esposa se curaría; y ante esta idea, ora le entraban ganas de arrojarse al suelo, de dejar que sus lágrimas de alegría se desbordaran libremente y de dar



LA PESCA MILAGROSA, cuadro de Crayer

gracias á los dioses, ora su corazón se oprimía nuevamente al pensar que tal vez aquello no era más que el último resplandor de una lámpara próxima á extinguirse.

Queriendo á toda costa fortalecer su esperanza, fijaba á veces sus ojos en Timón; pero éste debía, sin duda, pensar lo mismo que Cinna, porque procuraba evitar su mirada.

Nadie hizo la menor alusión á la proximidad del mediodía; pero Cinna, que no dejaba de seguir la progresión de la sombra, sintió palpitar su corazón cuando vió que ésta se iba acortando.

Y así permanecieron, sumidos en una especie de ensueño: la menos inquieta, al parecer, era Antea.

Tendida sobre la litera descubierta, con la cabeza apoyada en una almohada de púrpura, aspiraba con delicia las frescas emanaciones que la brisa traía de Occidente, del lado del mar.

Pero hacia el mediodía la brisa disminuyó en tanto que el calor aumentaba. Los grupos de nardos, calentados por el sol, exhalaban embriagador perfume; por encima de unas anémonas revoloteaban mariposas de hermosos colores, y algunos pequeños lagartos, acostumbrados ya á aquella litera y á aquellas personas, salían sin temor de sus guaridas, pero siempre en acecho. Toda la tierra descansaba bajo la acción de la luz y del calor, y sobre ella extendíase serena la bóveda del azulado firmamento.

Timón y Cinna parecían también abismados en aquella paz inmensa. La enferma, como si el sueño la invadiera, cerró los párpados y sólo turbó el silencio un suspiro profundo escapado de su pecho.



Tendida sobre la litera descubierta, con la cabeza apoyada en una almohada de púrpura, aspiraba con delicia las frescas emanaciones que la brisa traía de Occidente, del lado del mar.

Cinna observó entonces que su sombra había perdido su forma prolongada y se detenía á sus pies.

Era mediodía.

De pronto, Antea abrió los ojos y dijo con extraño acento:

–¡Cayo, dame la mano!

Cinna se levantó rápidamente; la sangre se había helado en sus venas: se acercaba el momento horrible de las visiones.

–¿Ves esa luz que se acumula allá abajo, en el éter?, preguntó Antea. ¿Ves cómo tiembla, brilla y avanza hacia mí?..

–¡Antea, no mires á ese lado!, exclamó Cinna.

Pero ¡oh milagro! El rostro de la joven no expresaba el más leve terror; sus labios se abrieron, sus ojos dilatados se fijaron en el espacio y una alegría inconmensurable inundó su semblante.

–Una columna de luz viene hacia mí, dijo. ¡Veo!.. ¡Es Él! ¡Es Jesús de Nazareth!.. Se sonríe... ¡Oh, dulce!.. ¡Oh, misericordioso!.. ¡Sus manos agujereadas se extienden sobre mí como las de una madre!... ¡Cayo, me trae la salud y la salvación, y me llama!

–Si nos llama ¡sigámosle!, respondió Cinna palideciendo.

Una hora después, por el lado opuesto, apareció Pilatos en el pedregoso sendero que de la ciudad conducía á la quinta. En su rostro se adivinaba que traía una noticia considerada por él, á fuer de hombre razonable, como una invención del vulgo crédulo é ignorante.

Y en efecto, desde lejos y enjugándose el sudor que bañaba su frente, gritó:

–¡Asombraos!.. ¡Esos hombres pretenden que ha resucitado!

LA TIARA DE SAITAPHARNÉS

Cuando en 1896 el Estado francés adquirió para instalarlo en el Museo del Louvre el casco de oro conocido con el nombre de tiara de Saitapharnés, varios sabios, sobre todo extranjeros, emitieron sus dudas acerca de la autenticidad de esta obra de orfebrería. Promoviéronse entonces reñidas discusiones entre el conservador del departamento de antigüedades griegas y romanas en el citado museo M. Heron de Villefosse y los Sres. Furtwaengler, conservador de los museos imperiales de Berlín, y Wisselowsky, conservador adjunto del museo imperial del Ermitage de San Petersburgo.

Estos últimos sostenían que la tiara era falsa ó cuando menos muy restaurada y en gran parte falsificada, demostrando su afirmación con argumentos arqueológicos y epigráficos; al paso que el conservador del Museo del Louvre defendía enérgicamente la adquisición del tal objeto y afirmaba la autenticidad del mismo con argumentos análogos á los empleados por sus dos colegas.

Cesó aquella polémica pasado algún tiempo; nadie volvió á preocuparse del asunto y la famosa tiara permanecía encerrada en su vitrina del museo, puesta sobre almohadones, desconocida de la mayoría de los parisienses, casi olvidada de los mismos que con interés habían seguido las antiguas controversias y apenas distinguida por una mirada de los curiosos visitantes domingueros del museo, cuando hace poco ha vuelto á surgir la tan debatida cuestión.

Cuando menos se esperaba, un artista de Montmartre, M. Mayence, más conocido por el nombre de Ellina, declaró, á propósito de una querella por falsificación de cuadros antiguos presentada contra él, que sobre su conciencia pesaban otros muchos pecados de esta índole, y que la célebre tiara de Saitapharnés era, en gran parte, obra suya.

Como el barrio montmartrés es la tierra clásica de las bromas y como desde sus primeras revelaciones M. Ellina había soltado algunas mentiras más que regulares, la administración de los museos nacionales franceses no hizo gran caso de sus afirmaciones, y M. Heron de Villefosse repitió en favor de la autenticidad de la tiara los mismos argumentos que en otro tiempo le habían servido para combatir las alegaciones de los Sres. Furtwaengler y Wisselowsky, viéndose ahora además apoyado por el parecer de otros sabios, entre ellos de M. Salomón Reinach, conservador del Museo de Saint Germain.

Parecía que las cosas iban á quedar como estaban; pero de pronto prodújose una reivindicación inesperada. En una carta que se hizo pública, un joyero ruso establecido en París, M. Lifschitz, reclamó para un compatriota suyo, M. Rachumowski, la gloria de haber ejecutado la tiara, afirmando que le había visto trabajar en ella mucho tiempo durante los años 1895 y 1896 en su taller de Odessa. M. Lifschitz daba detalles tan precisos, que era imposible no hacer caso de sus manifestaciones, tanto más cuanto que ya en 1896, en el curso de las discusiones promovidas cuando el Louvre adquirió la tiara, se había dicho que ésta había sido hecha en una fábrica rusa de falsas antigüedades que estaba establecida en Otchakoff ó en Odessa.



LA TIARA DE SAITAPHARNÉS, que se guardaba en el Museo del Louvre, de París, y cuya autenticidad ha sido puesta en duda recientemente.

Al día siguiente de aquella importante declaración, la tiara, que había reconquistado su popularidad y que había sido contemplada por millares de personas, fué sacada de la vitrina para ser sometida á un nuevo examen, y los tribunales entendieron en el asunto.

Ultimamente, y en tanto que M. Ellina confesaba que todo lo dicho por él era pura broma y que para nada había intervenido en la fabricación de la célebre tiara, M. Rachumowski confirmaba por telégrafo las afirmaciones de su amigo M. Lifschitz y se declaraba autor de la joya.

Expondremos para terminar algunos de los argumentos que en el momento de la adquisición del discutido objeto se adujeron para demostrar la falsedad del mismo. Lleva la tiara una inscripción que dice: «El senado y el pueblo de Olbia honran con esta tiara al rey grande invencible Saitapharnés:» pues bien, esta inscripción está hecha en relieve, y según los sabios que discutieron la autenticidad, los griegos jamás hicieron sus inscripciones en relieve, sino en hueco, cuando trabajaban el oro. Los rostros de las figuras homéricas que adornan los flancos de la tiara son más propios de mujiks actuales que de antiguos helenos. Finalmente la parte inferior del casco, que representa algunas escenas de la vida de los bárbaros, hombres que cazan, que luchan, que cabalgan, no es sino la copia servil de un vaso encontrado en las excavaciones de Crimea y que figura actualmente en las colecciones públicas de San Petersburgo.

A pesar de estos razonamientos y de los hechos recientemente ocurridos, y á pesar de que M. Rachumowski se compromete á indicar algunas señales especiales puestas expresamente por él para reconocer en cualquier tiempo su obra, no faltan todavía algunos sabios que afirman que la tiara es auténtica.

La administración del Louvre, sin embargo, ha retirado por de pronto del museo la tiara que costó la friolera de 200.000 francos. – S.



La Virgen al pie de la cruz, cuadro de Pedro Borrell.—El nombre de este pintor es uno de los más respetados entre nosotros y su personalidad ha ejercido poderosa influencia en el arte catalán moderno, no sólo con sus propias obras, sino además con sus enseñanzas. En efecto, muchos de los artistas de nuestra tierra que han alcanzado gran notoriedad han sido discípulos suyos, en su taller se educaron y á su lado aprendieron los sólidos principios que fueron base firmísima de su carrera artística. Pedro Borrell ha cultivado especialmente el retrato y el género religioso, y en uno y otro ha producido verdaderas joyas; en sus cuadros se adivina el talento del artista concienzudo que no trabaja para el vulgo, que no sacrifica sus convicciones á las veleidades de la moda, que no busca el aplauso de la caprichosa muchedumbre, sino que, puestos los ojos en miras más elevadas, cultiva el arte por el arte mismo y sigue con fe, con entusiasmo, la senda que se trazara, aceptando, sin embargo, de las modernas tendencias todo lo que tienen de realmente bueno, después de haberlo contrastado con criterio independiente y espíritu reflexivo. El lienzo suyo que hoy publicamos recuerda por su sobriedad, por la corrección de líneas y por la intensidad del sentimiento las obras de los grandes maestros de la edad de oro de la pintura religiosa y es una prueba elocuente del talento pictórico de su justamente celebrado autor.

⁂

María Magdalena, cuadro de Miguel Lambertini.—Este pintor perteneció á la escuela boloñesa y vivió desde 1426 á 1469. Discípulo de Lipo Dalmasio, se hizo especialmente célebre por una Madona que pintó al fresco en 1448 para el mercado de pescado de Bolonia y que fué más tarde trasladada á la iglesia de San Isaías. Los demás lienzos suyos que se conservan en los templos de San Pedro y Santiago el Mayor y en el museo de aquella ciudad demuestran que no era inferior á ninguno de los maestros de su tiempo. Se le designa á menudo con el nombre de Miguel di Matteo, con el que firmó un cuadro ejecutado en 1469 para el convento de los padres Carmelitas de San Martín de Bolonia, y que fué tal vez su última obra. Su *María Magdalena*, que se guarda en el museo de La Haya, figura entre sus producciones más notables y bastaría por sí sola para colocar á un artista entre los que constituyen legítimas glorias de la historia del arte.

Jesucristo en el sepulcro, cuadro de Muñoz Degrain.—No necesitamos hacer el elogio de este cuadro: cuantos visitan el magnífico templo de San Francisco el Grande de Madrid quédanse admirados ante esta obra que impresiona el ánimo por lo grandioso y sentido de la composición y que cautiva los ojos por la corrección y firmeza del dibujo y por las bellezas sin cuento del colorido. Tampoco es necesario que hagamos la biografía de su autor ni que ensalcemos su personalidad, porque bien conocido es su nombre en España y en el extranjero, reputándosele con razón como uno de los primeros pintores españoles contemporáneos. Sólo diremos que nacido en Valencia en 1843, á la edad de quince años ganaba una medalla en la exposición celebrada en aquella capital y que desde entonces su carrera ha sido una continuada serie de triunfos, habiendo obtenido en las principales exposiciones cinco medallas de oro, gran número de plata y multitud de otras distinciones honoríficas. Sus obras figuran en el Museo del Prado y en los de las más importantes capitales de provincia, en el Senado, en el Ministerio de Estado y en los palacios de las más ilustres familias de la aristocracia. Muñoz Degrain ha cultivado con el mismo éxito todos los géneros pictóricos, desde el paisaje al retrato, desde el religioso al histórico y al cuadro de costumbres, pudiendo citarse entre sus obras más notables *Otelo y Desdémona*, *La conversión de Recaredo*, *Los amantes de Teruel*, *Los Gaitanes*, *La oración*, *El examen*, *Isabel la Católica cediendo sus joyas para la empresa de Colón*. Desde 1899 es miembro de la Academia de San Fernando.

⁂

La pesca milagrosa, cuadro de Crayer.—Nació este pintor en Amberes en 1585, pero desde muy niño se trasladó á Bruselas con su padre, que era tratante de cuadros y maestro de escuela, y allí hizo sus estudios en el taller de Miguel van Coxie, entrando en 1607 en la corporación de pintores de aquella ciudad. Gracias á la protección de Jacobo Boonen, obispo de Malinas, hizo grandes progresos en la pintura religiosa, á la que se dedicó casi exclusivamente, ejecutando numerosas obras para los templos de Courtrai, Amberes, Gante, Lovaina y Vilvorde y para las más ricas abadías. Fué pintor de cámara del gobernador de Flandes, el archiduque Fernando, hermano de Felipe IV; pero al cabo de algún tiempo abandonó aquella corte y se retiró á Gante, en donde fué acogido con gran entusiasmo. Crayer se hallaba entonces en el apogeo de su talento, y para nadie suerte suya acababan de morir Rubens y Van Dyck, lo que hizo que sobre él llovieran los encargos. Sus composiciones de aquella época tienen una belleza incomparable, sobresaliendo entre todas ellas el cuadro llamado el exvoto de Bruselas, que representa al caballero Donglebert y á su esposa en adoración ante el cadáver de Jesucristo. Muy célebre es también *La pesca milagrosa*, lienzo en el que se admiran las mejores cualidades de la escuela flamenca.

Cristo muerto, cuadro de J. J. Henner.—En esta hermosa figura del Salvador muerto se nos muestra en toda la plenitud de su genio el ilustre artista francés que en 1888 obtuvo la medalla de honor en el Salón de París y á quien un poeta no menos ilustre ha calificado de «buscador de formas inmortales y autor de síntesis sublimes.» La sensación que la vista del cuadro produce es de las que difícilmente se borran; en aquel cuerpo yacente se ha extinguido la vida; en aquel rostro ha impreso la muerte su sello inconfundible y la misma naturaleza envuelta en tinieblas parece presa de mortal desquiciamiento, como si quisiera solemnizar de una manera terrorífica, pero sublime, el hecho más grande que han de registrar los anales de la humanidad.

Teatros. – *París*. – Se han estrenado con buen éxito: en la Ópera Cómica *Muguette*, ópera cómica en cuatro actos, poema de Miguel Carré y Jorge Hartmann, música de Edmundo Missa; en el Odeón *La Rabouillense*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre, tomada de la novela de Balzac *Un menage de garçon*; en la Comedia Francesa *Sans lui*, comedia en un acto de Marcel Girette; y en el Teatro de los Poetas *La peur d'aimer*, comedia en un acto y en verso de Gustavo Frejaville, é *Imperia*, drama en cuatro actos y en verso de M. J. Valmy-Baysse.

Barcelona. – En Novedades la excelente compañía dirigida por el ilustre actor Sr. Zacconi ha estrenado con buen éxito la tragedia en cuatro actos de A. Oriani *L'invincibile ó Amleto moderno*. En la «Associació Wagneriana» ha dado un interesante concierto de carácter histórico la notable pianista Srta. D.ª Carlota Campins, discípula del maestro Vidiella, habiendo ejecutado escogidas piezas de Couperin, Rameau, Bach, Handel, Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Chopin y Schumann, que tocó con verdadera maestría y que le valieron entusiastas aplausos. En Novedades y en el Principal ha dado dos conciertos el famoso cuarteto tcheque, ejecutando obras de Schumann, Beethoven, Smetana, Schubert y Dvorak: cuanto se diga en elogio de estos artistas, de su irreprochable interpretación de cada autor, de su ajuste, de su ejecución brillante, es poco; el público les tributó grandes ovaciones, reconociendo que difícilmente pueden reunirse en admirable conjunto cuatro individualidades tan notables como las que componen el cuarteto. La empresa del Liceo ha publicado la lista de los artistas que actuarán en este teatro durante la temporada de primavera: en ella figuran como directores los maestros Colonne y Conti; las sopranos absolutas señoras Carrera, Giudicci y Pandolfini; la soprano ligera Srta. Lopeteghi; las mezzo sopranos Sras. Borlinetto y Mazucchi; los tenores Sres. Biel, Vaccari y Zeni; los barítonos Sres. Angelini, Blanchart, Giordani y Mentasti, y los bajos Sres. Perelló y Rossato. Durante la temporada se estrenará la ópera de Cilea *Adriana Lecouvreur* y se cantarán entre otras *Der Freyschutz*, *Tristán é Isolda*, *L'Africana* y *La Boheme*.



Cristo muerto, cuadro de J. J. Henner

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 13 de abril de 1903 — Núm. 1.111

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CABEZA DE ESTUDIO, por Fausto Zonaro

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el noveno pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. – *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *El palacio del diablo*, por Augusto Jerez Perchet. – *Santiago Rusiñol*, por M. – *República Oriental del Uruguay. El Club «Vida Nueva,»* por Enrique Crosa. – *D. José Batlle y Ordóñez, nuevo presidente de la República*, por Históricus – *Nuestros grabados.* – *Noticias necrológicas.* – *Problema de ajedrez.* – *Pequeñas miserias*, novela ilustrada (continuación). – *Barcelona. La jura de la bandera*, por S. – *Accidentes del automovilismo.*

Grabados. – *Cabeza de estudio*, por Fausto Zonaro. – Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *El palacio del diablo.* – Retrato de *Santiago Rusiñol.* Tres dibujos de Santiago Rusiñol y los cuadros titulados *Barcos blancos, El calvario de Torrente, Jardín* y *La masía blanca.* – *Escudo de armas de la República Oriental del Uruguay.* – Fachada y vestíbulo del Club «Vida Nueva.» – *El nuevo presidente de la República Oriental del Uruguay D. José Batlle prestando juramento y leyendo su discurso presidencial en el Congreso.* – Retrato de *D. José Batlle y Ordóñez.* – *Tristeza*, cuadro de W. L. Thomas. – *Pintura al aire libre*, cuadro de César Pattein. – *Carrera de automóviles París-Madrid. La caravana «Boyer» y su explorador disponiéndose á emprender su viaje de reconocimiento del camino.* – *Barcelona. Jura de la bandera por los reclutas. La misa de campaña.* – *Los reclutas en el momento de besar la bandera.* – *Accidente de la carrera de automóviles de Niza. El automóvil del conde Zborowski después del accidente.* – *Junto al estanque*, cuadro de Carlos Vázquez.

REVISTA HISPANO AMERICANA

Uruguay: colorados y blancos. – *Honduras*: Sierra y Bonilla: gobierno sin presidente. – *Bolivia*: cuestión del Acre. – *Venezuela*: dimisión de Castro: estado del conflicto europeo-americano. – *Colombia*: el canal de Panamá.

El fin y renovación de períodos presidenciales han ocasionado movimientos revolucionarios en el Uruguay y en Honduras.

En la primera de dichas repúblicas, el partido *colorado* dió sus votos á Batlle Ordóñez, y los *blancos*, considerando roto el pacto de 1897, apelaron á las armas, acaudillados por el coronel Aparicio Saraiva. Interrumpida así la buena inteligencia entre ambos partidos, garantía que ha sido de paz y prosperidad en la República, pudo temerse que persistiera la guerra civil, con grave daño para el país, cuya situación financiera y cuyo crédito habían mejorado bastante durante el gobierno de Cuestas. Pareció que los departamentos apoyaban resueltamente á los blancos y que iban á unirse contra la capital, donde predominan los colorados. Cortáronse líneas férreas y telegráficas y buen golpe de rebeldes amenazaba caer sobre Montevideo. Por fortuna, emisarios del gobierno que fueron á avistarse con Saraiva, hallaron en éste disposiciones favorables al restablecimiento de la paz. Amnistía general y designación de gobernadores por el partido en armas para los departamentos en que tiene mayor fuerza; tales han sido las principales bases del convenio.

***

No es clara la situación política de Honduras. Los despachos telegráficos que de allí se recibieron por las agencias daban por elegido al general Bonilla, y podía suponerse que, sin trastorno alguno, iba á encargarse éste del supremo poder de la República. Después nos llegaron rumores de revolución, y se dijo que los partidarios de Sierra, el anterior presidente, se habían rebelado contra el nuevo. Ahora resulta, á juzgar por las noticias que nos trae la prensa afecta á Sierra, que el rebelde es Bonilla, y el gobierno legítimo el representado por aquél y sus ministros.

El caso, tal como nos lo cuenta *El Constitucional*, de Tegucigalpa, es bien peregrino: El 1.° de febrero terminó su período el presidente de la República D. Terencio Sierra, y *no hallando electo* el Presidente que debía sucederle, «ni el Vicepresidente y Designados que determina la la ley,» hizo entrega del Poder ejecutivo al Consejo de Ministros. Entró éste en el ejercicio de sus funciones legales, y como no estaba prevista por las leyes la forma de transmisión de la Comandancia general en casos como el presente, y no podía ejercer dicho empleo el Consejo por incompatibilidad, resolvió reconocer como comandante general de la República á D. Terencio Sierra, y éste, aunque deseaba volver á su hogar, viendo amenazado el poder legítimo que él mismo había constituído, no puso dificultad para aceptar el puesto que la ley, el patriotismo y la conveniencia pública le señalaban, por el tiempo que las necesidades lo exigiesen. El general Sierra siguió, pues, al frente del ejército, siendo, de hecho, el verdadero presidente de la República.

Otras referencias que del país nos llegan, de origen bonillista, hablan del presidente *elegido* y de su gobierno, que ha tenido que establecerse en Amapala por negarse Sierra á entregar el poder. Según informes consignados en el *Diario Oficial* de El Salvador, hubo *elección* de D. Manuel Bonilla, pero *incompleta*, lo cual acaso quiere indicar que su elección para presidente de la República no fué confirmada por el Congreso. Los primeros telegramas decían, sin embargo, que éste la había ratificado.

El hecho es que Bonilla procede como Presidente y ha abierto campaña contra ese anormal gobierno, y son varios los combates, aunque de escasa importancia, que ya se han librado, sin que podamos conocer de modo cierto el resultado de ellos, pues uno y otro bando se atribuye la victoria. El Congreso se halla también dividido, y varios diputados marcháronse á Amapala, como si aquí estuviera el legítimo poder de la República.

***

La cuestión del Acre toma nuevo aspecto y se simplifica. El 6 de marzo expiró el plazo que se dió al Sindicato anglo-americano para organizar la compañía explotadora de las gomas; nada había hecho, y por consiguiente, la concesión quedaba sin efecto. Así telegrafiaban desde La Paz al Ministro de Bolivia en París. La prensa de Nueva York refiere las cosas de otro modo. El Sindicato, para evitar la guerra entre Bolivia y el Brasil, renunciaba á sus derechos. ¿Generosamente? Nada de eso, sino mediante 570.000 dólars que le pagaría el gobierno del Brasil, substituyéndose éste en todos sus derechos. Claro es que si el Sindicato dejó transcurrir el plazo sin cumplir la condición impuesta, esos derechos ningún valor tienen. Mas parece que el Brasil quiere hacerlos valer, y pretende ocupar todo el territorio del Acre hasta los ríos Abuná y Ortón superior.

El convenio entre el Sindicato y el gobierno del Brasil no ha tardado en hacerse efectivo; la casa Rothschild, de Londres, ha pagado ya, por cuenta de aquel gobierno, los 570.000 pesos oro. Ahora, pues, descartado el Sindicato, directa é independientemente pueden arreglar sus asuntos bolivianos y brasileños.

Las últimas expediciones de las tropas bolivianas han sido muy mal recibidas por los colonos del Acre, que cuentan con el apoyo moral, por lo menos, del Brasil, y el concurso material de numerosos aventureros que han acudido á esa región desde otras Repúblicas de América. Bolivia no se halla dispuesta para romper abiertamente con los brasileños, y acepta como *modus vivendi*, y en tanto que no se fije la situación política del Acre, la intervención de aquéllos.

Por ahora, las tropas bolivianas no pasarán del río Abuná; fuerzas brasileñas ocuparán provisionalmente el Acre para impedir conflictos entre acrenses y bolivianos, y después de transcurridos cuatro meses, si ya no hubiese acuerdo definitivo y á satisfacción de ambas partes, se apelará al arbitraje.

Resulta, pues, que á pesar del arreglo de límites á que nos referimos en la *Revista* de febrero, las agitaciones promovidas por los colonos del Acre y la venta al Brasil de la concesión que obtuvo el Sindicato anglo americano, han venido á poner nuevamente en tela de juicio la soberanía de Bolivia en ese territorio.

***

El 22 de marzo nos trajo el telégrafo una noticia sorprendente. El general Castro había renunciado la Presidencia de la República de Venezuela. Al día siguiente supimos que el Congreso venezolano acordó por unanimidad no aceptar la dimisión, y que el Presidente se preparaba para redactar un mensaje al Congreso, insistiendo en ella, á menos que no se le autorizase para llevar á cabo radicales reformas en la administración.

¿Qué se propone Castro? ¿Hacerse reelegir con más prestigio y más libertad de acción? ¿Obtener implícitamente la aprobación de todos sus actos? ¿Suscitar dificultades para no cumplir lo convenido con las potencias europeas y con los Estados Unidos del Norte?

Castro dice y repite que hay negociaciones secretas entre su rival Matos y los aliados, y éstos siguen interviniendo de modo directo en la guerra civil, pues no otra cosa que un acto de intervención parécenos que es el reciente apresamiento de un buque venezolano por el crucero inglés *Fallas*, so pretexto de que aquél ejercía actos de piratería. Todo lo relativo al tratado se lleva muy despacio; pudiera creerse que hay desconfianza en unos, mala fe ó poca voluntad en otros.

No se ha conjurado el peligro del conflicto europeo-americano. Alemania se da por satisfecha, pero en realidad no lo está. Indudablemente, persevera en sus planes. Como decía Sir Robert Griffen en *The Times*, no hay que olvidar las condiciones militares de Alemania, que debe su posición actual á la guerra; que su marina, por el número de buques, es más fuerte que la de los norteamericanos; que el ejército de éstos, en comparación con el alemán, es un puñado de malos soldados. Se puede suponer que Alemania calcula que si todo le sale mal, los Estados Unidos no pueden causarle ningún grave daño material, mientras que si los vence, inmediatamente se convertirá en el poder naval más grande del mundo, después de Inglaterra. Persuadido está Griffen de que nada hará desistir á Alemania de ser agresiva, exceptuando el caso de alianza entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Alemania necesita colonias en América; por supuesto, en la América del Sur, y especialmente en Venezuela, según Griffen. ¿Y por qué no en la misma América del Norte? El clima y en general las condiciones físicas y de producción de gran parte del territorio anglo americano se prestan mucho mejor á la colonización alemana; díganlo los millones de alemanes que hoy viven ya en la República yanqui. Y si como da á entender Griffen, en guerra germanos y yanquis, éstos, sin el apoyo de Inglaterra, podían ser fácilmente vencidos, natural parece que el punto de mira de aquéllos sea tomarles sus propias tierras para favorecer la colonización y el comercio alemanes. En último término, podrían seccionarse los actuales Estados Unidos en Estados Unidos yanquis y alemanes. Estos tienen ya suficiente práctica del régimen federal para gobernar con independencia de Wáshington.

***

Según el proyecto de tratado con Colombia para la construcción del canal de Panamá por los yanquis, éstos deben ocupar varias islas de la bahía de aquel nombre y una zona de territorio para canales auxiliares, zona que podrá llegar á 15 millas, contando desde el canal principal ú otras obras. Además, podrán ocupar las tierras que sean necesarias para construir puertos, faros, estaciones carboneras, etc., en los extremos del canal, y usar todos los puertos de Colombia y abrir lugares de refugio para los buques empleados en la Empresa del Canal. En cualquier tiempo en que sea preciso apelar á la fuerza armada para proteger el canal ó los buques, los Estados Unidos podrán hacerlo.

El Presidente de Colombia Sr. Marroquín, en una proclama que dirigió á la nación el 1.° de enero último, hacía ya notar que su gobierno se encontraba ante el siguiente dilema: si los norteamericanos construyen el canal en el istmo, que es donde todos los colombianos desean que se construya, se acusará al gobierno de no haber defendido los derechos de soberanía. Si por no permitir que se afecte desfavorablemente á ésta, el canal no se construye en territorio de Colombia, se achacará al gobierno el haber perdido la oportunidad de una feliz circunstancia que generalmente se mira como causa de prosperidad y engrandecimiento para el país. Opinaba Marroquín que no debían ponerse obstáculos á la realización de esta grande empresa por los norteamericanos; pero «felizmente para mí, decía, la inmensa responsabilidad de decidir la cuestión pesa sobre el Congreso.»

El Congreso rehuye también esa inmensa responsabilidad. Una comisión de notables ha informado sobre las proposiciones de los Estados Unidos; ve, sin duda, en ellas tales peligros para la soberanía é independencia de Colombia, que cree que ni el Gobierno ni el Congreso deben resolver. Probablemente se acordará apelar á la sanción de un plebiscito ó de una Asamblea convocada especialmente para este objeto.

R. Beltrán Rózpide.



...quien, súbito, presentóse ante el enamorado

EL PALACIO DEL DIABLO

Pues, señor, apuesto cualquiera cosa á que os va á divertir el cuento que, con vuestro superior permiso, respetables lectores, relato á continuación.

Es sencillo, como todos los cuentos; tiene puntas y ribetes de filosofía al alcance de todas las inteligencias; y cual fondo, pensamiento, síntesis ó según queráis llamarlo, palpita en su argumento la idea hermosa de la fe, compañera sublime de las almas penetradas de su inmortal destino.

¿Que dónde me lo refirieron? ¡Ah! Muy lejos; en el Tirol, en esa provincia austriaca donde la literatura popular goza de indiscutible prestigio; y tuvo desarrollo en Trento, la ciudad del Concilio, especie de museos de antigüedades heterogéneas, entre las cuales se destaca su pasado etrusco.

He aquí el cuento.

Vivía en Trento una joven llamada Claudia, tan hermosa, que era conocida con el sobrenombre de *La perla de Trento.*

Sobra añadir que cuantos jóvenes la veían quedaban prendados de su belleza; pero la muchacha sólo miraba con simpatía á Jorge, si bien diplomática á su modo, no quiso corresponder de buenas á primeras á su cariño. Además, Claudia, lo mismo que todas las tirolesas, adoraba con delirio las montañas de su país, y cuando tuvo con Jorge una explicación definitiva, le significó francamente que sólo se casaría con el hombre que le ofreciese en Trento una mansión digna de ella.

Pero ¡vean ustedes lo que son las cosas! El deseo era en extremo difícil de realizar, porque la falta de recursos, la *vil moneda,* según la frase vulgar contemporánea, le imponía un *veto* formidable.

En tal apuro, mayor aún porque el día siguiente al de la entrevista era el señalado para que la *Perla* eligiese marido, el mísero Jorge pensó en Satanás, y acto seguido invocó al hijo miserable de las tinieblas, quien, súbito, presentóse ante el enamorado.

– Caballero, le dijo tartamudeando Jorge, me encuentro en un tremendo compromiso.

– Pues si de mí depende la solución, repuso el diablo, cuente usted conmigo.

– ¡Oh! Mi reconocimiento...

– Nada de eso.

– Entonces...

– Se trata únicamente de un negocio.

– Sin duda; pero no hay que olvidar cuántas son las influencias de usted.

– Me favorece usted como no merezco, replicó Satanás haciendo ondular el rabo con gracioso contoneo.

– Se trata, excelente señor, de que necesito ofrecer mañana un palacio magnífico á la mujer que adoro.

– ¡Ah! ¿Conque andamos en devaneos?

– Crea que mis amores son honrados y aspiro á casarme con la elegida de mi corazón.

– No lo censuro; pero entretanto olvida usted indicarme la recompensa que señala á mi trabajo.

– Prefiero que usted la determine.

– Perfectamente.

– Mas no sea usted usurero.

– Los negocios tienen parecido con la usura.

– Sepamos.

– Me comprometo á sacar á usted triunfante en cambio de su alma.

– ¡Qué locura!

– No acostumbro á discutir. Formulo una proposición y espero respuesta.

– Pero si mi alma es de esa mujer.

– Está usted equivocado. Ella la usufructúa, pero la propiedad es de usted.

– ¿Y mi salvación eterna?

– O renuncia usted á salvarse ó renuncia á la *Perla.*

– Las dos cosas resultan igualmente terribles.

– No divaguemos.

– Pues bien; acepto.

Jorge se hirió en una vena y con su sangre firmó el contrato, reservándose el derecho de añadir á última hora una cláusula, que pretendía no encerraba importancia. A primera vista la actitud del joven es inicua, pero conviene advertir que Jorge, creyente fervoroso, discurría así: «Mi propósito es noble y digno; Dios lo sabe, y sabe también que Satanás utiliza todo linaje de medios para hacer la desesperación de las almas. La Providencia me salvará.»

Terminada la obra, el diablo llamó á Jorge, y después de reconocido el palacio le preguntó:

– ¿Está usted satisfecho?

– Encantado, amigo mío, repuso Jorge.

Y había motivos para asombrarse, porque la singular residencia era un modelo de riqueza y elegancia.

– Necesito ahora, volvió á hablar el diablo, conocer aquella cláusula que dejamos para la última hora.

– Consiste, objetó Jorge, en que durante mi visita al palacio he derramado cierta cantidad de trigo á través de los pisos y quiero encontrarlo completo. Si usted consigue reunirlo grano á grano y me lo entrega en número exactamente matemático, mi alma le pertenece; pero en el caso contrario, conservaré mi alma y además el palacio.

– Aceptado, dijo el diablo.

Y aunque consideraba cosa fácil complacer á Jorge, comenzó con afán la tarea, pues sólo tenía á su disposición el tiempo que restaba hasta el amanecer.

Encendió una antorcha en el infierno, y provisto de la fatídica luz registró el palacio rincón por rincón y reunió el trigo; pero al contar una y veinte y treinta veces, notó que le faltaban cinco granos.

Satanás no adivinaba la razón del fenómeno; y presa de febril inquietud, bajaba, subía, sudaba la gota gorda; y los cinco granos no se presentaban por parte alguna; y en cambio, la aurora comenzaba á iluminar el mundo. Por último, el diablo pensó que Jorge no advertiría la falta, y con aire de superioridad y afectando tranquilidad, le habló así:

– Está usted complacido. He aquí el trigo. Déme usted su alma.

– ¡Qué locura! No pretenda usted engañarme.

– Caballero, usted me insulta.

– Menos contemplaciones. Faltan cinco granos.

– Silencio. El alma de usted me pertenece. He cumplido fielmente.

– Vamos, Sr. Satanás, que pierdo la paciencia. Enséñeme usted una pata.

– Vea usted cuanto quiera, objetó el diablo al tiempo que alargaba su pata negra y repugnante.

Pero ¡oh sorpresa!, los cinco granos de trigo hallábanse pegados á las cinco garras.

El diablo, mohino y turbado, contemplaba el trigo adherido á su cuerpo y no acertaba á explicarse el caso, que Jorge aclaró de este modo:

– Esos cinco granos habían sido presentados ante la Santa Cruz, y por el mérito de las cinco llagas de Jesucristo escapaban al poder de Satanás. El trato se ha quebrantado. Ya es de día y usted no cumplió su palabra.

El diablo, burlado á pesar de su conocida listura, abrió un agujero en el pavimento y se arrojó á los abismos del infierno.

Jorge y Claudia se casaron, pero ignoro si fueron felices, aunque con virtudes, cual ambos poseían, hay motivos para obtener la felicidad posible en este valle de amarguras.

Ya veis que el cuentecillo tiene substancia. Es la apología de la fe; y en orden á las relaciones sociales, vale tanto como un consejo para que seamos comedidos en asuntos de tratos y contratos.

Y nada más.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

SANTIAGO RUSIÑOL

Hace cosa de dos meses verificóse en el Salón Parés una exposición de obras de Santiago Rusiñol, en la cual este genial artista presentaba al público la labor por él realizada en dos años escasos. Cuantos en Barcelona rinden culto al arte ó sienten por éste simplemente afición desfilaron por aquella sala, y lo mismo los inteligentes que los *amateurs*, aquéllos razonando sus juicios y éstos obrando por pura impresión, entonaron el coro de alabanzas más unánime y más entusiasta en presencia de aquellos treinta y seis lienzos que retrataban por modo admirable la personalidad de su autor.

Y tales alabanzas no podían ser más justificadas, porque la contemplación de aquellos cuadros despertaba, en efecto, los más intensos sentimientos; aquellos paisajes bañados en luz unos, profundamente misteriosos otros, eran expresión de hermosos espectáculos de la naturaleza vistos por el alma de un poeta y pintados por un maestro para quien la técnica no guarda secreto alguno.

Los asuntos estaban tomados en su mayoría de la isla de Mallorca, y en su elección se veía el gusto más depurado, porque Rusiñol es de los pintores que mejor saben escoger los temas que más se avienen con su temperamento: por esto en todos ellos, á pesar de su variedad, domina siempre una nota íntima, profundamente personal, una nota ingenua, espontánea, que más que los ojos sorprende el alma bella, majestuosa, sublime, según los momentos y los lugares en que la sorprendió el artista; y no bella, majestuosa y sublime simplemente en sus árboles floridos, en sus sombríos bosques, en sus tenebrosos abismos ó en sus abruptos peñascos, es decir, en sus formas visibles, sino en lo que puede llamarse su alma, que sólo los espíritus escogidos logran descubrir y exteriorizar.

Sus cuadros tienen una fuerza sugestiva extraordinaria: quien los mira, por poco accesible que sea á la emoción estética, no se contenta con examinarlos á la ligera, sino que se siente invenciblemente atraído por ellos y los contempla una y otra vez, descubriendo siempre en ellos nuevos encantos y experimentando nuevas y cada vez más hondas sensaciones. Y á medida que se va formando esta impresión, parece como que se borre de aquellos lienzos todo cuanto tienen de material y que se ofrezcan á nuestros ojos envueltos en una idealidad; que no es el idealismo producto de la fantasía, sino la expresión más pura de las sublimidades de la naturaleza interpretadas por las sublimidades del arte.

Hemos dicho antes que hay en todas sus obras una nota íntima, y ahora añadiremos que esta nota íntima tiene un fondo de melancolía suave que no es la expresión de un malsano pesimismo ni de un lirismo forzado, sino manifestación sincera de un temperamento dado á ver, no las negruras de la naturaleza ó de la vida, pero sí los que pudiéramos llamar tonos grises de una y de otra. En sus mismos lienzos á plena luz, en aquellos mismos paisajes en que la tierra se cubre de sus mejores galas, el ambiente respira cierta dulce tristeza cuya causa en vano pretenderíamos encontrar en un detalle ó en un elemento aislado de la composición, porque está en el todo, en la conjunción de los diversos factores que en la composición entran: no encarna en el cuerpo, sino que palpita en el alma de la pintura, como emanada del alma melancólica y soñadora del artista.

Y no se crea que hay en ese rasgo de la fisonomía artística y moral de Rusiñol el más leve asomo de *pose;* precisamente su cualidad característica es la sinceridad. Pensador y filósofo al mismo tiempo que artista, ve todos los asuntos al través de sus ideas propias firmemente arraigadas, y allí donde otro pintor se limitaría á copiar lo que á sus ojos se ofrece, él pone algo de sí mismo, de tal modo que sus lienzos parece que piensan, sienten y hablan con los mismos pensamientos, sensaciones y palabras de su autor. Y esto sucede en sus paisajes parisienses, en sus cármenes andaluces, en sus calas, jardines y pedregosos montes de la Isla dorada, lo cual es la mejor prueba de que esta es la verdadera esencia de su personalidad.



Dibujo de Santiago Rusiñol



Dibujo de Santiago Rusiñol

Otra demostración de nuestras afirmaciones la tenemos en las obras literarias de Rusiñol: en todos sus libros, en todas sus producciones dramáticas, admiramos el mismo modo de ser, de pensar y de sentir que hemos admirado en sus cuadros: *L'alegria que pasa,* esta preciosa joya del teatro catalán, que ha sido traducida al castellano y al italiano, el hermoso drama *Llibertat,* sus bellísimos artículos coleccionados con el título de *Anant pe'l mon,* su bien meditado libro de costumbres campesinas *El poble gris,* todos tienen la misma sinceridad, la misma intensidad de sentimientos, la misma nota melancólica, la misma poesía misteriosa, el mismo poder sugestivo que sus lienzos: en todos está retratada su alma de pensador poeta, como está retratada en sus lienzos su alma de pensador artista.

Y lo mismo que como pintor y como literato es Rusiñol como coleccionista: quien visita en la pintoresca villa de Sitjes su *Cau ferrat,* en donde ha reunido numerosos ejemplares de objetos de hierro tan notables artísticamente considerados como interesantes desde el punto de vista histórico, ha de reconocer que el que ha logrado poseer tan valioso museo no es sólo un aficionado inteligente y de exquisito gusto, sino un verdadero temperamento artístico, un ferviente adorador de los grandes ideales del arte. – M.

en sus pinturas. Y sin embargo, no se advierte en sus obras la monotonía que suele ser achaque de los que se han creado un estilo propio; díganlo si no los contrastes que ofrecían, por ejemplo, *El Laberinto* y *El calvario de Torrente, L'Assomoir* y *La masía blanca, El pedregal* y *Valle de naranjos* y tantos otros que podríamos citar y que un observador superficial podría fácilmente creer de distintas procedencias.

Rusiñol conoce como pocos el secreto de hacer sentir á los demás lo que él sintió, consiguiendo este efecto precisamente porque siente de veras, porque no hay en sus obras el menor artificio, porque pinta con el corazón más que con los ojos y la mano. La naturaleza tratada por su pincel se nos aparece tal cual realmente es; por consiguiente,



Dibujo de Santiago Rusiñol



EL LAUREADO PINTOR SANTIAGO RUSIÑOL. – Barcos blancos. – El calvario de Torrente. – Jardín. – La masía blanca
Cuadros expuestos en el Salón Parés

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

El Club «Vida Nueva» - D. José Batlle y Ordóñez, nuevo presidente de la República

El Club «Vida Nueva»

Con algunos años de existencia, sostenido enérgicamente por la juventud intelectual más distinguida, constituyendo el centro literario y político más importante del país, el Club «Vida Nueva» hace honor á la República del Uruguay.

Escudo de armas de la República Oriental del Uruguay

Su fundador principal y más decidido sostenedor es el novelista Carlos Reyles, actual presidente honorario del Centro. No podía sino resultar una hermosa obra de la iniciativa del referido literato, de quien Max Nordau habló de una manera entusiasta y sincera.

En el reglamento del Club figura un artículo donde se establece que por cuenta del mismo se editarán las obras de autores nacionales que sean dignas de tal distinción. El Club está formando *su* biblioteca y tiene ya editadas una buena cantidad de obras y folletos, tan notables algunos, como una conferencia que sobre Emilio Zola dió el ilustre crítico doctor Víctor Pérez Petit.

Alrededor de este foco de sana y robusta intelectualidad está reunido el elemento más sobresaliente de una agrupación política llamada «Partido Colorado,» partido que tiene su génesis en la tradición histórica del país.

Hay allí almas nobles y espíritus amplios que están destinados en días más ó menos cercanos á ocupar los altos puestos gubernativos.

Una de las figuras más simpáticas que se destacan con mayor relieve y originalidad en «Vida Nueva» es la del doctor Daniel Martínez Vigil, en cuyo cerebro, el *gran inconsciente* de que habla Hartmann, puso un destello de genio, que actualmente, en la soledad del gabinete de estudio, purifica su luz y la engrandece para deslumbrar mañana con sus irradiaciones. Daniel Martínez Vigil tiene en grado sumo la facultad que ha hecho inmortal á Cicerón: es un orador, pero es un orador de un estilo tan delicado y alto, que muchos de sus discursos parecen elaborados por aquel otro grande exaltador de multitudes que se llamó Emilio Castelar. Por primera vez, cuando el Club «Vida Nueva» inauguró sus conferencias designó al doctor Martínez Vigil para ocupar la tribuna, siendo aquella velada todo un acontecimiento, que tuvo el poder de congregar en torno del joven tribuno á las personalidades literarias y científicas más caracterizadas con que cuenta el Uruguay.

En la personalidad del doctor Martínez Vigil vemos una *aurora*.

Otro espíritu selecto que honró con su presencia la tribuna del Club «Vida Nueva» es el doctor Víctor Pérez Petit, antes nombrado, el cual, con motivo de la muerte del maestro de Medan, hizo un estudio crítico de la personalidad del gran escritor francés y de sus obras, qué fué muy aplaudido primero y muy leído después cuando lo editó el Club.

Y luego con méritos indiscutibles han ocupado también el estrado del Club «Vida Nueva» otros jóvenes inteligentes: Guzmán Papini y Zas, L. Scarzolo Travieso, doctor Setembrino Pereda, doctor Ambrosio L. Ramasso, Eduardo do Flores y otros.

En el porvenir, el Club «Vida Nueva» será recordado con respeto, como se recuerdan siempre las obras que representan un progreso y una gloria.

Entonces sus fundadores y los infatigables sostenedores de ese verdadero Ateneo, que en la actualidad, acompañados de varios vocales, lo son el doctor Alberto Zorrilla, vicepresidente; Oscar Ferrando y Olaondo, secretario, y Ernesto Lagomarsino, tesorero, obtendrán una justa recompensa en los brillantes resultados que alcanzará ese centro intelectual.

El Club «Vida Nueva» señala una fecha en la evolución política del Uruguay: evolución de progreso, de fraternidad y de civismo.

Enrique Crosa.

D. José Batlle y Ordóñez, nuevo presidente de la República

El Sr. D. José Batlle y Ordóñez, recientemente elegido presidente de la República Oriental del Uruguay para el período constitucional de 1903-1907, es hijo del ilustre patricio D. Lorenzo Batlle, presidente que fué de la misma República desde el 1868 á 1872, y de doña Amalia Ordóñez, descendiente de una distinguida familia uruguaya.

El actual presidente uruguayo nació en Montevideo en 1856. Educado en los principales colegios y posteriormente aprovechado estudiante de la Universidad de Montevideo, abandonó, casi al terminarla, la carrera del doctorado en leyes para viajar por Europa, cuyos principales países recorrió, no como turista, sino como hombre estudioso y observador, visitando los principales museos y bibliotecas, asistiendo á los más renombrados institutos científicos y haciendo grande y valioso acopio de conocimientos.

De regreso á su patria, después de una ausencia de dos años, el Sr. Batlle y Ordóñez se dedicó al periodismo, en cuyas filas pronto había de descollar por sus relevantes condiciones de escritor de combate, de propagandista incansable y de batallador tenaz.



Fachada del Club «Vida Nueva»

Vestíbulo del Club «Vida Nueva» en la noche en que se celebró el banquete ofrecido al Dr. Daniel Martínez Vigil

El sangriento motín del 15 de enero de 1875, que derrocó del gobierno al meritorio ciudadano doctor D. José E. Ellauri y que provocó contra los militares que lo llevaron á cabo la violenta oposición de todo lo más selecto del Uruguay, tuvo en el señor Batlle y Ordóñez un enemigo implacable, el cual no perdonó medio legal alguno para fustigar, como se merecían, los gobiernos de sangre que nacieron á raíz de aquel inicuo atentado contra los más sagrados intereses del país.

Joven, fogoso, entusiasta por toda idea generosa, apasionado por la buenas causas, el novel periodista inició una propaganda tan ardorosa como violenta, tal como lo exigía el caldeado medio ambiente político de entonces.

En 1881, los secuaces del tristemente célebre general D. Máximo Santos perpetran el empastelamiento de las imprentas en donde se editaban los diarios opositores, y el asalto nocturno al establecimiento tipográfico de *La Razón*, el periódico que más se había señalado por su campaña altiva y patriótica contra la soldadesca triunfante. Al día siguiente de consumarse el crimen, que costó la vida á un abnegado tipógrafo, caído como un soldado al pie de su bandera, el Sr. D. José Batlle y Ordóñez se encargó, con varonil entereza, de la redacción del diario asaltado á fin de continuar su propa-

ganda viril y justiciera, y aunque amenazado de muerte por el militarismo entronizado, no por eso desmayó un solo instante el Sr. Batlle en su incesante y eficaz labor de periodista y de ciudadano.

La revolución de 1886, que terminó con la memorable derrota del Quebracho, contó al Sr. Batlle y Ordóñez entre sus más activos propagandistas y hombres de acción, hasta que, vencido el movimiento popular y prisionero el Sr. Batlle de las tropas gubernativas, fué conducido á Montevideo en unión de conspicuos ciudadanos.

Su actitud en el campo de batalla fué, como era de esperarse, dados sus antecedentes, objeto de admiración por compañeros y adversarios por su valor tranquilo y sereno, su entereza nunca desmentida y su acerado temple de carácter.

Puesto en libertad, retorna al periodismo, y conjuntamente con valiosos elementos de la juventud uruguaya, funda el diario *El Día*, uno de los más populares del Uruguay y que, con el transcurso de los años, había de servir á su fundador y propietario de escabel para llegar al puesto preeminente y merecido que hoy ocupa.

Firme é inquebrantable en sus propósitos, tenaz en sus convicciones, el Sr. Batlle y Ordóñez reanudó su tarea periodística con la decisión y el entusiasmo del apóstol.

La tremenda derrota sufrida en los campos de batalla no lo había amilanado; antes al contrario, parecía haber acrecentado en el infortunio su fuerza y sus bríos.

Ni las tenaces persecuciones á que se vió expuesto, ni las continuas amenazas de que era objeto, ni las prisiones, ni los numerosos atentados realizados contra su persona y hasta contra la vida de su anciano padre, el venerable general D. Lorenzo Batlle, lograron arredrarlo en su campaña de periodista, ni en su propaganda de tribuno, ni en su misión de patriota.

Cambiada la faz política del país con el Gobierno de D. Máximo Fajes, y llamados los prohombres de todos los partidos á coparticipar de las responsabilidades del Gobierno, figuró el Sr. Batlle y Ordóñez como delegado del Ejecutivo en la Jefatura del Departamento de Minas, en cuyo desempeño supo granjearse la estima y el respeto de todos los habitantes, así nacionales como extranjeros, de la precitada zona territorial, por su intachable probidad en



D. JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ,
elegido Presidente de la República Oriental del Uruguay
para el período de 1903 á 1907

el manejo de los dineros públicos y por las amplias libertades de que gozaron los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos civiles y políticos.

Vuelto á la llanura, el Sr. Batlle hace reaparecer su diario *El Día*, momentáneamente suspendido, con el fin de luchar por el triunfo de la candidatura presidencial del doctor D. Julio Herrera y Obes, de quien era amigo particular y decidido partidario.

Sus cualidades de escritor sufrieron en aquella época una benéfica y radical transformación. Sin dejar de ser un luchador, el Sr. Batlle y Ordóñez atemperó su propaganda, suavizó las asperezas de su pluma revolucionaria, morigeró sus tendencias radicales y su espíritu ganó en elevación y profundidad lo que perdió en vehemencia y pasión. El hombre reemplazaba al joven.

Desde esa época, se sobrepuso en él el criterio razonador y frío del hombre de Estado al ímpetu del partidario, y sus artículos, mesurados y correctos en la forma y sesudos y doctos en el fondo, ejercieron saludable influjo, no sólo en el ánimo del pueblo, sino aun en las propias esferas gubernamentales.

Elegido diputado por el departamento del Salto en las elecciones de 1891 y llevado á la Cámara de Representantes por el voto libérrimo de todas las fracciones políticas, pues fué votado por sus parciales y por sus adversarios, satisfizo el Sr. Batlle los anhelos de sus electores, y en las deliberaciones y debates de aquel alto cuerpo puso una vez más de relieve las dotes de su inteligencia y la sinceridad y alteza de sus ideas.

Aunque el Sr. Batlle y Ordóñez no es orador en el verdadero sentido de la palabra, se expresa con la claridad y lógica con que escribe. Desecha las galas retóricas y los oropeles literarios, y emplea un estilo sencillo y conciso, como conviene á quien se propone convencer é ilustrar, más que deleitar ó conmover.

La desastrosa administración del gobernante don Juan Idiarte Borda, que tan fuerte oposición levantó en el seno del mismo partido á que perteneciera el mandatario, tuvo en el Sr. Batlle y Ordóñez uno de sus más decididos opositores, ora desde las columnas de la prensa, ora desde la tribuna de las asambleas políticas.

Iniciado el gobierno de D. Juan L. Cuestas, uno de los primeros en darle prestigio fué el Sr. Batlle, el cual desempeñó sucesivamente, en el espacio de un lustro, las elevadas funciones de Consejero de Estado, presidente de la Comisión Nacional del Partido Colorado, senador de la República y presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, durante los quince días que mediaron entre el gobierno dictatorial y el gobierno constitucional del Sr. Cuestas.



EL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY D. JOSÉ BATLLE, PRESTANDO JURAMENTO Y LEYENDO SU DISCURSO PRESIDENCIAL EN EL CONGRESO



TRISTEZA, cuadro de W. L. Thomas



PINTURA AL AIRE LIBRE, cuadro de César Pattein

Señalado por su partido político y por los hombres de más valía de las demás agrupaciones como candidato para suceder á D. Juan L. Cuestas en la presidencia de la República, ha logrado ceñirse la banda presidencial después de una honrosa lucha democrática, en la que tuvo por rivales á dos esclarecidos uruguayos: el doctor D. Juan Carlos Blanco, notable tribuno y probo político, y el Sr. Eduardo Mac-Eachen, acaudalado rentista y hacendista experto, en la actualidad presidente del Banco de la República.

Las espontáneas y halagadoras manifestaciones públicas de que el Sr. Batlle ha sido objeto en el acto de prestar juramento y en la toma de posesión del elevado y honroso cargo que le ha conferido la Honorable Asamblea General de su país, son la mejor prueba de la popularidad de que el nuevo presidente disfruta entre sus compatriotas, y expresan elocuentemente las lisonjeras esperanzas que se cifran en su tino y en su patriotismo.

De talla gigantesca, atlético, hercúleo, tiene el señor Batlle un alma en consonancia con su físico. Pundonoroso, como lo ha probado multitud de veces en lances caballerescos; valiente, como lo ha acreditado en los campos de batalla; probo, como lo evidencia su vida entera, así pública como privada; pujante y brioso combatiente por el bienestar político y las libertades de su tierra, como lo patentizan veinte años de labor ímproba y perseverante; espíritu liberal, abierto á todas las iniciativas plausibles, puesto de manifiesto en sus innumerables campañas doctrinarias, posee el hoy presidente uruguayo todas las cualidades necesarias para dirigir con acierto, desde la primera magistratura, los destinos de su patria y orientarla en la senda de la libertad y del progreso.

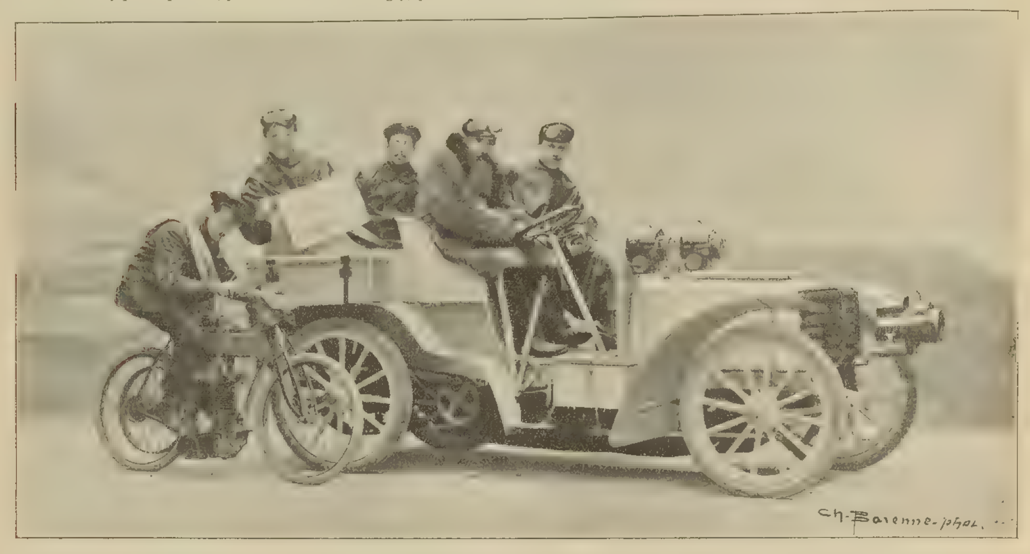
Historicus.

(Fotografías facilitadas por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de los Sres. Cuspinera, Teix y C.ª)

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, por Fausto Zonaro. – Obra del distinguido pintor Fausto Zonaro es el hermoso estudio de uno de los *tulumbadgi*, bombero irregular, que tanta celebridad han alcanzado en Constantinopla por su decisión y arrojo. Establecido el Sr. Zonaro hace algunos años en la capital de Turquía, á él se debe en gran parte el movimiento artístico moderno, que por fortuna va desarrollándose en aquella ciudad, contribuyendo poderosamente á mejorar su cultura. Allí ha creado escuela, y varios son los jóvenes turcos que reciben sus enseñanzas, constituyendo el núcleo de intelectuales que tanto pueden influir, en lo porvenir, en los progresos de aquel país. Cuanto al estudio que motiva estas líneas, lo estimamos muy recomendable y digno, á todas luces, del buen nombre y reputación de tan meritísimo artista.

Carreras de automóviles París-Madrid. – Gran interés despierta en el mundo deportista la carrera de automóviles París-Madrid que ha de celebrarse antes de poco. Como preparación para la misma y á fin de reconocer el camino, salió de la capital francesa el día 5 de este mes un automóvil de la casa «Boyer» montado por tres distinguidos *sportmen*, Enrique Loste, antiguo campeón del mundo ciclista y recordman motociclista; Roberto Gabreau, uno de los primeros deportistas parisienses, y el conocido *chauffeur* español Luisito, quienes en aquella carrera han de conducir las nuevas máquinas de 40 caballos de la mencionada casa. Los expedicionarios esperan que en cuatro días recorrerán el trayecto que separa á ambas capitales, siendo las etapas París-Burdeos, Burdeos-San Sebastián, San Sebastián-Valladolid y Valladolid-Madrid. Acompáñales en su expedición el joven é intrépido motociclista Seguy, que hará de explorador y de capitán de campo.



Carrera de automóviles París-Madrid. – La caravana «Boyer» y su explorador disponiéndose á emprender su viaje de reconocimiento del camino

Tristeza, cuadro de W. L. Thomas. – ¡Cuán bien cuadra este título al bellísimo lienzo de Thomas! Todo en él es triste, todo tiene impreso el sello de una melancolía indefinible: el cielo cubierto de negros y espesos nubarrones preñados de elementos de tempestad; el mar cuyas agitadas olas se estrellan contra los acantilados y escollos de la costa; las rocas cubiertas de una vegetación mezquina y de colores sombríos; la lluvia que con sus hilos de agua envuelve como en un velo el paisaje, causan en el ánimo una impresión de tristeza profundísima. Pero lo que más impresiona es el grupo de esa niña y esa joven, hermanas sin duda, en cuyos semblantes están marcadas las huellas de una ansiedad grandísima: acaso las llevó á la playa la inquietud producida por la ausencia del padre que se lanzó al mar en busca del cotidiano sustento y á quien habrá sorprendido la tempestad lejos de su hogar, y allí esperan llenas de angustia y con el alma dolorida el regreso de aquel en quien se compendian todos sus afectos La obra del notable pintor inglés revela el alma de un artista que verdaderamente siente la naturaleza: quien de tal modo ha sabido exteriorizar un interesante aspecto de ésta, quien ha logrado conmovernos de manera tan intensa identificándonos con sus sentimientos, es un maestro en toda la extensión de la palabra.

Pintura al aire libre, cuadro de César Pattein. – Enamorado del paisaje que á sus ojos se ofrecía y de los modelos que se brindaban á ponerse á su servicio, sentó el pintor sus reales en medio del campo y comenzó á trasladar al lienzo aquella llanura por el sol bañada, aquel cielo puro y transparente y aquellos rapazuelos curtidos por todas las inclemencias y á quienes la naturaleza colmó de las dotes que pródigamente derrama sobre sus hijos predilectos. Llegó en esto mediodía, y el artista, buscando un poco de descanso para su espíritu y necesitado de reponer sus fuerzas, refugióse sin duda en alguna arboleda vecina, donde junto á límpido arroyo se dispuso á consumir el frugal almuerzo para reanudar luego la tarea. En tanto, los muchachos que de modelo le sirvieron y los que allí se congregaron como simples curiosos atraídos por la novedad del espectáculo, viéndose libres de toda sujeción, dan rienda suelta á sus infantiles instintos, y una niña, más osada que sus compañeras, empuña un pincel y se entretiene en embadurnar las ropas y la cara de su amigo, mientras las demás acogen con francas risotadas su atrevimiento ó vigilan atentas para que nadie sorprenda sus travesuras. Milagro será que éstas se contengan en los límites que han alcanzado en el momento en que nos presenta la escena el bellísimo lienzo de Pattein; lo más probable es que esa chiquillería, entusiasmándose cada vez más, acabe por querer imitar al pintor á quien vieron en el ejercicio de sus funciones y conviertan el cuadro tan hábilmente comenzado en un conjunto de manchas informes, destruyendo así en un instante la labor del artista.

Junto al estanque, cuadro de Carlos Vázquez. – No se trata de la obra de un pintor desconocido para los lectores de La Ilustración Artística, puesto que en las páginas de esta revista hemos publicado reproducciones de varios de sus cuadros y de sus dibujos. En todos ellos se admiran una percepción exacta del natural, una gran habilidad en disponer la composición, un excelente espíritu de observación, así del conjunto como de los detalles de los asuntos, y una mano firme y vigorosa para traducir en líneas, sombras y notas de color las impresiones recibidas. No es Carlos Vázquez de los artistas aficionados á las minuciosidades; gústanle más los trazos sobrios, enérgicos, que responden mejor á su modo de sentir el arte; pero esto no quiere decir que incurra en omisiones, que por atender á la totalidad, descuide ó desdeñe los distintos elementos de que esta totalidad se forma. Lejos de ser así, todas sus obras resultan acabadas, completas; nada falta en ellas de cuanto es necesario para dar perfecta idea de los lugares ó de los tipos por él escogidos. Véase en prueba de lo que decimos el lienzo *Junto al estanque*: las rizadas aguas del lago, la espesura de la arboleda del fondo, las flores que esmaltan el suelo, las dos niñas que al borde de aquél descansan, están tratadas con gran amplitud y sin embargo resaltan con todo su valor, formando un todo armónico.

Necrología. – Han fallecido:

D. Aureliano Linares Rivas, político y jurisconsulto español, ex ministro de Fomento.

Matija Ban, poeta y autor dramático servio, cuyos dramas son considerados entre los mejores de la literatura búlgara.

Nicolás Beets, poeta holandés, muchas de cuyas obras han alcanzado gran popularidad en su país y han sido traducidas á idiomas extranjeros.

Carlos Adolfo Cornelio, ilustre historiógrafo alemán, catedrático de la Universidad de Munich

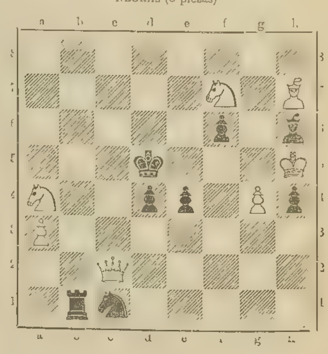
Jacobo Glaisher, célebre físico y meteorólogo inglés, director de la sección magnética y meteorológica del Real Observatorio de Greenwich y fundador de la «Royal Meteorological Society.»

AJEDREZ

Problema núm. 320, por Dr. Keidanz.

6.º premio del Concurso de *La Stratégie*, sección B.

Negras (8 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 319, por V. Kosek.

Blancas.	Negras.
1. R d 2 – c 1	1. Cualquiera.
2. T, D ó C mate.	

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

En un principio, pareció la nueva señora á la maestra insufrible, altanera, en su tiesura de persona que se ha tragado una espada; otra variante de misia Justa, digna de formar pareja en inverso sentido con la vulgarísima Melchora, cuyos modales rabaneros y supina ignorancia la desesperaban; pero cuando al siguiente día de su llegada la vió entrar en la clase, y con angélica sonrisa y amable tono dirigir acertadas preguntas á los alumnos, demostrando raros conocimientos en la ciencia elemental, y sobre todo, en lenguas vivas, se turbó y hubo de confesarse que era Victoria muy simpática é instruída, capaz de dar lecciones á la más normal de las maestras. Obligada fué también Clotilde á confesar que no conocía el inglés lo suficiente para enseñarlo con la perfecta pronunciación que es menester, é hizo inmediata entrega de su cátedra, satisfecha de la aristocrática compañía de quien la brindaba sus servicios modestamente, á título de pasanta ó *monitora*.


Era misia Petrona, «la jueza,» señora que no llegaba á los cuarenta

Así dieron comienzo aquellas clases de inglés, fuente de consoladora distracción para Victoria, y sus amistosos tratos con la señorita de Paces. Diariamente, á la misma hora, de cuatro á cinco, entraba en el pabellón de la escuela, subía á la tribuna y explicaba su lección, metódica y razonada, como quien cumple un deber imprescindible; la chiquillería, esparcida en los bancos de la sala, no divertía ya la mirada inquieta en la pintoresca fauna del friso, ni en las figuras anatómicas de la pared, los garabatos del encerado ó los colores de los pendientes mapas; atentos, con magnética atracción, á la rubia dama de la tribuna, recogían sus palabras sin perder letra, y es fama (que tanto puede la hermosura) que los más torpes chapurraban la lengua británica en pocas lecciones, y que entre los niños trigaleños se distinguen, como una piedra falsa de la legítima, aquellos que en la escuela de *La Justa* fueron discípulos de la Minerva rubia y la morena. La misma Pastorita, capitana de los desaplicados y ejemplo perverso de travesuras, no se meneaba del banco, la hermosa cabeza de diablejo inmóvil, y tranquilas ambas piernas, cuyas regordetas pantorrillas, de áurea pelusa, eran blanco de pellizcos, que ella provocaba...

La vez primera que subió Victoria á la torre de la poetisa, la encantó el bonito atalaya, el gusto femenino con que cada objeto estaba colocado, el perfume de modestia y de placidez que la envolvía: desde la ventana del Norte divisábase el Trigal; el arroyo del *Cura Magro*, pedacito de vidrio perdido en la verdura; la pulpería de Donato, verdadera portería de *La Justa;* el rancho de *ño* Camilo y muchos más diseminados en la campiña: de la ventana del Este, Ombú, muy lejos, un punto negro con un puntito blanco, la descabezada torre de la iglesia. Como sultana enamorada que espera á su caballero, en la del Norte la morena Minerva sentábase á soñar al caer la tarde, puestos los ojos y el alma en aquel caminito que serpenteaba entre las mieses.

Clotilde enseñó á Victoria su tesoro de ropa blanca, trajes domingueros, alhajitas, fotografías, cuadernos de versos y baratijas que en repisas ó bien cerrados cajones guardaba avariciosa; y establecida más tarde la confianza, la enseñó su corazón, su joya más preciada .. ¡Ah! ¡No había sido todo mieles su vida en *La Justa*, en los tres años y medio que llevaba!; primero, por la falta de costumbre de sumisión á la voluntad de un amo, ella que fué criada como señorita rica, para mandar y ser obedecida; luego, á causa del carácter de misia Justa, cuyo despotismo no distinguía rangos ni jerarquías; después, con motivo de los chismes, sospechas ofensivas é indignos rumores que del pueblo, como negro enjambre de moscas venenosas, se desparramaron contra su reputación: ya propalando que el señor don Fabio la rondaba con mal fin, y ella le mostraba fingidos rigores para asegurarle mejor y ponerle la casaca; ya que no era con D. Fabio, sino con D. Josecito, y hasta con los dos á la vez, engañando al uno con el otro. Llegó la calumnia hasta la familia, y fomentada por la señora Melchora, misia Justa disparó contra la infeliz maestra tantas centellas que la pulverizaran si la coraza de su inocencia no la protegiese. Quiso marcharse y no la dejaron; el mismo D. Fabio tomó su defensa, y á Melchora y á los trigaleños deslenguados dijo tan firmes, levantadas y nobles palabras, que apagaron de súbito rumores y sospechas. El noviazgo y la boda de Josecito pusieron término, de una vez, al insoportable chismorreo.

Si hubiera podido descubrirse, antes se acaba todo, y su honra queda más pronto á salvo; pero no podía descubrirse, porque como era Alejo Pardales menor de edad (tenía veintiún años, tres menos que ella), y ella más pobre que las arañas, los padres del estudiante, ambiciosos, y que soñaban para el hijo un partido digno de su futuro título de doctor, se opondrían á que ambos se quisieran, é influirían poderosamente para que la maestra fuese despedida; el único que lo sabía era D. Celedonio, pero el hábito que éste vestía imponíale discreción absoluta.

Se querían, sí, muchísimo, y su amor brotó en el primer encuentro, allá, en el Trigal, un día de fiesta que con la familia fué de visiteo á casa del juez de paz; chispazo repentino, lo mismo que las damas y galanes de teatro, quedaron ambos heridos, deslumbrados y tontos de remate. La manera cómo se lo confesaron, las tretas que inventaron para verse, el dolor de la ausencia en los inviernos, cuando el estudiante se marchaba á la ciudad, las cartitas que se escribían, la alegría del regreso, sus esperanzas, sueños é ilusiones, todas estas vulgaridades las refería Clotilde con derroche de retórica, exornadas de poéticas lentejuelas que fascinaban á Victoria, á quien Amor negado había cruelmente el goce espiritual é inefable, mostrando sólo de su posesión las bajezas. Profundamente interesada, palpitante el seno, escuchaba los detalles de la historia baladí, revolvía los paquetes de cartas perfumadas, leyendo y releyendo tanta frase que parece hueca al que no lo siente, y exalta y abrasa al enamorado; con la gentil narradora se perdía entre las nubes de su entusiasmo, y con sus alas prestadas la seguía por el cielo en que las estrellas todas, aquellos mundos misteriosos y brillantes, cantaban los amores de Alejo y de Clotilde...

¡Ah, la pobre muñeca de carne, vendida al oro de los Esquendo, no gozaría tan grande deleite jamás! ¡Nadie la diría cosas tan hermosas como aquel Pardales á la humilde maestra de *La Justa!* Corrida, á veces, de sentirse esposa sin haber aprendido á querer, huía de la torre de Clotilde, porque ésta no leyese en su frente la historia mezquina de su boda, aquel contrato vergonzoso ajustado por su hermano Ladislao y con la complicidad suya, sin otro fin que la prosperidad de la *Barraca de Stuart;* huía, pero el acicate de lo desconocido, la irritación del deseo, la hacían subir cada tarde la escalerilla de la torre donde el astrólogo aquel la descubría tantos y tantos secretos deliciosos.

A fuerza de hurgar en la cajita de sándalo, archivo de la correspondencia amorosa, y oir el apasionado relato, se contagió Victoria del mal que á la morena Minerva abrasaba, imaginariamente, por su puesto, y con tal inocencia, que el galán de su fantasía tenía alas como los arcángeles, casco de plata con penacho de blanquísimas plumas, coraza y espada resplandecientes, dios que no podía encarnarse en ser viviente alguno, y menos ¡ay! en Josecito; y con esta visión incomparable dentro del alma, muy poco adelantaba su empresa conyugal. Esposa mecánica, se sometía á los caprichos y tiranías de todos los de la casa; pero este sometimiento, por absoluto que fuese, no incapacitaba su imaginación ni sus sentidos, y los esfuerzos de la lucha la vencían... Aquel paseo diario en el break de Josecito por la ya conocida y aburridora campiña, sin hablarse, ó poco menos, pues por señas se entendían; obligada á sufrir las expansiones de su afecto desordenado, el beso de su boca apestosa que la revolvía el estó-

mago, era suplicio intolerable, prueba durísima que sólo en las poéticas alturas de Clotilde hallaba lenitivo; subía, estremecida como la rosa que el viento ha sacudido brutalmente y enlodado, se pasaba cien veces el pañolito por la cara con asco infantil y pedía á la otra sus alas.

—¿Qué tal, Clotilde? ¿Ha recibido usted nueva carta? ¿Le ha visto usted? Cuénteme, cuénteme.

Escuchándola, figurábasele que por el camino del Trigal avanzaba, no el Pardales enamorado, sino su gallardo caballero, el ideal del casco de plata y penacho blanquísimo.

No conocía Victoria al estudiante aún, pues aunque recordase que en la estación le fué presentado por D. Fabio, ni nombres, ni caras pudo distinguir; de creer á Clotilde, reunía todos los dones y gracias varoniles, como si las magas, en torno de su cuna, hubieran competido en otorgárselos: era guapo, noble, inteligente, altivo, robusto, valeroso, trabajador, aplicado..., lo más perfecto que dentro de lo humano existía.

El que no viniera á la *estancia*, con estar tan cerca, no la extrañaba, puesto que, según Crotilde, era amaño y conveniencia de los dos, á fin de evitar sospechas. Mientras el chico no cumpliera la mayor edad, estaría el asunto bien tapadito; luego se haría público, y ni padres, ni leyes, ni obstáculos de ningún género se opondrían ya á su felicidad, porque aun en el caso que el Sr. D. Zacarías extremara su negativa suprimiendo los víveres, tenía Alejo en el Banco cierto depósito, herencia de una tía suya, y con él habrían de sobra para sus necesidades y el fundamento de su carrera.

Un hombre así, que amaba y era amado, sólo en el teatro lo concebía Victoria: en la vida real, cortada al patrón de las doctrinas de Ladislao, todos parecíanla Josecitos de mayor ó de menor cuantía, y el matrimonio enlace brutal de intereses, comercio de almas, mercantilismo de familias, sacrificio y martirio.

Por Pastorita, la correvedile más atroz, D. Celedonio y la última carta que ingresó en el cofre de sándalo, supieron que vino Alejo á la hora de la siesta un día á traer un recado del padre para don Fabio; pero, desgraciadamente, ocupada en la escuela Clotilde, no le vió, y Victoria, aunque le viera, ignorante entonces del secreto, no hubiese parado su atención en el enviado del juez de paz.

Con este motivo, la enamorada maestra decía luego, allá arriba, en sus expansiones de la torrecilla, único sitio, por su proximidad al cielo, donde se pronunciaba el nombre de Alejo sin peligro de que oídos extraños lo recogieran:

—¡Qué discreción la suya! ¿Ha observado usted, señora Victoria, cómo vino y se marchó sin dejarse sentir? Pues, aunque me viera, no me habla, ó me habla tan poco que nadie sospecharía que lo tenemos todo arregladito, como que para mayo, en que cumple su mayor edad, nos casamos. Figúrese usted, señora Victoria, la sorpresa general cuando se destape... Y figúrese también si se destapara antes de tiempo, ¡cómo se nos ponía la señora mayor, y D. Zacarías y misia Petrona! Sólo de pensarlo me da frío... Usted desea conocerle, ¿verdad?: no tardará mucho, porque para la fiesta de la Purísima suele venir; y si no viene, para el día de Santa Genoveva, que es la patrona del Trigal, iremos nosotros al pueblo: hay corrida de sortija, fuegos y músicas, además de la función religiosa en que el cura echa el resto por rivalidades que tiene con nuestro don Celedonio... Todos los años hemos ido el día de Santa Genoveva al Trigal, con el beneplácito de la señora Justa, naturalmente, y este año con mayor razón: pues ese día conocerá usted á mi Alejo.

Pensativa, Victoria, aprobaba: sí que irían y habían de divertirse mucho, en desquite de la monótona vida que llevaban. Pero ¡qué lejos estaba el día de Santa Genoveva! El alegre espectáculo de la fiesta popular pasaba ante sus ojos, y veía á Alejo Pardales, el paladín del amor, con el casco de plata y el penacho blanquísimo...

Entretanto, mientras D. Fabio, al frente de su pacífico ejército, proseguía su campaña, infatigable y madrugador como nunca, y resonaban los campos bajo el peso de sus máquinas, celebraban las damas cada tarde, bajo la dirección de D. Celedonio, la novena de la Purísima, arrodilladas ante el sagrado camarín, que Victoria y Melchora habían prendido con gusto singular. De esta fiesta de la Purísima prometíanse todos, ó casi todos, grandes cosas: don Celedonio, que tenía en efecto sus piques con el cura Churrigorría, un carlistón de negra historia, dar á éste en los hocicos con el lujo y la pompa desplegados, pues en la iglesia del Trigal, siendo, como era, parroquia de muchas campanas, ni había sermón de dominico bonaerense, ni organista mejor que la viudita, ni tanto cirio y tanta flor, ni el coro de niños, que ensayaba para deleite del concurso. ¿Dónde iba á parar su rival, si para Santa Genoveva escasamente reunía tres violines destemplados, un arpa detestable y dos cornetines que dejaban sordo al Padre Eterno? Del sermón no se habla, pues como no lo pagaba bien, decíalo el teniente, un seminarista acabadito de ordenar, algo tartamudo y de corta inteligencia. En cuanto al adorno de la iglesia, ¡válgate Dios!: unos ramos de papel, dos floreros de la *jueza*, ¡y gracias!

Prometíase D. Fabio, asimismo, concluir la trilla y tener sus graneros repletos; Clotilde, la visita del joven Pardales, ó si no, una carta, ó si no (que aquel que ama con muy poco se contenta y de todo saca substancia para mantener su ilusión), columbrarle desde su atalaya y corresponder con su pañuelo blanco al saludo de su chambergo. Victoria no se prometía nada; primero, sí: ver de nuevo á Ladislao y á doña Mónica; pero la tristeza de su ausencia luego era tan honda, que prefería que ésta se prolongase á renovar el escozor de una pena irremediable.

Mas las que mayores cosas se prometían, y al oído, en mutuas confidencias, en lleva y trae de misteriosos mensajes, en gestos enigmáticos, en el extremar de la vigilancia y el alimentar de recelos, trabajo pacienzudo de araña, se descubriera á la perspicacia, si no se cuidaran de sorpresas, eran misia Justa y Melchora; las dos, como polizontes que siguen una pista, en la que Pastorita hacía de sabueso, las dos, cada vez más desconfiadas de la aparente sumisión de la intrusa, á quien miraban con mayor antipatía desde la iniciación de sus hocicueos con la maestra, y producidas que fueron dos nuevas turbonadas, por motivos fútiles, que debilitaron la ficticia armonía que engañó á Ladislao, entorpeciendo los buenos propósitos, á tanta costa mantenidos, de Victoria.

¿Qué esperaban aclarar misia Justa y Melchora el día de la Purísima? ¡Cualquiera lo adivina!

Y en efecto, llegó el ansiado día... y no hubo nada. El único que triunfó completamente fué don Celedonio.

IV

El pueblo del Trigal no pasa, á la verdad, de mediano lugarejo, sin rasgo saliente, ni calle, ni plaza, ni edificio, que no sean los edificios, calles y plazas de los demás poblachos provinciales; por no tener nada, tampoco tiene club ó centro de sociedad, pues el que existe junto á la iglesia es meramente político y hogar oficial de elecciones, por cuya razón las familias desafectas á las autoridades no van, y se contentan con el paseo de la plaza, bajo los *paraísos*, en las tardes de verano, y en invierno con estarse en casa calentándose los pies. Pero tiene, en cambio, y ya es algo, la *Confitería del Picaflor*, en la misma esquina de la plaza, con billar muy concurrido á todas horas por la juventud trigaleña, y en toda estación, y desde cuyos portales y vidrieras cuajadas de pastas y dulces de la edad de piedra, se atisba, chicolea y enamora á cuanta muchacha guapa cruza la acera ó desafía temerariamente á los galanes en la plaza; llaman á la referida *Confitería* un *coche parado*, no sé si por lo del plantón ó lo concurrido del sitio, y para conocer á la aristocracia del pueblo allí hay que ir y sumarse entre los grupos cuando cae el sol y la brisa de la tarde, de octubre á marzo, permite á las bellas trigaleñas lucir su talle, sus ojos criollos y la negra y florida cabellera.

Tiene también, olvidaba decirlo, dos periódicos, uno político, diario, y otro literario, semanal, *El Aura del Plata*, palenque de las musas locales, catálogo amoroso y crónica elegante; y por último, una estatua de bronce que quiere representar á Belgrano, y un juez de paz y una *jueza* que merecen párrafo aparte, la dama primero, porque galantería obliga.

Era misia Petrona, la *jueza*, señora que no llegaba á los cuarenta, con pretensiones de hermosa, y en el pueblo la que daba el tono y servía de modelo; figurín viviente, todas las extravagancias de la moda era la primera en acatar, y por aquello de que, oriunda de la capital bonaerense, trascendía en su porte la elegancia nativa, el sombrero que lucía un domingo, el color del vestido, tal perendengue ó cacharpa vistosa, discutíase en son de admiración ó censura, y se copiaban luego por todas, amigas y enemigas. Hay quien cree que, abusando de su influencia modistil, se salía á veces de los límites marcados en los códigos más famosos del ramo, é inventaba, para su uso particular, perifollos que á su delgadez de morena picante sentaban muy bien; pero estas son voces envidiosas de las feas, entre las que deben contarse, respetos á un lado, á la hermana del cura, Antonina, y á la hija del médico, Benita, que odiaban á misia Petrona: Antonina tan profundamente, que inspiró á D. Ignacio aquel sermón sobre el lujo y sus estragos, causa de escándalo que le puso á dos dedos de ser arrojado de la parroquia por los *milicos* del comisario.

Quede, pues, establecido que misia Petrona personificaba, con mayor ó menor aprobación, la elegancia en el Trigal, y que era guapa y de muy limpia fama; esta advertencia va enderezada á los maliciosos, que no conciben la coquetería sin la ligereza, y mujer de hombre viejo sin el correspondiente gatuperio. A más que llamar viejo á D. Zacarías es agraviarle (ya que en la edad madura son agravios los años): D. Zacarías tendría sus cincuenta y cinco muy campantes; robusto, sano, alegre, vulgar si se quiere, *hombre de campo* en genio y figura, al lado de misia Petrona no haría la mejor pareja en punto á la estética, pero como «la armonía conyugal no está en la forma corpórea, sino en la compenetración de las almas,» según el cura Churrigorría interpretaba á San Pablo, la bonachona de D. Zacarías y la pueril de su mujer encajaban tanto la una en la otra, que parecían perfectos casados y lo eran, lo que no siempre acontece en caso igual; y eso que desde los quince, ó sea con el vestido largo, se puso la coyunda misia Petrona, disponiendo ambos de tiempo suficiente para *compenetrarse* ó tirarse los trastos á la cabeza.

Nada; que se *compenetraron* y soldó la unión el niño Alejo, orgullo de los Pardales, aunque no hubiera de qué, como se comprobará luego. Una de las cosas de mayor notoriedad en el Trigal, es, sin disputa, su juez de paz; tanto, que para encomiar á su pueblo un trigaleño, dirá, invariablemente: «Tenemos una estatua de bronce del general Belgrano y un juez de paz... ¡con unas uñas así!» ¡Alabado sea Dios! ¡Oh poder de la lengua! ¿Qué acero, ni qué plomo, ni qué explosivo moderno iguala á esta arma cobarde que no se atreve á asomar fuera de los dientes, y entre babas vive y en la sombra se mueve? Nadie podía justificar lo que había robado D. Zacarías, cuándo y á quién se lo robó; pero por ladronazo le tenían todos, y todos le veían las uñas así de largas, á pesar de que se las mondaba lo menos una vez por mes.

Es verdad que en tiempos del *eneísmo*, afortunadamente ya pasados, con motivo de las elecciones y en expedientes donde mangoneaba á sus anchas D. Blas Herreros, el intendente, otro de los acusados, pero con menor acrimonia é injusticia, se descubrieron faltas graves, mejor dicho, se sospechó que las hubo, porque descubrirse, ¿qué iban á descubrirse si de La Plata echaron tierra al chanchullo y bonitamente arreglaron todo en forma que nadie chistara? Así, decía D. Zacarías, defendiéndose:

—¡Probadme que he robado! ¡Ahí están los tribunales; venga el caso concreto, el caso concreto!

Los deslenguados no hallaban el *caso concreto*, ni dieran con él en ningún archivo. Pero se preguntaban de dónde sacó el señor juez de paz los dineros para adquirir la valiosa finca de la *Confitería del Picaflor* y el campo junto al arroyo del *Cura Magro*, cuyas aguas, en sociedad con cierto alto empleado platense muy metido en los contubernios oficiales, proponíase utilizar para un molino de su propiedad... De dónde para sostener el lujo de misia Petrona, la carrera y los vicios juveniles de Alejito, si no se le conoció nunca otra hacienda que su sueldo exiguo.

Conteste quien pueda. Yo me limitaré á hacer constar que eran los Pardales muy ricos, vivían en la mejor casa del pueblo, y las uñas de D. Zacarías no eran obstáculo ni pretexto á que las fiestas con que agasajaban á sus relaciones fuesen más concurridas que las de la iglesia, sacrílega preferencia que hizo decir desde el púlpito, en otro sermón también muy sonado, al bilioso vascongado D. Ignacio, que «*la plata*, como la capa, todo lo tapa.»

Preocupados con las leyes y decretos de la última moda misia Petrona, y sus enredos políticos don Zacarías, no descuidaban un punto, sin embargo, al joven Alejo, que estudiaba Derecho en Buenos Aires. En verdad, sólo á una persona atacada del delirio poético y del amor, dos enfermedades capaces cada una de por sí para anublar el buen sentido, se la ocurriera dotar de tan eximias condiciones como las que generosamente atribuía Clotilde á su Alejo. Alejo era, ni más ni menos, un jovenzuelo vulgar, ni mejor ni peor que otro, aficionado á divertirse mucho y á estudiar poco... Vamos, que no valdría la pena detenerse en bosquejar su carácter ni trazar aquí su retrato, si las circunstancias caprichosas no le mezclaran en el curso de los acontecimientos que van refiriéndose. De todos modos, no he de detener-

me, y figúrese cada cual á Alejo Pardales como un quídam de veinte años, sin seña particular ninguna.

Claro está que á su papá y á su mamá parecíales un prodigio, como si aparejada con la paternidad fuese fatalmente la ceguera. Un prodigio era, sí, haciendo carambolas en el billar del *Picaflor* ó gastando el tiempo y los cuartos paternales en la capital; prodigiosa era también su labia, y prodigiosa su fortuna en lides de amor, pues á pesar de sus audacias y desvergüenzas mil, conservaba sanos todos los huesos. A este *picaflor* trigaleño (que este nombre recibían los asiduos de la famosa esquina) llamaba *El Aura del Plata*, con frase cursi, *nuestro Lovelace*, esponjando á misia Petrona, aunque no supiera ella en realidad lo que significaba, si bien inducía que aludiese á lo más fino, elegante y primoroso.

De sus relaciones con la señorita de Paces, acaso ni la mamá ni el papá sabían nada; como sospecharlo, pudiera ser que lo sospechasen, mas no le atribuían importancia alguna, pues el mozo había ya dado pruebas de su inconstancia, brillante colibrí de Cupido, como diría *El Aura*, revoloteando de la una á la otra, de la hija del médico, Benita (motivo del odio indicado), á la de don Blas, el intendente, y con la viuda del administrador de Correos, y Herminia, un cierto tiempo, la que por aquel gaucho malo, el *Mandinga*, le plantó de firme..., amorcillos ya serios, ó alegres, sin consecuencia. Si la maestra le creía, buena tonta estaba la maestra.

No hay para qué añadir, apuntado lo que va dicho, que en el pueblo la familia de Pardales era la de mayor viso. Además de sus fiestas, que emberrinchaban tanto al cura, su tertulia de las tardes en estío, ó entre ocho y diez de la noche en invierno, gozaba fama de muy divertida; y así como para conocer al vecindario parecía obligatorio hacer el moscón en la *Confitería*, para oir noticias y enterarse de la vida y milagros del Trigal entero había que ir á la tertulia de Pardales.

La cual se constituía en la misma acera, del modo más llano y democrático, debajo de frondosas acacias, en verano por supuesto, que con las tertulias del invierno nada tenemos que ver por ahora; en el cordón de la dicha acera, que formaba uno de los costados de la plaza, frente á la Municipalidad, se colocaban hasta una docena de sillones de rejilla, y venga charlar y tomar mate los tertulianos, entre el hormiguear de los paseantes. Por cierto que misia Petrona en esta ocasión se prendía y empolvaba curiosamente, vistiendo el traje juvenil de tonos claros; pero D. Zacarías, con el calor, no sufría albardas, y recibía en mangas de camisa, desabrochado el chaleco, á veces un pie fuera del zapato, según donde le apretaba, á caballo sobre una silla y con el pañuelo, que en lo grueso y cumplido podía pasar por servilleta, secándose la morena caraza. Allí acudía el intendente Herreros, otro personaje de peso, el cual era el más raro de los políticos que se han visto, pues no hablaba, ó hablaba tan parcamente, que como suya corría esta frase sentenciosa: «La saliva es un humor muy útil y necesario para las buenas digestiones; ¡no hay que gastarla en baldel..» Y su hija Amelia, una niña espigada y anémica; su mujer; Benita, con su padre, á pesar de enemistades y desilusiones; la misma solterona Antonina y el señor cura Churrigorría, que por cortés no dejaba de ser valiente; el propietario del *Picaflor* y muchos más que no hay para qué indicar qué facha tenían ni cómo se llamaban, pues con decir que gastaban una lengua más larga que las celebradas uñas del señor juez, basta al objeto de probar el alcance y la importancia de la reunión cotidiana.

Pues figúrense ustedes con motivo de la boda de Josecito Esquendo cómo se despotricaría en la tertulia de Pardales entre mate y mate. Cuando se anunció en runrunes y el periódico de la localidad, *El Independiente*, creo, lo estampó con todas sus letras, el estupor fué general en las damas, pues, á pesar de sus riquezas, no comprendía ninguna (sin duda porque ninguna de ellas era la elegida) que existiera mujer que diera el sí á aquel muchacho bobalicón, poco menos que idiota, feísimo y que dejaba correr la baba todavía como los párvulos: Antonina dijo que ni con un puñal al pecho la arrancaban á ella el consentimiento, y todas convinieron en que la novia sería un adefesio, una tarasca, y se rieron á espaldas de D. Fabio la vez que éste, ocupando el mejor sillón del corro, afirmó que chica más bonita que su futura sobrina no se vió jamás, mejorando lo presente.

Así, el día aquel de la boda, diéronse todos cita en la estación, y á la estación acudió la mayor parte del pueblo, con grande curiosidad de ver á la nueva señora de Esquendo, y la vieron y se deslumbraron, atizando misia Petrona luego el fuego de la crítica, «porque parecía mentira que una muchacha tan mona...» Se discutió su aire, el traje, sobre todo el traje. Y todas, también los hombres, repetían:

—¡Parece mentira!

Misia Petrona, á pesar de la respetuosa deferencia que la familia de Esquendo inspiraba á todo trigaleño bien nacido, resumió de este modo la general opinión:

—Ya acabará eso como el rosario de la aurora. Todo lo podrá el dinero, menos inspirar cariño, quiero decir que á ese niño de oro, tan feo, no se le puede querer sino por lo que pesa. De lo que se deduce que la tal inglesita es una pieza muy fina. Trabajo la mando para soportar al marido, que suelen ser éstos de los mas pegajosos, y á la suegra, ó á la que por tal debe considerar: misia Justa.

No se habló ya de otra cosa, fué el asunto preferente de la tertulia, y cada tarde había porfía entre los tertulianos por ganarse de mano en soltar la noticia recogida: «Me ha dicho Regino...;» ó: «Asegura el capataz D. Patricio...;» ó: «¿Saben ustedes?, ya estalló la bomba y andan los dos como perro y gato.»

El primer informe directo lo trajo Alejo, y aquello de D. Celedonio: «Hemos tenido un terremoto como el de la Martinica...,» hizo arder la tertulia. Las damas, con nervioso abaniqueo, convinieron en que no podía ser de otro modo:

—Pero, señor, ¡si se necesita humor y estómago y hambre! De lejos, pase; pero, á ver, aguántele usted, Antonina, día y noche.

La flaca, menesterosa y desengañada Antonina que aguantaría al mismo demonio, frunció boca y narices en señal de asco irresistible; y D. Zacarías, de burlas, aludió á lo de la *compenetración espiritual* por chocar á D. Ignacio, y todos cayeron sobre el áspero vascongado, que se defendía:

—También hay casos .. ¿Cómo han de entenderse, si uno y otro llevan fines distintos y contrarios al lazo sagrado, fines mezquinos y reprochables? La soldadura matrimonial no resulta sino cuando los elementos son homogéneos, es decir, simpáticos, es decir... El que no comprenda, que se destape las entendederas. Esto es hablar *como es deber.*

Reíanse los *picaflores*, que andaban zumbando en torno del corro, y D. Ignacio enderezábase todo lo grande que era y con su voz militar les espantaba:

—¡Ea!, afuera los mocosos, los *cajetillas*, los sinvergüenzas...

Y reanudada la discusión, acababan por quedar todos de acuerdo en lo esencial: que el tal bodorrio llevaba trazas de terminar de mala manera, juzgándolo por los datos que cada cual aportaba, si exagerados ó erróneos, como provenientes de criados, lo bastante verosímiles para prestarles fe, sobre todo teniendo en cuenta la extraña conducta de la familia, que no salía de la *estancia*, ni había pasado el *parte* aún.

En esto las damas, especialmente misia Petrona, como la más encopetada, no transigían: tamaña falta á los deberes sociales era menosprecio patente al Trigal, desdén irritante: ninguna de ellas iría á visitarla, mientras no cumpliera con ese requisito...

La verdad es que ni el mismo D. Fabio, tan campechano, venía ya, y los que le vieron le daban por muy cambiado y taciturno; los novios, como parecía natural, no se preocupaban de acudir una vez siquiera, por pura fórmula ó por curiosidad, á la parroquia, y de ello se quejaba acremente D. Ignacio: también los que lograron verles en sus raros paseos fuera de *La Justa*, decían que no pasaban del arroyo, cual si ni el aire del pueblo quisieran respirar. ¿Era el orgullo de la inglesita, ó cortedad, ó el resultado de los disgustos reinantes?

—Es que tiene vergüenza que la veamos, interrumpió Benita la despechada: si yo estuviera en su lugar, me metía en un zapato y me tapaba con otro. Hace bien. ¿Se acuerdan ustedes cuando me rondaba Josecito? Lloraba de rabia cada vez que me daban bromas con él.

—¡Benita, por Dios!, saltaba D. Zacarías; no hables de zapatos, hija mía, que con este del derecho estoy viendo las estrellas. Permítanme ustedes que me lo quite..

Naturalmente, el día de la Purísima nadie quiso ir á *La Justa*, porque «si se creían que ansiaban comer los dulces de la boda...»

—¡Buenos estarán!, rezongaba misia Petrona. Nada, dejarlas, que se divirtieran solas y el dominico predicara en desierto.

Ya se desquitarían todos con su fiesta popular de Santa Genoveva, no invitándoles ni de palabra, y si les daba la gana de venir, no haciéndoles caso; al fin y al cabo, todavía iba á salirse con la suya D. Ignacio, de que la inglesa era protestante.

—¡Qué barbaridad!, intervenía Alejo: primero, que no es inglesa, sino hija de inglés, lo cual, para nosotros, es distinto; segundo, que se ha casado por la Iglesia y va á rezar á la capilla...

—¿Qué sabes tú á lo que va á la capilla?, dijo misia Petrona. También el diablo suele ir á misa. ¡Por mí, aunque fuera mahometana!

Pero el exitazo lo obtuvo el mismo D. Zacarías, que, llamado por D. Fabio, fué á *La Justa* un día, se quedó allí á almorzar, y conoció y trató de cerca á la señora Victoria.

Los asuntos que orillar quería el gran Esquendo, simplemente rurales, en particular aquel de la anunciada invasión de langosta, no eran de naturaleza propia para impedir que curioseara á su gusto; y del aspecto de los comensales en general, de la conversación lánguida y mal color de la inglesita y de ese no sé qué de las situaciones tirantes, deducía el señor juez temeraria consecuencia: como que estaban todos, usando su expresión pintoresca, «como cuando á uno se le atraviesa un *güeso* en el gañote.» Luego el padre capellán, á quien se le iba la lengua siempre después de la comida, corroboró estas impresiones confesándole en el corredor «que habían pasado días malos y días buenos, algunos malísimos y los últimos excelentes; pero que desde la Purísima á la fecha el cielo parecía tan tormentoso, que su influencia en el estómago dejábase sentir al extremo de que se gastara todo su bicarbonato, y así le pedía le mandase con el cartero veinte centavos de la dicha sal, indispensable en aquel que, si antes fué purgatorio, era infierno desde el malhadado casamiento de D. Josecito.»

(Continuará)

La tarde que el D. Zacarías contó estas cosas se estrecharon en su torno



BARCELONA. - JURA DE LA BANDERA POR LOS RECLUTAS. LA MISA DE CAMPAÑA: EL ACTO DE LA ELEVACIÓN (de fotografía de Adolfo Mas)

BARCELONA. - LA JURA DE LA BANDERA

En cumplimiento de una reciente Real orden del Ministerio de la Guerra disponiendo que la jura de la bandera por los reclutas se verificase públicamente y con gran solemnidad, realizóse esta ceremonia en nuestra capital el día 5 de los corrientes. El acto, que se celebró por la mañana en el Salón de San Juan, resultó hermoso y pintoresco en extremo.

Una multitud inmensa ocupaba los alrededores de aquel sitio desde mucho antes de la hora señalada, estando también llenos de gente los balcones y terrados de las casas contiguas al paseo.

El altar donde debía celebrarse la misa levantábase en la parte izquierda del Arco de Triunfo sobre un estrado adornado con plantas y árboles y rodeado de armas y trofeos militares.

A las diez y media comenzaron á llegar las tropas, que se situaron en la forma siguiente: en la cara lateral izquierda, dando frente á la epístola, los reclutas de los regimientos de Santiago, Navarra, Numancia, Albuera, Montaña, Barcelona, Alba de Tormes, Tetuán, Zapadores minadores, Montado, Artillería de plaza, Treviño, Administración y Sanidad militar; á continuación, la media brigada provisional de artillería é ingenieros y el regimiento de caballería de Treviño; en el centro



BARCELONA. - LA JURA DE LA BANDERA POR LOS RECLUTAS. LOS RECLUTAS EN EL MOMENTO DE BESAR LA BANDERA (de fotografía de Adolfo Mas)

del paseo, la primera media brigada de cazadores y el primer regimiento de montaña; en la cara central derecha, á continuación de las banderas y estandartes, la brigada de infantería y el regimiento de caballería de Tetuán; y en el arroyo, frente al Palacio de Justicia, el regimiento de dragones de Santiago.

Pocos momentos antes de la hora señalada para empezar la ceremonia llegó el Capitán general con su acompañamiento, siendo recibido á los acordes de la marcha Real. Las banderas y los estandartes fueron conducidos al paseo izquierdo del Salón é inmediatamente empezó la misa, que dijo el teniente vicario castrense D. Francisco González y Martínez, y terminada la cual adelantóse la bandera del primer batallón de Navarra y se situó en el centro del Salón, teniendo á su lado al comandante mayor de caballería de Tetuán don Ricardo Salazar, quien pronunció la fórmula del juramento, á la que contestaron en masa los reclutas: «Sí, juramos.» En seguida el sacerdote añadió: «Por obligación de mi ministerio pido á Dios que si así lo hiciereis os lo premie, y si no que os lo demande.»

La bandera de Navarra volvió á colocarse en fila con las demás é inmediatamente los 1.800 reclutas desfilaron, besando el asta de la bandera de su batallón respectivo, y pasaron bajo los pliegues de la misma, mientras las músicas ejecutaban varias composiciones.

A poco más de mediodía terminó la ceremonia, saliendo entonces el Capitán general con su acompañamiento por el Arco de Triunfo y situándose en el Paseo de San Juan para presenciar el desfile, que comenzó por los reclutas y siguió por la infantería, artillería y caballería.

Las dos bellísimas instantáneas de D. Adolfo Mas que en la página anterior reproducimos, representan los dos momentos culminantes de este acto, del cual guardarán de seguro grato recuerdo cuantos lo presenciaron. – S.

Accidente de la carrera de automóviles de Niza, en el que fallecieron el conde Zborowski y M. Alberto de Palange
El automóvil del conde Zborowski después del accidente (de fotografía de Branger Doyé)

ACCIDENTES

DEL AUTOMOVILISMO

El automovilismo ha causado recientemente dos nuevas víctimas: el conde Zborowski y M. Alberto de Palange, que con él iba en calidad de maquinista, han encontrado la muerte en una prueba deportiva que se verificó el día 1.º de este mes en la costa de La Turbie, entre Niza y Mónaco. Esta prueba, que se viene realizando desde hace algunos años, se considera como sumamente difícil, pues el trayecto que en ella se recorre es de fuerte pendiente y en extremo accidentado. En 1901, un *chauffeur*, M. Bauer, murió en una vuelta situada á 300 metros del punto de partida y muy difícil de tomar á gran velocidad á causa de lo violento de la virada y de la mala inclinación de la carretera. Esta misma curva ha sido fatal al conde Zborowski y á su compañero. Emprendieron éstos la marcha con toda la velocidad de que era capaz su motor Mercedes de 70 caballos, de arranque excepcionalmente rápido, y al llegar al punto crítico no pudo hacer girar su vehículo, el cual fué á estrellarse contra la roca que limita el camino por el lado derecho: entre el momento de la salida y el de la catástrofe no habían transcurrido 20 segundos. El conde de Zborowski murió instantáneamente á consecuencia de la fractura del cráneo; M. Alberto de Palange pudo ser transportado al hospital, en donde falleció poco después. El conde, de origen polaco, había llegado uno de los primeros en la gran carrera París-Viena de 1902 y había de tomar parte en todas las pruebas anunciadas para el presente año.



Junto al estanque, cuadro de Carlos Vázquez

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 20 de abril de 1903 — Núm. 1.112



HORAS TRISTES, cuadro de Enrique Luyten

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1903, que será

TRADICIONES ARGENTINAS

obra escrita por el distinguido literato y folklorista argentino Dr. Pastor Obligado é ilustrada con dibujos de Nicanor Vázquez.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE DERECHO

Ando yo siempre temerosa de recomendar ó censurar libros, sobre todo de autores vivientes que se cuentan en el número de mis compatriotas, porque una experiencia tan triste como prolongada sirvió para demostrarme que, no ya los censurados, sino los mismos elogiados, se convierten para quien los ensalza en fieros, irreconciliables enemigos. Dejo correr el río de la literatura, que lleve sus ondas en la dirección que Dios le depare, sin enturbiarlas con todo lo que se me ocurre de crítica y de juicio, porque además el curso de los años nos inclina á la severidad y nos vuelve descontentadizos, y á cada instante mi *escalpelo* se volvería doblemente cruel en sus tajos y cortes.

Pero el tomo que ahora tengo á la vista no es un libro..., entendámonos, no es un libro de *letu*, sino de utilidad, consulta y meditación. Detrás de sus hojas no se esconde una vanidad exacerbada. Se titula *El derecho positivo de la mujer*, y es su autor D. Dionisio Díaz Enríquez.

Al repasarlo me entran tentaciones de cambiarle el nombre titulándolo *El tuerto positivo de la mujer.* En efecto, lo que resalta de esta metódica exposición de las disposiciones legales que á la mujer se refieren, es la iniquidad, una iniquidad secular y consagrada, no por eso menos odiosa. En la *Introducción* nos lo dice el autor, de un modo categórico. «En la maternidad, que constituye, indudablemente, su destino natural (el de la mujer), sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Si es madre fuera del matrimonio, se le niega hasta el derecho de intentar la investigación de la paternidad del hijo. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima, son para el hombre; todas las vergüenzas, todas las desventuras, para la mujer. Si el hombre se decide por fin á reconocer al hijo, priva á la madre de la patria potestad que adquiere aquél por el reconocimiento, y lo que es verdaderamente cruel, puede separarlos cuando el hijo es mayor de tres años. En el matrimonio es donde halla su dignificación la madre, pero no la esposa. Esta sufre una *capitis diminutio* máxima. Nada es, ni nada puede hacer por sí. Hasta su patria la pierde si el marido es de otra distinta ó se le antoja cambiarla. Si quiere manifestar sus pensamientos por medio de la prensa, el marido puede prohibírselo. Si desea trasladarse á otra población, donde acaso se halle moribundo su padre, su hermano, alguna persona de su afecto, el marido puede impedírselo. La situación de la mujer casada es horrorosa, cuando el egoísmo del marido sobrepuja á su amor.» Y con aguda observación añade el señor Díaz Enríquez: «Todavía más absorbente que la ley, es el sentimiento popular. Este sentimiento exige á la mujer el heroísmo. Si no es heroína..., es *cualquier cosa.* Soltera, la quiere recatada hasta la hipocresía, y sin embargo, doquiera que la halla sola conspira contra su recato. Fuera de las ocupaciones del hogar doméstico, todas las encuentra propicias al pecado, y la excluye de ellas. Casada, la considera una *cosa* del marido, un siervo sobre el cual tiene mero y mixto imperio...»

Noto algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta é imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama *feminista* y que no debiera llamarse más que *humano*. ¡Saltan á la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría á un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.

En justicia debo añadir que la costumbre es peor ó mejor que la ley, pero siempre manda más y ejerce superior influencia. – No ha mucho leí en una Revista extranjera de sociología que en España á la mujer no se le permite asistir á los establecimientos de enseñanza del Estado. Es inexacto: la ley lo permite; no excluye á la mujer del Instituto, ni de la Universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en Medicina, en Derecho, en Filosofía y Letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición; la prohibición desaparecería; el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por dónde atacarlo, por dónde derrocarlo de su altar de piedra. No debe alegarse, para explicar tal retraimiento, la contradicción de que no sea permitido á la mujer ejercer una profesión para la cual, oficialmente, se le ha reconocido aptitud, después de esfuerzos y dispendios iguales á los de sus condiscípulos varones; la contradicción existe, es muy cierto, pero su misma enormidad haría que fuese fácil establecer el derecho, si algunas mujeres, adquirida la aptitud, reclamasen y exigiesen con perseverancia su ejercicio. Mientras nadie reclame, el absurdo estará en pie. Ya ejercen la Medicina algunas, contadísimas mujeres: lucharon al pronto con la rutina, y triunfaron. En Madrid tiene clientela y crédito la doctora en Medicina Aleixandre; las pocas doctoras en Derecho, como no intentaron la campaña, se están en su casa con su ciencia, sin aplicarla, no digo yo á ganarse la vida, sino á algo que me parece de mayor interés: á sentar el precedente y afirmar el derecho.

Volviendo al libro del Sr. Díaz Enríquez, lo considero utilísimo: toda mujer – soltera, casada, viuda, monja – debiera tenerlo en el estante de su habitación, en los cajones de su mesa, en su costurero. Conocer la ley, penetrarse de ella (así sea injusta), es ya un modo de defenderse de sus injusticias y caminar hacia su reforma. El peor sistema es el de ignorarla, de dormirse tranquilamente, y despertar chillando cuando la máquina legal nos coge por medio del cuerpo y nos tritura.

Las leyes nos importan demasiado para que no las consagremos un ratito de atención. Abramos el libro del Sr. Díaz Enríquez. Vamos á encontrar en él cosecha de perlas. Ensartemos unas cuantas, sin comentarios.

La investigación de la paternidad natural está prohibida. La maternidad, en cambio, es siempre investigable. Si el padre y la madre reconocen al hijo natural, la patria potestad corresponde al padre. La madre, deshonrada ante el mundo por el nacimiento del hijo, no disfruta, sin embargo, de derechos. «La amplitud – dice el expositor – que se concede para la investigación de la *maternidad*, contrasta con las restricciones establecidas por el Código civil para la de *paternidad.*» Las mujeres no pueden ser testigos en los testamentos, salvo *por caso de epidemia.* Para que la mujer sea albacea, tiene: ó que estar separada legalmente de su marido, ó conseguir la licencia marital. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no pueden dejar la casa paterna sin licencia del padre ó de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado. (Este fué el célebre caso Ubao, que puso en claro que legalmente sólo es *estado* el matrimonio.) La mujer no puede ejercer la tutela, salvo en dos casos excepcionales. En la tutela de los nietos es preferido el abuelo á la abuela, y la abuela de la línea paterna á la de la materna. (Que ya es llevar la sutileza hasta lo más puntiagudo.) La mujer no puede formar parte del Consejo de familia. No puede pertenecer á una Cámara de Comercio. No puede ser síndico en juicio de concurso ó quiebra, aunque en él tenga comprometida su fortuna. – La esfera de la igualdad, para la mujer, es la del Derecho penal. Sus delitos y crímenes se castigan con tanto rigor como los del varón; en cambio, los delitos especiales contra la mujer, contra lo que en ella más se estima, están penados con penas leves. El honor de una doncella robado por un superior (sacerdote, tutor ó maestro), valen como máximo cuatro años de prisión correccional. El *engaño* á una mujer que ya no es doncella, como maximo, seis meses. El padre que mata á una hija menor de veintitrés años porque la sorprende con su seductor, sólo es castigado con destierro. La infidelidad del marido no siempre es delito, la de la mujer sí. El marido que mata á la infiel sólo incurre en destierro; en la mujer el mismo acto se llama parricidio y puede conducir al patíbulo. El Código impone á la mujer obediencia á su marido; el marido no está obligado sino á protección, sin que la ley defina qué género de protección es esta. Es una relación de inferioridad constante la de la mujer con respecto al marido, en lo legal (sean cuales fueren las costumbres).

El marido administra los bienes de su mujer (excepto los paternales). La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido, y reside donde él quiere. No puede sin licencia comparecer en juicio por sí ó por medio de procurador; ni adquirir, ni enajenar, ni obligarse por contrato. La patria potestad corresponde al marido solamente.

En el libro á que estoy refiriéndome, en el cual se exponen el derecho civil, el penal, el mercantil, el canónico, en su relación positiva con la mujer, echo de menos una hoja (en ella cabría) consagrada al derecho político. Lo absurdo de la situación femenina resultaría de bulto en esa hoja, donde aparecería la mujer sin derecho á votar y con derecho á reinar y regentar el reino: la más extraña de las infinitas contradicciones del derecho femenino.

Insisto en ello; las leyes no son buenas, las costumbres todavía son peores; sobre la base de la legislación española podría la mujer subir bastante, socialmente hablando, y llegar á modificar el derecho en el sentido de la equidad. Los Códigos oprimen á la mujer como cuatro, el hábito secular como veinte. – El caso de la no asistencia á los establecimientos de enseñanza, de que antes hablé, y la apatía en reclamar el ejercicio de profesiones obtenida la aptitud, prueba que es exacta mi apreciación.

Por el camino de la igualdad pedagógica é intelectual en la clase media, y de la igualdad económica en el proletariado, se iría muy lejos en la reivindicación de los derechos de la mujer en otras esferas. Lo segundo creo que viene infaliblemente, opóngase quien se oponga: viene con la marea imponente de la transformación económica; no se evita. Lo primero, en España..., sólo Dios sabe cuándo y cómo podrá venir.

Y á mi ver, hay que reirse de los demás problemas nacionales: la clave de nuestra regeneración está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia. España se explica por la situación de sus mujeres, por el *sarracenismo* de sus hombres.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Dios no condenó al hombre á trabajar; le condenó á vivir, concediéndole el trabajo como circunstancia atenuante.

ERNESTO LEGOUVÉ.

No hay más obra verdaderamente filantrópica que la que ayuda al hombre á ayudarse á sí mismo; quien pide que los demás le sostengan no merece ser sostenido.

ROOSEVELT.

La abnegación no tiene todo su valor sino cuando es ignorada ó no hay testigos para aplaudirla.

FRANCISCO GERNIER.

Para las almas de buena voluntad no hay en la vida un minuto que no tenga su deber.

JULIO LEMAITRE.

En el teatro hay un público que sólo se divierte cuando llora.

ARMANDO SILVESTRE.

Se muere por la familia y por la patria; únicamente un Dios muere por la humanidad.

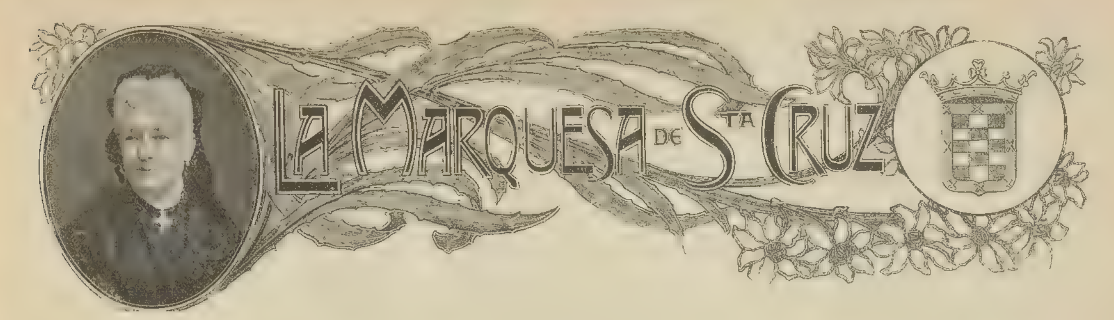
G. M. VALTOUR.

Las libertades públicas tienen por base las costumbres domésticas; las mismas máximas destruyen las leyes de la familia y los derechos de los pueblos.

PROUDHON.

En estos tiempos en que no hacemos más que cambiar de abismos, toda mi política consiste en engancharme delante en las subidas y detrás en las bajadas.

VÍCTOR HUGO.



Durante el período en que dominaron las situaciones nacidas del triunfo de la Revolución de septiembre de 1868, frecuentaba la iglesia parroquial de San Marcos, situada en barrio que era entonces poco poblado de Madrid, una señora que, á pesar de la modestia de su sencillo vestido de lana negro y del manto prendido en sus lisos cabellos blancos, tenía tal aire de dignidad, que involuntariamente llamaba la atención del que la contemplaba.

Yo la veía con frecuencia y no sabía quién era; pero no dudaba de que aquella dama, que iba siempre sola y con su libro de rezos en la mano, que no hablaba sino para contestar á los saludos de los pobres situados á la puerta del templo y á los que con frecuencia daba limosna, debía haber sido algo.

En la edad en que yo me hallaba entonces no suelen ser muy duraderas las impresiones, y al dejar de frecuentar el barrio de San Marcos se eclipsó para mí la figura de aquella señora.

Había pasado algún tiempo y nos hallábamos en los albores de la Restauración. D. Alfonso XII acababa de regresar del destierro y se había instalado con su hermana la infanta doña Isabel, entonces princesa de Asturias, en el regio alcázar donde había nacido y se elaboraba el nuevo reinado, continuando los actos solemnes de corte que la Revolución interrumpiera. Uno de los días en que había recepción en palacio, vi llegar á la puerta principal lujosa carroza de grande y descender de ella con soberana majestad á una dama ricamente ataviada y cuya gallarda y esbelta figura contrastaba con los cabellos blancos, en que se destacaba rizada pluma completando el tocado formado por los florones de heráldica diadema de brillantes.

No era la primera vez que yo veía á aquella señora, pero no sabía quién era, ni acertaba á recordar cuándo ni en dónde la había visto.

–¡La Santa Cruz! ¡La Santa Cruz!, decían en tanto en un grupo de viejas de las que asisten *por fuera* á las solemnidades palatinas.

–¡Como esa hay pocas!, continuaban.

–¡Como que es de raza!, añadían.

Y en tanto la dama había desaparecido en el ancho zaguán, saludada reverentemente per cuantos de librea ó de uniforme hallaba á su paso.

«¡La Santa Cruz!,» decía yo sin poder coordinar mis recuerdos, hasta que, de pronto, al alejarme evoqué una figura casi olvidada. La de la señora que iba á misa á la iglesia de San Marcos.

En efecto, la respetable dama que yo solía ver hacía algunos años, modesta y severamente vestida de negro, era la que acababa de ver entrar en palacio luciendo espléndidas galas. Las dos tenían de común la distinción de la figura, la majestad del porte; pero aquélla, la del manto negro, parecía más anciana, y ésta, la de los brillantes y la pluma, más joven. Mayo la había rejuvenecido. Pero no cabía duda; las dos eran la misma, porque no existía más que una sola con aquella distinción en la que se unían la severidad y la elegancia.

Después tuve ocasión de verla con frecuencia, y alcancé el honor de tratarla, pudiendo apreciar de cerca la que había admirado de lejos.

***

Doña María de la Encarnación Fernández de Córdoba y Alvarez de las Asturias Bohorques, hija de los marqueses de Malpica y de Malpica, duques de Arión, casó el año 1835 con D. Francisco de Borja de Silva Bazán Téllez de Girón, XI marqués de Santa Cruz de Mudela, conde de Pie de Concha, grande de España de primera clase, conde de Balaguer, señor de muchos estados y baronías en Cataluña y en Cerdeña.

Nacida el 27 de junio de 1817, la marquesa de Santa Cruz se aproximaba á los sesenta en los primeros años de la Restauración.

Su madre había sido camarera mayor de palacio en el reinado de doña Isabel II, ella era dama de la reina, y al proveerse los cargos palatinos cuando D. Alfonso XII se sentó en el trono, se la sacó del retiro de la casa palacio de los Santa Cruz en la calle de San Bernardino, donde se había encerrado voluntariamente, para llevarla á ocupar puesto preeminente en el alcázar regio.

La elección no pudo ser más acertada. En los primeros años del reinado de doña Isabel II, tuvo el cargo de camarera mayor de palacio un carácter político que no podía menos de tener en tiempos de guerra civil. La condesa de Espoz y Mina fué eminentemente liberal y partidaria decidida de Espartero; la condesa de Montijo, madre de la emperatriz Eugenia, no hizo una oposición encarnizada al regente, como la duquesa de Alba, la de Gor y otras de la aristocrocia antigua, que se alejaron de palacio después del fracaso de la conspiración de que fué víctima el noble y valeroso general León, el conde de Belascoain, la primer lanza del ejército liberal en los tristes siete años de guerra civil que sucedieron á la muerte de Fernando VII.

Normalizadas las cosas, el cargo volvió á ser puramente palatino y desempeñado con mucha dignidad por la Gor y la Malpica.

***

En los primeros años de la Restauración, la elección de camarera mayor de palacio requería mucho tacto. Las señoras de la aristocracia antigua habían tomado mucha parte en el movimiento político. Las manifestaciones de peinetas y mantillas contra la augusta esposa del caballeroso rey D. Amadeo de Saboya, señora de grandes virtudes y de superior talento que sufrió mucho en España, de donde partió herida de muerte. En las alfonsinas los bailes de los días de San Ildefonso en la antigua y linajuda casa de los condes de Superunda, las reuniones diarias en el hotel de los de Heredia Spínola, un *minué* bailado con traje de época en el palacio Portugalete, habían hecho señalarse mucho á las señoras y no convenía llevar al primer puesto en la alta servidumbre de palacio á una que pudiese excitar odios ó evocar al menos recuerdos poco gratos para elementos que el Sr. Cánovas del Castillo, con sus altas miras de estadista y con sus sentimientos de patriota, deseaba que fuesen á apoyar á la recién restaurada dinastía.

La marquesa de Santa Cruz no estaba en este caso, y el alejamiento del mundo en que había vivido durante el período revolucionario aumentaba su prestigio, sin llevar apasionamientos políticos á su acrisolada lealtad.

Tenía entonces el rey, además de la infanta doña Isabel, que recobraba al subir él al trono su rango de princesa de Asturias, tres hermanas en los albores de la juventud, la infanta doña Pilar, la infanta doña Paz y la infanta doña Eulalia.

Siendo niñas habían tenido que abandonar la patria siguiendo á su familia al destierro y volvían á ocupar su puesto al lado del trono de su hermano. La respetabilidad de la marquesa de Santa Cruz, su experiencia de la vida y su conocimiento de la corte, sirvieron entonces mucho á las jóvenes princesas, y cuando cruel dolencia arrebató rápidamente la vida de la infanta doña Pilar, la camarera mayor la prodigó cuidados de madre.

El tacto exquisito de la noble dama se demostró también en los varios incidentes que precedieron á la boda de D. Alfonso XII con su prima doña Mercedes de Orleáns y en sus relaciones con la malograda reina, cuya prematura muerte produjo cruel herida en el alma de la angustiada señora, que desde que enfermó la soberana ni un solo momento se separó de ella hasta recoger su último suspiro.

En la marquesa de Santa Cruz parecía que había dos naturalezas. Una, la hacía ser en la vida íntima la señora humilde, sujeta siempre al cumplimiento de sus deberes, de los que hacía una segunda religión. Otra, la convertía, al aparecer en las solemnidades, como en el tipo perfecto y acabado de la gran dama imponente y majestuosa.

No olvidaré nunca el efecto que produjo en la corte de Portugal cuando como camarera mayor de la reina doña María Cristina acompañó á los reyes de España en una visita que hicieron á los monarcas lusitanos.

Se celebró en el palacio real de Ajuda un gran baile, que inauguraron con el rigodón de honor los soberanos de los dos países, con sus ministros y los altos dignatarios de la corte.

D. Alfonso XII tenía por pareja á la reina doña María Pía, que fué siempre un prodigio de elegancia. El rey D. Luis bailaba con la reina doña María Cristina, en el apogeo entonces de la juventud y de la dicha. El Sr. Sagasta, presidente del Consejo de Ministros del rey de España, era la pareja de la duquesa de Palmella, la camarera mayor de la reina de Portugal, y el gran estadista portugués D. Antonio Fuentes Pereira de Melho, que presidía el gabinete del rey D. Luis, lo era de la marquesa de Santa Cruz.

Figuraban en la regia cuadrilla la marquesa de Molins, dama de la reina de España, y la hermosísima doña Ana de Soussa Cotiño, de la de Portugal. Pues bien: entre aquel grupo de reinas, de soberanos, de príncipes y de grandes damas, se destacó elegantísima la figura de la marquesa de Santa Cruz, con la venerable cabeza de cabellos blancos cubierta de brillantes, llevando con una distinción suprema el rico traje de baile y despertando la admiración y el respeto de cuantos la contemplaron.

Fué aquella la última vez que yo la vi en una gran fiesta y su figura se ha quedado impresa en mi memoria. Algunos años después, y hallándose de jornada en el real sitio de San Ildefonso, falleció el 8 de agosto de 1884.

Había cumplido el 7 de junio de aquel año los 67 de edad. Dios fué compasivo con ella, evitándola el cruel dolor que hubiera experimentado un año después asistiendo á la muerte del rey, que la profesaba un gran respeto, al que ella correspondía con afectos maternales.

En el modesto cementerio del real sitio de San Ildefonso descansan sus restos.

La tumba que los guarda es el sepulcro de una de las damas más gran señora que ha habido en España.

***

De las que ejercieron este cargo con la reina Isabel existen la marquesa viuda de Ayerbe, que fué nombrada en 1850, la duquesa de Denia en 1857, la duquesa viuda de Medina Sidonia en el mismo año, la duquesa de Fernán Núñez en el 59, la condesa de Sástago, actual camarera mayor, en 1862. En el mismo año, la condesa viuda de Sevilla la Nueva y la duquesa viuda de Almodóvar del Valle, que es hoy la que acompaña en París á la reina Isabel. En 1864, la condesa viuda de Tormo, actual camarera mayor de la infanta doña Isabel.

Las dos últimas nombradas en el reinado de Isabel II fueron la duquesa de Villahermosa y la condesa viuda de Torrejón. Las dos primeras de la Restauración, la vizcondesa viuda de Ayala y la generala Martínez Campos.

Durante el reinado de D. Alfonso y la regencia de doña María Cristina, han sido nombradas damas

de honor muchas señoras de prestigio y de elegancia como la duquesa de Alba, la de Santo Mauro, la marquesa de Comillas, la de Monistrol, la condesa de Villagonzalo, la marquesa de la Mina, la condesa de Pinohermoso y otras.

Usan todas como distinción, con el traje de corte, una banda roja, y en los actos de servicio un lazo rojo también que ostenta en el centro la cifra de la reina bajo la corona real, todo en brillantes.

Cuando la dama fallece, la familia devuelve á la reina esta joya, que es de su propiedad, y que entrega con el nombramiento.

Las damas, grandes de España, acompañan á la reina y á las infantas en las solemnidades, hacen por turno riguroso una guardia á la reina, y se diferencian de las damas particulares en que éstas están siempre de servicio, cobran retribución por su cargo y no tienen puesto en las solemnidades palatinas.

Las azafatas que había en tiempos de Isabel II han desaparecido de la servidumbre después de la Restauración, así como los cargos subalternos de moza de retrete, que desempeñaron su papel en el reinado de la reina abuela, sufriendo los epigramas de los cortesanos, que se tapaban picarescamente las narices cuando las veían. Ellas dirigieron una solicitud á la soberana pidiéndola que se les cambiase el nombre por el de *señoritas de tocador*, pero *mozas de retrete* continuaron siendo hasta la Revolución.

La etiqueta de palacio se modificó mucho al subir al trono D. Alfonso XII. El rey dejó de hablar de tú á todos los que se le acercaban, se suprimió el *besa mano* y se entró en las vías modernas sin faltar á los respetos y prestigios, y en todo lo relativo al decoro interior de la Real Casa tuvo gran parte la marquesa de Santa Cruz, á la que el rey D. Alfonso XII y sus hermanas profesaban un profundo respeto.

J. G. ABASCAL.

LA HABANERA

(CANTE Y CUENTO)

La isla de Cuba es una de las porciones de América en que más se conserva el carácter de esos pueblos meridionales que abrasan los rayos de un sol ardiente y embellece una exuberante vegetación.

Cuba es la rica tierra de los ingenios y las hamacas, de la guayaba y de la danza, de ese baile tan dulce como los frutos del país, el trato de sus hijos y las tintas de su cielo.

Tiene algo del suave vaivén de la hamaca y algo también del tango.

La habanera cantada por una cubana es un sueño de sentimientos; bailada, un vértigo de ilusiones.

El compás reposado de la habanera enardece que no enerva, reanima que no decae y despierta la fantasía.

Es un poema de ternura.

La habanera se baila en todas partes; la canta todo el mundo.

Y dicho esto, vamos á decir algo más de una habanera, no en solfa, sino de carne y hueso y nacida en la capital de Cuba.

Entre Cienfuegos y la Habana, mucho más cerca de este último punto que del primero, había un ingenio de un opulento banquero antillano.

Entre las cañas y las palmeras había nacido una hermosa niña que creció en años y fué de esas perlas que guardan las Antillas en su suelo como un tesoro y un portento.

¡Qué bella era la joven!

El sol de Cuba derramaba su luz en sus ojos; el mar había reconcentrado su frescura en sus labios y las flores su perfume en su aliento. Se llamaba Amparo.

No había conocido á su madre.

Cuando fué mayor la llevó su padre á la Habana, esa hermosa ciudad en que la vida tiene tantos encantos y en que nada se echa de menos.

Teatros de primer orden, excelentes hoteles, bailes magníficos, bellos paseos; todo se encuentra allí.

El padre de Amparo había querido presentar á su hija á la sociedad cubana en una espléndida *soirée* dada en la suntuosa morada que poseía en la capital de la Gran Antilla.

Allí concurrió lo más selecto de la culta y distinguida sociedad cubana.

¡Cuántas elegantes y hermosas damas! ¡Cuántos *sportmen!*

Sobresalía entre todas Amparo, que vestía con una sencillez y un buen gusto que ponían de relieve su deslumbradora belleza, esa belleza tropical que en la Naturaleza y en sus hijas ostenta Cuba.

Un joven de porte distinguido, de fisonomía interesante y simpática, llevó del brazo un buen rato y bailó la primera habanera que tocó la orquesta con Amparo, cuyos encantadores ojos cambiaban de vez en cuando sus miradas con las de su pareja.

Este vestía el uniforme de marino.

Ambos tenían el alma virgen, y sus impresiones se dibujaban en sus rostros como en el agua transparente.

Pronto pasaron aquellas horas tan agradables para todos, tan breves para muchos, tan fugaces para Amparo y para el marinero.

Terminó el baile, como terminan los sueños dulces, dejando un recuerdo vivo y embriagador que permanece por algún tiempo con el carácter de una realidad que se va poco á poco desvaneciendo, de una sombra que va perdiendo sus contornos y se va reduciendo á un punto negro casi imperceptible.

Los periódicos de la Habana dedicaron extensas líneas al relato de un suceso de esos que siempre atraen la atención pública.

Próximo á la costa de Cuba habían desaparecido de un vapor mercante, en una noche de tormenta, dos pasajeros cuya suerte se ignoraba.

Pocos días después se supo que uno de los náufragos pertenecía á la marina de guerra española, había ido á Cuba con licencia y tornaba á su patria.

Apareció por fin en letras de molde el nombre y el apellido del marino.

Una preciosa joven al leerlo fué presa de un fuerte ataque cerebral.

Los recursos de la ciencia se iban poco á poco agotando. Aquella existencia amenazaba extinguirse.

Un caballero moría de dolor al mismo tiempo que se iba acercando la muerte á la interesante y simpática enferma.

. . . .

Era una noche tranquila para todo el que no sufriese los males morales del cuerpo y del alma que habían herido mortalmente al caballero y á la joven.

En la casa del lado se celebraba una alegre fiesta. Pronto se dejó oir la orquesta, que empezó á tocar diferentes piezas de baile.

Se hizo también honor á la habanera, cuyas notas llegaron á los debilitados oídos de la paciente como un recuerdo desgarrador, como una triste y desconsoladora salmodia, al mismo tiempo que en la puerta de la silenciosa casa de la enferma oyéronse varios golpes que resonaron en el corazón de la joven. No parecía sino que hubieran llamado á él.

Un joven oficial de marina, pálido, demacrado, con el sello del sufrimiento en el rostro, penetró en la habitación de la enferma abrazando á un hombre de cuyos ojos brotaban abundantes lágrimas.

El marino era el joven que había bailado la habanera con Amparo en el baile con que hizo su presentación en el mundo, la enferma era ella y el caballero era su padre.

El novio de Amparo se había arrojado al mar para salvar la vida á una mujer que trató de poner fin á sus días.

Luchó el joven con las olas embravecidas, pudo salvarla, acertó á pasar por allí otro buque y los recogió á su bordo.

En el que iban no se dieron cuenta de la tragedia, ya por la obscuridad de la noche, ya por el ruido ensordecedor de las agitadas olas. El marino contó el hecho, ocultando el nombre de la persona á quien había salvado la vida.

El ingenio de que hablamos en un principio presentaba un alegre aspecto. Los negros saltaban de gozo y bailaban el tango en medio de exclamaciones y gritos.

Se celebraba allí la boda de Amparo, completamente restablecida de su enfermedad, con el joven oficial de marina español.

En medio de la inmensa dicha que experimentaba la novia, una obscura nube venía á empañar el cielo de aquella felicidad. Echaba de menos á su madre, á quien no había conocido.

Cuando esto pensaba, una mujer que semejaba un esqueleto envuelto en un traje negro, esperaba oculta bajo un árbol el paso de la comitiva nupcial.

Al acercarse ésta se destacó del tronco como un fantasma, y haciendo un esfuerzo supremo se fué á la novia con los brazos abiertos, y un prolongado y estridente «¡Hija mía!» salió de sus labios y cayó al suelo muerta.

Amparo tuvo al fin al lado á su madre en el día de su boda. Se arrojó sobre ella y la cubrió de besos y de lágrimas. El padre hubo de apoyarse en el brazo del novio para no caer desvanecido. Sentía que el remordimiento le ahogaba con la sangre del corazón que pugnaba por subírsele á la garganta.

Amparo debió la vida á un devaneo de su padre, quien arrancó á la víctima su hija y la condenó para siempre á no poderse llamar madre suya.

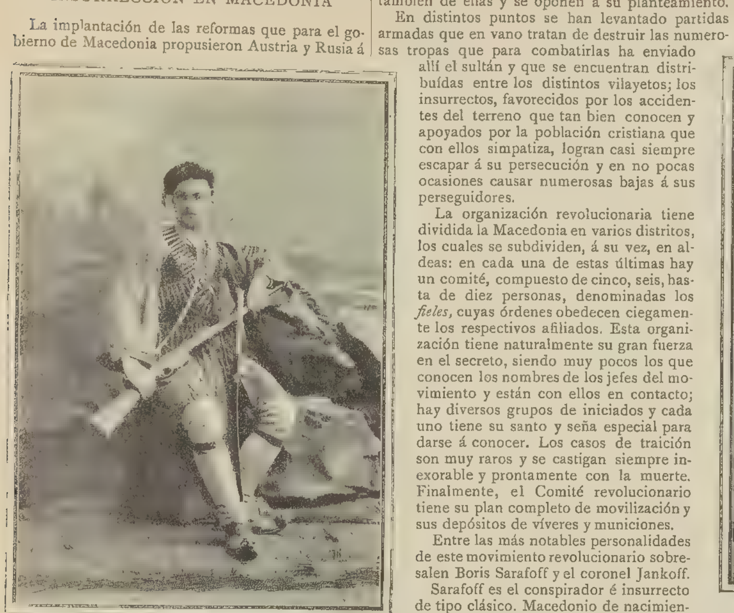
Por haberle salvado la vida en el mar, ostentaba el marino una cruz que únicamente se concede á los que llevan á cabo acciones heroicas: la cruz de Beneficencia.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

Abril, cuadro de Fausto Zonaro

INSURRECCIÓN EN MACEDONIA

La implantación de las reformas que para el gobierno de Macedonia propusieron Austria y Rusia á la Sublime Puerta, encuentra en todas partes dificultades, hasta el punto de que cada día parece más imposible la solución pacífica del problema que tanto preocupa á las grandes potencias europeas. Los búlgaros macedónicos declaran que tales reformas son insuficientes, y los albaneses, temerosos de que se proceda á un desarme general, protestan también de ellas y se oponen á su planteamiento.



Boris Sarafoff, jefe de los insurrectos macedonios

En distintos puntos se han levantado partidas armadas que en vano tratan de destruir las numerosas tropas que para combatirlas ha enviado allí el sultán y que se encuentran distribuídas entre los distintos vilayetos; los insurrectos, favorecidos por los accidentes del terreno que tan bien conocen y apoyados por la población cristiana que con ellos simpatiza, logran casi siempre escapar á su persecución y en no pocas ocasiones causar numerosas bajas á sus perseguidores.

La organización revolucionaria tiene dividida la Macedonia en varios distritos, los cuales se subdividen, á su vez, en aldeas: en cada una de estas últimas hay un comité, compuesto de cinco, seis, hasta de diez personas, denominadas los *fieles*, cuyas órdenes obedecen ciegamente los respectivos afiliados. Esta organización tiene naturalmente su gran fuerza en el secreto, siendo muy pocos los que conocen los nombres de los jefes del movimiento y están con ellos en contacto; hay diversos grupos de iniciados y cada uno tiene su santo y seña especial para darse á conocer. Los casos de traición son muy raros y se castigan siempre inexorable y prontamente con la muerte. Finalmente, el Comité revolucionario tiene su plan completo de movilización y sus depósitos de víveres y municiones.

Entre las más notables personalidades de este movimiento revolucionario sobresalen Boris Sarafoff y el coronel Jankoff.

Sarafoff es el conspirador é insurrecto de tipo clásico. Macedonio de nacimiento, educóse en Bulgaria y entró al servicio del gobierno búlgaro; pero no tardó en romper sus compromisos con éste para consagrarse por entero á la empresa de libertar á sus compatriotas del yugo de Turquía. En un principio rindió culto á la idea de la «Gran Bulgaria» y predicó la anexión á la misma de Macedonia; pero desde hace dos años sueña con una Macedonia autónoma, lo cual le ha atraído la enemistad de Bulgaria, cuyo gobierno le prendió en 1901 como supuesto autor de un asesinato. Absuelto en el proceso que se le siguió, recorrió Macedonia, Rumelia oriental y Servia y regresó en 1902 á Sofía para combatir al comité macedonio que allí funcionaba; y habiendo sido vencido en aquella lucha, separóse del partido moderado y planteó por su cuenta una nueva organización.



El coronel Jankoff, uno de los principales jefes del movimiento revolucionario búlgaro-macedonio

El coronel Jankoff, que sirve en el ejército búlgaro, ha sido recientemente arrestado por su gobierno á consecuencia del manifiesto del tsar de Rusia



INSURRECCIÓN EN MACEDONIA. - Tropas búlgaras conduciendo prisioneros á unos insurrectos, dibujo de F. C. Dickinson sobre un croquis de R. Carnegie

que amonestaba á los búlgaros y les invitaba á no tomar parte en el movimiento revolucionario macedonio. Para este personaje la cuestión de la anexión de Macedonia por la Bulgaria es una cuestión secundaria. «Lo importante – ha dicho en una reciente entrevista con un periodista italiano – es que esos pobres macedonios, sean ó no búlgaros, puedan vivir. Seguir así es imposible, vale más la muerte; y por esto creo que cuantas medidas se adopten serán inútiles: en cuanto cese el frío, estallará potente la insurrección y nosotros la auxiliaremos á pesar de todas las tropas escalonadas en la frontera.» – R.

NUEVOS DATOS

RELATIVOS Á UN NOTABLE CERAMISTA DEL SIGLO XV AL XVI

Desde que el ilustre hispanófilo Barón Ch. Davillier, tan conocido por sus notables estudios críticos acerca de preciadas joyas de nuestras industrias artísticas, ocupó su atención en el examen de las obras que en sus días conocíanse debidas al peritísimo ceramista italiano Francisco Niculoso Pisano, hasta el presente, han transcurrido 37 años sin que la diligencia de otros autores haya podido ampliar los datos aportados por el ilustre Barón, limitándose lo que sabíamos á lo dicho por aquél en sus interesantes artículos, que vieron la luz pública en la *Gazette des Beaux Arts*.

Que en 1503 ejecutó el bellísimo retablo de la Visitación de Nuestra Señora á Santa Isabel en la capilla del Real Alcázar (1) y la laude sepulcral del ¿esclavo? Iñigo López en la iglesia de Santa Ana de Triana, y que en el siguiente año terminaba los adornos de la incomparable portada del monasterio de Santa Paula, obras todas que existen en Sevilla, y que, á juzgar por el estilo artístico en ellas dominante, pudo y puede afirmarse que el insigne maestro reflejó en ellas elocuentemente el exquisito gusto que revelan las producciones del gran artista florentino Lucca della Robbia, era, en síntesis, cuanto hasta entonces se sabía y cuanto fué dable decir.

Mas tarde, en 1881, el malogrado pintor sevillano D. José Alonso Morgado dió á conocer otra inestimable producción del eximio artífice, dejándonos extensa descripción del retablo que yace en el mayor abandono en la iglesia de Tentudia, en la Calesa de León, provincia de Badajoz. Después de esto, repetiremos, ni una palabra más de crítica, ni la menor noticia, ni el más insignificante documento que á lo menos comprobase su existencia en un lugar determinado.

Y sin embargo de tan impenetrable y largo silencio, nos habíamos preguntado: ¿es posible que el ilustre artífice no hubiese producido otras obras en los años que mediaron desde 1503 hasta 1518, fecha consignada en el retablo de Tentudia? ¿Cabe suponer que permaneció inactivo, que tan poca resonancia tuvieron aquéllas, que en Sevilla, emporio entonces de las grandezas de la nación, y en otras poblaciones, pasaron inadvertidos los talentos del Pisano, el cual ofrecía procedimientos técnicos en la cerámica decorativa desconocidos por completo en España?

Por fortuna, no se ha extinguido en nuestra patria la afición á las investigaciones artísticas; cierto que somos pocos los que, según el decir de muchos, *perdemos el tiempo* revolviendo archivos para obtener, después de penosa y lenta labor, la *inocente* satisfacción de ilustrar con nuevos datos la biografía de algún artista ó artífice, que ó bien era casi desconocido, ó había sido mal juzgado; y precisamente esto nos ha pasado con Francisco Niculoso, acerca del cual, después de registrar escrupulosamente los archivos de la Catedral, del Ayuntamiento, de Santa Ana de Triana y el general de protocolos, podemos hoy ofrecer al curioso nuevos é inéditos datos que servirán de base para la más completa biografía del ceramista italiano, que no dudamos habrá de hacerse algún día.



Visita de la Virgen á Santa Isabel,
obra cerámica de Niculoso Pisano, que se conserva en el Museo de Amsterdam

En los *Padrones* del vecindario de Triana del año 1482 hemos visto que á un Francisco Pisano repartieron un lancero; esto es, que lo obligaron á contribuir con uno de aquéllos para los menesteres de la guerra. Pero ¿será este nuestro Niculoso? No podemos afirmarlo ni negarlo.

En 1503, como ya hemos dicho, ejecutó la laude sepulcral de Iñigo López.

En 1504 la portada de Santa Paula y el retablo de la Visitación de la Virgen en el Alcázar; y dos años después, en el de 1506, pagábale la Fábrica de la Catedral 3.000 maravedises por los azulejos que dió para adornar la silla del prelado en el coro de dicha iglesia.

De mayo de 1508 es el primer documento que hemos tenido la satisfacción de hallar. En él consta que «Niculoso Francisco, ollero, *marido de Elena del Villar*, vecinos de Triana, tenían que pagar al hospital y cofradía de San Justo y Pastor,» que era el de los ciegos, un tributo de 1.000 maravedises y un par de gallinas anuales, impuesto sobre casas que compraron en el citado arrabal á Cristóbal García, marinero.

Cuatro meses después, en viernes 8 de septiembre, fué bautizado en la parroquial de Santa Ana su hijo Juan Bautista, habido en la citada Elena, siendo sus padrinos los canónigos Alfaro y Solís, y madrinas Isabel Salvago y Violante Gudynys, «sobrina de la marquesa de Portugal,» que no era otra que doña Isabel Enríquez, marquesa de Montemayor, espléndida edificadora de la iglesia de Santa Paula, la cual, con su marido el condestable D. Juan, vinieron de aquel reino al de España para buscar la protección de la Reina Católica, parienta de la marquesa.

Desde la fecha última citada hay que llenar una laguna de dos años sin que hayamos encontrado rastro alguno; pero del 2 de noviembre de 1510 tenemos otro documento de excepcional interés. Claudio de la Cruz, imaginero francés residente en Sevilla, dió poder á Giralte Vélez Alemán, zapatero, para que en su nombre cobrase de «Niculoso, ollero de imaginería, vecino de Triana,» cuanto le debía del tiempo que estuvo á su servicio «en que le fizo una figura al natural á la *jenience* del dicho Niculoso,» por la cual había de darle cuatro ducados. Vemos, pues, que para las obras escultóricas, que luego serían por él policromadas, valíase de imagineros como Claudio de León y de su camarada el eximio Pedro Millán, según de éste lo acreditan los medallones de la portada de Santa Paula.

De un documento otorgado en 1513 consta que años antes había sido arrendador de la renta de las alcabalas de las ollerías, y en los de 1514, 15, 16, 17, 18, 19 y 20 vémoslo citado como padrino de bautismo en los libros parroquiales de la referida iglesia de Santa Ana.

Otro documento interesante que hemos hallado es el contrato que otorgó con los frailes de San Pablo de esta ciudad, á 13 de noviembre de 1518, obligándose á fabricarles 6.000 ladrillos y 1.000 alizares, cuyos dibujos descríbense en la escritura, la cual contiene el único autógrafo que de él hemos visto, por cuya rareza lo reproducimos aquí en facsímile.

A partir ya de 1520, se nos ofrece otra laguna de seis años, pues nada hemos podido averiguar hasta el de 1526, que es el que aparece en los fragmentos de decoración mural encontrados en Flores de Avila por el docto arqueólogo nuestro querido amigo el Sr. D. Manuel Gómez Moreno y Martínez.

Terminaremos este artículo dando cuenta de otra obra suya que se encuentra fuera de España, la cual indudablemente procedió de sus talleres de Triana, ignorándose el año en que fué ejecutada.

En la Exposición retrospectiva de arte ornamental portuguesa y española celebrada en Lisboa en 1882, figuró como perteneciente á la casa real lusitana un cuadro que representaba el asunto de la Visitación de la Virgen á Santa Isabel.

Hicimos lo posible por procurarnos reproducción fotográfica de esta obra, pero no pudimos satisfacer nuestros deseos, hasta que en septiembre último sorprendiónos nuestro amigo, el docto coleccionista de cerámica Excmo. Sr. D. Guillermo J. de Osma, remitiéndonos la fotografía de dicho cuadro, que posee actualmente el Museo de Amsterdam, cuya reproducción ofrecemos adjunta.

Después de cuanto dejamos expuesto podrá preguntarse: ¿tuvo alguna influencia el maestro Niculoso en el arte cerámico español? Fácil es la respuesta. Fué tanta la que ejerció, que dejó formada una notabilísima escuela, especialmente en Sevilla; pues como continuadores de su técnica artístico-industrial pueden citarse los nombres de artífices de tanta pericia como Cristóbal de Augusta, los hermanos Gambarinos y otros muchos más que fueron transmitiendo á sus sucesores durante dos siglos las buenas prácticas y los conocimientos del Pisano.

J. Gestoso y Pérez.

Sevilla, 1903.

(1) Ceán Bermúdez alcanzó á ver otro retablo en el Alcázar, del mismo Niculoso, que hace años desapareció.

SEGUNDO CERTAMEN

DE LA «SOCIEDAD FOTOGRÁFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS»

Los certámenes fotográficos periódicamente organizados por la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» de la que tantas veces nos hemos ocupado con el elogio merecido, á la par que sirven de emulación excitando á sus socios á estudiar y aplicar todos los adelantos modernos, permiten reunir en sus magníficos salones una numerosa é interesante colección de obras preciosas que han obtenido los primeros premios en los disputados concursos.

Los resultados verdaderamente maravillosos de su primer concurso, celebrado á fines de 1901, animaron á la Comisión Directiva á establecerlos con carácter reglamentario, y si bien el efectuado á últimos de 1902 hubo de luchar con el recuerdo y las obras del anterior, en conjunto no ha desmerecido en lo más mínimo y quizás lo ha superado en alguno de los grupos.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» – Fotografías de D. Emilio B. Morales que obtuvieron el tercer premio del primer grupo, remitidas por D. Justo Solsona.

Particular mención merecen las fotografías que han ganado los tres premios del grupo I, especialmente las de D. Arístides Mondelli, que obtuvieron el primer premio adscrito á la copa de honor.

El Sr. Mondelli, haciéndose perfectamente cargo de las cualidades requeridas para las obras de dicho grupo, dedicado por completo á la naturaleza, al majestuoso espectáculo del paisaje, no sólo escogió panoramas bellísimos de la tierra argentina, sino que, además, se complació en acumular dificultades que ha vencido con exquisito arte, pareciendo sus trabajos, más que fotografías tomadas del natural, copias de verdaderos cuadros compuestos por inspirados artistas. De las seis fotografías premiadas no sabríamos á cuál dar la preferencia sobre las demás, pues en todas hay detalles geniales de gusto en la elección de momento, y en todas se armonizan de un modo admirable, sugestivo, los componentes, el cielo, el agua, los árboles, las figuras. Analizándolas detenidamente se ve la justicia con que procedió el imparcial y entendido jurado otorgando al Sr. Mondelli la más alta recompensa concedida en el certamen.

El segundo premio del mismo grupo lo obtuvo D. Ernesto Dubourg, cuyos paisajes reunen condiciones de gusto artístico de primer orden, y sobre todo son de una ejecución tan clara, tan perfecta que parece imposible que á tanto pueda llegar el arte fotográfico. Los soberbios paisajes, las espesas arboledas, los poéticos lagos, aparecen reproducidos con una precisión y una riqueza de detalles superiores á todo encomio.

Lo mismo podemos decir de las de D. Emilio B. Morales, recompensadas con el tercer premio: esos árboles agitados por el viento, esas aguas cuya superficie riza el soplo del aire, esa perspectiva, ese ambiente que en todas ellas se admira, son casi la última palabra en materia de fotografía. Los paisajes reproducidos son soberbios y están tomados del intrincado laberinto de ríos, arroyos y canales que forman los numerosos brazos del delta del Paraná al juntar sus aguas con el Uruguay, para formar el inmenso y majestuoso Río de la Plata.

Los Sres. Mondelli, Dubourg y Morales pueden estar satisfechos de sus premios y clasificaciones respectivos dentro del grupo I, que era indudablemente el más difícil y que ha sido también el más disputado, pues en él han figurado los elementos más entusiastas y valiosos de la Sociedad, que, por lo visto, no cejan un momento en su empeño por colocarla en el pináculo del arte y de la mecánica fotográficos.

El jurado no encontró méritos bastantes en ninguna de las colecciones del grupo II para concederle el primer premio, que quedó, por consiguiente, sin adjudicar; y aunque, en nuestro humilde concepto, merecía algo más que un segundo premio la serie presentada por D. Sebastián Mabit, el rigor con que ha procedido el jurado indica la seriedad que en su fallo ha presidido y el deseo de perfección que anhela ver en todos los socios.

Difícil en extremo es el género fotográfico que toma por modelos criaturas de corta edad, en las cuales no es cosa fácil sugerir la idea del operador: obtener de un niño que sienta en un momento dado lo que el fotógrafo quiere, es punto menos que imposible; sorprenderle en un instante en que por su propio impulso siente algo digno de fotografiarse, es labor que sólo á la casualidad puede deberse. De aquí que la inmensa mayoría de obras de este género pequen de falta de espontaneidad en el primer caso y de falta de interés en el segundo. Pero el Sr. Mabit ha sabido vencer todas estas dificultades y ha obtenido un verdadero triunfo en las fotografías al concurso presentadas.

En el grupo IV, dedicado al retrato, obtuvo el primer premio

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» Fotografía de D. Ernesto Dubourg (2.° premio del grupo I), remitida por D. Justo Solsona



Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados»

Fotografías de Arístides Mondelli que obtuvieron el primer premio, adscrito á la copa de honor (remitidas por D. Justo Solsona,



Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» – 1, 2 y 3. Fotografías de D. Alfredo Quesada (primer premio del grupo V). 4. Fotografía de Enrique Cittadini (2.° premio del grupo V.) - 5, 6 y 7. Fotografías de Sebastián Mabit (2 ° premio del grupo II) (Remitidas por D. Justo Solsona)

la colección de D. Alfredo Quesada, que puede citarse como modelo de estudios de luz y de fisonomías. Todas son obras acabadísimas, pero por encima de todas ellas sobresale el precioso busto femenino, que es una verdadera maravilla

El segundo premio fué concedido al Sr. Cittadini, cuyos trabajos reunen también excelentes condiciones.

Notables son también las obras premiadas en los demás grupos, tales como vistas tomadas con máquinas pequeñas, estereoscópicas y cinematográficas.

Tales son las impresiones que hemos sacado del último concurso, de cuya importancia podrán juzgar los lectores de La Ilustración Artística por las reproducciones de las principales fotografías premiadas.

Para terminar, enviaremos nuestros más entusiastas plácemes á la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» gracias á cuyo celo ha llegado la fotografía en la República Argentina á un grado de perfeccionamiento superior á todo encomio, puesto que no sólo proporciona en sus talleres á los socios todas las facilidades para emplear los procedimientos más modernos y más recomendados, bajo la dirección de experimentados profesores, sino que además fomenta la educación del gusto con lecciones de estética, de armonía en los grupos, de gradaciones de luz; en una palabra, de todo cuanto contribuye á convertir en verdadero arte la mecánica fotográfica.

Justo Solsona.

Buenos Aires, febrero de 1902.

NUESTROS GRABADOS

Teresa Carreño.—Han transcurrido próximamente treinta años desde la fecha en que la entonces precoz artista Teresa Carreño, precedida de los recientes triunfos que en América se le habían tributado, comenzó á obtener en Europa los extraordinarios éxitos que han cimentado su fama, asignándole el elevado concepto de celebridad musical

«Por esta vez ni la fama ha mentido ni el público se ha equivocado: la gran artista nos ha convencido á todos, y el público le ha hecho una de las mayores ovaciones que en mi vida he presenciado.» Así dice un distinguido crítico madrileño al ocuparse de los conciertos ha poco celebrados en la corte, y así debemos repetir nosotros después de haber tenido ocasión de asistir á los que la eminente pianista acaba de dar en el teatro de Novedades de esta ciudad.

Difícil sería en breve espacio exponer cuanto podría decirse acerca de sus indiscutibles merecimientos: consignaremos únicamente que su estilo es amplio, de magníficos efectos, sin perderse en los detalles; que el mecanismo no tiene secretos para ella, que su pulsación es perfecta, que interpreta los grandes maestros con personalidad propia, en una palabra que es todo un temperamento artístico. Estas cualidades las ha puesto de manifiesto en los dos citados conciertos de Novedades tocando de una manera prodigiosa composiciones de Beethoven, Schumann, Schubert, Chopin, Listz y Grieg, que por sus distintos estilos se prestan admirablemente á aquilatar los méritos de quien las ejecuta.

El triunfo obtenido entre nosotros por Teresa Carreño ha sido tan entusiasta como merecido; de él conservará sin duda grato recuerdo la artista eminente, como lo conservará también nuestro público del placer disfrutado en las dos audiciones.

Teresa Carreño nació en Caracas en 1853 y fué discípula de Gottschalk primero y después del reputado Mattias. A los 13 años dióse á conocer en público recorriendo Europa y América y logrando en todas partes grandes aplausos; los éxitos de esta brillante *tournée* no la desvanecieron; antes al contrario, sirviéronle de estímulo para perfeccionarse en su arte y para reanudar con más entusiasmo que nunca sus estudios. En 1889 hizo su reaparición en Alemania, y desde entonces se considera como una de las más grandes eminencias en el arte del piano. Además de pianista es compositora de no comunes disposiciones, siendo prueba de su talento como tal el vals brillante que pudimos admirar y aplaudir en el primero de sus conciertos.

Horas tristes, cuadro de Enrique Luyten.—El autor de este cuadro nació en 1859 en Roermond (Holanda), pero desde muy joven se trasladó á Amberes, en cuya Academia hizo sus primeros estudios que luego completó en París. Muy joven todavía, alcanzó gran notoriedad con sus cuadros inspirados en la vida de los obreros belgas, y en 1893 consiguió un verdadero triunfo y se conquistó gran renombre con un lienzo de grandes dimensiones que representaba una huelga de mineros y que más tarde convirtió en tríptico añadiéndole dos composiciones laterales que completaban el pensamiento capital de la obra Su verdadero elemento es la existencia del pueblo trabajador, cuyos episodios reproduce en bellísimos interiores y en hermosos paisajes. No se le puede calificar de imitador de ningún maestro; siente la naturaleza con sentimiento propio y vigoroso, concibiéndola grandiosa y sencilla y reproduciéndola en trazos enérgicos y colores acentuados; y en cuanto á las escenas íntimas, sabe representarlas con tal maestría, que impresionan profundamente al que las contempla. Prueba de esto último es el cuadro que en la primera página publicamos: en todo él flota la tristeza que el artista se propuso imprimirle, constituyendo un estudio psíquico, un trabajo de observación bajo todos conceptos notabilísimo, y una obra pictórica merecedora de los mayores elogios.



Teresa Carreño, eminente pianista que últimamente ha dado dos conciertos en el Teatro de Novedades de esta ciudad

Abril, cuadro de Fausto Zonaro.—Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en este mismo lugar las obras del excelente pintor Fausto Zonaro, que casi juzgamos ocioso encarecer otra vez sus méritos y la belleza de la nueva obra de que hoy damos una copia. Zonaro ha alcanzado la categoría de maestro en su arte: sus lienzos llevan el sello especial, elegante y delicado que los distingue cuando expresan un sentimiento, ó vigoroso y robusto cuando representan la acción dramática. Sea cual fuere el género á que pertenezcan sus producciones, siempre llevan consigo el sello de su personalidad.

Después de la comida, cuadro de Domingo Fernández y González.—Ya hemos dicho varias veces que el Sr. Fernández y González es uno de los artistas sevillanos que más bellos recuerdos dedica á la ciudad en que nació. A semejanza de las obras de sus compañeros, distínguense los cuadros que produce de carácter andaluz por la exactitud en la reproducción de tipos y escenas, saturados unos y otras por ese algo especialísimo, distintivo de aquel privilegiado país, en donde el cielo y la tierra sonríen, puesto que como sonrisas deben considerarse la brillantez de la luz y las espléndidas galas de la naturaleza. El cuadro que reproducimos es una de las bellas producciones que el distinguido artista pintó en extranjero suelo, y forma parte de la colección de recuerdos que nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores en las páginas de esta Revista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—París.—Para el monumento á Zola hay reunidos ya 100.000 francos, cantidad que se espera aumentará hasta 150.000. El comité ejecutivo ha pensado en confiar la ejecución del monumento al eminente escultor belga Constantino Meunier, pero es de temer que el anciano artista no pueda aceptar el encargo, á causa no sólo de su edad, sino de lo mucho que le ocupa el monumento del Trabajo que está haciendo por encargo del gobierno de Bélgica.

Barcelona.—*Salón Parés.*—En este salón ha expuesto recientemente el joven pintor Sr. Ros y Güell una colección de paisajes bajo todos conceptos notabilísimos; tomados todos ellos de la comarca ampurdanesa, cautivan por el sentimiento de que están impregnados, por la verdad y el vigor con que el artista ha sabido reproducirlos y sobre todo por su colorido franco, luminoso y exento de efectismos y de vaguedades. Esta es la primera vez que el Sr. Ros y Güell expone en nuestra capital, y bien puede afirmarse que quien tan brillantemente se da á conocer á nuestro público está llamado á un gran porvenir en su carrera artística.

Leipzig.—El Museo de Industrias Artísticas de Leipzig ha inaugurado una exposición de «La planta como elemento decorativo.» El entusiasmo con que la idea fué acogida por los centros artísticos de Alemania ha hecho que el éxito de la exposición haya sido extraordinario.

Teatros.—Quince millonarios yanquis han acordado fundar en Filadelfia un nuevo teatro que se denominará *The Academy of Dramatic Art* y cuya organización será parecida á la de la Comedia Francesa de París. Abierta una suscripción con este objeto, se han recaudado en pocos días 2.000 000 de pesetas.

—En el teatro Real de Berlín y en el de la Corte de Breslau se ha cantado con excelente éxito la ópera *Louise*, del compositor francés Gustavo Charpentier.

—En el teatro de Coblenza se ha representado con gran aplauso el drama de Calderón de la Barca *El Mágico prodigioso*, traducido al alemán por G. Dalmonico.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *La famille Gaudissart*, vaudeville en tres actos de Luis Artus; en Renaissance *Crainquebille*, comedia en un acto y tres cuadros de Anatolio France, y *Clarisse Arbois*, comedia en tres actos de Mauricio Boniface, y en el Ambigu *Le roman de Françoise*, drama en dos partes y siete cuadros de Luis Leloir.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El tío Juan*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de Carlos Fernández Shaw, con música de los maestros Chapí y Morera; y en Romea *Els calaveras*, comedia en tres actos, arreglada de un vaudeville francés por D. A. Ferrer y Codina, y *La reina del cor*, comedia en un acto de Ignacio Iglesias. En el Liceo se ha cantado *L'Africana*, en cuya ejecución rayaron á gran altura la Sra. Giudicce, y los Sres Biel y Blanchart. En Novedades ha dado dos conciertos la eminente pianista Teresa Carreño, cuyo retrato publicamos en esta misma página.

Necrología.—Han fallecido:

Enrique Botini, notable cirujano italiano, ex director del Hospital Mayor de Novara y profesor de la Universidad de Pavía.

Pablo Flickel, paisista alemán, miembro y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín, premiado con la gran medalla de oro en la exposición berlinesa de 1886.

Similde Gerhard, más conocida por el seudónimo de S. J. Milde, escritora alemana, fundadora de muchas instituciones humanitarias.

Gustavo Radde, naturalista y explorador, director del Museo Caucásico de Tiflis, autor de varias obras de viajes, algunos de ellos de exploración que emprendió por encargo del gobierno ruso.

Gastón París, ilustre filólogo francés, profesor de Lengua y Literatura francesas en el Colegio de Francia, autor de muchas y muy importantes obras sobre historia de la literatura francesa.

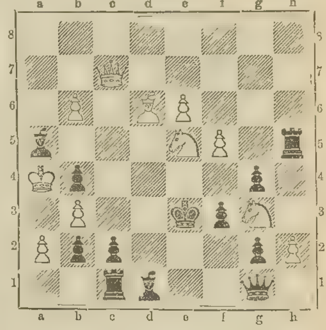
Julio Víctor Carus, notable médico, zoólogo y zoótomo alemán, profesor de la facultad de Medicina de Leipzig y autor de importantes libros.

AJEDREZ

Problema núm. 321, por K. Erlin.

7.° premio del Concurso de *La Stratégie*, sección B.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 320, por Dr. Keidanz.

Blancas.	Negras.
1. Ah7–g8	1. Tb1–b5
2. Dc2–c4 jaque	2. Rd5×c4
3. Cf7–e5 mate.	

VARIANTES.

1...... Cc1–d3; 2. Dc2–c4 jaque, etc.
1...... Cc1–b3; 2. Ca4–b6 jaque, etc.
1...... A[illegible]; 2. Cf7–e5 jaque, etc.
1...... Rd5–e6; 2. Dc2–c7, etc.
1...... Otra jug.ª; 2. Dc2–c5 jaq., ó Cf7–e5 jaq., etc.



... aparecieron corriendo á todo correr

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

La tarde que el D. Zacarías contó estas cosas se estrecharon en su torno los sillones de la tertulia, sobre los respaldos apoyáronse muchos de los desbandados *picaflores,* y todos le sofocaron con preguntas y exclamaciones; él, que no tenía ya botón que desabrochar, con permiso de la decencia, se echaba aire con una pantalla, y protestando del asedio, amenazaba suspender el relato y dejarse en el tintero muchos puntos más interesantes que acaso explicaran, ó, por lo menos, pusieran á todos en el camino de la inducción para el descubrimiento de tantos misterios. ¿Qué habían de alzar el cerco los tertulianos después de esto? Le apretaron más; pero D. Zacarías, ó porque la respiración le faltaba ó no sabía palabra, se estuvo resoplando y agitando la pantalla sin hablar; gracias que las damas lograron averiguar qué color de vestido gastaba la condenada inglesita.

Como de la tertulia de Pardales la murmuración corría y se desbordaba por todo el pueblo, el Trigal entero parecía preocuparse de lo que pasaba en *La Justa,* y sobre la base efímera de un rumor se edificaban castillos de disparatadas conjeturas. No poco se prestaba á ello la historia circulante acerca del génesis de la boda, en que hasta la figura de D. Fabio mostrábase empequeñecida, aunque nadie supiera de fijo qué intervención le cupo; mas la rapacidad de los Stuart parecía tan evidente, que no quedó ninguno que no les diera su dentellada, y no se levantaba la sesión diaria de la acera sin que alguien cerrase el capítulo de la crítica de esta ó parecida manera:

– De todos, el mayor indecente es el hermano. ¿Saben ustedes que exigió que le habían de dar trescientos mil pesos? Y según aseguran, se los dieron, porque lo que la abuela quería era casar pronto al nieto, para evitar que, exacerbado por la resistencia su estado mental, muy débil, como todos sabemos, se le volviera loco de veras ó hiciese lo que su hermano Jacobo... Total, que en este asunto no hay más que pequeñez, interés ruin y bajeza. Todo esto revuelto levanta los caramillos que tanto molestan á D. Celedonio, el buen amigo de nuestro D. Ignacio. Y el día menos pensado, se hunde *La Justa*... ¡Ya lo veremos!

Entretanto, se aproximaba la fiesta de Santa Genoveva, patrona insigne del Trigal, y en el corro de D. Zacarías, en el *Picaflor* y en todo el pueblo olvidaban el tema de marras para ocuparse algo de los preparativos.

Misia Petrona quería que su baile, este año, superase á los anteriores, para humillar á los de *La Justa,* á quienes no pasaría invitación: siempre la señora abuela y Melchora habían venido, asistiendo desde los balcones de la Municipalidad, engalanados con guardamalletas azules y blancas, á la función, vendiendo cedulillas para la rifa que, á favor del hospital, organizaban las damas, y en las que el premio más costoso era obsequio de la familia de Esquendo, y mostrándose con todos muy amables y llanas en demasía. Pues si esperaban esta vez convite, buen chasco las aguardaba: encabezando la conjura femenina misia Petrona, cuyos humos de *jueza* guapetona y elegante *El Aura* comparaba á la altivez de Cleopatra «en su esquife de oro y marfil,» la lección que el cotarro daría á la familia vecina había de serle provechosa.

Con esto, el elemento mujeril andaba alborotadísimo: para organizar el bazar que se instalaba en una de las salas de Pardales, necesitábase la mar de objetos, baratijas de toda clase que los pocos comercios del pueblo, aun extremando su discutible caridad, no podían facilitar, y la que sabía bordar, bordaba, y pintaba un mamarracho la pintorcilla, y de lo que no valía, por su escaso precio ó su mal estado, se desprendían generosamente unas y otras, colocándose todo con simétrica propiedad sobre la mesa tendida de blanco y festoneada de graciosas caídas de *tarlatán* celeste: pastillas de jabón, relojeras de terciopelo, almohadillas de canutillo, frascos de agua de Colonia, licoreras de metal, figuritas de barro, muñecas de madera..., lo invendible y lo inservible en vistosa exposición frente á la ventana abierta, para tentación y gancho del público. La señorita Antonina, Benita y muchas otras de las principales, se pasaron sus quince días confeccionando chucherías con retazos y sobras de trajes archivados; la médica regaló un jarrito de Bohemia, que tenía el asa pegada; una caja de música con la cuerda rota la mujer de Herreros, el silencioso; un caballito de tres patas la *Picaflora,* ó sea la señora confitera, media docena de cartuchos y una fuente de yemas revenidas; misia Petrona dos *fichús* de encaje barato, que usó dos veranos, y que lavó, engomó y planchó á la perfección, cambiándoles las cintas... *El Independiente* cada mañana publicaba los nombres de los donantes, y el prurito de la vanidad removía los sentimientos caritativos del vecindario, que seguía echando al bazar lo que reclamaba el basurero.

Muy adelantada llevaban todas su piadosa tarea, cuando el mozo Regino, de *La Justa,* se presentó una mañana en casa de Pardales, y dejó á misia Petrona corrida y deslumbrada; porque de un gran cesto que sobre el caballo traía, sacó primero un almohadón de raso y terciopelo, bordado en oro por la señora Melchora; luego una muñeca mecánica que decía *papá y mamá,* ricamente ataviada, de Pastorita; un anillo de piedras finas en su estuchito blanco, de la señora Victoria, y un servicio de te, de porcelana china, de misia Justa. ¡Qué rumbosidad, cuánta riqueza! Asimismo, misia Petrona limitóse á dar las gracias, y no se ablandó enviando el recado de todos los años: que vinieran un ratito á aburrirse y tomar un mate de confianza. ¡Ah, si supieran cómo iban á divertirse todas, rabiarían, de fijo!

Era la casa de Pardales de planta baja, tan amplia, que parecía cuartel, y en ella estuvo instalada la antigua Municipalidad; sobre la plaza tenía cuatro salones, empapelados de blanco y oro, con techo de lienzo, en el cual, lo mismo que en las paredes, las goteras, peste de casas bajas, habían dibujado mapas extravagantes; las cortinas, blancas, de tul; la sillería de rejilla; por alfombra una estera ya gastada y ruedos delante de cada sofá, con el perro, el tigre ó el cazador consabidos; sobre alguna consola, ramos de pluma y el álbum de felpa, panteón fotográfico de toda la parentela; pendiente de clavos dorados y de cordones rojos desvaídos el óleo criminal de misia Petrona y de Pardales, tan calumniados,

que nadie les reconocía; como no había gas en el pueblo aún, gastaba la señora petróleo y bujías, que dentro de un fanal defendía del aire en delgados candeleros de cobre, y en un ángulo, al piano, un cascajo donde tocaba los valses, polkas y mazurkas de moda el concertista más famoso del Trigal, el negro *Isabelita,* apodo que denunciaba sus femeniles trazas é inclinaciones... Pues, tales eran los *salones* de misia Petrona, ni más ni menos; se necesita la imaginación fogosa de los cronistas de *El Aura del Plata,* y todos sus recursos de retórica desbocada, para ver magnificencias, prodigios de arte y luz deslumbradora en la rústica y sombría desnudez que se ha descrito, sin agravio para la familia.

Así, los preparativos de que hablaba la señora *jueza* se limitaban á quitar los tules de las lámparas, estorbo de las demasías del insecto vil, enemigo de la pulcritud y tentador de la paciencia; multiplicar candeleros, hacer fregar las losas del patio, comprar un par de kilos de dulces, llenar dos garrafones de limonada y enviar recado á *Isabelita;* con esto se llenaba la casa de alegre juventud y se inflamaba el estro de los de *El Aura.*

Mayor fatiga cabía al marido que, en su carácter de presidente de la comisión de festejos, se sofocaba discutiendo, disponiendo, tratando con la canalla funambulesca, los de la pirotecnia y sus colegas alborotadores é impertinentes, para ganarse, á la postre, el gran acceso de disnea y las críticas del vecindario descontentadizo, que medía las varas de tela gastada en banderolas, contaba los farolillos de la plaza, inspeccionaba la merienda municipal, y en todas las sumas del programa metía la nariz, en razón de la poca confianza que las famosas uñas de Pardales inspiraban al público, seguro de que, por lo menos, algunas migajas quedarían entre ellas para pagar su fiesta particular.

Quedaran ó no *(caso concreto* imposible de verificar, como los otros), lo cierto es que sin D. Zacarías no se hacía nada, y gracias á su actividad todo estaba en su punto el día señalado, y la candidez trigaleña podía extasiarse en la admiración de tanto gallardete, del castillo de pólvora levantado frente á la iglesia y del vistoso ropaje de balcones y ventanas: en medio de la plaza el tinglado para los acróbatas; en un costado los aparatos, con trazas de horcas, para la corrida de sortija, y en un ángulo el popular *palo enjabonado,* atractivo mayor de cuantos bobos han sido en los pueblos. Tenía la corrida de sortija este año uno grandísimo también, y era que la comisión, presidida por D. Zacarías, dispuso que el anillo de perlas de la señora Victoria fuese disputado entre los campeones, y lo mismo los gauchos que los señoritos que alardeaban de jinetes, soñaban con el triunfo de ensartar la preciosa joya, aun á riesgo de una descalabradura.

Pues señor: el día 2 hubo vísperas en la iglesia, se iluminó lindamente la plaza y se quemaron cohetes; la banda de música tocó hasta pasadas las doce, con regocijo general y especialmente de los tertulianos de Pardales, que aprovecharon la ocasión para dar unas vueltas de wals en sus salones á media luz, á pesar de las protestas de misia Petrona, que sólo atendía al despacho de su *tómbola.* Y el día 3, muy temprano, ya el Trigal entero estaba en la calle, tocaban las campanas, ardían las bombas, atronaba la murga los aires, se asaltaban las sillas dispuestas en torno al tinglado, y los que tenían papeleta para la Municipalidad, los felices que iban á gozar desde sus balcones, á la sombra y con envidiable comodidad, de la fiesta y de la merienda (ó *lunch,* que decía *El Independiente* para que le entendieran mejor), poco después de las once se estrujaban en la escalera y olvidaban el sermón que en el propio momento predicaba el padre Churrigorría sobre los méritos supranaturales de la Santa, por ganar el mejor hueco, que siempre ha sido la frivolidad resorte que mueve á las multitudes.

En esto, con alegre rumor de colleras, apareció en la plaza el *break* de *La Justa,* y la noticia de que en él venían los recién casados circuló por todas partes y alborotó á todos, hasta á la misma misia Petrona, que fué la primera en salir á la puerta, seguida de las principales damas de la conjura, y recibir á los Esquendo con exageradas demostraciones de agasajo:

—¡Sean ustedes los bienvenidos! ¡Cuánto me alegro! Afortunadamente me encuentran ustedes vestida... Pasen ustedes, pasen ustedes, que todavía es temprano. Por supuesto que ya habrán almorzado... ¡Zacarías! ¡Alejo!

Descendieron los que en el *break* venían, y eran, además de los novios, Melchora, la maestra y Pastorita, y se refugiaron en el patio de Pardales muertecitos de calor y ciegos de polvo, pidiendo sin remilgos un vaso de agua, que la señora *jueza* hizo sacar del aljibe en seguida y presentó fresca y cristalina como derretida nieve la china desgreñada que en su escasa servidumbre tenía honores de doncella; sobre si había de servirla con *panal* ó unas gotas de limón hubo enfadosa disputa, y al fin la bebieron sin mezcla, con grandes protestas de misia Petrona que, por extremar la amabilidad, mandó que trajeran una bandeja de *rosquetes,* obsequio que no desdeñó la golosa de Pastorita, engulléndose uno y guardando otro en el bolsillo, que puso perdido de azúcar. A todo esto, ni D. Zacarías ni Alejo parecían, como que no estaban en casa, y misia Petrona descuidaba su *tómbola* para agasajar á las visitas; en rueda, entre los tiestos de rosales y jazmines, á la fresca sombra del toldo, charlaba y charlaba con afectación de finuras y rebuscamiento de frases insoportables. Ya lo decía ella: que no podían dejar de venir. ¡El día de Santa Genoveva! Los trigaleños no se lo habrían perdonado. ¿Por qué no vinieron misia Justa y D. Fabio? ¿La señora Victoria *se hallaba* mucho en el pueblo?

Ella y las otras, Antonina y Benita, que llevaban más lazos, bullones, prendidos y zarandajas encima que para un carnaval, se pasmaban de la sencillez con que Victoria vestía, y sobre todo del sombrerillo que traía, un sombrero chato de paja adornado con dos cándidas alas de paloma, que daba á su cabecita rubia gracioso aire varonil. ¡Qué linda era, y qué modo de hablar el suyo! ¡Parecía mentira, señor, parecía mentira; una chica tan encantadora!.. ¡Lo que hace el dinero! Y junto al mastuerzo del marido, la desproporción, la escandalosa diferencia resaltaba más, sobre todo cada vez que, con angélica suavidad, volvíase ella á decirle algo y él gruñía *ju, ju,* como cerdote amable.

Por reservadas razones, ni Melchora ni Clotilde chistaban; Melchora dale que le das al abanico, sin disimular el guerrero empaque y la sorda irritación, y Clotilde atenta sólo al portal esperando que entrara el dios de su fantasía, el héroe romántico de sus poemas... Y ni el ingrato llegaba, ni dejaba de abanicarse Melchora, ni de charlar la *jueza,* ni de observar envidiosas las otras, ni de sonreír Victoria, máscara que no ocultaba su infelicidad patente, ni de hacer *ju, ju* Josecito, espatarrado muy á gusto en el sillón junto al aljibe, en incorrecta postura.

—¿No quieren ustedes ver el bazar?, dijo misia Petrona. Vengan ustedes... De todos modos, hasta las dos no empiezan las *pruebas.* Tenemos tiempo. Luego iremos á la Municipalidad, que no nos faltará hueco en el balcón. Y comerán ustedes aquí, ¿verdad?, para asistir al baile un ratito siquiera: el camino de *La Justa* es seguro y hace luna...

Miró Victoria á Melchora, delegada en regla de la autoridad de la abuela, y Melchora, con sequedad impertinente, determinó que sí, que se quedarían al baile, aunque los trajes no fueran á propósito. Las damas trigaleñas protestaron. ¡Jesús! ¡Cuando estaban tan *paquetas!* ¡Con quitarse los sombreros!..

Aunque no tenían humor de abandonar el delicioso patio, fueron á ver el bazar, y se admiraron, ó hicieron que se admiraban, ante el montón de baratijas, que no pocos pazguatos, amontonados en la ventana, disputaban á la suerte. Llena estaba la plaza de alegre muchedumbre, que, como desbordado arroyo en todas direcciones se esparcía, atropellaba, saltaba, retrocedía, y murmurando ante cada obstáculo se arremolinaba, entre el polvo, bajo el sol de plomo, á los sones de la murga escandalosa y del furioso repicar de las campanas, ebrias de tanta voltereta, y el tronar de cien morteros... Ondulaban las banderolas al tope de los mástiles, y el contagio del regocijo popular invadía el ánimo.

—Mire usted, mire usted, decía radiante misia Petrona. ¿Qué tal le parece á usted nuestra fiesta?

De pie, delante de la ventana que un lienzo blanco cubría hasta la mitad con este negro letrero: *A beneficio del hospital...,* la elegantísima figura de Victoria ofrecíase á la curiosidad trigaleña, como en un escaparate la obra de arte más hermosa. Ella miraba el tumulto, sin apreciar detalle, sin notar el interés descarado, compasivo y á veces malévolo con que de dentro y de fuera era asaeteada; miraba, sin ver, el alma ausente, un poco pálida, cargada de acíbar la boca por causa del reciente disgusto, del horrible disgusto...

Poco menos que á la fuerza la habían obligado á venir; ni pretextos ni quejas la valieron; hasta el mismo D. Fabio, que solía prestarla el escudo de su simpatía, hubo de rendirse ante el imperioso mandato de la tirana. «¡Lo mando yo!» Y todo el mundo boca abajo. Hiciéronla vestir de prisa y corriendo, tomar el almuerzo abrasándose, subir al carruaje en volandas; olvidó la sombrilla, el pañuelo, un broche; quiso volver á su habitación, y la abuela y la cuñada se lo impidieron con malos modos, con ofensivas reticencias, echando por ojos y boca la lumbre del odio. «Sí, sí, pretextitos...» «Nada, no es mal broche el que se te habrá olvidado...» «Métenos el dedo en la boca...»

La más fea palabra la dijo Melchora, que disponía de un vocabulario exquisito, y hostigada de esta manera subió al carruaje. Por cierto que en el camino ni con Clotilde cruzó palabra, reteniendo las desaforadas ganas de llorar... ¡Ay!, la guerra de familia llegaba ya á un punto insostenible: sospechas injustas, vigilancia humillante, acechos, delaciones, insultos, todo se removía en contra de ella, sin razón; ¿no era poco haber entregado su voluntad en manos de la *Nerona,* abdicado completamente, y hallarse sometida y esclava al extremo de que lo más insignificante la fuera prohibido? Seguida siempre de Pastorita, el pequeño y perverso espía, de comunicar con el aire mismo había de guardarse; la vez que volvió doña Mónica, no se apartó Melchora de su lado... A la segunda visita de Ladislao, hubo de confesarle que, *aunque hacía todo lo posible,* no podía, no podía; enfadándose tanto Ladislao, que creyó lo mejor callarlo todo y dominar como pudiera sus accesos de rebelión y desfallecimiento. Y así enflaquecíase y desfiguraba, vencida en el diario combatir de aquella guerra casera...

El alegre gentío aumentaba en la plaza, y Victoria no veía nada, con la ingrata preocupación que la absorbía enteramente. Sintió que la maestra la tocaba el codo, y apenas despertó de su abstracción; otro codazo de Clotilde, y la señal de su abanico que apuntaba á alguien que en derechura de la ventana venía hendiendo las masas, la distrajo y obligó á mirar; y vió entonces que el que se aproximaba era un mozo vestido con elegante traje de equitación, bastante afectado en la apostura y en la caída truhanesca del chambergo gris sobre los ojos; no traía pluma blanca, ni espuelas de oro, y sin embargo, era el héroe, el dios vislumbrado en la torrecilla de Clotilde, ante la evocación de sus versos amorosos, porque misia Petrona, traduciendo el ademán de la maestra, exclamó á sus espaldas orgullosamente:

—¡Ahí está Alejo!

Era Alejo, el joven del chambergo gris, de las botas rubias de caña y del latiguillo, ¿aquél, aquél era?; en verdad, nada de particular le hallaba Victoria, y cuando al pie de la ventana se descubrió ante las damas y mostró la cabeza reluciente de pomada, partido al medio el cabello por correcta raya de peluquero, Victoria hizo una mueca de decepción y se volvió hacia Clotilde.

Pero tropezó con Melchora, cuyos ojillos, enterrados en las cuencas bajo la grasa que redondeaba su cara como una pelota, despedían llamaradas, y su abaniqueo furioso la advirtió elocuentemente:

—¡Cuidado, que no te pierdo de vista!..

V

Cuando llegó D. Zacarías, sudando como un botijo, ya las damas, capitaneadas por Alejo y escoltadas por Josecito, que galantemente las cedía la tarea de abrir paso, disponíanse á cruzar aquel borrascoso mar humano, empresa tan difícil como la de un barquichuelo que en el Océano se aventurase; así, Melchora, cual arrepollada gallina clueca, revolvíase para defenderse entre las apreturas; magulláronle un pie á la señorita de Paces; á riesgo de perderse estuvo Pastorita bajo el oleaje de cabezas, y tan grandes achuchones sufrieron todos (particularmente misia Petrona, que vió desgarrado el nuevo *fichú* de su invención), que D. Zacarías llamó á dos obscuros *milicos* en su auxilio, los cuales, con empujones corteses y amables palabrotas, según regla y costumbre policíacas, despejaron el camino y les condujeron hasta el portal de la Municipalidad, sin quebrantos mayores, pero tan molidos y descompuestos que más no podía ser.

Estaba el portal adornado con plantas muy hermosas, y una tira de moqueta roja por el centro de la escalera ofrecía blando tapiz; sobre ella se precipitaron todos, y no fué empresa menos ardua la de entrar en el salón, lo bastante para que se deseara de nuevo el eficaz auxilio policial. Entraron, no se sabe cómo, pero entraron, al cabo, y siendo lo arbitrario indispensable recurso de toda autoridad que se estima, hizo el gran Pardales, con no mejores razones que los obscuros polizontes, que dejaran hueco en el balcón las damas que por derecho de conquista le ocupaban, instalándose á sus anchas, con perjuicio de las vecinas madrugadoras, las recién venidas, entre murmullos de desagrado... La señora *jueza,* como reina que ocupa un trono, saludó con sonrisitas de benevolencia á todos lados, y al cura D. Ignacio, que en la próxima ventana de la iglesia

erguía su marcial figura tras la cortina de enredaderas y los tiestos de claveles y alhelíes, envió cabezadas amistosas, que decían:

– ¡Qué bien estamos, padre! De algo ha de servirle a uno la autoridad.

Por acaso, ó de propósito, vino á quedar Alejo entre Victoria y Clotilde, más ocupado de Victoria que de Clotilde, con alardes de fatuidad impertinente que á los *picaflores* de abajo enrabiarían de celos. El sol no las molestaba, y desde la privilegiada altura era tan bonito el espectáculo, que la misma Victoria se distrajo plácidamente; como se vuelven los girasoles al astro que los deslumbra, todas las caras volvíanse hacia ella, y orgulloso de compartir la atención general, no daba paz Alejo á sus bigotes ni á la lengua, mientras la desdeñada maestra se impacientaba, fulguraban los ojillos vigilantes de Melchora, y el bobo de José y la niña Pastorita abrían la boca extasiados; él se esponjaba, afectando aire de misterio para decir á su vecina de la derecha cosas tan importantes como estas:

– ¡Hace un calor horrible, horrible; aquí en verano hace siempre calor. Pues ¿y en invierno?, se pasan unos fríos...

– Diga usted, preguntó Victoria, ¿qué palos son esos pintados de verde?

– Esos, ¿esos de enfrente?; son para la corrida de sortija. ¿No ve usted en este de acá una cosa que brilla y unos lazos blancos y celestes que cuelgan?, es el anillo de usted, que nos vamos á disputar todos los jinetes del pueblo.

– ¿Ahora?

– En cuanto acaben las *pruebas*. Por eso me ve usted con este traje... Está hecho en Buenos Aires por un sastre inglés. ¡Oh! Yo soy muy inglés... y me precio de montar muy bien á caballo. ¡Lo que es su sortija de usted, me la gano yo!

– Pues tendré mucho gusto, contestó Victoria, apartándose algo del necio para dar á Clotilde pretexto de ajustar cuentas.

Mas él se inclinó de nuevo, preguntando en voz baja:

– ¿Ha asistido usted alguna vez, señora, á una corrida de sortija?

– ¿Yo?, nunca... Mire usted, Clotilde, ¡qué gracioso!; mira, Pastorita, ahí tienes al payaso...

– Es un *sport* muy entretenido. Se necesita mucha agilidad, buena vista, buen pulso... A mí me parece que nadie me aventaja, y si no pronto lo va usted á juzgar. Porque yo...

– ¿Ves el payaso, Pastora?, insistió Victoria.

– Sí, dijo la chica, y también la que salta en la cuerda.

No hubo más remedio que concentrar toda la atención en la plaza. Encima del tinglado habían puesto dos equis unidas por un delgado alambre, que recorría de un extremo al otro una niña de poco más de doce años, con mallas de algodón color de rosa, señalando sus formas mezquinas, y tonelete de seda verde: empuñaba una banderita argentina en cada mano, y sobre el alambre se acostaba, se sentaba y hacía mil piruetas inverosímiles, que el público aplaudía á rabiar y comentaba con visajes y sandeces el payaso que secundaba sus juegos, y en los intervalos de descanso con ejercicios gimnásticos muy celebrados, á los sones de la música infatigable.

Después de la niña del alambre apareció un mozallón muy recio, que hizo danzar un globo azul en la punta de los pies, y dió al que figuraba al mundo tales golpes, como en mala hora pesimistas y desesperados quisieran aplicarle; luego, otro que echaba cintas por la boca, y uno, cubierto todo de lentejuelas, relumbrando muy lindamente, que se tragaba carbones encendidos, mascaba lingotes de hierro y bebía tinta, petróleo y más porquerías, ó lo fingía de tan pasmosa manera, que era la admiración de cuantos le veían.

– Pero ¿es de veras que se come todo eso?, preguntaba Pastorita.

– ¿Es de veras?, preguntaba, espantado, Josecito, dejando correr hilos de baba.

Y como no oía la respuesta, repetía sus *¡ju, ju!* de asombro, palmoteando infantilmente á cada nueva payasada.

– Lo bueno será la pantomima, dijo Pardales, que en la segunda fila se esforzaba por meter la cabeza; parece que es graciosísima. Se titula. *El poderoso caballero ó la subasta de un corazón.*

– Maldita la gracia que tiene el título, indicó la maestra, á quien el desvío de Alejo ponía nerviosa; pura vulgaridad.

Misia Petrona y Melchora, ambas á la vez, opinaron que lo vulgar no excluye lo gracioso, y que el titulillo aquel prometía, por lo menos, gran fondo de verdad, de moral y de sátira, todo lo cual era demasiado para una humilde pantomima al aire libre; subrayando Melchora su juicio con abanicazos sobre la palma de la mano, tosecita y zarandeos de la cabeza, dedicados claramente á la cuñada:

– ¿Entiendes? Es tu corazón el que van á sacar á la vergüenza, á ponerlo en la picota. Si lo hicieran adrede, no lo hacen mejor. A ver si tu pachorra inglesa te deja salir los colores á la cara.

– Ese *poderoso caballero*, dijo el joven Pardales, insistiendo en el *sotto voce* y con el aire de quien ha descubierto un mundo, será algún viejo rico... Lo de siempre: que vence el rico y se lleva á la muchacha. Mi gran experiencia...

– ¡Ay! Miren ustedes, miren ustedes.

Pastorita anunciaba el nuevo número del programa: el trapecio volante y las barras fijas; todo en contorno del tinglado habían tendido una red, y lo curioso del espectáculo agitaba á la multitud, cuyo clamor subía mezclado al estampido de los cohetes y al golpear de bombos y platillos. Salieron tres muchachos, rubitos los tres y no muy granados todavía, y ya en el trapecio, ya en las barras, ejecutaron sorprendentes ejercicios, volteando rápidamente, haciendo de pelota por los aires, enganchándose el mayor de un solo pie mientras sostenía al mediano con las manos y al pequeño con los dientes... y otros arriesgadísimos juegos que ponían el alma en un hilo. Pero los aplausos, las risas y el triunfo inmenso fueron para el perro sabio, que se presentó luego vestido de juez á la moda francesa, con blanca peluca rizada, toga roja y enorme corbata como los *fichús* de misia Petrona: el cual sentábase delante de una mesa, que ostentaba tintero y campanilla, y hacía que juzgaba á cuatro falderillos, acusados de haber robado cierto pernil, y después de ladridos elocuentes, les corría á mordiscos, y sobre la misma mesa, altar sagrado de Themis, devoraba tranquilamente el pernil en litigio... Ciertamente, no había en esta farsa alusión alguna al dignísimo D. Zacarías; pero todos los ojos, en el balcón de la Municipalidad, buscaban intencionadamente la conocida estampa del que era gloria y orgullo del Trigal; mas él no se mostraba, dedicado en aquel momento á refrigerar su abrasada garganta con vasitos de limón helado en el *buffet*.

Adonde no tardaron todos en seguirle y en imitarle, menos Pastorita y su tío, que no querían despegarse del balcón; misia Petrona, con la señora de Herreros, la intendenta, hizo los honores á su modo, es decir, ofreciendo todo á probar, las frutas, los dulces, los vinos y los refrescos (que como procedían del *Picaflor*, por sabido se calla era de lo más malo que han preparado las manos pecadoras de un confitero...) y mareando á fuerza de insistencia empalagosa, en lo que la intendenta, á la verdad, no le iba en zaga, y así las dos en vez de atraer despedían con las exageraciones de su amabilidad. Por supuesto, que lo que llamaban *buffet*, á la francesa, para mayor rimbombo, era una mesa sola en un extremo del saletón principal, sin otro adorno que los platos de golosina, que nadie tocaba por no dejarse en ellos los dientes; pero bastaba la vista de una garrafa de aquellas, llena de la turbia mezcolanza en que se sumergían amarillas ruedecitas de limón, y escarchada de frío, para alegrar los corazones.

Huyendo de los poéticos reproches de Clotilde, el joven Alejo, á fuer de caballero superfino, de *porteño* versado en las reglas de la galantería, sirvió á Victoria un refresco y la entretuvo con la relación de unas carreras en el Hipódromo, en que no hubo más héroe que él, ni mayor triunfo que el suyo, ni más soberbio caballo que su caballo; mezclando para expresarlo terminachos tales como *record*, *forfait* y otros extranjeros, aburriéndola de modo que no sabía ella cómo excusar y ocultar la poca atención que le prestaba; mas él, ya de un lado, ya del otro, la seguía para reanudar el cuento:

– Y apenas dieron la tercer palmada, ¡zas!..

Algunas señoras, con manifiesta cortedad de lugareñas, se hacían presentar á las de Esquendo, y se armaban caramillos sobre el calor, el horrible calor... Volvieron al balcón, porque Pastorita anunció que empezaba la pantomima, y mal que mal, colocáronse como antes, á tiempo que en el tinglado aparecía el *poderoso caballero*.

El cual era un viejo con unas barbazas hasta la cintura, vestido como los nigromantes, de sotana negra con estrellas doradas y bonete apuntado de cucurucho; querían casarse tres mancebos de blancas túnicas, que le acompañaban, á cuyo efecto traía el viejo en la mano una bolsa y cada mancebo sobre el pecho un letrero que decía: el del uno *Talento*, el del otro *Valor* y el del último *Nobleza*, con lo que se daba á entender las cualidades que á cada pretendiente adornaban, y el capital que aportaba á la boda, bastando el detalle de la bolsa en el viejo para expresar que representaba la *Riqueza*. Todos cuatro, pues, llegaban á casa de un personaje que tenía tres hijas, las que, muy ostentosamente ataviadas, lucían también sobre el pecho, no un cartel, sino un corazón bordado en rojo, el de la mayor mordido por verdes culebras; el de la segunda por negras arañas y limpio y puro el de la tercera, clarísima significación de que las dos mayores esclavas eran de malas pasiones y la pequeña dechado de bondad y de inocencia.

Luego de mudos parlamentos con el personaje aquel, papá ó tutor ó tío carnal de las tres niñas, que esto ningún rótulo explicaba, poníanse en fila los candidatos, el viejo el último, y delante habían ellas de pasar, poniendo la mano en el hombro de aquel que aceptaran. Pasó la mayor ante el *Talento*, y nada; ante el *Valor*, y nada; ante la *Nobleza*, y nada... yendo á posar su mano sobre el hombro de la *Riqueza*; pasó la segunda é hizo lo mismo, y lo mismo la tercera, la del corazón puro y limpio. Huían entonces los desdeñados mancebos y las tres doncellas se disputaban á golpes al viejo, venciendo la menor, la del corazón inmaculado, que, en el punto de su triunfo aparecía con las verdes culebras y las arañas negras de las hermanas, además de otros bichos más feos y repugnantes...

¡Qué bobo y qué estúpido pareció todo esto á la señorita de Paces! ¡Jesús!, ¡qué vulgar, qué grosero! Bueno para el público soez que lo aplaudía, sin darse cuenta del infame baldón que para la mujer importaba. ¿No había amor, entonces, desinteresado y leal? ¿No había mujeres que amasen? ¡El oro, el oro! ¿Qué es el oro para la mujer que ama? Y las había, ¡vaya si las había! Fijaba sus ojos aterciopelados en el distraído Alejo, excitadísima por la romántica indignación. Pero Melchora aplaudía. Muy bien, muy bien; sí, señor. Aquello era la verdad pura. ¡Que filosofía más profunda encerraba la piececilla!

– Á mi juicio, dijo misia Petrona descontenta, mucho exagera; además de injusta, peca de falta de galantería.

Y D. Zacarías soltó la perogrullada:

– Naturalmente: las hay buenas y las hay malas...

Entre el rumor de las críticas, las risas y el vaivén de la gente, abajo, que asaltaba tumultuosamente posiciones para la corrida, Victoria callaba, en la actitud de inmovilidad é impavidez estudiada que en los choques caseros adoptaba prudentemente, y le servía de mejor defensa que ninguna otra, porque el silencio es también un arma, y manejada con habilidad, más poderosa en ocasiones que la elocuencia. Callaba, pues, Victoria, y sólo en el ligero sonrosado que, bajo el velo, encendía sus mejillas, demostraba su contrariedad, la mortificación de las alusiones asaz transparentes contra la mujer vendida, si no á un viejo, á un memo. Josecito, que nada había comprendido de la pantomima, preguntaba:

– Pero ¿por qué se van todas con el viejo? ¿Y por qué se fueron los otros? ¿Y por qué?..

– Mira, explícaselo tú, indicó cruelmente Melchora á la cuñada.

Alejo se despedía de las damas, muy arrogante, como gallo que sale al circo, alta la cresta y apercibidos los espolones, seguro de vencer á todos sus rivales. De abajo las saludó con el chambergo, y Clotilde agitó su pañuelo, como en la torre, oprimido el corazón por la ansiedad de su triunfo, y misia Petrona, inflamada por el orgullo maternal, se echaba sobre la barandilla para verle á gusto:

– Ahora viene lo bueno. Se los va á llevar á todos en el pico. Esperen ustedes... Como que monta como un *minotauro*.

Parecióle á D. Zacarías que su mujer había dicho un desatino, pero no se atrevió á enmendarlo, de miedo de meter la pata. La que se rió fué Clotilde, discretamente, y soltara la carcajada si Victoria la secundase; pero Victoria no escuchaba, perdido el pensamiento entre la muchedumbre. Un pelotón de milicianos despejaba la calle, y á la manera de las aguas que van cerrándose tras de la barca que hiende la corriente, así que el piquete pasaba, cubríase de pilluelos nuevamente la carrera, y unos se encaramaban á los árboles, otros sobre los faroles, atropellándose con grande algazara y daño de los mirones pacíficos que en los bancos del paseo contentábanse con estar de pie; tres veces recorrió el piquete la carrera para el despejo, sin conseguirlo del todo, á pesar de tal cual mandoble, y no lo conseguiría nunca, que á tanto llega el desprecio al principio de autoridad, si el galopar de los caballos, anunciando el peligro, no dejara el espacio más raso que una tabla: entonces el vocerío fué inmenso...

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Camiones automóviles para el transporte de mercancías. – Aparatos de salvamento. Pruebas á bordo del Bellber. Boya de Wiese y Gröschner con alumbrado automático de gas acetileno. Balsa sostenida por flotadores de acetileno. – La electrocución de las moscas. – Bocado-freno de seguridad. – Celulotipia.

Los progresos del automovilismo van entrando de pleno en los dominios de la industria. El problema del transporte económico por medio de los automóviles de vapor se puede considerar definitivamente resuelto y á la vez se vislumbra en lontananza otra solución halagüeña, cual es la del automóvil eléctrico con el último acumulador de Edison, formado por electrodos de hierro y níquel y electrolito alcalino; pero mientras la práctica no haya sancionado sus positivos resultados, los industriales no pueden exponerse á peligrosas aventuras.

Basta la primera solución para que la importante industria de transportes esté llamada, en nuestro país, á sufrir una radical transformación en fecha no lejana, como ha ocurrido poco ha en los Estados Unidos, en Francia y en Inglaterra.

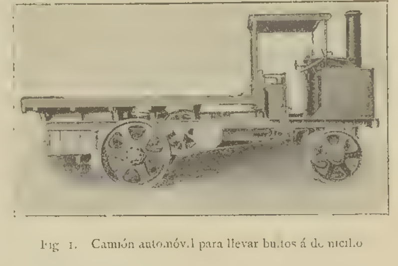


Fig. 1. Camión automóvil para llevar bultos á domicilio



Fig. 2. – Automóvil para el transporte de mercancías de mucho peso

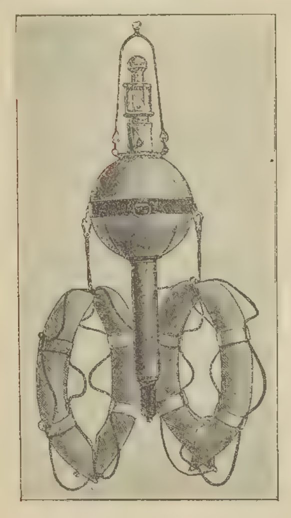


Fig. 3. – Boya de Wiese y Gröschner con alumbrado automático por acetileno

Los camiones modelos últimamente expuestos en los distintos *Salons de l' Automovile*, de París, denotan un paso gigantesco en el camino del progreso.

La figura número 1 representa un camión de vapor construído por la *Strater Ssteam Vehicle C.° Ld.*, análogo á los que construye la casa francesa *Serpollet*. Es el modelo que emplea para repartir bultos á domicilio la importante compañía inglesa de transportes *Midland Railway C.°*

El tipo número 2 es vehículo de gran potencia y puede dar un rendimiento regular de 378 toneladas diarias. Los modelos de 5 y 7 toneladas desarrollan una fuerza de 40 y 60 caballos: van provistos de calderas tubulares que producen 8 kilogramos de vapor por kilogramo de coque.

Hay además vehículos destinados al transporte de líquidos y al de rieles, jácenas y grandes piezas de acero.

En Inglaterra, la experiencia ha demostrado que en el transporte de mercancías de mucho peso la tracción automóvil ofrece una gran economía sobre la tracción animal.

Si bien es difícil establecer exactamente la economía que puede reportar la substitución, ó mejor dicho, el cambio de sistema, en aquellos casos en que dicho cambio es posible y racional, se puede estimar, por término medio, en un 40 por 100.

Confiamos ver á no tardar las calles de nuestros principales centros industriales cruzadas por camiones automóviles que, marcando una nueva era de progreso, no sólo se dediquen al transporte de mercancías, sino que aun lleguen á substituir á los antihigiénicos *carros de la basura*.

No siempre los experimentos que revelan adelantos para la industria son de carácter humanitario, ni los ingenieros que los ponen en práctica han de ser extranjeros. Hace breves días, á bordo del *Bellber*, se ha verificado, en nuestro puerto, una curiosa, interesante y útil experiencia con las *antorchas marinas de salvamento*, de las que dimos detalles tiempo atrás á los lectores de La Ilustración Artística. Dirigió las pruebas el ilustrado ingeniero don José Viñes Roda, honra del cuerpo de Ingenieros industriales españoles, cuyos méritos ha sabido consolidar en el extranjero como ingeniero de la «Compagnie Française de l' Acetyléne Dissons,» de París.

Las antorchas arrojadas al mar se inflamaron automática é instantáneamente, produciendo cada una de ellas un brillantísimo foco luminoso de 300 bujías, á pesar de tratarse del tipo más reducido, pues existen modelos de mayor tamaño que pueden llegar á producir 3 000 bujías.

La casualidad quiso que se verificaran las pruebas en noche de gran calma, y por este motivo fué preciso sumergir á viva fuerza y repetidas veces las antorchas encendidas en el seno de las aguas para poder apreciar el efecto que sobre las mismas producirán las olas en tiempo de borrasca. Tan pronto como cesaba la acción del madero que retenía á las antorchas sumergidas, reaparecían éstas flotando en la superficie con el brillo deslumbrador de su potente llama, que tan sólo se extinguía el tiempo preciso que duraba la inmersión.

Fig. 4. – Balsa sostenida por flotadores de acetileno

Fig. 5. – La celulotipia. Reproducción de un dibujo en una placa celulotípica

El bizarro capitán del *Bellber* y demás marinos, que con otros muchos invitados presenciaron la curiosa prueba, quedaron agradablemente sorprendidos por las admirables condiciones de la *antorcha marina de acetileno* como aparato de salvamento en noches de tormenta.

Otra nueva boya de salvamento, alumbrada automáticamente por el gas acetileno, es la representada por la figura 3. Este aparato, de fabricación alemana, inventado por M. M. Wiese y Göschner, pesa 20 kilogramos, y en cuanto se le echa al mar, se inflama el acetileno (producido al ponerse el agua en contacto con el carburo del aparato) por medio de un encendedor automático, que si bien sus inventores denominan encendedor eléctrico, tenemos poderosas razones para creer que se basa en el mismo principio de las antorchas marinas de acetileno, cuyo fosfuro de calcio, atacado por el agua, produce el gas hidrógeno fosforado, espontáneamente inflamable al contacto del aire.

El carburo de calcio está colocado en diversos compartimientos, aislados unos de otros, pero todos ellos en comunicación con el mechero: estas cámaras están colocadas á distintos niveles para que en todas circunstancias haya producción de gas.

El aparato lleva dos ó más cinturones salvavidas para los náufragos.

Una linterna de cristal protege la llama de acetileno contra el viento y las olas. Poniendo agua en un depósito acondicionado, puede esta boya servir, en el buque, coma un farol ordinario.

Una nueva y útil aplicación del popular acetileno se debe al ingenioso inventor de aparatos de salvamento M. Matignon. No se trata de un aparato de alumbrado, sino de boyas balsas que, ocupando á bordo un espacio reducido, se montan en breves instantes y automáticamente se hinchan y flotan al echarlas al mar.

Cada boya lleva un pequeño recipiente metálico con el carburo preciso para la producción del acetileno necesario para llenar á regular presión su flexible depósito (partiendo siempre de la base de que un kilogramo de carburo de buena calidad no puede producir más que unos 300 litros de acetileno).

Basta abrir una llave, en el momento de echar al agua el aparato, para que el líquido penetre en el recinto del carburo, y la producción de gas y el consiguiente henchimiento de la boya sean instantáneos.

Entre los diversos aparatos de salvamento del mismo inventor, merece citarse el representado por la figura 4, consistente en dos sacos de tela cauchotada de forma cilíndrica y de 2'25 metros de largo cada uno. Reuniéndolos de dos en dos, por medio de ligeras armaduras y planchas metálicas, se forman en breves momentos balsas flotantes capaces de sostener 10 hombres. El generador del gas de cada una de las boyas puede contener ocho kilogramos de carburo.

Para el empleo de estos aparatos es muy conveniente el uso de carburo *protegido (erobe*, como dice M. Laroche) por medio de un baño de aceite graso, de un aceite secante ó simplemente de petróleo en frío, cuyas substancias, al aislarlo de la humedad del aire, evitan su descomposición.

La rapidez con que pueden instalarse estos aparatos, el poco volumen que ocupan cuando están desmontados y su fácil transporte los harán indispensables al ramo de Guerra por los grandes servicios que le pueden prestar, facilitando á las tropas en campaña el vadeado de los ríos y lagunas.

* * *

Se acerca la época en que las molestas moscas no nos dejan en paz un solo instante. De los diversos sistemas puestos en práctica, con buenos resultados, para diezmar al pululento insecto, uno de los mejores, y tal vez de todos el más limpio, es el que las extermina por electrocución.

Se trata de un invento inglés, consistente en una

especie de reja metálica vertical, que descansa sobre una plancha de madera, que le sirve de base.

La reja está formada por finas varillas metálicas, en forma de espesa celosía, por cuyas mallas no pueden pasar las moscas. Las varillas pares están en comunicación con el polo positivo de una pila eléctrica y las impares con el negativo. Se coloca un poco de azúcar junto á la rejilla para que las moscas se posen en el aparato.

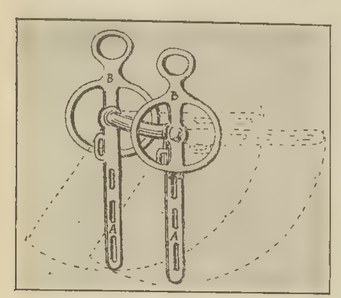


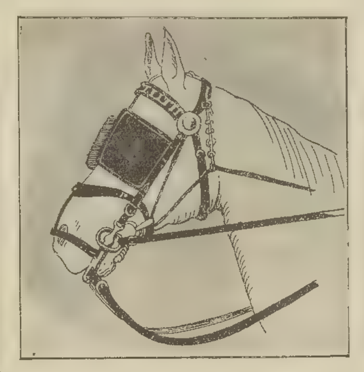
Fig. 6. – Bocado-freno de seguridad

Al detenerse en la celosía, atraídos por el cebo, los molestos dípteros cierran el circuito con su cuerpo y mueren instantáneamente heridos por un im perceptible rayo, cuya chispa se puede hacer visible añadiendo una pequeña bobina al aparato.

Este excelente procedimiento tiene la ventaja inmensa de producir la muerte instantánea de sus víctimas en el mismo aparato, impidiendo lo que ocurre con otros procedimientos repugnantes, con los cuales las moscas heridas de muerte van á parar á la cocina, al comedor ó á las demás habitaciones de la casa, donde termina su agonía, que empezó al chupar al brebaje venenoso con que se pretende aniquilarlas.

***

El grabado en talla dulce es uno de los mejores procedimientos para la reproducción de obras artísticas; pero desgraciadamente su largo aprendizaje, las dificultades que presentan sus pesadas operaciones, como el mordido por el ácido, el defecto de transparencia de la placa de cobre ó de la piedra litográfica, lo convirtieron en un arte difícil reservado á talleres especiales.


Fig. 7. – Bocado-freno de seguridad en posición normal

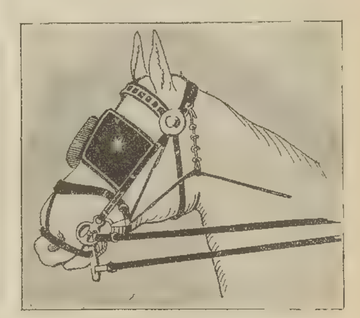
El conocido artista M. Bayard acaba de solventar las expresadas dificultades por un sencillo é ingenioso procedimiento que pone las artes del grabado al alcance del más lerdo.

Por la «celulotipia» (así denomina M. Bayard á su nuevo procedimiento) se substituye la placa metálica ó la piedra por una ligera y transparente plancha de celuloide, que se aplica sobre el dibujo ó modelo que se quiere reproducir (fig. 5) y se fija con bandas engomadas ó por medio de las clásicas chinches.

Se calca el dibujo valiéndose de los mismos utensilios que se emplean en el grabado en dulce: el estilete de acero mechado en un mango de madera y la pequeña rodaja para las sombras débiles ó medios tonos. Luego se le da la tinta apropiada y se tiran los positivos como en el procedimiento ordinario.

Por el nuevo sistema celulotípico, un niño ó el principiante menos diestro pueden obtener copias perfectas de dibujos complicados.

Muchos pretenderán restar méritos al invento de Bayard por su extremada sencillez. A los tales debemos recordar que la fama de los grandes sabios radica muchas veces en haber sabido hallar ideas muy sencillas para derivar de las mismas las más grandes aplicaciones de las industrias y las artes.


Fig. 8. – Bocado-freno de seguridad comprimiendo las fosas nasales del caballo

Se sabe, desde hace tiempo, que la compresión de las fosas nasales de un caballo, impidiendo su respiración, es el único medio eficaz para detenerlo, cuando se desboca.

Uno de los frenos de sistema más práctico y sencillo de cuantos se conocen y que tiene la ventaja de funcionar independientemente del bocado de que forma parte, es de invención de M. Mans (figuras 6, 7 y 8.) Las palancas AA, que accionan la compresión nasal, si bien giran sobre el eje del bocado BB, que ejerce la acción directriz del caballo, tienen, sin embargo, movimiento independiente del mismo.

Las figuras 8 y 9 ponen de manifiesto el sencillo funcionamiento del bocado-freno, que no dudamos hemos de ver muy pronto puesto en práctica.

AL'LER-WILL.





Después de la comida, cuadro de Domingo Fernández y González

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 27 de abril de 1903 — Núm. 1.113

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO FUNERARIO, obra de José Chiattone

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á los Sres. suscriptores á la Biblioteca Universal el primer tomo de la serie de 1903, titulado TRADICIONES ARGENTINAS, obra escrita por el distinguido literato y folklorista argentino doctor Pastor Obligado é ilustrada con dibujos de Nicanor Vázquez.

Homenaje al poeta D. RAMÓN DE CAMPOAMOR. Con el presente número repartimos á los Sres. suscriptores á la Biblioteca Universal el décimo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José M.ª Tamburini.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Manuel Rodríguez, muerto repentinamente en la noche del 31 de marzo, era uno de los actores cómicos que de más simpatías gozaban entre el público de Madrid. Durante mucho tiempo en Apolo, y últimamente en Lara, hizo, como suele decirse, las delicias de los espectadores. Su gracia era original, y cuando se lo proponía, sabía prescindir de las bufonadas, que casi siempre gustan más á una gran parte del público que los rasgos cómicos de buena ley.

Cuando Rodríguez tropezaba con un papel que reflejaba con arte un aspecto verdaderamente cómico de la vida, sabía representarlo con admirable propiedad. Prueba reciente de ello fué «la creación» hecha por él del Nicasio de *Pepita Reyes.* No necesitaba Rodríguez en este papel acudir, para obtener el aplauso, á aquellos movimientos nerviosos, á aquel como sorberse las palabras, á aquellos gestos y ademanes grotescos que excitaban siempre la hilaridad del público. Representando el personaje de los hermanos Quintero, era lo que los autores habían querido que fuese: el hombre egoísta, mal educado y gandul que vive á costa de su hija y que se hincha orgullosamente con el dinero que ella gana y con los aplausos que á ella se le tributan.

En su labor de largos años mostró repetidas veces que era un verdadero artista. Así lo reconocieron el público y la crítica, el uno aplaudiéndole, la otra con sus elogios.

La noticia de la muerte de Rodríguez, acaecida repentinamente cuando el actor se disponía á ir á Lara á estrenar una obra titulada *La tronada* (que noches después obtuvo un éxito franco), corrió prontamente por todos los teatros de Madrid, y en todos ellos produjo honda y dolorosa impresión...

La misma noche en que murió el actor de Lara se estrenó en el teatro Español la comedia original de D. Manuel Linares Astray titulada *Aire de fuera.* Fué en verdad noche fatal la noche de este estreno. Mientras se representaba la obra, el padre del autor, el ex ministro Linares Rivas, estaba de cuerpo presente.

En *Aire de fuera* se trata una vez más de la solución que puede darse al grave problema moral y social que plantea el delito de adulterio. Los escritores del siglo XVII lo resolvían á puñalada limpia, y ahí están para no amontonar ejemplos *El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta venganza.* Siguiendo las huellas de nuestros clásicos, ha llenado Echegaray su teatro de maridos vengadores, y Sellés, conforme con lo aconsejado por Alejandro Dumas (hijo) *tué-la,* desata con la muerte de la esposa infiel *El nudo gordiano.*

Las costumbres – por fortuna – se han suavizado mucho. En el teatro y fuera del teatro son ya pocos los maridos que degüellan á sus mujeres: unos toleran filosóficamente las infidelidades, otros las perdonan y algunos se separan de la mujer adúltera. A este expediente acude Baltasar, el protagonista de la comedia de Linares, en cuanto se hace cargo de que su esposa le engaña. Pero como en nuestro país no existe la ley del divorcio, hay que buscar la cura ó remedio del adulterio tomando *aires de fuera;* esto es, amparándose de otras nacionalidades en las cuales rige la ley del divorcio. Baltasar, pues, decide salir de España, tomar en Bélgica carta de ciudadanía, y una vez obtenida separarse de su esposa.

El procedimiento sería de perlas si en el problema del adulterio no entrase para nada la pasión. Existiendo el amor, como existe en el corazón de Baltasar, el remedio ideado por Linares me parece muy poco eficaz. El hombre enamorado de su mujer, que la cree buena y honrada y que de repente ve que es vendido por ella; que siente desmoronarse en un momento sus ilusiones, sus esperanzas, la paz del hogar y hasta la certidumbre de su paternidad, necesita ciertamente tener una calma y un dominio sobre sí mismo inconcebible para seguir el ejemplo de Baltasar.

Esto no obstante, la comedia de Linares Astray es interesante, está bien compuesta y revela gran conocimiento de las costumbres del mundo elegante.

Antes de estrenarse en el Español *Aire de fuera,* se estrenó en la Comedia la de Benavente *El hombrecito.* También es ésta obra de tesis. Tenemos derecho á la felicidad y debemos conquistarla á despecho y por encima de todos los convencionalismos sociales. Tal es la teoría que parece desprenderse de la última comedia de Benavente.

A Nené la llaman *El hombrecito* por lo formal y lo seria que es..., tan formal y tan seria, que no deja pasar ocasión para reprender severamente á su familia y á los amigos de la casa, que dicho sea sin agraviar á ninguno de ellos, son un atajo de tontos, viciosos é inmorales, todo en una pieza... Sabido es que, según los escritores que nos describen la buena sociedad, no tiene el diablo por dónde coger á ésta. En medio de tales personas que hablan en el estilo epigramático propio de Benavente, destácase, como he dicho, Nené. El *hombrecito* tiene el alma en su almario, esto es, quiere á un personaje un poco fúnebre que frecuenta su casa. Pero este personaje está casado, su mujer le engañó, y como no se le ocurrió, por lo visto, utilizar la receta de «aire de fuera,» aunque separado de su esposa, sigue sujeto á ella por la cadena de la ley.

Enrique, que tal es el nombre del susodicho personaje, al convencerse de que la llama del amor ha prendido en el corazón de Nené, tiene un rasgo. «Te quiero – dice sobre poco más ó menos á su amada, – pero mi amor es imposible... ¡Estoy casado!» Nené, al recibir semejante escopetazo, se queda, como comprenderán mis lectoras, transida de dolor, y Enrique se va, jurando y perjurando que no ha de volver á verla.

¿Pero quién, si está verdaderamente apasionado, es capaz de cumplir tan cruel propósito? Enrique vuelve á la casa de Nené, y Nené sigue mirándole con buenos ojos; pero aquél tiene un segundo rasgo. «Me marcho para siempre,» dice; y en efecto, toma el portante y se marcha; mas ya se comprenderá que no hay que fiar mucho en las palabras de Enrique. En el tercer acto nos lo encontramos otra vez en casa de Nené, y aunque habla de nuevo de alejarse y de dejar en paz á su amada, es lo cierto que, después de muchas vacilaciones y dimes y diretes, protestas de amor, ternezas y mimos, los dos enamorados resuelven poner se el mundo por montera y vivir como viven las gentes de que están rodeados.

Aunque en *El hombrecito* no faltan aciertos, y aunque se echa de ver en muchas de sus escenas el sello de su autor, la comedia se resiente de falta de meditación y de estudio; las situaciones se repiten con cansada monotonía; los personajes son borrosos y palabreros, y por ninguna parte aparece el sentimiento, que es en toda obra dramática lo que el calor en el cuerpo humano. Por esta vez, á Benavente, que tan legítimo triunfo acababa de alcanzar en el Español con su *Noche del sábado,* se le puede aplicar la sentencia latina *Non bis in idem.*

Con las dos obras de que acabo de hablar han puesto fin á la temporada de invierno las compañías que han actuado en el teatro Español y en el de la Comedia. (Las tres obrillas estrenadas por María Guerrero la noche de su beneficio fueron *apropósitos* insignificantes, á los que ni sus autores ni el público dieron importancia.) María Guerrero y Mendoza, después de brillantísima y fructífera campaña, partieron para Sevilla, en cuyo teatro de San Fernando continúan la serie de sus triunfos; y Rosario Pino, con Matilde Rodríguez, Vallés, Rubio, Ortega y los demás artistas de la Comedia, navegan en dirección á la América española, en donde ya Carmen Cobeña ha debido de empezar sus tareas artísticas.

Por allí también andan ahora Balaguer, Larra, Nieves Suárez – los de Lara, como suele llamárseles, – en busca del «cándido metal puro y luciente» que tantas veces hizo cruzar los mares á los aventureros españoles. Quiera Dios que para estos notables artistas todas las costas sean Costa Rica, todos los ríos de la Plata y todas las ciudades Jauja ó Potosí.

Si en punto á arte escénico nuestro «comercio de exportación» es grande, no es pequeño el de «importación.» Tres compañías extranjeras, sin contar la de ópera que actúa en el Lírico, estaban anunciadas para la temporada de primavera. La de Teresa Mariani, la de Zacconi y la de Coquelín. La Mariani, según parece, ha desistido de visitarnos; pero Zacconi funciona ya hace algunas noches en el teatro de la Comedia, y pronto veremos al famoso comediante francés en el teatro de la Zarzuela.

Hasta ahora, el gran actor italiano trabaja exclusivamente para unas cuantas docenas de personas. El público madrileño, que en estos días llena la plaza de toros y los circos, brilla por su ausencia en la sala del elegante teatro de la calle del Príncipe. Se comprende: allí no hay ni caballos despanzurrados, ni toreros moribundos ó mal heridos, ni cacatúas sabias, ni payasos dislocados... Allí sólo hay arte fino, emociones estéticas, belleza artística..., poca cosa en comparación de los atractivos que ofrecen la arena ensangrentada ó las agudezas de Bartolo...

Ciertamente, Zacconi es uno de los más grandes actores de la época presente. No es un trágico en el sentido que suele darse á esta palabra, no es el actor tampoco del género romántico, cantor de versos á la manera que lo fué Calvo. No..., es el intérprete de las almas atormentadas de nuestros días, el único cómico acaso capaz de expresar todo el contenido de los complejos y enfermizos personajes de Ibsen y Tolstoi. No quiere esto decir que el gran comediante italiano no exprese con belleza y verdad los caracteres del teatro clásico, del pasional, del razonador, etc. En todos los géneros es Zacconi un gran artista, pero lo es extraordinario y sin rival en el teatro novísimo, en el que refleja el estado espiritual de nuestros contemporáneos.

Según él mismo me ha dicho, se propone en esta temporada dar á conocer lo principal de su variado y extenso repertorio. En los días que lleva trabajando en el teatro de la Comedia, ha representado el drama de Giacosa titulado *Resa á discrecione;* el de Shakespeare *La bisbética domata; L' amico de le donne,* de Dumas; *Pane altrui,* de Turgueniev, y una quisicosa folletinesca titulada *Al teléfono.* De todas estas obras, las únicas nuevas para el público de Madrid son la primera y la última.

Resa á discrecione (Rendida á discreción) es una comedia muy bien proporcionada, muy bien compuesta y en la cual Giacosa evidencia su maestría en el arte teatral, ya mostrada en *Tristes amores* y en *Como las hojas.* Su argumento es muy sencillo. Una dama de alta sociedad, la marquesa Elena, juzgando á todos los hombres por los fatuos que constituyen su mundo, apuesta con otra amiga suya á que hará desistir al doctor Sarni de su propósito de hacer una excursión al polo Norte. El doctor, hombre sencillo y sincero, se deja envolver en las redes que le tiende la marquesa: renuncia á su proyecto y decide casarse con Elena. La coqueta vencedora cree que el doctor es como sus demás adoradores, un hombre que la enamora por su posición y su dinero, y así se lo dice. Sarni entonces, y esta escena la hace asombrosamente Zacconi, al convencerse que ha sido el juguete de la marquesa, se irrita, se exalta y la apostrofa duramente.

En el último acto se verifica una vez más el milagro del desprecio. La marquesa, despreciada, insultada por el doctor, se rinde á discreción, y la comedia acaba sellando los dos amantes su reconciliación con un apasionado beso.

Al teléfono pertenece al género espeluznante.

El toque de este melodrama estriba en las angustias que pasa un hombre oyendo desde París, por medio de teléfono, el crimen de que es víctima su familia en una casa de campo á 70 kilómetros de la capital de Francia.

Zacconi, con la prodigiosa movilidad de su semblante, con el dominio absoluto que tiene sobre los músculos de su rostro, con la expresión que sabe dar á su cara, nos hace adivinar toda la espantosa escena que se está desarrollando á larga distancia. Son cinco minutos de congoja mortal para el espectador, y en los cuales el gran actor italiano recorre, por decirlo así, todos los grados del terror, del espanto, de la desesperación. Las emociones de tal modo se traducen en su semblante, que dijérase que su cara es transparente y que al través de ella se ven todos los tormentos de su alma.

No hay más allá en punto á expresión artística.

Zeda.



Nuestros amores serán eternos

AMOR TRANQUILO

Mientras esperaba en el salón la llegada de Elisa, Pablo se dedicó á soñar en los acontecimientos que se habían desarrollado durante los dos años transcurridos desde el día en que por última vez vió á la joven.

Siempre la había amado, pero este amor lo había tenido cuidadosamente oculto, creyéndose él, pobre pintor sin nombre, indigno de aquella hermosa, noble y rica heredera.

Durante un verano pasado en el campo en casa de la abuela de Elisa, Pablo había visto nacer el amor entre la joven y uno de sus antiguos condiscípulos y amigos, llamado por su posición y su carrera á desempeñar un brillante papel en la sociedad. Cruelmente herido, Pablo habíase retirado, envidiando dulcemente tanta felicidad.

Luego, para olvidar, había emprendido un largo viaje; había trabajado con ahinco; sus lienzos habían sido notados; habían obtenido una primera medalla; era el artista de moda; y ante sus ojos se desplegaba la perspectiva de la riqueza y de la gloria.

Al regresar á Madrid, siempre dolorido, siempre soñando en aquel amor imposible, al que inútilmente había tratado de renunciar, Pablo supo la gran catástrofe, la súbita muerte de la abuela de Elisa, la desaparición de la inmensa fortuna, fundida entre las manos de la pródiga é inexperta anciana, el abandono y la pobreza de la joven, recogida por caridad en casa de unos lejanos y desconocidos parientes...

Pablo – él mismo no supo por qué – sintió una dulce y extrema alegría; una lágrima mojó sus ojos.

Elisa entró en el salón.

Pablo, aturdido, deslumbrado, la veía avanzar... Parecíale que había crecido; su admirable busto se había ensanchado. No era ya la niña de suaves y delicadas formas que él había conocido. Era la mujer hecha, espléndidamente desarrollada, mucho más hermosa que antes, y en cuyos ojos, serenos y profundos, el dolor había tendido, templando su luz, una nube de melancolía.

Elisa avanzó hacia Pablo, le tomó una mano y estrechándosela afectuosamente le dijo:

– ¡Por fin ha regresado usted!

Fijándose luego en el examen de que era objeto, añadió:

– No me reconoce usted, ¿verdad?

– Déjeme usted que la mire, dijo Pablo dominando apenas su emoción. ¡Hace tanto tiempo!..

Elisa le preguntó:

– ¿Cuándo ha llegado usted? ¿Qué ha sabido de mí?

– Estoy en Madrid desde hace dos días... Allá en Roma, en París, en Londres, donde he vivido y he trabajado sin descanso, soñaba con volver á España, á este Madrid que me llamaba y me atraía no sé por qué... Ayer solamente supe de usted; pero noticias vagas, sin detalles.

Los ojos de Elisa se llenaron de lágrimas, y con voz breve y entrecortada exclamó:

– ¡Mi pobre abuelita, muerta repentinamente, pocos días después de marcharse usted! Me he encontrado sola, ¡Dios mío!.., y en qué momentos.

– Debió usted escribirme inmediatamente.

– Ni siquiera pensé en ello... ¿Y adónde? Yo no lo sabía... Se escribió á mis tíos, los de Mallorca, unos parientes que yo no conocía, que no había visto nunca. Afortunadamente son muy buenos, y como por aquella época pensaban establecerse aquí, apresuraron su viaje, se vinieron y con ellos estoy. «Serás nuestra tercera hija,» me dijeron, y efectivamente, su hija soy y mis primas son mis hermanas. Pero comprendo que constituyo para ellos una carga; mis pobres tíos no tienen fortuna...

– ¿Pero el caudal de la abuelita?.., interrumpió Pablo.

– Completamente disipado. Pagadas las deudas, no ha quedado un real.

– ¿Y Rafael?, preguntó tímidamente Pablo después de un instante de vacilación.

Elisa se estremeció.

– ¿Rafael?

– Sí, Rafael, dijo Pablo. ¿No ha tenido noticia de la desgracia ocurrida? ¿No ha acudido á su lado á consolarla, á ayudarla?..

Elisa se levantó, dirigiéndose hacia uno de los balcones, fingiendo mirar á la calle á través de la vidriera para ocultar su turbación.

– No he visto, ni he sabido de Rafael, dijo con voz sorda, desde la muerte de la abuelita.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. En los ojos de la joven, fijos en el cristal, principiaron á brotar gruesas y ardientes lágrimas que bañaban su rostro... ¡Oh, qué momentos de angustia y desolación aquellos en que confiada en su prometido, le había escrito participándole su abandono, su pobreza!.. ¡Llamándole ingenuamente, inocentemente á su lado! ¡Pobre carta escrita con lágrimas y sangre brotada del corazón! Nunca había tenido respuesta.

¡Qué triste recuerdo el de esta cobardía, que había arrebatado la fe de su pecho, haciéndole desconfiar de la humanidad!

La voz de Pablo, que dulce y trémula sonaba á su oído, la sensación de sus labios acariciando la mano que ella le había abandonado, la sacaron de aquella horrible pesadilla.

– ¡Amada mía..., hija mía!.., balbuceaba Pablo lleno de compasión.

Elisa lo miró, sorprendida. Nunca había pensado que aquel hombre pudiera amarla.

El la cogió las manos, y oprimiéndolas dulcemente exclamó:

– Déjeme usted decirla que la adoro. Me desterré de España porque la creía á usted demasiado rica, demasiado dichosa para aspirar á su mano. Ahora, Elisa, perdóneme usted que me atreva á decirle que yo calmaré sus dolores, yo la haré feliz á fuerza de cariño.

Elisa escuchaba conmovida.

– ¡Querido Pablo!, murmuró.

Ella no le amaba, es cierto, pero había sido el compañero, el amigo, el protector de su infancia.

Pablo insistió.

– Acepta usted, ¿verdad? Si usted quiere, dentro de ocho días, dentro de quince lo más, estaremos casados... ¡Si supiera usted! Espero ser rico, casi lo soy. Mis lienzos se venden... Han llamado algo la atención... Además, he heredado una pequeña propiedad en la costa cantábrica, á orillas del mar. Allí haremos nuestro nido si usted quiere.

Algo aturdida por aquella súbita revelación, Elisa callaba.

– Pablo, exclamó al fin, debo decirle...

– ¡No, nada!..

– Sí; es necesario. Debo decirle que algunos meses antes de la muerte de la abuelita, Rafael me

confesó su amor y yo lo acepté. Habíase convenido en que pediría mi mano; pero de pronto – entonces no me dí cuenta de la causa, – cesó de visitarnos y no se volvió á hablar más del asunto.

– ¡El miserable!, murmuró Pablo.

– No lo amo, prosiguió diciendo Elisa, pero lo he amado. Ahora me parece imposible que el cariño vuelva á penetrar en mi corazón.

Una palidez mortal cubrió el semblante de Pablo; pero pronto, alzando la cabeza y mirando francamente á la joven, dijo con tierna resignación:

– Usted me amará como usted pueda.

Elisa ocultó el rostro entre las manos y se estremeció sacudida por los sollozos.

– No llores, Elisa mía, mi sueño de niño, díjola él con pasión inclinándose hacia su oído. Dime que tienes confianza en mí... Dime que si no mi mujer, serás mi hija, mi hermana...

– No, mi buen Pablo, exclamó ella llorosa y sonriente tendiendo sus dos manos hacia él. Seré tu mujer, tu compañera, y podré reclinar mi cabeza en ese leal y honrado corazón. Creo que te amaré...

Y luego añadió más bajo:

– Creo que te amo.

Y mientras Pablo, loco de alegría, le daba cuenta de sus proyectos para el porvenir, Elisa, tranquila, confiada, experimentaba como una dulce sensación de alivio; una hermosa paz invadía todo su ser.

Pablo se inclinó, besándola con ternura en la frente.

– Estos amores tranquilos, la dijo, que nacen sin sobresaltos ni sacudidas, suelen ser los más profundos y duraderos.

Elisa sonrió radiante de felicidad.

– Nuestros amores serán eternos, murmuró inclinando la cabeza sobre el hombro de Pablo.

J. PARDO DE LATORRE.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

CARTAS Á MI HIJO

LAS OSTRAS

No puedes imaginarte, hijo mío, el placer que siento al dirigirte esta carta, primera de la serie que pienso escribir en contestación á las consultas que me haces. No quiero aconsejarte directamente, sino por medio de narraciones desprovistas de toda invención, para que por cuenta propia saques las moralejas que de las mismas se desprenden, pues estoy convencido de que el trabajo sólo es provechoso cuando uno lo hace por sí mismo, y esta observación has de tenerla presente, tanto en la realidad cuanto en las obras.

Acerca de gustos y caprichos, objeto de tu última carta, voy á referirte lo que me sucedió con las ostras cuando yo era estudiante.

– Pues, señor, dirás, ¿qué podría ocurrirle á mi papá con esos excelentes y costosos mariscos? Si se tratara de un toro, un elefante ó por lo menos de un perro..., ¡pero con las ostras!

Pues sí, hijo mío, con las ostras; y es que en la vida nada hay grande ni pequeño para la observación; de todo por igual podemos sacar grandes enseñanzas. ¿Quién hace caso de una piedrecilla? Nadie, y sin embargo, á lo mejor nos hace tropezar y caer.

Pues bien: volviendo á las ostras, he de decirte que yo no las había comido nunca. Su color obscuro y sucio, su forma irregular y su frescura llamaban poderosamente mi atención. En nada se parecían á



UNA MANOLA, dibujo de José M.ª Marqués

las frutas ni á los peces que yo había visto. ¿Y por dentro, preguntábame, cómo serán por dentro? Muchos cálculos y suposiciones hacía yo acerca de su color y de su gusto, terminando siempre por afirmar que debían ser muy ricas. No las vendían más que en la puerta de algunos hoteles, los más lujosos, donde iba á comer la gente de dinero, y este detalle, como puedes comprender, aumentaba mis ya grandes deseos de probarlas siquiera. Con frecuencia parábame en los puestos y las contemplaba con éxtasis.

Así me encontraba yo en cierta ocasión, cuando llegó una muchacha llevando blanquísima fuente.

– Dos docenas, dijo.

Y la vendedora, escogiéndolas una por una, las iba abriendo, elogiándolas al depositarlas cuidadosamente.

– ¿Ve usted qué hermosas son? No las hay mejores en Barcelona. Vea usted: si le digo que son de primera...

¡Qué bonitas, pensaba yo, qué blanco tan nacarado y tan fino! ¡Qué poquita carne y qué sabrosa... estará! Con tal insistencia debí de mirarlas, que la vendedora me dijo bruscamente:

– Pero, muchacho, ¿no has visto nunca ostras?

Después he pensado que las grandes pasiones no las ha puesto Dios en el corazón humano al alcance de las vendedoras de mariscos.

– Si tuviera dinero, decía para mis adentros; tan sólo dos pesetas...

Pero no le tenía. Tu abuelo había dado orden terminante á un paisano suyo, que en punto á previsión se reía de las hormigas, para facilitarme todo lo que necesitara; eso sí, nada de superfluo. Una vez le pedí que me comprara un reloj á fin de llegar con puntualidad á clase, y verás lo que me contestó.

– Chico, ¿te has creído que eres hijo de algún magnate? Para ir á clase no hace falta reloj, sino voluntad, y cuanto más pronto se llegue mejor. Ten en cuenta que sin *vehementes* deseos de ser algo...

Y continuaba el sermón abusando de ese adjetivo *vehemente*, de cuya palabreja estaba enamorado. A tu abuelo le hacía mucha gracia que en lugar de llamar á D. León por su verdadero nombre, le recordara siempre con el mote del *señor Vehemente*.

Pedirle á D. León una docena de ostras era imposible. Hubiera salido, sin duda alguna, con «esos placeres vehementes del estómago.» No en mis días. Lo único que me atreví á decir, tímidamente, por supuesto, fué lo siguiente durante una comida:

– Oiga usted, D. León, ¿las ostras serán muy caras, verdad?

– ¡Oh!, contestó ahuecando la voz, es plato de magnate (otra palabrita de su predilección).

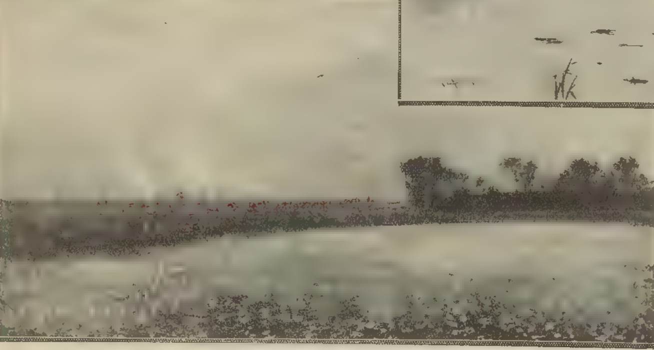
– ¿No las ha probado usted nunca?

D. León me echó una mirada iracunda como solía hacerlo cuando, en su opinión, decía yo algún despropósito. Temí el sermón consiguiente; pero no, en aquel momento, más que por las disertaciones filosóficas, sentía predilección por los garbanzos, y dando la callada por respuesta, terminó el diálogo sobre las ostras.

Confieso que no me atreví á mentarlas ya nunca, y mi pasión, al hacerse más íntima, se hizo más fuerte. No soñaba con ellas; pero al despertar, como si un poder extraño tuviera interés en martirizarme, las veía ante mis ojos frescas, sucias, extrañas, blancas y nacaradas por dentro, de poquita carne rica y sabrosa...



EN LAS LAGUNAS, cuadro de José M.ª Marqués



PAISAJE de José M.ª Marqués

¡Dios mío, todas las mañanas lo mismo!, y pensando en ello recibo carta de tu abuelo anunciándome su llegada para el día siguiente. Vi el cielo abierto... Y fíjate en lo peligrosa que es una pasión arraigada: la venida de mi padre no me alegraba por el gusto de abrazarle, tenerle á mi lado, escuchar sus consejos. No era esto lo principal, sino lo que puedes figurarte..., las ostras.

Llegó tu abuelo y jamás le abracé con tanto cariño. Pasamos revista á todo; preguntóme por el señor *Vehemente*, la cama, la ropa, la comida. Y aquí entre yo.

– Papá, ¿sabes lo que querría comer?, le dije casi al oído, temblando.

– ¿Qué, hijo?

– Ostras, papá.

Tu abuelo se sonrió cariñosamente al oir lo que le pedía de aquella manera.

– Pues, hombre, yo pensaba que ibas á pedir la luna. Nada, nada, hoy las comerás.



EN ORACIÓN, cuadro de Emilio Renard

–¿Quieres que vayamos á comprarlas ahora?

–¿Por qué no, hijo? ¿Sabes tú dónde venden?

Yo me sonreí; ¿no había de saberlo? Mejor que ningún cobrador de arbitrios.

–Sí lo sé, no está muy lejos el puesto. Por aquí se va.

Un escalofrío de placer recorrió todo mi cuerpo. Por fin las tendría en la mano, las abriríamos y mi estómago sentiría su frescura y lo sabroso de la carne de ostra. La vendedora, ser para mí casi sobrenatural, cogió dos docenas y las envolvió en un periódico, diciéndole á mi padre:

–No pueden ser más frescas: acaban de llegar.

–Son muy buenas, ¿verdad?, la dije yo.

–Ya lo creo, contestó sonriendo y mostrando no poca admiración por la mercancía.

–Trae, papá, ya las llevaré yo

–Mira no pierdas alguna.

–Qué bromista es este papá, dije para mí.

Llegamos á casa, y al ver á don León, lo primero que se me ocurrió fué el no dárselas á probar siquiera; pero tuve luego un arranque de magnanimidad y pensé en que podríamos obsequiarle con una, sólo una.

Mi padre pidió un cuchillo. Iba á abrirlas, mientras yo palmoteaba y reía nerviosamente de satisfacción. El autor de mis días cogió la carne de la primera y me la ofreció. Después, ¡ah!, después no pude tragarla: me daba náuseas.

FRANCISCO GIRALDOS.

DE MI VIDA

EL SINO

Se llamaba Pedro Larraz, pero nosotros siempre le llamamos *Paquiro;* y era mozo simpático, valiente, discreto y muy de bien. Sus padres le educaron por el estilo alegre y pintoresco con que se educan en Andalucía los niños ricos; y así *Paquiro,* que sabía poquísima historia y no se le alcanzaba un rábano de literatura ni de ciencias, era un dije con la guitarra en la mano y en cuantos ejercicios dan al cuerpo agilidad y viril gallardía: ora domando un potro ó corriendo liebres ó desafiando el furor de los toros con un retal de percalina roja en la mano.

Varios amigos míos, concurrentes asiduos á cierto colmado trianero muy reputado, entre la gente aficionada á bien comer, por su vinillo aloque y el sabroso gusto de sus pescadillas, elogiaban y tenían en mucho las buenas cualidades de Larraz: llano de carácter, ingenuo, alegre como un bateo y hombre terne que, si el caso era llegado, sabía reñir sin volver la cara.

–¿A qué tendrá miedo *Paquiro*?, nos preguntábamos.

Realmente creíamos que el temor no echó jamás semilla en su corazón. Pero nos equivocábamos: Pedro Larraz tenía, como todos los hombres, su debilidad, su ridiculez...

¿Cuál?..

El mismo la declaró una noche hallándonos de sobremesa, y aunque parecía no dar crédito á los maleficios, agorerías, predicciones y demás curiosos usos y zarandajas de la superstición popular, confesaba paladinamente su miedo á su sino, hacia lo que él llamaba su «mala sombra.»

En la época á que me refiero, Pedro Larraz pasaba de los treinta y ocho años, y aunque gozaba de excelente salud y era bienquisto de todos, la idea de morir trágicamente le perseguía, robándole la confianza que debían infundirle la robustez de sus puños y el brío y sereno temple de su ánimo.

–Si, cuando he peleado con alguien, decía *Paquiro,* llego á acordarme de esto, me dejo matar.

Más tarde supimos que Larraz no exageraba; la autoridad de su preocupación era tanta, que bastaba á rendir el doble empuje de su voluntad y de su brazo, entregándole á la fatalidad inerme y pasivo. Y no es que *Paquiro* temiese á la muerte en sí misma, por lo que representa y simboliza, sino por la forma necesaria, ineludible, en que, según él, aquella muerte había de cumplirse.

–Siendo pequeño, dijo Larraz, tan chiquitín que la niñera aún no podía llevarme de la mano, mi madre, paseando conmigo por la plaza Nueva, quiso saber mi sino y fué á preguntárselo á esos pajaritos amaestrados que dicen la buenaventura presentando al cliente un cartoncito, en forma de tarjeta, donde va escrita la predicción. La papeleta que el pajarillo agorero me presentó decía:

«Eres rico. Vivirás alegremente. Te matarán.»

–Como la primera afirmación del horóscopo era exacta, continuó Larraz, mi madre se marchó muy disgustada, estrechándome contra su corazón, queriendo defenderme ya de aquella sombra negra que presidía mi nacimiento. Pasaron muchos años, más de veinte, y yo vivía en Madrid gastándole á mis padres cuanto dinero podía. Una mañana, regresando con varios amigos de las Ventas del Espíritu Santo, donde habíamos pasado de baile y jarana toda la noche, me acerqué á un charlatán que descubría el porvenir por diez céntimos valiéndose de dos jilgueros. Todos mis compañeros interrogaron al horóscopo, que contestó desatinadamente á casi todas las preguntas. A mí, por inconcebible y monstruosa casualidad, me correspondió la misma tarjeta que tanto hizo llorar á mi madre: «Eres rico. Vivirás alegremente. Te matarán...» El augur continuaba acertando, y aquella predicción repetida con un intervalo de veinte años, hizo correr por mi espalda una sensación fría. Más tarde, hallándome en Badajoz, una jitana joven y muy bonita me examinó la palma de la mano. «Lástima – dijo mirándome con sincera y grandísima pena, – que mozo tan cumplido como tú haya de morir de mala manera!..»

–Estos vaticinios, concluyó Pedro Larraz, tan repetidos, me impresionaron, adueñándose de mi alma, y ruego á ustedes crean hice cuanto pude por desecharlos: mas no puedo; y si por las noches, yendo solo, oigo que alguien camina detrás de mí, vuelvo la cabeza y me detengo, dándole tiempo á pasar delante...

* * *

Transcurrieron muchos meses. Aquella conversación se olvidó. Un día los periódicos publicaron la muerte de Pedro Larraz, que fué asesinado en una tienda de la calle San Pueblo, cerca del puente; y era una muerte tanto más inverosímil y misteriosa, cuanto todos conocíamos la serenidad y probado valor de *Paquiro.*

Larraz tenía relaciones con la hija de un carpintero gaditano: se llamaba Pasión y era morena como una gitana y garabatera y picante como la espumita de la sal. Por las noches, como era verano, los padres de la muchacha cogían dos sillas, y dejando las puertas de la tienda abiertas de par en par, salían á la calle, formando corro con otros vecinos y estándose allí de guitarreo y conversación hasta muy tarde. *Paquiro* y Pasión quedaban dentro de la carpintería, sentados junto al mostrador, diciéndose ternezas, jurándose amor por todas las virutas que llenaban el suelo cubierto de serrín...

La noche del crimen Pasión estaba inquieta, temiendo ver cumplidas las amenazas que su antiguo novio Enrique de Blas, ó *Blasillo,* como le llamaban en el matadero donde estaba empleado, la hiciese.

–Y ese hombre, porfiaba la moza, es un traidor, un mal bicho que no sabe mirar de frente.

Blasillo había dicho en la taberna de la esquina que Pasión sería suya aunque tierras y cielos acordasen lo contrario, y que no le pedía á la Virgen de Triana otro trabajo ni mayor sacrificio que sacar á *Paquiro* á reñir y quitarle de en medio...

Larraz, oyendo aquellas baraterías y bravuconadas, se encogía de hombros.

–Que venga, dijo, á buscarme cuando guste.

Pasión, que le quería bien, se enfadó, reprochándole su cachaza y descuido.

–Debías temerle, exclamó.

–¿Temerle?

–Sí.

–¿Cómo?

–Porque de los malos, que lo mismo te abrazan que te meten un cuchillo por la espalda, siempre debemos guardarnos.

Ella no recelaba que Enrique fuese á buscarles allí, pues su padre no podía verle ni en retrato; mas sí temía que, solo ó acompañado de otros perillanes de su jaez, sorprendiese á Pedro cuando éste regresaba á su domicilio, allá de madrugada.

Pedro sonreía extendiendo el labio inferior, con gesto tranquilo de perdonavidas, murmurando:

–¿Y qué?..

De pronto callaron, viendo surgir en el rectángulo de la puerta la figura de Blasillo, quien, luego de titubear algunos segundos, avanzó resuelto. Nadie le había visto entrar; fuera, en la calle, resonaba el alegre murmullo de los vecinos, charlando y riendo á coro. Larraz le miró de hito en hito y con gran sosiego; Pasión le miraba también, inmóvil y sobrecogida de miedo.

–Adiós, *Paquiro,* dijo Enrique.

–Adiós, Blas.

–¿Sabes á qué he venido?

–A matarme, ¿verdad?

Hubo una pausa. Pasión, sin moverse del taburete que ocupaba, extendió un brazo por delante de Pedro, queriendo contenerle y ampararle.



La eminente tiple ANGÉLICA PANDOLFINI (en la ópera «La Tosca») contratada para estrenar en el Liceo de esta ciudad la ópera del maestro Francisco Cilea «Adriana Lecouvreur»

– Eso que has dicho, repuso Blas; á matarte.

– ¿Por qué?

– Por causa de esa mujer.

– Bien está..., que ella se lo merece todo.

– Pues vete... ó anda.

Pasión se levantó.

– ¡Blasillo, gritó, sal de aquí!

Paquiro se levantó también.

– ¿Cuándo y dónde?, dijo.

– ¡Ahora mismo!

Rápidamente, con la agilidad del tigre que salta, echó mano á la faja, sacando un güadifeño que pintó en el espacio una línea de plata.

Pasión lanzó un grito ronco; *Paquiro*, que iba desarmado, cogió una hacha que vió sobre una mesa y avanzó hacia su enemigo.

– Tira, dijo.

– ¡No, tú!

– ¡Tú!..

Se midieron con la vista, oscilando sobre sus piernas, que el coraje dotaba de terrible y sobrehumana elasticidad. Estaban solos; los ojos de Blasillo tenían un fulgor extraño; en su mano derecha el cuchillo extendía su lengua de acero; su lengua fría, que da la muerte... Y repentinamente, *Paquiro* tembló: el doble vaticinio de la jitana y de los pájaros cruzó por su frente: el horóscopo, que nunca mintió, no mentiría tampoco aquella vez; algo acababa de desplomarse dentro de su alma; las fuerzas le abandonaron, sus brazos permanecieron caídos, inertes á lo largo del cuerpo. ¿Para qué luchar?.. El destino lo quería; la predicción iba á cumplirse; la muerte estaba allí, mirándole; era inevitable...

– ¡Anda!, gritó Blasillo.

Y arremetió á su enemigo, bajando la cabeza. *Paquiro* tiró el hacha.

El primer golpe lo recibió en el vientre. El segundo en el corazón...

Y cayó desplomado hacia atrás, muerto. Murió sin defenderse... Era su sino.

Eduardo Zamacois.



Santa Cecilia, cuadro de Guillermo Volz

NUESTROS GRABADOS

Santa Cecilia, cuadro de Guillermo Volz. — Nació este pintor en Karlsruhe en 1855, en donde recibió su primera educación artística que luego perfeccionó y completó en Munich y en París y en varios viajes, especialmente por Italia. En 1890 se estableció definitivamente en la capital de Baviera, en donde falleció en 1901, después de haberse conquistado gran renombre. La característica de Volz puede sintetizarse diciendo que fué idealista en sus concepciones y realista en la manera de desarrollarlas. Buscó casi siempre en un mundo ideal los temas para sus cuadros, pero al darles forma mostróse eminentemente humano, dando á sus figuras la plasticidad que tienen en el mundo real. Buena prueba de ello es el lienzo que en la presente página reproducimos, en el que los personajes todos parecen copiados de modelos vivientes, á pesar de lo cual hay en ellos algo que los pone muy por encima de los seres terrenales. Esta hermosísima composición, impregnada de poesía, es además notable por la originalidad con que el autor ha sabido presentar un asunto tratado por multitud de artistas de todas las épocas.

Hermanas, cuadro de Juan Brull (Salón Parés). – Bien merece el distinguido pintor catalán Juan Brull los plácemes que se le tributan cada vez que nos da á conocer alguna de sus producciones, puesto que todas ellas se recomiendan y en todas nótanse las mismas circunstancias, igual encanto y el mismo atractivo. Esos preciosos bustos ó figuras infantiles, tema predilecto del artista, ejecutados con simplicidad de recursos, bástanle para expresar un sentimiento delicado, tierno, que interesa siempre y que sirve para que pueda formarse concepto del temperamento del artista, sencillo, ingenuo y dispuesto su espíritu á acoger cuanto eleva y ennoblece.



Hermanas, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés.)



TEMPESTAD EN LAS COSTAS DE CORNUAIL



ES, CUADRO DE JUAN BARTELS, GRABADO POR WEBER

Monumento funerario, obra de José Chiattone. El ángel de la Fe y el entierro de un ángel son los elementos fundamentales de este monumento que el escultor italiano concibió en recuerdo del fallecimiento de su madre; el medallón central es una glorificación del tránsito de las almas escogidas. Nada hay en esta alegoría que infunda terror; la muerte aparece como premio otorgado á los que con sus buenas acciones en esta vida se conquistan la bienaventuranza eterna, en la cual entran acompañados de ángeles y serafines. Si bello es el pensamiento en que esta obra se inspira, no lo es menos la forma de que ha sabido revestirlo el escultor: la figura del ángel de la Fe tiene una expresión dulcísima y una corrección y elegancia de líneas que revelan la mano de un escultor hábil; lo propio podemos decir del medallón en relieve, en el que los términos están perfectamente acusados y las figuras se nos ofrecen en una gradación admirablemente desarrollada. José Chiattone nació en Lugano en 1865, hizo sus primeros estudios artísticos en las academias de Turín y de Milán y en esta última ciudad trabajó en el taller de su hermano, el famoso escultor Antonio, y colaboró con él en varias obras, entre ellas el monumento al príncipe Rodolfo de Austria que la madre de éste, la emperatriz Isabel, erigió en su *villa* de Corfú. Artista dotado de gran sentimiento, ha ejecutado multitud de monumentos funerarios que se admiran en los principales cementerios de Suiza y Francia; también ha modelado numerosos bustos retratos, notables por su parecido y por la fidelidad de los menores detalles. Ha obtenido muchos premios en reñidos concursos, medallas de distintas academias y otras varias distinciones.

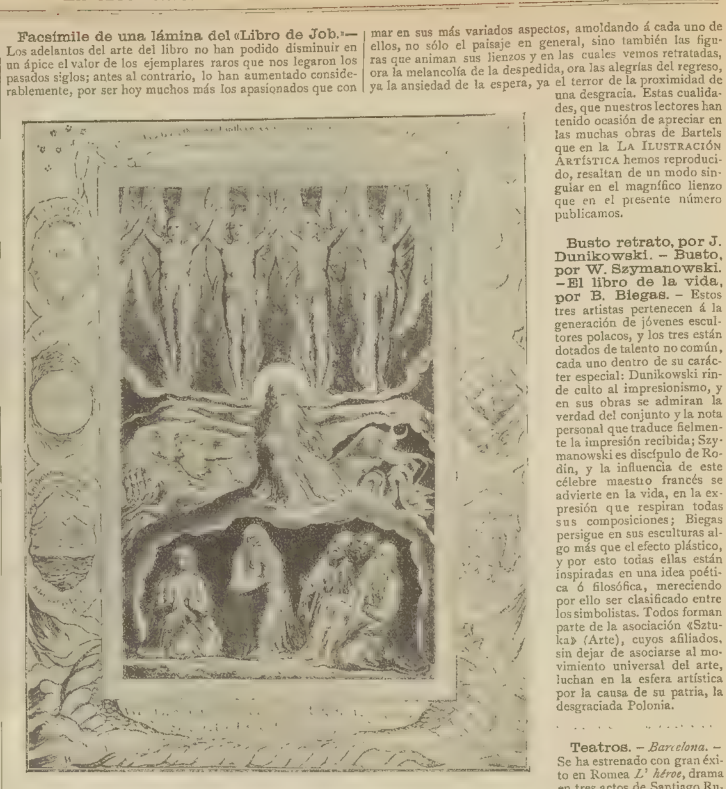
Una manola. – Paisaje. – En las lagunas, obras de José M.ª Marqués.—Se trata de un artista que tiene bien cimentada su fama y que desde antiguo nos honra con su valiosa colaboración; no es, pues, necesario que repitamos los elogios que tantas veces le hemos dedicado, ni que tracemos una vez más su biografía y el juicio que su labor ha merecido de la crítica: Marqués es siempre el mismo pintor concienzudo que estudia perfectamente sus modelos cuando pinta figuras y que se identifica admirablemente con la naturaleza cuando reproduce paisajes, cuya poesía siente con gran intensidad. Por estas razones nos limitamos á felicitar nuevamente al querido colaborador y á llamar la atención de nuestros lectores sobre las obras suyas que en el presente número reproducimos.

Monumento á Berlioz en Monte Carlo, obra de Leopoldo Bernstamm, Pablo Roussel y M. Schmidt. – Con grandes festejos se ha celebrado en el principado de Mónaco el centenario del monumento del ilustre compositor francés Héctor Berlioz, el autor de *Benvenuto Cellini, Romeo et Juliette, Les Troyens á Carthage* y la famosa *Damnation du Faust.* Uno de los actos más solemnes ha sido la inauguración del monumento erigido en una de las terrazas del Casino, presidida por el príncipe Alberto y presenciada por una numerosa multitud, de la que formaban parte gran número de celebridades artísticas y literarias. Sobre un pequeño parterre álzase la estela, en la cual figura un hermoso relieve de Roussel que representa la escena de la *Damnation,* en que Mefistófeles vela el sueño encantado de Fausto; encima del pedestal está el busto de Berlioz vigorosamente modelado por Bernstamm. La parte arquitectónica ha sido dirigida por M. Schmidt.



Monumento á Héctor Berlioz, recientemente inaugurado en Monte Carlo, obra de Leopoldo Bernstamm y Pablo Roussel (escultores) y M. Schmidt (arquitecto).

Facsímile de una lámina del «Libro de Job.»— Los adelantos del arte del libro no han podido disminuir en un ápice el valor de los ejemplares raros que nos legaron los pasados siglos; antes al contrario, lo han aumentado considerablemente, por ser hoy muchos más los apasionados que con empeño los solicitan y los potentados que no vacilan en pagar por ellos cantidades casi fabulosas. El *Libro de Job* que actualmente posee Lord Crewe, costó á éste la friolera de 5.600 libras esterlinas, ó sea 560.000 reales, y de fijo que no faltaría quien diese por él mayor precio por tratarse de una verdadera joya bibliográfica.



Facsímile de una de las láminas del *Libro de Job* que figura en la colección de lord Crewe, de Londres, y por el cual pagó su actual poseedor 5.600 libras esterlinas

En oración, cuadro de Emilio Renard. – La figura es indudablemente la piedra de toque para aquilatar el verdadero mérito de un artista. Y si á las dificultades que el género en sí entraña se juntan las que ofrece el presentar al sujeto en un estado psíquico determinado, la importancia de la prueba aumenta y por ende es mayor el triunfo del pintor que logra salir bien de ella. En este concepto, bien puede afirmarse que Emilio Renard ha vencido en toda la línea: la simpática anciana que nos presenta en su cuadro *En oración,* es de una expresión encantadora: su apacible rostro, sus ojos de dulce mirar, su actitud, revelan esa fe poderosa que enciende los corazones más humildes haciéndoles considerar los dolores de la vida presente como transitorios, como preparación para una mejor existencia futura.

Angélica Pandolfini.—El nombre de Pandolfini lleva consigo el concepto de maestría y evoca el recuerdo de un artista ilustre en los faustos del teatro lírico; decimos esto porque aún se conserva entre los aficionados é inteligentes la grata memoria del célebre barítono, padre de la Srta. Angélica Pandolfini, eminente soprano que actualmente canta en nuestro Gran Teatro del Liceo y cuya carrera artística es una serie continuada de triunfos. Recibió Angélica las primeras lecciones de su padre, completándolas luego en París con las que le diera Mme. Massart. Debutó en Módena con el papel de Margarita del *Faust,* de Gounod, cantando después en Milán, en Nápoles y en Lisboa *La Boheme, Los Maestros Cantores, Fedora, La Traviata, La Tosca, I Pogliacci* y *Aïda,* y creando últimamente en el Teatro Lírico de Milán la primera de las citadas capitales la ópera de Cilea *Adriana Lecouvreur,* cuya ejecución le valió los más entusiastas plácemes del autor, del público y de la crítica. La Srta. Pandolfini posee una hermosa voz y una excelente escuela, y se distingue singularmente por el talento con que interpreta los más difíciles y variados papeles, cualidades que ha podido apreciar el público barcelonés viéndole representar de una manera admirable la interesante Mimí de la popular ópera de Puccini y que se confirmarán sin duda en la de Cilea, cuyo estreno se habrá verificado cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores.

Una tempestad en las costas de Cornuailles, cuadro de Juan Bartels.—Este pintor, nacido en Hamburgo en 1856 y residente en Munich desde 1885, es uno de los artistas que con más maestría reproducen el mar y las gentes que junto al mar viven; pocos han sabido expresar tan bien como él la poesía de la azulada superficie del Océano cuando besa mansamente las risueñas playas y la grandiosidad de su encrespado oleaje cuando azota furiosamente los peñascos de las acantiladas costas. En sus cuadros nos presenta el mar en sus más variados aspectos, amoldando á cada uno de ellos, no sólo el paisaje en general, sino también las figuras que animan sus lienzos y en las cuales vemos retratadas, ora la melancolía de la despedida, ora las alegrías del regreso, ya la ansiedad de la espera, ya el terror de la proximidad de una desgracia. Estas cualidades, que nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar en las muchas obras de Bartels que en La Ilustración Artística hemos reproducido, resaltan de un modo singular en el magnífico lienzo que en el presente número publicamos.

Busto retrato, por J. Dunikowski. – Busto, por W. Szymanowski. – El libro de la vida, por B. Biegas. – Estos tres artistas pertenecen á la generación de jóvenes escultores polacos, y los tres están dotados de talento no común, cada uno dentro de su carácter especial: Dunikowski rinde culto al impresionismo, y en sus obras se admiran la verdad del conjunto y la nota personal que traduce fielmente la impresión recibida; Szymanowski es discípulo de Rodin, y la influencia de este célebre maestro francés se advierte en la vida, en la expresión que respiran todas sus composiciones; Biegas persigue en sus esculturas algo más que el efecto plástico, y por esto todas ellas están inspiradas en una idea poética ó filosófica, mereciendo por ello ser clasificado entre los simbolistas. Todos forman parte de la asociación «Sztuka» (Arte), cuyos afiliados, sin dejar de asociarse al movimiento universal del arte, luchan en la esfera artística por la causa de su patria, la desgraciada Polonia.

. . . .

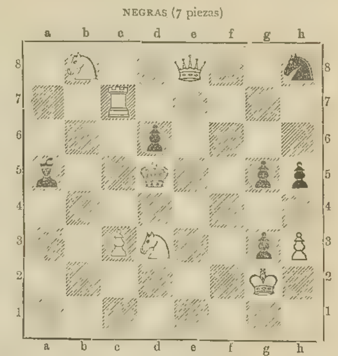
Teatros. – *Barcelona.* – Se ha estrenado con gran éxito en Romea *L' héroe,* drama en tres actos de Santiago Rusiñol. En el Liceo se ha cantado bajo la dirección del eminente maestro Colonne la hermosa ópera de Wagner *Tristán é Isolda,* cantada por las Sras. Adini y Borlinetto, y los Sres. Vaccari, Blanchart y Rosatto.

AJEDREZ

Problema núm. 322, por F. Kohnlein.

1.ª mención del Concurso de *La Stratégie,* sección B.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 321, por K. Erlin.

Blancas.	Negras.
1. Dc7–d8	1. Dg1×h2
2. Ce5×g4 jaque	2. R juega.
3. Ad6×b4 mate.	

VARIANTES.

1. . . Th5×h2; 2. Dd8–g5 jaq., etc.
1. . . Re3–f2; 2. Ce5–d3 jaq., etc.
1. . . Re3–d2; 2. [illegible]
1. . . Re3–d4; 2. Ad6–c7 jaq., etc.
1. . . Aa5×b6; 2. Dd8×b6 jaq., etc.
1. . . f3–f2; 2. Ce5–c4 jaq., etc.
1. . . Otra jug.ª; 2. Ad6–c5 jaq., etc.

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Y á lo largo de aquellos maderos que parecían horcas, y á cuyo extremo colgaba una sarta de escalonadas anillas de cobre con cintas azules y blancas, aparecieron corriendo, á todo el furioso correr de sus caballos, muchos hombres, unos doce, según la cuenta que al rápido desfilar se hizo, en ordenada procesión; traían todos levantado el brazo derecho, y en la mano una corta y puntiaguda varita con que al pasar debajo de los maderos aquellos ensartaban, ó intentaban ensartar, una anilla, y á cada anilla que ensartaban la plaza entera aplaudía: y era el que venía á la cabeza un gaucho de bastantes años, curtido del sol, de barbas grises, de chaqueta y chiripá negros, la camisa y el *cribado* calzoncillo blancos, tan seguro sobre el arrogante potro, que daba la más acabada idea del centauro, que quiso decir la de Pardales; de menos edad era el segundo y casi un niño el tercero, con jaez de plata los dos, de plata las estriberas y adornado de plata el *tirador*, como los que venían detrás, los mejores jinetes del partido. Entre ellos, y haciendo contraste al gauchesco acompañamiento, se destacaban cuatro *picaflores* del brillante enjambre, gala social del Trigal, con todos sus arreos á la inglesa, la fatuidad á la grupa y la torpeza á la vista.

Porque era cosa de burlas verles cómo pasaban doblándose, saltando sobre las sillas, estirados los cuellos, las piernas tiesas como de palo, el brazo ansioso por llegar, y ni llegaba el brazo ni ensartaban nada, mientras los jinetes cempesinos, con la tranquilidad y el aplomo de maestros avezados á toda clase de proezas ecuestres, lo mismo los viejos que los jóvenes, metían la varita en la anilla con tanta limpieza y tanto desahogo y gallardía, que la plaza resonaba con los aplausos, y de ello corríanse los *picaflores* y se esforzaban por pescar una siquiera, Alejo sobre todo, que cada vez que bajo los balcones municipales tocábale ejercitarse, sudaba de vergüenza de los golpes marrados y de mostrar la vara siempre virgen.

Los palmoteos, los gritos y los apóstrofes enardecían á los jugadores, y de unos y otros la rivalidad aguzaba la destreza; había gaucho que llevaba ocho anillas ensartadas, y el de las barbas grises y aquel niño del jaez de plata, maravillosamente de cada madero sacaban una, cuyas cintas nacionales, ondeando sobre sus cabezas, les formaban una aureola de triunfo; pero la sortija de perlas finas de la señora de Esquendo, colocada muy alto á posta, ni el gaucho primero, ni el niño, ni nadie, lograban alcanzarla; Alejo lo intentó varias veces, y una de ellas casi dió una caída, que fuera mortal si llega á darla, seguramente.

Todos lo intentaban, los diestros y los chambones, y como si disfrutase la joya de mágico encanto, no había varita que la rozara; era la única que quedaba en los desnudos maderos, frente á la casa municipal, donde la flor y la nata del pueblo apiñábase curiosa, pronta á vitorear al triunfador: el sol de la tarde le arrancaba chispas diamantinas, que deslumbraban á los jugadores, y ciegos, marraban todos fatalmente. Seis vueltas llevaban dadas, la ansiedad y el clamor crecían, la rabia de la impotencia confundía ya á los doce perdidosos..., y de pronto apareció un nuevo jugador, sumándose á los demás como por ensalmo, pues nadie le vió venir ni que saliese de parte alguna, como no fuera de las entrañas de la tierra: jinete en un alazán soberbio, volcado el chambergo sobre la aguileña nariz, el poncho sobre el hombro, el chiripá negro y bastante estropeado, la barba y la melena como el azabache, hermoso en la apostura, caballero fantástico, que como un vértigo pasó bajo el madero encantado y de un solo golpe ensartó la joya, desapareciendo en la calle inmediata.

El pasmo, la admiración, se condensaron en un solo grito: «¡Viva!» En los balcones los pañuelos saludaron. Y seguidamente se oyó un nombre que mil bocas pronunciaban, colosal trompetazo:

Sí, era el fugitivo *Mandinga*...

– ¡Es el *Mandinga!*

¡El *Mandinga!*, el gaucho malo, el cuatrero, el hijo de *ño* Camilo, el perseguido de la justicia, que en las propias barbas de la autoridad, y á la luz del día, delante de todo el pueblo, salía de su escondrijo y de todos se burlaba. La confusión era grande, el alboroto en la plaza inmenso: los milicianos atropellaban, el señor comisario, furioso de la burla, daba órdenes y se hacía un lío, corrían las gentes, reíanse los maliciosos, aplaudían muchos, y arriba, en el balcón municipal, gritaban D. Blas y don Zacarías.

Con tan espantoso tumulto, no quisieron las damas moverse del balcón, y allí se estuvieron hasta que vino Alejo y las contó que el *Mandinga* no parecía por ninguna parte y tras de él había salido el piquete entero de milicianos; que en casa de Donato no podía refugiarse, como otras veces, porque acababa el comisario de cortarle el paso del puente desprendiendo una pareja, y que á Herminia, la novia, le dió un patatús en la misma plaza, donde presenció la insolente heroicidad del bandido. ¡Ah, criollo, gaucho montaraz! ¡Ya le ajustarían las cuentas! ¡Porque miren ustedes que llevarse la sortija de la señora de Esquendo!

Misia Petrona estaba disgustadísima de que de manera tal hubiera terminado la fiesta, y el intendente y D. Zacarías se marcharon á unir sus fuerzas autoritarias á las muy mermadas del comisario, y tratar de castigar la temeridad y la desvergüenza del audaz cuatrero. Ya la multitud se esparcía en todas direcciones, y de la Municipalidad, entre comentarios y sátiras, bajaban los escogidos del día; decidiéronse entonces á bajar también las damas, y tranquilamente atravesaron la plaza, oyendo á Alejo que decía:

– Si mi caballo no hubiera estado cansado... ¡La suerte del *Mandinga* es que mi caballo estuviera cansado!

Caía la tarde. Y mientras Melchora y misia Petrona comentaban el suceso, y Pastorita lo explicaba al tío, con gritos y á su modo, Clotilde, de bracero con Victoria, muy bajito, la confiaba sus dolorosas quejas.

– ¡Ay! Es inútil que usted quiera consolarme; ¿acaso no lo estoy viendo desde esta mañana? ¿Qué motivo he podido yo darle para desvío tan marcado? Ya mostré á usted su última carta: esperaba la fiesta de Santa Genoveva con ansia, ¡es el único día de la temporada que tenemos libertad para hablar!, y ni una palabra, ¡cuando hemos de casarnos en mayo..., cuando nos debemos la explicación de tantas cosas como de la Purísima acá han ocurrido!

– Me parece tímido, dijo Victoria, disfrazando así el juicio que le había merecido el galán. Y además, está obligado á pecar de discreto.

– Nunca fué tímido, contestó la maestra con rubores de antiguos recuerdos; y discreto bueno está que lo sea, pero no tanto; ¡valiente día de Santa Genoveva estoy pasando!

Todo lo que en las poéticas alturas de la torrecilla soñara Victoria, evocado por el estro de su amiga, se desvanecía como de la pintada tela el cuadro que borra una mano brutal. ¿Qué era del paladín del amor, qué de las delicias de la pasión compartida? Marchando Alejo delante, mostrábase tan distinto del otro, de aquel Lohengrin encantado, que causaba risa: sobre su engomada cabeza el casco de plumero blanco chocaría como algo que está fuera de su lugar, prueba elocuentísima de la eterna lucha entre la ilusión y la realidad; que también de lo que creía sereno y dulce, la enseñaba el fondo amargo por boca de Clotilde:

– ¡Me siento muy desgraciada! No sé si provocar una explicación, ó darle la espalda... Hacer como él. Aconséjeme usted, señora Victoria.

Suspiraba Victoria, como si las penas de la maestra fueran propias, ó parte de su desengaño la alcanzara á ella también; y apenas se oían sus consejos de pura fórmula:

– Eso, eso; háblele usted... Exíjale usted una explicación... Con mucha calma, que al fin no serán sino chiquilladas de novio mimoso... Y si usted quiere, yo le hablaré también, trataré de sonsacarle, que á falta de confianza, puede servirme la astucia.

En medio de la plaza, empujadas por unos y por otros, no sabían adónde iban, y aquí y allá se paraban y no se movían hasta que el joven Pardales, batidor en ejercicio, daba la orden: «Por acá, sigan ustedes...» Clotilde, prendida de Victoria, dábale las gracias efusivamente:

– Sí, sí, ¡Dios se lo pague á usted!, y cuanto él confiese, me lo cuenta usted. Esto sin perjuicio que yo le hable luego. Porque en estas cuestiones, las cuentas claras.

Habían cerrado la puerta de Pardales, con motivo del tumulto, y dieron sendos golpes para que abrieran, siendo necesario que misia Petrona se anunciara con el «¡Yo!..» más sonoro, que si no no abren, tanto miedo tenían todos al *Mandinga* y de tal manera á su solo nombre temblaba el pueblo. La que abrió fué la china aquella desgreñada de la mañana, algo más limpia y compuesta; y conforme entraron, cerró de nuevo y atrancó la puerta, «no se le antojara al gaucho malo de colarse y esconderse, y á la media noche vengarse de la autoridad degollando á todos con su facón.»

– Calla y no seas *autera*, dijo misia Petrona. A ver, ¿está la mesa puesta?

– No la he puesto todavía.

– ¿Y qué has hecho, indina? ¡Ah, maldita! ¡Habrás estado en la azotea la santa tarde viendo las pruebas, holgazana! Dispensen ustedes, pero ¿quién no estalla con estas mulas arreadas?

– Mamá, intervino Alejo, mejor que no la haya puesto todavía, porque así la sacaremos fuera y comeremos aquí en el patio. Hace un fresco delicioso.

– ¡Ay!, sí, aplaudió Pastorita, comeremos en el patio. ¡Qué gusto!

– Bueno; ya lo sabes: sacar la mesa y ponerla aquí. Con el permiso de ustedes, voy á dar una

vuelta por la cocina; sabe Dios los bodrios que estará haciendo la cocinera... Yo lo siento, porque acostumbrados á la cocina francesa, van ustedes á hacer penitencia.

–¡Qué esperanzas!, exclamó Melchora; no se apure usted, Petronita, que no somos tan exigentes.

Fuése la señora de Pardales y la china detrás rezongando, con tamaña jeta; Pastorita, con el tío, quisieron ir á la sala del bazar, y se fueron, quedando las damas con Alejo en el patio, que embalsamaban los jazmines generosamente. En los sillones de rejilla, rodeando el aljibe, sentáronse Melchora y Clotilde, y despojadas de los sombreros, sobre el respaldo reclinaban la cabeza, mirando al cielo, donde las estrellas se encendían ya una á una... Entonces, Victoria se acercó á Alejo, diciendo:

– Sr. Pardales, tengo que hablar á usted.

Y echaron ambos á andar, conversando, desde el zaguán hasta el fondo del patio, en interminables paseos, yendo y viniendo, sin que se les escuchara más que el murmullo del diálogo, y tal cual frase: «¿De veras?..» «Cuando no hay motivos...» «Se lo juro á usted...,» y otras obscuras ó embrolladas por la distancia y el tono bajo en que la discreción las sofocaba: pasaban y volvían, alejábanse con pausa y pián piano se aproximaban discutiendo aquello que tan interesante debía de ser, que Victoria, en quien la acción comúnmente no acompañaba á la palabra fría, animaba su elocuencia con significativos ademanes y era ella la que más porfiaba, insistía y repetía sus no, no, de desaprobación quejosa, apurando al galán, que por toda defensa, hinchado como pavo real que tiende su brillante cola á la admiración de todos, decía aquella frase hueca, más alta que las otras... «Se lo juro á usted...,» intercalada con desplantes de afectado asombro, manoseo incesante del bigote y algunas veces una parada en seco que parecía expresar: «Pero, señora, ¿y á mí que me cuenta usted? ¿Qué quiere usted que yo le haga?»

Por vulgar que sea, no puede compararse á otra cosa la actitud de Melchora y Clotilde, siguiendo desde sus sillones las maniobras de ambos, que á la del gato que espía al descuidado ratoncillo; porque así que los misteriosos paseos dieron comienzo, las dos, que miraban cómo iban los ángeles encendiendo las lámparas del cielo, se volvieron rápidamente, con perversa malicia Melchora, con ansioso interés Clotilde, y quietecitas, mudas, sin respirar casi, prendieron sus ojos á la zaga de la pareja, y desde la sombra del zaguán hasta el valladar que cerraba el patio y marcaba la entrada de la huerta, la siguieron en todas sus vueltas, en todos sus movimientos, recogiendo sus frases, interpretando sus apartes, y desde el valladar hasta el zaguán celosamente vigilándola. Una y otra no se confiaban comentario alguno, sino que parecía que, atentas sólo al acecho, se hubieran olvidado la una de la otra, y las dos quisieran disimular mejor su presencia por no descubrir el interés extraordinario que el sospechoso palique á una y á otra inspiraba, á Melchora erizándola de gozo ruin, y á Clotilde emocionándola, ya dulce, ya dolorosamente... La china reapareció con un quinqué encendido, y lo colgó de una escarpia, frente al portal, derramando escandalosa claridad por todo el patio.

Y en esto dieron nueve golpes á la puerta, pero la china no quiso salir á abrir, abriendo Alejo, que dió paso á D. Zacarías y al cura D. Ignacio. Venía D. Zacarías tan furioso como al principio, porque aquel perro del *Mandinga* acababa de coronar su hazaña de la tarde con el hecho más atroz de que se pueda tener idea... Figúrense ustedes que, perseguido por los cuatro *milicos* de más hígados de la partida, montados en los mejores *parejeros* del Trigal, le dieron tardío alcance, en la *pulpería* del que llamaban el *Mellao*, cerca de la estación; es decir, que le siguieron, rastreándole, porque no le veían ni era posible que le vieran, y cuando ya desesperaban de encontrarse de cara con él, como sabuesos que gruñen y alborotan cerca del sitio en que huelen la presa, delante de la dicha pulpería detuviéronse los cuatro y porfiaron con el Mellao y los paisanos que, bebiendo sus copitas de ginebra, estaban delante del mostrador, que aquel facineroso del *Mandinga* debía de hallarse dentro, «á la sombra de alguna enagua,» y si no salía era el más canalla, indecente y cobardón de los nacidos. ¡Válgate Santa Genoveva y todos los santos del cielo!, ¡qué trabucazo más certero y espantoso resonó dentro de la tienda seguidamente, y qué batacazo dió del caballo al suelo el que tal dijo! Tan grande, que ya no se movió, ni se habrá movido á estas horas, y los otros tres, quién con el sable, quién con el trabuco, hubieron de habérselas con el mismo *Mandinga* en persona, que de á pie luchaba mejor que ellos á caballo, soberbio león de melena negra, el trabuco en una mano, el facón en la otra; desmontó al que más cerca tenía de una puñalada en el corazón, al segundo le tiró patas arriba de un trabucazo y al tercero, el más maula, le azotó á su gusto con su propio rebenque, luego de desarmado, le cortó la cara y le dió suelta humillante con estas palabras:

– *Andá* con Dios, que ya *llevás* lo que buscaste. Y le *decís* á tu patrón que lo *mesmo* haré con él y con cien como él, si se me ponen delante. Paso al *Mandinga,* el hijo de *ño* Camilo, ¡el rey del *pago!*..

Dieron las damas agudos gritos al escuchar el sangriento relato, porque lo contaba de tan viva manera D. Zacarías, que les pareció ver á los tristes despanzurrados pataleando, y al bandido entrarse por aquellas puertas goteando aún la formidable faca; y á los gritos, misia Petrona, la niña Pastora y Josecito acudieron asustados, oyendo decir á don Ignacio (menos Josecito, que no entendía palabra):

– ¡Que estos hábitos hayan de impedirme el que yo vaya ahora mismo á la taberna del Mellao, y á ese valentón, y asesino y mal ladrón le acogote y someta, sin más arma que estos puños! ¡Mayores hazañas he hecho cuando mi guerra santa! ¡Que se ponga mi sotana el comisario... ¡Esto es hablar *como es deber!*

– Señor cura, contestó el juez muy disgustado, ¡con las fieras no hay valor que valga! El *Mandinga* caerá en la trampa, como los lobos, y una buena trampa se le prepara, pues esto de darle ocasión de que se luzca y nos avergüence, es de zonzos rematados.

Opinó dogmáticamente lo mismo Alejo que el cura, y discutieron todos, mientras las señoras, angustiadísimas, preguntaban si estarían seguras en el patio; y entretanto la china, á trompicones por el mucho miedo que tenía, había puesto la mesa bajo el farol, brillando sobre el mantel la heterogénea vajilla de los días de fiesta, la plata falsa y dos candelabros de porcelana con guardabrisas; antes que los comensales, una multitud inverosímil de alados bicharracos de toda especie tomó la mesa por asalto, lozaneando sobre los platos, fuentes y cristales, de modo que no podía abrirse la boca sin que una legión de ellos se colara, y de entre ellos los más impertinentes eran los mosquitos, que no buscaban su manjar en la mesa, sino en la piel de los convidados, picando y molestando á su sabor.

Asimismo, sentáronse todos, cuando la china presentó la sopera; y ya, en este primer paso, hubo el primer tropiezo, porque misia Petrona quiso que se sirviera á la francesa y D. Zacarías que no, que más fácil era que la señora de la casa hiciera plato á cada uno, evitando así torpezas y descuidos de la criada, verificándose, al fin, según lo dispuso D. Zacarías... Estaban sentados misia Petrona en el centro, con el cura y Josecito; D. Zacarías enfrente, con Victoria y Melchora; la señorita de Paces al lado de Alejo, y en el otro extremo Pastorita, que ella sola armaba tan grande barullo, derramándolo y ensuciándolo todo, que no había vecino que la aguantara.

De lo que se comió, no hay datos exactos, con excepción del segundo principio que, según pruebas formales, fueron ciertos rollizotes chorizos sobre un colchón de arroz azafranado, y como los más hicieran miedosas reservas, dijo el cura:

– Quiten ustedes y no sean injustos con estos inofensivos *pescuecitos de gallina,* como les llamaba graciosamente un mi tío. Hay que devolver su reputación al calumniado embutido.

Por las trazas, debió superar la cantidad á la calidad, pues fueron muchos los platos de cocina y variadísimos los postres, entre ellos la clásica cuajada, hecha con la más rica leche y la flor de cardo más hermosa que encontraron, según ingenua declaración de misia Petrona, no probándose algunos de ellos, no porque no estuvieran muy apetitosos, sino por el empeño de D. Zacarías en tratar de aquel desagradable asunto del *Mandinga;* pero es la verdad, que misia Petrona obsequió á sus convidados con argentina esplendidez, y si el servicio anduvo flojo, suplió esta falta, y alguna otra, la cordialidad de los anfitriones.

No hay para qué añadir que se charló bastante, y los que más charlaron, D. Zacarías y D. Ignacio, lo hicieron á gritos; que las damas, especialmente Melchora y Victoria, parecían mustias, y ellas sabrían el porqué, y que la pareja del extremo izquierdo se despachó á su gusto, visible resultado de la intervención de Victoria en un negocio delicadísimo y cuyo mal cariz desde la mañana inquietaba á la señorita Clotilde, ahora tan satisfecha y rozagante, que despedía felicidad por su cara toda, como luz el sol, que al fin el amor es también vida y luz.

Acababa la china de colocar en el centro de la mesa la bandeja para el café, cuando el repique del llamador alarmó á todos. ¿Quién sería?

– Apuesto á que es *Isabelita,* se apresuró á decir misia Petrona. El olor del café le atrae, y siempre que tengo fiesta, viene á la hora de servirlo para que le conviden.

Y era *Isabelita,* en efecto, el negro pianista, un joven de más de veinte años, feísimo, trompudo, con las mejillas dadas de polvos y colorete, de chaqué muy ceñido para hacer resaltar la femenina cadera, blanco y recién planchado el pantalón, los zapatos de charol con lazos y tacón alto, la corbata roja, una chalina de cabos sueltos sobre la pechera, enguantadas las manos, de cabritilla color de patito, y en la diestra un ramo de heliotropos; el pañuelo asomaba la punta por el bolsillo del faldón y el sombrero, de paja, tenía ancha cinta roja también, como la corbata.

Andaba á saltitos, como las niñas tontas, y con voz sobreaguda, de *sixtino* legítimo, entró diciendo:

– Muy buenas noches tengan ustedes; ¡que á ustedes les haga muy buen provecho! ¿Dan ustedes su permiso?

– Entra, hombre, dijo D. Zacarías, ó mujer ó lo que seas, que esto no lo sabemos todavía... ¡Y pensar que haya *Mandingas* sueltos por ahí, cuando nuestro gran *Isabelita* se halla dispuesto á ponerse al frente de la partida!

– Siempre está el señor juez con ganas de burlarse de mí, contestó el negro haciendo mohines.

– ¿A quién dedicas esas flores?, preguntó el cura.

– Para mi señora Petronita. ¿Dan ustedes su permiso?

Con reverencias y sonrisas presentó el ramo á la dueña de la casa, quien lo agradeció mucho y mandó que le sirvieran una taza de café, porque ya se sabía que *Isabelita* no tocaba á gusto sin café. Sirviéronselo y él cogió la taza y el platillo con grandes melindres y finuras, bebiendo muy despacio.

Los demás no se ocuparon ya de él, y vaciadas las tazas, dejáronle, porque eran pasadas las nueve y había que prepararse para el baile. D. Ignacio se marchó el primero; la señora de Pardales desapareció luego, encargando al marido que atendiera á la reunión, y mientras la china despojaba la mesa, *Isabelita* se dirigió á la sala «con el permiso de ustedes,» se sentó al piano, quitóse trabajosamente los guantes, y como horribles arañas negras sobre la blancura del teclado, hizo correr sus manos... Allí le siguieron todos, atraídos por la deliciosa melodía de su ejecución, pues tocaba con tanta delicadeza y sentimiento, composiciones suyas las más, que encantaba el maldito.

Hallábanse las luces encendidas, y resplandecía el salón alegremente. Como no era cosa que Alejo se presentara en el baile vestido como estaba, pidió también permiso para ir á cambiarse, añadiendo:

– Porque ustedes se quedarán, ¿verdad?

– Nosotros nos marchamos, y en seguida, contestó Melchora.

Sí. ¿Qué creían entonces? ¿Que iban á arriesgarse por esos caminos á media noche, para que el *Mandinga* hiciera con ellos lo que con los soldados de la partida? D. Zacarías, Alejo, Pastorita y Clotilde (que se permitió una mueca de disgusto), protestaron cada cual según su entender y capricho, asegurando los caballeros que no había que temer nada del *Mandinga,* porque el *Mandinga* no era vulgar salteador de caminos, sino cuatrero que tenía sus cuentas con la justicia, y contra la justicia descargaba sus odios en defensa de su libertad.

– Pues, á pesar de eso, nos marchamos, insistió secamente Melchora.

– Pero, mamá, lloró Pastorita, ¿no dijiste que?..

– ¡Silencio!, ordenó la madre. Anda, José, que avisen á Regino.

Cerca del piano, como fascinada por las melodías de *Isabelita,* Victoria no se enteró de la orden de marcha. Y allá fué Alejo, con aire compungido, á decírselo, perseguido por la mirada de Melchora, que envolvió á los dos como en una red.

– ¿Sí?, contestó la joven, indiferente. A mí lo mismo me da. Lo siento por usted y por ella.

Trajo la china los sombreros, y poniéndoselos delante del espejo estaban, cuando reapareció misia Petrona con tan elegante atavío, que fué la admiración general. ¡Qué bien! ¡Pero qué bien! Si parecía una muchacha de quince años, y aquel celeste pálido, los lazos encarnados, las plumas verdes y la sobrefalda amarilla, formaban el conjunto más precioso, copia fiel de *La Ultima Moda.* Ella, muy hueca, explicó las pequeñas innovaciones que había introducido en el figurín, y de pronto reparó en los sombreros de las damas y sus preparativos de fuga... Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¡Cuando se lo tenían prometido!

No cedió por ello Melchora, y entre quejas y protestas y los lloros de Pastorita despidiéronse en la puerta, subieron al *break* y emprendieron la vuelta á *La Justa* en el propio momento que, con estallido inmenso y algazara, prendían los fuegos artificiales.

VI

Pasadas las once serían cuando llegaron á *La Justa,* sin que en el camino les ocurriera percance alguno ni cambiaran palabra, como al venir; asegura Regino que conforme atravesaban el puente, una sombra veloz les cortó el paso, desvaneciéndose en el arroyo, aparición real ó fantástica que por la obscuridad de la noche no fué posible discernir si era el fugitivo *Mandinga* ó aquel Cura Magro que por sus orillas vagaba desde su trágica muerte; pero, afortunadamente, el fantasma no lo vió sino Regino, siendo bastante el terror (porque la discreción en tal caso fuera sobrehumana) para callárselo y estar quieto.

Llegaron, pues, y salieron D. Fabio y la señora abuela á recibirles hasta la escalinata del vestíbulo; un *buenas noches* frío les dispersó en seguida, subiendo á sus habitaciones Victoria y Josecito, Clotilde á su torre y cargando Blasa con Pastorita, que se caía de sueño. Misia Justa, Melchora y D. Fabio entraron en el saloncito que precedía al comedor, cerraron la puerta y quedáronse mirando los tres.

– Bueno, ¿qué has sacado en limpio?, preguntó impaciente misia Justa.

– ¡Que no me queda duda ninguna!, contestó Melchora. Oigan ustedes...

Se sentaron, y de manera premiosa, ahogándose, descubrió Melchora cuanto en el día había almacenado cuidadosamente. Era indudable, absolutamente indudable, que Victoria se entendía con Alejo Pardales; todas las sospechas de una antigua amistad, de relaciones anteriores á la boda, contrariadas sin duda por el hermano y rotas bruscamente para realizar el gran negocio de los Esquendo, las confirmaba la actitud de los dos al encontrarse en el pueblo, el mirar de él, el sonreir de ella, su descarada vecindad en el balcón, y sobre todo y más que todo, su conciliábulo en el patio de Pardales, tan escandaloso, que ante prueba tan decisiva juzgó ya inútil esperar al baile. Hubiera deseado tener el reloj en la mano para marcar el tiempo justo que se estuvieron paseando delante de sus narices, y poder pintar, con algo más que con palabras, los gestos y monerías de ella, la enfática hinchazón del botarate, ella suplicante, él dejándose querer compasivo. ¡Qué infame! ¡ah! ¡qué infame! ¡Cómo se contuvo y allí mismo no armó el gran cisco!

Pues, sí, señor. Tal como lo oían. Por supuesto, que el infeliz de Josecito ciego, completamente ciego, y la cómplice, la marisabia de la Clotilde, la doctora, la hipócrita, facilitándoles y encubriéndoles en lo que podía. ¡Ah, la tal maestra!. Cuando Pastorita trajo los primeros partes de las conferencias de la inglesa en la torre, ya sostuvo ella que el lío estaba ahí, que el nido de la intriga estaba en la torre, y si podían hacerse de una de las cartas que, según Pastorita, leían allá arriba, más pronto se descubría el pastel; pero el tío Fabio, siempre meticuloso, se opuso á que se interceptaran cartas que venían bajo el nombre de la señorita Paces, y ¡claro! así se carteaban ellos con la mayor impunidad y se darían cita cualquier día, si no se la vigilara tanto á la inglesa... Por fortuna, la trampa que no dió resultado el día de la Purísima, hábilmente armada en el Trigal había cazado á la infame; y como á loba que cayó en el cepo, de las orejas la traía ella á Victoria y la presentaba á la execración de la familia.

Hablaba Melchora á borbotones y casi no se la entendía; el triunfo de su descubrimiento la inflamaba, y el odio satisfecho, la vanidad del acierto profético y de la comisión cumplida: desahógabase gozosa, y enhebraba detalles sin parar, insistiendo, ponderando, recalcando...

– Ahora, ustedes dirán lo que se hace: si hemos de seguir haciendo la vista gorda ó qué. ¿Se previene á Josecito? ¿Se le devuelve al Sr. Stuart su alhaja regia? ¿Despedimos á la señorita Clotilde? ¿Nos aguantamos por miedo del escándalo? Ha llegado la hora de discutir, siempre sobre la base de la certeza, de la absoluta certeza de cuanto he contado á ustedes.

Sofocada, se calló, echándose aire con el abanico y con el pañuelo. Ya se ha dicho que la abuela Justa no resolvía nada (aunque resuelto lo tuviera en mientes) sin consultar á D. Fabio, y que D. Fabio no contrariaba á su madre, aún estando en desacuerdo con ella: volvióse, pues, la cejijunta anciana hacia el hijo y le interpeló:

– ¿Has oído, Fabio? ¿Qué dices?

– Qué he de decir, exclamó D. Fabio con grande disgusto, que aquí estamos todos locos ó empeñados en parecerlo. Un mes hace que buscamos la razón por caminos donde no hemos de hallarla, como en un campo de trigo, inútil será que busquemos maíz, centeno ó remolacha que no hayamos sembrado. Todo cuanto nos cuenta Melchora y cuanto acerca de la torre y las supuestas cartas de Pardales nos ha contado Pastorita, me parece exageración sin fundamento, caramillos sin base, desatinos sin prueba. Yo no veo la prueba. Por un diálogo que no se ha oído, por una sospecha, no se puede condenar á nadie. Lo que yo veo aquí es lo que todos ven: que una muchacha como Victoria no es posible que haya de enamorarse de nuestro pobre José..., ¡y por eso!..

– ¡No haberse casado!, prorrumpió la abuela. Lo cierto es que su conducta da lugar á toda clase de suposiciones. Que las cartas que lee en la torre con la Clotildita son de Pardales, no cabe duda: de Pardales son, porque el cartero lo ha declarado, y Regino le ha visto á Pardales cómo se las daba. Blasa y Pastora han visto también á Clotilde entregar al cartero cartas para Pardales. Luego, la correspondencia entre Pardales y la torre está completamente comprobada. De aquí nuestras sospechas, despertadas además por la actitud de Victoria desde que puso aquí el pie, sus humores, sus caprichos, sus intransigencias, que más tarde ha querido disfrazar con falsa sumisión. Ya sabes cuánto he hecho yo para atraerla, cómo substituí á la severidad el halago, y cómo ensayé dominarme, lo que más me cuesta. Todo inútil. La niña cada vez más romántica y despegada... Pero, cuando dió en la gracia de subirse á la torre y se pasó al campo de Clotilde, que es una extraña, una de afuera, para confiarle sin duda las grandes penas que nosotros, que yo especialmente, la causamos, no pude más, *me volé,* y la dije á Melchora: ¡Aquí hay gato! Y la pusimos sitio en regla y discurrimos el medio de sorprenderla, por la honra de la familia, por la felicidad y la tranquilidad de mi nieto. Ahora resulta que sí había gato y que el gato es Pardales... ¡La prueba! Acaso puede hallarse una material, tan material que...

– No, dijo Melchora irritada, si Fabio querrá verles, verles... En fin, todo pudiera ser; con dejarles...

– A mí no me hace falta tanto, repuso misia Justa, los indicios sobran. Pero solamente por indicios no podemos resolver nada, así sean estos indicios tan claros como los que acaba de descubrir Melchora. Estrecharemos la vigilancia... Y el día que yo le siente la mano encima ¡ay de ella!

La extendió la dictadora, una mano larga, seca, amarillenta, de hinchadas venas azules, irguiéndose al mismo tiempo en el sillón, enérgicamente contraídas las cejas blancas, único rasgo que anunciaba el carácter viril en aquella hermosa cara de vieja escultura; y extendida la dejó, en señal de amenaza, mientras exponía sus acuerdos, sancionados desde luego por el silencio de D. Fabio y de Melchora... La luz de la lámpara caía de lleno sobre aquella mano, y la hacía aparecer como de piedra, exagerando la hinchazón de las venas.

Lentamente hablaba misia Justa, en desarticulados períodos, volviendo la cabeza hacia el hijo para la ociosa consulta de costumbre, y sus palabras eran coreadas allá fuera por los grillos, en la calma de la noche calurosa... Era preciso no dejarla sola ni un instante. Se la prohibiría terminantemente la subida á la torre. A la maestra se la despediría en la primera ocasión. Se vigilaría también á D. Celedonio, que parecía de parte de ella. Nuevas instrucciones, rigurosas, se darían á Blasa y á Regino. Las visitas de doña Mónica, absolutamente prohibidas. Las de Ladislao, toleradas con centinela de vista. Todo esto lo mismo en el campo que en la ciudad mañana. Y si la prueba material aparecía... ¡ah! Josecito el primero...

– ¡Mamá!, interrumpió D. Fabio, sonando de modo extraño este reclamo infantil entre sus barbas de capuchino.

– ¿El qué?, dijo la señora con desdén. ¿Te parece mal que el marido lo sepa? ¿Crees que estas cosas no deben saberlas los maridos, por bobos que sean? ¡Pues sí, deben saberlas, y si no lo ven abrirles los ojos! Nada ha visto Josecito de lo que ha visto Melchora; nada sabe de lo que sabemos nosotros. Lo sabrá cuando yo se lo diga. Y se lo diré cuando tenga la prueba material... Puesta en guardia desde el primer día, sé ya á qué atenerme respecto de la Stuart, y espero

La mano se recogió y quedó en la negrura de la falda inmóvil; callados siguieron los otros y el sereno *cri cri* aumentó en intensidad con el silencio. La abuela por delante, salieron enseguida del saloncito, saludándose en la escalera:

– Buenas noches.

– Buenas noches.

– Buenas noches.

Subieron las damas muy despacio, cerró D. Fabio la puerta del jardín, apagó las luces y por el pasillo se dirigió á su cuarto, que estaba en la misma planta baja y caía precisamente debajo del de su madre, con quien podía comunicar por medio de un portavoz que junto á la cama dejaba colgar su trompetilla al extremo del tubo de goma forrado de verde; sencillo era el mobiliario todo, de bambú amarillo: las paredes no tenían ningún cuadro, ni más decoración que un crucifijo negro sobre la cama y una magnífica escopeta de caza tras de la puerta. Habitación de soldado, lo superfluo holgaba allí y parecía no haber lugar, espaciosa como era, más que para lo necesario.

La alumbraba la luna cuando entró D. Fabio, y así no cerró la ventana ni encendió luz, porque más clara no la había menester; de la mesa en que depositaba sus libros de consulta, referentes á la ciencia agronómica, cogió una revista agrícola que traía un curioso estudio sobre las enfermedades del maíz y que por la mañana ya chocara su atención, y con ella en las manos se fué hasta la ventana, no á leer, sino á examinar los grabados en que los enemigos del dorado grano aparecían retratados como malos sujetos de que hay que guardarse... No había menester de luz más clara que aquel rayo blanquísimo de luna que, del jardín, con efluvios de flores y cantar de ranas y de grillos, entraba espléndido y libremente, y sin embargo D. Fabio no vió gota y dejó el examen para mejor ocasión: arriba sonaban los pasos de su madre, que velaba, dando vueltas, sin duda, al ingrato asunto que había ahuyentado la paz de *La Justa.*

En la evolución del pensamiento marchaban tan acordes el cerebro de D. Fabio y el de su madre, de tal modo se seguían y acompañaban, que eran como dos relojes que dan al mismo tiempo la hora; podían discrepar alguna vez en la apreciación ó juicio de las cosas, pero nunca en la oportunidad. Los pasos de arriba hiciéronle olvidar su revista agrícola, y mirando al jardín tomaron sus ideas el mismo rumbo que, por fuerza, las de su madre perseguían en aquel momento.

El disgusto de cuanto venía sucediendo agobiaba ya á D. Fabio. ¿Quién tenía la culpa? ¿La madre, con su intransigencia y su carácter duro? ¿Melchora, con sus enredos y sus chismes? ¿Josecito, con su infantil inexperiencia? ¿Victoria, con su frialdad y su desamor? Acaso todos. Como cada cual tiraba de su lado, entre todos ahondaban día á día la desunión. Lucha grande de causas pequeñas, semejaba combate encarnizado de gusanos. ¡La causa!, á qué buscarla fuera, á qué ir al Trigal á sorprender aquel cuitado de Pardales, con el que jurara D. Fabio ni tuvo ni había de tener el mínimo conocimiento Victoria, si patente estaba en la casa para los ojos que la pasión no obscureciera, y se caía de su propio peso: que Victoria no podía querer á su marido, y no pudiéndole querer, despegada de él viviría y despegada de la familia que, en vez de conquistarla por la dulzura, compadeciéndola, la rechazaba con la dureza más implacable.

No que D. Fabio disculpara á Victoria, ¿pero había motivo bastante para aquel desaforado pelear de todos los días, para aquella guerra de familia, en que ya se echaba mano de la calumnia? Los gusanos no tardarían mucho en convertirse en monstruos horribles, y gracias á la nueva arma con que se contaba, espantosa sería la batalla próxima.

Gravemente, atusó D. Fabio sus barbazas grises, y se volvió con enfado, al brotar de la idea de su impotencia, de la nulidad lastimosa de su intervención. Cuantas veces lo había intentado, salió acosado y corrido. Mas fácil es domar potros que caracteres...

En la solemne calma de la noche, los pasos de misia Justa, arriba, resonaban secos y premiosos, más impacientes á medida que en el cerebro de don Fabio las ideas lúgubres se sucedían; y de pronto, silbó el portavoz, estremeciéndose como una serpiente á lo largo de la pared. D. Fabio acudió á coger la trompetilla y por el discreto tubo bajaron y subieron las siguientes preguntas y respuestas:

– ¿Duermes, Fabio?

– No, mamá, no duermo.

– ¿Qué haces?, ¿lees?, ¿ó piensas en *eso,* en lo que nos ha contado Melchora?

– Sí, mamá, pienso en eso.

– Yo también. Siempre pensamos lo mismo. No puedo dormir.

(Continuará.)

EL LABORATORIO ARAGÓ. - FRATERNIDAD CIENTÍFICA

Las investigaciones submarinas. - Un laboratorio modelo. - El *Roland*. - Pruvot y Racovitza. - Excursionistas á Barcelona. - Lazos indestructibles y ejemplo por imitar.

Amarrado al muelle de San Beltrán, frente al esbelto edificio de la Aduana, ha podido contemplar estos últimos días el curioso un gallardo vaporcito en continuo vaivén al recibir los besos de las olas.

Bien mirada, resulta la nave una *cáscara de nuez;* pero si mezquina por su tonelaje, no pueden calcularse sus proporciones en punto á la misión especialísima que viene á llenar en la esfera luminosa del entendimiento. Me refiero al *Roland*.

Para nadie que dedique sus vigilias al estudio de las ciencias naturales, será desconocido este nombre. Por el contrario, servirá para evocarle una multitud de hechos memorables en las academias de propagación científica; servirá para traerle á la memoria al ilustre M. Henri de Lacaze-Duthiers, eminente profesor de la Facultad de Ciencias de París, poseedor de los títulos más altamente laudatorios entre los pacienzudos héroes del reactivo, y antes que nada, entusiasta propulsor del movimiento moderno de investigaciones submarinas, que poco á poco, con verdaderos prodigios de voluntad é inteligencia, va descifrando el misterio que guardan en su seno las turbulentas linfas del Océano.

Henri de Lacaze-Duthiers fundó uno de los primeros laboratorios del mundo, el de Roscoff.

Sus primeras investigaciones fueron un asombro y dieron como fruto un libro, «El coral,» que á mediados del pasado siglo hizo inmortal el nombre de su autor. Un día quiso M. de Lacaze extender el campo de sus experimentaciones al Mediterráneo, y en sus correrías por las costas meridionales de Francia, fijó sus ojos en un delicioso paraje, apacible, bello. La naturaleza habíale puesto por techado un cielo de añil, inmaculado y diáfano, y por decoración, el mar latino con el cadencioso arrullo de sus olas, de una parte, la montaña abrupta y la vega feraz, de otra.

¡Qué rincón más á propósito para un sabio!

No lejos de allí apiñaba sus casitas blancas y alegres un caserío: Banyuls-Sur-Mer.

Lacaze se detuvo. Poco tiempo después, patrocinado por el gobierno de la vecina República, construíase bajo la dirección del sabio el laboratorio á que primero dió nombre aquel pueblecito y posteriormente otro sabio eminentísimo: el astrónomo Aragó.

Mucho habría de extenderme para explicar el proceso de las investigaciones zoológico-marinas iniciadas, y con fortuna inmensa proseguidas, por M. Lacaze. Forzosamente he de contraer el relato hasta el momento actual en que dos dignos continuadores de las averiguaciones científicas de aquel preclaro genio acaban de dispensar á Barcelona el señalado honor de su visita.

Hace pocas noches que á los agudos ecos de su sirena enfilaba nuestro puerto el liliputiense *Roland,* surcando con temeraria marcha por entre los pliegues del oleaje. Tripulaban el barco una alegre promoción estudiantina y los nombrados naturalistas Mrs. Georges Pruvot y Emile Racovitza.

Bueno será que el lector conozca, aun cuando sea amontonando cuatro datos que hagan la vez de imperfecta semblanza, de qué personajes he hecho mérito.

Georges Pruvot fué discípulo predilecto de M. Lacaze-Duthiers, ocupando luego una cátedra en Grenoble. Pronto hízose notar por sus investigaciones zoológicas, escribiendo notabilísimos trabajos sobre el fondo del Mediterráneo y publicando importantes cartas geográficas del golfo de Lyón y de la costa bretona. Simpático, modesto en modo exagerado, tiene una pasión: España.

La circunstancia de haberle designado Lacaze para sucederle en la dirección del laboratorio Aragó, aproximóle á nuestra frontera. Desde entonces nos ha hecho muchas visitas. Claro que todas ellas pasaron inadvertidas en los centros políticos y financieros; que ni se enteró el gobierno, ni sufrió oscilaciones la cotización de Bolsa; que el *reportage* no zascandileó sacando á tirón de pelo la correspondiente *interview* para ser multiplicada por las rotativas y ofrecida con voz de trueno por el vendedor ambulante.

Pero Pruvot, el eminente Pruvot, se nos coló de soslayo muchas veces por la frontera, vino á observarnos de cerca, paseó por las Ramblas y hasta internóse por la calle de Pelayo, traspasando el umbral de las aulas universitarias y haciéndose íntimo y aliado de un lampiño-miope á quien detrás de los Pirineos saludan todos con admiración respetuosa: refiérome á Odón de Buen.

No menos digno de semblanza es Emile Racovitza. También estudió con Lacaze y fué discípulo predilecto. Opulento por la cuna, consagró sus primeros años al estudio del Derecho. Investigador por temperamento, abandonó pronto los códices por la Zoología, y hoy, aún muy joven, es subdirector del laboratorio Aragó y un eminente naturalista del claustro francés. Su expedición con Gerlache á bordo del *Bélgica* á los mares antárticos, le acaba de ganar una fama universal.

El laboratorio de Banyuls-Sur-Mer, como el de Roscoff, tiene carácter cosmopolita.

Este dato basta para dar idea clara de la índole de esta institución y para poner de manifiesto la naturaleza expansiva que la instrucción adquiere en un país que tan poco dista del nuestro en el concepto geográfico y tanto en la esfera de la progresión y el desenvolvimiento científico.



El laboratorio Aragó, de Banyuls-Sur-Mer



El vapor *Roland* atracado al muelle y dispuesto á salir



El vapor *Roland* en marcha



Grupo de excursionistas españoles á bordo del *Roland*. (Febrero, 1903) (1)

(1) Los excursionistas son, de izquierda á derecha: el Excelentísimo Sr. Marqués de Marianao, el Excmo. Sr. Conde de San Juan, D. Mariano Benlliure, Sr. Ferrer y Bittini, D. Odón de Buen y un estudiante.

Los laboratorios están abiertos á todos los naturalistas del mundo; que procedan de la nación que procedan, encuentran siempre hospitalidad generosa.

Con el de Banyuls trató siempre M. Lacaze de atraer á los sabios españoles; sus reiteradas excitaciones hallaron arraigo en un temperamento apto para las ideas progresivas y pródigamente dotado de estímulos para la vida científica de relación: el profesor de Buen, joven, animoso, entusiasta, emprendedor.

Pronto Lacaze y Odón de Buen fueron dos grandes camaradas, y Banyuls abrió sus puertas para siempre á los educandos de las cátedras barcenelosas. Anualmente, el aludido catedrático español lleva á sus discípulos al laboratorio de la costa francesa, mereciendo igual trato é iguales honores que los alumnos de las academias nacionales. Y bien reciente está el acto de agradecimiento de la Facultad de Ciencias de Barcelona á M. Lacaze, que como es sabido, regaló á la de París un busto de aquel sabio, modelado por Benlliure, y que en memorable fiesta durante la última Exposición entregó el entonces rector de la Universidad de Barcelona Dr. Luanco y una comisión de profesores al gobierno francés, ante la presencia de muchas eminencias extranjeras.

Ocioso me parece intentar una descripción del laboratorio de Banyuls-Sur-Mer. Hay, seguramente, pocas impresiones comparables á la que deja su visita. Dispuestas con admirable conocimiento, vense numerosas vitrinas, acuáriums espaciosos que esconden en su seno tesoros de poesía. Quizás se extrañe el lector al tropezar esta palabra. Está escrita de propósito. *La poesía* del mar, el misterio de sus abismos, el secreto de las generaciones multiformes, de su complicada zoología, todo eso es lo que acapara el esfuerzo, poniéndolo en el retiro de Banyuls á servicio de la ciencia.

Y aquí de la importancia del *Roland*. Lleva este barco el nombre del príncipe Roland Bonaparte. La casualidad unió un día al noble y al zoólogo en animado diálogo, y seducido aquél por las legítimas aspiraciones de su interlocutor, exclamó súbitamente:

– Os regalo mi *yacht*.

A partir de aquel momento, la embarcación que había surcado los mares para matar ocios de *sportman* ó templar el fastidio de una vida cortesana, se metamorfoseó, poblándose de vitrinas, sondas, redes, de abundantes materiales de investigación y conservación de animales marinos.

Envejeció el *yacht* y construyóse entonces el pequeño barco que acaba de visitar el puerto de Barcelona, bautizándosele con igual nombre.



El profesor Pruvot, director del Laboratorio Aragó, explicando á bordo del *Roland* el funcionamiento del aparato de sondeo

Tiene el segundo *Roland* 60 toneladas, 19 metros de eslora por 4'65 de puntal y cala 2 metros. Su marcha normal es de siete nudos. Caben en sus depósitos 3.500 metros de agua y 11 toneladas de carbón. Está inscrito en la matrícula de Port-Vendres.

El *Roland* está destinado á laboratorio flotante, cuenta con importantes aparatos, lleva máquina de dragado y más de 2 000 metros de cable para las redes que funcionan á gran profundidad.

Ha hecho fecundas campañas en el golfo de Lyón y en las costas de Cataluña, y este verano se dispone á ir á Baleares de excursión dirigida por Pruvot y Odón de Buen.

Frecuentemente envíanse desde el barco materiales frescos de observación á la Universidad de París y á los laboratorios de los demás centros franceses.

Por último se destina el *Roland* á excursiones de enseñanza, que tienen por fin el estudio de las faunas y floras marítimo-costeras.

Una de esas expediciones alegres, compuestas de una veintena de escolares capitaneados por esclarecidos miembros de la Facultad de Ciencias de París, es la que desembarcó hace pocas tardes en el muelle de la Paz.

El naturalista francés no tiene exclusivismos; no investiga ni atesora conocimientos para su uso particular; por el contrario, prorratea gustoso en la esfera de acción que le es propia sus maravillosas observaciones con sabios y estudiantes de todos los países. Igual que les ofrece albergue en sus laboratorios, les reserva un puesto á bordo de su buque-escuela, y gracias á este admirable consorcio de la inteligencia y de la voluntad, ata, más fuertes cada día, lazos de unión y concordia entre el personal docente de las naciones europeas. El *Roland*, mirado desde este punto de vista, llena algo más que una misión científica; llena también una misión social altamente consoladora; es un heraldo simpático que pasea el mar sin egoísmos de clase, que cobija con igual afecto al latino, al germano y al moscovita bajo el pabellón más universalmente respetado: el de la ciencia y el progreso.

Ahora tocó á esta hermosa capital hacer los honores «de la casa» al barco cosmopolita.

Los alumnos de la Facultad de Ciencias barcelonesa fraternizaron unos días con sus compañeros de la Universidad parisiense. Pruvot y Racovitza escalaron con de Buen los ingentes conglomerados de Montserrat, como otro tiempo admiraron juntos las legendarias cuevas de Artá y los cráteres extintos de la pintoresca Olot. Es un ejemplo que debieran imitar otros hombres ilustres; que debieran imitar sobre todo nuestros gobiernos, momificados en la prosa árida y vana del decreto oficial.

Buen ministro de Instrucción pública sería el que tendiese á fomentar esta clase de relaciones; el que apartándose de la rutina gubernamental, entendiera que no son sólo las Cancillerías las llamadas á conservar en cuidadoso archivo el testimonio fehaciente de las naciones gratas, en el concepto diplomático.

En una palabra, que hay por esos mares una Cancillería ambulante que se nombra *Roland*, en la que el sabio, con la varita mágica del estudio, ha logrado fundir en un mismo crisol el tesoro de sus investigaciones y el de una generosidad altamente humana y edificante.

Mas ¡á qué proseguir! Pasará en España mucho tiempo basta que sus gobernantes sacudan tanto raquitismo y aprendan á deletrear siquiera en estos grandes libros que nos ofrece la experiencia de países más adelantados y menos egoístas.

ANGEL ALCALDE.

(Fotografías del Excmo. Sr. Marqués de Marianao.)



BUSTO RETRATO, modelado por J. Dunikowski



BUSTO, modelado por W. Szymanowski



EL LIBRO DE LA VIDA, escultura de B. Biegas

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 4 de mayo de 1903 — Núm. 1.114



SANTA TERESA EN ÉXTASIS,

escultura de Bernini existente en la iglesia de Santa María della Vittoria, de Roma. (Véase el artículo del Sr. Balsa de la Vega.)

SUMARIO

NOTAS DE VIAJE

BERNINI EN ROMA

Al *caballero Bernini*, como le llamaban sus contemporáneos, «hay que estudiarle en Roma. Su influencia, como la de Borromino, alcanzó á todas partes.» ¿Es esto cierto? Creo que no. Bernini, Borromino, Pedro de Cortona y Churriguera no hicieron más que dar forma gráfica y plástica á los sentimientos y al gusto de su época. En las letras, á pesar del carácter severo y poco dado á ampulosidades de nuestra literatura, no ya Góngora, sino que ni Calderón dejó de rendir con exceso parias á los retorcimientos del lenguaje y á la desorbitada exuberancia de las imágenes retóricas que hacen el papel de la decorativa en la obra literaria. El mal gusto (según el que ahora gastamos) campea en *La vida es sueño* al lado de las más grandes bellezas. Las majestuosas líneas de ese colosal y estupendo edificio aparecen medio envueltas y en algunas partes cuasi ocultas por mil detalles, incongruentes las más de las veces y generalmente pesados. Pero yo pregunto: ¿en esa misma exuberancia de detalles del berninismo no se advierten el amaneramiento y la falta de ideales de aquellos tiempos? Y paralelamente, ¿no indican una cultura muy vasta en Bernini y en los demás barrocos y gongorinos?

Fenómeno digno de ser notado es el que ofrece la crítica, extendiendo piadosísimo manto de indulgencia sobre los artistas de los siglos XVII y XVIII y excluyendo al caballero Bernini. No cojáis una guía de Roma, ni un estudio de las artes escultórica y arquitectónica de dichos siglos, porque al tropezar con el nombre del artista napolitano lo veréis puesto en entredicho como á pecador, como al más grande de los pecadores contra el arte. Os dirán que sus obras son un engaño del que tan sólo gozan los ojos, quedando en ayunas el espíritu. Esto me hace pensar en el sentimiento del amor entre hombre y mujer, dividido siempre, á raja tabla, por la vulgaridad y la hipocresía humanas, en amor ideal y amor sensual. Divídame usted ese queso, pero sin dividirlo.

Pero yo, que creo que en muchos casos análogos (me refiero al arte), á pesar de la enorme labor de la crítica moderna, se ha convenido en no modificar lo dicho por dos ó tres caballeros que tomaron el rábano por las hojas, no me conformo. (¿Y quién es usted?, me preguntarán. – Bueno, pues yo.) No me conformo, repito, á comer lo que guisaron otros, sino que quiero hacer lo que Juan Palomo; y por lo tanto, vean ustedes lo que pienso de la obra que en Roma tiene Lorenzo Bernini.

***

Las columnatas de la plaza de San Pedro son, por su grandiosidad y por la armonía de sus proporciones, obra arquitectónica digna de admirarse. Solamente el idearlas prueba el talento del artista que concibió ese gran *atrium* circular, por el cual se ingresa en la enorme basílica y desde donde se abarca la mole estupenda en cuya cripta reposan los huesos del apóstol San Pedro. Por otra parte, la sencillez del orden arquitectónico escogido por Bernini para las columnatas pone de relieve la ductilidad de su temperamento artístico, que sabe desprenderse de los convencionalismos y ampulosidades de la decorativa del arte de su época cuando se trata de llevar á cabo un monumento arquitectónico en el cual el efecto estético debe depender tan sólo de las líneas generales y de la más justa proporción de éstas. Si alguna obra de arquitectura ha venido sirviendo de modelo hasta nuestros días para puertas triunfales y monumentos elevados á personajes, reyes y emperadores, ese es la columnata de Bernini. No me dejarán mentir ni el monumento á D. Alfonso XII en Madrid, ni el mismo coronamiento del de Víctor Manuel en Roma, ni el de la emperatriz de Austria en Viena, ni el de Berlín dedicado al viejo emperador. Por este lado, el artista napolitano, si tampoco puede recabar la absoluta originalidad de su obra, puede sí enorgullecerse de haber sido el primero que supo emplear con acierto y grandeza en época decadente formas y elementos de otros días.



Personajes de la familia Cornaro, obra de Bernini, existente en la iglesia de Santa María della Vittoria, de Roma

No puede, en verdad, decirse otro tanto del colosal baldaquino de bronce elevado bajo la cúpula de San Pedro; sobre todo, la parte alta es de líneas desgraciadísimas, recordándome, no sé por qué, las de ciertos templos japoneses; en cambio, la decorativa de sus columnas, del altar y del entablamento es de un buen gusto delicado, y á pesar de la exuberancia de elementos clásicos, acertó Bernini á introducir formas nuevas. En este particular, el caballero Bernini se nos muestra como un innovador, y como un innovador, en muchas ocasiones, de refinado buen gusto. En Santa María *del Popolo*, las tribunas de los órganos, con sus angelotes sosteniendo un escudo bajo la amplia cornisa de dichas tribunas, recuerdan aquellas tallas retorcidas y figuradas de los grandes muebles del llamado estilo Luis XIV, apenas modificado, á no ser por el afeminamiento, en el reinado de su hijo; en San Pedro supo emplear con parsimonia, especialmente en los muros, cornisas y cúpulas, la decorativa, sujetándose casi siempre á la geométrica, en la que demostró, mejor que muchos de sus colegas, un sentimiento grande de las proporciones y dimensiones y de la policromía. Cierto que en los sepulcros que modeló introdujo elementos cuya congruencia es muy discutible; por ejemplo, los paños de mármoles de colores que medio cubren los sarcófagos; pero á cambio de estos y otros recursos de la amanerada ampulosidad del gusto de entonces, el efecto total de dichos monumentos hállase más en armonía con la gigantesca iglesia que algunos otros sepulcros de artistas no menos famosos. Sansovino no hubiera producido los efectos del Bernini. ¿Tenía mejor gusto aquél que éste? Por mi parte no lo dudo; pero me parece menos decorador que el napolitano.

De sus esculturas religiosas, pese á la poca fe de los tiempos en que vivió, aún pueden entresacarse algunas, sentidas, bastante más sentidas que otras ejecutadas en días en que el ideal cristiano inspiraba, y dignas de encomiarse por la sobriedad y blandura del modelado. La imagen de *Santa Teresa en éxtasis*, existente en Santa María de la Victoria, especialmente la cabeza, se considera como obra meritísima, y ha sido copiada y estudiada en todas las escuelas y academias de Bellas Artes de Europa. No menos bella es su *Santa Bibiana*, cuya ejecución larga y justa no desdeñaría el gran florentino; y cuando no rebuscaba los movimientos, sus figuras tienen majestad y vida, y en los desnudos las carnes son blandas y las formas bellas y enérgicas aun en las femeninas. Después de todo, producir en el espectador el sentimiento de la vida y despertar en él al propio tiempo el de la voluptuosidad, es conseguir bastante más que lo conseguido por los fríos neoclásicos, con Canova á la cabeza. Bernini modelando *tritones nereidas* y personificando los elementos de la Naturaleza, está para mí por encima de sus colegas franceses del siglo XVIII y comienzos del XIX; por lo menos, á falta de inspiración, sus obras son masculinas.

***

Pero sobre todo, una condición tuvo el artista napolitano que le hace merecedor del respeto de la historia y de la crítica; la enormidad de su producción. Arquitecto, trazó los planos de docenas de palacios y de iglesias; decorador, puso sus vastos estudios y su imaginación prodigiosa al servicio de toda clase de monumentos, así públicos como particulares; escultor, sus grupos y estatuas aisladas se cuentan por cientos. Claro está que lo menos es bueno; pero discúlpale sobradamente, en mi juicio, el rumbo del arte de entonces, atento tan sólo á producir efectismos, obedeciendo así á las exigencias de una sociedad que, falta de fe religiosa, quería aparentarla; que falta de energías cívicas, se entregaba á la molicie y el fausto; que combatida por el escepticismo en todo orden de ideas, navegaba sin rumbo. Miguel Angel vive, por ejemplo, en su *Moisés*, porque su Moisés es él, el republicano terrible, el que *no quiere despertar por no ver la vergüenza de su patria;* por lo demás, la estatua del legislador del pueblo hebreo es mala, desproporcionada, dura; es la estatua de un microcéfalo.

Estamos, sí, en estos comienzos de siglo, en el extremo opuesto del de Lorenzo Bernini. Ahora vamos en busca de lo íntimo, de lo sugestivo. Los grandes conceptos, las grandes síntesis, los simbolismos de vicios y virtudes, dejaron su puesto á los altruismos sociales, á la lucha de las ideas, á los movimientos pasionales, á la expresión de un simple afecto, al ensueño. Una gran revolución romántica profundamente humana, pero grandemente espiritual, nos hace ir en busca de lo sencillo, de lo humilde. El trasponer del sol en las aguas del mar ó en las honduras del valle nos conmueve más que la *Disputa del Sacramento*, de Rafael; el beso de *Paolo* y de *Francesca* nos habla más á lo íntimo que el tonante Cristo del Juicio Final del *Buonarrotta*.

R. Balsa de la Vega.

Roma, marzo de 1903.



Se vuelve y se encuentra ante su padre, que la contempla en silencio

LOS POBRES DE ESPÍRITU

I

No había más que verle para comprender que era un hombre enteramente feliz. La ventura se le asomaba por cada poro del rostro como por una ventana, enseñando el inundado corazón hasta lo último, y allá abajo fluía con el gorgoteo suave de un manantial de sierra la cualidad que le hacía dichoso: la mansedumbre. Tenía el envidiable don de conformarse con poco. Así recorría con paso sereno el camino de la vida, sin sentirse empujado por el soplo vertiginoso de las ambiciones, que no amaina nunca y que hace andarla á la carrera, no dejando espacio á la grata calma en el bien conseguido. Su sonrisa de beatitud valía por una declaración de fe. Aquella sonrisa plácida significaba la confianza en el presente, el contento del medio logrado y la esperanza de convertirlo en porvenir.

Habíase remontado á los sesenta años, unos sesenta años tranquilos, sin nubes, monótonos, siempre en la oficina, de mula de noria, sólo entristecidos por la pérdida de su consorte hacía un lustro y al cabo aliviados por la presencia de su hija, dulce jovencita que representaba para él, no ya un recuerdo de dicha, sino algo más práctico y positivo, la inteligencia, la acción, la voluntad dentro del hogar doméstico. Un fenómeno natural, el de la superioridad intelectual de la hija sobre el padre, había traído consigo, como secuela forzosa, la imposición de ella en el ánimo de él, imposición cariñosa y llena de afecto, como germinada en un corazón filial y que invertía el orden de las cosas, haciendo niño sujeto á tutela al anciano y curador grave á la muchacha, en la plenitud de su adolescencia.

Pero esta inversión era contraria á las leyes naturales, en cuya inescrutabilidad, impuesta por la mano de Dios, no entra el que el padre obedezca al hijo. La jovencita, viviendo claustralmente en lo alto de un sotabanco, desde el que no se descubrían más que tejados, sin hablar con nadie, porque ni aun la suerte la había querido favorecer con una vecinita de su edad, sola siempre, tenía por único esparcimiento, después de una semana de tedio, la tertulia del jefe de su padre, á la que asistía todos los sábados por la noche y en la que se espaciaba su ánimo sencillo en ese medio honrado y dulce que lo cómico, ávido de efectos á cualquier costa, ha envenenado con su sátira.

Allí le conoció, allí dió oídas á sus palabras de miel, allí sintió su voluntad sometida á la de aquel hombre. El muchacho era, á la verdad, apuesto y atrayente, ameno de trato, de viveza meridional reflejada en su carácter abierto, en su rostro franco, en sus ojos prontos. Ahondando en su fisonomía y en su conversación, hubiérase podido descubrir quizás un fondo de ligereza atolondrada, de fría indiferencia; pero ¿quién es capaz de llegar á los abismos del alma, y mucho menos á la primera mirada y en plena sociedad? Y menos aún si la mirada escrutadora cae de los ojos de la adolescencia femenina, un puro sentimiento ciego, en el instante en que abre todos sus pétalos de flor, ó de la senectud de un viejo inocente, acostumbrado de por vida á no ver las cosas por otro prisma que el de una niña de diez y ocho años. Sin embargo, el instinto, que parece dormido durante una existencia entera, despiértase cuando menos se piensa, vibrando como un hilo del telégrafo que agita el viento. El galán fué presentado al oficinista; y sin explicarse por qué, no le agradó.

II

La boda era cosa decidida. Su hija, bien lo veía, estaba apasionadísima por el muchacho, le quería con toda la fuerza expansiva de su corazón bueno y puro, con ese ímpetu del primer amor que va recto al objeto sin hacer caso de nada que no conduzca derechamente á la dicha. Pero él advertía en lo hondo de su conciencia, cada vez más creciente, su hostilidad hacia el joven, su antipatía cuidadosamente oculta como si fuera un delito tras su sonrisa de hombre apocado y tímido, y cuando por las noches llegaba á su casa á pasar las veladas con ellos, costábale trabajo tenderle la mano, contestar á su saludo.

Habían dejado de ir á la tertulia del jefe por resolución de la muchacha, que acató humildemente, como siempre, su padre. Reinaban allí vientos de hostilidad contra el noviazgo. A la dueña de la casa no le convenía, porque cada novio significaba una joven menos en la tertulia: de momento, por el cuchicheo aparte, por el no bailar sino con el elegido; á la larga, por el casorio que se la llevaba. Tales razones adujo la niña y el manso de espíritu amén. Sin embargo, esta vez parecía soplar la verdad de la reunión. El galán vestía bien, cambiando de prendas, gastaba no poco y no se le conocía otro ingreso que el de su mísero sueldo de seis mil reales en una oficina particular. Murmuraban de él, la joven se percató de las murmuraciones, no quiso oirlas y determinó no volver á poner los pies en la tertulia.

El pobre amanuense, en cambio, las había escuchado y las creía, tanto más cuanto que venían á robustecer sus temores. Fué el suyo, desde el principio, un camino de amargura recorrido contra su voluntad en el silencio. Dijo no cuando advirtió los primeros escarceos del galanteador alrededor de su hija; dijo no cuando se presumió que estaban ya en amores, viéndolos charlar silla á silla, en un rincón de la sala; dijo no cuando la niña, incomodada y violenta, le anunció su propósito de no volver á la tertulia en que, por envidia, se proponían, sin duda, destruir su felicidad; dijo no cuando confesadas las relaciones y por el predominio habitual de ella sobre él, le pidió permiso para que el novio entrara en la casa; dijo no cuando le anunciaron que un tío del presunto yerno, única familia que tenía, disponíase á venir desde el pueblo en que habitaba para pedir la mano de su prometida; pero todos estos *no*, los dijo para adentro, para su capote, para su conciencia, en el fondo doloroso de su alma, en que protestaba, sin atreverse á exteriorizarlo, del proyectado matrimonio.

Su hija lo quería, su hija lo deseaba, su hija veía en aquel hombre su felicidad, su hija valía más que él y sabía más que él, y no había por qué oponerse á sus propósitos. Ardientemente lo deseaba; pero hecho á obedecer, á no tener voluntad propia, desoyó sus recelos, brotados en su instinto de padre, se calló y dijo *sí* á cuanto le pidieron, mientras muy bajito decía *no* su conciencia, temiendo la mañana de primavera en que antes de que se cerraran las velaciones, el *no* y el *sí* riñeran la postrer batalla ante el altar.

Todo fué por la posta, á escape, sin otro retraso que el imprescindible para la rebusca y acopio de los papeles. Cosa no rara, aneja á la pasión que ciega. La muchacha, que dominaba en absoluto á su padre, que leía hasta en lo más hondo de su alma, hasta en lo más recóndito de su pensamiento, no echó de ver en esta ocasión ninguna de las congojas del pobre viejo, bien que él tan ingenuo y transparente supo ocultarlas muy adentro de su corazón, temeroso de las consecuencias si se descubrían, no obstante protestar contra la boda y desear y pedir á Dios un suceso cualquiera, grave é inusitado, que la rompiese.

El inesperado suceso no vino; lo que llegó lógicamente fué el día solemne de la celebración del matrimonio. El desdichado padre creyó morirse cuando vió á la puerta el landó alquilado para ir á la parroquia; cuando vió á su hija vestida de negro, sencilla, dentro de su posición modesta, pero elegante; cuando vió junto á ella al odiado prometido ufano y radiante; cuando vió á los convidados. Como un fardo dejóse llevar á la iglesia, con la muerte en el alma asistió á la ceremonia, y aunque aparentó hon-

da satisfacción, tradújose su doloroso gesto mal encubierto por el natural disgusto del padre que va á separarse de su hija única, y nadie pudo sospechar la agonía de una debilidad suprema de espíritu queriendo levantarse y cayendo definitivamente vencida.



Dr. D. Juan Campisteguy, Ministro de Gobierno



General D. Eduardo Vázquez, Ministro de la Guerra



Dr. D. José Romeu, Ministro de Relaciones Exteriores



Ingeniero D. José Serrato, Ministro de Fomento



Dr. D. Martín C. Martínez, Ministro de Hacienda

República Oriental del Uruguay. – Primer ministerio constituído por el Presidente de la República Sr. Batlle

III

Escondiendo el rostro en la colcha de la humilde camita donde duerme su hijo único, inocente de las tempestades que baten su lecho, llora la pobre joven con el llanto sollozante de la desesperación. La estancia está amueblada con lo preciso: unas cuantas sillas medio rotas y una cómoda. Allá en la alcoba, en la que no cabe la camita del niño, la matrimonial. Es la madrugada y el marido sin parecer. ¡Ah! Las murmuraciones de la tertulia del jefe no mentían; el viento de la verdad que de allí soplaba, de la verdad era. El muchacho bien vestido jugaba: he ahí el misterio, el vulgar misterio, revelado bien pronto en cuanto el término de la luna de miel dejó paso franco al hábito é hizo resucitar el vicio. Ni las lágrimas de la esposa, ni el nacimiento del hijo, ni la presencia del suegro pudieron nada contra la fatal atracción, y á la fecha no queda en la casa ni un trapo que empeñar, las deudas son una ola que crece, y la paz doméstica ha desaparecido de un hogar que la miseria golpea con sus alas de buitre.

Aquella noche es una de las en que, colmado el vaso, rebosa la pena. Al día siguiente vence el último plazo concedido por el casero para que se muden, y cuando su marido se retrasa (son las cuatro) es que ha perdido hasta el último céntimo. De pronto la pobre mujer oye pasos tras de sí, pasos cautelosos y quedos; se vuelve y se encuentra ante su padre, que la contempla en silencio; ante su padre, al que ha procurado á toda costa ocultar lo que su cede, sin comprender que los padres ven siempre, leen en el corazón de sus hijos, aunque sean unos pobres de espíritu.

– Yo no sabía por qué, pero sabía que no debías de casarte con ese hombre.

¡Cómo! La infeliz se levanta, mira á su padre con asombro, cree haber oído mal. Pero es el instante crítico de las confidencias. ¡Ah, sí! Todo cuanto ha sufrido callando, todas sus sospechas mudas, todos sus temores alimentados en silencio, la calle de amargura recorrida á su pesar, sin fuerzas para detenerse en el camino, ni para detenerla á ella, surge allí ante la cama del inocente, que prosigue durmiendo en el vórtice de la tormenta, indiferente á la tempestad. Y surge confuso, avergonzado, como pidiendo perdón de la osadía, como entre un arrepentimiento tardío de la confesión, como espantado el pobre hombre de haberse atrevido á hablar, á opinar por cuenta propia, á mantener un parecer que no es ó no ha sido el de su hija. Y ya á destiempo, la hija, con su mayor capacidad intelectual, con su cerebro más luminoso, comprende que la transgresión de la ley natural ha dado sus frutos, que la juventud no puede ni debe de dirigir á la vejez aunque la gane en luz.

– ¿Pero por qué no hablaste?

¿Por qué? Por lo que no hablan nunca los pobres de espíritu, los humildes, los mansos, los llamados á ser arrollados en las batallas de la vida; porque, á pesar de su amor de padre, estaba acostumbrado á obedecer, á obedecer siempre.

Alfonso Pérez Nieva.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

PRIMER MINISTERIO CONSTITUÍDO POR EL PRESIDENTE SR. BATLLE

Dr. D. Juan Campisteguy, *ministro de Gobierno.* – Es de origen vasco. Abogado distinguido, ha militado siempre en las filas del partido colorado, al lado del actual presidente, y figurando en algunas revoluciones. Es escritor elegante y orador fogoso. Ha ocupado distintos cargos: diputado, senador, etc; pero en donde se mostró de cuerpo entero fué en el ministerio de Hacienda con el último presidente Sr. Cuestas, demostrando competencia, laboriosidad y excelente preparación para todas las cuestiones financieras. Dejó el ministerio por no estar de acuerdo con algunos actos de la anterior presidencia. De regreso de un viaje por Europa y gozando de la quietud de la vida privada, el Sr. Batlle, con su designación, le ha sacado de su retiro.

Dr. D. Martín C. Martínez, *ministro de Hacienda.* – Cuenta al presente cuarenta y cuatro años de edad. Desde sus mocedades ha venido distinguiéndose su personalidad intelectual; primero como estudiante, luego como profesor privado, más tarde como catedrático de la Universidad; como abogado en el foro y como periodista después; como parlamentarista, hombre de ciencia y de estudio en las Cámaras ha poco. Es de los pocos que lo deben todo al propio esfuerzo. Su característica es la seguridad de juicio y la precisión del concepto lleno de ideas y atinadas observaciones. Su fuerte son las rentas públicas. Ha desempeñado la presidencia del Banco Hipotecario y otros cargos dentro del directorio. Cuestas le había llamado para ocupar igual ministerio, pero no quiso aceptar. El comercio y las clases conservadoras le tienen en gran concepto.

Dr. D. José Romeu, *ministro de Relaciones Exteriores.* – Es de origen catalán; cursó todos sus estudios de medicina en la Facultad de Barcelona, en cuyas aulas dejó huellas brillantes. A poco de haber regresado á su patria fué electo diputado; pero pronto se sintió molesto en el ambiente político, consagrándose en absoluto á su consultorio, conquistando fama de médico entendido y afortunado. Las circunstancias especialísimas por que pasaba la política de su país le sacaron de su retiro, llevándolo á la prensa y á la tribuna como factor principal del partido nacional. En el Parlamento y en el Senado se mostró siempre como estadista de alto vuelo, luciendo una palabra fácil, clara, firme, contundente, sin otro adorno que la fuerza vigorosa de su diléctica y la claridad con que expone sus ideas.

Ingeniero D. José Serrato, *ministro de Fomento.* – Es el más joven de todos los ministros: sólo cuenta treinta y cinco años. Al tiempo que terminaba la carrera de agrimensor púsose al estudio de la de Ingeniero de Puentes y Caminos, alcanzando los dos títulos académicos con notas superiores. A raíz de su tesis fué nombrado agrimensor de la Dirección General de Caminos y construyó el plano original del departamento de Montevideo, sin dejar de desempeñar dos cátedras en la Facultad de Matemáticas, hasta que fué electo diputado. En 1893 fué nombrado ingeniero de primera clase de la sección de Puentes y Caminos del Departamento Nacional, en cuyo desempeño le sorprendió el nombramiento de secretario de la Comisión de estudios del puerto. Después fué miembro de la Junta Económica Administrativa y Director General de Obras Públicas.

General D. Eduardo Vázquez, *ministro de Guerra y Marina.* – Allá por el año 1863, cuando el coronel Castro, en tierra argentina, organizaba elementos para robustecer la revolución encabezada por el general Flores, se le presentó un niño escapado del famoso é histórico colegio de Concepción del Uruguay, ofreciéndose como soldado. El tal era D. Eduardo Vázquez; y de aquel hecho y de aquella escapatoria deriva toda la brillante historia de su carrera militar. Defendió siempre lo que creyó justo. Desde soldado distinguido, todos sus grados han sido adquiridos por acción de guerra. Cuando la epopeya del Paraguay le halló con el de capitán, tomando parte en multitud de sangrientas batallas, distinguiéndose por su serenidad y bravura. Al regreso de aquella cruenta guerra se encontró con la revolución llamada de Aparicio. A las órdenes del gobierno constituído tomó activísima parte, y después de varios combates afortunados fué nombrado coronel: tenía entonces veinticinco años. También ha sido revolucionario contra la tiranía del general Santos y ha tomado parte en muchos otros hechos de armas. Ha ocupado cargos de importancia en la milicia, y esta es la tercera vez que ocupa el ministerio de Guerra y Marina.

Tales son, á grandes rasgos descritas, las personalidades que acompañan al nuevo presidente de la República Oriental del Uruguay D. José Batlle y Ordóñez en su primer ministerio. Votos hacemos para que dure los cuatro años de su constitucional gobierno. Sería el mejor de los elogios al terminarse el período.

Buenos Aires, marzo de 1903.

Justo Solsona.



P. de SARASATE

Hace algunos años publicamos en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA una semblanza del eminente violinista, en la que el notable literato que firma con el seudónimo de *Kasabal* trazaba, con el vigor y la elegancia característicos de su estilo, los rasgos principales, así de la biografía como de la personalidad artística de Pablo Sarasate.

Y aunque un conocido proverbio latino, el *non bis in idem*, debiera hacernos desistir de volver sobre el mismo asunto, no podemos resistir á la tentación de reproducir lo que acerca de nuestro universalmente aplaudido compatriota ha escrito hace poco en una importantísima revista musical parisiense el distinguido publicista Carlos Sarrus.

Seguros de que nuestros lectores han de perdonarnos y hasta agradecernos esta insistencia, cedemos la palabra á nuestro colega francés, el cual encabeza el artículo de Sarrus con las siguientes consideraciones:

«Todo hombre tiene dos patrias, la suya y Francia. Sarasate justifica admirablemente esta afirmación del poeta y además desmiente el refrán que dice que «nadie es profeta en su tierra.» Español de nacimiento, es aclamado en Pamplona, que le proclama hijo ilustre, y en París, en donde reside durante la estación fría, entre dos excursiones triunfales, del mismo modo que en Biarritz, en su coqueta *villa* «Navarra,» es mimado y admirado por cuantos le tratan y aplaudido por todos los que tienen la suerte de escucharle. La primavera nos lo trae nuevamente; y como siguiendo una costumbre, que se complace en respetar, presta su concurso á los conciertos del Conservatorio y á los de Colonne, la historia de sus primeros pasos en su carrera artística tiene hoy verdadero interés de actualidad.»

Y á continuación inserta el citado artículo que vamos á traducir:

«¡Qué existencia tan accidentada en sus comienzos la de este artista sin par, de este rey del violín como se le llama en todas partes.

»A la edad de ocho años, en 1852, preséntase en el teatro de Pontevedra por vez primera ante el público, en el que figuraban los duques de Montpensier. Su padre, músico mayor del regimiento de Aragón, habíale aleccionado antes de que saliera á la escena, recomendándole muy especialmente que se mostrara amable y respetuoso con Sus Altezas, que habían pedido les fuese presentado el pequeño prodigio.

»Pero el muchacho olvidó en seguida las recomendaciones paternales, y á pesar de su extraordinaria memoria musical, no recordó el tratamiento que debía dar á los duques, y les tuteó con gran desesperación de su padre, que le lanzaba miradas furibundas.

»El duque calmó el furor del músico mayor, y cogiendo al niño lo puso de pie en una silla y lo presentó á las personas que le acompañaban diciéndoles:

—»Es microscópico; hoy es un gran hombre de bolsillo; mañana el mundo será pequeño para él.

»Sarasate ha realizado la predicción del duque, pero ¡á costa de cuántos trabajos!

»Desde su más tierna infancia sólo tiene una pasión, la del violín. Su madre quejábase á menudo á su marido de que el niño trabajaba demasiado. En efecto, éste se levantaba antes de que amaneciera y tomando su método lo estudiaba con ardor infatigable, hasta el punto de que sus padres temieron muchas veces que cayera enfermo y en una ocasión creyeron perderlo. Esta asiduidad en el estudio, esta afición innata á la música y al violín en un niño hacían prever un temperamento excepcionalmente artístico; por esto su familia resolvió no contrariar una vocación tan imperiosa, y para dar al pequeño prodigio maestros capaces de desarrollar sus nacientes facultades, decidió enviarlo al Conservatorio de París.



PABLO SARASATE, preparándose para un concierto en los comienzos de su carrera artística

»En 1856, Sarasate partió para Francia, acompañado de su madre; pero apenas los dos viajeros pasaron la frontera, el cólera, que hacía estragos en Bayona, arrebató en pocas horas á aquella señora, quedando Sarasate á la edad de doce años solo en una ciudad en donde no conocía á nadie. Su buena estrella, sin embargo, no le abandonó en aquel momento decisivo, sino que le hizo encontrar un salvador en la persona de un banquero bayonés, D. Ignacio García, que lo recogió y tuvo energía bastante para resistir á los deseos paternales y poner de esta suerte al pobre niño en el camino de la gloria y de la fortuna.

»De momento, el Sr. García no supo qué partido tomar.

»Afortunadamente encontrábase entonces en Bayona un profesor de música llamado Jubin, que tenía verdadero talento de violinista; el Sr. García llevóle á Sarasate, y en cuanto éste hubo tocado los primeros compases, Jubin exclamó entusiasmado:

—»Jamás he oído un prodigio igual.

»Y habiéndole el Sr. García expuesto la situación delicada en que se encontraba, el profesor añadió melancólicamente:

—»Si obedecéis á su padre y lo enviáis á España, está perdido para el arte. Mandadlo inmediatamente á París; conozco á Alard y se lo recomendaré. Este muchacho está llamado á una gloriosísima carrera artística.

»El consejo fué seguido.

—»Tome usted el dinero para el viaje, dijo en seguida el Sr. García á Jubin, y parta usted inmediatamente para París con el muchacho. Después, veremos lo que se hace.

»Y el mismo día de la partida el protector de Sarasate escribió al padre de éste que su hijo hallábase ya camino de París cuando recibió la carta en que le ordenaba que se lo enviase.

»Esta dichosa mentira decidió la suerte de Sarasate.

»El niño no tenía ya que hacer más que trabajar, y se puso á estudiar con nuevo ardor, obteniendo por unanimidad, después del primer año de Conservatorio, el primer premio de violín y al año siguiente el de armonía.

»Después de estos primeros éxitos, Alard se decidió á presentar á su asombroso discípulo en Bayona ante sus compatriotas adoptivos.

»Como la historia del pequeño prodigio era conocida en toda la ciudad, el teatro estuvo llenísimo; el triunfo fué indescriptible, teniendo que salir varias veces el joven violinista á la escena para saludar al público que le aclamaba delirante. Tal es el principio de la triunfal carrera de Sarasate.

»La característica de su prodigioso talento es su precisión intachable, la exquisita pureza del sonido y un mecanismo que no revela esfuerzo alguno: de tal modo el estudio tenaz ha logrado vencer todas sus dificultades.

»Sarasate ha visitado todos los países, lo mismo las grandes capitales europeas, que las populosas ciudades americanas, y en todas partes ha cosechado abundantes laureles, despertando en todos los públicos el mismo entusiasmo.

»Su carácter es bondadosísimo y su trato en extremo agradable: su casa está siempre abierta para sus amigos, á quienes proporciona ratos deliciosos ejecutando en su obsequio cuantas piezas le piden de su vasto y escogido repertorio.

»Los triunfos no le han envanecido, con ser tan grandes y tan continuados: acogido en todas las cortes, estimado por las más ilustres personalidades de todas las naciones, aclamado por todos los públicos, es siempre el hombre sencillo dotado de un alma noble y de un corazón de niño, y jamás se olvida de su patria, á la que acude todos los años para visitar á su querida Pamploma en las fiestas de San Fermín, el glorioso patrón de Navarra.»

CARLOS SARRUS.

LA TUMBA DE JUAN PEDRO

Ocurrióseme visitar el cementerio, y emprendí la penosa caminata una tarde del mes de julio, ese mes favorito del Sol. No refrescaba el ambiente abrasado ni el más ligero soplo de brisa.

Sólo un alivio se ofrecía al caminante contra el bochorno irresistible: la enmarañada pelambre de los añosos álamos, tendida sobre el camino como un enorme palio de verdinegros tonos.

Pero de aquel menguado alivio los propios árboles se cobraban, brindando á los ojos un espectáculo, que, por no presenciarlo, pudiera preferirse la jornada sin auxilio de palios ni doseles, sin defensa alguna contra las caricias del Sol implacable.

Al pie de cada árbol había un mendigo.

Sentados sobre el suelo, sirviéndoles los troncos de respaldo, parecían los pordioseros berrugas monstruosas, nacidas en la corteza de los álamos al calor de alguna enfermedad indefinible.

Al aparecer yo entre ellos, animáronse los miserables, sacudiendo valientemente la modorra, para asestarme la inacabable letanía de sus cuitas:

– ¡Una limosna, por Dios, buen caballero!

– ¡La Virgen de Covadonga se lo pagará!

– ¡Por las Animas, hermano!

No lograron los exiguos recursos de mi bolsa acallar el huracan de lamentaciones, y para ponerme en salvo, hube de pedir auxilio á las piernas, apresurando el paso, tanto cuanto ellas me lo permitieron.

Ante mi vista se retorcía el camino en dislocadas piruetas, y el polvo gris que alfombraba el cercano repecho abrillantábase y refulgía bajo el beso del Sol, semejando una corriente de plomo fundido, sorprendida en su marcha por el cíclope impasible forjador de la luz.

En el lado más alto del repecho y sobre un grosero pedestal de sillería, erguíase un crucifijo de hierro, en recuerdo sin duda, y abona esta creencia una costumbre del país, de algún horrendo crimen, en aquel paraje perpetrado.

La acción del tiempo y la incuria de los hombres habían hecho mella en el divino emblema de la caridad, cercenando uno de sus brazos – el que apuntaba hacia el caserío de la industriosa ciudad, – y por obra de tal mutilación, el abrazo simbólico de la cruz convertíase en gesto trágico: el gesto de un acusador que señalara al humano egoísmo el espectáculo cruel de la carne agusanada, esparcida en montones vivos á lo largo de la carretera...

Continué aún caminando durante media hora, y llegué al campo santo.

El conserje de la Necrópolis brindóse á servirme de guía, y juntos penetramos en el cementerio.

El primer patio era un rico museo de escultura; pero ni la belleza de las estatuas, ni la suntuosidad de los templetes fueron parte á solicitar mi atención, requerida de pronto por un extraño mausoleo que ocupaba el centro geométrico del patio.



Erina Borlinetto, aplaudida mezzo soprano que actualmente canta en nuestro Gran Teatro del Liceo



El eminente barítono Ramón Blanchart, que actualmente canta en nuestro Gran Teatro del Liceo

Era un enorme prisma octogonal, de acero, con más base que altura, sin pulimento alguno, sin adornos, sin inscripciones. Producía la idea de la protesta contra los soberbios mármoles que profanaban la mansión de los iguales...

Advirtió mi acompañante la curiosidad que despertaba en mí el negruzco bloque, y díjome, con tono entre misterioso y triste, mientras su diestra mano acariciaba una arista del prisma:

– Es Juan Pedro, señor.

– ¿Que *es* Juan Pedro? Querrá usted decir que señala...

– No; dígole que éste es el que le digo.



El tenor Sr. Valls, que ha debutado recientemente en nuestro Gran Teatro del Liceo (fotografía de A. Esplugas)

Yo miré sorprendido y receloso al viejo conserje, que con aire de profunda convicción siguió diciendo:

– No lo tome á mal tomar, mi buen señor, ni vaya á creer que no estoy cabal. Lo que usted se figura un cacho de acero, es acero, sí que lo es, pero es un hombre también.

– Pues cada vez lo entiendo menos...

– Usted no es de por acá, bien se echa de ver; si no, sabríalo... Yo le contaré el *sucedío,* si al señor no le enfada.

– Antes por el contrario, prometo escucharlo atentamente.

– Pues señor..., y el viejo hizo una pausa larga y afectada, como si tratase de reunir desperdigados recuerdos, Juan Pedro era un buen rapaz, un bendito; pero la suerte habíala *tomao* con él, y desde que nació no le hizo más que judiadas. La madre murióse al echarlo al mundo, y el padre, ocho ó diez años después: un día que á una caldera de la *frábica* de tornillos dióle la ocurrencia de reventar como un cohete, llevándose por delante *pa* el otro barrio á todo el personal que la servía. Dicho se está que el rapaz quedóse con esto más solo y más *probe* que un perro sarnoso; pero tenía muchos *reaños* el *indino.* Entró de aprendiz en la fundición grande, sin sueldo ni cosa que lo valga, comiendo lo que buenamente le daban los oficiales, vistiéndose con los guiñapos que ellos habían de dejar, y durmiendo allí mismo: al calor de los hornos en el invierno, y *espatarrao* en cualquier patio durante las noches del verano.

– ¡Pobre muchacho!

– Bah, así empiezan casi todos... Juan Pedro apañóselas como pudo, y á fuerza de fuerzas, llegó á ser oficial, y á ganarse sus cuatro pesetas todos los días, cuando tan siquiera un pelo le había *salío* en el sitio del bigote. Esto ya era *pa* darse con un canto en el pecho, pero el diablo las enreda... Hízose mozo, un mozo guapo como una pintura, y más fuerte que un arco de iglesia. Claro, no podía faltarle lo que á todos sobra: mujeres. Echáronle muchas los anzuelos, y al fin una consiguió que picara... ¡Cristo bendito, y qué rebonita era la condenada! Juan Pedro enloqueció por aquella mujer. El horno del taller y la chica eran todo su amor, *toa* su vida. El horno á las horas de sangría, cuando la bocaza enorme escupe el acero rojo y *encendío* como un vómito de fuego, y Asunción... á *toas* horas, fija en el pensamiento si estaba lejos, y cuando cerca, mareándole con la mirada y emborrachándole con la palabra, le habían *sorvío* la sesera.

Un día sonaron las cornetas de la tropa tocando llamada, y mi hombre... pues tuvo que hacer lo que cuadra á los que no tienen los seis mil: *¡tararí, tararí,* de frente, *mar!,* y andando, á servir al Rey.

Juan Pedro, que era muy hombre, lloró dos veces aquel día: al abrazar á la novia, y al dejar el taller. La novia no lloró: dióla un arrechucho, en no sé qué de los nervios, que se curó de seguida con una señor, cuando los americanos se salieron con la suya, y comenzaron los barcos á alijar en nuestros puertos las cargas de esqueletos, que traían licencia de la muerte *pa* buscar en su tierra sepultura, en una saltó como un río de fuego, y por entre la canal de arena fué á caer en el crisol preparado para fundir esta misma pieza. Juan Pedro, que dirigía la operación mudo y tieso como una estaca, soltó de repen-



A SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XIII

Homenaje respetuoso de los españoles residentes en Lima, reunidos en el Casino Español con motivo de su advenimiento al glorioso trono de San Fernando, el 17 de Mayo de 1902

EL MARCO EN BRONCE ES OBRA DE LOS SRES. MASRIERA Y CAMPINS, DE BARCELONA

medecina de la botica... Había guerra; fué cuando eso de la Habana, cuando los yanquis nos quitaron la propiedad que tenía España al otro *lao* de la mar, y Juan Pedro marchó en uno de los batallones que fueron al matadero. Aquello duró mucho, ya lo sabe el señor, y también sabrá, porque ello se *deprende* pronto, que las mujeres tienen, en lugar de corazón, un libro de cuentas, que les hace ir *pa alante* ó ir *pa* atrás, según suman las *partías* cuatro ó cuatro mil.

– Muy pesimista es usted, amigo mío.

– Bueno, seré... eso que *usté* dice; pero lo que digo yo es el Evangelio. ¿Sabe *usté* cuánto tardó Asunción en hacer al *probe soldao* la primera *surdá*?.. ¡Tres meses mal *contaos,* señor! Bastó que un hijo del amo de Juan Pedro, un señoritingo *desmedrao* y *escurrío* lo mismo que un gato hambriento..., ¡cómo que estaba tísico y lleno de porquería hasta el tuétano!.., bastó que le hiciera algunas carantoñas, y le prometiese algo más *efetivo* que el amor y el cariño del otro, *pa* que Asunción arrojara una noche la honra y la vergüenza por la ventana baja de la casa, que sirvió de puerta al escuerzo del señorito... Juan Pedro había *llegao* á la Habana, había *entrao* en fuego, y por aquel entonces estaba en el hospital. Una bala habíale *atravesao* de parte á parte, haciéndole un destrozo que no le llevó *pa con Dios,* porque llevaba él adentro la *medecina:* el ansia de vivir, *pa* disfrutar del amor de su Asunción... Pues, *maldecía* embarcación de aquellas llegó Juan Pedro... Seis meses *medecinándose,* y luego, vuelta al taller, donde los amos, por *convenencia* de ellos, le habían *reservao* la plaza. Tan y mientras estuvo malo, no cayó en la cuenta de nada; nadie quiso descubrirle las perradas de Asunción, y ella..., ella supo hacer el papel mejor que una cómica. Pero el runrún de la ciudad tenían que oirlo hasta los sordos, y el rapaz no lo era ni *miaja.* Llegó á sus oídos lo que todo el mundo sabía, y... ¡válgame Dios lo que puede el cariño!, emperróse en no creerlo, y más de una vez salieron con los morros *hinchaos* los que querían arrancarle la venda. Tan ciego estaba, que al año de llegar... ¡casóse, señor, casóse!, y *pa* colmo de burla, aguantó que apadrinase el casorio el mismo señorito que se la había *pegao*...

– ¡Desdichado!

– No sé cómo fué; pero, claro, pasó lo que tenía que pasar: al cabo de algún tiempo, súpolo todo con pelos y señales. Súpolo, y en media hora, ¡cuánta desgracia! Su mujer, en la casa, y el señorito, en el pabellón de la *frábica,* ganáronse una cuchillada que les partió en dos cachos el corazón, y Juan Pedro, después de hacer las dos muertes, entróse en el taller, muy *callao* y muy tranquilo; pero, según dicen los operarios, con algo muy terrible en los ojos y en *toa* la cara. Era el momento de la sangría, el rapaz mandó abrir la boca del horno, el chorro de acero te una carcajada de loco, y gritando á los compañeros «¡Llamadme, llamadme ahora calzonazos!,» zambullóse de cabeza en el acero, sin que nadie pudiera evitar el arrebato. El cuerpo del *probe* rapaz hundióse en la masa de fundición, y como es fuerza que fuese, quedó *fundío* y *entremezclao* con el metal, pues ya sabrá el señor que el calor del acero, cuando sale del horno, es tan grande y tan horrible, que derrite, no digo yo el cuerpo de un hombre, diamantes que pillara. Por eso dije antes que este bloque no es un sepulcro como los demás, dije que *es* Juan Pedro..., porque aquí está el *desgraciao* entero y verdadero, sin que sea posible separarle en todo ni en parte de lo que fué el otro amor de su vida.

. . . .

Despedíme del viejo, y abandoné el cementerio bajo la brutal impresión de aquel relato, que había martilleado en mi espíritu como una pesadilla macabra.

Atardecía... Retozaba la brisa entre las ramas... La naturaleza despertaba de la pesada siesta... Poníase el sol... Todo había cambiado al cesar el bochorno. Todo, menos la trágica actitud del Cristo manco, que, con el brazo único extendido, señalaba los montones vivos de carne agusanada, por el egoísmo humano desperdigados entre el polvo del camino.

ROGELIO G. RENDUELES.



REPUDIADA, cuadro de Adolfo de Meckel



UN PASAJE DIFÍCIL, cuadro de Ricardo Winternitz

NUESTROS GRABADOS

Estatua de Hermes.—Hace poco, unos pescadores de esponjas descubrieron en el fondo del mar, junto á la isla de Cerigotto, unas treinta estatuas, enteras ó rotas; el gobierno helénico, en cuanto tuvo noticia del descubrimiento, envió á aquellas aguas un buque de guerra con algunos buzos, que lograron extraer aquel precioso tesoro artístico. Examinado el hallazgo por los arqueólogos, declararon éstos que en él figuraban algunas de las más notables obras maestras de la estatuaria griega de los tiempos de Fidias, Polycletes y Praxiteles: estatuitas de bronce de un arte exquisito que se remontaban á cuatro ó cinco siglos antes de Jesucristo, una cabeza de bronce de tamaño natural del período alejandrino, una estatua de mármol de un efebo y otras no menos notables. Pero la atención de los sabios se fijó principalmente en una serie de fragmentos importantes que, al parecer, pertenecían á una figura de hombre, de tamaño mayor que el natural, y que por la armonía de proporciones y la nobleza de formas indicaban una obra maravillosa. Para restituir esta estatua á su integridad y á su actitud primitivas, el director de los museos helénicos M. Cavvadias dirigióse á un artista francés, M. Alfredo André, quien se instaló con dos de sus colaboradores en Atenas, consagrándose durante siete semanas al delicado trabajo que le había sido encomendado y que se ha visto coronado por el éxito más completo, reconstituyendo el Hermes de bronce de autor desconocido. Expuesto éste en la sala principal del Museo Nacional de aquella ciudad, todos cuantos lo han visto, aficionados y arqueólogos, convienen en considerarlo como estatua digna de figurar al lado del famoso Hermes de Praxiteles que se ve en Olimpia y con la cual no puede ser comparada ninguna otra estatua en bronce de la misma época.



ESTATUA EN BRONCE DE HERMES, encontrada en el fondo del mar junto á la isla de Cerigotto

Erina Borlinetto, mezzo soprano del Gran Teatro del Liceo.—Aunque joven, no puede considerarse á la Srta. Borlinetto como novel artista, puesto que goza de justa y merecida fama, noblemente alcanzada en los varios teatros en donde ha actuado. Artista de verdadero temperamento, interpreta inteligentemente el personaje que representa, distinguiéndose por su agradable y extensa voz, así como por su buena escuela. Así lo han apreciado cuantos han tenido la ocasión de oirla, y así podrá reconocerlo el público barcelonés que asista á la representación de la ópera *Adriana Lecouvreur* en nuestro Gran Teatro del Liceo.

Ramón Blanchart, barítono del Gran Teatro del Liceo.—Ventajosamente conocido es del mundo del arte y del público de las principales capitales nuestro paisano el distinguido barítono Ramón Blanchart. Su reputación está sólidamente cimentada y su nombre merece general consideración. De ahí, pues, que al reproducir su retrato en las páginas de esta Revista, nos limitemos á escribir estos renglones como mero testimonio de la simpatía que nos merece, ya que sus merecimientos han tenido todos ocasión de apreciarlos, especialmente en la representación de la obra *Adriana Lecouvreur*, próxima á ponerse en escena en los momentos en que trazamos estos renglones.

El tenor Juan Valls.—Ha poco más de dos años que el Sr. Valls era simplemente un honrado y laborioso agricultor. Su afición al canto fué causa para que la casualidad le deparase la ocasión de dar á conocer sus excepcionales dotes, y se repitió una vez más el hecho de convertirse en tan breve período en un artista, que de no malograrse, no podrá arrepentirse de haber trocado su profesión. Ha pocos días que el público barcelonés ha tenido ocasión de verle por primera vez en el palco escénico del Gran Teatro del Liceo, y aunque acaso ha sido prematura su presentación, han podido apreciarse en todo su valor sus estimables cualidades, que llegarán á solidarse y á alcanzar la meta deseada si el novel tenor procura avalorarlas con el estudio, no dejándose dominar por la satisfacción que haya podido procurarle su aparición en la escena.

Medalla conmemorativa del viaje de Mr. Chamberlain al Africa del Sur.—Inglaterra, maestra en el arte de colonizar, quiso sellar la paz firmada con los boers con un acto de resonancia que le atrajera á las poblaciones nuevamente conquistadas, á cual efecto emprendió Mr. Chamberlain un viaje al Africa del Sur. La empresa era arriesgada, por ser el expedicionario el causante de las guerras que acabaron con la independencia del Transvaal y del Orange; y sin embargo, la excursión de Mr. Chamberlain ha dado los mejores frutos, pues aquellas poblaciones han oído de sus labios, no las arrogancias ó desdenes del conquistador, sino las frases de afecto del estadista de elevadas miras, convencido de que hoy las conquistas se cimientan, no en la fuerza, sino en el cariño ó cuando menos en el interés. Gracias á este sistema, que los ingleses practican como ninguna otra nación, es de esperar que en breve plazo se habrán extinguido los odios ó antipatías que acaso todavía subsisten y que á no tardar disfrutarán los boers de una autonomía y de un bienestar material que poco á poco irá mitigando el dolor que la pérdida de su independencia les produjo. En conmemoración de este viaje se ha acuñado la medalla que adjunta reproducimos, dibujada por Mr. José Fray, en cuyo anverso hay el retrato de Chamberlain y en el reverso una alegoría y el siguiente párrafo del discurso pronunciado por Mr. Chamberlain antes de su partida: «Voy al Africa del Sur con el más vivo deseo de hacer de aquel pueblo una gran nación africana bajo la bandera británica.»

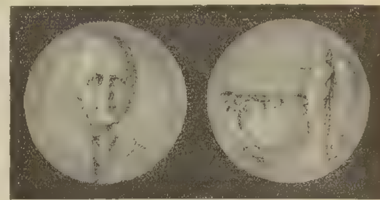
Homenaje del Casino Español de Lima á S. M. D. Alfonso XIII, obra de los Sres. Masriera y Campins.—Atentos nuestros compatriotas residentes en la República peruana á los acontecimientos que se desarrollan en la madre patria, aprovechan cuantas ocasiones aquéllos les ofrecen para demostrar que la distancia no amortigua la intensidad de su amor por el país en que nacieron. Muestra de ello es el hermoso marco de nogal con aplicaciones de bronce dorado que la colonia española residente en Lima ha ofrecido recientemente á S. M. D. Alfonso XIII, como homenaje de respetuosa simpatía con motivo de su advenimiento al trono. La obra, que fué patrocinada por el Casino Español de la capital del Perú, ha sido ejecutada magistralmente en los talleres de la fundición artística de los Sres. Masriera y Campins, de nuestra ciudad.

Israel Roukhomovski.—Ha llegado á París el hábil artista ruso que se dice autor de la famosa tiara de Saitafarnés, de la que nos ocupamos en el número 1.110 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Israel Roukhomovski es un israelita lituano que trabajaba de grabador en Odessa, en donde ejecutaba matrices de letras y de adornos destinados á ser estampados en cajas metálicas. Fuera del taller y en los ratos de ocio, se dedicaba á trabajos artísticos, y en estas condiciones modeló, por encargo, la célebre tiara. Para demostrar que él es el verdadero autor de esta joya, ha comenzado, una vez en París, por indicar las obras de donde sacó los temas que la adornan, y comprobadas sus indicaciones, han resultado exactas; luego presentó una fotografía de la misma, tomada en su propio taller, y finalmente en presencia del discutido objeto lo reconoció como obra suya. En vista de estos datos, M. Clermont Ganneau, encargado por el ministro de Instrucción Pública de informar acerca de la antenticidad de la tiara, ha emitido un primer informe declarando que ésta era falsa y que su autor era «verosímilmente» Roukomovski. Ahora sólo falta, para completar la prueba, que éste ajecute un fragmento de aquélla, lo que ha comenzado ya á hacer, habiendo escogido á tal objeto una faja vertical que comprende un trozo de cada una de las zonas de decoración.



EL ARTISTA RUSO ISRAEL ROUKHOMOVSKI, autor de la célebre tiara de Saitafarnés

Repudiada, cuadro de Adolfo de Meckel.—Entre todos los modos de expresión del pensamiento humano, la pintura es tal vez el que mejor sintetiza una idea, un asunto, y el que en menos tiempo y con menos espacio los transmite de una manera más intensa, los hace sentir más honda y vigorosamente. Una simple figura, un pequeño paisaje despiertan muchas veces en nosotros un conjunto de consideraciones que un trabajo literario, por ejemplo, necesitaría una larga serie de conceptos para expresar. Véase en prueba de lo que decimos el cuadro de Meckel: ¿quién al verlo no pensará en las bárbaras costumbres que existen en los países Orientales? ¿Quién no se sentirá indignado recordando la condición en que allí se encuentra sumida la mujer? ¿Quién no deseará ardientemente que la civilización y el cristianismo penetren en aquellas regiones y transformen aquella sociedad embrutecida? Lienzos como este y como tantos otros en que los modernos artistas tratan los problemas que hoy más preocupan al mundo, constituyen medios de propoganda más poderosos en muchos casos que los que la palabra proporciona.



Medalla conmemorativa del viaje de MR. CHAMBERLAIN al Africa del Sur

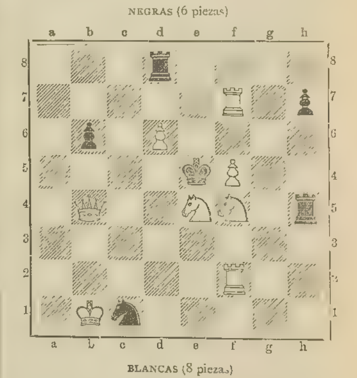
Un pasaje difícil, cuadro de Ricardo Winternitz.—El asunto es poco importante, nimio, si se quiere, y sin embargo, el pintor ha sabido sacar de él gran partido, gracias á la fuerza de expresión que ha dado á los personajes y á los vigorosos trazos y contrastes de claroscuro que ha estampado en el medio ambiente en que la escena se desarrolla: los rostros, las actitudes de ese hombre y de esa mujer, denotan admirablemente que en aquellas almas alienta una pasión por el divino arte; no son los *dilettanti* que descifran un compás de ejecución difícil, sino los entusiastas que parecen querer desentrañar la idea que el compositor tradujo en notas del pentagrama y que tal vez resume todo el pensamiento de la composición.

La presa de Arucas (Canarias).—Desde hace algún tiempo practícase en Canarias lo que ha dado en llamarse *política hidráulica*, ejecutándose trabajos importantísimos de embalsamiento y presas con el objeto de aprovechar las aguas que, sin procurar la menor utilidad, iban á parar al mar, así como las pluviales, que tampoco se beneficiaban. Ocioso es consignar las ventajas que reportan á la agricultura esta clase de mejoras, ya que son de todos conocidas. A esta clase de obras pertenece la importante presa de Arucas, á cuyo benéfico influjo se convertirá en fértil y productiva una comarca que á no haberse realizado la obra, jamás obtendría los resultados que son de esperar. A la buena amistad del distinguido publicista de Las Palmas D. Francisco González Díaz debemos la vista fotográfica que reproducimos en la última página de este número.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 323, POR E. HALLIWELL.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

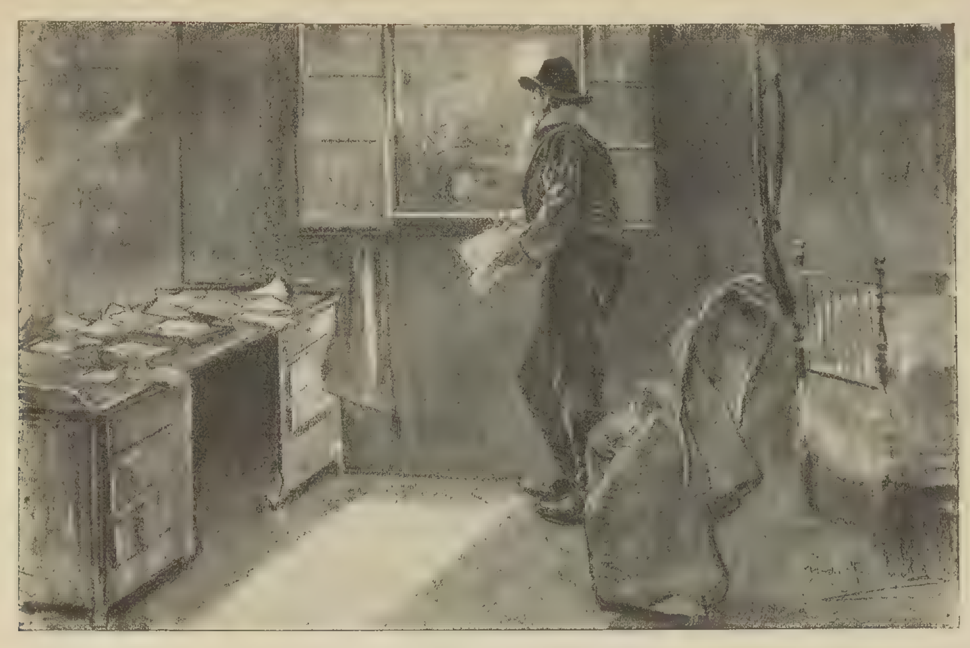
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 322, POR F. KOHNLEIN.

Blancas.	Negras.
1. De8–e2	1. A a5 × c3
2. Cd3–c5	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

VARIANTES.

1..... A a5 × c7; 2. Cd3–b4 jaq., etc.
1...... h5–h4; 2. De2–g4, etc.
1.... C h8 juega; 2. De2–f3 jaq., etc.



... y con ella en las manos se fué hasta la ventana...

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

– Tampoco yo puedo dormir.
– ¿Qué pensabas de eso?, vamos á ver.
– Lo mismo que acabo de decir á ustedes.
– ¿No crees?
– No creo.
– ¿A pesar de los indicios?
– Para mí no hay tales indicios.
– Entonces Melchora es una deslenguada y cuantos informes venimos recogiendo de la conducta de la otra son inexactos; es decir, que estamos viendo visiones, y si las alas de ángel de la otra no aparecen por ninguna parte, es culpa y falta de nuestros ojos.
– No digo yo tanto, mamá, ni llamaré deslenguada á Melchora; pero con ser exactos los informes y Melchora todo lo verídica que debe, en la interpretación se puede fallar. Y fallan ustedes, mamá, se lo repito á usted con los respetos merecidos.
– Afirmarlo así, en absoluto, me parece arriesgado, Fabio. ¿Vas á pasarte al campo de la otra?
– No, mamá. En los dos campos estoy y de los dos quiero hacer uno solo, en bien de todos.
– Muy difícil, Fabio, muy difícil. Ella es irreductible, á pesar de su modito de colegiala humilde, y yo no me rindo á nadie. Ya entró aquí con mal pie... Acuérdate cómo embaucó á Josecito y por qué lo consentí yo.
– Sí, me acuerdo.
– Le salió la torta pan, ¡que se fastidie!, no hay atajo sin trabajo, y no se goza de las riquezas de un marido tonto sin aguantar cristianamente las tonterías del marido... ¡Cristianamente, Fabio! Ella ha querido estar á las maduras, pero no á las duras...
– Bien, bien, mamá; pero de esto á lo otro, á lo de Melchora, á lo que casi creen ustedes...
– En el mundo, Fabio, todo tiene su causa y su porqué. Explícame los misterios de la torre, y devolveré á la de Barracas, si no mi estimación, pues jamás la alcanzará, mi benevolencia. Mientras no me los expliques, creeré lo de Melchora y mucho más.
– Bueno. Pero no transmita usted sus dudas á Josecito, mamá.
– ¿Por qué?
– Porque sería insensato, sería introducir la discordia en el matrimonio... Además, Josecito haría una barbaridad, ó dos; Josecito haría muchas barbaridades.
– Mira, Fabio, claro está que dudas ó sospechas no he de comunicar yo á Josecito; pero, la verdad, con la prueba por delante..., ¿cómo pretendes que se la oculte? ¿Vamos á tapar la infamia de la otra? ¿Voy yo á consentir que viva bajo mi techo y coma mi pan y lleve mi apellido?.. Fabio, ¿comprendes?

El portavoz no subió la respuesta, y por la inquieta serpiente verde que agitaba la mano de misia Justa, bajó la pregunta:

– Fabio, ¿estás ahí?
– Sí, mamá.
– ¿Y por qué no respondes?
– ¿Qué he de responder á usted? Mientras la prueba no aparezca, es ociosa toda amenaza.
– Ya aparecerá.
– Creo que no.
– ¡Ojalá no parezca! Yo no lo deseo, si bien ella pondría punto y término á esta situación insufrible.
– Con un poco de buena voluntad también se pondría, mamá.
– ¿Ya me vienes con tus cargos? ¡Que de todo tengo yo la culpa por mi mal genio, mi humor detestable, mi corazón perverso!..
– Mamá, yo no digo eso, ni puedo pensarlo.
– Lo piensan y lo repiten los demás. ¿No estoy yo, con mi santa paciencia, viendo cosas indebidas, y por no alborotar las soporto y me callo y me trago el veneno? ¿Quieres decirme en qué pasa el tiempo? ¿Por qué no cose? ¿Por qué no borda, ó lava, ó guisa, ó plancha, ó zurce, ó hace alguno de los menesteres de toda mujer hacendosa? ¡Defectos de educación!, contestarás. Eso; ¡valiente educación! Con su farsa de la escuela cree que nos embauca... Para que después digas... ¡Vete con tus sermones á la otra, que buena falta le hacen!
– Mamá, precisamente con paciencia y buena voluntad se dominará todo... ¡Flojo escándalo daríamos! ¡Figúrese usted!
– Sí, me lo figuro; por eso trato de evitarlo. Mas no depende de mí, depende de la otra.
– Depende de todos, mamá.
– De ella, Fabio, de ella... Me voy á acostar; se me parte la cabeza. Buenas noches.
– ¡Que usted descanse, mamá!
– Adiós, hijo.

La larga serpiente verde se estuvo quieta, los pasos de arriba cesaron de allí á poco, y D. Fabio volvió á coger su revista, preocupado en conocer la filiación de aquellos salteadores de sus maizales. Pero la abandonó de nuevo, porque á la madrugada había de presidir el apartado de novillos vendidos, y entre cháchara y cháchara era ya sobre la una... Se tendió en la cama, sin desnudarse, como soldado dispuesto al combate; de modo que cuando el capataz D. Patricio viniera le encontrase listo, y su *Lobuno* no se impacientara en el palenque. Y se durmió con el sueño profundo que dan la salud del cuerpo y la serenidad de la conciencia...

Tan profundamente dormía D. Fabio, que no oyó los golpes que se repetían en la ventana y las voces: «Patrón, patrón, Sr. D. Fabio...» Ni el silbido de la serpiente verde, ni la algarabía infernal de afuera, en que la campana de la capilla se destacaba, tocando á rebato. Al fin se despertó, y sobresaltado, se echó á la ventana, cuyos cristales el alba teñía de azul y de rosa, abriéndola de golpe, porque reconoció la voz del capataz, y conforme la hubo abierto, diéronle en la cara, invadiendo la habitación como nube de granizo, infinidad de saltamontes, enormes langostas que volaban con sordo rumor de hojas secas barridas por el viento, tantas, tan innumerables, que cubrían el jardín y cubrían el cielo; armada de cacerolas la servidumbre entera y de cuanto instrumento ruidoso hallaron los peones del establecimiento, con badilas, con palos y con piedras batían el cobre de lo lindo; escandalizaba á más y mejor la campanita, y sonaban escopetazos acá y allá.

La amulatada cara de D. Patricio se fruncía de aflicción, pensando el viejo en el maíz que estaba granando y en la alfalfa tierna todavía; con un puñado de invasores en la mano, levantó el brazo y los enseñó al patrón que aparecía en la ventana.

– Patrón, ¡la langosta!, ¡la manga de Ombú! ¡Y se ha bajado á almorzar aquí! *¡Ahijuna!*

—¡Malhaya!, dijo D. Fabio defendiéndose de los malditos bichos, buen almuerzo se prepara. Patricio, ¿y el maíz?

—Todito cubierto, señor. Y la alfalfa, y la huerta y todo. No va á dejar una hoja.

—Allá voy, Patricio, allá voy.

Para ir D. Fabio desde la ventana hasta el portavoz, que seguía pitando alarmado, tuvo que marchar sobre el movible tapiz de saltamontes, que despachurró á su gusto, con rabia, como si en cien de ellos quisiera vengar la desastrosa invasión; y cogiendo la trompetilla contestó á su madre:

—Mamá, es la langosta. Una manga terrible.

Soltó el tubo, y sin pararse en aliños ni abluciones, se puso el chambergo y salió perseguido por los insectos que se prendían de sus ropas, ensordecido por la batahola de afuera.

¡Qué ira! ¡Oh dolor! En la escalinata D. Fabio dió una patada y quedó irresoluto y pasmado; la dañina caterva asolaba el jardín y el parque, talando todo á su paso, había desnudado ya á los naranjos del patio, y sobre los arbustos y las plantas hormigueaba de suerte que los troncos y las ramas adquirían viviente aspecto de extraños organismos; en el aire, en el suelo, en las paredes de la casa, volando incierta, ó saltando prodigiosamente, acometía voraz, y el furioso juego de sus mandíbulas parecía reproducir las quejas de los seres vegetales, estremeciéndose ante la brutal agresión, llorando por todas sus fibras desgarradas. Era tan espesa la nube, como si todos los átomos del aire hubieran tomado forma visible y monstruosa...

Mientras unos trataban de ahuyentarla con el ruido, otros, á capotazos y escobazos mataban muchas de ellas, sembrando de cadáveres la plazoleta; y al estruendo de la batalla asomáronse á las ventanas los sobresaltados durmientes; salió D. Celedonio armado también del primer chirimbolo que halló en la sorpresa, y todos se afanaban infantilmente en atajar la invasión y el estrago de los maleantes acrídideos.

Pero D. Fabio no se movía de la escalinata, convencido de la inutilidad de la resistencia, de la imposibilidad de defenderse siquiera para salvar aquella espléndida zona de *La Justa*, su obra magna, su riqueza y su orgullo. No se movía, y como de burlas ó retándole insolente, el enemigo saltaba encima de él, se colgaba de sus barbas, dábale topetazos y á sus pies pululaba en legiones inmensas; y él, nuevo Gúlliver, alzaba el pie macizo y le estrujaba, y por cada ciento que destruía surgían mil y cien mil más que le acosaban.

Allá fué D. Patricio, mesándose los pelos grises, echando *ahijunas* colérico...

—Patrón, ¿y qué hacemos?

¿Qué habían de hacer? Contra el granizo que cae, ó la lluvia que inunda, ó el terremoto que destruye, contra el siniestro meteorológico ó geológico, en suma, no hay remedio capaz de evitarlo en tanto que se produce: sólo la precaución, antes de que ocurra, puede ser un escudo. *¡Ahijuna!* Pues no se habían precavido en tiempo oportuno contra aquella plaga, haciendo buen acopio y gasto de gasolina, y de cuanto artículo de guerra de esta clase preconiza la ciencia específica, enterrando en hondos surcos las larvas... Bueno, pero la manga venía de fuera, de Ombú, donde, seguramente, no cumplieron iguales precauciones, ó de más lejos. La precaución no es la garantía absoluta.

—Vamos, Patricio, dijo Esquendo; quiero recorrer el campo, abarcar la extensión del desastre: tal vez no sea tanto como lo suponemos.

—¿Que no? Pues si encuentra usted un *choclo* para un remedio, que me corten un dedo.

Salieron de la plazoleta, matando enemigos á cada pisada, y dejando al pintoresco escuadrón entregado á su inofensiva cacería, montaron D. Fabio en su *Lobuno* y el capataz en un overo rosado, que era su favorito, y al que cabalgó en pelo, de un salto, metiéndole en la boca una cuerda, á guisa de rienda, y marcharon, paso tras paso, entre la nube de langostas que les envolvía.

¡Qué ira! ¡Oh dolor! Cubríalo todo, todo, y podía decirse que sobre cada hoja y cada brote diez alimañas de aquéllas se disputaban el devorarla; el clamor, el quejido colosal creía sentirlo D. Fabio y repercutía en su corazón: diríase que la madre Céres lanzaba, inconsolable, sus lamentaciones, y que Pomona y Flora, destrozadas las verdes túnicas, corrían despavoridas por la campiña asolada.

Al pasar por la lechería, vieron que las muchachas á la puerta armaban más ruido con los cántaros que un ejército; mugían las vacas, incomodadas de los muchos bichos que hasta sus pesebres se colaban, y en el camino una legión de gansos daba cuenta de todos los que se ponían al alcance de sus picos. Más allá, descargaban sus escopetas los peones, como moros que corren la pólvora, y otros encendían hogueras, ó por el campo, ya trillado, hacían galopar las manadas de potros con gritos salvajes.

La presencia del amo animaba á la guarnición, y todo era ruido y pelea; *La Justa*, estremecida, que defendía el profanado seno, el tesoro de su fecundidad. Ya despuntaba el sol, y las aves libres, los animales que en majadas y corrales aguardaban impacientes á los atareados peones, tomaban parte también en el general combate, cada cual en su idioma y según sus medios de defensa particulares.

—Venga usted por acá, patrón, dijo D. Patricio: ¡vea usted, vea usted!

Metiéronse en el maizal y anduvieron media legua lo menos sin parar, renegando el capataz y dolorido D. Fabio, como padre que del hijo amado contempla la desdicha, porque, á la verdad, daba grima y cólera ver las airosas plantas entregadas inermes á la voracidad del enemigo; y así, D. Patricio, con juramentos y rebencazos, iba abriendo camino, y D. Fabio tendía el brazo, ademán que no expresaba ya la satisfacción del esfuerzo creador, sino el desaliento de la ruina inevitable. Luego volvieron hacia la derecha, y andando, andando, en el primer *puesto* escucharon las quejas del padre arruinado, de la mujer llorosa, de los hijos que en repeler la agresión fatigábanse inútilmente, é inspeccionaron los daños, tomaron disposiciones y precauciones, y en todas partes hallaron algo que lamentar, que prevenir ó que curar: era *La Justa* misma, que, por todos sus miembros heridos, sangraba dolorosamente. Salían de un puesto y se iban á otro: aquí el maíz, allá la alfalfa, las cepas, los frutales, las hortalizas, la cosecha entera, las esperanzas todas... En las seis leguas que abarcaba el inmenso dominio, no había casi una mota de tierra que no acusara el paso del enemigo.

Advirtió, sin embargo, D. Patricio, á mucho andar, que del lado del Trigal la manga no era tan espesa ni tantos los estragos, y que, fuera acosada por el ruido, empujada por el viento ó harta ya la maldita, parecía que levantaba el campo, y sobre la flecha de la lejana capilla elevábase como el penacho de humo de una grande hoguera. Calentaba el sol bastante, sin que ni D. Fabio ni D. Patricio, en la triste y larguísima inspección, lo notaran, y menos que estaban en ayunas, habiendo rechazado cuantos *cimarrones* les fueron ofrecidos por las sucias chinas de los ranchos, no por melindre, sino por desgana.

Cabalgando los dos, mentalmente calculaban las pérdidas y se consultaban con aquella franqueza que tantos años de labor habían creado entre ambos, borrando la diferencia de amo y dependiente; y absortos en sus cuentas y sus amargos comentarios, dejáronse llevar otra vez hacia el maizal, que parecía un batallón de verdes esqueletos... El ruido, conforme acercándose iban al centro, era más fuerte, y no había oído humano que lo soportara; y lo que advirtió D. Patricio, que la manga alzaba el vuelo, era cierto, pues el penacho que se cernía sobre la capilla, tomaba ahora la dirección recta y se alargaba, se extendía cada vez más, amenguándose el número de langostas que á ras del suelo merodeaban...

—Venga usted por acá, patrón, seguía diciendo el viejo capataz.

¡Qué ira! ¡Oh dolor! No, si valía más no verlo. Todas las galas de *La Justa*, las flores y los retoños, arrancados sin piedad por aquellos bárbaros de la naturaleza, no menos feroces que los de la historia; la obra civilizadora del gran Esquendo comprometida y á pique de perderse: ahora, ahora que el perverso insecto iniciaba la retirada, descubríase el perjuicio causado en los sembrados áridos, en los arbustos sin hojas.

Flojas las riendas, el derrotado D. Fabio callaba; y bruscamente tomó rumbo contrario, en su deseo de verlo todo, trotando hacia el Sur, esperando hallar un espacio verde donde recrear sus ojos entristecidos. Y del Sur tornó á la parte central, donde era mayor el barullo y el triunfo aparente; la lenta fuga del enemigo entusiasmaba á los peones... La campanita seguía tocando, y el desconcierto de cántaros y cacerolas, los escopetazos y los gritos, el galopar frenético de los potros contrastaba con la serenidad de la mañana, con la limpidez del cielo que manchaba del lado del Oeste la manga funesta en su huída.

Aunque quisieran recorrer las seis leguas, no era posible en breve espacio, ni lo intentaron siquiera, porque el día avanzaba hacia el Meridiano con más prisa que la que ellos se daban; siempre paso tras paso tomaron la senda del roído alfalfar, tapiz inmenso extendido en dos mitades á espaldas de la casa, y sin hablar D. Fabio y descargando su rabia D. Patricio sobre los enjambres reacios que le embestían burlonamente, camino de los gallineros tropezaron con el *break* de Josecito, que pasó veloz, sin volverse: iba solo el joven y llevaba el empaque de los frecuentes accesos de enojo ciego y casi irracional de que padecía, ventoleras sin fundamento, sintomáticas de la temida demencia, y por más señas que le hicieron, siguió corriendo, como si en la campaña langosticida tuviera principal parte.

Mal le supo á D. Fabio el encuentro, por recordarle los desagradables sucesos de la víspera: cuando Josecito marchaba así, y sin su mujer, era que con la mujer acababa de regañar, y este regaño, en día tan desdichado, contribuiría á enconar los ánimos... Pensando en esto D. Fabio, vió que por la misma senda venía Victoria, á pie, acompañada de *Boy*, su respetable danés, andando con el paso gimnástico propio de la raza sajona, y como columbrara en el bonito semblante de la sobrina celajes de tempestad, dijo á D. Patricio que fuera por los novillos y comenzara el apartado, que él ya iría, conforme el peligro presente hubiera pasado, lo que bastó para que D. Patricio revolviera el dócil overito y con dos talonazos en los ijares le pusiera al galope.

Venía Victoria azotando con una varita las langostas que le cerraban el paso, la falda blanca recogida y el ancho sombrero sujeto bajo la barba por una cinta azul; no traía sombrilla, pues no era coqueta y poco se la daba á ella que el sol la besara con demasiada franqueza, y en los graciosos morros frunciditos y los latigazos al aire se advertía desde luego que venía tan enfadada como su marido. No vió á D. Fabio, ni D. Fabio hizo nada por que le viera, sino que siguió al lento paso del *Lobuno*, hasta que *Boy*, plantado en mitad de la senda, empezó á ladrar... Entonces Victoria levantó la cabecita asustada.

—Buenos días, tío, dijo calmándose y sonriendo ligeramente. ¡Es usted! Más vale así... ¡Qué desgracia, tío, qué desgracia tan grande!

—¡Qué desgracia!, repitió Esquendo tirando de la rienda al caballo; ¡desgracia irremediable! Hija mía, estos son los inconvenientes del agricultor: cultivar sus plantitas para que la langosta se las coma.

—¿Viene usted de ver los destrozos, tío?

Se había acercado, y después de estrechar la mano á D. Fabio, palmeaba la inteligente cabeza del *Lobuno*.

—De verlos vengo, no todos, ni ganas me quedan tampoco; es para perder la paciencia. Y tú, ¿adónde vas?

—¿Yo? No sé... A tomar aire. ¿No ha pasado José por aquí?

—Sí, en el *break*. Y por cierto que llevaba mala cara.

—La de siempre; usted ya le conoce.

—¡Ay, Victoria, Victorita de mi alma! Mal andan las cosas; muy mal, muy mal.

—¿Y eso me lo dice usted á mí, tío Fabio? ¿Tengo yo la culpa?

—Como tenerla toda, no; pero...

Vamos á cuentas: ¿qué consejo la dió él, con qué palabras se despidió la tarde de su llegada á *La Justa*? ¿No la dijo, sobre poco más ó menos: «Ante todo, y sobre todo, mucho tacto, mucha diplomacia con mi madre?»

—Sí, señor, eso me dijo usted, contestó Victoria brotándole ya de los labios la amarga rebeldía, y no lo he olvidado, lo he cumplido como he podido y sabido cumplir. Ellas son, ellas son... Melchora... Ya ve usted, tío Fabio, es la más grande injusticia, la iniquidad mayor.

—Poco á poco, atajó paternalmente D. Fabio, y sigamos examinando las cuentas.

¿Cómo y de qué modo lo había cumplido? Con escaso acierto, sometiéndose con repugnancia visible, no curándose de la frialdad, de la tiesura inglesa heredada. Se sentaba en la mesa como un palo, no hablaba, afectaba comer tan poco, que parecía dar á entender que el pan de los Esquendo era pan negro y odioso. Luego vivía en un alejamiento completo de la familia: encerrada en su alcoba, en la iglesia, en la escuela ó en la torre de la señorita de Paces; sobre todo, en la torre... Ni expansiones, ni intimidades con la cuñada y la abuela, ni pruebas de afecto al marido, nada que no fuese desvío, sequedad manifiesta, transacción obligada, que á la fuerza ahorcan. Así, así, la vida de familia se hace insoportable; palabra de honor.

Dejábale hablar Victoria, en tanto que el flujo rebelde le abrasaba los labios; y cuando él concluyó la serie de cargos, le dió suelta con atropellada vehemencia:

—Todo eso será verdad, tío Fabio; yo debo ser la mujer más friona, torpe y antipática del mundo;

no sabré hacer las cosas, fingir, engañar..., pero ellas, ¡ellas! ¿Quién tiene la culpa, principalmente, del alejamiento que usted me reprocha? Mire usted que á tiesa y á seca, no le gano yo á la señora mayor y la mala intención y trastienda de la cuñadita son imponderables. ¿Qué expansiones, ni qué intimidades puedo yo tener con quienes me espían, me recelan, me persiguen, me ofenden y me hieren de todos modos y á todas las horas del día? *(Llorando.)* ¡Ay, tío Fabio, ha dicho usted que esta es vida insoportable; sí que lo es! ¡Tan insoportable, que prefiero la muerte! Si me encierro en mi cuarto, es por evitar cuestiones; si voy á la capilla, por esconder mis lágrimas; si á la escuela, por distraerme; ¡también eso parece un delito para la señora mayor!, y delito, crimen espantoso ¡subir á la torre de Clotilde! En este momento acaba de transmitirme la orden Pastora, cuando ponía el pie en la escalera, con el inocente objeto, ya ve usted, de contemplar desde arriba el efecto de la invasión... Pues Pastora me detuvo, diciéndome: «Ha dicho la abuela, que *no quiere* que subas más á la torre, y que en cuanto á tu doña Mónica, no debe venir más aquí...» ¡También contra mi pobre Mónica! ¡Ay, tío Fabio, usted tiene la misma pinta de la señora mayor, y aseguran que lo que ella piensa y manda, es como si usted lo pensara y mandase; yo no lo creo; por dentro no se parece usted nada á ella, porque si se pareciera, yo no le estimaría como le estimo desde la primera vez que le vi. Y no pareciéndose á ella, es imposible que usted apruebe este nuevo rasgo de la tiranía de la señora, esta inicua arbitrariedad. ¿Por qué no quiere dejar venir á mi Mónica? ¿Por qué no quiere que suba á la torre de Clotilde?

– En la torre, dijo D. Fabio sin mirarla, se entretienen ustedes en cosas que no sientan bien á una casada seria... Leen cartas...

– ¿Cartas?, exclamó Victoria con perfecta ingenuidad.

– Sí, cartas amorosas.

– ¡Mentira! Chismes de Pastora, protestó enérgicamente la joven, que no quería vender á su amiga. Chismes suyos, que luego la mamá arregla á su gusto y en perjuicio mío. En la torre preparamos nuestras lecciones... y conversamos. ¿Es un pecado también conversar?

– Según lo que se converse, según lo que...

– ¡Ah, tío Fabio, pues estamos lucidos! Aquí no se puede ni hablar, ni respirar... ¿Cuándo me mandan ustedes cortar la cabeza en medio de la plazoleta?

Se desvió con enojo, y D. Fabio la llamó cariñosamente, la cogió de la mano que llevaba sin enguantar.

– Ven acá, rebelde, polvorilla, tienes razón...

– ¿Ve usted? Al fin...

– En unas cosas, fíjate bien, en unas cosas sí y en otras no, ¿qué la has de tener? El consejo que yo te doy es que no le discutas nada á mi madre, que aguantes sus rarezas...

– ¿Más todavía?

– Pero con paciencia, no con el aire de víctima, de sofocada rebelión que tomas. Bien ó mal hechas, culpa de unas ó de otras, las cosas, no conviene seguir envenenándolas.

– ¡Por mí! ¿Quiere usted creer que, á pesar de todo y de cuanto ocurre, no he dicho palabra á Ladislao? Pues si yo le llevo el cuento á Ladislao, y Ladislao se entera que tratan los Esquendo á su hermana de esta manera y *La Justa* es una fortaleza donde su hermana está presa y sufre tormento... Convenga usted en que no soy tan torpe ni tan estúpida.

– ¡Hombre!, nunca lo he pensado... Respecto de Josecito...

– ¡Ay, no me hable usted, tío Fabio, no me hable usted! ¿También me va usted á aconsejar más paciencia? ¿Dónde se vende? Dígamelo usted, para comprar una buena carretada, pues la provisión que traje ya está al concluirse. ¿Sabe usted por qué se ha salido furioso? Porque estaba empeñado en meterme una langosta en el seno, ¡mire usted qué gracia!; y yo, ¡claro!, no le dejaba, y acabé por darle un empujón; entonces empezó á gritar que él no se había casado para eso, que yo no le quería y que iba á contárselo á su abuela, la retahila de siempre. Pues lástima que no tengas abuelo también para que se lo cuentes, le contesté; y tuve que encerrarme, porque me corría detrás con el asqueroso bicho. Bueno, tío Fabio, ¿he debido yo permitir ese juego indecente para probar mi afecto á mi marido? Dígalo usted, sosténgalo usted, á ver con qué palabras y con qué razones defiende usted su teoría. Asimismo, ahora iba yo en su busca y me prometía desenojarle... Pero, si á usted le parece que mi deber es someterme á todos los caprichos, aun los más extravagantes, que por ser de él todos lo son...



Venía Victoria azotando con una varita las langostas

Algo corrido D. Fabio, no se atrevió ya á hacer el predicador, y estrechó con pena la mano de la joven, diciendo entre bromas:

– ¡Esta Victoria! ¡Lástima que no haya más paciencia! Me enteraré de la tienda donde se vende, y compraremos, ¿verdad?... También tienes tu geniecito: ¿á quién sales?, ¿á tu padre ó á misia María Josefa?

Sonó en esto la primera campanada del almuerzo, tan característica que, á pesar del continuo estruendo, escuchóse distintamente, y la joven se volvió como soldado que oye la retreta.

– ¿Vas en busca de tu marido, dijo D. Fabio, ó vienes conmigo?

– Con usted: ¡si me retraso me cuelgan, tío Fabio!

Y se dirigieron á la casa, muy despacio, pisando las langostas muertas, mientras el grueso de la nube se elevaba sobre la flecha de la capilla cercana como el penacho de humo de una grande hoguera.

VII

Refiere D. Celedonio Armero, testigo imparcial y fidedigno, que en la primera semana que siguió á la invasión de la langosta, ningún suceso doméstico, de los ingratos que ocurrían á diario, alteró la tranquilidad de la casa, como si el desastre fuera bastante á preocupar á todos, ó cada cual se apercibiera para recomenzar el duelo; en la mesa, único pretexto de reunión de la desunida familia, se movían las mandíbulas en silencio, figurando convite de autómatas ó de sordo mudos; así, cada bocado era una pedrada para el encogido estómago, y formaban las salsas con la bilis revuelta peligrosa mezcolanza, capaz de matar de repente al más robusto.

Pero en la segunda semana... El respetable astur se defiende de las imputaciones de parcialidad que luego se le hicieron, por demás injustas, diciendo que él nunca tomó partido por la señora Victoria, que él siempre estuvo del lado de la autoridad constituída, conforme á las sabias doctrinas de Roma, y siendo en esencia y representando esta autoridad misia Justa, por misia Justa miró siempre y á misia Justa defendió, en cumplimiento de su deber.

En realidad, D. Celedonio era demasiado listo para ponerse á mal con la señora mayor, la *Nerona*, como para su sotana solía llamarla. Que al principio la palidez y tristeza de la señora Victoria, de aquella hermosa sacrificada que á todos iba contando sus penas sin palabras, le conmovieran é interesaran, no prueba más que la bondad de su corazón, propia de su ministerio; pero cuando las cosas tomaron mal giro, y con terquedad é insensatez la señora Victora se alzó contra el gobierno absoluto de misia Justa, él no dijo ya ni oxte ni moxte y se plegó incondicionalmente al partido de la fuerza, que es la legalidad.

De manera que la costumbre de Victoria de colarse en su capilla á todas horas, disgustaba á D. Celedonio mucho; por la mañana ó por la tarde, ya por la puerta principal ó por la sacristía (que estaba junto á sus habitaciones particulares), cuando la puerta principal estaba cerrada, entraba la rebelde y en su reclinatorio se pasaba hasta las mil y quinientas. Aunque muy tímido el capellán, puesto en guardia el instinto del egoísmo, no tuvo empacho en decírselo:

– Señora Victoria, ¡por la santa sábana de nuestro Señor! ¡No me comprometa usted! Y usted me compromete viniendo con tanta frecuencia á este sagrado lugar, porque como usted, niña sin experiencia y sorda á todo consejo, está así con la señora mayor, la señora mayor puede creer que yo la apadrino, que aquí nos entendemos y andamos de conciliábulo, y el mejor día me larga un *ukase* y me echa á la calle. Mire usted, señora Victoria, á lo que me expone y tenga lástima de mí; considere que á mi edad no se busca uno la vida tan fácilmente, que este cargo vale por una canonjía en la Metropolitana, y que el carlistón de D. Ignacio anda detrás de él, porque le conviene más que su curato. Todas estas razones, y otras tantas, sobran para convencer á una dama tan inteligente como usted de lo peligroso y revolucionario de sus visitas en la actualidad. Si la señora Justa lo ha observado (y seguramente que lo ha observado, ¡porque tiene un ojo!), por muerto puedo darme y usted tendrá la culpa. Arrojarla de aquí, no lo pretendo ni hay derecho; pero ¡si tiene usted en su cuarto aquella Virgen del Carmen tan hermosa, que no desea sino que usted la pida algo para concedérselo! ¿Á qué molestarse en venir hasta aquí? Y si es por tomar el fresco y guarecerse del sol, enfrente está la escuela, tan amplia y ventilada como la capilla... ¿No le basta á usted haber conseguido poner en entredicho á la infeliz y desamparada señorita de Paces, con sus intemperantes visitas á la torre? ¿Qué va á ser de ella el día que la señora mayor la despida? ¿Y qué va á ser de mí? ¿Ó no conoce usted todavía á la señora mayor? Señora Victoria, se aproximan días muy tristes, eso se huele... Entretanto, hágame usted el favor de dejar libre la capilla y entiéndase con la Virgen del Carmen; que si mucho me apura usted, acabaré por rogar á la Purísima que no la escuche, y la diré que por los líos y el geniecito que usted se ha traído, estamos aquí pasando este calvario...

¡Pues ni por esas! La rebelde siguió viniendo á la capilla y comprometiendo al padre Celedonio, que se desesperaba y no sabía cómo librarse de ella; ya le parecía á él que la *Nerona* desconfiaba, y el principal indicio era el espionaje de Pastorita, pegada á su sotana todo el día; miradas terribles, en distintas ocasiones, le cayeron varias como rayos, y así se daba por perdido, esperando su expulsión de un momento al otro.

Al fin, excogitó un medio para expresar en forma muda (que el tema no era para abordarlo con palabras, ni él se atreviera jamás) su absoluta inocencia y su adhesión á la buena causa: y fué ponerse á su ventana cada vez que entraba Victoria en la capilla ó pasearse ostentosamente en la plazoleta, aunque el sol partiera las piedras, esquivando hablar con ella en sitio público, todo menos dar pie á la dictadora para una medida disciplinaria de tan graves consecuencias, que el triste sacerdote no quería pensarlo.

(Continuará.)

GENTES Y COSAS DE MÉXICO

LAS GRANDES INDUSTRIAS EXTRANJERAS EN LA CAPITAL

Hay al Sur de México, en uno de los apartados barrios viejos, una calzada, solitaria y casi siempre silenciosa, llamada de San Antonio Abad. Bordéanla edificios vetustos, que dejan entre sus filas poco nutridas asomar la mirada al paisaje siempre sonriente del Valle, cuyas llanadas verdegueantes hínchanse aquí y ahí formando graciosas colinas, á



D. Saturnino Sauto y D. Ricardo del Río, Presidente y Gerente de la Compañía Cigarrera Mexicana

cuya falda duermen puebiecillos blancos sombreados por follajes que aun en pleno invierno estrenan vestido y que parecen reirse en su juventud eterna de los cierzos, de las escarchas y de las heladas.

Sorprende en esa calzada, entre los caserones empolvados, una gran fachada baja, de elegante aspecto, matizada toda de los más bellos mosaicos: es la *Fábrica de mosaicos hidráulicos de cemento comprimido, piedra artificial y derivados,* de los Sres. Quintana Hermanos.

Los Sres. Quintana Hermanos son del Norte de España y tienen todas las características de esa porción de la raza ibérica no adormecida por el muelle clima del Mediodía: activos, emprendedores, graves, enérgicos y sinceros. Llegaron al país muy niños, sin más fortuna que su esfuerzo, sin más alforja que su energía, como casi todos los españoles que se expatrian en pos de nuevos campos de trabajo y de actividad. Pasaron por toda esa vía obscura y amarga de las primeras luchas, de la labor incesante y mal retribuída, de la sujeción á un amo severo é infatigable, y un día, tras luengos años de faena, adquirieron en un barrio de la capital un terreno eriazo y terroso con el proyecto de fundar una fábrica de mosaicos. No tenían entonces grandes recursos y sí en perspectiva rudas competencias. Pusieron empero manos á la obra, y lentamente el campo aquel, inculto y melancólico, fué transformándose; un edificio



México. – Fábrica de cementos de Quintana Hermanos. – Fachada

harmonioso y sobrio surgió de entre los mogotes de tierra; una colmena humana dió al llano solitario actividades nunca vistas; la máquina llevó á los amplios talleres su ruido alegre y pausado; se crearon dependencias enormes; se emprendió una tenaz lucha para acreditar el producto, para imponerlo en substitución de otros materiales á la sazón en uso; y por fin se logró el triunfo definitivo, el crédito ya sin discusión y la satisfacción de un orgullo harto legítimo: el de haber dado cima á una industria entonces poco conocida en el país y de haber igualado y aun superado á veces los productos similares fabricados en los Estados Unidos.

Para lograr este fin, ¡cuántos tanteos, cuánta paciencia en el ensayo, qué taimada experimentación! La simple fabricación de una pieza de mosaico requería una cuidadosísima selección de tierras, de arcillas, de arenas, de esmalte; presiones infinitesimales destruían toda una combinación; el color rebelde se desvanecía, los obreros eran refractarios á la delicadeza del trabajo, los materiales tenían que buscarse muy lejos, con grandes dificultades; frecuentemente se hacían numerosas investigaciones y más numerosos ensayos para dar al cabo con una tierra especial. Pero todo lo venció el denodado empeño, y hoy una visita á la fábrica es una fiesta para los ojos.

En los enormes talleres un enjambre de obreros, habilísimos ya, muévese en distintas direcciones, y es curioso ver todas las transformaciones por que pasa el más simple azulejo para convertirse en algo brillante, sabiamente matizado, que radiará después al sol con toda su policromía gaya y alegre. Aquí se aprieta, combinada matemáticamente con porciones muy diversas, la tierra en los moldes de hierro; ahí se la somete á presiones espantosas por medio de prensas hidráulicas, algunas de las cuales trabajan á doscientos mil kilogramos de presión; más allá, obreros delicados reparten los colores en el molde, los colores que después formarán preciosas grecas, arabescos finísimos, figuras fantásticas; las carretillas de acero circulan por dondequiera, deslizándose suavemente por los rieles, cargadas de pequeños cubos donde todos los matices, y perdurables todos, se harmonizan deliciosamente.



México. – Vista del edificio de la Compañía Cigarrera Mexicana

La casa de la fábrica es un bello muestrario de los productos de la misma. Está toda pavimentada de mosaicos lucientes, en las paredes hay *paneaus* imitados con exquisitos mosaicos decorativos, cuadros que á cierta distancia parecen tapicerías gobelinas, escalinatas en que se ha imitado el granito, el jade, el ónix..., fuentes y estatuas que engañan al mármol...

Y se piensa al recorrer la vasta fábrica en el eterno milagro de la acción perseverante de los hombres, creadora de todo, y se recuerdan las palabras sencillas y expresivas de uno de los jefes de la casa: «Hace doce años fundamos esto con cuatro pernos de mano, en el mismo terreno...»

La industria cigarrera en México acusa cada día progresos tales y pónese en modo tal fuera de toda competencia, que sin vanidad alguna regional puede afirmarse que es la primera del mundo. Dígalo si no el sufragio decidido y unánime que mereció en París durante la Exposición Universal. Hay en México muchas fábricas de cigarros que exportan sus productos en grandes cantidades; mas sin duda la más poderosa, la que con indiscutible aceptación ha logrado imponerse, es la *Compañía Cigarrera Mexicana*.



Fábrica de cementos de Quintana Hermanos. – Patio

En la elegante y hermosa Avenida de Bucareli, al occidente de la capital, en esas barriadas surgidas como por encanto ahí donde ha poco no había más que egidos, levántase el edificio de la *Compañía cigarrera,* cuya fachada ocupa una considerable extensión de terreno. Cosa rara: la ya familiar – y odiosa – fisonomía de la fábrica moderna, no aparece por ahí. Algo que se asemeja

á un *hotel* ó á una *villa* ciudadana, constituye el núcleo del edificio. Nadie diría, ante la paz de aquella noble arquitectura, que sus muros albergan constantemente más de *mil doscientos operarios.* Esos ocupa, en efecto, cuando menos, la *Compañía* (la gran compañía, podemos decir), *Cigarrera Mexicana.*

Para formarla refundiéronse cuatro fábricas que habían alcanzado un enorme crédito en la nación: *El Negrito, El Premio, La Mexicana* y *El Modelo.*

La compañía se constituyó el año de 1899 con un capital de 1.750.000 pesos, y pronto inició operaciones de enorme cuantía.

Actualmente el Consejo de Administración está presidido por el millonario español D. Saturnino Sauto y lleva la gerencia de los negocios D. Ricardo del Río, habilísimo en empresas tabacaleras. La fábrica produce *cinco millones de cigarrillos diarios* y cuenta con magníficas máquinas *Bornsak* para cigarro engargolado (nada menos que 28), con 56 *Comas* para cigarro de uña y 74 *Wistone* para cigarro pegado. Los sueldos y salarios anuales de empleados y operarios nunca son menores de 250 á 260.000 pesos. La fábrica ocupa una extensión de *veinte mil metros cuadrados.*

Como se ve, las industrias de que nos hemos ocupado merecían amplia atención. Nos proponemos empero que estas notas, con las fotografías que las ilustran, constituyan el primer capítulo de los dos ó tres que nos proponemos consagrar al movimiento industrial, cuyo florecimiento va siendo cada día más visible en este país donde todas las energías alcanzan ya una formidable intensidad de expansión.

ROMÁN AVEDA.



El «looping the loop» á mediados del siglo XIX. – Ferrocarril aéreo que funcionaba en los Jardines de Frascati, del Havre, en 1846

EL «LOOPING THE LOOP»

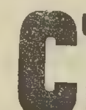
Á MEDIADOS DEL SIGLO XIX

El ejercicio que tanto ha llamado la atención de los aficionados á los espectáculos acrobáticos y del cual nos ocupamos en el número 1.109 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no encierra en el fondo ninguna novedad, puesto que hace más de medio siglo la aplicación del mismo principio físico en que se funda dió origen á un ferrocarril llamado de fuerza centrífuga que hizo las delicias del público parisiense primero y de otras ciudades del extranjero más tarde. Aquel ferrocarril no era más que una modificación del antiguo sistema de montañas rusas. La pista, después de haber descendido en pendiente pronunciada, describía un círculo y se remontaba luego hasta una plataforma de llegada. Por esta pista lanzábase una vagoneta que daba la vuelta al círculo, y en la cual al principio se instalaron algunos monos, después objetos más pesados que el hombre, hasta que un acróbata se decidió á montar en el vehículo. Entonces fué admitido en éste el público y el nuevo juego hizo furor en París, en el Havre, etc.: el dibujo de esta página reproduce el ejercicio tal como se practicó en el Havre en 1846. – X.



La presa de Arucas (Canarias)





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 11 de mayo de 1903 — Núm. 1.115



S. M. la Reina D.ª ISABEL II, en los primeros tiempos de su reinado

Retrato atribuído á Vicente López y que actualmente posee D. José Bertrán y Musitu

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el undécimo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OLA EUROPEA

Este nombre merece la invasión de congresistas que ha sufrido Madrid – y cuando escribo *sufrido*, debiera escribir *gozado*, porque invasiones de tal género nos son muy necesarias.

No se trata únicamente del provecho material que reportan los forasteros á los hoteles (más ó menos dignos de este nombre), las fondas, fondines, casas de huéspedes, posadas y otras variantes del género; no se trata de las ganancias de simones, teatros, etc..., sino del beneficio más elevado y tal vez hasta más práctico, que entraña la presencia en Madrid de tanto sabio y tanta gente, por lo menos, culta y respetable. Es un estímulo, es un ejemplo, es un medio de despertar pensamientos, ideas y comparaciones que han de servirnos de salud.

***

Entre nuestros médicos no faltan eminencias y reina en general un buen espíritu: son laboriosos, estudiosos, serios y honrados, con las excepciones que el inteligente lector adivinará, y que no pueden menos de registrarse en toda regla general aplicada al hombre... No son los médicos lo peor de la casa: no por cierto; mas así y todo, en este ambiente poco favorable al desenvolvimiento de la labor científica, tienen que recibir como viva corriente de aire, excitadora de energías, la presencia de esos colegas que vienen de países donde el laboratorio, la clínica, el sanatorio, son instituciones nacionales; donde las cuestiones de higiene y salubridad figuran en primera línea entre las que preocupan la pública atención, y donde se habla tanto de un invento en el campo de la cirugía, como aquí de la última corrida que le atizó el toro al último torero en la parte más posterior de su individuo...

Despiertan estas visitas una noble emulación, y se toma, bien tomado, á punto de honra, lo que en circunstancias normales tal vez se mira con aconchada indiferencia. Así, verbigracia, en estos días nos jactamos muy alto de que el Laboratorio municipal de Madrid fué fundado antes que el de París, y funcionó tres años antes, precediendo también al de Barcelona y al de Bilbao. Y en efecto, es una excelente nota en nuestra hoja de servicios. Este Laboratorio – entre paréntesis – puede salvar diariamente muchas vidas, haciendo que no nos adulteren con demasiado descaro lo que comemos y bebemos. Ni se calcula el bien que hace un Laboratorio municipal funcionando con regularidad y sin contemplaciones á industriales ávidos, falsificadores y envenenadores.

***

Asusta leer cómo se sofistican los alimentos, qué combinaciones químicas preceden á las del fogón, no menos químicas, pero más inocentes; qué viene en la cesta de la plaza, qué dejan los abastecedores sobre la mesa de la cocina; qué sirven en los cafés, qué absorbemos sin desconfianza en el buffet de un baile. Sulfatos de cobre, sales de plomo, tomaínas, triquinas, leche descompuesta, carne en estado de putrefacción, quesos semovientes, salchichones que encantarían á los Borgias – sin hablar del pan amasado con cal y con humano sudor y otras secreciones..., – y no prosigamos por este camino, pues el pan es una de mis repugnancias y de mis horrores profundos, desde que he leído y sobre todo presentido los pormenores de su fabricación. El pan y el vino... dos elementos, casi indispensables en Occidente, pero que si han de ser amasados con los pies, vale más no probarlos y estoy por decir que ni verlos. Yo envidio á los pueblos comedores de arroz: el arroz no tiene que sufrir operación alguna, sino las que el propio consumidor quiera. Nosotros, del hermoso trigo rubio, hacemos, en fétidos recintos, una impura masa. Más feliz en eso el labrador de mi pobre aldea que el ciudadano, él mismo se amasa y cuece su torta de maíz. Las descripciones de las tahonas madrileñas espantan. No he querido entrar jamás en una tahona. Aun sin entrar, el bollo doradito que se entreparece medio cubierto por la nívea servilleta, no me inspira sino recelo. Dicen que no conviene mirar de cerca y por dentro cosa alguna en este mundo, porque, á mirarlas, ni el estómago podría recibir el alimento, ni el alma conservaría la fe. Pero es inevitable que á veces se rompa el velo y aparezca lo que encubría; y entonces pueden quitársele á la pobre criatura humana las ganas de comer... ó de vivir, que viene á ser lo mismo.

***

Estos días tenemos, con la compañía de los Coquelin, á pasto teatro de Moliére. El abono gruñe, sale amostazado del teatro, porque Moliére no es plato, ni para el gusto general actual, ni para el gusto español de siempre. Yo declaro que sí me agrada, ahora, más que el teatro romántico de Hugo y más que el teatro sentencioso de Dumas hijo. Hay en Moliére un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua, que degenera en bufonesca raras veces, y aun dentro de la bufonada conserva aticismo. Además, Moliére, por lo humano de su sátira, es moderno todavía: hay defectos y manías de que donosamente se burla, que nunca dejarán de existir, aunque varíe su nombre.

Ved, por ejemplo, *Tartuffe*. La época de *Tartuffe* ha pasado: el jansenismo, Port Royal, el aura de rigidez y de intransigencia que sopló sobre Francia con tal fuerza, ya es no más un recuerdo en la historia de la conciencia y de la fe. Sin embargo, *Tartuffe* encarna una manera de ser, la hipocresía, y la hipocresía no desaparece, aunque se modifiquen sus manifestaciones y cambie su ambiente peculiar. Hay hombres hipócritas, sin capa de religión, con capa hasta de ateísmo. Sí; el ateo puede ser un *Tartuffe*. Aparenta virtudes, si no creencias; aparenta amor á la humanidad, si no amor á Dios. ¿Qué fué el incorruptible Robespierre, sino un *Tartuffe*... vuelto del revés?

Ved el *Bourgeois gentilhomme*. Podemos calificarlo de *comedia* de figurón, y Monsieur Jourdain es como el héroe de *Entre bobos anda el juego*, un fantoche ridículo, una exagerada caricatura. Pero bajo la bufonada, que si se acentúa una línea más es ya pantomima de circo, bajo las grotescas peripecias de la «ceremonia turca,» hay un sentido de lo real tan persistente, un alma de verdad, que establece una distancia incalculable entre la obra de Moliére y otras, externamente, de su mismo género. Todos los personajes del *Bourgeois gentilhomme*, así los que representan el buen sentido como el que encarna la vanidad llevada hasta la fatuidad y la insensatez, son verdaderos y actuales. No importa que Monsieur Jourdain vista la bata rameada del caricato y se cubra la cabeza sin seso con gorro blanco que sujeta amarilla cinta: no por eso deja de ser un *snob* contemporáneo, que habla, piensa y procede como los *snobs*. Para él, la humanidad se divide en aristocracia y clase media: para él, no hay más vida que la vida «elegante;» á trueque de rozarse con gente de la alta esfera á que aspira, sacrificará gustoso, no sólo su fortuna adquirida á fuerza de honradez y trabajo, sino su paz doméstica y la felicidad de su hija, y se encontrará suficientemente recompensado cuando un noble sin dinero le llame amigo y una marquesa le haga una reverencia de corte. Como todos los tipos *representativos* de Moliére, Monsieur Jourdain es un hombre que va directamente á su desarrollo y á su satisfacción pasional, sin que le puedan desengañar ni hacer retroceder una pulgada, en el camino de perdición y de monomanía, las advertencias, consejos, burlas, amonestaciones, lágrimas y gritos de cuantos están á su alrededor. Estos locos parciales, de que el mundo está lleno, lo verían desplomarse y desquiciarse y seguirían impávidos hacia el objeto de su locura. En los caracteres del teatro de Moliére aparece de realce lo que acabo de decir, y es el mayor mérito del gran autor cómico francés. El espectador, ante el *Avaro*, ante Monsieur Jourdain, ante Orgon, ve y conoce que se trata de maniáticos; y aun cuando el espectador tenga sus propias manías, dominado por el arte, se ríe de las ajenas. Hay algo de trágico, en el fondo de las comedias de Moliére; hay una hiel secreta, el *surgit amari aliquid*, la fuerza del sino, la ley de cada alma, que se dirige como fatalmente adonde la arrastran sus inclinaciones convertidas en vesanias. Tristes son, en el fondo, en medio de la carcajada sana que provocan, el avaro, el misántropo, el hipócrita, el vanidoso; la misma intensidad de su manía, retratada de mano maestra por Moliére, nos abruma como abruma lo fatal, lo irremediable.

A la mayoría de los abonados sospecho que no les ha convencido este repertorio de Moliére. No es teatro de acción, sino de frase; la poca acción que encierra no es imprevista, ni animada, ni sorprendente; no hay enredo; hay psicología..., y no entendiendo completamente, á fondo, el idioma, no se perciben los delicados matices del pensamiento, no se saborean las sales del diálogo. Las *finezas* se pierden.

***

Con motivo de estas *tournées* de actores extranjeros, la eterna cuestión de los sombreros de las señoras ha vuelto á plantearse. No se oye más que renegar de ellos; el que paga su asiento quiere ver, y no ve sino una mínima parte de la persona de Zacconi ó de Coquelin, por entre las alas reunidas de dos pamelas monumentales. Todo está dicho, repetido hasta la saciedad, en lo que á esta cuestión respecta, y ya por manoseado no debe repetirse, puesto que tampoco el machaqueo de la prensa consigue que las señoras se decidan á ir en pelo á las butacas. Algunas van, es cierto; pero la mayoría sostiene la tradición y la costumbre.

Y aquí es el caso de exclamar, parafraseando á la monja mejicana: «O hacednos cuál nos queréis, ó comprended que seamos cual somos.» A la mujer se la dirige por el sendero de la rutina: á la mujer se la censura por todo lo que hace ó dice contra los hábitos inveterados; y sólo en casos particulares como este del sombrero en las butacas, quisieran los hombres verla rompiendo, con gallardos arrestos, el yugo de la costumbre, y prescindiendo del recelo á lo desconocido... Y la mujer, dócil al impuesto rumbo, no se presta á tales innovaciones: ¡qué se habrá de prestar! Con sombrero va á las butacas desde hace cincuenta años, con sombrero seguirá yendo otros cincuenta, hasta que no haya ni sombreros, ni butacas, ni teatros, ni esté vivo nadie de los que sostuvieron esta campaña, sino que todos se encuentren ya arrellanados en el lecho de reposo desde el cual se ven los espectáculos de otro mundo...

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Un hombre que varía de opinión se figura que la hace olvidar cambiando también de fanatismo.

Aquiles Tournier.

La naturaleza vive de transacciones, de transiciones y de conciliaciones: imitémosla.

D'Estournelles de Constant.

La mejor parte de nuestra felicidad aquí en la tierra se compone de la que damos á los demás.

Adolfo Lair.

Para agradar á los demás es menester hablar poco de lo que á nosotros nos interesa y mucho de lo que les afecta á ellos.

Valery-Radot.

Comprenderlo todo, es perdonarlo todo.

Tolstoi.

La desgracia es tan necesaria al hombre como la sombra al cuadro.

Juan Sigaux.

Quien mucho sabe, mucho duda.

J. Michelet.

Creer con damasiada facilidad en la transmisión de los males por herencia ó por contagio, es estimular la cobardía que renuncia á combatirlos.

G. M. Valtour.

He podido gobernar con la corriente de los acontecimientos, pero no he podido dirigirla.

Bismarck.



SU VIDA ÍNTIMA EL PALACIO DE CASTILLA

No es tan fácil como parece poder penetrar en el palacio de Castilla. Para saber algo, es preciso conocer á alguien que quiera iniciaros en lo que tras aquellos muros ocurre. Esto he tenido que hacer en las actuales circunstancias, en que el luto riguroso que S. M. lleva la impide recibir á quienes solicitan audiencia de la augusta señora, madre y abuela de reyes, que por tantas alegrías y glorias y tristezas y disgustos ha pasado.

Fueron alegrías las victorias de Africa, últimas en tierra firme, y el combate del Callao, última de las



EL PALACIO DE CASTILLA, residencia de S. M. la reina doña Isabel II en París

navales; tristezas, su destierro, siendo para ella un lenitivo la buena acogida que tuvo siempre en este París; alegría, la de ver á su hijo proclamado rey de España, en Sagunto; tristeza, el perder á su hija la infanta doña Pilar; alegría, el matrimonio de su hijo D. Alfonso XII; tristeza, el fallecimiento de la malograda doña Mercedes; alegría, el casamiento con doña Cristina; tristeza, la muerte de su querido hijo; alegría, el nacimiento de D. Alfonso XIII; tristezas, las guerras de Cuba y Filipinas; alegría, la mayoría del rey; tristeza, la muerte de D. Francisco. Pero entre todas las tristezas, la mayor es hallarse tan lejos de España, á la que tanto quiere y de la que tanto se acuerda, porque adora al país y al pueblo.

Cualquier español que viva en París es recibido con los brazos abiertos en aquel suntuoso palacio de Castilla. Es muy apreciada y casi popular en París; posee aquella *chevalerie* de alma que esparce una aureola de gran simpatía y respeto en torno suyo. La caridad de S. M. la reina doña Isabel II para con los pobres es inagotable.

¡Cuántos beneficios recibidos! A tal familia dióle el pan; á tal otra dió colocación á sus hijos; allá facilitó la educación de los niños cuyos padres no podían pagar la pensión. ¡Cuántos socorros concedidos! ¡Cuántas buenas palabras prodigadas para consolar á los desgraciados y aligerar el peso de su miseria!

La reina, que no se ocupa para nada de la política, sólo se preocupa del amor de sus hijos, de su querida familia y sus pobres. Esto es todo.

Siente adoración por su augusto nieto y admiración y cariño maternal por doña María Cristina. Admira en ella la madre que se ha sacrificado por ver llegar á su mayor edad un niño que nació delicado y gracias á su amor goza hoy de una salud inmejorable.

La vida de la reina doña Isabel es muy metódica y sencilla.

Levántase á las nueve de la mañana, y después del desayuno, abre su correspondencia y recibe al jefe de su casa, el conde de Parcent, que viene á tomar órdenes de la hora fijada para el paseo de la tarde. Da á menudo audiencia á varias personas y á la una se sienta á la mesa para la comida. Es de notar que á pesar de estar la reina tantos años alejada de España y sus costumbres, no ha perdido la de comer á la española y cenar á las ocho de la noche, entremezclando en la excelente cocina francesa platos genuinamente españoles, que manda á buscar al restaurant que tiene Robles en la calle de Helder. La infanta doña Eulalia come todos los días con su augusta madre, presidiendo el otro centro de la mesa, frente de S. M.

Después de la comida ocúpase del detalle de la correspondencia. Hacia las cuatro, la reina sale á pasear, regresando á palacio antes de las seis y media en invierno y entre seis y siete en verano. Sus habituales paseos son: Versailles, Saint Cloud, el Bois de Boulogne, cerca y alrededor de los lagos, apartándose del bullicio de la Avenida de las Acacias. Algunas veces se apea del coche, y ora del brazo de la infanta doña Eulalia, ora del de su dama la duquesa de Almodóvar del Valle, ó bien apoyada en un bastón muletilla, se la puede ver andar por la Avenida de la reina Margarita con paso firme y seguro, alta la cabeza, la mirada viva expresiva y bondadosa, con la sonrisa en los labios, saludando á cuantos al verla se quitan el sombrero ó á las señoras que se inclinan ante tan ilustre dama, que todos conocen y á quien se complacen en rendir acatamiento. Siempre lleva la reina una bolsa de las llamadas retículo, la que contiene una suma para dar limosnas á los pobres que á su paso encuentra, limosnas que da por su propia mano.

Antes, no hace de ello mucho tiempo, la reina iba todos los días á dar una vuelta, según antigua costumbre de la época del Imperio, por el Palais Royal, deteniéndose ante los escaparates y comprando mil cosas, y era allí muy popular, pues fomentaba el comercio. Hoy esta costumbre ha cesado, y además, aunque la reina goza de una perfecta salud, no le permiten que se exponga á las corrientes de aire y humedad, que pudieran perjudicarla bajo de aquellas arcadas.

Al regresar á palacio, recibe en audiencia privada á los grandes de España de paso por París y á las otras personas notables de España y extranjeras indicadas por el jefe de palacio. Luego, y en espera de la hora de cenar, dedica su tiempo á los asuntos administrativos y personales con su secretario particular M. Altmann, que ha ordenado la administración de la reina de modo inmejorable.

Más de una vez he tenido el alto honor de ser recibido por la reina y siempre he hallado igual acogida. Conoce mi amor á Cataluña, y con frases que brotan del corazón y gran sentimiento del alma me ha dicho: «¡Cuánto me hubiera gustado residir entre vosotros! ¡Qué bonita es Barcelona! ¿Debe haber cambiado mucho desde aquella época?»

Se acuerda, como si fuera ahora, de su llegada á



S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II, reproducción del último retrato fotográfico de S. M. hecho recientemente en París por M. Neyrouth.

Barcelona y de las malas condiciones de su entrada, después de la desgracia acaecida á bordo, y de las

ovaciones que allí le tributaron. Se acuerda del Laberinto, explicándome lo mucho que le gustó, y con unos detalles que parecerían imposibles á quien no supiera que la reina doña Isabel tiene una memoria privilegiada y que á cualquier persona que vea solo una vez la recuerda siempre.

A las ocho de la noche se sienta á la mesa. Son contadísimas las invitaciones á estas cenas. Dos ó tres veces al año da banquetes de gala, que son modelo de refinado gusto y en los que la mesa real está maravillosa y cuidadosamente puesta, adornada con finas porcelanas de Sevres con las armas reales y sembrada de odoríferas flores naturales.



PARÍS. – PALACIO DE CASTILLA. – Gran salón

A estos banquetes están invitados el embajador y su esposa la marquesa del Muni, así como también las altas personalidades de la colonia española y lo más selecto del Faubourg Saint-Germain. También asisten á ellos los reyes y príncipes que vienen á París, y ninguno de los cuales olvida visitar el palacio de Castilla. Me acuerdo que una vez, al salir de presentar mis respetos á la reina, vi de pronto llegar un automóvil del que bajaron dos señoras, una de ellas con el cabello blanco, hermoso perfil, triste la mirada, algo encorvado el cuerpo y apoyada en un bastón; era la emperatriz Eugenia, que cada vez que pasa por París visita varias veces á la reina Isabel, y ambas pasan horas juntas hablando en castellano, idioma que no ha olvidado la condesa de Montijo.

Después de las cenas ordinarias, la reina da la señal de dejar la mesa y pasa al gran salón, donde diariamente juega con la infanta doña Eulalia una partida de *bezigue chinois*, juego á que ambas son muy aficionadas. El dinero que gana la infanta lo mete en una alcancía y al fin del año hace un regalo á su madre. A las once la reina se retira á sus habitaciones.

Esta es la vida diaria de S. M., excepción del verano, en que para respirar aires más puros va á los alrededores de París, en los que la nobleza francesa se complace en poner á su disposición sus moradas señoriales, castillos históricos que recuerdan las épocas feudales.

El palacio de Castilla, sito en el número 19 de la Avenida Kleber, muy cerca del Arco de la Estrella, había pertenecido al famoso coleccionista polaco Basylewsky. Su estilo al exterior es del renacimiento más puro y es una de las hermosas moradas señoriales de Francia. Presenta el jardín un bello aspecto que atrae las miradas de los transeuntes por entre las grandiosas verjas y rejas de hierro forjado, en las que se destacan en cada puerta y en cada adorno las flores de lis y el anagrama de la reina I. 2.ª

Un cuerpo de piedra sostenido por columnas labradas sirve de antepuerta *(perron)*. Cuatro escalones alfombrados dan acceso al vestíbulo. A uno y otro lado, dos porteros *(valets de pied)* con calzón corto, medias blancas y casaca azul, á la francesa, con bocamangas y cuellos adornados con dos anchos galones de oro y el cabello empolvado, reciben al que ha solicitado audiencia.

La escalera, enteramente de mármol rosa y con dos tramos, tiene la elevación del palacio, llenando sus grandiosas paredes los retratos de Felipe V á caballo y doña Isabel de Farnesio, ambos de la escuela francesa y de grandes dimensiones. Al llegar al último descanso, dos servidores guardan las puertas.

El estilo de las habitaciones y los salones de recibimiento se inspira en el de Luis XVI, época graciosa y rica entre todos los estilos.

Hay en la antecámara una hermosa chimenea, adornada con artísticos grupos de bronce, armonizados con la severidad del mobiliario, que es de terciopelo carmesí. En los muros cuadros de Velázquez, Vandyck, Zurbarán y un Santo Cristo de Murillo. El busto en mármol de D. Alfonso XII, ejecutado en el año 1876, está casi junto á la puerta que conduce al antesalón.

Tiene éste las *boissries* pintadas de blanco con motivos ligeramente dorados; á un lado el retrato del duque de Montpensier y enfrente el de la infanta doña Luisa Fernanda, pintados por Madrazo en la época de su matrimonio. Hay también otros al óleo de la infanta doña Isabel y de las dos infantas doña Pilar y doña Eulalia. Dos preciosos vasos de Sevres de porcelana azul con alegorías mitológicas, regalados por Napoleón III á la reina, están al lado de la chimenea. Encima de ésta, grupos y candelabros de bronce dorado y reloj con figuras de un cincelado admirable, coadyuvando á tanta riqueza dos vasos de Sevres de los llamados *rosa Bari*.

El gran salón de recepciones comunica con el que acabo de detallar. Dos banderas colocadas en el fondo del salón, debajo de los retratos de D. Alfonso y doña Cristina, atraen las miradas, banderas que tienen su historia; una es la que ondeó al embarcarse D. Alfonso XII en diciembre de 1876 á bordo de un barco de guerra español que lo condujo á España, y la otra la que ondeó en el palacio del Capitán General de la Habana el día que se proclamó la Restauración. Hay varias mesas sobre las cuales están las fotografías de la real familia, de los soberanos que han visitado á la reina y de las personas que le han sido fieles. El retrato en miniatura



PARÍS. – PALACIO DE CASTILLA. – Despacho de S. M. la reina doña Isabel II

de María Luisa y Fernando VII es una verdadera obra de arte. El de la reina gobernadora, doña María Cristina, ejecutado en el primer tercio del pasado siglo y pintado sobre cobre, es una de las maravillas artísticas del gran salón de recepciones.

Un arpa de Erard, colocada á un lado del salón, ha vibrado más de una ocasión punteada por los dedos de la reina, que es una excelente música. Dos candelabros sostenidos por grandes *potiches* de Sevres, con motivos muy decorativos y tonalidad anaranjada, son también regalo de Napoleón III.

El comedor está pintado de blanco, siguiendo el estilo de toda la casa, y comunica con un precioso jardín de invierno con multitud de plantas exóticas.

En la parte opuesta del palacio y cerca del antesalón ya mencionado está el gabinete de trabajo de la reina, lleno de recuerdos íntimos, y en el que además de cuadros de gran valor, hay una antigua escultura de una Santa Imagen legada en testamento por el Papa Pío IX, y un hermoso espejo de Venecia puesto sobre de una consola, en la que unas figuras de Sajonia están adornándola. Un tintero de plata con cuatro leones se halla en la mesa escritorio, y es el tintero de que su abuela doña María Luisa, su madre doña María Cristina y ella se sirvieron siempre.

En la planta baja se hallan las habitaciones de la infanta doña Eulalia y al otro lado los salones de espera y la capilla, en la cual últimamente oyó misa la reina madre á su regreso de Viena.

Allí, al levantar el velo que cubría su cara bañada en llanto, se arrojó en los abiertos brazos de la reina Isabel, quien abrazándola la consoló diciéndola con los ojos humedecidos por la pena: «Has perdido una madre, pero te queda otra que te adora entrañablemente y te ha admirado siempre.»

París, abril de 1903. PEDRO COLL.



RETRATO DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII,
pintado por Félix Mestres y destinado al salón de sesiones de la Excma. Diputación Provincial de Barcelona

DESDE MELILLA

Por fin se resolvió el tan cacareado conflicto entre las huestes leales de Abd-el Azís y los parciales del pretendiente. Arafa, con dificultades mil, insuperables á sus fuerzas, no pudo prestar la ayuda debida á los soldados de Amrani.



MELILLA. – Muley Amrani en el puerto en la tarde del embarque

Éste, encerrado tras diversas componendas y arreglos políticos en la Alcazaba de Frajana, hubo de sucumbir ante el número y la persistencia en los ataques de los rifeños.

Melilla entero ha contemplado desde su campo el heroico esfuerzo de aquellos leales del sultán y la porfía briosa de los adeptos al revolucionario, que en sus arrestos de valor y en sus entusiasmos de causa han patentizado la existencia del inquieto heroísmo con que luchara tal pueblo en pasadas épocas por el triunfo de su fe y de sus estandartes.

La resistencia de la Alcazaba ante los repetidos ataques de los rifeños, la valentía de sus defensores y la virilidad de las mujeres con ellos allí encerradas, forman una homérica página, que nos vivifica aquellos esfuerzos gigantescos de los Tendilla y los Pulgar en la alpujarreña contienda; y nos retrotrae en parte algo de lo mucho que hubieron de padecer nuestras huestes ante el valor indómito de los musulmanes.

La luna plácida del cielo africano alumbró con sus esplendores los combates precedentes á la gran hecatombe; las descargas y los fogonazos, los ayes de dolor y los gritos de guerra fueron el alma de aquel cuadro sombrío que terminó con el derrumbamiento del poder imperial en esta parte del Rif.



MELILLA. – Camello cargado con provisiones para el Roghi

Mujeres, niños, viejos y jóvenes lucharon con brío; y si bien pudieron volar los frágiles muros del recinto, á los efectos de la explosión mantúvose firme en sus pechos el altar de sus creencias y la fe en su joven monarca.

El cuadro fué horrible; miembros mutilados, cadáveres ensangrentados, rostros sedientos de venganza, ojos arrasados por el dolor y centelleantes de despecho, gritos, exclamaciones, plegarias, ruido, estrépito espantoso..., todo velado por la gasa sutil del polvo levantado y sólo rasgada por los rojizos fogonazos lanzados á quemarropa sobre los defensores...

¡Retirarse! He ahí el final de tan heroica jornada. ¡Pero qué retirada! Sin barullo, sin precipitaciones, con provisiones, con armas, con mujeres, con heridos, con niños; todos, en una palabra; no se trajeron la Alcazaba porque la pólvora se encargó de destruirla...; si no, son capaces también de traérsela.

Abigarrado conjunto presentaba ya en nuestro campo la caravana; todos aquellos heridos sobre parihuelas y camillas; todas aquellas mujeres llenas de resignado valor; aquellos soldados sonrientes á pesar de sus sufrimientos; aquellos jefes de venerable aspecto, aquellos barbilampiños askaris, aquellos jinetes, caballeros, ya en hermosos caballos, ya en pacíficos asnos...; los menajes de sus casas cargados sobre las bestias; todo ello tenía un aspecto tan peculiar, que parecíase ver, tras aquellas filas de mustias tropas en los límites apostadas, las figuras de Gonzalo de Córdoba y de Ayora, testigos de mil hechos, análogos en el fondo, en aquella gloriosa guerra granadina...



MELILLA. – Embarque de los askaris derrotados en la Alcazaba de Frajana

Hecho recuento, tan sólo falta una niña; ¡ya es tarde!; no se puede recobrar del enemigo. Alguna mora llora amargamente: ¡quizás sea su madre! ¡Pobrecilla!

La caravana sigue su curso hacia Melilla; mientras, las azuladas humaredas de la explosión desvanécense en los montes de Frajana, en cuyas barrancadas resuenan quizás los lamentos de aquella morita abandonada.

* * *

– ¿De dónde llegas, Sidi-Mahomed?

– Acabo de desembarcar del *Tell*, en donde he venido con los que conducían los caudales que el sultán ha enviado al Amrani.

– ¿Cuánto dinero habéis traído?

– Unos veinte mil duros en plata; pero dime, ¿como es que estáis en esta plaza? ¿Es que habéis perdido la Alcazaba? ¡Alá nos valga si así ha sido!

– Así ha pasado, Moatar; las fuerzas del Roghi, en unión de los rifeños, nos han vencido y nos hemos refugiado en Melilla al amparo de España.

– Entonces esto va mal para Abd-el-Azís.

– Y tan mal; el Roghi campa por sus respetos en el campo rifeño, Arafa y el Bachir han sido derrotados, nosotros hemos perdido la Alcazaba, y eso que la hemos defendido con valor y con tenacidad, pero...

– ¡Qué desgracia! ¿Y vuestras mujeres?

– En el baño moro, en sitios diversos las tenemos alojadas, hasta que decidan de nuestra suerte. Ya ves, ahora somos vencidos; sin armas, sin poder alguno, ¿qué vamos á hacer?

– ¿Y quién os ha quitado las armas?

– Las hemos depositado en esta plaza, porque con ellas no podíamos estar aquí, ¿comprendes?

– Sí, sí; pues en Fez decían que os mandaban recursos y soldados, pero á lo que veo no los habéis recibido.

– Ni uno; y no es eso lo peor, sino que muchos quieren desertar, y tenemos que castigarlos para que no nos abandonen.

La plaza de toros es un verdadero campamento árabe; tiendas levantadas en el ruedo cobijan los restos de los askaris leales; en ellas se guisa, se juega, se bebe te y hasta se conspira.

Los soldados héroes en la Alcazaba de Frajana van perdiendo su fe en el sultán y tratan de huir al campo; una guardia mora á las puertas del cerco se opone á sus deseos. El absolutismo del decadente imperio se manifiesta en las bárbaras medidas de coacción que se realizan para retener á los fugitivos. El palo es el argumento. ¿Qué de extrañar que la causa imperial vaya perdiendo adictos?

El Roghi desea el reconocimiento de su beligerancia; así lo trata de hacer presente á los diplomáticos de Tánger. Aquel fuego intenso de odio hacia los cristianos va perdiendo fuerza cuanto mayores son los triunfos que consigue. Ya muestra su juego, alcanzar el poder; después Francia ó Inglaterra lo convertirá en otro Abd-el-Azís. ¡Qué importa! Él ha conseguido su objeto. Ya en el solio imperial no será tan creyente ni tan fanático.

Por cierto que encanta su conocimiento profundo del derecho internacional y sus atenciones para con nosotros.

¿Serán propias ó serán imbuídas por extraños elementos?

* * *

Por fin se marcha el Príncipe; hoy ha llegado el *Sidi-et-el-Turqui* y en él serán transportados á Tánger los vencidos del Roghi. La cuestión se puede creer terminada por ahora entre el pretendiente y los leales: aquél queda dueño del Rif.

No así lo que se refiere á la aduana mora; ésta, aun con la enérgica determinación tomada de obligarla á retirarse de la plaza española, creemos que dará *juego*.



MELILLA. – Una lancha de askaris dirigiéndose hacia el barco de guerra marroquí *Sidi-et-el-Turqui*

Ahora campa el Roghi por sus respetos en el Rif; sus hazañas revolucionarias han tenido en jaque á nuestras guarniciones, que bien merecido se tienen, si no una recompensa, por lo menos el descanso material de sus fatigados cuerpos.

Poco hemos de tardar en conocer el desenlace final de esta contienda; demos tiempo á las ocurrencias y digamos como el rifeño: «*Suai. Suai.*»

FEDERICO PITA.

(Fotografías de García Alvarez.)

DESENLACE

Instalado en su gabinete, delante de su mesa de trabajo, entre montones de libros y rimeros de cuartillas, blancas las unas, esperando el jugo mental que en ellas había de exprimirse, ennegrecidas las otras por la frase ya vertida, Roberto, con la pluma en la mano, meditaba.

El drama doloroso de su vida habíase ido desarrollando en actos y escenas. Allí estaban sus alegrías y sus dolores, las dulces esperanzas de su juventud y los horribles desencantos de su edad madura. Efímeras alegrías que, como bandada de aves

emigradoras, aletearon un instante sobre su frente, huyendo y alejándose para nunca más volver; lentos y crueles pesares que uno á uno, como losa de plomo, fueron cayendo sobre su corazón, ahogándolo y haciéndole destilar hasta secarlo, convertidos en gotas de sangre y en ardorosas lágrimas, todos aquellos deseos que un tiempo fueron señuelo y acicate de su ya extinguida voluntad.

Luchaba el protagonista en el drama ya esbozado de Roberto, al principio, como un enamorado de la vida que, llenos sus ojos de luz y de aromas su pecho, avanza confiado y animoso á través de los obstáculos en busca de la soñada felicidad que vislumbra á lo lejos; después, como el atleta herido que cae y se levanta para volver á caer entre las ansias de la muerte, á los golpes despiadados y repetidos de su rival.

Uníanse en brutal consorcio para marcar las etapas de aquel inacabable calvario, á los inmensos y angustiosos desmayos del alma, los lacerantes dolores del cuerpo. Roberto, como el protagonista de su obra, había sido vendido por la amistad y traicionado por el amor.

Ansioso de conquistar una posición para arrojarla á las plantas de la mujer que era su ídolo, ávido, después del desengaño, de humillar y castigar al amigo infiel y amante afortunado, con la vaga esperanza de reconstruir el derruído palacio de sus sueños, Roberto había trabajado sin tregua noche y día, inclinado sobre las cuartillas, sometido el cerebro á perpetua tortura y arrojando al público, desde la soledad de su retiro, libros y más libros que le dieron relativa celebridad, pero que lo dejaron en una modesta medianía rayana de la escasez, que era la negra miseria para sus gustos aristocráticos.



Gitana, cuadro de Estanislao Maslowski

Aquel naufragio físico y moral en que cuerpo y espíritu se debatían; aquella incesante lucha de cada día, de cada hora, de cada minuto; aquel trabajo rudo, incesante, de su imaginación, habían concluído por minar su salud y agotar sus fuerzas. El desencanto había matado todo estímulo. El trabajo le parecía infecundo, la gloria risible. En momentos de exaltación, bien pronto apagados, intentaba reanudar la lucha; pero aquellos intermitentes esfuerzos de una voluntad enferma y vacilante no lograban detener los progresos de un mal, que invadiendo todo su ser, más que su vida amenazaba su inteligencia.

Con indecible espanto, dándose exacta cuenta de la proximidad de la catástrofe, sentíase perdido, irremisiblemente perdido, inutilizado para el trabajo, inerme, desarmado en lo más recio del combate. Experimentaba extrañas alucinaciones que, desdoblando su personalidad, hacíanle asistir impotente y dolorido al espectáculo de la propia miseria. Formábanse en su imaginación extensas lagunas que llenaba el olvido, desgranándose en confusión horrible sus pensamientos, hasta que, pasada la crisis, volvía á reanudarse por súbita reacción el curso de sus ideas, y éstas, espléndidas, luminosas, caían nuevamente sobre las cuartillas engarzadas en el hilo de oro de su maravilloso estilo.

En esta forma Roberto había ido llevando paralelamente la acción de su drama con los acontecimientos de su propia vida. Los gritos de dolor de su protagonista eran los mismos gritos que en momentos de impotencia desesperante se escapaban de su garganta; las fugitivas esperanzas, bien pronto desvanecidas; los vagos sueños, apenas surgidos borrados; los anhelos nunca saciados de aquél, eran las esperanzas, los sueños, las amarguras que luchaban, conturbándolos en el espíritu y en el cerebro del autor.

Así nació el drama, así fué desarrollándose hasta la penúltima escena. Faltaba el desenlace, como coronamiento de la ardua empresa. Faltaba concentrar en un solo hecho, en una acción rápida y decisiva,



Regreso del baile, cuadro de Nicolás Sierra y Alvarez



LA TUMBA DEL SUICIDA, cuadro de L. W. Kotarbinski



FANTASIA (cuadro de K. Rozynski)

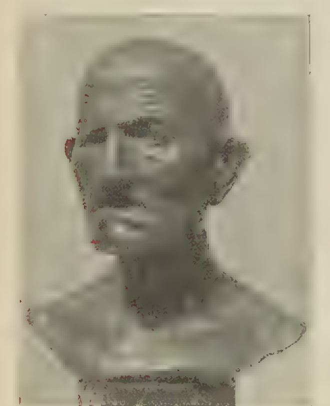
síntesis sublime de una vida atormentada, toda la intensa pasión que vibraba en la obra. Roberto meditaba en busca de una frase, de un grito. Su pluma caía rápida sobre la cuartilla; escribía y tanteaba lo escrito. Hubo un instante en que los ojos de Roberto brillaron con extraño fulgor; en sus labios se dibujó una leve sonrisa; un grito gutural, una exclamación de triunfo, se escapó de su pecho; dejó caer la pluma, y en su lugar un objeto de metálicos reflejos se alzó en su mano. Sonó una detonación, y de la cabeza de Roberto, caída pesadamente sobre el pupitre, brotó un hilito rojo, que con caracteres de púrpura fué trazando sobre la última cuartilla el desenlace.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII, pintado por Félix Mestres.—Sobre un fondo de cortinaje de simpática y severa tonalidad, se destaca la figura del rey, vestido de uniforme de gala del arma de caballería, figura vigorosamente tratada que patentiza perfectamente la característica y la estructura del personaje. El colorido es armónico y agradable y se funde por modo admirable en las distintas prendas del traje, en el fondo, en el suelo, en el ambiente general; el dibujo es firme, el parecido exacto, y en cuanto á la composición, es digna de todo elogio por su sobriedad, pues el artista, con muy buen acuerdo, ha prescindido de los accesorios ornamentales, de los distintivos y atributos de la realeza que suelen ser elemento obligado en esta clase de trabajos y con los cuales pierden éstos el carácter de intimidad, que tan bien sienta en los retratos, para convertirse principalmente en obras decorativas. El lienzo que reproducimos, que está destinado al salón de sesiones de nuestra Diputación Provincial y que recientemente estuvo expuesto en el Salón Parés, es, sin duda alguna, uno de los mejores retratos que de nuestro joven monarca se han hecho y una de las pinturas más sólidas que ha producido el celebrado pintor barcelonés Félix Mestres.

Gitana, cuadro de Estanislao Maslowski.—Forma parte este pintor de la asociación «Sztuka,» de la que algo dijimos en el número 1.113 al ocuparnos de las obras de los tres escultores polacos Dunikowski, Szymanowski y Biegas. El espíritu que en esta asociación predomina es el que alienta en el arte y en la literatura en general de aquella infeliz nación: el recuerdo del hermoso pasado, el dolor por el triste presente, la aspiración á un porvenir de independencia y libertad. Los artistas de Polonia, como los poetas y todos los pensadores, hacen patria, por decirlo así, sin que para ello necesiten representar los episodios luctuosos de su historia; bástales con inspirarse directamente en la naturaleza, en las costumbres de su país, manteniendo así vivo en el pecho de sus compatriotas el amor á la tierra natal. El estilo de los pintores polacos es en alto grado francés; pero esta influencia extranjera sólo se refiere á la forma, pues en el fondo palpita siempre el sentimiento nacional. La gitana pintada por Maslowski, por la sobriedad y firmeza de su dibujo y de su colorido, demuestra que su autor es un convencido realista y un gran conocedor de los recursos técnicos.



BUSTO, modelado por D. Trentacoste

Busto, modelado por D. Trentacoste.—Este célebre escultor florentino tiene en alto grado el sentimiento de la forma y de la proporción, y sabe además imprimir en sus obras un vigor de expresión que responde al modo de ser del tipo ó de la escena representados. Por esto sus esculturas son algo más que una reproducción plástica exacta de un modelo, ya que hay en ellas esa vida que sólo los verdaderos maestros consiguen dar al mármol ó al barro que sus manos modelaron. El busto que publicamos es la mejor prueba de la verdad de este aserto.

El maestro Francisco Cilea.—El maestro Cilea forma parte de esa pléyade de jóvenes compositores que tanto honran, con las producciones de su ingenio, al arte contemporáneo italiano. El arreglo á la escena lírica de la conocida obra de Scribe y Legouvé *Adriana Lecouvreur*, le ha procurado uno de sus más señalados y legítimos triunfos, cimentando su reputación como inspirado é inteligente compositor. Las bellezas que la obra encierra habrá podido apreciarlas el público barcelonés, con mayor motivo cuando el papel de protagonista lo interpreta la misma artista á quien cupo la suerte de darla á conocer por primera vez, con el completo beneplácito de su autor. Las situaciones verdaderamente dramáticas



FRANCISCO CILEA, autor de la música de la ópera *Adriana Lecouvreur*, recientemente estrenada en nuestro Gran Teatro del Liceo

que el libreto contiene han ofrecido vasto campo al joven compositor para dar muestra de su inspiración y de sus aptitudes musicales.

El drama de Scribe y Legouvé, de donde está tomado el libreto de la ópera de Cilea, tiene por base el amor que la princesa de Bouillón siente por el conde Mauricio de Sajonia. Éste, recién llegado á París, visita á la princesa, la cual, ante la frialdad con que el conde la trata, comprende que tiene una rival. Así es en efecto; Mauricio ama á la actriz Adriana Lecouvreur, de quien lleva prendido al pecho un ramillete. La princesa finge creer que el ramillete es para ella, y el conde, no atreviéndose á desengañarla, se lo regala. El príncipe de Bouillón, en quien una confidencia ha despertado sospechas acerca de la fidelidad de su esposa, cree sorprenderla en casa de otra actriz del Teatro francés; pero gracias á la generosidad de Adriana, la primera se salva, convencida de que debe su salvación á su rival, cuyo rostro no puede ver, pero cuya voz queda grabada en sus oídos. Guiada por este recuerdo, reconoce á la Lecouvreur en una representación dada en su propio palacio, en la que la célebre actriz, viendo á su amante completamente dedicado á la princesa, arroja al rostro de ésta las frases de Fedra, que en aquel momento recita y que son una acusación terrible contra la mujer adúltera. La princesa siente toda la intención que da á sus palabras la actriz, y sigue entre ambas una escena de ironía y rabia en que bajo formas corteses se destrozan mutuamente el corazón. La victoria queda por Adriana, pero la de Bouillón para vengarse le envía el ramo que antes se hiciera ofrecer por Mauricio, previamente impregnado de un veneno tan activo como sutil. La actriz, creyendo que aquel presente es del conde de Sajonia, lo cubre de besos y lágrimas respirando al mismo tiempo su muerte. Entonces llega Mauricio para justificarse, pero ya es tarde: la actriz muere en sus brazos, después de una patética agonía.

Regreso del baile, cuadro de Nicolás Sierra y Alvarez.—Contemplando este cuadro, se adivina sin gran esfuerzo el argumento del mismo: esa mujer vestida en traje de baile que se ha dejado caer desplomada sobre el sofá; el billete que se ve á sus pies y que sus manos soltaron en un momento de desmayo; el lujoso abrigo arrojado al descuido sobre una butaca, son elementos suficientes para reconstituir el drama íntimo que el artista ha querido sintetizar en su escena culminante, la escena en que la amante esposa experimenta la más cruel de las torturas y se rinde al peso del dolor que la agobia, llorando el abandono inmerecido y sintiendo el vacío que el desengaño ha hecho en su existencia. El joven pintor Nicolás Sierra, que tan acertadamente ha sabido expresar esta difícil situación, hizo sus primeros estudios en la Academia de San Fernando de Madrid bajo la dirección de maestros tan ilustres como Madrazo, Martínez Cubells y Puebla. Ha sido pensionado por oposición en Roma, en donde trabajó tres años, trasladándose luego á París, en donde ha fijado su residencia y se ha conquistado un puesto distinguido en el mundo del arte.

La tumba del suicidio, cuadro de W. Kotarbinski.—En el número 1.106, con ocasión de publicar el hermoso lienzo de Kotarbinski *El beso de Medusa*, expusimos algunos datos biográfico-críticos de este eminente pintor rusopolaco, de quien dijimos que, prescindiendo de las tendencias hoy más en predicamento, ha rendido siempre culto al romanticismo fantástico. Como confirmación plena de este aserto debe considerarse *La tumba del suicida*, que hoy reproducimos: es ésta una composición soberbiamente sentida y maravillosamente ejecutada; la impresión de terror que en el ánimo produce es de las que jamás se borran, y cuanto puede concebir la imaginación para expresar el horror al suicidio difícilmente llegaría á manifestarse con más intensidad, con mayor crudeza que las que admiramos en la obra de Kotarbinski. Aquel cielo cubierto de densos y negros nubarrones y en el cual sólo brilla una estrella; aquel campo lleno de cardos que parecen tentáculos de monstruo apocalíptico avanzando sobre el sepulcro del suicida; aquella flor única que sobre la tumba crece y cuyo resplandor misterioso contrasta con las tinieblas que la rodean, forman un conjunto de grandiosidad indescriptible que subyuga, fascina y sugestiona. Esta obra es de las que se sienten y no se describen; es también de las que acreditan á un pintor de maestro eminentísimo.

Fantasía, cuadro de K. Rozynski.—Si fuera dable que por un momento la crítica imparcial se declarara exclusivista y se propusiera admitir sólo como buenas aquellas obras de arte que son copia exacta de la realidad, reflejo fiel de las costumbres, de las necesidades y aun de los problemas de la época y del país en que el artista vive, no tardaría en verse obligada á volver al eclecticismo, que en materias artísticas es signo de verdadera imparcialidad. Porque ¿cómo no aceptar y alabar cuadros de esos llamados de fantasía, si llenan perfectamente los fines que la estética impone? ¿Cómo rechazar, sin más razón que la de no ajustarse á la verdad, lienzos cuya contemplación despierta sensaciones agradables y eleva el pensamiento á las regiones serenas de la poesía? Digan lo que quieran los intransigentes, por fortuna pocos en número, todos los géneros son buenos cuando nos hacen sentir, en una ú otra forma y por uno ú otro procedimiento, la belleza; por esto entendemos que merecen aplauso los pintores que como el ruso Rozynski se complacen en dejarse llevar en alas de su imaginación, y nos proporcionan un goce verdadero pintando escenas tan simpáticas, tan eminentemente poéticas, como *Fantasía*, y como *El bosque de las hadas*, que publicamos en el número 1.048 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

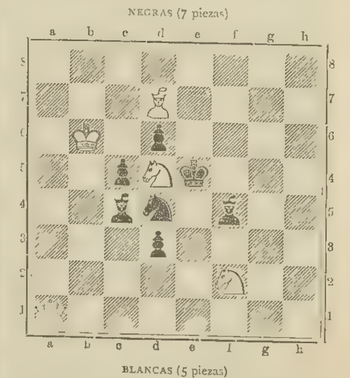
Los hijos de los príncipes de Gales.—Los tiernos personajes que forman este interesante grupo son: el príncipe Eduardo Alberto, nacido en 23 de junio de 1894; el príncipe Alberto, en 14 de diciembre de 1895; la princesa Victoria Alejandra, en 25 de abril de 1897; el príncipe Enrique, en 31 de marzo de 1900, y el príncipe Jorge, en 20 de diciembre de 1902.

Teatros.—*Barcelona.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El corneta de la partida*, zarzuela en un acto y tres cuadros de Eugenio Sellés, música del maestro Valverde (hijo); y *Elixir de amor*, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Manent. En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Francisco Planté, ejecutando con incomparable maestría piezas de Beethoven, Weber, Schumann, Schubert, Liszt, Brahms, Bach, Chopin, Mendelssohn, Berlioz, Mozart y Boccherini, en todas las cuales hizo gala de una ejecución maravillosa, de una interpretación perfecta de cada uno de los maestros, y sobre todo de una manera de decir tan clara, tan sentida, tan expresiva, que es imposible sea por otro artista superada. El público le tributó continuadas y entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 324, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 323, POR E. HALLIWELL.

Blancas.	Negras.
1. Ce4-f6	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



Cogió la señora la carta sospechosa, y las dos se acercaron al balcón

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esto no le libertó de la presencia de la pegajosa Pastorita, ni le devolvió la perdida confianza de misia Justa, agravando su dispepsia crónica el sobresalto de la temida destitución y reemplazo por aquel D. Ignacio, su envidioso contrincante, de modo que ya el bicarbonato no tenía poder digestivo ni influencia calmante siquiera y pasaba ratos malísimos D. Celedonio...

Decía, pues, que en la segunda semana, según referencias del capellán, á poco de levantarse de la mesa, hubo tiroteo vivísimo entre Melchora y Victoria, tan vivo que si no media D. Fabio, no se sabe cómo terminara el lance; con esto la dispersión fué general y más rápida que de ordinario, huyendo D. Celedonio á refugiarse en su cuarto, donde le acometió un hipo violentísimo. ¡Válgate la Virgen de los Remedios! ¡Qué vida y qué manera de quemarse la sangre!

El cartero venía á *La Justa* después de mediodía, y á mediodía, naturalmente, el sol de enero asaba los pájaros en el aire. Quien recogía la correspondencia era Blasa ó Regino, ó el espetado mozo de comedor. Nunca la señora mayor, ni doña Melchora. Sin embargo, aquel día (18 de enero, jamás lo olvidaría D. Celedonio) apenas se sintió el caballo del cartero en la plazoleta, salió doña Melchora, sin guardarse del sol ni de nadie, y recogió las cartas. Luego penetró apresuradamente en la casa. Don Celedonio lo vió todo, ahogado por el hipo, desde su ventana... ¡Ay, qué cosas! ¡Y cómo los actos más sencillos producen, á veces, las más grandes catástrofes!

Sí, de la recogida de cartas de doña Melchora vino todo lo demás que ocurrió aquel espantoso día 18 de enero. Y asegura D. Celedonio que él tuvo el presentimiento, algo así como atrevida inducción de lo que iba á pasar.

Por cierto que pensando en este suceso, se durmió plácidamente en su sillón. No ha podido saber, pues, qué hizo Melchora con las cartas, ni adónde se dirigió al entrar en casa, aunque si despierto estuviera y no se apartara de la ventana tampoco lo sabría.

Y lo que hizo Melchora fué subir ligeramente la escalera y llamar á la alcoba de misia Justa, por fórmula, pues misia Justa la esperaba y con ella tenía concertada la violación de correspondencia, á espaldas de D. Fabio. La ira de la reciente disputa con *la otra* y el gusto perverso de la mala acción coloreaban los morenos y lustrosos cachetes de la viuda, que entró sigilosa, y luego de cerrar con tiento la puerta, susurró:

—Aquí están, tome usted. Me parece que de esta vez la reventamos á la *barraquera.*

—¿Viene carta para la maestra?, preguntó misia Justa casi por señas.

—Viene. Con una palomita en el cierre, muy mona. Tome usted. Esta es para el tío y esta para ella, del hermano: conozco la letra del Sr. Stuart.

Cogió la señora la carta sospechosa, y las dos se acercaron al balcón, cuya verde persiana tamizaba suavemente la luz; ansiosa, metía Melchora la cara por el hombro á la abuela, insistiendo:

—Abrala usted, ¿qué espera? Es esa de la palomita...

—Pienso, dijo misia Justa con gravedad, que, diga lo que dijere esta carta, como no traiga dentro el nombre de Victoria, no nos servirá á los efectos de una prueba formal é irrecusable.

—¡Vaya por Dios! En estos casos basta con las pruebas morales, que ellos no serán tan tontos para dejarse sorprender. De lo contrario, á nadie se condenaría... Abrala usted, y si no se atreve la abriré yo.

No fué menester, porque misia Justa, rápidamente, desgarró el sobre y sacó el pliego doblado. Entonces, emocionadas, se sentaron en un taburete de estos gemelos, y mientras la señora desdoblaba el papelito, devorábalo Melchora con los ojos, queriendo deletrear anticipadamente sus garrapatos... Lucía otra palomita en el membrete y esta divisa: *Siempre fiel;* la letra era muy mala, expresando los desiguales renglones lo siguiente: «Nena mía: Ya te he dicho que para el término fijado, no puede ser. Lo dejaremos para más tarde, cuando las dificultades que sabes estén allanadas. Ten paciencia, que con la paciencia se gana el cielo, y el cielo es nuestro amor. Consúltalo con D. Celedonio y verás cómo me da la razón. Si esta tarde te dejaran libre, vente paseando por el lado de Donato, que yo trataré de acercarme lo más posible... Lo principal es que ni aquí ni allá se enteren. Adiós. Tu nene, Alejo.»

Leyó todo esto misia Justa sin necesidad de gafas, con voz clara, y cuando terminó, volvió á empezar: «Nena mía...,» repitiendo palabra por palabra. Pero Melchora la interrumpió, desahogando su exaltada furia:

—¿Que no ha comprendido usted? ¿Quiere más todavía? Si la llama su nena y le habla de su amor y la da una cita, ¡una cita! ¿Pues no es esto bastante para ir con la carta y restregársela por el hocico? ¡Ah! No contaba ella que nosotros velamos por el honor de la familia; se ha casado creyendo que iba á hacer mangas y capirotes... ¡Para que después me llame enredista! Ella, la intrigante, la desvergonzada, que se da citas por los caminos á los dos meses de casada... ¿Y usted qué va á hacer, abuela? Porque en vista de esto... Mire usted si sabía yo lo que me decía. ¡Qué par de nenes! ¡Y qué cazaditos los tenemos!

—¡Melchora, Melchora!, murmuró la abuela Justa. ¡No alces la voz, por Dios, esto es muy delicado! Prueba mucho y no prueba nada. Reflexionemos... La carta está dirigida á Clotilde, y por lo tanto, lo que en ella dice el insolente de Pardales, á Clotilde se lo dice...

—No; si iba á decírselo á la otra con todas sus letras y sus apellidos.

—Yo creía, prosiguió la señora, que si no el nombre, se dejaría dentro algún cabo de donde tirar.

—No uno, sino tres y cuatro se han dejado. Tire usted y verá cómo sale el ovillo.

—Despacio, Melchora, despacio.

Volvió á leer la carta y quedó pensativa. Melchora se revolvía, insistiendo:

—Pero si está más claro que el agua. Esa es una combinación preparada con la complicidad de la Clotildita...

Misia Justa movió la cabeza. En verdad, no bus-

caba ella disculpas ni explicación para la supuesta falta de la otra, sino una base de prueba suficiente, lo necesariamente segura para proceder contra ella. La carta de Pardales no tenía más importancia que la que el capricho quisiera darle; la razón serena no la concedía ninguna: podía ser uno de tantos indicios, de los mismos de que dudaba D. Fabio. La mano seca, de hinchadas venas azules, estrujaba el papel inofensivo, de cólera impotente, como garra que hallara por presa el vacío.

– No sé, no sé, murmuró la abuela desdoblando el papel de nuevo.

– Seguro, dijo Melchora, que ya tiene usted todo arregladito en la cabeza y más bien pensado... Porque no hay que darle vueltas.

– Pues no, hija, no, no.

– ¿También va usted á dudar, como el tío Fabio? Con ir esta tarde *por el lado de Donato,* se aclararía todo. Mejor prueba...

– ¿Cómo? ¡Si hemos abierto la carta!

– ¡Es cierto, y rompiendo el sobre! Si me la deja usted á mí la abro sin que se notara, ¡me doy una maña!.. Pero no dirá usted, abuela, que lo de la maestra está turbio también: me parece que su falta, su infidelidad, son patentes. ¿Y el capellán?

– ¡Ah, lo que son ellos!..

Levantó la mano, como si fuera ésta la ejecutora del pensamiento. Y animada por este ademán, con fuego que si no era producto de su convicción podía ser anhelo de su amor propio y de su odio, empeñados en que la mala idea triunfara, Melchora la compuso á su gusto, presentándola á misia Justa y metiéndosela por los ojos de esta manera:

– Si está más claro que el agua, ¿no lo comprende usted? Mire usted: ellos se entendían, desde mucho antes que Josecito la conociera, y si no se han casado es porque el hermano, ambicioso, quería para ella mejor partido... Bueno: se presenta Josecito, ¡y claro!, se le dan á Pardales los pasaportes y se le echa al otro el gancho; ¿quiere usted más bajeza? Prestarse ella á semejante comedia... Pero la casualidad (en todos estos casos la casualidad hace de encubridora) les pone luego de vecinos y la vecindad reaviva la simpatía antigua. ¿Cómo hablarse? Pues se finge correspondencia con Clotilde, y así llegan á la torre todas las cartas que quieren... Las buenas migas de Clotilde con ella son innegables: desde el primer día se mostraron... ¿No está claro esto? ¿No lo comprende usted, abuela? ¿Qué mayor prueba que ese papel... y todo, todo lo que hemos visto y oído, y estamos viendo y oyendo? Ahora, en lo que yo no he de mezclarme es en si basta para que demos la campanada ó esperamos á que las cosas sigan su curso natural y dejamos que la señora *barraquera* arrastre nuestro apellido *por el lado de Donato*... ¿Conviene poner en guardia á Josecito?, ¿soltarle á ella una alusión bastante expresiva para detenerla en el camino que lleva? ¿Se cortará por lo sano, despidiendo á la maestra, su cómplice, y al capellán que la apadrina en su rebeldía? Allá usted y tío Fabio; yo no doy consejos, ni asumo responsabilidades, porque no quiero que digan después que la culpa fué mía...

Sucede que lo absurdo, como semilla de cizaña que cae en terreno abonado, se cuela siempre en el espíritu predispuesto, sin que la razón, celosa guardiana, lo examine, discuta y someta al juicio severo de que no se libran las ideas en general, y eso, por lo común, á causa de que la pasión apagó su antorcha, y como en cuarto á obscuras y abandonado las aves nocturnas entran y anidan, convirtiéndolo en casa propia. Por inverosímiles y disparatados que fueran los extremos á que arribaba Melchora, y caprichosos é imaginarios sus fundamentos, el entendimiento de misia Justita González, cuya viril fortaleza se ha encomiado tanto, entenebrecido por rencores y antipatías profundísimos, no rechazó, sino débilmente, cuanto la nieta política dijera, repetición de cuanto venía diciendo de dos meses atrás; y deseosa de soledad para meditar, la despidió con breves palabras, recomendándola mucho silencio y sobre todo que D. Fabio no se enterase de lo que acababa de pasar. Luego de entregar las otras dos cartas, callarse y observar, y observar y callar hasta que ella hablara, hasta que ella obrara. ¿Entendido?

Marchóse la viuda, zarandeando las caderas... De lo que meditó misia Justa, sentada en el taburete, con la desplegada carta de Alejito Pardales sobre la falda, poco puede adivinarse: su impasibilidad de imagen no dejaba á la inducción conocer gran cosa, sino que debían de ser muy ingratos y sombríos los pensamientos que aleteaban bajo sus rizos de plata; quizá analizara la historia completa de los amores de Josecito, víctima de la codicia de ambos Stuart, ó perdida anduviese en los inextricables senderos de la leyenda de la torre; tal vez preparaba la guillotina en honor de Clotilde y D. Celedonio, y por eso, á veces se estremecía la línea rígida de su boca, que es don de tiranos el placer del castigo... Porque fuera cual fuere la verdad de la intriga de Pardales, Clotilde y D. Celedonio se ufanaban en mostrarse partidarios de la otra, y esto era crimen suficiente para no tolerarlos ya en la casa, desde que la carta interceptada, aunque inocente de suyo, había facilitado el pretexto, especialmente contra Clotilde, á quien no podía permitirse carteos amorosos que redundaban en desdoro de la sagrada misión educadora que se le había confiado.

A las cuatro bajó misia Justa á la plazoleta. Era la hora en que Clotilde abría las puertas de la jaula escolar y daba suelta á la chiquillería, que se desbandaba alegremente por los campos; aún no la había abierto y se oía dentro el rumor de los prisioneros impacientes. D. Celedonio, que paseaba á la menguada sombra de los naranjos, saludó tímidamente:

– Muy buenas tardes nos dé Dios, señora.

Pero misia Justa no le contestó. Pasó sin mirarle, derechamente hacia la escuela, tan tiesa que el capellán quedó temblando.

– ¡Santo Dios! ¿Otra tormenta en el horizonte?, pensó el cuitado. ¿Dónde descargará el rayo? ¡Que Santa Bárbara proteja á la pobre Clotildita! Yo, por lo que pueda tronar, escapo...

Y se guareció en la capilla, asilo donde se creía seguro. Misia Justa, entretanto, llegó á la escuela y entró; la revolución que allí había de chicos en movimiento, subidos en los bancos, gritando, riñendo, á caza de los libros desperdigados ó del sombrero para marcharse, suelto el lazo de la disciplina, se calmó por ensalmo, así que en el fondo de la sala apareció la majestuosa figura de la abuela; todos, niños y niñas, de pie, como soldados, cantaron á unísono la salutación de práctica:

– ¡Buenas tardes, señora Justita!

En la tribuna, Victoria y Clotilde se pusieron también de pie; en el último escalón de la tarima, Pastorita, con una desaforada lengua de franela escarlata que le colgaba hasta la cintura y un gorro de papel adornado de dos puntiagudas orejas de asno, exponía á la vergüenza su desaplicación y mala conducta.

– Señora, dijo Clotilde bajando del pedagógico sitial, he tenido que poner á la niña en penitencia, porque no se puede con ella; ni estudia, ni deja estudiar á los demás; hoy ha roto su pizarra, ha derramado el tintero sobre la gramática de una compañera y le ha pegado con la regla al menor de don Patricio...

Mientras la acusaban, Pastorita se había quitado los ignominiosos atavíos y hacía pitos á la maestra. La abuela nada contestó. La proximidad de la culpable la irritaba tanto, que apenas podía hablar. Sacó la carta del bolsillo y se la presentó, diciéndole de modo que sólo ella se enterase:

– No acuse usted á los demás cuando tanto tiene de qué acusarse, y no ciertamente de travesuras infantiles. Tome usted esta carta... Es de Alejo Pardales... ¡Yo la he abierto y la he leído!

Muerta mil veces prefiriera Clotilde, antes que escuchar lo que parecióle trompetazo del juicio final; se puso amarilla, las piernas le temblaron, entrechocaron sus dientes, y la mano, helada, no se atrevía á coger el papel.

– Señora..., yo no sé..., aseguro á usted...

– ¡Basta! Tome usted esta carta y márchese á la torre á esperar mis órdenes. Bueno será que vaya usted preparando su baúl...

Y con voz de mando, misia Justa se dirigió al concurso de cabecitas azoradas:

– ¡Niños, afuera!

Sumáronse los dos bandos, el masculino y el femenino, y por el callejón central atropelladamente, como esclusa que se desborda, salieron pataleando y empujándose, Pastorita la primera, á la zaga de la corrida y desventurada maestra; muchos, los más corteses, al pasar besaban la mano de la señora, y ya en la plazoleta esparcíanse todos bulliciosos, asustando á los pájaros con sus gritos y á D. Celedonio, que por una rendija de la puerta de la capilla asomaba la inquieta cabeza de conejo, cambiaba breves palabras con la señorita de Paces y convulso encerrábase otra vez, encomendándose á la Virgen Santísima...

Cuando salió el último niño, Victoria bajó de la tribuna. No sabía ella (ni podía enterarse á causa de la distancia y la rapidez de la misteriosa escena) lo que con Clotilde acababa de pasar, y desprevenida llegó hasta la señora abuela, escondiendo tras de una sonrisa fría la poca gracia que el encontronazo debía de hacerle: en la inmensa sala desierta, las alimañas del friso y el esqueleto de la pared del fondo parecían moverse, infundiendo menos temor que la implacable figura de misia Justa, erguida como un granadero. Puestas á tiro una y otra, se cruzaron los siguientes disparos:

– ¿Adónde vas?

– Señora, á ninguna parte.

– Te has puesto el vestido rosa, ¿por qué te has puesto el vestido rosa?

– ¡Señora, por Dios!, porque es más fresco.

– ¿Piensas salir?

– No, señora.

– ¡Digo que tú piensas salir!

– ¿Adónde? Si es por el traje, me vestiré de luto... ó no me vestiré; andaré de bata...

– ¡Cuidado con el retintín impertinente! No te contentas con ser respondona...

– ¿Yo respondona?

– ¡No es extraño! ¿Sabes que he despedido á tu amigota la maestra?

– ¡Ay, pobrecita! ¿Por culpa mía?.. ¡Es injusticia!

– Te dije que te vigilaba...

– Señora, no sé por qué.

– Que te vigilaría. Los maridos tontos son fáciles de engañar. Y tú no me inspirabas confianza.

– ¡Señora!

– Ni me la inspiras, no; así, clarito, ahora menos que antes. Si esto es aquí, ¿qué será mañana en Buenos Aires? Una vez despedida tú cómplice...

– ¿Mi cómplice?

– Tu cómplice, hablaremos despacio, muy despacio, y te cantaré yo la cartilla, ¿oyes? Bueno, vete, pero con la absoluta prohibición de que te vayas por esos caminos, ni con perro, ni sin perro; tus modas inglesas las guardas para Barracas, que si tu hermano te dejó campar libre de soltera, aquí tenemos de la mujer, y sobre todo de la casada, un concepto más digno y riguroso. Vete.

Para obedecer, tenía que pasar Victoria muy cerca de ella, y como ella no cedía el paso, se escurrió sin cuidado de no rozarla, ahogándose de cólera, ciega, tan ciega, que tropezó en la puerta con Josecito, que venía á buscarla para el paseo, y le apartó furiosa, sin darle respuesta ni disculpa.

– Pero ¿qué tiene Victoria?, dijo el marido entrando en el pabellón.

– ¿Qué tiene?, contestó la señora esforzándose por calmar la emoción del duelo. Nada, lo de siempre; buena está tu mujer, buena...

Cerró la puerta y empujó al nieto hacia el encerado del fondo, que custodiaba el horrible esqueleto pintado sobre la pared tan propiamente, que fuera el terror de los chiquillos si la costumbre de verle no engendrara la familiaridad y diese ocasión á la chacota. Josecito comprendió que se preparaba un interrogatorio en toda regla, y se sentó en un banco, sumiso, como alumno que va á decir su lección; y haciendo el ademán suyo familiar, de golpearse las rótulas con las palmas abiertas, se rió neciamente...

– *Jú, jú*... Ya sé lo que me va á preguntar usted, abuela: soy más inteligente de lo que usted cree... *Jú, jú;* me va usted á preguntar lo que ocurrió esta mañana: pues lo que ocurrió fué que ella no quería levantarse porque tenía sueño, y yo quería que se levantara, ¡vaya! yo quería dar un paseo hasta Ombú, y ella que no y yo que sí. ¡Siempre me ha de contrariar, abuela! Pues no había quien la levantara, haciéndose la dormida, y entonces la eché un jarro de agua en la cara, ¡zas!, y la puse caladita... ¡Qué risa! Al sentirse mojada, se levantó enojadísima; ¡como si no fuera mi mujer, y no pudiera yo hacer con ella lo que me dé la gana! ¿Para qué se ha casado conmigo? ¿Qué es lo que se ha figurado? ¡Tiene gracia! ¿De qué me vale á mí ser el marido? Lo que hay es que no me quiere, que nunca me ha querido... Es más fría que un mármol...

Misia Justa, que le escuchaba armada de un buen trozo de tiza, borró con el sucio guiñapo depositado en el reborde del pizarrón los números y garabatos, y escribió rápidamente la respuesta:

– A buena hora te acuerdas. Haberlo pensado cuando te metiste en casa de los Stuart, y te dejaste atrapar como un inocente. Fastídiate.

Escribía y borraba; y tan hecho estaba el sordo á aquel sistema de conversación, que antes que la mano de la abuela terminara la frase, ya él la había leído entera y sin tropiezo.

– Fastídiate, seguía escribiendo misia Justa, que no eres tú solo el que lo pagas, sino todos nosotros. Pero no es eso lo que iba á preguntarte: lo de esta mañana se parece á lo de ayer, á lo de anteayer y lo de siempre; la falta de cariño, el corazón de hielo, la pésima educación, las viejas mañas de tu mujer, como que se ha criado sin madre, son cosas muy sabidas. .

Pasó de golpe el trapo sobre lo escrito y formuló esta pregunta:

– ¿Te has enterado de que tu mujer es bonita?

– *¡Jú, jú!,* exclamó el sordo aporreando la rodilla derecha, ¡qué pregunta, abuela; si no soy ciego!

Y la señora continuó escribiendo:

– Puesto que sabes que es bonita, debieras saber también que las mujeres bonitas son las menos á propósito para esposas legítimas, porque hay que guardarlas de la codicia ajena y disponer de autoridad bastante para obligarlas á que se guarden ellas mismas... Cuando una mujer bonita no quiere á su marido, está á dos dedos de dejarse llevar por otro... Y hay zanguangos sin conciencia que del noveno mandamiento hacen una profesión...

Josecito leía é iba poniéndose muy serio. Al llegar á la última letra se impacientó.

– Bueno, ¿y qué me dice usted con eso, abuela?

– Que todo marido, y en particular el dueño de mujer bonita, debe mirar mucho por ella, abrir tamaño ojo, estar siempre en guardia.

– ¿Lo dice usted por Victoria?

– No lo digo por Victoria, ni por nadie, continuó misia Justa apretando más la letra, nerviosa, lo digo en general. Contéstame ahora á esta pregunta: ¿cuando tus visitas de novio, notaste si rondaba otro á Victoria, ó si la había rondado antes?

– No, dijo ingenuamente el joven, Victoria nunca tuvo más novio que yo, y muchas veces le oí decir á mi cuñado que era la muchacha más rara y más fría del mundo.

– ¿Y no observaste, ó supiste por accidente, fuese visita de la casa ó amigo de etiqueta, el hijo de D. Zacarías, Alejo Pardales?

La triza se quebró al trazar este nombre sobre el encerado.

– ¡Qué disparate!, exclamó Josecito, ¡si á Pardales le ha conocido Victoria en el Trigal!

Aunque despuntada, la tiza siguió haciendo preguntas, más rápidas, más concisas.

– En la fiesta de Santa Genoveva, ¿qué notaste?, ¿con quién habló Alejo?, ¿qué dijo Alejo?, ¿qué...

Y de pronto, ante las respuestas indiferentes del sordo, que no comprendía bien, el guiñapo borró apresurado lo que en su resaltante blancura podía descubrir la velada intención, y misia Justa, con más calma, escribió:

– Te he preguntado esto por nada, por una idea que se me vino, así... Pero voy á darte un consejo: que no olvides que eres el marido de una mujer bonita. Y alguna vez, hoy no, ni mañana, ni pasado, te vayas en tus paseos por el lado de Donato... á ver si sorprendes al *Mandinga,* que se dice está oculto en *La Justa*... Figúrate si le sorprendieras, ¡qué servicio para el partido! ¡El *Mandinga* sorprendido por un Esquendo! Anímate, hijo...

Sacudido por la risa estúpida, Josecito se retorció en el banco. *¡Jú, jú!,* ¡qué ocurrencias las de la abuela! ¡Ir á buscar él al *Mandinga* y prenderle! ¡Lo que no hacía toda la partida junta!

– Por el lado de Donato, ya sabes, insistió misia Justa con la tiza, vive *ño* Camilo, el padre, y la novia, Herminia...

– ¡Bueno!, saltó el sordo. ¿Usted se burla de mí? ¿Para eso me tiene aquí fastidiándome con sus escrituras?

Y se levantó, enfadado, diciendo á voces que se iba á Ombú solo, porque aquel día todos estaban de mala veta. Misia Justa borró lo escrito y con letras muy gordas puso:

– Mal genio; contigo no se puede gastar bromas.

Josecito, como niño enfermizo y mimoso, rezongaba:

– Sí, usted quiere burlarse de mí. ¡Me ha dicho unas cosas tan disparatadas! Me duele la cabeza, porque no comprendo... El *Mandinga,* Alejo, que si Victoria... ¡Ah, sí, ya sé, ya sé! Usted me previene que Victoria..., ¿con el *Mandinga*?, ¿con Alejo?, ¿con quién? Explíquese usted, abuela. Ya comprendo, ya voy comprendiendo: parece que aquí dentro brilla una luz muy clara...

Se había abalanzado á la señora, y la exaltación le ponía fuera de sí. Densamente pálida, misia Justa escribió de prisa en el encerado, llenó de letras el espacio negro, borró y volvió á llenarlo, y escribiendo y borrando dijo todo esto al nieto:

– No, has leído mal, has entendido mal; yo no he podido decirte una enormidad semejante, porque sería una grande mentira, y la abuela no dice mentiras. La abuela da consejos, hace advertencias. Lo que la abuela te previene que puede suceder, tú lo tomas por sucedido. No seas así, porque si no la abuela no te hablará más nada y te dejará sumido en tu eterna tontería, y que se rían de ti los demás.



y la señora continuó escribiendo...

Lo del *Mandinga* ha sido una broma, lo de Pardales un poco de curiosidad: no cambies los frenos. En cuanto á que debes vigilar á tu mujer, ¿es la primera vez que te lo advierto? Te lo advertí el primer día que me confiaste tus intenciones casamenteras. ¿Dónde está la luz que te brilla por ahí dentro? ¡Zonzo! Vete á tomar el fresco y déjate de ver luces, como los borrachos.

Mohino, Josecito iba leyendo, y poco á poco se tranquilizaba, y al fin se rió, echando fuera los feos dientes.

– *¡Jú, jú!,* exclamó golpeándose ambas rodillas, pues entonces no me venga usted con eso otra vez... Yo no soy zonzo; ya sé, ya sé...

Por temor, sin duda, de que las gotas de desconfianza que acababa de inyectar en aquella alma obscura produjeran mayor efecto y más rápido que el apetecido, misia Justa, arrojando la tiza, se acercó al joven y le palmeó las espaldas, empujándole afectuosamente para que se marchara y se distrajera: el camino de Ombú era el más pintoresco de los alrededores; había de traerla nuevas de la torre de la Iglesia, si la echaron ó no la echaron la montera que le faltaba. Él, que escuchaba muy bien, porque la abuela le hablaba cerca del oído y con voz que afuera debía de oirse, soltaba sus *jú, jú* de complacencia; y entretanto salían de la escuela, sin que en la plazoleta encontraran á nadie, ni traspirase de la casa ruido alguno, sumido todo en el terrorífico silencio que acompaña á los terremotos.

Los pájaros eran los únicos que no callaban, y sabe Dios qué chismes se contaban de rama á rama y qué comentarios hacían de los sucesos de la tarde; el sol, muy alto aún, se velaba entre nubes, acaso por no ver lo que en *La Justa* ocurría. Dijo alegremente Josecito que se marchaba á tomar su *break,* y en la misma puerta de la capilla, adonde la abuela se dirigía, se despidió de ella.

Misia Justa empujó la puerta y la halló cerrada, cosa extraña, porque á aquella hora, las cinco más ó menos, llamaba la campanita para el rosario y sólo al obscurecer el mismo D. Celedonio cerraba, antes de la comida. Fué la señora á la puerta de la sacristía y la halló también cerrada, y cerrados casi todos los huecos de las habitaciones particulares del capellán. Aunque éste anduviera de paseo, no acostumbraba tapiar de esa manera aquellas dependencias, sino que gustaba de abrirlo todo para que el aire puro ventilase y refrescara libremente. Misia Justa llamó á Blasa.

Blasa informó que no hacía mucho que el padre se paseaba por la plazoleta, lo cual era cierto y la señora podía dar fe de ello; como no estaba en la casa ni se le vió por esos caminos, seguramente debió de encerrarse á pesar del calor. Llamaron entonces, y al segundo golpe por el entreabierto postigo apareció la desencajada y mustia faz de D. Celedonio, que se retiró en seguida tan pronto como descubrió que era la *Nerona* misma quien hasta el fondo de su asilo venía á buscarle, y de la cual ni candados ni cerrojos le librarían. ¡Santa Bárbara bendita! ¡La tormenta iba á reventar sobre su cabeza!

A trompicones salió á abrir el mísero, y encorvado por el miedo y el respeto franqueó el paso á la tirana, tartamudeando:

– Sí, señora Justita... Dispense usted, señora Justita... ¡Había cerrado porque no me siento bien...

Mandó la abuela que abriese las ventanas, porque la pesada atmósfera sofocaba, y entró luego que la luz y el aire inundáronlo todo; ya en el despachito del sacerdote se volvió para cerciorarse de que Blasa no la seguía, y sin exordios ni composturas interpeló bruscamente al tembloroso viejo:

– Padre, he despedido á la maestra, ¿sabe usted por qué la he despedido?

– Señora Justita, cómo saber... sí, sé que ha sido despedida, pero por qué... Cuando la señora Justita lo ha hecho...

– Es que he tenido mis razones, sí, padre, ¡y qué razones! La maestra, andaba mezclada en intrigas indecorosas, de las que usted mismo...

– Señora Justita, ¡por Dios!

De las que usted mismo participaba, sin respeto á los hábitos que viste. Usted estaba enterado; usted lo sabía y lo ha callado; sabe algo más, sin duda, y no me lo confiesa... ¿No le dice á usted nada la conciencia?

– Señora Justita, contestó D. Celedonio con dignidad mal sostenida por el temor, mi conciencia me dice que durante los cuatro años que he tenido el honor de desempeñar el cargo que me fué confiado, lo he servido con toda lealtad y dedicación; ni á los deberes de mi ministerio, ni á la señora creo haber faltado, ni de obra ni de palabra. Es cierto que yo sabía que la señorita de Paces y Alejo Pardales, si es á esto á lo que se refiere la señora, mantenían secreta correspondencia, pero con fines honestos, en lo que no cabe crimen ni desdoro para nadie. No sé más que esto; puede creerlo la señora... La señora piensa mal; la señora me acusa sin motivo...

– Padre Celedonio, insistió misia Justa, en la intriga de Clotilde, juega usted un papel muy turbio, su nombre figura en la cartita sorprendida esta tarde; eso no está bien; y como á mí no me agrada, ¡desde este instante queda usted relevado de su cargo!

Oyó la sentencia el pobre hombre, y lo que sintió fué como si le descagaran un palo en mitad de la cabeza.

Tambaleóse, y aferrándose al sillón que más cerca tenía, con voz doliente pretendió ablandar á la implacable *Nerona,* cuya severa figura negra llenaba el despachito entero.

– Después de cuatro años..., ¡cuatro años de leales servicios! Mire lo que hace la señora, y no condene al hambre y á la miseria á un infeliz anciano inocente. Jamás falté á la señora. En las diferencias sensibles que ha traído á la casa la esposa de don Josecito, censurándola como debía, me puse al lado de la señora, y de ello todos son testigos... Reflexione la señora; vuelva de su injusto acuerdo...

– Ya hablaremos de eso, padre. Tiempo habrá, y deseos por mi parte. Entretanto, aténgase á lo dicho, y en esta semana prepárese usted para ser reemplazado.

Dió la espalda en seguida la dictadora; y conforme me iba la figura negra saliendo del despachito, que parecía aclararse á medida de sus pasos, se rehizo momentáneamente el triste sacerdote, y prestándole alientos la desesperación, la disparó estas palabras:

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

La telegrafía sin hilos al alcance de los aficionados – Tintorería. Nuevo reductor «Welt.» Progresos de la química de los colores. – Automóvil M. P. Selmersheim. Automóvil C. S. Rolls. – Aparato químico-automático para la extinción de incendios. – Jabón para lavar á bordo con agua del mar.

Equivocadamente creen muchos que la práctica de la telegrafía sin hilos se basa en el manejo de aparatos costosos y complicados, cuando es precisamente todo lo contrario.

Partiendo de la hipótesis de que la luz, el calor, la electricidad y en general todas las formas de energía no son más que vibraciones de una substancia imponderable denominada *éter* (no confundirla con el éter sulfúrico), la cual abarca el universo entero, invadiendo los intersticios moleculares, si disponemos de un aparato productor de ondas eléctricas, se irán éstas ensanchando y difundiendo por el espacio en todas direcciones, y si en su vertiginosa carrera encuentran un aparato receptor que acuse su instantánea presencia, cuantas ondas se produzcan en la estación transmisora marcarán su llegada al aparato de recepción, dejando en el mismo una huella sensible de su paso, de igual manera que las ondas acústicas y las radiaciones luminosas impresionan el oído y la retina, que constituyen los receptores de la luz y del sonido.

El ilustre Hertz indicó una manera muy sencilla para producir ondas eléctricas con un aparato de su invención denominado radiador, que es casi exacto á los que emplea Marconi en sus estaciones transmisoras. Está formado (fig. 1) por una bobina *B*, cuyo hilo inducido se une á dos esferas *A* y *B*, de 1'10 metros de diámetro, introducidas por mitad en el tubo *T*, lleno de aceite; las otras dos mitades se hallan al aire libre y terminan en dos pequeñas esferillas.

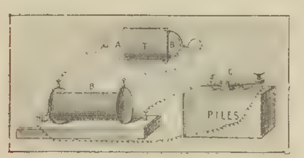


Fig. 1. – Transmisor Marconi

Para construir un transmisor de aficionado (fig. 2) se toma una pila de mucho gasto, de bicromato potásico, por ejemplo, y un carrete de Ruhmkorf de los pequeños: se quitan los tornillos de los extremos del secundario de la bobina, reemplazando uno de ellos por una varilla de latón *A*, de 40 á 50 centímetros, en cuya parte inferior se fija un brazo *b*, terminado en una esfera; el otro tornillo está substituído por un brazo *b'*, terminado en un mango *m* de madera

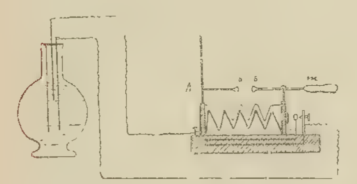


Fig. 2. – Transmisor de aficionado

que permite aproximar ó separar las esferillas para que la descarga producida entre las mismas sea oscilante y pueda producir ondas hertzianas. La chispa oscilante debe ser larga, blanca y ruidosa, pues las chispas eléctricas amarillas cortas y ramificadas son excelentes para producir una explosión, pero no son oscilantes. Hay que quitar de vez en cuando con papel de lija el óxido formado por las descargas.

Introduciendo el cinc de la pila en el electrólito, por más ó menos tiempo, se obtienen emisiones largas ó cortas, que constituyen las señales Morse en el aparato receptor (fig. 3), el cual se basa en la propiedad de las substancias conductoras que al presentarse en forma finamente pulverizada, como, por ejemplo, los polvos ó limaduras metálicas, ofrecen gran resistencia al paso de la corriente eléctrica, mientras que al hallarse bajo la influencia de una onda hertziana, adquieren inmediatamente una cohesión tal, que permiten el paso de la corriente del circuito en que están interpuestas y se interrumpe de nuevo la corriente al cesar la influencia de la onda eléctrica.

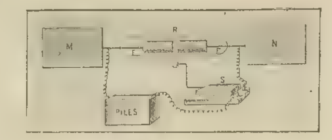


Fig. 3. – Receptor Marconi

Las limaduras de plata y níquel colocadas en el vacío dentro de un tubo de cristal *R*, en el espacio de medio milímetro que separa dos tubos de plata colocados en el mismo, constituyen el aparato denominado *cohesor* ó tubo de Branly, siendo á la vez la parte esencial y la más cara del mismo, que un aficionado puede substituir facilmente (fig. 4) tomando dos prismas *A* y *B* de carbón de retorta, que se pueden obtener separando el anodo de una pila vieja; se perforan transversalmente en cuatro ó cinco puntos y se colocan paralelos sobre una plancha de madera, después de enlazarlos con cuatro ó cinco agujas, según indica la figura.

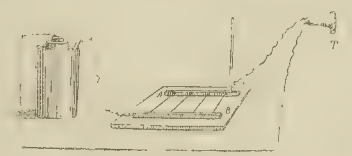


Fig. 4. – Receptor de aficionado

Otro sencillo cohesor consiste en una placa de carbón pegada á una tablita, entre dos varillas metálicas verticales unidas por un fino alambre que atraviesa tres ó cuatro agujas, cuyas puntas descansan sobre el carbón. Una de las varillas más larga que la otra, hace las veces de antena receptora.

Colocado el cohesor en un circuito formado por un elemento Leclanché de poca tensión, en el cual se haya reemplazado la sal amoníaco (cloruro amónico) por el cloruro de sodio (sal de cocina) y el cinc por una varilla de hierro y montado en serie con una campanilla *S*, ó con un receptor telefónico *T*, se perciben perfectamente las señales del transmisor.

Hay que tener la precaución de enlazar con tierra cada una de las estaciones por el borne en que no esté la antena.

Por este sencillo procedimiento pueden los aficionados construirse telégrafos económicos sin hilo conductor, para su uso particular, con un alcance de varios centenares de metros.

***

La rivalidad constante entre franceses y alemanes se manifiesta en todas las esferas.

Acababan los primeros de cantar victoria por el descubrimiento notable, hecho por uno de sus químicos, de una nueva substancia reductora, presentada en forma de pasta, que tiene sobre el cinc en polvo *(preparat de tina)* la enorme ventaja de ser más enérgico, de reducir el añil ó índigo azul insoluble convirtiéndolo en índigo blanco soluble, sin pérdida del mismo, y de no necesitar el último lavado ácido de la tela, para la eliminación del cinc y de la cal, cuando un sabio alemán presenta un nuevo producto á la palestra industrial, que no tan sólo reune las buenas condiciones del francés, para ser empleado en tintorería, sino que además, como su mismo nombre *Welt* lo indica, es un reductor universal, que lo mismo puede aplicarse en la reducción del añil, como substituto del cinc en polvo y en general para la reducción y el corroído de materias colorantes, como el *azul de alizarina*, la *ceruleina*, el *azul indofenol*, la *galocianina*, etc., que con el nuevo producto pueden emplearse en la tina, ya solas, ya mezcladas con el índigo, sino que puede tener muy diversas aplicaciones, toda vez que el reductor *Welt* sirve lo mismo para la decoloración de jugos azucarados y para debilitar ciertos baños tintóreos, que para el blanqueo de las pastas de papel y de las fibras textiles, como substituto del cloruro de cal, producto molesto y peligroso por el desprendimiento constante del tóxico cloro gaseoso y de los temibles baños de ácidos corrosivos que se emplean á veces en el blanqueo.

Por los ensayos verificados hasta hoy en Alemania, se puede augurar al nuevo reductor *Welt* un porvenir industrial de gran alcance y útil aplicación.

Los maravillosos progresos de la Química nos ofrecen cada día nuevas substancias colorantes que apenas entradas en el dominio de la práctica industrial, son substituídas por otras similares de más reciente invención y mayor estabilidad, por su resistencia á los ácidos, á los álcalis y á la luz.

Los nuevos colores derivados del índigo, los negros directos, la conservación del negro de anilina, cuyo defecto de enverdecer, á la vuelta de algún tiempo, se corrige por la adición de *amidas* como la *metanitranilina*, los colorantes *azoicos* azules de gran permanencia derivados de las safraninas, los colorantes sulfurados de la *indulina* y los nuevos procedimientos para el teñido de la media lana y de la media-seda constituyen los últimos adelantos de la química de los colores aplicables á la tintorería.

***

Los inventores de automóviles se han preocupado, hasta hoy, mucho más de las grandes velocidades, que de la estética y comodidades de los mismos. M. P. Selmersheim acaba de construir un modelo original (fig. 5), que sobre resguardar, en absoluto, á los excursionistas del aire, del polvo y de la lluvia, ofrece la ventaja de tener en su parte superior un departamento especial para el *chauffeur*, desde donde puede éste dominar en absoluto el camino y el vehículo. En su parte posterior hay un departamento destinado á los equipajes.

El automóvil Selmersheim constituye una idea muy útil y original á un mismo tiempo.

Notable desde el punto de vista de la velocidad es el automóvil de C. S. Rolls (fig. 6), que recientemente se ha ensayado en una posesión del duque de Portland en Wellbeck (Inglaterra), y que ha de tomar parte en la próxima carrera de París-Madrid, que tanto interés ha despertado en el mundo automovilista.

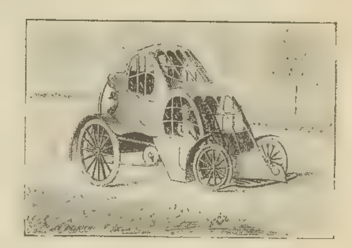


Fig. 5. – Automóvil M. P. Selmersheim

En las pruebas verificadas, Mr. Rolls, una de las personalidades más conocidas entre los deportistas ingleses, recorrió en veintisiete segundos un kilómetro, lo que da una velocidad de más de 120 kilómetros por hora.

El automóvil en cuestión lleva un motor de 80 caballos, ha sido construído en Francia y tiene, como puede verse en el grabado, la forma de un bote con la quilla hacia arriba.

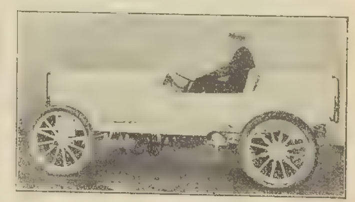


Fig. 6. – Automóvil de C. S. Rolls, de 80 caballos de fuerza y de una velocidad de más de 120 kilómetros

***

Poseemos desde hace ya bastante tiempo ingeniosos y prácticos avisadores de incendios, ó mejor dicho, de elevadas temperaturas. Uno de los mejores, el avisador «Fénix,» se debe á la notable inventiva del laborioso industrial gerundense Sr. Vila, que, por haber merecido la aprobación de una co-

misión técnica de Marina, ha sido adoptado oficialmente en nuestros buques de guerra.

Los extintores de incendios vienen á ser el complemento de los avisadores, toda vez que, al mismo tiempo que advierten el peligro, extinguen con sus líquidos y gases incombustibles el incendio en sus principios.

El notable aparato inventado por L. Werlün actúa, como sus similares, por la acción química de un ácido sobre un álcali, con producción de gas, cuya elevada presión expulsa el líquido alcalino, en forma de finísimas gotas, fuera del aparato (fig. 7).

El depósito *A*, de doble pared lateral, va provisto de una solución alcalina.

El recipiente *B*, lleno de ácido, está cerrado, por su parte superior, por una finísima hoja de estaño. Los perdigones están sostenidos en *X* por los soportes *F F*. Al fundirse la cera que sostiene estos soportes, por la elevada temperatura del recinto, caen los perdigones accionando una palanca *D* que cierra un circuito en comunicación con un timbre de alarma: los perdigones al caer rompen la cubierta de estaño *H* del depósito *B*, cuyo ácido se vierte sobre el líquido alcalino y produce una enorme cantidad de gas, cuya presión ocasiona la salida forzosa del líquido pulverizado, por *K* y *P*, que apaga el fuego alrededor del aparato. Una vez expulsado el líquido, el gas incombustible, que se precipita al exterior, termina la obra de extinción.

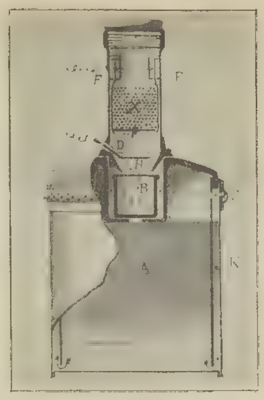


Fig. 7. – Aparato químico-automático para la extinción de incendios

* * *

Una de las molestias de los navegantes, consiste en tener que llevar constantemente una considerable cantidad de agua dulce para el lavado á bordo.

Los químicos MM. Battaire y Cottard acaban de resolver satisfactoriamente este problema inventando un jabón especial que permite, en el lavado, el empleo del agua del mar.

El nuevo jabón se fabrica añadiendo aceite de coco ó de palma á una lejía caliente de sosa cáustica. Efectuada la mezcla, se le añade, también en caliente, resina en polvo y luego una decocción de algas marinas, del género *fucus crispus:* cuando la masa es homogénea y tiene la debida consistencia, se coloca en moldes adecuados.

El jabón así preparado se comporta con el agua del mar, lo mismo que el jabón ordinario con el agua dulce, constituyendo un adelanto de grandísima utilidad para los marinos.

AL'LER-WILL.

Barcelona, mayo de 1903.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Album de Minerva. Fiestas escolares de Guatemala. – En conmemoración de las fiestas escolares, que por virtud del decreto dado en 1899 por el Presidente de la República Sr. Estrada, se celebran anualmente en Guatemala, se ha publicado un voluminoso álbum, lujosamente impreso é ilustrado con multitud de fotograbados, que contiene innumerables autógrafos de las más ilustres personalidades de Europa y América y otra multitud de interesantes originales, discursos, ecos de la prensa, etc. Es un libro que por su fondo y por su forma honra al Estado guatemalteco, que lo ha publicado, y á la Tipografía Nacional, á cuyo cargo han corrido los fotograbados y la impresión.

A través de la América del Sur. Exploraciones de los hermanos Reyes. – Nuestro amigo y corresponsal en México, el conocido editor de esta ciudad D. Ramón de S. N. Araluce, ha publicado en edición de gran lujo el relato de las exploraciones y viajes de los ilustrados colombianos hermanos Reyes, relato interesante como una novela é instructivo como un libro de ciencia, que se publicó simplificado en el *New York Herald* y en la casi totalidad de los periódicos de América, siendo en todas partes acogido con entusiasmo. Para comprender la importancia de las exploraciones de los hermanos Reyes, dos de los cuales fallecieron, víctimas el uno de la fiebre y el otro de los antropófagos, bastará decir que el trabajo de D. Rafael Reyes, el Stanley americano, como se le llama, ha sido la base de una de las más grandiosas obras del pasado siglo, el ferrocarril intercontinental, que ha de facilitar la explotación de territorios reconocidos como los más ricos del mundo. El libro, escrito en estilo sencillo, severo, como corresponde á obras de esta índole, lleva un gran mapa, tirado á cinco tintas, levantado sobre el terreno por el mismo autor, y forma un tomo en folio de más de cien páginas, impreso á dos columnas en castellano, francés, inglés y alemán y encuadernado en elegante tapa de tela en colores.

¡Huérfana!, por *Eugenio Antonio Flores*. – El interés del argumento, la naturalidad con que se desarrolla la acción, la verdad con que aparecen estudiados los personajes y desarrolladas las pasiones que los mueven y el estilo, sencillo unas veces, vigoroso otras y siempre correcto, hacen recomendable esta novela de costumbres, que forma parte de la popular Biblioteca Diamante del editor barcelonés D. Antonio López y que se vende á dos reales.



Los hijos de los Príncipes de Gales, príncipes Alberto, Enrique, Victoria Alejandra, Eduardo Alberto y Jorge (de fotografía de T. Ralph)

Castelar, por *Tomás Zúñiga Montúfar*. – En la noche del 18 de octubre de 1902 celebróse en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica una velada literaria á beneficio del monumento que ha de erigirse en España á D. Emilio Castelar, y en ella el conocido literato costarriense Sr. Zúñiga leyó un elocuente discurso, en el que en brillantes párrafos, abundantes en imágenes y bellos pensamientos, hace un concienzudo estudio de la personalidad literaria y política del ilustre tribuno. Este discurso ha sido impreso en un folleto en la Tipografía Nacional de San José.

Ensayos de crítica é historia y otros escritos, por *Alberto Nin Frías*. – Los artículos comprendidos en este tomo versan sobre filosofía, religión y literatura, y en todos ellos se revelan un alma que rinde culto á los más nobles ideales, una inteligencia cultivada, exenta de prejuicios é imparcial en sus apreciaciones y sobre todo una sinceridad que pocas veces se encuentra en escritores del género del Sr. Nin y Frías, más ganosos de lograr fama dejándose llevar por las corrientes de la moda, que de labrarse un nombre con la exposición de ideas y sentimientos verdaderamente propios. El libro, impreso en Montevideo en la imprenta de A. Barreiro y Ramos, se vende á un peso.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustrada; *Pel y Ploma*, revista mensual ilustrada; *Hispania*, revista quincenal ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *La Medicina Científica*, revista mensual; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada; *Archivos de Terapéutica de las enfermedades nerviosas y mentales*, revista quincenal ilustrada; *Contra la tisis*, nota mensual; *La Opinión Postal; Boletín Cartófilo Artístico-literario*, revista trimestral ilustrada (Barcelona); *Boletín del Museo Biblioteca Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Helios*, revista mensual; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Revista Jurídica*, semanal; *La mujer en casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *La Fraternidad*, revista quincenal (Santi-Spiritus, Cuba); *Revista de la Sociedad iurídico-literaria*, mensual (Quito, Ecuador); *El Sport Ilustrado*, revista quincenal (Valparaíso, Chile); *Chile ilustrado*, revista mensual (Santiago de Chile).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 18 de mayo de 1903 — Núm. 1.116

Concurso Nacional de Fotografías organizado por la Sección Artística del Centro de Lectura de Reus



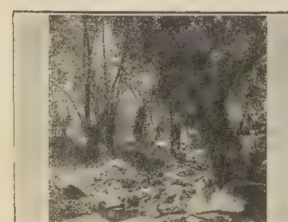
Fotografía de D. Andrés Salvador Gil, de Zaragoza
(Tema 1.º, medalla de oro y un objeto de arte)

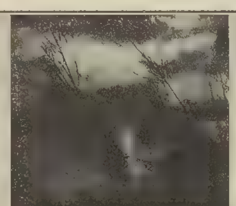


Fotografía de D. Rafael Calvo, de Barcelona
(Tema 1.º, segundo premio, medalla de plata)



Fotografía de D. Carlos Iñigo, de Madrid
(Tema 1.º, segundo premio, medalla de plata)






Diapositivas para el verascopo, de D. José Puntas, de Barcelona. (Gran premio de honor y regalo ofrecido por SS. AA. RR. los Príncipes de Asturias.)



Fotografía de D. Ricardo del Rivero, de Madrid
(Tema 1.º, tercer premio, medalla de bronce)



Fotografía de D. Jaime Ferrer, de Palafrugell
(Tema 1.º, tercer premio, medalla de bronce)



REVISTA HISPANO AMERICANA

Uruguay: la pacificación y los pacificadores: el discurso de Ramírez. – *Bolivia:* la titulada República del Acre: unión boliviano-argentina. – *Colombia:* candidatos á la presidencia: nuevo aspecto de la cuestión del canal. – América central: *Guatemala, El Salvador y Honduras.* – *República Dominicana:* la revolución triunfante. – *Puerto Rico:* el contrabando y la administración yanqui. – *México:* el informe del Presidente á la Cámara: elección presidencial: aumento de sueldo á los empleados públicos.

A la información telegráfica tuvimos que atenernos en la *Revista* última para dar breve noticia del movimiento revolucionario que por algunos días turbó la tranquilidad en la República del Uruguay. El correo después nos ha traído informes más detallados.

En menos de veinticuatro horas los nacionalistas habían puesto sobre las armas 4.000 hombres, y en los inmediatos días aumentó considerablemente la fuerza de las huestes que acaudillaba Aparicio Saravia (no Saraiva). Muy grave, pues, era el conflicto; pero gracias al patriotismo de unos y otros se resolvió antes de finalizar el mes de marzo y se evitaron las terribles consecuencias de la guerra civil. Batlle Ordóñez, el nuevo presidente, dió pruebas de merecer el alto cargo con que se le ha investido; Saravia mostró también que sabía poner los intereses de la nación por encima de los intereses de partido, y la temida contienda no pasó de ser un conato de guerra, en la que sólo hubo tres bajas. Animaba á todos el espíritu de transigencia, y á la transacción se llegó, deponiendo blancos y nacionalistas su actitud belicosa, á condición de conservar las posiciones y derechos que tenían adquiridos en los departamentos de Cerrolargo, Treintaitrés, Maldonado, Flores y Rivera.

El 22 de marzo se supo en Montevideo que la paz estaba pactada; el 30 licenciaba Saravia sus tropas en Nico Pérez; el 1.° de abril pasaba á la Asamblea Nacional el mensaje del Poder Ejecutivo proponiendo amnistía para todos los elementos civiles y militares que habían tomado parte en el movimiento.

D. José P. Ramírez y D. Alfonso Lamas habían cumplido, representando á uno y otro bando, la noble misión de pacificadores.

Grandiosa, magnífica fué la manifestación con que se celebró la paz en la capital de la República; dignas de quedar grabadas en el corazón de todos los uruguayos las palabras que pronunció, dirigiéndose al pueblo, el Sr. Ramírez. «Esta solución que todos anhelábamos y que todos bendecimos – dijo – no será sino una tregua ó un aplazamiento si en adelante no tenemos un concepto más alto de la patria, un culto más severo por los principios constitucionales; si no asimilamos, con la fe cristiana de los tiempos paganos, á nuestra conciencia republicana el convencimiento de que la patria no es el patrimonio de ningún partido, y de que si los de abajo no tienen el derecho de conquistar el poder por las armas, los de arriba tampoco tienen el derecho de conservarlo por la opresión y la violencia.»

***

Atribúyense á Luis Gálvez, jefe de los revolucionarios del Acre y presidente que se titula de la República de ese nombre, gestiones encaminadas á ganarse el apoyo moral y aun el concurso material de algunos Estados americanos. A pesar de las victorias que ha alcanzado sobre las fuerzas bolivianas, no es verosímil que consiga realizar sus propósitos, pues que éstos no sólo contrarían las aspiraciones é intereses de Bolivia, sino también los del Brasil y aun del Perú, que se apresura á reforzar las guarniciones de las provincias limítrofes con esa zona, á que alegan derechos bolivianos, brasileños y peruanos.

Corren rumores de negociaciones entabladas para preparar una acción combinada de la Argentina, Brasil, Perú y alguna otra república contra Bolivia, y el móvil de esa acción se achaca – á nuestro modo de ver, erróneamente – á impaciencias por resolver las cuestiones de límites pendientes. Más probable nos parece que se trate de una anexión de Bolivia á la República Argentina como principio de los grandes Estados Unidos de la América del Sur. Se dice que la anexión está convenida, pero que se demora hasta que hayan transcurrido diez años, plazo que se considera necesario para que Bolivia desarrolle sus fuerzas económicas. Entretanto, se hará la unión boliviano-argentina industrial y comercial.

***

Los liberales de Colombia acordaron abstenerse en la lucha electoral; no es este, en verdad, síntoma favorable á la consolidación de la paz pública. Hay siete candidatos á la presidencia: el ex vicepresidente D. Miguel Antonio Caro, los generales Reyes, Perdomo, Fernández y González Valencia, D. Lorenzo Marroquín, hijo del actual presidente, y don José Concha, ministro de la República en Wáshington. La actitud que unos y otros tomen en la cuestión del canal puede influir mucho en el resultado de la elección. Concha es adversario del tratado. El general D. Rafael Reyes ha declarado recientemente que conviene proceder con gran cautela en vista de las pretensiones que los Estados Unidos tienen de intervenir en el istmo, y no olvidar las humillaciones que hicieron sufrir á Colombia con motivo de la última guerra civil en Panamá. La tal cuestión va tomando capital importancia política, y amenaza convertirse en cuestión de partido, y aun en algo más grave.

Hay quien teme un movimiento separatista en Panamá si el tratado no se aprueba. Ocioso es decir que los Estados Unidos harán cuanto puedan para que ése movimiento separatista prospere. La República de Panamá, con su canal; y canal y República bajo el protectorado de los yanquis, sería el ideal de éstos.

***

En la vida política de algunos Estados de la América central, y aun en las relaciones que entre sí mantienen, nótase ahora cierta anormalidad.

En una proclama que en febrero último dirigió á la nación el presidente de la República de Guatemala Estrada Cabrera, declaraba que era preciso defender la integridad y la independencia nacionales amenazadas por los gobiernos de algunos Estados del Centro-América, y aludía á las intrigas que malos hijos de Guatemala habían puesto en juego en las Repúblicas vecinas para trastornar el orden público. A juzgar por informes que publican periódicos del Salvador y de Nicaragua, el presidente de Guatemala, que no se adhirió á la convención de Corinto, quiso después invalidarla, y como no lo consiguió, procuraba causar disturbios en los Estados convenidos.

La causa principal de estas desavenencias es la facilidad con que los enemigos de tal ó cual presidente se reunen y conspiran en territorio de otra República vecina, y los consiguientes recelos del gobierno, que se cree amenazado.

A pesar de la actitud hostil de Guatemala, en el Salvador reinaba completa paz. Con toda tranquilidad efectuóse el cambio presidencial, poniéndose en evidencia la honrada política que inspiró todos los actos del gobierno del general Regalado, á quien, como ya saben nuestros lectores, substituyó D. Pedro José Escalón. Casi medio siglo hacía que siempre se había hecho por medios violentos y arbitrarios la transmisión del Poder Supremo; hízose ahora legalmente, y la Asamblea Nacional de la República decidió celebrar tan fausto acontecimiento declarando fiesta nacional el 1.° de marzo del año en curso.

En Honduras, el gobierno de Tegucigalpa dió la presidencia de la República á D. Juan Angel Arias. Bonilla prosiguió la campaña que había emprendido contra el generalísimo Sierra; vencido éste, tuvo que refugiarse en el Salvador, y á mediados de abril conseguía también aquél triunfo decisivo sobre Arias.

***

A mediados de abril se batía bien el cobre en Santo Domingo. Habíanse librado sangrientos combates entre las fuerzas del gobierno y los revolucionarios, que perdieron á su general Pepin. Yanquis, alemanes, ingleses y holandeses desembarcaron marinería para proteger á los suyos. En la época citada, el presidente Vázquez hízose fuerte en la capital de la República, y aunque sus tropas superaban en número á las de los contrarios, faltáronle municiones y tuvo que ceder á éstos el campo, retirándose al interior de la isla, según unos, embarcándose, según otros, en un cañonero para dirigirse á Cuba. Se ha constituído un gobierno provisional.

***

El contrabando, los fraudes de otro género, las irregularidades, que decimos nosotros, están á la orden del día en Puerto Rico. La inmoralidad, con el nombre inglés de *business*, es la nota dominante de la administración yanqui. En los delitos de contrabando aparecen complicadas personas de la más alta categoría social, militares, marinos, hombres civiles, y en la lista de contrabandistas los Smith, Lowndes, Crabbs, Giles, Sterling predominan sobre los Pérez, García y otros apellidos de prosapia española. No hay medio de dar con 200.000 pesos producto de un empréstito que emitió la municipalidad de San Juan para fomento de las obras públicas. El Procurador general de los Estados Unidos se muestra muy benévolo con los acusados; alguna que otra multa, y orden á raja tabla de suspender los procedimientos.

Es triste cosa tener que confesarlo; pero la verdad es que esos yanquis nos aventajan en todo.

***

El 1.° de abril se inauguró el segundo período de sesiones del XXI Congreso de la Unión Mexicana. Ante la asamblea de diputados y senadores leyó extenso informe el presidente de la República para dar cuenta, en cumplimiento del precepto constitucional, del estado que guardan los intereses nacionales confiados á la administración del Poder Ejecutivo. A modo de resumen, hácese constar en ese informe que la República no se detiene en la marcha progresiva que ha emprendido, y que, no obstante ciertas dificultades económicas con que amenaza el sistema monetario allí vigente – aunque sin perturbar hasta ahora el equilibrio de los presupuestos, ni inspirar serios temores en este punto, – el comercio y la industria siguen floreciendo, y todos los ramos de la administración pública se mantienen en constante desarrollo. Tan bonancible situación se debe, á juicio del presidente, no sólo á los esfuerzos del Ejecutivo por impulsar los adelantos del país, sino al buen sentido de sus habitantes, á las virtudes del pueblo mexicano, que hoy estima los beneficios de la paz y del trabajo, sabiendo además apreciar el patriotismo y elevado criterio de sus legisladores.

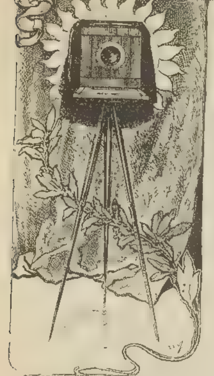
La opinión del país se pronuncia casi unánime en favor de la reelección de D. Porfirio Díaz para el período presidencial de 1903 1908. El cambio de presidente sería un gran desacierto; bajo el gobierno de Díaz, México ha prosperado y se ha engrandecido, y por deber de gratitud y justicia y por conveniencia general, los mexicanos darán seguramente sus votos, por sexta vez, al ilustre ciudadano que ha sabido imponer el orden moral y material.

Uno de los datos que mejor prueban el celo y el buen sentido de la administración que dirige Porfirio Díaz, es la iniciativa tomada para proponer á la Cámara de Diputados el aumento de los sueldos que hoy disfrutan los empleados públicos. Allí, como aquí, los sueldos son los mismos desde hace muchos años, y la vida de día en día viene encareciéndose. Un ministro de Hacienda de los que gastamos en España, ante una depreciación monetaria como la que sufre México y las consiguientes dificultades económicas, pondría el grito en el cielo si alguien le aconsejase aumentar gastos mejorando la situación de los funcionarios públicos. Los ministros de Hacienda mexicanos piensan de otro modo; toman en cuenta la situación especial de los servidores de la nación y procuran satisfacer sus necesidades, especialmente las de los que figuran en los últimos lugares de la jerarquía administrativa.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

CONCURSO NACIONAL DE FOTOGRAFÍAS

ORGANIZADO POR LA SECCIÓN ARTÍSTICA DEL CENTRO DE LECTURA DE REUS



Pasaron los tiempos en que la fotografía se limitaba á la simple reproducción de las personas ú objetos que se colocaban delante de la cámara obscura, sin que el operador se preocupara de las condiciones en que tal reproducción se hacía. El largo rato de *pose* que exigían los procedimientos de aquel entonces era causa de gravísimos inconvenientes: en primer lugar, la postura del retratado, cuando se trataba de retratos, resultaba siempre afectada, y el más imperceptible movimiento del sujeto obligaba á repetir la operación, con gran disgusto del paciente y no pequeño quebranto del agente, que veía inutilizadas placas de algún coste y de difícil preparación; por otra parte, era imposible reproducir escenas, paisajes, etc., en que hubiera algún movimiento, reduciéndose, por consiguiente, la misión de la fotografía artística á la reproducción de cuadros, estatuas y edificios.

Los progresos realizados en el arte fotográfico, no sólo han introducido una verdadera revolución en la parte técnica, sino que han ensanchado considerablemente los horizontes dentro de los cuales aquél se movía, pues gracias á los aparatos instantáneos se obtienen hoy fotografías que no hace mucho tiempo se habrían considerado como imposibles. No hablemos ya de las vistas estereoscópicas, cinematográficas, etc.; nos referimos únicamente á la fotografía sencilla.

Con estos adelantos además se ha propagado la afición de tal manera, que en la actualidad son innumerables los que cultivan este que ha llegado á ser casi un deporte.

Mas no han sido estas las únicas ventajas obtenidas, ni siquiera las mayores; hay otra que indudablemente es la más importante: convertir en verdadero arte lo que antes era un mero oficio; hacer un artista de quien antes era un operador mecánico; limitar la acción del aparato á lo que debe ser, es decir, á simple elemento auxiliar, á máquina puesta al servicio de la inteligencia y del sentimiento artístico del hombre.

Comprendiéndolo así, los que desean fomentar el arte que un día se llamó de Daguerre, le conceden los honores que á todas las artes bellas son debidos, y hoy en día se celebran concursos y exposiciones de fotografías del mismo modo que se verifican concursos y exposiciones de cuadros, esculturas, dibujos, etc., y se otorgan premios á los autores, no sólo de aquellas en las cuales mejor aplicación se ha hecho de los últimos inventos, sino también de las que mejor responden á ese nuevo concepto de la fotografía, de las que revelan gusto y acierto en la elección de los modelos y de los asuntos.

En varias ocasiones hemos podido ocuparnos en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de certámenes de esta clase, y los grabados que relativos á ellos hemos publicado han sido elocuentes pruebas de lo que dejamos dicho.

Pero por si aún cupiera alguna duda, quedaría del todo desvanecida viendo los resultados del Concurso Nacional de Fotografías organizado por la Sección artística del Centro de Lectura de Reus.

Aficionados y profesionales de toda España respondieron al llamamiento de aquella ilustrada sociedad, enviando numerosas fotografías para optar á los importantes premios ofrecidos. Aparte del grupo local, reservado á los aficionados reusenses, seis eran los temas ordinarios del concurso y para cada uno de ellos había tres premios, á saber: medalla de oro y un objeto de arte ó una cantidad en metálico, medalla de plata y medalla de bronce. Dichos seis temas eran: 1.° Figura y composición; 2.° Paisaje, Marina, Monumentos, etc.; 3.° Asunto humorístico; 4.° Diapositivas para proyecciones; 5.° Verascopos y estereoscopios; y 6.° Ampliaciones. Había además varios temas extraordinarios y un gran premio de honor, consistente en medalla de oro y un magnífico regalo ofrecido por Sus Altezas los Serenísimos Señores Príncipes de Asturias, para la mejor fotografía de cuantas se presentaran en el concurso, cualquiera que fuese el tema de la misma entre los varios señalados.

El Jurado estaba constituído en la siguiente forma: D. Luis Doménech y Montaner, presidente; D. Agustín Querol, como artista; D. Andrés Ripollés, presidente de la Sociedad Fotográfica de Madrid; D. Pablo Audouard, como fotógrafo; D. J. Baltá de Cela, director de La Fotografía Práctica de Barcelona; D. Pablo Font de Rubinat, como antiguo aficionado de Reus; D. Antonio Serra, como presidente del Centro de Lectura de Reus; D. Esteban Puig, como presidente de la Sección Artística de dicho Centro; y D. José Gasí, secretario.

Los premios se otorgaron por el orden siguiente: Gran Premio de Honor, á la colección de diapositivas para verascopo, de D. José Puntas, de Barcelona.

TEMA 1.° – *Primer premio.* Medalla de oro y una colección escogida de grabados de la Calcografía Nacional, ofrecida por el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública, á D. Antonio Cánovas, de Madrid. Medalla de oro, á don Andrés Salvador Gil, de Zaragoza. – *Segundo premio.* Medalla de plata y un objeto de arte, ofrecido por la Sociedad «El Círculo,» á D. Rafael Calvo, de Barcelona. Medalla de plata, á D. Carlos Iñigo, de Madrid. – *Tercer premio.* Medallas de bronce, á D. Joaquín Salcedo, de Alhama de Aragón; á D. José Gil, de Orense; á D. Jaime Ferrer, de Palafrugell, y á D. Ricardo del Rivero, de Madrid.

TEMA 2.° – *Primer premio.* Medalla de oro y un objeto de arte, ofrecido por la Cámara oficial de Industria, Comercio y Navegación de Reus, á D. Antonio Cánovas, de Madrid. Medalla de oro, á D. Carlos Iñigo, de Madrid. – *Segundo premio.* Medalla de plata y un objeto de arte, ofrecido por D. Emilio Vallvé, Diputado Provincial, á D. Hermenegildo Otero, de San Sebastián. Medallas de plata, á D. Erasmo Barral, de la Coruña; á D. Jorge Montsalvatje; á los Sres. Fernández y Carbonell, de Barcelona, y al Exmo. Sr. Conde de Polentinos, de Madrid. – *Tercer premio.* Medallas de bronce, á D. F. Zagala, de Pontevedra; á D. José Fontanet y á D. Víctor Pereira, de Barcelona.

TEMA 3.° – *Primer premio.* Medalla de oro y un objeto de arte, ofrecido por la Sociedad «La Palma,» á D. Andrés Salvador Gil, de Zaragoza. Los premios segundo y tercero no se adjudicaron.

TEMA 4.° – *Premios primero y segundo:* no se adjudicaron. – *Tercer premio.* Medalla de bronce, á D. Luis Rodés, de Alicante.



Fotografía de D. Antonio Cánovas, de Madrid. (Tema primero, primer premio, medalla de oro y una colección escogida de grabados de la Calcografía Nacional, ofrecida por el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública.)

TEMA 5.° – *Primer premio.* Medalla de oro y un objeto de arte, ofrecido por D. Ernesto Castellar, Senador del Reino, á D. Joaquín Salcedo, de Alhama de Aragón. Medalla de oro y un objeto de arte ofrecido por el Excmo. señor marqués de Marianao, á D. José Batllés, de Barcelona. – *Segundo premio.* Medalla de plata y un objeto de arte, ofrecido por el Diputado á Cortes D. Juan Cañellas, á D. Gerardo Verges, de Tortosa. Medalla de plata y un objeto de arte, ofrecido por el Diputado Provincial D. Evaristo Fábregas, á D Jacinto Ruiz, de Málaga. Medalla de plata, á D. Carlos de Friarte, de Valencia. – *Tercer premio.* Medallas de bronce, á D. Manuel Muns y á D. José A. Paniceira, de Barcelona.

TEMA 6.° – *Primer premio.* Medalla de oro y 150 pesetas, ofrecidas por el Excmo. Ayuntamiento de Reus, á D. Trinidad Alemany, de Barcelona. – *Segundo premio.* Medalla de plata y un objeto de arte, ofrecido por el Diputado á Cortes D. Francisco Javier Rabassa, á D. Juan Roldós, de Barcelona. – *Tercer premio.* Medallas de bronce, á D. Trinidad Alemany, D. Antonio Ubach, don José M.ª Armengol y D. Fernando Rus, de Barcelona; á D. Luis de Ocharán, de Bilbao; á D. G. Coine, de Zaragoza; á D. Julio Montes, de Burgos, y á don José Gil, de Orense.

Los premios del grupo local han sido otorgados: el primero, á D. Andrés Anguera; el segundo, á D. Eduardo Navás, y los terceros, á D. Juan Zopetti, á D. Juan Baizet y á D. Eduardo Borrás. – M.



... en aquel instante sufría un ataque nervioso

EL GRAN RECURSO

Hay que empezar por una afirmación categórica: el pobre Pepito es tonto de capirote.

De nada sirve venir al mundo con una *posición social* ya hecha y un nombre conocido, llegar á tener después un título universitario á fuerza de recomendaciones, encontrarse con una novia *preparada* desde la niñez y dotada espléndidamente, alcanzar un acta de diputado y llevar en la cartera la tarjeta de socio del Casino... A pesar de todo esto, se puede ser tonto, como lo era Pepito.

* * *

– Os digo que he pasado el rato peor de mi vida. No me he encontrado jamás en situación tan apurada, ni siquiera cuando tuve el célebre desafío con Antúnez, que terminó..., ya sabéis cómo.

– Sí; almorzando en los Viveros; por cierto que comimos muy mal los seis: padrinos y ahijados.

– Al grano, dijo otro de los presentes. Cuéntanos lo que te acaba de ocurrir, que debe ser horrible, á juzgar por el pulso temblón con que te llevas á los labios la copa de *cognac* y por los ojos espantados que se te agrandan detrás de los lentes, como los de un besugo.

– Pues bien; ya conocéis á mi esposa...

– Sí, hombre, sí, exclamamos todos.

– Ya sabéis que he tenido la suerte de encontrar en ella el *garbanzo negro* del matrimonio: joven, bonita, fiel... Pero la pícara enfermedad del siglo lo echa todo á perder: la neurastenia complicada con el histerismo producen un *precipitado* nervioso imposible de soportar. No podéis imaginar el martirio que supone ser objeto de una verdadera pasión como la que Purita siente por mí. La más leve frase, el más insignificante gesto, hieren profundamente su natural sensible y la conducen á crisis agudísimas de desesperación. En diferentes ocasiones, Pura ha querido atentar contra su vida, costándome verdadero trabajo evitar que lograse sus propósitos. Una vez, viviendo en aquel tercero de la calle de Apodaca, un piso magnífico, pero muy alto, intentó arrojarse por el balcón; y para impedir nuevos conatos de suicidio, hube de cambiar de cuarto y alquilar un entresuelo de la calle del Piamonte.

– (Que era lo que ella quería), pensamos todos nosotros.

– Desde entonces no ha intentado matarse por este medio; pero como su temperamento sigue siendo el mismo, el hecho se repitió de otra forma. Teníamos la costumbre de ir todos los días á dar por el Retiro una vuelta á pie. Una tarde, herida su sensibilidad por no recuerdo qué desvío que creyó observar en mí, soltóse de mi brazo repentinamente y emprendió una carrera desesperada, dirigiéndose al estanque; casi al borde pude sujetarla de las ropas y evitar así una desgracia horrible. Desde entonces, para no tenerla condenada á perpetuo encierro, tomé un abono del Casino y la llevo á pasear siempre en coche.

– (Que es lo que ella quería también), volvimos á pensar todos nosotros.

– Y hoy.., ¡hoy ha sido ya el colmo de la desesperación! Estuvimos anoche en la cuarta función de Apolo, y en un palco vimos á la de Montemar llamando la atención con el lujo, casi insolente, de su traje y el derroche de alhajas que lucía. Llevaba un aderezo de esmeraldas y perlas, que era un tesoro. Como es natural, hube de fijarme en ella, asestándola los gemelos varias veces, no porque me llame la atención su belleza, sino para fijarme en lo que llevaba encima. El hecho es que Pura lo notó; y como es tan celosa, se retiró del antepalco hecha una Magdalena y fué llorando en el coche hasta que llegamos á casa. Podéis figuraros la escena que luego se desarrolló: por mucho que me esforcé en disipar aquellos celos infundados, no logré convencerla. «Tú no me quieres, decía llorando; á tus ojos otra cualquiera vale más que yo...» Y así sucesivamente. En vano juré que no miraba á la de Montemar porque me gustase como mujer, sino por el aderezo que llevaba; y entonces también me echó en cara su modestia y la sencillez con que yo la llevaba á todas partes. Durante la noche no pude dormir, y esta mañana, desesperado, me eché á la calle procurando distraerme y descargar mi espíritu del peso horrible que supone ser víctima de una pasión tan desenfrenada.

– ¡Pobre Pepito!, exclamamos todos, compungidos cómicamente.

– Cogí la maquinilla instantánea, y como ya sabéis que tengo una afición loca por la fotografía, me he pasado el tiempo tomando vistas de la Moncloa, trayéndome dos docenas de placas preciosísimas para que mañana me las revele el operador que viene todos los días á casa, donde tengo montado un laboratorio completo. Cuando regresé, ya obscurecido, la doncella me dijo que la señorita había estado todo el día llorando, que no había comido y que hacía un momento acababa de encerrarse en su alcoba después de haber estado sola en el cuarto del laboratorio. Una idea terrible cruzó por mi imaginación.

– ¡Horror!, exclamamos todos á una.

– Me abalancé á la puerta, forcé el débil pestillo y entré, sorprendiendo á Pura en el momento en que iba á tomarse el contenido de un frasco de cristal cuya etiqueta, de puño del operador, decía en letras grandes: VENENO. Podéis calcular el susto que llevé; faltóme tiempo para vaciar todo el frasco en el cubo del lavabo y acudir en auxilio de Purita que en aquel instante sufría un fuerte ataque nervioso. Cinco minutos más tarde, la hubiese encontrado muerta sobre la butaca...

– Y ¿qué piensas hacer ahora?, le preguntamos.

Por toda contestación, Pepito sacó del bolsillo un riquísimo estuche de terciopelo con un aderezo de esmeraldas y perlas preciosísimas.

– Me ha costado, dijo tranquilamente, cuatro mil pesetas.

– (Que es lo que ella trataba de demostrar), pensamos todos á la vez.

* * *

Lo más gracioso del caso (y de ello nos enteramos después casualmente) fué que el operador de que se servía Pepito, al ir al día siguiente á revelar las placas y encontrarse aquel frasco vacío, no pudo menos de exclamar:

– Pues, señor, me han descubierto la *martingala*. ¿Quién se habrá bebido el aguardiente que tenía yo ahí, defendido con la etiqueta de VENENO?..

FÉLIX LIMENDOUX.

(Dibujo de Medina Vera.)

BAIRAM,

CUADRO DE FAUSTO ZONARO

Establecido Zonaro en la capital de Turquía, convertido en el artista predilecto y portaestandarte del movimiento artístico de aquel país, procura señalar á sus discípulos y á cuantos á su alrededor se agrupan los conceptos en que deben inspirarse, buscando en el propio suelo los elementos y asuntos para sus producciones. A este propósito razonable y nobilísimo obedece la notable serie de cuadros de costumbres turcas que ha ejecutado el distinguido pintor y amigo querido, que aparte de su mérito como manifestaciones pictóricas, ofrecen la inestimable circunstancia de ser, en cierto modo, bellísimas páginas de la historia contemporánea de un pueblo tan digno de estudio.

A esta colección pertenece ó corresponde el cuadro titulado *Bairam*, que reproducimos en la siguiente página, cuya denominación equivale, en nuestro idioma, á la de *gran fiesta*. Y en verdad que así resulta esa fiesta popular, que en Constantinopla reviste caracteres especialísimos por la diversidad de tipos y pueblos que en ella toman parte. Compuesta la población de la mahometana Stambul de griegos, armenios, turcos, albaneses, búlgaros, curdos, etc., ofrece curiosísimo aspecto cuando al llegar el *Bairam*, con que termina el período de ayuno impuesto por el Ramadán, lánzanse á la calle, invadiendo las plazas, ataviados con sus trajes de vivos colores, improvisando bailes al aire libre, en los que sólo toman parte los hombres. El cuadro á que nos referimos reproduce un baile en uno de los barrios más característicos de Constantinopla, ó sea en el de *Tatavola*, sirviendo de fondo al grupo de los danzarines una de las grandes tiendas convertidas en cafés y en las que se reunen durante los descansos para fumar el *narghilé*.



BAIRAM, cuadro de Fausto Zonaro

LAS MUÑECAS DE ANA

Deslizó Julio Castroviles las últimas palabritas de amor, dulces, patéticas, vehementes, al oído de Ana tres años atrás, la víspera de San Pedro. Era noche caliginosa, y el vientecillo que soplaba de la vega cargando el aire de perfumes, acababa de marear á los novios. La moza tenía el rostro encendido. Contestaba con leves monosílabos «sí,» «no,» premiando las protestas de su doncel. La voz del amante canturreaba febril: «Íbase lejos, muy lejos, más allá de los montes que cierran el valle como si pretendieran esconder aquel paraíso donde todo respira dulzura y unción y tiene el encanto risueño de la tierra abrasada por el padre de la luz.»

Y se fué, en efecto, Castroviles, y leguas y más leguas anduvo, y vivió horas y más horas, pensando minuto con minuto en la doncella garrida. Difícil era por aquel tiempo alimentar el fuego sagrado echándole por combustible papeles escritos que avivaran la llama amorosa; iban los correos á paso de galera, cuando no á lomos de rocín, y las chispas del incendio, si llegaban (y raro era que llegasen), sin fuerza caían en el rescoldo del corazón. La constancia érase entonces acrisolada virtud.

Esta virtud túvola el galán fresca y lozana los tres años que pasó alejado de su ídolo. No sufrió en la ausencia resquemores ni pesadumbres; no puso en duda la fidelidad de su prometida. «Ana era su Ana, como era suya la ropa que le cubría el cuerpo.»

Caballero en su jaca, y no dejando que á rienda suelta rastrease por el camino, sino espoleando la cabalgadura con vivas muestras de impaciente desazón, acercábase Julio al soñado edén de sus amores. Ya se descubría á lo lejos la elegante silueta que dibujaba el campanario en la bruma matinal. Allí, junto á la iglesia, vivía su Ana. «Parecíale verla como en los tiempos felices, rozagante, pura, invocándole ardientemente con el pensamiento enamorado y solícito; blanco peinador ceñía pudoroso el cuello, que por entonces no profanaba con descotes provocativos la moda, y doraba el sol su cabello rubio que caía ondulando por los hombros. Era la hora, precisamente, en que pasar solía él por delante de su reja, cuando rompía el hervor de aquel cariño loco, para decirle: «Dios te guarde, zagala.» Con estos pensamientos, que hacían en sus nervios oficio de acicate, castigaba furiosamente al pobre bruto. La pradera olía á rosas y á jazmines; de lejos llegaba la brisa del mar impregnada de acres perfumes, que saturaban la atmósfera mezclados con los aromas de los olientes retamales; movía las endebles ramas de los arbustos el airecillo travieso y juguetón, y esta poesía de la naturaleza amorosa acababa de enardecer al apasionado joven. ¡Jamás, fuera de aquel momento, le había parecido tan hermoso y agradable vivir!

Casi á las puertas de la ciudad, junto al remanso que separaba las tapias últimas de la campiña undosa, detúvose el jinete; y no refrenó al caballejo queriendo que se echara con mansedumbre al vado, sino porque acababa de resonar en sus oídos un grito impetuoso, dominando aquel suave concierto de la tierra feliz: «¡Julio!»

«¿Habían dicho Julio?» Habíanle llamado, en efecto, y era la voz de Ana. Estaba cerca la señorita de Moncluve: en el Alcázar, huerto frondosísimo, entre selva, bosque y pradería, uno de los predios más importantes de la ciudad. Vió cruzar rápidamente al caballero y escapósele la exclamación de lo más hondo, sin fuerzas para contenerla ni ahogarla. «¡Su Julio estaba allí!»



S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra en Roma. – Visita del rey al Vaticano
Entrevista con S. S. el papa León XIII (dibujo de G. Amato)

Plantóse rápido Castroviles frente á la verja, profiriendo con ternura: «¡Mi alma, mi alma!,» y más que apeado, caído, tendió los brazos deseoso de aprisionar en ellos á la damita. Rechazáronle suavemente.

– No te acerques, murmuró la joven conmovida y triste, y escucha animoso mis palabras. Hombre eres, y por mucho que te duela la realidad, no has de sufrir tú las torturas que yo, mísera mujer, he soportado y soporto desde la muerte de mi padre.

– ¿Murió tu padre?, repuso Castroviles atontado, sintiendo como si le clavasen en la garganta uñas de acero encendidas.

– Murió, sí; murió al año de haberte ido; cruel fué su agonía, cruel mi abnegación para aminorarla. ¡Qué cosas, Julio, qué cosas suceden, y qué absurdas! Dirías que son invenciones de cuento ó novela. Pero si yo me he visto heroína sin ventura de uno de esos fantásticos episodios, no has de imitar tú á los personajes que se revuelven en trágicas y maravillosas actitudes. Todo ha de conducirse y desenredarse entre tú y yo humana y naturalmente, ó sea por trámites de la más burda vulgaridad.

Oíala Castroviles pasmado, sin acción ni pensamiento, como si hubiesen detenido su juego los músculos. Sorpresa írrita leíase en los ojos, y la entreabierta boca no acertaba á emitir voz alguna. Al cabo pudo decir:

– No te entiendo..., no. ¿Qué me anuncias? ¿Tristezas? ¿Maldades?

Revistiéndose de dignidad, repuso la dama que no había en su conducta desdoro; explicó sencilla é ingenuamente la tremenda bancarrota de su casa, el rápido rodar á los abismos de la miseria; el lamentable suceso de las tierras asoladas por las furias de las nubes y rematadas por el fisco vil, y el no menos penoso de las rentas transferidas á usureros voraces; contó la parálisis y muerte del señor Moncluve, y su pasión en la cruz del matrimonio, para que no faltasen al infeliz medicinas durante la dolencia, y entierro y sepultura luego de expirar.

– ¿Te casaste? ¿Te casaron?, exclamó Julio deshaciendo en crispatura horrible la inmovilidad de estatua.

– Caséme, sí: éramos tan pobres, tan pobres, que ni caja de pino podía dar al cadáver. Casé con el dueño de esta finca, D. Feliciano Martínez, y aceptéle porque su edad me ponía al amparo de fogosidades y vehemencias á que me era imposible corresponder, y que me hubieran parecido nefandas y monstruosas. Al arrimo de su ternura paternal, conservo incólume el sentimiento que á la tuya mi alma encadenó.

– Pues así y todo, esa unión es infame, y yo la rompo, y te tomaré, porque eres mía..., ¡mía!

Tendió otra vez los brazos con impulso de coger en apretado círculo á la reina de sus amores, y otra vez le rechazó Ana.

– No, Julio, no; he dicho que la novela concluyó para nosotros. No te acerques: honrada he sido para ti, y para ti quiero ser honrada hasta el fin de mi vida. Ausente está mi marido, y su ausencia no será ocasión de torpes liviandades. Vete, perdóname, olvídame. Sé dichoso con otra..., tú puedes serlo, yo no. ¡Vete!

Y sintiendo que se le escapaban las lágrimas, que le salía de no sé dónde hipo de sollozos, cerró la verja y echó á correr como avecilla que levanta el vuelo. Volvióse antes de meterse en la quinta, y mandando al confuso galán un beso en la punta de los dedos, gritó apasionadamente:

– ¡Te amo!

***

Tres años sin correspondencia ni noticias habíalos pasado el doncel pacientemente, y aunque largos y duros, parecíeronle llevaderos y suaves á la postre; pero un mes de estancia en la población fué bastante para acabar con su paciencia y con la ingénita bondad de su espíritu: motivo sobraba para ello, pues antes aguardaba como premio de sus tribulaciones la recompensa de un cariño que ya no tenía posible logro. Desesperado, tanto en lo tocante á una recompensa feliz, cuanto en lo de que sus presentes tristezas alcanzaran consuelo, decidióse á lograr por la fuerza lo que de grado le negaba el destino. «¿No estaba seguro de que Ana le quería? Sí, queríale entrañablemente: bien lo vió antes de entrar en el pueblo. Las circunstancias, las adversidades, humillarla pudieron, no rendirla. Estaba el toque en que siendo ella tan inocente, no había sino cogerla con sorpresa y arrojo en los peligros de aquel incomparable candor.»

Y lo que no hubiera hecho nunca, hízolo entonces: bien es verdad que contra el vicio de querer no hay virtud posible. ¿Y qué intentó? Metióse cierto día, á poco de caer la tarde, en la quinta que habitaba la de Moncluve, y como no era él galán de oficio, trasudores de muerte le invadieron en el momento de espera, que fué momento de ansia y de

lucha. Conocía cómo encontrarse, cuando Ana se retirara á dormir, en su habitación, y estaba además seguro, sí, seguro, decíaselo el instinto de enamorado, de que, en viéndole, toda resistencia, todo coraje apagaríalo el amor. Caería en sus brazos poco menos que desvanecida, profiriendo con aquella voz sutil, tan dulce: «¡Julio!,» en el punto en que, apretándola amorosamente, clamase él: «¡Mi alma! ¡Mi alma!»

lejanías daban una impresión como si se acabase el mundo!

Al cabalgar del rocín, mareábale el aliento que, á impulsos de las auras volubles, cargaba el ambiente de esencias enervantes, deliciosas. Lucían en lo alto las estrellas; levantábase la luna disolviendo con su tenue relumbre polvillo de plata en el horizonte; los arbustos se movían con graciosos y gentiles devaneos, como si no pudieran resistir, ¡ellos, tan graves!, á las tentaciones de las auras casquivanas, y en aquel soplo palpitaban el aire, el deleite, la gracia, los misterios todos de la naturaleza inflamada por el amor inmortal. Oíase el canto del cuclillo, percibíanse rumores vagos, murmurios dulces que exhalaba la tierra arrullada por la poesía de la noche. Detúvose Julio, respiró con avidez la brisa, enjugóse con el dorso de la mano los ojos húmedos, mandó un beso al santuario pudoroso de las porcelanillas y espoleó al caballo. En sus oídos resonaba, confundiéndose con los ecos de la campiña, como si de ella se escapase, empujándole, el apóstrofe fatal:

—¡Vete!

J. F. LUJÁN.



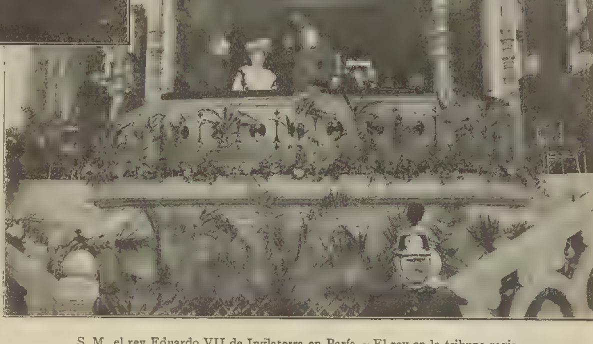
S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra en París.—El rey y el presidente M. Loubet delante del Hotel de Ville (de fotografía de León Bonet)

Hallábase en habitación que era antecámara, gabinete íntimo de la alcoba; hasta allí llegó casi á tientas, y se detuvo á esperar que se retirase el hada preciosa para correr sus aventuras de amores, poniéndose de atalaya junto al balconcillo que daba á los jardines. La medrosa claridad que vacilaba en la atmósfera, no bien anochecido aún, dejando en la penumbra los enseres, llenábalos de voluptuoso misterio: recreábase en la sombra la poesía de la noche. Acostumbrados lentamente los ojos á distinguir los objetos, fué examinando Castroviles con curiosidad de pronto, con indefinible emoción después, cuanto encerraba aquel nido: tenía todo un sello de dulzura y suavidad incomparables: era todo delicado, gracioso, como puesto y esparcido por una mano infantil; parecía, en una palabra, todo puro, como no profanado aún por el aliento del hombre. Diríase que se respiraban en el ambiente perfumes de lirios blancos, de azucenas.

Púsose Julio de pie, y sentía en el alma deliciosa turbación, y abría la boca como para tragarse aquellos aromas, que más embriagaban sus ánimos que sus sentidos; el rayo postrero del crepúsculo cayó en la sala y fué á perderse en el angulillo, sobre la consola recargada de monerías. Y á merced de aquel fulgor de relámpago pudo distinguir sobre el mármol el atrevido aventurero una serie de figulinas, sentadas éstas, erguidas las otras, riendo las de aquí, graves las de allá, con el brazo alargado, en actitud amenazadora: todas las muñecas de Ana, con los mismos trapos, descoloridos ya, que vistieran, arrugaran y ajaran sus dedos rosados, de chiquilla jugando á madre y mujer. ¡Oh, la adorable criatura! Había visto él aquellos muñequines en sus brazos, siendo niños los dos, cuando para asustar á la dulce amiga, se encaramaba por las tapias del huerto lindante. Y despertando con fuerte perfume de niñez los recuerdos de aquella edad risueña y feliz, no pudo contener el terrible seductor las importunas lágrimas que humedecían sus párpados. ¡Iba á profanar toda aquella inocencia que palpitaba en el gabinetillo gentil! Parecióle ahora crimen nefando. Ana se echaría en sus brazos, sí, pero para siempre se desvanecerían en el aire las esencias de aquel amor tan casto, tan noble, tan grande.

Vencido, aherrojado, besó reverentemente las muñecas de la Ana que había resurgido en fantástica visión pura y candorosa, como la deseaba él para su tálamo, y á tientas, lenta y solapadamente, fué huyendo por las galerías hasta encontrarse en campo abierto, al aire libre.

Sin más espera llegóse á casa, arregló su maletín, enjaezó el caballo y salió al largo trotar de la cabalgadura, metiéndose por las sendas de las praderías y los vericuetos del bosque. ¡Vuelta á las horas tétricas más allá de las lindes rumorosas, en que las



S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra en París.—El rey en la tribuna regia, en las carreras de Longchamp (de fotografía de León Bonet)

UN MONUMENTO Á CERVANTES EN PARÍS

UN LLAMAMIENTO Á LA PRENSA

SUSCRIPCIÓN NACIONAL

El distinguido publicista Sr. Gómez Carrillo, corresponsal literario de *El Liberal* de Madrid en París, ha concebido un pensamiento hermoso, el de erigir á Cervantes un monumento en la capital de Francia. Para la realización de esta idea ha dado á la publicidad un bellísimo artículo que con gusto reproducimos á continuación, deseosos de contribuir en la medida de nuestras fuerzas á tan lauda ble proyecto.

«El autor del *Quijote* va, al fin, á tener una estatua en París. Junto al Shakespeare, que glorifica la lengua inglesa; junto al Dante, que representa la lengua italiana; junto al Heine, que honra la lengua tudesca, un Cervantes de bronce va á erguirse en esta capital del mundo moderno, para proclamar la belleza secular de nuestro idioma. La estatua vendrá de España y de la América española. Será un regalo, no de un pueblo, sino de una raza. España, Méjico, la Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, el Perú, Cuba, Centro América, El Ecuador, Bolivia, el Uruguay, el Paraguay, todos los pueblos que hablan castellano, se unirán esta vez, y con más entusiasmo, con más sinceridad que en los Congresos, harán ver al mundo su hermandad. «La patria—dice Remi de Gourmont—es la lengua.» Esta patria es la que va á levantar, cual un faro en el centro de la Civilización, la imagen más luminosa de su literatura común. Porque aun en el caso de que realmente existiesen hoy unas letras españolas y otras americanas, aun en el caso de que quien cultiva las rosas del estilo en Méjico, en Caracas, en Buenos Aires, no fuese compatriota del que en Madrid, en Burgos, en Valencia se consagra á la misma labor, siempre unos y otros tendrían que reconocer como padre común al divino manco.



»En un principio, el iniciador de esta idea no pensó en París, sino en Argel. Parecíale natural que Cervantes tuviese en la ciudad donde fué cautivo una estatua. Pero á medida que comunicaba á los más ilustres hombres de Francia su proyecto, oía exclamar: «*C'est à Paris qu'il faut mettre Cervantes!*» Todos decían lo mismo. Ni los que, cegados por un patriotismo inquieto, temen al extranjero cual á un enemigo del alma indígena, ni los adversarios de la estatuomanía contemporánea, hacían la menor objeción. Todos, blancos, azules y rojos, aceptaban con entusiasmo la idea.

—»¿Sabe usted por qué?, me dijo el maestro Barrés. Porque el autor del *Quijote* no es únicamente uno de los hombres más grandes del mundo, sino también el más *simpático* de los grandes hombres. En la admiración que tenemos por él, hay una parte de ternura. Le queremos.

»Es cierto. Todos le quieren. Y así, pasando ante su estatua, la humanidad pondrá coronas de sonrisas.

* * *

»El Comité que patrocina la idea se compone de veintiuna personas, á saber: los académicos de la Francesa, señores J.-M. de Heredia, Edmond Rostand, G. Hanotaux, J. Claretie, Anatole France, F. Brunetière, Jules Lemaître, Sully Prudhomme; el ex presidente del Consejo de ministros Waldeck-Rousseau; el senador G. Clemenceau; el inspector general de Bellas Artes A. Dayot; el presidente de la Sociedad de Literatos Marcel Prévost; el presidente del Consejo municipal de París M. Escudier, y los escritores Sres. Capus, Moreas, Barrés, Paul Adam, Catulle Mendés, H. de Régnier, Tailhade, R. de Gourmont.

»El secretario general, delegado del Comité, es Gómez Carrillo, y á él (51, *rue Miromesnil, París)* deben dirigirse todas las comunicaciones relativas al monumento. Las suscripciones las reciben también el Banco de España y sus sucursales, *y la administración de este periódico (El Liberal* de Madrid).

»Las gestiones del secretario general serán *contrôlées* por un Consejo compuesto por cuatro personas.»

Después de insertar fragmentos de cartas de Mauricio Barrés, Anatolio France, Julio Lemaître, Alfredo Capus, G. Clemenceau, G. Hanotaux, Juan Moreas, Julio Claretie, Edmundo Rostand, H. de Régnier, L. Tailhade, R. de Gourmont, F. Brunetière, J. M. de Heredia y Armando Dayot, en las cuales estos eminentes literatos dedican los más encomiásticos conceptos al pensamiento y aceptan con



Fotografía de D. Andrés Salvador Gil, de Zaragoza
(Tema 3.º, primer premio, medalla de oro y un objeto de arte)



Fotografía de D. Andrés Salvador Gil, de Zaragoza
(Tema 3.º, primer premio, medalla de oro y un objeto de arte)



Fotografía del Sr. Conde de Palestinos, de Madrid
(Tema 2.º, segundo premio, medalla de plata)



Fotografía de D. F. Zagala, de Pontevedra
(Tema 2.º, tercer premio, medalla de bronce)



Fotografía de D. Hermenegildo Otero, de San Sebastián
(Tema 2.º, segundo premio, medalla de plata)



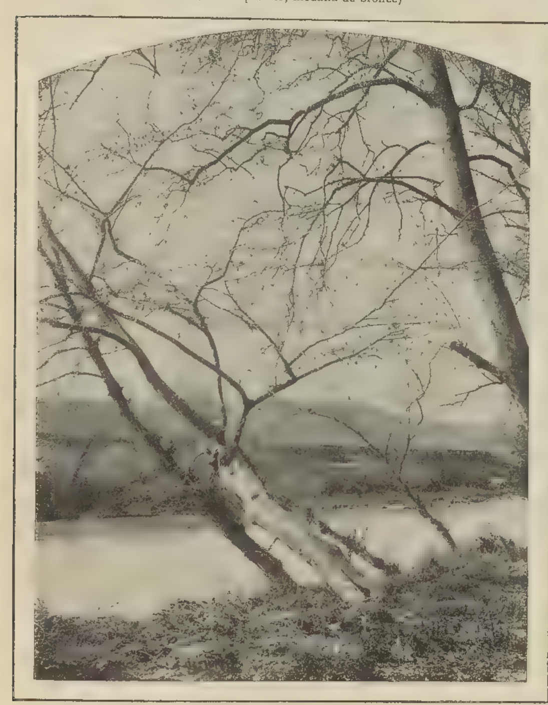
Fotografía de D. Hermenegildo Otero, de San Sebastián
(Tema 2.º, segundo premio, medalla de plata)



Fotografía de D. Víctor Pereira, de Barcelona
(Tema 2.°, tercer premio, medalla de bronce)



Fotografía de D. Erasmo Barral, de la Coruña
(Tema 2.°, segundo premio, medalla de plata)



Fotografía de D. Antonio Cánovas, de Madrid
(Tema 2.°, primer premio, medalla de oro y un objeto de arte)



Fotografía de D. Carlos Iñigo, de Madrid
(Tema 2.°, primer premio, medalla de oro)



Fotografía de D. Jorge Montsalvatje
(Tema 2.°, segundo premio, medalla de plata)



Fotografía de los Sres. Fernández y Carbonell, de Barcelona
(Tema 2.°, segundo premio, medalla de plata)

entusiasmo el puesto que en el Comité les ha designado el Sr. Gómez Carrillo, termina así el artículo:

«Ya lo veis, pues, por estos extractos, que no se trata de un Comité de compromiso, sino de un grupo ardiente que, en nombre de París, capital del mundo, recibirá la imagen del genio.

»Otros hay, numerosos, que al leer los artículos en que Lajeunesse, Mitty, Bruchard, Marcel Lamy, Tailhade, Ch. Colline y otros distinguidos periodistas parisienses han celebrado en términos tan elocuentes como generosos nuestro proyecto, me han escrito ofreciéndome sumas importantes. Pero á éstos les he contestado invariablemente: «Mil gracias. El monumento será un regalo de España y de la América española.» Y en efecto, sería de malísimo gusto pedir aquí para ofrecer á este mismo pueblo.

* * *

»No; no queremos óbolos extranjeros. No queremos sino suscripciones de *habitantes de la lengua española*. El homenaje será de los compatriotas. Y estad seguros de ello, tendremos más de lo que se necesita para un magnífico monumento. Los periódicos todos, mostrándose unidos en la religión de la lengua, se complacerán sin duda en abrir suscripciones. En nombre del Comité me permito pedirlo á los directores. Los teatros darán representaciones á beneficio de la idea. Ya los ilustres actores Díaz de Mendoza y María Guerrero, primeros en generosidad como en arte, me han manifestado por telégrafo su voluntad de dar una *matinée* de gala para allegar fondos. Un escultor ilustre (pues la obra ha de ser de cincel español), está ya ejecutando la obra: es Querol. Los Ateneos, los Círculos, todos los centros que hablan español, en fin, estarán con nosotros.

»¿No es cierto?

»E. GÓMEZ CARRILLO.»

Nada hemos de añadir por nuestra parte á este caluroso llamamiento dirigido á los españoles y á los hispano-americanos; conocido el carácter de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, cuya norma ha sido siempre enaltecer nuestras glorias patrias y apoyar todo pensamiento noble, inútil nos parece decir con cuánto entusiasmo acogemos las nobles iniciativas del Sr. Gómez Carrillo y cuán sinceramente ofrecemos nuestro concurso para que cuanto antes sea una realidad el monumento que en París ha de erigirse al autor del *Don Quijote*. – A.



LUIS ROSSATO, bajo del Gran Teatro del Liceo

NUESTROS GRABADOS

Luis Rossato, bajo del Gran Teatro del Liceo.—Ventajosamente conocido del público barcelonés, ha dado, en la temporada teatral que acaba de terminar, el bajo Sr. Rossato nuevas muestras de sus recomendables condiciones como inteligente artista y distinguido cantante. En cuantas obras ha tomado parte ha podido singularizarse, cimentando la reputación adquirida en los años anteriores. Dotado de excelente voz y buena escuela, ha podido avalorar estas cualidades con la artística interpretación de los personajes que le ha cabido representar. De ahí que el público le haya acogido siempre con simpatía, tributándole los aplausos merecidos.



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DEL CENTRO DE LECTURA DE REUS
Fotografía de D. Joaquín Salcedo, de Alhama de Aragón. (Tema 1.º, tercer premio, medalla de bronce.)

Viaje de S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra.—A juzgar por lo que en estas últimas semanas se han movido los jefes de algunos de los principales Estados europeos, diríase que se preparan grandes acontecimientos en la política internacional. El hecho tan natural en un simple particular de emprender un viaje, conviértese, cuando se trata de quienes están al frente de la gobernación de pueblos, en sucesos que la diplomacia prepara y estudia detenidamente de antemano, y que luego son la comidilla de todas las cancillerías y dan materia abundante á los comentarios de los que en tales cosas se interesan ó meramente se ocupan.

La expedición de M. Loubet á Argelia, la visita del emperador de Alemania á su aliado el rey de Italia, y sobre todo el viaje del monarca inglés á Portugal primero, á Gibraltar y Malta luego, después á Italia y finalmente á Francia, constituyen hoy los temas principales de preocupación para los que siguen atentamente la marcha del movimiento político europeo, tanto más cuanto que coinciden con hechos tan graves como la guerra de Marruecos, la insurrección de Macedonia y los sospechosos manejos de Rusia en la Mandchuria, relacionados con cuestiones de tanta importancia como la del Norte de Africa, la de Oriente y la del extremo Oriente.

De todos estos viajes, sin embargo, el que indudablemente puede tener mayor alcance y traer más trascendentales consecuencias, es el del rey de Inglaterra, así por el mayor número de Estados que ha visitado, como por ser éste el soberano de la primera potencia marítima del mundo.

La excursión de Eduardo VII ha sido verdaderamente triunfal: en Lisboa, en Roma, en París, en todas partes ha sido espléndidamente agasajado por las cortes y elementos oficiales y aclamado con entusiasmo por las clases todas de la sociedad, desde el pueblo hasta la más alta aristocracia. En la misma capital de Francia, donde se temía que el recibimiento fuera hostil ó cuando menos frío, por estar todavía muy fresco el recuerdo del incidente de Fashoda, se le ha dispensado una acogida por todo extremo afectuosa; bien es verdad que el hoy monarca británico cuenta allí con todas las simpatías que supo captarse cuando no era más que príncipe de Gales.

Uno de los episodios más interesantes del viaje ha sido sin duda alguna la visita de Eduardo VII á S. S. León XIII, visita desprovista de todo carácter político y que fué puramente un acto de deferencia personal. La audiencia, que se celebró en la biblioteca privada del pontífice, duró veinticinco minutos, y de ella salió complacidísimo el rey de Inglaterra, el cual parece que dijo á los que le acompañaban: «No noventa y tres años, sino sesenta y tres apenas aparenta tener el papa, tan lúcida y vigorosa es su inteligencia.»

Los personajes que figuran en el grabado que representa el rey Eduardo en las carreras de Longchamp son, de izquierda á derecha: el ministro de Comercio M. Trouillot; el de Hacienda M. Rouvier; M. Mollard, jefe del Protocolo; madame Loubet; el monarca inglés; el presidente Loubet; madame Andrée; M. Combes; el embajador de Inglaterra, y el embajador de España. - X.

MISCELÁNEA

Teatros.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Les affaires sont les affaires*, comedia en tres actos de Octavio Mirbeau; en el teatro Antoine *A Sainte-Helene*, comedia en dos actos de Mme. Severine; en los Bufos Parisienses *Miss Chipp*, cuento fantástico en cuatro actos y cinco cuadros, letra de Miguel Carré y Andrés de Lorde y música de Enrique Bereny, y *Le P'tit Jeune Homme*, comedia de los señores Willy y Luwey; en Variedades *La Neige*, comedia en dos actos de H. G. Ibels y Pedro Morgand, y *Petite Mere*, comedia en cuatro actos de Emilio Bergerat; y en el Ambigú *Le ruban rouge*, drama en dos partes y seis cuadros de Pedro Sales.

Barcelona.--Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El paîs blau*, bellísimo drama en dos actos de Santiago Rusinyol; y en el Eldorado *La gente del trueno*, zarzuela en un acto y tres cuadros, arreglo al castellano de la obra valenciana *La chent de tró*, hecho por su mismo autor D. Eduardo Escalante, con música del maestro Peydró; y *El terrible Pérez*, humorada trágico-cómico-lírica, letra de los señores Arniches y García Alvarez y música de los Sres. Valverde (hijo) y Torregrossa. En el Tívoli funciona una excelente compañía de zarzuela dirigida por el maestro D. Enrique Morera.

Necrología.—Han fallecido:

Gastón París, notable filólogo y literato francés, profesor de Lengua y Literatura francesas en el Colegio de Francia, autor de muchas y muy importantes obras histórico-literarias.

Ernesto Legouvé, poeta francés, autor de muchas y muy aplaudidas obras dramáticas, miembro de la Academia Francesa.

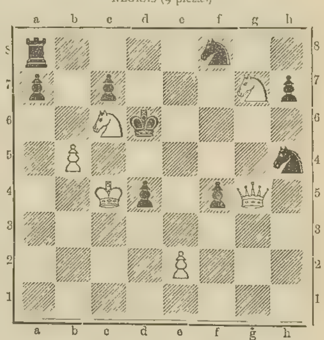
Juan Bovio, célebre jurisconsulto y político italiano, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Nápoles.

Pawel Kowalewskij, pintor de batallas ruso, profesor de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 325, POR N. MAXIMOW.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 324, POR J. DOBRUSKY.

Blancas.	Negras.
1. Da 1 – a 8	1. Cd 4 – e 6
2. Da 8 – h 8 jaque	2. C e 6 – g 7
3. Dh 8 – h 1	3. A c 4 × d 5
4. Dh 1 – a 1 mate.	

VARIANTES.

2. .... Re5 – f5; 3. Dh8 – f6 mate.
2. .... Re5 × d5; 3. Ad7 – c6 mate.
1... Af4 – g5; 2. Cf2 – g4 jaq., Re5 – e4; 3. Cd5 – f6 jaq., etc.
1... Cd4 – c6; 2. Da8 – e8 jaq., Cc6 – e7; 3. De8 × e7 jaq., etc.
1... Cd4 – f5; 2. Da8 – e8 jaq., Cf5 – e7; 3. De8 × e7 jaq., etc.
1... Ac4 – a2; 2. Cf2 – g4 jaq., Re5 – e4; 3. Cd5 – c3 ó f6 mate.
1... Af4 – h2; 2. Da8 – e8 jaq., Cd4 – e6; 3. De8 × e6 jaq., etc.

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



Allí quedó sin moverse, como muerto

—La señora está influída por el cura del Trigal. Ya podía haber buscado otro pretexto. ¡Nuestro Señor Jesucristo, que juzgará á los poderosos y á los humildes, se lo tomará en cuenta algún día!

Por lo pronto, no lo tomó en cuenta misia Justa, porque no lo oyó ó no quiso oirlo, y D. Celedonio se abatió en el sillón, como tronco que acaban de aserrar. ¡Lo temido, lo sospechado, estaba hecho! ¿Qué iba á ser de él? Grandes disparates se le ocurrieron: acudir á D. Fabio..., como si D. Fabio, pensara ó no pensara lo mismo que la señora, había de oponerse en modo alguno á lo dispuesto; é irse al Trigal á retar á D. Ignacio, y á Clotilde y Alejo, causas eficientes de su desgracia, y á Victoria, causa oculta y verdadera, increparles y obligarles á que le facilitaran otro destino tan cómodo y regalado como el que le habían quitado.

Los pajarillos del parque, con piar melancólico, parecían llorar la tribulación en que el capellán se encontraba, y el silencio y la obscuridad en que, poco á poco, la tarde dejaba la habitación, agrandaba la horrible idea de la despedida, que para don Celedonio significaba tumbos y tropezones por los baches del infortunio.

Tantas y tantas vueltas esta idea dió en su magín, que le perturbó y llenó de fantasmas. A las seis ó las siete (que no había luz para consultar el reloj de la pared, ni él estaba para consultarle, aunque el mismo sol alumbrara de plano), se levantó á duras penas, abrió la pequeña librería y una cómoda, y empezó á sacar los objetos de su pertenencia, sin ton ni son, amontonándolo todo en el suelo, con prisa injustificada, y ora descolgaba un cuadrito de devoción, ó desenterraba del cajón un manteo raído, ya pasaba á la alcoba y traía un rimero de cepillos, ó sin hacer nada, de pronto, se quedaba parado, suspirando, en medio de la confusa y heterogénea masa de líos y trebejos.

La campana de la comida no sonó aquella tarde. Al menos, D. Celedonio no la oyó, y si la oyera no acude, porque su dignidad no le consentía ya probar el pan de una casa de donde le arrojaban ignominiosamente, como á un lacayo. Siguió, pues, sacando y amontonando objetos, preparando su baúl, deshaciendo el nido en que pensaba morir en la paz del Señor, hasta que le faltó la luz, á pesar de que no era de noche todavía. Fué por cerillas á su alcoba, y con la palmatoria tornaba, cuando se escuchó grandísimo tumulto, voces, rodar de coche, azotar de caballos.. ¡Señor! ¿No había terminado la tormenta? ¿Necesitaba una nueva víctima la feroz *Nerona*?

Asomóse á la ventana del parque D. Celedonio, y no vió más que al sol hundiéndose con el turbante de nubes metido hasta los ojos, los pájaros que se daban las buenas noches cortésmente unos á otros y las luciérnagas que encendían su farolillo. Entonces corrió al zaguán, y por el postigo de la plazoleta descubrió el *break* de Josecito, al que rodeaban todos... Descubrió el *break*, mas no la causa del tumulto...

VIII

En el estrecho cerebro de Josecito no penetraban las ideas sino con el martilleo de la repetición, pero como un clavo que costó Dios y ayuda introducir, la que entrara quedaba en la dura cholla metida y no valían ya tirones para sacarla. Y así como la propia dureza del muro donde se introduce el clavo, hace á veces que éste se tuerza, se despunte ó en suma se deforme de alguna manera, las ideas en el cerebro de Josecito también se deformaban y eran otras, más extravagantes, raras y disparatadas que las que le fueron sugeridas, sensatas por lo común ó derechamente intencionadas.

Sucedía, asimismo, que en las nieblas de su espíritu lo veía todo confuso, tan grande era su miopia intelectual; y cuando ayudado de la reflexión ajena, á modo de lente de aumento, distinguía lo que se le ponía delante, nunca podía ser con la claridad y proporción debidas, sino agigantado y contrahecho: así, lo natural, lo corriente, lo vulgar, adquirían para él formas fantásticas y se convertía la verdad en desatino.

Pues bien: cuando empuñó las riendas del *break* y por el camino de Ombú echó el hermoso tronco de tordillos con seguridad de mano, digna de su fama y pericia cocheriles, no pensaba en nada (ordinariamente Josecito no pensaba en nada, como no le hostigara un dolor ó apetito cualquiera de la bestia) y muy entretenido iba en el orejear nervioso de los caballos, cuyos movimientos absorbían toda su atención, sin que prestara ninguna al paisaje ni á otra cosa, pareciendo en realidad que sacar de paseo á la yunta de brutos, distraerles, atender á su servicio y proporcionarles la mejor vida, conforme con su alcurnia caballar, fuera la misión terrena que se había impuesto. De las orejas á la cola, recortada á la moda inglesa y transformada en inútil y feo plumero, iban sus ojos, y á la zaga de sus ojos, arrastrándose, el perezoso pensamiento, que se quedaba dormido en el segundo viaje de la cola á las orejas y no despertaba ya, aunque la señora naturaleza, con sus armonías y sus galas, pretendiera seducirle ó arrancarle de su modorra.

Dormía el lirón aquél, mientras los dos tordillos trotaban graciosamente, y de pronto, buen trecho adelante, la violenta punzada del clavo de misia Justa le hizo dar un salto. Poco avezado á la gimnasia imaginativa, el pobrete aumentó con ello el dolor, y gimió, se retorció, asustado de los fantasmas que en la serena tarde de verano se le aparecían, como en noche obscura.

Josecito aflojó las riendas, y se metió en aquellas honduras á que su pensamiento le arrastraba; en el fondo aparecía el encerado negro repitiendo en letras blancas las confusas y enigmáticas advertencias de la abuela. ¿Por qué la abuela había dicho eso? Cuando la abuela lo decía... Espoleada la memoria, tortuga soñolienta, no recordó nada de la fiesta de Santa Genoveva. ¿Qué hizo Pardales? ¿Qué dijo Pardales? Nada, nada. No pocos esfuerzos le costó para verle al lado de Victoria en el balcón de la Municipalidad. Después, nada. Pero el clavo seguía punzándole. ¿Qué hizo? ¿Qué dijo? La abuela no lo preguntaba ociosamente. Y trabajaba por recordar, con tanto empeño, que se ponía encarnado, más encarnado, muy encarnado, como si el esfuerzo que hacía fuese muscular y estuviese levantando terrible peso.

Quería recordar, y no recordaba nada. La memoria, aplanada en su soñarrera habitual, no atendía á espolazos, y el pensamiento, dolorido, parecía extenuado ya en su labor reflexiva de pocos minutos. La abuela lo había dicho, ¿por qué lo había dicho? Ya no estaba encarnado Josecito, sino negro, tal era el empeño por recordar, por establecer analogías, por sacar consecuencias. Su debilidad cerebral le vendía á lo mejor, y abandonado le dejaba en mitad de una deducción, como se quiebra el hilo que cuidadosamente se va tirando del ovillo. Entonces daba un latigazo á los caballos, revolviendo los ojos saltones.

La abuela lo había dicho; ¿por qué lo había dicho? «Cuida de tu mujer, que como mujer bonita no han de faltarle gandules que se la lleven. Vete alguna vez *por el lado de Donato.*» El clavo seguía punzando y el dolor obligaba á la memoria á trabajar de nuevo. *¡Por el lado de Donato!*.. ¡Ah! Josecito estaba negro y se puso súbitamente blanco. La luz que creyó distinguir en la escuela acababa de alumbrar su mente, ¡y lo veía todo tan claro! Alejo Pardales, el buen mozo trigaleño..., sí, ¡qué estúpido!, ¡qué imbécil!, en casa de Donato, sin duda, con ella, con Victoria... La abuela lo sospechaba ó lo sabía de cierto... Sí, ahora comprendía el galimatías y por qué la abuela se lo dijo en esa forma. ¡Con Alejo Pardales! Por eso era tan fría, tan desamorada, tan...

Sudó Josecito á chorros, y con el pañuelo se secaba la frente, estupefacto, pasmado, idiotizado. El trabajo mental había sido tan inmenso, como si hubiera subido una montaña llevando otra á cuestas. Y allí adentro la razón se obscurecía más, llenando Alejo Pardales todo el hueco, él solo, burlón, insolente, provocativo. La idea de la abuela, ya contrahecha, la llevaba clavada tan hondo Josecito, que el dolor le llegaba al corazón, sintiendo furiosos arranques, que no había quien contuviera ya, porque la máquina intelectual no funcionaba bien y era la bestia la que predominaba ahora.

Desbocados casi llevaba los caballos, castigándolos á tontas y á locas, y de repente los desvió del camino, arrojándolos sobre un sembrado, que les hizo cruzar á trallazos, con riesgo del coche y perjuicio evidente de la hortaliza. ¿Qué iba á hacer él á Ombú, si probablemente por el lado de Donato, á aquella misma hora, Victoria y Alejo Pardales se entendían á sus anchas? El también iría hacia aquel lado, y si les encontraba... No discutía ya en su interior, admitiendo como cierto lo disparatado; no lo discutía, ni era capaz de discutirlo, y hacia el lado de Donato iba más desbocado que sus caballos. Guiábale la cólera, violentísima, irracional, y por sembrados y plantíos conducía el *break* en desatentada carrera, con espanto de los animales que pastaban y asombro de los peones. ¿Adónde iba el Sr. Josecito? ¿Qué le pasaba? En la cuneta del camino del Trigal en poco estuvo que volcara y se estrellase, pero siguió corriendo adelante, siempre adelante, empujado por desgreñadas furias, que le azuzaban; así media hora, siempre corriendo, al galope desenfrenado de los tordillos cubiertos de espuma.

Por fin recogió algo las riendas conforme divisó el rancho de *ño* Camilo, porque el instinto de la prudencia le aconsejó que fuera con más tiento si sorprender quería á los criminales, los que, no siendo como él, sordos, huirían seguramente ante el estrépito que el *break* debía de venir armando; y paró de firme, más allá, y se bajó para quitar á los caballos las colleras de cascabeles, montando de nuevo y arreando de prisa, pero con cuidado. Le pareció luego que no era aquel camino el más á propósito, ni el *break* propio para la deseada sorpresa, sino que debía buscar un sendero entre matorrales que le ocultase y permitiera rastrear libremente (en esto el pensamiento de Josecito, ya despierto, obraba como el de la raposa ó del lobo), determinando, digo, dejar confiado el coche á *ño* Camilo y seguir á pie, que la tarde alargaría aún, y el sol no descendería al horizonte en dos horas lo menos.

Venía *ño* Camilo precisamente á caballo con el rebenque enganchado á la muñeca, y al topar con el *patroncito* descubrióse la cabeza cenicienta, mostrando la frente morena en que el pesar y la vergüenza de las filiales fechorías, que infamaron su hogar honradísimo, habían marcado arrugas innumerables. Sabían todos que á D. Josecito era inútil hablar, y el gaucho, por señas, indicó que iba á recoger su ganado; le mandó el joven que se volviera, que le tenía que esperar, guardando el carruaje, y juntos se acercaron al rancho, bajó del pescante Josecito, entregó al viejo las riendas y sin decir palabra se marchó por un sendero que él sabía de atajo y conducía en corto tiempo á la pulpería de Donato.

No dijo nada, pues, á *ño* Camilo, y como el respeto, por una parte, y la dificultad de entenderse, por otra, impedían al viejo pedir explicaciones del raro capricho y fosco entrecejo del *patroncito, ño* Camilo, ni nadie, porque la ruin casuca estaba habitada no más que de las melancolías del padre infeliz del *Mandinga*, pudo saber el objeto de aquel paseo, ni el mismo perro que salió del corral meneando el rabo y quiso escoltarle, siendo despedido á puntapiés y cascotazos.

El sendero aquel atravesaba un prado inmenso, ya trillado, de modo que no ofrecía resguardo alguno, y aunque los otros, los culpables, estuvieran sentaditos aguardando que él llegara á sorprenderles, claro es que le verían venir, y habiendo tiempo de sobra para escapar, su venganza sería burlada, y él, por nada del mundo quería que la burlasen; el furor de alienado que, con el punzar del clavo de misia Justa, le enceguecía, hacíale zancajear con mayor prisa por alcanzar de una vez el bosque; pero el prado no tenía término, y la senda, serpeando entre los segados trigos, aparecía tan visible como el camino carretero.

Descubrir lo que pensaba Josecito, es punto poco difícil; sin temor de engañar, puede asegurarse que no pensaba más que en llegar pronto al sitio donde Alejo y Victoria debían estar reunidos. Esta reunión de los culpables era para él indubitable; porque si no, la abuela no se lo hubiera dicho. Y no cabiendo en su pobre caletre dos ideas juntas, como un clavo saca otro clavo, la de la infidelidad de Victoria, tan amarga y dolorosa, cedía á la vengativa de que iba por aquel maldito sendero á castigar la falta, probando de esta manera que no era él el memo y el infeliz que decían. De cómo sería el castigo, probablemente no lo pensó Josecito; sin embargo, llegó á sacar del bolsillo una navajita de nácar, y después de remirarla guardóla nuevamente, acción que se relacionaría, tal vez, con propósitos sangrientos fáciles de ocurrir, en lance parecido, á cualquiera más equilibrado que Josecito.

Fuera el prado más grande aún, tenía que acabarse, y se acabó, entrando el sudado y cada vez más furioso y ciego caminante en el monte, donde una bandada de loros le saludó con escandalosa chillería que él, por fortuna, no oyó, lindezas y denuestos, sin duda, contra el intruso. Tan pronto como en la fresca y sombría enramada penetró Josecito, le asaltó el temor de extraviarse, porque la abuela no le señaló el sitio de la cita criminal, y lo mismo podía ser por la derecha, que por la izquierda; en la misma casa de Donato, no podía ser, pues se exponían á una denuncia en regla: en el campo, en pleno bosque, pero ¿dónde? Esta dificultosa concatenación hizo sudar más al triste sordo, y no sabía á qué lado correrse, negro, otra vez, del esfuerzo reflexivo, abrumadísimo por el peso de aquella duda. ¡Vaya! Bien pudo la abuela hablar con claridad, y no andarse con tanto escrúpulo.

Por la izquierda ó por la derecha, en *el lado de Donato* estaba, y se sumergió en lo espeso de la arboleda, á la ventura. Ahora sí que no le verían acercarse; ni las pisadas debían percibirse, porque andaba de puntillas, ¡digo!, si tenía él más picardía...

Pues, señor, quiso la fatalidad que Alejo Pardales, que tranquilamente acudía á su cita con la maestra (con las peores intenciones, pese al romanticismo de la infeliz señorita de Paces y á las tragaderas de D. Celedonio), penetrara en el bosque de *La Justa*, jinete en su jaca favorita y con todos sus arreos ingleses, por el opuesto lado y á la misma hora que el furioso marido de Victoria, y andando entre aquellos matorrales de descubierta se encontraran al cabo frente á frente. Josecito vió á Pardales y éste no vió al otro, sino que le sintió, y suponiendo que fuera la enamorada Clotilde la llamó por su nombre tres veces é hizo trotar alegremente el caballo hacia el sitio donde el rumor se escuchaba, y que á él se le antojó de faldas. Llegó el caballo, saltó Josecito y abalanzóse á cogerle de la brida, se asustó Alejo del chasco, de la acometida y del extraviado aspecto del joven Esquendo... Asimismo echó mano al chambergo, saludando al amo, en cuyos dominios estaba, con sonrisa de amistad, que suponía broma en lo que parecía ataque formal; pero el otro se encargó de probarle que no iba de broma, increpándole, insultándole, mientras tiraba de la brida:

—¡Ah, canalla, *picaflor* infame!, ¿vienes por mi mujer? Bájate, cobarde, que aquí te espero para estrangularte.

Espantóse Alejo, y comprendió que el temido acceso mental había estallado y estaba Josecito loco de remate; quiso explicarle, á gritos, por hacerse oir, que él no venía por su mujer, ni en ella pensó nunca, respetándola en todo lo que debía y merecía ser respetada; al mismo tiempo dió de espuelas al caballo, que la fuga, mejor que todo razonamiento, podía librarle de tan enfadoso trance, y no logró más que encabritarle, porque Josecito le tenía sujeto fuertemente, y colgado casi del freno seguía diciendo:

—¡Baja, cobarde, canalla, trigaleño malnacido!

—Sr. Esquendo, insistió Alejo, conteniéndose, mire ¡por Dios! lo que dice. ¿Qué mosca le ha picado? Déjeme usted marchar, que ni yo me mezclo en los asuntos de la señora Victoria, ni la trato, ni la conozco apenas. Digo que me deje usted, que ya me va molestando... Yo he venido á pasear, y nada más.

Seguro de que no le escucharía, por sordo y por loco, Alejo se decidió á tratarle sin miramientos y le atropelló, contestando entonces á sus bravatas con insultos parecidos. ¡Estúpido, loco! Con su mujer... ¡Pues no sería por falta de ganas, sordo del cuerno!

Mas no por eso se intimidó Josecito, furioso comenzó á golpear al caballo en la cabeza sendos puñetazos que le pararon de manos, y á la segunda corveta casi tumba al jinete: descargóle Alejo un latigazo formidable, y sacando Josecito la navaja, se la clavó en el muslo, tan certero, que si conforme era un chisme de juguete fuese hoja de cuidado, la broma pasa á tragedia. Asimismo, Alejo sintió un dolor vivísimo, y la sangre le corrió por el calzón color de ante, lo cual le irritó al punto de que, bajándose del caballo, con el cabo del látigo, de plata y en forma de martillo, acometió rápidamente al loco, que, lejos de huir, le esperó á pie firme, enzarzándose ambos en el fondo del matorral, José con la navaja y Alejo con el látigo, tan ciegos ambos y furibundos, que no se sabía ya cuál era el loco y cuál el cuerdo. No proferían palabra, y sus gruñidos en medio de la lucha alborotaban á los pocos loros que, en las ramas vecinas, asistían al descomunal desafío; el caballo escapó, llevando sus relinchos la alarma á los cuatro costados del bosque.

Más fuerte Alejo que Josecito, creyó dominarle desde luego; pero Josecito se defendía y acometía con la pujanza insuperable de la demencia. Prendido á él, sin dejarle espacio para que moviera los brazos, le mordió en la cara y le clavó en el cuello la punta de la navaja, lo bastante para que también corriera la sangre; dos veces se levantaron y cayeron uno sobre el otro forcejeando, y ya Josecito encima de Alejo, ya éste encima de Josecito, se aporreaban á más y mejor, jadeantes, pero incansables.

Pudo, al fin, Alejo apoderarse de la navaja, y teniéndole desarmado, le cogió por ambos brazos y del empellón le tiró de espaldas violentamente: la cabeza del sordo chocó en una piedra, y sea que el golpe le atontara ó por cualquier otra causa, allí quedó sin moverse, como muerto.

—¡Bruto, animal, loco de la grandísima..! ¡Así revientes! ¡Miren cómo me ha puesto!

Limpióse el polvo de la batalla, se restañó con el pañuelo la sangre de las heridas insignificantes que, así y todo, le escocían mucho... Entonces notó que Josecito no se meneaba, y más escamado que compasivo, le tocó para cerciorarse de que no estaba muerto, ¡qué había de estar muerto!, ni un rasguño tenía el condenado, y sólo sus ropas guardaban señales de los revolcones; si perdió el sentido era de resultas de la caída, y volviera ó no volviera en sí allá se las compusiera él, que bien ganado se lo había. ¡Maldito sordo! ¡Qué ventolera la suya! ¡Con su mujer!.. ¿Quién pensaba ahora en citas amorosas, ni cómo esperar á Clotilde?; lo prudente era largarse al Trigal, avisar de paso á Donato, por caridad, para que le recogieran y llevaran á su casa, y callar lo sucedido, que, aunque hijo del juez de paz, la responsabilidad del hecho, si acaso éste pasaba á mayores por gravedad del golpetazo en cholla que debía ser como granada explosiva, no se la quitaba nadie. Mas se escamó Alejo contemplando el cuerpo del desmayado Josecito; felizmente, testigos que le vendieran no había otros que los loros, y estos desaforados parlanchines son más discretos que los humanos.

Buscó su caballo, que halló no muy lejos pastando tranquilo, montó de un salto y picó espuelas, renegando de su mala suerte. En menos de un cuarto de hora, por el camino más corto, llegó á la pulpería de Donato, alarmando á dos gauchos que jugaban á la taba debajo del emparrado de la mísera casa de adobe, porque se acercó gritando:

—¿Está Donato? Que salga en seguida.

Viendo cómo jugaban aquéllos, había otros dos sentados sobre pelados cráneos vacunos, con el mate en la mano, que les servía la moza mayor, la sucia perla que respondía al poético nombre de Herminia, morena descarada y hermosa, pasión y discordia viva de todos los jóvenes y viejos alegres

del partido. El sol, ya débil, vestía de púrpura su esbelta figura de criolla, soberbia en su desaliño rústico; tenía uno de los rollizos y desnudos brazos apoyado en el tronco del parral y el otro en la cadera, pareciendo entretenida con los hombres en dimes y diretes reñidos seguramente con la honestidad.

– *Ché*, Herminia, siguió gritando Alejo, ¿está tu padre?

– ¡Padre, padreeee!, gritó á su vez la muchacha, aquí le busca el Sr. Pardales, el hijo del señor juez.

Requerido con tales voces, salió el piamontés de la pulpería, el cual, de llevar en vez del chambergo la clásica corona de pámpanos y si la desnudez paradisíaca substituyera á su camiseta listada y su pantalón bombacho, con sus rojas carnazas pletóricas de mosto, caballero en un barril, fuera el mismo dios Baco en persona. Salió, pues, seguido de la moza menor, Laurita, y todos se asustaron de lo que Alejo, con entrecortadas y temblorosas palabras, les contó acerca del encuentro que en el monte acababa de tener; allí, junto al espinillo partido, tan estirado el pobre D. Josecito que le pareció muerto...

– ¡Jesús!, exclamaron las chicas, será un ataque de alferecía.

– Yo no sé lo que será, dijo Alejo, vayan ustedes á recogerle, que yo me voy al pueblo á buscar al médico.

Lo que él deseaba era salir pronto de *La Justa*, que mientras no se viera del otro lado del *Cura Magro* no estaría tranquilo; y porque, ya con preguntas ó la inspección indiscreta de su cara y traje (que las manchas en el pantalón bastaban para la sospecha) no se denunciara él mismo, enredándose en la mentira, escapó al galope con rumbo á la tranquera, que era para él la puerta de la libertad.

No había tiempo que perder, y Donato, las chicas y los jugadores acordaron lo más urgente: que fué que uno de ellos saliera á prevenir á la familia, mientras los otros con Donato iban en socorro del *patroncito;* y sin más palabras el emisario y los compañeros desataron sus potros del palenque, trajo el piamontés el suyo, al que no montaba sino en las grandes ocasiones, y puso su pañuelo por freno y una piel de carnero sobre el lomo, cabalgando todos diestramente, con excepción de Donato, el que pasó fatigas para subir y no logró su empeño hasta que Laura le proporcionó un banco y la ayuda necesaria. La desenvuelta Herminia montó á la grupa de su padre, llevando cuanto había que llevar para los primeros auxilios, y ¡hala! el emisario por la carretera y los demás por el atajo hacia el espinillo partido.

El cual, como no estaba al fin del mundo, hallaron á poco de internarse en el bosque, y á Josecito tan quieto como Alejo le dejó. Miráronle y le zarandearon, palpándole de todos lados, le roció Herminia con agua fresca las sienes y le ungió luego la cara con ginebra, dándosela á oler; pero el joven seguía inmóvil, y en lo que demostraba no estar muerto era en el recio suspirar que parecía arrancarle del fondo mismo del alma, tan acongojado que Herminia, sensible de naturaleza, se afligió muchísimo, acaso también (que la malicia nada respeta) porque D. Josecito fuera el primer rondador que tuvo, según las crónicas trigaleñas más verídicas.

Viendo que no volvía en sí, probaron á echarle en la boca un trago de la bienhechora ginebra, pero los dientes estaban tan apretados que no pasó ni una gota. Recostó la muchacha la cabeza del desmayado sobre sus rodillas, y haciéndole aire Donato y los otros con sus chambergos esperaron á que Josecito resucitase ó que llegaran de la casa, con temor de que la noche se echase encima, que aunque el sol no se había puesto, en aquel sitio sombrío lo parecía. En esto se oyó el ruido de un carruaje en la calma de la tarde, y se estremeció todo el bosque al paso del *break* que el emisario había encontrado delante del rancho de *ño* Camilo y que *ño* Camilo traía, juzgando mejor que ir á llamar á la familia llevar en él al enfermo.

Juzgáronlo también así los demás, y en el *break* acostaron á Josecito con mucho cuidado, subiendo en él nada más que Donato y *ño* Camilo, y despidiéndose los otros, Herminia sobre el caballo del padre, con las hermosas pantorrillas á la vista y paciencia del grupo que la escoltaba, tan gallarda y segura de sí misma, cual si fuera hábito suyo andar á tales horas por aquellos vericuetos y de la masculina compañía nada temiera.

Guiado por Donato el *break*, entre los comentarios á que se prestaba el raro suceso y que los datos del gaucho viejo embrollaron más, pues el Baco piamontés no se explicaba el abandono del coche, la marcha á pie y el desmayo junto al espinillo, buscaban los dos hombres la manera de cumplir su desagradable comisión sin alarmar á la familia; y entretanto arreaba los tordillos Donato, el tristón *ño* Camilo se atusaba las guedejas de Nazareno, suspiraba Josecito y cerraba la tarde las ventanas de Occidente con espesa cortina de nubes franjeada de oro. En el largo camino hasta los galpones no hallaron peón alguno, que á aquellas horas todos se ocupaban en la recogida del ganado; pero al aproximarse á la lechería, primero un chico, luego dos mujeres que salían del establo, se enteraron de la noticia que Donato les brindaba, la que corrió más rápida que los tordillos, y abultada y desfigurada penetró en la casa; de tal modo que, cuando el *break* llegaba á la plazoleta, misia Justa, Melchora y D. Fabio esperaban ya con angustiosa impaciencia y el clamor sorprendía al malaventurado D. Celedonio, y suspendiendo sus tristes preparativos, le echaba afuera, como á los demás.



... surgió Josecito como alma en pena de largo camisón

Agrupáronse todos en torno del *break*, preguntando, lamentándose, mientras bajaban á Josecito como muerto, y el Baco, en su lengua bárbara, decía lo poco que sabía; no dando mayores datos aclaratorios *ño* Camilo, atribuyóse el suceso á un accidente cardíaco ó algo así, pues ni mostraba herida ni señal ninguna de lucha: sólo misia Justa tuvo horrible sospecha, que no dejó traslucir, sin embargo, su fina máscara de imagen impasible. Cierta de que Josecito vivía, mandó que le subieran á su alcoba, llamó á Blasa, ordenó á Regino que fuera al Trigal por el médico, y acompañada de Melchora y de don Fabio, pasó fríamente entre el grupo de servidores y curiosos y subió detrás de los que cargaban al nieto.

Al rumor de los comentarios, Clotilde bajó de las alturas donde se ocupaba en faena tan triste como la de don Celedonio, y mostró el afligido rostro, con los ojos atomatados de llorar, y asomóse Victoria tímidamente á la escalera, descendió unos cuantos peldaños, y se arrimó á la pared, muy pálida, al ver el extraño cortejo

– ¿Qué hay?, ¡por Dios!, ¿qué ha pasado?

Nadie la contestaba. Creyó que Josecito había muerto y quedó petrificada. No se le ocurrió gritar, ni hacer aspaviento que tradujera el inmenso dolor que como esposa estaba obligada á sentir, y la lenta procesión desfiló delante de ella, sin que ella se moviera ni dijera cosa alguna.

Se hacía de noche y se encendieron luces. Josecito había sido acostado en su cama, y á toda prisa se procuraban reactivos. Los criados pasaban atropellándose con cuchicheos y pisadas cuidadosas. Poco á poco se establecía el silencio, gran silencio de muerte.

Victoria comprendió que ella también debía participar de aquel duelo en su carácter de esposa, dificilísimo papel, que, no aprendido del amor, desempeñaba muy torpemente, y remontó los pocos peldaños que había bajado, se acercó á la puerta de la alcoba, indecisa si entraba ó no entraba; salía Blasa, y á sus preguntas respondió la muchacha con cabezadas negativas: «No sé, no sé...,» escurriéndose escalera abajo. Pastorita la dijo que no entrara, porque estaba el tío muy malo. Y Victoria se decidió á empujar la puerta, pensando que á la cabecera del marido le correspondía estar á ella, y se pondría desde luego, para que no dijeran... La ronda angélica del techo le sonrió burlonamente, los conocedores de sus secretos, los confidentes de su desamor, de sus repugnancias y de sus tristezas de esposa por fuerza, los testigos de aquella lucha doméstica en que había sido vencida. Victoria entró. Pero misia Justa, al verla, se apartó del lecho, y vino rápidamente á cortarle el paso, susurrando:

– Vete, aquí nada tienes que hacer. Sal, sal.

Y cerró la puerta. Victoria se encontró de nuevo en la meseta de la escalera. No sabía si bajar, ó quedarse allí ó qué hacer. Los suspiros de Josecito llenaban la alcoba conyugal de donde acababa de ser arrojada. La pasión, ganando el puesto del deber maltrecho, la decidió, al fin, á bajar. Y bajó, pisando fuerte, olvidada de su papel, como siempre, mala comedianta que no le importa de parecerlo, á tiempo que Melchora subía de puntillas con una bandeja y una taza. Se encontraron, se tropezaron, y con el mismo susurro de misia Justa, la cuñada le asestó esta frase:

– Si hubieras acompañado á tu marido, cumpliendo tu deber, no habría ocurrido esta desgracia.

– ¿Qué?, exclamó Victoria erizándose.

– Pero, naturalmente, prosiguió la otra en igual tono, tienes cosas más interesantes en qué ocuparte... Si lo sabemos, hija, lo sabemos. ¿Quieres que te lo pruebe?

Le habló al oído brevemente, y siguió su camino con su taza y su bandeja. Victoria retrocedió demudada:

– ¡Melchora! ¡Melchora!

Pero la cuñadita había trepado ya y la enviaba gestos despreciativos desde arriba. Clotilde, que en un ángulo del pasillo confundía sus lamentos de proscrita con D. Celedonio, en viendo venir á Victoria, que bajaba temblorosa, huyó y con ella el resentido capellán, y la infeliz hubo de arrastrarse hasta el *hall*, arrojándose en el primer sofá, donde lloró de indignación y de ira.

Estaba á obscuras. Allí la encontró D. Fabio. Victoria le reconoció por la presión afectuosa de la mano: el único en la casa que fuera capaz de aquella muestra de cariño á la rebelde era el gran don Fabio, y se amparó de la mano amiga redoblando sus sollozos, con ímpetu desesperado, balbuceando incomprensibles quejas ante la sombra protectora que la consolaba:

– No te aflijas así, hija mía, si lo de Josecito no es nada: un accidente que probablemente no tendrá consecuencias; le hemos dado éter y parece más reanimado. Ya nos explicará él lo ocurrido.

– ¿Sí? Bueno, bueno..., ¡ojalá!, murmuraba Victoria ahogándose con el flujo de su soberbia. Pero si yo no lloro por Josecito, ¡mire usted si soy franca, tío Fabio!

La sombra se había apartado, y retirádose la mano cariñosa. Ni D. Fabio ni Victoria se veían las caras, y valía más que no se las vieran.

– ¿Sabe usted por qué lloro?, prosiguió la joven irguiéndose en el sofá. ¡Ah!, ¡llorar! No debía llorar, sino salir de mi pasividad estúpida y acometer de frente en vez de defenderme con la resignación y el silencio...

(Continuará.)

DESTRUCCIÓN Y UTILIZACIÓN

DE LOS HUMOS

La destrucción y utilización del humo es uno de los problemas que están á la orden del día en Francia y sobre todo en París, porque con él se relaciona otro problema, el de la destrucción de las inmundicias. El ingeniero M. Tobiansky, de Altoff, ha expuesto recientemente en la Sociedad belga de Ingenieros é industriales un método que parece digno de atención. El humo puede ser más ó menos visible, pero su composición es invariable: materias pulverulentas, gases incombustibles como el ázoe y el anhidro carbónico, gases combustibles como el óxido de carbono, hidrocarburos é hidrógeno; tales son los compuestos del humo por transparente ó fuliginoso que sea. Esta mezcla heterogénea puede todavía arder, según se comprueba con el conocido experimento del cucurucho de papel cuyo humo se inflama. Sin embargo, después de esta segunda combustión el humo no queda aún destruído; pues bien, lo que importa es hacerlo desaparecer íntegramente y encontrar provecho y economía en su destrucción completa.



Fig. 1. – Destrucción del humo. Aparato de demostración

El procedimiento de M. Tobiansky se resume en los siguientes términos: 1.° Filtración del humo para desembarazarlo de las materias pulverulentas y de los hidrocarburos condensables; 2.° Carburación de los gases para aumentar su combustibilidad (fig. 1). Desde hace mucho tiempo se ha pensado: 1.°, en filtrar el humo haciéndolo pasar, entre otros, por aparatos que lo desembarazan de su ácido carbónico; 2.°, en suprimir las chimeneas y reemplazarlas por un tiraje especial que se produce aspirando ó rechazando el humo. M. Tobiansky ha combinado los dos sistemas, y recordando que el aire carburado daba excelente gas combustible, ha carburado, á su vez, el humo aspirado y filtrado. Los productos de combustión tratados de esta manera le dan un nuevo gas al que ha bautizado con el nombre de «pyrogás,» y que, según parece, no se condensa y que permite utilizar los detritus de todo género para el alumbrado, la calefacción y la fuerza motriz. El operador, por medio de un instrumento de aspiración hace penetrar el humo en un filtro lleno de una materia porosa regada con un hidrocarburo volátil, como por ejemplo la nafta ó el petróleo (figs. 2 y 3): la materia porosa es un combustible, como por ejemplo el coque; ya veremos luego por qué. El humo, al pasar al través del filtro, deposita en el coque una parte de los hidrocarburos ó alquitranes que contiene, al mismo tiempo que se carga de los vapores de hibrocarburos volátiles con que se ha regado la materia porosa. Después de la filtración, por consiguiente, el humo sólo se compone de gases combustibles (tales como el óxido de carbono, los vapores de hidrocarburos, el hidrógeno) y de gases incombustibles, como el ázoe y el ácido carbónico. Los primeros arderán, y por lo tanto no hay que ocuparse ya de ellos, como tampoco del ázoe, que forma el 79 por 100 del aire que respiramos. Aunque á primera vista parezca que es un obstáculo para la combustión, el ázoe no dificulta siquiera la carburación del aire en la fabricación corriente del gas de aire.

Queda el ácido carbónico, y si bien se habría podido desembarazar de él al humo haciéndolo pasar por una lechada de cal ó de potasa cáustica, la experiencia ha demostrado que valía más tolerarlo en la mezcla de gases que constituyen el humo. Para disipar toda duda sobre este punto, el inventor ha mezclado á gases de hidrocarburo ácido carbónico puro y ha comprobado que el gas así obtenido era perfectamente combustible. Cree además que se produce una combinación química, cuyo resultado es transformar el ácido carbónico en óxido de carbono. Si el fenómeno realmente se verifica, sólo puede ser por virtud de una modificación atómica realizada naturalmente durante la combustión; de modo que sería un fenómeno análogo al que se observa cuando se fabrica en los laboratorios óxido de carbono combustible con ácido carbónico incombustible puesto en presencia de carbones ardientes. Mas sea de esto lo que fuere, no hay que preocuparse mucho del ácido carbónico, ya que este gas, al contrario que el óxido de carbono, sólo en grandes masas ejerce una acción nociva sobre el organismo, y tarde ó temprano será descompuesto por la clorófila de las plantas, que devolverán el oxígeno que contiene á la atmósfera.

Por este método, M. Tobiansky saca de los humos de toda clase el mayor número de provechos posible. En primer lugar, utiliza el calórico que en él se encuentra para calentar al paso los hidrocarburos del filtro, siendo con ello su volatilización más completa y su empleo menos oneroso, porque los hidrocarburos pesados, como el petróleo, además de ser poco costosos, pueden llenar perfectamente el objeto propuesto.

El calórico del humo calienta también el agua del refrigerador que rodea el filtro, y esta agua caliente puede, á su vez, alimentar una caldera. Finalmente, la materia porosa, el coque del filtro, después de haberse cargado de los hidrocarburos condensados y del carbono en suspensión en el humo, constituye un excelente combustible enriquecido. En resumen, merced al procedimiento Tobiansky, la utilización del combustible en un hogar cualquiera es completa ó todo lo completa posible, no siendo pequeña la economía si se tiene en cuenta que en una locomotora, en donde todo está combinado para asegurar un mínimo de pérdida, la producción no es sino de un 15 por 100 del carbón quemado.

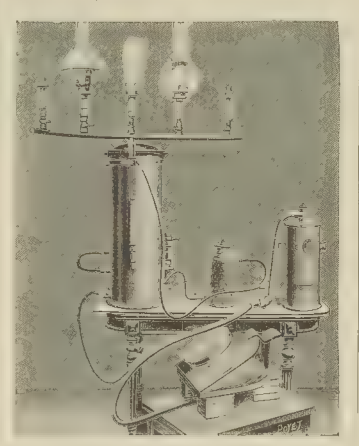


Fig. 2. – Aparato Tobiansky. El humo de una estufa es aspirado y luego enviado á un carburador, pasando después á alimentar varios mecheros Auer.

Por poco que sobre ello se reflexione se comprenden los servicios que tal sistema prestaría si se aplicara á la incineración de las inmundicias. Es cierto que se ha propuesto el empleo de estas materias para producir un gas sometiéndolas á una destilación análoga á la de la hulla; pero este sistema, además de dar un gas muy pobre, resultaría costoso porque surgiría un combustible cuyo humo se escaparía sin provecho alguno. Se ha tratado asimismo de emplear directamente como combustible las barreduras en general, pero este procedimiento tiene tres inconvenientes: el de que las inmundicias deberían ser sometidas á una desecación previa; el de que el humo, además de sus cualidades antihigiénicas, necesitaría altas chimeneas y se escaparía sin provecho; y finalmente el de que las inmundicias son un mal combustible, no llegando su valor á la vigésima parte del de la antracita. En el procedimiento que nos ocupa, las inmundicias serían incineradas, pero de manera que la combustión fuese muy imperfecta y produjera una gran cantidad de vapores utilizables.

Fig. 3. – Esquema del aparato Tobiansky. El humo de una estufa es aspirado al través de un filtro carburador

Este humo, previamente filtrado y carburado, serviría para su desecación y para todos los usos industriales de que es susceptible el gas ordinario.

El sistema Tobiansky funciona en varios sitios y actualmente se está haciendo una instalación del mismo en la Vieille Montagne (minas de cinc) con objeto de suprimir los vapores y humos malsanos que continuamente ponen en peligro la vida de los obreros. Además de las ventajas económicas que ofrece, la transformación de los humos en pyrogás constituye también una obra humanitaria.

EMILIO GUARINI.

***

NUEVO BOTE SUMERGIBLE

INVENTADO POR JOSÉ PINO

En los círculos marítimos se habla mucho actualmente de un nuevo invento del joven italiano José Pino, que parece destinado á facilitar y simplificar en alto grado el difícil y peligroso trabajo de los buzos. El fin que el inventor se ha propuesto es librar á éstos del pesado escafandro y proporcionarles, por decirlo así, una casa, un barco submarino propio, que por su forma de huevo tiene algún parecido con los submarinos modernos de las armadas francesa é inglesa, sólo que es más corto, más pesado y menos peligroso que estas máquinas de guerra.

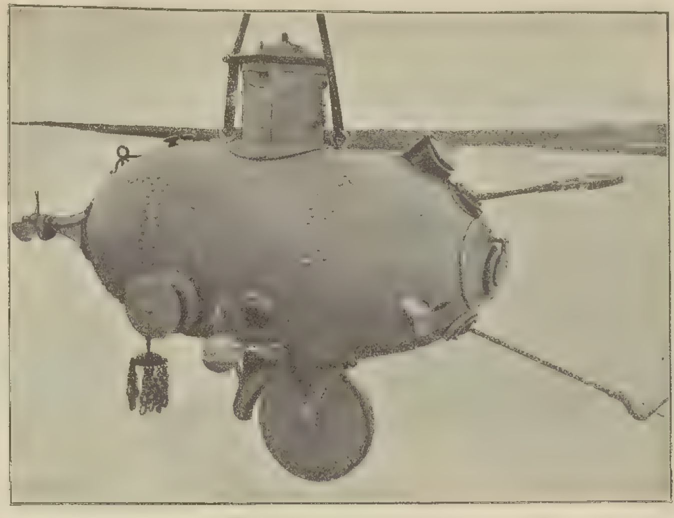
El bote sumergible de Pino, que tiene tres metros de diámetro y cinco de largo, consiste esencialmente en dos piezas de acero de forma semiesférica, que se consolidan tanto más cuanto á mayor profundidad descienden y por consiguiente cuanto mayor sea la presión que sobre ellas ejerza el agua que las rodea. Las paredes de estas dos piezas son tan fuertes que resisten perfectamente la presión del agua á 150 metros de profundidad; pero por lo general el bote trabajará á profundidades menores. Cuando haya de funcionar irá tripulado por dos hombres y será descendido hasta el fondo del mar; y su movimiento se obtiene por medio de un poderoso motor eléctrico que acciona sobre una hélice situada en la parte posterior y por una rueda instalada en la parte inferior del bote. Éste lleva en la proa varias aberturas herméticamente cerradas y provistas de cristales por donde los tripulantes pueden mirar al exterior, y dos largos brazos de hierro; uno de éstos, que cuando el bote está en marcha se arrastra sobre el suelo, desempeña funciones análogas á las de un brazo humano y termina como éste en una especie de mano formada por cinco garfios que recogen, mueven y elevan los objetos del fondo del mar. Esta mano está auxiliada por el otro brazo, en cuyo extremo hay una doble pala. Ambos brazos son gobernados por los tripulantes desde el interior del bote y pueden efectuar varios movimientos. El bote contiene aire suficiente para permanecer durante un tiempo determinado debajo del agua, y la provisión del mismo se renueva rápidamente cuando el bote vuelve á la superficie. La comunicación entre ésta y el bote se mantiene por medio de un teléfono.

Aun cuando el bote sumergible está destinado en primer término á extraer del fondo del mar los objetos y los cadáveres sumergidos á consecuencia de un naufragio, tiene además otras aplicaciones, así para las investigaciones científicas de la flora y de la fauna marinas, como para la marina de guerra, á la cual puede prestar muy buenos servicios en cuanto á la defensa de sus costas y puertos, á la construcción ó destrucción de minas, á la instalación de cables, etc.

El bote de Pino no puede ciertamente substituir en todos los casos á los buzos. El inventor, que hasta ahora ha practicado los ensayos con un modelo pequeño, se propone construir otro de mayores dimensiones.

El joven italiano además de este bote sumergible ha inventado un aparato óptico que denomina hidroscopio y por medio del cual desde un buque se puede examinar y reconocer el fondo del mar. Respecto de los detalles de este invento Pino guarda el secreto; pero en las pruebas recientemente verificadas en la rada de Génova, delante de una porción de personas inteligentes, ha quedado demostrada la bondad del aparato. Una de las aplicaciones de éste, según su inventor, será la de distraer á los pasajeros de los grandes transatlánticos durante las largas travesías haciendo desfilar ante sus ojos, á modo de cinematógrafo, las bellezas y maravillas del fondo de las aguas sobre cuya superficie se deslizará el vapor que los conduzca.

Según parece, los gobiernos inglés y griego han entrado en tratos con Pino para la realización de grandes exploraciones submarinas, para extraer del fondo del mar el primero los caudales que conducía el *Black Prince*, naufragado durante la guerra de Crimea, y el segundo los tesoros artísticos que hace 2.000 años quedaron sepultados cerca de la isla de Cerigotto. – R. M.



NUEVO BOTE SUMERGIBLE DE JOSÉ PINO



EL VINO CONCENTRADO

Entre los higienistas, unos consideran el vino natural como una bebida recomendable y otros lo proscriben, sea á causa de sus alcoholes pesados, de sus éteres y de otros elementos tóxicos, sea simplemente á causa del alcohol etílico que contiene.

En efecto, la parte líquida del vino, dejando á un lado el agua, contiene: éteres ligeros, que constituyen el aroma; alcohol etílico que destila á los 78° aproximadamente; alcoholes pesados que destilan á más de 100°; aceites y productos tóxicos, tales como el furfurol y el aldehido. Pues bien: todos estos productos son tóxicos, siendo los menos peligrosos los éteres ligeros y el alcohol etílico.

En cuanto á la parte sólida del vino, se compone de materias colorantes, azúcar, glicerina, materias resinosas, ácidos orgánicos fijos, sales minerales, substancias que no son en modo alguno peligrosas, excepto la cal, que es mala para los gotosos, los artríticos y los arterio-escleróticos, y la potasa, cuya acción sobre los músculos y principalmente sobre el corazón puede ser perjudicial en algunos casos.

Un vino al que se despojara de sus alcoholes pesados, de sus aceites, de su furfurol, de su aldehido, de su cal y de su potasa, no contendría elementos nocivos y nada tendrían que reprocharle los más intransigentes higienistas.

M. Garrigou, profesor de la facultad de Medicina de Tolosa, asegura que puede llegarse á este resultado concentrando el vino en el vacío, procedimiento por el cual puede ponérsele en estado de residuo seco. Si después se vuelve á disolver este residuo en el agua y en el alcohol etílico de que se le ha despojado, el vino recobra todos sus elementos, salvo los productos volátiles tóxicos y los tartratos y sulfatos de potasa y de cal.

De este modo se obtendría un vino profunda y felizmente modificado en beneficio de la higiene, y aun podría obtenerse por este procedimiento el vino sin alcohol que algunos médicos quisieran poder prescribir á sus enfermos.

Es evidente que la práctica de la concentración del vino, al mismo tiempo que contaría con el apoyo de los viticultores, respondería á muchas necesidades y especialmente á la de la alimentación de los ejércitos en campaña.

A pesar de todas estas ventajas, no es probable que el invento de M. Garrigou sea del agrado de todo el mundo; los buenos bebedores, por ejemplo, los que consideran el producto de la uva como algo más que como bebida higiénica, los que se deleitan saboreando el delicioso *bouquet* de las mejores marcas, no transigirán con este procedimiento, que priva al vino de una de sus primeras cualidades. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Luces de prisma. – Interesante colección de impresiones y cuadros es la que bajo este título ha publicado en Montevideo el conocido escritor Antonio Jiménez Pastor, dando nueva y galana muestra de sus aptitudes literarias y de su espíritu analítico y observador. Algunos de los trabajos que figuran en el libro á que nos referimos tienen el privilegio de despertar el sentimiento: tal es la verdad con que están trazados los cuadros. Embellecen el libro numerosas ilustraciones de artistas tan ventajosamente conocidos como Echena, Huertas, Méndez Bringa, Ferragutti, Regidor, etc.

El suicidio jurídicamente considerado, por *Narciso Sicars y Salvadó*. – Después de presentar los varios aspectos bajo los cuales debe estudiarse el suicidio, narra el autor de este libro su historia, y expone en su interesante libro una serie de consideraciones jurídicas que estimamos de grandísima utilidad, con mayor motivo cuando, por desgracia, tal incremento va adquiriendo esta enfermedad que por efecto de diversas causas aflige á la sociedad actual. Buen servicio ha prestado el Sr. Sicars con la publicación de la obra á que nos referimos, puesto que resulta de indiscutible utilidad. El libro ha sido primorosamente impreso en la tipografía Barcelonesa.

La verdad social, por *Ubaldo Romero Quiñones*. – Así se titula el nuevo libro que acaba de publicar en Guadalajara el infatigable escritor sociólogo Ubaldo Romero Quiñones. Conforme lo indica su título, constituyen el libro un acopio de asuntos asaz interesantes, tratados y estudiados con la lucidez de juicio y la reconocida competencia de aquel distinguido escritor, quien hace años dedica el esfuerzo de su inteligencia á trabajos de la misma índole, hoy de notorio interés. Véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

GRAN CONCURSO NACIONAL DE FOTOGRAFÍAS ORGANIZADO POR EL CENTRO DE LECTURA DE REUS



Fotografía de D. Andrés Anguera Corbella, de Reus
(Grupo local, primer premio, medalla de oro y un objeto de arte ofrecido por el Excmo. Sr. D. Alberto Rusiñol)



Fotografía de D. Eduardo Navás Segarra, de Reus
(Grupo local, segundo premio, medalla de plata y un objeto de arte ofrecido por la Cámara Oficial Agrícola de Reus y su Comarca)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 25 de mayo de 1903 — Núm. 1.117

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN LA TABERNA

cuadro de Luis Graner

Cuando el público se ha formado un concepto especial de la característica de un artista, se imagina que éste, fuera del círculo en que lo ha visto desarrollar sus aptitudes, no puede producir nada que llame poderosamente su atención. En bellas artes, como en todo, la costumbre ejerce gran imperio sobre el espíritu de la generalidad, y no hablamos del poder de la rutina, porque nos referimos, no al vulgo, sino á los aficionados inteligentes.

Sugiérenos la anterior observación la labor artística de un pintor tan meritísimo como nuestro querido amigo y colaborador Luis Graner. La inmensa mayoría de los que admiraron sus primeros lienzos y con la misma admiración, aunque progresivamente acrecentada, han ido siguiendo paso á paso su brillante carrera, apenas le conciben de otro modo que pintando efectos de luz artificial, contrastes violentos de claroscuro, figuras y lugares á trozos iluminados por resplandores de un rojo intenso y á trozos sumidos casi en las tinieblas.

Y la verdad es que con obras de esta índole sentó Graner los cimientos de su fama y que con ellas ha llegado á imponer su nombre en el mundo del arte, hasta el punto de figurar hoy entre los primeros pintores catalanes.

Mas no se limitan á esta clase de lienzos su talento y su actividad pictóricos, sino que también logra triunfos tan grandes como legítimos reproduciendo tipos ó escenas vistos á la luz del día y, por consiguiente, sin los efectos á que antes nos hemos referido. Y es porque dotado de una percepción clarísima y de un espíritu de observación profundo y maestro consumado de la técnica, no se concreta el arte de Graner á la forma, sino que penetra en el fondo de las cosas, escudriña el alma de los personajes que le sirven de modelo, y de esta suerte consigue darnos la esencia de unas y otros, sean cuales fueren las circunstancias de lugar y tiempo en que á sus ojos se ofrezcan.

¿Qué mejor prueba de nuestras afirmaciones que el cuadro que al pie de estas líneas reproducimos? La espléndida luz del día filtrándose al través de amplios ventanales, baña las figuras de estos dos obreros que platican alegremente en la taberna y constituye una visión clara, luminosa, tan admirable como pueda serlo el mejor de los trabajos de estilo opuesto á que antes hacemos referencia. ¡Qué vigor, qué naturalidad en la expresión de esos rostros y en esas actitudes! ¡Qué sobriedad de recursos tan en armonía con la simplicidad del tema!

En la taberna es indudablemente uno de los más hermosos lienzos salidos del pincel del renombrado artista, con ser tantas las obras notables por él producidas, que le han valido grandes triunfos, no sólo en nuestra patria, sino además en los más importantes centros artísticos del extranjero.



EN LA TABERNA, cuadro de Luis Graner

(Salón Parés. – Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el duodécimo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASÍ ANDAMOS

¿Se acuerdan ustedes de aquel bandido, y no de la Alpujarra, sino de las sierras galaicas, donde según Tirso de Molina la malicia no existe; de aquel bandido que parecía haber renovado, en nuestra prosaica edad, las fazañas y travesuras de los Niños de Écija, Candelas y Josés María? ¿De aquel bandido que tuvo en jaque muchos meses á la Guardia civil; que hizo gemir á las prensas con su gesta heroica, y á quien por último un cura de aldea, *nieto del Cid*, también él y sobre todo él, prendió demostrando un arrojo, una serenidad y una destreza, que desplegada al frente de una guerrilla le hubiesen hecho rival del Empecinado?

Pues ese bandido se encuentra en la cárcel de Marineda de Cantabria, y van ustedes á fijar un momento la consideración en lo que sucede dentro de una cárcel española, á principios del siglo XX, que ó mucho me equivoco, ó es, ante todo y sobre todo, un siglo pedagógico y penitenciario; un siglo en que los esfuerzos comunes tienden á *enseñar* y á *corregir*.

***

Ante todo, esa cárcel marinedina la visité yo hace muchos años, y los años, que no pasan en balde, para la cárcel han pasado lo mismo que un soplo, sin alterar en lo más mínimo su poco atrayente fisonomía. Es la cárcel del tipo antiguo, sombría, calabocera, sin aire, sin luz, sin condiciones higiénicas, y al mismo tiempo (curiosa anomalía) insegura, insuficiente para la custodia de un preso que tiene energía y vivos deseos de fugarse. Sí; estas cárceles de figurón, semejantes á los dragones que los ejércitos llevan por estandartes para asustar al enemigo, se prestan á plantes, motines y evasiones, infinitamente más que la prisión moderna, donde el preso respira y donde no se le carga de cadenas, cual si estuviéramos en los tiempos de la Máscara de hierro y de Latude.

Un día escribí aquí mismo que, en bastantes crímenes, en muchos, la responsable directa era la sociedad (me refería á la que conozco). Y esta afirmación viene á robustecerla el reciente episodio de la historia del bandido, que ha tenido por teatro la cárcel marinedina.

***

El bandido se opone á la sociedad, la desafía; pero ¿quién es el bandido?, ¿quién era antes de lograr esa notoriedad ruidosa debida á la infracción de las leyes sociales? Un pobre aldeano, de oficio herrero, si no recuerdo mal; uno de tantos que sólo han percibido, de la sociedad, los vejámenes y limitaciones que impone, lo que coarta la expansión de las facultades individuales, sin advertir la compensación de seguridad y auxilio, el carácter eminente de solidaridad humana de que la sociedad debe revestirse. Para mayor subversión de las ideas de razón y justicia en el bandido, nota que mucha gente le admira, que le rodea cierta popularidad, burda y callejera si se quiere, pero al fin popularidad; y deduce – naturalmente – que la protesta formulada en su espíritu lo está en el de infinitos, en el de la muchedumbre, y que por algo se le transforma, con rápida leyenda, de salteador en héroe aclamado. Si entre las instituciones sociales y legales y la multitud existiese ese fuerte lazo, esa cohesión que caracteriza á los pueblos unidos y poderosos, el criminal, el atropellador de mujeres, no sería victoreado, sino linchado.

En suma, el bandido, después de una ilíada y una odisea entre trágica y cómica, es traído adonde han de juzgarle, y sepultado en la clásica mazmorra, sin que falte á su sepelio en vida ninguna de las circunstancias del aparato que requiere tan interesante argumento. «Por lo pronto – leo en un periódico local, – el Director de la cárcel, como medida de seguridad, colocó al audaz bandido una barra de dos cuartas de largo, con un espesor de dos centímetros y medio aproximadamente, que pesa, sobre poco más ó menos, unas diez ó doce libras, sin contar las argollas. Esta barra tiene en uno de sus extremos una gruesa cabeza que impide la salida de las argollas, y en el otro una ranura en la cual se introduce un hierro á guisa de pasador, que surte el mismo efecto. Este hierro ó lengüeta había sido remachado para que el preso no pudiese desprenderse de la barra, á la cual se hallan unidas dos argollas que sujetan los tobillos del preso.»

Ante este trato excepcional, el bandido sentiría crecer su engreimiento, la vanidad infantil que le distingue, y sacaría en consecuencia que tan extraordinarias medidas suponen un ser extraordinario, obligado á realizar cosas extraordinarias igualmente. Deduciría también que la cárcel y su custodia no ofrecen garantías suficientes, cuando es preciso cargar de hierro á un preso temible; y que siendo así, la meditada evasión novelesca, precedida de pronunciamiento, en la prisión marinedina debía realizarse.

***

Y se realizó; es decir, la evasión no llegó á verificarse, por un pelo; en cuanto al pronunciamiento, fué sonado, y no sé por qué milagro no arrojó á la calle á todos los presos, de una vez. ¿Pretexto del motín? El de costumbre: no querer comer el rancho. Al primer movimiento de insubordinación de los presos, el bandido, con su hercúlea fuerza, había roto las argollas, despedazado á golpes la puerta de su mazmorra, sirviéndose de la propia barra que le sujetaba momentos antes, salido al patio á ponerse al frente de los que le aclamaban..., y á no encontrar á la puerta del rastrillo los fusiles de la tropa, paseándose está á estas horas por el campo, donde tarde aparecería otro cura capaz de echarle el guante. ¿Y quién sabe la venganza horrenda que esperaba al que logró la captura?

Entretanto, lo que el bandido Casanova pudo apreciar durante su cautiverio, en el pronunciamiento y después de él, respecto á la organización de las prisiones, forma en que la sociedad se le aparece, fué lo que verá el curioso lector, y que entresaco de los relatos que los periódicos publican:

Primero. – Que en la cárcel entran á toda hora, para los presos, *delitos embotellados*, ó sea botellas de aguardiente de caña, cobradas unas á dos pesetas y otras á duro.

Segundo. – Que cuando los presos se amotinan, destrozan puertas, gritan, amenazan y turban el orden, el resultado final es que en vez de acentuarse las medidas de severidad, se atenúan; se les encierra, no solos, sino juntos, como desean; se les ponen grillos «ligeros y endebles,» en comparación de los de antes, y que cierran con pequeños candados; en fin, mejora su situación.

Claro es que los bandidos no son tontos. En su espíritu – donde acaso una prisión seria, segura, sin inútiles violencias ni refinamientos crueles, sin complacencias inmorales, sin tráficos reprobables, hubiese labrado huella de reflexión y enmienda, – lo que se había abierto camino es la convicción de que, en la cárcel, con dos pesetas se tiene caña, barajas, no sé si algo más (¡Dios me perdone!), y de que, con buenos puños y decisión, al preso que no le agrada estar solo le ponen en compañía, al que le pesan unos grillos se los cambian por otros ligeros y endebles, y al que le descontenta un calabozo se le muda á otro – y no por humanidad, no por justicia, sino ante la imposición y la alarma del motín.

De suerte que la receta es conocida, y saldrá perfeccionada ahora que al bandido le reunen y le permiten pasar la tarde y la noche en compañía de los presos más resueltos y peligrosos. El público se promete nuevas y más sensacionales emociones, que interrumpan algo la monotonía de este mayo tan metido en frío y en agua, tan diferente de lo que se llama *primavera*.

***

La prensa traduce la impresión asaz triste causada por la Exposición del Círculo de Bellas Artes, en la estufa del Retiro; y Cánovas y Vallejo se pregunta, asombrado, en su crítica de *La Época*: «¿Será que la degeneración se extiende ya, y también, á la pintura? ¿Será que no va á quedarnos ni eso? ¡Qué tristeza!»

Sin duda creía Cánovas y Vallejo que «nos quedaba *eso*...» Yo, desde mi visita á la Exposición Universal de 1900, me había cerciorado de que *eso* no nos quedaba, y de la ley, natural y sencilla, por la cual no podía quedarnos, á pesar del talento y de las facultades innegables de bastantes artistas españoles. No es aquí lugar oportuno para desarrollar tales puntos de vista. Sólo diré que el arte es también una fuerza social, una fuerza vital de las naciones, y que decae cuando ellas decaen en el grado y del modo que nosotros hemos decaído. El arte es, además, al par que inspiración, trabajo asiduo, concienzudo, esfuerzo estimado y premiado por la conciencia artística de una generación. No puede ser lo superficial, lo impremeditado, lo espontáneo solo; no puede ser la imitación servil y pueril de las escuelas *avanzadas* del extranjero. Ni se puede exponer antes de estudiar y dominar un poco los medios de expresión; antes de haberse buscado á sí mismo, con ardua labor y paciencia. El campo no cultivado produce ortigas y zarzas. El fruto silvestre es acedo y sin jugo.

***

La carrera «París-Madrid» despierta viva ansiedad entre los aficionados y los curiosos. A pesar de sus malas partidas, el automóvil tiene entusiastas; se extiende y hunde en el olvido á la mesocrática bicicleta, que también ofrece sus peligros. La nota más significativa de los comentarios á la perspectiva de la carrera, es el temor de que sean apedreados los coches á su paso por el territorio español. Es un temor explicable, dada la frecuencia con que son apedreados hasta los trenes. Se han girado órdenes severísimas á los pueblos del tránsito; se ha prohibido, para evitar desgracias, la circulación por las carreteras, y se reconcentrará la Guardia civil.

Entre los coches que vienen figura uno que requiere, en quien lo ocupe, intrépido corazón. No es otra cosa sino un motor monstruo, destinado á oponer la menor resistencia posible al aire y á desarrollar una velocidad vertiginosa. Peligro por peligro, yo eligiría este: peligro completo, reconocido, glorioso en su género; no un semi-peligro, que al fin puede costar la vida. Y disfrutaría, por algún tiempo, la sensación embriagadora de correr sobre el filo de la muerte, de verla próxima á cada instante, de devorar el espacio, de suprimir la distancia, de ser lanzado no se sabe adónde, de dejarse atrás á los otros, por veloces que fuesen.

De otro modo, el automóvil no existe. Los que le quieren lento y formal, deben cambiarle por una galera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La política es el arte de disfrazar de interés general el interés particular.

E. THIANDIERE.

Los nombres hermosos de paciencia y resignación se han inventado para calificar el miedo ó la imposibilidad de obrar.

P. GINISTY.

Un préstamo pequeño hace un agradecido; un préstamo cuantioso, un enemigo.

PUBLIO SYTO.

¡Qué importa el agradecimiento! Un beneficio no es una colocación de fondos para que ganen interés.

LABICHE.

Una derrota no es un crimen cuando se ha hecho todo lo posible para alcanzar la victoria.

CARNOT.

El mayor dolor para un pueblo libre y sensible es el contraste entre las esperanzas y los resultados.

GABRIEL HANOTEAUX.

El panegirista y el libelista tienen de común que uno y otro están cerca de la verdad.

H. RIGAULT.

EL TÍO GARRAMAR, POR TEODORO BARÓ

No se podía calcular el dinero que había aumentado; ¡tanto era! Vivía en un caserón, y contaban malas lenguas que Cabrinona, el tío Garramar, como le llamaban en todas partes, pues su fama se extendía á muchas leguas á la redonda, como se extiende todo lo malo, por poco dinero se había quedado con él, prestando unos miles de pesetas á un menor, exigiéndole que falsificase la cédula para que apareciese mayor de edad. El interés era el sesenta por ciento anual, y acumulando intereses al capital, el joven se encontró amenazado de ser condenado por falsificador cuando el usurero reclamó el pago. Perdida la cabeza, acabó por dejar los restos de su patrimonio en las garras del tío Garramar.

De él se narraban mil infamias. Cierto día dijo á un desdichado que le pedía un préstamo para salir de un grande apuro:

– Te daré el dinero, pero quiero que me lo hipoteques en la casa tal.

– ¡Si esa casa no es mía!

– No importa, puesto que yo me doy por satisfecho con tal hipoteca.

– ¡Vaya una ocurrencia y vaya una hipoteca!, pensó el otro.

Y se avino á firmar la escritura, creyendo que era tonto el tío Garramar. Cuando venció el plazo se amontonaron los intereses, y al llegar el momento que el usurero creyó oportuno para sacar los redaños á su víctima, le exigió el pago. Suplicó otra prórroga, pero Garramar se mostró inflexible y le denunció.

– Parece imposible, se dijo el deudor, que Cabrinona esté loco; pues ¿cómo va á hacer efectiva la hipoteca, si la casa no es mía?

Pero, por si acaso, consultó á un abogado, quien se cogió con ambas manos la cabeza exclamando:

– ¿Qué hizo usted, desgraciado? Eso es una estafa, pues ha dado usted una hipoteca á sabiendas de que no le pertenecía.

– ¡El me lo pidió!

– ¿Cómo lo probará usted?

– ¿De modo que?..

– Será usted condenado por estafa.



Encendió un cabo de vela de sebo y con él en la mano fué á la cocina

El pobre deudor cayó sin sentido y estuvo gravemente enfermo. Enteró el abogado á la familia, y para librarse de la vergüenza que la amenazaba, aprontó al tío Garramar hasta el último céntimo, y además los gastos de la demanda.

No acababa la gente cuando comenzaba á contar canalladas del usurero, porque no había quien no llevase en su piel las cicatrices de sus garras, con las cuales comparadas resultaban de algodones las de los buitres. Vivía aislado, porque nadie gustaba de su compañía; pero la verdad es que él no gustaba de tenerla; cuando se le encontraba, se volvía la cabeza para evitar la repugnancia que su vista inspiraba, ó se le miraba con desprecio, en el que había estallidos de ira y deseos de venganza. No había quien no tuviese que pedirle cuenta de muchas lágrimas, pero nadie debía agradecer una sonrisa á su corazón metalizado y conciencia dormida. Casi todos los campos y casas del pueblo le pertenecían; pero cuanto más señor era de todo, más aislado se hallaba.

A viejo llegó sin que se supiese que había hecho una obra buena aquel hombre para quien todo consistía en su dinero, siendo su único goce amontonar números que le decían que podía disponer de grandes cantidades; pero como de ellas jamás disponía, era odiado sin utilizar aquello que atraía la maldición sobre su cabeza, sin disfrutarlo ni gozarlo. Todo en él era ruin: el vestido, la comida, el mobiliario del único cuarto que ocupaba del inmenso caserón; pero ¿qué le importaban tantas privaciones si aumentaba su caudal?

Un día le detuvo un hombre ya anciano, luenga barba, sombrero sin color ni forma y roto, envuelto el cuerpo en harapos, en cuya mirada había el brillo de la fiebre y en las manos el temblor de la debilidad, y con voz desfallecida dijo:

– Señor, estoy rendido y enfermo; déme, por Dios, una limosna.

– Déjeme en paz, contestó bruscamente el tío Garramar.

– Señor, que quien da á los pobres da á Dios, gimió el infeliz.

– No lo gano para darlo á cualquier gandul. De fijo que te ves así por no haber ahorrado. Recuerda cuando malgastaste y pena ahora.

– Señor, replicó el pobre, puedo recordar tranquilo, porque de nada me acusa la conciencia.

Y luego con voz débil, pero que resonó como estampido de trueno en la conciencia del tío Garramar, añadió:

– ¡Recuerde, si como yo puede recordar!

El usurero se metió en su casa anonadado, perseguido, empujado por aquel «¡recuerde!» Su conciencia había despertado, y su conciencia comenzó á recordar. Cerraba los ojos, y cuanto más los cerraba, con más claridad veía mejillas escaldadas por el llanto, ojos enrojecidos de tanto llorar; hogares sin lumbre, seres escuálidos que vagaban alrededor de campos y majuelos que ya no eran suyos, mirando cosechas debidas á sus sudores que el usurero recogía; se tapaba los oídos por no oir, pero cuanto más los tapaba, más oía: lamentos, sollozos, voces de maldición; y si los hombres le maldecían, los perros le ladraban. Aquella noche no cenó, pero se reservó las dos terceras partes del miserable contenido de la cazuela para que la criada no se hartase y él pudiese ahorrar la cena del siguiente día. Se metió en cama con calentura; buscó el olvido en el sueño; pero pasó la noche sin dormir, retorciéndose y recordando. Y todos los recuerdos eran de lágrimas, de infamias.

Se levantó al amanecer y salió á la calle para no recordar. El primero á quien vió fué Melquiades, á quien había arruinado con la usura, y como se había apoderado de todo lo suyo, no había podido atender á su pobre mujer, enferma del pecho, que murió al poco tiempo. Y Melquiades le miró, y aquella mirada evocó el cadáver de la tísica, que se levantó ante el tío Garramar, y con sus huesosas manos se abrió el pecho para mostrarle sus pulmones roídos. El miserable apresuró el paso. Aquel perro que le ladraba era el de Perico, el buen Perico, que le había pedido dinero sobre la cosecha, y el usurero se había quedado con la cosecha y el campo, y Perico había emigrado y de él no se había vuelto á saber. El perro había quedado sin dueño, y siempre que veía al tío Garramar le perseguía ladrando. Salió del pueblo, pero como en las afueras cada terruño le recordaba una infamia, huyó del campo para volver al poblado, y se encontró delante de la iglesia. Hacía muchos años, muchos, que no había puesto los pies en ella, porque mientras creyó que la religión podía tolerar sus latrocinios, fué religioso á su manera; pero cuando el confesor le dijo que debía restituir lo mal adquirido, no quiso saber nada. ¡Restituir él! Pero aquel día se sintió empujado á la iglesia, y entró sin darse cuenta de lo que hacía; y á la izquierda vió una lámpara que iluminaba la imagen del Crucificado. Y el tío Garramar se arrodilló como atraído por una voz celeste que le llamaba, y le pareció que Cristo le miraba; y al mismo tiempo oyó que el sacerdote, que estaba predicando, decía: «Recordad, hermanos míos, las palabras de Jesucristo: «No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay ni orín ni polilla que los consuman, ni tampoco ladrones ques los desentierren y roben... Sed caritativos, hermanos, porque quien da al pobre, da á Dios. Jesucristo nos ha dicho que el día de la suprema justicia, los que estén á su derecha oirán de sus divinos labios estas palabras: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo

tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis. Estando desnudo, me cubristeis, enfermo me visitasteis, encarcelado vinisteis á verme y consolarme.» ¿Sabéis, hermanos míos, lo que contestó á los justos que le preguntaron cuando en tales necesidades le habían visto? Pues les dijo: «En verdad os digo: siempre, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis.» Y á los duros de corazón les dirá· «Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles ó ministros. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber. Era peregrino y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis.» Hermanos míos, recordad estas palabras de Jesucristo, y no olvidéis que quien da á los pobres, da á Dios.»

Calló el predicador y al usurero le pareció que Jesucristo seguía mirándole como diciéndole: «Ven, que por ti morí en la cruz y abiertos están mis brazos para recibirte en ellos y perdonarte.» El tío Garramar siguió la dirección de la mirada de Jesucristo y vió un confesionario. Allí se detenía la mirada del Redentor, porque allí estaba el sacerdote para absolver en nombre de Dios al pecador. Garramar dió un paso hacia el confesionario; pero se detuvo, porque el confesor para absolverle exigiría el arrepentimiento, y arrepentirse era la reparación en lo posible del pecado, esto es, la devolución de lo mal adquirido. ¡Devolver, él! ¡Desprenderse de parte de su dinero! Salió de la iglesia apresuradamente. Dios le llamaba y no quiso oirle.

Entró en su casa, corriendo se metió en su cuarto, se echó en la cama, que estaba sin hacer, y comenzó á revolverse en ella rugiendo, hasta que acabó por quedar amodorrado. Cuando abrió los ojos ya era de noche y sintió el aguijón del hambre, pues desde el día anterior no había comido. Encendió un cabo de vela de sebo y con él en la mano fué á la cocina.

– Dame de cenar, ordenó á la criada.

– ¿De dónde saco la cena, si no me ha dejado dinero?

– Lo que ayer sobró y me reservé.

– ¿Había de ayunar? Me he comido aquella bazofia y unos mendrugos, sin que bastaran á poner un reparo al estómago.

– ¡Ladrona! Aquello me lo había reservado. ¡Glotona! ¡Ladrona!

La criada cogió las tenazas, y echando chispas por los ojos, resoplidos por las narices y espumarajos por la boca, gritó:

– ¡Oye, tío Garramar! Aquí no hay más ladrón que tú. Me pagas y me voy. Venga el dinero, y no temas, pues te quedará bastante para hundirte en el infierno cuando mueras. El peso de lo que has robado, atado á tus pezuñas, te arrastrará á Satanás.

La irritada fámula avanzaba y el usurero retrocedía espantado.

– ¡Toma, aulló, y vete, mala mujer! Ahí tienes el mes: treinta reales.

La criada cogió el dinero y se dirigió á la escalera; mas tras ella echó á correr el tío Garramar gritando:

– ¡Falta un día para acabar el mes! Te he dado un real de más. ¡Devuélvemelo!

La criada se detuvo y tiró unas monedas de cobre al rostro del usurero, voceando:

– ¡Ahí va el real! Guárdalo y cuida de que no te lo roben con todo lo demás.

– ¡Robarme!, sollozó el tío Garramar. ¡Si me robasen! ¡Si ya me ha robado la bribona!

Le temblaron las carnes, le crujieron los dientes, se le erizaron los cabellos, y tambaleándose, apoyándose en las paredes, llegó al sitio donde tenía escondido su tesoro. Retiró cuanto tapaba el escondrijo, desollándose las manos sin sentir dolor, á la luz del apestoso cabo de vela de sebo, que dejó sobre una silla desvencijada. Al fin vió el oro, vió los grandes fajos de billetes de Banco. Aquello representaba mucho, ¡mucho! El tío Garramar soltó un resuello de fiera satisfecha al convencerse de que todo estaba intacto, y al resollar se movió, y al moverse tocó la desvencijada silla y cayó la vela sobre los billetes de Banco, que empezaron á arder. El usurero quiso gritar y no pudo, extender los brazos y no pudo; y el fuego se propagaba y la llama crecía. Cuando recobró el movimiento se echó sobre el fuego, y el fuego prendió á sus ropas; y el dolor le hizo levantarse, y se agitó sin lograr extinguirlo; y volvió á la hoguera para salvar billetes, y se quemó las manos y acabó por echar á correr, rabioso por el escozor de las quemaduras; y cuanto más corría, más crecían las llamas que le envolvían. Y se echó á la calle pidiendo socorro, pero todos dormían en el pueblo. Despertó á un perro que le ladró, y luego otro, y después todos, y atravesó el pueblo envuelto en llamas, y salió al campo envuelto en llamas, siempre perseguido por los ladridos de los perros. Una vieja se asomó á una ventana, y al ver á aquel hombre ardiendo, la cerró é hizo la señal de la cruz. Al día siguiente dijo que había visto el alma del usurero envuelta en llamas. Nada más se supo de él; pero cuando en las noches obscuras ladran los perros, dicen los del lugar que vaga por allí el alma en pena del tío Garramar, envuelta en las llamas de aquel tesoro amasado con lágrimas é infamias.

TEODORO BARÓ.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Premio obtenido en la Exposición Internacional de Vinos y Aceites de Turín por el Sindicato de Exportadores de Vino de Barcelona

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATENAS

Pasaron afortunadamente los tiempos en que las relaciones entre pueblos eran casi exclusivamente relaciones de guerras y de conquistas y en que los Estados mirábanse unos á otros con recelo, temiendo siempre la agresión del adversario y la traición del amigo. Los tratados que entre ellos se celebraban tenían un fin militar y tendían únicamente á mantener la integridad del propio territorio ó á aumentar los dominios de éste en perjuicio del más débil.

Hoy, sin que este aspecto de la política nacional haya desaparecido por completo, las naciones buscan su bienestar, no tanto en el engrandecimiento territorial, en el sentido antiguo de conquista armada, cuanto en el fomento de la riqueza de sus países respectivos y en la adquisición para éstos de nuevos mercados en donde se consuma el sobrante de su producción.

Desde este punto de vista tienen verdadera importancia las exposiciones internacionales, pues en ellas productores y consumidores de todo el mundo pueden estudiar lo que cada pueblo produce y necesita, lo que puede proporcionar á los demás y lo que los demás pueden á su vez facilitarle.

Comprendiéndolo así, las principales capitales vienen organizando, de algún tiempo á esta parte con gran frecuencia, estos certámenes que, aparte de las ventajas que reportan á sus respectivas naciones en general, son altamente beneficiosos para los intereses de la localidad. Para conseguir esto último, todas se esfuerzan en poblar sus exposiciones de atractivos que, sin quitar á éstas su verdadero carácter, las hagan al par que dignas de estudio, merecedoras de la visita de los meros turistas ó curiosos.

Atenas se apercibe en estos momentos para la exposición que en breve ha de inaugurar y que ha sido organizada bajo el patronato de S. A. R. la princesa Sofía de Prusia, esposa del príncipe heredero de Grecia, persona á quien los griegos tienen en alta estima por su clara inteligencia y por sus generosas iniciativas para todo cuanto redunda en bien de su patria adoptiva. El gobierno helénico ha prestado su decidido apoyo á la realización del proyecto, que cuenta con el apoyo y la cooperación de los principales Estados.

Por razones que no son de este lugar y que de todas veras debemos lamentar los verdaderos amantes de nuestra patria, España no figurará oficialmente en la exposición ateniense; esto, sin embargo, no será óbice para que á ella acuda buen número de productores españoles, convencidos de que en los mercados de Oriente pueden hallar salida muchos de nuestros productos. Este resultado se deberá principalmente á las activas gestiones del Delegado oficial, el inteligente industrial barcelonés D. Flaminio Mezzalama, y del secretario general de la Delegación, el conocido editor D. Miguel Parera, gracias á cuyas iniciativas se ha constituído en esta ciudad un comité, bajo la presidencia honoraria de los señores Cónsul y Vicecónsul de Grecia y compuesto de ilustres representantes de la industria, del comercio, de la agricultura, de las ciencias y de las artes de Barcelona.

Es de desear y de esperar que los trabajos de este comité se vean coronados por el más feliz éxito y que los productores españoles figuren dignamente en la exposición y obtengan de ella los mejores resultados.

El éxito de la exposición de Atenas nos parece de antemano asegurado, porque aun prescindiendo de la importancia que tendrá desde el punto de vista comercial é industrial, será indudablemente muy visitada por gentes de todo el mundo que aprovechará esta ocasión para admirar de cerca los maravillosos monumentos que de la antigüedad en ella se conservan, y también los que inspirándose en las tradiciones del clasicismo helénico, han erigido allí las modernas generaciones, y para recorrer aquel país en donde el arte y la poesía tuvieron su asiento.

La lámina que en la página siguiente reproducimos contiene algunos de estos monumentos, así como los retratos de la princesa Sofía y del barón J. Deanworth, director general de la exposición. – A.



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATENAS. – S. A. la Princesa Sofía de Prusia, bajo cuyo patronato se celebrará la Exposición. – Palacio de S. A. R. el Príncipe heredero de Grecia. – Biblioteca Nacional. – Barón J. Sh. Deanworth, Director general de la Exposición. – Las columnas de Júpiter, vistas desde los jardines de la Exposición. – Puerta del emperador Adriano, vista desde los jardines de la Exposición. – La Universidad. (De fotografías facilitadas por D. Flaminio Mezzalama.)

BARCELONA. LA FIESTA DEL ÁRBOL DE 1903

La Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol en Barcelona, cumpliendo uno de los fines que señalan sus estatutos y siguiendo la laudable costumbre que de algunos años á esta parte viene practicando, celebró la fiesta correspondiente al presente año, el domingo 10 de los corrientes, en los terrenos que la sociedad Tibidabo posee en la montaña de este nombre y en el punto conocido por la denominación de «Frare Blanch.»

Desde las primeras horas de la tarde acudió un gentío inmenso al sitio indicado, y cuando la comitiva oficial llegó á la gran avenida abierta en la falda del monte, el aspecto que ofrecían aquellos lugares era por todo extremo animado y pintoresco, pues millares de personas ocupaban los montículos próximos al terreno en donde previamente habían sido plantados los 400 arbolitos y en donde debía verificarse la fiesta.

Formaban la comitiva más de dos mil niños y niñas de las escuelas municipales y de muchos colegios particulares con sus respectivos estandartes, las autoridades y demás personas invitadas al acto, abriendo marcha una sección de municipales á caballo y figurando en el cortejo las bandas Municipal, de la Casa Provincial de Caridad y del Asilo Naval.

El acto oficial, al que asistieron el Capitán general, el Rector de la Universidad, el Comisario regio de Instrucción Pública y representantes del alcalde, del Ayuntamiento, del obispo, de la Diputación Provincial, del Fomento del Trabajo Nacional y otras entidades, celebróse en un local cubierto de la sociedad Tibidabo, y en él se leyó la memoria relativa al acto que se estaba verificando y se pronunciaron elocuentes discursos enalteciendo la importancia de la hermosa fiesta y haciendo votos porque se propague en todas las poblaciones de España.

Terminado el acto, dirigióse la comitiva al punto en donde había de ser plantado un cedro de cuatro metros de altura, que fué solemnemente bendecido y junto al cual se ha de colocar una lápida con la siguiente inscripción: «Fiesta del Arbol de 1903.»



BARCELONA. – Fiesta del Arbol de 1903. Carro que conducía el cedro que se plantó en conmemoración de la fiesta (de fotografía de Mas)

Después, los niños entonaron un himno alusivo al acto, dispersándose luego para merendar. El espectáculo que ofrecían entonces aquellos sitios era magnífico: los mástiles profusamente distribuídos por aquellos campos y adornados con gallardetes y banderolas, los grupos de pequeñuelos dando buena cuenta de las vituallas que les habían sido repartidas, los estandartes de las escuelas, la inmensa multitud allí congregada, el pintoresco fondo del paisaje, el inmenso panorama que desde allí se descubría, formaban un conjunto grandioso y encantador.

Calurosos plácemes merece la Asociación que con tanto entusiasmo fomenta estas fiestas, que aparte de los beneficios materiales que podrían reportar á nuestra patria si se generalizasen cual debieran, son un elemento poderoso de educación para la infancia, puesto que al ponerla en contacto directo con la naturaleza, despiertan en ella sentimientos puros y levantados. Basta abrir los estatutos de la Asociación para simpatizar con el pensamiento que la informa; dice así su artículo primero:

«La Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol en Barcelona tiene por objeto: *a*, Celebrar la Fiesta del Arbol en esta ciudad á perpetuidad y una vez al año; *b*, Procurar por todos los medios que estén á su alcance que dicho acto se celebre en todas las poblaciones de España; *c*, Propagar la idea hasta conseguir que se declare por el gobierno Fiesta nacional la del Arbol; y *d*, Cuidar de la formación de Asociaciones en todos los pueblos de España, que se encarguen de mantener viva la idea de repoblar de arbolado las montañas, los cauces de los ríos, las dunas y los terrenos esteparios, fiando á la educación de la niñez y á la instrucción en general la conservación de los arbolados existentes y el fomento de la riqueza forestal de la nación.»

¡Qué hermoso programa! Quiera el cielo que pueda algún día verse realizado. – M.

NOTAS DE VIAJE

DESDE ROMA

En las ruinas de las termas de Diocleciano se ha instalado con el título de *Museo Nacional* una hermosa colección de objetos, como joyas, vidrios, tablas de leyes, pinturas, mosaicos y esculturas encon-



BARCELONA. – Fiesta del Arbol de 1903. Aspecto del sitio denominado «Frare Blanch» en la falda del Tibidabo, en donde se celebró la fiesta (de fotografía de Mas)

trados en Roma y en sus alrededores. La apertura de este nuevo Museo no cuenta media docena de años y muchas de las obras que contiene son cuasi desconocidas.

El papa Pío IV concedió en 1561 dichas ruinas á los frailes *Certosini* de Santa María de los Angeles para que se trasladasen á ellas, pues según el apunte histórico que tengo á la vista, la comunidad dicha se hallaba mal instalada en su convento. Miguel Angel hizo los planos del amplio claustro bajo cuyas arcadas se han colocado cientos de restos interesantes de esculturas y bajos relieves; en el centro del patio ó claustro hállase una fuente construída á últimos del siglo XVII, y dos de los cuatro cipreses que la rodean son de la misma época que la fuente.



Púgil en reposo, estatua en bronce (Museo Nacional de Roma)

***

Entre las antigüedades que merecen mencionarse y que guarda este Museo, cuéntase una tabla de bronce encontrada en el lugar de la provincia de Benevento, donde se alzaba la ciudad de los *Siguros Bacbianos*. Se extrajo dicha tabla de las ruinas de una basílica ó curia que existía en el Foro.

Trata dicha tabla de un contrato público entre el emperador y ciertos particulares, quienes por su pobreza no podían recurrir á la usura para obtener dinero. Según lo especificado en dicha tabla, los hijos é hijas de ciudadanos romanos pobres podían tomar ciertas cantidades del remanente que, proveniente del fisco, destinaba el emperador para remediar las necesidades de aquellas pobres gentes. El interés era del 2 por 100 al semestre.

En el registro que contiene esta tabla se leen: 1.°, el nombre del que pedía el préstamo; 2.°, lo dado como empeño (siempre de menor valor que la cantidad tomada); 3.°, el capital; 4.°, el valor total con los intereses.

No menos interesantes son los objetos de vidrio colorido, *fíbulas* de oro y plata, pendientes y anillos de los mismos preciosos metales, objetos casi todos de la época pagana, que se miran expuestos en elegantes vitrinas. Las coloraciones de los vasos y ampollas de vidrio (varias de éstas dedicadas á contener aceites perfumados), son de una brillantez, variedad de tonos y finura incomparables. Es imposible determinar á primera vista, y aun después de ligero examen, cuáles son las coloraciones dominantes, pues según del lado de que se mira el objeto, así varía el color; á cierta distancia parecen estos vasos vitrios, de materia distinta de la que están hechos, y ofrecen una tonalidad general opalina.

Sería empresa larga y difícil describir una por una las preciosas reliquias de que vengo hablando; además, mi visita al Museo Nacional la hice con el exclusivo objeto de ver algunas obras maestras de escultura que yo desconocía, y á ese objeto dediqué el tiempo de que pude disponer. He aquí el resultado de mi breve estudio.

Dejando á un lado la famosa y bellísima estatua de escuela helena que representa á *Ares* (Marte) en reposo, y de la cual publicó esa casa editorial un grabado en la *Historia de los Romanos* de Duruy, cuenta hoy este Museo y procedentes, como la anterior, de la deshecha colección Ludovissi, varias esculturas también muy hermosas, entre las que descuella un busto de la *Julia de Tito*, según unos, de una dama romana de la misma época, según otros. Juntamente con ésta se admira un retrato marmóreo de Marco Aurelio, que juzgan los arqueólogos como el más exacto del emperador filósofo.

Pero las obras maestras de belleza difícil de encontrarle pareja son: una estatua en bronce, tamaño natural, representando á un *púgil en reposo;* otra acéfala, en mármol; la de una vestal, y dos bustos también en mármol.

Indudablemente, el *púgil* es obra de escultor griego. El estudio anatómico y la admirable comprensión del tipo son aciertos dignos de un cincel de los buenos tiempos de las llamadas escuelas decadentes de Rodas y Pérgamo. Las líneas del cuerpo del luchador revelan el ejercicio de la profesión; las masas musculares tienen el extraordinario desarrollo que debían adquirir en el continuo ejercicio, principalmente las de la parte superior del torso y las de los brazos. La actitud de la estatua conviene á la de los momentos primeros del reposo. El *púgil* está sentado y con el rostro vuelto, como si conversara con alguien que se hallase en pie inmediato á él. Todavía conserva puestos los guantes de cuero con láminas de hierro, de que hacían uso en la lucha estos atletas.

En el cuerpo del luchador vense los signos de la reciente lucha; de algunas heridas brota la sangre, y en la nariz y en las orejas se advierte la hinchazón de las equimosis sufridas. Por otra parte, el tipo de la bestialidad no puede estar mejor caracterizado. La barbuda cara es brutal, y el cráneo diminuto y deprimido nos indica á un idiota. La postura adoptada por el *púgil* tiene algo de la del matón dispuesto continuamente al reto.

Contraste grandísimo ofrece con ésta otra estatua acéfala, griega también por su exquisito arte, encontrada en la *villa* que Nerón poseía en Subiaco. Representa á un joven, á un efebo quizá, de formas praxitelianas, en el momento de caer al ir corriendo ó huyendo.

Muchas son, según Mariani y Vaglieri, las opiniones de los arqueólogos, helenistas y artistas acerca de la representación de esta bellísima estatua; pero á no descubrir la casualidad el misterio que la envuelve, la joya de Subiaco seguirá siendo un enigma entre tantos de este género como existen para desesperación de los sabios. Para mí, no tiene gran importancia resolver el asunto; me importa bien poco que represente lo que quiera; ante la singular hermosura de la estatua, todo lo demás es secundario.



Efebo, estatua encontrada en las excavaciones de Subiaco que se conserva en el Museo Nacional de Roma

Difícilmente se le podrá encontrar pareja á esta escultura en la corrección de sus exquisitas líneas, en la elegancia de sus movimientos, en la adorable euritmia de sus proporciones, en la simplicísima factura de su modelado. Aquella carne es carne juvenil, aquellos miembros son mórbidos y fuertes á la vez, su figura en general es de una elegancia insuperable. Ante este trozo de mármol callan todos los distingos y convencionalismos de escuela que dividen el campo del arte.

Del romano es una bella muestra la media estatua de vestal que en la sala III y señalada con el número 11 atrae, entre todas las esculturas allí expuestas, las miradas del visitante. Aparte del curioso estudio que puede hacerse de la indumentaria de las sacerdotisas de Vesta, lo que para mí avalora grandemente esta figura es la honda vida espiritual que el artista supo imprimir en el hermoso rostro de la joven. Otra condición tiene esta estatua; la de ser, como todas las que representan vestales, una icónica. Y á fe que produce un verdadero sentimiento de tristeza pensar que tanta belleza y juventud tan-



EN EL OBRADOR, cuadro de Otón Piltz



DISCÓBOLAS, cuadro de Emilio Vassari

ta fuesen á consumirse en el cuidado del fuego sagrado. Ciertamente que contemplando el rostro de la vestal se advierte que no son sus votos los que le llevan al sacrificio de sus ensueños de vida.

***

Y aquí termino estas notas hechas al correr de la pluma, rodeado de imágenes auténticas de emperadores, de héroes, de Agripinas y Julias, de desconocidos patricios y de ricos libertos, para quienes el arte era, más que un goce, un modo de hacer gala de su poder ó de su riqueza. Y si en la estatuaria aquí reunida puede estudiarse la fisonomía física y moral de esos hombres, de esas cortesanas imperiales, de esos aduladores de Nerón hoy, mañana de Vespasiano ó Tito, en las pinturas en este Museo también coleccionadas, y de algunas de las cuales hablaré otro día, pueden contemplarse, como en la misma realidad, las escenas de la vida colectiva de la sociedad romana, y ahondar más todavía que en Marcial y Juvenal, en el espíritu positivo y mudable del pueblo rey.

R. Balsa de la Vega.

Roma, marzo de 1903.

NUESTROS GRABADOS

Premio obtenido en la Exposición Internacional de Vinos y Aceites de Turín por el Sindicato de Expositores de Vino de Barcelona.—A la amabilidad del Sr. Mezzalama debemos el poder reproducir la artística copa de plata que constituye el premio obtenido en Turín por el Sindicato de Exportadores de Vino de Barcelona. Como pueden ver nuestros lectores, se trata de un verdadero objeto de arte, felizmente concebido y de una forma elegante, en el que están hábilmente combinados las ramas, las hojas y el fruto de la vid y del olivo, simbolizando la especialidad de la exposición en la que tan brillante triunfo obtuvieron los productores catalanes.

En el obrador, cuadro de Otón Piltz.—El notable pintor alemán Otón Piltz nos muestra en este lienzo el interior de un taller de carpintero de aldea: de las paredes cuelgan los más variados objetos que el labriego emplea para sus faenas agrícolas y domésticas, cadenas, cercos, destrales, sierras, cepillos y barrenas. El viejo industrial, junto á la rueda de afilar, está arreglando un viejo destral, mientras el aprendiz, con la mano en el mango, espera que el amo acabe el examen del cortante instrumento para seguir dándole á la muela. La hermosa figura del muchacho, iluminada por la espléndida luz que penetra en la estancia por la pequeña ventana, forma contraste por la frescura de su tez con la del anciano, de arrugado rostro y cuerpo enjuto; una y otra están trazadas con gran vigor, y aun tratándose de un tema en el que entran tantos elementos, no hay en el cuadro la menor confusión, ni ha descendido el artista á la minuciosidad de detalles á que se prestaba el asunto y de la que seguramente no habrían prescindido otros pintores, más cuidadosos de la factura, á la que no vacilan en sacrificar el buen efecto del conjunto.



Abandonada, estatua de D. Trentacoste

Abandonada, estatua de D. Trentacoste.—Si comparamos esta estatua con el busto del mismo autor que publicamos en el número 1.115 de La Ilustración Artística, no podremos menos de reconocer la diversidad de aptitudes del notable escultor florentino Trentacoste. En efecto, en *Abandonada* admiramos una obra delicadísima, de expresión dulce, de suaves líneas; el busto, en cambio, se distingue por el vigor del modelado, por sus acentuados contornos, en algunos puntos rayanos en dureza, y esta diferencia de cualidades responde perfectamente á la distinta índole del modelo. El escultor ha sabido interpretar con gran acierto los diversos temas, encontrando para cada uno la forma de ejecución que mejor podía conservarle su verdadero carácter.



Biombo pintado por Morton Nance

Biombo pintado por Morton Nance.—El asunto que esta pintura reproduce es la memorable batalla naval en que Blake, el famoso almirante improvisado por Cromwell, derrotó en 1653 á la escuadra holandesa mandada por Ruyter y Tromp. A pesar del poco espacio de que disponía el artista para pintar un asunto de esta índole, el efecto por él conseguido es extraordinario, y en los tres cuerpos que componen el biombo aparece el citado episodio en toda su grandiosidad, sin que se observe la menor confusión y sin que dejen de tener su propio valor los múltiples y variados elementos que en la composición entran.

Discóbolas, cuadro de Emilio Vassari.—La afición á los deportes, que cada día se propaga más entre los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización, es una nueva prueba de que en muchas cosas los adelantos y los progresos modernos no son sino recuerdo de usos y costumbres cuyo origen se pierde en los más remotos tiempos. En efecto, casi todos los ejercicios atléticos á que en nuestros días se dedica la juventud los hallamos en la antigüedad griega, cuyos juegos olímpicos gozaron de universal fama: podrán haber variado las formas, pero el fondo es el mismo y el fin que con ellos se persigue es idéntico. Entre los ejercicios á que se dedicaban preferentemente los helenos figura el del disco, que se remonta á las edades mitológicas, puesto que su invención se atribuye á Perseo, y que alcanzó mucha importancia en los tiempos homéricos; consistía, como es sabido, en arrojar lo más lejos posible un tejo de metal ó de piedra. Este juego ha servido de tema al celebrado pintor italiano Emilio Vassari para el bellísimo lienzo que publicamos; y aun mejor que de tema, podemos decir que le ha servido de pretexto para ofrecernos una escena llena de poesía y de encantos, que tiene por fondo el hermoso mar heleno y por personajes unas cuantas jóvenes de graciosos rostros y esbeltos cuerpos, admirablemente distribuídas en la amplia terraza, cuyas alegres risas nos parece escuchar, del mismo modo que nos parece percibir el murmurio de las olas y el susurro del aire al través de los árboles y respirar el ambiente embalsamado por las flores del cercano jardín: tanta es la verdad con que el artista ha sabido resucitar una época pasada y reproducir un trozo de aquella privilegiada naturaleza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Madrid.—La empresa del *Diario Universal* ha publicado como anuncio del periódico un hermoso cartel artístico, original del ilustre pintor Cecilio Pla: las distintas figuras que forman la composición están admirablemente trazadas, y el conjunto de la obra, aun dentro de las condiciones del género á que pertenece, bien puede calificarse de cuadro, y de cuadro verdaderamente notable. El cartel ha sido tirado con gran perfección en la Litografía de E. Portabella y C.ª, de Zaragoza.

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *Le supplice du silence*, comedia en dos actos de Berr de Turique; *Monsieur Vernet*, comedia en dos actos de Julio Renard, y *L'attaque nocturne*, comedia en dos actos y tres cuadros de los Sres. Lorde y Masson-Forestier, y en Cluny *Les grandes manoeuvres*, comedia en tres actos de G. Marot.

—En Roma se ha estrenado con gran aplauso una ópera de Franchetti, titulada *Germania*.

—En el teatro Schiller, de Berlín, se ha representado con gran aplauso la comedia de Tirso de Molina *Don Gil de las calzas verdes*, arreglada á la escena alemana por Federico Adler.

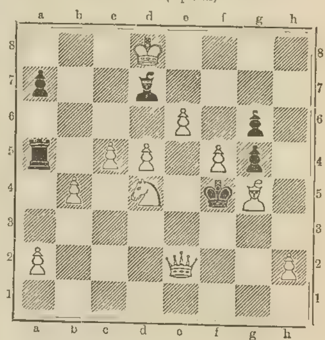
—En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha estrenado con gran éxito una trilogía titulada *Orestes*, original de Félix Weingartner.

Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro del Tívoli *La canción del náufrago*, drama lírico en tres actos y cinco cuadros, letra de los Sres. Arniches y Fernández Shaw, música del maestro D. Enrique Morera.

AJEDREZ

Problema núm. 326, por J. Moller.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 325, por N. Maximow.

Blancas.	Negras.
1. e2—e4	1. Cualquiera.
2. D, P ó C mate.	



Ladislao en medio de los peones, corriendo unos con el rimero de pieles

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Pues esa infame de Melchora, tío Fabio, continuó diciendo Victoria, esa infame acaba de decirme ¡no, usted no se imagina lo que me ha dicho!, es tal, que mi aborrecida sangre inglesa ha perdido toda su pachorra, ¡ya es demasiado!, ¡esto yo no lo aguanto!, ¡se lo contaré á Ladislao, llamaré á Ladislao, que venga Ladislao!.. ¡Poco se me da á mí romper las ligaduras conyugales y sociales que me atan á *La Justa;* antes sí se me daba, más por Ladislao que por mí; ahora no, ni un ardite. Recobraré mi independencia, volveré á ser dueña de mí misma, no sufriré más tiranías de señoras mayores, ni de niños tontos. Comeré á gusto, respiraré en libertad, ¡viviré, viviré! ¡Ah, no más, no más! ¡Cuánta razón tenía Mónica! Después de la calumnia de ésa... ¡Qué calumnia, tío Fabio! Ahora me explico muchas cosas, alusiones, indirectas, persecuciones, espionajes, el destierro de la torre, la despedida de Clotilde... ¡Ay! ¡Cuánta maldad! Y todo ha partido de ella, la infame... Porque á mí, tío Fabio, se me podrá acusar de frialdad, de mal carácter, ¡pero de faltar á mi deber, de deshonrar el nombre de mi marido!.. ¡Si á ese Pardales del Trigal, el novio de Clotilde, yo, tío Fabio, yo no le conozco, y le traté por la primera vez el día de Santa Genoveva! ¡Ah! ¡Esto se acabó, se acabó!..

La sombra había vuelto á acercarse, y la mano amiga buscaba de nuevo las pequeñitas y nerviosas para sosegarlas, escuchándose la simpática voz de Esquendo, conmovido:

—¡Cálmate, hija! Tienes razón, sí, señor. Tu indignación está justificadísima. Melchora es una loca, que no ha debido decirte lo que te ha dicho, aunque lo pensara, ni ha debido pensarlo tampoco, porque injuriar á ciegas es injuriar dos veces. Hace algún tiempo que se nos ha venido con tales sospechas, realmente absurdas y ofensivas. Con esto te expreso, hija mía, que yo no creo en semejante barbaridad, y me atrevo á afirmar que, en el fondo, ni mi madre ni Melchora misma lo creen tampoco. Atribuyo esto á excitaciones y apasionamientos de la guerra en que están ustedes tres empeñadas, y contra la cual no bastan razones. Cálmate, cálmate. Y no vayas con el cuento á tu hermano, sobre todo en estas circunstancias, en que el accidente de hoy ha venido á complicar la situación. Tu marido no está mal; pero puede ponerse peor, dada su naturaleza débil y especiales condiciones...

—¡Ay, sí, tío Fabio!, dijo Victoria, apagada su cólera por nueva crisis de lágrimas; lo he pensado y lo temo; porque yo, ¡ve usted!, es posible que le quiera... ó que llegara á quererle, pero lejos de la atmósfera de *La Justa,* en otra parte que no hubiera parientes cerca, salvo el que está aquí presente, el más noble y bondadoso de los hombres, á quien agradezco, en esto como en todo, su generosa intervención y el juicio que yo le merezco. Gracias, gracias, tío Fabio de mi alma. Usted se me figura en este infierno un protector celeste, un santo puesto por Dios para que las maldades y las tiranías no prosperen. ¿Quién, teniéndole á usted á su lado, teme á la lengua de Melchora ni á la mano de la señora mayor? Así, no digo ni hago ya nada sin su consejo, en la confianza, ¡eso sí, tío Fabio!, que yo no he de seguir en *La Justa.*

—Seguirás ó no seguirás, murmuró Esquendo entre sus barbas.

—No, no seguiré, exclamó la joven con repentina exaltación, levantándose del sofá y dirigiéndose á la sombra del tío.

¿Qué había de seguir? ¿Vivir ella bajo el mismo techo que la odiosa cuñada, después de lo que se atrevió á pensar de ella y á decirla, la más grave ofensa que á mujer casada se la puede hacer? Jamás. ¿Qué faltaba? Irse á las manos como verduleras. No quedaba otra cosa, Bueno; para evitarlo, ella dejaba el campo libre, con el consentimiento ó sin el consentimiento de su marido, lo autorizara ó no lo autorizara la señora abuela, lo aprobaran ó no lo aprobaran su hermano y su señor tío presente, que encima de los prejuicios sociales y de los caprichos é intereses personales estaba su tranquilidad propia. Harta de sinsabores, injuriada y ofendida, tornaría á Barracas..., si Josecito, una vez repuesto, se negaba á poner casa aparte.

—Usted, tío Fabio, repuso suavizando el tono, patrocinará y hará suyo este proyecto mío, porque es razonable de sobra. La vida común en esta casa es ya imposible; y puesta en el disparadero, me alzo contra el intolerable despotismo de la señora mayor y la perversidad de mi cuñada, ¡y que me toquen á mí campanas!

—Hija mía, eso será lo que tase un sastre, dijo tranquilamente D. Fabio; si te sales del terreno de la razón y de lo justo, en el que yo te acompaño, y te metes en el revolucionario, pierdes tus derechos, á la verdad muy dignos de respeto, y toda mi simpatía.

—Pero, cree usted que yo...

—Yo creo, sobrinita, que estás ahora demasiado exaltada para ocuparte de esta cuestión gravísima: todo lo que digas será producto de la corajina que los disparates de Melchora te han provocado, y con mucha razón. Aguardemos á mañana, ¿eh?, que te serenes tú y sepamos todos á qué atenernos respecto del estado de Josecito. Yo he de hablar con mi madre... Lo de separarles á ustedes, es medida que me parece saludable; ya ves que en esto también te apoyo. En lo que no te apoyo, ni te apoyaré, es en los procedimientos subversivos y de escándalo. Falta saber si mi madre se presta á que vivan ustedes dos aparte.

—¡Y aunque no se preste!

—¡Silencio; carbonaria, anarquista! Mañana hablaremos. Y con Melchora, ¡chitón! Vamos á ver qué tal sigue Josecito.

Dijo Victoria que ella no iba, porque acababa de despedirla de la alcoba misia Justa, y se sentó en el sofá, enfurruñada, haciendo pucheros, y nudos con el pañolito. La sombra de D. Fabio se corrió hacia

la ventana, y luego, de prisa, sobre la lisura del entarimado, á la puerta del pasillo...

Porque se oyeron golpes de herradura en la plazoleta y las voces de Pastorita: «¡El médico; ahí está el médico!..,» que pusieron en conmoción toda la casa.

Y salieron Victoria y D. Fabio á recibirle, encontrándole al pie de la escalera. De este personaje nada se ha dicho hasta ahora, ni hubo motivo de que se dijera, pues en el Trigal no formaba parte de la tertulia de Pardales, ni era *picaflor*, ni político, ni amigo del cura, ni de ninguno de los que en esta historia van mezclados, sino hombre ordinario, retraído, que substituía la ciencia con la práctica y se presentaba donde le llamaban. Llevaba poncho ligero, de luto, y botas de campana; con la misma mano recogía el sombrero ancho y el látigo, apoyando la otra, curtida del sol, en el boliche de bronce de la escalera; calva la coronilla, en perfecto círculo, por detrás parecía un cura, y por delante un chivo, gracias á la pera, los ojos reventones y el remolino de cerdas negras sobre la frente.

—¡Gracias á Dios!, dijo D. Fabio saludándole familiarmente; doctor amigo, pase usted, que le esperamos como agua del cielo.

—Vamos allá, contestó el médico.

Disponíanse á subir, cuando apareció Blasa en la meseta, y echándose sobre la barandilla, clamó despavorida:

—Sr. D. Fabio, suba usted en seguida, que no podemos sujetar al niño... ¡Ay! Si parece que ha perdido la cabeza.

Al mismo tiempo resonaron gritos en la alcoba, tan extraños y horribles, que de garganta humana dijérase no podían ser, sino de animal salvaje á quien se acosa ó el hambre tortura; gritos que herían el tímpano y helaban la sangre. Y con los gritos, carreras y saltos, y las voces angustiosas de misia Justa y de Melchora:

—Josecito, hijo mío, sosiégate, ven, toma..

No esperaron á más los que abajo escuchaban aterrados, y se lanzaron escalera arriba, tan desmayada Victoria, que no le obedecían las piernas; y antes que ellos llegaran, la puerta de la alcoba se abrió de golpe, y cogiéndole de un brazo misia Justa y Melchora del otro, surgió Josecito como alma en pena, de largo camisón blanco, desencajado, loco, forcejeando, gritando, la boca llena de espuma...

—¡Déjenme! Allí está, allí viene, allí sube... ¡Picaflor! ¡Canalla! ¡Te mato! ¡Te mato!

Exhaustas las dos mujeres, le soltaron y sobre el médico, que llegaba primero, se arrojó furioso, levantando los puños, con embestida tan irresistible, que el otro no pudo parar y rodaron ambos en rabioso abrazo. D. Fabio acudió en auxilio del aporreado, y entre él y las mujeres á duras penas le sacaron del poder de Josecito, que con el camisón hecho girones se debatía aún, elevando aquel grito selvático de fiera:

—¡Déjenme! ¡Voy á matarle! ¡Quiero matarle!

Le ataron con pañuelos, que él desgarraba con los dientes, y con una toalla empapada le envolvieron la cabeza, derramando sobre ella toda el agua que á mano había; y entre todos, y Regino, que subió, y D. Patricio, el capataz, y D. Celedonio, más muerto que vivo, y Donato y *ño* Camilo, que en las cocinas se indemnizaban de las molestias de su comisión, y cuanto criado y peón se logró reunir, que con ser muchos, todavía eran pocos para la empresa, le sujetaron, le redujeron y en el lecho le acostaron de nuevo, maniatado sin piedad.

IX

De los primeros en presentarse en *La Justa*, con motivo del doloroso acontecimiento, fueron D. Zacarías Pardales y misia Petrona, ésta con una *tualeta*, que decía ella, tan originalísima, que de lejos provocaba la vista, deslumbrándola. Ambos dijeron que Alejito hubo de marcharse á Buenos Aires por asuntos urgentes, viaje repentino y precipitado que apenas le dió tiempo para colocar un par de camisas en la maleta, y así de nadie se había despedido; luego de arreglar los susodichos asuntos, volvería, y se apresuraría á traer personalmente su pésame á la familia de Esquendo, á la que apreciaba tanto y respetaba, declaraciones estas que hacía misia Petrona, quitándole la vez al marido, con muchos dengues y abaniqueo, en el tono sincero de quien dice la verdad, de modo que no había lugar á dudas respecto del viaje, que de los verdaderos motivos Alejo se llevó el secreto, y, por la muestra, ocultándolo á los mismos padres. Como los loros del monte no hablasen, podía dormir tranquilo.

También vinieron el intendente Herreros y su mujer, el cura D. Ignacio, husmeando la vacante, con su hermana la flaca Antonina, la *Picaflora*, y en suma, toda la aristocracia trigaleña. Las señoras de la casa no recibían; pero D. Fabio, hondamente afectado, devolvía apretones de manos y las frases de rúbrica.

Declarado loco peligroso el infeliz Josecito, mientras se resolvía lo que con él había de hacerse, fué necesario aislarle en sitio donde su delirio impulsivo, para él y para la familia no ofreciese riesgos, pareciendo el más adecuado la torre de Clotilde, á cuyo efecto se reiteró á la maestra la orden de desalojo, que cumplió dos días después, una mañana triste, de cielo anubarrado. Despidieron á la señorita de Paces nada más que D. Fabio, los criados y los pájaros que con ella habían cantado endechas al amor y la tenían por compañera suya cariñosa; las señoras no se mostraron, y menos Victoria, que ni ésta se prestara á ver á su antigua amiga, ni Clotilde tampoco, achacándole la culpa de su infortunio. Marchóse con ella D. Celedonio; pues aunque D. Fabio, autorizado sin duda por la dictadora en un acceso de blandura increíble que determinara la desgracia de Josecito, le rogó que se quedara y no tomase en cuenta lo pasado, no quiso consentir el sacerdote, porque el pan, que tan perjudicial era á su estómago, y vida tan sobresaltada y amarga no valían la pena de conservarse, y la paz y la libertad, aun hermanadas con la pobreza, son mil veces preferibles á la abundancia derramada por manos de una *Nerona*.

Partieron, pues, los dos, sin volver la cara atrás, de rencor y despecho, y lloró la campanita de la capilla y gimieron las aves todas del parque. En la torre, que albergara los sueños poéticos de Clotilde, encerraron al loco, y allá arriba, cerca de las estrellas, resonó aún el nombre de Alejo Pardales, no entre amorosos suspiros, sino entre rugidos de fiera...

El mismo día de la marcha de Clotilde y D. Celedonio, tuvo lugar una importantísima conferencia de misia Justa y D. Fabio, á puerta cerrada. Esta circunstancia impide detallarla por menudo, é indicar, y menos precisar, el tema que sirvió de base á conversación tan larga y misteriosa, en que no se oyó murmullo que anunciara discusión ó desavenencia; siendo la madre y el hijo los de la encerrona, sabido era que, en lo tocante á las resoluciones, el acuerdo sería perfecto. Mas si acerca del objeto de la citada conferencia nada puede decirse, y ambos actores consiguieron mantenerlo secreto, evitar que les vieran y por las caras y la actitud de cada uno se dedujera la parte que en ella habían tomado y la gravedad del asunto que trataron, fuera difícil y casi imposible; no faltando, en efecto, quien observara el abatimiento y tristeza de D. Fabio, y sobre todo, el desmejorado aspecto de misia Justa, siempre erguida, como roble que no cede á los años y á las adversidades mientras el tronco se conserva en pie, pero sombría, ceñuda, el color terroso, los ojos, que no sabían llorar, fijos, apretados los labios y deshechos los bucles de nieve que la terrible mano ejecutora olvidaba rizar y componer, como si el picorcillo de la conciencia, la negra idea de que era ella la causa del espantoso suceso, incomprensible para todos menos para ella, consumiera sus energías, y ante el encerado de la escuela, donde imprudentemente repitió sospechas propias y calumnias ajenas, la tuviese clavada para expiación eterna...

Consecuencia de esta entrevista fué el viaje de D. Fabio á Barracas; antes habló brevemente con Victoria que, encerrada en su alcoba y separada en absoluto del resto de la familia, esperaba que de una vez se resolviese la violenta situación en que el destino la había colocado. Impuso, sin duda, don Fabio á la desgraciada casadita lo convenido con la abuela, y Victoria se conformó á todo, entre gemidos y sollozos, expresando al tío que, confiada en él, y segura de sus promesas, no había querido escribir á Ladislao, y que éste, por consiguiente, ignoraba aún lo que pasaba, pues, de otro modo, habría venido. Que dispusieran de ella como les pareciera mejor, siempre que no la condenaran á prisión perpetua en *La Justa*, en lo que había de mostrarse irreductible; á lo demás no hacía objeción, que al fin y al cabo su desventura no tenía remedio, y ahora menos que antes.

Despojado de sus prendas gauchescas, en cuya holgura tan á gusto se hallaba, montó D. Fabio en su *Lobuno*, y acompañado de Regino, que en la estación había de encargarse del caballo, salió para el Trigal, siguiendo las huellas del carricoche que llevaba á Clotilde y á D. Celedonio; no era menester atravesar el pueblo para llegar á la estación, y así evitó molestias y preguntas; pero en la estación tropezó con D. Zacarías, que fatigó su paciencia hablándole de política y otros temas menos interesantes, entre el continuo hipar de su disnea y al compás de la cojera del pie derecho, encarcelado en una bota indomable. Estaban en el andén la señorita de Paces y el capellán, y observó D. Fabio, en los forzados paseos de la espera, que rehuían el saludarle, procurando, así que llegó el tren y se desentendió del juez de paz, colocarse en un vagón donde ellos no fueran, precaución inútil, porque los pobrecillos habían tomado billete de segunda y en un coche de esta clase acomodábanse modestamente, mientras el gran Esquendo se arrellanaba en el suyo, volteaba sobre los ojos el ala de su chambergo y se disponía á dejarse arrastrar por el tren y por sus pensamientos.

Largo era el camino, y asimismo faltábale espacio á D. Fabio para examinar en todas sus fases y con el detenimiento preciso, antes de llegar á Barracas, el delicado problema que llevaba entre manos, examinado ya á la luz del consejo de misia Justa, pero más vidrioso y difícil á medida que se le daba vueltas. ¡Cuidado que la suerte se mostraba dura con él de poco tiempo acá! ¡Y cuántas desdichas y zozobras y disgustos de toda laya con el noviazgo y casamiento del malogrado Josecito! ¡Cual si no fuera bastante la perdición de Jacobo y la muerte violenta de Alberto! ¡Ah, sobrinos, sobrinos! ¡Bien dice el refrán que los da el diablo. Ellos habían turbado siempre la beatífica tranquilidad de su celibato y las legítimas alegrías de su obra magna de agricultor y ganadero... ¿Qué diría el Sr. Stuart? ¿Cómo recibiría la embajada? ¡Valiente conflicto! ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia!

No logró, naturalmente, el pensativo y abrumado D. Fabio aclarar nada de lo que le preocupaba, sino embrollarse más y afligirse con la idea de la desdicha inmensa que pesaba sobre la familia, y así pasó estaciones y más estaciones, sacudido por el vaivén, aturdido por el silbato, ciego del humo y del polvo. Cuando al volver de una curva, tres horas más tarde, distinguió los mástiles del Riachuelo, y el triángulo que sobre la fachada color de café remataba la *Barraca de Stuart*, y el tapiz de jazmines del balcón de la otra, la rebelde, la inconsciente culpable de aquel cisma doméstico, estaba D. Fabio como al principio, más embrollado, si cabe, y disgustadísimo.

Bajó en la estación, sin percatarse de que le miraran ó no la maestra y D. Celedonio, y se fué derecho al puente, que cruzó á buen paso; pero, casualmente, conforme en el colchón de polvo de la calle, Sahara con *simoun* y todo, á pesar de la vecindad del río, hundía el pie, vió á Ladislao en el muelle dirigiendo la operación de cargar cueros vacunos en unas barcazas, vestido de ligero dril amarillo, pañuelo al cuello y sombrero de paja, desnaturalizadas sus trazas aristocráticas en la baja faena que la costumbre y el amor al trabajo disimulaban, sin embargo, y realzaban de modo que, como un general en medio de sus soldados, Ladislao en medio de los peones, corriendo unos con el rimero de pieles secas á la espalda, contándolas otros y arrojándolas al fondo de la embarcación, entre el chirriar de la grúa y el repugnante olor de la curtimbre, era el mismo joven de cutis fino y lechoso, de manos de raso que el sol no quemaba ni estropeaba, Adonis de cromo, digno de mejor empleo y compañía.

Profundas ojeras violáceas, marcadas por la disipación ó la anemia, agrandaban sus ojos claros, y dábanle aire enfermizo, de fragilidad y delicadeza femenina; todo en él era transparente, como figura de alabastro, menos el alma, que ni en la mirada ni en la expresión se revelaba. Con un lápiz tomaba apuntes, y su voz, cuando preguntaba ó mandaba algo, era suave y débil, voz de niño y no de hombre... D. Fabio se aproximó y le tocó el hombro ligeramente:

—Querido Stuart...

—¡Hola, amigo Esquendo!, exclamó el joven cerrando el libro de apuntes, ¿usted aquí? Me sorprende usted en plena labor. Esta no es la de usted, grandiosa, bíblica, diré... y remunerativa en ciento por uno; es labor sucia y mezquina: ustedes crean, como Dios; nosotros recogemos lo que ustedes quieren darnos... ¿Hay algo grave?

Que sí lo había, lo comprendió desde luego en el triste semblante de D. Fabio, é impresionable en grado sumo le apremió porque lo dijera; pero D. Fabio indicó que mejor estarían en casa, y allá se fueron, delegando Ladislao en un dependiente la tarea interrumpida. Atravesaron la calle y entraron por el portalón de la Barraca en un patio empedrado, de mucho fondo, en el que se veían carros cargando cueros y más carros descargando fardos de lana y sartas de cuernos, en tal abundancia que ponía miedo; por una escalera empinada que al lado del portalón ofrecía sus estrechos peldaños

subieron uno detrás del otro, y arriba, con hosco empaque, los recibió la señora doña Mónica, que tendía en unas cuerdas ropa á la sombra, que no al sol, pues en aquel momento tapado estaba y no lucía ni una hebra de su áurea cabellera.

Muchas plantas en macetas, tinas, cajones y vasijas de todas clases se desarrollaban con esplendidez tropical en la terraza que precedía á las habitaciones, jardín plebeyo tan lozano como el más pretencioso y ajustado á las reglas de la lineación y del riego mecánico, y balanceando del techo al extremo de cadenitas doradas ó fijas en garfios á la pared, había varias jaulas, muy limpias y bien abastecidas, con los canarios, el mirlo, el zorzal, la calandria y la pareja de torcaces de la ausente.

Don Fabio y Ladislao penetraron en la habitación que daba frente á la escalera, y era el comedor, reducido y modesto, la mesa con tapete de hule blanco y los demás muebles de estos de efímera chapa de nogal; del comedor pasaron á la sala, también pobrecita, saludando los conocidos retratos de Mr. John y misia María Josefa; y por último, al despacho de Ladislao, una pieza pequeña con escritorio de pino negro y media sillería de yute, grabados en las paredes, y en los huecos cortinas de Persia, europeas: delante del sofá desplegado estaba un precioso tapiz hecho de plumas de avestruz, y un enorme huevo de la misma ave, curiosamente pintado, colgaba de la anilla de la lámpara central. Por la ventana se dibujaban en el fondo del cielo gris los mástiles de las embarcaciones, y hasta allí subía el rumor de grúas, sirenas y carros, el movimiento y la vida de aquella puerta fluvial donde vuelca la provincia una parte de sus riquezas.

– Está usted en su casa, dijo Ladislao, casa muy modesta, como usted ve: todo nuestro lujo lo tenemos encerrado en la alcoba de Victoria; todo por ella y para ella, amigo Esquendo. Conque, explíqueme usted, ¿qué hay?

– Pues hay, contestó don Fabio sin miramientos ni rodeos, una gran desgracia; nuestro pobre Josecito...

– ¿Está enfermo?

– ¡Loco, querido Stuart, rematadamente loco!

– ¡Ah!

La noticia desplomó á Ladislao en el respaldo de la butaca, con vibración dolorosa de todos sus nervios, y don Fabio, muy despacio, fija la mirada en la graciosa pluma que se encrespaba á sus pies, prosiguió:

– ¡Sí, loco, loco! Usted sabe que siempre nos preocupó la salud de Josecito; sabe usted también los temores de los médicos, los cuidados de la familia... Pues anteayer...

Inmóvil, atolondrado, el joven callaba. Tan pálido como era, la emoción le hacía parecer más, y más profundas las ojeras violáceas. Josecito loco, Josecito muerto (que lo mismo daba), á los dos meses de casado significaba el derrumbamiento de sus ambiciones, estimuladas por el egoísmo y el interés, la pérdida de *La Justa* y de la fortuna de Esquendo en la amplia medida que prometían futuras combinaciones y los brotes posibles del injerto de Stuart en el tronco de la millonaria familia; significaba la infelicidad de Victoria, cuya posición tantos esfuerzos le había costado alcanzar. Dando un suspiro, dijo al fin:

– ¿Y Victoria?

– A eso vengo; contestó D. Fabio abordando el tema con la misma franqueza que para comunicar la mala nueva; en el estado en que Josecito se encuentra, no puede permanecer en casa; hay que atenderle y vigilarle por otros medios que los que disponemos. Es decir, que mejor que en casa, estará en una de estas que llaman *de salud*, con médico fijo y servidores inteligentes, lejos de caras conocidas, que le irritan más y le enfurecen. Hay que someterle á un régimen apropiado, y esto desde luego, si queremos verle bueno algún día. En esta semana le traeremos de la *La Justa*... ¿Qué hacemos de Victoria?



... repitiendo el nombre de su niña querida: ¡Victoria!

– ¡Victoria es una Esquendo!, replicó Ladislao con arrogancia.

– Perfectamente; pero Victoria no quiere quedar en *La Justa*.

– Se quedará. Victoria hará lo que yo la ordene.

– Es el caso, querido Stuart, que aunque usted lo ordene y Victoria consintiera en obedecer, que lo dudo mucho, mi madre no quiere, á su vez, que se quede Victoria en *La Justa*.

– ¿Por qué?, interpeló el joven sonrojándose; con tal viveza la declaración de D. Fabio le había picado. ¿Qué motivos alega la señora?..

– Mire usted, Stuart, graves ninguno, contestó D. Fabio con la sinceridad del convencimiento. Y á decir verdad, ni graves, ni leves. Cosas de mujeres, tonterías, ¡qué sé yo! Junte usted rarezas seniles, terquedades, celos, envidias, antipatías, frialdades, soberbia, tiesura de carácter, desamor... Revuélvalo todo bien, ¿qué resultará?, algo monstruoso, la Discordia. Pues esto, la discordia es la que ha reinado en *La Justa* desde el primer día en que personas de tan diversos gustos y aficiones, de genios tan contrarios como mi madre, mi sobrina Melchora, Victoria y Josecito, hicieron vida común. La incompatibilidad de humores se manifestó patente, y venga el guapo que sea capaz de arreglarlo. ¿De quién es la culpa?, ¿de mi madre?, ¿de Victoria?, ¿de Melchora? No sé; de todas, y de todos; acaso tenga yo parte de ella también, y no escasa usted, Stuart.

– Todo esto que usted me cuenta, lo ignoraba, dijo Ladislao hondamente disgustado; Victoria nunca me lo confesó. Si yo lo hubiera sabido...

– Habría escollado como yo, Stuart. ¿Qué he hecho yo más que mediar y tratar de poner paz en los dos bandos? Inútilmente. El mal venía de muy lejos, estaba muy arraigado, y dispénseme usted que sobre este punto doble la hoja, porque no hay para qué resucitar historias viejas. Vengamos á lo que tratábamos. Por las razones antedichas, Victoria no puede quedar en *La Justa*, ni ella quiere, ni mi madre quiere: aunque esta terrible desgracia no ocurriera, se imponía la separación de los casados de nosotros, y no habría tardado en realizarse; obligada á separarse ahora, fatalmente, Victoria de su marido, mientras dure esta separación y no se cure Josecito...

Ladislao saltó de la butaca, muy excitado, sonrosadas las mejillas marfilinas.

– Pero ¿no comprende usted, Sr. Esquendo, que es ridículo para Victoria volver á la casa de su hermano? ¿Qué dirán todos? ¿Qué supondrán que no sea ofensivo para ella? Victoria es una Esquendo, y en la casa de Esquendo tiene su puesto, señalado por la ley.

– Ta, ta, exclamó don Fabio, encogiéndose de hombros; si me saca usted el Cristo, nada he dicho. Yo no discuto lo indiscutible, ni mi madre tampoco. Si usted se opone á recibir á Victoria, como no hemos de echarla á la calle, con ella nos quedaremos... y que arda la casa, legalmente. A fe que su hermana de usted no le agradecerá mucho la defensa de sus derechos, que nadie desconoce, por otra parte. Al contrario, lo que todos deseamos es armonizar lo discorde, y la única manera de armonizarlo es poner el aceite de un lado y el vinagre del otro, dejando que la sociedad murmure ó no, que la tranquilidad por casa importa tanto como la salud. Victoria al lado de su hermano será más feliz, en lo que cabe dentro de su triste situación de viuda á medias y del severo recogimiento á que esta misma situación la obliga, será más feliz, repito, que entre mi madre y mi sobrina, con disputas diarias y desagrados continuos. Victoria es una Esquendo, sí, señor, y como tal, mientras dure la enfermedad de Josecito, tendrá su pensión servida por la familia.

Lentamente se acercó Ladislao á la butaca y sentóse mirando á D. Fabio.

D. Fabio continuó, con el aplomo de quien se considera dueño del campo:

– Esta pensión será de mil pesos al mes, ni uno menos, suficiente, en nuestro concepto, para que Victoria conserve el rango que la corresponde. Usted dirá, Stuart, si le parece bien ó mal... Discutamos, que si de la discusión no siempre sale la luz, estando conformes en lo esencial, en la necesidad de sacar á Victoria de *La Justa*, en todos los demás detalles dispuesto me encuentra usted á hacerle las mayores concesiones, y seguramente no hemos de reñir.

Pasó un minuto sin que Ladislao contestara, quizá porque pensaba que no era muy airoso ceder tan pronto ante el argumento decisivo; y entretanto, las pocas gotas de sangre desaparecían de sus mejillas y se ponía pálido, lívido como antes.

– Francamente, amigo Esquendo, me tiene usted aturdido, mareado... No sé... Insisto en que nada sabía de lo que pasaba en *La Justa*; consideraba á Victoria muy feliz y á la familia satisfecha de Victoria... La discreción de Victoria en este caso ha sido excesiva, y no la disculpo.

– No lo crea usted, dijo D. Fabio; Victoria ha hecho bien en callar y dejar al tiempo el cuidado de desenredar la situación. No suele éste disponer las cosas como deseáramos, y en nuestro asunto ha cortado el nudo con tajo tan tremendo, que á todos nos duele por igual, pero las intervenciones ajenas á veces son peores; que entre marido y mujer..., ¿qué diré, Stuart, qué diré, entre mujeres? Conque ¿de acuerdo?

(Continuará.)

LOS CHINOS EN NUEVA YORK

Tienen los norteamericanos un refrán que afirma la ingratitud de las Repúblicas. Que este refrán encierra una gran verdad, han podido experimentarlo, además de muchos hombres meritísimos, los chinos. ¡Cuántos servicios no han prestado éstos á la Unión! ¡Y cuán mal se los han pagado los yanquis! Los chinos han sido los que al través de los desiertos de Kansas y Nueva Méjico y de los abismos de las Montañas Rocosas han construído el ferrocarril del Pacífico; á ellos debe California sus inmensos frutales, y en pago de estos beneficios, los norteamericanos les niegan el derecho de ciudadanía, les hacen objeto de toda clase de burlas, cierran á sus hermanos las fronteras del tan ponderado país de los dólars y procuran por todos los medios hacer imposible su permanencia en los territorios de la República. Todas estas rigurosas medidas han hecho que el número de chinos residentes en la Unión sea cada vez menor, y harán que dentro de pocos lustros haya en los Estados Unidos tan pocos chinos como en las naciones de Europa. Sin embargo, no conseguirá la América del Norte librarse por completo de los hijos del Celeste Imperio, ya que si bien desaparecerán los chinos obreros, no sucederá lo mismo con los comerciantes é industriales.



LOS CHINOS EN NUEVA YORK. – Tienda de objetos chinos

Los Estados occidentales son los que más han combatido la inmigración china, sobre todo California, en donde residen más de la mitad de los 107.000 celestes que en el último censo de la Unión figuraban; los occidentales, en cambio, no cuentan sino con un pequeño número de ellos, y ninguna queja tienen en contra suya, puesto que estos extranjeros en Nueva York, Filadelfia, Boston, etc., pasan inadvertidos en medio de la heterogénea multitud en estas ciudades reunida. Nueva York, por ejemplo, sólo alberga 5.000, y ¿qué significa este puñado de hombres entre los tres millones de habitantes que componen su población?

Como en todas las ciudades de la Unión, la mayoría de los chinos viven en Nueva York agrupados en una sola calle, la de Mott-Street, que es una pequeña China dentro de la gran capital: allí están la mayor parte de los comercios chinos, las casas de juego y de opio y el templo; y allí, después del trabajo, se recogen todas las tardes los chinos en sus viviendas, que huelen á opio y á sándalo. También en la Mott Street se encuentran los restaurants económicos de clientela exclusivamente china, pues el europeo que á ellos por azar acude, no tarda en abandonarlos á toda prisa y con el estómago revuelto. Mas no son estos los únicos establecimientos de Nueva York en donde puede estudiarse la cocina china; en efecto, así en el barrio chino como en otros sitios de la capital, hay varios restaurants elegantes que á menudo son visitados por individuos de la raza blanca, llevados por la curiosidad de averiguar á qué saben las aletas de tiburón con yemas de bambú y los nidos de golondrinas, ó atraídos sobre todo por la excelencia del te y por la baratura de los manjares que allí se sirven. El segundo grabado de esta página reproduce el interior de uno de estos restaurants: las mesas son de ébano macizo con mosaicos de nácar y mármol; papeles y pinturas chinas cubren las paredes, y del techo penden curiosos adornos que contrastan con las lámparas y los ventiladores eléctricos. Hay además allí una pequeña orquesta, compuesta de músicos chinos y blancos, cuyo repertorio responde á esta mezcolanza de ejecutantes.



LOS CHINOS EN NUEVA YORK. – Restaurant de lujo chino

En la Mott Street se suceden sin interrupción las tiendas llenas de los más admirables productos del arte chino, y el comprador queda realmente maravillado ante aquellas esculturas de marfil, jarrones de porcelana de brillantes colores, pinturas, labores de laca y metales y tapices de seda. Los precios de tan preciosos objetos son relativamente baratos, si se les compara con sus similares europeos y si se tiene sobre todo en cuenta lo que por ellos hacen pagar los mercaderes de Europa. Entre estas tiendas están también las dedicadas á la venta de comestibles, en las cuales sólo puede entrarse llevando aplicado á la nariz un pañuelo perfumado, tan mal olientes y de tan repugnante aspecto son los géneros que en ellas se expenden.

Los chinos realizan muy buenos negocios, y la mayoría de ellos llegan á conquistarse una regular posición; y cuando han ahorrado bastante, regresan á su patria y allí viven como mandarines. Nunca dejan sus huesos en el país en donde se han enriquecido; y si alguno muere en extranjero suelo y no deja caudal bastante para que su cadáver sea trasladado á China, se le entierra en el lugar de su fallecimiento, pero al cabo de algún tiempo sus restos son desenterrados y trasladados á su patria para que eternamente reposen al lado de los de sus mayores.

Existen desde hace una porción de años en Nueva York sociedades catequísticas á fin de convertir á los chinos al protestantismo, y en muchas de las más aristocráticas capillas evangélicas hay escuelas dominicales para los hijos del Celeste Imperio, dirigidas por jóvenes y elegantes damas. Estas sociedades catequísticas han fundado un club en el que los chinos disponen de restaurant, sala de lectura, aulas de enseñanza y gimnasio, y que cuenta actualmente con 300 miembros; también han creado un orfeón chino, que canta en los oficios religiosos.

En suma, los chinos de Nueva York no pueden quejarse de persecuciones, y de fijo que están allí en condiciones mejores que otros muchos extranjeros que han buscado una nueva patria en el país del «esfuerzo valeroso y de la libertad» y que muchísimos de los nacidos bajo el amparo de la bandera estrellada.

Porque es bien sabido que los yanquis, tan celosos defensores, según ellos, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, no reparan en violencias ni en arbitrariedades cuando quieren deshacerse de elementos que puedan estorbarles.–F. E. O.

POR QUÉ ES PRECISO RESPIRAR
POR LA NARIZ

Es verdad que se puede respirar por la boca y es verdad asimismo que son muchas las personas que se sirven de esta cavidad para llenar y vaciar sus pulmones; pero no es menos cierto que los que tal hacen proceden mal.

La boca no se ha hecho para respirar, sino que es la nariz la que debe desempeñar tan imprescindible función, y preciso es decir que la desempeña mucho mejor que la boca. Efectivamente, la nariz está dispuesta y formada de manera que pueda realizar trabajos importantes, merced á la abundancia de sus repliegues y á su estructura.

En primer lugar, la nariz calienta el aire que se dirige al pulmón, cosa en extremo conveniente para impedir que el pulmón se llene continuamente de aire frío que puede impresionarlo de una manera desfavorable y provocar en él congestiones cuando menos inútiles. Además, carga este aire de humedad, pues siendo como es húmeda puede ceder y cede realmente al aire inspirado, cuando éste es seco, cierta proporción de vapor de agua. También esto es de mucha conveniencia, porque si el pulmón recibía el aire seco, éste lo secaría y tomaría de él la humedad que no habría tomado de la nariz, en cual caso el pulmón se secaría ó produciría un exceso de humedad, cosas nocivas ambas.

Finalmente desempeña la nariz un papel importante deteniendo los microbios y gérmenes diversos que contiene el aire, el cual, obligado á pasar por entre los repliegues interiores de aquélla y á tocar la mucosa en diferentes puntos, se purifica; los gérmenes son retenidos por la humedad de las paredes nasales y no pasan de allí, desapareciendo luego cuando el individuo se suena.

Además, es evidente que su presencia en las fosas nasales no ofrece los mismos inconvenientes que su presencia en el pulmón, porque la nariz es mucho más robusta que éste: así los casos de tuberculosis nasal, por ejemplo, son infinitamente raros en comparación de los casos de tuberculosis pulmonar, no obstante recibir y retener la nariz muchísimos más bacilos que el pulmón.

De modo que la nariz filtra el aite, reteniendo los microbios y tal vez matando muchos de ellos.

Tenemos, pues, que la nariz calienta el aire inspirado, lo humedece y lo purifica, funciones que la boca desempeña muy imperfectamente y por tanto por la nariz es preciso respirar. Y los que no lo hacen naturalmente deben hacer un estudio y aun apelar á medios indirectos para conseguirlo.



LOS CHINOS EN NUEVA YORK – Restaurant económico chino



PREVISIÓN DEL TIEMPO
POR LOS ALAMBRES TELEGRÁFICOS

Un meteorólogo alemán, el Sr. Eydam, afirma que una serie de observaciones hechas durante muchos años le permite asegurar que los sonidos producidos por los alambres telegráficos anuncian siempre mal tiempo. Cuando estos sonidos son graves, el cambio de tiempo se realizará antes de dos días; cuando son agudos, antes de algunas horas.

Contra lo que generalmente se cree no es la agitación del aire lo que hace á los alambres sonoros, ya que éstos pueden permanecer silenciosos en plena tormenta y emitir sonidos en tiempo de completa calma.

Otro meteórologo, alemán también, el Sr. Laska, acepta la exactitud de estas observaciones y trata de explicar la teoría de este fenómeno. Recuerda este sabio que las observaciones hechas con el péndulo horizontal han demostrado que los mínimum barométricos pueden, á muchos centenares de kilómetros de distancia, producir vibraciones del suelo que son bien conocidas de los geofísicos con el nombre de «agitación sísmica.» Durante esta agitación, la tierra vibra con un movimiento periódico que depende de la naturaleza del suelo. Ahora bien: si se admite que los alambres telegráficos toman parte en este estado vibratorio del suelo, el fenómeno de que se trata se explica fácilmente.

De todas maneras, hay aquí materia para interesantes observaciones que sería conveniente multiplicar, porque si se confirmaban las ideas del Sr. Eydam, la práctica de la previsión del tiempo encontraría en ellas un elemento precioso.

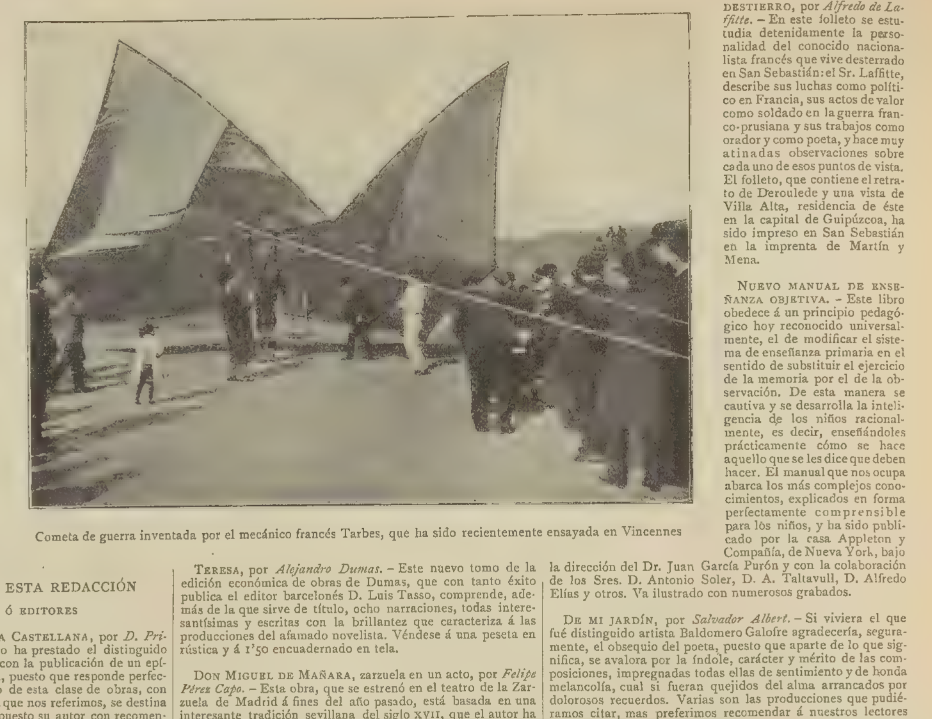
COMETA DE GUERRA

La conquista del aire es uno de los problemas que desde hace mucho tiempo preocupan á los hombres de ciencia, sin que hasta el presente haya tenido solución completamente satisfactoria.

Dos procedimientos distintos se siguen para realizar la navegación aérea; el de los globos dirigibles y el de los aparatos llamados de aviación, que no hemos de explicar porque en distintas ocasiones nos hemos ocupado de uno y otro.

Al segundo de dichos sistemas pertenece el aparato que el adjunto grabado reproduce. Según parece, su mecanismo es en extremo complicado, á pesar de lo cual las pruebas verificadas hace poco en Vincennes por su inventor, el mecánico francés M. Tarbes, han tenido un éxito satisfactorio.

En opinión de M. Tarbes, la cometa de su invención ha de servir principalmente para fines militares, substituyendo con gran ventaja á los globos cautivos. Veremos si la práctica responde á sus esperanzas, pues en esta clase de máquinas no siempre, mejor dicho, casi nunca, la práctica responde á la teoría, ni el empleo de los aparatos en condiciones normales y constantes confirma los buenos resultados de los ensayos. – R.


Cometa de guerra inventada por el mecánico francés Tarbes, que ha sido recientemente ensayada en Vincennes

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Epítome de la Gramática Castellana, por *D. Primitivo Sanmartí.* – Buen servicio ha prestado el distinguido profesor D. Primitivo Sanmartí con la publicación de un epítome de la Gramática Castellana, puesto que responde perfectamente á la finalidad y objetivo de esta clase de obras, con mayor motivo cuando, como la á que nos referimos, se destina á la niñez. Las reglas las ha expuesto su autor con recomendable claridad, respondiendo el todo á un método sencillo y racional que han de apreciar los profesores y obtener de él ventajas los alumnos.

Teresa, por *Alejandro Dumas.* – Este nuevo tomo de la edición económica de obras de Dumas, que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso, comprende, además de la que sirve de título, ocho narraciones, todas interesantísimas y escritas con la brillantez que caracteriza á las producciones del afamado novelista. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

Don Miguel de Mañara, zarzuela en un acto, por *Felipe Pérez Capo.* – Esta obra, que se estrenó en el teatro de la Zarzuela de Madrid á fines del año pasado, está basada en una interesante tradición sevillana del siglo XVII, que el autor ha llevado á la escena con verdadero talento dramático, embelleciéndola con una versificación fácil y armoniosa. Ha sido editada por la Sociedad de Autores Españoles.

Pablo Deroulede en el destierro, por *Alfredo de Lafitte.* – En este folleto se estudia detenidamente la personalidad del conocido nacionalista francés que vive desterrado en San Sebastián: el Sr. Laffitte, describe sus luchas como político en Francia, sus actos de valor como soldado en la guerra franco-prusiana y sus trabajos como orador y como poeta, y hace muy atinadas observaciones sobre cada uno de esos puntos de vista. El folleto, que contiene el retrato de Deroulede y una vista de Villa Alta, residencia de éste en la capital de Guipúzcoa, ha sido impreso en San Sebastián en la imprenta de Martín y Mena.

Nuevo manual de enseñanza objetiva. – Este libro obedece á un principio pedagógico hoy reconocido universalmente, el de modificar el sistema de enseñanza primaria en el sentido de substituir el ejercicio de la memoria por el de la observación. De esta manera se cautiva y se desarrolla la inteligencia de los niños racionalmente, es decir, enseñándoles prácticamente cómo se hace aquello que se les dice que deben hacer. El manual que nos ocupa abarca los más complejos conocimientos, explicados en forma perfectamente comprensible para los niños, y ha sido publicado por la casa Appleton y Compañía, de Nueva York, bajo la dirección del Dr. Juan García Purón y con la colaboración de los Sres. D. Antonio Soler, D. A. Taltavull, D. Alfredo Elías y otros. Va ilustrado con numerosos grabados.

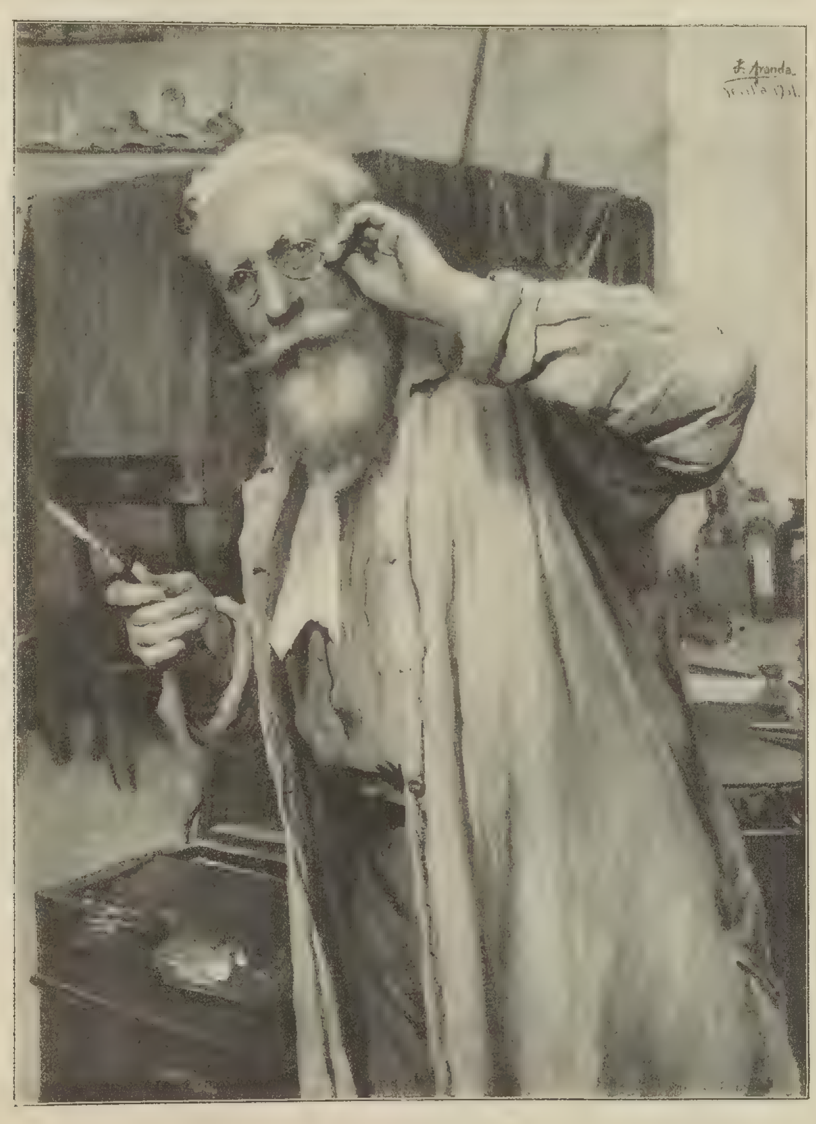
De mi jardín, por *Salvador Albert.* – Si viviera el que fué distinguido artista Baldomero Galofre agradecería, seguramente, el obsequio del poeta, puesto que aparte de lo que significa, se avalora por la índole, carácter y mérito de las composiciones, impregnadas todas ellas de sentimiento y de honda melancolía, cual si fueran quejidos del alma arrancados por dolorosos recuerdos. Varias son las producciones que pudiéramos citar, mas preferimos recomendar á nuestros lectores que lean el libro, en la seguridad de que no han de arrepentirse. Véndese al precio de dos pesetas en todas las principales librerías.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 1.° de junio de 1903 — Núm. 1.118

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA, ilustre pintor recientemente fallecido en Sevilla

Retrato pintado por él mismo

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

El graciosísimo jesuíta Isla, en el prólogo de su *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, se encara con el público y le endereza los siguientes razonamientos: «Usted solo es el que da ó quita el crédito á los escritos y á los escritores; usted solo el que los eleva ó los abate, según lo tiene por conveniente; usted solo el que los introduce en el templo de la fama ó los condena al calabozo de la ignominia; usted solo el que los eterniza en la memoria, ó hace, apenas ven la luz, que, entregados á las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento.»

Razón tenía que le sobraba para explicarse de esta suerte el chistosísimo padre. Tuerto ó derecho lo que el público decreta, eso causa estado. Y si el público – tomada esta palabra en su significación más comprensiva – es un señor absoluto y tiránico, su tiranía y su despotismo aún son mayores en el teatro. Pero su poder indiscutible no implica infalibilidad. Como todos los tiranos, comete iniquidades é incurre en extravagancias, y aplaude á Comella y silba á Shakespeare. En el libro puede el autor ir venciendo individualmente á cada uno de sus lectores, á la manera que el último de los Horacios venció á los tres Curiacios; mas en el teatro el autor tiene que luchar él solo contra todos los espectadores juntos. Por esta razón lo más cómodo es, como decía Lope, hablar en necio, supuesto que es necio el vulgo que escucha.

Quizás Coquelín, á quien hemos visto recientemente en el teatro de la Zarzuela, tiene, respecto del público español de nuestros días, concepto semejante al que del siglo XVII tenía el Fénix de los ingenios. Digo esto porque el célebre cómico francés ha venido á Madrid con una *troupe* verdaderamente impresentable y ha puesto en escena las comedias con un decorado aún más impresentable que la *troupe*. A pesar de lo dicho, y no obstante estar las obras representadas *(Le Tartufe, Le bourgeois gentilhome, Le Medecin malgré lui, Mlle. de La Sanglière)*, con todo su indiscutible mérito, muy lejos de los gustos del día, es lo cierto que lo más distinguido y encopetado de Madrid ha acudido en masa á admirar á los cómicos franceses, dejando el teatro de la Comedia, en donde trabaja Zacconi con una actriz verdaderamente notable, la Sra. Cristina, y con una muy discreta compañía, en la más espantosa soledad.

Y á decir verdad, casi es mejor que este público distinguido deje de ir al teatro á que vaya como suele ir, no á ver la comedia, sino á lucir sus prendidos y á hablar en alta voz de sus cosas. Salvo contadas excepciones, á la gente *comme il faut*, abonada á los días de moda, lo que menos le interesa es el espectáculo, y si algo de él llama la atención son las *toilettes* de las actrices: el autor y el actor quedan eclipsados por el modisto. Cada palco es un gabinete de tertulia en la cual se charla, se ríe y se *flirtea* de lo lindo. El espectador de buena fe que paga su localidad para oir la función, tiene que contentarse con oir el zumbido de los abonados y abonadas. En vano es que alguno de los espectadores, que quieren enterarse de la comedia, trate de imponer silencio con un significativo *chist*, las elegantes tertulias de palcos y plateas siguen en todo su esplendor y la conversación y las risas continúan ahogando la voz de los actores.

Cuéntase que cantando cierta noche Tamberlik en el teatro Real, un *dilettante* se puso á tararear en su butaca, siguiendo el canto del gran artista. Un espectador que estaba al lado del *dilettante* no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

– ¡Qué impertinente!

– Eso de impertinente, ¿lo dice usted por mí?, saltó el aficionado.

– No, señor, replicó el otro, lo digo por Tamberlik, que me priva del gusto de oir á usted.

Muchas noches me ha parecido también á mí impertinente Zacconi por no dejarme oir del todo las conversaciones de la gente de los palcos y plateas.

Y á propósito de Zacconi. Aunque, por regla general, es escaso el público que acude á la Comedia, cosa á la verdad que no habla muy en pro de las aficiones artísticas del público madrileño, el gran actor continúa haciendo alarde de sus extraordinarias dotes artísticas. Partidario convencido de la verdad en el arte, no intenta en lo más mínimo poetizar los personajes por él representados, sino que aspira á darles los caracteres de la realidad hasta tal punto, que viéndole nos olvidamos de la ficción escénica. «Procura – según él mismo dice – buscar y entender ante todo el pensamiento primitivo que engendró el drama. El actor moderno – sigue diciendo en un artículo suyo publicado no ha mucho en Italia en contestación á otro del trágico Salvini – debe observar qué parte de aquel pensamiento corresponde al personaje que él encarna y darse cuenta de la cantidad de luz que le ilumina dentro del cuadro escénico. Después, con paciente análisis, debe penetrar, hacer suya y revelar totalmente y con perfecta claridad el alma de su personaje, teniendo en cuenta tanto las condiciones de nacionalidad, región, educación y ambiente que lo han producido y modificado, como los caracteres exteriores que lo revisten. En el estudio de la frase debe revelar con exquisito cuidado la significación más recóndita de todas aquellas palabras que tienen importancia, para la claridad de la tesis general y de cada uno de los conceptos, al través de los cuales dicha tesis se manifiesta; y confiarse después, al interpretar la obra, á aquella cantidad de intuición, de genialidad, de sentimiento, que basten á infundir vida al personaje de tal manera estudiado y comprendido, huyendo siempre de los efectos escénicos que pudieran obscurecer el pensamiento del autor y el estudio del intérprete.»

Tales son las leyes que escrupulosamente cumple el gran actor italiano.

Entre sus admirables creaciones merecen particular mención la de Lorenzaccio y la de Oswaldo, del drama de Ibsen *Spetri*.

Alfredo de Musset, influído sin duda por la asombrosa figura de Hámlet, escribió el poema dramático más bien que drama propiamente dicho que lleva aquel título. El personaje histórico elegido por el poeta francés es por la complejidad y lo contradictorio de su carácter y por el medio en que vivió, muy á propósito para héroe de una obra poética. La historia cuenta que Lorenzaccio, de la familia de los Médicis, pasó sus primeros años consagrado al estudio, que exaltado por la lectura de los historiadores romanos, quiso reproducir la hazaña de Bruto, proponiéndose matar á Clemente VII, por lo cual tuvo que escapar de Roma y refugiarse en Florencia, en donde gobernaba, como duque, el bastardo Alejandro de Médicis. Parece que el duque se enamoró de cierta joven á quien amaba Lorenzaccio. Éste disimuló su pasión, y fingiéndose tercero de las pretensiones amorosas del tirano, atrajo á Alejandro á una supuesta cita y allí le dió de puñaladas. Cometido el asesinato, huyó Lorenzaccio á Venecia, y puesta á precio su cabeza, fué muerto á manos de los sicarios de Cosme de Médicis, proclamado duque de Florencia.

El drama de Musset sigue paso á paso la historia de Lorenzaccio desde que éste gana, á fuerza de bajezas, la confianza de Alejandro, hasta que después de cometer su crimen muere ahogado en uno de los canales de Venecia. El poeta evoca con gran fuerza de expresión la sociedad italiana del siglo XVI, tan brillante y deslumbradora en cultura artística como degradada en las costumbres.

Los que han adaptado á la escena el poema de Musset, más que conservar el sentido de la obra han procurado proporcionar ocasiones de lucimiento al actor encargado del papel del protagonista. Tal como ha quedado el drama es una verdadera aria coreada, ó más bien un cuadro de figuras borrosas y no muy bien agrupadas, entre las cuales se destaca la de Lorenzaccio. Este extraño personaje ha sido estudiado con exquisito esmero por Zacconi, el cual nos muestra con asombrosa verdad el alma compleja y misteriosa del asesino de Alejandro de Médicis, con sus terrores, accesos nerviosos é insensatos sueños.

Aún puede llegar á mayor altura, y en efecto llega, el arte de Zacconi en el papel de Oswaldo del drama de Ibsen titulado *Spetri*. El aniquilamiento intelectual de aquel pobre ser condenado á la idiotez por culpas ajenas; la desesperación de aquel hombre que siente que la razón se le escapa y que se ve hundir sin remedio en el abismo de la imbecilidad, toda aquella tragedia en que no intervienen venenos ni puñales, mas no por eso menos espantosa, es expresada por Zacconi con tanta realidad y tal fuerza de sugestión, que hasta llega á producir en algunos momentos cierto malestar físico á los espectadores. Aquel es sin duda el Oswaldo que imaginó Ibsen.

Con afán de gloria, muy digno de elogio, el joven actor Francisco Fuentes ha llevado á cabo la difícil empresa de representar el papel de Hámlet. Es quizás este personaje el de más difícil interpretación de cuantos ha creado la musa dramática. Su carácter consiste precisamente en no tener lo que en términos literarios se llama carácter. Hámlet no camina por la vida, vaga por ella sin rumbo. A fuerza de reflexionar, de querer estudiar el pro y el contra de todas las acciones, nada hace. Ni cree en los demás, ni cree en sí mismo. «Hámlet – dice un crítico moderno – es en realidad un neurótico pesimista, injerto en un aparente alienado. La idea de hacer de Hámlet un verdadero triste, un alma enferma, al mismo tiempo que un insensato fingido, aunque da demasiada complejidad al personaje, comunícale, en rigor, grandeza, puesto que hace de él un carácter más viviente, más simpático, más humano. Confiar á un héroe una obra de venganza era imaginar un asunto dramático; pero confiar esta misión á un ser débil, perplejo, angustiado, que se esfuerza dolorosamente por tener voluntad, por hacer, por realizar su grave y difícil tarea, mezclando las extravagancias de su locura fingida á las desgarradoras lamentaciones de su abulia..., expresar todo ello, reservado tan sólo estaba al genio de Shakespeare.»

Siendo esto así, imagínese la enorme dificultad que ofrecerá la interpretación escénica de tan complicado personaje. Ni Irving, ni Sarah, ni Zacconi, ni Novelli, ni ninguno, en fin, de los más grandes actores que han representado el personaje Shakesperiano, se han visto libres de los reparos de la crítica. Fuentes – y por ello merece sinceros aplausos – ha estudiado con verdadero amor el papel de Hámlet, representado con el respeto que tan sublime creación merece, y hasta logra en algunos momentos dar á las frases del príncipe de Dinamarca el sentido, la intención y el tono adecuados á los sentimientos y pensamientos que aquéllas encierran. Llegar en tan ardua labor hasta donde ha llegado Fuentes, no es poco. Plácemes merecen también los Sres. López Ballesteros y González Llana por el acierto con que han adaptado el *Hámlet* á la escena española. A pesar de las modificaciones que les ha sido forzoso hacer, de las transmutaciones de algunas escenas, de la supresión de otras, así como de algunos vocablos que hoy serían intolerables, el «arreglo» hecho por los dos aplaudidos escritores es el más en armonía con el espíritu del drama original de cuantos he visto representar en los teatros españoles.

Tres años hace que se puso en escena en el de la Porte-Saint-Martin de París el drama en diez y seis cuadros, un prólogo y un epílogo titulado *Los Miserables*, que Carlos Hugo y Paul Meurice sacaron de la célebre novela de aquel título. Aunque hecha con esmero la refundición del «poema» (que como poema debe ser considerada la gran obra de Víctor Hugo), tal refundición, en vez de un verdadero drama es una serie de cuadros que tienen algo de la borrosidad del cinematógrafo. Aquella sucesión de escenas, hermosas algunas, pero poco coherentes, fatigan al espectador.

Además en *Los Miserables*, novela, más que la acción nos interesan y nos deslumbran las reflexiones que hace el autor, sus descripciones, sus digresiones, todo, en fin, lo que no cabe en el drama.

Arreglo del arreglo, ó refundición de la refundición es el melodrama que ha hilvanado González Llana, en unos cuantos días, á fin de que lo represente la compañía que trabaja en la Zarzuela. Aunque la novela de Víctor Hugo sale mal parada del arreglo francés, y por consiguiente, del español, es lo cierto, que aún conserva reflejos, por decirlo así, de su primitiva belleza, que conmueven é interesan al espectador.

De otras novedades solamente son dignas de mención la comedia en dos actos de costumbres toreras, original del Sr. Viergol y estrenada en Lara con el título de *La matadora*, y el sainete sazonado con puñados de sal gorda, y cuyo título es *El terrible Pérez*, estrenado en Apolo para beneficio de Carreras.

Todo lo demás que ha visto la luz de las candilejas ha ido á parar «á do va lo que zozobra.»

Zeda.



El arte español está de duelo. Inerte, abrumado por el dolor, llora la pérdida irreparable de uno de sus más preclaros hijos, tanto más sensible hoy cuanto que por todas partes nos rodean tristezas y desventuras. La muerte del gran maestro sevillano ha abierto profunda y nueva herida en el corazón de la madre patria, que ha de tardar mucho tiempo en cicatrizarse, y al grito de dolor lanzado por aquélla han respondido unánimes, no ya los españoles, sino los hombres cultos de todo el mundo; porque Jiménez Aranda era, á más de español, gloria de la humanidad que siente y piensa; soberana encarnación del arte que no reconoce límites, países, ni fronteras, genio cuyo lenguaje no lo traducen las palabras porque es universal y brota de todas las almas susceptibles de apreciar y de sentir la belleza. Sus titánicas energías, su férrea voluntad, prestaron alientos á su poderosa inteligencia, y de la unión de tales fuerzas han resultado las innumerables obras que sirven de pedestal á su fama.

He aquí el secreto de su admirable fecundidad, de sus creaciones infinitas, en las cuales se nos revelaba, ora como experimentado psicólogo, ora como profundo observador de las tendencias y aspiraciones modernas, ya como satírico refinado, ya por último como fidelísimo intérprete de las costumbres de antaño.

En la labor artística de Jiménez Aranda resplandece desde luego, como nota la más característica, su españolismo. De él podría decirse que era un patriota de cuerpo entero, no á la usanza de los que hoy se estilan, sino á la manera que lo fueron nuestros abuelos de Bailén y de Zaragoza. Aquel espíritu, por desgracia ya casi extinguido, en que se aunaban la entereza con la sencillez y la modestia, hacíanle rendir culto á la verdad, sin que jamás la lisonja manchase sus labios, llegando su ruda franqueza en ocasiones á perjudicarlo ante los cortesanos de la doblez y de la falacia.

Bien podía decirse de él que su rostro era espejo de su alma, y con razón dijo un biógrafo suyo: «No es joven; su cana cabellera y su barba le prestan cierta majestuosidad legendaria; la abstracta penetración de su mirada denuncia el poder creador de su fecundo ingenio; aquella frente ancha y de ceñudo entrecejo transparenta el luchar interno de la idea; su rostro que parece perdió desde la primavera de la vida la lozanía de la mocedad, dice lo que la labor perseverante del crear consume, como igualmente su contextura delicada, pero no enteca, da á su continente cierta hidalguía romántica; la elegante esbeltez de la figura y su porte distinguido traen la prosapia de antaño, conjunto de síntomas que de por sí pronostican el vigor, esa viva sensibilidad que devora las fuerzas inagotables de existencia tan privilegiada. La concentración de su espíritu artístico es tal, que á veces aparece ser lo que no es en realidad. De ahí que por un insignificante movimiento de sus dedos, que de continuo están haciendo pequeñas esferas de papel, vicio explicable de su actividad nerviosa cuando su razón descansa, haya sido por alguien atribuído á estudiado ejercicio de agilidad para el manejo del pincel, cuando esto es en él tan natural como en el orador la soltura del lenguaje.»

Así era en su exterior, y no olvidaremos el efecto que nos producía al encontrarlo en las mañanas de este último invierno, envuelto en su amplia capa, con su sombrero de alta copa cónica, algo semejante á los que usara Felipe II, su blanca barba, su andar reposado y su severo continente, que en más de una ocasión nos hizo volver el rostro para mirarlo, echando de menos en su noble figura la larga espada, cuya reluciente contera debía asomar por debajo de la capa.

Y sin embargo de este aspecto severo, en su corazón albergaba la ternura de un niño. Amante de su familia, no podía ocultar su pesar é inquietud cuando alguno de los suyos enfermaba, preocupándose hasta de los más insignificantes síntomas. Por ellos y para ellos trabajó sin descanso, aun en sus últimos años, sacrificándose á pesar de haber llegado á la meta de sus aspiraciones como artista.

Jamás le vimos en una diversión pública, en un teatro ó casino; para él no había más pasatiempo que su estudio de la calle Quevedo: ruinoso caserón en que produjo sus últimos dibujos del Quijote, amueblado no por cierto con lujo, sino como celda de un anacoreta.

Con motivo del centenario de Velázquez, y en representación de esta Academia de Bellas Artes, hicimos juntos un viaje á Madrid Jiménez Aranda, Bilbao y yo. Hasta hora muy avanzada de la noche duró la conversación, sostenida principalmente por el gran maestro, á quien procurábamos hacer hablar de materias artísticas, muy especialmente de las tendencias del arte moderno, acerca de las cuales con su franqueza habitual manifestó sus convicciones de que el fundamento de toda obra artística ha de ser la verdad.

Pocos días después, en el que aún se llamaba Ministerio de Fomento, el marqués de Pidal dábale la noticia de que S. M. había firmado su nombramiento de caballero Gran Cruz de Isabel la Católica; Jiménez Aranda contestó solamente: «Gracias.»

Imposible es en los cortos límites de que disponemos esbozar el carácter moral del artista, consignar los triunfos que obtuvo en su larga carrera y

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO, cuadro de José Jiménez Aranda

dar á conocer los títulos de las obras á que debió su universal renombre. Algo, no obstante, tenemos que decir para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores.

Nació en esta ciudad el 7 de febrero de 1837 en la casa de la plaza del Duque de la Victoria que hace esquina á la de Alfonso XIII, de padres de modesta posición, manifestando desde muy niño su afición al manejo del lápiz, como lo prueba un libro que conserva su familia, en el cual á la edad de diez á doce años hizo su autorretrato, los de sus hermanos y los de otras personas; libro que hemos tenido el gusto de hojear y cuyas páginas revelan ya una seguridad en el trazo impropia de sus cortos años, y manifiestan cómo el discípulo se aprovechaba de las enseñanzas de su primer maestro don Antonio Cabral Bejarano, pues el estilo que caracteriza los dibujos de los maestros hispalenses de entonces, D. José Bécquer, Barron, Escribano, etc., se ve reflejado en ellos.

Poco tiempo después estudió un curso académico de escultura, para cuyo arte también demostró singular aptitud; pero obligado por las circunstancias tuvo que dedicarse á litografiar santos de batalla, continuando por tan extraviada senda hasta que el ilustre D. Eduardo Cano fué nombrado profesor en esta Escuela de Bellas Artes, el cual bien pronto pudo apreciar las cualidades de su discípulo, obrándose en él un cambio radical, que fácilmente se comprende, teniendo en cuenta que el maestro madrileño sobrepujaba singularmente á los artistas sevillanos, ya por el encanto del color, como por la nueva manera ó estilo de sus obras y por su espíritu tan culto como delicado.

En 1864 presentó algunos lienzos en la Exposición de Madrid, que fueron *El Músico ambulante*, *La hija del preso* y *La huérfana*, mereciendo en la última una mención honorífica. En 1866 enviaba *La pordiosera* y el boceto *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*, que fué objeto de los más grandes y unánimes elogios, y al siguiente año, *D. Miguel Mañara encontrando su entierro.*

Trasladóse en este tiempo á Jerez de la Frontera, donde conoció á su esposa D.ª María de los Dolores Velázquez, y ya en 1868 hallámoslo establecido en Madrid, alcanzando la pública estimación con sus obras *Poniéndose como ropa de Pascuas* (1871) y *Un lance en la plaza de toros,* asunto que repitió más tarde, colocando la acción á fines del siglo XVIII.

En el citado año de 1871 hizo su primer viaje á Roma; en el de 74 regresó á España, pasando uno en Valencia, de cuya capital volvió á Sevilla. En 1878 envió á París su famoso cuadro *El guardacantón*, y entre otras obras ejecutó varios dibujos para el álbum homenaje á Calderón de la Barca, que publicó la Academia Libre de Bellas Artes de esta ciudad, y varios retratos, entre ellos el de D. Juan Piñera y el de la señora duquesa de T'Serclaes, que es verdaderamente notable.

En los comienzos de 1882 fijó el artista su residencia en París, acompañado de toda su familia, obteniendo cada día señalados triunfos.

Larga fué su estancia en aquel emporio de la civilización, y su talento y perseverante labor llevaron su nombre á todas las grandes ciudades del mundo; á pesar de lo cual, su amor patrio trájole de nuevo á su amada Sevilla en 1892.

Desde esta fecha hasta el día no cesó un momento de trabajar, ya pintando preciosos cuadros, ya dibujos, entre los cuales no podemos dejar de mencionar la famosa colección del *Quijote*, que se compone de 700 bocetos y de 137 asuntos concluídos. Estas obras son tan conocidas de todos los amantes del arte, que creemos ocioso tratar de ellas. Serían bastantes para fundar sólidamente la reputación de un maestro, juntamente con los de *La visión de fray Martín* y los del *Capitán Montoya.*

El naturalista, cuadro de José Jiménez Aranda

Finalmente, después de treinta y seis días de enfermedad producida por fiebres malignas, á las tres de la madrugada del día 6 de mayo de este año, rodeado de sus amantes hijos y asistido por los médicos sus íntimos amigos los hermanos Sres. Ruiz Prieto, pasó de esta vida á la eterna, dejando en pos de sí las lágrimas de sus deudos y amigos y el recuerdo imperecedero de su ingenio soberano.

***

He aquí los premios y honores que alcanzó:

1881. – Exposición de Madrid, medalla de tercera clase.
1882. – Salón de París, íd. íd.
1883. – Exposición Universal de Munich, premio de honor.
1889. – Idem íd. de París, dos medallas de primera clase.
1890. – Idem de Madrid, una íd. íd.
1891. – Idem de Berlín, diploma de honor.
1892. – Nombramiento de académico de la Real de de Berlín. – Condecorado con la cruz de 1.ª clase de la R. O. de Alberto de Sajonia.
1893. – Exposición de Chicago, medalla única.
1894. – Exposición de Vizcaya, íd. de 1.ª clase. – Idem de Berlín, íd. íd.
1898. – Idem de Barcelona, íd. íd. – Nombramiento de profesor de colorido y composición en esta Escuela de Bellas Artes.
1899. – Gran cruz de Isabel la Católica.
1900. – Exposición Universal de París, medalla de 1.ª clase.

En cuanto á los cuadros que justifican su reputación, recordamos los que llevan los siguientes títulos:

En Roma y en Valencia pintó, entre otros, *La rifa del santo*, *El barbero en lunes* y *La murga*.

En París, *Ayer y hoy*, *¿Será Stradivarius?*, *La rebotica*, *La peluquería*, *Los inválidos de la primera República*, *El recomendado*, *Un concierto ante Su Eminencia*, *Los murmuradores*, *Una noticia interesante*, *Preliminares de un casamiento*, *¡Que viene el capitán!*, *El abuelito*, *Los dos amigos*, *La lectura de la Gaceta*, *Los últimos recursos*, *Los últimos retoques*, *La Audiencia*, *Los primeros pasos*, *De sobremesa*, *El maestro de baile*, *Los dos amigos*, *El poeta*, *Consummatum est*, *El café*, *Solo de flauta*, *Una desgracia*, *Partida de ajedrez*, *Los políticos*, *Los fumadores*, *La última gota*, *¡Abrid en nombre del rey!*, *El doctor*, *Partida perdida*, *Lectura de una poesía satírica*, *Al amor de la lumbre*, *¿Quién engañará á quién?*

En Sevilla ha pintado *El mentidero*, *El santero*, *Bajo los naranjos*, *El sermón en el Patio de los naranjos*, *Los bibliófilos*, *Un accidente de las corridas de toros*, *La carta de recomendación*, *Tertulia en un patio de Sevilla*, *La presentación*, *La consulta al abogado*, *¡Abandonada!*, *¡Loca!*, *Desengaño*, *Los pequeños naturalistas*, *La ola*, *Crucifijo*, *Retratos de D. Vicente Pitaluga y de D. Eduardo Cano*, *boceto para un techo* y *El puente de Triana*, que no ha llegado á concluir.

De su última temporada en Madrid fueron los titulados *En familia*, *La venta de la esclava*, *La echadora de cartas* y *La partida de tresillo.*

No pretendemos, ni con mucho, dejar hecha la enumeración de todas sus obras: puede asegurarse que esta enumeración no es más que parte de su prodigiosa labor; y si fuésemos á citar las obras hechas al lápiz, á la pluma y á la sepia, sería interminable la lista; pero basta con lo dicho para que nuestros lectores puedan apreciar su pasmosa fecundidad, que no creemos que haya superado ningún artista contemporáneo.

J. Gestoso y Pérez.

Sevilla, mayo de 1903.

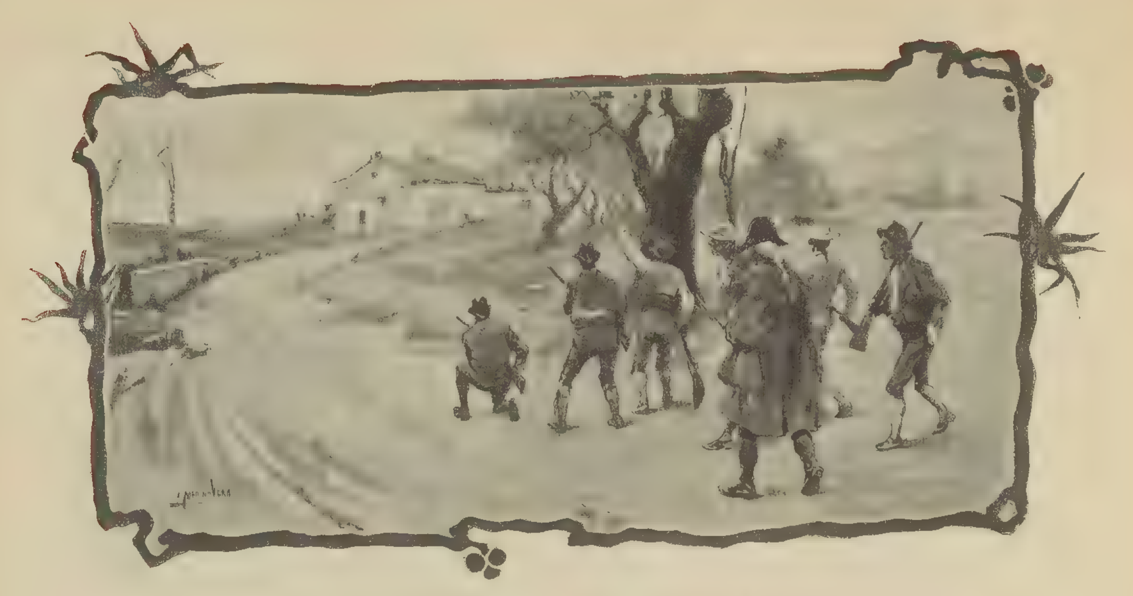
Nada hemos de añadir al notable estudio crítico-biográfico de nuestro querido colaborador Sr. Gestoso y Pérez; únicamente diremos que La Ilustración Artística, que en tantas ocasiones ha reproducido obras maestras de Jiménez Aranda y que hoy se honra dedicando un sentido recuerdo á su memoria, llora con todos los amantes del arte español la muerte de uno de nuestros más preclaros pintores.

ÚLTIMA OBRA DE JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



El puente de Triana, cuadro que ha dejado sin concluir José Jiménez Aranda

La lectura de la Gaceta, copia de un cuadro de José Jiménez Aranda



LA PRISIÓN DE RIEGO

(EPISODIO DE 1823)

I

Si hubiera sabido entonces que de los concurrentes que llenaban casi por completo el obscuro cafetín de la isla de San Fernando en que el aguacero me había obligado á buscar refugio, muchos, la mayor parte, habían de ser muy en breve figuras principalísimas en nuestra historia política, más me hubiera fijado en ellos.

Pero como para mí, y hasta para muchos de los interesados, tal cosa era un secreto todavía, confieso que ni las memorias que ahora guardo las tendría, si lecturas y conversaciones posteriores no hubieran venido á refrescar mis recuerdos.

Con tales ayudas puedo decir que dos tercios de los en tal sitio reunidos eran militares, de los del ejército que se enviaba á dar socorro á las tropas que hacían los últimos esfuerzos para contener aquella insurrección americana que había de hacernos perder gran parte, y no la peor, de los ya mermados dominios que España conservaba allende los mares.

No todos lucían el molesto, aunque vistoso uniforme de los cuerpos á que pertenecían; pero según costumbre muy generalizada en aquella época, hasta los vestidos de paisano ostentaban en fraques y levitas las insignias de sus grados y se cubrían con el sombrero de picos galoneado de oro ó plata usado por jefes y oficiales.

Mi acompañante, como hombre que era entrometido como él solo y conocedor de toda clase de personas, me fué señalando y nombrando á cada uno de los concurrentes al café, entre los que, sin explicarme la causa, el primero que fijó mi atención fué un comandante que frisaría en los treinta años, de rostro moreno no muy obscuro y que por cierto llevaba cuidadosamente rasurado, de ojos vivos é inquietos, así como sus ademanes todos, y cuyos pómulos acentuados y salientes acusaban muy á las claras su origen asturiano.

El tal, á lo que me dijo mi *cicerone*, se llamaba D. Rafael del Riego, había abrazado muy joven la carrera de las armas, y después de batirse en los albores de la guerra de la Independencia con más heroísmo que fortuna, había caído prisionero de los franceses en la rota de Espinosa de los Monteros.

Vuelto á España, después del tratado del año 15, había ingresado de nuevo en el servicio, y ahora con el empleo de comandante y grado de teniente coronel mandaba el segundo batallón de Asturias, uno de los regimientos destinados á embarcar para América.

Quiroga y Arco Agüero eran otros de los que más cerca estaban del futuro «héroe de las Cabezas;» pero de éstos apenas recuerdo la gallarda figura del uno, y el empaque seco y un tanto avinagrado del otro, sin poder decir si vestían en aquel momento el uniforme á que respectivamente tenían derecho por razón del empleo y del cuerpo en que militaban.

Entre los paisanos creo, sin estar seguro de ello, que se destacaba la procerosa figura de Ystúriz, pero sí puedo afirmar que el que con su locuacidad quitaba de la boca la palabra á todos, era un hombre desgraciado por demás de rostro, pero en el que había tal vivacidad, que lejos de hacerle antipático atraía y casi subyugaba, y que aunque vestía con un desaliño á que poco faltaba para rayar en el desaseo, revelaba con ello y todo en su porte la distinción y el buen tono del que nació en buena cuna y se educó en el trato de la más escogida sociedad.

– Ese es, siguió mi acompañante, Antonio Alcalá Galiano, una cabeza destornillada, hijo del ilustre marino que pereció heroicamente en el tan glorioso como poco afortunado combate de Trafalgar, y mozo tan despierto, que si la mitad de lo que tiene de sal en la mollera lo tuviera de juicio y cordura en sus acciones, á desempeñar altos papeles le tendrían todos por destinado. A la carrera esa que no sólo su padre, sino sus abuelos todos sirvieron con gloria, quiso dedicarle su familia; pero él prefirió la de la diplomacia, y aun de ésta le tiene separado lo levantisco de su natural, desempeñando ahora, en la Intendencia militar del ejército expedicionario, un puesto muy inferior á sus méritos.

Tras éste me fué señalando mi guía otros futuros personajes, entre los que, si no estoy trascordado, se hallaba un mancebo de alta talla, vestido con exagerada y no muy castiza corrección, y á quien todavía conocían pocos á causa de encontrarse recién venido á España, procedente de una casa de comercio de Londres, en que prestaba ya valiosos servicios.

El tal, que más que en el período revolucionario que se preparaba estaba llamado á desempeñar importantes papeles políticos en otros más lejanos y no menos revueltos tiempos, era D. Juan Alvarez y Mendizábal, negociador entonces de un empréstito que había de servir para la empresa de que no hablaba nadie, pero en que todos pensaban.

No recuerdo si de alguno más me habló mi compañero de excursión; pero sí hago memoria perfectamente de que no pudo terminar la enumeración de todos por habérselo impedido un incidente, que no á nosotros sólo, sino á todos los concurrentes al cafetín puso en tumultuosa conmoción.

II

Cuando más enfrascados estaban los militares en conversaciones, en que de estar entonces en autos hubiera sorprendido más de una frase simbólica de las que estaban más en uso en las sociedades secretas, por la puerta del café se entró un hombre con ademán de buscar á alguien á quien le interesara hablar.

El tal contrastaba con el resto de la concurrencia por vestir el burdo traje de los cortijeros y hombres de campo, llevando revuelto á la cabeza un abigarrado pañuelo que cubría en parte un sombrero de anchas alas, ciñendo su robusta espalda un chaquetón de paño pardo con coderas y vivos de colores chillones y no dejando ver los anteados zajones otra cosa que el último tercio de unas polainas muy adornadas de cordonaduras y botoncillos, rematadas por unos zapatones de cordobán que adornaban relucientes espuelas vaqueras.

Con tal insistencia se quedó el intruso mirando á los consumidores de la más concurrida de las mesas, que uno de ellos no pudo contener su impaciencia y hubo de preguntarle con avinagrado tono:

– ¿Busca usted á alguien?

– Sí busco, contestó el interpelado con el acento gutural de los hijos de Jaen y con ademán rudo y entero. Busco á un caballero que ahora voy á ver si es digno de llamarse tal.

– ¿Sabe usted su nombre ó conoce sus señas?

– Ni lo uno ni lo otro. Sólo sé que el para mí desconocido, valiéndose de arrumacos y lagoterías, ha perdido á una hermana mía, niña que apenas raya en los diez y ocho abriles y que era gala y encanto de un cortijo de Arquillos, en que con perdón desempeño los oficios de porquerizo; y como también los pobres sabemos lo que es honra y tenemos nuestro cachito de dignidad, á buscarle vengo para que me devuelva á mi hermana lo primero y después para que repare el mal que ha hecho.

– No me parece el mejor camino el que usted ha tomado, replicó con impertinencia un oficialete casi imberbe.

– Por bueno le tengo yo, contestó el guardador de puercos; que si el tal es tan bien nacido como se dice, no ha de ocultarse cuando por él pregunta un hombre solo.

De la aventura algo debía saberse ya en el círculo, puesto que todas las miradas se fijaban en Galiana, que aunque metido constantemente en enredos de aquella calaña, no había dejado de palidecer ante la actitud resuelta del campesino.

Sin embargo, como el futuro fogoso orador de la Fontana de Oro no era hombre que callara ni en las situaciones más difíciles, á contestar iba ya al extraño reto, cuando alguien se interpuso, no dejándole hacer uso de la palabra.

Riego, que ya fuera por no tolerar que en lance bueno ó malo hubiera otro protagonista que él, fuera porque su natural altivo no sufriera provocación individual ó colectiva, hacía ya rato inquieto y nervioso, acabó por ponerse de pie diciendo al porquerizo:

– Pues figúrate que yo soy el hombre que buscas, y empieza por decir qué es lo que quieres.

– Poca cosa. Que se venga usía allá afuera donde no haya tanta gente que pueda escucharnos, y allí nos entenderemos como buenos amigos.

– Eso haría si fueras de otra condición, repuso Riego ya descompuesto por la ira; pero con los de la tuya lo que hago es llamar á mi asistente para que á palos los eche de donde me molestan.

Y como al decir esto fuera á lanzarse sobre su interlocutor, poniéndose todos de parte del militar y echando á chacota lo que caminos más serios parecía tomar, entre befas y empellones pusieron de patitas en la calle al porquerizo.

Este, con la actitud resignada del que comprende que no es el más fuerte, se limitó á decir en una especie de ronquido:

– Señor comandante, Dios no es viejo y puede que algún día nos veamos dónde y cómo se acuerde usía de quién es Mateo López Lara.

III

Figúrese el lector si se olvidaría pronto el incidente del cafetín de la isla de San Fernando, cuando pocos días después se iniciaba en las Cabezas de San Juan el glorioso alzamiento que, al cabo de no pocas peripecias, había de restablecer en la oprimida España el régimen á que servía de base la Constitución de 1812.

Ni al falso protagonista de la aventura de la cortijerillería de Arquillos, trocado en teniente general de los ejércitos nacionales y en ídolo de la parte más levantisca de la plebe, ni al verdadero autor del rapto y seducción de la muchacha, convertido en el orador imprescindible del bando exaltado en logias y cafés, faltó desde entonces ocupación constante y agitada.

Durante los tres que luego se apellidaron «mal llamados años,» con defender su propia personalidad, atacada no sólo por los partidarios del absolutismo, sino hasta por «anilleros» y «doce añistas,» y sobre todo con proteger á la Constitución de las asechanzas que la tendían dentro de España cortesanos, guardias de la real persona y hasta el monarca mismo, y fuera las potencias coligadas constituyendo en el Congreso de Verona, tenían no poco que hacer.

No es mi objeto hacer la historia de aquel accidentado período. Sobradamente conocidas son sus peripecias, altamente cómicas unas, como «la batalla de Platerías,» las repetidas apoteosis de Riego y la famosa «coletilla;» trágicamente dramáticas otras, como el asesinato del cura Vinuesa y la ejecución de Elío, y hasta heroicamente gloriosas algunas, como la memorable insurrección de los guardias el 7 de julio de 1822 y la denodada lucha sostenida en Cataluña por las tropas del general Mina contra las partidas que se daban el pomposo título de Ejército de la Fe, para que me detenga en recordarlas.

Unicamente haré memoria, y esto por lo que á mi relato conviene, de la última página de aquel breve, pero loabilísimo paréntesis de luz que los liberales abrían en las negruras del tenebroso reinado de Fernando VII.

Vuelto en contra de los constitucionales todo, hasta sus propios desaciertos, no tardaron en verse en la situación más comprometida y desesperada.

Invadido el territorio por los «cien mil hijos de San Luis,» protegidos éstos por las hordas realistas que parecían brotar del mismo suelo, estrellándose los esfuerzos de los amigos de la libertad contra la astuta falsía de un monarca que en público llamaba facciosos á los que en secreto alentaba y favorecía, en vano fué que las desunidas fracciones del bando liberal se unieran ante el común peligro.

Ya era tarde. Las Cortes, arrastrando consigo y mal de su grado al rey, tuvieron que huir de Madrid, invadido poco después por los rabiosos defensores del absolutismo, y de etapa en etapa, de desastre en desastre, no tardaron los liberales en verse reducidos al breve recinto de Cádiz, cuna dos veces de las libertades patrias y tumba abierta ya en aquellos momentos para sepultar el cadáver del régimen constitucional.

IV

A Riego, el primero á que en 1820 tocó dar el grito apellidado libertad, correspondió ser el último que en 1823 tratara de defender con la espada en la mano aquel sistema por el cual habría cometido no pocos desaciertos, pero hacia el que nunca desmintió su acrisolado entusiasmo y su intachable fe.

Salido de Cádiz al saber la capitulación que Ballesteros acababa de pactar con el francés conde de Molitor, abrigó por un momento la esperanza de que las tropas de aquél se unieran á las escasas que él mandaba, pudiendo con todas ellas acudir en defensa de la cada vez más estrechada plaza de Cádiz.

Pero tal esperanza duró poco. Lejos de lograr la fusión que apetecía, vió desmembradas sus propias filas con la deserción de dos escuadrones de Numancia y España, y con el pase á las filas enemigas de no pocos oficiales de otros cuerpos.



EL AMIGO DE LOS PÁJAROS, cuadro de José Jiménez Aranda

Entonces, dando aquel paso por perdido, intentó otro camino. Para llegar á Cartagena, plaza que mantenía fiel á la causa liberal el brigadier Torrijos, tomó derroteros hacia Jaén con solos mil quinientos hombres; pero hallándose allí con el paso cortado por el general Bonnemais, perdió una tercera parte de sus fuerzas, fué de nuevo derrotado en Mancha Real después de catorce horas de heroico combate, y batido últimamente por el francés en Jodar, dejó prisioneros setecientos hombres.

Puestos en dispersión los demás, el que hacía poco era el ídolo de la nación y del ejército, sólo vió en torno suyo tres amigos leales: el capitán don Mariano Bayo, el teniente coronel piamontés Virginio Vicenti y el inglés Jorge Matías.



¡LOCA!, cuadro de José Jiménez Aranda
(Exposición nacional de 1895)

En tal situación, ¿qué quedaba á aquellos desgraciados sino tratar de poner á salvo sus vidas?

Para lograrlo llegaron, sabe Dios con cuántas penalidades, á la villa de Torre Perejil, en término de Vilches, donde mediante unas onzas de oro quisieron buscar primero hospitalidad y luego caballos que les permitieran huir.

Al que para lograr ambas cosas se dirigieron fué al santero de una ermita próxima al pueblo llamado Vicente Guerrero, y hombre conocido, no sólo por ideas ultra-absolutistas, sino por lo arisco y torcido de su condición, el cual, comprendiendo desde luego que de personas muy de cuenta y no poco comprometidas se trataba, lejos de rehusar á los demandantes, fingió compadecerse de ellos, ofreciéndose á llevarlos á lugar seguro.

Para llevar á cabo el plan que ya tenía concebido, lo que hizo fué conducir á Riego y á sus tres compañeros á un cortijo próximo, y avistándose después con un amigo suyo, con pretexto de ir á buscar caballos para la fuga, se dirigió al próximo pueblo de Arquillos á poner en conocimiento del alcalde la presa que tenía entre sus garras.

Antes, sin embargo, el amigo del santero se obstinó en consultar el asunto con un hermano suyo, al que no tardaron en encontrar, y al que en cuatro palabras pusieron al corriente del negocio de que se trataba.

– Sois dos miserables, rugió éste, que era por lo visto persona de muy otro natural. Sean cualesquiera las ideas que tengan y la condición á que pertenezcan, á hombres que tan confiadamente se entregan á vuestra generosidad no es capaz de venderlos sino el más vil de los canallas.

Y comprendiendo que su actitud resuelta había bastado para imponerse á sus interlocutores, añadió:

– Guiadme hasta el sitio en que están los fugitivos, que aunque en ello me vaya la piel yo sabré facilitarles los medios de que defiendan unas vidas que tan confiadamente ponen en vuestras manos.

Poco después los dos estaban á la vista del cortijo en que Riego y sus compañeros de infortunio esperaban impacientes los caballos en que contaban huir.

V

Si el general no hubiera estado asomado á una ventana esperando la vuelta de los que él tenía por sus salvadores, quizá otra hubiera sido su suerte.

Pero bastó con que el que tan generosamente se comprometiera á salvar á los perseguidos viera su cara, para que demudada la suya se parara en seco, preguntando con ira:

– ¿Es ese uno de los que huyen?

– Sí, le respondieron sus compañeros.

– Pues basta. Nadie se mueva. Con vuestras vidas me respondéis de él. Si se escapa os abraso de un tiro.

Y en una carrera loca, desatentada, se dirigió á Arquillos, de donde no tardó en volver seguido del alcalde y un grueso pelotón de voluntarios realistas.

– Estamos perdidos, murmuró Riego al verlos llegar.

Y sin pensar en defenderse siquiera, se rindió á aquellas feroces turbas que, creyendo hacer la captura de unos liberales obscuros y de última fila, se encontraban con la honra de ser los aprehensores de la figura más principal y saliente del alzamiento de 1820.

La alegría producida por tan inesperado suceso no podía traducirse en palabras. Rugidos de fieras sedientas de sangre fué todo lo que pudo salir de aquellas gargantas.

El único que habló en lenguaje inteligible fué el que de generoso salvador se había trocado en el más vil de los delatores.

– ¿Me conoce usted?, dijo en voz baja dirigiéndose al general.

Riego le miró un breve espacio y respondió con desdén:

– Creo que esta sea la primera vez que veo esa cara.

– Pues me llamo Mateo López Lara, añadió el palurdo recalcando cada sílaba de su nombre.

Pero el vencido general, que tampoco recordó nada con aquellas señas, se limitó á responder:

– Eso donde debe hacerlo constar es ante los encargados de premiar la heroica hazaña que acaba usted de realizar.

Y volviendo la espalda á su interlocutor, se dejó



EN EL DESPACHO DEL NOTARIO, cuadro de José Jiménez Aranda



S. M. EL REY QUE DIOS GUARDE, cuadro de José Jiménez Aranda

maniatar por los que como fiera aherrojada debían conducirle hasta Ubeda para entregarle á las autoridades locales.

VI

El 7 de noviembre subía en Madrid las escaleras de la horca el general don Rafael del Riego, reo del delito de haber expuesto cien veces la vida en defensa de la patria, de la libertad y del rey.

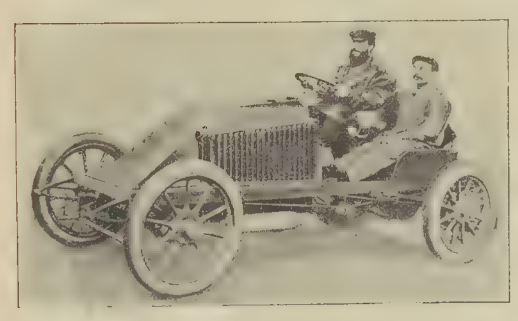
Pocos meses después publicaba la *Gaceta* un extenso decreto concediendo, no sólo crecidas recompensas pecuniarias, sino hasta honores muy superiores á la jerarquía en que habían nacido, á los hermanos Mateo y Pedro López, al santero Vicente Guerra y á todos cuantos habían contribuído á la captura del rebelde Riego.

Así era como distribuía sus recompensas Fernando VII.

Angel R. Chaves.

(Dibujo de Medina Vera.)

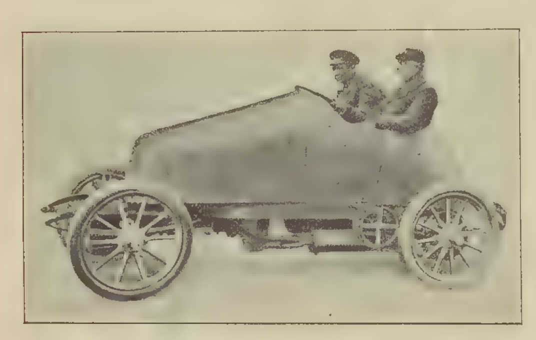
CARRERA DE AUTOMÓVILES PARÍS-MADRID



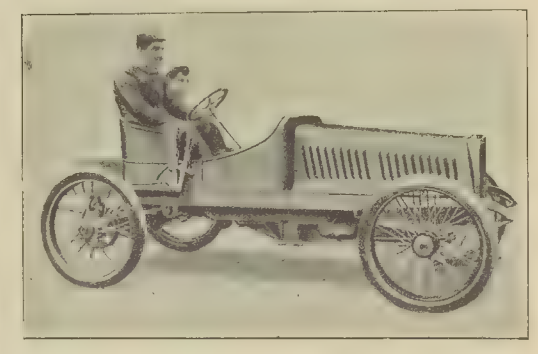
Coche ligero Renault,
guiado por M. Marcel Renault, ganador de la carrera París-Viena



Coche Mors, tipo París-Madrid,
guiado por M. Enrique Fournier, ganador de la carrera París-Berlín



Coche ligero Richard-Brasier



Coche ligero Decanville, guiado por M. Mestayer

CARRERA DE AUTOMÓVILES PARIS-MADRID

Desde hacía mucho tiempo no se hablaba de otra cosa en los círculos automovilistas de Francia y de España; las casas constructoras apercibíanse á disputarse el *record* de la velocidad fabricando máquinas de una potencia hasta entonces no igualada, y los *chauffeurs*, aficionados y profesionales preparábanse para la gran prueba en que, al par que la bondad de los vehículos á su dirección confiados, había de demostrarse la pericia de sus conductores.

A medida que se acercaba la fecha señalada, los clubs de ambos países adoptaban las medidas necesarias para el buen éxito de la carrera y disponían festejos para obsequiar á los que en ella hubiesen tomado parte; los gobiernos francés y español ordenaban que se reconocieran las carreteras por donde habían de pasar los corredores y que se hicieran en ellas las recomposiciones necesarias para dejarlas en perfecto estado, y los fabricantes enviaban exploradores para estudiar el trazado que debía recorrerse. Ya en los últimos días, levantábanse en Madrid tribunas desde donde pudiera el público presenciar cómodamente la entrada de los carreristas; decretábase la suspensión de todo tráfico durante 48 horas en los caminos que debían recorrerse; distribuíanse tropas y fuerzas de la gendarmería y de la guardia civil para mantener dichos caminos expeditos; la Cruz Roja española organizaba la movilización de 800 de sus individuos y distribuía en distintos sitios sus ambulancias para prestar en caso necesario los debidos socorros; las compañías ferroviarias anunciaban trenes especiales, las francesas para Versailles, punto de partida, y las españolas para diferentes estaciones próximas á la línea por donde la carrera debía efectuarse, y á Madrid, es decir, al punto de llegada; y la prensa de mayor circulación de ambos países llenaba buena parte de sus columnas con detalles relativos al suceso con tanto afán esperado.

La expectación era inmensa en el mundo del automovilismo y en forma de curiosidad habíase contagiado á muchas gentes que ningún interés sienten por este deporte.

Por fin llegó el gran día, y desde la víspera salió de París una muchedumbre enorme que se dirigía á Versailles, en donde llegaron á juntarse 400.000 personas. El espectáculo de aquella masa, en la que se confundían peatones, ciclistas, jinetes y vehículos de todas clases, era imponente: el 5.° regimiento de ingenieros, enviado allí ex profeso, difícilmente podía mantener el orden y conservar despejado el espacio desde el cual había de emprenderse la carrera. A las 3 y 45 minutos de la madrugada del día 24 dióse la señal y salió el primer carruaje, conducido por el inglés Mr. Garrot; un minuto después salía el de M. Knyff, luego el de M. Luis Renault, y así sucesivamente de minuto en minuto los 127 coches grandes, los 23 pequeños y los 47 motociclos que en la carrera tomaron definitivamente parte.

Desde aquel momento el telégrafo fué anunciando el paso de los carreristas por los distintos pueblos, y por último desde Burdeos, término de la primera étapa, comunicaron la llegada de los primeros automóviles, que fueron los de Renault (Luis), Jarrow, Gabriel, Barras, etc., etc.: Gabriel habíase llevado la palma en aquel trayecto, pues había recorrido los 552 kilómetros en cinco horas y 13 minutos; Renault había alcanzado en la Bourdiniere el máximo de velocidad, ó sean 143 kilómetros por hora.

Pero al mismo tiempo que éstas íbanse recibiendo otras noticias más tristes: en Libourne, el vehículo de Lorraine-Barrow había chocado contra un árbol, quedando gravemente heridos sus dos conductores; más acá, en Angulema, el de M. Tourang había matado á dos soldados y á un niño, resultando muerto el maquinista y gravemente herido M. Tourang; M. Renault (Marcelo) había sido arrojado del automóvil y su estado era gravísimo; en Montguyón, el de M. Stead había chocado con otro, volcando ambos carruajes y resultando heridos de mucha gravedad dicho señor y su maquinista; cerca de Bouneval, el de M. Poster se había incendiado, quedando carbonizado el *chauffeur;* en Ables, otro automóvil había matado á una mujer, etc., etc.

En resumen, que en la primera etapa, la carrera París-Madrid había causado, que se sepa hasta ahora, diez y seis víctimas, seis muertos y diez heridos.

Era de esperar, en vista de tan desastrosos resultados, que la carrera sería suspendida; y en efecto, los gobiernos francés y español prohibieron inmediatamente que continuara, decisión que fué bien acogida por todo el mundo, aunque por muchos considerada como tardía, pues mejor que prohibir su continuación después de los terribles accidentes ocurridos habría sido no autorizarla. Porque ¿quién no preveía lo que iba á suceder? Cuando se hablaba de automóviles que más parecían máquinas de guerra que vehículos de recreo y que eran capaces de desarrollar velocidades no alcanzadas por los más veloces trenes expresos, todos cuantos miraban fríamente el asunto comprendían que tales máquinas en manos de quienes habían de poner gran empeño en ganar el campeonato, debían necesariamente causar numerosas desgracias. Precisamente la Sociedad de Hipnología y Psicología de París ha discutido hace poco el tema «Locura de la velocidad,» y los eminentes sabios que en la discusión han intervenido han estado de acuerdo en que esta locura tiene gran analogía con el morfinismo y el alcoholismo y en que, como ha dicho el doctor Bertillón, «todo aquel que trata de alcanzar la mayor velocidad sin ningún fin útil pertenece á la clase de los degenerados que no tienen ya dominio sobre su propia voluntad y se sienten poseídos de rabia contra los obstáculos más ligeros.»

Mas aun prescindiendo del aspecto luctuoso de la carrera, ¿qué razones había para autorizar espectáculo semejante, con gran perjuicio de las regiones por donde debía efectuarse, cuyo tráfico se interrumpía en absoluto por espacio de dos días? ¿Tratábase de algún experimento de tanta trascendencia para el porvenir de la humanidad, que justificara la intervención en el mismo de los gobiernos de dos naciones y la adopción de medidas que sólo en casos muy excepcionales pueden tener su explicación? Nada de esto; se trataba pura y simplemente de hacer la propaganda de algunas casas constructoras, con la agravante, para lo que al gobierno de España se refiere, de que entre ellas no había ninguna española.

Por otra parte, la carrera París-Madrid, fuesen cuales fueren sus resultados, no respondía á ningún fin práctico, porque ¿qué utilidad puede reportar un artefacto que necesita correr por carreteras previamente preparadas y en las cuales se haya interrumpido la circulación? ¿Qué importaba que los fabricantes inventaran vehículos de formas nuevas y motores de mayor potencia que los hasta ahora conocidos, si tales motores no podían funcionar ni aquellos vehículos moverse sino en condiciones tan especiales que rayaran en lo imposible?

«Si los industriales y las sociedades de automóviles quieren hacer ensayos de velocidad, que los hagan en pistas de su pertenencia,» ha dicho el presidente del Consejo de Ministros de Francia al ser interpelado acerca de las fatales consecuencias de la carrera que con sobrada razón ha sido llamada de la muerte.

¡Lástima que no contestara en estos mismos términos cuando se solicitó la autorización para verificarla! – A.



La luna les seguía, alumbrándoles amablemente

PEQUEÑAS MISERIAS

Novela original de Carlos María Ocantos. - Ilustraciones de Mas y Fondevila

(continuación)

- Hágase lo que usted quiera, amigo Esquendo, respondió Ladislao con pesadumbre; que vuelva mi desgraciada hermana á esta casa, puesto que el destino lo manda. Me someto, no discuto, pero protesto, protesto por la posición delicadísima en que se coloca... ¡No esperaba yo golpe semejante!

D. Fabio se levantó, y echándole un brazo por el hombro, le tuvo un rato abrazado, en prueba del afecto paternal que le inspiraba Victoria, y de que aquella desgracia, que en apariencia les desunía, les unía más á él, con quien siempre podían contar. Luego hablaron de la forma en que había de realizarse lo convenido, y acordaron que, pareciendo natural que fuera por Victoria el hermano y no el tío quien la acompañara, al día siguiente iría Ladislao á *La Justa*, porque en ese día ó al otro, que esto dependía de la consulta con los médicos que en la ciudad aguardaban á D. Fabio, sería Josecito conducido á la reclusión que se le había impuesto en bien propio y tranquilidad de todos.

Salieron ambos del despacho y por las habitaciones consabidas á la terraza; en el comedor un mulatillo avispado ponía la mesa para el almuerzo, y en la terraza doña Mónica acababa de tender su ropa, saludando al señorón trigaleño con un respingo y una mirada de inquina, pues siendo el tal de los de allá, de los que tenían secuestrada á su niña y la habían desterrado á ella, no podía ser buena persona ni venir á cosa buena.

En la calle D. Fabio y Ladislao se despidieron, metiéndose D. Fabio en el tranvía que pasaba, y dirigiéndose al muelle Ladislao á proseguir la interrumpida tarea de apuntar las pieles embarcadas. Preocupada su imaginación con tan graves sucesos, lastimados sus nervios de histérico por las súbitas emociones que acababa de sufrir, su delicada mano, al coger el lápiz, temblaba y no pudo reanudar la operación comenzada, cediendo de nuevo lápiz y cuaderno al dependiente, y sentándose en un poyo para presidirla por lo menos; miraba el fondo de las barcazas, que se llenaban poco á poco, los sudados peones, la grúa escandalosa, el agua sucia del río, y la voz de D. Fabio seguía contándole al oído todo aquello que de tal modo trastornaba sus proyectos y arruinaba la base de su obra de ambición: el matrimonio de Victoria...

A las doce subió á almorzar, y halló instalada en el comedor, delante de la ventana, cuyo visillo, para aumentar la luz, había levantado, á doña Mónica zurciendo medias.

Oficialmente era la señora doña Mónica el ama de llaves; pero, en realidad, la arrugadita y vivaracha anciana reemplazaba, con casi todas las prerrogativas domésticas y del afecto familiar, á misia María Josefa Solaños desde que esta infortunada señora murió, al poco tiempo de la desaparición misteriosa del arruinado Mr. Stuart, de quien no se supo ya más, ni se sabe nada á estas horas; es decir, que doña Mónica no comía con los señores, los niños que vió nacer y adoraba como madre, pero les tuteaba y se permitía con ellos regaños y confianzas tolerados por la costumbre y la fidelidad acreditada, ejerciendo en el interior de la casa, sobre la servidumbre, absoluto é inapelable dominio.

Por causa de la oposición sistemática y apasionadísima que hiciera contra el malhadado bodorrio, las relaciones entre Ladislao y doña Mónica no eran muy cordiales, y hubo día en que Ladislao, olvidando servicios y excelentes intenciones, puso casi en la calle á aquel crítico gruñón, cuya influencia sobre el ánimo de la hermana recelaba tanto; seguramente, si Victoria no se ablanda y no cesa la campaña obstruccionista de la vieja sirvienta, cumple el joven su amenaza, aunque doña Mónica, temblándola todas las arrugas de su cara, se defendía valientemente.

Llanto amarguísimo daba término á estas escenas, que se reprodujeron todo el tiempo que duraron las vacilaciones de Victoria; cuando ésta otorgó el sí á Josecito, doña Mónica hizo *mutis*, y casada la niña, sola en la casa, no salió ya de su silencio; miraba de reojo á Ladislao, mirada de reproche y de encono que apenas disimulaba el grueso cristal de sus gafas.

Escasa conversación gastaba, pues, Ladislao con doña Mónica, y desde la visita primera á la niña, ninguna, porque volvió la anciana insoportable de suspirona y llorosa, suspiros y lágrimas que se recrudecieron á la segunda visita, y se resolvieron, con motivo de una carta misteriosa de Victoria, en soponcios sin fin, antojándosele á Ladislao que todo ello era nostalgias de la muchacha y sensiblerías de la vieja, que, por poco que las dejaran solas, se desatarían á su gusto. Como doña Mónica no le habló palabra de tales entrevistas, no hizo mayor caso, esperando la ocasión de prohibirlas, si había por qué, y aparentando no parar su atención en los ojillos colorados, el sonar de narices y el gimotear del vejestorio en los rincones.

No tenía costumbre la señora de sentarse en el comedor á la hora de las comidas, y menos desde que rehuía la presencia de Ladislao obstinadamente; así, le irritó al joven verla instalada allí, con la pretensión, sin duda, de averiguar lo que el señor de *La Justa* había traído á Barracas, y todo su mal humor, su despecho y su disgusto de vencido hallaron el pretexto que necesitaban para desbordarse sobre la cabeza del obscuro censor y profeta cuyo triunfo la fatalidad sancionaba. Ásperamente la mandó retirar:

- ¡Mónica, vete!

La señora cogió en silencio la cestilla de la costura, y se dirigió á la puerta. Ladislao se había sentado delante de su cubierto, y desenvolvía con enfado la servilleta. Antes que doña Mónica saliera, la llamó, de modo tan áspero como el empleado para despedirla.

— Espérate, oye: el cuarto de Victoria, ¿sabes?, el cuarto de Victoria es preciso que lo ventiles, limpies bien y prepares... para mañana. ¿Entiendes?

— El cuarto de la niña, contestó doña Mónica con visajes precursores del llanto, lo ventilo todos los días, y está de limpio lo mismo que cuando... cuando ella lo ocupaba. Como preparado, es decir, hecha la cama..., así, no, porque no hay necesidad.

— Te he dicho que lo prepares para mañana.

— ¿Para mañana?

Ahora sí que doña Mónica no se marchaba, aunque la soltara el otro todo el flujo de su bilis. ¿Pretendería el egoistón, el cruel causante de las penas de su niña, el pálido ambicioso que en aras del interés la había sacrificado fríamente, introducir en la alcoba virginal, objeto de su culto, alguna mujerzuela? ¡Ah, no! Ella se opondría, la defendería, se echaría al través de sus umbrales para que, sólo pisoteándola, pudiera entrar el vicio. Se sentó decidida, con la cestilla sobre la falda.

— ¿Estás sorda?, preguntó Ladislao, furioso.

— No estoy sorda, contestó la anciana; oigo bien; casi, casi, adivino lo que quieres, pero deseo saberlo de fijo. ¿Para qué me mandas preparar el cuarto de la niña? ¿Quién va á ocuparlo? ¿Quién viene mañana?

— ¿Quién ha de ocuparlo, estafermo? Pues ella, Victoria.

— ¡Victoria!

No fué sólo la cesta lo que se le cayó á doña Mónica, repartiéndose cuanto contenía por la estera, sino también la calabaza con la media y el ovillo de algodón; si más guardara en las manos flacas, todo lo arroja en aquel salto que dió desde la silla á la mesa, sobre la que se apoyó, temblando, y repitiendo el nombre de su niña querida:

— ¡Victoria!

Ladislao tuvo lástima de aquella madre postiza, tan extremada en su amor como si legítima fuera, y se aplacó súbitamente. Entraba el mulatillo con el primer servicio, y mientras lo presentó, retiró el joven el par de huevos pasados por agua, los partió en el borde de la copa, sacó el precioso contenido, mojó en él las rajitas de pan y se marchó el muchacho, no hubo medio de que doña Mónica supiera cómo y por qué se realizaba el milagro de que la prisionera de la *Nerona*, entregada á los Esquendo en nombre de la ley, tornara libre á Barracas... ¿Con el marido? ¿Sin el marido? La demora en descubrir el enigma, la fría cachaza de Ladislao en servirse, la estremecían de impaciencia, sin que de la mesa se apartara, mirando, angustiada, los manejos de la mano femenina del joven en torno de la copa.

— Oye, Mónica, dijo al fin Ladislao chupando las jugosas rajitas; es justo que te explique la causa de la vuelta de Victoria á ocupar su cuarto de soltera, pero voy á hacerlo con la condición ó la prohibición, mejor dicho, de que no me salgas con tus lloriqueos y el recuerdo de tus profecías impertinentes, tus *ya me lo sospechaba yo, ya lo anuncié, así castiga Dios*, etc., porque te juro que no lo dirías dos veces. ¿Entiendes? Bueno...

Hecha un pasmarote estaba doña Mónica, y cuando se enteró de la desgracia ocurrida, desgracia que, por acaso providencial, abría las puertas de la jaula á la encarcelada, libre del marido y de la abuela; desgracia que, en cierto modo y juzgándola desde un punto de vista anticristiano y estrecho, era la felicidad y la redención de Victoria y la alegría suya propia, de madre que recobra á la hija perdida, no se atrevió á expresarla, eso no; pero la sintió tan profundamente, que se cubrió con el pañuelo la cara. ¡Dios mío! ¡Alabado sea tu santísimo nombre!

Ladislao había dicho:

— Ahora, vete y déjame en paz.

Pero el asombro de la anciana no la dejó oir aquella orden; y lo que hizo fué sentarse y con los intervalos á que obligaban el entra y sal del mulatillo, referir al niño Ladislao lo que Victoria, por extremada discreción, y ella, por considerarlo inútil para el remedio de lo que hecho estaba y no podía ya deshacerse, habían callado: la vida de *La Justa*, la tiranía de la señora mayor, las precocidades de la viuda, el espionaje de los criados, las brutalidades del marido, la tasa del tiempo, la censura en todo y por todo, la dominación absoluta sin el permiso de respirar ni de mover un dedo, Victoria odiada, espiada, perseguida, sujeta á horario fijo, castigada de palabra á cada paso, obligada á no ir, ni andar, ni ver, ni decir sino lo que mandase la señora mayor que dijera y viera y donde la ordenara que fuera ó la prohibiese que no fuera... ¡Ah, una mártir, una mártir la pobrecita niña Victoria! ¡Si llegaron á aislarla de sus fieles servidores, como ella, y de los que algún afecto la mostraban, como la maestra y el capellán! ¿Por qué no iba ella á *La Justa*? ¡Ah! ¿Por qué? Pues porque en una carta la niña la previno de que no volviera á visitarla, á causa de que la señora mayor lo tenía prohibido. Así, así. Y entretanto, sufriendo en silencio, sin esperanza, sin la más remota esperanza... ¡Ah, Dios mío, alabado seas!

De esta exclamación, pronunciada ya en voz alta, á la fórmula de reproches y recuerdos agoreros, poco faltaba, y en ello se engolfara doña Mónica, deslizándose inconsciente á tan resbaladizo terreno, si Ladislao, ceñudo, no reitera la orden de que se marchase.

— Basta, Mónica, te he dicho que te vayas.

Y la siguió, de reojo, y cuando hubo desaparecido arrojó la servilleta y se paseó cabizbajo, con visible turbación que ante el mulatillo, en su último viaje de la cocina al comedor, no había para qué tomarse el trabajo de disimular. Entró el chico y puso el servicio de café sobre la mesa. Pero Ladislao no lo cató siquiera, lo dejó enfriar y se olvidó de él completamente: las confidencias de doña Mónica, aquello que ignoraba y era la condenación de su obra, completaba el día, después de la embajada de D. Fabio Esquendo. Hay días negros...

Bajó al escritorio, una pieza grande al pie de la escalera, de paredes blanqueadas, con fardos en los rincones, cajas en montón, alguna piel de bicho raro y productos varios, agrícolas y ganaderos, que parecían estar allí como muestras consignadas á la *Barraca de Stuart* para la venta, y sin hablar á los dos dependientes, que trabajaban en un extremo, cada cual con su librote, se encerró detrás de un biombo de madera, que aislaba su mesa y le defendía á él de la impertinencia del público, y se sumergió en el examen de unas cuentas muy complicadas. Desde la una á las seis de la tarde, con asiduidad ejemplar, revisaba papeles, despachaba consultas, concertaba ventas, detrás de aquel biombo negro, que tenía una barandilla de balaustres diminutos, por la cual se entreveía la rubia y peinada cabeza del patrón, denunciando su presencia, y se entrevió también, durante los primeros años del establecimiento, la soberbia frente, coronada de un copete gris, del padre, de mister John, en cuyas funciones, con viril energía de nadie sospechada, le sucedió aquel mancebo de voz dulce y aniñada estampa.

Sin duda detrás del mismo biombo, entre el prosaico revisar de papeles, que proclamaban la lentitud y parsimonia con que el comercio marchaba, surgió aquella idea del engrandecimiento de los Stuart por medios más prácticos y decisivos, de acuerdo con las teorías modernistas, y el sacrificio de Victoria quedó irrevocablemente dispuesto. Allí se rufugiaba Ladislao y hallaba fuerzas para seguir la lucha contra la hermana haciendo el balance diario, y de allí salía cada vez más convencido que el negocio redondo de la Barraca, el mejor, el único, era entregar al feo retoño de los Esquendo la mano de Victoria, que un día ú otro podía ser presa del primer pelafustán que pasara, recluída en la soledad de aquel arrabal nada aristocrático por su carácter, por su pobreza y por su orfandad. Y cuando llegó á conseguirlo, sonrió con el orgullo del triunfo de haber redorado el apellido regio.

No sonreía ahora, no, detrás del biombo negro, en esta tarde nebulosa en que su obra, de tan sólidos fundamentos, al parecer, la miró derrumbada y deshecha. Desde la una á las seis pensó, pensó, en muchas cosas ajenas á los papeles que revisaba, tan ajenas, que las cuentas se embrollaron más y tuvo que dejarlas al cabo. Pero también sonrió una vez, corta indemnización á su amargura, y fué al pensar que si Victoria volvía, no volvía con las manos vacías...

Y entretanto, arriba, el contento de doña Mónica se manifestaba sin rebozo, alborotando á los criados y hasta á los pájaros dentro de sus jaulas. Dió una escoba al mulatillo, y ella con su plumero y su buen delantal á barrer, á fregar y á dejarlo todo como un sol para cuando la niña viniera. A ratos cantaba y lloraba á veces, asustada aún de aquel milagro, que de manera tan rara y maravillosa anulaba lo mal hecho y realizaba lo imposible.

Había abierto la bonita alcoba azul, que la luz alegraba y desinfectaba el aire del olor de tumba que el encierro y la ausencia producían; tendida de cretona floreada, blanco el menaje, de laca, en las paredes grupos simétricos de repisitas de *biscuit* con figurillas, con floreros y monerías, y sobre el reclinatorio una copia rafaelesca muy bien hecha, para doña Mónica guardaba los suspiros de su dueña, y cada objeto el recuerdo de la larga lucha que precedió á la partida. Porque mientras el hermano, después de la disputa casi diaria (que fué agriándose á medida que crecía la resistencia), bajaba al escritorio y detrás del biombo negro preparaba los medios de combate, la muchacha se refugiaba en la alcoba, y colgada del cuello de la señora, le pedía fuerzas y consejos, y en la alcoba también, cada vez que el novio se marchaba, al final de una de sus visitas enfadosas de sordo, venía á ocultar su desesperación y su tristeza.

En esta butaca sentada estaba el día que la confesó haber cedido á la imposición del hermano, arrepentida ya, y desde ese día no durmió, comió apenas, enflaqueció y se quedó en los puros huesos. ¡Ay! Como dormía doña Mónica en la pieza vecina, la oía quejarse muchas noches, y lo que á doña Mónica la sacaba de sus casillas, era que ella misma, por su propia voluntad, pues la del hermano, por tiránica que fuese, no había ley ni Roque que la impusiera en siendo la resistencia formal y decidida, se entregara mansamente contra su corazón y su gusto, sin duda porque (perdónele Dios idea tan mala á la señora doña Mónica) el interés perverso que á Ladislao había cegado, como el diablo le inspira y tiene el encargo en la tierra de turbar y perder conciencias, sedujo la de Victoria con brillantes perspectivas, y la dominó y doblegó á su capricho.

Un plumerazo demasiado vigoroso derribó de la repisa el ramito de azahar que en la sacristía de la Merced le dió ella la mañana de la boda, y este recuerdo ahuyentó á los otros, sobre todo el malévolo que, en ocasiones, la hacía incomodar consigo misma, porque dudar de su niña parecíale desafuero y ofensa imperdonables.

Y cantó más fuerte, animó al mulatillo, y entre los dos fregaron y limpiaron curiosamente, como no lo hicieron nunca con más ganas; luego doña Mónica cortó flores de los tiestos y las distribuyó en el comedor, en la sala y en la alcoba de Victoria, y con sus propias manos arregló el lecho, tarea antes á cargo de la *mucama* que despidieron después de la boda y había que tomar de nuevo, puesto que las cosas quedaban como si nada hubiera pasado. Puso el juego de holanda con ancha cenefa de encaje, y sacó del armario la bata de franela celeste y los pantuflos de raso. ¡Era un sueño, un sueño! Y lo pasado, horrible pesadilla: como que nada había pasado, y todo, todo, era fantástica comedia de la imaginación. No existían ni Josecitos, ni *Neronas*, ni nada: Victoria volvía de un viaje más ó menos grato, y tornaba á su vida ordinaria. ¡Dios mío, alabado seas!

Después de las seis subió Ladislao á vestirse, porque desde que vivía solo comía fuera, y oyó los cantos de doña Mónica y vió las flores de bienvenida, poniéndose de mal talante; la llamó, y con crudeza de frase que repugnaba á la dulzura de su voz, la dirigió vivos reproches por aquellas manifestaciones inconvenientes.

¿Qué? ¿Acaso estaban de fiesta? ¿Sucedía una gran desgracia en la familia, que la entristecía y enlutaba, y á ella no se la ocurría sino cantar y celebrarla, como si se tratara del acontecimiento más feliz?

E ingenuamente la anciana se disparó de esta manera:

— ¡Una desgracia! ¿Te parece á ti? ¡La suerte mayor del mundo, como dispuesta por Dios, que sabe hacer bien las cosas!

X

Por el tren de la tarde llegó Ladislao á *La Justa*, á fin de evitar el embarazo de un almuerzo y la prolongación de una visita que, en el estado de relaciones existente, debían ser intolerables; yendo por la tarde, apenas le quedaba espacio para recoger á la hermana y tomar el tren nocturno que al filo de la media noche les dejaría en Barracas. Llegó, pues, á poco más de la siete, con el dolor de la triste comisión que traía y del recuerdo punzante de aquella primera vez que vino á la edénica mansión y vió á D. Fabio entre la lluvia de oro de los trigos, sintiéndose señor futuro y sucesor probable de su poderío.

Nadie le esperaba. La escuela y la capilla estaban cerradas, desierta la plazoleta y la casa en silencio, como deshabitada ó guardadora de un cadáver. Llamó Ladislao con las palmas y vino Blasa, á quien preguntó por D. Fabio; respondió con incivil despego la muchacha, fuése sin invitarle á que pasara del umbral, y al buen rato apareció D. Fabio, saludándose uno y otro gravemente.

Como D. Fabio le rogara que entrase, él se negó, diciendo que previnieran á Victoria porque no podían perder un minuto, á lo que contestó D. Fabio que Victoria estaba prevenida y bajaba en seguida. Al mismo tiempo, desembocó en la plazoleta la volanta, bien enganchada, y dos criados, como quien lleva un ataúd, trajeron un baúl mundo y otros bul-

tos pequeños, que colocaron en la trasera y liaron cuidadosamente; entretanto, después de breve cambio de frases de pura fórmula, Ladislao paseaba y D. Fabio miraba á las estrellas, silenciosos los dos, impacientes de que terminaran los preparativos que tanto aumentaban su malestar. Y en esto se escucharon pasos de mujer en el vestíbulo, y de negro, con sombrero y velo á la cara, una bolsita de viaje en la mano, y reteniendo con la otra la niquelada cadena de *Boy*, se presentó la que debía de ser Victoria y no se la reconocía bien á causa de lo tupido del velo y lo escaso de la luz. Ladislao se acercó á ella y no se hablaron nada, permaneciendo uno al lado del otro como dos estatuas.

Entonces D. Fabio dijo con alterada voz.

– Yo les acompañaré hasta la estación. Un momento, y vuelvo.

Y se dirigió á su cuarto é hizo silbar el portavoz. La serpiente verde se estremeció y por su boca habló misia Justa desde arriba:

– ¿Qué quieres?

– Mamá, ahí está el hermano.

– Y á mí ¿qué me importa?

– Ella ha bajado y está para marcharse.

– Que tenga buen viaje.

– ¡Mamá!, me parece que por lo menos debieran ustedes despedirse.

– ¿Yo? ¿Despedirme de ella, yo?

Y la serpiente vomitó la última palabra de la intransigencia, del odio y del rencor.

– ¡Jamás!

D. Fabio cogió su chambergo y salió á reunirse con las dos sombras que esperaban. Disimulando las trazas de su derrota, dijo en el tono más amable que la emoción le permitió:

– ¿Vamos?

Y los tres montaron en la volanta, sentándose Victoria junto á D. Fabio y Ladislao enfrente. El cochero arreó... Cantaban los grillos, mostraba la luna entre los árboles sus redondos mofletes y los murciélagos dábanse trompicones en sus torpes revoloteos; la campiña se adormecía; cerraba la noche. No habían salido aún del parque, cuando se oyeron espantosos alaridos, que debían de proceder de muy lejos ó de muy alto: Victoria tembló y á la pregunta de Ladislao contestó tristemente D. Fabio:

– ¡Está peor, cada vez peor! Mañana le llevaremos á la ciudad...

No hablaron más, aterrados. El tintín de los caballos inquietaba al danés que, colocada la cabeza sobre la falda del ama, gruñía disgustado. Y salieron del parque, y por el camino trotaron los caballos con mayor sonajear de las colleras é inquietud de *Boy;* la luna les seguía, alumbrándoles amablemente, y no les abandonó ya en el fúnebre viaje, escoltándoles durante el larguísimo trayecto de dos horas, único testigo que presenciaba la partida de aquella que dos meses antes *La Justa* recibía como á nueva castellana en los esplendores de una tarde inolvidable, con himnos y gorjeos de niños y de pájaros, asociados todos para festejarla, mientras ahora de la desterrada nadie hacía caso ni se daba cuenta de que en la calesa que pasaba iba la reina de entonces, humillada y sin ventura. *La Justa* se dormía indiferente, esperando el nuevo día...

En la estación reunido estaba el Trigal entero. Fuera indiscreción de Regino ó de algún otro, casualidad (que en las noches de luna el paseo de la estación era el predilecto) ó simple intuición de los más avisados, de los que vieron llegar al señor Stuart por la tarde y atando los cabos de los chismes y rumores que por el pueblo corrían, dedujeron que no perderían el viaje si bajaban, lo cierto es que allí estaban todos, los conocidos y los desconocidos, las autoridades, la aristocracia, la plana mayor de los *picaflores*, el cuerpo de redacción de *El Aura* y *El Independiente* y hasta *Isabelita*, en medio del grupo que presidía la elegante figura de misia Petrona. ¡Qué murmullos y qué alegre reir de unos y de otros y qué silencio repentino, qué movimiento de curiosidad cuando al extremo del andén apareció Victoria enlutada! Abrieron calle para darla paso, algunos se adelantaron para recibirla, pero ella retrocedió y huyó de la perversa curiosidad, aislándose en un banco lejano, donde D. Fabio y Ladislao, vueltos de espaldas, la prestaron guardia, de modo que nadie, ni los que se ufanaban de mayor intimidad con la familia, se atrevieron á aproximarse.

Allí permanecieron media hora, asaeteados de todo el concurso. Algunos *picaflores* no quisieron desperdiciar la ocasión de ser impertinentes, y con *Isabelita* á la cabeza pasaron delante del grupo varias veces, llevados del diablo porque no se veía á la tapada ni las manos. Bajo el reverbero los esperaba misia Petrona, Antonina, la intendenta, D. Blas, D. Zacarías... Y todos, ellas y ellos, con la misma curiosidad preguntaban:

– ¿Qué tal? ¿Está pálida? ¿Llora? ¿Suspira? ¿Se queja? ¿Ha enflaquecido?

– Si está más entapujada que una bruja, contestaba *Isabelita* en falsete, no sabemos si es ó no es la inglesa. Parece un fantasma, y ni llora, ni hace nada más que estarse quieta como un palo.

– ¿Como un palo?, repitió Antonina malignamente; pues de seguro es ella.

– Lo cierto es que no la acompañan ni la abuela, ni la cuñada, dijo el *picaflor* más pintadito de la bandada.

– ¡Ay!, como que están á matar, contestó misia Petrona; ¡cuánta razón teníamos en decir que *La Justa* iba á hundirse: pues, señor, ya se hundió! ¿No te parece, Zacarías, que muy bien ha podido Esquendo venir á saludarnos?

Sobre esto crecieron los comentarios y las críticas. El rumor llegaba hasta los tres silenciosos, y las carcajadas, las salpicaduras de la maldad humana, en eterno flujo, como el mar. Cuando al final de la vía surgió entre las sombras el tren, corrieron todos, se atropellaban, y el círculo respetuoso que en torno del banco se había formado, se estrechó al punto de dificultar la salida: Victoria, cogida del brazo de D. Fabio, cruzó los grupos de curiosos, y ayudada de él y del hermano, subió al primer vagón; pero no entró, sino quedóse en la plataforma inclinándose hacia D. Fabio:

– Hace dos meses apenas, balbuceó éste; ¿te acuerdas, hija mía?

Y bajo el velo negro, por primera vez, sonó la voz llorosa de Victoria:

– ¡Sí, tío Fabio de mi alma! ¡Dios no lo ha querido! Adiós, adiós. ¡Abrázale, Ladislao, abraza al hombre más noble del mundo!

Los tres se abrazaron, y Victoria, vacilante, entró empujada por el hermano. Aún se volvió de la puerta, y con el pañuelo saludó á Esquendo que, al pie de la plataforma escondía mal su emoción, y de todos era blanco.

– ¡Adiós, tío Fabio, adiós!

Se refugió luego en el primer asiento desocupado, y quedó como desvanecida... Mucho tiempo pasó así, ausente, perdida en las nieblas de sus recuerdos, presa de un atontamiento singular que no la dejaba discurrir en qué sitio se encontraba ni adónde iba; un gruñido de *Boy* la despertó, y vió que andaba el tren, y á su lado á Ladislao, Ladislao tieso, ceñudo, pronto á dispararla los rayos de su enojo; hasta entonces no la había dirigido la palabra, esperando, sin duda, la soledad de Barracas para desahogar su ira contra ella, y que por el bailoteo de los nerviecillos ciliares, conocido síntoma suyo, debía ser grandísima. El tren andaba, corría, volaba. Y á Victoria le pareció que la llevaba en contraria dirección, hacia el Trigal, como aquel día, el día de la boda, cuando Josecito se revolvía en torno suyo, gruñendo de impaciencia, y oía voces de todas partes, anunciándola desgracias tan pronto realizadas. Mecida brutalmente, se abandonó con desfallecimiento de todo su ser, fatigado por las vigilias y las cavilaciones, y se durmió y soñó también cosas más gratas que la dura realidad la ofrecía, muchas cosas, y durante tanto tiempo, que lo hubo de sobra el tren para llegar á una estación en que Ladislao, que iba despabilado por sus tercos pensamientos, se levantó, recogió aprisa los bultos de la red, y sacudió del brazo á la dormida.

Y como aquel día, el día de la boda, la infeliz preguntó sobresaltada:

– ¿Es el Trigal?

– Ya estamos en Barracas, contestó el joven malhumorado, ahí tienes á Paco. Baja.

No bajó sin que tropezara y cayera casi, mareada, aturdida. En el obscuro andén se quedó parada, aguardando que la voluntad del hermano la moviera; el mulatillo había alzado una linterna que traía y la saludaba alegremente, diciendo:

– ¡Buenas noches, niña Victoria!

Pero ella no respondió; tampoco reconoció al mulatillo, ni la estación, ni sabía por qué la arrancaron de su sueño delicioso para sumirla en las obscuridades de aquel camino ignorado y polvoriento. La luna se había escondido, y para andar seguro era preciso seguir la huella que señalaba la linterna de Paco; asimismo, se cogió del brazo de Ladislao y hasta el portalón de la Barraca marchó como sonámbula, estremeciéndose al golpear de los aldabonazos, que en el dormido barrio resonaron miedosamente. ¡Ay, no, aquella no era *La Justa!* ¿No la llevaban entonces á entregarla á la *Nerona*, ni la esperaba Josecito en la alcoba? Reconocía ahora la puerta, el empedrado zaguán, la escalera... y aquel bulto que por la escalera bajaba precipitadamente, como si rodara, y sobre ella se arrojaba frenética sin que ella se asustara ni esquivase el abrazo, era... sí, sí, ¡era Mónica, Mónica! ¡Estaba en su casa! ¡Estaba en Barracas! ¿Por qué? ¡Á tales horas! ¿Había dejado de ser, pues, la mujer de Josecito?

Doña Mónica la hizo subir y sentar en el comedor, donde había dispuesta una buena cena; le quitó el velo de la cara, y entonces apareció la desencajada y amarilla máscara, las ojeras cárdenas, la boca contraída, la mirada de calentura, que espantaron á Doña Mónica. ¡Señor, cómo se la habían puesto á su niña! ¡Cómo se la devolvían!

– Ladislao, ven, ¡mírala!, dijo la anciana dolorosamente.

Desembarazado de sus avíos de viaje, Ladislao paseaba, más ceñudo que antes. No atendió al reclamo de doña Mónica, y pasó á su despacho, tornando con una caja de cerillas para encender dos picos más de gas, pues la luz era poca.

– ¿Te duele algo?, preguntaba doña Mónica con angustia; ¿qué quieres?

– Luego tomaré caldo ó una gota de Jerez, suspiró Victoria, y me acostaré... en mi cama, Mónica, en mi cama, ¿eh? Y sola, sola. Dormiré muy bien, ¡ay, qué bien! Y mañana me despertaré á la hora que yo quiera, y me levantaré si quiero, y si no, no, y haré lo que quiera, ¿verdad, Mónica?

– Sí, hija de mi alma, exclamó la anciana besándola en la cara y en las manos; aquí eres tú la reina, y no hay más campana que la del deseo. ¡Jesús! ¡Qué dolor de niña mía! Voy por el caldo y por el Jerez...

Momento propicio la salida de doña Mónica ofrecía para la explosión del reconcentrado enojo de Ladislao, que, conforme quedaron solos, se plantó delante de la hermana, castigándola con esta palabra:

– ¡Torpe, torpe, más que torpe!

¡Ya estaría satisfecha! Separada del marido, enemistada con la familia... No, si no la echaba la culpa, ¡claro!, de la locura de Josecito, aunque sabe Dios qué grados de culpa tenía, como los demás; pero sí toda, toda entera, del rompimiento con los Esquendo. ¡Torpe! ¿Comprendía lo que había hecho? ¿No se daba cuenta de la posición equívoca y ridícula en que quedaba? ¡Ah! No era esto lo prometido, de someterse humildemente, de soportarlo todo con resignación, que este, y no otro, es el papel de la mujer casada. La rebeldía la pone fuera de la ley, en pugna con la sociedad; de mujeres rebeldes se forma el contingente del vicio y del adulterio. Y por no someterse, por no saber ser práctica, ¡práctica!, ciencia suma de la vida, fácil de aprender, sin embargo, sólo con dominar los sentimientos y educar la voluntad, hacerse dueño, en fin, de sí propio, en vez de ser juguete, había perdido la alta posición conquistada, comprometido su nombre, labrado su desdicha y puesto una piedra enorme en el camino comercial de su hermano. ¡Ah! ¡Cuánta torpeza! ¡Qué estupidez! ¡Y tanto que la habló, que la aconsejó, que la recomendó, que la suplicó!.. Mira, Victoria, mira... ¿Por qué no hizo cuenta de que no tenía ojos, ni boca, ni oídos? Así no hubiera visto ni sentido lo desagradable, y no hubiera dicho lo inconveniente. ¿Por qué le engañó, por qué le ocultó lo que pasaba? Hubiéraselo dicho á tiempo, y la habría prestado apoyo, consuelo, luz, que si lo fatal no se evitaba, al menos se evitaba lo caprichoso y lo irracional; no sería la mujer casada sin hogar y sin marido, sino la mujer que vive en la casa de su marido, con la familia de su marido, en su propia casa y con su familia propia. Se había conducido neciamente, la chiquilla de siempre, la romántica, la indócil, la mimosa. Le había engañado. Había faltado á sus promesas. ¡Torpe, torpe!

Fluía la amargura de los labios de Ladislao, lívido, tembloroso de cólera. Victoria, con la cabeza inclinada, se defendía humilde, pero entera:

– No ha podido ser de otro modo, Ladislao. Cuando lo sepas todo, cuando yo te lo cuente todo, te convencerás. Hasta de la calumnia se han valido contra mí. Yo no soy una santa, pero ni un ángel bajado del cielo soporta lo que yo he soportado. ¡Imposible! A más no me obligué, y creo que ni á tanto. Comprendo tus razones, sé que mi situación es deslucida, difícil... Pero ¿qué remedio?.. Y además, si te molesto, si no quieres recibirme, iré á vivir á otra parte con Mónica: ¡casada soy é independiente!

– ¡Cállate!, dijo Ladislao exaltadísimo; no añadas á la torpeza la injuria. ¡No te disculpo, no te perdono!

– ¡Ay! ¡Bien se ve que no sabes lo que he sufrido!

– Lo sé, y por eso mismo...

(Continuará.)

AVIADOR DE LOS HERMANOS WRIGHT

Los norteamericanos trabajan con febril actividad para resolver el problema de la navegación aérea, no siendo el acicate menos poderoso para los inventores la fundación de un premio de 100.000 dólars para quien descubra un globo verdaderamente dirigible ó una máquina que permita volar



Fig. 1. – El aviador de los hermanos Wright. – Lanzamiento del aparato

sin peligro, el cual premio se otorgará con ocasión de la Exposición universal de San Luis, que se ha de inaugurar en 1904.

Entre los aparatos que hasta ahora han dado mejores resultados en las pruebas figura el de los hermanos Wright, que reproducen los adjuntos grabados y que desde el año 1900 ha verificado setecientas salidas sin ningún fracaso. Esta máquina no lleva motor alguno y se mueve simplemente á impulsos del viento, gobernándose merced á la inclinación que se da á las superficies planas superior é inferior y á un aparato lateral que hace las veces de timón.

No se trata, pues, de una máquina voladora propiamente dicha, á pesar de lo cual en los experimentos realizados han logrado los inventores recorrer distancias hasta de 189 metros en 26 segundos.

Los dos grabados que reproducimos representan al aviador Wright en el acto del lanzamiento y en el aire. – X.

***

TRACCIÓN DE LOS TRANVÍAS

POR MEDIO DEL AIRE COMPRIMIDO

El aire comprimido empezó á emplearse en la tracción de los tranvías en 1879, en que se inauguró

Fig. 1. – Tranvía de aire comprimido Mekarski

la línea de Doulon á Chantenay, en Nantes. Desde entonces se han hecho otras varias aplicaciones y en todas ellas se han establecido según el sistema Mekarski.

En este sistema, tal como fué aplicado en 1894 en la línea de Vincennes á París, el aire comprimido está almacenado á la presión de 60 kilogramos en nueve depósitos de acero de una capacidad total de 2.500 litros, dispuestos transversalmente en el truck motor, debajo del suelo de la caja. Estos depósitos están divididos en dos grupos ó baterías que pueden ser puestos en comunicación, juntos ó separadamente, con un depósito vertical llamado calentador, situado en la parte delantera del truck y lleno hasta los dos tercios de agua á una temperatura inicial de 170°: el aire de los depósitos para ir al motor ha de atravesar este calentador y se calienta á su paso al través del agua, arrastrando hacia los cilindros una cierta cantidad de ésta en relación con las presiones respectivas del vapor y del aire.

La dilatación del aire comprimido se verifica con absorción del calor, y si éste no puede ser proporcionado más que por el mismo aire, su temperatura desciende notablemente cuando la dilatación es un poco prolongada: así, por ejemplo, un aire á una cierta presión y á la temperatura de 15° que se dilatara de seis veces su volumen, bajaría á una temperatura de 125° bajo cero; una dilatación que se produjera á la mitad de la marcha de los pistones, determinaría todavía un descenso de temperatura de 71°. En estas condiciones, el funcionamiento del motor sería defectuoso, porque no podría verificarse el engrasado de los cilindros; por consiguiente, el aire comprimido frío sólo podría emplearse sin dilatación.

La dilatación, sin embargo, aumenta considerablemente el trabajo que puede producir un peso de fluido dado, y M. Mekarski ha hecho posible el empleo del aire en los tranvías por medio de la calefacción del mismo, que permite utilizarlo con una gran dilatación.

Esta calefacción del aire, operada en el calentador, aumenta por de pronto su volumen y por ende el trabajo que puede producir: una calefacción de 273°, por ejemplo, duplicaría este trabajo. Además, el vapor arrastrado por el aire se condensa durante la dilatación de éste, y el calor latente que de este modo pone en libertad sirve para mantener este aire á una temperatura elevada, con lo cual se obtiene también un aumento de trabajo importante. Si, por ejemplo, la temperatura del aire en los cilindros permaneciese constante é igual á 273°, el trabajo que proporcionaría sería cerca de cuatro veces (exactamente tres y media) el que podría producirse teóricamente con igual peso de aire seco tomado á 0° que se dilatara igualmente hasta la presión atmosférica.

El volumen del agua y su temperatura inicial se calculan según el peso del aire consumido en cada viaje y de manera que la temperatura final del calentador sea todavía de 100° como mínimo á la llegada: de este modo, durante todo el viaje, la presión

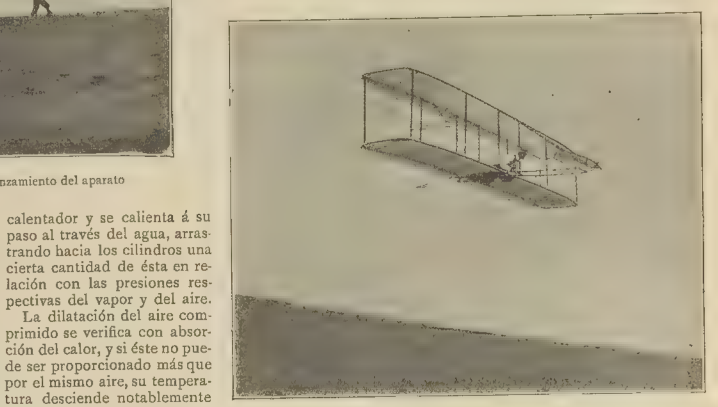


Fig. 2. – El aviador de los hermanos Wright en el aire

del aire y la del agua conservan una misma relación y la producción de la mezcla es absolutamente constante. En la estación de llegada se calienta de nuevo el calentador por medio de un chorro de vapor que se toma de una caldera fija, mientras se renueva también la provisión de aire comprimido.

En los últimos coches de la Compañía general de Omnibus de París (fig. 1), la calefacción del agua se realiza de una manera continua mediante un hogar dispuesto en el mismo calentador (fig. 2): así la temperatura del agua es constante, y para que la proporción de vapor sea siempre la misma en la mezcla que va á los cilindros motores, es preciso igualmente que la presión del aire sea constante en el calentador, resultado que se logra disponiendo en éste un dilatador en el sitio por donde llega el aire de los depósitos. Un regulador de palanca, del tipo empleado en las locomotoras de vapor, sirve además para regular la presión de la mezcla enviada á los cilindros.

El motor está dispuesto en cajones cerrados que

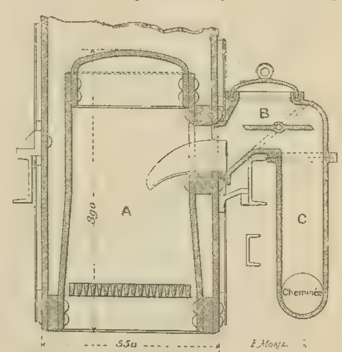


Fig. 2. – Caldera sistema Bonnefond
Sección para el hogar y la caja de humo

impiden que el polvo y el barro lleguen hasta las articulaciones y piezas de frotamiento.

En los coches de la línea Montrouge el aire comprimido está almacenado á la presión de 80 kilogra-

mos en depósitos longitudinales de una cabida total de 2.640 litros; el peso de aire que contienen es de 262 kilogramos á la temperatura de 15°, incluso el aire encerrado en el calentador. Siendo el consumo medio del aire de 13'8 kilogramos por kilómetro, pueden estos coches efectuar, sin nueva carga, un recorrido de más de 16 kilómetros, siendo aun de 12 kilogramos la presión en los depósitos al regreso. El consumo del coque del calentador es de 600 gramos por kilómetro.

El aire comprimido destinado á la alimentación de los coches de la línea de Montrouge, como de las de Passy, Auteuil y la Muette, se produce en una fábrica situada en Billancourt, junto al Sena, y unida á los diversos depósitos, paradas ó términos por canalizaciones de acero, una de las cuales, la de Montrouge, tiene una extensión de siete kilómetros. Esta fábrica comprende siete máquinas de vapor horizontales de triple expansión de 830 caballos indicados á 52 revoluciones y de 1.000 caballos á 65, cada una de las cuales hace funcionar un compresor de aire de tres fases y cinco cilindros. El compresor, que produce un kilogramo de aire por cada revolución de la máquina, ó sea 3.120 kilogramos por hora, desempeña un papel muy especial, pues no transforma la energía como una dinamo generatriz, sino que produce el transformador creando un potencial; pero este transformador es uno de los mejores que se conocen para la conversión de las calorías en kilográmetros. Las calorías así transformadas son las que proporcionan la energía utilizada por medio del motor de aire, ora sean las que persisten en el aire antes de la compresión, ora sean otras tomadas posteriormente de una procedencia exterior. En este último caso, que es el de los tranvías, se empieza por gastar algunos kilográmetros para hacer calorías que luego se pierden, y después otras calorías para hacer kilográmetros, pudiendo llegarse en esta segunda operación á una cifra muy aproximada á la que dió la primera, en sentido inverso, gastando la cantidad de calor correspondiente.

M. Mekarski cree que de este modo se puede llegar á obtener una proporción de 45 por 100 entre el trabajo restituído en los pistones de las automotrices y la potencia desarrollada en los pistones de la máquina de vapor de la fábrica. – R. P.



FIESTAS

CELEBRADAS EN SAN LUIS

(Estados Unidos)

En los tres primeros días de mayo se han celebrado en San Luis grandes fiestas para conmemorar el centenario de la adquisición de la Luisiana por los Estados Unidos. A ellas concurrió el presidente de la República M. Roosevelt y aprovechando su presencia se ha verificado la *dedication*, especie de toma de posesión, por el jefe del Estado de los edificios de la Exposición Universal que, como es sabido, ha de tener lugar el año próximo en San Luis.

En un edificio no terminado, cuyos andamiajes disimulaban multitud de banderas y escudos con los colores norteamericanos; subido á un estrado improvisado y en presencia del cuerpo diplomático y de representantes de todos los Estados de la Unión, Roosevelt pronunció un elocuente discurso recordando que los republicanos rescataron en 1803 aquella hermosa región que estaba en poder de Francia y que se extiende desde el Mississipí hasta las Montañas Rocosas, y ensalzando las construcciones de la exposición. – M.



FIESTAS CELEBRADAS EN SAN LUIS (ESTADOS UNIDOS)
El Presidente Roosevelt pronunciando un discurso en uno de los edificios de la futura exposición



Una desgracia, cuadro de José Jiménez Aranda. (Premiado con medalla de primera clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1890.)

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 8 de junio de 1903 — Núm. 1.116

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE

CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

Al dedicar en el número primero del corriente año un homenaje al excelente pintor español Moreno Carbonero, consignamos algunas noticias acerca de la labor por él realizada y la significación y tendencia que representan sus obras, según haya sido la época y período en que se produjeron. Observamos entonces que la empresa noblemente emprendida por nuestro ilustrado amigo, cual es la de interpretar cuadros, tipos y escenas de nuestra antigua y clásica literatura, ha contribuído á cimentar su reputación y á confirmar su personalidad. En esta clase de obras es en donde aparecen sus buenas cualidades de colorista y de concienzudo dibujante, manifestándose con todo el gracejo y humorismo que distinguía la vena castiza y ática de Goya, ó bien dando forma precisa y acertada á las creaciones de aquellos á quienes consideramos como astros de primera magnitud en el cielo purísimo de las letras patrias. Ahí, en este género de pintura, se ve claramente el carácter del pintor malagueño, ya que se muestra seducido por la belleza de los conceptos, alegre, burlón, apasionado de la luz y del color, obteniendo efectos admirables é interpretando con gallardía la escena ó el cuadro que se ha propuesto representar.

A esta clase de producciones corresponde el lienzo que reproducimos inspirado en las primeras páginas de la inmortal obra de Cervantes, digno compañero de algunos de los que nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores, representando diversas aventuras del héroe manchego. De análoga finalidad que los titulados *El carro de la muerte*, *La batalla del vizcaíno*, *El encuentro del rucio* y otros más, basta por sí solo para asignar á Moreno Carbonero una significación especialísima ese cuadro de la producción.

Cierto es que esta clase de obras corresponden á un ciclo especial, pero es innegable que entrañan un propósito noble y se ajustan, por su forma de interpretación, al asunto ó tema que las inspira, contribuyendo á alcanzar para el artista la consideración que merece aquel que logra singularizarse por el esfuerzo de su inteligencia.



LA PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE,

cuadro de José Moreno Carbonero

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimotercio de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y de qué hablar, si no hablamos de eso? Ya sé que es una conversación gastada y manoseada, y que con igual rapidez que ellos corren, se desvanece el recuerdo de sus carreras insensatas; ya sé que dentro de ocho días nadie se acordará de los inválidos del automovilismo..., pero ahora, en esta primer semana, ¿no es cierto que se impone el charloteo, los contradictorios pareceres respecto á la gran aventura internacional?

* * *

Como somos aún el país donde – exteriormente al menos – el quijotismo alienta, he oído á mucha gente censurar en primer término que la carrera haya tenido por objeto acreditar ciertas marcas de automóviles y proporcionar ganancia á ciertas casas constructoras.

¡Oh candor! ¿Pues acaso, en tiempo alguno, dejó de ser el interés el supremo *antropomóvil?*

Yo veo, en esa carrera desenfrenada, mortal, horrible, un símbolo ibseniano, algo que, en fuerza de representar bien la manera de ser de la humanidad, reviste poesía. La humanidad va á su ganancia por cima de los cuerpos palpitantes, de las carnes despedazadas, de la sangre vertida á raudales, del dolor, de las lágrimas, del propio decoro, de cuanto pudiera contenerla. Es humano que cada individuo prefiera hacer trizas el cuerpo del otro; pero, en juego el interés, también se arriesga el propio cuerpo sin reparo. Donde las dan las toman. Así fueron en la antigüedad, en la Edad media, en el Renacimiento, en la Edad moderna, las guerras todas: en el fondo, cuestiones de provecho y ventaja. Se batallaba, se moría, se vencía..., y á salir ganando; á lo que importa.

El automóvil es un combatiente. Lánzase á la palestra á desbancar á los demás vehículos, empezando por el ferrocarril. Los que anuncian el brillante porvenir reservado al automóvil, dicen que con él y por él se suprimirán las fronteras y se cambiará, por consecuencia, todo el estado político actual de Europa: vendremos á la soñada y apetecida federación de los Estados Unidos Europeos, á la supresión de las tarifas aduaneras y al más completo cosmopolitismo. El país que quiera conservar su aislamiento, tendrá que construir una especie de muralla de la China, y los ingleses ostentarán de nuevo, con orgullo, su característica excelencia: *Totus divisus orbe britanos.* Por algo no han querido ellos unirse al continente, lo cual, según fama, no les sería muy difícil, ya practicando un túnel submarino, ya construyendo un ciclópeo puente... ó arrecife artificial. Presentían esta tempestad de automovilismo que se nos ha venido encima, y aspiraban á conservar su esquiva libertad. Seguir siendo isleños, y desde su isla señorear el mundo: he ahí la aspiración de los ingleses, que acaso no se les logre, después de las recientes etapas de su historia, en que ha decaído su prestigio, descendido su crédito y quedado no muy bien parada su moralidad como nación. Mas no serán los automóviles los que entreguen á Inglaterra á merced de Europa: será mejor una marina como la que ya van poseyendo Rusia, Alemania é Italia, y que pone la ceniza en la frente á los de allende la Mancha, hasta hace poco señores, dueños y reyes de los mares.

* * *

Personalmente me son hasta repulsivos los automóviles. Huelen mal y su forma nunca es bella. Jamás tendrán la airosa, la gallarda silueta del coche tirado por caballos. Hacen desagradable ruido, y su velocidad vertiginosa no da tiempo á mirar el paisaje. Para ir despacio, el automóvil no conviene – tanto daría ir en coche; – y aprisa, dan idea de los medios de locomoción del alma que lleva el diablo. La indumentaria del automovilista no se pasa de simpática tampoco. Esas garitas de piel de foca ó de gato ruso; esas gafas y caretas de buzo y de explorador polar; esos guantes de oso; esos velos que quitan la respiración, dan idea del suplicio de viajar de esa manera. No hay, en automóvil, conversación ni intimidad posibles, así como no hay verdadero *tourismo*, pues se cruzan los países más hermosos y los puntos de vista más encantadores, sin poder volver la cara á mirarlos. ¡Oh silla de posta, silla de posta, que llevaste á Italia á Goethe, Lamartine y Byron, cómo te echa de menos mi fantasía; cómo á tu solo nombre se baña en claridades de luna, resplandores de sol, suavidades de amanecer y arreboles de ocaso!

* * *

En vez del retintín de tus cascabeles, del restallido del látigo de tus pintorescos postillones, del rincón de tu berlina donde descansaba el cuerpo y se recostaba la cabeza para dormir dulcemente, después de una jornada llena de impresiones de arte, lo que veo es una mecánica infernal que pasa como un rehilete; una especie de chocolatera-tromba, que se lanza ciega no sabemos adónde ni para qué, y que tripulan seres extraños, máscaras sombrías, de una comparsa fúnebre.

¿Cuánto tardará en detenerse súbitamente; ante qué clase de obstáculo se parará en seco? ¿Qué género de muerte espera á las máscaras? ¿Perecerán carbonizadas, cual las que ocupaban el automóvil que chocó en Bonneval contra la casilla del guardabarrera? ¿Proyectadas á un foso y descostilladas, cual Marcel Renault? ¿Con el pecho aplastado, como Richard? ¿Con el cráneo fracturado, como el joven Gastón Raffet? ¿Bajo el peso del vehículo, por asfixia, como el mecánico Normand?

No hay cosa más fácilmente prodigada que la vida humana. Dijérase que conocen los hijos de Adán el ningún precio de este único tesoro repartido al nacer á todas las criaturas. ¡El valor! ¿Qué es el valor, ocurre preguntar, ante esta prueba clarísima de que la vida se juega con indiferencia y hasta con empeño y ansia desmedida de jugarla? ¿Debe calificarse de valor, de heroísmo, el arranque y el disparo de los automóviles? ¿Es igual exponerse á un balazo por la patria, á un lanzazo por la fe, á una infección morbosa por la ciencia, que despeñarse, desnucarse, despedazarse, freirse, reventarse por *snobismo* ó por acreditar una marca de coche mecánico? ¿Se ha de llamar esto valor igualmente? ¿Dónde está la línea divisoria del valor y la insania?

* * *

Porque el caso es que, mientras la opinión se solivianta; mientras los gobiernos, bajo la presión de esa opinión, prohiben la carrera, los carreristas, indignados, indiferentes á las noticias lúgubres que llegan por telégrafo, sólo piden que se les permita continuar. ¿Qué es eso de quitarle á uno el gusto? ¿Qué tiene nadie que ver con que otro se haga trizas? Es fuerte cosa que en todo han de meterse los gobiernos.

No deploraríamos desgracia alguna – añaden – si en esta carrera la velocidad no se hubiese extremado más allá del lítime racional. Es evidente; pero la exageración de la velocidad caracteriza el deporte automovilista; sin la exageración de la velocidad, no ofrecería el automóvil atractivo para los deportistas. ¡La competencia! He visto mil veces el género de embriaguez que produce en los cocheros de profesión ó de afición. *¡Pasar delante!* Con tal de conseguirlo, enhorabuena se estrelle el coche. Y la rapidez, en sí misma, aun prescindiendo de la competencia, emborracha, fascina, atrae con la atracción de un perfume violento y tenaz.

Ello es que se ha aguado la fiesta por completo; que los elegantes han visto estropearse la emoción más honda y viva del año... Y entre paréntesis, ¿cómo era posible que se la prometiesen? ¿Cómo suponían que lo acaecido no iba á acaecer?

Sin ser profeta podía anunciarse. Para que la carrera se hubiese terminado en paz ó con un contingente de accidentes relativamente corto, era preciso que supusiésemos desde París á Madrid una carretera ideal, de cien metros de ancho, lisa como un salón de baile, y en la cual no entrasen ni los perros. Los perros sobre todo.

Estos por lo general inofensivos animales, que al paso de los coches se contentaban con ladrar, son causa de la mitad de los siniestros del automovilismo. El automóvil no les da tiempo á separarse: aturdidos, son arrollados; pero toman, antes de expirar, tremenda venganza, haciendo saltar el artefacto. Corrió la voz de que era preciso recoger á los perros, y la gente se dedicó en efecto á recogerlos aquí y acullá..., hasta donde es posible realizar tal empresa. Por muchos perros que se recogiesen y sujetasen, había de quedar alguno trasconejado, ¿quién lo duda? Mientras las carreteras no tengan á un lado y á otro tapias altas que sirvan de guardaperros...

* * *

Parece que en España se habían adoptado las precauciones necesarias para proteger la vida y seguridad de los automovilistas, con un acierto y una precisión superiores á lo hecho en Francia, donde se registran fatales imprudencias semejantes á las del paso á nivel. Los periódicos, sobre esta base, ensalzan á España y forman juicios muy lisonjeros respecto al estado de su cultura. Y es que no se dan cuenta (ni es fácil dársela, á no tener muy fija la atención en el fenómeno del carácter nacional) de que España es el país donde se hacen mejor las cosas... cuando quieren hacerse bien, y que el único inconveniente aquí es que, de cien casos en noventa y nueve, no se aplica la voluntad á hacerlas bien, ni aun á hacerlas. La gente española es tan apta como la que más: fáltale tan sólo aplicar, beneficiar y desarrollar plenamente, por el ejercicio, sus aptitudes. Siempre que no se ejercita la voluntad de un modo sistemático, se va, en momentos dados, al extremo; así como hay individuos impulsivos, hay pueblos, y en momentos dados, esos individuos y esos pueblos son capaces de las acciones más grandes y simpáticas. ¡Lástima grande de educación nacional en pueblos como España! Volvería á ser – con treinta años de intensa cultura – de los primeros del mundo.

* * *

Entre los carreristas figuraban varias señoras, y especialmente una, Madama Gart, de quien dicen los periódicos franceses que es una profesional del automovilismo. Bien está que haya deportistas con faldas, y que no se arredren. Por ese camino no especialmente va la mujer á obtener la plenitud de sus derechos, pero es un camino más, y la mujer, para reivindicar sus derechos, tiene que recorrer todos los caminos, pisar todas las sendas, intervenir en todo.

Lo altamente perjudicial á la mujer, lo que parece ardid de sus peores y más sañudos enemigos, es la reducción á un tipo único, la simplificación de su figura, la fundición de su individualidad en una sola turquesa. Es necesario á la mujer diversificarse, y por medio de la diversificación, destruir ese concepto funesto de que hay direcciones, actividades, manifestaciones, actos é ideas *impropios de una mujer.*

El día en que no parezca impropio de una mujer sino lo que también debe parecer impropio de un hombre (concepto general de la dignidad de la especie), la mujer estará redimida de las tradicionales inferioridades é injusticias que gravitan sobre ella.

Por eso me complace Madama Du Gart, en su auto, con sus velos tupidos, precipitándose á la carrera frenética, disputando el premio de la velocidad, riéndose de la muerte emboscada en los fosos, en los árboles y en las barreras del camino. Las mujeres son por lo menos tan valerosas como los hombres: lo que sucede es que se las ha habituado á mostrar como un encanto el miedo, que el varón se oculta como un estigma. Algún día se persuadirán de su fuerza moral, de su valor, y dejarán de coquetear haciéndose las apocadas. Cuestión de nervios.

EMILIA PARDO BAZÁN.



ALMAS Y CUERPOS

¡Qué dúos aquellos! La plaza era extensísima. Los balcones estaban juntos; podían hablar los novios sin que les interrumpiesen; entregarse á sus fantasías de muchachos. Regresaba él de la oficina con el pensamiento fijo en la ideal imagen; en la labor ruda de todo el día, no se apartaba de su imaginación tampoco aquella cabeza gentil, deliciosa, de ojos muy bellos, celestes, dulces como la luna.

Era muy raro; siempre estaba ella en el balcón regando sus flores cuando él se marchaba; siempre estaba ella en el balcón regando sus flores cuando él volvía. Yo os lo digo: pensaban los dos de buena fe que ella no salía al balcón todas las mañanas y todas las tardes para verle á él cuando marchaba y cuando volvía, sino á regar sus flores. ¡Oh amor, divino amor, que siempre has de ser ciego! Se amaban, sí. ¡Dulces niños!.. No sabíais que el primer amor es la primera amargura; que la primer caricia de los ojos es la primer gota de veneno que la sangre bebe; que el primer beso es la primera decepción, el primer paso que á la muerte se da. ¡Se amaban, se amaban!

En aquellas tardes de mayo, con el arrullo de las golondrinas, cuyos nidos colgaban próximos á sus cabezas, en la misma canal del tejado; sin preocuparse de aquel suelo que se perdía allá, en lo profundo, desde el balcón microscópico de un piso quinto; vigilados por la cigüeña, seriota é impasible, del torreón de enfrente; embriagándose el uno al otro con la mirada, con la frase; él, temblando, encendido de alegría; ella, temblando, encendida de rubor, y viéndose su cara solamente detrás de sus flores; separándose para seguir viéndose luego, viéndose también cuando no estaban juntos... Viéndose en el pensamiento, mutuamente, como dulces imágenes misteriosas, rodeadas de luz... De esta manera pasó el tiempo.

Allí se conocieron; en aquellos balcones altos, tan altos; allí, al despertar sus almas miráronse con recóndito, misterioso grito, á la vez que la primavera nacía, envolviéndolos amorosa, riente, en su ropaje vaporoso de colores. No se conocían; no se habían visto antes. Al cambiar desde sus balcones la primer mirada, quedó él aturdido, ella suspensa; y los dos inconscientemente dijeron á la vez, bajo, muy bajo, como un susurro de esos de las noches de estío, que no se sabe de dónde brotan, en las campiñas solitarias: «¡Sí, es ella!» «¡Sí, es él!» Y así, en un segundo, se vieron, se comprendieron, se amaron, entregáronse, en fin, de una vez, por entero, sin vacilar, como las almas generosas van al peligro: como los héroes van á la muerte.

¡Cosa singular! Desde que él vivía en aquella casa; desde que conocía á la mujer que tan cumplidamente le pudo cautivar, no la vió salir nunca; no la encontró en la calle tampoco. Decíaselo él, y ella sonreía, hablando de su poca afición á exhibirse; le gustaban más el hogar, su cuarto como una jaulita de oro, donde el sol se metía muy alegre todas las mañanas, como un amigo bueno. El la oía embelesado, y de su pecho escapábase todas las mañanas un profundo suspiro á la hora en que el sol, sin avisar, se metía con su risilla de oro en el cuarto de ella. Sí, suspiraba, envidiándole.

Quería verla; quería estar junto á la diosa de su ilusión, próximo..., más próximo; quería que los viesen juntos; que se detuviesen los transeuntes para admirarla á ella, para envidiarle á él; porque él lo sabía, nadie se lo dijo, pero sabía que el cuerpo, en razón del rostro, sería soberano, de belleza y majestad. ¡Oh, lo sabía bien! Y ella, oyéndole, abstraíase, puestas las manos en el barandal, y sintiendo sin darse cuenta exacta á la golondrina: aquella que bajaba todas las tardes desde su hueco del canalón á pedirla de comer picoteando su mano y mirándola siempre con sus ojillos brillantes de abalorios. La golondrina pedía... El amante pedía.... su corazón latía pidiendo algo también... ¡Oh, cómo pedían todos! Y ella, triste, ¿qué podía dar? Y miraba absorta, allá, en el torreón de enfrente, á la cigüeña, inmóvil, seriota, adusta. También pedía algo, mientras el amante hablaba... Pero gran Dios, ¿qué decía el amante?

Hablaba el amante, admirando su cabeza gentil, llena de bondad y ternura, de cabellos rubios, sedosos, como una mancha de aquel sol dorado y envidiado; de boca de correctísimo dibujo, fina, firme, imprimiendo en aquel rostro una dulce seriedad que hermanaba con su frente noble y pensadora. Veía su cabeza, su cuello blanco, mórbido, diáfano, y no veía más; el busto, la cintura, el cuerpo, en fin, ocultábanse detrás de las plantas y las macetas. Y siempre, al entonar el hombre su himno á la gran figura lumínica de la dulce diosa, ella sonreíase, triste, sin ver al amante, sin sentir á la golondrina, fijos los ojos con atención de sonámbula en la cigüeña, que permanecía allá, en lo alto, inmóvil, con su inmovilidad estúpida, llamándola..., llamándola sin cesar, para que emprendiesen juntos no sabía ella qué viaje misterioso y encantador, largo y eterno, allá por un país deslumbrante, lleno de estrellas, donde no había hombres curiosos y descontentadizos.

—¡Quiero verte! ¡Quiero verte!

Y ella reíase, pidiéndole calma. «¡Oh, no era cosa de tomarse prisa! ¡Era tan largo el tiempo! ¡Como que no habría ocasiones!..» Y reía, reía más.

Y luego, retirándose del balcón, la pobre mujer avanzaba trabajosamente, con sus piernas tullidas, haciendo al andar horribles contorsiones de cintura; iba hasta un espejo y contemplaba allí su rostro de ángel, y contemplaba después su cuerpo de espantosa deformidad, su espalda jibosa, sus brazos secos, raquíticos, todo su ser, en fin, como concebido por un monstruo en un segundo formidable de frenesí apocalíptico, y abortado y pisoteado al nacer por la pezuña macabra del monstruo mismo que la abortó. Veíase y caía sin fuerzas, febril, ahogándose su corazón de aquel amor que la consumía, llorando, sin protestar, su suerte infausta que á tal condición la quiso reducir. Lloraba, moribunda, de amor y espanto. Amor á todo..., á su amante, á sus golondrinas, á la cigüeña misteriosa del torreón, á la humanidad entera; y de espanto de sí misma, de espanto porque á nadie podía inspirar el sentimiento de ternura *por todo* en que su alma virgen consumíase. «El amor, el afán de aquel hombre adoradísimo, duraría lo que tardase en *verla;* en ver aquel triste cuerpo, en el cual soñaba como en la buena dicha. La decepción sería su muerte, como estaba su corazón muerto desde el instante en que el hombre *deseó más.* ¡Oh egoísmo brutal humano! ¿Por qué no la dejaban vivir, sin recordarle la espantosa deformidad de su cuerpo? ¿No estaba allí su cara? ¿No estaban en su cara sus ojos? ¿No estaba en sus ojos su alma, aquella alma santa, más peregrina y deslumbrante que los cuerpos de todas las reinas y de todas las diosas?»

Lloraba..., lloraba, fingiéndose al hombre amado allá, lejos, muy lejos, en una nube azul de llamitas blancas, y detrás de la nube, lejos, más lejos aún, á la cigüeña, como un imán fatídico, atrayéndola, con ímpetu violento, á los abismos del espacio, para volar allá, á lo último, donde nadie anhelara ver su cuerpo, aquel cuerpo que á ella misma hacíala morir de horror... Y salía risueña, dulce, á la otra mañana y á la otra tarde, á oir temblando los ardientes himnos de aquel alma joven, adoradora de la belleza; de aquel hombre entusiasta, loco, que esperaba hallar en el horrible cuerpo de la sin ventura, mueca brutal de la naturaleza, las líneas mágicas, enervadoras, hechizantes, de los cuerpos de las hadas y de las musas.

Ella oíale con esa calma precursora del no ser. Ella oíale, y al son del fogoso discurso, piaban los pájaros, sonaba, quejumbrosa, la campana de la torre... Y seguía, seguía el gran himno del hombre, no al alma, no á la divina diafanidad de aquel pobre rostro de virgen; al cuerpo: al cuerpo de majestades, de esplendentes, poderosas líneas, complemento á gusto de tan soberana mujer.

Y una vez, la campana sonó plañidera como nunca; la golondrina acarició sus manos, pidiéndola el alimento con más afán que nunca... La cigüeña, desde la torre, la miraba...¡La mirabal Y el amante, haciéndola estremecer, palpitar, morirse, decía:

—¡Vertel.. ¡Admirartel.. ¡Adorartel..

—¿Quieres verme..., ver mi cuerpo?, preguntó temblando, dulce, con palidez horrorosa, sin mirarle, mirando allá, al campanario, donde la cigüeña permanecía esperándola, esperándola siempre, muda, inmóvil, fatídica, como un signo faraónico que dibujó en el cielo misterioso pincel.

—¡Verte! ¿Cómo? ¿Dónde?, preguntó él, fogoso.

—¡Ahora! ¡Aquí!

Los pájaros piaban, revolviéndose en sus nidos; la golondrina levantó también el vuelo; la campana lanzó su última nota, la naturaleza entera pareció enmudecer en aquel segundo solemne de la vida de dos almas... Y en el gran silencio, la cigüeña pareció decir sin hablar, con voz que hendía los aires, sin embargo, como una tocata inmensa, de espantosos acordes: «¡Ven! ¡Ven!» Y levantando también el vuelo, se perdió en los espacios.

—¡Aquí!, repitió él, absorto. ¿Será posible?

—Toma mi mano.

Alargó él el brazo, cogió la mano maquinalmente con un secreto terror. «¡Terror! ¿Por qué?» El corazón se le hinchaba, como si su pecho fuese á estallar.

—¡Estréchala, estréchala mucho!, dijo ella.

La estrechó él... La mano fina y calenturienta se soltó de pronto de la mano del hombre; vió él, súbitamente, que la figura de la mujer erguíase, como una visión sobrenatural, omnipotente; se oyó un grito horrible; la mujer cogióse á la baranda, volteó, se lanzó al vacío y quedó despedazada en los pedruscos de la plazuela.

Al día siguiente no comió la golondrina. Al tocar la campana, volvió la cigüeña á la torre. ¿Adónde fué con la pobre almita de la jibosa? ¿La dejó quizás en aquel país misterioso, lleno de estrellas? El amante... ¡Ah, el amante! El tiempo es largo, muy largo; la pobre tullida lo dijo muchas veces. Además ¡hay tantas mujeres sin alma! ¡Hay tantos cuerpos deliciosos, seductores, como los de las hadas y los de las musas!

M. Martínez Barrionuevo.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

EL TESTAMENTO DEL FILÓSOFO

Con la cara compungida y vestido de luto riguroso, presentóseme la otra mañana en mi despacho Teófilo, el portero.

Sorprendióme la novedad del traje y del rostro, y hube de preguntarle qué desgracia de familia le había acaecido.

—Ninguna, á Dios sean dadas, señorito, replicó, porque yo no tengo á nadie en el mundo; pero gratitud obliga, y el que es bien nacido debe demostrarlo del modo que mejor pueda.

Y tras este exordio prosiguió:

—Voy de luto por D. Escolástico, ya sabe usted, el filósofo, como llamaban en la vecindad al señor que vivía en el segundo... Un gran hombre, señorito, dicho sea sin ánimo de ofender... Los que no le conocían, al verle siempre tan estiradote, tan serio, con cara de dolerle el estómago, le criticaban... Pero créame usted, D. Escolástico era un pedazo de pan con mucha miga... ¡Lo que tenía el hombre metido en el caletrel.. No se sabe lo que somos hasta que se nos trata... Y yo bien sé quién era el pobrecillo...

Figúrese usted: en los veinte años que ha vivido en la casa, yo he sido para él casi casi su madre, y no es *alabancia*, porque yo le limpiaba el cuarto, cuidaba de la ropa, le subía la comida y me entendía con el minino, y si el señor caía enfermo, Teófilo era una hermana de la caridad con pantalones.

Si no es por un servidor, D. Escolástico se muere el día menos pensado de hambre ó de cualquiera otra cosa; porque en mi vida he visto una persona que menos le importase nada de nada: si le subía la comida, comía; si le decía que había que comprar esto, lo otro ó lo de más allá, callaba como un bendito y me daba los cuartos...

Yo no sé qué hacía metido siempre en su gabinete; pero rara era la vez que no me lo encontraba como pintan á esos santos que están con las manos cruzadas mirando al cielo... Hablar, no hablaba; había que sacarle las palabras del cuerpo con sacacorchos... Era un señor muy embotellado en sí mismo, y todo lo de este mundo le traía sin cuidado...

En fin, señorito, usted disimule mi charla; pero tratándose de D. Escolástico no sé comprimirme y charlo por los codos.

—Charle usted cuanto guste, amigo Teófilo: me interesa muchísimo todo lo referente á ese señor filósofo.

—¡Y tan filósofo!, afirmó el portero entusiasmado; porque vamos á ver, señorito: ¿qué hombre que tiene un buen pasar, que es doctor en no sé cuántas cosas y no está mal de físico, vive como ha vivido D. Escolástico, solo como un hongo; sin tener amistades; sin gustarle nada de lo que á los demás nos gusta; sin fumar, sin ir al café, ni á paseo, ni enterarse de que en el mundo hay mujeres, ni tratarse con nadie, es decir, conmigo, que soy nadie?..

Y no hay que decir que fuera un pobretuco: de renta, según mis cálculos y los del notario que le administraba sus bienes, tenía quince mil pesetas al año heredadas de su padre: D. Escolástico no era avaro ni guardador de lo suyo: el dinero siempre lo tenía tirado por las mesas, y cuánto le pedía me lo daba sin chistar.

¡Pobre señor! Se ha portado conmigo como quien era: como un caballero rumboso y espléndido... Ya ve usted: me ha nombrado heredero universal suyo. ¡Qué hombre más agradecido!.. ¡Ni mi padre hubiera hecho otro tanto por mí!..

Aquí llevo copia del testamento y además un librico de apuntaciones que para mí es gringo lo que dice... Es lo único que he encontrado escrito en la casa.

Teófilo echó mano al bolsillo interior de la americana y sacó la copia del testamento y un cuaderno con tapas de tela.

—Usted, señorito, puede que saque algo en limpio de estas apuntaciones; quédese usted con ellas: se las regalo.

El portero dejó el libro sobre la mesa, y después de despedirse de mí y decirme que se iba á su pueblo á gozar en paz de la herencia del filósofo, salió de mi despacho.

Por momentos deseaba enterarme del contenido del cuaderno.

Un hombre tal como D. Escolástico, que había hecho su tránsito por el mundo de una manera tan rara, debía escribir de un modo original.

Con avidez, no exenta de emoción, empecé la lectura.

En la primera hoja se leía:

«*Mi testamento espiritual.*»

Salvando algunas páginas imposibles de hacerse públicas por su descarnado escepticismo, copio algo de lo mucho bueno que encerraba el testamento del ignorado filósofo.

Helo aquí:

«Puesto que es necesario vivir, vivamos, pero sin preocupaciones, libres de las doscientas mil chinchorrerías que á diario proporciona el tratar con el prójimo.

»Para esto hay un procedimiento infalible: aislarse del mundanal bullicio y encastillarse uno en su cuarto, por supuesto, sin tratarse con vecino alguno y menos aún con vecina.

»Los únicos seres animados que comparten mi soledad son el portero y un gato: ninguno de los dos me proporciona disgustos: el portero es una máquina, el gato un animal discretísimo: ni uno ni otro discurren lo suficiente para contrariarme ni preocuparme en nada; con dinero el hombre y con cordilla el gato viven satisfechos á mi lado, y si no me quieren, lo fingen..., y todo en el mundo es cuestión de apariencia.

»En la juventud embarqué en mi falucho excesiva carga de afectos, ambiciones, amistades, ilusiones, amoríos y estudios: al poco tiempo advertí que con aquella carga pronto zozobraría, á no hacer, en el caso más favorable, una travesía angustiosa y difícil: todos aquellos estorbos los arrojé de mi barca, y ésta surca desde entonces el mar de la vida con rumbo envidiable.

»Me considero el hombre más feliz del planeta, *á pesar* de tener camisa y otras superfluidades que no hacen al caso, pero sin las cuales sería peligroso presentarse en público.

»Mi felicidad consiste en que mi espíritu flota de continuo en una región serena y luminosa, alejado de las ruindades y del vivir prosaico y cicatero de la mayoría de los mortales.

»Estoy solo, completamente solo, y no me aburro en mi soledad: el aburrimiento es invención de unos pobres diablos que si no viven en sociedad les pasa lo que á los peces fuera de su elemento.

»Como no soy caprichoso y sé apreciar en lo que vale, es decir, en nada, el hervor de ambiciones, deseos y pasiones, mi independencia es absoluta, máxime que la renta heredada de mis padres me pone á cubierto de aguantar las mil y una impertinencias que hay que sufrir pata agenciarse el pan nuestro de cada día.

»He encontrado mi mejor goce en la lectura de unas cuantas docenas de libros, mis amigos más cariñosos, prudentes y avisados. Si los abandono no se enojan; los encuentro propicios si los busco: no pecan de versatilidad y ni me adulan ni me engañan.

»He huído, sin embargo, de las obras filosóficas: desde Platón á Nietzske, todos los filósofos me han hecho el efecto de ranas, que caídas como el resto de los mortales en la charca mundanal, quisieron volar como águilas hacia lo inaccesible: sus elucubraciones enfrían el espíritu.

»La amistad con el prójimo es moneda tan escasa que apenas se cotiza: su valor es inapreciable. Un «golfo» que encuentra una onza de oro se considerará dichoso: así el que tenga un amigo verdadero poseerá una fortuna... Yo confieso modestamente que jamás me he encontrado en el caso del «golfo» venturoso.

»El hombre que quiere ser dichoso, lo es. Como los globos de los niños que se ven sujetos por un hilo, así la humana felicidad... No queráis que el globo se remonte más allá de lo que le permite el hilo, porque os expondréis á perder el aeróstato en la inmensidad del espacio.

. . . .

»Como lo pasado es un cadáver y lo porvenir siempre es incierto, vivamos con lo único que nos pertenece: con lo presente; no os preocupéis de nada ni por nada: somos mundos pequeñitos que tenemos que recorrer una órbita por entre millares de ellos: si no queréis sufrir un choque, molestias ó averías, reducid vuestra órbita á las cuatro paredes de vuestra casa...»

Con estas palabras termina su testamento el filósofo y yo este artículo.

Alejandro Larrubiera.

FESTIVALES URUGUAYOS

La exaltación á la Presidencia de la República del Sr. D. José Batlle y Ordóñez, como primer magistrado del Uruguay, ha dado origen á festejos y regocijos públicos en la capital de aquel país, con los que se ha exteriorizado de un modo tan espontáneo como sincero la acogida favorable que la elección presidencial del Sr. Batlle ha merecido de sus compatriotas, sin distinción de círculos ni de partidos.

Entre esas fiestas, las dos cuyas vistas fotográficas ofrecemos á nuestros lectores, merced á la benevolencia del inteligente artista montevideano señor Fillat, merecen señalarse por su importancia social y política.

Una, fué la gran función de gala, dada por la compañía de ópera que trabajaba en el Politeama, en la noche del 18 de abril próximo pasado, ante un público selecto, y la otra, el magnífico banquete que, á la noche del día siguiente, celebróse en el hermoso teatro Solís. Esta última fiesta revistió caracteres de verdadera grandiosidad, por el fausto y lujo desplegados en el adorno del teatro y por el número de comensales, cuya cifra no era inferior á 400, y entre los que figuraban miembros de los Altos Poderes del Estado, del foro, del comercio, de la industria, del ejército y de la banca, tanto nacionales como extranjeros.

El banquete dado en honor del Excmo. Sr. Batlle recuerda, por sus proporciones y resonancias, la fiesta análoga que en el mismo teatro se dió en obsequio del Dr D. Julio Herrera y Obes, cuando en 1890 fué elegido para dirigir los destinos de su pueblo, y el festival con que, en 1901, fueron agasajados los representantes extranjeros que asistieron al último Congreso Latino Americano realizado en la capital del Uruguay.

La amplia y vistosa sala del hermoso coliseo montevideano había sido adornada con exquisito lujo, ofreciendo un golpe de vista verdaderamente regio. Al fondo del escenario destacábanse entre mil lamparillas eléctricas, artísticamente combinadas, tres grandes trofeos de banderas, entre los cuales el central ostentaba el escudo de armas de la nación. Grandes cortinajes de franjas celestes y blancas y guirnaldas revestían el resto de las paredes del escenario, desde cuyo techo derramaba oleadas de luz una estrella de lámparas eléctricas.

Los antepechos de los palcos estaban adornados con espléndidos ramos de flores, y los intercolumnios lucían follajes y bombitas y globos eléctricos multicolores.

Las mesas, dispuestas en forma de doble herradura, cerrada en sus extremos por los asientos que ocupaban el presidente de la República, los ministros de Estado y miembros del Superior Tribunal de Justicia, se extendían desde la entrada de la platea hasta el fondo del teatro.

Realzó la bellísima fiesta la presencia de las principales familias de la sociedad montevideana.

Entre los discursos pronunciados en dicho acto, merecen recordarse el del Sr. Presidente de la República y los de los conocidos hombres públicos del Uruguay doctores D. Martín Aguirre y D. Pablo De-María.

El Sr. Batlle y Ordóñez, en su discurso de contestación al del ciudadano que, en nombre de sus compatriotas, ofreció el banquete al presidente, dijo, después de observar que aquella demostración de simpatía ungíalo con el óleo de la adhesión popular y manifestaba evidentemente que su ascensión al poder no había sido el resultado de combinaciones hábiles ni de circunstancias fortuitas, sino la obra de la nación, «que correspondería á la confianza y á la adhesión de que me dais testimonio, esforzándome para que mi conducta de gobernante sea la continuación natural de mi conducta de ciudadano. Izaré en el gobierno la misma bandera que he hecho tremolar en la llanura. Me empeñaré en que no podáis acusarme de haber defraudado vuestras esperanzas, señalándome una contradicción entre el pasado y el presente. Seré consecuente con vosotros y conmigo mismo.»

Y terminó brindando *por la alianza de la opinión y del gobierno.*

Las declaraciones presidenciales, estruendosamente aplaudidas por los asistentes al banquete y por el numeroso público que llenaba el teatro, produjeron el mejor efecto en la opinión, al ser divulgadas, al día siguiente, por la prensa diaria.

Los ministros y representantes extranjeros acreditados cerca del gobierno uruguayo, figuraban entre los espectadores de aquella hermosa fiesta democrática, en la que fraternizaban hombres pertenecientes á los diferentes partidos en que se halla dividida la opinión pública en la República del Uruguay.

HISTORICUS.



REPUBLICA O. DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – Aspecto de la sala del teatro Politeama en la función de gala celebrada en la noche del 18 de abril último en honor del Presidente Sr. Batlle (de fotografía del Sr. Fillat)

REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – Banquete dado en honor del Presidente de la República Sr. Batlle en el teatro Solís, en la noche del 19 de abril último (de fotografía del Sr. Fillat)

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

Mientras Jorge Manrique, recordando la fastuosa grandeza de la corte de D. Juan II, lamentaba en sus inmortales *Coplas* el fallecimiento de tantos duques, marqueses y condes que habían llenado de ruido, con su poderío y su orgullo, el suelo de Castilla, he de exclamar yo como mantenedor de los últimos Juegos Florales de Colonia, en los que una reina bellísima, *la baronesa Gertrudis de Althaus*, esposa del *príncipe Jorge de Bentheim y Steinfurt*, elegida como reina de la fiesta por el joven poeta laureado con la flor natural Federico Castelle, me dirigió los versos más inspirados, quitándose la rosa más fragante de su diadema para regalármela como ofrenda gratísima con motivo de mis *días*, coincidiendo con la quinta celebración de los Juegos Florales de Colonia; he de exclamar yo, agradeciendo en el alma aquella prueba de cortesía: «¿Han vuelto los tiempos medioevales en que las reinas recompensaban con rosas á los cantores de su belleza?»



JUEGOS FLORALES DE COLONIA. – El Dr. Cristián Spielmann, archivero de Wiesbaden, que obtuvo el premio de S. M. D. Alfonso XIII (de fotografía de Carlos Schipper, de Wiesbaden)

Sí, los Juegos Florales son la escuela de la galantería, la academia del buen gusto; pero son también el lazo que une á Colonia con Barcelona, Zaragoza, Valencia y Monpeller, enlazándose los sin par claveles de la ciudad del Rat-Penat á las violetas de Colonia y á la preciosa cinta de Barcelona que adornaba el trono de nuestra reina gentil; son la fiesta de la poesía en la que Colonia corona á los vivos y la piadosa Barcelona hace la apoteosis hasta de sus ilustres finados, alcanzando *Mosén Cinto Verdaguer* (q. g. h.) en este año el premio de Patria, la englatina de oro, con su poesía titulada *Lo Parch.*

Todo contribuyó para hacer de los Juegos Florales del 3 de mayo la más hermosa solemnidad literaria de Colonia: D. Alfonso XIII y su augusta madre, y nuestras anteriores reinas de la fiesta la reina Isabel de Rumanía y la infanta doña Paz, nos obsequiaron con afectuosos telegramas, y esta última se dignó honrarme con un voto de gratulación dedicándome una sentida poesía escrita de su puño y letra, y nos mandó un delegado en la persona del simpático hijo del Uruguay el marqués Vaillant d'Arbois.

Los alcaldes y los consistorios de los mantenedores de Barcelona y Zaragoza nos remitieron saludos afectuosísimos; presenciaba nuestra fiesta y la embellecía con sus inspirados versos el cónsul general del Ecuador en Amberes D. José Frajano Mera, hijo del eminente poeta D. Juan León Mera; afamados vates habían salido airosos del certamen y se presentaban ante la reina más graciosa, rodeada de veintidós lindas jóvenes; ante una reina que era la encarnación de la poesía y dignísima heredera de las cuatro reinas que la habían precedido; ante una reina que no se limitaba á desempeñar un papel mudo, sino que hablaba en verso, impulsada por su inspiración de artista, por su entusiasmo innato, vitoreando á los poetas victoriosos y derramando el bálsamo del consuelo sobre los que no habían ganado ningún premio. En vista de una reina como Gertrudis, que se captaba todas las voluntades, se comprende fácilmente el deseo del dignísimo cónsul de España D. Nicasio Moral y Cañete de que la reina de la fiesta fuese en el día de su reinado reina efectiva.

Un antiguo militar prusiano, el capitán Schrader, demostraba que lo mismo que en España, donde el decano del ejército y de las letras, el ilustre director de la Real Academia Española D. Juan de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste, es el traductor de los grandes poemas italianos de Dante, Ariosto y Tasso, se hermanan también en Alemania la espada y la pluma.

El culto archivero de Wiesbaden, el doctor *Cristián Spielmann*, que tiene la vasta ilustración de los Marcelino Menéndez y Pelayo, hizo alarde una vez más de sus dotes poéticas, ganando con una bellísima balada ensalzando la confraternidad de los pueblos el premio de D. Alfonso XIII.



JUEGOS FLORALES DE COLONIA. - La baronesa-princesa Gertrudis de Althaus, Reina de la fiesta (de fotografía de Noffert, de Colonia)

El secretario particular de nuestro regio patrono, el *conde de Andino*, celebró en verso castellano en que brillaba su inspirado numen las glorias de Colonia, y una poetisa alemana, la escritora poliglota



JUEGOS FLORALES DE COLONIA. - GRUPO DE SEÑORITAS QUE FORMARON LA CORTE DE AMOR (de fotografía de Noffert, de Colonia)

Juana Baltz, se atrevió á cantar en inglés las bellezas de la metrópoli rhiniana, mereciendo el premio de una señora escocesa, mientras otra poetisa, Carlota Roesing de Franee, celebraba en sonoras estrofas la vida alegre del Rhin, y un capellán coloñés, que lleva un apellido español, Carlos Pagés, produjo el mayor entusiasmo al recitar su magnífica oda á Colonia.



BARCELONA. – Exposición y concurso de muñecas á beneficio del Asilo Cuna del Niño Jesús. – Muñecas premiadas (de fotografía de Adolfo Mas)

Los saludos poéticos que llegaban de todas partes de España, Provenza y Alemania, de Austria y Hungría, de Alejandría y Baltimore, de México, del Perú y de Chile, formaron un precioso ramillete de poesías uniéndose á las composiciones premiadas.

Orgullo de Colonia será siempre esta salutación sencilla cuanto encantadora con que coronaba nuestra fiesta la inimitable *infanta doña Paz:*

En mayo, cuando cantan los ruiseñores
Diciendo que el invierno llegó á su fin,
Con sus arpas al hombro los trovadores
Acuden á esa hermosa ciudad del Rhin.
Allí ensalzan lo bello, lo noble y bueno,
Olvidando las cosas que hacen sufrir.
Para un alma de artista es el terreno:
Puede extender las alas de su sentir.
El bien que eso nos hace es indecible.
¿Quién ese beneficio nos supo dar?
Un bardo que esa dicha tan apacible
Allá en los Pirineos supo apreciar.
En su tierra los Juegos ha trasplantado,
En Colonia florecen con esplendor.
Para siempre en su suelo se han arraigado,
Tributemos las gracias al fundador.
Poeta, quiera el cielo en este día
Colmarte de alegrías y bendición.
La plegaria ferviente no es sólo mía,
La formulamos todos de corazón.

¿Qué podría añadir yo á dichos versos de la ilustre moradora de Nymphenburgo sino un voto de gracias á la infanta doña Paz y el grito de mi alma ¡Viva España!

Ya ve Barcelona que Colonia continúa celebrando con entusiasmo la fiesta resucitada por D. Joaquín Rubió y Ors y D. Víctor Balaguer.

J. FASTENRATH.

Colonia, mayo, 1903.

EXPOSICIÓN
Y CONCURSO
DE MUÑECAS

Con objeto de allegar fondos para el sostenimiento del Asilo Cuna del Niño Jesús, institución caritativa que honra á Barcelona, las señoras que componen su Junta Directiva concibieron la idea de organizar una exposición, concurso y tómbola de muñecas. Dada la posición que aquellas damas ocupan en nuestra sociedad y lo simpático del pensamiento, era de presumir que el mayor éxito coronaría su proyecto; pero hemos de confesar que el resultado ha sido superior á cuanto podía esperarse, así por el número y calidad de las muñecas regaladas como por la cantidad que la tómbola ha producido.

La exposición se ha celebrado en lo que fué restaurant del Parque y el aspecto que ofrecían aquellas instalaciones era verdaderamente encantador: el número de muñecas expuestas era de más de 500, la inmensa mayoría de las cuales se distinguían por su riqueza unas, por su originalidad otras, por la propiedad de la indumentaria muchas: y en su distribución y agrupación había presidido el mejor acierto, adivinándose la mano de quienes son maestras consumadas en punto á elegancia y buen gusto.

La instalación más numerosa era la de los bebés, de los cuales los había de todos tamaños y clases, desde el diminuto envuelto en ricos pañales y colocado en linda almohada ó metido en bellísimo cochecito, hasta los de estatura casi natural ataviados con los más lindos y lujosos trajes.

Imposible es citar todas las muñecas que en los otros grupos atraían la atención, pues la lista se haría interminable; por esta razón hemos de limitarnos á mencionar solamente las más notables. Entre las que vestían trajes de época, sobresalían una emperatriz Teodora, un paje florentino, un Luis XVI y una María Antonieta, una dama del tiempo del Directorio, una Ana de Austria, una Ana de Cleves, una María Estuardo, una Roxana, una dama Luis XVIII, un mosquetero, un coracero francés, un Velázquez, un Cristóbal Colón, una Madame de Pompadour, un Luis XV, una Salambó, una castellana de la Edad media y una dama modernista.

El teatro estaba representado por una Hansel y una Gretel, varias Africanas, una Mimí, una Eva y una Magdalena de *Los maestros cantores,* una Mignón y una Elena de *Mefistófeles,* varios Aiglón, algunas Viejecitas una Suzel, una charra, una Carmen y una Kate Greenway; la novela, por una Madame Crisantheme.



BARCELONA. – Exposición y concurso de muñecas á beneficio del Asilo Cuna del Niño Jesús
Muñecas premiadas (de fotografía de Adolfo Mas)

Por sus trajes de sociedad, eran dignas de admiración una Parisiense, una señora de luto, otra en traje de Jueves Santo, una en traje de corte y varias ataviadas con lujosos vestidos de baile.

Los personajes de Circo Ecuestre formaban una instalación especial, en la que se veían una domadora con sus elefantes, varias amazonas y multitud de *clowns* de todos colores y fachas.

Constituían también grupos especiales un bautizo, los gigantes de nuestra ciudad seguidos del típico macero de nuestra catedral y un parterre en donde jugaban multitud de bebés á cual más hermoso.

Entre las demás haremos mención de las siguientes: chula copiada del anuncio del Anís del Mono, valenciana, torero, niño en la procesión, la personificación de los *Droits de la femme,* amapola, dibujante inglesa, criolla de la Martinica, aldeana de los Pirineos, pescadora, china, pastora, marinera, guía en Aguas Buenas, pareja mallorquina, leñadora, murciana, ostrera de Arcachón, cazadora, bañista, monaguillo, arlequín, vendedora de flores, cocinero, la Primavera, el Otoño, bohemia, gomoso, vendedor de periódicos, marinero inglés, *soubrette,* payesa, *pierrette,* jardinero, aldeana suiza, turca, estudiante, Cataluña, Caridad, monja, rusa, napolitana.

La exposición ha sido muy visitada, reuniéndose en ella todas las tardes una concurrencia tan numerosa como escogida, que en pocos días agotó los millares de papeletas de la tómbola.

Las muñecas premiadas han sido: Dama de la época del Directorio, de la Srta. Tejada; los Gigantes, de las Srtas. de Vigo; Macero de la Catedral, de doña Camila Fabra de Vigo; Eva, de *Los maestros cantores,* de doña Montserrate Boada de Vidal; Bebé, de D. José Mansana; Charra, de la Sra. Cruzado; Tipo parisiense, de la marquesa de Santa Isabel; Muñeca en traje de sociedad, de doña Julia Manjarrés de Henrich; y Tipo modernista, de doña María C., viuda de Gibert.

Los premios consistían en bellísimas acuarelas originales y regalo de la Sra. Farreras y de los señores Larraga, Tolosa, Alcázar, Llauradó y Gual y un cuadro al óleo del Sr. Utrillo. – S.



BARCELONA. – Exposición y concurso de muñecas á beneficio del Asilo Cuna del Niño Jesús. – Muñecas fuera de concurso (de fotografía de Adolfo Mas)



«HÁGASE TU VOLUNTAD,» cuadro de Walter Firle que forma parte del tríptico «El Padre Nuestro,» existente en la Nueva Pinacoteca de Munich

(reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín)

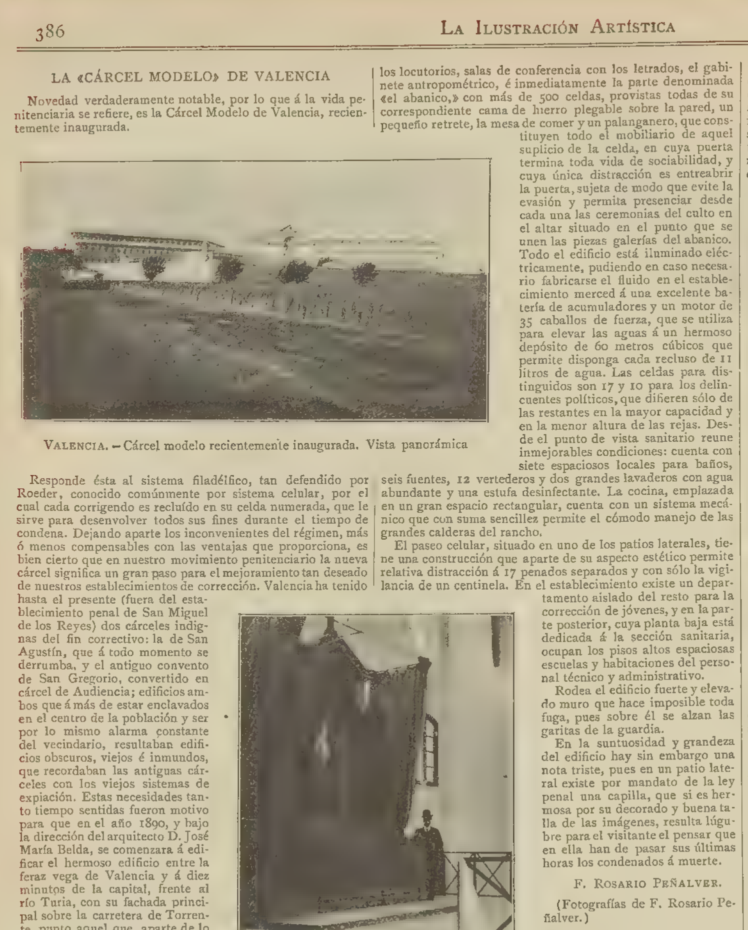


«PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS,» cuadro de Walter Firle que forma parte del tríptico existente en la Nueva Pinacoteca de Munich

(reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín)

LA «CÁRCEL MODELO» DE VALENCIA

Novedad verdaderamente notable, por lo que á la vida penitenciaria se refiere, es la Cárcel Modelo de Valencia, recientemente inaugurada.



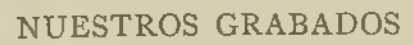
VALENCIA. – Cárcel modelo recientemente inaugurada. Vista panorámica

Responde ésta al sistema filadélfico, tan defendido por Roeder, conocido comúnmente por sistema celular, por el cual cada corrigendo es recluído en su celda numerada, que le sirve para desenvolver todos sus fines durante el tiempo de condena. Dejando aparte los inconvenientes del régimen, más ó menos compensables con las ventajas que proporciona, es bien cierto que en nuestro movimiento penitenciario la nueva cárcel significa un gran paso para el mejoramiento tan deseado de nuestros establecimientos de corrección. Valencia ha tenido hasta el presente (fuera del establecimiento penal de San Miguel de los Reyes) dos cárceles indignas del fin correctivo: la de San Agustín, que á todo momento se derrumba, y el antiguo convento de San Gregorio, convertido en cárcel de Audiencia; edificios ambos que á más de estar enclavados en el centro de la población y ser por lo mismo alarma constante del vecindario, resultaban edificios obscuros, viejos é inmundos, que recordaban las antiguas cárceles con los viejos sistemas de expiación. Estas necesidades tanto tiempo sentidas fueron motivo para que en el año 1890, y bajo la dirección del arquitecto D. José María Belda, se comenzara á edificar el hermoso edificio entre la feraz vega de Valencia y á diez minutos de la capital, frente al río Turia, con su fachada principal sobre la carretera de Torrente, punto aquel que, aparte de lo pintoresco en que se encuentra, reune inmejorables condiciones higiénicas y aislado en forma que no perjudica á vecinos en ningún caso anormal. Tan costosa labor terminó el año 1901, resultando un edificio suntuoso que acredita á su arquitecto, pues aun cuando el plano es análogo al de la Cárcel Modelo de Madrid, su exterior es más agradable, y bien merece los gastos que así el Estado como la provincia y municipio han tenido que realizar.

VALENCIA. – Cárcel modelo. La capilla

A la grandiosidad exterior corresponde con creces lo bien acondicionado de sus dependencias. Las habitaciones de las guardias militar y del personal del establecimiento ocupan el primer cuerpo de edificio con sus espaciosos departamentos; á continuación de éstas y separados por un patio, se encuentran los locutorios, salas de conferencia con los letrados, el gabinete autropométrico, é inmediatamente la parte denominada «el abanico,» con más de 500 celdas, provistas todas de su correspondiente cama de hierro plegable sobre la pared, un pequeño retrete, la mesa de comer y un palanganero, que constituyen todo el mobiliario de aquel suplicio de la celda, en cuya puerta termina toda vida de sociabilidad, y cuya única distracción es entreabrir la puerta, sujeta de modo que evite la evasión y permita presenciar desde cada una las ceremonias del culto en el altar situado en el punto que se unen las piezas galerías del abanico. Todo el edificio está iluminado eléctricamente, pudiendo en caso necesario fabricarse el fluido en el establecimiento merced á una excelente batería de acumuladores y un motor de 35 caballos de fuerza, que se utiliza para elevar las aguas á un hermoso depósito de 60 metros cúbicos que permite disponga cada recluso de 11 litros de agua. Las celdas para distinguidos son 17 y 10 para los delincuentes políticos, que difieren sólo de las restantes en la mayor capacidad y en la menor altura de las rejas. Desde el punto de vista sanitario reune inmejorables condiciones: cuenta con siete espaciosos locales para baños, seis fuentes, 12 vertederos y dos grandes lavaderos con agua abundante y una estufa desinfectante. La cocina, emplazada en un gran espacio rectangular, cuenta con un sistema mecánico que con suma sencillez permite el cómodo manejo de las grandes calderas del rancho.

El paseo celular, situado en uno de los patios laterales, tiene una construcción que aparte de su aspecto estético permite relativa distracción á 17 penados separados y con sólo la vigilancia de un centinela. En el establecimiento existe un departamento aislado del resto para la corrección de jóvenes, y en la parte posterior, cuya planta baja está dedicada á la sección sanitaria, ocupan los pisos altos espaciosas escuelas y habitaciones del personal técnico y administrativo.



Rodea el edificio fuerte y elevado muro que hace imposible toda fuga, pues sobre él se alzan las garitas de la guardia.

En la suntuosidad y grandeza del edificio hay sin embargo una nota triste, pues en un patio lateral existe por mandato de la ley penal una capilla, que si es hermosa por su decorado y buena talla de las imágenes, resulta lúgubre para el visitante el pensar que en ella han de pasar sus últimas horas los condenados á muerte.

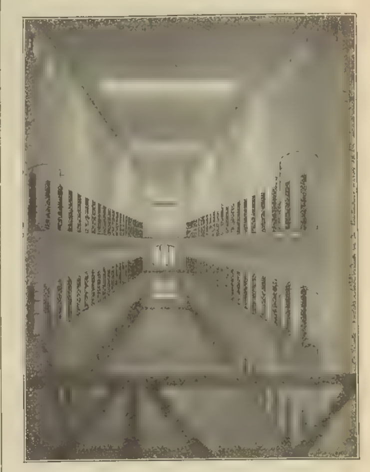
F. ROSARIO PEÑALVER.

(Fotografías de F. Rosario Peñalver.)

VALENCIA. – Cárcel modelo. Paseo celular

NUESTROS GRABADOS

El Padre Nuestro, cuadros de Walter Firle. – Hace diez años, entre las numerosas obras que figuraban en la exposición de bellas artes de Munich llamó principalmente la atención un gran tríptico de Walter Firle que representaba de una manera admirable tres de los principales conceptos de la hermosa oración que llamamos el Padre Nuestro, por medio de tres escenas tomadas de la vida de actualidad. Aquella pintura fué adquirida por la Nueva Pinacoteca de la capital bávara, y á pesar del tiempo transcurrido, cuantos visitan aquel museo siéntense hondamente impresionados ante las tres composiciones que, aparte de sus bellezas como obra de dibujo y de color, son una ilustración conmovedora de la historia social, y no sólo de la contemporánea, sino de la de todos los tiempos, pues la idea que las informa á todas las épocas puede aplicarse. Los dos lienzos que en el presente número reproducimos expresan el «Hágase tu voluntad» y el «Perdónanos nuestras deudas» de la oración mentada: en el primero, una madre, abatida por el dolor, pero no desesperada, porque la resignación cristiana la sostiene, llora junto al cadáver de su hija; en el segundo, una hija culpable regresa al hogar de sus padres cuya honra ha mancillado y cuyo perdón espera. En ambos el artista se ha mostrado pensador profundo y pintor de extraordinaria valía; cada una de sus figuras es un modelo de expresión que se traduce maravillosamente en su rostro y en su actitud; en ellas hay un alma que siente, y palpita la vida, no sólo física, sino moral. Por esto produce la obra de Walter Firle esa impresión intensísima que jamás se borra; por esto merece clasificarse entre aquellas producciones que sobreviven á sus autores y á la época en que se hicieron, porque son eminentemente humanas y porque el autor ha encontrado la nota técnica justa para ofrecerlas á nuestra admiración.



VALENCIA. – Cárcel modelo. La galería del abanico

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhard *La damnation du Faust*, de Berlioz, arreglada por Raúl Gunsburg para ser representada en el teatro.

Barcelona. – En el teatro Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Gente de mar*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Pedro Sañudo, música del maestro Cotó (hijo).

Necrología.—Han fallecido:

Ida Gebeschus, notable escritora alemana que escribió especialmente sobre arte musical.

Salomón Hirschfelder, pintor de género alemán.

Guillermo Kyhn, paisista danés

Luis Arditi, notable músico italiano.

José Nieriker, celebrado dibujante alemán.

Isabel Reuter, pintora alemana.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 327, POR A. NOWOTNY.

NEGRAS (11 piezas)

BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 326, POR J. MOLLER.

Blancas.	Negras.
1. De2–d1	1. Ta5×c5 ó a4
2. Cd4–c6	2. Cualquiera.
3. Dd1–d4 ó f3 mate.	

VARIANTES.

1...... Ta5–b5; 2. Cd4×b5, etc.
1...... Ta5–a3; 2. Cd4–b3, etc.
1...... Ta5×a2; 2. Cd4–c2, etc.
1...... Rf4–e3; 2. Cd4–e2, etc.
1...... Rf4–e5; 2. Cd4–f3 jaq., etc.
1...... g6×f5; 2. Cd4×f5, etc.
1...... Ad7×e6; 2. Cd4×e6 jaq., etc.
1...... Rf4–e4; 2. Cd4–b3 ó e2, etc.

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)



Y se lanzó hacia el criado, el latiguillo en alto

Por eso mismo la condenaba con entero conocimiento de causa. ¡Sufrir! Todos estamos obligados á *sufrir con paciencia*..., vulgar catecismo que todos sabemos de memoria de chicos y olvidamos de mayorcitos, y así tenía él que repetir cosas tan viejas, que de puro viejas parecían nuevas para ella; cosas que andan en todos los libros de devoción y por ser obra de la experiencia olían así como á refranesco ó perogrullada. Pues qué, ¿creía que no había más que ponerse el traje de novia y lucirlo en la ceremonia, y recibir los regalitos y las felicitaciones? ¡Bah! No se casó con los ojos cerrados, sin embargo; bien sabía lo que se hacía y á lo que se comprometía. ¿O era que las prendas físicas del marido no acabaron de gustarle, y le hubiera deseado más alto, más rubio y más guapo? ¿Acaso los maridos se fabrican á capricho y los caracteres se modelan á torno? ¿Dónde está la tienda en que se venden estos juguetes para las señoritas románticas? ¡Sufrir! Ahí se las dieran todas: ¡con fincas magníficas, viviendo en palacios! ¡Se sufre en la miseria, con hambre y sin ropa! La riqueza no puede ser fea, por cualquier costado que se la mire, y su yugo no pesa más que una pluma. ¡Vaya, vaya! Pues ya tenía para rato: los locos, por lo general, como no sienten ni padecen, viven más que los cuerdos, y antes había de morirse ella de tedio que su marido; no podría echar el pie fuera de la puerta, ni distraerse en nada lícito fuera de casa, porque su situación se lo impedía: ¡todo lo más, á misa los domingos, y gracias! Bueno: esto mismo, esta tiranía de los usos, este vasallaje de la fatalidad, no valía más soportarlo al lado de los Esquendo...

Hizo Victoria un gesto de horror, y Ladislao se exaltó de nuevo y gritó furibundo:

– ¡Eres como una roca! Nada te conmueve ni te convence. No extraño, te digo que no extraño el batacazo que has dado...

Afortunadamente entró doña Mónica con el caldo y el Jerez. De una ojeada adivinó lo que ocurría, y cortó por lo sano haciendo levantar á Victoria.

– Ven, hija, vamos á tu cuartito, que debes hallarte muy cansada. Allí tomarás tu caldo á gusto. ¿Qué es eso? ¿Lagrimitas?

Y por el camino iba susurrándola:

– ¿Qué? ¿Ya te la soltó? ¿Qué pretendía el zángano, el desconsiderado? ¿Que te volvieras loca tú también ó te dejaras desollar por la *Nerona*? No le hagas caso... Ya me contarás, Victoria, ce por be los últimos sucesos de *La Justa* esa que ojalá la parta un rayo. ¿Cómo habrán sido, que te veo aquí y no doy crédito á lo que veo?

Entró Victoria en su alcoba y se sentó con languidez, trastornada por la violentísima escena fraternal. Doña Mónica la puso una servilleta sobre la falda, entregándole la taza del substancioso y dorado líquido, que la joven probó primero y ansiosamente bebió luego, mezclado con pequeñas rebanabas de pan. Comía y mirábalo todo, los muebles, las paredes. ¡Qué raro se le hacía encontrarse allí! ¿Era un sueño?

Preguntó por *Boy*, y la dijo doña Mónica que se había acostado ya en su caseta de la terraza, muy contento; sin duda, la cama de *La Justa* no le agradaba tanto, si es que cama le ponían al pobrecito.

– ¡Qué caldo más bueno, Mónica!, murmuró Victoria apurando la taza, y ¡qué pan! ¡Hace mucho tiempo que no pasaba un bocado á gusto! ¡Y qué bien voy á dormir! ¡Hace mucho tiempo que no descanso! ¡Ay!

– ¡Lo creo, lo creo! Así estás. Toma ahora la copita de Jerez y acuéstate. Mañana charlaremos...

Dejóse Victoria, como un niño, que la zarandearan, la desnudaran y la acostaran. Apagaron la luz... Las palabras airadas de Ladislao zumbaban sobre la cariñosa almohada de plumas; pero la joven, en el embotamiento de tan grandes emociones, se adormecía feliz y tranquila, sola, bajo el blanco dosel de su lecho de soltera.

¡Y qué bien durmió! A la mañana siguiente la halló doña Mónica, ya vestida, detrás de los cristales del balcón, mirando el río y el movimiento del puerto, como si jamás lo hubiera visto...

Así reanudó su vida anterior, colegiala en asueto, que de severo pupilaje vuelve á la casa paterna y halla nuevos goces en sus entretenimientos favoritos. Sus pájaros y sus flores, sus queridos autores ingleses, el *Shakespeare* de lujo, el *Byron* encuadernado en piel de Rusia, la serie completa de Wálter Scott, la distrajeron y conmovieron como antaño; figurábase que había recobrado el sentido, después de un sueño cataléptico de dos meses: su boda y su estancia en *La Justa* un paréntesis, un calderón interrumpiendo el curso normal de su existencia, que, como el arroyo sortea el obstáculo y continúa su marcha, tornaba á deslizarse mansamente.

Tuvo Ladislao el buen acuerdo de no tocar más el punto delicado y respetar la paz de que ahora disfrutaba. Poco á poco iban renovándose los perdidos colores y renacía la salud, á pesar del enclaustramiento á que se veía reducida; pero ¿con qué comparar la satisfacción del libre ejercicio del albedrío? ¿Cómo encomiar el ansia con que el espíritu se bañaba en el ambiente que le era propio? Prisionero que en obscura mazmorra ha estado largo tiempo y mira al sol, Victoria sentía la belleza de la luz y de la vida.

Cuando doña Mónica hacía imprudente memoria de lo pasado:

– No sé, ya no me acuerdo, contestaba con rápido fruncir de las cejas doradas. ¿De veras? Me imagino que nunca he salido de Barracas y que aquello..., aquello nunca ha existido, ni he conocido yo á esas personas que nombras...

Dos veces estuvo en este mes D. Fabio á visitarla, y estas visitas, aunque mucho apreciaba al bondadoso tío, como la traían á la realidad, la descomponían y entristecían bastante. La daba D. Fabio noticias de Josecito, que estaba tan ricamente en la casa de salud, muy bien atendido, y si no ofrecía grandes esperanzas de curación, se había calmado mucho y sus accesos nerviosos eran cada vez menos frecuentes; decían los médicos que, de no curarse por completo, pues en estos casos todo pronóstico parece aventurado, declinaría su enfermedad en monomanía pacífica. Lo cierto es que sólo en dos ocasiones tuvieron que ponerle la camisa de fuerza; por lo general se pasaba el tiempo echado, silencioso, y costaba mucho hacer que paseara en el hermoso jardín del establecimiento. Ahora no, porque los médicos temían que la vista de la familia le produjera algún recargo, si no daño grave, pero cuando la ciencia consintiera, irían á verle.

– Sí, tío Fabio, iremos, contestaba Victoria suspirando; usted me avisará. ¡Pobre Josecito!

A otro género de noticias solía correrse D. Fabio: que las otras, la madre y la cuñada, pensaban quedarse en *La Justa* hasta fines de mayo, que ya habían tomado nuevo capellán y nueva maestra... Victoria demostraba entonces su disgusto de modo que obligaba á D. Fabio á meter violín en bolsa.

– Bueno, hija, ¡cuidado con el bociquito! Hasta otra, si es que me permites volver...

– ¡Que si se lo permito!, decía la joven con ternura, ¡se lo ruego!

Le acompañaba hasta la terraza, le despedía luego con la mano tras de los cristales, y el día entero, ensimismada, pensaba en *aquello*, en el horrible pasado que podía volver, muerto que se alza de la tumba, sólo con que hiciera Dios el milagro de curar á Josecito. ¡Ay! ¡No estaba libre, no; fuerte cadena la ligaba á la odiada familia; no era ella la de antaño, aunque á su alma virgen, flores, pájaros y libros dijeran las mismas cosas!

Por absoluta que fuese la sistemática discreción de Ladislao, estas visitas de D. Fabio habían de reavivar el hondo desagrado que, en cierta manera, le

apartaba de toda afectuosa comunicación con la hermana, y traducirse en gesto ó alusión suficientes para aumentar el de ella, más hondo todavía; de modo que poca gracia le hacía á Victoria la visita del tío, que así la despertaba de su hermoso sueño.

Tres veces más tornó en febrero, siempre con noticias iguales, y dos en mayo, la primera con la de una recaída de Josecito, y la segunda con la de la nueva mejoría y la instalación de la familia en su palacio de la calle de la Victoria.

Cuando Ladislao supo esto último, no lo comentó con indirectas, sino con frase cruel y explícita.

– Si no fueras tú... quien eres, instalada también estarías allí. ¡Has preferido la Barraca, tu perro y tu Mónica!, no digo tu hermano, porque para el caso que has hecho de sus consejos...

Y le dió la espalda, rehuyendo polémicas innecesarias. La joven le miraba alejarse, y lastimada de su injusticia lloraba silenciosamente. ¡Su perro y su Mónica! ¡No tenía, pues, otra cosa en el mundo!

A veces, en el deseo de distraerla, que sus pesares y su encierro determinaban penosamente en doña Mónica, montadas las gafas y junto á la ventana de la sala, con trabajoso descifrar de nombres y risibles trabucamientos, la leía periódicos, por lo general *El Cotidiano* de la tarde, cuya crónica de sociedad apuraba hasta la última letra. Aquel maremágnum elegante en que soñó un día andar mezclada, gracias al escudo de Esquendo, y (dígase la verdad entera, que la frivolidad no es pecado, sino defecto, generador probable de pecados, eso sí, y como tal digna de vituperio) fué la causa principal de su cobarde capitulación, tanta fiesta, bailes, teatros y comidas, pintura de trajes, chismes de mejor ó de peor gusto entretenían á Victoria, no al igual de su Shakespeare, pero como agrada al paladar un sutil merengue ó el inofensivo chupar de un caramelo.

Y leyendo doña Mónica una tarde, de la gacetilla pasó á los sucesos y á otras secciones que, comúnmente, no llamaban su atención, encontrando tres noticias que, como las de D. Fabio, la hicieron á Victoria cavilar y entristecerse cada una por idéntico motivo, aunque fueran distintas las tres y nada tuvieran que ver la una con la otra: anunciaba la primera que D. Celedonio Armero había sido nombrado cura párroco de Las Piedras, en reemplazo de aquel padre Clavel, ya finado; la segunda que la señorita doña Clotilde Paces había sido nombrada directora de la escuela municipal número tantos de la capital, y la tercera que Alejo Pardales se casaba, ¿con quién?, ¿con Clotilde, el amoroso afán de su juventud, el dulce tormento de sus ocios trigaleños? No, con otra, una fulana (la señora no entendía el apellido, extranjero de fijo), que debía de ser más agraciada de dotes de fortuna que de dotes poéticas.

¡D. Celedonio, Clotilde, Alejo Pardales! ¡Alejo Pardales, el mozalbete mezclado fatalmente á su destino, cuya influencia, desconocida de él mismo, puso remate singular al drama de *La Justa!* Victoria doblaba el periódico... Y veía la torre de Clotilde, donde se refugiaba en sus momentos de extenuación moral, y hurgando en la cajita de sándalo se contagiaba con el erótico lirismo de la maestra, ella, la pobre muñeca de carne, que no sabía amar ni llegaría nunca á aprenderlo, y vestía á su ideal caballero, tal como ella le deseara, con casco de plumas y armadura de plata, Lohengrin que así se hubiera pasado años y años apuntando al río con su catalejo no le vería aparecer montado en el cisne blanco. ¡Qué risa! ¡Cuánta pamplina! Alejo casado con otra, sugestionado también por la madre ó por el padre, sacrificando el amor en aras del interés con frescura y falta de aprensión admirables; Clotilde en su escuela, resignada, sin duda, consolada, tal vez, con la nueva prebenda y acaso curada de sus delirios, sus vehementes ansias y sus esperanzas locas que conmovieron á las mismas estrellas... ¿Tendría razón Ladislao? ¿Ser *práctica* sería lo mismo que ser *feliz?* Y si era sublime bobería soñar con Lohengrines que á lo mejor resultan Alejos vulgarísimos, ¿no había ella realmente desperdiciado la propia felicidad con rebeldías y repugnancias infantiles, haciendo hincapié en nonadas pasajeras, mirándole el pelo á su marido, que forrado en oro estaba?..

Como la pensión daba para todo, á principios de abril se cambió el modestísimo ajuar del comedor, se refrescaron la sala y el despacho de Ladislao, compráronse hermosas bruselas y terciopelos en substitución de las gastadas moquetas y se llevaron á cabo otras reformas de lujo y de comodidad interior, en la posición de la señora de Esquendo indispensables. También se tomó coche, una bonita berlina á tronco, para que Victoria paseara, esto de acuerdo con D. Fabio, y según barruntos, con el beneplácito de misia Justa, que, aunque de lejos, vigilaba la conducta de su nieta política y seguramente cerraría la bolsa si no se conducía con la corrección debida.

La que tan exagerada era de parte de Victoria, que el encierro y la falta de aire, con los demás motivos que concurrían á su infelicidad, apagaron de nuevo sus colores, y si no llegó á enfermar, privada de sus varoniles caminatas á la inglesa, fué porque D. Fabio imaginó aquellos paseos en carruaje, con las cortinillas echadas para evitar curiosidades y chismes, por andurriales donde no se viera un alma. Todos los días, pues, salía con doña Mónica, que se dormía al poco rato.

Dieron comienzo las lluvias de invierno en junio, y entonces limitó sus paseos á los días de sol, ya escasos. Pasaba la mayor parte del tiempo sentada detrás del visillo de su alcoba, envidiando á los que en la calle andaban libres y sin cuidados, ella, la prisionera de los Esquendo, que la habían dado su casa por cárcel. Y un día de estos, en que su espíritu estaba cubierto de sombras, como de nubes el cielo, la sorprendió el gran D. Fabio con la nueva de que, al siguiente, podría visitar á Josecito, *si quería*... Hallábase Josecito tan bien, más tranquilo, que nadie dijera que estuvo malo de la cabeza jamás; no desbarraba en nada, cuando despejado de sus melancolías consentía en hablar: el único síntoma que de su enfermedad persistía era la ausencia total de memoria para el reconocimiento fisonómico; él, D. Fabio, habíale visitado y le visitaron misia Justa y Melchora, sin que el joven se fijara en ellos más que en otros, desconocidos. Por esta razón tenían determinado que siguiera en el establecimiento hasta su curación completa, pues el roce con la familia, antes de asegurada, fácilmente comprometería lo ganado á fuerza de ciencia y de paciencia.

La idea de ver á su marido encendió é hizo palidecer, simultáneamente, la cara de Victoria. Otra idea de sospecha ó de temor la turbó también de tal manera, que, emocionada, permanecía en silencio, pasando de una á la otra mano el pañolito hecho una pelota.

– Si no quieres..., insinuó el tío.

– ¡Oh, sí, no faltaba más! Es mi deber..., y yo cumplo, siempre he cumplido con mi deber, tío Fabio.

Levantó altiva la cabecita rubia, satisfecha de poder afirmar de nuevo su desprecio á las miserables calumnias de la cuñada, y D. Fabio, desviando el golpe, repetía:

– Pues mañana, hija; mañana, á las diez.

No añadió más, ni se atrevió Victoria á pedir pormenores que, acaso, la obligaran á desistir de visita semejante; y cuando subió Ladislao del escritorio, le dió cuenta de la embajada de Esquendo, rozando con cuidado el tema que dolorosamente los dividía.

– Yo le he contestado que sí..., contando con que tú me acompañarás. Es mi deber...

Ladislao asintió secamente. «Bien. La acompañaría.» Y como Victoria advirtiera el tembleque ciliar del rencoroso, apresuróse á retirarse prudentemente, más afectada que nunca, por un estado de cosas de que no tenía entera la culpa, pero que era la sola condenada á sufrirlo, sin esperanzas ya, en sentido alguno, de remisión.

No durmió, sobresaltada, pensando en Josecito, en la *Nerona* y en Melchora. Soñó disparates, en los escasos ratos que el sueño la dominaba, y una de las veces que despertó encendió luz, porque creía sentir sobre la almohada la cabeza de Josecito; Josecito, su dueño y señor, que en recobrando la perdida chaveta, se apoderaría de ella nuevamente para conducirla á *La Justa* ó á otra parte donde ella tendría ocasión de acreditar la sinceridad de sus propósitos de enmienda y el fruto de sus reflexiones y de los consejos fraternales durante el tiempo de severo aislamiento que llevaba. Con vergüenza de sí misma, hallóse la infeliz tan débil como el primer día, y hablando con su conciencia decía á la almohadita:

– Mis intenciones son buenas, ¡ya lo creo! Si se cura, me alegraré; sí, me alegraré... Pero no quiero volver con él, y menos, ¡ah, eso no!, con ellas, las indecentes... Prefiero el encierro en que me tienen las señoras conveniencias sociales; más todavía, que conviertan en calabozo mi cuarto y me pongan grillos y centinela de vista... Y prefiero seguir viendo la mala cara de Ladislao y comprobar cada día la inquina que me guarda, y prefiero mi Mónica y mi perro á la compañía de *ellas*, y mi modestia á su lujo, y la situación en que he quedado á la que *ellas* me ofrecieran, y la paz relativa de hoy á la guerra declarada de ayer, y lo poco que tengo, aunque el porvenir no me reserve placeres ni amores, á todo lo perdido, que yo creo que no lo he perdido, sino que he ganado con perderlo... ¿Entonces no he aprendido á ser *práctica*, como quiere Ladislao, y á pesar de tan buen profesor y de tantos desengaños? ¿Será que en mí la sangre de mi madre se sobrepone á la paterna, y Ladislao sale á mi padre, inglés de los pies á la cabeza? ¿O será que para ser práctica el corazón estorba?..

Se levantó con el alba, y anduvo mangoneando en la alcoba por entreteneerse; tan nerviosa estaba que todo se le caía de las manos, y suspiraba, ya con ganas de llorar ó de reñir con alguien. Vistió una falda negra, de seda, un abrigo con azabaches y un sombrerito, lo más modestamente que pudo, para que *las otras*, si estaban, no la llevaran en lenguas. Francamente, ¿por qué habían de estar *las otras?* La hora de visita no debía de ser exclusiva, ni debía de haber día fijo: *ellas* irían otro día, á otra hora, cuando se les antojara.

Algo se calmó, y salió con Ladislao en la berlina antes de las diez, con las cortinillas corridas, como si fueran á un entierro. Pero apenas se lanzó el coche por aquellos barrizales desapareció la mentida calma, sintiendo tan gran desazón, que se ahogaba; no quería que el tieso hermanito lo notara, y ávida de aire levantaba disimuladamente la cortinilla, viendo desfilar las quintas elegantes, las casucas mezquinas, el barrio entero danzando con rapidez que á su debilidad figuraba vertiginosa. Las callejas sucedían á las callejas. ¿Era muy lejos? ¿Faltaba mucho? O al volver de aquella esquina...

El coche paró como si se hubiera atascado. Delante se veía una verja, y tras de la verja bonito jardín, un corredor de columnas, un edificio macizo, blanco, de techo pizarroso; sobre la verja un tablero negro con letras doradas, y en la vereda del jardín, amarilla curva que subía hasta la casa, un hombre paseando al sol gravemente. Bajaron. No había cordón de campanilla, ni botón de llamada á la vista, y para entrar hubo de descorrer Ladislao el cerrojo que de dentro cerraba el portón en apariencia; preguntaron al que paseaba si era celador ó conserje del sanatorio, rogándole les encaminara hacia el sitio donde el que buscaban debía de hallarse, y el grave caballero, por respuesta, les sacó una lengua de á cuarta, rosada y larga como la de un becerro, comprendiendo ambos que se las habían con un loco de los mansos que, por parecer cuerdos, andan sueltos.

Arrimóse Victoria á Ladislao y no quiso ya soltar su brazo. Más arriba, en torno de una fuente, dos viejos jugaban, el uno al aro y el otro á la peonza, y era su locura, sin duda, la de creerse niños, chifladura inocente tan común en el mundo, y por eso les dejaban libres.

Austero silencio reinaba en la casa. Para ser asilo de la demencia, digno de notarse, porque, regularmente, en las de personas de juicio el ruido y el desorden imperan sin trabas. Concluía la amarilla senda al pie del corredor, pero por allí no aparecía puerta abierta, ni sujeto de quien fiarse; y como se detuvieran indecisos y contrariados, oyeron voces á su espalda y de un pabellón próximo á la fuente vieron que salía un hombre de enmarañados pelos y sospechosas trazas, quien descendió por una veredilla de la izquierda y fué á reunirse con los que daban las voces... Desde el altozano en que se asentaba el edificio y donde Ladislao y Victoria quedaron despistados, se dominaba el jardín que en pendiente se extendía hasta la verja, y no fué maravilla que, sólo con volverse, distinguieran á misia Justa, á Melchora, á Pastorita y á D. Fabio que por la cuesta subían acompañados del hombre de los pelos, que parecía loco y era cuerdo, como que era el señor director.

Estremecióse Victoria y se puso más pálida que una muerta, y la lividez habitual de Ladislao se volvió púrpura. Los otros subían y venían hacia ellos derechamente, precedidos de la descarada y saltarina Pastora; un minuto más y el choque se produciría. Inmóviles, Victoria y Ladislao esperaban. Llegaron... Victoria se inclinó sin mirar, Ladislao esbozó un saludo dignamente. Misia Justa y Melchora pasaron, tan encorvada y envejecida misia Justa, que no parecía la misma, aquella *Nerona* altiva que sabía resistir á todos los golpes, como si el último hubiera dado casualmente en el escondido corazón, partiendo la piedra de que se hallaba formado... La cuñada pasó frunciendo el morro.

– Hija mía, dijo bajito D. Fabio á Victoria, no lo he podido evitar. Tenía yo la idea de venir hoy y ¡claro! á mamá se le ocurrió lo mismo. Parece que nuestros cerebros estuvieran unidos por un hilito eléctrico, pues si en el sentir discrepamos casi siempre, en el pensar coincidimos asombrosamente. Bueno, y como ha querido venir, ¿quién se oponía?

Ten calma y hazte la desentendida... ¡Diplomacia, hija, diplomacia!

El peludo director hacía reverencias y Ladislao se apartó con él unos pasos y con ambos se reunió en seguida D. Fabio. Victoria miraba de soslayo á misia Justa, y misia Justa y Melchora de soslayo miraban á Victoria. Y mientras ellas se inspeccionaban rencorosamente, los tres hombres hablaban con misterio. Victoria creyó oir por dos veces al hombre peludo: «¡Incurable!..» y la palabra se le clavó en el oído como una saeta. En aquel momento, ¡oh humano corazón, quién pudiera descender hasta tus profundidades, para aquilatar los sentimientos de la esposa cristiana! Averígüelo Merlín y coméntelo mi señora doña Mónica.

A todo esto, dijo D. Fabio:

– ¿Y nuestro enfermo? ¿Iremos á su departamento?

– Mírele usted, contestó el médico.

Seguido de un criado, apareció, en efecto, Josecito por un extremo del jardín, con un latiguillo en la mano y un cordelito muy fino que hacía de rienda, y él figuraba que venía guiando su *break* predilecto, y todo era tirar del hilo, dar latigazos y arrear *¡hip! ¡hip!* con la boca, tan contento de la engañifa, que era una compasión verle, sobre todo cuando ponía al criado el cordelito de freno y le obligaba á correr *¡hip! ¡hip!* como un chiquillo.

Hízole señas el médico y él vino sumiso, callandito, cual si temiera castigo.

El doctor le designó á las damas y caballeros que á visitarle habían venido.

Josecito miró detenidamente á cada uno y se rió, como imbécil. Luego se palmeó las rótulas, gruñendo:

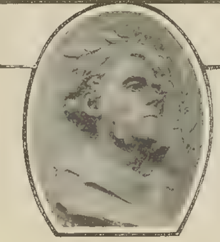
– *¡Jú! ¡jú!*

Y se lanzó hacia el criado, el latiguillo en alto *¡hip! ¡hip!*, desapareciendo por el corredor.

Desfallecida, Victoria reclamó el brazo de Ladislao; y mientras misia Justa y Melchora subían tristemente la escalinata tras del pobre loco, D. Fabio acudía á unos y otros, y por acudir á unos abandonaba á los otros, en su papel generoso de contemporizador, siempre fracasado, entre las pequeñas miserias que habían unido y desunido á Victoria y Josecito...

FIN

CESAR FRANCK y las "BÉATITUDES"



Bajo relieve esculpido por Augusto Rodin, para la tumba de César Franck

La orquesta de Colonne ha dado recientemente en París, con un éxito brillantísimo, algunas audiciones de las *Beatitudes*, la obra maestra de César Franck, partitura que también ha sido acogida con gran entusiasmo en los Conciertos Populares de Marsella. Esta circunstancia da carácter de actualidad á la personalidad del genial compositor, y por esto nos parece oportuno dedicarle algunas líneas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Nació César Franck en Lieja en 10 de diciembre de 1822, y después de haber hecho allí sus primeros estudios musicales trasladóse á París en 1837, obteniendo desde el año siguiente un triunfo tan grande en el concurso de piano del Conservatorio, que el jurado le otorgó un «primer gran premio de honor,» recompensa que nadie había jamás alcanzado. Poco después, ganó los premios de órgano y de fuga.

Era aquella la época en que tanto brillaban Liszt y Thalberg, y el padre de César, soñando con iguales éxitos para su hijo, no quiso que tomara parte en el concurso del premio de Roma y quiso educarlo para concertista; pero aquél no se sentía inclinado á esta carrera, y prefirió dedicarse á la enseñanza, sin abandonar por esto la composición. En 1846 fué ejecutada su primera obra importante, *Ruth*.

Su excesiva modestia le impedía buscar con empeño el éxito como compositor, así es que hasta su muerte consagró la mayor parte de su tiempo á sus lecciones y á su profesión de organista. Nadie ignora cuán admirable maestro fué, y bien lo han demostrado sus discípulos; incomparable también era en el órgano, y todos los que tuvieron la suerte de oir sus improvisaciones elogian unánimemente la incomparable belleza de las mismas.

No seguiremos paso á paso á César Franck en su carrera, que por otra parte no puede recordarse sin cierta tristeza, ya que durante toda su vida fué, si no desconocido, por lo menos ignorado; con ningún artista como con él se manifestó nunca más odiosa la injusticia de los hombres. Tanto es así, que cuando murió en 8 de noviembre de 1890, el mismo director del Conservatorio no creyó conveniente hacerse representar en el entierro del que había sido profesor de aquel establecimiento.

Ahora mismo, apenas se comienza á reconocer toda la grandeza del genio de César Franck, toda la belleza de sus obras, y hasta estos últimos tiempos sus composiciones han sido ejecutadas con gran parsimonia: *Hulda* y *Gisela*, las dos obras dramáticas de Franck, ni siquiera han sido puestas en escena en París.

Un ambiente extraordinario de bondad serena y grave emanaba de César Franck. Mucho mejor que su vida, casi enteramente desprovista de acontecimientos, el carácter del maestro permite evocar su admirable y radiante figura; y toda su música es, no sólo reflejo de este carácter, sino además la expresión más completa y más absoluta del mismo.

César Franck estaba dotado de una gran bondad: «Jamás – dice uno de sus íntimos – criticaba á sus colegas y le horrorizaba que otros los criticaran; cuando esto sucedía en su presencia, parecía disgustado y acababa siempre por encontrar el medio de deslizar algún elogio.» Desgraciadamente, no todos sus colegas le correspondieron del mismo modo.

Era de naturaleza contemplativa, habiendo podido decirse de él con razón que vivió siempre como fuera de la vida, feliz por la sola fuerza del ideal sublime que llevaba en sí mismo. El destino fué á la vez muy duro y muy clemente con él: muy duro porque exceptuando el reducido grupo de sus discípulos y de sus amigos que le querían y veneraban, sólo se vió rodeado de hostilidades y de injusticias; muy clemente porque le permitió no ver nada de las bajezas y maldades que bajo sus pies se amontonaban y vivir aislado en su ensueño.

César Franck debió adoptar en la vida la costumbre de replegarse dentro de sí mismo; de aquí que su música ofrezca siempre, en la primera impresión, un carácter de concentración y de gravedad; pero á medida que se ahonda en ella se encuentra una vehemencia y una pureza de ideas tales, un impulso tan continuo de belleza, de serenidad y de fuerza, que una vez se le ha comprendido no hay medio de no extasiarse con sus obras.

Todas las cualidades propias del genio de Franck se manifiestan plenamente en sus *Beatitudes*, partitura que, así por su importancia material como por las bellezas de que está llena, se impone como la obra maestra del compositor.

César Franck ha tomado como asunto las ocho beatitudes enumeradas en el Evangelio, y las ocho partes de la obra están construídas de una manera casi simétrica: el comienzo de cada una de ellas es, por regla general, puramente humano y se enuncia las más de las veces por medio de «coros terrenales,» viéndose sucesivamente la avaricia, el odio, la angustia y el dolor. Después, en medio de todos estos males, la voz de Cristo proclama la ley de paz y de amor que los coros de ángeles comentan y afirman de nuevo.

La obra entera, desde el prólogo que describe «el mundo que muere cargado de males y de crímenes,» hasta la conclusión en que Satanás se confiesa vencido y en que los coros celestes entonan el *¡Hosannah!* de la victoria, es una progresión inmensa que parece partir de los abismos más sombríos para lanzarse á la región de la eterna luz.

M. Camilo Benoit ha definido muy exactamente la amplitud del tema escogido por César Franck: «El sermón de la montaña, esta proclamación de los derechos del hombre esclavizado, esta visión sublime de una era de paz triunfante en todas partes, ¿no es acaso un tema fundamentalmente humano y de una imponente universalidad? Esta lucha de los buenos contra los malos que tiene por teatro el universo y por actores á la humanidad, y al cielo por espectador y por juez, había de tentar á una imaginación enamorada de lo grandioso.»

Y M. Derepas, en su interesante folleto sobre César Franck, ha escrito estas frases acertadísimas: «Lo que presta al comentario musical del texto evangélico un interés á la vez dramático y soberanamente eficaz para el consuelo y la reavivación de la esperanza, es que todos los dolores humanos resuenan en él con acentos de penetrante intensidad.»

En toda Europa se ha rendido tributo de admiración á las *Beatitudes*, cuya primera audición verificóse en Dijón en junio de 1891, habiéndose ejecutado después en Amberes, Berlín, Brujas, Bruselas, Cardiff, Hamburgo, Lieja, Nancy, Estrasburgo y finalmente en París en 9 de marzo último. – D. C.



M. Van Hout (pianista) — M. Jacob (2.º violín) — César Franck — M. Isaye (primer violín) — M. Crickboom (violoncelo) — M. P. Braud (viola)

CÉSAR FRANCK Y EL CUARTETO ISAYE

(reproducción de una fotografía hecha en Tournai en abril de 1890)

FÁBRICA DE CEMENTO PORTLAND

Y CAL HIDRÁULICA

de los Sres. M. C. Butsems y Fradera

Hace poco se ha verificado la inauguración de esta fábrica situada en Vallcarca, en las costas de



D. CARLOS BUTSEMS
fundador de la sociedad Butsems y Fradera

Garraf, junto á Sitjes, á unos 30 kilómetros de distancia de Barcelona. Es una ramificación de la importante y antigua de mosaicos y piedra artificial fundada en 1875 por el Sr. Butsems, cuya meritoria obra fué continuada á su muerte por sus hijos políticos Sres. Fradera y Cabarrocas, que han logrado ponerla á una altura envidiable por los adelantos introducidos en la misma. Hállanse ocupados en esta fábrica de mosaicos más de 200 operarios, aparte del gran número que tienen trabajo en la nueva.

Los terrenos y canteras adquiridos por la mentada sociedad para su explotación, ocupan una zona de seis kilómetros cuadrados con alturas de más de 200 metros. Están situados al pie del mar y son atravesados por la carretera de Santa Cruz de Calafell y por el ferrocarril de Valls y Villanueva á Barcelona, Compañía de M. Z. y A.

Esta compañía ha construído para esta explotación un apartadero industrial y actualmente está realizando obras de gran importancia para convertirlo en estación-apeadero.

La fábrica está emplazada junto á la línea del ferrocarril y ocupa una superficie de 4.000 metros cuadrados, estando terminada solamente una parte del proyecto general, que resulta muy importante. Dispone de espaciosas cuadras de apagamiento y de una muy grande para la molienda, en donde están instaladas máquinas muy perfeccionadas, funcionando todas ellas automáticamente. Cuenta con una fuerza motriz para desarrollar 250 caballos, y tiene silos ó depósitos para almacenar hasta 3.000 toneladas de material elaborado.

Los hornos están situados entre la fábrica y canteras, distando de una y otra parte unos 500 metros. Alcanzan una longitud de 200 metros y se apoyan en la vertiente de una montaña, presentándose el terreno á propósito para esta instalación. Son de cocción continua, y la capacidad de cada uno de ellos es de 100 toneladas. Actualmente hay cuatro funcionando y su producción es de 80 toneladas diarias.

Las canteras están separadas por un barranco que actualmente se está rellenando de tierras y escombros de las canteras: en él se ha instalado provisionalmente un puente, formado con troncos de madera. Mide 65 metros de largo por 20 de alto. Hay dos canteras en explotación y el desmonte de una de ellas alcanza ya unos 40 metros de altura.

Desde las canteras á los hornos, fábrica y estación del ferrocarril están instaladas varias vías estrechas con pendientes que no llegan al dos por ciento, y favorecidas por el terreno, están dispuestas todas ellas de tal manera que se transporta todo el material del modo más fácil que pueda concebirse.

En la explotación y construcciones hay empleados unos 200 operarios, los cuales, á pesar de encontrarse en despoblado, no carecen de nada, pudiendo albergarse todos ellos entre un establecimiento cantina y varias viviendas construídas ex profeso por la Sociedad en distintos puntos de la explotación, formando un conjunto de edificaciones pintorescas.

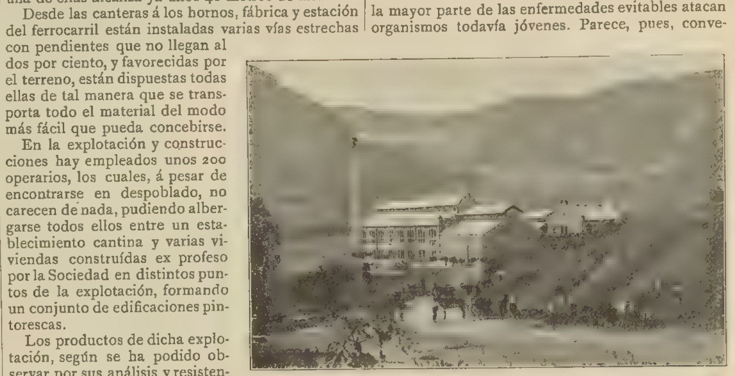
Los productos de dicha explotación, según se ha podido observar por sus análisis y resistencias, pueden competir con ventaja con muchos de los acreditados del extranjero.

Otro de los factores muy importantes con que cuenta dicha explotación para competir con cualquier fábrica, es su situación privilegiada, pues rara vez se encuentra, como en esta acontece, que pueda disponerse de mar, carretera y ferrocarril y estar próximo á un punto de tan gran consumo como es Barcelona.

A pesar de encontrarse aún al comienzo de la explotación y de ser casi desconocidos sus productos, están expendiéndose diariamente en la actualidad, desde su apartadero para distintos puntos de la Península y Ultramar, unas 50 toneladas de cemento y cal hidráulica.

Al acto inaugural que, como hemos dicho, se verificó hace poco, asistieron las autoridades, representantes de las principales corporaciones y sociedades barcelonesas, ingenieros, arquitectos, etc., todos los cuales admiraron la obra realizada por los señores Butsems y Fradera é hicieron votos por la prosperidad de la misma.

Las vistas que publicamos están tomadas de fotografías de D. Adolfo Mas. – X.



Fábrica de cemento Portland y cal hidráulica de Butsems y Fradera
Vista panorámica de la fábrica



Fábrica de cemento Portland y cal hidráulica de Butsems y Fradera
Canteras en explotación



Fábrica de cemento Portland y cal hidráulica de Butsems y Fradera. – Hornos

LAS CAUSAS DE LA MUERTE

Una larga experiencia parece indicar que el hombre no puede substraerse á la muerte; pero otra experiencia menos larga, sin duda, aunque muy sólida y exacta, demuestra que muchas causas de muerte pueden ser eliminadas. Es indiscutible que el hombre morirá siempre, mas sólo morirá á consecuencia de las enfermedades inevitables y ciertamente á una edad más avanzada que ahora, puesto que la mayor parte de las enfermedades evitables atacan organismos todavía jóvenes. Parece, pues, conveniente señalar la proporción de estas últimas para ver qué progresos tenemos derecho á esperar de la higiene y de sus prescripciones: así lo ha hecho un higienista americano, Mr. W. R. Sedgwick, el cual ha tomado las cifras de la mortalidad del Estado de Massachusetts y ha distribuído las causas de defunción en cinco clases, dando á cada una la cifra de mortalidad que le corresponde y formando el siguiente cuadro:

I. – Enfermedades azimóticas (fiebres, afecciones infectivas, etc.)	32
II. – Enfermedades constitucionales (gota, cáncer, escrófula, etc.)	10
III. – Enfermedades locales (apoplejía, enfermedades del corazón, etc.)	48
IV. – Enfermedades de evolución (dentición, senilidad, etc.)	10
V. – Muertes violentas (asesinato, suicidio, accidentes)	14

Las cifras de la derecha indican la proporción de mortalidad de cada categoría en un total de 114.

Estudiando este cuadro, se comprueba el hecho interesante de que más de la cuarta parte de las defunciones son debidas á enfermedades evitables, á afecciones microbianas é infecciosas. Pero aún puede irse más allá, dice Mr. Sedgwick: las cinco anteriores categorías pueden reducirse á dos, una que comprende todas las causas de muerte extrínsecas y otra todas las intrínsecas. Para el primer grupo, en

que la mortalidad viene de fuera, tenemos una mortalidad de 56; para el segundo, en que viene de dentro, 58. En otros términos, la mitad de las defunciones no son indispensables.

Como este cuadro no presenta todos los detalles que serían de desear para formarse idea del modo como las categorías han sido establecidas, construyamos otro análogo, tomando por base la mortalidad de una gran capital, París, por ejemplo, y tendremos que en uno de los últimos números del *Bulletin hebdomadaire de statistique municipalle* se consignan las cifras siguientes. Empezando por las enfermedades infectivas, veremos que la fiebre tifoidea, la malaria, las fiebres eruptivas, la difteria y la tuberculosis causaron en una semana 357 defunciones; si añadimos 55 pneumonías y 35 diarreas, enteritis y fiebres puerperales, resultará un total de 447. Por otra parte hay 37 muertes violentas y 68 por debilidad congénita y senil. Separando estas dos cifras de la mortalidad total, que es de 1.075, quedan 970, de las cuales 447 son debidas á enfermedades infectivas. Como se ve, la parte de estas últimas es muy importante y concuerda visiblemente en ambos lados del Atlántico. Con los progresos de la higiene pública, esta proporción ha de disminuir y á esta disminución deben tender los esfuerzos de los poderes públicos.

LA LUCHA CONTRA EL POLVO

La defensa que se trata de organizar contra el polvo es sumamente difícil, pues este enemigo casi impalpable parece desafiar todas las fuerzas que se le oponen. Las operaciones de barrer y sacudir practicadas en seco son procedimientos verdaderamente homicidas, que consisten simplemente en levantar el polvo y ofrecerlo á la absorción de las personas presentes; practicadas después del riego, no son posibles en muchos casos, como, por ejemplo, tratándose de muebles, de colgaduras y de alfombras.



FÁBRICA DE CEMENTO PORTLAND Y CAL HIDRÁULICA DE BUTSEMS Y FRADERA
Puente provisional para la conducción de los materiales desde las canteras á los hornos

Los higienistas de Chicago nos proponen actualmente el empleo de un sistema que parece haber resuelto una parte de las dificultades que hemos indicado, ya que precisamente tiene su aplicación en las habitaciones; consiste en la utilización del vacío por medio de un aparato compuesto de tubos que extraen el aire de las habitaciones que han de ser desinfectadas, y aspiran, dejándolo en un depósito central, todo el polvo recogido en los muebles, alfombras, etc., sin necesidad de mover ni de sacudir nada.

El aparato en cuestión ha sido presentado recientemente por M. Henriot al Consejo de higiene de París, y es una especie de chupador con bordes de caucho con el que se hace el vacío y que se pasa por los objetos que hay que limpiar. De este modo ha podido sacarse de las almohadas de los vagones de ferrocarril kilogramos de polvo; las butacas de un teatro de París han proporcionado ellas solas 210.

También los animales pueden ser sometidos á esta operación que no les produce dolor alguno: ninguna almohaza limpia tan bien los caballos como este aparato, y los perros encuentran en él la ventaja de que les libra del polvo y también de las pulgas.

Las amas de casa verán con gran satisfacción la aplicación de este aparato, que antes de poco permitirá hacer una limpieza completa sin necesidad de golpear los muebles ni de desclavar las alfombras.

EL GIGANTE RUSO

Feodoro Machoff

Pocos gigantes pueden compararse con el ruso Feodoro Machoff, que actualmente se encuentra en Berlín. Presentado á la Sociedad Antropológica de aquella capital, el reputado sabio é investigador etnográfico, profesor Dr. Félix de Luschan, después de haberlo sometido á minucioso examen, extendió el siguiente certificado: «He examinado y medido antropológicamente al sujeto de veintidós años Feodoro Machoff, de Kustjaky, gobierno de Witebsk, Rusia. Tiene una estatura de 238 centímetros, siendo, por consiguiente, uno de los gigantes más grandes que se han conocido. A todos aquellos de quienes tengo noticia y que en la actualidad viven, les lleva casi la cabeza. Es un individuo bajo muchos conceptos interesante para la ciencia.» Efectivamente, de todos los gigantes hasta ahora expuestos en Europa, el más alto medía 227 centímetros, según el registro que llevaba el Dr. Virchow.

Feodoro Machoff desciende de una antigua familia rusa cuyos antepasados emigraron de Siria á Rusia. Sus padres, su hermano y dos hermanas son de estatura normal; su abuelo era muy alto, pero no llegaba á gigantesco.

Para que nuestros lectores se formen idea de lo que es este fenómeno, consignaremos algunos datos curiosos: las polainas que usa y que apenas le llegan á la rodilla, llegarían á la cintura de un hombre de talla regular; el colchón de muelles en que duerme mide tres metros de largo, y sus comidas se componen por lo menos de tres libras de carne con sus correspondientes patatas, verduras y pan. Su empresario le paga 5.000 rublos anuales, amén de la alimentación, vestido y alojamiento para él y para su criado. – B.



El gigante ruso Feodoro Machoff, el hombre más alto del mundo

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Parnaso español. – Así titula el conocido editor D. Antonio J. Bastinos el libro que acaba de publicar, en el que figuran, coleccionados por varios literatos y bajo su dirección, trozos escogidos de las producciones, en prosa y en verso, de diversos autores contemporáneos que se han distinguido en las ciencias, artes, poesía, historia, pedagogía, etc., etc., constituyendo el libro un compendioso resumen de cuanto significa y representa la manifestación intelectual de nuestro país en un período. Digno es de aplauso el propósito de su autor, ya que el libro de lectura á que nos referimos ha de ser provechoso y de grandes resultados. Ilustran la obra profusión de retratos y hállase esmeradamente impresa y engalanada con una bonita encuadernación.

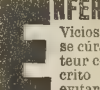
***

Páginas de un viaje al través de la América del Sur, por *Carlos Walker*. – Con el título que precede acaba de publicar en Santiago de Chile el Sr. Carlos Walker Martínez una nueva edición de la interesante obra que vió la luz pública en 1877. En forma de narraciones, anécdotas y cuadros describe el distinguido escritor chileno cuanto notable y digno de recordarse existe en los Estados americanos que recorrió, pero expuesto con simplicidad, al correr de la pluma y como resultado de la impresión recibida. El Sr. Walker califica su libro de mero itinerario; pero preciso es consignar que es algo más, ya que rebosa en él su espíritu observador y analítico y el lenguaje agradable y correcto asígnanle las cualidades de una producción literaria muy recomendable

***

Nuevo procedimiento de cuenta en participación, á mitad, á terceras partes, etcétera, por *D. Domingo Cabré y Estrany*. – Procedimiento práctico que, de conformidad con el Código de Comercio y la teneduría de libros por partida doble, enseña una nueva marcha de anotación de las cuentas en participación, presentándolas más fáciles, más claras, más lógicas y de más cómodo funcionamiento que el sistema explicado hasta hoy por el común de los autores. Publicado en Barcelona por la administración de «El Consultor Mercantil é Industrial,» véndese á dos pesetas.



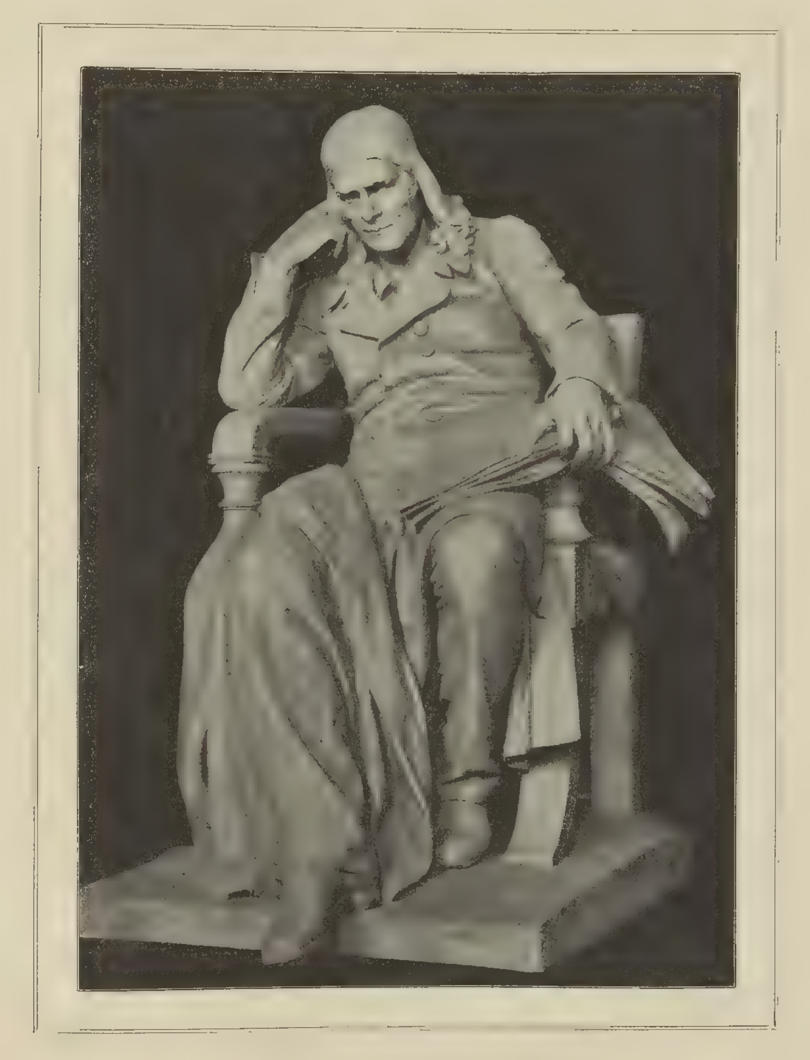


Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 15 de junio de 1903 — Núm. 1.120

En el presente número comenzamos la publicación de la interesante novela de Henry Greville SONIA, con ilustraciones de Mas y Fondevila.



ESTATUA DE FEDERICO RUCKERT

obra de Guillermo de Rumann que forma parte de un monumento erigido en Schweinfurt



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: los fraudes electorales en la provincia de Buenos Aires: peligro de oligarquía: intervención del Poder ejecutivo: situación económica del país: proyecto para solemnizar el centenario de la independencia: la población de Buenos Aires. – Las colonias alemanas en la América del Sur. – *Bolivia:* proyecto de unión con la Argentina: explotaciones mineras: revolución en Oruro. – América central: *Costa Rica:* movimiento revolucionario en *Nicaragua:* el presidente Bonilla en *Honduras:* los presidentes de *El Salvador* y *Guatemala:* el puerto de Ocós. – Los mormones en *México.* – La «Americanización del Mundo.»

Entre los políticos argentinos ha suscitado extraordinario interés y empeñada polémica la proposición presentada por el senador doctor Pellegrini, pidiendo al Congreso Nacional que el Poder Ejecutivo intervenga en la provincia de Buenos Aires para garantir la organización y funcionamiento de su Cámara de Diputados.

Al apoyar dicha proposición, el Sr. Pellegrini recordó que era el fraude electoral el vicio que venía minando el organismo político, hasta el punto que amenazaba concluir con el sistema representativo, substituyendo el sufragio popular por la ficción del voto público.

Seis meses antes de una elección que debía tener lugar en la provincia de Buenos Aires, era ya voz general que las fracciones políticas de que se componía la Cámara se habían convenido para simular una elección, reelegirse los cesantes y distribuirse entre los coligados las bancas legislativas. Se llenaron los registros del censo con nombres de supuestos votantes; se hizo constar, sin ser cierto, que la elección se había verificado en tales ó cuales lugares ó colegios, y aunque la Junta encargada del escrutinio repudió las actas, la mayoría confabulada de la Cámara las aprobó.

Hechos son estos que con frecuencia suceden en nuestro país y en todos en los que impera el régimen parlamentario, donde los diputados no pueden ser procuradores del país, sino procuradores de los ministros, como años hace decía el Sr. Aparisi y Guijarro. Los gobiernos necesitan á todo trance tener mayoría en las Cámaras, porque éstas no se limitan á su función propia, legislar, sino que intervienen y censuran los actos de los demás poderes, y pueden derribar y levantar ministerios. El sistema parlamentario y la sinceridad electoral son incompatibles.

Pero en la República Argentina la situación es distinta, y el recelo de que mediante el falseamiento del sufragio pueda llegarse á un estado de cosas análogo al de España, motivó la proposición de Pellegrini. Lo que ha sucedido en la provincia de Buenos Aires, decía éste, equivale á la supresión absoluta del sistema representativo, y con ello vendría á consagrarse la existencia legal y permanente de una oligarquía adueñada del poder legislativo de la provincia.

¿Cómo resolver el conflicto? Las Cámaras son jueces únicos de la elección de sus individuos; pero las mayorías aprueban siempre las actas de los suyos, y sólo alguna que otra de los diputados de oposición, para que pueda así haber controversia y con ella discursos elocuentes que den tono é importancia á las sesiones. No cabe, pues, aceptar la decisión de las Cámaras en este punto como sentencia imparcial.

Según la constitución de la provincia de Buenos Aires, la Corte ó Tribunal Supremo de Justicia es, además de tribunal de justicia, alto poder político conservador y moderador. Pero en el caso de que se trata se declaró incompetente.

Pareció que no quedaba ya ningún recurso y que no había más remedio que bajar la cabeza y tolerar el fraude. Sin embargo, Pellegrini y otros políticos argentinos no se mostraron dispuestos á consentirlo. Cuando la falta ó el delito son evidentes y de tal trascendencia que pueden ocasionar grave daño al país, si la represión no se halla prevista por las leyes, es necesario buscar y aplicar remedios extraordinarios. El régimen está subvertido y hay que restaurarlo. ¿De qué manera? Interviniendo la Nación y obligando á los que falsean los principios generales de la constitución de la República á cumplirlos dignamente. Esto no es, como algunos han dicho, violar los derechos que la provincia de Buenos Aires tiene como Estado de la federación.

El gobierno argentino muéstrase satisfecho de la situación económica del país. Han mermado algo las rentas nacionales; pero continúa en progreso la explotación de la riqueza pública y aumenta, por consiguiente, la exportación. Empieza á abundar el oro y el interés de éste ha bajado al tipo del 5 por 100. Si las cosas prosiguen así, pronto podrá la República Argentina ir retirando los valores de su deuda exterior.

Se piensa ya en la manera de solemnizar, en 1910, el centenario de la Independencia. Uno de los proyectos más grandiosos es el ideado por D. Rufino Varela, ex ministro de Hacienda. Propone que para dicha época se haya transformado y embellecido la ciudad de Buenos Aires con grandes y hermosas avenidas diagonales en cuya intersección ó cruce se levante un monumento conmemorativo de la revolución con estatuas de todos los grandes hombres que intervinieron en ella. El presupuesto asciende á 52 millones de pesos oro.

En todo caso, con ó sin motivo de solemnidades, Buenos Aires necesitará pronto transformaciones que la agranden. En fin de 1900 tenía 821.293 habitantes; al terminar 1901, su población llegaba á 848.367. En un año hubo, pues, un aumento de 27.074 por inmigración y por exceso de nacimientos sobre las defunciones. En 1901 nacieron en la ciudad 33.298 personas (39'5 por 1.000); murieron 15.807 (18'6 por 1.000).

***

Contribuyen en parte muy principal al aumento de la población en la Argentina y en otros Estados de la América del Sur las colonias de emigrantes europeos, y sobre todo las de los alemanes, que se distinguen por su fecundidad.

En los Estados del Sur del Brasil los germanos tienden á constituir la población dominante, y como conservan sus costumbres, un gran afecto á su patria de origen y el propio idioma, esos Estados se van poco á poco desnacionalizando. En Santa Catarina casi el 30 por 100 de sus habitantes son alemanes ó de origen alemán, y no hablan portugués. La inmigración ahora no es mucha; pero se reproducen de modo extraordinario. Hay numerosos matrimonios que tienen de 10 á 15 hijos. La colonia Blumenau viene doblando su población cada diez años.

***

Prosiguen los rumores de proyectada unión de Bolivia con la República Argentina. No faltan advertencias ó consejos de amigos y adversarios del proyecto. Los primeros sostienen que Bolivia, sin salida al mar, nunca podrá desarrollar convenientemente todos sus recursos, y creen que es preferible que sea Estado autónomo de una gran federación suramericana, y no Estado soberano, pero tributario ó dependiente, desde el punto de vista económico, de las Repúblicas vecinas por cuyo territorio van hacia el Atlántico las grandes vías fluviales.

Las riquezas vegetales y minerales de Bolivia son de inmenso valor. En la región andina, en la parte boliviana y peruana, se han descubierto, mejor dicho, se han vuelto á encontrar arenas tan ricas en oro que podrían hacer seria competencia á las minas del Transvaal, Alaska y Australia. Esa zona de los Andes es la más rica del mundo en metales preciosos; allí están los grandes yacimientos que explotaron los Incas y los españoles, después abandonados y perdidos, y que ahora empiezan á reconocerse.

Recientemente, hubo conato de revolución en la ciudad de Oruro, en circunstancias bien críticas. Preocupaba al gobierno la cuestión del Acre, y en el extremo territorio así llamado hallábanse el presidente y el ministro de la Guerra. El presidente interino, Capute, supo hacer frente al peligro, y sin perder tiempo envió contra los rebeldes tres batallones que, después de haber librado un combate, entraron victoriosos en Oruro.

***

En Costa Rica hay tranquilidad y bienestar bajo la administración que dirige el presidente Esquivel.

Menos fortuna tiene Nicaragua; algunos descontentos tomaron las armas contra el gobierno, cuyas tropas se han visto obligadas á abrir campaña y á recorrer más de 300 millas por territorios ásperos é insalubres, rechazando de breña en breña á los revolucionarios y apoderándose de los pueblos en que éstos habían logrado dominar.

El conflicto presidencial parece ya resuelto definitivamente en Honduras. En *La Gaceta* de 26 de abril se insertaron los primeros decretos firmados en Amapala por el presidente Manuel Bonilla, general de división. Un semanario semi-oficial, *El Republicano*, ha empezado á publicar documentos relativos á la contienda entre Arias y Bonilla y á la campaña que terminó el 13 del citado mes. Entre ellos figuran telegramas tomados del copiador de la Comandancia general, según los cuales el gobierno del doctor D. Juan Angel Arias prescindió del artículo 27 de la Constitución hondureña que declara absolutamente abolida la pena de muerte, y mandó que se fusilara, de sargento á general, á todo prisionero de guerra. El estado anormal del país, á pesar de los elementos con que contaban Arias y Sierra, sólo ha durado poco más de dos meses. En todas esas Repúblicas hay gran deseo de paz y las guerras civiles acaban pronto.

Los presidentes de El Salvador y Guatemala tuvieron una entrevista en Santa Ana y lograron zanjar amistosamente las diferencias que había entre ambos. Estrada Cabrera ha publicado un manifiesto anunciando que se han restablecido las buenas relaciones con la vecina República de El Salvador. Ahora son los trastornos geológicos los que vuelven á preocupar á los guatemaltecos. En el interior, los volcanes están en erupción, y la tierra se estremece. En el litoral del Pacífico, muy cerca de México, hay un municipio, el de Ocós, cuyo pueblo y puerto van á desaparecer. El río que allí desaguaba ha cambiado de curso y se ha abierto nuevas bocas, con lo que las aguas del mar, rechazadas en un sitio, afluyen sobre otro, sobre el mismo puerto, y van ganando terreno con tal rapidez, que hay quien predice el fin de Ocós en plazo de unos cuantos meses.

***

La obra de colonización no se interrumpe en México. Capitalistas mormones han recorrido la parte occidental del estado de Tabasco en busca de buenos terrenos para establecer una gran colonia agrícola. Con este motivo «El Economista Mexicano» hace notar que precisamente al O. de Tabasco y muy cerca de su línea divisoria con Veracruz, se hallan las comarcas conocidas con el nombre del Blasillo y San Felipe Río Nuevo, famosas por sus grandes y espesas selvas que tan enorme cantidad de caobas han ofrecido á la exportación. Además, hay allí grandes sabanas y no pocos ríos y lagos internos, y con facilidad podrán exportarse los productos, sobre todo cuando se termine el ferrocarril á Río Seco, cuya vía pasará á pocas leguas de esa comarca. En cuanto á los mormones, bien conocidos son sus hábitos de trabajo y sus raras aptitudes para la agricultura, suficientemente probadas en el Lago Salado de los Estados Unidos y en el mismo México, en Chihuahua y en Sonora.

***

El último libro de Mr. Stead, la *Americanización del Mundo*, ha hecho bastante impresión en Europa. Claro es que, según el redactor en jefe de la «Review of Reviews,» los americanos que han de americanizar el mundo son los americanoyanquis; pero no desdeña en absoluto el otro elemento étnico del Nuevo continente, el hispano-americano, y ve en la América española el contrapeso del imperialismo anglosajón. Los 74 millones de ciudadanos de las repúblicas hispanas forzosamente tendrán que pesar en el porvenir del mundo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL ESCULTOR ALEMÁN GUILLERMO DE RUMANN

Guillermo de Rumann nació en 1850 en Hannóver y en 1872 entró en la Academia de Munich, en donde fué discípulo del ilustre Wagmüller, quien le hizo entrar en su taller. Allí trabajó siete años y muy pronto se asimiló el estilo de su maestro de tal manera, que al morir éste pudo encargarse de la terminación del monumento á Liebig por él comenzado y que actualmente se alza en la plaza de Maximiliano de la capital de Baviera.

GUILLERMO DE RUMANN

Un busto que de los primeros tiempos de Rumann se conserva y que en esta página reproducimos, demuestra que el naturalismo de aquella época llevaba impreso el mismo sello con que se aparecen á nuestros ojos las obras de un Donatello ó de un Houdón; pues la moderna noción del naturalismo tiene de común con la de estos artistas la predilección por inspirarse en los antiguos modelos. El efecto que esta concepción traducida en bronce produce, puede admirarse perfectamente en las dos figuras ejecutadas por él en 1882 para la fuente monumental de Lindau: la principal de ellas, con su flotante túnica y su carácter marcadamente alegórico-decorativo, descubre desde luego á la mirada del inteligente su procedencia de la escuela de los Gedón, Seitz y Wagmüller; pero en ella se ve también algo personal en la elegancia con que la vestidura está dispuesta, en la frescura con

BUSTO DE LA CIENCIA, escultura que forma parte del monumento erigido á Ruckert en Schweinfurt

que está ejecutada la estatua y en la corrección y pureza de líneas y contornos. La otra figura, el pescador que en esta página reproducimos, está admirablemente sentida y demuestra el dominio completo que el escultor tiene del desnudo.

Estudiando las obras que después de éstas modeló Rumann, se advierte que el escultor consagró su atención y su interés á la resolución del problema de la figura sedente; el primer impulso que imprimió á su actividad esta dirección fué el encargo que recibió de ejecutar el monumento á Ruckert para la ciudad de Schweinfurt. La figura del poeta (véase el grabado de la primera página) causa en quien la contempla una impresión cautivadora, no sólo por la excelente caracterización, sino por la disposición armónica y la perfecta distribución de las masas que en ella se advierten. La estatua y el sillón en que está sentada guardan absoluta relación entre sí y forman un solo todo, gracias al hábil empleo de la capa que tiene puesta sobre una de sus piernas. Aparte de esta cualidad de factura, nos atrae la expresión de contemplación y de reposo que tan bien revelan el rostro y la actitud del poeta. De este monumento forman parte otras dos figuras, la Poesía y la Ciencia, cuyo busto puede verse en esta página.

Otros dos monumentos ejecutados por Rumann son el de Roberto Meyer, que se levanta en Heilbronn y en el que la estatua sedente del célebre naturalista se nos presenta en una postura llena de naturalidad y de vida, y el del famoso físico Simón Ohm, erigido en la Escuela Superior técnica de Munich, del cual forma parte el relieve que en la página siguiente publicamos y que representa al padre de Ohm dando lección á su hijo en su obrador.

En todos estos trabajos, sin embargo, hallábase demasiado cohibido por el tema para poder mostrar toda la magnitud de su talento y para resolver con entera libertad el problema á que antes nos referimos; y si bien en algunos monumentos funerarios, como el bellísimo que en la página siguiente reproducimos, tuvo ocasión de manifestar con mayor independendia su sentimiento de la forma, ninguna de las figuras anteriormente descritas puede ser comparada con la estatua desnuda de una muchacha sentada que presentó en la Exposición del Palacio de Cristal de Munich de 1901, y que fué adquirida para la Galería Nacional de Berlín. Obras como ésta son siempre resultado de un momento feliz, en que el artista se siente impulsado por la inspiración que vuela libremente, por un lado, y por su amor al arte, por otro. En la escultura que nos ocupa, la muchacha está sentada en una piedra y con los brazos apoyados en ésta; gracias á esta posición, el cuerpo aparece erguido y el pecho y los hombros se nos ofrecen en toda su belleza. Completa el efecto de esta estatua una graciosa cabeza llena de expresión y de vida.

Examinando algunos bustos retratos de Rumann, observamos con cuánto éxito cultiva éste el género naturalista, para el cual se halla excepcionalmente dotado. Ya en sus primeras producciones de esta clase pudo advertirse el acierto con que el autor imprime en la materia la expresión de vida que constituye la mayor belleza en estas obras; en las que más adelante ha modelado se han ido acentuando su corrección y su enérgica factura. Entre sus mejores bustos merece citarse especialmente el de la princesa Teresa de Baviera, obra maestra de observación, en la que vemos admirablemente reproducidos, no sólo las facciones de esta ilustre dama, sino también los rasgos que caracterizan su personalidad moral. Muy notable es también el del príncipe regente, de quien además ha hecho Rumann varios retratos en relieve, de cuerpo entero y montado á caballo.

Entre las formas de retrato plástico que presentan más carácter monumental, ocupa el primer lugar el hermas antiguo; en él domina exclusivamente la parte esencial del cuerpo humano, la cabeza; la columna lisa que la sostiene no distrae en lo más mínimo la atención del que contempla la obra. Rumann escogió esta forma para un retrato de Nicolás Gysis, si bien la empleó como reminiscencia de la patria clásica de este género escultórico; en cambio, la utilizó con verdadero conocimiento artístico y en completa armonía con el carácter arquitectónico del medio en donde habían de estar colocados, en los bustos de Bismarck y de Moltke que se ven en el edificio del Reichstag de Berlín y que reproducimos en la página 402. Y ésto que no era labor fácil armonizar el carácter antiguo, clásico, severo, del hermas, con los detalles del traje moderno, como lo demuestran los muchos, poco afortunados, que se alzan en la Avenida de la Victoria de la capital de Alemania. Rumann ha vencido con gran maestría esta dificultad en los dos citados, en los cuales ha sabido reflejar admirablemente las cualidades típicas de los dos héroes representados: la energía del canciller de hierro, y la calma y la entereza del gran mariscal.

En las esculturas ejecutadas en mármol, ha sabido Rumann obtener de este precioso material todos los encantos imaginables.

Se considera como cosa natural que en el mode-



PESCADOR, escultura de Guillermo de Rumann

lado en piedra ha de haber mayor unidad y mayor firmeza que en el modelado en mármol; y sin embargo de ser una cosa natural, no se entendía así en otro tiempo, en tiempo, por ejemplo, de Wagmüller, profesor, como hemos dicho, de Rumann. Que éste comprendió muy pronto esta exigencia del arte lo demuestran varios relieves ejecutados en 1893, entre ellos el del historiador Carlos de Hegel.

Resumiendo todos los rasgos característicos que nos ofrecen las obras de Rumann, encontramos un sentimiento de la forma extraordinariamente desarrollado y una ejecución en extremo vigorosa, un profundo espíritu de observación en los retratos, un talento especial para percibir impresiones llenas de vida y una gran aptitud para expresar estas impresiones. Si á esto añadimos el sentimiento del espacio, tendremos las cualidades capitales que justifican los éxitos conseguidos por este artista en todos los géneros escultóricos. En los grandes monumentos, concentrábase su interés artístico principalmente en el problema de la figura ecuestre, como se ve palpablemente en los del emperador Guillermo que se alza en Stuttgart y el del príncipe Regente de Baviera que se admira en Nuremberga: este último, sobre todo, llama la atención por su imponente arquitectura, por la riqueza de los detalles plásticos que lo adornan y por la acertadísima relación entre las múltiples masas y la reposada figura de bronce.

ESTUDIO DEL NATURAL, escultura de Guillermo de Rumann

Cuando se habla de Rumann, es preciso mencionar su actividad como profesor de la Academia de Artes Plásticas de Munich, cargo que desempeña desde el año 1887 y desde el cual ha ejercido grande y saludable influencia en el desenvolvimiento de muchos artistas jóvenes, entre los cuales se han revelado verdaderos talentos.

Rumann está condecorado desde 1891 con la orden de la Corona bávara y desde la misma fecha figura en la nobleza.

A. HEILMAYER.

EL DÍA DEL CORPUS

La víspera por la tarde íbamos ya los rapaces á flores, los más pequeños, por allí cerca de las casas, á los prados de la vega de Traslavilla y á las bajeradas de la Cuesta; los más espigados, allá más lejos, á los escobales de la Melindrosa y á los brezales del Castro, del Pinedo y de Cueto-Rodrigo.

Al obscurecer volvíamos unos y otros muy ufanos con nuestra abundante cosecha, materialmente cargados de flores de diversas especies, de diferentes tamaños, tipos y matices, todas frescas y hermosas, para alfombrar con ellas, á otro día por la mañana, el piso de la iglesia recién barrida y el de las calles, barridas también, por donde había de pasar en triunfo el Rey de los Cielos.

Los de las cercanías habíamos cogido claveles, tulipanes y lirios en los parajes húmedos, alhelíes, jacintos, margaritas, malvas y minutisas en los secadales, violetas entre los espinos, rosas silvestres en los garamitales de las sebes y buenas manadas de *flores del Peñujo* en el sitio llamado así, del cual tomaban el nombre unas opulentas campanillas.

Los que se habían alejado más, traían haces de brezo florido con su fina y menuda flor encarnada, gruesos manojos de peonías, ó rosas de lobo, de las que azota el cierzo en las lomas altas, y cargas de gromos de escoba lloviega, en los que apenas se veía lo verde. ¡Tal se había espesado en ellos la lujosa flor amarilla, que á pesar de ser amarilla es tan alegre y tan vivificante!

Las rapazas mayores, ya medio mozuelillas, solían



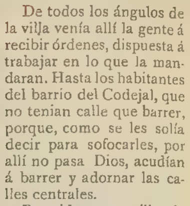
MONUMENTO FUNERARIO, obra de Guillermo de Rumann

traer azafates llenos y aun comolgados de las mismas flores de escoba sueltas, que cogían ordeñando hacia arriba los gromos... Así se hacía el acopio de flores necesario para sembrar con profusión toda la carrera.

Nos acostábamos pensando en la fiesta, y soñábamos con la procesión y con las flores.

A otro día, en cuanto el alba empezaba á tender en Oriente su manto de oro y rosa, prendido por un extremo en el lejano pico de Mura y por el otro en el de la Rasa, coloreando así el cuarterón de cielo que cubre la parte alta del valle del Esla, sonaban unas campanadas menudas que daba el procurador con la *campanina* y eran la señal para que saliera la gente á barrer y hermosear las calles.

Luego daban en acudir á la plaza los mozos armados de hachas ó podaderas y las mozas y rapazas armadas de escobas, y hasta los rapaces más chicos acudíamos también sin que nos llamara nadie, pudiendo decirse que, de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año vulgar, aquél era el único en que no se nos pegaban las sábanas, ó en que *motu proprio* nos levantábamos temprano.



De todos los ángulos de la villa venía allí la gente á recibir órdenes, dispuesta á trabajar en lo que la mandaran. Hasta los habitantes del barrio del Codejal, que no tenían calle que barrer, porque, como se les solía decir para sofocarles, por allí no pasa Dios, acudían á barrer y adornar las calles centrales.

Reunida en corrillos la gente joven, charlando de cosas sin substancia, llegaba el tío Lucas, un vecino de cierta respetabilidad, y decía:

—¿Qué hacéis así tan sosegados? ¿Creéis que con estar aquí paroleando se van á hacer las cosas ellas solas?

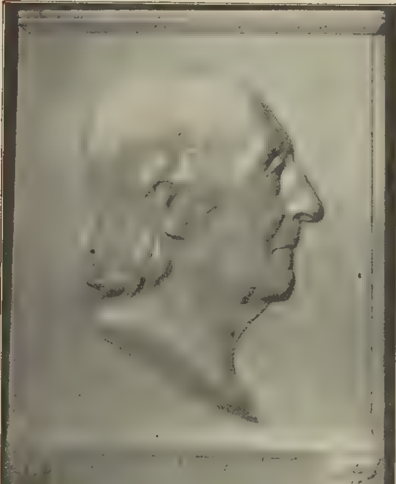
—Estamos esperando á ver si viene el señor alcalde, le contestaban, para que nos diga qué chopos hemos de podar, y distribuya la gente y disponga...

—El alcalde es un ave fría que no sirve para disponer nada, y Dios sabe cuándo vendrá, si viene... ¿Qué chopos habéis de podar? Pues los que tengan mejores ramas y más hoja.

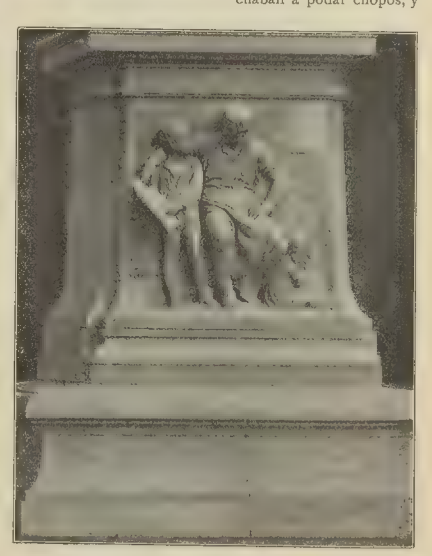
—Los del prado del Concejo, decía un mozalbete, creo yo que son los que están más adelantados.

—Bueno, pues los del Prado del Concejo... Algo lejos están; pero por ahí andan los rapaces bien de más para traer las ramas según vayáis podando... Y si no, podad ahí en el plantío de la calzada; en cualquier parte... Siendo una cosa de costumbre inmemorial, ¿qué falta hace que el alcalde la disponga?.. Y vosotras á barrer las calles aprisa, decía á las mozas y á las rapazas, ¿no las sabéis ya de otros años?

Con esto despajaraba de allí la gente y se ponía en obra. Los mozos se marchaban á podar chopos, y



RETRATO DE HEGEL, relieve modelado por Guillermo de Rumann



RELIEVE modelado por Guillermo de Rumann que figura en el monumento erigido en Munich á Ohm



«EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DANCSLE HCY» cuadro de Walter Fiile que forma parte del tríptico «El Padre Nuestro» existente en la Nueva Pinacoteca de Munich

los rapaces á recoger los ramos que fueran podando para traerlos y plantarlos todo á lo largo de la procesión en dos hileras. Las mozas y las rapazas se dividían en cuadrillas y empezaban á barrer las calles. Otras iban sembrando flores en lo barrido.

Un rato después, entre la cuadrilla de muchachas que llegaban barriendo junto á la bolera, surgía una duda, y consultaban sobre ella á un vecino.

– Tío Salvador, decían, ¿barremos de aquí en derechura á la calle Real, ó por esta otra parte hacia el barrio de Abajo?.. Porque dicen que antes iba algunas veces por allí la procesión dando algo más de vuelta...

– Claro, que ha ido algunos años, y siempre debía ir, decía el consultado, porque los del barrio de Abajo también somos de Dios... Pero lo mejor es que se lo preguntéis al señor Prior, para no errar.

– No se habrá levantado todavía.

– Pero ya estará despierto y pueden entrar á decírselo... Ahí está Juanín, que puede ir de una carrera á preguntárselo... Mira, Juanín, vete corriendo á casa del señor Prior y di que le pregunten si ha de ir la procesión por esta calle ó por aquella.

El niño salía corriendo.

– Ahora puede ser que tarde una hora en volver, decía una de las muchachas.

– No lo creas, la contestaba Salvador; en un avemaría va y viene.

Tres minutos después asomaba el chico ya de vuelta.

– Vaya, ¿le veis?, decía Salvador á las mozas. Poco sabéis vosotras lo ligero que es ese rapaz: es un ave.

– ¡Dijo que por la calle de *Don Santos!*, voceaba el tierno expostulario antes de acabar de llegar.

Y en seguida las barrederas tomaban la dirección de la calle Real, llamada también, como decía el niño, por el nombre del antiguo administrador de rentas estancadas que vivía en ella.

Salía el sol dorado y brillante allá por los puertos de Liébana, bañando desde luego en resplandor la villa y haciendo muy largas, muy largas, las sombras de las casas que había en la plaza por la parte del saliente, y las de las personas también, y aun las nuestras, las de los rapaces, que mirábamos la propia proyección con envidia diciéndonos unos á otros:

– ¡Chachos!.. ¡Si fuéramos así de altos!..

Empezaban en esto á venir los rapaces grandes con sendos brazados de ramascos verdes, de los que podaban los mozos, y los iban dejando tendidos á los dos lados de la calle ó de la faja de terreno barrida: detrás iban dos mozos, con una estaca de hierro y un mazo, abriendo agujeros en el terreno duro para espetar los ramos, y más detrás iban otros espetándolos; de modo que toda la carrera de la procesión quedaba orlada de ramos verdes y alfombrada de flores mezcladas con hierbas olorosas, pues también se echaban por el suelo manadas de hinojo y ramitas de apio y de hortolana.

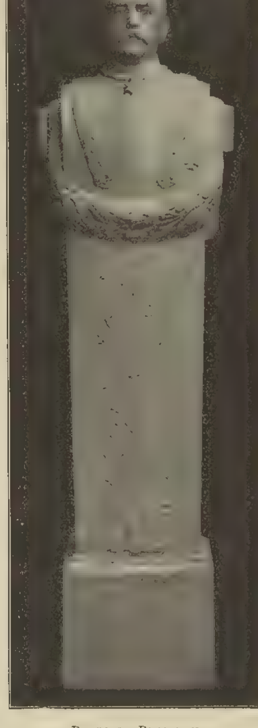
En lo antiguo, según contaban los mayores de edad, la procesión del Corpus hacía una parada en la Capilla de la Concepción, que estaba en la plaza, casi á la mitad de la carrera; pero en los años á que se refieren estos recuerdos de mi niñez, como la capilla se había caído (1), porque la desamortización la había quitado los bienes y el Prior de entonces, que era una calamidad, no había cuidado de retejarla, se hacía aquella mañana una capilla provisional adosada al paredón menos arrimado de la otra.

He aquí el procedimiento: se hincaban en el suelo cuatro estacones altos, formando escuadra; se les enlazaba por arriba con una soga, de la cual se colgaban sábanas cerrando tres de los frentes y poniendo también otra por encima á manera de cielo raso; se guarnecían en seguida con cintas los esquinales, ó sean las junturas de las sábanas, salpicándolas por el fondo de lazos y flores; se ponía dentro una mesa con un mantel muy blanco, un crucifijo y unas sacras, y capilla hecha.

Este de la construcción de la capilla, ó de la *casina de Dios*, como decíamos los rapaces, era el labor más importante de la mañana y el más delicado; por eso se empleaban en él exclusivamente las personas más formales y entendidas.



BUSTO DE MOLTKE, escultura de Guillermo de Rumann



BUSTO DE BISMARCK, escultura de Guillermo de Rumann

Al rededor de la capilla, á contemplarla en conjunto y á examinar sus pormenores comparándola mentalmente con la del año anterior, iban acudiendo las muchachas, según iban acabando de barrer y de sembrar flores, y los muchachos también conforme acababan de podar y de pinar los ramos, de suerte que se volvía á reunir allí casi toda la gente, saboreando el placer de ver concluída la obra.

Allí contaban las que venían de barrer de la Calzada, cómo la tía Mari-Josca había reñido con don Salvador, y le había puesto de la ley cansada porque las cabras de éste, que volvían del reparto, habían echado algunas cagaritas en lo barrido.

– ¿Pero esa mujer estaba alumbrada ó qué?, preguntaba un mozo al enterarse de las desvergüenzas que había dicho á persona tan respetable.

– Sí, niño, sí, contestaba una de las que habían presenciado la escena; parecía que había parveado.

– Toma. Y no quita que fuera eso, que hubiera bebido algo de más, decía Miguel, porque ya sabéis que el antiguo refrán lo dice: de las aves que alzan el rabo, la peor es el jarro.

En esto llegaba el tío Lucas, que venía á ser una especie de inspector ó revisador nato de las obras, y preguntaba:

– ¿Quién hizo aquellas torceduras del camino en el Campo de Arriba, donde podía ir derecho como una bala?.. ¿Fuiste tú, Feliciano?.. ¡Estás hecho un buen ingeniero!..

– No, señor, yo no fuí, contestaba el interpelado respetuosamente.

– Pues tú me parece que anduviste por hacia allí enramando.

– Sí, señor, sí anduve; pero el que se torció fué Simón, que iba delante.

– Y ¿dónde está Simón?

– No ha venido.

– ¡Ah! Entonces, no estando aquí, de seguro el culpable fué él, porque ya se sabe: ni áusente sin culpa ni presente sin disculpa.

– No, señor; no crea usted que es por eso: es la verdad. El iba delante y fué el que hizo las cabriolas aquellas... Y si no, pregúnteselo usted cuando venga, que no me dejará mentir.

– Bueno, pues que te deje ó que no y fuera quien fuera, lo que debéis hacer es ir un par de ellos á enmendarlo y á enderechar las hileras, que todavía tenéis tiempo, y está muy feo así...

– Irán ya á tocar á misa...

Y en efecto, se oían en aquel instante las dos campanas juntas, dos veces: Clan..., clan.

Los hombres se echaban mano al sombrero, las mujeres se santiguaban.

Seguía luego una serie de campanaditas menudas con la grande, y otra serie de campanaditas menudas con la chica, y un repique muy corto, y en seguida comenzaban á dar vuelta.

Sonaban entonces desahogadamente ambas campanas en majestuoso volteo, que duraba un buen rato, recreándose orgulloso el vecindario en oirlas, porque eran las más grandes del contorno y las únicas que se echaban á vuelo en toda la montaña...

Una de mis hermanas mayores salía á un balcón acompañada de una criada y colgaban en él un antiguo tapiz que representaba una selva florida en la cual aparecía un corzo.

– Ya está doña Isabelina engalanando los balcones, decía una mujer en la plaza. Y todas las miradas se volvían hacia aquella parte.

– ¡Chachas, qué guapín!, decía una rapazona contemplando el tapiz embabiecada.

– Como otros años, niña, la decía una compañera; ¿no le has visto nunca?

– ¡Y no, que no es el de otros años!

– ¡Y sí, que es el mismo!

Y disputaban sobre esto con tenacidad, mientras mi hermana y la criada colgaban en el balcón central otro tapiz en donde el corzo aparecía ya perseguido por unos perros, y en el del extremo opuesto otro en donde daban muerte al corzo los cazadores.

En otras casas colgaban colchas de seda ó de lana ó de percal, según los posibles, y hasta cobertores caseros de tinte fino.

Desde las primeras campanadas había comenzado á deshacerse la reunión, porque todos se iban marchando á sus casas á mudarse y componerse para ir á misa; las primeras las mozas, que necesitaban más tiempo para ponerse majas, y especialmente aquel día, que habían de lucir la ropa mejor que tenían, el hondón del arca, como suele decirse.

Veinte minutos más tarde estaba ya toda la gente en la iglesia y empezaba la misa, que era la más solemne y más solfeada de todo el año. Como que también era aquella la fiesta más grande. Pues aun que parece igualarla con otras tres el cantar que dice

Cuatro fiestas tiene el año
Que relumbran más que el sol;
Navidad, Pascua de Flores,
El *Corpus* y la Ascensión;

sin embargo, allí, en el concepto de aquella gente devota y sencilla, el *Corpus* es la mayor de todas.

Así es que se cantaba la *Misa de Angelus*, como en los demás días de incienso; pero se cantaba con más solemnidad y más despacio que nunca.

Terminada la misa, veíamos al mayordomo salir de la sacristía con un brazado de palos y tela: era

(1) Hoy está ya reedificada.

el palio. En seguida acudían los señores principales y los vecinos que aquel año eran de justicia á coger las varas y extenderle en forma.

El señor prior se quitaba la casulla y se ponía la capa pluvial más lujosa que había, que era blanca con flores encarnadas y fleco de oro, cogía en las manos el viril con la Hostia consagrada, que todo el pueblo adorada de rodillas, y metiéndose debajo del palio, salía la procesión de la iglesia.

Los cantores, que eran D. Salvador y D. Víctor y el maestro de instrucción primaria y tres ó cuatro estudiantes, cantaban el *Pange lingua* con solemnidad; y haciendo la guía el vistoso y ondeante pendón de damasco encarnado, recorríamos las calles principales de la villa, entre la frescura de los ramos de chopo recién cortados y el aroma que rendían á su criador las rosas y las demás flores al calentarlas su ave y cariñosamente con sus tibios rayos el sol de la mañana.

Todo el mundo marchaba con serenidad y devoción. Hasta los rapaces, inquietos de ordinario y enredadores, guardábamos aquel día inusitada compostura; y en cuanto la procesión hacía un poco de alto para que uno de los acólitos vestidos de encarnado y blanco incensara al viril, nos volvíamos de cara hacia él y nos arrodillábamos.

Al llegar la procesión á la capilla, se replegaba la gente formando semicírculo, y el señor prior se dirigía al altarcito provisional, donde posaba el viril, y se arrodillaba entonando el *Tantum ergo.* Mientras se cantaba la última estrofa incensaba al Santísimo Sacramento: luego volvía á tomar en las manos el viril, bendecía con él al pueblo arrodillado, y volviéndose á formar éste en dos filas, entonaban los cantores el *Sacris solemniis* y continuaba la procesión hacia la iglesia bajo el incesante y alegre volteo de las campanas.

Después de la procesión los rapaces recobrábamos prontamente la movilidad y la travesura habituales, y utilizábamos las varas de los ramos para hacer chiflas, con las cuales dábamos largos *conciertos,* no muy agradecidos de las personas mayores. Las rapazas recogían del suelo las flores más hermosas y las hojas de rosa más grandes para ponerlas de registros en el libro de Doctrina ó en el devocionario, pues las consideraban benditas con bendición especial por haber pasado Dios por encima.



Dulces caricias, cuadro de mistress J. G. Laing

La gente formal volvía por lo alfombrado hacia sus casas con cara de felicidad, en amistosas conversaciones laudatorias del propio esmero en la preparación de la fiesta, y dando gracias á Dios por el buen tiempo; pues así, con el día que estaba tan hermoso, había resultado la procesión mucho más solemne y lucida.

ANTONIO DE VALBUENA.

DESDE MELILLA

Si LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA poseyera algún ejemplar del invento de Marconi, ó algún aparato de los ensayados por Cervera, podría comunicar á mis lectores con premura grande cuanto aquí ocurre.

Pero como esto no acontece y el mar suele de cuando en cuando ponerse algo *feo,* ocurre que las informaciones á veces no llegan con la presteza que fuera de desear...

Pero dejémonos de excusas y vamos al asunto.

El pretendiente sigue en su campamento de Tetuán, y entre *finezas obligadas* de sus parciales y visitar al santón de la Puntilla, se pasa la vida modestamente como un tranquilo burgués, rodeado de las comodidades que sus amigos le prestan.

La guerra le importa un ardite, y como no es cuestión de exponer su persona á las intemperancias de los soldados de su *coemperador* en el imperio, de consuno han dividido el reino, y ambos gobiernan y privan sin competencias de índole alguna.

Abd el Azís no quiere salir de Fez. El Roghi no desea separarse de Tetuán.

¡Quién sabe si ésta será capital y no edrisita de otra nueva dinastía.

Por cierto que el tal hijo de las profecías de los domeñados por la civilización, no parece espiritualizarse mucho en sus fines de elevación de miras.

El comercio lo atrae hasta el punto de ejercerlo con gran descontentamiento de las cabilas parcia-

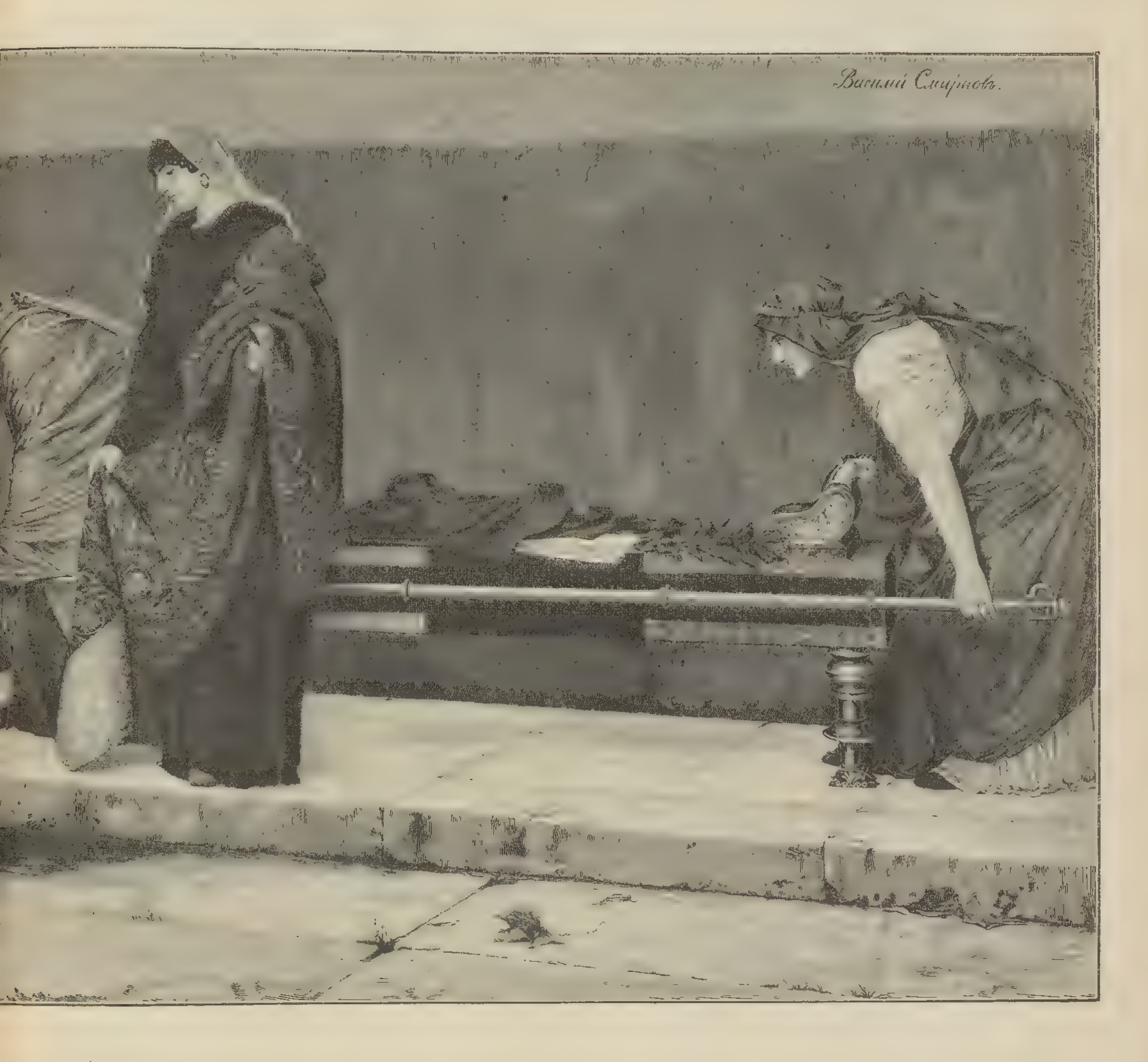


En el abrevadero, cuadro de José Moreno Carbonero



MUERTE I

COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DEL



DE NERÓN

PINTOR RUSO WASSILI SSMIRNOFF

les, que ven volver á sí los artículos objeto de sus finas atenciones, no como en cuenta recíproca, sino como en ordinaria venta... ¿Qué tal? Ni aleccionado por los contrabandistas del Peñón gibraltareño.



MELILLA. – El Amrami y el Fraile

Melilla y Salla Margania son los puntos escogidos por los comisionados de Abd-el-Azís para realizar la compra de los sediciosos. Los caids de las cabilas limítrofes á esta plaza y el Bachir Messaud son el objeto preferente de sus *aspiraciones comerciales*. Ahora el oro comprador, luego el acero de la cimitarra, se encargarán de hacerles renegar de su apostasía monárquica.



MELILLA. – Embajada del Amrami al Comandante general de Melilla para conferenciar sobre asuntos de la insurrección

La cabila de Kebdana, por lo pronto, ya ha enviado comisionados á pactar con los *compradores* alojados en la plaza.

Veremos el fruto de sus entrevistas.

A las cabilas de Guelaya les ha tocado la insurgente lotería; tres mil duros han tenido que dar entre las cinco para sufragar los gastos de los contingentes enviados á Tetuán y que piensan marchar á *Tarra*.

Esto es algo así como el procedimiento que ha tiempo se sigue en España de recargar hasta el *summum* la fuente de los ingresos públicos.

El Roghi debe tener un buen ministro de Hacienda.

FEDERICO PITA.

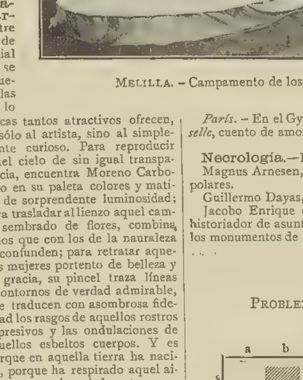
(Fotografías de Ricardo Gómez.)

NUESTROS GRABADOS

El pan nuestro de cada día dánosle hoy, cuadro de Walter Firle. – Forma parte este cuadro del tríptico de que nos ocupamos en el número anterior al publicar los otros dos lienzos que con el que hoy reproducimos constituyen la hermosa composición de Walter Firle. Muchas son las bellezas que este lienzo, atesora; pero en nuestro concepto, lo que le da mayor valor, lo que le hace más interesante, es el carácter eminentemente humano que en él se admira, el ambiente de verdad que en él campea. Esta familia obrera que antes de sentarse á la mesa dirige su oración al cielo, está arrancada de la realidad; cada una de las figuras de este grupo es un portento de expresión, dejando adivinar en su rostro y en su actitud el espíritu religioso que la anima, y produciendo en nuestro ánimo una emoción dulcísima. Todo contribuye en este cuadro á impresionar á quien lo contempla, ya que si por un lado los personajes están admirablemente sentidos, por otro el medio en que la escena se desarrolla impresiona por su simplicidad. Los grandes maestros, como el celebrado pintor alemán, no necesitan apelar á ciertos recursos para triunfar en toda la línea: les basta con observar bien la realidad y sentirla hondamente para que, sea cual fuere el asunto con que se encariñen, resulte su obra una verdadera maravilla.

Dulces caricias, cuadro de mistress J. G. Laing. – Cuando un artista de talento se inspira en alguno de esos sentimientos que por su pureza más ennoblecen el alma humana, es seguro que la obra que produzca ha de resultar bella bajo todos conceptos. El amor maternal, por ejemplo, tratado por un espíritu superior y por un corazón ardiente, será siempre tema interesante para los aficionados al arte; y si este tema lo desarrolla una mujer que, además de poseer las cualidades técnicas, ha gustado las inefables delicias de la maternidad, su obra tendrá especiales atractivos, porque será reflejo fiel de emociones personalmente experimentadas. Tal sucede con el precioso grupo de mistress Laing que en la página 399 reproducimos. ¡Cuán divinamente enlazadas aparecen esa madre y esa niña! ¡Qué expresión tan dulce la de sus miradas! ¡Cuánta belleza en sus sonrisas! Avalora estas cualidades que afectan al fondo de la pintura, una ejecución sobria en medio de su suavidad, sencilla sin degenerar en descuidada y amplia sin menoscabo de los detalles. La obra que nos ocupa fué muy admirada en la exposición que recientemente ha celebrado el Club de Mujeres artistas de Glascow.

En el abrevadero, cuadro de José Moreno Carbonero. – Nacido este ilustre pintor en Málaga y enamorado de su patria chica, trata con especial cariño los asuntos que á ella se refieren, así los paisajes de aquella tierra privilegiada, como las escenas de costumbres que por lo típicas tantos atractivos ofrecen, no sólo al artista, sino al simplemente curioso. Para reproducir aquel cielo de sin igual transparencia, encuentra Moreno Carbonero en su paleta colores y matices de sorprendente luminosidad; para trasladar al lienzo aquel campo sembrado de flores, combina tonos que con los de la nauraleza se confunden; para retratar aquellas mujeres portento de belleza y de gracia, su pincel traza líneas y contornos de verdad admirable, que traducen con asombrosa fidelidad los rasgos de aquellos rostros expresivos y las ondulaciones de aquellos esbeltos cuerpos. Y es porque en aquella tierra ha nacido, porque ha respirado aquel aire, porque se ha criado entre aquellas gentes, en una palabra, porque todo esto lo siente hondamente. *En el abrevadero* es la mejor demostración de lo que decimos; en este cuadro vemos todas las cualidades que dejamos señaladas y que acreditarían por sí solas á un maestro si éste no hubiese entrado ya en la categoría de los indiscutibles.



Muerte de Nerón, cuadro de Wassili Ssmirnoff. – Aunque es de origen ruso y en Rusia hizo sus primeros estudios, el autor de este cuadro, desde el momento en que se estableció en Roma como pensionado de la Academia Imperial de Bellas Artes, identificóse con el ambiente artístico de la ciudad eterna, en donde residió por espacio de muchos años. Allí sintió especialmente la influencia de los pintores españoles, del inglés Alma Tadema y de su compatriota Siemieradski, y como ellos dedicóse especialmente á estudiar la historia del romano imperio, de la que ha sacado temas para la mayoría de sus composiciones. En este número figura la *Muerte de Nerón*, composición ampliamente concebida, perfectamente estudiada en todos sus detalles arqueológicos y pintada con una grandiosidad y una corrección que revelan la mano de un maestro.



MISCELÁNEA

Teatros. – *Barcelona.* – En el Eldorado ha debutado la excelente compañía que dirigen los ilustres artistas Sr. Díaz de Mendoza y Sra. Guerrero, habiendo inaugurado sus funciones con el drama de Vélez de Guevara, *Reinar después de morir*, admirablemente refundido por el distinguido periodista y literato madrileño Sr. Villegas y puesto en escena con gran lujo y propiedad. En Novedades actúa la notable compañía de declamación italiana dirigida por el eminente actor señor Palladini y de la que forma parte la notable actriz Teresa Mariani.

En el Palacio de Bellas Artes se han celebrado á beneficio de la restauración del monasterio de San Cugat del Vallés tres grandes festivales artístico-literarios que constituían una trilogía histórica catalana. El primero comprendió la época romana, recuerdo de la colonización griega, el cristianismo en Cataluña y Cataluña romanizada; el segundo, la época de la Reconquista, y el tercero las letras y las artes en Cataluña en los siglos XIV y XV y las Cortes catalanas. En ellos se leyeron trabajos literarios de Soler (Cayetano), Maragall, Guimerá, Soler (Federico), Colell, Picó y Campamar, Franquesa y Gomis, Milá y Fontanals, Verdaguer, Massó Torrens, Casellas y Luis de Cuenca; la banda municipal y el Orfeó Catalá ejecutaron composiciones de Sadurní, Lamota de Grignon, Saint-Saens, Gounod, Vives, Nicolau, Gibert, Millet, Pujol, Pedrell y Brudieu, y se representaron por los aficionados que componen el *Teatre Intim* hermosos cuadros plásticos, para los cuales pintaron bellísimas decoraciones los reputados escenógrafos Urgellés, Moragas, Alarma y Junyent.

En el teatro de Novedades, el eminente pianista Sr. Malats ha dado un notable concierto, en el que ejecutó las mismas piezas con que ha ganado recientemente en París el premio Diemer, tributándole el público entusiastas ovaciones.

En el teatro Principal han dado un concierto los notables artistas Srta. Marcé (piano) y Sr. Rabentós (violoncelo), habiendo ejecutado la primera composiciones de Saint-Saens, Mozart y Chopin, y el segundo de Saint-Saens, Zipoli, Bach y Popper: una y otro obtuvieron muchos y muy merecidos aplausos.



MELILLA. – Campamento de los askaris en la plaza de Toros

París. – En el Gymnase se ha estrenado con gran éxito *Joyselle*, cuento de amor en cinco actos de Mauricio Maeterlinck.

Necrología. – Han fallecido:

Magnus Arnesen, célebre explorador noruego de los mares polares.

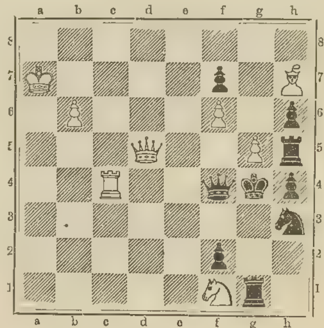
Guillermo Dayas, compositor norteamericano.

Jacobo Enrique de Heffner Alteneck, notable escritor é historiador de asuntos de bellas artes, conservador general de los monumentos de Baviera, director del Museo Nacional.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 328, POR J. COLPA.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 327, POR A. NOWOTNY.

Blancas.	Negras.
1. Tb3-b5	1. c7 c5
2. Ad5-a8	2. Af3xa8
3. Tb5-b1	3. a2xb1 ú otra.
4. Da1xa8 ó Tb1xg1 mate.	

VARIANTES.

2.................... c5-c4; 3. Tb5xg5, etc.
1.... c7-c6; 2. Ad5xf3 jaq., g4xf3; 3. Tb5xg5, etc.
1.... Af3xd5; 2. Tb5xd5, c7-c5; 3. Td5xg5, etc.
1.... Af3-e4; 2. Ad5xe4 mate.



– Tome usted asiento, si gusta

SONIA

Novela original de Henry Greville. – Ilustraciones de Mas y Fondevila

I

«Se desea un estudiante para pasar el verano en el campo con una familia, en calidad de preceptor. Para las condiciones, dirigirse á la señora del general Goreline, en la Toerskaia, casa Mialof, en Moscou.»

– ¿Por qué no?, se dijo Boris Grebof doblando el diario en que acababa de leer el anuncio. Lo mismo da ahí que en otra parte, y como un día ú otro tendré que hacerlo, lo mismo importa hoy que mañana.

Se levantó, se puso un abrigo de verano y salió para probar fortuna.

No se le podía acusar de darse mucha prisa, pues iba muy despacio y mirando á todos lados. Para llegar á Toerskaia, que estaba lejos de su casa, tenía que atravesar todo el barrio chino, aquel pintoresco bazar de Moscou, más parecido á una ciudad bizantina de la Edad media, que á un barrio de una capital europea del siglo XIX. Se detenía á menudo, presto á retroceder por cualquier pretexto. La suerte no quiso proporcionar ninguna ocasión propicia á su indecisión, y se halló ante la puerta de la generala Goreline, por la cual, y sin vacilar ya más, entró.

Al ruido que hizo al cerrarse la doble vidriera, un portero con traje verde muy usado que ostentaba galones amarillos cargados de grasa, salió de una puertecita que daba acceso á los sótanos. Un pronunciado olor á sopa de coles agrias y setas acompañó aquella aparición.

– ¿Por quién pregunta usted?, dijo con tono familiar é impertinente, mirando al joven de pies á cabeza.

– ¿Por quién pregunto?, respondió Grebof con igual acento é impertinencia; por la generala Goreline.

– ¡Ah! ¿Viene usted por el anuncio? ¿Y es usted estudiante, según me parece? Bien; suba usted.

– ¿Dónde está eso?

– En el cuarto cuarto, piso último. Ya han venido muchos estudiantes; pero no han hecho negocio.

– Vaya una recomendación, dijo para sí Grebof subiendo no sin esfuerzo los dos últimos tramos de escalera casi verticales, sobre todo comparándolos con los anteriores, cómodos y de escalones bajos. Un portero que se entromete en los asuntos de una familia, y una escalera que parece un árbol de cucaña. ¡Bah!.. Tampoco á mí me toman; pero por lo menos lo habré intentado.

Se detuvo ante una mampara cubierta de descolorido paño, y llamó al ver una placa de cobre que tenía grabado este nombre: Stepan Petrovitch Goreline. Tardaron en contestarle, y ya impacientado iba á repetir el campanillazo, cuando oyó detrás de la puerta el paso apresurado de un criado. Éste se detuvo un momento detrás de la puerta, sin duda para abrocharse los últimos botones de la librea, luego abrió y Boris se halló enfrente de un hombrecillo de aspecto atemorizado.

– ¿La generala Goreline?, preguntó Boris mirando el uniforme del criado, sumamente raído.

El aspecto de la casa le inspiraba mediana confianza y tenía ganas de marcharse.

– La señora está en casa, contestó el hombrecillo con voz enronquecida. ¿Viene usted por lo del empleo, caballero?

– Sí, para eso mismo, contestó bruscamente Boris, ya exasperado. Parece que todo el mundo sabe lo del anuncio.

El hombrecillo, medio asustado, retrocedió un paso y dijo:

– La señora ha mandado que pasen cuantos vengan por lo del empleo. Haga usted el favor de pasar.

Boris fué introducido en un salón adornado con muebles y cortinajes de terciopelo granate. Las colgaduras estaban apolilladas, el papel desteñido á trechos, la madera de los muebles no tenía ya barniz, y la vieja alfombra que cubría el suelo denunciaba, por la desigualdad de su dibujo, que había sido objeto de reparaciones en los sitios más gastados.

Un retrato de cuerpo entero del general Goreline, ostentando todas sus condecoraciones, adornaba el entrepaño de la izquierda. A la derecha, y sobre un sofá medio oculto por una mesa de centro cargada de álbums, campeaba otro retrato de cuerpo entero, de pie, cuya factura era bastante mala, pero cuyo original debía haber sido una hermosura. Las facciones, finas y como cinceladas en marfil, quedaban realzadas por un color sonrosado parecido al de las rosas de Bengala desteñidas por el otoño. La expresión de aquel retrato era como la de todos aquellos que ejecutan los retratistas adocenados: sonriente y anodina.

– Si es la señora Goreline, dijo Boris examinándolo, ha sido muy hermosa; algo debe quedarle de su belleza.

Se oyó el roce de un vestido de seda y Boris se volvió; la señora Goreline en persona atravesó el salón, hizo un leve saludo al joven y se sentó debajo del retrato.

Aquella costumbre, adquirida en la juventud para demostrar que el artista no la había «favorecido,» con el transcurso del tiempo resultaba desastrosa. Los dientes se habían ennegrecido, la nariz parecía de remolacha y una sonrisilla agridulce había reemplazado en el original la sonrisa indiferente de la copia...

– Pues le queda bien poco, pensó Boris terminando mentalmente su reflexión, en tanto que la dama le indicaba un sillón y profería en francés el sacramental:

– Tome usted asiento, si gusta. ¿Desea usted pasar el verano con nosotros?, preguntó con tono amable.

Boris se inclinó en signo de asentimiento.

– He aquí de lo que se trata, añadió; quisiera que preparase usted á mi hijo Eugenio. Tiene once años y es muy listo – no digo esto porque sea su madre, sino porque todo el mundo lo asegura; – quiero que entre en el instituto en otoño y quisiera que se preparara, pero bien, tanto en ciencias como en lenguas. ¿Habla usted el francés?

– Sí, señora.

– ¿Y el alemán?

– Como hablarlo, no, señora; me falta la costumbre; pero lo sé lo bastante para preparar un muchacho.

– ¿Sabe usted también el latín y el griego?

– No es necesario tanto para el examen de entrada, respondió Boris reprimiendo una sonrisa, pues la conversación empezaba á parecerle divertida; pero conozco asimismo esas dos lenguas. Hace tres años que estudio en la Universidad la facultad de filosofía.

La señora Goreline se hizo más comunicativa.

– Es que, como comprenderá usted, se necesita una gran instrucción para no cortarse ante las preguntas que hacen continuamente los niños – los inteligentes, se entiende; – yo misma muchas veces me veo apurada para contestar..., pero contesto siempre, porque es preciso conservar el prestigio. Pero usted debe saberlo mejor que yo, tratando con niños.

– No, señora, contestó Boris.

– ¡Ah! Yo creía... ¿No ha sido usted nunca profesor?

– Nunca, señora; esta es la primera vez.

– Y... ¿es usted estudiante desde hace tres años?

– Sí, señora.

– Es raro...

Guardó silencio ante la mirada firme y algo desdeñosa del joven, sin atreverse á continuar sus investigaciones.

– Es raro, añadió después de un momento de silencio, que no haya aceptado usted jamás una plaza en verano; pero esto no es para mí un inconveniente, al contrario; será usted más bien un compañero que un maestro para mi hijo, y esto es lo que deseo.

– ¡Cuenta con ello!, dijo Boris para su capote.

—Pasamos el verano en el gobierno de Smolensk, donde tengo tierras. Marchamos el 14 de mayo, y si usted quiere, puede hacer el viaje con nosotros ó bien salir al día siguiente: hay una diligencia que le dejará á usted á diez *verstas* de la quinta. Ya le daré la dirección por escrito. Tendrá usted mucho tiempo libre, pues Eugenio es todavía muy chiquillo, y cuatro horas de estudio serán suficientes. Podrá montar usted á caballo y bañarse, pues tenemos un río muy hermoso, en fin, formará parte de la familia, añadió la dama con una sonrisa muy amable que descubrió algunos dientes cariados.

—¡Vaya una gracia! Y esto, en seguida, á primera vista, se dijo Boris continuando su soliloquio interior.

—Por lo que toca al sueldo, dijo la señora Goreline con acento más severo, acostumbro á dar veinte rublos por mes, durante tres meses, lo que hace en junto sesenta rublos para todo el verano.

Estas últimas palabras parecieron causarle alguna pena, pues se calló y empezó á dar vueltas á un pañuelo de batista, algo desgarrado junto á las iniciales.

—No puedo consentir en cobrar menos de cien rublos por los tres meses, dijo Boris con acento cortés, pero resuelto.

—¡Cien rublos dinero para preparar un muchacho para el instituto! Verdaderamente, caballero, me parece demasiado, teniendo en cuenta que estará usted ocupado pocas horas.

—No sé si estaré muchas ó pocas horas ocupado, interrumpió Boris tranquilamente; pero no puedo aceptar por menos de cien rublos.

La dama quedó muy perpleja.

Boris le gustaba: su modestia, su dignidad, un vago sentimiento de la superioridad de aquel joven y quizás el deseo de poder decirse: «¡Tengo en mi casa, por tal suma, un hombre instruidísimo!» Todo esto le había causado impresión.

—¡Es muy distinguido!, pensaba; ¡pero cien rublos!

—Siento, señora, que no podamos entendernos, dijo Boris levantándose.

Estas palabras fueron pronunciadas en francés y con acento tan poco moscovita, que la dama le retuvo por la manga y le hizo sentar de nuevo.

—¿Es su última palabra?, preguntó.

—¡No regateo jamás!, contestó Boris algo disgustado.

—¡Es una cantidad enorme!; pero puesto que así lo quiere usted, será preciso acceder.

Y añadió después de reflexionar un rato:

—Como le quedarán muchas horas libres, tendrá usted la bondad de dar á mi hija algunas lecciones de gramática francesa. Terminó ya sus estudios el año pasado; pero temo que haya olvidado un poco. ¡Lidia!, gritó.

—¡Mamá!, respondió una voz juvenil.

—Ven acá.

La puerta se abrió y Boris vió entrar el original del retrato de la señora Goreline veinte años atrás; original sonriente, hermoso, con el rostro un poco burlón, pero seguro de su belleza y de su imperio... Era la señorita Lidia Goreline.

—Lidia, hija mía, dijo la madre, he aquí al señor..., ¿cómo se llama usted?

—Grebof, Boris Ivanovitch.

—He aquí á Boris Ivanovitch, que pasará el verano con nosotros en el campo y que te dará algunas lecciones de francés.

La joven echó á Grebof una mirada entre satisfecha y aburrida... Satisfecha, sin duda, por tener un comensal joven y guapo; aburrida, pensando en el repaso de aquel endiablado idioma.

—Venga usted á comer el domingo, Boris Ivanovitch, así conocerá á mi esposo, y verá también á mi Eugenio, que ahora está paseando. Hubiera querido que lo viera usted; pero lo dejaremos para el domingo.

A pesar de las instancias de la señora de la casa, que quería retenerlo todavía, Boris se levantó, saludó á las dos damas y salió. El hombrecillo atemorizado le entregó el sobretodo, y en tanto que se lo ponía en la antecámara, oyó la voz de Lidia que decía á su mamá con acento firme:

—¡No quiero, mamá, no quiero! Detesto la gramática y no quiero repasarla.

—Oye, querida, le decía la señora Goreline, este estudiante nos cuesta muy caro y es preciso utilizarlo.

—¡Pues yo no quiero utilizarlo!, replicó la señorita Lidia.

La puerta se cerró y Grebof no oyó más.

Cuando salía, el portero reapareció en la puerta de su covacha.

—Y bien, ¿en qué ha quedado usted, caballero?

—Y bien, buen hombre, «nos hemos entendido,» dijo Boris riendo esta vez de buena gana.

—El general lo celebrará, dijo el portero, pues tantas idas y venidas en su casa le aburrían.

—¡El general! El caso es que ni siquiera me han hablado de él. ¡Bah!, pensó Boris, de todas maneras es esta una familia bien rara.

II

Atravesando las calles para volver á su casa, Boris experimentaba una vaga sensación de tristeza, pensando que había enajenado su libertad, y aquel pensamiento le agitaba más de lo natural.

—La cadena no me parece, sin embargo, muy pesada, y tres meses se pasan pronto. Luego hay que contar que son cien rublos..., es decir, la posibilidad de no dar lecciones durante el invierno próximo y de preparar despacio mi tesis...

Para sacudir mejor aquella impresión melancólica, entró en los jardines del Kremlin y subió la colina. Tenía necesidad de respirar al aire libre, pues las paredes color granate de la señora de Goreline le ahogaban.

Llegado á la explanada cubierta de iglesias que corona el Kremlin, se apoyó sobre el parapeto y miró el panorama que se desarrollaba ante sus ojos. Las cúpulas innumerables, los campanarios de todas formas y colores, sobresalían por dondequiera de las manzanas de casas y de los grupos de árboles; un alegre rayo de sol hacía rutilar la enorme cúpula dorada de la iglesia de San Salvador. A sus pies, la Moskva centelleaba como estrecha cinta azul con escamas de acero, y más lejos, en la campiña, las colinas verdeaban, los monasterios relucían con mil notas alegres en el centro de los fértiles campos y de los bosques que ostentaban los tonos verdes de su follaje de primavera.

Las golondrinas volaban chillando alegremente alrededor de los campanarios; la esperanza vivaz de los días precedentes volvió de nuevo al corazón del joven. Una ráfaga de aire puro y vivificante iba á derribarle el sombrero: se lo caló riendo, y como todos los conquistadores, todos los poetas y muchos otros que no han dejado un nombre, exclamó: «El porvenir es mío; también yo seré célebre.»

Saludando con un gesto triunfal la ciudad que ignoraba todavía su existencia, bajó con paso rápido, entró en su casa y se puso á escribir á su madre:

«Querida madre: Le había anunciado que buscaba una colocación para el verano, á fin de poder guardar bastante dinero para trabajar sin obstáculo el invierno próximo. He encontrado una casa en la cual, á pesar de que me quedará mucho tiempo para mí, ganaré cien rublos. Estoy seguro que estará usted tan contenta como yo pensando de cuánta utilidad me será ese dinero. Hubiese preferido, ciertamente, pasar el verano junto á usted, en nuestra querida aldea...»

Boris se detuvo: la aldehuela, con sus míseras cabañas; la gran enredadera del pozo, que tocaba en las ramas de los árboles si se la dejaba subir demasiado aprisa y que hacía entonces llover las hojas perfumadas sobre el césped y el agua transparente; los coros de labradores con sus rojos trajes de los días festivos; el viejo caballo tuerto, al que constantemente se debía tirar á la derecha para impedir que tropezara á la izquierda; el *drochki* de forma anticuada que servía á su madre para explorar su exigua finca..., todas aquellas cosas queridas, familiares, saturadas del perfume penetrante que exhalan los recuerdos de la infancia, pasaron ante Boris en un momento... Apoyó su cabeza sobre los dos brazos cruzados, en tanto que sus ojos se llenaban de lágrimas...

Por vez primera desde veinte años, no vería aquel año su querida aldea. ¿Y quién sabe lo que le reservaba aquella otra casa, donde había prometido ir y á la cual se encontraba encadenado como un perro guardián?

Se levantó, dió dos pasos hacia la puerta, dispuesto á romper su compromiso; pero dominando su debilidad, cogió de nuevo la pluma y continuó resueltamente:

«... Nuestra querida aldea, donde temo que el tiempo parezca á usted largo sin mí, como á mí me lo parecerá lejos de usted; pero ya sabe usted, mi buena madre, que nuestra modesta fortuna no le permite más sacrificios para mi porvenir: por mí se ha privado usted de muchas comodidades, y á mí me toca ahora ganarme la vida, como hacen muchos estudiantes de mi edad que no se quejan por ello. Sin embargo, este sacrificio me sería demasiado penoso si no pudiera ver á usted antes de las fiestas de Navidad; espero, sin embargo, poder visitarle antes de que empiecen las clases en la Universidad

Escríbame, querida madre, y dígame si aprueba mi conducta, pues si mi separación le ocasionara demasiado pesar, renunciaría á mi proyecto.»

Después de añadir todavía algunas palabras, cerró su carta y la dirigió á Varvara Petrovna, propietaria en la aldea de Grébova, gobierno de Kostroma.

El domingo siguiente recibió una respuesta. La buena anciana quería demasiado á su hijo para no saber privarse de su presencia, y aun cuando hubiese llorado mucho al escribir su carta, ni una sola lágrima había mojado el papel: únicamente sabían su dolor las santas imágenes á quienes rezaba noche y mañana.

«Pero procura venir á verme en otoño, añadía, pues me voy haciendo vieja y no estoy acostumbrada á estar tanto tiempo sin verte.»

Boris, que sabía leer entre líneas, conoció cuánto costaba aquella resignación á la buena anciana. Besó la carta y salió para ir á comer en casa de los Goreline.

III

La señorita Lidia aborrecía probablemente al estudiante, aun sin conocerle, á causa de las lecciones de gramática francesa, pues no asistió á aquella comida de familia, y había elegido aquel día precisamente para ir á visitar á una amiga suya, con la cual avisó que se quedaba á comer. La señora Goreline no estaba contenta, y su marido, como era natural, fué el que pagó el malhumor de la señora.

No cabría imaginar un ser más pequeño, activo y filosófico que el general Goreline. Acostumbrado á no poder abrir la boca en presencia de su cara mitad, había tomado el partido de callarse; pero ¡cómo se indemnizaba cuando encontraba un interlocutor! Tan intolerante para con los otros como lo era su mujer para él, emitía sus opiniones de un golpe, como si fueran todas de una substancia tan dura como el bronce de sus baterías; pero tan pronto quedaban emitidas y discutidas como olvidadas, y al día siguiente sostenía con gran tranquilidad una opinión contraria. Si se le hubieran entonces aducido los argumentos que él espetara la víspera, los hubiera reducido á polvo con la misma tranquilidad y la misma ligereza con que una bala rasa atraviesa un blindaje.

El «hijo encantador» de la señora Goreline, Eugenio, era un chiquillo endemoniado, parecido á los otros, ni más ni menos inteligente, pero que tenía una impertinencia mayúscula, sobre todo con su padre, quizá por la manera brusca como veía que le trataba sin consideración alguna la generala.

La comida, mezquina y presuntuosa, correspondía al aspecto del salón granate. Sirvieron un pescado fino, pero demasiado pequeño, atendido el número de los convidados, dos ó tres de los cuales se quedaron sin catarlo; la ensalada estaba aderezada con aceite rancio procedente de la vecindad, y el vinagre era un líquido acuoso producto de la fabricación doméstica, y así todo lo demás.

La comida terminó sin ningún incidente. La dueña de la casa llenaba de atenciones y de buenas tajadas á Boris; Eugenio, todavía intimidado por la presencia de un extraño, no se insolentaba, y el general se hallaba tan abstraído que no abrió la boca después del primer cumplido formulado en cuatro palabras:

—Mucho gusto en conocer á usted.

Los otros comensales, en número de cuatro ó cinco y que no tenían nada de notable, se habían enfrascado en una discusión sobre el mejor modo de cebar las vacas, explicando las ventajas que con él se lograban en la cantidad de carne y de leche.

Boris se aburría cordialmente, y su rostro debía traducir aquella impresión, pues la señora Goreline se apresuró á empezar una descripción halagadora de su casa de campo.

Para tomar café los comensales pasaron al salón.

Boris pensaba en el medio de eclipsarse sin ofender á nadie, cuando, de repente, apareció la señorita Lidia, sonrosada, alegre, vestida de blanco con anchas cintas azules y trayendo un ramillete de lilas blancas en la mano. Boris, admirado de su resplandeciente belleza, la miró con más atención que el día anterior; ella lo advirtió y le concedió la más graciosa sonrisa, entreverada con un ademán de modesta satisfacción.

—¡Qué pronto vienes!, le dijo su madre. Habéis comido muy temprano.

—No, contestó la señorita Lidia sentándose en frente de Boris, pero me aburría y me he marchado en seguida de comer.

—Pues no valía la pena de irte á comer allí, exclamó Eugenio. Por otra parte has hecho bien, por-

que así nos ha tocado mayor cantidad de dulces.

La señora Goreline miró con ojos terribles á su hijo. Trabajo perdido, pues éste continuó:

– Si hubieses estado aquí no habría habido para todos, pues papá tomó demasiados.

La señora Goreline disimuló su cólera con una carcajada. Pero la señorita Lidia, descontenta del giro que tomaba la conversación, se volvió hacia Boris y le dijo con acento cariñoso:

– ¿Se viene usted el martes con nosotros, caballero?

– No lo sé todavía, señorita.

– Vaya, decídase, Boris Ivanovitch, dijo la señora Goreline. Si viene, tomaremos el coche y la calesa, y si no, tomaremos únicamente el coche y la camarera irá en la diligencia.

– ¿Los cuatro en el coche?, interrumpió Lidia; no, mamá, no; no iré en el coche con papá, que fuma todo el día, y con Eugenio, que continuamente da puntapiés á todo el mundo.

– ¿Qué es lo que prefiere usted?, preguntó Boris á la generala.

– Lo que usted quiera; si viene usted, podrá ir con Eugenio en la calesa, y entonces, vendrá con nosotros la camarera.

Lidia hizo un gesto indefinible.

– Venga usted, Sr. Boris, dijo; es muy divertido viajar en caravana, y luego se pasa la noche en una casa de postas.

– No, dijo su padre, esta vez viajaremos sin detenernos.

– Tanto mejor: me gusta mucho viajar por la noche, cuando ha caído el rocío y se siente el fresco de la madrugada.

Boris pensó en la gran selva llena de ruiseñores que se debía atravesar antes de llegar á su aldea, y se conmovió.

– Vendrá usted, ¿no es verdad? Por otra parte, añadió bajando la voz, no tendrá usted por compañero á Eugenio durante todo el camino.

Boris la miró con algo de extrañeza, no sabiendo qué debía pensar.

– También vendrá con usted mi papá, continuó echándose á reir. Mamá, el Sr. Boris vendrá con nosotros.

Marchó, efectivamente, con ellos, y la maliciosa Lidia, que siempre encontraba medio de hacer su voluntad de niña mimada, se las compuso tan bien, que fué su compañera de viaje en la gran calesa, unas veces sola, otras con su hermanito, durante una gran parte del camino.

IV

Por la abierta ventana penetraba el aire puro del campo, y la sombra del follaje de los tilos jugueteaba sobre las hojas en blanco del cuaderno abierto sobre la mesa; los insectos volaban por el jardín produciendo suave rumorcillo; y el estanque vecino, que brillaba bajo los rayos del sol del mediodía, enviaba reflejos dorados á los ojos de Boris, en tanto que dictaba á su encantadora discípula su lección de gramática.

La gran sala desmantelada que servía de gabinete de estudio, era fresca y aun algo húmeda, á pesar de los calores de junio. La señorita Lidia traía prendida una rosa blanca entre las trenzas de su pelo castaño, que tenía reflejos dorados al herirlo la plena luz que allí penetraba. Un bucle mal prendido ocultaba de cuando en cuando la flor, que reaparecía á cada movimiento de la linda cabeza, inclinada sobre el cuaderno.

– ... Las flores que cogimos estarán marchitas mañana, dictaba el joven. ¿Cómo escribe usted *marchitas?*

Formulando maquinalmente aquella pregunta, Boris miraba con una especie de fascinación aquella flor que se acercaba cada vez más á su mano.

El mes que acababa de pasar en la campiña había transcurrido como un sueño; una fuerza irresistible se había apoderado de él, que tenía aún el alma virgen.

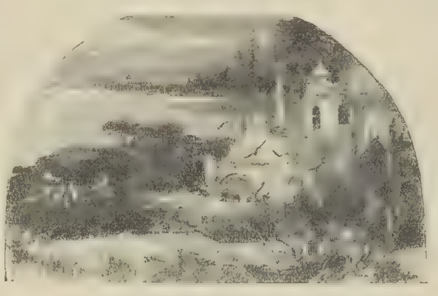
Hasta entonces el amor le había aparecido como un sueño espléndido, pero lejano, y de repente, había cesado de vivir su propia vida para no ver la luz sino reflejada por aquellos ojos sonrientes ó maliciosos, según las ocasiones, que brillaban en el rostro de aquella niña caprichosa.

La amaba de todo corazón, como se ama en su edad, con fuerza irresistible; no tenía su amor una gran consistencia; pero, de todos modos, Boris amaba.

– ¡Lidia!, gritó en aquel momento la generala que pasaba por el corredor, ¡estás escribiendo con la nariz!

Lidia saltó de la silla, fué á cerrar la puerta con un ademán de despecho y volvió á sentarse riendo.

Boris había palidecido. A lo lejos se oía la voz de la generala, que reñía al jardinero. Lidia tomó la



Las golondrinas volaban chillando alegremente.

pluma y repitió las últimas palabras: «marchitas mañana»

– Déjeme usted el cuaderno, dijo Boris con voz temblorosa.

– ¡Aún no!, dijo Lidia, reteniendo el cuaderno con ambas manos; ¡dícteme usted versos como el otro día!

Boris alargó la mano hacia un tomo de trozos escogidos.

– No, eso no: es fastidioso. Dícteme un trozo de Jocelyn, la primavera de los Alpes, ¿sabe usted?

Sin despegar los labios, Boris alargó la mano hacia un tomito con cubiertas amarillas y escogió una página. Pero Lidia se lo arrebató y señaló otra.

– Aquí, dijo, devolviéndole el tomo.

Boris volvió á dictar. Se esforzaba en dar un tono seguro á su voz; pero aquellos versos apasionados, que embriagan con su música y sus palabras, le dominaban á pesar suyo. Se detuvo bruscamente, pues se sentía vencido.

– El cuaderno..., dijo.

Y la voz se ahogó en su garganta.

Lidia, sin levantar los ojos, puso la página delante de él. Sentía vértigo; desde hacía un mes la veía cada día tan hermosa y linda, tan alegre y caprichosa, cruel á veces, pero siempre tan adorable y soberanamente bella, que cada lección le parecía más difícil de dar. Reuniendo todo su valor, tomó el cuaderno.

– Dispense usted, dijo Lidia con voz tan baja que apenas la oyó; y alargó la mano para volver la hoja.

Sus dedos se habían rozado. Boris, estremeciéndose de pies á cabeza, cogió aquella mano fresca y sonrosada que se acercaba. Lidia se estremeció, pero no la retiró.

Boris clavó en ella sus ojos. Se había vuelto y no veía más que su cuello y su oreja enrojecidos. En aquel momento, el estudiante no sabía si vivía en el mundo real. Con la mirada vuelta hacia aquel rostro que no quería dejarse ver, llevó suavemente aquella mano á sus labios. La mano se estremeció y quiso retirarse.

– ¡Lidia, la amo á usted, la amo más que á mi vida!, murmuró.

La joven no contestó; pero su pecho dejó escapar un suspiro que parecía decir: ¡Al fin!

– Lidia, si has terminado la lección, ven á recoger fresas, gritó su madre desde el jardín.

– ¡Ya voy!, respondió, levantándose bruscamente.

Boris, como herido por un rayo, la miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Lidia se deslizó hasta la puerta, y luego, al llegar al umbral, arrancó la rosa blanca de su cabeza, la echó al joven, y llena de rubor desapareció corriendo.

Un momento después pasaba por debajo de la ventana.

Boris no podía verla desde el sitio en que estaba; pero hasta él, fresca y sonora, llegó la voz de su amada que cantaba la romanza tan conocida de la princesa Kotchoubey:

Di á mi amada que la quiero
Cual los ángeles á Dios.

Después de aquellos dos primeros versos, la voz se extinguió. Boris, inmóvil, estrechaba la cabeza entre sus manos.

– Dónde me arrastrará esto, ¡Dios mío!, decía. ¡La amo! ¿Y si ella me amase también?

Aquella idea le devolvió toda su energía. Se levantó para dar un paseo por el jardín. El general Goreline paseaba también por allí.

La conversación con aquel buen hombre le placía, y exceptuando los momentos que quería dedicar á pensar en Lidia, nada le gustaba tanto como discutir con él algún punto escabroso de política ó administración.

El general no razonaba de una manera muy lógica, ni aducía argumentos muy nuevos ni contundentes, pero en cambio se entusiasmaba de una manera divertida. Durante la discusión y con su larga pipa en la boca, recorría á pasos pequeños y apresurados un reducido espacio, y cuando creía haber encontrado un argumento irresistible, después de aspirar dos ó tres bocanadas de humo, lanzaba bruscamente su réplica, como una descarga de metralla, y riendo con toda su alma, miraba á su interlocutor como diciéndole:

– ¡Acertado! ¿Eh? ¿Qué le parece?

Nada le disgustaba tanto como que le refutaran aquel argumento; nada, entonces, era capaz de convencerle.

– ¡No me comprende usted!, repetía moviendo tristemente la cabeza; no es eso, no; no, no es eso.

¿Qué quería decir? Nadie lo ha podido saber jamás.

Pero á pesar de sus defectos, Boris quería á aquel buen hombre, quizá porque era el padre de Lidia.

Por su parte, Goreline, tratado desdeñosamente por todo el mundo, sin exceptuar los criados, había cobrado afecto á aquel joven que le hablaba cortésmente.

En aquel momento, con el espinazo doblado y las manos detrás de la espalda, miraba atentamente unas enredaderas de judías que tenían ya levantado el cañizo, pero que no querían crecer.

– Es extraordinario, murmuraba; las riego, sin embargo, cada día con el agua de afeitarme, como me dijo el sargento mayor... Es muy extraño.

Viendo venir á Boris, se levantó y gritó alegremente:

– ¡Venga usted, venga usted, joven! Hay noticias frescas. Después de tres años de ausencia, el príncipe de Annianof ha vuelto á sus tierras; su cochero ha venido á ver á nuestro cochero.

– ¿Qué me importa eso?, pensó Boris; pero añadió en voz alta: Si esto le place, me alegro.

– ¡Cómo si me place! Ya lo creo. Su difunto padre era íntimo amigo mío y él es un muchacho guapo y rico. ¡Buen novio para las señoritas de estos contornos!, añadió con tono misterioso bajando la voz.

– ¿Un novio?, repitió Boris.

– ¡Ya lo creo! A todas las madres les gusta ver á sus hijas princesas y ricas además. Pero á mí poco me importa eso, pues un general de artillería que ha ganado un grado en el servicio vale tanto como una Alteza que no ha tenido más trabajo que nacer.

– ¿No tiene usted, pues, prejuicios aristocráticos?, preguntó Boris, como si aquella pregunta pudiera obtener jamás una contestación razonable.

– ¿Yo? Ninguno. Pero Julia Alexeievna (era el nombre de su mujer) tiene muchos, y comprenderá usted ..

– Entonces, Sr. Goreline, ¿permitiría usted á su hijo que se casara con una joven de modesta cuna si la amaba?

– *¡Parbleu!*, dijo el general en francés.

Aquella palabra, junto con *merci* y *bonjour*, formaba todo su bagaje filológico.

En aquel momento un vivaracho rostro de labradora andrajosa apareció al final de la terraza. Era una niña que venía corriendo con los pies desnudos y llevaba en la mano una de las pipas del general, casi tan larga como su delgaducha persona.

– Tome usted, Stepan Petrovitch, he encontrado esto al extremo del jardín.

– ¿En el pabellón?

– No, Stepan Petrovitch; arrimada al seto, cerca de la brecha.

– ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! He medido lo que faltaba de empalizada, y la habré dejado allí. Pero todavía me falta una.

– Ya lo sé, ya la he traído. Es la pequeña, la que estaba junto al banco redondo.

– No, otra todavía; debo haberla olvidado en alguna parte, cerca del establo.

La labradorcilla hizo un signo con la cabeza y partió corriendo; sus talones se levantaban con regularidad bajo sus sayas de lana desgarradas, y sus manos pendían á lo largo del cuerpo, morenas y afiladas, endurecidas por los rudos trabajos del campo, pero pequeñitas y bien formadas.

(Continuará.)

NUEVOS EJERCICIOS ACROBÁTICOS

EL «CÍRCULO DE LA MUERTE» Y SUS DERIVADOS EL «TRICK RIDING» Y EL «HOOPING THE HOOP»

En cuanto un gimnasta ó un acróbata ejecuta un *tour de force* nuevo y sensacional, sus colegas se esfuerzan en seguida por imitarle y aun sobrepujarle.

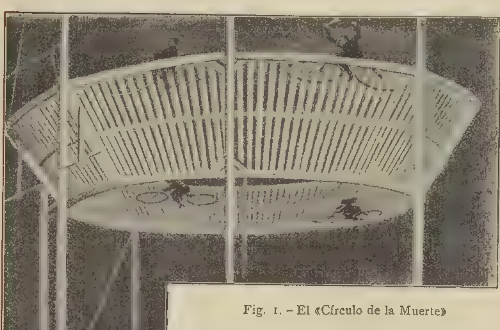


Fig. 1. – El «Círculo de la Muerte»

Ha bastado que un atrevido ciclista intentara un ejercicio basado en la fuerza centrífuga y realizara el *Looping the loop*, para que se vieran multiplicarse los espectáculos peligrosos en la misma ley física fundados. Actualmente la moda está por las excentricidades velocipédicas más inverosímiles que pueden presentarse en las pistas. En este artículo examinaremos los principales y más arriesgados de estos ejercicios de carácter tan particular.

Los parisienses pueden ver actualmente todas las noches, en dos de los principales *music hall* de la capital, un número que en el teatro del Moulin Rouge se denomina el «Círculo de la Muerte (1)» y en Folies-Bergere el «Anillo terrible.» La pista es una especie de cubo sin fondo ó más bien de cono truncado, formado por listones de madera separados entre sí por intervalos de cinco ó seis centímetros, al través de los cuales se ve todo lo que pasa en el interior. Este velódromo minúsculo mide unos siete metros de diámetro en su parte media y la pista tiene unos dos metros de ancho; el círculo está sostenido por alambres de acero por medio de los cuales y con ayuda de una cabria puede levantarse. Colocada la pista en el suelo del escenario, los ciclistas, en número de cuatro, penetran en el interior, montan en sus máquinas, y después de haber dado unas vueltas en el suelo para tomar el impulso necesario entran en la pista. Entonces empieza un espectáculo en extremo emocionante: los ciclistas marchan á toda velocidad, se persiguen, corren á dos de frente, uno de ellos suelta el guión, otro se quita la chaqueta y el sombrero, los arroja al suelo y sin detenerse recoge nuevamente estas prendas y vuelve á ponérselas. Por último, á una voz de mando, el círculo se va separando del suelo, se eleva poco á poco y sube á una altura de unos cinco metros, y sobre el vacío siguen dando vueltas los ciclistas paralelamente al suelo, tomando las viradas al ras de la cuerda ó casi completamente en el exterior con increíble audacia (fig. 1). Esta carrera desenfrenada continúa durante dos ó tres minutos, transcurridos los cuales el círculo desciende hasta descansar otra vez en el suelo, pudiendo entonces los ciclistas moderar su marcha y pararse.

Fig. 2. – La pista en forma de cesta

(1) Este número ha sido recientemente ejecutado en el teatro de Novedades de Barcelona. – (N. de la R.)

Conviene observar que los acróbatas que ejecutan el «Círculo de la Muerte» montan bicicletas ordinarias y no pueden mantenerse en la pista sino á condición de correr con una velocidad de 25 kilómetros por hora, de no chocar, de no despistarse, de no tener accidente alguno en los neumáticos ó en la cadena, pues en cualquiera de estos casos sufrirían una caída espantosa. La dificultad de este ejercicio aumenta á causa de la misma constitucion de la pista, que necesariamente poco rígida, experimenta bruscas inflexiones y oscilaciones alarmantes. Este número peligroso lo ejecutan en el Moulin Rouge los Noiset, tres hombres y una mujer, hermanos de Mefisto, el que ejecuta el *Looping the loop* en el Circo de París; en Folies Bergere opera la *troupe* de los Davis.

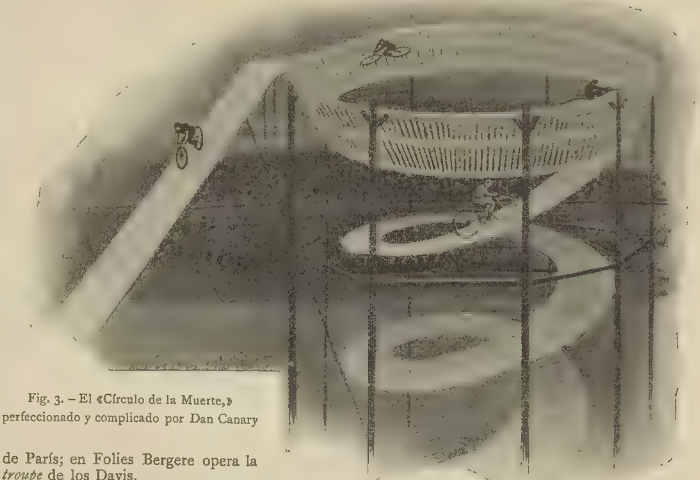


Fig. 3. – El «Círculo de la Muerte,» perfeccionado y complicado por Dan Canary

El «Círculo de la Muerte» ha sido perfeccionado y complicado por Dan Canary, en Madison Square (Nueva York). Como puede verse examinando la figura 3, Dan Canary sube por una larga espiral helizoidal hasta el círculo, situado á 18 metros sobre el suelo, y después de haber ejecutado en la pista varios ejercicios acrobáticos llega al borde superior de aquél, entra en una plataforma y desciende con velocidad vertiginosa por una escala inclinada.

También es digna de mención una pista aérea de más modestas dimensiones, inventada por los Donatelli: uno de éstos, verdadero hércules, sostiene sobre sus hombros, mediante un aparato de barras de acero y de tirantes, una pista minúscula hecha de listones muy inclinados, en forma de cesta, por cuyo interior da vueltas un ciclista, según puede verse en la figura 2.

Pero el *record* de esta clase de espectáculos parece que corresponde á una mujer, miss Lottie Brandon, antigua campeona de la época en que estaban de moda las carreras ciclistas femeninas. Exhíbese esta acróbata en uno de los más reputados *music-halls* de Nueva York, y el ejercicio que ejecuta sobrepuja en mucho por su atrevimiento al *Looping the loop* y al «Círculo de la Muerte.» Montada en una bicicleta de pedales, da en una pista circular vertical, no una, sino varias vueltas, sin tomar previamente impulso en una pendiente. Este impulso, necesario para realizar el número, lo recibe por medio de un aparato especial: la pista vertical está formada por un círculo perfecto que mide 5'50 metros de diámetro y está provisto en su base de dos cilindros sobre los cuales se coloca la bicicleta. Miss

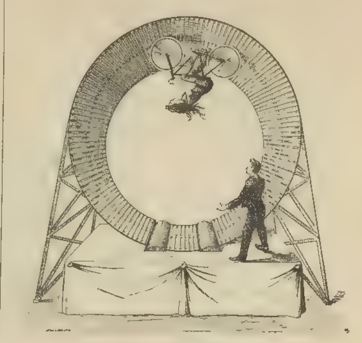


Fig. 4. – El «Trick Riding»

Brandon monta en su máquina y empieza á pedalear, y los cilindros que soportan la bicicleta, movidos por una maquinaria *ad hoc*, dan vueltas en sentido contrario á las ruedas, de modo que la ciclista pedalea sin moverse. La velocidad aumenta por momentos, y cuando es suficiente, un ayudante baja por medio de una palanca los dos cilindros, y la ciclista, impulsada fuertemente hacia adelante, empieza á dar vueltas en el círculo con rapidez fantástica (fig. 4). A cada vuelta pedalea un momento con la cabeza hacia abajo, y únicamente su velocidad permite á las ruedas de la bicicleta adherirse á esta pista original; al cabo de veinte segundos, que á los espectadores les parecen interminables, acaba tan loca carrera.

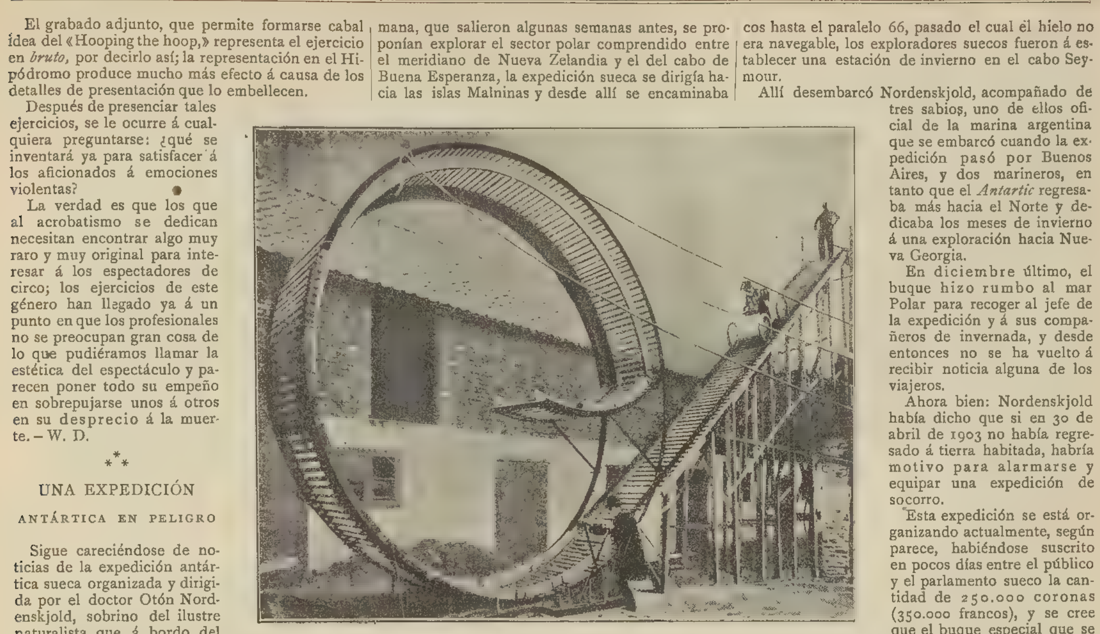
En el instante en que desciende hacia el suelo miss Brandon, oprime un potente freno de que está provista su bicicleta, y cuando llega al nivel de las tablas del escenario, su ayudante la coge en brazos mientras la máquina, arrastrada por el impulso recibido, sigue corriendo un rato.

En este mismo género de espectáculos merece mencionarse también el que actualmente está llamando la atención del público que acude al Hipódromo de Londres. El «Hooping the hoop», que así se llama, ha sido inventado por el famoso ciclista cojo Eddie Gifford, y lo ejecuta miss Mina Alix, quien montada en un pequeño automóvil, da tres vueltas completas al círculo, que en vez de formar una lazada, como en el «Looping the loop,» es un anillo enteramente cerrado. La artista, llamémosla así, desciende por una pendiente y se introduce en el anillo por una especie de trampa que, una vez aquélla dentro, se cierra formando el círculo; la salida se afectúa del mismo modo. En el interior del círculo hay dos rebordes para evitar que el automóvil se despiste.

El grabado adjunto, que permite formarse cabal idea del «Hooping the hoop,» representa el ejercicio en *bruto,* por decirlo así; la representación en el Hipódromo produce mucho más efecto á causa de los detalles de presentación que lo embellecen.

Después de presenciar tales ejercicios, se le ocurre á cualquiera preguntarse: ¿qué se inventará ya para satisfacer á los aficionados á emociones violentas?

La verdad es que los que al acrobatismo se dedican necesitan encontrar algo muy raro y muy original para interesar á los espectadores de circo; los ejercicios de este género han llegado ya á un punto en que los profesionales no se preocupan gran cosa de lo que pudiéramos llamar la estética del espectáculo y parecen poner todo su empeño en sobrepujarse unos á otros en su desprecio á la muerte. – W. D.



EL «HOOPING THE HOOP»
ejercicio que actualmente se ejecuta en el Hipódromo de Londres

***

UNA EXPEDICIÓN
ANTÁRTICA EN PELIGRO

Sigue careciéndose de noticias de la expedición antártica sueca organizada y dirigida por el doctor Otón Nordenskjold, sobrino del ilustre naturalista que á bordo del *Vega* realizó en 1878-1879 la circunnavegación de Europa y de Asia.

Esta expedición, que se embarcó en un antiguo y tal vez demasiado viejo barco noruego, dedicado á la pesca de las focas y bautizado con motivo de un viaje anterior con el nombre de *Antartic,* salió de Gotemburgo en octubre de 1901.

Mientras las expediciones antárticas inglesa y alemana, que salieron algunas semanas antes, se proponían explorar el sector polar comprendido entre el meridiano de Nueva Zelandia y el del cabo de Buena Esperanza, la expedición sueca se dirigía hacia las islas Malninas y desde allí se encaminaba en enero de 1902 hacia las ignoradas regiones australes.

El *Antartic* atravesó el estrecho de Bransfield, penetró en el de Gerlache y luego dió vuelta á las tierras de Joinville y de Luis Felipe.

Después de haber realizado trabajos oceanográficos hasta el paralelo 66, pasado el cual el hielo no era navegable, los exploradores suecos fueron á establecer una estación de invierno en el cabo Seymour.

Allí desembarcó Nordenskjold, acompañado de tres sabios, uno de ellos oficial de la marina argentina que se embarcó cuando la expedición pasó por Buenos Aires, y dos marineros, en tanto que el *Antartic* regresaba más hacia el Norte y dedicaba los meses de invierno á una exploración hacia Nueva Georgia.

En diciembre último, el buque hizo rumbo al mar Polar para recoger al jefe de la expedición y á sus compañeros de invernada, y desde entonces no se ha vuelto á recibir noticia alguna de los viajeros.

Ahora bien: Nordenskjold había dicho que si en 30 de abril de 1903 no había regresado á tierra habitada, habría motivo para alarmarse y equipar una expedición de socorro.

Esta expedición se está organizando actualmente, según parece, habiéndose suscrito en pocos días entre el público y el parlamento sueco la cantidad de 250.000 coronas (350.000 francos), y se cree que el buque especial que se comprará inmediatamente podrá salir de Suecia en septiembre próximo.

Debemos observar, sin embargo, que hay probabilidades de que Nordenskjold y sus compañeros hayan sido socorridos por la expedición antártica escocesa que, salida de Europa en 1902, había de visitar casi los mismos parajes explorados por los suecos.

FOOT-BALL CLUB BARCELONA

De algunos años á esta parte se ha desarrollado extraordinariamente en nuestra capital la afición á los deportes que tan saludable influencia ejercen en el desarrollo físico y hasta en el desenvolvimiento moral de individuos y pueblos. Una buena parte de nuestra juventud, comprendiendo las ventajas que de ello reportan la salud del cuerpo y del alma, ha ido introduciendo los ejercicios higiénicos que tan en boga se hallan en algunas naciones extranjeras, especialmente en Inglaterra, país originario de los que más aceptación han conseguido en todo el mundo civilizado.

Entre estos deportes figura hoy entre nosotros en primera línea el llamado *foot ball*, siendo muchísimas las sociedades que se han organizado para cultivarlo y fomentarlo, y celebrándose con frecuente periodicidad interesantes partidos, ya en competencia entre *teams* de un mismo club, ya entre *teams* de clubs distintos. Y la afición no se limita sólo á los jugadores, es decir, á los que toman parte activa en estas nobles luchas, sino que se ha comunicado al público, que acude con interés á presenciarlas y á admirar la agilidad, la destreza y el ingenio de los deportistas.

Las dos fotografías que en esta página publicamos reproducen los grupos que componen los *teams* primero y segundo del «Foot-ball Club Barcelona,» el más antiguo de cuantos en esta ciudad existen, puesto que se fundó en noviembre de 1899. El primero de ellos ha ganado este año la copa de plata ofrecida por los socios protectores y amigos entusiastas de dicha ciudad, en concurso en el que tomaron parte ocho de las más importantes agrupaciones barcelonesas. El segundo *team* ganó el concurso «Champagne Mercier,» organizado por la Asociación de clubs de *foot-ball*.

Ambos *teams* poseen el campeonato de la temporada 1901-1902.




Foot-ball Club Barcelona

Primer team vencedor del concurso Copa del F. C. Barcelona (temporada 1902 á 1903). – Segundo team vencedor del concurso «Champagne Mercier» (temporada de 1902 á 1903)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

La Juncalera, por *Dionisio Pérez*. – Es esta una novela de costumbres andaluzas, llena de color y de vida, en la que abundan las descripciones brillantes y en muchos de cuyos pasajes palpita un sentimiento muy hondo, condiciones avaloradas por un lenguaje vigoroso y ameno. Tiene además el libro el atractivo de que algunos de sus personajes tienen un interés histórico. *La Juncalera* forma parte de la «Biblioteca de Novelistas del siglo xx,» que con tanto éxito publica en Barcelona la casa Henrich y C.ª

Un enemigo del pueblo. Los puntales de la sociedad, por *E. Ibsen*. – Correctamente traducidos por los Sres. Costa y Jordá el primero y por el Sr. Farrán y Mayoral el segundo, se han publicado estos dos interesantes dramas del gran escritor noruego, que forman los volúmenes III y IV de una biblioteca que con el título de «Teatro antiguo y moderno» se publica en esta ciudad.

Leyendas guaraníes, por *O. Solé Rodríguez*. – Tiene este libro el encanto de las obras que se inspiran en las primitivas tradiciones de un pueblo, y lo tiene en tanto mayor grado en cuanto el autor ha sabido conservar y aun aumentar la poesía que en sí entrañan estos asuntos, revistiéndolos de una forma elegante y sencilla y ofreciéndolos con toda la ingenuidad, que es una de las principales bellezas de la literatura folklorista. El tomo, ilustrado con bonitos dibujos de Olivella, ha sido editado por los Sres. Dornaleche y Reyes, de Montevideo.

Equivalencias entre las medidas antiguas y las del sistema métrico decimal, con tablas calculadas de las mismas, por *D. Miguel Madorell* y *D. Luis Callén*. – La simple enunciación del título demuestra la utilidad de esta obra, que contiene multitud de datos referentes á medidas de todos los países y es sobre todo completísima en lo referente á las de Cataluña. Las tablas calculadas que de ella forman parte hacen que el libro sea de absoluta necesidad para ingenieros, arquitectos, notarios, etc. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig Alfonso, véndese el tomo encuadernado á tres pesetas.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 22 de junio de 1903 — Núm. 1.121

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES, 1903

LA SIEGA DEL HENO cuadro de Luis Alleaune

Salón de 1903

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimocuarto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOLUCIÓN. – EL DUELO

Un hombre de ciencia, Guillermo Crookes, inventor de aquel radiómetro que tanta sensación produjo entre los consagrados al cultivo de las «exactas, físicas y naturales,» nos anuncia – á larguísimo plazo, ello es verdad – la disociación de la materia y el retorno al Caos, hermano de la Noche, según las poéticas cosmogonías primitivas. ¿Cuántas generaciones de generaciones, cuántas semanas de años transcurrirán antes de que suceda esto? Transcurran las que transcurran, nuestra mente vacila y se ensombrece ante la idea de tal catástrofe. El fin del mundo, temido por nuestros padres, ó mejor dicho abuelos, y para más verdad architatarabuelos de la Edad Media, había llegado á preocupar poquísimo ó nada á la Edad moderna. He aquí que un sabio vuelve á proyectar sobre el universo la sombra del no ser; á notificarnos que todo perecerá, civilizaciones, imperios, monumentos, invenciones, conquistas, trabajos, obras buenas y malas, riquezas acumuladas y circulantes, arte, ciencia, verdad, hermosura... Un desaliento profundo embarga el ánimo; la fatalidad parece que se nos atraviesa cerrándonos el paso. ¿A qué luchar, á qué esfuerzos y fatigas? «Estamos cerca del fin del mundo,» como decían tristemente los del milenario fatídico.

Pero ¿qué importa la perspectiva de la disolución, fluidificación y disociación de lo que conocemos del universo, que es nuestro planeta, á quien dentro de su alma se le ha disociado su mundo, se le ha transformado en tinieblas la luz, se le ha sepultado todo en el caos? ¿Qué le importaría el anuncio ó sentencia de Crookes á la mísera cuyo cuerpo acaban de devolver las olas del Cantábrico, aquí en Marineda, después de guardarlo en su seno cerca de un mes?

Nunca sentirá el hombre la catástrofe general como siente la que inmediatamente le afecta. Cada cual es, para sí mismo, centro y razón de la vida; no ya sólo de la propia, sino de la que se desenvuelve alrededor nuestro. Aunque la disociación del planeta fuese cosa inminente, nadie pondría fin á sus días por el *dolor general* de esa disociación, sino por el dolor particular y personal. ¿Habéis mirado alguna vez los cuadros que representan escenas del Diluvio? En las caras y en las actitudes, lo que se refleja es el afán de salvarse á sí propio y de salvar á los seres queridos, el que los tenga; lo demás no preocuparía. El que consiguiese trepar á una eminencia, fuera del alcance de las olas y los torrentes de la desatada inundación, no encontraría en sus ojos lágrimas con que llorar la catástrofe: las secaría el gozo de la salvación propia. Dígalo Noé; metido en el arca, seguro de flotar, en compañía de su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos, sólo pensó en aquel buen asilo y cobijadero; ni al salir de él se le ocurrió lamentarse por el género humano que había perecido en masa, tragado por las aguas más altas quince codos que los montes; sino que dejó el arca bendiciendo á Dios y regocijándose en los tornasoles y prismas del arco iris, y en cuanto se vió en tierra firme, ofreció sacrificios «de olor de suavidad.»

La que buscó el sitio más tétrico y solitario de Marineda para desaparecer, era una desesperada lúcida – el caso es más frecuente de lo que se cree. – Con dominio absoluto de sí misma, ocultó su resolución á todos; procedió como procedería si su vida corriese por el cauce natural; y cuando abandonó su casa en Lugo y se vino á Marineda á poner por obra lo resuelto, pudieron creer los de su casa que se trataba de un capricho, de una voluntariedad de muchacha, de alguna pasajera contrariedad amorosa. Al llegar á Marineda – agasajando con fúnebre gozo la idea del fin, – en vez de irse derecha, desde el tren, á los acantilados de la bravía costa, se dirigió, lo mismo que cualquier viajero, á una fonda, y allí se lavó, se arregló, se atusó un poco, última coquetería de mujer. Al verla salir, con ese aire especial de los que van á *algo,* un instinto inexplicable, algunas palabras misteriosas de la viajera, movieron á la fondista á mandar á un criado que la siguiese y observase. – La mujer sola, en las fondas, inspira siempre extrañeza y desconfianza. – El mozo la siguió, á boca de noche, y la vió emprender ese camino de trágica tristeza que, pasando por delante de las tapias del cementerio, conduce á la Torre y á los escollos. La pupila de cíclope del Faro, abriéndose y cerrándose entre la sombra, guiaba tal vez á la desesperada. El espía que á distancia estudiaba sus movimientos y seguía sus pasos, notando que no se detenía al llegar al cementerio, que ni volvía la cabeza para mirarlo, que proseguía hacia la Torre, creyó en una cita de amor, y medroso ó cansado, dió la vuelta. «Allá ella y el hombre que la aguarda.» La hipótesis del suicidio no le cruzó por las mientes.

Y ella siguió avanzando. Iba á buen paso. Tenía prisa de llegar. Las gentes, al comentar este caso, se preguntan por qué el viaje; por qué la desesperada no se limitó sencillamente á precipitarse de lo alto de una ventana ó de una muralla, en su propio pueblo. El viaje, no cabe duda, requiere un gasto de energía y disimulo, y de sentido práctico, que no siempre está al alcance de los que sufren crisis moral tan honda. – Pero la desesperada sentía esa preocupación extraña que influye tanto en los suicidas: la idea de la impresión que producirá su cuerpo cuando lo recojan; la vergüenza, el pudor del drama íntimo divulgado, profanado de un modo tan violento y horrible. Unica esperanza de la desesperada: que el Océano, piadoso, no restituyese su cuerpo; que diese eterna sepultura, á ella y á su secreto. A veces son discretas las olas: recogen, tragan y no devuelven. Otras, sin embargo, diríase que se gozan en restituir – ¡y cómo, en qué estado! – lo que se las confía... Si la infeliz hubiese podido suponer que recorrería otra vez el camino desde los escollos al cementerio, pasando por la mesa de autopsia, ¿ejecutaría su resolución? Tal vez no...

¡Es tan difícil acertar cómo se ha de morir!, decíame, á propósito de esto, alguien que en apariencia no está á mal con la vida. ¿Quién es capaz de saber si, por dentro, la aborrece en grado igual á la desventurada viajera que al tomar su billete para Marineda hacía rumbo á la eternidad?

Otra tocata. *La Liga internacional contra el duelo* es una institución reciente y de la cual se habla mucho. Corrientes múltiples han venido á confluir en este movimiento: proceden del ejército; proceden de la aristocracia; proceden del socialismo, en Italia sobre todo. La Federación socialista de Milán ha resuelto expulsar de su seno á todo el que se bata en desafío. Es curioso saber con qué argumentos combate un general, el general Perrone, á los duelistas. «El valor del duelo – escribe – es despreciable; lo tuvieron los meninos de Enrique III, lo poseen todavía hoy los depravados y los libertinos.» Sin poderlo evitar se me ocurren dos argumentos. Primero: que si hay libertinos que son valientes duelistas y espadachines, los hay también que se pasan de cobardes. Segundo: que el valor puramente militar, que tanto estudia y con razón el general Perrone, no es tampoco privilegio exclusivo de los hombres de buena conducta: los meninos de Alejandro Magno se batían muy bien; Julio César no fué un modelo de virtudes. Con la historia todo se prueba y todo se rebate.

Ni me parece mucho más exacto decir que la difusión del duelo se origina del deseo de elevación en la clase media; de este sentido tan extenso y amplio que hoy tiene la palabra *caballero.* Nunca fueron tan frecuentes los duelos como en las épocas aristocráticas. Ahí está nuestro siglo XVII, hormigueando de cuchilladas, estocadas y riñas á la luz de los farolillos de retablo. Bajo Luis XIII, en Francia, los señores se batían por un quítame allá esas pajas: recordemos el pasaje tan ingenioso de Manón Delorme:

. . . .

Toujours nombre de duels. Le trois c'était d'Angennes
contre Arquien, pour avoir porté du point de Gênes:
Lavardin avec Pons s'est rencontré le dix,
pour avoir pris a Pons la femme de Sourdis;
Sourdis avec d'Ailly, pour une du théâtre
de Mondori. Le neuf, Nogent avec La Chatre,
pour avoir mal écrit trois vers de Colletet;
Gorde avec Margaillau, pour l'heure quil était;
D'Humière avec Gondi, pour le pas á l'eglise;
et puis tous les Brissac avec tous les Soubise,
a propos du pari d'un cheval contre un chien.
En fin, Caussade avec Latournelle, pour rien,
pour le plaisir. Caussade a tué Latournelle.

El comentario de los nobles que en Blois, donde se aburren, oyen esta noticia, es exclamar:

. . . .

Heureux Paris! Les duels ont repris de plus belle!

. . . .

Richelieu, castigando á los duelistas con pena de muerte, y ejecutando severamente la ley, no pudo atajar la epidemia de duelos.

Y bien mirado, ¿hacen tantos estragos los duelos hoy como entonces? ¿Hacen siquiera la mitad? ¿Cuántos casos leemos en la prensa de duelos que tienen fatal desenlace? Lo diario son las actas, ó esos lances á primera sangre que los estudiantes alemanes sostienen *pour rien, pour le plaisir,* y á los cuales, en los países latinos, se atribuye desmedida importancia. Saco en limpio que el duelo es una de las enfermedades menos usuales y menos mortíferas que la humanidad padece.

Hay un militar italiano, un capitán, que á mi parecer está más en lo cierto que el general, sosteniendo que el duelo no se extirpa por virtud de leyes ni de tribunales de honor, sino educando la opinión para que no tenga por vil al que, convencido de que ofendió, pide excusas al ofendido. Pero ¿en qué casos sería satisfactorio para el ofendido esta clase de reparación? Suponed que está de por medio una mujer; que se halla en juego el sentimiento; que el corazón, no el honor superficial, social, es el que envía á la mano corrientes de electricidad, impulsos de cólera... ¿Bastan las excusas? ¿No irritarán más aún? ¿Son muchos los duelos serios en que sale á la superficie la verdadera causa?

Parece que uno de los mayores enemigos del duelo es, ¿quién lo creyera?, el emperador de Alemania. Realmente, allí hay más duelos, y con carácter más grave. La oficialidad es puntillosa, y duelista por entretenimiento; lo es también la juventud de las aulas. Y el Kaiser, en el temor de que le quiten un buen oficial, legisla contra *la manía del duelo.*

La *Liga internacional contra el duelo* aspira á resolver el problema del modo siguiente: dando al honor ofendido plena satisfacción por medio de la ley y de la sociedad. La tutela eficaz y pacífica del honor...

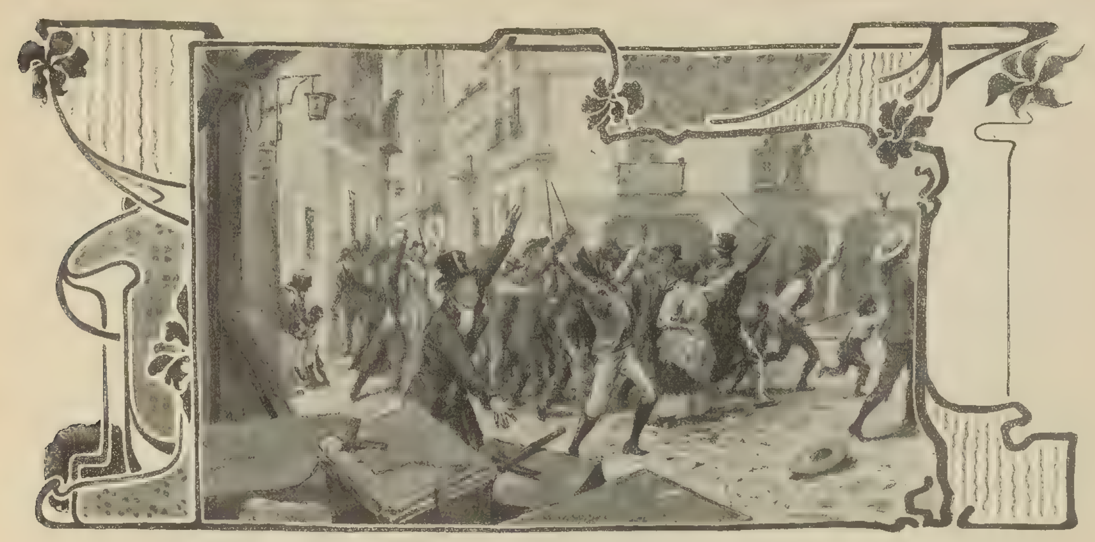
Bien: pase en cuanto al honor, que es una creación social, esa tutela; no atino cómo se compondrán para establecerla; pero, insisto, ¿y cuando el duelo obedezca, no á tiquis miquis de honor, sino á sentimientos, á dolores, á odios, á venganzas? ¿Es que esto pueden arreglarlo la opinión y la sociedad?

El telégrafo trae ahora mismo la noticia del asesinato de los reyes de Servia, y la subida al trono de Pedro I, Karageorgevitch, que representa allí la legitimidad, la dinastía histórica. Los Obrenovitch eran usurpadores.

Pedro I, el nuevo monarca de Servia, es hermano del príncipe Bojidor Karageorgevitch, literato y artista, de quien he tenido ocasión de hablar aquí.

El drama ha sido espantoso: si no mienten las noticias, que acabo de leer en *El Imparcial,* la sangre ha corrido á arroyos; quince ó veinte víctimas cayeron al hierro ó al plomo de los conjurados, á las altas horas de la noche. Ya pocas veces nos ofrece la historia cuadros tan vivos y fuertes: se ha vuelto mansurrona, correcta, fría. Esta matanza de Belgrado parece una página de los siglos de la energía, del XV ó del XVI, en Italia, del XVII en Rusia. Y sin género de duda, tal catástrofe la prepararon los yerros y vicios de Milano Obrenovitch, las desavenencias de su matrimonio, el enlace tan mal mirado é impopular del joven Alejandro, las gotas de agua que una tras otra forman el torrente.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Momentos después el edificio era asaltado, sin más que una simulada resistencia que hizo la guardia

EL CURA DE TAMAJÓN

(EPISODIO DE 1821)

I

A los que estamos acostumbrados á los lujos y comodidades de Fornos, pongo por ejemplo, se nos hubiera hecho insoportable la estancia en aquella destartalada sala tan sobrada de humo como escasa de luz, que no era sin embargo uno de los peores sitios de honesta recreación con que allá por los años de 1821 contaban los madrileños que, aficionados á saborear un vaso de más ó menos auténtico moka – la taza aún no había salido de la obscuridad del hogar, – sin dejar del todo de ocuparse de los revueltos asuntos públicos, huían de las borrascas á diario promovidas en la Fontana de Oro, en Lorencini y en la Cruz de Malta.

El café de Levante, situado en aquella sazón frente á donde está hoy, esto es, en la misma Puerta del Sol, pero en una de las muchas casas que formaban el lienzo que unía la esquina de la calle de Alcalá con la de la Montera, no había querido entrar siquiera en las relativas esplendideces de indumentaria de que acababa de hacer alarde otro establecimiento de su misma especie, el café de Solito, recientemente abierto á pocos pasos del de Levante. Este último no se recomendaba ni por su entrada.

Un portal estrecho y sobre el que se veía un cuadro como de unos cinco pies de alto por otros tantos de ancho, y debido, según era fama, á los hábiles pinceles no recuerdo bien si de Bayeu ó de Maella, daba ingreso, no directamente á la sala, sino á un estrecho y largo pasillo constantemente convertido en inmundo albañal, y al que lo mismo de día que de noche pretendía alumbrar un quinqué, cuyo tubo, negro por el tufo, resguardaba de toda agresión un enrejado de alambre que una laboriosa araña se encargaba de tapizar con sus sutiles telas.

Salvados, no sin detrimento de las botas á la *faroli* ó del largo y abotinado pantalón que ya iba generalizándose bastante, los escollos de aquella travesía, se llegaba á una pieza no del todo regular, aunque sí amplia, que gracias á la obscuridad anterior hasta se podía dar como medianamente iluminada.

En ella, sin orden ni concierto, se mezclaban cuadradas mesas de la más basta de las maderas, con tableros pintados de blanco imitando mármol, y redondos veladores chapeados á que adornaban, más que los grandes y dorados clavos romanos que en muchas partes faltaban, las abolladuras de la caoba que en no pocos trechos se echaban de menos.

Sillas de Vitoria, no todas en buen uso, y banquetas sin respaldo tapizadas de raída bayeta que debió ser roja y ya era de un color indefinido, formaban las dos partes del mobiliario, que completaban, amén de un mostrador con sus anaquelerías repletas de botellas y otros cacharros, cinco ó seis entre cornucopias y tremoes distribuídos por las paredes y resguardados sus marcos y lunas, tal vez un poco *à posteriori,* de los atrevimientos de las moscas por unas lacias gasas á trechos rotas y á trechos mugrientas.

II

A la hora en que nos ha tocado entrar en el café y que era, para puntualizar bien los hechos, la de las nueve de la noche del 3 de mayo de aquel mismo año de 1821 que había hecho célebre dos meses antes la famosa *coletilla* añadida por Fernando VII á su discurso de clausura de las Cortes, la sala en que el humo de los cigarros unido al tufo de los quinqués formaba una atmósfera densa y poco menos que irrespirable, estaba, no por completo llena, pero sí bastante concurrida.

Lo único que faltaba en ella casi en absoluto era el bello sexo, al que retraía, más que el miedo á motines y algaradas tan frecuentes en aquellos días, el tedio que había de producir el incesante charloteo político, de que Levante, con no estar picado de las pretensiones de club que alcanzaba á varios otros establecimientos de su especie, no se veía libre de la fiebre patriótica que á todas partes llegaba.

Los que más afición iban cobrando al local eran los guardias de la real persona, eternos y ya descarados conspiradores contra el sistema constitucional, y los que no debían reunirse allí con las más sanas intenciones, puesto que los más de ellos ponían escrupuloso esmero antes de congregarse en cambiar la galoneada casaca que tan bien sentaba á sus marciales cuerpos, por el traje de paisano que la falta de costumbre les hacía llevar con la menor cantidad de donosura posible.

A tan infatuada como díscola clase debía pertenecer el conclave congregado en uno de los veladores más obscuros, y en el que parecía llevar la voz cantante un personaje de no muy simpática catadura y cuyo traje negro y su rostro escrupulosamente afeitado daban un aspecto entre sacerdotal y curialesco.

– Tanto interés como ustedes puedan tener, y alguno más, decía recatando la voz, tiene el señor en salvar la vida de ese tan desventurado como mentecato clérigo; pero precisamente por ello es fuerza arriesgar el todo por el todo antes de que esos condenados de comuneros obliguen, bien á pesar de altísimos deseos, á que vaya á dar el pobre D. Matías Vinuesa con sus huesos en la horca.

– Eso es imposible, objetó uno de los del auditorio; al mismo ministerio le repugnaría hacer pagar con la vida planes tan descabellados como los del cura de Tamajón, y que si pena alguna merece, es llevar á una casa de orates al que no sólo los concibió, sino que tuvo la candidez de escribirlos de su puño y letra para comprometerse y comprometer á elevadísimas personas. La prueba de que esto es cierto está en que anoche – y esto lo sé por gente de nuestra devoción que ha logrado ingerirse en las logias masónicas, – en el Grande Oriente, que es desde donde se gobierna, se trató de salvar á toda costa al infeliz preso en la cárcel de Corona.

– Reíos de historias, siguió el hombre afeitado; el masonismo, por más que tenga en los sillones del ministerio á esos fantasmones que se dan á sí mismos en sus *tenidas* los pomposos títulos de caballeros Kadocks, príncipes del Líbano y otras zarandajas por el estilo, ha perdido el pleito, y dentro de poco no se hará aquí más que lo que quieran los *Hijos de Padilla,* que son los que tienen á su lado el populacho, que hoy por hoy es el amo.

– Y el que más vocifera y grita pidiendo la cabeza del mal aconsejado sacerdote, objetó otro de los asistentes á la reunión.

– Por eso es al que hay que tener contento, respondió el orador.

– ¿Entregándole una víctima inocente?

– No entregándosela precisamente, pero sí escamoteándosela después que la fiera haya hecho ver su ferocidad, con lo cual la execración de las personas indiferentes la hará impotente y odiada.

Dicho esto, y acercándose más al grupo, añadió con misterio:

– El plan está perfectamente meditado. La noticia de que el juez que entiende en la causa del cura de Tamajón se contenta con imponer al reo diez años de presidio, ha hecho rebasar el vaso de la indignación de los democratistas, y los comuneros, dejándose embaucar por la gárrula elocuencia de Mosén Alpuente y otros corifeos de esa calaña, no piensan ya más que en tomarse la justicia por su mano.

– Que es precisamente lo que debemos evitar los hombres honrados.

– Al contrario, objetó el hombre afeitado con diabólica sonrisa. Todavía estoy orgulloso de mi triunfo de anoche, cuando después de parafrasear en la tribuna de la Sociedad comunera todos los lugares comunes de los más furibundos convencionales franceses, acabé diciendo que sólo la sangre de Vinuesa puede redimirnos de la esclavitud en que quieren sumirnos los masones, puestos de acuerdo con la camarilla palaciega para dar por tierra con la gloriosa obra del proscrito héroe de las Cabezas.

En aquel momento, un hombre de mala catadura, que había entrado en el café como recatándose de toda mirada, se acercó al grupo y tocó en el hombro al astuto conspirador.

Este, estremecido un momento, no tardó en tranquilizarse al reconocer al recién llegado, con el que después de cambiar breves frases salió, no sin decir antes á sus amigos:

– Tengan ustedes absoluta confianza. De lo que pase mañana sólo habrá dos responsables. Sobre el soez populacho recaerá la culpa de la ferocidad; sobre el gobierno la de la ineptitud y la inconsciencia.

Y sin dar más explicaciones se alejó seguido de su extraño acompañante.

III

El día 4 de mayo se señaló en Madrid por uno de los actos de más brutal salvajismo á que puede entregarse un pueblo excitado por el más ciego de los fanatismos y explotadas sus malas pasiones por sus ocultos enemigos.

Desde cosa de las once de la mañana, á la Puerta del Sol comenzaron á llegar grupos compuestos de hombres de esos cuyas caras no se ven más que los días de asonada.

Entre ellos circulaban otras personas que, pareciendo pertenecer á más distinguida condición social, no eran las que menos enardecían los ánimos, haciendo circular las más absurdas noticias.

Entretanto, en la cárcel de Corona, prisión especial á que iban á dar los acusados de algún delito amparados por el fuero eclesiástico, y que estaba situada en un caserón viejo y destartalado que existió hasta hará sobre unos treinta años en la calle de la Cabeza y ya cerca de Lavapiés, un desventurado anciano yacía en un inmundo calabozo.

Aquel pobre viejo no era en realidad reo más que de dos delitos: el de su amor al régimen absoluto y el de su necedad, que le había llevado á trazar un absurdo plan para devolver al rey todos sus derechos, mermados por la revolución constitucional.

Delatado meses antes por uno de sus cómplices, había sido sorprendido en su casa de la calle de San Pedro Mártir y encerrado en la mazmorra en que todavía seguía esperando el fallo de su causa.

D. Matías Vinuesa, que tal era el nombre de aquel desventurado, había tenido en tiempos el curato del pueblo de Tamajón, que había dejado para ocupar una plaza de capellán honorario de S. M., con que había sido recompensada su adhesión á Fernando VII.

Sus jueces, á la vista de las pruebas de su atentado, no habían hallado motivo para otra cosa que para imponerle un leve castigo; pero la presión de las masas, que veía peligros para el *Sistema* dondequiera, había hecho que el fiscal pidiese para el reo nada menos que la pena de horca.

Un juez, sin embargo, menos cobarde, se había limitado á condenar á D. Matías á diez años de presidio, castigo excesivo todavía, pero que al fin arrancaba á un inocente de las garras de aquella fiera de cien cabezas que no esperaba más que el momento de ver expiar el descabellado crimen en el patíbulo.

La noticia de que el fallo estaba formado ya, hábilmente explotado por los que interés tenían en que los excesos de la plebe hicieran odiosas las inapreciables ventajas de la libertad, era lo que había lanzado á la calle aquellas masas, cuya sed, no calmada por el aguardiente, pedía sangre.

La oleada crecía. El inmundo reptil, que tenía su cabeza en la Puerta del Sol, ya á las dos de la tarde tendía su viscoso cuerpo por la calle de Carretas, y extendiéndose por la de Barrionuevo y la Merced, llegaba con su cola á la de Lavapiés, es decir, á dos pasos de la cárcel de Corona.

El gobierno, que desde la noche anterior había recibido aviso de la algarada en proyecto cruzado de brazos, ni siquiera había tomado la precaución de doblar la mermada guardia de milicianos que protegían la prisión de Vinuesa.

Por suerte, hasta entonces los amotinados, tan vacilantes como los ministros, no hacían más que perder su tiempo en sordas vociferaciones y en indeterminadas amenazas.

Desgraciadamente, si nadie sacó á los primeros de su atonía, el despertar de los segundos no se hizo esperar.

El hombre de la cara afeitada que conocimos la noche anterior en Levante, acercándose cautelosamente á uno de los grupos, murmuró con fingida indignación:

– *Narizotas* – este era el poco respetuoso nombre con que se solía designar al que poco antes sólo se llamaba *el Deseado* – logra su objeto. Un coche se lleva fuera de Madrid al cura de Tamajón, que no tardaremos en ver investido de una mitra.

Aquella noticia, corriendo con la celeridad de un reguero de pólvora sobre el que hubiera caído una chispa, bastó para poner en movimiento á todos los descontentos.

– ¡A la cárcel de Corona! ¡A la cárcel de Corona!, fué el grito que corrió por todas partes.

Momentos después el edificio era asaltado, sin más que una simulada resistencia que hizo la guardia.

El clérigo, sorprendido en su prisión, sólo tuvo tiempo para implorar perdón, no de sus verdugos, que harto leía en sus caras que no habían de concedérselo, sino del Dios en cuya misericordia confiaba.



Persuasión, cuadro de A. E. Bellet
(Salón de la Sociedad de Artistas franceses, 1903)

Pero el Todopoderoso, si se apiadó de su alma, abandonó el mísero cuerpo á la venganza popular.

Después un centenar de manos, entre las que para mayor vergüenza no faltaban las femeninas, asieron de los hábitos astrosos y harapientos que cubrían al pobre anciano, mientras un martillo de picapedrero que acababa de ser cogido en una obra inmediata, cayendo sobre la sagrada tonsura, puso fin á los padecimientos del mártir.



Malos consejos, cuadro de B. Lemeunier
(Salón de la Sociedad de Artistas franceses, 1903)

Aquel martillo estaba movido por el forzudo brazo del extraño personaje que vimos ir á buscar algunas horas antes al conspirador del café de Levante.

IV

Cuando á la mañana siguiente, mientras los ministros tomaban medidas tardías para hacer que unos cuantos de los menos culpables pagasen un crimen que á tan poca costa pudiera haberse evitado, Fernando VII se hacía afeitar en sus regias habitaciones, recibió la visita del hombre vestido de negro y por cuyo aspecto no podía deducirse si pertenecía al estado eclesiástico ó á la más baja ralea curialesca.

– Señor, se apresuró á decir éste aparentando la más sincera compunción, las cosas han ido un poco más lejos de lo que pensábamos.

– ¡Cómo ha de ser!, contestaba la á su pesar constitucional majestad del hijo de Carlos IV. Después de todo, ¡quién sabe lo que conviene! ¿Qué más alto premio podíamos haber dado á ese desventurado que la corona del martirio?

Y tomando con ademán complacido unas cuantas onzas que como á prevención tenía sobre una mesa, añadió:

– Toma, toma para tener contenta á tu gente, y diles que si no me extiendo un poco más es porque guardo el resto para decir una misa por el alma del desgraciado D. Matías.

Angel R. Chaves.

(Dibujo de Medina Vera.)

PARÍS. – SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. 1903

Una de las cosas que desde luego llaman la atención en el Salón llamado oficial del presente año es la abundancia de cuadros de grandes dimensiones, no justificadas ni por el asunto ni por ningún otro motivo; no parece sino que los artistas más bien que preocuparse de hacer obra de arte atienden únicamente á la publicidad, pudiendo decirse que no componen un cuadro, sino que imponen á las miradas del público una especie de cartel anunciador.

Examinando en conjunto las obras expuestas, se observa, por otra parte, que la pintura, por lo menos tal como la practican muchos hombres de talento, fomenta cierta pereza intelectual, puesto que cuando un artista ha obtenido un éxito lisonjero con un asunto, una disposición ó un efecto determinados, no se cuida en muchos años de buscar algo nuevo, sino que se repite, sin advertir que sus efectos van perdiendo su intensidad y acaban por cansar al público. De aquí que pintores muy hábiles y muy conocidos llegan á presentar simplemente un recuerdo mediocre de años anteriores más afortunados.

Además, la pintura actual tiende á hacerse cada día más vacía, revistiendo cada vez mayor carácter decorativo.

Finalmente, comparando el Salón de este año con cualquiera de los celebrados hace diez ó quince años, se ve que ha disminuído considerablemente el número de cuadros de historia y sobre todo los religiosos. En cambio ha aumentado de una manera extraordinaria el de los retratos, las escenas naturalistas y los paisajes.

Expuestas estas consideraciones y proponiéndonos ir publicando en La Ilustración Artística las obras más notables del Salón, omitiremos la reseña general de éste é iremos describiendo los cuadros á medida que los reproduzcamos.

La siega del heno, cuadro de Luis Alleaune. – ¡Cuán delicioso es el grupo que forman esas dos mujeres recostadas sobre el montón de heno y respirando el perfume acre y penetrante de la hierba recién segada! Una dulce laxitud, una languidez de bienestar se ha apoderado de ellas; sus párpados se cierran vencidos, no por el sueño, sino por una somnolencia que no les hace olvidar la realidad, pero que permite á su pensamiento volar por las regiones de la fantasía, en una embriaguez suave, voluptuosa, que quisieran no se disipara nunca. A su alrededor el sol baña la llanura, produciendo esos contrastes de luz y de sombra que tan magistralmente interpreta Alleaune.

Persuasión, cuadro de A. E. Bellet. – Pierrot y Colombina han cenado, y han cenado bien; él se ha mostrado tierno, ella ha acogido sus palabras con agrado. El champaña ha hecho sus efectos: Colombina se ha sentado sobre la mesa, sus ojos brillan con fulgores extraordinarios y sus labios se contraen en graciosa sonrisa; en tanto, Pierrot murmura dul-



El incienso, cuadro de A. P. M. de Richemont



La Anunciación, cuadro de A. Moreau-Neret



Retrato de S. M. la Reina de Grecia, obra de A. Brouillet

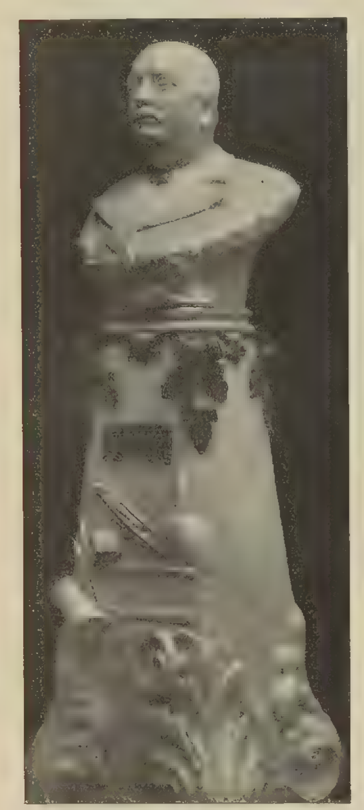


Edad dichosa, cuadro de E. Artigue

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES, 1903

ces palabras en sus oídos y con su interrogadora mirada quiere leer en el rostro de su amada la respuesta que ha de colmar sus deseos. ¿Cómo dudar de que el ansiado *sí* se escapará de aquella preciosa boca? Bien se adivina que el amor tiene unidos á aquellos dos corazones.

Malos consejos, cuadro de B. Lemeunier. – Fueron



MONUMENTO Á D. RAMÓN BATLLE, obra de Enrique Clarassó

compañeras en un mismo obrador, hasta que los azares de la vida las separaron: una de ellas ha prosperado mucho desde entonces; tal vez una voz agradable, unida á la belleza de su rostro y á la gracia de su figura, le abrió las puertas de algún teatro ó café-concierto en donde ha alcanzado la categoría de *estrella*. Un día encuentra casualmente á su antigua amiga y pretende conquistarla para que siga su ejemplo, con lo que podrá lucir elegantes *toilettes* y disfrutar como ella de todos los goces de la existencia. La otra, sin embargo, no parece muy propicia á dejarse seducir; sin duda comprende que aquellas galas y aquellos placeres se compran á muy caro precio, y acaso el recuerdo de su novio, obrero como ella, le sugiere en aquel momento el cuadro delicioso de un hogar modesto, pero tranquilo, que alegran las risas de unos pequeñuelos haciendo coro á los tiernos coloquios de sus padres.

El incienso, cuadro de A. P. M. de Richemont. – Delante del grupo de una Pietá de mármol arde el incienso, cuyos vapores suben formando nubes ligeras, blancas y como empujadas por un soplo misterioso hacia las imágenes del Redentor y de su divina Madre; luego ascienden rectos, trazando los pliegues de transparente túnica, abriéndose después en dos grandes alas y dibujando al fin la figura de un ángel prosternado, que es un hermoso símbolo de la oración ardiente de todos los que sufren y lloran, de esa oración llena de súplicas y de esperanzas que los corazones doloridos elevan á Jesús y á la Virgen, que han sufrido los más grandes dolores y que prodigan al alma del creyente los más dulces consuelos.

La Anunciación, cuadro de A. Moreau-Neret. – El autor de este cuadro ha sabido encontrar un nuevo acento de fe sincera, de ternura emocionante, para expresar el divino encanto del misterio de la Anunciación. De pie, en un campo de azucenas, símbolo de la pureza, la Virgen escucha el susurro de un leve vuelo y el murmullo de una voz que le anuncia su maternidad, y abriendo los brazos en un gesto de abnegación sublime pronuncia aquellas palabras: «Esta es la sierva del Señor; hágase según tu voluntad,» que llegan hasta el trono del Altísimo, envueltas en los perfumes de las flores. Es una escena sencilla, pero sublime, con toda la grandiosidad que entraña el asunto bíblico.

Retrato de S. M. la Reina de Grecia, obra de A. Brouillet. – En este retrato se armonizan admirablemente la belleza de la figura y lo pintoresco del paisaje que la rodea: la imagen de la reina de los helenos, trazada con una elegancia de líneas y una luminosidad de tonos dignas de las mayores alabanzas, destácase soberbiamente sobre un fondo bellísimamente concebido y magistralmente ejecutado, en el que aparecen motivos arquitectónicos de aquel país, restos de una civilización que fué asombro de los antiguos y lo es todavía en los modernos tiempos.

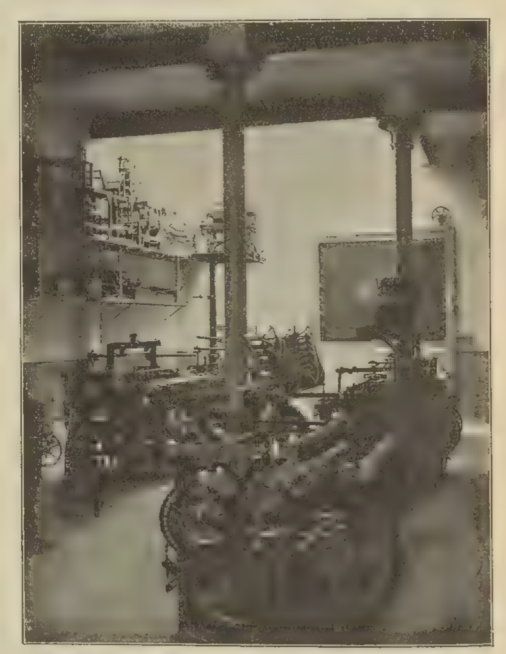
Edad dichosa, cuadro de E. Artigue. – ¡Dichosa edad, en efecto, es aquella en que sólo se piensa en sonreir á la primavera, en recorrer los campos sembrados de flores, en juguetear en plena naturaleza aspirando los embriagadores perfumes que saturan el aire y bañando los ojos en las esplendideces de luz que derrama el firmamento! ¡Dichoso también el artista que sabe sorprender de una manera tan encantadora toda la belleza de esas expansiones de los veinte años y fijar con tanta maestría en el lienzo toda la gracia y armonía de esta clara visión! – X.

D. RAMÓN BATLLE

El nombre de D. Ramón Batlle apenas si era conocido fuera de los centros industriales de Barcelona. Sus discípulos, la mayoría de los fabricantes barceloses, han venido á sacarlo á plena luz desde el fondo de la escuela en donde por espacio de medio siglo ha ejercido un magisterio al que, preciso es confesarlo, debe gran parte de su desarrollo la industria catalana. El homenaje tributado al venerable maestro, primero en los salones del Fomento de la Producción Nacional, después en el banquete espléndido con que fué obsequiado, tiene una gran significación en este país en donde el pago de los maestros es un verdadero problema, y en donde raras, muy raras veces buscan los discípulos su enaltecimiento enalteciendo á aquellos á quienes deben enseñanzas, consejos y beneficios.

Nacido D. Ramón Batlle el año 1837 en Barcelona, demostró ya de pequeño su inclinación á la pedagogía, invirtiendo los pocos cuartos que su padre le daba los domingos en comprar estampas para que sirviesen de premios cuando jugaba con sus hermanitos á colegio, erigiéndose él en maestro. A los once años comenzó á estudiar el cáculo mercantil y la teneduría de libros, ultimando los conocimientos adquiridos con la obtención del título de profesor mercantil en la Escuela oficial de Comercio. Mas no satisfacía plenamente la teoría sus ambiciones, y dedicóse al manejo del telar, llegando, después de algunos años de prácticas progresivas en el taller, robustecidas con el estudio de las obras de Dufour, Falcot, Constain y otros, á señalar reformas importantes en la teoría del tejido.

A la escuela de D. Ramón Batlle, que comenzó con una modestísima mesa y unas láminas dibujadas por él mismo como único material, y que en la actualidad posee un número de telares los más modernos y perfectos, acudieron algunos obreros, á quienes fueron agregándose sucesivamente otros, solicitando y adquiriendo la cultura é ilustración que evitaron en Cataluña, en la época de substitución del telar á mano por el mecánico, los derramamientos de sangre que ocurrieron en otras partes en que no había un Batlle que abriese paso á la razón y dispusiese á la clase obrera para el cambio. A la vez que enseñaba, procuraba moralizar, enaltecer al obrero, aproximar á él al patrono, hablando á éste de las consideraciones que merece quien trabaja con celo y afecto á la casa, inculcando á aquél ideas de respeto y gratitud al superior. Se enteraba de todos los progresos, y cuidaba con empeño de poner al corriente de ellos á sus discípulos, fabricantes y obreros, para que los aplicasen, llegando á inventar él mismo varios aparatos de resultados inmejorables. Este magisterio, teórico y práctico, á la vez industrial y moral, ha determinado verdaderos progresos en la industria de nuestra tierra. Así lo ha reconocido también el gobierno concediendo á D. Ramón Batlle la encomienda de Alfonso XIII. – R.



Sala de estudio práctico de la Escuela técnica fundada por D. Ramón Batlle

ALMA

A Pablo le habían advertido así, de una manera vaga, como se advierten ciertas cosas, con el alfilerazo ligero, tenue, apenas perceptible, que lo mismo puede ser juego inofensivo que agresión, sano intento que avilantez, delicadeza que brutalidad. Nadie sabe lo activo que es el veneno de la sospecha. Nadie tampoco acierta con la triaca. Hacer dudar es un delito sin castigo posible; áveces es una especie de crimen legal. Un simple rumor causa en ocasiones más estrago que un explosivo.

Adorar á una mujer, fiar en ella, cifrar en ella toda nuestra ventura, no ver la dicha sino por sus ojos, no concebir la felicidad sin su intervención, sus encantos..., hasta sus mismos defectos; y de pronto, por insidia ó certidumbre, por fatalidad ó malicia, caer en la cuenta de que la adoración es una estupidez, el halago una tontería, el juramento una falsedad, la mirada engaño, la palabra perfidia. ¡Oh! ¿Conocéis algo más horrible que esto?.

Bueno, pues ese aguijón lo llevaba Pablo clavadito en el alma, sin osar revelarlo, temeroso del ridículo tanto como del hundimiento de todas sus ilusiones... Y un día tras otro, ese padecer eterno, esa fiebre sin nombre (porque los celos no son eso, no) que consiste en un rechazar y admitir, creer y dudar, ver y no ver, más tremendo que puñalada de pícaro. ¡Infidelidad!.., lo más común y lo más increíble, lo más humano y lo menos aceptable... Se escucha, se atisba, se nota; y de todo esto se genera un martirio: la duda cruel. ¡Cuánto esfuerzo por descreer!.. ¡Qué lucha por cerciorarse!..

Ella... (sí, *ella*, el pronombre fatídico, lo que trae revuelto al mundo) fingía quererle, amarle, con abandono total de lo más puro y lo más tierno. Y he aquí que de pronto *ella*, que lo es todo (todo lo her-

moso) pasa á ser nada, ó peor, algo despreciable, más que ruin horrible, más que falaz soez; un ángel se transforma en monstruo, una bendición en una maldición. ¡Ea!, los alfilerazos son alguna vez eficaces... Vivir en el limbo puede que no sea mejor que descender hasta el báratro. Por de pronto, convencerse de un mal es facilitar ya el remedio; saber que fuimos engañados, no es peor que serlo sin saberlo... Y Pablo quería convencerse, no quería la sospecha enroscada en su espíritu, prefería la brutal sacudida á la constante gota de hiel destilando en la más preciada entraña...

¡Claro!, y recurrió á una al parecer bajeza, á lo que le había repugnado siempre, á lo que no se creía él capaz de hacer... ¡Que *ella* llegara á saber eso, lo de las sospechas, los mil y un pensamientos á cual más encontrados, y todo iba por los suelos: ilusión, ventura, cariño, firmeza, voluntad, ideal, ternura!.. Pero ¿y sin *eso*, cómo conservar *lo otro*?.. Sin persuadirse, ¿podía mantenerse en pie nada de lo último?..

La seguía una tarde á cierta distancia sin ser visto... Era la tercera ó cuarta vez que se atrevía él á tal cosa... ¿Con *fulano*? Pues vería si con *fulano*... Calle tras calle, paseo tras paseo, plaza tras plaza... Las pocas veces anteriores no había tenido decisión para llevar hasta el fin el seguimiento..., había retrocedido como avergonzado... Ahora, una voz interior, nuevos detalles adquiridos, nuevas observaciones, parecían impelerle con tenacidad. Aquella mujer, aquel ídolo, seguía andando cada vez más de prisa... El desconocía aquel paso ligero..., aquella energía súbita, aquella marcha precipitada verdaderamente constitutiva de una rareza... Y seguía, seguía, más que impelido, atraído, acaso con mayor curiosidad que recelo, á punto de reirse en medio de su agitación... la boca reseca, murmurando á su pesar algo insólito...



En el café, cuadro de Lesser Ury

Extensa y ancha era la vía, por el paseo central caminaban las gentes..., por los arroyos laterales se hacía el paso difícil; tranvías, ómnibus, carruajes de toda especie... Por un momento *ella* desapareció á los ojos de Pablo, quien por poco no echa á correr. Iban por una de las aceras... Los escaparates de las tiendas atraían las miradas de muchos curiosos; las mesas de las cervecerías y los cafés, colocadas afuera y ocupadas por concurrentes, obstruían el paso... Pero la vió otra vez, á los pocos instantes, y notó una mirada, un ademán con visos de revelación... Entonces miró Pablo hacia el paseo, y... ¡cabal!, allí estaba el hombre, la visión funesta, la causa de todas las dudas, de todos los alfilerazos, de todos los días de sufrimiento indecible... Pocos segundos, muy pocos, y sabría la verdad..., ¡eso!.., lo que apetecía temiéndolo á un tiempo mismo, lo que anhelaba rechazándolo con toda la energía de su corazón... Pocos segundos, muy pocos... ¡ay!, ¿para qué hablan de siglos? Un minuto de angustia es toda una edad... *Ella* había mirado..., había visto sin duda..., iba á cruzar diagonalmente el arroyo... Todo aparecía claro, clarísimo, con una claridad de relámpago, que más que alumbra ciega... Y con la prisa, fijos á un solo punto los ojos, no vió tras de sí un peligro... Descendía á toda velocidad un tranvía eléctrico..., iba á arrollarla sin remisión... Pablo dió un salto. El ¡ay! ahogado de la ira y el encono fué substituído por una exclamación en que se vertía toda su alma generosa deshecha por el dolor... *Ella* quedaba en sus brazos, ilesa, con la emoción consiguiente, levantada casi en vilo con una fuerza inexplicable... Y mientras *el otro*, como algunos transeuntes más, acudía alarmado, nuestro héroe desfallecía, soltaba la preciosa carga que sostuvo un momento, más que soltándola cayéndosele, como un derrumbamiento final, la caída horrenda de un maravilloso edificio idealizado por un ensueño... – SEBASTIÁN GOMILA.

Recuerdo de Granada, dibujo original de Isidoro Marín



EN ACECHO, cuadro de Luis Graner. (Salon Parés.)



VANIDOSA, cuadro de Humberto Coromaldi. (Exposición de Bellas Artes de Roma, 1903.)

NUESTROS GRABADOS

Los sucesos de Servia.—Profunda emoción han causado en todo el mundo los terribles acontecimientos desarrollados en el palacio real de Belgrado, en la noche del 10 al 11 del actual. Según las referencias que parecen más exactas, á las once penetraron sigilosamente en la regia residencia el teniente coronel Mischitch y varios oficiales del ejército, y después de haber dado muerte á muchos individuos de la guardia y al ayudante del rey, general Petrovitch, derribaron empleando la dinamita la puerta de la estancia de los soberanos. Los conjurados se acercaron al monarca y el coronel Naumovitch le presentó, para que lo firmara, un documento de abdicación en el que se hacía constar que, por su matrimonio «con una mujer pública,» había comprometido el honor y los intereses de Servia. Alejandro, lleno de indignación, mató á Naumovitch de un tiro de revólver, y al verse acometido por los oficiales huyó; pero fué alcanzado y muerto. También fueron muertos la reina Draga, sus dos hermanas y su hermano el teniente Liunievitza; el general Zinzar Markovitch, presidente del Consejo; el general Pavlovitch, ministro de la guerra; M. Todorovitch, ministro de policía, y varios oficiales, funcionarios y soldados. Inmediatamente se constituyeron un Consejo de Regencia y un ministerio provisional, cuyos primeros actos han sido declarar nuevamente en vigor la Constitución de 1901, suspendida por decreto de 8 de abril último, y convocar á la Skouptchina, que había sido disuelta por decreto de 24 de marzo de este año. El pueblo servio ha acogido con entusiasmo la revolución, y si habla de los que fueron sus reyes es para maltratar su memoria.

Estos trágicos sucesos, que por su barbarie nos transportan á los peores tiempos de la Edad media, venían preparándose en silencio desde hace bastante tiempo; y como sus antecedentes son interesantes diremos algo acerca de ellos.

Alejandro I subió al trono en 6 de mayo de 1889, y en 5 de agosto de 1900 se casó con Draga Machin, ex dama de honor de la reina madre, la infortunada Natalia. Esta boda cortó los lazos que todavía unían al joven monarca con su padre, el rey Milano, iniciándose entonces para Servia una era de libertad que valió gran popularidad al soberano. En agosto de 1901 esta popularidad aumentó con la promulgación de una Constitución y con el juramento del rey de mantener fielmente los privilegios que otorgaba á su pueblo. Pero andando el tiempo, Alejandro, y más que él su esposa Draga, comenzaron á encontrar pesado para ellos el yugo constitucional y aspiraron á ejercer un poder absoluto, á cual efecto llevaron al gobierno individuos que personalmente les eran afectos y que coadyuvando á sus deseos acabaron por suspender la Constitución y la Skouptchina, por revocar los mandatos de los senadores y por substituir á los consejeros de Estado por hombres de su completa confianza. Por otra partes Alejandro, que al romper con su padre había roto también con la política austrófila de éste y demostrado sus simpatías por Rusia, coincidiendo en ello con las aficiones del pueblo servio, al ver el poco aprecio con que el tsar le trataba á él y sobre todo á la reina Draga, sintió enfriarse sus entusiasmos por la corte moscovita y de nuevo se inclinó al Austria, que, según parece, le acogió con agrado, atrayéndose con ello la hostilidad cada vez mayor de sus súbditos.

Comprendiendo que la causa de todo ello era la reina, todos los enemigos de ésta se coligaron contra ella; la falta de heredero y la sospecha de un embarazo simulado agravaban las antipatías. Y por si algo faltaba, la presunción de que el rey trataba de designar como sucesor en el trono á un hermano de Draga, el teniente Liunievitza, cuya privilegiada situación en el ejército provocaba amargos celos, vino á colmar la medida y á hacer estallar la revolución que ha causado tantas víctimas, entre ellas los mismos soberanos.

El rey Alejandro había nacido en 2 de agosto de 1876; la reina Draga tenía diez años más que él.



La reina Draga Machin — El rey Alejandro I de Servia
asesinados en la noche del 10 al 11 del mes actual en el palacio real de Belgrado

D. Gaspar Núñez de Arce. – Bien puede afirmarse que con la muerte de Núñez de Arce ha desaparecido uno de los más ilustres vates españoles del siglo XIX. Su obra literaria es un tesoro inapreciable en el que abundan las joyas más valiosas. Sus poesías líricas reunidas en el tomo que se titula *Gritos del combate;* sus poemas, *El vértigo, La última lamentación de lord Byron, La selva obscura, Un idilio y una elegía, La pesca, La visión de fray Martín;* sus dramas, *Deudas de honra, Quien debe paga, Justicia providencial* y *El haz de leña,* y mil y mil composiciones sueltas que de su preclaro ingenio brotaron, serán citadas siempre como modelos de la poesía española contemporánea. Pensador de altos vuelos y versificador magistral, sus obras admiran por la profundidad de las ideas que contienen y deleitan por la armonía y dulzura de la forma con que aparecen revestidas. Se le ha llamado el poeta de la duda, y sin embargo, como ha dicho Menéndez y Pelayo, nunca es más poeta que cuando embalsaman sus cantos los recuerdos de la fe, que da por perdida; y es porque consideró la duda como enemigo que le sirvió para robustecer su amor á lo ideal. Es más: una de sus últimas producciones fué el grandioso *¡Sursum corda!*, canto sublime entonado á la fe y á la esperanza, precisamente cuando las desgracias de la patria hacían vacilar á los más creyentes y esforzados.

Como la mayoría de nuestros modernos literatos, figuró en la política, en la que ingresó después de la guerra de Africa, adonde fué como corresponsal de *La Iberia:* la estrecha amistad que allí contrajo con O'Donnell le hizo afiliarse al partido de la Unión nacional, con cual significación elegióle por vez primera diputado su ciudad natal, Valladolid, en 1866. La Revolución de Septiembre de 1868 sorprendióle en Barcelona, de caya Junta revolucionaria fué nombrado individuo; y apenas se constituyó el Gobierno, confióle éste el cargo de gobernador civil de Cataluña. Organizado el partido liberal por Sagasta, ingresó en él, siendo secretario de la Presidencia del Gobierno de la República. Después de la Restauración volvió á figurar en las Cortes, y fué Ministro de Ultramar en 1883 y varias veces consejero de Estado; el primer Gobierno de la Regencia le nombró senador vitalicio. Al morir, y desde hacía algunos años, era director del Banco Hipotecario.

Era académico de la Lengua desde 1874; había nacido en 4 de agosto de 1831; ha muerto en Madrid el día 9 de los corrientes.

¡Descanse en paz!



El eximio poeta D. Gaspar Núñez de Arce
fallecido el día 9 del corriente

En el café, cuadro de Lesser Ury. – Este famoso pintor berlinés es uno de los artistas más independientes dentro de la escuela alemana: no se halla afiliado á ninguna tendencia determinada, ni á ningún grupo, sino que siempre ha pintado lo que ha sentido y tal como lo ha sentido, sin preocuparse de lo que los demás sienten ó piensan, así del arte en general como de sus obras. Por esto la crítica le trató en un principio con indiferencia, hasta que andando el tiempo le sucedió lo que á todos los revolucionarios é innovadores: que unos le combatieron con saña y otros le alabaron con entusiasmo. Al fin se ha impuesto, y hoy es considerado como uno de los primeros pintores alemanes. No cultiva con predilección género alguno determinado, y lo mismo pinta asuntos en que la fantasía entra como factor principal, que aquellos otros que están copiados de la realidad, así figuras como paisajes, pasteles al igual que cuadros al óleo, y en todas sus producciones se advierten el mismo potente talento y el mismo dominio de la técnica.

Recuerdo de Granada, dibujo original de Isidoro Marín. – El nombre de Isidoro Marín no es desconocido para los habituales lectores de La Ilustración Artística, puesto que varias veces nos ha cabido la suerte de reproducir en estas páginas algunos cuadros y dibujos del distinguido pintor granadino. A semejanza de los artistas sevillanos, ha procurado Marín dar á conocer cuanto encierra la que fué ciudad predilecta de los monarcas nazaritas, perteneciendo á esta clase de producciones el bonito dibujo que figura en este número, digno del buen nombre de su autor.

En acecho, cuadro de Luis Graner.—Entre los varios géneros de pintura que ha cultivado Luis Graner, descuella aquel que tiene por objetivo resolver los contrastes que de la luz se derivan, en que el distinguido artista catalán ha logrado singularizarse por la variedad de temas y conceptos y hasta por la tónica y el procedimiento. Desde que tuvo el acierto de producir el cuadro titulado *La fragua*, merecidamente premiado con la primera recompensa en una de nuestras Exposiciones de Bellas Artes, no ha cesado de perseguir el propósito de exponer variantes de un efectismo razonado, que revelan siempre dominio de la paleta, apareciendo cada vez seguro y firme en la representación del efecto luminoso, ya sea el artificial, ó el que le ofrece la naturaleza. De entre todas las producciones que conocemos preferimos la que hoy figura en estas páginas. El artista la avalora por medio de un concepto dramático, y aunque resulta simple, se distingue por la intensidad del efecto dentro de una sobriedad altamente recomendable. Bien haya el laborioso artista. Bien merece que se le felicite por su habilidad y por el ingenio que gallardamente manifiesta.

Vanidosa, cuadro de Humberto Coromaldi.—Se nos antoja que el pintor ha estado harto severo al dar á la protagonista de su cuadro el calificativo que á éste sirve de título; más que vanidad hay, á nuestro modo de ver, en el alma de esa joven un poco, no más que un poco, de coquetería, de ese sentimiento aún no bien definido, que muchos censuran como defecto y otros alaban como gracia y que en mayor ó menor dosis encontramos en casi todas las hijas de Eva. La dulce expresión de su rostro, la modestia de su actitud y de su ademán, no son las propias del engreimiento que la vanidad trae consigo; apenas si advertimos en aquella cara una sombra ligera de complacencia al observar el efecto que produce la hermosa flor prendida en su descotado pecho. Mas sea lo que fuere de la significación del cuadro, mirado desde el punto de vista psicológico, es evidente que *Vanidosa*, como obra pictórica, merece el dictado de notable y aun el de sobresaliente por la verdad que todo él respira, por la vida que alienta en la figura, por la suavidad de líneas de ese interesante rostro, por la elegancia y distinción con que están dispuestos los ropajes y sobre todo por la delicadeza de tonos, por la armonía de colores que causan en nuestros ojos una impresión encantadora y que revelan en el joven pintor italiano cualidades de artista de la mejor cepa.

Teatros. – *París.* – Se ha estrenado con buen éxito en la Opera Cómica *La petite maison*, ópera cómica en tres actos de A. Masson y G. Docquois, música de M. Chaumet.

– La eminente actriz francesa Sarah Bernhardt ha obtenido grandes aplausos en Munich, Francfort y Leipzig.

– En el teatro de la ciudad de Breslau se ha estrenado con gran éxito un drama musical de Ricardo Strauss, titulado *El incendio.*

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *Caridad*, comedia en tres actos de D. Miguel Echegaray; en el Tívoli *Las bodas de Camacho*, cuadro escénico tomado del conocido episodio de «D. Quijote,» arreglo de los Sres. don Jacinto Grau y D. Adriano Gual, música de D. Pedro E. Ferrán; y en Novedades, por la compañía Mariani-Paladini *L' altro pericolo*, interesante comedia en cuatro actos de Donnay, y *La Passerelle*, comedia en tres actos de Gresac y Croiset.

Necrología.—Han fallecido:
León Held, popular compositor austriaco.
Carlos Juan, conde de Snoilsky, poeta lírico sueco.



Señorita, señorita, su mamá la llama

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

– Es mi buscadora de pipas, dijo Goreline; hasta ahora la tenía para mí solo servicio, pero debe haber cobrado afección á usted, porque ha rogado á Dounia que le dejase arreglar su cuarto. Es una caprichosilla que no quiere por igual á todos. Por ejemplo, añadió, no puede tragar á mi mujer.

– ¿Por qué?

– ¡Qué sé yo! Pero mi mujer tampoco puede resistirla. Está á mi exclusivo servicio, y yo mismo la pago, continuó el buen hombre, que reía á carcajadas, pues la idea de pagar por sí mismo á un criado le parecía estrambótica.

– ¿Y cuánto le da usted?, preguntó Boris, á quien aquella risa había contagiado.

– ¡Treinta copecs por mes!, contestó el general reventando de risa; es huérfana, no ha conocido á su padre, y su madre murió hace nueve ó diez años.

– Pues ¿qué edad tiene?, repuso Boris sorprendido; no le habría echado tantos años.

– Tendrá diez ó doce. No ha sido mimada la pobrecilla, pero yo la quiero mucho. Come en la cocina con los criados.

Sofía, á quien llamaban Sonia por abreviatura, llegaba en aquel momento á paso ligero trayendo en la mano el objeto extraviado, que entregó á su dueño.

Éste pasaba el día entero sembrando pipas por todos los rincones, y el empleo de la chiquilla distaba mucho de ser una prebenda.

– Bien, Sonia, gracias, dijo Goreline pasando su mano sobre la frente lisa y atezada de la niña.

Los ojos de un color gris obscuro de la pequeñuela brillaron de alegría, y cogiendo aquella manaza la llevó á sus labios con reconocimiento.

– Es muy mona, dijo Boris sin pensar que le escuchaba.

La niña fijó en él su honrada mirada.

– Sé que arreglas mi cuarto todos los días, Sonia, dijo el joven con acento bondadoso. Muy bien, estoy contento de ti, pues trabajas como una persona ya crecida.

Sonia, con un gesto enteramente ruso, que consiste en poner el brazo doblado ante los ojos, miró á Boris durante un momento; sus mejillas se cubrieron de carmín, y escapó corriendo.

Lidia apareció en el extremo de la terraza trayendo un puñado de flores en la falda, que dejaba ver bajo las bordadas rayas un pie bonito y delgado, aunque un poco largo.

– Buenos días, papá, dijo ruborizándose.

Y besó al anciano, que extrañó aquella ternura no acostumbrada.

– Vengan á almorzar.

Se colgó de su brazo, sin mirar á Boris, que les seguía encantado.

De allí en adelante los pliegues flexibles de aquel traje color de lila limitaban para él el horizonte.

V

Aquel día le pareció á Boris interminable. Sentía un deseo ardiente de estar solo para pensar en las emociones que experimentara por la mañana; pero por una de esas malditas casualidades frecuentes en tales circunstancias, hasta la noche no se vió la casa libre de visitas. Le fué imposible hablar á Lidia, y era tal el temor que sentía de que adivinasen sus sentimientos, que no se atrevió ni á mirarla.

La joven aparecía tranquila, como si nada hubiese sucedido; notábase que sus mejillas estaban más sonrosadas que de costumbre y que era más brillante su mirada, pero parecía muy dueña de sí misma, al paso que el enamorado no hacía más que soñar en el día siguiente, en que podría anegar sus ojos en la mirada de su amada y tal vez tendría la dicha de estrechar su mano... ¿Pero podré hablarle?, se preguntaba. No era probable, porque de continuo se veían importunados por las idas y venidas de los criados y por la misma señora Goreline. Por lo menos tenía la seguridad de verla, y este solo pensamiento bastó para tranquilizarle.

Por último, las visitas se marcharon, y Boris se dirigió á sus huéspedes para despedirse de ellos. El general y su señora estrecharon su mano como de costumbre. El joven no se atrevía á mirar á Lidia, que se había apartado algunos pasos.

– Buenas noches, Lidia Stepanovna, díjole al pasar junto á ella.

– Buenas noches, contestó ella en voz baja.

Boris se dirigió enseguida á sus habitaciones sin lograr la dicha de haber obtenido una mirada de Lidia. Al abrir la puerta de su cuarto, se detuvo sorprendido: la bujía estaba encendida y colocada en la mesa al lado de la cama, y el libro que leyera la noche anterior había cambiado de sitio, y en vez de hallarse en la librería, se encontraba al alcance de su mano. El transparente estaba cuidadosamente tirado para que al día siguiente por la mañana impidiera el paso de los rayos solares. Percibíase un suave perfume en aquella estancia, en la que al revés de la víspera, todo estaba bien dispuesto y ordenado.

Cogió la luz para examinar aquel aspecto insólito y vió encima de la mesa un gran ramo de rosas blancas, colocado en un vaso.



y vió encima de la mesa un gran ramo de rosas...

– ¡Ha venido aquí, á mi cuarto!.., pensó. No, imposible..., díjose enseguida. Me ha enviado esas rosas, pensó luego.

Y con el alma inundada de alegría y de agradecimiento se sentó en la butaca en la que acostumbraba á entregarse á sus fantasías, y fijó en Lidia su pensamiento, hasta sentirse deslumbrado y como ebrio. Entonces con paso cansado se dirigió hacia la cama y se durmió soñando con la imagen de su adorada.

Para darle una agradable sorpresa, maese Eugenio se encargó al día siguiente de despertar á su preceptor.

Tocando una trompeta que tenía en la mano y golpeando con la otra un tambor que con gran pesar de todos había sobrevivido á las peripecias del viaje, empezó á dar de puntapiés contra la puerta de Boris.

Éste, despertado impensadamente, creyó de buenas á primeras asistir á la toma de Jericó; pero luego ya despierto del todo, dirigió un sermón á Eugenio, que dió por resultado poner hecho una furia al niño durante el resto del día.

Boris, por otra parte, no hacía caso alguno de las estupideces de su discípulo; sólo esperaba una hora, una hora bendita del día, y el resto le aparecía al través de una niebla donde flotaban impresiones más ó menos desagradables.

– Lidia, dijo de repente la generala en la pieza contigua al gabinete de estudio, ¿quieres que vayamos á comer á casa de la vieja Antropof?

– ¿Por qué, mamá?, preguntó la joven.

– Para distraernos. Anda, vístete; saldremos en seguida y volveremos antes del obscurecer.

Boris, que hacía una operación de dividir en la pizarra, dejó de hacer números con la tiza.

– Vaya, ¿no acabáis?, gritó Eugenio con tono brusco: es una cosa muy divertida el esperar.

En tanto que el endiablado muchacho chillaba, Lidia había contestado y Boris no pudo oirla.

Una profunda tristeza le sobrecogió de repente. ¡Veinticuatro horas más sin hablarle! Miró por la puerta entornada que comunicaba con el cuarto vecino y vió que allí no había nadie.

Maese Eugenio terminó al cabo de hacer números, y en el momento en que alegre por haber acabado se disponía á correr hacia fuera, Boris se detuvo.

– Pregunta á tu hermana, dijo con voz insegura, si dará lección hoy.

Eugenio se escapó.

– Lidia, ve á dar la lección, exclamó á grito pelado el muchacho, creyendo cumplir lo que le había dicho Boris.

Éste escuchaba con toda su alma, pero no oyó contestación.

– Lidia, gritó otra vez la voz de Eugenio, pero mucho más lejos, ¿dónde estás?

Boris se fué hacia la ventana y no oyó ya otras palabras.

El viento agitaba suavemente las hojas; un verderón que construía su nido hacía continuos viajes trayendo briznas de paja ó hilos de lana que llevaba á una rama medio escondida entre la verde fronda, lanzando alegres gritos.

El joven pensó en la modesta casa de madera que junto con algunas hectáreas de terreno constituían su único patrimonio.

– Es un nido, pensó; pero, ¡qué modesto y mezquino!

Y se entregó á una meditación dolorosa.

– No vendrá, repetía; y tomó el libro de la víspera, para encontrar á lo menos la página que había escogido Lidia, pero no la leyó. El verderón pasaba continuamente cerca de él delante de la ventana y parecía burlarse de su melancolía.

De repente se abrió la puerta, y Lidia entró llevando los cuadernos bajo el brazo. Cerró la puerta y avanzando hacia Boris con el rostro cubierto de rubor, dijo:

– Buenos días, Boris Ivanovitch: he tardado un poco y le ruego que me dispense.

Llevaba el mismo vestido que la víspera.

– ¿No sale usted?, balbuceó Boris.

– No, ahora no. Si acaso por la noche iremos á tomar el te en casa de la vecina.

Sentóse junto á la mesa, abrió la gramática y la puso delante de Boris. Éste la miraba sin acertar á hablar.

– ¿Quiere usted empezar por el dictado?, preguntó la joven, viendo que su profesor callaba.

Maquinalmente éste echó los ojos sobre la página abierta; luego los levantó mirando á la joven y vió reflejarse en los de Lidia un sentimiento tan tierno, tan expresivo, que todos sus ensueños tomaron nuevo cuerpo.

Extendió la mano hacia la de Lidia que estaba sobre la mesa junto á él, la tomó suavemente y estrechándola con transporte la posó en su rostro y en sus labios ardientes.

– La amo... ¿Se enfada usted?, dijo después de haber saboreado un momento de embriaguez.

– No, contestó ella en voz baja.

– ¿Y usted... me ama?

– He dicho á mamá que no quería perder mi lección, dijo Lidia en voz baja, y por lo mismo dícteme usted algo.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Boris consiguió leer unas cuantas líneas, cuyas palabras no tenían sentido para él. La joven escribía con caracteres desiguales y apretados que denunciaban su agitación, pero no miraba á su profesor. Al cabo de algunos momentos sin cesar de escribir, dijo en voz baja:

– ¿Vendrá usted con nosotros á casa de la vecina?

– Si lo desea usted..., contestó Boris.

Lidia levantó los ojos y le sonrió con aquella expresión triunfante que tan bien le sentaba.

– No, dijo, quédase usted aquí... para pensar en mí.

– ¿Me ama usted, pues?, dijo Boris inclinándose hacia ella.

– No lo sé..., creo que sí..., contestó apartándose Dicte usted aprisa.

Boris continuó dictando; pero la mano izquierda de Lidia estaba aprisionada por la suya y no sabía lo que leía. De cuando en cuando sonaba la voz del general ó de la señora Goreline, y entonces Lidia retiraba la mano; pero pasado el riesgo, los dos amantes, más aguerridos, cambiaban una sonrisa y sus manos se juntaban como por arte de magia.

– ¡Cuántas cosas tengo que decir á usted!, murmuró Boris, tomando el cuaderno para corregir las faltas.

Aquella hora había transcurrido como un sueño.

– Aquí no; después de comer, cuando papá y mamá dormirán la siesta. Le esperaré en el jardín junto á la fuente. ¿Irá usted?

Boris sólo pudo contestar con un movimiento de cabeza, pues la señora Goreline entró buscando algo que se le había extraviado. Después de haber buscado inútilmente por todos los rincones, dijo:

– ¿Has acabado, Lidia?

– Sí, mamá, dijo la joven recogiendo con presteza los libros y los cuadernos, y después de haber saludado á Boris, se marchó con su madre.

VI

A cosa de las cinco, Boris se dirigió al sitio indicado, donde aún no encontró á Lidia. Esperó largo rato, y en el momento en que pensaba que no iría, vió que se acercaba muy bien vestida y con una sombrilla en la mano.

– Me he vestido, dijo, porque mamá todavía duerme, y he dicho que cuando se despierte le digan que ya estoy lista; así podremos hablar mientras ella se arregla, y cuando el coche esté enganchado, Sonia vendrá á avisarme.

Apartando cuidadosamente los pliegues de su traje para no ajarlos, se sentó sobre el musgo, á poca distancia de Boris.

La fuente estaba en la pendiente de una torrentera, y la mano del hombre no había echado á perder su salvaje belleza tratando de adornarla; bullía locamente en su taza natural de tierra y se escapaba con argentino susurro, corriendo sobre un lecho de berros y guijas hasta encontrar el riachuelo, que corría cerca. La miosota y la menta crecían en espesas matas á su alrededor.

Nada menos pomposo que aquella fuentecilla destinada á apagar la sed de los prosaicos habitantes de aquella morada; pero su limpidez tenía algo de virginal, las flores que la rodeaban cuadraban bien con su sencillez modesta, y la sombra del follaje que jugueteaba en su superficie, hubiese parecido menos bella sobre una corriente más ancha.

El traje de Lidia, por su excesiva riqueza, se despegaba de aquel paisaje íntimo y genuinamente ruso. Boris no se fijó en ello, pues su vida se hallaba concentrada en las palabras que iba á pronunciar.

– Lidia Stepanovna, dijo después de un momento de silencio, ya he dicho á usted que la amo. Tengo veintiún años, soy de noble cuna, pero muy obscura, y mi padre era un pobre propietario rural. No poseo nada, ó casi nada, pero tengo mucho valor y aliento; he estudiado cuanto he podido, pasaré mi vida trabajando, y espero llegar á obtener una buena posición. La dicha para mí, sólo la puedo imaginar pasando mi vida á su lado. ¿Me quiere usted por esposo?

Era esto lo que en buen ruso se llama «hacer una proposición;» por la primera vez, Lidia se veía solicitada; su corazón latió mirando á aquel joven que estaba allí; pálido y casi sin voz; tenía diez y siete años, y á fuer de niña, la vida le parecía muy hermosa. Sonriendo contestó:

– Sí, lo quiero.

Boris la atrajo sobre su corazón y se puso á sollozar como un niño.

– ¡Oh, Lidia mía!, balbuceaba, cubriendo de besos sus manos, ¡cuánto trabajaré! ¡Estarás orgullosa de mí, te lo aseguro!

Después de pasado aquel momento de éxtasis, pensó con espanto en el tiempo que debía transcurrir hasta que pudiera reclamar su palabra á su prometida.

– ¿Tus padres no consentirán, verdad?

– No lo creo, dijo Lidia, ruborizándose; pero quizá..., quizá cuando sea usted rico...

– Trátame de *tú*, te lo ruego, Lidia mía; ahora ya eres mía.

– Cuando serás rico y célebre, ya lo creo que querrán.

– ¡Angel mío!... Y tú ¿tendrás paciencia para aguardar?

– ¡Oh, sí, sí!, contestó con todo el orgullo de un corazón inexperto.

– ¿Muchos años?

– ¿Tanto tendré que esperar?, replicó ella, algo asustada. ¡Si ya seré una vieja!

– ¿Vieja tú, Lidia mía?

Boris se echó á reir.

– Pero ¿pasarán muchos años, dime?, preguntó con insistencia.

– ¡Quién sabe! Si puedo obtener una misión en el extranjero, con un sueldo del Gobierno, dos ó tres años me bastarán para hacerme un hombre y una posición. Trabajaré hasta el día en que puedas tú ser rica y dichosa...

Y los juramentos de amor y fidelidad se prodigaron entre los dos amantes. Boris comprometía su porvenir; pero no le importaba, pues su alma estaba llena del ardor sin límites de los neófitos.

Ella, por su parte, no sabía bien lo que sentía y el porvenir no la asustaba, porque no se creía comprometida: ¡faltaba aún tanto tiempo! ¡Entretanto Boris la amaba, era su esclavo; era reina!

El sol enviaba rayos oblicuos al través de los árboles del torrente. La vocecilla de Sonia gritó desde lejos.

– Señorita, señorita, su mamá la llama.

Lidia se alejó precipitadamente de Boris murmurando á su oído una última palabra de ternura, subió corriendo la pendiente tapizada de césped y desapareció gritando:

– ¡Ya voy!

Boris al quedarse solo dió algunos pasos, se aproximó á la fuente, cogió un tallo de menta silvestre y lo restregó entre sus manos para aspirar su perfume; luego se sentó al borde del agua y contempló cómo corría, escuchando su melódico ritmo.

Algunos guijarros rodaron cerca de él. Levantó los ojos, y advirtió, destacándose sobre el azul del cielo, la fina silueta de la buscadora de pipas.

– ¿Qué haces ahí?, dijo Borris algo inquieto.

– Mirar á usted, contestó Sonia, que bajó corriendo el pedregoso sendero.

Le miraba, efectivamente, en vez de examinar el camino; un guijarro afilado quedó bajo su pie, lanzó un grito y cayó. Boris se levantó para socorrerla. Se había ya incorporado, pero un ancho hilo de sangre roja corría desde su tobillo hasta la amarillenta arena.

– ¿Te has hecho daño?, preguntó Boris con bondad.

– No, no es nada, respondió Sonia, mordiéndose los labios para ahogar un gemido.

Dió dos pasos y se detuvo. La sangre seguía manando.

– Espera, deja que vea la herida, dijo el joven.

– No, no, Boris Ivanovitch, ¡no vale la pena!, exclamó vivamente.

Sin hacerle caso la tomó en brazos y la sentó sobre el césped, junto á la corriente. La niña no se resistía; puso suavemente sobre su rodilla el piececito herido, y Boris vió que tenía un desgarrón junto al tobillo, en el sitio en que la piel es más delgada. La sangre brotaba con tanta fuerza que el joven pensó un momento que se trataba de una lesión grave. Cogiendo agua en el hueco de la mano, lavó cuidadosamente la herida, retiró de ella algunos granos de arena y la vendó con su pañuelo.

– Es preciso volver á casa, dijo, y allí te pondremos un emplasto.

– ¿Para qué?, repuso Sonia; esto se curará por sí solo. Pero estoy muy cansada.

Se tendió sobre el césped y apoyó la cabeza sobre su brazo. Estaba muy pálida; el rato que había sangrado la herida había bastado para debilitarla. Cerró los ojos y Boris creyó que se había desmayado. Cuando volvió á abrirlos penosamente, la expresión de reconocimiento que se leía en ellos llegó al corazón del joven.

– Es usted muy bueno, dijo en voz baja. Nadie me había cuidado jamás.

– ¿Pero has estado alguna vez enferma?

– ¡Oh, sí! El año último he tenido fiebres.

– ¿Y no te han cuidado?

– No; me quedé junto á la estufa, y la anciana Marta me daba de beber.

– ¿Y te curaste de ese modo?

– Sí.

– ¿Nadie iba á verte?

– Los amos no estaban aquí, y cuando están es lo mismo, pues nadie se cuida de nosotros.

Sonia cerró de nuevo los ojos.

– Pero ¿y el general?

– ¡Oh! Él sí que es bueno; le quiero mucho, apenas me riñe, y nunca me pega... A usted también le quiero...

– ¿Por qué?, preguntó Boris con interés.

– Porque es usted bueno. ¿Le gustan las rosas blancas?

– Sí, contestó el joven algo admirado; ¿cómo lo sabes?

– Porque ayer he visto que miraba usted mucho una rosa blanca, ya medio marchita, y entonces le traje un ramillete de ellas por la noche.

– ¿Tú lo trajiste?

– Sí; no me costó mucho trabajo, pues hay una gran mata al extremo del jardín, cerca de las habitaciones de los criados.

– Gracias..., dijo Boris algo entristecido.

– No hay de qué.

Probó de levantarse; pero su pie debilitado se negó á sostenerla, y hubiera caído si no le sostuviera Boris.

– No puedes andar, dijo éste; voy á llevarte hasta la casa.

La niña no contestó; dejó que Boris la tomara en brazos y se acurrucó en ellos en tanto que el joven escalaba la subida. Al dejarla en el suelo le tomó la mano, besándosela con ardor apasionado.

– ¿Quieres estarte quieta?, le dijo Boris, á quien no le gustaba aquel signo de respeto excesivo que era un resabio de la antigua esclavitud de Rusia.

Sonia dejó su mano y se dirigió cojeando hacia la casa, siguiendo al joven.

En el momento en que llegaban á la terraza, Lidia y su madre, muy empingorotadas, iban á subir al carruaje.

– Traigo una aspeada, dijo sin dirigirse particularmente á ninguna de las dos: tiene una herida bastante grande en el pie, que sería preciso curar en seguida.

– Vaya, vaya, dijo la señora Goreline acabando de ponerse los guantes; si hiciéramos caso de esa gente sería cuestión de no acabar nunca. Lávate con agua fresca, Sonia, y mañana estarás curada. Buenas tardes, Boris Ivanovitch. No sé por qué no nos acompaña usted. ¡Ea, Eugenio, ven acá!

El carruaje se alejó. Lidia no había dicho nada, pero al subir al coche, protegida por su sombrilla, lanzó una tierna mirada á su novio.

Cuando la puerta del patio se hubo cerrado detrás del carruaje, Boris miró á la niña, que estaba á su lado.

– Ven, Sonia, que voy á curarte, y aunque no entiendo gran cosa en cirugía, siempre vale más algo que nada.

Llevóla á su habitación y le hizo sentar al pie de la cama, y con mucho cuidado le aplicó unas tiras de tafetán inglés, del que tenía buen acopio, y rasgando en tiras un pañuelo de bolsillo, con gran desesperación de la niña, le arregló un apósito.

– Vaya, ya está, dijo cuando hubo acabado, empujándola suavemente.

– ¡Ah, Boris Ivanovitch!, exclamó Sonia con voz llorosa; me parece que es usted mi madre.

Y se marchó después de estas palabras.

Boris se echó á reir á tal idea; pero sentía el bienestar del que ha hecho una buena acción.

VII

Durante los quince días siguientes, á Boris le pareció la vida un paraíso.

Nada de lo que sucedía en el mundo exterior podía penetrar en la atmósfera ideal que le rodeaba. Advertía vagamente la presencia de todos los individuos de la casa; continuaba dando lecciones á Eugenio; pero si media hora después de dar la lección le hubiesen preguntado sobre qué había ésta versado, de fijo que se hubiera visto apurado para contestar. Nada había variado: seguía todo el mundo el curso monótono de la existencia; pero si de repente hubiera empezado la gente á andar de cabeza abajo, á buen seguro que no le hubiera causado extrañeza.

Afortunadamente, Lidia había conservado su sangre fría; pues aquel amor que había transformado por entero la vida del joven, no era para ella sino un elemento más entre los muchos que componían su existencia. Estaba alegre como de costumbre; reía y cantaba con voz algo falsa romanzas que Boris escuchaba embelesado, y para gustar más á su adorador cuidaba muchísimo de su persona y de su atavío, siempre elegante y sencillo.

Para otro ser había cambiado también la faz de la existencia. La pequeña buscadora de pipas había entrado en un mundo nuevo.

Hasta entonces, olvidada ó maltratada, sólo había recibido palabras cariñosas del general, y éste le había hecho la acogida que un alma buena y generosa puede hacer á un gozquejo famélico y feúcho; pero Boris la había tratado como una criatura humana.

Para él no era ya una cosa, sino un ser inteligente, capaz de padecer y de gozar, y al que se habla, se compadece y se cuida. El hombre que le había hablado de aquella manera se había convertido para ella en un Dios. En su corazón de niña, bajo la grosera camisa que cubría sus hombros atezados, se había abierto de repente la flor más preciosa de la existencia humana: comprendía la bondad y la adoraba.

Boris era su único pensamiento. No podía demostrarle su amor sino arreglando por la mañana y por la tarde su habitación y llenándola de flores frescas, que era todo lo que sabía hacer; pero impulsada por su agradecimiento, aprendió una porción de cosas para ser útil á su protector.

Hasta entonces su naturaleza algo bohemia había sentido invencible antipatía por el trabajo sedentario. Un día advirtió un gran desgarrón en la americana de tela gris del estudiante y rogó á la camarera de la generala que reparara el desastre.

La camarera detestaba á Boris, en primer lugar porque era preceptor, y luego porque no la había mirado ni por casualidad, siendo así que entre sus congéneres pasaba plaza de bonita. Cuando la niña fué con aquella embajada, se negó desdeñosamente á complacerla.

– ¿Te has imaginado que estoy aquí para arreglar la ropa de un estudiante?, dijo con orgullo.

– Si está toda desgarrada, dijo Sonia casi llorando de despecho.

– Arréglala tú misma, dijo, ya que tanto quieres al estudiante.

– No sé coser.

– Pues aprende, dijo Dounia echándose á reir.

– Présteme usted hilo y aguja.

– ¡No! Cómpralo con los gajes que te da el general.

En la aldea no vendían agujas y el viajante debía tardar aún en hacer su visita mensual.

Sonia se fué con la americana al brazo, y muy triste, á pedir una aguja á la vieja Marta, la cocinera de los criados, la que la había cuidado durante su enfermedad, y que, sin amarla, la trataba con mayor cariño que los demás.

– Présteme usted una aguja é hilo, Marta Nicolaievna.

– ¿Para qué?, gruñó la cocinera.

– Para arreglar la chaqueta de Boris Ivanovitch.

– Vete al diablo con tu Boris Ivanovitch; que se la arregle él mismo. No ha venido aquí sino para dar trabajo. Ayer ensució dos pares de botas y hay que limpiarlas porque el señor lo manda, ni más ni menos que si fuera el amo.

– Démelas usted; yo las limpiaré, dijo Sonia muy contenta.

– Toma y límpíaselas todos los días. ¡Cuán tonta he sido en no haberlo pensado antes!

Desde aquel día, las botas de Boris, relucientes como espejos de azabache, estuvieron siempre dispuestas en un rincón del cuarto.

Pero Sonia no tenía aguja y tuvo que resignarse á ver cómo Boris llevaba su cazadora desgarrada sin poder arreglársela.

Tuvo la paciencia de mirar durante muchos días por el suelo hasta que hubo encontrado la aguja deseada. Pero entonces faltaba encontrar hilo, y esto fué ya asunto más complicado. Escogiendo un momento en que Dounia se dejaba cortejar por el galante cocinero, robó algunas hebras de hilo blanco y negro que arrolló alrededor de una tarjeta. Muy satisfecha se dirigía hacia el cuarto de Boris, cuando recordó con estupor que ignoraba la primera palabra del arte de zurcir.

Se marchó resuelta á un rincón del jardín, desgarró un trozo de sus sayas andrajosas y se puso á coserlo de nuevo; pero no daba pie con bola.

Desesperada, lloró mucho rato; pero eso no servía de nada. Empezó de nuevo su trabajo con más cuidado, y poco á poco, con esfuerzos que duraron muchos días, sin dedal, sin tijeras y sin maestra, llegó á saber arreglar un desgarrón. Contenta ya entonces, aprovechó unos momentos en que Boris estaba ausente para apoderarse de la americana y zurcirla lo mejor que supo.

¡Ay! Boris no lo advirtió siquiera; pero cuantas veces Sonia le veía pasar con la dichosa americana, el corazón le bailaba de gozo dentro del pecho.

– Quiero aprender á coser, se dijo.

Cuando llegó el marchante, le compró cuanto le hacía falta para ello; y luego se la vió durante mucho tiempo quieta en un rincón de la cocina, sentada sobre los talones, coser y más coser, zurcir y más zurcir, recogiendo de cuando en cuando un buen consejo, otras veces una burla y á menudo un puntapié ó una bofetada. Pero todo lo daba por bien empleado con tal de poder ser útil al «amo,» porque para ella Boris era el amo, el único, el verdadero, pues por su propia voluntad le había escogido.

Los criados no tardaron en advertir aquella predilección, y la pobre niña y su protector fueron objeto del desprecio de aquellos dignos personajes.

Especialmente en las horas de la comida era cuando se le hacían más bromas, no siempre de buena ley; por lo que para escapar á ellas, Sonia se contentaba á menudo con un trozo de pan negro y una cebolla cruda que se iba á comer al jardín, y se consideraba dichosa cuando podía pescar una taza de leche en la vaquería á la hora en que se ordeñaba.

Boris ignoraba todo aquel martirio, pero cobraba poco á poco apego á la inocente criatura cuyos grandes ojos negros buscaban los suyos continuamente, y había acabado por acostumbrarse á verla entrar cada noche en su habitación en el momento de acostarse. La chiquilla le traía un vaso de agua y le pedía órdenes para el día siguiente.

Habíale acostumbrado también á que bebiera leche por la mañana, y en cuanto se despertaba, apenas pronunciaba su nombre la veía entrar con los pies descalzos llevando con precaución la taza llena hasta los bordes, con la sonrisa en los labios y una expresión de tierna solicitud en los ojos.

Más inteligente que el general Goreline, experimentaba una afección más profunda por la niña desheredada, cuyos padecimientos ignoraba.

Una mañana, sin embargo, conoció los secretos de aquella existencia dolorosa, pues en el momento en que Sonia le servía la taza de leche, advirtió que los brazos de la pequeñuela tenían huellas de golpes.

– ¿Dónde te has hecho esto?, preguntóle con acento compasivo.

– No he sido yo, contestó con los ojos anegados en lágrimas.

– ¿Pues quién te lo ha hecho?

La niña guardó silencio, y entonces él, levantándose, la cogió por la mano para atraerla hacia sí; pero al hacer aquel movimiento la niña no pudo reprimir un grito. Boris alzó con precaución la manga del vestido y vió que el brazo todo estaba acardenalado y que tenía sangre en algunos sitios. El hombro también debía estar lesionado, pues la pobrecilla no podía sufrir allí ni el suave contacto de su mano compasiva.

– ¿Quién te ha hecho eso?, repitió con voz severa; dímelo; quiero saberlo.

– No lo diga usted á la señora..., me pegaría.

– ¡Te pegaría!, exclamó Boris con horror. Vamos, ¿quién te ha hecho esto?

– El cocinero.

– ¿Por qué?, preguntó Boris rechinando los dientes.

Su sangre generosa se sublevaba ante aquella brutalidad, y de fijo que lo hubiese pasado mal su autor si pareciera en aquel momento.

La niña se mantuvo callada, y no hubiese sabido Boris la causa de aquella brutalidad si no se le ocurriera decir:

– Si no quieres decírmelo, no te querré.

Aquello desató la lengua de la niña y contó que la tarde anterior había ido á orillas del río á coger nenúfares, pues sabía que á él le gustaban sus grandes flores de raso blanco, y que al penetrar en la cocina, con los largos tallos de aquéllas tiró un cacharro donde el cocinero guardaba una golosina. Éste, furioso por aquello, le había arrancado las flores de la mano y las había destrozado, y ella, montando en cólera, le insultó; entonces aquel salvaje había cogido los tallos á guisa de zorros y con ellos la había flagelado hasta hacer brotar sangre.

– Pero no grité, Boris Ivanovitch, dijo, en tanto que su pecho se levantaba á impulsos de la indignación que sentía recordando al castigo; no grité porque estaba usted en el comedor y temí que oyera mis gritos.

– ¿Por qué? Lo que debías haber hecho era llamarme.

– ¡Oh, no! Si le hubiese usted visto, le mata de fijo.

Sonia había dicho estas palabras con tal convicción, con fe tan sincera, que Boris se conmovió y la estrechó contra su corazón. La niña lanzó un grito de dolor, pero se estremeció de alegría; y las lágrimas que no había podido arrancar el bárbaro tormento rodaron rápidas y abundantes por sus mejillas enflaquecidas.

(Continuará.)

EL GLOBO LEBAUDY

Después de los tristes accidentes aeronáuticos ocurridos el año último, los que siguen con interés el problema de la navegación aérea han tenido al fin la satisfacción de presenciar una tentativa afortunada.

El éxito legítimo del globo Lebaudy, construído y ensayado por vez primera en noviembre último por los Sres. Julliot y Surcouf en Moissón, junto á Bonnieres, y cuyas pruebas se continúan actualmente, ¿es debido á algún invento genial que rompa completamente con las prácticas habituales? Nada de esto: el éxito es debido ante todo al cuidado con que se han tenido en cuenta todos los hechos anteriormente experimentados y con que se han verificado los ensayos preliminares. Los hombres más competentes en esta nueva clase de deporte no se cansan de repetir que las condiciones que rigen la aeronáutica, aunque muy misteriosas bajo ciertos aspectos, están, sin embargo, suficientemente elucidadas para que quien intente un nuevo ensayo no haya de afrontar peligros totalmente desconocidos y que pueden en cierto modo evitarse haciendo aplicación de las enseñanzas del pasado. Indudablemente sería harto aventurado decir que ya no ocurrirán accidentes desgraciados, pero por lo menos se reducirán al mínimo las probabilidades de éstos si se procede con el debido método.

El globo Lebaudy se distingue marcadamente de los tipos anteriores. El globo propiamente dicho tiene 57 metros de longitud y es disimétrico, estando situada la cuaderna maestra, que tiene 9'80 metros de diámetro, á 24'90 metros de la proa y 32'10 de la popa. La proa tiene la forma de un cono bastante prolongado y la popa termina en un casquete esférico.

La envoltura henchida no afecta por completo la forma de un sólido de revolución, sino que presenta en su parte inferior una superficie plana como si estuviera cortada por un plano horizontal situado á 3'50 metros debajo del eje; los bordes de esta superficie van fijos en una corona ovalada que constituye



Fig. 1. – El globo Lebaudy. Vista en conjunto de la plataforma con su falsa quilla, el cuadro de impulsión, la barquilla y la suspensión.

un marco rígido de tubos de acero al cual van unidos los cables de acero de la suspensión, con lo que se suprime toda red ó camisa intermediaria. Otra particularidad de la plataforma es una falsa quilla vertical que la cruza de parte á parte y cuya armazón de acero va cubierta de tela en su parte posterior; aquélla está prolongada hacia atrás por una larga pértiga que mantiene la rigidez del cono de popa. Un timón horizontal contribuye á asegurar la estabilidad de la marcha.

La envoltura es de tela doble, de algodón ligero con interposición de una capa de caucho de una décima de milímetro de grueso. Sabido es que el caucho tiene el inconveniente de alterarse bajo la doble acción de la luz y del oxígeno; para evitar esto la tela está pintada por fuera de amarillo y por dentro revestida de siete ú ocho capas de un producto especial llamado *balonina*, que es una disolución de caucho en una mezcla conveniente de bencina y de sulfuro de carbono. La tela así preparada no pesa más de 300 á 330 gramos por metro cuadrado, inclusas las costuras, y es tan impermeable que el globo al cabo de cuarenta días de estar henchido no había experimentado ninguna pérdida sensible.

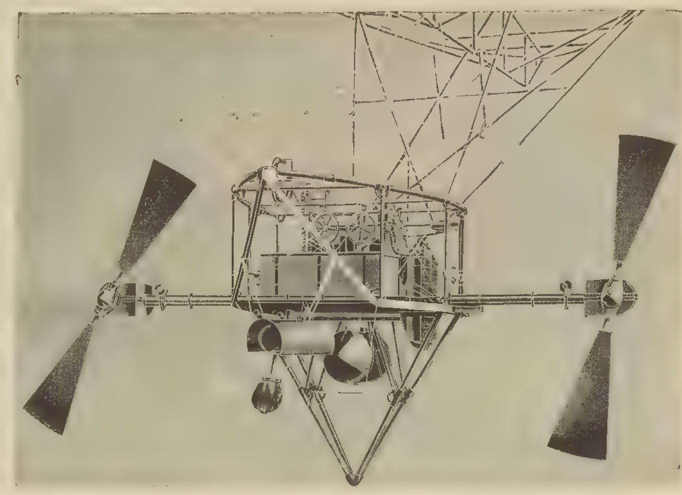


Fig. 2. – El globo Lebaudy. La barquilla sin su envoltura de tela, y los órganos de propulsión Debajo de la barquilla el cuadro de impulsión y los cables de suspensión

La barquilla, suspendida á 5'25 metros debajo de la plataforma, tiene 4'80 metros de largo por 1'60 de ancho. La suspensión, muy divergente y triangulada, según los principios de Dupuy-de-Lome, está constituída, no por alambres, sino por cables de acero de cinco á seis milímetros de diámetro y en número de 28, y asegura la solidaridad de la barquilla y del globo. Para completar la rigidez del conjunto, hay en la parte delantera de la suspensión un cuadro oblicuo de impulsión, con tubo de acero, y debajo de la barquilla una especie de pirámide, con lo que además se evita que las hélices toquen al suelo. La barquilla lleva, aparte de sus dos aeronautas, un motor de petróleo de 40 caballos que mueven las dos hélices laterales; cada una de éstas, de dos brazos, tiene sólo 2'80 metros de diámetro y gira con una velocidad de 1.000 revoluciones por minuto.

La capacidad de la envoltura es de 2.284 metros cúbicos y la fijeza de su forma está asegurada por un pequeño globo compensador de aire, de 305 metros cúbicos, que viene á ser como una séptima parte del volumen total. Las válvulas automáticas de seguridad no ceden sino á una presión interior de 20 milímetros de agua y aseguran, por consiguiente, una buena tensión de la tela.

El hidrógeno muy puro, cuya fuerza ascensional es de 1.164 gramos por metro cúbico, ha sido fabricado en un generador Surcouf.

Dando pruebas de gran sensatez, los inventores quisieron, antes de verificar una ascensión libre, realizar un programa de severos ensayos de cada uno de los órganos y del globo mismo en todas las posiciones que puede adoptar durante un viaje aéreo, y asegurarse principalmente de que no correrían ningún peligro de incendio. Para esto último lanzaron chorros de hidrógeno á presión, puro y mezclado con aire, sobre todas las partes de la máquina, habiendo comprobado que no era posible inflamación alguna ni en el alumbrado ni en el escape del motor de petróleo. Iguales pruebas se hicieron con instalaciones eléctricas destinadas á suplir al motor de petróleo durante las paradas para hacer funcionar el ventilador del pequeño globo, y los resultados fueron también satisfactorios.

Después de estos ensayos preliminares, que habían durado veintiún días, se intentó la primera ascensión libre, con un viento que á un centenar de metros sobre el suelo debía alcanzar una velocidad de cinco á seis metros por segundo Esta prueba decisiva vióse coronada por el éxito más completo. Los pasajeros eran los señores Surcouf, aeronauta; Julliot, ingeniero, y Oberlé, maquinista. Habiéndose estropeado el día antes una de las hélices, fué preciso marchar sólo con la otra, de modo que únicamente se utilizó una fuerza motriz de 20 caballos. Desde luego pudo observarse que á pesar de la excentricidad de este propulsor único, situado á un lado de la barquilla, el globo avanzaba en línea recta, lo que demuestra cuán ilusorio es contar con la maniobra invertida de dos hélices laterales para producir los cambios de dirección del globo y substituir al timón. No se midió la velocidad adquirida, pero puede calcularse que el globo á toda máquina andará fácilmente á razón de 40 kilómetros por hora.

Después de tres viajes felices, los Sres. Surcouf y Julliot, deseando estudiar desde tierra los movimientos del aeróstato, cedieron su puesto al aeronauta Juchmés, el cual describió en el espacio un 8 con toda regularidad. Al querer virar en un radio muy corto, la pieza que sostenía el timón se torció un poco, lo cual no impidió que se efectuara la maniobra de tomar tierra en el punto de partida. – G. E.

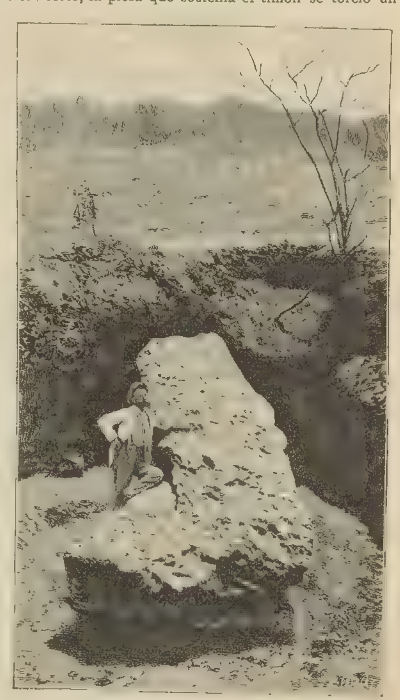


Fig. 1. – El meteorito de Bacubirito (México). Vista de conjunto

EL METEORITO DE BACUBIRITO (MÉXICO)

Desde la caída de los meteoritos de L'Aigle (Normandía) y después que las investigaciones del sabio Biot hubieron demostrado el origen cósmico de los mismos, la colección de estos cuerpos ha adquirido de día en día mayor importancia. La ciencia, que á principios del pasado siglo sólo conocía una veintena de ellos, cuenta hoy con muchos centenares de diferentes especies, reunidos en los diversos museos del mundo; del número de los conocidos, la tercera parte, por lo menos, corresponde al continente americano: una región que se extiende de Oeste á Este en una longitud de mil millas y en una anchura de 250, que atraviesa el valle del Mississipí, entre los grados 30 y 35 de latitud Norte, contiene 48 localidades de meteoritos; otro territorio, casi de igual superficie, que va de Norte á Sur de la República de México, ha proporcionado 30 de estos cuerpos celestes. El hecho más notable que presentan estos meteoritos mexicanos es que la mayor parte de ellos son de naturaleza ferruginosa (sideritos), que casi la mitad presentan grandes dimensiones y que nueve pesan más de una tonelada cada uno.

El mayor de todos, cuyo peso se calcula en unas 50 toneladas, es el llamado de Bacubirito, que fué descubierto en un alto valle de la Sierra Madre, en el Estado de Sinalva. Realizó el hallazgo un labrador que trabajaba en el campo y cuyo arado tropezó con un cuerpo duro, lo que le hizo creer que se trataba de una mina de plata; cuando supo que se trataba de hierro, repartió los fragmentos que había recogido y no se cuidó más de su descubrimiento. Desde entonces hasta 1902, aquel meteorito sólo fué conocido de los sabios por su nombre; pero en dicha fecha fué objeto de numerosas investigaciones realizadas por el profesor Enrique A. Ward, agregado antes á la Universidad de Rochester (Nueva York) y actualmente establecido en Chicago. De la memoria descriptiva presentada á la Academia de Ciencias de Rochester extractamos los siguientes datos relativos al meteorito en cuestión.



Fig. 2. – Otra vista de conjunto del meteorito de Bacubirito (México)

La masa, hundida en el suelo de un estrecho valle junto á una antigua hacienda llamada el Ranchito, á unas siete millas al Sudeste de la antigua población minera de Bacubirito, fué encontrada nuevamente por el profesor Ward; estaba casi enterrada en una tierra blanda y negruzca, y su superficie sólo aparecía en una longitud de dos metros y en una anchura de 1'50. Afectaba la forma de un jamón gigantesco. El profesor, ayudado por 28 peones indígenas, la desenterró, habiéndose practicado una excavación de dos metros de profundidad en un suelo casi todo vegetal, excepción hecha del último medio metro, que era de pórfido descompuesto.

Terminado aquel trabajo, quedó el meteorito en equilibrio sobre un pedestal de roca de cerca de un metro de altura, y una vez medidas todas las dimensiones, se sacó de tierra uno de los lados de la roca de pórfido hasta que la enorme masa pudo por su propio peso adoptar una posición vertical como indica la figura 1.

No habiendo encontrado tierra vegetal entre el meteorito y su lecho de roca, el profesor Ward sugirió la idea, aunque sin pretensión de imponerla, de que cuando cayó la masa la superficie del suelo era un simple lecho de pórfido sin ninguna apariencia de suelo vegetal. La forma general del meteorito representa los cuatro lados de un prisma, como lo demuestran los grabados; sus dimensiones entre ambos extremos son: 4'25×2×1'75 metros.

Las irregularidades de sus diferentes partes hacen difícil calcular el volumen exacto. En cuanto al peso, el profesor Ward lo estima en unas 50 toneladas.

Como términos de comparación cita los cinco meteoritos más grandes del mundo, que son: el de Bendego (Brasil), 5'3 toneladas; el de San Gregorio (México), 11'5; el de Chupaderos (México), 15'7; el de Anighito (Groenlandia), 50, y el de Bacubirito (México), 50. Los pesos de los tres primeros se obtuvieron exactamente en balanza; los de los dos últimos son aproximados. De ello resulta que los dos meteoritos más grandes del mundo han caído en territorio de la América del Norte, el uno en su extremo septentrional y el otro en el meridional.

Terminaremos estas noticias diciendo que el profesor Ward ha sido durante largos años un apasionado buscador y un coleccionista entusiasta de meteoritos. Su colección, recogida personalmente por él y conocida con el nombre de «Ward-Coonley,» contiene 530 especies diferentes y puede ser clasificada entre las más importantes del mundo. – N. R.

CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL Y EXPOSICIÓN EQUINA

El éxito excelente que coronó el año pasado los esfuerzos del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro para instaurar en esta ciudad los concursos hípicos internacionales, movió en el presente á esta importante entidad, que tan bien representa los intereses de la agricultura catalana, á repetir un espectáculo digno de aplauso bajo todos conceptos.



BARCELONA. – Concurso Hípico Internacional y Exposición Equina
Vista de las tribunas (de fotografía de Adolfo Mas)

El resultado ha sido esta vez mejor, si cabe, que la anterior, pudiendo afirmarse que estos concursos han tomado carta de naturaleza en nuestra capital, ya que por un lado los ejemplares presentados son en gran número y muy notables, y por otro ha cundido el estímulo entre los jinetes que han intervenido en la fiesta, poniendo todos gran empeño en que resultara lucida.

Por otra parte, el público ha entrado de lleno en el espectáculo, habiendo acudido durante los días en que éste se ha celebrado á la ex plaza de Armas del Parque una concurrencia tan numerosa como escogida: las más distinguidas familias de la alta sociedad barcelonesa se han dado cita en el improvisado hipódromo, cuyas tribunas ofrecían el aspecto más pintoresco y más hermoso, recordando, aunque en más reducidas proporciones, el de las de Longchamps el día del Grand Prix parisiense.

No disponemos de espacio suficiente para describir detalladamente los distintos números del programa, por lo que habremos de limitarnos á resumir el resultado de los mismos y los nombres de los premiados.

PRIMER DÍA. – *Enganches de limoneras particulares:* charrette de D. Pedro Monés, victoria y charrette de D. Diego de León. – *Caballos de paseo:* los de los Sres. Planás (F.), Paul Bourgade y Estévez. – *Obstáculos y ensayo internacional;* premio á los jinetes Sres. González (C.), Barlet Etienne, Estévez, Mocaya (R.), Muntadas (R.), Miquel (L.) y Noriega; lazos: los caballos de los Sres. Munné (J.), Llarch, Pereyra, Paul Bourgade y Caballero. – *Obstáculos y ensayo nacional;* premios: los jinetes Sres. Valverde, Llarch, Senillosa, Bermúdez de Castro, Mundo y R. de la Encina; lazos: los caballos de los Sres. R. de la Encina, Ramírez (A.), Estévez, Pereyra y Miquel.

SEGUNDO DÍA. – *Presentación de troncos particulares:* los de los Sres. Monés, Samá y de León. – *Obstáculos, premio regional;* premios: los caballos de los Sres. Mercader, Matres, Gay, Udaeta, Pereyra y Ruiz, que montaron respectivamente los Sres. Mercader, Llarch, R. de la Encina, Udaeta, Pereyra y Mundo; lazos: los caballos de los Sres. Pereyra, Díaz Moyano, Muller, Ruiben y Estévez. – *Obstáculos, Omnium;* premios á los caballos de los Sres. Gay, Bourgade, Tury Ledere, Mané, Udaeta y Muller, que montaron respectivamente los señores R. de la Encina, Bourgade, Tury Ledere, Domínguez, Llarch y Valverde; lazos: los caballos de los Sres. Muntadas, Augustí, Font de Rubinat, Sandreu, Fabre y Macaya.

TERCER DÍA. – *Obstáculos. Premio de los regimientos (sargentos):* premios á los jinetes Sres. Elías, Millán, Garanto, Fernández y Perez; lazos: á los caballos «Selino,» «Abando» y «Dotar.» – *Campeonato del salto en longitud:* premio á los Sres. Moncada, Leclerc y Sauby.

CUARTO DÍA. – *Obstáculos. Premio de honor, internacional (militar), ofrecido por S. M. el Rey:* Sres. R. de la Encina, Alonso, Ollero, Estévez y Fernández. – *Obstáculos. Premio Parque:* Sres. Senillosa, Aparicio y Llarch que montaron caballos de los Sres. Font de Rubinat, Soria y Matres. – *Troncos de alquiler y tandems particulares:* 1.° y 2.° premios, Sr. Cassany (F.); tercer premio, Sres. Cassany hermanos y Compañía. – *Yeguas de vientre:* «Lea» y «Perla» del general Rivera. – Sementales; premios: los caballos «Black,» «Castaño,» «Bajo,» «Arrogante;» menciones: «Bismarck» y «Cyrano;» medalla de oro: «Dervich;» medallas de bronce: «Bravito» y «Guerrita;» lazos: «Regente» y «Rubí» – *Potros;* premios: «Mazantini,» «Lucero,» «Señorito,» «Noble,» «Tordillo,» «Sol,» «Garboso» y «Barcelona;» lazos: «Lobre» y «Marniero.»

QUINTO DÍA. – *Obstáculos, Polo Poneys;* premios los jinetes Sres. de la Cruz y R. de la Encina que montaban caballos de los Sres. Martí y Macaya. – *Alta escuela;* premios los caballos de los Sres. Gómez y Niculant, montados ambos por el Sr. Gómez. – *Obstáculos. Saltos por cuatro, militar internacional;* premios á los jinetes Sres. Bermúdez, Ruibal, Serra, Miquel, Lucerna, Ollero, Grases y Domenge; lazos: á los caballos montados por los señores Faile, Serray, Alonso, Llarch, Pando, Estévez, Castellano y Domenge.



Caballos premiados en el concurso (de fotografía de Adolfo Mas)

SEXTO DÍA. – *Pruebas de obstáculos. Premio «des Habits Rouges:»* Premios: Sres. Muntadas, Font de Rubinat, Sama, Soria Santa Cruz y Bardies; lazos: los caballos «Non plus ultra,» «Little,» «Montjoie» y «Bardies» – *Obstáculos para caballos del ejército, montados por oficiales:* premios: los caballos «Aza,» «Enemigo,» «Ecuador,» «Pedrero,» «Tarugo» y «Lenitivo;» lazos: los caballos «Hidalgo,» «Mellado,» «Huesudo,» «Hampa» y «Ojeteado.»

SÉPTIMO DÍA. – *Obstáculos de un metro. Copa de Barcelona:* los jinetes Sres. Bourgade, Llarch, Olleros, de Briedis, Leclerc, Poussquil, Sauby y Leclerc. – *Enganche á cuatro caballos:* carretela de doble suspensión, propiedad del Picadero Americano. – *Caballos de silla y tiro pesado y ligero:* los caballos «Romero,» «Milins,» «Sultana,» «Guerrero,» «Lola,» Moro,» «Fanny,» «Granjero,» «Habana,» Golilla,» «Himno,» «Linda,» «Qu'-en-dis-tu,» «Curra,» «Gallardo,» «Viola,» «Sevillano,» «Garduja,» «Caracol,» «Dewet,» «Predilecta,» «York,» «Minerva,» «Isabel,» «Neptuno,» «Castaño,» «Pequeño,» «Guerrero.» «Galán,» «Ulema,» «Mignon» y «Fritz.» – *Grupos para troncos:* los caballos «Señorito» y «Mazantini,» «Kronge» y «Kruger,» «Negro» y «Castaño.» – *Grupo mular:* «Navarro,» «Estrella,» «Lucero,» «Zagala,» «Pastora» y «Corvacha.» – *Grupo asnal:* «Chulo,» «Ton,» «Pelada» y «Marquesa.» – *Compensación militar:* premios los caballos «Matemático,» «Impetuoso.» «Seco,» «Mellado,» «Pescante,» «Ojeteado,» «Encasquetado,» «Rosurado,» «Egeria,» «Eleborizado» y «Castigo.» – *Compensación civil:* premios los caballos «Little,» «Creus,» «Plich Bosson,» «Elin,» «Predilecta,» «Montjoie» y «Chulo.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 29 de junio de 1903 — Núm. 1.122

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN COMPÁS DIFÍCIL, cuadro de José Jiménez Aranda

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Más vale caer en gracia que ser gracioso – dice el refrán, – y esta vez la popular sentencia se ha visto confirmada con lo acaecido en Madrid al actor Zacconi. Solamente una noche, la de su despedida, estuvo lleno el teatro de la Comedia. El gran artista italiano puso en escena durante su estancia entre nosotros las obras más famosas del teatro extranjero antiguo y moderno. Shakespeare, Musset, Dumas, Ibsen, Hauptmann, Giacosa, tuvieron por parte de Zacconi y de Inés Cristina, secundados ambos discretamente por apreciables artistas, admirable interpretación. Esto no obstante, funciones ha habido, y no pocas, presenciadas tan sólo por el público de convite que por acá llamamos *tifus.* Algunas personas explican su retraimiento diciendo que ellos van al teatro á divertirse y no á sufrir... ¡Como si el sufrimiento estético no fuese un refinamiento del placer!

En vísperas ya de marchar, la compañía de Zacconi nos ha dado á conocer, traducido al italiano por Enrico Tedeschi, el drama en un acto titulado *Las serpientes,* original de Eugenio Sellés. Forma parte este drama de una trilogía, cuyas otras dos obras, estrenadas la primera por Novelli y la segunda por la compañía de Lara, tienen respectivamente por títulos *Los domadores* y *Los caballos.*

El argumento de *Las serpientes, I serpenti* en italiano, es como sigue. Un guardaagujas de estación de ferrocarril, bueno como el buen pan y trabajador infatigable, tiene una mujer envidiosa y atrabiliaria y una hija ya moza que sólo piensa en ataviarse con galas y moños y en divertirse en grande. Ambas mujeres tienen al pobre hombre, como vulgarmente se dice, *frito* con sus exigencias y reproches. En vano el trabajador hace muy atinadas reflexiones á las dos alborotadas hembras: ellas no se conforman á vivir humildemente; desean lucir, trabajar poco y alternar con personas de clase superior á la suya. Hay que advertir que cierto anarquista, hombre, como supondrá el lector, de muy malas entrañas, ha ofrecido al guardaagujas un fajo de billetes de banco, una fortuna, con tal de que haga chocar, cambiando de vía, un tren lleno de soldados contra otro de mercancías que espera el cruce en la estación. El guardaagujas rechaza indignado lo que el anarquista le propone; pero éste no desiste de corromper á su amigo.

Por desgracia, al guardaagujas se le ocurre en mal hora charlar con su hija, modista por más señas, que se recome de envidia comparando el lujoso traje en que está cosiendo con sus humildes vestidos. El padre quiere persuadir á la muchacha á que sea buena, la recuerda los sacrificios que ha hecho por ella, la acaricia y dice mil ternezas; pero la moza oye al autor de sus días como quien oye llover, y acaba por declararle que está resuelta á ponerse el mundo por montera y á marcharse con un amante que la sostenga con lujo.

Cualquiera otro hombre que no fuese el bonachón del guardaagujas acudiría, en vista de la actitud de la desenvuelta modistilla, al expediente, brutal, sí, pero en casos semejantes muy saludable, de una buena vara de fresno.

El padre de la costurera no está por tan útil procedimiento; antes bien, en vez de atar corto á su hija y enseñarla á respetar á su padre, se entiende con el anarquista, recibe el dinero que tan mal sujeto le había ofrecido y comete el crimen montruoso de aplastar unos cuantos centenares de soldados...

Con la simple exposición del argumento de *Las serpientes,* queda, á mi entender, bien demostrado que por esta vez el maestro Sellés ha errado el tiro. Apuntaba alto, es verdad, pero tan alto que se le fué el santo al cielo.

Y digo esto porque, en efecto, lo mal recompensado del trabajo corporal, las mezquinas codicias de algunos hogares pobres, las exigencias de hijos y mujeres, la seducción de los perversos, contribuyen á criar mala sangre hasta en los hombres de natural más bondadoso, trocándolos en fieros asesinos. Mas para demostrar dramáticamente esta tesis no basta la acción imaginada por Sellés; hubiera sido menester para ello condensar en la obra escénica todas las pasiones que pueden dar por resultado una acción tan criminal como la del guardaagujas de *Las serpientes.* Estrellar á todo un regimiento porque una muchacha descarada y ligera de cascos se queja de que tiene que coser para ganarse la vida, es – la verdad – un *poco* inverosímil.

Algunos días después de la partida de Zacconi, vino á visitarnos otra compañía extranjera, y con ella son ya tres las que hemos tenido en Madrid en el espacio de dos meses. Me refiero á la dirigida por M. Antoine, que ha dado en la Zarzuela dos únicas representaciones. Los franceses son maestros en el arte de sacudir el bombo; y como por otra parte aquí, tratándose de lo que en París se aplaude, vamos detrás de nuestros vecinos, como los célebres borregos de Panurgo iban detrás del borrego de Dindenout, el teatro de la Zarzuela ha estado lleno en ambas funciones, no precisamente de borregos, sino de personas distinguidas, entre las cuales había muchas, dicho sea en honor de verdad, que aun sin saber siquiera dar los buenos días en francés, aplaudían á rabiar á los actores y se hacían lenguas de las comedias que éstos representaban. ¡Calcúlese cuál habría sido su entusiasmo si hubieran podido entender lo que en la escena se hablaba!

Sabido es que M. Antoine se ha propuesto – y lo ha conseguido – dar á conocer en París las obras más famosas del extranjero y facilitar medios para que puedan representar sus obras los dramaturgos inéditos. En el teatro Antoine se han puesto en escena dramas de Ibsen, Bjornson, Materlinck, Sudermann y Haptman, y se han estrenado otros de tanta novedad y algunos tan extravagantes como *La nouvelle idole* y *La fille sauvage,* de Curel.

Tampoco dejan de merecer el calificativo de extravagantes comedias que aquí nos ha servido la compañía Antoine. Fué la primera la titulada *L'enquete,* original de M. Henriot. A este autor, como á otros modernos, le da por la patología. El *caso* que motiva la intriga de *L'enquete* no deja de ser curioso. Un juez parisiense padece cierta enfermedad llamada *amnesia,* que consiste en la pérdida de la memoria. El enfermo á quien aflige este mal se olvida durante un período de tiempo más ó menos largo de cualquier suceso de su vida, por importante que sea. El juez desmemoriado, protagonista de *L'enquete,* asesinó de un bastonazo al presidente de un tribunal de justicia. Después de cometido el crimen se borra de la memoria del asesino el recuerdo de su hecho criminal, y tan completo es su olvido, que emprende con el mayor celo la busca del delincuente. La víctima tenía una amante, y sobre ésta caen las sospechas del juez. En vano la señora protesta de su inocencia; el *amnésico,* convencido de que ella fué quien mató al presidente, la acusa, hace saber al marido de la procesada que ésta le ha engañado, y arma, como es consiguiente, «un enredo mayúsculo.» Por fortuna interviene en la comedia un médico muy sabio que con sus luminosas explicaciones despierta la memoria del juez, el cual, al recobrarla, espantado de sí mismo, cae al suelo con un violento ataque de epilepsia.

¿Verdad que no se hubiera perdido nada con que hubiese quedado inédita semejante tontería?

Blanchette, de Hervieux, obra mejor que la anterior, pero que tampoco pasa de mediana; un vaudeville de color verde subido y de escasa novedad titulado *Boubouroche,* y un drama *judicial* sacado de la novela de Edmundo Goncourt *La fille Elise,* han constituído los programas de las dos funciones francesas con que nos ha obsequiado M. Antoine.

La fille Elise es un golpe más en defensa de la mujer que por culpas de la sociedad cae en el abismo de la prostitución. El refundidor, que desde el punto de vista artístico no ha tenido gran fortuna, se ha cuidado en cambio de conservar toda la crudeza del original. En la comedia se trata del escabroso problema con toda prolijidad de pormenores y con una pesadez verdaderamente fatigante, lo que no fué obstáculo para que el público de la Zarzuela, compuesto en su mayor parte de la *crème* de la *crème* de Madrid, oyera con religioso silencio las enormidades que en la escena se decían. Lo mejor que puede suponerse es que la distinguida concurrencia no entendía lo que estaba oyendo.

Una ventaja ha tenido desde el punto de vista artístico la venida á Madrid de la compañía Antoine; el darnos á conocer el arte exquisito de Susana Desprès.

La historia de esta actriz prueba lo que valen el talento y la vocación artística cuando van acompañados de una voluntad firme y constante. Ni la figura ni el rostro de la Desprès tienen ese incontrastable poder de la hermosura que en el teatro suple tantas veces al verdadero talento y al arte. La joven artista es, desde el punto de vista físico, insignificante.

La Desprès ha luchado mucho hasta llegar al puesto que ocupa hoy en la escena francesa. Hija de una familia humilde (su padre era mecánico de ferrocarril), recibió los primeros rudimentos de educación en un colegio de monjas; más tarde ingresó en una escuela profesional y salió de allí para entrar en un taller de modista. Tanto en el colegio como en el taller su deseo constante era pertenecer al teatro. Enemistada con su familia, quiso realizar el anhelo de su vida. Para ello se presentó al director del teatro *L'Oeuvre:* hízole aquél recitar algunos versos; mas apenas había comenzado á decir la joven un parlamento del drama de Alejandro Dumas (padre) *Cristina de Suecia,* cuando el director la interrumpió diciéndola: «No siga. Usted no podrá nunca ser actriz. – Por Dios, replicó la joven, óigame usted; la última parte de la relación la digo bien.»

Su acento y su noble obstinación impresionaron al director de L'Oeuvre, quien consintió en admitirla en la compañía. Paso á paso y á fuerza de estudio y desplegando sus facultades extraordinarias, fué ganando terreno en su carrera, obteniendo al cabo un ruidoso triunfo en el estreno de la comedia titulada *Poil de larotte.* Desde entonces, Susana es considerada como una de las primeras actrices francesas. De ella dice un crítico parisiense: «Tiene esta artista el singular privilegio de traducir escénicamente todas las angustias, todos los dramas secretos, todas las miserias morales, todas las tempestades silenciosas de las almas dulces y tiernas de las naturalezas delicadas. Y esto lo expresa con arte, sobriedad y sinceridad admirables. Es, en una palabra, una gran artista y la única que ha podido hacernos comprender las enigmáticas y misteriosas heroínas ibsenianas.»

Cerrados todos los teatros principales de Madrid, el público tiene que contentarse con las obrillas que se representan en Apolo y en el Moderno. Ninguno de estos dos teatros ha tenido mucha fortuna en los últimos estrenos. En el Moderno, antiguamente Alhambra, cuatro ingenios auxiliados por el escenógrafo Muriel, y convirtiendo en cuadro vivo el famoso lienzo de Villegas *La muerte del torero,* han dado á luz una obrilla titulada *La coleta del Maestro,* que solamente á duras penas y merced á los pinceles más que á las plumas, pudo llegar á puerto de salvación.

Menos afortunado aún ha sido Apolo. Dos estrenos y dos silbas, ó mejor dicho, dos pataleos (porque ya se sabe que el pataleo es el *culto* medio de expresión de que se vale ahora el respetable senado para echar las obras al foso). Cierto espectador decía la otra noche á este propósito: «con los pies deben rechazarse las obras que con los pies se han escrito.»

La guerrilla del fraile y *El corral* son los títulos de las dos zarzuelillas muertas en el mismo momento de nacer. En ambas la música vale más que el libro.

También se ha estrenado recientemente en el teatro de Apolo un monólogo inspirado en el espíritu de protesta que anima á las clases obreras contra la burguesía. El monólogo está escrito en verso. Su autor, Ricardo Catarineu *(Çaramanchel),* fué muy aplaudido.

Otros dos sitios de esparcimiento se inauguran ahora; los jardines del *Buen Retiro* con una compañía de opereta, y *Eldorado,* con piececillas frescas y ligeras de ropa, como corresponde á la estación que marca el calendario, pero que, á decir verdad, desmiente el termómetro.

La última novedad que debe consignarse en la presente crónica es la reapertura del Lírico, que ha recorrido de arriba abajo toda la escala artística. Empezó con la noble pretensión de crear la ópera española, dió luego hospitalidad á la zarzuela grande, intentó levantarse con el auxilio de la ópera extranjera, y por último, se ha agarrado al género chico como á clavo ardiendo.

¡Así, según decía Iriarte, vienen á parar en asadores muchas espadas!

Zeda.



... y Agar, la celestial hermosura, arqueó los brazos y bailó para el patriarca una de sus danzas caprichosas

LOS ZARCILLOS

I

Desparramadas alrededor de los bordes de la cisterna, las hijas de Uzlas, las divinas doncellas de Canaam, han dejado los cantarillos cuajados de adornos primorosos, y mientras cae, placentera, la tarde, entonan canciones de perezoso ritmo.

Las palmeras y sauces recogían los vagos acordes de aquel lánguido coro, que parecían elevarse al cielo como un murmullo vago y soñoliento... El canto era triste... En él, las hijas de Uzlas recordaban las horribles desventuras de los primeros esposos arrojados del Paraíso, y elevaban sus preces á Jehová para que cumpliese en ellas sus divinas promesas.

La más joven de todas las doncellas reunidas destacóse de pronto del grupo, y colocándose en medio de sus compañeras, comenzó á bailar, acompañada por los cantos del improvisado coro.

Era una criatura de belleza incomparable... Sus cabellos de ébano circundaban su rostro encantador; las líneas de su cuerpo destacábanse vigorosas, amenazando á veces romper la flexible túnica que ceñía á su talle... Tenía tal encanto su hermosura, que las mujeres sentíanse, más que envidiosas, sugestionadas por el poder maravilloso de tan innumerables hechizos.

Su baile era un vértigo de giros caprichosos y enloquecedores... Retorcía su cuerpo con agilidad prodigiosa y saltaba contoneando con garbo el talle de palmera... Sus ojos abrasaban al mirar... Su boca ofendía á la luz con su blancura... Sus labios entreabiertos semejaban la flor de la amapola.

Y danzaba, danzaba sin dar muestras de cansancio, sin rendirse, mientras sus compañeras, excitada su admiración por los encantos que atesoraba aquella gentil belleza, seguían entonando cantos perezosos de lánguido ritmo y estrofas llenas de amargura...

La bailadora era Agar, la divina esclava de Abraham, el patriarca... Aquel baile era su última fiesta de virgen, pues la celestial criatura debía reposar en el lecho nupcial del patriarca, apenas la luna comenzara á besar con su pálida luz las espléndidas praderas de Mambré...

II

La noche comenzó á tender sus sombras por el cielo... Encendíanse las estrellas poco á poco... En los bosquecillos que circundaban las tiendas que ocupaba la tribu surgieron de pronto cánticos monótonos acompañados por el cinor hebreo y las arpas celestiales... En sus estrofas palpitaban amantes las palabras de un himno epitalámico, y á los primeros acordes de las gemidoras arpas, el ruiseñor despertó en su nido lanzando los trinos maravillosos de su canto; las tórtolas comenzaron á llamarse con tiernos arrullos; elevaron las codornices, escondidas en los trigos, sus perentorios reclamos, y surcaron los aires desatentadas las falerias, persiguiéndose las unas á las otras y yendo por fin á esconderse en los pabellones que las ofreciera el nenúfar como aposentos nupciales, mientras las flores todas que esmaltaban las risueñas praderas abrieron palpitantes sus corolas para recibir el beso de la luna que arrancaba á sus entrañas los más penetrantes y voluptuosos perfumes...

Agar, la divina esclava, avanzaba en aquel momento hacia el lecho nupcial... El anciano patriarca colocaba sus trémulas manos sobre los blancos senos de la gentil doncella é invocaba fervoroso las promesas mesiánicas que todavía no viera cumplidas á consecuencia de la esterilidad de Sara, su esposa querida y amante compañera...

Y las arpas hicieron vibrar sus cuerdas, y los cánticos eleváronse majestuosos repercutiendo sus sones en las lejanas colinas y ascendiendo hasta el cielo por entre las ramas de los sauces llorosos y los penachos de las orgullosas palmeras...

III

Al regresar Abraham del aprisco, presentóse á sus ojos Agar llorosa y ensangrentada.

Aprovechando la ausencia del patriarca, Sara, su esposa, que había sorprendido sola á Agar, quiso vengar en la esclava sus celos crueles, y la taladró las orejas para mutilar de aquella suerte la incomparable hermosura de la joven.

Grande fué el dolor de Agar al sentir sus orejas atravesadas por finísimas y penetrantes agujas, pero –¡mujer al fin! – fué más inconsolable su desesperación al ver lo que su belleza había sufrido con la horrenda profanación.

Dolorido el patriarca, lavó con agua balsámica las heridas de la joven, prodigándola los más amantes consuelos. Después la prometió solemnemente vengar aquellos ultrajes, haciendo que resaltara aún más la divina hermosura de la esclava.

Curadas las heridas de los lóbulos doloridos, Abraham hízose traer sus tesoros. Llamó á sus esclavas y las dió orden de adornar primorosamente á la gentil Agar con flores olorosas de la pradera. Vistióla después túnica transparente de finísimo lino, y cogiendo dos sartas de gruesas perlas engarzadas por áureo hilo, prendiólas en las diminutas orejas de la joven.

Mandó que la sirvieran luego agua transparente de la cercana cisterna para que viera su imagen reflejada en el líquido cristal, y es fama que Agar, al contemplarse tan maravillosamente hermosa, olvidó sus dolores, secó sus lágrimas y sonrió satisfecha...

Fausto cubriendo de joyas á Margarita para verla contenta, no intentó nada nuevo... Su procedimiento era ya viejo en la historia del mundo...

IV

La tribu entera había sido congregada por el mandato del patriarca y aparecía rodeando los bordes de la cisterna...

El sol poniente enviaba sus pálidos rayos, sin fuerza ya, y el firmamento se coloreaba con fulgores de incendio...

Abraham había llamado á su tribu para hablar á todos de la mutilación de que fuera objeto Agar, y entre los reunidos hallábase Sara, la envidiosa mujer del patriarca, que temblaba ahora, temerosa de las iras de su esposo y señor...

De las manos de dos esclavas presentóse por último Agar, suelta la negra cabellera sembrada de flores, erguida la cabeza resplandeciente de hermosura, sujeta la túnica al talle por áureo ceñidor, pugnando por romper la estrecha cárcel que los oprimía, sus senos como dos magnolias abiertas, exhalando del clavel de su boca el aroma de nardo de su aliento, y realzando toda su maravillosa belleza aquellas dos sartas de perlas que pendían de sus orejas semejando gotas de rocío posadas en el cáliz de una flor...

Un murmullo de admiración rompió el silencio de la tribu sobreponiéndose á la envidiosa insidia y al despecho... El cinor y las arpas lanzaron sus notas melodiosas; las esclavas y mancebas comenzaron á entonar sus cánticos, y Agar, la celestial hermosura, arqueó los brazos y bailó para el patriarca una de sus danzas caprichosas, con culebreos de serpiente, y saltos de pájaro, y movimientos de onda...

. . . .

¡Así castigó Abraham el crimen cometido por la envidiosa Sara!

V

Y aún no había concluído de salir el sol creciente, y las aves no habían abandonado sus calientes

nidos, ni había desaparecido todavía el rocío de las flores, cuando todas las mujeres de la tribu de Abraham, desde la orgullosa Sara hasta la humilde esclava, se presentaron, taladradas sus orejas, y luciendo en ellas sendos zarcillos para imitar de aquella suerte á la gentil Agar...

¡Oh, Abraham, Abraham! ¡Sublime patriarca! ¡Incomparable maestro de la artística belleza! ¡Cuán grandes son tus culpas! Porque... ¡de cuántas traiciones, de cuántos perjurios, de cuántas ingratitudes han sido causa unos zarcillos!..

José Juan Cadenas

(Dibujo de Triadó.)









ACUARELA BOCETO PARA EL CICLO «LOS CAMPOS ELÍSEOS,» ORIGINAL DE HERMÁN RICHIR
(Del «Deutsche Kunst und Decoration,» de Alejandro Koch, de Darmstad)



«LOS CAMPOS ELISEOS,» PROYECTO DECORATIVO ORIGINAL DE HERMÁN RICHIR. (Del «Deutsche Kunst und Decoration,» de Alejandro Koch, de Darmstad)

ASILO DE HUÉRFANOS Y EXPÓSITOS

DE MONTEVIDEO

Es un hermoso establecimiento: amplio, confortable, con todas las comodidades requeridas para una casa de esa naturaleza.

La caridad tiene en él un recurso poderoso. En su interior los desgraciados que vienen al mundo y no llegan á conocer el amor de madre, encuentran entre las hermanas de caridad que lo dirigen brazos amantes y buenos consejos que encarrilan sus existencias por la vía del deber y del honor.

Entre las muchas dependencias del Asilo, hay escuelas de primeras letras, talleres de enseñanza de oficios, departamentos para aprendizaje de música, canto y pintura. Vastos dormitorios, enfermerías, comedores, oficinas de administración y dirección, etc., etc., como puede verse por las fotografías que reproducimos en la siguiente página.

El cuerpo médico es excelente, compuesto por facultativos jóvenes é inteligentes, que son: José R. Amargós, médico interno; Luis Demicheri, oculista; Luis Morquio, médico de cuna: Arturo Garabelli, Alejandro Saráchaga y Pedro Ricci, médicos de servicio externo. Hoy ocupa interinamente el cargo de médico interno el doctor J. Martirené, por estar con licencia temporal el doctor Amargós.

La sala del torno donde son depositadas las criaturas tiene un facultativo permanente, que somete á un examen y minucioso reconocimiento á los infelices huérfanos que allí son depositados. Están también al servicio del establecimiento un número grande de nodrizas, las cuales tienen la obligación de llevar tres veces por semana al Asilo á los niños puestos á su cuidado, con el objeto de que un médico los examine y compruebe rigurosamente su estado de salud.

He aquí algunos datos estadísticos, que ponen de relieve que no se escatima sacrificio alguno para el sostenimiento del asilo.

Actualmente se asilan en él 122 huérfanos y 923 expósitos. El presupuesto anual de gastos para el sostenimiento del establecimiento oscila entre 125 á 126.000 pesos oro.

En el mismo establecimiento hay un departamento muy curioso, que es el destinado á guardar las *señales* que traen á veces los expósitos en sus ropas.

Estas les sirven á los padres de los abandonados en la Inclusa para reclamarlos en lo futuro, siempre que puedan probar de una manera irrefutable su derecho á llevarse al hijo abandonado por causas momentáneas.

El orden es perfecto, y cuentan las oficinas del Asilo un crecido número de empleados externos é internos.

¡Cuán cierta es la estrofa que aparece grabada en una chapa de mármol á su entrada:

«Mi padre y mi madre
me arrojan de sí;
la piedad divina
me recoge aquí.»

Y efectivamente: ¡á cuántas infelices criaturas ha salvado del abandono y de una muerte segura la hospitalaria casa!

Enrique Crosa.

Montevideo, 1903.

LOS CAMPOS ELÍSEOS

PINTURAS DECORATIVAS DE HERMÁN RICHIR

Homero, Virgilio y tantos otros poetas y filósofos de la antigüedad han descrito con los más bellos colores el paraíso de los bienaventurados que los paganos conocían con el nombre de Campos Elíseos. En aquella mansión, en donde reinaba eterna primavera, hallaban los justos el premio de las virtudes que practicaran en la tierra, gozando de todas las delicias que la fantasía puede concebir.

Las pinturas del artista belga Richir que en esta página reproducimos y que figuraron en la Exposición Internacional de Artes Decorativas Modernas, ha poco celebrada en Turín, responden tan perfectamente á la imagen que las antiguas descripciones evocan, que contemplando esas composiciones magistralmente ejecutadas nos sentimos transportados á los encantadores paisajes que creó la imaginación de aquellos inmortales vates de Grecia y Roma. – R.





Edificio del asilo.



Departamento de niñas. – Grupo de huérfanas.

Departamento de niños. – Grupo de huérfanos.



Grupo de expósitos.

Un dormitorio.

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – ASILO DE HUÉRFANOS Y EXPÓSITOS

(De fotografías de Enrique Crosa, remitidas por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de Cuspinera, Teix y C.ª

EL MEDALLÓN

I

D. Leandro, encorvado bajo el peso de la edad y el de las profusas canas que esmaltaban su cabeza, permanecía triste y pensativo: su rostro, demacrado y cetrino, revelaba el decaimiento de su vigor físico; pero lo vivo é intenso de su mirada y los duros rasgos de su fisonomía demostraban al mismo tiempo la fortaleza de su ánimo.

Emancipado de su familia á los veinte años por azares de la suerte, había recorrido todo el mundo en su juventud á impulsos de su imaginación soñadora y calenturienta y de gigantescos deseos que al fin se vieron coronados por el más risueño éxito: su objetivo fué el de crearse una fortuna debida únicamente á su inteligencia y á su trabajo.

Honrado y pundonoroso, tenaz y confiado en sus propias fuerzas, luchó contra la adversidad á brazo partido hasta vencerla, y cuando al llegar á los treinta años se vió en posición desahogada y columbró un porvenir exento de nubes, se avecindó y fincó en la isla de Cuba, donde se creó una familia.

Sus amores, los únicos que tuvo en su vida, fueron un verdadero idilio: Rosalía, preciosa criatura de diez y ocho años, fué para él el astro esplendoroso de su existencia, la realización de su sueño dorado, el complemento de su felicidad, la satisfacción suprema de sus aspiraciones

Y aquel idilio comenzado con el galanteo, no disminuyó en lo más mínimo con el matrimonio; antes bien, creció luego cuando el enlace dió sus naturales frutos con el nacimiento de una niña, á la que pusieron por nombre Felícitas, por ser aquella hija querida el resumen y compendio de la suprema dicha que disfrutaban.

Pero la felicidad no es eterna ni siquiera duradera en este mundo, y la de Leandro se vió truncada por la prematura ó inesperada muerte del ángel de sus amores.

Pintar la desolación del alma de Leandro ante los restos de la flor marchita, sería empresa superior á las humanas fuerzas. Hombre, sin embargo, superior á la generalidad de los de su especie, supo contener la explosión de sus dolores y guardar en el fondo de su pecho, para que de él no saliera jamás, el amor que profesara á la que fué compañera de su vida, y un rizo de sus cabellos en un medallón de oro que aquélla le regalara un día, aniversario de su enlace, medallón que fué para él desde la muerte de Rosalía sagrado relicario al que profesó adoración sin límites.

II

Pasaron los años y con ellos fué creciendo la fortuna de Leandro, como fué creciendo Felícitas, en quien aquél pareció resumir todas sus afecciones y todos sus cuidados.

Hizo que á su hija se la educase con todo esmero; la rodeó de comodidades; procuró satisfacer hasta el menor de sus caprichos, y cuando aquélla, convertida ya en mujer, se sintió arrebatada por la pasión hacia Roberto, administrador de una de las haciendas de Leandro, se apresuró á prestar su consentimiento al enlace con la única condición de que habían de vivir siempre con él.

Al año de casada le dió Felícitas un nieto, y aquel nieto fué como una antorcha vivificadora para el alma de Leandro, cubierta de sombras desde la muerte de Rosalía; pero coincidiendo casi con aquel nuevo destello de felicidad, la insurrección, tendiendo sus negras alas sobre los hermosos campos de la isla de Cuba, cubrió de sombras el porvenir de los buenos españoles que en ella tenían depositada su fortuna.

No fueron Leandro y Roberto de los últimos en empuñar el fusil y en defender con perseverancia y tesón sus peculiares intereses y el interés general de la patria, y en los tres años que duró aquella sangrienta lucha que con la ingerencia de los Estados Unidos dió por resultado la pérdida de nuestro imperio colonial, D. Leandro fué perdiendo una á una sus fincas, destruídas por el incendio, saqueadas por el enemigo, reducidas á la nada por la usura, y cuando el patrio pabellón fué arriado en el Morro de la Habana y substituído por la bandera estrellada de la Unión, tuvo que repatriarse casi de limosna con su hija, su yerno y los tres nietos que ya tenía, agobiado por el peso del infortunio, pero no abatido por él; que los grandes corazones no se rinden á la desgracia en tanto que el vigor físico les acompañe.



Barcelona. – Batalla de flores. – Carruaje que obtuvo el primer premio, propiedad de D.ª Agustina Gerada, adornado bajo la dirección de D. José Veguer. (De fotografía de D. Santiago Baró.)

III

Han transcurrido dos años y en ellos ha recorrido D. Leandro todo un calvario: de sus cuantiosos bienes sólo le resta un crédito reconocido por suministros hechos al ejército de Cuba de 32 000 pesetas, crédito que no ha podido hacer efectivo ni negociar en condiciones aceptables. Los amigos que en sus prosperidades tuvo, ó le volvieron la espalda desde el primer momento de su adversidad, ó lo engañaron con buenas palabras desmentidas por los hechos. Atenido á sus propios recursos, hizo frente al infortunio con ánimo viril, tratando de infundir en los suyos la esperanza de mejores tiempos, á la vez que devoraba desengaños y pretericiones y se iba convenciendo de que los viejos no tienen por amiga á la fortuna ni por Providencia á los hombres. Enfermo su hijo político á causa de las fatigas contraídas en la guerra y necesitado de auxilios médicos y de cuidados especiales, lo poco que habían traído de América fué á parar á las casas de empeño, pozo sin fondo que si por el momento satisface una necesidad, concluye por engullirse el presente y el porvenir de las familias, sumiéndolas en la indigencia. Felícitas, ángel de aquel hogar desgraciado, corriendo un velo sobre sus pasadas grandezas y adosada á una máquina pagadera por semanas, contribuía resignadamente, en lo poquísimo que el trabajo de la mujer alcanza, al sostenimiento de la casa, y la miseria de levita, esa miseria vergonzante, que no porque se la trate de ocultar es menor ni menos dolorosa que la miseria que postula, cerníase con ensañamiento cruel sobre la humilde vivienda de don Leandro.

IV

Promediaba diciembre, y el frío era tan intenso en el exterior como en el interior de la mísera casa de D. Leandro, en la que no se había encendido el fuego hacía ya dos días.

El marido de Felícitas, algo mejorado de sus dolencias, había salido en busca de alguna ocupación que le produjese algo, ya que su padre político tan cerradas había encontrado todas las puertas; Felícitas daba vueltas vertiginosamente á la rueda de la máquina; los chicos, única nota alegre de aquella casa, corrían y saltaban medio descalzos é insuficientemente vestidos en la habitación contigua, con objeto de entrar en calor, y D. Leandro, sentado en su humilde catre á falta de silla, fijaba con insistencia sus ardientes pupilas en el retrato de su esposa, colgado á la cabecera, del que pendía el medallón que guardaba el rizo de sus cabellos.

Carta recibida aquella mañana anunciando nuevas dilatorias en la cobranza del crédito cuando ya confiaba en realizarlo de un momento á otro, lo tenían sumido en profunda desesperación, y para ocultarla á los ojos de su hija, se había refugiado en su aposento.

La tenacidad de su carácter y la fuerza enérgica de su voluntad se habían sobrepuesto hasta entonces á la desgracia; pero al ver pasar dos días seguidos sin que el fuego se encendiese en el hogar y al reconocer su impotencia ante lo imminente del conflicto, sintió flaquear su ánimo y buscó en los rasgos de su querida Rosalía, de su compañera de otros tiempos, el aliento que empezaba á faltarle.

En su confusa imaginación buscaba en vano una idea, un recurso que, á modo de compás de espera, le permitiese conllevar algunos días la mísera existencia que arrastraba: nada se le ocurría; todo para él estaba agotado, y cuando mayor era su aflicción, cuando más cerrados veía todos los horizontes, oyó á Julia, á su nietecita, hermosa criatura de cuatro años, decirle á su madre con voz lastimera:

– Mamá: papá no vene y yo teno ya mucha hambe.

Aquel grito arrancado á la niña por la necesidad imperiosa del estómago, causó en el abuelo el efecto de una puñalada: púsose lívido; su rostro se desencajó horriblemente; oprimió su frente con las manos; irguióse luego con febril rapidez; descolgó con mano trémula el medallón, aquella reliquia para él sagrada é inseparable, lo mismo en sus prosperidades que en sus desgracias; lo besó con religioso respeto; extrajo de su interior el perfumado rizo de cabellos de la mujer para él tan querida; lo guardó cuidadosamente; púsose el sombrero y salió de casa diciendo á sus nietecitos.

– Esperad un poco, hijos míos, que pronto vuelvo y os traeré comida.

Y aquel adorado relicario, destinado á perderse como todo lo demás si Dios no realizaba un milagro, ¡fué empeñado en cuarenta pesetas!..

V

Una hora más tarde y terminada la frugal comida en que D. Leandro se esforzó cuanto pudo por mostrarse risueño y decidor, encerróse en su aposento, é hincado de rodillas ante el retrato de su mujer, sollozaba amargamente y le pedía perdón con toda la ternura de su pecho lacerado.

El sacrificio que acababa de hacer había sido superior á sus ya débiles fuerzas: al desprenderse del medallón, se había desprendido de la mitad de su alma.

Camilo Millán.

LA TRAGEDIA DE BELGRADO

Aunque en el número último describimos los vergonzosos sucesos desarrollados en el palacio real de Belgrado en la madrugada del 11 del actual, como los datos que entonces expusimos, entresacándolos de las primeras noticias recibidas, han sido en parte rectificados y en parte ampliados por las que después se han ido recibiendo, creemos interesante dar de aquellos hechos la versión que hasta ahora presenta mayores visos de verosimilitud.

La publicación del plano del Konak ó palacio

real que en esta página reproducimos, permitirá á nuestros lectores seguir paso á paso las últimas escenas de aquella tragedia que ha llenado de horror



El general Lázaro Petrovitch, ayudante del rey



Zinzar Markovitch, Presidente del Consejo de Ministros



El general Milowan Paulovitch, Ministro de la Guerra

PARTIDARIOS DEL REY ALEJANDRO DE SERVIA, ASESINADOS EN LA NOCHE DEL 10 AL 11 DE JUNIO

á las conciencias honradas, incapaces de concebir que en el siglo XX un movimiento político, sean cuales fueren las causas que lo motiven, pueda determinar una serie de crímenes tan repulsivos como los que en la fecha citada se cometieron en la capital de Servia.

Los oficiales conjurados habían resuelto desde hacía algunas semanas dar el golpe, y sólo esperaban

El teniente Nicodemus Lunjewitza, hermano de la reina Draga, á quien el rey Alejandro quería proclamar sucesor suyo en el trono, asesinado en la noche del 10 al 11 de junio.

una ocasión propicia; ésta se presentó en la noche del 10 de junio, pues la circunstancia de haberse celebrado en el Konak un concierto íntimo, fiesta que siempre solía terminar temprano, les daba la seguridad de que antes de media noche estarían los reyes recogidos en sus habitaciones; además la guardia de noche había de estar mandada por un oficial comprometido; finalmente, de los dos ayudantes del rey, Petrovitch y Naumovitch, estaba de servicio este último, afiliado al complot, y además se había encargado de propinar un narcótico á su compañero para que no pudiera estorbar el plan de los revolucionarios.

Desde el Casino Militar se dirigieron éstos al Konak, en tanto que se sacaban de los cuarteles y se distribuían en los alrededores del palacio las tropas que, en caso necesario, habían de ayudarles. Por la puerta A penetraron en el jardín, y siguiendo la avenida marcada con una línea de puntos, llegaron al vestíbulo, cuya puerta había dejado abierta Naumovitch, y se encaminaron á la pequeña habitación de la izquierda, en donde dormían éste y el oficial de órdenes del rey, el capitán Markovitch, hijo del presidente del Consejo de Ministros. Despertóse éste al oir el ruido, y saltando de la cama, empuñó el revólver, pero en el mismo instante cayó atravesado por una lluvia de balas, al propio tiempo que estallaba un cartucho de dinamita que causó la muerte de Naumovitch.

Privados de la ayuda de éste, que había de guiarles hasta la real cámara, los conjurados entraron en el salón servio y luego en el de la reina haciendo saltar las puertas por medio de la dinamita; desde esta última estancia, y por el mismo procedimiento, se introdujeron en el dormitorio de los reyes, que encontraron vacío: en efecto, Alejandro y Draga se habían refugiado en una pequeña habitación contigua, que forma saliente en la fachada y cuya doble puerta estaba disimulada por una cortina de seda del mismo color y del mismo tejido que el tapiz de las paredes. Los conjurados, creyendo que la estancia daba á la calle como todas las que acababan de recorrer, supusieron que aquella cortina cubría una ventana y ni siquiera la levantaron.

Entonces pensaron en valerse de Petrovitch, que dormía en el pabellón H, algo separado del palacio, y que aún sentía los efectos del narcótico que le propinara Naumovitch, y despertándole lo condujeron al Konak y le intimaron á que les indicara el sitio en donde se habían escondido los reyes. El general, fingiendo obedecer sus órdenes, trató de desorientarles con la esperanza de que ganando tiempo podría salvar á sus soberanos, pues ignorante de lo ocurrido, no sabía que nadie acudiría en auxilio de éstos. Durante una hora recorrieron todas las habitaciones del Konak, y uno de los oficiales disponíase ya á ordenar á la artillería de la



El teniente Nicolás Lunjewitza, hermano de la reina Draga, asesinado en la noche del 10 al 11 de junio

PLANO DEL PALACIO REAL DE BELGRADO

A. Puerta por donde entraron los conjurados. – B. Habitación de los ayudantes del rey. C. Puerta del salón central. – D. Puerta del tocador de la reina. – E. Puerta del dormitorio de los reyes. – F. Puerta del cuarto en donde se escondieron los reyes. – G. Ventana del dormitorio. H. Pabellón habitado por el ayudante del rey general Petrovitch. – ˙ ˙. Sitio en donde fueron asesinados los reyes. – † †. Sitio en donde murieron los ayudantes Naumovitch y Markovitch.



EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA, cuadro de M. [illegible]



EL BARBERO DE ALDEA, cuadro de José Malhoa

calle que disparara sus cañones sobre el edificio á fin de hacer perecer á los reyes entre sus escombros, cuando Petrovitch, cediendo á las amenazas, indicó el sitio en que supuso se habrían escondido Alejandro y su esposa. Un oficial levantó la cortina y abrió la puerta; detrás de ésta había otra: Petrovitch se adelantó y llamó al rey. «¿Quién me llama?, preguntó éste. – Yo, Lázaro Petrovitch. – ¿Quién me busca?, dijo el monarca. – Los oficiales servios, le respondieron. – ¿Puedo creer en la palabra de honor de los oficiales servios?, interrogó Alejandro; á lo que uno de los conjurados repuso: – Vuestra Majestad ya no tiene derecho á hablar de juramento y de palabra de honor.»

En aquel momento se entreabrió la puerta é inmediatamente cuarenta revólvers fueron disparados contra dos formas humanas que apenas se distinguían en aquella estancia obscura. El regicidio comenzado á tiros de revólver acabó de consumarse á sablazos.

Desde una de las ventanas, un oficial gritó á los soldados: «¡El rey ha muerto! ¡Viva Karageorgevitch!»

Mientras esto sucedía en el palacio real, el presidente del Consejo y el ministro de la Guerra eran asesinados en sus casas, herido gravemente el ministro del Interior y el coronel Nikolitch y fusilados los dos hermanos de la reina Draga.

La gran Skouptchina, reunida cuatro días después de estos sucesos en Belgrado proclamó rey de Servia á Pedro Karageorgevitch.

Nació éste en 1846 en Belgrado, en donde pasó su infancia hasta la abdicación de su padre, estudió en el liceo de Sainte-Barbe de Ginebra, en la escuela militar de Saint Cyr y en la del Estado mayor general de París. Tomó parte en la guerra franco-prusiana como voluntario en el ejército francés, habiendo obtenido por su valeroso comportamiento la cruz de la Legión de Honor, y en la insurrección de Bosnia de 1876. Cuando Milano Obrenovitch declaró la guerra á Turquía, Pedro Karageorgevitch regresó á París, en donde se casó en 1883 con la princesa Zorka de Montenegro, que falleció en 1890,



Jowan Avakumovitch,
Presidente del Gobierno provisional de Servia

dejándole una hija, Elena, y dos hijos, Jorge y Alejandro. El nuevo rey de Servia, que desde 1895 vivía retirado en Ginebra, es un hombre muy ilustrado, habla varios idiomas y gusta mucho del trato de los hombres de ciencia.

El nuevo presidente del Consejo de Ministros, Jowan Avakumovitch, cuenta cincuenta y ocho años, ha sido varias veces ministro de la Justicia y en 1892 presidente del gobierno liberal; ahora acaudillaba á los liberales de la izquierda que tan enérgica oposición hicieron al último gobierno. – R.

NUESTROS GRABADOS

Un compás difícil, cuadro de José Jiménez Aranda. – Como en uno de los últimos números nos ocupamos extensamente de este ilustre pintor recientemente fallecido en Sevilla, creemos ocioso hacer una descripción del cuadro que en el presente reproducimos, tanto más cuanto que la bellísima figura del viejo violinista está tan admirablemente ejecutada, expresa en su rostro y en su actitud de una manera tan perfecta lo que el autor quiso representar, que todo cuanto pudiéramos decir por nuestra parte se lo dirán de fijo nuestros lectores con sólo contemplar esta obra.

* * *

Coche que obtuvo el primer premio en la batalla de flores recientemente celebrada en esta ciudad. — Con bastante animación celebróse el día 20 de los corrientes la batalla de flores organizada por el Fomento Festival Barcelonés, á la que concurrieron varios carruajes elegantemente adornados, habiendo obtenido el primer premio el coche de doña Agustina Gerada, que figuraba una preciosa concha formada con flores blancas y color de rosa y que reproducimos en la página 430. La construcción y dirección de este coche corrió á cargo del ebanista D. José Veguer.

* * *

El despertar de la Primavera, cuadro de Max Levis. – Los asuntos simbólicos son indudablemente piedras



El nuevo rey de Servia Pedro Karageorgevitch

de toque en las que se contrasta el talento de un artista. Por lo mismo que se trata de temas puramente imaginativos, de ideas ó representaciones acerca de las cuales cada uno se tiene formado un concepto especial, es preciso, para que el pintor convenza, que encuentre un modo de expresión que además de exteriorizar sus propios sentimientos pueda ser aceptado como bueno por la generalidad del público. Y si el símbolo ha de encarnarse en una figura, la dificultad de encontrar la nota justa sube de punto, ya que es menester en este caso que por encima de la forma corpórea predomine algo puramente ideal, que la materia desaparezca, por decirlo así, obscurecida por el elemento psíquico. El notable pintor austriaco Max Levis ha logrado llenar estos requisitos y vencer aquellas dificultades. Examínese su hermoso cuadro desde el punto de vista que se quiera, tiempre veremos expresada en él por modo admirable toda la poesía de la Primavera: el paisaje frondoso muestra todos los encantos de los primeros días primaverales, con sus árboles poblados de tierno follaje y sus plantas silvestres cubiertas de pintadas florecillas, y en cuanto á la figura que sobre tan bello fondo se destaca envuelta en ligera gasa, ajústase, á nuestro modo de ver, por completo á la imagen de aquella estación del año, tal como pueden soñarla los poetas más inspirados, tal como la sienten los que aman de veras la naturaleza.

* * *

El barbero de aldea, cuadro de José Malhoa. – En muchas aldeas del centro y del Norte de Portugal, no hay barbero y únicamente los domingos reciben la visita de uno que va recorriendo los pueblos y afeitando á los labradores á la sombra de un árbol cuando la estación lo permite. La escena que el lienzo de Malhoa reproduce pasa en una población de la provincia de Beira y á principios de otoño, cuando las hojas comienzan á desprenderse de los árboles, y en él están perfectamente tratados, así el paisaje como las figuras, uno y otras muy familiares al pintor, que reside en una *villa* de una aldea de aquella provincia. José Malhoa nació en Caldas da Rainha (Portugal) en 28 de abril de 1853, y fué discípulo de la Academia Real de Bellas Artes de Lisboa y del pintor Tomás d'Annunciacao: ha obtenido medalla de honor de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Lisboa; medalla de oro de la Sociedad Promotora de Bellas Artes de Lisboa; segundas medallas en las exposiciones de Bellas Artes de Madrid, Berlín, Río Janeiro y París (exposición universal de 1900) y mención honorífica en el Salón de París. Es académico de mérito de la Real Academia de Bellas Artes de Lisboa, comendador de la orden española de Isabel la Católica y caballero de la del Cristo de Portugal. Ha hecho todos sus estudios en Portugal, circunstancia digna de mencionarse por ser este el único de los actuales pintores portugueses que no ha estudiado en París.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – TUNGAD. – M. Alberto Ballu, arquitecto jefe de los monumentos históricos de Argelia, ha dado á conocer el descubrimiento hecho en Tungad de dos hermosos mosaicos en una casa situada en la calle principal del pueblo. Uno de ellos representa el triunfo de Anfítrite, montada en un centauro marino, sobre cuya cabeza coloca la diosa una corona; el otro está compuesto de adornos circulares y en los triángulos intermedios se ven pescados, emblemas de Neptuno y máscaras trágicas.

BARCELONA. – La Excma. Diputación Provincial ha abierto una suscripción á fin de erigir un monumento que perpetúe la memoria del insigne vate Jacinto Verdaguer, y á este efecto ha publicado una sentida alocución en la que se recuerdan los merecimientos del gran poeta catalán y se hace un llamamiento caluroso á todos los amantes de las glorias patrias para que contribuyan á la realización del proyecto. La suscripción ha sido encabezada por S. M. el Rey D. Alfonso XIII con 2.500 pesetas y la Diputación ha acordado suscribirse hasta la cantidad de 50.000.

LONDRES. – Recientemente se ha vendido en pública subasta en Londres un retrato de Sir John Simlair of Ulbster, pintado por Raeburn, por el que se ha pagado la cantidad de 376.000 pesetas, que seguramente es el precio mayor alcanzado por una obra de un retratista inglés.

MADRID. – Coincidiendo con el VI Congreso internacional de Arquitectos que ha de celebrarse en Madrid en abril de 1904, tendrá efecto una Exposición de Arte monumental español, en la que, por medio del dibujo, de la fotografía y de la fototipia, ó de modelos en yeso ó madera, se reproduzcan cuanto de notable existe en España, así monumental como de Arte suntuario, de todos los períodos artísticos desarrollados en nuestra Península hasta el año 1850 inclusive.

Podrán concurrir á este certamen los cabildos, centros, corporaciones y particulares que conserven en sus archivos ó posean trabajos de los anteriormente referidos, ya sean dibujos, fragmentos arquitectónicos, vaciados, reproducciones ú objetos de arte dignos de estudio, característicos de una época ó notables por su factura y antigüedad, prefiriéndose siempre los dibujos (croquis, planos y detalles) ejecutados por arquitectos de otros tiempos ó por los de nuestra época que hubiesen fallecido; los fotógrafos profesionales y aficionados, los artistas y arqueólogos, y en general, cuantas personas se interesan por el arte nacional y contribuyen con sus trabajos y escritos al progreso y desarrollo de las Bellas Artes en España.

Comprenderá también la Exposición una sección bibliográfica, en la cual, y por medio del libro ó de los diferentes medios tipográficos y de publicidad empleados y conocidos hasta el día, podrán exponerse: monografías, folletos, memorias y obras dadas á la estampa en España y relacionadas con la índole y carácter del certamen que se proyecta.

SKIEN. – En Skien (Noruega), ciudad natal de Ibsen, se ha erigido á este ilustre dramaturgo un monumento, obra del escultor Visdal.

MILÁN. – La famosa *Cena* de Leonardo de Vinci puede considerarse como totalmente perdida: la humedad de las paredes y las desdichadas restauraciones que en ocasiones diversas se han intentado, han estropeado por completo el famoso fresco, que ha sido la admiración de cuantos lo han visto en el refectorio de Santa Maria delle Grazie. Los escasos restos de tan valiosa joya serán arrancados del muro y depositados con otros fragmentos de antiguos frescos en la Colección de Brera.

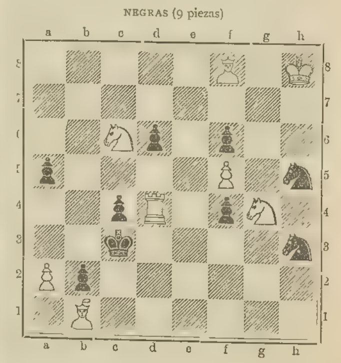
* * *

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La mujer de Loth*, drama en tres actos de Eugenio Sellés y *La noche del Sábado*, novela escénica en cinco actos de Jacinto Benavente; en Novedades *Felice*, comedia en tres actos de M. Henneguin; *Goldoni é le sue sedici comedie*, comedia en cuatro actos de Ferrari; *La felicitá in un cantuccio*, preciosa comedia en tres actos de Sudermann, é *I giorni piu letti*, comedia en tres actos de Antona Traversi; y en el Tívoli *Su Alteza Imperial*, zarzuela en tres actos, letra de Sinesio Delgado, música de los maestros Vives y Morera. En Romea ha dado algunas funciones la compañía dramática italiana que dirige el eminente actor Ermette Zacconi, habiendo obtenido en todas ellas ovaciones entusiastas. En la Granvía funciona una discreta compañía de ópera, bajo la dirección del maestro D. Juan Goula (hijo).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 329, POR R. SAHLBERG.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 328, POR J. COLPA.

Blancas.	Negras.
1. T c 4 – b 4	1. Cualquiera.
2. D, C ó A mate.	

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡Oh, amo mío, amo mío, dijo en voz baja, estoy dispuesta á morir por usted!

Boris no estaba menos conmovido que ella. La soltó y la miró con infinita compasión, en tanto que ella enjugaba sus ojos con la burda tela del vestido.

—Es una criatura humana, pensaba, y ya no existen siervos. ¡Qué debía ser, pues, *entonces*, gran Dios!

En seguida pensó en Lidia, pues para él no cabía duda de que había de ser tan buena como bella, y creyó que tomaría á la niña bajo su protección. Una palabra bastaría para ello. Aquel pensamiento le tranquilizó.

—Descuida, dijo á Sonia; no volverá á sucederte esto.

—¿No dirá usted nada á la señora, verdad, amo mío? Me pegaría como otras veces.

Aquellas palabras «amo mío» sonaban como una caricia en boca de la niña.

—¿Te ha pegado?, exclamó el estudiante, sintiendo que su sorda antipatía contra la señora Goreline tomaba proporciones gigantescas.

—Sí, muchas veces.

—No, no diré nada á la señora.

—¿A quién, pues?

—A la señorita.

Sonia movió la cabeza con aire de duda.

—Valiera más que no le dijera usted nada; pero á lo menos ruéguele que no se lo repita á su madre.

—Ya se lo diré; no tengas miedo.

—No servirá de nada, amo mío.

—¡Pero no ves que te pegará de nuevo ese miserable!

—¡Y bien! ¡Qué importa!

Boris extrañaba aquella indiferencia estoica. Sonia continuó:

—Ya apenas siento el daño..., ¡me ha consolado usted tanto! ¡Oh, cuánto le amo! ¿No bebe usted la leche?

—No, puedes beberla tú.

La pequeñuela no se lo hizo repetir y la sorbió con avidez, pues la noche anterior, á consecuencia de su triste aventura, no había cenado.

—¿Supongo que no te falta comida cada día?.., dijo Boris asaltado por una idea súbita.

Entonces supo todo lo que Sonia sufría sin quejarse. Lleno de indignación escuchaba en silencio, y varias veces el recuerdo de su madre, tan buena y compasiva, le confortaba.

¡Cuán diferente aquella casa cruel y brutal de la pequeña hacienda que su madre administraba con mano equitativa y clemente! Las labradoras ocupadas en las faenas del campo y la anciana cocinera se disputaban á veces; pero junto á Varvara Petrovna, ¿quién osara pegar á una niña indefensa?

La excelente anciana que no se encolerizaba nunca, hubiese sido capaz de levantar la mano para castigar al criminal, aun á trueque de expiar después su arrebato con largas oraciones brotadas de un corazón ingenuo y sencillo.

Cuando Sonia hubo acabado de hablar, Boris dijo cariñosamente:

—Esto cambiará, te lo prometo, y si no hay otro medio...

—¿Qué?, preguntó Sonia inquieta.

—Te llevaré con mi madre, dijo con acento resuelto.

La niña se echó á sus pies, abrazó sus rodillas, y en aquella postura y lleno el corazón de un indecible agradecimiento, lloró y rogó al Dios que sólo conocía de nombre. Ninguna palabra salió de sus labios; porque no era dado á lengua humana expresar lo que sentía. Pero aquel instante decidió de su vida.

Se había prosternado á los pies de Boris como esclava todavía á pesar de la ley de abolición; pero al levantarla él del suelo, era libre. Su alma no conocía ya trabas; en los ojos de su protector había visto brillar la luz de la libertad.



... para apoderarse de la americana y zurcirla lo mejor que supo...

VIII

Preocupado con su protegida, Boris tomó en un momento las lecciones de Eugenio, pues tenía prisa en contar á Lidia las penas de la pobre niña.

Entró al cabo la joven con los cuadernos en la mano, como de costumbre; pero á la primera palabra que dijo de aquel asunto, Lidia le interrumpió con despego:

—No me importan las disputas de los criados, dijo, y mamá me ha prohibido mezclarme en ellas.

—¿Y siempre haces únicamente lo que tu mamá te ordena?, repuso Boris en voz baja y sonriendo cariñosamente.

Lidia estaba encantadora cada vez que hacía un gesto de niña mimada.

—No es esto una razón, exclamó ruborizándose.

Luego miró á Boris, que cubría su mano izquierda de besos, y se echó á reir.

—¡Que cara tan seria!, dijo; vamos, caballero, dicte usted.

Boris dictó durante unos momentos, y luego, entre dos frases, volvió á recordar su idea.

—Esta niña es muy desgraciada aquí; tu madre no la quiere...

Eugenio asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Qué quieres?, le preguntó Boris con impaciencia.

—Mi volante, contestó el niño mirándole de frente con rostro burlón.

—Búscalo aprisa y vete.

Eugenio estuvo quince minutos escudriñando todos los rincones, y no encontró el objeto perdido por una razón muy sencilla: porque yacía tranquilamente en mitad de la gran calle de árboles donde él mismo lo había dejado.

—¡Vaya, déjanos quietos!, exclamó Lidia; diré á mamá...

—¿Qué es lo que dirás á mamá?, preguntó Eugenio mirando á su hermana con el mismo descaro.

—Que no me dejas estudiar la lección, replicó Lidia, que se ruborizó al dar aquella respuesta.

—¡Ah! ¿Nada más que eso? ¡Pues no es mucho!, respondió el rapaz, que salió cerrando cuidadosamente la puerta que había encontrado entreabierta.

—Mamá, ven á jugar al volante conmigo, dijo en voz alta al pasar por delante de la ventana.

—Llama á Sonia.

—No me gusta, juega demasiado bien, no quiero jugar con Sonia; ven, mamá: contigo es más divertido, pues siempre se te escapa el volante.

—¡Calla, pillastrón!

—¡No, no, mamá, ven en seguida!

La señora Goreline no sabía resistir á aquella voz adorada, y siguió á su hijo á lo más profundo del jardín. Aun cuando estuvieran bien solos entonces, los dos jóvenes guardaron silencio unos instantes.

—Tengo miedo que haya adivinado algo, dijo Lidia.

Igual pensamiento había asaltado ya á Boris, pero no lo comunicó á su amada por no alarmarla.

—Quizá, contestó sonriendo para tranquilizarla; pero ya ves que si es malicioso no nos tiene ojeriza.

Y diciendo estas palabras atrajo hacia sí el fresco rostro de Lidia para besarlo.

La joven no se resistió.

Un minuto después Boris repuso:

—Ya que estamos solos por un momento, hablemos en serio de esa pobre niña.

—¿Todavía?, dijo Lidia; no tenemos sino un momento y lo empleas en hablarme de esa tontuela.

—Es muy desgraciada, Lidia, replicó Boris con la misma dulzura con que hubiera tratado de persuadir á un niño; nadie la quiere aquí.

—Y con razón, exclamó ella bruscamente; yo tampoco la puedo sufrir.

—¿Por qué?, preguntó Boris sorprendido y algo amoscado, dejando la mano que no había cesado de estrechar entre las suyas.

Sin explicarse por qué, Lidia conoció que había desagradado al joven. Un sentimiento confuso le decía, quizá, que tenía culpa; pero en lugar de darse cuenta de lo que experimentaba contra la pobre niña, cogió el primer pretexto que se le ocurrió y dijo:

—La quieres demasiado; estoy celosa.

Boris se echó á reir y le cogió de nuevo la mano.

—Ya que la quiero demasiado, respondió, es preciso que tú también la quieras. Así no habrá necesidad de que riñamos y ella estará protegida mucho mejor. ¿Quieres?

—Otro rato hablaremos de ello, dijo Lidia; repíteme que me amas.

En aquel coloquio la hora de la lección transcu-

rrió rápidamente y ya no se habló más de Sonia aquel día.

Una hora después de la comida, á cosa de las seis, una calesa tirada por cuatro soberbios caballos negros, con arreos deslumbrantes, se detuvo ante la puerta de la casa. Los criados acudieron para recibir al inesperado huésped; pero antes que el hombrecillo de la cara asustada hubiese podido aproximarse para abrir la portezuela, el visitante había saltado ya del carruaje y daba órdenes al cochero, que fué á colocarse en el fondo del patio.

– El general y su señora, ¿están en casa?, preguntó el recién venido.

– No sé, caballero..., es decir, creo que están durmiendo la siesta, contestó el hombrecillo, más asustado que nunca ante el esplendor del carruaje y la magnífica barba del cochero. ¿A quién debo anunciar?

– No anuncies á nadie interinamente, respondió el forastero riendo; pero cuando tus amos despierten les dirás que el príncipe de Armianof se ha tomado la libertad de visitar su jardín mientras espera que se dignen recibirle.

Diciendo esto se dirigió hacia el jardín, abrió la puerta que comunicaba con el patio y desapareció por las avenidas de tilos.

Era el momento preciso en que Lidia dejaba á Boris, después de la cita que le concedía todos los días cerca del manantial, en tanto que dormían sus padres. Acababan de hablar del porvenir, y como sucede con todas las grandes pasiones enamoradas del ideal y que deben contentarse con la prosaica realidad, Boris, ordinariamente tan confiado, había caído en un acceso de melancolía. Lidia temía y detestaba aquellos momentos de tristeza, cuya divina languidez estaba lejos de comprender.

Separábase, pues, de aquel sitio descontenta de su novio, cuando al volver un sendero topó bruscamente con un hermoso joven de tipo oriental, de facciones abiertas é inteligentes y vestido á la última moda.

Moscou en invierno, con sus trineos, sus bailes, sus teatros, olvidado desde hacía dos meses, surgió de nuevo ante su pensamiento al ver á aquel joven.

Se detuvo confusa bajo la mirada de aquellos ojos de gacela, pero no dudó ni por un momento de que aquel caballero fuera el vecino de quien tanto había oído hablar y al que no conocía.

Dos generaciones nacidas en suelo ruso no habían quebrantado la pureza del tipo circasiano en la familia del príncipe Armaniof. Su hermana era la más linda señorita de la corte, y él pasaba por el más apuesto caballero de San Peterburgo. Así es que cuando dijo con voz cariñosa:

– Usted debe ser la señorita Goreline, si no me engaño. Permítame que me presente á mí mismo: «el príncipe Armianof.»

Lidia sonrió satisfecha, y con la gracia más perfecta del mundo le contestó:

– Permítame usted, caballero, que vaya á avisar á mi mamá.

Luego se escapó algo turbada, pues aquella aparición del gran mundo había roto el círculo mágico en que el amor de Boris le encerrara.

El general y su esposa se levantaron pronto, y Stepan Petrovitch corrió en seguida hacia el jardín para abrazar al hijo de su viejo amigo, á quien había conocido de muy niño.

Al ver á aquel joven elegante, irreprochablemente vestido, se detuvo algo cortado, pues le parecía imposible tutear á aquel apuesto mozo y llamarle por su nombre de muchacho. Mas el príncipe no le dió tiempo de vacilar mucho.

– General, dijo aproximándose vivamente; ¿no me conoce usted? ¿No se acuerda de cuando me mimaba en otro tiempo?

Y estrechó entre sus brazos al anciano general, que le dió dos ó tres besos sonoros como cuando se le encaramaba sobre las rodillas.

– ¡Sacha!, exclamó al cabo; ¡mi querido Sacha!

Pero de repente se le ocurrió la idea de que aquel diminutivo familiar no era el más propio para el heredero de la familia de los Armianof, y repuso con tono más grave:

– Su Alteza...

– ¡Vaya, déjese usted de Alteza! Llámeme Sacha, como antes. ¿Es que ya no me quiere usted? Por mi parte le he querido siempre, lo mismo cuando era coronel que ahora que es general. ¿Es acaso que no le gusta á usted mi bigote.

– ¡Ah, Sacha, cuánto tiempo sin verte!, dijo Goreline sacudiendo la cabeza. En aquel entonces no eras más alto que mi bastón, al paso que ahora estás hecho un buen mozo; se habla mucho de ti y me han dicho que eres muy querido en la corte...

– ¡Bah!, respondió el príncipe; todo esto es bueno para el invierno; pero no he venido al campo para hablar de San Petersburgo: bastante tengo con los seis meses que allí paso. Hablemos de usted, de su familia: ¿está buena la señora Goreline? Acabo de ver una hermosa jovencita que supongo será su hija, y á fe que me ha gustado.

– Sí, es nuestra hermosa Lidia, contestó el anciano con rostro radiante. Es tan amable como linda, puede usted creerlo.

– Estoy persuadido de ello, contestó Armianof; pero me retracto si se empeña usted en no tutearme.

Tomó el brazo del general, que, muy contento, llamó á Sonia y se hizo traer la más larga de sus pipas. Ofreció una al joven, que rehusó sonriendo y encendió un cigarro.

La llegada y presentación de la señora Goreline, que en honor de su huésped se había puesto un magnífico vestido de seda y una toca nueva, interrumpió el tono confidencial y familiar que había tomado la conversación, y por más esfuerzos que hizo el joven para volverla á traer á aquel terreno, no pudo conseguirlo.

La señora Goreline era la que daba el tono á la conversación, y creía mostrarse á gran altura preguntando al príncipe noticias de la alta sociedad de San Petersburgo, de la que en otro tiempo había formado parte; porque es de saber que, desgraciadamente para su marido, era de buena familia, lo cual explica los sufrimientos del pobre general, y que si se había resignado á casarse con éste había sido á falta de partido mejor y por haberse convencido de que su belleza no bastaba á compensar su carencia de fortuna y de amabilidad personal.

En esto llegó Lidia anunciando que el te estaba dispuesto, y todo el mundo, inclusos Boris y Eugenio, se reunieron alrededor de la mesa cubierta de frutas, natillas, bizcochos, dulces y panecillos calientes, todo, en fin, lo que en Rusia constituye un te de campo bien servido. La generala, que se veía forzada por la exigüidad relativa de sus recursos en Moscou á hacer economías, se daba buena vida en el campo, donde los productos del jardín y de la alquería apenas cuestan nada.

Armianof quedó inmediatamente encantado del simpático rostro de Boris, y entabló con él una conversación sobre asuntos serios, pero todavía al alcance de los demás que la escuchaban.

El estudiante, puesto en guardia por la belleza, elegancia y noble origen de aquel intruso, en quien temía hallar un rival, se mostró reservado al principio; pero no pudo substraerse mucho tiempo á la amabilidad del príncipe, y muy pronto los dos jóvenes hablaron con calor. Boris, arrastrado por el interés de la conversación, no advirtió que el príncipe, al contestarle, tenía siempre los ojos fijos en Lidia.

La joven sentía aquellas miradas; sus mejillas adquirieron un color más vivo, que resaltaba doblemente por el traje blanco que llevaba, y no dejó escapar ninguna ocasión de dar relieve á cuanto podía agradar en ella. Una hora antes, Boris lo hubiera advertido; pero entonces no lo notó y aquella intriguilla continuó largo rato.

Una palabra desgraciada de la generala estuvo á pique de turbar la armonía de aquella agradable tarde. Embriagado poco á poco por aquella atmósfera más inteligente que de costumbre, su esposo se había mezclado en la conversación de los jóvenes. Varias veces soltó algunas verdades de esas que Perogrullo ha hecho célebres; pero en cambio dos ó tres veces expuso buenos argumentos. En uno de aquellos dichosos instantes en que explicaba su pensamiento á los jóvenes, su cara mitad, creyendo mostrarse muy superior, lanzó esta frase, que era uno de sus estribillos habituales:

– Harías mejor en callarte, querido; no dices más que tonterías.

– Bien, bien, murmuró el anciano humillado y consternado; pero no contestó una palabra, gracias á su habitual sumisión.

Aquello produjo un efecto desastroso en el príncipe: desaparecieron de súbito su alegría y buen humor. Lanzó una mirada á Boris, y á éste le costó mucho trabajo reprimir una sonrisa compasiva que á pesar suyo se dibujó en sus labios.

Nadie, sin embargo, se mostraba compasivo: Eugenio continuaba engullendo dulces y más dulces, Lidia no levantó siquiera la cabeza y la señora Goreline estaba plácidamente satisfecha.

– Hablaremos de ello más despacio otro rato, mi querido general, dijo el príncipe poniendo su mano fina y bien cuidada sobre la gruesa y velluda del anciano; pero me parece que tiene usted razón.

– Ciertamente, afirmó Boris mirando al príncipe.

– Así lo creo, y si quieren ustedes hacerme el honor de venir ambos á mi casa de soltero, crean que me consideraré dichoso en recibirles y discutir acerca de cuanto quieran ustedes. Si le gustan las flores, señorita, añadió dirigiéndose á Lidia, estos caballeros podrán traerle un ramillete de rosas muy raras que mi jardinero ha logrado aclimatar.

Lidia, ruborizada de contento, contestó con una sonrisa, y momentos después Armianof se despidió de sus huéspedes.

– Cuento con usted, Sr. Grebof, dijo á Boris.

– Muchas gracias, príncipe, contestó éste. Iré á ver á usted.

Armianof subió á su soberbio carruaje, con gran admiración de los criados y palurdos que habían acudido á verle, y desapareció rápidamente.

– ¡Qué simpático es!, exclamó la señora Goreline en el comedor, apresurándose á apagar las bujías que ardían en los candelabros.

Boris miró á la generala, y una vez convencido de que su esposo tenía que hablar con ella, salió para ver si alcanzaba á hablar con Lidia.

– Sí, es muy simpático, repitió el general, que por muy acostumbrado que estuviese á ella no podía olvidar el apóstrofe de su mujer. ¿Pero por qué me has dicho delante de él?..

– Ya te tengo dicho que nunca das pie con bola, exclamó ella con el mismo ademán con que se tira una piedra á un perro tímido. Te entretienes en contarle una porción de tonterías, en tanto que lo que debieras procurar es que se fijara en Lidia.

– ¡A Dios gracias, la ha mirado bastante!, contestó el buen hombre con alegría acordándose de su hija.

– ¡Pues no que no!, repuso con acritud su esposa. Otra vez que venga trata de no volver á las andadas. Es un matrimonio que de todos modos hay que hacer.

– Sí, querida, está tranquila. Procuraré arreglarlo.

– Quizá hicieras mejor no metiéndote en nada, pues con tu tacto habitual...

Y diciendo esto salió; pero su marido no tenía necesidad de oir el final de la frase para saber cómo acabaría.

Durante aquella conversación, Boris, en la terraza, había encontrado medio de acercarse un momento á Lidia y decirle en voz baja:

– ¡Lidia, te adoro! Dime alguna palabra de cariño. No me he atrevido á mirarte en toda la velada.

– ¡Y has hecho muy bien!, respondió la joven dejando que su prometido le estrechara la mano. ¡Si él lo hubiese notado!

Lidia no soñó con su novio aquella noche.

IX

Goreline y Boris cumplieron con el príncipe haciéndole la visita prometida, y bien pronto éste tomó la costumbre de ir á casa del general dos ó tres veces por semana.

Se dedicaba asiduamente á hacer la corte á Lidia y Boris lo advertía, y muchas veces estuvo á punto de decir á su rival lo que mediaba entre Lidia y él. Sabía la lealtad del príncipe y estaba persuadido de que éste renunciaría á sus atenciones en el momento en que supiera la verdad. Pero la indecisión de su carácter le impidió intentar un paso decisivo, que por otra parte no estaba exento de riesgos, pues los padres de Lidia podrían llevar á mal aquel brusco cambio de conducta. Por todo ello se resolvió á esperar.

Un mes apenas faltaba para el regreso á Moscou, y estaba seguro de que el príncipe no iría con ellos.

Bien es verdad que podía pedir oficialmente la mano de la joven antes que expirara aquel plazo; entonces sería ocasión de... Y de esta manera Boris dejó transcurrir el tiempo.

Lidia entre tanto reflexionaba por su cuenta.

No es que hubiera dejado de amar á Boris: su buena figura, su rostro noble é inteligente y sobre todo su pasión nada habían perdido de su encanto en el concepto de la joven; pero... había encontrado un punto de comparación. ¿Y cómo era posible que el pobre estudiante luchara con aquel príncipe, con aquel apuesto joven, que después de haber vivido entre las damas de la corte, tan ostensiblemente la obsequiaba?

En sus sueños quizá no había llegado á decirse todavía que el nombre de princesa Armianof sonaba mejor que el de señora Grebof; pero indudablemente había visto ya aparecer como en un espejismo las habitaciones suntuosas, los ricos trajes, las joyas deslumbrantes y sobre todo los bailes de la corte. Esta idea hacía latir su corazón y evocaba ante ella á guisa de dorada nube un torbellino de encajes, de diamantes, de telas preciosas, de luces, de música y de perfumes, y allá, en el fondo, sobre un trono centelleante, la familia imperial, que había hablado

al príncipe y que hablaría un día á la princesa Armianof.

No iba más lejos en sus reflexiones; pero los cuatro años de espera le parecían muy largos, y se preguntaba con terror si al cabo de ellos Boris no consideraría como una fortuna unas rentas más cortas aún que las de su casa.

Y cada día esperaba la hora de la lección con menos ardor y los besos furtivos de Boris no la hacían estremecer, pues los recibía como un tributo debido y los devolvía por costumbre. El joven, por su parte, no se atrevía á interrogarla, y pensaba con amargura que, si á fuerza de trabajo podía alguna vez poner á sus pies una fortuna, jamás podría ofrecerle las fiestas y saraos del gran mundo.

Por lo que hace á la influencia que debía ejercer la generala sobre aquella transformación de su hija, fácil es adivinarlo. Continuamente le decía: «Cuando seas princesa...» Y aquella muletilla, eternamente repetida, dejaba huella en el corazón de la joven como una gota de agua desgasta poco á poco la roca.

En cuanto al general, que no tenía la ambición de su mujer, le gustaba, sin embargo, aquel matrimonio y lo encontraba la cosa más natural del mundo, pues de aquel modo podría Lidia pasar el verano junto á ellos y la vería á cada momento.

No se cuidaban de la presencia de Boris para hablar libremente del dichoso porvenir que preveían para su hija. El profesor escuchaba en silencio, haciendo esfuerzos para disimular el horrible sufrimiento que le torturaba y buscando los ojos de Lidia para alcanzar en ellos un consuelo; pero ésta las más de las veces rehuía su mirada.

Con una sagacidad que parecía instinto, Sonia había comprendido que «su amo» era desgraciado, y por más que extremara sus cuidados y solicitud, no conseguía borrar su melancolía.

Viendo su mal humor, apenas le hablaba y se contentaba con seguirle con la mirada, con aquella mirada de perro cariñoso que se anima sólo al oir su nombre ó al decirle algo. Absorbida por su afán de cuidar á Boris, no hacía ahora á los demás las comisiones y recados á que antes se brindaba, y así como entonces no se los agradecían, ahora que no la veían apenas conocían lo mucho que valían la ligereza de sus pies y la destreza de sus manos.

– ¡No es posible hallarte nunca!, le decían rudamente.

– ¡Mil veces me habéis dicho que no servía para nada!, contestaba ella.

Y los golpes llovían sobre aquel cuerpo débil y enclenque que parecía insensible á fuerza de castigo.

– ¡No sirves en verdad para maldita la cosa!, le dijo la señora Goreline una mañana.

Su excelencia la generala tenía aquel día un humor de perros. Su hijito, maese Eugenio, enfurruñado porque le despertaron demasiado temprano, había empezado dirigiendo groserías á su madre.

Esta, que le mimaba, pero sólo cuando lo tenía



... le había arrancado las flores de la mano (pág. 421)

por conveniente, contestó á las groserías con un par de soplamocos, que dieron por resultado poner hechos dos furias á madre é hijo.

Después de encargar á Boris que hiciera estudiar á Eugenio sin compasión, había entrado en su habitación para componerse.

– ¡No sirves para nada!..

Sonia, que llevaba un cántaro lleno de agua, se pinchó en un pie, y movida del dolor dejó escapar el cántaro, cuyo contenido se derramó por el suelo, mojando la colcha de la cama.

La niña, sin cuidarse del agua, extraía el alfiler, que penetrara profundamente en la carne de su pie.

– ¡Vaya una gracia!, exclamó la dama exasperada hasta el colmo; en vez de enjugar el agua, se entretiene en cuidar de su pie. ¡Ve á buscar en seguida una esponja, imbécil!..

Sonia corrió á buscar la esponja y volvió aprisa; pero se olvidó de traer un cubo, y la inundación fué extendiéndose empapando un traje de seda de color claro que estaba sobre la cama y del que arrastraba un pico. El traje quedó inútil.

La cólera de la generala no reconoció límites.

– ¡Te voy á echar á la calle!, gritó con ademán descompuesto. ¡Puedes marcharte! ¡No quiero que esta noche duermas aquí! ¡Vete en seguida, holgazana, ya que sólo sirves por estropearlo todo!

– ¡Señora, señora! ¿Y adónde iré?, dijo la niña con amargura, pero sin llorar, pues á fuerza de dominarse, jamás asomaban las lágrimas á sus ojos.

– ¡No me importa! Vete de aquí; vete del pueblo, no quiero verte más, pues no mereces el pan que comes...

De repente pareció calmarse el furor de aquella mujer; pero en sus ojos brillaba una resolución perversa.

– Señora, nadie me quiere; soy una huérfana, y si me despide usted tendré que ir al bosque, donde me comerán los lobos.

– Vete donde quieras; pero que no vuelva yo á verte, repuso fríamente la señora.

– ¡Comete usted una mala acción, señora, Dios la castigará!.., dijo la niña mirándola con gesto de reto.

– Si mañana aún estás aquí, dijo la señora cada vez más exaltada, te haré dar de latigazos y que te encierren como á vagabunda. Tu madre no era del pueblo, y por lo mismo, no tengo obligación de mantenerte. ¡Vete!

– ¡Dios la castigará, señora!, repitió Sonia.

Y diciendo aquellas palabras, salió la niña con la frente erguida y el corazón lleno de indignación. Sus mejillas ardían y centelleaban sus ojos, y hubiese sido capaz de matar sin remordimiento alguno á la generala si hubiese tenido un arma que, por fortuna, no encontró al alcance de su mano.

Se dirigió á la habitación de Boris para contarle lo sucedido, pero no le encontró porque estaba en el gabinete de estudio dando lección á Eugenio.

Sin apresurarse, ni contestar una palabra á las burlas de los criados, salió de la casa y fué á sacar de un escondrijo que nadie conocía algunas prendas de ropa que guardaba; hizo con ello un lío y sentóse junto á la puerta, en el sitio de los mendigos, esperando que saliese Boris para explicarle su desgracia y pedirle consejo y protección.

Eugenio estaba indignado con su profesor por la recomendación que acababa de hacerle su madre acerca de su trabajo. Así es que su primer cuidado fué tomar la ofensiva é importunar á Boris; pero al ver que aquello no le daba resultado, convirtió sus impertinencias en una guerra abierta.

(Continuará.)



Una hora después de la comida, á cosa de las seis, una calesa tirada por cuatro soberbios caballos ..

EL LABERINTO DE CRETA

Desde que las investigaciones de Schliemann en Tyrnthe y en Troya inauguraron los estudios de arqueología prehistórica, los descubrimientos se han multiplicado y han arrojado alguna luz sobre los comienzos obscuros de la civilización. La parte que en esto ha tomado Francia es considerable: recordemos someramente las investigaciones de Maspero en



Fig. 1. – Jarra de tierra cocida

Egipto, y las de Sarzec, Dieulafoy y Morgán en Persia, que se vieron coronadas por el más feliz éxito. Su ejemplo ha sido seguido por sabios de todas nacionalidades que, gracias á ricos donativos particulares, pudieron practicar excavaciones en regiones cuyo nombre, hace cincuenta años, no existía para la arqueología y apenas si existía para la historia.

En Creta, por ejemplo, M. J. Evans ha logrado exhumar un conjunto de documentos únicos para la historia del arte; pues según todas las probabilidades, ha tenido la suerte de descubrir el palacio de Minos, el famoso laberinto de Creta. Situado en lo alto de una colina, este palacio estaba cubierto sólo por una pequeña capa de tierra y ofrecía la particularidad de que fué destruído de una vez en el pleno apogeo de su esplendor, sin que nunca se haya construído establecimiento alguno sobre sus ruinas. Hasta tres mil años después del incendio que lo destruyó por completo, no ha sido turbada la paz de sus escombros por investigaciones científicas y continuadas.

Las paredes del palacio, formadas por enormes bloques de yeso, no fueron sepultadas bajo las capas sucesivas de ciudades desaparecidas como en Troya, y el humus que lentamente las cubrió con un velo de olvido, preservó lo que había escapado á la tea incendiaria de los invasores, tan bien como hubiera podido hacerlo la lava de Pompeya ó la ceniza de Herculano.

De aquí que los frescos de que están llenas las paredes se encuentren en un estado de conservación extraordinaria, como puede verse por el fragmento admirable que representa un efebo llevando un cántaro (fig. 2). El torso, de color moreno rojizo, está desnudo y un ropaje con pequeños tréboles bordados hace resaltar la finura de su talle; su actitud es tan graciosa como natural, y el perfil de su cabeza puede figurar entre las producciones más bellas de la pintura antigua que comenzamos á conocer. Otros frescos representan mujeres de piel blanca, descotadas, vestidas con trajes ligeros de mangas anchas y con volantes, que hablan animadamente entre sí. Vense también escenas de combate, en las que los guerreros de corazón esforzado esgrimen la lanza ó arrojan la jabalina en luchas encarnizadas. Una parte de estos frescos pertenece á la época egea que precedió á los tiempos micenios y acerca de la cual los arqueólogos no poseen todavía más que indicaciones muy incompletas.

Como todos los palacios, tenía el de Minos subterráneos complicados en donde se ocultaban los tesoros, encerrados en grandes jarras de tierra cocida, de ornamentación sumamente original, algunas de las cuales tienen una altura de 1'60 metros (fig. 1).

La parte más importante del edificio era, sin embargo, la sala de audiencia, en donde se encontraba el trono (figura 3): sus paredes estaban adornadas con frescos que representaban plantas regadas por aguas corrientes; dos dragones cubiertos de plumas de pavo real guardaban la puerta, y en cuanto al trono, era un bloque de yeso duro, adornado con curiosos dibujos y sobre todo con un arco esculpido cuyos temas recuerdan el estilo gótico.

Las estatuas, pocas en número, estaban pintadas con los colores naturales de los animales que reproducen, y algunas de sus partes, ejecutadas en esmalte, les daban una intensidad de vida sorprendente (fig. 4). Merece especial mención una estatua egipcia que representa á un dios sentado y que, según una inscripción jeroglífica, se remonta á 2.000 años antes de Jesucristo.

Los descubrimientos epigráficos no se han limitado á este hallazgo, sino que M. Evans ha logrado exhumar una serie de tablillas de tierra cocida, cubiertas de letras y de cifras, que constituyen en cierto modo los archivos de Knossos, y cuyo desciframiento, no terminado todavía, enriquecerá seguramente la protohistoria de una porción de documentos inéditos de gran interés. Muchas de estas tablillas, que probablemente hacían las veces de libros de comercio, están adornadas con pinturas referentes á los asuntos contenidos en el texto y á los cuales sirven de ilustración y complemento: así vemos representados en ellos esclavos, armas, carros, corazas, caballos, árboles y flores.



Fig. 2. – Efebo que lleva en las manos un cántaro

De desear es que las excavaciones continúen y que la exhumación completa del palacio de Minos ponga al descubierto todos los detalles de un monumento que por el interés que ofrece puede rivalizar con los de Persia y Caldea.

FRANZ DE ZELTNER.

LOS ASCENSORES

DE LAS CASAS ELEVADAS DE NUEVA YORK

En Nueva York y en otras muchas ciudades de los Estados Unidos la necesidad de concentrar las oficinas de comercio en un espacio relativamente reducido cerca del centro de los negocios ha determinado la construcción de esos inmensos edificios de 36 pisos, cuya falta de belleza se compensa con las facilidades que ofrecen á los negociantes.

Esta extensión en altura debía naturalmente completarse con la instalación de ascensores que permitieran establecer relaciones frecuentes y rápidas con los diversos pisos de esas casas monstruosas. Ya se

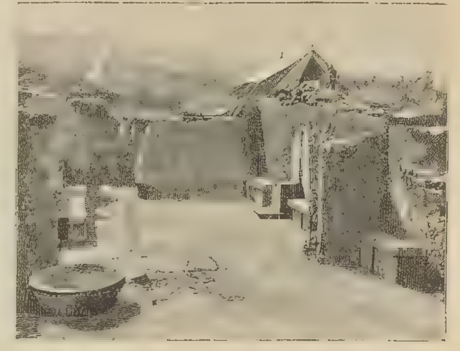


Fig. 3. - Sala de audiencia con trono



Fig. 4. – Cabeza de buey esculpida y pintada

comprenderá que los ascensores de estos edificios han de llenar, desde el punto de vista de la capacidad y de la velocidad, condiciones muy diferentes de las que exigen los aparatos de la misma índole destinados á viviendas particulares; son, por decirlo así, tranvías de motor hidráulico ó eléctrico que circulan por calles verticales, y su servicio está organizado como el de un verdadero tranvía, siendo los repetidos ascensores dirigidos, como éste, por un conductor especial.

Dos ejemplos permitirán formarse idea de la importancia de estas instalaciones y de la organización de sus servicios.

La casa denominada «Parc Row Building» es una verdadera población de 6.000 habitantes distribuídos en un millar de oficinas. Además de las escaleras, hay en ella 10 ascensores, de los que cinco son exprés, es decir, que sólo sirven para los pisos superiores, y los otros cinco ómnibus, que se detienen en todos los pisos. La altura total desde la calle al descanso del último piso es de 90 metros, distancia que los ascensores recorren en menos de un minuto y medio.

El servicio de estos ascensores, cada uno de los cuales puede transportar 16 personas á la vez, está organizado de manera que parten sucesivamente con intervalos de 18 segundos, de modo que un individuo que vaya al último piso puede volver á bajar en menos de dos minutos.

Como cada ascensor hace unos 200 viajes al día, se ha calculado que esto representa un recorrido de 35'5 kilómetros, ó sea para los 10 ascensores 355 kilómetros diarios.

En otro gran edificio, el «Broad Exchange Building,» hay 1.400 oficinas servidas por 18 ascensores que bastan para el transporte de 7 á 8 000 inquilinos, sin contar la multitud de visitantes. La mitad de estos ascensores sólo va desde el piso bajo hasta el undécimo; la otra mitad está reservada á los pisos superiores á partir del undécimo, de lo cual resulta una economía de espacio muy apreciable desde el piso duodécimo hasta el último, pues sólo hay entre estos dos últimos pisos citados nueve cajas de ascensores, en vez de 18. – X.

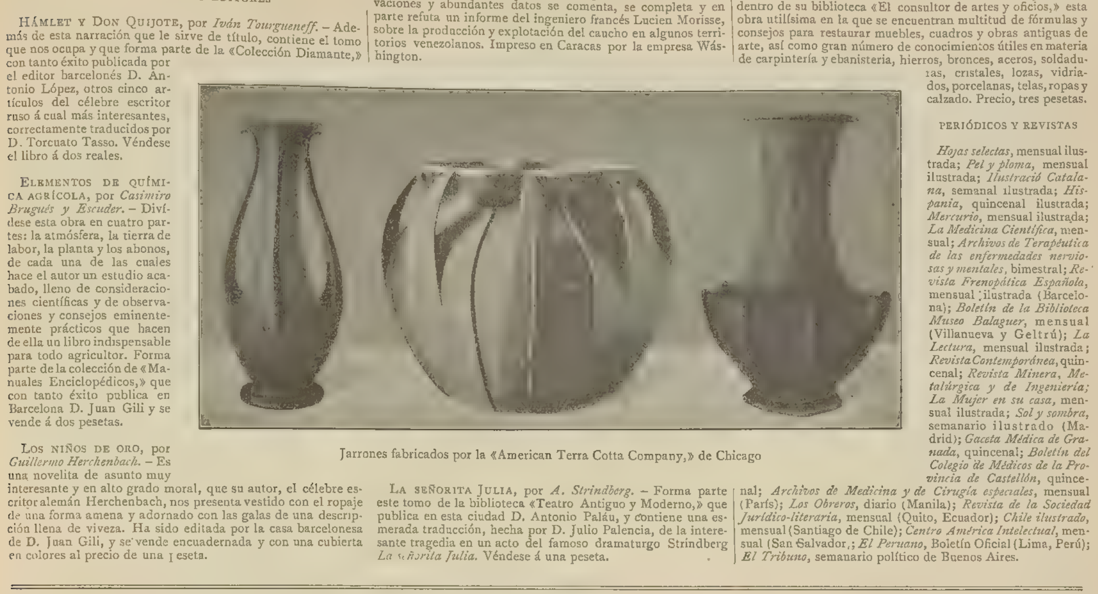
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

HÁMLET Y DON QUIJOTE, por *Iván Tourgueneff.* – Además de esta narración que le sirve de título, contiene el tomo que nos ocupa y que forma parte de la «Colección Diamante,» con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Antonio López, otros cinco artículos del célebre escritor ruso á cual más interesantes, correctamente traducidos por D. Torcuato Tasso. Véndese el libro á dos reales.

ELEMENTOS DE QUÍMICA AGRÍCOLA, por *Casimiro Brugués y Escuder.* – Divídese esta obra en cuatro partes: la atmósfera, la tierra de labor, la planta y los abonos, de cada una de las cuales hace el autor un estudio acabado, lleno de consideraciones científicas y de observaciones y consejos eminentemente prácticos que hacen de ella un libro indispensable para todo agricultor. Forma parte de la colección de «Manuales Enciclopédicos,» que con tanto éxito publica en Barcelona D. Juan Gili y se vende á dos pesetas.

LOS NIÑOS DE ORO, por *Guillermo Herchenbach.* – Es una novelita de asunto muy interesante y en alto grado moral, que su autor, el célebre escritor alemán Herchenbach, nos presenta vestido con el ropaje de una forma amena y adornado con las galas de una descripción llena de viveza. Ha sido editada por la casa barcelonesa de D. Juan Gili, y se vende encuadernada y con una cubierta en colores al precio de una peseta.

EL CAUCHO EN VENEZUELA, por *B. Tavera Acosta.* – Interesante y concienzudo trabajo en el que con atinadas observaciones y abundantes datos se comenta, se completa y en parte refuta un informe del ingeniero francés Lucien Morisse, sobre la producción y explotación del caucho en algunos territorios venezolanos. Impreso en Caracas por la empresa Wáshington.



Jarrones fabricados por la «American Terra Cotta Company,» de Chicago

LA SEÑORITA JULIA, por *A. Strindberg.* – Forma parte este tomo de la biblioteca «Teatro Antiguo y Moderno,» que publica en esta ciudad D. Antonio Paláu, y contiene una esmerada traducción, hecha por D. Julio Palencia, de la interesante tragedia en un acto del famoso dramaturgo Strindberg *La señorita Julia.* Véndese á una peseta.

EL RESTAURADOR DE MUEBLES, por *René Delvert.* – El conocido editor barcelonés D. Manuel Saurí, ha publicado dentro de su biblioteca «El consultor de artes y oficios,» esta obra utilísima en la que se encuentran multitud de fórmulas y consejos para restaurar muebles, cuadros y obras antiguas de arte, así como gran número de conocimientos útiles en materia de carpintería y ebanistería, hierros, bronces, aceros, soldaduras, cristales, lozas, vidriados, porcelanas, telas, ropas y calzado. Precio, tres pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

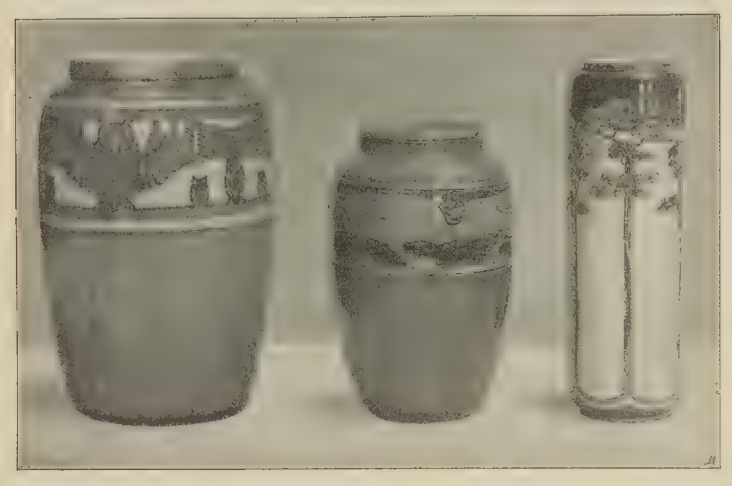
Hojas selectas, mensual ilustrada; *Pel y ploma*, mensual ilustrada; *Ilustració Catalana*, semanal ilustrada; *Hispania*, quincenal ilustrada; *Mercurio*, mensual ilustrada; *La Medicina Científica*, mensual; *Archivos de Terapéutica de las enfermedades nerviosas y mentales*, bimestral; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería; La Mujer en su casa*, mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *Archivos de Medicina y de Cirugía especiales*, mensual (París); *Los Obreros*, diario (Manila); *Revista de la Sociedad Jurídico-literaria*, mensual (Quito, Ecuador); *Chile ilustrado*, mensual (Santiago de Chile); *Centro América Intelectual*, mensual (San Salvador,; *El Peruano*, Boletín Oficial (Lima, Perú); *El Tribuno*, semanario político de Buenos Aires.

CERÁMICA NORTEAMERICANA

Desde hace diez ó doce años la cerámica ha adquirido extraordinario vuelo en la América del Norte. Allí no sólo se ha atendido á la belleza misma de la masa del barro ó de la porcelana, á la uniformidad y aterciopelado brillo del barniz, con lo cual ganan mucho aun los objetos que por su naturaleza no requieren carácter decorativo, sino que además numerosas fábricas se dedican principalmente á la producción de cacharros de lujo de carácter artístico por su forma, por sus adornos y por su color.

La Dedham Manufactury tiene como especialidad la reproducción de los antiguos procedimientos, sobre todo de los orientales; en cambio, otras fábricas buscan nuevos motivos en punto á formas y decorado y no cesan en sus tentativas técnicas para hallar la originalidad en sus más variadas manifestaciones.

Cuatro son las principales manufacturas que en los Estados Unidos se dedican á la cerámica, y es curioso observar cómo se diferencian unas de otras por sus respectivas tendencias. La «Terra Cotta and Ceramic Company,» de Chicago, se preocupa preferentemente de la forma, y el mayor atractivo de sus productos estriba en la claridad con que el material traduce la expresión plástica. Esta fábrica se fundó en 1880, y en un principio se dedicaba exclusivamente á la producción de ladrillos, azulejos, etc., barnizados; en la actualidad salen de ella objetos tan artísticos y tan originales como los que reproduce uno de los grabados de esta página y el de la página anterior.



Jarrones fabricados por la «Newcomb Pottery Company,» de Nueva Orleáns



Jarrón fabricado por la «American Terra Cotta and Ceramic Company,» de Chicago

La «Rookwood Company,» de Cincinnati, fundada en 1893 por una señora, mistress Nichols, basa la elegancia de sus vasijas en el decorado, empleando como tema principal las plantas en toda su riqueza de formas y dentro del más puro estilo; en ellas se nota una gran independencia, aunque se observa también una influencia japonesa. Esta fábrica ha conseguido una gran variedad de efectos de color y barnizado, siendo notables entre otros los que se denominan «ojo de tigre» y «piedra de oro.»

La «Grueby-Pottery,» de Boston, limita actualmente sus temas decorativos á unas pocas formas de relieve, en su mayoría de flores, de una gran sencillez y severidad: toda la belleza de los productos de esta fábrica descansa únicamente en la unidad de color y en la admirable tonalidad del barnizado de esmalte.

Más moderna, hasta cierto punto, que las anteriores es la manufactura «Newcomb-Pottery:» la forma, el dibujo y el color de sus jarrones llevan el sello de nuestro tiempo, según puede verse en los que reproduce uno de los grabados de esta página. Los motivos decorativos, tomados ora de la fauna ora de la flora, son tan modernistas como la forma en conjunto de los objetos. Los cacharros salidos de esta fábrica pueden ser calificados de genuinamente norteamericanos, puesto que salen de las manos de artífices educados en la Escuela de Bellas Artes; de modo que más que expresión del modo de ser individual de un artista, lo son de lo que podríamos llamar el gusto nacional. – S.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 6 de julio de 1903 — Núm. 1.123

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PARÍS - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1903

LA SAGRADA FAMILIA,

CUADRO DE G. GROSSO

Jesús no es todavía más que el humilde aprendiz que trabaja en la tienda de su padre, pero ya se despierta en él la conciencia de su misión divina; así es que á veces, abandonando las herramientas de su oficio, alza los ojos al cielo, como en demanda de inspiración, y deja escapar de sus labios conceptos tan hermosos y tan profundos, que San José, sorprendido, y la Virgen, encantada en su maternal ternura, suspenden su faena para escucharle.

Muchas gentes de Nazareth, atraídas por el misterioso poder de aquel niño, se detienen ante la puerta del obrador, subyugadas por la dulzura infinita de sus discursos. Delante de aquellos primeros discípulos comienza el apostolado del Redentor.

Tal es el asunto del bellísimo cuadro del notable pintor italiano Grosso que al pie de estas líneas reproducimos y que con justicia ha llamado la atención de cuantos han visitado el último Salón de París. Realmente la composición cautiva desde luego en su conjunto por la acertada distribución de los personajes que en ella entran y por su entonación general, dentro de la que aparecen perfectamente armonizados los toques de luz y de sombra. Y si ahondando un poco más en el examen de la obra nos fijamos en los detalles, fuerza será reconocer un gran talento artístico, en quien ha trazado por modo tan admirable las distintas figuras, dando á cada una de ellas su valor y su expresión propios: en Jesús se adivina un algo sobrenatural, una inteligencia superior á sus años y á su condición, un reposo revelador del convencimiento de la misión que el Eterno Padre le ha impuesto; en José se reflejan la admiración y el contento; en la Virgen, los tristes presentimientos de futuros é inmensos dolores que conturban su alma; y en los que desde la puerta escuchan las palabras del Mesías, la sorpresa que les causan las hermosas enseñanzas que de aquellos infantiles labios brotan, la atracción que sobre ellos ejercen sus doctrinas y la convicción profunda de que en éstas se encierra el derrumbamiento del mundo viejo y la aparición de una nueva era.



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de G. Grosso

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimoquinto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando el hombre sepa construir su vivienda, la construirá de modo que no puedan entrar en ella los roedores. Esta idea se me ocurre cada vez que encuentro en uno de mis libros, á los cuales quiero bien porque no son personas y no pueden darme mal pago, las huellas del dientecillo del ratón. Si se construyese sin dejar aberturas ni agujeros, no viviríamos infestados por esas alimañas asquerosas.

Su propagación es, ó debiera ser, alarmante. Ratas y ratones no son un ejército, sino un pueblo que ha conquistado al mundo, extendiéndose por él. Dondequiera que existe un hombre, viven á su sombra y aprovechando su trabajo los ratones. Para ellos suda el labriego destripando el duro terrón, sembrando, recogiendo, entrojando el grano; para ellos gira la muela del molino, se amasa luego la blanca harina convirtiéndola en dorado pan, se cuece en el horno la sabrosa torta, y se cuaja y forma y prensa el fresco queso; y si pudiésemos sacar la cuenta de las subsistencias que devoran los ratones, veríamos con asombro la cantidad de vidas humanas que se llevan entre sus agudos dientes.

En los barcos constituyen la más cruel de las plagas. Dicen que allí es imposible perseguirles. A primera vista, creyérase que allí debiera ser en extremo fácil: como que no tienen por donde escapar, salvándose por medio de la retirada medrosa, que es su única estrategia. Sin embargo, nada se logra; no se consigue ni aun contenerles en los límites del temor. Escondidos en las entrañas del buque, en la obscuridad, entre fardos y sacas, dedícanse á hacer suyo el trabajo comercial, como antes hicieron el agrícola. A veces aparece roída la carga: cajas enteras de quesos de bola, al abrirlas, muestran sólo la corteza grosella del queso, interiormente hueca y vana; el ratón, limpiamente, ha descascarado el queso y se ha tragado la pulpa.

¿Qué cosa estará segura de la voracidad del ratón? Claro es que tiene sus preferencias, y el queso y la harina y la galleta y el pan figuran en primer lugar en sus *menús* vegetaristas; pero privadle de esos alimentos favoritos: apencará con lo que encuentre. La carne – ¡sin exceptuar la humana!.. – el pescado, las legumbres y hortalizas, le vienen bien; las frutas le saben á gloria; merodea en los residuos; no desprecia el cuero ni la suela del calzado; el papel le entra; á la madera la ataca y la destruye; el lienzo y el algodón los considera comestibles, y su glotonería llega á aconsejarle que acometa al yeso, á la arcilla y á la cal. Sus dientes necesitan incesante entretenimiento, y con tal de roer, á nada hacen ascos. Roerían el mundo y lo reducirían á polvo, llevados por el instinto ciego, cuya fuerza en el animal triunfa y en el hombre no puede ocultarse.

La naturaleza les ha dado esos dientes y esa agilidad para huir, y huyen y se ocultan. – ¿Dónde? – En escondrijos raros, comunicados con galerías y caminos secretos, de los cuales está minado, aun antes que terminado, todo lo que el hombre construye. Bajo el suelo, bajo nuestras plantas, en las paredes que nos rodean, en el techo que cubre nuestras cabezas, están los roedores insaciables. Saldrán de noche, saldrán durante nuestra ausencia; aprovecharán el descuido, la distracción, el momento de cansancio; pero saldrán, á devorar lo que puedan, á usufructuar el caudal reunido por la actividad de los hombres. Son la manifestación continua, abrumadora, de la voluntad de vivir; de ese vivir natural, odioso, que, como dijo Leopardi, no cuida del bien, sino del ser.

Combatidos y atacados por cuantos enemigos y arbitrios conocemos – gatos, perros, mochuelos, comadrejas, serpientes, ratoneras, venenos, tiros – bien puede asegurarse que los ratones no disminuyen sensiblemente, y si no disminuyen, es que aumentan, es que se multiplican en proporción aterradora, es que pululan, es que algún día serán tantos que nos ahogarán bajo su inmundo peso. La ratona es fecundísima; da á luz muchas veces al año, y no un solo ratoncillo, como los montes, sino cuatro ó cinco de una camada. Nadie la cuida; se ha de buscar ella el sustento para sí y sus pequeñuelos, y no se desgracia uno. ¿Cómo es que ya no nos han merendado los ratones, y especialmente las feroces ratas? La desaparición de nuestra especie del haz de la tierra, ¿no vendrá por los roedores?

El ratón es tímido: la rata no: ved en ella una fiera temible; si tuviese solamente las proporciones del gato, ¿quién se las habría con la rata? Cuando se propague más aún, cuando ande en bandadas, la ciencia tendrá que preocuparse, como de un serio problema, del modo de extinguir esa raza inextinguible. El hombre ha destruído, ha hecho desaparecer del planeta, á fuerza de darles caza, especies encantadoras, animales hermosos ó grandiosos, que hoy casi nos parecen fantásticos. Mientras el león escasea, la ballena casi no existe, el gallardo reno se replega al polo, el avestruz ve diezmada su africana tribu, viles ratas y ratones se infiltran en nuestra existencia, la amargan, la ensucian, la dominan por el número y la terquedad de su diente.

En sus pieles grises, color de polvo, hormiguean los parásitos transmisores de los morbos y de los contagios: esto que ahora se sabe, que antes se ignoraba, ha venido á demostrar una vez más que toda repulsión física tiene una razón de ser, quizás desconocida, pero profunda. La repugnancia, el susto pueril y chillado que inspira el ratón, no carecen de fundamento. Son los ratones emisarios de la peste; y nos la traen de la India, del Africa, de las regiones espléndidas y mortíferas del Brasil. ¿Creíais que eran el tigre, la serpiente de cascabel, el tiburón, las fieras temibles, las que se encarnizan en el hombre? Desengañaos. El verdadero enemigo de la raza humana es ese roedor que provoca á risa, que parece inofensivo. Por él se esparce el terror, se acordonan las fronteras, se llenan los hospitales y se rehinchan los cementerios. Por él es tan difícil seguir los pasos y cortar el vuelo á ciertos males, que se hacen endémicos donde el ratón y la rata no son implacablemente perseguidos.

Un buzo ha muerto al extraer del agua un cadáver de náufrago niño. Trabajaba gratuitamente y sucumbió á una congestión, producida por un principio de asfixia.

¿No os llama la atención, como á mí, el hecho de que existiendo profesiones tan arriesgadas y que exigen tal desarrollo de energía y resolución para ejercerlas, nunca falte quien las ejerza?

Si viviésemos bajo un régimen servil y se obligase á cumplir ciertos oficios á los esclavos, les compadeceríamos: ¡bajar á un pozo negro, desenfurruñar el alcantarillado, bucear, desredañar una mina de azogue! ¡Afiliarse á una fábrica de tejidos de algodón, con las partículas y la pelusa que se agarran á los pulmones! ¡Salir á redar sardina, cuando los mares quieren tragarse á la tierra!

Pues sin necesidad de forzar á nadie, sobra quien haga todo esto, y cosas peores aún, siquiera al pronto creamos que no cabe nada peor. El hambre da muchas y muy fuertes cornadas, y aparte del hambre, un misterioso estímulo que aguija al buzo para que de balde, generosamente, se hunda en el abismo negro, mudo, de verde cristal, á requerir un cuerpo muerto, entregando en cambio la vida del suyo...

Las alegres fiestas de Cartagena producen en mi ánimo la impresión contraria, de abatimiento y melancolía: verdad que no soy sola á experimentar y á manifestar esta impresión, que algunos periódicos de Madrid reflejan fielmente. Si tuviésemos una marina como la que han procurado tener otras naciones europeas y americanas – Chile, Italia, el Japón, por ejemplo, – las fiestas de Cartagena serían un espectáculo confortador. Acude á mi memoria el recuerdo de las placas de blindaje que en mi visita al Arsenal de Cartagena vi por el suelo, donde yacían desde nueve años antes, esparcidas, esperando al día en que las alzase y las aplicase á los costados del crucero en lenta construcción, no la mano del obrero, sino la gran constructora y la gran obrera – ¡la *voluntad!*

¿Qué festejamos en Cartagena? ¿Es la esperanza? ¿Es el deseo? ¿Es la ilusión? Porque la realidad, más es para plañida que para celebrada, y más cuando se nos colocan enfrente, dándonos dentera, los barcos de países que han querido tener marina y la han tenido, y no por eso han oprimido más de la cuenta al contribuyente, ni han sacrificado necesidades é imposiciones ineludibles del espíritu moderno, más imperiosas, tanto al menos, como la de defender las costas...

Absolutamente neutral como soy en política, *orejana*, según la frase de Miguel de Unamuno, paréceme que, sea *orejano* ó no, lleva razón el articulista de *El Imparcial* cuando pregunta, á propósito de la muestra naval de Cartagena: «¿Qué objeto puede tener este viaje del rey? ¿Exhibir ante Europa nuestra pobreza naval, como síntoma de la inferioridad de una política decadente?»

Ya tienen los servios su nuevo monarca. Se ha debatido mucho estos días si era justo, necesario y procedente castigar á los asesinos del antiguo; la diplomacia ha fruncido el entrecejo, y se ha acentuado una severidad correctísima que quisiera moldear las costumbres políticas en el troquel de la moralidad más estricta y noble. ¿Qué es eso de fundar tronos en el asesinato?, se repite por ahí. ¿Qué es eso de entrar en un palacio, á deshora, sembrando la muerte?

Ello es verdad que el pueblo servio reviste los caracteres de República italiana bajo los Médicis ó los Esforcias. Eran éstas extremadas en su cultura, y Servia más atrasada; pero aquella terrible energía que tanto cautivaba á Stendhal, florecía entonces con flores de sangre parecidas á las que ahora vemos abrirse trágicamente en el palacio maldito.

Hablar en serio del castigo de los asesinos, me parece inocente, cuando ni aun quedan rastros de la dinastía de Obreno que puedan clamar venganza ó justicia. Esta clase de crímenes no es castigada nunca sino – en todo caso – á petición de parte. Las cancillerías está bien que se enojen, por la forma, por el bien parecer; pero si en las cancillerías se creyese que va á estrenarse la dinastía de los Kara con un acto de ejemplaridad, alzando el cadalso ó formando el cuadro para ejecutar á los oficiales que penetraron en el Konak revólver en puño, sería demasiado candor.

Ni las restauraciones persiguen á los regicidas. He ahí la restauración inglesa, he ahí la francesa. Ante todo se impone la necesidad de echar un velo, mejor mientras más tupido, sobre lo pasado. Evocar el espectro de la tragedia es provocar tragedias nuevas, es remover en la memoria versátil é infiel de los pueblos. Yo estoy segurísima de que ni ahora, ni más adelante, cualesquiera que sean las vicisitudes que aguardan á la nacioncita balkánica, no han de comparecer ante ningún tribunal los matadores de Draga y Alejandro.

Lombroso – que no es santo de mi devoción, pero tiene puntos de vista muy apreciables – no le llamaría á lo de Servia revolución, como por ahí le llaman, sino revuelta sediciosa. Las revoluciones, en opinión de Lombroso, son un efecto lento, preparado y necesario, y las revueltas son una incubación precipitada, artificial, á temperatura exagerada. Desde aquí (tal vez allí el concepto pudiera modificarse) revuelta parece lo de Servia; no expresión histórica de la evolución, sino arrebato pasional determinado por rencores y odios que persiguen, al través del hombre, á la mujer, sobre todo á la mujer. La revuelta, según Lombroso, también se diferencia de la revolución en que, en vez de ser obra de todas las clases sociales, lo es de un grupo limitado de castas ó de individuos. Así lo de Servia debe calificarse de revuelta militar; y son las clases pensadoras, inteligentes, intelectuales, las que hacen duraderos los efectos de una revolución á la cual han cooperado.

Ahí está el secreto de que la revolución francesa resistiese á tantos cambios políticos y á sucesos de tal importancia, y quedase infiltrada, por decirlo así, en la medula de la nación.

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL DISCIPULO

I

Una alcoba de paredes encaladas y de techo de viejas vigas, alcoba de pueblo. Colgando de las paredes dos provectos mapas geográficos, casi sin color. Sobre una mesita de pino un globo terráqueo con la eclíptica partida y pidiendo á voces su reposición. Junto á la mesita la humilde cama, un catre de tijera antiguo, y en ella sentado, en mangas de camisa, con las ropas cubriéndole hasta el pecho y el gorro de dormir puesto, el maestro, un anciano como de sesenta años, de cara afeitada y dulce y ojos todo bondad que lee un periódico de Madrid á la luz de un mal quinqué de petróleo tan provecto como su camarada de mesa el globo.

MAESTRO. – *(Dejando un instante el periódico para dar más cuerda á la mecha.)* ¡Demonio de luz! Yo he conseguido leer sin gafas á mis años; pero con muchos petróleos como éste, voy á necesitar pronto unas antiparras como ruedas de molino. *(Al retirar el brazo tropieza con el globo, que se bambolea.)* ¡Adiós! ¡Claro! ¡Eso de transformar mi alcoba en gabinete de aparatos!.. Si dejo abajo la esfera, esos ganapanes se pasan el día dándola vueltas, y si me la traigo aquí, la doy cada testarazo que parece una bailarina. ¡Y luego cuando venga el señor inspector á la visita que me diga que el menaje se halla estropeado!.. ¡Pues que me dé más local! Eso de tener por todo espacio la clase, que es un cuchitril que despreciarían las cabras, y para habitaciones del maestro, así, pomposamente, habitaciones, este zaquizamí, un cuartucho obscuro y la cocina... Lo primero que deberían establecer los tratados de pedagogía, que tanto procuran por el bienestar del alumno, es que á los que enseñamos no se nos tratara como á cerdos...

(Reanuda la lectura del periódico.) ¡Vamos! En todas partes cuecen habas. También allí se quejan de que las escuelas están mal instaladas.. *(De pronto, con ademán nervioso, arrugando el papel.)* ¿Eh?.. ¡El mismo! ¡Desdichado! *(Queda un instante bajo un gran abatimiento.)* ¡Se lo pronosticaba yo! Tiembla de que algún día, en ese porvenir en que falta una mano que nos guíe, cuando ya nuestra madre se nos ha quedado atrás distanciada, tiembla de que se te impongan y arrastren tus inclinaciones... ¡Y así ha sucedido! *(Pausa.)*

(Con animación repentina golpeando en el periódico.) ¡Mas con lamentaciones no se adelanta nada! Es preciso moverse, hacer algo, impedir á toda costa la catástrofe, siquiera por los pobres viejos puros, el pundonor de aquellos infelices... ¡Si no fuera tan tarde! ¡Ca! Estarán ya recogidos. ¡Y si no saben nada! Lo sabrán. *(Con amargura.)* No faltan nunca infames que se gozan en la desdicha de los demás. Pero mañana en cuanto amanezca me planto en su casa y á ver lo que deciden... ¡Si me escuchan aún puede haber remedio! *(Apaga la luz y se acuesta, empezando á dar vueltas insomne en la cama.)*

II

Una cocina de pueblo de amplia campana de chimenea y pendiendo de ella y curándose al humo continuo sartas de embutidos. El fogón bajo y los pucheros en torno de una lumbre que se encendió y ha concluído por apagarse falta de cuidado. En uno de los poyos de piedra que flanquean el fuego, un viejo aldeano aposentado, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, y próxima á él, en una silla de paja, sentada, una mujer también entrada en años y que llora con el mayor desconsuelo. El maestro penetra en la habitación y se queda inmóvil ante aquella pena. Es por la mañana.

MAESTRO. – *(Sobreponiéndose á su emoción.)* Inútil es preguntar si saben ustedes algo. Ya lo veo.

MUJER. – *(Arreciando en su llanto y abalanzándose al maestro.)* ¡Ay, D. Jacinto, qué desgracia tan grande! ¡Ay mi pobre hijo de mi alma!

MARIDO. – *(Levantando la cabeza y con voz sombría.)* Nos lo ha dicho el estanquero, que ayer lo traían los papeles de Madrid.

MAESTRO. – Es verdad. Yo lo leí anoche y me proponía decírselo á ustedes con las convenientes precauciones, pero veo que ha habido quien se ha adelantado.

MUJER. – ¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡Pero eso no es posible! Él era bueno. Usted lo sabe bien, que lo ha tenido en la escuela. ¡Su carácter soberbio es el que le ha perdido!

MAESTRO. – *(Con dulzura.)* ¡Vamos, vamos! No es ahora el momento de apreciar su conducta, ni con lamentarse se adelanta nada.

MARIDO. – *(Con amargura.)* ¡Y qué hemos de hacer!..

MAESTRO. – Pues bien sencillo. ¡Salvarle!

MUJER. – *(Levantándose bruscamente de su asiento.)* ¿Se ha vuelto usted loco?

MARIDO. – *(Con desaliento.)* Eso se dice muy bien, pero la cuestión es conseguirlo.

MAESTRO. – De eso se trata; de intentarlo. Vamos á ver. Es preciso irse á Madrid en seguida, ustedes dos. Yo les acompaño. Conozco allí un director general con mucha vara alta en el gobierno. Ha sido discípulo mío, y pensaba pedirle para alcanzar mayor jubilación otra escuela de más categoría para la que tengo derecho; pero... no se la pediré. Antes que mi conveniencia es la vida de un hombre. No le he molestado nunca y no me ha de negar ese primer favor, siquiera por humanidad.

MUJER. – *(Cogiendo las manos al maestro y besándoselas con fervor.)* ¡Es usted un santo!

MAESTRO. – *(Desasiéndose.)* ¡Quite, quite! No tanto. Si no tienen ustedes dinero, búsquenlo á toda costa, sobre sus tierrecillas. Están ustedes bien reputados y lo encontrarán.

MARIDO. – Pero ¿y usted? No es cosa que usted se perjudique...

MAESTRO. – De mí no se ocupen. Estamos á primero de mes, y como nuestra Diputación, aunque debe seis, paga ahora puntual, todavía soy rico.

MARIDO. – *(Animado.)* Entonces ahora mismo voy á ver á D. Lucas, que quería arrendarme el trampal. Todo lo que tengo hoy en el bolsillo son cuarenta duros. ¿Usted cree que con dos mil reales?.. *(Con angustia.)*

MAESTRO. – De sobra.

MUJER. – *(Con viveza.)* Y si D. Lucas no dispone de dinero, el alcalde te podrá dar ese pico.

MARIDO. – ¡Sí, sí!

MAESTRO. – Bueno. Pues á no dormirse. Esta misma noche hemos de tomar la diligencia para poder coger mañana en Pozas el correo al amanecer y por la noche en Madrid. ¡Qué demonio! No hay que apurarse... No hay ministro por duro de corazón que sea que no se ablande ante las lágrimas de unos padres desolados, que se postran á sus pies pidiéndole la vida de un hijo...

MUJER. – *(Con arrebato.)* ¡Dios le oiga á usted y su Santísima Madre!

MAESTRO. – ¡Y me oirá ó nos oirá mejor, ella que es toda amor y misericordia!

MARIDO. – *(Con efusión.)* ¿Con qué le pagaremos á usted lo que hace por nosotros, D. Jacinto?

MAESTRO. – ¡Vaya, vaya! No nos enternezcamos fuera de tiempo y á no perder un minuto. Vamos, Sr. Bruno. Le acompaño á casa de D. Lucas. *(Salen de la cocina.)*

III

El despacho de un director general de Ministerio, con su gran mesa abarrotada de papeles, su teléfono al lado y su clásica sillería carmesí. Sentados en un sofá los tres apóstoles de la abnegación, el maestro y los dos viejos, encogidos los tres y aún más los palurdos por aquella severidad oficial á la que no están acostumbrados. La mujer llora en silencio, y el secretario particular de su excelencia, un pisaverde dándolas muy de abogado, habla con ella procurando consolarla.

SECRETARIO. – Vamos, señora, tenga usted calma. *Dura lex, sed lex,* cierto; pero la equidad con su gran amor es la gran rectificadora del código. El caso de su hijo de usted es gravísimo, doble asesinato en las personas de su futuro suegro y de su hermano, con la agravante de ensañamiento. Artículo... *(un poco de confusión)* no recuerdo cuántos..., pero hay un atenuante, el de defensa propia y el de defensa de la madre de su novia...

MUJER. – Entonces ¿usted cree que le indultarán? *(Con gran ansiedad.)*

SECRETARIO. – Tengo esperanzas. Mi jefe lo ha tomado con verdadero empeño, como cosa propia. ¡Si le hubieran ustedes visto así que se marcharon el día en que vinieron ustedes á echarse á sus pies! Lloraba como un chiquillo. Luego han traído ustedes un embajador á quien mi jefe respeta como á su padre: D. Jacinto. Si no fuera cuestión de caridad, bastaba con que él mediara.

MUJER. – *(Mirando al maestro.)* A él se lo debemos todo...

MARIDO. – Él fué el que nos aconsejó dar este paso, llevando su bondad hasta venirse con nosotros y presentarnos á su jefe de usted. Sin él nada hubiéramos podido hacer, ni siquiera nos habríamos sabido andar por este laberinto de Madrid.

MAESTRO. – *(Conmovido.)* ¡Vaya, vaya! Basta de incienso.

MUJER. – ¿Y dice usted que ahora se está resolviendo la cosa?

SECRETARIO. – Sí, señora. En Consejo de Ministros. El director está allí, en la Presidencia, para ser el primero que lo sepa y venir en el acto á decírselo á ustedes.

MUJER. – ¡Qué bueno es ese señor!

SECRETARIO. – Es un caballero. *(Suena el timbre del teléfono, con asombro de los dos palurdos, que se quedan con la boca abierta.)* ¿Quién es? Precisamente: de la Presidencia. Es el director. *(Hablando.)* Sí, aquí están... Me pregunta por ustedes. ¡Ah, bueno! Dice que ha hablado con el ministro de Gracia y Justicia y que lo encuentra bien dispuesto... Servidor. *(Suelta el auditivo.)*

MUJER. – *(Imponiéndosele á su angustia la curiosidad.)* Parece mentira que con ese tubo baste para hablarse estando uno en un lado y otro á veinte varas...

SECRETARIO. – O leguas.

MARIDO. – A mí no me quita nadie que esas son cosas del demonio.

MAESTRO. – De un demonio muy sabio.

MUJER. – *(Con impaciencia.)* ¡Cuánto tarda! ¡Estoy en brasas, Dios mío! ¡Si fuéramos pa donde están reunidos los menistros!

SECRETARIO. – *(Consultando el reloj.)* Ya no puede retrasarse. El Consejo se termina á las once y son las once y cinco. A ver. *(Se aproxima al balcón.)* Ahí está el coche del director.

MARIDO. – *(Levantándose bruscamente y acercándose también á la vidriera.)* ¿Ya?

MAESTRO. – *(Animando á la mujer, que se ha quedado pálida y sin aliento.)* ¡Vamos, Mónica, valor! ¿Le va usted á perder á última hora?.. Ya ha oído que el ministro opinaba bien.

DIRECTOR. – *(Entrando súbitamente en el despacho, con su cara de señor grave, de burguesas patillas, radiante de júbilo y deteniéndose en la puerta.)* ¡Que sea enhorabuena! Indultado de la pena de muerte.

MUJER. – *(Dando un grito y echándose á los pies del director.)* ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡La Santísima Virgen se lo pague, señor!

DIRECTOR. – ¡Levántese, levántese! *(Pugnando por realizarlo así y sin poder conseguir que la aldeana despegue sus rodillas del suelo, en tanto que su marido*

y el maestro, haciéndole coro en sus lágrimas, procuran, por su parte, coger las manos del personaje para besárselas, haciendo asomar las lágrimas á los ojos del alto empleado y mordiscarse el bigotillo al secretario, que por su edad se avergüenza de conmoverse.)

IV

La plaza del pueblo en que radica la escuela, atestada de gente; todo el lugar invadiendo el sitio. Las ventanas, ocupadas por ocho y diez personas; los chicos y algunos hombres, subidos á los árboles. La conversación, multiplicada hasta el infinito, es la misma en todos los grupos. Una oleada de entusiasmo hacia el maestro. Todo el mundo ha ido á esperar á la diligencia á los pobres padres, llegados la víspera, y ahora aguarda la muchedumbre á que el heroico profesor, empeñado en huir de las ovaciones y que retenido un día en la capital de provincia por exigencias profesionales, ha arribado por la noche en el carruaje del diputado por el distrito, que le acompaña, se presente á recibir los plácemes del público.

Voces. – ¡Queremos verle! ¡Queremos verle!

Otras. – ¡Que se asome!

Diputado. – *(Apareciendo con el maestro en la puerta de la escuela, sobre la meseta de la escalinata, contrastando su porte elegante con la humilde figura del pedagogo.)* ¡Ahí le tenéis! ¡Es un héroe de la caridad! *(El clamoreo se hace ensordecedor. El maestro consigue al fin imponerse y que se suceda el silencio.)*

Maestro. – *(Con la voz empañada por las lágrimas.)* ¡Gracias, gracias! Lo mismo hubiera hecho por todos vosotros. ¡Era un discípulo!

Alfonso Pérez Nieva.

(Dibujo de Llimona.)

PARIS.–SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. 1903

María Magdalena al pie de la Cruz, cuadro de Julio Lefebvre. – Después de tantos maestros que han tratado este mismo asunto, Julio Lefebvre ha encontrado acentos nuevos para pintar el dolor de María Magdalena, habiendo tenido la hermosa osadía de los grandes artistas llegados al apogeo de su talento de querer triunfar en uno de estos temas que tan gloriosos recuerdos despiertan. Toda su atención se ha fijado en esa bella línea de la gran pecadora abismada en su desesperación al pie de la Cruz y abandonándose, en un impulso de fe y de amor, al Crucificado, y preciso es reconocer que en ella se encierra la verdadera imagen del dolor.



Salón de París. 1903. – María Magdalena al pie de la Cruz, cuadro de J. Lefebvre (Copyright 1903, by Braun, Clement and Co.)

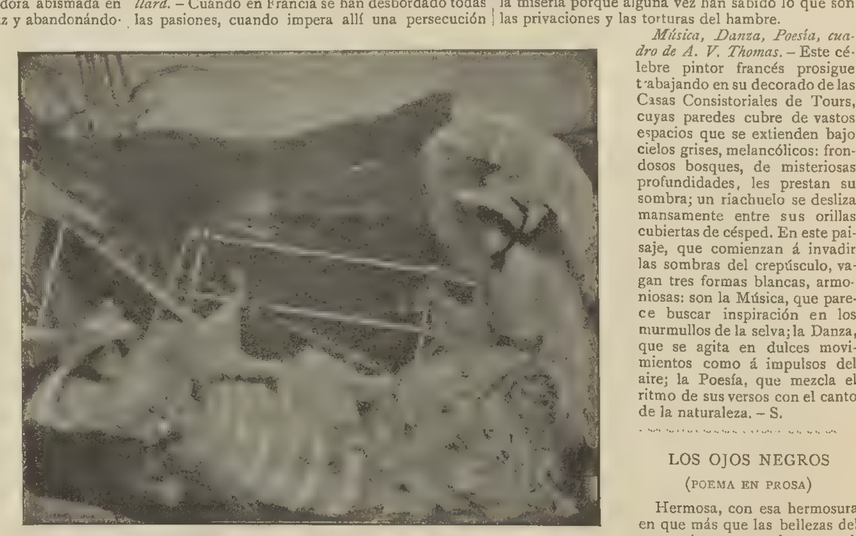
En alta mar, cuadro de L. Ridel. – No es necesario un atento examen de este cuadro para apreciar sus bellezas; pues el lienzo cautiva desde luego por las admirables armonías de color que contiene. Ridel es un colorista refinado; su arte, en este punto, ha llegado á su completo desarrollo, á la maestría completa. Imposible es expresar mejor que él lo hace la languidez de esas dos jóvenes, ni reproducir más acertadamente los suaves matices de las muselinas de sus trajes; imposible encontrar una decoración más apropiada que este mar opaco, sombrío, sobre el cual se destacan las dos figuras de tonos claros.

Juventud, cuadro de Mme. P. Delacroix Garnier. – En una hermosa mañana de primavera, jóvenes y alegres, recorren los floridos prados, marchando hacia el porvenir como ese arroyuelo, imagen de la vida, cuya apacible corriente siguen y que corre, murmurando dulcemente, hacia un fin desconocido. Ajenas á inquietudes y pesares, recorren el camino de la existencia con un ensueño en la mente y una sonrisa en los labios. A su paso encuentran á la vejez quebrantada, con todas sus fealdades; pero las tres jóvenes avanzan indiferentes, sin mirarla, sin compadecerla y sin comprender que algún día también ellas estarán allí sentadas, viendo cómo pasan otras en el apogeo de su belleza y de su frescura y en el egoísmo de su juventud.

La hermana de la Caridad, cuadro de A. Douillard. – Cuando en Francia se han desbordado todas las pasiones, cuando impera allí una persecución tan injusta como poco en armonía con las ideas de libertad y fraternidad que con los labios, no con el corazón, proclaman á todas horas sus gobernantes, el bellísimo cuadro de Douillard es un elocuente alegato en favor de esas religiosas admirables, que han hecho total abandono de su existencia para consagrarse al alivio de todas las miserias, para socorrer á los ancianos desvalidos, á los niños abandonados, á los heridos en el campo de batalla, llevando siempre en sus labios una sonrisa y un consuelo, y prodigando sus más solícitos y cariñosos cuidados á los mismos que las ofenden y las maltratan. Con razón ha dicho un crítico hablando de este lienzo, que su autor implora con él para aquellas sublimes criaturas «el derecho á la abnegación.»

Viaje interrumpido, cuadro de E. Boutigny. – En las «Memorias del coronel Castillón» se lee el siguiente pasaje: «Varias damas francesas que procedentes de Roma iban á reunirse con sus esposos, cayeron en una emboscada de bandidos que las internaron en la montaña. Al cabo de una hora se encontraron en presencia de un hombre que les dijo: «¡Ah, hermosas damas! Vais temerariamente á juntaros con vuestros maridos. Consiento en ello, pero seréis bastante amables para concederme algunos días de vuestra grata compañía.» Una de aquellas señoras, que había oído relatar las aventuras de Fra Diavolo, comprendiendo que aquel personaje era el famoso bandolero, le respondió: «Señor, nos consideramos dichosas de estar bajo vuestra protección.» En este episodio está inspirado el cuadro de Boutigny, cuyas bellezas de composición y de factura no hemos de señalar, porque saltan á la vista aun del menos experto en materias pictóricas.

La caridad, cuadro de Manny Benner. – Esta obra emocionante, llena de piedad, podría muy bien ser una lección: los que pasan insensibles delante de esos pobres mendigos que en el pórtico de un templo ó en el quicio de una puerta tienden la mano implorando una limosna, nada perderán con detenerse á contemplar este cuadro y con meditar sobre él un poco; y no perderán nada, primero porque artísticamente considerado el lienzo es excelente, y segundo porque mirándolo con los ojos del alma aprenderán que la verdadera caridad está en esa pobre moneda, dada tan sencillamente, de tan buena gana, sin vanidad, por aquellos cuya vida resignada no ha sido más que una existencia de trabajo y que comprenden lo que es la miseria porque alguna vez han sabido lo que son las privaciones y las torturas del hambre.



Salón de París. 1903. – En alta mar, cuadro de L. Ridel

Música, Danza, Poesía, cuadro de A. V. Thomas. – Este célebre pintor francés prosigue trabajando en su decorado de las Casas Consistoriales de Tours, cuyas paredes cubre de vastos espacios que se extienden bajo cielos grises, melancólicos: frondosos bosques, de misteriosas profundidades, les prestan su sombra; un riachuelo se desliza mansamente entre sus orillas cubiertas de césped. En este paisaje, que comienzan á invadir las sombras del crepúsculo, vagan tres formas blancas, armoniosas: son la Música, que parece buscar inspiración en los murmullos de la selva; la Danza, que se agita en dulces movimientos como á impulsos del aire; la Poesía, que mezcla el ritmo de sus versos con el canto de la naturaleza. – S.

LOS OJOS NEGROS

(poema en prosa)

Hermosa, con esa hermosura en que más que las bellezas del cuerpo lucen con soberano realce las bondades del alma, Catalina, la morena de singulares energías, de refinadas delicadezas, pasaba casi inadvertida para esos hombres que no buscan en las mujeres más que los encantos físicos que deslumbran, despreciando, tal vez por no comprenderlas, las dul-


SALÓN DE PARÍS. 1903. – JUVENTUD, cuadro de Mme. P. Delacroix Garnier


SALÓN DE PARÍS. 1903. – HERMANA DE LA CARIDAD, cuadro de A. M. L. Douillard

zuras del corazón, las sublimidades del espíritu.

¿Habéis visto esas noches negras como el pesar, serenas como la naturaleza dormida, que encierran en su misma negrura recónditos misterios y singular poesía?

Pues negros y serenos como esas noches eran los ojos de Catalina, ojos tranquilos y puros casi siempre; pero en los que de vez en cuando se reflejaba su alma entera, llena de exquisita ternura y tan capaz de romancescos ideales como de indomables energías, y bien puede decirse que entonces los ojos de la ardiente morena, luminosos, llenos de expresión y de infinita poesía, brillaban con la doble majestad de la pureza y del amor.

Conocí á Catalina cuando aún no había cumplido catorce años, es decir, cuando el tallo apenas si había espigado, cuando la flor apenas si era capullo. Si las gracias de la niña presagiaban los encantos


SALÓN DE PARÍS. 1903. – VIAJE INTERRUMPIDO, cuadro de E. Boutigny

de la mujer, sus ojos profundos y tranquilos á veces, brillantes y húmedos en ocasiones, anunciaban su espíritu animoso, que no se rendía á la desilusión ni se entregaba al desmayo, su alma femenina y varonil al mismo tiempo, que en peregrino contraste encerraba todas las nerviosidades de la mujer y todos los alientos del hombre.

Es el amor algo que penetra en el alma por ocultos senderos y sin larga preparación; que puebla la mente de vistosas imágenes; que convierte las larvas en mariposas; los capullos en flores; algo que en hermosa síntesis encierra todos los purísimos goces que anhela el alma; algo que hace que los tristes viajeros que forman la incansable caravana, crucen cogidos de la mano estas pedregosas sendas de la vida, donde tantas ilusiones se marchitan y donde tantas esperanzas se desvanecen; algo, en fin, que hace que de un beso brote un mundo y que trans-


SALÓN DE PARÍS. 1903. – LA CARIDAD, cuadro de M. Benner


SALÓN DE PARÍS. 1903. – MÚSICA, DANZA, POESÍA, tríptico de A. V. Thomas, destinado á las Casas Consistoriales de Tours

forme el mundo en Paraíso y el Paraíso en hielo. ¿Quién se explica sus dulces encantos, sus inefables goces, nunca definidos, porque el lenguaje humano es tosco y es imperfecto para vaciar el alma en una frase? ¿Quién sabe la misteriosa causa que lo origina? Preguntad á la avecilla por qué teje en el árbol el caliente nido, amor de sus amores; preguntad á la tierra agostada por qué al fecundante soplo de la tibia Primavera se adorna con el espléndido manto de sus galas; preguntad al árbol carcomido por qué sus secas ramas sin cesar florecen; preguntad á las palmeras que crecen solitarias en los desiertos por qué consumiéndose en imposibles amores, confían al viento el mensaje de sus almas eternamente separadas; todo lo que alienta y vive, todo lo que significa juventud y fuerza, ilusión y esperanza, se resuelve en amor; es más que la vieja ley de una humanidad siempre joven, es el cántico que á coro elevan todos los seres, y en el que parecen vibrar sus vagos anhelos, sus ansias inexplicables, sus sublimes ideales.

Carmen Moragas, vendedora del mercado de San José, proclamada reina de los mercados en la fiesta organizada por el Fomento Festival Barcelonés (de fotografía de Duarte).

Enamorado de Catalina, nunca le he dicho nada: el amor vive á veces oculto en el corazón como los manantiales en las entrañas de la tierra; es para muchos frasco de exquisito perfume que no destapan por temor á que se evapore su aroma; ilusión sublime que no pretenden realizar por temor á que se marchite; nunca le dije nada, y sin embargo, nos comprendimos.

Los que no conocen más que la prosa de este lenguaje humano encauzado por los estrechísimos moldes de las conveniencias sociales; sujeto al ritualismo de una fraseología que apenas si acierta á vestir una idea ni á dar matices al sentimiento, no ven la sublime elocuencia que irradian los ojos de una mujer que no pudiendo contestar nada porque nada se le ha preguntado, pone en ellos toda su alma y con ellos ama y acaricia, enloquece y alienta.



Barcelona. - La cabalgata de los mercados. - Carro del mercado de la Revolución de Gracia

Los ojos no sirven sólo para ver ni sólo para llorar; los ojos sienten, los ojos ríen, los ojos hablan; dan vida á las más grandes pasiones, infunden risueñas esperanzas ó producen crueles desengaños, y á veces entre ellos solos se realizan esos idilios puros que rompen todas las ataduras y que son eternos con la eternidad del verdadero amor, que atributo del alma, no muere con el cuerpo, sino que revive con vida inmortal allí donde no llega el murmullo de la vida, allí donde la muerte no reina, allí donde las almas gemelas se encuentran y se confunden.

Por eso sin decir nada á Catalina se lo digo todo, dirigiéndome á ella cuando hablo de amor, de ideales, de porvenir, y Catalina, tímida, retraída, fijando en mí con singular fijeza sus negros ojos, parece alentarme con ellos, corresponder á mi pasión y prometerme delicias no probadas, goces apenas presentidos por el alma llena de amores infinitos y de infinitas ilusiones.

Sus ojos negros fijos en mí me infunden calor y vida, alientos y esperanzas. Despierto, los tengo delante, siempre llenos de promesas, siempre llenos de amor tranquilo, pero profundo, con la profundidad de los amores inextinguibles; dormido, brillan como luceros en la obscuridad de la alcoba y los siento penetrar en mi alma como rayos de luz. Son la bandera que despliego en la enconada lucha; el escudo donde rebotan, sin herirme, los reveses de la fortuna; ellos, en fin, iluminan mis tristes vigilias y pueblan de risueñas imágenes mis agitados sueños.

Los que no sois capaces de comprender todo lo que expresa la mirada de una mujer, no entenderéis este poema ni acertaréis á explicaros cómo los ojos de Catalina, al fijarse en mí, me dicen con ese lenguaje sin palabras que llega hasta el alma, porque el alma sólo puede entenderlo: «Trabaja, sufre, lucha, no vaciles, no desmayes; arriba, siempre arriba, que allí te espero.»

Y cuando la lucha con el mundo enrojece mis párpados y arruga mi frente; cuando los golpes de la suerte laceran mi corazón y rinden con las del cuerpo las fuerzas del espíritu, me parece que en mis oídos resuena una voz dulce, muy dulce, tenue como un suspiro y arrulladora como una esperanza, que me dice: «Si quieres obtenerme no te detengas; adelante, siempre adelante.»

¡Quién sabe! Acaso lo que pretendo ver es una ilusión de mis sentidos; acaso este amor no llegue nunca á relizarse en este pobre mundo, donde los hombres van en triste peregrinación, fatalmente colocados entre una realidad de la que casi siempre maldicen y una esperanza de la que con frecuencia dudan.

Pero cuando llegue ese día en que el cuerpo deje de ser tierra para convertirse en ceniza, me llevaré al morir esa pasión inextinguible, esa santa creencia, y me parecerá que los negros ojos de Catalina, siempre llenos de amor y de promesas, atravesando la tierra húmeda y removida y animando mis carcomidos huesos, me dicen como ahora: «¡Arriba, siempre arriba, que allí es la cita eterna y allí está la eterna dicha!»

José Toral.

BARCELONA. - LA CABALGATA DE LOS MERCADOS

Muy lucida bajo todos conceptos resultó la cabalgata de los mercados que puso término á las fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés.



Carro del mercado de Sans. (Segundo premio.)

Formábanla los carros de los mercados de la Concepción, de San Antonio, de San José (de Barcelona), de la Libertad y de la Revolución (de Gracia) y de Sans y el de la comisión organizadora.

Obtuvo el primer premio el del mercado de San José: en la parte delantera del mismo y sentadas sobre dos grandes caracoles había dos matronas; en el centro la diosa de la Caza llevando de la mano una cabra; en último término la diosa de la Agricultura en un gran sillón montado sobre dos bueyes, cobijada bajo un artístico velarium. Completaban la decoración varias alegorías y productos del mercado y coronaba el todo un gallo colosal.

El del mercado de Sans, que alcanzó el segundo premio, estaba formado por atributos de la Agricultura y de la Pesca, figurando además en ella la diosa Ceres y una gran barca con un pescador.

El del mercado de San Antonio, que mereció el tercer premio, ostentaba una reproducción en miniatura del mercado colocada sobre bien entendidos grupos de atributos.

El del mercado de la Concepción, completamente blanco, formaba un grupo alegórico de matronas y amorcillos con el cuerno de la abundancia.

En el del mercado de la Libertad veíase una matrona sentada en lo alto de una escalinata y á la sombra de un pino, acompañada de otras dos y rodeadas de verduras y frutas: destacábase en él el pendón de Barcelona.

El del mercado de la Revolución figuraba una mesa de venta, detrás de la cual y en medio de grupos de flores se alzaba bajo un frondoso cedro la diosa del Comercio con dos matronas al lado.

El del Fomento Festival era un trono, con dos leones delante, y sentada en él una matrona que figuraba Barcelona rodeada de otras matronas y heraldos.

Completaban la cabalgata varias carretelas con lindas vendedoras de los distintos mercados, algunas músicas, heraldos á pie y á caballo, etc., formando un conjunto en extremo vistoso y elegante.

Todos los carros, excepto el del mercado de la Concepción, fueron proyectados y dirigidos por el reputado escenógrafo Sr. Chía.

Después de la cabalgata celebróse un baile en el Frontón Barcelonés, que

ofrecía un hermoso golpe de vista, así por los adornos del local como por la numerosa concurrencia, en la que predominaban lindas muchachas elegantemente ataviadas. En él fué elegida reina de los mercados la bellísima joven Carmen Moragas, cuyo retrato, que reproducimos, es la mejor prueba de la justicia con que procedió el jurado en su elección.

Los grabados de los carros que en esta y en la siguiente página publicamos están reproducidos de fotografías de don Adolfo Mas. – P.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

CUENTO

– Tú no sabes, querido amigo, lo que es la lucha por la existencia, me decía filosóficamente Pepe Trueno, antiguo camarada mío de Universidad y uno de los mayores bohemios que han pisado aulas, casinos, salas de billar y redacciones de periódicos.



Carro del mercado de la Concepción



Barcelona. – La cabalgata de los mercados. – Carros de los mercados de San Antonio (tercer premio) y San José (primer premio)

Quise objetarle ante aquella rotunda y ¡ay! injustificada aseveración, pero no me dió espacio para ello, pues como una tarabilla y cual si hiciese mucho tiempo que esperase una ocasión en que soltar el grifo de sus impresiones y recuerdos, prosiguió:

– No, tú no lo sabes... ¿Quieres decirme que trabajas como un camello en el desierto para ganar el *panem nostrum quotidianum*? ¿Quieres hacer valer que te pasas, como el héroe manchego, las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, para obtener al fin de la jornada un miserable sueldo? ¿Piensas que vas á conmoverme por repetirme que no se te cae la pluma de la mano desde que te levantas con la aurora hasta que te acuestas con el alba, y que el enjambre de chiquillos que te rodea y los gastos que tu casa te origina convierten tu cerebro en una esponja y tu actividad en una rotativa?.. ¡No! No me podrás convencer jamás de que eso es lucha... Eso es sencillamente labor; labor más ó menos fuerte, labor más ó menos pesada, labor más fatigosa ó más dulce, pero labor al fin, que te proporciona á su término unas cuantas pesetas, pocas y desgastadas si quieres, pero también al fin pesetas, con las que puedes cubrir tus más apremiantes necesidades y tus exigencias más apremiantes... Eso no es lucha.



Barcelona. – La cabalgata de los mercados. – Carro del Fomento Festival Barcelonés

El rostro famélico de Pepe Trueno adquiría con las violencias del lenguaje un tono sonrosado, que le disimulaba un tanto la pátina de miseria que su vida pasada había impreso en toda su raquítica figura.

– Mira, continuó diciéndome, cuando mi tío el general me envió á Huesca con aquel único destinillo que he tenido y gozado en toda mi vida, también pensaba como tú, que luchaba por la vida, cumpliendo al pie de la letra la cartilla del buen empleado, que, como sabes, estriba en seguir á ojos cerrados aquel aforismo de covachuelista que dice: «Ya que no seamos puntuales para la entrada en el despacho, seámoslo al menos para la salida,» y en no cometer la imprudencia de dejar de firmar la nómina ningún mes... ¡Cuán engañado estaba!.. Pues bien: entonces fué cuando hice la tontería de considerarme obligado á constituir una familia que, naturalmente, se fué aumentando conforme iban disminuyendo las probabilidades de que mi tío continuara en el poder y por lo tanto yo en mi puesto, donde, como no hacía absolutamente nada, me iba á las mil maravillas, no obstante de que no dejaba, como te digo, de lamentarme con los amigos en el café de lo penoso que es luchar por la existencia, en tanto que saboreaba lo que por Moka nos querían hacer pasar y contribuía á llenar de humo la sala. En resumen te diré que en poco más de cuatro años me encontré rodeado de siete chicuelos, que todos ellos cabrían debajo de una sombrerera... ¡Misterios de la naturaleza prolífica de mi media naranja!.. No quiero explicarte el género de emoción que experimentaba cada vez que esperando un heredero, para cuando hubiera que heredar, se me presentaban dos... Mi mujer confiaba cándidamente en el pan que cada hijo malas lenguas dicen que trae debajo del brazo; pero lo positivo y verdadero fué que mi octavo retoño, por una equivocación lamentabilísima, en vez del panecillo esperado me trajo la cesantía del ministerio... No debo explicarte el mal efecto que en mi casa produjo la mala pasada del angelito... Entonces y sólo entonces comencé á saber lo que es esa lucha de la que tanto hablan los que mejor harían con callar; lucha más que homérica, por cuanto era contra el destino que se cebaba en mí por medio de un simple papel, sin enemigo con quien medir las armas; lucha horrible, porque había de ser diaria; lucha inexcusable, porque la imponían los gritos desaforados de una porción de estómagos de todos calibres; lucha desigual, porque se entablaba entre mi ya pesado sable y las monedas á las que Mercurio colocó alas... Poco á poco fueron desapareciendo de mi hogar las ropas en buen uso, los muebles decorosos, las escasas joyas que mi mujer había conseguido librar de anteriores borrascas... Mi casa quedó convertida en un palomar... Yo salía todos los días, como el novio del cuento, por lo menos por cinco pesetas, siendo muchas las que tenía que regresar sin cinco céntimos... Las gentes me señalaban ya con el dedo; los amigos huían de mí; en los cafés no me permitían la entrada; en las tiendas de comestibles no me fiaban... ¿Es que cuando á uno le dejan cesante – pensaba yo – le extienden la autorización para emigrar al otro barrio? ¿Es que los hombres no tienen derecho á vivir en cuanto dejan de tener dinero?.. Vamos, que la cosa era para meditarlo bien... No me quedaba ya otro capital que el ingenio y me propuse aguzarle... Cada cual explota aquello que posee. Yo hubiera preferido una mina de Tanganika, pero puesto que sólo ingenio conservaba y para eso bien debilitado por abstinencias y ayunos, que la iglesia no había de agradecerme, puesto que los hacía contra toda mi voluntad, al ingenio me agarré como el náufrago al puñado de algas que flotan en su torno y por ilusión óptica considera como verde tabla de salvación. No te deseo, chico, que tengas que poner en tortura el *quid divinum* que dicen que más ó menos espléndido todos llevamos en la sesera. Con el ingenio sucede lo que con otras muchas cosas: cuando mejor empleo se quiere hacer de él, es cuando se muestra más reacio á complacernos. ¿No te ha pasado que cuanto más elocuente has querido estar con una mujer para expresarla tu sentir y describirla tu amor, ha sido cuando más torpe has estado de palabra?.. Pues así



SOLEDAD DE OTOÑO, COPIA DEL



celebrado cuadro de Sidney Pike

me sucedió á mí. ¿Dónde había ido á parar aquel ingenio que me celebrabais en la Universidad, que me dió fama en garitos y reuniones y que me libró frecuentemente de disgustos más gordos?.. ¡Todo había desaparecido, ó por lo menos no quedaban de ello más que minúsculos vestigios, harapos despreciables, menudencias insignificantes! Pero como lo último que debe perderse es la esperanza, yo á ella me acogí para llevar á mis chicuelos algunos comestibles. Comprendo lo que me vas á decir; que hubiera sido mejor cogerme á un tendero de ultramarinos; bueno, no me interrumpas... La esperanza es una gran cosa para el que no tiene otra más positiva, y esa señora en realidad es espléndida y caritativa. De mí puedo decirte que me sugirió una idea feliz. En resumidas cuentas y... á propósito, ¿tienes un pitillo?.. Estimando; en resumidas cuentas, que acosado por los bostezos que lanzaba toda mi prole y como por ser tantos y tan repetidos semejaban un temporal, éste me empujó hacia la administración de uno de los periódicos locales, y prometiendo pagar su importe cuando apareciera en el mismo, mandé insertar un anuncio que decía sobre poco más ó menos:

«El caballero que ayer compró garbanzos en una tienda de comestibles de esta capital, al llegar á su casa, calle de Tal, número tantos, notó que en el peso le habían robado nada menos que cinco libras. Si en el término de veinticuatro horas no recibe el complemento, hará público el nombre del comerciante que de manera tan descarada roba al parroquiano, para que nadie vuelva á comprar á su casa.»

—¿Y qué te proponías con esa amenaza?, me atreví á replicar á Pepe Trueno.

—Lo que conseguí... Antes de las veinticuatro horas tenía en mi casa siete arrobas de garbanzos. ¡Todos los tenderos de la capital me obsequiaron con cinco libras!

Carlos Ossorio y Gallardo.



S. E. el cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, fallecido en 19 de junio último

NUESTROS GRABADOS

Soledad otoñal, cuadro de Sidney Pike. — Todas las estaciones del año tienen sus encantos especiales, porque la naturaleza es bella en todas sus manifestaciones, y si es grata la contemplación de un paisaje de primavera en que los árboles se cubren de hojas y las plantas de flores y asoman en los campos los primeros tallos de las que después serán abundantes mieses, bajo un cielo intensamente luminoso, no lo es menos el aspecto que ofrece la tierra cuando los primeros fríos otoñales desnudan las ramas y el firmamento toma esos tintes grises que aumentan la melancolía del cuadro. Ambos espectáculos despiertan en nosotros la emoción estética; en ambos sentimos que nuestro espíritu se eleva á las puras regiones de la poesía, risueña, llena de vida en un caso, apacible, casi triste en el otro. Trasladar al lienzo estos espectáculos de manera que al verlos reproducidos volvamos á experimentar los mismos afectos íntimos que su visión directa excitara en nosotros, es tarea más difícil de lo que á primera vista parece, pues para ello se requiere que el pintor acierte, no sólo á copiar la parte material de la naturaleza, sino además á fijar en la tela el alma de la misma. Esto es lo que ha hecho el notable artista inglés Sidney Pike en el hermoso cuadro que publicamos; hay en él algo más que árboles, agua y cielo; hay lo que realmente hace vibrar las fibras de nuestro corazón.

⁂

Esculturas de Reginaldo F. Wells. — Este joven escultor inglés que hace poco todavía estudiaba en escuelas y academias y trabajaba bajo la dirección del profesor Lantieri, hoy goza envidiable reputación entre sus compatriotas. Comprendiendo el verdadero carácter del arte moderno, cultiva dentro de la escultura los asuntos que mejor ha podido observar, que son los rurales, entre los cuales ha vivido y con cuyo modo de ser se ha identificado en absoluto; por esto sus obras tienen todo el vigor de la realidad, se mueven, respiran; en una palabra, son expresión exacta de la vida real y por esto nos impresionan tan gratamente.

⁂

El cardenal Vaughan. — La muerte del arzobispo católico de Westminter ha producido hondo sentimiento á todos sus compatriotas que, sin distinción de religión, respetaban su carácter, reconocían su ciencia y admiraban su actividad, sin cesar aplicada al desenvolvimiento de instituciones filantrópicas. Nació en 1832 y se graduó de doctor en teología en Roma en 1854, mereciendo desde luego la protección del cardenal Manning, que le puso al frente del oratorio de San Carlos Borromeo, uno de los establecimientos católicos más importantes de Londres. Siendo rector del seminario de San Edmundo de Ware, fué nombrado en 1872 obispo de Salford y administró su populosa diócesis durante veinte años. A la muerte del cardenal Manning, sucedióle como arzobispo de Westminster, y S. S. León XIII le elevó al mismo tiempo á la dignidad cardenalicia. Su influencia sobre sus compatriotas era tal, que obtuvo de ellos las sumas enormes que se necesitaban para terminar la nueva catedral de Westminster, construída según el estilo bizantino y cuya elevada torre rivaliza con la de la antigua abadía gótica en donde hoy está instalado el Parlamento.

⁂

Una situación difícil, cuadro de Joaquín Luque Roselló. — A semejanza de lo que practican algunos de sus compañeros, dedícase nuestro paisano el Sr. Luque Roselló á producir cuadros que recuerdan tipos, escenas á costumbres de las provincias meridionales de nuestra patria, completando los temas elegidos con preciosos accesorios que sirven para avalorar la obra y para manifestar sus cualidades de colorista. Prueba de ello es el cuadro que reproducimos, de asunto sencillo, quizás trivial, pero simpático y agradable, que cautiva por el buen gusto que revela y por la atinada exposición de la escena representada.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL de BELLAS ARTES

EN DUSSELDORF. 1904

La ciudad del genial Enrique Heine, ese poeta favorito de la raza latina; la de Jacobi, el amigo de Goethe; la de los Cornelius, Schadow, Bendemann, Camphausen y tantos otros pintores que han recibido las caricias de la fama como los dos Achenbach, los dos Roeber, etc.; la ciudad del renombrado *Malkasten*, creado para solaz y entretenimiento de los hijos del arte de Apeles; la que mantiene con gloria los prestigios de la literatura clásica consagrando en su teatro tan famoso desde los tiempos del gran dramaturgo Immermann funciones de gala á las obras de Goethe; la cuyos menestrales se complacieron en estrenar el drama sacro de Calderón, titulado *El Gran Príncipe de Fez;* la ciudad de *Dusseldorf*, está preparando una gran *Exposición Internacional de Bellas Artes.* Esto después de haber organizado en 1902, bajo los auspicios del Príncipe heredero del Imperio, una Exposición de Bellas Artes y de Industria limitada á las provincias del Rhin y de Westfalia, esas dos perlas más preciosas en la corona de Prusia, con éxito tan brillante que albergaba en su hospitalario recinto cinco millones de huéspedes entusiasmados con la grandiosidad del espectáculo sorprendente que ofrecían tantas maravillas de la industria y tan numerosas cuanto bellas obras del arte, alcanzando la venta de éstas últimas la cantidad de 600.000 marcos, aunque la tercera parte haya sido declarada invendible por los mismos exponentes.

En el concurso de las naciones cultas ha de ocupar la artística *España* el lugar que corresponde á la patria de Velázquez y de Murillo, á la tierra de Montañés: los pintores y escultores de la *España contemporánea* han de demostrar al mundo que ésta continúa siendo la privilegiada patria de las Bellas Artes, así como lo demostraron, hace algunos años, en Munich, siguiendo la convocatoria de la siempre española Infanta Doña Paz, y en la Exposición Universal de París.

La ciudad de *Dusseldorf* convida por mi boca á los *más eminentes pintores y escultores de España* á que remitan á las orillas del Rhin hasta el 1.º *de marzo de* 1904 sus obras más excelentes nacidas después del año de 1895.

Al concurrir contribuirán indudablemente, así á la gloria de España, como á su propio provecho.

El presidente de la Exposición es el ilustre *profesor Federico Roeber*, el vicepresidente el célebre pintor *Maximiliano Volkhart.*

Juan Fastenrath.

Colonia, 22 de junio de 1903.

MISCELÁNEA

Teatros.—Sarah Bernhardt se propone representar en el antiguo anfiteatro de Orange un drama histórico *La légende du cœur*, expresamente escrito para ella por el célebre autor Juan Aicard.

París. – Organizada por M. Bordes, el director de la famosa «Schola Cantorum,» se ha celebrado una fiesta tan original como agradable, consistente en la reconstitución de un teatro «de verdor» del siglo XVII. El local en donde se verificó la función estaba admirablemente dispuesto en un sitio rodeado de árboles, y el programa se componía de tres números: un prólogo de las fiestas venecianas, ópera-baile de Campra, que ejecutaron de un modo exquisito M. Luis Bourgeois y Mlle. Marie de la Rouviere; *La Guirlande*, pastoral-baile en un acto, que cantaron admirablemente M. Dufriche y mademoiselle Juana Leclerc, de la Ópera Cómica, y bailaron Mlles. Luisa y Blanca Mante, de la Ópera; y *Les Sabots*, ópera cómica de Duni, letra de Sedaine, cantada deliciosamente por la vizcondesa de Tredern, el conde de Gabriac, M. Roberto Le Lubez y mademoiselle Sereno, del teatro de la Moneda de Bruselas.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Arlequín Rey*, mascarada dramática en cuatro actos del escritor húngaro Lothar; y *Aire de fuera*, comedia en tres actos de D. Manuel Linares Astray, y en Novedades *Le due coscienze*, de Rovetta.

Necrología.—Han fallecido:

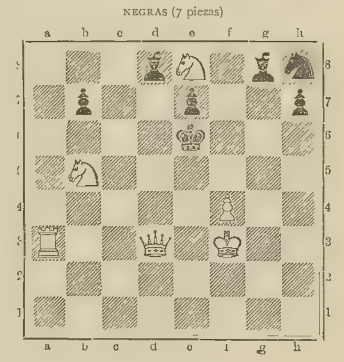
D. Antonio Pirala, notable historiador, miembro de la Real Academia de la Historia, autor de *Anales de la guerra civil; Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista; Historia contemporánea, Anales desde* 1843 *hasta la conclusión de la actual guerra civil; España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia* y otras.

Alejandro Calandrelli, notable escultor berlinés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 330, POR J. W. ABBOTT.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 329, POR R. SAHLBERG.

Blancas.	Negras.
1. Rh8-g8	1. d6-d5
2. Cc6-a7	2. Rc3×d4 ú otra.
3. Ca7-b5 mate.	

VARIANTES.

1...... a5-a4; 2. Af8×d6, etc.
1...... f4-f3; 2. Cg4-e3, etc.
1...... Ch3 juega; 2. Cg4-f2, etc.
1...... Ch5 juega; 2. Cg4×f6, etc.

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



El caballo tomó el trote...

Cualquier medio le parecía bueno con tal que pudiese molestar al joven; quien á pesar de su estoicismo y del poco caso que hacía de aquellas chiquilladas, sintió más de una vez que la cólera le dominaba y tuvo que reprimirse para no echar por la ventana á aquel trastuelo. Al cabo de dos horas de tragar saliva, se contentó con decirle:

– Mañana es domingo; pero en realidad lo ha sido hoy para ti, ya que no has estudiado nada. Mañana, pues, darás las lecciones que debieras haber estudiado hoy.

El niño quiso protestar; pero Boris le empujó suavemente hacia afuera.

– Diviértete, le dijo; aprovecha el día, porque mañana tendrás clase.

Eugenio se marchó furioso pensando en el modo como podría vengarse.

Hacía ya más de cinco minutos que rabiaba, cuando se le ocurrió una idea luminosa. Se dirigió en seguida en busca de su hermana.

– Lidia, le dijo tranquilamente; ya he terminado mi lección; puedes ir á tomar la tuya.

Y salió de allí con las manos en los bolsillos, dirigiéndose al sitio en que creía encontrar á su madre.

X

Aquella lucha de dos horas contra la mala voluntad del chicuelo había cansado á Boris, y su espíritu, triste desde hacía algún tiempo, no tenía su energía habitual. Apoyando la cabeza en ambas manos, cerró los ojos.

Un ligero ruido le hizo volver la cabeza: era Lidia. Al verla, el pobre estudiante olvidó de repente sus penas y su cansancio.

Con su amada parecía haber entrado el sol en aquel gabinete de estudio tenebroso.

– Lidia, murmuró en voz baja ocultando su rostro entre los pliegues del vestido de la joven, que estaba de pie cerca de él; Lidia, eres mi alegría y mi consuelo. Tú á lo menos no me abandonarás, ¿verdad?

Una ola de rubor invadió el rostro de Lidia. Por toda contestación puso su mano sobre la cabeza del joven, que levantó los ojos; la mirada que encontró la suya, vacilante primero, se afirmó poco á poco, y Lidia apoyó suavemente sus labios sobre la frente de su prometido.

– Tú me amas, ¿no es verdad?, le dijo él en voz baja.

– Te quiero, contestó ella subyugada por la fuerza de aquel amor que confusamente comprendía que era superior á sus propios sentimientos.

– Tengo que decirte muchas cosas, Lidia. Vendrás á la fuente después de comer, ¿verdad?

– Sí, contestó ella.

– Escucha, he sufrido mucho durante estos últimos tiempos y no me atrevía á hablarte...

El rostro de Lidia enrojecía más y más; sus mejillas ardían, sin duda de vergüenza, y volvió la cabeza.

– He sido un tonto en dudar, continuó. Me ha parecido que me amabas menos... ¡Perdóname, Lidia; dime que me perdonas!

Y cubría de besos apasionados las manos de la joven, que acercaba á sus ojos húmedos. Había sufrido tanto, que todo su organismo estaba quebrantado. La escena de la mañana había acabado de debilitarle, y sólo su fuerza de voluntad le impedía llorar como un niño; pero se irguió de repente y enlazó á Lidia con sus brazos.

– ¡Te amo!, exclamó; tú eres mi vida y por ti lucharía con el mundo entero. Dame un beso.

La mejilla de Lidia se inclinaba hacia él, que hizo un brusco movimiento, y selló con sus labios ardientes los de su novia.

La puerta se abrió de par en par.

– ¡Mira, mamá, mira, mi preceptor besa á mi hermana!, gritó Eugenio con su voz más chillona.

La señora Goreline se precipitó sobre ellos como una leona furiosa: la enamorada pareja no tuvo tiempo de soltarse antes que ella lo hubiese advertido.

– ¡Miserable!, exclamó avanzando hacia Boris con la mano alzada.

La generala iba á abofetearle probablemente; pero el joven cogió aquella mano amenazadora, la bajó con gesto firme, y en tanto que ensayaba vanamente de alcanzarle con la otra:

– ¡Señora!, dijo con voz profunda en que á una indecible cólera se mezclaba la emoción de un paso decisivo, le pido á usted la mano de su hija Lidia.

– ¡Miserable!, replicó la madre con furor.

Boris le soltó la mano y le miró tranquilamente.

– Soy un caballero, dijo, y no soy pobre del todo; además tengo valor y espero en el porvenir. Le pido á usted la mano de su hija Lidia... sin dote, añadió después de un momento de silencio.

Sofocada por la rabia, la señora Goreline había retrocedido algunos pasos, yendo á caer sobre un sofá, desde donde miraba al joven con ojos terribles. Lidia se había escapado, y un grito agudo de Eugenio indicó que, sin duda en reconocimiento de su honrosa conducta, aquélla le tiraba probablemente de las orejas.

En cualquier otra circunstancia aquel grito hubiese trastornado á la generala, pero en



un grito agudo de Eugenio indicó que...

aquella ocasión ni siquiera lo oyó. Con los ojos fijos en Boris, que estaba de pie ante ella, buscaba en vano palabras con que expresar sus sentimientos.

– ¡Desarrapado, bribón, exclamó al fin, que se introduce usted en el seno de las familias para seducir á las jóvenes!

– No seduzco á nadie, pues le pido la mano de su hija, respondió tranquilamente Boris.

Había llegado á aquel grado de exaltación en que se tiene una calma sorprendente y se miran desde muy alto las miserias humanas, que se desdeñan.

– ¡La mano de mi hija! ¿Cree usted que es para un pobre diablo como usted? ¡Ah! ¡Ah!..

Y la señora Goreline lanzó una carcajada nerviosa.

– Entonces, ¿me la rehusa?, dijo Boris imperturbable.

La señora Goreline continuó riendo y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

– Muy bien, continuó el joven; voy á pedirla á su esposo.

Mas furiosa que nunca, la generala se puso de nuevo en pie.

– ¿A mi marido? ¡Se lo prohibo á usted!

– No recibo órdenes de nadie, dijo Boris dirigiéndose hacia la puerta.

– ¡No verá usted á mi marido! Le echo á usted de mi casa.

– Razón de más para no obedecerla, continuó el joven sin turbarse.

La generala le siguió, llenándole de invectivas. Al cabo exclamó:

– De todos modos, si mi marido es bastante estúpido para escuchar á usted, será lo mismo que si nada hubiese dicho. Es un imbécil, y no es él quien manda aquí.

– Ya lo he conocido más de una vez que efectivamente no es el amo, continuó tranquilamente Boris, y más de una vez también lo he deplorado.

Los criados, sorprendidos por los gritos de su ama, miraban con curiosidad malévola á Boris, á quien seguía paso á paso la generala.

– ¡Márchese usted!, repetía ésta con rabia.

– ¡Cuando me dé usted caballos!, dijo al cabo volviéndose para hacerle frente.

– ¿Caballos? ¿A usted?.. ¡Puede irse á pie con las botas en la punta de un palo, como un campesino que es usted!, gritó aquella furia, cárdena de furor.

– Somos de buena cepa, replicó sin conmoverse; y si no quiere usted darme caballos, ya los encontraré en la aldea.

– No los encontrará usted, repuso ella con risa impertinente; al primero que ose servirle, hago que le den de latigazos.

– No es usted de nuestra época, señora, contestó cortésmente Boris. Gracias al cielo, hace muchos años que no se puede pegar impunemente á los campesinos, cosa que parece ha olvidado usted.

– No encontrará usted caballos en mi aldea, replicó la señora; arruinaré al que se los preste.

– Los encontraré en los dominios del príncipe, vuestro vecino, dijo bruscamente Boris, ya impacientado y dando con la puerta en las narices á aquella furia y cerrando con llave.

Sonia, temerosa, estaba bajo la ventana, y no oyendo ya ruido llamó al joven por su nombre.

Éste se aproximó á la ventana.

– ¿Amo mío, también le echan?

– ¿Cómo también?, repuso Boris admirado.

– Sí, me han echado esta mañana y usted...

– Muy bien, interrumpió Boris; entonces te llevo conmigo; desde ahora estás á mi servicio. Toma, he aquí cinco rublos, ve al otro lado del río, al primer pueblo del príncipe Armianof, y di que en seguida venga una telega y un caballo para ir á la casa de postas. Corre, enseña el dinero, pero no lo des.

Sonia partió como una flecha y Boris se puso á arreglar precipitadamente su maleta. No sabía lo que le pasaba ni lo que sentía en la cabeza ni en el corazón; en medio de su confusión de ideas, un sufrimiento atroz le causaba por momentos una brusca sacudida, del mismo modo que entre la espesa humareda de un incendio, sienten los desgraciados que no pueden escapar que de cuando en cuando una lengua de fuego toca su cuerpo paralizado por la asfixia y el terror.

No tenía sino un pensamiento bien determinado: abandonar aquella casa. ¡Pero Lidia quedaba allí! Entonces le asaltaba un deseo vehemente, devorador, de arrebatar á Lidia entre sus brazos, sentarla en aquel carruaje humilde y huir con ella lejos, muy lejos...

¿Qué importaba el sitio? El cielo era azul, el camino ancho, y siempre ante ellos el horizonte iría retrocediendo. ¿Faltarían por acaso techos en que abrigar dos corazones dichosos?

Se acordó de su madre, tan buena, tan digna, tan tranquila siempre... ¿Cuándo podría ver á aquellas dos mujeres adoradas sentadas en un mismo banco, á la sombra de los mismos árboles y queriéndose con entrañable amor?

– ¡Jamás!, dijo con desaliento; ¡jamás!

Salió de su habitación con intento de ver á Lidia aunque no fuera más que un segundo, mirarla aunque fuera de lejos... Trabajo perdido, todas las puertas estaban cerradas; y al otro extremo de la casa se oía la voz chillona de la señora Goreline que reñía á su marido.

Boris volvió á su cuartito y se sentó junto á la ventana.

Aquel jardín, el sendero que conducía á la fuente, aquellas flores de verano casi ajadas, las de otoño ya entreabiertas, todo aquello se grababa por modo indeleble en su memoria recordándole el marco del cuadro en que tanto había querido á Lidia. Se acordó entonces que había olvidado los libros en el gabinete de estudio, y salió para buscarlos.

¡Cuán triste, fría y desierta le parecía aquella sala donde fué ultrajado y donde su dicha se había roto entre sus manos como si fuera de frágil cristal!

Procurando no pensar, pues se sentía casi vencido por el dolor, se ocupó maquinalmente en recoger cuanto le pertenecía. Allí, sobre aquella mesa estaba el cartapacio de Lidia, con su letra menudita y apretada, á trechos irregular y como temblorosa. Lo miró durante gran rato, y después, doblándolo cuidadosamente, lo guardó en el bolsillo.

¡Cuántas largas noches consumió luego leyendo una y otra vez aquellas líneas, y cuántas veces se detuvo con el corazón palpitante, recitando los versos de Lamartine que había cantado para ellos la primavera del amor! Pero aquel día tuvo el valor de no fijarse en nada, de no leer nada, y cogió el tomito amarillo, el *Jocelyn* que les había hecho traición, escribió en la cubierta el nombre de Lidia, lo puso entre una gramática y un libro de temas á fin de ocultarlo á las miradas de la generala, y salió del cuarto sin volver atrás la vista, temiendo desfallecer.

Sonia le aguardaba bajo la ventana y le llamó en cuanto advirtió su presencia.

– La telega está ahí enfrente, al otro lado del río, dijo; el labriego que la guía no se ha atrevido á venir hasta aquí.

– ¿Por qué?, preguntó Boris, irritado por aquel último, insignificante obstáculo más que por todos los otros. Si quiere ganar el dinero, que venga aquí, por la puerta grande; si no, que se marche; iré á pie.

Sonia volvió de nuevo, y diez minutos después la carreta entraba ruidosamente en el patio. El labriego murmuró algunas humildes excusas, que Boris no escuchó siquiera; hizo cargar su maleta y la cajita de libros, instaló á Sonia en el banquillo entre las carcajadas de los criados, y con tono de mando y volviéndose hacia los lacayos dijo:

– ¡Que avisen al general que quiero hablarle!

Ante la mirada amenazadora del joven, las risas cesaron, los criados desaparecieron y un momento después el general apareció en la puerta, seguido de su esposa. En cuanto á Eugenio, nadie sabía dónde estaba; su travesura había tenido demasiado buen éxito y lloraba en un rincón la partida de su preceptor, á quien en el fondo quería.

– General, dijo Boris, primeramente quiero darle á usted las gracias por la estimación que me ha manifestado. Esta mañana he pedido á su señora la mano de la señorita Lidia, y he recibido una negativa formal. Le repito á usted esta petición; ¿qué me contesta?

La señora Goreline iba á interponerse, pero Boris le dijo cortésmente:

– Creo, señora, que el asunto queda zanjado entre nosotros dos. Ahora tengo el honor de hablar á su marido. Espero su respuesta de usted, general.

– Pero, balbuceó el anciano, mi mujer dice...

– Es la contestación de usted la que deseo saber, replicó Boris con insistencia.

– Por mi parte, puedo decir á usted que le quería mucho y que le tengo por un hombre honrado; pero no me mezclo en estos asuntos que son de la competencia de mi mujer; y luego, el príncipe...

– ¿Rehusa usted?, dijo Boris con la misma sangre fría aparente.

– Pero...

– Sí, gritó la señora Goreline; ¿cuántas veces será preciso decírselo?

El general inclinó la cabeza en silencio.

– Bien, dijo Boris. Tengo, sin embargo, otra petición que hacer á usted. Su señora esposa ha echado de la casa y de la finca á esta huérfana que está aquí. Le ruego á usted que me entregue sus papeles á fin de que pueda llevármela á casa de mi madre, donde se le prodigarán todos los cuidados que requieren su edad y su abandono.

El general miró tristemente á Sonia que, sentada en la carreta, lloraba á lágrima viva.

Los criados ya no se reían; la fibra hospitalaria que vibra tan fácilmente en el corazón de todo ruso, se había despertado en ellos al oir las últimas palabras de Boris.

– Es verdad, pensaban, es una huérfana, y Dios ama á los huérfanos y á los pobres.

– ¿Quiere usted llevársela?, gritó la señora Goreline; yo no lo quiero. La he echado, es verdad; pero le prohibo á usted que se la lleve. ¡Sonia, ven acá, desgraciada!

El general Goreline se irguió, y por primera vez en su vida se atrevió á mirar á su mujer de frente y á contradecirla.

– ¿Y por qué este joven no ha de llevarse á la niña, puesto que la has despedido?, preguntó con voz tan clara que los criados cambiaron entre sí miradas de sorpresa.

– No quiero que se lleve á la niña porque eso le gusta, y...

– Es una mala acción la que quieres cometer, Julia, dijo el general con tono severo, y has sido cruel para esta huérfana...

– ¡Cómo! ¡Te permites afear mi conducta en presencia de mis criados! ¡Esto es demasiado! ¡Y por esta vagabunda!.. ¡Ven acá, desgraciada!

– ¡No quiero!, dijo el general con la voz tonante con que en las batallas mandaba sus baterías. La niña seguirá á este joven, que ha sido bueno para ella y que quiere llevarla á casa de su madre.

– Pero... Stepan Petrovitch...

– Unicamente yo tengo derecho de jurisdicción en esta hacienda, que es mía, y quiero que se cumpla mi voluntad. Váyase usted tranquilo, Boris Ivanovitch, dijo al estudiante; antes de ocho días tendrá usted los papeles en regla. Déme usted su dirección.

La señora Goreline echaba espumarajos por la boca, pero conocía que toda resistencia sería vana. Nunca había visto á su marido poseído de aquella cólera, y el desprecio habitual con que le trataba se convirtió en una especie de respeto por aquella voluntad tan firme. Se calló tascando el freno.

– Doy á usted las gracias, general, dijo Boris, aliviado de un gran peso; adiós.

Iba á subir al carricoche, cuando la señora Goreline le gritó bruscamente:

– ¿Y el dinero? Es preciso que le pague á usted.

Aquella mujer tan destemplada, era muy escrupulosa en materia de intereses.

– No, respondió Boris, no tengo necesidad de dinero, nada me debe usted. Me llevo una criada y me considero pagado; adiós.

Por segunda vez, durante aquel día, la señora Goreline sintió que su desprecio se convertía en respeto, y admiró á aquel joven que era verdaderamente desinteresado.

El general tomó de manos de su mujer el cartucho de rublos destinado á Boris, lo dividió en dos partes, entregó una de ellas á su mujer, y aproximándose al carricoche puso la otra en la falda de Sonia, que sollozaba más amargamente que nunca besando las manos de su primer protector.

– Ya iré á verte, le dijo al oído; chist, no llores.

– Adiós, general, dijo Boris con voz conmovida, es usted un hombre digno.

– Hasta la vista, apuntó misteriosamente el general, guiñando un ojo.

– ¿No ha acabado usted todavía, general?, gritó ásperamente la señora Goreline.

Boris se quitó el gorro, y con una mirada saludó á los asistentes. Todos, criados y campesinos, se descubrieron.

– ¡Arrea!, dijo al cochero. ¡Con la ayuda de Dios!

El carrito se puso en marcha, al trote del matalón, y el techo de la casa de Lidia desapareció detrás de la verde fronda.

XI

El campesino que guiaba tenía vehementes deseos de hablar, y por dos ó tres veces dirigió la palabra á Boris, que sólo le contestó con monosílabos.

Después de un rato de marcha, aparecieron por entre los repliegues del terreno la cúpula de la iglesia y los tejados de las casas de la ciudad cercana, y al cabo de quince minutos el carricoche se detenía ante un edificio de planta baja, construído con madera, y que era la casa de postas.

Nadie se incomodó para recibir á un viajero de tan escasa importancia. El cochero iba á saltar de su asiento; pero Boris, atajándole, le dijo que no se moviera y penetró solo en la que venía á ser sala de espera, grasienta y ahumada y en uno de cuyos ángulos estaba el dueño sentado fumando su pipa.

– ¿A qué hora pasa la diligencia de Moscou?, preguntó el estudiante.

El maestro de postas, sin incomodarse en saludar, se quitó la pipa de la boca, echó una bocanada de humo y sin perder su calma olímpica respondió:

– A las once, cuando no se retarda.

– ¿Es preciso inscribirse en vuestros registros para tomar sitio?

– No vale la pena; siempre que pasa por aquí viene ya llena.

– ¡Bah! Espero que encontraré un poco de sitio, aunque sea malo, dijo el estudiante para consolarse.

Sonia miraba con cierto temor la puerta por donde había desaparecido Boris. Este salió, y cogiéndola en brazos la bajó al suelo, después de mandar al amo de la telega que descargara el equipaje.

– Oye, Sonia, dijo, vas á estarte aquí quieta. Cuidarás del equipaje hasta que yo vuelva, pues la diligencia no pasa sino hasta hora muy avanzada de la noche, y entretanto, yo voy á hacer algo de provecho.

– ¿Se va usted?, preguntó Sonia con terror.

– No tengas cuidado; volveré. ¿Crees que tu caballo puede ir de nuevo hasta donde me has tomado y volver aquí?, continuó, dirigiéndose al campesino.

Éste, que tenía el gorro en la mano, se rascó la cabeza, y después de examinar atentamente el forro del casquete, dijo:

– ¿Cuánto me pagará usted por eso?

– ¿Cuánto le has prometido por traernos aquí?, preguntó Boris á Sonia.

– Rublo y medio.

– Pues bien: te daré cuatro en junto para todo, afirmó Boris. ¿Te parece bien?

El campesino miró á Boris de través y replicó:

– Mi caballo está cansado, señor. ¿Qué necesidad tiene usted de volver allá abajo?

Boris iba á contestar como el rústico se merecía; pero comprendió que era preciso tener prudencia.

– Me he olvidado una cosa precisa.

– Bueno. Pues entonces me dará usted un papelito azul – un billete de cinco rublos; – tengo un caballo descansado; lo engancharé y volveremos volando.

– Quedamos conformes. Dentro de media hora ten listo el carruaje.

Entró en la sala de espera, seguido de Sonia; se hizo traer el *samovar*, preparó algunas tazas de te que la niña engulló ávidamente, y sin comer ni beber nada salió, después de recomendar á la pequeñuela que no dejara abandonadas ni por un momento la maleta y la cajita de libros, que formaban toda su hacienda.

Sonia se sentó en el suelo y guardó aquel sagrado depósito con fidelidad canina, sin impaciencia alguna, aun mucho después de haberse extinguido los rayos del sol poniente dejando á obscuras aquella sala.

La jaca, que venteaba el establo, corría rápidamente, y su amo la excitaba con la voz y el látigo; así es que devoraba el espacio, y á pesar de ello, á Boris le parecía que aquella carretera era interminable, á causa de su impaciencia.

– Aun cuando me maten como á un perro rabioso, decíase interiormente, es preciso que vea á Lidia, que le hable un momento.

Llegaron por fin al pueblecillo. Boris dijo al campesino que tuviese el carricoche preparado para partir en seguida, y tomó á pie el camino de la casa del general, distante todavía cerca de una *versta*. En cuanto empezó el bosque, terció hacia la izquierda, siguió corriendo la torrentera, salvó de un salto el arroyo, y luego fué caminando á lo largo de la cerca del jardín.

Las horas habían transcurrido veloces entre tanta agitación, y cuando Boris llegó allí, los postreros rayos del sol morían entre el follaje. Eran próximamente las cinco de la tarde; la hora en que dormían los esposos Goreline; la hora en que siempre hallaba á Lidia junto á la fuente.

– Allí la encontraré, se dijo Boris, si no la han encerrado.

É iba acercándose; deteniéndose á trechos para dominar los latidos de su corazón. No pensaba entonces que podían verle, que era posible que le echaran ignominiosamente; sólo pensaba en que iba á ver á Lidia ó á morir de dolor y de rabia.

– Allí debe estar, murmuró en el momento en que el rumor de la clara linfa le advirtió la presencia de la fuente. Una barrera de follaje le separaba del sitio de la cita; trató de mirar á través del obstáculo, pues en su espera desesperada se le antojó ver un vestido blanco.

Sin inquietarse de los arañazos, se abrió un camino por entre el seto y avanzó con rapidez hacia la fuente.

Lidia no estaba. Su corazón pareció desgarrarse, y vencido por un dolor infinito se dejó caer sobre la hierba en el sitio que ella tenía costumbre de sentarse; y oprimiendo con sus labios aquella tierra fría é inerte, exclamó:

– Quisiera poder morir ya que no puedo verla.



Lidia no soñó con su novio aquella noche

Los pájaros piaban suavemente, como para advertirle que obscurecía y que era fácil que le sorprendieran. Peró transcurrió una hora sin que Boris pensara en apartarse de aquel sitio, ni recordara por soñación los riesgos que le amenazaban. Poco le importaba que le encontraran allí; la vida no tenía ningun valor para él desde el momento en que veía perdida toda esperanza.

Un ruido de pasos, que sonó muy cerca, le sacó de su entorpecimiento... Pensando en la seguridad de Lidia más que en la suya propia, se ocultó detrás de una mata y esperó.

Rodaron algunos guijarros y se oyó el ruido seco de unos botitos y luego el crujir de una falda de seda, no podía ser una criada. Boris escuchaba con el oído atento; y de su pecho se escapó esta exclamación ahogada:

– ¡Dios mío!

¡Era ella!

Boris se arrojó á sus pies, asustándola, pues la joven no podía pensar hallarlo allí.

– ¡Lidia!, murmuró cubriéndola de besos, ¿habías podido pensar que partiría sin verte? ¡Oh, hubiera muerto de pesar Lidia mía! ¡Para que viva y trabaje y tenga esperanza, es preciso que me repitas que me amas, que eres mía, que me aguardarás!..

Hubiera podido hablar de aquella manera durante horas y horas sin que ella le interrumpiera, pues le escuchaba embriagada, con la mirada fija en el rostro resplandeciente y transfigurado del joven.

Ya no era quien le hablaba el estudiante pobre, el amante de humilde porvenir; era un hombre que la amaba, que le hablaba á la vez como amante y como dueño; era más que todo eso, era el amor mismo, apasionado, irresistible. Deslumbrada por el esplendor de aquella aparición, Lidia sentíase dominada por el vértigo.

– ¡Sí, contestó al cabo, soy tuya, te esperaré, te amo! ¡Te amo!, repitió pausadamente, como para saborear las sílabas de aquella palabra tremenda, cuyo alcance no comprendía.

Boris iba á contestar cuando muy cerca se oyó la voz de una criada que entonaba una canción.

– ¡Nos verán!, exclamó en voz baja y con espanto, temiendo por Lidia.

La canción sonaba cada vez más cerca, pero aún no se veía á nadie.

– Vienen á buscar agua para el te, dijo Lidia. Sígueme.

Se alejó rápidamente, enseñando el camino á Boris, y abriendo una puertecita que había en la cerca, se encontraron en plena selva.

– Vamos más lejos, dijo á Boris que quería detenerse.

Dieron todavía unos pasos y se ocultaron detrás de la maleza. Allí renovaron sus juramentos y adoptaron las medidas oportunas para poder escribirse. El sol se había ocultado por completo detrás del horizonte; la charla de los pájaros había cesado; las flores soltaban sus más suaves perfumes, y un vapor azulado parecía ascender de la dormida tierra.

– Es preciso que parta, dijo Boris desesperado, deteniéndose y contemplando á Lidia, á la que tenía abrazada Si tú quisieras, continuó...

Ella levantó la cabeza como interrogándole.

– Allí arriba tengo un buen caballo, dijo el joven rápidamente y con pasión; voy á casa de mi madre..., ¿quieres venir conmigo? Nos casaremos en seguida; el cura de Grebova bendecirá nuestra unión, y luego será preciso que tus padres consientan. ¿Quieres?

Y estrechaba á Lidia sobre su corazón, como para convencerla más pronto.

– ¿Partir, casarnos?, dijo Lidia palideciendo. ¿Y qué diría mi madre?

– Tanto peor para ella, contestó vivamente Boris. No quisiera hablarte mal de ella, pero tu madre... En fin, no hablemos más. ¿Quieres?

Toda su vida parecía concentrada en aquella pregunta; sus ojos penetraban hasta el fondo del alma de la joven, y sus labios, aproximándose á la boca de Lidia, parecían aspirar las respuestas...

Los brazos que enlazaban el cuello de Boris se aflojaron.

– No, murmuró débilmente; no me atrevo..., no puedo.

¿Era el temor á la cólera de sus padres, ó bien el espectro de la pobreza lo que la hizo vacilar en el momento decisivo? Ni ella misma lo sabía; pero quizás el solo temor de sus padres no la hubiese detenido...

– Como quieras, dijo tristemente Boris. Ya pensé que no consentirías... Hasta la vista, Lidia, vida mía...

La joven sollozaba amargamente y notaba que mil impresiones contradictorias se apoderaban de ella. Sentíase culpable. ¿Hacia quién? No lo sabía. Habría querido hacer más por aquel á quien había libremente aceptado por esposo, pero delante de él se sentía débil é impotente... y ¿quién sabe si se sentía inclinada á censurarle?

Por un momento pensó en partir con él, en seguir su destino bueno ó malo, en pasar su vida entera junto á aquel hombre que tanto la amaba. ¿No era acaso la dicha soñada? ¿Por qué no había de consentir? «¡Mi deber!,» pensaba para justificarse á sus propios ojos; pero en el fondo de su conciencia desdeñaba á su padre y juzgaba severamente á su madre... Todos aquellos pensamientos la atormentaban cruelmente; mas al fin los desechó como á una bandada de aves de rapiña y se volvió hacia su amado.

¡Cosa extraña! Boris padecía más que ella sin duda; pero su dolor tenía un carácter de augusta serenidad...

– ¡Adiós!, dijo al fin con una especie de dolor profundo apretándole entre sus brazos.

– No digas adiós, replicó él dándole un beso; di hasta luego. ¡Oh, Lidia! Acuérdate de que mi vida te pertenece.

– ¡Señorita!, gritó una voz desde el jardín; ¿dónde está usted? Han venido visitas.

Los dos amantes huyeron cada uno por su lado. Una hora después, Boris llegaba á la casa de postas, y contra lo predicho por el posadero, la diligencia de Moscou tenía asientos en el imperial, donde subió el estudiante, después de acomodar lo mejor que pudo á su compañera.

XII

Lidia volvía lentamente á su casa. Antes de ver á Boris había llorado mucho pensando que su ensueño se había desvanecido para siempre, y ahora veía que la cadena continuaba entera; sólo había cambiado la dicha de sentirse á cada momento envuelta en esa atmósfera de amor á que su prometido la había acostumbrado. La dicha había huído; pero la cadena subsistía. Asustada por el porvenir que se abría ante ella, Lidia se paró bruscamente en la gran avenida de tilos del jardín y se preguntó:

– ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me ha encadenado? ¿Por qué he prometido aguardarle, ya que la dicha no vendrá jamás, jamás?..

Se dejó caer sobre el césped y lloró más amargamente que nunca. No lloraba por Boris, sino por ella misma; pero las lágrimas no aliviaron su dolor.

(Continuará.)

FERROCARRIL AÉREO

DE BARMEN Á VOHWINKEL

Hace algún tiempo publicamos una descripción detallada de este ferrocarril aéreo de un sistema completamente nuevo, que recorre el trayecto comprendido entre las ciudades de Barmen y Vohwinkel (Alemania), atravesando el río Wupper y pasando por la importante población de Elberfeld. Ya entonces expusimos las ventajas que reunía esta original vía férrea, y la principal de las cuales es indudablemente la de no estorbar el tránsito de las calles por donde está tendida.

Una larga experiencia ha demostrado que las tales ventajas no sólo no eran ilusorias, sino que eran muy superiores á lo que se había imaginado. En efecto, la facilidad con que pueden hacerse circular por las calles más populosas verdaderos trenes permite atender á todas las necesidades del tráfico sin molestia alguna de los viandantes. Los que habitan en capitales populosas y de vida activa comprenderán la gran utilidad que esto reporta, teniendo en cuenta que los tranvías de sistema ordinario constituyen un verdadero estorbo y un continuo peligro, á pesar de lo cual no bastan ni con mucho á satisfacer las exigencias del público.

Además la instalación de esta clase de vías resulta relativamente barata, porque no se requiere más terreno que el necesario para fijar los postes.

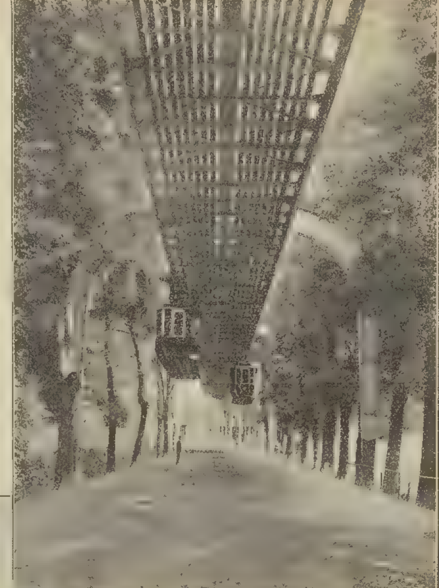


Fig. 3. – Vista del ferrocarril aéreo en una avenida de los suburbios de Elberfeld



Fig. 1. – Un tren de cuatro vagones circulando por una calle

Finalmente, con estos ferrocarriles aéreos la vibración queda reducida á su expresión mínima, con lo cual ganan considerablemente los edificios construídos á ambos lados de los mismos, cosa que no sucede con los demás sistemas, en los cuales son muchas las construcciones que llegan á resentirse de la trepidación del suelo.

Los grabados que en esta página reproducimos permitirán á nuestros lectores formarse idea de la importancia del citado ferrocarril. – X.

* * *

LA PERFORACIÓN

DEL SIMPLÓN

Desde hace poco el túnel del Simplón se lleva el record de la más larga perforación subterránea del mundo: en efecto, el trozo abierto excede ya de los 14.984 metros que corresponden al túnel de San Gotardo.

Falta todavía abrir unos 4.700 metros de los 19.729 que ha de medir exactamente el túnel del Simplón. En las condiciones actuales del trabajo se necesitarán 15 meses y medio para terminarlo, calculándose que á fines de 1904 podrán circular por él los trenes de viajeros y de mercancías.

Pero un retraso debido á una causa algo rara podría destruir las previsiones basadas en el simple cálculo aritmético que acabamos de consignar.

Sabido es que á consecuencia de las dificultades resultantes del gran aflujo de agua en el lado italiano, los trabajos de avance por esta parte han sido mucho más difíciles que los de la parte de Suiza: en ésta se ha avanzado á razón de 6'48 metros por día, y en aquélla sólo de 5'07. Por este lado de Italia, el derrame de las aguas que por un momento estuvo á punt de comprometer la continuación de los trabajos, ha llegado á ser hasta de 800 litros por segundo, al paso que en el lado suizo se ha mantenido en la cifra media de 40. Por esta razón, puede calcularse que dentro de ocho ó nueve meses las perforadoras habrán alcanzado por el lado Norte el centro del túnel, al paso que faltarán todavía 2.600 metros para alcanzarlo por el lado Sur. Entonces podrá surgir una gran dificultad.

El centro del túnel es, al propio tiempo, el punto culminante del mismo, y á él se llega, por ambos lados por medio de una pendiente continua, más acentuada en el lado Sur. A partir del centro, si las perforadoras del Norte continúan avanzando, habrán de seguir, por consiguiente, la dirección de la pendiente meridional. Si no aparece agua, la cosa no ofrecerá la menor dificultad; pero si, por el contrario, se descubriesen manantiales, el agua invadiría constantemente el lugar de ataque que se encontrase en la parte más baja de la galería. Sería, pues, preciso extraerla por medio de bombas, y en caso de un aflujo considerable é imprevisto, como el que se produjo en el lado italiano, el sitio de los trabajos quedaría totalmente inundado y los obreros perecerían ahogados.

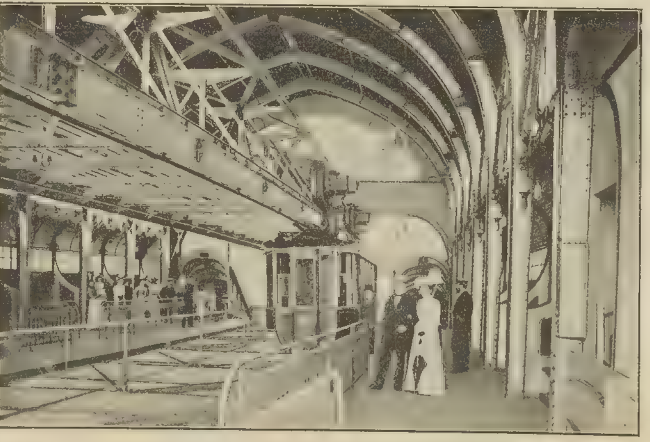
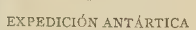


Fig. 2. – Interior de la estación de Vohwinkel

Para evitar esta terrible eventualidad, sería preciso, cuando las perforadoras suizas habrán llegado al punto culminante correspondiente á la mitad del túnel, suspender la perforación por este lado y no continuarla más que por la vertiente italiana. Es difícil, empero, que la empresa constructora se resuelva á tomar esta determinación extrema que retardaría la apertura é inmovilizaría la mitad de las instalaciones y una parte del personal, lo cual significaría una gran pérdida de tiempo y un considerable aumento de gastos, tratándose de una obra de la magnitud de esta.

En cuanto á la elevación de temperatura en las capas profundas del suelo, que se temía como otro obstáculo difícil de vencer, no ha sobrepujado las previsiones de los ingenieros: el máximo observado en el lado Norte ha sido de 54 grados, que no deja de ser una temperatura elevada, pero que puede combatirse eficazmente con los procedimientos de refrigeración y de aereación adoptados en esta grandiosa obra.



EXPEDICIÓN ANTÁRTICA

FRANCESA

Está á punto de salir del puerto del Havre una expedición francesa que se propone explorar las regiones antárticas á bordo del buque *Français*, construído en Saint-Malo.

Los expedicionarios se dirigirán al extremo meridional de la América del Sur, y después de una última escala en Punta Arenas, intentarán llegar al cabo Seymour para informarse de la suerte de la expedición sueca. Su propósito es unir los trazados de las tierras de Luis Felipe al de la tierra de Danco (expedición del *Bélgica)*, realizar trabajos ocea-

nográficos y geológicos á lo largo de estos territorios y llegar finalmente á la tierra de Alejandro I, en donde intentarán un desembarco.

En abril de 1904, el *Français* irá á Valparaíso, y desde allí recorrerá algo de los canales de Patagonia, muy poco conocidos todavía, y regresará probablemente á Francia en agosto.

La expedición antártica francesa está organizada y será dirigida por los Sres. Charcot y Gerlache, y formarán parte de ella, entre otros, los Sres. Bonnier, de la Sorbona; Matha, teniente de navío; Pérez, de la Universidad de Burdeos; Pleneau, ingeniero de Artes y manufacturas, y Rey, alférez de navío.

En 1898-1899, el *Bélgica* invernaba solo en aquellas desoladas regiones; en cambio durante el próximo verano austral habrá nada menos que seis buques en la zona antártica, á saber: el *Discovery* y el *Morning*, de la expedición inglesa; el *Scotia*, de la expedición escocesa; el *Antartic* y el buque sueco que pronto saldrá en busca de éste, y finalmente el *Français*. – R.





Esculturas de Reginaldo F. Welles (reproducidas con autorización de Mr. E. Van Wisselingh)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ESTATUTOS DEL TEATRO LIBRE ESPAÑOL. – Se han publicado los estatutos de esta sociedad anónima española, domiciliada en Madrid, cuyo objeto es exponer al público por medio de la escena cuantas producciones teatrales le entreguen sus accionistas, después de cumplidos por éstos los requisitos fundamentales y de procedimiento que en dichos estatutos se determinan.

LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS. – Folleto publicado por la Academia de Higiene de Cataluña, destinado á la propaganda contra la tuberculosis; contiene una serie de interesantes instrucciones para evitar y combatir esta terrible enfermedad y algunas reglas para el establecimiento de dispensarios antituberculosos.

AMAZONAS. INFORME DEL TERRITORIO DESDE EL AÑO DE 1880 A 1902, por *Marcelino Bueno*. – Folleto en el que se traza someramente la historia de las distintas administraciones por que ha pasado el territorio venezolano de Amazonas y cuyos actos son examinados con imparcial criterio y en forma mesurada. Impreso en Caracas en la tipografía Wáshington.

LA DIFUSIÓN DEL IMPUESTO, por *Francisco Gil y Pablos*. – Notable bajo todos conceptos es este trabajo que fué leído en la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid; en él se estudia el impuesto en todos sus aspectos, se indican los gravísimos inconvenientes que ofrece el sistema vigente en esta materia en España y se señalan con gran acierto los medios de remediarlos. El folleto ha sido impreso en Madrid en la imprenta de los hijos de M. G. Hernández.



Una situación difícil, cuadro de Joaquín Luque Roselló

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 13 de julio de 1903 — Núm. 1.124



La huída á Egipto, cuadro de Antonio Estruch (Salón Parés)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los indios cheroquis: su propósito de establecerse en *México.* – *Cuba:* situación económica: nuevos impuestos: la lotería. – *Honduras:* manifiesto del general Bonilla. – *Venezuela:* fin de la guerra civil: los extranjeros en la República. – *Perú:* elecciones presidenciales. – *República Argentina y Uruguay:* la delegación chilena en Buenos Aires y Montevideo: la América del Sur para los suramericanos.

La civilización de los indígenas americanos es incompatible con la soberanía del mestizo yanqui.

Los cheroquis, hermosa é inteligente raza de indios del Norte de América que ahora vive recluída en el Territorio Indio de la Unión, se preparan para abandonar sus hogares y establecerse en los Estados unidos mexicanos.

Eran á principios del siglo XIX una gran confederación de tribus que ocupaban los territorios del Kentucky y Tennessee y parte de la Georgia y Carolinas; tenían grandes aldeas, cultivaban las tierras, regíanse por instituciones semidemocráticas. Los colonos europeos los expulsaron de sus dominios á viva fuerza y los relegaron hacia el interior, en el *Indian Territory.*

Mucho tuvieron que sufrir aquellos desgraciados. La codicia del hombre blanco los redujo á la mayor miseria; las guerras, las enfermedades, el hambre mermaron sus energías físicas, y sólo eran unos 12.000 cuando terminó su forzada peregrinación y lograron relativa paz y tranquilidad en los lejanos territorios del río Arkansas.

Allí restauraron y perfeccionaron su régimen social y sus formas tradicionales de gobierno. La agricultura volvió á ser su ocupación predilecta, adoptaron un alfabeto silábico para escribir su idioma, se dieron una constitución política, fundaron escuelas y asilos, imprimieron libros y periódicos, y la población fué aumentando hasta alcanzar muy cerca de 20.000 almas. Pero esas gentes no viven á gusto entre los yanquis. Saben que no muy lejos de sus tierras hay otro país donde los descendientes de las primitivas razas americanas obtienen mayor aprecio, y han resuelto iniciar un movimiento de emigración en grandes masas hacia México.

A principios de junio se supo en la capital de la República mexicana que una comisión de cheroquis se dirigía á ella con propósito de pedir una gran concesión de terreno para una primera colonia de 1.000 individuos. Van á reconocer tierras en el Estado de Veracruz y en los de la costa del Pacífico; buscan en uno y otro lado lugares convenientes para explotaciones agrícolas, y anuncian que á la primera colonia han de seguir otra y otras, pues todos los cheroquis aspiran á ser ciudadanos de México.

Seguramente, estos emigrantes pueden considerarse como una adquisición de inmenso valor. Los cheroquis se distinguen por sus excelentes condiciones físicas, por sus hábitos de trabajo y por sus aptitudes para la vida sedentaria y civilizada. De color muy claro, robustos y de gran estatura los hombres, esbeltas y graciosas las mujeres, constituyen un elemento étnico de gran importancia para el porvenir de la verdadera raza hispano-americana. Por otra parte, proyectan vender á los yanquis las tierras que poseen en el Territorio Indio, y por consiguiente, irán á México con buenos capitales que han de invertir en los trabajos de colonización. Suponemos, pues, que el gobierno mexicano se apresurará á otorgarles las concesiones que soliciten.

La cuestión financiera es la que más preocupa á los gobernantes de la nueva República cubana. Buscan recursos á todo trance, porque sobre las atenciones propias de un estado soberano, hay que satisfacer las exigencias de los que tomaron parte, con las armas, en la pasada guerra, y piden sueldos ó recompensas que se les ofrecieron. Se ha acordado hacer un empréstito de 35 millones de pesos para pagar al disuelto ejército revolucionario y para estimular ó favorecer los trabajos del campo. Pero resulta que ese ejército fué tan numeroso que, si se presta crédito á todos los que reclaman algo, debió pasar de 60.000 combatientes. División hubo de 500 á 1.000 hombres, que ahora, cuando se trata de cobrar, aparece con un cero más á la derecha. Todos se llaman á la parte, y se pretende que entre los individuos del ejército libertador que no disfrutan destino público se reparta, desde luego, el excedente de casi dos millones de pesos con que se ha saldado el último presupuesto.

La situación económica es, pues, difícil; de aquí impuestos generales y provinciales; gravámenes sobre cerillas fosfóricas, cigarros, licores y otras materias; disgusto en la Habana y cierres de establecimientos comerciales, y por fin, propósito de restablecer la tan odiada lotería, á la que tanta afición, sin embargo, tienen muchos cubanos, como lo demuestra el hecho de que, después de abolida por los yanquis, se han venido introduciendo en la isla billetes de la lotería española y de otras extranjeras. Y la verdad es que si el dinero cubano ha de favorecer á los demás Estados ó á sus empresas loteras, vale más establecer la lotería nacional cubana y aprovechar, en beneficio propio, la afición de los jugadores.

***

La *Gaceta* oficial de Honduras nos trae el manifiesto dirigido á los hondureños por el presidente constitucional de la República, general D. Manuel Bonilla.

Empieza dedicando un recuerdo á los ilustres padres de la patria que organizaron la República federal de Centro América, y termina declarando su propósito de estrechar los vínculos con las Repúblicas vecinas y hermanas, las que en unión de Honduras formaron la antigua federación. «Centro América, dice, podrá volver á ser lo que fué si las secciones disgregadas se aproximaran, cada vez más, por la unificación de intereses y la analogía de instituciones. Y si á esto se agregan medios de comunicación que nos pongan en contacto inmediato con todos los centroamericanos, entonces podría decirse fundadamente que estaba restaurada la Nacionalidad; entonces no habría más que convertir *el hecho en derecho*, y la obra quedaría concluída. Allá debemos encaminarnos, en la justa confianza de que llegaremos al fin propuesto. Esta es mi esperanza, y es al mismo tiempo el ideal de la juventud hondureña.»

***

Las últimas noticias de Venezuela son muy satisfactorias. Matos se da por vencido, depone las armas y lanza un manifiesto declarando que se halla dispuesto á reconocer el gobierno de Castro, á condición de que éste ofrezca amnistía y garantías de seguridad á todos los que tomaron parte en la revolución.

Muchos venezolanos atribuían la frecuencia de las guerras civiles y especialmente el conflicto con Alemania é Inglaterra á la excesiva ingerencia que los extranjeros tienen en la vida política y financiera de la República. Para evitar este peligro en lo sucesivo, dictó el gobierno, en abril último, un decreto que ha caído como una bomba sobre los extranjeros residentes en Venezuela.

Según dicho decreto, los extranjeros domiciliados ó transeuntes no deben mezclarse en los asuntos políticos de la República, ni en cosa alguna referente á ellos, y en consecuencia, no podrán formar parte en sociedades políticas, ni editar periódicos políticos, ni escribir sobre asuntos de política interior ó exterior del país, ni servir oficinas ó empleos públicos, ni pronunciar discursos que de alguna manera se refieran á la política nacional. El que contraviniere estas disposiciones será inmediatamente expulsado.

Si con ellas se evita un daño, acaso se producirá otro mayor, pues es posible que cesen ó disminuyan considerablemente la inmigración y la introducción de capitales en la República.

***

En las elecciones presidenciales del Perú han triunfado los partidos constitucional y civilista aliados contra los demócratas. Ha sido elegido presidente el jefe del partido civilista D. Manuel Candamo, y vicepresidentes primero y segundo un constitucional y un civilista. Candamo es presidente de la Cámara de Comercio de Lima y ha sido alcalde de esta ciudad y presidente del Senado. Es hombre de unos sesenta años y se distinguió mucho en la guerra del Pacífico. Entrará en funciones el próximo septiembre.

***

Los últimos días de mayo y primeros de junio fueron de solemnes fiestas en Buenos Aires y en Montevideo.

Llegó al Río de la Plata numerosa delegación de jefes del ejército y de la armada de Chile, presidida por el vicealmirante Montt, que iba á devolver, en nombre del gobierno y pueblo chilenos, la cortés y cordial visita de la Comisión que el presidente argentino envió á Valparaíso y Santiago con motivo de los recientes tratados de paz y arbitraje.

Es indescriptible el entusiasmo que en aquellos días de mayo reinó en Buenos Aires. Y causa, ciertamente, había para ello; las dos grandes Repúblicas del Sur de América que no ha mucho se armaban una contra otra, se unían en fraternal abrazo. Ya no hay duda de que la paz está hecha, decía un periódico de la capital argentina, *El País;* paz sólida é inconmovible, unión de pueblos, confraternidad de gobiernos. Se ha ratificado la alianza tácita entre los dos pueblos que, en adelante, harán causa común para la defensa de sus propios derechos é intereses, que son los derechos é intereses de la América meridional. Y al final de elocuente discurso exclamaba el presidente Roca: «Bastó un movimiento de sana y juiciosa inspiración para que las perspectivas de la lucha armada se alejaran para siempre... Los vínculos de la historia y de la raza han de completar la obra.»

El 2 de junio desembarcaban en Montevideo los comisionados chilenos; y el gobierno, las corporaciones y el pueblo uruguayos rivalizaron también en festejar y agasajar á sus huéspedes. Volvieron después éstos á Buenos Aires, y se renovaron las fiestas.

Chile había ido al Río de la Plata para dar público testimonio de su intimidad con las Repúblicas de una y otra orilla, y el Uruguay se prepara para hacer solemne demostración de afecto á la República vecina. Batlle Ordóñez, el presidente uruguayo, proyecta cordialísima visita al presidente argentino, y se propone á la vez demostrar que todos los partidos de su país se hallan identificados en las mismas aspiraciones de concordia interior y de fraternidad internacional, para lo cual han de acompañarle en su expedición á Buenos Aires las personas más caracterizadas en las diversas parcialidades políticas del Uruguay.

Estos son los caminos para llegar al complemento de la obra grandiosa á que aludía Roca. Pueblos que son unos por la raza y por la historia, unos tienen que ser también en todas las manifestaciones de la vida política. No hay, no debe haber intereses opuestos entre los pueblos de la América meridional. Menester es seguir por la senda emprendida, para afirmar y robustecer la solidaridad de las naciones del Sur de América, para darles incontrastable fuerza de acción y resistencia y llevar á todo el mundo el convencimiento de que la América del Sur es para los suramericanos.

R. Beltrán Rózpide.

PENSAMIENTOS

El hombre ocioso sólo se ocupa en matar el tiempo, sin ver que el tiempo es quien nos mata.

– El amor en el matrimonio, ese ensueño de los graves moralistas, es el patrimonio natural de las almas sencillas.

– Una novedad se aclimata pronto en nuestras costumbres cuando nos emancipa de un deber.

– Ninguna sociedad humana tiene el monopolio del vicio; cuando una capital se indigna por los escándalos de otra, las más de las veces es Sodoma denunciando á Babilonia.

– El alma humana, como el mar, tiene olas de fondo que antes de surgir con violencia apenas se revelan por los surcos de la superficie.

G. M. Valtour.

Allí donde el culto de Plutón prevalece sobre el de Minerva, hay que esperar que abundarán las bolsas llenas y las cabezas vacías.

Federico II.

Si un «pensamiento» de tres líneas no deja en vuestro ánimo la impresión de que podría consagrársele un capítulo, carece de valor.

Alfredo Thomereau.

ANTONIO ESTRUCH Y SUS CUADROS BÍBLICOS EXPUESTOS EN EL SALÓN PARÉS

Nuevo é interesante aspecto ofrece en estos momentos la periódica y regular manifestación artística de que es muestra y teatro el Salón Parés. En sus amplios paramentos no se destacan los estudios ó cuadros de caballete que con raras excepciones constituyen, desde hace algunos años, la permanente exhibición, que se acentúa y toma cuerpo á medida que disminuye el estímulo que antes alentara á nuestros artistas.

Antonio Estruch

De ahí que los grandes lienzos expuestos por el joven pintor Sr. Estruch revistan los caracteres de un verdadero acontecimiento artístico, así por su número y dimensiones, como por el tema escogido por el artista y por su recomendable ejecución. Trátase de diez composiciones de asunto ó carácter bíblico, puesto que representan otras tantas escenas ó acontecimientos de la vida de Jesús, y por lo tanto de otras tantas producciones distintivas por su doble aspecto histórico-religioso.

Difícil es la empresa acometida, pues el Sr. Estruch ha debido tener en cuenta que nuestra época exige otra significación de la que antes tuvieron esta clase de producciones, ya que informan otras ideas y precisan otras formas de producción. Esto no quiere decir que el pintor á que nos referimos haya resuelto por completo el problema planteado, pero sí es innegable que la manifestación que ha realizado es asaz interesante y digna de aplauso. La crítica podrá hallar con la punta de su cortante escalpelo puntos vulnerables, pero en cambio no logrará destruir con sus severos y apasionados juicios las condiciones y méritos que avaloran los cuadros. Podrá ser que el Sr. Estruch no haya podido, en sus representaciones, dar cuerpo y forma á la creencia de manera, según imponen las corrientes modernas, que se observe en ellas algo de aquella divina palabra, cuya luz inextinguible ilumina nuestro cerebro, flota en la inmensidad del espacio y vibra potente en nuestro oído, aportándonos consuelo y aliento para el espíritu; pero no cabe la menor duda que esos ideales son los que han alentado al artista y que éste ha logrado manifestarse como tal, ya que de otra suerte no hubiese podido resolver con tanto acierto sus composiciones, agrupar las figuras y trazarlas con la corrección y seguridad que en varias de ellas se observa, avalorando el todo con la hermosa y castiza gama de su paleta.

La adoración de los pastores, cuadro de Antonio Estruch

Confesamos paladinamente que el esfuerzo que la exhibición representa nos ha sorprendido agradabilisímamente, y que esta impresión tomó cuerpo, se agrandó, al conocer los antecedentes del artista. Perteneciente á una modesta familia de Sabadell, recibió las primeras nociones de dibujo en su ciudad natal, ampliándolas después en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Su aplicación y aptitudes le reportaron una pensión, que le permitió proseguir en Madrid sus estudios; mas la circunstancia de haberle deparado la suerte un decidido protector, en quien se hallaban reunidas la fe del creyente y el entusiasmo que el arte le inspirara, permitiéronle trasladarse á París y Roma, en donde pudo estudiar las obras de los grandes maestros y recibir las provechosas enseñanzas de Benjamín Constant y de Paul Laurent. Posteriormente, y después de haber pintado para su bondadoso mecenas y amigo D. Francisco de P. Ponsá algunos cuadros de carácter místico y otro representando á Jesús y la Samaritana para el Museo Nacional de Chile, pudo realizar el anhelado deseo de visitar los lugares en donde se desarrolló el terrible drama que en-



Jesús en el templo discutiendo con los doctores de la ley, cuadro de Antonio Estruch



Bautismo de Jesús, cuadro de Antonio Estruch



Jesús en el desierto, cuadro de Antonio Estruch



Entrada de Jesús en Jerusalén, cuadro de Antonio Estruch



Jesús y la Samaritana, cuadro de Antonio Estruch



Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, cuadro de A. Estruch



Jesús en el camino del Calvario, cuadro de Antonio Estruch

gendró la sublime idea, la santa doctrina que dió á la humanidad el lábaro de su libertad, de su esperanza y de su regeneración. Allí procuró empapar el artista su espíritu en cuanto evocara el recuerdo de Jesús; allí procuró vivir y sentir, y después de haber recogido los apuntes y estudios que se traducen en los notables cartones que sirven de complemento á la exhibición, emprendió la ardua tarea de ejecutar los grandes lienzos que motivan estas líneas, algunos de los cuales reunen, entre otros méritos, el de reproducir en sus fondos escenas, lugares y construcciones, la naturaleza, en fin, de aquel país, abrillantada por derroches de luz que acusan los tonos y dan mayor vida y grandeza á las creaciones.

Bien haya el joven artista que tales armonías nos permite admirar, y bien haya quien generosamente le ha prestado su apoyo. A uno y otro, al par que nuestros parabienes damos expresivas gracias por haber autorizado la reproducción en nuestras páginas de tan notables obras.

A. García Llansó.

BOHEMIA

No sé por qué aquel día los dos amanecimos tristes, muy tristes, sintiendo un desperezo de cansancio en nuestro espíritu y un frío de vejez en nuestra alma. Los dos amanecimos tristes, muy tristes, como si en una sola noche hubiésemos vivido un mundo de amarguras, una vida de infortunios, de miserias, de lágrimas.

Triste, muy triste, mi pobre Call, mi escéptico bohemio apilaba sobre la mesa los pocos libros que nos quedaban en el cuarto, el único patrimonio de que disponíamos para toda una vida, el resto de un caudal de arte que á pedazos habíamos deshecho..., el último mendrugo de pan que nos tiraría á la cara la mano perversa de aquel librero que como un salteador de caminos nos robaba á sabiendas el más preciado de los tesoros, el tesoro de las inteligencias.

Para la acción de estos crímenes, para vender como unos miserables el caudal del genio, Call y yo nos habíamos sometido á un sorteo riguroso, á toda ley, y el pobre ejecutor volvía siempre rojo de vergüenza como criminal arrepentido, y triste, muy triste, cargado á su conciencia el pesado fardo de sus remordimientos.

Call era aquel día el condenado á perpetrar el crimen, á firmar la venta, era el verdugo de nuestros mártires, el que entregaría al bandido el oro de las páginas por la asquerosa manotada de calderilla.

Con el envoltorio bajo el brazo, mi escéptico bohemio me dejó al salir su diabólica mueca de siempre, la irónica sonrisa de sus amarguras, aquella mueca suya, que era una carcajada fúnebre, un chasquido de lágrimas, el sordo gemido de un alma tísica, el borboteo de jugo salitroso que subía á nublar el cristal cetrino de sus ojos enfermos...

. . . .

En lo más apartado, en lo más hondo, en el último rincón del Retiro, allí pasábamos Call y yo la mitad de la vida, allí vivíamos de día entregados de lleno á nuestras largas horas de solitario recogimiento. Siempre solos, siempre tristes, allí esperábamos las noches, las eternas y majestuosas noches de nuestras desventuras; allí veíamos morir las tardes, las tardes cálidas y templadas, calurosas y ardientes del estío...

Echado indolentemente sobre mi banco, vi á Call que con paso lento y perezoso avanzaba hacia mí por una senda cercana.

Al verle el envoltorio me estremecí, no sé si de alegría ó de miedo, pero, por lo menos, de duda.

Call me dijo con su horrible mueca:

– Tus novelas..., mis cuentos..., ¡bah!, ¡qué chasco!, ¡qué risa!, no los quieren, no sirven, no tienen *firma*... Los obreros del montón, los anónimos, no comen, ¡qué risa, qué risa!..

Y empezó á recitar una estrofa volteriana que á mí me hacía mucho daño.

. . . .

Acababa la tarde. Allá en la lejanía vestíase de negro la roja puesta del sol. El gris plomizo del horizonte recogía sus tonos multicolores entre los pliegues de un manto de estrellas que brillaban con el mariposeo de lucecitas blancas sobre bullones de terciopelo; frescas bocanadas de aire desplegaban el rizado ramaje de la arboleda, sobre cuyos troncos resecos apoyábanse nuestros bancos. El ritmo divino de la Naturaleza regalaba nuestros oídos con la plácida estrofa del anochecer. A intervalos llegaba hasta nosotros un rumor perfumado de voces lejanas: era el baho lujuriento del Madrid de las caricias, del Madrid *á las seis de la tarde*... Hasta los rezagados paseantes habían desaparecido; estábamos solos...

Mi pobre bohemio seguía abismado, fija la mirada en el libro de sus poemas, de nuestra vida negra... Yo no sé lo que pensaba Call, no sé dónde leía; pero su libro era mi libro, su leyenda era también mi leyenda... Sí, pensábamos en algo muy grande, inmensamente grande; en algo muy conmovedor, muy hondo y muy apartado de la vida... Mirando al horizonte pensábamos en el calvario de aquel Nazareno que cayó tantas veces aplastado por el peso de su gigante Cruz... Pensábamos en el gran reguero de sangre que derramó Jesús hasta llegar al Gólgota... Pensábamos en el Hombre de la pupila inmensa, en el coloso y Divino Maestro, pensábamos en Dios...



La Resurrección, cuadro de Antonio Estruch

. . . .

Un latigazo de nervios nos despertó de aquella especie de letargo en que yacíamos. Ligeras gasas de humo flotaron en el espacio, deshaciéndose como girones azules de un ramo de esperanzas... La segunda detonación vibró más potente, más llena; otra vez volvieron á esfumarse las gasas rizadas de negro, y entre el elegíaco aleteo del viento pareció cernerse el triste gemido de una agonía.

Call y yo nos miramos con asombro.

Un guarda que corría por nuestro lado nos contestó, jadeante y sin detenerse:

– Ha sido ahí, á la izquierda, á la bajada de ese cuadro de sensitivas...; corramos, corramos...

Y nos reunimos al guarda.

Allí estaba, tendido sobre el cuadro de verdes flores y casi cubierto por el rojo sudario de la sangre suicida. La luna, siempre generosa y espléndida, enviaba su destello de plata que como beso de luz reflejábase en el rostro destrozado del muerto, un hombre que tendría unos veinticinco años, sin salud, sin carnes y casi sin ropas.

Nadie le conocía. Dijeron unos que un *golfo*, uno del hampa... Otros que un honrado joven que meses antes vestía bien y frecuentaba Fornos. Al fin se supo que era un cubano, un anónimo, uno del montón, un pobre guarismo de la gran aritmética social.

Volvimos de noche. A nuestro paso, en lo alto de una acacia, un pajarraco nocturno entonaba su canción vespertina como salmo de vigilia al suicida de aquella tarde.

Por el camino me decía Call:

– Un cubano, un anónimo, un mísero guarismo de la tabla mundana, *uno* de nosotros, que en el último grado de tisis del espíritu buscó la puesta de sol para escribir sobre la alfombra de sensitivas el epílogo de su vida bohemia con el terrible plumazo de dos balas de revólver.

Y aquella noche, en el silencio de nuestro cuarto, sorprendí á Call que entre dientes decía una oración por el pobre suicida del Retiro.

Y acaso aquel claro destello que como un átomo de luz vi brillar en la obscuridad de su alcoba, fuera el último verso de la plegaria, alguna lágrima deshecha silenciosamente en la turbia retina de sus ojos enfermos...

Alberto Carrasco.

COSAS DE LA GUERRA

De tanto en tanto pasaban por aquel pueblecillo batallones y regimientos que llenaban casas y calles con el alegre clamoreo de la juventud despreocupada y saludable que, desafiando afanosos constantes peligros, ve llegar un día de paz y descanso, y promete dar á su espíritu grato esparcimiento. Aquellas oleadas de bullicioso regocijo parecían vivificar al pueblo, de donde huyó la gente moza absorbida por la guerra, que no dejó en él sino viejos agobiados por la pena más que por los años, madres llorosas y muchachas á quienes la soledad aburría.

La Flor de Loto era el nombre de la única posada del pueblo, y la razón de que fuera bautizada con tan poético nombre cosa es que no pude averiguar; mas como no es detalle imprescindible, conténtese el bondadoso lector con saber que Rosa María era la encargada de servir á la parroquia, formada por algunos viejos que al anochecer reuníanse en *La Flor de Loto* para apurar algunos vasos de vino y hablar de la guerra. Y eran tan descabellados y fuera de tino los hechos y cosas que se referían, que hubieran provocado la hilaridad de quienes no participasen del entusiasmo rudo de aquellas buenas gentes, que desde el portalón de la posada en invierno y desde el jardín en verano pretendían arreglar á Francia.

Rosa María movía su cuerpecillo grácil con agilidad, deslizándose rápida y silenciosamente por entre los bebedores, para los cuales no le faltaba nunca una palabrita dulce y una sonrisa más dulce que la palabra.

¡Y que no estaba angelical y seductora Rosa María con su delantal blanco como la nieve no hollada, y su carita limpia, y sus ojos charloteros y chispeantes, y la sonrisilla de su boca diminuta, sonrisilla que daba á su cara encanto inconcebible!..

¡Vamos, que daba gozo mirarla y era todo lo bueno que hay que ver en el mundo!

Esto lo aseguraba Federico, un muchacho delgaducho y enclenque que no pudo tomar las armas porque su escasa salud no le permitía otra cosa que comer muy poco y sin ganas, pasar las noches desvelado por una tos pertinaz que le robaba el sueño y las fuerzas, y los días al sol, tumbado perezosamente boca arriba, fija la mirada melancólica de sus grandes ojos en el infinito y el pensamiento en Rosa María, por la que hubiera sido capaz de todos los sacrificios imaginables, puesto que era tan buena y tan piadosísima que le quería con delirio tal y como se encontraba de inútil que no valía para nada bueno.

Verdad es que tales amores databan de cuando Federico era un mozo cabal y hombre fuerte y robusto. Ella había visto muchos amaneceres contemplándole embobada y jurando amarle siempre con todas las fuerzas de su alma.

Cuando más dulce era aquel idilio y más felices se las prometían nuestros enamorados, llegó un día de triste recordación: el fuerte y saludable muchacho cayóse en la escalera de su casa con un saco de tigro á cuestas, que subía al granero, y la caída le dejó lisiado.

Federico tuvo que guardar cama muchos días, y al dejarla, el médico le aseguró, para no desesperanzarle, que tardaría mucho en volver á ser lo que había sido.

Con tan tristísimas noticias fuése á ver á su amada, que le encontró desfigurado.

Y allí fueron las lágrimas y las congojas angustiosísimas de ella, la renovación de los juramentos de fidelidad y amor eterno, las súplicas de que se cuidase bien y un beso (el primero) largo y gimiente,

que probaba evidentemente al muchacho que el amor de Rosa María era algo más que palabras y promesas.

A todo esto siguieron las oraciones fervientes de la preciosa niña, que rogó incansable á la Virgen por la salud de Federico, ofreciendo ir en peregrinación al santuario y recorrer de rodillas muchas veces la iglesia si curaba al muy amado, aunque no le dejase tan hermoso y robusto como antes de la caída.

Federico renegaba.

¡Dios santo! Y poco que sufría él con aquella poquedad de fuerzas que le consumía, y aquel desmadejamiento y aquella fatiga pertinaz que le ahogaba... ¡Vamos, que ser hombre y estar en el mundo para eso: para no servir para nada!.. ¿Y todo por qué? ¡Si daba risa la cosa! Por haberse caído con un saco de trigo... ¡Dios, vaya una rareza! Un hombre vive y está robusto y se cree invencible, y un día tropieza y ya no hay hombre. ¡Mira que eso!

Y aquella era la verdad. Él podía atestiguarlo. ¡Si parecía mentira que uno fuese tan poca cosa!

Lo que más daño causaba á Federico era que hablando de la guerra y de los mozos del pueblo que fueron á tomar las armas, le preguntasen:

– Y tú, ¿por qué no vas?

– ¡Caramba! Porque no puedo moverme. ¡Ni trabajar media hora seguida puedo!

Y se lamentaba de que su padre, viejo y todo como estaba, tuviese que trabajar para auxiliarle, mientras que él le miraba cruzado de brazos ó recostado en la hierba, recibiendo la ardiente caricia del sol que le fortificaba aunque paulatinamente.

También sufría lo indecible Federico cuando pasaba por el pueblo algún regimiento y la posada *La Flor de Loto* se llenaba de oficiales alegres y decidores que piropeaban á Rosa María, propasándose á veces á atrevimientos que ponían en peligro la castidad de su adorada; pero ella, sonriente siempre, esquivaba chicoleos y caricias, y cuando algunos se ponían excesivamente tercos, encargaba al amo de la posada, quien la quería como á hija, que continuase sirviendo á los atrevidos, mientras ella le substituía en la cocina.

En una ocasión se disponían á comer unos oficiales en el patio de la posada, y al aparecer Rosa María con una cazuela en la que humeaba apetitoso guiso, uno de los comensales, aprovechándose de que la muchacha no podía defenderse con las manos, quiso darla un beso, caricia que evitó ella con movimiento rápido de cabeza y uno de los oficiales conteniendo al atrevido galanteador. De resultas de aquella escena hubo una cuestión entre Federico y el oficial, que á poco termina en duelo.

Lo que no sucedió en el pueblo en mucho tiempo acabó por ocurrir. Parte del ejército enemigo estaba á la vista y se dirigía á él. La alarma fué inmensa. Habíanse contado infinitas atrocidades de la guerra para que dejasen de sentir miedo y angustias inconcebibles. Para colmo de males no había en tan críticos momentos quien defendiese aquellas cuatro casas. Todos estaban alborotados y ninguno sabía qué hacer para aprestarse á la defensa.

En la posada la animación era extraordinaria; todos hablaban á la vez sin entenderse.

Rosa María, pálida y temblorosa al ver pálidos y temblorosos á los demás, escuchaba con la boca abierta las terribles predicciones de los más cobardes. Federico, á su lado, la contemplaba con ojos brillantes, envidiando la suerte de los que saludables y robustos podían luchar. Veía el miedo retratado en las lindas facciones de su adorada y sentía crispaciones de nervios y rabia inconmensurable hacia los que la hacían estar temerosa y encogida.

Luego, como quien acaba de tomar una resolución heroica, acercando su cara á la de la joven dijo:

– Rosa María.

– ¿Qué?

– No tengas miedo, no tiembles; que estoy yo aquí.

Y había tal decisión y valentía tanta en sus palabras, que Rosa María, á pesar de verle tan débil y para poco, se sintió más tranquila y apretó nerviosamente la mano de su novio diciendo:

– ¡Ya lo sé, Federico, ya lo sé!

La noche avanzaba; las tropas enemigas debían encontrarse á cuatro pasos del pueblo, y aquellas pobres gentes, conociéndose débiles y desarmadas, determinaron internarse en los montes inmediatos y esperar allí los acontecimientos.

Así se hizo, y el último grupo que salió del pueblo lo formaban Rosa María, el amo de *La Flor de Loto*, Federico y su padre. Los dos viejos iban delante todo lo de prisa que podían, acosados por el miedo, sin cuidarse de nada, con el egoísmo de los cobardes. Federico detrás dando la mano á Rosa María, que temblaba.

La luna brillaba en el cielo y alumbraba la huída de aquella indefensa y acobardada gente pacífica, la fuerza del enemigo les abrumaba. Los más valientes apretaban los puños con rabia al considerar su impotencia: lo más florido del pueblo estaba en la guerra, y entre los que huían apenas hubieran podido reunirse media docena de hombres capaces de soportar un día de lucha y de fatigas. Los demás eran viejos, mujeres y niños, y todos estaban desarmados.

Federico empezó á fatigarse. Las emociones del día y aquella caminata le habían producido angustioso cansancio; su padre y el posadero les habían adelantado mucho.

El miedo les hizo olvidarse de todo.

– Rosa María. Anda, vete con ellos; yo seguiré despacio y ya os alcanzaré.

La muchacha dijo que no. ¿Cómo iba á abandonarle? No, no era posible.

Él instaba: si estuviera fuerte y robusto como en otros tiempos, nada le importaría á él, porque tenía valor de sobra para defenderla; pero ¡encontrándose como se encontraba!..

Tuvo que sentarse á descansar. Rosa María se sentó á su lado. Tenía entre las suyas la mano derecha de Federico y la notaba calenturienta y sudorosa. El mozo miró hacia el pueblo que quedaba allí lejos, acariciado por la tibia luz de la luna, abandonado. ¿Por qué no estaría él bueno y en la guerra?

Ver aquello le causaba un desconsuelo acongojante. A más, allí á su lado estaba Rosa María expuesta por él á todos los peligros. Si él no hubiera estado en el pueblo, ella estaría lejos, como los demás y libre de toda contingencia.

Como si le hubieran pinchado se puso en pie en un estremecimiento de todos sus nervios. Acababa de sentir los pasos de alguna persona que se acercaba sigilosamente: su amada le imitó. Cerca de ellos había un soldado enemigo, tal vez un explorador, quizá un imprudente que quiso reconocer los alrededores del pueblo á que acababan de llegar los compañeros.

La luna daba de lleno en la carita fina y delicada de Rosa María; presentábase á la vista como un ángel ó como misteriosa hada de la noche.

Tal impresión causó en el soldado, que sin fijarse en Federico quedó un momento contemplándola, y después, aguijoneado por el deseo, extendió sus brazos hacia la débil niña.

Federico lo olvidó todo; su falta de fuerzas, sus fatigas, sus desalientos, y con ímpetu salvaje se abalanzó hacia quien pretendía quitarle lo que para él era más que el mundo entero.

La lucha fué breve; los combatientes rodaron por el suelo. El mozo apretaba con fuerza la garganta del enemigo, que sorprendido no supo defenderse. Rosa María, espantada, sin fuerzas para gritar, los contemplaba con los ojos muy abiertos. Quiso hacer un esfuerzo para ayudar á su amado y no pudo moverse; estaba alelada y fría como el mármol.

Por fin sintió que Federico la cogía por un brazo y le decía:

– ¡Vamos!, ¡de prisa!

– ¡Federico!

– Andando; no hay que perder tiempo, pudiera volver en sí...

Y corrieron durante algunos minutos, internándose en el monte, apoyados el uno en el otro.

Por fin se detuvieron. El mozo se dejó caer en el suelo sin fuerzas; Rosa María se sentó junto á él y le hizo apoyar la fatigada cabeza en su falda.

– ¿Te sientes mal?, le preguntó.

– No, Rosa María; nunca estuve mejor ni más contento; á pesar de no valer para nada, te he servido de algo... Oye, hasta me alegro de la caída que dí y que me inutilizó; porque si hubiera estado bueno y en la guerra, ¿qué hubiera sido de ti esta noche?

La luna derramaba sus rayos sobre el grupo que formaban y parecía acariciarlos suavemente.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujo de F. Mota.)

Uno de los comensales, aprovechándose de que la muchacha no podía defenderse con las manos, quiso darla un beso...



Danza española, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



Hojas caídas, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



Abandonados, cuadro de Luis Nono. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

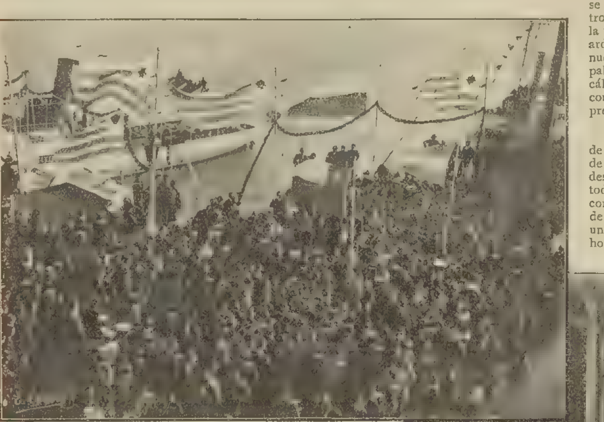


Junto al canal, cuadro de Héctor Tito. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

CONFRATERNIDAD AMERICANA

DELEGADOS CHILENOS EN EL URUGUAY

Las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, cuya reputación de turbulentas han explotado en Inglaterra y Norte-América los que tienen interés en calumniarlas para medrar mejor al



República O. del Uruguay. – Montevideo. – Llegada de los delegados chilenos (de fotografía de E. Crosa, remitida por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de Cuspinera, Teix y C.ª)

amparo del descrédito, acaban de dar al mundo entero el espectáculo hermoso de la iniciación de una era de acercamiento é inteligencia, que ha desvanecido para siempre las alarmas y terrores de futuros conflictos, cuyos pretextos eran las cuestiones de límites que, desde la época de la emancipación de la metrópoli, habían persistido por la falta de verdadera orientación en materia internacional.

En efecto, ha bastado que los gobiernos sudamericanos interesados en los litigios se propusieran seriamente resolver las dificultades que alejaban á sus respectivos países, por medio del arbitraje, para que las repúblicas argentina y brasileña, en primer término, zanjaran el pleito secular de las Misiones, y tiempo después, la primera de las precitadas repúblicas y la chilena dirimieran pacíficamente, por laudo arbitral, el no menos secular litis sobre quién tenía mejores derechos á la posesión del inmenso é inexplorado territorio de la Patagonia.

Conviene no olvidar que, con anterioridad á la realización de los pactos que acaban de sellar la paz entre las mencionadas naciones, la República del Uruguay dió un ejemplo sin precedentes en los fastos históricos del derecho público, devolviendo al Paraguay los trofeos que le tomó cuando la guerra de «la Triple alianza» contra el mandatario López, y dando por chancelada la deuda impuesta como contribución de guerra.

Dicho acto de desprendimiento, aunque hasta la fecha no haya sido imitado por los aliados del Uruguay en aquella cruenta y desoladora campaña – que, dicho sea de paso, costó al Paraguay su poderío como potencia de primer orden entre las naciones de la América latina, – ha tenido como consecuencia la presentación de un proyecto de ley en el Congreso argentino, á fin de que este país imite al uruguayo en su conducta generosa para con el pueblo vencido.

Las guerras internacionales no son hoy por hoy posibles en Sud-América. Pueblos y gobiernos, todos están plenamente convencidos de la necesidad imperiosa de la paz, para desarrollar las ingentes riquezas que encierra el continente colombiano y para hacer de él uno de los poderosos y activos agentes de civilización latina en el mundo.

Inspiradas en esta plausible tendencia y quizás también en la urgente necesidad de estrecharse, previendo contingencias ulteriores, dadas las ambiciones desmedidas y la falta de escrúpulos de algunas potencias europeas – como lo han demostrado Inglaterra, Alemania é Italia en su reciente ataque á Venezuela, – las Repúblicas de Chile, la Argentina, el Brasil y el Uruguay fraternizan en fiestas y regocijos públicos, de resonancia mundial.

Una representación del gobierno del Sr. Riesco devolvió al gobierno del señor general Roca la visita que la delegación argentina hizo al pueblo chileno para el canje de los pactos y acuerdos últimamente firmados y ultimados, y ambas visitas han dado origen á intensas y espontáneas manifestaciones de alegría en Santiago y Buenos Aires, en cuyas capitales autoridades y muchedumbres han rivalizado en obsequiosidad y cultura y han recibido á sus huéspedes con recepciones verdaderamente grandiosas.

Los comisionados chilenos, con motivo de su viaje y estancia en Buenos Aires, hicieron una visita de dos días al gobierno y pueblo uruguayos, quienes, con esa hidalguía propia de la raza de que descienden, recibieron dignamente á los delegados de la gran República del Pacífico.

La recepción que el público montevideano tributó á la Comisión chilena fué tan cordial como entusiasta. Miles de personas, á cuyo frente iban las primeras personalidades del país, esperaron en los muelles el desembarco de los chilenos y les acompañaron al domicilio que se les había destinado, en medio de vítores y aplausos calurosos y ostentando en el pecho cada manifestante una escarapela con los colores combinados de las banderas chilena y uruguaya.

En el lujoso hotel donde aquéllos se hospedaron se celebró en la mañana del día de su arribo – 2 de junio último – el banquete que en obsequio de los visitantes dieron los ministros de la Guerra y de Relaciones Exteriores, general D. Eduardo Vázquez y doctor D. José Romeu, con asistencia del cuerpo diplomático y de miembros de la magistratura y del ejército.

En la noche del mismo día, el Excmo. presidente Sr. Batlle y Ordóñez obsequió al vicealmirante Mont y al general Vergara, jefes de la delegación, con un espléndido banquete en el Palacio de Gobierno, en cuyo acto cambiáronse significativos discursos, en los que se hicieron resaltar la cordialidad estrecha de relaciones que siempre ha unido á la patria de O'Higgins y á la patria de Artigas, y se hicieron votos entusiásticos por la confraternidad de todos los pueblos de la América del Sud.

A esta fiesta siguió el magnífico baile que lo más selecto de la sociedad montevideana dió en honor de sus huéspedes en los suntuosos salones del «Club Uruguayo,» fiesta hermosísima por lo escogido de la concurrencia, el lujo desplegado y la magnificencia del decorado.

El miércoles 23, último día de los señalados para la estancia en Montevideo de los Comisionados, agasajóseles con un banquete popular en el gran salón de actos públicos del Ateneo, la primera y más acreditada institución científica del Río de la Plata. Entre los discursos pronunciados en tal ocasión, sobresalió el del elocuente tribuno é inspirado poeta doctor don Juan Zorrilla de San Martín, ex Ministro de la República del Uruguay cerca del gobierno español.

La fiesta hípica y el vivac militar que debían realizarse como término de los festejos, según el programa oficial, no pudieron llevarse á cabo por lo desapacible y lluvioso del tiempo.

Tales son, reseñadas á la ligera, las fiestas con que el pueblo del Uruguay obsequió á la delegación de Chile, y de algunas de cuyas fiestas dan idea los grabados que lucen en el presente número, reproducciones de las fotografías con que se han servido favorecernos los señores Fillat y Crosa, inteligentes colaboradores de esta publicación. – Historicus.



Banquete celebrado en el palacio del Gobierno en honor de los delegados chilenos (de fotografía de Fillat, remitida por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de Cuspinera, Teix y C.ª)

NUESTROS GRABADOS

Danza española, cuadro de Ignácio Zuloaga. – Entre los actuales pintores españoles pocos han conseguido en los principales centros artísticos extranjeros el éxito brillante que ha logrado Ignacio Zuloaga: en Francia, en Alemania, en Austria, en Italia, en Inglaterra, su firma se ha impuesto y la crítica juzga sus obras, que el público admira, como se juzgan las de los grandes maestros. Se comprende, porque en los cuadros de nuestro ilustre compatriota hay verdadero genio; las figuras se salen, por decirlo así, de la tela; sus cuerpos se mueven y respiran, sus rostros hablan, sus ojos abrasan con sus ardientes miradas y en todas palpita la vida exuberante de las razas meridionales de nuestra tierra. Y en cuanto á colorido, es poco cuanto se diga de la riqueza de la paleta de Zuloaga, cuyo pincel combina de una manera maravillosa las tintas más cálidas, los tonos más enérgicos, los matices más armónicos, formando todo ello un conjunto que causa en los ojos y en el ánimo de quien lo contempla una de esas impresiones profundas que jamas se borran.

Hojas caídas, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca. – El sentimiento de tristeza que de este lienzo se desprende responde perfectamente al pensamiento de su autor: el celebrado pintor italiano, al presentarnos esos grupos de ancianos desvalidos incapaces ya de continuar la lucha por la existencia que ha consumido todos sus esfuerzos, ha querido reproducir en toda su sombría realidad uno de los más conmovedores aspectos de la vida del hombre, y para ello ha buscado todos los medios de expresión que podían contribuir al efecto por él concebido. Por esto ha escogido un paisaje de otoño, de esa estación tristísima en que agoniza la naturaleza, y una hora de tan suprema melancolía como aquella en que las sombras invaden la tierra.

Abandonados, cuadro de Luis Nono. – Hay en los cuadros de este autor un fondo dramático que emociona tanto más intensamente cuanto que los asuntos están tomados de la vida real, son eminentemente humanos, y por ende mueven directamente nuestro corazón; pues sabido es que las ficciones, por aparatosas que sean, nunca logran conmovernos como la más sencilla nota triste arrancada de la realidad. ¡Cuántas veces habremos sentido despertarse en nosotros un impulso de piedad al pasar junto á un grupo de niños abandonados como el que en su bella obra ha pintado el celebrado artista italiano Luis Nono! Precisamente por esta razón, al ver ahora reproducido en la tela el lastimoso espectáculo, se reproduce también en nosotros el sentimiento de compasión que su contemplación nos causara. Justo es decir que para que tal efecto se produzca es preciso que el artista ponga mucho de su parte, que haya estudiado el asunto, no sólo con los ojos, sino también con el alma, y que al trasladarlo al lienzo sepa traducir la impresión recibida como ha sabido traducirla el autor de *Abandonados*.

Junto al canal, cuadro de Héctor Tito. – La Venecia que en esta obra nos presenta Héctor Tito no es la poética ciudad de las lagunas, envuelta en una atmósfera de leyendas y tradiciones, poblada de suntuosos palacios, habitada por nobles patricios que nuestra imaginación se complace en evocar; el artista, huyendo de los barrios aristocráticos, de los grandes canales, de lo que podemos llamar la Venecia del turista, ha querido poner ante nuestros ojos un rincón apartado de la denominada perla del Adriático, y por ello es digno de alabanza, ya que, sin que sea nuestro ánimo censurar ni mucho menos á los que de distinto modo proceden, creemos que hacen una buena obra todos los que procuran dar á conocer bajo nuevos aspectos aquello que la generalidad se ha acostumbrado á ver bajo uno solo, sobre todo tratándose de un asunto que tan variados y tan bellos los ofrece.

Estudio para el cuadro «El hombre» de Lesser Ury. – En el número 1.121 de La Ilustración Artística dijimos algo acerca de este famoso pintor berlinés, haciendo notar, entre otras cosas, que cultiva los más diversos géneros y que en todos se muestra consumado artista. Si nuestros lectores comparan el estudio que en la página 471 publicamos, con el cuadro *En el café* que en el citado número reprodujimos, verán cuán exactas eran nuestras afirmaciones. No pueden darse dos obras más distintas, mejor diremos más opuestas; una, toda elegancia, toda suavidad; otra enérgica, dura; aquélla de factura elegante, de trazos finos y correctos, de dulce colorido; ésta de líneas acentuadas, de vigorosos rasgos, de color sombrío. Y á pesar de esta oposición, ambas son obras de sin igual belleza y en ambas brilla la llama del genio y se admiran los conocimientos técnicos del pintor.

Escultura decorativa de Miss E. M. Rope. – En este género escultórico no hemos de buscar la profundidad del concepto ni las dificultades de ejecución; basta que haya elegancia y corrección de líneas para que la obra llene su cometido. Y desde este punto de vista, el relieve de Miss Rope cumple perfectamente los fines de la escultura decorativa.

En el Océano, dibujo de Juan Toorop. – Este dibujo del artista holandés Toorop entra de lleno en ese modernismo que algunos consideran como la última palabra del arte y muchos censuran por extravagante y despreocupado. Sin inclinarnos á unos ni á otros, haremos notar solamente que en medio de las extrañezas de concepto y de ejecución de la obra que nos ocupa, hay en los rostros de esas mujeres una expresión intensamente observada y muy bien reproducida.

La Noche, escultura de Rosa Silberer. – La celebrada escultora vienesa nos da en esta obra patentes pruebas de originalidad y de correcta y vigorosa ejecución: la imagen de la Noche por ella modelada tiene toda la majestad de esas horas solemnes en que las tinieblas cubren el espacio y la tierra y cuanto en la tierra vive se entregan al profundo reposo.



Sonia se sentó en el suelo...

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Volvió á su casa, se lavó con agua fresca los ojos enrojecidos y las mejillas ardientes, y salió al parterre, donde el príncipe fumaba un cigarro, esperando que despertaran los padres de Lidia.

Por regla general veía con gusto al príncipe, puesto que la admiración que denunciaban los ojos de éste halagaba su amor propio; pero aquella tarde un sentimiento de invencible temor la invadía al aproximarse á Armianof.

Éste, por lo contrario, jamás se había hallado más dispuesto á hablar con franqueza.

Si hubiese querido provocar una declaración, Lidia no hubiera imaginado nada mejor que aquella especie de reserva. Armianof, así que la vió, fué á su encuentro casi corriendo.

- ¡Buenas tardes, Lidia! Pensaba que no tendría el placer de saludarla hoy.

La víspera quizá hubiese contestado: «¿Tenía usted, pues, prisa por verme?» Hoy, ¿qué podía contestar? Con la cabeza inclinada balbuceó:

- Me paseaba por el bosque.

- Si lo hubiera sabido, hubiese ido á encontrarla, replicó el príncipe interpretando favorablemente para él la turbación de la joven.

Ésta le lanzó una mirada casi temerosa; pero la obscuridad creciente disimulaba el rubor de su rostro.

- Siento que haya estado usted esperando, dijo; no sé por qué no han avisado á mis padres.

- ¡No!, replicó vivamente el príncipe. No es por sus padres de usted por quienes vengo tan á menudo, señorita Lidia.

Esta vez hubiese querido contestar la joven con su coquetería de costumbre; pero pensando en Boris, pensando en el compromiso que con él la ligaba, desapareció la sonrisa que asomaba á sus labios.

- ¿Sabe usted por qué vengo con tanta frecuencia?, insistió el príncipe.

- No, murmuró Lidia con desesperación.

Comprendía que su porvenir estaba en sus manos: ¿qué haría de él?

- Entonces, se lo diré la próxima vez. ¡Qué raro, sin embargo, que usted que tan bien sabe adivinar otras cosas, no dé con la clave de lo que le digo!

Hablaba en tono mitad serio, mitad de broma. Con un poco de buena voluntad por parte de la joven, hubiese hablado en serio del todo; pero Armianof no advirtió esa buena voluntad, y como temía el ridículo y sabía que no bastaba ser rico y ostentar el título de príncipe para ser querido, no quiso adelantar más sin saber el terreno que pisaba.

- Es que algunas veces soy algo torpe, repuso Lidia.

- Entonces será preciso que le explique á usted esto con más detención, dijo el príncipe. Pero... me parece que veo á su mamá al extremo del jardín, y lo dejaremos para otro rato. Dígame usted, ¿dónde está Boris Ivanovitch?

Lidia sintió que la sangre se le agolpaba al rostro, y con voz apagada respondió:

- No está ya aquí.

- Ya lo veo, replicó el príncipe sonriendo; pero ¿dónde se oculta?

- Se ha marchado, contestó Lidia tratando de recobrar su sangre fría.

- ¿Se ha marchado? ¿Y adónde?

- A Moscou.

- ¿A Moscou? ¿Y por qué?

- Se ha disputado con mamá, contestó Lidia bruscamente.

La señora Goreline estaba cerca de ellos. Lidia dejó que se acercara y se apartó algo. Decididamente aquella situación era intolerable.

- Me han dicho que Boris Ivanovitch se había marchado, dijo el príncipe mostrando gran sorpresa ¿Ha sucedido algo de particular?

- No me hable usted de él, exclamó la generala lanzando una mirada colérica á su hija, que no pudo advertirla porque la noche casi había cerrado.

- Es un miserable, continuó la generala en tanto que se dirigían todos hacia la casa; no sé cómo he sido bastante ciega para traerlo aquí... Todos estamos expuestos á equivocarnos; pero esto me enseñará para lo sucesivo.

Armianof no podía volver de su sorpresa... De repente un rayo de luz penetró en su cerebro.

- ¿Ha cometido alguna acción poco delicada?, preguntó, sabiendo que á la generala podía preguntarle cuanto quisiera sin pasar por indiscreto.

- ¡La más infame de todas!, exclamó la señora Goreline con rabia; pero le ruego á usted que no hablemos más de él.

En esto entraron en el comedor, que estaba espléndidamente iluminado. Allí el príncipe advirtió en seguida el aspecto confuso de Eugenio, la faz sombría del general, la rabia que devoraba á su esposa, y sobre todo los párpados hinchados y enrojecidos de Lidia.

- ¡Torpe!, se dijo. ¿Cómo no he advertido que se amaban?

La impresión que le produjo aquel descubrimiento fué tan honda, que tuvo necesidad de toda su experiencia de hombre de mundo para disimularla. Afortunadamente sirvieron en aquellos instantes la comida, y con ella comenzó una conversación anodina é interrumpida por frecuentes pausas que le permitieron reflexionar.

Su primer pensamiento fué, no de pena por tener un rival, sino de cólera contra toda aquella familia.

– Se han burlado de mí, pensó; y el sorbo de te que tragaba le pareció amargo.

Las reflexiones posteriores que hizo le demostraron que ni el general ni su esposa tenían nada que ver en el asunto, pues habían despedido á Boris, y en condiciones que no debieron ser muy agradables para éste. ¿Quién, pues, le había burlado? ¡Lidia! Lidia, que acogía favorablemente sus galanterías en tanto que su corazón se hallaba ya ocupado por otra imagen.

Admirado de sentir más cólera que pesar, miró á Lidia, y casi le fué indiferente aquel hermoso rostro deformado por las lágrimas.

– No la quiero tanto como imaginaba, pensó; pero la verdad es que no está muy bonita después de haber llorado...

Estas y otras parecidas reflexiones que guardó igualmente para sí no contribuyeron por cierto á alegrar la comida; de vez en cuando alguno de los comensales hacía esfuerzos para animar la conversación, pero ésta volvía á decaer en seguida. Pretextando un fuerte dolor de cabeza, Armianof se retiró temprano. Al salir dijo:

– El Sr. Grebof me ha prestado libros que quisiera devolverle. ¿Sabe usted su dirección, general?

– Mi mujer la sabe, dijo el buen hombre sin desconfianza, en tanto que su cara mitad le echaba una mirada terrible.

– ¿Quisiera usted decírmela, señora?, preguntó cortésmente el príncipe á la señora Goreline.

– Creo que la he perdido, contestó ésta, decidida á dar antes una dirección falsa que á dejar que pudiera el príncipe entrar en correspondencia con el estudiante.

– Yo la sé, dijo Eugenio triunfante; la he leído sobre su maleta; calle de Jardines, número 84...

El chico sabía perfectamente que aquella oficiosidad le valdría un par de bofetones; pero le dolía haber causado la desgracia de su profesor, y aquello le parecía una reparación otorgada al joven.

– ¿Calle de Jardines, 84, en Moscou?, repitió el príncipe.

– ¡No!, interrumpió la señora Goreline con un relámpago de cólera en los ojos; esa es su dirección antigua. Se ha marchado de allí, y ahora vive al otro extremo de la ciudad; pero no sé dónde.

El príncipe miró á la generala y comprendió en seguida que no podría sacarle ninguna indicación. Se le ocurrió otra idea y no perdió tiempo para ponerla en práctica.

Se despidió, y media hora después su carretela se detenía junto á la entrada de su casa.

– ¡No desenganches!, gritó al cochero, que quedó inmóvil, como clavado en su asiento.

Saltó con presteza del carruaje, subió las escaleras, y ordenando á su ayuda de cámara que pusiera alguna ropa en una maleta, cogió un fajo de billetes de Banco y una hoja de ruta para que le dieran caballos de posta; pero se le ocurrió de pronto una duda y asomándose á una ventana gritó al cochero:

– ¿Está el coche en buen estado?

– Sí, Alteza.

– ¿Podría llegar hasta Moscou?

– Y hasta San Petersburgo, Alteza: lo he examinado esta mañana.

Armianof cerró la ventana, cogió la maleta y echándose una capa en los hombros bajó la escalera, diciendo á sus criados que le contemplaban sorprendidos:

– No sé si volveré dentro de media hora, ó mañana ó de aquí á ocho días. Estad preparados, de todos modos, como si debiera volver en seguida.

El príncipe no se anduvo en más explicaciones, y subiendo al carruaje se envolvió en su capa y gritó por la ventanilla al cochero:

– ¡A escape, hasta la casa de postas!

La carretela partió ligera como el viento.

Al llegar cerca de la estación, se vió, á lo lejos, una sombra negra que se movía pesadamente y que andaba con gran ruido de cascabeles.

Cinco minutos después el príncipe llamaba al maestro de postas.

– ¿La diligencia de Moscou?

– Acaba de partir en este momento, Alteza, contestó el funcionario con la cabeza descubierta.

– ¿Ha subido aquí un joven?

– Sí, monseñor, con una niña.

– ¿Con una niña?, repitió el príncipe sorprendido.

– Sí, monseñor; un campesino de vuestras tierras los trajo aquí.

– ¿De dónde venían?

– De casa del general Goreline.

– ¡Cuatro caballos de posta!, dijo el príncipe enseñándole su permiso, y aprisa. Me urge marchar.

Procuraron complacerle, pero no había suficientes caballos y tuvieron que ir buscándolos de casa en casa, lo que retardó hasta la una la hora de salida.


La diligencia de Moscou

– Di á mis criados que no volveré esta noche, dijo Armianof á su cochero en el momento en que éste, llevando los caballos de la brida, salió á despedir á su amo.

– Y yo, pensó en tanto que los caballos de su nuevo tiro emprendían el galope, voy á alcanzar á Boris. Si se ha portado mal con Lidia, le mato. Si se han portado mal con él, entonces veremos.

XIII

A pesar de la necesidad que tenía de despertarse en las paradas de posta para ajustar cuentas y para pedir noticias de la diligencia, Armianof pasó en un sueño las horas que siguieron á su partida. Al asomar los primeros rayos del sol, despertó de un profundo sueño, quedando sorprendido al contemplar ante sus ojos las paredes de un monasterio y las casas de una ciudad que parecía ser importante.

Recordó entonces que había viajado la mayor parte de la noche, despertándose y volviéndose á dormir tres ó cuatro veces; después de haberse desperezado bajó del carruaje y entró en la estación mientras verificaban el cambio de caballos.

– ¿Podrían darme razón de la diligencia?, preguntó.

– Mírela usted, respondiéronle señalando un punto negro que se divisaba á lo lejos.

– ¡Servidme el te, pero muy aprisa!, dijo por toda respuesta.

Y el príncipe se puso á pasear delante de la puerta para desentumecer las piernas. Engulló el te hirviente que le presentaron, metióse en el bolsillo dos ó tres panecillos blancos y tiernos que le ofrecieran las campesinas antes de bajar del carruaje, y dijo al cochero que estaba ya en el pescante:

– Alcanza la diligencia y te prometo que no quedarás descontento de mí.

Hizo el cochero chasquear el látigo, azuzó á las bestias con toda clase de ternos, y el carruaje, lanzado á toda velocidad, bajó rápidamente la cuesta de la ciudad; pero la diligencia llevaba mucha ventaja y Armianof no pudo alcanzarla.

Eran aproximadamente las diez cuando la pesada diligencia apareció como una masa movible en último término de un largo y recto trozo de la carretera.

– ¡Anda, arrea! ¡Alcanza la diligencia!, gritó el príncipe electrizado por aquella vertiginosa carrera; te doy cinco rublos si la alcanzas antes de la próxima parada.

Los cuatro caballos volaban mejor que corrían y parecía imposible que pudiesen sostener tan vertiginosa carrera.

Los dos carruajes iban acercándose por momentos, hasta que, por último, se alcanzaron.

– ¡Para!, gritó el príncipe al cochero de la diligencia.

– No puede ser; está prohibido que la diligencia se detenga, respondió el empleado fustigando á los caballos.

Armianof sacó un rublo del bolsillo y lo hizo relucir.

– ¡Yachka!, gritó al momento el cochero guiñando un ojo al conductor, mira la carretera, me parece que el caballo de la derecha se ha desherrado.

– ¡Sr. Grevof!, dijo el príncipe mientras que el conductor examinaba los pies de los seis caballos, los cuales no tenían ninguna falta, cosa que él sabía ya perfectamente.

Boris, admirado de oirse llamar en aquel paraje, sacó la cabeza y no pudo contener su asombro al ver al príncipe.

– Venga usted á mi carruaje, tengo que hablarle. Si no tiene usted inconveniente haríamos juntos el camino.

Boris bajó con presteza y subió á la carretela. Sonia seguía los movimientos de Boris con sobresalto, pero éste la tranquilizó con un gesto.

– ¿Estamos listos?, gritó el cochero.

– ¡Sí, arrea!, respondió el conductor.

Los dos carruajes lanzáronse juntos al trote.

Armianof no era partidario de andarse en preámbulos; por otra parte, Boris era un hombre á quien podía hablársele con franqueza, por lo cual el príncipe entró desde luego en materia.

– Le pido á usted mil perdones por haberle molestado en su viaje, Boris Ivanovitch, dijo el joven en cuanto éste hubo tomado asiento á su lado; pero ya comprenderá usted que no habré obedecido á un capricho al lanzarme en su seguimiento desde anoche...

Boris, cada vez más admirado, hizo un signo de asentimiento, sin atinar á qué se refería.

– ¿Me contestará usted claramente á las preguntas que le dirija?, continuó diciendo Armianof. Necesito saber si debo considerar á usted como un amigo ó como una persona extraña; confío en que me dirá la verdad, sin ambages ni rodeos.

– Le diré la verdad, respondió Boris, que empezaba á vislumbrar algo.

– ¿Qué lazos le unen á usted con la señorita Goreline?

La mirada de Boris se cruzó con la del príncipe. La de éste tenía una expresión seria y franca que hizo desaparecer la cólera que el joven estudiante sintiera al oir aquella pregunta: consideró en un momento todas las consecuencias que podrían resultar de su respuesta, y fijando su mirada en Armianof le dijo:

– La amo y le dije si quería ser mi esposa.

– ¿Y qué contestó ella?

– Me dió su consentimiento.

– ¿Espontáneamente?

– Espontáneamente.

– ¿Cuándo fué eso?

– Hace dos meses.

– ¿Antes de mi llegada?

– Sí.

– ¿Y por qué se ha marchado usted?

– Porque la señora Goreline se enteró de nuestros amores y se negó á concederme la mano de su hija.

– ¿Y el general?

Boris se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

– ¿De modo que ha renunciado usted á la señorita Goreline?

– ¿Qué interés tiene usted en saberlo?

– Para saber á qué atenerme. Le ruego á usted que me conteste. ¿Ha renunciado á la señorita Goreline?

La carretela continuaba su camino. Boris, después de una corta lucha en su interior, contestó:

– Pues bien: le voy á hacer á usted una confidencia porque le tengo por hombre honrado. La he vuelto á ver...

– ¿Cuándo?

– Anoche.

– ¿Y qué resultó de la entrevista?

– Prometió que me esperaría. La considero mi prometida; la ojeriza de sus padres, aunque lo retarden, no impedirán nuestro casamiento.

– ¿Y fué anoche cuando le hizo á usted esa promesa?

– Sí, contestó Boris, molestado por esa serie de preguntas.

– ¿Y por qué se han opuesto sus padres?

– Porque soy pobre, dijo Boris con sonrisa amarga; se podía usted excusar el preguntármelo.

Armianof, después de reflexionar un momento, dijo á Boris, alargándole una mano:

– Quedamos amigos. Cuénteme usted cuanto ha pasado, sin omitir detalle; le aseguro á usted que no se arrepentirá de haber depositado en mí su confianza.

Boris, sintiendo que le conquistaba el generoso arranque del príncipe, le refirió cuanto había pasado desde la mañana, sin omitir la despedida de Sonia ni la decisión que había tomado de conducir á la niña á casa de su madre.

Armianof le escuchaba con la mirada brillante, medio sonriente, medio enfadado.

– ¡Qué excelente caballero andante sería usted!, díjole cuando hubo terminado. He dicho que seríamos amigos y se lo voy á probar. ¿Qué piensa usted hacer?

– No lo sé á punto fijo, contestó el estudiante, que de momento se sintió abatido. Por de pronto voy á mi casa, donde descansaré unas cuantas semanas, pues me siento algo fatigado, añadió volviéndose hacia el príncipe y sonriendo tristemente.

Sus ojos hundidos, sus pómulos ardientes, probaban con efecto que aquellos dos días de padecimientos habían hecho estragos en su vigorosa constitución. Armianof lo notó, pero guardó para sí sus reflexiones.

– ¿Y luego?, dijo.

– Luego empezaré de nuevo mis habituales ocupaciones y daré más lecciones si es preciso.

– Eso sin duda le impedirá á usted trabajar por su cuenta.

– Dormiré menos, contestó Boris; el caso es que he perdido ya el verano, de modo que es preciso que trabaje más este invierno.

– Pero, añadió Armianof vacilando, creía... Pensaba que los Goreline..

– ¡Tomarles á un tiempo su hija y su dinero!, dijo Boris con amarga ironía; no: una de las dos cosas me basta. Y de todos modos, no habiendo acabado de dar las lecciones, no podía aceptar dignamente ninguna remuneración...

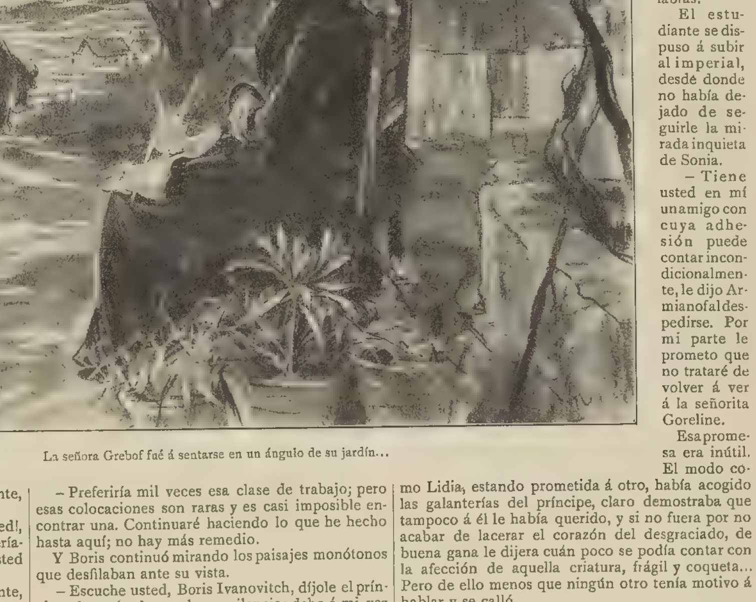
– ¿De modo que está usted en la misma situación que al principiar el verano?

– Exactamente, contestó el estudiante con un dejo de mal humor; pero no sé á qué viene hablar de esos detalles, que no creo que le puedan interesar á usted.

El príncipe no contestó; por más que desde el principio de sus relaciones Boris le había expuesto con franqueza su posición pecuniaria y sus proyectos para lo porvenir, temía haberse espontaneado demasiado y herido tal vez su exquisita delicadeza, que las circunstancias que á la sazón atravesaba podían haber excitado.

Decidióse al cabo de unos momentos á reanudar la conversación, á trueque de asustar todavía más á su compañero de viaje.

– ¿Por qué en vez de dedicarse usted á dar lecciones, no busca una colocación fija, por ejemplo en casa de un sabio que le encargue la revisión de sus manuscritos ó el auxiliarle en sus trabajos?

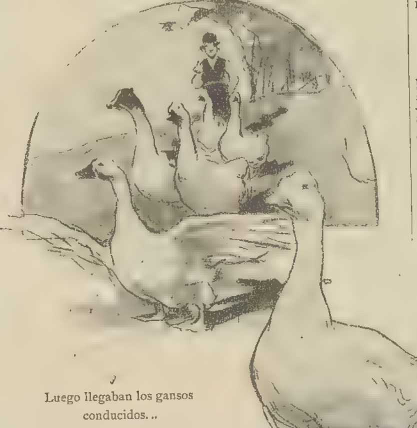


La señora Grebof fué á sentarse en un ángulo de su jardín...

– Preferiría mil veces esa clase de trabajo; pero esas colocaciones son raras y es casi imposible encontrar una. Continuaré haciendo lo que he hecho hasta aquí; no hay más remedio.

Y Boris continuó mirando los paisajes monótonos que desfilaban ante su vista.

– Escuche usted, Boris Ivanovitch, díjole el príncipe después de un largo silencio; debo á mi vez decirle toda la verdad: me enamoré de la señorita Goreline y pensaba pedir su mano.



Luego llegaban los gansos conducidos...

Boris fijó con inquietud la mirada en su interlocutor.

– Pero basta que ella le haya empeñado su palabra para que desista yo de mis pretensiones. Llegó usted antes y ha obtenido su libre consentimiento; no me queda más que retirarme: se lo declaro con toda lealtad.

En vez de alegrarse, Boris sintió aumentar la tristeza que le apesadumbraba, y haciendo un gran esfuerzo dijo en voz baja:

– Lidia puede, no obstante, escoger entre los dos; ¡y son tan distintas nuestras posiciones sociales!

– Si fuera este el motivo que la hiciera vacilar, no sería digna de usted ni de mí.

Boris, sin decir una palabra, estrechó vivamente la mano de su amigo. Distinguíase ya la casa de postas; Armianof había dicho que terminaría su expedición; los dos jóvenes cruzaron ya pocas palabras.

El estudiante se dispuso á subir al imperial, desde donde no había dejado de seguirle la mirada inquieta de Sonia.

– Tiene usted en mí un amigo con cuya adhesión puede contar incondicionalmente, le dijo Armianof al despedirse. Por mi parte le prometo que no trataré de volver á ver á la señorita Goreline.

Esa promesa era inútil. El modo como Lidia, estando prometida á otro, había acogido las galanterías del príncipe, claro demostraba que tampoco á él le había querido, y si no fuera por no acabar de lacerar el corazón del desgraciado, de buena gana le dijera cuán poco se podía contar con la afección de aquella criatura, frágil y coqueta... Pero de ello menos que ningún otro tenía motivo á hablar y se calló.

Algunos minutos después los dos coches tomaban opuesto camino, y Boris, menos afligido, volvía á hallarse junto á la chiquilla protegida que en el mundo no tenía más apoyo que el suyo.

XIV

Una tarde, tres días después de este encuentro, la señora Grebof fué á sentarse en un ángulo de su jardín, en una especie de glorieta que le servía de abrigo contra la lluvia y el sol. El terreno, que en aquel punto se elevaba algo, dominaba á la vez el camino que atravesaba el pueblo, y el que conducía al patio de su modesta vivienda.

Le gustaba pasar bajo aquel refugio las últimas horas de la tarde, cuando morían los postreros rayos del sol, y entre sus doradas haces ver desfilar las seis vacas, los cuatro caballos de labor y los carneros de su rebaño; luego llegaban los gansos conducidos por un rapazuelo de ojos vivarachos, atezado y rubio, hijo de su criada, y destinado un día á ser el ayuda de cámara de Boris, con tal de que su buena conducta le hiciera digno de aquel elevado puesto, que era objeto de la ambición maternal.

Dejando á un lado la calceta en que trabajaba, la señora Grebof había cruzado las manos sobre el pecho y miraba tranquilamente cómo volvían los huéspedes de la casa, cuando un ruido de campanillas, á lo lejos, llamó su atención.

– ¡Dacha! ¡Dacha!, gritó á su criada. ¡Llegan forasteros! Pon en seguida á calentar el *samovar* y da orden de que cuezan inmediatamente los panecillos.

En la ventana de la casa, que estaba cerca, apareció el honrado rostro de Dacha, coronado de cabellos grises.

– Sí, señora, contestó; ¿pero quién puede venir? Hace pocos días que hemos visto por aquí á todos los vecinos.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Nueva maravilla mecánica. El motor Castelnau. – Procedimiento práctico para la fotografía de los colores. – La *selección cromática* de Lumière. Aparato «Elgé» de M. Gaumond. – Máquina «Hook» para pintar por pulverización. – Condiciones que debe reunir un peluquero.

El pugilato sostenido, desde hace ya bastante tiempo, entre el vapor y la electricidad, resulta no sólo provechoso para la ciencia, sino muy útil y ventajoso para los progresos de la industria.



Fig. 1. – Máquina Castelnau de 30 caballos de fuerza y 150 kilogramos de peso

Los automóviles de vapor de Serpollet han derrotado, hace muy pocos días, á los eléctricos que disputaban al vapor la supremacía.

Para comprender los notables adelantos introducidos en la moderna máquina de vapor, bastará consignar que la *Societé de Vaporisation*, de París, ha construído un elemento especial en el que el agua inyectada se evaporiza, produciendo presiones de 50 y hasta de 100 atmósferas: el vapor á esta elevada presión se halla á la temperatura de 300°, 400° ó 500° centígrados. El nuevo generador está formado por un haz enorme de pequeños tubos, colocados sobre el foco calorífero y unidos á un bloque de acero que recibe el calor directamente.

Este generador puede considerarse como inexplosible, pero su empleo ofrece una dificultad grandísima: el engrasado del émbolo y del cilindro, en las condiciones antes indicadas, resulta materialmente imposible, por no conocerse lubrificante, de ninguna clase, que pueda resistir temperaturas superiores á 300° centígrados sin descomponerse ó inflamarse.

El problema parecía no tener solución posible, cuando el ilustre ingeniero M. Castelnau lo ha resuelto de una manera ingeniosísima.

Sabido es que en las máquinas de vapor el cilindro está fijo y el émbolo, convenientemente lubrificado, se mueve dentro del cilindro. Pero supongamos, por un instante, fijo el pistón y movible el cilindro; éste se alejará de la base del pistón al llegar el vapor: si alrededor del pistón ó émbolo y por detrás de su base se practica una ranura circular y en ella se coloca la grasa lubrificante, el vapor no tocará ni la ranura ni la grasa y al émbolo tan sólo por su base. Supongamos además dos pistones fijos colocados en sentido opuesto con sus cilindros movibles soldados por la base; entonces los cilindros formarán una especie de tubo, con un tabique central, que se aproximará á la base de uno de los dos pistones fijos mientras se alejará del otro, según el lado por donde llegue el vapor. Si por otra parte nos imaginamos el cilindro movible, provisto de órganos exteriores análogos á las bielas, se comprenderá que se pueda muy fácilmente convertir el movimiento alternativo de aquél en circular.

El tipo de la maravillosa máquina Castelnau (figura 1), tiene exactamente 70 centímetros de largo, 70 de ancho y 25 de altura, siendo su peso total de 150 kilogramos. Tres hombres pueden transportar este potente juguete de órganos diminutos, pero construídos para desarrollar una fuerza de 30 caballos con presión de 40 atmósferas.

El notable ingeniero de minas M. Leverrier hace grandes elogios de este nuevo motor, que constituye una verdadera revolución mecánica, destinada á producir gran sensación y notables aplicaciones.

A los ingeniosos descubrimientos del ilustre profesor de la Sorbona M. Lippman debemos desde hace algunos años el poder reproducir fotográficamente los objetos con sus colores naturales, más puros, si cabe, que los que á simple vista distinguimos.

El procedimiento Lippman, á pesar de haber recibido últimamente notables mejoras y perfeccionamientos, resulta todavía dificilísimo y engorroso. Por este motivo, los hermanos Augusto y Luis Lumière han buscado la solución por distintos derroteros, habiendo descubierto un procedimiento tan sencillo, que cualquier aficionado medianamente avezado á las prácticas fotográficas puede obtener por el mismo pruebas fotográficas con sus colores naturales de admirable belleza y propiedad.

El nuevo sistema Lumière consiste en la obtención de tres negativos distintos de los colores elementales rojo, amarillo y azul, tirando luego sus respectivos *positivos monócromos*, que superpuestos reproducen por síntesis los colores naturales.

Las operaciones necesarias para poner en práctica el nuevo sistema son por demás sencillas y elementales.

El aparato, si bien los hay especiales, puede ser una cámara ordinaria de las más sencillas, con tal de colocar tres pantallas sobre un chasis *ad hoc* que deslice por detrás del objetivo. Las mejores pantallas, que pudiéramos llamar *filtros de luz*, serían las formadas por disoluciones especiales contenidas en cubetas de cristal que, por resultar incómodas, se substituyen por capas de gelatina coloreadas, que se preparan sobre placas de cristal de dos milímetros de espesor y de perfectas condiciones planimétricas. Se preparan las pantallas colocando sobre las mismas una solución al 10 por 100 de gelatina, que se tiñe respectivamente con una de las soluciones siguientes:



Fig. 2. – Máquina Hook para pintar; modelo «Rapide»

SOLUCIÓN AZUL *(azul violeta)*. – Azul de metileno N. á ½ por 100 (por otro nombre *clorocincato del dietil-para amidocresiltiacina)*. . . . . 20 c. c.
Agua. . . . . 20 »

SOLUCIÓN VERDE *(verde-amarillenta)*. –
Azul de *metileno nuevo* á ½ por 100. . . . 5 »
Amarillo auramina G. á ½ por 100 *(clorhidrina del amido-dimetil-para-diomido-orto-dicresilmetano)*. . . . . . 30 »

SOLUCIÓN ANARANJADA *(rojo-anaranjada)*. – Eritrosina (tetrayodofluoresceína) á 1/2 por 100. . . . . 18 »
Amarillo metanilo en solución saturada á 15° *(fenilamidonitrobencenometosulfonato sódico)* . 20 »

Para tirar los negativos se emplean las placas llamadas *ortocromáticas* serie A sensibles al verde y amarillo, las de la serie B sensibles al rojo y anaranjado y las placas de *etiqueta azul* sensibles al azul y al violeta.

Para revelar los negativos se emplea luz roja con las placas A y verde para las B, usando los reveladores ordinarios.

Los *positivos monócromos* se obtienen por medio de papeles sensibles en cuya composición entra una mezcla de cola fuerte, gelatina, bicromato amónico, citrato de potasa, rojo cochinilla, alcohol y agua: este papel se encuentra ya preparado en el comercio. Los positivos se tiran como los ordinarios al carbón, teniendo en cuenta que no aparece la imagen hasta que se revela en agua á 38° durante media hora.

Las imágenes incoloras se colorean con los siguientes baños:

ROJO. – Agua. . . . . 1.000 c. c.
Solución al 3 por 100 de eritrosina J. . . . . . . 25 »

AZUL. – Agua. . . . . 1.000 »
Solución azul diamina F. á 3 por 100. . . . . 50 »
Solución cola fuerte á 15 por 100. . . . . 70 »

AMARILLO. – Agua. . . . . . . 1.000 »
Crisotenina G. . . . . 4 »
Se disuelve á 70° y se añade alcohol. . . . . . . 200 »

Se recubre la superficie de las tres imágenes de una solución de caucho á 1'5 por 100 de bencina, y una vez desecada, de otra de colodión al 1 por 100 y se pegan las tres películas positivas una sobre otra, previo desencolado del papel positivo á que van unidas.



Fig. 3. – Máquina Hook para pintar, modelo «Meilleure»

Por este sistema, que pudiéramos llamar pintífico y que Lumière denomina de *selección cromática*, se puede obtener una prueba única sobre cristal reproduciendo todos los colores naturales.

El infatigable inventor M. Gaumond acaba de inventar una sencilla cámara para la fotografía de los colores denominada «Elgé,» que tiene sobre los aparatos empleados hasta hoy la gran ventaja de no exigir, para tomar los tres negativos, más que una sola y única placa, lo cual representa una gran comodidad y un notable ahorro de tiempo.

Para pintar, ó mejor dicho, para extender capas uniformes de pintura sobre muros, sobre el casco de los buques, y en general, sobre grandes superficies, el empleo del pincel resulta un procedimiento excesivamente lento y pesado que encarece sobre manera la mano de obra.

Por este motivo el insigne mecánico M. F. E. Hook, de Hudson, Michigan, dirigió sus actividades á la resolución de este importante problema. Ha conseguido satisfactoriamente el fin propuesto por medio de sus aparatos *Rapide* y *Meilleure* (figs. 2 y 3), dos ingeniosas máquinas para pintar extensas superficies á gran velocidad, proyectando los colores por medio de un potente pulverizador, en el que el aire comprimido juega el papel más importante.

La máquina «Rapide» está formada por un depósito de fundición A, que contiene la pintura previamente preparada: el tubo C conduce el aire, comprimido por medio de una bomba, al depósito de pintura cuya salida por el pulverizador T puede graduarse á voluntad.

El aparato ó máquina de pintar «Meilleure,» tipo de mayor tamaño que la «Rapide,» lleva la bomba compresora situada junto al depósito de pintura.

Con estos aparatos un hombre puede pintar en

un día una superficie de 1.800 á 2.300 metros cuadrados, mientras que el pintor más hábil no puede pintar á mano en igual tiempo, más de 92 á 100 metros cuadrados.

Con estos aparatos se pueden emplear toda clase de pinturas, y los obreros se hallan al abrigo de los peligros de la pintura á base de albayalde y otros productos venenosos, como el verde Schweinfurth, los prusiatos, etc., que tantas víctimas ocasionan entre los operarios que han de manejarlos.

El Consejo de Sanidad de Ontario (E. Unidos) ha dictaminado recientemente acerca de las condiciones que debe reunir todo el que quiera ejercer el oficio de peluquero. «El peluquero, dice el dictamen, ha de ser limpio en su persona y en sus costumbres; debe bañarse periódicamente y tener en buen estado especialmente las manos y la boca. La profesión de peluquero ha de prohibirse á los que padezcan una enfermedad cutánea, del cuero cabelludo ó de los cabellos, así como á los que estén atacados de tuberculosis ó de cualquier otra afección de carácter contagioso generalmente reconocido.»

Estas exigencias del Consejo de Sanidad de Ontario podrán parecer excesivas á muchas personas que deseen ser peluqueros, pero no lo parecerán á la generalidad del público.

Convenido que quien se dedique á peluquero ha de ser limpio y ha de lavarse las manos y lavar los instrumentos después de cada operación, sea cual fuere ésta; además ha de gozar de buena salud y estar libre de toda enfermedad contagiosa, cuyo microbio podría comunicar por contacto á sus clientes. Pero justo sería también que pudieran exigir de éstos que fuesen limpios y no padeciesen enfermedades micróbicas, especialmente del cuero cabelludo y del cabello.

AL'LER-WILL.



Estudio para el cuadro «El hombre» de Lesser Ury



Escultura decorativa de Miss E. Rope

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Crónica de la Fiesta del Árbol en España. – Folleto en el que se describen las fiestas del árbol celebradas durante el año 1902 en Garrucha, Alberite, Zaragoza, Laguna de Cameros, San Asencio, Villamediana, Torrecilla de Cameros, Solés, San Vicente de Sonsierra, Pedroso, Soria, Berga, Bagá, Pobla de Lillet, Valldán, Gisclareny, Barcelona, Puigcerdá, Guils, Planolas, Das, Vilallovent, Alp, Maranges, Ger, Saldes y Salamanca. Contiene además un apéndice de la Crónica de 1901. Impreso en Barcelona en la Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.

Arte gradual de Lectura y Escritura, por *Primitivo Sanmartí*. Edición económica. – Con muy buen acierto ha publicado el Sr. Sanmartí una edición económica y de tamaño reducido de su importante obra destinada á la fácil y rápida enseñanza de la lectura y de la escritura. Como de esta última nos ocupamos hace poco tiempo en esta misma sección, nada diremos de la que ahora ha visto la luz, ya que en una y otra encontramos las mismas excelencias. Forma un cuaderno de 48 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio Bastinos y se vende á 30 céntimos.

A cop calent, per *Joaquim Cabot y Rovira*. – Como su título indica, las poesías contenidas en este libro están escritas bajo la impresión de momento; de aquí la espontaneidad, la sinceridad, el calor que en ellas campean; inspiradas en los temas más nobles, los sentimientos que despiertan el amor, la fe, la patria, la naturaleza, aparecen en estas composiciones admirablemente expresados, ya que el Sr. Cabot, poeta cuyo elogio no hemos de hacer porque es sobrado conocido, ha sabido encontrar los acentos á cada uno apropiados, ora dulces y sencillos, ora viriles y enérgicos. Únase á esto una forma bellísima y se tendrá una idea de lo que vale esta obra, en todas cuyas páginas vemos al hombre de gran corazón, enamorado de los más hermosos ideales, y al escritor correcto que encierra en fáciles y armoniosos versos pensamientos admirables. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese el tomo á tres pesetas.

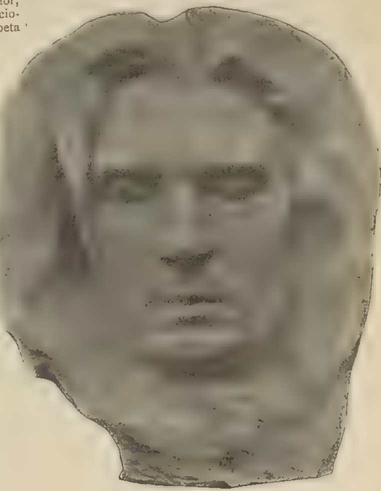
Sonetos, por *Carlos Ossorio y Gallardo*. – En los doce sonetos que comprende esta colección admiramos la inspiración, la belleza de los pensamientos, la intensidad del sentimiento, la corrección del verso, en suma, todas las cualidades que caracterizan al verdadero poeta y que en tan alto grado reune el Sr. Ossorio y Gallardo. *Sonetos* forma un elegante folleto esmeradamente impreso en Barcelona por Fidel Giró y del cual sólo se han tirado cien ejemplares.

Hámlet. – Formando parte de la interesante biblioteca del «Teatro antiguo y moderno,» se ha publicado la hermosa versión española que hizo Moratín del inmortal drama de Shakespeare, que no es necesario recomendar, puesto que son sobradamente conocidos los merecimientos de uno y otro. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

La pintura en la Exposición Universal de París de 1900, por *D. Manuel Rodríguez y Codolá*. – Es este libro un interesantísimo estudio de las manifestaciones artísticas de todos los países que figuraron en aquel certamen universal, llevado á cabo por el laborioso cuanto inteligente profesor de nuestra Escuela de Bellas Artes D. Manuel Rodríguez Codolá, á quien con tal objeto comisionó la Diputación Provincial de Barcelona. Plácemes merece nuestro distinguido amigo por la labor realizada, puesto que su trabajo no se limita al estudio de las obras expuestas, ya que éstas sírvenle para analizar los conceptos y corrientes imperantes, emitiendo juicios y consideraciones personales que revelan la ilustración de su autor y los ideales artísticos á que rinde ferviente culto. Este elegante volumen, con una bonita cubierta, esmeradamente impreso en la tipografía de los Sres. Salvat y C.ª, se vende á dos pesetas.



En el Océano, dibujo de Juan Toorop. (Exposición de los Secesionistas de Munich.)



La noche, escultura de Rosa Silberer

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 20 de julio de 1903 — Núm. 1.125

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Tumba abierta en una peña, en donde ha sido definitivamente enterrado Mosén Jacinto Verdaguer, en el cementerio del Sudeste de Barcelona

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimosexto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La atención versátil de la gente se ha fijado unos días, clavada por el terror, en el problema de los viajes en ferrocarril, gracias á la catástrofe de Cenicero. Porque no se ha menester menos de un centenar de muertos y otros tantos heridos, si hemos de volver la cabeza y considerar cómo andan nuestros medios de transporte y locomoción.

Los asiduos lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quizás recuerden que soy, en este particular, un predicador (probablemente en desierto). Mi afición á viajar y mi convencimiento de que los viajes fáciles son generadores de cultura, me obligan á desesperarme cuando los veo en España tan arduos, costosos y molestos. Naturalmente, andamos peor aún si encima de molestos son azarosos y peligrosos, con peligros extraordinarios, fuera de lo normal, calificables de hecatombe trágica. El desastre de Cenicero retraerá á no pocos de los que pensasen pasearse en tren, y por algún tiempo, el pacífico ciudadano que pida en la estación billete y se acomode en el departamento, ha de sentir cierto escalofrío y tener la visión calenturienta de las descripciones por el telégrafo divulgadas.

Bajo la impresión de lecturas tan espeluznantes y horríficas, releo un folletito que leí años hace y se titula *Inconvenientes de los viajes en ferrocarril.* El autor es ingenioso, y no carece, por cierto, de argumentos para defender su tesis, según la cual Rossini dió mayor prueba de inteligencia y superioridad con no querer renunciar á la silla de posta, que con producir *Guillermo Tell* y *El barbero de Sevilla.*

Enuméranse en el folleto las mil y una molestias que el ferrocarril origina, desde el silbido estridente, repulsivo á los oídos de Rossini, el melodioso cisne, hasta la lentitud en el despacho de los equipajes en el punto de llegada. «Si me lees – dice el autor, – en tu vida vuelves á montar en un tren.» Yo he continuado haciendo uso y aun abuso del tren; mas nunca sin pensar en las muchísimas cosas en que acierta de plano el folleto. Una de ellas es la dificultad de identificación de los muertos, en caso de siniestro. «Antes – escribe – no se viajaba sin pasaporte; ahora..., ¡vaya usted á despejar la incógnita de un cadáver!» Y efectivamente, en el informe y hediondo montón de muertos de Cenicero, más de uno se llevará á la fosa el secreto de su nombre.

Principian las tribulaciones del viajero en ferrocarril (según nuestro autor) la víspera del viaje, quitándole el sueño el temor de perder el tren. Observación exacta: conozco y conocemos todos á personas que en día de viaje, y aun la noche anterior, ni descansan, ni sosiegan, ni dejan á nadie vivir, preocupados con instalarse en la estación dos horas antes de la que señala la Guía. Y allí se están, aburridas, fastidiadas, pero conformes, al cerciorarse de que el tren no saldrá sin ellas. El que no madruga tanto y llega cuando ya se apiñan los viajeros, ni halla rincón ni puede acomodar sus bultos de mano, ¡gracias si puede facturar!

Y ¿por qué el vejamen de facturar sólo quince minutos antes de la salida del tren? ¿Por qué el vejamen de no despachar billetes todo el día? ¿Por qué la fila, la cola, para comprar lo que debiera ser tan fácil y cómodamente adquirible como cualquiera otro artículo de comercio? ¿Por qué, á lo menos, ya que el billete se ha de tomar con prisas y angustias, no hay tres taquillas, como en Londres, para primera, segunda y tercera, á fin de hacer que la cola sea menos apretada, mal oliente y desagradable? ¿No sería justo ahorrar á las señoras los empellones de los gañanes y de los chulapos?

La expendición de billetes – afirma nuestro autor – podría verificarse con mayor rapidez si estuviesen clasificados de un modo racional. En un teatro, donde se dan billetes para todas las localidades, desde butacas hasta paraíso, se sirve á quinientas personas en menos tiempo del que el empleado de ferrocarriles gasta en servir á doscientas.

Dueño ya del billete, que le ha costado, amén de dinero, sudores, ya puede el viajero abrir el ojo para que el mozo (que á pesar de estar obligado á servirle gratis ha de recibir propina), no se le lleve en volandas la sombrerera ó el maletín al coche que va en dirección opuesta. Al punto de acomodarse en el tren se arma una liorna de todos los demonios, los mozos se evaporan sin decir oxte ni moxte, cargados con nuestros bártulos queridos, y la idea del extravío, de la confusión y de quedarse en tierra nos enloquece. Y ello es preciso tener sangre fría: ojo con perder el talón, el papelito; ojo al billete, ojo al departamento, ojo y más ojo, que ni un uniforme de ministro. Los hombres atienden, aparte del equipaje, talón y billete, al reloj y cartera, las señoras á las joyas y al pudor. En el remolino todos empujan: cestas, sacos, carretas con bultos, viajeros que os dan con un *gladstone* en las narices, y el monstruo que empieza á bufar y á trepidar

. . . .
con un trajín de fiera encadenada,
. . . .

que dijo el poeta.

Si se miran los ferrocarriles desde el punto de vista de la filantropía, aún les hemos de dirigir más severas censuras. Nunca los antiguos vehículos marcaron de modo tan inhumano y cruel la diferencia de fortunas y clases sociales. De la tercera á la primera, ¡qué humillantes é inútiles diversidades, qué alarde de distancias que por un momento se podrían y aun se deberían borrar!

El frío en invierno; el calor en verano; los aires colados, portadores de la pulmonía; el hacinamiento; la carencia de luz en los túneles (verdad que también suele olvidarse el encenderla en los vagones de primera); los asientos duros é incómodos; la falta de reservado de señoras, como si las mujeres menos ricas no tuviesen vergüenza y dignidad; la ausencia de cortinas y de lavabos, tantas y tantas maneras de recordar al viajero que no hay torpeza ni delito comparable á no tener mucho dinero para gastarlo... Pero ¿acaso el rico, en su primera, está bien servido, ya que paga triple? ¿Acaso no sufre infinitas privaciones?

Hablo ahora por cuenta propia, y digo que los vagones de la Compañía del Norte, en la línea de Galicia, se encuentran en el estado de suciedad y abandono más repulsivos. ¿Es que un departamento no debe asearse? ¿Es que sus vidrios no deben lavarse continuamente y cerrar bien, sus metales relucir, el paño de su forro apalearse y cepillarse?; ¿es que no lo ordena la higiene?; ¿es que tanto costaría vigilar ese servicio?

El estribo de subida á los coches es absurdo. Parece no tener más fin y objeto que dar trabajo á los componedores de huesos. ¡Ay de quien se baje aprisa! Sólo por esos estribos sería una necesidad la reforma ó substitución del material móvil de las Compañías, que está anticuado y en el cual no se piensa, al parecer, introducir la más leve mejora. Ya es axiomático que los departamentos aislados, incomunicados, convienen á los ladrones y asesinos, á todo linaje de malhechores; y seguimos con esos vagones celulares, sin esperanzas de que los reemplacen los de corredor central ó galería lateral, únicos compatibles con la seguridad y la salud. Porque otros inconvenientes del departamento aislado los adivina cualquiera... y no hablaré de ellos, pues – dice bien nuestro autor – son á la vez ridículos y terribles.

Nuestro autor, que es francés, reniega también de las fondas de las estaciones. «¡Pues si viese usted los pies!,» respondía aquel paleto á quien achacaban tener las manos muy descuidadas. «¡Pues si viese usted las de por aquí!,» habría que decirle al autor.

Yo quisiera, únicamente por curiosidad, averiguar dónde se fabrican esos pollos que sirven en algunas estaciones. Deben de ser artificiales. Carne, no la tienen; y los huesos, en cambio, ocupan todo el hueco de la pechuga. El queso sin duda lo secan en hornilla; el aceite de las ensaladas se lo roban á la lámpara del Santísimo; los flanes los hacen con engrudo, y el caldo es un aguachirle que ni el dómine Cabra la inventa más desprovista de substancia.

Debieran visitarse los *buffets* de las estaciones por un médico, que obligase á servir platos sanos. El viajero, que lleva el estómago revuelto, la cabeza estropeada, las fosas nasales y la garganta llenas de carbonilla, no resiste esos manjares desabridos y sofisticados que le sirven. Paga, pero no traga. Leche pura, carne sabrosa, caldo legítimo, huevos frescos, un cocido y dejarse de guisotes sospechosos, con tropezones de moscas.

La objeción más seria y considerable que nuestro autor presenta contra los ferrocarriles, se encierra – debo reconocerlo – en estas tres preguntas:

– ¿Hay suficiente número de empleados para los servicios?

– ¿Son personas idóneas?

– ¿Cobran sueldo suficiente y justo?

¡En la respuesta está la clave de tantas cosas! De los incesantes robos de equipajes y mercancías, triste privilegio de nuestras líneas; de los choques y descarrilamientos; de catástrofes como la de Cenicero, estremecedoras. Sabemos que el personal no duerme lo bastante, que está poco remunerado; vemos y tocamos que en general no llena cumplidamente sus funciones y sólo preside á sus actos una idea: el interés inmediato de la Compañía, el cumplimiento de las disposiciones restrictivas y penales del reglamento, como si existiese antagonismo declarado entre el viajero ó el expedidor y la empresa que se encarga de transportar y expedir, y como si sólo á cuenta de vejaciones y obstáculos opuestos al público pudiese subsistir y lucrarse tal empresa. Cuando debiera suceder lo contrario, y ser toda relación de empresa á público una relación de cordialidad y leal inteligencia, á ventaja recíproca.

«En Inglaterra, en Norte América – escribe nuestro autor – los maquinistas y fogoneros se buscan en los talleres y se comprueba cuidadosamente su idoneidad y moralidad. En las estaciones además la policía vigila para que el viajero sea atendido.»

En Alemania – añado yo – el servicio de ferrocarriles lo hacen militares en activo, y se le conoce al servicio, ¡vaya si se le conoce!

También añado otra cosa... Bajo la presión de Cenicero, en las Cortes se ha debatido estos días acaloradamente el proyecto de incompatibilidad legal entre los cargos políticos y el de Consejero de las Compañías ferroviarias. Dicen que no se puede llevar adelante ese proyecto, dentro de la Constitución vigente. Así será; pero si yo fuese *la opinión pública*, ya me las arreglaría para que, con ó sin sanción legal, todo hombre político huyese como del fuego de aceptar esas consejerías, tan mal miradas, de las cuales se habla formulando suposiciones seguramente atrevidas é injustas, ¡pero vaya usted á poner freno á las lenguas!

Y si yo, en vez de ser *la opinión*, fuese hombre político, antes me llevan á la cárcel de mi pueblo, que es detestable, que á un Consejo de ferrocarriles. Tanta murmuración ya pica en historia.

Debo rectificar un error en que he incurrido Cuando el telégrafo empezaba á traer noticias de la tragedia de Servia, dije aquí que Pedro I era hermano del príncipe Bojidar Karageorgewitch, tan conocido y estimado de literatos y artistas. Y es que yo tenía entendido, y varios periódicos lo han asegurado también ahora, con motivo de los recientes sucesos, que el trono de Servia, al ocuparlo la dinastía de Kara, recaía por derecho en el susodicho hermano del príncipe Bojidar, cuyo nombre de pila – el del hermano – no recordaba. Por lo que se ve, á la otra rama de la familia fué atribuída la corona.

¿Quién sabe si es rara fortuna el hallarse, con razón ó sin ella, despojado de derecho semejante? ¿Quién envidiará, en las presentes circunstancias, el trono de Servia, asentado sobre un suelo que zarandean y quebrantan los terremotos? Sin ser tirano ni poseer paredes de jaspe y techo de oro, bien se puede, en el Konak, temblar y soñar que vemos

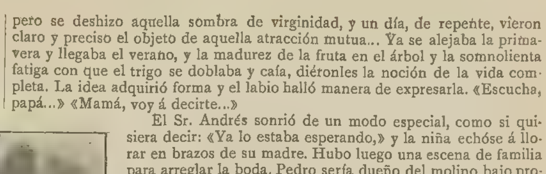
. . . .
el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas...
. . . .

¡Salud á Pedro I! Y que no turben su sueño apariciones ni fantasmas. El destino lo quiso. El no ayudó á la obra del destino. El destino anda solo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL CORAZÓN DEL MOLINO

I



Estaba la aldea en un valle y el valle entre altísimas montañas, cuyas sendas cimas, claras y limpias en el verano, aparecían en el invierno cubiertas con un amplio ropaje de cenicientas nubes. A un lado de la aldea había un río lleno de saltos y quebraduras que fueron aprovechados para instalar molinos en sus inmediaciones, y al otro lado un espeso pinar que se extendía á la montaña y trepaba por ella hasta la mitad de sus vertientes.



Pedro dedicóse á buscar sabrosas soledades...

La aldea era pequeñita, pero le daba importancia y vida el constante paso de carros y diligencias, traficantes en trigo y ricachos aficionados á los espectáculos agrestes, que iban á Valdespino, á los altos del Hacha ó al desfiladero de los Torrentes, lugar este último de una belleza incomparable; y como los habitantes de aquel valle eran corteses, cariñosos y hospitalarios, no había en él casa mal provista, ni olla de onzas que no rebosase, ni moza sin dote.

El dueño de uno de los molinos, el mejor situado, era bastante viejo, y no le arrebataba la ambición hasta el punto de ignorar cuál es el momento en que un hombre debe conocer que ya no puede trabajar más y que su hacienda ha producido lo suficiente para asegurarle una vejez holgada y servir de base á la fortuna de sus hijos. Este momento, que los holgazanes apresuran y los avaros retrasan, juzgóle llegado el Sr. Andrés una mañana que sintió por vez primera flaquear sus piernas, jadear el pecho y resistirse todo el organismo á seguir trabajando. No gimió temeroso ante la muerte, ni le dolió parar en aquel punto su productiva diligencia; limitóse á suspirar, dejó á un lado el saco que llevaba al hombro y llamó á su hijo.

—¡Pedro!.. Mira, coge ese saco y llévalo al almacén. Tu padre acabó en este momento de ser molinero... No te alarmes. No estoy enfermo... Es que ya mi cuerpo ha dado de sí todo lo que podía. Ahora te toca á ti.

Con lo cual quedó Pedro convertido en dueño del molino, primera de sus grandes ambiciones.

La segunda consistía en casarse, no por tener mujer, lo que es al fin y al cabo un deseo egoísta, sino por ser dueño de *una* mujer, de una hija del valle de quien estaba enamorado desde que tenía doce años y la niña le encargaba flores siempre que iba á Valdespino con su padre. Todos sus ahorros tenían entonces el mismo fin galante: comprar la mejor planta de la huerta, colocarla en un tiesto magnífico y dejarla á la noche, cuando regresaban, en el jardín de Rosa, para que al día siguiente se pusiera á bailar de gozo ante el regalo. La madre de la chica era cómplice de aquellos asaltos nocturnos, efectuados sigilosamente por la parte posterior del corral, y una vez dentro de él la florida ofrenda, deslizábase con el padre del mozo hasta el jardín, poníanla en lugar visible y adecuado á su mejor lucimiento, y salían con el mismo cuidado á fin de que Rosa no despertara y se malograse la sorpresa. ¡Dulces comedias con que todos los padres nos preparan equivocadamente para las realidades de la vida!

Hízose la niña mujer, el chico mozo, y los regalitos de flores tuvieron otra significación que la de un puro cariño infantil, y no pudieron ser metidos en la casa como contrabando, sino á la alegre luz del día. Pedro dedicóse á buscar sabrosas soledades para contar á Rosa sus proyectos, que él llamaba graves, y la misma moza, á su vez, dióle ocasión propicia para verse y hablarse sin testigos. Esto ocurría una primavera, cuando la montaña sacudía su ropaje de nubes y se mostraba limpia sobre el cielo, y el aire tibio, las flores recién abiertas y el río henchido por el deshielo invitaban á tomar parte en aquel renacimiento de la vida universal.

La sangre les hervía en las venas, lucíanles los ojos con un fuego risueño y solían permanecer durante largo rato unidos y temblorosos bajo el peso de una idea que no sabían cómo formular. El amor, en su primer misterio, pasaba sobre sus espíritus con un blando aleteo inspirador de indefinibles ansias; pero se deshizo aquella sombra de virginidad, y un día, de repente, vieron claro y preciso el objeto de aquella atracción mutua... Ya se alejaba la primavera y llegaba el verano, y la madurez de la fruta en el árbol y la somnolienta fatiga con que el trigo se doblaba y caía, diéronles la noción de la vida completa. La idea adquirió forma y el labio halló manera de expresarla. «Escucha, papá...» «Mamá, voy á decirte...»

El Sr. Andrés sonrió de un modo especial, como si quisiera decir: «Ya lo estaba esperando,» y la niña echóse á llorar en brazos de su madre. Hubo luego una escena de familia para arreglar la boda. Pedro sería dueño del molino bajo promesa formal de cuidarle como al único manantial de riqueza que tenía. El padre había cumplido su misión y ahora tocaba al hijo cumplir la suya. La conferencia terminó con estas palabras del Sr. Andrés:

—A trabajar, muchachos, y no olvidaros nunca de que la honradez y la tranquilidad son el corazón del molino.

Frases sencillas, y hasta inocentes si se quiere, que encerraban en sí todo un tratado de filosofía doméstica.

II

Cuando los recién casados se hallaron solos en la isleta donde estaba asentado el molino y oyeron á su alrededor el incesante batir del agua sobre las piedras, el chapoteo rítmico de la enorme rueda de madera y hierro y el chirrido de las muelas y engranajes, parecióles que en realidad estaban ligados íntimamente á toda aquella maquinaria y que cada latido de su corazón correspondía á una evolución del árbol del molino. Asomáronse á una ventana y les bañó el rostro una nube de espuma. A sus pies se despeñaba el río haciendo trepidar la casa con un rumor profundo como el que sube de las máquinas de un transatlántico. Frente á ellos se alzaba la montaña como un gran telón de rocas y pinares. En la cima brillaba la nieve bajo el sol. Siguieron mirando y vieron la carretera de Valdespino, su dura pendiente bordeada de guardacantones y árboles polvorientos, y en lo alto de ella una cordillera lejana y la veleta de un campanario. Fuéronse á otra ventana y contemplaron los huertos del Sr. Andrés, su trozo de bosque vedado, el establo donde dormían dos vacas, el corral, lleno de gallinas seguidas de un enjambre de polluelos... Todo era suyo, y en la alegría que les llenaba el alma, como una súbita explosión de vanidad satisfecha, figurábanse que también les pertenecían el río y la montaña, la carretera y el lejano campanario..., el mundo entero.



Rosa tomó otra vez el camino de la aldea

Empezaron á trabajar con ardor, secundándose, completándose. El molino parecía girar más de prisa, para justificar sin duda la existencia del misterioso ligamento que le unía á sus amos, por el cual le transmitían su actividad incansable, y hasta el río se arrojaba con mayor ímpetu sobre las paletas, tronando sin cesar... No descansaban á su gusto hasta por la tarde, cerca del crepúsculo. Rosa se emperejilaba con especial cuidado y salían á pasear ó á ver á los padres.

Cuando volvían al molino, ya de noche, creían que las estrellas se asomaban al espacio para contemplarlos y que el río disminuía un momento su furioso trajín para que el agua no les mojase el rostro al pasar el puente. Cenaban al aire libre, bajo la paz perfumada de las noches de verano, en que hasta las hojas de los árboles, movidas por el viento, parecen cantar. Las luciérnagas brillaban como diamantes entre la hierba, y Rosa se entretenía en arrojarles piedrecitas. Después de cenar quedábanse adormecidos uno junto á otro, arrobados ante aquel bienestar que el cielo y la tierra ponían á sus pies, mientras en lo hondo de la casa oíase una palpitación acompasada y vigorosa: el corazón del molino.

Pedro y Rosa se completaron al principio como dos enamorados y se avinieron cordialmente después como dos buenos amigos. Cuando pasó la fiebre amorosa y á los arrebatados transportes sucedieron las caricias templadas y las

conversaciones graves, quedó en sus espíritus un rescoldo manso, algo parecido al calor de la amistad. Los dos estaban igualmente autorizados para dar órdenes y revocarlas, y ambos hacían y cerraban tratos con la clientela sin que el uno desmintiese al otro, ni éste tuviese que contar con el parecer de aquél. Eran dos cuerpos con un mismo regulador espiritual, y así los actos de cada uno respondían á un solo y común pensamiento.

Prosperó el molino y hubo de construirse otro almacén al lado del antiguo. También se tomaron más obreros, y el trabajo de Rosa y Pedro se dignificó un tanto, convirtiéndose de material en intelectual. Lo inspeccionaban y dirigían todo, y si algo, por excepción, se escapaba á su celo incansable, dábanse después maña para averiguar detallada y fielmente cómo se hizo y colegir así si se hizo á tuertas ó á derechas. Verdad es que el personal del molino, contagiado de aquella actividad recta é inflexible, conducíase de un modo ejemplar y sin tentación de abuso cuando la mirada de los amos no estaba sobre él.

Unos días iba Pedro á la aldea, otros Rosa, y alguna vez que el marido tuvo que subir á Valdespino, quedóse la mujer á cargo de todo con una mutua confianza que parecía acrecentarles los bienes como por arte mágico. Si hubiesen dudado, si hubiesen temido el uno del otro, no el engaño artero, sino la flaqueza por bondad, seguramente no resolvieran tan pronto y tan á su satisfacción los asuntos del molino. En todas las cosas de la vida, la confianza y la buena fe mutuas son grandes allanadores de obstáculos, y sin ellas, tendríamos que andar por la calle con un revólver en el bolsillo. Por eso crecía tan arrogantemente la hacienda de Pedro, firme siempre sobre el sólido cimiento del cariño y la adhesión de los dos esposos.

Una de las ausencias del molinero duró tres semanas, y cuando regresó no estaba Rosa en el molino. Volvió al cabo de media hora, muy sofocada, diciendo que había ido á ver á su madre enferma. No pasó más; pero al día siguiente bajó también á la aldea y anunció que pensaba bajar todos los días, pues el estado de su madre era delicadísimo y no parecería humano abandonarla á su dolencia y soledad. No chistó Pedro ni parecióle justo chistar ante aquella petición de hija cariñosa; mas hubo de disgustarse en el fondo, porque él solo no bastaba para vigilar todo el molino, y sabía por tradición, hasta la fecha no desmentida, que de la vigilancia dependía que la fortuna continuara protegiéndole.

Rosa empezó á bajar á la aldea cotidianamente y Pedro se encontró más sujeto al molino, más esclavo, empotrado en él como una rueda necesaria para suplir la preciosa ayuda de la molinera.

III

Todos los días, sin dejar uno, abandonaba Rosa el molino á mediodía y no regresaba hasta que era noche cerrada. Pedro comenzó á notar en su mujer un despego vestido de zalamería, una preocupación constante y misteriosa que trataba de disimular con violentas expansiones de alborozo ante los grandes éxitos económicos de la casa. No parecía dominar como antes el mecanismo del negocio y alguna vez hacía á Pedro preguntas incomprensibles... Diríase que su espíritu se había emancipado de aquella coyunda amante y que ahora vivía en otro mundo, á muchas leguas del molino. Los ojos se le extraviaban á ratos en contemplaciones somnolientas, durante las cuales vagaba entre los labios una sonrisa plácida, como si de verdad soñase; y si Pedro la dirigía entonces la palabra, una sombra de cólera obscurecía el rostro de la molinera, que parecía abandonar con pena sus ensueños.

Pedro creyó que estas distracciones y aun el despego con que era tratado arrancarían de la enfermedad de su suegra, y se propuso justificar de esta manera á Rosa ante su espíritu conturbado y hubo momento en que la juzgó justificada; pero cierta tarde acometióle de repente un pensamiento bárbaro que le cruzó el corazón como un trallazo, y abandonando el molino sin despedirse de nadie, bajó á la aldea y presentóse en casa de la viejecita. Rosa estaba junto á su madre, dándole en aquel punto una medicina, y el molinero sintióse enrojecer de vergüenza. Había sido injusto con su mujer. De allí á breve rato regresó al molino sin saber dónde ponía los pies, loco de dolor bajo el peso de aquel remordimiento. Rosa volvió una hora después más fiel y amante que nunca, contando detalles de su visita al techo paternal y de cómo la enfermedad iba haciendo terribles progresos en la pobre madre.

Las ausencias continuaron. Algunas veces volvía la molinera á su casa con los ojos húmedos, Pedro la miraba poseído de una ansiedad que movía á lástima, y de pronto cerraba los puños y desaparecía en el almacén, entre las grandes pilas de sacos. ¿Había llorado por su madre? ¿Había llorado?.. No quería completar su idea, pero el irrefrenable pensamiento se bastaba á sí mismo y la completaba, y si cerraba los ojos para no ver aquella ficción afrentosa, como la ficción era su sospecha, veíala dentro de sí, rodeada de un nimbo rojo. Quiso espiar á Rosa, y le faltó valor. Temía encontrarla otra vez á la cabecera de su madre, como un emblema de amor y caridad... Resignóse algún detalle revelador del espantoso enigma.

La madre comenzó á mejorar, y esta mejoría progresiva volvió el contento y la paz al alma de Pedro. Restablecida por completo la pobre vieja, reintegraríase Rosa á su molino, para siempre suya, únicamente suya, y dejaría de ser aquella enfermedad un pretexto... Un pretexto, sí. Ahora ya se atrevió á completar su idea.

Y en efecto, volvió la salud á la casa paternal y la alegría á la filial, y Rosa dedicóse nuevamente á sus quehaceres con todo el ardor de los tiempos pasados, bajo el cual crujían los engranajes del molino con un rumor risueño, que hacía trepidar la casa en un prolongado espasmo de felicidad. Pedro solía quedarse extasiado ante las grandes muelas, como si fuese nuevo para él semejante trajín, y es que soñaba con sus antiguas sospechas y sonreía venturosamente al verlas desvanecidas.

Rosa bajó una mañana á la aldea prometiendo volver en seguida, y Pedro dedicóse á su trabajo con entera tranquilidad, respirando á plenos pulmones aquel ambiente apacible y oloroso que le rodeaba. Al entrar en su alcoba, vió un papel en el suelo y lo cogió creyendo que sería alguna cuenta ó apuntación del molino... ¡Sí, sí, cuenta ó apuntación! Era el enigma aclarado, concreto, indudable; eran las lágrimas con que Rosa entraba en casa de vuelta de sus largas ausencias; era el negro pensamiento de Pedro, hecho realidad viva... Se pasó la mano por la cara y serenóse lentamente, haciendo para ello angustiosos esfuerzos, porque hay dolores invencibles. Luego bajó al puente á esperar á Rosa, que llegaba en aquel momento feliz y confiada.

–¡Mira!, exclamó mostrándole el papel.

Rosa se puso pálida, cerró los ojos y no dijo palabra.

–¿Lo viste?.. Pues ahora, sin adelantar un paso más, te vuelves á la aldea, con tu madre ó con quien se te antoje. ¡A mi casa no vuelvas!.. Que no vuelvas, ¿eh?.. ¡No quiero verte... ni matarte!.. ¡Vete, vete, ó no respondo de mí!.. Te vas para siempre... ¡Ya lo sabes!.. Esta no es tu casa..., ¡no quiero que lo sea!.. Anda, vete..., ¡pronto!.. ¡Maldiga Dios la tierra que pises!..

Rosa tomó otra vez el camino de la aldea, á la orilla del río, y se perdió entre un grupo de altos castaños. No había podido responder á Pedro, ni resistirse, ni pedir perdón. ¡Era tan justa aquella condena!.. Mientras estuvo á la vista, quedóse su marido contemplándola con triste fijeza, cruzados los brazos, erguido al comienzo del puente como un guardián de sus dominios. Luego se alejó de allí, internóse en el huerto y se dejó caer junto á la alberca sin fuerzas para seguir andando.

Un mozo apareció á su espalda. Venía á decirle que el molino acababa de pararse y que no sabían la causa. Fuéronse á él y comenzaron á reconocerle minuciosamente, de arriba abajo, con un tesón y una paciencia admirables... Nada faltaba á su mecanismo, ordenado y completo, y los operarios se hacían cruces ante aquella inmovilidad que les parecía un misterio ó un milagro. Pedro despidió á sus obreros hasta el día siguiente y sentóse á la puerta del molino, de cuyo fondo surgía un silencio trágico. Sólo se oía el rumor del agua sobre las rígidas paletas... Al final del puente columbróse la figura del Sr. Andrés, adusto y sombrío. Pedro salió á su encuentro, y antes de que el anciano hablase, rompió á llorar apoyándose en un árbol.

– Pero ¿qué ocurre?, preguntó el Sr. Andrés entre compasivo y severo.

–¡Ay, padre!.. Ocurre... ¡que se le ha roto el corazón al molino!

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Ilustraciones de Nicolás Sierra.)

A nuestros muertos, fragmento de un bajo relieve en yeso de Juan van Biesbroeck. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

GENTES Y COSAS DE MÉXICO

UNA FIESTA UNIVERSITARIA

La «Peste Negra» entró sin decir agua va y escondida en las coletas de unos chinos, en Mazatlán, puerto importantísimo del Pacífico, hace algunos meses, y la conmoción que la noticia produjo en la



ALEGRIA, cuadro de Nicolás Cannicci

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



AVE MARIA, cuadro de Nicolás Cannicci

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

República entera, en la capital sobre todo, fué angustiosa y violenta.

Hubo un momento de pánico doloroso y algo más: la convicción, efímera por fortuna, de que no podíamos combatir la plaga. La circunstancia de que en Estados Unidos, en San Francisco, á pesar de todos los esfuerzos, la «Peste Negra» se había



MÉXICO. – FIESTA UNIVERSITARIA. – UN GRUPO DE LA COMPARSA. – LA ESTUDIANTINA. (De fotografías de «El Mundo Ilustrado,» remitidas por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce.)

localizado en un barrio durante dos años, aumentaba tal convicción. De esto á la resignación fatalista no había más que un paso; pero este paso no se dió. Vino por el contrario una iniciativa emanada de varios caballeros, quienes se constituyeron en junta para arbitrar fondos que permitieran acumular todos los elementos de lucha contra la peste, y al llamamiento aquel respondió todo el país de la manera más amplia y generosa. La junta pudo así reunir unos trescientos mil pesos, que agregados á diversos donativos de procedencia ajena á ella, han llegado ya á cerca de medio millón de pesos. Merced á tales recursos, Mazatlán – nuestro más bello puerto de Occidente – ha logrado extinguir por completo la infección, empleando todos los medios posibles por costosos que sean, incendiando innumerables casas apestadas y resarciendo naturalmente á sus dueños de la pérdida; creando un lazareto modelo; estableciendo puestos de observación; haciendo purgar cuarentenas severísimas; desinfectando concienzudamente la ciudad y adquiriendo en grandes cantidades tubos de suero Yersin para la vacuna.

A estas fechas todo peligro se ha desvanecido; la peste, confinada merced al esfuerzo unánime en una estrecha zona, desapareció por completo, y aun cuando algunos pesimistas, fundándose sobre todo en el hecho de que en el extranjero, «con más elementos, con más cultura, con más...,» etc., no se ha podido vencerla, afirman que volverá en invierno, no es este el temor que priva y hay en todo caso la esperanza de que estando el país entero apercibido á la lucha y dispuesto á la disciplina y al sacrificio pecuniario, la victoria contra la plaga no será muy ardua.

***

Trescientos mil pesos constituyen una hermosa contribución, y si buena parte de ellos proviene de donativos espontáneos, otra no menor ha sido obtenida con fiestas de caridad, viejo, pero seguro procedimiento. La gente gusta de la caridad con acompañamiento de orquesta ó de versos. Nada más encantador para la mujer que hacer el bien bailando, por ejemplo; un estremecimiento de voluptuosidad cristiana eriza el finísimo y aureo vello de su seno entreabierto cuando piensa que mientras su belleza, con la complicidad de su toilette, pasa dilatando pupilas y revolviendo deseos, hay muchos infelices que tienen pan y abrigo. Nada más consolador que oir comedias, saborear conciertos, paladear recitaciones, todo ello bien pagado, para que dos ó trescientos apestados se salven y, ¡oh delicioso egoísmo femenino!, para que la epidemia no invada la metrópoli y un día aquellos brazos dignos de completar á la mutilada de Milo, no muestren – ¡qué horror! – las purulencias de una enfermedad tan odiosa.

Se ha hecho, pues, mucho bien en medio de mucho júbilo. La exaltación en esta vez ha sido pródiga en beneficios. Las fiestas han seguido á las fiestas. La peste acabó y los mexicanos nos hemos divertido. Aún hay quien lamente que haya cesado tan pronto. Era un pretexto tan donoso para el placer..., pero en honor de la verdad la inmensa mayoría está satisfecha de haber ahogado al dragón con la risa en los labios. ¡Todo sea por Dios!

Las escuelas no podían faltar á sus generosas tradiciones de solidaridad y de entusiasmo altruista, y no han faltado en efecto. La escuela Nacional Preparatoria fué la que congregó á todos los planteles oficiales de educación y les pidió su concurso para una feria gigantesca que debía efectuarse en el vastísimo edificio que ocupa en la calle de San Ildefonso y que es una de las vejestorias más bellas de México.





MÉXICO. – FIESTA UNIVERSITARIA. – LA COMPARSA. – CAMPEONES PARA EL JUICIO DE DIOS. (De fotografías de «El Mundo Ilustrado,» remitidas por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce.)

Todas las escuelas respondieron al llamamiento, así las superiores como las elementales, y la gran feria, efectuada los días 2, 3 y 5 de mayo, superó á cuanto se había esperado y á cuanto podía presumirse.

El director de la Preparatoria, doctor Manuel Flores, que es una de nuestras eminencias pedagógicas y á cuyo talento metódico y claro todos rinden parias, tuvo á su cargo la organización de aquel mundo en miniatura y el ordenamiento de los variadísimos contingentes de todas las escuelas.

Para dar una idea de la magnitud del festival y de su importancia, mencionaré la contribución que á él llevaron algunas de las escuelas:

Escuela de Medicina: «Cabaret de la Mort,» al estilo del que en uno de los bulevares exteriores de París atrae y cautiva la ingenua curiosidad de los extranjeros y de los provincianos: descomposición de un «cadáver» á la vista de todos por medio de un «truc» de óptica; salón de proyecciones micro-fotográficas; rayos X, etc.

Escuela N. de Jurisprudencia: Reconstrucción de un «Juicio de Dios» en la Edad Media, con todo el pomposo atrezo de la época y el pintoresco y arcaico personal de rigor: el conde soberano y su consorte; la corte, juglares, troveros; un heraldo refiriendo en «roman paladino» el origen y razón del singular combate; una dama acusada de injusto yerro; un caballero que vestido de todas armas la defiende; un caballero que de todas armas vestido mantiene la acusación; tiendas en que relucen los recios escudos; escuderos, trompetas sonoras...



Retrato, obra de Clara Grosch (del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, de Darmstadt)

Escuela de Comercio: Representación de varias piezas teatrales.

Escuela Normal de Profesores: Idem, y ejercicios atléticos diversos.

Colegio Militar: Asaltos de sable, florete y box, y multitud de ejercicios gimnásticos.

Conservatorio Nacional: Representaciones teatrales ofrecidas por la naciente «Comedia Mexicana.»

Escuelas Elementales: Recitaciones bailes y juegos pedagógicos.

***

Además de este concurso, asaz nutrido como se verá, de fuera, es decir, extra-escolarmente – pido perdón por el adverbio, – vino un contingente no menos substancioso: baste decir que en el enorme edificio había unos doce quioscos para la venta de helados, ostras, fichas, flores, etc.; dos bancas, una fábrica de confeti, un restaurant, un teatro, un café-concierto, media docena de exhibiciones diversas, una taberna, un salón de baile, un ídem de recepción, etc.

El primer día de la fiesta fué de gala y se dedicó al presidente de la República, á su esposa y á las damas que con ella patrocinaban el espectáculo. El segundo y tercero fueron eminentemente populares.

Durante los tres días una incontable multitud llenó la escuela. Todo «México» estuvo allí. La población escolar es eminentemente simpática aquí como en todas partes, y cuanto de ella emana encuentra una acogida afectuosa. Baste para probarlo este dato: para surtir la «tómbola» se acudió al comercio de la capital, y éste envió tal cantidad de objetos que con su exhibición se ocupó una vasta sala de la Preparatoria.

Para anunciar la fiesta y hacer invitaciones, recorrió los barrios céntricos, con alguna anticipación, una estudiantina elegantísima, precedida de un «boniment» en el que había trajes de todas las épocas y todos ellos auténticos.

***

Con el festival universitario que ha sido objeto de estas breves notas se cierra el ciclo de fiestas á



En mi jardín, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)



BORDADORAS VENECIANAS, cuadro de R. Konopa



HORAS FELICES, dibujo de B. Gili y Roig

beneficio de los apestados de Mazatlán. La Junta de Caridad del puerto, hechos ya todos los cuantiosos gastos que demandó la extinción de la peste, posee aún en caja unos cien mil pesos, que empleará probablemente en obras de saneamiento. Casi medio millón ha costado, pues, á la República libertarse de la plaga, que no fué otra cosa que un regalito enviado por los Estados Unidos (que saben hacerlos) con las personas de dos chinos procedentes de San Francisco y desembarcados en Mazatlán. Tras del regalo el «uncle Sam» decretó todas las cuarentenas posibles, algunas innecesarias y altamente vejatorias para nuestro comercio; de suerte que el obsequio fué doble. De tanto mal, empero, ha quedado un bien: el espíritu de solidaridad nacional, más despierto que nunca ante el común peligro. Y esto es algo y aun algos, si ha de repetirse el inmortal clisé del Sancho inmortal.

AMADO NERVO.

Junio de 1903.

NUESTROS GRABADOS

Tumba de Mosén Jacinto Verdaguer.—Hace pocos días verificóse la solemne ceremonia de la traslación de los restos mortales del eximio vate catalán á la tumba en que han de quedar definitivamente guardados. Esta sepultura no puede ser más sencilla ni más grandiosa, según puede juzgarse por el grabado que en la primera página de este número publicamos: abierta en la peña viva, desprovista de todo adorno, tiene por toda inscripción el nombre del poeta y las fechas de su nacimiento y de su muerte. No se necesita más para perpetuar la memoria del autor de *Canigó*, que vivirá eternamente unida á la historia de la literatura catalana, llenando una de sus páginas gloriosas.

Al acto de la inhumación asistieron representaciones del Ayuntamiento, de muchas corporaciones barcelonesas, de multitud de sociedades catalanistas y un público numerosísimo, deseoso de tributar este último homenaje al inspirado poeta que tan bien supo encarnar el alma de nuestro pueblo.

El «Orfeó Catalá» cantó delante del féretro el *Libera me Domine* del Requiem de Victoria; sobre la tumba se depositaron gran número de coronas y de flores sueltas, y el teniente de alcalde Sr. Cambó pronunció elocuentes frases que emocionaron profundamente á todos los asistentes.

La fotografía que nuestro grabado reproduce es de don Adolfo Mas.

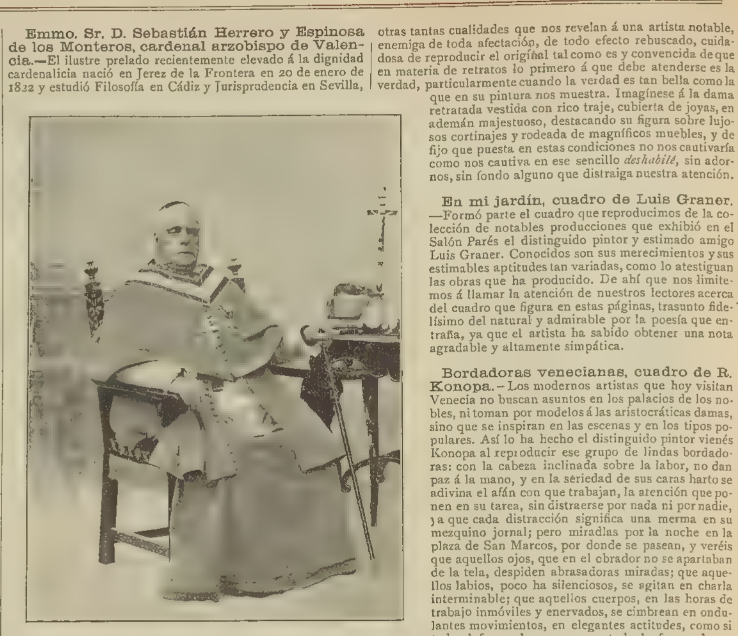
Retrato del difunto marqués de Camps, pintado por José M.ª Marqués.—En distintas ocasiones hemos elogiado como se merecen las obras de diversos géneros salidas del pincel del celebrado pintor José M.ª Marqués, con cuya colaboración se honra desde hace muchos años LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Ocioso es, por consiguiente, insistir en



RETRATO DEL DIFUNTO MARQUÉS DE CAMPS, pintado por José M.ª Marqués

lo que tantas veces hemos dicho en estas mismas columnas; esto no obstante, nos creemos obligados á felicitar una vez más al artista por el retrato que en esta página reproducimos, pintura bajo todos conceptos digna de alabanza, así por la exactitud del parecido y por la naturalidad de la actitud, como por lo amplio de la factura y la armonía del colorido, tanto de la figura cuanto del fondo sobre que se destaca.

Emmo. Sr. D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, cardenal arzobispo de Valencia.—El ilustre prelado recientemente elevado á la dignidad cardenalicia nació en Jerez de la Frontera en 20 de enero de 1822 y estudió Filosofía en Cádiz y Jurisprudencia en Sevilla,



EMMO. SR. D. SEBASTIÁN HERRERO Y ESPINOSA DE LOS MONTEROS, arzobispo de Valencia, recientemente nombrado cardenal (de fotografía)

habiendo ejercido en su juventud la abogacía y desempeñado los cargos de promotor fiscal y de juez. A pesar del brillante porvenir que en su carrera se le ofrecía, en 1856 entró en el noviciado de los Filipenses de Sevilla, y una vez ordenado presbítero, fué prepósito de los Filipenses de Cádiz y poco después arcipreste de la catedral de la misma ciudad. En 1876 fué nombrado obispo sufragáneo de la diócesis de Cuenca, en 1877 preconizado obispo de Vitoria y en 1881 renunció á la mitra por motivos de salud, retirándose á su palacio de Sanlúcar de Barrameda. En 1882 fué presentado obispo de Oviedo, en 1883 de Córdoba y en 1890 nombrósele arzobispo de Valencia, sede que en la actualidad ocupa. El nuevo cardenal es hombre de vasta ilustración y sacerdote de ejemplares virtudes, habiéndose captado en todas partes el cariño y la veneración de sus diocesanos.

A nuestros muertos, fragmento de un relieve de Juan van Biesbroeck.—Si alguien encariñado con los tradicionales procedimientos de la escultura funeraria creyera que es imposible representar la idea de la muerte por otros medios que no sean las figuras simbólicas, habría de convenir en presencia de esa hermosa obra de Biesbroeck que dentro de la escuela realista hay elementos sobrados para expresar el dolor, la resignación, la esperanza en un más allá que aquella idea despierta en nosotros. En efecto, el grupo escultórico que reproducimos sintetiza esos sentimientos tan bien por lo menos como pudieran sintetizarlo las esculturas inspiradas en el más puro clasicismo: en el rostro de la madre que amorosamente besa á su pequeñuelo, en la actitud abatida del padre, en los ademanes de los dos niños, hay algo sublime en medio de su sencillez, algo eminentemente humano que nos atrae, que nos conmueve, que nos identifica con el desconsuelo de aquella familia que llora por sus queridos muertos.

Alegría. Ave María, cuadros de Nicolás Cannicci.—A cual más bella son estas dos escenas de la vida rural que con tanto acierto ha trasladado al lienzo el celebrado pintor italiano. El efecto que el primero nos produce corresponde al título que el autor le ha puesto: sí, ese grupo de muchachas que por el campo avanzan corriendo, respira alegría; pero no esa alegría bulliciosa que los placeres mundanos engendran y que muchas veces sólo es el disfraz que adoptan los grandes hastíos y también los hondos pesares, sino esa alegría apacible, sana, en la cual las carcajadas brotan más que de los labios del fondo mismo de un corazón no pervertido por el vicio ni gastado por violentas pasiones. No es menos grata la impresión que causa en nuestro ánimo el otro cuadro, el *Ave María:* las primeras sombras del crepúsculo invaden la silenciosa llanura; es la hora solemne en que la mente y el corazón unidos elevan á la Virgen Santísima la dulce plegaria con que la saludó el Angel, y la humilde labradora, que tiene dormido en su regazo al tierno infante, mientras junto á ella duerme su otro hijo tendido sobre la hierba, inclina la cabeza y poniendo su pensamiento y su alma en la divina Madre implora su protección para aquellos tiernos seres que constituyen todo el encanto de su vida, murmurando fervorosamente el «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

Retrato, obra de Clara Grosch.—Esta pintora es reputada en Alemania como excelente retratista, y la obra suya que reproducimos demuestra de un modo convincente que la fama de que goza no es injusta, que en los laudatorios juicios emitidos acerca de sus méritos por la crítica para nada entran la galantería ni el favor. Hay realmente en ese retrato femenino elementos suficientes para justificar tales elogios: la expresión del rostro, la naturalidad de la actitud, la misma sencillez del traje y del tocado, la delicadeza de la pincelada, son otras tantas cualidades que nos revelan á una artista notable, enemiga de todo efecto rebuscado, cuidadosa de reproducir el original tal como es y convencida de que en materia de retratos lo primero á que debe atenderse es la verdad, particularmente cuando la verdad es tan bella como la que en su pintura nos muestra. Imagínese á la dama retratada vestida con rico traje, cubierta de joyas, en ademán majestuoso, destacando su figura sobre lujosos cortinajes y rodeada de magníficos muebles, y de fijo que puesta en estas condiciones no nos cautivaría como nos cautiva en ese sencillo *deshabillé*, sin adornos, sin fondo alguno que distraiga nuestra atención.

En mi jardín, cuadro de Luis Graner.—Formó parte el cuadro que reproducimos de la colección de notables producciones que exhibió en el Salón Parés el distinguido pintor y estimado amigo Luis Graner. Conocidos son sus merecimientos y sus estimables aptitudes tan variadas, como lo atestiguan las obras que ha producido. De ahí que nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del cuadro que figura en estas páginas, trasunto fidelísimo del natural y admirable por la poesía que entraña, ya que el artista ha sabido obtener una nota agradable y altamente simpática.

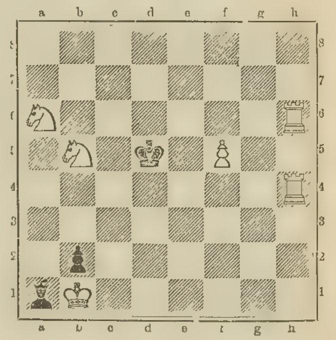
Bordadoras venecianas, cuadro de R. Konopa.—Los modernos artistas que hoy visitan Venecia no buscan asuntos en los palacios de los nobles, ni toman por modelos á las aristocráticas damas, sino que se inspiran en las escenas y en los tipos populares. Así lo ha hecho el distinguido pintor vienés Konopa al reproducir ese grupo de lindas bordadoras: con la cabeza inclinada sobre la labor, no dan paz á la mano, y en la seriedad de sus caras harto se adivina el afán con que trabajan, la atención que ponen en su tarea, sin distraerse por nada ni por nadie, ya que cada distracción significa una merma en su mezquino jornal; pero miradlas por la noche en la plaza de San Marcos, por donde se pasean, y veréis que aquellos ojos, que en el obrador no se apartaban de la tela, despiden abrasadoras miradas; que aquellos labios, poco ha silenciosos, se agitan en charla interminable; que aquellos cuerpos, en las horas de trabajo inmóviles y enervados, se cimbrean en ondulantes movimientos, en elegantes actitudes, como si todo el fuego de su sangre y toda la fuerza de sus músculos quisieran resarcirse en un momento del martirio de una larga jornada de silencio y de quietismo.

Horas felices, dibujo de B. Gili y Roig.—No necesita el artista recurrir á la ficción para ofrecernos una imagen de la felicidad, pues no ha de serle difícil encontrar en la vida ordinaria elementos con que componer un cuadro ante el cual sintamos esa emoción dulcísima que la contemplación de la felicidad verdadera produce. Viendo el dibujo de Gili, por ejemplo, no habrá quien no exclame «¡Qué dichosos!» refiriéndose á esos enamorados que, á la sombra de frondosos árboles, leen en un mismo libro las armoniosas estrofas en que el inspirado poeta canta las delicias del amor. La belleza del sitio, la comunidad de sentimientos que forma de esas dos almas una sola, la placidez de esos semblantes que revelan un cariño hondo, pero purísimo, la juventud y gallardía de esos cuerpos amorosamente enlazados, todo respira dicha, todo nos dice que son horas felices las que transcurren para esa pareja.

AJEDREZ

PROBLEMA N.° 331, POR J. KOHTZ Y C. KOCKELKORN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 330, POR J. W. ABBOTT.

Blancas.	Negras.
1. Ta3-a8	1. Re6-f7
2. Dd3-f5 jaque	2. Rf7×e8
3. Cb5-c7 mate.	

VARIANTES.

1...... Ch8-g6;	2. Dd3-f5 jaque, etc.
1...... Ch8-f7;	2. f4-f5 jaque, etc.
1...... Ag8-f7;	2. f4-f5 jaque, etc.
1...... Ad8-b6 ó a5;	2. Dd3-c4 jaque, etc.
1...... Ad8-c7;	2. Cb5×c7 jaque, etc.
1...... Otra jug.ª;	2. Ta8×d8, etc.

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

– Debe ser la anciana Papof; saca en seguida la compota de acerolas, pues ya sabes que le gusta mucho.

Dacha desapareció y la señora Grebof sentóse esperando la llegada de su huésped.

El ruido de las campanillas había cesado, y Dacha, después de haber hecho lo que se le mandara, compareció junto á su señora, y de pie y empinándose trataba en vano de ver á lo lejos al través de la nube de polvo.

– ¡Hela aquí, hela aquí, señora!, exclamó al cabo; ha dado la vuelta al estanque. Pero no es su *tarantáss*, sino una telega.

– ¿Una telega? Veo, pobre Dacha, que vas perdiendo la vista, dijo la señora Grebof. ¿Quién quieres que venga á vernos en telega? A menos que ..

El carricoche de posta llegaba rápidamente; el postillón fustigó sus jamelgos y el carruaje pasó á lo largo de la empalizada.

– ¡Mamá!, gritó Boris agitando su sombrero con la mano.

– ¡Santo Dios! ¡Eres tú, Boris!, exclamó la anciana trémula de gozo. ¡Ah! ¡Las piernas me flaquean y no puedo correr!

En tanto que la telega entraba al paso por la puerta, el joven había saltado la cerca y caía de rodillas ante su madre, que llorando y riendo á la vez é incapaz de hablar, besaba en la frente á su hijo.

– ¡Hijo mío, Boris, cuán hermoso estás, cuánto has crecido! (Hacía lo menos diez y ocho meses que Boris había alcanzado cinco pies, cinco pulgadas.) Has hecho bien en venir; pero ¿por qué no me escribías?

– No he tenido tiempo, contestó, pues me he encontrado libre antes de lo que creía.

– ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

– Un mes entero, mi buena madre.

– Señora, el te está servido.

– Ven á comer un bocado; debes estar cansado, dijo la anciana apoyándose con orgullo en el brazo de su hijo.

Cuando iba á entrar en la casa, la anciana vió á Sonia, de quien Boris se había olvidado. Con su hatillo en la mano, apoyada contra la pared, miraba con tristeza aquellas cosas y aquellas gentes desconocidas que nada decían á su corazón.

– ¿Qué es eso?, interrogó la señora Grebof estupefacta, deteniéndose ante aquella muestrecita de humanidad, que tan acentuado tenía el tipo bohemio.

– Es una camarerita que le traigo á usted, dijo Boris riendo; he pensado que Dacha era ya vieja, y la he encontrado una auxiliar.

– No soy vieja, á Dios gracias, para necesitar ayuda, contestó la buena mujer echando una mirada furibunda sobre la enteca muchacha. Y luego, ¡valiente ayuda!

– ¿No ves que lo digo por broma, Dacha?, se apresuró á decir Boris; es una niña que me ha servido fielmente, y además es una huérfana, que no tiene ni madre, ni padre, ni techo, ni pan, y que le ruego á usted, madre mía, que acoja por amor de Dios.

La señora Grebof se santiguó, y luego dijo extendiendo la mano hacia la niña:

– El Señor ha ordenado que se acogiera á cuantos en su nombre vinieren; bien venida seas á esta casa, niña. Donde comen cinco pueden comer seis; llévala á la cocina, Dacha, dale de comer y luego veremos lo que hacemos de ella.

... cayeron de rodillas uno al lado del otro...

Durante la velada, Boris contó á la señora Grebof cuanto le podía decir de su estancia en la casa del general, haciendo abstracción de su amor por Lidia. Se hallaba resuelto á no entristecer los postreros años de su madre con el relato de sus amores, y dió por pretexto á su brusca salida la indignación que le habían causado los malos tratos que daba la señora Goreline á Sonia. La buena anciana encontraba natural la conducta de su hijo, pues más de una vez, durante el relato, tuvo que enjugarse las lágrimas que corrían de sus ojos al oir contar las penas de la pobre abandonada.

– ¡Virgen Santa!, decía á menudo, no entiendo cómo pueden existir seres tan descastados que de tal manera traten á los huérfanos y á los pobres.

Cuando Boris hubo acabado, dijo la buena mujer:

– Has hecho bien; emplearemos á esta niña en la casa, donde no falta trabajo y creo que tampoco faltará pan. ¡Mira, si no!

Y diciendo esto, llenaba el plato de su hijo de panecillos redondos y dorados que demostraban la habilidad de la vieja cocinera.

Todos los servidores de la casa eran á lo menos tan viejos como su ama; treinta años antes, la cocinera, joven entonces, había arreglado la comida de bodas de la señora Grebof. Las dos ó tres mujeres que desempeñaban los cargos más humildes, habían conocido y llorado también al amo, muerto joven y nunca olvidado por su esposa que, desde entonces, se consagró por entero á su hijo.

No había nada más triste para la pobre anciana que separarse de Boris; pero en cuanto llegó la ocasión propicia, acompañóle á Moscou, donde le instaló en casa de un profesor francés, quien además le hacía seguir sus estudios en un colegio ruso. En cuanto tuvo á su hijo bien instalado, la señora Grebof había tomado de nuevo el camino de su vieja casa á orillas del río; pero al cabo de tres semanas Boris había visto regresar á su madre.

– No podía más, le dijo ella; me parecía siempre que tenías necesidad de mí; vengo á vivir aquí en tanto que tú estás en el colegio. Tú, por tu parte, ve á casa de tu maestro, que yo iré á verte todos los días y pasaremos los domingos juntos.

El sacrificio era grande, mucho mayor de lo que Boris podía imaginar. Abandonar sus costumbres, sus servidores, la vida abundante y barata del campo, para habitar en una casita de un barrio retirado de la ciudad y vivir con economía, ya era duro; pero más aún lo era para la pobre viuda haber dejado su pobre y pequeña iglesia y la losa sobre la cual se arrodillaba durante la misa, porque aquella losa cubría el cuerpo de su esposo, á quien seguía llorando á los diez años, no de viudez, sino de ausencia, como ella decía.

Por esto cuando volvieron los hermosos días de verano, ¡qué alegría para toda la gente de la casa ver llegar á la señora Grebof y á su Boris! El travieso escolar daba que hacer algunas veces á las criadas, pero éstas, sin dejar de refunfuñar, murmuraban: «Se parece á su padre como una gota de agua á otra.»

Y la veneración de aquel recuerdo acallaba la reprensión que iba á salir de sus labios.

Así continuó la madre de Boris hasta que éste entró en la Universidad. Entonces por propia conveniencia del hijo volvió al campo, pues aquél necesitaba más dinero, y el único modo de poder reunirlo era vigilar por sus propios ojos su hacienda.

Ello importaba un nuevo sacrificio, pero no era el primero ni el último, y la viuda no vaciló en hacerlo.

Aun siendo tan pacífica como era, su regreso había devuelto la vida y la animación á Grebova, así es que las criadas, envejecidas, pero todavía buenas para el servicio, habían saludado su vuelta con alegría. Después, la muerte había abierto huecos en aquellas filas y la pequeña sociedad doméstica se había reducido.

Sonia aportó á aquella pacífica casa un elemento que al pronto no fué muy bien acogido, pues su carácter huraño y su ignorancia de los usos locales nada tenían de agradable para aquellas viejas gentes rutinarias.

«¿Estará siquiera bautizada?,» se preguntaban éstas en los primeros días.

El primer domingo fué á la iglesia en compañía de los demás criados, y miraba con ojos desmesuradamente abiertos por la admiración las ceremonias del culto, que quizá no había presenciado diez veces cuando vivía en la finca del general, donde se la consideraba antes como una cosa que como una persona.

Poco á poco la muchacha fué acostumbrándose á una existencia como jamás había soñado, sin recibir un solo bofetón ó un puntapié, comiendo cuanto quería y durmiendo arropada en una cama.

Continuaba huraña todavía; pero al cabo de pocos días empezó á aprender cuanto quisieron enseñarle, y lo hizo luego con inteligencia y buena vo-

luntad. Nadie, sin embargo, pudo sacarla de su mutismo obstinado y no soltaba una palabra que se refiriera á su existencia pasada.

Desde el primer día había vuelto á adquirir la costumbre de casa de los Goreline, y arreglaba el cuarto de Boris y lo cuidaba con gran extrañeza de la vieja camarera, que había mecido en sus brazos á su joven amo, cuando era niño, y que se veía suplantada por una extraña. La buena mujer se quejó de aquella intrusión; pero Boris la consoló con buenas palabras, y Sonia continuó sirviendo al joven con aquella abnegación de animal sumiso que imprimía en ella un carácter tan raro.

XV

Hacía ya quince días que Boris estaba en Grebova y cada vez se entristecía más, pues aun cuando había ya escrito dos cartas que él mismo había echado al correo, nada sabía de Lidia y le devoraba la impaciencia, pensando si sus padres habrían tenido noticia de su última entrevista.

Movido de su amor, veinte veces había estado á punto de partir, de empezar de nuevo su viaje para verla un momento, siquiera no pudiese hablarle; pero sus recursos pecuniarios se habían agotado.

Al cabo, un día volvió muy contento del correo. Desde que estaba con ella, su madre no le había visto tan alegre. Dos ó tres veces por lo menos fué hasta el extremo del jardín para hartarse de leer el billetito que recibiera por la mañana.

Aquella carta era asaz corta, y quizá un juez imparcial la encontrara poco efusiva en contestación á las cartas apasionadas de su amante; pero éste se hallaba ebrio de gozo, pues veía la letra de Lidia, y era aquella su primera carta de amor. Aunque sólo hubiese contenido una firma, Boris se habría mostrado satisfecho.

Decía así:

«Querido Boris: He recibido tus dos cartas y te ruego que no me escribas tan á menudo, pues Dounia me ha dicho que no quiere ir á correos sino una vez cada quince días; afirma que la caminata es larga y tiene razón. Tengo miedo que por equivocación traigan á casa una carta tuya, pues ya comprendes lo que entonces sucedería. Mamá continúa muy enfadada y el príncipe no ha vuelto desde el día que te marchaste; pasó la velada con nosotros y parecía preocupado. Yo estoy buena y deseo que por tu parte goces buena salud. He hallado el tomito de *Jocelyn* que me dejaste, y te doy gracias por tu recuerdo.

»¿Cuándo volveremos á vernos? ¡Cuán triste es estar separados y cuán lejos está el otoño! Te abraza tu

»LIDIA.»

Boris sintió al principio un gozo extremo; pero poco á poco fué éste menguando; la carta no le satisfacía del todo; hubiese querido saber lo que Lidia había pensado, lo que había sufrido, y Lidia no le hablaba de nada de esto. A pesar de ello, el joven estremecíase de felicidad al solo pensamiento de que las manos de su adorada habían tocado aquel papel que besaba con pasión.

Sin embargo, desechó toda idea melancólica; aquella carta era el primer eslabón de su futura existencia. Su amada había firmado: *tu Lidia*, y por lo tanto era perfectamente suya; la firma equivalía á un compromiso.

Se durmió teniendo en la mano aquella carta bienhadada.

Al día siguiente, al entrarle el café con leche, Sonia le dijo de repente:

—¿Ha recibido usted una carta de la señorita?

—¿Quién te lo ha dicho?, preguntó Boris estupefacto y adoptando un tono severo.

—Nadie. Pero he visto el sobre encima la mesa y he pensado que era suya viendo que estaba usted tan contento.

—¡Haz el favor de no contar tales tonterías á nadie!, repuso Boris maldiciendo en su interior la perspicacia de aquel desarrapado paje. Si se te ocurren esas ideas no me las digas más que á mí, que las olvido, al paso que los otros se acordarían de ellas.

—Muy bien, amo mío, contestó Sonia con un gesto que indicaba que le había comprendido. Y... ¿está buena la señorita?

—¡Vete, tonta!, exclamó Boris malhumorado.

A cualquiera otro le hubiese sostenido que la carta no era de Lidia; pero los ojillos de aquella rapazuela le turbaban, y durante dos días, enfadado consigo mismo y con Sonia, no dirigió á ésta la palabra.

El tercer día, al entrar Boris en su cuarto para ir á acostarse, advirtió un bulto al pie de la cama.

—¿Quién está aquí?, preguntó.

—Yo, amo mío, contestó Sonia.

Y se puso de rodillas.

—¿Y qué haces ahí?

—Esperaba á usted para pedirle perdón.

—¿Por qué?

—Por lo del otro día. Ya sé que no debo hablar de lo que no me importa. Le he hecho enfadar á usted y no me habla...

Y se aproximaba arrastrándose por el suelo de rodillas y en ademán suplicante.

—¡Perdóneme usted! ¡No lo haré más, oh, no!

—Bueno, bueno, replicó Boris impacientado, pero á la vez conmovido; vete á dormir, ya te perdono.

—¿Me perdona usted?

Y Sonia se levantó.

—Sí.

—¿Y me hablará usted y me reñirá cuando cometa alguna torpeza?.. Ayer no traje expresamente el agua, pensando que así me reñiría usted..., y ha ido á buscarla sin decirme nada. Prefiero que me riña á que no me hable usted, Boris Ivanovitch.

El joven no pudo menos de sonreirse, y poniendo su mano sobre la cabeza de la niña, le dijo:

—Vete á dormir, salvajita, y te prometo que te reñiré en cuanto lo merezcas.

Sonia cogió la mano de Boris y se la besó con ojos chispeantes de alegría, y salió corriendo de la habitación.

Las vacaciones de Boris habían terminado; acababa septiembre y se abrían las Universidades.

Una hermosa mañana de otoño Boris se alejó de su hogar dejando en él á tantos seres queridos, á su madre, á sus ancianas servidoras, á Sonia que se abrazaba á él y quería que la llevara consigo.

—Lléveme usted, decía; tendrá usted necesidad de alguien para limpiarle las botas y arreglar el cuarto y poner á hervir la tetera. Le prometo á usted que no haré ningún disparate.

Fueron inútiles sus ruegos y se quedó en la aldea con la señora Grebof, á quien asustaban los arranques de aquella naturaleza apasionada; pero que al ver la afección ciega que la niña sentía por su hijo, se conmovía y simpatizaba con ella.

Poco á poco la niña se acostumbró á querer y servir á la madre como lo había hecho con el hijo. Poco á poco fué domesticándose; y en vez de escaparse cuando le hacían una pregunta, acabó por contestar á ellas y por contar á la anciana, á ella sola, todas las penas y tribulaciones de aquel pasado horrible que se esforzaba por olvidar.

Con las manos juntas, los dientes apretados, los ojos echando fuego y los labios temblorosos, como un gnomo irritado, refirió lo que había padecido en silencio, sus cóleras repentinas y contenidas, su impotente rabia, la idea que se le había ocurrido un día de prender fuego á la casa para destruir á sus crueles habitantes y destruirse á sí misma, y luego sus remordimientos al recordar la bondad, inútil por desgracia, del general Goreline, y de pronto la aparición de Boris, que había inundado de luz y de calor su vida hasta entonces obscura y fría como el invierno polar.

La señora Grebof escuchaba con horror aquella serie inacabable de iniquidades, y su naturaleza excelente se rebelaba ante aquel relato, que le costaba trabajo creer.

—No es, posible, murmuraba; Dios no permitiría tales atrocidades.

Pero después recordó historias lúgubres parecidas á aquella, y compadeciendo de todo corazón á las víctimas, rogó para que Dios se apiadara de los malvados que por tal modo desconocían su ley.

Dos meses después de la partida de Boris, su madre terminaba así una de sus cartas:

«Tu salvaje protegida se ha domesticado conmigo; cada tarde viene á sentarse á mis pies y me ruega que le enseñe á hacer calceta. Rompe tantas agujas como días tiene el mes; pero demuestra buena voluntad. Tiene sin embargo algunas veces una testarudez invencible; no puede tragar á la lavandera y no hay modo de que le hable ni le ayude. Por la primavera la haremos trabajar en el jardín; ahora, como es la más ágil de la casa es la que sirve la mesa; pero de ninguna manera he logrado que se ponga zapatos. Cuando escribas, dime que quieres que vaya calzada; yo le leeré la carta y así quizá pueda conseguir que vaya vestida un poco más decentemente.»

Boris se echó á reir leyendo aquellas noticias; pero hizo lo que su madre le pedía, y al cabo de quince días supo que Sonia había cumplido sus órdenes.

Al saberlo se rió aún con más gana y su alegría le hizo gran bien, pues su vida era cada vez más triste. Con el otoño había vuelto Lidia á Moscou con sus padres, y Boris se las había arreglado de modo que podía verla cada vez que salía sola con la camarera, pero aquellas ocasiones eran muy raras y tenía que pagar muy cara la complacencia de Dounia. Boris se privaba de muchas distracciones y comodidades para poder deslizar un billete de banco en la mano de la complaciente camarera.

Además, Lidia empezó á frecuentar la sociedad: se acostaba tarde y no podía levantarse temprano; por las tardes temía que la vieran; por las noches tenía que ir al teatro, al baile..., el caso es que apenas la veía.

Por otra parte, ¿qué habría podido decirle? Sus lecciones no eran muchas y apenas bastaban para permitirle adquirir los libros caros que necesitaba.

Triste, casi descorazonado púsose á trabajar con ardor, sin salir más que cuando sus ocupaciones lo exigían y dedicándose por completo á serios y difíciles estudios.

Nada le distraía de este trabajo asiduo. Cada ocho días recibía carta de su madre y no era empresa fácil ni agradable contestarla, pues quería ocultar cuidadosamente á la buena anciana los pesares de su vida, y decir mentiras repugnaba á su naturaleza franca.

Durante los primeros días de octubre había recibido la visita del príncipe Armianof, que iba á San Petersburgo, y la cordial amistad que éste le demostró fué un bálsamo para su corazón lacerado, ya que al estrechar su mano amiga le pareció volver á los tiempos dichosos de su amor no contrariado. Después Armianof partió y el velo de tristeza que separaba á Boris del mundo entero se espesó más y más sobre su vida.

Una noche que trabajaba sin descanso con una especie de amarga energía, el cartero le trajo una carta.

Leyéndola, Boris creyó ser juguete de una alucinación, y le fué preciso leerla otra vez para convencerse de que estaba bien despierto. He aquí lo que le escribía el príncipe Armianof:

«Un sabio filólogo, el Sr. N., amigo de mi difunto padre, desea para ayudarle en sus trabajos un joven especialmente dedicado á la filología. Como es rico y no tiene familia, paga bien, y aun cuando no me ha dicho la cantidad que asignaría á su secretario, creo poder decir á usted, sin temor á equivocarme, que por lo menos dará dos mil rublos anuales.

»La única condición que impone es la absoluta honradez del candidato, pues le confiará preciosos documentos, todavía inéditos, fruto de largos estudios. Este sabio pasará el invierno en San Petersburgo para acabar de compulsar los manuscritos de la biblioteca imperial; después, en cuanto empiece la primavera, irá con su secretario á emprender un largo viaje por el extranjero, que no durará menos de dos años, para visitar las principales bibliotecas de Europa. Una vez terminado este trabajo, el secretario recibirá una gratificación proporcionada á los servicios que haya prestado.

»Ignorando si estas proposiciones pueden convenir á usted y si quiere abandonar Moscou, no he pronunciado todavía su nombre. Puede ser que desee usted conservar su libertad; pero á fuer de amigo creo oportuno aconsejarle que acepte la plaza.

»Espero de usted un *sí* formal, y desde este momento puede considerar la plaza como suya. Si acepta usted, no se preocupe por ninguna dificultad material, pues yo me cuidaré de todo. Por otra parte, en llegando á San Petersburgo, venga usted á mi casa y veremos lo que haya de hacerse.»

La primera impresión de Boris fué una alegría inmensa, pues aquellas proposiciones le permitían continuar sus estudios de una manera verdaderamente inmejorable.

La segunda fué de profunda desesperación: ¿separarse de Lidia? ¡Imposible! ¡Y cuán duro, sin embargo, era renunciar á aquella fortuna, á aquel principio de reputación adquirida por modo tan fácil y honroso!

Después sintió reconocimiento inmenso hacia el príncipe Armianof, que tan bien y tan pronto cumplía su promesa generosa.

Apenas pudo dormir aquella noche, y á la mañana siguiente, todavía febricitante, no sabía si renunciar resueltamente ó aceptar de golpe aquella fortuna inesperada.

Al cabo se dijo que lo mejor era consultar con Lidia una resolución tan importante, y sabiendo que al día siguiente podría verla en la iglesia, por ser domingo, se decidió á esperar, devorando ansiosamente su impaciencia á medida que pasaba el tiempo.

Llegó por fin la hora deseada, y después de vestirse, Boris se miró en el espejo, quedando asustado

de la palidez y el cansancio que demostraba su rostro, hasta el punto de que sus facciones, ajadas y macilentas, parecían las de un convaleciente. No eran únicamente las incertidumbres de aquellos días lo que le había cambiado de tal modo; antes bien los lentos padecimientos de los tres meses que acababan de transcurrir eran los que tan profundamente habían abatido su ser.

– Todo esto va á acabar, dijo con resolución; si Lidia quiere que me quede, olvidaré este sueño.

Antes de las diez estaba en la plaza de la iglesia del Bienaventurado Basilio acechando la llegada de su novia. Los techos multicolores de las cúpulas, la forma rarísima de aquella extraña iglesia, única en el mundo por la originalidad de su arquitectura, le inquietaban porque pensaba que Lidia podía entrar en una de aquellas innumerables capillas sin que la viera.

Pasó así tres mortales cuartos de hora, sintiendo esas angustias que sólo los amantes pueden comprender, hasta que al fin Lidia, acompañada de su camarera, apareció en un extremo de la plaza.

Era una hermosa mañana de diciembre; el sol brillaba sobre las cúpulas doradas del Kremlin, y la nieve que había caído durante la noche extendía su blanca alfombra sobre el desigual empedrado, en tanto que el cielo ostentaba su color azul turquí.

Ceñido el cuerpo por un gabancito de terciopelo negro, coronada la cabeza con un sombrero color rosa pálido, que hacía resaltar la frescura de su rostro, metidas las manos en el manguito, Lidia avanzaba poco á poco, moviendo graciosamente el airoso cuerpo. Su acompañanta, rechoncha y encarnada, formaba el más vivo contraste con su elegante blancura.

Boris las miraba sin atreverse á aproximarse; pero cuando Lidia y Dounia se hallaron á pocos pasos, la primera, que ya le había visto, le hizo un signo con la cabeza, y las siguió dentro de la iglesia.

Juntos penetraron en las obscuras galerías en que el resplandor de los cirios encendidos delante de las imágenes santas, revestidas de oro y pedrería, lanza reflejos fantásticos en algunos puntos, en tanto que el resto queda sumido en una penumbra misteriosa.

En las profundidades del coro, el cuarteto litúrgico lanzaba hacia las altas bóvedas los acentos solemnes del rezo del Adviento.

Lidia se apoyó en una columna, se santiguó dos ó tres veces, y luego, volviéndose hacia Boris, le dijo:

– Parece que estás malo; no debieras haber salido.

– Tenía que decirte una cosa muy importante, contestó aproximándose para hablarla al oído.

– ¿Qué sucede? ¡Alguna nueva contrariedad!, repuso con disgusto.

– No, ángel mío, no es eso.

Y en tanto que parecía absorto en sus meditaciones, le contó de una manera clara y breve el contenido de la carta recibida. La única cosa que le ocultó, sin explicarse claramente por qué así lo hacía, fué el nombre de su corresponsal.

Por otra parte, Lidia no se lo preguntó. Le escuchaba en silencio y con emoción, y al terminar Boris tampoco dijo una palabra.

– ¿Qué te parece?, preguntó aquél admirado de ese silencio.

– Y tú, ¿qué has decidido?

– Nada; espero tu contestación y haré cuanto quieras. Si quieres que me quede, me quedaré.

– ¿Sin disgusto?, insistió Lidia conmovida.

– Sin disgusto, puesto que tú lo querrás. Ya sabes que sólo vivo para ti.

Lidia estrechó la mano que tenía entre las suyas. El invisible coro entonaba á intervalos iguales las fórmulas litúrgicas; Boris, con la cabeza inclinada, esperaba la palabra que iba á decidir su suerte.

– ¿Qué harías aquí?, dijo al cabo Lidia con mezcla de vergüenza y de tristeza, si nada puedes hacer de provecho; vete.

– ¿Tú me lo aconsejas?, murmuró Boris con melancolía.

En vano había esperado que le dijera que se quedase.

– Sí, esto es lo mejor.

– ¿Te parece?

Y Boris la miraba como para leer en aquel hermoso rostro la expresión íntima de su alma; pero la oscilación incesante de las luces no le permitió percibir ninguna expresión bien definida.

– ¿Y vas á quedarte sola? ¿Puedes vivir sin mí?

La mano de Lidia tembló en la suya. «¡Señor, piedad!,» repetían á lo lejos los tiples de capilla con estridente voz. La lamentación prolongábase al través de los pilares y por entre el dédalo de las capillas; parecía que allá en lo alto el dolor destrozaba el corazón de un ángel.

Boris repuso:



Una anciana que traía un pequeño cirio...

– ¿Quieres que me vaya?

– Sí, contestó Lidia con inexpresable movimiento de impaciencia.

– ¿Has reflexionado lo que dices, Lidia? ¿Has pensado lo que son dos ó tres años, quizá, sin vernos?

Decía esto esperando una contestación contraria.

– Sí, será lo mejor, respondió la joven por segunda vez.

Boris se dejó caer de rodillas junto á ella, como rogando, y estrechó contra sus labios aquella mano sobre la cual caían sus lágrimas ardientes. La joven lloraba también bajo su velo, pues no había mujer capaz de resistir á tal angustia.

Al cabo de un momento Lidia se inclinó hacia él y le dijo:

– Levántate, ó si no, se fijarán en nosotros.

El joven obedeció y su rostro tomó una expresión de rigidez marmórea.

– ¿Lo quieres, Lidia? Sea. Me alegro de que tengas más valor que yo, puesto que por mi parte jamás me hubiera decidido á tomar esa resolución. Dentro de dos años volveré rico y célebre: ¿serás mía entonces?

Lidia inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

– ¡Dime que serás mía!, repitió con febril insistencia.

– Sí, murmuró ella débilmente.

Una extraña idea cruzó en aquel instante por la mente de Boris: sentía necesidad de una prenda solemne, de un juramento irrevocable que le diera confianza.

– Ante esta imagen, dijo señalando la del Salvador, que en una mano ostentaba el globo del mundo y tenía la otra levantada al cielo en signo de mando; ante el Salvador, jura que serás mía.

– No puedo jurar, dijo Lidia con temor, es un pecado; te lo he prometido, ¿no es esto bastante?

– Entonces, ruega conmigo; es preciso que recemos unidos.

Y uniendo la acción á la palabra, apretó con fuerza la mano de Lidia y la arrastró, casi contra su voluntad, á una capilla obscura, donde cayeron de rodillas, uno al lado de otro. Boris no rezaba; pensaba solamente, y con un esfuerzo de voluntad se ligaba mentalmente á aquella mujer que estaba á su lado, y que había de implorar la bendición de Dios.

Lidia tampoco rezaba; tenía miedo. Le parecía que cometía un sacrilegio, y se preguntaba, con terror, si Dios no la anonadaría en castigo de lo que estaba haciendo.

Una anciana que traía un pequeño cirio á la imagen, les dijo con tono suplicante:

– Dadme una limosna en nombre de Cristo para que el Señor bendiga vuestro matrimonio...

Lidia se levantó bruscamente, y Boris dió un puñado de calderilla á la vieja, que se retiró colmándolos de bendiciones.

Empezaba la gente á salir y continuamente les empujaban los que salían, en tanto que los tiples del coro lanzaban las últimas notas del canto.

– Adiós, dijo de repente Lidia.

– He de volver á verte, dijo con resolución Boris; no puedo despedirme así.

– ¿Dónde?

– Ven á mi casa, replicó con autoridad. Ven con Dounia; si tienes miedo estará con nosotros en tanto que hablemos; nadie sabrá nada; ven, es preciso que te hable con libertad.

– No me hablarás con esta libertad que dices si Dounia nos oye, respondió Lidia, y si me acompaña, adquirirá demasiado poder sobre mí y estaré bajo su dependencia.

La impasible criada, á dos pasos de ellos, fingía no haber visto nada. Boris advirtió que, desde el punto de vista práctico, Lidia tenía razón; pero aquella razón le parecía hija de la falta de entusiasmo.

– Sea, dijo después de un momento de reflexión; pero de todos modos necesito verte; dime un sitio.

– ¿Cuándo partes?

– Probablemente de aquí á ocho días.

– Pues bien; ven el sábado á las once aquí, durante la misa; los días de trabajo apenas hay nadie.

– Vendré.

Una oleada de gente los separó y Boris no pudo decirle una palabra más. Apresuróse á salir, y una vez en la calle advirtió delante de él á la joven, que se iba hacia su casa y cuyo continente no denunciaba ninguna emoción.

La miró cuanto tiempo pudo verla y volvió á su casa, no ya febricitante y perplejo, sino con el corazón lleno de una tristeza insondable. Se preguntaba á sí mismo qué impulso extraño le había arrastrado á tomar á la imagen por testigo de su juramento, y no podía darse cuenta del motivo que le había guiado.

¿Sería porque en las grandes emociones volvemos maquinalmente á las costumbres de nuestros primeros años? En tanto que Lidia caminaba hacia su casa, Dounia le dijo:

– ¿El señor Boris se marcha?

– Sí.

– ¿Por mucho tiempo?

– Por dos ó tres años.

– Tanto mejor, señorita, ahora nada la impedirá encontrar un buen marido, noble y rico, tal como usted se lo merece.

Lidia pareció no haber oído nada y guardó silencio.

XVI

Aquella noche misma, Grebof escribió al príncipe, y mientras llegaba la respuesta fué á despedirse de su madre. Aquella llegada inesperada, indicó á la anciana señora que algo extraño sucedía, y por más que su hijo al principio, quiso disimular, no pudo engañarla.

– Veo, dijo, que vas á estar ausente durante mucho tiempo, pues de otro modo no hubieras venido estando tan próxima Navidad. Dime, ¿estás seguro, por lo menos, de que tu resolución es acertada?

Aquella calma y aquella resignación aliviaron de un gran peso el corazón de Boris, que se sintió con valor para contar la suerte inesperada que se le presentaba.

La señora Grebof le escuchaba mirándole, á fuer de madre cariñosa, y seguía sus palabras con toda la atención de que era capaz. Admirado de que no le hiciera objeción alguna, Boris se interrumpió en mitad de una frase y dijo:

– ¿No me dice usted nada?

– Te escucho, y llamo sobre tu cabeza la bendición del Señor.

– ¿Entonces, me permitís que marche?, preguntó besando con reconocimiento la mano de la anciana.

(Continuará.)

CUEROS TALLADOS Y REPUJADOS

Á MANO

Los objetos que reproducen los grabados de esta página son una prueba de la actividad y del estado de adelanto de nuestros artífices. Desde luego llama la atención en ellos la elegancia de los dibujos que



Cartera de cuero tallado y repujado á mano por D. José Roca.

decoran las tres carteras; pero esto por sí solo no tendría importancia alguna; lo que verdaderamente se la da á estos objetos es el procedimiento por el que han sido ejecutados y que sacándolos de la esfera puramente industrial, los eleva á la categoría de artísticos.

Hasta ahora, por exigirlo así las circunstancias del mercado, se han venido haciendo, y se hacen todavía y se harán siempre para los fines comerciales, los trabajos en piel por medio de moldes; pero en Inglaterra, Francia, Alemania, etc., se ejecutan ya á mano estas labores y los productos así obtenidos son muy solicitados por los *amateurs* y se pagan á muy elevados precios. Un artista barcelonés, D. José Roca, ha seguido este laudable ejemplo, y por la reproducción de algunas de sus obras podrán formarse nuestros lectores idea del grado de perfección que en esta nueva manifestación artística ha alcanzado.

El procedimiento empleado para esta clase de trabajos consiste en coger un trozo de cuero de buey, del conocido con el nombre de vaquetilla, sin defecto alguno, al que se pasa con una punta dura un dibujo previamente calcado en un papel tela; una vez pasado el dibujo se abren las líneas con un objeto cortante, primero en el anverso y después en el reverso, y se hace el repujado encima de un objeto blando, llenándolo luego con un objeto duro. Hecha esta operación, se ejecuta el modelado por el anverso, operación que puede resultar más ó menos elegante según la educación artística del operador, y finalmente se tiñe la piel del color que se desea.

En distintas ciudades del extranjero hay escuelas profesionales, en donde discípulos de ambos sexos se ejercitan en este nuevo arte que, además de contribuir á su educación artística, puede proporcionarles un decoroso y productivo medio de subsistencia. Es de esperar que en nuestra patria también se hará algo en este sentido, y en tal caso convendría que fuese pronto, es decir, antes de que los artífices extranjeros acaparasen nuestro mercado. Nuestra Diputación Provincial podría tal vez tomar en esto una provechosa iniciativa, tanto más cuanto que, según noticias, obra en su poder una memoria sobre este asunto.

Las aplicaciones del cuero tallado y repujado á mano son muchas, como comprenderán nuestros lectores: carteras, libros, estuches, portarretratos, *paravents* y otros cien objetos se prestan admirablemente á esta clase de decoración.

No terminaremos estas líneas sin felicitar muy sinceramente por sus bellísimos trabajos al Sr. Roca, que ha sido indudablemente el primero que ha introducido este arte en España. — M.

***

LOS SUEÑOS Y LA SALUD

Sabido es que en muchos casos experimentamos ó creemos experimentar durante el sueño sensaciones que sólo remotamente corresponden á la realidad, pero que de todos modos tienen relación con ella. Si se pellizca ligeramente la piel del brazo ó de la mano de una persona que duerme, ésta, al despertar, referirá que en sueños la han picado avispas; si se pone en contacto con el pie de un durmiente una botella de agua caliente, dirá, cuando despierte, que soñando ha caminado por las inmediaciones de un volcán ó que ha pisado con los pies descalzos un montón de ascuas; si con una tela ligera ó con una pluma hacemos cosquillas en la cara á un niño dormido, le veremos prorrumpir en llanto sin que acertemos á explicarnos la causa de que una sensación tan leve pueda producir tan considerable efecto, y únicamente lo comprenderemos cuando el niño, al despertarse, diga que se vió atacado por una verdadera plaga de moscas que le picaban en el rostro. En todos estos casos y en otros mil análogos, el fenómeno es el mismo: la sensación realmente percibida se atribuye á una causa muy distinta de la que la engendra, y además resulta aumentada, deformada y transformada. Estos fenómenos son curiosos y se presentan todos los días, pero no ofrecen verdadero interés.



Cartera de cuero repujado á mano. – La misma después de la primera operación ó sea después de la talla y antes del repujado. Obra de D. José Roca

No sucede lo mismo en los sueños acompañados de sensaciones que no tienen causa exterior apreciable, sino que tienen, al parecer, su origen en el organismo y no fuera de él. Tal es el caso especialmente de los sueños que se reproducen con frecuencia bajo idéntica forma, porque en ellos cabe preguntarse si los sueños en cuestión son motivados por sensaciones de origen interno, todavía vagas, pero que indican ya un trastorno ó un principio de lesión, y por consiguiente una enfermedad en elaboración. De ser así, estos sueños podrían llegar á tener un valor casi profético y diagnóstico, y al presagiar ciertos trastornos prestarían buenos servicios, llamando la atención del que los tiene y del médico á quien éste consultara.



Cartera de cuero tallado y repujado á mano por D. José Roca

Una reciente observación del doctor Bouzon, publicada en *Le Naturaliste*. Se trata de una persona que tiene los dientes cubiertos de sarro; éste no le molesta estando despierta, pero cuando duerme presenta una salivación abundante y sufre una espantosa pesadilla, durante la cual le parece tener un tumor en la lengua y se le figura que se arranca los pedazos podridos de ésta con los dedos. Este sueño angustioso puede, en verdad, ser debido simplemente á las sensaciones producidas en la lengua por la espesa capa de sarro; pero también puede ser consecuencia de una inflamación de la lengua, inflamación todavía ligera, que pasa inadvertida durante el día, pero que puede acentuarse y que más adelante podrá ser reconocida como principio de una lesión grave ó por lo menos seria.

Conviene tener en cuenta los sueños tenaces acompañados de sensaciones, que son, por decirlo así, el eje de las mismas, y vigilar y hacerse examinar el órgano en que tales sensaciones se localizan, porque ello es señal de que en dicha parte respectiva del organismo se está realizando un trabajo lento que puede algún día determinar un trastorno capaz de comprometer la salud y hasta la vida.



LA FABRICACIÓN

DE LOS PANAMÁS

En uno de los últimos números del «Boletín del departamento de la Agricultura,» de Jamaica, se inserta una descripción interesante de la fabricación de los sombreros de paja llamados *panamás*, tal como se practica en el Ecuador y en Colombia. De ella tomamos algunos datos que creemos han de encontrar curiosos nuestros lectores. Además la estación en que nos encontramos y la circunstancia de haber impuesto las modas el uso de estos sombreros dan carácter de actualidad al asunto.

La primera materia de los panamás se obtiene de una palmera muy común, de hojas de abanico: estas hojas son las que se utilizan, pero no las más grandes ni las más viejas, sino, por el contrario, las más tiernas. Cortadas estas hojas, procurando que todas sean de las mismas dimensiones, se las hace hervir en agua y luego se las pone á secar, separadas unas de otras, en una corriente de aire, pero al abrigo del sol. Cuando están casi secas, se dividen en tiras de anchura uniforme y después se deja que

acaben de secarse, operación durante la cual las tiras se encorvan en el sentido longitudinal, de modo que sus extremos llegan á tocarse.

Dispuesta ya la materia primera, se entrega generalmente á mujeres que se ponen á trabajarla por espacio de una á seis semanas, y una vez listo el sombrero se le alisa bien, se le lava con jabón y zumo de limón y se le pone á secar en la sombra.

Un sombrero bueno de esta clase es siempre muy costoso, porque su elaboración exige mucho tiempo y muchos cuidados; además para llegar á ser una buena obrera se necesitan un largo aprendizaje y una prolongada experiencia. Las niñas comienzan á aprender el oficio á la edad de diez años, y sólo al cabo de muchos más lo conocen perfectamente.

Otra dificultad que requiere mucha experiencia es el arte de hacer hervir la paja, ó mejor dicho, las tiras de palma. La cocción debe hacerse de una manera especial, pues de lo contrario la paja resulta de calidad inferior.

***

LOS CEPILLOS PARA LOS DIENTES

Está generalmente admitido que los cepillos para los dientes es el medio mejor para conservar la limpieza de la boca; pero hay que reconocer que el cepillo tiene también sus inconvenientes, sobre todo los de pelo recio y duro, que son los preferidos por los hombres. Esta clase de cepillos, según parece, son nocivos para el esmalte y no limpian mejor que los de pelo blando y suave.

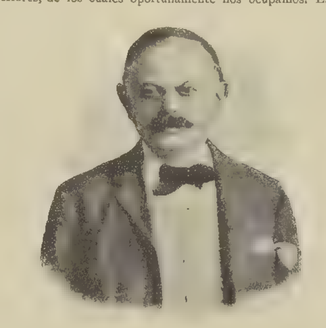
Por otra parte, los pelos, duros ó suaves, pueden ser causa de graves accidentes. En efecto, se han visto introducirse en la laringe pelos desprendidos, ocasionando serios trastornos; también pueden introducirse en el apéndice vermiforme del intestino y ser el punto de partida de una apendicitis. Un médico alemán, el doctor Weisswange, presentó hace poco á la Sociedad ginecológica de Dresde un apéndice que había tenido que extirpar á una enferma y que encerraba un pelo de cepillo para dientes, duro, alrededor del cual se había formado una concreción fecal, que produjo una ulceración del apéndice y que habría exigido la intervención quirúrgica si, en el curso de otra operación, la ovariotomía, no se le hubiese ocurrido al citado doctor examinar el apéndice á fin de ver si estaba normal.

Conviene, pues, usar cepillos de pelo suave y cambiarlos en cuanto empiecen á desprenderse los pelos. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA. ANUARIO PARA 1903. – El tomo de esta importantísima publicación correspondiente al presente año en nada desmerece de los anteriores, de los cuales oportunamente nos ocupamos. En la



El ingeniero Mr. F. B. Behr, inventor del ferrocarril de un solo riel que publicamos en la página siguiente

imposibilidad de analizar todos los trabajos que contiene, nos limitaremos á hacer simplemente mención de los principales, que son los relativos al concurso de edificios urbanos de Barcelona, á la nueva aduana, al monumento á Rius y Taulet, al parque Guell, por D. Salvador Sellés; al claustro del Monasterio de San Pedro de las Puellas, por D. Ubaldo Iranzo, y al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, por D. Juan Agapito Revilla; unas interesantísimas impresiones de un viaje á Roma, por D. Buenaventura Bassegoda; un estudio sobre el enlace de la zona del Ensanche de Barcelona con los pueblos agregados, y varios fragmentos de una obra inédita de D. Mauricio Jalvo. Completan las materias del tomo una sección legislativa; las listas de arquitectos, maestros de obras y contratistas; notas necrológicas, cuadros de precios, tarifas, aranceles, etc. El libro, que honra muchísimo á la Asociación, está profusamente ilustrado con vistas y planos y ha sido esmeradamente impreso en la imprenta y litografía de Henrich y C.ª en comandita, de esta ciudad.

UN DRAMA EN EL SIGLO XXI, por *Camilo Millán*. – Es esta una novela del género de las de Julio Verne, en que la imaginación del autor, basándose en los actuales conocimientos y progresos de las ciencias, deduce de ellos posibles adelantos futuros que le sirven para dar rienda suelta á su fantasía y desarrollar en forma muy amena el argumento interesante que constituye la base de la obra. Ha sido editada en Barcelona por D. Alejandro Martínez.

¿EL PUEBLO ESPAÑOL HA MUERTO?, por el *Dr. Madrazo*. – Laudable y patriótica empresa es la acometida por el doctor Madrazo, de la cual es reflejo y simpática manifestación el interesante libro que ha publicado bajo el título que sirve de encabezamiento á estos renglones. Los capítulos en que se subdivide han de considerarse, en cierto modo, como la ordenada serie de impresiones que sugiere el estudio del estado actual de la sociedad española. La nueva obra del erudito doctor forma un volumen en 4.º de más de 300 páginas, pulcramente impreso en la tipografía de Blanchard y Arce, de Santander, y véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.

VOLIAINES, por *D. E. Guanyabens*. – El hermoso libro que acaba de publicar el inspirado poeta catalán D. E. Guanyabens es, por decirlo así, un ramo delicadísimo, formado por las aromáticas flores de su jardín, un conjunto de poesías armoniosas, sencillas y sobre todo espontáneas, expresión del sentimiento que al autor inspiran las galas de la naturaleza. La nueva producción del Sr. Guanyabens ha de estimarse como un nuevo timbre á los ya adquiridos. Véndese el libro, que ha sido primorosamente editado, al precio de tres pesetas en todas las librerías.

LAS BASES DEL DERECHO MERCANTIL, por *D. Lorenzo Benito*. – La interesante colección de manuales que con notable éxito vienen publicando los editores Sucesores de Manuel Soler, se ha enriquecido con un nuevo volumen, cuyo título es el que encabeza estos renglones, obra del catedrático de esta Universidad literaria D. Lorenzo Benito. La sola enunciación del libro basta para demostrar su utilidad, con mayor motivo cuando en él se estudian y exponen, con claridad y precisión, los conceptos que informan el derecho mercantil, que es el derecho económico por excelencia. Véndese el ejemplar, elegantemente encuadernado, al precio de 1'50 pesetas.

CORPUS CHRISTI, por *Mosén Jacinto Verdaguer*. – Para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Verdaguer, que coincidió con la festividad del Corpus, el conocido escritor D. Carlos Viada y Lluch, á quien tan estrechos lazos de amistad unían con el ilustre vate, ha tenido la feliz idea de publicar en un pequeño tomo cuatro poesías inéditas del autor de *L' Atlántida*, cuyos asuntos se relacionan con la celebración de aquella fiesta en nuestra ciudad. Tratándose de composiciones del inmortal poeta, no es necesario decir que son un dechado de bellezas y que en ellas resplandecen, como en todas las suyas, la inspiración más hermosa, la fe más viva, el más ardiente amor á las glorias y tradiciones de Cataluña. El libro va ilustrado con el retrato de Verdaguer y dos grabados y contiene un facsímile de uno de los últimos autógrafos del autor: ha sido elegantemente impreso en la tipografía barcelonesa de «L' Avenç» y se vende á 1'50 pesetas.

NUESTROS NOVELISTAS, por *Norberto Estrada*. – El distinguido escritor uruguayo Sr. Estrada ha reunido en un folleto varios interesantes y compendiados estudios sobre la novela y sobre los novelistas compatriotas suyos Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles y Xavier de Viana. Impreso en Montevideo en la imprenta y encuadernación de 18 de julio.

EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO, por *Amado Nervo*. – El notable escritor mexicano Amado Nervo ha reunido en este tomo una colección de interesantes artículos, impresiones y recuerdos de viaje delicada y atinadamente expuestos, unos en prosa y otros en verso y todos en lenguaje fácil y elegante. Lleva el libro ilustraciones de los Sres. Ruelas y Zarraga.



Ferrocarril de un solo riel, sistema Behr, que actualmente funciona en Ballybunion (Irlanda)

FERROCARRIL DE UN SOLO RIEL,

SISTEMA BEHR

En breve comenzarán los trabajos para la construcción de un ferrocarril eléctrico de un solo riel, que enlazará las ciudades de Liverpool y Manchester y que será el más rápido del mundo, puesto que recorrerá dicho trayecto en veinte minutos, lo cual representa una velocidad de 110 millas por hora.

Cuando se presentó el correspondiente bill en el Parlamento inglés, muchos aseguraron que la obra sería un fracaso, pero después que la comisión informadora hubo oído el parecer de notables ingenieros, que aseguraron ser perfectamente realizable el proyecto, se autorizó la construcción de una línea que sin duda será la primera de una serie de otras que á no tardar se irán estableciendo.

Los ingenieros encargados de los trabajos son Mr. F. B. Behr, inventor del sistema, y Mr. R. Elliot Cooper. La longitud de la línea será de 34 millas y media y los trenes emplearán, como hemos dicho, veinte minutos, en vez de los cuarenta que ahora emplean los trenes expresos ordinarios.

El privilegio de esta línea rápida es de Mr. F. B. Behr, quien viene consagrándose desde hacía muchos años al estudio del sistema. Cuando se celebró, poco ha, la exposición de Bruselas, Mr. Behr construyó una línea de esta clase para realizar sus ensayos, y la experiencia demostró que en ella podían obtenerse las mayores velocidades. Los comisionados nombrados por varios gobiernos para emitir informe opinaron que la velocidad de 100 millas por hora era posible.

Los primeros ferrocarriles de un solo riel construídos por Mr. Behr funcionaban por medio del vapor; de ellos hay varios instalados en distintos países y han dado resultados excelentes.

La idea del inventor al construir la línea de Liverpool á Manchester es convencer á las compañías ferroviarias de la conveniencia de establecer líneas de su sistema exclusivamente para los expresos, es decir, para el servicio rápido, dejando las ordinarias para el tráfico de mercancías ó de pasajeros que no requiera tanta celeridad.

Los ingenieros convienen en que, por término medio, las velocidades superiores á 70 millas por hora son imposibles en las curvas de los actuales caminos de hierro, pero la construcción de ferrocarriles de un solo riel permitirá alcanzarlas mucho mayores con seguridad completa, resolviendo de esta suerte el problema de la rapidez, que es una de las mayores dificultades para las compañías explotadoras.

La propulsión se obtiene en este sistema en el riel superior por ruedas derechas, utilizándose los rieles laterales para mantener fijo el coche y evitar los descarrilamientos; para esto sirven también las ruedas horizontales.

La línea de Manchester á Liverpool pasará por Eceles, Warrington y Gatston; pero el tren no se detendrá en estas poblaciones, sino que recorrerá en un solo trayecto la distancia entre aquellas ciudades.

La fuerza que se empleará para la tracción de estos trenes será eléctrica. – R.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 27 de julio de 1903 — Núm. 1.126

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIEJO ARTISTA, cuadro de Julio Bosquet

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Los Jardines del Buen Retiro, lugar en otro tiempo de fiestas cortesanas, son ahora el mejor, por no decir el único sitio donde la gente madrileña puede encontrar, después de los fatigosos ardores del día, un poco de frescura y grato esparcimiento. Allí, á decir verdad, lo de menos es el espectáculo: lo principal es lo agradable de la temperatura, la facilidad que tienen de verse y hablarse los enamorados, la probabilidad para los aficionados á aventuras de entablar sus galanteos, y el placer de reunirse y conversar que aquello ofrece á su numerosa concurrencia.

Este año, con muy buen acuerdo, se han substituído las operetas á las óperas serias, que constituían en las anteriores temporadas el atractivo artístico de los Jardines. A los trágicos arrebatos de Otelo, á las románticas quejas de Lucía, á los desgarradores acentos de Valentina y Raúl, han sucedido las cancanescas canciones de *Barba Azul*, los valses de *Las campanas de Carrión* y la regocijada partitura de *La Poupée*. Toda esta música alegre, compuesta sin otro propósito que el de hacer olvidar las penas de la vida, y cuyas notas no encierran más filosofía que la que se desprende de los versos de Anacreonte, el cantor del vino, la filosofía de los dulces besos y de los amores fáciles, es sin duda la manifestación de arte más adecuada al deseo de impresiones agradables, risueñas y si es posible algo picantes que lleva al público á los Jardines del Retiro.

Una sola excepción ha habido en este género eminentemente cómico y bufo; una pantomima seria que ha llenado de lágrimas los ojos de las personas sensibles y aun de algunos cronistas blandos de corazón. Me refiero á *Las aventuras de Pierrot*, especie de Historia del hijo pródigo muy melodramática y además muy moral. Pierrot es una excelente persona, de carácter muy débil: quiere á su mujer *Luissette* más que á las niñas de sus ojos y vive en su tranquilo hogar lo mismo que el pez en el agua. Pero en aquel paraíso hay, como en el otro, una serpiente. Esta serpiente es un galanteador de Luissette, el cual, para vengarse de los desdenes de la virtuosa joven, se propone perder y envilecer á su marido. Pierrot que además de débil, es poco avisado, déjase corromper por su falso amigo, abandona su casa y se va por esos mundos de Dios de zoca en colodra, de borrachera en borrachera y de vicio en vicio. Pierrot, como ya habrá adivinado el lector, pierde su salud y su dinero, y cátate al pobre hombre miserable y pingajoso, pidiendo limosna de puerta en puerta. Llévale su buena suerte á casa de Luissette, y allí le socorre y consuela un jovenzuelo, que es nada menos que el hijo del propio Pierrot... Al cabo Luissette reconoce á su marido, el hijo se pone loco de alegría por haber encontrado á su papá, y Pierrot, arrepentido de sus pecados y culpas, promete ser un marido ejemplar y un padre modelo. Todo esto, expresado con batimanes, zapatetas y los gestos y ademanes propios de la pantomima, no llegó á convencer á una gran parte del público. En cambio, como digo más arriba, las personas sensibles salieron del teatro de los Jardines del Retiro con el corazón en un puño.

Espectáculo propio también de la presente época del año es el que se inauguró á últimos de junio en el teatrillo veraniego de Eldorado. Represéntanse allí obras del género chico, cuyo atractivo principal, ó mejor dicho, único, es la ligereza de ropa con que se exhiben las tiples y señoritas del coro ante el no sé si llamar respetable público.

La sola *novedad* de que hasta ahora han hablado las crónicas es una disparatada revista, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Jiménez, titulada *El general*. El estreno de esta obrilla, falta de originalidad y sobrada de chistes y equívocos de mal gusto, fué un desastre. El público, aunque, como es sabido, no peca de severo con cierto género de mojigangas, *tributó* á *El general* una *bastonada* que debió de oirse á cuatro kilómetros de distancia. Particularmente un tango de la misma especie que el del Morrongo, produjo un «alboroto.» Esto no obstante y á pesar de haber ido en aumento el *pateo* en las representaciones sucesivas, la empresa, lejos de dar la licencia absoluta á *El general*, le ha concedido los honores de dos representaciones cada noche.. Por esto decía yo más arriba que no sabía si llamar respetable á un público tan poco respetado.

A favorecer á *El general* ha contribuído no poco, con la mejor intención del mundo, la *gobernadorada* (no siempre han de ser alcaldadas los errores de las autoridades) del Sr. Sánchez Guerra. El gobernador de Madrid creyó sin duda que algunos chistes del libro y ciertos meneos y ademanes de las artistas no eran todo lo correctos y pudorosos que exige la estricta moral, y determinó obligar á la empresa á que los atenuase y suprimiese, con lo cual sólo ha conseguido despertar la curiosidad malsana del público.

Sinceramente creo que ciertas prohibiciones son causa de apetitos. Sin la inoportuna intervención del gobernador de Madrid, *El general* hubiera acabado por desaparecer, vencido al fin por las reiteradas protestas del público.

Por otra parte, no es justo que mientras se han dejado pasar, sin el menor obstáculo, las enormidades que nos sirven las compañías extranjeras y con las cuales se chupan los dedos de gusto las personas más distinguidas de esta villa y corte, y cuando actualmente se representan en los Jardines del Buen Retiro operetas capaces de ruborizar á un guardacantón, se persiga á empresas españolas que no hacen más que seguir un ejemplo tolerado por las autoridades y aplaudido por el público.

El teatro de Apolo ha tenido durante estos últimos días el santo de espalda. Allí se sale á grita por estreno. Tres se han verificado en aquel favorecido teatro desde mi última crónica, y los tres han terminado entre los silbidos y bastoneo de los espectadores. Mas en Apolo, como en el Eldorado y de algún tiempo á esta parte en todos los teatros de Madrid, no rige la voluntad del pueblo soberano: se estrena una obra, el público la silba; vuelve á representarse, vuelve á ser silbada; pero á la larga los espectadores se cansan y la obra sigue en el cartel y llega hasta el número ciento.

Camino de este número va *El pelotón de los torpes*, original de los Sres. Alvarez y Mas y música del maestro Serrano. El público gritó la letra y los revisteros la pusieron de oro y azul. A pesar de esto, ahí está ocupando el puesto de «la última de Apolo,» sostenida, á decir verdad, no sólo por la tenacidad de la empresa, sino por el mérito de la música del maestro Serrano.

Lánguida vida sigue arrastrando el teatro Lírico, cuya compañía es de lo más flojo que campea por los teatros de Madrid. Cuando se entra en aquel enorme teatro no se puede menos de exclamar como el personaje de *Consuelo:* «¡Qué espantosa soledad!»

No ofrece aquello muchos atractivos para atraer y cautivar al público. Las obras de repertorio que allí se ponen en escena están ya gastadas y además se representan mucho peor de lo que el público madrileño las ha visto representar.

Aunque muy superior á las zarzuelas estrenadas en los otros teatros, *Copito de nieve* solamente á duras penas y, como suele decirse, á trancas y barrancas pudo llegar al puerto. *Copito de nieve* es el nombre que dan en un pueblo de la montaña á cierta moza gentil como un pino y blanca como la nieve de la sierra. Quiere esta moza á un bravo mocetón, cazador de osos por más señas, y él paga á la muchacha con la misma moneda. Pero es el caso que hay en el pueblo un rico hacendado, padre de una hermosa joven, que bebe los vientos por Copito de nieve. Este rico hacendado pide al padre de la garrida moza la blanca mano de su hija; pero como ella está loquita por su cazador, rechaza la oferta del ricachón. Quiere éste lograr por fuerza lo que no pudo alcanzar de grado, y para ello, aprovechando una ocasión en que Copito de nieve está sola en su casa, entra en ella con las intenciones que puede suponer el discreto lector. Pero no ha contado con la huéspeda el maduro libertino. El cazador de osos, que se ha tragado la partida, en tanto que á su novia se le tiende el lazo que queda dicho, él entra en la casa del rico hacendado á fin de desquitarse, á costa de la hija de su rival, del agravio que se ha tratado de inferir á Copito de nieve.

Por fortuna las cosas no pasan á mayores, y todo se arregla después de una violenta escena, con sus puntas y ribetes socialistas, entre el «injusto forzador» y el cazador de osos.

Al final el público estuvo á punto de «derretir» el *Copito de nieve*, cuyos autores resultaron ser los Sres. López Marín del libro y Calleja y Lleó de la música.

A juzgar por lo que escriben los periódicos de Buenos Aires y Montevideo, las compañías de Rosario Pino y Carmen Cobeña son allí objeto de delirantes ovaciones. Rosario Pino ha dado, ó mejor dicho, está dando á conocer en la capital de la Argentina todas las obras de su repertorio, entre las que figuran, en primera línea, las de Benavente y las de los hermanos Alvarez Quintero.

Por su parte, Carmen Cobeña, primero en Buenos Aires y en Montevideo actualmente, ha mostrado, además de varias de las joyas de mayor precio de nuestro clásico teatro, otras de nuestro moderno repertorio, intercaladas con las más famosas del teatro extranjero contemporáneo.

Ningún nudo tan fuerte como el que ata, para enlazar á unos pueblos con otros, la literatura, y muy especialmente la literatura dramática. Así como del libro se ha dicho que es letra muerta, del teatro puede decirse, con más razón que de la oratoria, que es letra viva, más que letra viva, la vida misma. Los afectos, las pasiones, las costumbres, las tendencias heredadas, la tradición, la historia, cuanto constituye el carácter de la raza, todo adquiere cuerpo y cobra vigor en la escena, el medio de expresión más sugestivo de cuantos posee el arte. En pueblos como todos los que constituyen la América del Sur, cuya lengua es nuestra lengua, cuya sangre es nuestra sangre y cuyas glorias y quebrantos, hasta ayer, ó sea hasta principios del siglo XIX, son también nuestros quebrantos y glorias, los versos de Lope y Calderón han de despertar las mismas ideas y sentimientos que evocan en nosotros, los hijos de la vieja España; y la inspiración de Hartzenbusch y Ayala y el ingenio de Galdós, de Benavente y los Quintero, han de encontrar en aquellas playas remotas eco semejante al que entre nosotros encuentran los versos de Heredia, de Caro ó de Miroi.

También ha realizado una brillante campaña en México y en Cuba la compañía que dirigía Juan Balaguer y de la cual formaban parte artistas tan excelentes como Nieves Suárez y Larra. No hace muchos días llegó á Madrid el director de esa compañía y poco después fué nombrado director artístico de la Comedia, nombramiento que ha sido recibido con entusiasta aplauso por cuantos saben apreciar la labor artística de aquel gran actor.

En efecto, Juan Balaguer no tiene rival en el género cómico. Al lado del inolvidable Mario adquirió aquella rectitud artística, aquel disciplinado buen gusto que no transige jamás con las chocarrerías y payasadas de que tanto suelen abusar, por conquistar las palmadas de una parte del público, los más celebrados actores cómicos. Los mismos Coquelín, que en París son considerados como el *non plus ultra* de la vis cómica, suelen incurrir en chocarrerías más propias de la arena de los circos que de las tablas del teatro.

Balaguer no es de esos. Aspira á retratar la naturaleza humana, á mostrar el lado cómico de los hombres, sus ridiculeces, sus extravagancias, pero siempre sin traspasar esa línea que separa la belleza cómica de lo bufo. El público de la Comedia no le ha olvidado, y espera, seguro estoy de ello, la ocasión de aplaudirle en el mismo teatro en que el notabilísimo actor alcanzó sus más brillantes triunfos.

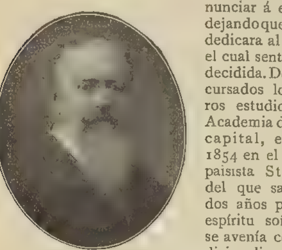
Y véase cómo á pesar de las lamentaciones de nuestros Jeremías, que no ven ó no quieren ver en España más que decadencia y ruina en todos los órdenes de la actividad, adquieren ó han adquirido fuera de su país ovaciones ruidosas, plácemes unánimes y no poco provecho actrices como Carmen Cobeña, Rosario Pino y Nieves Suárez, que después de María Tubau y María Guerrero han visitado las ciudades de América, y actores como Juan Balaguer y Mariano de Larra que representando en aquellos lejanos países obras españolas han demostrado que nuestro teatro puede competir con los del extranjero.

Por desgracia, nosotros no sabemos manejar el bombo como lo manejan nuestros vecinos los franceses. Aquí el mayor enemigo con que tropieza todo lo que en España sobresale, es España misma.

ZEDA.

AUGUSTO SCHAEFFER, NOTABLE PAISISTA AUSTRIACO

Nació este célebre pintor austriaco en Viena en 30 de abril de 1833, y aunque su padre quiso en un principio que fuera médico, como él, no tardó en renunciar á esta idea, dejando que su hijo se dedicara al arte para el cual sentía afición decidida. Después de cursados los primeros estudios en la Academia de aquella capital, entró en 1854 en el taller del paisista Steinfeld, del que salió á los dos años porque su espíritu soñador no se avenía con el tradicionalismo de su maestro.


AUGUSTO SCHAEFFER

Admirador del poeta Lessing, encantado por las descripciones de la naturaleza que las composiciones de éste contienen, se propuso consagrarse al paisaje, y á fin de educar su vista en la contemplación de los más variados espectáculos naturales, emprendió varios viajes de estudio por los más diversos países, desde el luminoso Mediodía hasta el brumoso Norte. A su regreso expuso algunos cuadros, obteniendo una medalla de plata.

A pesar de que el arte atravesaba entonces una profunda crisis, Schaeffer logró imponerse, y sus cuadros, todos ellos reproducciones de paisajes de Hungría, de la Alta Baviera, del Tirol, hallaron fácil salida en el mercado.

Emprendió luego otros viajes al Rhin y al Tauno, y á su regreso se estableció en Salzburgo, en donde permaneció muchos años.

Volvió luego á Viena y tomó parte activísima en la fundación de la «Casa de Artistas,» de la que fué nombrado presidente en 1880. Desde entonces ha figurado entre los primeros pintores vieneses.

A principios de 1881, después de haber desempeñado durante un decenio importantes cargos en la Academia de Viena, fué nombrado conservador y vicedirector de la Galería imperial del Belvedere, y á la muerte de Engerth pasó á ocupar el puesto de director que éste desempeñaba, inaugurando sus funciones como tal con la difícil tarea de instalar el museo del Belvedere en el Palacio de Hasenau, adonde había sido trasladado. Y con tanto acierto cumplió este cometido, enmendando los yerros de su antecesor en punto á la clasificación y colocación de las obras, que los críticos austriacos dijeron que la fecha de mayo de 1894, es decir, la de la terminación de aquellos trabajos, iniciaba un nuevo capítulo en la historia de los museos imperiales. En efecto, puede decirse que sólo desde aquel día pudo admirarse en toda su grandeza el incomparable tesoro artístico que el Belvedere encerraba.

En medio de estos trabajos que tanto ocuparon su actividad, Schaeffer produjo varias obras que despertaron general entusiasmo. La mayoría de ellas están inspiradas en la selva vienesa, cuyos encantos ningún pintor ha sabido reproducir como él, á quien con razón se llama el pintor poeta del alma de la selva, porque no se limita á copiar las frondosidades del bosque, los grupos de añosos árboles, los límpidos lagos, la maleza, los escabrosos senderos, sino que al juntar todos estos elementos en una composición les infunde esa vida, ese sentimiento, por decirlo así, que animan la naturaleza. Sus paisajes de primavera respiran esa frescura, esa serenidad que caracterizan á esta época del año, todo en ellos parece que se sonríe; sus paisajes otoñales están impregnados de melancolía, que se desprende, no sólo de los follajes amarillentos y de los cielos grises, sino principalmente del ambiente general del cuadro.

Con motivo del septuagésimo aniversario del natalicio de Schaeffer, un célebre crítico austriaco escribió un interesante artículo á él dedicado, del cual tomamos el siguiente párrafo, que nos da á conocer perfectamente el modo de ser del artista.

«Dejando aparte á Rodolfo de Alt, apenas hay actualmente en Viena otro pintor que, como Schaeffer, educado en el arte tradicional, haya aceptado con tanto entusiasmo y tanto convencimiento la parte sana de las modernas tendencias. Los extraordinarios progresos que en el arte del paisaje se han realizado durante los últimos años, han encontrado en él calurosa acogida, porque puede decirse que los predecía instintivamente. Augusto Schaeffer ha confirmado en nosotros la creencia en la madurez de la creación artística en los últimos años de un hombre de talento que nos consuela del espectáculo ofrecido por una parte presuntuosa y ligera de la juventud. En suma, el famoso paisista vienés es un septuagenario con el corazón, la mano y los ojos de un hombre de treinta años.»


Anuncios de primavera, cuadro de Augusto Schaeffer

La mejor prueba de la bondad de las obras de Schaeffer está en los cuadros que reproducimos. – S.


Mañana de abril en la selva vienesa, cuadro de Augusto Schaeffer

EL COTORRO

RECUERDOS DE MI TIERRA

¡Pobre Cotorro!.. Se ha muerto...

– Mañana, el carpintero vendrá á tomarte la medida para el ataúd; después te llevará el cura, responseando, por la larga carretera enlodada hacia el rincón amarillento que te aguarda entre los cipreses... Y nuestro viejo enterrador, el abuelo Gabriel, te echará al fondo; después todos arrojarán sobre ti un puñado de tierra y volverán á sus casas. ¡Pobre Cotorro!.. ¡Qué estúpida y fea es la muerte!.. ¡Cómo se deja esperar y olvidar, para venir súbita, cobarde, traidoramente!..

La estación del ferrocarril, en donde los viajeros toman la diligencia para Carreño, está pintada de color rosa. Cuando los trenes se detienen en ella, óyese en el silencio de los campos la voz ruda del mozo de estación que anuncia el nombre de esta querida aldea, en donde á las ocho de la tarde, los cantos estridentes de los grillos se confunden con las tonadas montañesas. El otro día bajé yo allí. El jefe, de pie con el silbato entre los labios, me sonrió afectuosamente... Es un antiguo conocido.

– Buenos días, Sr. Martínez.

– Muy buenos los tenga.

Después hablamos largamente. Me entera de todos los matrimonios, de todos los bautizos, de todas las muertes que hubo durante el año, porque ya sabe bien que mi visita en el verano es segura.

– ¿Y el Cotorro?

– El Cotorro y su mujer siempre iguales.

– No es posible.

El jefe acababa de darme un alegrón. Durante el viaje, había sentido la inquietud de que hubiese muerto el Cotorro... En Madrid se olvidan muchas cosas y muchas personas. Pero yo no había olvidado al Cotorro, porque el Cotorro es un buen viejo que me ha enseñado á jugar al billar en las mesas del café de La Marina, donde una hora después encontraba yo á mi antiguo amigo, solo, bebiendo su copa de ginebra con la misma fruición de siempre.

Me abrazó, recordándome que en otro tiempo saltaba yo sobre sus rodillas.

– ¿Y su mujer?

– Siempre igual... Riñendo... Tú ya la conoces... Hoy vendrás á comer conmigo, ¿verdad?

Marchamos en silencio, gozando secretamente de una vaga felicidad.

¡Pobre Cotorro! ¡Qué viejo era! ¡Pero qué viejo!.. Una barba blanca, enmarañada; unos ojos sanguinolentos, y la cabeza, calva y reluciente... ¡Ah! La calva fué el origen de su celebridad, de su fortuna, y por ella debía también morir. Si el Cotorro deja hoy un verdadero renombre en el concejo y catorce mil pesos en el banco de Llanada, sin contar con su posesión de Villalegre, lo debe á su magnífico cráneo, aquel cráneo pelado como los guijarros de un arroyo. ¡Pobre Cotorro! Era un hombre honrado que sin la calva no hubiera ido á ninguna parte, porque la honradez no exime de la vulgaridad.

Si queréis saber su historia, escuchádme un momento.

El Cotorro, la verdad es que se llamaba Granda, pero ¡quién diablo conoce en Carreño á Granda y quién no conoce al Cotorro!.. Pues bien: el Cotorro fué carretero hace mucho tiempo, muchísimo tiempo... Después se casó con tía Marica la Parrocha, que le hizo dejar su carro y sus bueyes. Era el tiempo en que se comenzaban á establecer *chigres*, para envenenar á los robustos marineros y á los campesinos que venían al mercado, con vino, con aguardiente y con política. La mujer del Cotorro soñaba con entronizarse tras un mostrador, y entonces abrieron las puertas del café de La Marina, pero no del café de La Marina que ustedes frecuentan hoy, ¡oh amados coterráneos!, sino de un mal chigre donde apestaban la ropa de los marineros y el petróleo de las lámparas, y de cuya puerta colgaban una rama de laurel y una banderucha descolorida y sucia. La verdad es que aquello al principio no fué muy bien, y aprovecho la ocasión para protestar contra los que creen en la facilidad con que el vicio se arraiga. Y si entonces el cráneo del Cotorro no hubiera salvado el crédito del establecimionto, no os digo dónde estarían á estas horas los ahorros que la tía Marica la Parrocha guardaba en la cómoda, entre los devocionarios y la mantelería de los días festivos.



Estío, cuadro de Augusto Schaeffer

Un día, este cráneo se expuso á la admiración de todos, y vino un estudiante gracioso que llamó á otro también gracioso, y bien pronto todos los que por aquella época se las echaban de graciosos, hablando alto y bebiendo seco, comenzaron á escupir su infeliz malignidad ante el maravilloso cráneo del Cotorro. Y sería difícil contar las generaciones que han pasado por el café de La Marina, derrochando jovialidad, á costa de semejante cráneo, sin que el Cotorro se incomodase jamás por ello. El hecho es que La Marina marchaba de frente, que los domingos tenían que bajar mesas del desván y que la tía Marica la Parrocha se atrevió á traer un lunes de *la villa* todos los aparatos necesarios para hacer helados.

Si alguna vez pasáis por Carreño, id á La Marina, tomaréis una cerveza tan detestable como en otros cafés, pero muy bien servida, en aquellos hermosos vasos del tiempo del Cotorro, á quien ya no podréis ver. Yo no iré más porque me daría mucha pena.

Hace seis años que el Cotorro se había retirado de los negocios. ¡Era tan viejo! Quería dejarse morir tranquilamente, ó más bien, dejarse vivir, pues acabó por no creer en la muerte. Renunció á ser concejal cuando se lo propusieron. La popularidad de su calvicie, emblema y garantía de su prudencia, le había llevado hasta allí y le llevara hasta la alcaldía, si el Cotorro hubiese tenido más ambición... y más ortografía.

De dueño se convirtió en parroquiano asiduo del café de La Marina. Siempre estaba sentado ante una mesa, bebiendo la ginebra de costumbre. A veces, el médico le decía:

– Te estás envenenando con el alcohol, y uno de estos días tendré que hacer tu certificado de defunción. Ten cuidado...



Soledad, cuadro de Augusto Schaeffer

La tía Marica nos recibió de un modo literalmente insoportable, agitando sin cesar sus brazos rugosos, horribles, larguiruchos. ¿Creéis que se fijó en mí siquiera? Pues no, señor, se contentó con reñir á su marido, gritándole durante la comida:

– ¡Mirar cómo se atraca! ¡A su edad!.. Anda, hártate de salsa hasta las orejas: y si coges una indigestión, ¡ven á quejarte! Mire usted, señor, si se hubiera de hacer caso á este viejo chocho había que estar todo el día preparándole tisanas y cocimientos.

La tía Marica decía todas estas cosas con un timbre de voz que me dañaba los pulmones, y lo que me asombraba más eran las miradas de inefable dulzura que tenía para el cráneo de su marido y aquellos ojos grises empañados por las lágrimas que no caían.

Ella misma le servía, dándole las mejores tajadas y llenándole los vasos de vino. De pronto se encaró conmigo:



EL PLACER DE LA DICHA AJENA, cuadro de J. Hamza

(de fotografía de Víctor Angerer, Viena)

– Diga, señor, ¿no es verdad que está ya bien cambiado? Amigo, á cada cual le llega su vez. Todas las mañanas, al despertar, pienso: puede que muriera esta noche.

El Cotorro le interrumpía de cuando en cuando filosóficamente:

– Calamidad, trae para acá ese pan. Saca el dulce para que lo probemos. Prueba el dulce, hijo.

– ¿Cuándo será el día que dejes de gruñir: calamidad por aquí, calamidad por allá?.. No tengas miedo, que maldito si lo sentiré. Tengo de ir para Villalegre, con el gato y los canarios...

Estábamos comiendo el queso. El Cotorro movía la cabeza sonriendo.

– ¿Vamos á dar una vuelta?, dije yo.

– Como quieras, pero espera el café.

Lo tomamos de prisa. Estaba exquisito. La tía Marica cepilló á su marido y entró en su habitación á llenar la petaca de tabaco picado para la pipa. Y cuando estuvimos ya en la calle, voceó desde la ventana:

– Haced lo que queráis de ese viejo chocho. Matadlo. Me es igual.

Al volver la esquina, la vi, ¡oh, esto es increíble!, enviarle besos con un gesto furioso.

Marchábamos lentamente. Él me iba hablando de cosas pasadas, de cosas de mi infancia que si os las contase os parecerían muy poco interesantes. Todas sus narraciones comenzaban: *hace treinta años*... Y seres queridos se levantaban de la tumba, hablando, riendo y llorando. ¡Oh, cómo penetra en el corazón la palabra de los viejos! ¡Qué comienzo delicioso y melancólico de la vida! Por esto amaba yo tanto al Cotorro, por sus viejas historias y por su barba toda blanca.

La brisa cantaba los salmos de la tarde entre las hojas de los árboles que bordeaban la carretera. En los prados cercanos mugían los bueyes poderosamente, y á lo lejos el mar se lamentaba entre las rocas.

Volvimos hacia el pueblo. El viejo seguía contando historias familiares; pero al pasar por frente al café, me empujó insensiblemente hacia la puerta.

– Os aseguro que no tengo sed.

– Cállate, hombre...

La Marina estaba lleno. El humo de las pipas ahogaba, y en el mármol de las mesas las fichas de dominó hacían un estruendo horrible.

– ¡Viva el Cotorro!, gritan algunos mozalbetes que jugaban al billar.

Y Cifuentes, uno de los graciosos del pueblo, acarició paternalmente el cráneo del pobre hombre, que sonreía satisfecho. Se sentó tranquilamente delante de la mesa acostumbrada. Acaballó los lentes sobre la nariz y encendió la pipa, repleta de tabaco.

– Un dominó, hijo.

– Os juro que no sé coger una ficha.

– Ya... ya...

De repente me miró con sus ojos redondos.

– Entonces eres un burro...

Debí perder en aquel momento toda su estimación. Él estaba aburrido. Yo también por no poder darle gusto. Felizmente, llegó D. Atanasio, el secretario, que era el que jugaba con él la partida acostumbrada. Jugando, pasaron una hora, sin levantar los ojos del mármol. Enfrente, Cifuentes contaba á unos cuantos jóvenes la historia de una liebre que había matado.

– Oí, decía entusiasmado, aullar á mi perro, y ¡puf!, como una flecha, viene hacia mí la liebre. Era ya mía...

Y sin duda, para dar mejor la sensación de este momento grandioso, apuntó con la escopeta. Instintivamente, me agaché. No pude darme cuenta de ello... Fué cosa de un momento... Cuando levanté la cabeza, vi ensangrentado sobre la mesa el cráneo del Cotorro. Hubo un momento de confusión indescriptible. Cifuentes balbuceaba, pálido:

– Lo he hecho sin querer... Ha salido el tiro sin saber cómo...

Levantamos la cabeza del Cotorro, y el médico, sin vacilar, dijo:

– Está muerto.

Salí del café. Era necesario prevenir á la tía Marica. La encontré en la puerta, preguntando á las vecinas dónde sonara el tiro. Yo murmuré ante ella palabras incoherentes. Me comprendió en seguida.

– ¡Lo han matado!, gritó.

Acometióla un síncope, y sin sentido ya, murmuraba constantemente:

– Está bien hecho...

Y luego ante el cadáver:

– Viejo chocho, sí, chocho que vas á emborracharte y luego vienes con esa cabeza de carnero descalabrado... ¡Viejo chocho!. . . . .

. . . .

Un mes después murió la tía Marica la Parrocha, sin haber tenido tiempo de instalarse en Villalegre con su gato y con sus canarios. Y Fontecha, el médico, que pasa por ser un buen psicólogo y que conoce bien á la familia de la tía Marica, afirma que ha muerto de pena y de amor; sí, señores, de pena y de *amor*, ni más ni menos.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.



ROMA. – LA ENFERMEDAD DEL PAPA. – I. El público en la puerta de bronce. – II. El público firmando el álbum. – III. Plegarias en las iglesias de Roma. – IV. El público leyendo el boletín de los médicos. – V. El pueblo romano esperando noticias en la calle de Borgo Sant Angelo. – VI. Los periodistas en la plaza del Vaticano. – Carruajes de los cardenales y de la nobleza romana en el patio de San Dámaso del Vaticano. (Dibujos de Amato.)

LEÓN XIII

Los temores que se abrigaron cuando se tuvo noticia de la enfermedad del papa se han confirmado por desgracia. Después de una agonía tranquila, en la que poco á poco se iban debilitando las fuerzas físicas de aquel cuerpo vencido por el peso de los años y apagándose aquella privilegiada inteligencia que fué asombro del mundo entero, ha fallecido á las cuatro de la tarde del día 20 de este mes el gran pontífice León XIII, una de las figuras más eminentes, no sólo de la Iglesia, sino de la humanidad del siglo XIX.

Joaquín Vicente Pecci nació en 2 de marzo de 1810 en Carpinetto, pequeña aldea de la diócesis de Agnani, y á los ocho años ingresó en el colegio de los jesuítas de Viterbo; en 1824, al morir su madre, trasladóse á Roma y continuó su educación en el Colegio Romano, sostenido también por jesuítas, comenzando poco después los estudios de Teología y mereciendo, no obstante su juvenil edad, que se le confiara el cargo de repetidor en el Colegio Germánico. En 1831 ganó el grado de Doctor en Teología, siguiólos cursos de Derecho en la Universidad de Roma hasta recibir el grado de Doctor *in utroque jure* y fué ordenado de sacerdote en 23 de diciembre de 1837.

En calidad de protonotario apostólico marchó á las provincias de Benevento, Espoleto y Perusa, y en 27 de enero de 1843 fué preconizado arzobispo de Damieta *in pártibus* y nombrado nuncio en Bruselas, cargo que desempeñó durante tres años y al cesar en el cual recibió el gran cordón de la Orden de Leopoldo. En 21 de julio de 1846 tomó posesión del arzobispado de Perusa, ocupando esta silla metropolitana hasta el día de su elevación al pontificado, ó sea durante treinta y dos años.

Fué cardenal del orden de presbíteros desde 19 de diciembre de 1850, y en su administración, á la vez civil y eclesiástica, alcanzó gran popularidad por su conducta hábil y firme, pues estirpó el bandolerismo en la provincia que se le estaba confiada y hubo tiempo en que se hallaron vacías todas las prisiones de su jurisdicción.

Elegido camarlengo de la Iglesia romana en 21 de septiembre de 1877, preparó, cumpliendo los deberes de este cargo, el conclave de febrero de 1878 para nombrar al sucesor de Pío IX. En los dos primeros escrutinios de esta elección, ninguno de los candidatos obtuvo las dos terceras partes de los votos emitidos, los cuales se dividieron principalmente entre los cardenales Pecci y Franchi; cuando iba á procederse al tercero, el cardenal Franchi se adelantó hacia el camarlengo Pecci y se arrodilló á sus pies, y habiendo seguido su ejemplo los demás purpurados, quedó aquél elegido papa por adora-

ción. El 13 de marzo, el cardenal Martel ciñó la frente de León XIII con la tiara pontificia.

El nuevo pontífice siguió desde un principio una política totalmente distinta de la que había prevalecido en el Vaticano durante Pío IX. Conocedor de las necesidades de su tiempo y empapado en el espíritu de su época, mostró en todo una tolerancia perfectamente compatible con los principios inmutables de la religión católica, y sin ceder un ápice en la reivindicación de los derechos de la Santa Sede ni en las doctrinas que informan la Iglesia universal, mantuvo con todas las potestades de la tierra cordiales relaciones que le permitieron ejercer más amplia y libremente su acción espiritual sobre todos los pueblos, é intervenir con autoridad indiscutible y respetada aun por los heterodoxos en los graves conflictos y trascendentales problemas que han agitado á la sociedad en nuestros días.

Dedicó principalmente su atención á la cuestión social, que supo plantear con maravillosa profundidad de pensamiento en sus múltiples y hermosísimas encíclicas, presentando admirables soluciones, basadas todas en el más puro altruismo, en el verdadero espíritu cristiano. Sus llamamientos á los poderes del Estado, á los patronos y á los obreros, son los llamamientos de un padre universal todo amor, todo caridad, pero también todo justicia, que desea que por el amor se resuelvan todas las luchas sociales, que por amor hagan los poderosos partícipes de sus bienes á los pobres; en una palabra, que la fraternidad extinga los odios y que el verdadero socialismo cristiano substituya por medios pacíficos al socialismo revolucionario de los unos y al egoísmo suicida de los otros.

En otro orden de ideas fué también inmensa la actividad de León XIII, á saber, en cuanto se refiere á organización de estudios eclesiásticos, devociones, disciplina y sacramentos; á él se deben el gran renacimiento de las doctrinas de Santo Tomás de Aquino en las escuelas católicas, el impulso dado á la devoción del Rosario, la restauración de importantes órdenes religiosas y la fundación de innumerables asociaciones piadosas.

Su laboriosidad fué realmente asombrosa, tan asombrosa como su inteligencia: de una y otra ha dado elocuentes pruebas hasta los últimos días de su vida, sin que el peso de su edad avanzadísima fuera bastante á menguar sus energías físicas ni á obscurecer los vivos destellos de su talento privilegiado. «En el Vaticano no se duerme,» decíase en Roma desde que León XIII ocupó la silla de San Pedro; y esta frase, que llegó á tener el carácter de proverbial, expresa mejor que toda otra consideración lo que ha sido el pontificado de Joaquín Pecci.

Y sin embargo del ímprobo trabajo que le imponía el gobierno de la Iglesia en época de tanta perturbación como la presente, hallaba tiempo, robándolo al natural descanso, para deleitarse con la poesía y las bellas artes. Los grandes poetas clásicos de la antigüedad griega y latina le cautivaban, Horacio sobre todo. Cuéntase que pocos días antes de morir, aprovechando un momento en que su fiel doméstico Centra salió de la habitación, levantóse del lecho y fué á abrir una pequeña librería en donde guardaba sus libros predilectos.

—¡Qué imprudencia, Santísimo Padre! ¿Queréis mataros?, exclamó el servidor cuando entró de nuevo en la estancia.

—No me riñas, mi leal Centra, respondió el papa entre confuso y sonriente...; quería releer un poquito *mi* Horacio.

Mas no era solamente un literato aficionado, sino que también cultivaba la poesía y componía hermosísimos versos en latín, sonoros, elegantísimos, de un clasicismo irreprochable. Sus encíclicas, sus cartas apostólicas y algunas obras de teología y literatura son al par que obras del ilustre pensador y gobernante, labores de consumado estilista.

ROMA. – LA ENFERMEDAD DEL PAPA. – I. La procesión del Viático dirigiéndose á las habitaciones del papa. II. El papa en el acto de recibir el Viático. (Dibujos de Amato.)

Las bellas artes le cautivaban, y en la contemplación de los maravillosos tesoros que el Vaticano encierra hallaba sumo deleite, como le hallaba escuchando fragmentos musicales en los conciertos íntimos que en sus habitaciones particulares se organizaban.

A estas prendas unía un carácter en extremo afable que le conquistaba desde luego las simpatías de cuantos tenían el honor de ser por él recibidos y tratados en la relativa intimidad que permitían su alta jerarquía y el escaso tiempo de que podía disponer para recepciones y audiencias particulares. Su temperamento jovial con sus puntas y ribetes de satírico se revela en muchas de las anécdotas que de él se cuentan.

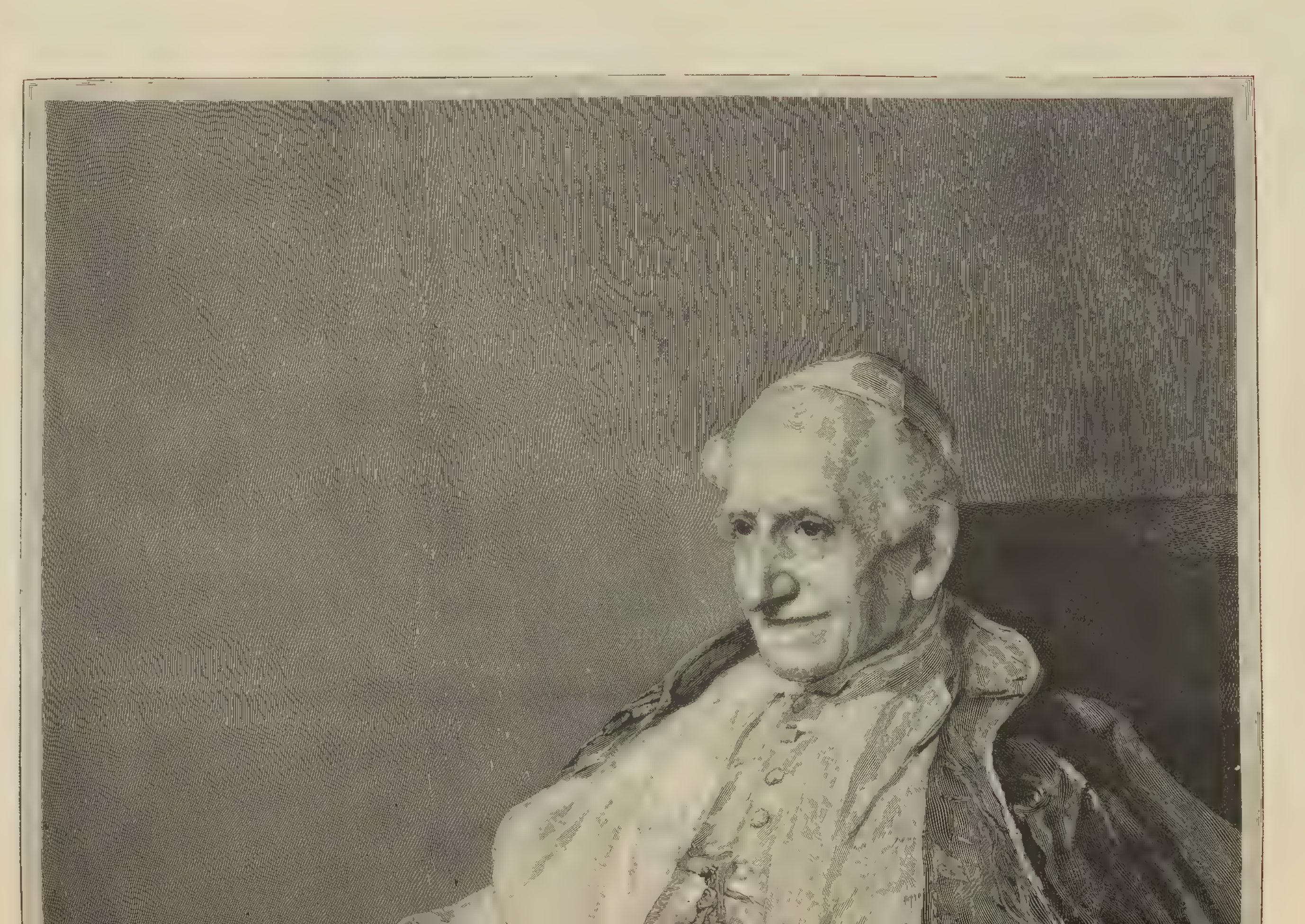
Un pintor italiano solicitó hacer su retrato, á lo que el papa accedió; terminada la obra, que resultó muy desgraciada y sin ningún parecido con el original, el artista suplicó á León XIII que escribiera algo de su puño y letra al pie de la misma. El papa copió en ella las palabras que el Evangelio de San Mateo pone en boca de Jesús cuando se apareció á sus apóstoles caminando sobre las aguas del mar de Galilea: «*Nolite timere; ego sum.*» «No temáis; soy yo.»

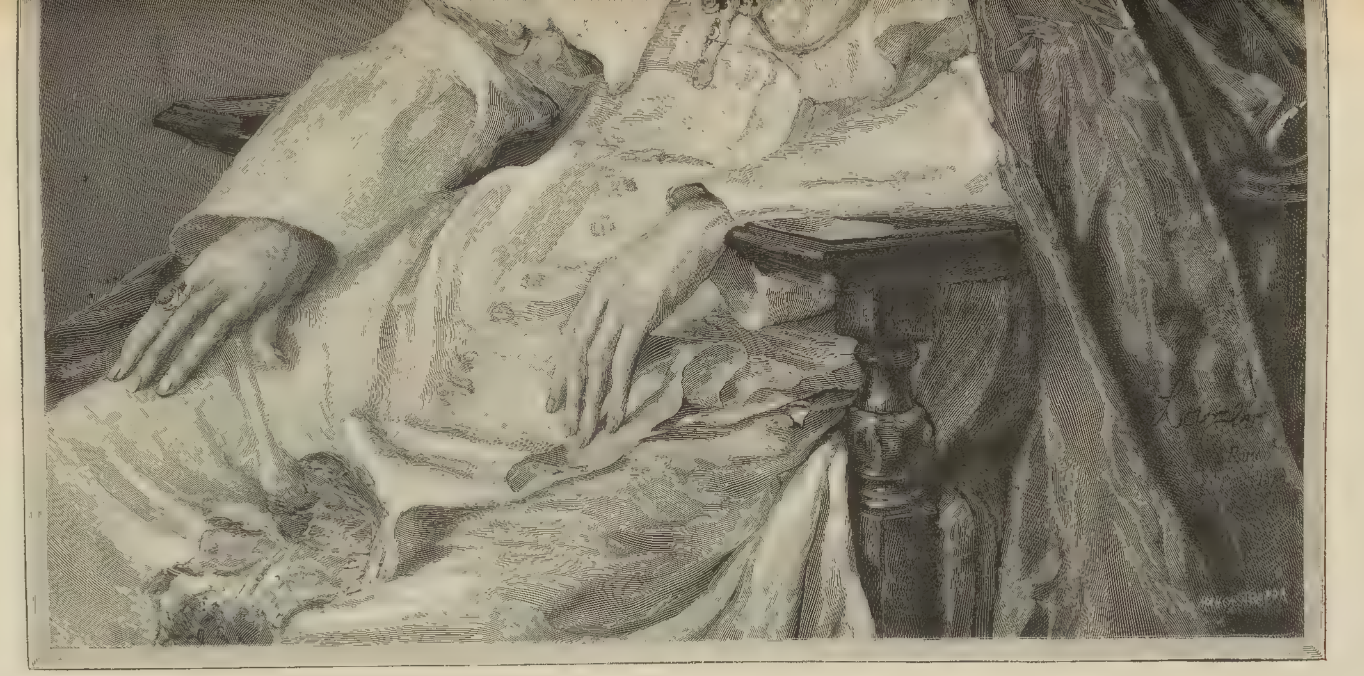
En cierta ocasión había de recibir á una peregrinación extranjera; padecía entonces una fuerte bronquitis y el doctor Lapponi le recetó unas pastillas recomendándole al mismo tiempo que hablara lo menos posible. Recibió el papa á los peregrinos, y olvidándose de los consejos de su médico se puso á conversar animadamente con ellos. El doctor, para llamar su atención y para indicarle la conveniencia de que no se fatigara, tosió varias veces; León XIII, al principio se hizo el distraído, pero en vista de la insistencia de la tos, dijo á aquellos con quienes conversaba: «Dispensadme un momento y permitidme que ofrezca una pastilla al Sr. Lapponi, que me parece está muy acatarrado.»

Pero su bondad y su afabilidad no excluían una voluntad firme y enérgica; de ella dió patentes pruebas como delegado pontificio en el ducado de Benevento, en donde logró extirpar en poco tiempo las numerosas cuadrillas de bandidos que tenían aterrorizado á aquel país, y como arzobispo de Perusa, foco en aquel entonces del carbonarismo y de las sociedades secretas. A poco de haberse posesionado de este último cargo, supo que el papa Gregorio XVI quería visitar aquella ciudad, cuyos habitantes hallábanse muy disgustados con la Santa Sede. Una de las causas del disgusto era el hecho de que para llegar á Perusa había que remontar una cuesta muy empinada, lo cual alejaba de ella á los extranjeros con grave perjuicio de los perusianos. Pecci hizo un llamamiento á todos los hombres de buena voluntad, y al cabo de veinte días flanqueaba la colina un ancho camino carretero que se inauguró el mismo día de la llegada del papa, á quien los perusianos recibieron con gran entusiasmo. Tan sorprendido quedó Gregorio XVI de esta acogida inesperada, que hablando poco después con un prelado y haciendo alusión á su viaje por las provincias de sus Estados dijo: «En mi excursión he sido en algunos puntos recibido como fraile, en otros como un cardenal, pero en Perusa realmente me han recibido como un soberano. Hay allí un delegado ciertamente superior. Me acordaré de él.»

Como nuncio apostólico en Bruselas, acreditóse de consumado diplomático, habiendo merecido, al cesar en dicho cargo para ir á ponerse al frente de la archidiócesis de Perusa, que Leopoldo I, muy apesadumbrado por su partida, le entregara con el gran cordón de su orden una carta autógrafa para el papa, en la que le manifestaba el elevado concepto que tenía del nuncio.

Todas estas cualidades admirables las demostró en su grado máximo cuando fué elevado al solio pontificio, logrando victorias tan grandes como las concesiones que obtuvo de los gobiernos de Rusia y Alemania en favor del culto y clero católicos, hallando soluciones conciliadoras y satisfactorias para la Iglesia en el conflicto que por las cuestiones de enseñanza se promovió en Bélgica, procediendo con maravilloso tacto en sus relaciones con los gobiernos radicales de la República Francesa y mereciendo el respeto y la consideración de todos los pueblos y de todos los soberanos, incluso de los países





E. Laszlo pintó. E. Mancastroppa grabó.

LEÓN XIII

Nació en 2 de marzo de 1810 y † 20 de julio de 1903

Multi bellantes adversus me:
Ego autem in te sperabo Deus meus:
Ps. 55.
Leo P.P. XIII.

protestantes, muchos de los cuales le han rendido personalmente pleito homenaje visitándole en el Vaticano.

Este respeto y esta consideración se pusieron de manifiesto de una manera elocuente con motivo de los tres jubileos de León XIII, el sacerdotal, el episcopal y el pontificio, en los cuales recibió el papa numerosas peregrinaciones y valiosísimos presentes de todo el mundo, y con ocasión de su última enfermedad y de su muerte.

El pontificado de León XIII ha sido, no sólo uno de los más largos, sino también uno de los más gloriosos; la obra del papa que acaba de morir ha de ser de gran trascencia y en ella habrá de inspirarse el que le suceda en el gobierno de la Iglesia.

No en vano dijo un prelado insigne, monseñor Irelaud: «La bondad y la inteligencia de León XIII forman como un gran faro que ilumina á todo el orbe cristiano.»

León XIII, indudablemente el más grande de los papas que podemos llamar políticos, deja á la Iglesia católica, á la Iglesia universal, más fuerte, más activa, más estrechamente enlazada con la vida de los pueblos que lo fué en el transcurso del último siglo bajo ninguno de sus predecesores. Solía decir que trabajaba para el porvenir y que él no hacía más que plantar los jalones de la obra que habrían de continuar sus sucesores; pero la Providencia, al concederle un largo pontificado, permitió que estos jalones se clavaran tan profundamente en el suelo, que ya nadie podrá arrancarlos.

El cardenal camarlengo, al golpear con el martillo de plata la frente del papa que acababa de fallecer y llamarle tres veces por su nombre, abrióle las puertas de la eternidad. En el cielo habrá hallado León XIII el premio á sus virtudes; también en la tierra perdurará su memoria; que figuras como las de este pontífice tienen reservado puesto eminente en los anales de la historia universal y viven al través de los siglos en la conciencia de la humanidad. – M.

NUESTROS GRABADOS

S. S. León XIII, estatua en bronce, obra del escultor Vicente Bañuls. – Cupo la suerte al ya distinguido escultor español Sr. Bañuls, pensionado en Roma, de obtener autorización del venerable pontífice que acaba de fallecer para modelar su retrato, cuyo resultado es la interesantísima estatua en bronce que reproducimos. En las dos ó tres audiencias que S. S. concedió al artista, pudo éste ejecutar una obra, que aparte de su mérito artístico, ha de considerarse como fidelísimo retrato, tal es su realidad y expresión. La circunstancia de haberse modelado recientemente, presta á la estatua doble interés, ya que ha de estimarse como uno de los últimos retratos del bondadoso pontífice. La obra fué ejecutada por especial encargo del vizconde de Porquiera, de Portugal.

Viejo artista, cuadro de Julio Boequet. – Hay en esta obra lo que más importa cuando de figuras se trata, vida, expresión, movimiento y naturalidad; no se ve en ella la menor afectación y en cambio el rostro del viejo artista rodeado de luenga y blanca barba, sus ojos, su frente, respiran inteligencia, dejan adivinar la llama del genio. Tan expresivos resultan el semblante y la actitud, que casi permiten suponer cómo han de ser los cuadros del imaginado pintor; de fijo que en sus lienzos no encontraríamos la nota impresionista, el apunte abocetado, la composición producto de la fantasía, sino más bien la concepción reposada, la línea firme, el color justo; en suma, aquello que es resultado de profunda observación y meditado estudio. Este bellísimo cuadro forma parte de la importante galería que posee en esta ciudad D. Enrique Batlló, á quien damos las gracias por habernos autorizado para reproducir esta y otras joyas de su colección que sucesivamente iremos publicando.



S. S. León XIII, estatua en bronce, obra del escultor Vicente Bañuls

El placer de la dicha ajena, cuadro de J. Hamza. – El autor de este cuadro ha sabido representar de una manera tan clara el pensamiento en que se ha inspirado, que la explicación del argumento resulta de todo punto innecesaria; porque ¿quién al ver á esa bella dama contemplando sonriente, satisfecha, á la enamorada pareja que cerca de ella y en pleno campo aparece amorosamente enlazada, no adivina á la madre cariñosa gozándose en la dicha de su hija que bebe las dulzuras de la luna de miel? Todo en esta obra produce una impresión encantadora en nuestro ánimo; lo mismo la tierna escena que ante nosotros se desarrolla que el paisaje primaveral que le sirve de marco, están admirablemente concebidos y combinados para que en nuestro corazón vibren las más delicadas fibras y para que nuestra alma experimente esa emoción que es la mayor prueba de que el artista ha estado acertado en la elección de tema y en la manera de trasladarlo al lienzo.

Dibujo de Gordon Browne para una edición ilustrada de las obras de Shakespeare. – Se ha publicado recientemente en Londres una edición ilustrada de algunas obras de Shakespeare, ilustrada por el notable artista inglés Gordon Browne. A juzgar por el dibujo que en la página 503 publicamos y en el cual se aprecian cualidades muy notables que acreditan á su autor de expertísimo dibujante, la presentación del libro es digna de la importancia del texto que contiene.

Eco y Narciso, escultura de Ricardo Garbe. – Cuando Eco, doncella criada y educada por las diosas, vivía con las Ninfas de las aguas, se enamoró de Narciso, el cual la desdeñó, huyendo entonces aquélla á esconder su vergüenza en los antros solitarios, donde el dolor y el despecho la consumieron. Su cuerpo se debilitó, evaporóse su sangre y sólo le quedaron la voz y los huesos, que tomaron la forma de una roca. A partir de aquel día no se la volvió á ver en las montañas, pero desde el lugar escondido y profundo en que se encontraba respondía á todos los que la llamaban. En esta leyenda mitológica se ha inspirado el notable escultor inglés Garbe para modelar el hermoso grupo que reproducimos, y en el cual son de alabar, así el sentimiento de la belleza de la línea del cuerpo humano, como la habilidad con que ha sabido enlazar las dos figuras en un grupo de admirable armonía.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – D. J. Llusá y Puig anuncia un concurso entre pintores españoles para premiar una serie de bocetos al óleo, sobre las siguientes bases:

1.ª El tamaño de los bocetos será de un metro de alto por setenta centímetros de ancho.

2.ª Los bocetos que opten al concurso deberán ser entregados antes del día 31 de diciembre del corriente año, siendo los gastos de envío de cuenta del remitente.

3.ª Los bocetos deberán ser entregados ó remitidos á D. Federico Rahola Tremols, calle de las Cortes, números 276 y 278, 2.°

4.ª Los bocetos deberán inspirarse en algunos de estos asuntos:

I. – La libertad impulsando el progreso de los pueblos.
II. – La virtud radica en el trabajo y en el amor de sus semejantes.
III. – La repugnante trata de blancas, vergüenza de los pueblos civilizados.
IV. – La plaga de la usura.
V. – Los males del juego, desde la lotería á la baraja.

5.ª Podrá concederse premio á cinco bocetos, correspondientes á dichos cinco temas, concediéndose como premio al autor de cada boceto mil quinientas pesetas.

6.ª El Jurado se compondrá de tres pintores y de tres críticos, que serán designados con la debida anticipación, habiendo aceptado ya dicho cargo los Sres. D. Román Ribera y D. Federico Rahola.

7.ª Se hará público el fallo dentro de la primera quincena del próximo mes de enero y serán satisfechos los premios antes de finir dicho mes.

8.ª Se expondrán los bocetos en un local adecuado, exceptuando cualquiera que carezca *en absoluto* de condiciones artísticas, á juicio del Jurado.

9.ª Se reserva el derecho de fijar las condiciones y el precio mediante los cuales el autor del boceto podrá desarrollarlo en un cuadro que adquirirá el Sr. Llusá.

10. D. Juan Llusá Puig adquirirá la propiedad de los bocetos premiados, los cuales no podrán ser reproducidos ni desarrollados sin la autorización del mismo.

11. Los bocetos no deben ir firmados, ostentando tan sólo un lema, que será el mismo que se escriba en un sobre cerrado y lacrado, que contendrá el nombre del autor.

12. Los bocetos no premiados se devolverán á sus dueños el mes de febrero, mediante devolución del recibo que se entregará á la recepción.

***

Teatros. – La conocida casa editorial de música de Milán Sonzogno se propone dar una representación de la ópera de Ponchielli *La Gioconda* en el patio del palacio ducal de Venecia.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Mariucha*, comedia en cinco actos de D. Benito Pérez Galdós, *Malas herencias*, drama en tres actos de D. José de Echegaray, y *Nerón*, drama trágico en cinco actos y en verso de D. Juan A. Cavestany; en Novedades *Le due coscienze*, comedia en tres actos de Rovetta; *Nozze borghesi*, comedia en cuatro actos de Aifredo Capus; *La legge del uomo*, comedia en tres actos de Pablo Hervieux; *Loute*, comedia en cuatro actos de Weber; *Nouveau jeu*, comedia en siete cuadros de Enrique Lavedán; *I giganti é i pignei*, comedia en cuatro actos de Butti; é *I Corvi*, drama en cuatro actos de Enrique Becque; y en el Tívoli *La devoción de la cruz*, ópera española en tres actos, libro de Calderón de la Barca, arreglado por D. Eusebio Sierra, y música del maestro Morera; y *El guardapiés del diablo*, opereta cómica en un acto, letra de los señores Cocat y Criado, música del maestro Pacheco.

***

Necrología. – Han fallecido:

Luciano Marc, director de la importante revista francesa *L'Illustration*.

Ferencz Gisenhut, pintor húngaro, residente desde hacía muchos años en Munich.

John Peter Lesley, notable geólogo americano.

Luciano Marc, director de «L'Illustration» de París.

Maximiliano Schasler, filósofo y estético alemán, autor de varias importantes obras de filosofía y crítica artística.

Hugo Burgel, pintor muniquense, ex presidente de la Asociación de Artistas de Munich.

Miguel Filippoff, escritor ruso, autor de varias obras filosóficas y pedagógicas.

Monseñor Alejandro Volpini, cardenal, ex secretario de los Breves *ad principes*, recientemente nombrado secretario de la Congregación consistorial y del Colegio de Cardenales.



La señora Grebof estrechó á su hijo entre sus brazos

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

– Ya que de ello depende tu dicha, vete, hijo mío, contestó; Dios quizá me permita vivir lo bastante para volver á verte.

Boris cayó de rodillas ante ella; la idea de perder á aquella madre, tan profundamente querida, no se le había ocurrido jamás; y siempre había pensado que en el hogar que él se creara, cuando sus cabellos estuvieran ya grises, tendría junto á sí la cabeza venerable de la anciana, que habría llegado al extremo límite de la vida y estaría ya decrépita, pero siempre indulgente y serena, como la imagen de la bondad sobre la tierra.

– Madre, volveré, repitió con el corazón lleno de angustia; si se siente enferma, haga usted que me escriban dos letras y vendré en seguida. ¡Se lo juro á usted!

– No jures, dijo la piadosa anciana; jurar es un pecado, y el señor nos lo prohibe. Prométeme que procurarás volver y esto me basta.

– Sí, madre, volveré, repitió en voz baja. ¿Quiere usted que me quede?

– No, marcha. Después de tantas penas, sentiré alegría inmensa si un día te vuelvo á ver dichoso y rico.

Decía esto sonriente, pero con los ojos anegados en lágrimas, y Boris le contestaba sonriendo también y sin dejar de estrechar su mano.

– ¿De modo que te vas mañana?, preguntó la madre después de un momento de silencio.

– Pasado mañana, temprano.

– Mañana rezaremos para que tengas suerte en tu viaje. ¿Cuándo te vas de Moscou?

– El viernes ó el sábado.

– ¿Me escribirás?

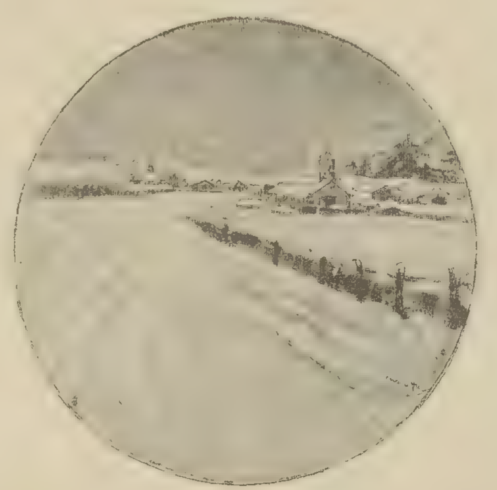
– En seguida que llegue y antes de partir.

– Muy bien. Cuando llegues allá, escríbeme una vez cada semana. ¿Tienes bastantes camisas?

– No lo sé, madre; supongo que sí.

– Allí tengo dos ó tres hermosas piezas de tela que guardaba para tu casamiento (Boris no pudo contener un suspiro), y con ellas, en un par de días, te haremos seis camisas nuevas. Espérame.

Y diciendo esto, cogió unas llaves y abrió un armario en el que buscó la tela deseada. Boris la miró



... que la nieve caía abundante...

revolver la ropa blanca, y luego se abstrajo pensando en su porvenir y en su pasado. La ventana, cerrada por un doble marco, no le permitía ver sino un horizonte de nieve, limitado por un cielo sombrío; pero ¡cuán dulces y caros le eran aquella humilde morada y aquel modesto horizonte! Su corazón estaba henchido á la vez de tristeza y de esperanza, y por encima de todo sentía un amor inexpresable por aquella madre tan cariñosa, á la que dejaba entregada á la soledad, cuando la vejez se acercaba á pasos agigantados. Se ocultó los ojos con la mano y sintió honda tristeza en el alma, como en sus días más penosos.

Un ligero ruido le hizo volver en sí, y se estremeció, creyendo que había sido sorprendido por su madre. No era ella, era Sonia que, cerca del umbral de la puerta, le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Boris la había visto apenas desde que llegó y no la había dicho sino alguna que otra palabra. Aprovechando la ocasión se decidió á entrar en la sala y dijo:

– ¿Está usted triste, amo mío?

– No, contestó el joven mirándola con bondad. Cómo has crecido, hija mía.

No era esto exacto; pero su vestido largo llegaba hasta los tobillos, cubiertos por medias de gruesa lana gris, y sus pies pequeñitos ostentaban gruesos zapatos.

Siguió la mirada de su amo, que sonreía recordando el episodio de los zapatos, y dijo:

– Me ordenó usted que me pusiera zapatos y ya los llevo; cuestan un rublo de plata, y estas medias me las he hecho yo misma.

– ¿Tú misma?, dijo Boris. ¿Has aprendido?

– ¡Oh! He aprendido muchas cosas. También he hecho medias para usted, amo mío.

Sacó de debajo del delantal un enorme par de medias grises y las entregó á Boris, con el rostro cubierto de rubor y una sonrisa de triunfo modesto.

– Están muy bien hechas, dijo Boris, que entendía poco en ello, y me abrigarán mucho durante el viaje. Gracias, hija mía.

– Seré yo quien arregle su cuarto, ¿no es verdad, amo mío?, repuso la niña cariñosamente. ¿Estará usted aquí muchos días?

– Hasta pasado mañana.

– ¿Nada más? Y ahora que sé coser y hacer calceta y muchas otras cosas, ¿no es verdad que me llevará usted á Moscou para servirle?

– Todavía no, contestó el joven riendo y suspirando á la vez.

La puerta del cuarto de la señora Grebof se abrió suavemente, Sonia se escapó como una golondrina asustada y la señora entró trayendo dos ó tres piezas de tela. Se conocía que había llorado, pero su rostro aparecía tranquilo. Su hijo apresuróse á librarla de su carga y la besó con efusión, y ella, devolviéndole su caricia, dijo:

– Es la voluntad de Dios. Dime ahora lo que tienes y lo que te hace falta; tengo ahorrados un centenar ó dos de rublos y no quiero que mi hijo llegue á la capital como un huérfano falto de todo.

XVII

Al anochecer, entrando en la habitación que iba á dejar por tan largo tiempo, Boris encontró á Sonia que le esperaba junto á la puerta.

– He venido á buscar los trajes de usted para limpiarlos, dijo á guisa de explicación.

Maquinalmente Boris se quitó la levita y se la entregó, y luego sentóse junto á la mesa donde de chiquillo estudiara y jugara tanto. Abstraído en sus pensamientos pasó largo rato, hasta que al cabo Sonia, tirándole suavemente de la manga, le hizo volver á la realidad.

– ¿Qué quieres?, preguntó.

Los ojos de la niña estaban dilatados y contraía su rostro una angustia salvaje parecida á la de los días más sombríos de su pasada existencia.

– Me han dicho que parte usted para un largo viaje, Boris Ivanovitch; ¿es verdad?

– Sí, contestó Boris, admirado de la voz ronca y breve con que hablaba la muchacha.

– Se lleva usted á la señorita.

– ¡Qué idea! ¡No, tonta! ¿De dónde sacas eso?

– Entonces... ¿ya no la ama usted?

– Eso no te importa.

– ¿Es verdad que estará usted dos años sin volver?

– Sí.

– ¿Y no quiere llevarme con usted?

– No puedo, hija mía, contestó Boris encogiéndose de hombros. Yo mismo no sé adónde me llevarán. No podré hacer lo que quiera, Sonia, añadió viendo la expresión asustada de la niña. Voy con un hombre muy bueno, pero no puedo hacer lo que quiero.

– ¿Parte usted por su gusto?

– Sí, para poder trabajar cuanto quiera.

Sonia bajó la cabeza y trató de reflexionar; pero el esfuerzo que aquello requería era demasiado grande, y renunció á hacerlo. Volviendo á su idea fija dijo:

– Lléveme con usted, amo mío. Ha prometido no abandonarme.

– No te abandono, contestó Boris un poco impaciente; pues te dejo con mi madre, y ésta supongo que no te maltrata.

– ¡Oh, no! ¡Se parece tanto á usted!

Boris se echó á reir.

– No, no es lo mismo, dijo Sonia con obstinación. Quiero mucho á Varvara Petrowna; pero quiero ir con usted.

– No puedo llevarte, dijo Boris severamente y desesperando de llegar á hacer comprender la realidad á aquella niña.

No sabiendo cómo componérselas añadió:

– ¡Mira cuán pequeña y delgaducha eres! ¿Podrías ir á lavar la ropa, llevar agua y subir leña hasta un cuarto piso? ¡Ya ves que no podrías servirme!

Sonia, desalentada, echó una triste mirada sobre su flaca persona y sus menudas manos.

Después de un rato de silencio, y en tanto que Boris la miraba con el rabillo del ojo, dijo Sonia:

– Y cuando seré alta y fuerte, ¿me llevará usted?

– Sí, contestó el joven con gran seriedad; pero para eso será preciso que sepas repasar la ropa, guisar, lavar...

– Ya lo sé hacer, contestó alzando altivamente la cabeza.

– Y otra porción de cosas que ahora no se me ocurren, dijo Boris.

– Cuando lo sabré todo, ¿me llevará usted?

– Será necesario también que sepas vivir en paz



Boris se sentó en una maleta...

con todo el mundo, añadió el joven con tono severo, pues me han dicho que siempre te peleas con alguien, y en esta vida no basta servir á los amos, sino que es preciso vivir en paz con los camaradas.

Sonia guardó silencio; con la cabeza inclinada arrollaba entre sus dedos la punta del delantal, mientras por sus mejillas corrían amargas lágrimas. Sin saberlo, Boris acababa de herir su fibra sensible, pues las criadas, sus compañeras, no cesaban de repetirle que no podría servir á un amo si antes no se acostumbraba á soportar los caprichos de sus iguales.

– Procuraré hacer como me dice usted, murmuró después de un corto silencio; y cuando sea obediente, ¿me llevará con usted?

– Sí, dijo Boris, pero estoy cansado y es tarde; vete á dormir.

– Buenas noches, amo mío.

Sollozando cerró suavemente la puerta; pero Boris, absorto en sus pensamientos, no oyó el ruido de sus zapatos nuevos en el corredor. Sin prestar atención á ello, se iba á meter ya en la cama, cuando llegó á sus oídos un suspiro ahogado detrás de la puerta. Se adelantó sin hacer ruido hacia ella, la abrió suavemente y vió, tendida en el corredor, á Sonia, que lloraba con toda su alma.

– ¿Quieres irte á acostar?, preguntó levantándola.

Sonia cogió la mano que la sostenía y la cubrió de besos y de lágrimas.

– ¡Oh, amo mío! ¡Amo tanto á usted y estaré tanto tiempo sin verle!

Boris, conmovido por aquella afección entrañable y profunda, exclamó:

– Ya volveré, y entonces me verás cuanto quieras.

– Si algún día pudiera servirle...

– Sí, me servirás, si quieres ser una muchachita buena y obediente.

– Haré cuanto me ordene usted...

– Pues bien; acuéstate en seguida, duerme, y mañana por la mañana, á las siete, traéme una taza de leche bien caliente. Como en otro tiempo, ¿sabes?

– Sí, amo mío, dijo la niña medio consolada.

Y desapareció en el corredor.

El siguiente día pasó rápida y lentamente á la vez; y al otro, Boris no sabía, al levantarse, si había transcurrido un año ó un día desde su regreso al campo; mas no tardó en acordarse de que había de partir nuevamente para Moscou y se apresuró á vestirse. Al cabo de un instante presentóse su madre, seria, pero resignada y en algunos momentos casi sonriente; su vigilante actividad lo había previsto todo, y más adelante, en sus viajes, Boris tuvo ocasión de bendecir la mano que había previsto sus menores necesidades.

Cerráronse los baúles repletos de ropa, y el cura de la aldea asistió á la comida de despedida y rezó la oración de los viajeros.

Poco después el trineo se detuvo ante la puerta de la casa: había llegado el momento de partir.

La señora Grebof estrechó á su hijo entre sus brazos, le bendijo llorando y casi sin voz. Boris oía sólo como un murmullo entrecortado, pero jamás aquellas palabras se apartaron de su imaginación: «Acuérdate de tu madre; acuérdate de que, desde hace veintidós años, tú eres el único fin de su vida y su única alegría, y que sólo ha vivido teniendo una idea fija: hacer de ti un hombre honrado é inteligente; acuérdate de que tu madre está pronta á dar su vida para asegurar tu dicha, pero que preferiría enterrarte con sus propias manos á verte deshonrado.»

Boris comprendió todo eso y nada contestó; pero su respuesta no por ello fué menos elocuente, pues la oyó aquel corazón que latía junto al suyo.

Boris se despidió de los criados, y no viendo entre ellos á Sonia, encargó á su madre que le despidiera cariñosamente de la huérfana, y salió al vestíbulo, bien envuelto en pieles y rodeado de todos los de la casa.

La nieve caía en grandes copos, blandos como plumas de cisne, y se depositaba en el suelo cubierto ya por nevadas anteriores. Los campesinos se habían reunido en el patio para despedirse de su amo; Boris paseó su mirada sobre aquella multitud, en la que tampoco estaba Sonia, por lo que el joven, algo inquieto, volvió á recomendar la muchacha á los demás criados, y besando por última vez á su madre, sentóse en el trineo y se descubrió para despedirse de toda aquella gente.

Su madre le echó su bendición, y el trineo pasó con lentitud la puerta y se deslizó velozmente sobre la blanca nieve.

En una revuelta del camino, cerca del bosque de abetos, una obscura forma se dibujaba, medio transformada en estatua por los copos que la cubrían. Era Sonia que, de pie en medio del camino, hacía signo de parar al cochero. Con la cabeza cubierta por un pequeño pañuelo, temblando de frío y con un paquetito en la mano, estaba allí desde hacía una hora.

– ¡Sonia!, gritó Boris contento y conmovido de verla allí; te he buscado por todas partes.

– Lléveme con usted, amo mío, se lo ruego, dijo la pequeñita con voz suplicante; seré muy obediente.

Mientras hablaba fijaba sus ojos profundos en los de su amo, tratando de persuadirle por la insistencia de su ruego.

– Haré cuanto quiera usted. No reñiré con nadie. Estoy dispuesta para marchar; ya lo ve usted, ¡lléveme!

– No puedo, hija mía, ya lo sabes; vuelve aprisa á casa que hace frío.

– Adiós, amo, exclamó con voz doliente; haré cuanto me ha dicho usted.

– Y entonces te llevaré conmigo, contestó alegremente Boris.

– ¿De veras?

– De veras, si continúas deseándolo, añadió el joven, que pensaba que con el tiempo le pasaría aquella manía.

Las manos heladas y rígidas de la niña avanzaron para coger la de Boris, quien se inclinó hacia ella y le besó los cabellos, salpicados de finísima nieve.

Sonia se apartó para dejar pasar el trineo.

– ¡Hasta la vista!, gritó Boris volviéndose.

– ¡Dios guarde á usted!, respondió ella.

El trineo siguió su marcha; pero hasta la próxima revuelta, Boris, volviéndose de trecho en trecho, pudo advertir á través de la nieve, menos espesa ya, la obscura forma de la huérfana en el mismo sitio en que la había dejado.

Mientras seguía el camino de Moscou, Sonia volvía á casa.

– ¿De dónde sales?, díjole Dacha al verla. Te hemos estado buscando y el amo ha partido sin que te hayas despedido de él.

– Ya le he visto y nos hemos despedido, respondió la muchacha.

– ¿Dónde?

– En el camino.

– ¿Y no podías despedirle aquí como todos nosotros?

Sonia no respondió, bajó la cabeza y se puso á trabajar. Todas las criadas, una tras otra, le dirigieron el mismo reproche, pero no lograron hacerle perder la calma.

– ¡Qué extrañeza!, exclamó á la hora de la cena la lavandera, que no podía ver á Sonia. Una chica que en seguida se pone hecha una furia, y esta noche parece un corderillo.

Sonia seguía callada: todas las miradas volviéronse hacia ella.

– ¿Por qué no te enfadas?, le preguntó la lavandera.

– Porque el amo me lo ha prohibido.

Desde aquel día la muchacha aguantó sin chistar las impertinencias de las criadas más maliciosas; y como en aquella bendita casa nadie tenía mal corazón, no tardó en reinar la paz en torno de la paciente y resignada tristeza de la señora Grebof.

A su llegada á Moscou, el viernes por la tarde, Boris encontró en su casa la contestación del príncipe. Le aguardaban ya, y había de partir cuanto antes, al día siguiente, si le era posible. Aquella carta contenía además una cantidad considerable «para gastos de viaje,» según decía Armianof.

Después de haber pasado una parte de la noche en poner sus papeles y sus libros en buen orden, Boris se echó á dormir algunas horas. A las diez de la mañana siguiente salió de su casa, y después de entrar en una joyería para comprar dos sortijas de desposorio, se dirigió hacia la iglesia del Bienaventurado Basilio, donde debía encontrar á Lidia.

El corazón latíale fuertemente cuando entró bajo las bóvedas, pues algo parecía decirle que aquel momento precedía á una separación suprema, por más que su espíritu se negaba á creerlo.

Por otra parte, la sortija que iba á poner en el dedo de Lidia sería entre ellos un nuevo lazo que les uniría y que, constantemente, hablaría á la joven de su novio.

XVIII

Los oficios divinos acababan y Lidia no parecía. Devorado por su impaciencia, Boris salió dos ó tres veces á la plaza; luego exploró la iglesia en sus rincones más obscuros, pero en vano.

Salieron los chantres, después el sacerdote, algunos fieles que aún quedaban se dispersaron poco á poco, y por último el sacristán apagó los cirios, dejando arder únicamente ante cada imagen la lámpara que nunca debe extinguirse.

Boris salió lentamente con el corazón henchido de amargura y angustia. Pensó que quizá hubieran sorprendido á la joven impidiéndole que saliera ó que quizá estuviera enferma; después se convenció ya de que esta entrevista que le escapaba era irreparable, y que sólo podría ver á Lidia á su vuelta.

Pensando en que acaso le habría escrito y que le habría mandado la carta á su casa, corrió á ella sin detenerse un segundo.

El aspecto de su cuarto era triste, como lo es siempre una habitación momentos antes de emprender un viaje. Los muebles fuera de su sitio, los libros esparcidos aquí y allá, algunos vestidos de deshecho, una taza de te medio vacía, papeles por el suelo, el desorden, en fin, de una habitación en que ya no se ha de dormir más, todo eso le causó una impresión fúnebre; le pareció que de allí iban á llevarse un cadáver y que aquel cadáver era él, envuelto en su desesperación como entre los pliegues de un sudario.

Interrogó á la mujer que le servía y luego á la patrona de la casa; pero ambas le dijeron que nadie había ido á preguntar por él, ni habían dejado ninguna carta.

Boris se sentó en una maleta, se apretó la cabeza entre las manos y se preguntó con desesperación qué partido había de tomar.

– No puedo partir sin verla, se dijo resueltamente; voy á pasear por su calle, y por más que la hayan encerrado, encontrará seguramente medio de hacerme una seña ó de hablarme.



Mientras Dounia peinaba á su joven ama...

Se vestía ya para salir, cuando entró el cartero. Boris se precipitó á su encuentro y casi le arrancó de la mano la carta que traía, y encerrándose en su cuarto abrió el sobre temblando; la carta llevaba la fecha del día anterior por la noche.

«Querido Boris – escribía Lidia – voy á un baile y no volveré á casa hasta las cuatro ó las cinco de la mañana. Ya comprenderás, pues, que no podré levantarme mañana para ir á la iglesia. Además de que estaré rendida de fatiga, mis padres extrañarían que me levantase tan temprano. No podré, por consiguiente, despedirme de ti, lo que me apena mucho; te deseo buen viaje y muchas felicidades.»

Al llegar aquí debió de haber reflexionado mucho la joven, pues un ancho espacio quedaba entre estas últimas palabras y las líneas siguientes.

«Querido Boris – continuaba, – espero que todo saldrá á medida de tus deseos y que serás dichoso; me acordaré toda mi vida de los hermosos días que hemos pasado juntos en el campo, y te ruego que no los olvides mientras estés en el extranjero. Escríbeme cuanto hagas y piensa en tu

»LIDIA.»

Aquella carta cayó de manos de Boris, que la dejó en el suelo.

«Ha ido al baile, pensó, y no ha podido encontrar un pretexto para poder dejar de asistir; no la veré más. Ella dormía en tanto que yo me consumía de rabia esperándola... ¡No me ama!»

Paseábase febrilmente por su cuarto y tropezaba como con fruición en los objetos esparcidos aquí y acullá por el suelo. Se lastimaba con los ángulos de los muebles, pero no sentía el daño, ó por mejor decir, el dolor le era agradable, pues desvanecía por un momento la horrible tortura que sufría.

– En fin, partamos, dijo al cabo en voz alta.

Miró el reloj; la hora del tren había pasado.

– Partiré mañana, se dijo, y de aquí á entonces podré verla.

Arregló sus cosas, anunció á la patrona que pasaría aquella noche en Moscou y salió resuelto á no regresar á su casa sin haber visto á Lidia ó sin haber hecho lo posible por verla.

La noche llega pronto en el mes de diciembre; fría niebla empezaba á caer sobre la ciudad envuelta en sombras; el encargado de encender los faroles pasaba de uno á otro reverbero sin apresurar el paso y poco á poco la bruma se iluminaba con lejanas claridades.

Boris se levantó el cuello del gabán, se caló la gorra hasta los ojos y fué á colocarse frente á la casa donde habitaba Lidia.

Transcurrieron dos horas sin que se presentara nada para favorecer su empresa; era la hora de la comida y todas las habitaciones de la casa permanecían herméticamente cerradas. Boris no sentía hambre, ni en aquel momento le hubiera conmovido sensación alguna: con la mirada fija en la puerta cochera, aguardaba impertérrito á que se le ofreciera algún recurso para lograr el objeto que allí le había llevado.

Después de mucho tiempo de espera, vió salir apresuradamente á Dounia, la camarera de Lidia; el joven la detuvo por el brazo de modo tan brusco, que Dounia no pudo contener un grito.

– Cállate, le dijo; soy yo, Grebof. ¿Qué hace tu ama?

– Va esta noche á una reunión y voy á buscar un abrigo á casa de la modista; llevo mucha prisa y no puedo detenerme, respondió con brusquedad la criada echando nuevamente á andar.

– Necesito verla, ¿comprendes?, repuso el joven poniéndole en la mano un billete de diez rublos.

Dounia tomó el billete, le dió las gracias muy cortésmente y prosiguió su camino en tanto que reflexionaba acerca de la proposición que le acababan de hacer.

– ¿Cuándo marcha usted?, preguntó la camarera á Boris.

– Mañana en el tren correo.

– Iremos á despedirle á la estación, dijo en seguida la ingeniosa Dounia deslumbrada por el sonrosado color del billete; en las salas de espera se reune mucha gente y no será notada nuestra presencia.

– Está bien, exclamó Boris, que se calmó de repente. Pero te advierto que si no vais no partiré y será cuestión de nunca acabar: no saldré de Moscou sin haber visto á la señorita Lidia, aunque para ello tenga que verla ante sus padres. ¿Cómo se encuentra?

– ¡Ah, señor!, en todo el día no ha podido librarse de una jaqueca horrible, dijo Dounia en tono patético; ayer, á pesar suyo, la obligaron á ir á un baile; lloró mucho al pensar que no podía ver á usted, pero ahora se va á poner muy contenta.

Boris se sintió libre del peso que desde la mañana oprimía su corazón.

– ¿Dices que ha llorado?

– Todo el día, sí, señor... Aquí está la casa de la modista. Vaya usted temprano á la estación; nosotras estaremos una hora antes de la salida del tren. Buenas noches.

Entró la camarera en una casa y Boris, henchido el corazón de esperanza y al propio tiempo de remordimientos por la desconfianza que había sentido, se marchó á su casa, comió con buen apetito, y durmió por espacio de doce horas.

Mientras Dounia peinaba á su joven ama, le refería el encuentro que acababa de tener en la calle, sin hacer mención, por supuesto, del billete de diez rublos, é insistía en la necesidad de cumplir, al día siguiente, la promesa empeñada.

– ¿Por qué se lo prometiste?, dijo Lidia ruborizándose; ayer me aconsejaste que no volviera á ver á Boris Ivanovitch, y esta noche conciertas con él una entrevista...

– Pero, señorita, respondió la astuta criada, si dijo que no se marcharía de Moscou sin haber visto á usted, aunque tuviera que venir aquí. Con un loco como ese es necesario transigir.

– ¡Cuánto me ama!, murmuró Lidia pensativa.

Recordaba en aquel momento las horas pasadas en el campo á la sombra de los grandes árboles y recordaba con ello los besos ardientes y la adoración apasionada de Boris.

(Continuará.)

TRANSMISIÓN TELEGRÁFICA

DE LAS IMÁGENES

La electricidad nos permite transmitir con la rapidez del rayo nuestros pensamientos de un extremo á otro del mundo; pero esto no es bastante, sino que hemos querido oir la voz de las personas queridas á pesar de las distancias y hemos realizado este atrevido ensueño merced al teléfono, el más sorprendente y el más misterioso de los inventos humanos.

Transmisión telegráfica de las imágenes. – Fig. 1.

Sin embargo, aún queremos más: nuestra voluntad de ir cada día más adelante nos hace desear la visión de los espectáculos que se desarrollan lejos de nosotros y que nuestros ojos no pueden contemplar á causa de la distancia.

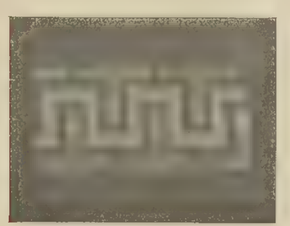
Tal es el problema que se han planteado muchos inventores y que han estudiado larga y pacientemente; y como nuestros ojos, aun armados de los más potentes instrumentos ópticos, son incapaces de ver en tales condiciones, ha sido preciso recurrir á otros medios.

El problema quedaría muy simplificado si nos contentáramos con enviar á grandes distancias una imagen, fotografiada anticipadamente, de los personajes y de los objetos que nos rodean.

En este sentido, el padre Caselli, reanudando los experimentos de Blackwell, creó en 1859 un curioso aparato, el pantelégrafo, por medio del cual transmitía como un simple despacho telegráfico dibujos y autógrafos, medio de correspondencia de que pudo servirse el público.

Transmisión telegráfica de las imágenes. – Fig. 2.

En el aparato Caselli, una punta metálica, atravesada por una corriente eléctrica, oscila tocando sucesivamente todos los puntos de una plancha metálica en la cual se han trazado por medio de tinta aisladora las imágenes que han de ser transmitidas.



Transmisión telegráfica de las imágenes. – Fig. 3.

Cuando la punta toca el estaño, la corriente pasa por la línea telegráfica; pero cuando, por el contrario, encuentra una parte cubierta de tinta, la electricidad se interrumpe. La corriente, al llegar al extremo de la línea, atraviesa una punta de hierro que oscila isócronamente con la de la estación de salida; una hoja de papel, humedecida con una disolución de cianuro de potasio, está en contacto con la punta de hierro que se mueve continuamente. Desde el momento en que pasa la corriente, el cianuro se descompone al contacto del hierro, dejando una línea azul sobre el papel: el conjunto de estas líneas reproduce la imagen transmitida.

El aparato que el profesor Korn, de Munich, ha presentado últimamente á la Academia de Ciencias permite también la transmisión á distancia de las imágenes previamente fotografiadas.

Este ingenioso aparato se basa en las propiedades especiales del selenio: este cuerpo simple, muy parecido al azufre, tiene muy poca conductibilidad eléctrica, pero ésta puede aumentar en grandes proporciones cuando se le ilumina más ó menos fuertemente.

Esta notable propiedad, descubierta en 1873 por Willouyhby Smith, ha permitido ya numerosas aplicaciones; en los cambios que la luz determina en la conductibilidad del selenio se han basado los fotófonos y los radiófonos.

El aparato del profesor Korn se compone, en la estación de salida (fig. 4), de un cilindro de cristal hueco A A que gira sobre su eje moviéndose paralelamente á la dirección de éste; sobre este cilindro transparente está fijada la película negativa. Los rayos luminosos emitidos por el foco S son condensados por una lente B B en un punto de la prueba negativa que atraviesan y van á dar sobre la pila de selenio D D colocada en el interior del cilindro.

Una corriente eléctrica P, que pasa por la pila de selenio, cuya conductibilidad se modifica á cada instante bajo la acción de los rayos luminosos más ó menos intensos que recibe, sigue el alambre de la línea F hasta la estación de llegada.

En este punto la corriente atraviesa un galvanómetro de Arsonval G que tiene una aguja fina de aluminio *l*; en *b* hay un tubo al vacío análogo á un tubo Geissler completamente ennegrecido, salvo en el extremo inferior, que presenta una ventanita C dispuesta sobre un cilindro giratorio *a* cubierto de una película fotográfica sensible.

Cuando el galvanómetro se mueve bajo la acción de la corriente muy débil transmitida por la línea, los extremos encorvados de la aguja, m^1, m^2, se aproximan ó se apartan de una pieza metálica f^1, lo cual permite á las corrientes de alta frecuencia (corrientes de Tesla) iluminar el interior del tubo al vacío *b*. Las radiaciones luminosas se escapan por el orificio *c* y la prueba así transmitida es reproducida punto por punto en una imagen positiva.

La limpieza de esta imagen podría ser igual á la del negativo si la concentración del foco S en C fuese un punto sin dimensión; pero como esta concentración es necesariamente una pequeña mancha circular, su diámetro limita la limpieza de la imagen, como se puede ver en las pruebas de las figuras 1, 2 y 3 obtenidas por Korn, que damos como muestras.

El ingenioso aparato que acabamos de describir no resuelve, como se ve, más que una parte del problema, puesto que sólo permite transmitir una prueba de antemano preparada.

Es permitido esperar que próximamente se realizará un gran progreso y que la imagen de una cámara obscura impresionará la película sensible sin necesidad de ser previamente fotografiada; pero esta imagen, que se reproducirá siempre por trazos sucesivos, será sólo una interpretación incompleta de la naturaleza y no recibiremos más que imágenes negras y blancas que nos transmitirá sucesivamente el aparato.

Esto ya es mucho, pero no es lo bastante, porque quisiéramos, á pesar de la distancia, ver desarrollarse ante nuestros ojos una escena animada y realzada por todo el brillo de sus colores naturales, tal como la vemos en el cristal opaco de la cámara obscura.

Fig. 4. – Esquema del dispositivo Korn

¿Disponemos actualmente de los recursos necesarios para resolver este problema? ¿Nos da la ciencia medios para ello? ¿Será, por el contrario, preciso recurrir á una nueva forma de la energía, aún desconocida, cuyo descubrimiento nos permitirá llegar á la meta tan ardientemente deseada? Difícil es contestar á estas preguntas; sólo el porvenir podrá darnos la respuesta.

L. Cailletet.



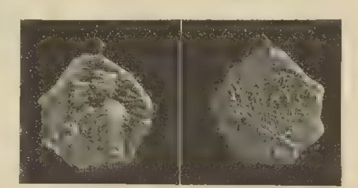
Nuevo sistema de remos

NUEVO SISTEMA DE REMOS

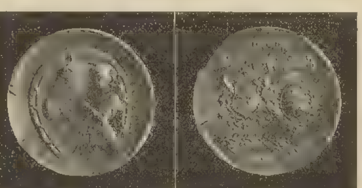
Aunque el deporte náutico ha perdido bastantes adeptos en provecho de la bicicleta, no por esto es menos interesante y curioso conocer los dispositivos que pueden inventarse para sacar el mejor partido del motor humano en la propulsión de las embarcaciones.

Tal es precisamente el fin que se propone un inventor de Macón, M. Mutin, jefe de sección al servicio de la compañía P. L. M. Observando el grabado que reproducimos se verá que el remador con este aparato mira á la popa del barco; esta posición tiene muchas ventajas desde el punto de vista de la dirección del barco. Las paletas de los remos, que son de hierro galvanizado, ligeros y de forma muy apropiada, están equilibradas por contrapesos que bastan para asegurar su inmersión en el momento deseado, al propio tiempo que reducen su peso al mínimo. Los dos remos además están conjugados por un volante sobre el cual obra el remador y que transmite por consiguiente la acción del mismo. El sistema de que depende el volante está montado en ruedecitas que se mueven sobre los dos bancos laterales paralelos al eje del barco, lo cual forma camino de rotación para el volante y significa mayor peso á sostener.

La unión entre el volante y los remos ataca á



Medalla acuñada por disposición del Ministro de Marina



Medalla de la Sociedad Hípica Argentina



Medalla de la Sociedad Hípica Argentina repartida en las fiestas del Carrousel Militar

República Argentina. – Buenos Aires. – Medallas acuñadas por la casa Bellagamba y Rossi, conmemorativas de las fiestas celebradas en honor de la delegación chilena.

éstos por su brazo mayor de palanca; el remador, de espaldas á la proa, puede de este modo atraer hacia él los remos cuando están sumergidos en el agua, y por consiguiente rema hacia adelante. Los remos presentan en su parte superior un eje vertical y otro horizontal que les permiten un doble movimiento; un dispositivo especial da, por otra parte, el medio de arreglar la inmersión.

Además de la barra de maniobra que el remador tiene entre las manos, vemos dos brazos que unen esta barra con una traviesa más larga que se llama barra de oscilación y en cuyos extremos lleva cada una una biela articulada que está también unida al remo.

El remador, al apoyarse en la barra de maniobra hace girar parcialmente la gran traviesa alrededor del eje de las ruedecillas y hace salir bruscamente los remos del agua; cuando deja de apoyarse, rechazando la barra, los remos vuelven á caer en el agua. Entonces tira de la barra y por consiguiente atrae los remos sumergidos y asegura la propulsión del barco. – D. B.



Dibujo de Gordon Browne para una edición ilustrada de las obras de Shakespeare

REPUBLICA ARGENTINA.--BUENOS AIRES

MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LAS FIESTAS EN HONOR DE LOS DELEGADOS CHILENOS

La ciudad de Buenos Aires ha acogido con grandes muestras de entusiasmo á los delegados chilenos que con su visita á la capital de la República Argentina han puesto el sello solemne al pacto de confraternidad entre ambas Repúblicas. En honor de sus huéspedes, los bonaerenses dispusieron grandes festejos, en los que tomaron parte todos los elementos sociales, deseosos de probar palpablemente que se habían desvanecido por completo los recelos que un día separaron á los dos pueblos hermanos.

Para conmemorar esta visita la conocida fábrica de los Sres. Bellagamba y Rossi acuñó las medallas que en la página anterior reproducimos, y acerca de cuyo mérito artístico nada hemos de decir, porque en varias ocasiones hemos elogiado cual se merecen los productos de esa casa que ha elevado á gran altura el arte de la acuñación y la industria de fundición de bronce.

De las tres medallas, una fué acuñada por disposición del Ministerio de Marina; las otras dos lo fueron por encargo de la Sociedad Hípica Argentina para distribuirlas en el gran Carrousel militar por ella organizado. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DÚO, por *Sebastián Gomila.* – Esta novela del reputado escritor y querido colaborador nuestro Sr. Gomila forma parte de la colección de «Novelitas Vulgares,» tiene un argumento interesante, cuyo desarrollo se ajusta á las tendencias modernas, es decir, atendiendo principalmente al elemento psicológico, y está escrita en lenguaje castizo y en un estilo vigoroso que armoniza perfectamente con el asunto que le sirve de base. Editada en Barcelona por don Antonio López, se vende á una peseta.

HISTORIAS DE PÁJAROS QUE PARECEN DE HOMBRES, por *Félix de Aramburu.* – Componen este tomo doce composiciones del conocido poeta ovetense señor Aramburo, á cual más delicada y bella: son otras tantas historias de pájaros, como dice el título, cortas, muy cortas, pero llenas de sentimiento, y todas con algo y aun algos de provechosa enseñanza. Avaloran el texto 114 ilustraciones, algunas de ellas originalísimas, de Ruyo y G. L. Cherón. Mas no son estas las únicas excelencias del libro; reune éste otra circunstancia que le hace digno de especiales elogios, y es la de haber sido costeada la lujosa edición del mismo por un verdadero amante de la infancia, deseoso de contribuir al mejoramiento de la condición intelectual de los pequeños: D. Francisco Cepeda, que así se llama tan filantrópico editor, destina exclusivamente el primoroso tomo como premio á los niños estudiosos de las escuelas de Navia, su villa natal, y pueblos circunvecinos; dando con ello un ejemplo que debieran imitar los que con medios suficientes podrían, con algo de buena voluntad, prestar un buen servicio á obra tan eminentemente civilizadora como es la educación de la niñez.

POR LOS PIRINEOS, por *D. José Puigdollers y Maciá.* – A modo de impresiones de viaje, nárranse en este hermoso libro los incidentes de una excursión realizada por el autor al valle de Arán, rincón de la región catalana poco conocido y digno de ser estudiado. Quien lea la obra á que nos referimos experimentará el deseo de conocer cuanto se describe, ya que en forma clara, sencilla y asaz agradable danse á conocer las bellezas que el país encierra. Avaloran el libro preciosas vistas fotográficas y buenos grabados, dispuestos con el mejor gusto por el Sr. Abarca, constituyendo el conjunto una galana manifestación editorial digna de conservarse, aparte de su mérito literario. Véndese en todas las librerías al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.



Eco y Narciso, escultura de Ricardo Garbe

EL LIBRO DE LOS AFLIGIDOS, por *D. Juan de Dios F. Hurtado.* – Inspirado en la más sana moral cristiana, constituye el libro un acopio de pensamientos para fortalecernos cuando los sinsabores y la desgracia nos afligen, expuestos con sencillez y de manera que pueden servir para alentarnos, evitando el decaimiento moral. Editado en esta ciudad por don Gustavo Gili, véndese á tres pesetas.

LOS MODERNISTAS, por *Víctor Pérez Petit.* – Bajo este título acaba de publicar el distinguido escritor uruguayo Víctor Pérez Petit un interesante libro que contiene una colección de semblanzas y estudios de Hauptmann, Tolstoi, Nietzsche, Verlaine, D'Annunzio, Ruben Darío, Mollarnié, Stvindberg, Yakchakof y Eugenio de Castro, trazados de modo que han de estimarse como verdaderos retratos, ya que en ellos se refleja de modo admirable su personalidad y significación. El Sr. Pérez Petit demuestra poseer un espíritu observador y analítico muy digno de estima, recomendándose además el libro por la galanura del lenguaje, circunstancia que aumenta su atractivo.

SOL DE MEDIA NOCHE, por *María Corelli.* – Aunque parezca un tanto sugestivo el título de la bonita novela de la distinguida escritora inglesa María Corelli que han publicado los Sres. Appleton, de Nueva York, pulcramente vertida á nuestro idioma por Alfredo Elías, preciso es convenir que se ajusta perfectamente á la índole y tendencia de la obra, en la cual obsérvase desde luego el tino y maestría de la autora al armonizar lo real con lo fantástico, fundiendo, en cierto modo, dos tendencias opuestas. Por otra parte, las descripciones, tipos y situaciones interesan y deleitan.

ANTROPOMETRÍA, por *don Telesforo Aranzadi.* – Al examinar esta obra que acaban de publicar los Sres. Sucesores de Manuel Soler, llama desde luego la atención la claridad y precisión de los conceptos, expuestos de tal suerte, que sin esfuerzo puede hacerse cargo el lector de la utilidad y conveniencia de una rama que tan señalados servicios presta y que tan notable desenvolvimiento ha adquirido. Véndese al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

AGRONOMÍA. – por *D. Aurelio López Vidaur.* – Debido al ilustrado catedrático don Aurelio López Vidaur, acaban de publicar los Sucesores de Manuel Soler un nuevo volumen, de notoria utilidad, que avalora indudablemente la colección de manuales que vienen publicando. La reconocida competencia de su autor nos relevaría de hacer encomios de la obra; esto no obstante, nos creemos obligados á aplaudir la labor realizada y á recomendar el libro, ya que resulta una obra de vulgarización digna de ser conocida. Véndese al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

DE LA VIDA, por *R. Suriñach Sentles.* – Las composiciones del inspirado poeta catalán Sr. Suriñach reunidas en este tomo respiran sinceridad y revelan los más delicados sentimientos; su rasgo característico en cuanto al fondo es la sencillez; la forma es armoniosa y espontánea. Leyéndolas, se adivinan en ellas el alma y el talento de un verdadero poeta. Impreso por Fidel Giró, en Barcelona, véndese el libro á 2 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 3 de agosto de 1903 — Núm. 1.127

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA JUSTICIA, cuadro de A. P. Agache

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimoséptimo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SANGRE AZUL

Yo creo que nunca se ha pensado tanto como ahora en la aristocracia de sangre; que nunca han interesado tanto al público las salonerías y heraldiquerías, y que (no se ría nadie de la comparación, y menos que nadie la simpática persona que me ha puesto involuntariamente en el caso de elegir este tema) la afición á las cosas nobiliarias se ha difundido, como se ha difundido la de las antiguallas más ó menos auténticas, que gustan hasta á quien no entiende de ellas una patata, porque *visten mucho* y *hacen bien.* La vanidad es cual la rosa: brilla en todos los jardines y apenas hay latitud donde no se pueda criar. El orgullo es como el *edelweiss:* quiere altas latitudes. Coger el *edelweiss* entraña peligro: ventisqueros ásperos, nieves eternas... Y vencidos los obstáculos, una flor extraña, vellosa, sin colores ni perfumes, que la multitud no admira. El orgullo no aspira á producirse en sociedad: el orgulloso, el verdaderamente altivo, complácese en sus riscos solitarios, repitiendo

Vivir quiero conmigo...

Y antes de continuar, me apresuro á decir: primero, que en la cuestión aristocrática no todo es vanidad de vanidades, á menos que extendamos este concepto salomónico á un sin fin de fines humanos, reconociendo, con los místicos, que sólo una cosa es verdad; segundo, que en el libro de Fernández de Bethencourt *Para cuatro amigos,* y en los restantes trabajos de este erudito escritor, el estudio de la genealogía se funda, según es debido, en la historia, y la historia constituye el interés serio y verdadero enlazado á los fastos, al pasado, al porvenir de la nobleza de sangre. Ahí está su problema: el ser cosa *histórica,* hecha, enlazada estrechamente á instituciones hoy puestas en tela de juicio por la evolución social. Por eso (en el fondo), es la aristocracia, á pesar de su actitud asaz pasiva en política, tan rudamente combatida y tan zarandeada en dramas y novelas. Lo observaba yo no ha mucho en el prólogo á *Cuestión de ambiente,* de Antonio de Hoyos; he vuelto á observarlo ahora mismo (sin hablar de *Mariucha)* en la muy notable novela de Retana *La tristeza errante.* Este novelista, por más señas, no ha quedado satisfecho con sus picantes instantáneas de gente gorda y *bien* en el balneario de Panticosa; le hormiguean los dedos y me escribe: «Conforme con usted: es epidémico el afán de poner en solfa á la aristocracia. La clase media es poco novelable por lo anodina; así, ó se hace la novela de los próceres, ó la de los golfos. Con todo, novelas buenas, de empeño, en que se pinte al vivo cuanto hay de podrido en los próceres, existen pocas: hay que hacer más, muchas más.» Ya lo saben los próceres; abran el paraguas y encomiéndense al santo de su devoción.

Este libro de Bethencourt *Para cuatro amigos* (más personal que su *Historia genealógica y heráldica de la casa real y de la grandeza de España)* retrata al autor tan fielmente, que parece una cara en un espejo. Se destaca el autor en carne y hueso, con sus lealtades afectivas, sus vehemencias políticas, su inmutabilidad de ideales, que hacen de él, en medio del pulcro escepticismo conservador, un caso de entusiasmo poco frecuente. Porque Bethencourt ha adoptado el lema «Dios, patria y rey;» aunque á decir verdad, para él este lema no significa exactamente lo mismo que para mi otro erudito y caballeroso amigo el marqués de Cerralbo y de Almarza. No: ¡qué había de significar lo mismo! La cuestión dinástica abre un foso profundo entre los dos.

Como que quisiera yo saber, y no dejaré de preguntárselo el invierno próximo al que fué tantos años vicario de D. Carlos de Borbón en España, qué opina del artículo de Bethencourt *Dislates carlistas* y de otro que se titula *La boda del pretendiente don Carlos.* Ambos estudios son extremadamente duros y crueles para la casa de Rohan, á la cual pertenece doña Berta, segunda esposa del que Cerralbo considera jefe de la casa de Borbón (y Bethencourt también. – Véase página 368).

No hay cosa que más nos induzca á contradecirnos que el saber. Ahí está Bethencourt, condenando los enlaces de reyes ó pretendientes con casas de la alta nobleza de Europa, y creyendo inconveniente para ellos todo lo que no sea compartir su representación con quien haya nacido dentro de la realeza misma. Pero como Bethencourt tiene en la punta de los dedos *su historia,* que diríamos afrancesadamente, no tarda en recordar que en otros tiempos los reyes iban á buscar esposa en casa de los grandes vasallos, y que así hicieron los Ordoños y los Fernandos con las hijas de los Osorios, de los Laras y de los Haros. Estos Fernandos y Ordoños no serán tan pomposos como lo que vino después, pero tienen una *pátina* encantadora y todo el atractivo de un sello de plomo, auténtico, colgante de un rollo de pergamino escrito en letra goda. Sí que me gustaban á mí los Ordoños, los Fernandos primitivos, los Ramiros, los Sanchos. Este río, remontado corriente arriba, ¡rueda un agua tan profunda y pura, ofrece unas orillas de tan castizo y natural paisaje! Desde que empieza Velázquez á rodear á los reyes de jardinería solemne y majestuosa, diríase que los aparta y aisla, á mucha distancia, de sus feudales y de su pueblo.

¿Adónde íbamos con esta digresión? Ello es que Bethencourt lo afirma: el nieto de Felipe V, no puede casarse ni con una La Cerda ni con una Fernández de Córdoba, y D. Carlos, que recibe de sus partidarios el tratamiento de Majestad, no puede exigir que á doña Berta se le dé el mismo tratamiento. Sin embargo, los Rohan Guemeneé fueron casa soberana de Bretaña – contestan los partidarios del pretendiente que entienden de estos asuntos. – Sin tener derecho para profesar una opinión, pues poco se me alcanza de genealogías, los Rohan me seducen por su conocida y arrogantísima divisa (á ver si sale Bethencourt desdorándome esta leyenda nobiliaria en nombre de la exactitud histórica): «Rey, no puedo; príncipe, no quiero; Rohan me soy...» Y es que – Bethencourt no lo ignora – hay nobles más nobles que los reyes.

Bethencourt es celoso defensor de la aristocracia de sangre, y la quiere seria, con dignidad y prestigio; quiere que se depure y defina bien todo lo que á ella concierne. Le exasperan las confusiones y errores en que incurre, no la prensa ni el público, sino el elemento cancilleresco y oficial, y no es lo menos curioso de su libro el dictamen sobre la sucesión en los ducados de Monteleón y Terranova, ni el artículo acerca de la necesidad de una legislación nobiliaria. Cuando la aristocracia nacía orgánicamente de la historia, no era indispensable tal legislación. Al feudal en su castillo, con sus mesnadas, al regresar polvoriento y ensangrentado de zurrarles la badana á los moros, maldita la falta que le hacía que el Ministerio de Gracia y Justicia – caso que entonces lo hubiese – le expidiese un papel diciéndole: «Eres noble titulado; te llamas el barón de Brazofuerte, y puedes reclamar en todas partes el título.» El Cid, hidalgüelo, de un brinco se puso arriba del conde Lozano, y en la iglesia juradera, de potencia á potencia, apretó, hasta el escocimiento, la mano del monarca. – Ahora ciertas preeminencias hay que regularlas, y que la necesidad aprieta lo demuestran artículos muy sensatos de Bethencourt, alguno, como una reciente Exposición al rey, todavía no incluído en este volumen. Es el propio Bethencourt quien nos dice, escandalizado, que jamás ni en parte alguna el desorden, la facilidad, la falta de sentido histórico y nobiliario, han presidido, como presiden hoy entre nosotros, á las denominaciones de los nuevos títulos. Eran antes – nos dice – los títulos, señoríos jurisdiccionales; y de ahí procedía – añado yo – la idea de Bravo Murillo, que, al suprimir los señoríos, quiso reducirlos á títulos, eligiendo la denominación de los más viejos y señalados. Punto de vista es este de Bethencourt en que sin duda lleva completa razón. Mientras exista la nobleza de sangre (á la cual hoy van agregándose nuevas capas de aluvión que no proceden ni de la jurisdicción territorial, ni exclusivamente de los hechos históricos *militares,* sino de muy varios orígenes y especialmente del político, pues la política es aquí la fuente más copiosa de honores, distinciones y gracias); mientras exista, repito, esa categoría social, será conveniente que se imite, según acertadamente pedía Bethencourt, «el ejemplo de Italia, de la nueva Italia, de la archidemocrática Italia, con su monarquía de Saboya, con su Crispi en el gobierno, con sus revolucionarios en el poder, creando la *Consulta araldica,* legislando valientemente, científicamente, absolutamente, sobre todo lo que se relaciona con su numerosísima nobleza...» Ejemplo muy singular al venir del país en que familias principescas tienen por todo patrimonio un cuadro de Rafael que enseñan mediante dinero, y en que se gana la vida, remando en las góndolas de Venecia, un título descendiente de los Dogos – no me acuerdo ya de cuáles.

De *verdadero caos* califica Bethencourt al estado presente de la nobleza española. Hay que creerle; conoce el terreno; y hay que elogiar su labor en interés del prestigio de la institución. El genealogista no puede decir ni hacer más. El que no ahonda en la genealogía y se interesa preferentemente por el hecho social y sus consecuencias, tiene que añadir que ese desbarajuste, real y efectivo, que todos los días lamentan en Madrid – y no sin salsa de muy sabrosos comentarios – en círculos que frecuenta Bethencourt, es una de las muchas manifestaciones de la decadencia de la nobleza española como fuerza integradora de la patria; como una de tantas fuerzas nacionales, ¡ay!, que á modo de licor en destapada botella, ha perdido aroma y virtud. Institución llamada á influir vigorosamente en un país, debe principiar vigorizándose, elevándose y estimándose altamente á sí propia, para lo cual ha menester limpiarse de secular herrumbre (preocupaciones, retraimientos, pesimismos, todos los resabios de *inadaptación)* y de modernos frágiles barnices y charoles (modas exageradas, vicios, ligerezas, derroches, desapego á la tradición en lo que tiene de robusto, sano y grande). De línea de conducta propia para conservar influencia y respeto, es modelo, parece redundancia decirlo, la nobleza inglesa. Sus hijos navegan en los buques y combaten en los ejércitos de la nación. Sus mujeres consagran actividad (hasta pasión histérica) á las obras sociales. Sus tierras están cultivadas por los métodos más científicos; sus explotaciones é industrias fructifican porque las guía un ilustrado sentido práctico. Sus *manors* poseen biblioteca, y los libros de esa biblioteca tienen cortadas las hojas. Viven como atenienses en sus residencias magníficas; saben abandonarlas como espartanos para romperse la crisma en el Transvaal. Sus *sports* abren ventanas á la colonización y al dominio de nuevas comarcas, que serán su salvación el día en que se tambalee el poder de Inglaterra..., día acaso llegado ya. – Porque no hay nación que no tenga sus heridas y sus problemas, y las habas que Inglaterra cuece, las cuece á calderadas, no lo niego; pero es en ocasiones tales cuando se echa mano de las reservas, y la nobleza británica está en condiciones de acorrer á su patria como en otros siglos nos acorría la nuestra, y contribuir á restañar la sangre que se pierde ó se perderá: (a), por la decadencia económica, debida á la preponderancia de la industria alemana y el comercio yanqui, que les disputa ó cierra tantos mercados á los ingleses; (b), por la plaga terrible de la miseria y el hambre en las Indias, más extenuadas cien veces que nunca lo estuvo ninguna colonia española; (c), por la siempre amenazadora guerra con Rusia; (d), por la campaña funesta del Transvaal; (e), por la cuestión irlandesa..., y no sigo, pues agotaría el abecedario. He enumerado al vuelo las graves angustias de Inglaterra, no queriendo pintar paraísos en el extranjero, en contraste con nuestros purgatorios: al precipicio cualquiera se aproxima: dichoso el que encuentra manos forzudas que le agarren antes de caer. Una de esas manos, de *boxeador,* de atleta, de intelectual á la vez, es en Inglaterra la de la nobleza de sangre.

Artísticamente también es imposible ver con indiferencia la desaparición de ciertos linajes y la ruina de ciertas casas. Una gran melancolía y una diminución de nuestra personalidad en el mundo surgen de las ruinas de palacios que he visitado, y que sus dueños vendieron al usurero ó al industrial.

Emilia Pardo Bazán.



El sexo débil competía con el fuerte en lo de lucir su humor desenfadado y su buen diente

EN EL ENSAYO

(DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE UN POBRE DIABLO)

Yo no tenía un cuarto; lo cual me sucedía con harta frecuencia en aquella época dichosa, porque la largueza de mi tío el canónigo de Burgos, que me costeaba la carrera, venía á resultar siempre corta para cubrir el déficit originado de mis estudiantiles despilfarros.

Pero por lo mismo que me hallaba sin dinero sentía más vivo el deseo de pasar la noche fuera de casa: estaba ya harto de logaritmos, de raíces cuadradas y enteras, de senos y cosenos, y se me daba una higa de toda la geometría esférica y de toda la estereotomía.

Además, aquella noche había ensayo en el teatro, *ensayo general,* ensayo *con todo,* como dicen en la jerga de bastidores; y allí estaría la Carmen.

La Carmen era una chica como un lucero, que había nacido en... cualquier punto del Mediodía de España, no importa en cual; pero una muchacha con los ojos, con la boca y con el talle de Carmen, no podía nacer más que en la tierra donde el sol cría rosas, jazmines y claveles con la misma profusión que en otras partes humildes y miserables hierbecillas. En esa, en esa tierra es donde se crían las mujeres como Carmen; que así como nuestras flores no necesitan de otros cuidados ni de más cultivo que de los ardientes besos del sol y del regalado oreo de las brisas para brotar y crecer ricas de color y exuberantes de perfume, así también nuestras mujeres nacen y crecen hermosas y apasionadas por naturaleza, sin que, para serlo, necesiten de otro influjo que el vivificante del sol, del cielo y de las brisas que prestan á las flores galanos matices y embriagador aroma.

En otros países, una minutisa, una alejandrina, una violeta ó una dalia no nacen sino en un jardín ó en un invernadero, á fuerza de primorosos cuidados; y una Carmen no nace más que en una morada lujosa y de una familia distinguida; pero aquí las flores más preciadas pueden brotar á campo abierto, en cualquier parte; y las muchachas más lindas, de más brío y de más gracia pueden venir al mundo en el rincón de una vivienda miserable, y de una familia de la ínfima plebe.

Es claro que Carmen no podía haber elegido el lugar de su nacimiento, ni la calidad de su familia; y nació donde y doquier Dios quiso, que fué precisamente en pobrísima cuna y de padres indigentes y desarrapados.

Acaso otro día os cuente su historia.

Por hoy baste decir que, deseoso de ver á Carmen, me fuí hacia el ensayo.

La *pieza* que se ensayaba valía la pena. Tratábase de estrenar, después de mil tropiezos y contrariedades, una *magia* de primera fuerza.

Había *caballo blanco,* y la *empresa,* es decir, el testaferro que aparecía como empresario, iba á echar la casa por la ventana para redondearse al final de la temporada, que no había sido todo lo substanciosa que se creyó al *inaugurarla,* á pesar de lo llamativo de las obras, lo escogido de la compañía y lo barato del abono. Pero, vamos, gracias á la generosa intervención del susodicho protector ó *empresario positivo,* que no daba el nombre, pero que daba los cuartos, aquello prometía transformarse en una mina de oro, que ni la de la *Mascota.*

Por allá andaba el buen señor, inundado interiormente de satisfacción y rebosante de esperanza, al ver los fastuosos preparativos de aquella prodigiosa *misse en scene.* Verdad es que costaba algo cara; pero, lo que le decía el otro (el que *daba la cara* y dirigía el tinglado, ó sea el que figuraba en los carteles):

– Hombre, si esto no puede fallar; hay que arriesgar algo; pero no es arriesgarlo, sino *adelantarlo,* porque á la vuelta de tres semanas, que serán veintiún *llenos furiosos,* y tres *llenos* más de las tres funciones de tarde, total veinticuatro, nos reembolsamos el capital sin faltar un ochavo, y en el resto de la temporada nos podrimos de dinero. Desengáñese usted, D. José; este va á ser nuestro gran golpe. ¡Lástima que no hayamos podido explotar el negociejo desde el principio del ejercicio! ¡El demonio de los autores y de los pintores y de los atrecistas, y toda esa chusma, que me tienen frito, con sus exigencias y su falta de formalidad! Ya usted ve cuánto tiempo no llevamos perdido en modificaciones, dilaciones y tropiezos de toda clase. Mañana sin falta ha de ir el estreno, y todavía se han de acabar la gruta del tercer acto y el practicable de la *apoteosis;* aún no ha traído Ramírez los escudos de *las amazonas,* ni los cascos de *los galos,* y son las nueve y media; y hoy hay que ensayar *con todo,* porque si no se *ajusta* bien, después se anda cojeando en la primera representación. ¡Por vida del demonio..., maldita sea mi estampa! A ver: ¿dónde anda ese imbécil de avisador que no me trae la contestación del zanguango de Ramírez? ¡Y van ya hoy doscientos recados por los dichosos escudos!.. Dispénseme usted D. José, que voy...

Y efectivamente, iba disparado de acá para allá, como cohete borrachuelo, llamando á voces al avisador, riñendo de paso al tramoyista, dándole prisa al *maestro* para que se activase la cosa; preguntando por la primera dama, y enterándose de si estaban todas *las chicas...,* en fin, hecho un zarandillo.

Porque él era un hombre tarabilla, todo nervio y azogue; enjuto, pálido y marchito de rostro; verdimoreno; con dos ojos saltones, ribeteados de aquel rojo enfermizo que suele originarse del continuado trasnoche, y que brillaban á intervalos con vivacidad fosforescente, y á intervalos se empañaban como soñolientos. Con el cabello en desorden, el sombrero en el cogote, las manos en las faltriqueras del deslucido pantalón, separando los faldoncillos de un *chaquet* abotonado hasta el cuello, y con un perdurable tabaco, sin cesar mascullado y chupado y siempre sin candela ni humo, D. Rufino Lapa era la vera efigie del empresario apurado, que en cuerpo y alma se identifica con su teatro; que no respira, ni descansa, ni vive, si no es en medio del triquitraque incesante de la atropellada existencia de bastidores y de contaduría. Aquella cabeza parecía un molino de ideas teatriles, una cernedera de planes y proyectos, una maquinilla de cálculos y un laboratorio de cuentas galanas... que casi siempre solían salirle al revés de como su fantasía los trazaba.



... entraba en escena como si volase. .

Con todo su afán de enriquecerse, estaba siempre

á la cuarta pregunta; pero hallaba modo y manera de vivir cayendo y levantándose sin cesar, es decir, cayéndose él *por sí mismo*, y levantándose con ayuda de vecinos, á quienes arrastraba en su nueva caída... y vuelta á empezar; que mientras exista y prolífere la raza de los *D. Josés*, los *Rufinos* resolverán el problema de vivir de milagro, ser empresarios sin tener una peseta propia, gastar muchas ajenas, ganar cantidades fuertes, volver á perderlas, preparar otra combinación para recuperar con creces lo perdido, y quedarse luego lo mismo que antes y que siempre, y *el socio* ó *los socios* peor que nunca.

Por la ley de los contrastes, que acostumbra á juntar en la vida á los hombres, D. José resultaba un tipo de todo en todo divergente del tipo de Rufino.

D. José era hombre machucho, sanote y rollizo; bastante panzudo, y lo parecía más porque su estatura no era de las aventajadas. Sobre corto y carnoso cuello, tenía una cara de luna llena, bonachona y sonriente; y á los ojos chiquitos y alguna vez vivarachos, aunque de un zarco dudoso, les servían de guardapolvo dos cejas peludas y revueltas, exuberancia pilosa que contrastaba con la escasez de cabellos, porque, en efecto, el cráneo de D. José era amelonado y calvo en su frontispicio y en su bóveda, y no conservaba más que en las sienes y en el colodrillo mechones remanentes de una melena que debió de ser rucia ó punto menos en sus mejores tiempos.

Era mi hombre calmoso por temperamento, corto de palabras y no muy largo de alcances; á pesar de lo cual y de su menguadísima instrucción, tuvo el talento que muchos tontos tienen para hacer dinero, no importa al caso el cómo ni el cuándo. Basta que conste que poseía, por aquel tiempo, caudales suficientes para permitirse el lujo de gastar una buena porción de ellos en satisfacer su raro antojo de meterse en el negocio del teatro, para él completamente desconocido, y por ende él completísimamente inepto para el negocio. Pero tomó á Rufino por su *alter ego pensante*, y aprontó los fondos, confiado en que, manejados por aquel fénix de los empresarios, habían de producirle tanto más cuanto. Lo que le producía, por lo pronto, era la satisfacción de entrar y salir entre bastidores; de verse adulado y obsequiado por toda aquella tribu de actores, actrices, bailarinas, racionistas, partes de por medio, apuntadores y representantes, conserjes y acomodadores; escenógrafos y atrecistas, músicos y sastres y peluqueros, y hasta armeros y pirotécnicos y avisadores. «D. José» por acá; D. José por allá; D. José arriba; D. José abajo; consultas (aparentes) por un lado; elogios ditirámbicos por el otro; mucho respeto y consideración de mentirijillas; mucho de bailarle el agua y lavarle la cara, cuando convenía, sin dejar por eso de reirse de él, á sus espaldas; y á la postre cada sonsaca, cada primada y cada *sablazo*... que cantaba el opio.

Mas para D. José todo aquello era media vida, y le proporcionaba unas emociones y unos goces y unos hinchamientos de vanidad pavuna que le hacían feliz. Y, pues su dinero le costaba, no había para qué decirle «*mal provecho te haga*», sino «*con tu pan te lo comas*.»

Ya se removía y se agitaba la gente de *las tablas*, disponiéndose á dar comienzo al suspirado ensayo; gracias á las excitaciones, apóstrofes y regaños del incansable Rufino.

El escenario era un hormiguero de artistas, de artesanos y de aficionados, acompañantes y amigos *de la casa*, entre los cuales había no pocos abonados de los que gustan de perder el tiempo viendo ensayar y con el tiempo la ilusión del estreno.

No costó poco trabajo y pocas súplicas y pocos bufidos el lograr que se despejase algo el campo, para dejarlo libre á los que, de oficio, habían de maniobrar en él; y se desperdició un buen rato antes de que se pudiese *probar* la primera decoración.

El escenógrafo colocóse en el pasillo del centro, entre la quinta y sexta fila; y desde allí se acercaba ó se alejaba para juzgar de los *efectos* y de *las luces*; ó aproximábase hasta la barandilla de la orquesta, y aun se encaramaba al escenario, en los momentos culminantes.

¡Le he dicho á usted cien veces que es con el izquierdo!

D. José se estaba arrinconado en una de las primeras butacas.

El empresario estaba en todas partes, y en ninguna quieto, ni tranquilo, ni callado.

Por supuesto que aquello, al empezar, era una confusión y un guirigay.

– A ver, señores; afuera todo el mundo. Hagan ustedes el favor... ¡Por Dios, que nos va á amanecer aquí!.. ¡Por vida del demonio..., maldita sea mi estampa!..

– ¿Qué hacéis ahora con ese telón?

– ¡Méndez!.. ¡Que no es ese, hombre, que no es ese!.. El de *floresta*.

– ¿No está Juancho en los telares?

– No está; no, señor.

– ¡Hombre, le he dicho á usted que no se me mueva de arriba!.. A ver: el tercero... Ajaaá..., ese. Tirar más de la izquierda, que baja torcido. Acompaña esa cuerda, Antonio. Así: ¡bueno; basta... basta!..

– El *recortado* del fondo. Más vivo, hombres, más vivo. Los bastidores de la izquierda.

– Ahí falta un *trasto*... A la derecha; no tan cerca del *foro*. – Ahora mucho ojo con la *mutación* esta. Cuando la música acaba la introducción del baile.

– Preparadas las señoras *del cuerpo*. Ocho aquí... No, ustedes no; ustedes tienen la salida por la segunda *caja*. Pero... ¡cuatro, seis... si faltan dos! ¿Dónde se meten ustedes, hijas? Así no vamos á acabar en toda la noche. Oído: una... dos... Ahora. *Entren* ustedes. ¿Qué hace esa que no entra? Con el otro pie; ¡le he dicho á usted cien veces que es con el izquierdo!..

¡Qué mareo! ¡Qué baraúnda! Y eso que el *maestro de baile* era hombre listo y que lo entendía. Había sido bailarín de *rango francés* en sus verdores, y *al perder las piernas*, con la edad, había ya adquirido tales y tantas aptitudes en el oficio, digo, en el arte, que pudo echarse á trabajar, *con la cabeza*, en la dirección de las piernas de los otros. Según decían los admiradores de aquel Terpsícore macho, pocos *coreógrafos* habría que le pudieran pasar la mano por la cara, porque tenía una inventiva y un repertorio de recursos muy bastantes para *salvar* á cualquier empresario en aquel linaje de espectáculos.

Y era de ver cómo se desvivía porque la cosa marchase al pelo, con geométrica exactitud y rítmica precisión; y cómo empujaba, manoseaba y estrujaba á las figurantas, hasta lograr darles la *justeza* requerida en la inclinación de la testa, en la altura de los brazos, en la oblicuidad del cuerpo.

Un *paso* se repetía diez veces, á pesar de los ensayos anteriores; una decoración se *montaba* ó se *transformaba*... qué sé yo cuántas; y siempre faltaba ó sobraba algo, y dejaba qué desear la limpieza de la maniobra.

Las *baterías verdes* y las *blancas* y la luz Drumont daban una guerra atroz al escenógrafo, quien pasaba mil desazones antes de conseguir verlas *templadas* á su gusto; los *accesorios* que faltaban, es claro que hacían mucha falta para poder ajustar los *efectos* de las *figuras* del baile y de los *cuadros finales*.

No sin razón Rufino trinaba contra el atrecista y seguía disparando al avisador contra Ramírez con recados conminatorios; y repetía doscientas veces sus «*por vida del demonio*, y *maldita sea mi estampa*.»

Sudaba D. José, y no precisamente de calor.

Las muchachas sudaban también y estaban reventadas de tanto traqueteo y tanta repetición.

Los actores *de verso* recitaban con una dejadez y con un fastidio, que había para dormirse oyéndoles. Por supuesto que se suprimían muchos trozos, sobre todo *parlamentos*; que de nada serviría echarlos enteros en un ensayo así, que, á pesar de ser *general*, quedaba reducido á lo de más interés y compromiso para que el estreno pudiera ir talcualejo.

Era ya más de media noche, y aún no estábamos en el acto tercero; y la *magia* tenía cuatro como cuatro siglos.

Habían ido desfilando muchos abonados y *amateurs*. Quedábamos sólo aquellos *íntimos* directamente interesados en el éxito del espectáculo, ó fervientes devotos de las artistas.

Y á todo esto, ¿dónde estaba Carmen?

Pues allí, bizarramente vestida de amazona, entre las que aquella noche andaban á medio armar, gracias á la morosidad de Ramírez que me las había dejado sin escudos.

La Chata, la inseparable compañera de Carmen, hacía una *ninfa* muy salada, á quien enganchaban con un mosquetón por la cintura, y colgada de un alambre, entraba en escena, como si volase, por el segundo bastidor derecha, para ir á caer en medio de un corro de *pastores*, que no tenían de tales más que la apariencia, porque eran muchachas en hábito masculino, con sus pellicos y todo.

Y también hallé á mi grande amigo Miguel, otro estudiante tan aprovechado como yo. Y pululaban, porque no podían faltar, entre el bello sexo coreográfico, ó al retortero de dicho bello sexo, unos cuantos pollos y galli-pollos y pavos de diferentes categorías y de variadas cataduras.

El vizcondito del Lirio; el conde de la Empanada; el barón de Tembleque; el rentista D. Trifón; el banquero D. Lesmes, y otros y otros más de los *inevitables* y de los *irresistibles*; amén de alguna gente menuda y obscura, pero aficionadísima á corretear por los escenarios, á la husma de aventurillas. Y no hablo de redactores y gacetilleros de una docena de periódicos y de periodiquines, porque de esos tales ya es sabido que han de hallarse en todas partes y á cualquier hora.

Algún descanso había que conceder á los artistas si habían de conservar fuerzas para apechugar con el resto del ensayo. La opinión dominante se acentuó en aquel sentido, y aun se manifestó explícitamente en forma de variadas solicitudes y reclamaciones.

Y además del descanso, no les habría venido mal un prosaico tenteempié á la mayor parte de aquellas *hadas*, *amazonas*, *sílfides* y *divinidades* de pega.

Unas cuantas muchachas, de las más pizpiretas y traviesas, tomaron por su cuenta á D. José; y al cabo le engatusaron y arrancáronle la concesión de importantes municiones de boca.

El conde de la Empanada y el barón de Tembleque tenían también sus grupos de amigas dispuestas á comérselos vivos si no se apresurasen á obsequiarlas con cualquier golosina.

Corrió el infeliz avisador con el encargo ó con los



UN ALTO EN LA CANTINA, cuadro de José Moreno Carbonero



LAS TRES EDADES DE LA VIDA, cuadro de Lorenzo Lotto

encargos; y á vuelta de algunos viajes y transcurrido poco rato, ya andaban por allí tres ó cuatro camareros del café-restaurant de la esquina, portadores de jamón dulce, *sandwiches*, pastelillos, dulces y otros comestibles, con su correspondiente acompañamiento de bebestibles embotellados.

Aquello se animó; y el sexo débil competía con el fuerte en lo de lucir su humor desenfadado y su buen diente. Ya se ve: no hay cosa como el ejercicio para despertar el apetito, ni nada como el vino y las chicas desenvueltas para alegrar la conversación y avivar la chacota.

Media docena de italianas, gente nueva en aquella temporada, llegadas poco había con otras más para reforzar el cuerpo de baile, me traían mareado al vizconde del Lirio, que ya era de suyo medio memo. Y no se contentaban con hacer presa en aquel calaverilla en agraz, sino que extendían cuanto les era posible sus ambiciosas miras de conquista, como era muy natural. Natural era también que las *indígenas* comenzasen á mirar con malos ojos semejante invasión de territorio, y á sentirse de que los aficionados habituales se distrajesen más de lo justo, atraídos por la novedad y hasta por lo dulce y meloso del habla de las orillas del Arno.

A ser posible taquigrafiar las cien conversaciones que se entrecruzaban, salpicadas de donaires, chistes de mejor ó de peor ley, alusiones picantes, chafalditas y chilindrinas de todo color, pardiez que se formaría un mosaico por demás curioso y entretenido. Pero se hacía tarde, y ya Rufino y los *maestros* volvían á bregar para poner punto al intermedio y recomenzar la tarea.

Prolongóse ésta hasta más allá de la madrugada; y no se acabó el ensayo porque ya no hubiese qué ensayar, sino porque, literalmente, los artistas ya no podían con su alma.

Ya era hora de que cada mochuelo se fuese á su olivo. Miguel y yo acompañamos á la Carmen y á la Chata. El airecillo helado que corría por las calles de la coronada villa, convidaba á embozarse bien y á andar de prisita en busca del domicilio y en demanda del descanso tan necesario á gentes que habían trasnochado y que volverían á trasnochar antes de mucho; esto habría sido lo regular. Pero precisamente porque lo era, no hablamos de hacerlo nosotros, acostumbrados como estábamos entonces á vivir de la manera más irregular posible.

¡Cuánto diera ahora por poder recuperar las muchas noches y los muchos días mal perdidos y peor empleados en mi mocedad, que á la postre me acarrearon la pérdida de varias asignaturas de mi carrera, de aquella carrera que se hizo interminable, y agotó la paciencia y el bolsillo de mi buen tío el canónigo de Burgos!

Por la copia, E. Bertrán.

(Dibujos de P. M. Bertrán.)

LA MUERTE DEL PAPA LEON XIII

Después de la aparente mejoría que se observó en los últimos días de la enfermedad, prodújose el 18 en el estado del papa una recaída que hizo prever el próximo fin del augusto enfermo. Comprendiéndolo también así León XIII, confesóse con Monseñor Pifferi y recibió de Monseñor Vanutelli la bendición *in articulo mortis*, exclamando luego que la hubo recibido:

– ¡Parto para la eternidad!

Poco después, á cosa de mediodía del 20, cuando ya apenas daba señales de vida, manifestó deseos de ver nuevamente á los cardenales; entonces entraron en la habitación los cardenales Oreglia, Respighi, Mathieu, Ferrata, Cassetta, Di Pietro, Casali, Cavagnis, Segna, Gennari, Satolli, Vives, Tripepi, Della Volpe, Gotti, Machi, Agliardi, Vanutelli, Cavicchione, Pierotti, Martinelli y Cretoni, que se situaron en torno del lecho del pontífice, el cual pareció reconocerles y les dijo:

– ¡Adiós, adiós..., este es mi último momento!

Y volviéndose al cardenal camarlengo Oreglia, añadió, mirándole fijamente y oprimiéndole con fuerza la mano:

– ¡Adiós..., os recomiendo la Iglesia!

Los cardenales, profundamente emocionados, besaron uno á uno la mano del papa y salieron de la estancia.

Quiso en aquel momento León XIII alzar la mano para bendecirles, pero ya no pudo.

Después desfilaron por delante del pontífice los embajadores y ministros de Rusia, Francia, Bélgica, España, Portugal, Argentina, Prusia, Austria y Baviera, los jefes de los cuerpos armados del Vaticano, los miembros de la antecámara pontificia y algunos periodistas católicos.

Monseñor Cagiano de Acevedo acercóse al papa y le pidió la bendición para sus familiares, á lo que aquél respondió:

– ¡Sea esta mi despedida!.. ¡Sí, sí, pobres hijos míos, les bendigo!

El enfermo iba perdiendo el conocimiento por instantes, y pocos minutos después presentábanse los síntomas de la agonía.



La enfermedad de León XIII

1. El camarero Pío Centra dando noticias á los cardenales del estado del papa. – 2. Los cardenales Rampolla y Oreglia dirigiéndose á la capilla privada para orar por el restablecimiento del papa. – 3. El papa confesándose con Monseñor Pifferi. – 4. Los médicos que han asistido al papa durante su última enfermedad. – 5. Pío Centra, camarero privado del papa (dibujo de Amato.)

Penetraron entonces en la habitación los tres sobrinos del papa, los condes Luis, Camilo y Ricardo, quienes le besaron la mano. El moribundo les reconoció y les bendijo diciendo:

– ¡Nos volveremos á ver en el Paraíso!

Fué el último destello de aquella poderosa inteligencia.

El doctor Lapponi observaba continuamente el pulso del enfermo; Monseñor Vanutelli encomendaba con voz conmovida el alma de León XIII y Monseñor Piffieri recitaba las preces de los agonizantes.

A las tres y cuarto, los cardenales Angeli, Marzolini, Bisleti, Misciatelli y otros fueron á rezar á la sala del Trono.

Pasaron todavía algunos minutos; Lapponi hizo la última tentativa administrando al papa tres inyecciones de alcanfor. León XIII abrió los ojos y dijo:

– ¡Ha llegado la hora! ¡Me encomiendo á Dios!

Entraron de nuevo en el cuarto los cardenales; Monseñor Vanutelli pronunció algunas palabras para confortar al moribundo, cuyos párpados se agitaron como si quisiera abrir los ojos.

El doctor Lapponi seguía observando las pulsaciones, que eran cada vez más débiles; de pronto, acercó su rostro al del papa, le puso la mano sobre el corazón y al cabo de un momento, volviéndose á los circunstantes, exclamó:

– ¡El papa ha muerto!

Inmediatamente, el Penitenciario, Monseñor Vanutelli, mandó llamar á los cardenales que se encontraban en el Vaticano. Antes que ellos fueron introducidos en la cámara mortuoria los embajadores de Francia, Austria y España y los ministros de la Argentina, Chile y Brasil, los cuales, en unión de los purpurados presentes, que eran en número de 15, besaron la mano de León XIII, mientras se presentaba el piquete de guardias nobles que había de hacerse cargo del cadáver.

Después acercóse al lecho el cardenal camarlengo Monseñor Oreglia: el rostro del papa estaba cubierto con un velo blanco; los penitenciarios de San Pedro rezaban los salmos de la penitencia y las preces de los difuntos.

El camarero Pío Centra levantó el velo que cubría la cara del pontífice y el camarlengo aproximóse al cadáver, se arrodilló, oró en voz baja, y luego levantándose golpeó por tres veces la frente del cadáver con un pequeño hisopo y otras tantas llamó al papa por su nombre de pila:

– ¡Joaquín, Joaquín, Joaquín!

Y luego pronunció la fórmula que anuncia oficialmente la defunción del pontífice:

– ¡El papa está verdaderamente muerto! ¡Muerto!

Oyendo lo cual, los circunstantes se arrodillaron y el camarlengo entonó el *De profundis*, dió la absolución y roció el cadáver con agua bendita.

El glorioso pontificado de León XIII había terminado. – R.

EL «EXACTO»

(RECUERDOS DE UN CURIAL VIEJO)

«El Exacto,» así le llamaban todos cuantos le conocían, y á creer lo que referían de este extraño personaje los que le trataron siendo todavía un niño, siempre, desde sus primeros años, había sido igual.

La misma exactitud tenía para entrar en la escuela y salir de ella siendo un chicuelo, que más tarde la tuvo para ir á su oficina, á los escritorios donde su cronométrica estancia era un asombro, y á las citas, visitas y entrevistas con amigos, jefes y compañeros.

Llegó á ser uno de los más acaudalados y afortunados banqueros de la plaza mercantil madrileña; desde sus primeros pasos dados por su cuenta en la vida de los negocios, su figura sobresalió entre todas las del mundo bursátil y financiero, y el que principió tomando giros á descuento, gracias al poquillo dinero que había ahorrado en las casas donde empleado estuvo y á algunas pequeñas sumas que le adelantaban los que fueron sus principales, acabó, merced á acertadas jugadas de Bolsa, por poseer un capital más que suficiente para sus negociaciones.

Su exactitud, rayana casi en lo ridículo por lo exagerada, era su característica, y esto fué lo que pronto le hizo distinguirse de sus demás compañeros, y rivales muchos de ellos, que en este punto no lograban competir con él, pues dígase lo que se quiera de los bolsistas y hombres de negocios, no todos ellos, ni siquiera una mitad, en especial en España, se distinguen por la exactitud.

Por eso este nuestro hombre, que la tenía matemática como péndulo perfeccionado de un observatorio, llamó desde luego la atención, y mucho más cuando se supieron y se comentaron varias veces en los corrillos de la Bolsa, en la última hora del Bolsín y á las puertas del Banco y de la Deuda, detalles tan extraordinarios como los de haber protestado una subasta del Amortizable porque la Junta se constituyó *un minuto* después de la hora marcada (el reloj del personaje iba con el meridiano, y además él *sentía* al segundo las horas), y el de haber desdeñado buenas comisiones como agente porque un cliente tardaba tres minutos en acudir á la entrevista convenida.

El vulgo, y vulgo hay entre los técnicos de todos los oficios y profesiones, pues que vulgo no es sólo el profano, sino también el profesional ignorante, no paró mientes cuanto era de suponer en la principal virtud del banquero; y en su tendencia á generalizar, aun cuando le denominó el *Exacto*, lo conceptuó como el *formal*, sin observar que su formalidad no pasaba de las horas, pero que no se refería á cantidades; más claro, que aquel sujeto que por un retraso de unos segundos en un concurso de acreedores promovía un incidente, no reparaba en que hubiese en una liquidación de fin de mes una diferencia de diez céntimos.

***

Feliz, dichoso, alegre y opulento vivía el banquero, cuando una operación mal prevista que dió pésimos resultados, una baja inesperada, de esas que ni el más lince puede prever, le hundió casi de repente en la ruina. Su miseria iba á ser tan rápida como su opulencia.

El bolsista en un principio no se apuró; tenía buenos amigos, algunos le debían su fortuna, acudió á ellos; pero se hicieron los sordos á sus indicaciones y á sus demandas.

Comenzó á dudar de sus amigos y de sí mismo, y resolvió suicidarse; después de todo, la vida en la más completa escasez; volver, no volver, sino estar peor que antes había estado durante el aprendizaje de su ocupación, era para él vergonzoso, inaudito, insoportable.

Acordóse de un amigo más, del último, del que él consideraba, por lo mismo, el más verdadero y desinteresado, y le escribió una lacónica carta en la que – como hombre acostumbrado á manejar grandes sumas – le pedía la friolera de seis mil duros, lo más imprescindible para salir por el momento adelante.

Pero le fijaba una hora: las dos de la tarde para



LOS CARDENALES BESANDO LA MANO DEL PAPA MORIBUNDO, dibujo de Amato



EL CARDENAL CAMARLENGO MONSEÑOR OREGLIA CERTIFICANDO LA MUERTE DE LEÓN XIII, dibujo de Amato



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de E. Dinet



PASEO POR EL MAR, cuadro de Lionel-Walden

tener en su poder aquel dinero, pues á las dos y media tenía que empezar á pagar las primeras diferencias.

El bolsista se paseaba sereno, pero preocupado, por su despacho; miró el reloj de su bolsillo y el que había colgado de la pared, y un instante después de marcar ambos las dos, oíase una detonación: el *Exacto* acababa de levantarse la tapa de los sesos.

Avisaron á las autoridades; constituyóse el juzgado; procedióse á las primeras diligencias y al levantamiento del cadáver, y se comenzó á hacer el inventario.

Un caballero que acababa de apearse de un coche, subió rápido la escalera y entró descompuesto donde yacía el muerto.

Era el amigo que le llevaba los seis mil duros, como lo demostró con su turbación y con enseñar la cartera llena con una cantidad de billetes que no bajaría del doble.

Llegó tarde; media hora antes y todo se hubiese salvado. El *Exacto* habíalo sido hasta este momento; había cumplido su última exactitud.

P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

El cardenal Oreglia.—Luis Oreglia de Santo Stefano nació en el Piamonte en 1828; hijo de una familia aristocrática, entró por derecho propio en la Academia de Nobles eclesiásticos, escuela privilegiada en donde la preparación para la diplomática ocupa un puesto preponderante y cuyos alumnos pueden ser nombrados cardenales sin haber ejercido el ministerio sacerdotal. Después de haber sido prelado en la corte pontificia, referendario de la firma del papa é internuncio en Holanda y en Portugal, fué revestido de la púrpura cardenalicia en 1873.

Los comienzos de su carrera diplomática fueron brillantes: su distinción y su talento le aseguraron muy pronto grandes triunfos, á lo cual le ayudó poderosamente su conocimiento profundo de multitud de lenguas y literaturas extranjeras.

A la muerte de Pío IX, mostróse poco favorable á la elección de León XIII, y esto hizo que sus relaciones con el Vaticano fueran, al principio del nuevo pontificado, bastante frías, limitándose á lo puramente oficial.

Aferrado á la política de Pío IX y relegado á la Congregación de Ritos, parecía caído en la más irremediable desgracia, cuando por muerte del cardenal Consolini quedó vacante en 1885 la dignidad de camarlengo, y aunque parezca extraño que León XIII llamara á ocupar tan importante cargo á quien no desperdiciaba la ocasión de combatir su política, así fué, con gran sorpresa de todo el mundo.

Varias circunstancias explican, sin embargo, esta anomalía: en primer lugar, el cardenal Jacobini, que desempeñaba la Secretaría de Estado, quería desarmar al jefe de la oposición colmándole de honores; en segundo, León XIII no veía inconveniente en confiar á un adversario funciones muy elevadas en apariencia, pero en el fondo sin ninguna importancia política hasta el momento de un interregno pontificio; finalmente, el papa tuvo en cuenta que siendo durante este interregno el camarlengo quien negocia con las potencias y con el Quirinal, los talentos diplomáticos del cardenal Oreglia, su perspicacia y su energía, le hacían especialmente apto para el gobierno provisional de la Iglesia y para resistir á posibles exigencias del gobierno italiano. Después, el transcurso del tiempo realizó su obra de pacificación; sobre todo desde que por razón de edad había sido nombrado decano del Sacro Colegio, el cardenal Oreglia demostraba mayor asiduidad y deferencia hacia León XIII, el cual, á su vez, era con él más afectuoso que antes y aun le consultaba sobre los más difíciles problemas del gobierno de la Iglesia.

En su doble calidad de camarlengo y decano, el cardenal Oreglia será papa durante algunos días, y aunque se le incluye entre los *papables*, no es probable, según parece, su elección, porque en general es poco simpático á las potencias, circunstancia que seguramente no dejará de tomar en consideración el Conclave.



Monseñor Joaquín Pecci, más tarde León XIII, nuncio en Bruselas, rodeado de su familia. Fotografía hecha en 1867

La Justicia, cuadro de A. P. Agache.—Este celebrado pintor francés cultiva con especial predilección el género simbólico, pero el simbolismo á que rinde culto resulta, por decirlo así, modernizado por la manera real y tangible con que nos presenta traducida en forma humana la idea abstracta en que se inspira. Este carácter de las obras de Agache se advierte claramente en el cuadro suyo que en el presente número reproducimos, como se advertía también en *El conquistador*, que publicamos en el número 1.048. «La justicia eterna tiene á su cargo la custodia del mundo» es el lema que lleva el lienzo que nos ocupa, y á él responde perfectamente toda la composición: la figura de la Justicia, envuelta en negras vestiduras, apoyando en el globo terráqueo el brazo que sostiene la espada emblemática, es de severa grandiosidad; su actitud de reposo, la expresión de su rostro meditabundo, la fijeza y serenidad de su mirada, en la que se adivina una fuerza de penetración capaz de ahondar en las más recónditas acciones del alma humana, de llegar hasta las más escondidas intenciones, todo indica que en ella se simboliza, no la justicia terrena, falible, sujeta á errores y á veces impulsada por las pasiones, sino de esa otra jnsticia que no puede equivocarse porque emana directamente de Dios, que reserva para otra vida el premio ó el castigo verdaderos y definitivos de nuestros actos, y que ya en ésta deja sentir el peso de sus fallos recompensando las buenas acciones con esa interior satisfacción á nada mundano comparable y castigando las malas con esos remordimientos que torturan el corazón y que para muchos han de ser más terribles que todas las penas corporales inventadas por los hombres.



El cardenal camarlengo LUIS OREGLIA

Monseñor Joaquín Pecci rodeado de su familia.—La fotografía que adjunta reproducimos representa al difunto papa León XIII cuando era nuncio en Bruselas, es decir, en 1867; en ella, Monseñor Joaquín Pecci está rodeado de dos de sus hermanos y de sus sobrinos, hijos de Carlos Pecci.

Un alto en la cantina, cuadro de José Moreno Carbonero.—Nuestros lectores conocen algunas de las obras magistrales de este excelente artista, inspiradas en las obras clásicas de nuestra literatura: mas si bien es cierto que en ellas se halla retratada la personalidad de Moreno Carbonero, no lo es menos que ha producido otras obras en que aparece como habilísimo pintor, dueño de la luz y del color. A este género pertenecen, entre otras, las tituladas «La venta del sevillano,» «La Romería del Rosario,» «Un alto» y la que rereproducimos, todas dignas de aplauso y evidente manifestación de la valía y mérito del artista.

Las tres edades de la vida, cuadro de Lorenzo Lotto.—Este famoso pintor veneciano nació á fines del siglo XV y murió en 1554. Dicen algunos que fué discípulo de Leonardo de Vinci, pero la opinión más común le cuenta entre los artistas que recibieron las lecciones de Juan Bellini y entre los imitadores del Giorgione. Procuró adquirir un estilo propio uniendo á las cualidades de color y ornamentación de la escuela veneciana el carácter grandioso del último maestro citado y la belleza más ideal de Vinci, y se mostró original, sobre todo introduciendo en sus composiciones actitudes completamente nuevas, oposiciones nunca vistas, sin ser extravagantes, y perspectivas felizmente presentadas. Figuró entre los artistas más notables del Renacimiento, tan fecundo, como es sabido, en pintores notables. En 1513 se trasladó de Venecia á Bérgamo, en donde pintó casi todos sus cuadros, y más tarde fijó su residencia en Loreto, en donde falleció. Sus más notables obras figuran en los templos de Bérgamo, Ancona y Venecia, en el Museo del Louvre de París, en el de Madrid, en la Pinacoteca de Munich, en el Museo de Berlín y en el palacio Pitti de Florencia. «Lorenzo Lotto, ha dicho un crítico, es demasiado ignorado de nuestros días, mas no por esto deja de ser uno de los talentos más admirables del siglo de oro de la pintura; desgraciadamente, su obra no cuenta más que con un número muy reducido de creaciones de primera fuerza; pero tienen éstas tal valor, que bien se las puede comparar con los más hermosos monumentos de la historia del arte.»

Dos buenos amigos, cuadro de E. Dinet.—Para sacar partido de un asunto de escasa importancia, para hacer que nos interese un tema que por sí mismo nada de particular ofrece, se requiere ser muy hábil artista, á fin de que lo que no puede darnos el fondo de la obra lo encontremos en la forma con que el autor ha sabido presentárnosla. Tal sucede en el lienzo de Dinet, que no vacilamos en calificar de bellísimo, á pesar de que ni plantea ningún problema de los que á la actual sociedad preocupa, ni encierra ningún pensamiento de esos que obligan á meditar: contemplamos el cuadro y nos impresiona gratamente; analizamos su factura y admiramos la corrección del dibujo, la facilidad del trazo, la elegancia de la composición: ¿qué más podemos desear en una creación artística?

Paseo por el mar, cuadro de Lionel-Walden. —Este cuadro del notable pintor norteamericano nos produce el efecto de un himno en honor de la naturaleza, de la vida al aire libre, lejos de las malsanas influencias de las ciudades, de esa existencia de trabas, convencionalismos y mentiras que debilitan el cuerpo y deforman el alma. Estos cinco chiquillos respiran salud, robustez, alegría; gozan en la contemplación del mar, esa sublime maravilla que sienten aun sin comprenderla; tienen un corazón sano dentro de un cuerpo sano. Quizás cuando sean hombres sientan envidias hacia los privilegiados de la fortuna, pero ahora no cambiarían de fijo su suerte por la de los niños de familias aristocráticas que tal vez frecuenten aquellas playas y que no pueden moverse sin permiso de la grave institutriz, ni salir á paseo sino entre ayas y criados, al paso que ellos, libres como el pájaro que vuela por los aires, gozan sin limitación alguna de cuantos placeres ofrece á los niños, á los pobres más que á los ricos, la madre naturaleza.

Convoy en marcha, cuadro de Joaquín Freixes.—Es indudable que la pintura militar es uno de los géneros que más dificultades ofrece, puesto que además de ser preciso el concurso de los demás, exige conocimientos especiales, de carácter técnico, la mayor parte de las veces, sin cuyo auxilio no cabe la representación exacta y razonada de tipos, escenas ó cuadros que expresen con precisión las manifestaciones de la vida militar. De ahí que sea limitado y reducido el número de artistas que se dedican al cultivo de este género, entre los que empieza á darse á conocer, con singular aprovechamiento, el joven pintor Joaquín Freixes, aventajado discípulo de nuestro amigo el Sr. Capdevila. Véase el bonito lienzo que reproducimos, representando un convoy de Administración militar en marcha, y podrán apreciarse las cualidades del novel y aprovechado artista.

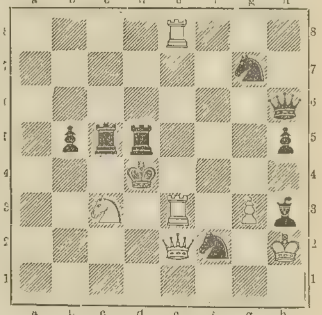
***

Teatros.— *Barcelona.* – La compañía Mariani-Paladini ha terminado sus tareas en Novedades, habiendo estrenado últimamente con buen éxito *La cornice*, comedia en tres actos de Wolff: las funciones de beneficio de la señora Mariani y del Sr. Paladini fueron para una y otro grandes triunfos; la de despedida de la compañía ha sido una de las ovaciones más entusiastas y más cariñosas que se han presenciado en Barcelona. En el Eldorado se han estrenado con buen éxito *La Musa*, idilio en tres actos de D. Salvador Rueda, y *La escalinata de un trono*, drama en tres actos y en verso de D. José de Echegaray, ambas admirablemente puestas en escena y muy bien interpretadas, especialmente por la señora Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. En el Tívoli se anuncia una compañía de ópera italiana dirigida por el maestro Arturo Baratta.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 332, POR K. BAYER.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

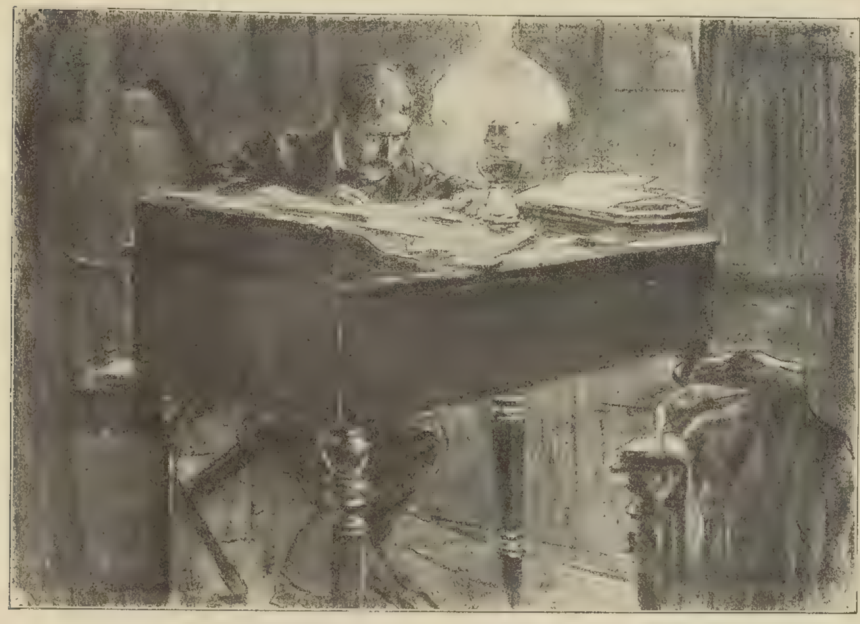
SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 331, POR J. KOHTZ Y C. KOCKELKORN.

Blancas.	Negras.
1. Th6-b6	1. Rd5-e5
2. Cb5-d4	2. Re5-d5
3. Cd4-c6	3. Rd5-d6
4. Th4-d4 mate.	

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



Preparó su inteligencia para los estudios y trabajos del porvenir

– Acceda usted á lo que le pide, para recompensarle, dijo Dounia riendo groseramente y completando el tocado de Lidia con un lindo capullo de rosa que colocó entre sus cabellos.

La joven permaneció un momento silenciosa.

– Lo que hacemos no está bien hecho; le engañamos, y si llegara á saberlo...

– ¿Cómo va á averiguarlo, si se marcha? Además, señorita, ese Boris no es para usted un buen partido. Una joven bonita como usted tendría que aguardar tres ó cuatro años para casarse con un pobre estudiante, mientras que, si quiere, puede casarse en seguida con un prometido rico y noble, como el joven propietario que viene aquí á visitar á usted.

– Pero no debieras haberle prometido que le esperaría, dijo Lidia como si fuera este el último grito de su conciencia.

– Dígale usted, ante todo, que ya no le ama y que la obligan á casarse con otro, y luego ya verá usted cómo toma el portante. Si le habla con franqueza se verá en seguida libre de él; sólo que se va á desesperar de tal suerte, que es capaz de matarla. Cuando me detuvo en la calle, me cogió el brazo con tal fuerza, que por poco me lo descoyunta.

Lidia permanecía indecisa.

– Si le habla usted, continuó Dounia, la dejará tranquila. Después irá usted dejando poco á poco de escribirle y no lo sentirá tanto, y finalmente le dirá usted que se va ó le dará cualquier otra excusa; en fin, ya encontraremos la manera de librarnos de él sin que se alborote. ¡Ea, señorita, póngase usted su abrigo y vamos á la calle, pues su madre estará lista dentro de un momento! ¿Llora usted? Mire que así se le van á poner los ojos encarnados.

– Pero esto le hará sufrir mucho, dijo Lidia con voz débil; ¡voy á abandonarle cuando tanto me ama!

– ¿Prefiere usted casarse con él, huir de aquí, sin ropas, sin dinero, maldecida de su madre, para ir á vivir rodeados de lobos en su choza de Grebova? Escríbale usted cuatro líneas; en seguida vendrá á robarla; pero todos los días que le queden de vida se arrepentirá usted de semejante resolución. ¿No se decide? ¡Qué lástima!

– No haces más que decirme cosas que me contraríen, dijo Lidia estrujando con impaciencia su pañuelo entre las manos.

– No hago más que aconsejar á usted que tome el partido que crea más prudente, añadió la astuta doncella. Es usted bien tonta de inquietarse por él. Le parece cosa del otro jueves el abandonarle. ¡Gran Dios! Deje usted que pase tres meses en San Petersburgo y ya verá cómo la olvida por completo, y si persiste usted en serle constante, usted será la abandonada. ¿A los hombres quiere pedir fidelidad? Mire usted, yo tuve un novio, nos dimos uno á otro palabra de casamiento, tuvo que hacer un viaje, ¿y piensa usted que volvió? Pues no he vuelto á verle, si bien supe que se había casado con la hija de un sacristán. Desengáñese usted, todos los hombres son iguales. Si quiere seguir esperándole, él será el que la olvide á usted, y si no, el tiempo se encargará de darme la razón.

Esa idea de quedar olvidada hizo brillar la cólera en la mirada hasta entonces indecisa de Lidia.

– Tienes razón sobrada, dijo. Por otra parte, debo sacrificarlo todo para estar tranquila; no hay nada más enojoso que el estar de continuo con el temor de que se descubra nuestro secreto. Dame el abanico, que oigo que me llama mi madre.

Lidia salió de su cuarto con aquel continente de reina que tan bien le sentaba.

Al día siguiente, Grebof se hallaba en la estación mucho antes de la salida del tren; pero no era el único que vagaba por aquella inmensidad, pues en Rusia la gente llega á las estaciones por lo menos media hora antes de que se abran las taquillas del despacho de billetes. Poco á poco las salas de espera iban llenándose de viajeros cargados con toda suerte de equipajes y acompañados de sinnúmero de parientes y amigos. El tiempo hermoso y el ser domingo aquel día, hacían que fuese mayor la concurrencia de los que iban á presenciar la partida del tren.

Toda aquella multitud andaba alegremente de un lado á otro: mozos vestidos con libreas que ostentaban galones rojos empujaban á la gente para hacer sitio á las mercancías y á los equipajes de cualquier viajero de distinción, y grandes perros daban vueltas alrededor de sus amos, contestando con aire de supremo desdén á las caricias de los desconocidos. Boris había tomado sitio previamente en un vagón donde puso sus cachivaches y luego empezó á buscar á Lidia. Al ver que no estaba allí y que la buscaba inútilmente, dijo con fría rabia:

– Debía habérmelo imaginado; es imposible que venga.

De repente advirtió el sombrero de Lidia, debajo del cual se ostentaba su fresco rostro, y aproximándose á ella y saludándola ceremoniosamente, como si fuera persona de cumplido, la guió hacia un obscuro rincón, donde empezó á hablar con ella.

– ¡Cuán tarde vienes!, dijo. Apenas nos quedan cinco minutos.

– No he podido venir antes, y si me has hecho venir para pelearte conmigo...

– Lidia, ángel mío, los momentos son preciosos; no los perdamos y escúchame. Parto y mi ausencia será larga; respóndeme francamente: ¿tendrás valor para aguardarme?

Lidia se ruborizó, y viendo que detrás de Boris Dounia le guiñaba el ojo, dijo:

– Sí, te aguardaré.

– ¿Lo has reflexionado bien?

La joven hizo un gesto afirmativo.

– Pues bien, toma en arras esta sortija; desde este momento eres mi esposa, dijo Boris tomándole la mano para ponerle el anillo en el dedo.

Pero como tenía el guante puesto, la sortija no pudo pasar de la primera falange. Lidia, presa de gran turbación, se lo puso en la otra mano. El semblante de Boris se obscureció, pero volvió á serenarse ante una sonrisa de su prometida.

– Quítate el guante, dijo.

Lidia se quitó con cierta repugnancia, no el de la mano derecha, sino el de la izquierda.

Sonó entonces la segunda campanada de aviso; sólo faltaban unos instantes para la salida del tren, y Boris, poniendo una de las sortijas en el dedo que la joven le presentaba y poniéndose otra en el suyo, repitió:

– Eres mi esposa y te amo. ¡Que el cielo me castigue si te hago traición!

El empleado recorría las salas agitando la campanilla: los dos novios se habían quedado solos, pues los pocos pasajeros retrasados que corrían presurosos hacia la puerta del andén no se ocupaban de ellos.

– ¿Lo oyes, Lidia?, repitió Boris; ¡que el cielo me

maldiga si te hago traición! Pasado mañana recibirás carta mía.

– Se le va á escapar el tren, Sr. Boris, exclamó Dounia con voz melosa.

– ¡Te quiero tanto!, continuó el joven, cuyos ojos reflejaban un cariño ardiente y cuya voz ahogada denunciaba todo su amor. Eres mi única esperanza, mi vida entera, no lo olvides.

– Toque usted la última campanada, gritó en el andén el jefe de la estación.

Boris se inclinó hacia Lidia, imprimió un beso rápido en sus labios, estrechó por última vez entre sus manos la de la joven y se lanzó al primer vagón que encontró, con gran descontento de los empleados, mientras la locomotora dejaba oir su prolongado silbido.

– ¡Con tal de que no haya perdido el tren!, dijo Dounia á su ama, que se había quedado pensativa.

Las puertas del andén se cerraron, y lentamente fueron marchándose los parientes y amigos que habían ido á despedir á los viajeros, tristes unos y alegres otros y hablando de asuntos indiferentes; las dos jóvenes siguieron aquella corriente.

Al cabo de un instante, Lidia miró la sortija de oro, y por un movimiento instintivo y brusco la llevó á sus labios casi infantiles que apenas podían retener los sollozos. Luego bajóse el velo y apresuró el paso.

– ¡Vaya una ocurrencia esta de la sortija!, dijo de pronto Dounia. Afortunadamente se la ha puesto á usted en la mano izquierda y sólo vale en la derecha.

Lidia, sin contestar, oprimió por segunda vez la sortija sobre sus labios.

– Tenga usted cuidado de que su mamá no la vea, dijo Dounia.

La joven, sin responder palabra, se quitó la sortija, no sin cierta dificultad, y la ató cuidadosamente en una punta del pañuelo.

– No llore usted, señorita, que se va á estropear el cutis. Debiera usted estar contenta de verse libre.

– No lo puedo remediar, repuso Lidia conteniendo sus lágrimas; se ha ido y no volveré á verle; y sin embargo, ha sido mi primer amor.

En tanto que Lidia y su criada hablaban de esta suerte, Boris había ocupado el sitio escogido de antemano, gracias al pasillo que, como los americanos, tienen los trenes de Moscou á San Petersburgo, y oprimiéndose febrilmente la cabeza entre las manos, pensaba en todo lo que había dejado tras de sí: en su aldea, en su madre, en su juventud, en Lidia y en su amor, y parecíale vagamente que este amor ya no le pertenecía por completo, y ante esta idea su corazón se desgarraba en una espantosa angustia.

XIX

Los primeros meses fueron terribles para Boris, y apenas llegado á San Petersburgo se sintió asaltado por la nostalgia de su querida aldea y de los seres que había abandonado. Las cartas semanales que recibía de su madre y las más cortas de Lidia, no hacían sino acrecer el deseo que sentía de volver junto á ellas.

Su trabajo era, sin embargo, agradable, y la persona que le había empleado era el mejor de los hombres; pero la razón no bastaba á vencer los sentimientos exaltados que le sumían en la mayor desesperación.

Cuando quedó fijado el día de su marcha al extranjero, Boris experimentó un nuevo disgusto. ¿No era suficiente verse condenado á vivir lejos de los suyos, sino que aún se hacía preciso aumentar la distancia que de ellos le separaba? Supo, sin embargo, dominarse: el porvenir dependía de su perseverancia. Lidia le aconsejaba que partiera y su madre estaba resignada. Pero se le ocurrió una idea: pidiendo tres días de licencia podía ir á abrazar á su madre y ver de paso á Lidia; así es que escribió inmediatamente á su prometida y á vuelta de correo recibió esta contestación:

«Querido Boris: No vengas, pues mañana salimos para asistir á una tía mía que está muy enferma y no sé el tiempo que pasaremos en su casa; quizá todo el verano, quizá solamente algunos días. No viene con nosotros Dounia, que ha encontrado otra colocación; no sé cómo hallar modo de recibir tus cartas, pero escríbeme á la lista de correos en Moscou. De un modo ó de otro, procuraré recogerlas á nuestro regreso. Envíame tu dirección cuando estés en el extranjero para que te escriba, y no olvides á tu fiel

»LIDIA.»

Boris no quedó satisfecho al recibir aquella carta, pero comprendió que Lidia no era dueña de sus acciones. Además, prometía escribirle; y sin embargo se le desgarraba el corazón al pensar que su prometida no podría recibir noticias suyas en tres ó cuatro meses. «Después de todo, se dijo, no creo que esto la haga sufrir mucho.»

En el momento de la partida, cuando iba á subir al coche que había de conducirle al ferrocarril, recibió una carta de su madre que decía:

«Te mando mi bendición – escribía la pobre mujer en un papel manchado de lágrimas. – Que Dios te sirva de guía en tu viaje, hijo mío, y permita que vuelvas sano y salvo. Hemos rezado por ti en casa y en la iglesia; Sonia lloraba tan desesperadamente, que hemos tenido que darle un vaso de agua para calmarla. Me encarga que te diga que no se ha peleado con nadie desde que te marchaste, «ni siquiera con el perro.» Mientras te escribo está detrás de mí mirando la carta y repitiéndome que no olvide su encargo. Siempre hablamos de ti en cuanto estamos juntas, y procuramos conformarnos con la esperanza de volver á verte. Sé dichoso, hijo mío, y acuérdate todas las mañanas al levantarte de tu madre que rogará por ti.»

Boris partió y los meses transcurrieron aguardando en vano carta de Lidia. Nada más fácil, pensaba, que echar una carta al correo; había tenido la precaución de darle su dirección á la lista de correos, pero esta medida de prudencia no había, al parecer, influído en los actos de su prometida. El le escribía cada ocho días cartas largas, llenas de cariño, de reproches, de esperanzas..., pero todas quedaban sin respuesta, y el pobre joven se consumía en esta inútil espera y creía que Lidia estaba enferma, que tal vez había muerto, sin que se le ocurriera ni por un momento que pudiese haberle hecho traición.

Al cabo de cuatro meses recibió al fin la carta tan esperada y se encerró en su cuarto para leerla.

«Querido Boris – decía Lidia: – Dounia ha vuelto apenas he llegado á Moscou, y tanto la he rogado, que ha ido á buscarme tus cartas; como desea volver á nuestro servicio, porque la casa en que está ahora no le gusta, ha consentido en ello. He leído cuanto me has escrito, querido Boris, y te doy gracias por lo mucho que piensas en mí. No me escribas tan á menudo: el empleado de correos que guarda tus cartas ha dicho á mi criada: «Se conoce que el caballero que hace la corte á tu señorita tiene tiempo que perder.»

»Esto es una tontería, ya lo sé; pero de todos modos tengo un miedo horrible de que llegue á oídos de mi madre. Si me escribes una vez al mes me parece que bastará, y aún no sé el medio de que podré valerme para recibir tus cartas, porque mamá no quiere volver á tomar á Dounia, pues dice que es muy grosera, y yo no podré disponer de nadie para esta clase de comisiones. Adiós, querido Boris; te escribiré tan á menudo como pueda. Amame siempre y piensa en tu

»LIDIA»

Boris se sintió descorazonado y las lágrimas fluyeron abundantes y ardientes de sus ojos, pensando que al cabo de cuatro meses de silencio, aquella carta seca y desamorada era lo único que se le ocurría á Lidia escribirle. Lleno de indignación, púsose á caminar á grandes pasos por la estancia; pero poco á poco su furor se calmó. Al fin y al cabo, Lidia no era elocuente, y en sus amorosos coloquios apenas hablaba; su educación frívola no le había enseñado á desenvolver su pensamiento. Pero ¿no aseguraba á Boris que le amaba? ¿Qué más quería, pues?

Así tranquilizado, escribió á su vez otra carta en la que le daba gracias por la suya; pero seis meses después no había recibido aún contestación.

Rogó y suplicó á Lidia que le diera noticias, le amenazó con un escándalo, luego volvió á suplicar: todo fué inútil. Un día, exasperado, le escribió así:

«¿Me quieres ó no? Si tu promesa te pena, dilo; si alguien ha sido más afortunado que yo para hacerse amar de ti, dilo también y te devolveré tu palabra; pero en tanto que no lo sepa de cierto, continuaré creyéndome tu prometido y seguiré escribiéndote.»

Cuando Lidia recibió este *ultimátum*, acababa precisamente de padecer un desengaño. Un oficial de la guardia que la había cortejado asiduamente durante seis semanas, se había marchado de pronto sin más despedida que algunas excusas vagas. Casi el mismo día, un diario de Moscou reproducía un suelto del sabio con quien trabajaba Boris en que se anunciaba un descubrimiento de documentos inéditos de gran importancia, «debido en gran parte á las pesquisas de un joven de talento, el Sr. Grebof, que de continuar por este camino tendrá bien pronto un nombre en el mundo de la ciencia.»

Lidia se encontró perpleja entre el fastidio que Boris le inspiraba y el deseo de tenerle de reserva para el caso en que se le presentara un partido mejor; pero después de haber meditado mucho y leído una y otra vez la última carta de su novio, tuvo una inspiración maravillosa.

«Cuando se ama – escribió – no es necesario repetirlo continuamente; las sospechas que sientes me ultrajan y me hieres cruelmente con ellas. Si tienes confianza en mí, espera sin dudar de mi amor. No te escribiré más, pues esto es muy peligroso; pero en cuanto vuelvas, veremos si eres tú ó soy yo quien ha dejado de ser fiel.»

Boris contestó con un torrente de reproches y de juramentos que llenaban diez y seis páginas; pero Lidia se mantuvo firme y no le respondió: mediante esta hábil maniobra, había comprometido á Boris y se había reservado su libertad. Este proceder tenía, sin embargo, sus inconvenientes.

Boris sufrió horriblemente; un dolor agudo le destrozaba el corazón, recordando la felicidad perdida; sentía rencor hacia Lidia; sentíalo también hacia sí mismo y se consumía en una especie de rabia impotente. El sabio á quien acompañaba advirtió sus luchas interiores, y una noche, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

– Amigo mío, no sabe usted buscar la paz donde se encuentra. No sé qué causa su pena; pero veo que padece usted. Acostúmbrese á pensar en lo irremediable, y entonces busque usted en el estudio consuelos más altos que los que puede dar una distracción fútil.

Boris aprovechó el consejo, y poco á poco su dolor se amortiguó. «Si me ha engañado, se dijo, para ella será la vergüenza; yo esperaré y le llevaré mi corazón tal como cuando nos despedimos. Si continúa siéndome fiel...»

A la idea de esta alegría, aún posible, su corazón se ensanchaba; pero luego supo dominarse y no pensar en esta dicha sino muy raras veces. Entonces su vida entró en este austero camino del trabajo, en donde el espíritu domado recoge tantos tesoros.

Esta fidelidad á ciegas parecerá muy extraña á los lectores de nuestro país; pero no hay que olvidar que Rusia confina con Alemania y con Suecia y que estos dos países comparten con Inglaterra el privilegio de las largas fidelidades, no siendo raro en ellos ver á dos prometidos que se aman y esperan la boda durante ocho y diez años y aun más. Lo que haría reir á nuestras gentes, á quien aquellos pueblos califican de ligeras, les parece á ellos muy natural, y Boris, obrando como obraba, no era mejor ni peor que muchos otros.

Por otra parte, habíase consagrado en absoluto al estudio, y el estudio es una amante celosa.

En compañía del hombre austero y bueno que le había llamado á su lado, examinó durante muchas noches indescifrables manuscritos, y descubrió los mil íntimos y duraderos goces que sólo el trabajo útil y desinteresado puede proporcionar. Visitó las ciudades célebres por su ciencia, escudriñó los rincones más ignorados de sus bibliotecas, y de esta manera y por medio de aquella tensión continua preparó su inteligencia para los estudios y trabajos del porvenir.

Las cartas de su madre, siempre tranquilas y resignadas, le daban, sin que ella lo sospechara, lecciones de la más elevada moral. Aquella mujer, que había vivido siempre para su hijo y cuya ilusión había sido envejecer á su lado, permanecía sola y con la salud muy delicada; juntaba, á costa de grandes privaciones, algún dinero para el regreso de su querido hijo; empleaba sus largos y tristes ocios preparando ropa para él y haciendo hilar tela para su futuro ajuar, sin que jamás se adivinara una queja, un pesar, en la serena melancolía de sus páginas bien repletas de letras. El deber obligaba á Boris á vivir lejos de ella, con lo que llegaría á ser un hombre verdaderamente bueno y útil, y esto era suficiente para tranquilizarla; su corazón noble y generoso no conocía otra ley.

Sin embargo, una noche de Navidad, dos años después de la partida de Boris, la señora Grebof se sintió muy sola. La nieve, que aquel invierno había caído en gran abundancia, cubría la casa hasta la altura casi de las ventanas; fuera, reinaban el silencio y el frío. La viuda se aproximó á la ventana y miró al campo, levantando una punta de la cortina; su pensamiento voló más allá de la empalizada negruzca que se distinguía apenas por encima del gran manto de nieve que todo lo envolvía; pensaba en su hijo.

– ¿Con quién pasará esta Nochebuena?, se dijo. ¿Está contento? ¿Tiene á su lado algún amigo ó alguna amiga? Porque está en la edad del amor. ¿Cuál será su esposa? ¿Será guapa? ¿Será buena?

Y pensando en su futura nuera, la señora Grebof dejó caer la punta de la cortina y lanzó un suspiro. Otro suspiro le respondió. Volvióse la anciana y vió á Sonia que, calzada con zapatos nuevos en honor de la festividad, entraba silenciosamente trayendo el samovar.

La cafetera de cobre bruñido relucía como un sol al través de las nubes de vapor que se escapaban por los agujeros de la tapadera; la taza de la señora Grebof, puesta sobre el platito, hacía juego con el tarro de la nata; los panecillos dorados brillaban en la cesta, sobre una blanca servilleta.

– ¡Qué bien lo has arreglado todo!, dijo la anciana con acento bondadoso.

Los ojos de Sonia brillaron de satisfacción. La señora Grebof volvió á pensar en su hijo y de nuevo suspiró.

– ¡Sí, ama mía!, dijo Sonia respondiendo al pensamiento secreto de su bienhechora. ¡Si el amo estuviera tan bien servido, sería un consuelo para nosotras!

Sorprendida al ver tan exactamente adivinado lo que pensaba, la anciana miró á la muchacha, la cual se sonrió.

– ¿Quién te ha dicho que pensaba en mi hijo? preguntóle.

– ¡Oh, señora!, respondió Sonia. ¿Acaso no pensamos las dos siempre en él? ¡En quién podríamos pensar si no pensáramos en el amo!

La señora Grebof se sirvió una taza de te sin decir palabra. Aquellas palabras de la chiquilla reflejaban demasiado exactamente sus propios sentimientos para que sintiera la necesidad de contestar. Sonia, de pie á su lado, le servía silenciosamente sin esperar sus órdenes.

– Ya que tanto quieres á tu amo, dijo la buena señora al cabo de un instante, ve á buscar una taza para ti; tomaremos el te juntas y hablaremos de él.

Sonia, en el colmo de la alegría y envanecida al mismo tiempo, obedeció y tomó el te que le servía la señora Grebof, cuya mano besó mientras le alargaba la taza, y se sentó en el ángulo de una silla. ¡Qué honor! ¡Tomar el te con la señora! Por centésima vez se hizo repetir la anciana cómo había sido Sonia arrancada de las brutales manos de la señora Goreline, y más de una lágrima rodó por las mejillas de ambas al pensar en las virtudes del adorado ausente.

El plazo fijado para el compromiso de Boris había transcurrido con exceso, sin que el joven ni su principal sintieran deseos de modificar en nada su género de vida. Por muy grande que fuera el ansia del joven de volver á su patria, había comprendido que sería una locura precipitar los acontecimientos y no aprovechar la ocasión que se le ofrecía para completar sus estudios.

Tres años habían transcurrido cuando terminaron sus trabajos, y entonces regresaron á Petersburgo, sin que por ello Boris dejara el servicio del filólogo; pues para completar los estudios hechos, era necesario compararlos con los documentos ya conocidos y sacar de ahí consecuencias nuevas para la ciencia.

Apenas hacía dos días que estaban en Rusia, cuando el joven recibió una carta del sacerdote de su pueblo participándole que su madre estaba bastante enferma, que no se levantaba de la cama, y que, si podía, no dejara de ir á verla.

Al recibir esta noticia Boris entró en el gabinete del sabio, que era ya más su amigo que su amo. Había salido. Boris dejó la carta abierta sobre el escritorio, y fué á arreglar su maleta. Algunas horas después el filólogo entró en el cuarto del joven y le dijo:

– Es natural que se marche usted y vengo á decirle que es completamente libre. Si quiere usted volver á mi lado, sepa que le recibiré siempre con gusto, pues me he acostumbrado á su compañía y esta casa me parecerá triste sin usted; pero si prefiere quedarse en Moscou y vivir allí vida independiente, creo que podré encontrar allí para usted relaciones honrosas y un empleo que le permitirá continuar nuestros queridos estudios. En fin, si desea usted algo que yo pueda buenamente darle, crea que cumpliré con gusto su deseo, y todo cuanto haga por usted lo consideraré como el pago de una deuda.

Sin contestar, Boris estrechó la mano de su amigo, escribió una carta al príncipe Armianof, y aquella misma noche salía camino de Grebova.

¡Cuán poco se parecía este viaje al que había hecho tres años antes! Ahora también estaba triste é inquieto, pero con inquietud bien distinta de entonces. Su porvenir estaba asegurado, la vida se le presentaba ahora fácil y honrosa, y por camino ancho y despejado podía lograr cuanto quisiera, y sin embargo, no pensaba en Lidia; lo que ocupaba toda su atención era su madre enferma, tal vez á causa de su ausencia.

Pasó por Moscou y entrevió como en sueños los monasterios que en el camino se alzaban, mientras los pequeños caballos corrían al galope aguantando una lluvia fina y penetrante. Era en otoño, el triste otoño de Rusia, con su barro y sus días sin sol; con los árboles que apenas conservaban algunas hojas amarillentas y el sombrío manto de abetos á lo largo de los desiertos caminos.



Sonia entraba en aquel momento con la lámpara

Hela ahí, al fin, la casa querida, con su jardín anegado por la lluvia, las dalias ajadas por los fríos, dejando caer laciamente sus ennegrecidas hojas al lado de los palos en que sus troncos se apoyaban. Alguien le aguardaba bajo el abrigo de la glorieta; un oído atento ha escuchado el ruido de un carruaje y una silueta elegante y delicada se dibuja en lo alto de la escalera.

Es Sonia que, al verle, corre y es la primera que le saluda con un «¡Buenos días, amo mío!,» besándole la mano con expresión de dicha indecible.

Ha olvidado á su anciana amiga, á su bienhechora, que se halla sin fuerzas y casi sin alientos en un cuarto obscuro; y ha olvidado que el hijo va á ser cruelmente herido en la persona de su madre...

¡Pero acaso no ha vuelto el amo, trayendo con él el sol y la alegría que se había llevado años antes, el día aquel en que, envuelto en nieve, le vió desaparecer en un recodo del camino!

– ¿Y mi madre?, preguntó Boris á las criadas que le rodeaban.

– ¡Vive, señor, vive, gracias á Dios!, contestó alegremente la cocinera quitándole su capa, empapada en agua.

¡Vivía! Eso quería decir que podía haber llegado demasiado tarde.

Entró, atravesó el primer cuarto, y antes de penetrar en el de su madre se detuvo un momento. ¿Qué va á ver? ¿Verá todavía á su madre, ó la sombra de lo que fué algún día!

– Entre usted, murmuró una criada anciana; la señora sabe que ha llegado; ha hablado de usted toda la noche.

Boris atravesó el dintel de la puerta y advirtió un rostro adelgazado que se iluminaba, unas manos ardientes que se tendían hacia él y una voz anegada en lágrimas de alegría que le llamaba por su nombre.

– ¡Boris, querido hijo, al fin te veo!

El joven cayó de rodillas, con el rostro entre las manos de aquella madre que llora y le besa, volviendo sus ojos humedecidos por lágrimas de gratitud hacia la imagen de la Virgen que mira plácidamente en el vacío, sobre la cabeza de su hijo adorado.

Las criadas, agrupadas junto á la puerta, se enjugaban los ojos y murmuraban una devota acción de gracias.

– Madre, dijo Boris cuando pudo hablar, ¿por qué me ha ocultado que estaba enferma?

– No te lo he ocultado, hijo mío, contestó la señora Grebof pasando la mano por entre los cabellos de su hijo; parece que he estado enferma, pero yo no lo había advertido. Ahora que has vuelto, verás qué pronto me pongo buena. Voy á levantarme y nos sentaremos juntos á la mesa como cuando tú convalecías de la escarlatina. ¿Cuánto tiempo estarás conmigo?

– Todo el que usted quiera, querida madre.

La señora Grebof se levantó efectivamente y pareció sentirse más fuerte. Boris era ya todo un hombre con su hermosa barba rubia y su andar seguro. Su madre no se cansaba de admirarle, y en tanto que le contemplaba decía:

– ¿Me has dicho que tu porvenir estaba asegurado?

Y oyendo la respuesta afirmativa de Boris, juntaba las manos con ademán triunfante y miraba á su hijo como si quisiera comérselo con los ojos.

– Ven á abrazarme, exclamaba al cabo después de largo rato de mirarle.

En la vieja casa de madera había otra alma tan alegre como la suya: la de Sonia.

La buscadora de pipas, medio salvaje, medio tzígana, se había convertido en una muchachita seria de reposados ademanes, que reía poco, hablaba menos y hacía una multitud de cosas con sin igual destreza. No se había vuelto mas guapa, sino que por lo contrario, delgaducha como estaba y habiendo crecido un poco, los huesos parecían quererle agujerear la piel y le daban un aire que ni era de mujer ni de chiquilla. A primera vista nadie podía descubrir si tenía doce años ó cuarenta; luego, examinándola con más detención, se advertía una boca bien formada, aunque seria, y unos dientes admirables que apenas descubría la risa, y en sus ojos grises ensombrecidos por largas pestañas brillaba una expresión de indecible ternura cuando se fijaban en la anciana señora ó en su joven amo.

¡Cuán dichosa era! Su amo estaba allí y no hablaba de marcharse; la vieja Dacha, consagrada únicamente al cuidado de su ama, le dejaba arreglar á su guisa el cuarto de Boris, quien sólo se ponía á gusto la ropa blanca que ella había planchado. ¿Cómo no sentirse completamente feliz?

Una noche la señora Grebof, sintiéndose un poco débil, se había acostado temprano; Boris, después de un rato de lectura, miraba silenciosamente á Sonia que, ejerciendo de camarera, iba y venía sin hacer más ruido que una sombra. Cuando hubo acabado sus quehaceres y cerró la puerta, la señora Grebof dijo á su hijo:

– Es una chica muy buena esta Sonia. ¿Tienes sus papeles y todo lo que la concierne?

– Sí, madre mía; el general me los envió y los puse en regla antes de partir para el extranjero.

– Durante tu ausencia, esta niña ha sido mi único consuelo; cada día hablábamos de ti, y creo que muchas veces me ha impedido entristecerme contándome cuán bueno habías sido para ella. Has de procurar que no sea desgraciada; bastante lo había sido ya antes de venir aquí.

– ¿Y por qué lo sería?, respondió el joven sonriendo. Me parece que aquí no ha de temer nada.

– Ahora no; pero cuando habré ido á juntarme con tu padre, pues es preciso pensar en el día en que yo falte, hijo mío, y que no puede estar muy lejos, esta niña no podrá continuar aquí. Si no puedes quedártela para servirte, procura colocarla en casa de alguna familia respetable donde pueda estar bien. Si te casaras, y esto sería lo mejor que podrías hacer (continuó, mirándole como si le interrogara), tómala á tu servicio, pues cuidará muy bien á tus hijos.

Boris seguía callado.

– ¿No has pensado aún en casarte?, añadió tímidamente su madre.

– No lo sé; ya veremos.

– Cuando te cases, Boris, hazlo con una mujer que tenga un corazón generoso y que te quiera mucho. Si fuí dichosa con tu difunto padre, fué porque era muy bueno y jamás tuvimos el más pequeño altercado. Y tú te le pareces, añadió con ademán pensativo. ¡Ah! ¡Si pudieras ser completamente dichoso!

– Lo procuraré, madre mía, respondió Boris.

– Acuérdate de la pequeñuela; es una golondrina que Dios nos ha enviado para traer la dicha á esta casa, y desde que ha venido aquí ha venido también la suerte para nosotros. ¡No seamos, pues, ingratos con la Providencia!

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

La adrenalina, los rayos x y la curación del cáncer. Tratamiento radioterápico. – Motor para utilizar la fuerza de las olas. – La hulla blanca y los altos-hornos eléctricos.

Entre los nuevos medicamentos, uno de los que más ha llamado la atención de los sabios es sin duda la adrenalina, ese medicamento hemostático por excelencia, que posee la notable propiedad de suspender de un modo rápido y completo la circulación sanguínea en los tejidos á los cuales se la aplica, sin destruirlos, ni alterarlos. Su acción dura

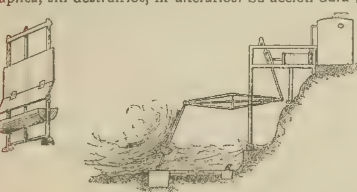


Fig. 1. – Motor movido por la fuerza de las olas

solamente una media hora, permitiendo al facultativo la práctica de la operación quirúrgica sin los inconvenientes de las hemorragias, aun en las mismas fosas nasales, cuya irritabilidad es de todo el mundo conocida.

La adrenalina es un producto animal, un jugo orgánico constituído por el principio activo de las cápsulas supra renales, aislado por el fisiólogo americano M. Takamine.

Las innumerables dificultades que es preciso vencer para obtener su producto químicamente puro y la exigua cantidad que de dicha substancia contienen las cápsulas renales, son causas todas ellas que contribuyen á sostener el elevado precio á que se expende este producto: 200 francos el gramo, ó sea la enorme suma de 200 000 francos el kilogramo; la droga más cara que hoy existe.

Para llenar de adrenalina un pequeño frasco, es preciso sacrificar un verdadero rebaño de bueyes.

Este nuevo medicamento, que data tan sólo de ayer, ha recibido ya numerosas aplicaciones.

Según el *Journal des praticiens*, el Dr. Fiessinger ha ensayado la adrenalina en el tratamiento de dos casos de cáncer externo con excelente resultado.

El Dr. M. G. Mahu publica en la *Presse medicale* un sensacional artículo sobre la posibilidad y probabilidades de curar el cáncer por medio de la adrenalina, afirmando que esta salutífera substancia produce la «supresión de hemorragias cancerosas, cesando los dolores, y de consiguiente la mejora rápida y persistente en el estado general.»

M. Ch. Fiessinger refiere un caso muy curioso, que hace vislumbrar el hermoso porvenir que al nuevo producto la suerte le depara. Un enfermo fué operado tres ó cuatro veces, en el espacio de muy pocas semanas, de un cáncer en el pecho, que se le reproducía con persistente regularidad. Le aplicó la adrenalina con un poco de quinina y levadura de cerveza, y han transcurrido ya ocho meses desde la última operación, sin que el cáncer se haya reproducido por ahora.

Y, por otra parte, afirma el Dr. Robin: la curación del cáncer es un hecho.

¿Será cierto? ¿Se habrá encontrado ya el remedio radical contra el terrible cáncer?

Ahora no se trata de la adrenalina, sino simplemente de los rayos X, ó sea del tratamiento radioterápico.

Los profesores MM. Lemoine y Doumer, de Lille, han curado ó creen haber curado radicalmente un cáncer del estómago por medio de los rayos X. La noticia ha causado verdadero asombro al mundo médico, si bien la acción de los rayos X sobre los tumores no es nueva, pues demostrada quedó en diversas experiencias verificadas en varios casos de cáncer superficial, casi todas con buen éxito. Hasta hoy, no había sucedido lo propio con el cáncer interior; de ahí, la sensación producida por el extraordinario caso de Lille.

M. Albert Robin ha comunicado la observación de MM. Lemoine y Doumer á la Academia de Medicina de París, en 9 de junio próximo pasado, diciendo que, si bien no se acostumbra á hablar de *curación* cuando se trata de un cáncer interno y en especial de un cáncer del estómago, esto mismo motiva la presentación á la docta Academia de un caso que ha ofrecido todas las señales clínicas que permiten ordinariamente hacer el diagnóstico de un cáncer del estómago, que fué curado por la radioterapia.

Se trata de una señora de 60 años, que no habiendo tenido durante su vida más enfermedad que una bronco-neumonía, en agosto del año pasado empezó á perder el apetito, enflaqueció en gran manera, sobreviniéndole diversas hemorragias, que la obligaron á consultar el caso con su médico el Dr. Baelde. A pesar de los buenos oficios del galeno, las hemorragias continuaban, y decidióse la enferma á consultar al Dr. Lemoine, quien después de estudiar el caso con detenimiento, encontró un tumor del volumen de un huevo de gallina en el estómago. El diagnóstico fué: «tumor canceroso del estómago, con pronóstico mortal, en un tiempo relativamente corto.»

Fig. 2. – Alto horno eléctrico para la fabricación de acero en Sivet

Previa autorización de la enferma, se procedió á aplicarle los rayos X. La primera aplicación se la hizo el Dr. Doumer, el día 7 de enero último: después de tres nuevas aplicaciones, el día 15 de febrero, se pudo apreciar que el tumor había disminuído más de la mitad. La enferma se alimentaba con yemas de huevo y leche.

Después de siete nuevas aplicaciones radioterápicas, observaron Lemoine y Doumer que el tumor había desaparecido por completo: cesaron los dolores, los movimientos torácicos se hacían con regularidad y la enferma había recobrado por completo el apetito.

Gracias á un procedimiento especial del Dr. Doumer pudo también evitarse la erupción local que la acción de los rayos X acostumbra á producir sobre la piel.

El 23 de abril próximo pasado, un nuevo examen del estómago de la enferma ha demostrado evidentemente que no existe tumor ni enfermedad de ninguna clase, quejándose ella solamente de que engorda demasiado.

Este caso extraordinario permite concebir halagüeñas y fundadas esperanzas, y ha patentizado una vez más que, para el tratamiento de los tumores cancerosos internos, hay que emplear aparatos radiográficos de gran potencia, para que sus radiaciones puedan penetrar y desarrollar su actividad en el interior de los tejidos.

El efecto acumulativo de estas radiaciones exige una muy grande precaución en el empleo de este nuevo medio terapéutico.

Muy de veras deseamos que ulteriores experiencias confirmen, en todas sus partes, el notable resultado conseguido por MM. Lemoine y Doumer, que, á estas horas, ha colmado ya de júbilo y esperanzas á muchos desgraciados cancerosos.

* * *

Con frecuencia nos detallan las revistas científicas la descripción de caprichosos aparatos inventados para aprovechar la fuerza de las olas del mar; pero desgraciadamente la mayoría de los mismos no salen del dominio puramente especulativo, y aun los que parecen prácticos, adolecen del defecto de verse fácilmente inutilizados por el embate de la menor borrasca.

Hoy se está ensayando en Inglaterra un motor de este género (fig. 1), pero de nuevo sistema, que utiliza tan sólo el empuje horizontal, ejercido por la ola en el momento de romperse ó estrellarse contra un plano vertical. Este plano está formado por un chasis que puede oscilar alrededor de la base. Una tabla unida á un flotador, que por un sencillo mecanismo puede deslizarse sobre el chasis para colocarse á nivel del agua ó por debajo del mismo, recibe el embate de las olas. El movimiento oscilatorio puede comunicarse á una máquina cualquiera, una bomba, por ejemplo, mediante una sencilla disposición de palancas combinadas.

Para resguardar el aparato de las fuertes borrascas, basta dejar que el flotador se llene de agua, cuyo peso arrastra el plano vertical, deslizándose sobre el chasis, al fondo de la masa líquida, quedando de consiguiente inmóvil el aparato.

* * *

Los ingenieros de todos los países organizan con gran ingeniosidad y audacia el aprovechamiento de esos preciosos manantiales de fuerza motriz, de la «hulla blanca,» es decir, de los saltos de agua que provienen de la fusión de las nieves de las altas montañas.

Francia utiliza hoy ya más de 500.000 caballos de fuerza suministrados por la «hulla blanca.»

Uno de los aprovechamientos de este género de mayor importancia es el de Vouvry, junto á la orilla izquierda del Ródano, que utiliza las aguas del lago Tanay con un desnivel de 950 metros de altura.



Fig. 3. – Tubo de 3'30 metros de diámetro para la conducción de las aguas del salto de Champs (Grenoble)

El salto de agua de Champs, junto á Grenoble, emplea un tubo de conducción de agua de 3'30 metros de diámetro (fig. 3).

El salto de agua de Calypso, en Saint-Michel-de-Maurienne (Saboya), tiene una altura de 136 metros y su tubo de conducción del agua un diámetro de 1'45 metros (fig. 4).

Las fuerzas colosales suministradas por la «hulla blanca» se emplean en diversas instalaciones hidroeléctricas, ya para la producción de luz, para el transporte de fuerza ó la fabricación de carburos metálicos, ya últimamente para la fabricación del acero por medio de los altos hornos eléctricos (figura 2).

Los altos hornos eléctricos de Sivet disponen de cinco grupos electrógenos de una potencia de 1.200 caballos cada uno.

Las turbinas accionan directamente los alternadores monofásicos, capaces de proporcionar cada uno de ellos una corriente de 30 000 amperios.

Es de desear ver pronto nuestras comarcas montañosas sembradas de altos hornos eléctricos para la fabricación del acero, y la purificación y extracción de otros metales encerrados en muchas ricas minas no explotadas que oculta todavía nuestro suelo.

Y ya que de la hulla blanca hablamos, nos parece oportuno hacer mención del proyecto que en el *Cassier's Magazine* expone Mr. Francis Foy, para crear en el Zambezé un conjunto de instalaciones para la utilización de la fuerza hidráulica de las inmensas cascadas Victoria, muy superiores á las del Niágara, en donde tales instalaciones han dado excelentes resultados. La longitud de aquellas cascadas del Africa es de 1.610 metros y su altura de 127, lo que permite calcular que la potencia disponible en aguas medias sería de 35 millones de caballos.



Fig. 4. – Salto de agua de Calypso (Saboya)

Si á esto agregamos que en las inmediaciones de ese inmenso salto de agua se han reconocido yacimientos de carbón, de cobre y de oro, cabe prever que en tiempo no lejano se creará allí un centro industrial y minero de primer orden, tanto más cuanto que el día que esté terminado el ferrocarril del Cabo al Cairo, será tan fácil ir á las cataratas del Zambezé como ahora á las del Niágara.

Cuando en noviembre de 1865 el Dr. Livingstone y M. Ocwell descubrieron las colosales cascadas Victoria del Zambezé, no se imaginaron, sin duda, que su maravilloso descubrimiento sería, andando el tiempo, estudiado desde un punto de vista bien distinto del de una simple belleza natural.

Nada se perderá, sin embargo, con esta utilización, ya que la ciencia tiene también su poesía, como la naturaleza.

AL'LER-WILL.



CONVOY EN MARCHA, cuadro de Joaquín Freixes



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 10 de agosto de 1903 — Núm. 1.128

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA PARTIDA DE AJEDREZ

CUADRO DE JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

Recientemente y con motivo del fallecimiento del esclarecido artista, publicamos en esta revista un interesante estudio, debido á nuestro ilustrado colaborador y estimado amigo don José Gestoso y Pérez. De ahí que hoy, al reproducir el hermoso cuadro titulado *La partida de ajedrez*, hayamos de referirnos á lo ya expuesto, limitándonos á glosar, en cierto modo, las apreciaciones emitidas, con mayor motivo, cuando aquéllas concuerdan por completo con las que nosotros sustentamos.

Real y positivamente, la figura de Jiménez Aranda, su personalidad como artista de grandes alientos y como pintor concienzudo y habilísimo, cobra extraordinaria importancia y adquiere indiscutible relieve á poco que se ahonde en el estudio de la portentosa labor que realizó durante su vida. Todos los conceptos que sintetizan los ideales de la humanidad, creencias, patria, afectos, tomaban cuerpo, se agrandaban al darles forma, imprimiéndoles con los colores de su paleta ese algo que en su interior existía, que lo elevara y engrandeciera, y que, al separarse de su deleznable envoltura, fué á morar en las puras regiones de lo bueno, lo grande y lo justo.

Varia y selecta fué la labor del artista; mas justo es consignar que debe, en gran parte, la reputación adquirida y la consideración y el respeto que mereciera, al cultivo de un género especial de pintura, genuinamente español, y por ende, esencialmente patriótico. Nos referimos á esa colección de cuadros inspirados en escenas, tipos y costumbres de comienzos de la pasada centuria, que evocan el recuerdo de aquella sociedad típica española, en la que vivieron nuestros abuelos, en la que figuran confundidos el fraile y el chispero, el linajudo señorón y la graciosa maja, mezcla de caballerosidad y heroísmo, de religiosidad é ignorancia, que nos conducen, sin esfuerzo, á conocer con exactitud una época ya lejana y á admirar los modelos que inspiraron las preciadas obras de Goya y los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Al examinar los lienzos de Jiménez Aranda nos creemos transportados á las botillerías y tertulias de aquel período, tan complejo y tan digno de estudio, y creemos estar oyendo las saladísimas escenas escritas con tanto gracejo por el admirable sainetero.

A este género pertenece el hermoso cuadro cuya reproducción figura en esta página, admirable por su expresión y por el estudio que revela, digno del buen nombre del artista, que siempre significará una de las glorias más justificadas del arte español.



LA PARTIDA DE AJEDREZ, cuadro de José Jiménez Aranda



Texto. – *La partida de ajedrez, cuadro de José Jiménez Aranda.* – *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *República Argentina. Buenos Aires. Recepción de los delegados chilenos*, por Justo Solsona. – *La hazaña del niño Manuel*, por Rafael Ruiz López. – *El entierro de León XIII*, por X. – *El nuevo papa Pío X*, por R. – *Nuestros grabados.* – *Noticias de Bellas Artes.* – *Sonia*, novela ilustrada (continuación). – *La «Goutte de lait.»* – *Cohetes granífugos*, por X. – *Estatua yacente de D.ª María Auter.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *La partida de ajedrez*, cuadro de José Jiménez Aranda. – *República Argentina. Buenos Aires. Recepción de los delegados chilenos. Entrada del «Chacabuco» en la dársena Norte y del «Blanco Encalada» en el dique núm. 4.* – *Carrousel militar organizado por la Sociedad Hípica Argentina.* – *Grandes carreras de caballos.* – *Delegados chilenos.* – *Comisión argentina de recepción.* – *El cadáver de León XIII expuesto en la sala del Trono del Vaticano.* – *Sepelio de León XIII en la tumba provisional de la basílica de San Pedro.* – *Conducción del cadáver de León XIII*, dibujos de Amato. – *El diluvio universal*, grupo de la fuente de Bromberg, obra de Fernando Lepcke. – *El nuevo papa José Sarto, Pío X.* – *El cadáver de León XIII en la capilla del Sacramento.* – *La «Goutte de lait» de Montmartre y en el dispensario de Belleville. El médico pesando á los bebés.* – *El leñador.* – *La ciega*, esculturas de Reginaldo F. Wells. – *Estatua yacente de D.ª María Auter*, obra de Venancio Vallmitjana.

REVISTA HISPANO AMERICANA

Chile: conflicto social en Valparaíso: situación financiera de la República: venta y aprovechamiento de tierras. – *Bolivia, Perú y Brasil:* cuestiones de límites: el arbitraje: intervención de las Sociedades geográficas. – *Venezuela:* últimos hechos de armas: triunfo de Castro: el caudillaje histórico: la educación y la escuela contra los tiranos y la revolución. – *Colombia:* el canal de Panamá: protestas contra el tratado: actitud de los Estados Unidos. – *El Salvador:* contra el peligro anarquista.

La cuestión del día, el conflicto entre el capital y el trabajo, ocasionó en mayo último violentas escenas en las calles de una de las principales plazas mercantiles de América, Valparaíso. A los discursos revolucionarios siguieron formidables pedreas contra las fábricas y las casas de los capitalistas, patronos ó armadores, saqueos de almacenes, incendios de mercancías, sangrientes choques entre obreros huelguistas y policías. Fué preciso declarar el estado de sitio, cerráronse tiendas y oficinas, y suspendieron su publicación los periódicos. A mediados de mes se dominó el desorden: triunfaron la ley marcial y la fuerza militar. La situación había llegado á presentar caracteres de tal gravedad, que gobiernos extranjeros, y con gran apresuramiento el de los yanquis, preparaban buques de guerra para enviarlos á Valparaíso y proteger los intereses de sus respectivos nacionales.

El presidente de la República D. Germán Riesco que en 4 de mayo y á causa del mal estado de su salud, había declinado accidentalmente el mando en la persona del vicepresidente Sr. Barros Luco, lo ha reasumido en 4 de junio. Se propone dedicar preferente atención al régimen financiero. Ahora Chile siente las consecuencias de la paz armada, y necesario es normalizar el estado de su hacienda.

En el Mensaje que el día 1.° de junio leyó el vicepresidente ante el Congreso Nacional, pedíase el concurso de los representantes del país para establecer legalmente nuevos arbitrios que permitan satisfacer las obligaciones pendientes. Las hay extraordinarias y muy cuantiosas, como las procedentes de los empréstitos hechos para construir los nuevos acorazados, cuya venta es más difícil de lo que se presumía. Con objeto de obtener mayores ingresos, se proyecta crear un impuesto sobre producción y venta de tabaco y dar más impulso á la venta de tierras en el territorio de Magallanes. Estas pueden producir bastante. El gobierno autorizó ya la enajenación de un millón de hectáreas; se han vendido 743.000, cuyo importe asciende á 5.562.000 pesos. Además, con propósito de que aumente el valor de las tierras australes aún no habitadas, se han celebrado con particulares contratos de colonización.

En el mismo Mensaje á que nos referimos se alude á la zona del interior por donde corre la frontera chileno-argentina. Pronunciado por S. M. Británica el fallo que dirimió la contienda de límites con la República Argentina, y sancionados los pactos que se convinieron con este país, la demarcación en el terreno ha quedado terminada. Falta completar la obra con la construcción de vías férreas transandinas, y cuando esto se logre han de tomar seguramente mayor valor esas tierras interiores cuyo suelo y subsuelo no se explotan hoy por falta de comunicaciones.

***

Bolivia, Perú y Brasil siguen empeñados en la cuestión de límites, cuestión relacionada con la soberanía sobre el territorio del Acre. La decisión en el desacuerdo Perú-boliviano está sometida al arbitraje argentino. El conflicto sale del peligroso terreno de las reclamaciones diplomáticas y de los debates de cancillería que, por lo general, suelen enconar más los ánimos y no evitan actos de fuerza, y entra en la tranquila discusión de los derechos que se controvierten, aportándose datos por una y otra parte que sirvan al árbitro para dictar fallo en condiciones tales que satisfaga á las partes contendientes.

En el Perú y en Bolivia las Sociedades Geográficas de Lima y de La Paz toman plausible iniciativa en estos trabajos y publican razonados alegatos histórico-geográficos que han de facilitar sobre manera las tareas del árbitro. A la defensa de los derechos de Bolivia ha dedicado D. Bautista Saavedra su libro *El Litigio perú boliviano*, circulado por la Sociedad Geográfica de La Paz á todas las Sociedades geográficas del mundo. Estima Saavedra que el tratado de arbitraje sobre deslinde de los vastísimos territorios de Apolobamba es de interés americano, no precisamente por la importancia de las regiones disputadas, cuanto por la consolidación que el Derecho público continental recibe en un hecho que es la traducción práctica del principio predicado con gran intensidad de sentimiento por los pueblos modernos: el de orillar pacífica y decorosamente las diferencias entre los Estados.

Bolivia-Brasil se titula otro volumen que la misma Sociedad ha publicado, en forma de exposición que dirige también á las demás corporaciones análogas, y en el que se expone, documentada, la historia territorial boliviano-brasileña desde sus orígenes hasta los momentos actuales. *El modus vivendi* pactado asegura al Brasil la posesión temporal del Acre. El arbitraje debe dar la solución definitiva. Los geógrafos de La Paz temen que los brasileños lo eludan para consolidar la usurpación.

***

El manifiesto de Matos no produjo el efecto que se esperaba; la paz no se restableció inmediatamente en Venezuela. El general Rolando, con numeroso grupo de rebeldes, negó la sumisión á Castro y se hizo fuerte en la parte oriental de la República. Las tropas del gobierno, acaudilladas por el vicepresidente Gómez, tomaron á Soledad y luego á Ciudad Bolívar, después de sangriento combate en que las gentes de Rolando quedaron vencidas.

No puede negarse que en esta guerra, con todas las gravísimas complicaciones que promovieron Inglaterra y Alemania, Castro ha mostrado poderosas energías. Si tenaces han sido sus enemigos, les ha ganado en perseverancia y en tesón. Si la paz se consolida, tendrá justo motivo para enorgullecerse – como lo decía en su mensaje de 21 de marzo – por haber vencido al funesto caudillaje histórico, «muerto, añadía, por mi propia mano; sobre el campo de batalla pasado al filo de mi espada.» Pero ha de hallar motivo mayor de satisfacción, de orgullo y de gloria si pone ahora todas esas energías de que ha hecho alarde en la guerra, al servicio de una buena administración; si toma como punto capital de mira la educación de su pueblo, que sólo puede prosperar y engrandecerse mediante instrucción y trabajo. Que tenga muy en cuenta lo que ha escrito recientemente el venezolano Bolet Peraza. En Venezuela y en algunas otras Repúblicas de América donde el apasionamiento de los partidos y la frecuencia de las guerras civiles paralizan todo progreso, el mal no está en la sangre, proviene de la educación. Se han falseado los fundamentos de la democracia; la autoridad se convierte en despotismo, la libertad, en licencia. «Y así, con una oligarquía inteligente, pero autoritaria, arriba, y un pueblo bueno, pero ignorante, abajo, hemos venido de tumbo en tumbo, de guerra en guerra..., perdiendo por gradaciones rápidas la fe en los principios y la fe en los hombres..., hay ignorancia, hay falta de cordura, hay perversión de ideas, hay idolatrías de hombres.»

Ciertamente, pueblos ignorantes, atrasados, en los que la cultura, el saber ó el buen sentido son una excepción, no pueden constituir verdaderas democracias. Son, en el hecho, efímeras monarquías ú oligarquías que viven cambiando de continuo y revolucionariamente de amo ó señor. Sólo la Escuela puede acabar con los tiranuelos y con las revoluciones.

***

Aún no está resuelta la cuestión del canal de Panamá. Los diarios de Colombia abogan unos en pro, otros, los más, en contra del tratado Herrán-Hay.

La Asamblea del departamento de Bolívar ha solicitado del Congreso de la República que niegue su aprobación al tratado, porque es atentatorio contra la integridad del territorio patrio, por el hecho de estipular la cesión de la zona del canal por cien años, prorrogables indefinidamente á opción única de los Estados Unidos; porque lesiona la jurisdicción de Colombia, por el hecho de estatuir ingerencia extranjera en las funciones de los poderes legislativo y judicial en la zona del canal; porque hiere la soberanía de Colombia, por la prohibición de disponer, como corresponde á una nación libre é independiente, de las costas é islas adyacentes á la vía marítima; porque perjudica los intereses del fisco, no sólo por la renuncia que mediante él hace el país á derechos adquiridos en contratos anteriores, sino también por ser de escasa significación las compensaciones de carácter financiero que estipula el mencionado acto internacional.

En este último argumento hacen gran hincapié muchos colombianos. Paréceles poco los 10 millones de pesos que ofrecen los yanquis, y excesivo los 40 millones que dan á los accionistas de la compañía del canal que están á punto de perder todos sus derechos por no haberlo construído en el plazo que se convino. Se dice que aquéllos, viendo el pleito malparado, están dispuestos á entregar á Colombia la tercera parte de sus 40 millones.

Entretanto, los impacientes yanquis se agitan y hacen un doble juego. Soliviantan los ánimos en el departamento de Panamá y reanudan las negociaciones con Nicaragua y Costa Rica; así amenazan á Colombia con el peligro de rebelión en el istmo, y á Colombia y á los accionistas de Panamá con la posibilidad de favorecer la construcción del canal por Nicaragua. El telégrafo atribuyó á Roosevelt la declaración de que el canal de Panamá se construiría aunque el Congreso colombiano no aprobase el tratado. Para esto sería preciso que los yanquis se apoderasen del istmo ó que el departamento de Panamá, independiente, tratase directamente con ellos. La sospecha tan sólo de que tal propósito tenga el presidente de los Estados Unidos ha producido pésimo efecto en América. *La Nación*, de Buenos Aires, cree que la actitud de Roosevelt provocaría unánimes protestas y sería de excepcional trascendencia en la marcha de la política internacional americana.

En Colombia, las Cámaras constituyeron ya las respectivas comisiones para el estudio del tratado. En el Senado hubo en los primeros días de julio vivo debate porque el Sr. Caro, ex presidente, se opuso á que aquél se discutiera sin que llevase la firma del presidente; se acordó prescindir de este requisito. El Sr. Marroquín, consecuente con sus anteriores declaraciones, no quiere responsabilidades en tan grave asunto. Se calculaba entonces que sólo la cuarta parte del Senado era favorable á la aprobación del convenio.

***

El gobierno salvadoreño se pone en guardia contra probables agitaciones de carácter socialista. El *Diario oficial* de la República hace saber que así en la capital como en otros lugares del país algunos obreros han venido pidiendo á los jefes de sus respectivos talleres aumento de salarios.

El hecho en sí nada tiene de particular, tanto más habiéndose verificado ese movimiento con orden y en condiciones propicias para el mutuo entendimiento entre los jefes de talleres y los obreros. Pero al favor de esa aspiración de los obreros, ciertos espíritus revoltosos han querido excitar los ánimos de las clases trabajadoras; y abusando de la libertad que las leyes garantizan á todos los ciudadanos, hacen propaganda anarquista y tienden á producir conflictos, que la autoridad no puede ni debe tolerar si ha de mantener el orden y el equilibrio sociales. El gobierno declara que, naturalmente, desea el bienestar y progreso de las clases obreras del país y á ello ha de contribuir siempre con toda eficacia; pero no puede consentir que se perturbe la marcha armónica de la colectividad social, y tiene la firme resolución de proceder, si las circunstancias lo exigieran, con toda la energía que la tranquilidad y los intereses públicos demandan.

R. Beltrán Rózpide.

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - RECEPCIÓN DE LOS DELEGADOS CHILENOS

La capital de la República Argentina ha pasado por un período de fiestas y de animación debido á la venida de los delegados chilenos, en correspondencia á la visita que la comisión argentina portadora de las actas originales les hizo el año pasado cuando la ratificación de los tratados, y de cuyas fiestas ya nos ocupamos á su tiempo debido. Hoy sólo nos toca narrar las verificadas en Buenos Aires; vivas y gritos de ocasión con lo que se cimienta las buenas relaciones entre dos pueblos hermanos, de tradiciones muy comunes, sino con el respeto mutuo en todas las ocasiones y con el leal cumplimiento de todos los compromisos y promesas hechas. Hoy por hoy, esta parte está en la conciencia de todos, grandes y chicos, pobres y ricos, lo mismo en Chile que en la Argentina. Veamos la recepción.



ENTRADA DEL «CHACABUCO» EN LA DÁRSENA NORTE MANIOBRANDO PARA ENTRAR EN EL DIQUE NÚM. 4 (de fotografía de D. Emilio B. Morales)

y por ser ellas muchas tendremos que hacerlo muy á la ligera, porque de ser descriptivos ocuparía nuestra reseña largas columnas.

La venida de los acorazados *Chacabuco* y *Blanco Encalada* ha dado motivo á estrechar más los lazos de confraternidad chileno-argentina, porque en el mutuo trato es cuando brotan los afectos y las simpatías; y si bien hemos de hacer constar que el pueblo argentino no ha tomado dichas fiestas con el calor y entusiasmo explosivo que muchos se prometían, en cambio ha recibido á los señores delegados con respeto y con una circunspección que por lo correcta y atenta habla muy en favor de la cultura de este pueblo, que en la paz y en el trabajo cifra todo el porvenir de su futura grandeza. No es con

El 21 de mayo, al amanecer, los acorazados *Chacabuco* y *Blanco Encalada* recalaron en mar de sonda, á la entrada del Río de la Plata, encontrándose con la escuadra argentina que había salido dos días antes á su recibo. Después de los saludos correspondientes, emprendieron viaje juntos con rumbo á la rada exterior, donde llegaron al amanecer del día 22. Mientras los buques chilenos fondeaban y hacían los últimos preparativos para entrar en puerto, la escuadra argentina penetró en el dique número 4, colocándose en ala de honor y dejando libre y preparado el lugar destinado á los buques chilenos. Estos á las once empezaron á moverse con rumbo á la dársena Norte, mientras que á la misma hora, por la del Sur, salía una verdadera escuadrilla de más de 50 vapores de diferentes tonelajes, todos llenos de pasajeros; la mayor parte de la flotilla de la grandiosa empresa fluvial de D. Nicolás Mihanovich fueron al canal á dar la bienvenida á las naves chilenas. La entrada al puerto fué un espectáculo soberbio, no sólo por el número de embarcaciones, en cada una de las cuales se agitaban á centenares los pañuelos, sino que también por la enorme concurrencia que llenaba por completo palcos y tribunas levantadas al efecto, depósitos de aduana, buques fondeados, avenidas, et., etc. A ello hay que añadir las salvas de artillería, las bandas y los silbatos de centenares de vapores, todo lo que formaba un cuadro lleno de luz y de animación.

Desembarcaron los delegados, y acompañados de la comisión receptora, en landós de gran lujo se trasladaron á la Casa de Gobierno ó *Rosada*, en cuyo salón de recepciones les esperaba el presidente de la República teniente general D. Julio A. Roca acompañado de todos los ministros, estado mayor, diputados, senadores, corte suprema, altos empleados, cuerpo diplomático, clero y personas de alta representación. Después de entregada la carta autó-



ENTRADA DEL «BLANCO ENCALADA» EN EL DIQUE NÚM. 4 (de fotografía de D. Emilio B. Morales)



Carroussel militar, organizado por la Sociedad Hípica Argentina en honor de los delegados chilenos

(De fotografía de D. Emilio B. Morales)



Grandes carreras de caballos celebradas en honor de los delegados chilenos

(De fotografía de D. Emilio B. Morales)

República Argentina. – Buenos Aires. – Recepción de los delegados chilenos



Delegados chilenos:

Vicealmirante Jorge Montt, jefe de la delegación. – General de división S. Vergara Alvarez. – Contraalmirante J. Muñoz Hurtado. – Capitán de fragata Luis Gómez Carreño. – Capitán de navío D. Miguel Aguirre. – Capitán de navío D. Luis Artigas. – Cirujano mayor D. Alberto Adriasola. – Capitán de fragata D. G. García Huidobro. – Teniente coronel D. Luis Altamirano. – Teniente coronel D. Joaquín Larraín. – Contador mayor D. Segundo Vidaurre. – D. Guillermo P. de Arce, Secretario del Vicealmirante. – Sargento mayor D. José Barceló. – Sargento mayor D. Guillermo Dublé. – Teniente coronel D. José María Bari.



Comisión argentina de recepción:

D. Onofre Betbeder, Ministro de Marina. – Coronel D. Pablo Richieri, Ministro de la Guerra. – Comodoro D. Manuel J. García. – General D. Alberto Capdevila. – D. Alberto Casares, Intendente Municipal. – Capitán de navío D. Guillermo Nunes. – Dr. D. Benito Villanueva. – D. Samuel Pearson (de fotografías de A. S. Witcomb)

grafa del presidente Riesco, en cuyo acto se cambiaron afectuosas palabras de bienvenida, se pasó al lunch y luego fueron acompañados al Royal Hotel, donde tenían preparado alojamiento, por enorme concurrencia, siendo obsequiados á su paso por la calle Florida y Corrientes por una lluvia de flores que damas y señoritas desde los balcones arrojaban con entusiasmo.

La llegada al Royal Hotel fué una segunda recepción. Las tropas y cuerpo de bomberos que habían formado al paso de la comitiva, desfilaron ante los delegados que ocupaban los balcones, en medio de grandes aplausos.

Por la noche se celebró el primer banquete de la serie, amenizándolo una selecta orquesta, terminado el cual, á las diez, los delegados, acompañados de la comisión receptora y de otros importantes personajes chilenos y argentinos, salieron para admirar las iluminaciones generales y particulares, que resultaron espléndidas bajo todos conceptos.

Al día siguiente, muy de mañana, se efectuó un paseo en tranvías eléctricos y en automóviles hasta Palermo, en donde se celebró un espléndido almuerzo en el Pabellón de los Lagos. Por la tarde, los delegados presenciaron el famoso carroussel militar en el Hipódromo de la «Sociedad Hípica,» con el lunch correspondiente. Después de la comida-banquete en su alojamiento, asistieron á la función de gala en el teatro de la Opera. Se cantaron los himnos chileno y argentino y *Gioconda*. Después de la Opera hubo recepción en el «Centro Naval,» que fué una de las notas más simpáticas, con la correspondiente cena, champagne y discursos en abundancia. El día 24 asistieron al «Tiro Federal,» á la «Escuela de Tiro» y al almuerzo que la delegación ofreció al presidente de la República á bordo del *Chacabuco*. Por la tarde á las carreras en el Hipódromo Nacional y por la noche al banquete ofrecido por el presidente de la República á los delegados chilenos en la Casa de Gobierno. Hubo brindis y sus correspondientes discursos, aunque discretos por el tamaño y por las frases. Después á la función de gala del teatro San Martín.

El día 25, ó sea el de la fiesta patria, visita á primera hora al sepulcro del general San Martín en la catedral, donde los delegados depositaron una artística placa de bronce. Luego al *Tedéum;* más tarde el desfile de las tropas y por la tarde paseo á Palermo. Por la noche función de gala en la Opera con todo el lujo y brillo imaginables, como día patrio y como en honor de los delegados.

El 26 paseo por el puerto por la mañana, visitando el enorme edificio del Mercado Central de Frutos, y con almuerzo á bordo del acorazado argentino *Buenos Aires*. Además hubo visita á la escuela Sarmiento y á la Sociedad Rural. Por la noche, el gran baile de gala en el Jockey Club, al que concurrió todo lo más selecto de la sociedad porteña.

El día 27 lo dedicaron los chilenos dando una espléndida matinée á bordo de sus buques á las autoridades y corporaciones argentinas y principales familias. Por la noche asistieron á la función de gala en el Politeama, donde se cantó *Tosca*, y en la que la célebre soprano Emma Carelli hizo heroicidades de voz y de escuela, valiéndole una entusiasta ovación.

El día 28 se presentó displicente y lluvioso; así es que se suspendieron casi todos los números del programa, excepto el banquete ofrecido por el alto comercio á los señores delegados chilenos, en cuyas mesas llegaron muy cerca á 500 los comensales; y la función de gala en el Odeón, donde actúa con grande aceptación la aplaudida Rosario Pino con la compañía del teatro de la Comedia de Madrid.

El día siguiente, en el vapor *París* de la empresa Mihanovitch, hicieron una excursión á las islas del Tigre, llegando hasta Campana, puerto sobre el «Paraná de las Palmas.» En Zárate y Campana grandes banquetes. Por la noche función de gala en el teatro Victoria.

El 30 visita á la «Unión Industrial,» á la ciudad de «La Plata,» al apostadero del «Río Santiago» y á la estancia del «Rincón,» en donde se sirvió un clásico asado con cuero á la criolla. Por la noche, gran baile en la señorial mansión del teniente general D. Luis M.ª Campos. El día siguiente se ocupó en visitas y preparativos de marcha para Montevideo, que efectuaron al día siguiente, permaneciendo en la capital uruguaya gozando de entusiastas fiestas y continuados banquetes hasta el día 4 del actual, que regresaron para asistir á la revista militar del Campo de Mayo. Partieron por la noche en tren especial para Bahía Blanca, visitando de paso Curumalán, Sierra del Tandil y el Puerto Militar, donde se embarcaron de nuevo en el *Chacabuco* y *Blanco Encalada*, que allí les esperaban y haciendo rumbo nuevamente para el estrecho de Magallanes y para su amada patria, satisfechos de su cometido.

Con esta ligera nota sólo hemos reseñado lo principal, habiendo habido muchas otras fiestas y banquetes secundarios dedicados mutuamente á las tripulaciones de las naves de guerra en casas y sociedades particulares. Lo que sí podemos decir es que para el pueblo argentino no hubo más diversión que las iluminaciones, pero sin fuegos y sin bandas en las plazas. Como frase final y observación propia, diremos que resulta maravillosa la fortaleza corporal y moral que han demostrado poseer los señores delegados no enfermando con tanto banquete, tantos brindis y tanto discurso. ¡Ojalá que el buen acuerdo sea perenne!

Justo Solsona.

Junio de 1903.





El cadáver de León XIII expuesto en la sala del Trono del Vaticano, dibujo de Amato

LA HAZAÑA

DEL NIÑO MANUEL

Airoso en el andar; con la cabeza levantada siempre, como el que está orgulloso de sí; de pecho ancho, hercúleo, que parecía querer salir de la ajustada chaqueta que le aprisionaba; pletórico de vida y de juventud pujante, el niño Manuel era el mozo más guapetón del pueblo. Parecía haber nacido para ser prueba exuberante y magnífica de perfección humana, y según decían las viejas del lugar: «¡Jesús, daba gozo mirarle!»

El sol brillante y ardiente de Andalucía no calentó nunca los cascos de un ser más noble, más arrogante ni más generoso que Manuel.

Donde hacía falta una mano que ayudase, allá estaba él con cara de pascuas, sintiendo que el pecho se le inundaba de plácida alegría porque se le presentaba ocasión de ser útil. Y ¡cómo gozaba cuando de su esfuerzo resultaba un bien! Con eso sólo se sentía él tan recompensado que ya no necesitaba más plácemes ni mejor premio.

Si Manuel hubiera nacido en otra esfera habría sido de los que brillan en el mundo adquiriendo verdadera y justa fama: porque Manuel era un poeta de primer orden. Pero según expresión suya, no sabía «ni leer tan siquiera» y tenía que contentarse con trabajar como burro desde el amanecer hasta la caída de la tarde, tostándose en los calurosos días del estío y resistiendo con valentía las heladas mañanas de diciembre.

Conforme con su suerte, nadie le había oído lamentarse; pues aunque de manera bastante vaga, tenía la idea de que nada ennoblece tanto al hombre como el trabajo sin protesta. Por eso indudablemente se le veía marchar siempre el primero – deseando que nadie le ganase en el pronto cumplimiento de sus obligaciones – con la azada al hombro, entonando con voz clara y suave cantares sentidos y dulces.

Que era querido de todos no hay que decirlo: en los pueblos, donde el corazón suele dominar á la cabeza, no hay grandes rencores, ni malos quereres ni, cosa que lo valga.

El niño Manuel fué desairado en cierta ocasión por una muchacha á la que pidió relaciones. No se inmutó gran cosa por el desaire; comprendió que es imposible mandar en los sentimientos de los demás y se alejó de la reja donde acababa de recibir *calabazas*, cantando filosóficamente á media voz:

Si dices que no me quieres,
no me das pena maldita...

Soñador impertérrito, muchas veces hubiera dado algo bueno por aparecer á los ojos de las gentes como héroe. Estar enamorado y librar á su amada de un gran peligro: esto habría sido para él el colmo de la suerte.

No creyó haber hecho en su vida nada que valiese la pena, y sin embargo, su nombre merece estar

escrito en letras de oro y ser pronunciado con veneración por las gentes.

Había en el pueblo una muchacha sin familia, abandonada á sus fuerzas, bien escasas, puesto que estaba enfermucha siempre; á más, la configuración de su cuerpo era la cosa más rara y extraña que imaginarse puede. De haber cubierto su cara – única parte del cuerpo en armonía con la naturaleza, – cualquiera la habría tomado por Rigoleto. Aquella deformidad de Petrilla hacía que todo el mundo le tuviera lástima; pero una lástima de esas que resultan mortificantes para el alma delicada de una mujer, siquiera tenga ésta el cuerpo torcido.

El niño Manuel era el único que tenía para ella deferencias delicadas, impropias de su condición de rudo campesino. Le hablaba al alma, y la presencia de aquel mocetón guapote era para Petrilla algo así como la presencia de Dios para el creyente.

Lo que en el pecho de Petrilla empezó por simpatía profunda, bien pronto se convirtió en avasalladora pasión.

La pobre niña encerraba en su deforme cuerpo un corazón como el de los demás mortales, más sensible tal vez. Esto hizo á la infeliz jorobada estar triste y melancólica siempre, con esa tristeza que parece no tener causa y que es propia de las almas enamoradas. Sólo cuando veía á Manuel cerca asomaba á sus brillantes ojos negros un rayo de alegría.

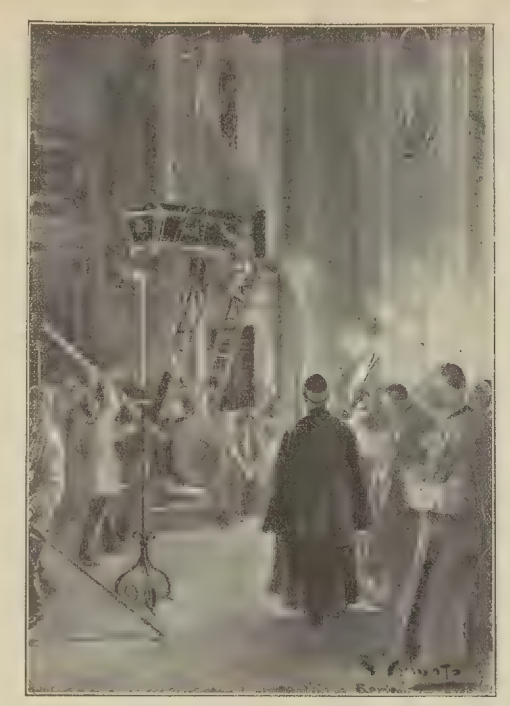
El muchachote no se había dado cuenta de la pasión que sin querer encendiera. Una casualidad se la hizo conocer: cuatro palabras que oyó á otras chicas del pueblo.

La noche que lo supo no pudo dormir. Meditó largo rato y consideró que si se dejaba llevar de su generoso impulso no podría ser feliz.

Temía por otro lado ponerse en ridículo y servir de mofa.

– Yo no tengo la culpa, se decía. No puedo hacer más que lamentar el que Petrilla tenga que añadir un dolor más á los que sufre.

Pero esta reflexión lógica no le devolvió la tranquilidad, ni trajo á sus ojos el sueño.



Sepelio de León XIII en la tumba provisional de la basílica de San Pedro, dibujo de Amato

Al día siguiente, domingo, fué á la plaza. Mozos y mozas se divertían bailando al son de la guitarra el clásico fandango. Allí encontró á Petrilla. Se fijó en la cara simpática y paliducha de la niña, y vió que sus ojos negros le miraban con ansia infinita.

– ¡Recontra, que no es tan fea!, dijo entre dientes acercándose á ella emocionado.

Le habló de cosas indiferentes, hasta que aprovechándose de que todos estaban entretenidos en el baile, se alejó un poco del bullicio con la muchacha.

– ¡Petrilla!, dijo entonces apretándole con fuerza la mano. ¿Sabes que te quiero mucho?

Sintió la infeliz que le palpitaba el corazón con locura, y bajando la vista al suelo contestó:

– Ya lo sé, hombre, y te lo agradezco más de lo que te figuras.

– No, si no es eso. Es que te quiero para casarme contigo.

Petrilla tembló de pies á cabeza; quiso hablar, pero tardó mucho tiempo en conseguirlo, porque la emoción la ahogaba.

– Se van á reir de ti, Manuel, y yo no quiero que se rían de tan buen amigo.

– ¿Que se van á reir? ¡Contra! ¿Y de qué me sirven á mí mis puños? ¿Me quieres tú?

– Desde hace mucho tiempo; pero...

– Entonces, á casarnos en seguida.

Petrilla lloró mucho, y sus lágrimas fueron como lluvia que cae sobre la tierra quedamente ayudando á la germinación.

En el pueblo comprendieron todos el generoso rasgo del niño Manuel y nadie dejó de exclamar al saberlo: «¡Dios le bendiga!»

Y lo mejor del caso es que el gallardo mozo fué muy feliz con el amor de Petra.

Rafael Ruiz López.

EL ENTIERRO DE LEÓN XIII

Después que los médicos hubieron procedido al embalsamamiento del cadáver de León XIII, fué éste revestido de los hábitos pontificales. Los penitenciarios de la basílica vaticana, ayudados por los doctores y por los domésticos del difunto papa, le pusieron la sotana de muaré blanco y el roquete de encajes; echaron sobre sus hombros la muceta encarnada; calzaron sus manos con guantes blancos,



Conducción del cadáver de León XIII desde la capilla del Sacramento, en donde estuvo expuesto al público, hasta la tumba provisional, dibujo de Amato





EL DILUVIO UNIVERSAL, GRUPO DEL CENTRO DE LA FUENTE MONUMENTAL DE BROMBERG, obra de Fernando Lepcke

colocáronle en el anular un anillo pastoral con engarce de amatista y entre sus dedos un rosario de nácar, juntáronle las manos sobre un crucifijo puesto encima del pecho, calzáronle los pies con medias de seda blanca y mulas de seda encarnada con una cruz bordada en oro y cubrieron su cabeza con el *camauro*, gorro de terciopelo carmesí con franja de armiño.

El cuerpo, así vestido, colocado en un ancho lecho cubierto de terciopelo encarnado bordado con pasamanería de oro, y con la cabeza apoyada en dos almohadas con borlas de oro, fué transportado á la sala del trono, en donde quedó expuesto durante algunas horas, recibiendo los homenajes de los cardenales, de la nobleza romana, de los familiares del Vaticano y de algunos privilegiados.

Velaban el lecho mortuorio guardias nobles de uniforme de gran gala, camareros de capa y espada y camareros secretos.

Las personas á quienes se permitió la entrada en la sala del trono arrodillábanse á los pies del cadáver y besaban la roja mula. Todas vestían el traje exigido por el ceremonial para las audiencias pontificias, á saber: levita ó frac negros los hombres, y las señoras falda de terciopelo ó de raso negro de larga cola y mantilla.

A las ocho de la noche de aquel mismo día los restos de León XIII fueron solemnemente trasladados á la basílica de San Pedro, en cuya capilla quedaron expuestos durante dos días y medio, siendo visitados por una multitud enorme, que triste y recogida acudió á ver por última vez al sabio y amado pontífice.

El día 25 el cadáver fué transportado provisionalmente á la capilla del coro de los canónigos, en donde estaban preparados los tres ataúdes. Los capellanes de la basílica, asistidos de los guardias nobles, depositaron el cuerpo del papa en el primer ataúd de ciprés, el cual, sellado con los sellos del camarlengo, del cardenal Rampolla, arcipreste de la basílica y del mayordomo, fué encerrado en el segundo, que era de plomo, y éste, después de soldado, en el tercero, de madera de olmo con las armas de León XIII.

Luego la procesión se puso de nuevo en marcha hacia la puerta que conduce á la capilla del coro y encima de la cual fué inhumado el cadáver, que permanecerá allí hasta tanto que se haya construído la sepultura definitiva. – X.

EL NUEVO PAPA PIO X

El cardenal José Sarto, elegido en 4 de los corrientes por el Sacro Colegio de Cardenales, reunido en Conclave en la capilla Sixtina del palacio del Vaticano, Sumo Pontífice de la Iglesia universal, nació en Riese, diócesis de Treviso, el día 2 de junio de 1835. Los estudios teológicos los hizo con brillantez suma en los seminarios de Treviso y de Padua. El 18 de septiembre de 1858 fué ordenado de sacerdote, dedicándose seguidamente á la carrera parroquial hasta el año de 1875. Durante este lapso de tiempo ejerció con fervoroso celo y caridad apostólica la cura de almas en diversas parroquias del Veneto, singularmente en las parroquias de Tombolo y Salzano, en las cuales perdura todavía el edificante recuerdo de sus actos de virtud y de caridad verdaderamente evangélica.

Fué nombrado después canciller episcopal y más tarde director espiritual del Seminario de Padua. Desempeñó asimismo los cargos de examinador prosinodal, juez del Tribunal eclesiástico, y por último, el de vicario capitular en la Sede vacante del episcopado de Treviso.

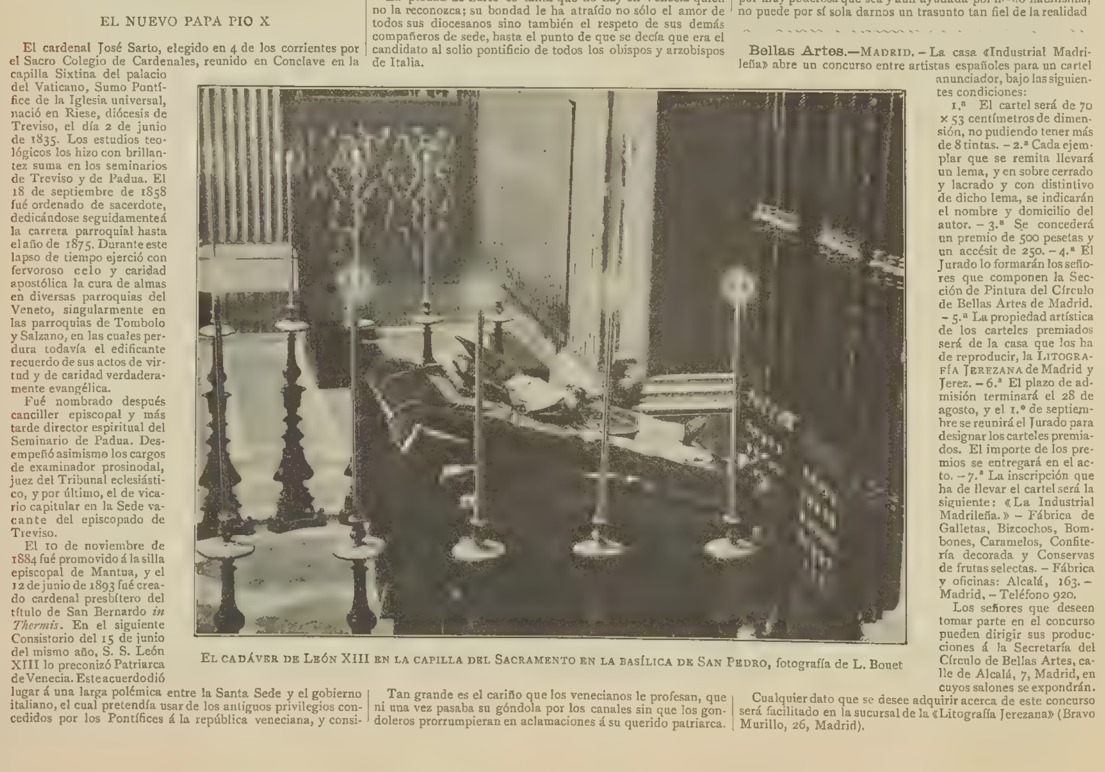
El 10 de noviembre de 1884 fué promovido á la silla episcopal de Mantua, y el 12 de junio de 1893 fué creado cardenal presbítero del título de San Bernardo *in Thermis*. En el siguiente Consistorio del 15 de junio del mismo año, S. S. León XIII lo preconizó Patriarca de Venecia. Este acuerdo dió lugar á una larga polémica entre la Santa Sede y el gobierno italiano, el cual pretendía usar de los antiguos privilegios concedidos por los Pontífices á la república veneciana, y consiguientemente, se creía en el derecho de poder nombrar el Patriarca. Con notabilísimas Memorias la Santa Sede demostró que el Patriarcado de Venecia no era otra cosa más que la continuación del antiguo y celebérrimo Patriarcado de Aquileja, actualmente desaparecido, y que el derecho del nombramiento concedido por los Pontífices del tiempo de San Lorenzo Justiniano era sólo un gracioso privilegio concedido á la república y por lo mismo intransmisible á tercero. El gobierno italiano, después de negar durante mucho tiempo el *exequatur* al Patriarca, hubo de rendirse á las razones expuestas por el Vaticano.



EL NUEVO PAPA JOSÉ SARTO, PÍO X

Celosísimo por el buen régimen de su diócesis, el entonces obispo Sarto fué á la vez un prudente reformador, que supo poner fin y remate á no pocos abusos introducidos en la Iglesia de su jurisdicción. Él fué quien resucitó en Venecia el canto gregoriano, exhortando á los párrocos á la más perfecta observancia de las reglas litúrgicas.

La piedad de Sarto es tanta que no hay en Venecia quien no la reconozca; su bondad le ha atraído no sólo el amor de todos sus diocesanos sino también el respeto de sus demás compañeros de sede, hasta el punto de que se decía que era el candidato al solio pontificio de todos los obispos y arzobispos de Italia.



EL CADÁVER DE LEÓN XIII EN LA CAPILLA DEL SACRAMENTO EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, fotografía de L. Bouet

Tan grande es el cariño que los venecianos le profesan, que ni una vez pasaba su góndola por los canales sin que los gondoleros prorrumpieran en aclamaciones á su querido patriarca.

Esto no obstante, su carácter ha sido siempre muy entero y no se ha plegado á imposiciones. Hace cosa de dos años se empeñaba el cardenal Rampolla en que adoptara una actitud que al nuevo Pontífice no le parecía oportuna. Con mucha cortesía, pero con gran entereza, se negó en absoluto á lo que de él se exigía.

Conferenció largamente con León XIII cuando éste se hallaba enfermo, y no supo nadie, excepto quizá Pío Centra, lo que hablaron el enfermo y el patriarca de Venecia. Acabada la conferencia, volvió á la ciudad del Adriático y de allí no salió hasta que hubo de marchar á Roma para asistir al Conclave.

Su elección ha causado no poca sorpresa, porque el nombre del cardenal Sarto no figuraba entre los de los purpurados que en estos últimos días se consideraban como con más probabilidades de ser elegidos. Tal vez esta misma circunstancia indica que su nombramiento significa el lazo de unión y de concordia entre las diversas tendencias que, según parece, se dibujaron en el Conclave.

De todos modos, las cualidades que al nuevo papa adornan permiten esperar con fundamento que será el suyo un glorioso pontificado. – R.

NUESTROS GRABADOS

Grupo del centro de la fuente monumental de Bromberg, obra de Fernando Lepcke.— Por encargo del gobierno alemán ha modelado Lepcke, uno de los escultores berlineses más jovenes y más renombrados, el hermosísimo grupo que en el presente número reproducimos y que ha de constituir la parte central de la monumental fuente destinada á la ciudad de Bromberg. En una inmensa roca que se alza sobre otras más pequeñas, medio cubiertas por las aguas, buscan refugio algunos desgraciados que huyen de la inundación producida por el diluvio; un hombre desnudo y llevando en su brazo izquierdo á su mujer exánime, ha podido llegar á lo alto de aquel peñasco, desde donde tiende la mano derecha para ayudar á subir al anciano que con gran esfuerzo procura escalar la cima de la peña. Más abajo, el cuerpo de otra mujer inanimada, que parece haber sido arrojada allí por las olas, y junto á ella un niño en ademán de subírsele encima para buscar el alimento de su pecho; al lado de estas dos figuras aparece tendido un león, como sobrecogido por el mismo terror que los hombres sienten. La composición de Lepcke es de una grandiosidad incomparable, así en su conjunto como en sus detalles, admirándose en toda ella una gran armonía entre los diversos elementos que la constituyen y una ejecución correcta, pero vigorosa.

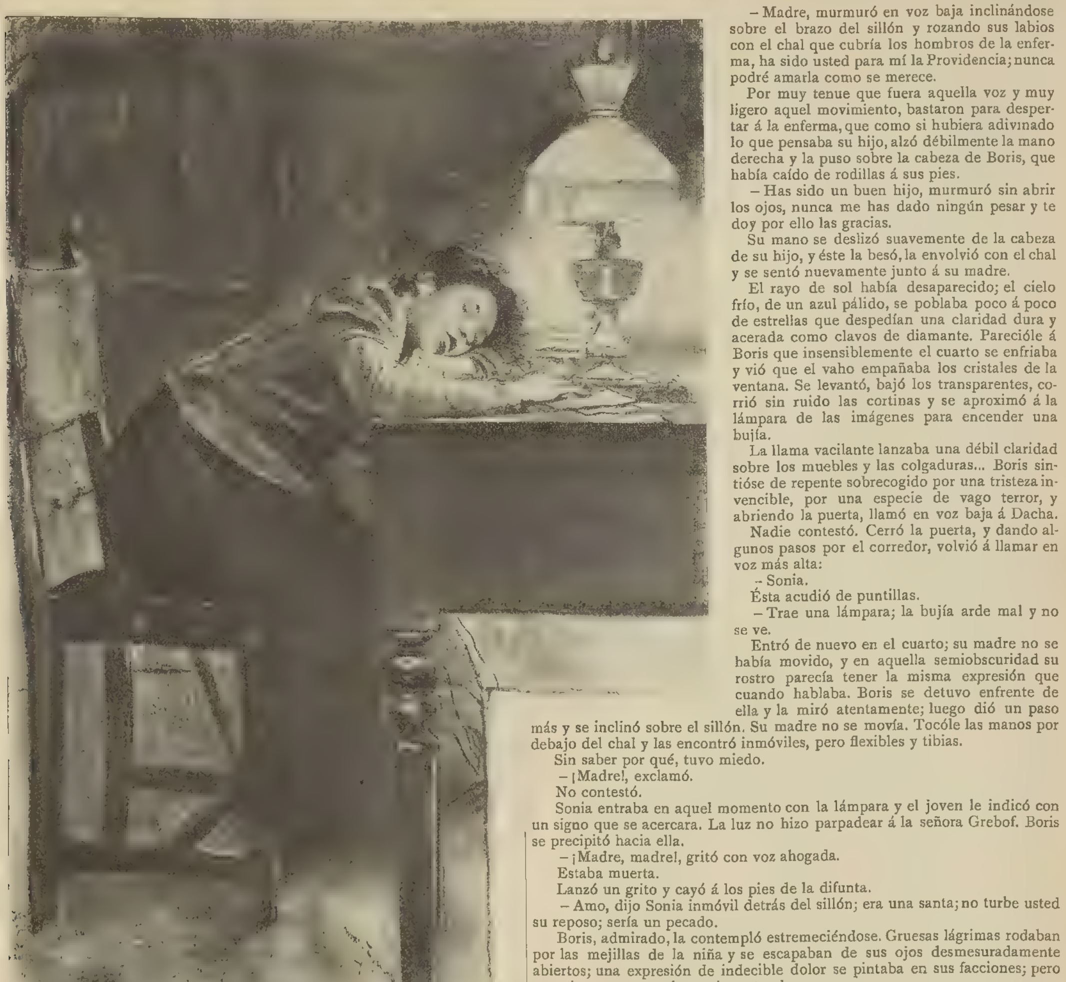
El leñador. La ciega, esculturas de Reginaldo F. Wells. – En el número 1.123 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos el concepto que en el mundo del arte merece este joven escultor inglés. Las dos obras suyas que en el presente reproducimos confirman aquellas apreciaciones y son nueva demostración de que el artista se preocupa únicamente de los asuntos que conoce á fondo por haberlos visto y estudiado de cerca. Figuras como la del leñador y grupos como el de la ciega no pueden ser productos de la fantasía; ésta, por muy poderosa que sea y aun ayudada por mano habilísima, no puede por sí sola darnos un trasunto tan fiel de la realidad

Bellas Artes.—MADRID. – La casa «Industrial Madrileña» abre un concurso entre artistas españoles para un cartel anunciador, bajo las siguientes condiciones:

1.ª El cartel será de 70 × 53 centímetros de dimensión, no pudiendo tener más de 8 tintas. – 2.ª Cada ejemplar que se remita llevará un lema, y en sobre cerrado y lacrado y con distintivo de dicho lema, se indicarán el nombre y domicilio del autor. – 3.ª Se concederá un premio de 500 pesetas y un accésit de 250. – 4.ª El Jurado lo formarán los señores que componen la Sección de Pintura del Círculo de Bellas Artes de Madrid. – 5.ª La propiedad artística de los carteles premiados será de la casa que los ha de reproducir, la LITOGRAFÍA JEREZANA de Madrid y Jerez. – 6.ª El plazo de admisión terminará el 28 de agosto, y el 1.º de septiembre se reunirá el Jurado para designar los carteles premiados. El importe de los premios se entregará en el acto. – 7.ª La inscripción que ha de llevar el cartel será la siguiente: «La Industrial Madrileña.» – Fábrica de Galletas, Bizcochos, Bombones, Caramelos, Confitería decorada y Conservas de frutas selectas. – Fábrica y oficinas: Alcalá, 163. – Madrid. – Teléfono 920.

Los señores que deseen tomar parte en el concurso pueden dirigir sus producciones á la Secretaría del Círculo de Bellas Artes, calle de Alcalá, 7, Madrid, en cuyos salones se expondrán.

Cualquier dato que se desee adquirir acerca de este concurso será facilitado en la sucursal de la «Litografía Jerezana» (Bravo Murillo, 26, Madrid).



... la muchacha se quedó dormida sobre el cartapacio

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Boris sonrió, besando la mano que se había posado sobre su brazo.

– Descanse usted, madre mía, velaré por la golondrina, contestó alegremente; mas espero que por mucho tiempo todavía se cuidará usted de ella.

La señora Grebof movió suavemente la cabeza y se durmió al cabo de un momento con la mano puesta siempre sobre el brazo de su hijo. Desde hacía cerca de una semana se dormía así, insensiblemente, á cada instante.

Algunos días después, mientras leía su libro predilecto, la *Vida de los Santos*, Boris advirtió que su madre se dormía; bajó la voz para no interrumpir bruscamente la lectura; luego dejó el libro y miró á la querida enferma, que tenía un aspecto tranquilo y dichoso.

Navidad se acercaba; un hermoso sol poniente brillaba sobre la nieve de fuera, y un rayo rojo que se filtraba al través de los cristales de la ventana hacía fulgurar los dorados de las imágenes encerradas en su armario triangular, y pasando por el apacible rostro de la señora Grebof le devolvía las tintas rosadas de la juventud.

Boris miró mucho rato á su madre y recordó aquellos felices días en que le había llevado en brazos para rezar sobre la tumba de su padre; recordó después sus años de estudio en Moscou, luego las vacaciones pasadas á su lado y finalmente aquella última marcha tan rápida, tan impensada y en la que ella tan valerosamente había consentido.

– Madre, murmuró en voz baja inclinándose sobre el brazo del sillón y rozando sus labios con el chal que cubría los hombros de la enferma, ha sido usted para mí la Providencia; nunca podré amarla como se merece.

Por muy tenue que fuera aquella voz y muy ligero aquel movimiento, bastaron para despertar á la enferma, que como si hubiera adivinado lo que pensaba su hijo, alzó débilmente la mano derecha y la puso sobre la cabeza de Boris, que había caído de rodillas á sus pies.

– Has sido un buen hijo, murmuró sin abrir los ojos, nunca me has dado ningún pesar y te doy por ello las gracias.

Su mano se deslizó suavemente de la cabeza de su hijo, y éste la besó, la envolvió con el chal y se sentó nuevamente junto á su madre.

El rayo de sol había desaparecido; el cielo frío, de un azul pálido, se poblaba poco á poco de estrellas que despedían una claridad dura y acerada como clavos de diamante. Parecióle á Boris que insensiblemente el cuarto se enfriaba y vió que el vaho empañaba los cristales de la ventana. Se levantó, bajó los transparentes, corrió sin ruido las cortinas y se aproximó á la lámpara de las imágenes para encender una bujía.

La llama vacilante lanzaba una débil claridad sobre los muebles y las colgaduras... Boris sintióse de repente sobrecogido por una tristeza invencible, por una especie de vago terror, y abriendo la puerta, llamó en voz baja á Dacha.

Nadie contestó. Cerró la puerta, y dando algunos pasos por el corredor, volvió á llamar en voz más alta:

– Sonia.

Ésta acudió de puntillas.

– Trae una lámpara; la bujía arde mal y no se ve.

Entró de nuevo en el cuarto; su madre no se había movido, y en aquella semiobscuridad su rostro parecía tener la misma expresión que cuando hablaba. Boris se detuvo enfrente de ella y la miró atentamente; luego dió un paso más y se inclinó sobre el sillón. Su madre no se movía. Tocóle las manos por debajo del chal y las encontró inmóviles, pero flexibles y tibias.

Sin saber por qué, tuvo miedo.

– ¡Madre!, exclamó.

No contestó.

Sonia entraba en aquel momento con la lámpara y el joven le indicó con un signo que se acercara. La luz no hizo parpadear á la señora Grebof. Boris se precipitó hacia ella.

– ¡Madre, madre!, gritó con voz ahogada.

Estaba muerta.

Lanzó un grito y cayó á los pies de la difunta.

– Amo, dijo Sonia inmóvil detrás del sillón; era una santa; no turbe usted su reposo; sería un pecado.

Boris, admirado, la contempló estremeciéndose. Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la niña y se escapaban de sus ojos desmesuradamente abiertos; una expresión de indecible dolor se pintaba en sus facciones; pero parecía tener una calma sobrenatural.

Sonia puso la lámpara sobre la mesa, y aproximándose á la muerta, le besó las manos con una especie de temor respetuoso, como se besan las imágenes santas ó una reliquia venerada. Dejó caer una lágrima sobre aquella mano querida que no debía abrirse más para bendecir, y volviéndose hacia Boris, mudo de estupor, que la miraba sin ver, le dijo:

– ¡Rece usted, amo mío! Es una santa, le digo, y Dios escucha sus plegarias. Pídale usted que le envíe resignación.

Boris, anonadado, cayó de rodillas y vertió un torrente de lágrimas.

XX

Por espacio de tres días, y conforme con la costumbre, el cuerpo de la difunta estuvo expuesto encima de una mesa cubierta de blanco lienzo en el salón de la casa, alfombrado con ramas de pino.

De las más apartadas aldeas acudieron los campesinos, hombres y mujeres, para contemplar por última vez el tierno semblante que en tantas ocasiones se había conmovido al compartir sus infortunios, y para besar la mano generosa que tantas miserias había aliviado.

Durante tres días tuvo Boris la mirada fija en aquellas facciones, á las que había prestado la muerte una majestad augusta; no dejaba ni un momento de contemplarlas, como si quisiera grabar por modo indeleble en su memoria todos los detalles de aquel rostro adorado.

Sonia encontraba siempre el modo de colocarse cerca de él junto al ataúd, y su mirada se posaba, ora en el hijo, ora en la madre; parecía vigilar de continuo á Boris para impedirle que realizara alguna mala tentación.

Nada tenía, sin embargo, que temer: Boris, aunque sentía el alma transida de dolor, estaba tranquilo; recordando la santa muerte que había tenido su madre, se calmaba algo el dolor de perderla.

Cuando llegaron de todos los ámbitos del país los amigos y parientes de la difunta para darle un último adiós, quedaron pasmados del resignado ademán de Boris.

Los aldeanos solicitaron el honor de conducir, aunque fuera sólo por un momento, el cadáver de su bienhechora, y la multitud, en la que los pequeños propietarios se mezclaban con modestos funcionarios públicos, agrupóse detrás del ataúd, que aún permanecía abierto.

Un hermoso sol de invierno brillaba en el cielo cuando el ataúd salvó el umbral de la casa y atravesó el jardín; la nieve centelleaba herida por sus rayos y la dorada cúpula de la iglesia también reflejando la luz.

El sacerdote, revestido con los ornamentos de luto, esperaba junto al atrio, y las lágrimas que caían de sus ojos mojaban la modesta cruz parroquial. También él sentía la pérdida de aquella que con él había contribuído á remediar muchos infortunios, á proteger á muchos huérfanos, á consolar á muchos desgraciados.

Luego el cortejo entró en la iglesia, y después de una hora de rezo, la losa que cerraba la tumba de su padre cayó pesadamente sobre el ataúd de su madre, enterrada en el mismo sitio en que tanto había orado.

La comida interminable de los funerales fué silenciosa y triste: cada cual respetaba el dolor que se pintaba en el rostro del joven y se revelaba en sus menores gestos. Algunas horas después, todos, amigos y parientes, habían desaparecido, y Boris se encontró solo en su casa.

¡Y cuán vasta y cuán desierta le pareció entonces!

Después de algunos días empleados en poner en orden sus asuntos, llamó á cuantos habían servido á su anciana madre y les recompensó según su mérito y sus años de servicios, anunciándoles que tenía la intención de marcharse en breve.

—¿Vuelve usted al extranjero, amo?, preguntó Dacha, que á fuerza de llorar había acabado de perder la vista después de la muerte de su señora.

—No; por lo pronto residiré en Moscou.

—Si le hace á usted falta alguien para servirle, no le aconsejaré que tome á mi hijo, pues se ha vuelto un perdido; quédese usted con Sonia.

La niña, que escuchaba sin decir palabra, palideció y cerró los ojos como para concentrar sus fuerzas; después lanzó á Dacha una mirada de gratitud ardiente, que la pobre ciega no pudo ver.

—Tome usted á Sonia, continuó ésta, en tanto que el joven reflexionaba: «es lista y sabe trabajar. ¿Qué haría aquí?»

Sonia no decía nada. Maquinalmente, con nervioso gesto arrollaba y desarrollaba una punta de su delantal.

—¿Qué os parece á vosotras?, preguntó Boris dirigiéndose á las demás mujeres.

—Que tome usted á Sonia, respondieron con la unanimidad de un coro antiguo. Es joven, nosotras somos viejas, y es preciso que el hijo de su madre esté servido por alguien de esta casa.

Boris, sonriendo y volviéndose hacia la huérfana, preguntó:

—¿Qué dices tú? ¿Quieres?

La niña dió un paso, se arrodilló ante él antes que pudiera impedirlo, tocó tres veces el suelo con la frente, y después, de pie, sin mirarle, dijo:

—¡Quiero!

—Pues bien, prepárate; partiremos el martes.

La huérfana salió del cuarto sin articular una palabra; pero su andar parecía más ligero.

Cuando llegó el momento de la marcha, los campesinos se reunieron de nuevo para saludar por última vez á su amo, que, después de despedirse de ellos, subió al trineo. A su lado, ligera como un pájaro, se deslizó Sonia. Todos lloraban; aquel hijo les recordaba á la querida difunta y parecía llevarse consigo lo que de ésta había quedado en la vieja casa.

Luego el trineo echó á andar. La iglesia y las casas del pueblo se perdieron de vista, y al llegar al recodo del camino donde tres años antes esperara á su amo, Sonia le puso la mano sobre el brazo y le dijo:

—Amo, ¿se acuerda usted? Me prometió llevarme.

—Y ya lo ves; te llevo conmigo. ¿Estás contenta?

—¡Oh, sí!

Su corazón desbordaba de gozo.

—¿Se acuerda usted de cuando me sacó de casa de la generala Goreline? ¡Oh, qué diferencia de ahora!

El joven quedó sumido en sus reflexiones. El nombre de Goreline acababa de transportarle de nuevo á un mundo de ideas del cual había salido hacía tiempo. ¿Qué habría sido de Lidia? ¿Le esperaba? ¿Se habría olvidado de él? ¿Se encontraría en el mundo completamente solo?

—¡Cuán bueno es usted, amo mío!, dijo de pronto la vocecita de Sonia, que iba envuelta en las pieles que le diera la víspera la anciana Dacha. Dios le recompensará á usted por todo el bien que ha hecho.

El trineo volaba sobre la nieve deslumbradora.

Al llegar á Moscou, Boris se instaló en un pisito amueblado, que Sonia empezó á arreglar con gran prisa y celo.

Su amo quería que le trajeran la comida del restaurant vecino, pero ella se opuso enérgicamente. El joven, aun siendo poco glotón, temía los guisos que la muchacha pudiera hacerle; pero quedóse agradablemente sorprendido al ver que Sonia era tan buena cocinera, por lo menos, como la de Grebova.

Al cabo de ocho días el joven, con gran sorpresa suya, tenía un hogar, no un vulgar cuarto de fonda ó de casa de huéspedes, sino una vivienda hospitalaria en donde los objetos por él queridos estaban al alcance de su mano ó delante de sus ojos, las camisas tenían todas botones, los calcetines perfectamente zurcidos, la lámpara le esperaba encendida y su te estaba preparado sin que él tuviera que ocuparse de nada.

Todo el mundo se acostumbra á vivir bien; Boris se hallaba dispuesto á pagar algo más caro su nuevo bienestar, cuando descubrió que jamás había gastado menos.

—¿De qué vives?, preguntó un día á Sonia. Nunca me pides dinero para ti.

—¡Oh! Me sobra de todo, amo mío; no crea usted que tengo hambre, añadió riendo á carcajadas y mostrando sus blancos dientes.

—No hemos hablado nunca de tu salario, dijo el joven distraídamente.

Sonia soltó una nueva carcajada, lo cual sacó á Boris de su preocupación; jamás había oído reir á la muchacha, pero aquella risa argentina é infantil le contagió é hizo coro con ella.

—¿Qué te sucede?, repuso viendo que se ponía colorada.

—¡Mi salario!, repuso ella volviendo á reirse. ¿Quiere usted darme salario? ¡Oh, qué idea ésa, Boris Ivanovitch!

—Es que es justo, añadió el joven, porque tú bien debes tener tus gastos.

—Soy rica, replicó con aire de triunfo. ¿Recuerda usted aquel dinero que me dió el general?

—¿Y desde entonces lo guardas?

—¿En qué podría haberlo gastado? Su madre de usted me daba cuanto necesitaba.

Boris continuó reflexionando, y Sonia, viendo su preocupación, siguió arreglando la habitación sin hacer ruido.

El joven estaba efectivamente muy preocupado, pues á su regreso á Moscou había ido á ver á los Goreline en su antiguo domicilio, en donde le dijeron que se habían mudado y que no sabían las señas de su nueva casa.

El almanaque de las direcciones le dió una indicación, de la que se aprovechó, pero sin resultado, pues el portero y el conserje le dijeron que todos los criados eran nuevos.

Quince días seguidos estuvo esperando á Lidia en la puerta de su casa, sin que una sola vez le favoreciese la suerte. Su posición, aun siendo como era buena, no le permitía presentarse como candidato oficial sin antes saber si Lidia continuaba queriéndole. La joven no se había casado y conservaba toda su belleza, según le habían dicho; esto ya era algo, pero ¿se acordaba de él?

Su amigo el sabio filósofo había cumplido su promesa y le envió recomendaciones para muchos erutos y sabios de Moscou, y gracias á ellas en seguida se le hicieron proposiciones por parte de muchas revistas científicas y le prometieron una buena plaza en la Biblioteca. Pero aquello, ¿bastaría para Lidia, suponiendo que no le hubiese olvidado, y para vencer la resistencia ambiciosa de la señora Goreline?

Era, pues, preciso ver á Lidia; pero la cosa no se presentaba fácil. Supo, al cabo de muchas investigaciones, que cada sábado iba la joven á una casa muy rica de Moscou, cuyo jefe de familia era, al mismo tiempo que un hombre de mundo, un erudito. Trató de trabar amistad con la señora de la casa, mas no lo consiguió en seguida; su luto le impedía presentarse allí donde el baile era la principal distracción. Al fin, en las proximidades de la cuaresma entró en relaciones con el jefe de aquella familia, el profesor B, el cual no tardó en invitarle á sus reuniones.

El sábado siguiente, Sonia se admiró del cuidado que su amo se tomaba por su persona; nunca le había visto tan meticuloso ni tan impaciente. Guardó, sin embargo, para ella sus reflexiones, que no serían muy alegres cuando no pronunció ni una palabra mientras se vestía Boris, quien no se fijó en aquel silencio.

Cuando la muchacha hubo entregado el abrigo de pieles y el sombrero á su señor y hubo cerrado la puerta detrás de él, quedóse un momento pensativa, en la antesala, contemplando aquella puerta como pidiéndole la solución de un problema. De pronto sintió frío, se estremeció, y pasándose el dorso de la mano por sus ojos ardientes, volvió al cuarto de Boris. Todo estaba allí en desorden; lenta y silenciosamente arregló todos los trastos, dobló los vestidos, puso en orden los papeles, y después, como asaltada por una idea súbita, fué hacia una vieja maleta que se había apropiado y sacó de su fondo un cartapacio de grueso papel y se puso á copiar las letras de la muestra, no sin llenarse de tinta hasta la muñeca. De cuando en cuando comparaba los garabatos que trazaba con alguna página escrita por Boris, y viendo que no se parecían en nada las dos letras, lanzaba un suspiro y volvía á su ardua tarea.

El reloj dejaba oir continuamente su tic-tac; la lámpara á media luz despedía una claridad velada; la habitación estaba caliente y bien cerrada; poco á poco los movimientos de Sonia fueron haciéndose más soñolientos, la pluma se le escapó de las manos, y al fin, doblando la cabeza, la muchacha se quedó dormida sobre el cartapacio.

XXI

Cuando entró en el salón del profesor B.., Grebof vió que Lidia no había llegado todavía.

Boris había acudido temprano, como mandan los usos sociales para el que asiste por vez primera á una reunión, á fin de poder hablar unos instantes con la dueña de la casa.

Poco á poco, hombres y mujeres llenaron los salones; al dar las nueve de la noche se sirvió el te; Boris desesperaba ya de ver á su amada, cuando advirtió que se movía el grupo que estaba más cerca de la entrada; la gente se apartó y apareció Lidia.

Había crecido; un vestido de seda gris pálido modelaba su busto admirable: aquí y allá, ligeras cintas color cereza adornaban su traje y su espesa y magnífica cabellera. Su frente de reina se levantaba orgullosamente bajo las trenzas que le servían de corona.

Entró fría y serena, segura de su belleza; desdeñosa de los halagos, pasó ante Boris sin verle, y se detuvo junto á la dueña de la casa, sonriendo con amabilidad. Su vestido plateado dejaba sobre la alfombra, detrás de ella, una estela parecida á la que deja la luna en el agua, y cuando se sentó un murmullo gracioso de seda acompañó su movimiento; era una mujer criada para terciopelos y encajes.

Su padre, más flaco que nunca, la seguía, y en poco estuvo que no tropezara con la cola del vestido de su hija, lo que le valió de parte de ésta una furibunda mirada.

—¡Qué hermosa es!, pensaba Boris, que no vivía sino por sus ojos; está más guapa que nunca; pero ¡qué altiva indiferencia!

Los jóvenes se acercaron á Lidia, que á uno acogía con una sonrisa, á otro con una palabra amable; á aquéllos con una mirada desdeñosa y un movimiento imperceptible de cabeza.

En efecto, un espectador desinteresado hubiera creído que aquella mujer era altiva é indiferente; pero Boris pensó que quizá su altivez provenía de que no le gustaba la vida del gran mundo ó de que acaso le amaba todavía.

Sus embriagueces, sus locas esperanzas, sus accesos de desesperación, la alegría de la declaración junto á la fuente, las torturas de la despedida; en una palabra, todos los momentos favorables de su amor, se levantaron bruscamente ante él, y vió de nuevo á Lidia sentada sobre el césped, hablándole con confianza, respondiendo á su expansión de ternura con una sonrisa muy distinta de la que actualmente entreabría sus labios.

—No, no puede ser para los otros lo que ha sido para mí, se dijo; soy un ingrato.

En aquel momento, un nuevo adorador fué á sentarse junto á Lidia; era un general casi cincuentenario, con una sarta de condecoraciones sobre el pecho, algo calvo, de aspecto amable y presuntuoso, célibe al parecer.

Al acercarse, el rostro de la joven se iluminó; recogió algo los pliegues de su vestido para hacerle sitio, y tendió, sonriente, su mano á la que aquél le alargaba. Pusiéronse á hablar, y haciendo ver que tomaba vivo interés en una discusión literaria, Boris no cesaba de mirarlos. No podía oir su conversación, pero sus rostros hablaban claramente. El general mostrábase galante; Lidia coqueteaba: las punzadas aceradas de sus respuestas provocantes herían en lo más vivo el amor propio del solterón.

—Así se pescan con caña los maridos, dijo una voz de anciana detrás de Boris, que se volvió bruscamente; pero no siempre tragan el anzuelo.

¿Era á Lidia á quien había aludido, ó bien el azar

de la conversación había puesto aquellas frases en labios de la habladora? La conversación versaba sobre otro punto, y Boris quiso esquivarla en vano.

Después de media hora de conversación familiar, que se parecía mucho á una entrevista privada merced al aislamiento que se había hecho en torno de ellos, Lidia se levantó suavemente, y dirigiendo al viejo galanteador una sonrisa medio burlona, verdadera flecha del Partho, habló breves palabras con dos ó tres jóvenes, y luego pasó lentamente á la habitación vecina. Después de reflexionar un instante, el general la siguió con paso resuelto.

El rostro de Boris no debía indicar gran satisfacción, puesto que la dueña de la casa se acercó á él para hacerle compañía.

– ¿Ha visto usted esa hermosa dama que ha entrado últimamente?, dijo después de algunos instantes de conversación; es la beldad de Moscou. En el último gran baile que dimos, el general gobernador bailó dos veces con ella.

– Es muy hermosa, efectivamente, contestó Boris lo mejor que pudo.

– ¿Quiere usted que le presente á ella?, dijo la señora.

– Con mucho gusto.

Siguió á su introductora á la vecina estancia, en donde Lidia había tomado posesión de un canapé de dos asientos, protegido por un enrejado cubierto de yedra. Estaba sola en aquel momento y hojeaba un álbum; el general, retorciendo las guías del bigote con aire de triunfo, manteníase á alguna distancia. La señora B... se acercó á la joven. Boris se quedó un paso atrás.

– Mi querida Lidia, dijo la señora, tengo el honor de presentar á usted un joven sabio, el Sr. Grebof, recién llegado del extranjero...

En aquel momento la llamaron.

– Perdonen ustedes, dijo.

Y les dejó solos.

Lidia había levantado los ojos, llena de asombro.

¡Cómo le había olvidado! Tan completamente, que había quizás acabado por pensar que no volvería más. Y él estaba allí, ante ella, con el sombrero en la mano, irreprochablemente vestido, inclinado como el más apuesto gentleman de Moscou; pero con los ojos llenos de cosas indecibles y cubierto el semblante de lívida palidez.

La joven recobró pronto su sangre fría, miró rápidamente en torno, y una vez segura de que no atraían la atención de nadie, le dijo:

– Siéntese usted aquí.

Boris se sentó, pues sentía que le flaqueaban las piernas.

– ¡Lidia!, murmuró; ¡después de tres años!.. Yo he perdido mi madre... ¡Oh, Lidia!.

– Tenga usted cuidado, dijo ella; nos están observando.

Boris hizo un violento esfuerzo, tomó un aire más desembarazado, y sin mirarla, dijo:

– ¿Se acuerda usted de mí?

– ¡Ciertamente!, contestó.

A pesar de su presencia de espíritu, sentía que la emoción se apoderaba de ella: la sombra de su juventud había pasado quizás ante sus ojos.

– Lidia, hace ya tres meses que estoy buscando á usted.

– ¿Vive usted en Moscou?

– Sí.

– ¿En dónde vive?

Boris la miró estupefacto. La joven esperaba su contestación con impaciencia visible. Nombró la calle y el número.

– Bien, dijo Lidia. ¿Qué me decía usted?

– Decía que... que durante tres años no he dejado de pensar en usted, que he perdido á mi madre, que estoy solo en el mundo, y que, si no muy rico, por lo menos tengo ante mí un porvenir importante. ¡Lidia, míreme usted!

Esta volvió el rostro hacia él, y á pesar suyo, surgió de sus ojos una mirada llena de recuerdos. Bajó los párpados: el rubor cubrió su semblante.

– Ya hablaremos de ello, dijo; vea usted, siguen observándonos.

– ¿Cuándo?

– Muy pronto.

– Lidia, no puedo esperar más.

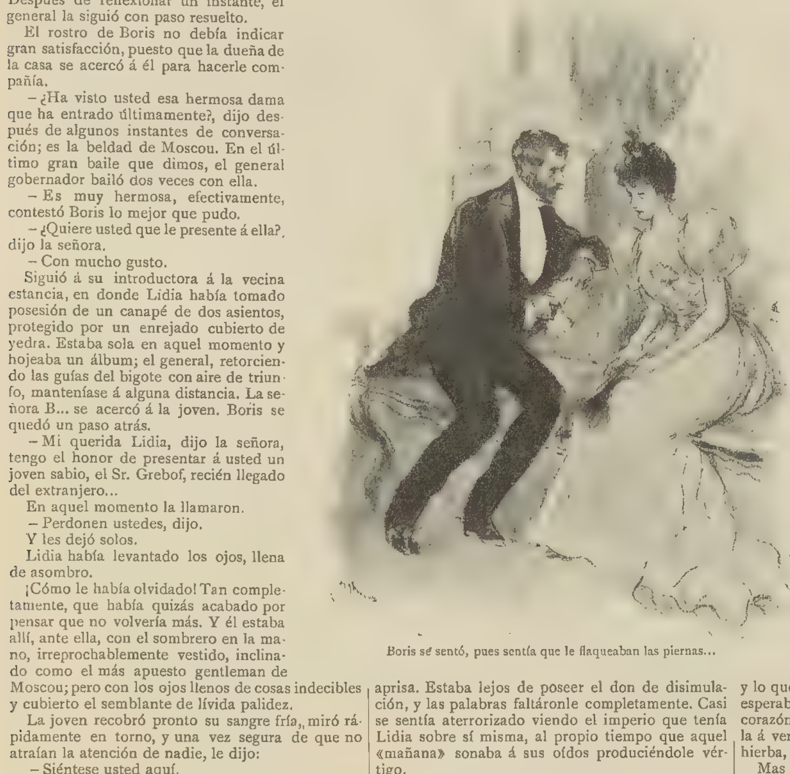
Algunos convidados se acercaban y el general vencedor lanzaba ya miradas feroces sobre el joven.

– ¿Quién sirve á usted?, preguntó rápidamente la joven en voz baja.

– Sonia, ¿sabe usted?, la niña que llevo conmigo. Estaban ya muy cerca de ellos.

– Aguárdeme usted mañana, á las once, en su casa, dijo muy bajito, pero con claridad. ¡La paciencia es una gran virtud!, añadió luego en alta voz.

No estaban solos. Boris, frenético, se alejó de allí



Boris se sentó, pues sentía que le flaqueaban las piernas...

aprisa. Estaba lejos de poseer el don de disimulación, y las palabras faltáronle completamente. Casi se sentía aterrorizado viendo el imperio que tenía Lidia sobre sí misma, al propio tiempo que aquel «mañana» sonaba á sus oídos produciéndole vértigo.

La reunión no estaba lo bastante adelantada para que pudiese retirarse sin llamar la atención: acercóse á un grupo de caballeros de edad, en el que el señor de la casa sostenía una conversación muy animada: la voz del principal interlocutor era frecuentemente interrumpida por las exclamaciones de los circunstantes.

– ¡Tocado!, ¿no es eso?, dijo de pronto la voz, seguida de resonante carcajada.

Este acento evocó súbitamente ante Boris todas las pipas del general Goreline colocadas por orden de tamaño á lo largo del muro de la terraza, esas pipas cuidadosamente reunidas todas las mañanas por Sonia y que todas las noches, durante las largas disertaciones del apasionado artillero, se dispersaban por el mundo á ejemplo de las tribus de Israel.

– ¡Sr. Grebof!, exclamó Goreline al divisar al joven á dos pasos de distancia ante él.

Volvió bruscamente la espalda á las protestas del que le había declarado «tocado.»

– He aquí una sorpresa que no esperaba. ¿Cómo está usted? Y Sonia, ¿qué ha sido de ella?

La gruesa mano colorada del general había cogido la de Boris. Este contestó lo mejor que pudo á las preguntas con que le asedió el buen señor, y luego le preguntó á su vez por su esposa.

– Mi mujer está enferma hace seis meses, respondió Goreline con aire de satisfacción; soy yo quien acompaña á mi hija por el mundo.

– ¿La señora Goreline no puede salir de casa?, preguntó Boris, que tenía interés en saberlo.

– ¡No!, contestó alegremente el general; tiene reuma en la rodilla y no puede abandonar su cuarto; soy yo quien recibe ahora las visitas y las hace.

Se frotaba discretamente las manos, en signo de alegría, cuando recordó sus deberes, y añadió en tono afligido, moviendo dolorosamente la cabeza:

– ¡Es muy triste, Boris Ivanovitch, muy triste!

– Lo es, efectivamente, contestó Boris esforzándose por no reir, sobre todo para la señora Goreline.

– ¡Oh, sí, sobre todo para ella!, contestó inconscientemente el esposo. ¿Y dice usted que Sonia está buena?

– Sí; ha cuidado á mi madre en los últimos años, y ahora... ahora vive conmigo y yo estoy contentísimo de sus servicios.

– ¿Habita usted en Moscou?

– Sí.

– ¿Para siempre?

– No sé.

– Iré á ver á Sonia uno de estos días, pues la quiero mucho; es una buena chica. ¿Me lo permite usted?

– Me consideraré muy dichoso en ver á usted en mi casa, general, dijo Boris inclinándose.

Goreline tomó nota del domicilio de Boris.

– No sé, á punto fijo, qué día iré á visitar á usted, dijo en seguida, porque estoy muy ocupado: todos los cuidados de la casa pesan sobre mí, y mi responsabilidad, señor, es mucha, añadió suspirando; ¡todo es tan caro actualmente!.. ¿Pero supongo que no marchará usted antes de la primavera?

– No, por cierto.

– Pues bien, ya nos veremos de aquí á entonces, quizás muy pronto. Usted ya sabe que yo le aprecio, y que no tengo el carácter de mi mujer. ¿La posición de usted es actualmente buena?

Después de unos quince minutos de conversación, Boris se retiró.

Al llegar á su casa, sintió mil ideas arremolinarse en su espíritu: la visita que le había prometido el general no dejaba de inquietarle un poco.

«¡Si se le ocurrirá venir mañana!,» pensó. Debiera haberle dicho que estaría ausente todo el día. ¡Bah!, supongo que no tendrá tanta prisa para ver á un desgraciado como yo.

Bien pronto, sin embargo, el recuerdo de la hija borró el del padre. Lidia estaba admirablemente hermosa, pero su fisonomía había perdido la dulzura redondeada de los diez y seis años: su voz había tomado un sonido duro y metálico; y lo que ella había dicho, ¿era aquello lo que Boris esperaba? ¿No había esperado él otra acogida? El corazón del joven desbordaba de emoción al volver la á ver á su lado, como en otra ocasión sobre la hierba, junto á la fuente; y ella...

Mas Boris era solamente un salvaje acostumbrado á la sociedad de sus libros y de sus manuscritos, mientras que Lidia era una mujer de mundo y, como tal, obligada á la prudencia por hábito y á la sujeción por deber.

¿Pero ese grueso general de aire jactancioso? ¿Ella era coqueta? ¡Ay! Siempre lo había sido.

Boris se sentía presa de una tristeza insuperable.

– Mañana, se dijo, lo sabré todo.

Mas no era aquella la alegría en que había soñado durante tres años y medio de separación. Aquella palabra «mañana» sonaba á sus oídos más bien como toque de difuntos que como repique de fiesta para su corazón. Al llegar á su casa, sacó el reloj y miró qué hora era.

– Las doce y media. Dentro de doce horas todo estará decidido, se dijo; de aquí á entonces no quiero acordarme más.

Subió silenciosamente la escalera de servicio, y abrió la puerta de la cocina con una llave que llevaba siempre consigo para no despertar á Sonia cuando volvía tarde. La lámpara ardía ante la imagen en un rincón. Abrió la puerta de su cuarto: la pequeñuela dormía tan profundamente que no se agitó siquiera.

Su cabeza reposaba de lado sobre los dos brazos doblados junto á un cuaderno abierto. La luz suavizada de la lámpara rozaba el contorno adelgazado de su mejilla infantil; un soplo igual é insensible entreabría sus labios, y tenía el aspecto severo y triste hasta durmiendo. Quizá soñaba en aquellas endiabladas letras que se esforzaban inútilmente en trazar sus dedos torpes.

Curioso por saber lo que había producido aquel sueño profundo, Boris se aproximó sin hacer ruido; pero Sonia lo advirtió y se puso de pie, temblorosa como ave sorprendida en su nido.

(Continuará.)

LA «GOUTTE DE LAIT»

¿Hay cuestión más interesante y más conmovedora que la de la maternidad? Y por consiguiente, ¿no merecen ser estimuladas todas las obras creadas con el fin de auxiliar á las jóvenes madres y asegurar á sus pequeñuelos los cuidados y la higiene indispensables? La obra de la *Goutte de lait,* fundada hace algunos años en Montmartre, en uno de los distritos más populares de París, es de todas estas obras una de las que mayor interés ofrecen; por esta razón publicamos el bellísimo artículo que le ha dedicado el notable publicista parisiense Edmundo Char.



La Goutte de lait *(Gota de leche)* de Montmartre. Madres con sus pequeñuelos esperando la hora de la consulta

La calle de Santa Isaura es una calle tranquila de ese Montmartre de alegre nombradía, á veces usurpada, y desemboca, por debajo del terromontero, en la popular avenida de Saint Ouen.

Allí puede asistirse todas las tardes á un espectáculo tan encantador como emocionante, que se desarrolla en medio del silencio de aquella vía casi provincial. Multitud de mujeres, venidas de todas partes, limpias, risueñas, jóvenes en su mayoría, llevando en brazos robustos niños ó empujando ligeros cochecitos, se dirigen hacia una tienda blanca y de alegre aspecto.

Instintivamente alzamos los ojos hacia la muestra, y en ella leemos estas enigmáticas palabras: *La Goutte de lait de Montmartre.* Para aclarar este enigma hagamos lo que aquellas mujeres: entremos en el establecimiento.

Un hombre joven, de semblante enérgico al par que bondadoso, está de pie junto á una mesa, inclinado sobre un niño mofletudo á quien su madre quita los pañales con infinitas precauciones.

Aquel hombre bondadoso frunce el ceño.

– El pequeño ha perdido una libra, dice; es preciso evitar esto.

Y viendo que la madre le interroga ansiosamente con la mirada, añade para tranquilizarla:

– Fuera de esto, el muchacho está perfectamente.

Quien así se expresa es el doctor Raimondi, hijo del médico del mismo



La Goutte de lait, en el dispensario de Belleville, cuadro de J. Geoffroy
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses de París, 1903)

nombre, que vió nacer, por decirlo así, á todos los actuales habitantes de Montmartre y médico director del asilo para niños de Porchefontaine, del que es presidenta Mme. Charpentier. Su vocación parece inspirarse en las palabras de Jesucristo: «Dejad venir á mí los niños.»

La *Goutte de lait* de Montmartre, fundada en 1897, es una obra cuya prosperidad puede considerarse definitivamente asegurada. Es un espectáculo verdaderamente hermoso ver con qué alegría y con qué diligencia llevan las madres al doctor, á su paternal amigo, esos pequeñuelos que ocupan un lugar tan importante en su existencia. Todas son esposas de obreros, de empleados, de pequeños comerciantes, y mientras el marido trabaja para ganar el sustento de los suyos, la mujer se ocupa de los cuidados que á la progenie deben prodigarse: en la *Goutte de lait* le han enseñado todos los deberes que ha de cumplir para realizar bien su misión maternal.

– Cada ciudadanito, me dice el doctor Raimondi señalándome un estante rotulado, tiene aquí su expediente, en el que se inscriben todas las visitas que me ha hecho y las observaciones que acerca de él he recogido... Cuando vuelve, veo si se ha portado mal desde la semana anterior, y castigo, en este caso, severamente á la madre, dirigiéndole una filípica que le hace un gran efecto, pues todas esas buenas mujeres están bien persuadidas de que aquí las recibimos, no como á indigentes, sino como personas á quienes gusta dar útiles consejos.

Después de la consulta del sábado, se explica á las madres la manera como deben alimentar á sus pequeños y si han de emplear con ellos la lactancia natural, la lactancia mixta ó el biberón: las primeras no han de hacer más que seguir las prescripciones higiénicas que les han sido indicadas para ellas y para sus hijos y volver cada semana para recibir instrucciones. Las otras recurren al objeto principal de la *Goutte de lait,* á lo que constituye el fin verdaderamente utilitario de esta institución.

En efecto, la *Goutte de lait* ha sido instituída para ceder á esas madres, por el precio de coste, una leche esterilizada, ordeñada por procedimientos antisépticos de vacas tuberculinadas, es decir, inmunizadas por medio del suero contra el azote de la tuberculosis.

Esta obra, que no es una clínica ni un dispensario gratuito, sino una obra de solidaridad, mantiene de este modo, en aquellas á quienes obliga con sus servicios, el hermoso sentimiento de la dignidad humana, pues la madre, al pagar la leche, comprende que no se le hace una limosna, y así estima más á los que se muestran amigos suyos y le permiten estimarse á sí misma. Y con laudable altivez entrega su dinero á cambio de la blanquísima botella que contiene la leche nutricia que conservará á su pequeñuelo en perfecto estado de salud.

Además, todos los jueves son pesados los niños en el platillo de junco de la gran balanza, en donde se añaden sucesivamente pesas hasta dar con el peso exacto.

En la actualidad, 175 madres tienen confiados sus pequeñuelos á la *Goutte de lait* de Montmartre, y no parece que tengan motivos para estar descontentas, viendo como ven el aspecto próspero de aquéllos.

La obra distribuye unos 3.000 litros de leche mensuales, distribuyendo así entre familias laboriosas la vida en botellas que ha de fortalecer la raza y proporcionar á la familia su mayor felicidad.



La Goutte de lait. – El médico pesando á los bebés

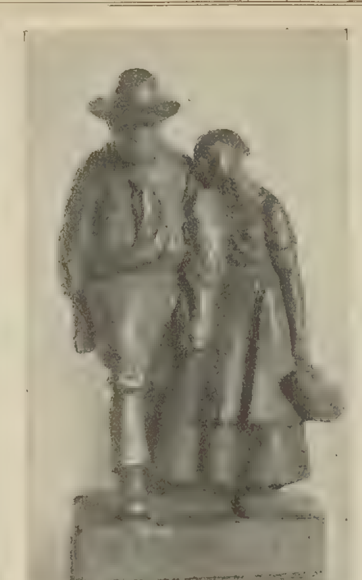
La *Goutte de lait*, como todas las tentativas filantrópicas, ha de bastarse casi con sus propios recursos y ha de vivir de la abnegación de su fundador, el doctor Rafael Raimondi, y de sus amigos y colaboradores: su hermano y los doctores Soulié y Henriot. Tiene una pequeña subvención del presidente de la República y del Ministerio del Interior.

De fijo que todas las madres querrían que en todas partes se establecieran *Gouttes de lait*, en donde encontrasen el modo de asegurar, en cuanto humanamente cabe, la existencia de sus hijos, que son para ellas fuente de tantas alegrías y también de tantos dolores.

COHETES GRANÍFUGOS

El empleo de los cohetes granífugos lanzados al seno de las nubes es de una eficacia al parecer indiscutible, según se desprende de numerosos experimentos realizados en los sitios más diversos que han dado resultados concluyentes.





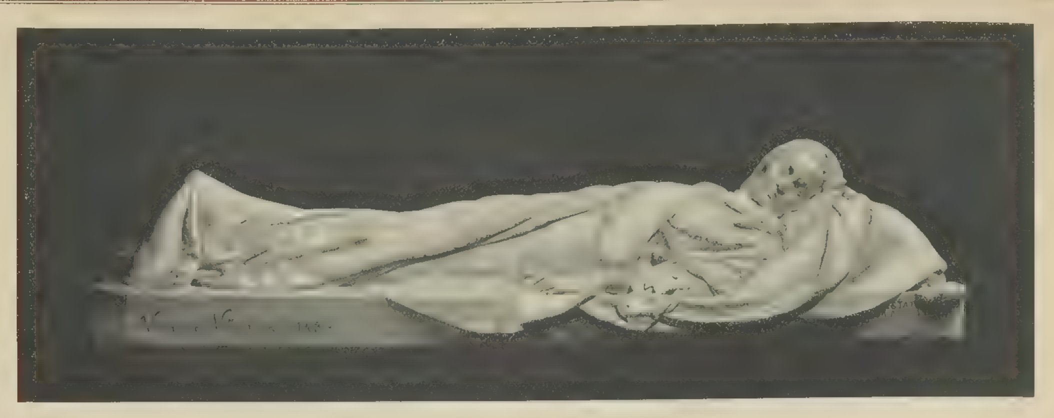
EL LEÑADOR. LA CIEGA, esculturas de Reginaldo F. Wells, reproducidas con autorización de Mr. E. Van Wisseling y de Mr. Gerald Moira, Esq.

Por ejemplo, en Malakoff, en las inmediaciones de París, en Chantillón, en Montrouze, en las Hyeres, en el Var, á orillas del Mediterráneo, se han instalado tiros colectivos contra el granizo con los cohetes del doctor Vidal y siempre han sido destruídas las nubes, la tormenta se ha alejado y se han salvado las cosechas en una extensión de más de 25 hectáreas.

Parece demostrado al presente que cada cohete puede proteger un radio de 300 metros; en cambio, aumenta la intensidad del granizo en los campos situados fuera de la zona protegida.

A fin de evitar los accidentes que los cohetes, al caer nuevamente, podrían causar en las explotaciones agrícolas muy próximas unas á otras, el doctor Vidal los ha reemplazado con petardos lanzados por un mortero especial que generalmente estallan á más de 450 metros de altura y que han dado buen resultado. – X.





Estatua yacente de D.ª María Auter, obra de D. Venancio Vallmitjana

ESTATUA YACENTE DE D.ª MARÍA AUTER,

OBRA DE D. VENANCIO VALLMITJANA

El distinguido escultor catalán Venancio Vallmitjana ofrece la particularidad de que á medida que el tiempo transcurre y la nieve de los años blanquea sus cabellos, se acentúan sus estimables cualidades y en vez de decaer sus energías se vigoriza su espíritu. Así lo atestiguan sus últimas producciones y entre ellas la hermosa estatua yacente de D.ª María Auter, destinada á completar el monumento funerario que en el cementerio de Figueras ha levantado su hijo D. Rafael Garreta.

Inspirada la obra en las magistrales producciones similares que nos legaron los artistas del Renacimiento, participa de su grandiosidad, armonizada inteligentemente con los modernos conceptos que caracterizan la época en que vivimos. La disposición de la figura y la reposada expresión de su rostro demuestran la habilidad del maestro.

Bien haya nuestro respetado y querido amigo por su nueva obra y por los alientos que demuestra, con mayor motivo cuando á pesar de ser el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro de la mayor parte de los que florecen en nuestra ciudad, conserva alientos y energías y sabe reunir en sus obras el glorioso ayer con los fulgores que informan las producciones de la moderna generación.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Los indios en las provincias del Río de la Plata, por *D. Vicente G. Quesada.* – Interesante es á todas luces el estudio que en Buenos Aires ha publicado el distinguido publicista D. Vicente G. Quesada, puesto que á pesar de los progresos realizados por la República Argentina, fundiéndose en la gran masa nacional razas y procedencias, aún quedan restos de aquellos primitivos pobladores, que poco á poco y gracias á las ventajas de la civilización abandonarán sus antiguos usos y costumbres, para adoptar las de la nación á que pertenecen. El estudio realizado por el Sr. Quesada denota vastos conocimientos y perseverante labor, ya que de otra suerte no hubiera podido llenar tan cumplidamente el propósito que persiguiera.

D. Juan Mañé y Flaquer, por *D. Guillermo Graell.* – El conocido publicista D. Guillermo Graell ha publicado la notable biografía que leyó en la sesión necrológica que el Fomento del Trabajo Nacional dedicó al que fué esclarecido publicista y Director durante un larguísimo período del decano de los periódicos españoles. El trabajo del Sr. Graell es digno de aplauso, ya que al estudiar al literato insigne, que tuvo el privilegio durante muchos años de despertar el interés y la atención de gran parte de los barceloneses, pinta y describe con notorio acierto épocas y períodos dignos de estudio y por lo tanto de ser conocidos.

Los Estados Unidos, por *D. J. Alemany y Milá.* – Bajo este título acaba de publicar D. J. de Alemany y Milá un libro interesantísimo, en el que se traducen las impresiones del viaje que ha poco realizó á la gran república americana. Contiene la obra á que nos referimos atinadas observaciones, que revelan el espíritu culto y analítico del autor, expuestas con singular galanura y sencillez, resultando amenísima y agradable su lectura, por cual motivo no titubeamos en recomendarlo á nuestros lectores.

Manual práctico y recetario de fotografía, por *Rodolfo Namias.* – Obra utilísima es la que bajo este título han publicado los conocidos editores de Madrid Sres. Bailly-Bailliere é hijos, vertida al español de la original italiana de Rodolfo Namias por el Dr. D. José María de Jaureguizar. El gran desarrollo y aplicaciones que ha alcanzado la fotografía prestan gran interés al libro á que nos referimos, que se acrecienta si se tiene en cuenta la competencia del autor. La traducción resulta cuidada y castiza, y el libro, que embellecen varios grabados, recomiéndase por su buena presentación.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 17 de agosto de 1903 — Núm. 1.129

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Estatua de SHAKESPEARE para el monumento que en honor del gran dramaturgo inglés se erige en Weimar

Obra de Otón Lessing

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimooctavo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el campo, en los balnearios, en el extranjero... En todas partes menos en Madrid se vive ahora.

La vida de campo ha llegado á ser excesivamente refinada: quizás convendría más simplificación. Ascendemos por el camino de los adelantos; llegará día en que nos sea necesario tomar la cuesta abajo, porque la complicación de la existencia sube de punto.

Nuestros abuelos, en cambio, vivían del modo más sencillo, en caserones que eran verdaderos palacios, pero donde faltaba.. En fin, faltaba lo más elemental. Bueno es que se haya corregido tan exagerada sencillez; bueno es que abunden hoy en las quintas las camas blandas, las mantelerías como la nieve, la loza y el cristal; bueno es que estén brillantemente iluminadas de noche y en orden esmerado á cualquier hora; pero agradaría en todo eso un aire campestre; no la vivienda de la ciudad transportada, con sus exigencias y su recargo de menudas necesidades, á un despoblado, entre un bosque y una heredad de patatas.

En la vida de campo que me rodea observo que cada día se espesa la malla junta y sutil de pequeñeces urbanas, entre las cuales ya es difícil revolverse en la ciudad misma. Cuando se sirve un plato con setas ó trufas; cuando se escancia el Champagne y el Rhin, dan ganas de echar de menos los tiempos idílicos en que

. . . .
con rojos pimientos y ajos duros,
tan bien comió el señor como el esclavo.
. . . .

Las «adulaciones fragantes forasteras» van multiplicándose: una comida campestre no se diferencia del banquete diplomático en Madrid. El cocido es vulgar é insufrible; los honrados platos *de la tierra*, regionales, clásicos, están proscritos; el helado ya no es acontecimiento, con suma frecuencia llegan de la fábrica las barras transparentes, envueltas en serrín, para proporcionar un deleite más á los golosos; se inventan guisos, se acude á los libros de cocina, se sazona á la inglesa, á la francesa, á la alemana, á la italiana; se traen cucharas especiales, tenedores de pescado y ostras; los servidores visten frac y calzan guante blanco, y en lontananza se oye el chirrido de los carros y las canciones de las segadoras..., contraste que avalora los placeres de una vida tan exasperadamente civilizada.

Y sin embargo, la antigua, más natural, huérfana de pretensiones, tenía sus encantos, y á ésta no le faltan sus inconvenientes y sus cortapisas. Antaño, pasar un día de campo era expansión y era derroche de alegría y vitalidad. Se salía temprano, con ropa holgada y cómoda; se tenía, no apetito, hambre lobera, desde el mismo instante de ponerse en camino; se utilizaban para el transporte borriquillos, ó si lo permitía el estado de la carretera, destartalados carricoches; los incidentes cómicos á que esto daba lugar, eran materia para inacabables dicharachos y carcajadas continuas; apenas los expedicionarios llegaban á «la aldea,» se desparramaban por el huerto y el jardín, correteando y jugando como chiquillos á la gallina ciega, al escondite, al corro; cuando se les anunciaba que tenían «la sopa en la mesa,» suspiraban de satisfacción exclamando: «¡Santa palabra!;» en la mesa, donde permanecían dos horas y se presentaba una docena de platos (no faltando en las solemnidades el jamón en dulce y el pavo relleno de miga de pan y pasas), devoraban y bromeaban, y hasta brindaban y ofrecían obsequios los galanes á las señoras; los señores formales se escurrían á dormir la siesta, sobre sofás y camas «alzadas;» los jóvenes, inventando una música cualquiera – piano catarroso, guitarra destemplada, ó á falta de todo eso, la voz. – se lanzaban á bailar, tomando por salón de baile el prado, la era, el soto, la carretera, el primer terreno plano que Dios les deparaba; y cuando la tarde caía, emprendían de mala gana el regreso, cansados, empolvados, hechos trizas, con flores en el pecho y hojas de enredadera entre el pelo las mujeres, todos provistos de oxígeno y de salud para un año...

Ahora, este modo de ir al campo se considera muy ordinario, bueno sólo para la gentecilla; las cosas marchan por otro estilo y á otro compás. Las jiras campestres se llaman *garden-parties*, y procuran adaptarse á esta designación británica. Concurren á ellas las señoras con ricos trajes de fular, de encaje, de batistas montadas sobre glasé, de vaporosos crespones; calzan tafilete, la media de seda aprisiona su tobillo; cadenas, dijes, broches, relojillos, collares, las adornan; el sombrero recargado de flores ó de plumas, la sombrilla de volantes rizados, defienden su cabeza contra el sol. ¿Qué se hace con tal atavío? Pasearse muy envarado, ni más ni menos que en el Retiro: porque sería lástima estropear el vestido majo, la saya bajera, los *Richelieu* de cuero de Rusia, los guantes. ¿Quién piensa en correr? ¿Quién sueña en bailar? ¿Quién se inclina para cortar una rosa?

Nada, nada: que lo de antes era más lógico y más divertido. Se me figura que – respetando la fatal acción del tiempo, que modifica las costumbres de un modo incontrastable; conservando de la urbanidad, en la aldea, lo que conservar importe – se han de proscribir los arrequives y los perifollos estorbosos para el goce aldeano, que es poder sentarse y hasta echarse en el suelo, sobre el césped, hacer ejercicio físico, impregnarse un poco de la saludable naturaleza...

Tal vez en los países anglo-sajones hayan resuelto este problema. Dicen que en ningún país como en Inglaterra se vive en el campo con elegante confort; y el caso es que no dejan de rusticarse, que se consagran al deporte, que sacuden la indolencia propia de las ciudades. ¿Cuál es el secreto? Habría que aprenderlo. Aquí noto que nos limitamos á trasladar la ciudad al campo, á proseguir el mismo género de vida, sin diferencia alguna; y no el de la ciudad: el de la gran capital europea. No debe de ser este el ideal: al campo se va en busca de un cambio profundo. Sin llegar á Tolstoy, que quiere que aremos, sembremos y recojamos el pan, algo de rusticación positiva, franca, aun violenta, no sería malo, no. Los cerebrales, sobre todo, debiéramos ser cuatro meses pescadores, molineros, tascadores de lino, algo que nos apartase de nuestro cerebro, que es ¡ay! á la vida como al cuerpo la sombra.

El último escrito de propaganda de Tolstoy – ya que he nombrado al gran novelista eslavo – produce en mi espíritu una impresión singular, en este momento, que es el del fracaso de un paro general intentado por elementos obreros de Marineda, para conseguir la amnistía de sus compañeros presos. Aunque á mucha gente irreflexiva pueda parecerle extraño, me sobrecoge más el fenómeno de la huelga frustrada, que el de la huelga en su plenitud.

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla. A destiempo, sin discreción, sin esa adhesión unánime que constituye el mayor de los poderes, se les rompe entre las manos. Y esto indica una gran verdad: que en política (sea política social ó de otro género) el arte es algo tan necesario ó más que la razón, que el sentimiento, que la resolución, que la constancia. Indicar la idea del paro; ver que no prende en la masa; empeñarse en llevarla adelante contra corriente, es falta de destreza artística: es no tomar bien el pulso. – Tolstoy se desconsolaría si se lo demostrasen; pero hasta los obreros, que representan la fuerza numérica, para practicar su política debieran empaparse en la doctrina más aborrecible de fijo para Tolstoy: el maquiavelismo.

Tolstoy sostiene todo lo contrario. En su opinión, los obreros sólo conseguirán sus anhelos de una manera: viviendo evangélicamente.

No es esto – afirma – una utopía. Es que el ideal social ha cambiado enteramente. Al principio, era la libertad animal absoluta: cada cual poseía y disfrutaba según su fuerza. Luego, el poder de un solo hombre: el *morituri te salutant* de Roma. Luego, la monarquía universal: la Iglesia, el Imperio. Después, la representación nacional. Y hoy, el ideal social consiste en que los instrumentos del trabajo no sean propiedad privada y pertenezcan al pueblo entero.

Ahora bien – sigue hablando Tolstoy: – para la realización de este ideal de nada sirve la fuerza: desde 1848 acá, los gobiernos se han apoderado de tal manera de todos los medios de acción, físicos y morales, desde el ejército con los perfeccionamientos técnicos del arte militar, hasta la religión y la enseñanza, que, ante esta organización casi perfecta en su aspecto regresivo, toda revolución, todo conato de ella, abortará. «Desde 1848 – asegura Tolstoy – en Europa no ha cuajado ninguna tentativa revolucionaria.» Y con el fino instinto observador del novelista, Tolstoy advierte que las calles de asfalto, en París, han hecho las barricadas imposibles. Y la organización social – advierte – mansa, compacta, lisa, uniforme, se parece al asfaltado. El más necio, el más inútil de los gobernantes, puede servirse de ella y de un modo mecánico utilizarla para reprimir tentativas que ya ni se producen, tal es el convencimiento de que se estrellan contra el asfalto.

Ante tal imposibilidad, ¿qué hacer?, pregunta Tolstoy. – Una sola cosa, la que prescribe el Evangelio: *no matar.*

La doctrina es curiosa, por lo que contrasta con las habituales vociferaciones de los *meetings*, donde se respira ambiente tan belicoso, y donde, para rechazar las imposiciones de la fuerza, es la fuerza lo que se invoca y se llama. «Somos los más,» es la amenaza que se siente gruñir y espumar en el fondo de la agitación obrera. «Somos los más, y si un día llegamos á unirnos lo suficiente...» Y Tolstoy, desde su retiro, les avisa: «Nada significa el número, mientras la organización social sea estable y os aplaste con fuerzas coherentes y sometidas al hipnotismo de la disciplina. Por la lucha nada obtendréis, y es justo que nada obtengáis, porque la fuerza es esencialmente mala y el que la emplea pierde de vista la justicia. Haced lo contrario de luchar: negaos á empuñar un arma: negaos á esgrimirla: negaos á la mera hipótesis de derramar sangre: negaos á aprender los movimientos que se ejecutan para prepararse á derramarla. Negaos, pasivamente, mansamente, pero irremisiblemente, al servicio militar. Y el día en que no haya un soldado, la cuestión social está resuelta; resuelta en paz, con amor.»

Tal es la propaganda de Tolstoy. ¿La incluiremos entre las utopías? Si se me pregunta á mí, utopía la juzgo, aunque dimane de un espíritu opuesto á las guerras y á su inhumanidad, ya muy difuso en el aire de nuestro siglo. – Contra la naturaleza no valen abstracciones, ni éticas, ni lógicas, y la naturaleza quiere que donde surge conflicto de interés (de cualquier género de interés) surja la lucha infaliblemente. Tolstoy no cuenta con la pasión, nervio del alma. Por ahí claudican todas sus teorías. Del mismo Evangelio no se deduce la *posibilidad* de tal pacificación absoluta. Y la política se asienta en lo *posible*; es una ciencia y un arte profundamente real.

Tengo que hacer, muy gustosa, una rectificación á la crónica en que me lamenté del desbarajuste y mal servicio en los caminos de hierro. Lo que escribí no va con la Compañía de Madrid, Zaragoza, Alicante (red catalana). Esta Compañía permite á los viajeros tomar billete y facturar á cualquier hora en Barcelona; ha introducido varias mejoras, como billetes á precios reducidos, abonos económicos, viajes por kilómetros con grandes rebajas, trenes casi continuos para las poblaciones próximas á la gran urbe, mejoras en el material de vagones y locomotoras, y por último, ha construído el magnífico apeadero del Paseo de Gracia, para comodidad y regalo del público. Dice la opinión que los servicios de esta red contrastan con los de las demás compañías españolas, gracias á las iniciativas y á la sabia dirección de su gerente D. Eduardo Maristany, eminente ingeniero y hombre á la moderna, á quien me complazco en saludar desde aquí. Dios nos dé muchos como él; á millares los necesitamos. Y ¡qué satisfacción cuando se tropieza uno, aunque sea tan de lejos, pero de cerca en el orden mental, con quien habla el mismo lenguaje que uno, así el lenguaje sea gallego, catalán ó francés!

Emilia Pardo Bazán.


Llamó mi atención un jinete que pasaba

UNA HIJA DE ALBIÓN

I

Terminada la partida de treinta y cuarenta en el casino de la plaza del Duque, de Sevilla, nos sentamos, según costumbre, á la puerta el marqués de Sales, presidente del Círculo, el conde de Montelirio, el general Sánchez Mira, un caballero llamado D. Angel Lasso de la Vega, el doctor Alderson, médico inglés establecido en la ciudad, y yo.

Como siempre en Andalucía, hablóse algo de política y mucho de mujeres, caballos y toros, y cuando más engolfados estábamos en la conversación, suspendióse ésta porque vimos desembocar por La Campana á una amazona que excitó poderosamente nuestra atención. Una mujer á caballo, siempre la llama en todas partes, y mucho más en Sevilla, en donde suelen verse muy pocas. Además aquella amazona era muy joven, muy linda y muy elegante.

– Monta un soberbio *pur sang*, dijo el general Sánchez Mira, que es muy aficionado á mujeres y caballos.

– ¡Es preciosa!, observó Montelirio.

– Pues el lacayín que la sigue lleva también un buen *media sangre*.

– Si no me equivoco, dijo á su vez el marqués de Sales, es una francesa que vive en la calle de las Armas.

– Más bien parece alemana, indicó Montelirio, que presumía de conocer tipos de nacionalidades.

– Pues no es francesa ni alemana, sino paisana mía, inglesa, ó mejor dicho irlandesa, dijo el doctor Alderson, que basta entonces había permanecido silencioso.

– ¿La conoce usted?

– Tengo el honor de ser amigo y médico de su padre, en Sevilla.

Mientras se cruzaban estos comentarios, la amazona había transpuesto lentamente el trayecto que media entre La Campana y la calle de las Armas, por la que se entró.

– A ver, doctor, infórmenos usted sobre esa beldad ecuestre, dijo Lasso de la Vega.

– La información es bien sencilla; esa joven, que se llama Arabela, es hija de lord Clake, par de Inglaterra.

– Lo raro es, interrumpió Sánchez Mira, que no hayamos conocido antes á esos distinguidos extranjeros.

– Porque hace poco que están en Sevilla y padre é hija tienen costumbres particulares. Lord Clake, muy viejo y muy achacoso, apenas sale de casa, y Arabela, que pasea todos los días, sale al campo por calles extraviadas; pues la molesta la curiosidad de que es objeto.

– ¿Cómo están aquí pasada la feria?

– Déjenme ustedes hablar sin interrumpirme y satisfaré su curiosidad, dijo el doctor.

– Hable usted y escuchemos.

– Sepan ustedes que Lord Clake, por su nacimiento y fortuna es uno de los primeros de la nobleza inglesa, repuso el doctor, que se expresaba en castellano con mucha facilidad. Es viudo, sin más hijos que Arabela, tiene sesenta y nueve años, y está perdido de gota y otros alifafes.

– ¿Son ricos?, interrumpió Lasso de la Vega.

– Ciento veinte mil libras esterlinas de renta anual, poco más ó menos.

– ¡Qué barbaridad!, exclamó Lasso, que usaba con frecuencia esta palabra.

– Lord Clake pasa los inviernos en países templados; el año pasado estuvieron en Nápoles, este año en Niza, y de regreso á Inglaterra, se han detenido unos días en Sevilla esperando á que entre más la primavera y siente el tiempo en Londres. Lord Clake es inglés, su difunta esposa irlandesa, como lo es también Arabela. Todos profesan la religión católica.

– ¿Y cómo es que nadie ha atrapado todavía á esa linda y *pobrecita* Arabela?, preguntó el conde de Montelirio.

– Es muy joven, aún no cuenta diez y nueve años. Además ella no se deja atrapar. La *creme* de los jóvenes distinguidos de Londres la ha hecho la corte, pero ella tiene un carácter independiente, caprichoso, y es muy delicada de gustos. Su padre, según cuentan, fué en su juventud en Londres lo que Petronio en la novela *Quo Vadis?*, el árbitro de las elegancias, y parece que ha transmitido á su hija su aversión á lo feo y vulgar y su deseo refinado de perfección absoluta. Bien purga ahora el buen señor los devaneos de aquella vida un tanto libertina...

– Es extraño, observó el marqués de Sales, que siendo soltera salga esa joven sola con tanta frecuencia.

– Las costumbres inglesas la autorizan, y aunque no fuese así, ella se tomaría la autorización; está acostumbrada á hacer su santa voluntad. Por otra parte, padre é hija van aburriéndose algo en Sevilla. Como su padre es poltrón y está siempre picado más ó menos de la gota, no le queda más distracción que montar á caballo y hacer largas excursiones por las afueras de Sevilla. Es soñadora y romántica. Ama la lectura, la música, la astronomía y la botánica; esto es, lo más alto y lo más bajo. Se sabe á Byron y á Milton de memoria, y ahora que ya domina el español, pues tiene gran facilidad para aprender lenguas, la ha emprendido con los poetas españoles. Se pasa horas y horas en el campo, contemplando pájaros, insectos, arbustos y plantas. Tiene una imaginación seria y exaltada á la vez.

– Hasta que caiga, dijo Lasso.

– ¿Cómo hasta que caiga?

– Quiero decir, hasta que un mozo de su gusto la pare los pies.

II

ARABELA Á EUFRASIA

Sevilla, 17 de abril.

«Querida prima Eufrasia: tengo una novedad que contarte; me ha salido otro adorador ó pretendiente, si bien platónico. «¡Bah!, me dirías, si me hablases en vez de leerme, eso no es novedad, sino cosa corriente y repetida;» pero, amada prima, la novedad consiste en que este flamante enamorado me preocupa más que los muchos que le han precedido; ¿por qué? No puedo decírtelo con certeza.

»Voy á contarte quién es y cómo le he conocido, y tú deducirás.

»Estás enterada de mis excursiones por el campo de Sevilla. Me gusta mucho la orilla del río, pero me separo de ella porque es muy frecuentada, y todo el mundo me mira como un pájaro raro caído de un nido del cielo. Seguida de mi *groom* me meto por un paseo más inculto y menos pasajero que hay á la izquierda, que tiene bancos (si bien desportillados), troncos de árboles caídos y grandes piedras donde sentarse.

»Hace unos cuantos días, una mañana hallábame yo leyendo, sentada en un banco; oí ruido, y llamó mi atención un jinete que pasaba. Era joven, guapo y no carecía de elegancia, aunque iba sencillamente vestido. Noté en él dos cosas especiales, el caballo alazán que montaba, hermosísimo, dado el tipo español, y el modo de montar del jinete, fácil y firme á la vez. Al pasar frente á mí se quitó el flexible sombrero que llevaba, y yo no pude menos de seguirle con la vista hasta que se perdió en un recodo del paseo.

»Seguí leyendo, y á poco tiempo volví á oir ruido y vi cuatro ó cinco gitanas, poco más ó menos tan asquerosas como las de nuestro país. Aproximáronse á mí y una de ellas me dijo:

»¿Quiere la señorita que le diga la buenaventura? Sabrá cosas muy tiernecitas. Déme una de esas manitas tan blancas y tan finas, y se chupará los dedos de gusto.

»Retiré mi mano, que ella trataba de tomar, y contesté:

– »No quiero saber nada, déjeme usted en paz.

– »Mire la señorita que va á pesarla no saber lo que va á pasar á ese corazoncito.

»Me levanté; mi *groom*, que estaba á alguna distancia, se acercó. Entonces otra gitana vieja me dijo: «Pero bien, la señorita nos dará algo *pa* ayuda del camino; venimos despeadas y molidas.» Hice un movimiento de disgusto é indiqué al *groom* que acercase los caballos.

– »¡Déjala, dijo otra gitana, es un *franchuta!*

»En esto, oyéronse voces de hombres, y llegaron cuatro ó cinco gitanos tan desarrapados como sus compañeras.

– »¿Qué hay, dijo uno de ellos, mirando con ahinco mi cadena y mi reloj. «*Paece* ser que á esta señora de *extranjis*, no le gusta la gente *probe*,» contestó la gitana vieja. En aquel momento sentí el ruido de un caballo que venía galopando, y cuyo jinete casi le metió entre el corro de jitanos, diciendo: «¡Vaya, buena gente!, según parece le están ustedes molestando á esta señorita. Lárguense á otra parte á esquilar burros.»

»Los gitanos se marcharon refunfuñando.

»Este caballero que tan oportunamente intervino, era el joven del caballo alazán que poco antes había visto pasar. Le conté mi pequeño incidente con los bohemios, y como me encontró en actitud de montar, me dijo: «Si usted me lo permite, la acompañaré

hasta más cerca de Sevilla; estos gitanos son rateros y vengativos.»

»Nos dirigimos hacia la ciudad, hablando de cosas indiferentes. Yo, por decir algo, le dije:

– »Monta usted un caballo muy hermoso.

– »No vale seis mil luises como el de usted; pero, en fin, en su clase de español, no es malo; sólo tiene un defecto.

– »¿Cuál?

– »Que es de un primo mío, señorita. Yo soy tan pobre que no puedo permitirme el lujo de tener caballo.

»Esta franqueza me agradó. Le dije mi nombre y le pregunté el suyo.

– »Manuel Pérez de Vargas, me contestó inclinándose.

– »¿Pérez de Vargas? He oído mucho ese apellido en Sevilla.

– »Sí, es bastante conocido; según parece, uno de mis antepasados conquistó Sevilla á los moros, peleando por el rey San Fernando.

»Llegamos cerca de la ciudad, seguimos un trozo de ronda, y yo me entré en aquélla por una calle próxima á mi casa. El amable joven se despidió de mí con el sombrero en la mano. Yo le dí las gracias por su oportuna intervención en el lance con los gitanos, por su compañía y... *¡colorín colorao, mi cuento no se ha acabao!*

»Ya te contaré.

»*Arabela.*»

Arabela á Eufrasia

Sevilla, 27 de abril

«Eres muy curiosa, prima mía, quieres que atropelle los sucesos, no dejándome imitar á los novelistas, que detallan para dar relieve á la narración. Pues bien: sintetizaré diciéndote que yo voy casi todos los días á mi paseo predilecto, que al principio pasaba alguna vez por él el joven Pérez de Vargas, se detenía un instante á saludarme y proseguía su camino. Pero no sé cómo ni por qué, un día hube yo de decirle: «¿Por qué no hablamos un rato?,» y desde entonces él viene con más frecuencia y hablamos, no un rato, sino muchos. Y en verdad que no me pesa; Pérez de Vargas sabe algo de todo lo que á mí me gusta, y me entretiene con su conversación. Por lo demás, nuestras pláticas son inocentísimas; no he conocido hombre más modesto, más respetuoso, ni mejor educado. Me ha contado sus cosas de familia; su abuelo fué rico y derrochador, su padre acabó de dar al traste con su patrimonio, y por consecuencia él y su anciana madre no tienen ni un céntimo propio. Su madre vive en Cármona (cerca de aquí) con una prima suya rica, que le pasa á él cuarenta duros mensuales para que resida en Sevilla, pues educado en Madrid, no puede resignarse á las poblaciones pequeñas. En Sevilla tiene un primo: el conde de Montelirio, que le ayuda mucho. Un día le dije: «¿Por qué no se ha casado usted?,» y él me contestó: «Yo sólo puedo aspirar á partidos pobres. Soy de buena familia, pero no tengo título, que es lo que mejor se cotiza. Además me repugna ser *pescador de dotes.*»

»Es lástima que Manuel no sepa inglés, si bien me da el corazón que le está estudiando. Porque, querida Eufrasia, es un hombre excepcional. Sé que me ama profundamente, no me cabe duda; pero nunca me habla de amor, ni me echa el más ligero piropo; este respeto me conmueve. Yo le traduzco trozos de poetas ingleses, y él me recita admirablemente versos españoles. Si hablamos de caballos, me explica el origen de las razas más notables; si de música, me define sus predilecciones con una precisión admirable; si de botánica, me nombra y clasifica los arbustos y las plantas. Sí, prima mía, hay pocos que se le parezcan. ¿Y te extrañas que no haya rendido mi corazón á alguno de esos mequetrefes de nuestro mundo, que no salen del Club y sólo saben cazar zorras? Me dices en tu última carta que *mi tempestad se avecina:* pues bien; te confieso que aun cuando hasta ahora sólo veo nubes, estoy ya algo mareada.

»Tuya, *Arabela.*»

Arabela á Eufrasia

Sevilla, 12 de mayo

»Querida y maliciosa prima: tengo mucho que contarte. Los sucesos se atropellan, según tu gusto. Por indicación mía, el doctor Alderson, amigo y médico de mi padre, que es socio de un casino de Sevilla, ha presentado en casa á Manuel Pérez de Vargas. Mi padre le ha recibido bien y le ha encontrado amable é instruído; mas, sin saber por qué, yo estoy algo escamada. Comemos tarde, y Pérez de Vargas se presenta casi todas las noches después de comer. En una muy calurosa tomamos el te en el jardín y Manuel me encantó con sus conocimientos astronómicos. Parece que ha nacido para mí. Distingue en el cielo los planetas de las estrellas ó soles, sabe todos los nombres estelares y los sitios que han de ocupar según las horas, agrupa las constelaciones y conoce las fábulas referentes á ellas, por lo cual nos contó las aventuras de Andrómeda, perseguida por un monstruo y libertada de él por el valiente Perseo, caballero errante de los espacios celestes. Yo le oí embebecida.

»Otra noche fué ya el colmo. El doctor Alderson, que había comido en casa, dijo á Manuel: «Señor Pérez de Vargas, usted tiene fama de cantador y guitarrista, ¿por qué no nos proporciona usted el placer de que le oigamos?» Manuel mandó á su casa por la guitarra y tocó y cantó.


Arabela exhaló un grito de angustia

»Mira, Eufrasia, tú no puedes comprender, sin haberlos oído, la pasión y la gracia en que rebosan los cantos andaluces. Hay uno llamado *La malagueña,* cuyo ritmo sólo puede ser inspiración de Bellini. ¡Adiós, prima mía!, mi mareo crece tan rápidamente como la marea del mar.

»*Arabela.*»

Arabela á Eufrasia

Sevilla, 20 de mayo

»Prima mía: estoy algo desalentada; hay puntos negros en este devaneo á que me he entregado. Manuel ha variado un tanto de fortuna. Ha venido de Cuba un tío suyo, que huyendo de la dominación de los americanos, se ha traído á España algunos millones. Se ha establecido en Sevilla y ha dado á su sobrino (que vive con él) dos ó tres mil duros de regalo. Noches pasadas se presentó éste en mi casa irreprochable de elegancia. Traía una gruesa cadena de reloj, de oro con chispas de diamantes, y en el dedo pequeño de la mano izquierda un solitario de buen tamaño. Mi padre, al verle exclamó: «¡Caramba, amigo mío, viene usted resplandeciente! Pero es algo tarde; hoy he tenido el gusto de ver pasar por aquí al famoso torero Frascuelo, y llevaba una cadena de reloj bastante más gruesa que la de usted, y una sortija de brillantes que parecía un anillo episcopal.»

»Supongo que Manuel comprendió la ironía de estas palabras, pues al día siguiente traía otra cadena de oro delgada y había suprimido el solitario.

»El desaliento de que te he hablado al principio de esta carta proviene de un vago resquemor referente á mi padre. Tú conoces su perspicacia, su gran golpe de vista, su horror á las cosas vulgares, que ni la vejez ha podido entibiar. ¿Adivinará en Pérez de Vargas algo que se escapa á mi comprensión?

»Adiós, amada prima; ya te escribiré más largamente: hoy no estoy para nada.

»*Arabela.*»

III

Arabela estaba agitada y nerviosa. Acostumbrada desde niña á hacer su voluntad, se revolvía contra cualquier obstáculo moral ó material. Amaba á Manuel, ó mejor dicho, éste ejercía una especie de fascinación sobre ella, parecida á la del cuadro que nos deleita ó á la del libro que nos entretiene; pero al mismo tiempo comprendía que su padre experimentaría viva contrariedad si ella llevaba al colmo su amor con el joven sevillano. Una tarde que estaba resuelta á hacer á aquél alguna insinuación referente á este particular, Lord Clake dióla á leer una carta de Londres que había recibido. Era del conde de Argile, hijo y heredero del marqués del mismo título, que el año anterior había estado muy enamorado de ella, y que no la había olvidado, puesto que escribía á su padre para que intercediera en favor suyo. Lord Clake le ponderó la conveniencia de este enlace; el joven conde, que era ya un cumplido caballero, mereciendo la distinción de que el rey Eduardo le nombrase su primer caballerizo, sería con el tiempo par de Inglaterra y poseedor de una inmensa fortuna.

Arabela oyó en silencio á su padre y nada le dijo respecto á Pérez de Vargas. Todas las mañanas ambos jóvenes sabían dónde encontrarse para hacer juntos sus expediciones campestres. Pero éstas no eran tan apacibles como anteriormente. Él siempre llegaba el primero á aquella cita, pero ella no se mostraba como antes amable y satisfecha, y á veces le miraba de soslayo hasta con enojo. ¿Por qué? Ni ella misma podría haberlo explicado. Tal vez se sentía humillada por estar á punto de rendirse á un hombre, ella, que había desdeñado á tantos. Su estado de ánimo traslucíase por sus acciones: ya hablaba y leía menos, y hacía dar á su joven compañero locas carreras á caballo.

Un día reuniéronse ambos frente á la Puerta de Triana.

Arabela siguió la ribera río abajo, y caminaron un gran trecho.

El Guadalquivir, que antes de llegar al Puente de Triana va perdiendo agua y fondo, agradábale á la joven inglesa, pues como ella decía, por aquellos parajes el río es *menos civilizado.*

Vió un banco rústico muy cerca de la orilla, y la joven pareja sentóse en él, dejando los caballos al cuidado del *groom.*

Arabela estaba pensativa: Manuel la observaba en silencio, tratando de adivinar la causa de la mutación de su carácter.

De pronto ella, que miraba al río, dijo:

– Oiga usted, Pérez de Vargas. ¿Por qué esa florecilla azul, con raíces en la ribera, se inclina tanto hacia el agua y se mueve tanto, siendo así que la corriente es tan apacible?

Manuel iba á contestar, pero se detuvo, pues en aquel momento otra flor de la misma especie surgió del río y enlazó sus hojillas con las de la flor de la ribera.

– Ahí tiene usted la explicación, señorita: el amante sube desde el fondo del río á buscar á su amada.

Arabela levantóse bruscamente, diciendo:

– Vámonos.

Montaron á caballo y la inglesa se dirigió río arriba. Después de dejar á un lado el Puente de Triana, puso su caballo al trote y luego al galope. Manuel en el suyo apenas podía seguir al *pur sang* de Arabela, cuyos largos y poderosos remos se comían la tierra. Detuviéronse no bien transpusieron los jardines de San Telmo, y la joven inglesa dijo:

– Vamos á buscar sombra, el sol se hace ya insufrible.

Torcieron á la izquierda, siguiendo la tapia de los jardines, pues cerca de allí desembocaba entonces el paseo inculto y sombroso en donde Arabela solía sentarse á leer. Iban á entrar en él, pero detuviéronse sorprendidos, porque un poco más allá de la entrada vieron una barrera semejante á las de las plazas de toros.

¡Obstáculos de la suerte, puestos en el camino del hombre! Aquella noche debía verificarse el encierro de los toros que habían de correrse en Sevilla al día siguiente. Viniendo de la estación de Cádiz, puesto que procedía de Jerez, el ganado tenía que pasar por un lado del susodicho paseo, y para que las reses no se descarriasen en él, ponían aquellos tablones.

—¡Quieren detenernos!, exclamó Arabela riendo nerviosamente. ¡Pues conmigo no lo logran!

Luego, acariciando el cuello de su caballo, prosiguió diciendo:

—¡Ea, amigo mío, mi buen Titán, esos tablones no son nada para ti, acostumbrado á saltar las diez vallas del *Derby!* ¡Adelante!

Excitó á su caballo, que, en efecto, saltó con la mayor limpieza la barrera improvisada. Manuel, después de vacilar un momento, quiso saltar también, pero su alazán español no era un caballo de carrera; saltó, sin embargo, pero tropezando con los cascos delanteros en la borda de las tablas, caballero y caballo cayeron, no sobre tierra, sino sobre cascotes y pedernales, pues estaban apisonando el paseo.

Arabela exhaló un grito de angustia, pidiendo socorro, porque vió al pobre joven inmóvil debajo de su caballo que se revolvía y coceaba, sin poder levantarse. Acudieron unos peones camineros y levantaron al caballo. En cuanto á Manuel, estaba privado de sentido.

Arabela mandó á su *groom* que fuese á buscar un médico á Sevilla. Entretanto incorporaron á Manuel, que tenía todo el rostro empapado en sangre. Con una carretilla grande de transportar arena improvisaron una camilla, esperando al médico. Un rato después vino el doctor Alderson en un coche; pues como el *groom* no conocía otro, habíase dirigido directamente á su casa.

El doctor registró á Manuel.

—Voy á mandar por una camilla más grande, le dijo Arabela.

—Lo mismo da, observó el doctor. Pérez de Vargas tiene rota la tabla del pecho y tres costillas; de un momento á otro morirá.

Así fué; minutos después, el pobre joven expiró, arrojando sangre por la boca.



Delante del espejo, cuadro de Alberto Herter
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

IV

Arabela se encerró en su casa y en un mutismo absoluto. Su padre nada la dijo; comprendió el doble dolor que sentía por la muerte de Manuel y por haber sido ella, hasta cierto punto, la causante de su muerte.

El entierro del malogrado joven constituyó en Sevilla una manifestación de duelo, pues gozaba de generales simpatías. Lord Clake y el doctor Alderson acompañaron al fúnebre cortejo.

Quince días después, Arabela y su padre se hallaban en Londres. La víspera de su viaje había rezado aquélla en el cementerio de San Fernando, en donde está enterrado Manuel. Pasado algún tiempo, Lord Clake dijo á su hija:

—Ese pobre conde de Argile ha vuelto á hablarme de ti; ¿qué le contesto?

—Que me casaré con él, lo mismo me da, respondió Arabela con acento indefinible.

Así, pues, la exaltada y romántica joven fué condesa y después marquesa de Argile. Su marido, notable en el Parlamento por su elocuencia, la aburría á ella con su conversación. Arabela representó bien su papel de gran señora; fué una de las muchas *laadys* cargadas de pedrería que brillan en la corte de Inglaterra. En los altos círculos se la conocía con el nombre de *la dama del spleen.*

Con pretexto de la feria, Arabela hacía todos los años un viaje á Sevi-



Agresión inesperada, cuadro de J. Armet

lla, primeramente acompañada de su marido y luego sola; rezaba en el cementerio de San Fernando, recorría los sitios por donde había paseado con Manuel y volvía á Londres. Indudablemente llevaba en el corazón el *rayo de dolor* de que habla Espronceda.

Este año no ha estado en Sevilla.

¿Habrá muerto?

¿Se habrá consolado?

F. Moreno Godino.

(Dibujos de Pujol-Hermann.)

EL ÚLTIMO CONCLAVE

A las cinco de la tarde del 31 de julio último dirigiéronse los cardenales á la Capilla Sixtina para entonar el *Veni, Creator*, rezar las preces de rúbrica, escuchar la lectura de las Constituciones del Conclave y prestar juramento. Después de estas ceremonias, entró el príncipe Chigi, mariscal de la Santa Iglesia romana y guardián del Conclave, precedido de cuatro lacayos, escoltado por veinte guardias suizos y seguido de un servidor, que en un almohadón de terciopelo azul llevaba las llaves del Conclave, de oficiales de las guardias palatina y suiza y de otros personajes de la corte pontificia.

Adelantóse el príncipe hasta el altar en donde estaba el cardenal subdecano, y doblando en tierra la rodilla, pronunció en latín la fórmula del juramento; lo propio hicieron después de él sus cinco oficiales, su gentilhombre, su intendente, su secretario y su capellán, los comandantes y oficiales de la guardia palatina, los guardias suizos y los gendarmes pontificios. Siguieron luego los patriarcas, los obispos y los prelados encargados de la vigilancia exterior de los tornos, que prestaron un juramento especial, y por último los conclavistas.

El prefecto de ceremonias tomó las ordenes del camarlengo y pronunció el *extra omnes*, que fué la señal de partida para los que no habían de quedarse en el Vaticano. Momentos después quedaban encerrados en el inmenso palacio los 62 cardenales que debían tomar parte en la elección del papa, sus secretarios y domésticos, los guardias nobles encargados del servicio interior, los prelados con funciones especiales, en número de 10, los cocineros, criados, etc., formando un total de 365 personas sin más comunicación con el exterior que la correspondencia y los periódicos que reciben por los tornos y que antes de serles entregados son revisados minuciosamente.

El Conclave se celebró como de costumbre en la Capilla Sixtina. Sobre el altar mayor, cubierto con paños encarnados y debajo de un dosel de terciopelo encarnado con bordados de oro, colocóse el tapiz llamado del Espíritu Santo; los cardenales se sientan alrededor de la capilla, cobijado cada uno por un dosel morado y teniendo delante una mesa con recado de escribir y una bujía para sellar su boletín.

Los boletines tienen 15 centímetros de largo por 12 de ancho: en la parte superior el votante escribe su nombre, en la parte inferior una divisa por él escogida y en el centro el del cardenal á quien quiere elegir. Esta parte central es la única visible, pues las otras dos están dobladas de manera que queden ocultas las demás indicaciones, que sólo sirven para comprobar, en caso necesario, los votos individuales. Preparado así el boletín, el cardenal lo lleva al altar, y jurando que únicamente le ha guiado al votar el interés de la Iglesia, lo deposita en la patena de un gran cáliz y luego lo desliza en el interior de éste en presencia del cardenal mitrado.



Episodios del último Conclave, dibujo de Amato

I. La guardia militar situada en la plaza de San Pedro. – II. Preparativos para la instalación de las celdas de los cardenales. – III. Construcción de una pared en el patio de San Dámaso para impedir toda comunicación con el exterior. – IV. Los cardenales emitiendo su voto en la Capilla Sixtina. – V. El público contemplando la *sfumata* desde la plaza de San Pedro. – VI. El cardenal Oreglia recorriendo el Vaticano para asegurarse de que no queda en el palacio ninguna persona ajena al Conclave. – VII. El cardenal Oreglia tomando juramento á las personas que han de permanecer en el Vaticano durante el Conclave de que guardarán secreto acerca de éste. – VIII. El escudo de la Iglesia durante el interregno de la Santa Sede.

Mientras esto ocurre dentro del Conclave, una multitud considerable acude dos veces al día, en las horas en que se cierran los escrutinios, para contemplar la *sfumata*, es decir, para ver el humo que sale por la pequeña chimenea de la Capilla Sixtina, á fin de deducir del color del mismo si se ha elegido ya papa. En efecto, una vez terminada la elección, se queman inmediatamente los boletines: si el escrutinio no ha dado resultado, se mezcla con los boletines un poco de paja mojada que hace que el humo sea más negro y más denso; si, por el contrario, la votación ha sido definitiva, sólo se queman los boletines, que despiden un humo blanquizco y casi imperceptible.

Siete votaciones hubo en el último Conclave; en la de la mañana del 1.° de agosto obtuvieron: Rampolla 24 votos, Gotti 17, Sarto 5, S. Vanutelli 4, Oreglia 2, Capecelatro 2, Di Pietro 2 y Agliardi, Ferrata, Richelmy, Portanova, Cazzetta, y Segna, uno cada uno; en la de la tarde del mismo día, Rampolla 29, Gotti 16, Sarto 10, Richelmy 3, Capecelatro 2, y Vanutelli y Segna uno cada uno; en la de la mañana del día 2, Rampolla 29, Sarto 21, Gotti 9, y Oreglia, Di Pietro y Capecelatro uno cada uno; en la de la tarde, Rampolla 30, Sarto 24, Gotti 3, Oreglia 2, Di Pietro 2 y Capecelatro 1; en la de la mañana del 3, Sarto 27, Rampolla 24, Gotti 6, y Oreglia, Capecelatro, Prisco y Di Pietro uno cada uno; en la de la tarde Sarto 35, Rampolla 16, Gotti 7, Oreglia 2 y Capecelatro uno; en la de la mañana del 4, Sarto 50, Rampolla 10 y Oreglia 2.

Según parece, un cardenal austriaco interpuso en nombre del emperador de Austria el veto contra Monseñor Rampolla, lo cual explica que el resultado definitivo de la elección fuese tan distinto de lo que hicieron esperar las primeras votaciones.

Cuando se procedió al último escrutinio y á medida que se iban leyendo papeletas con el nombre del cardenal Sarto, éste se conmovió profundamente subiendo de punto su emoción cuando el cardenal camarlengo, monseñor Oreglia, tocando la campanilla de plata, anunció el número de votos que había tenido. Fué aquel un instante verdaderamente solemne: el papa electo permaneció algunos minutos orando con la cabeza sepultada entre las manos, hasta que le sacó de su meditación el camarlengo, preguntándole: «Cardenal Sarto, ¿aceptáis la elección que de vos ha hecho el Conclave?» El cardenal Sarto, emocionadísimo, levantó la cabeza y con los ojos humedecidos por las lágrimas contestó: «Sí, acepto.»

Inmediatamente después de proferida la aceptación cayeron todos los doseles que cubrían los sillones de los cardenales, quedando levantado únicamente el del nuevo papa.

Al poco rato el cardenal Macchi anunciaba á la multitud congregada en la plaza de San Pedro la elección del cardenal Sarto, cuyo nombre fué acogido con delirantes aplausos y aclamaciones, que se reprodujeron dentro de la basílica cuando Pío X desde la tribuna dió solemnemente al pueblo su primera bendición pontificia. – R.

EL MILAGRO

I

Pedro el aperador del cortijo de la Bañuela, antiguo sacristán en la parroquial del concejo, se había vuelto loco.

II

Pasó el tren ruidoso y humeante y Ambrosio con la banderola de señales bajo el brazo, cruzó la vía, quitó las cadenas del paso á nivel y se encaminó á su pintoresca vivienda.

Una de esas construcciones que las compañías de ferrocarriles hacen levantar á lo largo de los caminos de hierro, pesadas y uniformes, para morada de sus empleados más modestos.

Algunas veces, como sucedía con la habitada por el guardabarrera Ambrosio, la Naturaleza se encar-

ga de quitarles su uniformidad haciendo crecer junto á ellas altos chopos ó frondosos sauces que les prestan su sombra; cubriendo con un encaje de hiedra, de campanillas y de madreselva los rojos adobes de sus paredes; deslizando un arroyo á su planta.

La linda caseta de Ambrosio parecía reir y esponjarse acariciada por el sol de aquel día de julio.

Las cigarras, desde los álamos, chirriaban, empezando su monótono concierto de siesta estival, el campo se asoleaba bajo la atmósfera ardorosa é inmóvil.

Pero dentro de la vivienda todo era silencio y tristeza y penumbra.

Cuando el guarda entró, dirigióse á la alcoba y se acercó á la cuna de pino colocada en un ángulo, mirando con ansia á la enfermita que en ella yacía.

Después interrogó á Joaquina, la acongojada esposa:

–¿Cómo la encuentras?

Era la centésima vez que hacía la misma pregunta, en la esperanza de que los ojos de ella, con la perspicacia finísima de la madre, hubieran descubierto signo de mejoría.

–Peor...

¡Siempre peor! Peor cada momento transcurrido desde que, dos semanas antes, cayera enferma de aquellas tenaces calenturas.

El pobre hombre se sentó desolado en una silla cerca de la cuna y ocultó el rostro entre las anchas manos callosas.

Pensó en que la muerte iba á arrebatarle un pedazo de su alma y recordaba con amargura las circunstancias en que había venido al mundo aquel ángel de Dios.

La pobreza había retardado por mucho tiempo el matrimonio de Ambrosio y Joaquina. Cuando al fin se efectuó el casamiento, tenían ambos más de treinta años. Vivieron juntos otros cinco más, y de nuevo la miseria les separó, obligándole á buscar trabajo lejos del pueblo precisamente cuando la dicha parecía haberle alcanzado con el extremo de su ala rósea, al saber que iba á realizarse el sueño de toda su vida: ser padre. Desde las minas en donde laboraba, recibía con frecuencia cartas de Joaquina, en que ésta le daba noticias de su estado. Por último, cuando supo que su mujer andaba ya anidando, se apresuró á reunírsele con los ahorros que había podido hacer durante aquellos meses. Entonces fué empleado de guardabarrera en la línea férrea que pasaba cerca del pueblo.

¡Había sido tan feliz que apenas se daba cuenta de cómo habían transcurrido siete años!

¡Y ahora todo iba á concluir para él, sin aquella su primera y última hija!

El médico había dicho una hora antes que sólo un milagro podría salvarla.

Ambrosio se levantó de repente, y tomando á su mujer por la mano, la condujo ante una litografía con marco de paja, que representaba al Crucificado agonizante sobre el Gólgota.

Los dos cayeron de rodillas y oraron angustiosos, oraron febrilmente sofocados por el dolor, con rezo estertóreo, derramando lágrimas que les escaldaban las mejillas.

La estampa se movió suavemente, una ráfaga de aire cálido invadió la estancia y sintieron una voz armoniosa á sus espaldas que decía:

–Pedid y se os dará.

Bajo el dintel de la puerta que daba al zaguán, vieron á un hombre pálido y esbelto que les envolvía en una mirada llena de infinita dulzura.

Traía el pelo de la cabeza, que era castaño, crecido de modo que formaba melena, y el de la barba, más rubio, partido y rizoso. Una tela blanca le cubría desde el hombro izquierdo, pasando bajo el brazo derecho, hasta los pies desnudos.



En el taller, cuadro de Richart

–La paz sea con vosotros, siguió. Y adelantóse algunos pasos.

–¿Quién eres?, preguntaron á un tiempo los esposos.

–Al que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los Cielos; mas á todo aquel que me negare ante los hombres, yo también le negaré ante el Padre.

–¿Eres hijo de Dios?, interrumpió Ambrosio.

–Tú lo has dicho. Os he visto rezar según mi mandato: «cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y ora á tu Padre secretamente, y Él, que ve en lo secreto, te recompensará.»

–Rezábamos porque nuestra hija, que está muy enferma, sane.

–¿Y creéis que Dios puede hacerlo?

–Si Él quisiera, ciertamente, exclamó Joaquina.

–Mujer, dijo el recién llegado, grande es tu fe. Tu fe te hará salva.

Enseguida se acercó á la cuna y descubrió á la niña, que le miraba sonriendo trabajosamente. Cuando la hubo desnudado del todo, mandó traer una vasija con agua y un pañizuelo.

Los padres llevaron los objetos pedidos, sin saber qué pensar de aquel hombre extraño que se había presentado de tan misterioso modo. Una alegría insólita habíase apoderado de sus sencillos corazones. Desesperados de los recursos terrenales aferráronse á la idea de una celestial intervención, con el ansia del náufrago que alcanza un madero flotante.

El desconocido tomó el paño, y empapándolo en agua, se puso á mojar el cuerpo de la paciente mientras ordenaba al padre encender leña en la chimenea.

Poco tardaron en prender y en levantar llama las secas gavillas de sarmientos.

Entonces el hombre tomó en sus brazos á la criatura y la mantuvo en alto sobre la lumbre, hasta que el agua que la mojaba se hubo evaporado.

Volvióla á la cuna y repitió el humedecerla y el secarla al fuego hasta tres veces.

Luego la vistió su camisita, la arropó de nuevo, y dirigiéndose á los padres inmovilizados de religioso respeto, les dijo con voz dulce y grave:

–Grande es vuestra fe y vuestra fe os ha salvado. Hágase con vosotros como queréis. La paz sea en esta casa.

Y comenzó á andar con reposado continente.

El guardabarrera y su mujer cayeron ante él de rodillas, llorando de emoción y de gozo, tratando de besarle los pies; pero los detuvo con un ademán solemne acompañado de estas palabras:

–No lloréis por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos.

Y se alejó. Se alejó por la vía, caminando entre los rieles que brillaban al sol de aquella tarde de estío como dos chorros de mercurio.

Volvieron los padres junto á la cuna y encontraron que la niña no sufría ya.

Dormía para siempre.

III

Entonces pasaron por frente á la casa del guardabarrera varios mozos del concejo y preguntaron á Ambrosio si había visto pasar por allí á Pedro el aperador de la Bañuela, que se había vuelto loco.

El guarda no le conocía, pero pudo afirmar que por allí había pasado.

J. SÁNCHEZ GERONA.

NUESTROS GRABADOS

En el taller, cuadro de Richart.—Si el pintor que en su cuadro nos presenta Richart y que, á juzgar por la indumentaria, debió florecer allá por los primeros años de la última centuria, volviera á la vida y recorriera los estudios de sus colegas modernos, poca diferencia encontraría entre nuestros tiempos y los suyos en punto á mueblaje y decorado: las mismas arquillas, las mismas cornucopias, las mismas armas, constituyen hoy como constituían entonces el principal ornamento del taller, dejando aparte las instalaciones de algunos artistas de excepcional nombradía, que más que talleres son verdaderos museos. En cambio, ¡qué mudanza en lo que se refiere á tendencias y procedimientos artísticos! Vería poco menos que por los suelos el clasicismo en que él se inspirara, menospreciados los cánones que para él constituyeron como una religión, abandonadas las tendencias que él considerara intangibles y en su lugar entronizados el culto á la naturaleza vista á pleno aire y el predominio del realismo, á veces hasta repugnante, del impresionismo más ó menos sincero. Y es probable que dijera horrores de tal transformación y que tratara de convencernos de cuán errados son los caminos seguidos por los pintores de hoy en día, pero de fijo que sus sermones producirán en nosotros el mismo efecto que sin duda causarían dentro de cien años los que á nuestros contemporáneos inspiraran los procedimientos y las tendencias que seguramente entonces estarán en auge y que distarán tanto de los de hoy como éstos de los de hace un siglo.

Estatua de Shakespeare, obra de Otón Lessing.—Pronto se alzará en Weimar, en donde con Goethe y con Schiller llegó el drama alemán á su apogeo, un monumento en honor de Shakespeare, á quien Alemania reconoce y venera como predecesor é inspirador de su propio arte dramático. En el concurso que se abrió hace algún tiempo fué premiado el proyecto del notable escultor berlinés Otón Lessing, del que forma parte principal la estatua que reproducimos. El inmortal dramaturgo lleva en una mano un rollo de papel y en la otra una rosa, y tiene á sus pies un cráneo cubierto con un gorro de bufón y una espada adornada con una corona de laurel, símbolos de sus grandes creaciones. La actitud de la figura es natural, familiar, por decirlo así, y al trazarla ha dejado el artista á un lado los convencionalismos que suelen prevalecer en esta clase de obras; la expresión de la cara es acertadísima, y en ella se adivina al hombre y al poeta que, libre de toda clase de preocupaciones, observa y estudia la vida que en torno suyo se desarrolla y penetra con intensa y segura mirada en lo más hondo del corazón humano.



EN FAMILIA, cuadro de Guillermo Leibl



UN ACCIDENTE, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet



REPRESENTACIÓN DE LA TRAGEDIA DE SÓFOCLES «EDIPO REY» EN LAS ARENAS DE NIMES, dibujo de S. Begg, tomado de una fotografía

Representación de la tragedia de Sófocles «Edipo rey» en las Arenas de Nimes.—La ciudad de Orange, en donde se inauguraron las representaciones al aire libre, no es la única en que se dan espectáculos de esta clase; en efecto, recientemente se ha representado en las Arenas de Nimes la grandiosa tragedia de Sófocles *Edipo rey*, con el concurso de varios artistas de la Comedia Francesa y del Odeón, en presencia de M. Doumergue, ministro de las Colonias, y de M. Roujon, director de Bellas Artes, y ante un público compuesto de millares de espectadores. La escena, que nuestro grabado reproduce estaba admirablemente dispuesta por M. Chambón, profesor de la Escuela de Bellas Artes; representaba la plaza pública de Tebas, viéndose á un lado el palacio de Edipo y un ara en donde ardía el incienso; á otro, el templo de Apolo, y en el fondo los dos templos de Palas. La obra maestra del inmortal poeta griego fué admirablemente interpretada y produjo un efecto indescriptible representada en aquel grandioso escenario iluminado por un sol espléndido y teniendo como fondo un grupo de montañas.

Esta fiesta coincidió con la inauguración de la estatua de un celebrado poeta nimense, A. Bigot, que falleció en 1897, y cuya memoria han querido honrar sus conciudadanos elevándole un monumento debido á Félix Charpentier.

Delante del espejo, cuadro de Alberto Herter. – Si examinamos atentamente las figuras y los objetos que constituyen este lienzo, habremos de confesar que la obra de Herter es un prodigio de ejecución; correctamente dibujados unas y otros, ofrecen en su conjunto y en sus detalles primores indiscutibles, sin que, á pesar de ello, los elementos accesorios distraigan la atención de los principales, ni éstos disminuyan en lo más mínimo el valor de aquéllos. Tiene además este cuadro una condición digna de elogio, y es la relativa sobriedad que en él se observa; y esta cualidad es tanto más meritoria cuanto que la mayoría de los artistas que dominan la técnica, como la domina el autor de *Delante del espejo*, generalmente incurren en el defecto de acumular en sus composiciones las dificultades de factura por el placer de vencerlas, sin tener en cuenta la índole de la obra y sin preocuparse de si tal procedimiento redunda en perjuicio del efecto total de la misma.

Agresión inesperada, cuadro de José Armet (de la colección de D Enrique Batlló). – Formó parte Armet de aquel grupo de artistas meritísimos que constituyeron la vanguardia de los precursores ó anunciadores de la evolución que por fortuna se operó en nuestra patria. No es, pues, un pintor novel, antes al contrario; y si, malaventuradamente, la dolencia que le aflige nos priva hoy de admirar nuevas producciones, vivo está el recuerdo de las que ejecutó, que constituyen sus timbres artísticos y á las que debe la consideración y la simpatía que se le tributa. Dotado de especiales condiciones y aptitudes para reproducir la naturaleza, produjo bellísimos paisajes de nuestra tierra, que por sus contrastes, sus brillantes y jugosos tonos ó su severa grandiosidad, ofrecíanle tema para cantar sus bellezas y demostrar su espíritu observador. A este género pertenece el que reproducimos, que forma parte de la hermosa colección que posee el inteligente coleccionista D. Enrique Batlló

En familia, cuadro de Guillermo Leibl. — Este pintor, uno de los más celebrados artistas alemanes modernos, fué un verdadero revolucionario, puesto que en una época en que en su patria imperaba casi en absoluto la tradición, rompió abiertamente con ella y se afilió con entusiasmo al naturalismo que en Francia cultivaba el gran Courbet. No hay que decir los sinsabores que esto le produjo, las severas censuras de que fué objeto; pero, haciéndose superior á los unos y arrostrando valientemente las otras, acabó por imponerse, y cuando murió, en 1900, su muerte fué considerada como una pérdida inmensa para el arte alemán. La mejor demostración de lo que fué Guillermo Leibl está en esos cuadros que en distintas ocasiones hemos reproducido y en el que hoy publicamos, que data de 1870 y que, á pesar del tiempo transcurrido, conserva los encantos de las composiciones inspiradas en la verdad y exentas de efectos y convencionalismos tan efímeros como la moda que por un momento los engendró.

Un accidente, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet.—No hemos de describir el asunto de este cuadro, que sobradamente explican el título del mismo y el interesante grupo que forman los cuatro personajes, ni consideramos necesario llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de composición y factura que atesora, porque la obra de Mme. Lucas-Robiquet es de las que desde luego entran por los ojos y cautivan sin que sea menester hacer de ellas un detenido análisis. El paisaje, lleno de luz y de aire, es de una poesía encantadora; y en cuanto á los personajes, tienen una expresión tal, que fácilmente se adivinan los sentimientos que á cada uno animan.

Paisaje de primavera, cuadro de José María Marqués.—Son tantas las veces que nos hemos ocupado de las obras de nuestro antiguo y querido colaborador José María Marqués, que estimamos ociosas cuantas consideraciones pudiera sugerirnos el bellísimo lienzo que en el presente número publicamos. Damos, pues, por reproducidos todos los elogios que, haciendo estricta justicia á sus relevantes méritos, le hemos dedicado en otras ocasiones, y nos felicitamos de que tan notable artista continúe por la senda desde sus comienzos emprendida, es decir, rindiendo culto á la naturaleza, estudiándola con cariño, sintiéndola como verdadero enamorado y como poeta y trasladándola al lienzo con gran maestría.

Bellas Artes. – BARCELONA. – En este período canicular en que anualmente queda en suspenso la producción artística, han roto el previsto quietismo un dibujante distinguido y un industrial inteligente, llamando la atención del público y de todos aquellos á quienes interesa cuanto con el arte se relaciona.

El ya conocido caricaturista Sr. Cornet, cuyos chispeantes é intencionados dibujos revelan la facilidad que posee para el cultivo de este dificilísimo género y á la vez un agudísimo espíritu ático, ha expuesto en el Salón Parés varios ex-libris, que denotan su cultura é ingenio y que sirven para dar á conocer una fase del laborioso dibujante.

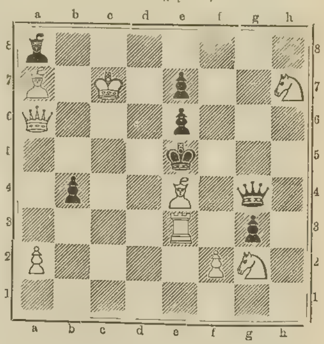
No menos encomio merece el constructor de muebles don Juan Busquets, quien á su vez ha expuesto en su establecimiento de la calle de la Ciudad tres mobiliarios de diverso estilo, de esmeradísima construcción y exquisito gusto, demostrando con ellos el progreso realizado por las artes suntuarias en nuestra ciudad.

Uno y otro merecen plácemes, puesto que en su respectiva esfera de acción cumplen como buenos y demuestran cuánto puede obtenerse con el auxilio del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 333, POR M. FEIGL.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 332, POR K. BAYER

Blancas.	Negras.
1. Cc3-a4	1. b5×a4
2. De2-d1 jaque	2. Cf2×d1 ú otra.
3. Te8-e4 ó D mate.	

VARIANTES.

1...... Tc5-c2;	2. Te3-e4 jaque, etc.
1...... Dh6×e3;	2. De2×e3 jaque, etc.
1...... Cf2-g4 jaq.;	2. De2×g4 jaque, etc.
1...... Cg7×e8;	2. De2-d2 jaque, etc.
1...... Ah3-f5;	2. De2-b2 jaque. etc.
1...... Otra jug.ª;	2. De2-d2 ó b2 ó Te4 jaq., etc.

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



Boris, admirado, se detuvo y la miró

– Perdone usted, Boris Ivanovitch, dijo restregándose los ojos con el revés de su mano; no le había oído entrar.

El joven había cogido el cartapacio y el modelo y los examinaba con atención.

– ¡Cómo! ¿Aprendías á leer y escribir sola?, le dijo con acento de incredulidad.

– No aprendo, amo mío; lo pruebo solamente, contestó Sonia con ademán asustado; pero si no lo quiere usted, no lo haré.

– ¿Que si no quiero? ¿Me tomas por un imbécil?, replicó Boris medio enfadado, medio riendo. ¿Por qué no me has dicho que tenías ganas de aprender? Yo te habría enseñado. ¡La verdad es que te ha costado mucho hacer esos garabatos!

Y diciendo esto examinaba sonriendo el cartapacio. La muchacha vió que no se reía de ella, á pesar de su aire burlón, y respiró más desahogadamente.

– ¿Es verdad que me enseñará usted, amo mío?, dijo con voz tan cariñosa y tan femenina que Boris quedó sorprendido.

– Ciertamente; pero ve á acostarte, pues hace dos ó tres horas que debieras estar en cama.

– ¡Oh!, dijo riendo Sonia, he dormido bien.

Había recobrado de pronto la alegría.

– Bueno, pues yo necesito dormir, repuso Boris seriamente; ve á acostarte.

– ¿No necesita usted nada?

– No, gracias; buenas noches.

– Buenas noches, amo mío.

Sonia se retiraba contenta; estaba ya cerca de la puerta cuando, á impulsos de una explosión de contento, volvió de un salto adonde estaba su amo y riendo hundió la cabeza en el abrigo de pieles que Boris acababa de dejar encima de una silla.

– ¡Cuán bueno es usted, Boris Ivanovitch! ¡Que Dios le proteja!, exclamó.

Y esto diciendo, cogió el abrigo, que era mucho más largo que ella, y salió silenciosamente.

Boris se rió con aquella risa producida por la emoción que á veces la joven hacía asomar á sus labios.

Desde que había perdido á su madre, sentía más apego hacia la huérfana; en ella le parecía hallar algo de la querida muerta. Sonia tenía inflexiones de voz y gestos que le recordaban los de la adorada ausente. A lo menos, tal creía Boris que era el motivo de su afección por la pequeñuela.

– Aprenderá cuanto quiera, se dijo; debí haber pensado en ello, pero recuperaré ahora el tiempo perdido.

Se sentó ante su escritorio en el sitio que Sonia acababa de abandonar, y la imagen de Lidia con su traje plateado y sus hermosas facciones surgió en seguida ante su imaginación.

– Me he prometido no pensar en ella y cumpliré mi promesa, se dijo.

Y cogiendo sus papeles, reanudó el trabajo que había dejado interrumpido por la mañana, y no lo dejó hasta que le rindió el sueño, cuando las campanas tocaban á maitines.

XXII

Al día siguiente, al despertar, Boris se decidió, para poder hablar con Lidia sin testigos, á enviar á Sonia á un recado.

Cuando daban las diez y acababa de tomar el te é iba á poner en ejecución su pensamiento, sonó un violento campanillazo que le hizo saltar de la silla. Antes de que tuviera tiempo de reflexionar lo que debía hacer, Sonia había abierto la puerta y una voz varonil y alegre despertaba los ecos de aquella casa.

– ¡Goreline!, se dijo. ¿Quién podía pensar que vendría tan pronto? Y ahora no habrá modo de quitármelo de encima.

En aquel mismo instante el general hizo irrupción en su cuarto, seguido de Sonia, que radiante de alegría le pisaba materialmente los talones.

– ¡Eh! ¡Eh, joven!, ¿no me esperaba usted tan pronto?, exclamó estrechando la mano de Boris.

– En efecto, balbuceó éste, no suponía...

– Es que he salido de mi casa para ir á misa y luego al mercado. Tenemos convidados; el general Troubine, un adorador de mi hija...

Al decir esto, Goreline adoptó un aire de importancia, al que en seguida sucedió una expresión lastimosa mientras añadía:

– ¡Es una cosa muy seria ir al mercado, Boris Ivanovitch! Los vendedores no son razonables y mi mujer...

Detúvose un instante como para calcular lo que le costaría la comida, y el cálculo le devolvió su buen humor, porque añadió con acento alegre:

– Pero me he dicho que en vez de ir al mercado podía venir á ver á usted y á Sonia, y aquí me tienen ustedes. ¿Estás contenta, Sonia, de volver á ver tu viejo general?

Y puso afectuosamente su mano sobre la cabeza de Sonia, como hacía antes en la terraza del castillo.

Aquel gesto despertó mil recuerdos en el corazón inquieto de Boris. ¿Vendría Lidia, como en aquel tiempo, á juntarse con ellos vestida con su traje lila?

– ¿Y no puede usted estar mucho rato con nosotros, general?, preguntó el joven, dispuesto á salir si no hallaba mejor sistema de alejarlo.

– Sólo un minuto; pero lo suficiente para tomar un vaso de te si me lo ofrece usted, dijo el buen señor sentándose cómodamente en el sillón que Boris acababa de abandonar.

– Ciertamente, contestó el joven. Tengo algo que hacer, pero no corre prisa.

– ¡Oh! No se moleste usted por mí, dijo el general; si quiere salir, me quedaré un ratito con Sonia.

Esto era todavía menos del gusto del joven, quien se apresuró á dar una taza de te bien frío á su importuno visitante.

El reloj de cuco dió las diez y media. Boris, magnetizado, seguía el movimiento de las agujas del suyo que estaba sobre la mesa, mientras el general les dirigía á él y á Sonia, que permanecía de pie, mil preguntas, á las cuales respondía el joven lo mejor que podía, resuelto á coger su abrigo de pieles cuando dieran las once menos cuarto, y á ir á esperar á Lidia á la puerta de la calle para evitar que entrase.

Por fin el general, después de tomado el te, se acordó de que el mercado estaba lejos y de que te-

nía aún muchas cosas que hacer. Levantóse y se dirigió á la antesala, acompañado por Boris, á quien la sangre le hervía en las venas, mientras Goreline se ponía lentamente el abrigo y los chanclos. Cuando ya iba á abrir la puerta, ocurriósele al general una idea.

– ¿Quiere usted prestarme á Sonia?, le dijo. Llevará las provisiones á casa; nadie la conoce, y me parece que será más conveniente que sea ella y no yo quien lleve los paquetes.

– Con mucho gusto, respondió Boris. Sonia, ponte el abrigo, de prisa, ¿oyes? No hagas esperar al general.

El reloj daba las once en el momento en que la muchacha, bien arropada, reapareció en la antesala.

– Hasta la vista, general, dijo el joven lleno de impaciencia. Vuelva usted pronto á vernos. Supongo que me dispensará si no le devuelvo la visita.

– ¡Sí, hombre, sí!, contestó el general riendo, mientras bajaba la escalera. Esté usted tranquilo; volveré.

Nada se oía ya. Boris cerró sólo una de las dos puertas de la antecámara á fin de poder percibir el menor ruido y se instaló de nuevo en la pieza que le servía de salón y precedía al dormitorio.

Los terrores que acababa de experimentar habían alterado sus nervios, y la espera de la que iba á llegar no era á propósito para tranquilizarlos. Boris sentía que su memoria y su presencia de ánimo flaqueaban, pero haciendo un esfuerzo violento, despertó sus facultades entorpecidas y se puso á escuchar atentamente.

Dieron las once y media, y el sonido agudo del timbre del reloj resonó largo tiempo en la soledad de la habitación. Boris escuchaba con todos sus sentidos; figurábasele que podría oir el roce del vestido de Lidia al través de la gruesa puerta de la escalera. Pero no turbaba el silencio ningún rumor: la nieve medio derretida amortiguaba el ruido de los carruajes y los trineos se deslizaban silenciosamente por debajo de las ventanas herméticamente cerradas. Aquella calma hacía daño á Boris que, medio alucinado, llegó á pensar por un momento que estaba muerto y que se habían olvidado de enterrarle; pero hizo un movimiento y el hechizo se desvaneció.

Sonó al fin en la antesala la campanilla de la puerta agitada por una mano febril. Boris apresuróse á abrir, y una forma humana vestida con traje negro y cubierto el rostro por un triple velo, pasó rápidamente por delante de él y no se detuvo hasta llegar al salón. Boris cerró la puerta, y jadeante, pálido de emoción, detúvose delante de aquella mujer.

– Soy yo, dijo Lidia apartando su velo.

La luz del día la favorecía menos que la artificial. En su tez empezaban á marcarse ligeras líneas que luego se convertirían en arrugas; sus dientes no mostraban el esmalte de años antes; sus ojos tenían una expresión dura dentro de sus órbitas ligeramente enrojecidas, y en sus mejillas se veía aquel color especial de rosa ajada que ostentan todas las mujeres que se retiran tarde.

La noche antes, Lidia había parecido á Boris una criatura hermosa de veinte ó veintidós años; ahora parecíale una joven de veinticinco algo gastada.

Sólo habían transcurrido tres años desde el día en que junto á la fuente había dicho á Boris: «¡Te amo!» ¿Qué había sido de la flor de sus diez y ocho años?

– Soy yo, repitió.

Y se sentó en un sillón.

Si hubiese sonreído, hecho un gesto, dicho una palabra, Boris habría caído de rodillas; los años de ausencia y de olvido se habrían borrado con una sola mirada tierna; el corazón de su amante hubiese latido como en otro tiempo, pues no podía olvidar de ninguna manera que ella había sido su primero y único amor; pero la mirada era indiferente, el seno no se agitaba sino de terror y los labios no tenían aquel pliegue que atrae el beso.

– Doy gracias á usted por haber venido, dijo Boris calmándose súbitamente.

Su amor agonizaba.

«Nunca me ha amado, se dijo; ¿qué puede querer de mí?»

Aquella misma pregunta bajo otra forma se escapó de sus labios, casi á pesar suyo:

– ¿Tenía usted algo que decirme?

Lidia se mostraba un tanto inquieta, pues la sangre fría del joven la desorientaba; después de las palabras de la noche anterior, esperaba otra acogida. Quizá había preparado una escena de enternecimiento, y de repente le veía ante ella, serio y tranquilo como un juez aguardando sus palabras.

«Ya sabía, díjose para sus adentros, que no tenía corazón.»

Y después de haber formulado este juicio, no se tomó ya la pena de disimular.

Sacando de su dedo la sortija que Boris le había dado en la estación el día de su marcha, y que jamás había llevado, se la tendió sin decir una palabra, y viendo que el joven no avanzaba la mano para tomarla, la dejó en la mesa que tenía delante. Boris siguió con los ojos aquel movimiento y quedó inmóvil mirando cómo brillaba el círculo de oro sobre la obscura madera.

¡Si Lidia hubiese sabido que en aquel mismo momento en el corazón del joven se rompía un muelle vital; si hubiese adivinado que todas las potencias de su alma unidas en aquel trozo de metal pedían gracia bajo el golpe que las hería; que los labios del joven estaban cerrados por temor de dejar escapar un torrente de reproches y de lágrimas!

Nada supo, nada adivinó, y miró á Boris con asombro.

– ¿De modo que todo ha concluído?, preguntó éste en voz baja después de un largo silencio.

Lidia no respondió y bajó los ojos.

– Lidia, ¿me amaba usted cuando recibió esta sortija?, continuó con voz triste, pero ya severa.

La joven, no queriendo ni pudiendo responder, continuó guardando silencio.

– Si no me amaba usted entonces, ¿cuándo me ha amado?

Un destello de cólera brotó de los ojos entornados de la joven.

¿Reproches á ella? ¿Con qué derecho aquel extraño le hablaba así? Sin embargo, se contuvo.

– Yo la amaba á usted, continuó Boris con la misma voz grave y casi sin inflexiones, y á pesar de ello, no he querido encadenarla. No he implorado el cariño de usted; la he dejado dueña de su suerte, y es usted quien ha escogido. ¿Por qué ha aceptado mi amor si no me amaba?

– He venido á pedirle á usted las cartas que le he escrito, dijo bruscamente la señorita Goreline levantándose; he aquí lo que tenía que decirle, traigo prisa y no quiero esperar.

Boris, inmóvil, la miraba con rostro á la vez severo y compasivo.

– ¡Si supiera usted lo que ha perdido!, exclamó. La amaba como nadie la ha amado, como nadie la amará. Si lo hubiese usted querido ayer, y aun ahora, hubiese caído á sus pies y la hubiese adorado. Y usted... ¿Qué necesitaba? ¿Por qué ha venido? ¿Pensaba usted que no sufriría bastante viéndola tal como ahora es?

La cólera subía á las mejillas y á los ojos de Lidia, que en aquellos momentos se parecía de un modo lamentable á su madre.

– He venido porque quería mis cartas. Devuélvamelas usted.

– Habría podido escribirme diciendo que las quemara. Lidia, ¿por qué ha mentido usted diciéndome que me amaba?

Le hablaba con dulzura, como á una niña culpable: quizá esperaba vagamente que pronunciara una palabra, que lanzara una mirada que permitiese recordarla sin amargura y sin desprecio.

– No quiero recibir reproches de usted, contestó ella en el paroxismo de su cólera. Quien los merece es usted, que ha abusado de mi juventud para seducirme y empeñar mi palabra, cuando yo no sabía lo que hacía; usted, que me ha hecho perder un brillante matrimonio con Armianof á los diez y siete años, y que quisiera todavía impedir que me casara ahora. Pues bien, sí, me voy á casar y quiero mis cartas, ¿lo oye usted?

– ¿Se va usted á casar con el general que estaba con usted la otra noche?, replicó Boris.

– Y eso, ¿qué le importa á usted?, repuso con insolencia la joven; ¡vengan mis cartas!

Boris quitó de su dedo la sortija igual á la que brillaba sobre la mesa, cogió ésta, y abriendo la ventana y después de mirar las dos sortijas durante un momento, las lanzó á la nieve, que las cubrió en seguida.

Si entonces Lidia se hubiera echado á su cuello diciendo «¡Perdóname!,» quizá hubiese perdonado todavía. Cerró el cristal, se volvió hacia ella, que le miraba sin decir una palabra, y añadió:

– Voy á darle á usted sus cartas.

Y entró en su cuarto.

Al quedar sola, Lidia sintió miedo: la tranquilidad del joven no le parecía natural.

– Debe estar loco, pensó.

De pie en medio del salón, temblando de impaciencia y de temor, oía el ruido que hacía Boris moviendo los papeles. En un momento dado, sintió el sonido metálico que produjo un objeto en el que Boris había tropezado y creyó que armaba una pistola. Loca de terror se precipitó hacia la antesala disponiéndose á gritar, cuando Boris apareció de nuevo en el dintel de la puerta.

– He aquí todas las cartas, señorita, dijo presentándole el paquete; cuéntelas usted.

– Es inútil, dijo Lidia roja de vergüenza.

– Se lo pido, respondió el joven, y si me queda un derecho, es el de decir: ¡lo quiero!

Lidia le miró y leyó en sus ojos todo el desprecio que merecía.

– Pues yo no quiero, dijo apoderándose del paquete.

– ¡Yo lo exijo!, contestó Boris deteniendo su movimiento con mano inexorable.

La joven quedó inmóvil, asustada de aquella calma y de aquella implacable resolución, y se puso á hojear precipitadamente las cartas con la mano que le quedaba libre.

– La cuenta está cabal, dijo con voz sofocada.

El joven abandonó el brazo que había retenido hasta entonces.

– ¿No tiene usted nada más que pedirme?, preguntó cortésmente.

– Boris Ivanovitch, murmuró Lidia turbada y á punto de llorar, ¿le he disgustado, quizás?

La fuerza física la había vencido y casi sentía ganas de pedir perdón.

– ¡Oh! No vale la pena de hablar de ello, dijo Boris con el mismo tono amable y frío.

Lidia se dirigía hacia la antesala, cuando la puerta se abrió bruscamente y Sonia entró, seguida del general Goreline, que exclamó sin ver á su hija:

– He olvidado mi tabaquera aquí, Sr. Grebof.

Advirtiendo la presencia de una señora que le volvía la espalda, se detuvo muy perplejo. Los cuatro personajes, tan extrañados unos como otros, estaban inmóviles y mudos.

Goreline examinaba atentamente á la dama velada. Un gesto involuntario y sobre todo el vestido le revelaron la verdad.

– ¡Cómo! ¿Eres tú, Lidia? ¿Eres tú?

Diciendo estas palabras, el general tenía lo menos cinco pulgadas más de estatura.

– ¿Qué haces aquí?, añadió.

– Y usted mismo, papá, ¿qué hacía?, preguntó la joven á su vez.

– ¿Yo? Esa no es cuenta tuya; pero tú...

– Le he buscado para ir á la iglesia, me han dicho que acababa usted de salir y le he seguido. ¿Ha olvidado usted su tabaquera? A fe que se pondrá contenta mamá cuando le diga que visita usted la casa del peor enemigo de nuestra familia.

La estatura del general había vuelto á su altura ordinaria.

– Has venido para saber dónde yo estaba y resulta que es en casa de un joven que te ha pedido en matrimonio hace algún tiempo, y á quien tú amabas...

Lidia golpeó con el pie en el suelo.

– Pues bien, vamos. Vamos á ver á mamá y le diré dónde está usted en tanto que le cree en la iglesia.

– Sr. Grebof, dijo de repente el general cruzándose de brazos y volviéndose hacia el joven, ¿puede usted darme su palabra de que mi hija no ha venido aquí á una cita de amor?

– Por lo que toca á esto, general, se la puedo dar absoluta. Entre la señorita y yo no puede haber nada que se parezca á amor.

– Vámonos, papá, vámonos, dijo Lidia con voz sorda; y si dice usted á mamá que me ha encontrado aquí, yo le diré lo amigo que es usted de este caballero.

El general se dejó arrastrar fuera de la casa. La puerta había quedado abierta, y durante un momento se oyó la voz de Lidia que reñía á su padre. Después, nada más; todo quedó en silencio, y Sonia, consternada, cerró la puerta.

– No esté usted aquí, amo mío, que hace frío, dijo á Boris, que continuaba en el mismo sitio.

Le tomó por la mano y él se dejó conducir hasta su cuarto. La pequeñuela cerró cuidadosamente la puerta del salón, avanzó un sillón á su amo, empujó el cajón abierto, cerró el secreter y miró al joven con ojos en que brillaba una ternura llena de piedad.

Inmóvil y todavía conmovido, miraba fijamente su mano sin la sortija; Sonia se retiró discretamente y cerró la puerta.

Al cabo de un instante, Boris volvió al sentimiento de la realidad.

– ¡Miserable!, exclamó en voz alta levantándose furioso. ¡Miserable! Todo lo ha arrancado y todo lo ha roto. Ni siquiera puedo compadecerla. Sólo puedo despreciarla.

Se echó sobre la cama y dejó correr lágrimas de rabia; poco á poco el pesar reemplazó á la cólera, y al

recordar que había vivido tres años esperando este día que había dado fin á todas sus esperanzas, apoderóse nuevamente de él la cólera y luego el desprecio.

Se había levantado, y andaba á pasos lentos y mesurados por su cuarto. ¿Qué meditaba? ¿Una venganza, quizá? Una de esas venganzas que hieren irremediablemente al mismo que las realiza.

El día terminaba y Boris no había tomado ningún alimento; la fiebre le devoraba y continuaba andando por su cuarto. La puerta se abrió y Sonia apareció en el dintel.

– ¿Come usted en casa, amo mío? La comida estará hecha dentro de una hora.

– No quiero comer en ninguna parte, déjame tranquilo.

Pero Sonia, en vez de marcharse, dió dos pasos y cerró la puerta detrás de ella.

– Amo mío, dijo con voz firme, cuando murió su santa madre, que Dios tenga en el paraíso, era usted muy desgraciado, pero no estaba tan triste.

Boris, admirado, se detuvo y miró con aire interrogador á la muchacha.

– Perder su madre es una gran desgracia; y la de usted era una santa, añadió Sonia con voz temblorosa. Estaba usted triste, pero no colérico como hoy..., sabía que era la mano de Dios que le hería y no ha protestado usted... ¿Por qué, pues, hoy monta en cólera?

– ¿Quién te ha dicho?..

Ella le interrumpió:

– ¡Es un pecado, amo, un terrible pecado! Ninguna desgracia más grande puede acontecerle que la que le sucedió en Navidad: ¿Por qué ahora parece usted más desgraciado que entonces?

La débil voz de la niña era grave y llena de autoridad. En la sombra cada vez más espesa, con los brazos caídos á lo largo de su vestido obscuro y á pliegues, parecía una estatuita de la Edad Media, una de esas vírgenes rígidas y candorosas que causan la admiración de los pintores de hoy día.

– Está mal hecho, amo mío, dejar que se le turbe el corazón por pensamientos indignos. La señorita no le amaba á usted. Es una mala mujer, como su madre, ya lo sabía allí, en su casa, en el campo.

Boris hizo un movimiento.

– Va usted á decirme que no soy sino una sirviente, amo mío, y que esas cosas no me incumben; pero su madre le amaba á usted, y si ella estuviese aquí, estoy segura que pediría á Dios que cambiara el corazón de usted.

El timbre grave y puro de la voz de Sonia había vuelto á adquirir toda su firmeza. Con los brazos modestamente cruzados sobre el pecho, inmóvil, esperaba una contestación ó un reproche.

La noche había cerrado. Boris no andaba ya, y con la cabeza inclinada, parecía escuchar una voz interior.

– ¡Sofía!, dijo al cabo de un momento de silencio.

Al oir aquel nombre de «Sofía,» que jamás pronunciaban los labios de su amo, la muchacha, acostumbrada á otro más familiar, levantó un poco la cabeza y esperó.

– ¿Sabes lo que quiere decir tu nombre en griego?, preguntó Boris casi sonriendo.

– No, amo mío.

– Significa «sabiduría,» y el nombre te cuadra perfectamente. Enciende la lámpara y tráela.

Sonia salió silenciosamente y volvió en seguida trayendo la lámpara. Antes de dejarla se detuvo detrás del sitio habitual de Boris, buscando el mejor punto en que ponerla sobre la mesa, atestada de objetos.

En aquella misma postura estaba, tiempo antes, detrás del sillón de la señora Grebof, en el momento en que su hijo advirtió su muerte.

Impresionado por aquel recuerdo, Boris dió un paso hacia adelante y Sonia levantó los ojos hacia él. ¡Cuánta ternura, cuánta sumisión y cuántos reproches en aquella mirada infantil!

Apenas había dejado la lámpara y la niña se disponía á marcharse, cuando el joven se aproximó á ella y la detuvo con un gesto.

– ¿Quieres aprender á leer y á escribir?, dijo con voz completamente tranquila.

– Ciertamente, amo mío.

– Siéntate, pues, dijo poniendo la mano sobre su cabeza con un ademán de autoridad; voy á darte la primera lección.

Y durante más de una hora se entregaron á los misterios del alfabeto.

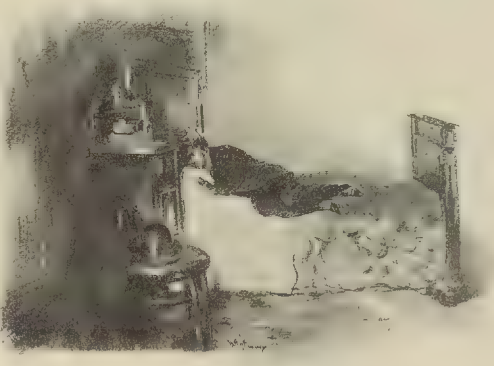
XXIII

Tres meses transcurrieron. Los Goreline habían vuelto al campo y Lidia no se había casado. Boris supo estos detalles en casa del profesor B..., pues no había vuelto á ver al general.

Moscou se despoblaba; todo el mundo salía al campo. Cediendo á los ruegos de Sonia, Boris se decidió á ir á presenciar la recolección en Grebova, aquella hacienda en miniatura que á la pobre muchacha se le antojaba una de las mayores de Rusia.

Cuando se preparaba á marchar, recibió un día la visita inesperada del príncipe Armianof.

– ¿Quizá había usted imaginado que pasaría por Moscou sin venir á verle?, exclamó el príncipe alegremente, mientras por las abiertas ventanas penetraba el perfume de los retoños de abedul. El campo nos atrae en esta estación y Moscou está muy feo bajo su triple capa de polvo; pero antes hubiera estado aquí ocho días que dejar de verle á usted, y en caso necesario habría ido á Grebova.



Boris se echó sobre la cama y dejó correr lágrimas de rabia

– ¿Partamos juntos?, dijo simplemente Boris.

– ¿Mañana por la mañana?, replicó su huésped.

– O esta noche, si quiere usted.

– Pues sea esta noche, repuso el príncipe: tomaremos mi carretela. ¿Viaja usted solo?

– No, me llevo á mi ama de llaves.

– ¿Pesa mucho? ¿Serán bastantes resistentes los muelles de mi carruaje para llevarla?, preguntó Armianof con expresión de cómica angustia, recordando á la casera de su hacienda, que de fijo pasaba de los cien kilos.

– Ahí la tiene usted, contestó Boris señalando á Sonia, que entraba en aquel momento con una bandeja llena de tazas y jarros para ofrecerles el te tradicional.

– ¿Y á esto llama usted un ama de llaves?, exclamó Armianof. ¡Si no pesa nada, amigo mío!

Sonia contemplaba con aire asombrado al príncipe, el cual la reconoció por haberla entrevisto una vez, hacía años, en el imperial de la diligencia.

– ¿Se acuerda usted de aquel tiempo, Grebof?, dijo el príncipe suspirando. ¡Ah, era la gran época de nuestra vida! Entonces éramos jóvenes.

Los dos amigos partieron en la calesa, como el día en que Armianof había corrido tan locamente detrás de Boris, que iba en la diligencia, acompañado de su protegida. Ahora Sonia iba en el pescante, al lado del cochero.

Durante los pocos días que Armianof pasó en Grebova, los dos amigos se contaron una porción de aventuras. Pero había un tema que ni uno ni otro se atrevían á abordar.

Armianof, sin embargo, quería hablar de ello, y el día antes de su partida, aprovechando ese instante en que la gente que va á separarse por largo tiempo se halla más dispuesta á las confidencias íntimas, llevóse á Boris á dar un largo paseo y le habló como creía que debía hacerlo.

– ¿Piensa usted quedarse en Moscou?

– Creo que sí. La vida en San Petersburgo es demasiado agitada, y en Moscou me es más fácil el trabajar y aislarme.

– Nuestro amigo el filólogo, repuso el príncipe, me ha encargado que le presentara á usted á muchos amigos suyos que le pueden ser útiles, y esto lo haré en otoño, á mi regreso, porque ahora todos los pájaros han volado.

Boris le dió las gracias, y el príncipe, después de un momento de silencio, continuó no sin cierta vacilación:

– ¿Se casa usted?

– No, contestó Boris.

La sangre le subió al rostro; el dolor, casi olvidado, despertó de nuevo, y su corazón sintió sorda cólera contra Lidia. Armianof vió que había dado en el blanco.

– ¿Ha vuelto á ver usted á la señorita Goreline?

Boris no contestó; Armianof, poniéndole la mano en el brazo, díjole con insistencia:

– No quiero disgustar á usted, sino por el contrario, hacerle un favor, créalo. ¿Le he engañado jamás?

Boris alzó los ojos, y la expresión afectuosa de aquel rostro vuelto hacia él, devolvió á su espíritu una especie de calma.

– Pues bien, sí, la he visto.

– ¿Y no le ha cumplido á usted su palabra?

– No soy ni el primero ni el último á quien le ha tocado en suerte esta calamidad, respondió Boris con cierto despecho.

– Es verdad, repuso suspirando Armianof, que tal vez había también participado de un pesar análogo; estaba seguro de que acabaría así, y si se lo hubiese dicho á usted, quizás le habría ahorrado algunos años de incertidumbre; pero hay cosas que deben callarse, so pena de pasar por un mal hombre.

– ¿Cómo podía usted preverlo?, preguntó Boris sin gran extrañeza.

– ¿Está usted ya repuesto del primer golpe? ¿Puedo decirle todo lo que pienso?

– Sí, contestó Grebof desviando la mirada, como si quisiera concentrarse dentro de sí mismo en previsión de un nuevo dolor.

– La señorita Goreline no le amaba á usted ni podía amarle, dijo Armianof con acento pausado é igual para mejor imprimir su pensamiento en el ánimo de su amigo. No podía amarle porque es por naturaleza coqueta y frívola, enamorada del lujo y de los placeres de amor propio, y además inaccesible á los sentimientos más elevados. Y no es que yo la incrimine, añadió viendo que Boris contenía un movimiento; Lidia es tal cual la han hecho la naturaleza y la educación, y en el fondo no la creo mala; vale, ó por lo menos valía, cien veces más que su madre, que ha envenenado la existencia del viejo Goreline, el más bueno de los hombres; pero dados sus disposiciones naturales y el medio en que ha vivido, no podía ser más que lo que es. Casada á tiempo con un hombre honrado de mediana fortuna, creo que habría sido una esposa virtuosa y una buena madre de familia; pero jamás habría podido ser la compañera de usted, señor Grebof, porque usted le pedía algo que ella no podía dar; usted quería ante todo su amor, y ella no puede amar.

– ¡Pero entonces me amaba!, exclamó Boris vencido por un amor retrospectivo que le hizo casi tanto daño como en el mismo momento en que lo experimentara.

– No, amigo mío, prosiguió diciendo Armianof con firmeza, no le amaba á usted. En el instante en que le prometía ser su esposa, le imbuían la idea de que había de serlo mía, y ella escuchaba á los que así le hablaban, no sólo sin protestar, sino, por el contrario, sonriendo.

– ¿Quién se lo ha dicho á usted?, preguntó Boris con cierto acento de cólera que le fué imposible dominar.

Le repugnaba pensar que había sido traicionado *entonces*, aun sabiendo con seguridad que lo había sido después.

– Me lo dijo mi nodriza, que lo sabía por los criados de Goreline, y que me lo contó todo después que usted se hubo marchado. Además, preciso era que la cosa fuese visible, puesto que yo mismo, al saber que usted había partido tan repentinamente y al adivinar que ustedes dos se amaban, comprendí que me habían engañado..., sí, engañado, porque Lidia me había dado el derecho de suponer que yo le gustaba.

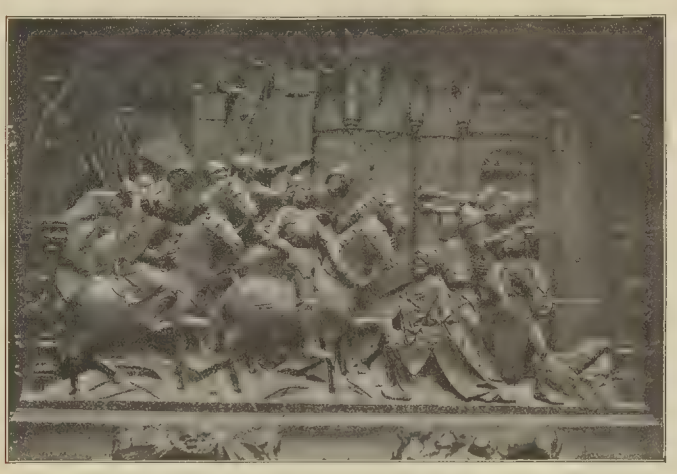
Boris guardó silencio: la evidencia que le abrumaba hería en él fibras que el dolor había hasta entonces respetado.

(Continuará.)

SILLERÍA BAJA

DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

En el año de 1494, cuando el entusiasmo guerrero y patriótico acababa de realizar la unidad nacional y el Renacimiento empezaba á imponer los elementos que habían de transformar el concepto artístico, emprendió el célebre maestro Rodrigo la construcción de la sillería baja del coro de la catedral toledana, inspirándose para el tema de los hermosos relieves que embellecen la obra en los sangrientos combates, asaltos de villas y castillos y cuantos episodios recuerdan la gloriosa epopeya que terminó con la toma de la capital de los monarcas nazaritas.



Sillería baja del coro de la catedral de Toledo. – Batalla de Marbella en tiempo de la reconquista de Granada, alto relieve, obra de Maese Rodrigo (de fotografía de Casiano Alguacil)

Aparte de la inmensa labor que tal obra representa, recomiéndase por constituir cada uno de los relieves un cuadro de carácter histórico, en los que el artista preséntase actuando bajo la influencia del nuevo estilo, ya que apenas se traslucen en las figuras la rigidez y angulosidad distintiva del anterior período, llamando la atención la agrupación de las figuras, la energía de las actitudes, propiedad de los trajes y expresión. Cada relieve ostenta esculpido el nombre y título de la escena representada.

Posteriormente, en 1539, llevóse á cabo por Alfonso Berruguete y Felipe de Borgoña la construcción del coro alto, resultando, por lo tanto, asociados los nombres de estos dos habilísimos maestros al de Rodrigo en la ejecución de una obra tan notable, y el de todos ellos á los Copin de Holanda, Juan de Borgoña, Francisco de Amberes, Sebastián Almonacid, Fernando del Rincón, Francisco Guillén, Andrés Segura y otros más que constituyeron esa pléyade de artistas que tantas maravillas crearon y enriquecieron la catedral de la imperial ciudad, contribuyendo con su esfuerzo á conquistar glorioso renombre y merecida fama.

A. García Llansó.

LA FABRICACIÓN DE LAS FLORES NATURALES

Si algún jardinero famoso de la época del Rey Sol resucitara y visitara nuestros viveros y nuestros invernaderos modernos, quedaríase de fijo asombrado al contemplar los progresos realizados en horticultura de dos años á esta parte.

El título del presente artículo puede parecer extraño, y sin embargo, es exacto. El público de nuestros días se ha hecho cada vez más exigente bajo todos conceptos; quiere siempre cosas nuevas y originales, y gracias á los adelantos de las ciencias casi no hay nada imposible. ¿Acaso no hay que satisfacer las exigencias de los aficionados ricos? Se han querido frutas en todas las estaciones, y no han faltado ingeniosos arbolistas que han creado invernáculos que en todos los meses del año proporcionan frutas naturales y suculentas. Los invernaderos no han bastado para las flores, y ha sido preciso que, á fuerza de un trabajo asiduo y de cuidados incesantes, se obtuvieran flores de colores nuevos y de pétalos extraordinarios. Hoy en día hay quien facilita flores del tamaño, del color y casi de la forma que se deseen. ¿No es esto una maravilla?

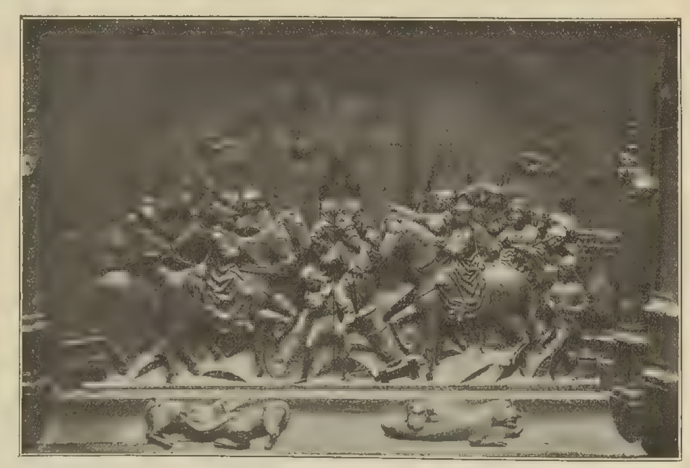
En nuestras exposiciones hortícolas hemos podido ya admirar buen número de estas variedades curiosas, pero en Inglaterra es donde principalmente existe la fabricación de flores naturales, hasta el punto de que se diría que los horticultores ingleses son verdaderos magos.

Todas estas flores curiosas por su forma, por su tamaño y por su contextura, son absolutamente fabricadas, y nunca la naturaleza, abandonada á sus propios recursos, habría podido producirlas. Numerosos son ciertamente los aficionados á las flores sencillas; pero es imposible no extasiarse ante la gloxinia, «taza y platillo,» creada por Mr. Sulton, de Reading (Inglaterra); el sólo nombre indica cuál es esta flor extraña. ¿Cómo se ha obtenido este resultado? Por medio de selecciones y cruzamientos continuos, sin que entre seguramente para nada la química en este trabajo, pues estas flores se producen por medios naturales. Conociendo las condiciones más favorables para el desarrollo de la flor, como son terreno, alimento y temperatura, en este terreno nacerá, este alimento especial le será suministrado como si se tratase de un enfermo y se abrirá en un invernadero en que constantemente reine esta temperatura. En cuanto á la coloración, también se obtendrá mediante una selección de tonos más ó menos aproximados al color que se quiera producir; así, cruzando dos plantas que tengan mayor tendencia al blanco, aunque en el primer cruzamiento no se logre un gran progreso, la tendencia al blanco se acentuará, y continuando estos cruzamientos acabará por eliminarse todo color y se conseguirá un blanco puro. ¿Al cabo de cuánto tiempo? Nadie puede preverlo, ni siquiera el fabricante; pero con perseverancia y gran conocimiento de las mezclas de colores se llegará al resultado apetecido.

Si tomamos, por ejemplo, la primavera de China tal como era antes y la comparamos con la primavera gigante de China que actualmente se obtiene, distinguiremos perfectamente los caracteres primitivos, pero observaremos en ellos un extraordinario desarrollo. El artista que logró producir esta flor había notado que únicamente las flores coloradas podían producirse en plantas de tallo y de follaje obscuros; pero gracias á cuidados especiales y á riegos particulares acabó por obtener flores del color blanco más puro en tallos y follajes casi negros; y aun pudo lograr un resultado inverso, es decir, una flor azul obscura en un tallo claro. Con la begonia se han conseguido resultados curiosísimos, lo mismo con las simples que con las dobles. ¿Quién reconocería en esas flores de pétalos gigantes la begonia tan sencilla y tan común que hace cincuenta años crecía en nuestros jardines? En estos establecimientos hortícolas, que parecen verdaderos laboratorios, pueden verse también begonias dobles, imponentes y majestuosas, que dejan muy atrás á la begonia doble de otros tiempos.

Entre los desarrollos más interesantes hemos de citar en primer término el de la gloxinia. Si examinamos el tipo primitivo de esta pobre flor que parece muy poco perfeccionable, no podremos menos de preguntarnos cuánta habilidad y cuánta paciencia habrá necesitado el horticultor para llegar á este tipo final de forma perfecta, cuya hoja grande y obscura hace resaltar todavía más el blanco puro de la flor ampliamente abierta, que forma un verdadero ramillete sobre un solo tallo. Y aún no ha terminado su perfeccionamiento, porque hace poco se ha obtenido, por simple selección de la flor primitiva, una gloxinia gigante cuya sola flor tiene el tamaño del tallo de la planta que ha servido para crearla.

Estos tres ejemplos bastan; podríamos, sin embargo, haberlos multiplicado casi hasta lo infinito y hacer notar cómo con el simple crisantemo se han obtenidos esos grupos de flores gigantescas y variadas; con la modesta margarita silvestre, la margarita de los campos arborescente; con el tulipán silvestre las innumerables variedades que cultivan los holandeses, etc.



Sillería baja del coro de la catedral de Toledo. – La reconquista de Granada, alto relieve obra de Maese Rodrigo (de fotografía de Casiano Alguacil)

Pero todavía se ha hecho más, puesto que desde hace algunos años se obtienen flores sin tierra, lo que constituye un pasatiempo muy agradable para los aficionados á la horticultura doméstica. En todas partes pueden colocarse flores sin tierra, en las habitaciones, sobre madera, en cestas, en jarros: estas flores, rodeadas simplemente de musgo, siguen viviendo y floreciendo con el mismo vigor y la misma lozanía que habrían tenido en plena tierra. Una de las ventajas de este sistema, como ornamenta-

ción, es que diversas plantas con su follaje, sus flores y sus raíces ocultas en el musgo, pueden estar reunidas en un mismo jarro y formar elegantes ramilletes vivos, en la época en que la naturaleza presenta en el exterior su aspecto triste y desolado. El contraste que de ello resulta es de un efecto sorprendente.

El procedimiento consiste en poner la planta en un «substractum» poroso y ligero, como por ejemplo el musgo, y mantenido siempre húmedo por medio de una solución de sales de potasa, de carbonato de cal, etc., indispensables para la vida de las plantas. Uno de los «substractum» por excelencia es la esponja, porque ésta conserva mucho tiempo la humedad y contiene algunas de las substancias de que se nutren los vegetales.

Nada más curioso que esa masa de verdura y de flores multicolores, sin sustentáculo aparente y que parecen crecer sin alimento y vivir del aire.

En pleno barrio de Monceau puede verse hasta un criadero de berros sobre esponjas, en un jardín de invierno; y esto que el berro, según dicen, necesita agua renovada incesantemente. Para obtener buenos resultados en este género de cultivo, es preciso mantener una humedad constante y no abonar las plantas con exceso, pues esto impediría el crecimiento normal de las mismas.

Si diferentes industrias han progresado considerablemente de medio siglo á esta parte, no debe creerse que otras se han quedado atrás; las consideraciones que dejamos expuestas lo demuestran sobradamente, y si en nuestras exposiciones de horticultura el público no se cansa de admirar las maravillas que de continuo se producen, no piensa gran cosa en las dificultades enormes que los horticultores encuentran, ni en la paciencia que necesitan para conseguir resultados satisfactorios que sean gratos á los ojos exigentes de los aficionados modernos.

PABLO MEGNIN.

(De *La Nature*.)



FOTOGRAFÍA DE D. MARCIAL BALLÚS,
que obtuvo un premio extraordinario en un concurso recientemente celebrado en Sabadell

FOTOGRAFÍA DE D. MARCIAL BALLÚS

Cada día son más frecuentes los concursos de fotografías y cada día es mayor el número de los aficionados al que, dado el perfeccionamiento conseguido, bien puede llamarse arte fotográfico.

Hoy la fotografía ha dejado de ser patrimonio exclusivo de unos pocos iniciados en las múltiples y antes difíciles operaciones que su ejercicio exige, y gracias á los progresos por la ciencia realizados, son actualmente muchos más los aficionados que los profesionales. De aquí la evolución que en aquélla se ha verificado, ya que desde el momento en que ha dejado de ser el lucro el único móvil de los que conocen el manejo de la cámara obscura, éstos han buscado nuevos horizontes, y llevados de su temperamento, han podido producir verdaderas obras artísticas.

La emulación ha contribuído no poco á estos felices resultados por medio de los concursos, en los cuales hallan los *amateurs* ancho campo para demostrar sus diversas aptitudes; y lo que en muchos comenzó por mero pasatiempo, acabó por ser una verdadera necesidad del espíritu, que en esta nueva manifestación artística tuvo un medio sencillo de exteriorizar ese amor á lo bello que es innato en el hombre.

Recientemente se ha celebrado con gran éxito uno de estos concursos en la industriosa ciudad catalana de Sabadell; en él ha obtenido un premio extraordinario la bellísima fotografía de D. Marcial Ballús, que con mucho gusto reproducimos adjunta.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

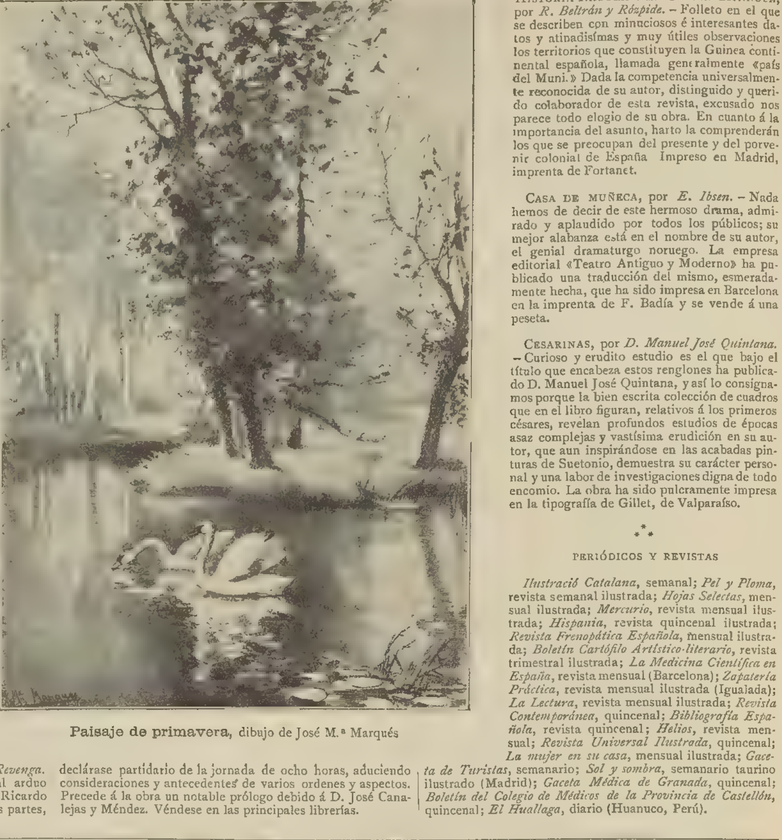
POR AUTORES Ó EDITORES

CASSIUS I HELENA, per *Eusebi Güell*. – En este poema dramático, escrito en catalán, se advierte desde luego la influencia de los modernos dramaturgos del Norte, sin que esto signifique que el Sr. Güell y López sea un simple imitador de los mismos. Los personajes de *Cassius i Helena* son casi puras abstracciones que se mueven á impulsos de ideas elevadas, obrando con lógica inflexible, no como seres humanos, sino como verdaderos símbolos; á pesar de ello, nos interesan y nos cautivan, gracias al talento con que el autor ha sabido exteriorizar los sentimientos que les animan y hacer resaltar el pensamiento fundamental en que el poema se inspira. El lenguaje armoniza perfectamente con el carácter de la obra, que resulta altamente poética. *Cassius i Helena* ha sido elegantemente impreso en Barcelona en la tipografía de «L' Avenç.»

LA CASA NUCINGEN, por *H. de Balzac*. – La biblioteca económica que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso, se ha aumentado con este volumen, que contiene, además de la que sirve de epígrafe á estas líneas, otras cuatro preciosas novelitas del gran escritor francés, muy correctamente traducidas por D. Joaquín García Bravo. El tomo, de 376 páginas, véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

AL SOL, por *Angel Guerra*. – Novela canaria, cuyo autor, el distinguido escritor Angel Guerra, retrata con admirable fidelidad tipos y costumbres campesinos de aquella tierra, enlazándolos con una acción en extremo interesante. Forma parte de la tan popular «Colección Diamante» que edita en Barcelona D. Antonio López y se vende á cincuenta céntimos.

DISCURSO LEÍDO EN EL ATENEO DE BADAJOZ EN HONOR DEL ILUSTRE POETA D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, por *J. Díaz Macías*. – Este trabajo del Sr. Díaz Macías, individuo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, es un bellísimo y sentido homenaje tributado á la memoria del inspirado autor de *Idilio*, *Gritos del combate*, *Maruja* y tantas otras joyas de la moderna poesía castellana, cuya personalidad y cuya influencia en nuestra literatura traza el autor con sobrios, pero vigorosos trazos. Folleto impreso en Badajoz en la imprenta de Antonio Arqueres.



Paisaje de primavera, dibujo de José M.ª Marqués

LA JORNADA DE OCHO HORAS, por *D. Ricardo Revenga*. – Obra de actualidad, en que se busca solución al arduo problema del trabajo, es la que acaba de publicar D. Ricardo Revenga, quien partiendo de la división del día en tres partes, declárase partidario de la jornada de ocho horas, aduciendo consideraciones y antecedentes de varios órdenes y aspectos. Precede á la obra un notable prólogo debido á D. José Canalejas y Méndez. Véndese en las principales librerías.

MEMORIAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL. LA GUINEA ESPAÑOLA, por *R. Beltrán y Rózpide*. – Folleto en el que se describen con minuciosos é interesantes datos y atinadísimas y muy útiles observaciones los territorios que constituyen la Guinea continental española, llamada generalmente «país del Muni.» Dada la competencia universalmente reconocida de su autor, distinguido y querido colaborador de esta revista, excusado nos parece todo elogio de su obra. En cuanto á la importancia del asunto, harto la comprenderán los que se preocupan del presente y del porvenir colonial de España. Impreso en Madrid, imprenta de Fortanet.

CASA DE MUÑECA, por *E. Ibsen*. – Nada hemos de decir de este hermoso drama, admirado y aplaudido por todos los públicos; su mejor alabanza está en el nombre de su autor, el genial dramaturgo noruego. La empresa editorial «Teatro Antiguo y Moderno» ha publicado una traducción del mismo, esmeradamente hecha, que ha sido impresa en Barcelona en la imprenta de F. Badía y se vende á una peseta.

CESARINAS, por *D. Manuel José Quintana*. – Curioso y erudito estudio es el que bajo el título que encabeza estos renglones ha publicado D. Manuel José Quintana, y así lo consignamos porque la bien escrita colección de cuadros que en el libro figuran, relativos á los primeros césares, revelan profundos estudios de épocas asaz complejas y vastísima erudición en su autor, que aun inspirándose en las acabadas pinturas de Suetonio, demuestra su carácter personal y una labor de investigaciones digna de todo encomio. La obra ha sido pulcramente impresa en la tipografía de Gillet, de Valparaíso.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Ilustració Catalana, semanal; *Pel y Ploma*, revista semanal ilustrada; *Hojas Selectas*, mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *Hispania*, revista quincenal ilustrada; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada; *Boletín Cartófilo Artístico-literario*, revista trimestral ilustrada; *La Medicina Científica en España*, revista mensual (Barcelona); *Zapatería Práctica*, revista mensual ilustrada (Igualada); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *Helios*, revista mensual; *Revista Universal Ilustrada*, quincenal; *La mujer en su casa*, mensual ilustrada; *Gaceta de Turistas*, semanario; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *El Huallaga*, diario (Huanuco, Perú).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII ——— Barcelona 24 de agosto de 1903 ——— Núm. 1.130

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VENDEDORA DE UVAS, cuadro de J. Darca

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una interesantísima novela de Pablo Bertnay, titulada POR EL AMOR, con ilustraciones de Marchetti.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Lo ocurrido á Rostand en París, con la resurrección de su vaudeville *El guante rojo*, es un hecho, que por lo que pueda suceder deben tenerlo muy en cuenta los autores españoles que andan por los teatros de la corte en parejas, como la Guardia civil. Sabido es que Rostand, antes de escribir la *Samaritana, Cyrano de Bergerac*, etc., etc., colaboró – á fin, sin duda, de meter la cabeza en el teatro, cosa más difícil aún en la capital de Francia que en la de España – con un Sr. Mars, ducho en las tretas que son allí menester para estrenar una obra escénica. Gracias á Mr. Mars, pudo ver el futuro autor de *L'Aiglon*, iluminado «por el fuego de la rampa» su *Guante rojo*. Púsose la obra en escena algunas noches, pero murió muy pronto y nadie volvió á acordarse de ella, ni el propio padre que la engendró... Digo mal, *El guante rojo* no se había borrado de la memoria de Mr. Mars, y cuando Edmundo Rostand, que por lo visto no peca de modesto, entraba á tambor batiente en el templo de la inmortalidad, esto es, en la Academia, cátate que su antiguo colaborador saca del olvido *El guante rojo* y anuncia su *reprise*.

Saber la noticia Rostand y sentirse tan indignado como el advenedizo á quien se le echa en cara lo humilde de su origen, todo fué uno. ¡Cómo! ¡Él, halagado por la gloria, aplaudido no sólo por el público de París, sino por todos los públicos más ilustrados del mundo, académico, inmortal, gloria de Francia..., iba á consentir que se le refregase por la cara aquel pecadillo de su juventud! Semejante paternidad le deshonraba. ¿Y qué ha hecho? Lo que ciertos padres poco escrupulosos hacen con las madres de sus vástagos ilegítimos. Tapar la boca de Mr. Mars, á fin de que tenga oculto al hijo del pecado.

Esto que tanto ha dado que hab'ar y que escribir en la capital de la vecina república, no debe ser – vuelvo á decirlo – echado en saco roto por nuestros escritores *emparejados*. Aquí, especialmente en el género chico, se necesitan por lo menos dos ingenios para producir un sainete. ¿Quién sabe si andando el tiempo, uno cualquiera de estos socios llegará á ser un Rostand y renegará, como el autor del *Cyrano*, de las obras que hubo de escribir en colaboración con otro? Por esta y por otras muchas razones sería de desear que cada cual escribiese sus comedias sin ayuda de vecino.

No ha sido muy abundante la producción escénica durante el mes último. El acontecimiento más *brillante* que en Madrid registra la crónica de teatros, es el incendio del Eldorado. Aparte de las pérdidas materiales que con tan infausto motivo han sufrido el empresario y los artistas, entre los cuales parece que hubo alguno á quien el incendio dejó solamente con lo puesto, pérdidas que de todas veras deploro, es lo cierto que el arte ha padecido poco. Las obrillas nuevas que allí se representaban habían sido ya trituradas por el público: el fuego acabó lo que empezaron los espectadores. De dichas obrillas no quedan ya ni pavesas. Veremos si el día menos pensado renacen, como el ave fénix, de sus cenizas.

Por fortuna, el incendio estalló cuando no había en el local más que algunos empleados que fácilmente lograron escapar de las llamas. Si el fuego hubiera comenzado poco antes, el Eldorado, construído ex profeso para la representación de sainetes más ó menos divertidos, hubiérase convertido en teatro de una espantosa tragedia.

Si no del todo trágico, mucho de dramático ó más bien de melodramático tenía *El equipaje del rey José*, episodio de Galdós, convertido en obra teatral por los Sres. Catarineu y Castro y estrenado en Apolo. El público, ejerciendo de aduanero intransigente, no dejó pasar el equipaje de Pepe Botellas.

No es de extrañar el fracaso de la tentativa, digna de mejor suerte, realizada por los dos jóvenes escritores. Aparte de que rara vez se ha logrado sacar de una novela una buena comedia, el carácter patriótico del episodio de Galdós era ya de por sí un inconveniente para convencer y menos para entusiasmar á quienes les zumban todavía en los oídos los ecos de la Marcha de Cádiz. Estando tan recientes nuestros quebrantos militares, ensalzar glorias guerreras es algo así como hablar á un paralítico de los encantos de la danza. Tal estado de ánimo en el público hubo de contribuir no poco al exceso de severidad con que fué tratado *El equipaje del rey José*.

Más afortunados han sido los autores de *El célebre Coridón*, zarzuela en un acto estrenada con aplauso y que aún sigue en los carteles del Lírico, y menos los de *El Trueno gordo*. Sabido es el contratiempo que acaba de experimentar aquel tan lujoso como mal aventurado teatro. Poco ha representóse allí con aquel título una revista de los Sres. Perrín y Palacio, «plagada» de alusiones políticas, salpicada de chistes de mal gusto y terminada con una apoteosis ó cosa así de la República. Aunque todo aquello era vulgar y anodino, migajas en su mayor parte de la gacetilla periodística, y que por sí mismo se hubiera muerto, sin necesidad de que nadie lo matara, el ministerio fiscal creyó que *El Trueno gordo* contenía materia penable y prohibió la representación, procesando además á los autores y al empresario.

Sin que me meta yo á tratar aquí de un asunto que está *sub judice*, sí me atreveré á decir que la prohibición de *El Trueno gordo* y el procesamiento de sus autores ha dado importancia á lo que en rigor no tiene ninguna. ¿Qué significación política puede haber en una mojiganga en que con auxilio de mallas, bambalinas y vengalas se saca á relucir esta ó la otra alegoría? ¡Medrados estarían los ideales políticos si para influir sobre los pueblos tuvieran que disfrazarse de suripantas despechugadas y pantorrilludas!

Claro es también que, sobre ser de mal gusto, es un verdadero abuso poner á la vergüenza á personas respetables, haciendo mofa hasta de sus defectos físicos. Esto podrá hacer que se desternille de risa la canalla: las personas de alguna cultura mirarán siempre con desdeñosa indiferencia tales farsas. Para ellas, ningún fiscal mejor que el buen sentido del público.

Cerrados todos los teatros de Madrid, á excepción del Lírico, la poca gente que aún no ha salido en busca de aire respirable y la mucha que por fas ó por nefas tiene que pasar el verano en la villa y corte, siguen llenando los Jardines del Buen Retiro. Más que *La stiratrice, El carnet del diablo, La piccola Boheme*, han deleitado al numeroso público las *reprises* de *Barba Azul* y *Boccacio*.

La música de Suppé, como el vino generoso, mejora con los años. Aquellas notas alegres que tan bien interpretan el erotismo del *Decamerón*, el descuidado mariposeo del amor libando gozoso en las flores, encuentran eco en todas las almas, que á despecho de cuantas austeridades impone la rígida moral se dejan llevar con gusto, en alas de la música, al mundo creado por la musa del poeta italiano.

Los espectadores de los Jardines acogieron con entusiasmo la partitura de Suppé é hicieron repetir el delicado y bellísimo dúo de Fiammeta y Boccacio. Es de advertir que esta vez se ha cantado íntegra la célebre opereta, despojada por los arregladores españoles y franceses de números tan exquisitos como «la Canción del cretino.» Por lo que dejo dicho, aunque la ejecución de Boccacio no fué, ni con mucho, una maravilla, puede decirse con verdad que la inspirada obra de Suppé ha sido el mayor éxito de la temporada.

En tanto que aquí en Madrid entreteníamos nuestras aficiones al teatro con lo poco que brevemente dejo dicho, la espectación de cuantos se ocupan y preocupan de las cosas de teatro estaba fija en Barcelona, en donde D. Benito Pérez Galdós ha querido dar las primicias de su última comedia *Mariucha*. *A tout seigneur, tout honneur*. El estreno de la obra de Galdós fué anunciado como un verdadero acontecimiento; el público barcelonés llenó el teatro; Mendoza y María Guerrero ensayaron y prepararon la comedia, con el esmero artístico que en ellos es habitual, y la prensa de Madrid envió corresponsales que detallaran por medio de crónicas telegráficas las bellezas de *Mariucha*. Representóse la obra, y el maestro fué objeto de entusiastas ovaciones, y hasta hubo conatos de acompañar con antorchas al autor hasta su domicilio, cosa que Galdós rehuyó con su proverbial modestia.

Todos estos homenajes son justos: D. Benito, como le llaman cariñosamente sus amigos, es acreedor á esa y á otras muestras de respeto y entusiasmo. Su vida consagrada al arte, su producción novelesca la más abundante, sin duda alguna, de los tiempos modernos, la artística fidelidad con que ha reflejado el estado del alma española durante el siglo XIX, lo mismo en sus épicas luchas con los franceses, como en los tristes días de Fernando VII, como en sus reyertas intestinas y en sus conflictos de familia, nacidos muchos de ellos de la violenta é irreductible oposición en que se ha encontrado y se encuentra entre nosotros «lo que fué y es con lo que debe ser...,» toda esta labor enorme, bien ganado tiene el aplauso incondicional del pueblo español.

Qué parte de los aplausos tributados á Galdós en Barcelona corresponde á su bien conquistada fama y cuál otra parte al mérito de *Mariucha*, es cosa que no pueden dilucidar los que, como yo, no asistieron al estreno. A la vista tengo un ejemplar de la comedia; pero tratándose de una obra de teatro, la lectura no basta ni aun para aventurar una opinión tan modesta como por fuerza había de serlo la mía. La condición esencial del género dramático es la *representación*: ésta es la que determina la amplitud y límites de la obra, la que fija el desarrollo y relieve de los caracteres, la que da la norma para la debida concisión del lenguaje. Dentro del arte literario, la dramática es lo que la escenografía dentro de la pintura: para juzgar del mérito de una decoración hay que verla *colgada* en el escenario con la debida luz y á distancia conveniente.

Por estas razones no incurriré yo en la temeridad de hablar de una comedia que no he visto representar, remitiendo á mis lectores á lo mucho, aunque no muy concreto, que la prensa diaria ha publicado acerca de *Mariucha*.

La gente joven se queja, y no sin motivo, de las dificultades, muchas veces insuperables, con que tienen que luchar para que sus obras sean admitidas por las empresas teatrales. Estas dificultades proceden de diversas causas. En primer lugar, aun siendo muchos, quizás demasiados, los teatros que en la temporada de invierno funcionan en Madrid, no bastan para satisfacer los naturales deseos que los autores, no sólo inéditos, sino de cartel, tienen de ver representadas sus obras. En esto, como en todo, son muchos los llamados y pocos los escogidos; y éstos, no siempre con acierto y justicia. Las empresas suelen preferir lo malo conocido á lo bueno por conocer; y mientras abren las puertas de sus teatros á algunos autores que una vez hicieron sonar la flauta por casualidad, las cierran á piedra y lodo á otros desconocidos, dignos de recibir el aplauso del público. Por otra parte, los directores artísticos no están siempre á la altura de su cargo, y se da con frecuencia el caso de que obras que han andado rodando por los teatros sin que los susodichos directores artísticos se hayan dignado echarlas ni siquiera una ojeada, cuando por un azar afortunado se han puesto al fin en escena han alcanzado verdaderos triunfos.

Siendo tantos los obstáculos que interceptan, para los autores noveles, el camino del teatro, júzguese si habrá sido bien recibido por los interesados el concurso abierto por Fernando Díaz de Mendoza y la empresa de *El Liberal* para premiar con cuatro mil pesetas la mejor obra dramática que se presente, prometiendo además que será puesta en escena en la próxima temporada por la compañía del Español. Es esta una puerta, ciertamente estrecha, pero al fin y al cabo una puerta más por donde puede aparecer ante el público un talento dramático hasta ahora desconocido.

Dicho certamen no tiene más que un inconveniente. El excesivo número de aspirantes que á él habrá de concurrir. Sabido es que son contados los españoles que no tienen su correspondiente comedia..., y algunos, como el estudiante gallego, una alforja llena de ellas.

De todos modos, por mi parte hago sinceros votos por que la patriótica iniciativa de Mendoza y *El Liberal* dé el resultado que el ilustre actor y el popular diario se proponen.

ZEDA.



Escudo de la casa FERNÁN-NÚÑEZ

EL DUQUE DE FERNÁN-NÚÑEZ

Entre las figuras más notables de la aristocracia española, en la segunda mitad del siglo XIX, descuella la del que fué generalmente conocido con el título de duque de Fernán Núñez, que usó con preferencia á otros más principales de su ilustre casa y de la de su noble esposa.

D. Manuel Luis Pascual Carlos Fortunato Falcó y de Adda nació en Milán el 26 de febrero de 1828. Fué el hijo segundo de D. Juan Fabio y Valcárcel, marqués de Castel Rodrigo, príncipe Pío de Saboya, grande de España de primera clase, y de su primera mujer D.ª Carolina de Adda y Kherenhüller, de los marqueses de Adda, de Milán.

Usó mientras fué soltero el título de marqués de Almonacid, y vistió el uniforme de maestrante de Valencia y se comenzó á llamar duque de Fernán Núñez después de su boda con la excelentísima señora doña María del Pilar Loreta Francisca Magdalena Osorio Gutiérrez de los Ríos de la Cueva y Solís Fernández Manrique de Lara y Cervellón, tercera duquesa de Fernán-Núñez, quinta duquesa del Arco, séptima duquesa de Montellano, octava condesa de Cervellón, tres veces grande de España de primera clase y señora de otros muchos títulos.

Verificóse esta boda en Madrid el 14 de octubre de 1852, instalándose el matrimonio en el palacio de Cervellón, casa solariega de la esposa, que era huérfana de madre desde el año 1836 y que perdió á su padre el 5 de febrero de 1859.

Bien pronto se pudo observar que la entrada del marqués de Almonacid en la histórica é ilustre casa á que le había llevado su enlace había de serle altamente beneficiosa por las cualidades de administrador celoso é inteligente que demostró desde los primeros momentos y por el regenerador espíritu que impulsaban sus acciones.

Era el que comenzaba á ser designado con el título de duque de Fernán-Núñez, que después ilustró tanto, hombre de gallarda figura y de distinción elegantísima. A la caballerosa sangre española de su línea paterna uníase en él el temperamento artístico de la hermosa Italia, patria de su madre, y era, como fué durante toda su vida, el tipo perfecto del gran señor á la moderna que sabe unir á los recuerdos brillantes de una tradición gloriosa todo lo que representa adelanto en la sociedad contemporánea.

Así es que mientras casas poderosísimas é insignes de la aristocracia española que no seguían esta corriente, corrieron presurosas á la lamentable ruina que hemos presenciado, la de Fernán-Núñez se levantaba con los caracteres de las que han afianzado en Inglaterra el sistema constitucional, uniendo en estrechos lazos el pasado y el presente, como se unen en las almas sensibles y en los corazones delicados el recuerdo y la esperanza.

La aristocracia española de antigua cepa había dado pruebas de su amor á la libertad colocándose casi por completo al lado de la cuna de la reina Isabel, al morir Fernando VII, y derramando con heroísmo su sangre en los campos de batalla por sostener el vacilante trono de la augusta niña. Pero no tuvo en su mayoría todo el éxito merecido al desarrollar después del convenio de Vergara las dotes propias de los tiempos de paz, administrando bien sus vastos territorios y entrando de lleno en las vías del progreso.

Una dama ilustre, recientemente fallecida, la que fué durante mucho tiempo duquesa de Medinaceli y después de Denia, y un gran señor, que fué el duque de Fernán Núñez, marcharon á la cabeza de este movimiento social.

De la duquesa de Medinaceli ya se habló en estas columnas que hoy consagramos al insigne prócer que desapareció hace unos cuantos años del mundo de los vivos.

***

Al tomar asiento en el Senado, el duque de Fernán-Núñez confirmó su significación liberal figurando en las minorías monárquicas que combatían la política de los moderados, que fué tan perniciosa para el país y para la dinastía, y al mismo tiempo se complacía en proteger las artes y la industria española, emprendiendo las obras de transformación y ornato del antiguo palacio de Cervellón.

Levántase esta suntuosa residencia en un extremo de la calle de Santa Isabel de Madrid, y es el sitio donde se extendió en el siglo XVI una huerta que servía de recreo al famoso ministro de Felipe II, el desgraciado Antonio Pérez, y en la vecindad del monasterio de religiosas fundado en 1589 en la calle del Príncipe y trasladado en 1610 á aquel extremo de la villa por la reina doña Margarita, esposa de Felipe III, para que no molestasen á las esposas del Señor en su recogimiento los ruidos profanos del corral de la Pacheca.

El duque de Fernán-Núñez hizo convertir la casa solariega á la antigua española en una suntuosa y artística residencia moderna, que sin perder su histórico carácter señorial, pudo competir por su belleza con los más famosos palacios de Italia.

En el Carnaval de 1863 dieron á conocer los duques de Fernán-Núñez á la sociedad aristocrática de Madrid y á brillante representación del mundo de las artes, de la política y de las letras, su transformada morada, siendo la inauguración prólogo del magnífico baile de trajes que allí se celebró el 14 de abril del mismo año con asistencia de los reyes doña Isabel II y su esposo D. Francisco de Asís y de los infantes duques de Montpensier.



El duque de FERNÁN-NÚÑEZ

La reina lució en este baile el traje bíblico de Esther, presentándose deslumbradora de joyas, y su esposo de Felipe III, vistiendo esplendores argelinos la duquesa y su esposo, el menor de los hijos de Luis Felipe.

La principal comparsa de este baile, memorable en los anales de la sociedad madrileña, fué la reproducción de la corte de los reyes Católicos doña Isabel y D. Fernando, representando á los personajes que descollaron en ella las más celebradas bellezas y los más notables personajes.

Fué *Doña Leonor de Lezcano* doña María de Toledo, y el capitán *Gonzalo de Ayora* su pareja, el marqués de Aranda. Con la histórica armadura de *Hernán Pérez del Pulgar* se presentó D. José Alvarez de Toledo, que tan famoso había de hacer andando el tiempo su título de conde de Xiquena, y que fué el padre feliz de la espléndida belleza que había de unirse con el heredero de la casa.

La duquesa de Fernán-Núñez se presentó en este baile con el traje de Moraima, y fué doña Isabel la Católica la hermosísima hija de los condes de Campo Alange, que ha llevado los títulos de marquesa de la Granja y de Pacheco.

El duque de Fernán-Núñez adquiría para llevarlas á las galerías de su palacio las obras que obtuvieran los primeros premios en las exposiciones, y así reunió allí la *Legetricie*, de Mingheti, primer premio de escultura en la Exposición de Londres; la *Cautiva*, de Vera; el *Torero herido*, el *Monaguillo*, de Benlliure, y encargaba á artistas españoles obras tan preciosas como el grupo que representa á sus hijos entretenidos en juegos infantiles.

El triunfo de las armas españolas en la gloriosa campaña de Africa, de que fué caudillo el general O'Donell, le celebró el duque de Fernán-Núñez abriendo un concurso para adquirir el mejor cuadro que representase la batalla de Tetuán, habiendo recaído la elección en una obra magnífica de Palmaroli.

Las fiestas del palacio de Cervellón han sido siempre notables, y se han unido á las alegrías y á las tristezas de la patria, como la kermese en que se recaudó una respetable suma para socorrer á las víctimas de los terremotos de Andalucía.

En aquellos salones han cantado los artistas más notables que han venido á Madrid; allí leyó el insigne actor Rafael Calvo los poemas de Núñez de Arce, y allí se unió siempre á la nota elegante la nota artística.

***

Consecuente con sus ideas liberales el duque de Fernán-Núñez y patriota antes que todo, no emigró como otros muchos aristócratas al triunfar la Revolución de Septiembre, y acató la voluntad de la nación, aunque viviendo en cierto apartamiento, hasta que sus vínculos con la casa de Saboya le llevaron á figurar en la corte del rey D. Amadeo, que le concedió el Toisón de Oro.



La duquesa de FERNÁN-NÚÑEZ

El cargo político más importante que el duque de Fernán-Núñez desempeñó fué el de embajador de España en Francia durante el reinado de D. Alfonso XII, siendo memorable su gestión por el tratado de Comercio que tantos beneficios proporcionó á los intereses españoles y que fué especialmente para los vinicultores un manantial de riqueza.

Después de esta embajada, el ilustre prócer vivió apartado de los negocios políticos y puede decirse que de la vida activa, consagrando su protección al fomento de la cría caballar, siendo uno de los principales sustentadores del *sport* hípico en Madrid, y atendiendo también al desarrollo de las bellas artes.

De su unión han quedado una hija y dos hijos: doña María del Rosario, que nació el año 1854 y casó en el de 1877 con el difunto duque de Alba y es madre del actual; D. Manuel, nacido en 1856, y que, como el mayor de los varones, es el heredero de los títulos y grandezas de la casa, llevando ac-

tualmente el de marqués de Mina y desempeñando el cargo de Montero Mayor de S. M.

El tercero es D. Felipe, nacido en 1859, marqués de Castell Moncayo y duque de Montellano.

Los hijos de los duques de Fernán-Núñez, siguiendo las corrientes en que fueron educados por su ilustre padre, cursaron en la Universidad de Madrid la carrera de Derecho, y han representado á su país en Cortes, figurando como diputados en el partido liberal, hasta que han ido á ocupar en el Senado el cargo que por derecho propio les corresponde.

El primogénito está casado con la bella hija del difunto conde de Xiquena, nieta por la línea materna del general don José de la Concha, marqués de la Habana, y dama que une á su belleza una gran inteligencia y un hermoso corazón.

Este matrimonio con sus preciosos hijos y la duquesa viuda del que fué el gentil y apuesto marqués de Almonacid ocupan el palacio de Cervellón, que no se ha vuelto á abrir para fiestas desde la muerte del duque, pero donde se sigue la caritativa tradición de la ilustre casa, repartiendo remedios y socorros á los pobres que llaman á su puerta.

J. G. Abascal.

MARGARITA

Sobre la tosca y bien fregada tabla de la larga mesa, humeaba la sopa dentro de los negros platos de tierra cocida.

Llegaron los trabajadores del campo y ocuparon sus puestos.

Blas, el colono, antes de sentarse, notó un vacío entre los suyos.

—¿Y Margarita?, preguntó bruscamente á su mujer.

—Enferma... Le duele el corazón... Pobrecita, ¡me da una pena!..

Sin duda al hablar así, con el acento muy triste, quería ablandar al marido. Este tenía un genio insoportable.

Medio engullendo, medio masticando, bostezó con ironía:

—¡La pobre! ¡Siempre enclenque!.. ¡Ya le daría yo, holgazana!..

Colóse un trago de vino y enjugándose rudamente los labios regañó de nuevo:

—¡El corazón, la cabeza!.. ¡Ah!.. ¡Y tienes tú la culpa; vaya si la tienes!.. Con tanto mimo la vais á perder. ¡La *señorona!*.. Nunca hace nada. Llego á creerme que entre la baronesa y tú le habéis metido un orgullo tan grande en el cuerpo, que ya se avergüenza de su padre. Le doy asco porque no me lavo las manos veinte veces al día como ella.. ¡Como si trabajar la tierra fuese pecado!. Me critica porque como así, con los brazos desnudos... Y no ve que lo hago únicamente porque me da la real gana y para que aprenda que su padre no hace nada que esté mal, ni puede hacerlo porque es su padre...

Blas se salía de tino, pegaba con el puño sobre la mesa, furioso.

Sus hijos se miraban satisfechos. Ambiciosos de la suerte de Margarita, á la que consideraban más feliz que ellos, se alegraban viendo trinar al padre.

No la comprendían. Con su color pálido y la eterna melancolía que entristecía infinitamente sus ojos azules y sus labios blanquecinos, no les daba lástima. En ella veían solamente á la mimada, la distinguida de siempre.

Le tenían unos celos atroces.



Bretonas enlutadas, cuadro de C. Cottet
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1903)

Antes, de pequeños, cuando la baronesa vivía con su hijo en la parte alta de la gran casa, Margarita se pasaba todo el día con ella. Jugaba con Luis, salían á paseo los tres, y la señora la colmaba de regalos y caricias como si fuera su madre.

Ellos, todo lo contrario; ayudaban forzosamente á su padre y concurrían al colegio como si hubieran de purgar alguna falta enorme.

Y era que la naturaleza había dotado á Margarita de un sentimiento y claridad exquisitos que no tenían ellos.

Luis, enfermizo y delicado por temperamento, no podía intimar con los rudos hermanos de su amiguita. Sus juegos ruidosos y sus bromas pesadas le aturdían.

En cuanto al presente, los celos habían crecido considerablemente y rayaban en rencor.

Margarita, muy crecida, casi mujer, aunque poco desarrollada, no hacía ningún trabajo pesado. Su madre no lo permitía; la veía tan débil.

Mientras ellos doblando el espinazo deshacían terrones en el gran huerto y regaban con su sudor los largos surcos que abrían en la tierra dura, ella, la *señorona*, paseaba tranquilamente bajo la fresca sombra de los naranjos de oro, ó bien sentada en la gran balsa leía ó cosía reposadamente.

Por esto gozaban en la creciente irritación de su padre, próxima á estallar de una manera ridícula.

La madre, con el santo propósito de calmar á su marido, intervino mansamente.

—Déjala estar, no le hagas caso... No ves que ella ha recibido una educación...

Blas la interrumpió enfurecido.

—¡Qué educación!.. ¡Con poco más nos tratas á todos de bestias!. ¡Malditos libros! ¡Ah! Yo te juro que al primer día en que me canse, quemo esta dichosa biblioteca del barón... ¡En mala hora!..

—No maldigas más. Cálmate, por Dios...

—¡Mira, no me reprendas!.. Digo que la quemo y la quemaré... ¿Oyes?.. Y á Margarita no la defiendas más... Calla, no me irrites, mujer. Ya estoy harto de cosas.

Aquí se levantó echando fuego como un condenado.

—¡Mando que baje Margarita! Quiero concluir de una vez.

—Está en cama. Sufre mucho...

—Digo que baje.

Margarita, como de costumbre, á media tarde fué á sentarse en la gran balsa de aguas dormidas.

Estaba más abismada que nunca. Sus ojos claros se fundían en las dos manchas grises de la gran tristeza que la consumía.

Había llorado mucho. Por los pliegues de su vestido sencillo y delicado brillaba aún alguna que otra de las perlas de sus lágrimas.

Quería á su padre y á sus hermanos como nunca podrían imaginarse. Y no obstante, Blas se portaba muy mal con ella. Casi la había pegado.

La pobre, después de sufrir el más bestial y destemplado de los sermones, había servido de chacota ante los mozos de labranza, que volvieron á sus faenas sonriendo los unos y los otros rascándose, mohinos, como si lo sintieran.

La furiosa irritación del colono llevaba un fondo que él no revelaba, pero que todos conocían.

Sabía de sobra que Margarita le amaba, que cosía y recosía las ropas, lista, sin dar importancia al caso; que arreglaba las camas de todos y cepillaba los trajes de fiesta, pero todo esto no bastaba aún.

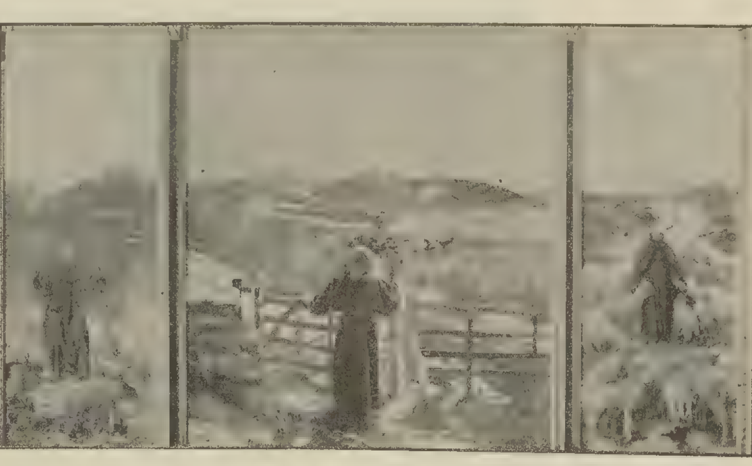
Blas pretendía disponer del porvenir de su hija: le había escogido un hombre que á pesar de ser algo estúpido era el primogénito de un rico labrador, y ella se había negado firmemente.

Era buena y no se vendía por nada. Era lo bastante fuerte de espíritu para no ceder. Debido sin duda á su temperamento refinado, creía en el amor de una manera ideal y desinteresada.

Era un carácter; nada de romántica ni de influída, lloraba puramente porque había razón.

Educada por la baronesa con el mismo cuidado que emplease para su hijo, se había desarrollado en un ambiente refinado que nunca disfrutó su familia.

Amaba á Luis como si fuera su hermano, y la buena señora amoldaba en ellos su manera de ser, sus costumbres sencillas, sus ideas puras, para desarrollar sentimiento en sus tiernos corazones.



San Francisco en las dunas, tríptico de L. Frederic (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1903)

Esta manera de vivir, ese ambiente apacible que les envolvía continuamente, les crió reflexivos, buenos, sosegados.

Para doña Berta, tan maternal de sí, el amor de aquellos dos seres era un hermoso lenitivo á sus pesares.

Unida á la fuerza con un hombre superficial, mezquino de alma, vicioso, había sido una víctima, y aquel retiro, aquel completo abandono á la dulce pasividad del campo, le alegraba su existencia triste.

Luis tenía la naturaleza muy débil y los médicos habían aconsejado este régimen de vida.

El marido aprovechó la ocasión para aligerarse de la esposa, así es que la dejó escoger. Y ella, á los severos castillos del barón prefirió la gran casa de campo de sus padres, que sólo guardaba del antiguo castillo un pequeño trozo del piso superior y la vieja torre casi derruída, cuya gran base en el presente servía de granero.

Allí, libre de trabas sociales, olvidada del marido, que la visitaba muy de tarde en tarde, vió pasar siete años de su existencia, los más hermosos tal vez, abismada en un dulce ensueño, como si temiera despertar...

Y el despertar fué terrible: un día el padre quiso disponer del hijo para educarle á su voluntad.

Y madre é hijo, con lágrimas en los ojos, marcharon á hundirse otra vez en la densa sombra de la ciudad odiada.



Huérfanas, cuadro de Teodoro Axentowicz

Margarita quedó sola, triste, aplastada por el burdo realismo de la vida de su casa...

Silenciosamente reseguía cien veces al día todas las dependencias de aquel piso que parecía una tumba y lloraba en cada una de ellas, como si fuera el alma quejumbrosa de un pasado feliz. Dolorosamente sacaba el polvo á todo aquel montón de juguetes y lo guardaba con devoción como si fueran reliquias... Sentábase frente á los grandes cristales del antiguo mirador y se abismaba clavando sus ojos azules en los dorados naranjos que brillaban bajo de un sol que ella encontraba enfermo.

– Buenas tardes... ¿La propiedad del barón?..

Margarita, absorta en la infinita vía de sus recuerdos, al oir una voz tan cerca de ella, cuando más sola se creía, tuvo un estremecimiento frío y volvió la cabeza con cierto espanto...

Y se quedó aturdida, sin saber qué hacer ni decir, temblorosa, helada.

Ante ella, sorprendido, como petrificado, estaba Luis, el hijo del barón.

Dominándose de la manera que pudo, perpleja, balbuciente, afirmó que sí, y su palidez de muerte se trocó en el rojo purísimo de las campesinas.

– Sí, señor; esta es.

Hubo un instante de silencio que pareció inacabable. Luis, al fin, cal-



En Venecia, cuadro de Richart

móse y dijo vivamente, emocionado por lejanos recuerdos:

– Corríamos, andábamos siempre juntos... Lo mío era suyo, lo suyo mío..., y... sin embargo..., ¡oh!, el tiempo..., el tiempo...

– ¿Ha pensado en mí?, preguntó débilmente Margarita sin alzar los ojos.

– ¡Pensar, pensar!.. Primeramente sí; pero más tarde, el colegio; luego, los estudios, la juventud, el bullicio de la ciudad, los amigos, todo, todo esto tejió sobre mi corazón como un velo que amortajara mi pasado... Mas la muerte de mi madre, la voluntad de hierro de mi padre, su carácter dominador, luchas y tristezas, han rasgado á menudo aquel velo, y entonces, cansado, decaído, me han sonreído lejanamente estos naranjos de oro...

– Los naranjos...

– Sí, los naranjos, continuó con cierta turbación; los naranjos, como si me brindaran una vida nueva rebosante de verdad..., como si el jugo de esta fruta fuese néctar de salud y de alegría...

Margarita estaba hermosa, magnífica; el sol muriente, pasando entre las verdes hojas de los frutales, le doraba la cabeza. La joven doblaba una punta del delantal sin parar atención en ello. Estaba fría otra vez, casi temblaba. Hacía diez años que no se habían visto. ¡Qué cambiados los dos!..

– ¿Ha sufrido mucho usted? Veo que allí, en la ciudad – hablando así, extendía la mirada á través de los huertos, – en la lejana ciudad, también se sufre...

– Se lucha con fiereza, con los dientes, perdiendo trozos de corazón, ahogando el alma... He sufrido mucho, mucho, lo indecible; yo me sentía artista, yo soy artista, y mi padre en sus trece; me quería matar con el demonio de la carrera. ¡La diplomacia, la diplomacia!.. Hasta que reñimos y trabajé sin descanso, con hambre de pan y con sed de gloria, pero al fin triunfo!.. ¡Ah, la ciudad, la ciudad!.. ¡La lucha, el eterno desgaste!.. Pero aquí, en estas tierras sin sombra, en este cielo de la vida espléndida, ¿también se sufre?..

– Sola, sin nadie que me comprenda, gente con grandes espaldas, llena de fuerza, pero vacía... Mis hermanos..., hasta mi padre... Suerte de mi madre que me ama mucho... El gran piso abandonado, silencioso como una tumba que guardara un ayer feliz, una vida difunta... El sol me parece enfermo, los campos grises..., los días interminables, monótonos, las noches frías, como si estuviera condenada á una eterna quietud.... ¡Ah!.. No hablemos más... No es nada... Extravíos... No, no, vivo alegre, muy alegre; soy una dichosa campesina...

– Lloras, ¡qué bello es llorar!.. ¡No seques tus ojos, Margarita!.. ¡Sí, sí, Margarita, recuerdo perfectamente tu nombre!.. ¡Oh, Margarita, hermana! ¡Te hemos olvidado!.. Abreme el corazón, trátame de tú, como en aquellos tiempos que saltábamos los dos bajo los besos del sol y las risas del día, como entonces, igualmente que entonces, en que lo mío era tuyo y lo tuyo mío... ¡Margarita!..

– Margarita, repitió maquinalmente la joven.

Luego prosiguió en la más amarga tristeza:

– Pero Luis es un hombre, vive en la ciudad, pasará unos días en la casa de su infancia, y aquella infancia, aquella tierna fraternidad, está lejos, eternamente lejos...

– Pero... quedamos nosotros, los mismos...

– Los mismos: Luis, el hijo del barón; Margarita, la hija del colono...

– ¡Ah, no..., qué importa!.. El barón es el barón, y el colono, el colono, como siempre... Como tú y yo, eso mismo, como tú y yo... Y yo me aburro, me muero, en la desolación de mi taller... Solo, sin familia, sin amor, sin nada, perdido por las calles y callejuelas húmedas de la ciudad sin sol.., y tú te mueres y te aburres en la desolación de este piso polvoriento y deshabitado... Sola, como si no tuvieras familia, sin amor, sin nada, perdida por los huertos, á través de los campos grises, porque los encuentras sin vida... ¡Ah, Margarita, alma de mi pasado y de mi presente, que deseaba, sin buscar por donde estabas; por algo florecen los árboles y cantan las flores y ríe paternalmente el sol, ciertamente por algo en la ciudad florece mi nombre!..

RAFAEL NOGUERAS OLLER.

PRIMERA ADORACIÓN DEL NUEVO PAPA PÍO X POR LOS CARDENALES, inmediatamente después de su elección, dibujo de Amato

COSTUMBRES MATRITENSES

TARDE DE TOROS

Á LAS TRES EN LA CALLE DE ALCALÁ

La claridad ofuscante de una inmensa colada de forja por cielo, y cayendo de lo alto, á través de un polvo luminoso de canícula, abrumadora lluvia de fuego que abate á los árboles y enardece, por el contrario, á las personas, llenándolas de sangre las ideas y haciéndolas desear el instante en que la vean brotar borboteante y bruñida por el sol. La calle de Alcalá, desde su manantial de la Puerta del Sol hasta su desembocadura en la plaza, es un estallido de gritos, de relinchos, de rodar de ómnibus, milores y landós, de campaneos de tranvías, de sacudidas de trallas y de cascabeleos de colleras. Son las tres, la muchedumbre se dirige á la corrida, é impulsada por la esperanza del próximo espectáculo, por el gozo que deja caer en el alma el domingo y por la inquietud de la digestión no respetada, asalta en tumulto los rípers que pasan despacio para poder ser tomados sin detenerse, y que, una vez repletos de gente, se lanzan al galope tendido de sus cinco caballos, sin preocuparse los aurigas de obstáculos ni atropellos, ni menos de los guardias municipales montados, figuras decorativas, dioses impasibles con casco de aluminio, la sola misión de los cuales parece ser la de presidir el desfile. Obligados á seguir por sus rieles, como corceles impacientes sujetos por el freno, vuelan unos tras otros los «grises,» sin cesar de tocar la campana de aviso; aquí y allá simones humildes al trote de sus jacos, última valentía andariega de las pobres bestias, adelantados de continuo por los coches propios, que ganan terreno gracias á los poderosos troncos jóvenes y bien mantenidos, y por los dos andenes de la amplia vía, riendo, hablando, sudando y pegando palos á las raquíticas acacias, á las columnas de los focos eléctricos, á los faroles, dos compactas hiladas de presurosa multitud que prefiere el paseo al carruaje y que se apresura temerosa de llegar con retraso.

La muchedumbre andarina es el pueblo, económico á la fuerza, los dependientes de comercio, los obreros de las fábricas, los artesanos que se gastan en un tendido la mitad del jornal que les dejó libres el vino del sábado, toda esa plebe entusiasta que sueña la semana entera con la lidia del domingo, que no sabe hablar de otra cosa en sus comidas al pie del andamio y que suspira por no poder vestir el traje de luces. Los más adinerados, los mesócratas, con el mismo fanatismo que los de abajo, la infinita clase media que no lee sino los periódicos y de éstos las revistas taurinas y los ecos políticos, es la que va en la imperial de los ómnibus ó en las plataformas de los tranvías, con su puro en la boca y su apacibilidad de burgués pudiente que no se perdona satisfacción propia en el semblante. Y entre esas dos masas de gente, como notas sueltas, los relámpagos de la tormenta, las amapolas del trigal, ya el landó con tres ó cuatro damas de la aristocracia, rebosantes de rudo españolismo, envuelto el busto y la cabeza en la clásica mantilla blanca, cuajados de claveles el pecho y el pelo, ya el tílburi guiado por su noble dueño, cubierto de pavero cordobés, sucesor, con una última y miserable etapa de decadencias de raza, del antiguo y honrado birrete, ya la carretela cargada con extranjeros de monóculo y gemelos de campo metidos en su estuche y colgados del hombro, que se disponen á estudiar nuestra fiesta típica y á escribir en su cuaderno de apuntes una de las páginas de mayor interés de su viaje.

Y de cuando en cuando, seguidos de todas las miradas, «comentados» por todos los ojos, ensalzados por todas las bocas, elogiados por todas las lenguas, abriéndose paso por su prestigio entre el tropel de coches que se estrechan según la calle se angosta, ufanos, altivos, orgullosos, radiantes, clavando sus pupilas de conquistador en el pueblo entusiasta que les rinde al paso el primer culto de la tarde, van ellos, los protagonistas, los héroes de la fiesta.

DIOSES MAYORES Y MENORES

Primero es un alguacil caballero en su potro del municipio, el único caballo afortunado de la fiesta, el único que entrará en la plaza alegre y caracoleante y el único que saldrá de ella caracoleante y alegre, vestido el jinete con el pintoresco traje de la décimoséptima centuria, con la ropilla de terciopelo y el sombrero de teja. Va despacio, erguido, ufano de su misión, mirando á derecha é izquierda como si dijera á las gentes: «¡Corred, corred; pero mientras yo no llegue con mi llave!..»

¿Qué chillona y agria figura es esa que se adelanta al trote? De lejos es algo incomprensible, monstruoso: cuatro patas de caballo y dos piernas de hombre, en un desleimiento de colorines que ofusca. Luego se define el fenómeno, la distancia acortada permite ver dos varones cabalgando sobre el mismo corcel, uno de ellos á las ancas. Es un picador con su mono sabio. Dudo que la musa de la sátira haya concebido nunca nada más grotesco y á la vez más lúgubre que ese grupo. El picador viste de amarillo y con la defensa de hierro de la tibia que le aumenta peso, va agarrotado y rígido, pareciendo hinchado; la altísima silla moruna que lo encajona concluye por transformarle en un autómata. El mono sabio lleva sobre su canijo cuerpo gorra y blusa roja y unos pantalones azules, resaltando, como en el picador, entre esta horrible y desarmónica indumentaria, el continente achulado, la vista de topo, dormida y brutal, el rostro procaz propio del cerebro hueco, el aire de brutalidad triunfante y reverenciada, de la cual es primera víctima é inmediato testigo el inocente jaco enfermo que apenas puede sostener á sus dos feudales señores, y que dentro de treinta minutos, exhaustas las últimas fuerzas con que soportó á ambos verdugos desde la prima hora de la tarde, encontrará la muerte bajo el diluvio de palos descargado por uno de aquellos á quienes trajo, como indemnización á su fatiga.

Ahí va el trono ambulante, la triunfal carroza con los héroes. De pronto asoma á escape un landó de alquiler ó una jardinera, de las que brotan raudales de reflejos, en las que cabrillea la luz derramándose por bordados de oro y plata, quebrándose en sedas púrpura ó verde esmeralda. Son los matadores, los espadas, los símbolos invencibles de nuestra patria. Llevan la capa terciada, como es uso tradicional, mostrando así parte del traje, una cascada de resplandores. Unánime efervescencia se produce en la muchedumbre al presentarse. Diríase que la electricidad de los hilos de los tranvías y de los teléfonos ha sacudido repentinamente á la multitud. Todo el mundo se para al divisarlos, todo el mundo los contempla con embeleso. Un instante de enajenación mientras el carruaje pasa, la confluencia de los millares de miradas escoltándole hasta que se pierde de vista, los nombres de los espadas corriendo de boca en boca, algún saludo entusiasta y ostentoso brotado de entre la gente y contestado con una sonrisa olímpica y protectora y con un levantamiento peculiar del brazo, y luego la biografía de los toreros repetida entre los jadeos de la caminata ó el traquetear de los ómnibus, como un aperitivo suculento, mientras llega el instante cercano de extasiarse ante la muleta y el estoque de aquellos grandes hombres, á quienes aunque se arroje de cuando en cuando una naranja en los momentos desgraciados en que la suerte salió mal, se adora y se agasaja con la devoción de los convencidos á su sacerdote, culto desigual, pero eterno, de todos los fanatismos.

Y henos aquí entre la riada de carruajes que se agolpa en montón á la puerta de la plaza, extendida ante el mudéjar frente de ladrillo del circo, coronado allá arriba por la ondeante enseña nacional que también parece moverse con alegría. Penetremos entre la turba.



I. Los conclavistas revistiendo al nuevo papa Pío X de los hábitos pontificios. – II. El cardenal Macchi anunciando la elección del cardenal Sarto desde la «loggia» exterior de San Pedro. – III. El papa Pío X bendiciendo por vez primera al pueblo desde la «loggia» interior de San Pedro, dibujo de Amato.

EN EL CIRCO

Lleno enorme. El estruendo de la muchedumbre apelmazada en un lugar cerrado y sujeta á permanecer en un mismo sitio, sin otra expansión que el revolverse de cada cual en su asiento y el chillar hasta enronquecer. Entre el inmenso griterío se oyen apagados ecos de música, en tal sazón una algarabía más, que brota de la meseta en que toca y se asfixia á la vez la banda de asilados. Todas las localidades de sol, abrasadas por el astro en la plenitud de su fuerza, hierven y humean sin verse las caras, ocultas por los sombreros muy echados hacia la frente y por los abanicos de colores que ondulan como amapolas en un día de aire. Compréndese que de allí surja el rayo, que allí se pidan para el toro las banderillas de fuego y la cárcel para el espada que lo haga mal, que desde allí se apedree á la cuadrilla con naranjas. Aquellas gradas, á la plena luz, son un alto horno que sólo se apaga con sangre.

En los tendidos de sombra la flor de los barrios bajos, desde la aristocracia del Rastro, de gruesa cadena de reloj y buenos gemelos de oro macizo en los puños de la camisa, poseedora siempre de cincuenta duros «de sobra» para gastárselos en cuanto cierre la prendería ó el puesto, hasta la *creme* de los patios de vecindad que empeña el colchón para poder ir á la corrida, aunque á la noche no tengan las víctimas de la familia creada por él con qué cenar. Intercalados entre el pueblo diputados, concejales, empleados públicos, gentes de curia, bolsistas, comerciantes, el dinero demócrata, la clase media pudiente. En los palcos, las damas, los aristócratas, mantillas y cuellos ingleses almidonados de los que atenazan el pescuezo, el gran mundo; pero dondequiera, arriba y abajo, en los asientos baratos como en los caros, el Madrid castizo de las tardes de toros, todo Madrid.

He ahí la cuadrilla que desfila bajo las miradas de ocho mil espectadores, bajo la lente de la maquinita fotográfica que los extranjeros que asisten á la corrida disparan al golpe de oro de los diestros, bajo el entusiasmo general estallando en aplausos y olés. El pelotón de toreros da la vuelta al ruedo al compás del paso doble tocado por la banda; saludo á la presidencia, desgranamiento del grupo yéndose cada cual á su sitio estratégico, apartándose los lidiadores que no entran desde luego en faena, el alguacil que trotando acude en busca de la llave del toril, y al cabo la compuerta que se abre en medio de un silencio supremo y dos cuernos colosales, un testuz formidable y el primer bicho que asoma de repente, lanzándose como una exhalación á la arena.

Un toro, luego otro, otro luego, hasta ocho... Cada uno despacha cinco ó seis jacos. El contratista está desesperado. El grito terrible no cesa de atronar el aire: «¡Caballos! ¡Caballos!» Los monos sabios no se dan abasto á retirar pencos, á echar espuertas de arena sobre los charcos de sangre. El ganado hace honor á la marca, duro, poderoso, valiente, yéndose al bulto, derribando un picador de cada cornada. ¿Qué es eso? Un alarido general, un grito de espanto, señoras que se desmayan, extranjeros que se ponen de pie enristrando á escape la máquina... ¡Una cogida! El matador arrollado, herido, cayendo al suelo, la taleguilla destrozada, teñida de rojo, incorporándose en seguida, volviendo á rodar mientras que todos los compañeros acuden solícitos en su ayuda, socorriéndole unos y llevándose otros á la res hasta que se desploma para no volverse á levantar.

La cogida ha sido grave. Durante unos minutos, en medio de un absoluto silencio, nadie se entiende en el ruedo, hasta que al cabo cogen dos ó tres de los lidiadores al espada y se lo llevan en brazos á la enfermería, dejando un reguero de sangre á su paso. La impresión producida por el lance hace pasar como una racha de viento glacial sobre la multitud. En estas, una noticia que vuela de boca en boca y que despierta dondequiera unánime alegría. La lesión del torero no es mortal, los médicos afirman que no peligra su vida, que el mayor de los riesgos es de la gran hemorragia sobrevenida por el sitio de la cornada, pero que la juventud se impondrá y que... Suena de nuevo el clarín, otro bicho, ¡buen par de banderillas!, momentáneo olvido de la reciente catástrofe, un jaco al suelo, otro y otro... ¡Vaya un ganado de poder!.. Segunda noticia transmitida con igual velocidad que la anterior. El espa-



LA MUERTE, TRÍPTICO



de Hermán Neuhauss

da quería á todo trance continuar la lidia, recobrar el estoque para matar los dos toros que le restan, los facultativos han tenido que incomodarse con él para impedirlo. ¡Es un hombre de una pieza ese demonio de *Cluferol*

LA VUELTA

La corrida terminó. Por todas las salidas del circo se escapa á raudales la gente. Coches de punto, ómnibus, rípers, carruajes propios, tranvías, agólpanse en los alrededores en un entramado de caballos y ruedas que parece imposible que pueda deshacerse alguna vez, y que sin embargo, sin saberse por dónde los asaltantes pasan, es tomado por la muchedumbre. Y por docenas echan á correr los vehículos con sus racimos de personas en una carrera desenfrenada, como si hubiera un premio de velocidad para el que llegase antes á la Puerta del Sol. Así, persiguiéndose, dando tumbos, resoplando los tiros, jaleando al ganado los mayorales, unos encima de otros desembocan por la puerta de Alcalá, entre dos macizos de curiosos, alineados en ambos andenes de la calle en espera de «la vuelta» de la corrida.

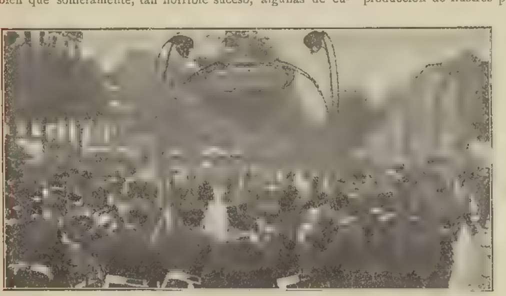
¡Quién dijo penas, ni desastres nacionales, ni miserias públicas, mientras haya lidias en el mundo! Todos los ómnibus van volcando su cargamento en la Puerta del Sol, y ni una de las caras de los que se apean deja de reflejar la alegría satisfecha. Los bichos bravísimos, pegando, la mar de caballos muertos, ¡hasta una cogida! ¡Ah! Madrid ha gozado con fruición de una buena tarde de toros. No necesita más. ¡Y hasta el domingo que viene, Dios mediante!

Alfonso Pérez Nieva.

NUESTROS GRABADOS

La catástrofe del Metropolitano de París. — En la tarde del día 10 de los corrientes ocurrió una espantosa catástrofe en la línea número 2 del Metropolitano de París.

Aunque los detalles de la misma han sido ya minuciosamente detallados por la prensa diaria, nos parece oportuno describir, bien que someramente, tan horrible suceso, algunas de cuyas escenas reproducen los grabados de esta página. Habiendo observado el maquinista del tren 43 que en su motor se había producido una avería, los empleados hicieron evacuar el convoy y pidieron á la estación precedente que enviara otro tren sin pasajeros para empujar á aquél hasta el próximo *garage* Así se hizo, y cuando los dos trenes llegaban á los andenes de la estación de Menilmontant, sonó una violenta detonación y una enorme llamarada salida de la máquina se extendió por los vagones, que ardieron con extraordinaria rapidez. Por desgracia un tercer tren que seguía á los dos primeros y que había recogido á los pasajeros de éstos llegaba en aquel instante á la estación de Couronnes, que es la que precede á la de Menilmontant. Advertidos del accidente ocurrido, los empleados dieron voces de alarma que no fueron atendidas por los viajeros, los cuales molestados por las anteriores detenciones, en vez de huir, como aquéllos desesperadamente les aconsejaban, comenzaron á protestar de las deficiencias del servicio y á reclamar los 15 céntimos del pasaje. De pronto una inmensa columna de espeso humo invadió el tunel, y en el mismo momento quedóse éste á obscuras por haberse interrumpido la corriente eléctrica. Imposible describir la escena de horrores que entonces se desarrolló: la gente, aterrada, quiso buscar la escalera de salida; pero equivocando la dirección, fué á dar contra la pared en donde se encontraron luego más de 70 cadáveres amontonados y todos en actitudes de desesperación. La densidad del humo y el calor horrible impidieron proceder en seguida á las operaciones de salvamento; así es que cuando éstas pudieron efectuarse era ya tarde para aminorar siquiera los efectos de la catástrofe. Las víctimas ocasionadas por ésta ascienden á 92, en su casi totalidad obreros y dependientes de comercio que regresaban de su trabajo; los cadáveres fueron depositados unos en la Morgue y otros en el cuartel de la Cité, en donde, como es de suponer, se desarrollaron desgarradoras escenas al ser reconocidos los muertos por sus familias. El entierro de tantos desdichados ha sido una grandiosa manifestación de duelo, que presidieron el gobierno y el ayuntamiento y á la que se asoció todo el pueblo de París.



PARÍS. – La catástrofe del Metropolitano. – Fuerzas de policía apostadas á la entrada de la estación de Colombes (de fotografía)



PARÍS. – La catástrofe del Metropolitano. – Los bomberos penetrando en el interior del túnel

Vendedora de uvas, cuadro de J. Darca. — No se necesita para producir un efecto pictórico recurrir á la reproducción de ilustres personajes, si de figuras se trata, ni á la de escenas trascendentales, si la composición pertenece á la pintura de costumbres. El tipo más insignificante, el episodio más sencillo pueden dar ocasión al artista para lucir, así su talento de observación, como sus conocimientos técnicos: basta para ello que se identifique bien con el tema que se proponga desarrollar, que lo observe profundamente, que desentrañe lo que constituye el alma de las personas y la esencia de las cosas, y que sinceramente traslade al lienzo la impresión sentida, sin alterarla con rebuscados artificios. Tal ha hecho el autor de *Vendedora de uvas*, limitándose á copiar á esa simpática vieja, en la que no vemos al modelo de taller de aspecto amanerado y afectada postura, sino al modelo natural y verdadero, es decir, al que ha sido sorprendido por el artista en su vida corriente, en pleno ejercicio de su ordinaria actividad. Aparte de este mérito, tiene el cuadro de Darca una factura sobria, y correcta que contribuye no poco á la belleza de la obra.

Bretonas enlutadas, cuadro de C. Cotter. — En las obras de este notable pintor francés revive toda el alma melancólica y resignada de la Bretaña. Bajo la pesadumbre de los cielos grises que reflejan lo infinito de su espacio en la inmensidad del mar, y teniendo delante el vasto horizonte de los extensos y desnudos eriales, en el umbral de las casas bajas y sólidas, de construcción á propósito para resistir á las ráfagas violentas de los vientos del Oeste, las mujeres bretonas, envueltas en sus negras vestiduras, esperan, que en esperar siempre consiste la vida de las madres, de las esposas, de las hijas de los marinos. Hasta en aquellos casos en que toda esperanza es inútil, cuando el hijo, el esposo, el padre han desaparecido para siempre devorados por el mar, que se cobra en sus existencias los tesoros que de continuo el hombre le arrebata, aquellas mujeres permanecen impasibles en las mismas actitudes, pues desde su infancia están preparadas por atavismo á la desgracia. La idea de la muerte ha impreso en sus rostros esa grave solemnidad, ese aire de resignación que no puede alterar el dolor, por grande, por profundo que sea.

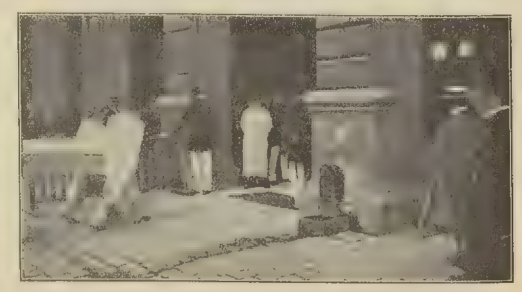
San Francisco en las dunas, tríptico de L. Frederic. — La vida del santo de Asís ha inspirado á los mejores artistas de todos los tiempos que en la accidentada existencia del fundador de la orden de los franciscanos han encontrado temas inagotables para sus composiciones. Refiere la tradición que San Francisco entendía el lenguaje de los animales y hablaba con ellos, y de esto ha tomado pie el reputado pintor parisiense para los tres lienzos que forman su bellísimo tríptico y que representan al santo predicando á los conejos, llamando á las vacas á la oración y saludado por los carneros. Felicísimo ha estado el autor en el desarrollo de estos tres asuntos: en todos ellos la figura de San Francisco está perfectamente tratada y se destaca sobre hermosos paisajes que revelan, lo propio que los grupos de animales de cada composición, un gran sentimiento artístico y un conocimiento extraordinario de la técnica.

Huérfanas, cuadro de Teodoro Axentowicz. — En otras ocasiones nos hemos ocupado de la asociación de artistas polacos denominada «Sztuka,» palabra que significa «Arte;» en ella se han juntado pintores y escultores para hacer arte verdaderamente nacional, para crear una escuela que, marchando al compás de los progresos de las de otras naciones, tenga vida y caracteres propios. De esta asociación forma parte el autor de *Huérfanas*, que cultiva con preferencia el género sentimental, no en el sentido de exagerada afectación, sino en el de expresión de sentimientos tiernos, ya que para conmover emplea los medios más sencillos, dejando que el tema por sí solo produzca la emoción estética que en vano intentan despertar los que pintan más con la cabeza que con el corazón. El cuadro suyo que reproducimos es una prueba admirable de su modo de ser y de sentir; pero además revela la mano de un maestro por lo que toca á la ejecución.

En Venecia, cuadro de Richart. — Hay en este lienzo tantos y tan bellos detalles, que su enumeración resultaría imposible: si nos fijamos en las figuras, habremos de admirar la rara perfección con que cada una de ellas está pintada; si en el paisaje, nos extasiaremos contemplando esa arboleda que se refleja en las límpidas aguas, esa transparencia de la atmósfera y esa exuberancia de luz que en algunos puntos llega á deslumbrarnos; y si después de examinados los distintos elementos que entran en la composición, atendemos al conjunto de la misma, no podremos menos de alabar la armonía que en él preside y la habilidad con que el pintor ha sabido fundir líneas y colores en un todo de imponderable dulzura, de encantadora poesía.

El nuevo papa Pío X. — Como en el número último describimos minuciosamente los primeros actos del nuevo pontífice á que se refieren los dos dibujos que publicamos en las páginas 558 y 559, nada hemos de decir acerca de estas dos composiciones, en las cuales el reputado artista G. Amato nos presenta á los cardenales adorando á Pío X después de su elección, y revistiéndole de los hábitos pontificios, al cardenal Macchi anunciando al pueblo la elección del cardenal Sarto, y á S. S. dando su primera bendición papal al pueblo congregado en la basílica de San Pedro.

La Muerte, tríptico de Hermán Neuhauss. — Quiso la Muerte habérselas con el hombre vigoroso, sano, fuerte, y fué por él vencida; extenuada yacía en medio del campo, cuando acertó á pasar un bondadoso labriego que, compadeciéndose de su desgracia, acercó á su descarnada boca la reparadora bebida que había de devolverle las perdidas fuerzas. ¡Nunca hiciera tal el caritativo campesino! La Muerte, que no peca de agradecida, apenas recobrado su vigor, hizo presa en el salvador que la suerte le había deparado, y olvidando el beneficio recibido y sin hacer caso de las súplicas del desdichado, llevóselo arrastrando y con aire de triunfo á la mansión de donde jamás se vuelve. El celebrado pintor alemán, al desarrollar este tema en la obra que reproducimos, se ha mostrado á la altura de su fama, tan legítimamente adquirida y sin cesar aumentada desde que en 1886 y cuando sólo contaba veintidós años, llamó la atención de la crítica y del público en general con su hermoso lienzo *Ave María:* cada una de las composiciones que constituyen el tríptico revela el talento de un maestro; en todas ellas se admiran la firmeza del dibujo, la solidez del colorido, la solidez y sobre todo ese ambiente tétrico que tan bien cuadra con la índole del asunto.



PARÍS. – La catástrofe del Metropolitano. – Conducción de algunas de las víctimas al cuartel de la Cité (de fotografía)



... y encontró á la joven de rodillas en el suelo

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

– ¿Quiere usted saber la historia de la señorita Goreline durante la ausencia de usted?, dijo el príncipe Armianof. Todo Moscou la sabe y nadie encuentra en ella nada censurable, tan naturales son estas cosas entre muchachas pobres y ambiciosas. Cuando usted se marchó, la cortejaba un joven propietario, que no tardó en retirarse al ver el lujo á que la señora Goreline acostumbraba á su hija; luego tocóle el turno á un alto empleado, y á éste creo yo que fué la madre la que le dió miedo; vino después un coronel, luego un juez de paz y finalmente muchos otros. A cada pretendiente, la señora Goreline declaraba en confianza á media docena de amigas que su hija estaba «prometida,» cuando ni siquiera habían pedido su mano; la cosa se propalaba, y el pretendiente, descontento de aquel proceder, se retiraba, y esto ha durado hasta la hora presente. ¿Cómo se explica que á pesar de su innegable belleza y en medio de ese tributo de homenajes, la señorita Goreline no haya sentido ni inspirado un amor serio? Usted mismo, que tanto la ha amado, se ha interesado más con la cabeza que con el corazón. Y la razón de todo esto está en que Lidia no tiene corazón; tiene, á lo sumo, una sensibilidad nerviosa que puede hacer las veces de aquél en un momento dado. ¡Cuando pienso que, á no haber sido por usted, probablemente me habría casado con ella! Puedo vanagloriarme de haberme librado de una buena.

Boris seguía silencioso.

– No puede usted comprender un carácter semejante. ¿Le repugna á usted la idea de que una mujer como la que acabo de describir haya hecho latir su corazón? ¡Ay, amigo mío! No es á ella á quien usted amó; el amor mismo con sus dulzuras y sus penas; su belleza, verdaderamente irresistible entonces, cuando tenía diez y siete ó diez y ocho años; la primavera, la edad de usted y sus nobles sentimientos, todo esto le engañaba y todo esto era lo que usted amaba. Ella creyó amarle, y después de todo no era tan culpable; sus diez y siete años eran cómplices de su mentira; amaba el amor de usted. Si usted hubiese podido robarla y secuestrarla de la sociedad, tal vez habría sido, como ya le he dicho, una buena esposa. Pero dé usted gracias al cielo, como yo se las doy, por no haberse casado con ella, porque tiene usted delante de sí un hermoso porvenir, es usted ya conocido y será usted célebre; la fortuna le tiende sus brazos y será usted amado... y esta vez lo será como merece serlo.

Boris movió la cabeza; la idea del amor le daba miedo; todavía no se sentía con fuerzas para volver á sufrir.

– Ya lo verá usted, dijo Armianof contestando á esa negación muda; no le digo que sea mañana, pues tiene usted necesidad de reposo; pero, créame, esta mujer, esta muñeca, no merece que se la tome por una realidad. Algún día encontrará usted, como yo, una joven de corazón honrado que cifrará su dicha en darle su vida, y se casará usted con ella.

– ¿Se casará usted?, preguntó Boris sorprendido.

– Me casaré antes de terminar el año, contestó Armianof con sonrisa de alegría; hago lo que se llama un mal casamiento; me caso con la hija de un profesor, y espero que seremos completamente dichosos.

– Se lo deseo desde el fondo de mi corazón, dijo Boris conmovido y estrechándole la mano.

Los dos amigos regresaron silenciosamente á la casa y al día siguiente se separaron; pero desde aquel momento había entre los dos un lazo de confianza que nada era capaz de romper.

XXIX

Al verano sucedió el invierno y á éste la primavera, y así pasaron dos años. Boris era cada vez más conocido y apreciado, y sus trabajos, continuos y concienzudos, le habían valido una reputación en todo el imperio y le habían dado distinciones, de que tenía buen cuidado de no enorgullecerse.

Su vida era muy parecida á la que había llevado durante el invierno de prueba en que perdiera á su madre; su casa era la misma; no había aumentado su servidumbre, y exceptuando los momentos que consagraba á algunas relaciones sociales, nada interrumpía su trabajo solitario, que había llegado á ser para él la esencia misma de la vida.

Muchas revistas y algunos diarios publicaban frecuentemente artículos suyos, y alguna vez podía ser útil á los principiantes haciendo conocer sus obras y esto bastaba á su ambición y á su dicha.

Pasando el verano en Grebova y el invierno en Moscou, sumido en sus estudios bajo la apacible claridad de la lámpara y en la atmósfera igual de su habitación bien cerrada; con tal de que todo estuviera en su sitio y de que sus ojos encontraran el aspecto querido y familiar de todos los días, ¿qué más podía pedir?

En la sociedad intelectual en que aparecía de vez en cuando, las jóvenes seguían con la mirada su alta estatura, su andar viril y su rostro franco y serio. Las madres de familia, después de haber tomado informes de su fortuna y posición, le invitaban á visitarlas, cuando quisiera, «sin cumplidos, pues siempre estaban en casa.» Boris se inclinaba, hacía á veces una visita y no volvía á parecer por allí. Más de una vez le habían propuesto que se casara, pero siempre en vano.

– Está enamorado de su trabajo, decían las casamenteras moviendo la cabeza desesperanzadas. No sacaremos nada de él.

En efecto, estaba enamorado de su trabajo y también de su vida dulce y apacible. La idea de introducir un elemento nuevo en aquel hogar modesto, casi pobre en su sencillez, le inspiraba una especie de terror, porque cualquier cambio había de destruir la suave armonía de su existencia.

– Mi hora no ha llegado todavía, pensaba algunas veces reflexionando acerca de los motivos que le habían hecho rehusar tal ó cual matrimonio. No he nacido para amar.

Otras veces pensaba que la ocasión había ya pasado y que no volvería.

En algunas ocasiones sentíase invadido por cierta melancolía al pensar que no tenía aún treinta años y que su juventud había sido un continuo dolor; pero luego reconciliábale con la vida la idea del tra-

bajo respetado y triunfante que de todo consuela y jamás engaña.

«Es un joven sabio,» decían unos; «quizá no es más que un resignado,» pensaban otros; y todos tenían razón.

Aquel aspecto familiar de su casa que tanto deleitaba á Boris, no era sólo el de los objetos materiales.

Desde hacía mucho tiempo, Sonia sabía leer y escribir, y bajo la dirección del joven, había aprendido pronto los elementos de cálculo necesarios á una ama de gobierno; pero esto no había bastado á su profesor, el cual quiso que, cuando llegaba la noche, cuando la casa estaba arreglada y reparado el desorden del día, la discípula dócil leyera á su lado á fin de que pudiera interrogarle cuando tuviese alguna duda. Apenas la miraba, y ella no hacía ruido á no ser cuando, con voz dulce y aun de propósito moderada, le dirigía alguna pregunta tímida.

Boris le contestaba con una palabra, las más de las veces sin levantar la cabeza, y ella con otra palabra le daba las gracias; y volvía á reinar el silencio en aquel hogar apacible.

Durante aquel tiempo la muchacha había leído mucho y había aprovechado sus lecturas. Ni una novela había pasado por sus manos, pues Boris no quería tenerlas en su casa; pero la historia y la ciencia elemental habían formado poco á poco aquel espíritu investigador y austero.

Por otra parte, apenas parecía haber vivido durante aquellos tres últimos años; había crecido algo, pero su tez pálida y la boca severa eran iguales que antes. Reía menos, pero continuaba despachando siempre sus quehaceres con destreza y actividad, y sin que nadie, ni ella misma, pareciera darse cuenta de ello.

Al principiar el cuarto año después de su vuelta del extranjero, Boris recibió una carta de su antiguo protector. En el momento en que acababa de entregar á la imprenta una obra capital, en cuya redacción había trabajado mucho Boris, el filólogo había tenido un ataque de gota y se hallaba por lo mismo imposibilitado de corregir las pruebas.

En su consecuencia, rogaba á Boris que fuese algunas semanas á San Petersburgo para substituirle hasta su restablecimiento.

El joven partió en seguida, dejando á Sonia al cuidado de su habitación.

Los días transcurrían tardos y pesados para la huérfana ahora que no tenía que esperar cada día la vuelta del amo y que en el gabinete de estudio no se oía ningún ruido, y llegaba á la noche sin haber pronunciado una palabra siquiera.

No veía á nadie más que á los proveedores, que apenas conocían más que su cara porque la muchacha no les hablaba nunca cuando estaba allí Boris para contestarles.

Hasta entonces había vivido siendo callada por temperamento, huraña por costumbre; pensando que siempre estaría en compañía de su amo. ¡Y ahora éste se había marchado!

Ya volvería; de cuando en cuando escribía, y Sonia leía y releía cien veces su carta para asegurarse de que no olvidaba ningún encargo. Pero la pobre muchacha sentía una horrible tristeza cuando al llegar la hora de la comida se ponía á preparar la lámpara, que le parecía inútil estando el amo ausente.

Y sin embargo, la encendía, la colocaba sobre la mesa del despacho y se ponía á leer como si Boris estuviera á su lado. Pero á menudo dejaba caer el libro; la soledad que antes tanto le agradara, dábale miedo ahora, y cuando esto le sucedía, echábase un pañuelo á la cabeza y corría á la iglesia próxima en busca de un refugio; terminados los rezos nocturnos, regresaba á pasos precipitados como si esperara encontrar en casa á Boris, de regreso mientras ella había estado ausente.

¡Pero nada! La lámpara ardía tranquilamente delante de las estampas, y ella lloraba á veces hasta media noche esperando á su amo, y con él la vida y la luz que se había llevado

En tanto que duró la ausencia de Boris, recibió Sonia dos visitas. Una de ellas fué la del príncipe Armianof que, habiendo pasado unas horas en Moscou, no quiso marcharse sin ver á su amigo.

A la vista de aquella joven esbelta y agraciada que le abrió la puerta, el príncipe no pudo contener un gesto de sorpresa, pues no reconoció á Sonia: la muchacha había crecido mucho; su traje obscuro, de tela ordinaria, dibujaba sus pliegues austeros en torno de su cuerpo gracioso; sus manos, aunque curtidas, eran de bien proporcionada forma y estaban cuidadas con esmero; un pequeño cuello blanco marcaba la línea de su garganta y de su nuca bajo la opulenta masa de cabellos castaños que le hacía doblar la cabeza.

—Dispense usted, señora, dijo el príncipe deteniéndose en el umbral de la puerta. ¿El Sr. Grebof?

—Mi amo está en San Petersburgo, Alteza, respondió la joven, y aún tardará unos días en volver.

Al oir el timbre de la voz grave y algo velada, Armianof reconoció á la buscadora de pipas.

—¿Es usted, Sonia?, exclamó, suprimiendo el tuteo que siempre le había dado. No la habría reconocido.

El rostro de la muchacha, iluminado por una ligera sonrisa llena de dignidad femenina, recobró la seriedad de sus facciones mientras daba al príncipe las señas de Boris. Armianof retiróse pensativo formulándose mentalmente multitud de preguntas que pronto renunció á resolver por sí solo.

La segunda visita fué menos del agrado de Sonia. Estaba una tarde sentada en el suelo, según su costumbre, leyendo con avidez, cuando oyó el sonido de la campanilla violentamente agitada. Tiró el libro sobre la mesa del salón y corrió á abrir la puerta.

Las que llamaban eran dos señoras vestidas de medio luto, con trajes de seda ajados, abrigos de terciopelo raído, guantes zurcidos; todo en su aspecto denotaba la estrechez que gusta de aparentar galas. Con una sola mirada, Sonia, que nada conocía sin embargo del mundo, comprendió la distancia que separaba el pasado del presente de aquellas dos señoras, que eran la generala Goreline y su hija, muy envejecidas ambas.

En tanto que se informaban de Boris, sus miradas escudriñaban á la camarera y Lidia la reconoció.

—Mira, mamá, dijo sin cortarse, ésta es aquella niña que tú echaste de casa y que se llevó el señor Grebof.

—No puede ser, repuso la señora Goreline, que no había vuelto á ver á la huérfana desde aquel día nefasto.

—Te digo que sí. ¿Verdad, Sonia?

—Sí, señorita.

La buscadora de pipas levantó los ojos, que se encontraron con los duros y burlones de Lidia.

—Veo que ha mejorado tu suerte, añadió ésta examinando el traje modesto y aseado de la niña. Tu amo no te deja carecer de nada.

—No, señora, es un buen amo, respondió Sonia con el mismo aplomo.

Boris, en efecto, era para ella un buen amo, y en sus relaciones no veía la muchacha ninguna malicia.

—¡Has tenido suerte!, añadió Lidia con acritud. Eras muy fea antes; lo que no quiere decir que ahora seas bonita...

—En cuestión de gustos no hay nada escrito, dijo la señora Goreline con intención conciliadora. Vámonos, Lidia, volveremos otro día. ¿Cuándo dices que volverá el Sr. Grebof?

—Dentro de dos meses probablemente, contestó Sonia siempre impasible, como la personificación del mismo candor.

—Bien; ya volveremos. Adiós.

En cuanto se hubieron marchado, Sonia pensó para su capote que aquellas dos señoras eran muy impertinentes, pero que había hecho bien no contestando lo que se le ocurrió; y después de esto se enfrascó de nuevo en la lectura que tanto le gustaba.

XXV

Terminado su trabajo, Boris volvió á Moscou. Antes de regresar á su casa había estado en Grebova; pero la falta de caballos le había detenido y se había retardado unos cuantos días.

Era más de media noche cuando llegó á las colinas que se alzan alrededor de la ciudad santa; sólo algunas luces diseminadas indicaban el inmenso espacio que ésta ocupa; los arrabales silenciosos parecían grandes aldeas. Sus caballos, fatigados por una carrera de treinta kilómetros, avanzaban trabajosamente por la nieve medio derretida de fines de marzo; pero Boris, á fuerza de ver alejarse la esperanza de llegar pronto, había acabado por resignarse con aquella marcha lenta.

Al fin, las casas se agruparon en masas más apretadas y las iglesias aparecieron más próximas; estaba ya en la ciudad y media hora después estaría en su casa, en donde no le esperaban.

«¡Qué sorpresa tendrá Sonia!,» pensó sonriendo. En su concepto, sorpresa y contento eran en aquel caso una misma cosa.

Sólo la débil claridad de las lámparas se filtraba al través de la iglesia inmediata á su vivienda.

«¡Las dos!, se decía consultando el reloj. Es muy tarde ó muy temprano para llegar. Pero, en fin, ya estoy en mi casa; no importa.»

El portero, medio dormido, le abrió lentamente la gran puerta cochera, y Boris, después de haber despedido el trineo y con la maleta en la mano, subió rápidamente la escalera y llamó, primero suavemente, para no asustar á Sonia, y después un poco más fuerte.

Detrás de la puerta, sintió que se acercaban corriendo unos pies desnudos, y una voz suave y temblorosa gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo, Sonia. Boris Grebof. Acabo de llegar, ábreme.

Un débil grito de alegría le contestó; giró la llave, la puerta se abrió de par en par y Sonia apareció llevando una pequeña lámpara en la mano.

Larga camisa, de gruesa tela, la cubría desde el nacimiento del cuello hasta los pies; un chal rojo puesto desde la cabeza caía sobre sus hombros, y sus largas trenzas, medio deshechas, rodaban aquí y allá hasta sus rodillas.

—¡Amo, amo! ¿Es usted?, exclamó con alegría y apresurándose á cerrar la puerta.

Boris la miraba casi sin reconocerla.

¿Era aquella la misma Sonia que había dejado algunos meses antes, delgaducha y delicada? Sus ojos brillaban de alegría y quizá de un poco de fiebre, pues la sorpresa había comunicado un temblor á todos sus miembros; su tez, animada por la alegría, habíase teñido de color de rosa, los labios rojos sonreían, y aquel talle elegante, aquellos brazos redondos..., ¿era verdaderamente Sonia?

Poco se figuraba ésta el efecto que aquel cambio producía en su amo; ni siquiera se acordaba de la sencillez de su traje, y el frío tuvo que recordarle que la tela de su camisa no bastaba para cubrir sus carnes. Corrió á vestirse y luego volvió para arreglar cuanto fuera necesario á Boris, y muy pronto la tetera hirvió sobre la mesa.

—Siéntate ahí; tomemos el te juntos, dijo Boris. Estás temblando de frío.

—Es de placer, amo mío. ¡Oh, cuánto le he esperado á usted!

Y los ojos brillantes de Sonia parecían reir al mismo tiempo que sus labios.

—¿Tenías, pues, muchas ganas de verme?, preguntó Boris, contento de aquella alegría de la joven.

—¡Ya lo creo! Todo me parecía tan triste sin usted..

—¿Y qué has hecho para pasar el tiempo?

—Me he hecho un vestido y luego he leído... ¡Todo esto!

Y con la mano indicaba un montón de libros que estaban sobre una mesita puesta en un rincón.

—He colocado trocitos de papel en los páfarros que no entendía, y me los explicará usted, ¿no es verdad, amo mío?

Y sus ojos seguían despidiendo aquella mirada llena de alegría y de confianza que iba á buscar las respuestas en el fondo del corazón de Boris.

—Te explicaré todo lo que quieras, dijo éste después de un momento de silencio. Entretanto, te aseguro que tengo muchas ganas de dormir.

—¡Y yo que no me acordaba de ello!, dijo Sonia.

En un momento la cama quedó arreglada, y Sonia, retirándose, dijo, como de costumbre, desde el umbral de la puerta:

—Buenas noches, amo mío. ¿Necesita usted algo?

¡Cuánta dulzura en aquel timbre medio velado! Aquello era ya una voz de mujer y no la de una niña.

—No, gracias, nada, contestó Boris sintiendo una nueva preocupación.

Sonia desapareció, y el joven quedó pensando si había soñado la transformación que se había operado en ella.

Y es que, sin darse cuenta, parecía haberse imaginado que aquella muchacha siempre sería el ser enfermizo y débil que arrancó de las manos de la generala.

De repente, parecida á aquellas plantas de río de las que brotan hojas y flores en una sola noche y que se ostentan orgullosas sobre las aguas, la niña se había convertido en mujer, y ¡qué mujer!, graciosa y digna, casta y atractiva á la vez y coqueta, sin que se diera de ello cuenta, con su sonrisa y con sus ojos magníficos. He aquí que, en vez de una criaduela enteca y pequeñita, tenía bajo su techo una joven en el completo desarrollo de sus diez y ocho años. ¿Qué iba á hacer de ella?

Aquí la meditación de Boris se detenía, porque no hallaba á aquella pregunta ninguna respuesta ni en su corazón ni en su cabeza. Dejar de ver á Sonia le parecía imposible, pues formaba parte de su hogar doméstico.

Y en tanto que continuaba pensativo, sin acordarse siquiera del sueño, una vibración sonora y prolongada hizo estremecer toda la casa.

—¡El primer toque de maitines!, exclamó Boris levantándose. ¡Las cuatro ya!

Otra vibración más débil respondió á lo lejos y luego otras muchas; reinó en seguida el silencio, y un instante después, las campanas dieron ese fúnebre toque propio de la cuaresma, tan extraño y tan solemne que nadie que lo ha oído una vez puede olvidarlo.

Este grandioso lamento era el que Boris escuchaba desde su ventana, aplicando el oído al desierto espacio.

Las pequeñas campanas resonaban una tras otra, como lágrimas discretas y aisladas, y luego doblaban todas juntas como en una queja lúgubre y desesperada. Por el Norte, por el Sur, por la derecha, por la izquierda, por todos los puntos del horizonte se escuchaba aquel fúnebre llamamiento, y las tres mil campanas de Moscou respondían vibrando como una gigantesca arpa eólica.

Una melodía extraña, incomprensible, compuesta de notas sueltas, volaba de uno á otro campanario, recogiendo aquí y allí, á su paso, un acorde raro, una sarta de arpegios parecida á un collar de perlas desgranadas en un escudo de bronce. Luego algunas notas fugitivas, después un acorde solemne, clamor de almas en pena que flotaba en aquella noche de húmeda niebla sobre un suelo movedizo de nieve espesa y medio derretida.

Fuera, en las tinieblas casi palpables, no se escuchaba otro ruido que esta lamentación caprichosa, pero acompasada.

Aquel inmenso campaneo que aisladamente, en cada campanario, habría sido fúnebre, despertaba la confianza y hasta una especie de alegría grave; la armoniosa solidaridad de todas sus vibraciones infundía en el alma del soñador cierto vago sentimiento de vida, de seguridad, de asociación. Y para un poeta, ¡cuánta armonía! No es más grandiosa ni más solemne la del viento al azotar las altas selvas por el hombre respetadas.

Boris escuchó hasta el momento en que poco á poco las vibraciones se extinguieron; un campanario lejano continuó todavía por algunos instantes enviando sus llamamientos al cielo obscuro; después, todo quedó en silencio. Solo el ruido de las gotas de agua que caían del tejado sobre la nieve derretida de la calle animaba aquella soledad. Una ráfaga de aire tibio, precursor de la primavera, azotó el rostro de Boris, que se sintió de repente invadido por una emoción placentera.

—¡El fin de la Cuaresma!, pensó; dentro de poco Pascua, luego la primavera... Y mi nombre que se halla impreso en ese libro, junto al de mi sabio amigo. ¿Tendré al mismo tiempo nombre y fortuna?

Se acostó lleno de esperanzas diversas y se durmió en seguida.

Era muy tarde cuando se despertó; la ventolera de la noche había despejado la bruma, y un alegre sol fundía la nieve de los tejados, que caía en torrentes de brillantes gotitas. Una mano discreta daba golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?, gritó Boris todavía medio dormido.

—Soy yo, señor. Son las doce. ¿No quiere usted almorzar?

—¿Tan tarde es?, contestó el joven frotándose los ojos; ya voy á la mesa.

En un momento estuvo listo y abrió la puerta del saloncito que servía de comedor.

Los blancos manteles, los platos relucientes, el jarro de cristal brillante, donde se quebraban los rayos de sol, tamizados por las verdes hojas de las plantas que trepaban por las ventanas, todo eso tenía un aspecto tan sano y tan alegre, que el verlo causó gran placer á Boris.

Lanzó un suspiro de satisfacción al sentarse ante su plato vacío; volvía á encontrarse en su hogar, y ¿qué palacio, por suntuoso que sea, puede compararse con la modesta vivienda en la que somos los amos y en la que cada objeto nos pertenece y nos da la bienvenida?

—¡No se impaciente usted, señor; ya voy!, dijo la voz de Sonia detrás de la puerta.

Y casi al mismo tiempo que decía esto, aparecía trayendo una fuente humeante, cuyo vapor rodeaba su cabeza como un nimbo flotante.

—Buenos días, amo, dijo dejando la fuente sobre la mesa é inclinando la cabeza profundamente, á la usanza rusa.

Luego se quedó de pie delante del joven, dispuesta á servirle.

Boris encontró su clara mirada, llena de bondad, que le hacía pensar en su madre.

—Coma usted, señor; espero que la comida estará bien y debe usted tener hambre.

Sí que la tenía Boris; pero no podía apartar su mirada de aquel blanco cuello, de aquellas gruesas trenzas, de aquel traje modesto y severo y de aquella muñeca delicada que salía de la manga un poco doblada para facilitar los movimientos.

—Sonia, ¿qué edad tiene usted?, preguntó mientras le servía.

Aquel *usted* sorprendió á la joven, no acostumbraba á tal tratamiento.

—¿Os he ofendido?, murmuró confusa.

—No, contestó Boris ruborizándose ligeramente; ha sido una distracción ¿Qué edad tienes?



Sonia apareció llevando una pequeña lámpara en la mano

—No lo sé á punto fijo, exclamó, ya tranquilizada; debo tener diez y siete ó diez y ocho años. ¿Por qué?

—Para saberlo, dijo Boris.

Y el caso es que no sabía por qué lo había preguntado.

—Han venido visitas mientras ha estado usted ausente, repuso la muchacha, viendo que no decía nada; el príncipe Armianof.

—¡Ya lo sé!, me lo ha escrito, contestó Boris comiendo con buen apetito.

Sonia citó algunos otros visitantes, y por último y con cierta vacilación pronunció el nombre de las señoras Goreline.

—¿Goreline?, dijo Boris, con un movimiento de sorpresa. ¿Estás segura de que eran ellas?

—Sí, sí, estoy segura. Iban las dos vestidas de negro y no muy ricamente por cierto.

—¡Ah!, exclamó Boris quedando un momento pensativo. ¿Y no te han dicho lo que querían?

—No; volverán.

Grebof continuó reflexionando durante un instante, y luego, empezó á comer otra vez, como decidido á no interrumpirse más. Sonia, que le seguía con la vista, quedóse admirada de la alegría interior que sentía, al ver cómo su amo volvía á recrearse con su obra maestra culinaria.

—¿Está bueno, amo?, preguntó con afán.

—Excelente. ¿Y tú, no comes?

—Después, cuando usted haya acabado.

Boris miró las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de felicidad que le examinaban sin malicia alguna y sin atreverse á decir lo que tenía en la punta de la lengua, y acabó de almorzar en silencio.

Cuando se levantó, Sonia apresuróse á quitar la mesa.

—¡Deja eso!, dijo Grebof, con un dejo de impaciencia.

Sonia le miró algo extrañada.

—¿Acaso eres tú quien ha de hacer?..

Y se detuvo, no sabiendo lo que iba á decir.

—¡Ah, señor!, ¿quién nos serviría entonces?, exclamó Sonia sonriendo más con los ojos que con los labios. Me ha tomado usted para servirle, y si todo no lo tenía puesto en orden, me echaría usted de su casa.

Y seguía riendo mientras iba y venía del comedor á la cocina.

—¡Echarla!

Boris se indignó de esa broma; ¿echar á Sonia? Tanto valdría echar la luz de la habitación.

Entonces volvió á hacerse aquella pregunta insoluble: ¿Qué iba á hacer de aquella joven?

—Lo pensaré más tarde, se dijo.

Y salió para desempeñar sus negocios.

«Más tarde» es el gran amigo de los rusos.

En la calle se le ocurrió una idea maravillosa. Pero esta idea, al tomar consistencia, aguaba su alegría de la mañana.

A fuerza de reflexionar, se dijo que aquella era la única solución del problema. Pero ¿por qué esta solución no ofrecía nada consolador á su espíritu?

Esto no obstante, regresó á su casa resuelto á proceder como convenía.

—Sonia, dijo mientras ésta le servía la comida, ¿no has pensado nunca en casarte?

—¿Yo?, preguntó ella en el colmo del asombro.

Y examinó á Boris con atención como preguntándose si en San Petersburgo se lo habían cambiado. Aquel examen pareció tranquilizarla, pues exclamó sonriendo:

—No.

—¿Nadie te ha hecho el amor durante mi ausencia? ¿Ningún buen mozo te ha pedido en matrimonio?

Sonia se ruborizó, pero contestó claramente, mirando á su amo:

—Nadie..., ¿por qué?

Boris era el que le había enseñado, precisamente, á preguntar siempre por qué, cuando no sabía una cosa; pero en aquel momento, de fijo que al profesor le dolía aquella enseñanza.

—Es que, dijo después de reflexionar un rato, estoy decidido á hacerte un buen regalo cuando te cases, y ahora que tienes diez y ocho años...

No habló más; la idea que acababa de concebir no pasaba de allí. Sonia esperó un instante antes de contestarle, y habiéndose asegurado de que no le iba á decir nada más, habló, á su vez, con voz grave y lenta, como lo había hecho en dos ocasiones únicamente en su vida: el día que Boris perdió á su madre y el día que Lidia le había hecho traición.

—Señor, dijo, con acento en que parecía vibrar una muda reconvención, vuestra difunta madre me hizo prometer que os serviría siempre con fidelidad y que no me apartaría de vuestro lado. Si algún día tenía la desgracia de disgustar á usted, si me echara usted de su lado no me casaría, sino que sería esposa del Señor. Si alguna vez os ofendo, amo mío, Dios me consolará y el monasterio será mi casa. Pero mientras no le disguste á usted, permitidme que continúe sirviéndole.

De pie, con los brazos caídos, había vuelto á ser la Sonia de otros tiempos; sus palabras eran sencillas en medio de su dignidad humilde, y Boris era el que se sentía pequeño y humillado.

Cuando se hubo expresado en aquellos términos, quiso prosternarse siguiendo la antigua costumbre rusa; pero Boris se precipitó hacia ella y la recibió en sus brazos antes de que pudiera realizar su intento

La joven no insistió y permaneció de pie delante de él, esperando una contestación y puesta en él su honrada y casta mirada.

—Tienes razón, soy un imbécil, dijo Boris de repente sin mirarla.

Sentía vergüenza ante ella; sin embargo, levantó los ojos magnetizado por aquella mirada que seguía esperando una respuesta.

—Soy un imbécil, repitió Boris riendo para ocultar su turbación; no te hablaré ya más de esas tonterías.

El semblante de Sonia recobró en seguida su animación ordinaria, es decir, volvió á ser el rostro que era nuevo para Boris; la expresión alegre de sus ojos y de sus labios brilló otra vez como un rayo de sol, y algunas horas más tarde, mientras la tetera hervía, de repente, sin saber por qué, tarareó á media voz una canción popular, cosa que no le había sucedido desde hacía muchos años.

Multitud de visitas y de encargos se habían acumulado durante la ausencia de Boris, así es que éste se pasó quince días sin parecer por su casa más que á las horas de dormir. Sonia no había tenido, por consiguiente, ni un momento para hablarle de sus lecturas; pero estaba dotada de mucha paciencia y la felicidad había vuelto á aquel hogar. Poco á poco se calmó aquel movimiento, y aquellos dos solitarios reanudaron, con gran satisfacción, su antigua existencia.

XXVI

Una tarde, el joven profesor acababa de terminar su almuerzo y Sonia de poner el salón en orden, cuando sonó la campanilla, y una voz que Boris no reconoció, tan seca y dura se había vuelto, preguntó por el Sr. Grebof.

– Entre usted, señorita, respondió Sonia.

– Haz el favor de anunciarnos, dijo la misma voz.

Y en tanto que Sonia quitaba á las visitantes sus abrigos de pieles, la misma voz continuó más bajo y en francés:

– Vea usted, mamá, qué elegancia.

– ¡Una simple camareral, contestó otra voz.

Al oir aquellas caritativas afirmaciones, Boris no podía equivocarse: eran las señoras Goreline.

Instintivamente miró á Sonia; que después de haberlas introducido en el saloncito, había venido á decirle el nombre de las visitantes. Su tocado no tenía nada de particular ni de elegante en sí mismo; un sencillo traje de lana obscuro, un pequeño cuello blanco y un delantal de merino negro; pero lo que daba un aspecto agradable á aquel vestido severo, sin una cinta, sin un encaje, era la limpieza minuciosa de las prendas y más que nada la forma graciosa de aquel cuerpo juvenil, la abundancia de las pesadas trenzas, la blancura de la piel y el aire de sencilla dignidad de la joven. No parecía en verdad una camarera; pero todo su tocado en junto no valía cinco rublos.

Boris vió todo aquello de una sola mirada y sonrió á Sonia que le interrogaba con los ojos sin darse cuenta de ello. Al pronunciar el nombre de la señorita Goreline había palidecido ligeramente. ¿Temía una emoción desagradable para su amo? Acaso sí.

La sonrisa de Boris la tranquilizó, y contestando con otra parecida, se retiró á la cocina para proseguir sus quehaceres.

Al entrar en el salón, Grebof se sintió perfectamente dueño de sí mismo; el pasado había muerto y bien muerto, como si jamás hubiese existido. Las dos señoras se levantaron al verle; las saludó cortésmente, las hizo sentarse y se sentó él á su vez.

Lidia no era Lidia. Era una solterona ajada. No tenía sin embargo más que veinticinco años; pero para las que buscan continuamente marido, los años de campaña deben contarse por doble tiempo: en los siete años que corría el gran mundo, las esperanzas fallidas, los choques de amor propio, los estragos de una ambición insaciable y siempre impotente habían cambiado su rostro y su voz lo propio que su carácter.

Con luz artificial debía ser hermosa todavía, pues sus facciones habían conservado su pureza clásica; pero con la claridad del día, tal como la veía Boris, con su vestido de seda negro ajado, su sombrerito de encaje algo viejo, sus guantes remendados, con sus ojos rodeados de un círculo rojizo y los labios arrugados, no era siquiera una sombra de Lidia; era una segunda edición de la señora Goreline.

Boris, al verla así, la compadeció interiormente, pero como hubiera compadecido á una desconocida que de un pasado esplendoroso hubiera llegado á un presente miserable. Su conmiseración fué corta y superficial; pues á decir verdad, lo que había amado no era ella, sino lo que habría podido ser, lo que no quiso ser, y por eso mismo se había alejado, para no volver más, el día de la traición.

En tanto que así discurría, la señora Goreline había tomado la palabra, hablando en un tono que descubría su preocupación, á pesar del aplomo soberbio que siempre tenía. Explicaba la serie de miserias por que había pasado como una lección aprendida. Había muerto su marido y le habían hecho mil infamias para concederle una viudedad menguada.

– Mi hija, sobre todo, es la que puede quejarse, pues tenía derecho la pobre á una pensión especial; pero han pretendido que la mía debía bastarnos y que Eugenio está en edad de trabajar. La verdad es que es un buen mozo para sus diez y ocho años; pero ¿comprende usted, Boris Ivanovitch, si un muchacho de esa edad que no ha salido todavía del colegio puede servir para algo?

Boris pensaba que precisamente á los diez y ocho años y durante su primer curso de la Universidad daba ya conferencias á los otros alumnos para no ser tan gravoso á su madre. En lugar de contestar, pues, se contentó con hacer un pequeño signo de asentimiento.

– Ya lo ve usted, continuó la señora Goreline, esto es lo que les dije á los del ministerio. He escrito al príncipe Armianof, nuestro vecino, sin tener en cuenta que era esto una humillación para nosotros, después del modo como se portó. Figúrese usted que se ha casado y no nos ha presentado á su esposa. Y no es que sea interesante esa señora; ni siquiera es bonita, y tiene unas ínfulas... ¡Mire usted que no habernos considerado dignas de una visita! ¡Y cuando pienso que es hija de un profesor de latín! En fin, no hay madre que no deba soportarlo todo por sus hijos, y he escrito al príncipe contándole las injusticias que nos hacían. Pues bien: no se ha dignado tomarse la molestia de venir á vernos, y nos contestó que se ocuparía de este asunto. Bien se ve que se trata de una pobre viuda sin defensa. Si hubiese vivido mi querido esposo, no se hubieran atrevido á tratarme de esta manera.

La señora Goreline enjugó sus ojos, que estaban completamente secos, con un pañuelo de batista desgarrado.

– ¿De modo que el príncipe Armianof no ha hecho nada por usted, entonces?, preguntó Boris con tono algo frío.

– Al contrario, ha obtenido trescientos rublos de aumento de pensión, que á mi muerte pasarán á mi hija; pero no tuvo por conveniente comunicármelo; de modo que cuando recibí esta noticia, si no hubiese ido yo misma al ministerio para informarme de lo ocurrido, nunca habría sabido que era él quien lo había solicitado y obtenido. Hay gentes, en verdad, que ignoran las más rudimentarias reglas sociales.

– Si tiene usted lo que desea, dijo Boris conteniendo una sonrisa, debe usted felicitarse de haberlo conseguido.

– Sí, contestó la señora Goreline con volubilidad; pero esto no basta, Sr. Grebof. Ha sido necesario comprarnos vestidos de luto, y luego un hijo..., un hijo cuesta mucho, y apenas si podemos nunca saldar las cuentas sin déficit. Me cuesta mucho confesarle esto, Sr. Grebof, á usted, que nos ha conocido en tiempos más prósperos; pero es preciso convenir que vivimos casi pobremente, y á pesar de ello nuestros gastos son mayores que nuestras rentas. He pensado que usted podía sernos útil; ¡es usted tan bueno!

La señora Goreline se detuvo con la mirada fija en Boris, esperando que éste la alentara. Pero ¡cosa rara! Había olvidado que quiso un día pegarle, y le echó de su casa por haber pedido la mano de su hija. No se acordaba sino de una cosa; que había amado á Lidia, y que por este solo hecho debía estar dispuesto á hacer cualquier sacrificio por complacerles.

Las naturalezas de esta índole son mucho más comunes de lo que se cree; en todas las sociedades se ven palpables ejemplares de ellas, y únicamente se distinguen unas de otras en la capa de barniz de buena crianza que las cubre.

Boris escuchaba aquel flujo de palabras sin decir esta boca es mía, y lo que le sorprendió más fué lo impensado del final. Sin la presencia de Lidia, que tenía los ojos bajos y permanecía sin pronunciar una palabra, hubiese acompañado cortésmente á la puerta á la generala, asegurándole que no era tan bueno como ella suponía. El aspecto triste de la hija le hizo más misericordioso para la madre y la dejó que acabase como pudiera el comenzado discurso.

– ¡Es usted tan bueno!, repuso la generala al cabo de un momento, después de haber esperado en vano una contestación. Es usted actualmente un hombre célebre, continuó con una risa que quería ser alegre; ha escrito usted en colaboración con un sabio un libro muy notable. Ya sabemos que es usted árbitro en todo diario y en toda revista, y hemos pensado que podría sernos de mucha utilidad su influencia. Como le decía á usted, Sr. Grebof, hemos sido amigos en otro tiempo.

Boris, completamente extrañado, la miraba con incredulidad.

– Sí, hemos sido amigos; fuí un poco viva de genio, añadió suspirando; pero ¿qué quiere usted?, no siempre sabe estar una á la altura de las circunstancias. ¿Quién podía prever... después de tantos años? Irá usted á vernos, ¿no es eso, Boris Ivanovitch?

– ¿Quería usted pedirme alguna cosa?, preguntó Boris con tono glacial.

– Sí; he aquí de lo que se trata. Mi hija ha traducido una novela del alemán, y he pensado que usted podría recomendarla al director de una revista, el *Mensajero de Europa* ó el *Mensajero ruso*.

– No está mal pensado, díjose Boris para sus adentros.

– He aquí el manuscrito, continuó la señora Goreline tomando un rollo voluminoso que su hija acababa de sacar del manguito. ¿Quiere usted mirarlo un momento?

Boris lo cogió y miró aquella escritura fina y descuidada á la vez, que había hecho latir su corazón en otro tiempo. ¡Cuán lejos estaban aquellos días en que le dictaba versos del *Jocelyn!* Abrió fríamente el cuaderno y miró el título.

Era una lucubración ampulosa y sentimental, como se ven en los diarios de señoritas y en que los labios de las novias juegan un papel tan importante á lo menos como su corazón.

Lidia, estremeciéndose de emoción, miraba los dedos impasibles de Boris hojear el manuscrito. ¿Se acordaba acaso de Lamartine y de su propia juventud? ¡Quién sabe! ¡Tantos acontecimientos habían sucedido después!

– Siento verdaderamente que se haya usted tomado tanta molestia, dijo Boris sinceramente, contrariado por la contestación que debía dar y mirando por primera vez con benevolencia á Lidia. Ha hecho usted un trabajo enorme, y es lástima que le haya emprendido sin tomar antes consejo de alguna persona inteligente. Creo que la traducción es buena, pero la elección es malísima. Ningún director de revista consentirá en imprimir una obra de tan poco valor.

– ¡Oh! Pero si es usted quien la lleva, Boris Ivanovitch, sabemos que no le pueden negar nada. Todos tienen tanta confianza en el gusto de usted, que estoy segura que se la tomarán á ojos cerrados si se encarga usted de presentarla.

– Disto mucho de tener la influencia que me atribuye usted, contestó tranquilamente Boris; pero si así fuese, me obligaría á escoger con gran cuidado las obras que quisiera presentar, y nunca me atrevería á proponer esa desdichada novela. Se lo repito á usted, no es que la traducción sea mala, sino que el original está mal elegido, y el público la reprobaría conmigo.

– De modo que nos niega usted lo que le pedimos, Boris Ivanovitch, dijo la señora Goreline con su voz más meliflua; esto no está bien: recuerdo que hubo un tiempo en que estaba usted más dispuesto que ahora en agradar á mi hija, repuso con una sonrisa irónica.

Lidia avanzó rudamente la mano descarnada hacia el brazo de su madre para detenerla; pero era ya demasiado tarde: Boris se había levantado, pálido de indignación, y saludaba á sus visitantes para indicarles que la visita había acabado. Pero la señora Goreline no era mujer para dejarse despedir sin vengarse de esta injuria.

– Nos lo rehusa usted porque tiene otra cosa en la cabeza, continuó dejándose arrebatar por la cólera. La sociedad de las gentes distinguidas le debe pesar ahora. El que se encanalla con viles mendigas no puede alternar con la gente noble.

– ¿Qué dice usted?, gritó Boris.

– Digo, exclamó la vieja con su voz más aguda, que presté un gran servicio á la sociedad el día que eché á usted de mi casa con esta muchacha, de la que ha hecho usted su querida, que vive con usted públicamente y que abre la puerta á las personas que vienen á visitarle. Vámonos, Lidia, jamás debimos poner los pies en esta casa.

– Ya te lo había dicho, mamá, chilló Lidia con su voz aguda y cascada.

El ruido de un cuerpo que cae sonó detrás de la puerta. Boris no lo oyó: temblaba de pies á cabeza y la sangre que inyectaba sus ojos le cegaba. El fondo eslavo de su robusta naturaleza empujaba irresistiblemente sus dos puños cerrados á caer sobre la cabeza de aquellas dos miserables mujeres. Dió un paso con tanta cólera y fuerza, que retrocedieron asustadas ante el brillo de su mirada.

– ¡Mamá, mamá!, gritó Lidia refugiándose detrás de un sillón, nos va á pegar. Pida socorro.

Aquella palabra devolvió á Boris su sangre fría. Apartándose para dejar pasar á las dos mujeres, abrió de par en par la puerta del salón. Pasaron ante él sin decirle una palabra y se apresuraron á tomar sus abrigos que estaban en la antesala. El manuscrito había rodado por tierra; Boris lo recogió y lo puso sobre la mesita delante de Lidia, que aprisa y corriendo se metía sus botas de abrigo. Esta miró temerosamente al hombre que la había amado: la cólera, el miedo, algo de respeto y quizá de admiración se mezclaban en aquella mirada que encontró la de Boris, fría como el acero y rebosante de un indecible desdén. Todas las malas pasiones hirvieron dentro de ella, y al transponer la puerta de la escalera echó á Boris una última palabra de odio:

– Hice bien en no casarme con un hombre brutal, con un libertino que educa á las muchachas para seducirlas y perderlas.

– Después de la traición, la calumnia, dijo sonriendo Boris, completamente dueño de sí mismo; es natural. Señoras, tengo el honor de saludarlas.

Y cerró la puerta detrás de las dos mujeres. Por un instante quedó inmóvil en el recibimiento tratan-

do de darse cuenta de lo que habían dicho aquellas dos miserables calumniadoras.

Un destello de indignación hirió su alma; Sonia debía haberlo oído todo. Los débiles tabiques de aquella habitación dejaban oir el menor ruido.

Se precipitó hacia la cocina con un ansia febril. Tenía el vago sentimiento de que había acontecido una desgracia.

La pequeña pieza, clara y reluciente de limpieza, estaba desierta. Abrió la puerta de la escalera de servicio y escuchó: no había nadie ni se percibía ruido alguno.

Desesperado, agitó febrilmente los vestidos de Sonia colgados en un pequeño armario. El abrigo y el chal que llevaba ordinariamente para salir estaban en su sitio. Pasó á su cuarto; nada tampoco.

Quedaba únicamente el cuartito semiobscuro en que Sonia tenía su cama y donde él no había penetrado jamás.

Hasta entonces con el corazón conmovido no había llamado; pero al poner la mano en el pomo de la puerta, se detuvo y murmuró en voz baja:

–¡Sonia!

Un débil ruido, sollozo ó gemido, le contestó. Entró apresuradamente y encontró á la joven de rodillas en el suelo replegada sobre sí misma, con la cabeza oculta entre las manos.

Boris la veía apenas en aquella semiobscuridad; sus trenzas se habían deshecho y cubrían sus hombros con sus sedosas ondas. Al entrar el joven pareció acurrucarse más todavía, como si un sentimiento de vergüenza la hiciese ocultar á sus miradas.

– Sonia, dijo Boris dando un paso hacia ella.

Su corazón rebosaba de lágrimas, y hubiese dado cuanto tenía para calmar los sollozos desesperados que agitaban el pecho de la pobre criatura arrodillada ante él; quería estrecharla contra su corazón, secar sus lágrimas con sus besos como se hace con un niño herido, y no se atrevía porque cada uno de sus gestos podía parecer una ofensa á aquella virgen ultrajada.

– Sonia, repitió en voz baja.

Aquel llamamiento salía del fondo de su corazón.

La joven levantó hacia él sus ojos anegados en lágrimas. ¡Qué mirada tan sumisa y cargada de súplicas! Imploraba perdón, cuando hubiese podido fulminar los rayos de su cólera.

Boris sintió que el corazón latía violentamente en su pecho: aquella mirada suplicante le revelaba un mundo de sentimientos hasta entonces ignorados.

– Sonia, dijo; he sido culpable, te pido perdón.

– ¡Perdón!, exclamó ella levantándose de repente. ¿Usted? Si soy yo quien debiera pedirlo.

Se dejó caer de rodillas ante el joven.

– Habría debido comprender que mi presencia aquí podía causarle disgustos, que no era prudente que le sirviera á usted más tiempo, so pena de que le calumniaran. ¡Oh, amo mío, todo se lo debo á usted; gracias á su bondad he conocido á Dios y la honradez y la libertad, y me ha amado usted lo mismo que su santa madre; y yo, yo sólo le traje á usted la vergüenza y la injuria! ¡Ah, debía haberme muerto!

Boris no se atrevía á interrumpirla. Le parecía que aquella hora iba á decidir de su vida entera, que su destino pendía de los labios de Sonia y que ésta iba á pronunciar el fallo inapelable.

– Sí, debía haber muerto ó haberme marchado, repuso sin cesar de llorar; pero no podía marcharme, pues usted, amo mío, usted lo es todo para mí: no puedo, no quiero vivir lejos de usted; le amo cien veces, mil veces más que á todo el mundo; no puedo vivir donde usted no habita. Cuando estaba usted allá en San Petersburgo, se me figuró que se había puesto el sol, que no existía Dios. Y he sido cobarde. Cuando usted me preguntó si quería casarme, debí decirle que sí ó marcharme; pero no podía. No creí que por mi causa pudiese usted ser insultado jamás.

Boris la escuchaba, y con las palabras desesperadas de la pobre niña, una alegría íntima se desbordaba de su corazón; un nuevo horizonte se abría ante él; una vida llena de sol y de dicha; y escuchaba con los ojos dilatados para ver mejor, con los labios entreabiertos para mejor oir, con los brazos tendidos para cogerla en cuanto acabara de hablar.

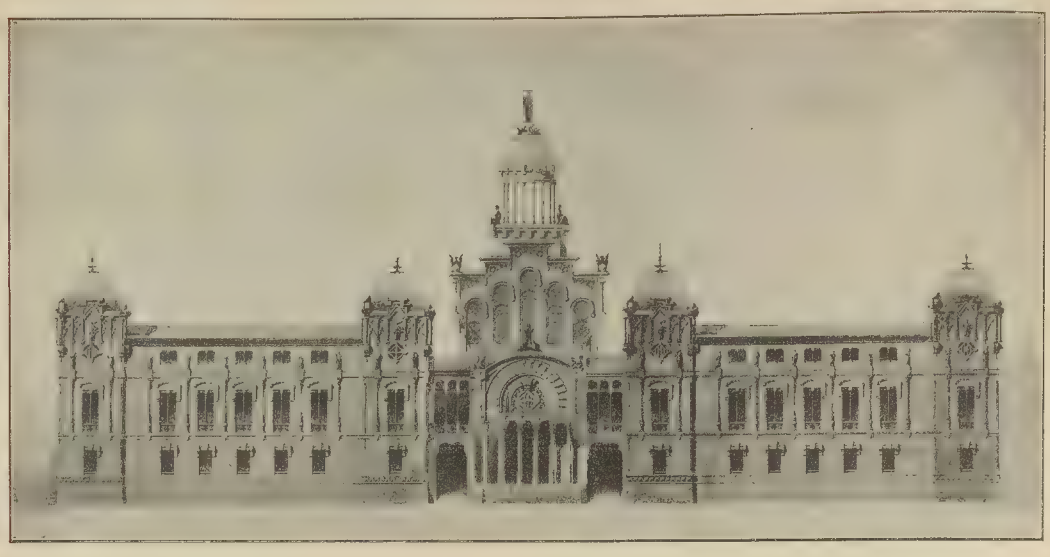
– Me iré, amo mío, me iré; hoy, en seguida, y les dirá usted á todos que eso no era verdad, que habían mentido y que me he marchado. ¡Ah, sí! Debiera haberlo hecho antes; pero ¿es culpa mía si le amo más que á mi vida? A lo menos cuando yo no esté aquí, será usted dichoso.

Habíase incorporado un poco, apoyando su mano en el cofrecito que encerraba todo su ajuar, y levantaba hacia Boris su semblante resplandeciente por la alegría del sacrificio.

Disponíase á partir, tal como decía; pero Boris la detuvo, y estrechándola entre sus brazos le dijo:

– ¡Dichoso sin ti! ¿Sin ti? ¿No sabes, Sonia, que te amo? Dime, ¿quieres ser mi esposa?

FIN



Palacio de Justicia de Barcelona, proyectado y dirigido por los arquitectos D. Enrique Sagnier y D. José Doménech Estapá

PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA

PROYECTADO Y DIRIGIDO POR LOS ARQUITECTOS D. ENRIQUE SAGNIER Y D. JOSÉ DOMÉNECH ESTAPÁ

Hállase emplazado este suntuoso edificio, una de las galas del arte moderno, en la anchurosa vía denominada Salón de San Juan, ocupando un área de siete mil trescientos cincuenta metros. Los distinguidos arquitectos Sres. Sagnier y Doménech Estapá, autores del proyecto, no se ajustaron á estilo alguno determinado, proponiéndose sin duda producir una obra inspirada en los conceptos hoy imperantes, en la que se enlazan con el mayor acierto los materiales utilizados con las líneas arquitectónicas. Consta el edificio de tres cuerpos, destacándose el central por su grandioso pórtico, rematado por elegante cúpula, limitando los cuatro ángulos igual número de caprichosas torres. Los amplios paramentos de las fachadas hállanse exornados con estatuas y notables bajos relieves debidos á los escultores barceloneses, representando cada uno de ellos hechos ó acontecimientos que se relacionan con la historia jurídica de nuestro país, de suerte que entrañan un doble carácter y han de estimarse las fachadas del Palacio como una gallarda manifestación del arte patrio.

Los nombres de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech Estapá se hallarán unidos á los de los artistas que han contribuído con su esfuerzo á embellecer la obra, y á unos y á otros les cabrá la satisfacción de haber realizado una construcción que honra á nuestra ciudad.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 31 de agosto de 1903 — Núm. 1.131



NERÓN ANTE EL ESPECTRO DE SU MADRE, cuadro de Barlés

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimonoveno de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo segundo de la presente serie, que es la interesantísima novela de René Bazin, LA MANCHA DE TINTA, obra premiada por la Academia Francesa. Ilustran este tomo veinte preciosas láminas de D'André Brouillet.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO

La duquesa de Denia acaba de morir en edad muy avanzada, en su palacio de Madrid. Era mujer de entendimiento y actividad, gran administradora, de esas que restauran una casa noble á fuerza de buen sentido, de orden y de constancia. Su inclinación á los artistas y á los escritores, su protección á Zorrilla, son títulos al respeto y á la simpatía de sus contemporáneos. En cuanto á su hermosura, no hablemos de la duquesa de Denia, porque este título comenzó á ostentarlo cuando ya el irreparable ultraje de los años no podía ocultarse ni con hábiles artificios; pero cuando la llamaban duquesa Angela de Medinaceli, lucía una de esas beldades típicas que deslumbran y avasallan sólo con presentarse. He oído describir mil veces su aparición fascinadora, en un baile de trajes, dentro de una gruta submarina, con atavío y tocado de verdes gasas, perlas y corales. He visto sus retratos de la juventud: los ojos, las facciones, la boca, la sonrisa enigmática, son de mujer oriental, hija de esos países en que la humanidad parece fundirse en moldes más nobles y grandiosos.

No era únicamente una preciosa cara: el cuerpo correspondía; y mientras la primera se arruinó lamentablemente, el segundo conservó su arrogante porte, sin perder ni estatura, ni gallardía, ni el andar majestuoso de la matrona en el apogeo del vigor y de la segunda juventud. Envuelta en un abrigo amplio y rico, ó arrastrando por los salones la cola de su blanco traje – vestía invariablemente de blanco en sociedad, – la duquesa de Denia parecía siempre descendida de un trono. Alrededor de ella – en su nuevo palacio como en el antiguo de la plazuela de las Cortes – flotaba la tristeza sorda de las decadencias; y es que un reinado de hermosura, al caer, crea la constante melancolía de los destronamientos.

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres. Sólo en Alemania funcionan veintiséis.

La mujer, más aún que el hombre, ignora su derecho y está predispuesta á no ejercitarlo ni reivindicarlo. Para una dama como la Denia, que administra y conoce la legalidad, hay miles, hay millones, hay un rebaño incontable, que repite con sencilla ingenuidad:

– Ya se ve, soy mujer, y no entiendo *de eso.*

Las oficinas de consulta gratuita ejercitan una de las obras de misericordia, dar buen consejo á quien lo ha menester. Nuestra época, en tantos respectos preferible á las anteriores, camina á ofrecer de balde á cuantos lo necesiten, y no lo puedan pagar, el abogado y el médico; el derecho y la salud. Si á ambas dádivas pudiesen unirse otras dos – ¡friolera!, – el alimento y la enseñanza, se remediaría la humanidad. Mas si se mira bien, nunca es completa la realización del derecho, nunca es estable el equilibrio de la salud, nunca está seguro y es suficiente el pan, nunca es plena la enseñanza. Límites, restricciones, deficiencias, alteraciones, en tales escollos se rompe y despedaza la ola de la vida. Y el desaliento infecundo nace de esa espuma salobre y amarga que nos llega á los labios. Por más que nos esforcemos, la injusticia crecerá como la mala hierba, la enfermedad y la muerte batirán sus alas de murciélago sobre el mundo, el hambre acosará á los mortales – en la India el hambre es ya epidémica y crónica á la vez – y la ignorancia espesará sus velos de bruma, envolviendo los cerebros en densa sombra. ¡La ignorancia! Si damos en pensar que á cada hombre que nace es preciso transmitirle el conocimiento, iniciarle en las fórmulas; que ese hombre se ve obligado á esforzar la memoria, á prensar el intelecto, á dedicar horas y más horas al fin de aprender algo, y que cuando lo ha aprendido y ha atesorado y se cree rico y se lo repiten en son de alabanza, un microbio ó una arenilla ó una gota de sangre en la masa encefálica dan al traste con todo y allá se marchan, á lo desconocido, á las tinieblas, los doctos y los sabios, nos acordamos de los *Triunfos de la Muerte*, tema artístico favorito de la Edad media, y nos estremecemos ante lo inútil de la labor eternamente interrumpida y reanudada: el Sísifo dolorido y magullado, volviendo á rodar su pedrusco, nos infunde piedad.

La generosa batalla contra la muerte es otra obra titánica de nuestro siglo. ¿Se conocía antaño la extensión de ciertas enfermedades que diezman á la raza? ¿Existían en igual grado y con igual desarrollo que ahora? ¿Somos más endebles ó más vigorosos en la actualidad? Las hambres á que tan frecuentes referencias hace nuestra literatura picaresca, ¿no engendrarían anemias y tuberculosis?

Me inclino á creer que sí; que este azote de la tisis es viejo, por más que hasta el romanticismo á nadie se le ocurriese poetizarlo, y hasta hoy nadie pensase en prevenirlo con higiene, desinfección, dispensarios y sanatorios. Como es viejísima la diabetes, á cuyas complicaciones sucumbieron probablemente Cervantes y Felipe II, pero es nuevo su estudio y nuevos los sistemas para combatirla.

Oía yo, pocos días hace, en una tertulia, que se quejaban de la versatilidad de los médicos y del cambio en sus pareceres; de lo que aquellos señores llamaban *modas* de la medicina. Hoy – decían – nos mandan comer carne cruda y sangrando; mañana nos lo prohiben. Hoy nos recomiendan las duchas; mañana las duchas son un peligro y hay que escatimarlas. Ya envían á los tísicos al clima suave, ya á la montaña glacial. No sabe uno á qué atenerse.

Y yo me reía. Ese anhelo de la fijeza, de la estratificación, es muy propio de la pereza de nuestro espíritu, que aprende una noción y no quiere ya olvidarla ni rectificarla. Desearíamos todos ser una hora Josué y parar la rueda del carro que gira sin detenerse y sin hacer caso de nuestro antojo de estacionamiento. Pero la ciencia no se detiene, y con noble sinceridad se corrige á sí misma; confiesa sus tanteos, y hace otros nuevos, para encontrar armas con que combatir tanta causa de destrucción como existe para esta nuestra pobre máquina desvencijada fácilmente.

Se viaja, se viaja... En esta época del año le entra á la gente el hormiguillo ambulatorio. Y el caso es que nunca menos que en verano se debiera viajar. Comprendo el trasiego en primavera y otoño: lo que es en julio y agosto no se está en parte alguna como en la casa propia, sobre todo en la quinta propia, en el campo, en ese vivir amplio y sereno, superior á todo, con perpetuo baño de aire libre, con toldo de hojas y decoración de flores, arbustos, árboles, fuentes, praderías y maizales.

La existencia más colmada y venturosa de la Tierra, dice Pablo Bourget en uno de sus libros de viajes, es la del *land lord* inglés dentro de su *manor*, ejerciendo el señorío de sus vastas posesiones, llenas de caza, pobladas de frondosidad, disfrutando en calma del goce íntimo de la familia y apurando los refinamientos de civilización que prestan á las funciones más vulgares de la vida especie de dignidad. Un solo inconveniente tiene tan feliz situación: que alguna noche, al cruzar el land lord ante los iluminados cristales de la *bow-window*, el feniano vengativo, oculto en la espesura, haga una puntería bien certera... En España – añado yo – no hay siquiera este contrapeso. La residencia del señor andaluz en su cortijo, del señor vizcaíno ó asturiano en su casa-palacio, del señor catalán ó aragonés en su *torre*, no está expuesta á tal contingencia; y hasta el bandolerismo, domado y reprimido – reconocerlo es justo – durante los últimos tiempos, no proyecta su sombra terrorífica sobre el horizonte campestre.

A mediados de este siglo, todavía era grave vivir en el campo. Se vivía ó se vegetaba: había señores para los cuales el viaje á la ciudad constituía un acontecimiento, y que en un rincón del solariego pazo, bajo una viga, escondían pacientemente las onzas de Carlos IV, los centenes de Isabel II, hasta que una noche de invierno, de esas largas y tempestuosas en que buscan guarida los mismos lobos, la *gavilla* hacía su aparición imponente y el drama se desarrollaba con sus conocidas peripecias: amos y criados maniatados, sujetos á la cama ó á las columnas de la chimenea; el interrogatorio, puñal al pecho ó trabuco á la sien; los preparativos del tormento, sartén con aceite hirviendo ó navajita delgada para hacer picadillo las carnes; el escondrijo descubierto, despanzurrado, saqueado; la plata metida en sacos; después, la orgía brutal, las botellas de rancio vino generoso derramadas y rotas, lo mejor de la despensa esparcido y tirado, la seguridad para los malhechores de que nadie acudiría á socorrer á sus víctimas y de que, al alborear, cargando á la grupa de sus caballos el botín, se irían tranquilos á refugiarse en los montes, lejos de la justicia que empezaría, un mes más tarde, á garrapatear papel sellado...

Hoy, tan temeroso cuadro pertenece al museo arqueológico. Hay Bancos; nadie atesora ni oculta monedas entre el pontonaje, como no sea algún maniático; los ladrones no roban en cuadrilla, ni se emboscan sino en las secretarías de Ayuntamiento, tras la maleza del reparto de consumos; y sólo alguna casa cerrada, desierta, abandonada por sus dueños, recibe la visita de los rateros campesinos. De estos salteadores al por menor entraron pocos días ha en una quinta cercana á Marineda, y pasáronse en ellas largas horas registrando cajones, alacenas y hasta creo que colchones y ladrillos. En su decepción al no acertar con cosa que lo valiese, dejaron escrita esta humorística advertencia: «Veníamos por dinero y nos vamos sin encontrarlo.»

¿Qué opinan ustedes de la ley de Lynch? A mí no me disgusta en cuanto revela energías y concepto de la justicia; porque hay crímenes que de tal manera ofenden y solivientan, que parece que el castigo ha de ser inmediato, como el golpe con que se responde á grave y bochornosa afrenta.

Los que prevalidos de su fuerza atropellan á la niñez; los bestiales ultrajadores de criaturas, ¿merecen acaso otra cosa que el linchamiento? Jamás lo creeré. La indignación del primer instante, que se debilita después, es la mejor consejera y el juez más recto: en tales casos el sentimiento enseña mejor y guía más certeramente que todas las legalidades formulistas del enjuiciamiento largo y pesado. Y el sentimiento, en hechos como los que frecuentemente narra la prensa, y que por lo general se desenlazan con sobreseimientos ó penas leves, dictaría la cuerda, dictaría el garrote, dictaría algo tan ejemplar como lo que practica esa nación fuerte y llena de savia, que ha resuelto el problema de ir á todas partes por el camino más corto.

Ahora que se quiere indagar por plebiscito cuál es el músico más ilustre, el torero más famoso, el político de más agallas; ahora que todo se vuelven *records* y *campeonatos del mundo*, sería oportuno abrir un concurso para ponerse de acuerdo en cuál es la mejor fonda del orbe civilizado. A ver si así les entraba á las restantes una saludable emulación.

Los viajeros tendrían, naturalmente, voto autorizado; evocarían los recuerdos de sus aventuras y desventuras, y recordarían las «equivocaciones» de las cuentas, las deficiencias del servicio, las de la cueva y el comedor, todo lo que en un gran hotel revela el descuido, bajo las apariencias más brillantes. Porque á veces, en los aparatosos hospedajes instalados en edificios *ad hoc* y donde se recibe al viajero ceremoniosamente, reverenciosamente, como si se tratase de algún embajador ó príncipe, se padecen sorpresas, no ya sólo en cuanto á precios – en ese terreno conviene ir prevenido y no alarmarse, – sino en cuanto á graves faltas de *confort*, que dicen los británicos. Al llegar á Amsterdam é instalarse en lo mejorcito, el *Amstel Hotel*, recuerdo que deseé un vaso de buena leche, asaz fácil de obtener, se creería, en Holanda. Trajéronme la leche en vaso chico, y pagué por ella la equivalencia de cinco reales españoles. A la media hora me encontraba indispuesta: me habrían dado agua de cal ó cosa peor. Por eso deberíamos andar con cuidado y consultar muchos viajeros antes de otorgar el campeonato de la fonda.

EMILIA PARDO BAZÁN.

UNA VISITA Á RIESE, PUEBLO NATAL DE PÍO X

Yendo desde Milán se pierde toda una noche; á las dos se llega á Vicenza, y saliendo de allí con el alba, gracias á enlaces y coincidencias de las líneas férreas de la Sociedad Véneta, se divisan las torres de Castelfranco á las seis de la mañana. Esta es la comarca en donde Pío X, siendo niño, recorría diariamente siete kilómetros á pie para asistir á la escuela de Riese, quitándose algunas veces por economía los zapatos. La ciudad de Castelfranco, con sus murallas y sus torreones cubiertos de hiedra, á pesar de ser, por decirlo así, la antesala de la casa del nuevo papa, está tranquila; en este tren de la mañana no han llegado todavía periodistas ni repórters.

Retrato de José Sarto, ahora Pío X, cuando era capellán de Tombolo (de fotografía)

– Sólo vino ayer el fotógrafo Ferretto, de Treviso, me dice la posadera mientras me preparan el carruaje que ha de conducirme á Riese.

En el entretanto, paseo la mirada por la amplia plaza y me fijo en la bonita torre del Reloj, que se alza sobre la puerta de ingreso á la ciudadela. De entre los glacis veo surgir una blanca estatua moderna, de bella factura; es la estatua del Giorgione. ¡Caramba, es verdad que estoy en la patria del gran artista! Ni siquiera me había acordado de ello, lo declaro con franqueza; y lo que es aún peor, supe allí por vez primera que en la catedral de Castelfranco se conserva la obra maestra del discípulo de Giambellino y rival del Tiziano. Inútil creo decir que corro á la catedral para admirar el hermoso lienzo, dejando que el carruaje espere, y por poco me olvido de Pío X, objeto principal de mi viaje.

El coche sigue la ancha y bonita carretera provincial flanqueada, en un gran trecho, como casi todas las grandes vías del alto Véneto, por hileras de plátanos, que corre entre extensos y lozanos maizales: enfrente, á Occidente, yérguese el obscuro y árido Grappa; al Norte, muéstranse en una altura las blancas casas de Asolo, y á Oriente recortan el cielo las simétricas ondulaciones de los collados Feltrini. Si no fuera por el alto campanario de su parroquia, el viajero entraría en Riese sin darse cuenta de ello, tan diseminadas están las bajas casitas de este poblado de tres mil habitantes.

Riese, como Castelfranco, comenzó por ser un castillo, *Ressium*, denominación que en 1255 se transformó en *Rexium*. En 1181 dominaba allí una noble familia trevisana de aquel nombre, la familia de De Riese, que en el período del Renacimiento fué á extinguirse en Castelfranco. Tal vez fué donación suya el cuadro *Los desposorios*, de Tintoretto, que se conserva en la iglesia parroquial del pueblo, en donde celebró Pío X su primera misa.

A poca distancia del templo, el coche se para y el cochero me dice:

– He aquí la casa en donde nació el nuevo papa.

Nada más antiestético que esta humilde vivienda, que ni siquiera tiene el aspecto pintoresco á lo *Calame* de otras casitas que había visto entre los campos de trigo. Ocho ventanas simétricas, cuatro en el primer piso y cuatro en la planta baja, con postigos de roble, y una puerta de entrada señalada con el número 5.

Entro en ella sombrero en mano, y al instante oigo una vocecita que grita: «¡Amalia!»

– Dispense usted, caballero, se apresura á decirme con acento afable una chiquilla. Esta casita no vale la pena de ser visitada, y menos ahora que está vacía porque hemos tenido que enviar los muebles al hermano D. Juan, que ha sido nombrado párroco de Possagno.

Penetro en la entrada y veo una mesa y una chimenea encima de la cual hay perfectamente alineados una docena de candeleros y viejas lámparas de latón muy reluciente; sobre un vasar que da vuelta á la estancia, una porción de platos ordinarios. Sigue luego otra habitación sin ningún mueble, pero con dos fotografías colgadas en la pared: la de León XIII y la de José Sarto, patriarca de Venecia. Aquel es el salón.

Una escalera de madera conduce al piso superior.

– ¿Cuál es el cuarto en donde nació el papa?, pregunto á mi acompañante.



Margarita Sansón, madre de Pío X

– ¡Oh, caballero! No entre usted, no hay nada, no merece la pena.

Efectivamente, la estancia está casi sin muebles: no hay en ella más que una vidriera apoyada en la pared y... un repórter llegado el día antes que mide las dimensiones del cuarto dando grandes pasos, cinco de largo por otros tantos de ancho, y luego escribe.

En las paredes hay tres grandes cuadros, uno es la *verdadera y milagrosa imagen* de la Niña María Santísima, litografía de lo más vulgar en su género; entre la lámina y el cristal que la resguarda, una cinta de tres centímetros de ancho que da vuelta al cuadro y en la cual hay escrito: «Medida de la cabeza de San Luis Gonzaga.» Junto á esta otra lámina, una composición de óvalos con bustos de frailes y monjas de todas las órdenes religiosas. Enfrente, un grabado de San Francisco, muy ordinario.

– Cuando el patriarca venía á visitar á su familia, ¿dormía en este cuarto?

– No, señor, aquí sólo escribía; generalmente habitaba en el vecino convento de Crespano.

Hay en la casa otra habitación, que es la mejor amueblada: en ella se ve una cómoda y encima un Niño Jesús de cera dentro de un fanal, una cama y un palanganero de madera. En las paredes, varias imágenes de santos.

– ¿Es usted pariente del papa?



RIESE. – Casa en donde nació Pío X

– Sí, señor, soy su sobrina, hija de la hermana de Su Santidad.

La muchacha no habla el dialecto y se expresa correctamente y con mucha soltura.

– Debe usted estar muy contenta del advenimiento de su querido tío al pontificado.

– Sí, señor; pero tenemos gran pena al pensar que no volveremos á verle.

Estas palabras las pronunció en dialecto, y al mismo tiempo que las decía enjugábase con el delantal sus ojos arrasados de lágrimas.

– Pero esto no debe apesadumbrarles, le repliqué, porque bien podrán ir á ver á Su Santidad al Vaticano.

– ¡Qué quiere usted! Somos tan poca cosa, que nos impone casi miedo la idea de entrar en aquel gran palacio.

En esto, una voz de hombre alegre interrumpió nuestro diálogo.

– ¡Amalia! ¿Dónde estás?

– Ya está aquí mi padre.

En efecto, Juan Parolín, esposo de Teresa Sarto, hermana del papa, se presenta donde nosotros estábamos, en mangas de camisa, el sombrero torcido y rebosando jovialidad y salud su semblante.

– ¿No sabes que he de ir á ver al Tita en Possagno? Dispense usted, señor, me dice llevándose la mano al sombrero; voy á verá mi hijo, que es párroco; son tan gratos para la familia los sucesos ocurridos, que sentimos la necesidad de estar juntos el mayor tiempo posible.

Parolín es el dueño de la hostería de las *Dos Espadas,* que está al lado, y en la cual vive casi toda la familia del pontífice. En la gran cocina, situada en la planta baja, un verdadero grupo patriarcal que espera el desayuno y en el que puede hojearse el libro de oro del humilde origen del nuevo papa.

En efecto, el padre de Pío X era en Riese alguacil del Ayuntamiento, encargado al mismo tiempo de repartir la correspondencia. Se llamaba Juan Bautista y se casó con Margarita Sansón, habiendo nacido de este matrimonio ocho hijos. El primogénito, José, es el actual papa; el segundo, llamado Angel, está actualmente empleado en las oficinas de Correos de Grazzie, junto á Mantua; la tercera es Teresa, la esposa del posadero Parolín; la cuarta, Rosa, vivía en Venecia con el patriarca, su hermano; la quinta, Antonia, está casada con un sastre de Salzano, llamado Debei; la sexta, Lucía, reside también en Salzano con su esposo Boschin, sacristán de una iglesia; la séptima y la octava, María y Ana, habitaban asimismo en Venecia con José. Todos los Sartos casados tienen numerosa descendencia que constituye una magnífica colección de sobrinos del pontífice y el predilecto de los cuales es el párroco de Possagno, Juan Bautista Parolín, hijo de Teresa y del hostelero. En Riese está el mayor contingente de esta familia, que conserva pura la sencillez de sus costumbres, y está satisfecha de su condición modesta y sin ambiciones, en lo que no hace más que seguir el ejemplo de su ilustre pariente.


IGLESIA PARROQUIAL DE RIESE, EN DONDE PÍO X CELEBRÓ SU PRIMERA MISA (de fotografía)

En la posada de las *Dos Espadas,* que está tocando á la casita en donde nació el papa, se juntan toda la vida y toda la actividad del pueblo. Parolín alquila coches, tiene cuadras, es carnicero y fondista. Una gran habitación en la planta baja, llena de mesas y taburetes, sirve de comedor, y fuera, en el jardín, está el juego de bolos.

Los hijos y las hijas del posadero, solteros unos, casados otros, hacen los servicios de la casa; ninguna de las hembras ofrece aspecto de aldeana, todas tienen una educación esmerada que se manifiesta en cada uno de sus actos y hay en sus modales una dulzura que contrasta singularmente con la rusticidad del medio en que viven.

Los sobrinitos del papa están sentados alrededor de la gran mesa, donde sus respectivas madres cortan el pan duro para la sopa. Todos los utensilios son de irreprochable limpieza y las inquietas manos de aquellas mujeres no cesan de manejar el paño para quitar el polvo.


TERESA SARTO, hermana de Pío X y esposa de Parolín, el dueño de la posada de Riese las «Dos Espadas» (de fotografía)

Mientras contemplaba aquel cuadro de simplicidad encantadora, entró Parolín, acompañado de una procesión de periodistas recién llegados, que el posadero despachó lo mejor que pudo.

La paz del lugar comienza á turbarse: bicicletas, carros, coches, automóviles invaden la calle y el patio de la posada.

– ¡Jesús, María! ¡Cuánta gente!, murmura fastidiada Amalia, mientras me entrega las viejas fotografías de familia y me presenta á su cuñada Italia.

– ¡Viva Italia!, dije estrechando la mano de ésta.

– ¡Viva Italia!, respondieron á coro y con entusiasmo todos los allí presentes.

– Dígame, si Su Santidad estuviera aquí, ¿se uniría á nuestro viva?

– ¿Y por qué no?, me respondieron llenas de sorpresa aquellas buenas gentes.

Salimos de la posada y volvimos á la casa natal de Pío X.

– ¿Sabe usted que todos estos objetos que vemos han adquirido el carácter de preciosos, de históricos?, dije á Amalia.

– ¡Qué ha de haber aquí nada precioso!, me respondió. Todas son cosas baratas: esos candeleros, esos platos los he visto toda mi vida en ese mismo sitio, en donde estaban ya cuando nació Su Santidad... Vamos, voy á regalarle uno de esos platos para que lo conserve como recuerdo.

No me había atrevido á esperar tanto.

– Lo acepto con verdadera alegría, le contesté, y me permito suplicarle que me ponga su autógrafo en este recuerdo precioso.

Amalia corrió á buscar pluma y tinta; pero de pronto se detuvo, y mirándome con expresión indescriptible me preguntó:

– Dispénseme usted, ¿*Piatto* (plato) se escribe con dos *tt*, no es verdad?.. ¡Como á nosotros los venecianos nos enredan tanto las letras dobles!..

– ¿Pero es en verdad un hombre superior?, pregunté al Sr. Lázaro Monico, de Treviso, adonde había llegado á las diez.

– ¡Y de qué modo!, respondióme con viveza.

Ha de saberse que Lázaro Monico es hijo de Pascual Colini, el que protegió á José Sarto en su juventud y lo hizo estudiar en Castelfranco y en Treviso y es íntimo de Pío X.

– ¿Es intransigente?

– Casi.

– ¿Tiene sentimientos italianistas?

– Elevadísimos.

¿Es capaz de iniciativas personales?

– No ha hecho otra cosa en toda su vida que razonar con su propia cabeza y obrar en consecuencia.

– ¿Sería capaz de iniciar una reconciliación?

– Muy capaz.

No era mi ánimo celebrar una entrevista de carácter político; quería únicamente satisfacer mi curiosidad, y transcribo esta conversación para poder recordarla algún día.

La ciudad de Treviso rebosa de satisfacción y orgullo por la elección del nuevo papa; en todos los rostros brilla la alegría más intensa. ¡Cuántas anécdotas se cuentan de Pío X! Cada cual inventa una; todo el mundo sabe alguna inédita, y en el restaurant del Campanile se refieren algunas deliciosas. Cuéntase que el conde Sugana, una de las más originales figuras de noble veneciano despreocupado, había predicho al cardenal Sarto que sería elegido papa; á lo que el actual Pío X contestó en tono de chanza; «Sí, seré papa cuando vos seáis un hombre cuerdo.» La predicción del conde se ha cumplido.

No hay allí quien no haya comido con Pío X,


ANGEL SARTO, hermano de Pío X, empleado en las oficinas de Correos de Grazzie, cerca de Mantua (de fotografía)

quien no le haya tratado familiarmente. Todos se creen obligados á ir á Roma y con derecho á ser recibidos por el pontífice; todos han de recordarle algo y han de pedirle algo también; de modo que si estos proyectados viajes y estas esperadas audiencias se realizan, puede Su Santidad estar seguro de que no le faltará qué hacer.

HÉCTOR XIMENES.

LA ESTATUA DE AFRODITA

(CUENTO GRIEGO)

Era el 23 de mes Hecantombeón (1).

Atenas celebraba la procesión de las grandes Panateneas (2).

Por la sagrada colina de la Acrópolis serpeaba el fastuoso cortejo, el larguísimo cortejo que, empezando en el Cerámico (3), recorría la hermosa ciudad, cuna de la belleza, y llegaba hasta el templo de Palas.

El sol deslumbrante de la Grecia caía sobre la fiesta religiosa celebrando también la suya: una fiesta de luces y colores.

Abajo, la ciudad, alegre, riente, con sus construcciones de tonos claros, marmóreos, las grandes masas cuadradas de sus edificios públicos, sus frondosos jardines y sus obscuros cipreses surgiendo acá y allá, semejantes á pinceladas de laca verde sobre el fondo róseo de las azoteas.

Abajo, la ciudad, engarzada en los grises olivares y en los extensos campos amarillos de las mieses.

Arriba, el cielo, cobalto intenso, recortando el purísimo perfil del Partenón, aclarándose hacia el horizonte, cambiando suavemente la crudeza del cenit por tonos más plácidos, pero siempre refulgentes, terminando allá al final por adquirir matices y transparencias delicadas de infinito.

En la lejanía, como una prolongada faja, el mar azul, casi violáceo, salpicado de las blancas motas de las naves...

En el templo de Minerva habían ya entrado los portadores del peplos que bordaran para la diosa las doncellas atenienses. La trirreme panatenaica con la lujosa vestidura desplegada sobre ella como riquísima vela, había llegado hasta la escalinata de mármol pentélico de la casa de la divinidad.

Pudorosas jóvenes preparábanse á dejar en manos de los sacerdotes las páteras y vasos sagrados destinados á los sacrificios.

Llegaban los Arcontas, coronados de mirtos, severos é imponentes, guiados por su jefe el Epónimo.

Detrás, erguidas, airosas, las Canéforas, las doncellas nobles, con las bruñidas bandejas en que relucían los cuchillos de los victimarios y las canecas repletas de rubio trigo.

Luego las hidrióforas (4), las mujeres metecas, cargadas con asientos y parasoles, sudorosas y humildes.

Tras ellas las vírgenes eupátridas (5), de irreprochables contornos de jónica pureza, llevando los ricos incensarios y las cinceladas copas.

Y después, atropelladas y mujidoras, las reses, las víctimas ofrecidas por la metrópoli y las provincias.

Los escaféforos y los espondóforos portadores de maduras frutas y dulces panales, los unos, y de exquisitos vinos los otros, marchaban con paso rítmico á los acordes de las cítaras que les seguían.

A los citaristas uníanse los auletas en artísticos grupos, arrancando armoniosas notas á sus flautas de oro y de laurel.

Iban tras ellos los ancianos, los más hermosos ancianos (6) de la

RÍESE. – LA POSADA DE LAS «DOS ESPADAS,» CUYO DUEÑO, PAROLÍN, ES CUÑADO DE PÍO X (de fotografía)

(1) Correspondía á los últimos días de junio y principios de julio.

(2) Fiestas celebradas en honor de Minerva, diosa protectora de Atenas. Había pequeñas y grandes Panateneas. Las primeras tenían lugar todos los años y las segundas eran quinquenales, diferenciándose en que éstas eran mucho más fastuosas y en ellas la ciudad subía procesionalmente al templo (el Partenón, en la cima de la Acrópolis) para ofrecer á Pallas Athenea una rica vestidura.

(3) Barrio exterior de Atenas.

(4) Portadoras de hidrias ó vasijas de barro

(5) Llamaban eupátridas á las antiguas familias descendientes de los jonios que se refugiaron en el Atica después que fueron expulsadas del Peloponeso.

(6) Escogíanse á los viejos de más bello aspecto para no presentar á la diosa el triste espectáculo de las miserias seniles.



PARTE DE LA FAMILIA DE PÍO X, RESIDENTE EN RIESE (de fotografía)

ciudad, con ramas de oliva sobre el hombro, dulces y tranquilos, envueltos en los ricos himationes, luciendo la plata venerable de sus cabezas.

Y adelantaba el brillante río humano, bullicioso, alegre, deslumbrador de riqueza, y ebrio.

Los heraldos y nomofilacos (1) acudían á todas partes, organizando los grupos, ordenando los coros, inquietos, vigilantes.

El clarísimo ambiente de la Grecia resonaba á los heroicos y cálidos compases del Pœan, el grandioso himno de guerra, que cantaban los efebos (2). Y cuando éstos concluían, oíanse las claras voces de los rapsodistas recitando versos de Homero.

Orgullosas, llegaban las cuadrigas, y los piafadores corceles relinchaban, arrojando espuma que el sol irisaba al ser esparcida. Sobre los relumbrantes carros, semejaban los esbeltos conductores otros tantos Apolos guiando su trono de luz.

Y cerrando el cortejo avanzaba el lucido escuadrón formado por los más bellos jinetes y los más finos caballos del archipiélago helénico.

En seguida los ciudadanos principales y el inmenso gentío ateniense.

***

Entre la comitiva, haciendo el más violento contraste con el majestuoso porte de los patricios, con el airoso talante de los jóvenes aristócratas, con el acompasado andar de los atletas y con las armónicas proporciones de los jugadores olímpicos, marchaba un hombre cuya presencia en aquella sociedad, que había conseguido casi absolutamente la hermosura corporal, no se explicaba más que suponiéndole extranjero. A pesar de todo, Macron era griego y su persona no causaba en nadie aversión ni desprecio.

Macron era popular en la capital del Atica. Su espíritu agudo, sus originales contestaciones, habíanle conquistado la simpatía de los atenienses, que admiraban su ingenio, lo único que podía disculpar el delito de poseer un cuerpo jiboso y desmesuradamente ancho para su cortísima estatura, una cabeza enorme, un rostro casi cuadrado, una boca larga y negra, una nariz aguileña, cuya longitud era justamente la mitad de la de su cara, en vez de medir el tercio de ella, según marcaban los cánones de la belleza.

Iba y venía entre la gente apiñada, alzábase en las puntas de los pies y alargaba el fuerte cuello en todas direcciones, como buscando á alguien que no llegaba.

Sus piernas, cortas, mostraban los nudosos tobillos bajo la clámide, dejando adivinar una constitución hercúlea, y los brazos, demasiado largos, marcando los robustísimos músculos á cada ligero movimiento, corroboraban la atlética complexión.

Sus fuerzas eran conocidas en Atenas, y los célebres luchadores evitaban probar su poder con el del jorobado, temerosos de una derrota, ridícula por la estructura antiestética del competidor.

Explicábase la existencia de aquella injuria viviente á las buenas proporciones con cien estrambóticas consejas, entre las cuales la más admitida era la siguiente: al nacer Macron, su madre, una pobre viuda espartana, temiendo que le mataran al hijo por su deformidad (3), huyó con él á una apartada selva, en donde una leona dió muerte á la madre y amamantó al hijo con su propia leche.

Unicamente así comprendíase la enorme fortaleza, como alimentado por tal nodriza, y había quien aseguraba que la pequeña pupila amarillenta de Macron adquirió la contractibilidad felina y la fijeza terrible del ojo de la fiera.

No obstante sus condiciones físicas y su atemorizador aspecto, el jorobado no hizo en su vida nada que pudiera justificar lo salvaje de su primera nutrición. Jamás causó mal á nadie, ni empleó sus poderosos brazos más que para hacer beneficio á algún semejante.

Sabíase que en su juventud había trabajado en la construcción del Metroon (4) y en los Propíleos (5). Después un poderoso personaje llamado Thelásides le ofreció su casa, conservándole mucho tiempo junto á sí.

Los amigos de su amo gustaban de la conversación con el contrahecho, y sus picantes chistes y sus descaradas sentencias se extendían luego por la ciudad. Unos le comparaban con Licurgo por la concisión en las respuestas, por la frugalidad de sus costumbres y por lo severo de sus juicios. Otros le encontraban mayor parecido con Esopo, puesto que á la hermosura de su ingenio uníase la fealdad del cuerpo, como en el padre de la fábula.

Cierta vez evitó que consumara su designio un hombre que se disponía á despeñarse por un tajo.

– ¿Por qué quieres matarte?

– Mi hijo va á cometer una acción indigna y un padre no debe presenciar la deshonra de su hijo.

– Mata antes á tu padre, le contestó Macron.

Había llegado á tal punto la fama del espartano, que su presencia era considerada como el principal atractivo en las fiestas que Thelásides celebraba en su palacio, y en más de una ocasión las anguilas del lago Capaïs, los gansos de la Beocia, los higos de Smirna, permanecieron intactos en los platos y el vino de Chipre en los cálices ante los convidados, divertidos en escuchar al ingenioso contrahecho ó en verle dirigir los pasos de la orquéstrica (6).

En una ocasión le preguntaron:

– Si fueras condenado á penetrar inerme en la jaula de un león que no hubiese comido en tres semanas y se te concediera una gracia antes de entrar, ¿qué pedirías?

– Que aumentaran su hambre con tres semanas más de ayuno.

Otra vez, un joven muy vano, queriendo burlarse de él, le interrogó:

– Macron, tú que todo lo sabes, ¿cuál sería la mayor desgracia que pudiera caberle al Atica?

– La de tenerte por rey, respondió el lisiado.

Cuando contaba cerca de treinta y cinco años se despidió de su bienhechor, alegando un viaje á la isla de Lesbos, y nada volvió á saberse de él en dos olimpiadas (7).

Hubo quien aseguró haberle visto en Delfos, rondando cerca de la grieta de donde surgían los vapores proféticos de Apolo (8) y se temió que hubiese perecido en ella.

Al fin una tarde, cuando mayor era la concurrencia en la Agora (9), se presentó, llevando de la mano una preciosa niña de moreno rostro, de obscuras guedejas y rojos labios.

Un numeroso grupo de paseantes le rodeó, algunos aurigas detuvieron sus carros para verle y pronto la noticia cundió por la población.

– Macron había vuelto. Macron traía consigo una niña hermosa que era hija suya y de...

Allí tenían que detenerse los que daban la noticia. Sabíase que era hija de Macron porque él mismo lo había confesado, pero se ignoraba el nombre de la madre.

Algunos murmuradores indicaron tímidamente los nombres de varias damas principales que habían sido apasionadas del ingenio del espartano cuando estaba en casa de Thelásides.

Relacionaron la edad probable de la niña, que podría ser la de unos diez años, con la fecha de la desaparición del padre, y encontrando ser las mismas, creyeron que tratándose sin duda del fruto de unos amores ilícitos, el jorobado habría querido borrar toda huella escapando á cualquier isla con la recién nacida.

El deseo de la madre de conocerla ó la necesidad de la vida intelectual de Atenas, debieron de obligar al padre á trasladarse al cerebro de la Grecia.

Añadíase que traía una fortuna de varios talentos (10), y esto explicaba que hubiera podido adquirir una casa con extenso jardín cerca de la Acrópolis.

Durante seis años permaneció en ella en compañía de su hija Erithya, viviendo con gran modestia en compañía de una sierva muda y vieja, cuidando él mismo del jardín y sin que á nadie de fuera le estuviese permitido traspasar el umbral de la apartada vivienda.

Al principio solía abandonar ésta para visitar, acompañado de la pequeña Erithya, á su antiguo protector ó para dar un breve paseo por el Dromos (11) y por la Agora. Después, según iba creciendo la hija, fueron haciéndose más raras estas distracciones, y por último, cuando Erithya cumplió trece años y empezaron sus líneas á tomar las redondeces espléndidas de la mujer, atrayendo ya las miradas codiciosas de los hombres, Macron tuvo miedo, un miedo horrible de que le robaran su tesoro, y no volvió á presentarse con ella en público.

Algunas tardes abandonaba él solo la casa y dirigíase al centro de la ciudad, en donde buscaba la compañía de los atletas y de los sofistas (12) en los gimnasios (13), jugando unas veces con los discóbolos, alternando con los pugilistas ó bien discutiendo con los filósofos sobre puntos intrincados, admirando á todos con las sutilezas de su lógica y con las razones de su claro discernimiento.

Había sido aquella una costumbre adquirida casi inconscientemente, desde una tarde en que bajo el pórtico de los Baños conversó con uno de los principales discípulos de Anaxágoras. Algunos jóvenes habíanse acercado y aplaudieron su elocuencia y su talento.

Y Macron, que experimentaba la necesidad de aquella gimnasia imaginativa para desahogar el exceso de inteligencia, como de la carrera, del pancracio (14) y de los otros juegos para descargar el exceso de fuerza corporal, acudía, cada vez con más asiduidad, á los pórticos y gimnasios convertidos en palenque de la filosofía y del buen decir.

Algunas veces pasaba cerca de ellos un hombre casi joven, feo y desmedrado, seguido de infinidad de discípulos que le escuchaban religiosamente.

– Es Sócrates, oíase decir por todas partes.

Y los jóvenes abandonaban sus diversiones y los gimnastas sus ejercicios y los ancianos sus asientos y le rodeaban respetuosamente y le consultaban como á una pitonisa.

Y el filósofo, deteniéndose bajo los plátanos, hablaba, Satisfacía á cada uno, discutía modestamente con todos, y su palabra fluida, sencilla, se grababa en el corazón de los oyentes con la profundidad que solamente marca el estilo del genio.

Un día Macron, al volver á casa ya de noche, encontró á su hija llorosa y pálida. En vano trató de inquirir la causa de la insólita pena. Erithya dió explicaciones triviales que no satisficieron á Macron y desde entonces el alarmado padre dedicóse á indagar el origen de aquella tristeza que, como el velo de Isis, ocultaba constantemente la antigua alegría de la joven.

Dejó de asistir á las termas, y ocultándose en los campos, espió su casa.

Nada averiguó; nadie se acercaba á la vivienda.

Pasaron los días y al fin lo supo todo. Erithya había sido enamorada y seducida durante sus ausencias por Theófanes, hijo de Cleofonte, uno de los Arcontas emparentado con las más principales familias de la ciudad.

Theófanes era joven compañero de Alcibiades, y como el futuro dominador del Atica, había sabido deslumbrar al pueblo con sus prodigalidades y fasto, y hacer simpáticas sus locas disoluciones, fingiendo, al mismo tiempo, un grande amor á la patria y halagando con su elocuencia las pasiones de los conciudadanos, que habían llegado á mirarle como una esperanza de la república.

Macron le conocía bien y comprendió que sólo en la venganza del oprobio había que pensar.

El día en que se supo agraviado, era la víspera de la procesión de las Panateneas y no quiso aplazar para más tarde el castigo del seductor.

Además, pensó que su vergüenza sería ya conocida de todos y quiso que la venganza también fuera pública.

Había aguardado, pues, á que el cortejo se hallara en la colina, y confundiéndose con la muchedumbre, buscaba ansiosamente á Theófanes.

***

Cuando divisó al hijo de Cleofonte, se fué abriendo paso á viva fuerza y bien pronto estuvo á su lado.

(1) Maestros de ceremonias.
(2) Jóvenes educados para la guerra.
(3) Licurgo, proponiéndose hacer de los lacedemonios un pueblo de hombres fuertes, había dictado una ley según la cual cada niño al nacer debía ser examinado por los ancianos y condenado á morir si se le encontraba defectuoso ó mal constituído.
(4) Templo de Rea Cibeles en la Agora, construído bajo la administración de Pericles.
(5) Puertas monumentales, defensas de la Acrópolis.
(6) Ejercicios corporales ejecutados al son de la música.
(7) Fiestas celebradas en honor de Júpiter. Tenían lugar cada cinco años y los griegos se valían de ellas como medida de tiempo.
(8) En un lugar montañoso de Delfos habían notado que, de entre unas peñas, surgían emanaciones que hacían caer á las cabras que se acercaban pastando, atacadas de violentas sacudidas. Se pretendió que estas emanaciones comunicaban el don de la profecía á quien las respiraba. Cubrióse la sima con un trípode, sobre el que, sentada, una mujer que hubiera conservado la virginidad, recibía los vapores del dios, y de las palabras incoherentes que pronunciaba hacían los sacerdotes el oráculo. A la mujer que se colocaba en el trípode llamaban pitia.
(9) Plaza principal de Atenas en donde se reunían los ciudadanos para tratar de los negocios públicos. Formábanla varios templos y edificios importantes y las fachadas de los gimnasios, baños, etc. Pericles la embelleció notablemente, y en su tiempo se plantaron en ella jardines y varias hileras de plátanos.
(10) Unas tres mil pesetas cada talento.
(11) Calle importante de Atenas.
(12) Jefes de escuelas filosóficas. Hasta que Sócrates ridiculizó las argucias y paradojas de algunos de ellos, no tomó esta palabra el sentido que hoy tiene.
(13) Los gimnasios eran muy extensos y en ellos podía entrar libremente el público. Además de los lugares en que se practicaban la carrera, el salto, el pancracio, etc., había paseos y jardines con asientos que frecuentaban los retóricos y filósofos para conversar.
(14) Ejercicio que participaba del pugilato y de la lucha á brazo partido.

– Theófanes, le dijo poniéndole la mano izquierda sobre el pecho, ¿sabes á lo que vengo?

El joven, al reconocer á Macron, palideció intensamente y quiso dar un paso atrás, pero la multitud le empujaba sin cesar hacia el templo de Palas.

– No sé, murmuró con voz parda.

– ¡Míralo!

Antes de que nadie pudiera impedirlo había disparado sobre la frente del aristócrata un golpe terrible con el puño cerrado. La cabeza crujió como una enorme nuez que se aplastara; un ojo salió casi por completo de su órbita, y el cuerpo de Theófanes cayó pesadamente.

Aprovechando en seguida el momento de estupor de los que le rodeaban, huyó por entre la multitud, empleando sus brazos de titán para abrirse camino.

Por último, salió de entre la masa apretada de gente y pudo correr con toda libertad.

Oyó que gritaban detrás, que se le perseguía. El pueblo, los nobles, corrían en pos de él para vengar la muerte del amigo de Alcibiades. Alcibiades mismo iba casi á la cabeza de los perseguidores.

El perseguido saltaba por las cuestas, evitando así que le siguiesen jinetes, y descendía rebotando con la velocidad de un peñón desprendido de la cumbre de una montaña.

Desde arriba le tiraban gruesos pedruscos que pasaban amenazadoramente junto á su cabeza. Uno de ellos dióle en medio de la espalda con gran fuerza. Produjo un ruido sordo; pero ni siquiera se tambaleó el jorobado, antes bien pareció que el golpe le comunicara mayor velocidad en la fuga.

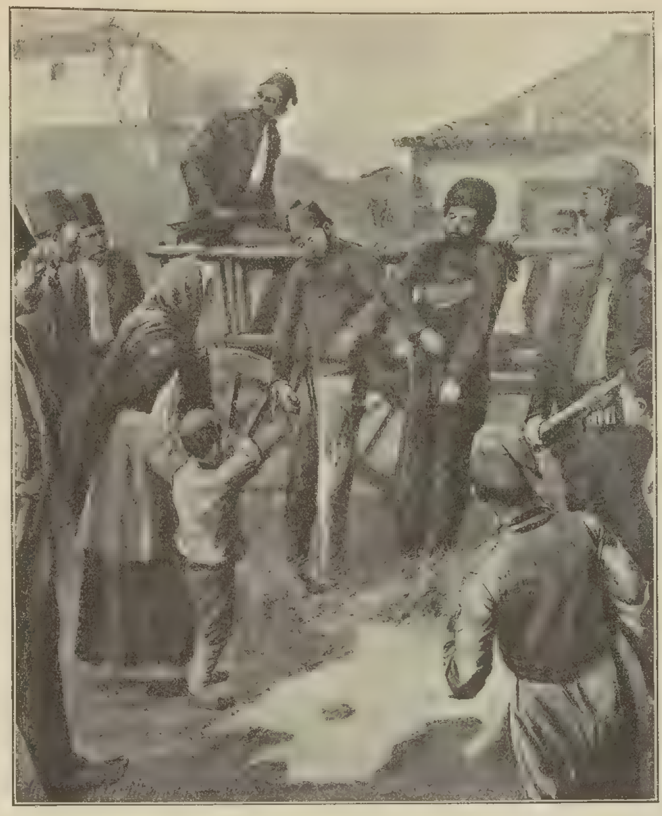
Pronto estuvo en el llano, y la distancia entre el perseguido y la muchedumbre se fué haciendo mayor.

Dirigíase aquél á su casa: había escuchado voces que pedían también la muerte de su hija.

Llegó.

Cuando los que le seguían estuvieron frente á la vivienda, hubo un momento de perplejidad. Conocidos el esfuerzo y el valor de Macron, temieron que defendiera desesperadamente la entrada, que muchos perecieran antes de forzarla.

Pensaron rodear la casa y darla fuego; pero un niño avisó que el lisiado, con Erithya en los brazos, había salido por detrás del jardín y corría por el campo hacia el taller de Fidias, de allí próximo.



INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. – Exposición de los cadáveres de los insurrectos Ravanhola y Angeloff, asesinados por soldados turcos, en los pueblos de los alrededores de Andrinópolis, para infundir terror en los habitantes (dibujo tomado de una fotografía)

Y comenzó de nuevo la persecución terrible.

Macron, loco de espanto por su hija, había pensado utilizar la amistad que le unía con el autor de la Minerva. El sublime artista era venerado como una divinidad por el pueblo, y su presencia podría contener los alborotados ánimos. Después, á la influencia grandísima del escultor con Pericles no le sería difícil conseguir que se le dejara emigrar con su hija á las costas del Asia.

Sentía el fugitivo que sus fuerzas iban disminuyendo: el peso de su hija le embarazaba extraordinariamente para correr, y los músculos de acero de sus piernas no se movían ya con la regularidad matemática de antes. Tropezó dos ó tres veces.

Sentía seca la angustiada boca, dilatábase su nariz y con los ojos sanguíneos miraba ansioso la casa de Fidias.

Distinguíanse con claridad los detalles de la fachada del estudio. La ancha balaustrada, en el centro de la cual se erguía majestuosa y grácil la estatua de Afrodita, la última obra del divino artista, expuesta, según costumbre, á la admiración pública. Todo Atenas había desfilado en pocos días ante ella, enmudeciendo de asombro.

Bajo el balaustre, la entrada del taller: una pequeña puerta en cuyo hueco se dibujaba el arranque de la escalera de mármol.

Huía rápidamente el suelo bajo los pies del lacedemonio, pero á sus oídos llegaban cada vez más distintas las injurias de los perseguidores. Acortaban éstos la distancia que antes les había ganado saliendo por el jardín de su casa. El jorobado hizo un último esfuerzo y entró en el edificio. Subió rápidamente los pocos escalones que desde la puerta conducían al taller. Fidias no estaba. Dejó á Erithya desmayada sobre unos almohadones, á la vez que llamaba al escultor... ¡Nadie!

Desesperado, se asomó al intercolumnio de la balaustrada, y vió á Alcibiades que, seguido de un pequeño grupo, había logrado adelantarse á la muchedumbre. Ochenta pasos más y estaban dentro.

Entonces, no habiendo á la mano con qué amenazar á los asaltantes, cogió por la mitad del cuerpo la estatua de Afrodita, y reuniendo su vigor todo, la levantó en el aire gritando con voz terrible:

– Al que pretenda entrar, le aplasto.

Alcibiades y los que con él avanzaban se detuvieron espantados. El gentío que llegaba por el camino lanzó una exclamación de terror al ver en peligro la hermosa estatua, su querida estatua, reputada como la obra maestra del maestro de escultores.

Hubo algunos instantes de silencio.

Macron permanecía inmóvil, abrazado á la Venus, defendiendo la entrada del edificio.

El pueblo, aquel pueblo que había divinizado la *belleza*, la *fuerza corporal* y el *heroísmo*, vió simbolizadas las tres cosas en el grupo formado por aquel ser monstruoso, sosteniendo la suprema hermosura con un esfuerzo que no hubiera igualado el de diez hombres, amenazando con ella á una ciudad entera.

Y aquel pueblo, el más impresionable y veleidoso de cuantos han existido, rompió en aplausos y en voces de entusiasmo. Y cientos de manos se levantaron haciendo la señal de perdón.

J. SÁNCHEZ GERONA.





INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. – La plaza-mercado de Monastir abandonada por sus habitantes. En el cementerio de Monastir (de fotografías)



TORCUATO TASSO Y LEONOR DE ESTE, cuadro de Domingo Morelli adquirido por la Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma



Á LOS MUERTOS, MONUMENTO FUNERARIO, obra de Alberto Bartholomé, adquirido por el gobierno francés y por el Ayuntamiento de París y levantado en el cementerio del Padre Lachaise

NUESTROS GRABADOS

Nerón ante el espectro de su madre, cuadro de Barlés.— Todas las grandes figuras de la historia han servido de tema abundante para muchos artistas que, hallando tal vez estrecho el campo de la diaria observación, han buscado en otras épocas un pretexto, ora para dejar volar su fantasía, ora para hacer gala de sus conocimientos arqueológicos. Y cuenta que al aplicar el calificativo de grandes, lo empleamos en el sentido más lato de la palabra, comprendiendo en ella, no sólo á los que han dejado recuerdo imperecedero por sus virtudes, por sus talentos, por sus glorias militares, sino también á los que habiendo ocupado los puestos más eminentes llevan unida á su nombre la memoria de crímenes ó abominaciones que apenas se concibe pudieran ser realizados por un hombre. Únicamente en este último sentido podemos llamar grande al protagonista del cuadro de Barlés, al cruel Nerón, á quien el pintor nos presenta aterrorizado ante al espectro de su madre, á la que él mismo mandó dar muerte para substraerse á su tutela, que había llegado á hacérsele insoportable. El autor del lienzo que nos ocupa ha estado felicísimo en la reproducción de la fastástica escena, trazando con gran acierto, así la figura de la viciosa y despótica Agripina, cuyo desnudo cuerpo aparece medio envuelto entre la nube de incienso, como la del parricida, que en vano pretende librarse de la horrible visión.

***

El amor prisionero, escultura de Joaquín Anglés.—Forma parte Joaquín Anglés de esa pléyade de artistas españoles que, establecidos en extranjero suelo, contribuyen por medio de sus obras á sostener el buen concepto del arte patrio. Instalado en la capital de la vecina nación, ha dado nuestro amigo repetidas muestras de su valía, figurando dignamente en el Salón. Muestra de sus recomendables aptitudes es la bonita escultura que reproducimos adjunta, que si bien revela el medio en que actúa el artista, conserva mucho de su personalidad, y así lo decimos porque está todavía vivo el recuerdo de las obras que produjo antes de abandonar el patrio suelo, que sirvieron para darse á conocer y demostrar lo que podía esperarse de un escultor tan discreto como laborioso.



EL AMOR PRISIONERO, escultura de Joaquín Anglés

***

Insurrección macedónica.— Después de un corto período de relativa calma, la insurrección macedónica ha resurgido más potente que nunca y con caracteres de una gravedad hasta ahora no alcanzada. Turquía, prevaliéndose de la impunidad que las exigencias é intrigas de la diplomacia le aseguran, prosigue su política de exterminio de todo aquello que signifique la menor oposición á su despotismo, y no cesa en sus matanzas de cristianos y en sus actos del más bárbaro vandalismo. Los macedonios, por su parte, dominados por la exasperación, convencidos de que nada han de conseguir por las vías que en los pueblos civilizados conducen más ó menos tarde al logro de las aspiraciones legítimas y resueltos á jugarse el todo por el todo, han emprendido una lucha terrible, apelando á los mismos medios á que para combatirles recurren los turcos. Y en virtud de estas circunstancias, los naturales horrores de la guerra se aumentan con los procedimientos terroríficos que ambos contendientes emplean. A todo esto las grandes potencias, las naciones que marchan al frente del progreso y de la civilización, presencian impasibles tantas atrocidades y toleran que en pleno siglo XX y en la misma Europa luchen el verdugo y la víctima como fieras, reproduciendo un espectáculo que, para hallarlo igual, tendríamos que buscar en las primitivas edades de la historia, ó entre los pueblos más salvajes de regiones apenas salidas de la barbarie. ¡Cuándo cesará esa pasividad repugnante! ¡Cuándo el espíritu humanitario se sobrepondrá á los criminales egoísmos que eternizan y hacen insoluble la llamada cuestión de Oriente!

***

Carmen, cuadro de Gonzalo Bilbao.—El cuadro que reproducimos en estas páginas es uno de los que exhibió el meritísimo pintor sevillano Gonzalo Bilbao en la última Exposición Nacional. El artista propúsose representar un tipo femenino de la hermosa ciudad que el Guadalquivir baña, y conste que logró su deseo y aun más, puesto que si bien obtuvo la donosa representación de una bella sevillana, ésta significa una producción altamente recomendable, como todas las que brotan de su paleta, en la que se amasan tonalidades distintivas de la escuela meridional peninsular, que avaloran los seguros trazos y ponen de manifiesto la inteligencia del artista.

***

Torcuato Tasso y Leonor de Este, cuadro de Domingo Morelli.—Llamado en 1565 á Ferrara por el duque Alfonso II, Torcuato Tasso, que entonces contaba veintiún años, aceptó la invitación del príncipe y se estableció en aquella corte, que disputaba á la de los Médicis la palma de la magnificencia, de la galantería y de la protección á los poetas y á los artistas. Allí conoció y trató á Lucrecia y Leonor de Este, hermanas del duque, ambas poseedoras de una educación brillante que realzaba sus gracias naturales. Dotada de una belleza más ideal y de un talento más poético que el de su hermana, Leonor fué siempre objeto particular de las preferencias del poeta. En Ferrara compuso Tasso la mayor parte de *La Jerusalén libertada*, cuyas estrofas se complacía en leer á su ilustre protectora antes de darlas á conocer en público. El genial pintor italiano, cuya muerte fué una pérdida inmensa para el arte de su patria y aun para el arte universal, nos presenta en su admirable lienzo una de esas escenas en que el poeta, con ademán reposado, recita algunos fragmentos de su inmortal poema, mientras Leonor le escucha embebecida, avasallada por las bellezas que tanto como á su oído causan inefable deleite á su corazón. El cuadro, que fué pintado por Morelli en 1862, es decir, en el período romántico de su carrera artística, ha sido adquirido, junto con otros del mismo autor, algunos de los cuales hemos publicado, por el gobierno italiano para la Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma.

***

A los muertos, obra de Alberto Bartholomé. – En el Salón de París de 1891 dióse á conocer como escultor un artista, Alberto Bartholomé, que hasta entonces había cultivado con éxito notable la pintura: las obras expuestas eran figuras sueltas, concebidas por una fantasía dolorosamente excitada, fragmentos de composiciones funerarias, en una palabra, los primeros estudios para el monumento *A los muertos*. Cuatro años después, el boceto de éste quedaba terminado, y el Gobierno francés y el Ayuntamiento de París encargaban al autor la ejecución definitiva del mismo, que se inauguró el día de Todos los Santos de 1899. La inauguración se efectuó sin ninguna ceremonia, pero las cien mil personas que aquel día acudieron al cementerio del Padre Lachaise y por delante del monumento desfilaron, quedáronse asombradas ante la grandiosidad y la belleza de aquella obra que, en un momento, conquistó á Bartholomé uno de los puestos más eminentes de la plástica francesa. Y en verdad que la obra es digna de tanta admiración, y merecedor es, por ende, de gloria tanta quien supo concebirla y con tal maestría ejecutarla; su contemplación produce en el ánimo una sensación imposible de describir, y ello se explica perfectamente, porque pocas composiciones de este género han sido tan honda y sinceramente sentidas por su autor como ésta, engendrada por el dolor intenso que en el alma de Bartholomé causó la muerte de su adorada esposa. No quiso, sin embargo, el artista dedicar el monumento á la memoria de su compañera, á la que consagró otro más modesto, aunque no menos hermoso, que se alza en el humilde cementerio de la aldea de Bouillant (departamento del Oise); sino que lo dedicó á todos los muertos y aun diríamos mejor á la muerte. A la grandiosidad de la idea corresponde perfectamente la grandiosidad de la obra, en la cual vemos representadas, por medio de grupos magistralmente esculpidos, todas las formas del dolor, y contrastando con ellos otro grupo de dos figuras que, amorosamente enlazadas, trasponen serena, tranquilamente el umbral de la tenebrosa puerta, seguras de que unidas y amantes han de seguir viviendo en la mansión de la eterna bienaventuranza.

***

Concierto, cuadro de Domingo Fernández y González.—El bonito cuadro que reproducimos forma parte de la colección que como recuerdo de la sociedad española de antaño ejecutó durante su estancia en Roma el distinguido pintor sevillano Domingo Fernández y González. Nuestros lectores conocen algunas de las producciones á que nos referimos, y por lo tanto habrán podido apreciar el buen gusto y la habilidad del citado artista, quien, á pesar de las corrientes imperantes, ha logrado en el cultivo de este género especial singularizarse y alcanzar el favor del público.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – NUEVA YORK. – El escultor Ruckstuhl está trabajando actualmente en el modelo de un monumento colosal á la Paz, que se erigirá á orillas del Hudson. Este monumento, para cuya ejecución hay destinados tres millones de dólars, consistirá en una columna de estilo jónico de 183 metros de altura, que arrancará de un pedestal de 92 metros cuadrados de superficie. Sobre la columna se alzará una estatua de la Paz de 30 metros de alto; en el pedestal se colocarán varias estatuas de regular tamaño que figurarán las Artes, la Ciencia y la Literatura y sus más ilustres representantes.

ROMA. – Después de largas negociaciones, el Ayuntamiento de Roma ha adquirido definitivamente la célebre *villa* Borghese, que se propone destinar á parque público con el nombre de *villa* Humberto.



CARMEN, cuadro de Gonzalo Bilbao

PARÍS. – La administración de París ha empleado durante el último año económico 500.000 francos en la adquisición de obras de arte para los Museos públicos, habiendo pagado 140.000 por dos retratos de Luis David, 100 000 por una *Resurrección de Lázaro* de Gerard de Harlem, 140.000 por una *Sagrada Familia* de van Orley, 20.000 por una estatuita en madera de escuela alemana, etc. Ha adquirido además una porción de antigüedades egipcias, orientales y romanas y una serie de piezas artístico-industriales escogidas.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L' irresolu*, comedia en cuatro actos de Jorge Behr; y en el teatro Sarah Bernhard *Le maquignon*, drama en cinco actos y siete cuadros de Virgilio Josz y Luis Dumur.

Barcelona. – Hace algunos días terminaron en el Eldorado las funciones de la compañía Guerrero-Mendoza, que últimamente estrenó con buen éxito: *La pecadora*, drama en tres actos de Angel Guimerá; *María Stuardo*, drama en cuatro actos compuesto con escenas de la obra de Schiller por los señores González Llana y Francos Rodríguez; *Las alas*, diálogo de Miguel Echegaray; y *Los meritorios*, juguete cómico en un acto de los hermanos Quintero. En el Tívoli terminó también sus representaciones la compañía de ópera que dirigía el maestro Sr. Baratta, habiendo merecido los aplausos del público las óperas de repertorio que se pusieron en escena y cuya ejecución fué más que regular.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 334, POR R. BRAUNE.

NEGRAS (7 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 333, POR M. FEIGL

Blancas.	Negras.
1. Da6–e2	1. Cualquiera.
2. D ó P mate.	



–¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró poniéndose muy pálido

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

La audiencia estaba á punto de terminar.

Francisco Reversay reunió en su cartapacio los documentos de la causa acerca de la cual acababa de formular sus conclusiones, y después de saludar al presidente con una inclinación de cabeza, extensiva á todos los magistrados que ocupaban todavía sus asientos, se apresuró á llegar á las oficinas de la Audiencia.

Apenas hubo entrado en el despacho que ocupaba á medias con el suplente fiscal del juzgado de causas correccionales, dejó el cartapacio en su escritorio y se quitó prontamente la toga encarnada y la valona de encaje.

–¡Qué prisa tiene usted, Reversay!, dijo riéndose su colega, que aquel día no tenía audiencia y estaba papeleando y fumando cigarrillos.

–Sí, amigo mío, me esperan... Y precisamente el abogado no acababa nunca... Ese Maynardón tiene una locuacidad...

–Y usted prefiere ir á pleitear *pro domo* en casa del Sr. Lanceroy, ante su encantadora hija.

–En audiencia privada, sí, guasón.

–Y después, como tiene usted ya ganado el pleito...

–¡Ay, amigo mío!.. ¡Quién sabe!

Y el ayudante fiscal se puso á tararear con una voz horriblemente falsa *la donna e móbile,* sin dejar de reir, mientras Francisco Reversay se ajustaba la levita y rectificaba cuidadosamente el lazo de su corbata delante del espejo.

Los dos compañeros fueron interrumpidos por un ujier que les servía de secretario, ó más bien de factótum.

–Un telegrama para el Sr. Reversay.

–¡Calla! No es amarillo... ¡Azul! Personal entonces...

Y rompió la banda de puntos.

–¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró poniéndose muy pálido.

–¿Qué ocurre? ¿Alguna mala noticia?

–Una gran desgracia, amigo mío, respondió Reversay con voz consternada.

Y leyó en alta voz:

«La señorita de la Croix d'Arbel muerta esta noche... Esperamos impacientemente al Sr. Reversay en el castillo.»

–Crea usted, amigo mío, que siento mucho...

–Gracias..., gracias... ¡Ah! ¡Qué golpe! Estoy como aturdido...

–¿Estaba enferma?

–Nada de eso... Hace tres días estuve en el castillo..., en Biviers..., y estaba buena y sana... Es una catástrofe fulminante...

Y el fiscal repitió:

–Fulminante..., fulminante...

–¿De modo que se marcha usted?

–Sí, sí, en seguida.

–¡Diablo! Ahora es usted el amo y nunca hará más falta allí el «ojo del amo.»

–¡El amo!, murmuró Reversay.

Y como si esa palabra trajera á su mente la noción de las cosas, dijo al ujier:

–Durand, vaya usted á buscar un coche.

–¿Le hago venir aquí?

–No, á mi casa. Vaya usted de prisa.

El ujier salió á escape.

–Yo me voy á preparar una maleta... ¿Quién sabe cuándo podré volver?.. Usted, amigo mío, me excusará con el presidente...

–No se preocupe usted por eso.

–Y además, dijo Reversay como hablando consigo mismo, tengo que prevenir...

Se sentó en su escritorio y escribió apresuradamente:

«Señor barón: Acabo de recibir una dolorosa noticia. Mi pobre prima, la señorita de la Croix d'Arbel ha muerto, y me voy inmediatamente al castillo de Biviers. Pero esta profunda pena no puede hacerme olvidar que dejo aquí la más dulce esperanza de mi vida. Usted sabe la inmensa bondad con que mi pobre prima me ha tratado en vida, y sabe también cuáles son los sentimientos que acompañan á mi dolor y á mi agradecimiento. Dentro de unos días tendré el honor de ver á usted, y desde ahora le ruego ardientemente que sea mi intérprete para con Lucía y le haga presente la sinceridad y, me atrevo á decirlo, la ternura de mi constante cariño.»

Cerró la carta y escribió en el sobre:

«Señor barón de Lanceroy. París.»

–¿Quiere usted, querido amigo, hacer que Durand lleve esta carta en cuanto vuelva?

–Sí, por cierto... En cuanto venga, puede usted contar que será servido.

–Entonces, dijo Reversay, y ofreció la mano á su colega mientras que con la otra cogía el sombrero... ¡Ah! Una gasa... Tengo que ir á que me pongan una gasa... Hasta la vista, querido amigo, hasta la vista...

Su colega le estrechó silenciosamente la mano y dijo cuando hubo salido:

–¡Qué suerte la suya! Hereda cien mil francos de renta y va á enviar á paseo la magistratura... En fin, añadió filosóficamente, por lo menos ha tenido el buen gusto de no lloriquear con un ojo y reir con el otro.

***

Biviers es una aldea de los alrededores de Grenoble, pegada á una ladera de ese macizo contrafuerte de los Alpes, el Saint-Eynard, que se cierne sobre el conocido valle del Graisivaudán.

Desde Grenoble se tarda una hora en llegar á Biviers, una hora que pasa rápidamente y que deja en el viajero maravillado un inolvidable recuerdo.

Este valle, que parece que se hace poco á poco más profundo á medida que se eleva el camino; este valle de esmeralda, en el que serpentea el Isere como una cinta de estaño en fusión, y que tiene como horizonte esos grandes Alpes que se amontonan en un formidable circo, verde al principio, ensombrecido más arriba por la mancha obscura de los bosques de pinos y cubierto en su cima por la blancura de las nieves, es un paisaje de belleza incomparable.

Pero Francisco Reversay no pensaba en nada de esto, ni lo veía siquiera.

El ruido del coche, el ritmo monótono de los cascabeles del tiro, el cansancio de sus nervios después de la primera y violenta conmoción, todo hacía que su mente se trasladase al país de los recuerdos..., al país de los sueños realizados.

¡Qué aventura la suya!

Obscuro suplente en el tribunal de Grenoble, casi pobre, perteneciendo, bajo un régimen político que no le gustaba, á una carrera en la que las personas de su casta y de su opinión se encontraban de día en día más fuera de su sitio, y siendo magistrado porque su padre y su abuelo lo habían sido antes que él, Francisco pensaba tanto en heredar á su vieja prima de la Croix d'Arbel como en obtener un premio gordo con una de las escasas obligaciones de renta que le había dejado su difunto padre, el presidente Reversay.

Aquella buena señora reservaba su herencia para una sobrina, á la que amaba como á una hija y que había permanecido soltera porque era contrahecha y delicada, y no quería que nadie se casase con ella por el interés.

Esa sobrina, Magdalena, era, pues, la heredera de derecho y de corazón de la vieja solterona y pasaba la mitad de su vida en el castillo de Biviers, muy contenta de abandonar durante largos meses la ciudad de Tolón, donde se aburría enormemente en compañía de su padre, el comandante de la Croix d'Arbel, un marino poco sociable, siempre á punto de emprender largos viajes y que la dejaba sola en aquella población tan triste cuando sopla la tramontana á través de los pinos de la terraza que domina al mar quejumbroso.

Pero un día murió el comandante, y Magdalena tuvo que pasar muchos meses en Tolón para arreglar los interminables detalles de una herencia bastante embrollada. El tiempo fué pasando, y Magdalena respondía vagamente á las cartas impacientes de su tía: «Pronto iré...»

Cuando por fin llegó á Biviers, fué para anunciar á la anciana que había escogido un marido.

¡Escogido!.. ¡Sin consultar á su tía!.. ¡Sin pedirle su aprobación!.. ¡Sin prevenirla siquiera!..

¡Y qué marido!..

Un Sr. Pedro Beraud, armador..., que ganaba mucho dinero con su comercio...

¡Ah! ¡Qué poco importaba este detalle á la solterona!

Pero en cambio era insufrible para ella el ver á su sobrina, una Croix d'Arbel, casarse con un Beraud, un hombre de baja extracción, un comerciante, un mercader, casi un tendero... Esa boda desigual la indignaba...

La vieja conservaba todas las delicadezas y todas las tradiciones de su casta, y creía firmemente en la sangre azul que corría por sus venas. La resolución de Magdalena le pareció, pues, una impiedad al mismo tiempo que una traición, y su respuesta fué contundente.

– Elige entre el Sr. Beraud y yo.

– Le he dado mi palabra...

– Entonces, puedes comprender que entre la señora de Beraud y la señorita de la Croix d'Arbel no puede haber relación alguna. No he tratado nunca á los comerciantes y no pienso variar á mi edad.

Aquello era la ruptura.

La gente no sospechó nada. Magdalena se ausentaba con frecuencia, y á nadie le extrañó aquel viaje más que los otros. Lo que sorprendió á todo el mundo fué la boda, de la que su tía no había dicho una palabra y á la que no había asistido. Y solamente entonces empezaron los cuchicheos..., cuando una mañana Francisco Reversay recibió esta lacónica esquela:

«Mi querido primo, ven á almorzar á Biviers. Tengo que hablar contigo.»

Francisco fué, lleno de curiosidad, pues hasta entonces su actitud con aquella prima había sido más bien ceremoniosa.

El lujo de la solterona le inspiraba comparaciones desagradables con su propia medianía, razón por la cual sus relaciones con la anciana se limitaban á hacerle una visita después de las invitaciones á las fiestas que á la buena señora le gustaba organizar y en las cuales su joven pariente era un bailarín obligado.

Cuando llegó á Biviers le dijo su prima:

– ¡Ah! Ya estás ahí... Te esperaba con impaciencia...

– En cuanto he recibido tu carta, me he apresurado á venir.

– Te lo agradezco... Veo bastante mal, pero con mis lentes veo claro á pesar de todo. Me parece que andas dando vueltas alrededor de la hija de Lanceroy...

– ¡Prima mía!..

– ¿Por qué protestar? Tienes buen gusto. Esa pequeña es linda...

– Pero no es para mí.

– ¿Por qué?

– Porque es rica.

– ¿Y porque tú no tienes gran cosa?

– ¡Ay!

– Pero si llegases á tener una fortuna, no ya igual, sino muy superior á la de Lanceroy...

– ¿Para qué construir castillos en el aire? Gano cinco mil francos como fiscal suplente, más tres mil de renta que me ha dejado mi padre... Dentro de diez ó quince años mi sueldo ascenderá á ocho ó diez mil francos si logro yo también llegar al puesto que tuvo mi padre. Este es el castillo que tiene sobre aquéllos la ventaja de ser real.

– No; dentro de diez ó quince años yo no estaré ya en el mundo, y tú, Francisco, poseerás mi fortuna, que es redonda... Ahí tienes el castillo, no en el aire, sino en el Delfinado.

– ¡Prima, prima!.. Si es una broma.., es cruel...

– Tan cierto es, que aquí tienes mi testamento. Le dejo en tus manos.

De este modo, de la noche á la mañana, Francisco Reversay se había convertido en heredero universal de la señorita Hortensia de la Croix d'Arbel, de la que antes no esperaba ni una manda de amistoso recuerdo.

De este modo y ya sin temor alguno había hecho la corte á la joven de que estaba enamorado; pues, en efecto, la vieja prima había visto claro con sus anteojos.

Un día, Francisco declaró su pretensión al barón de Lanceroy, el cual, como hombre positivo y práctico, le respondió en seguida:

– Yo doy doscientos mil francos á Lucía y le dejaré otro tanto después de mi muerte... ¿Qué aporta usted al matrimonio?

– En primer lugar, mi carrera y mi pequeña fortuna...

– ¿Y después?

– Este testamento.

El Sr. Lanceroy lo leyó.

– ¡Oh! ¡Oh!, dijo.

Y añadió sonriendo:

– Sé que esto no es tan seguro como si estuviese usted en posesión de esa fortuna... Pero, en fin, el que nada arriesga, nada tiene, ¿verdad?.. Podemos ver..., y si usted no desagrada á mi hija...

– Haré cuanto pueda para agradarla, con el consentimiento de usted.

– Bueno, querido Reversay, haga usted cuanto pueda... y ya hablaremos.

Y cuando se estaba preparando todo para el matrimonio, que era casi oficial, aquel acontecimiento, aquella desgracia, ocurrió repentinamente..., como para hacerle aún más inevitable.

Ya no eran esperanzas lo que Reversay aportaba al matrimonio, sino una enorme fortuna realizada.

Sí, aquella fortuna, que iba á cambiar su vida tan rápidamente, era suya.

No se trataba ya de ser magistrado. Francisco de Reversay no era ni un trabajador ni un ambicioso. Se había puesto la toga como un uniforme obligado, casi una librea de servidumbre que le aseguraba una carrera modesta y honrosa. ¡Pero qué prisa tenía ya de despojarse de ella!

En cuanto la resolución de su prima marcó una brusca crisis en su vida, Reversay había descubierto prontamente en sí mismo los instintos, los gustos y los apetitos de un hombre aficionado al lujo y á los placeres.

Hacía ya dos meses que todos los días formaba con su novia este enloquecedor programa para el porvenir: dimisión inmediata; París en invierno; Biviers en verano...

Y lo que no preveían sino para una época acaso lejana, ocurría con una brusquedad fulminante en vísperas de su boda...

– ¡Ah! ¡Aquella querida prima Hortensia!

Francisco iba repitiendo todavía esa acción de gracias, en la que se mezclaban un poco de pena y mucha alegría, cuando se detuvo el coche delante de la verja del castillo de Biviers.

Una opulenta construcción edificada en el siglo XVII sobre los baluartes de un viejo castillo en ruinas.

El nido de águilas, la fortaleza que dominaba al río y al camino, se había convertido en una lujosa residencia de verano. Los baluartes se habían transformado en cuadros de jardín, y el parque se extendía en armoniosas pendientes hasta la orilla del camino que recorre el valle regado por el Isere entre una doble línea de alisos y álamos blancos.

El conserje había abierto ya la verja.

– ¡Ah, Sr. Reversay, qué desgracia!..

– Sí, una gran desgracia, Antonio... Pero dígame usted pronto, ¿cómo ha sido esto?

– Un ataque, Sr. Reversay, un accidente fulminante... Nuestra pobre señora no ha sabido que se moría...

Al decir estas palabras, habían llegado á la escalinata de piedra y el conserje añadió:

– Aquí tiene usted á Julia, que sabe lo que ha pasado mejor que yo.

Y el buen hombre, sin olvidar que estaba hablando con el futuro amo, hizo esta observación:

– Yo estoy siempre en mi puesto..., lejos del castillo...

Julia le interrumpió enjugándose los ojos:

– Figúrese usted, señor... Eran las diez... La señora iba á meterse en la cama... Acababa yo de salir de su cuarto, cuando oí un ruido sordo, como una caída... Echo á correr y... ¡ah, señor!.. ¡Todo había terminado!

– ¿No se había quejado de ningún malestar?

– No, señor.

– ¿No había ocurrido nada extraordinario?

La doncella vaciló.

– Como no fuera la visita que había recibido...

– ¿Qué visita?

– La de la señori..., quiero decir, la de la señora de Beraud...

– ¿Vino mi prima Magdalena?

– Con su hijo. Pasaron lo menos dos horas con la señora en el saloncillo.

Y añadió con aire misterioso:

– Creo que tuvieron una discusión... un poco viva... Se oía la voz de la señora como cuando estaba enfadada.

– ¿Y se volvieron á marchar?

– Sí, señor, un rato después. Les estaba esperando el coche. Cuando salió, la señora de Beraud tenía los ojos hinchados y llenos de lágrimas. También mi pobre señora tenía los ojos encarnados, y á la hora de comer no probó bocado...

La doncella mostró entonces, como Antonio, la mirada astuta de los que quieren agradar á su nuevo amo.

– Acaso, dijo, ha sido esa visita la que ha matado á mi pobre señora...

Reversay no respondió, pero dijo para sus adentros:

– Sí... Es extraño... Ese paso atrevido... Habrá habido explicaciones violentas, recriminaciones, reproches, acaso insolencias...

Y se contentó con preguntar:

– ¿Mi prima..., está en su cuarto?

– Sí, señor... Hemos hecho todo lo que hemos podido mientras llegaba el señor...

Reversay subió.

II

En aquella gran cámara del primer piso todo indicaba ya, en efecto, la decoración del viaje supremo.

El cuerpo de Hortensia de la Croix d'Arbel reposaba en un catafalco, en el que aparecía adelgazado y como amenguado por la muerte.

La boca, un poco hundida, mostraba una sonrisa fija, y la nariz, cuyas alas estaban contraídas, tomaba ya un tinte de cera..., aunque no tanto como aquellas pobres manos unidas por un rosario bendecido.

Alrededor de la muerta se ajaban unas brazadas de flores cortadas apresuradamente en el jardín... Y á la cabecera de la cama, en dos veladores cubiertos de paño negro, unos cirios encendidos alargaban sus llamas rojizas en la penumbra de la gran pieza, cuyas ventanas estaban cerradas... Unos sacerdotes rezaban y la habitación estaba casi llena de mujeres arrodilladas.

Reversay dedicó una larga y silenciosa mirada á aquel pasado que mañana no sería ya más que un recuerdo.

– ¡Pobre..., pobre prima!, murmuró profunda y sinceramente conmovido.

Pero era preciso entregarse sin tardanza á las innumerables y odiosas necesidades de la muerte, y en esto entretuvo todo el día.

Por fin, todo estuvo hecho cuando la tarde empezaba á caer. Francisco tenía preparado su cuarto, pero no se atrevía á subir á él, y permanecía en aquel saloncillo, que era la pieza favorita de la difunta, en la que estaban sus muebles familiares y todo lo que guardaba su recuerdo y como su huella...

Sentado detrás de aquel escritorio cilíndrico, estilo Imperio, con galería de cobre dorado, que había pertenecido á Hortensia, Reversay se perdió en sus reflexiones.

– ¡Qué muerte tan rara, después de qué extraña aventura!

¿Qué había ido á hacer en Biviers aquella Magdalena que, desde su matrimonio, había roto toda relación con la familia?

¿Qué había dicho? ¿Para qué había llevado aquel niño?

Y maquinalmente, Francisco se puso á arreglar los papeles esparcidos por la mesa, en la que acababa de ocupar largas horas escribiendo notas, listas y cartas...

Los puso todos en orden, y para sujetarlos colocó encima una cartera que había en una mesilla al alcance de su mano... La cartera de Hortensia, sin duda.

Al cogerla, una hoja escrita estuvo á punto de escaparse de la cubierta de tafilete estampado.

Francisco abrió la cartera para volver á colocar aquel papel cubierto de una letra gruesa que él conocía muy bien.

Y al ponerle en su sitio, tuvo tiempo de leer:

«Este es mi testamento.. »

–¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró.

Pero le ocurrió en seguida:

–Es un duplicado que conservaba en su poder...

Poco seguro, sin embargo, continuó leyendo.

–¡No es el mismo!

Y siguió la lectura con ansia febril:

«No sería yo buena cristiana si no perdonase las acciones que han sido para mí ofensas, y sobre todo, si se las hiciese expiar á un inocente.

»Mi sobrina Magdalena se ha portado mal conmigo, pero es mi pariente más próxima. Es la única que representa los la Croix d'Arbel, y la fortuna que yo he recibido de mi abuelo debe en buena equidad pertenecerle después de mi muerte.

»Me decido, pues, á volver sobre lo que había decidido y á reemplazar por un legado importante la herencia que había hecho esperar á un pariente más lejano, al que pido perdón por mi imprudencia de ayer y por esta decisión.

»Dejo en consecuencia á mi primo Francisco Reversay un legado de trescientos mil francos, que bastará para permitirle casarse con la joven á quien ama, puesto que esta suma, unida á su fortuna personal, le hace tan rico como ella; y restituyo á mi sobrina Magdalena de la Crois d'Arbel todo el resto de mis bienes, con la obligación de servir á los destinatarios las mandas siguientes...»

Venía después la enumeración de todas esas dádivas de poca importancia..., una fecha... y la firma.

Reversay balbuceó casi inconsciente:

–Firmado..., fechado de ayer..., escrito de su mano... Es válido... y anula el otro...

Se oyeron pasos en el corredor.

Y por un movimiento instintivo, Francisco escondió el papel en la cartera.

Era la doncella, Julia, que venía á preguntarle:

–¿No necesita nada el señor?

–Nada..., gracias.

–El señor sabe qué hora es... Van á dar las doce... El señor debe estar cansado... y tendrá tanto que hacer mañana...

–Está bien, está bien, dijo Francisco con repentina irritación. Déjeme usted..., quiero estar solo.

Y no contento con esto, se levantó con impaciencia y cerró la puerta con llave.

Ya no temía á los curiosos ni á los indiscretos.

Y volvió á caer completamente anonadado en aquella butaca y delante de aquel escritorio donde se encontraba, no completamente pobre como antes, pero condenado de nuevo á una vida que sería la medianía, cuando hacía un instante se creía poseedor de una fortuna inmensa...



Francisco Reversay murmuró: «¡Ya está!»

¡Qué caída! ¡Qué feroz decepción!

¡Ya no existía nada de lo que había tenido, sí, tenido, en la mano!..

¡No era posible ya lo que había creído realizado!

Esa magistratura á la que aborrecía, en la que nadie tenía sus ideas ni sus gustos, en la que necesitaba todos los días prodigios de diplomacia para esquivar obligaciones, políticas ó de otro género, que no le perdonarían los de su clase y su opinión; aquella magistratura en la que tendría que permanecer, pues los cinco mil francos de sueldo seguían siendo importantes, y mucho, en su presupuesto, reducido ahora á unos quince mil francos de renta, todo lo más..

¿Y qué papel iba á hacer delante del barón de Lanceroy cuando le dijera: «Le he anunciado á usted una fortuna considerable..., enorme..., pero no le traigo más que un dote honroso?..»

¿Estaba siquiera seguro de que Lanceroy, tan positivista y duro en estas cuestiones de interés, no encontraría en esto un pretexto para arrepentirse de su palabra?

¡Y todo lo que había proyectado con Lucía! ¡Aquella vida elegante y libre en que los dos se complacían de antemano!..

¡Aquel pedazo de papel acababa de reducirlo todo á la nada!

¡Un pedazo de papel!

Reversay volvió á abrir la cartera.

Un pedazo de papel, escrito ayer..., apresuradamente..., en una crisis nerviosa, después de una visita en la que se había representado un drama..., una comedia..., en la que, sobre todo, se había lloriqueado...

¡Ah! ¡Había estado hábil la tal Magdalena! Se había mostrado tan buena comerciante como su marido, aquel Beraud, al que Reversay no había visto nunca, así como tampoco á su prima desde su casamiento.

Sí, los dos eran buenos comerciantes, puesto que él estaba á punto, según se decía, de ser uno de los más ricos armadores de Tolón.

Y ese pensamiento traía consigo este otro:

–Una gente insolentemente rica por sí misma, que me viene á quitar lo que se me había ofrecido sin que yo lo solicitase...

¿Para qué ofrecérmelo entonces? ¿Para qué venirme á buscar y suscitar en mi mente ideas, esperanzas y deseos que yo no tenía y tengo ahora?

¿Pensaba yo en ese testamento que mi prima me entregó un día, que tengo en mi casa y que ya no me sirve para nada..., para nada?..

Y el mal pensamiento empezó á nacer.

¿Por qué no me sirve para nada?.. Porque existe éste... Pero... ¿y si éste no existiera?..

Francisco sintió un gran escalofrío.

La noche estaba silenciosa.., Ningún ruido se oía en el castillo, en el que seguían orando alrededor de la muerta sacerdotes y religiosas.

En el parque, uno de esos mochuelos que en el campo se llaman damas blancas, graznaba suavemente...

Y de repente, en aquel gran silencio, uno de los leños de la chimenea, que estaba encendida porque las noches eran frescas, rodó por la ceniza produciendo un torrente de chispas...

¡El fuego! ¡El fuego encendido, en el que todo desaparecía!..

Felipe se levantó...

Las cortinas de las ventanas estaban cuidadosamente corridas. La llave obstruía la cerradura de la puerta é impedía todo espionaje...

Reversay se agitó en una suprema vacilación y en su mirada se pintó una sensación de angustia.

Pero el mal pensamiento le arrastraba y aquel escritorio ejercía sobre él una especie de fascinación.

Abrió la cartera y pronto tembló en su mano aquel pliego de papel cubierto por la gruesa letra de Hortensia.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Los rivales del corcho: tapones de papel, el kapok, los aglomerados, el marea y el palo de balsa. – Refrigerante doméstico. – Preparación de hielo y bebidas frescas sin necesidad de aparatos. – Los cables eléctricos. – Fabricación mecánica de botellas. Aparato Boucher.

Hasta hoy se había pregonado por tirios y troyanos la imposibilidad casi absoluta de tropezar, en el palenque de la Industria, con un rival del productivo alcornoque, ya que, dada la baratura y excelentes condiciones de su corteza para la industria taponera, no se concibe, decían los inteligentes, que ni aun la Química, con sus maravillosas síntesis y sorprendentes transformaciones, pueda jamás elaborar un producto capaz de luchar económicamente con el corcho; pero la realidad de los hechos, al decir de algunos botánicos, parece que desgraciadamente ha venido á destruir lo que se había admitido como verdad axiomática.



Fig. 1. – Aparato refrigerante doméstico

No se trata de los célebres tapones de desperdicios de papel, elaborados en número de 300 al minuto, según nos refieren algunas revistas científico-industriales, por un notabilísimo aparato del tamaño de una máquina de coser, que les da forma, calibre y color convenientes, imprimiéndoles á la vez la correspondiente marca de fábrica. Tampoco se trata del *kapok*, fibrina vegetal hidrófuga é imputrescible, 30 veces más ligera que el agua y seis más que el corcho, conocida desde hace algún tiempo en Inglaterra por emplearse en la construcción de cinturones y aparatos de salvamento de náufragos (bastan 300 gramos de dicha substancia para sostener á un hombre á flor de agua), ni siquiera nos referimos á los aglomerados de corcho fabricados en Alemania que con razón han alarmado á la industria corchotaponera.



Fig. 2. – Operación de arrollar los alambres de cobre en las bovinas

Lo que constituye una seria preocupación para varios dasónomos y algunos industriales, es un reciente é inesperado descubrimiento. Se trata sencillamente de una nueva planta muy abundante en las selvas vírgenes de algunas regiones del continente africano, descubierta por los intrépidos oficiales franceses Huard y Truffert en la minuciosa exploración que acaban de efectuar en las regiones de Bahr-el-Ghazal y del lago Tchad, cuya inmensa superficie de más de 40.000 metros cuadrados se halla sembrada de 80 islas, gran parte de las cuales están recubiertas de exuberantes selvas, formadas por un árbol hasta hoy desconocido en Europa, que los indígenas *kouris* denominan *marea*. Esta planta, perteneciente á la familia de las *leguminosas*, subfamilia de las *mimóseas*, alcanza una altura de cinco á seis metros, y su copa, formada por ramas con espinas, se asemeja á la de nuestros álamos.

La madera de la nueva planta es de contextura fibrosa y escasa densidad, muy á propósito para la construcción de adargas y corazas que los indígenas emplean para resguardarse de las lanzas, flechas y azagayas y para la construcción de flotadores y pequeñas embarcaciones.

La memoria de los Sres. Truffert y L'Huard y el notable opúsculo de M. J. Foureau «D'Alger au Congo par le Tchad» *(Mission Saharienne Foureau-Lamy)* contienen detalles interesantísimos de esta curiosa planta.

Refiere M. Truffert que los aborígenes de las comarcas donde se cría el *marea*, al emprender un viaje llevan siempre consigo un tronco de la indicada planta de unos dos metros de longitud y 30 centímetros de diámetro, que por su insignificante peso, cuando tienen que vadear un río ó una charca, les sirve de excelente flotador para ganar sin peligro la orilla opuesta.

La Sociedad de Salvamento de náufragos de Rouen está haciendo ensayos con la nueva substancia para aplicarla á sus humanitarios aparatos.

Así como algunos han creído ver en los tapones de papel los auténticos substitutos de los de corcho, demostrando con ello un desconocimiento absoluto de lo que es y representa la importantísima industria corcho-taponera, singularmente en lo que se refiere á las especialísimas condiciones que han de reunir los tapones elaborados con corcho de primera calidad, denominados *(très fins)* trefinos, únicos que sirven para el cierre de los envases del champagne, pretenden otros hoy día que las condiciones del *marea* son tales, que pronto lo hemos de ver compitiendo con el corcho en la fabricación de tapones.

No habiéndose verificado todavía ensayos comparativos de las dos substancias, difícil es prever el porvenir del nuevo producto en la industria taponera, y á pesar de cuanto han dicho algunos naturalistas, nos permitimos dudar de que la fibrina del *marea* reuna todas las excelentes condiciones que caracterizan á la celulosa del corcho de primera clase, especialmente su notable compresibilidad y singular elasticidad. Además, en la América Central se conoce una planta denominada *palo de balsa*, de condiciones similares á las del *marea*. Pertenece dicha planta á la familia de las *esterculiáceas*, y sus variedades *ochroma lagopus* y *ochroma tomentosa* están formadas por una fibrina tan sumamente ligera, que su densidad con relación al agua es de 0'17. Su blanda madera se emplea en canoas y balsas para la conducción de efectos, á pesar de lo cual ha resultado poco menos que inútil en la fabricación de tapones.

Creemos, por otra parte, asegurado el éxito del *marea* siempre que se aplique á los aparatos de salvamento, y aun para la fabricación de corazas protectoras destinadas á resguardar á los jefes de Estado y á muchos políticos y potentados del puñal asesino que les pudiera herir á traición.

El ilustre Gautier, de la Academia de Medicina, dice que el hielo debe tan sólo considerarse como *materia refrigerante* muy económica para enfriar por contacto los frascos que contengan las bebidas, pero nunca debe consumirse mezclado con el líquido que nuestra economía tenga que absorber; pues aparte de que la temperatura del hielo en fusión fatiga el estómago y puede producir por acción refleja graves accidentes congestivos, el hielo fabricado con agua que no haya sido previamente esterilizada, conserva en completo estado de vitalidad todos los microbios patógenos contenidos en la misma, ya sean los *bacilos* del carbunclo ó de la fiebre tifoidea, ya el *espirilo* del cólera.



Fig. 3. – Retorcido de los alambres de la armadura

Los experimentos de MM. Pruddon y Fränkel demuestran que la mayoría de las bacterias no sienten los efectos de la congelación: el *micrococcus pyogenes aureus* vive todavía después de 66 días de permanecer en el hielo, y el *baccillus typhosus*, después de 108 días, conserva toda su virulencia.

Es, pues, necesario proscribir en absoluto en las bebidas el uso del hielo que no esté fabricado con agua esterilizada, ó cuya procedencia nos sea desconocida.

En el *frigorífico doméstico* (fig. 1) se observan en absoluto las reglas dictadas por los sabios higienistas. En el recipiente de cristal *A* se coloca el líquido que se quiere refrescar: baja éste por *B* á un serpentín *C* colocado en el interior de la cámara *D* ó depósito del hielo. El agua de fusión sale por la llave *F* y la bebida refrescada se recoge en la espita *E*. El tubo *T* permite la entrada del aire en el recipiente *A* mientras la bebida pasa al serpentín refrigerante.

Cuando no se dispone de aparatos como el que acabamos de describir, ni del hielo que á bajo precio se expende en las grandes poblaciones, se puede echar mano de un método sencillo y práctico que

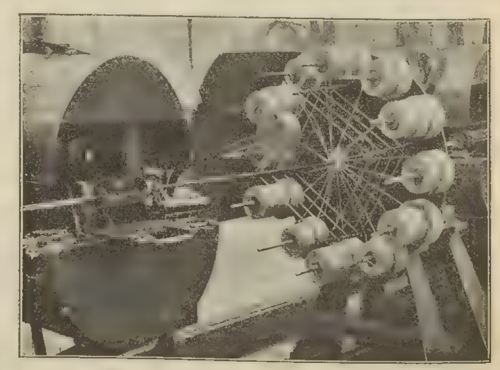


Fig. 4. – Colocación del tejido protector y aplicación de la materia aisladora

permite proporcionarse en todo tiempo y lugar bebidas frescas económicas.

El curioso procedimiento que acabamos de indicar consiste simplemente en la preparación de una *mezcla refrigerante ó frigorífica* de agua y nitrato de



Fig. 5. – Arrollado del cable sobre un tambor de madera

amoníaco. La disolución de un kilo de nitrato amónico en un litro de agua produce un descenso de temperatura de 26° centígrados. Si la temperatura del ambiente es de + 20°, por ejemplo, la citada mezcla frigorífica descenderá á 6° bajo 0.

Hay que tener presente que en la mayoría de los casos no precisa un descenso de temperatura tan considerable, por cuyo motivo, empleando la misma cantidad de agua, se podrá ir reduciendo la porción de sal hasta obtener tan sólo un descenso de temperatura á + 10° ó + 12° centígrados, á cuyo grado térmico produce el agua, en verano, una sensación muy fría. Esta es la temperatura del agua en la inmensa mayoría de los pozos y fuentes de agua fresca.

La sencilla fórmula que acabamos de indicar tiene la grandísima ventaja de que el nitrato disuelto en el agua puede ser regenerado indefinidamente; pues una vez utilizada la disolución, basta exponerla al sol ó á fuego lento para que el agua se evapore y la sal esté en disposición de servir otra vez en mezcla refrigerante para refrescar bebidas ó comestibles colocados en recipientes que les aisle de la disolución frigorífica.

A la sombra del portentoso desarrollo adquirido en las naciones civilizadas por la telegrafía, la telefonía, el transporte de fuerzas y las modernas industrias eléctricas, se han ido construyendo en Alemania, en Francia y en Inglaterra grandes fábricas de cables, de donde salen todos los años á millares los kilómetros de dicho producto destinados al establecimiento de conductores aéreos, subterráneos, submarinos y en general de cables de todas clases, cuyas aplicaciones van siendo de día en día más numerosas.

Es tan halagüeño el porvenir reservado al capital invertido en la fabricación de cables eléctricos, que sería conveniente tomara esta importantísima industria carta de naturaleza en nuestra península, donde su aclimatación habría de resultar muy provechosa, toda vez que las primeras materias, hierro y cobre, contenidas en abundancia en nuestro rico suelo, y los innumerables saltos de agua de nuestros ríos, todavía no explotados, constituyen los factores indispensables para la resolución de este importante problema.

El cable eléctrico propiamente dicho está constituído por un haz de alambres de cobre recubierto de substancias aisladoras: al salir el cobre de las hileras se va arrollando á grandes tambores para pasar al almacén de la fábrica de cables.

La primera operación (fig. 2) consiste en separar el alambre de los tambores para arrollarlo en pequeñas bobinas. Tómanse luego, según convenga, tres, cinco ó más de los citados alambres, que retorcidos ó arrollados en espiral, constituyen el alma del cable: el torcido de los alambres de cobre se consigue por medio de una máquina parecida á la que se emplea en el retorcido del alambre de hierro de la armadura (fig. 3), que practica el retorcido helizoidal regular y la yuxtaposición de los alambres.

Este cable ó núcleo central va sucesivamente recubierto de dos capas de tejido impermeable arrolladas en sentido inverso una de otra. La figura número 4 detalla el procedimiento para tejer alrededor del cable las dos citadas bandas y la aplicación de la materia aisladora, en la cual se cuece el cable en calderas colocadas al aire libre con objeto de eliminar del núcleo central del mismo hasta las últimas trazas de humedad que perjudicaría su buen aislamiento.

Al llegar á este punto se envuelve el cable en una vaina de plomo sin soldadura que, recubierta de una capa de brea, va encerrada en una segunda envoltura de yute alquitranado, alrededor de la cual se arrolla una doble banda de acero envuelta en dos cintas de tejido impregnado de tanino y luego alquitranado. Finalmente se reviste el cable de un forro protector de alambres de acero como se observa en la figura 4. Esta armadura metálica va protegida por una capa de gutapercha ó de tejido impermeable.

En general, el número de capas aisladoras y la calidad de las substancias empleadas dependen del uso á que se destine el conductor que se fabrica; terminado el cable, se arrolla á grandes tambores de madera (fig. 5): en estas condiciones se expende en el mercado.

La academia de Ciencias de París acaba de conceder el premio Montyon, de 2.500 francos, á M.

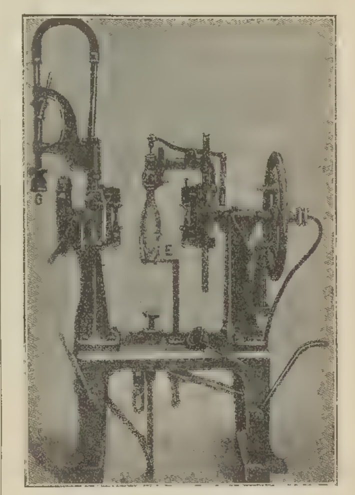


Fig. 6. – Máquina Boucher para la fabricación de botellas de vidrio

Claude, Boucher, maestro vidriero de Cognac (Charente), por su notable aparato (fig. 6) para la fabricación mecánica de botellas, que resuelve el problema de mejorar las condiciones de salubridad de una industria importantísima.

Sabido es que la fabricación de botellas de vidrio ha sido considerada, hasta hace poco, como una de las industrias más insalubres y mortíferas: hoy, la la constancia y notable inventiva de un modesto obrero la acaba de redimir de su triste situación.

«La Société d'encouragement pour l'Industrie nationale,» de París, ha sancionado el valor de la invención de M. Boucher, desde el doble punto de vista de la industria y de la higiene de los obreros, concediendo una medalla de oro á su autor.

El manejo de la nueva máquina, en la que desempeña un papel importantísimo el aire comprimido, se aprende en muy pocos días.

El mundo científico é industrial aplaude las grandes recompensas otorgadas á M. Boucher por su notabilísimo invento.

AL'LER-WILL.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Nuevo compendio de la Gramática castellana, por *D. Andrés Bello*. – Los conocidos editores Sres. Appleton y C.ª, de Nueva York, acaban de publicar una hermosa y utilísima edición de la gramática de la lengua castellana de D. Andrés Bello, reformada por el profesor D. Amable González Alús, de acuerdo con las reglas establecidas por la Academia Española. Destínase el nuevo compendio para uso de las escuelas de las Repúblicas hispanoamericanas, no dudando que en ellas ha de prestar el señaladísimo servicio que se han propuesto el reformador y los editores.

El territorio nacional de colonias, por *J. T. Camacho*. – Así se titula el importante estudio que en forma de folleto ha publicado D. J. T. Camacho, de la Paz, consignando datos curiosísimos é interesantes acerca de tan rico territorio, ardientemente discutido, y cuya posición ha dado lugar á diversos incidentes. La obra del Sr. Camacho, dedicada especialmente á los expedicionarios de la región del Acre, es de notoria utilidad y se halla inspirada en un fin patriótico.



Concierto, cuadro de Domingo Fernández y González

La Iberiada, poema en prosa, por *Manuel Lorenzo d'Ayot*. – Se ha publicado el canto VI del tomo I de esta obra, que está dedicado á Valencia y cuyo sumario es: Frutas y flores, Ausias March, Las Germanías, Vicente Ferrer, Luis Vives, Las batallas de flores, Sagunto y El Cid, temas que inspiran al autor poéticas descripciones y juiciosas observaciones históricas. Véndese á 50 céntimos.

Los dos grumetes, por *don Gustavo A. Martínez*. – Con este epígrafe ha publicado en Córdoba el conocido escritor argentino don Gustavo A. Martínez las acusaciones y defensa á que dió lugar la publicación de la obra cuyo título encabeza estos renglones y que originó una polémica en la prensa de aquel país, á la que dió término una carta de nuestra distinguida colaboradora D.ª Emilia Pardo Bazán.

El naturalismo y Zola, por *Gustavo A. Martínez*. – El distinguido escritor argentino don Gustavo A. Martínez ha publicado un libro asaz interesante con el propósito de demostrar la influencia social y literaria que ejerció el célebre novelista francés. Las observaciones consignadas por el autor son, á nuestro juicio, oportunas y atinadas, circunstancias que unidas á la correccion del lenguaje recomiendan la nueva producción.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 7 de septiembre de 1903 — Núm. 1.132



LA ESPINA, cuadro de H C Preston Macgoun



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: la isla de Pinos y las estaciones navales yanquis: la nómina del ejército revolucionario: insurrectos en el Cauto: peligros de la intervención. – *Guatemala:* proyecto de reforma constitucional. – *El Salvador:* las escuelas profesionales. – *Perú:* los partidos políticos: la cuestión de Tacna y Arica. – *República Argentina:* convocatoria de una convención nacional.

El 2 de julio, D. José M. García Montes, secretario de Hacienda de la República Cubana, y el señor G. Squiers, ministro plenipotenciario del gobierno de Wáshington en la Habana, firmaron en esta ciudad los dos tratados referentes á la propiedad de la isla de Pinos y á las estaciones navales que Cuba concedió á los Estados Unidos por convenios de 16 y 23 de febrero de 1903, en cumplimiento de lo que preceptuaba el artículo 7.° del Apéndice á la Constitución cubana.

Según uno de los artículos de la ley de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, artículo que se incluyó en el citado Apéndice, la isla de Pinos quedaba fuera de los límites de Cuba propuestos por la Constitución, y en posterior tratado habría de fijarse á quién pertenecía. Ahora los yanquis, en consideración á la concesión de estaciones navales, renuncian á favor de la República Cubana toda reclamación que acerca del derecho á la isla de Pinos se haya hecho ó hiciere en virtud de los artículos 1.° y 2.° del tratado de paz que impusieron á España en 1898.

Las estaciones navales y carboneras que, como se ha dicho, cedió Cuba á los Estados Unidos, son las de Guantánamo y Bahía Honda, y en el segundo de los tratados á que nos referimos se determinan las condiciones de arrendamiento de las áreas de terreno y agua necesarias para establecerlas. Los yanquis pagarán á la República de Cuba 2.000 pesos oro anuales. Todos los terrenos de propiedad particular y otros bienes inmuebles comprendidos en dichas áreas serán adquiridos sin demora por la República de Cuba. Los Estados Unidos convienen en suministrar á Cuba las cantidades necesarias para la compra de dichos terrenos y bienes de propiedad particular, y la República de Cuba aceptará dichas cantidades como pago adelantado á cuenta de la renta debida en virtud de este convenio. Dichas áreas serán deslindadas y sus linderos marcados con precisión por medio de cercas ó vallados permanentes. Los gastos de construcción y conservación de estas cercas ó vallados serán sufragados por los Estados Unidos. No se permitirá á persona, sociedad ó asociación alguna establecer ó ejercer empresas comerciales, industriales ó de otra clase dentro de esas áreas. Los demás artículos del tratado se refieren al régimen aduanero, sanitario y de policía, y á la extradición de criminales sujetos á la jurisdicción de las leyes cubanas, refugiados en las concesiones, y de los que cometieren delito ó falta en ellas y huyan á territorio de Cuba.

Los tales tratados no han satisfecho completamente á los cubanos. Los Estados Unidos renuncian á sus pretensiones sobre la isla de Pinos á cambio de la concesión de las estaciones, con lo que, de modo implícito, se declara y reconoce que dicha isla les pertenecía ó que tenían derecho á ella, lo cual no es cierto. Dícese además que el presidente Estrada ha accedido á varias exigencias de los yanquis, entre otras, que el alcalde de Pinos sea persona grata á aquéllos y que haya escuelas primarias en que se dé la enseñanza en inglés.

La comisión, que preside Máximo Gómez, encargada de hacer la nómina del ejército revolucionario, ha incluído (contando los muertos) algo más de 50.000 individuos, y ha fijado entre 45 y 52 millones de pesos la cantidad que se les adeuda. El acreedor de más importancia es Massó, con 21.000 pesos. Por consiguiente, ni aun con los 35 millones íntegros del empréstito hay suficiente para pagar á todos. Hasta ahora – y aunque hay quienes así lo aconsejan – no parece que el gobierno cubano piense en tomar ejemplo de los famosos cortes de cuentas á que apeló España en casos análogos. Tal vez sería la solución ir pagando á generales y otros acreedores de influencia y prestigio, y dar largas á la obligación respecto de los demás, con lo que vendría á crearse en la isla una clase infeliz y miserable, análoga á la de nuestros pobres repatriados. Mas falta saber si aquéllos serían tan sufridos como éstos. Lo cierto es que ya amenazan, y pruébalo el conato de insurrección en el Cauto.

A fines de julio se alzaron en armas unos sesenta hombres, según parte oficial del gobierno; más, según otras referencias. Se proponían obtener por la fuerza el pago de los haberes adeudados al ejército. Hubo gran alarma, y aun se dijo que los rebeldes contaban con auxiliares en otras comarcas y que tendían á destituir al presidente. Se censura á Estrada porque muchos de los que nada hicieron para libertar á Cuba obtienen pingües destinos, y los que vertieron su sangre en los campos de batalla perecen de hambre.

Muy mal síntoma: ¡el destino público, el sueldo del Estado como suprema aspiración de los ciudadanos, como bandera de revolución y de combate!

La partida ó partidas del Cauto fueron deshechas; pero si el movimiento insurreccional se renueva y persiste, habrá lugar á la intervención yanqui, según la enmienda Platt, y esa intervención podrá ser la ruina de la República cubana, no, por cierto, con provecho para los interventores, que se expondrían á sufrir fracasos militares y sobre todo económicos muy considerables, si la mayoría de los cubanos rechazaran su dominación.

Conviene más á los yanquis una Cuba libre, pacífica y próspera, que una Cuba poseída por la fuerza de las armas, pero rebelde, yermas sus tierras y entregada á todos los azares de la guerra.

***

La Asamblea nacional de Guatemala acordó en 30 de mayo último, por unanimidad, convocar una Asamblea constituyente para la reforma del artículo 66 de la ley fundamental, que prohibe la reelección del presidente de la República.

Trátase, pues, de reelegir al Sr. Estrada Cabrera, quien, según el diputado D. Joaquín Méndez, que apoyó la proposición, durante su breve gobierno ha demostrado grandes dotes de estadista, fomentando la instrucción pública y la agricultura, creando verdadero espíritu público en el interior y afirmando el crédito de la República en el exterior.

En términos generales, mediante la modificación propuesta, Guatemala podrá proceder como México y otras Repúblicas, manteniendo al frente del gobierno á hombres eminentes por su patriotismo y por su acierto en el difícil arte de regir pueblos.

***

En el Salvador, por decreto de 13 de junio, se reformó la enseñanza superior. Se ha suprimido el Consejo de Instrucción pública y el Rectorado de la Universidad Nacional, y se crean las siguientes facultades, con el carácter de Escuelas profesionales: Jurisprudencia; Medicina, Farmacia y Cirugía dental; Ingeniería, anexa á la Escuela Politécnica. Cada facultad tendrá su junta directiva, cuyos vocales serán nombrados por el poder ejecutivo hasta que se promulgue la ley orgánica de Instrucción pública, y después por los profesores de cada facultad, en votación nominal. En la facultad de Medicina y Farmacia se admitirán señoras y señoritas.

***

Viene observándose en el Perú la tendencia á formar nuevos partidos políticos mediante fusión de los varios que hoy existen, y no con el fin concreto de imponer determinadas candidaturas para el gobierno, como se hizo en las últimas elecciones presidenciales, sino para conseguir predominio en la opinión y en las Cámaras, y realizar así, por medios legales, las aspiraciones en que, en lo fundamental, convienen unos y otros. La Unión nacional, la Unión cívica, el partido civilista, los constitucionales, los demócratas, los federales, pueden prescindir de los principios de orden secundario que los separan, y constituirse en agrupaciones de verdadera importancia y fuerza, con lo que habría de normalizarse, seguramente, la vida política del país.

Algunos de esos partidos son disidencias, desprendimientos de otros, sin base propia de doctrina, y muy beneficioso sería que los afines se concertaran bajo la idea común y capital en que todos se suman.

En el mensaje leído por el presidente Romaña ante el Congreso el 29 de julio último se aludió á las cuestiones pendientes con Bolivia y con Chile. Como ya indicamos, el gobierno argentino decidirá, en concepto de árbitro, el litigio de frontera con Bolivia. Respecto de Chile, Tacna y Arica continúan en el mismo estado, y nada nuevo podemos consignar, como no sea la opinión de un estadista chileno, el Sr. Walker Martínez, ex ministro y jefe del partido conservador, para quien las tales provincias no valen la pena de que dos pueblos discutan acerca de su soberanía en ellas. La posesión ha de ser onerosa para la República á la que definitivamente se adjudiquen; su valor económico es escaso, y aún han perdido más en estos últimos años, porque casi todo el tráfico entre la costa del Pacífico y Bolivia ha de hacerse por los ferrocarriles de Mollendo Puno, vía peruana, al Norte de Tacna, y Antofagasta Oruro, vía chilena, muy al Sur de Arica.

***

En el próximo año de 1904 empezará en la República Argentina nuevo período presidencial. Los ciudadanos de mayor significación en la política se preparan ya para tan solemne y trascendental acontecimiento, y entre los actos realizados con ese fin tiene importancia suma el acuerdo de convocar una gran convención nacional, destinada á escoger y recomendar á los electores la candidatura que se crea más conveniente para el país.

Podrán formar parte de la Convención los ex presidentes y ex vicepresidentes de la República, ex ministros del Poder Ejecutivo y de la Suprema corte federal, ex jueces federales de sección, ex ministros plenipotenciarios, ex senadores y ex diputados del Congreso Nacional, ex diputados de las convenciones de carácter constituyente, ex gobernadores de provincia, oficiales generales del ejército y armada, arzobispos y obispos, rectores, ex rectores, académicos y profesores de las universidades nacionales, presidentes y directores de centros, sociedades y bancos comerciales, industriales y rurales.

La Convención se reunirá el día 12 de octubre próximo. Forman la comisión ejecutiva organizadora los doctores Carlos Pellegrini, Juan José Romero, Manuel Quintana, Felipe Yofre, Benito Villanueva, Roque Sáenz y José Figueroa.

El propósito de los iniciadores – que pertenecen á distintas agrupaciones políticas – se declara en el manifiesto dirigido al pueblo argentino. Quieren atraer á todos los elementos representativos de la opinión del país, abstracción hecha de simpatías y afinidades personales, con el fin de hallar fórmula presidencial que encarne las aspiraciones generales, sea garantía sólida de bien público y satisfaga á los legítimos anhelos del progreso institucional y político de la República. Quieren un gobierno amplio, de todos y para todos, no un gobierno de partido, y por esto solicitan el concurso de los hombres de mayor experiencia política y administrativa y de los que representan la riqueza nacional en sus varias manifestaciones.

El documento á que nos referimos puede también considerarse como programa de gobierno. El nuevo presidente deberá procurar en primer término y sobre todo fomentar la inmigración, poblar y colonizar los extensos territorios aún no explotados; además, reducir los gastos públicos, cumplir exacta y fielmente las leyes sobre la inversión y aplicación de los caudales del Estado, equilibrar los presupuestos, conseguir la estabilidad monetaria, perfeccionar el régimen aduanero y mejorar los servicios de la administración de justicia.

La suerte, pues, de la República Argentina depende del acierto que tengan los convencionales, primero, y el país, después, en la designación de presidente.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



En la mano traía un manojo de hierbas

HIERBA SANTA

(MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMIN)

... Grandes aldabadas sonaron en el silencio de la noche. Era el mayordomo de mi madre que venía buscándome. Manteníase ante la puerta jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué desde la ventana:

– ¿Ocurre algo, Briones?

– La señora que está enferma...

Bajé presuroso sin cerrar la ventana que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llegó el mayordomo aún brillaban algunas estrellas en el cielo: cuando partimos oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Había nueve leguas de jornada, y malos caminos de herradura, transponiendo monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha, y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la aldea de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras, atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo, empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Transpuestas aquellas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: no acababan nunca. Todo el camino era así.

A lo lejos, por la Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado á mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba á usanza de Castilla. El sol empezaba á dorar las cumbres de los montes: rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios á la puerta. Salieron dos perros flacos que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

– ¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

– ¡Sin pecado concebida!

Era una pobre aldeana llena de caridad. Nos vió ateridos de frío, vió el cielo encapotado con torba amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde.

– Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen si son caminantes!.. ¡Ay!.. ¡Qué tiempo!, toda la siembra anega. ¡Mal año nos aguarda!..

Apenas entramos, el mayordomo volvió á salir con las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo, y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó á dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, goipeaba sin tregua. La voz de un viejo que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro.

– Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos... Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Luego cerraráse á llover, y no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde.

– Pondré una trébede al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso la trébede, y el mayordomo comenzó á vaciar las alforjas: sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo entretanto me salí á la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar á la vez:

– Cuando á vuecencia bien le parezca... ¡Dígole que tiene un rico yantar!..

Entré de nuevo en la cocina, y me senté cerca del fuego. No quise comer y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas, y me ofreció el vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de aquellos pequeños vasos de plata que nuestros abuelos mandaban labrar con los soles del Perú. – ¡Un vaso por cada sol! – Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salíme otra vez á la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y á la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó á voces:

– ¡Padre! ¡Mi padre!..

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado, y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse á comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fué un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas y temblorosas que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probarse el vino, el viejo molinero se levantó murmurando:

– ¡A la salud del buen caballero que nos lo da!.. De hoy en muchos años torne á catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la molinera y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían, yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero adónde nos encaminábamos, y el mayordomo respondía que al palacio de Bradomin. El molinero conocía aquel camino; pagaba un foro antiguo á la señora del Palacio: un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequía fuera tan grande, perdonárale todo el fruto: era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar,

en medio del humo. Entonces bajaban la voz, y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

– Si á vuecencia le parece, echaremos un pienso á las mulas, y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso á barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones, con un musitar de rezo:

– ¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al palacio tenga una grande alegría!.. ¡Quiera Dios que se encuentre sana á la señora y con los colores de una rosa!..

Dando vueltas en torno del hogar la molinera repetía monótonamente:

– ¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo á recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas, y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta á vernos partir:

– ¡Vaya muy dichoso el noble caballero!.. ¡Que Nuestro Señor le acompañe!..

Cuando estuvimos á caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó á mí llena de misterio. Así arrebujada, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

– ¡Cuando se halle con la señora mi condesa, póngale, sin que ella le vea, estas hierbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco á poco...

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió á dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero y apartó á su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso á mi mula.

– No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, que curan la añoranza de las almas, y los males de los rebaños, que aumentan las virtudes familiares y las cosechas. ¡Ay!.. ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de mi madre, en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Bradomín!..

R. DEL VALLE-INCLÁN.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA PETENERA

Hay un canto en Andalucía, sentido, original, con algo de melancólico y mucho de expresivo, que se llama la petenera.

En aquel país de flores y de mujeres bonitas, de ricos vinos y de ingeniosas ocurrencias, la petenera es la nota característica de las alegres fiestas andaluzas. El que haya visitado Sevilla con su Giralda, su Alcázar y su Torre del Oro; Córdoba con su Mezquita y su Serranía; Granada con su vega y su Alhambra; Jerez con sus bodegas y sus yeguadas; Cádiz con sus bellos paseos, sus calles aseadas, sus casas blancas como copos de nieve; Málaga con sus moscateles y con sus pasas; Almería y Huelva con sus minas; Sanlúcar con su playa y su manzanilla; la Isla de San Fernando con sus salinas; las poblaciones todas de Andalucía con aquel cielo tan azul y tan puro que recuerda el de América, con aquellas mujeres de ardiente mirada, cabello negro, cutis suave, rasgados ojos y pie menudo; quien haya visto aquel país habrá sentido más de una vez un extraño estremecimiento al oir los cantos característicos de la que llaman *Tierra de María Santísima*.

En una ocasión, cuando al mediar la noche de un día de verano, atravesaba yo las calles de Sevilla buscando en el puente que va á Triana el fresco de que era imposible disfrutar en el centro de la ciudad; al pasar ante una de las casas del clásico barrio de la gente de rompe y rasga, una voz dulce, bellísima, que algo tenía de la de los ángeles, llegó á mis oídos como una vibración de los sentimientos del alma.



La Ciencia, escultura de Manuel Fuxá

La curiosidad me movió á acercarme hacia donde salía la voz.

A merced de la luna que por entero bañaba la cara de una mujer hermosa, vi unos ojos tan negros como las sombras de una obscura noche.

Eran los de la *cantaora* de la copla. Llevaba unas fragantes rosas en la cabeza y con sus dedos rasgueaba las cuerdas de una guitarra.

De sus labios continuó brotando la armonía de antes y pude escuchar muy distintamente esta petenera:

«Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.»

Aprendí la copla de memoria y la fisonomía de aquella mujer que no se me borrará del corazón.

Seguí mi camino, y después de haber dado algunas vueltas por aquel barrio, el cuerpo, más fatigado por el insomnio que por la pesadez del calor, me obligó á buscar el hotel en donde á la sazón me hospedaba, y me metí en la cama bajo la impresión de aquella canción y de aquella encantadora mujer, como la fantástica creación de un poeta, contemplada entre una luz de plata, unas flores hermosas y unas notas sentidas.

Pasó el tiempo, que todo pasa, hasta el dolor y la agonía, y pasó un año. Salía de la Alhambra de Granada. Iba pensando en la era de grandezas que empezó para España desde que se hizo dueña del último baluarte de los moros, y entré por una calle cuyo nombre no recuerdo, tan abstraido estaba en los panoramas de mi fantasía, y los ayes y los sollozos y la siniestra luz que salían de una ventana baja, de par en par abierta, me sacaron de mis febriles meditaciones.

Como por un resorte movido, me acerqué allí con una inexplicable inquietud, apartando inmediatamente la vista del tétrico cuadro que con templé lleno de pena.

La mujer de la petenera, la de las rosas, la de los ojos y el cabello negro, que había yo visto en Sevilla, yacía, con el sello que marca la muerte en los rostros, en un estrecho ataúd cubierto de flores y regado por las lágrimas de dos mujeres y de un hombre que salió de pronto de aquella casa y como trastornado por una dolorosa y profunda emoción.

El interés pudo en mí más que otro miramiento cualquiera, y deteniendo al hombre mozo de pocos años, le pedí informes de la muerta.

El joven, á impulsos de esa corriente del momento que nos hace comunicativos en las grandes desgracias con las personas que se interesan por lo que adoramos, me contó una historia de amor en unos cuantos sollozos y algunas palabras.

Aquella mujer que había cerrado por siempre los ojos á la luz del día, bajo el tupido velo de sus largas y espesas pestañas, había sido juguete de un hombre por quien sentía una adoración parecida á la que ella profesaba á la Virgen del Carmen, de cuyo hábito estaba amortajada.

Le pasó lo que á tantas y lo que á tantos: fué engañada. El ídolo de su corazón le mintió un cariño que sentía por otra á la que se unió para siempre.

Soledad, que así se llamaba la *cantaora* de la petenera que escuché en Sevilla, abandonó esta ciudad en seguimiento de su novio y se dirigió á Granada.

Su viaje fué inútil. Su novio se casó al poco tiempo con una labradora de la vega, y Soledad, muerta de pena, se murió al fin y al cabo realmente de un mal contra el que nada pudo hacer la ciencia médica.

El joven por quien todo lo supe era un amante desdeñado de Soledad.

Se separó de mí como presa de una enajenación mental, estrechando mi mano contra las suyas.

Corrí tras él temiendo por su razón, y al doblar la esquina me cerró el paso un cortejo fúnebre.

Era el entierro de Soledad.

En aquellos momentos pasaba el féretro por la casa de la mujer de su antiguo amante, en donde con risas y algazara se celebraba el bautizo del primer hijo de aquel matrimonio, y entre el ruido que hacían al chocar las copas de vino, se oyó al compás de una guitarra una petenera que decía así:

«Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.»

P. SAÑUDO AUTRÁN.

FABRICACIÓN DE PAPEL EN EL JAPÓN

Hace dos siglos, cuando China contaba ya en su historia con una civilización varias veces secular, el archipiélago japonés permanecía aún envuelto en las tinieblas de una prehistoria que apenas conocemos por algunos descubrimientos realizados en antiguas sepulturas. No existiendo entonces todavía un tráfico directo entre China y Japón, Corea, cuya civilización es un vástago de la civilización china, sirvió de puente por donde ésta pudo llegar hasta el pueblo japonés; así, gracias á la mediación de los coreanos, recibieron los japoneses la religión budista, originaria de la India, la escritura y la ciencia chinas, la pintura, la fundición del bronce y multitud de artes técnicas, entre ellas la preparación del papel.

En el siglo XV de nuestra era, Corea había alcanzado tal grado de adelanto, que allí, mucho antes que en Alemania, se imprimieron libros con caracteres metálicos movibles; y á fines del siglo XVI aquella península ejerció una gran influencia, cuyas huellas se observan todavía, sobre la alfarería artística japonesa. Pero mientras la civilización de los coreanos se fué extinguiendo, los gérmenes que desde Corea fueron transplantados en el Japón hallaron terreno abonado en este pueblo de tan felices disposiciones dotado y cobraron nueva vida en este suelo colmado de los mayores dones por la naturaleza. Lo que hoy podemos y debemos aprender en el arte japonés lo ignoran únicamente aquellos que no han tenido ocasión de contemplar lo que en ese arte se encierra. Por otra parte, muchas de las cosas que á dicho arte envidiamos son para nosotros inasequibles, unas por ser hijas de una educación nacional de muchos siglos, otras porque su grado de perfección es debido á los productos naturales del país, de que nuestros territorios carecen. Del mismo modo que el arte japonés de la laca está íntimamente enlazado, desde el punto de vista técnico, con la primera materia que el árbol productor de aquella substancia proporciona, la industria del papel se basa en aquel país en las incomparables primeras materias que aquel suelo les ofrece en la albura de varias plantas, especialmente de la morera del papel.



Fig. 2. – Monda de la corteza del kodzú

Mas no son sólo debidas á estas primeras materias las ventajas que el papel japonés tiene sobre nuestro papel de máquina ó el de trapo hecho á mano, sino que se deben además á los procedimientos empleados para la transformación de la albura de aquellos árboles, procedimientos que no deshacen ni trituran las largas células de la misma, sino que las ablandan y separan machacándolas y batiéndolas como se hacía también antiguamente entre nosotros con los trapos de hilo, antes de que las labores á mano fuesen substituídas por las máquinas.



Fig. 1. – Plantación de kodzús, árbol de cuya corteza se extrae en el Japón la primera materia para el papel

Desde que el Japón renunció á su aislamiento económico, abriendo sus puertos al comercio universal y asimilándose las ventajas y los inconvenientes de la civilización occidental, las fábricas y las máquinas han relegado á segundo término las labores manuales, y para amoldarse á las necesidades del periodismo moderno, allí muy desarrollado, se fabrica hoy en día ese papel continuo cuyos inmensos rollos devoran las rotativas de la prensa diaria.

Pero de todos modos, la fabricación del papel continúa siendo principalmente una pequeña industria, mejor dicho, una industria por regla general doméstica que se ejerce en millares de viviendas, provistas cada una de ellas de unas pocas tinas. Y no hace aún veinte años, en tiempo de Rein, á quien debemos tan importantes datos acerca de la industria japonesa, los labradores se dedicaban á la fabricación del papel temporalmente, como ocupación accesoria de su modo de vida, es decir, en las épocas en que las faenas agrícolas no exigían el trabajo de sus brazos.

Sin embargo del cambio radical ocurrido en el pueblo japonés de algunos años á esta parte, una de cuyas consecuencias ha sido la industria ejercida más intensamente y con una mayor división del trabajo, la fabricación del papel se mantiene fiel, con algunas pocas excepciones, á la tradición. Los grabados que en esta y en la siguiente páginas publicamos representan las distintas operaciones de la industria papelera tal como aun hoy en día se practica. En uno de ellos vemos los arbustos del *kodzú* (nombre japonés de la morera del papel), la más importante de las seis plantas que suministran la primera materia del papel de tina. Después de la caída de las hojas, ha llegado á su completa sazón la corteza de los troncos del *kodzú*, que tienen algunos metros de largo; ha terminado la recolección del arroz y de los demás frutos de la tierra, y las activas manos, que se han de emplear en la faena por cuenta de un empresario, han comenzado ya su trabajo cortando los retoños de un metro aproximadamente de longitud y atándolos en pequeñas haces (fig. 1.)

El *kodzú*, que se planta en vástagos y que raras veces llega á tener la corpulencia de un árbol, crece á lo largo de los caminos, en las vertientes de las montañas, junto á los ríos y en campos.

Para que la corteza se desprenda fácilmente se pone en maceración en agua caliente, en la que se echa un poco de ceniza, y luego se monda como indica el grabado número 2. Una vez separada de la



Fig. 3. – Batido de la pasta



Fig. 4. – Lavado de la pasta en agua corriente

madera, se lava la corteza en agua corriente (fig. 4), se cuece lentamente en un caldero de hierro con una lejía de ceniza y se vuelve á lavar en agua fría. La materia así obtenida se machaca sobre gruesas planchas con batidores de forma cilíndrica ó con martillos de madera, añadiéndole con frecuencia agua y revolviéndola bien hasta convertirla en una masa homogénea, pastosa y fibrosa. En esta operación (fig. 3) intervienen hombres, mujeres y niños.

Esta pasta pasa á manos del papelero, que procede como los nuestros en la fabricación del papel de tina, si bien en vez de mezclar con aquélla, además del agua necesaria, cola animal, mezcla una goma vegetal que extrae de la raíz de una especie de malvavisco. Con ayuda de un cedazo rectangular formado por una armazón de cuatro maderos con varios bambúes delgados, dispuestos paralelamente y unidos por medio de hilos, saca de la tina la cantidad de pasta necesaria, según las dimensiones de la hoja de papel que haya de fabricar (fig. 6), y una vez escurrida el agua, se sacan las hojas y se disponen en capas para la primera secadura; después se cepillan con un cepillo fino sobre planchas perfectamente lisas y se las pone de nuevo á secar al sol.

Cuando las hojas están completamente secas, se disponen en cuadernillos y en resmas, operación que ejecutan mujeres y muchachas (fig. 5).

Las excelencias de este papel japonés explican su aplicación para muchas cosas para las cuales nuestro papel no serviría. Entre otras cosas, empléase allí en substitución de los vidrios de las ventanas, cuya fabricación han ignorado por completo los japoneses hasta hace muy poco tiempo: las hojas de papel pegadas sobre delicadas armazones dejan penetrar en la cerrada estancia una luz suave, y si el papel se rompe y no se tiene á mano otra hoja con que substituirlo, se pega en la raja la silueta de una rama y se hace uno la ilusión de que es la sombra de un árbol que crece en la parte de afuera, pues nadie como los japoneses saben hacer de la necesidad virtud, aun en las cosas más insignificantes.

Innumerables son las aplicaciones del papel en la economía doméstica y en el vestido: arrollado á modo de cordel, tiene una resistencia sorprendente; dorado y cortado en delgadas tiras, lo utilizan los tejedores, y á él deben los brocados de oro japoneses su brillantez suave y aquella flexibilidad que los áureos hilos de Chipre daban á nuestros tejidos medioevales de seda y oro, y los bordadores lo emplean, envolviendo en él el hilo, para esos bordados incomparables muy superiores á los que la industria de exportación produce.

El papel japonés está íntimamente enlazado con las artes de la escritura y de la pintura japonesas, que se sirven siempre del pincel suave aun en aquellos casos en que nosotros empleamos la pluma ó el lápiz duro. La rapidez con que este papel absorbe la humedad de la tinta permite que el pincel se mueva sobre la superficie del mismo con una ligereza muy superior á la de los instrumentos por nosotros empleados. Para ejecutar grabados en madera destinados á la imprenta, no necesita el artista dibujar previamente y en forma inversa en la plancha; se limita á trazar en una hoja del más delgado papel de kodzú su dibujo, que, por la facilidad de absorción de la tinta, aparece también en el reverso, y pegando la hoja dibujada sobre la madera por el anverso, puede fácilmente seguir con el buril las líneas trazadas.

La blancura ebúrnea del papel en que se imprimen los grabados en colores está en íntima conexión con la armonía colorística de las obras.



Fig. 6. – Operación de sacar la pasta de la tina para fabricar la hoja de papel



Fig. 5. – Recuento de hojas y disposición de las mismas en resmas

Ciertos papeles japoneses sirven también entre nosotros para imprimir las ediciones de lujo, las destinadas á los bibliófilos, para las cuales nuestros mejores papeles no pueden competir con aquéllos.

En el Japón, apenas hay rama de la industria artística en la que el papel, de una ó de otra clase, no ocupe un puesto importantísimo.

Justo Brinckmann.

LA LOCA

Los que nos encontrábamos aquella mañana en la playa de Melenara, haciendo la digestión de un suculento y bien servido almuerzo rociado con buen vino y sazonado con mejor alegría, vimos de pronto avanzar por el arenal adelante un extraño grupo.

Formábanlo dos hombres y una mujer; un borriquillo, llevando el ronzal arrollado al cuello, les seguía perezosamente. A la distancia no podíamos distinguir las figuras; pero observábamos que la mujer, cada pocos pasos, se resistía á continuar la marcha. Entonces uno de sus acompañantes la sujetaba fuertemente por los brazos y la obligaba á avanzar. La secuestrada, que tal nos pareció, gesticulaba, defendíase con vigor extraordinario, y venciendo á veces la presión que la paralizaba, emprendía desenfrenada carrera en dirección contraria de la que los tres traían. De lejos oíamos sus gritos estridentes, y alguna que otra palabra, grosera ú obscena, llegaba distinta á nuestros oídos.

La mujer insultaba á los dos hombres, los apostrofaba y amenazaba con los puños cerrados.

¿Cómo debíamos interpretar aquella escena desarrollada en medio de la vasta playa, sin más espectadores que nosotros, testigos lejanos é inmovilizados por el

estupor? ¿Qué era aquello? ¿Un rapto en colaboración amigable? ¿El principio de un delito vulgar, de un drama en que desempeñaría importante papel la humana bestia?

No sabíamos qué pensar. Alguno de la partida, romántico por temperamento y por educación, creía en el drama á ojos cerrados, y por si faltaba el drama, comenzó á urdir una novela caballeresca, de la cual él mismo había de ser principal agente y ornamento.

—¿Permitiremos, compañeros, que se consume esta grande iniquidad? Acudamos á rescatar á la hermosa doncella de las manos de los follones y malandrines que acá la traen á mal traer. ¡Por mis barbas, que no he de consentirlo!

Esto diciendo, enarboló su bastón y adelantóse resuelto hacia el grupo.

Le seguimos.

bien y de paz, incapaces de hacer daño á una mosca, cuanto menos á una criatura humana. Esta desdichada que aquí ven es mi hija, y este mozo que nos acompaña es su prometido esposo. Está la pobrecita tocada del juicio, y vamos á intentar con ella la cura del mar, que es el mejor médico del mundo. Consideren sus mercedes nuestra gran pena y aflicción, y déjennos pasar.

Mientras hablaba el viejo, aprovechó la loca un momento de descuido y echó á correr *locamente,* sin dejar de vociferar:

—¡Demonios, no quiero ir al infierno! ¡Mal rayo los *ajunda!*

Corrieron tras ella los dos hombres, y después de mucha brega y forcejeo, consiguieron traerla.

La infeliz clavó en nosotros un punto sus ojos errantes, con esa terrible fijeza de los locos, que miran sin ver, y nos gritó:

vecharemos la subida de la marea y la embarcaremos en aquella lancha que tenemos preparada para darle un paseo hasta aquella punta (y señalaba la de Melenara). O se cura con la medicina de la mar bienhechora, ó hay que darla por perdida, perdida para siempre.

Quitaron los dos hombres el ronzal al borrico y ataron con él las manos de la loca, que se defendía á arañazos, mordidas y coces, alzando el tono de sus alaridos. Luego, agarrándola de los pies y los brazos, la condujeron hasta la barca como una fiera herida é indefensa.

Nos consultamos sobre si debíamos disputar los derechos de aquella paternidad salvaje, inconsciente; pero, bien meditado el caso, nos abstuvimos de hacerlo. Era caso de conciencia.

Cuatro fornidos marineros auxiliaron á los dos hombres en la empresa de embarcar á la pobre jo-



Un veterano, cuadro de F. E. Lazslo

Al aproximarnos pudimos apreciar mejor la situación que de lejos nos parecía tan extraña. La mujer resistíase cada vez con mayor violencia á seguir á los dos hombres; pero algo anormal había en su aspecto que nos causó asombro y lástima.

Tendida en la arena, lanzaba gritos roncos, guturales, desgarradores, y mordía en las manos á sus dos compañeros cuando trataban de asirla para forzarla á andar.

—¡Demonios!, gritaba, ¿qué mal les hice, desventurada de mí, para que se empeñen en llevarme al infierno?

Comprendimos que nos la habíamos con una loca.

El más viejo de los que nos habían parecido desvergonzados é insolentes raptores, inicuos forzadores de la doncellez desvalida, tomó la palabra y con tartajosa lengua nos habló así:

—Sosiéguense sus mercedes, que somos gente de

—¡Condenaos, sálvenme de estos malditos! ¡Si tienen madre, sálvenme!

Estaba espantosa. Revuelto el cabello, destrozado el traje, cubiertos los labios de espuma sanguinolenta, ensangrentadas las manos en la lucha, parecía una furia domada, una Euménide vencida.

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme, condenaos!

Y prolongó su clamorosa frase en una carcajada histérica.

El viejo lloraba. El mozo gemía.

—No seáis brutos, les aconsejamos, volveos por donde habéis venido; tened paciencia, esperad á que la loca se calme, y cuando esté tranquila, embarcadla.

—Ahora mismo, replicó el viejo; ni puedo esperar, cuando mi hija se muere de esta ruinera perversa, de este endemoniado maleficio, ni estoy seguro de poder volver. ¿Creen sus mercedes que nos ha costado poco trabajo arrastrarla hasta la playa? Apro-

ven. Esta, maniatada y oprimida, aún tenía fuerza nerviosa suficiente para rendir de fatiga á los que juzgaba sus perseguidores. No luchaba ya; se agitaba en horribles saltos, en sacudidas tremendas, con las cuales acabaron de hacerse pedazos sus míseras ropas y quedaron al descubierto sus carnes flácidas, sus carnes muertas, entre las manazas de aquellos bárbaros.

Y siempre el mismo grito desesperado, agudísimo.

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme! ¡No quiero irme al infierno!

Tendiéronla en la lancha, donde sus clamores redoblaron hasta llegar á ser intolerables. Un marinero le puso la mano en el pecho, otro le tapó la boca. El viejo se desplomó alzando los brazos y exclamando: «¡Al mar se la entrego!» La loca, en un esfuerzo supremo, soltóse de las garras que la sujetaban y se aferró con los dientes á una borda. Oí-





PÍO X

DE FOTOGRAFÍA DE G. FERRETTI, DE TREVISO

mos el chirrido de la dentadura al hacer presa. Uno de aquellos cafres la asió por los cabellos, y de un tirón brutal la desprendió.

La loca nos dirigió entonces una última mirada que no olvidaré nunca. Mirada indescriptible, mezcla de horror y de odio.

—¡Quieren *ajogarme!* ¡Sálvenme, condenaos!

La barca se separó de la orilla, empujada por remeros vigorosos; pero apenas podía avanzar, porque llevaba demasiada carga: barbarie y locura.

El mar, menos respetuoso que nosotros con los derechos de la paternidad, comenzó á rugir, indignado.

F. González Díaz.

NUESTROS GRABADOS

Lord Salisbury.—Roberto Arturo Talbot Gascoigne Cecil, tercer marqués de Salisbury, nació en el castillo de Hatfield en 3 de febrero de 1830, y como todos los jóvenes de la aristocracia inglesa, siguió sus estudios en el colegio de Eton y en la Universidad de Oxford. A la edad de veintitrés años tomó asiento en la Cámara de los Comunes como representante del distrito de Stamford, figurando entre los conservadores, y en 1868, por muerte de su padre, heredó el título de par y un puesto en la Cámara de los Lores. En una y otra ganó fama de orador, interviniendo en todos los debates políticos de importancia y secundando la política del partido conservador en aquella sazón acaudillado por lord Derby. Ya en 1866 había sido nombrado por éste presidente del Consejo de Indias, cargo que renunció en 1867, por no asociarse á la presentación del bill Derby-Disraeli.

Desde 1868 á 1874 combatió duramente en el parlamento, en la prensa y en las reuniones populares, la política de Gladstone, y al retirarse éste del gobierno se encargó del Ministerio de las Indias, precisamente cuando aquel vasto dominio era víctima del hambre más espantosa.

Lord Salisbury, fallecido en su castillo de Hatfield (Inglaterra) en 22 de agosto último

En 1876 fué designado para segundo plenipotenciario de la Gran Bretaña en las conferencias de Constantinopla, y en 1878 se encargó de la cartera de Negocios extranjeros y asistió al Congreso de Berlín. El triunfo del partido liberal en las elecciones de 1880 llevóle de nuevo á la oposición, y la muerte de lord Beasconfield le valió la jefatura del partido conservador, sucediendo en 1885 á Gladstone en la presidencia del Consejo de Ministros, cargo que perdió bien pronto por haber sido derrotados los conservadores en las elecciones para la Cámara de los Comunes; pero nuevas luchas políticas relacionadas con la cuestión de Irlanda motivaron otra disolución de dicha Cámara y otras elecciones en las que los conservadores obtuvieron el triunfo, recobrando entonces (julio de 1886) Salisbury la presidencia del gobierno, que desempeñó hasta 1892. Volvió á ejercerla desde 1895 hasta 1902, desempeñando además durante este tiempo la cartera de Negocios extranjeros.

Esta última etapa fué sin duda alguna la más brillante de su carrera política y la más fecunda en acontecimientos trascendentales para Inglaterra, en donde se impuso en absoluto el imperialismo. Reciente está todavía en la memoria de todos la guerra boer, ese triunfo de la fuerza sobre el derecho que si para todo hombre de conciencia fué un infame atropello de toda razón y toda justicia, para el pueblo inglés constituyó una victoria de sin igual importancia que puso el sello á su superioridad y la elevó, á los ojos de las demás potencias, á una altura jamás alcanzada.

Concluída la guerra boer, dimitió el cargo de ministro de Negocios extranjeros, conservando únicamente el de presidente del Consejo de Ministros, hasta que en 13 de julio de 1902 se retiró por completo á la vida privada.

Con lord Salisbury ha desaparecido el político que más influencia ejerciera en Inglaterra durante estos últimos veinte años; ha desaparecido también el postrer representante de esa generación de eminentes hombres de Estado que han presidido la evolución de la política europea en el último tercio del siglo XIX.

La espina, cuadro de H. C. Preston Macgoun.—Admírase en este cuadro no sólo un gran espíritu de observación y un dominio completo de la técnica, sino que también un sentimiento que nos lo hace sumamente simpático. Esas dos criaturas cariñosamente enlazadas forman un grupo encantador, y la expresión de sus rostros, en que están magistralmente pintadas la solicitud con que la niña procede á la operación de extraer la espina de la mano de su hermanito, y la resignación de éste, ha de cautivar forzosamente á cuantos contemplen la obra. Aunque la escena pasa en el campo, el pintor ha tenido el buen acierto de suprimir el paisaje á fin de que nada distraiga al espectador y éste se vea obligado á concentrar toda su atención en las dos figuras, que bien lo merecen, pues aparte de las cualidades que dejamos enumeradas y que se refieren, por decirlo así, al fondo de la composición, reunen, desde el punto puramente pictórico, condiciones que acreditan de artista de buena cepa á quien las ha trazado.

La Ciencia, escultura de Manuel Fuxá.—A la galantería de nuestro buen amigo el laureado escultor Manuel Fuxá debemos la ocasión de dar á conocer la hermosa estatua simbolizando la Ciencia que ha de formar parte del monumento que ha de erigirse en Madrid á la memoria de D. Alfonso XII. La circunstancia de ser el artista catalán ventajosamente conocido, casi nos releva de hacer mención de sus méritos, por más que no podemos omitir recordar entre otras las notables estatuas de «San Francisco de Asís,» que figura en el Museo Municipal de Bellas Artes de esta ciudad, y la del arzobispo Armanyá, que se destaca en el pórtico del Museo Biblioteca Balaguer, de Villanueva y Geltrú. Estas dos obras pregonan la valía del escultor, quien con la que reproducimos ha añadido un nuevo timbre á su historia artística, ya que resulta una producción inspirada en los conceptos del gran arte, digna de su buen nombre.

Un veterano, cuadro de F. E. Laszlo.—Abatido el cuerpo, pero vigoroso todavía el espíritu, entretiénese el veterano en recordar los episodios de su vida militar, y transportado por la imaginación á sus juveniles años, se ve de nuevo luchando valerosamente en los campos de batalla, embriagado por el humo de la pólvora y el bélico toque de los clarines, lanzándose á pecho descubierto contra las posiciones enemigas, escalando murallas que vomitan fuego, derramando gozoso su sangre por la patria, llorando los reveses y prorrumpiendo en frenéticas aclamaciones cuando el triunfo corona sus esfuerzos. Al lado de estos recuerdos, surgen en su memoria otros más plácidos y agradables; sus galanteos, sus conquistas, las frases de amor con que más de una muchacha respondió á sus palabras apasionadas, el beso robado furtivamente, en fin todo cuanto constituye el lado alegre de la existencia del soldado. Y al contemplar mentalmente este panorama, al comparar el pasado con el presente, siente su corazón invadido por melancolía profunda y de sus ojos brota una lágrima que se desliza por su enflaquecido rostro y se pierde en las espesas canas de su descuidada barba. Melancólico como él es el paisaje que le rodea: árboles cuyas hojas arrancan las primeras ráfagas otoñales; un cielo gris sin transparencia, un ambiente triste, muy triste, y una soledad más triste todavía que el ambiente. ¡Cuán honda impresión nos causan todos estos elementos tan admirablemente combinados por el autor del cuadro que motiva estas líneas! Esta es su mejor alabanza, que cuando un pintor consigue de tal modo emocionarnos es prueba evidente de que ha realizado una obra hermosa bajo todos conceptos.

Su Santidad Pío X.—Como en el número 1.128 de La Ilustración Artística publicamos una extensa biografía de Pío X, omitimos toda explicación del retrato de Su Santidad que en doble página reproducimos en el presente y que está tomado de una fotografía hecha poco antes de ser elegido papa el entonces cardenal Sarto, patriarca de Venecia.

En el yate, cuadro de Pablo Helleu.—Si hubiésemos de juzgar las obras artísticas por la importancia del asunto en ellas desarrollado, pocas serían en la actualidad las que satisfarían las exigencias de la crítica. Por fortuna, no se analizan hoy aquéllas bajo este criterio, y el mismo aplauso se otorga al que en un cuadro plantea un problema ó acomete un tema histórico ó religioso de complicada ejecución, que al que traslada al lienzo una escena de la vida ordinaria, siempre y cuando al hacerlo así no se aparte de los verdaderos ideales del arte. Por esto encontramos bella la composición de Pablo Helleu, que fué muy celebrada en la última exposición de los secesionistas berlineses, y que dentro de su sencillez responde perfectamente á los fines de la pintura moderna.

Hojas secas, cuadro de José Armet.—Digna pareja del cuadro que recientemente publicamos es el que hoy damos á conocer á nuestros lectores. En el primero representaba el artista á la naturaleza fresca y jugosa, exuberante de vida, trocándose en el á que nos referimos las hermosas frondas en muerta hojarasca. En uno y otro muéstrase Armet cantor de la naturaleza y fidelísimo intérprete de su belleza, ya resulte severa ó agradable. Sensible es y harto lamentable que la pertinaz dolencia que aqueja al artista le impida continuar produciendo tan bellas obras. El cuadro *Hojas secas* forma parte de la galería que posee el distinguido coleccionista D. Enrique Batlló.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Florencia.—En el archivo de la galería de los Uffizzi se han descubierto cuarenta croquis de Miguel Angel, hasta ahora desconocidos: entre ellos hay varios estudios para la figura *La Noche*, que se admira en la tumba de los Médicis, para la del *Padre Eterno* de la Capilla Sixtina, y otros.

Berlín.—El emperador Guillermo ha regalado á los Museos de Berlín un hermoso cuadro de Rubens, pintado por éste en su última época, y que representa á Diana y á sus ninfas sorprendidas por los sátiros. El lienzo es de una belleza de color imponderable y puede ponerse al lado de los mejores salidos del pincel del célebre artista flamenco.

La Haya.—Se ha inaugurado recientemente en la capital de Holanda el magnífico Museo Mesdag que el famoso pintor de este nombre regaló á la ciudad. Compónese de unos 300 cuadros, todos valiosísimos, y en él figuran obras de algunos artistas alemanes, polacos é italianos, pero principalmente de maestros holandeses y franceses modernos. Entre los autores franceses están representados Millet, Rousseau, Corot, Daubigny, Díez, Dupré, Troyón, Delacroix, Courbet, Bretón, Monticelli y otros, unos por un solo lienzo y otros por hermosas colecciones. De los pintores holandeses célebres no falta ni uno solo y muchos de ellos tienen allí sus mejores creaciones.

Necrología.—Han fallecido:

Axel Ohlin, eminente zoólogo sueco, catedrático de Zoología de la Universidad de Lund, que había tomado parte en varias expediciones al Polo Norte.

Roberto Mols, notable pintor belga, célebre especialmente por sus marinas.

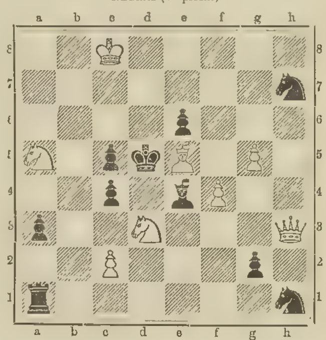
Carlos Alejandro Rahlenbeck, sabio historiador belga, autor de importantísimas obras sobre historia de los Países Bajos y de Lorena en el siglo XVI.

Federico Steub, dibujante y pintor alemán, uno de los principales colaboradores del tan conocido periódico humorístico *Fliegende Blätter*.

AJEDREZ

Problema número 335, por E. Sauberlich.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 334, por R. Braune.

Blancas.	Negras.
1. A b7–a8	1. a7–a6 ó a5
2. C d6–c8	2. Cualquiera.
3. C c8–b6 mate.	

VARIANTES.

1...... f4–f3; 2. C d6–f5, etc.
1...... g5 g4; 2. C c5–d3, etc.
1...... C b8–a6; 2. C c5×a6, etc.



La joven morena no está sola, sino hablando con un joven rubio

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Después, unos pasos rápidos sobre la alfombra que apagaba los ruidos... Un resplandor repentino del fuego, que pareció reanimarse por unos segundos... El ligero roce de las tenazas que revuelven la ceniza y entierran en ella las últimas huellas de una mala acción que la ley califica de crimen...

Y pálido, con las sienes bañadas en sudor, Francisco Reversay murmuró:

– ¡Ya está!

La dama blanca seguía graznando en el parque, y en la gran cámara del primer piso, la muerta no se estremeció en su catafalco.

III

Veinte años después: mejor dicho, veintidós.

Seguimos habitando en el castillo de Biviers y en aquel saloncillo preferido en otro tiempo por Hortensia de la Croix d'Arbel.

¡Pobre prima Hortensia! Nadie piensa ya en ella en aquella casa, que la buena anciana no reconocería.

El saloncillo no tiene ya los muebles pasados de moda de que la solterona gustaba rodearse.

Aquella pieza se había transformado como las demás de la casa, en la que triunfaba el *modern style* con sus sillas en las que no se atreve uno á sentarse, con sus mesas de patas ligeras como tallos de flores encorvados por un artista muy belga ó muy inglés. Estilo que es hoy encantador y que tal vez mañana será abominable.

El salón era maqueado con colores suaves y muy claros, que hacían destacarse violentamente el rojo obscuro de la caoba de los muebles. La pieza tenía ciertamente estilo y elegancia, y en lugar de la vieja enfermiza y contrahecha, vemos en él una hermosa joven muy morena, con unos ojos negros bien abiertos, un poco pálida acaso, pero con una palidez ambarina que se armoniza perfectamente con el color de cereza de los labios; un poco delgada seguramente, pero esta circunstancia sienta á las mil maravillas á su cabecita pequeña y de expresión resuelta y resulta elegante con aquel traje blanco de corte irreprochable y que se destaca en aquella decoración de claridad deslumbradora.

La joven morena no está sola, sino hablando con un joven rubio, naturalmente – así lo quieren las leyes de atracción y de equilibrio, – un joven cuya actitud en su butaca indica un amigo íntimo de la casa y cuyo modo de mirar á su interlocutora denota que la amistad es todavía más... íntima con ella.

– ¡Qué suerte que no haya usted ido á Grenoble con el Sr. de Reversay!

– Una suerte para usted, Sr. de Pontarede, pero no para mí...

– ¡Oh! Andrea...

– Vamos, mi pobre Julián, no tome usted ese aire de desolación... Digo esto por hacerle á usted rabiar y no es lo que pienso... La verdad es que tenía algo que hacer en Grenoble... Comprar mil chucherías... para estar guapa... y para gustarle á usted... Ya ve usted si la cosa era importante...

– ¡Ah! ¡Qué amable es usted cuando se digna tomarse ese trabajo! ¡Si supiera usted qué dichoso me hace!

– Pues bien, me digno... Saboree usted su dicha y dé las gracias á papá, que es el que no ha querido de ningún modo llevarme...

– Puede ser que vuelva tarde..

– No, no va á hacer más que ir y venir. Se ha llevado el faetón y debe estar aquí antes de comer. Olvida usted que esta noche tenemos varios convidados.

– Siempre habrá demasiados... A mí, al menos, me parece... Toda esa gente le ocupa á usted un tiempo que yo querría para mí...

– ¿Para usted solo, egoísta?

– Quisiera que estuviésemos, al menos, con más intimidad...

– ¡Ah! La intimidad... Esa es la «cosa rara,» como dice *il signor marchese d'Albini*.

– Es verdad. En verano dan ustedes cita aquí á todos sus amigos de París y de todas partes... ¡Y tienen ustedes tantos!.. Después, las cacerías, las cabalgatas, los bailes, qué sé yo... ¡Buen modo tiene usted de descansar de su agitación parisiense!.. ¿Tanto le gusta á usted la sociedad, Andrea?

– ¿A mí? Estoy de ella hasta por encima de la cabeza.

– ¡Ah! ¡Qué alegría! ¿De modo que?..

– De modo que también por eso le quiero á usted un poco, amigo Julián. Con usted, al menos, será posible modificar algo este programa, que ya no me gusta.

– ¡Y que tampoco me gusta á mí!

– Sí, ya sé; la casita cerrada..., entreabierta solamente para algunos buenos amigos, y con un jardín un poco silvestre, al que se pueda salir en zuecos después de la lluvia...

– Unos zuecos muy pequeñitos...

– Barnizados, con flores grabadas encima... Los hay que hacen un pie muy mono...

– Y suenan de un modo muy chusco en las losas del vestíbulo...

– Pero todo eso es para cuando estemos solos, y ahora estamos en casa de mi padre, que no tiene precisamente esas ideas...

– No; es demasiado joven.

– Y cada día se rejuvenece más.

– Por lo menos se conserva admirablemente. Nadie dirá que tiene cincuenta años.

– ¡Cuarenta y nueve, Julián!

– ¿Cuánto tiempo le van á durar todavía?

– Es usted un impertinente... Cuarenta y nueve, como he tenido el honor de decirlo. Cuando se casó no tenía todavía veintiocho años. Yo tengo veintiuno. Cuente usted.

– Sí, Andrea, sé que es usted mayor de edad hace un mes.

– Soy libre, amigo Julián. Nadie puede ya arrastrarme al altar...

– Puedo asegurar á usted que nadie pretende arrastrarla. No más que uno que la suplica que se sirva dirigir hacia el altar sus pasos...

– Entonces, Julián, puesto que hablamos de cosas serias, ¿cuál es su programa de usted?

– No son serias, para mí al menos, sino infinitamente alegres... Lo juro.

– Está bien... ¿Me pide usted que sea su compañera?

– Para amarla mucho, Andrea, y para hacerle la vida muy dulce, muy buena, todo lo que yo pueda...

– Pero ¿cómo comprende usted esa vida?.. ¿Cómo será?

– Como usted quiera. Yo no haré más que obedecer.

– Eso no quiere decir nada. Estamos hablando seriamente, Julián. ¿Cómo organizará usted mi vida?

– Es muy sencillo y usted misma lo ha dicho muchas veces. El invierno, al sol.

– ¿Dónde?

– Elija usted.

– Eso dependerá de nuestro presupuesto de ingresos.

– Ya le conoce usted. Su padre le da quinientos mil francos y usted tiene por su madre trescientos mil.

– ¿Cuánto produce eso de renta todos los años?

– Pongamos veinticinco mil francos. Yo aporto, poco más ó menos, otro tanto.

– Lo que nos representa cincuenta mil francos anuales...

– Que serán cuadruplicados un día...

– Sí, las esperanzas... Pero es vergonzoso hablar de eso, Julián.

– Estamos hablando razonablemente...

– No vayamos á volvernos demasiado razonables y á parecer unos ambiciosos.

– No lo parezcamos, pues. Tenemos cincuenta mil francos de renta. No hay con eso para asombrar al mundo, pero sí con qué vivir felices y á nuestro gusto, donde nos venga bien. Viajaremos, si usted quiere. Pasaremos unos meses en París, si nos da ese capricho, y pasaremos cómodamente el invierno en el Mediodía, en Italia ó más lejos, si nos acomoda...

– ¿Sabe usted lo que me inquieta?

– Diga usted.

– Temo que se aburra usted...

– ¿Yo?..

– ¡Diantre! No hacer nada más que adorarme...

– Seguramente. También eso figura en el programa.

La joven movió la cabeza y dijo:

– El programa de mañana... Pero el de siempre... La verdad, amigo mío; á veces temo que llegue el cansancio... Siento que no tenga usted una ocupación, una ambición.., qué sé yo...

– ¡Oh! Andrea... Pero entonces, también lo temerá usted por sí misma...

– No, Julián. Las mujeres somos muy diferentes, pues tenemos nuestra casa, nuestros hijos... ¡Ah! Yo tendría más ambición por usted que usted mismo... Aceptaría con gusto algunas alteraciones del programa por verle á usted interesarse por algo...

– ¿Por qué diablos? En estos momentos sobre todo, ¿qué puede hacer un hombre de nuestra clase? Nada, absolutamente nada... No querrá usted que me lance á la industria ó á los chanchullos de dinero...

– No, dijo la joven sonriendo.

– Para ser militar, es muy tarde. No puedo hacer más que ofrecer á usted mis galones de teniente de la reserva...

– No; y después, militar..., no me haría mucha gracia...

– ¿Entonces qué? El conde de Pontarede no puede ser subprefecto. Además, no me darían la plaza.

– Y lo celebro infinito.

– No hay tampoco medio siquiera de ser diputado...

– ¡Oh! Nada de política, sobre todo.

– ¿Qué, entonces?

– Sí, ya lo sé. Tenemos los brazos atados y me parece una iniquidad de esta época.

– La magistratura... Se podía en tiempos .. Pero ya no se puede. Su padre de usted me lo ha dicho mil veces. Cuando la dejó para casarse, estaba á punto á cada instante de echarlo todo á rodar, de tal modo se encontraba allí fuera de su centro... El, al fin, pudo honrosamente despedirse de la magistratura...

– Gracias á aquella prima Hortensia.

– La conocí. ¿Lo sabía usted?

– ¿Sí?

– Tenía yo cinco años. Mamá me trajo aquí de visita, ceremoniosamente. Estuvimos en este salón. ¡Ah! No se parecía al actual... Parece que la estoy viendo..., bajita..., un poco jorobada..., muy llena de arrugas..., con una vocecilla delgada y unos ojos claros que me daban miedo... Estaba con ella su sobrina... Todavía no habían reñido.

– ¿Mi prima Magdalena? ¿La señora de Beraud?

– Sí. Yo la encontraba muy amable. Me cogió en brazos y me dió una porción de golosinas... ¿Sabe usted qué ha sido de ella?

– Muy vagamente... Sé que el Sr. Beraud murió en un accidente de navegación, dejando sus negocios muy embrollados..., negocios cuya liquidación fué desastrosa después de su muerte.

– Sí, desastrosa. De toda su fortuna, que era todavía considerable, no quedó nada.

– Al saberlo fué cuando papá tuvo la hermosa, la generosa idea... Pero acaso hago mal en decir á usted este secreto, que mi padre me ha mandado guardar...

– ¡Bah! Estoy al corriente ó adivino lo ocurrido. La restitución anónima de cien mil francos hecha á la viuda por un deudor de su marido...

– ¿Cómo ha podido usted saber?..

– Conozco á Noel.

– ¿Noel?

– El hijo mayor de la viuda de Beraud. La pobre mujer se ha quedado con dos hijos.

– ¿De veras conoce usted?..

– Cuando yo estudiaba Derecho, él estaba en la escuela de Bellas Artes. Eramos muy amigos y lo somos todavía... ¡Pobre muchacho! Tenía mucho talento .. Ahora no le trato y hago mal, muy mal en olvidarle.

– ¿Por qué dice usted eso?

– Porque es más digno de lástima de lo que usted piensa. Cuando la muerte de su padre los hirió como un rayo, Noel estaba en París y tenía ya cierto éxito... Se empezaba á hablar de él... y ganaba bastante dinero... En seguida, se llevó con él á su madre y quiso que Mauricio, su hermano menor, continuase sus estudios en el Liceo de Luis el Grande... Noel no podía contar más que con su trabajo para subvenir á todas esas necesidades... Tenía una notable habilidad para el grabado al agua fuerte, y colocaba más fácilmente estos trabajos que los cuadros... Se dedicó, pues, al grabado con asiduidad, trabajó demasiado y un día observó que todo giraba á su alrededor, que todo se apagaba, que todo se obscurecía... Había abusado de sus ojos y perdió la vista á causa de un desprendimiento de la retina. Ahora está, el desgraciado, enteramente ciego.

– ¡Oh!.. ¿Pero no tiene cura?

– No... Ha consultado á no sé cuántos médicos... Noel es ciego.

– ¡Pobre joven! De modo que...

– De modo que ha sido esa restitución anónima de cien mil francos lo que les ha salvado á todos de la más espantosa miseria.

– ¡Ah! ¡Los desgraciados!

– ¡Bah! No tanto, puesto que con ese recurso inesperado han podido poner en orden sus asuntos..., pagar algunos restos de la liquidación, y con dos ó tres mil francos de renta, refugiarse en Agay.

– ¿Agay?

– Un rincón ignorado de la costa del Mediterráneo, donde tenía Beraud una casita para ir á pescar y á bañar á sus hijos durante unas semanas del verano... Tan poco valía, que no se pudo vender durante el desastre, y una vez arreglado todo, se quedaron con ella. Allí se han instalado y allí viven, puede usted figurarse cómo; pero, en fin, están al sol, en la orilla del mar y tienen su pobre existencia asegurada... ¡Oh! Ha estado muy bien lo que ha hecho su padre de usted...

– Sí, pero yo hubiera querido que hiciese más...

– ¡Bah! ¡Cien mil francos!..

– Olvida usted que hubieran tenido veinte veces esa suma si papá no hubiese heredado á Hortensia.

– Y esa fortuna se hubiera hundido en el desastre con todo lo demás.

– Acaso sí, pero, sin embargo, yo hubiera dado más.

– Se puede asegurar, querida Andrea, que no hay en el mundo muchas personas que hubieran sido tan generosas como el Sr. Reversay.

– Es que papá es bueno..., muy bueno... Cuando se le ve superficialmente, se le puede creer un poco ligero..., descuidado..., algo..., ¿cómo diré?.., algo fanfarrón de escepticismo... Pero en el fondo es bueno y me quiere mucho... Oiga usted; cuando murió mamá...

– Era usted todavía muy pequeña.

– Tenía ya siete años. ¡Pobre mamá! La veía lánguida y cada vez más débil, pero yo no sabía lo que eran esas horribles cosas de la muerte. Hacía muchos días que me tenían alejada de su cuarto, cuando, una mañana, mi niñera, que tenía los ojos enrojecidos y llorosos, me dijo: «Señorita Andrea, venga usted á ver á su mamá, que quiere...» Yo eché á correr para darle los buenos días. ¡Pobre madre mía! Estaba en la cama, con una cara tan demacrada, tan lívida... Volvió penosamente hacia mí los ojos llenos de lágrimas... Todo el mundo lloraba alrededor de ella, y yo, sin saber por qué, me eché también á llorar... Después, mi madre me dijo con voz apenas perceptible, una voz, Julián, que no olvidaré jamás: «Andrea..., abrázame, hija mía..., otra vez..., otra... Que seas siempre una buena niña...» Después cerró los ojos y me sacaron de la habitación... Al día siguiente me pusieron de luto... Ya no debía verla más, Julián.

El joven dijo, muy conmovido al ver la emoción de su amiga:

– ¡Un recuerdo muy doloroso, pero que ha dado á usted un consuelo de profunda ternura! No son esas penas las que dejan el corazón en ruinas.

– Es verdad. No tengo pena alguna al hablar de estas tristes cosas.

– Y entonces... su padre de usted...

– Estaba loco de pena. Ya sabe usted que amaba apasionadamente á mi pobre madre... Su dolor asustaba á cuantos le veían. Estábamos en París, en el hotelito que había hecho edificar cerca del bosque. ¿Lo creerá usted? Ocho días después, el hotel estaba vendido, con los muebles, y mi pobre padre corrió á encerrarse conmigo aquí, en Biviers, para vivir solo con la niña que recordaba un poco á la mujer amada... Y creo que seguiríamos solos, pues yo satisfacía su necesidad de ternura, si al cabo de mucho tiempo no hubiera mi padre caído en la cuenta de que me estaba haciendo una salvaje indócil, indomable é ignorante hasta el extremo, y entonces se decidió á ponerme en un colegio, pero muy cerca de él, en el Sagrado Corazón de Montfleury, á fin de poder ir á darme un beso todos los días...

– ¿Pero iba?, preguntó Julián con una sorpresa en la que se descubría alguna incredulidad.

– Mientras estuvo en Biviers, sí, ciertamente... Pero sus negocios le obligaban á ir á París, donde tenía que permanecer á veces mucho tiempo. Además, ha seguido siendo tan joven de carácter, que se ha consolado poco á poco.

– Y usted se quedó sola en el convento.

– Pero no me aburría. Me parecía, todo lo más, el tiempo un poco largo cuando pasaban muchas semanas sin ver á papá... Me gustaba aquella gran casa perdida entre los árboles en esa vertiente tan frondosa, al pie de nuestro Saint-Eynard. Quería mucho á las monjas..., tan tranquilas..., tan dulces, con aquella sonrisa siempre un poco desdeñosa para las cosas del mundo... ¿Creerá usted que hubo un momento en que tuve deseos de hacerme religiosa?

– ¡Oh!

– Tranquilícese usted. Tenía catorce años.

– Y cuando llegó la edad de la razón...

– ¿Es esto la razón? En fin, tomé interés por otras cosas. Además, en las vacaciones veía á la gente y papá me llevaba á viajar...

– ¿La llevaba á usted á París?

– No, muy poco. De paso solamente y á un hotel. No había sitio para los dos en un cuartito que papá tenía alquilado y al que llamaba su «casa de soltero...» Una frase que yo no oía con gusto. Hace sólo tres años, desde que salí del convento, tenemos nuestra habitación de la avenida de Antin.

– Y desde entonces su padre de usted se convirtió en su amigo.

– Sí...

Andrea pareció vacilar.

– Sí y no. Papá se acostumbró á otra vida..., á su círculo..., á sus relaciones... Hay tantos sitios á los que van los hombres y en los que una joven no está en su lugar... Ya puede usted comprenderlo...

– Sí, dijo Julián en un tono un poco raro.

– Pero eso no quita que mi padre sea bueno, aunque en París me deje un poco sola...

– Y aunque se niegue á llevarla á usted en su faetón, añadió Julián riéndose.

– A propósito de faetón... Ya debiera estar aquí.

– Lo que quiere decir que apenas tendré tiempo de ir á ponerme el frac.

– Y de volver de prisa.

– Entonces, hasta dentro de un momento, Andrea.

– Hasta muy pronto, Julián.

El joven le cogió una mano y con tímida galantería puso en ella los labios.

– La quiero á usted con toda mi alma, Andrea, murmuró.

– Y yo á usted con todo mi corazón, respondió Andrea con una sonrisa de felicidad.

Y Julián se marchó, ligero como un enamorado de veintiséis años que no ve la vida más que en el espejo de dos ojos obscuros, llenos para él de acariciadora ternura.

IV

Andrea se quedó sola en el saloncillo.

– Yo también, pensó, tengo que hacer lo que Julián.

Y se levantó para ir á vestirse, cuando una doncella se precipitó en la habitación, sin llamar y con cara de terror.

– ¡Señorita! ¡Señorita!..

– ¿Qué ocurre?

– ¡Un accidente! ¡Ah! ¡Qué desgracia! .

– ¿Mi padre?..

– ¡Ah! Señorita..., le traen...

– ¡Le traen! Mi padre... ¿El faetón?..

– Los caballos se han desbocado en la cuesta de Meylan... ¡Ah, señorita!.. El faetón ha volcado... ¡Dios mío! ¡Dios mío!..

Andrea no la dejó acabar.

Echó á correr y llegó á la escalinata, loca de angustia.

¡Ah! ¡Qué espectáculo!

En una camilla hecha con ramas, con lo que se había podido, estaba su padre con la cabeza ensangrentada..., lívido..., los ojos cerrados..., transportado por unos campesinos que trataban torpemente de subir los escalones y arrancaban con sus movimientos sordas quejas, casi un estertor, á aquel cuerpo inerte.

Otros hombres, en el patio, conducían los caballos, cojeando, con los arneses rotos y el coche hecho pedazos.

Pero Andrea no veía nada de eso.

No tenía ojos más que para aquel herido, aquel moribundo acaso..., y el choque de aquella desgracia repentina parecía afirmar su energía.

Porque su ternura era resuelta. No era Andrea de esas jóvenes que lloran y se abandonan á la desesperación mientras su desolación las hace inútiles.

La hija de Reversay valía más que todo eso. Era de las que lloran... cuando han acabado de prestar socorro.

Con voz breve y que asombraba á todas aquellas personas aturdidas, exclamó:

– ¡A su cuarto!.. ¡Ah! Nada de sacudidas sobre todo...

Y ella fué la que, con infinitas precauciones, ayudó á colocar en la cama aquel pobre cuerpo dolorido.

– ¿Qué ha pasado? ¡Decid pronto!..

Uno de los campesinos, un viejo, contestó:

– Señorita, ha sido en la cuesta de Meylan... Los

caballos han debido espantarse... Nosotros estábamos allí trabajando muy cerca del camino... El señor Reversay contenía el tronco todo lo que podía. Pero, de pronto, uno de los caballos se le escapa... Se había roto una brida... El lacayo se asustó, quiso saltar y se ha roto una pierna... Ahí le traen también... El Sr. Reversay se quedó en el pescante..., pero el coche volcó en un montón de piedras, los caballos cayeron y el pobre señor Reversay fué despedido lo menos á veinte pasos... y se quedó inmóvil... Como usted ve, ha recibido el golpe en la cabeza...

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!, murmuró Andrea.

Pero añadió en seguida:

– El médico...

– Han ido á buscarle, señorita...

– Entonces, agua templada..., trapos..., mi botiquín...

La joven se precipitó hacia el escritorio de su padre, en el que había papel y plumas, y escribió febrilmente...

– Estos telegramas..., pronto, dijo dando á un criado dos despachos para dos profesores de la facultad de Grenoble.

Volvió á la cama, en la que el herido, sin recobrar el conocimiento, seguía gimiendo débilmente, y la pobre muchacha intentó la primera cura.

Era una herida horrorosa, una cortadura más bien, tan profunda, que el hueso parietal estaba descubierto, y en la que se veía una arteria rota, de la que brotaba á intervalos una sangre espumosa...

La desgraciada niña se esforzó en vano por restañar aquella sangre que seguía corriendo... En vano aplicó compresas húmedas á la herida abierta... En vano recurrió á los hemostáticos del botiquín, incluso el percloruro de hierro... Nada detenía la sangre, que brotaba de nuevo en cuanto cesaba la presión violenta de la herida.

Así pasó cerca de un cuarto de hora..., un siglo.

Por fin llegó el médico de Saint-Ismier.

Un joven tímido..., un poco torpe..., que nunca había tenido el honor, ni esperaba tenerle, de ser llamado al castillo de Biviers, y que dijo, muy turbado él también ante aquel herido del que iba á ser responsable:

– Es grave..., muy grave..., gravísimo...

– ¡Ah! Señor doctor, detenga usted esta hemorragia...

– Sí, eso sí, eso podré hacerlo ciertamente. Pero después... ¡Oh! Es muy grave...

Y con mano poco segura se puso á ligar la arteria.

La operación fué torpemente ejecutada y el sufrimiento arrancaba al paciente gemidos que se convertían en gritos de dolor...

Por fin estuvo hecha la ligadura y la sangre dejó de brotar.

Se podía lavar la herida é improvisar la primera cura.

Solamente entonces dijo Andrea, sudando de angustia y alejando al médico de la cama por si el enfermo tenía conciencia de lo que pasaba á su alrededor:

– ¿Qué teme usted, doctor?

El médico auscultó, percutió, hizo un examen sumario y respondió:

– La respiración es muy fatigosa, pero esto es acaso pasajero y causado por la conmoción... Esa conmoción es precisamente la que puede ocasionar en el cerebro... ¡Ah! Señorita, quisiera celebrar una consulta...

– He enviado dos telegramas...

Y le nombró los dos doctores.

– Bueno; así estoy más tranquilo... Al menos mi responsabilidad...

Y ambos esperaron silenciosamente, él con visible alivio de su inquietud, y ella en una atroz agonía de desesperación y de angustia.

* * *

La consulta se verificó y fué poco tranquilizadora. No se podía prejuzgar nada. Había que esperar y prepararse á la lucha contra el enemigo formidable que iba á presentarse: la fiebre.

El punto capital, dijeron los médicos, era no dejar al enfermo entregado á sí mismo ni un instante; estar siempre con él para defenderle contra los impulsos del delirio y contra los terrores de la alucinación. Estar allí para hacerle tomar de grado ó por fuerza las pociones adormecedoras y narcóticas que le harían sumirse en una soñolencia esencial para la curación. Andrea respondió en seguida:

– Yo pasaré la noche á la cabecera de mi pobre padre.

Y así lo hizo la valiente niña, resuelta y obstinadamente.

Los médicos se marcharon y lo propio hicieron todas las personas que, en el primer momento, habían ofrecido sus servicios á Andrea. También se marchó Julián, á quien la joven dijo llorando:

– No, déjeme usted sola... Mañana vendrá usted... Ahora sería inútil su presencia, y al lado del herido no debe de haber ni ruido, ni movimiento, ni conversación.

Y Andrea se quedó sola con el enfermo en aquella vasta estancia del castillo de Biviers, que había sido el dormitorio de Hortensia y que había guardado como una huella indeleble de la que la habitó en otro tiempo.

Francisco de Reversay había respetado, como se respeta un conjunto de arte y de tradición, aquel solemne mobiliario, aquellos cortinajes de Aubussón, maravillosos y admirables.

Andrea aproximó un pesado sillón á la gran cama de columnas y se instaló en su puesto de abnegación y de angustia.

Para conseguir el silencio, alejó á los criados y dispuso que solamente el ayuda de cámara de su padre pasase la noche en la habitación próxima, dispuesto á acudir á la primera llamada.

La lámpara, colocada muy lejos para que el enfermo no la viera, repartía una débil claridad.

Y la triste noche empezó.

Sí, el médico lo había previsto exactamente. Poco á poco la cara del enfermo se puso roja, su frente quemaba y el herido pareció salir de su sopor.

La agitación se presentó. Sus ojos, hasta entonces cerrados, se abrieron con unos fulgores que la pobre Andrea no conocía.

Y entonces empezó á balbucear palabras confusas y poco inteligibles.

Andrea acudió con una cucharada de la poción y le dijo:

– Papá, papá querido..., toma esto, te lo ruego... Es la curación... Tómalo...

El enfermo la miró con estupor... y después con espanto... Pero al ver que la joven insistía dulcemente, con una voz intencionadamente firme, entreabrió tímidamente los labios y obedeció.

Inmediatamente volvió á caer en las almohadas. La poción hacía su efecto. Pasó una hora de relativa calma, una hora de respiro... Pero de pronto, con la cara más arrebatada todavía y los ojos más alucinados, más locos, el herido se incorporó bruscamente...

(Continuará.)

El señor Reversay contenía el tronco todo lo que podía...

APARATO CONFORMADOR DEL CUERPO

El señor G. Demeny, director que ha sido durante mucho tiempo del laboratorio del profesor Marey, viene dedicándose desde hace muchos años en París al estudio de los ejercicios corporales y á



Fig. 1. - Conformador Demeny dispuesto para tomar la sección ó el perfil vertical del cuerpo

él se debe la reforma de los métodos de educación física en la universidad y en el ejército franceses y un gran número de obras muy estimadas sobre esta materia.

La preocupación del señor Demeny es apreciar en el hombre las modificaciones de estructura que son resultado de la práctica de los ejercicios del cuerpo y que constituyen el perfeccionamiento físico; y en la escuela del eminente fisiólogo Marey ha aprendido á evitar las discusiones ociosas y á buscar en la medida exacta los datos positivos para sentar los principios de sus doctrinas. Ya en 1888 comunicaba á la Academia de Ciencias de París una serie de aparatos de medición destinados á obtener la forma del cuerpo por medio de un trazado gráfico.

El toracómetro, el inscriptor de los perfiles, el raquígrafo eran utilizados en los hospitales y en los grandes gimnasios y aun los hemos visto en América, en los clubs atléticos en donde está muy de moda este género de observaciones.

Estos aparatos daban por medio de trazados continuos la forma del cuerpo, pero adolecían tal vez del defecto de ser de difícil construcción y, por consiguiente, caros. El señor Demeny ha construido recientemente un aparato de medición que se adapta á todos los casos y merece por esta razón el nombre de «Conformador universal.» Este aparato tiene por objeto tomar un molde de una parte del cuerpo, especialmente de la columna vertebral y del tórax, cuyas dimensiones y forma están en relación tan directa con la salud y la fuerza de la resistencia.

Las dificultades que ofrecen las mediciones de la columna vertebral para los médicos ortopedistas dependen á menudo del mucho tiempo que exigen: algunas veces, cuando no se dispone de ningún aparato, hay necesidad de proceder por puntos tomando sucesivamente las distintas prominencias del raquis por medio de un metro y de una plomada, y como es muy fácil que durante la operación se mueva el sujeto, la medida resulta en tal caso ilusoria. En cambio, con el «Conformador universal» la medida se toma de una vez y la conformación de una parte del cuerpo se obtiene por una especie de molde.

Una serie de fichas de madera M y N (fig. 1) se mueven alrededor de un eje que puede fijarse en una armazón cualquiera y hasta en la misma espalda del sujeto; se ponen las fichas en contacto inmediato con el cuerpo y luego se las inmoviliza por medio de unos tornillos en dirección del eje. Después se separa éste de la armazón y se traza en el papel el perfil sinuoso de las extremidades de las fichas que representan la forma del cuerpo. Las fichas pueden girar alrededor del eje y amoldarse de esta suerte á las sinuosidades de la columna vertebral desviada de los escolióticos. Dos dibujos sobre dos planos rectangulares bastarán para conservar el trazado de esas sinuosidades en el caso de una curva contrahecha.

El instrumento permite también conservar de la forma del raquis un documento tan exacto como un verdadero molde; para ello el señor Demeny se sirve de fichas de madera cubiertas de una ligera capa de cola secada, toma la medida y mojándolas en agua caliente las fichas se pegan y conservan su posición respectiva, constituyendo, después de secas, un bloque que representa exactamente el contorno que se desea.

Con dos aparatos colocados paralelamente uno á otro se obtiene la forma de la sección vertical del tronco ó los perfiles anteriores, posteriores y laterales del cuerpo. Para obtener la sección horizontal del tórax se emplean cuatro reglas con fichas, A, B, C, D (fig. 2), y se las dispone de modo que formen un marco en el cual se introduce el sujeto que ha de medirse.

El conformador vertical y el conformador horizontal pueden reunirse en una misma armazón y permiten tomar las secciones del cuerpo á toda altura. De esta manera puede el señor Demeny construir fácilmente, con los resultados que le da el aparato, verdaderos relieves del tronco en cartón y utilizarlos para la confección de los corsés normales ú ortopédicos y para el corte de los vestidos.

Otra aplicación del aparato, interesante desde el punto de vista médico, es la de permitir encontrar inmediatamente y sin cálculo un defecto de simetría del cuerpo, la diferencia de altura entre los dos hombros y entre las caderas y la flecha de las corvaduras de la columna vertebral.

El aparato se dobla sobre sí mismo, y como no presenta ninguna prominencia molesta, puede colocarse junto á la pared sin ocupar más sitio que un caballete de pintor, lo cual hace que sea sencillo y práctico.

G. MARESCHAL.

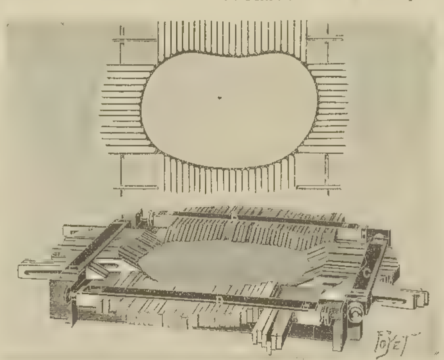


Fig. 2. - Conformador Demeny dispuesto para tomar la sección horizontal del pecho

PRECAUCIONES CONTRA LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

Las corrientes de alta tensión presentan para los que las manipulan directamente ciertos peligros, de los cuales es fácil precaverse observando las siguientes reglas prácticas formuladas por el profesor Henry Mortos, en la última sesión de la Sociedad americana de luz eléctrica.

1.ª No se coja ningún hilo ni se toque ningún aparato eléctrico cuando los pies pisen directamente el suelo, ó el cuerpo esté en contacto directo, por un punto cualquiera, con objetos de hierro, tubos de agua ó de gas, construcciones de ladrillo ó mampostería, etc., á menos que las manos no estén preservadas por guantes de caucho ó que no se haga uso de herramientas aisladas que un electricista haya reconocido como buenas ó en buen estado de aislamiento. Si es imposible dejar de pisar el suelo durante el trabajo, es preciso emplear zapatos con suelas de caucho, y herramientas protegidas por un mango aislador.

2.ª Es necesario no tocar nunca un hilo eléctrico ó un aparato con las dos manos á la vez, siempre que esto sea posible, y si es indispensable emplear las dos manos, es preciso asegurarse previamente que no hay corriente en la línea y que las dos manos, ó por lo menos una de ellas, están protegidas por guantes de caucho.

3.ª Al tocar los hilos trátese cada uno de ellos como si condujese una corriente peligrosa y en ningún caso se han de poner en contacto inmediato dos ó más hilos á la vez.

4.ª No se corte nunca un hilo en servicio sin haberlo avisado previamente al director de la fábrica ó á cualquier otra persona encargada de la vigilancia de la canalización: solicítese que se interrumpa desde luego el circuito en la estación central y que no se cierre de nuevo este circuito hasta que esté completamente terminado el trabajo en la línea.

5.ª No se toque ninguna polea, dinamo ni aparato alguno colocado en la sala de máquinas sin conocer perfectamente la función del aparato y el modo de emplearse.

6.ª Las herramientas usadas por los obreros que trabajen en las líneas deben estar provistas de mangos aisladores de ebonita ó de cualquiera otra substancia perfectamente aisladora. Es deber de todo obrero asegurarse de que sus herramientas estén en buen estado y cumplan las condiciones de aislamiento necesarias para su seguridad. En las líneas aéreas debe haber un intervalo de 50 centímetros por lo menos entre los soportes de los hilos dispuestos sobre los brazos horizontales de los postes, á fin de que un obrero pueda fácilmente llegar á la parte superior de este poste y trabajar allí sin peligro.

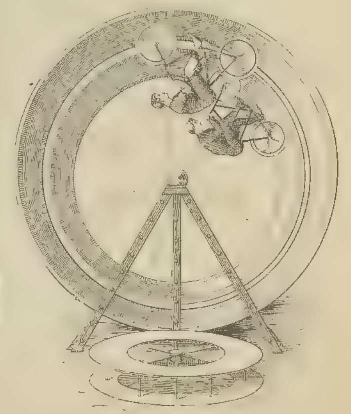
7.ª Los obreros encargados de la conservación de las lámparas de arco, antes de tocar en ellas, deben asegurarse que está abierta la comunicación que pone la lámpara dentro del circuito.

***

LA RUEDA DEL DIABLO

Con este título satánico el teatro del Moulin Rouge ha presentado recientemente al público parisiense un ejercicio acrobático nuevo en Europa, pero que ha producido gran sensación en América. Este ejercicio es otro derivado del «looping the loop» y, como éste, está basado en el principio de la fuerza centrífuga; sin embargo, se ejecuta en condiciones que, á primera vista, parecen paradójicas y que causan en los espectadores una emoción más fuerte aún que la del paso de la «hebilla.»

He aquí en qué consiste este espectáculo: dos intrépidos ciclistas, Tom Butler y Cadwel, dan todas las noches varias vueltas consecutivas en dos grandes ruedas movibles; estas dos ruedas son completamente independientes una de otra, pero ambas están yuxtapuestas en un mismo eje de acero el cual descansa sobre un enorme sustentáculo colocado en la escena. La llanta de cada una de estas ruedas forma una verdadera pista que mide unos 14 metros de circunferencia por un metro de anchura. Cuando se levanta el telón, se ve la «rueda del diablo» que se destaca sobre un fondo negro brillantemente iluminada por una serie de lámparas eléctricas puestas en el sustentáculo del aparato; los dos ciclistas entran en las ruedas y cada uno en su pista monta en su bicicleta provista de una fuerte multiplicación y se ponen á pedalear vigorosamente.



La rueda del diablo

Como las dos ruedas son movibles y están montadas sobre un juego de bolitas de suave movimiento,

giran en sentido inverso y la pista corre bajo los pies de los ciclistas, los cuales naturalmente permanecen en la parte inferior del aparato. Cuando las ruedas han adquirido una velocidad de rotación suficiente, el *starter* dispara un pistoletazo y los ciclistas se lanzan al asalto del círculo giratorio; para tomar el impulso necesario, cada uno de ellos aprieta su freno de manera que se paren las ruedas de su bicicleta, la cual es entonces arrastrada hacia atrás por el movimiento de rotación de las pistas; de esta manera los corredores dan una media vuelta al círculo, corriendo de espaldas, hasta el momento en que se encuentran casi con la cabeza abajo, mantenidos en lo alto de la rueda por la fuerza centrífuga. En aquel momento, sueltan el freno y se ponen de nuevo á pedalear, y aunque las pistas movibles siguen huyendo bajo sus pies, los ciclistas, arrastrados por la pendiente, descienden á toda velocidad por el camino que acaban de recorrer de espaldas. Al cabo de tres ó cuatro oscilaciones, el impulso adquirido es tan fuerte que, una vez llegados á la parte inferior de la rueda, los corredores vuelven á subir por el lado opuesto, y como siguen pedaleando, pueden efectuar no una sola vuelta de la rueda, sino hasta quince ó veinte consecutivas sin detenerse. La velocidad con que giran los dos ciclistas es tal, que los espectadores apenas los distinguen y sólo ven en el interior de las ruedas movibles dos rayas del color de los trajes que aquéllos llevan. Esta velocidad es difícil de calcular; los anuncios dicen que equivale á 180 kilómetros por hora, pero esta cifra nos parece algo exagerada y no sabemos en qué se funda ni por qué medios ha podido ser calculada.



En el yate, cuadro de Pablo Helleu

Como las dos ruedas son independientes, los dos ciclistas corren á distintas velocidades según su fuerza; al cabo de un rato, cosa de medio minuto, el *manager* proclama al vencedor de este match de un nuevo género, y una vez anunciado el resultado de la carrera, ciclistas y ayudantes se preparan á poner término al espectáculo. La parada es la fase más peligrosa de este ejercicio; para efectuarla, los corredores aprietan vigorosamente el freno de su bicicleta, al mismo tiempo que los ayudantes hacen accionar sobre las ruedas frenos poderosos que progresivamente detienen su movimiento de rotación. Después de algunas oscilaciones, los ciclistas pueden saltar fuera de la rueda y saludar al público que no les escatima sus aplausos.

La Prefectura de Policía había prohibido en un principio este espectáculo, pero al fin lo consintió después de imponer á los directores del teatro ciertas precauciones para evitar cualquier accidente.

¿Terminarán aquí las proezas de los ciclistas? No es probable, porque la emulación es el mejor acicate para el ingenio y sabido es que en estas cosas la novedad constituye el mayor atractivo.

W. DRANCOURT.



Hojas secas, cuadro de J. Armet

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 14 de septiembre de 1903 — Núm. 1.133



NO ESTÁ EN SAZÓN, cuadro de José María Tamburini

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El proceso Humbert ha demostrado una vez más (por ser parodia ínfima del asunto Dreyfus, en cuanto á pretensiones sensacionales) que el régimen y las instituciones que Francia se ha dado á sí misma no son inferiores en solidez á los de otros países. – Hubo quien auguró que entre el rebullicio de fango de los debates Humbert se anegaría, enlodado, el gobierno; y la curiosidad irritada y picante de la multitud aguardaba con infinito interés los interrogatorios en que Teresa abriría la válvula y dejaría fluir las revelaciones terribles, arrasando honras y desmoronando prestigios. Y sucedió lo acostumbrado, lo infalible cuando el escándalo se anuncia y trompetea: el escándalo no vino, el escándalo se quedó en casa; defraudada la curiosidad, y reducido todo el formidable alboroto á las naturales proporciones de las hábiles estafas de que aquí nos dió idea la célebre doña Baldomera, y que jamás creímos trascendentales á la política ni al equilibrio de las naciones.

Acaban de prender en Madrid á una mujer que no emuló á Teresa Humbert, pero que, como ella, vivió á cuenta del extenso reino de Trapisonda. – Hablo de la adivinadora de la calle de la Huerta de Bayo, que á estas horas, si no se halla ya libre bajo fianza, se pudrirá en la cárcel, lamentando no haber adivinado, ella cuya profesión era adivinar, la jugarreta que el señor gobernador la preparaba.

No dudo yo de que el señor gobernador haya procedido con toda la corrección y la legalidad que corresponden á sus elevadas funciones; de la ley no se habrá apartado un punto; pero la ley – á la verdad – no me parece en esto bien hecha. Comprendo que se persiga á las comadronas sin título y á las curanderas sin estudios; mas ¿por qué perseguir á las vendedoras de ilusión? ¿Hacen daño á nadie esas que pronostican dichas, alegrías, perseverancias del amor y benignidades de la fortuna? ¿Tienen ellas la culpa de la infinita credulidad humana, de la inquietud que se apodera del hombre – ó de la mujer – ante el velado destino, y le impulsa á querer forzar su secreto, á imaginar que alguien, acá abajo, sabe algo de lo que puede traernos el oleaje del tiempo y el rodar de la vida?

Débil y mentecato será quien busque tales augurios y los pague; pero seguramente no causa mal; distracción inofensiva la suya, y barata dosis de esperanza – si eso puede infundírsela. – A veces damos en suponer que la superstición es patrimonio exclusivo de los pueblos atrasados; y sin embargo, París está lleno de sibilas, herederas más ó menos degeneradas de la célebre Madama Lenormand, profetisa oficial del impresionable y crédulo Napoleón. Estoy por decir que son los países de acción y de fuerza, los hombres de resolución ambiciosa é indómita, cuantos aspiran y no se duermen en la indolencia, los que, en lucha directa con el destino, pagan tributo al terror de lo ignorado y se dejan atraer por la promesa de un vaticinio, á pesar de cuanto protesta en ellos la razón, negando la posibilidad de tales profecías...

Siempre un anuncio de felicidad proporciona una reacción sana y grata; el sistema nervioso lo agradece. Los más convencidos de la vanidad del presagio comprueban gustosos que la corneja está á la derecha y que los pollos sagrados pican bien el grano que se les ofrece. ¡Somos tan pequeños, tan inermes; nos encontramos de tal manera á merced de la casualidad! ¿Por qué han metido en chirona á la maga, á la cual ni conozco ni conoceré nunca, porque no tengo imaginación suficiente para fantasear venturas en un echar de cartas, pero de la cual diría, si no pareciese irreverencia servirse de tales textos: «No encuentro culpa en esta mujer?»

¿Es por el engaño por lo que la encarcelan? ¿Acaso engaña ella sola? ¿No es el engaño la trama de las relaciones entre el género humano, apenas se atraviesa el interés? ¿No crece la mentira á la sombra de cada techo, y no florece ricamente en cada contrato, en cada operación comercial? El tendero que os ofrece un género «francés» fabricado en Barcelona; el farmacéutico que os vende el reparo de la salud adulterado y sin fuerza ni eficacia; el ultramarino que os expende género sofisticado; el anticuario que os endosa por del siglo XII sitiales que aún tienen la cola fresca; el contratista que os entrega una casa de cartón por una casa de mampostería y granito; el cochero que os cobra una carrera al precio de una hora; el empresario que os ofrece un espectáculo exquisito y os da un espectáculo de tercera clase; el político que lanza programas y los olvida en cuanto asciende al poder..., ¿en qué se diferencian, esencialmente, de la embaucadora de Madrid? ¿Por qué á ella la encierran y se deja sueltos á los demás? – La embaucadora de Madrid tiene en su abono que sólo ha engañado á aquellos que nacieron para ser engañados sin tregua: su engaño no está complicado de perfidia. Engaños de otra índole mucho menos excusable se consuman diariamente en el mundo, sin que la ley, esa ciega armada de palo, se mezcle en ellos. Ha ido á recaer su severidad en la engañadora menos maligna.

El Liberal asegura que la postalomanía va en decadencia. No lo había notado. Al contrario: arrecia el chaparrón de postales en mi mesa de escritorio. Será que, como la luz de la lámpara antes de extinguirse, lanza sus más vivos destellos la postal en vísperas de sepultarse en el olvido. Hay una razón, sin embargo, para que la postal no desaparezca así tan fácilmente. Es cómoda, es práctica, y como medio de comunicación tarde podrá substituirse. Vino á reemplazar, en muchos casos, al telegrama, y en infinitos á la carta, con sus prolijas fórmulas de encabezado y final, su enojoso proceso de plegado, introducción en el sobre, pegue de éste, etc. Aunque los refinados desdeñen, por su excesiva difusión, la postal, la multitud no renunciará á ella, y los «pensamientos» en postales florecerán ampliamente, democratizando la relación entre las eminencias – digámoslo así – y el vulgo que las contempla desde lejos.

Juguetes de la gente, entretenimientos de un minuto, que ayudan á llevar el peso de la existencia, no por todos aborrecido, pero sentido y advertido por todos.

Siguen á la orden del día, en Madrid, los asesinatos y los suicidios pasionales. Una racha de locura amorosa se desencadena entre las clases humildes, haciendo riza y estrago.

Tienen la mano segura y pronta esos locos instantáneos; su navaja corta con rapidez horrible el hilo vital; su revólver no falla; su pulso no tiembla. La resolución es en ellos firme, inquebrantable. Nuevos Wérther de la plebe, parecen decir á la faca y al Smith: «He aquí la llave de nuestra prisión.»

El asesino pasional de la calle de Ferraz ha procedido como el rayo. Su furia no perdonó ni á la vieja que terciaba en la cena cuyo término fué el drama de muerte. ¿Qué papel desempeñaba esa vieja, á quien certero navajazo partió el pulmón? ¿Era la cómplice y confidente de la culpa, la que encubría el lazo secreto no sospechado por el consorte? ¿Era al contrario la guardiana y vigilante que estorbaba las efusiones de los dos enamorados? ¿Era sencillamente una testigo casual, que por inadvertencia se colocó donde la arrollasen los huracanes?

Cosa que hace meditar, lo que la casualidad pone de su parte en la historia de los individuos. Así como en la de las colectividades hay poco de casual y mucho de lógico, de fatal y matemático, en el individuo, el grano de arena, rueda y se precipita al leve choque de inesperada circunstancia. La vieja Ursula, de setenta y seis años, al sentarse á la mesa para cenar donde hiciese más fresco, en la calurosa noche del miércoles 2 de septiembre, metió el pie en la fosa. ¿Quién se lo hubiese dicho? ¿Qué cálculo de la razón, qué presentimiento del alma pudo avisarla ni prevenirla? La moza, al fin, andaba envuelta en amores, y donde hay amor hay riesgo y aventura. La vieja no: su idea, preferente, única, sería cenar en paz. Y fué á digerir su cena en otro mundo – en la inexplorada costa de que hablaba Hamleto, – seguida de cerca por el alma de su matador, ni tardo ni perezoso en arrojarse también fuera del triste planeta en que tantas cosas negras suceden.

Y el velo del silencio eterno cae sobre este episodio, ya trillado á fuerza de repetirse, porque la muerte cerró las bocas y cortó la acusación y la queja.

El Sr. Cobian proyecta reorganizar los arsenales. Al aprobar tan excelentes propósitos, quisiera yo que me explicase el ministro en qué consiste que siempre están reorganizándolo todo, que no se oye hablar sino de reorganización, y que todo anda superdesorganizado, hecho una lástima.

El arsenal de Cartagena, cuando lo visité hará cuatro años, me causó un efecto deplorable. No me sería fácil concretar esta impresión justificándola con razones; la sentí, me entró por los ojos, y aunque carezco de competencia y hasta de costumbre de ver arsenales, juraría que aquél se encontraba – como dice ahora el ministro – en un estado de abandono que hay que remediar á toda costa, y rebosando abusos y chorreando deficiencias. El abandono, la inercia, el descuido, se respiran y se perciben en lo más mínimo, en una capa de polvo sobre lo que debe relucir, en un clavo faltoso, en un montón de placas de blindaje que se come la herrumbre, en un rollo de cable que estorba el paso, en la hierba que brota entre las rendijas, en la actitud indolente de un oficial que entreabre un ojo y chupa un cigarro...

Si el Sr. Cobian les da un recorrido á los arsenales y el Sr. Besada les pasa un plumero á las oficinas, habrán merecido entrambos bien de la patria. Las oficinas – al menos todas aquellas en que he sentado el pie en mi vida, y no son muchas, pero supongo que para muestra basta un botón – llevan escrito, en caracteres trazados con el dedo sobre el polvo, como los que las amas de casa garrapatean para avergonzar á las criadas descuidonas, el certificado de su desastrosa petrificación. Todos los españoles se quejan verbalmente de las oficinas, de los retrasos del expedienteo, de esa estancación de los asuntos tan desesperante y fatal. Nadie, sin embargo, se decide á formular estas quejas donde resuenen y adquieran publicidad positiva. Se lamentan males remediables, como se lamenta una fatalidad física, el mal tiempo, el terremoto ó la muerte, cosas que no tienen vuelta y contra las cuales no hay lucha que valga.

De esta quietud de la voluntad, de esta resignación moruna al abuso, he tenido ayer mismo una curiosa muestra. Al balneario en que me encuentro y que es el mejor instalado y confortable de España, conducen desde la estación del ferrocarril coches de alquiler, una empresa independiente de la administración del balneario y acostumbrada á hacer su gusto libremente. No hay viajero que no tenga que contar vejámenes de los coches: constituyen los coches el punto negro de la estancia en tan magnífico establecimiento como es el de Mondariz. La exorbitancia de las tarifas, el mal servicio de los coches, son asunto de conversación preferente. Molestada á mi vez, decidí consignar mi protesta en el libro de reclamaciones de la Empresa. Sacáronlo de un armario donde estaba arrumbado, y me lo tendieron, con sonrisa irónica y triunfal. El libro tenía de fecha cuatro ó seis años, ¡y estaba en blanco: mi reclamación era la primera que en sus hojas se consignaba! Cuatro ó seis años de renegar de palabra, de maldecir de la empresa y sus demasías, y ni dos renglones por escrito para procurar el remedio.

Los inspectores tendrán razón si, al ver el libro en blanco, van diciendo: «Cumple esta Empresa perfectamente, y el público está tan contento, que ni la menor reclamación se le ha ocurrido anotar en tantos años.»

Y yo pensaba que este libro es España..., la España externa, visible, oficial, pintada en la pared.

EMILIA PARDO BAZÁN.



La enviaré á usted su retrato

DECLARACIÓN

Noche primaveral. Sobre el velador hay un elegante quinqué de mármol, vestido por amplia pantalla de muselina azul; de las paredes cuelgan tapices estilo Watteau, con pastores y emperifolladas princesitas que se enamoran sobre un fondo gris; los muebles son de felpa, bajos y muelles; sutil esterilla de junco cubre el suelo; en el comedio de la habitación, suspendidos del techo por invisibles cabellos rubios, varios pájaros disecados parecen sostenerse sobre sus alas extendidas; desde el balcón abierto se abarca un ancho trozo de mar, mar calmoso cuyas olas fosforean con vago y melancólico cabrilleo bajo la luz lunar. Del horizonte asciende el gemido inmenso de la marea; suspiro doloroso que llena el espacio remontándose hasta la región inaccesible de las estrellas inmóviles.

Personajes:

ELISA: Treinta años, viuda. Regular estatura, pelo y ojos negrísimos, labios tristes, frente distraída más que reflexiva. Ocupa una mecedora junto al balcón.

CLAUDIO: Cuarenta años, elevada estatura, semblante de Greco, seco y largo; uno de esos rostros ascéticos que las ideas fijas empalidecen. Sus miradas vagan por el espacio.

ELISA. – ¿En qué piensa usted?

CLAUDIO. – No sé..., oía...

E. – ¿Qué?

C. – Al mar.

E. – Las olas hablan, ¿no es cierto?...

C. – A ratos; esos diálogos que el hombre sostiene con la naturaleza dependen del observador, de sus nervios, del momento psicológico que atraviese... A veces los pajarillos, el viento, las nubes, dicen cosas agradables, sin trascendencia, que hacen amable la vida; otras, de noche especialmente, el mar y los cielos parecen revelarse á nosotros, cual si, temerosos de quedar ignorados eternamente, pretendiesen descubrirnos el secreto de lo incognoscible; de lo que nunca podrá saberse...

E. – ¿Y ahora?... ¿Qué dicen las olas?...

C. – ¡Oh!... ¿Cómo quiere usted que yo reduzca á palabras lo que apenas cabe en la amplitud de mi pensamiento? El mar y los astros que sobre él se reflejan, son para mí imagen ó trasunto fiel del amor, ideal supremo del espíritu. Todos los hombres de imaginación llevamos un prototipo femenino que provoca y preside la germinación de nuestros amores; cada cual tiene su Julieta, su Beatriz... ¿De dónde surgió esa mujer arquetipo fantástico, poseedor de toda belleza y de toda virtud?... ¡Quién sabe! Probablemente nació con nosotros y luego adquirió forma con la lectura del libro de versos que hojeamos una noche de fiebre, ó con el retrato de la diosa pagana desnuda que vimos en la biblioteca de nuestro padre siendo niños... Más tarde, el recuerdo de ese ideal nos acosa, nos sigue á todas partes y creemos verlo en cuantas mujeres hallamos al paso, porque á todas ellas alcanza su luz. «¡Esta es!...» decimos llenos de júbilo, y no sosegamos hasta merecer su amor; y después, desvanecida la ofuscación del primer momento, el alma desolada murmura: «No, no era ella...» ¿Comprende usted?... La pasión siempre es única, sólo varía la forma ó el objeto en que dicha pasión se complace: así vemos brillar en todas las olas la luz del mismo astro; mas como no hay en ellas nada estable ni sólido, su mentiroso cristal varía, y la ilusión huye y con ella la serena luz robada á los cielos...

E. – De modo que las mujeres son para usted... olas...

C. – Esto es, olas del mar humano; olas coquetonas, coronadas de espuma; olas poderosas que acarician, que suelen llevarnos muy lejos y que, como las del Océano, pueden darnos ó quitarnos la vida.

E. – Olas que pasan...

C. – Que pasan llenándonos de amargura el alma porque sólo reflejan fugitivamente la luz del astro que nuestra generosa imaginación colgó muy alto, en la serena región adonde los huracanes pasionales no llegan.

(Pausa.)

E. – ¡Pobre Claudio! ¡Usted es un náufrago! *(Él la mira sorprendido; ella prosigue.)* Un náufrago que bracea desesperadamente contra el turbión que le arrastra.

C. – *(Con tristeza.)* ¡Tal vez!

E. – ¿Qué edad tiene usted?

C. – Más de cuarenta años.

E. – ¡Cuarenta años!... A esa edad todavía el corazón y los músculos conservan su vigor, pero la ilusión y la fe, brújulas ó divinos orientes del espíritu, ya se han apagado y el horizonte obscuro es una amenaza, una promesa siniestra. ¡Si usted hallase un leño, un salvavidas á que asirse!...

C. – *(Mirándola sorprendido, como despertando de un sueño.)* Ya lo he hallado.

E. – *(Con súbita alegría.)* ¿Es posible?

C. – Sí.

E. – ¿Quién?

C. – ¡Oh!... *(La mira de un modo singular, y luego baja los ojos avergonzado.)*

E. – *(Tristemente.)* ¡Bah! ¿Para qué saberlo? Esa mujer... será una de tantas; reflejo que se extingue, ola que pasa...

C. – No, Elisa; se engaña usted; á mi edad la fantasía, domada por los desengaños, no forja ilusiones. La mujer de que hablo... es la soñada, el ideal, la estrella que yo coloqué muy alto, allá arriba... en el cielo, donde nos esperan todos los seres queridos que ya han callado...

(Pausa.)

E. – ¿Y ella, le quiere á usted?

C. – *(Vacilando.)* No sé.

E. – ¿Nunca la descubrió usted su pasión?

C. – Nunca.

E. – ¿Y ella sabe que usted la ama?

C. – *(Con firmeza.)* Sí.

E. – ¡Es raro!...

(Le mira de hito en hito; él desvía los ojos confuso.)

E. – ¿Hace mucho tiempo que la trata usted?

C. – Dos años.

E. – ¡Lo mismo que á mí!

C. – *(Ruborizándose, temiendo haber dicho demasiado.)* Precisamente.

E. – *(Sondeándole astutamente.)* Pues... pasión que tanto se oculta y recata, no puede ser firme.

C. – Al contrario.

E. – ¿Cómo?

C. – Porque ese amor es una esperanza..., ¡mi última esperanza!..., y el temor de perderla me aterra. Soy como jugador que malgastó un capital, como padre que perdió muchos hijos: la desgracia me acobarda, el recelo de que esa ilusión se convierta en desengaño y no en realidad refrena mi impaciencia: ella es mi último duro, el último hijo que puedo perder...

E. – *(Pensativa.)* Comprendo su pensamiento. No obstante, yo, en su caso, no tendría resignación para esperar; ¡es tan cruel la incertidumbre!...

(Pausa. En el silencio el rugido del mar llena los horizontes como eco apocalíptico de una voz lejana.)

E. – Hable usted, Claudio; sea franco conmigo.

C. – ¿Qué más puedo decir?

E. – ¿Conozco yo á esa mujer?

C. – *(Titubeando.)* Sí.

E. – ¡Ah!... ¿Quién es?

C. – Elisa..., perdóneme usted..., no puedo decirlo...

E. – Basta. ¿Cómo es? ¿Se parece á mí?

C. – Sí. *(Con arrebato.)* ¡Oh, sí!... ¡Mucho!

E. – ¿Tiene mi estatura?

C. – Sí.

E. – ¿Y el pelo?

C. – Como usted.

E. – ¿Y los ojos?

C. – Como usted.

E. – *(Fingiendo admirarse.)* ¡Es extraño!... ¡Dijérase que soy yo misma! *(Pausa. Las mejillas de Claudio echan fuego.)* ¿Y en el carácter, también se parece á mí?

C. – También.

E. – ¿Su nombre? *(Él la mira suplicante.)* ¡Tiene usted razón!... Había olvidado que no debo saberlo.

C. – *(Tragando saliva).* Por ahora, no; mañana...

E. – ¿Mañana, sí?...

C. – Sí.

E. – *(Riendo.)* ¡Es usted un hombre original!

C. – No se burle usted de mi cortedad; es que así, de sopetón..., no podría..., no sabría decírselo...

E. – ¿Y mañana?

C. – Mañana...

E. – Sí.

C. – La enviaré á usted su retrato.

E. – ¡Ah!... *(Sorprendida.)* ¿Tiene usted su retrato?

C. – No.

E. – Entonces...

C. – Es decir... *(Tartamudeando.)* Es... ¿cómo explicarme?... Es... un retrato que... que sólo usted puede ver.

E. – No comprendo.
C. – Ni yo acierto á expresarme mejor. *(Levantándose.)* Adiós, Elisa.
E. – ¿Quedamos, pues, en que mañana quedará despejada la incógnita?
C. – *(Con firmeza.)* Sí.
E. – ¿Palabra de honor?
C. – Palabra de honor.
(Se despiden estrechándose las manos largamente.)

Al día siguiente Elisa recibió el retrato prometido. Venía dentro de un estuche. Era un espejito de mano.

EDUARDO ZAMACOIS.

(Dibujo de Calder).

LA DELEGACIÓN BRASILEÑA EN MONTEVIDEO.

Hace apenas dos meses reseñábamos ligeramente en estas mismas columnas las grandes fiestas á que dió lugar, en Montevideo, el arribo á esta ciudad de la distinguida delegación chilena que, presidida por el vicealmirante D. Jorge Montt, visitó en nombre del gobierno y pueblo chilenos al pueblo y gobierno del Uruguay.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – Visita de los delegados brasileños á la Exposición organizada por el Foto Club en el Ateneo.

No desvanecida aún la grata impresión que para todos los que anhelan el estrecho acercamiento y la sincera amistad de las naciones hispano-americanas produjo dentro y fuera de América la noticia de la cordialidad de relaciones entre chilenos, argentinos y uruguayos, llévanse á cabo nuevas demostraciones de confraternidad entre los hijos de la gran república transandina y sus hermanos del Río de la Plata y del Atlántico, con cuyos actos se testimonia elocuentemente la iniciación de una benéfica era de tranquilidad, de bienestar y de progreso, en lo presente, y de prosperidad incalculable, en lo porvenir, dados los cuantiosos elementos de riqueza inexplorada que encierran los vastos y fértiles países del continente colombiano.

Las naciones latino-americanas han vivido casi todo el siglo XIX desangrándose en injustificadas guerras internacionales ó en insensatas luchas fratricidas, que, si han puesto á prueba la vitalidad y las energías de su raza, digna heredera de aquella otra que obstinadamente luchó siete siglos hasta lograr la expulsión de la morisma invasora y bárbara, han amenazado de muerte la existencia política, la vida autonómica y la independencia y la libertad de las jóvenes y turbulentas repúblicas.

Felizmente, la cultura y la instrucción extendiéndose día á día entre las muchedumbres americanas; el amor al sosiego y al trabajo; el convencimiento de que sólo se logran las ventajas morales y materiales al amparo de la paz, y quizás también el temor á las desmedidas ambiciones que pueblos logreros como Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, se han revelado en recientes é inolvidables hechos; todo ello ha contribuido á que en Sud América, gobernantes y gobernados, unidos en el interés de la común defensa, tiendan á este verdadero *desiderátum:* la alianza, tanto en la paz como en la guerra, entre todas las naciones sudamericanas contra el enemigo extranjero, y la solución arbitral para resolver las cuestiones que entre ellas puedan producirse.

Inspirado en esta saludable tendencia pacífica y de solidaridad continental, el gobierno de Río Janeiro, á raíz de la visita que al Río de la Plata hizo la delegación del pueblo de Chile, ordenó á uno de sus principales buques de guerra, el acorazado «Almirante Barrozo,» que visitara en representación del Brasil á Santiago, Montevideo y Buenos Aires, cuyas tres populosas capitales ha recorrido la delegación brasileña en una verdadera é ininterrumpida recepción triunfal.

No podemos, ni es esa nuestra pretensión, referir al detalle los festejos celebrados en la metrópoli uruguaya en honor de los marinos fluminenses, sino hacer resaltar la importancia y trascendencia de actos como los verificados, que ratifican la amistad entre pueblos de idéntico origen, de análogas tradiciones y de aspiraciones y anhelos comunes.

Los cuatro grabados que se intercalan en el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, reproducen, uno, el magnífico banquete dado por el Excmo. Sr. Presidente de la República, en el Palacio de Gobierno, en honor de los visitantes; otro, el aspecto de la sala del «Ateneo» durante la exposición del «Foto Club;» el tercero, la comida con que fueron obsequiados los huéspedes en el hotel Lanata, y el último, el suntuoso baile con que los marinos brasileños retribuyeron á la sociedad montevideana sus atenciones.

Todas estas vistas fotográficas se deben á la buena voluntad y pericia artística del colaborador de esta publicación, Sr. Fillat.

Nos complacemos, una vez más, en hacer votos para que los pueblos que, nacidos del hogar hispano, habitan la inmensa extensión del nuevo continente se unan y fraternicen para bien de la América y de la humanidad.

El Uruguay y el Brasil, separados durante largos años de la anterior centuria por antagonismos históricos, sellan oficial y jubilosamente una amistad que hará perdurable los bien entendidos intereses de ambos países, mancomunados en la obra civilizadora del progreso y de la paz.

HISTORICUS.

(Fotografías de Fillat, remitidas por los Sres. Bertrán y Castro).



LA SIRENA DEL PÁSIG

(TRADICIÓN FILIPINA)

I

Allá por el año de mil setecientos y pico, vivía en el pueblo de Malate, hoy arrabal de Manila, una familia rica compuesta de tres personas: D. Juan Insay, capitán pasado (1) y hombre relativamente instruído; su mujer, excelente esposa y mejor madre, y una preciosa dalaga (2) llamada Mameng (3), encanto y gloria del pueblo, pues con seguridad que en todo Manila y sus contornos no había otra mujer que pudiera competir con ella en hermosura ni en gracia.

Esta familia era relativamente feliz, y decimos relativamente porque en Malate, como en todo pueblo pequeño, los chismes y los enredos estaban á la orden del día y aun de la noche. D. Juan Insay, por lo mismo que era el más instruído, el más rico y por lo tanto el más influyente del pueblo, tenía muchos enemigos creados por la envidia, entre los que se encontraba Narciso Cabanatan, segundo manguinón (4) de Malate.



Banquete ofrecido por los marinos orientales á los delegados brasileños en el hotel Lanata

La enemistad que existía entre estos dos poderosos convecinos provenía de unas elecciones para gobernadorcillo (5) en las que Cabanatan resultó vencido por Insay: desde aquella fecha hizo el primero al segundo guerra á muerte, llegando su rencor á tal punto, que hasta pagó á un malvado para que asesinase á su contrario; pero como Insay tenía más partido en el pueblo, no faltó quien le diera aviso de las intenciones de Cabanatan, así es que cuando los asesinos asaltaron su casa, fueron cogidos en un lazo. Insay, generoso siempre, se contentó con recetar á aquellos desalmados cincuenta bejucazos, y los dejó luego en libertad.

Comprendiendo Cabanatan que por tal medio no conseguiría más que comprometerse, recurrió á otro, más depravado aún que el anterior.

En el pueblo de la Ermitia, limítrofe al de Malate, vivía á la sazón un apuesto bagontao (6) llamado Narciso, hombre irresistible para las dalagui-

(1) Ex alcalde.
(2) Joven soltera.
(3) Carmen.
(4) Cacique.
(5) Alcalde.
(6) Mozo soltero.

tas (1) y aun para las manais (2) algo casquivanas, una especie de Bocaccio en bruto, pues también hacía versos cuya especialidad consistía en ser de diferente metro y estilo que los que hacían sus compoblanos.

Según cuentan las crónicas, la irresistibilidad de aquel *Don Juan* para con las mujeres provenía de un maravilloso anting anting (3) del cual estaba en posesión, y que hacía que toda mujer á la cual se dirigiera le otorgase el *sí* y algo más.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – Banquete ofrecido por el Presidente de la República á los delegados brasileños en el palacio del Gobierno

A dicho joven se dirigió Cabanatan proponiéndole que enloqueciera á la encantadora Mameng y que la perdiera, puesto que no halló medio más seguro ni eficaz para saciar sus deseos de venganza; pero Narciso se negó á ello por estar en vísperas de contraer matrimonio con Loleng (4).

Mesóse los cabellos Cabanatan y hubiera estrangulado de buena gana á aquel Tenorio que de tal modo burlaba sus proyectos; pero sabiendo, por propia experiencia, que no hay indio que resista al poder del oro, ofrecióle cien pesos en relucientes monedas si accedía á servirle de instrumento. Planteada la cuestión en aquel terreno, no fué ya más que cuestión de regateo y el trato quedó cerrado en veinte onzas, con la condición de que en el plazo improrrogable de treinta días, Mameng, la hechicera Mameng, encanto de sus padres y orgullo del pueblo en que naciera, sería una de tantas criaturas arrojadas al cieno por la maldad de los hombres.

II

Aquel mismo día se puso en campaña Narciso, con tan buena suerte, que al pasar por frente á la casa de Insay vió asomada á la ventana á la encantadora Mameng: detúvose ante ella y la miró embebecido; pero la joven, sin fijarse en que era objeto de su contemplación, se puso á tararear el balitao (5). Si preciosa era ella, más lo era su dulce y armoniosa voz. Narciso se sintió mareado y á punto de volverse atrás del compromiso; pero el recuerdo de las peluconas le dió ánimo.

Acabó de cantar la joven y entonces fué cuando vió á Narciso: el rubor encendió al punto sus mejillas, y rápida como el pensamiento abandonó la ventana: aquella muestra de vergüenza y de timidez agradó á Narciso, quien ya se consideró dueño de la beldad.

Relatar los medios de que se valió para hablar con la joven sería difuso y á nada conduciría: baste saber que tres días después sostenían ambos correspondencia amorosa, y que el anting anting seguía prestándole al joven su protección.

Diariamente visitaba Cabanatan á Narciso para enterarse del giro que tomaban las cosas, y al saber que ya se hablaban y escribían los jóvenes, su alegría no tuvo límites: tanto era el odio que sentía contra Insay; pero no satisfecho aún con lo que el joven había conseguido en tan corto plazo, siguió hostigándole para que realizase lo ofrecido en el más breve tiempo posible.

También hostigaba á Narciso la que iba á ser su mujer, la enamorada Loleng, que no sabía darse cuenta de aquella inesperada dilación; así es que al verse entre dos fuegos arreció en su ataque y esgrimió lo mejor que pudo las armas de su ingenio.

Transcurrieron dos semanas y al anochecer de cierto día se notó que en el pueblo ocurría algo extraordinario. El gobernadorcillo Insay, con unos cuarenta individuos entre cuadrilleros y vecinos armados de lanzas y de bolos (6), salieron apresuradamente del pueblo y se encaminaron al de Santa Ana.

¿Qué había ocurrido para que se produjera aquella alarma? Cosa no rara en aquellos tiempos: una partida de tulisanes (7) había asaltado el pueblo antes dicho, y era de esperar que de un momento á otro atacara al de Paco ó al de Malate.

Acabó de cerrar la noche y con ella arreciaron los temores del vecindario: el pueblo quedó sumido en la mayor obscuridad y en el silencio más profundo.

Aún vibraba la última campanada de las diez, cuando un bulto se fué acercando á la casa de Insay: al llegar á la cerca se volvió é investigó los alrededores para cerciorarse de que nadie lo veía. Convencido de ello, silbó débilmente: un hombre abrió con sigilo la puerta y dejó que Narciso entrara.

Reinó en la calle el más profundo silencio, y en tanto que en el interior de la casa de Insay el ángel del amor batía sus invisibles alas, el genio del mal, cerniéndose sobre ella en la obscuridad de los espacios, sonreía al ver á Mameng víctima del odio de un malvado.

III

Pasó un mes desde la noche fatal en que la honra del ya anciano Insay fué inmolada por Narciso, instrumento de Cabanatan, y aún seguía en secreto el idilio de amor de Mameng y de Narciso, y en profundo misterio la deshonra de la joven.

El júbilo de Cabanatan no es para contado; pero aún anhelaba más: quería completar su venganza haciendo pública la deshonra de Insay, y poco á poco fué consiguiendo con su astucia que todo el pueblo de Malate y hasta el de la Ermita se enterasen, menos Insay, de quien podía decirse con el poeta: *Todo el pueblo lo sabía, – todo el pueblo menos él.* Sin embargo, llegó un momento en que también lo supo.

Imposible describir lo que pasó entonces: arrebatado Insay por la cólera, casi loco, maltrató cruelmente á la que era su ídolo, y en un momento de verdadera enajenación, la maldijo y la arrojó de su casa.

Mameng, resignada como el mártir de su culpa, sufrió los insultos de su padre y sólo cuando la maldijo se sintió morir y cayó de rodillas implorando misericordia y perdón; pero inútilmente: su padre volvió á echarla de la casa. Esta vez la infeliz no pudo sufrir más y cayó desplomada en el suelo: su padre había caído exánime en una silla con el rostro encendido por la afluencia de la sangre: estaba congestionado.

La madre de Mameng, hecha un mar de lágrimas, corría de un lado á otro socorriendo á su hija desmayada y á su esposo casi moribundo. El cuadro no podía ser más desgarrador: llamaron al mediquillo (8), que sangró inmediatamente á Insay salvándolo de una muerte cierta, aunque preferible hubiera sido para él morir que vivir con el alma destrozada.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. – MONTEVIDEO. – Baile ofrecido á la sociedad montevideana por los delegados brasileños

(1) Jovencitas solteras.
(2) Mamás.
(3) Especie de amuleto.
(4) Dolores
(5) Baile popular.

(6) Cuchillos largos parecidos á machetes.
(7) Bandidos.
(8) Curandero habilitado de médico.

Al mismo tiempo que en la casa de Insay se desenvolvía tan desgarradora escena, Cabanatan y Narciso ajustaban cuentas y el último recibía de manos del primero los trescientos veinte pesos en oro, pago de la deshonra de Insay: el rostro de Cabanatan evidenciaba el júbilo que le causaba la desgracia de su rival. ¡Horrible contraste! En un lado oprobio y lágrimas; en otro, la satisfacción de la codicia y el placer de la venganza.

IV

Un mes estuvo en cama Insay luchando entre la vida y la muerte, en cuyo tiempo su hija, enferma de cuerpo y de alma, esperó en vano á su amante. Cada día que pasaba sin ver ni hablar á Narciso, sentía con más fuerza la pasión de los celos: ignoraba que todo hubiera sido una farsa para satisfacer el odio de un hombre. Creía que no iba á verla por temor de que su padre le exigiese estrecha cuenta de su conducta, é ignoraba que su padre lo desconocía por completo, puesto que en el papel en que anónimamente le notificaron su deshonra, omitieron el nombre del autor de ella.

Así transcurrieron algunos días más: Insay, casi restablecido de su dolencia, había abandonado el lecho y casi parecía un cadáver. Varias veces su mujer le habló de su hija; pero él cortaba en seguida la conversación y hasta prohibió que se la nombraran.

Una tarde en que el cielo estaba cubierto de plomizas y compactas nubes, señal evidente de próxima tempestad, entró Mameng agitadamente en el cuarto de su padre, lívida, con los ojos desencajados, la boca torcida, el pelo suelto y la ropa descompuesta: detúvose en presencia de aquél, quien al verla se había levantado de la silla en que estaba sentado. El primer impulso del pobre padre fué correr hacia su hija, pero el recuerdo de su deshonra lo contuvo. Sin embargo, con voz alterada por lo extraordinario de la emoción, le preguntó qué era lo que quería; pero ella, sin responder en realidad á la pregunta de su padre, exclamó con voz desgarradora y estridente:

– Matadme, padre mío; ¡se ha casado!

Al oir aquello, la cólera de Insay, calmada por unos instantes, estalló con mayor violencia, y cogiendo á su hija por un brazo y oprimiéndoselo con todas sus fuerzas, le preguntó:

– ¿Quién es ese miserable, di, quién es, que no escapará á mi venganza?

Al oir aquellas palabras, se rehizo la joven y repuso:

– ¿Luego no lo conocéis?

– No.

– Pues entonces, antes la muerte que deciros yo su nombre.

– ¡Malditos seáis los dos! Sal en seguida de mi casa, rugió el irritado anciano.

Mameng, desesperada, abrió la puerta, y corriendo como una loca, abandonó la casa de sus padres.

La tempestad rugía en el espacio; la noche se aproximaba rápidamente.

V

Eran las doce. Manila yacía sumida en impenetrables tinieblas: ni una sola persona transitaba por sus alrededores. El silencio de la noche sólo era interrumpido por la soñolienta voz de los centinelas que desde las murallas de la ciudad vigilaban el campo exterior, y por el incesante y monótono golpear del aguacero en las hojas de los árboles.

La tempestad empezó á atronar el espacio.

Todo era pavoroso en aquella noche.

De la parte de Paco y con dirección al puente de piedra, hoy *puente de España*, cruzaba una persona á todo correr por entre la hierba y la maleza, despreciando el rugido de la tempestad. Aquella persona era Mameng.

Cuando salió de su casa echó á andar á la ventura, sin conciencia de lo que hacía, sumida, como estaba, en profundas meditaciones. Andando, andando, fué hasta cerca de Santa Ana, regresó hacia Paco, tomó por Tandnay y llegó á Arroceros, cuando un trueno horrible la sacó de su abstracción. Y la sacó de ella en mal hora, porque tan pronto como tuvo conciencia de sí misma, volvió á su mente la horrible realidad, y entonces fué cuando verdaderamente creyó volverse loca y emprendió vertiginosa carrera. Detúvose cerca del puente para tomar aliento, y cuando iba á seguir, una voz lúgubre y cavernosa que parecía salir de la tierra la detuvo diciéndole:

– ¡Detente!

Miró Mameng hacia el sitio de donde provenía la voz y vió á un hombre que como por el aire se acercaba á ella. Tuvo miedo y quiso escapar, pero de nuevo oyó la misma voz que le decía:

– ¡Detente!

El fantasma llegó á su lado. Era un hombrecillo de cortísima estatura, de tez lívida como la de un cadáver, de ojos pequeños que parecían despedir chispas, de nariz chata y aplastada y de abundante cabellera que le cubría la frente y parte del rostro. Mameng se sobrecogió á la vista de aquella extraña figura.

– Escucha, le dijo el asuang (1), pues no era otra cosa aquella aparición. Sé lo que te pasa. Desde que empezaron tus amores con Narciso no te pierdo de vista, porque sabía cómo iban á acabar. Tu destino está bien claro: la miseria y el desprecio. ¿Quieres seguir mi consejo?

– ¿Cuál es tu consejo?

– Tú estás ahora más enamorada que nunca de Narciso, ¿no es verdad?

– Lo estoy, contestó Mameng.

– ¿Sabes que él es ya imposible para ti?

– Lo sé, desgraciadamente.

– ¿Qué darías por que fuese exclusivamente tuyo?

– La vida.

El asuang lanzó una carcajada cuyo timbre metálico hizo estremecer á Mameng.

– ¿Te parece lo bastante dar la vida por Narciso? Cuenta que sin él pronto la perderás.

– ¿Qué quieres entonces?

– Tu alma.

Mameng dudó un momento, pero dominada por el vértigo exclamó:

– Bien: tuya es si me lo das como has dicho.

– Pacto hecho; y ahora, escucha. Para conseguir lo que quieres es preciso que me obedezcas. Arrójate al Pásig: yo te convertiré en sirena y te traeré á Narciso.

– ¿Me lo juras?

– Yo no juro: te lo prometo.

– Estoy dispuesta; ¿cuándo lo tendré?

– Pasado mañana.

– Conforme: adiós.

Y la joven se aproximó á la orilla, dedicó á sus padres un último recuerdo y se arrojó al río.

La desgraciada Mameng había dejado de existir.

VI

Tres días habían pasado desde la desaparición de Mameng: cuantas pesquisas hicieron sus padres para encontrarla fueron inútiles: el río no devolvió su cuerpo.

Narciso se había unido á Loleng en matrimonio

(1) Espíritu maléfico que se aparece á los indios bajo distintas formas y al cual tienen verdadero horror.



A plena luz, cuadro de José Armet (propiedad de D. Enrique Batlló)

el mismo día en que la desgraciada Mameng se arrojó al Pásig: estaba en los comienzos de su luna de miel.

Su mujer, voluntariosa y genial, tenía sobre él absoluto dominio.

Al tercer día de la unión Loleng tuvo un extraño capricho, sugerido sin duda por el asuang: el de comer candule (1) pescado por él, indicación que fué para Narciso un mandato. A las seis de la tarde salía éste de su casa con una dala (2) y se encaminó al sitio en que hoy está el puente de Ayala.

Desgraciado estuvo en la pesca: á las siete y media no había cogido ningún candule. Preparábase ya para regresar á su casa, cuando creyó oir que desde el centro del río pedían socorro. Miró hacia el sitio de donde provenía la voz y vió, gracias á los fulgores de la naciente luna, la cabeza de una mujer, al parecer encantadora, que á intervalos se sumergía. Inmediatamente se despojó Narciso de la camisa y se arrojó al río con el propósito de salvar á aquella criatura que pedía auxilio.

La corriente era fortísima: á Narciso, que era buen nadador, le costaba mucho trabajo avanzar.

A medida que se acercaba al sitio en que estaba aquella mujer, notaba más su hermosura y veía que la corriente la arrastraba como á él.

La situación se agravaba por instantes: ambos estaban rendidos por el cansancio y la corriente no les permitía acercarse.

Cuando llegaron á poca distancia del puente de piedra comprendió Narciso que le era imposible salvar á aquella desgraciada y pretendió ganar la orilla; pero entonces la mujer fué la que se aproximó rápidamente á él. La luna brillaba ya clara y reluciente á regular altura esparciendo sobre la tierra y el río sus haces de luz. Uno de sus brillantes rayos dió en la cara de la mujer en el momento en que Narciso volvía la cabeza para mirarla, y un grito desgarrado, horrible, arrancado por el terror, salió de la garganta del joven.

Mameng abrazó frenéticamente á Narciso y le dijo con acento indescriptible:

–Ya eres mío, sí, mío para siempre; y volviéndose hacia la margen izquierda del río gritó: ¡Gracias!

La voz cavernosa del asuang le contestó:

–¡Estamos en paz!

Y Mameng, estrechando á Narciso entre sus brazos con más fuerza cada vez, se sumergió en el caudaloso Pásig.

VII

Nada volvió á saberse de Mameng ni de Narciso; pero cuenta la tradición que ambos moran unidos desde entonces en el fondo del río, guarecidos en estrecha cueva formada por el embate de la corriente en una de las viejas pilas del puente de España; y tan creída es esta versión por los sencillos habitantes de la ciudad, que hay muchos que aseguran haber visto á la encantadora Mameng, convertida en sirena, batir con su cola las rizadas ondas del río, y no falta tampoco quien asegure haber visto, en ocasiones en que la transparencia del agua permite distinguir los objetos á grandes profundidades, al en otro tiempo gallardo Narciso, convertido ya en decrépito anciano de blancos cabellos y arrugada faz, unido indisolublemente á los encantos arrebatadores de la que un día fué juguete vil de su codicia y blanco infeliz de sus livianos deseos.

CAMILO MILLÁN.
(Pero Nuño.)

(1) Pescado parecido en su forma al besugo.
(2) Arte de pesca en forma de cuchara.

D. JOSÉ ZULUETA

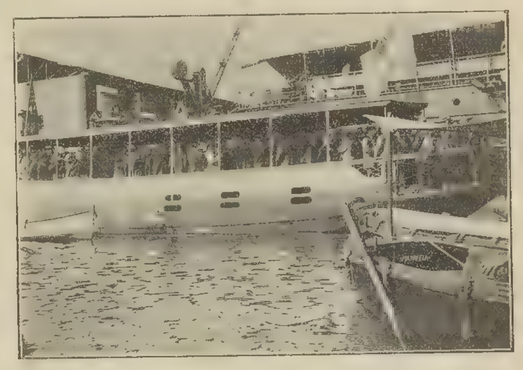


D. FEDERICO RAHOLA

Individuos de la comisión comercial á la América del Sur organizada por la revista barcelonesa «Mercurio»



BARCELONA. – Aspecto del embarcadero de la plaza de la Paz en el acto de embarcarse la comisión comercial (de fotografía de A. Mas)



BARCELONA. – La comisión comercial en el vapor golondrina que la condujo al transatlántico *Reina María Cristina* (de fotografía de A. Mas)



BARCELONA. – La comisión comercial á bordo del *Reina María Cristina* (de fotografía de A. Mas)

LA COMISIÓN COMERCIAL
ESPAÑOLA
Á LA AMÉRICA DEL SUR

Aunque no existieran otras consideraciones para justificar la necesidad de establecer inteligencias y relaciones entre España y las repúblicas americanas, que las que se derivan de la historia, idioma, costumbres y aspiraciones, merecería elogios y decidida protección la patriótica empresa iniciada por



RECUERDO DE ITALIA, cuadro de Baldomero Galofre (propiedad de D. Enrique Patlló)



CURIOSIDAD, cuadro de Ricardo Urgell (propiedad de D. Enrique Batlló)

la revista comercial ibero americana, titulada *Mercurio,* cual es la de dar á conocer á nuestras hermanas del Nuevo Continente, en forma amplia y completa, nuestra producción por medio de una embajada comercial, que anude de relaciones provechosas para todos.

Las corrientes comerciales han sufrido notables y perjudiciales desviaciones, y precisa buscar nuevos derroteros, hallar mercados seguros y establecer las naturales transacciones con los Estados á los que nos unen la comunidad de historia, los mismos vínculos de raza y el mismo lenguaje

Las rápidas evoluciones operadas en corto período de tiempo por algunas de las grandes potencias han producido el engrandecimiento de algunos pueblos á expensas de la decadencia de otros, ya que en este siglo llamado del progreso reprodúcense, bajo formas distintas, las imposiciones del vencedor. El derecho de la fuerza, la voluntad del más fuerte, cambia el destino de las naciones, y así como el señor feudal de los siglos medios vejaba á sus vasallos, á los viandantes y á los feudos fronterizos, hoy el primer canciller, presidente ó emperador de un Estado que debe su engrandecimiento á las armas, impone tratados y muda y transforma el modo de ser y la organización de los pueblos. España ha debido experimentar, por desgracia, las consecuencias que se derivan de acontecimientos cuyo recuerdo lleva consigo un caudal de amarguras. Precisa olvidarlas y para ello avanzar resueltamente por la senda que nos conduzca á la regeneración, buscando, en primer término, el medio de establecer mutuos y amplios mercados con nuestras hermanas del Nuevo Continente, con los pueblos modernos de la joven América, que los gobiernos de la metrópoli no debían haber olvidado.

De ahí la importancia y trascendencia de la iniciativa del propietario de la revista *Mercurio,* don J. Puigdollers, organizando primero, con motivo de la visita del vicepresidente de la República Argentina D. Quirno Costa, una exposición de productos nacionales, y después la constitución de la embajada comercial, valiosamente secundado por nuestros amigos el diputado á Cortes D. José Zulueta y el ex diputado y director de dicha revista D. Federico Rahola, tan competentes ambos en los estudios económicos.

La adhesión de las cámaras de comercio, centros y entidades demuestra la bondad de la empresa y la confianza que inspira el patriótico proyecto de sus iniciadores, que se tradujo en la hermosa manifestación que tuvo lugar en el acto de embarcarse el día 3 del actual en nuestro puerto, en el magnífico transatlántico «Reina María Cristina»

A todos damos nuestros plácemes, haciendo fervientes votos para que pronto se realicen tan nobles aspiraciones, y esperando confiadamente que nuestros hermanos de América acogerán á los embajadores de la paz y del trabajo con la simpatía que merecen.

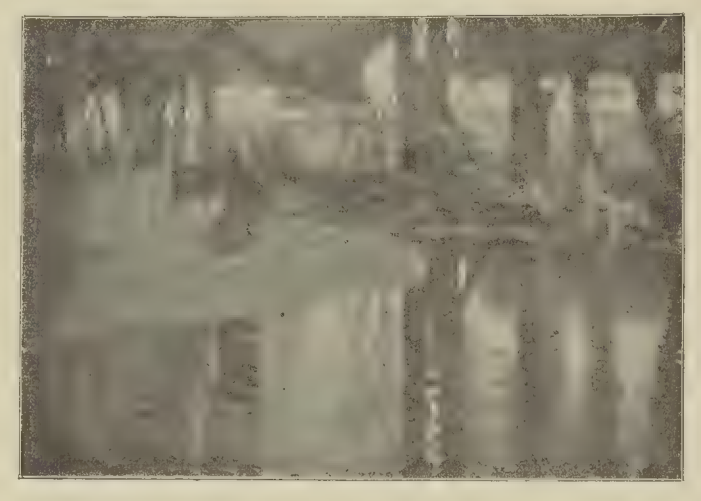
A. GARCÍA LLANSÓ.

NUESTROS GRABADOS

No está en sazón, cuadro de José María Tamburini.— Varias veces nos hemos ocupado en estas páginas de las obras del distinguido pintor catalán Sr. Tamburini, y varias también hemos hecho constar sus merecimientos y el lisonjero concepto que nos merece como pintor y como artista. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del cuadro que reproducimos, estudio agradabilísimo, que nos recuerda épocas que pasaron y hechos que se reproducen y observamos, y que tienen el privilegio de hacer asomar la sonrisa á los labios. Cuanto á la ejecución, sólo cabe añadir que es digna del buen nombre del artista.

***

Día de marzo, cuadro de Federico Behrendt.— Hay cuadros que, sin necesidad de un examen prolijo, revelan desde luego el temperamento artístico de su autor, y este que reproducimos es uno de ellos. *Día de marzo* es un lienzo de impresión; el pintor no se ha detenido en detallar, sino que ha trasladado á la tela el paisaje tal como él lo ha visto, mejor dicho, tal como lo ha sentido, con una sinceridad y una sobriedad que por sí solas constituyen el mejor elogio de la obra, avalorada además por un dibujo firme y por una entonación robusta que tan bien cuadran al asunto por el autor escogido, es decir, á ese momento en que la naturaleza, vencida por el crudo invierno, se apercibe á desplegar las energías durante esa estación acumuladas para saludar con sus mejores galas á la hermosa primavera, que ha de romper las cadenas en que por tanto tiempo ha estado aherrojada.



Día de marzo, cuadro de Federico Behrendt

***

A plena luz, cuadro de José Armet, propiedad de D. Enrique Batlló. — Por tercera vez reproducimos, en un breve período de tiempo, otra obra de este distinguido pintor. Corresponde á distinto género de aquel en que logró notoriedad el artista catalán y revela una de las fases de su historia artística, atestiguando la variedad de sus aptitudes y la frescura y brillantez de su paleta, en donde se amasaban tonalidades simpáticas y agradables, que aún hoy, al verlas combinadas en los lienzos que produjo, cautivan y embelesan. Acepte el artista y el amigo estos renglones como muestra del afecto y de la consideración que nos merece.

***

Recuerdo de Italia, cuadro de Baldomero Galofre.—A la galantería de su propietario D. Enrique Batlló debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de las producciones del malogrado artista y amigo querido Baldomero Galofre. Corresponde á aquel período de febril actividad, cuando al cabo de algunos años de ausencia fijó su estancia en Barcelona, complaciéndose en recordar la bella Italia, el país que tan vasto campo de estudio ofreció al artista, que tantos elementos aportó á su fantasía, para embellecer sus creaciones, dándoles el atractivo y el relieve que podía prestarlas su brillante paleta, en la que se amasaban torrentes de luz y simpáticas coloraciones. Sirvan estos renglones de póstumo homenaje al pintor y de cariñoso recuerdo al amigo.

***

Curiosidad, cuadro de Ricardo Urgell.— Recomendable por más de un concepto es el cuadro que reproducimos, obra del joven pintor Ricardo Urgell, que sigue las huellas de su padre y maestro, el distinguido paisajista. En el lienzo á que nos referimos obsérvase desde luego la precisión en los tonos y la verdad distintiva de todas las producciones estudiadas del natural, ofreciendo la particularidad de ser trasunto fidelísimo de uno de los rincones del taller de nuestro amigo, cuyos interesantes estudios examina la curiosa visitante. Plácemes merece el artista por su obra y no menos el ilustrado coleccionista D. Enrique Batlló por haberla unido á su colección.

***

La tempestad, cuadro de Francisco Domingo.—La justa y sólida reputación adquirida por este celebrado pintor valenciano nos releva de toda alabanza del cuadro que en la página 615 reproducimos. Francisco Domingo con igual maestría pinta retratos, de algunos de los cuales ha dicho un crítico, que no peca de benévolo, «que parecen pintados en el medio ambiente dentro del que pintaban desde Sánchez Coello hasta Velázquez,» que lienzos de costumbres nacionales, llenos de color, de verdad y de vida; y con igual éxito cultiva el género histórico, que el paisaje y el cuadro de caballete, admirándose en todas sus obras una ejecución primorosa. Ha obtenido honrosas recompensas en importantes exposiciones, pero más que á la consagración oficial debe su fama á sus propios merecimientos, que le han conquistado el aplauso, no sólo del público de su patria, sino que también de los públicos extranjeros, que se disputan sus producciones.

En la feria, cuadro de Francisco Guillermo Voigt.— Pasaron los tiempos en que el artista acometía con preferencia aquellos temas que por su grandiosidad intrínseca ó por las dificultades de composición y ejecución le parecían dignos de su pincel y desdeñaba aquellos otros, en su concepto prosaicos, que con prodigalidad le brindaba la vida ordinaria que se desarrollaba en torno suyo. Hoy no desprecia el arte nada de cuanto pueda contribuir algún día al conocimiento del modo de ser de nuestra época, y así vemos reproducidos en notables lienzos sucesos de importancia muy limitada, episodios de interés muy relativo, escenas de costumbres de carácter puramente local. Y sin embargo de la insignificancia del asunto, tales lienzos nos cautivan porque el autor ha puesto en ellos algo más que la materialidad del suceso, del episodio, de la escena que á su vista se ofrecían; ya que los ha animado con esa alma, por decirlo así, que vivifica cuanto en el mundo existe y acontece. El cuadro de Voigt *En la feria* es una prueba de nuestro aserto y al contemplarlo no habrá quien no elogie al celebrado pintor berlinés por haber escogido un tema que le ha permitido hacer gala de su espíritu observador y de su habilidad técnica.

MISCELÁNEA

Bellas Artes – PARÍS. – El Museo del Louvre ha recibido por virtud de un legado, entre otros varios cuadros notables, dos obras maestras de Delacroix y Decamps, á saber, el *Hamlet,* del primero, y *La derrota de los cimbrios,* del segundo.

Teatros. – *Barcelona.* – En el teatro de Novedades actúa la compañía de ópera que últimamente funcionó en el Tívoli y que bajo la dirección del maestro Baratta ha cantado con gran éxito entre otras obras de repertorio *La Boheme,* de Puccini. En el Tívoli funciona una notable compañía ecuestre-acrobática, dirigida por el Sr. Alegría. En el teatro de la Granvía habrá debutado, cuando salga el presente número, la compañía dramática italiana á cuyo frente figura la eminente actriz Sra. Vitaliani.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Federico Dieterici, sabio orientalista alemán, profesor de la Universidad de Berlín, gran conocedor de la gramática, de la poesía y de la filosofía árabes, autor de varias obras importantes.

Carlos Emilio Bricka, historiógrafo dinamarqués.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 336, POR K. ERLIN.

NEGRAS (6 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h
8								
7					♟			♟
6					♖			♞
5					♘		♟	
4			♖	♘				
3			♗		♚			
2								
1	♞						♔	

BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 335, POR E. SAUBERLICH.

Blancas	Negras
1. C d 3 – b 2	1. a 3 × b 2
2. D h 3 – b 3	2. c 4 × b 3 ú otra.
3. c 2 – c 4 ó D mate.	

VARIANTES.

1 ..... A d 4 × c 2; 2. C b 2 – a 4, etc.
1. .... c 4 – c 3; 2. D h 3 × c 3, etc.
1.. ... T a 1 – b 1; 2. D h 3 – b 3, etc.
1.. ... Otra jug.ª; 2. C b 2 – a 4, etc.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y al ver que Andrea se aproximaba, la miró con insensato espanto.

– ¡Oh! ¡Magdalena! ¡Magdalena!..

– Papá, soy yo; ¿no me conoces?

– Sí..., tú... ¿Qué vienes á hacer aquí, Magdalena? Esta no es tu casa... Si la muerta te lo ha dicho..., no puede probarlo..., puesto que fué quemado..., quemado... Yo lo sé bien que fué quemado... Ahí, en la chimenea... No hay más que cenizas..., cenizas..., bien mezcladas..., bien mezcladas con las otras...

Andrea, muy temblorosa, le contestó inconscientemente, para calmar acaso su delirio halagándole:

– ¡Cenizas!.. ¿Qué has quemado?

Y el enfermo respondió en tono de misteriosa confidencia:

– El testamento... Bien lo sabes...

Andrea sintió que toda la sangre afluía á su corazón y fué, como una loca, á cerrar la puerta de la vasta estancia para poner al enfermo y ponerse á sí misma al abrigo de alguna curiosidad ó de algún espionaje.

Después volvió á la cama, estremeciéndose.

– ¡El testamento!.. ¿Qué testamento?

El herido contestó con la misma voz misteriosa, con la misma voz de locura:

– Bien lo sabes..., el otro...

Pero de pronto su delirio tomó nueva dirección.

– ¡Esta fortuna es mía!.. ¡Vete!.. ¡Echadla!.. ¡Echad á esa mujer!..

Y la crisis, cada vez más temible, llegó entonces á su paroxismo.

Reversay prorrumpió en gritos..., esfuerzos desesperados..., una lucha aterradora entre la que trataba de aliviarle y aquel enfermo que se defendía contra ella... con rabia..., con furor...

Andrea pudo al fin darle, por un prodigio de voluntad, unas gotas de la poción narcótica, y el delirio se calmó poco á poco al cambiar también de forma.

El enfermo balbuceaba penosamente, con los ojos cerrados:

– Yo... he sido capaz... ¿Quién lo creyera?.. Yo... magistrado... Yo, que he dado cien mil francos... El notario me dijo: «¡Es admirable!..» ¡Qué sarcasmo!..

Y después todo aquello se hizo confuso é incomprensible... Andrea aprovechó de nuevo ese momento de calma para dar á su padre la poción que le dominaba.

Y poco á poco, un sueño pesado y comatoso, entrecortado por quejidos y suspiros, acabó por hacerle caer de nuevo en aquella cama revuelta.

Esta vez era la reacción de aquel acceso terrible, la reacción que quebranta y que aniquila.

Nada turbó ya el pesado silencio de aquella inmensa habitación apenas alumbrada, en la que Francisco de Reversay dormía con un sueño oprimido y Andrea, aterrada, dejaba vagar sus ojos en el vacío, ante las miradas borradas de las diosas que, en los tapices de las paredes, tomaban posturas quiméricas y vivientes.

Por la mañana, los médicos encontraron al enfermo muy débil y no ocultaron sus temores á la pobre enfermera. ¡Dios mío! ¡Qué pálida estaba la niña infeliz!

La misma situación se prolongó durante cuarenta y ocho horas... Cuarenta y ocho horas de angustia, de opresión, de delirio...

Pero al fin, como dice un proverbio que los golpes en la cabeza, si no matan, se curan pronto, y la conmoción no había matado á Reversay, la mejoría de su estado fué rápida. Dos días después abrió los ojos y no fueron ya los de un loco, sino los de un convaleciente.

– Esto va bien, dijo el médico, y no será ya más que una cuestión de pocos días.

El herido preguntó con voz todavía lastimera:

– ¿Tan malo he estado, entonces?

– ¡Ah! ¡Pobre papá!..

– Tres días, dijo el doctor, de fiebre ardiente, de delirio...

– ¡Tres días!

Y su primera preocupación fué preguntar:

– ¡El correo! ¿Hay cartas para mí, verdad?

– Sí, papá, muchas. Yo también he recibido gran número de todos los que han sabido tu accidente y se han apresurado á manifestarme la parte que tomaban en...

– Las mías..., las dirigidas á mí... Dámelas.

– Pero ya... ¿No temes fatigarte?

– Dámelas..., te lo ruego...

Y cuando le dieron el paquete, muy voluminoso en efecto, escogió en él dos ó tres cartas muy elegantes, que habían llamado la atención de Andrea, timbradas en el correo de Grenoble. Reversay las abrió con cierta impaciencia, las leyó y dió un suspiro indefinible.

En seguida dijo:

– Dame recado de escribir.

– Pero... en tu estado... Si yo pudiera...

– No, no... Dame lo que te pido... Lo quiero.

Andrea obedeció y el enfermo escribió unas líneas, las metió en un sobre, puso la dirección y después de encerrar cuidadosamente en la carpeta las cartas que acababa de recibir, dijo:

– Toma; guarda todo esto en mi escritorio.

Y cuando vió que estaba hecho, añadió:

– Vas á hacer que echen al correo... Pero no; llama á Antonio...

Cuando se presentó el ayuda de cámara, le entregó la carta y le dijo:

– Lleve usted esto... al correo... inmediatamente.

Y ya seguro de que Andrea no vería aquella dirección ni leería las cartas guardadas en el escritorio, dió un suspiro de satisfacción y dijo:

– ¡Pobre hija mía! ¡Qué malos días he debido darte!..

– Mándele usted que descanse, Sr. de Reversay, dijo el doctor, pues bien lo necesita. Hace tres días que no abandona esta cabecera.

– Era mi puesto, doctor.

– Pero ya no, señorita, desde el momento en que la ciencia responde del enfermo.

– Sí, hija mía, vete á dormir, mientras el doctor me cuenta... ¿Tan lejos de mí estaba, pues, mi espíritu? ¿En el otro mundo? ¡Ah! ¡Pobre Andrea!.. ¡Qué mal enfermo he debido ser!

– No, papá...

– ¡Cuántas tonterías he debido decirte!..

Andrea se puso muy pálida y no respondió.

Lo que le había dicho su padre eran cosas espantosas, que desde aquella noche dominaban su pensamiento como una atroz obsesión.

El herido la atrajo hacia él.

– ¡Ah! ¡Hija mía, cuánto te quiero!..

La joven exhaló un suspiro que pareció un sollozo y se escapó apresuradamente.

– Está un poco nerviosa, dijo el médico. ¡Diablo! Después de una sacudida moral y de un cansancio físico de setenta y dos horas, lo estaría cualquiera.

– ¡Pobre ángel mío!

Y murmuró, en el bienestar de su alivio:

– Sí..., tendremos que poner en su canastilla de boda ese aderezo que tanto desea...



¡Cállate!.. ¡Cállate! ¿No ves, desgraciada, que pueden oirte?

V

Pasaron unos días, y si el enfermo no estaba enteramente curado, había entrado en plena convalecencia.

Reversay se levantó aquel día, y por primera vez hizo el inmenso esfuerzo de ir desde la cama hasta el sillón en que durante tantas horas había velado Andrea con la angustia del día de mañana y con el espanto de aquel pasado que acababa de aparecérsele,

¡Ah! ¡Aquellas palabras pronunciadas por su padre en el delirio!.. Andrea las estaba oyendo siempre y eran su monomanía y su obsesión.

En el primer momento había rechazado, encogiéndose de hombros, las sospechas que la desgarraban.

¡Su padre haber cometido esa acción abominable! ¡Haber despojado á su prima!.. ¿Era eso posible? ¿Era siquiera verosímil?

¿Acaso su carácter..., su vida..., la misma ligereza de su espíritu, no protestaban contra la idea de una responsabilidad tan espantosa?

Pero precisamente, al pensar esto, Andrea empezó á no estar tranquila.

Era preciso que se confesase á sí misma lo que no hubiera confesado á nadie en el mundo.

Sí, el carácter de su padre era ligero y débil. Su vida había sido siempre la de un hombre de placeres. Al día siguiente de ser rico – sabe Dios por qué medios – había renunciado á la carrera en la que hubiera podido llegar á ser, como su padre y su abuelo, un hombre altamente considerado.

Había preferido la existencia ociosa, frívola é inútil que, después de la muerte de la mujer amada y de un período de dolor loco y enfermizo, se había convertido poco á poco en una vida más mundanal todavía, más ruidosa y aturdida, que le alejaba cada día más de su casa y de su hija.

Y después, otras mil cosas de las que tenía una vaga intuición..., misterios que no lo eran más que para ella..., frases que había oído aunque las interrumpieran al verla llegar...

Andrea no era ya una niña ni tenía nada de tonta. Estaba segura de que en la vida de su padre había unas relaciones... conocidas por todo el mundo. Aquellas cartas del otro día... Aquellas cartas cuyo sobre ostentaba una elegante letra de mujer... Aquella señora que había ido tres veces en su coche á pedir noticias del herido... y de la que nadie había sabido ó querido decirle el nombre...

Todo esto no le ayudaba á protestar alta y resueltamente contra la sospecha que llenaba su alma de angustia hacía tres días.

Andrea, entonces, pensaba en aquel regalo anónimo, en aquella donación de cien mil francos... ¿No tenía esa acción todo el aspecto de una restitución arrancada, más que á la caridad, al remordimiento?..

Y si era verdad el hecho abominable que su padre había revelado en el delirio, ¿qué había que hacer? ¿Qué debía exigir? ¿Qué iba á ser de ella?

¿Podía tomar una parte, para llevársela en dote á su prometido, de aquel dinero del que habían sido acaso despojados los que ahora luchaban con las tristezas de una vida miserable, mientras en su casa se malgastaba sin contar?

¡Ah! Era preciso saber á qué atenerse... Era preciso estar segura, porque no quería tocar á lo que no era suyo, ni hacerse cómplice de una infamia.

Andrea era muy recta, no transigía con las faltas de probidad, y su conciencia era tan resuelta como su voluntad.

Sí, la joven veía las consecuencias terribles de todas estas cosas. Sí, acaso iba á salir de esta prueba con el corazón deshecho, con el porvenir roto y con todas sus esperanzas desvanecidas para siempre...

Pero poco importaba. Andrea era honrada y quería saber...

Cuando aquella mañana entró en la habitación, su padre, instalado triunfalmente en un sillón, le dirigió una sonrisa y le dijo:

– Ya ves, hija mía, que aunque un poco estropeado, estoy en pie. Bien puedo decir que de buena me he escapado... ¡Oh! ¡Cómo voy á vender los tales caballos!.

Los labios de Andrea palidecieron y temblaron, pero respondió valientemente:

– No hubieras tenido esos caballos si mi prima Magdalena hubiera tenido en su poder el testamento...

Y dirigió á su padre una mirada firme y resuelta para añadir con voz vibrante:

– El testamento que tú quemaste...

Bajo aquella mirada y ante aquellas palabras, Reversay se puso lívido.

– ¿Qué testamento?

– Bien lo sabes. ¿Para qué obligarme á decir lo que tú me has revelado? A Dios gracias, exclamó la joven juntando las manos, estaba sola cuando hablaste.. Solamente yo lo oí... ¡Ah! Papá, papá, ¿qué has hecho?..

Reversay trataba en vano de protestar con violencia.

– ¡Pero has perdido la razón, desgraciada!..

– ¿No fuiste tú, padre, el que perdió un día toda conciencia?

– ¡Estás loca! ¡Estás loca!

– ¡Si vieras tu palidez! ¡Mira! ¡Tienes la frente toda mojada! Si vieras el espanto que aparece en tu cara y que todo el mundo podría observar, no te obstinarías en negar lo que tú mismo me has confesado, pobre papá... Me lo has dicho todo..., todo...

Reversay respondió, perdiendo la poca tranquilidad que le quedaba:

– ¿Qué te he dicho, pues?.. Y ante todo, ¿cuándo te he dicho nada?

– Cuando luchabas con los terrores del delirio... Cuando me tomabas por Magdalena... Cuando me revelaste que aquí, en la chimenea...

– ¡Cállate!.. ¡Cállate! ¿No ves, desgraciada, que pueden oirte?

– ¿Lo ves? ¿Lo ves?..

La joven prorrumpió en un sollozo desgarrador.

– ¡Dios mío! ¡Qué desgraciados somos!.. ¡Qué dignos de lástima!..

El convaleciente no comprendió bien la causa de aquel grito de angustia y respondió:

– ¡Desgraciados!.. ¿Por qué? ¿Qué puedes temer? ¿Acaso saldrá jamás de tus labios una palabra de este asunto? ¿Crees que yo hablaré, por mi parte?.. Tranquilízate, Andrea...

– ¡Ah! ¡Estoy perdida!

– ¿Estás loca? Ya olvidarás esto... Yo también lo he olvidado... Serás feliz con tu marido...

– ¡Mi marido! ¿Pero tú supones que voy?..

Y la joven fué presa de una crisis de sollozos irresistibles.

Su padre dijo febrilmente:

– Sí, seguramente, vas á olvidar lo que yo solo debía saber... Lo que por un deplorable azar has sabido... muy mal, por otra parte... Porque, una vez que yo me haya explicado, verás que puedes perfectamente casarte con el hombre á quien quieres... y que te ama.

– ¡Pobre Julián!..

– Debes quitarte de la cabeza esas ideas locas que no son más que escrúpulos sin fundamento.

Y Reversay entró en posesión de sí mismo para convencer á su hija con una ardiente defensa:

– Si ha habido una acción reprensible, no tienes nada que ver con ella. Yo solo soy el culpable, y después de todo, no mucho. Sí, en el último día de su vida, nuestra prima Hortensia tuvo un acceso de fiebre..., de inconsciencia..., producido por la sobre excitación que le causó una escena odiosa..., que la mató... Porque fué aquella provocación de Magdalena la que dió la muerte á nuestra prima... Sí, Hortensia escribió unas palabras que atentaban contra mis derechos anteriores.., bien adquiridos..., que nunca merecí perder... Sí, yo destruí aquellas líneas no razonables, como ella misma hubiera hecho al día siguiente si no hubiera muerto... No, no tengo remordimientos..., porque nada cambié de lo que debía ser, de lo que era realmente.

– Pero quemaste...

– Un pedazo de papel.

– Un testamento...

– Absurdo..., no válido...

– Si no era válido, ¿por qué lo quemaste?

– Para evitar discusiones y pleitos...

– No siendo válido, no los hubiera habido.

– Siempre se pueden emprender pleitos temerarios..

– Nadie los emprende sin tener, al menos, una apariencia de razón.

– ¡Bah! ¡Las apariencias!..

– Bastaba que hubiera la posibilidad de una duda... Tu acto, pobre papá, es el que te condena... Ahora ya sé lo que á costa de mi vida quisiera seguir ignorando.

Reversay hizo un ademán de cólera.

– Pues bien, supongo que no ignoras tu obligación estricta y te creo bastante razonable para estar seguro de que enterrarás este secreto...

El padre bajó instintivamente la voz:

– No se trata solamente de nuestra fortuna, Andrea, sino de mi honor...

– ¡Ah! ¿Crees que no es eso lo que me turba? ¡Tu honor! Si tu honor no estuviera de por medio, ¿crees que no lo haría todo, sí, todo, á pesar de ti mismo, para tranquilizar tu conciencia?.. Porque tu conciencia está alterada, por más que digas, y grita, cuando tu voluntad no puede imponerle silencio... Tu conciencia habló la otra noche...

– Mi honor..., el tuyo...

– Sin embargo, papá...

Y Andrea se animó á su vez:

– Lo justo es siempre posible.. Cuando se quiere hay siempre algún medio... Tienes tu fortuna personal... Yo tengo la de mi madre y te la cedo de buena gana... ¿No puedes vivir con eso? ¿No puedes vivir holgada y honrosamente?.. ¡Papá! ¡Restituye! ¡Restituye!

– ¡Estás loca!

– ¡Es una fortuna robada!

– Es una fortuna que me pertenece, que conservo y que conservaré...

Reversay pronunció esta frase con una violencia que hizo retroceder á Andrea. La joven se puso más pálida. Sus lindos labios rojos se pusieron lívidos como si toda su sangre hubiera afluído al corazón, pero sus negros ojos se llenaron de un fuego sombrío cuando respondió:

– En ese caso la guardarás tú solo.

– ¿Qué quieres decir?

– Es muy sencillo... Que me iré.

– ¿Adónde?

– No lo sé todavía... No he podido reflexionar... Hubiera necesitado para eso tener mi espíritu tranquilo... Estas cosas aturden..

– Pero, mi pobre hija...

– No, padre mío, no me compadezcas. El más digno de compasión aquí eres tú.

Y la joven exhaló un doloroso suspiro.

– Soy, sin embargo, muy desgraciada, añadió. ¡Esa fortuna me importa poco!.. Pero comprendo que estoy perdida..., irremisiblemente perdida... Mejor quisiera morirme que aportar á Julián de Ponterede un dote que no me pertenece, y no puedo, sin embargo, decirle por qué soy pobre... No tengo ni el supremo, pero feliz recurso de hacer que me tome sin fortuna... Porque le conozco..., pobre amigo mío..., y sé que lo haría gozoso y en seguida... Pues bien, sin eso..., porque tendría que explicarle... ¡Ah! Sí, tienes razón al suponer que cuido de tu honor..., de lo que tú llamas tu honor, padre mío. Jamás haré nada contra él.. Para eso renunciaré á amar, á ser amada, á todo..., porque á cualquiera con quien yo me propusiera compartir la vida, tendría que decirle lo que nunca saldrá de mis labios...

Reversay dió un ronco suspiro.

– ¡Pobre hija mía!

– Pero poco me importa, repitió Andrea irguiendo con altanería su esbelta estatura. Tú eres digno de lástima, mientras que yo...

– Y bien..., tú... ¿Qué pretendes hacer?

– Salir de aquí, donde nada me pertenece... y donde no quiero vivir de lo que pertenece á otros.

– ¿Y adónde irás?, preguntó ansiosamente Reversay.

Pareció que Andrea libraba un combate consigo misma. Después dijo con voz sorda:

– Dirás, si quieres.., por tu honor..., que he vuelto á mis ideas religiosas... Sí.. Dirás que voy á entrar en el convento...

Y sus labios temblaron al añadir:

– Eso es lo que escribiré también... al que sufrirá mucho por mi partida...

– ¡Andrea! ¡Quieres!..

– ¿Qué sé yo lo que quiero?, respondió la joven con desesperación. Pero allá.., en el convento de Conflans, porque en este de Montfleury estaría muy cerca de las desolaciones y de los asombros que no quiero ver..., allí reflexionaré y tomaré un partido. .

– Pero... yo me opongo..

– Olvidas que soy mayor de edad, padre mío.

Reversay no pudo reprimir un movimiento de irritación.

– ¿De modo que me dejas... solo?..

– De ti depende el que vuelva... Ya sabes con qué condición...

– Tu condición es un locura...

– Entonces, adiós, padre mío.

La cólera, ya desbordada, de Reversay se tradujo en un ademán de amenaza.

– Está bien... Pero no por eso estará vacía mi casa. .

Andrea dió un profundo suspiro .. y salió sin responder.

VI

José Pascalón, notario hacía cuarenta años de la ciudad de Grenoble, estaba aquella mañana, como siempre, en su despacho de la calle de Lafayette, situada no lejos del palacio de Justicia y cerca de la oficina del Registro de la Propiedad, una calle admirablemente escogida para facilitar la tarea del notario y para ahorrar pasos á sus clientes.

Aquel despacho era un poco sombrío, nada lujoso y totalmente desprovisto de esas maderas talladas y de esos cueros acolchados que dan á un mobiliario un aspecto tan austero, tan elegante y tan ceremoniosamente cómodo.

Es verdad que, como decía Pascalón, una buena reputación vale más que un despacho dorado y que solamente con farsas se llega á deslumbrar á la

gente, por lo cual el digno notario era resuelta, soberbia y obstinadamente partidario del sistema antiguo.

Pascalón seguía ateniéndose á las inmutables levitas negras y á las fundamentales corbatas blancas. Llevaba peluca, lo que le preservaba del frío cuando se quitaba su gorro griego para recibir á las señoras, lo que sucedía frecuentemente y con las más empingorotadas, pues tenía la clientela de toda la aristocracia de la ciudad y de sus alrededores.

Al contacto de esas elegancias, que son en provincias un poco amaneradas, el notario había tomado también maneras demasiado ceremoniosas acaso, pero de una refinada cortesía.

Este gran viejo un poco encorvado, siempre afeitado cuidadosamente, que tomaba rapé y que se sacudía con los dedos, como un barba de la Comedia francesa, los granos que le caían en la pechera almidonada, era un representante tenaz de aquella burguesía de principios del siglo último, toda finura, cortesía y buena educación.

En el colegio había estudiado con aprovechamiento las humanidades, y buscando un poco en aquel escritorio de caoba, se hubiera encontrado un Horacio debajo del Código de Napoleón... Sí, aquel notario era acaso un fósil, pero ¡qué admirable ejemplar para un museo prehistórico!

Sonaron unos golpecitos en la puerta del despacho.

– Adelante... ¿Qué ocurre?, dijo Pascalón al ver la cara de su pasante.

– Una joven que quiere hablar con usted.

– ¿Ha dicho su nombre?

– Vea usted su tarjeta.

El notario no hizo más que echar una ojeada.

– Hazla entrar en seguida... No, no, voy yo mismo...

Y se precipitó en el estudio, en donde media docena de escribientes se pusieron á garrapatear con ardor, mientras miraban con el rabillo del ojo á aquella linda cliente á quien nadie conocía y que se presentaba por primera vez.

Pronto supieron su nombre, porque el notario dijo, con el ademán más redondeado de su largo y delgado brazo:

– ¡Señorita de Reversay!.. Ruego á usted que se tome la molestia de entrar...

Y añadió volviéndose, después de hacer pasar delante á Andrea:

– No estoy en casa para nadie.

Después de cerrar la mampara acolchada que transformaba el despacho en un inviolable confesonario, preguntó:

– ¿A qué debo, señorita, el placer y el honor?.. Pero ya caigo... Su señor padre... Tranquilíceme usted pronto... Supongo que no está peor...

– Está todo lo bien que es posible, Sr. Pascalón.

– ¡Ah! Me tranquilizo... El Sr. de Reversay la envía á usted, sin duda, á esta fea antecámara del templo de himeneo...

– No, soy yo, querido Sr. Pascalón, la que tiene necesidad de sus servicios.

– Soy muy dichoso, señorita...

Y con una sonrisa añadió:

– Me apresuro á decir «señorita» porque...

Andrea le interrumpió:

– Sr. Pascalón, sé que puedo tener en usted plena confianza...

– Hace cuarenta años, señorita, me estoy esforzando por merecer esa buena opinión.

– Todo lo que se dice aquí...

– Aquí se queda, respondió el notario asombrado.

– Usted era amigo de mi abuelo...

– Sí, señorita, el señor presidente Reversay trataba de hacerme olvidar la distancia que separaba su sillón de mi despacho. Yo estaba orgulloso con su amistad. Era un gran magistrado, y yo hubiera querido que su hijo... Pero la fortuna dió un día vueltas á su rueda para decidir lo contrario.

– Usted lo sabe mejor que nadie, puesto que le puso en posesión de la herencia de nuestra prima.

– Sí, de aquella pobre señorita de la Croix de Arbel...

– También fué usted quien intervino en la herencia de mi pobre madre...

– Sí, señorita, dijo el notario cada vez más asombrado.

– De modo que tendrá usted todavía todas las cuentas... y todas las cifras de esta última sucesión.

– Seguramente.

– Quisiera saber exactamente á cuánto ascendía la fortuna de mi madre.

– ¿La fortuna personal de usted?

– Sí.

– Es muy sencillo. Pronto vamos á saberlo.

El notario consultó un índice y tocó el timbre.

– Tráigame usted, dijo al escribiente que se presentó, el tomo LXII de la colección.

En cuanto lo tuvo, buscó rápidamente en aquel montón de papeles sellados:

«Inventario y pago de la herencia de la señora Lucía de Reversay, Rival de Lanceroy de su nombre de familia.»

– Aquí está.

Y dijo mientras hojeaba:

– Régimen dotal. Así pues, todo el capital de su señora madre ha venido á poder de usted... Su dote fué de doscientos mil francos. La herencia de su abuelo de usted, de Lanceroy, no fué más que ciento siete mil francos y una fracción. Ya sabe usted que en los negocios de la Unión General sufrió una gran pérdida... De todo esto ha dado recibo su padre de usted como tutor legal.

– ¿Y está todo á mi disposición?

– Sí, señorita; desde que es usted mayor de edad. No hace mucho tiempo y todavía no lo parece, pero el registro civil no es galante y atribuye á usted veintiún años. Fuerza es, pues, aceptarlos aunque usted no represente más que quince ó dieciséis.

Este madrigal fué completamente perdido, pues Andrea seguía preocupada con sus planes.

– ¿Qué formalidades hay que llenar para que ese capital venga efectivamente á mi poder?

– Pero, señorita, eso debe arreglarse entre su señor padre de usted y el Sr. de Pontarede. Estoy al corriente...

– No, querido señor Pascalón, no lo está usted. Mi matrimonio con el Sr. de Pontarede se ha roto y yo no quiero quedarme en Biviers. Necesito disponer de mi fortuna y para esto me dirijo á usted.

El notario no quería dar crédito á sus oídos.

– ¡Que no quiere usted!.. Permítame, señorita, esta respetuosa pregunta: ¿por qué?

– Porque hay disentimientos entre mi padre y yo, porque juzgo ya imposible la vida común con él, porque quiero usar de mi derecho y vivir á mi gusto donde me plazca.

El notario la miró estupefacto.

¡Qué tono!.. ¡Qué tranquilidad!.. ¡Qué resolución en aquellos ojos negros!

El anciano, sin embargo, se atrevió á decir todavía:

– Es que... Perdone usted esta objeción á un viejo y á un amigo de su abuelo... Es que usted sola..., á su edad... ¿Ha reflexionado usted la malevolencia y las calumnias que va á afrontar?

(Continuará.)



¿Y está todo á mi disposición?



GOTHA. – El palacio de Friedenstein

EL DUQUE DE SAJONIA-GOTHA

ERNESTO EL PIADOSO

La bellísima y frondosa *Turingia* es el corazón de Alemania, la cuna de la poesía germana.

Ofreció al mundo asombrado el espectáculo glorioso de los *minnesinger* y vió con pasmados ojos una santa en la landgravina Isabel, inmortalizada en la música por Liszt y en la pintura por el seráfico Murillo y por el romántico Mauricio de Schwindt. Dió á los protestantes su Lutero, que en la misma Wartburg donde habían celebrado sus certámenes los cantores de amor, traducía la Biblia y entonaba su brioso canto *Un castillo fuerte es nuestro Dios.* Dió á los protestantes un Federico el Sabio y á los amantes de la música religiosa un Juan Sebastián Bach, de quien dice mi tocayo D. Juan Luis Estelrich:

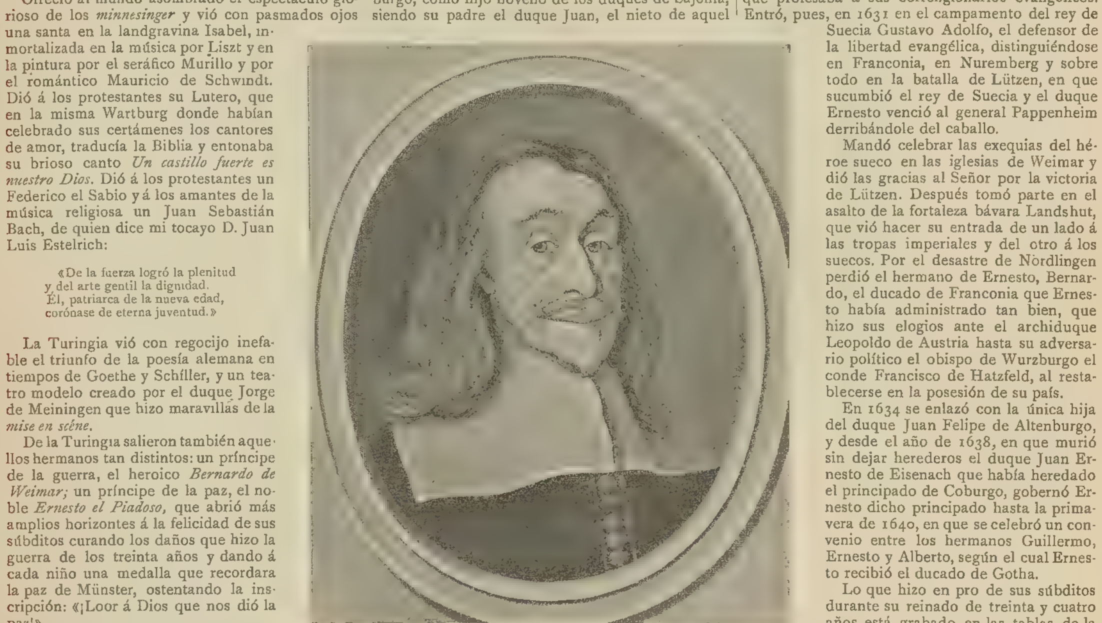
> «De la fuerza logró la plenitud
> y del arte gentil la dignidad.
> Él, patriarca de la nueva edad,
> corónase de eterna juventud.»

La Turingia vió con regocijo inefable el triunfo de la poesía alemana en tiempos de Goethe y Schiller, y un teatro modelo creado por el duque Jorge de Meiningen que hizo maravillas de la *mise en scène.*

De la Turingia salieron también aquellos hermanos tan distintos: un príncipe de la guerra, el heroico *Bernardo de Weimar;* un príncipe de la paz, el noble *Ernesto el Piadoso,* que abrió más amplios horizontes á la felicidad de sus súbditos curando los daños que hizo la guerra de los treinta años y dando á cada niño una medalla que recordara la paz de Münster, ostentando la inscripción: «¡Loor á Dios que nos dió la paz!»

El venerable castillo de Friedenstein, que edificó en la ciudad de Gotha *Ernesto el Piadoso* después de la guerra de los treinta años como símbolo de la fuerza alemana triunfando de los golpes del destino, ha sido el teatro de la conmemoración del tercer centenario del nacimiento de *Ernesto el Piadoso.*

El que suspiró por el reino de Dios y que hizo aprender de memoria á sus hijos la Sagrada Escritura, vió la luz el mismo día en que la cristiandad celebra con unánime regocijo, con villancicos, con el rumrum de las zambombas y el tantán de los tambores, el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Pues nació el *Duque Ernesto,* que se hizo el Redentor de su patria, en la fiesta bendita de la paz, en la Nochebuena de 1601, en el castillo de Altenburgo, como hijo noveno de los duques de Sajonia, siendo su padre el duque Juan, el nieto de aquel Juan Federico el Magnánimo que fué preso en 1547 en la batalla de Mühlberg.



El duque de Sajonia-Gotha Ernesto el Piadoso (copia de un grabado de Jacobo Sandrart)

Su rasgo característico era la piedad, y las consolaciones de la religión eran su amparo seguro en todas las desventuras. A los cuatro años de edad perdió á su padre, á los dieciséis á su buena madre, la duquesa Dorotea María, princesa de Anhalt-Köthen. Esta dejó á sus hijos cual herencia la concordia, reinando Ernesto primero en unión de sus hermanos y dando pruebas de su sabiduría y de su amor á las letras.

Esto no le impidió ser también un excelente caudillo cuando le obligó á empuñar la espada el amor que profesaba á sus correligionarios evangélicos. Entró, pues, en 1631 en el campamento del rey de Suecia Gustavo Adolfo, el defensor de la libertad evangélica, distinguiéndose en Franconia, en Nuremberg y sobre todo en la batalla de Lützen, en que sucumbió el rey de Suecia y el duque Ernesto venció al general Pappenheim derribándole del caballo.

Mandó celebrar las exequias del héroe sueco en las iglesias de Weimar y dió las gracias al Señor por la victoria de Lützen. Después tomó parte en el asalto de la fortaleza bávara Landshut, que vió hacer su entrada de un lado á las tropas imperiales y del otro á los suecos. Por el desastre de Nördlingen perdió el hermano de Ernesto, Bernardo, el ducado de Franconia que Ernesto había administrado tan bien, que hizo sus elogios ante el archiduque Leopoldo de Austria hasta su adversario político el obispo de Wurzburgo el conde Francisco de Hatzfeld, al restablecerse en la posesión de su país.

En 1634 se enlazó con la única hija del duque Juan Felipe de Altenburgo, y desde el año de 1638, en que murió sin dejar herederos el duque Juan Ernesto de Eisenach que había heredado el principado de Coburgo, gobernó Ernesto dicho principado hasta la primavera de 1640, en que se celebró un convenio entre los hermanos Guillermo, Ernesto y Alberto, según el cual Ernesto recibió el ducado de Gotha.

Lo que hizo en pro de sus súbditos durante su reinado de treinta y cuatro años está grabado en las tablas de la historia y en el corazón agradecido del pueblo sajón.

Al entrar el duque en Gotha el 24 de octubre de 1640, la miseria era grandísima: por doquier había casas destruídas, pueblos arruinados, campos devastados, iglesias convertidas en caballerizas, casas de párrocos hechas cervecerías; por doquier había vagabundos licenciosos, mendigos rapaces, merodeadores, buscones, y por doquier desplegaba el duque Ernesto el Deseado la actividad más benéfica, cuidando así por el bien

material como por el bien espiritual de sus pobres súbditos, animándolos con buenos consejos y dádivas, asegurándolos y socorriéndolos con dinero, granos y frutos, dando á los hambrientos trabajo y pan, fomentando el comercio, construyendo canales, reformando la administración, la justicia, las escuelas y los colegios eclesiásticos, protegiendo la autoridad de los sacerdotes, haciendo imprimir libros y no pensando nunca en su propia gloria. Pero ésta había de enaltecer al que levantó una luz para iluminar á su pueblo y abrió un templo del espíritu humano fundando la Biblioteca ducal para que en aquel silencioso ambiente de blanca claridad se apague el vocerío de las pasiones.

Anhelaba el duque también la unión de todas las iglesias evangélicas, y para lograr aquel noble fin mandó á su propio hijo á numerosas cortes protestantes, también fuera de Alemania. Lo que en tiempos de *Ernesto el Piadoso* no se realizaba, quizá se realizará en los tiempos venideros.

Cada cual es hijo de su época. Así también el duque Ernesto, pues no estaba exenta su fe de las escorias de la contemplación medioeval profesando la creencia siniestra en mágicos y brujas.



La tempestad, cuadro de F. Domingo

Su espíritu era más vigoroso que su cuerpo. El que vivió de ideas generosas murió el 26 de marzo de 1675, llorado de su pueblo.

Podrían inscribirse en su tumba, que se encuentra en Gotha en la iglesia de Magdalena, las palabras *Sin amor para mí, lo tuve para todos*, que, según la voluntad del fundador de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, el gran patricio D. Víctor Balaguer, deben servirle á éste de epitafio.

La ola formidable del tiempo, que tantas falsas celebridades barre y tantos equívocos prestigios destruye, nada ha podido contra la gloria del duque Ernesto. Y el emperador de Alemania Guillermo II, rodeado de muchos príncipes alemanes, ha rendido un tributo de respeto á su memoria llegando á la pequeña corte de la idílica Turingia, en la que pronto ha de levantarse un monumento á *Ernesto el Piadoso*, cuyo busto honra á la *Walhalla*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LAS RIVALIDADES, por *H. de Balzac.* – Forma parte este tomo de la Biblioteca de obras completas del gran novelista francés que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor D. Luis Tasso, y comprende, además de la novela corta que sirve de título al libro, otras dos, *La solterona* y *El gabinete de los antiguos*, las tres en extremo interesantes, como todas las que constituyen la admirable serie de «La Comedia humana.» La traducción, muy correcta, es de D. Joaquín García Bravo. Véndese el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

⁂

ISIDRO DE ANTILLÓN, por *D. Ricardo Beltrán y Rózpide.* – La Real Academia de la Historia ha publicado el discurso que en el acto de ser recibido en tan ilustre corporación leyó don Ricardo Beltrán y Rózpide. Constituye el trabajo de nuestro querido colaborador un estudio completo de la personalidad y de las obras del sabio geógrafo, historiador y político español D. Isidro de Antillón, una de nuestras más legítimas glorias científicas, que floreció en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX, y en él se demuestran así los profundos conocimientos y la erudición vastísima, como el elevado criterio del Sr. Beltrán. Acompañan á este discurso, notabilísimo bajo todos conceptos, numerosas é interesantes notas, varios apéndices, un artículo necrológico del propio señor sobre su antecesor en la Academia, D. Juan Manuel Montalbán, y el discurso contestación de D. Cesáreo Fernández Duro.



En la feria, cuadro de Francisco Guillermo Voigt

LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, por *D. Modesto Hernández Villaescusa.* – Forma parte este libro de la biblioteca «Manuales Soler,» que con tanto éxito publica la casa Sucesores de Manuel Soler, de esta ciudad, y en él se estudian detalladamente las provincias de España, por un método nuevo, considerando á cada una de ellas como un ser especial, describiéndola completa y minuciosamente en sus aspectos físico (situación, límites, extensión, configuración horizontal, configuración vertical, orografía, hidrografía, el país, el clima) y político (la población con la raza, la cultura, la riqueza pública, la agricultura, la industria, el comercio, las vías de comunicación, la organización administrativa, la capital y las poblaciones importantes). La explicación de cada provincia va ilustrada con una representación gráfica de la misma en una lámina que contiene el mapa, el escudo de la provincia, los tipos del país, el retrato del hombre más ilustre, vistas de monumentos, etc. Precede á la obra un estudio sintético de España física y política, muy propio para el estudio elemental geográfico de nuestro país. Precio del libro encuadernado, 2'50 pesetas.

⁂

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, revista mensual ilustrada; *Gaceta de Turistas*, semanario ilustrado; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino; *El Heraldo de la Industria*, revista quincenal (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *La Infantería Española*, revista quincenal ilustrada (Valladolid).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 21 de septiembre de 1903 — Núm. 1.134



Modelo del monumento que se ha de erigir en Lisboa al eminente escritor portugués Eça de Queiroz, obra de Antonio Teixeira Lopes

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Entre los asuntos teatrales que estos días trae y lleva la prensa, es, sin duda, el de más interés artístico el que se refiere á si han de representarse ó no en el teatro Español obras extranjeras. Claro es que tratándose de los grandes genios de la Literatura dramática, desde Esquilo hasta Víctor Hugo, el calificativo de extranjero resulta, en cierto modo, impropio. La cualidad distintiva del genio es reflejar en sus obras lo que hay de universal en el alma humana: se halla colocado á tal altura, que el horizonte abarcado por los ojos de su espíritu rebasa con mucho las fronteras de su patria. En tal sentido, Sófocles, Plauto, Molière, Shakespeare, Calderón..., no pueden considerarse como extranjeros en ningún teatro.

Conviene, sin embargo, no perder de vista una observación que no me parece falta de fundamento. ¿Entusiasmaría, ó deleitaría siquiera, al gran público la mayor parte de las obras inmortales de esos grandes genios? ¿Habría espectadores para las *Traquinianas* de Sófocles, para *Las Aves* de Aristófanes ó para el *Anfitrión* de Plauto? Es achaque muy común en los literatos creer que lo que á ellos les deleita ha de encantar á todo el mundo. Error grande. La traducción, por ejemplo, de la tragedia de Esquilo titulada *Los siete contra Tebas*, primorosamente hecha por Menéndez Pelayo, emocionaría representada á unas cuantas docenas de personas de gusto exquisito y de cultura bastante para saborear, si no todas, algunas de las bellezas que se contienen en la célebre tragedia; mas al gran público, á los 1 500 ó 2.000 espectadores de un teatro, les aburriría soberanamente y con razón. El público no está compuesto de literatos (los literatos son los que menos van al teatro), sino de personas de varia condición que asisten al espectáculo con el deseo exclusivo de distraerse, y que no conocen el arte griego, ni la religión, ni las costumbres, ni la civilización helénicas.

Algo de esto, aunque no tanto, acontece con los dramas de Shakespeare. Muchos de ellos, representados íntegramente, fatigarían al espectador, y escenas y frases hay en las obras del gran dramaturgo inglés que sin duda eran muy del gusto de los lacayos de Whit-Friars, que asistían á las representaciones del teatro del Globo, pero que serían de seguro rechazadas por el público español de nuestros días.

De todos modos, como ha dicho recientemente Galdós, el veto puesto por el ayuntamiento de Madrid á los dramaturgos que nacieron fuera de España, no debe rezar con el autor del *Hámlet.* Añade el insigne novelista que no sólo es forzoso autorizar esta excepción, sino «imponer á la empresa que se ponga una obra de Shakespeare todos los años.»

Los teatros del género chico están ya en plena actividad. Apolo, la Zarzuela, el Cómico, la Alhambra, sirven desde hace algunos días á sus favorecedores melodramas comprimidos, tangos, zapatetas, chistes (?) y todo lo demás que constituye el encanto de una gran parte del público.

Uno de los más frecuentados es el de la Alhambra ó por otro nombre Moderno, y no porque las piececillas que en él se representan valgan más que las que se ponen en escena en los otros teatros, sino porque en la Alhambra trabaja Loreto Prado, verdadera artista, que en su género nada tiene que envidiar á las más celebradas actrices. Su intuición es realmente maravillosa, su gracia incomparable. De los papeles más absurdos saca ella verdaderos caracteres ó tipos cómicos: lo que el autor no supo imaginar, Loreto lo adivina y lo expresa con admirable acierto. Jamás incurre en lo soez ni en lo chocarrero. Los seres más bajos y más abyectos han sido y son representados todas las noches por Loreto Prado; pero gracias al talento de la actriz, la abyección y la bajeza desaparecen, sin que los personajes pierdan nada de su verosimilitud. Y es que el arte ennoblece y transfigura cuanto toca, y Loreto, aunque pequeña de cuerpo, tiene un alma muy grande de artista.

Cuando hace algunos años se presentó en el teatrillo de Romea, nadie la conocía. El local era detestable, estrecho, con sólo seis plateas que parecían otros tantos burladeros. El público estaba á la altura del teatro: allí no ponía los pies una señora. Al poco tiempo de trabajar en él Loreto, la sala – de algún modo hay que llamarla – cambió totalmente de aspecto, y á pesar de lo incómodo de las localidades y de lo feo y sórdido del local, á él acudía por admirar y aplaudir á la incomparable artista hasta la gente más encopetada de Madrid. Porque es el caso que la graciosísima actriz tiene tantos admiradores entre la gente aristocrática como entre las clases más humildes del pueblo.

En el teatro de la Princesa trabajará durante la próxima temporada la compañía que dirige Ceferino Palencia y de la cual es alma su esposa María Alvarez Tubau.

Muchas y bien ganadas simpatías tiene la eminente artista. Gracias á ella, el público de Madrid conoce lo más notable del repertorio moderno extranjero. Las heroínas de Dumas, las de Sardou, las de Sudermann, han tenido en María Tubau excelente intérprete. En su repertorio figuran actualmente *Edda Gabler*, de Ibsen; *Resurrección*, de Tolstoy, y *Monna Vanna*, de Meterlinck. De la manera como María Tubau ha encarnado las protagonistas del drama noruego y del drama ruso, representados no ha mucho en la capital de Cataluña, se hicieron lenguas los periódicos de Barcelona.

Ni Ceferino Palencia ni su esposa han desatendido ni desatienden el teatro nacional. Palencia, desde que se dió á conocer con su comedia justamente aplaudida *El guardián de la casa*, no ha dejado de producir obras escénicas tan castizamente españolas como *Cariños que matan, La charra, Carrera de obstáculos, Pepita Tudó*, representadas con éxito excelente en los principales teatros de España y América. Para la temporada que ha de comenzar en octubre tiene preparadas una refundición de la Comedia de Montalván *La doncella de labor* y otra de costumbres aristocráticas que llevará por título *Las comadres.*

El talento que como autor y director de escena posee Palencia y la maestría con que María Tubau sabe dar vida á los más complicados caracteres femeninos, son fundamentos suficientes para augurar á la compañía de la Princesa una brillante temporada.

También promete serlo la del Español, en donde María Guerrero y Fernando Mendoza preparan muchos estrenos y donde se darán al fin y al cabo las conferencias anunciadas el año anterior. Allá en la segunda decena de octubre, el teatro Español, retocado convenientemente y embellecido con varios adornos y mejoras, abrirá sus puertas al público.

Base principal de la vida de este teatro y de los de la Comedia y Princesa serán los días de moda. Desde el punto de vista económico, los días de moda son de gran ventaja para las empresas, puesto que ellos aseguran la existencia de sus respectivos teatros. Para el arte ya es otra cosa. La producción teatral necesita, si ha de ser bien juzgada y apreciada, de un público muy heterogéneo: cuantos más variados elementos entren en la composición del público, mejor. Un conjunto de personas aristocráticas, con iguales gustos y con los mismos prejuicios, no podrá nunca tener la sensibilidad artística ni estar dotada de los órganos, por decirlo así, de percepción estética que una muchedumbre de espectadores compuesta de personas de refinada cultura y de otras de escasa instrucción; de ricos y pobres, de aristócratas y plebeyos. Esta entidad así formada recoge con asombrosa precisión y prontitud lo mismo las delicadezas de sentimiento, que los más sutiles conceptos y que los más vigorosos arranques de la pasión.

Hace algún tiempo, la empresa del Español estableció un día de moda á la semana exclusivamente para estrenos. Cubrióse en seguida dicho abono con lo «más escogido de la sociedad madrileña,» ¿y qué sucedió entonces? Pues sucedió que las obras estrenadas fueron recibidas por el «distinguido senado» con desdeñosa indiferencia, dándose el caso de que fuese silbado un drama de Shakespeare, traducido y refundido por Sellés.

Además, el público de los días de moda es un público distraído, á quien no le importa un pito el arte y que va al teatro, no por el espectáculo, sino buscando pretexto para sus conversaciones y flirteos.

Y sin embargo, las empresas no pueden prescindir de los días de moda, y ellas y los autores, cambiando un poco la frase de Alcibiades, dicen á ese público fútil y distraído: «No escuches, si no quieres; pero paga.»

Si grande es, como arriba digo, el número de estrenos que se preparan en la Princesa, grandísimo es el de obras nuevas que tiene en cartera el Español. Echegaray ha entregado ó va á entregar dos obras, *La desequilibrada* y *Los dos sindicatos;* Galdós, además de *Mariucha*, dará una comedia titulada *Bárbara;* Benavente otra titulada *El dragón de fuego;* Guimerá *Agua que corre*, estrenada recientemente en Lérida, y *Andrónica*, y los Quintero han leído ya un drama titulado *La zagala;* esto sin contar otra multitud de obras ofrecidas y presentadas por varios autores, que en el caso de ser representadas todas, darían abasto, no para una, sino para dos ó tres temporadas.

Desde hace tiempo veníase anunciando en la prensa la creación de un teatro libre, cuyo objeto no era, como parece indicarlo su nombre, idéntico ni semejante siquiera al del teatro libre de París. Los creadores ó fundadores del teatro libre español proponíanse tan sólo facilitar á los autores noveles el camino de la escena. Para conseguir este fin, cada autor, ó aspirante á autor, había de dar una cantidad, no sé si de cincuenta ó de cien pesetas. El pensamiento marchaba como sobre ruedas, puesto que la empresa ó asociación de dicho teatro contaba ya con el de Eslava, con una nutrida compañía dramático-cómico-lírica y con varias obras, y por consiguiente, con varios accionistas. Hasta se había señalado la fecha de la inauguración.

De repente llega hasta mí la noticia de que todo se lo ha llevado la trampa, de que la compañía se ha disuelto y de que, en una palabra, no habrá teatro libre por ahora.

¿Cuál ha sido la causa de esta *debacle* tan prematura? Lo ignoro. Yo declaro que la idea me parecía de seguro éxito. ¡Hay tantos autores anónimos que por ver representadas sus obras darían, no cien pesetas, sino su propia sangre! Vuelvo á decir que ignoro la causa del fracaso del teatro libre; pero me atrevo á asegurar que no ha sido motivado por los autores.

No solamente están abiertos ya los teatros de género chico; también ha empezado á funcionar en el Lírico una compañía de zarzuela grande. La función inaugural se celebró poniéndose en escena *Jugar con fuego*, que á pesar de lo largo ya de su vida, conserva siempre su lozana juventud. El público numerosísimo que llenaba el teatro saboreó las bellezas del libro de Ventura de la Vega y los primores de la música de Barbieri con el mismo deleite que hubieron de experimentar los que asistieron al estreno de la célebre obra hace la friolera de medio siglo.

Es verdaderamente triste que aquel florecimiento de la zarzuela, que parecía anunciar la pronta y definitiva aparición de la ópera española, se agostara tan pronto, degenerando hasta el punto de producir el montón de obrillas zarzuelescas que hoy invade casi por completo los teatros de España. ¡Qué descenso desde *Jugar con fuego* hasta el *Morrongo!..* Y lo extraño es que al público sigue gustándole más aquello que esto. ¿Por qué, tal decadencia, existiendo como existen músicos de talento é inspiración?

Se ha dicho que en el fondo de toda cuestión social hay una causa económica, y lo mismo puede decirse de las cuestiones artísticas. La división del espectáculo teatral en secciones fué un hallazgo para las empresas: hubo, como era natural, muchos más espectadores en condiciones de dar una peseta por ir al teatro, que dispuestos á dar un duro. Fué menester achicar las obras y achicar también el arte. Las zarzuelas en tres ó más actos no servían para el teatro por horas. Autores, músicos y cómicos todos fueron abandonando un género que no daba dinero y que ofrecía muchas más dificultades artísticas que el llamado género chico... Hoy es punto menos que imposible reunir una compañía de zarzuela grande. Y prueba de esto es la que empezó noches pasadas á funcionar en el Lírico.

¿Cómo es posible que para aquellos artistas escriban verdaderos autores? Viéndolos declamar y oyéndolos cantar, me parecía asistir al oficio de difuntos de la zarzuela grande.

ZEDA.



El fuego se había roto al fin y las parejas se lanzaban al baile

LA COPLA DEL BAILE

... El baile era en honor de *Doloricas*.

Acudieron de los contornos todas las mozas y los zagales que, en cuatro leguas á la redonda, eran admiradores de su hermosura: la *huerta* enviaba á la fiesta lo más florido de su juventud alegre.

En la explanada que hay delante de la casita reuníanse todos conforme llegaban, formando grupos en animado charloteo. Desde aquella altura admirábase el paisaje espléndido de la vega murciana, cruzada en toda su extensión por innumerables acequias y manchada en trozos irregulares por la nota verde de los sembrados, que aparecían como recortados sobre tono cobrizo de la tierra.

El corro es grande y en él forma lo *mejorcico* de aquellos contornos: un plantel de *zagalas,* que es una bendición de Dios verlas tan *compuesticas,* con sus pañoletas bordadas en colorines vistosos, sus faldas de redondo vuelo y sus típicos peinados; los mozos, con sus monteras de aterciopelada pana ó el levantino sombrero de anchas alas y al hombro la inevitable manta murciana de complicados flecos.

Arriscaos cada uno con su cada una, cuchichean todos entre sí la misma eterna canción de amores, rimada por las notas alegres y picadas del guitarrillo y sintetizada, de tanto en tanto, en la copla intencionada y breve que lanza al aire un zagal de voz potente, pero con dejos de suavidad y de amargura...

No te empeñes, *zagalico,*
en bailar con esa moza
porque ya sabemos *toos*
que «se entiende y baila sola.»

La copla había cruzado el aire, llegando hasta el sitio donde un corro de zagales asediaba á la *Doloricas* con demandas insistentes de que eligiese pareja.

Volvieron ellos la cabeza.

Al final de la plazoleta, sentado y solo estaba Ramón.

Aquella era la copla que cantaba siempre.

En la vega le conocían todos por lo cazurro que era, lo remolón que resultaba para el trabajo y lo pegadizo que se hacía donde él oliese que pudiera haber jolgorio y baile, cuchipanda y vino.

Por estos procedimientos que solía poner en práctica, Ramón había resuelto el problema de vivir sin grandes preocupaciones, como todo aquel á quien no acicatea para nada el amor propio ni sueña con despejar el horizonte de su vida.

Para él reducíase todo á trabajar lo menos posible y á divertirse lo más que podía.

Casi al mismo tiempo que había lanzado la copla aquella, que cayó como un jarro de agua fría sobre los mozos que asediaban á *Doloricas,* un grupo de zagalas, con risotadas alegres y cogidas todas de la mano, dirigíase al sitio donde Ramón estaba apartado y solo, sentado en el suelo con las piernas levantadas en ángulo, las manos cruzadas sobre las rodillas y la espalda apoyada en la pared.

—¿No bailas, Ramón?

—*Enjamás* de la vida.

—¿Ni con ninguna de nosotras?

—Menos *entavía.*

—¿Por qué?

—Porque... «yo me entiendo y bailo solo.»

Y siguió tranquilamente chupeteando el cigarro que sostenía entre los labios, como ajeno á cuanto pasaba á su alrededor y dejando vagar la mirada por el paisaje amplísimo de la meseta.

El fuego se había roto al fin y las parejas se lanzaban al baile rivalizando en primores de ejecución. ¡Qué *posturicas* y qué *muanzas!*

Parecía como que ellas querían engancharlos á ellos en el revuelo airoso de sus enaguas; pero ellos seguíanlas siempre, escurriéndose con ligereza, arrodillándose y levantándose simultáneamente, copiándoles á ellas todos los movimientos en giros rápidos y acompasados.

Y todos jaleaban y alzaban los brazos para palmotear, marcando el compás de la música del guitarrillo.

Pero ni *Doloricas* ni Ramón bailaban: la una gustaba de hacerse desear por los zagales que la cortejaban; el otro parecía como extraño á la reunión, y únicamente daba señales de vida cuando un amigo le alargaba la bota bien repleta de vino, que sostenía empinada largo rato.

Aquello repetíase siempre que había fiesta en la casa de *Doloricas;* pero el baile no perdía nunca su animación y su encanto mientras á él acudiese un plantel de *zagalas* y de *mocitos* que era lo mejor de la vega murciana en cuatro leguas á la redonda.

La fiesta duraba siempre hasta que la noche había cerrado por completo y las sombras borraban los contornos de los montes lejanos y de los árboles de las laderas.

Cuando empezaba el desfile de todos por las *veredicas* que se bifurcaban en distintas direcciones, la casa de *Doloricas* quedaba sola en la cumbre de aquella meseta.

Dentro de la casa, la madre de Doloricas, baldada y vieja, dormía acurrucada en un rincón bajo las *lejas* atiborradas de platos pintarrajeados de azul y de racimos de naranjas recién cortados.

Cuando ya el aire de la noche no traía en sus alas ningún rumor lejano de los grupos de zagales que se perdían en la obscuridad, *Doloricas* dejaba de mirar con ojos escudriñadores y volvía á la plazoleta.

Casi simultáneamente, Ramón, cuya silueta apenas se divisaba, levantábase del sitio donde pasó la tarde y acercábase á ella.

Comenzaba el idilio bajo la bóveda estrellada del cielo azul.

—¡Ramón!..

—¡Zagala mía!..

—Ya has visto que no he *faltao* á mi palabra: con *naide* bailé.

—Y ¿qué has *perdío* con eso? *¡Ná!* Vale más que *too* el mundo se crea que no bailamos, porque así no sospechan que nos entendemos.

—Es verdad, Ramón; pero prométeme que desde mañana empezarás á trabajar.

—¿Trabajar?.. ¿Te *paece* que trabajo poco?

—¿Cómo?

—*¡¡Desimulando!!*

FÉLIX LIMENDOUX.

(Dibujo de Medina Vera.)

EL ROSARIO MONUMENTAL DE MONTSERRAT

SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA

Verdadero gigante de piedra, reune Montserrat á su aspecto fantástico el interés que inspira para los catalanes un lugar que simboliza las pasadas glorias, las creencias, y asume el concepto de la patria. Aquel monte, baluarte de la independencia y de la fe de nuestros mayores, sirve de motivo á las baladas montañesas, y sus interesantes tradiciones contribuyeron para que al pronunciar su nombre, en los primeros años, adquiriesen áureos matices los sueños de nuestra infantil imaginación, excitando ya en nuestras tiernas almas la idea, aunque vaga, que rodea á todo lo que tiene caracteres de grandeza. Por eso al recordar los hechos portentosos atribuídos á la imagen que se venera en aquel monte hace tantos siglos, ó bien las consejas y tradiciones con que nuestra buena madre, al buscar un medio de agradable entretenimiento, sembraba insensiblemente en nuestro corazón la simiente de las creencias y los conceptos regeneradores del cristianismo, cobran forma las ideas, reviven los personajes y se aproximan los hechos, y así los monjes como los anacoretas, los reyes como los magnates, los héroes de la reconquista como los guerrilleros, aparecen revueltos y confundidos, cual si formaran una aureola brillante, que al servir de espléndida corona á aquella imagen, era un símbolo de la patria, en el que se confundían los tiernos recuerdos de ayer con las gratas esperanzas de lo porvenir.

Cual si la misma naturaleza tratara de complacerse en su obra, colocóla aislada, grande, severa y distinta de los demás montes, para que pudiera destinarse á depósito de cuanto eleva y engrandece al hombre: el amor á Dios y el culto á la patria. De ahí que ya en los primeros tiempos de la reconquista hallaran los guerreros cristianos un baluarte en las fragosidades del monte, construyendo castillos en sus elevadas rocas. Posteriormente caudillos y reyes, magnates y plebeyos, todos, antes de acometer las atrevidas empresas que han ensalzado á Cataluña, subían las escabrosas sendas que conducían al santuario para invocar el favor de la Virgen, ó bien para prosternarse humildes ante ella ofreciéndole las más ricas preseas y los estandartes ganados al enemigo de su religión y de su patria.

En nuestra época no han menguado el fervor que inspira la Virgen ni el cariño que á los amantes del país inspira aquella montaña, que pudiera titularse el corazón de Cataluña. Bajo diversas formas muéstrase de continuo la influencia que ejerce la conjunción de tan nobilísimos ideales. Testimonio de ello son los hermosos y ricos monumentos que, interpretando el proyecto concebido por el ilustre escritor catalán y canónigo de la catedral de Vich D. Jaime Collell, elévanse en diversos sitios de la montaña. La piedad los ha inspirado y nuestros primeros artistas los han embellecido, creando obras que aplaudirá la posteridad. Entre ellos debe citarse el que simboliza el Segundo Misterio de Gloria, emplazado á corta distancia de la cueva en donde fué hallada la imagen de la Virgen, digno á todas luces del nombre de los artistas que lo han ejecutado y de la generosidad y esplendidez del donante. Afecta la forma de un gran retablo, en cuyo centro se destaca, en alto relieve, la representación de la Ascensión del Señor, pulcramente ejecutada en mármol de Carrara, obra del distinguido escultor José Reynés, quien ha demostrado una vez más sus aptitudes para el cultivo del gran arte, ya que todas y cada una de las figuras están concebidas y representadas con amplitud y grandiosidad. Encuadra al relieve un á modo de marco de piedra de Montjuich, exornado con motivos ornamentales del propio estilo que caracteriza el monumento, combinados con emblemas religiosos, los escudos de Cataluña y de San Jorge y las iniciales de los nombres del donante y de su virtuosa esposa. Una á modo de plataforma con balaustre, que limitan dos tederos de hierro forjado, sirve de base y completa tan hermoso y artístico monumento.

Plácemes merecen el arquitecto D. Buenaventura Bassegoda y el escultor D. José Reynés por la obra realizada, y no menores el Excmo. Sr. D. Pedro G. Maristany, puesto que al dar fehaciente y gallarda muestra de su fervor á la imagen que venera Cataluña y de cariño á la tierra en que nació, ha contribuído con su espléndido presente á que los artistas de valía crearan una obra que á todos enaltece.

A. García Llansó.

El Rosario monumental de Montserrat. – Segundo Misterio de Gloria, proyecto del arquitecto D. Buenaventura Bassegoda, costeado por D. Pedro G. Maristany

SOLUCIONES PARA UN DRAMA

I

Querido Fernando: Eres mi único amigo. Escribirte es ampliar mi alma. Si tengo alegrías ó tristezas, además de para sentirlas yo, para confiártelas las tengo. Cuando vuelvas á acusarme de frialdad ó de pereza en restringir nuestra correspondencia, no olvides, pues, que inconscientemente cometerás una injusticia.

Heme al fin en la aldea, cerca de la cual nací, donde viví cuando era niño, de donde salí cuando empezaba á jugar á ser hombre.

Como te dije, con Mercedes vengo. Después de débiles vacilaciones se determinó á que juntos emprendiéramos la travesía y juntos volviéramos á España. Juntos, y solos.

Los temores que te indiqué van agrandándose. Decididamente, es Mercedes una mujer excepcional. Su intrepidez avalora su mérito. Si esta carta llega, como es de esperar, á tus manos amigas, y tú la lees y luego la rompes ó la guardas tan discretamente como á tu hidalguía corresponde, estaré satisfecho de mí mismo por haber pedido consejo á un hombre leal, por haberme confiado á un caballero digno de juzgarme y de comprenderme en la delicada situación en que estoy. Si la carta se pierde y cae en manos extrañas, será indudable que soy un espíritu ligero, que entrega al papel lo que no debe abandonarse ni á las palabras.

Me conoces y te consta que no soy presuntuoso. Hipócrita, menos aún. ¿Por qué negarlo? Creo que tienes razón; que Mercedes está enamorada, perdona la palabra y substitúyela por otra cualquiera, enamorada..., ó como se diga, de este miserable mortal que no tiene merecimientos ni aspiraciones para tanto.

Cierto que á nuestra edad (como dices muy bien) debe procurarse la felicidad no sólo moviéndose por los impulsos del corazón, sino á la vez por los cálculos del sentido común y por la implacable lógica de los hechos. Mercedes es joven, hermosa, buena, atrayente, y por todas estas bellas cualidades me conviene; es rica además, y por este lado me conviene también. Ni tendría yo que avergonzarme al tomarla por mujer; no sería una compraventa mi matrimonio. Las rentas de que ella disfruta me las debe en gran parte. Sin mis cuidados, sin mi administración, sin mi vigilancia, sin mi solicitud, y con los peligros que á la fortuna de mi amiga rodearon, si ésta se hubiera abandonado á sus luces y esfuerzos, no ya no habría podido la riqueza cuadruplicarse, sino ni resistir siquiera.

En todos estos razonamientos llevas razón. Mercedes puso el capital y yo el trabajo. La fortuna es, pues, si no tan mía como suya, por lo menos un poquito mía por derecho moral.

Igualmente la razón te asiste cuando me dices que los fantasmas de los muertos no deben alzarse para interrumpir ó evitar la dicha de los vivos. Así, no hay agravio á la memoria del difunto marido de Mercedes en el noble afecto que, desde que aquél murió, á ella y á mí nos liga.

– Si sigues creyendo que Mercedes te quiere, me dirás, ¿por qué no os casáis?

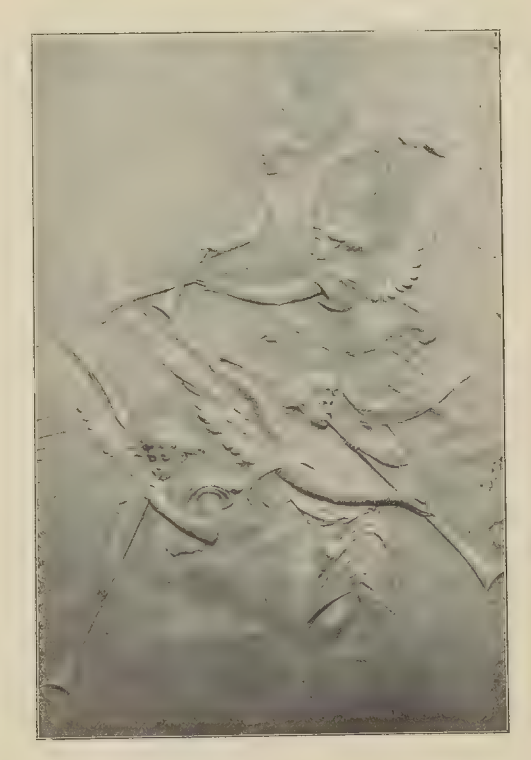
Debí á su marido estimación y protección mientras vivió, un buen legado en su testamento y el cargo de apoderado general, que me da para vivir con cierta seguridad de defensa social y relativa holgura.

Aun así, al casarme con la viuda no creería yo ser un hombre desagradecido.


Grupo de Apóstoles


Grupo de Apóstoles


El Redentor ascendiendo á los cielos


Grupo de ángeles

RELIEVES DEL SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA, OBRA DEL ESCULTOR JOSÉ REYNÉS

Más hay; veo á Mercedes pálida, enfermiza, como quien siente y calla mucho. Acaso (y perdona la aparente jactancia) habrá en mí hasta algo de piedad casándome con ella.

– Pues cásate, me dirás otra vez, y déjame en paz con dos mil demonios.



BARCELONA, 1902, cuadro de Ramón Casas (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

¡Ay, Fernando! No fuí contigo lo franco y sincero que debí. Se alza entre esta mujer y yo un impedimento que no citan las leyes civiles ni las eclesiásticas, pero que acaso es el más fuerte de todos los habidos y por haber. Mercedes estará enamorada de mí; yo de ella, no.

La veía con todas las perfecciones, con la distinción, con la belleza, con la discreción, con la virtud, con la hermosa realidad avasalladora; y sin embargo, yo cifraba mi ideal en algo más vago y más imperfecto. No era ya que no estaba enamorado de ella. Era algo más grave. Lo estaba de otra. ¿De quién? ¡Ni yo lo sabía! De una desconocida irresistible.

En esta lucha de sentimientos hallábame cuando, realizados los negocios en Cuba y trasladados á nuestro país, se hizo necesario el regreso á España.

Llegamos á esta aldea, compramos una finca y aquí vivimos. Antes traté de disuadir á Mercedes de que viajáramos juntos; jóvenes ambos, mejor que la millonaria y el administrador, pareceríamos dos amantes. Por su buen nombre, y aun por mi propio decoro también, era inconveniente viajar así. Mis razonamientos fueron vanos. Y aun durante la travesía, nuestra amistad podía continuar su engarce sin despertar vergonzosas sospechas; los pasajeros eran aves de paso, y el mar no es chismoso.

Donde se multiplicaban las dificultades era ya en la aldea. Los aldeanos, en esto de la discreción, más que al mar insondable se parecen al arroyuelo murmurador.

Mercedes me dijo lo de siempre: lo importante es ser honrados y no parecerlo, y lo que es despreciable debe despreciarse. ¡Su eterna cantilena! Te digo que no hay modo de separarse de esta mujer.

Llegamos á la aldea, y ocurrió á los dos días un doloroso incidente, no doloroso por la causa, sino por el efecto. Andábamos solos por la huerta. Hay una presa que atraviesa una vereda. Me adelanté y pasé á la otra orilla para darle la mano á Mercedes. Ella fué á saltar, y resbaló con tan mala suerte, que tuve que cogerla por la cintura. Sus rizos tocaron mi frente, su aliento perfumó mi rostro. Sin querer yo, la tuve abrazada un instante, y sin querer ella, prolongó el abrazo algunos segundos más.

Y todo esto, alguien lo vió desde la verja. No sé quién lo vería. Sé que la calumnia anónima no tardó en divulgarse.

Y tanto se esparció la noticia, y revestida con proporciones tales, que anoche Mercedes, mitad en serio, mitad en broma, no dejó de insinuarme el triste papel y la comprometida situación en que á mi lado se halla sin culpa de ella ni mía.

– Me iré, le dije.

– ¡Vaya un modo de remediar el mal!

Es verdad. Ahora dirán que somos amantes. Al huir yo, sólo añadirán que habíamos roto nuestros amores.

Y fuerza es que sepas por mí mismo lo que te habrás figurado ya. Sí, Fernando, yo quiero á otra, á Magdalena, á una pobre costurera de esta aldea. Fué mi primera novia. Enterradas en los hoyitos de su cara quedaron mis primeras y últimas ilusiones.

La «desconocida irresistible,» que me atraía sin nombre y sin forma en tantos años de ausencia, ella era.

No la recordaba concretamente hasta que he vuelto á verla. Es linda y garrida, ingenua y modesta. En su belleza, en su porte, en sus modales, en todo lo suyo hay algo imperfecto, pero con la imperfección que trae á mi memoria los años felices de mi infancia, en que yo valía y sabía menos, pero sentía y vivía más, á pleno aire, á plena luz, sin honduras, sin preocupaciones.

Queríamos á Magdalena dos chicuelos: Andrés y yo. Ella optó por mí, fué leal y constante conmigo, y cuando salí de aquí juramos seguir pensando el uno en el otro. Yo fuí débil y no cumplí la promesa. Ella sí, según todas las trazas. Y cuenta que Andrés, hombre obscuro y tortuoso, ha seguido acechándola sin descanso, como combatiendo mi recuerdo confiado en mi ausencia, como ofendiéndome sin decirlo, sin oir nadie á ella que continuaba esperándome, sin oir nadie á él que sentía celos del ausente.

Te lo juro, y Dios me perdone; yo podría sacrificarme casándome con Mercedes y abandonando á Magdalena, pero... matando antes á Andrés.

Y como me he puesto muy dramático, hago aquí punto por hoy para no alterarte los nervios.

Tuyo

Carlos.

II

Querido Carlos: Hay dramas y comedias con menores conflictos que esos que te ha proporcionado la realidad.

El corazón tiene tal falta natural de lógica, que sería peregrina temeridad querer yo meterme á averiguar por qué á Mercedes, siempre perfecta y presente siempre á tus ojos, no aciertas á amarla, y por qué á Magdalena, imperfecta por varios motivos y ausente durante muchos años, la quieres con ardor tan grande.

Lo que sí comprendo es que odies á Andrés. Más lejos voy: aunque Mercedes no te importe (hablo en el terreno del amor), si en vez de cortejar á Magdalena Andrés, fuese á la viuda á quien de enamorar tratara, tú podrías seguir sin querer á Mercedes, pero á Andrés también le odiarías.

Te veo inclinado á armar quimera á tu rival. No lo hagas. ¿Que matas á Andrés? Alzarás más elevada barrera entre Magdalena y tú con su cadáver. ¿Que Andrés te mata? Si ahora tiemblas pensando en que has de hacer desgraciada á una de ambas mujeres, dignas de ser felices, entonces habrás causado la desventura de las dos y el mal será doble.

Resolvamos el drama á la moderna: obliga á Mercedes á que renuncie á ti, y así te casarás con la otra.

Te abraza – *Fernando.*

III

Fernando del alma: Tu solución no me parece descabellada, pero sé por experiencia lo que se sufre al ver irrealizable el ensueño, para que á mujer á quien tanto debo y aprecio como á esta noble viuda, quiera someterla á tormento tan grande.

Decididamente me caso con Mercedes, y yo veré si convenzo á Magdalena de que tome por marido á Andrés.

Ya que dos, entre los cuatro, no seamos felices, por lo menos los otros dos lo serán.

Y tener un ser dichoso al lado, siempre endulza la vida – *Carlos.*

Por la copia

RICARDO CATARINEU.

TRISTE REMEDIO

Borrachín lo había sido tanto como trazudo y trabajador el redomado. Lo cual es mucho decir, porque nadie como él podía con el martillo, dale que dale á la barra, cuya calda era siempre un primor, por lo á punto y bien, para que piezas muy difíciles tomaran forma sin discrepar lo más mínimo. Levantarse con el sol, encender la fragua, preparar los hierros, un tirón de orejas al muchacho para que soplara firme el fuelle, y empezar sobre el yunque para no acabar en horas y más horas la tarea, era cosa de todos los días. A él no le fueran con solfas;



COLOQUIO ÍNTIMO, cuadro de Mlle. M. Membrée
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

llamados al trabajo, no responder es la necedad mayor del mundo. Cuando algún que otro compadre

hablábale de emancipaciones y garambainas por el estilo, solía decir por vía de réplica que cortaba el intento:

– Esas son tontunas. Tengo mujer y tengo hija que este mi sudor reclaman. ¿Fijarme á mí horas de trabajo? ¿A cuento de qué?.. Treinta tuviera el día, y con seis no más para el descanso, trabajara yo en las restantes.

Al hablar así, solía arremangar instintivamente el brazo, estirándolo, como dando la pinta de su resistencia y brío. Aquel miembro nervudo, de color moreno, aterciopelado como quien dice por una felpa velluda tirando á rojo, era un signo de traza y vigor cual pocos.

Y tenía razón, hablaba como sentía. Padrazo como él y marido humilde, no se encontrarán muchos. ¡Ya lo creo que tremolaba el hierro, y resollaba el soplete, y resonaba el acero cuando al quehacer acompañaba, con la idea de la labor, ora el intento de comprarle á la esposa una presea, ora el plan de endomingar á la pequeña que diera envidia. Así el hogar hubiera sido un paraíso, á no haber un punto, uno solo, que sombreaba tanta bondad y delicia tanta: aquel que hemos dicho al comienzo, la maldita afición al mosto, que alternaba con la que le tenía á la forja. Causa, y grave, de las únicas tremolinas en el matrimonio; porque la mujer extremaba el imperio, por lo mismo que veía el amor de un lado, y de otro la necesidad de afear tamaño vicio. Sin éste, á espuertas hubiera podido entrar el oro en aquella casuca, un verdadero nido. Y aquel hombre, todo energía y robustez, se amilanaba como un cachorro cada vez que oía una catilinaria de aquella boca querida, mientras se esforzaba vanamente en disimular una falta de equilibrio que era un dolor.

El propósito de enmendarse lo recalcó muchas veces, y si no triunfó del todo en algún tiempo, parte hubo al menos de cordura y privación; el empinar el codo era ya únicamente cosa de los días de asueto, y aun así no toleraba la esposa aquella manera de santificar las fiestas. De modo que salían puede decirse á pelotera por domingo.

En uno de ellos fué que se cortó de golpe la afición con lo siguiente:

Hubo de salir la mujer á unos recados, no sin advertir y obtener del cónyuge una formal promesa de continencia y seriedad. Pero verse solo y cosquillearle en el paladar el sabor del *cariñena* fué todo uno. ¿Iba á delinquir por apurar unas copas?.. Y entre querer y no querer, abstenerse y decidirse, pasó un buen rato; hasta que mandó á la chiquitina por un litro, cantidad escasa y con la cual juzgó no pecar ni caer en perjurio. Se atrevía él con más; pero lo prometido era deuda: nada de exceso. La niña pareció resistirse, porque no en vano oyera al dos por tres las zaragatas por causa idéntica; mas obedeció medio á la fuerza, y en parte acaramelada por los cariñitos de su padre, ni muy usuales ni siempre en grupo.

No era mucha la ración en consonancia con la costumbre, y menos habiendo en cuenta que la rapaza, hostigada por el propio autor de sus días en una de expansión y holgorio que era un encanto, probó del tinto también y hasta con gusto. Vaciar la botella, besuquearse entrambos y mirarse un si es no es alegres y comunicativos, fué todo igual. Sin embargo, parecía no atreverse el hombre y adivinar la niña el propósito. Por fin exclamó el primero:

– ¡Qué rico es! ¡Añejo y de fuerza, córcholis!.. ¿No beberías tú más, chiquilla?..

– No, padre..., que hace *pupa*..., ya lo sabes por madre, que regaña...

– ¡Anda, tonta..., que te den otro medio litro no más! Eso *entona* el cuerpo...

– Que no, que no, hacía la chica entre enfurruñada y risueña, coloreándosele las mejillas, efecto de la libación y del recelo á la vez.

Al fin era padre, y no de los que aguantan rebeldías; por lo que la negativa avivó el mandato. Item más, los vapores del mosto empezaban á obrar sin duda y contribuyeron no poco. La chiquilla fué por más vino. Al volver ocurrió la desgracia... Un tropezón, rodar por el suelo cuando entraba en el portal, dar de cabeza contra un canto y quedar sin sentido. A sus pies, la botella rota en cien pedazos y el vino desparramado por el suelo.

La madre llegó á los pocos instantes, y su dolor no tuvo más límite que el coraje al entrar en la habitación con su hija ensangrentada en brazos y ver á aquel padre imbécil sentado en una silla, inclinado el busto hacia la mesa, amodorrado, baboso, incapaz... Todo lo comprendió en el acto.

No estaba muerta la niña, pero no vivió más que un mes. El golpe afectó á los sesos... y también el vino. Cuando el cuitado se dió cuenta de la desgracia, el dolor allá se fué con la vergüenza. Entonces sí que juró por la salvación de su alma y luego por el cadáver de aquel angelito, que nunca jamás volvería á reincidir.

Y desde entonces, cada fiesta de guardar parece un aniversario triste; se llora en el hogar más que se bebe, los hipos son suspiros; y el pasacalle del forjador una caminata al campo santo, donde al pie de una cruz renueva el juramento, sintiendo el amargor de un remedio harto cruel para curar un vicio.

SEBASTIÁN GOMILA.





FIESTA DEL LENDITO Ó FERIA DE LOS PERGAMINOS EN SAINT-DENIS, SIGLO XV, pinturas decorativas de J. J. Weerts, para la gran galería del patio de honor de la Nueva Sorbona (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL

DE BELLAS ARTES DE PARÍS, 1903

BARCELONA, 1902, cuadro de *Ramón Casas*. – De triste memoria será durante mucho tiempo para todos los barceloneses el recuerdo de la huelga general de 1902, que por unos días convirtió en población muerta nuestra capital, paralizando en absoluto el movimiento que le da vida y que ha hecho de ella una de las principales ciudades de Europa. ¡Cuántas familias lloran todavía las consecuencias de aquella luctuosa jornada! En uno de sus episodios se ha inspirado nuestro querido amigo, el renombrado pintor Ramón Casas, para el hermoso cuadro que tanto llamó la atención en el último Salón de París y cuyo mejor elogio queda hecho diciendo que es digno de figurar al lado de los mejores que de su pincel han salido: la muchedumbre que en confuso tropel huye de la carga de los guardias civiles, está tratada admirablemente, se la ve correr desatentada, y hasta nos parece escuchar las voces, los gritos, los alaridos en que prorrumpe; pocos igualan á Casas en el arte de agrupar y mover esas masas de manera que pro-



UN MOMENTO DE REPOSO, cuadro de M. Gordigiani

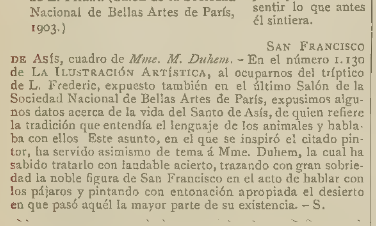


FEDERICO EL GRANDE Y SU PAJE, cuadro de G. Marschall

duzcan toda la impresión de la realidad. El fondo envuelto en la bruma es también de un efecto sorprendente, y no menos admirables son los detalles, como el guardia del primer término y la figura del infeliz que yace en el suelo, tal vez mortalmente herido.

Coloquio íntimo, cuadro de *Mlle. M. Membrée.* – ¿Qué se dirán? No es difícil adivinarlo: basta mirar la expresión que anima sus agraciados rostros para comprender que se trata de mutuas confidencias amorosas. Las dos están en la edad de las ilusiones, ambas han sido favorecidas por la naturaleza con encantos que avaloran los ya propios de la juventud, ¿cómo, pues, no ha de haber hecho presa en sus corazones el dios ciego, encadenándolos á otros corazones que por ellas suspiran? Y siendo esto así, ¿de qué otra cosa que de sus amores pueden hablar ese par de amigas? Hay en este cuadro, como nota más saliente, un sentimiento exquisito, una delicadeza que claramente descubren la mano de una mujer, pues sólo un alma femenina es capaz de percibir y dar luego forma á esas delicadezas que constituyen el principal encanto de obras del género de *Coloquio íntimo.*

La feria del lendito en el siglo xv, pinturas decorativas de *J. J. Weerts.* – Era esta la más antigua y una de las más importantes ferias parisienses y se celebraba en la llanura de Saint-Denis desde el día 11 al 24 de junio. Aunque en ella se verificaban transacciones de todas clases, la principal era la venta de pergaminos; de aquí que fuese especialmente una fiesta para estudiantes y curiales. El Parlamento y la Universidad tenían aquellos días vacaciones á fin de concurrir á la feria, lo que hacían en corporación y con cierta solemnidad, y en virtud de antiguos privilegios, el rector, acompañado de cuatro pergamineros jurados, acudía cada año á percibir un derecho sobre todo el pergamino que se vendía y á hacer, al propio tiempo, provisión para todos los colegios, estándoles prohibido á los mercaderes, bajo severas penas, ejercer su comercio antes de que la Universidad hubiese adquirido su parte. En la mañana del primer día, se reunían los estudiantes en la plaza de Santa Genoveva, la mayoría de ellos á caballo y armados de espadas y bastones, y dirigidos por sus regentes y divididos en secciones, atravesaban á tambor batiente y con banderas desplegadas toda la ciudad y se encaminaban, entre grandes aclamaciones, al lugar en que se celebraba el lendito. En este asunto están inspiradas las dos pinturas de Weerts destinadas á la nueva Sorbona: una y otra composiciones responden perfectamente á la índole del tema, y aparte de sus indiscutibles méritos técnicos, son dignas de admiración por el carácter de la época que el pintor ha sabido imprimirles, así en punto á indumentaria y en los detalles decorativos y arquitectónicos, como en el ambiente general que en ambos lienzos se respira.



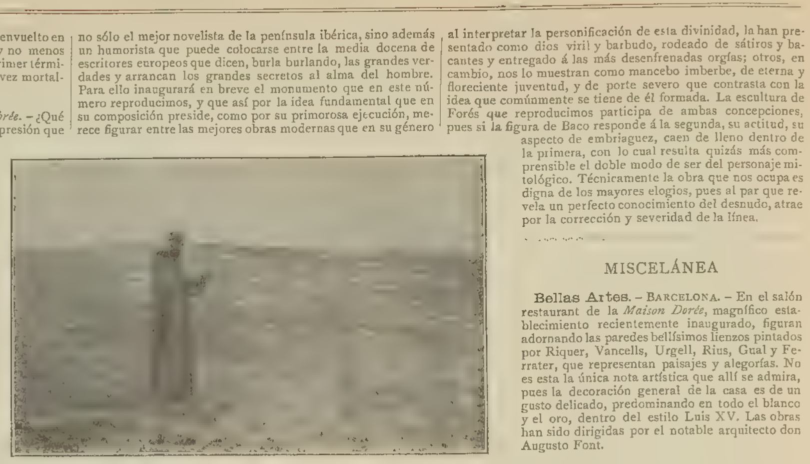
Regreso de un entierro, cuadro de E. Friant. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903.)

Regreso de un entierro, cuadro de *E. Friant.* – Todo en este cuadro tiene un tinte de melancolía que insensiblemente se apodera del ánimo del que lo contempla: la figura de esa buena mujer que regresa del camposanto en donde deja enterrado algún ser querido, ese cielo plomizo, esa corriente tranquila que monótonamente se desliza por debajo de los arcos del puente, son otros tantos elementos que contribuyen á la tristeza del conjunto y producen en nosotros una impresión indefinible que demuestra que el pintor ha encontrado la nota justa para hacernos sentir lo que antes él sintiera.

San Francisco de Asís, cuadro de *Mme. M. Duhem.* – En el número 1.130 de La Ilustración Artística, al ocuparnos del tríptico de L. Frederic, expuesto también en el último Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, expusimos algunos datos acerca de la vida del Santo de Asís, de quien refiere la tradición que entendía el lenguaje de los animales y hablaba con ellos. Este asunto, en el que se inspiró el citado pintor, ha servido asimismo de tema á Mme. Duhem, la cual ha sabido tratarlo con laudable acierto, trazando con gran sobriedad la noble figura de San Francisco en el acto de hablar con los pájaros y pintando con entonación apropiada el desierto en que pasó aquél la mayor parte de su existencia. – S.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Eça de Queiroz, obra de Antonio Ferreira Lopes.—Lisboa se dispone á honrar la memoria del gran escritor portugués de quien se ha dicho que fué no sólo el mejor novelista de la península ibérica, sino además un humorista que puede colocarse entre la media docena de escritores europeos que dicen, burla burlando, las grandes verdades y arrancan los grandes secretos al alma del hombre. Para ello inaugurará en breve el monumento que en este número reproducimos, y que así por la idea fundamental que en su composición preside, como por su primorosa ejecución, merece figurar entre las mejores obras modernas que en su género



San Francisco de Asís, cuadro de Mme. M. Duhem (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

se han producido. El escultor, tomando pie de la divisa de Eça de Queiroz «Sobre la vigorosa desnudez de la Verdad el manto diáfano de la Fantasía,» ha modelado un grupo de sin igual belleza, que cautiva por la pureza de líneas, por la elegancia del contorno, por la armonía del conjunto y por la hábil combinación de los principios clásicos con las tendencias de la plástica en nuestros días. El autor de este monumento, el renombrado artista portugués Ferreira Lopes, nació en Villa Nova de Gaya en 1866, y desde 1885 á 1894 estudió en París con Barrias y Cavelier, concurriendo al Salón casi todos los años y obteniendo una mención honorífica en el de 1889 y una medalla de oro en el de 1890. En la Exposición Universal de 1900 obtuvo un gran premio y además fué condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Sus principales obras son *La viuda,* grupo en mármol que actualmente está en el museo de Lisboa; *La infancia de Caín,* que se encuentra en el museo de Oporto; el monumento funerario del ilustre escritor portugués Oliveira Martins; una estatua de Santa Isabel en madera, encargo de la reina doña Amelia de Portugal, y otras varias que sería prolijo enumerar. En la actualidad es profesor de la Escuela de Bellas Artes de Oporto, y con razón se le considera como uno de los primeros artistas de su patria, no siendo menos celebrado su nombre en el extranjero.

⁂

Un momento de reposo, cuadro de M. Gordigiani.—A poco que nos fijemos en esa bellísima figura, observaremos que no hay en ella nada que indique cansancio, por lo menos cansancio físico, y por ende necesidad de reposo material; más bien parece vencida por cierta indolencia ó tal vez por una lasitud del espíritu, es decir, por uno de esos estados de ánimo en que el cuerpo, sin haberse fatigado, busca el descanso y halla en él tanto deleite como si acabara de realizar grandes esfuerzos. Pero dejando á un lado estas consideraciones, hijas de una duda que sólo el pintor podría aclarar, confesemos que la obra de Gordigiani llena cumplidamente los fines del arte haciéndonos sentir esa emoción estética que en nosotros despierta la contemplación de lo bello; y esta belleza la encontramos en la linda cara de la muchacha, en la expresión dulce de sus rasgados ojos y de su boca deliciosa, en la gracia de su tocado y de su traje, y en la sencillez y naturalidad de su actitud, formando todo ello un conjunto altamente encantador.

⁂

Federico el Grande y su paje, cuadro de G. Marschall.—Cuéntase que habiendo un día Federico el Grande de Prusia llamado desde su cuarto sin que nadie le contestara, abrió la puerta de su antecámara y encontró en ésta á su paje dormido delante de una mesa sobre la cual había un papel escrito. Excitada su curiosidad, leyó el papel y vió que era una carta del muchacho á su madre enviándole la mayor parte de su paga y lamentándose de no poder hacer más por ella, ya que sus emolumentos no correspondían á lo que su voluntad habría deseado. El rey, encantado de la conducta del paje, introdujo en el bolsillo de éste un cartucho de ducados, y volviendo á su estancia llamó de nuevo con más fuerza; el pajecillo despertó sobresaltado y corrió á ver qué quería el soberano. «Veo que te habías dormido,» le dijo éste; el muchacho trató de disculparse, pero sintiendo un peso en la faltriquera, metió en ella la mano y al tocar el dinero que había puesto el rey, palideció, echóse á temblar y no pudo articular una palabra. «¿Qué te pasa?,» le preguntó Federico. «Señor, respondió el paje, alguien quiere perderme, y os juro que no sé de dónde procede este oro que aquí me encuentro.» «Envíalo á tu madre, repuso el monarca, y dile que en lo sucesivo yo cuidaré de ella y de ti.» En este episodio de la vida del gran rey está inspirado el cuadro de Marschall, que forma parte de una serie de lienzos en que aparecen pintados con gran acierto otros muchos hechos de la historia de Federico II.

⁂

Baco, escultura de Forés.—El dios que la mitología griega denominó Dionisos y la romana Baco no personifica, como vulgarmente se cree, únicamente la vid y su licor, sino que personifica además, y de una manera más general, la savia húmeda de la tierra, su vida fecunda y exuberante, tal como se manifiesta á la llegada de la primavera en toda la vegetación. Partiendo de estos dos distintos conceptos, unos artistas, al interpretar la personificación de esta divinidad, la han presentado como dios viril y barbudo, rodeado de sátiros y bacantes y entregado á las más desenfrenadas orgías; otros, en cambio, nos lo muestran como mancebo imberbe, de eterna y floreciente juventud, y de porte severo que contrasta con la idea que comúnmente se tiene de él formada. La escultura de Forés que reproducimos participa de ambas concepciones, pues si la figura de Baco responde á la segunda, su actitud, su aspecto de embriaguez, caen de lleno dentro de la primera, con lo cual resulta quizás más comprensible el doble modo de ser del personaje mitológico. Técnicamente la obra que nos ocupa es digna de los mayores elogios, pues al par que revela un perfecto conocimiento del desnudo, atrae por la corrección y severidad de la línea.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – En el salón restaurant de la *Maison Dorée,* magnífico establecimiento recientemente inaugurado, figuran adornando las paredes bellísimos lienzos pintados por Riquer, Vancells, Urgell, Rius, Gual y Ferrater, que representan paisajes y alegorías. No es esta la única nota artística que allí se admira, pues la decoración general de la casa es de un gusto delicado, predominando en todo el blanco y el oro, dentro del estilo Luis XV. Las obras han sido dirigidas por el notable arquitecto don Augusto Font.

Venecia. – La reconstrucción del Campanile de Venecia ofrece mayores dificultades de lo que en un principio se creía. El arquitecto Beltrami ha dimitido el cargo de director de las obras y no por motivos personales, como se había dicho, sino porque después de nuevas inspecciones practicadas en los cimientos, que fueron construídos para sostener una torre de 50 metros y no una de doble altura de ésta como la recientemente derrumbada, se ha visto que la reedificación del Campanile exigía una cimentación más amplia que podría poner en peligro la contigua iglesia de San Marcos. Beltrami, pues, ha dimitido para no contraer la responsabilidad que supone la dirección de una obra en tales circunstancias. El Ayuntamiento de Venecia, decidido á llevar adelante la reconstrucción, piensa nombrar una comisión compuesta de varios técnicos para que estudien y resuelvan el difícil problema que tan inopinadamente se ha presentado.

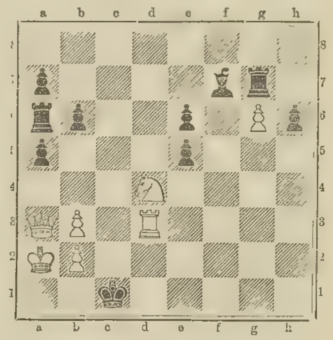
Teatros. – *Barcelona.* – Como anunciamos en el número anterior, ha debutado en el teatro de la Granvía la eminente actriz Sra. Vitaliani, que ha sido objeto de sendas y grandes ovaciones en todas las obras hasta ahora representadas. En Novedades sigue cosechando abundantes aplausos la compañía de ópera que dirige el maestro Baratta y de la que han entrado á formar parte últimamente los notables artistas señora Bordalba y Sr. Utor.

Necrología.—Han fallecido:
Menotti Garibaldi, general italiano, hijo de José Garibaldi, á cuyas órdenes combatió en Italia y en Francia.
Juan Gude, notable paisista alemán, ex profesor de las academias de Dusseldorf, Karlsruhe y Berlín.
Pablo Handler, pintor austriaco, profesor de la Academia de Viena.

AJEDREZ

Problema número 337, por M. Feigl.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 336, por K. Erlin.

Blancas.	Negras.
1. Rg1–f1	1. Re3–e4 ó f4
2. Cd4–c2 jaque	2. Re4–d5 ó f5
3. Cc2–e3 jaque	3. Rd5 ó f5×e6
4. Tc4–c6 mate.	

VARIANTES.

2.....................Rf4–g3; 3. Ac3–e1jaq.,etc.
1.... g5–g4; 2. Ce5–g6 jaq., Re3–d3; 3. Cg6–f4jaq.,etc.
1.... Ca1 juega; 2. Cd4–c2 mate.
1.... Ch6 juega; 2. Cd4–f5 mate.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Tengo razones que me hacen prescindir de esas consideraciones cuya gravedad comprendo como usted, Sr. Pascalón.

– ¡El hogar paterno!..

Y de repente el notario se interrumpió. Le había ocurrido una idea, una sospecha. Pascalón sabía lo que hacía murmurar á toda la ciudad.

Reversay tenía unas relaciones en París. Unas relaciones casi públicas con una joven que no era una perdida y tampoco mujer de buena y honrada sociedad, pero costeaba por los dos mares, se introducía en los salones donde no se mira la gente con microscopio y era implacablemente rechazada en los que se exige algo más que un vago estado civil procedente de alguna lejana Rusia ó de cualquier quimérica Polonia.

Aquella condesa de Fedor – condesa, sí, puesto que su casa estaba llena de coronas de nueve perlas,– aquella criatura verdaderamente hermosa, muy original y todavía más atrayente, de la que Reversay se había tardíamente enamorado; aquella eslava debía representar en la comedia de tales amores un papel tan hábil como complicado.

Reversay, con sus cincuenta años, no podía hacerse la ilusión de agradar á una joven de veintiocho, pero poseía una fortuna considerable y un nombre que sonaba bien.

Y esto bastaba para explicar el estado de sitio puesto por la condesa de Fedor á aquel enamorado quincuagenario.

Del brazo de Reversay podría entrar por todas las puertas que hasta ahora se le habían cerrado obstinadamente y pasaría de una vida de recursos problemáticos á una existencia de verdadero lujo y de sólida riqueza... Y el viejo notario empezó á explicárselo todo.

Aquello era la consecuencia del viaje que la condesa de Fedor había hecho á Grenoble, donde estaba todavía, en el primer hotel de la plaza de Grenette...

Sí, aquella mujer estaba allí hacía más de una semana, revolucionando la población con el lujo escandaloso de sus trajes... y recibiendo abiertamente á Reversay, que dejaba el coche en la puerta y se exhibía locamente... Allí estaba cuando ocurrió á Reversay el accidente de su coche, casi al salir de visitarla...

Y entonces se había atrevido á las más audaces excentricidades... A ir en persona á Biviers para pedir noticias, y á volver dos y tres veces...

¿Habría sido recibida por fin?.. ¿Habría conseguido, acaso, llegar hasta el enfermo?

Y en ese caso, ¿habría surgido algún incidente entre la tal condesa y Andrea?.. ¿Habría Reversay – todo era posible – anunciado á su hija algún absurdo y deplorable proyecto de casamiento?..

Pascalón no sabía nada, pero olfateaba todo esto y pensaba:

– Ahí está... Ese impulsivo – porque siempre lo ha sido y su padre se quejaba de ello, – ese apasionado se ha dejado embobar... Ha propuesto á esta pobre niña una madrastra cuyo contacto no puede ella admitir... Y quién sabe si al conocer esa aventura se han retirado los Pontarede... Sí, eso es... Eso es, seguramente.

Y el notario dijo lanzando un suspiro, como si aquel escándalo le produjese una vergüenza personal:

– Los disentimientos de usted con su señor padre ¿son de los que no pueden desaparecer?



No había en ella más que un hombre sentado al armonio

– No creo que desaparezcan... Pero, de todos modos, mientras duren...

– Sin embargo..., no puedo creer todavía... Tengo miedo de adivinar y no quiero insistir, temiendo aumentar sus penas de usted con el anuncio de otras nuevas... Con todo, si usted cree que algún paso mío... Por la nieta del presidente Reversay estoy dispuesto á hacerlo todo...

– Sería inútil. Gracias, querido Sr. Pascalón. Pero no hay paso alguno que dar cerca de mi padre.

– ¿Ha significado alguna resolución definitiva?

– Sí.

– Y las visitas que ha recibido estos días... de una persona... que es inútil nombrar, ¿son extrañas á esa resolución?

Andrea le miró con sus ojos negros, interrogadores, pero no sorprendidos.

Sí, había comprendido... Aquella frase, aquella abominable frase que había sido la última de su padre... Sí, ahora comprendía lo que quería decir y lo que sospechaba el notario.

¿Quién sabía si Pascalón no hacía más que anticiparse á una verdad de mañana?

Andrea, sin responder, dió un profundo suspiro, mientras el anciano decía tristemente:

– No insisto, señorita. ¿Me encarga usted que pida á su padre su cuenta de tutela?

– Sí, Sr. Pascalón.

– Así lo haré. ¿Dónde piensa usted residir?

– Por de pronto, en el convento de Confláns.

– ¿En el Sagrado Corazón?

– Sí, allí esperaré que todo esté liquidado.

– No tardará mucho. La cosa es muy sencilla y, sobre todo, muy clara. ¿Cuándo se marcha usted?

– Hoy mismo.

– ¿No vuelve usted á Biviers?

– No.

– Pero... ¿tiene usted dinero?

– Vengo á pedírselo á usted. Los notarios, dijo Andrea con una triste sonrisa, tengo entendido que adelantan dinero á sus clientes...

– ¿Cuánto quiere usted?

– Hay que tener en cuenta, ante todo, que mi existencia va á ser muy modesta. Mi fortuna, administrada con prudencia – y para esto cuento con usted, – me asegura unos cuantos miles de francos de renta... ¿Cuánto, poco más ó menos?

– Empleando ese dinero en rentas seguras, sin fluctuaciones y sin riesgos, tendrá usted, próximamente, unos diez mil francos anuales.

– Necesito, pues, atenerme á ellos. En ese caso, adelánteme usted el primer trimestre, querido Sr. Pascalón.

El notario abrió un cajón de su escritorio.

– Dos mil quinientos... Aquí están, señorita.

– Gracias. Es usted el mejor de los hombres.

– Y que quería mucho á su abuelo de usted. ¡Ah! No me atrevo ya á compadecerle por estar muerto en estos momentos...

Pero Andrea no quiso seguir al notario por ese terreno, pues le interrumpió diciendo:

– Ahora debo, sin duda, llenar algunas formalidades...

– Sí.

El notario escribió unas líneas en papel sellado.

– Fírmeme usted este poder... y este documento.

– ¿Qué más?

– Nada, por ahora. Pronto tendré el honor de escribir á usted... á Confláns, ¿verdad?

– Sí... Si cambio de dirección, usted será el primero en saberlo.

– Convenido, señorita de Reversay.

Andrea sintió un rubor repentino..., pero dijo resueltamente:

– Si me marcho de Confláns será para ir al Mediodía... No me encuentro bien de salud y es probable que este invierno vaya á buscar en las costas de la Provenza un poco de sol... y de soledad.

– Sí, señorita; está usted, en efecto, febril y descompuesta...

– Y entonces, continuó Andrea, tendré razones para no llevar ese nombre de Reversay, que pudiera exponerme á curiosidades..., á indiscreciones...

«Comprendo, pensó el notario; si la nueva señora de Reversay quisiera ir á pasearse por aquel lado...»

Y añadió moviendo la cabeza:

– Entonces ¿á qué nombre debo escribir á usted?

– Señorita Andrea Rival... También me llamo así...

– Cierto, puesto que es usted Rival de Lanceroy por su madre.

Y repitió: «Andrea Rival,» al tomar nota en una agenda.

– Todo se hará como usted desea, señorita.

– Y yo le guardaré un profundo agradecimiento por todo lo que hace y por todo lo que hará usted por mí, dijo la joven con profunda emoción.

El anciano, también conmovido, respondió:

– Ahora, valor, hija mía... ¿Me permite usted que la llame así?

Andrea le ofreció las dos manos.

Y al acompañarla hasta la puerta, los dos atravesaron el estudio, en donde los dependientes se pusieron á escribir con ejemplar ardor.

VII

El tren que recorre la orilla del mar desde San Rafael se detuvo en Boulouris, pequeña estación que parece surgir de una canastilla de geranios rosa. Cinco minutos después se oyó gritar: «¡Agay!, ¡Agay!,» y Andrea bajó del vagón.

El tren volvió á ponerse en marcha, hundiendo su penacho de humo en las asperezas de aquel rojo Esterel que levanta sus ardientes rocas sobre los bosques de pinos marítimos.

Andrea se quedó en el andén llena de asombro y de angustia al verse sola enfrente de la inmensa bahía dormida, en la que se balanceaban las tartanas esperando el viento favorable que debía hinchar sus grandes velas latinas para dispersarlas en el horizonte como una bandada de blancos pájaros. A lo lejos, al Este, se reflejaba en la bahía un viejo castillo acurrucado sobre sus viejos baluartes. Dos ó tres casas blancas daban en la playa su nota vibrante, y enteramente en la orilla del mar se veían dos ó tres cabañas de pescadores. Al Oeste había un hotel con su muestra en grandes letras negras. Y esto era todo lo que aparecía á primera vista. Andrea pensó:

— Es, pues, en esta comarca.. Acaso muy cerca de aquí... ¿Pero dónde?

Sí, allí vivían los que Andrea iba á buscar. ¿Para qué?.. ¿Acaso lo sabía ella misma?

La joven había obedecido á un impulso más fuerte que su voluntad... Había querido ver de cerca á los que la mala acción, que le hacía avergonzarse como si fuera suya, había condenado á una vida que no debieron conocer. Nunca se había podido librar de aquel violento deseo que la perseguía desde que salió de casa de su padre.

Allá, en Confláns, en aquel convento del Sagrado Corazón, donde le habían hecho tan dulce y cariñosa acogida..., allí, donde en seguida la habían recibido como á una hermana entristecida y desanimada..., allí, donde se había contentado, sin embargo, con decir á la superiora: «Madre, me domina una gran pena y vengo á refugiarme en la oración...,» allí, donde la anciana religiosa le había respondido: «Rece usted, hija mía; también nosotras rogaremos por usted...,» en aquel asilo de paz Andrea había tratado de combatir ese deseo tan ardiente y había pensado: «¿Qué vas á hacer allí?.. ¿Qué alivio puedes proporcionar á aquellos desgraciados?.. Ninguno, ni siquiera el de ofrecerles el óbolo de lo que te pertenece..., porque si arriesgases el hacerles sospechar solamente la verdad, harías traición al que no debes juzgar ni condenar... Eso sería denunciar al hombre cuya deformidad moral tienes el deber de ocultar... ¿Qué hacer entonces?»

Y, sin embargo, estaba allí

Después de haber realizado su último, su más cruel sacrificio al escribir aquella horrible y abominable carta á Julián de Ponterede para devolverle su palabra y decirle: «Suplico á usted que no me escriba. Mi resolución es irrevocable y la respuesta de usted no puede cambiarla... Usted sufriría al escribirla y yo tendría que devolvérsela sin leerla...;» después de haber saboreado el amargo cáliz, pues se saborea el dolor como la alegría, Andrea no había podido resistir más.

Su deseo se convertía en una obsesión y la joven se marchó diciendo á las que le habían dado asilo:

— Volveré sin duda y acaso para siempre... Pero antes quiero llevar á cabo una última prueba...

Y allí estaba, sola en la pequeña estación, ante la inmensa rada dormida... Porque, fuera de algunos escasos viajeros que buscan la soledad y la calma, se detiene muy poca gente en aquel estrecho valle de Agay, que es como una puerta que conduce al trágico Esterel. Aquel día no bajó nadie del tren al mismo tiempo que la pálida joven cuya mirada interrogaba á aquel país desconocido.

Era preciso, con todo, informarse...

Y Andrea se dirigió al jefe de estación que, plácido y sonriente, se aproximaba á su única viajera.

— La aldea de Agay, caballero, ¿está lejos de la estación?

El jefe se echó á reir francamente.

— ¿Agay? Le está usted viendo entero desde aquí. Agay es la estación, el hotel, esas tres casas de campo entre los pinos, esas cuatro cabañas en la playa, una capillita allá, entre los grandes eucaliptos, y al lado esas casitas bajas que forman un cuadrado alrededor de una columna y que son el cuartel de nuestros cinco carabineros... Todo ello representa unos cuarenta habitantes..., sin contar, naturalmente, los forasteros. Pero esos están todos en el hotel.

Andrea tuvo casi miedo de haber sido mal informada.

— ¿No hay también en esas casas algunos forasteros?

— En efecto, esas casas se alquilan para la temporada, pero ahora están vacías.

— ¿Todas?

— Al menos las que están para alquilar.

— ¿Las hay, entonces, habitadas?

— Una sola... Mire usted..., allí, en la playa..., aquella casita...

— ¿Al lado de una cabaña?

— Sí. Esa casita está habitada por una familia que vive en ella todo el año.

— ¡Ah! ¿También el verano?

— El verano es muy agradable aquí, á causa de la brisa del mar... Los forasteros no lo saben... Y unas personas retiradas, como esas, que viven muy sencillamente y tienen con ellas un joven imposibilitado, no pueden menos de encontrarse aquí muy bien.

Sí, Andrea había comprendido y su corazón latía apresuradamente... Allí estaban... Y con una mirada ardiente tomó posesión de aquella pobre morada.

Porque aquello no se parecía á esos palacios que brotan en la Costa Azul como flores de mármol. Más bien se asemejaba á una casa de campesinos, con algunas más comodidades gracias á un comprador aficionado á un poco de bienestar.

La casa tenía un piso y una planta baja sombreada por una especie de galería rústica formada por cuatro pilares de fábrica, en los que se apoyaba un tejadillo de cañas de la Provenza, esas grandes cañas amarillas que defienden tan mal de la lluvia y tan bien del sol.

La morada se apoyaba en uno de los estribos del Esterel, que se sumerge bruscamente en el mar á cincuenta metros de la orilla.

El jardín, de mimosas, se extendía hasta el camino que costea la rada, y bajo la sombra de los árboles de un verdor argentino, se veía una especie de parra de verde más obscuro que cubría un pozo, cuyo brocal estaba blanqueado por grandes guirnaldas de pasionaria.

Y aquí y allí, un poco en todas partes, unos cuantos cuadros de huerta, que probaban la completa supremacía que allí tenía lo útil sobre lo agradable.

Al otro lado del camino, y casi al lado del agua, había una cabaña muy baja y como aplastada en la arena, y delante de ella una lancha pintada de azul pálido, que parecía dormir acostada sobre una de sus bandas.

Cuando Andrea vió todo esto, dió un voluntario y débil suspiro. Y dijo en seguida al jefe de estación:

— ¿Cómo debo arreglarme para llevar mi equipaje al hotel?

— Vendrá á buscarle el mozo.

— Entonces no tengo más que ir...

— Y como usted ve, no está lejos.

El hotel estaba muy cerca, en efecto, y la joven se instaló en él con el nombre de Andrea Rival, que tomaba por primera vez... La dueña del hotel la condujo á uno de los cuartos que daban á la bahía y que recibía los rayos del sol naciente.

— Estoy algo enferma, dijo Andrea, y vengo á descansar aquí...

Y aquella mujer, una hermosa criatura de ojos azules aterciopelados, heredados de los sarracenos que fueron por tanto tiempo dueños de aquella costa, respondió:

— Es verdad que tiene usted un aspecto de fatiga, señorita; pero aquí se repondrá pronto. Tenemos muy buen aire y se está bien en este pueblo para vivir como se quiere...

. . . .

Sí, era aquel un rincón tranquilo y discreto.

En cuanto estuvo sumariamente instalada en aquel cuarto de hotel, Andrea salió.

Su primer pensamiento había sido para la capilla oculta en un bosque de eucaliptos mucho más altos que ella, pero en la que Andrea creía que la oración llegaría lo mismo que en las grandes catedrales hasta aquel que da la fuerza y el valor.

Al llegar oyó unos acordes lentos y graves. ¿Un órgano?.. No, seguramente. Allí no podía haber más que un armonio, y su sonido no era siquiera de los más agradables... Había, pues, gente en la capilla... Acaso se celebraba alguna ceremonia... La joven tuvo intenciones de volverse; sin embargo, empujó la puerta, dió un paso... y se detuvo sorprendida.

La capilla estaba vacía. No había en ella más que un hombre sentado al armonio en el rincón de la izquierda, cerca del altar. Un joven, tan absorto en su música, que no pareció darse cuenta de que llegaba una oyente.

Es verdad que Andrea había hecho muy poco ruido y se había arrodillado discretamente en una silla, al lado de la puerta.

El hombre seguía tocando y la joven conoció en seguida una frase de Schúmann, pero que era tan sólo un tema sobre el cual dejaba el músico desarrollarse su fantasía, aún más melancólica que la frase del maestro alemán.

Y aquella fantasía le arrebataba á un mundo lejano de recuerdos y acaso de visiones, pues levantaba los ojos hacia la ventana, que arrojaba sobre su cara la cruda claridad de aquel país sin brumas y se veía distintamente que su pensamiento y su mirada estaban ausentes de aquel sitio.

Sí, era joven. Su cara bronceada y como quemada por el sol estaba embellecida por una expresión de tristeza, acaso pasajera. Su barba obscura servía de marco á una boca fina y altanera. Su frente, que debía ser ancha, desaparecía casi bajo su cabello muy negro y un poco largo. Y sus ojos, aquellos ojos que todavía no habían mirado á Andrea, se abrían rasgados y profundos bajo el reflejo de la luz que hacía brillar su esmalte azulado.

¿Qué aspecto tenía? ¿Qué estatura?.. La joven no podía verlo.

Andrea no rezaba por escuchar aquella voz del armonio, que parecía expresar el pensamiento triste y fatigado del desconocido, y se estaba allí, atenta y como dominada por un malestar misterioso. ¿Por qué?.. La joven se lo estaba preguntando y casi reprochándoselo, cuando el músico se interrumpió de repente en medio de una frase, dió un largo y doloroso suspiro y cerró bruscamente el armonio, cuya tapa chocó con vibración sonora y prolongada.

Después cogió un sobrero de paja y un bastón de cayada que estaban á su lado y se levantó para salir.

Era alto y de aspecto elegante, á pesar de su expresión de cansancio y de su traje descuidado.

Y apoyándose en el grueso bastón, que sonaba en las losas á cada uno de sus pasos, se dirigió un poco torpemente hacia la puerta.

Andrea le miraba de reojo con ese extraño interés de que ella misma se asombraba.

El desconocido pasó á su lado, pero tampoco pareció darse cuenta de su presencia.

Al llegar á la puerta hizo un ademán inesperado. Pareció que trataba de cerciorarse con el bastón de que la mampara estaba allí..., muy cerca de él..., y sólo cuando estuvo seguro la empujó para salir.

Andrea tuvo como una corazonada, salió detrás de él, y dirigiéndose á un carabinero que estaba rastrillando su jardinillo en el sendero de la iglesia, le preguntó:

— ¿Ha visto usted á la persona que acaba de pasar?

— Sí, es el ciego.

— ¿Sabe usted su nombre?

— ¡Pardiez! El Sr. Beraud... Nosotros tenemos la costumbre de llamarle Sr. Noel.

***

Noel.. Noel Beraud... Era él.

Era el artista que después de la catástrofe había recogido á su madre y á su hermano menor..., que había querido atender largamente á las necesidades de todos á fuerza de un trabajo mortífero..., y se había quedado ciego á los veinticinco años, ciego, imposibilitado y vacilante, como un niño que aventura sus primeros pasos.

Sí, Andrea sabía todo esto. El mismo Julián de Pontarede se lo contó el día de la horrible revelación que la había dejado huérfana al alejarla para siempre de su padre, y viuda al hacer imposible su casamiento con el hombre amado.

Sí, sabía que Noel Beraud estaba ciego y esperaba encontrarle desde luego. Pero aquella aparición casual, repentina y extraordinaria, inspiró á la joven una compasión indecible. ¡Pobre muchacho, á quien tal desgracia no había podido afear!

Hay, en efecto, ciegos que dan horror con aquellos ojos sin mirada y demasiado claros, con su andar vacilante y con aquellas manos extendidas que parecen implorar la caridad de un sostén... Pero aquel... Era preciso saber su ceguera para advertirla. Apenas Andrea había tenido en la iglesia una sospecha, un presentimiento.

Si el carabinero hubiera respondido á su pregunta: «Es el Sr. Fulano, que es distraído y está preocupado,» Andrea no hubiera sospechado que aquellos ojos de reflejos azulados de acero se paseaban sin vista por el mundo.

La joven seguía exclamando: «¡Pobre, pobre muchacho!,» cuando volvió al hotel muy pensativa... y tan preocupada, que no se dió cuenta de que se le había olvidado rezar...

VIII

Durante los primeros días, Andrea trató de adquirir noticias. ¡Dios mío! ¡Cuánto más difícil le parecía su misión de cerca que de lejos!

¡Interrogar, en un país donde no hay más que cuarenta habitantes, que necesariamente se conocen todos! ¡Qué dificultad para una joven sola, mirada con un poco de asombro y de desconfianza!.. ¡Qué peligro para ella, que pretendía no ser allí más que Andrea Rival!..

Pero aquella playa de Agay, en la que las olas van á quebrarse dulcemente en la rojiza arena; aquella playa, en la que las dunas movedizas se cubren, á pocos pasos del agua, de adelfas llenas de capullos purpurinos que serán flores en junio; aquella playa es un paseo obligado para los invernantes á quienes atrae la rústica grandiosidad del Esterel y que van á ver alejarse los barcos pescadores ó arribar las tartanas y las goletas que acostumbran anclar en la rada.

Casi siempre hay allí algún pintor tomando apuntes de aquellas luces verdes, azules ó rojizas, y á nadie le extrañó el ver á la nueva inquilina del hotel de Agay, tan sencillamente vestida y tan linda con su traje obscuro, manejando el lápiz ó pintando acuarelas como tantos otros. Andrea tomó la costumbre de instalarse cerca de aquella cabaña baja..., como aplastada en la arena, en la que un pescador viejo se ocupaba durante el día en remendar redes ó en montar algún aparejo de pesca.

Aquel pescador, muy cumplimentero como todos los viejos, se acostumbró á dar los buenos días á Andrea cuando la veía aparecer.

Y la joven, que supo en seguida su nombre, le respondía amablemente: «Buenos los tenga usted, Sr. Cauvain.» El buen hombre le dijo un día:



Aquí me llama todo el mundo Mario..., el tío Mario

– Me hace usted mucho honor, señorita, llamándome «señor,» como si yo fuera un capitalista. Aquí me llama todo el mundo Mario..., el tío Mario...

Y dejando de trabajar, con la lanzadera levantada, añadió:

– Es que ya no soy joven... Tengo una hija que no es una niña.

– ¿Está con usted?

– No; mi mujer basta para hacer la sopa. Cristina está en casa de la señora de Beraud.

– ¿La señora de Beraud?, repitió Andrea haciendo un esfuerzo para permanecer impasible.

– Sí, la señora que vive allí, al otro lado del camino.

Y el viejo añadió, muy contento por tener ocasión de charlar:

– No está allí por lo que gana, pues si quisiera le darían dos ó tres veces más en otra parte. Es asombroso lo que se paga en Cannes á una muchacha que conoce el servicio... Pero ahí verá usted, éramos casi amigos de aquel pobre Sr. Beraud..., un buen sujeto. Siempre son éstos los que se van los primeros.

– ¿Ha muerto?

– ¡Ah! Aquello fué una compasión.... En la rada de Tolón, señorita, al acercarse á un navío que era suyo... Una mala maniobra... Beraud estaba en pie en la popa del bote y cayó al agua... No le encontraron hasta dos horas después, enganchado en un clavo, debajo de la quilla del buque. Puede usted pensar si estaba muerto .. ¡Qué desgracia!.. ¡Un hombre de tanta capacidad y que estaba á punto de ganar una gran fortuna!.. A su muerte no dejó á su viuda más que los ojos para llorarle y ninguna renta... ¡Pobre mujer!

– ¡Sí, pobre mujer!, repitió Andrea, mientras el tío Mario proseguía, preocupado por su narración:

– Seguramente que es digna de lástima, porque no es fácil encontrar un hombre como aquel... No era más orgulloso conmigo que si hubiéramos sido marineros juntos. Había comprado esta casa para venir á pescar de vez en cuando en el buen tiempo, cuando podía escaparse dos ó tres días para abrazar á su mujer y á sus hijos, que estaban aquí tomando el aire y bañándose en el mar. ¡Cómo le gustaba la pesca á aquel hombre! Y para ser justo, hay que confesar que la conocía casi como nosotros, que la tenemos por oficio. Entonces, como mi cabaña pertenecía al lote que se puso á la venta, Beraud fué mi casero... Un casero muy chusco, pues jamás vió el color de mi dinero... El era, el pobre, el que tenía siempre la mano en el bolsillo... «Toma, Mario, para unos remos... Toma, para que pongas vela nueva...» Yo le guardaba la casa cuando no estaban ahí, le arreglaba el jardín y se lo regaba durante los calores... Como usted comprende, sigo haciéndolo, ahora que la viuda vive aquí todo el año y no puede tirar el dinero por las ventanas.

– Habla usted de la viuda y de...

– Y de sus hijos. Dicen bien que una desgracia no viene nunca sola. Cuando murió Beraud dejándolos en la miseria, pareció sin embargo que todo iba á arreglarse, pues el hijo mayor, Noel, era un artista de mérito que ganaba para todos... ¿Querrá usted creer que se quedó ciego?.. Ciego está, señorita, por haber trabajado demasiado en obras muy minuciosas que le gastaron la vista.

– ¿Completamente ciego?

– Completamente. Empezaron por consultar á todo el mundo, y la mitad de su escaso dinero se fué en cuentas de médicos y de medicinas. Nada sirvió. Está ciego y no curará nunca. Entonces tuvieron que venirse á vivir en esta casa, que habían conservado porque, gracias á su poco valor, se la dieron en la liquidación por un pedazo de pan. Con la poca renta que les queda viven ahí pobremente, pero, en fin, tienen buen aire.

– ¡Estarán muy estrechos!

– No lo crea usted. La casa es más grande de lo que parece. Y después no son más que dos: la señora y Noel, pues el pequeño, Mauricio, trabaja en una oficina de Niza. Cristina, que es mi chica, no ocupa mucho lugar, y en el piso de arriba hay tres buenas habitaciones, lo que les basta, aun estando aquí Mauricio. De manera que no se sirven de la gran habitación del piso bajo, al lado del comedor, que era donde dormía Beraud para no despertar á nadie por la mañana cuando íbamos á la pesca antes de salir el sol

– ¡Ah!.., exclamó Andrea muy pensativa.

Y pasó por su mente una idea, mientras el pescador se ponía de nuevo á remendar las mallas rojas de sus redes.

Acaso había un medio de entrar en aquella triste casa; al principio, como entraría un huésped que proporcionase un poco de bienestar, y después como una discreta y verdadera amiga, para llegar á ser una de esas hadas que, bajo las apariencias más humildes, velan sobre la vivienda que protegen, apartan de ella todos los peligros y emplean en eso todo su poder y toda su voluntad.

(Continuará.)





LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO EN BARCELONA (de fotografías de D. Adolfo Mas)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

Durante algunos días ha permanecido en estas aguas la escuadra inglesa del Mediterráneo mandada por el almirante sir Compton-Domville y compuesta de once acorazados, diez y seis cruceros, diez y ocho torpederos, un aviso, un buque transporte y un buque hospital.

Los once acorazados son: el *Bulwark*, que ostenta la insignia de almirante, desplaza 15.000 toneladas y lleva 850 tripulantes; el *Irresistible*, el *Venerable*, el *Implacable* y el *Formidable*, que desplazan 15.000 toneladas y llevan 750 tripulantes cada uno; el *Russell*, el *Repulse* y el *Exmout*, de 14 000 toneladas con 550, 730 y 750 tripulantes cada uno respectivamente; el *Illustrous*, de 14.900 toneladas con 760 tripulantes, y el *Renown*, de 12 400 toneladas con 670 tripulantes.

Los diez y seis cruceros son: el *Bachante*, que ostenta la insignia del contraalmirante sir Baldwin Walker, de 12.500 toneladas, 21.000 caballos de fuerza, 21 millas de velocidad, 33 cañones y 750 tripulantes; el *Aboukir*, de iguales tonelaje, fuerza, velocidad, armamento y tripulación que el anterior; el *Gladiator*, de 6 500 toneladas, 10.000 caballos de fuerza, 19 millas de velocidad, 18 cañones y 500 tripulantes; el *Hermione*, de 4 360 toneladas, 9.040 caballos, 14 millas de velocidad, 19 cañones, cuatro ametralladoras y 314 tripulantes; el *Intrepid*, de 3 600 toneladas, 9.700 caballos de fuerza, 17 cañones, cuatro ametralladoras y 273 tripulantes; el *Pegassus*, de 2.135 toneladas, 7.000 caballos de fuerza, con 16 cañones, tres ametralladoras y 225 tripulantes; el *Pioneer* y el *Pryamus*, iguales al anterior; el *Doryad*, de 800 toneladas, con 58 tripulantes; el *Good Hope* y el *Drake*, de 14.100 toneladas, con 18 cañones y 852 tripulantes cada uno; el *Kent*, de 9.800 toneladas, con 14 cañones y 648 tripulantes; el *Minerva*, de 5.600 toneladas, con 11 cañones y 450 tripulantes; el *Medea*, de 2.800 toneladas, con seis cañones y 300 toneladas; el *Medusa*, igual al anterior; y el *Rainbow*, de 3.600 toneladas, con ocho cañones y 273 tripulantes.

Los diez y ocho torpederos son: el *Locust*, el *Seal*, el *Griffon*, el *Mellard*, el *Bat*, el *Thraser*, el *Albatros*, el *Banshec*, el *Cynthia*, el *Myrmidon*, el *Boxer*, el *Flying Fish*, el *Stag*, el *Kangarov*, el *Faul*, el *Ariel*, el *Bomizer* y el *Crane*. Todos son de 300 toneladas, y llevan unos 60 tripulantes cada uno, excepto el *Albatros*, cuyo tonelaje es de 320 y cuya tripulación se compone de 105 hombres.

Acompañaban á la escuadra, como hemos dicho, un aviso, el *Surprise*, de 1.230 toneladas con 110 tripulantes; un buque transporte, el *Tyne*, de 3 060 toneladas con 100 tripulantes; y un buque hospital, el *Maine*, de 3 600 toneladas con 90 tripulantes.

El aspecto que ofrecían el puerto, el antepuerto y la rada era realmente grandioso, habiendo sido inmensa la concurrencia del público que desde las escolleras ó á bordo de vaporcitos y lanchas contemplaban aquellas formidables máquinas de guerra que constituyen la flota sin duda alguna más poderosa de cuantas surcan el Mediterráneo.

Durante la estancia de la escuadra en estas aguas, el almirante, los contraalmirantes y los jefes y oficiales de la escuadra han sido objeto de varios obsequios por parte de las autoridades de esta capital.

El capitán general dió en su honor una comida de gala á la que asistieron el almirante sir Compton-Domville, el contraalmirante Constance, los capitanes de navío Winsloe, Prothers, Watten, Farghar, Cradock, Hendersen, Hamilton, Callaghan, Lillard y Patey, los tenientes Inne y Kerr, el gobernador civil, el alcalde, el cónsul inglés, el comandante de Marina, el presidente de la Diputación y el de la Audiencia, y el general Sr. Castellví.

El Ayuntamiento, con muy buen acierto, dispuso una excursión al Tibidabo en la que tomaron parte el almirante, los contraalmirantes, varios jefes y oficiales, las autoridades, representantes del cuerpo consular, varios concejales, diputados provinciales, senadores é individuos de la prensa. En el gran salón del restaurant, adornado con sumo gusto, sirvióse un exquisito almuerzo á cuyo final el alcalde y el almirante pronunciaron sendos brindis, el primero por el rey Eduardo VII y por la unión cada vez más íntima entre Inglaterra y España, y el segundo por España, por el rey D. Alfonso XIII, por el alcalde y por Barcelona, «ciudad industriosa y hospitalaria – dijo, – de la que guardaré perdurable recuerdo.» Esta fiesta, perfectamente organizada, impresionó muy gratamente á los marinos ingleses, quienes quedaron encantados de la belleza del sitio y de la magnificencia del panorama que desde él se descubre.

En justa correspondencia á estos obsequios, el almirante obsequió á las autoridades barcelonesas con un espléndido banquete á bordo del *Bulwark*.

No terminaremos esta breve reseña sin mencionar la visita que á nuestro Ayuntamiento hizo sir Compton Domville acompañado de algunos jefes y oficiales á sus órdenes, hecho que honra mucho á nuestra capital, si se tiene en cuenta que, según manifestó el propio almirante, es ésta la primera corporación municipal que visita oficialmente. A lo que parece, el jefe de la escuadra no ha de visitar más que á las autoridades marítimas y militares, pero sir Compton-Domville quiso hacer, tales fueron sus palabras, una excepción en favor de Barcelona, en vista de la gran importancia que tiene esta ciudad, á la que no conocía y á la que considera muy superior á muchas de otras naciones que tienen más renombre.

Barcelona conservará grato recuerdo de la estancia de los marinos ingleses, y espera que igualmente grato será el que guardarán de su permanencia entre nosotros los que por unos días han sido nuestros huéspedes. – R.



Baco, escultura de Forés

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 28 de septiembre de 1903 — Núm. 1.135



CAMPRODÓN, cuadro de Eliseo Meifrén

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimoprimero de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es posible, y hasta diría que es seguro, porque tengo de ello pruebas, que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en la América española, cuando fijan la vista en mis crónicas, las tachen de pesimistas y de sobrado obscuro y recargado de tintas el cuadro de la sociedad española que forma su conjunto. Yo, sin embargo, les rogaría que recorriesen por costumbre los periódicos diarios, y entonces sé que acabarían confesando que no prodigo las sombras. Raro es el día en que la prensa de información no nos sobrecoge – y *sobrecoger* es palabra inexacta, pues ya estamos habituados – con noticias escandalosas, con una cosecha tal de enormidades, que no puede menos de reconocerse un estado general de corrupción, del cual, ¡ay!, ni aun nos queda el consuelo de culpar á la civilización refinada, á los adelantos del siglo y á la complicación de la vida.

Recuerdo (no extrañaría que los lectores lo hubiesen olvidado) haber dicho aquí mismo que la diferencia entre la criminalidad española y la extranjera, es que allí los crímenes los cometen los criminales, y aquí los comete también la gente honrada. Me refería, al expresarme así, á los infinitos casos de asesinatos *pasionales* ó causados por mera brutalidad, como aquel de los dos mozos que se acuchillaron sobre quien cortaba más diestramente las rajas de un melón. No es aquí raro, sino frecuente, que los asesinos tengan los antecedentes más simpáticos y gocen en su barrio de muy buen predicamento. Extendiendo el concepto anterior, diré que aquí los delitos, según va demostrándose palmariamente, no los cometen sólo los delincuentes de profesión (que existen en todas partes), sino las personas venidas á menos y las encargadas de descubrir y reprimir el delito. Sin gran sorpresa – ¡qué sorpresa, ni qué millón muerto! – nos enteramos de las diabluras en que anda mezclada la policía, y de qué negocios cultivan las *señoras* reducidas á vivir de tretas y amaños, que, por no dejar de ser *señoras*, prefieren establecer garitos á montar un taller de sombreros ó modistería.

El Imparcial – último que, según confesión propia, se determina á entrar en el terreno de la actualidad nauseabunda – reconoce abiertamente el aspecto social y político del asunto de la célebre *estafa*, no muy importante por la cuantía – un millón *de reales*, para el Banco *peccata minuta*, – pero gravísima por el tirón de manta que representa. ¿Hay en efecto tal tirón brusco, con caracteres de desengaño? ¡Pch!.. Todo ello ya estaba acá. Esa comidilla, hoy trocada en veneno, era el secreto á voces.

¿No hemos oído, cuantos respiramos el ambiente de Madrid, que cuando es robado el reloj ó la cartera de una persona de alta importancia, de un primate político, á las dos horas aparece, porque así lo dispone la policía? ¿Qué significa esta creencia arraigada (no aseguro que sea fundada, porque no tengo ganas de que empiece en mí, pobre inocente, á aplicarse la justicia seca), sino que existe el convencimiento de que el hampa y la policía están amigadas y combalachadas? ¿Y qué mucho, si en el mundo del hampa se reclutase la policía, y este método fuese fruto de la idea más inmoral de todas, que es conservar al hampa en la mano para las ocasiones en que conviene que las calles y las plazas, las tabernas y los cafés, hagan el juego de una bandería ó de los intereses de un partido representados por un hombre ó un grupo?

En España, al presente, puede afirmarse que no existe la opinión pública; esa gran fuerza de los pueblos nos falta: era más vigorosa en el siglo XVII: de ello sería fácil citar ejemplos reiterados. Se murmura siempre; no se protesta nunca, en ninguna forma. La persuasión de que será inútil hiela desde el impulso inicial la voluntad. ¿Por qué? Por la hipótesis general de que las cosas están arregladas desde arriba de cierto modo, y todos los amenes del mundo no llegan á ese cielo de bronce. Quien ve día tras día pasearse sueltos y libres á los más afamados randas, espadistas y carteristas; quien cree saber que esa franquicia de los hampones, tan seguros hoy y en el siglo XVII tan temerosos, y con motivo, de los corchetes y de la horca, obedece á planes y conciertos que no se modificarán por lo que grite el pacífico y robado ciudadano, ¿que va á esperar, qué va á emprender? Yo repito que no doy las hipótesis por ciertas: no quiero chanzas con la Inquisición: aun ahí sería el diablo, si todavía corriésemos el peligro que corrió Quevedo por haber atacado vicios y corruptelas de su época. No es nada seguro el oficio de redentor; ojo á la cruz y al Calvario. Lo que voy diciendo se funda é inspira en artículos del *Imparcial*, del *Liberal*, de *La Epoca*, de toda la prensa: que lo que es por cuenta propia, mal año para quien señale con el dedo, y en boca cerrada no entran mosquitos.

La estafita es de oro, aunque poco oro valiese repartido entre tanta patulea. – El arte con que se realizó demuestra una vez más que si aquí no se rinde culto al trabajo es por pura pereza, no porque no le sobren á la raza aptitudes. – ¡Cuanto se trabaja por no trabajar! – decíame una noche, en el Circo de caballos, ante un acróbata colgado del trapecio á vertiginosa altura, un ilustre médico que no conocía la holganza. – Siempre que sale á luz una maraña como esta del *Cantinero*, me acuerdo del dicho del Doctor. Es increíble lo que se despliega de habilidad, maña y destreza, para agenciarse sumas que una labor sencilla y honrada produciría también deducidos riesgos, que siempre se corren en estos tratos de Argel, y diezmos y primicias, que según el ex inspector Luna, no falta quien cobre, sin pertenecer á la iglesia de Dios.

¡Qué oceáno, ola no, de cieno las declaraciones de ese ex inspector, ya se confirmen, ya se desmientan, que aun cuando parezca extraño, para mí es lo mismo! Pues lo grave consiste en que suenen á algo mil veces oído, y lo gravísimo en que corra así la especie sin que se depure con el mayor rigor y se castigue, al comprobarse, de un modo ejemplar y que deje memoria. El castigo..., otra cosa en que no fiamos. Dice el periódico que en vista de las declaraciones de esa Luna que alumbró un instante tantos horrores y luego se eclipsó, se han reunido los delegados de vigilancia y acordado proceder á la captura de cuantos criminales andan sueltos por Madrid. Oportunísima providencia.

Hace cuatro ó seis días asistí á la fiesta de un pueblecillo. Al cruzar la plaza, voces tristes me pidieron limosna desde una reja. El cuadro era completamente medioeval. He dicho una reja y debí decir dos: á derecha é izquierda de una puerta, resaltaban sus negros hierros, y al través de ellos penetraban difícilmente el aire y la luz en dos reducidas cárceles, la de mujeres y la de hombres. Pregunté cuánto tiempo llevaban allí los detenidos. Respondieron que siete meses. Pregunté el delito. Merodeo, robo de gallinas. Pregunté qué esperaban, qué desenlace tendría su suerte. Faltaba, según probabilidades, como mes y medio para que se viese la causa en el Juzgado. Entre los detenidos había una mujer joven y hermosa, anémica ya á causa del encierro prolongado, sin respiración suficiente, en el hacinamiento de la vida común con otras dos ó tres presas. Anémicos parecían igualmente los presos varones. «Gente mala,» me decían algunos señores, extrañados de mi interés. Sea cual sea la gente, hay cosas que hacen reflexionar. Dedicáranse estos pobres diablos al robo de carteras repletas de billetes, en vez de raposear gallineros, y otro gallo les cantara. Y aparte de todo, si es justo detener al delincuente, ¿por qué siete ú ocho meses de prisión preventiva, á causa de una gallina ó un saco de maíz? ¿Por qué la anemia, aposentadora de la tuberculosis? ¿No es triste que revista estas formas la idea de justicia, que debiera imprimirse en el cerebro de los miserables y de los desheredados con caracteres de luz y de fuego, educando su espíritu? Porque estos delincuentes que vi tras la reja de la cárcel de Puenteareas no podrán menos de comparar su delito con su destino, y otros delitos y destinos también, y la consecuencia... dedúzcala un chiquillo de la doctrina.

Y á la hora en que cierro la crónica, entre uno y otro vaso de agua de Mondariz, el alboroto continúa, el escándalo parece ascender á las nubes, en la prensa no se lee otra cosa sino *Cantinero* – millón – estafa – María Reina – delegados – policía... Las autoridades y el gobierno, previo uno de esos movimientos de estiro y desperece que no se pueden hacer delante de la gente porque no son finos, se arrancan con disposiciones y medidas y suspensiones y anuncios de reorganización, que no parece sino que van á volver el mundo patas arriba y tragárselo. Ojalá por esta vez me engañe la desconfianza, como ha solido engañarme la confianza propia de un alma, por mi mal, bastante generosa; pero no lo puedo remediar: esas providencias rigurosas que se anuncian ante el fervor del escándalo, me parecen tan efímeras como el escándalo mismo: merengadas que se tienen mientras están recién batidas, y á las dos horas bajan la cresta y se desmayan sobre el plato.

Nacen mis dudas de que si, en efecto, algo hay de verdad en las tremendas acusaciones de prevaricación y complicidad que ruedan por el aire, se concibe que puedan sorprender al público en general, pero no así á las autoridades y al gobierno, á ningún hombre versado y ducho en ciertas maleantes interioridades, conocedor del personal. Ninguna clase de ceguera explicable puede alegar el que ve de cerca cosas de esta índole peculiarísima. Servirse de los pícaros es ardid de los que mandan y disponen; desconocer la picardía sería otra cosa, y yo no llego al extremo de negar inteligencia á los que la han demostrado en cualquier grado y orden.

He ahí por qué no fío de los grandes propósitos de reorganización. No hay titirimundi cuya reorganización no se anuncie diez ó doce veces al año, y todo sigue desorganizado el 1.° de enero del siguiente. ¿Hemos de otorgar crédito á los eternos quebrados, como si pagasen puntualmente sus letras, á la vista? Ya verán ustedes si esto se queda, igual que lo de más allá y lo otro, en agua de cerrajas y contradanzas para ferias.

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Estas lo priman todo. He ahí el motivo de que los pocos patriotas á secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor á las instituciones parlamentarias. Donde fermenta ese germen de podredumbre...

La curiosidad que este género de sucesos despierta se fatiga pronto; un escándalo borra la huella del anterior; hay interregnos; la superficie social se aplana y desaparecen los remolinos formados por la caída de la piedra. Pero bajo el agua serena al parecer, hierven y se cruzan y luchan y se devoran los mismos monstruosos organismos, criados en el limo fétido. El estado de la nación no varía ni mejora; no hay depuración, no hay desinfección, no entran luz y aire; la conciencia no se sanea y robustece: quedamos igual; y si se leen y comentan un instante tan extrañas tragicomedias, no incita la ansiedad del eficaz remedio, sino el interés bastardo, folletinesco, humano en medio de todo, del suceso pregonado.

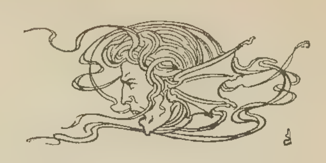
¿A qué simular esperanzas que no sentimos? Hemos visto suceder de 1898 acá, los españoles, tan terribles cosas, hemos sufrido desengaños y humillaciones de tal naturaleza, nos han hervido dentro tales escepticismos y tales resquemores, hemos escuchado y escuchamos tales acusaciones susurradas en voz baja y al oído, sin que nadie las repita y sostenga en alto; nos ha sumido en tales confusiones el contraste entre lo que se oía y lo que se efectuaba, entre el memorial de agravios y el chaparrón de recompensas, entre las supuestas responsabilidades y las auténticas irresponsabilidades, con premios y honores; hemos tenido que tragar tanta saliva, que devorar tanta vergüenza, que reconcentrar tanta aspiración, que sorbernos tantas gotas de agua de esas que el corazón envía á los ojos cuando el sentimiento rebosa; hemos gastado tanta energía en balde, que ya ahora lo difícil sería conservar un átomo de optimismo. ¿La policía? Perfectamente adaptada al medio, si es cierto lo que aseguran. ¿Es que alguien, obligado á deshojar la margarita de las ilusiones, había respetado el pétalo que corresponde á las delegaciones de vigilancia?

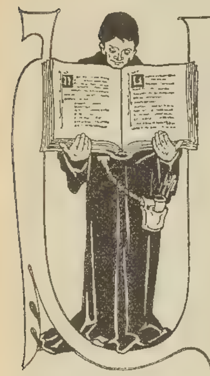
Y hasta la próxima, que no sabemos por cuál lado vendrá. Preparémonos; preparemos, sobre todo, la indiferencia, la calma chicha, el narcótico del pensamiento, la triaca de la indignación. Procuremos no sentir el dolor de «esta España moral que se derrumba,» según la frase de Núñez de Arce, que se equivocaba, porque ya se había derrumbado.

EMILIA PARDO BAZÁN.



JOSÉ SATTLER





Inicial de la obra «Los Nibelungos» (1)

Una de las clasificaciones más justificadas en materia de bellas artes es la que divide las obras artísticas en los dos siguientes grupos: el de aquellas que, aunque de pronto nos cautivan, fácilmente son olvidadas, y el de las que tarde ó nunca se olvidan. Estas últimas se graban en nuestra alma, quizás no sin alguna resistencia por parte de ésta al principio, y forman en ella como un tesoro; en las producciones artísticas constituyen como oasis en medio de un desierto y se apoderan de nuestro corazón porque en ellas nos habla la naturaleza en lenguaje sencillo, pero imponente, por medio de uno de sus hijos predilectos que supo sentirla y hacerla sentir á los demás, no sólo de una manera original y propia, sino revelando una personalidad con ideas y sensaciones hondamente arraigadas. El que posee este arte, verdadero don de la naturaleza, ha de conducirse como un pedagogo; ha de dejar crecer y madurar lo que necesita elevarse á grandes alturas y ha de evitar el desarrollo de todo lo que pudiera robar aire y luz á su inspiración.

El arte de José Sattler, notable dibujante alemán, ostenta el carácter de eminentemente personal, y ya sus primeras manifestaciones permiten adivinar lo que con el tiempo había de ser, puesto que ofrecen todas las condiciones que hemos visto llegar á su



Ex-libris

sazón en el todavía joven artista: la mirada penetrante del dramático para todo lo que tiene carácter; el amor del épico á la poesía de lo pequeño, de lo insignificante; una fantasía rica y vigorosa; una propensión á sutilizar, á escudriñar en los tiempos desaparecidos; una poderosa tendencia á lo sombrío, á lo pesimista, y todo esto unido á un espíritu marcadamente satírico y suavizado por un humorismo sano.

El principal medio de expresión de esta personalidad es el dibujo en todas sus formas: Sattler rara vez pinta; pero cuando quiere realzar el efecto de una de sus obras por el color, muéstrase delicado y original colorista. Domina en absoluto la técnica, y sus dibujos son todos claros, á menudo extraordinariamente finos, mas nunca triviales; el trazo es en ellos sobrio, ora suave, ora enérgico, según el asunto, y siempre expresa lo que debe decir.

En sus obras se advierte desde luego la influencia de los maestros del Renacimiento: «Sentíme atraído, dice el mismo artista, por el antiguo grabado en madera, y me consagré á estudiarlo con verdadero amor en las viejas estampas.» Este estudio, sin embargo, no le ha hecho incurrir en la imitación ni en el arcaísmo; pues si bien cada época del arte alemán ha sido su maestra, ha sabido traspasar los límites en que cada una se encierra y desenvolver el estilo de los antiguos convirtiéndolo en un estilo propio suyo. Así, á pesar de todos los puntos de semejanza, cuando contemplamos un dibujo de Sattler vemos claramente que es obra de un artista moderno.

Otra de las cosas que más le cautivaron en los célebres dibujantes de otros tiempos fué la afinidad entre sus gustos y los de éstos, pues vió que en ellos estaba vigorosamente desarrollado lo que en germen llevaba dentro de sí mismo. Mucho contribuyó á esa predilección por los viejos maestros la afición de Sattler á los estudios históricos, pudiendo afirmarse



Cabecera del libro «Mi armonía»

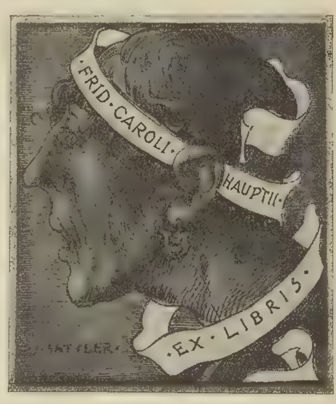
que nadie como él ha estudiado las crónicas de pasadas épocas y los antiguos infolios, ni sabido desentrañar el espíritu de los mismos, ni comprender tan profundamente al hombre de aquellos días, su modo de pensar y de sentir, sus usos y sus costumbres.

Quien busque en la obra de arte sentimientos é ideas podrá con razón recrearse en las producciones de Sattler, quien, aun dominando como domina el género ornamental, jamás dibuja nada que no tenga alguna significación.

En la fantasía de este artista no se sabe qué admirar más, si la profundidad del concepto ó la asombrosa originalidad de la expresión ó su eminente complejidad. En sus composiciones hay siempre frescura, vida, y de su pasmosa fecundidad son elocuente prueba las innumerables viñetas, iniciales, ex-libris y dibujos de diversa índole, todos los cuales encierran una nueva idea, siendo muchos de ellos verdaderas preciosidades en lo que pudiéramos llamar pequeño arte. Con mucha frecuencia dibuja cabezas que son reflejo fidelísimo de sensaciones ó de estados anímicos, presentándolas ora aisladamente, á modo de símbolo, ora combinadas con otros elementos de ornamentación. En sus trabajos decorativos, sin dejar de ser por esto original, utiliza con admirable acierto el caudal de conocimientos que sus estudios sobre la Edad media le han proporcionado, y en ellos rara vez encontramos el paisaje como factor independiente, pues por lo general sólo sirve de fondo sobre el cual se mueven las figuras.

Todas estas relevantes cualidades de la personalidad artística de Sattler aparecen más claras y por decirlo así más en sazón en las obras grandes que su lápiz ha producido.

En los «Cuadros de la guerra de los Aldeanos» describe con notable vigor el alma del pueblo alemán luchando por su libertad y su independencia. En «Los Anabaptistas» revive, fantásticamente reproducido, el episodio de los insensatos profetas de Münster; esta obra es una sátira habilísimamente



Ex-libris

hecha del desvarío humano y del fanatismo religioso, y en ella ha demostrado que es algo más que un buen ilustrador, que es un poeta y un artista que con delicado sentimiento y rica fantasía sabe resucitar un tiempo pasado, no sólo con natural fidelidad, sino además como una imagen monumental de las grandezas y de las debilidades humanas.

En su «Danza macabra» entona un himno á la Muerte, describiendo el poder destructor de la que hostil y vencedora sale al encuentro de todos los vivientes. En esta obra la fantasía de Sattler está en su elemento y los cuadros que traza son de un vigor sombrío que sobrecoge el ánimo: estas vigorosas composiciones, de líneas y superficies fuertemente



Ex libris

acusadas, dibujadas en blanco y negro y muy pocas veces con algunos tonos atenuados, despiertan irresistiblemente en quien las contempla la idea de la muerte, de la aniquilación y le obligan á identifi-

(1) Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos son de la revista alemana «Deutsche Kunst und Dekoration» que publica el editor de Darmstadt Alejo Koch.

carse con los sentimientos del artista, á compartir su tétrico pesimismo.

Estos trabajos le valieron un encargo importantísimo que nadie como él podía realizar, cual fué la ilustración del notable libro de H. Boos, profesor



Autorretrato no terminado de José Sattler

de Basilea, «Historia de la civilización de las ciudades renanas,» labor que ejecutó de una manera brillante, produciendo una obra casi única en su clase, en la que pinta la vida de cultura maravillosamente y con exactitud extraordinaria, á pesar de lo cual sus composiciones no son hijas de profundas especulaciones ni de fundamentales conocimientos científicos, sino de una concepción genuinamente artística y de una imaginación fecunda y altamente poética.

Con esta obra entró Sattler en el campo propiamente suyo, en donde podía desplegar mejor sus especiales aptitudes; y apenas la hubo terminado recibió un nuevo encargo, el más halagüeño para un artista alemán: en efecto, el Estado le confió la ilustración de la edición de gran lujo de «Los Nibelungos,» para la cual dibujó cerca de 600 iniciales, todas diferentes, originales y bellísimas todas, innumerables cabeceras y finales inspirados en el argumento de cada canto y varias láminas en colores, de carácter grandioso, monumental. En todas estas ilustraciones el dibujo es amplio y firme y la composición extraordinariamente clara y sencilla; nada hay en ellas de superfluo y su simplicidad y grandiosidad hacen de la obra una creación verdaderamente clásica.

En la época en que ilustró la «Historia de la civilización de las ciudades renanas» compuso otra obra, «Mi armonía,» en la que explica de una manera sumamente original lo que podríamos llamar sus sensaciones del colorido: en ella nos dice, por ejemplo, que el verde, color del follaje perecedero, despierta en él la idea y la sensación de lo pasajero, de lo eternamente mutable, de la muerte, y que el encarnado es para él expresión de los más elevados sentimientos del placer, del amor, del espíritu. Y todas estas explicaciones van acompañadas de preciosas láminas, cuya contemplación nos hace sentir lo mismo que sintiera el artista, y en las cuales aparece gráficamente retratado el modo de ser de esta personalidad artística.



LA IGUALDAD, dibujo que forma parte del libro «Danza macabra»

El arte de Sattler, es un arte serio y profundo. Este artista es, como hemos dicho, un poeta, pero su poesía tiene cierto tinte melancólico: sus sentimientos y sus colores son ligeramente sombríos y las cuerdas de su lira emiten acordes graves, solemnes. Sus magistrales figuras son hombres que se han endurecido en la lucha por la existencia y en cuyas facciones han dejado las pasiones impresa su indeleble huella. Pinta la vida en su aspecto rudo, en sus rugientes combates, el espanto, el terror, el poder de la muerte; su lápiz dibuja por modo admirable el hijo del desierto, el honrado mercader, el guerrero curtido en las batallas, el ambicioso sacerdote, el labrador y el pueblo trashumante; pero en sus composiciones faltan las gracias de la mujer, los inocentes encantos del niño, la felicidad del hogar. Es profundamente alemán, pero sólo presenta un lado del alma popular alemana, su seriedad, su belleza grave, nunca su espíritu abierto y regocijado. Su arte no mueve á la risa; en él asoma únicamente la sonrisa de la ironía y de la sátira. No es arte para el vulgo, sino para los que saben sentir y pensar hondamente; sus obras son demasiado profundas y elevadas para llegar á ser populares, en el sentido ordinario de esta palabra, ya que el verdadero arte, en su acepción más elevada, ha sido siempre fuente de deleite únicamente para un círculo reducido de personas ilustradas, capaces de comprenderlo y sentirlo en toda su intensidad. Quien estudie seriamente las obras de Sattler, verá palpitar en ellas la vida y por ellas penetrará en un alma artista genuinamente alemana que ha hecho de su profesión un sacerdocio. Nunca encontramos en ellas trivialidades; jamás hieren nuestros ojos los atentados al buen gusto, aun cuando muchas veces el tema tratado por el artista toque en los límites de lo cruel y de lo repugnante. Su aspiración ferviente son la sencillez y la grandiosidad, para conseguir las cuales no es obstáculo el reducido tamaño de sus trabajos, que si pequeños en sus dimensiones no lo son por su importancia intrínseca y por la madurez que todos revelan.

LA CARCOMA, dibujo que forma parte del libro «Danza macabra»

Con la edición de los Nibelungos puede decirse que ha terminado su actividad como ilustrador. Los trabajos para esta y para las otras grandes obras citadas obligáronle á abandonar otras aficiones, á las cuales se propone ahora dedicarse con preferencia. Una de las cosas que más le atraen es la pintura mural; y aunque parezca extraño que el maestro inimitable en materia de dibujos de reducidas dimensiones piense en trasladar á grandes superficies sus ensueños artísticos, no lo es si se tiene en cuenta que sus obras, aun las más pequeñas, revelan un



Dibujo que forma parte del libro «El profesor Müller»

sentimiento de grandiosidad y ofrecen todas un carácter monumental.

También se propone cultivar otra especialidad de la que ha dado ya algunas bellísimas muestras en sus dibujos titulados «Mi casita,» en los cuales reproduce interiores de su vivienda que respiran elegancia y el gusto más exquisito.

Los antiguos atribuían á sus dioses una juventud eterna y una energía creadora inextinguible: tales son los rasgos infalibles del espíritu creador. Pues bien: de Sattler puede decirse que figura en el número de los escogidos, por cuya mediación la divina naturaleza nos regala algo siempre nuevo de sus inagotables tesoros.

DR. DANIEL GREINER.

Berlín.



... que el médico victorioso, radiante, alzaba entre las manos

EL ABUELO

–¿Qué es, qué es?, preguntó ansiosa la madre, Adela, incorporándose en el lecho, fijos los ojos en el pedazo de sus entrañas que el médico victorioso, radiante, alzaba entre las manos.

– Una niña hermosa, mucho más guapa que su madre, contestó el doctor acercándosela.

–¡Mátela, mátela usted!, rugió la recién parida, y al mismo tiempo estrechaba contra el pecho y cubría de besos y de lágrimas á su hija.

El parto había sido difícil, un primer parto laborioso, que acaso sin la intervención del doctor hubiera costado dos vidas. Pero ya había pasado, y á los ayes de Adela, á sus quejidos desgarradores, á sus gritos salvajes, sucedían ahora las risas locas de la nueva madre, sus parloteos nerviosos y desordenados, y el llorar agudo y constante con que la niña entraba en el mundo.

Más tarde el médico, terminada su misión, dispúsose á marchar; pero antes,

–¿Queréis, preguntó á Adela y su marido, que ahora, al pasar, dé la noticia al abuelo?

Una nube de tristeza veló la felicidad del matrimonio, y hubo unos instantes de silencio.

– Sería inútil, respondió al fin el marido, Alfredo, conozco á mi suegro. La consideración que usted le merece podrá hacer que le escuche sin mostrar disgusto; pero... ¿Qué espera usted del hombre á quien no conmueve ni el peligro de muerte en que acaba de estar su hija?

El médico, á pesar de este mal concepto que Alfredo tenía del padre de Adela, y que él, conocedor de la vida íntima de aquella familia, hallaba natural y fundado, no desistió de su idea.

– Bueno, bueno, ya veremos, salió diciendo.

Marido y mujer, al quedar solos, se miraron silenciosos, como queriendo y no atreviéndose á continuar entre sí la conversación iniciada por el doctor, conversación que ya otras veces había turbado la paz de aquella casa.

– Eres demasiado injusto con papá, exclamó pasado un rato Adela, que jamás reconocía en su padre un endurecimiento de corazón, contra el cual no obstante se estaba estrellando todos los días, desde el de su boda con Alfredo, el afecto profundo que ella le tenía.

–¡Injusto!.. Pero déjalo, hoy te está prohibido discutir y disgustarte. Otro día hablaremos de eso, dijo Alfredo abrazando á su mujer.

***

D. Pedro Majada, el padre de Adela, era aborrecido, odiado en el pueblo, y en verdad que su aspecto, aun prescindiendo de sus obras, lo hacía perfectamente explicable. Hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, siempre vestido de negro, siempre afeitado, hablando siempre en voz baja, misteriosamente, creyérasele un cómico amanerado en perpetua posesión de su papel de traidor de drama, incapaz de inspirar otro sentimiento que repulsión. Su mismo andar cauteloso, de espía, deslizándose como una sombra, prevenía contra él. Favorecíanle muy poco también sus ojos, unos ojos pequeños, de mirada baja, innoble, que hacía adivinar todas las malas pasiones: orgullo y desprecio cuando se fijaban en un pobre; envidia y ambición al clavarse en un rico; lujuria, sensualidad, asquerosos apetitos seniles cuando seguían rastreros los pasos de una mujer joven y hermosa.

Es probable que si todas estas circunstancias, contra lo que suele acontecer, hubieran estado en abierta oposición con el carácter de D. Pedro, con su proceder, con sus sentimientos, no hubieran bastado á hacerle odioso á sus paisanos. Pero además era malo, malo por naturaleza; cuanto exteriormente se veía en él, armonizaba perfectamente con su modo de pensar, de obrar, de ser, y el pueblo lo sabía. Era notorio que jamás su corazón se había conmovido ante la desgracia ajena; que jamás había mostrado un buen deseo, una buena voluntad hacia sus semejantes. Era ya proverbial su maldad.

Su misma fortuna, su mismo enriquecimiento – porque D. Pedro era rico – recordaban una mala acción, un verdadero robo. Siendo un chiquillo había marchado Majada del pueblo, y á su regreso, ya hombre, dueño de un pequeño capital, habíase casado con una viuda de buena posición, de quien á poco tuvo un hijo. Meses después de nacer éste, un hermano de la señora de D. Pedro, rico como ella, y soltero, fué herido mortalmente en una cacería, y trasladado al pueblo, á casa de su cuñado, falleció inmediatamente; pero no obstante, pasados algunos días, se supo que momentos antes de morir había hecho testamento, dejando toda su fortuna á su sobrino, el hijo de D. Pedro. Los demás cuñados de éste, convencidos de la falsedad de aquel testamento, por cuanto las heridas recibidas por el finado habíanle privado instantáneamente de la vista, del habla, del conocimiento y casi de la vida, habían pensado denunciarlo al Juzgado; pero viendo que D. Pedro había previsto todos los casos y que el testamento, aunque falso en realidad, tendría que ser declarado perfectamente legal por los tribunales, habían desistido de sus propósitos.

Esa mala acción de D. Pedro, cuyo recuerdo infamante no había de poder borrar en la vida de la memoria de sus conocidos, fué entonces duramente censurada, y más adelante, cuando, á poco de nacer Adela, murieron primero su madre y seguidamente su hermanito, hizo á muchos ver en tales desgracias de Majada un doloroso castigo por su mal proceder pasado.

Es verdad que también hubo quien creyera que no por desgracia, sino por suerte había tenido don Pedro aquellas pérdidas, por cuanto ellas hacían más suya la fortuna robada á sus cuñados.

***

La boda de Adela y Alfredo y los disgustos que habían mediado entre ambos y D. Pedro con motivo de ella, habían puesto de manifiesto, por si ya no lo estuvieran sobradamente, los ruines sentimientos de Majada, y habían acabado de excitar contra él los odios generales.

Alfredo, sin ser pobre, distaba mucho de tener la fortuna que algún día había de poseer Adela, y eso

solo, esa sola circunstancia, esa única superioridad de su hija, había movido á Majada á oponerse abiertamente, rudamente, desde que había tenido noticia de ellas, á las relaciones de ambos jóvenes. A nadie se ocultaban las buenas cualidades de Alfredo, sus buenos antecedentes, su honradez, su laboriosidad, su ilustración, sus primeros éxitos en la carrera de abogado que había empezado á ejercer entonces; pero para D. Pedro el dinero sólo con dinero era comparable, y únicamente á quien tuviera tanto como ella creía digno del amor de su hija.

Por su parte Adela, en quien el ejemplo de su padre no había ejercido la más ligera influencia, tenía ideas muy opuestas á las de él en ese punto, y considerándose favorecida con aquellas relaciones, y amando ya profundamente á Alfredo, cariñosa como siempre lo era con su padre, cuyos defectos no veía ella jamás, había intentado convencerle de lo injustificada que era su oposición, había procurado hacerle variar de pensamiento con razones no por respetuosas menos atendibles, y cuando había visto irrealizables sus deseos, defraudadas sus esperanzas, desechados sus ruegos, alma fuerte, había tenido el valor de arrostrar todas las intemperancias de D. Pedro, todos sus inconcebibles rigores, y contra su voluntad terminante había dado su mano á Alfredo.

Este, como consecuencia de esa inmotivada y tenaz oposición de su suegro, odiábale tanto como amaba á Adela, y ese odio, del que nunca llegó á participar la joven, había sido causa de serias discusiones entre el nuevo matrimonio, especialmente en los primeros meses de casados. Después ya, poco á poco, Adela habíase ido convenciendo, aunque no en absoluto, sin embargo, del escaso afecto que su padre sentía hacia ella, y como por otra parte Alfredo procuraba hablar de él lo menos posible, iban haciéndose cada vez menos frecuentes aquellos disgustos, siquiera tuvieran que reprimir algo sus sentimientos en más de una ocasión marido y mujer.

***

Viejecito ya, aunque sano y fuerte todavía, el doctor Ramírez era uno de esos hombres convencidos de que no valen las cosas de la vida los disgustos que cuestan, y apóstol de esa fe, y bondadoso además por naturaleza, procuraba siempre llevar al ánimo de sus semejantes aquel su mismo convencimiento.

Era el eterno mediador en todas las cuestiones que se suscitaban entre sus convecinos, y muchas, muchísimas se habían solucionado amigablemente gracias á él.

—¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz, solía decir.

Aparte de la confianza que tenía con todos sus clientes por razón de su carrera, la cual confianza le autorizaba á hacer toda clase de preguntas, su carácter conciliador convertíale en depositario de los más íntimos secretos. El que había entre Alfredo y Adela, el escollo con que tropezaban en su vida matrimonial los dos jóvenes, érale sobradamente conocido, y ya otra vez había intentado apartarlos de él, pero no había podido lograrlo. A poco de casada Adela habíala hecho ir á implorar perdón de su padre, y seguidamente había ido él también á pedir á Majada que se reconciliara con sus hijos, pero todo había sido inútil; D. Pedro habíase mostrado duro, intransigente.

Sin embargo, no desesperanzaba al buen doctor ese fracaso, y ahora, recién parida Adela, parecíale inmejorable la ocasión para llevar á cabo sus deseos, porque pensaba que si no por los hijos, por la nieta, se hallaría Majada propicio á la reconciliación.

Además D. Pedro debíale señalados favores profesionales, tal vez la vida, y había de costarle mucho desatender nuevamente sus ruegos, no rendirse á sus teorías: «¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz.»

—Pase que no me hiciera caso antes, decíase el doctor. Realmente entonces los disgustos pasados estaban muy recientes, y al fin D. Pedro, aunque no la tuviera, creía tener razón. Pero ahora...

Las casas de D. Pedro y sus hijos estaban juntas. Mejor dicho, era una sola casa convertida en dos por medio de una separación reciente. Pertenecía el edificio á la señora de D. Pedro, y al morir la propietaria lo heredaron por mitad Adela y su hermano. Muerto también éste, su parte pasó á D. Pedro, y luego, casada Adela, su marido exigió á Majada los bienes que la correspondían. Como no tenían otras casas en el pueblo y padre é hijos no cabían juntos en aquélla, á pesar de ser enorme, acordaron dividirla, único acuerdo que hubo entre ellos, siquiera á éste llegaran porque á ambas partes movía el mismo deseo de perjudicar á la contraria.



Una calle de Venecia, cuadro de Rafael Senet

No hizo, pues, el doctor más que salir de casa de Alfredo y á dos pasos halló la puerta de la de don Pedro abierta de par en par.

Dió unos golpecitos con su bastón el bondadoso médico en la misma puerta, atusó nervioso el blanco bigote, dió un estirón á la americana, hizo un gesto que bien podía tomarse como de mal humor, aunque en realidad sólo aparente y para atemorizar á Majada le llevara, y trepó con agilidad impropia de sus años por la escalera que arrancaba del fondo de un pequeño patio.

Una vez arriba halló á la criada de D. Pedro, que se disponía á bajar, y como ella le dijera que el amo estaba en la sala, conocedor como de las suyas de todas aquellas habitaciones, avanzó el doctor gravemente hacia la que se le había indicado.

Un instante después llegó á ella y á su puerta se detuvo, allí se quedó inmóvil como una estatua, asombrado, dudando de sus propios ojos, creyéndose dominado por inverosímil sueño.

¿Qué había visto? Lo que menos esperaba, lo que nunca hubiera podido figurarse. D. Pedro, con el oído pegado á la pared que le separaba de la habitación de sus hijos, escuchaba embelesado el llanto de su nieta, y de sus ojos brotaban las lágrimas y en su rostro transformado, casi venerable ahora, se dibujaba una sonrisa de profunda, de suprema felicidad.

. . . .

¿Explicaciones? No medió ninguna, no hacían falta. Ni el exordio del discurso que llevaba pensado «¿A qué reñir?..» necesitó pronunciar el doctor, que cogiendo de un brazo al abuelo marchó con él á la casa de al lado.

Delfín Fernández y González.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA DJNÚN Y EL TALEB

LEYENDA ÁRABE

El taleb Ahmed ben Abdalah vive en el santo temor de Dios.

Jamás se ha podido decir de él que haya ambicionado el bien ajeno. Cuanto posee es de todos y su tienda está abierta para todo el mundo. Se sabe el Corán de memoria y observa fielmente todos sus preceptos. El taleb se abstiene de las viandas prohibidas y no bebe vino jamás. Ahmed ben Abdalah es todavía joven; pero ningún deseo carnal viene á turbar la serenidad de su espíritu ni la paz de su corazón.

Ahmed, el taleb, ha salido, al amanecer, de su tienda, y ha encontrado á su vecino Alí á la puerta del cercado.

—¡Dios te conceda un día venturoso, Alí!

—¡Que Él te colme de felicidades, Ahmed!

—¿Cómo van los que te ayudan?

—Bien; muy bien.

—¡Alabado sea Dios! Cuando estás bien, lo estoy yo igualmente.

—¿Adónde vas á estas horas?

—A la tumba de Sidi Alí Zuauí.

—¡Que la bendición de Dios caiga sobre ti y sobre los tuyos!

Ahmed ben Abdalah prosigue su camino. Y anda, y anda mucho tiempo sin parar. Le sorprende la noche y se detiene á descansar en una pequeña gruta que encuentra al borde del camino.

Á la mañana siguiente, Ahmed ben Abdalah cumple con sus deberes de fiel musulmán y continúa su marcha.

Llega á orillas de un río y ofrécese á su vista un espectáculo encantador. En el agua cristalina se baña una joven, bella como una hurí.

Ahmed, el taleb, queda mudo de asombro, mientras que la djnún, que no le ha visto, continúa sus deportes y ofrece á los deslumbrados ojos del santo varón mil tesoros de voluptuosidad.

De pronto, Ahmed descubre á sus pies una piel de paloma; la recoge maquinalmente y continúa observando á la náyade.

Esta ha concluido, al fin, de bañarse. Vuelve á la orilla del río, se tiende muellemente sobre el césped y espera que el sol haya secado su bellísimo cuerpo.

Levántase y busca su forma de paloma. Pero la busca en vano. No la encuentra por ninguna parte. ¿Qué va á hacer la bella djnún? ¿Cómo va á juntarse con sus hermanas, que la esperan allá, lejos, muy lejos? Se desespera y se echa á llorar. Pero descubre á Ahmed ben Abdalah que, escondido detrás de unas pitas, la mira fijamente y conserva aún en la mano la forma de paloma de que ella se desprendió para bañarse en el río.



La echadora de cartas, escultura de Rosendo Nobas

–¡Por favor!, le dice; devuélveme mi forma de paloma, si no quieres que muera de desesperación.

–No te la devolveré, bella djnún; quiero conservarla como un recuerdo tuyo.

–Te lo suplico; devuélvemela y te concederé lo que me pidas.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–Convenido.

–Tu voluntad es la mía y estoy pronta á obedecerte.

–Aquí tienes tu forma de paloma; te la devuelvo con la condición de que dentro de quince días, á esta misma hora, me esperarás aquí.

Ahmed, el taleb, devuelve la piel de paloma á la joven, que se reviste otra vez de ella rápidamente y echa á volar.

El santo varón la mira alejarse y, después que la ha perdido de vista, prosigue su camino.

Ahmed ben Abdalah llega á la población y dirige sus pasos hacia la tumba de Sidi Alí Zuauí. Deposita su ofrenda en manos del ukil, hace sus devociones, visita unos cuantos amigos y vuelve á emprender el camino de regreso á su vivienda.

Á la hora convenida, llega á la orilla del río. Una paloma se posa sobre el césped, se desprende de su forma y aparece otra vez la bella djnún á los maravillados ojos del taleb.

–Aquí estoy. ¿Qué quieres de mí?

–¿Puedo pedirte algo que no sea la posesión de tu encantadora persona?

–¿Pero no eres un santo?, ¿y no te prohibe el Profeta que te unas á mí?

–Lo sé, pero eres tan bella, que no puedes ser sino un ángel de Dios. Te exijo, pues, que me sigas y que seas mi mujer.

–¡Oh, santo varón!, piensa bien lo que exijes de mí. Déjame vagar tranquila por ríos y bosques con mis compañeras.

–¡No, no; sígueme!

Desolada, la djnún acompaña al taleb.

Llega á la morada de Ahmed ben Abdalah y pronto, en los contornos, no se habla más que del próximo casamiento del santo varón.

Llega el día señalado y el taleb se casa con la djnún.

Pasan años y la mujer da á su marido hermosos



Costureras, cuadro de Héctor Tito. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903)



AMORES CAMPESTRES, cuadro de G. Toudouze



¡BUENA PESCA!, cuadro de Beppe Ciardi

hijos que son el encanto de los esposos y la envidia de los vecinos.

Pero la bella djnún está siempre triste. Ama á sus hijos y adora á su esposo, de quien no tiene motivo alguno de queja. Mas el recuerdo de sus compañeras la persigue siempre, y se pasa horas y más horas suspirando por la libertad perdida y por los años felices que pasó vagando por ríos y bosques.

Un día, los niños juegan en un rincón de la casa; de pronto encuentran una piel de paloma y la llevan á su madre, cuyos ojos brillan de placer. ¡Cómo se alegra de encontrar de nuevo su suave vestidura de djnún!

Terrible duda la asalta. ¿Partirá ó se quedará con su esposo y sus hijos?

Vacila un momento. Pero en seguida toma una determinación. Abraza á sus hijos, les colma de caricias, reviste su forma de paloma y tiende el vuelo en busca de sus antiguas compañeras.

Ahmed ben Abdalah había salido. Vuelve á su morada y se entera de la terrible nueva. Llora y se arranca el cabello de desesperación. Pero ¡ay!, todo es inútil.

La djnún ha desertado para siempre el hogar de Ahmed.

Sin embargo, de vez en cuando vuelve un instante para ver á sus hijos, los abraza con ternura y desaparece.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

Lady Constanza, estatua de Ricardo Garbe.— Muerto Ricardo Corazón de León, apoderóse del trono de Inglaterra su hermano Juan Sin Tierra, usurpándolo á su sobrino



Lady Constanza,
estatua en bronce y marfil de Ricardo Garbe

el príncipe Arturo, hijo de Godofredo y de Constanza, á quien, después de una enconada lucha, asesinó con sus propias manos en Ruán. La figura de Constanza, la infortunada madre que en vano confió la defensa de los derechos de su hijo al rey de Francia Felipe Augusto, ha sido admirablemente retratada en la famosa tragedia de Shakespeare, *El rey Juan*, y en este retrato del inmortal dramaturgo se ha inspirado el escultor inglés Ricardo Garbe para modelar la primorosa escultura que reproducimos y en la cual el artista ha sabido combinar con habilidad suma el bronce y el marfil. La corrección y la elegancia de líneas de esta estatua son dignas de las mayores alabanzas; no menos las merece la expresión dolorosa que el escultor ha sabido imprimir en el interesante rostro de la infeliz Constanza.

Camprodón, cuadro de Eliseo Meifrén.—Ventajosamente conocida de nuestros lectores la personalidad artística de Eliseo Meifrén, sólo ha de sernos permitido hoy llamar su atención respecto del hermoso lienzo que reproducimos en la primera página de este número. Es un notable estudio, que pregona la valía y la variedad de aptitudes que posee el fecundo pintor catalán. En esta revista nos ha cabido la suerte de poder dar á conocer varias de sus producciones, manifestándose en todas ellas, sea cual fuere el género á que pertenezcan, dueño de su paleta y devoto de la naturaleza, cuyos contrastes y grandeza tan bien sabe interpretar.

***

Una calle de Venecia.—Plaza de San Juan en Venecia, cuadros de Rafael Senet.—Alejado de la madre patria, forma parte Rafael Senet de esa pléyade de artistas meritísimos que, establecidos en extranjero suelo, se identifican con el medio en que viven, y si bien amasan en su paleta esa riquísima gama peculiar de determinadas escuelas peninsulares, interpretan con señalada discreción lo que puede ser objeto de su estudio. Muestra de ello son los dos cuadros que reproducimos, trasunto fidelísimo de la poética ciudad de las lagunas, que aparte de su belleza, reunen el atractivo que ha sabido darles el artista.

***

La echadora de cartas, escultura de Rosendo Nobas. – Dotado de clara inteligencia y poseyendo el sentimiento y el buen concepto del arte, formó parte el malogrado escultor reusense de esa primera pléyade de artistas á quienes debe nuestra patria la evolución que ha determinado el renacimiento de la escultura nacional. No significa el nombre de Rosendo Nobas lo que representan los Canova, Thorwaldsen, Rude, etc., pero sí debe figurar en el número de los más discretos escultores, de los más fervientes campeones del renacimiento patrio, ya que al logro de tan laudables propósitos dedicó los mejores años de su vida y el esfuerzo de su inteligencia. Debido, quizás, al levantado concepto que tenía del arte, buscó siempre las fuentes de inspiración en las grandes obras de la antigüedad y del renacimiento italiano, ya que en ellas se había saturado su espíritu. Muestra evidente de la devoción que inspiraban al artista las magistrales creaciones á que nos referimos son sus obras y de entre ellas la que figura hoy en estas páginas, que forma parte de la colección que posee D. Enrique Batlló. Barcelona tiene algunas de sus producciones, recordándose la que tituló *El siglo XIX*. ¡Sensible es que la muerte nos arrebatara al artista, precisamente cuando más podía esperarse de sus aptitudes y de su ingenio!

***

Costureras, cuadro de Héctor Tito. – Con razón figura este pintor italiano entre los primeros artistas de su patria, y nuestros lectores han podido en diversas ocasiones apreciar, por las varias obras suyas que hemos reproducido, que es bien merecida la fama por él conquistada. Tito se dedica casi exclusivamente á pintar escenas de costumbres de su tierra y es un realista convencido en el buen sentido de la palabra, lo cual, á nuestro modo de ver, equivale á decir que sus cuadros, tomados directamente del natural, tienen ese ambiente poético que el natural ofrece cuando el artista ha sabido escoger para su obra la verdad bella, única que puede admitirse en materias de Arte. A este concepto responde perfectamente el lienzo *Costureras*, en el que la realidad y la belleza aparecen en admirable consorcio y además avaloradas por una ejecución irreprochable que se advierte en cada una de las figuras, en la bien entendida perspectiva y sobre todo en la maestría con que están tratados los juegos de luz que producen los deslumbradores rayos del sol al filtrarse por entre el emparrado y posarse sobre las personas y los objetos.

***

¡Buena pesca!, cuadro de Beppe Ciardi. – El sol luce espléndidamente, el aire es cálido y bochornoso, y el mar, en el que se refleja un cielo purísimo, con su movimiento suave y su frescura parece invitarnos á que nos sumerjamos en su seno para hallar en él refrigerio y descanso. Algo más que esto han ido á buscar los muchachos tan admirablemente pintados por Beppe Ciardi: nacidos junto al mar, acostumbrados desde sus más tiernos años á mecerse en sus ondas, pásanse la mayor parte del día en el agua, no sólo para gozar del placer del baño, sino para perseguir á los pececillos que se atreven á acercarse á la playa y coger mariscos entre las rocas y peñascos cercanos á la orilla. Esta vez la suerte les ha favorecido, pues, á juzgar por la alegría que demuestran, la presa de las dos anguilas es para ellos un inusitado golpe de fortuna, que les pondrá en posesión de unos cuantos céntimos, con los cuales se creerán más ricos que un potentado.

***

Amores campestres, cuadro de G. Toudouze. – Es Toudouze uno de los pintores franceses que demuestran en sus obras un gusto más refinado, que se revela no solamente en la elección de los asuntos, sino también en la manera de desarrollarlos, siendo buena prueba de ello el cuadro *Amores campestres*, que en el presente número reproducimos. Claro está que hay en este lienzo, como en otros suyos, cierto convencionalismo que no verán con buenos ojos los severos aristarcos que á la mentira bella prefieren la verdad fea; pero esto en nada mengua el valor de la composición, ya que en punto á bellas artes no cabe admitir más dogma que el que manda que la obra artística, para ser considerada como tal, ha de despertar la emoción estética. ¿Y acaso no cumple este fin la obra de Toudouze? ¿Acaso no produce en nosotros inefable deleite la contemplación de ese lindo paisaje y de ese grupo encantador que forma la enamorada pareja? Siendo esto así, ¿qué ha de importarnos que los personajes no tengan de campesinos más que el traje? ¿Por ventura no puede decirse otro tanto de los pastores y de las zagalas de Watteau? ¿Y habrá por esto quien niegue las excelencias de los cuadros de este pintor ilustre á quien críticos tan poco sospechosos de idealistas como los hermanos Goncourt han colmado de los elogios más entusiastas?

Retrato, obra de Enriqueta Further. – Uno de los géneros pictóricos que mayor transformación han sufrido en nuestros tiempos es el retrato: el artista se preocupa hoy de estudiar y fijar en el lienzo, no sólo los rasgos físicos, sino muy principalmente los rasgos morales del sujeto, y para ello gusta de sorprender á éste en la intimidad, para presentarlo tal como es, no desfigurado por censurables amaneramientos y desnaturalizado por la acumulación de accesorios, no ya inútiles, perjudiciales. La obra de la pintora alemana Enriqueta Further se ajusta á las exigencias modernas; el retrato por ella pintado está sinceramente sentido, tiene vida, respira naturalidad, y por esto produce en nosotros tan excelente efecto.



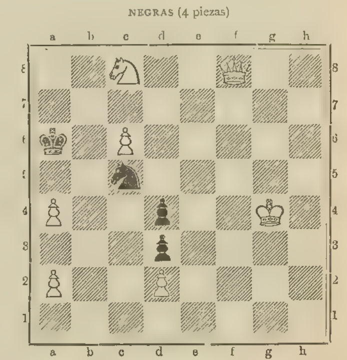
Retrato, obra de Enriqueta Further

Teatros. – *Barcelona.* – Han inaugurado la temporada de otoño é invierno los teatros Principal y Romea. En el primero actúa una compañía de zarzuela catalana, dirigida por los maestros Sadurní y Carbonell, que ha puesto en escena varias obras ya conocidas y estrenado con muy buen éxito el drama lírico en un acto *La barca*, letra de Apeles Mestres y música de Morera. En el segundo funciona la notable compañía catalana á cuyo frente figuran actrices y actores tan conocidos y reputados como las señoras Monner, Delhom y Morera y los Sres. Borrás, Soler, Fuentes, Capdevila, Santolaria, Daroqui y otros, habiendo estrenado con gran éxito *L' aniversari*, drama en tres actos de D. Salvador Vilaregut, y *El carro del vi*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón. En el teatro de la Granvía sigue obteniendo entusiastas aplausos la compañía italiana á cuyo frente figura la eminente Vitaliani. En Novedades se ha cantado, entre otras óperas de repertorio, *La Tosca*, de Puccini, que ha valido un triunfo á la tiple señora Palermi y muchos aplausos al barítono Sr. Menotti. En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Colorín colorao...*, cuento cómico-lírico-fantástico en un acto y cinco cuadros, letra de los Sres. Arniches y Jackson Veyan y música de los maestros Torregrosa y Valverde (hijo).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 338, POR A. OBERHANSLI.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 337, POR M. FEIGL.

Blancas.	Negras.
1. Da3-f8	1. Cualquiera.
2. D mate.	



Presento á usted mi hijo, señorita, mi pobre hijo, que no puede ver á usted...

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y con aparente indiferencia, como si su corazón no latiera violentamente, Andrea preguntó al tío Mario:

– De modo que, con lo poco que le queda, esa señora consigue...

– Llega á vivir, sí, como Dios quiere... Pero figúrese usted si necesita echar cuentas... Es verdad que tienen una pequeña renta, pero son tres para vivir de ella... Mauricio empieza á bastarse á sí mismo; pero eso no quita que á fin de año, cuando han pagado al panadero y al cobrador de contribuciones, les quede muy poco...

– ¿Por qué no tratan de aumentar un poco sus escasos recursos?

– ¿Cómo quiere usted que lo hagan? Noel no puede ocuparse en nada y la señora tampoco. Acaso Mauricio llegue un día á ayudarlos, pero no será tan pronto...

– Bueno; pero, entretanto..., podían tomar un huésped que ocupase esa habitación, tan independiente, del piso bajo... Aquí, en esta costa, todas las personas del país especulan de ese modo, hasta las que están acomodadas... Eso les valdría, por lo menos, durante el invierno, de ciento cincuenta á doscientos francos al mes.

– ¿Cree usted que tanto?

– Vea usted lo que cuesta el hotel, donde no se está tan bien como con una buena familia y donde una joven tiene que comer en mesa redonda y sufrir á veces unos contactos...

– Pues es verdad...

– Yo, que vengo aquí porque estoy, si no enferma, cansada... Yo, que necesito una gran calma y un gran reposo...

– Seguramente que en la Casa Blanca estaría usted mejor que en el hotel...

– En fin..., dijo Andrea dando un suspiro como si tuviera que renunciar á esa quimérica perspectiva.

Y el viejo insistió:

– Pero, verdaderamente, ¿daría usted doscientos francos?

– De buena gana y sin hacer ningún sacrificio, puesto que eso es lo que pago en el hotel, poco más ó menos...

El viejo pareció dudar mientras rehacía dos ó tres mallas de su red y mientras Andrea se apresuraba á pintar en su álbum.

Después dijo de repente:

– ¿Quiere usted que hable de eso á la señora?

– No tengo inconveniente, respondió la joven con expresión de indiferencia.

– Y si la cosa se arreglara, ¿no se arrepentiría usted?

– No, amigo Mario, dijo Andrea sonriendo, y hasta habría un luis para usted, puesto que me habría prestado un verdadero servicio.

– Puede usted creer que no lo haré por el dinero, aunque agradezca á usted su regalo de todo corazón. Entonces, cuando hable á la viuda, le diré que la señorita...

– Que la señorita Andrea Rival, institutriz, de Grenoble, ha venido á pasar en el Mediodía la estación de invierno... Que el médico le ha aconsejado este hermoso país de Agay para vivir con un gran descanso de cuerpo y de espíritu... Naturalmente, pagaré adelantado si es preciso...

– Esos son asuntos que ya no me importan. Usted se arreglará con la viuda de Beraud... Voy á decirle la cosa, y sin tardar...

* * *

La viuda de Beraud estaba trabajando en el comedor, una gran pieza del piso bajo en la que se reunía la familia y que estaba defendida del ardiente sol por la sombra del tejadillo rústico.

Aquella señora no tenía aún cincuenta años; pero su cabello blanco, las profundas arrugas que surcaban su frente tostada por el aire del mar y su actitud de resignación y de abandono le daban el aspecto de una mujer vencida por la desgracia.

Sí, aquella pobre madre estaba resignada á volver á empezar su obra de maternidad laboriosa é inquieta con un hijo de veintiséis años que había vuelto á ser como un niño pequeño.

También Noel estaba allí, abandonándose al cansancio de vivir, de vegetar, de morir lentamente. Allí estaba, medio echado en una vieja butaca, á la que en tiempos mejores llamaban todos «la antigualla,» y perdido en algún recuerdo del pasado, de la época en que tenía ojos y talento, del tiempo – ¡Dios cruel! – en que era un artista, un hombre, y no esa cosa inútil, ese estorbo, incapaz de proporcionar á su madre adorada más que un aumento de trabajo y de estrechez.

Cuando Cristina entró, la madre estaba cosiendo, sin hablar, al lado de la ventana, y el ciego soñando y como entumecido de espíritu y de cuerpo.

No era una criada muy bien enseñada aquella pequeña Cristina, que se presentaba así, con aquellos cabellos enmarañados, su cutis de melocotón tostado por el sol y una flor encima de la oreja, según la moda del país. La muchacha entró sin llamar en aquella pieza sombría, en la que la mesa, las sillas, el pequeño aparador y los ladrillos del suelo brillaban con una limpieza refinada, realzada todavía por la perfecta blancura de las paredes blanqueadas, por cuyo zócalo y por cuya cornisa redondeada á la italiana corría un sencillo filete azul.

– Señora, ahí está mi padre que quiere decir á usted una cosa.

– ¿Y por qué no entra?.. ¡Mario!, dijo llamándole.

El viejo pescador entró con su boina en la mano.

– He enviado por delante á la pequeña para saber si no molestaría á la señora...

Y añadió al ver á Noel en un rincón:

– Buenos días, Sr. Noel, ¿está usted descansando un poco?

– Un poco, sí, respondió el joven lacónicamente

Cuando el buen Mario acabó sus cumplimientos, entró en materia.

– Voy á decir mi comisión, señora. Es una idea que me ha ocurrido, porque el dinero, ¿verdad?, siempre viene bien, sobre todo cuando cae como llovido, y doscientos francos al mes son una buena pesca...

– Seguramente, dijo la viuda suspirando.

– Seguramente, repitió como un eco Noel, que había oído el suspiro de su madre.

– Pues bien: los tiene usted si quiere, señora Beraud. Y en seguida. Conozco una joven honrada, eso se conoce á primera vista, y amable; vamos, toda una señorita... Ha estado enferma, pero ya está curada... Viene á restablecerse aquí, al aire sano y

al sol, y ya comprenden ustedes que una joven sola, en el hotel, donde hay tanta gente y tanto ruido, no se encuentra á gusto. Me lo ha dicho en la playa, á la que va á pintar y donde nos hemos conocido... Dice que por una habitación en una casa de familia como la de ustedes, daría con gusto lo que paga en el hotel.

– ¡Alojar y alimentar aquí á una persona!.. ¡Sentarla á nuestra mesa!..

– ¡Bah! Para lo que debe comer esa joven...

– Usted pierde la cabeza, mi pobre Mario.

– No tanto, señora. ¿Para qué quieren ustedes ese cuarto que tiene salida al jardín y en el que puede cualquiera estar como en su casa?.. ¿Qué puede importarles á ustedes tener á su mesa una señorita amable, nada exigente y de buena educación? Es institutriz y aun creo que ha trabajado con exceso, pues eso es lo que le ha hecho caer enferma... Estoy seguro de que sería una distracción para el Sr. Noel...

– Una distracción para mí, dijo el ciego con un poco de ironía en su sonrisa, y sobre todo un alivio para tu bolsillo, mamá, pues no se llega fácilmente á tener lo necesario...

– ¡No!, dijo la viuda haciendo un gesto elocuente.

– Pues bien: acepta con agradecimiento la ganga que Mario nos proporciona...

– ¿Por cuánto tiempo?, preguntó el joven dirigiéndose al pescador.

– Por la temporada, Sr. Noel; lo menos tres meses.

– Tres meses pasan pronto...

– Pero siempre es bueno coger seiscientos francos, dijo Mario.

– ¡Oh, sí!, exclamó con convicción la viuda.

– ¿La traigo, entonces, señora?

– Tráigala usted... y gracias, amigo Mario.

. . . .

Andrea estaba en casa de los Beraud.

Mario acababa de llevar su equipaje y la joven había tomado posesión de aquel cuarto de la planta baja, cuya ventana estaba protegida por el cobertizo y adornada por una planta de enredaderas.

Desde allí veía Andrea la calle de mimosas que conducía al camino... Más lejos, la cabaña de Mario..., y más allá, el mar azulado, cortado en el horizonte por una línea de brumas violáceas.

Era encantador aquel paisaje inundado por la ardiente luz que daba á las rocas rojizas del Esterel resplandores de incendio.

Pero no se paraban en eso las miradas de Andrea ni su pensamiento estaba ocupado por aquellas bellezas.

Había querido aproximarse á aquella pobre familia y lo había conseguido, puesto que formaba parte de la casa é iba á sentarse con ellos á la mesa. Durante muchos meses, todo el tiempo que quisiera, iba á entrar más y más en la intimidad y acaso en la amistad de aquellos primos que no sospechaban tal parentesco.

¿Qué debía hacer?

¡Ah! Ni en este momento, ni cuando cedió á su vehemente deseo de ir á Agay, sabía lo que el porvenir podía disponer.

¿Para qué podía servirles? ¿Cómo conseguir serles útil? Todo esto era lo desconocido, lo incierto, el azar.

Pero la joven sentía, sin embargo, una alegría de orgullo y de confianza, y emprendía resueltamente aquella aventura, pensando como todos los valientes: «Suceda lo que quiera, aquí estoy.»

Andrea hizo rápidamente su instalación, ayudada por Cristina, que estaba encantada al ver que aquella señorita escuchaba benévolamente su charla y respondía con amabilidad á sus discursos impregnados del acento del país.

– ¿Le gusta á usted el pescado, señorita?

– Ciertamente.

– Pues no es eso lo que falta aquí. Mi padre es pescador, y como es natural, somos nosotros los primeros que escogemos cuando vuelve el barco... ¡Ah! El mayor placer del Sr. Beraud era ir con él á la mar... Y también el del Sr. Noel, el pobre, cuando tenía sus ojos...

– ¿Hace mucho tiempo que perdió la vista?

– Cuatro años, señorita. Le sucedió de repente, como un velo que se le puso delante y nunca más se ha levantado.

– ¡Qué desgracia!

– ¡Él, que era tan listo y tan activo! Cuando vinieron aquí – porque fué en París donde le sucedió la desgracia – creí que se iba á volver loco... Era una desolación y daba lástima verle...

– ¿Y ahora?

– Se va acostumbrando, el pobre, y hasta hay momentos en que parece que se ha conformado, porque habla, ríe y está amable como en otro tiempo. Pero esos momentos no duran mucho. A lo mejor se acurruca en su butaca y ni siquiera quiere distraer su pena... Y después, ¿qué distracciones puede tener aquí? No viene nadie... Desde que no son ricos, ya no los conocen sus amigos... Cuando el Sr. Noel se aburre demasiado, se va á la iglesia, porque hay allí un órgano y le gusta tocarlo. No pueden tener aquí un piano porque cuesta muy caro...

Andrea pensó: «Pues pronto tendrá uno.»

La instalación de la joven estaba terminada, y si Cristina tenía mucho que decir, no tenía nada que hacer en aquel cuarto, al que unos cuantos objetos de adorno y un gran ramo de rosas puesto en la chimenea daban ya un aspecto de intimidad y de buena acogida. Y muy á pesar suyo, la muchacha se despidió diciendo á la recién llegada:

– Aquí se come á las siete; pero ha dicho la señora que si á usted no le conviene así, se cambiará la hora.

– No, no... Lo que quiero sobre todo es que no se cambie nada...

Y mientras el sol poniente doraba las crestas rugosas de la montaña, la joven, ya en posesión de su cuarto, salió á hacer el primer reconocimiento en el jardín.

El territorio estuvo pronto recorrido.

Las mimosas de la calle central tenían ya en sus ramas azuladas la esperanza de la próxima florescencia. Las azucenas mostraban sus capullos todavía verdes, y al mediodía, en los rincones más cálidos, unos cuantos limoneros ostentaban sus flores y sus frutos dispuestos á madurar.

El jardín estaba solitario. La viuda de Beraud no quería sin duda, por discreción, turbar el primer paseo de su huéspeda. Y Andrea se paseó sola hasta que en el momento en que el crepúsculo sucedía á los ardores del sol, vió á la viuda bajar la escalinata y dirigirse á ella.

– Pronto va á ser de noche, señorita, y á esta hora hay siempre humedad. Vea usted, se empieza á sentir el rocío... Tenemos un buen fuego en el comedor y si no prefiere usted que se encienda en su cuarto..

– No, no, señora... Al contrario, tendré mucho gusto..

Las dos mujeres entraron juntas.

IX

Andrea conocía ya aquel comedor de paredes blanqueadas y muebles relucientes de limpieza. Allí fué donde, después de cortos momentos de conversación, concluyó con la viuda de Beraud el trato que le abría las puertas de aquella casa y la introducía en aquella familia.

Pero entonces habían estado solas. El gran sillón, al lado de la chimenea, estaba vacío, pues Noel había tenido la discreción de retirarse á su cuarto del primer piso.

El día declinaba ahora, la lámpara de porcelana blanca no estaba todavía encendida, y sólo el fuego de la chimenea luchaba contra las sombras invasoras cuando Andrea entró en la gran pieza y vió en la penumbra, con emoción y con gozo involuntario, que la butaca estaba ocupada por un personaje que se levantó prontamente y al que la joven conoció en seguida.

Sí, era el melancólico organista del primer día.

La viuda, por otra parte, dijo con triste y cariñosa sonrisa:

– Presento á usted mi hijo, señorita, mi pobre hijo, que no puede ver á usted...

El joven dijo á su vez, esforzándose por dar á sus palabras un acento de amabilidad:

– Es una nueva desgracia que me sucede, señorita, pues mi madre me ha dicho que era una linda joven la que venía á vivir con nosotros y no podré más que oir contar lo que tanto gusto hubiera tenido en ver..., como todas las cosas bellas que aquí nos rodean y cuya imagen conservo...

Y añadió en seguida como para ahuyentar los pensamientos tristes:

– ¿Verdad, señorita, que este país es maravilloso?

– El más bello del mundo, respondió Andrea con su voz grave. No estoy en él más que hace pocos días y ya me parece que no querré dejarle nunca.

Todos estaban alrededor de la chimenea, en la que chispeaban los leños de brezo. La viuda volvió á coger su labor y el ciego siguió hablando, como si aquellos paisajes repentinamente evocados iluminasen sus tinieblas:

– ¡Este país! No puede usted todavía conocerle más que muy poco. Pero cuando se haya usted extraviado alguna vez entre los pinos que exhalan por la mañana un olor de incendio, del que los ha abrasado la víspera desde la salida hasta la postura del sol...; cuando haya usted entrado en los matorrales de brezos, mucho más altos que usted...; cuando se haya usted embriagado con ese perfume, más sutil y más intenso que el de los pinos quemados por la luz...; cuando haya conocido los sitios en que abundan las jaras blancas y rosadas y en que la alhucema tapiza de azul las asperezas del pórfido rojo...; cuando haya usted visto que el Esterel es un gran jardín, un jardín fantástico...

– Entonces será cuando no podré ya alejarme de tantas bellezas, ¿verdad?..

Noel siguió, cada vez más animado:

– Y todo eso es la montaña... ¡Pero la costa!.. Cuando haya usted visitado en el barco de Mario las calas que el mar ha socavado como pequeños puertos inaccesibles á la gente de tierra, y en cuya arena rompen tan suavemente las olas cuando no lanzan su espuma con furor de monstruo encolerizado... Entonces será cuando tendrá usted una verdadera idea de este país que mis ojos no ven ya, pero que yo estaré viendo siempre...

– ¿Tanto lo ha recorrido usted?

– Sí; era todavía muy pequeño y ya merodeaba en los rincones más ocultos y pescaba con Mario en los cabos de esas extrañas rocas debajo de las cuales se esconden los peces en los fondos de algas... Sí, he recorrido mucho este país y le conozco bien.

– He observado que anda usted por él como por tierra conocida... Lo vi el otro día.

– ¿De veras?, preguntó el joven un poco extrañado y muy interesado, pues la voz que le hablaba era joven y linda, y la del sonido era la única belleza accesible para él.

– Sí, le vi á usted, con un sombrero de paja de alas anchas y un bastón grueso... Venía usted..., parecía que venía usted de la iglesia.

– Sí, voy á ella con frecuencia, no á rezar, aunque no me importaría el declararlo... Pero yo no necesito para aislarme entrar en una iglesia desierta. En todas partes donde hay silencio, añadió con melancolía, estoy solo y puedo recogerme... Voy á la capilla de Agay porque hay allí un armonio.

– ¿Es usted músico?, preguntó Andrea lo más naturalmente que pudo.

– No, soy..., era pintor.

La madre se apresuró á decir:

– Mi pobre Noel tenía también, de pequeño, un verdadero talento como pianista, y prometía adelantar lo mismo como músico que como pintor.

– Por eso, interrumpió Noel, voy á manotear un poco en el teclado cuando la iglesia está vacía y no molesto á nadie.

– ¡Qué casualidad!, exclamó Andrea. Yo también soy un poco...

– ¿Es usted artista?

– ¡Oh! No artista, entendámonos... Pero, en fin, me gusta también pasear las manos por las teclas. Y si supiera que no le desagradaba á usted...

– ¿Qué?

– Que hubiera aquí un piano, del que, naturalmente, rogaría á usted usase á su gusto, le tendría muy grande encargando que trajeran un instrumento de Cannes ó de Niza...

– ¡Ah, señorita!, exclamó espontáneamente y casi con imprudencia la viuda, ¡qué alegría para Noel!..

– Pero, mamá, no se trata de mí...

– ¿Por qué no, Sr. Beraud? No creerá usted que trato de acaparar el piano... Habrá para los dos.

– Es usted infinitamente amable... ¿Me permitirá usted entonces oirla tocar?

– Con mucho gusto, pero le prevengo que no soy ninguna artista.

– ¿Descifra usted?

– No muy mal.

– ¡Ah! ¡Oir algo ignorado!.. ¡Experimentar una sensación nueva! ¡Hay tantas cosas recientes y nuevas de las que he oído hablar y de las que quisiera tener una idea!.. ¡Hay tantas cuyo recuerdo se va borrando de mi pensamiento!..

– Pues bien, ya arreglaremos todo eso. ¿Quiere usted que hagamos un trato?

– Tiene usted una voz, señorita, que suena á juventud y á bondad. El convenio estará hecho muy pronto.

– Yo trataré de tocar para usted algunas cosas de las que quiere conocer ó recordar, y en cambio, usted me enseñará el país.

– ¿Habla usted seriamente?

– Por completo. Usted conoce bien este terreno y sabe dónde están los grandes brezos y los matorrales de jara; me enseñará usted los caminos que

conducen á las lindas calas de la orilla del mar. Será usted mi guía, y yo trataré, en cambio, de decirle cómo veo los objetos cuya imagen tiene usted un poco borrada por la distancia.

– Pero, exclamó Noel sonriendo esta vez con una sonrisa franca que hizo ver sus blancos dientes, eso sería para mí una suerte inesperada...

– Tendré mucho gusto, se lo aseguro, en dar á usted ese placer.

– ¡Mi pobre hijo, suspiró la viuda, está privado de ellos hace tanto tiempo!.. Yo no salgo nunca y él no tiene amigos...

– ¡Oh! Los amigos..., murmuró el joven encogiéndose de hombros.

– Pues bien, añadió vivamente Andrea, puesto que vamos á pasar unos meses juntos, seamos amigos, ¿quiere usted, señor Beraud?

Y añadió valientemente, como una temeraria conquistadora que apela á todas las reservas para vencer:

– Ya sabe usted que he estado enferma. Me han mandado estar en el Mediodía todo el tiempo posible, y aunque no soy rica, puedo vivir independiente con la pequeña fortuna que me ha dejado mi madre. Mi padre...

Y aquí, con más temeridad todavía, se atrevió á decir una mentira que acaso mañana no lo sería:

– Mi padre se ha vuelto á casar..., y con su nueva familia, nos vemos mucho menos que antes... Ya ve usted que yo también soy una solitaria y que no siempre he sido feliz...

Y añadió riéndose, para disipar aquella bruma de tristeza:

– Unamos nuestras melancolías.

El joven respondió, alegrado instintivamente por la sonoridad de aquella risa cristalina:

– Sí, sí, unámoslas.

Cristina, que entraba en aquel momento para poner la mesa, exclamó:

– ¡Calla! ¡El señor Noel se ríe! Bueno va; van ustedes á decirme cómo encuentran la sopa de pescado. He puesto un congrio...

– ¿Y fideos?

– Sí, Sr. Noel, de los gordos.

– Entonces, Andrea, se la recomiendo á usted. Cuando á Cristina le sale bien esa sopa...

– Y cuando tiene congrio...

– Es exquisita.

Todos se pusieron en seguida á la mesa casi alegremente.

Y después de comer, hablaron familiarmente en una cordial sobremesa...

Hasta que la viuda exclamó:

– ¡Pero, hijos míos, son las once!

– ¡Ah!

– Hace lo menos cuatro años que no me he acostado tan tarde...

Y añadió muy bajo, estrechando la mano de Andrea:

– En todo ese tiempo no hemos pasado una velada tan feliz.. ¡Gracias, Andrea, por mi pobre Noel!

Cuando la madre y el hijo se despidieron en la puerta de sus cuartos del primer piso, dijo el ciego:

– ¡Qué linda voz tiene, mamá!

– ¡Y qué encantadora es!

– ¿Pero, verdaderamente, es también bonita?

– Sí, con un aire y una cara que dan envidia.



La bahía está tan tranquila y tan límpida

– ¿Cómo es? Explícate...¿A quién se parece? ¿Recuerdas alguna persona ó algún personaje de un cuadro que se le parezca?

– Dios mío..., no, no me ocurre...

– Lo siento. Hubiera querido dar una cara á esa voz deliciosa.

***

Pasaron algunos días, pronto convertidos en semanas, y la vida común se fué organizando. La simpatía había nacido muy pronto, y crecía cada vez más, hacia aquella joven tan tranquila, tan alegre, que olvidaba por completo la enfermedad cuya curación había ido á buscar, que con tanta facilidad se adaptaba á las nuevas costumbres y que se esforzaba por no ser molesta á aquella familia.

El piano llegó de Niza; un Pleyel nuevo, que no parecía de alquiler, y que sonaba profundo y aterciopelado en las notas bajas y sonoro y claro en las altas. Le colocaron, naturalmente, en el comedor, donde parecía todavía más soberbio al lado del aparador reluciente de limpieza y negro de vejez.

Y Andrea había cumplido en seguida su promesa de traducir á Noel algunas piezas desconocidas, inesperadas y de devolverle el goce de otras que le habían gustado. ¡Oh! Ese *Sigurd*, ese *Sigurd* sobre todo, ese poema de melancolía y de heroísmo que que no se cansaba de escuchar... Noel, inclinado en la butaca como para acercarse más, con sus ojos negros iluminados por una visión interior y con la boca entreabierta en un mudo entusiasmo, bebía aquellas notas con una avidez de fiebre.

Y después trataba de repetir, á su vez, lo que acababa de escuchar, en aquel teclado de tacto dulce como una epidermis cuyo roce es una caricia.

Cuando interrumpía á su amiga de ayer diciéndole muy confuso:

– Estoy abusando... Hace dos horas que impido á usted tomar el sol y el aire...

Andrea le respondía muy risueña:

– Entonces á usted le toca el turno... Yo he sido sido sus ojos, sea usted mis pasos.

... Y los dos salían. Sí, era cierto que Noel sabía hasta el más pequeño sendero de aquel país que no veía ya sino con el recuerdo.

A pocos pasos de la casa, pues por todas partes hay allí algún camino que conduce á un adorable rincón de luz y de verdor, Noel, que marchaba al lado de Andrea, interrogaba al suelo con la contera del cayado y decía:

– Dígame usted, Andrea – porque ya la llamaba así, – ¿no hay, á la izquierda, entre dos grandes enebros, un sendero al lado de un arroyo?

– Sí.

– Tomemos por ahí.

– ¿Quiere usted que le ayude?

– No, no... Mi palo conoce todas las piedras del camino.

Y en efecto, la seguía sin trabajo y casi sin vacilación. A cada instante decía:

– Aquí se bifurca el sendero, ¿verdad?

– Sí.

– Entonces, á la derecha, hasta que encuentre usted una gran masa de pórfido que rodó hace acaso diez mil años de las vertientes del Bastel... Daremos la vuelta á esa roca y después me dirá usted...

Y cuando habían llegado, la joven exclamaba:

– ¡Oh!.. ¡Admirable!..

– Dígame usted, entonces, dígame...

Y ya sentados juntos en la roca de púrpura, jaspeada por vegetaciones microscópicas que forman manchas de un verde pálido ó de un intenso amarillo, la joven decía:

– Sí, es admirable. Entre esos dos bosques de pinos que bajan por los dos lados en abrupta pendiente, el viejo castillo, soportado por sus baluartes, avanza en la bahía de un azul muy pálido... La bahía está tan tranquila y tan límpida, que los muros del castillo, bañados de sol, se prolongan en ella en temblorosos reflejos de oro que llegan hasta la orilla opuesta y forman como una aureola de fuego á esa gran tartana dormida sobre sus anclas y mecida dulcemente por las olas.

(Continuará.)

LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA

Cada día adquiere mayor gravedad el conflicto macedónico: Turquía no ve otro medio de acabar la insurrección que hacer una guerra de exterminio, arrasando aldeas y poblados, asesinando á mujeres, viejos y niños, y no dando cuartel á los insurrectos alzados en armas; éstos contestan á esos procedimientos de terror con otros análogos, incendiando poblaciones turcas, destruyendo líneas férreas y apelando á la dinamita para aniquilar á sus contrarios. Y á todo esto, la insurrección se va extendiendo y amenaza ser en breve general en toda Macedonia, sin que basten á contenerla ni el número cada vez mayor de las tropas del sultán, ni la barbarie con que éstas pelean, ni las promesas del soberano y de su gobierno de conceder el perdón á los que depongan las armas.

Los insurrectos son más de 25.000, y las partidas por ellos formadas no son grupos sin cohesión, sino que operan con método y bajo una dirección única. Los soldados obedecen ciegamente á sus jefes y éstos están en comunicación continua entre sí, favorecidos por las condiciones del terreno en que la lucha se desarrolla. Uno de los elementos más importantes de la insurrección son las llamadas «secciones técnicas,» encargadas de la fabricación de municiones y de dinamita, y de las cuales forman parte ingenieros y estudiantes que han hecho de ellas verdaderos laboratorios científicos.

Hasta ahora el movimiento tiende á que se cumpla el artículo del tratado de Berlín que dispone para Macedonia el establecimiento de un régimen autonómico, con un gobernador cristiano y la intervención de las potencias bajo la soberanía del sultán. En corroboración de este aserto, copiaremos las palabras de un jefe macedónico: «Los cristianos de Macedonia no son rebeldes ni revolucionarios de oficio; no piden sino que les dejen trabajar en paz y gozar del fruto de su trabajo. Bastante paciencia han tenido, pues han estado durante veinticinco años esperando las reformas prometidas en el tratado de Berlín.» Y refiriéndose á los procedimientos seguidos en la guerra, añade: «Si los macedonios han cometido algún acto de crueldad, débese á las provocaciones de los turcos, quienes, temerosos de la intervención de las potencias, se proponen el total exterminio de los cristianos, y más que para la persecución de las partidas guardan todas sus energías para asesinar mujeres y niños y para incendiar poblaciones.»

Que la insurrección se halla más ó menos directamente favorecida por Bulgaria, es evidente, y se comprende que así sea, ya que al fin y al cabo búlgaros de origen son los que se han alzado en armas contra Turquía. Oficialmente el gobierno de Sofía declara que quiere mantener la actitud correcta que le corresponde observar respecto del Estado turco, soberano suyo; pero al mismo tiempo añade que Bulgaria no cuenta con fuerzas suficientes para impedir que las partidas traspasen la frontera, y dice por boca de su presidente del Consejo de Ministros: «Bulgaria no desea anexionarse la Macedonia, ni exige para ésta la autonomía; pretende únicamente que sean respetadas las vidas y haciendas de los cristianos, lo cual no es ninguna pretensión exorbitante. Si las potencias, por razones de alta política, están dispuestas á consentir el exterminio de los cristianos, Bulgaria no se halla en iguales condiciones.»

Esta actitud equívoca del gobierno búlgaro produce gran indignación entre los elementos exaltados de Constantinopla, en donde el partido militar hace esfuerzos desesperados para que el sultán permita que sus tropas penetren en Bulgaria. Sin embargo, Abdul-Hamid se resiste á imprimir este sesgo á la lucha, porque aparte de los cuantiosísimos gastos que supone una guerra como la que con este motivo podría estallar en los Estados balkánicos, fácilmente podría producirse una conflagración general que Turquía está más interesada que nadie en evitar. A pesar de esta actitud prudente del soberano turco, dícese que su ministro de la Guerra tiene en proyecto la invasión de la Rumelia Oriental, que forma parte de Bulgaria, á fin de cercar el vilayeto de Andrinópolis, que en la actualidad es uno de los más potentes focos de la rebelión. De realizarse este proyecto, el asunto se complicaría extraordinariamente, pues Bulgaria, en donde la noticia de tales propósitos ha causado profunda impresión y gran efervescencia, no está dispuesta á tolerar que las fuerzas turcas atraviesen en son de guerra su frontera, á cual efecto ha comunicado órdenes severas á los comandantes de las guarniciones fronterizas. Por otra parte, en todas las grandes ciudades búlgaras se celebran *meetings* en los cuales se predica, en medio del mayor entusiasmo, la necesidad de acudir en auxilio de los hermanos oprimidos. ¿Podrá el gobierno resistir mucho tiempo esta peligrosa corriente de la opinión pública?

Y en tanto ¿qué hacen las grandes potencias? Pues lo de siempre: asistir impasibles al espectáculo de una guerra brutal, alentar con su pasividad á Turquía á que prosiga en su obra de exterminio de los cristianos y llevar la desesperación al ánimo de los pueblos oprimidos por el sultán, haciéndoles comprender que las causas más justas no merecen por parte de aquéllas el apoyo que en conciencia debiera prestárseles, que las aspiraciones más legítimas no hallan eco en los Estados que de civilizados se precian y que por sus prestigios y sus fuerzas podrían imponer el imperio del derecho, y que todo sentimiento humanitario de los pueblos es ahogado por el cruel egoísmo de los gobiernos, siervos sumisos de esa deidad despótica y sin entrañas que se llama política internacional.

Uno de los principales periódicos franceses ha publicado recientemente sobre este particular un artículo que, por sintetizar lo que bien puede llamarse opinión universal, nos parece oportuno reproducir.

«Mientras Constantinopla y Turquía, para disculparse y distraer la atención, multiplican las comunicaciones tendenciosas y las noticias contradictorias, Europa registra con una especie de placidez verdaderamente asombrosa las atrocidades que de una y otra parte se cometen todos los días en los vilayetos de Monastir y de Andrinópolis ó en los desfiladeros macedónicos. ¿Cuánto tiempo durará esto todavía? A la hora presente nadie es capaz de decirlo, pues las lúgubres historias que el telégrafo nos transmite no producen otro resultado que agitar la opinión sin hacer avanzar un solo paso el asunto. En vano se había dicho y se repite sin cesar que los gabinetes de Viena y de San Petersburgo se habían puesto de



Partida de insurrectos con su jefe



Grupo de insurrectos bailando en una aldea macedónica



Guerrilla de insurrectos haciendo fuego en un desfiladero



Tropas insurrectas en la montaña

LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA (fotografías instantáneas de Underwood)

acuerdo para redactar una nota destinada á poner término á la actual situación y á prevenir mayores males. Es indudable que estas dos potencias son las principalmente interesadas en la conservación de la paz en la península de los Balkanes, pero se engañaría miserablemente quien creyese que tales como están hoy los ánimos, pueden, merced á una simple fórmula cancilleresca, desprovista de toda sanción, detener bruscamente el impulso insurreccional de los búlgaros y decretar la cesación de los armamentos en Turquía.

»Cada cosa tiene su momento oportuno y es de temer que se haya esperado demasiado para hacer oir, así en Constantinopla como en Turquía, por medio de útiles amenazas, el lenguaje de la razón. Hace dos meses debía haberse intentado algo, pero entonces nadie quiso ó nadie se atrevió; quizás Europa, fiel á su táctica, de la que por cierto no ha tenido nunca motivos para felicitarse, ha querido una vez más ganar tiempo. Aplazar, contemporizar; á esto ha venido á parar la política de todos los gabinetes europeos, es decir, á una variante de la famosa fórmula «No pasa nada.» Cuando una cuestión les molesta, la ignoran; cuando algún hecho les inquieta, lo niegan; cuando hay que obrar, discuten; su actitud es la del completo reposo. Con ello aplazan ciertamente la hora de las decisiones; pero ¿están seguros de retrasar la de las responsabilidades? Las habilidades de la diplomacia, como las sutilezas de los gobiernos, acaban un día ú otro y nada basta á eludir los misteriosos y fatales decretos del destino.

LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. - Insurrectos asesinados por los turcos cerca de Salónica (de fotografía)

»Es preciso, quiéranlo ó no los gabinetes, buscar una salida al actual embrollo, y no será exasperando á los dos pueblos en lucha como podrá Europa encontrarla. Todo cabe temerlo de los insurrectos macedonios ó búlgaros, á quienes una lucha desigual ó un mal entendido pundonor puede impulsar á los actos más desesperados; todo debe temerse también de Turquía, á la que han de irritar, á la larga, los combates sin gloria, los gastos sin provecho, y aun teniendo más probabilidades de triunfo que su vasallo, Addul Hamid puede desde ahora pensar en el momento en que habrá de jugar el todo por el todo y de invadir, aun á riesgo de perderse para siempre, la Bulgaria, provocando un conflicto cuyo alcance nadie es capaz de prever. Entonces serán los gritos de asombro de Europa, el aturdimiento de los gabinetes, la estupefacción de los pueblos y todo el horror de una guerra que el fanatismo musulmán, contenido durante mucho tiempo y llegado al paroxismo, convertirá en guerra santa, terrible y sin cuartel.»

El cuadro está trazado de mano maestra y constituye la más formidable acusación contra la Europa civilizada. - M.



Plaza de San Juan en Venecia, cuadro de Rafael Senet

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 5 de octubre de 1903 — Núm. 1.136



ORACIÓN, cuadro de Ramón Casas

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

América central. – *Guatemala:* la asamblea constituyente. – *Honduras:* el ferrocarril interoceánico y los empréstitos: una deuda de noventa y seis millones de pesos: pretensiones de los acreedores: probable intervención de ingleses y yanquis: actitud del actual presidente: propósito de atraer inmigrantes y fomentar los intereses materiales. – *El Salvador:* disposiciones del gobierno para el desarrollo de la cultura y la riqueza públicas. – *Nicaragua:* amnistía por delitos políticos: colonización en los territorios de Nueva Segovia. – *Costa Rica:* desarrollo de la producción agrícola.

El día 4 de julio se reunió en Guatemala el Congreso constituyente, convocado para acordar la reforma del artículo de la Constitución que prohibía las reelecciones presidenciales. A la Asamblea han concurrido representantes de todos los partidos políticos y clases sociales.

En la sesión inaugural, el presidente de la República Sr. Estrada Cabrera leyó breve y expresivo mensaje. Presentábase ante los diputados como modesto obrero del derecho y sincero defensor de la democracia, que ni contrarió, porque no debía hacerlo, las iniciativas para la reforma constitucional, ni tomó la más mínima parte en los trabajos que dieron por resultado la convocatoria y reunión de la Asamblea. En ésta, como en todo el país, predominaron los partidarios de la reforma, y salvo contingencias no previstas, será reelegido Estrada Cabrera para el próximo período presidencial.

***

Los cuervos del agio – como dice un periódico semioficial de Honduras, *El Republicano* – afilan las garras para sacar buena tajada á los hondureños. Unos 40 años hace que el gobierno de esta república trató de llevar á cabo la construcción de una línea férrea que uniera ambos Océanos, desde Puerto Cortés al golfo de Fonseca. Preciso fué buscar recursos fuera del país; se acudió al empréstito, obtuviéronse en Londres los capitales que, según presupuesto, se consideraban necesarios para tan importante obra, y empezaron los trabajos. Hubo que suspenderlos, cuando sólo se habían construído unos 90 kilómetros – de Puerto Cortés á La Pimienta, – porque faltaban fondos, y tal desprestigio cayó sobre los bonos de los empréstitos, que llegaron á cotizarse al 2 por ciento de su valor.

Del capital de los empréstitos, parece que, á lo sumo, habían llegado unos 500.000 pesos oro á poder de la administración hondureña; pero con tal arte han procedido los especuladores, «los cuervos del agio,» que esos 500.000 pesos son ya 96.000.000.

¡Noventa y seis millones de pesos oro debe la República de Honduras á una sociedad ó sindicato inglés! ¡Noventa y seis millones de pesos oro ha costado un ferrocarril construído en terreno llano, cuyo total recorrido debía ser de unos 300 kilómetros y del que sólo se explotan 92! ¡A más de millón de pesos oro el kilómetro!

Los fautores del negocio lo han venido preparando magistralmente. Consiguieron primero el descrédito y la consiguiente enorme baja de los valores, compraron después los bonos á ínfimo precio, y cuando se presentó en Londres un representante de Honduras para pactar un convenio con los tenedores de aquéllos, negáronse á aceptar proposición ninguna. Exigen que Honduras pague íntegra la deuda ficticiamente creada, ó que se someta á las duras condiciones impuestas por los acreedores.

En efecto, en nombre de *The Corporation of Foreign Boudholders*, de Londres, Mr. William J. Bain reclama la entrega del ferrocarril de Puerto Cortés á La Pimienta y el pago de la antigua deuda extranjera de la República y de los empréstitos contratados en 1867, 1869 y 1870 para la construcción del ferrocarril interoceánico. Honduras, pues, debe entregar el ferrocarril construído y en construcción de mar á mar, con todos sus anejos, con todas las tierras que estaban hipotecadas al pago de los empréstitos y con todas las concesiones que el gobierno había otorgado para la construcción de la citada vía; pagar los empréstitos que hoy, con sus intereses, importan los 96 millones de pesos oro, hipotecando en garantía las aduanas, de las cuales debe sacar, con preferencia á toda otra obligación, 100.000 pesos en cada uno de los primeros cuatro años, 120.000 en los cuatro siguientes, y así aumentando hasta llegar á 1.000.000 anuales; pagar los gastos anteriores de todas estas negociaciones y los actuales; hacer esos pagos así en paz como en guerra; procurar, por último, que intervengan en el asunto los gobiernos de S. M. Británica y de los Estados Unidos.

En suma, si tales exigencias prosperasen, Honduras perdería, con el ferrocarril, la mejor parte de su territorio, tendría que pagar íntegro el capital de los empréstitos y los intereses y gastos de los tenedores de bonos en relación con aquéllos, no percibiría rentas de aduanas y quedaría sometida á la tutela de ingleses y yanquis. Es decir, desaparecería Honduras del mapa político de América como nación libre y soberana.

Claro es que para que las cosas hayan llegado á tal situación, han sido precisas, no tan sólo las malas artes de la usura y la mala fe de los extranjeros y nacionales que intervinieron en este negocio, sino también la incuria de los gobernantes hondureños, en parte excusada por el anormal estado del país en años anteriores.

La reclamación de Mr. Blain ha sorprendido á todos. Nadie conocía en Honduras el verdadero origen de esa enorme deuda, ni su estado actual, y todos se asombran de que la pequeña república haya podido devorar 96 millones de pesos oro con motivo de la construcción del ferrocarril.

Lo que sí puede asegurarse es que los intereses de la República han sido escandalosamente defraudados por cuantos en Europa tomaron parte en las negociaciones de los empréstitos y en la administración de los fondos que produjeron, y que por consecuencia de tales fraudes se frustraron las aspiraciones del país y el pensamiento del gobierno respecto del ferrocarril, arruinando al mismo tiempo el crédito de la nación en el exterior.

Años hace que este asunto, así como los empréstitos del Paraguay, Santo Domingo y Costa Rica, llamó la atención del Parlamento inglés, que en 1875 nombró una comisión encargada de investigar la circunstancia de esos contratos y las causas que motivaban la falta de cumplimiento. Entonces se pusieron en evidencia los fraudes y se demostró el origen vicioso de las deudas. No obstante, ahora parece que el gobierno británico apoya las reclamaciones, y hasta se trata de interesar en ellas á los yanquis, sin duda para que no se opongan, en nombre de Monroe, á cualquier acto de fuerza que contra Honduras pueda intentar la Gran Bretaña.

El actual presidente de la República, general Bonilla, comprende el peligro y rompe con la tradicional apatía de los políticos hondureños; pide á los reclamantes la justificación de sus créditos y resuelve buscar y publicar cuantos documentos sirvan para demostrar la irresponsabilidad de Honduras en los fraudes y especulaciones que han originado la enorme, inconcebible deuda.

Ahondando en la investigación, han de salir á luz muchas irregularidades. Desde luego, y con referencia á noticias de Nueva York, á que dió publicidad el *Diario oficial* del Salvador, parece que el sindicato norteamericano que tomó á su cargo la construcción del ferrocarril y que no cumplió sus compromisos, estaba obligado á pagar los intereses de los bonos que había en Inglaterra. Se ha dicho que la cláusula que establecía esa obligación se suprimió al traducir del español al inglés el contrato. Niega este supuesto Mr. Sprague, vicepresidente de la compañía; pero afirma que no se pagaron los intereses porque los tales bonos *son ilegales*.

De todos modos, lo que resulta indudable es la confabulación de especuladores yanquis, ingleses y acaso alguno que otro hondureño para realizar lo que en el lenguaje financiero se llama un buen negocio, y en los códigos penales tiene otra denominación.

Confiamos en que los actuales gobernantes de Honduras tendrán la energía necesaria para impedir que se perpetre esta gran estafa internacional.

Bonilla es hombre de carácter y parece que le animan buenos propósitos. Pone empeño en fomentar la riqueza pública, medio el más eficaz de impedir movimientos revolucionarios y de consolidar la paz pública, y con ella ganar crédito y atraerse la simpatía y consideración de los demás Estados. Quiere inmigrantes útiles para la agricultura y la industria, y ha circulado instrucciones á los representantes de Honduras en el extranjero para que informen acerca de las disposiciones que los respectivos gobiernos han tomado con objeto de aumentar la inmigración, sobre los sistemas de cultivo de frutos que produzca ó pueda producir Honduras y que se hayan empleado con buen éxito en los países en que residen dichos representantes, sobre la conveniencia de abrir en ellos mercados para los productos hondureños, sobre el sistema de educación popular y sobre lo dispuesto para fomento de la agricultura, ganadería, minería y demás industrias.

***

De análogas medidas de gobierno adoptadas por el del Salvador dió noticia el Secretario de Gobernación y Fomento en la última Memoria presentada al Congreso de Diputados.

El ferrocarril de Occidente, servido por una compañía inglesa, funciona con regularidad, y se trabaja para conseguir que continúen las obras del ferrocarril central y que aumente el servicio de vapores en el Pacífico. Se han hecho importantes obras de saneamiento en la ciudad de San Salvador. Da excelentes resultados la Escuela de artes, oficios y agricultura, dirigida por los PP. Salesianos. Está bien organizado el servicio de estadística, el nuevo cuerpo de Ingenieros oficiales ha realizado trabajos de importancia, y pronto se terminará el gran mapa de la República, encomendado á la casa inglesa Waterlow Sons Limited.

El ramo de agricultura, fuente principal de la riqueza del país, está á cargo de juntas y comisiones especiales, y hay una finca modelo en la que se ensayan nuevos cultivos y nuevos procedimientos de producción. La «fiesta de los árboles,» en 3 de mayo, es fiesta nacional. A partir de este año de 1903 se celebrarán todos los años, en julio y agosto, certámenes agrícolas é industriales.

***

El 11 de julio, aniversario de la administración presidencial de Zelaya en Nicaragua, se decretó amplio perdón é incondicional amnistía para todos los reos de delitos políticos. Los que estaban presos fueron puestos inmediatamente en libertad.

Un yanqui, Mr. Bietrick, se propone colonizar en el departamento de Nueva Segovia y comarca de Gracias á Dios. Según contrato que celebró con el gobierno, obtuvo en arrendamiento tierras por un período de 25 años. Construirá muelles en el río Segovia y una nueva ciudad, Puerto Dietrick, en una isla que hay en la desembocadura del río.

Recordaremos con este motivo las pretensiones de Colombia que claramente se formularon al discutirse en París hace pocos años los derechos territoriales de dicha República y Costa Rica. Pretende Colombia que le pertenece la faja de tierra, en el litoral del mar Caribe ó de Colón, que va desde el río San Juan al cabo Gracias á Dios y que poseían los indios mosquitos.

***

El Ministerio de Obras públicas de Costa Rica muestra gran actividad en la construcción de caminos y puertos. El desarrollo que ha tomado la producción agrícola, especialmente la de café y plátanos, y la creciente exportación de estos frutos, exigen imperiosamente facilidad de comunicaciones para transportarlos desde el interior á las costas. Hay comarcas muy ricas en productos agrícolas y forestales y en minas que aún carecen de medios de transporte.

El gobierno subvenciona á una compañía que hace la navegación de cabotaje en el Pacífico entre Punta Arenas y Golfo Dulce, y cuyos barcos, como son de poco calado, remontan los ríos, especialmente el de Térraba, á cuya cuenca corresponde una gran región, casi desconocida, en la que hay minas de oro. Se proyecta establecer un ferrocarril entre dicho país y la zona de Talamanca, en el litoral atlántico.

Los plátanos costarricenses van ganando terreno en los mercados de Europa. Una sola compañía, la «United Fruit,» tiene dedicadas á este cultivo 3.750 hectáreas, y uno de los buques de que se sirve aquélla llevó recientemente á Inglaterra 33.250 racimos. En el viaje desde Puerto Limón á Southampton invirtió 19 días, y la fruta llegó en perfecto estado.

R. Beltrán Rózpide.

GENTES Y COSAS DE MÉXICO. – UN PERIÓDICO Y UN PERIODISTA

Una mañana del año de 1894, recién desembarcado yo en la ciudad de México, sin carta alguna de recomendación ni tío alguno protector, me encontré con que había gastado el último peso y estaba á punto de gastar la última esperanza.

Alguien me dió entonces un consejo – lo único que mis amigos eran capaces de darme: – «Busque usted á Reyes Spíndola. Se dice que va á fundar un semanario ilustrado de mucho empuje y es posible que necesite redactores.» Me proveí de algunos números de periódicos en que había escrito, á la manera que el joven de buena letra, antes de que se inventara la máquina de escribir, se proveía de todas sus caligrafías para solicitar empleo, y fuíme al despacho que en el Cinco de Mayo tenía Reyes Spíndola. Me encontré con un hombre alto, delgado, muy moreno y muy pálido, de aspecto enfermizo y distraído, el cual me dijo que tenía ya completo su cuadro de redacción y que por lo mismo no me necesitaba.



LDO. RAFAEL REYES SPÍNDOLA, director de «El Imparcial» de México

Yo insistí – el hambre siempre insiste. – «En suma, yo era un desconocido para él; pero acaso podía serle más util de lo que él presumiera: tanto había de malo como de bueno en que no me conociese. ¡Quién sabe si á la postre resultaría yo mejor que otros mancha papeles de los que él trataba?» Y le alargué mi rollo de periódicos, que el tomó negligentemente.

Creo que mi insinuación no le hizo gran mella y probablemente iba á repetir su negativa; pero un «quién sabe» se le prendió en la lengua antes de pronunciarla, uno de esos «quién sabe» que anidan en el alma de los más escépticos, y me dijo:

– Yo tengo por costumbre no desdeñar ninguna energía que se me ofrece: escriba usted algo, veremos. «¡Veremos!» Este futuro imperfecto se trocó en pretérito definido para mí: yo *vi*, vi el cielo abierto, y me puse á trabajar con un afán excesivo: cuentos largos y cuentos cortos, artículos de crítica, crónicas, versos, *de omnia rerum*... Todo lo escribí, todo lo intenté con tan poca suerte, que dos meses después y cuando ya había yo concebido y parido más obras que las que hicieron célebre al Tostado, logré ver apenas publicado un cuentecillo dosimétrico, hecho á la manera de Catulle Mendes y el cual me valió el siguiente breve discurso que acompañó á la paga (seis del águila entonces no despreciados).

– Su cuentecito de usted es muy delicado, muy bonito, y en prueba de que me gusta se lo publico en la primera plana de *El Mundo Ilustrado;* pero le recomiendo que cambie de rumbo: piense usted que las lectoras de *El Mundo* son cocineras vestidas de seda, y escriba usted para... cocineras. Cuando haya usted concluído un artículo, un cuento, unos versos, una crónica, lea usted su trabajo á su cocinera, y si le agrada tráigalo y publíquelo.» Como se ve, mi hombre era de la opinión de Molière.

A la consideración de ustedes dejo el efecto que aquella arenga debió causar á un pobre diablo que estaba podrido de «exquisitismo» y que soñaba con encerrarse en una torre de marfil (Turris Eburnea) para contemplar desde ella la estrella de la mañana del Arte (Stella Matutina). Entonces estaban en privanza en literatura *La torre de marfil, La casa de oro, El arca de la alianza*..., toda la letanía, y escribir sólo para un patriciado lírico, compuesto de cuatro ó cinco superhombres literarios. Este editor está perdido, pensé; va á quebrar antes de un año, y compadeciéndolo *in peto*, le dije «hasta luego» y me retiré resuelto á jamás consultar á mi cocinera, en primer lugar... porque no la tenía.

Cinco años después yo trabajaba aún con aquel monstruo, y habíamos acabado por estimarnos y querernos sinceramente. *El Imparcial,* diario de la mañana, fundado por él con la ayuda del Gobierno, tiraba *sesenta mil ejemplares*, cifra nunca soñada en México. Sesenta mil cocineras vestidas de seda... ó de cocineras, lo leían. En la calle no había mozo de cordel, vendedor ambulante ó *golfo* .. de México, que no tuviera su *Imparcial* en la mano. Para el *Imparcial* escribían las mejores plumas de la República, desmigajando como Dios les daba á entender todo lo abstruso de su literatura y de su ciencia, á fin de que pudiesen digerirlo los innúmeros lectores, y la hoja aquella, de color amarillento, nublaba por decirlo así la metrópoli por las mañanas. Era y es, porque vive y prospera aún, el periódico más barato del mundo, pues ha valido siempre un centavo mexicano, es decir, dos y medio céntimos españoles, poco más ó menos... El Monstruo había tenido razón.

Vino Spíndola á México con poquísimo dinero y con muchos proyectos, y casi casi sobre una tabla y dos barriles viejos, como Gordon Benett el *New York Herald,* fundó *El Universal,* diario de información.

In illo tempore (allá por los años de 1888) había en México cinco periódicos principales, á saber: *El Monitor Republicano,* de oposición, cuyos redactores eran cuatro: D. Emilio Castelar, que escribía frecuentemente una correspondencia de dos planas; *El Boletinista,* que todos los días repetía los mismos cargos al gobierno, y digo *El Boletinista,* así de una manera anónima, porque los redactores se renovaban, pero el Boletín era siempre idéntico, y el gacetillero. El meollo del periódico estaba en el comentario de la gacetilla: allí iba toda la pimienta, de suerte que los lectores tenían por costumbre empezar á leer las noticias por la posdata, como dicen que deben leerse las cartas de las mujeres.

El Nacional, órgano de la aristocracia (que no lo leía) y en el que pontificaba el barón de Brackel Welda, al cual sus compañeros de redacción llamaban el barón de «Blanco y Vuelta,» porque diluía sus artículos en las dos primeras planas del diario, ya de suyo grande;

El partido liberal, donde escribía el literato más fino é inteligente de México, Manuel Gutiérrez Nájera, y que se leía en familia;

El Siglo IX, de tendencias jacobinas, nido de viejos liberales, y que se leía en familia tambien;

Y El Tiempo, diario católico recién formado, hoy uno de los más caracterizados del país, con una subscripción entonces modesta, pero substanciosa.

Estos periódicos juntos no llegaban á una tirada de 15.000 ejemplares; la mayor parte de los redactores colaboraba en ellos por sueldos metafísicos y boletos de teatros efectivos. Eso sí, cada uno de ellos tenía opiniones políticas. No estaban aún muy lejos los tiempos en que un periódico se hacía en México con unas tijeras y un frasco de cola, y había reminiscencias de tales utensilios en todas las redacciones.

Según digo, Spíndola, así las cosas, fundó *El Universal* como Dios le dió á entender. Veces hubo, y no fueron pocas, en que para pagar á un redactor enviase al empeño su reloj, á hurtadillas del que cobraba. Sin embargo, un año después *El Universal* alcanzaba tiradas superiores á las de los cinco periódicos en cuestión. En nada se parecía á ellos por lo demás: era *El Universal* un diario de información ilustrada, inmediata y amena, de forma modernísima, con un anexo dominical que se hizo célebre por su interés literario, con un cuerpo de redacción numeroso y reclutado entre los nombres más conspicuos de México, y sin duda con el primer cuerpo reporteril digno de este nombre que existió en la República.

Cinco años después de fundado, Spíndola lo vendía en excelentes condiciones, y dos años más tarde, *El Imparcial,* subvencionado por el Gobierno, salía á tambor batiente á la publicidad: hoy tira más de 70.000 ejemplares en la mañana y cerca de cuarenta mil en la edición del mediodía, con el nombre de *El Mundo;* posee una casa-palacio, con maquinaria novísima y talleres magníficos; tiene como edición dominical *El Mundo Ilustrado* (el fundador de la casa) que en asunto de fotograbado compite con los mejores de América, y lanza ediciones de novelas populares con tiradas enormes.

¿Cuál es la obra de Spíndola en el periodismo nacional? Hela aquí en breves palabras: desde luego él ha sido el creador del periódico barato, y más que el creador el que ha logrado hacerlo viable, convirtiéndolo en necesidad popular. *El Imparcial* ha enseñado á leer al pueblo; le ha dado lectura á ínfimo precio, y si el cargador de la esquina sabe hoy dónde está Bulgaria, quién es Pío X y quién fué Salisbury, cómo se llama el rey de España y qué forma de gobierno hay en los Estados Unidos, cuántos habitantes tiene México y en qué continente está situado, lo debe al *Imparcial. El Imparcial* ha difundido en las clases medias y altas ciertas nociones de ciencias positivas, ciertos principios económicos y sociológicos de suma utilidad, que han abierto honda brecha en los viejos prejuicios y en los viejos sentimentalismos atávicos.

A Spíndola se debe también el reporterismo nacional, según dije, aunque entiendo que de esto no ha de estar muy satisfecho, pues que en cierta ocasión le oí decir: «Es una planta que nació podrida.» Y en efecto, y en efecto...

Por último, la prensa no ha sido verdaderamente una potencia financiera sino bajo el reinado periodístico de Spíndola, y de potencia financiera á potencia política no hay más que un paso. Después de Spíndola nadie podrá fundar un periódico sin un fuerte capital; pero este periódico será siempre una institución poderosa. Spíndola, en suma, ha creado la necesidad de la hoja diaria en un país



EDIFICIO DE «EL IMPARCIAL»

donde el pueblo no sabe en su inmensa mayoría leer: esto es mucho.

Por lo que hace personalmente al hombre, es muy digno de estudio, y de estudiarlo he ampliamente, si Dios me presta vagar. La historia de sus luchas por la cristalización de sus ideales periodísticos es á las veces novelesca; la anécdota peregrina abunda. Muchos personajes que andan por ahí, le ayudaron á doblar y enfajillar sus periódicos, en épocas aciagas. Hoy él ayuda á muchos personajes. Una energía nerviosa incalculable le ha hecho realizar trabajos que hubieran domeñado á hombres robustos; ha cansado á dos generaciones de periodistas y él no se cansa todavía á pesar de sus achaques. Desdeñoso y autoritario («yo nací para ser rey,» me decía en cierta ocasión, y yo le contestaba: «no debes quejarte, porque lo eres en plural»), es á pesar de esto un sensitivo y un afectuoso. Ama y odia con fuego, siguiendo en esto el consejo de Byron; exige á quienes le sirven esfuerzos incontables; pero su esfuerzo es paralelo al de ellos. Para llegar á la meta de sus empresas, ha pasado, con una sonrisita nerviosa y despectiva en los delgados labios, por en medio de un ciclón de injurias. Ha sido injuriado en sus fracasos y en sus éxitos, comprobando el proverbio yanqui, el cual afirma que dos cosas hacen enemigos acérrimos, el fracaso y el éxito, y jamás la balumba de los insultos pudo mermar los quilates de su voluntad, penetrante siempre y alerta. Como todos los divulgadores, ha trabajado para el pueblo: así ha triunfado. Despreciando al público y acariciándolo alternativamente, se lo ha atraído, más que con la caricia con el desdén, porque el público y la mujer aman el látigo, de seda fina ó de nervio de toro, pero el látigo siempre.

Spíndola es un hombre completo, porque es sobre todo un carácter, una voluntad.

Amado Nervo.

LA INGRATITUD

I

El brigadier de marina retirado D. Daniel Osorio era el hombre más feliz de la tierra...

Pero antes de pasar adelante, el lector debe conocer las causas de esta felidad fenomenal, haciendo una revista retrospectiva.

El año de 1869, algunos días después del pronunciamiento de la escuadra que mandaba el general Topete, que fué el prólogo de la Revolución de Septiembre, un hermano mayor del susodicho brigadier, que residía en Valencia, recibió una larga carta de la que entresacaremos los párrafos siguientes:

Cádiz, 25.

«Queridísimo hermano Servando: No bien me lo permiten la sorpresa, la irritación y la bilis, me apresuro á escribirte. Tan luego como vi que la *topetada* era un hecho, me presenté á nuestro *leal* jefe, le expuse las razones por las cuales no podía adherirme al movimiento revolucionario, y obtuve permiso para esperar en esta ciudad á que se constituya un gobierno y pedir mi separación del cuerpo de marina.

»Espero que aprobarás mi conducta; te he oído decir muchas veces que la ingratitud es el más feo de los delitos, y yo no quiero cometerlo. Si bien por tu mediación, todo se lo debo á la reina, y no puedo servir al lado de los ingratos y desleales que se han unido para derrocar su trono.»

Ya en Madrid el brigadier, recibió contestación á esta carta: «No sólo apruebo tu proceder – le decía su hermano, – sino que me llena de satisfacción, aunque no me sorprende.

»Todo, en efecto, se lo debemos á la dinastía caída, tú tus rápidos ascensos y yo mi fortuna, y no podemos servir á una patria sin rey que la simbolice. Deploro que este fatal acontecimiento haya truncado tu carrera; mas es de esperar que cuando pase la avalancha revolucionaria podrás reanudarla. Entretanto, procede como tengas por conveniente, siempre contando conmigo. Establécete donde sea de tu gusto. Pero si algo te tira mi cariño y nuestra hermosa Valencia, me atrevería á formular un deseo de mi corazón. Yo, desde que perdí á mi inolvidable Valentina, estoy sin sombra y abrumado por mis setenta años y mis muchos achaques. Quisiera tener una mano amiga que me cerrase los ojos al morir, y ¿cuál mejor que la de un hermano?

»Decide y contéstame pronto; no puedes formarte idea de la ansiedad con que espero tu respuesta.

»Puesto que estás en Madrid, ve á Toledo á ver á nuestro sobrino Federico; materialmente nada le falta; mas quisiera conocer su estado moral y los informes de sus profesores referentes á su aplicación y conducta.»

D. Daniel Osorio no dudó ni un solo momento; prescindiendo del cariño, todo lo posponía al cumplimiento de su deber. Su hermano anciano y enfermo, á quien tanto debía, le llamaba; así, pues, tan luego como obtuvo su separación del servicio, y después de ver en Toledo á su sobrino, hijo de una hermana muerta hacía años, se trasladó á Valencia. Su hermano mayor, que había ejercido altos cargos en Ultramar, trayéndose de Cuba una pingüe fortuna, vivía espléndidamente en la ciudad del Turia, en la que habían nacido ambos hermanos. Tenía una antigua y espaciosa casa en la Calle de Las Barcas, y un hotel que se había hecho construir en el Grao para habitarle durante el verano, pues don Servando Osorio, valenciano encarnizado, no se ausentaba nunca de su ciudad natal.

El ex brigadier Osorio tenía cuarenta y siete años de dad y estaba fuerte y vigoroso. Era soltero y de carácter serio y un tanto retraído. Se dedicó con asiduidad á cuidar á su hermano, y ambos invertían la mayor parte de su tiempo en leer periódicos, siguiendo las fases de la revolución y halagando la esperanza de una restauración próxima.

Un día en que el reuma le atormentaba mucho, D. Servando Osorio dijo á su hermano:

– Oye, Daniel, me siento muy mal y creo que estoy en el principio del fin. Tengo hecho testamento; todo lo que poseo será para ti, ni siquiera he consignado una manda para nuestro sobrino Federico, por creerlo excusado; tú serás para él lo que yo he sido, ¿no es cierto?

– ¿Y me lo preguntas? Me has hecho la justicia que merezco, mas que no viene al caso; tus recelos son sólo lucubraciones de enfermo.

Pero aquellas lucubraciones se realizaron: dos meses después falleció don Servando Osorio casi de repente; el reuma habíale invadido el corazón.

II

Iba á entrar la primavera y el ex brigadier Osorio habitaba ya en el hotel del Grao. Hacía una vida retirada y todos sus pensamientos eran tristes. Había perdido á su hermano y en parte sus ilusiones de restauración borbónica; pues D. Amadeo de Saboya podía consolidarse en el trono.

Además la guerra carlista, que tomaba incremento, hacíale temer nuevas desventuras para la patria. Por otra parte, sentía vacío en su existencia, una vaga necesidad de familia, esos movimientos más ó menos formulados que sienten la mayoría de los célibes de corazón. Una tarde, paseando por el Grao, vió unas cuantas mujeres y chicos parados ante una tienda que tenía una muestra con este letrero: «*Leche de vacas vista ordeñar,*» y en la que en uno de sus lados un pintor de brocha gorda pintaba una vaca y una mujer ordeñándola. A la puerta de la vaquería había una joven haciendo labor, que llamó poderosamente la atención del ex brigadier. Estaba en el albor de la adolescencia y era el prototipo de la belleza valenciana más perfecta; hermosísimo pelo, ojos negros sombreados por largas pestañas, color ambarino que tan bien sienta á las criollas y á las hijas del Turia, formas mórbidas y esculturales; pero lo que D. Daniel Osorio encontró de más atractivo en ella fueron su expresión candorosa y la limpidez acariciadora de su mirada.

El ex brigadier entró en la lechería, se sentó á una mesa y pidió un vaso de leche.

– ¡Jacoba, pon vaso á este señor!, dijo una mujer ya entrada en años que estaba en el mostrador. Voy por la leche.



El canto de la patria, grupo escultórico en bronce de Hugo Kaufmann

La muchacha, que cosía, suspendió su labor, y con suma gracia y gentileza puso un vaso y un cestillo con tortas y bollos de varias clases en la mesa de D. Daniel. Mientras le servía, mirándole sonriente, dijo:

– Si no me equivoco, usted vive en esa hermosa casa que está ahí arriba.

– No te equivocas; la casa es mía y tuya, monina.

Desde aquel día el ex marino iba frecuentemente á la vaquería y por fin dió en ir diariamente.

«El amor es como el mar, agitado en la superficie, que es la juventud, y profundo en la edad madura,» y esto que dice Víctor Hugo puede aplicarse á la afección intensa que D. Daniel sintió por aquella encantadora muchacha. Cada día la encontraba más linda, más cariñosa y más buena. Titubeó algún tiempo por consideraciones sociales; mas al cabo se sobrepuso su pasión y la hizo su esposa apenas dejó el luto que llevaba por su hermano.

Desde entonces parece que llovían satisfacciones sobre él. El mismo día de su boda recibióse en Valencia la noticia de la proclamación de D. Alfonso XII en Sagunto, y poco después su sobrino Federico, que era teniente de caballería, le anunció su próxima llegada á Valencia, adonde su regimiento iba de guarnición. Estaban, pues, colmados su amor, sus afecciones de familia y su lealtad monárquica, con el aditamento de una esperanza que le halagaba y que no había podido ver cumplida en cuatro meses de matrimonio: su joven esposa Jacoba estaba nerviosa, inquieta y había perdido el apetito, y el médico le había dicho: «Eso no es nada de cuidado y puede anunciar mucho bueno.»

Por todas estas cosas reunidas y cada una de por sí, según diría Cervantes, he dicho yo al principio de este relato que el brigadier Osorio era el hombre más feliz de la tierra.

III

El sobrino de D. Daniel, que ya tenía el grado de capitán, llegó á Valencia como había anunciado.

Era un joven de veintidós años, brillante oficial, no por sus hechos de armas ni sus conocimientos militares, sino por la elegancia de sus irreprochables y flamantes uniformes. Tenía buena figura y el desparpajo, digámoslo así, de los jóvenes de buena familia; pero su inteligencia no pasaba de muy mediana. Cuando llegó le dijo su tío:

– ¿Dónde quieres vivir, en nuestra casa de Valencia ó aquí con nosotros? En ambas partes hay habitaciones de sobra.

– Aquí, tío, contestó el oficial. Esta casa es más alegre.

Así, pues, esta familia llevaba una existencia dichosa. A Jacoba gustábanle los paseos por mar, y bastó una indicación suya para que el ex marino hiciese construir una bonita y cómoda balandra con mullidos divanes en ambas bandas y un lindo camarote á popa. Además iban frecuentemente á Valencia, en donde habitaba la madre de Jacoba, y en Valencia conoció ésta al nuevo rey de España. No se realizaban los deseos de paternidad de D. Daniel, pero no desesperaba, siendo su esposa tan joven y estando él todavía en buena edad.

Habían estado en Madrid con motivo de las bodas de D. Alfonso con su prima la infanta Mercedes. Entonces un primo de Osorio, alto dignatario de palacio, le había dicho: «¿Por qué no vuelves al servicio? Aún te quedan altos puestos que escalar,» á lo cual contestó aquél: «Déjame de puestos, mientras que la patria ó el rey no peligren.»

Cuando regresaron á Valencia, Jacoba se quejaba del calor, y volvió á estar nerviosa y desasosegada. D. Daniel le propuso un viaje á San Sebastián ó algún otro punto del Norte, pero ella respondió con mucha viveza: «No, no, en parte alguna se está tan bien como en la propia casa. Este calor excesivo no puede durar.» El ex marino notaba en ella leves mutaciones de carácter que no acertaba á explicarse; á veces una alegría casi petulante y á veces tristeza y abatimiento. La observaba con ahinco, y él á su vez experimentaba un resquemor no formulado.



Retratos, por E. A. Carolus Durán

Transcurrieron dos meses.

Llegó el 21 de julio, día de la fiesta onomástica de D. Daniel. Por la mañana estuvo en Valencia á hacer pagos y compras. La madre de Jacoba hallábase en Denia de temporada en casa de una amiga, y los esposos y el joven Federico comieron como de costumbre á las tres de la tarde, con algunas golosinas extraordinarias. Hacía un calor insufrible y Jacoba abanicándose violentamente dijo á su marido:

– Mira, Daniel, así que caiga más la tarde, debemos ir al mar; esto es un ahogo.

– Iba á proponértelo. Daré orden á Vicente de que tenga preparado el barco.

Vicente era un antiguo marinero, á cuyo cargo estaba la balandra del ex marino, y que juntamente con un muchacho de trece años, hijo de aquél, constituían la tripulación.

Levantóse alguna brisa, vistiéronse poco antes de las seis ambos cónyuges y Federico, que estaba muy galvanoso, y viendo el barco fondeado delante del hotel, iban á salir, cuando se presentó Juanito, el hijo de Vicente, y dijo á D. Daniel:

– Vengo de parte de mi padre; está enfermo, y me ha dicho que diga á usted que, si puede ser, le dispense de servicio.

– ¿Pero es cosa de cuidado?

– Irritación de vientre, pero tiene náuseas y mareos.

– Pues bien: dile que se meta en cama y se cuide. ¿Puedes tú acompañarnos?

– Yo, sí, señor.

– Entonces no hay nada perdido más que la salud de tu padre; yo le supliré. Vamos.

Instaláronse todos en la balandra; Jacoba y Federico en el diván, D. Daniel al timón, y Juanito cerca del velacho para enfacharle.

– ¡Esta es ya otra atmósfera!, exclamó Federico.

Costearon el puerto, y cuando se metieron algo en el mar dijo el ex brigadier.

– Durante la comida, no he querido decíroslo por no entristecerla; estoy muy preocupado.

– ¿Por qué?, preguntó Jacoba.

– Sabéis que esta mañana estuve en Valencia. Cuando acabé mis compras, me dió idea de asomarme al Casino de Mirasol, á hojear periódicos, y en la sala de lectura me encontré á un antiguo amigo todo enlutado. Le pregunté la causa y me contestó que llevaba luto por sus dos hermanos. Es de advertir que el mayor de ellos y yo nos queríamos entrañablemente; como que fuimos compañeros de juventud. La noticia me dejó consternado. Hacía años que yo no veía á Rosell, que así se llamaba, pero sabía de él constantemente. Lo que el único hermano superviviente me ha referido aumenta mi pena, porque no han muerto de muerte natural.

– ¿Pues de qué?, preguntó Federico.

– ¡Qué sé yo! No acierto á explicármelo; hay familias predestinadas á la catástrofe.

Al decir esto D. Daniel, sonó una explosión y vióse un chispazo en el aire. Jacoba hizo un movimiento nervioso.

– ¿Han hecho un disparo?, preguntó Federico.

– No, señorito; son cohetes que tiran en la isla del merendero, dijo Juanito.

Llaman así á un islote que está á unos tres kilómetros del puerto de Valencia. En él hay una casa de comidas, sombreada por algunos árboles, donde suelen detenerse á beber y comer los pescadores. Lo tiene una viuda con cuatro hijos.

– ¿Y por qué tiran esos cohetes?, preguntó don Daniel al muchacho.

– ¡Anda, anda, señor! Pues si hoy son los días de la seña Daniela, y va á haber allí baile esta noche.

– ¡Ah! Sí, la conozco, pero no me acordaba de mi tocaya.

El ex marino enderezó la embarcación hacia el islote.

Siguieron bogando unos minutos.

Federico dijo:

– Pero, tío, no nos has contado de qué muerte extranatural han fallecido esos hermanos.

– ¿Los Rosell? ¡Ah, sí! Es que no me he enterado bien, porque el hermano que vive está tan afectado que se expresaba muy mal. Según parece, ha inter-

venido la eterna Eva; una joven humilde con la que se casó Rosell el mayor. Por lo que deduzco, éste se cercioró de que su hermano segundo y su esposa estaban en relaciones adúlteras. En esto de adulterios surgen incidentes imprevistos, descuidos de los culpables, señas ó cartas sorprendidas; vaya usted á saber...



Una azotea en Ponta Delgada (Azores), acuarela de E. Sandham

Estaban cerca de la isla del merendero. El ex brigadier dijo á Juanito:

– Ve al merendero y compra dos ó tres docenas de rosquillas de yema. ¿No las habéis comido?, preguntó á Jacoba y Federico.

Ambos hicieron un signo negativo.

– Pues son muy ricas y tienen la particularidad de que nunca se endurecen. Anda, Juanito.

D. Daniel dió un duro al muchacho, acercó la balandra á un pontón de embarque que había en el islote y continuó diciendo:

– Compra también para ti lo que se te antoje.

Juanito entróse en tierra é inmediatamente el ex marino hizo boyar la balandra.

– Pues qué, ¿no esperamos á Juan?, preguntó sorprendida Jacoba.

– No, mujer; lo de las rosquillas ha sido un pretexto; ese pobre muchacho estaba rabiando por asistir al jolgorio de la isla.

– ¿Y cómo va á volver á Valencia?

– Con cualquiera de los huelguistas; probablemente el jaleo se prolongará hasta mañana. De todos modos, cena y cama no han de faltarle.

Transcurrieron algunos minutos y Jacoba dijo:

– Hay humedad en el suelo del barco.

– Es resaca del mar, que dura este mes y el próximo.

La joven hizo un movimiento de cabeza; estaba intranquila; las mujeres tienen presentimientos que son previsiones; por algo ha colocado San Pablo á las sibilas en la *Ciudad de Dios*. Federico, que era muy curioso, y de no muchos alcances, como ya sabemos, inclinóse indolentemente en el diván sobre que se sentaba diciendo:

– Esa historia de los Rosell parece un folletín interrumpido.

– ¡Pobre amigo mío!, exclamó entonces el marino. ¡No puedo desechar su recuerdo!

Y luego continuó diciendo como si hablase consigo mismo:

– Yo, que le conocía, comprendo su terrible decepción; odiaba la ingratitud sobre todas las cosas, y se convence de que aquella mujer á la que había sacado de la miseria y aquel hermano que había vivido á su costa á cuerpo de rey, le engañan infamemente en un contubernio monstruoso...

Interrumpióle una exclamación de Jacoba, que levantándose dijo:

– Tengo mojados los pies; en el barco entra agua.

– No te asustes hasta que te llegue al corazón, contestó D. Daniel dejando el timón y poniéndose en pie. Tú y Federico necesitáis mucha agua para calmar vuestros ardores juveniles...

– ¡Pero, tío!.., exclamó Federico, que empezaba á comprender.

– Calla y oídme, prosiguió diciendo el marino. Ya que hablamos por última vez, que lo que hablemos sea conciso.

Hizo una breve pausa, envolviendo á los dos jóvenes en una mirada en la que relampagueaba la ira; luego repuso:

– Hace muchos días, muchos, que descubrí vuestro fuego amoroso; estrechabas en tus brazos á Jacoba en ocasión en que yo entraba en la pieza contigua, y un espejo indiscreto me reveló la infame caricia. Aquello era tan monstruoso, que dudé de lo que había visto; quise cerciorarme, aceché, registré y encontré lo que encuentran todos los que se hallan en mi caso; cartas, prendas de amor, pruebas irrecusables...

Hizo otra pausa. Federico estaba anonadado; en cuanto á Jacoba, aun cuando tenía los ojos abiertos y se agitaba en movimientos convulsivos, era evidente que estaba privada de sentido.

Entretanto, el suelo de la balandra íbase cubriendo de agua.

– No sé cuál ha sido mi mayor tormento: si descubrir vuestra pasión inicua, ó reprimirme durante tanto tiempo; pensé mataros y matarme á la luz del día; pero no he querido que se sepa que un Osorio, faltando á las leyes de la gratitud y del honor, ha deshonrado á otro Osorio. Desde que me heristeis en el corazón, el mundo está sombrío y solitario para mí; quiero que me acompañéis en esta soledad. El mar es una tumba inmensa en que caben todos los cuerpos y todos los dolores; yo he preparado bien esta tumba; vamos, pues, á sepultarnos en ella.

D. Daniel hizo un movimiento, y Jacoba prorrumpió en un sollozo, debido tal vez á las visiones de su desmayo. Miróla aquél un momento, vaciló; mas luego, inclinándose á un costado de la balandra, separó una tabla falseada de antemano, diciendo á Federico, que no le oía:

– ¡Cuando te digo que todo lo he preparado bien!

El agua entró á borbotones en el barco, que se inclinó hacia el lado por donde penetraba, y cubrió la parte inferior del cuerpo de Jacoba. Federico, loco de espanto y como obedeciendo á un movimiento instintivo, agarróse al mastelero, haciendo ademán de querer trepar por él.

– ¡Ah, no piensas en ella, sino en ti!, exclamó entonces el ex marino. Eres tan miserable en muerte como en vida. ¡Sí, trepa, trepa; cuanto más subas, de más alto caerás!

La inundación rebasó la borda de la balandra, sonó un chasquido como de tablas que se desunen y hubo un tumulto en las aguas, que formaron remolino.

Después... nada; sólo la fosforescencia de los peces lunas, que acuden siempre adonde hay agitación marina, uniéndose á las últimas claridades de la luz crepuscular.

F. MORENO GODINO.

EL ACERTIJO

– Pae Pólito, que venga usted escapao, que mi tío se está muriendo á chorros y es preciso que lo ayude usted á bien morir.

– Ya voy, hombre, ya voy... ¡También es desgracia!.. A todos se les ocurre morirse cuando yo tengo que hacer.

– Mire usted que la cosa es desesperada.

– En seguida... ¡Por vida de!.. Ahora precisamente... ¡Ya voy!.. ¿Dónde habré puesto el libro? Aquí está... Pero ¿qué será esto?.. Verde en el campo... Me llevaré la hoja para ver si por el camino lo acierto... ¡Que ya voy, ñules, que ya voy!..

* * *

Pae Pólito, como lo había llamado el sobrino del *tío Tiburón*, era el cura de un pueblecillo de la costa cantábrica que está á unos cuantos kilómetros de Santander. Buen hombre, incapaz de hacerle daño á nadie, sereno en sus juicios, neutral en política, enemigo de discusiones, pero completamente chiflado por los juegos de adivinación... El lo sabía todo, él lo adivinaba todo... y luego se la daban con y sin queso todos sus feligreses... ¿Que la hija del peatón había tenido un desliz y que nadie sabía quién era el burlador?.. ¡Majagranzas! El lo sabía y lo retesabía... Y no es que fuera secreto de confesión, ¡ca!; es que él lo había adivinado por conjeturas... El burlador era el sobrino del boticario... Más fijo que la luz del sol... Y á los tres meses de haber dicho *Pae Pólito* aquella sentencia, que para él era digna de figurar en el *Cantar de los Cantares*, «salíamos» con que la hija del peatón tenía que casarse de prisa y corriendo con el secretario del Ayuntamiento.

– *Pae Pólito*, esta vez *también* se ha equivocado usted, le decían sus vecinos con ánimo manifiesto de mortificarlo.

– Sí, así parece..., contestaba él. Pero para que



Entrada de la iglesia de San Pedro en Ponta Delgada (Azores), acuarela de Enrique Sandham

vean ustedes lo que son las cosas; yo no quisiera estar en el pellejo del secretario del Ayuntamiento.

Porque primero lo hacían trizas que él diera su brazo á torcer.

Pero donde su chifladura llegaba al colmo era en la cuestión de adivinar charadas, logogrifos, enigmas, saltos de caballo, rompecabezas y demás... entretenimientos por el estilo... El no leía de los periódicos más que la sección *amena;* él tenía siete ú ocho calendarios de pared de distintas casas; él andaba siempre á caza de adivinanzas, y sin embargo, él no daba nunca con la solución de nada.

– Hombre, una charada, decía el buen señor después de arrancar la hoja del día anterior á uno de sus calendarios americanos. A ver, á ver... «El *todo* en el mar...» ¡Besugo!.. No... ¡Calamar!.. Tampoco... ¡Sardina!.. Menos.

Y después de sacar á colación los nombres de todos los pescados y mariscos que él conocía y convencido de que ninguno «encajaba» en la «descomposición» de la malditísima charada, se decidía á levantar la hoja del día en que estaba para ver la solución y satisfacer así su pícara y desmedida curiosidad.

«Solución á la charada de ayer: *Resaca.*»

Y en vez de darse por vencido, decía con cierto aire de satisfacción:

– ¡Es claro! Ya decía yo que no podía ser ningún pescado.



Un personaje de aldea, cuadro de José Millas

***

Cuando el sobrino del *tío Tiburón* había ido á llamarlo con tal urgencia, andaba *pae Pólito* á vueltas con un endemoniado acertijo, de esos que conocen hasta los niños de tres años.

– Pues yo no me acuesto esta noche sin dar con la solución... Y que hoy me he propuesto no mirar la otra hoja... No, si daré con ella... Y eso que debe haber alguna errata en el texto. ¡Debe ser la alcachofa! *Verde en el campo...* ¡Hasta aquí es la alcachofa!.. *Negro en la plaza...* Aquí, aquí es donde está la errata... ¡Seguro de toda seguridad!

Y pensando y cavilando y dando vueltas en su caletre á los tres «versos» del acertijo, llegó *pae Pólito* á la casucha donde el viejo marinero luchaba desesperadamente con la muerte. Porque se me iba olvidando decir á ustedes que *tío Tiburón* era un lobo de mar que se había pasado la vida entera sobre las aguas, que había recorrido el mundo de punta á cabo, que había naufragado tres ó cuatro veces y que, precisamente por todo eso «llevaba», y á mucha honra, el apodo con que lo hemos conocido.

– ¿Qué es eso, *tío Tiburón*?..

– Esto, *pae Pólito,* es que estoy levando anclas y largando velas pa irme al otro barrio.

Y después de decir esto, cayó el enfermo en un estado tal de postración, que, á no ser por un leve, levísimo latido de la sangre al pasar por la muñeca, muy bien podía creerse que «ya había salido del puerto.»

– Pues, hijo mío, hay que ponerse á bien con Dios – dijo *pae Pólito* disponiéndose á leerle dos ó tres páginas del librejo que tenía destinado para semejantes casos.

No le hizo al marinero ninguna gracia la pretensión del cura, y decidió no volver á desplegar los labios en lo poco que le quedaba de vida.

Pae Pólito abrió el libro al azar. Al abrirlo cayó un papel al suelo.

– ¡El acertijo!..

Cogió la hoja del calendario y leyó en voz alta el enigma una vez y dos veces y diez ¡y qué sé yo! sin volver á acordarse para nada de *tío Tiburón.*

Verde en el campo,
negro en la plaza
y coloradito en casa.

– ¡Mal rayo!.. Nada, que no doy con ello. Pues hoy no me acuesto sin saberlo.

Y lo leía y lo releía y juraba y se desesperaba.

Verde en el campo..

– ¡Por vida de!..

Negro en la plaza...

– ¡Rayos y truenos!

Y coloradito en casa.

– ¡Maldición de acertijo!

Hasta que al cabo de media hora, *tío Tiburón* abrió los ojos, y haciendo un verdadero esfuerzo, le dijo con voz apenas perceptible:

– No se canse usted más, *pae Pólito...* ¡Eso..., eso es el carbón!

FELIPE PÉREZ CAPO.



Laboriosidad, cuadro de E. Spitzer





LA ESPOSA DEL PESCADOR, cuadro de Juan Bartels

NUESTROS GRABADOS

D. Manuel Candamo.—El Sr. Candamo, recientemente elevado á la presidencia de la República del Perú, cuenta en la actualidad sesenta años, nació en Lima, se educó en Guadalupe, y graduado bachiller en jurisprudencia, entró en la redacción de *El Comercio*. En 1865 fué desterrado á Chile, de donde regresó poco después á su patria para tomar parte en la revolución, figurando en el grupo que reconoció como jefe á D. José Gálvez. Fué secretario de la legación en Chile, dejando este puesto dos años más tarde y emprendiendo luego un largo viaje alrededor del mundo. A su vuelta á Lima, en 1872, no se ocupó de política, dedicándose exclusivamente á sus negocios particulares y siendo nombrado director del Banco del Perú y del Banco Anglo-Peruano. Al principio de la guerra con Chile, peleó como simple soldado de la reserva, y al establecerse el gobierno nacional en el Norte, por haber ocupado Lima los chilenos, fué su activo é inteligente delegado en aquella capital, hasta que las autoridades enemigas lo apresaron y enviaron á Chile, en donde hubo de permanecer dos años. Desde su regreso, ejerció gran influencia en la política del Perú, y en 1896 fué elegido jefe del partido civil, cuya preponderancia se debe en gran parte á la prudencia y al espíritu patriótico del Sr. Candamo.

A su talento y á su tacto político une D. Manuel Candamo una honradez inmaculada que impone respeto á sus propios adversarios y que se halla realzada por la circunstancia de no haber querido nunca aceptar participación alguna en ningún negocio que directa ó indirectamente se relacionara con el gobierno.

⁂

Oración, cuadro de Ramón Casas. — Pocos pintores saben ahondar tanto en el alma de los sujetos que les sirven de modelos como nuestro querido amigo y colaborador el renombrado pintor catalán Ramón Casas; dígalo si no los innumerables retratos por él dibujados, que si son admirables, considerados desde el punto de vista técnico, como estudios psicológicos merecen ser calificados de verdaderos portentos. Y esta facultad suya de penetrar en los más recónditos pliegues del espíritu, se advierte no sólo en los retratos, sino además en todos aquellos lienzos que han de reproducir un estado de ánimo, un sentimiento, en cual caso aparecen éstos magistralmente exteriorizados, así en las figuras como en el ambiente en que se mueven, formando personajes y cosas un conjunto hermosamente armónico, en el que todos los elementos de la composición se compenetran, identifican y completan. Si esto que decimos no estuviera plenamente probado en las diferentes obras de este artista, lo demostraría cumplidamente el cuadro que en el presente número reproducimos, grandioso en su extremada sobriedad, de una intensidad de sentimiento imposible de describir; sin nada que ni remotamente trascienda á efectismo, la impresión se produce por los medios más sencillos, sin que el pintor haya forzado en lo más mínimo la nota sentimental para conseguir este resultado, pero obligándonos á pesar de ello á sentir lo mismo que él tan hondamente sintiera.

⁂

El canto de la patria, grupo escultórico de Hugo Kaufmann.—Este grupo, que figuraba en la última exposición de los secesionistas muniquenses, ha de formar parte del monumento que á la unidad de la patria se ha de erigir en Francfort. Las dos estatuas que lo constituyen responden perfectamente á la idea que en la erección de dicho monumento ha presidido: el anciano bardo pulsando la lira y el vigoroso mancebo empuñando la espada, sintetizan la idea de patria, cuyas glorias canta el uno y en cuya defensa está el otro dispuesto á derramar su sangre. De la ejecución nada diremos, porque á la vista saltan sus bellezas

⁂

Retratos, por E. A. Carolus Durán.—Varias veces hemos señalado la evolución que en nuestros tiempos ha realizado la pintura de retratos; los antiguos amaneramientos, las *poses* artificiosas, la acumulación de elementos decorativos, han cedido su puesto á la sencillez, á la naturalidad. Por esto hay lienzos de esta clase que se confunden con cuadros de género por la manera como están compuestos y á los cuales, quien no sepa que de retratos se trata, podría con facilidad encontrarlos, por decirlo así, un argumento. Buen ejemplo de ello es la obra del celebrado pintor francés que reproducimos; el lindo grupo de esa joven madre y de sus dos hijos es encantador bajo todos conceptos, tanto por la expresión de los tres personajes, cuanto por la maestría del dibujo y del colorido.

⁂

Una azotea en Ponta Delgada.—Entrada de la iglesia de San Pedro en Ponta Delgada, acuarelas de Enrique Sandham.—Este joven pintor ha sido uno de los que más activa parte han tomado en el movimiento artístico de su patria, el Canadá, y en la organización de la Real Academia Canadiense de Bellas Artes, creada bajo el patronato de la princesa Luisa de Inglaterra y la dirección del marqués de Lorne. Comenzó pintando marinas, dedicóse luego al paisaje y hoy cultiva con igual talento que estos géneros el de la figura, siendo muy celebrado su nombre, no sólo en su país y en Inglaterra, sino también en los Estados Unidos y en muchas Repúblicas de la América latina. Las dos acuarelas suyas que en la página 654 del presente número publicamos pertenecen á una colección de obras que pintó durante un viaje por las Azores, esas islas que la naturaleza se ha complacido en adornar con todas las galas que pueda imaginar el artista más exigente.



D. Manuel Candamo, recientemente elegido presidente de la República del Perú (de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. J. Boix Ferrer)

Un personaje de aldea, cuadro de José Millas.—¿Quién no ha conocido á uno de esos individuos que por su caudal, ó por sus estudios, ó por su carácter astuto é intrigante, se imponen en los pueblos de escaso vecindario y llegan á ser en ellos personajes importantes, hoy llamados con apropiada expresión *caciques?* Pues recordando el modo de ser de estos sujetos, su aire de suficiencia, sus instintos despóticos, se verá cuán acertadamente lo ha reproducido en su lienzo el distinguido pintor José Millas: el personaje de aldea por él pintado está hablando, como vulgarmente se dice, y este es el mejor elogio que podemos hacer de la obra.

⁂

Laboriosidad, cuadro de E. Spitzer.—Hay lienzos que nos agradan tanto ó más que por la habilidad con que están pintados, por el ambiente que nos parece respirar cuando los contemplamos. La obra de Spitzer es una de ellas: al mirarla, no sólo nos complace la perfección técnica que el autor ha demostrado en la ejecución de la figura y de los accesorios, sino que produce en nosotros una suavísima sensación de calma y de bienestar inefables, y hasta se nos antoja que percibimos el tibio aire primaveral que por la abierta ventana penetra en la estancia, llenándola de los delicados perfumes de las flores del inmediato jardín.

⁂

La esposa del pescador, cuadro de Juan Bartels.—Son tantas las veces que hemos tenido ocasión de ensalzar el talento de este célebre pintor alemán, entre ellas muy recientemente, en el número 1.113 de La Ilustración Artística, que ocioso nos parece repetir lo que de él hemos dicho y señalar los méritos de sus hermosas obras, entre las cuales merece puesto preferente *La esposa del pescador* por la amplitud de su concepción y por la seguridad y el vigor con que está ejecutada.

⁂

Salomé, cuadro de León Herbo.— Desde los primeros siglos del cristianismo ha servido de tema á los artistas el personaje bíblico Salomé, la sobrina de Herodes Antipas, á quien había conquistado con sus danzas y de quien obtuvo la cabeza de San Juan Bautista: ya en el monumento conocido con el nombre de columna Bernward de Hildesheim, que data de las primeras décadas de la segunda centuria, vemos toscamente esculpidos los principales episodios de su vida, y desde entonces, en códices, lienzos y esculturas aparece tratado por innumerables maestros, algunos famosísimos, el mismo asunto. El cuadro de Herbo que reproducimos representa á la hermosa y cruel princesa judía, en toda su esplendente belleza, llevando en una bandeja la ensangrentada cabeza del mártir, sin que en sus facciones se observe la menor expresión de horror ni remordimiento por el crimen á su instancia cometido.

Bellas Artes. — Establecimiento artístico. — El día 22 de septiembre último inauguróse en la casa núm. 51 de la calle de Fernando de esta ciudad el hermoso é importante establecimiento que destinan para la exposición y venta de sus notables producciones los Sres. Masriera y Campins. La apertura de ese centro ha de estimarse como la manifestación gallarda y completa de una rama artístico-industrial que ha logrado felizmente arraigarse y desarrollarse en esta ciudad, eximiéndonos del vasallaje que antes rendíamos al extranjero. Conocida es la valía é importancia de los grandes talleres de fundición establecidos por los Sres. Masriera y Campins. Así lo pregonan los monumentos que embellecen las vías públicas de las primeras urbes peninsulares y las recompensas y distinciones obtenidas en los certámenes artísticos en donde han expuesto sus obras; pero faltaba un medio de exhibición constante, en donde pudieran apreciarse convertidas en bronce las producciones de nuestros primeros artistas, tanto las de carácter monumental como las destinadas á embellecer los salones, y al fin han logrado realizar este obligado número del programa que redactaron al dar amplitud y complemento á la fundición. La fachada del establecimiento, proyectada y dirigida por nuestro amigo el director artístico de la fundición D. Víctor Masriera, atestigua por los temas desarrollados y la riqueza de los elementos empleados el buen gusto y la cultura de quien ostenta un nombre que lleva consigo un concepto de maestría. Simbolizan en dos pensamientos, por medio de mosaico, el origen y la finalidad de la fundición. El interior, de simple y agradabilísima ornamentación, produce singular encanto, puesto que no distraen los temas decorativos el efecto de las obras expuestas, que en cierto modo representan la producción escultórica de nuestro país. Entre las innumerables piezas que figuran, desde la estatua de gran tamaño á las producciones destinadas á ser preciado adorno de vitrinas, hemos de citar el magnífico grupo de Charlier *Amor maternal* y *El encantador de serpientes*, de Anttone; *La nietecita*, de Monserrat, y las varias obras de Alcoverro, Alentorn, Atché, Amurrio, Bañuls, Benlliure, Bilbao, Blay, Carbonell, Clarasó, Fuxá, Llimona, Zuviria, Folgueras, Vallmitjana, Palau, Garnelo, Campeny, Querol, Reynés, Tasso, Vancell, Puiggener, Borrás, Escaler, Rodin, Trilles, Suñol, etc., etc. Plácemes merecen los Sres. Masriera y Campins por el esfuerzo realizado. Ahora sólo falta que el éxito corone sus iniciativas y que nuestro público se percate que para que florezcan y renazcan nuestras industrias preciso es apoyarlas y contribuir á su fomento y prosperidad.

AJEDREZ

Problema número 339, por G. Chocholous.

NEGRAS (8 piezas)

BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 338, por A. Oberhansli.

Blancas.	Negras.
1. Rg4–h4	1. Ra6–a5
2. Df8×c5 jaque	2. R juega.
3. C ó D mate.	

VARIANTE.

1 ... . Cc5 juega; 2. Df8–b4, etc.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–Más lejos, continuó diciendo Andrea, en la punta de aquel promontorio que se adelanta en un mar tan azulado y pálido que parece que es en el cielo donde se reflejan las rocas, se eleva la columna blanca del faro... Y después, en el horizonte, por el que corren unas cuantas velas más blancas todavía, unas brumas rosáceas se pierden en la inmensidad de un cielo adorablemente puro.



... mientras el viejo, con su remo, impedía que la embarcación encallase

Noel cerraba los negros ojos, como para reconcentrar mejor esa visión que recobraba, y murmuraba encantado:

–Sí, eso es..., eso es... Yo también veo el castillo, en el que las chumberas que erizan el baluarte se hunden en el agua. Veo el cabo del faro en cuyo alrededor ponen las olas una cinta de tranquila y perezosa espuma. Veo las tartanas, cuyas velas latinas hacen encorvarse al prolongado mástil...

–Y todo eso, continuaba Andrea, tiene como marco admirable el verdor de los pinos y la púrpura de las rocas, mientras que allá, á lo lejos, se levantan las cimas de los grandes brezos, que parecen lilas blancas á punto de florecer.

–¡Oh! Los brezos no es aquí donde hay que admirarlos... Mañana, si usted quiere, se los enseñaré y se quedará usted como embriagada...

***

Al día siguiente, que era el destinado á ir á los brezos, dijo Noel á su madre, cada día más prendada de aquella joven que les había animado con su vida y su sonrisa:

–Mamá, ¿quieres darnos de almorzar temprano?

–¿Para qué? ¿Sabes si eso podrá contrariar á Andrea?

–Andrea te lo pide como yo. Quiero llevarla á los brezos de Antheore. La excursión es larga, y si hemos de estar de vuelta antes de obscurecer...

–Bien, pues cuando queráis. Da la orden á Cristina.

–Y también á Mario, porque vamos á ir en su barco.

¡Embarcarse! Hacía cuatro años, desde que volvió á Agay rodeado de tinieblas, que Noel no se había atrevido á entrar en un barco. El viejo pescador tuvo una alegre sorpresa cuando oyó decir al ciego:

–Dentro de un momento vamos á salir á la mar con la señorita Andrea. Tú nos llevarás á la playa de Antheore.

El viejo lanzó una exclamación de júbilo, y una hora después, cuando los vió aparecer en la playa, dijo al joven:

–Estoy dispuesto, Sr. Noel, y he cogido dos pares de remos. De este modo, si en el camino quiere usted hacer un poco de ejercicio...

–No digo que no, amigo Mario... Si es que sé todavía...

–¡Bah! El golpe de remo no se pierde y usted le tenía muy bueno, Sr. Noel. Ya verá usted como sigue teniéndolo... Soy yo quien se lo dice.

–Entonces, vamos á la lancha.

Y el ciego añadió:

–¿Ve usted, Andrea? El barco debe de estar ahí, muy cerca.

–Está amarrado al pontón, dijo Mario.

–Este hombre ayudará á usted á bajar, y después, ¡á la mar!, como se dice al emprender viajes lejanos.

–¡Oh!, exclamó Mario riéndose, viajes como este, en los que se llega en dos horas...

Mientras hablaban se habían acercado al extremo del pontón que baña sus vigas de apoyo en un mar bastante profundo.

La Cristiana, que era el nombre que Mario había dado á su barco, estaba amarrada por la popa y sujeta por la proa en el ancla, á fin de que no chocara con los maderos del pontón.

Mario saltó al barco con los pies desnudos y ágil como un gato flaco.

–Déme usted la mano, señorita, y ponga el pie en la banda... ¡Ajajá! Ahora usted, Sr Noel; siéntese en el tablón, con la mano en mi hombro... Ya está.

El viejo los instaló en el banco de popa y él se fué á proa á levantar el ancla.

Noel, que tocó la verga tendida en el fondo del barco, dijo al pescador:

–¿Has traído la vela, Mario?

–Sí, pero no sé si podremos servirnos de ella.

–¿No hay viento?

–En alta mar hay un poco de Este... Pero por ahora habría que dar bordadas y vale más ir á remo... A la vuelta, veremos...

–Entonces, al remo, amigo.

Mario se encorvó sobre los remos y la barca se puso en movimiento, dejando detrás de ella una estela triangular, mientras que las gotas que caían de los remos relucían sobre el mar como perlas aceitosas.

–Este es, dijo Noel, el Mediterráneo pacífico é hipócrita, que disimula bajo esta apariencia inofensiva unas cóleras repentinas, rabiosas y homicidas...

–La verdad es, añadió Mario, que al verle así nadie diría que va algunas veces á pasearse hasta mi cocina, ni que en esas ocasiones cubre los cimientos del castillo como si éste no tuviera ocho metros de altura...

–¡Ah! Una tempestad en la costa del Esterel es también un espectáculo trágico y grandioso. Más vale, Andrea, que vea usted esta costa de pórfido rojo en sus momentos de calma... ¿Verdad, Mario?

–Ciertamente, Sr. Noel. Ya sabe usted, sin embargo, que en esta época del año no se puede responder de que la Serusa no levantará el mar dentro de cinco minutos.

–¿La Serusa?, preguntó Andrea con curiosidad.

–Sí, el viento Este-Nordeste, le explicó Noel. Un viento que es el terror de esta costa, pues se levanta en un momento y enloquece las olas.

–¿No hay nada que lo anuncie?

–Nada... ¿Verdad, Mario?

–Nada, repitió el viejo.

Y arrastrada por aquellos dos brazos nerviosos que habían tomado el color del bronce, la lancha se deslizó más de prisa por el tranquilo mar. Andrea se abandonaba al encanto de aquella oscilación ondulosa.

–¿Le gusta á usted este movimiento, Andrea?

–Sí; es una sensación de pereza y de emoción á la vez. Se disfruta al mismo tiempo el placer de la velocidad y la dulzura de la inmovilidad. Es como un sopor muy dulce, fluido, indefinible...

–Es verdad. ¿Creerá usted que yo también experimento esa sensación? ¡Yo, que con tanta frecuencia!.. Es verdad que hacía años no había experimentado este goce del mar, que hoy vuelvo á sentir, gracias á usted.

Andrea sonrió sin responder, dominada por aquella sensación un poco adormecedora, y el joven también guardó silencio.

Mario seguía remando.

El ruido monótono de los remos rimaba la lánguida pereza de ambos jóvenes..., cuando Noel experimentó de pronto una sensación nueva é inesperada.

Era aquella la primera vez que estaba sentado tan cerca de Andrea; tan cerca, que tenían forzosamente que apoyarse el uno en el otro; tan cerca, que Noel se sentía penetrado por el tibio calor de aquel brazo apretado contra el suyo.

Y la brisa del Este que soplaba de soslayo acababa de llevarle el perfume dulce y sutil de aquella cabellera negra y acaso también de aquella juventud en flor.

Noel se guardaba bien de hablar y de hacer el menor movimiento por miedo de perder la sensación exquisita de aquel efluvio apenas perceptible y sin embargo tan intenso, que la más ligera brisa podía disipar.

Mucho antes de llegar á los grandes brezos que embriagan, Noel lo estaba ya por el encanto de aquel perfume de mujer y se abandonaba á aquel goce discreto y casi robado, pensando con una melancolía de vago deseo:

–¡Ah! Si yo pudiera poner una fisonomía á

este encanto y dar una forma á este perfume...

En este momento habían pasado la barra y el barco se balanceaba en un mar un poco más agitado.

– ¡Oh!, exclamó el joven arrancándose á sus ensueños, henos aquí en alta mar...

– Sí, Sr. Noel, estoy doblando el cabo del faro.

– Entonces, este es el momento. Mire usted, Andrea, mire usted el Esterel, que parece ahora que se derrumba desde el cabo Roux.

Acababan, en efecto, de entrar en aquella región fantástica en la que parece que los titanes han librado su última batalla contra el olímpico dios del mar cerúleo.

Aquel formidable caos sobre el que han pasado los siglos llevando poco á poco el polvo en que habían de germinar los pinos abrumados ya de vejez y cuyos troncos, torcidos en contorsiones dolorosas, parecen acordarse todavía de la gigantesca batalla..., aquel amontonamiento de ardientes rocas coronadas por sombríos verdores... y todo esto contenido y como dominado por las olas, que penetran por todos los resquicios, por todas las grietas y por todas las cavernas, de las que son á veces rechazadas en hirvientes surtidores, como supremo esfuerzo, acaso, de los gigantes de la tierra, agachados aún y agonizantes bajo aquellos derrumbamientos de montañas..., todo aquello es soberanamente bello y soberbiamente trágico.

Andrea exclamó dando un grito de admiración y de temor:

– ¡Ah! Es verdad... No conocía aún el Esterel.

– El Esterel formidable, sí, ahí está. Pero voy á enseñar á usted muy pronto el Esterel delicioso.

Y Noel añadió dirigiéndose á Mario, que seguía remando:

– Aproxímanos á la punta de Antheore.

– Estamos cruzando por la isla de las Vieilles.

– Entonces llegamos pronto. Atraca en la playa de las algas.

Antheore es el nombre de una cala en la que desemboca un arroyo, que las lluvias convierten en torrente y que se ha abierto camino por un valle profundo estrechamente encajonado entre dos picos de la cadena del Esterel.

Allí, á una altura vertiginosa, se eleva el viaducto del ferrocarril, que por nueve pilares ciclópeos, apoyados en el lecho pedregoso del arroyo, reune las dos paredes montañosas de aquella inmensa cortadura.

El barco atracó vigorosamente en la alfombra de algas secas, entre las cuales quedó casi preso.

Un instante después, mientras el viejo marinero los esperaba en la orilla, Andrea y Noel entraban en aquel valle, protegido al principio por compactos matorrales de juncos y de cañas y más hospitalario después, cuando se llega á los primeros grupos de pinos seculares.

Pronto tomaron un sendero que corría en la dirección del arroyo; un sendero en cuyos bordes crecían los mirtos invadidos por las trepadoras zarzaparrillas y enarenado por ese fino guijo rojizo que no es más que pórfido desprendido de la montaña.

Sí, en aquel ignorado rincón del mundo Noel podía fiarse de sus recuerdos, pues pasaba por allí muy poca gente y ésta no pensaba en cambiar lo que los siglos habían poco á poco construído.

Andrea dijo asombrada:

– ¡Pero qué de prisa anda usted, Noel!.. ¿Adónde me lleva usted?

– Al país de los brezos, Andrea.

Y la joven fué la primera que exclamó:

– ¡Ahí está!

Sí, acababan de entrar en la región de los brezos blancos.

Todo lo que la joven había visto hasta entonces; todos aquellos ramajes floridos que crecían al abrigo de los pinos de la orilla, no eran más que juego de niños al lado de aquellos abuelos cien veces centenarios que la primavera rejuvenecía una vez más.

Los brezos enormes balanceaban sus pesados y blancos penachos, altos como árboles, ligeros como cañas, enmarañados como cabezas locas, y exhalaban ya, á lo lejos, ese olor indefinible que es un exquisito perfume y un efluvio embriagador.

El sendero continuaba y los dos jóvenes se internaron en el ramaje, que se juntaba sobre ellos y formaba como una bóveda blanca llena de flores que les acariciaban la cara y cuyo polen se introducía entre sus cabellos.

Y entonces, en aquella inundación, en aquella marea creciente de perfumes, exacerbados por el calor del día, fué cuando Andrea conoció la embriaguez del Esterel.

– ¡Ah! Se me va la cabeza, murmuró. No puedo más... Volvámonos.

Noel sonrió silenciosamente gozando al conocer que se operaba el encanto. Después dijo:

– Sí, volvamos. Ya sabe usted lo que es el Esterel en flor.

Un instante después llegaron á la lancha y Mario les dijo:

– Despachemos, Sr. Noel. He visto allá, á lo lejos, una tartana que acaba de largar un rizo.. Debe de pasar una ráfaga por el lado de Cannes... y pudiera muy bien venírsenos encima...

Pero estaba todo, sin embargo, tan tranquilo en aquella cala de Antheore, donde ni una ola rizaba el mar transparente, ni un soplo de viento hacía estremecer los juncos..., que Andrea se sorprendió al oir que Noel preguntaba alarmado al viejo pescador:

– ¿Se ve ya espuma en alta mar?

– Está todavía lejos, pero viene hacia aquí.

– ¿Y en el cabo Roux?

– Sí, y está cubierto de nubes que se nos aproximan.

– Entonces no perdamos tiempo. Voy á ponerme también al remo.

Se embarcaron con alguna precipitación y Andrea volvió á ocupar el banco de popa, esta vez enfrente de Noel, que apretaba nerviosamente los remos que el viejo había colgado en los escálamos.

– ¡Duro!, dijo Mario.

Y al esfuerzo de los dos hombres la lancha se estremeció, abriendo en el agua un surco de espuma.

Nadie hablaba y Andrea comprendía que los dos remeros sentían una preocupación, acaso el temor de un peligro que ella no podía explicarse... El silencio no era turbado más que por alguna breve orden del marinero, cuando había que dar una vuelta ó evitar algún escollo que el joven no podía ver.

– ¡Reme usted sólo con la izquierda!.. ¡Ahora con las dos!.. ¡Duro!..

Y la lancha se deslizaba por el tranquilo mar, cuando hubo de repente un ligero sobresalto, como si se hubiera salvado un obstáculo invisible.

Era una ola que acababa de hincharse bajo la quilla y que Andrea vió correr delante de la lancha, mientras en el mar se formaban miles de arrugas y la joven sentía pasar por encima de ella la sensación de un viento húmedo.

– ¡Oh!, exclamó el viejo. ¡Apriete usted, señor Noel!

– ¿Es la ráfaga?, preguntó el ciego con voz un poco alterada.

– Lo temo más que lo deseo.

– ¡Bah!, respondió Noel esforzándose por reir; no será nada. No vaya usted á asustarse, Andrea, si bailamos un poco... No hay peligro alguno, ¿verdad, Mario?

– Claro que no, contestó sin convicción el viejo, que añadió en seguida: Con tal de que lleguemos á tiempo para desembarcar en la playa del Grand-Besson...

– Sí..., está muy cerca.

– Pero hay que pasar la barra. Dentro de diez minutos estamos allí... Siempre que la Seru...

El viejo se interrumpió vivamente.

– Siempre que la ráfaga no llegue antes que nosotros, porque entonces no podremos entrar...

– Pues bien, entonces nos escurriremos hasta Agay. No sería la primera vez, ¿eh?

– Ciertamente que no, Sr. Noel, ciertamente que no.

Y los dos hombres se callaron, inclinados sobre los remos, que daban al barco impulsos febriles.

Andrea había comprendido y por eso no preguntaba nada.

Era la Serusa..., ese viento que se levanta de repente y que Noel había llamado el terror de la costa.

Y en efecto, no se podía ya dudar. Pasó una ráfaga y otra después, que abrían en el mar surcos gigantescos, y ya dos ó tres veces el agua salada había mojado las mejillas de Andrea. Aquellos surcos se acumulaban cada vez más profundos y más temibles. En pocos minutos el lago dormido se convirtió en un mar furioso.

Y mientras la tempestad hinchaba á ojos vistas aquellas ondas, como murallas movibles de un color verde lívido, las nubes, hacía un momento amontonadas sobre el cabo Roux, invadían ahora todo el cielo con sus negras masas, que parecían iluminarse de tiempo en tiempo con resplandores rojizos.

De repente un ziszás de fuego surcó las nubes y fué á caer en un islote de rocas, en un momento en que los rugidos del mar no coseguían dominar á los de la tormenta.

– ¡Duro!.. ¡Duro!.. Sr. Noel.. ¡Animo!

– ¿Dónde estamos?

– Vamos á llegar.

– ¿Crees que pasaremos?

– Si aprieta usted, sí.

– Confía en mí.

– Entonces, á ello... Porque el ir más lejos sería muy aventurado... Señorita, agárrese usted bien al banco...

– Sí, sí, no se ocupen ustedes de mí.

– ¡Mario!.. ¡Ocúpate sólo de ella!, dijo Noel con voz ronca. ¿Has comprendido?..

– Atracaré con ella ó no atracaré, dijo sencillamente el viejo.

– ¿Entonces... la barra?..

– Estamos en ella... La mano derecha, señor Noel, para dar la vuelta... ¡Animo!.. ¡Ah! ¡Virgen santa!..

Se oyó un crujido y la lancha dió un salto como un potro que ha roto las riendas. Un enorme golpe de agua barrió la barca y Mario gritó con espanto:

– ¡El escálamo de un remo se ha roto!.. ¡Vamos á chocar con las rocas!

Pero Noel, cuyos músculos estaban hinchados por un esfuerzo desesperado, respondió:

– No..., yo puedo resistir... ¿Derecho, eh?

– Sí, sí, derecho, dijo el viejo con voz de angustia tratando de servirse de su remo inútil como de una percha.

– ¡Allá voy!, respondió el ciego en su supremo esfuerzo de voluntad.

Y al empuje formidable de todo su cuerpo convulso, la barca pareció someterse á la voluntad de sus dueños, mientras el viejo, con su remo, impedía que la embarcación encallase en las rocas y en los escollos.

Un esfuerzo más, sobrehumano, desesperado, de Noel... Y pasaron la barra. Andrea, pálida de terror, oyó que Mario decía:

– ¡Animo, Sr. Noel! El último golpe de remos... ¡Ajajá! Ya estamos... Déme usted los remos para atracar.

Y un momento después, una ola los lanzaba á la playa, en cuya arena se clavó profundamente la lancha.

– ¡Usted nos ha salvado, Sr. Noel!, exclamó el viejo. Pero esta vez creí que la entregábamos.

Los tres saltaron á la playa encharcada, lo que no podía importar á aquellos náufragos calados por los golpes de mar.

Cuando estuvieron en tierra firme, el pescador dijo gravemente:

– Señorita, puede usted dar gracias á Dios y al Sr. Beraud. Nunca verá usted la muerte más de cerca.

– No, no, dijo Noel en tono de protesta y febril ahora, pálido y palpitante por el terror, que había dominado hasta entonces para no pensar más que en la salvación de Andrea. Esto no ha sido más que un accidente de los que ocurren todos los días.

Y añadió con una sonrisa que no pudo disimular su temblor:

– Estamos en el Mediodía y aquí se exageran pronto las cosas.

– No, dijo Andrea, lo he visto..., lo sé... y jamás olvidaré...

Y al ver que Noel quería protestar de nuevo, añadió:

– ¿Tanto le contraría á usted que yo le guarde un infinito agradecimiento?

– ¡Oh, no!, respondió Noel muy turbado. Pero yo..., un pobre imposibilitado... ¡Yo!.. ¿Cómo pensar que he podido servir para algo?.. ¿Cómo figurarme que he sido bastante feliz para...

Y el pobre ciego rompió á llorar febrilmente.

X

El viejo se estaba ocupando de su lancha.

– La Serusa no puede durar, decía. Dentro de una hora ó dos habrá pasado y entonces llegaré tranquilamente á la rada de Agay.

– ¿Pero te quedas aquí?

– Sí, pardiez... El mar está fuerte y si le dejo hacer, mi barco estará pronto hecho pedazos... Ustedes váyanse por el camino de los carabineros... Están ustedes mojados y la señorita puede coger frío... Y después, deben de estar muertos de impaciencia en su casa de ustedes...

– ¡Es verdad! La señora de Beraud... ¡Qué angustia la suya!

– Pronto estaremos allí...

– Y digan ustedes á mi chica que estoy aquí muy tranquilo y que no corro riesgo alguno, pues para mí unas gotas de agua más ó menos...

Andrea y Noel se marcharon casi corriendo por el sendero que recorría entonces la costa y que hace poco tiempo se ha convertido en un camino admirable, la carretera de la *Nouvelle Corniche*.. Y menos

de una hora después estaban al lado de la chimenea en la que brillaba un alegre fuego.

De este modo, Andrea conoció en el mismo día el Esterel encantador y el Esterel terrible. Y de este modo también, Noel descubrió que le amenazaba una nueva desgracia... y se preguntó con espanto si él, pobre loco, iba á abandonarse á amar á la mujer á quien acababa de salvar la vida.

¡Dios mío!.. ¡Qué locura!

Noel se burlaba de sí mismo, de su incurable debilidad y de la imposibilidad en que se encontraría siempre de inspirar más que lástima..., pura lástima...

Sí, estaba loco.

No conocía á aquella Andrea encantadora más que hacía pocos días. No sabía nada de su familia, de ella misma, de sus ideas ni de sus gustos. Era incapaz hasta de evocar en su mente un retrato, una imagen de aquella joven...

Si por un milagro recobrase la vista, pasaría á su lado sin poder decir: «Esa es...» No la conocería más que por el sonido de su voz y por el perfume de su cabello... ¡Ah! ¡Eso sí, aunque fuera entre mil!

¡Y estaba á punto de abandonarse á amarla!..

Aquella mujer poblaba ya su obscura soledad de locas visiones en las que aparecía una forma femenina de facciones vagas y brumosas, pero en la que Noel buscaba ávidamente lo que sabía que iba á encontrar: cabello y ojos negros, un cutis ambarino y unos labios rojos dibujando una sonrisa exquisita. Y de todo esto surgía un personaje ideal que tomaba cuerpo y vida y ante el cual el joven presentía que habría de perder todo atrevimiento, puesto que había perdido de antemano toda esperanza.

¡Ah! Que Andrea no sospechase, al menos, el daño involuntario que había hecho, después de haber llevado á aquella triste casa un poco de consuelo y de alegría.

Dueño aún de su energía y de su razón, Noel se juraba que nadie sabría lo que él hubiera querido ocultarse á sí mismo.

Sí; él lucharía silenciosamente, y este sería un sufrimiento más, añadido á los que la Providencia — ¡la Providencia! — le había enviado con tal prodigalidad.

A los veinte años, cuando la vida se abría para él bella y acaso gloriosa, cuando tenía ya el orgullo de pensar que iba á reparar la desgracia de los suyos y á proporcionarles una vida dichosa, todo se había venido abajo como herido por el rayo.

Un día en que trabajaba larga y laboriosamente y pasaba el buril por la lámina de cobre ya mordida por los ácidos, había visto de pronto vacilar los objetos como si estuvieran pintados en un lienzo agitado por el viento. Sintió miedo y se levantó bruscamente. Y en aquel instante sintió que un velo espeso, no bajaba, sino que se levantaba lentamente y cubría poco á poco de tinieblas aquellas cosas vacilantes... ¡Aquel velo no se había vuelto á levantar!

¡Los médicos! ¡Ah! ¡Qué innumerables estaciones en aquel calvario de esperanzas y de desengaños!..

La piedad de Dios, sin embargo, no había querido completar su desdicha reduciéndole á la miseria, puesto que un desconocido, hacía algún tiempo, les había enviado una suma enorme: cien mil francos.

Ese dinero llegó un día en pliego cerrado, poco después de la muerte de su padre, sin otra explicación que estas palabras sin firma: «Restitución á los herederos de M. Pedro Beraud.»



Los tres saltaron á la playa encharcada

El pliego venía de París y no hubo más remedio que tomarlo, puesto que se ignoraba á quién había que devolvérselo. Fué preciso suponer que alguien había defraudado á Beraud una gran suma y que, poseído ya de sentimientos más honrados, reparaba de aquel modo su mala acción, sin tener el valor de darse á conocer.

Con aquella cantidad habían podido pagar las últimas deudas que les impedían levantar la cabeza, y con el resto se habían constituído una pequeña renta que los ponía al abrigo de la última miseria, de esa pobreza hambrienta y desnuda.

Así también habían podido intentar hasta lo imposible para curar á Noel cuando ocurrió su desgracia, ó para mejorar, al menos, su deplorable estado. Los primeros médicos á quienes consultaron respondieron sin vacilar:

— Es un desprendimiento doble de la retina. El caso es raro; pero ha sido observado, sin embargo, en una persona eminente: Monseñor de Segur.

— ¿Se puede curar?

— Puede ser, respondieron.

Y empezaron los tratamientos raros, complicados, crueles... y siempre inútiles.

Cuando llegaban á estar seguros de que, desgraciadamente, no había nada que esperar por aquel lado, recurrían á otro médico, á otro inventor de tormentos.

Habían estado en todas partes, en Inglaterra, en Viena, en Berlín ó allí donde había una reputación ó una probabilidad de éxito.

En estas pruebas habían gastado locamente el dinero, hasta que un ilustre médico de Ginebra, el doctor Potzer, acaso más escrupuloso que sus colegas, les dijo:

— Actualmente, la ciencia no sabe curar esa enfermedad. El desprendimiento de la retina es incurable. Resígnese usted y no siga gastándose inútilmente el dinero.

— ¿No veré ya nunca?, preguntó el joven horrorizado.

— Haciendo un esfuerzo de inmovilidad casi irrealizable, un mes, ó acaso más, de estar echado horizontalmente en la cama, en la obscuridad más completa, conseguiría usted probablemente hacer caer á su sitio primitivo esa membrana que flota ahora en el globo ocular y que no transmite la visión al cerebro porque no tapiza la pared que la pone en comunicación con el nervio óptico.

— ¿Y entonces?..

— Entonces recobraría usted la vista durante unos momentos... Pero el movimiento más pequeño, la más involuntaria é inevitable contracción, harían desprenderse de nuevo la frágil membrana. El velo que le separa á usted del mundo exterior subiría de nuevo, y en pocos minutos habría perdido el beneficio de un mes de tortura, lo que no vale la pena. Recurra usted á todo su valor y resígnese.

¡Ah! ¡Resignarse! ¡No tan pronto!.. Entonces fué cuando el desgraciado pasó por aquel período de desesperación que hizo temer por su razón.

La calma, sin embargo, acabó por renacer, y justamente cuando Noel empezaba á resignarse, fué cuando apareció en su vida aquella joven para volverle á sumir en una desesperación más cruel todavía, porque debía estar oculta.

No, era preciso que Andrea no sospechase nada, ella menos todavía que los demás.

En primer lugar, la joven debía marcharse pronto, y Noel se estremecía al pensar que ya no podría oir aquella voz, ni respirar aquel perfume, ni experimentar aquel sufrimiento que le era tan querido como una alegría.

Y después pensaba, buscando razones para afirmar su resolución, ¿no sería un crimen privar á su madre de un recurso precioso y de una amistad tan conveniente?

Porque la viuda de Beraud tomaba cariño á su huéspeda, de trato tan fácil y encantador, y se familiarizaba cada día más con Andrea.

(Continuará.)

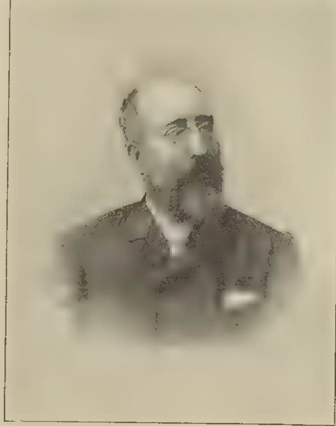
LA LACTANCIA GRATUITA EN BARCELONA

En varias ciudades importantes de Francia, Inglaterra, Bélgica é Italia, que constituyen grandes centros de población en donde figuran en gran número los obreros, se han creado instituciones benéficas cuyo objetivo consiste en completar la alimentación láctea de las infelices criaturas cuyas madres, por causas diversas, carecen de las condiciones necesarias para nutrirlas, ya sea parcial ó totalmente.

Conocido es el medio en que viven los obreros de las grandes urbes, hacinados en insalubles viviendas, con deficiente alimentación y unidos á la fábrica ó al taller. En tales condiciones, ha de ser tan deficiente como perniciosa la nutrición que á su hijos suministra la madre obrera, convirtiendo en seres raquíticos y encanijados, anémicos, los que han de ser el sostén de su vejez, fundadores de una nueva familia y elementos de engrandecimiento y riqueza para la patria. De ahí que estadistas y filántropos, médicos distinguidos y caritativas damas se hayan preocupado en otros países de excogitar los medios de evitar tan perniciosos efectos y de aliviar la situación de tantos desgraciados, creando, según hemos dicho, esas admirables instituciones, conocidas en Francia con la sugestiva denominación de la *gota de leche,* de las cuales se ocupó hace poco La Ilustración Artística.



D. Julio Marial, teniente de alcalde á cuya iniciativa se debe la creación del servicio de la lactancia gratuita (de fotografía de A. Esplugas).



Dr. Macaya, decano del Cuerpo médico, organizador del servicio de la lactancia gratuita (de fotografía de J. E. Puig).

Carecíase en España de esta clase de establecimientos, y en Barcelona, el primer centro productivo peninsular, no se atendía con la extensión y en la forma completa que precisa á los pequeños hambrientos. Hoy puede envanecerse nuestra ciudad de una institución de esta índole, la primera establecida en España, que, á no dudar, servirá de provechoso ejemplo para que otras ciudades establezcan medios para suministrar esa benéfica *gota de leche,* tan necesaria para la nutrición de los niños de los obreros.



La lactancia gratuita en Barcelona. - Esterilización y preparación de la leche (de fotografía de A. Mas)

Gracias á la iniciativa de D. Julio Marial, que por este solo hecho ha de merecer el aplauso y la simpatía de quienes abrigan generosos sentimientos, se ha organizado tan importante servicio, creado durante el corto período en que accidentalmente desempeñó la presidencia de la corporación municipal.

Confiado su funcionamiento al Cuerpo médico municipal, se instaló en el distrito de la Universidad un laboratorio para la esterilización y dosificación de leche de vaca, que se entrega gratuitamente á las madres cuya secreción láctea es deficiente ó las que en absoluto no pueden amamantar á sus hijos.

Notables son los resultados que ya se han obtenido en el breve período transcurrido desde su creación, que tuvo lugar en el pasado mes de agosto, puesto que en un mes y medio se han suministrado 2.430 litros de leche esterilizada y dosificada á 112 niños, hijos de modestísimos obreros, renaciendo todos ellos á los pocos días de recibir el excelente y nutritivo complemento de su ración láctea.

Actualmente se prepara la leche por el sistema de esterilización que se practica á unos 90°, porque no se dispone todavía del instrumental necesario para la pasteurización.

En la nueva instalación, para la cual se adquirirá el aparato llamado *La Tutelaire,* inventado por M. Constant, se aplicará el siguiente sistema para pasteurizar y esterilizar la leche: ésta será sometida á la temperatura de 75°, porque los microbios patógenos mueren en su mayoría á los 60°; así el espirilo del cólera queda destruído á una temperatura de 58°; el bacilo de la fiebre tifoidea á la de 60° y el de la tuberculosis á la de 68°, según demostraron con sus experimentos Van-Geuns y Lazarus.

La leche, después de esta operación, es más dulce y más agradable al paladar que la leche cruda ó hervida, y pierde todo sabor que recuerde el del animal de donde procede.

Una vez la leche esterilizada á la temperatura de 90°, como hemos dicho que en la actualidad se hace en el dispensario de la calle de Sepúlveda, se envasa, en caliente, en botellas de 200 gramos que, al enfriarse, se cierran herméticamente con tapones de caucho cónicos, que son los que mejores resultados han dado en los diversos y repetidos ensayos practicados.

A los niños de un día se les dan 50 gramos de leche diarios, aumentándose la ración diariamente en 50 gramos hasta el día duodécimo después del nacimiento, y sosteniéndose esta ración de 500 gramos durante el primer mes. Durante el segundo y el tercer mes se les dan 720 gramos diarios; en el cuarto, 800; en el quinto, 900; en los sexto, séptimo y octavo, 1.020; y desde esta edad en adelante, 1.200.

Estas dosis se aumentan ó disminuyen según las condiciones especiales de desarrollo, estado de las vías digestivas, etc., del niño.



La lactancia gratuita en Barcelona. - Operación de pesar los niños (de fotografía de A. Mas)

La distribución se hace diariamente en cestillas de alambre que contienen ocho botellas, cada una

con la dosificación conveniente, encargándose á las madres que den al niño una dosis cada tres horas. Si el niño no consume la totalidad del contenido de una botella, se recomienda que se tire el sobrante, que podría haberse ya infestado. A cada cestita acompaña una tetilla perfectamente esterilizada.

La leche es sometida cada día á un examen bacterioscópico, confiado al inteligente facultativo doctor Sirvent; y las operaciones de esterilización, dosificación, etc., se practican bajo la dirección constante del Dr. Cosp, individuo también del Cuerpo médico municipal.

La operación del pesaje de los niños se practica con el pesa-bebés de báscula sistema Ballarín, modificado por el Dr. Macaya. Por término medio se nota un aumento de 140 á 180 gramos semanales en cada niño.

Al felicitar al Sr. Marial por su provechosa iniciativa, que se ha de traducir en bendiciones de aquellos cuya suerte ha aliviado, creemos justo dedicar también nuestras felicitaciones y aplausos al Dr. D. José Macaya, decano del Cuerpo médico municipal de Barcelona, por la activa y eficaz parte que ha tomado y toma en la organización y funcionamiento de esta obra, tan laudable bajo todos conceptos.



LA LACTANCIA GRATUITA EN BARCELONA. – Dispensario de la calle de Sepúlveda
Después de la distribución de la leche (de fotografía de A. Mas)

Pero lo que hasta ahora se ha hecho, con ser algo, y algo muy importante, no es todo lo que corresponde á una capital como la nuestra, en donde, por lo mismo que existe una gran masa de población obrera, son mayores las necesidades que la beneficencia oficial ó privada ha de remediar.

Es preciso, pues, que el Ayuntamiento multiplique instituciones como la que con tan buenos auspicios ha comenzado á funcionar; pero es preciso también que los particulares contribuyan á la propagación de la obra de la lactancia gratuita; piense el primero que los gastos que ello le imponga han de servir para arrancar de la muerte prematura á una multitud de niños que un día serán fuerzas vivas para el trabajo y la producción; consideren los segundos que la más hermosa de las virtudes cristianas es la caridad; que el amor al prójimo es tal vez el único medio de resolver los problemas que tanto agitan y preocupan á la sociedad moderna, y sobre todo tengan en cuenta los favorecidos por la suerte que para hacer la felicidad de muchos niños pobres, basta simplemente privar de algo superfluo y aun perjudicial á algunos niños ricos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Mi muerta, por *Alfonso Pérez Nieva*. – «A la sagrada memoria de mi esposa. – *Alfonso*.» Así dice la dedicatoria de este libro y con ella queda explicado el carácter de las bellísimas poesías que como piadosa ofrenda á *su muerta* ha juntado en un tomo nuestro querido amigo y colaborador Sr. Pérez Nieva. Las composiciones que forman esta colección están escritas con el alma; no son esos desahogos líricos en los cuales más que el corazón interviene la cabeza; no son esos lamentos que más parecen motivados por el deseo de impresionar á los otros que por la necesidad de abrir una válvula al propio dolor; no son esas imprecaciones con que no pocos maldicen del destino ó protestan contra los providenciales designios. Nada de eso: en la obra de Pérez Nieva se siente la pena honda, pero silenciosa; en sus versos hay lágrimas y sollozos, pero no arrancados por la insensata desesperación; por encima de todo se admira en ella la fe profunda del creyente, la humilde resignación del cristiano, la firme esperanza de los que al perder al ser querido saben que con él han de juntarse en un mundo mejor. Del estilo, con decir que corresponde á la bondad del fondo queda hecho su mejor elogio. El libro, impreso en Madrid, véndese en las librerías de Fe y de Suárez, á dos pesetas.

La Sábana Santa de Turín, por *M. Hernández Villaescusa*. – En la imposibilidad de dar siquiera una idea del estudio acabado que en este libro se hace de una cuestión que recientemente ha apasionado, no sólo á los hombres creyentes, sino al mundo científico, habremos de limitarnos á indicar que en las partes científica, histórica y crítica de esta obra se demuestra con abundancia de argumentos y desde puntos de vista originalísimos la autenticidad de la Sábana Santa, que se conserva en su propia capilla, edificada en el siglo XVII por los duques de Saboya, y se rebaten con sólidas razones y pruebas irrefutables las objeciones que en contra de la misma se han aducido. El trabajo del reputado escritor Sr. Hernández de Villaescusa, interesante bajo todos conceptos, va ilustrado con 16 láminas que corroboran las aserciones del texto. El libro, elegantemente impreso en esta ciudad por la casa Henrich y C.ª, se vende á 5 pesetas.



Salomé, cuadro de León Herbo

Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires. – La Dirección de la Estadística Municipal de Buenos Aires ha publicado el anuario correspondiente á 1902 que, como los anteriores, contiene completísimos y muy interesantes datos sobre cuantas materias son de su competencia: observaciones climatológicas é higiénicas, crecimiento de la población, demografía, alimentación pública, locomoción, movimiento económico, comercio especial de la ciudad de Buenos Aires, correos, telégrafos y teléfonos, asistencia pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, instrucción pública, diversiones y juego, etc., etc. Es una publicación que puede servir de modelo á las de su género y que honra al Municipio bonaerense y al Director de la Estadística D. Alberto B. Martínez. El libro ha sido impreso en la imprenta «La Buenos Aires.»

Gran Hotel Colón. – D. Arturo Vilaseca, propietario del Gran Hotel Colón, ha publicado un lujoso álbum con multitud de grabados que reproducen, no sólo vistas del hotel, sino otras varias de los principales monumentos, edificios públicos, paseos, etc., de nuestra capital, merced á lo cual y á la detallada descripción que á las láminas acompaña, resulta aquél, además de un anuncio de ese establecimiento que honra verdaderamente á Barcelona, una guía de nuestra ciudad, de utilidad suma para los forasteros. El álbum ha sido confeccionado por la casa Meissenbach, Riffarth et C.º de Berlín.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y Ploma, revista mensual ilustrada; *Ilustració Catalana*, semanal ilustrada; *Mercurio*, revista semanal ilustrada; *Hispania*, revista quincenal ilustrada; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada; *Gaceta de Turistas*, semanario (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Helios*, revista mensual; *El Economista*, revista semanal; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *La Mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de Castellón*, quincenal; *La Fraternidad*, periódico bimensual ilustrado (Sancti-Spíritus, Cuba); *Chile Moderno*, revista mensual (Valparaíso); *El Tribuno*, diario (Buenos Aires; *El 7 de Agosto*, semanario (Medellín, Colombia); *Centro América Intelectual*, revista mensual (San Salvador).

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 12 de octubre de 1903 — Núm. 1.137

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡A VUESTRA SALUD!, cuadro de Casanovas

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo segundo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. – *El tambor del tío Gil*, por Alejandro Larrubiera. – *Distracción*, por G. de Parseval-Deschenes. – *Cuentos provincianos. Historia de una carta*, por Cristóbal de Castro. – *El monumento á Wagner.* – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Por el amor*, novela ilustrada (continuación). – *Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy.* – *Proyector eléctrico del faro de Helgoland.* – *Lo que cuesta el aumento de velocidad de los vapores.* – *La cura del sueño.*

Grabados. – *A vuestra salud*, cuadro de Casanovas. – Dibujos de Ch. Billon que ilustran el artículo *Distracción.* – *Un borracho*, acuarela de Antonio Fabrés. – *Retrato de Mme. S.*, por Antonio de la Gándara. – Varias estatuas del monumento á Wagner erigido en Berlín, obra de Gustavo Eberlein. – *Un ideal de la civilización*, escultura de Gustavo Eberlein. – *Salambó*, cuadro de E. Richter. – *Fachada del establecimiento de los Sres. Masriera y Campins.* – *Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy.* – *Gran proyector eléctrico del faro de Helgoland.* – *La familia del gondolero*, cuadro de Alejandro Milesi. – *El pastor muerto*, cuadro de Jorge Hahn.

EL TAMBOR DEL TIO GIL

Para tío Gil el tamborilero de Villabimes, había llegado el plazo fatal, perentorio é ineludible de pagar la deuda que todos contraemos al nacer.

No había por qué forjarse ilusiones: el buen hombre se iba por la posta. Así lo afirmaba grave y solemne D. Cleóbulo, el médico, á los parientes que ocupaban silenciosos y con cara de circunstancias la casona propiedad del tamborilero: los tales deudos no sentían grandemente la desgracia que sobrevendría, á creer en la honrada palabra del Hipócrates lugareño.

A tío Gil no le tenían cariño, porque él vivió á sus anchas, lejos de los suyos, sin otro afecto y otro cuidado que el de Lucas, un muchacho que él recogió de no se sabe dónde, y el cual, andando el tiempo, fué para el pobre viejo, amigo, criado, guía y consejero fidelísimo y amante.

A medida que transcurrieron los años, fué en progresión creciente la tierna amistad del viejo y del joven, y el que no supiera la caritativa acción de tío Gil y los viera en romerías, fiestas y holgorios, los creería padre é hijo, impresionado por la cariñosa solicitud con que se atendían y ayudaban en el alegre oficio suyo de tamborileros: últimamente tío Gil, apenas si daba un redoble en el tambor que por espacio de medio siglo le había ayudado á vivir: Lucas era el que le hacía hablar con maestría sólo comparable á la muy legítima que disfrutara su protector.

Entre ojos y clavada como espina en sus mezquinos corazones tenían los parientes la protección que el viejo dispensaba al joven, y aun murmuraban entre sí que aquello pararía en algún testamento por el cual haríase Lucas dueño y señor de la poca ó mucha hacienda de tío Gil.

Por eso puede afirmarse que el rostro de los parientes, en el desesperado caso en que se encontraba el tamborilero, atacado de una hemiplejia, más que el dolor reflejaba una mortal incertidumbre: la de saber si el buen hombre confirmaría ó no esas ruines sospechas: el único sinceramente acongojado y lloroso, el único que en sus continuas entradas á la alcoba del enfermo pedía á Dios, á la Virgen y á todos los santos con honda emoción que tío Gil no abandonara este mundo, era Lucas: al pobre muchacho podía ahogársele con un cabello, y más vale que su aflicción le nublara los ojos para ahorrarse las miradas y las muecas de aquellos egoístas lugareños que no se recataban poco ni mucho del advenedizo, como ellos decían, para expresarle su odio feroz, ni más ni menos que buitres al acecho de una presa que ven arrebatada por un enemigo.

D. Ciriaco, el párroco, había entrado en la alcoba para cumplir con sus sagrados menesteres cerca de aquella alma pronta á abandonar la mísera cárcel del cuerpo, y cuentan que el bueno del cura, al entrar en la habitación y ver que á la cabecera del lecho colgaba el tambor como recuerdo glorioso, torció el gesto, y aun parece ser que, llevado de su celo como sacerdote y de su genio un tanto vivo como hombre, tendió la mano para descolgar aquella cosa que en tan críticas circunstancias tenía él por irreverente y fuera de lugar.

Pero tío Gil, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, gruñó fieramente, y ya que no podía mover los brazos ni la lengua, reflejó en su mirada una enérgica protesta, con lo que D. Ciriaco paró en su acción algo confuso, y acercándose al viejo, pudo leer en sus ojos suprema complacencia...

Ya se tenía tragado tío Gil que aquel día sería el postrero suyo, y en el mundo de recuerdos que acudía en tropel á su mente, el tambor era sin duda para el pobre viejo lo que la bandera para el soldado, la reliquia para el religioso, el hijo para la madre...

. . . .

Salió D. Ciriaco de la habitación y pocos instantes después resonaron en la alcoba los ruidosos llantos de los deudos y los comprimidos sollozos del inconsolable Lucas.

Ya en la esmeralda de los prados destácanse como inquietos rubíes las tembladoras amapolas: ya resuenan en los valles los sones alegres del tamboril y de la dulzaina: es la época consagrada á festejos y romerías, y todo es júbilo, danzas y cantos en la región montañesa.

De feria en feria y de romería en romería va Lucas con su tambor á cuestas, y en todas partes es esperado con impaciencia por la gente moza, y en todas partes le reciben con alborozo, le miman, le agasajan y le aplauden... Y sin embargo, quien tanta alegría esparce en torno suyo, anda tristón y cariacontecido porque dos amarguras llenan su alma y enturbian su natural regocijado y juvenil: una es la pérdida de su maestro, hondamente sentida; y otra, la más punzadora y cruel, que le roba el humor trayéndole inquieto y pensativo, es el ver á punto de naufragar la esperanza más venturosa que germinó jamás en su existencia.

Antes de que tío Gil pasara á mejor vida, quiso el loco amor que Lucas pusiera sus hojos en Nela, la hija de tío Torrezno: la moza bien valía los suspiros hondos y las melancólicas miradas que al galán le costaba contemplar su cara de rosa de mayo, su talle flexible, su busto de armónicas y esculturales líneas y otras partes no menos ponderativas.

Nela no le oyó como quien oye llover, sino muy atenta y emocionada, que á ella tampoco le parecía saco de patatas el airoso gavilán que pretendía llevársela del nido paterno... El padre de la moza era tenido en el lugar por hombre adinerado y harto ambicioso de acrecentarlo... Lucas, gentil mozo sí era, de natural dispuesto y trabajador..., pero no tenía un ochavo... Esta suprema razón crematística que tantos desavíos y desdichas ocasiona á diario, si bien ensombrecía el idilio de los novios cuando en tan prosaica materia detenían el pensamiento, alentábales la esperanza de que tío Gil los sacaría del atolladero, porque nadie mejor que él podía acercarse á tío Torrezno, su pariente, y contratar con su más y su menos la boda.

Pero tío Gil se despidió en mal hora de este mundo y dejó á los chicos terriblemente chasqueados.

Presumió Lucas que acaso su protector habríase acordado de él en su testamento: otra esperanza desvanecida: tío Gil había muerto *abintestato*, y por consiguiente, según la ley, entraron á heredarle los suyos, los de su sangre, y el predilecto de su alma, el que él recogió de chiquito y crió como á hijo propio, quedóse lindamente en la del rey con lo puesto... y con el tambor de tío Gil, que el mismo tío Torrezno hubo de darle con socarronería de palurdo, diciéndole:

– ¡Ahí tienes esa joya, hombre! . Con ella se ganó la vida el pobre Gil..., y tú harás lo mismo, que bien sabes repiquetearle.

Si al mozo le hubiera valido, le hace probar de un modo contundente la joya á su magnánimo donante.

Apremiado por Nela y más aún por su penosa incertidumbre, Lucas se decidió á hablar «claro» á tío Torrezno.

Escuchóle el hombre sin pestañear, sin que una réplica saliera de sus labios: en su rostro vagaba una sonrisita capaz de helar el ánimo al más arrojado pretendiente.

Al fin de la trabajosa relación de Lucas, que discurseaba un poco mejor que un nogal, díjole el tío Torrezno calmoso y sin abandonar su sonrisita:

– Está muy bien cuanto acabas de decirme y fuera yo muy mal educao si no te agradeciese lo mucho bueno que al respetive de la mi Nela has parlao; pero, hijico, una cosa es ser agradecío y otra es ser padre... Mejor que á nadie te daría yo la chicuca... y muy honrao, eso sí, porque tú, dicho sea sin *alabancia*, eres un hombre de bien y á carta cabal; pero el caso es..., el caso es...

Detúvose tío Torrezno como si no atinara á concluir la frase iniciada: en realidad, no se le ocurrían palabras que mitigaran el amargor de su repulsa.

– El caso es, prosiguió al fin, que yo quiero para la mi Nela un hombre así, de tus prendas, pero que me traiga en los bolsillos algo que suene y que ayude á llevar la carga... Los tiempos están cada vez más rematadamente *de* malos... Yo..., yo no tengo más que cuatro terrones..., con los que no saco ni para pagar la contribución... Bueno es quererse, pero el día en que no haya un céntimo, no vais á llenar la olla con vuestro cariño... Y no quiero que mi hija se vea en tales apuros..., y... ya me entiendes, hombre, ya me entiendes... Con *fantesías* del querer no se vive... El día que me traigas unas cuantas onzas, entonces sí, muy bien, si es que la mi chica te aguarda, que para mí que no te aguarda.

Acabó ahí tío Torrezno, y Lucas, después de balbucear palabras sin sentido, fuése renegando de su pobreza, de su negra suerte, de la avaricia de los padres y de la hora en que se le ocurrió hablar á aquel demonio de viejo que llamaba «fantesía» al cariño inmensísimo que él tenía por Nela.

. . . .

Yo no conozco al diablo, y creo, lector, que tú tampoco habrás tenido tan malaventurada suerte; pero debe de ser, hipotéticamente hablando, el más peligroso y divertido de los enredadores que se goza en preparar sorpresas estupendas á los mortales.

Digo esto porque Lucas, desde el punto y hora en que oyó de labios de tío Torrezno la repulsa que le alejaba de su ídolo, andaba como vulgarmente se dice «echando las muelas,» con un humor de condenado, una excitabilidad nerviosa propia de niña mimada y el rostro hecho un puro vinagre... Para que el contraste fuera más irónico, el mozo tenía que estar tocando el tambor en el centro de la plaza ó bajo los castaños divirtiendo á los romeros.

Repicaba fuerte, y á veces, olvidándose de que el parche no era la cabeza del tío Torrezno, atizaba un redoble que parecía cosa de milagro que la piel no saltase... En una de estas, los palillos coláronse en la caja á través del parche, que se rompió violentamente por la mitad.

Lucas, por vez primera en su vida, soltó un terno de los más enérgicos y espeluznantes (Dios no se lo tomaría en cuenta), y dió por terminada su misión en el baile: era preciso recomponer el instrumento echándole piel nueva.

Y con él á cuestas emprendió el regreso á su aldea, y en el camino dió de manos á boca con el odiado tío Torrezno y con su adorada hija.

– ¡Que!, hubo de preguntarle el viejo, admirado de verle retornar á plena tarde, ¿no tocas hoy en Villasuso?

– De allá vengo, gruñó Lucas, más atento á Nela que á su interlocutor.

– ¿No hay baile?, insistió éste.

– Sí, baile sí hay, lo que no hay es tambor: se me acaba de romper el parche.

– Lo siento, hombre, lo siento, porque el tamborcito ese es una alhaja... ¡Ea, adiós, que nos vamos á dar una vuelta por la romería!..

Refunfuñó el mozo un «¡Maldita sea tu estampa!,» dirigió á su novia una mirada intraducible y reanudó su viaje.

Dirás, lector, si eres impaciente, que no atinas por qué más arriba he sacado á relucir al diablo, cuando cosa de tan poca substancia va sucediéndose en esta vulgarísima historia.

La diablura entra ahora, y es que al llegar á su casa el tamborilero y poner sobre una silla el maltrecho tambor, advirtió sorprendido que por la parte interna corría pegada al aro en toda su circunferencia una tira de badana, aditamento jamás considerado preciso en tales cajas de música... Entre curioso y sorprendido, metió Lucas la mano para tantear la tira, y en el tanteo notó que sus dedos se hundían en ella como si estuviese forrada de papel: intrigado ya y valiéndose de una navaja, rasgó con tiento la badana y vió atónito caer al fondo del tambor, sobre el parche incólume, unos paquetitos de papeles azules, verdosos y encarnados, como mazos de estampas... Cogió uno de éstos y advirtió con emoción, que cualquiera en su caso experimentaría, que eran billetes de Banco. Sin duda aquellos eran los ahorros de tío Gil, que no encontró para guardarlos caja más segura y apropiada que la del instrumento que le había proporcionado tales ganancias.

Contó Lucas tembloroso lo que sumaban aquellos papelitos y vió que pasaba de los mil duros... ¡Doble de lo que podía valer la hacienda del tío Torrezno!..

. . . .

Indudablemente hay una Providencia para los enamorados.

Alejandro Larrubiera.



Por un convenio tácito se ha reservado el balcón á los jóvenes...

DISTRACCION

Muchos son, entre la honrada clase media provinciana, los matrimonios que no tienen otro origen: intermediarios oficiosos, con ó sin mandato y á menudo por casualidad, que se comunican propósitos convencionales acerca del porvenir de personas que por una ú otra razón les interesan.

De una parte, un joven simpático de veintiocho años, licenciado en derecho, teniente auxiliar de la reserva, regresado recientemente al hogar paterno después de haber dado un vistazo al mundo; ocúpase de caza, de caballos y á veces, aunque poco, de las vecinas. Sus padres temen que pronto no le basten estas distracciones y que se dé al ajenjo ó se deje prender en las redes de alguna intrigante; por esto quieren que se cree una familia y que eche definitivamente raíces en el suelo natal. A más de lo dicho, es rico, carece de defectos y tiene todavía la dentadura completa, la cabellera poblada y, si es preciso, también ilusiones; ahondando un poco en su alma, hallaríamos asimismo un fondo de creencias que se han secado por falta de cuidado, pero que un cultivo inteligente podría con facilidad hacer retoñar.

De otra parte, una joven dotada de las mejores cualidades: diez y ocho años, bien educada, no tonta, música, piadosa; carácter dulce, salud envidiable, buena dote y muchas esperanzas. No harían mal sus padres en dirigir sus inclinaciones tomándole la delantera, á fin de no verse obligado á contrariarlos si se retrasaban.

Tal es el punto de partida de la entrevista que se verifica en un baile: ella, no advertida ó por lo menos haciendo ver que no lo está, según las conveniencias sociales exigen, pero coronada de flores y adornada con todos los refinamientos propios para realzar su gracia y su belleza; él, prevenido como todo aficionado puesto delante de un cuadro de gran precio que le enseñan en las mejores condiciones de luz para tentarle, pero protegido por el mundano anónimo del frac negro.

Habiendo estos preliminares dado por resultado el que los interesados consintieran en trabar más amplio conocimiento, se ha reunido á éstos en una comida íntima, destinada además á inaugurar las relaciones de los padres, la cual comida se celebra en casa de la señorita.

Después del café, los dos padres y las dos madres hablan en un extremo del salón; por un convenio tácito se ha reservado el balcón á los jóvenes, á quienes se ha conferido desde aquel momento el derecho de amarse y el privilegio de decírselo; derecho encantador, privilegio precioso cuyo ejercicio no deja de producirles cierta turbación, pues no saben por dónde empezar: la experiencia del primero y la inocencia de la segunda les embarazan por igual.

El lugar en que la escena se desarrolla es, sin embargo, maravilloso: el balcón, ancho y profundo, amueblado con grandes sillones de junco y adornado con arbustos de lozano follaje, avanza formando promontorio en el vacío sus balaustres de piedra y el toldo elegante que lo cobija; la casa se levanta á un extremo del arrabal, la ciudad está lejos y sus rumores expiran antes de llegar á aquel sitio... Enfrente, ningún vecino indiscreto; no hay más que la campiña que se extiende sombría y tranquila, en la serenidad límpida de una hermosa noche de mayo.

Él está apoyado de espaldas al salón y busca el modo de entrar en materia; ella se ha deslizado instintivamente entre los arbustos que medio la ocultan, lo cual tranquiliza poco ó mucho su natural timidez, aumentada por un púdico azoramiento de circunstancias, y con un ramo en la mano, el reglamentario ramo blanco regalado por el novio, espera...

Los corazones laten; en torno suyo pesa el silencio, misterioso y conturbador como la negra sima abierta á sus pies que la noche llena de invisibles amenazas.

* * *

Esta sima, en realidad, no tiene nada de espantosa; fórmala simplemente la calle ordinaria, con la trivialidad de su polvoriento suelo de grava, sus montones simétricos de guijarros y sus cunetas en cuyo fondo permanece estancada el agua de las últimas lluvias. No menos trivial ni más terrorífico es el silencio en que la ansiedad de los dos jóvenes se consume; está lleno de lo que han de decirse, que el uno conoce perfectamente y la otra adivina y que ni á uno ni á otra asustan.

¿Por qué, pues, ese extraño malestar cuando, por no encontrar mejor recurso á pesar de sus esfuerzos, el joven se decide á proferir la siguiente afirmación, cuya absoluta sinceridad no logra imprimir mayor seguridad á su voz: «El tiempo es magnífico!..» ¿Y por qué la muchacha, ocultando tras de su ramo su rostro encarnado como la grana, se apresura á responder muy bajito, en el mismo acento convencido y tembloroso: «¡Oh, sí, magnífico!»

Aun siendo tan insignificantes, estas vulgares palabras les hacen obedecer simultáneamente, como movidos por la acción de unas riendas ocultas, á la necesidad de aproximarse: el joven se vuelve y apoya los codos en el balcón, adonde acude también á apoyarse su compañera. Con el cuerpo inclinado hacia afuera y rodeados de tinieblas, interrogan el camino que la obscuridad substrae á sus miradas.

Un encanto indefinible que no logran turbar el temor vago y la confusa angustia que con él se mezclan, les inmoviliza, llenándoles de una dulce emoción que les hace desear que toda su existencia transcurra de aquel modo.

De pronto, una voz infantil, ágil y fresca, sube de lo invisible suspirando palabras extranjeras con acompañamiento de mandolina. Los dos jóvenes se estremecen y se miran, y en el brillo de sus pupilas se cruza la misma pregunta muda: ni uno ni otro tendrían suficiente presencia de ánimo para formularla con bastante precisión, para expresarla con palabras; de sus ojos brota la soberana preocupación que les domina, tan penetrante que instantáneamente se comprenden sin necesidad de recurrir á esta larga perífrasis: «¿Será aquel á quien esperamos y que, oculto en la sombra, estaba muy cerca de nosotros cuando le creíamos muy lejos..., el amor?»

Y sin embargo, no es sino un chiquillo italiano que al pasar por delante de la casa y al ver la iluminación, se ha detenido antes de terminar su etapa, para cantar algunas romanzas populares de su tierra y ver si aumentaba los mezquinos ingresos de su jornada.

Ambos escuchan silenciosos; pero el muro que la aprensión había alzado entre ellos va bajando poco á poco; el lazo secreto del placer compartido les sujeta y les estrecha cada vez más, merced á ese concierto que á una les cautiva. Por esto el silencio ha dejado de ser penoso y parece como que revolotea al compás de la melodía, ora alegre, ora melancólica, cuyo sentimiento ingenuo y tierno les acaricia... Él piensa que aquella hermosa joven será pronto su esposa, y ante este radiante ensueño todo palidece; ella no se atreve á ahondar en el porvenir, velado por inquietas esperanzas, y la embriaguez de la hora presente reaviva inopinadamente, para perfumar su emoción actual, el recuerdo de otra emoción hasta entonces la más fuerte de su vida.

* * *

Era en el anterior verano, en una noche como aquella, serena, apacible; su padre, su madre y ella descendían del vagón en la cumbre del Righi, adonde habían ido para presenciar la salida del sol. A la mañana siguiente, los tres subían al Kulm en medio de la bruma crepuscular y en compañía de otros cien excursionistas de todas edades, procedentes de las cinco partes del mundo, soñolientos, con los ojos hinchados, envueltos en capas y mantas de las más extrañas formas y mezclando en una charla cosmopolita los idiomas ordinarios de las mesas redondas suizas.

Todos se habían tomado la molestia de escalar la montaña y de saltar de la cama á las tres de la madrugada, al oir la señal dada por el cuerno de los Alpes, á fin de asistir á un espectáculo que por la trivialidad de sus elementos debiera haberles hecho dar de antemano por experimentada la sorpresa que se prometían.

Sin embargo, la impresión de respeto que dominaba á aquella masa heterogénea de hombres y mujeres completamente extraños unos á otros, sin cohesión, codeándose por azar por primera y última vez, que se dispersarían antes de terminar el día y probablemente no volverían á encontrarse nunca más, tenía tal poder que muy pronto ningún ruido turbó el recogimiento silencioso y grave de aquella multitud que tenía clavados los ojos hacia el Oriente.

Y la joven se recordaba delante de la frágil balaustrada de madera tendida á lo largo del abismo, exactamente en la misma actitud en que ahora se hallaba delante del balcón. Como entonces, esperaba ahora la aparición de un fenómeno familiar y grandioso á la vez, que iba á surgir de entre las sombras...

La misma sed de lo desconocido comunicábale la misma emoción, mezclada de enervante angustia. Y en ciertos momentos las dos situaciones confundían su semejanza en una embriaguez tan parecida, que, cerrando los ojos para saborearla mejor, no sabía si el soplo que rozaba su frente ardorosa era la brisa de la noche ó el beso áspero de la aurora...

La ilusión se completaba hasta con el canto del muchacho italiano, cuya monotonía acariciadora como un murmullo y vibrante al compás de la mandolina, le recordaba el zumbido y el rumor de alas de los grandes insectos del Righi que revoloteaban en la claridad indecisa que no era ya la noche, pero que tampoco era el día en toda su plenitud.

También en ella cercanos horizontes, todavía sombreados y humedecidos por la savia juvenil, se iluminaban con presentimientos luminosos, como la obscuridad que desgarraba entonces sus últimos jirones y los arrastraba por los vecinos picos bañados de rocío.

El espectáculo de la mágica aparición que tanto la había impresionado entonces, resucitó en su pensamiento en el mismo instante y parecióle que de nuevo lo presenciaba. Y volvió á ver cómo aquel punto rojo que aparecía de pronto como un dedo ensangrentado, trazaba en el vapor grisáceo su fulgurante surco sobre las cimas iluminadas; y nuevamente vió la luz, extendida á modo de sábana deslumbrante, que penetraba en los límites extremos adonde sus miradas se dirigían antes de que la reflexión le dijera: «¡He ahí realizado el fenómeno! ¡Ha salido el sol!»

El amor le reservaba el asombro de ver que había tomado posesión de ella con la misma instantaneidad desconcertante, aunque también esperada.

***

Acababa de extinguirse la canción en su último acorde y el muchacho cantor pedía una limosna. La joven le arrojó su ramo, y con un movimiento simultáneo depositó en la mano de su novio, que oprimía dulcemente la suya, la limosna que tenía preparada para el músico ambulante, una modesta moneda de un franco. Al hacerse cargo de su distracción, bajó confusamente la cabeza; pero su prometido la atrajo suavemente hacia sí, y en un soplo de cariño apasionado que agitó deliciosamente sus cabellos, murmuró:

«¡La conservaré toda mi vida!»

E inmediatamente bajó á buscar el ramillete y á indemnizar al cantor, á quien dió una moneda de veinte francos.

Presa de la mayor confusión al ver que ya no se pertenecía y que se había vendido antes de haberlo sospechado siquiera, la joven permaneció en el balcón, esperando todavía... ¿Acaso no nos pasamos toda la vida esperando?.. Esta es la más clara de cuantas lecciones nos enseña la experiencia. Pero la brusca interrupción de esta alegría divina, apenas entrevista, evaporada al nacer, que sólo ha probado sin tiempo para saborearla y retenerla, ha engendrado el pesar de su brevedad cruel; simultáneamente ha nacido la duda. El rayo de voluptuosidad ideal que ha brillado un fugaz instante, que procede de él y que con él ha desaparecido, ¿brillará nuevamente cuando él vuelva á subir dentro de un momento?..

¡Quién sabe! Tal vez sí; y sin embargo, nada hay menos probable. ¿Cuál de nuestras felicidades desvanecidas renace á nuestro llamamiento? ¿Cuál se ha dignado cumplir todas sus promesas? Y aun las mejores son las que pasan rozándonos, se posan en nosotros un instante, y emprenden de nuevo su vuelo; siquiera éstas, por lo mismo que no acaban, conservan su pureza.

Durante mucho tiempo, perseguirá ese incomparable esbozo de felicidad sobrehumana, con la esperanza de completarla, y cuando vea que no lo consigue, se resignará y acabará por renunciar á ello. Después, como otras muchas mujeres despechadas por no encontrar en el matrimonio lo que su imaginación se había forjado, sacará, para sus adentros, la conclusión de que la cosa no valía un franco, ni siquiera diez céntimos; pero se consolará pensando que su marido, que evidentemente debió dar al músico ambulante una generosa recompensa, habrá pagado mucho más cara que ella la demostración práctica de esta gran verdad.

G. DE PARSEVAL-DESCHENES.

(Dibujos de Ch. Billon.)


A la mañana siguiente, los tres subían al Kulm...

CUENTOS PROVINCIANOS

HISTORIA DE UNA CARTA

Conforme llegué al pueblo y se corrió la voz de que llegaba en son de triunfo, con mi flamante título de Bachiller, fué mi casa un jubileo de parabienes.

Era en julio, de noche, y nos habíamos sentado en el patio, al fresco. Mis padres, mis hermanas, mis primas, los amigos de mi pandilla – todos *los míos* – estaban allí contemplándome, llenando el aire de risas y de cuchicheos y mi corazón de contento y de gloria.

Yo refería escenas del colegio, chistosos lances estudiantiles, entre los cuales se destacaba, amable, pero severa, la figura del padre rector.

De pronto, una de las criadas, entre los revuelos del almidonado vestido y el flamear de los cabos del mantón al pecho, llegó desde el portal voceando:

– Señoritas... Por ahí viene *la forastera.*

Sin motivos, me dió un vuelco el corazón. Tenía yo entonces quince años, y mi alma, que entreabría el capullo de sus deseos, tembló de gusto, adivinando en aquella forastera tan celebrada á la niña bonita y sin rival por quien yo, en la soledad de los claustros, había suspirado tantas veces...

Corrieron mis hermanas y mis primas á asomarse, y tras ellas corrí yo, en una gustosa ansiedad. Llegamos á la puerta que ni llamados con campana: calle arriba, de bracete con una señora de luto, vi á la gallarda forastera.

Venía hacia nosotros con graciosa naturalidad, entre simpática y altiva, pisando con firmeza andaluza, garboso el talle, el mirar risueño, el aire de princesa y toda ella tan delicada y juvenil, que mis arrogancias de Bachiller se tornaron en humildades de pretendiente.

¿Quién era yo, pobre colegial *palurdo,* al lado de aquella flor de la elegancia, cuyo costoso sombrero *de Madrid* iba pregonando distinción y finura?

Frente por frente de mi casa, los *pollos* del Casino adoptaban sus más gallardas apostura, como soldados á quienes va á revistar su reina. Yo me comparé con todos y con cada uno, y sufrí lo que no es decible: el que menos, era tan rico como yo; al que más, le llegaba, en estatura, al hombro, y en estudios muy por debajo; puesto que en aquella fila de señoritos ya hombres y bien puestos, mostrábase toda una parva de estudiantes de Universidad..., y yo, pobre de mí, aún tenía mi expediente en los archivos del colegio...

Pensar todo esto fué cosa de segundos, pues la niña estaba ya á dos pasos, y no era cosa de perder el tiempo, sino de verla y examinarla á placer.

En aquel memorable instante en que la forastera enfrontó conmigo, tenía yo la vida como en suspenso. Sin habla y sin respiración, entre esperanzado y tembloroso, puse mis ojos en su cara. Y vi, y todos lo vieron y lo pregonaron después, que mirándome como si de antiguo me tratara, me saludó graciosamente por mi nombre.

Fuera de mí por aquella dicha tan de repente, apenas si entendí las mil preguntas de mis primas y de mis hermanas.

– ¿De qué la conoces?

– ¿Es de Granada, di?

– ¡Vaya con el niño! Y se hacía de nuevas...

– Y no quería asomarse... *Cuando digo que te adoro...*

A todo esto, mis padres y mis amigos habían acudido á la novedad, con lo que pasó la broma adelante y yo me vi en un grande apuro, porque buscando y rebuscando en el magín, no daba con el motivo de que la forastera me hubiera saludado por mi nombre.

¿Dónde y cuándo y cómo había yo tratado á aquella niña?

Rodeé la cara y vi que la criada nueva, cavilosa y bonita, arrugaba entre las manos su blanco delan-



UN BORRACHO, acuarela de Antonio Fabrés

tal de peto... Cuando notó mi fisgar, salió hacia el patio, llevando una regadera que relucía como la plata. Y luego, internándose por los arriates de dompedros, se puso á regar cantando:

¿Pensamiento, *ande* me *yevas*,
que no te *pueo* seguir?..
¡No me metas en honduras
de *ande* no *puea* salir! .

Las matas de dompedros revivían al chorro del agua fresca y reidora. La moza nueva, con los ayes de su doliente voz juvenil, aparecía – entre flores y á la claridad de la luna – como la visión de una princesa encantada. Y yo, con el corazón en las palabras y el alma en los ojos, lloré de ansias de amor, mientras componía un delicado madrigal...

***

Torpe anduve en lo de recordar mi amistad con la forasterita. En toda la noche ni pegué los ojos ni conseguí otra cosa que acalenturarme; y cuando ya clareaba el día, me determiné á enviarla dos letras en solicitud de una entrevista para hablarla de nuestra amistad y servirla de guía en cuanto al pueblo se refiriese.

Dados su talento y discreción, era de suponer que penetraría la idea de mi carta, la cual idea, está claro, tiraba á relaciones. Y sin pensarlo más, en uno de los más dulces prontos de mi vida, entré en el comedor, donde ya me esperaban para el almuerzo.

Consulté el caso con mis hermanas y primas, y una de éstas, que en punto á noviazgos y pretensiones era profetisa, salió con el cuento de que no hacía al caso escribirla, sino visitarla; y que, luego de tanteado el terreno y renovada la amistad, procedecería la carta amorosa.

Muy de peso era el parecer de mi prima Carmen; pero mayor fué mi impaciencia. Y así, desoyendo tan esclarecida opinión, llamé á la criada nueva, y con mucho recato, hablándola al oído y machacando bien en el recado que había de dar, puse en sus manos el sobre y mi esperanza.

Las curiosas de mi familia – y estoy por decir que mi familia de curiosas, pues mientras yo daba el recado habían ellas formado corro y alguna alargaba el cuello para enterarse – salieron con bulla á la puerta.

Querían ver por sus ojos cómo la criada entraba y salía del portal de la forastera, y tal vez estudiar mi impaciencia por mis gestos.

Calle abajo, garrida y despaciosa, como quien va de mala gana, iba la criada nueva con mi carta de amor.

Al llegar al portal, se detuvo, miró hacia nosotros, nos pareció que titubeaba y por fin la vimos entrar.

No quiero referir las bromas, pullas y redichos que llovieron sobre mi intranquilo ánimo de pretendiente. Primas y hermanas y hermanas y primas rivalizaron en crueldad. Y si la una me predecía calabazas, la otra apostaba á que la carta volvería sin abrir.

En esto salió la criada, y á buen paso, con la color encendida y la vista al suelo, vino á decirme: «Que ya le dará contestación.»

Ellas, todas á una, soltaron el trapo. La moza me miró como con pena. Y yo, mohino y sufriendo, entré en el despacho de mi padre.

***

Tres días con sus noches esperé, en una ansiedad dolorosa; pero la carta no venía. ¿Qué hacer? ¿Volver á escribir?



Retrato de Mme. S., por Antonio de la Gándara

Recurrí á mi prima Carmen, y se le antojó un desatino y una ridiculez. Mis hermanas fueron de la misma opinión y hasta comenzaron á murmurar de la buena crianza de aquella señorita *pilonga*. «¡Hase visto, no contestar á la carta de un muchacho como tú!.. ¿Qué se habrá figurado esa orgullosa?.. Pues para ser hija de un juez, gasta humos de princesa rusa. ¡Hase visto!..»

Malo es que comience la murmuración, pues como las sangrías sueltas, no tiene cura. Y mal lo hubiera pasado la forasterita si el juez, su padre – queriendo reunir en su casa á la flor del señorío y entrar en relaciones y amistad con todos, – no hubiera invitado á una reunión en la cual, según ya se corría por el pueblo, su niña iba á mostrarnos mil prodigios y habilidades en el piano y la guitarra.

Llegó la hora del convite, y yo, á la cabeza de un plantel de muchachas, algo amoscado porque ya eran públicas mi carta y pretensiones, llegué á la casa del juez.

Cambiados los saludos de rigor, la forastera, contra lo que yo esperaba, se mostró conmigo ceremoniosa en demasía. Ni siquiera me recordó lo que era del caso; el tiempo y el lugar donde nos conocimos, que yo había olvidado, y ella, según he repetido varias veces, debía de tener en la memoria, puesto que me saludó por mi nombre.

Comenzó la fiesta con gran tirantez y recelo entre ambos; en ella, sin motivo explicable; en mí, por las razones ya dichas y sobre todo por lo de no hacer mención de mi carta. Pues qué, ¿tan en poco me tenía á mí, ó tan en mucho se tenía á ella, que ni siquiera me hacía acreedor á contestarme? Tanto me picó esta idea, que me decidí á ir de frente. Y aprovechando cierta ocasión, hube de darla quejas por su silencio.

– ¡Cómo!.. Si soy yo quien está quejosa de usted.

– ¿Usted de mí?

– ¡Y tanto! Yo, el primer día en que le he visto, saludé á usted por su nombre. Lo menos que se podía esperar al día siguiente era una visita... Lo menos que á los dos días se podía esperar era una carta, excusándose...

– ¿Y no tiene usted una carta mía?

– ¿Yo?.. ¿Yo?..

***

Cuando volví á mi casa me dijeron que la criada nueva se había despedido por la tarde.

Desde entonces no la he vuelto á ver... Y desde entonces, ¡cuántas veces la he visto entre sueños – con el alma en flor y el cuerpo sano y adorable, cavilosa y bonita – aparecérseme en el patio, entre flores, á la claridad de la luna, regando los dompedros!.. Y en mis días penosos y en las horas más crueles para mi corazón, ¡cuántas veces he oído, y cuántas he de oir, aquella copla memorable:

¿Pensamiento, *ande* me *yevas*,
que no te *pueo* seguir?..
¡No me metas en honduras
de *ande* no *puea* salir!..

CRISTÓBAL DE CASTRO.

EL MONUMENTO

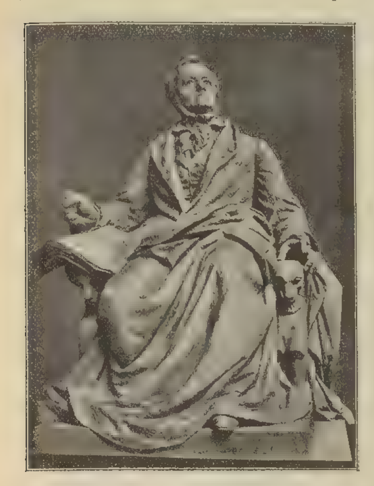
Á WAGNER

A pesar de lo pródigos que son los alemanes en monumentos á sus hombres más célebres, hasta ahora, es decir, hasta veinte años después de su muerte, no ha tenido Wagner el que le correspondía por tantos títulos. Mentira parece que Alemania, tan celosa de sus glorias, no haya consagrado antes oficialmente la fama del inmortal compositor; más todavía lo parece que la iniciativa particular, que con desinterés digno de las mayores alabanzas se propuso suplir el olvido de los poderes públicos, no sólo no se haya visto ayudada en su meritísima obra, sino que haya tenido que luchar con grandes dificultades y sufrir no pocas amarguras para llevarla á cabo.

Mucho podría decirse acerca de las causas de esta anomalía, causas tal vez dependientes de la vida misma de Wagner, de la lucha titánica que hubo de sostener contra la mentira y el falso arte, de los enemigos que se creó con sus opiniones políticas y con sus teorías musicales; pero aun siendo todo esto cierto, resulta tan mezquino al lado del genio potente del gran músico, que ni siquiera aparentemente puede justificar el incalificable desvío con que la memoria de Wagner ha sido tratada por sus compatriotas.

Ricardo Wagner se hizo sospechoso á los gobiernos de su país por la participación que tuvo en las jornadas revolucionarias de Dresde de 1849, se indispuso con las clases privilegiadas pronunciando

algún tiempo antes de aquella asonada en una reunión pública el célebre discurso en que pidió, entre otras cosas, la supresión de la nobleza, y atrajo contra él las iras de los músicos y directores de teatro cuyo mercantilismo denunciaba; de suerte que se enajenó á la vez las simpatías de los poderosos y de los que entonces dictaban, por decirlo así, la ley musical. A pesar de ello, no tardaron en agruparse en torno de Wagner algunos adeptos entusiastas de todas las naciones, fervientes propagandistas de sus teorías artísticas y de su música, y gracias á esto, á la protección del rey Luis II de Baviera y sobre todo á la fuerza del genio, que acaba por vencer en los más desiguales combates y por salvar los obstáculos al parecer más invencibles, el ilustre maestro de Bayreuth al fin se impuso y sus obras han triunfado en todas partes.



RICARDO WAGNER, estatua que corona el monumento recientemente inaugurado en Berlín, obra de Gustavo Eberlein.

Este triunfo grandioso, inmenso, no ha sido, sin embargo, bastante á apaciguar los rencores de los espíritus pequeños que por desgracia abundan, si no son mayoría, en todas partes; y de aquí la tardanza en rendir á Wagner ostentosamente el tributo de admiración á que tenía indiscutible derecho el genio creador más poderoso de la Alemania moderna.

Para la erección del monumento, debido á la munificencia de un particular, nombróse hace algún tiempo un comité del que formaban parte el príncipe Luis Fernando de Baviera; la princesa hereditaria Carlota de Sajonia-Meiningen; el príncipe Federico Enrique de Prusia; el teniente general; barón de Duicklage-Campe; el consejero real L. Leichner; el profesor Hermán Eude, presidente de la Real Academia de Bellas Artes de Berlín; el barón Gans, intendente general del teatro de Stuttgart; el chambelán de Hulsen, director general de los teatros reales de Berlín; el conde de Hochberg; el caballero Possart, intendente general de los teatros reales de Munich, y el conde de Seebach, intendente general de los teatros reales de Dresde.

El emperador Guillermo II patrocinó el Comité, decretó que el monumento se alzase en uno de los sitios más deliciosos del Thiergarten, cerca de las estatuas de Schiller y Goethe, convocó un concurso entre los escultores alemanes y se interesó tanto por el boceto premiado, obra del famoso artista berlinés Gustavo Eberlein, que hasta llegó á indicarle algunas modificaciones de bastante importancia, que el escultor aceptó.

Según parece, una de las estatuas que adornan el pedestal del monumento, la de Wolfram, es una idea personal del soberano. En el proyecto primitivo, esta cara del pedestal no contenía más que el nombre grabado de Wagner.

—«Encuentro, parece que dijo el emperador á Eberlein, que falta aquí algo; este sitio se me figura demasiado vacío, y si lo ocuparais tal vez podríais llenar una laguna de vuestra obra. Porque en este monumento, en donde están representados Wagner y su genio musical, ¿no opináis que debiera tener un puesto el *lied* alemán, nuestro hermoso *lied* popular, fuente de tantas obras maestras? Quisiera verlo al pie de esta estatua, con el laúd en la mano y el cuerpo erguido, en un impulso de entusiasmo, hacia el maestro inmortal que lo ha glorificado.»



MONUMENTO Á WAGNER. - Estatua de Wolfram

Y dícese que después de un instante de reflexión, añadió Guillermo II.

—«Evidentemente convendría escoger, entre los personajes de Wagner, el que mejor encarnase nuestra canción popular; yo quizás escogería á Wolfram de Eschenbach, el trovador del *Tannhauser*...»

Pocos días después de esta conversación el emperador enseñó á Eberlein un croquis que él mismo había dibujado y que no era sino el diseño de Wolfram que ahora se admira en el monumento. El escultor tal vez modificó este diseño para armonizarlo con el resto de la obra, pero de todos modos la idea de esta figura es de Guillermo II.

El monumento se compone de un pedestal sobre el cual se alza la estatua de Wagner, sentado en un sillón, medio envuelto el cuerpo en una capa y en actitud como sorprendida en un momento de inspiración. En las cuatro caras del pedestal se ven dos figuras sueltas y dos grupos: las primeras son las de Wolfram, con la cabeza levantada hacia el maestro, á quien parece saludar con la mano derecha, y la de Tannhauser, vestido de peregrino, empuñando el tosco cayado y desplomado en el suelo bajo la pesadumbre de la maldición que sobre él pesa; los segundos representan, el uno á Brunhilda sosteniendo en su regazo el cadáver de Siegfrido, herido por Hagen, y el otro al Nibelungo Alberico, con el oro que ha robado, y á una de las hijas del Rhin que en vano pretende con sus caricias que el raptor le devuelva su tesoro.

Con motivo de la inauguración de este monumento se han celebrado en Berlín grandes fiestas, á las que han acudido los más notables músicos y los más ilustres aficionados de todo el mundo. Las principales de ellas han sido una velada-concierto en el Reichstag, en el que tomaron parte, entre otros, Ernestina Schumann-Heink, muy popular en Alemania, y el famoso barítono Delmás de la Opera de París, y un banquete de 800 cubiertos en el Wintergarten, en el que estuvieron representados el gobierno alemán y varios gobiernos extranjeros y las más eminentes personalidades del mundo musical.



MONUMENTO Á WAGNER. - Grupo de Brunhilda y Siegfrido

Un detalle muy digno de tenerse en cuenta: Francia, la nación que más hostil se mostró á Wagner y á su obra, la que más ha tardado en abrir las puertas de sus teatros á las óperas del gran maestro, ha sido la que con mayor entusiasmo se ha asociado á las fiestas inaugurales del monumento. Saint-Saens, Reyer, Massenet, Dubois, Fauré, d'Indy, Carré, Gailhard y otras eminencias musicales y los críticos de los más importantes periódicos parisienses, han formado parte del Comité de honor; Chevillard ha dirigido una pieza musical de autor francés, y el citado Delmás y el célebre Van Dyck han cantado en los conciertos que se han celebrado. - X.



MONUMENTO Á WAGNER. - Estatua de Tannhauser



MONUMENTO Á WAGNER. - Grupo de la hija del Rhin y Alberico



UN IDEAL DE LA CIVILIZACIÓN, escultura de Gustavo Eberlein



SALAMBÓ, cuadro de E. Richter

NUESTROS GRABADOS

Fachada del establecimiento de los señores Masriera y Campins. — En el número último dimos cuenta de la inauguración del establecimiento que para exposición y venta de sus notables producciones ha montado la importante casa de fundición artística de Masriera y Campins. El grabado que adjunto publicamos reproduce la bellísima fachada del mismo, proyectada y dirigida, lo propio que el interior, por D. Víctor Masriera, que se compone principalmente de dos plafones de mosaico con aplicaciones de hierro y bronce; el de la derecha simboliza la fundición natural por medio de un volcán en erupción de cuyo cráter sale una columna de humo, entre la que aparece el escudo de la casa; el de la izquierda representa un paisaje florido, debajo del cual se ve una capa de formación más antigua en la que hay varios animales fósiles, símbolo del moldeado natural. Remata la fachada una gran tarja de bronce con inscripciones y un friso con una bandada de golondrinas. El conjunto es rico y elegante, y honra así al autor del proyecto como á los artistas Eusebio Arnau y Mario Maragliano, que han ejecutado los trabajos de escultura y mosaico respectivamente.

BARCELONA. – Fachada del establecimiento de los Sres. Masriera y Campins, recientemente inaugurada, proyectada y dirigida por D. Víctor Masriera (de fotografía de Adolfo Mas)

* * *

¡A vuestra salud!, cuadro de Casanovas. — El grotesco personaje *Falstaff* de la regocijada comedia de Shakespeare tiene algo de universal: en todas partes y en todos tiempos ha existido el tipo del viejo libertino, fanfarrón, glotón y sobre todo bebedor, que sólo acepta de la vida el lado alegre y para quien las más elevadas ideas, los más nobles sentimientos no valen lo que una botella de buen vino ó una conquista amorosa fácil. En uno de estos tipos se ha inspirado seguramente el autor del cuadro que reproducimos, y preciso es convenir en que ha sabido interpretarlo con gran acierto, puesto que todo, en la figura por él trazada, responde á la imagen con que mentalmente nos hemos representado á esta clase de hombres. Ese rostro enrojecido por el abuso de la bebida, ese cuerpo obeso, esa expresión un tanto embrutecida y socarrona son otros tantos rasgos característicos que el pintor ha trazado con un vigor y una seguridad que hacen de su lienzo una obra digna de los mayores elogios bajo todos conceptos.

* * *

Un borracho, acuarela de Antonio Fabrés. — Si comparamos esta acuarela con la inmensa mayoría de las obras del mismo autor que en La Ilustración Artística llevamos publicadas y observamos las radicales diferencias que entre una y otras existen, veremos confirmado lo que tantas veces hemos dicho al referirnos al talento y á las aptitudes artísticas del tan justa y universalmente celebrado pintor catalán. Su maestría en el género que pudiéramos llamar del detalle es bien conocida; pocos le igualan y ninguno le aventaja desde este punto de vista, con la particularidad de que en sus cuadros la perfección de lo minucioso en nada perjudica al excelente efecto del conjunto y antes bien lo avalora; pero no es en esto en lo que únicamente sobresale Fabrés, sino que cuando quiere acometer un género completamente contrario al que parece ser su predilecto, produce composiciones como esa hermosa figura del borracho, admirablemente estudiada y tratada con sobriedad y amplitud extraordinarias.

* * *

Retrato de Mme. S., por Antonio de la Gándara. — Este pintor es uno de los primeros retratistas de la alta sociedad parisiense; las damas, sobre todo, constituyen su principal clientela, y no vacilan en pagar precios exorbitantes y en esperar meses y aun años á que les llegue el turno, con tal de poseer un retrato suyo firmado por tan gran artista. Los cuadros que expone en el Salón atraen las miradas de los inteligentes, no sólo por la exactitud del parecido y por la vida y naturalidad que sus figuras respiran, sino también por la originalidad con que están presentadas, por el talento con que el pintor escoge los trajes y adornos que mejor cuadran á sus condiciones físicas, las rodea de los accesorios que más armonizan con ellas y las hace destacar sobre el fondo que pueda darles mayor realce. Véase, en prueba de lo que decimos, el retrato de Mme. S. que publicamos en la página 670 del presente número y que figuró en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia: todo en él resulta al par que artístico elegante; todo revela el gusto más exquisito, todo está concienzuda y hábilmente combinado para que, sin distraer la atención del objetivo principal de la pintura, aumente el efecto que ésta produzca en cuantos la contemplen.

* * *

Un ideal de la civilización, escultura de Gustavo Eberlein. — El arte ha rendido siempre culto á los más altos ideales: los pensamientos más hermosos, las más generosas aspiraciones, han sido por él acogidos aun antes de que cristalizaran en la mente de los pueblos, y no pocas veces, anticipándose á los deseos, apenas germinados, de éstos, lanza una idea que quizás reputada al principio como quimérica, va abriéndose paso poco á poco y acaba por imponerse. Para ello es preciso, sin embargo, escoger el momento oportuno, conocer muy á fondo la psicología de las sociedades, para que la idea, aunque recibida con sorpresa y hasta con asombro, no resulte repulsiva por las circunstancias de tiempo y de lugar en que ha sido lanzada. Inspíranos estas consideraciones el bellísimo grupo escultórico de Gustavo Eberlein, cuya significación explica perfectamente la leyenda puesta al pie del mismo: «Un ideal de la civilización. Alemania invita á Francia á que unida con ella avance para la consecución de los altos fines de la Humanidad.» El artista ha dado forma á un pensamiento elevado y lo ha hecho en ocasión oportuna, cuando los odios y rencores despertados por la guerra de 1870 se van aplacando, y cuando se inician en ambos países tendencias de aproximación que, debidamente estimuladas, podrían cambiar por completo el modo de ser de las naciones europeas; por esto su obra, tan grande artísticamente considerada, lo es más aún desde el punto de vista social y humano.

* * *

Salambó, cuadro de E. Richter. — El notable pintor parisiense Richter, enamorado del personaje tan maravillosamente pintado por Gustavo Flaubert, nos presenta en su cuadro á la hija de Amílcar, en el momento en que ataviada con sus mejores galas y radiante de belleza, se dispone á partir hacia el campamento de los sitiadores de Cartago para recobrar el *zaimph*, el velo misterioso, paladión de la ciudad, que el libio Matho ha robado del templo en que se guardaba, penetrando sigilosamente una noche en la plaza sitiada. La sacerdotisa de Tanit, á quien el gran sacerdote ha ordenado que obtenga el sagrado objeto, sea lo que fuere lo que de ella exija su poseedor, se abandona á éste y regresa á Cartago con el precioso velo. Richter ha interpretado magistralmente la figura de Salambó tal como en la novela aparece, acertando no sólo en la parte de indumentaria sino en la psicológica, ya que en la expresión de su rostro y en la dignidad de su actitud se refleja claramente el convencimiento de la virgen de la importancia de la misión que le ha sido confiada y de lo terrible de la prueba á que ha de someterse para cumplirla.

* * *

La familia del gondolero, cuadro de Alejandro Milesi. — Entre los pintores italianos que más predilección han mostrado siempre por Venecia y que con más éxito han reproducido en sus más variados aspectos el modo de ser de la poética ciudad de las lagunas, figura el autor de este cuadro; conocedor como pocos de los asuntos que especialmente cultiva y encariñado con ellos, Milesi nos ofrece en sus lienzos una imagen exacta de los tipos y costumbres de aquella población, tomándolos de la realidad misma, sin intervención alguna de la fantasía, pues entiende, y con razón, que la poesía de Venecia se impone tal como es, sin necesidad de extraños adornos que más que favorecerla la alteran y perjudican.

* * *

El pastor muerto, cuadro de Jorge Hahn. — Hay cuadros que más que por el examen crítico han de ser juzgados por la impresión que producen. El lienzo de Hahn es uno de ellos, lo cual no quiere decir que desde el punto de vista técnico no abunde en bellezas de concepto y de ejecución; pero lo que en él más nos agrada es el sentimiento, esa emoción triste que sentimos al contemplar el inanimado cuerpo del pastor en torno del cual se agrupa el rebaño, en medio del paisaje solitario y obscuro que contribuye al efecto melancólico de la composición.

MISCELÁNEA

Teatros. — *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *L'homme du jour*, comedia en tres actos de P. Morgand y C. Roland, y *Cartes postales*, comedia en un acto de L. Baulard; y en la Comedia Francesa *Jean-Marie*, comedia en un acto de Andrés Theuriet.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La tertulia de cal apotecari*, traducción de *La rebotica*, de D. Vital Aza, hecha por D. Fernando Serrat y Weyler; y en el Eldorado *La rifa del beso*, tradición andaluza en un acto y tres cuadros de D. Salvador María Granés y D. José García Pulido, música del maestro López del Toro.

Necrología. — Han fallecido:

Luis Arsenio Delaunay, notable actor de la Comedia Francesa.

Antonio Ruckauf, compositor austriaco.

Pablo Joseph Gabriel, notable paisista holandés.

Hermán Zumpe, célebre director de orquesta alemán, autor de varias óperas, operetas y piezas sinfónicas y uno de los maestros que mejor han interpretado las obras de Beethoven y Wagner.

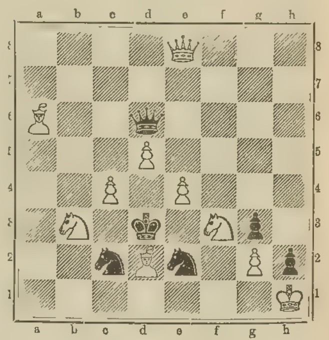
Federico Kaulbach, notable pintor retratista alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Hannóver, miembro de la Asociación de Bellas Artes de Berlín.

Teodoro Kirchner, compositor alemán, profesor del Conservatorio de Dresde.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 340, POR E. FERBER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 339, POR G. CHOCHOLOUS.

Blancas.	Negras.
1. D c5 – f2	1. A f7 – g8
2. D f2 – g1	2. b3 – b2 ú otra.
3. D g1 × g8 ó b1 mate.	

VARIANTES.

1...... A f7 – e6; 2. D f2 – f6, etc.
1...... A f7 – d5; 2. D f2 – d4, etc.
1...... A f7 – c4; 2. D f2 – d4, etc.
1...... C a7 juega; 2. D f2 – f1, etc.
1.... c4 – c3; 2. D f2 – f1, etc.
1. ... R a2 – b2; 2. D f2 – e1, f1 ó g1, etc.



La joven, muy turbada, salió al encuentro de Cristina

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las horas, ayer todavía largas y tristes, eran ahora rápidas, y las veladas resultaban íntimas, cordiales y risueñas.

Noel, pues, se armó de valor para no privar á su madre del consuelo de aquel rayo de alegría.

* * *

Aquella noche estaban hablando del que Andrea no conocía, de Mauricio, que estaba empleado en una casa de banca de Niza y que no podía, el pobre, abrazar á su madre y á su hermano Noel más que muy raras veces.

– Eso le hace sufrir, decía la viuda, porque nos quiere tanto... Es un muchacho encantador mi Mauricio. Hoy cumple veinticuatro años y ya ha prestado el servicio militar, del que volvió hecho todo un sargento de cazadores alpinos.

Y al ver que Andrea sonreía viéndola tan entusiasta, añadió:

– Sí, es un buen mozo, mi Mauricio; pero espere usted... Va usted á conocerle... Noel, ¿dónde está el álbum?

– Ahí, mamá.

El joven se levantó de su butaca, y con esa seguridad singular que tienen á veces los ciegos, fué derecho á coger de un pequeño estante lo que le pedía su madre, la cual dijo al verle venir con el pesado volumen en la mano:

– Anda, enseña tú mismo el álbum á Andrea, puesto que conoces sólo con tocarlas las fotografías que contiene.

– Con mucho gusto.

Noel puso el álbum en la mesa, á fin de que la lámpara colgante proyectase mejor su luz – para los que veían – en las fotografías.

– Aquí tiene usted á mi padre y á mi madre.

– ¡Oh! ¡Cómo se parece usted á su padre, Noel!

– Es verdad... Y, va usted á verlo, Mauricio se parece á mamá.

El joven volvió la hoja.

– ¡Oh!..

Andrea no pudo menos de lanzar esa exclamación.

– ¿Qué?

Pero la joven tuvo la serenidad de responder en seguida:

– ¿Es éste su hermano de usted?

– Sí, el que está á mi lado.

– ¡Qué parecido con su madre! Estoy estupefacta.

– La cosa, sin embargo, no tiene nada de asombroso, dijo Noel riéndose.

Así era, en efecto; pero lo que había arrancado á Andrea aquel grito era la vista repentina de otro grupo de retratos colocados después de las fotografías de los dos hermanos.

¡Era su padre!, y después su abuelo, el presidente Reversay, con su toga y su cruz de la Legión de Honor... Andrea dijo, esforzándose por dominar el temblor de su voz:

– ¡Un magistrado!

– Es nuestro tío Reversay, presidente de la Audiencia de Grenoble. A su lado está su hijo, primo nuestro.

– ¡Ah!..

– También era magistrado, pero dejó la carrera cuando heredó á nuestra prima Hortensia de la Croix d'Arbel...

El joven volvió la hoja.

– Aquí la tiene usted...

Y al ver que Andrea no respondía, Noel continuó:

– No nos tratamos con estos parientes Reversay. Mamá no quedó muy satisfecha de su primo cuando se casó con mi padre..., y yo le guardo un rencor que nunca olvidaré probablemente.

El joven dijo esto con acento duro y colérico, pero se dominó pronto.

– Después de todo, dijo sonriendo, como ese señor no se habría seguramente tratado con nosotros después de nuestra ruina, más vale que nuestras relaciones de familia hayan estado rotas de antemano.

Y siguió volviendo las hojas del álbum:

– Estos que vienen son amigos... de otros tiempos... También ellos han obedecido á la ley de indiferencia y de egoísmo, y no han vuelto á dar señales de vida...

Andrea no respondió y esta vez no hizo exclamación alguna, pero se oprimió el pecho con la mano, como si temiera que el corazón se le saltase, y abrió ávidamente los ojos. ¡La fotografía que tenía delante era la de Julián de Pontarede!

Sí, debía haberlo previsto... El mismo Julián le contó su amistad al referirle la mala suerte de los Beraud.

Pero la joven no pensaba en aquello y el golpe fué rudo...

Volvía á ver á aquel en quien no quería pensar más...

A aquel, sin embargo, para quien había guardado lo mejor de su alma y el más querido de sus recuerdos...

Y le volvía á ver sonriente, tal como le había dejado y como ella le amaba.

Acaso la joven hubiera sido incapaz de decir una palabra que no fuese ahogada por un gemido, cuando Noel, que no sospechaba aquella batalla al lado suyo, prosiguió diciendo:

– Hago mal al decir que todos han obedecido á la ley habitual. Hay un amigo que no me ha olvidado por completo... Mírele usted..., éste, en lo alto de esta página... El que tiene un fino bigote y una linda sonrisa..., que recuerdo muy bien.

– ¿Pues y yo?, pensó dolorosamente Andrea.

Noel continuó con su voz un poco cansada:

– Eramos muy amigos. El estudiaba Derecho y

yo estaba en la escuela de Bellas Artes. Por las noches se nos veía siempre juntos... Sí, era un buen amigo Julián de Pontarede, un delfinés... ¿Conoce usted ese nombre, Andrea?

– No...

– Una familia de la antigua nobleza..., lo que, después de todo, me tenía sin cuidado. Yo soy plebeyo por mi sangre, por mi corazón y por mi rencor.

– ¡Noel!.., dijo dulcemente la viuda de Beraud.

– Sí, mamá, por el rencor. Mi padre era plebeyo, y á causa de esto te hicieron sufrir tus parientes. No perdono á la casta que te ha dado disgustos, y la perdono menos porque era la tuya.

El joven se interrumpió como avergonzado por haber hecho ver sus rencores y dijo sonriendo:

– Pero tampoco mi amigo Julián se preguntaba al darme la mano si corría por la mía una sangre azul pura y sin mezcla.

– De modo que con ése, dijo Andrea obedeciendo á la necesidad de decir algo, está usted en buenas relaciones...

– Sí. Al principio me olvidó como todos los demás, pero después ha sido desgraciado y se ha acordado de su amigo Noel... ¿Verdad, mamá?

Pero la viuda acababa de salir del comedor sin que su hijo lo advirtiese.

– Su mamá de usted no está aquí. Cristina ha venido á llamarla hace un momento.

– Para algún consejo de cocina, seguramente. ¡Pobre mamá! ¡Cómo lloraba al leerme la carta de Julián!..

– ¿Sí?

– Es que la carta era triste... Todo el mundo tiene penas... Julián amaba á una joven y se creía amado por ella, no sin fundamento... Ya ha visto usted su retrato. Julián es de aquellos á quienes se puede amar. Sus ojos no están apagados... y pueden servir para proteger, para defender á la que...

– Noel, dijo la joven tímidamente, el otro día le debí á usted la vida...

El joven se encogió de hombros.

– Sí, me pusieron unos remos en las manos y yo empleé toda mi fuerza con la tenacidad de una máquina... Hay también caballos ciegos que dan vueltas á la noria para regar el jardín y no pueden volver á la cuadra sin que los conduzcan... Pero realmente, ¿de qué le ha servido á Julián el ser de los que pueden ser amados? La joven á quien adoraba y que había prometido ser su mujer...

– ¿Le ha dicho á usted su nombre?

– No; ¿para qué? Cuando Julián se acordó de mí, su prometida acababa de marcharse repentinamente y le había devuelto su palabra no sé con qué pretexto, ó sin ninguno, dejándole en la mayor desolación...

– Y entonces, dijo Andrea dominada por un irresistible deseo de saber, fué cuando su amigo de usted le contó...

– Sí, su desolación, su cólera, su humillación, después de aquel injusto é indigno proceder...

Andrea guardó silencio. Pudo muy bien tomar la defensa de aquella joven y decir que acaso había obedecido á razones imperiosas que no pudiera confiar ni dejar sospechar á nadie... Pero esto era lo mismo que confesar que conocía á aquella joven.

Noel prosiguió:

– Julián, por otra parte, no se ha entregado á la desesperación.. Parece que hay personas que se repliegan en su pena y van á esconderse en un rincón como fieras heridas. Esos son quizás los más amantes y los más desesperados... Pero son también acaso cobardes, y Julián no ha querido parecerse á ellos... Porque mi amigo ha tenido una reacción de cólera, de resentimiento, de amor propio ultrajado, aunque eso no le devuelva la felicidad perdida.

– Pero, balbuceó Andrea, ¿qué ha hecho?

– ¿Le interesa á usted mi amigo Julián?

A Dios gracias, Noel no podía ver y la viuda de Beraud no estaba presente, y si Andrea palidecía y retorcía convulsivamente sus manos, el joven no lo sospechaba.

La hija de Reversay respondió en voz baja:

– Sí, puesto que dice usted que es desgraciado.

– Y le tiene usted lástima... ¡Ah! ¡Cómo tendrá usted que prodigar su compasión si quiere dar un poco, sólo un poco, á todos los que sufren y se desesperan!..

– ¿Por qué dice usted eso?

– ¿Por qué?..

Hubo un momento de silencio.

– Es verdad... ¿Por qué?.. ¿Lo sé yo mismo? Lo único que sé, y usted también, Andrea, es que no puedo ver las cosas de un modo halagüeño, puesto que no las veo... Y hay que perdonarme, como se perdona á un enfermo, mis tristezas y mis negros humores...

– Pero, Noel, ¿cree usted que he pensado siquiera?..

– ¿En reprochármelos?.. Soy yo mismo quien se los reprocha y quien suplica á usted que no olvide mi infinito agradecimiento por haber venido á traernos, á mi madre y á mí, un rayo de dicha que ha brillado hasta en mi noche...

– ¡Noel!..

Pero el joven, asustado también por el sesgo que tomaba aquella conversación, la cortó bruscamente diciendo:

– Puesto que le interesa la historia de mi amigo Julián, mire usted.

Se levantó y fué á una mesa en la que guardaba sus objetos familiares.

– Tome usted, dijo, la carta de mi amigo, que recibí hace dos días. ¿Quiere usted leerla?

– Pero...

– Puede usted hacerlo y yo celebraré el oirla otra vez. Mamá me la leyó muy rápidamente y yo no puedo hacerlo por mí mismo.

Y el ciego añadió casi tímidamente:

– Me había usted dicho que sería mis ojos.

Andrea cedió á aquella súplica y á su irresistible y ardiente deseo.

– Démela usted.

«Mi querido Noel; ya te he escrito mi pena y te juro que no la merecía. Con toda sinceridad y lealmente, me dirigí á una joven á la que creía leal y contenta de unir su suerte á la mía. La hubiera hecho dichosa, te lo juro, y no me creerás si te digo que la lloré á lágrima viva y con hondos sollozos. Así es la verdad, sin embargo...»

Noel observó que á Andrea le faltaba la voz y dijo:

– ¿No es verdad que se ve que habla sinceramente?.. También mi madre se conmovió leyendo esa queja de un hombre bueno y dolorido. Pero siga usted, Andrea... Julián se ha sobrepuesto á su pena.

La joven continuó ávidamente:

«Pero si los niños lloran, los hombres se defienden. Tengo veintiséis años y no he querido renunciar á lo que puedo esperar de la vida. El amor ha muerto..., viva la razón..., viva mi cólera, que, esta vez, ha sido una consejera enérgica y prudente.

»He dejado el Delfinado, que no tenía para mí más que malos recuerdos y en el que no encontraba más que una imagen que he borrado de mi mente. Me he ido á Niza...»

– ¡A Niza!, repitió la joven con estupor.

– De allí me escribe. ¿No lo había usted reparado?

– No...

Y la joven continuó, haciendo esfuerzos desesperados para que su emoción no se tradujese en la voz:

«En Niza, adonde fuí acompañado de mi padre, he sido presentado á una familia un poco emparentada con la nuestra y en la que he visto una joven... Sí, querido Noel, muy linda también, muy rubia y muy metida en el gran mundo, pero muy inteligente y muy ambiciosa para ella y para el que sea su marido. Y si no he vuelto á encontrar el amor – eso no se siente todos los días – he encontrado la simpatía, gracias á la cual se pueden fundar las más largas y sólidas asociaciones..., y me caso, me caso á pesar de todo, querido Noel.

»Mi boda, pues, no ha hecho más que retardarse unos meses y será brillante, por lo que me apresuro á anunciarte que no merezco ya compasión, sino felicitaciones... En cuanto á ti...»

Noel interrumpió á su lectora diciendo:

– El resto no es ya interesante. No contiene más que las vulgaridades tradicionales que todo el mundo se cree obligado á repetirme... Siempre la misma fórmula: «Espero que encontrarás pronto el médico y el remedio que hagan desaparecer tu mal...»

Noel se encogió de hombros.

– El médico.. me engañaría como los demás... y el remedio no existe... Pero, en fin, prosiguió con amargura, estoy agradecido á Julián y á todos los otros, pues ellos no tienen la culpa de mi escepticismo.

– Sin embargo, dijo Andrea muy contenta de encontrar un pretexto para no hablar más de la carta de Julián, no lo ha intentado usted todo..., todo... Y aun siendo así, los médicos pueden encontrar todos los días un nuevo medio de curación.

– ¡Oh!.. ¿Usted también?..

Y añadió, frunciendo las cejas sobre aquellos ojos negros que no tenían más que la belleza de las cosas muertas:

– Lo he probado todo... No hay esperanza... Nunca veré su cara de usted, Andrea, nunca... Y esa será una de mis mayores penas.

El joven oyó ruido y dijo:

– ¿Eres tú, mamá?

– Sí, hijo mío. He dejado á ustedes charlar, porque tenía que hacer con Cristina.

– ¿Y se han acabado esos quehaceres?

– Sí... Se trataba del almuerzo de mañana. Ya ves que era importante.

– ¡Pobre madre!, murmuró Noel con repentino enternecimiento.

Y añadió dirigiéndose á Andrea:

– ¿Por qué no se va usted á la cama? Estoy seguro de que lo está usted deseando.

– Sí, me caigo de sueño.

– Lo he comprendido, porque no hablaba usted. Los lindos fuegos artificiales de su alegría se estaban apagando.

Y, como todas las noches, se despidieron. La madre y el hijo subieron á sus cuartos del piso superior y Andrea se retiró á su habitación de la planta baja, donde pasó una noche larga, agitada y cruel.

Sin embargo, el agudo dolor que experimentaba era como una herida definitiva, como el sufrimiento durante una operación quirúrgica después de la cual debe venir la curación.

Sí, en aquel momento sentía por primera vez que todo había terminado entre ella y el hombre que había sido su prometido.

Y después de todo, ¿qué le importaba? No podía pensar que Julián iba á pasar su existencia llorándola. Había pedido otra cosa á la vida y estaba en su derecho.

Era, pues, un asunto acabado, liquidado definitivamente.

Y Andrea no tenía más que seguir su camino como él. Pero ¿en qué dirección?.. ¿Para qué?

¡Ah! Cada día lleva consigo su misión. Estaba ya dentro de la plaza como una huéspeda de azar, y proporcionaba así un poco de bienestar á los que su padre había despojado. Cuando llegase el momento oportuno, Dios le inspiraría lo que debía hacer.

. . . .

Y ese momento había de llegar mucho antes de lo que esperaba.

XI

Un empleado del telégrafo llegó con un telegrama en la mano.

– La señorita Andrea Rival, en la Casa Blanca, ¿es aquí?

Cristina, con esa vaga impresión de inquietud que se experimenta cuando aparece ese enigmático papel azul, respondió:

– Sí, aquí es, pero la señorita Andrea no está en casa.

– Bueno. Usted le dará esto en cuanto vuelva.

Cristina fué en seguida á llevar el telegrama á su señora.

– Puede que sea urgente, y si supiera dónde encontrar á la señorita. .

– Sí, más vale... Ha ido con mi hijo hacia la bahía de los Coraleros.

– Entonces voy corriendo. Pronto los encontraré.

Y se echó á correr en su busca.

En la orilla de aquella pequeña ensenada circular donde se encuentran, después de las tempestades, fragmentos de coral arrancados por las olas á las rocas profundas que avanzan mar adentro, Andrea estaba, en efecto, divirtiéndose como una niña en aquella tradicional recolección.

Su traje azul marino imprimía una mancha armoniosa y vibrante sobre el azul un poco verdoso de las olas y el azul claro del cielo. Pero no se veía á nadie más que á ella.

Noel estaba, sin duda, más lejos.

Cristina llegó gritando desde lejos:

– ¡Señorita Andrea!.. ¡Es para usted!..

Y Andrea, al ver el papel azul que la muchacha agitaba en la mano, tuvo también un penoso presentimiento.

– ¡Un telegrama! No podía ser más que del señor Pascalón, único que conocía sus señas y sabía su supuesto nombre.

El notario había ya escrito á la joven varias veces.

Porque hacía tres meses que Andrea estaba en Agay, y en ese tiempo el notario había regularizado la situación de su cliente y puéstola al corriente de sus relaciones correctas, ya que no amistosas, con el Sr. Reversay. Pascalón había también preparado á la joven á recibir una noticia que pronto, sin duda, se vería obligado á darle.

La última frase de Reversay á su hija, su última amenaza, no había sido dicha á la ligera.

Olvidando todo lo que no fuera su deseo apasionado, aquel semiviejo se estaba ocupando resuelta y locamente en reemplazar en su casa vacía á la hija desterrada con otra mujer que se disponía á entrar en ella como en país conquistado.

La condesa Nadia Fodor había aprovechado con maravillosa habilidad el incidente que Reversay le pintó como un incomprensible capricho de su hija.

Pero la actitud de la joven no tenía nada de incomprensible para la condesa. Sus relaciones con el padre, que ella misma trataba de hacer escandalosas; su permanencia, más chocante todavía, en un hotel de Grenoble; sus escapatorias á Biviers, para saber noticias de su amigo, detalles que la hija de éste no podía ignorar, explicaban ciertas discusiones y ciertas querellas que Reversay no quería ó no se atrevía á revelar.

Cuando su viejo adorador le contó todo aquello, la condesa vió en él reticencias llenas de embarazo, y casi por compasión no quiso pedirle más amplias explicaciones.

¿Qué le importaban, por otra parte, todos aquellos detalles?

Lo esencial para ella era que la hija hubiera abandonado la plaza dejando las puertas abiertas, puesto que por aquella brecha podía entrar en el castillo de Biviers.

Pero Pascalón no podía seguir escena por escena la comedia que se estaba representando alrededor de Reversay.

Todo aquello sucedía en una especie de penumbra en la que el notario no veía claro, ni podía saber más que los cuentos y chismes de la vida de provincia, en los que era difícil distinguir lo verdadero de lo falso. El anciano, pues, no hacía más que compadecer á la joven Andrea, víctima de la que él, sin vacilar, calificaba de «intrigante.»

Sí, Pascalón la compadecía sinceramente y casi lo mismo que á ella compadecía á la segunda víctima, el padre, aquel viejo loco que se metía en una aventura ridícula en compañía de una farsante que sólo aspiraba á coger su dinero y sobre la cual corrían rumores... que hacían temer que la aventura fuese más peligrosa que ridícula.

¿Pero cómo podía tener á Andrea al corriente de unos hechos que él mismo ignoraba?

Así, pues, se había contentado con decir á la joven: «Su padre de usted, según se cuenta, proyecta su matrimonio con una persona de la que hemos tenido ocasión de hablar. Espero que esto no será más que un rumor falso, hijo de la intimidad creciente del Sr. Reversay con la condesa de Fodor. De todos modos, tendré á usted al corriente de un suceso que, desgraciadamente, nadie puede impedir, pero que no puedo todavía creer.»

¿Sería esto lo que el notario le anunciaba por telegrama?.. No..., hubiera escrito.

La joven, muy turbada, salió al encuentro de Cristina y dijo:

– Déme usted...

Cuando abrió el parte, exclamó:

– ¡Ah! ¡Dios mío!

– ¿Es alguna desgracia?, dijo la muchacha. La señora está ya tan inquieta...

– No.. No lo sé todavía.. Pero es una llamada urgente.. ¿A qué hora hay tren para Marsella?

– A las cuatro y media.

– Tengo tiempo, entonces. Voy á volver á casa con el señorito Noel, que está en la otra cala. Adelántese usted para tranquilizar á la señora.

Y mientras la criada se volvía por la playa, Andrea fué á una estrecha fragosidad de la costa, donde sabía que estaba Noel ocupado en coger ramas floridas de esas sensitivas que un viejo maniático, ya muerto, plantó allí al abrigo de los vientos y de los golpes de mar, para perpetuar en la costa el recuerdo de aquel «Augusto» que vivía solitario huyendo de los hombres, y sobre todo, de las mujeres que le habían hecho sufrir mucho.

Noel estaba allí, en efecto, pero no había oído nada, pues estaba más separado de Andrea por aquellas rocas que por muchos kilómetros de costa descubierta. Cuando crujió la arena bajo los pies de la joven, dijo el ciego levantando la cabeza:

– ¿Es usted, Andrea? ¿Ha hecho usted ya su provisión de coral?

– Sí... y además tengo que volver á casa...

El joven sintió una impresión de ansiedad solamente al oirla hablar así.

– ¿Qué hay?.. ¿Qué sucede?.. Se nota inquietud en su voz de usted.

– No es nada importante; Cristina acaba de traerme un telegrama...

– ¡Ah! Va usted á marcharse...

– No... A ausentarme solamente.

Y viendo que á cada palabra se alteraba más la cara de Noel, añadió prontamente:

– Me ausentaré por algún tiempo, pero volveré seguramente y lo más pronto que pueda.

– ¡Que volverá usted!.. Se dice eso, acaso sinceramente, pero después pasan los días, los sucesos se precipitan... y no se tiene ya tiempo para pensar siquiera en una casita en la que uno no ha dejado nada de sí mismo y cuyo recuerdo se borra fácilmente...

Andrea no le dejó acabar.

– Hace usted mal en hablar así, pues tendré verdadera prisa por volver á esta casa, en la que dejo amigos queridos, si encuentro en ella vacío mi sitio...

– No, su sitio de usted no será ocupado por nadie, pues nadie puede llenar el vacío que usted deja... Pero ¿por qué se marcha usted?

– Apenas lo sé yo misma. Mi notario, mi consejero, mi tutor, pudiera decir, si estuviera todavía bajo tutela, me telegrafía esto: «Un suceso reciente y grave exige su presencia inmediata en Grenoble. Póngase en camino y venga á verme ante todo.» Ya puede usted adivinar lo demás. Ya le he dicho que tengo la desgracia de no estar en buen acuerdo con mi padre. Se trata ciertamente de él y de su nueva familia, porque mi notario, el Sr. Pascalón, me había ya preparado para este telegrama en su última carta.

– ¿La carta certificada que recibió usted el otro día?

– Sí, dijo Andrea sonriendo débilmente, porque el Sr. Pascalón es también quien me envía mi modesta renta.

– ¿De modo que se va usted?

– Esta tarde.

– ¡Oh!.. ¡Tan pronto!

– Sí... Hubiera debido ganar tiempo y marcharme antes; pero saliendo á las cuatro y media, puedo coger en Valence el tren del Delfinado y llegar á Grenoble mañana por la mañana.

– ¿Y cuánto tiempo durará su ausencia?

– No lo sé.

– ¿Lo ve usted?

– Pero añado seriamente que haré lo posible y lo imposible para no estar ausente más de un mes. Por consiguiente, Noel, dentro de un mes me volverá usted á ver...

Y la joven se corrigió diciendo:

– Dentro de un mes volveré á Agay.

– No, exclamó Noel bruscamente, no se corrija usted Si vuelve usted dentro de un mes, Andrea; si me da usted..., si nos da ese inmenso placer...

– Se lo he prometido á usted.

– Pues bien, entonces, la volveré á ver.

La joven creyó que Noel se refería á su tacto de ciego, que algunas veces constituía una segunda vista misteriosamente perspicaz.

– Entonces, dijo sonriendo, me volverá usted á ver, seguramente.

– ¡Seguramente!, repitió Noel con una entonación extraña.

(Continuará.)

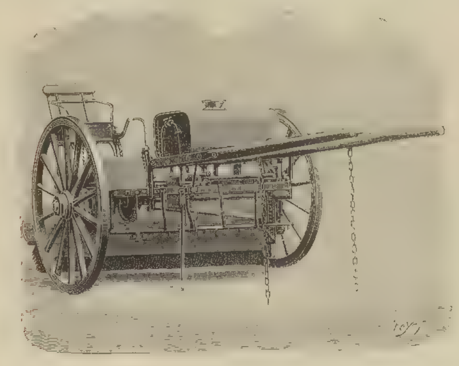


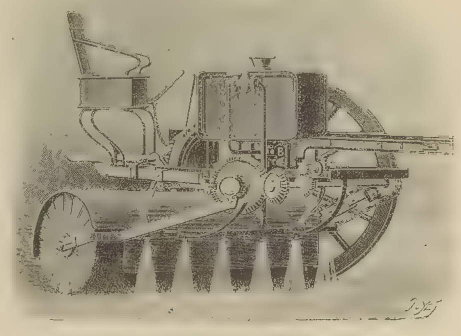
«Gracias, y «hasta la vista,» Andrea

MÁQUINA BARREDORA, REGADORA

Y RECOGEDORA DE DUREY-SOHY

En las hermosas mañanas estivales, calurosas, secas, bañadas de sol, cuando las grandes ciudades hacen, por decirlo así, su *toilette*, los grandes cepillos mecánicos del servicio de vialidad levantan inmensas nubes de polvo. Este polvo, abundantemente provisto de microbios y de gérmenes, como puede suponerse, penetra en las casas, ensucia los aparadores de las tiendas y, lo que es más grave, se introduce en las vías respiratorias de los transeuntes. Sería menester hacer en grande escala, en las calles y bulevares, lo que Enrique de Parville ha aconsejado siempre á las buenas amas de casa para el cuidado de sus habitaciones, es decir, quitar el polvo humedeciendo, ya que el plumero y los sacudidores, en sus diversas formas, son más peligrosos que útiles.


Fig. 1. – Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy


Fig. 2. – Vista lateral de la máquina Durey-Sohy

Por otra parte, todos los recientes congresos de higiene preconizan el riego previo de las vías que han de barrerse, á fin de aglomerar el polvo y de impedir que se levante; pero el riego previo produce barro, y entonces se cae en otro inconveniente. La verdadera fórmula es el riego durante el barrido, y como corolario, la operación de recoger las materias mojadas. La máquina, por consiguiente, ha de ser barredora, regadora y recogedora.

Se han combinado diversos tipos, especialmente en los Estados Unidos y más recientemente en la exposición de Düsseldorf; pero la mayoría de ellos exigen esfuerzos mecánicos demasiado considerables ó bien exageran la mojadura del suelo. Sin entrar en la historia de estos aparatos, describiremos la última forma que á esta clase de máquinas ha dado el constructor parisiense Durey-Sohy, y que ha sido últimamente ensayada en París con éxito satisfactorio, bajo la dirección de M. Boreux, inspector general de puentes y calzadas. La máquina Durey-Sohy resuelve el problema de humedecer en vez de mojar, es decir, de practicar el riego por medio del agua reducida al estado de división finísima, de pulverización. Alrededor de las escobas giratorias, la atmósfera se impregna de una especie de niebla que engloba y arrastra, al caer sus vesículas en el suelo, los corpúsculos, gérmenes y microbios que tienden á elevarse y que al ser humedecidos no pueden dispersarse en la corriente de aire, á pesar de la cantidad relativamente pequeña de agua que se emplea.

El órgano esencial de la máquina, desde el punto de vista de la limpieza, es una escoba-cilindro, compuesta de una montura de madera, con ejes de hierro en los extremos y provista de fibras que le dan la forma de cepillo cilíndrico. Durante la operación del barrido, este cepillo se apoya en el suelo y está animado, alrededor de su eje, de un movimiento de rotación inverso al de las ruedas que hacen andar la máquina; además, está inclinado con relación al eje longitudinal de la máquina á fin de arrojar las barreduras á un lado. Un mecanismo de interrupción permite dar ó retirar instantáneamente á la escoba su movimiento de rotación; otro mecanismo produce la elevación de la escoba, á fin de que no se gaste cuando no ha de trabajar. El conductor dirige estas dos maniobras por medio de dos palancas colocadas al alcance de su mano y puede, por consiguiente, determinar la presión de la escoba en el suelo mediante un contrapeso movible.

La barredora-regadora es arrastrada actualmente por un caballo. El movimiento de rotación de la escoba lo comunica el eje que gira en soportes fijados en un marco de hierro forjado que forma bastidor para recibir todos los órganos mecánicos. Dos piezas colocadas cerca de las ruedas ponen en comunicación la rotación del eje, pero sólo para la marcha hacia adelante, de modo que la máquina puede virar sin esfuerzos en las vueltas, pudiendo de este modo cada rueda describir el camino especial suyo y realizándose el arrastre del eje, durante la vuelta, por la rueda de virada extrema. Mediante un par de engranajes cónicos situados á la derecha, el movimiento se transmite á un árbol intermediario paralelo á la escoba, y desde este árbol es transmitido á la escoba misma por una cadena sin fin que pasa sobre dos ruedas dentadas.

El mecanismo del riego ó, mejor dicho, de humedecimiento, está muy bien estudiado. Consiste en una batería provista de orificios pulverizadora (L, fig. 2) fijada delante de la escoba y paralelamente á ésta; desde esta batería se proyecta el agua en el suelo como una especie de bruma. El agua procede de un pequeño depósito A, colocado á la izquierda del conductor; una bomba de pistón B toma el líquido y lo empuja á la batería de riego con la presión necesaria para la pulverización. La bomba es movida también, mediante un par de engranajes, por el árbol intermediario de la máquina, es decir, por el eje, como la escoba. Cuando sobreviene una lluvia que hace inútil el riego, el conductor interrumpe el funcionamiento de la bomba, por medio de los mecanismos M y N. Además, gracias á una espita de tres vías F colocada al alcance de su mano, puede el conductor impeler el agua hacia el depósito, en vez de impelerla hacia la batería, suprimiendo de este modo el riego sin quitar el movimiento á la bomba.

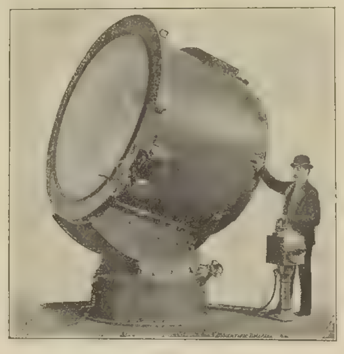
Para terminar esta breve descripción señalaremos el hecho interesante y nuevo de que M. Durey-Sohy ha conseguido hacer solidarios y maniobrables con un esfuerzo mínimo, por medio de una sola palanca, los movimientos de funcionamiento independiente y de levantamiento de la escoba, de modo que ésta está siempre interceptada cuando se halla levantada y siempre independiente del movimiento de la máquina cuando se halla tocando al suelo, con lo cual se evita el desgaste de esta pieza algo costosa.

Finalmente, las barredoras del antiguo modelo Sohy pueden ser transformadas fácilmente y sin grandes gastos en barredoras-regadoras, que constituyen una excelente máquina de guerra pacífica conquistada por el progreso para la lucha contra el polvo urbano, y son no sólo un vehículo mecánico bien estudiado, sino además un auxiliar útil de la higiene pública. – Max de Nansouty.

PROYECTOR ELÉCTRICO

DEL FARO DE HELGOLAND

Bien merece el calificativo de gigantesco el proyector eléctrico que uno de los grabados de esta página reproduce. Hállase instalado en la isla ó islote de Helgoland, que se alza en el mar del Norte, al Noroeste de la desembocadura del Elba, y sirve para iluminar el importante faro que allí existe. Para convencerse de su grandiosidad, basta mirar el grabado y establecer una comparación entre el aparato y la figura que está de pie junto al mismo. El diámetro del proyector es de seis pies y seis pulgadas y su fuerza lumínica de 316 millones de bujías.


Gran proyector eléctrico del faro de Helgoland

***

LO QUE CUESTA EL AUMENTO

DE VELOCIDAD DE LOS VAPORES

Parece natural que Inglaterra, justamente celosa de su supremacía marítima, no haya visto con buenos ojos que Alemania haya conquistado y conservado durante muchos años el primer puesto en los servicios rápidos transatlánticos. Este estado de ánimo se ha traducido en un convenio ajustado recientemente entre el Almirantazgo inglés y la célebre Compañía Cunard, de Liverpool, que por espacio de tanto tiempo tuvo el *record* de la velocidad y cuyos hermosos vapores *Lucania* y *Campania* figuran todavía honrosamente entre los mejores *liners* del Océano.

Por virtud de este convenio, la Compañía Cunard ha comenzado la construcción de nuevos buques capaces de una velocidad media de 25 nudos, es decir, dos ó tres más que los vapores más rápidos actualmente en servicio, como son el *Deutschland* y el *Kaiser-Wilhelm II*.

A propósito de esto se ha hecho un estudio muy curioso de las condiciones que deben cumplirse para la construcción de un buque y de los gastos correspondientes por cada aumento de un nudo en la velocidad media que se le quiera dar.

Tomemos, por ejemplo, como tipo un vapor transatlántico que ande á razón de 20 nudos por hora, de una longitud de 180 metros y provisto de una máquina de 19 000 caballos. Este buque costará 8.750.000 francos y estará en condiciones de poder recibir de su gobierno una subvención de 225.000 francos.

Para poder proporcionar una velocidad de 23 nudos debiera este buque tener una longitud de 210 metros y una fuerza de 30 000 caballos; costaría 14.375.000 francos y la cifra de su subvención anual se elevaría á 1.700 000 francos.

Siguiendo la progresión, encontramos que los nuevos vapores de 25 nudos de la Compañía Cunard habrán de reunir las condiciones siguientes: longitud, 228'75; fuerza, 50.000 caballos; coste, 25 millones; subvención anual, 3 750.000 francos.

Y si todavía quisiera aumentarse esta velocidad en un solo nudo, es decir, ganar 24 nudos ó 45 kilómetros diarios, sería preciso aumentar en el vapor de 26 nudos aquellas cifras en seis metros para la longitud y 16.000 caballos para la fuerza, lo cual proporcionalmente aumentaría en 3 000 las toneladas de desplazamiento y en 1.250 toneladas el consumo del carbón para una sencilla travesía del Atlántico, y en más de seis millones el coste de la construcción.

Pero aún hay más; el número de hombres empleados en las máquinas y en las calderas, que es aproximadamente de 100 en un vapor de un andar de 20 nudos, será de 150 para el de 23 nudos, de 260 para el de 25 y de 340 para el de 26.

Véase, pues, á qué exageraciones de gastos conduce la lucha por la velocidad, sobre todo cuando se llega á las marchas más rápidas que pueden obtenerse en las actuales condiciones de propulsión. Por consiguiente no hay que admirarse de que el gobierno inglés, rompiendo con sus constantes costumbres, haya consentido en prestar su concurso financiero á la Compañía Cunard para que en los vapores más rápidos vuelva á ondear la bandera de la Gran Bretaña. – X.



La familia del gondolero, cuadro de Alejandro Milesi

LA CURA DEL SUEÑO

En el Congreso de Alienistas y Neurologistas recientemente celebrado en Bruselas se ha tratado de la cura por «el sueño prolongado.» Esta cura se practica en Estokolmo bajo la dirección del doctor Wetterstrand, verdadero especialista de la materia, y se aplica contra diferentes enfermedades crónicas, contra todas las neurosis, contra el alcoholismo, contra la dipsomanía, contra la pérdida de la voluntad. El método es muy sencillo y tiene algo de hipnotismo. El médico hace dormir una ó dos veces al día á sus enfermos y durante su sueño los sugestiona con algunas frases que son siempre las mismas y que no tienen más objeto que favorecer la prolongación del sueño, diciéndoles que permanezcan tranquilos y quietos. Los enfermos se despiertan de cuando en cuando para sus necesidades naturales, y después de haber comido, bebido, etcétera, vuelven á dormirse llenos de confianza. Al cabo de algún tiempo relativamente corto, dos ó tres semanas, puede ya comprobarse una mejoría: el enfermo va recobrando sus fuerzas y su espíritu se halla más equilibrado.

Con esto termina la primera parte del tratamiento, que se hace en domicilios particulares adonde el doctor va todos los días, y luego empieza la segunda, que se verifica en un establecimiento especial en donde reside el doctor. Esta segunda parte se parece á la primera, diferenciándose de ella únicamente en que el sueño es más profundo y se obtiene del mismo modo, si bien se acentúa en él más la influencia hipnótica.

Tal es la cura del sueño, con la que, según parece, se han obtenido ya resultados positivos.





El pastor muerto, cuadro de Jorge Hahn

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 19 de octubre de 1903 — Núm. 1.138

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PASTORCILLA, relieve de Eusebio Arnau

Fundido en bronce por los Sres. Masriera y Campins, S. en C.



CRÓNICA DE TEATROS

Autores, cómicos, empresarios y periodistas no dan punto de reposo ni á lenguas ni á plumas con motivo del conflicto surgido, poco ha, entre D. Ceferino Palencia, empresario este año del teatro de la Princesa, y la Sociedad de Autores. La cuestión, que empezó por si las empresas habían de pagar ó no derechos por la representación de ciertas obras que se consideraban de dominio público, se ha agriado de tal suerte, que ya hay entre los autores de la Sociedad quienes piden la cabeza de Ceferino Palencia, y entre los que siguen al aplaudido autor de *El guardián de la casa* quienes no se contentan con menos que con que se condene á cadena perpetua á la Junta directiva de la Sociedad. Los cómicos hablan de declararse en huelga, los periódicos llenan sus columnas de artículos relativos á tan enojoso asunto, y todo se vuelve frases gordas, amenazas y ruido.

Confío, sin embargo, en que cuando estas líneas se publiquen los ánimos se habrán calmado, la Sociedad de Autores habrá renunciado á sus intransigencias, los periodistas emplearán sus «aceradas plumas» en otros asuntos, y los cómicos desocupados se cuidarán más que de preparar huelgas de buscar contratas. Todo lo violento dura poco, y la cuestión pendiente ha llegado ya al *summum* de la violencia.

Quédese, pues, esto aquí y veamos lo que ofrece la crónica teatral de estos últimos días.

***

¡Válgame Dios y qué noche la del estreno de *El abuelo* en el teatro de Apolo! Hay gritas famosas en los anales de la escena, como la que echó al foso, hace algunos años, cierta comedia titulada *El garbanzo negro;* pero dudo mucho que fuera tan sonora y expresiva como la que el público *tributó* al infortunado *Abuelo*. Los morenos, que aquella noche llevaban malísimo vino, silbaron, bastonearon, cantaron á coro lo que en la escena se cantaba y acabaron por atronar la sala con sus gritos y protestas.

La obrilla, en efecto, no merecía mejor suerte: quería ser sensible y resultaba ñoña, quería hacer llorar y hacía reir. La ejecución, así en el recitado como en el canto, estuvo á la misma altura que la música y el libro de la zarzuela. En fin, un desastre.

A decir verdad, *El abuelo*, aunque obra rematadamente mala, no era mucho peor que otras del mismo género que se eternizan en el cartel de los teatros por horas. Sabido es que en éstos priva ahora lo que ha dado en llamarse melodrama comprimido. No deja de ser significativo el desarrollo que últimamente ha adquirido este género. Desde el punto de vista artístico, tales obrillas son por regla general falsas y antiestéticas. Todas esas trapeyas románticas, golfos sensibles, verduleras melancólicas y mozos de cuerda patéticos que desfilan por los escenarios cantando romanzas cursis y recitando romances ripiosos, alternados con obscenos bailoteos y salpicados de chistes de burdel, nada tienen de artístico. Tales farsas seudodramáticas son fantochadas con las que se halagan los más bajos sentimientos del pueblo.

Esto es verdad; mas al propio tiempo, esa explotación, quizás inconsciente, de las pasiones populares, esas adulaciones á las clases ínfimas, prueban en mi sentir la importancia que en el concepto social va tomando el «cuarto estado.» En otro tiempo, la taberna y todo lo que ella simbolizaba sacábase á la escena únicamente para hacer reir. Los Panchos y Mendrugos, los Roñas y Pizpiernos, las Remilgadas y los Mediodiente, con sus malandanzas, rencores, vicios y palabrotas, hacían desternillar de risa al pueblo soberano. Hoy, por el contrario, los héroes del arroyo se nos presentan con actitudes, frases y desplantes que me río yo de la solemnidad trágica de los Edipos, Fidias y Medeas ó de la prestancia de los reyes, príncipes y ricashembras de nuestras comedias famosas.

Esta exaltación y encumbramiento de las clases populares en la escena tienen sus raíces en algo más hondo que en el capricho del público y en el servilismo de algunos autores. No es maravilla que siendo la cuestión social el más importante problema de nuestros días, haya asaltado el tablado del teatro, haciendo desde él propaganda directa ó indirecta, pero mayor y mucho más eficaz que la que se realiza por medio de periódicos y *meetings*. No es sólo el género chico el que á su modo contribuye á enaltecer á la gente del pueblo: los dramas y comedias «grandes» tienen esta misma tendencia y además la de denigrar á los burgueses. El drama silesiano de Hauptmann *Los tejedores* avivó en Alemania extraordinariamente los rencores de los pobres contra los ricos. Tolstoi y Gorki en Rusia hacen propaganda escénica en el mismo sentido, y en España siguen idéntico camino Galdós y Dicenta.

***

Más sombrío y rencoroso que *Los tejedores* es el drama que se ha representado poco ha en París, original del escritor holandés Hermann Heijermans, arreglado y traducido por Lemaire y Schurmann, titulado *Buena Esperanza*, cuyo argumento, á grandes rasgos, es el siguiente. Cierto burgués, muy mala persona (ya se sabe que en esta especie de comedias los burgueses son siempre unos tunantes), tiene, entre otras, una barca podrida que se llama «Buena Esperanza.» Lebois, que tal es el nombre del burgués, explota la pesca del arenque. Cuando llega la época de esta especie de pesca, Lebois lanza á la mar su barca podrida tripulada por gente joven y vigorosa. Probablemente la barca se irá á pique. Pero ¿qué importa? Está asegurada, y el dueño, aunque la barca naufrague, nada ha de perder... Los que podrán perder la vida serán los tripulantes.

Entre ellos hay dos hermanos. La novia de uno y la madre de ambos ven partir la barca. Pasa el tiempo; todas las embarcaciones pescadoras regresan menos la barca «Buena Esperanza.» Al cabo de algunos días, el mar arroja á la playa el cadáver de uno de los dos hermanos. Ni uno solo de los tripulantes se ha salvado: todos eran jóvenes de diez y siete á treinta años. Al burgués dueño de la barca le tiene sin cuidado, como he dicho, que la «Buena Esperanza» se haya perdido. A la casa del mal hombre acuden las huérfanas, viudas y madres de los marineros muertos, y entre ellos Catalina, la madre de los dos hermanos, cuyo esposo y otros dos hijos murieron también en el mar. Lebois oye impasible á las pobres mujeres, y cuando éstas se marchan desoladas, envía á Catalina, á guisa de recompensa, las sobras de la comida y el ofrecimiento de servir como criada en la casa del *caritativo* armador.

Como se ve por lo que brevemente queda dicho, el drama *Buena Esperanza* respira rencor y odio contra las clases acomodadas. La tendencia de este drama, como la de otros del mismo género, no puede ser más peligrosa: el público propende siempre á generalizar, y cree ver en el personaje odioso el símbolo de una clase, como creyó ver, verbigracia, en el Pantoja de *Electra* la personificación del clero. Estas obras, buenas ó malas desde el punto de vista literario, casi siempre malas, preparan la revolución del porvenir. Recuérdese lo que fué en Francia *Le mariage de Figaro*, en vísperas del ochenta y nueve.

***

El reverso de la medalla de estas obras antiburguesas son las que se representan todos los años en el teatro Lara, el más burgués de todos los teatros de Madrid.

Una de estas últimas noches se inauguró allí la temporada, y no hay que decir que el público que llenaba la sala era sobre poco más ó menos el mismo de todos los años. Creo ya haber dicho en una de mis anteriores crónicas que cada teatro de Madrid tiene su público especial: el de Lara se compone de personas de la clase media acomodada. Las comedias que se representan en aquel lindo teatro están, por regla general, en perfecta armonía con la calidad de los espectadores: retratan las costumbres burguesas, sus defectos, sus ridiculeces y sus apuros. Nada de atrevimientos, nada de tesis...; lo que allí suele cultivarse, siempre con éxito, es el socorrido *quid pro quo*.

La compañía que actúa en Lara *borda*, como suele decirse, este género, é interpreta á maravilla los personajes de la clase media. La Valverde lleva haciendo allí durante veinticinco años las delicias de Lara: en aquel escenario está como en su casa, y representa á pedir de boca las suegras exigentes, las viudas ajamonadas y desenvueltas y las pupileras de casa de huéspedes. También va siendo una institución en la «bombonera de D. Cándido» Santiago, uno de los actores favoritos del público de Madrid. En los papeles de característico y de niño tonto no tiene rival, y observa la realidad y la copia acertadamente, sin desfigurarla con chocarrerías. Concha Ruiz es una excelente artista, y Clotilde Domus, con su belleza y su talento, ha logrado captarse unánimes simpatías. Sería injusto prescindir en esta enumeración de Leocadia Alba, que nada tiene que envidiar, como actriz, á sus distinguidas compañeras.

En breve se completará el cuadro artístico de Lara con Matilde Rodríguez y Pepe Rubio, artistas que pueden competir, en mi concepto ventajosamente, con muchos actores y actrices extranjeros que vienen á Madrid precedidos de bombo y platillos.

Con todos estos valiosos elementos que componen la plana mayor de la compañía, secundados por muy discretos y estudiosos artistas, el teatro Lara sigue disfrutando del favor del público. Bien claro se evidenció este favor la noche de la inauguración, en la cual hubo aplausos para todos los actores que tomaron parte en las obras representadas, entre las cuales se llevó la palma *Pepita Reyes*, que gustó tanto como el día del estreno.

***

No son tan completas como la de Lara las compañías cuyas listas se ostentan ya en esquinas y anunciadoras. Las deficiencias que se advierten en dichas compañías no deben achacarse á las empresas, sino á las aspiraciones poco modestas, aunque muy naturales, de los actores y actrices. En el teatro rige como en ninguna parte el refrán «más vale ser cabeza de ratón que cola de león.» Así es que en cuanto un cómico ó una cómica oye cuatro palmadas ó se ve elogiado en la prensa por un amigo complaciente, se lanza á formar compañía y prefiere pasar estrecheces y andar de la Ceca á la Meca, como los antiguos comediantes de la legua, á ocupar un puesto modesto, aunque seguro, en una compañía de primer orden. Nace de aquí un gran obstáculo para la prosperidad del arte dramático, así en lo que se refiere á las obras como á la interpretación de ellas.

Los autores de fuste, testigo de mayor excepción D. José Echegaray, en vez de dejar que vuele libremente su ingenio, escriben verdaderas arias coreadas, convencidos de que en la compañía que ha de interpretar sus dramas ó comedias no hay más que uno ó dos artistas sobre los cuales cargar el peso de sus obras. No sirve idear un asunto dramático; es necesario tener en cuenta de antemano las condiciones en que ha de representarse.

Por su parte, las compañías constituídas con las deficiencias que dejo apuntadas y que todo el mundo reconoce y lamenta, no pueden atraer al público, que no encuentra en la representación de la obra ese contentamiento artístico que nace y aumenta con los primores de la ejecución.

Ya sé yo que abogar por la formación de buenas compañías es predicar en desierto; pero la razón aconseja ó debiera aconsejar á los actores que, deponiendo exageraciones del amor propio, se uniesen, formando compañías capaces de representar á la perfección las comedias que los autores hubieren de escribir.

En cualquier papel puede un artista demostrar, si lo tiene, su talento. Este, por regla general, no luce aisladamente; antes bien se realza y brilla más cuando está secundado por otros talentos.

ZEDA.

Excmo. Sr. D. CLAUDIO LOPEZ Y BRU,

SEGUNDO MARQUÉS DE COMILLAS

El mejor elogio que puede hacerse de D. Claudio López y Bru, segundo marqués de Comillas, es este: todo el mundo le conoce, ó por lo menos ha oído pronunciar su nombre, pero de él nada se sabe: su obra está en todas partes, su persona en ninguna. Es una de las figuras de más relieve de la España de nuestros días, pero sin personalidad para el gran público, porque siempre ha puesto empeño en no tenerla. No busca el aplauso ni el elogio; ignoramos si le molesta la injusticia con que á veces se le trata, pero tenemos la seguridad de que perdona cristianamente á los que le injurian, si es que alguien á tanto se atreve. «El que tiene verdadera y perfecta caridad, se lee en la *Imitación de Cristo*, no se busca á sí mismo en cosa alguna; mas sólo desea que sea Dios glorificado en todas las cosas.»

El marqués de Comillas

Puede serlo todo y prefiere ser lo que es, conservando el buen nombre de su padre y aumentando, por respeto á su memoria y por propio impulso, el caudal de servicios prestados á la religión, á la patria y á la causa social por el autor de sus días. Ha aceptado como sagrada herencia los títulos con que el rey honró á D. Antonio López, pero no los ha aumentado. Tiene derecho á un asiento en el Senado como grande de España, pero no ha hecho valer su derecho; se sabe que para él están abiertas de par en par todas las puertas del favor, pero nadie ignora que siempre se ha detenido en el umbral. Siendo el español que más influencia podría tener, se ha empeñado en no tener ninguna. Sirve á todo el mundo, pero á nadie pide que le sirva, porque cree que no debe pedirlo. Cuando en los mil incidentes de las grandes empresas que están bajo su dirección es preciso vencer alguna dificultad, en vez de acudir al jefe que con una palabra resolvería el conflicto ordenando, prefiere dirigirse al inferior para convencerle. Le repugna todo lo que significa imposición, y por eso pone especial empeño en no hacer sentir su superioridad á nadie, sistema que le ha ocasionado más de una contrariedad ignorada, porque el marqués de Comillas pertenece al número de los hombres superiores que callan y no se quejan. Le basta que Dios sepa lo que es; que lo sepa el mundo no le importa, y si con él fuera injusto, no se justificaría.

Nació en Barcelona el 14 de mayo de 1853: es de mediana estatura, delgado, rostro de correctas líneas, de mirar dulce y melancólico; negro y alisado cabello, barba á la que comienzan á dar matiz las hebras blancas, no debidas á la labor incesante, sino á la preocupación de todos los momentos; es sencillo en el vestir; su frase reposada, propia de quien comprende el valor de las palabras y ha adquirido la costumbre de aplicar á cada cosa el término exacto que traduce el pensamiento con precisión y claridad; y sea quien fuere la persona á quien habla, se expresa con aquella bondad cuyo secreto únicamente poseen los que pertenecen á la aristocracia de la sangre ó á la aristocracia del corazón. Es modesto en todo, hasta en el tren de su casa; y avaro de su persona en exterioridades, la prodiga cuando se trata de servir á su patria, prescindiendo de su reposo y de su salud; porque el marqués de Comillas es hombre de deber y siempre está dispuesto á sacrificarse por cumplirlo, sin solicitar la recompensa del público aplauso, pues sólo ambiciona el de su conciencia.

Dentro de su delicado cuerpo hay las energías del creyente que no se dobla aunque la tierra se hunda, porque no funda la esperanza en los hombres, sino en Dios. Es de los que confían en la regeneración de la patria, porque cuando de ella se trata no conoce la palabra imposible. Mientras naciones tan poderosas como Francia no pudieron transportar unos cuantos batallones á Ultramar sin acudir á armadores extranjeros, el marqués de Comillas trasladó á Cuba y Filipinas un ejército, sin fijarse en las dificultades, pues para él lo esencial era España; y á medida que las necesidades aumentaban hasta apremiar y convertirse en exigencias, reforzaba la flota de la Transatlántica para que no quedase un soldado en tierra cuando se trataba de salvar á las colonias, para devolverlos á la patria cuando las colonias se hubieron perdido. Cuanto poseía la compañía de navegación estuvo á disposición del gobierno en la península, en las Antillas y en el Archipiélago, para que lo utilizara como quisiera, hasta convertirlo en material de guerra, sin dificultar la acción con objeciones ni con exigencias ni pensar en los resultados; todo eso lo hizo el marqués de Comillas sin ruido, con la sencillez del que cumple con su deber. ¡Ah! Si todos hubiesen cumplido con el suyo, ¡cuán distinta sería la situación de nuestra patria! Para reconstituirse necesita hombres que tengan fe en ésta, porque la fe es bálsamo para los agudos dolores, fuerza para allanar obstáculos, aliento para las empresas difíciles; y en ella se encuentra la salvadora confianza que permite á los pueblos trabajar y esperar, porque tienen la seguridad del porvenir. España sólo puede salvarse con hombres que, levantando la mirada á lo alto, digan: «¡Creo!;» con hombres que, evocando la historia patria, exclamen: «¡Confío!;» con hombres que, fija la mirada en el porvenir, dejen escapar de sus labios la consoladora palabra: «¡Espero!;» porque la esperanza es vida, así para la criatura como para los pueblos.

En la dirección de las grandes empresas á cuyo frente se halla el marqués de Comillas, en vez de limitarse á retribuir el esfuerzo muscular con el jornal convenido, cuida de que las relaciones del capital y del trabajo no sean sólo las del mutuo interés, sino las del recíproco afecto. Los odios de clase no cristalizan cuando hay calor, y lo es el afecto. En las minas de Aller ha construído casas que se rifan entre los mineros, y en todas sus explotaciones suele haber al lado del taller la capilla, la escuela para los hijos de los obreros, y en algunas la cocina y el comedor. En Madrid, en Barcelona, en todas partes, ha procurado poner en contacto al operario con las clases directoras, á fin de que, conociéndose, se apreciaran, medio sencillo de resolver la cuestión social; y los círculos de obreros son demostración elocuente de lo que se puede hacer en este sentido, cuando las inspiraciones no son las negativas del egoísmo, sino las positivas de la caridad cristiana, que así consiste en el vaso de agua que se aproxima á los labios del sediento, en el pan que se da al que tiene hambre, como en el afecto y bondad con que se trata al inferior y también en el ejemplo que se le da. Atraed con la bondad, guiad con el consejo, enseñad, dad ejemplo, y los inferiores aprenderán y os imitarán. Si el marqués de Comillas tuviese muchos imitadores, la cuestión social no ofrecería los peligros que ofrece. Para resolverla no bastan las leyes: es necesario el corazón.

Algunas de sus tentativas de explotación han sido debidas á inspiraciones patrióticas, no á cálculos mercantiles, como, por ejemplo, la factoría que estableció en las islas Carolinas á raíz de la solución del conflicto con Alemania, porque importaba entonces demostrar que España no las tenía abandonadas; y el marqués de Comillas se prestó á hacer la demostración por lo mismo que convenía á la patria, á pesar de que no abrigaba ninguna esperanza de éxito. En Fernando Póo tiene otra factoría, en la que lucha con la desidia de nuestros gobiernos y con la audacia y codicia de los poderosos vecinos extranjeros, que no siempre respetan los derechos de España, sin que el ministerio de Estado ponga empeño en resolver conflictos que incesantemente se renuevan. Gracias á él se sostiene la factoría de Río de Oro. Ha dedicado y dedica su tiempo, sus energías, su inteligencia, á tales empresas y á la dirección de las que dejó consolidadas su padre, á quien debe España la flota mercante que nos pone al nivel de otras naciones. ¡Ojalá hubiese habido en la creación de la marina de guerra la misma iniciativa, igual espíritu de orden, la misma perseverancia y tenacidad que en la mercante! No ha sido así; pero no desconfiemos, pues parece que esta vez ha sido aprovechada la dura, la terrible lección que hemos recibido.

Lo que hemos dicho del marqués de Comillas es lo que nadie ignora, pues sólo Dios y él saben todo el bien que ha hecho. La gran peregrinación obrera española á Roma fué casi exclusivamente obra suya, y la preparó y realizó sin calcular lo que había de costarle el suplir el déficit, porque sólo pensó en los beneficios morales que recibirían los peregrinos. Y así fué. Los que tuvieron la inefable dicha de postrarse á los pies de León XIII, el gran Pontífice de santa memoria, el papa de los obreros; los que recibieron la bendición del Vicario de Jesucristo; los que vieron al venerable anciano levantar las manos al cielo é implorar la protección del Altísimo para aquellos honrados hijos del trabajo, sintieron dulces lágrimas en los ojos y palpitar sus corazones como nunca habían palpitado, porque la emoción les apartaba de este mundo de miserias, de este valle de lágrimas, y la augusta voz del sucesor de Pedro les levantaba para elevarlos á la celeste región. No; no hay uno que pueda haber olvidado aquellos momentos.

Tal es el hombre, cuya modestia no impide que tenga gran relieve, si no en el concepto que la sociedad frívola suele dar á esta palabra, en el moral, que vale mucho más. En su casa se han hospedado nuestros soberanos. La familia real veraneaba en Comillas en vida de D. Alfonso XII, á cuya disposición ponía el marqués cuanto le pertenecía, cuidando de eclipsarse para que el monarca no se acordara de que era huésped de tan leal súbdito. El rey debe ser el amo en todas partes, y el marqués de Comillas ponía tanto empeño en que lo fuese en su casa, como D. Alfonso XII en agradecerle su hospitalidad. Enfermó el marqués, y en el acto quiso verle D. Alfonso XII, quien le halló instalado en un modesto aposento. Cuantos tuvimos la honra de conocer al malogrado monarca, dotado de gran ingenio y espontáneo en el decir, podemos formarnos idea bastante aproximada de la conversación entre el rey y D. Claudio durante aquella visita, viva y regocijada por parte del soberano, respetuosa por parte del marqués, conversación que se repitió varias veces. Muerto D. Alfonso, en palacio se distingue al marqués con el mismo afecto que le profesó el monarca; pero D. Claudio continúa siendo lo de siempre: el hombre del deber, que cumple como cristiano, como español y como monárquico, en silencio, sin ostentación, huyendo de toda exterioridad. Cuando Silvela formó ministerio le ofreció la cartera de Marina, pero el marqués se negó á aceptarla porque creyó que no podía privar de su dirección á las grandes empresas á cuyo frente está.

A pesar de su fortuna, creemos que no ha gustado de los goces de la existencia, según el mundo los entiende; pero en cambio siente esa satisfacción interior del varón justo, que nunca olvida que la tierra es lugar de peregrinación y que la vida comienza después de la muerte.

Teodoro Baró.

LA GUARDADORA DE GANSOS

(Véase la lámina de la página siguiente)

Erase una vez una reina anciana, viuda desde hacía muchos años, y con una hermosa hija que fué prometida al hijo de un rey. Llegado el momento en que debía verificarse la boda y en que la princesa había de marcharse al reino de su futuro esposo, su madre la proveyó abundantemente de ropas y alhajas de oro y plata, de jarrones y dijes, en una palabra, de todo cuanto corresponde á una novia de tan ilustre estirpe, porque la bondadosa reina quería entrañablemente á su hija. Además dióle por compañera una doncella, con quien había de hacer el viaje y que había de dejarla en manos de su prometido, y á una y á otra entrególes sendos caballos; el de la princesa se llamaba *Falada* y podía hablar.

Cuando llegó la hora de la despedida, fuése la madre á su cuarto, y cogiendo un cuchillito se hizo algunos cortes en los dedos. De la sangre que de éstos salió dejó caer tres gotas en un trapito blanco, que entregó á su hija diciéndole: «Toma, hija querida; guarda esas tres gotas de sangre, que podrán serte de gran utilidad para el camino.»

Despidiéronse luego con gran pena, y la princesa, metiéndose el trapito en el pecho, montó á caballo y encaminóse hacia el país de su prometido. Al cabo de una hora sintió gran sed, por lo que dijo á su doncella: «Baja del caballo y en el vaso que para mí llevas tráeme agua del torrente, porque tengo deseos de beber.» «Si tenéis sed, respondió aquélla, bajad del caballo vos misma é id á beber en el manantial, que yo no puedo ser vuestra criada.»

La princesa, sedienta como estaba, descabalgó y bebió inclinando su cuerpo sobre el agua del torrente y sin poder servirse de su vaso de oro. «¡Dios mío!,» exclamó. Y las tres gotas de sangre le respondieron: «Si tu madre supiese esto, el corazón le estallaría en el pecho.» Pero la princesa era humilde y sin hablar palabra volvió á montar á caballo.

Así anduvieron algunas millas más; pero el día era caluroso, el sol quemaba y de nuevo sintió sed la princesa, la cual, no acordándose ya de las malas palabras de su acompañante, díjole, al llegar junto á un arroyo: «Baja y dame de beber en mi vaso de oro.» La doncella, con más altanería aún que antes, le respondió: «Si queréis beber, bebed sola, pues yo no puedo ser vuestra criada.» La princesa, muerta de sed, bajó del caballo é inclinándose sobre el agua echóse á llorar y exclamó: «¡Dios mío!» Y las gotas de sangre contestaron nuevamente: «Si tu madre supiera esto, el corazón le estallaría dentro del pecho.»

Cuando hubo bebido y se incorporó, cayósele del seno el trapito que contenía las tres gotas de sangre y que fué arrastrado por la corriente sin que la joven, en su gran angustia, se percatara de ello. La criada, en cambio, lo había visto y se regocijaba del poder que así alcanzaba sobre su señora, pues ésta, perdidas las tres gotas de sangre, volvíase débil é impotente. Al querer la princesa montar de nuevo en su caballo, que se llamaba *Falada*, le dijo la criada: «*Falada* es para mí; tú, monta en mi rocín.» Y así lo hizo.

En seguida la criada ordenó á la princesa, con palabras duras, que se quitara sus regios vestidos y se pusiera los que ella llevaba, y le hizo jurar, finalmente, que nada diría de ello en la corte del rey, juramento que aquélla hubo de prestar, porque de lo contrario la habría asesinado allí mismo. Pero *Falada* se enteró de todo y lo tuvo muy en cuenta.

La criada montó en *Falada* y la verdadera novia en el mal jamelgo, y así prosiguieron su camino hasta que por último llegaron al palacio real. Gran alegría produjo su arribo; el hijo del rey les salió al encuentro, ayudó á la criada á bajar del caballo, y creyendo que aquélla era su prometida, la hizo subir á las habitaciones principales, mientras abajo se quedaba la princesa auténtica.

El anciano rey, que estaba asomado á una ventana, vió á la joven en el patio y admiró su hermosura, y entrando en la estancia, preguntó á la falsa princesa quién era aquella muchacha que había llegado con ella y que estaba en el patio. «Es una chica á quien he encontrado por el camino y á quien me he traído para que me acompañara. Ocúpadla en algo, pues no quiero que esté ociosa.» Pero el anciano rey no tenía para ella ocupación alguna, y no sabiendo qué trabajo darle dijo: «Tengo un muchacho que guarda gansos; vuestra acompañante podrá ayudarle.» El muchacho á quien la verdadera novia había de ayudar se llamaba Conradito.



Beso perdido, escultura de Lamberto Escaler

La falsa novia díjole muy pronto al hijo del rey: «Querido esposo, te suplico que me hagas un favor. – Con mil amores, contestó aquél. – Pues manda venir á los matarifes y ordénales que degüellen al caballo que me ha traído, porque en el camino me ha hecho rabiar mucho.» Pero lo que quería con ello era impedir que el animal explicara lo que ella había hecho con la princesa. El caso es que se salió con la suya y el leal *Falada* fué condenado á muerte. Cuando la princesa tuvo noticia de ello, prometió secretamente al matarife una moneda de oro si le prestaba un pequeño servicio, cual era que clavase la cabeza de *Falada* en una puerta grande y obscura de la ciudad, por donde ella pasaba mañana y tarde con sus gansos, á fin de que pudiera verla algunas veces más. Así prometió hacerlo el matarife, y en efecto, después de cortada la cabeza, la clavó en la puerta obscura.

Por la mañana temprano, cuando en compañía de Conradito pasó por aquella puerta, la princesa exclamó: «¡Oh *Falada*, que estás ahí clavado!» Y la cabeza respondió: «¡Y tú, joven reina, que guardas gansos! Si tu madre supiese esto, el corazón le estallaría en el pecho.»

Silenciosamente salieron de la ciudad los dos compañeros y se fueron al campo con los gansos. Llegados á la pradera, sentóse la princesa en el suelo y soltóse los cabellos, que eran como oro puro; Conradito, al verlos, quedóse admirado de su brillo y quiso arrancar un par de ellos. La princesa entonces exclamó: «¡Ay vientecito! Arrebátale á Conrado el sombrerito para que tenga que correr en su busca hasta que yo haya peinado, trenzado y recogido mis cabellos.»

En seguida levantóse un fuerte viento que arrebató el sombrero de Conradito, el cual hubo de echar á correr por el campo en su seguimiento. Cuando volvió, la princesa ya estaba peinada y el muchacho no pudo arrancarle ningún cabello, por lo que se enfadó y no habló ya con ella en todo el día, mientras guardaron juntos los gansos. Al anochecer regresaron al palacio.

A la mañana siguiente repitiéronse las mismas escenas al pasar la princesa y Conradito por la puerta obscura de la ciudad y al llegar á la pradera.

Por la noche, cuando hubieron regresado al palacio, Conradito se presentó al anciano rey y le dijo: «No quiero volver á guardar los gansos con esa muchacha. – ¿Por qué?, preguntóle aquél. – Porque me hace enfadar durante todo el día.» Entonces el rey le mandó que le explicase lo que pasaba. «Por la mañana, díjole Conradito, cuando pasamos con la manada por la puerta obscura, mi compañera, dirigiéndose á una cabeza de rocín que hay allí clavada, exclama: «¡Oh *Falada*, que estás ahí clavado!» Y la cabeza le responde: «¡Y tú, joven reina, que guardas gansos! Si tu madre supiese esto, el corazón le estallaría en el pecho.» Y luego siguió refiriéndole todo lo que sucedía en la pradera y cómo tenía él que correr tras de su sombrero que el viento le arrebataba.

El anciano rey le ordenó que al día siguiente saliera como siempre al campo, y él mismo, por la mañana, situóse detrás de la puerta obscura y oyó cómo la joven hablaba con la cabeza de *Falada;* luego la siguió al campo y se ocultó detrás de un sotillo que había en la pradera, desde donde no tardó en ver por sus propios ojos cómo los dos muchachos aparecían con la manada y cómo, al cabo de un rato, se sentó la princesa y soltó su cabellera, cuyo brillo deslumbraba, diciendo al mismo tiempo: «¡Ay vientecito! Arrebata á Conrado el sombrerito para que haya de correr en su busca hasta que yo haya peinado, trenzado y recogido mis cabellos.»

Levantóse entonces el viento que arrebató el sombrero á Conradito, el cual hubo de correr en su seguimiento, mientras la joven peinaba y trenzaba sus cabellos silenciosamente. El anciano rey, después que lo hubo observado todo, marchóse, sin que nadie le viera, y cuando por la noche la guardadora de gansos regresó al palacio, la mandó llamar y á solas con ella le preguntó por qué hacía todo aquello que él había visto. «No puedo decírtelo, respondió la princesa, ni puedo referir mis penas á nadie, pues así lo he jurado á fin de salvar mi vida.» Insistió el rey, pero por más que hizo no logró sacar nada de ella, por lo cual le dijo: «Ya que á mí nada quieres decirme, cuenta tus pesares á esa chimenea.» Y diciendo esto, salió de la estancia. Entonces la princesa se encaramó á la chimenea y comenzó á lamentarse y á llorar, desahogando su corazón con estas palabras: «Estoy abandonada de todo el mundo y sin embargo soy hija de rey. Una criada desleal me ha obligado violentamente á quitarme mis vestidos y ha tomado mi puesto al lado de mi prometido, mientras yo he de desempeñar los más bajos oficios como guardadora de gansos. Si mi madre supiese esto, el corazón se le saltaría en el pecho.» El rey, que desde fuera la escuchaba por el tubo de la chimenea y que oyó todo lo que la princesa dijo, entró de nuevo en la habitación y mandó á la joven que saliese de la chimenea. Después hizo que se vistiera sus regios vestidos y quedó asombrado de lo hermosa que estaba, y llamando á su hijo, le manifestó que la que había tomado por su prometida no era tal, sino una criada, y que la verdadera novia era aquella que hasta entonces había guardado gansos. El príncipe regocijóse en extremo al contemplar tanta belleza y virtud tanta. Con este motivo celebróse un gran banquete, al que fueron invitados todos los buenos amigos y otras muchas gentes. Ocupaba la presidencia el novio, teniendo á un lado á la princesa y al otro á la criada; pero ésta estaba deslumbrada y no reconoció á su ama en su espléndido atavío.

Cuando hubieron comido y bebido y estaban todos de excelente humor, el anciano rey propuso á la criada la siguiente cuestión: «¿Qué castigo merecería quien hubiese ofendido al Señor haciendo esto y lo otro y lo de más allá?» Y refirió toda la historia de lo sucedido. «Merecería, respondió la interpelada, que la pusieran en cueros vivos y la metieran en un tonel lleno de puntiagudos clavos, y que puesta así la hicieran arrastrar por dos caballos á través de calles y plazas hasta que hubiese perecido. – Pues esto es lo que tú mereces, exclamó el anciano rey, y tú misma te has dictado la sentencia. Hágase, pues, contigo lo que has dicho.»

Y cuando se hubo cumplido la sentencia, el joven príncipe se casó con su verdadera novia y ambos gobernaron su reino en paz y dichosos.

(De los cuentos de los hermanos Grimm.)



LA GUARDADORA DE GANSOS, cuadro de Val Prinsep. (Véase el cuento de la página 684.)

TITIRITAINA

Contrahecho, jiboso, con un carrillo que parecía hinchado al golpe de un bofetón, el labio superior partido, los dientes al descubierto, la frente pequeña, con unas cejas parecidas á dos cepillos y el cuero cabelludo como de piel de oso... Lo que se dice todo él una facha. Sí, aquello no era un hombre, sino una mueca, una burla de la creación.

Preguntáranle por sus padres, y la irrisión subía de punto; aquella extravagancia, aquel desecho, se sonreía de un modo indefinible. Causaba risa, dolor y repugnancia á un tiempo. A las chirigotas de los machuchos y á las impertinencias de los chicuelos, solía responder con un gruñido más que lamentación. No se hubiera podido precisar si agradecía ó si amenazaba con aquel gesto de bestia errante, con aquella expresión selvática de animal manido...

El pueblo sentía náuseas por la vecindad de aquel estúpido; pero algunos toleraban su presencia un si es no es regocijados, porque un motivo de chunga no se tiene á mano siempre. Sobre todo, ¿por qué habían de echarle, ni cómo hacerlo? Inofensivo, lo era; sacudírselo á patadas, como quien dice, hubiera sido una crueldad con honores de mal gusto, y además una tontería. En todas partes se necesita un bufón; la humanidad no pasa fácilmente sin la nota cómica, sin su saco de penas. No tener con quién ó con qué solazarse, es un vacío. La necedad humana no puede prescindir de los cascabeles.

Titiritaina, como dieron en llamarle, era el hazmerreir obligado, costal de risa, que se propagaba con creces. Aquella bocaza no podía abrirse para otra cosa que para el despropósito ó la carcajada. Habían asomado una vez las lágrimas á sus ojos pitarrosos, aquellas dos cabezas de alfiler de un gris obscuro, ¡y no fué poca la tremolina que se armó en viéndole llorar!.. ¿Llorar *Titiritaina*? El colmo. De tal género fueron las bromas y de jaez tal el asombro, que no le quedaron ganas de permitir el más leve desborde al sentimiento... Se las había arrancado la tristeza, una melancolía tenaz aquellas lágrimas, recordando una infancia que fué un dolor. El dolor no se hizo para los ilotas, el sentimiento no les está permitido á los parias. De entonces acá reía siempre, cuando le embromaban y cuando no... Se avino al escarnio, como otros al expolio: como acatando una fatalidad. El gusano no acierta á respirar fuera del cieno. ¿Qué importaba al mundo aquel *detritus* social; su odisea triste; el concebirlo, acaso, el crimen; el darlo á luz, tal vez, la condenación; el abandonarlo, si á mano viene, la vergüenza ó la mala ánima; el vagar luego sin rumbo; el arrastrarse como sierpe maldita; las horas de hambre, los momentos de congoja, los instantes de inconsciente odio?.. Nada, absolutamente nada. Hay criatura humana que nace sin derecho siquiera á la compasión; mucho menos, pues, al respeto. Si alguien hubiera tenido para él una palabra de piedad, hubiera pasado á buen seguro por necio. Alguno lo decía: «¿Para qué sirven en el mundo se res así?..»

Una noche, la campana de la iglesia despertó á los vecinos tocando á fuego. Una casa ardía. Las llamas eran imponentes... Arriba, los gritos de auxilio lastimeros partiendo el alma. Abajo, la indecisión y el espanto... Corrían muchos azorados, en completo desorden; algunos ni se atrevían á acercarse. Los más valientes formaron cordón y empezaron á echar agua, pasando de mano en mano cubos y baldes, con tanta prontitud como ineficacia. No era posible intentar el salvamento..., dos niños quedaban en la habitación alta, indefensos, á punto de perecer... Los trabajos de extinción, pasados los primeros momentos, se hacían con relativa regularidad y en medio de una aparente calma que tenía mucho de fúnebre... *Titiritaina* asomó la jeta por el plazolón donde el siniestro se presentaba en toda su magnitud. Una voz díjole:

—¡Quítate, imbécil, no vengas á estorbar!..

Aquella máscara viviente se quedó quieta, mirando hacia arriba con fijeza... La expresión de aquel rostro era extraña á más no poder. Reflejada por el resplandor del incendio, aquella cara tenía algo de diabólica.

—¡Quítate, quítate!, repitieron varias voces; ¡largo de ahí!..

Cuarteadas las paredes, iba á hundirse un techo. Hubo un instante de estupor... ¡Pobres criaturas!.. Á aquellos dos niños les conocía *Titiritaina* muy bien...; casi eran los únicos del pueblo que no le repudiaban, los únicos que le mostraron aprecio...; hasta su pan compartieron á veces con él, á solas, como ocultándose de los demás.

Avanzó unos pasos más el ilota... ¡Dios sabe lo que bullía en su cerebro!.. Uno le apartó bruscamente dándole un empujón. ¡A buena hora iba con sus muecas!.. La bestia aquella se sintió herida en algo muy hondo; miró de alto abajo al que le golpeaba, y de sus ojos salieron como chispas. Era otro incendio.

Trepar por un muro, subir rápido por una escalera y pasar entre llamas desafiando aquel infierno, fué cosa de un santiamén. La gente se quedó atónita... Pocos segundos, y aquel diablo asomábase á un balcón trayendo en brazos á una criatura. Pocos segundos más, y quedaba en salvo la otra también.

Mientras rodeaban al héroe, un estrépito colosal arrancaba un grito de espanto, y una columna de fuego hendía la atmósfera.

Titiritaina tenía quemaduras de importancia en cara y manos; cabellos, cejas y pestañas casi habían desaparecido... Al resollar fuerte, con la fatiga, el dolor agudo de los quemazos y la satisfacción á un tiempo, parecía un monstruo... Ni una queja, ni una exclamación..., sólo un movimiento de ojos hacia arriba primero, después fijándolos en la multitud, por último en quien le había dado antes el golpe...

Fué una mirada portentosa, una hermosura en una repulsión... El *detritus* social pasaba á ser hombre, la inutilidad crecía hasta lo inmenso, lo despreciable se convertía en admirable.

No quedaba más feo, quedaba sublime.

SEBASTIÁN GOMILA.



Al amor de la lumbre, cuadro de Ricardo Urgell

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

Lola Mora

Cuando por primera vez tuve el honor de ser recibido por la notable artista argentina, fué en su taller. Estaba modelando. Vestía de pantalón bombacho, ajustada chaquetilla, y boina que retenía con dificultad los rebeldes rizos de su abundante cabellera; indumentaria que sentaba á las mil maravillas á su cuerpo delgado, ágil, flexible, nervioso, y á su cabeza armónica, inteligente, de alta frente despejada, vivísimos ojos obscuros y sonrisa graciosa en su fresca boca, adornada de blanca dentadura.

Fué esto á poco de inaugurada la preciosa *Fuente de Venus,* en el Paseo de Julio, la genial obra surgida de la imaginación vigorosa y del potente talento de una mujer altamente artista, hija de tierra adentro, de la dulce Tucumán, cuna de inteligencias preclaras, de hechos históricos y lugar de grandiosos y pintorescos panoramas.

A la primer mirada queda el espectador subyugado; y al analizar la feliz obra de Lola Mora encuentra novedad, riqueza de pensamiento y nueva y lógica vida á la leyenda, delicadeza y finura en la línea, armónica proporción en el modelado, arte perfecto en la expresiva Venus, sonriente, sentada, en equilibrio, sobre el borde de la concha, mirándose, coqueta y satisfecha, en la cristalina agua; estudio anatómico en los grupos: las tres sirenas sosteniendo la concha y los mozos esforzándose por sujetar los briosos caballos, espantados del portento de tan impecable belleza.

Se ha censurado que las sirenas se salgan de la leyenda, siendo perfectas mujeres hasta medio muslo, de donde empiezan las escamas, terminando las piernas en dos curvas colas como las de los peces «sirenios;» y no hasta la cintura solamente, como nos las pintan los dibujos antiguos. Injusta censura y más injusta todavía cuando cinturas, caderas, vientres y muslos están tratados magistralmente. En creaciones fantásticas, la más bella y artística es la más acertada.

¡Lástima que tan hermosa fuente esté situada en un lugar donde falta perspectiva y cuya frondosidad empequeñece la obra, quitándole espacio, gallardía y el ambiente natural! Cúlpese de ello á la Intendencia, que no quiso atender las justísimas observaciones de la artista.

Lola Mora es escultora por incidencia, no por vocación directa. Fué enamorada de la pintura, llegando hasta el umbral de la fama y de la inmortalidad. ¿Cómo no entró en el templo? Véase la causa.

Desde sus primeras mocedades reveló un espíritu delicado, imaginación fogosa y enérgica voluntad, y

por temperamento y naturales dotes, estudiosa de todo lo que al arte concierne. Dibujo y pintura, en primer término; luego, música, canto, literatura, compartido con juegos viriles, como si su temperamento tuviera necesidad de movimiento enérgico y agitado. Tales cualidades se afirmaron al perder,



LOLA MORA, notable escultora argentina

con pocos meses de diferencia, á sus padres; y lo que era un recreo pasó á ser lo primordial de su vida. ¡Ser artista!

Dedicóse con afán al estudio de la pintura, luchando con toda clase de contrariedades, no siendo la menor el escaso gusto artístico de la estacionaria Tucumán, amén de la indiferencia y hasta burla de sus conciudadanos. Sin embargo, fué adelantando rápidamente, y testigos de su gloria son los *veintiocho* retratos de los gobernadores de la provincia que figuran en la Casa de Gobierno de aquella histórica ciudad.

En su tierra natal, pues, lejos de las facilidades de los grandes centros de cultura, desarrolló sus aptitudes la celebrada artista argentina, sin otro acicate que la local chismografía, dura y despreciativa, cuanto envidiosa é ignorante.

Su fama creció, y el Gobierno Nacional pensionóla, en 1897, para que perfeccionara sus conocimientos al lado de los maestros italianos.

Michetti fué el elegido; pero cuantas recomendaciones é influencias puso á contribución, fracasaron. Desesperada por la negativa del maestro, determinó verle personalmente.

Con gracia, viveza y entusiasmo narra Lola Mora el suceso, dándole relieve é intensidad viviente.

«Llegué á casa del hombre terrible, nerviosa, violenta, pero resuelta. Las lágrimas á punto de saltar de mis ojos. «Maestro, le dije, soy Lola Mora; perdóneme usted que me presente así después de sus negativas; pero he cruzado los mares atraída por su nombre y por su fama, y vengo á estudiar y aprender de usted.

—»Es que no quiero discípulos.

—»Mejor: así seré la única.

—»La recomendaré á un amigo mío y usted ganará en el cambio.

—»No; con usted, ó regreso inmediatamente á Buenos Aires y rechazo la pensión.

—»¿Es usted argentina?

—»Sí, lo soy.

»Y una lágrima que no pude contener arrastró otras consigo. Entonces Michetti, conmovido y admirado, me dijo:

—»Si usted tiene para el arte tanta voluntad, firmeza y decisión como indican sus palabras, será usted una artista completa. Pues bien: acepto, haciendo la primera excepción á mi regla. Una sola condición impongo: si en dos meses no sabe usted comprenderme é interpretarme, aceptará usted otro maestro. Hasta mañana.»

Los meses pasaron y continuó con Michetti hasta que la enseñanza del maestro la llevó indirectamente á la escultura. Sábese que el renombrado artista exige un curso completo de modelado antes de iniciar á sus discípulos en los misterios y secretos del color en la paleta, mezcla, gama, estilo, etc., y Lola Mora tuvo que perfeccionarse en ese arte complementario. Lo hizo con tal primor, que sus cabezas, bustos, dorsos, escorzos, etc., fueron justamente celebrados por los entendidos. El renombrado escultor Monteverde la aconsejó y convenció más tarde que pinceles, telas y colores los substituyera por cinceles, bloques y barros. Obedeció y triunfó rápidamente. Díganlo las obras notables que tienen característico sello con su nombre. El complejo monumento á Juan Bautista Alberdi, basta y sobra para dar justa fama á su autora, por lo majestuoso y bello del conjunto y por la acertada concepción expresiva de todo lo que constituía la gloria del preclaro estadista. Otro tanto podría agregar del erigido en Montevideo á la memoria del gran orador y político uruguayo doctor Carlos M.ª Ramírez.

Ha pocos meses obtuvo, con su boceto, el primer premio en el concurso abierto en la ciudad de Melbourne para el monumento dedicado á la difunta reina Victoria.

Cuando estas líneas lleguen á manos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, Lola Mora habrá llegado también á Roma, de regreso de su patria. Allí, en su taller, empezará la gran batalla, desbastando granito y mármol y modelando el dúctil barro para cumplir con los múltiples compromisos contraídos: el monumento citado que ha de levantarse en la capital de Australia, primero; después, el monumento al fogoso orador, gran repúblico y mejor estadista doctor Aristóbulo del Valle; luego, cuatro estatuas para el palacio del Congreso (en edificación) y el monumento central á la Independencia; dos bajos relieves representando el 25 de mayo de 1810 y el 9 de julio de 1816, para la casa de Tucumán donde se juró y firmó el acta de la independencia argentina, y otros muchos encargos particulares y oficiales de importancia, que exigirán de ella un trabajo activo y continuado durante largo tiempo.



Boceto del monumento á la reina Victoria de Inglaterra que se ha de erigir en Melbourne (Australia), premiado con el primer premio en el concurso abierto en aquella ciudad. Obra de Lola Mora.

DR. D. JUAN BAUTISTA ALBERDI, busto modelado por Lola Mora

El Gobierno Nacional de su patria, por economía, quitóle la pensión en el momento preciso de mayor lucha y apuro; error que fué salvado por sus admiradores y amigos, contando, en primer lugar, á los que forman la colonia artística española y muy principalmente la catalana, que en los días de terrible prueba supieron conservar su fe y confianza en el porvenir, que le reservaba honra, provecho y admiración.



ESTATUA DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA que coronará el monumento de Melbourne, obra de L. Mora

Al contar sus recuerdos é impresiones, son nombres que pronuncian sus labios con veneración, afecto, gratitud, brillando acariciadora la luz de sus ojos, embelesando la sonrisa de su boca, hechizando la amenidad de su palabra, como si en su persona gentil quisiera compendiar la sabia Naturaleza todos los dones y gracias del terruño tucumano.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, agosto de 1903.



ESTATUA DE LA MÚSICA que adorna el monumento del Dr. D. Juan Bautista Alberdi, en la provincia de Tucumán, obra de Lola Mora.



PESCADORAS DE LA COSTA DEL MAR TIRRENO, cuadro de Rafael Senet



LA COSECHA DEL MAIZ, cuadro de Pablo Salinas

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Vercingetorix, obra de Bartholdi. – El día 11 del corriente mes y en presencia del presidente del Consejo de Ministros y del ministro de la Guerra, inauguróse solemnemente en Clermont-Ferrand el monumento



MONUMENTO Á VERCINGETORIX, recientemente inaugurado en Clermont-Ferrand, obra de Bartholdi

erigido á la memoria de Vercingetorix, el caudillo arvernio que dirigió la sublevación de las Galias contra la dominación Romana y que después de una heroica lucha hubo de sucumbir ante las fuerzas acumuladas por la en aquel entonces señora del mundo. El monumento es obra del escultor Bartholdi y representa á Vercingetorix á caballo, con la espada en alto y en ademán de arrastrar á sus soldados á la pelea. Este grupo, que mide seis metros de alto por 4'70 de largo y cuyo peso es de 5.000 kilogramos, se alza sobre un elevado pedestal, sostenido por seis esbeltas columnas que forman una especie de templete en cuya base se lee la dedicatoria. El primer boceto de la estatua fué expuesto en el Salón de París de 1870 y el monumento de que forma parte debía construirse en una altura desde la cual se domina la meseta de Gergovia, teatro de las hazañas del héroe galo; pero hubo de renunciarse á este proyecto porque, según parece, los gastos de su ejecución superaban á la suma que por suscripción se había reunido.

Busto decorativo. – Beso perdido, esculturas de Lamberto Escaler.—Dignos de aplauso son los esfuerzos de que da continuadas pruebas el laborioso é inteligente artista señor Escaler, puesto que sin más precedentes que sus iniciativas, ha logrado implantar un género especial de escultura esencialmente decorativa, adaptado al modo de ser de nuestro país. Condiciones singularísimas exige una producción de tal índole, tan variada como agradable; mas el Sr. Escaler atestigua de continuo, por medio de sus innumerables producciones, sus aptitudes para el cultivo de este género, que el público acoge con verdadera simpatía y predilección.

BUSTO DECORATIVO, escultura de Lamberto Escaler

Pastorcilla, relieve de Eusebio Arnau.—Tiene esta escultura todo el encanto de las obras hondamente sentidas. No es la simple reproducción de un tipo que despertó la curiosidad del turista; es mucho más, puesto que en la *Pastorcilla* encontramos magistralmente expresado algo que exhala el perfume de nuestros campos, algo que respira la poesía de nuestras aldeas, algo que refleja el alma de nuestra tierra. Y esto, tan íntimo, tan personal, tan característico, sólo puede expresarlo el artista que lo lleva dentro, es decir, que ha aspirado con deleite aquel perfume, que se ha conmovido con aquella poesía, que con aquella alma se ha identificado. Arnau ha sentido todo esto, y de aquí la impresión que su obra produce, porque al tratar de dar forma á lo que su mente concibiera, ha dejado correr la mano á impulsos de su corazón, modelando la figura y el paisaje que le sirve de fondo con una sobriedad y un vigor que armonizan admirablemente con la sencillez del asunto.

Al amor de la lumbre, cuadro de Ricardo Urgell.—Recomendable por más de un concepto es el cuadro que reproducimos, obra del joven pintor Ricardo Urgell, que con tanto acierto sigue las huellas que le trazara su señor padre y maestro el distinguido paisajista. De sencillo asunto, casi trivial, ha sabido el pintor á que nos referimos imprimir en su cuadro ese algo que germina en el corazón del artista, prestando á la obra cierto encanto que seduce é interesa. El tipo de la anciana que se adormece al calor de la lumbre es trasunto fidelísimo del natural, resultando una nota simpática y agradable, reveladora de las condiciones estimables del artista.

Pescadoras de la costa del mar Tirreno, cuadro de Rafael Senet.—Varias veces hemos consignado en estas páginas el lisonjero concepto que nos merece el distinguido pintor Rafael Senet y hemos expuesto juicios respecto de las obras que nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores. De ahí que hoy, al reproducir el hermoso cuadro titulado *Pescadoras de la costa del Tirreno*, hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores y tributar al artista y al amigo un aplauso, pues á ello le da derecho la importancia de su obra y la reconocida valía del pintor español.

La recolección del maíz, cuadro de P. Salinas. – El autor de este lienzo es un maestro en la reproducción de escenas populares, no sólo de España, su patria, sino que también de Italia, en donde ha residido muchos años; y con la misma habilidad con que nos presenta cuadros de costumbres de nuestros días, resucita la de los tiempos de nuestros antepasados, especialmente de principios de la última centuria. Todo lo pintoresco le atrae; todo lo verdaderamente típico le seduce; la luz espléndida, el cielo transparente, los campos cubiertos de árboles y los árboles poblados de hojas y frutos le apasionan; y como á un espíritu profundamente observador y á un alma poética une un talento extraordinario y un completo dominio de la técnica, sus obras resultan de una verdad y de una belleza superiores á todo encomio, admirándose en ellas, como puede verse en *La recolección del maíz*, la elegancia de la composición, la acertada distribución de las figuras y de los objetos y principalmente la intensidad y armonía del colorido.

Pelando la pava, cuadro de Joaquín Agrasot. – Otra página agradabilísima de la extensa colección de tipos y costumbres valencianos nos ofrece el distinguido pintor Joaquín Agrasot, quien tan merecida fama goza como decano y maestro de los artistas de la ciudad del Turia. Portentosa es la labor realizada por nuestro respetable amigo. A muy pocos es dable ofrecer á la pública consideración un caudal tan copioso de producciones estimables, destinadas á dar á conocer cuanto de pintoresco existe en la región á que pertenecen. Desde este punto de vista, ha contraído Agrasot méritos indiscutibles para obtener el cariño y el respeto de sus conciudadanos, y como artista distinguido y celebrado el aplauso que le tributamos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LIMA. – El gobierno peruano ha abierto un concurso internacional para la construcción de una Casa del Gobierno que habrá de contener, además de las habitaciones del presidente y de un local para la guardia personal del mismo, las oficinas de los seis departamentos ministeriales. El coste de la obra será de 3.750.000 francos y los premios que se conceden son de 7.500 y 2.500 francos.

BARCELONA. – La «Associació Wagneriana» prepara para el año 1903-1904, inaugurado con una interesantísima velada necrológica dedicada al malogrado escritor wagneriano D. Joaquín Marsillach, una serie de importantes trabajos, entre ellos el estudio de las óperas *Il vascello fantasma*, de Wagner, y *Louise*, de G. Charpentier, que se cantarán en el Liceo durante la próxima temporada. Además se reanudará el estudio de *El anillo del Nibelungo* por el del segundo acto de *Siegfrido*. Asimismo anuncia la próxima publicación de la traducción de las obras teóricas de Ricardo Wagner *Música del porvenir*, *El Arte y la Revolución* y *La obra del Arte del porvenir*. Finalmente la asociación pone en conocimiento de sus socios que les proporcionará todas las facilidades para concurrir á las representaciones wagnerianas de Bayreuth que se anuncian para el verano de 1904, facilitándoles ventajosas localidades, hospedaje, combinaciones ferroviarias y demás datos que anunciará oportunamente.

Teatros. – En el teatro del Príncipe Regente de Munich se ha cantado con éxito grandísimo la tetralogía de Wagner *El anillo del Nibelungo*, puesto en escena con esplendidez extraordinaria. La dirección escénica ha corrido á cargo del intendente Possart y la artística ha estado confiada al célebre maestro Zumpe.

Barcelona. – En Romea se ha estrenado con buen éxito una traducción de los Sres. Jordá y Costa del conocido drama de G. Verga *Cavalleria rusticana*. En el teatro de Novedades, la Sociedad de Quintetos, dirigida por el maestro Goberna, ha dado dos notables conciertos, en los cuales ha ejecutado con gran aplauso obras de Mozart, Haydn, Bach, Schuhmann, Boely, Beethoven y Hummel.



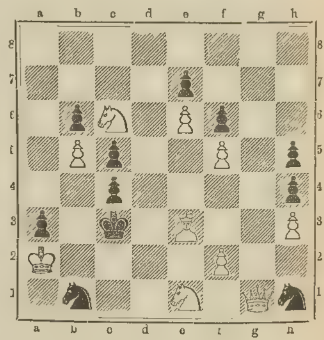
PELANDO LA PAVA, cuadro de Joaquín Agrasot

– El «Teatre Intim,» que con tanto acierto dirige D. Adriano Gual, dará durante la próxima temporada de invierno una serie de veinticuatro funciones, poniendo en escena, entre otras, las siguientes obras, todas traducidas al catalán: *El barbero de Sevilla*, de Beaumarchais; *Rosmersholm*, de Ibsen; *Laboremus*, de Bjorne-Bjornson; *El carretero de Haenschell* y *Los Tejedores de Silesia*, de Hauptmann; *Prometeo encadenado*, de Esquilo (traducción de Arturo Masriera); *Juegos de amor y de azar*, de Marivaux; *El Avaro*, de Molière; *Margarita*, fragmento de *Fausto*, de Goethe (traducción de Juan Maragall); y *Como querás*, de Shakespeare. Además se representarán obras inéditas de Guimerá, Rusiñol, Gual, Güell, Pérez Galdós y Benavente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 341, POR A. OBERHANSLI.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 340, POR E. FERBER.

Blancas.	Negras.
1. D e 8 – g 6	1. Cualquiera.
2. C, D ó A mate.	

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Mientras hablaban, los dos jóvenes llegaron á la casa, y ya no se trató más que de los preparativos de aquel viaje desolador.

Para aquella pobre familia, acostumbrada ya á su nueva amiga, la partida de Andrea era una pena y una inquietud.

Aquella ausencia por un motivo desconocido ó que la joven no había querido decir..., ¿no sería una separación eterna?

Y ese temor aniquilaba visiblemente á Noel, á pesar de las promesas de la joven y de la confianza que él mismo fingía.

Andrea, que observaba todo esto, no quería ni podía atribuirlo más que á una viva y extraña simpatía del joven.

¿No le decían de la mañana á la noche que había llevado á aquella casa el buen humor y la risa, desconocidos en ella hasta entonces?

¿No le daba las gracias á cada instante la viuda de Beraud por haber devuelto á su pobre hijo el gusto de hablar, de andar, de ver con los ojos de la joven lo que no podía con los suyos, de vivir, en fin?

¿No había conquistado la confianza de todos?

Y comprendiendo que era todo eso lo que tenían miedo de perder, Andrea empleaba todos los medios para darles la certeza que no tenían...

Así, cuando estaba reuniendo su pequeño equipaje, dijo:

– Ya he advertido á Noel, y es un servicio que pido á usted, señora; conservo mi cuarto.

– Pero hija mía, bien sabe usted que le volverá á encontrar.

– No, no; sigue corriendo por mi cuenta, y así estoy segura de que nadie me lo quitará...

– ¿Quién quiere usted que se lo quite? Puede usted estar cierta de que si vuelve...

– ¿Cómo si vuelvo? Tan cierto es que sí, que dejo mil cosas en mi cuarto.

– ¿Cosas... de usted?, preguntó Noel encantado.

– Y encargo á Cristina que las cuide bien.



... y apareció el Sr. Reversay herido

– Puede usted contar con ello, señorita.

– Lo que hay que hacer, dijo la viuda, es avisar que vengan á llevarse el piano... Es inútil pagar un mes de alquiler... ó acaso más.

– No, no; está alquilado y pagado por toda la temporada. Y como no devolverían el dinero y el piano es muy bueno, dejemos las cosas como están.

Se aproximaba la hora de la despedida y ya había venido Mario para llevar el equipaje á la estación.

En la chimenea del comedor, donde penetraban los rayos del sol poniente á través del cobertizo de cañas, el reloj dejó oir cuatro veces el delgado timbre de su campana.

– ¡Las cuatro!, suspiró Noel.

– Sí, es hora de irme á la estación. Pero ya verán ustedes; dentro de un mes...

El joven la interrumpió con voz entrecortada:

– De modo... que lo vuelve usted á decir solemnemente...

– ¡Solemnemente!.. ¿Por qué?

Y Noel respondió, también con solemnidad desusada:

– Porque sin esa promesa solemne, no haría yo algo que pienso hacer para cuando usted vuelva...

– Pues lo prometo solemnemente, dijo Andrea riéndose.

– Preferiría que no se riese usted...

– No por eso podría ser más formal mi promesa... Lo juro.

– Entonces..., gracias.

Y repitió con ardiente vibración:

– Gracias, y «hasta la vista,» Andrea.

XII

Grandes sucesos habían ocurrido en el castillo de Biviers, donde Francisco Reversay, como anunció á su hija, se disponía á llenar el vacío dejado por ella.

Era Reversay hombre de un completo egoísmo, de gran ligereza de carácter y de un escepticismo que rayaba en la inconsciencia. Sus explosiones de entusiasmo y de pasión no resistían ni al tiempo ni á la ausencia, pero reaparecían violentamente en cuanto volvía á presentarse el incendiario que le había prendido fuego al corazón.

Así había sido toda su vida. Dominado al principio por su vehemente amor á Lucía de Lanceroy, amor que le impulsó á cometer una horrible acción, la muerte de su mujer le sumió en una indescriptible tristeza y en un completo aniquilamiento de corazón y de cabeza.

Pero, por fortuna suya, era ligero y egoísta, y lo que lloraba desesperadamente no era tanto la muerta querida como la propia felicidad que había desaparecido en aquella tumba.

Cuando vió, más pronto de lo que él mismo se atrevía á confesarse, que había en el mundo algo más que la pequeña Andrea, con la que se había propuesto encerrarse en una soledad implacablemente desolada; cuando se dió cuenta de que existía en la tierra algo más que aquel Biviers donde se había jurado pasar sus días con el recuerdo de la muerta, que revivía en su hija; cuando respiró el aire, cargado de atracciones y de olvido, de aquel París al que le llamaban con frecuencia sus intereses; cuando experimentó el atractivo de aquellas mujeres que pasaban, elegantes, finas, excitantes y exquisitas, el hombre egoísta y ligero reapareció pronto bajo aquel recluso voluntario, todavía vestido de luto.

Pronto también echó de ver Francisco Reversay que no hay nada tan agradable como esa situación mal clasificada de joven viudo; es decir, de hombre que ya no es un muchacho, pero que vuelve á serlo cuando y como quiere.

En la buena sociedad, vió pronto que esta situación le despojaba de la gravedad que podía asustar á las jóvenes.

Y en la sociedad ambigua, por decirlo así, á la que se había dejado arrastrar en ocasiones, vió que su carácter le daba cierta importancia y le hacía más apreciable á los ojos de ciertas mujeres.

¡Ahí era nada! Un señor serio, un magistrado, un viudo..., que por añadidura podía pasar aún por un buen mozo...

Y de este modo Reversay emprendió aquella vida tan vacía y tan ocupada que le hizo olvidar cada vez más á Lucía..., á Andrea... y á Biviers.

¡Bah! También había olvidado otras cosas, que ni siquiera le hacían ruborizarse..., acaso porque no había pensado en ellas hacía mucho tiempo.

Aquella vida mariposeante y hueca duró hasta el día en que apareció en ella la condesa de Fodor, cuando su existencia marchaba ya hacia el ocaso.

Era Nadia una hermosa mujer, tan rubia como morena había sido Lucía de Lanceroy, y Reversay la conoció en una de esas casas, de las que hay tantas, que están situadas en los confines mismos del gran mundo y de la sociedad de contrabando y en las que se mezclan las personas del uno y de la otra.

Nadia Fodor era todavía joven, pues tenía, á lo más, veintisiete ó veintiocho años, pero había vivido de prisa y su existencia era ya una extraordinaria novela de aventuras.

Sí, bastante auténticamente para poder llevar y maltratar su nombre, se había casado con el conde de Fodor, un viejo maniático que la había recogido en el lodo del camino y que á su muerte, que no tardó en sobrevenir, la volvió á arrojar á él, no dejándola un céntimo de la herencia en que la joven se disponía á meter hasta el codo su blanco y hermoso brazo.

Y entonces conoció la miseria, hasta el punto de

carecer de techo y de fuego, y tuvo que marcharse á América para vivir como bailarina rusa en los cafés conciertos, único oficio que le habían enseñado unos gitanos que la educaron, después, probablemente, de haberla robado en algún pueblo.

Entonces volvió la buena suerte, representada por un coloso procedente de San Francisco y que cuando vió á la bailarina rubia no pasó ya de allí.

En aquel momento fué cuando Nadia hizo la vida más locamente fastuosa y realmente más insoportable que jamás había conocido.

El californiano era un bruto..., un bruto enamorado, que no se andaba en miramientos.

Con él, el bolsillo estaba siempre lleno de oro, y la espalda, de cardenales, con la perspectiva de caer por la ventana á la primera rebeldía ó al primer motivo «serio» de descontento.

Aquella vez Nadia tenía un dueño..., un dueño del que no podía vengarse más que por los medios peligrosos é ignorados que convierten á un tirano en un ser ridículo, cuando la comedia no tiene un desenlace de drama.

Pero todo tiene fin, hasta las aventuras más inverosímiles.

Al californiano le gustaba tanto el *champagne* francés como su amante rusa, y el uno y la otra debían serle fatales. Un día le trajeron borracho como una uva, lo que no tenía ninguna importancia; pero cuando estaba durmiendo la mona, una congestión se le llevó al otro mundo. Decididamente, Nadia tenía mala sombra para sus adoradores.

Y una vez más se vió en el caso de ir á buscar fortuna en otra parte, lo que entonces le fué menos difícil que á la muerte del conde, su legítimo y auténtico esposo.

El californiano estaba forrado de oro, pues tenía parte en una mina del precioso metal cuyos rendimientos eran enormes.

Sus socios no fueron muy escrupulosos cuando Nadia les presentó unas cuentas complicadísimas y más ó menos autorizadas por unos garabatos que representaban la firma de su camarada, y esta vez la joven se fué rica por las alhajas que le había dado su amante y con la respetable suma que le entregaron los socios de la mina, pero, sobre todo, con su admirable belleza de veintiséis años.

De este modo llegó á París..., la tierra prometida de las aventureras que quieren continuar sus aventuras, sin perjuicio de conseguir al mismo tiempo lo que se llama «dar fondo.»

Con sus joyas y tirando por la ventana el dinero traído de América, no le costó mucho trabajo á la condesa de Fodor llegar al «buen parecer,» que es tan esencial en ese país desde que el viejo Montaigne lo hizo constar así, y desde que, más aún que en los tiempos del poeta, ha llegado á ser el «sésamo, ábrete» de todas las puertas cerradas.

De ese modo llegó á conocer muchos rusos, más ó menos compatriotas suyos, y entre los cuales hubo algunos que recordaban vagamente haberla conocido condesa de Fodor.

Nadia no quería otra cosa, y la pequeña multitud á que se llama «todo París» se acostumbró pronto á encontrar y á saludar á aquella nueva recluta.

Sus escapatorias fueron bastante discretas para dejarla en el vago límite en que las jóvenes del verdadero gran mundo se codean con las del falso; pero fueron, sin embargo, bastante conocidas para excitar la curiosidad de los que no se entusiasman por una recién venida hasta que saben que está ya en el camino en que ellos piensan empujarla con sus ofrecimientos.

Y un poco con los últimos dólars del californiano y un mucho con lo que se gana en la lotería del azar, la joven hizo esa vida elegante y problemática que sorprende tanto á los que no están en el secreto de esas extrañas trapisondas, y se puso á esperar como un pescador que ha echado el anzuelo en plena agua revuelta.

Francisco Reversay fué el primero que mordió el cebo.

Una buena presa.

De auténtica nobleza provincial y no muy viejo, lo que tenía su importancia para el mundo, pues Nadia había echado de ver, con el conde de Fodor, que no estaba bien visto el arrastrar consigo un viejo demasiado deteriorado.

En todo caso, Reversay tenía una gran fortuna, primer informe que la joven tomó, y miraba á Nadia con ojos ávidos que denunciaban unos apetitos singularmente despiertos.

Aquél tenía trazas de llegar hasta el matrimonio, lo que sería «dar fondo» de un modo soberbio.

La condesa, pues, estableció sabiamente su asedio or medio de la eterna historia de la mujer que se ofrece y no se da, y que después se da un poco, y luego un poco más..., pero nunca por entero.

De modo que después de algún tiempo de ese régimen, salpimentado con una espantosa ciencia, Reversay estaba á punto de caramelo y á merced de la bella.

El viudo no podía ya pasarse sin su embrujadora amiga, sufría mil muertes cuando la veía alejarse y empezaba un nuevo capítulo de la historia de esos amantes viejos á quienes una joven encanta con el sortilegio de sus blancos hombros y de sus rojos labios.

La condesa veía que era aquella una partida ganada, que tenía á su hombre y que el momento psicológico estaba próximo.

– En cuanto case á su hija, se decía.

Y como la época del matrimonio se acercaba, la de Fodor esperaba con tranquilidad.

Sin embargo, aquella rubia criatura sabía bien que no hay que dejar enfriar el hierro cuando se le golpea en el yunque, y se había decidido á ir á ver todo aquello de cerca, á reforzar las resoluciones irritando de nuevo los deseos y á no dejar mucho tiempo entregado á sí mismo al hombre cuya ligereza impulsiva y olvidadiza no era un secreto para aquellos ojos de aventurera, cuando ocurrió el accidente del vuelco, que tan fecundo debía ser en consecuencias inesperadas y que tan bien sirvió á los proyectos de Nadia.

Cuando rompió con su hija, Reversay vaciló menos y se volvió del lado de la condesa.

En aquella ocasión ofreció á la joven, con voz que hacían temblorosa el deseo y la cólera, el matrimonio de que antes no se atrevía á hablar más que vagamente y con la sonrisa en los labios. Naturalmente, ella fué entonces la que calificó el proyecto de locura y respondió para hacerse suplicar:

– Sí, es insensato. ¿Por qué no seguir como estamos? ¿Está usted seguro de que le gustaré siempre?.. Además le voy á costar á usted un sentido. Soy muy gastadora y lo seré más cuando sea su mujer.

A todo lo cual Reversay dió esta admirable y absurda respuesta de los enamorados, viejos ó jóvenes:

– Amo á usted y quiero que sea usted aún más completamente mía.

– ¿Pero no teme usted?.. Su hija...

– Mi hija vive á su gusto... Creo tener el derecho de vivir al mío.

– ¿Pero qué dirá su familia de usted?.. ¿Qué dirán sus amigos?

– No tengo familia ni más amiga que usted. Si acepta usted este matrimonio, me hará el más feliz de los hombres, y si no, el más desgraciado... Esto es todo.

– Es que..., para ser franca, yo no soy lo que se llama una mujer de negocios y creo que he administrado muy mal los míos... Tan mal, que temo mucho...

– ¿Haberlos comprometido un poco? Razón de más para escapar á los cuidados que no deben ensombrecer esa frente querida... Yo soy rico por los dos, y después de mí...

– ¡Oh! No siga usted, Francisco...

– Sí, soy más viejo que usted, y lo natural es...

– ¿Para qué recordármelo cuando yo no lo advierto?

– Pero yo no olvido que la ley de las cosas hará que yo desaparezca mucho antes que usted.

– ¡Francisco!..

Pero Reversay la interrumpió con un ademán imperioso:

– No sería yo un hombre galante ni un enamorado digno de usted si no me preocupase por su porvenir. Todo eso se arreglará en nuestro contrato.

Nadia se abrazó á Reversay y le dijo:

– Tienes un noble corazón... Te adoro.

Y entonces fué cuando se empezó á hablar en Grenoble del próximo casamiento del Sr. Reversay con aquella condesa rusa que con tal atrevimiento se exhibía ya como su amiga.

* * *

Andrea se apeó en la estación de Grenoble.

Pascalón le decía en su telegrama: «Venga usted á verme ante todo.» Y la joven acudió dócilmente á su invitación.

No eran aún las nueve de la mañana, pero el notario era madrugador, por lo que Andrea podía ir sin temor á la calle de Lafayette.

En efecto, en cuanto dijo su nombre, el mismo Pascalón salió de su despacho y la hizo entrar con la más ceremoniosa de sus reverencias, no bastante, sin embargo, para ocultar su turbación.

– ¡Ah, señorita!.. ¿Es usted?

– Me ha dicho usted que viniera y aquí estoy.

– Sí, sí, por desgracia, era indispensable... ¿No ha visto usted á nadie en Grenoble?

– Ni á un alma viviente... Me había usted recomendado...

– Que viniera usted en seguida... En efecto, era mucho mejor así. Pero, en fin, podía usted haber encontrado...

– No he encontrado á nadie.

– Y por consiguiente, no sabe usted nada.

– ¿Pero qué ocurre?, dijo Andrea poniéndose pálida.

– ¡Ah, señorita!..

Y el notario levantó hacia el cielo sus manos huesudas, agitadas por ese temblor «oratorio» que dice tanto como decir puedan las exclamaciones más expresivas.

– ¡Ah! Señorita..., ocurren hechos muy graves y muy imprevistos...

– ¡Mi padre!..

– Su padre de usted, sí.

– Diga usted pronto... ¿Qué le sucede?.. ¡Ah! ¡Dios mío!..

– No, señorita, vive, vive... Tranquilícese usted.

– ¿Pero está enfermo, verdad? ¿Acaso en peligro de muerte?.. ¡Oh! Lo adivino...

– No... Está enfermo, es cierto, á consecuencia de un ataque...

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!

– Pero se va curando con relativa rapidez y pronto estará repuesto.

– ¿Dónde?.. ¿En Biviers?.. Voy allá.

El notario la contuvo con un ademán.

– Se lo repito á usted, no hay ya peligro. Su padre de usted está mucho mejor. Ha recobrado la palabra y el uso de los brazos. Los médicos, á quienes vi ayer mismo, no tienen ya inquietud alguna. Si el ataque no se repite, y nada hace prever que se produzca de nuevo la causa, es seguro que el señor Reversay curará.

El notario tosió... Parecía que lo que aún le quedaba por decir era más delicado.

– Pero antes de que le vea usted tengo que contarle muchas cosas con las que no hubiera querido herir sus oídos, pero que es indispensable que usted sepa.

Las pálidas mejillas de la joven se ruborizaron de repente.

– Le escucho á usted, Sr. Pascalón.

Los dos estaban en el antiquísimo despacho. Andrea estaba iluminada por la luz de la ventana y sentada en el viejo sillón de crin que el notario le había indicado, y éste, instalado en su inmenso escritorio, la miraba con tierna compasión y parecía sentir gran embarazo para comenzar sus explicaciones.

¡Era todo aquello tan difícil de contar, tan extraño, tan enorme!..

Pero, en fin, había que decidirse, y el notario tosió otra vez y dijo:

– Usted no es ya una niña y comprenderá á medias palabras lo que soy incapaz de decir con una crudeza que me parecería una ofensa hacia la nieta del presidente Reversay. Hace unas semanas, su padre de usted fué á buscar, no á mí, sino á uno de mis colegas, para encargarle que redactase su contrato de boda con la condesa de Fodor. Ya había yo iniciado á usted en este asunto.

– Y también me había usted dicho que yo no tenía ningún medio, ninguna razón, ningún pretexto, para impedirlo.

– Es verdad. Mi colega vino á hablarme de este asunto (y aquí la voz del notario tembló de indignación), porque es la primera vez, desde hace más de cien años, que un Reversay ha hecho un acto semejante fuera de este despacho que yo represento hace cuarenta... No digo esto en son de queja ni para recriminar á nadie, sino para que usted comprenda que todos los documentos referentes á los Reversay están en mi poder, y mi compañero tuvo que pedirme informes para redactar el contrato del modo que pretendía su padre de usted... El tal contrato era muy extraño, permítame usted que lo haga constar, pues atribuía á la nueva señora de Reversay la parte de un hijo en la herencia, es decir, que despojaba á usted *hic et nunc* de la mitad de esa sucesión que le corresponde como hija única...

La joven se encogió de hombros, pero el notario añadió, respondiendo á aquel ademán:

– Sí, acaso á usted le es igual; pero no por eso deja de ser injusto, y hasta un abuso de confianza... Hortensia de la Croix d'Arbel no hizo á su padre de usted depositario de la fortuna patrimonial para que fuese á parar en las manos de una rusa, venida sabe Dios de dónde, y sobre todo, sabe Dios por qué camino...

Al oir hablar así á Pascalón, Andrea sintió un es-

calofrío de malestar, pero no respondió. El notario continuó, excitándose por sus propias palabras:

– En fin, no había nada que hacer y yo no podía tomar otro partido que el de lamentarme y dar á mi colega los datos que pedía. Se los dí, pues, y le pregunté: «¿Cuándo se celebrará esa boda? – Muy pronto, me respondió. No se espera nada más que unos documentos relativos al estado civil de la condesa de Fodor, que tardarán porque vienen de lejos...» Porque parece que es una condesa auténtica esa señora..., esa hermosa señora que... Pero no anticipemos los sucesos. Yo no esperaba más que la publicación de las amonestaciones para dar á usted esa noticia, que sólo entonces sería oficial, cuando... (el notario hizo una corta interrupción y volvió á toser). Aquí, señorita, tengo que ser menos claro, porque no sé qué me han contado y porque me da vergüenza el tener que repetirlo... La boda debía verificarse en Biviers, lo que era el medio menos ruidoso de hacer esa tontería, y la condesa esperaba en el hotel de Grenoble, donde paraba siempre que se le antojaba venir á dar un poco de escándalo... ¿Qué sucedió la noche en que, puesto en alarma por algún aviso discreto y anónimo, el Sr. Reversay tuvo el capricho de hacer á su prometida una visita inesperada?.. Aquí, señorita, debo pasar como sobre ascuas y no levantar demasiado el velo; pero el resultado de la tal visita fué el siguiente: se oyó el ruido de una detonación..., de un tiro de revólver, sin duda. La gente acudió y encontró alguna resistencia para que se abriera la puerta... Por fin abrieron y apareció el Sr. Reversay herido, no de un tiro, sino de una congestión, y agonizando sin conocimiento, mientras la condesa, un poco tarde acaso, se ponía á pedir socorro... No había allí arma ninguna ni trazas de proyectil, y la condesa, al prodigar sus cuidados al enfermo, afirmaba que no se había disparado ningún tiro... Debo añadir inmediatamente que un caballero llegado el día anterior y que había dado un nombre bastante exótico, ocupaba, por una coincidencia que usted puede que encuentre singular, el cuarto medianero al de la condesa..., un cuarto que comunicaba con aquél, como todos los de los hoteles, por una puerta cerrada con doble cerrojo... Aquel joven, pues parece que lo era y muy apuesto y elegante, permaneció unos cuantos días encerrado en su cuarto, diciendo que estaba enfermo, y allí está todavía, pero el médico que le asiste no ha dicho á nadie que su enfermedad sea una herida. Ya sabe usted que no hay nada como el secreto profesional para embrollar la más sencilla aventura... Juzgue usted lo que pasará con ésta, que es ya de suyo tan complicada... Además, en aquel momento la condesa, como todo el mundo, creyó que su padre de usted moriría en breve plazo, y que no recobraría el conocimiento ni la palabra... Como usted comprende, se trataba de reducir el escándalo y el drama, en caso de haberlo, á las proporciones de un simple accidente... Y ese accidente era el ataque que acababa de ocurrir al prometido de la condesa... Fué, pues, necesario aceptar esa versión, y se trasladó á Biviers á su padre de usted, seguido, según parece, de esa señora, cuya pena daba lástima... Y lo creo, añadió el notario guiñando un ojo, pues aquel accidente arrebataba de sus manos dos buenos millones que ella creía ya tener en su poder...



... y muy vacilante todavía, salía al jardín, apoyado en el brazo de Andrea

– Pero, en fin, exclamó Andrea angustiada, mi padre no estaba moribundo..

– Seguramente, puesto que está mucho mejor, ha recobrado el uso de la palabra y va recobrando los movimientos. Lo que cuento á usted, señorita, es la impresión del primer momento, lo que podemos llamar el primer acto del drama... Así, pues, el señor Reversay fué conducido á Biviers y se le lloró por muerto... Mientras tanto el individuo del hotel se hacía más y más invisible y seguía recibiendo dos veces al día á su médico, que hablaba vagamente de una pulmonía, mientras los criados encontraban en todos los rincones trapos y vendas ensangrentados. La hermosa condesa de Fodor, llorando sus millones perdidos, se preparaba á salir de la plaza con los honores de la guerra... Cuando hete aquí que da principio el segundo acto. Al señor de Reversay le da por ponerse mejor y llega á pronunciar algunas palabras, bastante claras para significar á su inconsolable prometida la orden de largarse inmediatamente... A lo que ella respondió con no menor claridad: «Nada de escándalos, si á usted le parece; porque si dice usted una palabra, hay otro que hablará también...» Y concluyó soberbiamente, delante de los criados embobados: «No aumente usted el ridículo de su situación desmintiendo el escaso talento que le supongo todavía, y tenga cuidado con la denuncia que usted sabe si tiene la desgracia de hablar de una lucha que no ha existido más que en su imaginación. Buenas noches.»

– De manera que..., exclamó Andrea estupefacta.

– De manera que la condesa se ha marchado. El joven enfermo sigue invisible en el hotel. Su padre de usted está mucho mejor... Y la boda, naturalmente, se la ha llevado el diablo...

– ¿Y yo, entonces?.., dijo Andrea con involuntario temor.

– Usted tiene su sitio á la cabecera del que no volverá fácilmente á sus escapatorias... y al que ya no tiene usted razón para dejar solo.

Andrea iba á exclamar: «¡Ah! ¿Cree usted eso?..»

Pero recordó á tiempo que aquel secreto no era suyo y que su deber filial era superior á todos los demás.

Y respondió al señor Pascalón:

– Voy allá.

XIII

El notario había dicho la verdad. Francisco de Reversay se iba reponiendo de su ataque y de su alarma. Había recobrado la palabra, aunque todavía muy vacilante y pastosa, el movimiento y la sensibilidad habían reaparecido en el lado derecho, atacado por la parálisis, y su apetito no era malo. Pero la parte moral no iba tan bien como lo demás.

No; Reversay no se reponía de la ruina de todas sus ilusiones. El golpe había sido brutal é irónicamente doloroso y le había herido en su amor, en su amor propio y en esa tenaz pretensión de juventud que tuvo hasta entonces y que le hacía creerse amado...

¡Pobre hombre! Por primera vez se sentía viejo, acabado, entregado en su decrepitud á cuidados mercenarios de criados indiferentes y hostiles, como todos, mientras que la que debía estar á su lado se alejaba de él como de un apestado, y no se sabía siquiera dónde estaba.

Cuando volvió en sí en aquella cama donde le tenía clavado la parálisis; cuando después de arrojar ignominiosamente á aquella mujer se vió enfrente de Julia, la antigua doncella elevada á la categoría de mujer de confianza, de intendente y casi dueña de la casa desde la partida de Andrea; cuando volvió á ver aquella sonrisa obsequiosa que él detestaba, no tuvo más que un pensamiento: «¡Mi hija!»

Seguramente, no le era imposible comunicarse con ella si quisiera. Pascalón, su apoderado, debía saber el sitio en que vivía.

¡Pero qué humillación el dirigirse á aquel hombre! ¡Qué mal paso si tropezaba con una negativa!

(Continuará.)

LOCOMOTORA ELÉCTRICA

DE LA COMPAÑÍA «ZOSSEN-MARIENFELD»

Cuando se hicieron los primeros ensayos del ferrocarril, un diario inglés y de los más sesudos escribía: «No creemos preciso ocuparnos de estos visionarios que pretenden cubrir el país de ferrocarriles y quieren reemplazar las diligencias y postas por este nuevo medio de transporte. ¿Hay algo más ridículo, más absurdo, que sostener que una locomotora nos llevará con doble velocidad que una diligencia? Si acaso tal pretensión tuviera algún fundamento, más valdría colocarnos en un cañón y lanzarnos así de una á otra comarca.»

Por aquel mismo tiempo, otro periódico también inglés y de los más importantes, el *Times*, decía, entre otras cosas: «Pretenden alcanzar por medio de locomotoras una velocidad de 16, 24 y hasta 32 kilómetros por hora, y sabido es que la mayor velocidad que se ha logrado obtener hasta ahora en las vías usadas en las minas es de nueve kilómetros. La perfección á que aspiran en época futura es, pues, más que problemática. Por otra parte, las locomotoras actuales tienen un peso enorme; las que sirven en las minas de Kilingworth pesan ocho toneladas; y un peso tal, lanzado á la velocidad de que se habla, destrozaría los carriles y la máquina, y los coches descarrilarían; y ¿qué esfuerzos no serían precisos para volver á colocarlos en su lugar?»

¿Qué hubieran dicho los que así se expresaban en el primer tercio del siglo XIX si hubiesen visto correr en el último tercio del mismo los trenes expresos á una velocidad de 80 kilómetros por hora, sin que ocurrieran los desgraciados accidentes que como inevitables en aquella sazón se profetizaban?

Pero no hemos de remontarnos á tan lejanas fechas para establecer términos de comparación y para admirar los inmensos progresos realizados por la ciencia y la industria modernas en cuestiones de ferrocarriles. Sin salirnos de nuestros tiempos, ¿cómo no asombrarnos de los nuevos inventos y de sus aplicaciones? Hace cuatro días, como quien dice, nos parecía que se había llegado al *summum* de la rapidez cuando se hablaba de los trenes de los Estados Unidos, el de Nueva York á Chicago, por ejemplo, que corre á razón de 110 kilómetros por hora; y sin embargo, ¿qué significa esta velocidad comparada con la que en unas pruebas recientes se ha obtenido en Alemania con la locomotora eléctrica de la Compañía «Zossen-Marienfeld» que reproducen los dos grabados de esta página? Dos sociedades se disputaron el *record* de la velocidad: la citada y la «Sociedad Eléctrica Unión,» de Berlín, habiendo triunfado la primera, cuya máquina, arrastrando un vagón, alcanzó una velocidad de 118 millas, ó sean unos 178 kilómetros, por hora.

Cierto que estas velocidades, que bien pueden llamarse vertiginosas, no tienen aplicación práctica, dada la construcción de las actuales vías férreas; pero serían tantas las ventajas para el tráfico que la utilización de las mismas reportaría, que quién sabe si antes de poco, aun á costa de los gastos inmensos que ello significaría, veremos transformadas las condiciones en que hoy se hace la explotación ferroviaria, á fin de aprovecharse de tales beneficios. – X.



Interior de la locomotora eléctrica de la compañía «Zossen-Marienfeld» que ha recorrido 118 millas en una hora, la mayor velocidad hasta ahora alcanzada en un ferrocarril

LOS FRUTOS Y CONSERVAS DE CALIFORNIA

EN LOS MERCADOS EUROPEOS

Actualmente se comen en Europa, y sobre todo en París, frutos conservados de California, y muchos se preguntan cómo pueden llegar á nuestros mercados á precios aceptables, después de haber recorrido la enorme distancia de 8.000 kilómetros que separa las orillas del Pacífico de las riberas del Sena.

Las siguientes explicaciones permitirán darse cuenta de los hechos económicos que han dado este resultado sorprendente.

Demos, ante todo, un resumen de los transportes que han de asegurar las líneas férreas transcontinentales que se explotan en California.

Esta región exporta anualmente siete millones de cajas de 40 kilogramos de naranjas y de limones; sólo el distrito de Los Angeles expide 18.000 vagones de 12 á 15 toneladas cada uno. Además, en 1902 California ha expedido 160 millones de libras de ciruelas, 16 millones de libras de uvas, 60 millones de libras de melocotones evaporados y 325 millones de libras de frutas secas de toda clase. Las manzanas dan lugar á un tráfico extraordinario, que comprende 1.400.000 cajas de 50 libras, de las que 154.000 han cruzado el Atlántico con destino á Londres y 140.000 con destino á Liverpool, Glascow, Hull, Hamburgo, etc.

Doce mil vagones de frutas y legumbres frescas y conservadas han salido de las estaciones de California en el pasado año, sin contar 4.300 vagones de vino y 3.700 de azúcar. El 60 por 100 de las expediciones de California van más allá de Chicago, y la mitad de esta cifra está destinada á los puertos del Atlántico para continuar hasta Europa.

El factor dominante en la fijación de las tarifas es la competencia marítima: cuando las compañías ferroviarias no la tienen, mantienen tarifas relativamente elevadas; pero en el caso contrario, hacen grandes concesiones. Así las naranjas, que han de ser transportadas rápidamente y no pueden serlo, por ende, por mar, pagan 6'25 francos las 100 libras de San Francisco á Nueva York, y lo propio sucede con las frutas secas que el mercado pide con urgencia para una misma estación. En cambio, las conservas, que son de todas las estaciones y que constituyen un excelente flete marítimo, son admitidas por los ferrocarriles á razón de 3'75 francos las 100 libras. Igual tarifa se aplica á los vinos para quitar carga á los buques de vela.

Otra consideración influye en las tarifas americanas y merece llamar la atención, y es que las líneas transcontinentales americanas, han abandonado el sistema de las tarifas kilométricas, substituyéndolas por el principio del «postage-stamp» (sello de correo), completado con el del «blanket.» El primero es la aplicación de una tasa única, como hace el correo con las cartas, franqueándose lo mismo que éstas los paquetes. El sistema «blanket» divide el país en zonas, y en la extensión de cada una de éstas se paga la misma tasa; sin embargo, ésta es distinta según los productos. De este procedimiento resulta que una sola tarifa se aplica desde un punto cualquiera de California á cualquiera estación situada al Este de la línea occidental, Kansas, Nebraska y Texas. En el sentido contrario, un objeto manufacturado expedido en Nueva York á cualquier estación de California, unos 4.000 kilómetros por término medio, paga lo mismo que si se expidiera á Chicago, es decir, á 1.500 kilómetros. La idea fundamental es que en los mercados de su país un comerciante de una ciudad americana no ha de tener ninguna ventaja sobre un comerciante de otra por la diferencia de su situación geográfica.

Por lo que toca especialmente á California, este sistema le ha abierto todos los mercados de la Unión y le ha permitido llegar á los de Europa.

Las compañías ferroviarias americanas han considerado con razón que los mercados extranjeros permanecerían cerrados á los productos californianos y que ellas mismas perderían un importante tráfico si no consentían en hacer importantes sacrificios y si además no se ponían de acuerdo con las compañías marítimas.

Por esto ahora, gracias á estas concesiones y á estos acuerdos, las frutas secas en cajas y barriles, que pagan un dólar las 100 libras desde San Francisco á Nueva York, van desde San Francisco á Londres ó á Liverpool ó á Amberes por 5'50 francos, á Hamburgo por 5'75 y á Burdeos por 6'25.

Otro artículo para el cual la competencia es activa



La locomotora eléctrica de la compañía «Zossen-Marienfeld» arrastrando un vagón en la prueba en que recorrió 118 millas por hora

tiene una tarifa aún más reducida; nos referimos al salmón conservado en latas que se expide desde San Francisco y desde Alaska á Londres y á Liverpool al mismo precio que á Chicago y Nueva York, ó sea 3'50 francos las 100 libras.

Todo esto explica el hecho de que en Europa se encuentren á precios muy moderados los productos californianos.

Los considerables sacrificios llevados á cabo por las compañías ferroviarias transcontinentales americanas las han obligado á perfeccionar sus medios de transporte y á reducir sus gastos generales, única manera de compensar aquéllos, habiendo obtenido en parte este resultado mediante el aumento de la capacidad de los vagones, que disminuye en otro tanto el peso muerto, y también mediante el empleo de locomotoras más potentes que permiten arrastrar trenes más pesados.

El éxito más completo ha coronado sus esfuerzos, según lo demuestra la circunstancia de ser insuficientes ya las líneas actuales y de tratarse de la construcción de otras nuevas. – S.



El salón restaurant de la «Maison Dorée» (de fotografías de Adolfo Mas)



BARCELONA. – Fachada del restaurant «Maison Dorée»

BARCELONA. – EL RESTAURANT «MAISON DORÉE»

Este nuevo restaurant, recientemente inaugurado, hállase situado en el punto más céntrico de Barcelona, en la plaza de Cataluña, y bien puede decirse de él que es digno de la importancia de nuestra capital.

Sus propietarios, los hermanos C. y M. Pompidor, no han perdonado gasto ni esfuerzo alguno para ponerlo á la altura de los mejores en su género, y siguiendo la corriente que en materia de ornamentación de establecimientos públicos se observa de algún tiempo á esta parte en Barcelona, han atendido de un modo muy especial á la parte artística, así en la fachada como en las dependencias interiores, habiendo presidido el mayor gusto, así en el conjunto como en los detalles, según puede verse en los adjuntos grabados.

La dirección de las obras ha corrido á cargo del arquitecto D. Augusto Font, y en el decorado del salón restaurant han tomado parte artistas tan reputados como Riquer, Vancells, Urgell, Ríus, Gual y Ferraté. – X.



Fuente de Venus, recientemente inaugurada en el «Paseo de Julio» de Buenos Aires, obra de Lola Mora

(Véase el artículo de la página 686)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 26 de octubre de 1903 — Núm. 1.139



ESTUDIO PARA UN MONUMENTO SEPULCRAL, obra de José Llimona

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo tercero de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

México: informe presidencial: situación del país: la instrucción pública y los servicios y trabajos científicos: el Museo tecnológico: obras públicas: el gobierno y los ferrocarriles: los ingresos del erario: la cuestión del cambio y la plata: la colonización. – *Colombia:* el canal interoceánico: repulsa del contrato Herrán-Hay: actitud de las partes interesadas: los separatistas de Panamá: juicio del actual estado de cosas y soluciones posibles.

El 21.º Congreso de la Unión Mexicana abrió el tercer período de sus sesiones el 16 de septiembre.

El informe que con este motivo leyó el presidente de la República acredita una vez más el progreso moral y material de México.

Merecen allí preferente atención del gobierno la instrucción pública y los trabajos y servicios científicos. Se han creado nuevas escuelas, aumentando el personal docente en más de 100 profesores, y se procura ir dando mayores sueldos á los maestros. Amplíanse las partidas consignadas para material de enseñanza y para excursiones escolares, y establecida por la ley la práctica del trabajo manual como labor educativa en la escuela, se han enviado profesores á los Estados Unidos para que perfeccionen sus conocimientos técnicos en esta materia que va á hacerse extensiva á todas las escuelas primarias elementales. Inteligentes maestras estudian también la organización de los jardines de niños, las Escuelas Normales toman de día en día mayor desarrollo, créanse clases especiales de conferencias y lecturas en las que los alumnos se ejercitan en el buen uso de la lengua nacional, y los educandos de las Escuelas de Artes y Oficios que terminan sus cursos hacen excursiones á los principales centros fabriles de la República.

Prosiguen y completan sus importantes tareas las comisiones encargadas de medir y planificar el territorio y trazar la carta general de México. La obra de exploración y recuento de las riquezas arqueológicas del país, apenas iniciada, va realizándose con particular empeño, no obstante las naturales dificultades que presenta. Se han explorado las célebres minas de la Quemada, en el Estado de Zacatecas; se están haciendo importantes excavaciones en Huexotla, del distrito de Texcoco, y se procede activamente á desembarazar de maleza y á desmontar los admirables grupos arqueológicos del Estado de Yucatán, sobre todo los de Chichén Itzá, cuyas ruinas estaban sufriendo los perjuicios causados por la exuberante vegetación de los trópicos.

El servicio meteorológico se ha perfeccionado de tal modo, que se puede hacer el pronóstico del tiempo con más exactitud y dar á conocer sus indicaciones por las vías telegráficas, por la prensa y por la carta del tiempo, con gran provecho para la agricultura y para la navegación. En el Distrito Federal ha empezado á enviarse á domicilio ese pronóstico en el resello de la correspondencia.

A fin de favorecer el desarrollo de la industria y riqueza nacionales, se está organizando un gran Museo tecnológico industrial, establecimiento en el que han de reunirse muestras de las materias primas que se producen en el país, acompañadas de cuadros explicativos, datos de coste, medios de transporte, catálogos de maquinaria, etc., para que los interesados puedan obtener gratuitamente todos los informes que necesiten respecto á las varias industrias, y para facilitar las relaciones entre productores y consumidores.

Respecto á Obras públicas, el informe presidencial consigna noticias muy satisfactorias. En Tampico, en Veracruz, en Coatzacoalcos, en Mazatlán, en Manzanillo, en Salina Cruz, etc., etc., se llevan á cabo trabajos de saneamiento y provisión de aguas, muelles y rompeolas; se limpian y canalizan ríos, se levantan faros, se construyen edificios para aduanas, almacenes y oficinas de correos y telégrafos. Se extiende sin cesar la red de ferrocarriles. Estos han tenido un aumento de 433 kilómetros, y suman todos en conjunto 15.918, que unidos á las vías de los Estados y ramales particulares, dan un total de 18.197 kilómetros. Acaba de concertarse una de las operaciones de mayor trascendencia para el porvenir de la República; la intervención del Gobierno, no como poder público, sino con el carácter de interesado principal, en la dirección superior de tres de las más grandes empresas de ferrocarril: la del Nacional de México, la del Internacional y la del Interoceánico. Era ya urgente que se sintiese con mayor firmeza la influencia del Gobierno en pro de los intereses públicos, así como impedir que hubiera entre las empresas rivalidades estériles y hasta perjudiciales, y, sobre todo, conjurar el peligro cada día más inminente de una consolidación general de intereses ferroviarios, que constituyese frente al Gobierno una entidad cuyos elementos é influencia ejercerían preponderancia decisiva en la vida económica de la Nación.

Desde el punto de vista financiero, la situación es también satisfactoria. Aun cuando no han terminado los trabajos de concentración y depuración de la cuenta del Erario por el año económico de 1902-1903, hay datos para calcular un ingreso de más de 74.500.000 pesos, superior en algunos millones al que se obtuvo en el ejercicio de 1901-1902. El producto de los derechos de importación, prescindiendo del recargo variable que ahora se cobra sobre ellos, aumentó en más de 3.000.000, y en más de 6.000.000 si se computa dicho recargo. El ingreso por los impuestos de Timbre excedió en más de 2.500.000 pesos á la cantidad que produjeron en el año fiscal anterior. Sumados los rendimientos de sólo estos dos grupos de rentas, representan un total de 64.000.000.

El problema capital que preocupa hoy á los financieros mexicanos es el de impedir las variaciones que sufre constantemente el valor en oro de la moneda nacional. El gobierno no pierde de vista esta difícil é importante cuestión del cambio, y procura conseguir la estabilidad posible y á la vez proteger la Minería del país, rectificando el criterio desfavorable á la plata y promoviendo las aplicaciones de este metal. Sus gestiones se dirigen hoy á lograr que los países que tienen el patrón de plata sigan haciendo uso de este metal como moneda, dándole, cuando fuere posible, un valor fijo con relación al oro; que sean uniformes las bases fundamentales de las reformas que se acepten, para que de esa suerte la solución tenga en todas partes mayor firmeza y prestigio; que se adopten, por último, medidas con el fin de evitar que continúen produciendo sus efectos perniciosos muchas de las principales causas que trastornan el mercado de la plata.

La colonización sigue adelantando, mediante el reparto de lotes de tierra á indios pacíficos ó venta de aquéllos á colonos que han ido á establecerse con sus familias en la región del Baqui. En los terrenos concedidos al general boer Snyman en Chihuahua se han instalado siete familias surafricanas. Dícese que son 200 las que han pedido concesiones en Tamaulipas y Chihuahua y que algunas de ellas están ya en camino de América, conducidas por el general Viljoen. Insistimos, en vista de los hechos, en que la colonización boer en el Nuevo Mundo ni alcanza ni ha de alcanzar la importancia que algunos en un principio supusieron.

El tratado Herrán Hay, relativo al canal interoceánico por Panamá, no ha obtenido la sanción del Senado colombiano.

¿Es que Colombia se opone á la ejecución de esa grandiosa obra por su territorio? De ningún modo. Colombia quiere canal; lo que no quiere es someterse á las duras condiciones que le imponen los yanquis, ni sufrir menoscabo en sus derechos y en sus intereses con beneficio sólo de los nuevos constructores y de los que ostentan los derechos de la antigua Compañía.

Colombia ha procurado con perseverante empeño que realizase la obra la primitiva Compañía del canal ú otra reorganizada en la misma Francia; con este objeto hizo concesiones onerosas para ella, y una y otra vez prorrogó el plazo dentro del cual debían terminarse los trabajos. De nada le sirvieron sus buenos deseos. Se evaporaron en manos de especuladores y políticos franceses mil millones de francos, y Colombia cayó bajo las garras de los yanquis. Estos han apretado demasiado, y ni ellos ni los acaparadores de las acciones de la Compañía, que se proponían embolsar 200 millones de francos, han conseguido realizar sus designios. Y unos y otros ponen el grito en el cielo y se revuelven airados contra el gobierno de Bogotá. Pero Colombia tenía y tiene que defender su soberanía y sus intereses y la obligación moral de procurar que el canal sirva por igual á todas las naciones, sin privilegios para ninguna. El Senado colombiano ha cumplido, pues, con su deber. Quien no lo cumple es Francia, que por dignidad, por decoro, debía ponerse al frente de un esfuerzo colectivo de Europa y de América para llevar á cabo la empresa que tanto importa á todos los pueblos.

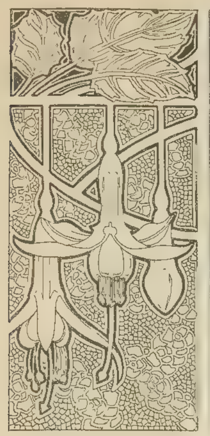
No confía Colombia en ese esfuerzo; tanto es así, que no rechaza en absoluto la intervención yanqui. Pero sí exige otras condiciones, otro contrato; pide que la Compañía francesa obtenga ante todo autorización del gobierno colombiano para transferir á los Estados Unidos sus concesiones, derechos y privilegios; que los Estados Unidos adquieran solamente la zona necesaria para la construcción del canal; que sus leyes no tengan validez alguna en territorio de Colombia; que no funcionen tribunales mixtos, sino tribunales colombianos, y que se fije un plazo de construcción con la cláusula de caducidad si dentro de él no se hubiere terminado el canal.

Los yanquis replican con amenazas más ó menos embozadas, hacen como que vuelven la vista otra vez al proyecto de canal por Nicaragua y solivantan los ánimos en el istmo cuyos pobladores, temerosos de que el canal se abra fuera de su territorio, pretenden evitarlo, ya imponiéndose revolucionariamente á su actual gobierno para substituirlo con personalidades más dóciles á las exigencias del de Wáshington, ya aventurándose en un movimiento separatista para poder entenderse directamente con éste.

En agosto último, un periódico de Panamá, *El Istmeño*, publicó un artículo defendiendo la independencia. «¿Correspondió Colombia, decía, á la sincera adhesión, lealtad é importantes servicios del Istmo de Panamá después de la muerte de Bolívar y que naturalmente eran de esperarse siendo del mismo origen, teniendo las mismas tendencias, sentimientos religiosos é idioma? ¿Puede alguien contestar afirmativamente? ¿Es feliz y próspero el istmo de Panamá perteneciendo á Colombia? ¿No sería más feliz separándose como República soberana é independiente? ¿No es este el ideal que hace años germina en el corazón de los istmeños patriotas, debido á justificados resentimientos de esta noble pero desgraciada tira de tierra que se anexó á Colombia de su propia y libre voluntad? Panamá puede y debe ser absolutamente independiente. No somos felices ni estamos satisfechos en manera alguna bajo el dominio central; los istmeños, sin excepción, somos separatistas y soñamos con la independencia de la patria: no buscamos anexión á potencias extranjeras: sostenemos y proclamamos una República soberana, gobernada por los istmeños mismos. Costa Rica es una pequeña nación, y sin embargo, es feliz y próspera. ¿Por qué no puede llegar á ser el istmo independiente y próspero, siendo más grande y con más elementos?»

Si hay sensatez en los gobernantes de Wáshington, no es de creer que, pasada la mala impresión del momento, perseveren en propósitos de enemistad á Colombia, y la manifiesten, ya apoyando al partido liberal contra el conservador, ya protegiendo á los separatistas del istmo. En el primer caso la guerra civil habría de renovarse con daño de todos, y aun cuando los liberales triunfasen, no es seguro que los vencedores, una vez en el poder, se sometieran á los deseos de sus auxiliares los yanquis. En cuanto á la independencia de Panamá, ese nuevo y pequeño Estado nacería en circunstancias poco simpáticas; constituído sin más razón que la de entregar á los yanquis el canal, habría de merecer poco aprecio de los demás pueblos. El hecho, por otra parte, sería un golpe mortal para el prestigio en América de los Estados Unidos, que así, por modo indirecto, se apropiaban territorios de los hispanoamericanos, y sería además la amenaza de un peligro constante para la seguridad del canal, y por consiguiente, del tráfico que por él se hiciera. Colombia habría de aspirar á la reivindicación de ese trozo de su territorio, y permanente sería el temor de *casus belli* con el Estado que poseía tan importante vía de comunicación.

R. Beltrán Rózpide.





LA CANDOR

Servía de camarera en el cafetín *El Aguila* – comenzó Bermúdez, – situado en una de las callejas más indecorosas de la ciudad, y sus parroquianos asiduos dieron en confirmarla con este simpático nombre: *la Candor*.

La idea que tal nombre expresa tenía representación admirable en aquella niña. Por la actitud de inocencia asustada, el mirar soñoliento de los que sueñan con lo inexpresable y la modestia de su aire, hacía pensar en esas vírgenes laboriosas que una piedad profundísima llevó á cuidar de los enfermos y que se deslizan de prisa y sin ruido, sin darle á sus cuerpos gráciles otros movimientos que los que la locomoción exige.

La Candor se hacía simpática á primera vista, y al verla en ocupación tan ruin y tan expuesta á la chacota grosera de la gente maleante, daban ganas de ofrecerle un medio de vivir mejor y más en concordancia con su cara preciosa y con los sentimientos que debía de abrigar aquel cuerpecito delicado.

La conocí en uno de esos días en que el aburrimiento nos lleva en busca de emociones desconocidas y de tipos nuevos que estudiar, y os juro que me chocó en extremo la presencia de una mujer de tal porte en un tugurio donde se maldecía y renegaba y donde los equívocos soeces se prodigaban con lastimosa frecuencia.

Por pedir algo, hice que me sirviera una copa de Jerez y la invité á tomar asiento á mi lado, si un compromiso mayor no se lo impedía, y á que se sirviese lo que tuviera á bien.

La Candor me miró dulcemente, como agradecida de mi descarada finura.

– Tomaré lo que usted quiera, dijo mientras se sentaba á la mesa frente á mí.

– No tengo mucho dinero; mas, ¡qué diablo!, parece desear salirse del bolsillo. No sé por qué, pero tengo la idea de que estos pedazos de metal estorban y que fueron siempre la gran dificultad de la vida desde que alguien, en mala hora, los inventó... Así es que pide por esa boca, que no he de morirme por peseta más ó menos.

Púsose en pie la muchacha y se sirvió una copa de Montilla.

Sentóse de nuevo, y dijo con voz dulce y suave como un arrullo, levantando la copa en actitud de brindar:

– ¡A su salud!

Había en su carita pálida el gesto agridulce de las grandes resignaciones; sus ojos parecían tener tendencia irresistible á estar entornados y miraban hacia el suelo en una actitud pudorosa y triste.

– ¿Cómo te llamas?, le pregunté con esa familiaridad usada por los risibles hombres de mundo, que están convencidos de que la grosería no es tal y sí algo de picaresco.

– Amalia, me contestó suavemente; pero en el café me llaman *la Candor*.

¡La Candor! El nombre era justo y correspondía á la idea que despertaba su presencia.

Picada mi curiosidad, deseoso de saber algo de su vida, le pregunté, pero con respeto instintivo:

– ¿Y por qué está usted aquí?

– Ya ve, señor; la necesidad es un tirano muy grande: hay que trabajar para vivir; mi madre está ya muy vieja, y la pobre harto se afana en limpiar y arreglar nuestra casita y hacer la comida.

– Pero estará usted mal, teniendo que tolerar las pesadas bromas de la gente que frecuenta estos... cafetuchos.

No se estaba bien, pero había que hacerse á todo. El amo del café, que era amigo de su madre, fué quien se empeñó en llevarla allí, y le dió consejos sobre lo que debía de hacer para ganar buenas propinas.

– No sé ningún oficio, siguió diciendo; aunque coso bien, la labor que me daban en las tiendas era escasa y mal pagada. Aquí, por lo menos, se gana más. Es cierto que suele venir mala gente; pero los calaveras son muy dados á la misericordia y algunas veces dan propinas de largo.

– ¿Y no hace usted más que servir?

La Candor se puso muy encarnada; me miró con melancolía infinita; miró después al suelo, y con voz que tenía mucho de sollozo dijo:

– No, señor; no hago otra cosa.

– ¿De veras?, volví á preguntar con insolencia. ¿No tiene usted ningún amigo predilecto?

Volvió á mirarme, y esta vez creí leer un reproche en su mirada, algo así como un «¿Por quién me toma usted?» enérgico é indignado.

– ¿Se ha ofendido usted?, me apresuré á preguntarle lamentando mi indiscreta curiosidad.

– No, no, señor; de ningún modo. Cuando una tiene que estar aquí (se le saltaban las lágrimas), se ve obligada á aguantarlo todo para no disgustar á los parroquianos: bromas y preguntas; porque se tiene una que acordar de lo que le espera si no sabe conllevar el genio de los que vienen; el amo se enfadaría, y ellos tal vez no dieran propinas y... entonces mi madre...

– Le ruego que me perdone.

– Pero si no hay de qué (esforzándose por sonreir). Como muchas de las que sirven en estos sitios...

Os juro que empezó á interesarme vivamente la tal *Candor*. Sabéis que fuí siempre impresionable y no poco romántico.

La candidez de aquella niña, viviendo en medio ambiente tan cargado de vicio, despertó en mí un raro y singular sentimiento que tomé por conmiseración.

Pagué el gasto y quise darle lo que en el bolsillo me quedaba. Ella entonces me miró enternecida, y ¡cosa rara!, sólo tomó diez céntimos, mientras decía conmovida:

– Guarde lo demás; lo agradezco con toda mi alma; no hice nada para merecer... A más, un señor va muy mal cuando no lleva dinero.

Persiguióme el recuerdo de *la Candor* todo el día, me acompañó por la noche y fué el incubo de mi sueño. Al despertar, mi primer pensamiento fué para ella y sentí imperiosa necesidad de volverla á ver, y me encaminé hacia el cafetín, empujado por irresistible fuerza.

Eran las once de la mañana, y el desierto salón parecía más destartalado y sucio. El dueño, que estaba detrás del mostrador leyendo un periódico, se acercó al velador ante el cual me había sentado.

A mis preguntas contestó que por la mañana no iban las camareras, que se retiraban muy tarde por la noche.

Y hablando de *la Candor* me hizo cumplidísimo elogio de ella. No, no era como las otras; más decente que ella no la había visto jamás. ¡Cuando él, que era hombre delicado y de escrúpulo, la ponía por ejemplo á su mujer, que se permitía bromear demasiado con la parroquia!.. ¿Líos? ¡Ni por pienso! No se le conocía ninguno, ni daba nunca á los hombres más conversación que la indispensable para tenerlos contentos. Como ella se hacía querer y respetar, los parroquianos la tomaban como era y la respetaban siempre. Cuando la convidaban tenía que aceptar por obligación, porque aquello iba en beneficio de la casa. A última hora, cuando llegaba la del descanso, su madre iba por ella, y nunca consentían que las acompañasen.

Volví por la tarde para verla, y me sirvió con aquella sonrisa agridulce y el gesto simpático de las grandes resignaciones. A última hora fuí á espiarla con ánimo de seguir sus pasos. En mí se había despertado inexplicable interés.

Vestida con más modestia que en el establecimiento, salió dando el brazo á su madre. Caminaban lentamente delante de mí, que las seguía á respetable distancia...

Podéis creer que tuve una satisfacción muy grande cuando vi que llegaban á su casa sin tropiezo, sin que ninguno de los trasnochadores que encontraron al paso se atreviera á dirigirles la palabra.

Las vi entrar en su casa y quedé contemplando la puerta largo rato.

Luego me puse á pasear con el vigilante, le invité á fumar y pedí informes. El buen hombre se deshizo en elogios.

¡Oh! La señorita Amalia era muy buena, muy buena; quería á su madre con delirio, y por ella era capaz de hacer todo lo que honradamente le fuera posible. En todo el barrio la querían y consideraban mucho, y las madres la citaban como ejemplo á sus hijas. En el modesto cuartito que ocupaban no entraba nadie; la casa era tranquila y todos los vecinos gente honrada y trabajadora.

Cuando me dí cuenta exacta de mi situación, noté que estaba locamente enamorado de *la Candor*. Pasábame los días pensando en ella, y por las noches sentía la imprescindible necesidad de verla y de espiarla, celoso, como marido que sospecha.

Decidí hablar á su madre y resolver aquella cuestión, que para mí iba siendo de vida ó muerte, por el camino derecho.

La pobre vieja me escuchó conmovida, admirada de que *su* Amalia hubiese podido encender tan grande hoguera en mi corazón, y acabó por asegurarme que ella consentiría en todo con tal de que *la Candor* quisiera.

– Pero le advierto, acabó mientras se ponía roja, que mi hija es camarera del cafetín *El Aguila*.

– Lo sé, señora.

– En tal caso, no tengo nada que decirle.

Gran trabajo me costó convencer á Amalia de la verdad de mis propósitos. La pobre niña creía que me burlaba de ella; pero cuando vió mi constancia, acabó por ceder, confesándome con ingenuidad encantadora que me amaba también desde que me conoció.

Nos casamos. Desde entonces empezó mi regeneración; nuestra vida es un idilio dulce, intensamente dulce, y transcurre con suavidad como el agua de los ríos cerca del punto donde nacen.

Han pasado ocho años y la madre está más joven que cuando la conocí. Y... ¡si vierais cómo me quieren las dos y qué feliz soy con ellas!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujos de G. Camps.)

EL «HOTEL DE VILLE» DE BRUSELAS

El positivismo se impone; y si, ya en tiempo de Quevedo, era *Don Dinero* «un caballero poderoso,»



BRUSELAS. – El «Hotel de Ville»

no lo es menos hoy que atravesamos una época de cálculo y de mercantilismo. Donde hay dinero hay arte, y las riquezas artísticas las acapara y conserva para sí el «poderoso caballero.»



BRUSELAS. – La Casa del Rey

Si no fuera este país uno de los más ricos del mundo, no habría podido conservar, restaurar y aumentar constantemente sus preciosas joyas monumentales, ni ofrecer á la admiración de los contemporáneos este antiguo y soberbio palacio comunal, encajado en la preciosa é imponente plaza mayor que le sirve de marco.

Contra lo que se cree á menudo, *Don Dinero* no está reñido siempre con el Arte; pues tengo para mí que, si posible fuera, habrían ya sido trasladados de nuestro pobre suelo las catedrales góticas, los palacios orientales y demás bellezas artísticas y naturales que lo adornan, para llevarlas á otros pueblos poderosos.

El mercantilismo belga, que todo lo avasalla, ha sido impotente para asaltar el marco del *Hotel de Ville,* y su conjunto, este cuadro soberbio de la plaza Mayor, resulta artísticamente imponente. Los comercios están sujetos á las antiguas construcciones, que conservan todo el sabor de la época, y no á las necesidades de la vida moderna. Claro es que esto representa considerables dispendios, por parte del municipio de esta capital, en indemnizaciones y gastos constantes de conservación; pero ya dije antes que *Don Dinero* no está siempre reñido con el arte, y Bruselas es riquísima.

La superficie de esta plaza es de una hectárea justa. Enfrente del *Hotel de Ville* existe la *Casa del Rey,* soberbio edificio reconstruído hace pocos años, de estilo gótico ojival, que sirve actualmente para museo de pintura y escultura.

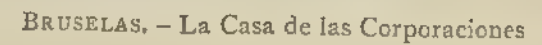
El lado derecho está formado por un vasto edificio que, durante muchos años, ha servido de Bolsa en esta capital.

Las casas, típicas por todo extremo, que acaban de completar la plaza Mayor, son las de los antiguos gremios del pueblo flamenco y conservan todo el sabor de las construcciones feudales de la Edad Media. El grupo más interesante de ellas forma un lado de la plaza, á la izquierda del *Hotel de Ville,* y los bajos de dichas casas están ocupados en su mayor parte por cervecerías. Sus fachadas son artísticamente labradas y la estatuaria entra por mucho en la ornamentación.

Cuando uno se encuentra en medio de la plaza Mayor parece que respira la grandeza de los tiempos. Durante la noche la alumbran dos grandes focos eléctricos suspendidos de un cable muy elevado. Y la magnificencia de la plaza, matizada por esa luz, produce una impresión de grandeza extraña, mezcla de antigua y moderna.

Por medio del contraste de ese alumbrado, cuyos rayos son absorbidos por el tono obscuro de gravedad que los años han dejado en las soberbias construcciones, nuestra imaginación retrocede algunos siglos y parece que surge la Edad Media en pleno día bajo las nebulosidades con que nuestra fantasía la concibe. En medio del *Hotel de Ville* se levanta su torre atrevida de 96 metros, y su cúspide se pierde en la obscuridad, llegando adonde llegar no pueden los rayos eléctricos.

Cuando visité por primera vez este monumento conocí en seguida la leyenda de su construcción. ¿Qué importa que ella no tenga fundamento histórico? Corre de boca en boca de todos los habitantes de Bruselas, y una gran parte de ellos la tiene por muy verídica. La torre no coincide exactamente con la puerta principal; hay una diferencia de dos ó tres palmos. A primera vista resulta inexplicable que quien trazó los planos de tan atrevido edificio incurriera en un lapsus semejante, inexcusable hasta para el último arquitecto antiguo ó moderno. Y sobre esto está basada la leyenda.



BRUSELAS. – La Casa de las Corporaciones

Cuéntase que el constructor, apenado de haber cometido tamaña torpeza, que venía á ser un estigma para su portentosa obra, se ahorcó en medio de la plaza después de haber rematado el edificio. Los forasteros no notarían todos, naturalmente, este defecto arquitectónico; pero ya tienen buen cuidado los verdaderos flamencos de hacerlo resaltar de buenas á primeras para tener ocasión de hablar de la tradición antedicha.

Juzgada la cosa históricamente, se desvanece esta leyenda, como se desvanecen casi todas. El ala derecha del *Hotel de Ville* y la base de su torre fueron construídas desde 1402 hasta 1408 según los planos de Jaime Laureys. Sin duda por juzgar comprometida la estabilidad de dicha torre, que siguiendo el estilo del siglo aquel debía emplazarse en un extremo del edificio, se construyó su base reforzando el lado izquierdo, que no debía quedar al abrigo ni contar con el apoyo de obra alguna. Pero luego, en el año 1444, hasta el 54, se edificó la torre y el ala izquierda bajo la dirección de Ruysbroeck. El conde de Charolais, hijo de Felipe el Bueno, puso la primera piedra.

Así se explica, pues, que uno de los lados de la puerta, el que debía formar ángulo del edificio y de la torre, tenga mayor anchura que el otro, resultando de la desproporción de conjunto que ha dado origen á la leyenda.

En un curioso libro intitulado *Recuerdos de la vieja Bruselas,* escrito por Joe Dierickx de Ten Hamme, se atribuye la propagación de la tradición esa al poeta Regnard, quien vino á Bruselas en mayo de 1681. Como iba recomendado á los grandes dignatarios de la capital, le agasajaron con una comida, y después de ella, oyó de labios de sus anfitriones la famosa leyenda, según la cual, Juan de Ruysbroeck, habiendo vendido su alma al diablo por una fuerte suma, advirtió en seguida que éste le había desbaratado sus planos y se ahorcó desesperado.



BRUSELAS. – Antigua Bolsa

Para formarse una idea de las grandezas que atesora este antiguo monumento, diré que adornan sus tres fachadas unas 303 estatuas, todas ellas de gran mérito artístico. La fachada principal, de unos 80 metros de longitud, presenta en su planta baja un pórtico formado por diez y siete arcos ojivales, cuyos pilares sostienen una plataforma adornada de una balaustrada ricamente esculpida. Encima de esta plataforma se alzan dos pisos con cuarenta ventanas rectangulares, altas y anchas, rodeadas de adornos y de nichos con delicadas esculturas. El estilo gótico terciario impera en el edificio, y en su primer piso existe también una gran sala gótica con riquísimos tapices de Malinas que representan las principales artes de Bruselas.

Son del todo dignas de ser visitadas las demás salas del primer piso del *Hotel de Ville*. La llamada del Consejo Comunal tiene un plafón magnífico, obra del célebre pintor Janssens, que representa la *Asamblea de los dioses*. Una nota curiosa se observa en este fresco, que no puede menos que llamar la atención. Un arcángel anunciador forma una de las primeras figuras del plafón. Por una extraña disposición perspectiva va siguiendo con la trompeta que lleva á los labios en dirección del visitante, á medida que éste da la vuelta á la vasta sala. Las paredes están adornadas con tapices magníficos, dibujados por Janssens también y ejecutados en esta capital en el primer cuarto del siglo XVIII. Según los dibujos de este mismo pintor fué amueblada dicha sala y las contiguas, que son: la *Sala Maximiliana*, una antecámara, otra de la del burgomestre y una galería. En la penúltima existen los cuadros de Van Moer (1875), preciosas notas de la vieja Bruselas, con los barrios urbanizados al convertir el río Sena en bulevard Anspach.

Hay luego la *Sala de matrimonios*, que sirve para la ceremonia civil del acto que le da el nombre. Esta sala fué ejecutada en 1881 por Cardon y está decorada con motivos alegóricos del himeneo.

Dan acceso á estos vastos salones dos escaleras, llamadas *de honor* la una, y la otra *de los leones*, ambas cuajadas de pinturas y tapices de gran mérito.

Mucho más podría decir del famoso *Hotel de Ville* y de las riquezas que encierra, si el espacio de que dispongo en esta publicación lo permitiera, pero esta consideración detiene mi pluma. Creo que bastan, sin embargo, estos datos para formarse una idea de lo que viene á ser este soberbio edificio y del modo que su valor artístico se acrecienta con el auxilio del «poderoso caballero.»

Bruselas, 1903.

F. VENTURA LLUHI.

La Sagrada Familia, tímpano para el panteón de la Sra. viuda de Gener y Batet en el cementerio nuevo de Barcelona, escultura de José Reynés



En la bodega, cuadro de Luis Graner

CÓMO HEREDÓ GARCÍA

Era un tipo particular. Modelo del oficinista *autómata,* vivía encerrado en el rincón de su despacho como en una concha.

Los muchos años de experiencia burocrática le habían adaptado al cargo de tal modo, que era una especie de formulario vivo. Bastábale poner la vista en la carpeta de un expediente para percatarse de la diligencia necesaria. Y tomando un pliego de papel de oficio, dejaba correr mecánicamente la pluma con los ojos entornados, mirando más para adentro que para afuera, sin que nadie pudiera saber si dormía y trabajaba á un mismo tiempo.

Todo el mundo miraba á García como un mueble, como un apéndice del sillón donde embutía su persona diez horas diarias á partir de algunos lustros, á razón de seis mil reales anuales con las consiguientes alteraciones del descuento.

– Está *ido,* solían decir sus camaradas entre cuchufletas de mal género al mirarlo siempre extático, impenetrable, con aquel *humoir* que hacía tan borroso su carácter.

. . . .

Una mañana encontró García una carta en su mesa de trabajo. Era la primera que se le recordaba en treinta años. El oficinista miró unos instantes la letra del sobre y volvió á dejarlo sobre la mesa, haciendo un gesto indiferente. Engolfóse luego en su trabajo, y cuando lo hubo despachado, rompió el incógnito de aquel pliego, decidiéndose á leerlo.

Alguien que le observaba vió que asomaban á sus ojos dos lagrimones.

García, el inmutable y sibilítico García, palideció y cayó de bruces sobre aquel pupitre al que le tuvo encadenado tanto tiempo la resignación, la nostalgia. ¡Cosa más extraña! Sus compañeros quedáronse viendo visiones.

¡Era un *estallido!* Seguramente aquel ser arrastró tantos años una pena, y acababa de obrarse en ella la crisis fatal. ¡Pobre hombre! Por primera vez excitaba la conmiseración de los demás.

García se recobró súbitamente, en cuanto pudo darse cuenta de su situación.

Sus manos, enlazadas, apretaban nerviosas la carta del misterio, en la que aparecía como membrete una corona nobiliaria.

– ¿Quiere usted un antiespasmódico?..

– Le acompañaremos á su casa...

– Gracias, gracias, contestó García maquinalmente á estas solicitudes de la casualidad.

– ¿Es alguna desgracia?, preguntó un tercero.

– No; es mi hijo quien me escribe, arguyó el interpelado, también por máquina.

– ¡Córcholis! García, el «eterno mustio,» tenía un hijo que escribía en papel con heráldica de conde... ¡El oficial de la clase de quintos!

En breves instantes, su personalidad cobró proporciones gigantescas. Hasta el jefe del Negociado se pirró por escudriñar en aquel pasado que ocultaba, sin duda, alguna historia sugestiva.

La decepción fué horrorosa. Al día siguiente el empleado puntual y asiduo no acudió al despacho.

El jefe recibió una carta breve y compendiosa, en la que García presentaba la dimisión del cargo sin mentar para nada los derechos adquiridos.

En vano se investigó los motivos. García se desvaneció como una figura de ensueño. Nadie supo nunca de dónde vino: nadie supo nunca dónde fué á parar.

Fué teatro del suceso una hermosa población de la costa andaluza.

Entonces, el oficinista huraño y sesentón contaba veinticinco abriles muy gallardos y muy enamoradizos; vivía en la holganza de una pingüe renta que más temprano ó más tarde heredaría íntegra de su progenitor; y aunque era el mismo su apellido, usábalo con el siguiente ringorrango: «García de los Pinos y del Poblado hermoso.» Más que por esa retahila de prosapia, conocíase á nuestro hombre por el «Mayorazgo;» y mejor aún, entre la bohemia de buen tono, en la que había hecho solemne profesión de fe, por «Miguelito el guapo.»

Vivía en un cortijo próximo á la localidad una moza de esas que parecen nacidas para dejar rastro en toda una generación de trovadores.

Morenota, con ojos de ascua, con un pelo rizoso que parecía modelado en las caricias de una noche de pasión, Felícitas puso buena cara á Miguel desde el momento en que él se perfiló con ganas de pelea frente á la reja tapizada de jazmines y azahares.



El último beso, escultura de Carreras

Quince días después no era ningún secreto que el «Mayorazgo» estaba loco por la muchacha. Y que este lance tenía un segundo capítulo, á saber: que la muchacha estaba loca por el «Mayorazgo.»

No tardó la noticia en llegar á oídos del padre de Miguel. Su desesperación no tuvo límites; su orgullo de estirpe le cegó al punto de prometer al enamorado un castigo ejemplar si no volvía al redil de sus mayores, dispuesto á perpetuar el apellido ilustre con una descendiente «de los Pinos,» «de Poblado hermoso,» ó cualquier otra rimbombancia botánico-aristocrática.

Miguelito se *emperró,* y las amenazas paternas le avivaron más el incendio de sus quereres.

El padre, «erre que erre» en su orgullo, creyó llegado el instante de apelar á un recurso heroico.

Y aquí comienza el drama, que más tiene de verídico que de imaginario, y fresco se conserva aún en la memoria de algunos coetáneos de los protagonistas.

Los novios cortejaban ya de noche. Miguelito llegaba junto á la reja de su amada, apeábase de brio so jaco, lo ataba á los hierros y metíase en palique.

Así transcurrieron dos meses, sin una sombra, sin un quebranto.

Una noche fué Miguel al cortijo según costumbre, y no había echado pie á tierra, cuando vió descolgarse un bulto desde el balcón de encima de la reja de sus coloquios, tan fácil de ganar trepando por los cruces de las barras.

Sobre el alma del recién llegado se removió un infierno de sospechas.

Agil como el pensamiento, abalanzóse al hombre que huía á escape por entre la maleza.

Vigoroso, más que por la fibra juvenil, por el arrebato de sus celos, Miguel corrió tras el fugitivo, alcanzólo cuando ya había esgrimido una faca, y ciego de ira, se la hundió en la espalda.

El herido cayó, y entre estertores pronunció varias frases y un nombre.

Miguel retrocedió espantado.

– ¡Eres tú! ¡Mi criado más fiel!

– ¡Me lo mandó su padre!.. ¡Señorito..., me muero!..

Todo esfuerzo fué vano; todo afán de auxilio inútil. Miguel adivinó el horrible subterfugio y huyó anonadado cerca de su novia.

Palabras atropelladas, frases de amargo pesar, renuevo de juramentos, llanto á raudales: un crimen por abismo de dos almas enamoradas y el presidio como triste silueta del porvenir... Este fué el cuadro que la fatalidad ofreció en muy pocos segundos.

De pronto, Felícitas dió un grito.

– ¡Tengo sangre en mis manos!

Miguel se horrorizó.

– ¡Ah, sí, yo te las he manchado!

Y los jóvenes ahogaron sus sollozos estrechándose á través de aquellos hierros que parecían ya de cárcel...

– ¡Huye conmigo!

– ¡Imposible! No lo haré nunca.

– ¡Oh, sí lo harás! O me sigues ó me presento ahora mismo á la justicia.

– ¡Perderte para siempre!..

El cariño venció los últimos baluartes del temor.

Una hora después, el brioso jaco de Miguel llevaba sobre sus lomos una pareja galopando á todo escape por la serranía...

. . . .

Fué aquel un idilio velado por un nubarrón de angustia. Los jóvenes buscaron refugio á sus amores en apartada alquería, á cambio de dejar exhausto de oro el cinto que el fugitivo llevara siempre bien repleto á prevención de cualquier evento de la fortuna.

Pronto llamó á las puertas de la casuca solitaria un funcionario policíaco, con órdenes de restituir reservadamente cada pájaro á su nido.

La separación fué trágica.

Miguel no llegó á entrar en su casa. Le salió al encuentro una carta de su padre desheredándole y alejándole el temor de persecuciones, que él mismo evitó, para no empañar su apellido con la deshonra. Le remitía una suma y le ordenaba el alejamiento y que buscase en el trabajo su rehabilitación.

La joven volvió al cortijo de sus mayores, donde murió de pena un año después, no sin dejar fruto de bendición que recordase aquella triste aventura.

. . . .

Miguel atravesó entonces por uno de esos estados de ánimo inexplicables. Toda su arrogancia, todo su vigor, trocóse en temores y encogimiento.

Hubiese perecido de hambre en el arroyo si una coincidencia no le sale al encuentro, facilitándole aquel destino que venía ejerciendo con regularidad automática.

Su temperamento y su espíritu briosos se anularon, y quedó como única síntesis un hipocondríaco, un ser estéril, que el hábito esclavizó á una obligación cotidiana.

Después de muchos años de niebla intelectual, la carta de su hijo, cuya existencia ignoraba, rasgó el velo negro de su pasado. Y por influjo de aquella paternidad inspirada, Miguel se restituyó una mañana á la casa solariega de sus antepasados, donde le esperaban los brazos de un apuesto joven, imagen perfecta de aquel «Miguelito el guapo» que tanto dió que decir tiempo atrás á cortijeras y trovadores.

– ¡Pobre viejo!, exclamó un antiguo servidor al verle.

– ¡Pobre, no! Desde hoy suyos son estos bienes. Lo que el abuelo no supo olvidar, el nieto lo perdona.

Y aquellos dos seres se fundieron en un abrazo.

Esta es, lector, la historia, que tiene más de verídica que de imaginaria y alguien la conserva fresca en su recuerdo, de «cómo heredó García...»

Angel Alcalde.

ASCENSIÓN EN GLOBO DEL ARCHIDUQUE

LEOPOLDO SALVADOR DE AUSTRIA, EN PARÍS

El archiduque Leopoldo Salvador de Austria es un aficionado entusiasta del deporte aeronáutico, y su pasión data, según se cuenta, de la época en que se verificaron los concursos de globos organizados en Vincennes, durante la Exposición Universal del año 1900.

De aquí que en su reciente viaje á París aceptara con gran placer la invitación del Aero-Club, para que tomara parte en una fiesta organizada en su honor en el aerodromo de Saint-Cloud.

Después de un almuerzo íntimo, al que sólo asistieron veintiocho comensales, entre los cuales figuraban la archiduquesa Blanca, esposa del archiduque Leopoldo Salvador é hija de D. Carlos de Borbón, con sus dos hijas Margarita é Inmaculada, S. A. el príncipe Rolando Bonaparte, el marqués de Dión, los señores Deutsch, Eiffel y otros, el archiduque entró en la barquilla del globo *Centaure,* dirigido por el señor conde Enrique de la Vaulx, y al que habían precedido en los aires el *Oubli,* tripulado por los señores Andrés Legrand y Arnoldo de Contades y miss Moulton; el *Aero-Club,* que conducía al duque y á la duquesa de Uzés y al señor Sem, y el *Orient,* en el que iban el conde Castellón de Saint Victor y D. Jaime de Borbón, hermano de la archiduquesa.

El *Centaure* descendió en Gleschendorf, cerca de Lubeck, en excelentes condiciones. Los otros tres globos hicieron también su viaje aéreo sin contra tiempo alguno. – R.







AERONAUTAS ARISTOCRÁTICOS EN EL AERODROMO DE SAINT-CLOUD. – El duque y la duquesa de Uzés, en el globo *Aero-Club II.* – D. Jaime de Borbón, en el globo *Orient.* El archiduque Leopoldo, la archiduquesa Blanca y el conde de la Vaulx, en el globo *Centaure*

***

BUDAPEST

EL NUEVO PUENTE SOBRE EL DANUBIO

El día 10 de los corrientes quedó abierto al tránsito público en la capital de Hungría un nuevo puente colgante sobre el Danubio, al que se ha puesto el nombre de la desgraciada emperatriz Isabel de Austria. Este puente, que pone en comunicación la parte interior de la ciudad, situada en la orilla derecha, con lo que pudiéramos llamar ensanche de la misma, que se extiende en la izquierda, es una de las obras más notables del mundo desde el punto de vista técnico.

El plano de esta construcción es debido al jefe de la sección de Puentes del ministerio de Comercio, el consejero ministerial Luis Czekelius, y á los consejeros técnicos Czantó y Nagy. Comenzáronse las obras en la primavera del año 1898; pero á consecuencia de varias dificultades surgidas en los trabajos de cimentación, han durado aquéllas más de lo que se creía.

Terminados los trabajos de fundación y concluída una gran parte de la obra de hierro, se observaron de pronto en agosto de 1899 algunos deslizamientos en la cabeza del puente correspondiente á la orilla derecha; y á pesar de que eran insignificantes, se suspendieron inmediatamente todos los trabajos y se adoptaron medidas de seguridad. A este efecto se unieron las cabezas de cada extremo del puente por medio de un muro y se las reforzó con un bloque de betón de 40 metros de largo por 22'30 de ancho, reforzándose además la cámara de las cadenas con una construcción en forma de zócalo.



BUDAPEST. – NUEVO PUENTE COLGANTE SOBRE EL DANUBIO RECIENTEMENTE INAUGURADO



ELEGÍA, cuadro do M. Nonnenbruch [illegible]



LA DANZA DE LAS HORAS, cuadro de Cayetano Previati

Cada uno de estos zócalos, destinados á sostener un monumento, pesa 28 000 quintales métricos.

Todo el puente está sostenido por cuatro cadenas de acero Martini, de 4 400.000 kilogramos de peso. La construcción de hierro, ejecutada por la Fábrica de Máquinas de los Reales Ferrocarriles del Estado húngaros, pesa, junto con las cadenas, 11 millones de kilogramos. Sólo para reforzar las cabezas del puente se han empleado 2.200.000 kilogramos de hierro en bruto.

Este puente, que bajo todos conceptos merece el nombre de magnífico, tiene 380 metros de longitud y ostenta en sus dos extremos sendos arcos monumentales. El coste total de la obra ha sido de 11 millones de coronas. – F.

NUESTROS GRABADOS

Jacobo Lebaudy. – Bien dice el refrán que «de gustos no hay nada escrito.» Ahí tenemos, como patente demostración de esto, al joven millonario francés Jacobo Lebaudy, hermano del desdichado *Petit Sucrier*, que pudiendo darse una vida regalada y gozar en grande de los placeres mundanos, como hacen tantos otros en análogas ó peores condiciones, ha tenido el capricho de fundar un imperio nada menos que en el Sahara y de proclamarse naturalmente emperador. Y aunque el capricho le ha causado hasta ahora no pocas desazones, algunas de ellas de carácter internacional, y aunque los más



JACOBO LEBAUDY, el titulado emperador del Sahara

benévolos con él toman su empresa á broma, Lebaudy no desiste de sus propósitos, y firme en sus trece, sigue titulándose soberano, y en la actualidad se encuentra en Londres reclutando pobladores para sus territorios, y en cuanto les haya encontrado, emprenderá su proyectada obra de colonización y comenzará la construcción de la capital de su imperio, que ha de llevar el nombre de Troya. Por ahora, sin embargo, tiene sólo planeada la constitución que ha de regir en sus dominios, y sus actos de soberanía se reducen á escribir en un papel cuyo membrete dice: «Imperio del Sahara. Libertad de conciencia. Firmeza. Trabajo. Industria. Comercio. Agricultura. *Labor improbus omnia vincit.*»

Estudio para un monumento sepulcral, escultura de José Llimona.— Hermano del pintor, ha logrado también, como él, merecida fama por las varias obras notables que ha producido. José Llimona ha sabido dar fehacientes muestras de su talento y de las cualidades artísticas que posee. Alto, algo enjuto, casi barbilampiño, muy semejante á su hermano en las condiciones de carácter, no es fácil suponer ni adivinar en él las galanas producciones de su ingenio. Llimona siente el arte y, por ende, todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los efectos más puros ó los ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento y delicadeza y precisa ejecución. La escultura que reproducimos es una buena prueba de sus aptitudes. La hermosa figura objeto de su estudio ha de estimarse como una obra digna de su buen nombre, que se ajusta por completo á los nobles ideales que persigue el escultor á que nos referimos, que son los que informan las verdaderas manifestaciones del arte.

La Sagrada Familia, tímpano para el panteón de la Sra. viuda de Gener y Batet, obra de José Reynés.— Recientemente nos cupo la suerte de dar á conocer á nuestros lectores una de las últimas producciones de este distinguido escultor, representando uno de los Misterios que embellecen la para nosotros histórica y atractiva montaña de Montserrat, do se concentran y sintetizan las gestas y aspiraciones de nuestra región. Entonces consignamos el lisonjero juicio que nos merece el artista meritísimo y expusimos brevemente las consideraciones que nos sugiere su labor, que responde siempre á los ideales del gran arte, fuente en que ha buscado inspiración el ilustrado escultor á que nos referimos. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención acerca del hermoso tímpano que encierra la simbólica representación de la Sagrada Familia, que modelado por el señor Reynés y ejecutado en mármol ha de figurar en el monumento funerario que la viuda del Sr. Gener y Batet erige á la memoria de su llorado esposo en la necrópolis nueva de Barcelona. Si careciéramos de antecedentes, bastaría la obra que mencionamos para atribuir á Reynés el concepto de escultor distinguido y la consideración á que tiene derecho.

En la bodega, cuadro de Luis Graner.— Varias veces nos hemos permitido señalar las variadas aptitudes del ya notable pintor catalán Luis Graner. Con su laboriosidad incansable ha logrado demostrar la facilidad que posee para el cultivo de géneros diversos, en cada uno de los cuales ha logrado notoriedad. Las cabezas de estudio, de castizo sabor, los efectos luminosos y los paisajes han brotado de su paleta, atrayendo la admiración y el aplauso del público. Los cuadros de costumbres de nuestra región han sido asimismo objeto de su estudio, distinguiéndose de tal suerte que representan sus cuadros escenas y tipos rurales de indiscutible verdad, trasuntos fidelísimos de ese natural que se observa en las masías y en la alta montaña catalana A este género pertenece el lienzo que reproducimos, bello, agradable y simpático, que lleva en sí el sello del artista y demuestra el cariño que dedica á la tierra que le vió nacer.

El último beso, escultura de Carreras.—Tiene esta obra la pureza de líneas y la armonía de proporciones que caracterizan á las producciones de los que rinden culto á la escultura clásica; pero hay en ella algo más que se sale de los moldes del llamado clasicismo, y este algo es el calor, el movimiento que vemos impresos en las dos figuras y que hoy constituyen un elemento tan esencial en la estatuaria como la belleza puramente de forma, prestando vida á la materia inerte, infundiendo un alma en el mármol ó en el barro que el genio del escultor convierte en obra artística.

Elegía, cuadro de M. Nonnenbruch.— Al definir la composición poética que se conoce con el nombre de elegía, ha dicho uno de nuestros primeros retóricos, el Sr. Coll y Vehí: «No debe presentarse desgreñada, con la espuma en los labios y centelleantes de furor sus ojos, acusando á la tierra, al cielo y á los elementos, sino melancólica, pensativa, coronada de flores silvestres como la desventurada Ofelia, pero siempre resignada, siempre inocente, siempre hermosa en medio de su dolor profundo...» Si nos fijamos en estos conceptos que expresan por modo admirable el verdadero carácter de la elegía y contemplamos luego la notable pintura de Nonnenbruch, forzosamente habremos de rendirnos, no sólo ante la belleza, sino además ante la verdad de su obra. El pintor ha acertado en el tipo justo de la figura y no menos en el ambiente de que la ha rodeado: una y otro se armonizan y completan formando un conjunto de poética melancolía, en el que el todo llora, el personaje, los árboles, el cielo, la naturaleza entera, pero no con llanto ruidoso, sino con esas silenciosas lágrimas de los dolores hondos, grandes, intensos, de esos dolores que perduran eternamente.

La danza de las horas, cuadro de Cayetano Previati. – Difícil sería incluir este cuadro en ninguna de las escuelas con caracteres perfectamente determinados que se han disputado en todos los tiempos la primacía dentro del arte pictórico. No puede decirse que la composición pertenezca al género idealista, pero tampoco cabe clasificarla entre las realistas: á lo uno se opone la manera como están tratadas las figuras, que se inspiran evidentemente en la realidad; impide lo segundo el pensamiento general de la obra, que entra de lleno en los dominios de la fantasía. Pero esta misma circunstancia contribuye poderosamente á la belleza del lienzo, y sobre todo le presta un sello de originalidad digno del mayor encomio: su autor, el célebre pintor milanés Cayetano Previati, no ha querido circunscribirse á los moldes corrientes, sino que habiendo concebido una idea que le pareció digna de su pincel, procedió á desarrollarla prescindiendo de lo que otros hicieran en casos análogos y desenvolviéndola según su temperamento le aconsejaba. Aparte de esto, recomiéndase el cuadro por la elegancia de las líneas, por la firmeza del dibujo, por la armonía de las agrupaciones y muy especialmente por la suavidad de las tonalidades.

Lepanto, cuadro de Justo Ruiz Luna.— Difícil es, á todas luces, reconstruir ó representar épocas ó hechos de carácter histórico, de tal suerte que á estas dificultades obedece la decadencia de un género de pintura que hasta ha pocos años tuvo tan fervientes admiradores. Mas preciso es convenir que el distinguido pintor Sr. Ruiz Luna ha sabido vencer escollos de difícil solución, al representar el famoso combate naval de Lepanto, gloria legítima de las armas españolas, que señala uno de los fastos guerreros de la décimosexta centuria. No en balde ha sido el artista uno de los más aprovechados discípulos de D. José Villegas, demostrando en esta y en otras producciones sus estimables cualidades y sus indiscutibles aptitudes para el cultivo de la pintura. Reciba el artista y el amigo por medio de estos renglones el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

Caja de ahorros de Barcelona.— Instalada la *Caja de ahorros de Barcelona*, en 1866, en el mismo edificio en donde funcionó la Caja de Comunes Depósitos, que absorbió á su vez, por disposición gubernativa, la *Taula de cambis*, creada en 1401, que fué el primer banco de cambio y depósito conocido en Europa, es una de las mejores instituciones que funcionan en esta ciudad, ya que son corrientes los beneficios que reporta. El hermoso edificio en donde se halla instalada ha sido objeto recientemente de una esencial modificación, embelleciéndose sus fachadas, de forma que no se apartara ese estilo del carácter y condiciones del edificio, en uno de cuyos ángulos se ha colocado la notable estatua ecuestre de San Jorge, obra del distinguido escultor D. Manuel Fuxá. Bien puede envanecerse la Junta de la Caja de Ahorros de haber realizado una obra que la enaltece, y con ella el ilustrado é inteligente arquitecto D. Augusto Font, tan amante de cuanto recuerda pasadas glorias.



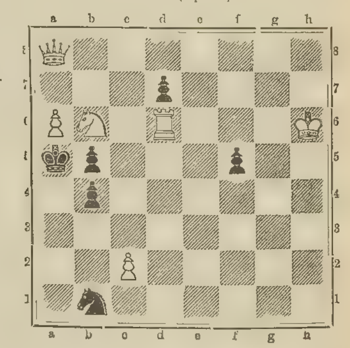
La Ley, cuadro de Alfredo Agache

La Ley, cuadro de Alfredo Agache.— El celebrado pintor francés autor de este cuadro es uno de los artistas modernos que con mejor éxito cultivan el género alegórico. En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado varias de sus obras y en todas ellas hemos podido admirar la elevación del pensamiento, la sobriedad de la composición, la firmeza del dibujo, la solidez del colorido. Todas sus alegorías dicen lo que han de decir, expresan la verdadera esencia de la idea que simbolizan y en las figuras que la encarnan encontramos los caracteres únicos que pueden servir de envoltura física á la concepción abstracta que representan. En el lienzo que hoy reproducimos, la noble matrona que empuña la espada se ajusta perfectamente al concepto que nos hemos formado de la Ley: severa, inflexible, de facciones graves sin ser duras, de porte altivo sin ser altanero, es la imagen exacta de la que según nuestro Fuero Juzgo «fué hecha para que la maldad de los hombres fuese refrenada por miedo de ella, y los buenos viviesen seguramente entre los malos, y los malos fuesen penados por ella y dejasen de hacer mal por miedo á la pena.»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 342, POR J. ERNST.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 341, POR A. OBERHANSLI.

Blancas.	Negras.
1. Ae3–h6	1. Cb1–d2
2. Dg1 g5	2. f6×g5 ú otra.
3. Ah6–g7 ó D mate.	

VARIANTES.

1...... Ch1×f2;	2. Dg1×f2, etc.
1...... Ch1–g3;	2. f2×g3, etc.



– Sí... No hable usted; no se mueva... Veo, veo todavía ..

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Aun advertida de su triste estado, ¿volvería aquella hija implacable que no quería poner más los pies en una casa «que no era suya?»

Y aunque quisiera volver, ¿podría hacerlo? Si, por ejemplo, se había hecho monja...

Y Reversay volvía á caer en su abatimiento sin tener á su lado más que aquella Julia, á la que tendría que soportar mientras estuviese postrado en la cama.

¿Por cuánto tiempo aún?

Los médicos aseguraban que su estado mejoraba todos los días.

Durante unas horas se le transportaba ya á una butaca.

Pero de esto á andar y á encontrarse como antes estaba...

No, nunca volvería á ser lo que era. Curaría acaso; pero se quedaría hecho un viejo, con todas sus debilidades, con todos sus achaques, con todos sus malos humores... Este era el porvenir, con la perspectiva de un absoluto aislamiento y de una soledad que duraría tanto como él.

Había, sí, un medio de que cesase aquella soledad; el medio impuesto por Andrea...

Pero ese medio era una locura y aquella hija era una insensata...

¡Confesar públicamente por una restitución! ¡Confesar que había sido un ladrón! ¡No! ¡Jamás!

Y esta era su batalla constante consigo mismo, su pesadilla durante las largas horas en que no se libraba de las dulzarronas solicitudes de Julia más que diciéndole con su voz pastosa:

–¡No! ¡No necesito nada!.. ¡Déjeme usted solo! ¡Déjeme!..

. . . .

En uno de esos momentos la vieja ama de gobierno faltó, sin embargo, á la consigna.

–¿Qué me quiere usted?

–Señor... Es una visita.

Y aquella mujer parecía tan turbada...

–¡Una visita!, dijo el enfermo con inquietud. ¿Quién es?

–Señor, es... Va usted á verlo por sí mismo...

Y Julia, que no estaba muy enterada de las cosas de la casa, pero sabía que Andrea se había marchado después de una discusión, se retiró discretamente añadiendo:

–La señorita le explicará á usted...

El enfermo se incorporó febrilmente y exclamó al ver entrar á Andrea:

–¡Ah! ¡Hija mía! ¡Hija mía!

Sí, Reversay olvidaba ya todos sus crueles pensamientos de cada día, y entregado á la sensación actual, sólo veía aquella criatura llena de juventud y de encanto, que era su hija, y que con los ojos arrasados en lágrimas exclamaba:

–¡Pobre padre mío!

También Andrea tenía el corazón angustiado. ¡Qué cambiado estaba su padre! ¡Aquellos cuantos días le habían convertido en un anciano!

Y cuando le vió tenderle los brazos, que ayer todavía no podía mover, cuando oyó aquellas palabras vacilantes, cuando sufrió aquella impresión de decrepitud, de derrumbamiento y, sobre todo, de debilidad, la joven sintió una profunda lástima y un gran desasosiego en el corazón. ¿Tendría ya derecho para abandonarle á sí mismo?

Y su turbación se hizo mucho mayor cuando le oyó decir llorando á lágrima viva:

–Andrea..., te lo suplico..., no me dejes... Si supieras cuán desgraciado soy..., si vieras qué solo me encuentro..., si sospecharas cuánto abomino los cuidados interesados é hipócritas que me rodean .. Andrea, te lo ruego..., prométeme...

La pobre joven prometió todo lo que pedía aquel enfermo, aquel niño viejo al que era preciso tranquilizar antes de curarle.

Y sólo entonces, el enfermo atrajo á su hija muy cerca, para que nadie oyera lo que iban á decir sus trémulos labios.

–Estoy herido de muerte..., ¿sabes, hija mía?.. No tengo más que algunos años..., quizás ni esto siquiera, para vegetar antes de morir...

Andrea trató de interrumpirle.

–No, déjame hablar, hija mía... Después de mi muerte, tú harás lo que quieras de lo que te pertenecerá por entero... Pero, hasta entonces, ten paciencia, respeta mi tranquilidad..., y cuando llegue ese caso, respeta el honor de tu pobre padre..., el honor de los Reversay...

Y el enfermo repitió estremeciéndose:

–¡Ah! El honor de los nuestros... ¡Sería un crimen el mancharlo!

La joven se encogió suavemente de hombros.

–No lo mancharé, papá.

–¿Y te quedas conmigo?

Andrea tuvo un momento de lucha interior, y respondió:

–Sí, con una condición.

–¿Cuál? La acepto.

–Una condición que te diré á su debido tiempo.

–¿Cuándo?

–Cuando estés completamente curado y haya yo vuelto de un viaje que debo hacer.

–¡Oh! ¡Dejarme otra vez!

–Pero ahora será para volver...

Y la joven añadió, hablando más bien consigo misma:

–Con la paz para todos nosotros.

***

Decididamente, el enfermo iba mucho mejor.

Su curación había hecho rápidos progresos en poco menos de cuatro semanas que Andrea llevaba en la casa.

No solamente se levantaba, sino que salía de su cuarto, bajaba al piso bajo, y muy vacilante todavía, salía al jardín, apoyado en el brazo de Andrea, para dar unos pasos y tomar el sol... Sí, como los

viejos, Reversay buscaba ya el sol, que calienta y hace circular la sangre, que parece detenida en las venas...

El pobre hombre no era más que un viejo..., un viejo decrépito, débil como un niño..., nervioso como una mujer, miedoso y desconfiado y siempre con esta palabra en la boca, que era tanto una llamada en su socorro como un grito de cariño: «¡Andrea!..»

La joven, que nunca estaba lejos, acudía prontamente, y sólo entonces el enfermo se tranquilizaba y hasta se volvía un poco hablador.

Aquel día, al verla instalada en el pequeño escritorio del piso bajo, preguntó:

– ¿A quién escribes, Andrea?

La joven se ruborizó un poco y respondió evasivamente:

– A una amiga.

– Tú tienes amigas... Yo no tengo á nadie en el mundo más que á ti.

Y volviendo á su idea fija añadió:

– No me abandonarás más, ¿verdad?

– No, papá, en cuanto se cumpla la condición.

– ¿Qué condición?

– La que te he dicho.

– ¿Qué es lo que quieres que yo haga?

– Tú, nada. Yo soy la que debo hacer algo y lo haré.

– ¿Y no quieres decírmelo?

– Recuerda nuestro convenio. Te lo diré cuando llegue el momento.

– ¿Pero cuándo llegará?

– Espero que muy pronto.

– ¿Y mientras?.

– Mientras, tienes que devolverme mi libertad.

– ¡Marcharte! ¡Quieres marcharte!

– Por poco tiempo.

– ¿Cuánto?

– No puedo decírtelo, porque no lo sé yo misma, pero te juro – y un juramento es sagrado, – te juro que haré cuanto pueda por abreviar mi ausencia. Si veo que se prolonga, vendré unos días para hacerte cobrar paciencia... Pero es preciso que vaya á cumplir un deber, y aunque tuviera que incurrir en tu enfado y causarte una gran pena, lo que sería cruel para mí, pasaría por ello é iría adonde quiero y debo ir.

– ¿Pero dónde?, preguntó el enfermo en tono quejumbroso.

– No puedo decírtelo... Pero te vuelvo á jurar que volveré por lo que hay más sagrado para mí, por la memoria de mi pobre madre, cuyas últimas palabras no olvidaré jamás: «Que seas siempre buena.»

– Sí, balbuceó el enfermo, eso te dijo.

– Y siempre lo he recordado... Volveré y Dios permitirá que sea para siempre.

Reversay dió un suspiro de resignación.

– ¿Y te irás pronto?..

– Dentro de pocos días. He esperado que estuvieras enteramente bien.

El enfermo se miró lastimosamente.

– De modo que encuentras...

Y encogiéndose de hombros murmuró:

– ¡Con poco te contentas!

– No eres justo, papá. Recuerda hace un mes... Hoy puedes andar...

– Sí, apoyado en tu brazo.

– Julia se queda en mi lugar hasta que yo vuelva.

– ¡Oh! La tal Julia... No la puedo ver.

– Ya la sufrirás unos días, por cariño hacia mí, y tendrás paciencia pensando: «Pronto va á volver.»

– Pero, al menos, nos escribiremos...

– No, puesto que no puedo decirte dónde estoy. Pero yo tendré noticias tuyas.

– ¿Cómo?

– Es un secreto.

– ¿Otro?

– Sí; pero pronto, á Dios gracias, llegará el momento de que no haya entre nosotros esos secretos que me pesan. Y después, cuanto antes me vaya, antes volveré.

– De modo que dentro de poco...

– Nos diremos «hasta la vista,» y tú te dedicarás á cuidarte, para que yo, á mi vuelta, te encuentre hecho un valiente.

– Sí, hija querida, y para poder ir á esperarte... sin Julia.

– ¡Eso es!..

***

Andrea partió otra vez, pero qué diferencia entre este viaje y el que hizo pocos meses antes...

¡Qué distinto estado de espíritu!

Ahora no marchaba hacia lo desconocido, sino hacia un objeto que ya veía vagamente.

Además, ya no existía nada de lo que antes estorbaba á su enérgica resolución.

Julián... estaba casado con otra mujer y no era posible pensar en él. Al principio había sentido en el corazón un agudo sufrimiento, y después una sensación de descanso. Por ese lado todo estaba terminado definitivamente.

Su padre. . no era ya, como entonces, un adversario y un enemigo. Incapaz de luchar, suplicaba ahora, para que su capitulación no fuese infamante.

Reversay pedía gracia para él y para su nombre... Y aquel anciano de pesadas somnolencias, de vista apagada y de energía muerta, no podía ser obstáculo para la obra á que Andrea consagraba su vida.

El pobre hombre no representaba nada, y como había dicho el notario, á pesar de todo no era más que un depositario de la fortuna de los de la Croix d'Arbel, destinado á transmitírsela á los de su raza, ahora que ya no podía disiparla ó comprometerla.

¡Los de su raza estaban en Agay!

Y Andea veía el medio de conciliarlo todo y de devolver á aquella familia lo que les pertenecía por derecho de parentesco y de herencia, sin hacer traición al nombre de Reversay ni á sus deberes filiales.

Era preciso llevar esa fortuna á uno de ellos en tales condiciones que fuese posible decirle: Da á tu hermano la mitad de esta fortuna.

Solamente una mujer podía obtener tal resultado.

Y Andrea añadía estremeciéndose, pero resuelta á cumplir su misión hasta el fin:

– Este es el medio, ser la esposa de uno de ellos, la esposa bastante amada para que se obedezca su voluntad, y dar á ese hombre la vida entera, exigiendo en cambio una prodigalidad que él encontrará, acaso, excesiva y loca, pero en la que deberá consentir sin saber por qué se le exige y sin que nunca sufra menoscabo el nombre de Reversay.

Y al llegar á este punto, Andrea pensaba:

– ¿Cuál de los dos, Noel ó Mauricio?

La joven recordaba el retrato del álbum. Sí, la viuda tenía razón; Mauricio era un buen mozo, de aspecto elegante, moreno como todos los de la familia, con una agradable sonrisa y unos ojos bien abiertos...

¡Los ojos!.. Éste tenía ojos vivientes...

Y mientras el tren la conducía al país del sol, Andrea, en el rincón del coche donde sólo veía seres de absoluta indiferencia, como unos ingleses cargados de mantas y llenos de grosería, volvió á leer la carta que había recibido últimamente de la viuda de Beraud:

«Mi querida amiga: nos ha hecho usted muy felices á los tres al anunciarnos su próxima vuelta. Porque ahora hay uno más en la casa. Mi Mauricio está en vacaciones, acaba de llegar y será para él ahora un gran placer acompañar á usted por tierra y por mar en viajes menos peligrosos, debemos esperarlo, que aquel que hizo usted con el pobre Noel y cuyo recuerdo me estremece todavía.

»Ahora han pasado los tiempos de las tormentas y de la serusa, el mar está tranquilo y sus ondas bañan un Esterel florido.

»Envío á usted expresiones de todos, sin olvidar á Cristina ni á Mario, que están deseando verla. Pero modifico un poco la fórmula para mi pobre Noel, el cual me pide que diga á usted esto de su parte: que espera á usted y que, á su vuelta, se promete una gran alegría.

»Á mí, querida amiga, me parece que al no tener á usted á mi lado he perdido una persona de la familia, y aun en en medio de la alegría de ver á Mauricio, que viene hecho un hombre, con sus veinticuatro años, me parece que me falta algo... Y este algo es usted.

»Venga pronto para que ya no falte nada á

»MAGDALENA BERAUD.»

Andrea repetía casi inconscientemente la frase: «Hecho un hombre con sus veinticuatro años.»

Y no dedujo nada, porque esto la hubiera llenado de confusión, pero se sintió dominada por una gran curiosidad de conocer á aquel Mauricio al que sólo había visto retratado.

Cuando el tren se acercaba á San Rafael, Andrea se puso á arreglar su peinado, un poco deshecho por aquella noche de viaje, para evitar que la encontrasen fea al llegar.

¿Quién?

No era Magdalena, que la conocía bien y sabía si era fea ó bonita. No eran tampoco Cristina y Mario, ni el pobre Noel, condenado á una noche sin Aurora. .

Pero el tren se aproximaba.

La joven había ya visto la rada de Agay por algunas cortaduras del terreno y á través de los pinos marítimos...

El castillo..., la zanja profunda en la que el tren acorta su marcha. ., y un momento después Andrea saltó ligeramente al andén.

La joven no había anunciado su llegada y, como de costumbre, no bajaron con ella más que muy escasos viajeros.

Y el jefe de la estación, que era ya un amigo de la huéspeda de la Casa Blanca, la conoció en seguida.

– ¡Ah, señorita Andrea!, ¿cómo no ha anunciado usted su vuelta? Si esa familia lo hubiera sabido estarían todos aquí...

– Precisamente por eso, dijo Andrea; no he querido molestarlos, y prefiero darles una sorpresa. Me voy corriendo... Mario vendrá en seguida á recoger mi equipaje.

Y después de dar unos pasos por la vía, atravesó el viaducto y tomó por el lindo camino que á través de los matorrales de mirtos y de flores conduce en derechura á la Casa Blanca.

Todo estaba florido en aquel radiante fin de abril y por todas partes se exhalaban los perfumes de los narcisos y de los junquillos. Los ribazos del ferrocarril estaban cubiertos de enredaderas que invadían hasta el balasto de la vía, hasta los rieles de acero, que unos obreros estaban limpiando de aquella invasión de colores, de aquel peligro florido.

Á lo lejos se veía el mar, de un azul muy pálido. Como siempre que el tiempo estaba en calma, no había tartanas en la bahía, pues todas se escapaban con la brisa del alba.

Y á pocos pasos de la viajera, la Casa Blanca dormía en pleno sol.

Andrea entró por la puerta que daba á la calle de sensitivas, dió vuelta al pozo, también invadido por las enredaderas, y subió la pequeña escalinata que daba acceso al cobertizo; cuya techumbre de cañas aparecía dorada por las flores de hierba cana.

Y abriendo la puerta del comedor, apareció en el umbral rodeada por la viva luz del día.

– ¡Es usted!

La viuda de Beraud, que estaba trabajando como de costumbre al lado de una ventana, se precipitó con los brazos abiertos al encuentro de Andrea, que le devolvió su maternal caricia.

– Yo misma, sí, muy dichosa de volver á ver este país y á todos ustedes.

Y la joven volvió la cabeza como buscando á alguien que no estaba en su sitio habitual. Magdalena dijo en seguida:

– Sí, los muchachos... Mauricio está en el mar con Mario... ¡Qué desesperado se va á poner!.. Pero, usted también, es una pícara, que sorprende á sus amigos...

– ¿Y Noel?

– ¡Ah!.. ¡Noel!, dijo misteriosamente la madre..., tampoco él esperaba á usted... Está en su cuarto... ¡Si usted supiera!.. ¡Si usted supiera!.. Pero le he prometido dejarle decírselo á usted él mismo... Voy á darle la noticia.

– Puede que esté durmiendo... No vaya usted á incomodarle.

– ¡Oh, no!.. No me perdonaría el retardar su contento... Su alegría es usted.

Y la viuda llamó:

– ¡Cristina! ¡Cristina!

La muchacha acudió levantando los brazos al cielo y lanzando las exclamaciones más expresivas de su vocabulario.

Y mientras la hija de María se apresuraba á hacer ver á Andrea con qué solicitud había cuidado su cuarto durante aquella ausencia, la viuda de Beraud subió rápidamente al primer piso.

Muy pronto la oyó Andrea gritar desde arriba con voz que parecía turbada por una gran emoción:

– ¡Andrea!.. ¡Andrea!.. ¿Quiere subir? Noel se lo ruega...

– Con mucho gusto... Aquí estoy... Buenos días Noel...

Y se detuvo asombrada...

La puerta del cuarto de Noel estaba entreabierta y dejaba ver la ventana herméticamente cerrada. Sólo la luz que entraba por la puerta iluminaba confusamente una cama en desorden, en la que se agitaba una forma indecisa.

– Pero... está enfermo, balbuceó la joven.

– No, no, exclamó una voz conmovida que Andrea conocía muy bien... No; abre la ventana, mamá, ábrela por completo, para rodear de luz á nuestra querida recién llegada.

Y mientras Magdalena abría la ventana é iluminaba la habitación con raudales de luz, Andrea, presa de una turbación indecible y casi aterrada vió levantarse en la cama á Noel, que también aparecía inundado de luz.

¡Oh! La turbación de la joven se convirtió enton-

ces en emoción profunda al ver que Noel le tendía apasionadamente los brazos y abría unos ojos de éxtasis, unos ojos en los cuales había una mirada ardiente y ávida, una mirada de extravío...

Y le oyó balbucear, mientras le cogía las manos en las suyas, que temblaban:

–¡Ah! Dios ha sido bueno... ¡Veo á usted!.. ¡Veo á usted!.. Es usted más linda todavía de lo que me habían dicho... Tiene usted el cabello negro, que forma una aureola deliciosa á la blancura de su frente... Tiene usted los labios del color de las cerezas... Tiene usted en la expresión de sus admirables ojos negros un asombro sin igual, pero lleno de gracia, y tan encantadora como la vaga sonrisa que ilumina ahora sus rojos labios y sus blancos dientes... Y es usted esbelta, delicada, con un talle que podría yo abarcar con las dos manos... ¡Oh! Soy feliz, muy feliz, porque...

Noel dió un gran suspiro y en el silencio de la sorpresa inmensa, de la turbación indecible de Andrea, el joven añadió con triste dulzura.

–Porque el bello ideal que yo había soñado de ver á usted, de tener el gozo infinito de ver su cara, para guardarlo eternamente, está ya realizado. Habrá sido muy corto, pero habrá cumplido todas sus promesas y mis tinieblas estarán siempre iluminadas por él.

Y como si sintiera un remordimiento por no dedicar más que á Andrea su mirada extraviada, Noel añadió, dirigiéndose á su madre:

–Y á ti también te veo, madre querida; veo sonreir á través de tus lágrimas esa fisonomía amada... No has cambiado mucho... Hay un poco más de nieve en tus cabellos, pero tienes la misma mirada llena de ternura... ¡Pobre mamá!..

El joven se interrumpió con un grito ahogado:

–¡No os mováis ninguna de las dos! ¡No digáis nada!.. ¡Dejadme... hasta el fin!..

Andrea no pudo contenerse y dijo como enloquecida:

–¿Pero ve usted?..

–Sí... No hable usted; no se mueva... Veo, veo todavía... Pero pronto se acabará todo... Como la primera vez, los objetos empiezan á flotar... y el velo de bruma grisácea sube lentamente... ¡Ah! Sonría usted, Andrea, sonría usted..., se lo suplico.

La joven entreabrió sus labios temblorosos para obedecer en lo posible á aquella súplica vehemente.

–Sí, murmuró Noel, veo todavía esa sonrisa divina..

Pero en este momento prorrumpió en un sollozo y exclamó:

–¡El sueño ha terminado!.. ¡Ya no veo!..

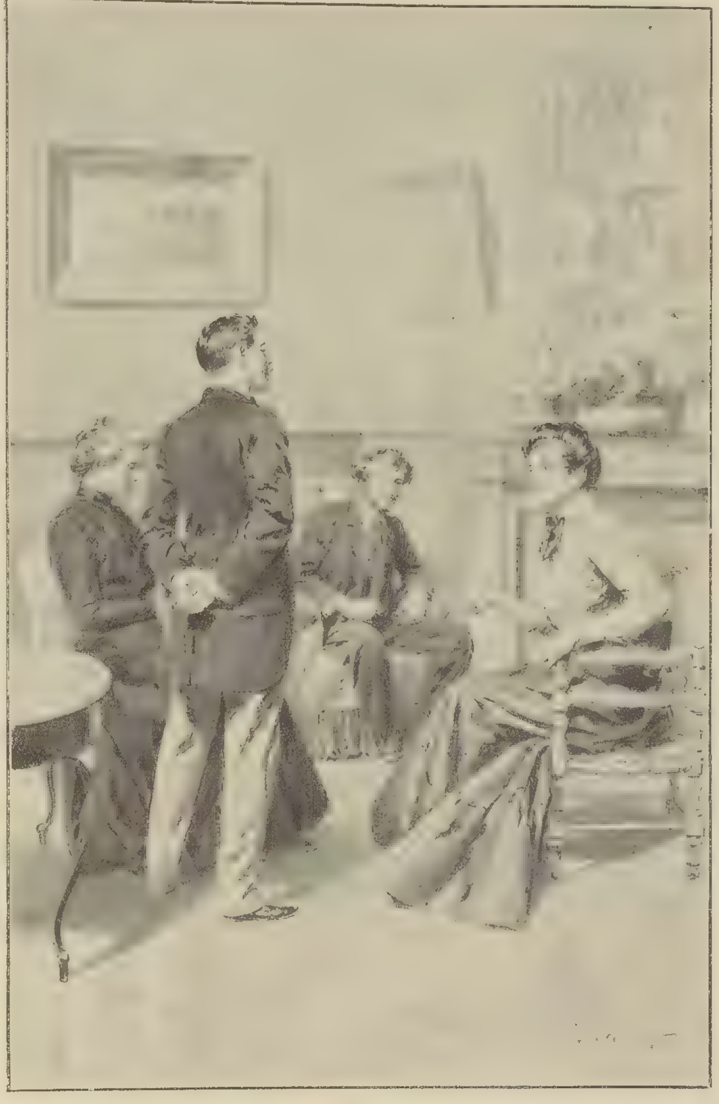
Y escondió la cara entre las manos como para tomar posesión de la imagen que poblaría ya siempre su profunda noche.

Andrea no comprendía bien todavía, y entonces la viuda le dijo, respondiendo á su muda pregunta:

–Es un deseo que ha tenido mi pobre hijo, un deseo loco, irresistible, al que no hemos podido menos de acceder: el de verla á usted... Sabía que estándose constantemente echado y en una inmovilidad absoluta, lo que ha sido un horrible martirio, podría recobrar la vista durante unos instantes. Y desde que usted se marchó, hija mía, está ahí esperando su vuelta...

–¡Para verme!..

Y Andrea fué entonces la que sintió brotar de sus ojos dos gruesas lágrimas..., dos lágrimas que ya el ciego no podía ver deslizarse por aquellas ardientes mejillas. .



Fué necesario que Andrea les dijese unas palabras de su viaje

XIV

Toda la familia, excepto Mauricio, estaba reunida en aquel comedor de paredes blanqueadas, y á través de la profunda alegría de Noel y de la intensa emoción de Andrea, se notaba una especie de malestar.

Siempre sucede lo mismo. Después de los actos de heroísmo, que tanto se asemejan á los rayos de locura, hace falta un instante para replegar las alas y para resolverse á marchar de nuevo por los llanos senderos sobre los cuales se cernía el espíritu momentos antes.

Pero la casa se llenó de repente de un gran ruido de juventud y de alegría.

Era Mauricio, que volvía de la pesca y que habiendo sabido por Cristina la gran noticia, entraba precipitadamente en el comedor.

Sí, era un guapo mozo aquel moreno de hombros cuadrados, de miembros finos, bigote retorcido sobre unos labios carnosos y encantadores y mirada clara y profunda.

Y un hombre ya, seguramente, que corría, como todos los jóvenes de veinticuatro años, en cuanto les dicen que hay á su alcance una muchacha guapa.

Hacía algunos meses que no le hablaban de otra cosa; y desde que llegó, esa era la conversación obligada de su madre.

También era esa la constante confidencia de su hermano Noel, aquel enfermo voluntario, que le decía, cuando iba á hacerle compañía en su cuarto obscuro:

–Yo también quiero saber, como tú y como todos, si esa joven es tan deliciosamente linda como dice mamá... y lo sabré.

–Pero no vayas á enamorarte de ella... ¡Ten cuidado!..

–Sí, sí, exclamaba Noel en la obscuridad, que ocultaba su palidez... Soy un enamorado como hecho de encargo... No digas tonterías, Mauricio...

Así pues, Mauricio corría á su vez para ver si encontraba tan encantadora á aquella señorita Andrea Rival, á la que se presentó amable, entusiasta y exuberante, como es todo el mundo á su edad en aquella tierra bañada de sol, que era casi la suya y en la que se sentía tan dichoso.

. . . .

Noel había recobrade su sitio habitual al lado de la chimenea, y la viuda de Beraud y Mauricio estaban contando á la viajera la crónica inocente de aquel puerto de Agay, que con sus cuarenta y cinco habitantes, inclusos los carabineros, tardará mucho en rivalizar con Marsella ó Tolón. Todo era, alrededor de Andrea, pequeñas historias y alegres carcajadas, que el ciego, un poco retirado, escuchaba impasible y sin perder la expresión de alegría que le había producido su efímera visión.

Andrea lo escuchaba todo muy complacida por aquella viveza juvenil, y dichosa, acaso, de escapar así á la opresión que se apoderaba de ella cuando miraba á aquel silencioso de semblante extasiado. Y la joven, entonces, se esforzaba por responder lo mejor que podía á aquellos transportes de buen humor y volvía á ser fácilmente la muchacha amable y jovial cuya risa tenía timbres cristalinos.

Fué necesario que Andrea les dijese unas palabras de su viaje y de la enfermedad de su padre, que, á Dios gracias, estaba ya convaleciente.

(Continuará.)

POSTURAS DE LOS NIÑOS

EN LOS JUEGOS Y EN EL TRABAJO

Las madres han de influir desde la más tierna edad de sus hijos para que éstos adopten las actitudes y posturas más convenientes desde el punto de vista higiénico, con lo cual les darán una dote de inapreciable valor para toda su vida. Una figura



No debe consentirse que los niños lleven objetos pesados ni que estén de pie con las puntas de los pies hacia dentro

bien proporcionada, una postura suelta, erguida, unos movimientos agradables y seguros y un andar ligero, pueden hacer olvidar la impresión de unas facciones poco bellas.

A ninguna madre desgraciadamente le es dado infundir la belleza al hijo en quien adora, pero sí proporcionarle esos otros atractivos antes mencionados, mediante una observación constante y una educación inteligente. La postura del cuerpo es un factor importantísimo aun desde el punto de vista de la salud, pues á consecuencia de las posturas defectuosas padecen los órganos internos, especialmente los pulmones, el corazón, el hígado y demás vísceras abdominales; los músculos se debilitan ó se estiran de una manera excesiva, las articulaciones se endurecen y se producen otros graves inconvenientes.

Aun antes de que el niño empiece á andar, puede influir desfavorablemente en la postura de su cuerpo el modo defectuoso de llevarlo en brazos; ello es causa muchas veces de desviaciones de la columna vertebral, de inclinación lateral de las espaldas y de elevación de uno de los hombros, defectos que se acentúan más tarde llevando siempre al niño de la misma mano.

Otro peligro amenaza al niño cuando se le enseña á caminar, en lo que por desgracia suele pecarse de exceso de precipitación. ¡Cuántas veces se le obliga á que ande, sosteniéndole por debajo de los hombros, cuando sus piernecitas se niegan á ello ó no pueden moverse como la criatura quisiera ó debiera hacerlo! Cuando el niño ya anda solo, debe su madre cuidar atentamente de que sea moderado en sus saltos y en sus juegos, y evitar que quiera correr y jugar como sus hermanos mayores, porque para no quedar rezagado en las carreras que juntos emprenden tiene que hacer esfuerzos superiores á sus energías, resultando de aquí debilidad corporal, fatiga, posturas de cansancio y tiesura de los miembros.

A los niños debe prohibírseles en absoluto levantar y conducir objetos pesados: en su afán por ayudar y por imitar á las personas mayores, lo cogen todo y á veces arrastran cosas de gran peso haciendo esfuerzos extraordinarios que luego pagan los músculos. Igualmente perjudiciales á los tiernos miembros de los niños son las distensiones violentas, como la gimnasia con pesas no proporcionadas á sus años, el manejo constante de las bombas de agua y otros ejercicios análogos.

Otro punto que requiere la mayor atención de parte de los padres es la manera como sus hijos andan, están de pie ó sentados. Es preciso que les acostumbren á poner primero en el suelo la punta del pie y á dirigirla hacia afuera; deben también cuidar de que lleven un calzado conveniente, ni demasiado estrecho, ni tan ancho que al andar se mueva el pie dentro de los zapatos ó se caigan éstos. No les han de consentir que cuando estén de pie las puntas de los pies miren hacia dentro, ni que pongan un pie encima de otro, ni que crucen las piernas estando sentados. En este particular, las niñas sobre todo llegan á hacer cosas increíbles: las hay que provistas de un libro se sitúan en cualquier rincón, se ponen en cuclillas delante de una silla ó de un banco, recogen las piernas debajo del cuerpo y en esta postura antihigiénica permanecen horas enteras si no se las corrige. Otras hay que no pueden estar de pie derechas, sino que han de apoyarse y recostarse en todas partes; fácil es comprender que con esta postura se debilitan y aflojan los músculos de la cabeza, del cuello y de los hombros que no pueden desarrollar toda su fuerza, y cuando el niño es ya mayor, le cuesta un esfuerzo extraordinario y á veces doloroso de la voluntad el corregirse de estos vicios.

Mucho hay que atender asimismo á las posturas que adoptan los niños en sus labores escolares. Sentarse de medio lado cuando escriben ó leen y encorvar con exceso las espaldas, son malas costumbres que se adquieren muy fácilmente y que pueden traer muy desagradables consecuencias. No siempre la culpa es solamente del niño, sino que la defectuosa disposición de la mesa de trabajo, unas veces demasiado alta, otras demasiado baja, ora demasiado oblicuas, ora puestas á demasiada distancia, son á menudo la causa primera de una postura viciosa, por lo que se hace preciso ejercer gran vigilancia sobre este particular.

Es evidente que para que el niño adopte las convenientes posturas es menester que esté dotado de cierta fuerza, que sólo puede tener estando sano; por consiguiente, no debe recurrirse sólo á la voluntad de aquél, sino que, por medio de cuidados inteligentes, se hace preciso poner su cuerpo en condiciones de poder hacer aquello que de él se exige.

La conveniente postura del cuerpo influye naturalmente en la salud, puesto que con ella todos los músculos del cuerpo funcionan y se desarrollan por igual, la respiración es profunda y regular, la sangre circula activamente y sin interrupción, y como consecuencia de todo esto se mantiene sano y vigoroso el amor á la vida, que es el alma de todas nuestras acciones y el manantial de nuestros goces. – Dr. K.





Hay niños que han de apoyarse y recostarse en todas partes y otros que para leer adoptan las posturas más feas y más antihigiénicas

***

ANIMALES ENANOS

Durante mucho tiempo se ha considerado al perro como uno de los sujetos de experimentación más aptos para prestarse á los caprichos de los que á su cría se dedican. Efectivamente, se deja modificar, moldear, por decirlo así, como una pasta maleable bajo los dedos del escultor, produciendo ora un gigante de 100 kilogramos, ora un pigmeo de sólo unos centenares de gramos de peso. Pero en la actualidad esta superioridad, tan legítimamente adquirida, vese enérgicamente atacada por la raza de gallinas, las cuales se han empeñado en demostrar que también ellas podían prestarse á los caprichos del hombre y producir á voluntad gigantes ó enanos.

Las últimas exposiciones de avicultura han puesto en evidencia algunas nuevas variedades de aves que parecen demostrar que bastan unas pocas generaciones para transformar las razas de gallinas más antiguas y más fijamente estables. Los gigantes y los enanos aparecen á una voz de mando, y diríase que surgen de los corrales de algunos especialistas emprendedores como del fondo de una caja mágica.

Aun cuando hay razas enanas que se remontan á una gran antigüedad, como las de que habla Columela, el primer cronista agrícola, que no las designa con claridad suficiente para que pueda saberse en qué especie deben incluirse, sabemos que la mayoría de las que hoy contemplamos son de fabricación ó importación relativamente recientes y proceden de China, del Japón, de Java ó de Inglaterra.

La fabricación de las razas pequeñas de gallinas sigue siendo un secreto, pero es más que probable que sus elementos sean una gran dosis de paciencia y la distribución de una alimentación alcoholizada á un grado bien calculado. Recientes experimentos ejecutados en cerdos por dos profesores de Montpellier, han demostrado, en efecto, que en los animales jóvenes sometidos á un tratamiento alcohólico, la formación del esqueleto se para muy pronto y las suturas del cráneo se verifican muy tempranamente, de donde resulta reducción del tamaño y de las formas y las más de las veces también raquitismo.

Los chinos y los japoneses, que hasta aquí habían tenido la privativa de «microscopizar» sus animales domésticos, habrán de contar en lo sucesivo con sus colegas europeos que, al parecer, han descubierto sus secretos. Entre las nuevas razas enanas que llaman la atención de cuantos se dedican á la cría, conviene citar las gallinas Padua: estas originales aves han consentido con la mejor buena voluntad en prestarse á los caprichos de distinguidos criadores y á perder su talla, conservando, empero, todos sus caracteres.

Actualmente se exponen con frecuencia gallinas Padua enanas, ó Padua-Bentam, del tamaño del puño, con su plumaje mosqueado, sus hermosos colores, su gracioso tocado y la ausencia de barbillas que caracterizan á la raza primitiva. Estas gallinas diminutas son encantadoras; su raza está suficientemente fijada y su cría no ofrece dificultad alguna, de modo que ante este lindo volátil se abre un risueño porvenir.

Hasta ahora sólo se habían producido las variedades doradas y plateadas y se había estado preparando la variedad negra de moño blanco holandesa, la cual ha salido al fin con su moño inmaculado y su cuerpecito de un hermoso negro de azabache.

Antes de dejar á esas encantadoras gallinitas, me permitiré contradecir una afirmación emitida por muchos escritores que han descrito las razas volátiles y relativa al origen ó más bien á la etimología del nombre Padua con que comúnmente se designa la raza. Este nombre no se deriva de la ciudad de Padua, en donde esta raza es casi desconocida, sino que tiene un origen menos geográfico. La raza primitiva, que parece originaria de Polonia ó de la Alemania del Norte, fué, si no introducida, por lo menos patrocinada desde su introducción en Francia, por la marquesa de Pompadour, que no se desdeñaba de criar una manada de estas aves en una de esas alquerías de ópera cómica, que tan en boga estuvieron en su época. La raza fué denominada primeramente Padour, del nombre de su protectora, palabra que pronto se transformó en Padua. Esta etimología, que yo no garantizo, tiene, por lo menos, el mérito de la verosimilitud.

Las enormes aves asiáticas han sido también llamadas á proporcionar un contingente al batallón de los pigmeos de pluma.

Las gallinas Cochinchinas enanas son conocidas desde hace mucho tiempo y han sido fabricadas por los chinos en una época muy remota; pero no sé por qué han sido importadas siempre en pequeño número.

Dícese que son muy delicadas y difíciles de criar; sus formas, que reproducen en miniatura el tipo y el color de las Cochinchinas leonadas, son en extremo graciosas.

Todas estas pequeñas aves, sea cual sea la familia á que pertenezcan, prosperan en corrales minúsculos proporcionados á su tamaño y están completamente indicadas para los aficionados que no pueden disponer de grandes espacios.

Generalmente son muy prolíficas y excelentes cluecas, pero téngase en cuenta que dos docenas de sus huevos apenas bastarían para hacer una regular tortilla.

PABLO MEGNIN.



BARCELONA. – CAJA DE AHORROS, edificio premiado por el Ayuntamiento en el concurso de este año

LA FATIGA EN LOS DIVERSOS EJERCICIOS, PROFESIONES Y OFICIOS

Muchos se figuran que en los profesionales la fatiga se deja sentir en los grupos musculares que trabajan, y sin embargo no es así, sino que, por el contrario, en los músculos alejados de aquéllos y más ó menos inmovilizados durante el trabajo, es en donde reside la fatiga y aun el dolor cuando la labor es excesiva. Por lo menos, esto es lo que resulta de una información muy interesante que sobre este particular ha hecho M. Bloch.

He aquí algunos ejemplos de esta paradoja.

El panadero que se ha pasado toda la noche amasando, encorvado y agitando la espesa masa de pasta, se queja de fatiga en las piernas.

El aserrador que está en lo alto del caballete y se baja y se yergue acompasadamente, haciendo esfuerzo en ambos sentidos, dice que siente la fatiga en las pantorrillas. El aserrador que está al pie del caballete, erguido, tieso, levantando los brazos por encima de la cabeza y doblando apenas el cuerpo, la siente en los riñones.

El peón caminero que cava vigorosamente en las carreteras, se resiente de cansancio en las piernas.

El herrero que golpea sobre el yunque, no manifiesta fatiga en los brazos ni en los hombros, sino en la espalda y en los riñones.

El zapatero que machaca la suela y maneja la lesna durante muchas horas, se queja de los riñones ó de los músculos del abdomen.

El joven soldado, al término de la etapa, está fatigado de la nuca aunque no haya llevado la mochila.

El violinista poco ejercitado habla de una tensión de la nuca después de un rato de tocar. En el violoncelista el dolor se fija en el pulgar de la mano derecha, inmovilizado en el regatón del arco.

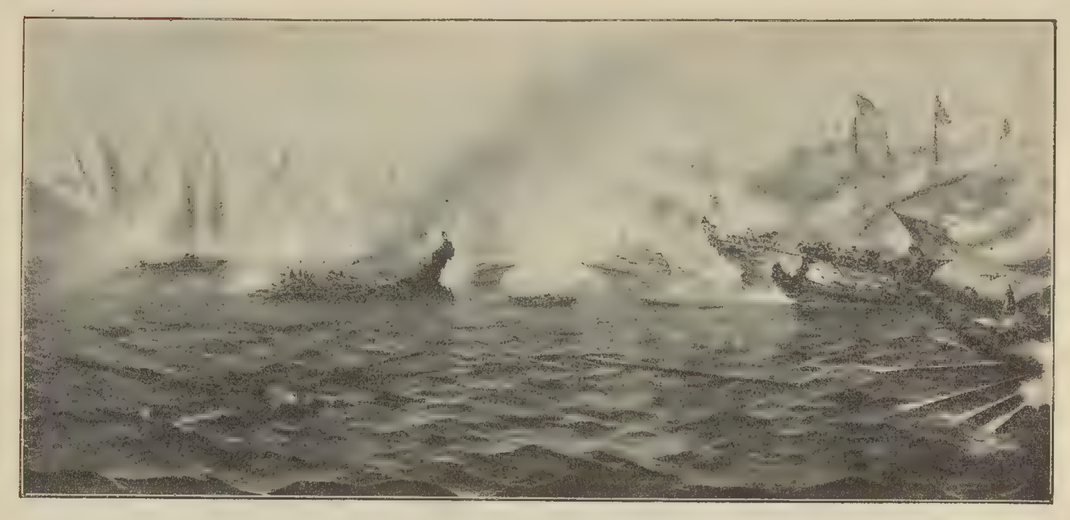
El pianista poco práctico se cansa del pecho y de la espalda.

Muchos concurrentes á las salas de armas sienten fatiga, después de un largo asalto, en el hombro del lado opuesto á aquel con el que tiran.

El remero ejercitado, después de un prolongado ejercicio, siente la fatiga en las pantorrillas y en el empeine.

Estos ejemplos demuestran que la fatiga predomina en los músculos inmovilizados, auxiliares de los que ejecutan el trabajo; y es porque estos últimos se contraen y relajan incesantemente, lo que favorece su función, al paso que los demás están en contracción permanente, lo que es una condición muy desfavorable para su nutrición.

De aquí una indicación práctica formal y relativamente fácil, cual es la de interrumpir lo más á menudo posible durante el ejercicio muscular la permanencia de las contracciones, sean auxiliares ó efectivas. – X.



Batalla de Lepanto, cuadro de Justo Ruiz Luna

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 2 de noviembre de 1903 — Núm. 1.140



BARCELONA.—PANTEÓN EN EL CEMENTERIO DEL SO.

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda y construído por los Sres. Ventura Hermanos

CRÓNICA DE TEATROS

Entre las mujeres galantes más famosas del siglo XVIII brilló en París, que entonces, como ahora, no tenía quien pudiese hacerle competencia en punto á aventureras, la célebre Adriana Lecouvreur, cortesana y actriz de la Comedia francesa. Su origen fué humilde (su padre era sombrerero); pero su talento y su gracia, más que su hermosura, hicieron que fuese codiciada por muchos grandes señores de su tiempo. A varios otorgó sus favores; pero á nadie amó con la vehemencia que al príncipe Mauricio de Sajonia, aspirante al ducado de Curlandia. A fin de ayudarle en la empresa de conquistar su corona, Adriana le entregó todo su dinero y sus mejores joyas. Pero Mauricio, enamoradizo y versátil, no fué tan fiel á su amante como ella hubiera deseado. La cómica hubo de enterarse de que su galán tenía amores íntimos con la princesa de Buillon, y por su parte la gran dama, celosa de la actriz, ideó, para deshacerse de ella, enviarle un ramo de flores envenenadas. Adriana aspiró el aroma de las flores y murió en el apogeo de su gloria y á los treinta y siete años de edad.

Estos hechos, rigurosamente históricos, sirvieron á Legouvé y Scribe para escribir el célebre drama *Adriana Lecouvreur*, que en París obtuvo cuando se estrenó, á mediados del siglo XIX, un señalado triunfo y que todavía forma parte del repertorio de las grandes actrices modernas.

El teatro de la Princesa inauguró noches pasadas la temporada de invierno con la representación del célebre drama, casi desconocido de la presente generación. La obra no llegó á entusiasmar al público. Y fué natural que así sucediese. A todo alcanzan las veleidades de la moda, y el teatro, más que ningún otro género literario, está sujeto á su influencia. Lo que *se llevaba* en el año cincuenta del siglo pasado, nos parece hoy extraño y hasta ridículo. Imagínese, por ejemplo, lo que sucedería si un hombre, aunque su figura fuese la de un Apolo, saliese hoy á la calle con frac azul, pantalón de hebillas y chistera de medio metro de altura. Este traje tan elegante á mediados del último siglo, ¿no nos parecería ahora extravagante y grotesco? Pues algo así sucede con las comedias: las que conmovían y hacían llorar á nuestros padres, nos parecen actualmente pueriles, ñoñas y sensibleras; los recursos teatrales y los efectos que entonces asombraban, al presente los tenemos como viejos y gastados, y hasta lo que entonces eran bellezas de estilo, ahora son para nosotros adornos descoloridos y anticuados. ¿Es que lo de hoy es mejor que lo de entonces? No me atreveré á afirmarlo. Lo que sí puede asegurarse es que ha cambiado la moda.

Pero aunque en lo puramente formal, en los procedimientos y adornos, el drama de Legouvé y Scribe ha envejecido, hay en él algo permanente que resiste al tiempo, y es el carácter de Adriana. Acontece con todos los seres realmente apasionados del arte, que éste absorbe por completo su vida, de tal modo que sus amores, sus alegrías, sus inquietudes, hasta sus dolores más crueles, todo se convierte en materia artística. Así es Adriana: en los momentos en que es más vehemente su pasión, cuando más violentos son sus celos y más agudos sus dolores, vienen á sus labios los versos de los poetas por ella interpretados; se olvida de sí misma y se trueca en Phedra, en Roxana, en alguna de las heroínas á las que ha dado vida escénica.

María Tubau, que es también artista, ha sabido asimilarse el alma de Adriana y ha obtenido con este papel un triunfo, tanto más de estimar cuanto que la comedia de Legouvé y Scribe, como ya he dicho, resulta en general bastante envejecida.

En cuanto á la compañía de que es principal figura la señora Tubau, he de decir en justicia que se resiente, como todas las que funcionan en Madrid, de falta de conjunto. Hay en ella, es cierto, actrices tan estimables como la señora Roca, que en *Adriana Lecouvreur* hizo muy bien el papel de princesa de Buillon, y actores tan expertos como Amato.

Lo que digo de la compañía de la Princesa puede hacerse extensivo á la de la Comedia que desde el día 22 de octubre funciona en su teatro, después de haber obtenido honra y provecho en Montevideo y Buenos Aires. Cuenta esta compañía, en primer término, con Rosario Pino, actriz que á fuerza de talento y de estudio ha logrado ocupar uno de los primeros puestos en la escena española; con Balaguer, recién llegado también de América, en donde ha conseguido, como antes en España, legítimos triunfos; con la Bremón, la Catalá, la Alverá, Ortega, Tallaví..., todos conocidos ventajosamente del público madrileño. Esto es verdad; mas también lo es que á pesar de tan valiosos elementos y juzgando por la primera obra representada, no hay entre ellos la debida cohesión artística, ni en algunos la flexibilidad que exige el arte escénico.

Eligió la empresa de este teatro para función inaugural la comedia de Lope de Vega *La discreta enamorada*, y es lo cierto que no pudo elegir peor, si quería mostrar con ella las cualidades de la compañía. En general, los actores de la Comedia, acostumbrados á representar el *vaudeville* y las obras de los escritores modernos, no cuentan, excepción hecha de la Pino, ni de lejos siquiera, con la manera de declamar propia de nuestro teatro clásico. Las calzas, ropillas, golas, guardainfantes, polleras y mantos no se han hecho para ellos; tampoco brotan con la debida fluidez de sus labios, acostumbrados á la prosa de las traducciones al uso, la galana versificación de nuestros escritores famosos. Esto que aquí digo se evidenció con la representación de *La discreta enamorada*, de Lope. Solamente Rosario Pino nos dió idea con su arte exquisito de lo que debió de ser la declamación tan celebrada de la Riquelme, la Berón, la Vaca y otras famosas comediantes del siglo XVII.

La discreta enamorada pertenece á las comedias de costumbres de aquella época, llamadas de capa y espada. Su argumento, como el de tantas otras del mismo ingenio, es muy poco edificante. Belisa, viuda verde, tiene una hija llamada Fenisa que arde en amores por cierto galán de nombre Lucindo. La tal Fenisa no perdona medio para atraerse al susodicho mozo, que distraído en amorosos devaneos con cierta mujer alegre de cascos llamada Gerarda, ni siquiera ha reparado en la discreta enamorada. Por fortuna para Fenisa, el padre del mancebo, prendado de ella, se presenta á pedir su mano, y con tal motivo empiezan las tretas y maniobras de la astuta doncella, que logra declarar su pasión á Lucindo sirviéndose del padre como de correo inconsciente para sus embajadas y solicitudes. Ella lo rodea de modo que el galán acaba por amarla, y ya puestos de acuerdo Fenisa y Lucindo para hablar y verse á su sabor, hacen creer á Belisa que el galán bebe los vientos por ella y que piensa hacerla su esposa, con lo cual la casquivana viuda se pone loca de contento. El enredo crece con los embustes de Gerarda, la antigua amante de Lucindo, hasta que Belisa mete en su habitación al capitán, tomándole por Lucindo, mientras éste pasa la noche en el aposento de Fenisa. Al cabo todo se descubre, y el viejo se casa con la viuda y el mozo con la discreta enamorada.

Esta acción da lugar á pasos y lances más cómicos que verosímiles, y en los cuales se muestra que si las costumbres eran en el siglo XVII como las que se pintan en *La discreta enamorada*, más tenían de libres y desenvueltas que de honestas y recatadas.

Tomás Luceño, admirador entusiasta del teatro antiguo, de cuyas comedias ha refundido no pocas, ha arreglado *La discreta enamorada*, respetando el plan, los caracteres y las principales situaciones de la obra; pero introduciendo en el diálogo chistes, donaires, vocablos y giros que ni se le ocurrieron ni pudieron ocurrírsele á Lope. La principal dificultad de las refundiciones consiste en que no se conozcan ó se conozcan poco los zurcidos.

Yo no sé si es porque el público está ya hasta por encima de los pelos de los desatinos del género chico, ó porque se siente influído por la campaña que casi toda la prensa ha emprendido contra los que supone acaparadores del teatro; pero sea por lo que fuese, es el hecho que no se estrena obrilla en un acto que no sea silbada y bastoneada estruendosamente... De aquí á los tronchos y otras armas arrojadizas de antaño, no hay más que un paso.

Las últimas gritas las han *disfrutado El parador de las golondrinas*, estrenado en la Zarzuela, y una quisicosa titulada *El vals de las olas*, que se estrenó una de las últimas noches en el teatro Cómico. La zalagarda que se armó en el antiguo salón de Capellanes la noche del *vals* fué de las que hacen época. Tampoco fué floja la que se armó en el teatro de Jovellanos con motivo de la primera representación de *El parador de las golondrinas*. Pertenece esta obrilla al género, más que aburrido, insoportable, de los melodramas comprimidos: hay allí charras y charros que hablan con la afectación y cursilería de un negro catedrático; pastores que pronuncian declamatorios discursos y posaderas melancólicas y redichas. Toda esa gente interviene en una acción deshilvanada y fría, que el público aguantó hasta el final con relativa tolerancia, gracias á unos cuantos números de música (de Vives), entre los cuales descuella un hermoso dúo de tiple y barítono. ¡Lástima de música!

A pesar de haber sido rechazado tan ruidosamente como queda dicho *El parador de las golondrinas* y de haber sufrido igual suerte, según mis noticias, las noches siguientes á la del estreno, continúa todavía en los carteles y quizás llegue al número ciento, que á este número y á otros más altos han llegado zarzuelas tan silbadas y bastoneadas como *El parador de las golondrinas*.

Cuando estos renglones se publiquen habrá abierto ya sus puertas el Español, con lo cual no habrá en Madrid más teatro cerrado que el de la calle de la Primavera; porque el de Eslava, que hasta ahora no funciona, está ya en vísperas de abrirse. Por falta de sitios donde distraer el ánimo no podemos quejarnos. Madrid tiene hoy, en proporción con sus habitantes, doble número de teatros que París. Lo malo es que en esto pasa lo mismo que en las carreras de caballos, y no lo digo por los caballos blancos: todos arrancan con mucho brío, pero son pocos los que llegan á la meta.

Los barrios bajos de la corte tienen también su «coliseo,» llamado de Novedades, situado en la plaza de la Cebada, centro ayer de la manolería y hoy de lo más castizo que la villa conserva en punto á su población «indígena.» El género que siempre ha dominado en aquel teatro, poco más pequeño que una plaza de toros, es el melodramático. Aquel es el lugar más apropiado para esos dramas de seis ó diez cuadros en que el personaje virtuoso pasa las de Caín por culpa del traidor, pillo redomado que á la fin y á la postre acaba de mala manera en justo castigo á su perversidad, con aplauso del respetable público. Allí se oye en los momentos más culminantes, cuando el traidor va, pongo por caso, á envenenar á la dama, gritos de amenaza al criminal ó ingenuas advertencias á la actriz: «¡No bebas!» Allí, en fin, el pueblo á quien divierte lo horrible y tumulento, goza viendo morir hasta el apuntador.

Bien entienden los empresarios que este año han tomado el teatro de Novedades los gustos y aficiones del público que pretenden atraer. La lista sólo de los títulos de los dramas que han de estrenarse pone los pelos de punta. La primera obra de la temporada ha sido *El loco Dios*, drama de D. José Echegaray, en el cual drama, como es sabido, mueren todos los personajes en medio de las llamas. Con tales comienzos calcúlese cómo serán los fines.

Por mi parte muy buenos se los deseo á los señores Robles y Hompanera, primeros actores de la compañía de Novedades.

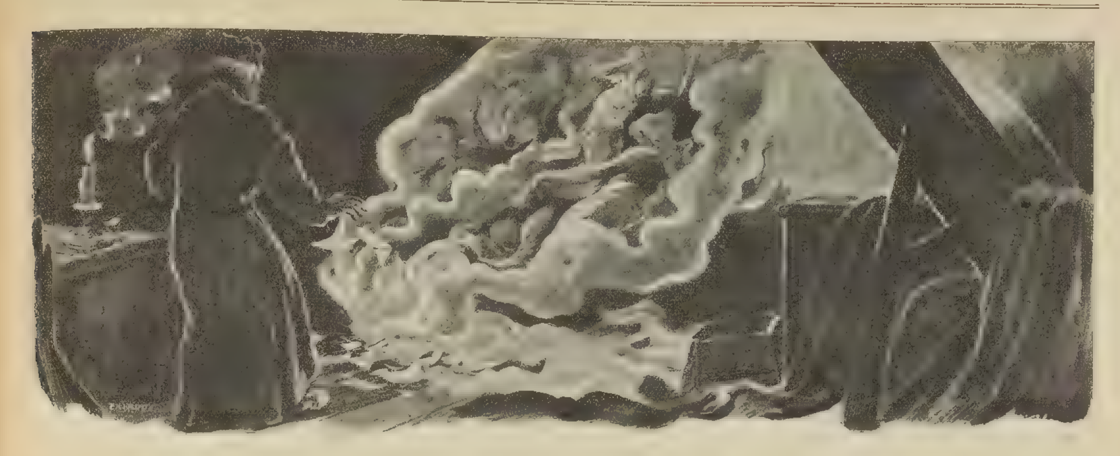
Para terminar este artículo, que bien pudiera titularse *Inauguraciones*, he de decir cuatro palabras acerca de la que el Español tiene anunciada, y que se habrá verificado ya cuando se publiquen los presentes renglones. Se estrenará aquella noche la refundición del drama de Lope *Fuenteovejuna*, uno de los mejores ó quizá el mejor de los que escribió «el monstruo de la naturaleza» y de los más grandiosos que ha producido la dramática nacional.

He asistido á los ensayos, y declaro sinceramente que en ninguna otra obra de teatro de las que conozco vibra con mayor energía el alma nacional, ni se presenta con más épica grandeza la indignación y justa cólera de un pueblo.

Fernando Mendoza ensaya la obra con la escrupulosidad artística y con la constancia á prueba de fatigas de que tantas muestras tiene dadas. Dudo yo que nunca se le haya rendido igual ni remotamente parecido homenaje á Lope que el que le ofrece el director del Español realzando con los primores de una ejecución irreprochable, de una *mise en scene* esmeradísima, de un vestuario lujosísimo, la obra inmortal del Fénix de los ingenios.

Así se enaltece el arte; así se pone al pueblo en contacto con sus glorias y se despierta su amor patrio

ZEDA.



LA NOCHE DE ÁNIMAS DE DON JUAN

D. Juan comió poco aquella noche. Habíale vuelto frugal la falta de apetito, y ante los manjares complicados y los vinos deleitosos con que le iban llenando la mesa, sentía una dolorosa repugnancia y entrábanle en deseo las verduras sencillas, el agua fresca y el pan moreno. Tampoco habló grande cosa, y eso que su fiel mayordomo tocó todas las teclas que solían gustar al amo y aun alguna que hacía mucho tiempo no sonaba en aquel recinto austerísimo, la cual no era otra que la del amor. D. Juan contestó á todo con una sonrisa pensativa, y como el criado persistiese en alegrarle con amenas conversaciones, hízole al fin un agrio gesto y le obligó á callar. Servido el café, quedóse D. Juan solo en el gabinete.

Tres enormes leños ardían en la descomunal chimenea colorando de rojo los obscuros cortinones, las sillas de nogal y cuero, el zócalo de las paredes... El inquieto lamear fingía sombras tenebrosas detrás de los muebles, figuras diabólicas, escorzos grotescos. Cuando arreciaba el viento y tiraba de las llamas, dijérase que todo el hogar ascendía al tejado en una columna incandescente, rígida y mugidora; pero pasaba la ráfaga, amainaba el temporal, y otra vez volvían á quemarse los leños apaciblemente, con lento chisporroteo, bailando sobre ellos las llamas y haciendo bailar al gabinete, á su robusto mobiliario y á las macabras sombras.

D. Juan trasladóse á una butaca colocada junto al hogar, tendió las piernas, ya reumáticas y vacilantes, sobre una silla destinada á esta triste comodidad y se dispuso á fumar su cigarro de sobremesa, al que dedicaba durante una hora la solícita atención de un viejo sibarita. Pero aquella noche debía estar el pensamiento de D. Juan lejos de su cigarro, por cuanto apenas lo encendió, quedóse mirando al techo y le dejó que se apagara; tornó á encenderlo y tornó á olvidarse de él, y á la postre, encontrándole insubstancial y molesto, lo arrojó con rabia á la lumbre y se levantó briosamente, como si de pronto resucitasen en su cuerpo las muertas energías juveniles.

Los leños comenzaban á pasarse; la mitad de la habitación dormía ya á la sombra de los altos sillones; el zócalo de las paredes iba obscureciéndose... D. Juan abrió los postigos de su balcón y miró al espacio. Densas nubes discurrían por él, blancuzcas como el agua enjabonada de un lavadero, y por los desgarrones que el aire les hacía, veíase de rato en rato un pedazo de cielo negro sembrado de estrellas. A la izquierda mecíase el bosque desnudo y sombrío; á la derecha se columbraba la carretera, llena de lodo, con hondos charcos que brillaban opacamente. Detrás de la casa oyóse el aullido trágico de un perro venteando la muerte. D. Juan hizo un mohín de susto, abandonó el balcón y volvióse cerca de la lumbre, cerrando los ojos para obligar al sueño. Al cabo de cinco minutos tuvo que abrirlos; los nervios le dominaban produciéndole alucinaciones y trágicas ideas. Unas veces creía sentir á su espalda ruido de pasos cautelosos, otras le acariciaba el rostro un hálito finísimo. Aquella noche, que después de todo no tenía otra cosa de particular que la de ser la noche de ánimas, habíale puesto taciturno y miedoso, como si presintiese alguna malaventura.

Levantóse de nuevo y miró á su alrededor con medrosa desconfianza. El gabinete seguía ensombreciéndose, sin más luz que la moribunda de los leños. Un escalofrío de miedo agitó el cuerpo de D. Juan, y con rápido paso, sin mirar á su espalda, abrió una puerta y entró en su dormitorio Artística lámpara de noche le iluminaba tristemente y daba al lecho una blancura marmórea. Quizá fuera ilusión, pero D. Juan creyó ver en ella su propia sepultura vestida de albos atavíos... Abrió otra puerta y salió al corredor. Grandes cuadros adornaban las paredes; en un ángulo dormía la imagen de Venus Citerea; dos soberbias panoplias guardaban la entrada del salón de recepciones. D. Juan entró en él. Sobre un velador japonés ardían las cinco bujías de un candelabro antiguo, y su luz apacible tendía sobre el suelo una mancha rojiza de escasa intensidad, dejando á obscuras la mayor parte del salón. Los muebles carecían de forma; las colgaduras se mejaban fantasmas adosados al muro D Juan miró al fondo, donde debía encontrarse el clásico estrado, y no le vió. Como las tinieblas dan á todo la vaguedad de lo infinito, el noble señor figuróse que la vasta pieza no tenía fin y que sus paredes laterales iban á perderse en las tinieblas de la noche.

Volvió á sentir miedo y ganas de andar, de huir de sí mismo, corriendo mucho, hasta que se rindiesen las piernas y se durmiese la imaginación. Las bujías parecían arder con una luz blanquísima, casi lívida, y todos los objetos á que alcanzaba tenían el mismo cadavérico tinte. Al pasar ante un espejo, creyó D. Juan que pasaba un espectro con bata y zapatillas. Los escasos cabellos se le pusieron de punta, y abandonando el salón, regresó al pasillo y atravesó una especie de antesala.

Seis ó siete lamparillas lucían en un gran vaso lleno de agua y aceite ante un cuadro que representaba á la Virgen del Carmen rodeada de pecadores en actitud suplicante. Una criada sesentona rezaba entre dientes, dormitando con un rosario entre los dedos. Al sentir los pasos de D. Juan levantóse asustada y respetuosa.

—Siga, siga, díjole el señor indicándola con el ademán que se sentase.

La vieja volvió á su rezo y D. Juan prosiguió su camino, cada vez más nervioso, más intranquilo y siniestro. Quería recorrer la casa entera, saciarse de terror, padecer todas las apariciones, delirar, volverse loco, á ver si de una vez para siempre le abandonaba aquella fiebre pavorosa que de repente le había acometido. Tenía miedo, sí, y sentía implacable el aguijón del remordimiento; pero no debía sucumbir ni ante el uno ni ante el otro: su espíritu altivo exigíale entereza, valor, escepticismo. Los muertos no salen de sus ataúdes. Mas como el terror persistía y los remordimientos apretaban, dióse á correr de habitación en habitación, metiéndose en los sitios más obscuros, recreándose en la contemplación de los más tétricos detalles, con las piernas firmes y los puños apretados, decidido á imponerse á su terror, á encadenarlo y destruirlo. ¡Bonito estaría, y de glorioso timbre sirviera á su historia que fuese el pavor quien triunfase en aquella lucha entre la voluntad y la conciencia! D. Juan tenía que ser siempre D. Juan, sin decadencias ni mixtificaciones.

Y ocurrió que de sala en sala, de pasillo en pasillo, desafiando al miedo con la milagrosa agilidad de sus piernas reumáticas, fué á parar al piso más alto del caserón, donde dormían el sueño del olvido, bajo un sudario de polvo y telas de araña, la juventud de D Juan y aun algo de la niñez.

La estancia aquella ocupaba casi toda el área del edificio y estaba á trechos á cielo raso y á trechos á teja vana. Las paredes eran ya negras, con largos surcos amarillentos causados por las goteras que el tiempo y la lluvia fueron abriendo en el tejado, y el pavimento lo formaba una gruesa capa de tierra endurecida que debieron ir acumulando los sucesivos trasiegos de muebles, sacos de trigo y cebada y cargas de yeso que solían almacenarse en vísperas de reformas importantes, con lo cual bien podemos ahorrarnos decir que el desván en cuestión servía para todo.

Entre los diferentes trastos que desde varios años ha descansaban tranquilamente de sus domésticas campañas, había dos ó tres arcones de caoba, donde el cuidado de algún fámulo hacendoso puso á salvo de la rapiña ó de la negligencia juguetes, libros, útiles de casa y hasta vestidos de D. Juan pertenecientes á la época en que aún no usaba el don. De los juguetes, algunos estaban perniquebrados, otros permanecían en relativo buen uso, un poquito oxidados, pálida la pintura ó rota alguna rueda de escasa importancia; los libros eran de texto, toda la adolescencia estudiosa de D. Juan; los útiles de casa hallábanse roñosos y renegridos; los trajes estaban medio apolillados, y su forma y adornos, irreprochables en su tiempo, eran ahora ridículos y movían á risa...

Al entrar D. Juan en esta habitación suspiró con visible cansancio. Luego puso en el suelo la luz de que se había servido durante su carrera por el caserón y sentóse en una silla. Dos ó tres ratas corrieron asustadas á refugiarse en sus guaridas. Un escarabajo monumental paseábase muy despacio por el suelo, llegó hasta los pies de D Juan, y enterándose sucesivamente de lo que significaban aquellos aparatos zapatillescos desconocidos para él, tomó otro rumbo y desapareció debajo de los arcones. El viento cedía poco á poco y las nubes dispersábanse hacia poniente. Por las ventanas del desván, sin postigos ni cristales, veíanse grandes trozos de cielo completamente limpios, en los cuales brillaba la pedrería estelar con una pureza encantadora.

D. Juan se levantó y dedicóse á recorrer la estancia, enterándose de lo que en ella había, removiendo los trastos, abriéndolos y registrándolos. A la vista de sus juguetes, malheridos por él y despreciados cuando ya no tenían el color alegre de su virginidad, sintió cierta angustia llorona y oprimióle la garganta ese cinturón que precede á las grandes explosiones lacrimosas. Siguió registrando. Tras de los juguetes aparecieron los libros, con la encuadernación rota y las puntas de las hojas dobladas ó roídas. En algunas páginas había anotaciones hechas con lápiz al margen del párrafo que las inspiró, caricaturas de los profesores y epigramas picarescos. Después vinieron los chismes de caza. También tenían algo dulce y grave que simbolizar. D. Juan tuvo miedo de que su imaginación corriese demasiado y continuó el registro. Un tufo á ropa vieja salió del arca. Los vestidos estaban enteros, pero á poco que se les manoseara hubiéranse deshecho en menudos fragmentos. Al ponerlos en el suelo cayó de uno de ellos un envoltorio. D. Juan lo abrió de prisa. Eran

cartas y retratos de mujeres, todas jóvenes, la mayor parte cándidas doncellas que se entregaron al amor con el lírico entusiasmo de las almas sencillas. ¡Oh! ¡Ya se encargó D. Juan de hacerlas renegar de aquel lirismo! La naturaleza es implacable, y sólo los avisados pueden hurtar el cuerpo á sus leyes.

¿Qué decían las cartas? D. Juan sintió el pueril anhelo de volver á leer aquellas enamoradas epístolas, y empezó por la primera del paquete, que era cabalmente la última de cierta época tan feliz como agitada en que los idilios se combinaron con los garrotazos. Leyó al principio sin emoción alguna, dedicando compasivas sonrisas á las relamidas y á la par ingenuas frases que le dedicaban y aun besando piadosamente alguna firma de gratísima memoria; pero luego comenzó á dominarle un horror sin freno, una profunda lástima; no sonreía ante los desahogos pasionales de aquellas pobres vírgenes que soñaron con la eternidad del amor, ni se atrevía á besar sus nombres, estampados al final de la carta con letra temblorosa, como si le diesen con él las santas primicias de su cuerpo y de su espíritu. Otra vez se puso nervioso y pensativo, y no queriendo incurrir en nuevas y vergonzosas debilidades, optó por quemar cartas y retratos. Muerto el pasado, era un deber incinerarlo cristianamente.

Mas ¡oh triste equivocación del viejo amador! Las rojas llamas que alegraron de pronto el desván, el humo espeso que por encima de ellas se elevaba hasta el techo, diéronse á remedar las graciosas formas de las tiernas sacrificadas, sus rostros amables, los ojos llenos de inocente pasión, creciendo el número de imágenes á medida que aumentaba el fuego, como si de cada misiva, al llegarle el turno crematorio, surgiera la figura de su autora para recordar á don Juan sus imperdonables felonías. Y llegó un momento en que ardieron á un tiempo toda la correspondencia, retratos y cartas, retorciéndose como condenados, y el desván se llenó de visiones dolientes, con las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos por el llanto. Sus manos blancas y descarnadas elevábanse al cielo en demanda de protección y quién sabe si de justo castigo, y su pecho desnudo ostentaba en el lado izquierdo una hendedura sangrienta, húmeda todavía...

D. Juan quiso huir de aquel sitio, pero en vano recorrió las paredes en busca de la puerta. El desván habíase convertido en una prisión sin salida, y las manos crispadas del noble seductor no hallaron ningún sitio por donde escapar. Las mismas ventanas parecían cerradas por el humo. Entonces intentó apagar la hoguera pisoteando las cartas y esparciéndolas en todas direcciones, pero tampoco consiguió nada de provecho. Las fatídicas sombras bullían sin cesar en torno suyo, azotándole el rostro con la suelta cabellera y mirándole con una fijeza dolorosa, que llegó á enloquecerle. . . .

* * *

La blanda voz del mayordomo sacó á D. Juan de su desmayo.

—¿Qué ha sido eso, señor?.. Le hemos buscado por toda la casa, y el humo que vimos salir por los ventanales del desván nos guió hasta aquí... ¿Le dió algún accidente?

—Sí, hijo mío, murmuró D. Juan levantándose. Fué el miedo, el verdadero miedo, que está siempre en acecho de una hora de sinceridad... Pero no se lo digas á nadie... ¡Cómo se reiría la gente si supiera que D. Juan se desmayó de pavor al recordar sus culpas una noche de ánimas!

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Triadó.)



SEPULCRO DE GRANITO Y BRONCE, obra de Francisco Metzner
(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration,» que edita Alejo Koch en Darmstadt)

ARTE FUNERARIO

Es Barcelona la ciudad peninsular que cuenta más importantes necrópolis, puesto que los siete cementerios que posee, alguno de ellos, como el llamado del SO., ofrece la particularidad de su situación topográfica y la riqueza y número de los monumentos funerarios que lo embellecen. Parece como si los arquitectos y escultores hubieran mostrado empeño en conquistar para la primera necrópolis de nuestra ciudad la fama y celebridad de que goza el cementerio de Génova.

No es ciertamente nuestro ánimo establecer comparaciones; pero sí creemos justo hacer constar que por la cuantía, suntuosidad y mérito de las sepulturas que en su recinto se levantan, ha de considerarse como una de las primeras y más importantes necrópolis de Europa. Emplazado en una de las vertientes de la montaña de Monjuich, desarróllase en una vastísima extensión formando un amplio anfiteatro, bordeadas sus anchurosas vías por lozana vegetación, que presta singular encanto.

Sólo á título de muestra de las hermosas construcciones que contiene reproducimos dos panteones, obra del conocido arquitecto Sr. Albareda, precisamente el autor del proyecto de la necrópolis. Por su importancia pueden colegir nuestros lectores la de las demás construcciones, manifestación evidente de la valía de nuestros artistas y del tributo que á los que fueron dedican los barceloneses.

En menor escala, pero asimismo dignos de llamar la atención, son los monumentos funerarios que figuran en los demás cementerios, conforme lo atestigua el que también publicamos, emplazado en el de San Andrés. — LL.

ESCULTURAS DE F. METZNER

Este notable escultor berlinés es uno de los artistas que más penetrados están de la íntima conexión existente entre la arquitectura y la escultura, conexión que vemos maravillosamente expresada en los grandes monumentos de la antigüedad clásica. Quiere para sus figuras, sobriamente modeladas, espacios y fondos apropiados á ellas para que de la combinación de unas y otras resulte la debida armonía; por esto le atrae el arte del templo, en el que aquellas dos bellas artes se unen para producir en el ánimo esa impresión profunda que tan bien lo dispone á percibir la belleza: este es el fin que persigue Metzner, el arte monumental.

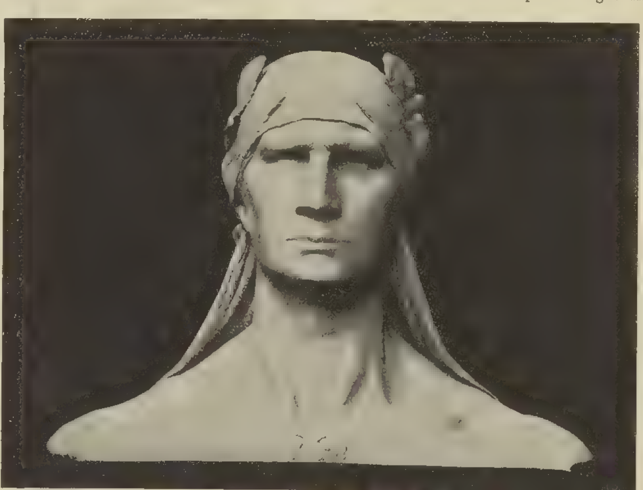
Comenzó haciendo serios estudios arquitectónicos; pero su afición al modelado de la figura le hizo muy pronto dedicarse á la plástica, y su conocimiento instintivo de la igualdad de esencia entre ambas artes llevóle á cultivar el arte monumental, que los funde en un todo uno y armónico.

Para conseguir este objeto, prescinde de todo lo pequeño, de todo lo accidental, ateniéndose al precepto de Miguel Angel: «El arte es la evitación de todo lo superfluo; es, por consiguiente, eliminación, purificación.» Por esto busca apasionadamente la esencia de la forma, y aunque ello le hace á veces ser extremadamente duro, en cambio presta á sus obras un sello personal que no permite confundirlas con las de ningún otro escultor.

Su característica es el vigor de su sensibilidad artística: en ésta predomina la nota trágica. Sus melodías, por decirlo así, son graves, tristes, solemnes; la alegría y el placer apenas hacen vibrar las fibras de su sentimiento.

Como escultor, demuestra poseer una visión plástica de intensidad extraordinaria; como arquitecto, domina el lenguaje lapidario de las grandes líneas y superficies y de la armonía de unas y otras.

Que en estas apreciaciones acerca del escultor Metzner no hay exageración, pruébanlo elocuentemente las obras suyas que en el presente número publicamos: basta contemplarlas para comprender que quien las concibió y modeló no es simplemente un escultor talentoso, sino un artista dotado de verdadero genio. — G.



LA CIENCIA, escultura de Francisco Metzner
(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration,» que edita Alejo Koch en Darmstad.)



BARCELONA.— Panteón en el cementerio del SO.

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda. – Estatua del escultor José Llimona. – Construído por los Sres. Ventura Hermanos



Panteón en el cementerio de San Andrés

Proyectado por el arquitecto D. Leandro Albareda y construído por los Sres. Ventura Hermanos

EL IDEAL

CARTAS DE UNA MUJER

4 de abril.

Querida Carmen: Vienen á mí á pedirme que te escriba. Como soy vieja, suponen que mis cabellos blancos serán buenos consejeros de tu cabeza soñadora; que los hilos de ébano que la coronan, signos de fortaleza y de vida, habrán de oirme antes de que los años los marchiten y blanqueen. Error. La experiencia es, como dijo el poeta, «una ciencia que todos aprendemos sin maestro;» pero sus enseñanzas llegan ¡ay! demasiado tarde. Cuando no podemos aprovecharnos de ellas.

Sé que de nada han de servirte mis consejos. Y sin embargo te los doy; con tal fervor me lo piden, con tal imperio creo que mi conciencia me lo manda.

¿Que quién me lo pide? Ya puedes figurártelo.

En amor no es lo mejor lo más práctico. Cuando las gentes que te rodean, esas que dicen que te quieren y que ven la vida tal como es, te aconsejen, no sigas sus consejos.

Pregúntate á ti misma si la vida, por sí sola, vale lo bastante para sacrificárselo todo, si es conveniente amarrarse á ella, prohibiéndose, en su curso, dar algunas escapadas al ideal. A los veinte años, y esto parece una paradoja, se cree que puede prescindirse de todo; á los sesenta se advierte que sólo por lo que soñamos merece la pena de haber vivido. Tal vez consiste en que la juventud tiene la magia de embellecer aun las cosas más prosaicas y vulgares, y la vejez, muertas todas las ilusiones, sólo ama aquello que por intangible nunca puede realizarse.

Y el ideal, ¿qué es?, me preguntarás.

Si pudiera encerrar en un concepto esa eterna aspiración de las almas, es posible que no lo hiciera. ¡Quién sabe si, venciendo mi egoísmo á la voluntad que te tengo, guardará para mí la receta, felicidad cierta para cualquier psicólogo profundo!

El ideal lo es todo y no es nada. No está en la tierra ni en el cielo; lo llevamos dentro de nosotros mismos, y á estar en la órbita de lo posible, un gobierno que supiera conseguir que los maestros de primeras letras enseñaran á sus alumnos á creer en el ideal, habría hecho la felicidad de sus gobernados.

Un ideal al cual nos abrazamos en los albores de la vida, es un salvoconducto que nos lleva á la muerte, sin habernos percatado siquiera de las asperezas del mundo que atravesamos. Y ese ideal podemos conseguirlo todos, el que nace en un rancho de las campiñas de Andalucía, y el que viene á la vida en la cámara de un alcázar de reyes. Le damos luz en nuestro pensamiento, allí al abrigo de los golpes de la realidad, y vamos siguiéndole siempre, en todo momento nos alumbra, en todo momento nos guía. De pronto nos detiene la muerte; llega siempre cuando íbamos á confundirnos en los reflejos de aquella luz salvadora.

Al llegar á este punto se detiene mi pluma. Veo que una sonrisa de incredulidad pliega tus labios; que ignorando el mañana, sólo ves el hoy en el cual todo te sonríe. Él te dice que cuanto te rodea debe rendirse ante tu juventud y tu belleza, y que es tontería insigne preocuparse de lo porvenir cuando la realidad es tan hermosa. Hay, pues, que suspender todo consejo. Hay que dejar á las inspiraciones de tu corazón la línea de conducta que hayas de seguir. Lo que hoy estimas como lo mejor, tal vez dentro de pocas horas entiendas que es lo pésimo. Te quiere y te abraza – Magdalena.



La Fe, relieve para un sepulcro, obra de Francisco Metzner
(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration,» que edita Alejo Koch en Darmstadt)

20 de abril.

Querida Carmen: ¡Lo ves! No me había equivocado. Tu carta, que acabo de leer, tiene dos aspectos: una protesta de cuanto yo te decía, un himno á la juventud y á la vida. No me extraña, porque recordarás que para no darme por sorprendida, te anunciaba en mi carta anterior la acogida que ibas á dispensarla.

Pero esos himnos á la juventud y al poder son del género lírico, y ocurre con ellos cosa idéntica á lo que sucede con las revoluciones en los pueblos jóvenes. Incapaces para estimar el objeto de su vida, marchan en pos de ídolos falsos, que forjan al calor de un entusiasmo momentáneo. Se suceden unos á otros, rápidamente; viven días, acaso horas, hasta que convencido el pueblo de que sus ídolos sólo tenían para la vida el calor que les prestaba el entusiasmo de las muchedumbres y el impulso de los improvisados himnos, descubre que todos eran falsos y que ha perdido el tiempo lastimosamente.

En el entretanto pasó la juventud y es llegado el momento de pensar en un ideal que si no se realiza, permite, por lo menos, que en el camino se haga algo grande y duradero.

Los gritos acalorados de entusiasmo, las notas valientes de aquellos himnos de gloria, duraron lo que sus ecos en el espacio.

Esto parece arrancado de un programa de sociología política, pero yo no sé decirlo de otro modo.

Más substancioso será un ejemplo; voy á ponértelo.

Tenía yo, como tú ahora, veinte años. ¡Hace muchos! Vivía como tú en un pueblo de Andalucía, en ese pedazo de tierra donde se siente como artista y se habla como poeta, y como tú, al estallar las rosas de la primera juventud, quise á un hombre con quien había compartido los juegos de la niñez y las ilusiones de la edad moza. Aquel niño, que comenzaba á ser hombre, tenía un corazón grande, capaz de las empresas más arriesgadas, y una imaginación soñadora, para la cual las maravillas del palacio de Aladino eran bien pobre presente. El camino de la gloria era para él ancha y fácil carretera, que había de recorrer, teniéndome á mí como galardón el más preciado, y me amaba tanto, que pensar en que yo no fuera suya lo consideraba tan absurdo como la visión de Andalucía sin sol ó del mar sin arenas.

Cuando fué hombre vino á Madrid á conquistar el mundo. ¡Qué menos podía ofrecerme!

Desde mi rincón yo, él desde la corte, nuestras almas estuvieron en comunión constante, y nuestras cartas, que el correo traía y llevaba, no eran otra cosa que los lazos con que se anudaban aquellos hilos invisibles á través de los cuales volaban nuestras almas. Pero ¡ay! que la realidad es bien triste Pasaron los años, y el que vino para conquistar el mundo, á pesar de su inteligencia poderosa, de su talento soberano, de su corazón magnífico, en lucha con las asperezas de la vida sólo pudo conquistar un puñado de pesetas, las necesarias para no morir de hambre.

De niña había yo pasado á ser mujer; mis padres, las gentes que me rodeaban y me querían, lo mismo que las que ahora te rodean á ti, pensaron en que no podía esperar más; debía fijar mi porvenir, y el porvenir de la mujer en España, según corriente receta, que pasa por axioma, es casarse. Era menester acabar con aquellas «cosas de niños.»

Cuando me lo dijeron la vez primera rechacé el consejo indignada, después pude oirlo con indiferencia, más tarde lo escuché con beneplácito. Aquello no podía seguir; yo necesitaba casarme, y en aquel punto mi astucia de mujer, esa astucia heredada de la madre Eva, y que ésta aprendió sin duda de la serpiente en aquel histórico diálogo del Paraíso, se dedicó á hallar la fórmula para *romper* decorosamente.

Convenía que él me dejara, que la razón estuviera de mi parte, los pretextos ya los hallaría yo. Y los encontré.

Me había prometido conquistar estos y aquellos puestos, no había conquistado nada; venir por mí en determinada fecha, no había venido. Sus promesas no se habían cumplido. ¿Se podía pedir mayores motivos de agravio? Y poco á poco me mostré en mis cartas lastimada, fría, las fuí haciendo menos

frecuentes, y por último dejé de escribir. Todas sus ternuras, sus protestas, sus quejas, no consiguieron hacerme variar. Lo tenía bien pensado.

Mientras tanto mis padres, mis parientes, los amigos de mi casa que tanto me querían, habíanme preparado un marido, según ellos, digno de mí. Y con esa inconsciencia estúpida de la mujer, que comienza á pensar cuando las canas blanquean su cabeza, me casé.

Mi marido era militar, tenía el empleo de capitán; un acreedor eterno del Estado á quien no podían faltarle los garbanzos mientras viviera, y si se moría yo tampoco perecería de hambre.

Mi marido era un hombre frío, correcto, bien educado; me quería, pero no me amaba. Yo en aquel tiempo era muy hermosa, lo dicen los retratos de la época, lo decían las gentes que me rodeaban.

Mi marido se casó, pues, conmigo porque á su vistoso uniforme lo realzaba un buen palmito.

Después han pasado muchos años, he tenido hijos, he sufrido mucho y he recordado muchas veces, con lágrimas en los ojos, la «soledad de dos en compañía» de que habla el poeta.

¡Cómo he de contarte en una carta las amarguras de cuarenta años de un alma solitaria! Se necesitarían muchos pliegos de papel; se necesitaría una pluma que no fuese la mía; se necesitaría que tu alma, acrisolada por el dolor, pudiese corresponder á otros dolores.

Casada, vine á Madrid al poco tiempo; en el rincón de mi hogar seguí paso á paso la carrera de aquel hombre que amé de niño, y le vi triunfar, subir, llegar á las cumbres, siempre solo, como peregrino solitario caminando por la ancha y fácil, para él, carretera de la gloria.

Muchas veces, empapada en mis lágrimas, besé su última carta, en la cual, con ardientes palabras de convencido, me decía que le había dejado solo en el mundo.

Después de esto, ¿puedes preguntarme todavía lo que es el ideal?

Te quiere y te abraza – MAGDALENA.

3 de mayo.

Querida Carmen: Mi última carta ha quedado sin respuesta. Nunca mejor que en la ocasión presente tuvo aplicación aquello de la elocuencia del silencio. Puesto que callas, es que mis palabras han tenido un eco en tu alma, que mi pensamiento ha logrado hermanar con tu pensamiento. Cuando algo de lo que se nos imputa es falso, la protesta brota de nuestros labios pronta y espontáneamente. Tu silencio me demuestra, de este modo, dos cosas; que he acertado y que además es tarde para alcanzar algo de lo que me proponía.



Retrato de la Sra. X., pintado por Felipe Klein

Ya sólo me resta actuar de profeta; pasados los años, podrás de estas cartas borrar mi firma para darlas fe con la tuya. Y cuando entonces, como tú lo has hecho ahora, una Carmen del porvenir te pregunte dónde está el ideal, podrás contestarle con este párrafo de mi pobre historia.

Hace muchos años, creía yo en la vida, y elevando en el aire castillos de pensamientos, deshechos al soplo de sonrosados ensueños, preguntaba al amante de mis días felices cuál ideal habíamos de forjarnos.

Y él, poniendo por testigo el inmenso dosel azulado del cielo andaluz, en sus ojos los reflejos de su alma de artista, en su palabra los tonos cálidos de su inspiración de poeta, me decía:

«El ideal lo es todo y es nada, lo llevamos dentro de nosotros y él nos manda y nos dirige.

»¡Anda! – ordena, – y caminamos sin desmayos; ¡llega! – dice, – y allá llegamos sin reparar en dificultades ni en peligros.

»Es una sed que nunca se mitiga, es un hambre que jamás se satisface. Detrás de la línea del horizonte, de las montañas cuyas cimas se pierden en el cielo, al otro lado de las aguas del mar inmenso, hay un más allá. Al contemplar el cielo, el monte, el mar, se nos ocurre preguntar siempre: «Allí detrás, ¿qué habrá?»

»En cada uno esa ambición del espíritu constituye la labor de toda su vida. ¡Lo demás qué le importa!

»El más miserable de la tierra, el más humilde, encerrado en la torre de marfil de su pensamiento, se consagra al culto de aquella su aspiración, única; y así, los más grandes conquistadores, los emperadores más poderosos, la sabiduría, el oro y el poder, sólo le inspiran lástima.»

Prepárate, pues, á encerrarte en tu torre de marfil.

Te quiere y te abraza – MAGDALENA.

EMILIO DUGI.



¿Se atreverá?, cuadro de Juan Llimona



REGRESO DE LA GUERRA, COPIA DEL CELEBRAD



CUADRO DE PLA Y RUBIO, GRABADO POR R. BONG

NUESTROS GRABADOS

Retrato de la señora X, pintado por Felipe Klein.—Esta obra produce la impresión de un cuadro de género más que de un retrato propiamente dicho, y es que el artista, al reproducir en el lienzo la persona retratada, no se ha circunscrito á copiar las facciones y la figura de ésta, sino que ha buscado el ambiente en que mejor podían resaltar unas y otra, y sin quitar importancia al elemento esencial ha dado á su composición un carácter, pintoresco, trazando en el fondo un bellísimo paisaje y colocando á la dama en una actitud de naturalidad encantadora, que permite apreciar toda la gracia y toda la esbeltez de su cuerpo.

***

¿Se atreverá?, cuadro de Juan Llimona.—La ocasión no puede ser más propicia: la vieja baja á la bodega; el niño se ha dormido sobre la mesa y solos han quedado la gentil moza y el joven payés. Bien sabe aquélla que se muere éste por sus pedazos; pero por más que hace, por más que le ha dado pie, no ha podido conseguir que el enamorado se declare y le diga lo que tantas ganas tiene ella de oir. ¿Se atreverá ahora á soltar lo que lleva dentro y tanto le pesa? ¿No será bastante á vencer su cortedad la provocativa mirada de la linda muchacha, que no parece sino que le dice «¡Atrévete, hombre, atrévete!» Tal es el asunto del bellísimo cuadro de Llimona, en el que no se sabe qué admirar más, si la espontaneidad y sencillez con que está expuesta tan interesante situación, ó el acierto del artista en hallar la expresión propia de cada uno de los dos personajes, ó el talento del pintor en presentarnos ese interior de una masía catalana con un lujo de detalles que le acreditan de dibujante y colorista de primera fuerza.

***

Regreso de la guerra, cuadro de Pla y Rubio.—¡A cuántas y cuán tristes consideraciones se presta este cuadro! Su autor ha sintetizado en él de una manera magistral todos los dolores de nuestras últimas guerras coloniales. Contemplándolo, recordamos aquellos cantos bélicos coreados por la impresionable multitud que acudía á presenciar los embarques de nuestras tropas sin ahondar en lo que aquello significaba; recordamos las cruentas luchas en lejanas tierras de mortíferos climas; recordamos el triste regreso de los millares de infelices enfermos é inutilizados para el trabajo Y por encima de todos estos recuerdos, se destaca el de tantas pobres madres á quienes una suerte implacable arrancó de sus brazos al hijo querido, privándolas para siempre de sus caricias ó devolviéndolo en un estado de desconsoladora invalidez. El lienzo de Pla y Rubio hace asomar á los ojos amargas lágrimas y acudir á la mente no menos amargas ideas. ¿Qué mejor elogio puede desear un artista para su obra?

***

Buenos Aires.—Medalla conmemorativa de la coronación del Señor de los Milagros.—Con grandes solemnidades religiosas se ha celebrado en Buenos Aires el acto de la coronación de la imagen del Señor de los Milagros, existente en la metropolitana de la capital argentina. Dicha coronación fué autorizada por rescripto de León XIII, quien bendijo por sus propias manos la corona, que fué llevada á Roma por el presbítero Sr. Barbarrosa. Para conmemorar esta ceremonia, los acreditados fundidores Sres. Bellagamba y Rossi han acuñado la medalla que en esta página reproducimos y que, como todas las obras salidas de sus importantes talleres, se distingue por lo perfecto de su ejecución. En el anverso está la milagrosa imagen con las fechas 1803 y 1903 y la inscripción «Al Señor de los Milagros en su centenario. Coronado á nombre de S. S. León XIII y Pío X;» en el reverso se ve el busto de León XIII con la leyenda «Basílica del Socorro, 13 de Setiembre de 1903.»



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Medalla conmemorativa de la coronación de la imagen del Señor de los Milagros, ejecutada en los talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi

***

Monseñor Merry del Val.—Este prelado, á quien S. S. el papa Pío X ha nombrado Secretario de Estado, cuenta sólo 38 años de edad, y el hecho de que tan joven todavía haya sido elevado al cargo más importante del gobierno pontificio demuestra, no sólo el aprecio en que Pío X le tiene, sino también las relevantes dotes que le adornan. Desde el último conclave, en donde actuó de secretario y adquirió gran notoriedad, se suponía que monseñor Merry del Val estaba llamado á desempeñar altos destinos; la influencia del cardenal Rampolla ha hecho que esta suposición se convirtiera en realidad mucho antes de lo que se creía. El nuevo Secretario de Estado, cargo que equivale al de Ministro de Negocios Extranjeros, es el primero que no siendo italiano ha llegado á tan alto puesto, circunstancia que ha sido interpretada generalmente como indicio de que el actual papa se propone seguir una política distinta de la de sus inmediatos predecesores.



MONSEÑOR MERRY DEL VAL, recientemente nombrado Secretario de Estado por S. S. el papa Pío X

Monseñor Merry del Val, aunque español, nació en Londres el 10 de octubre de 1865. Desciende de una antigua y nobilísima familia irlandesa, y es hijo de D. Rafael Merry del Val, distinguidísimo diplomático español, que ha desempeñado, entre otros puestos, el de embajador de S. M. cerca de la Santa Sede. Monseñor Merry del Val hizo sus estudios en Inglaterra y Bélgica; recibió luego las sagradas órdenes; casi á continuación de su elevación al presbiteriado fué llamado á formar parte de la Prelatura romana. Ya en esta jerarquía, supo granjearse el joven prelado el respeto y la estimación de todos por su inteligencia, por su vida ejemplarísima, por su piedad y por el celo religioso que lo animaba. En 1897 fué designado monseñor Merry para trasladarse al Canadá, con la misión de resolver el gravísimo asunto de las Escuelas de Manitoba; años más tarde fué nombrado presidente de la Academia de Nobles Eclesiásticos; en 1902 recibió el encargo de representar á León XIII en las fiestas de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, el cual colmóle de atenciones y tuvo para el joven delegado apostólico extraordinarias preferencias; y, por último, en el pasado mes de julio llamáronle los cardenales para desempeñar el cargo de secretario del conclave.

Monseñor Merry habla con gran corrección el español, inglés, francés, italiano y alemán; es hombre de gran cultura y de afabilísimo trato.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LA HAYA. – En el presupuesto holandés se ha consignado una partida de 30.000 florines, como primera entrega para la construcción de un edificio anejo al Museo Nacional, en el que se instalará el célebre lienzo de Rembrandt *La guardia nocturna.*

***

LONDRES.—Con el nombre de «National Art Collections Fund» se ha constituído en Londres una asociación que, á semejanza de otras establecidas ya en Berlín y en París, se propone evitar que las obras de arte de verdadera valía salgan de Inglaterra y vayan á parar á manos de los millonarios norteamericanos. Para ello facilitará á los museos públicos los medios de adquirir dichas obras, lo mismo antiguas que modernas.

***

Teatros.—El nuevo anfiteatro griego de la Universidad de San Francisco de California, construído á expensas del millonario R. Hearst, se inaugurará en breve con grandes solemnidades. La primera fiesta que en él se celebrará será la representación de *Los pájaros* de Aristófanes.

***

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La Tosca,* ópera en cuatro actos del maestro Puccini; en el teatro Sarah Bernhardt *La legende du cœur,* drama en cuatro actos y en verso de Juan Aicard, y *Le Maquignon,* drama en cinco actos y siete cuadros de V. Josz y L. Dumur; en el teatro Cluny, *Ce bon Emile,* vaudeville en tres actos de Carlos Samson y Jorge Maurens; y en los Bouffes Parisiens, *La fille de la mere Michel,* opereta en tres actos de Daniel Riche, música de E. Gillet.

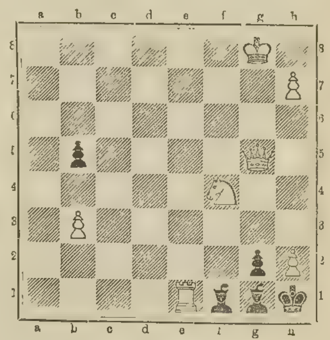
***

Barcelona.—En el teatro Principal la eminente actriz Italia Vitaliani está dando con éxito verdaderamente extraordinario una serie de representaciones, habiendo estrenado con aplauso una traducción del bellísimo drama castellano *La campana de la Almudaina,* original de D. Juan Palóu y Coll. La empresa del Liceo ha publicado la lista de los artistas que han de actuar en este teatro durante la próxima temporada, que comenzará el día 14 de noviembre próximo. Figuran en la compañía los maestros directores señores Mascheroni, Goula Fité y Lamotte de Grignón; las sopranos señoras Berlendi, Giudice, Aleksandrowich, Bardi y Michalska; las mezzo sopranos y con'traltos señoras Dahlander, Fabri y Mazzuchelli; los tenores señores Angioletti, Bonci, Dianni, Mariacher, Vignas é Iribarne; los barítonos señores Blanchart, De la Torre y Tessari; y los bajos De Grazzia y Torres de Luna. Las óperas nuevas que se pondrán en escena serán: *La dannazione de Faust,* leyenda dramática en cuatro actos y 13 cuadros de Héctor Berlioz, con la que se inaugurará la temporada; *Acté,* ópera en cuatro actos, letra (en catalán) y música del maestro Manent; *Louise,* ópera en cuatro actos y cinco cuadros, letra y música de Gustavo Charpentier; y *Lorenza,* ópera en tres actos del maestro Mascheroni.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 343, POR S. LOYD.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 342, POR J. ERNST.

Blancas.	Negras.
1. Da8–h8	1. Cb1–a3
2. Dh8–a1	2. Ra5×a6
3. Da1–h1	3. Cualquiera.
4. Dh1–a8 mate.	

VARIANTES.

2 ... . f5 - f4; 3. a6 – a7, etc.
1.... Cb1 – c3; 2. a6 – a7, b4 – b3; 3. a7 – a8 (D) jaq., etc.
1.... b4 – b3; 2. Cb6 – d5, b3 × c2; 3. Dh8 – a1 jaq., etc.
2.............. b5 – b4; 3. Dh8 – d4, etc

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pero al hablar de todo esto fué lacónica, lo que no extrañó á nadie, pues todos sabían que allí estaba el punto negro y el misterio de la vida de Andrea, misterio que creían haber penetrado. Cuando



¡Usted! ¡Usted!.. ¡Oh! ¡Déjeme!

la joven decía algunas palabras sobre ese asunto, su voz se impregnaba involuntariamente de tristeza..., y ahora que la veían tranquila sobre la salud de su padre y que la calma sonriente de su vuelta era una garantía contra nuevas complicaciones, todos se esforzaban por traer su pensamiento hacia las cosas de Agay, del castillo, de la capilla, de Cristina, de Mario...

El viejo pescador se presentó á su vez para saludar á Andrea y pedirle órdenes respecto del equipaje. Cristina mostraba á cada momento su cara dorada por el sol, con un blanco narciso sobre la oreja..., y Andrea volvía á entrar suavemente en aquella atmósfera de sonriente paz.

La tarde pasó sin que se dieran cuenta de ello.

Apenas tuvieron tiempo para ir á admirar las rosas nuevas del jardín y para ver ocultarse el sol detrás de los montes de Valescure en una apoteosis de nubes purpurinas.

Comieron y se encontraron en seguida, como en los primeros tiempos, bajo la claridad de la lámpara de porcelana suspendida del techo.

Y la viuda lanzó una exclamación de asombro al oir la fina campana del reloj.

–¡Pero es muy tarde! Esta pobre niña ha estado de viaje toda la noche y la tenemos aquí como unos egoístas. Démosle las buenas noches y vámonos á descansar.

–Que usted duerma bien, Andrea, fueron repitiendo los tres.

Y mientras la joven tomaba el camino habitual de su cuarto de la planta baja, todos subieron la escalera que conducía al único piso de la Casa Blanca.

Al llegar al piso y antes de entrar cada uno en su cuarto, Noel y Mauricio se detuvieron, como todas las noches, para dar un beso á su madre.

–Y bien, dijo muy bajito Magdalena, ¿cómo la encuentras, Mauricio?

–¡Oh!, mamá, encantadora..., mil veces más de lo que tú decías y de lo que se podía suponer... ¡Tú lo sabes ya, Noel!

Y sin esperar la respuesta de su hermano añadió:

–Lo que yo sé es que no voy á hacer como tú y me voy á enamorar de ella.

–¡Mauricio!, exclamó la madre en un involuntario impulso de orgullo alarmado.

–Sí, mamá, me voy á enamorar. Pues qué, ¿no haríamos buena pareja? Ella tiene veintiún años y yo cumpliré pronto veinticinco. Es libre y dice que le gusta la Casa Blanca. ¿Por qué no le he de gustar yo también? ¿Tanto te disgustaría que yo te diese una hija para mimarte, para ser la mejor amiga de tu Noel y para hacer, por añadidura, la dicha de tu Mauricio?

–Pero, loco, esa joven es más rica que tú, mucho más rica.

–¡Bah! ¿Qué sabes tú si llegaré á ser más rico que ella trabajando mucho? Además, ¿crees tú que una joven como esa va á mirar si tiene unos francos más que yo, aunque yo no tengo ninguno?

–Estás loco, querido, repitió la madre sonriendo.

–Los locos son los que dicen la verdad, mamá... Pero, en fin, dime; si eso sucediera, ¿serías dichosa?

–Mucho, Mauricio mío.

–Y tú, Noel, ¿no querrías tener siempre á tu lado esa amiga, esa hermana?

Pero el ciego se encogió de hombros y se volvió para entrar en su cuarto murmurando:

–Dice bien mamá; estás loco.

Y ni su madre ni Mauricio vieron que se había puesto lívido.

* *
*

Andrea estaba sola en su cuarto.

Fuera ya de la influencia de aquella atmósfera de risueña intimidad, volvía á una apreciación más libre de todas las cosas, y en vez del sueño que le habían deseado sus amigos, se sintió invadida poco á poco por una tempestad de sensaciones nuevas y de emociones bruscamente suscitadas.

¡Lo que había hecho Noel! Durante un interminable mes, noche y día, sin descanso, sin tregua, había padecido un suplicio voluntario.

Y había hecho aquello por verla, por tener de ella, cuando volviese á las tinieblas, una imagen precisa, una imagen que había querido que fuese risueña y que él había encontrado sinceramente bella, pues cuando así lo decía no pensaba en mentir.

¿Quién era ella, pues, para aquel hombre?.. ¿Qué culto le había consagrado Noel? ¿Con qué ojos la miraba ahora su alma?

Y cuando, en aquel mismo día, sus ojos materiales la habían mirado realmente, ávidos y extasiados, ¡qué expresión había visto en ellos!.. ¡Con qué fulgor brillante y temible se habían iluminado!..

Apenas la joven había podido soportar aquellos destellos que la abrasaban con su llama.

En aquel momento, Noel se había transfigurado.

El triste compañero de sus perezosos paseos había desaparecido, y Andrea hubiera buscado en vano en él al humilde y desolado amigo, casi avergonzado de su falta de fuerzas.

Durante unos momentos, aquellos ojos de éxtasis habían recobrado las energías de otro tiempo y aquel hombre dotado de vista había estado hermoso, no ya con aquella belleza doliente y cansada que le daba el aspecto de un héroe vencido, sino con una belleza viril y dominadora.

Para decirle aquellas cosas cuyo recuerdo la oprimía y cuyo ardor quemaba todavía su corazón, Noel había tenido acentos de poema.

¡Qué admirablemente debía de hablar aquella boca cuando diera rienda suelta á los impulsos apasionados, cuando dijera las penas, los deseos y las ternuras de aquel impetuoso!

Aquel fulgurante relámpago de pasión había hecho palidecer en la memoria de la joven otros recuerdos que ya no se atrevía á llamar de amor.

No, jamás le habían dicho nada que la hubiera conmovido de aquel modo.

Aquel lenguaje era nuevo para ella y le abría horizontes desconocidos y sensaciones ignoradas.

Y sobre todo, la voz trémula de Noel, cómo había hecho descender las amables galanterías de Mauricio al nivel de una vulgar niñada...

Sí, Mauricio era encantador y estaba pronto á marchar por el camino del amor si á él le conducía la sonrisa de una mujer. Sí, Mauricio era ya un camarada hacía pocas horas, y sería un amigo mañana y un enamorado muy pronto, por poco que ella quisiera estimularle con la menor coquetería ó con la más pequeña insinuación.

Pero era un niño, á pesar de sus veinticuatro años cumplidos, un niño por la ligereza de sus ideas y de sus sensaciones, por su frívolo concepto de las cosas y por el carácter un poco afeminado de su belleza. Un niño mimado por una madre que le había hecho creerse irresistible.

Y Andrea insistía obstinadamente en la comparación de los dos hermanos.

Noel era un artista de espíritu elevado y noble corazón, que había derrochado su salud y su vida por el bienestar y la salvación de los suyos.

Noel le prodigaba hacía tres meses unas pruebas de amistad tan discreta, pero tan elocuente, que era preciso, para ser leal, darle otro nombre...

Noel la amaba – era tan claro como la luz del día – la amaba silenciosamente y sin esperanza, y sería horriblemente desgraciado, desgraciado hasta la desesperación, si ella escogía á su lado otro marido.

Y Andrea repetía dolorosamente, como para detenerse en el camino resbaladizo en que se aventuraba:

–¡Pero es ciego!.. ¡Es ciego!..

. . . .

Entonces fué cuando la turbación de Andrea empezó á convertirse en angustia.

Se encontraba como el primer día, sin saber adónde ir.

Nunca se le había ocurrido hasta entonces que Noel pudiese amarla más que como una amiga, como una hermana cariñosa, y sobre todo, la joven no había visto jamás en él más que el amigo ó el hermano.

Le había visto desgraciado y había puesto en aquella amistad toda la tierna compasión de que su alma era capaz. Y protegida por aquel sentimiento de dulce caridad y también por el recuerdo, todavía vibrante y doloroso, del que había sido su prometido, había avanzado al lado de Noel por aquel camino fraternal, sin sospechar que no podría subir de nuevo la escurridiza pendiente en que se colocaba.

Porque ahora tenía ya que defenderse contra su propia inclinación.

– Es una locura, pensaba, es una locura lo que yo me imagino. Ese joven no ha podido alimentar la esperanza de que yo aceptaría ser su mujer. Sé bien lo que piensa, lo que repite á cada instante cuando habla de sí mismo y de su ceguera, cuando dice que su vida está terminada y que él no es más que el resto de un naufragio... Me engaño, me engaño de seguro, cuando atribuyo un sentido tan preciso á lo que he creído comprender. El mismo se quedaría asombrado si supiera mis dudas y mis vacilaciones. Y aun en el caso de que el pobre ciego hubiera recordado al lado mío que es joven y hubiera olvidado á la amiga para pensar en la mujer, ¿no sería en mí un deber de caridad el separarme un poco de él, para no fomentar una idea que no puede ser más que un sueño y para dejar que la razón le demuestre que él no puede?..

Pero Andrea se interrumpió con vehemencia:

– ¿Por qué no puede?.. ¿Por qué, si ha sido más desgraciado que los demás, no puede tener su indemnización de dicha?.. Si no puede valerse solo, ¿no es esto una razón para que se le preste ayuda? Por amor á los suyos, cree haber perdido el derecho de ser amado él mismo. ¿No merece por esto una compensación de ternura?.. ¿Por qué no ha de tenerla? Noel tiene todo lo que hace falta para agradar; es bueno y es bello..

Pero el cansancio venció en este momento el insomnio de Andrea, y la joven se durmió balbuceando:

– Es guapo... y no sería desagradable el dejarse amar por él...

. . . .

Pero por la mañana renacieron sus vacilaciones.

Y hasta empezó á dudar de la impresión que había producido en Noel.

¡Si se hubiera engañado! ¡Si fuese á chocar con un asombro que sería una humillación, cuyo pensamiento le infundía un serio despecho!

Por muy inverosímil que fuese esta suposición, Andrea se detenía ante ella y se sentía turbada profundamente.

Y cuando, momentos después, se encontraron todos reunidos, no se atrevió á separar de Mauricio, que parecía muy dispuesto á acapararla, ni á acercarse á Noel, que se aislaba, más retraído y silencioso que nunca, en su butaca al lado de la chimenea.

El día pasó encantador para la viuda y para su hijo menor, pero largo y pesado para Andrea, la cual no sospechaba los crueles suplicios de Noel.

Y entre aquellos dos seres, atraídos mutuamente por una misteriosa afinidad, se produjo todavía un lamentable error.

En la noche anterior, Noel había sabido en la puerta de su cuarto lo que el pobre joven tenía derecho para llamar su sentencia sin apelación.

Y había recibido el golpe sin gritar y sin decir palabra, pero sintiéndose herido en pleno corazón y sufriendo una atroz sensación de derrumbamiento, de ruina irreparable.

¿Y qué?.. ¿No podía él recorrer esos calvarios que conducen todos á un dolor más agudo y más refinado?

Aquel hermano por el cual lo había perdido todo, todo lo que le hubiera dado derecho de esperar..., de agradar..., era el que le asestaba al corazón la última y más cruel herida.

Su hermano no había aparecido más que para eclipsarle á él con su sombra.

Pues bien: había que aceptar también esa inconsciente crueldad, aceptarla sin cólera y sin quejas, y más adelante, pues hoy sería verdaderamente imposible, tratar de estar alegre.

Después de todo, ¿no sucedían las cosas como debían suceder?

La juventud, llena de vida, de fuerza y de esperanza, iba naturalmente á la belleza y á la gracia.

Mauricio obedecía á esa ley general, y sería una suerte inesperada para todos si la locura de Mauricio era, como él decía, la verdadera cordura y el joven conseguía agradar á Andrea.

¡Ah! ¡Qué linda pareja harían los dos!.. Sí, esa sería la felicidad para él, para ella y sobre todo para su madre.

– ¡Vamos, Noel, sé valiente; para ti también, como para todos los que amas.

Y el joven se propuso, con más obstinación que nunca, replegarse en sí mismo, hundirse silencioso en su butaca, mientras Mauricio rodeaba á Andrea de esas atenciones y de esas coqueterías propias de un guapo mozo que quiere agradar.

Y Noel llevó hasta tal punto ese sistema, que Andrea sintió debilitarse sus convicciones más aún que el día anterior y empezó á dudar si llegaría á tener alguna vez en su mano el medio de repararlo todo, que ya se le aparecía como un sacrificio.

Esta situación duró muchos días.

Andrea empezaba á tomar antipatía al tal Mauricio, que estaba siempre á su lado ruidoso, risueño, demasiado contento de sí mismo, y ¿por qué no decirlo?, desagradando más cada día á aquella á quien quería conquistar.

Y sin embargo, la joven no podía perseguir á Noel, no podía imponérsele cuando le veía alejarse más y más de ella.

La joven tenía como una intuición, como un instinto de que Noel estaba jugando una partida aventurada, en la que se atravesaba la dicha de los dos.

Estaba casi segura de que el otro día, durante unos instantes, el ciego le había revelado el secreto de su vida.

Y su despecho era grande al verle retroceder bruscamente cuando ella avanzaba hacia él.

Porque Andrea avanzaba..., con un impulso mal contenido y estimulado todavía por la defensa obstinada de aquel hombre que no quería comprender las cosas.

Cuando Noel cedía el puesto á su hermano, Andrea no podía decirle: «Quédese usted, porque es á usted á quien me gusta hablar y á quien prefiero escuchar.»

Y mientras tanto Mauricio invadía la casa de un estrépito que su madre encontraba encantador, sin sospechar, en su candor maternal, que aquello pudiera no ser de una seducción irresistible.

La buena señora preguntaba á cada momento á Andrea:

– ¿Es guapo, verdad, este loco?

Y la joven tenía que responder: «Sí.»

Aquella afirmación de Andrea sonaba como un toque fúnebre en el corazón de Noel, siempre en acecho.

Hasta el momento en que ya no pudo resistir más.

***

¿Fué que sus fuerzas hicieron traición á su voluntad en aquella triste tarde? ¿Fué la locura que acababan de producirle unas palabras más familiares, más insinuantes de su hermano á la mujer cuyas cejas no podía el ciego ver fruncirse ante aquel ataque un poco más vivo? ¿Fué la tempestad que se estaba levantando en el Esterel desde aquella mañana, y que había acumulado enormes y sombrías nubes en las cimas rojizas de la montaña? ¿Fué el aire abrasador de la tormenta y la electricidad acumulada en la tierra?

Noel no pudo dominarse por más tiempo.

Y levantándose bruscamente de su butaca, se fué á coger del sitio acostumbrado su sombrero de anchas alas y su cayado de regatón de hierro.

– ¿Adónde vas?, le preguntó Mauricio.

– Voy á salir.

Y sin dar más respuesta, empujó violentamente la puerta que daba al cobertizo, en el momento en que algunas gruesas gotas de lluvia atravesaban la techumbre de cañas y se dibujaban en las losas.

– Pero va á llover y mamá se va á poner inquieta cuando le digamos que has salido.

Noel no respondió.

Y con su paso incierto y mucho más pesado que de ordinario, bajó la escalinata, tomó, con la cabeza baja, la calle de mimosas y abrió la puerta del camino.

Y mientras allá, en la punta del cabo Roux, un relámpago desgarraba las nubes prontas á invadir todo el cielo, el ciego echó á andar por el camino presentando su frente á la tempestad.

Aquel relámpago deslumbró á todas las personas de la Casa Blanca.

– ¡Qué horrible tormenta!, exclamó Andrea.

Y por un movimiento instintivo salió al cobertizo.

¿Adónde iba Noel?

El ciego llegaba entonces al bosquecillo que precede al promontorio escarpado en que se levanta el castillo de Agay, y donde la piedad de algún marino ha elevado un monumento funerario sin inscripción, cada vez más corroído por los golpes de mar.

En aquel momento las gotas de lluvia caían más frecuentes y más espesas en las losas.

Aquel rayo había abierto las nubes cargadas de lluvia, y el aguacero iba á caer.

Ese viento impetuoso que precede á los chaparrones y que sopla en torbellino de todos lados á la vez, empezó á barrer las altas cimas de los pinos y de los eucaliptos.

Y Andrea, que veía á Noel desaparecer en la espesura y que había visto hacía un momento – y en esto no podía engañarse – pasar la locura por aquella frente, por aquellos ojos hinchados y por la contracción convulsiva de sus pálidos labios; Andrea, á quien ponían nerviosa la actitud de Mauricio y la influencia de la tempestad, dió unos pasos por el camino, exponiéndose completamente á la lluvia.

– Pero entre usted, Andrea, se va usted á mojar, dijo Mauricio.

– ¿Y su hermano de usted?

– Mi hermano está acostumbrado.

– Pues bien, yo quiero acostumbrarme.

– Entonces, nos acostumbraremos juntos.

La joven le contuvo con un ademán resuelto, subrayado por una mirada que no tenía réplica.

– No, se lo ruego, déjeme usted sola.

– Pero... ¿por qué?, dijo Mauricio asombrado.

– No lo sé... Pero se lo ruego.

– ¡La soledad durante la tormenta!, dijo Mauricio riéndose.

– Sí, eso es.

Y Andrea añadió con una exasperación que no trataba siquiera de disimular:

– Voy á disfrutarla á mi gusto. Hasta luego, Mauricio.

– Ya sabe usted que encontrará un buen fuego cuando regrese de contemplar la naturaleza encolerizada...

Y el joven se volvió á la casa y se puso á tocar en el piano un vals de moda, brillante y vulgar, que llegaba hasta la cocina y que hizo exclamar á la hija de Mario:

– De seguro es el Sr. Mauricio el que toca. Ese lo hace mejor que todos. Cuando le oigo, me da gana de bailar delante de los pucheros...

Andrea, expuesta al aguacero, se dirigió al sitio por donde había visto desaparecer á Noel.

Sí, por allí había pasado, pues se veían sus huellas á través de las matas del campo, que formaban una masa compacta por todas partes, menos por el sitio por donde había pisado el ciego.

La joven se lanzó á su vez por aquel sendero, mientras la lluvia azotaba su cara y pegaba á su frente los mechones húmedos de sus cabellos.

Pero aún no le veía y Andrea siguió avanzando.

La espesura se había quedado atrás, y Andrea llegó á los pinos seculares cuya sombra impide que crezcan en torno suyo más que algunas ramas de mirtos y de lentiscos.

Y en aquella rojiza columnata de troncos tortuosos, Andrea siguió sin ver nada..., nada todavía.

¿Dónde estaba Noel?

A algunos pasos estaba ya el promontorio que hunde sus rocas en la rada..

¡Si aquel imprudente había avanzado!.. ¡Ah! ¡Eso sería la muerte para él!..

Y Andrea se detuvo horrorizada, cuando de pronto oyó unos gemidos ahogados y vió una forma humana arrodillada junto á la columna fúnebre que azotaban las ondas como si quisieran arrebatarla.

¿Era él!

¿Cómo había sabido llegar hasta allí? ¿Le había detenido y hecho caer aquel obstáculo? ¡Quién sabe!.. Pero Noel no trataba de levantarse y permanecía allí donde había caído. Y en la obscuridad de sus ojos, en aquella soledad que él creía profunda y completa, el ciego daba rienda suelta á la tempestad de su corazón desesperado.

Para aquel hombre desgraciado era un atroz, pero incomparable alivio, el sollozar y gritar sin contenerse.

Y el pobre ciego, que no vivía más que para saborear apasionadamente su suplicio, no oyó rechinar las hojas de los pinos bajo los pasos de la que llegaba.

Andrea pudo así llegar hasta él é inclinarse, enloquecida, hasta acercar á su oído los pálidos labios.

Y el ciego prorrumpió en un grito de espanto cuando oyó que aquella voz apenas perceptible le decía:

– ¡Noel!..

– ¡Usted! ¡Usted!.. ¡Oh! ¡Déjeme!

Y al extender una mano para alejar de sí aquella engañadora atracción que nunca sería más que una tortura, la joven se apoderó de ella y la estrechó entre sus manecitas trémulas.

—Noel... ¿Por qué me rechaza usted?.. Soy su amiga...

Pero como si esta palabra «amiga» le hiciera perder toda razón, Noel respondió:

—¡Guarde usted su amistad!.. ¡No la quiero! ¡Es demasiado cruel para mí!..

Y exaltándose más con sus propias palabras, siguió diciendo:

—Esa amistad me inspira odio..., porque sólo se dirige á una criatura que sufre y á quien se compadece... No quiero su lástima, no quiero la limosna que usted me arroja... Esa lástima me exaspera y me mata, porque me recuerda que estoy condenado sin remedio... ¡Ah! ¡Por piedad también, guárdesela, líbreme usted de ella! ¡Déjeme usted al menos huir del suplicio que me producen los dichosos, los que no inspiran lástima, los que pueden ser amados y no compadecidos!

Andrea respondió, apretando obstinadamente aquella mano que quería escaparse á su presión:

—¡No quiere usted mi amistad!.. ¿Qué quiere usted de mí?..

—¡Nada!.. No quiero nada, no pido nada, no estoy todavía completamente loco, y con el ligero resplandor de razón que me queda, me juzgo y me condeno... No, no pido nada, porque sé que nada puedo obtener...

—¿Y si yo quiero darle lo que desea y su orgullo le impide pedírme?. ¿Y si olvido que soy una mujer, para decirle la primera lo que usted debía ya haberme dicho?.. ¡Orgulloso!.. ¡Cruel!..

¡Ah! Noel dió un grito, pero no fué todavía el de entusiasmo que Andrea esperaba. El joven no podía creer aún aquella dicha inesperada. No estaba preparado para la alegría divina que se le dejaba entrever. ¡Dios de misericordia! Si le esperase una abominable decepción...

Y con una angustia de agonía y los ojos desmesuradamente abiertos, como si tratasen de traspasar una vez más las tinieblas que los habían invadido, exclamó:

—¿Qué ha dicho usted?.. ¡Ah! ¡Está usted jugando con mi vida!.. ¡No me entreabra el paraíso para cerrármelo después!

—He dicho, repitió Andrea con su voz apenas perceptible, que puesto que usted se aleja de mí, he tenido que venir á usted. He dicho..., que puesto que usted se obstina en su frío silencio, ha sido preciso... ¡Ah! Noel... Ayúdeme usted ahora, si cree que he hablado bastante para hacerme comprender y si tiene lástima de mi confusión... No soy yo la que debe continuar..., sino usted.

—¡Ciego!, murmuró Noel temblando.

Y aquella palabra, que era el terror del pobre joven, afirmó la resolución de Andrea.

—Sí, ciego, puesto que me ha desconocido usted y me ha rechazado hace un instante... Ciego, por no haber querido ver lo que los ojos de su alma hubieran debido decirle...

La voz de Andrea se quebró en un sollozo de ternura... y acaso de impaciencia..., y Noel, de un modo brusco, casi brutal, cogió entre sus manos aquella cabeza que no se esquivaba, que no resistía...

Y aquellas manos extasiadas se volvieron tímidas al contacto del cabello sedoso de Andrea, mojado por la lluvia que entonces cesaba, y pasearon por él una caricia suave, casi inmaterial.

La tempestad no rugía en la montaña y un rayo de sol atravesó la bruma para rodear las caras de los jóvenes con una aureola de luz y de calor.

—Andrea..., balbuceó Noel, si esto es lástima todavía, es una lástima divina... ¡Andrea! ¡Andrea adorada!..

La joven respondió en voz cada vez más baja:

—No, no es lástima... No quiero que repita usted nunca esa palabra..

Noel, entonces, la cogió en sus brazos, en plena embriaguez y con un entusiasmo que resucitaba su juventud al delicioso contacto de aquel cuerpo que se abandonaba, suave y tibio, á su caricia ferviente.

Y en aquella cara, ahora fría como si toda la sangre hubiera afluído al corazón, Noel, embriagado por el perfume delicioso y conocido de aquellos cabellos, imprimió al azar de sus tinieblas un beso apasionado que reunió sus labios en un contacto brusco é interminable.

Andrea fué entonces la que se substrajo á esa enloquecedora caricia, iniciadora de un mundo de sensaciones desconocidas é inesperadas que nunca había sospechado al lado de Julián de Pontarede.

—¡Noel!.. ¡Por Dios!

Y el ciego, dócil, respondió en seguida:

—¡Alma mía!.. No me ruegue usted... Mándeme y mi mayor gusto será obedecerla siempre, siempre...

. . . .

Decididamente, la tormenta había terminado.

El sol brillaba radiante y apenas brillaban algunas perlas temblorosas en las hojas de los pinos, ya oreados. En aquel maravilloso país los aguaceros no hacen más que poner más brillante el verdor del ramaje, y la lluvia, en cuanto cesa, es absorbida por el polvo de pórfido sin dejar la más pequeña humedad.

Los dos jóvenes se sentaron al pie de la columna elevada á un culto desconocido y hablaron deliciosamente, pues el éxtasis más divino no es interminable, y gusta, después de él, hablar razonablemente, cuando la razón se aviene bien con la loca ternura.

Y Andrea fué la que representó la previsora razón en aquel dúo de enamorados.

—Ahora, querido amigo, y antes de que volvamos á la Casa Blanca á asombrar á su madre de usted...

—A encantarla...

—Y á asombrar también á Mauricio, pero á encantarle un poco menos...

—¡Pobre Mauricio!

—No, dijo Andrea riendo, no hay que compadecerle y va usted á saber por qué.

Y añadió poniéndose seria:

—Ha llegado el momento de las confidencias y de las confesiones...

—¿Confesiones?.., dijo el ciego tratando de sonreir á su vez, aunque penosamente.

—Confesiones, sí. No tenga usted tanto miedo, cobardón.

Y al ver en Noel un ademán de protesta, siguió diciendo:

—Bien sabe usted que no tiene el arte de disimular y por eso le amo.

—¿Me ama usted, pues, un poco?

—Más de lo que usted merece, incrédulo.

—Siga usted, vida mía..., querida...

—No encontrará usted la palabra que debe añadir y voy á decírsela yo: querida prima.

—¿Cómo?

—Lo que quiere decir, querido primo—y me apresuro á dar á usted este nombre, puesto que ha encontrado el medio de cambiarle pronto por otro,—que está usted á punto de casarse con Andrea de Reversay, la cual no se siente en modo alguno desconsolada por ello.

—¡Andrea de Reversay!, murmuró Noel palideciendo. ¡La hija de!..

—De Francisco de Reversay, un primo á quien usted no quiere mucho. Pero ya encontraremos medio para arreglar este asunto. Desde Romeo y Julieta, no seremos los primeros que hayan pacificado sus familias, querido primo.

—Pero, entonces, ¿por qué?..

—Confiese usted que hubiera recibido muy mal á esa prima Capuleto que llegaba sin decir allá voy, y que en el momento en que una gran pena iba á separarla, acaso para siempre, de su padre, tenía un atroz deseo de conocer á su familia, la única que le quedaba. Confiese usted, primo, que su acogida hubiera sido más que fría.

—Pero... yo..., nosotros...

—Bien. Por confesado. Yo, por mi parte, no sabía qué hacer. Ustedes podían muy bien no agradarme y entonces pensaba: «Si no se establece decididamente la simpatía, me iré por donde he venido y no llevaré más allá la aventura...» Su madre de usted ha sido tan encantadora..., y usted ha sabido de tal modo apoderarse de mi cariño...

—¡Ah! Si fuera verdad...

—¡Este hombre no tendrá nunca fe!.. Entonces usted cree que al empezar por salvarme la vida...

—No fuí yo, Andrea, fué Mario...

—Pues no es á él á quien guardo un reconocimiento tan tierno, que no puede usted figurarse de qué dulzura está lleno.

—¡Oh! ¡Hable usted!.. ¡Hable usted!..

—Cree usted también que al darme esa otra prueba, esa prueba heroica... ¡Oh! Noel..., esa prueba loca, de un cariño sin límites... Cree usted que martirizándose durante un mes con una tortura de todos los momentos, sólo para verme unos instantes..

—No, Andrea, tampoco en eso tengo mérito alguno. No lo he hecho por usted, sino por mí, por mí solo, por alcanzar la única dicha que podía pretender y de la que nadie en el mundo podía privarme.

—Sin embargo, Noel, ese día mi corazón, que no era todavía de usted, sintió que iba á pertenecerle. Porque es preciso también que lo sepa; en ese corazón había otra imagen.

—¡Oh!, exclamó Noel con voz alterada.

—No, no vuelva usted á tener miedo.. Por lo menos había sido solicitada por alguien que me agradaba..., que me agradaba mucho... Puede ser—¡oh, Noel!, me hace usted decir cosas horribles,—puede ser que aquella simpatía no fuese..., ¿cómo decirlo?.., no fuese semejante á la que después sentí por usted.

—¿Es cierto?..

—Sí, Noel, es cierto. Las jóvenes se equivocan fácilmente y su excusa está en que no lo sospechan.

—Y ese joven...

—He renunciado á él.

—¿Por qué?

Andrea había tenido tiempo de prepararse para esa pregunta y respondió sin vacilar y con sinceridad, pues la de las mujeres, cuando cuentan el pasado, es sencillamente el reflejo de su sentimiento actual:

—Porque me dí cuenta á tiempo de que no sentía por él la misma simpatía que experimento ahora por usted, Noel.

—¿Y entonces?..

—Como á mí me gustan las situaciones claras y vi que me había engañado, ¿qué debía hacer? Arrancar inmediatamente toda esperanza al hombre de quien yo no tenía valor para ser más que amiga..., esa amiga, Noel, cuya perspectiva le horrorizaba á usted hace un momento.

—¿Y él?..

—Sabe usted mejor que yo cómo tomó el suceso, puesto que se lo escribió un día. Es el Sr. Pontarede.

—¡Julián!

—Ya ve usted que no puede temerle, puesto que ha orientado ya su vida.

—¡Julián!.., repitió Noel. Julián, que nunca ha podido comprender el porqué de aquella inexplicable ruptura...

—¿Podía yo darle la razón que usted conoce? ¿Podía decirle que no había encontrado en él?..

¡Ah! Esta vez Andrea vaciló, porque iba á decir lo que no era cierto, mientras que el secreto que debía guardar siempre, el secreto que había cambiado su vida, le subía del corazón á los labios como si la ahogase.

Pero, felizmente, Noel no supo interpretar aquella vacilación y aquel silencio, pues dijo:

—No hablemos más de eso, querida mía, ¿quiere usted? No hablemos de eso jamás.

—Bueno, dijo Andrea sintiéndose aliviada de un gran peso; pero sí tenemos mucho que hablar de su primo Capuleto.

—Hablemos, respondió Noel con graciosa sonrisa.

—Es casi la verdad lo que conté aquí al llegar. Mi padre no se había vuelto á casar, pero se disponía á hacerlo con una mujer que hubiera hecho su desgracia y la de todos.

—¿Y hoy?..

—En el momento de realizar lo que puedo llamar una locura, mi padre fué testigo de la indignidad de aquella mujer, que era rusa y llevaba muy mal un hermoso nombre. Aquello fué para él un golpe terrible que por poco le mata. Y entonces, nuestro notario me puso un telegrama...

—Que le hizo á usted salir de aquí...

—Sí. Mi pobre padre no se repondrá jamás de su ataque. Pero ha vuelto á ser para mí el bueno y cariñoso amigo que tan tiernamente me amaba cuando era yo una niña.. Cuando nuestra reconciliación se ha firmado en aquellas mejillas enfermas; cuando hemos vuelto á hablarnos con el corazón en la mano como antes de la invasión de las condesas rusas, le he contado, un poco vagamente aún, los proyectos que empezaban á precisarse en mi cabeza, y él los ha aprobado... Bien sabe usted el origen de nuestra fortuna. Hortensia de la Croix d'Arbel la legó á su primo Reversay, que no tenía derecho alguno, desheredando á su sobrina Magdalena, que debía sucederla regularmente.

—Pero esas son tan viejas historias...

—Son fermentos de odio arrojados entre los que hubieran debido amarse y que nunca me han satisfecho. Confieso á usted que en la pena que me causaba el que se disponía á hacerme mi casa imposible, vine á refugiarme aquí al azar, para ver si había algún medio, que entonces no podía sospechar, de arreglar esas cosas mal establecidas y de reparar un poco... Usted, Noel, me ha hecho encontrar ese medio, el mejor de todos.

—¡Oh! Adorada mía, balbuceó el ciego.

Y Andrea prosiguió prontamente:

—Ya sabe usted toda la historia. ¿Quiere usted, querido Noel, hacer dichosa, enteramente dichosa, á su Andrea?

—¡Hable usted! ¿Cómo?

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Pronóstico de las tempestades por el tubo cohesor de Branly. – Transmisión automática y sin hilos de los avisos de incendios por la combinación del aparato Guarini con los termómetros de alarma. – Horno «ideal» de cocina. – Aparato automático para la calefacción del aire y carga de carbón en el hogar de las calderas de vapor. – Extracción de la resina de los pinos en las Landas (Francia).

La telegrafía sin hilos está llamada á resolver problemas muy distintos del que motivó su reciente descubrimiento. Uno de los más importantes, por

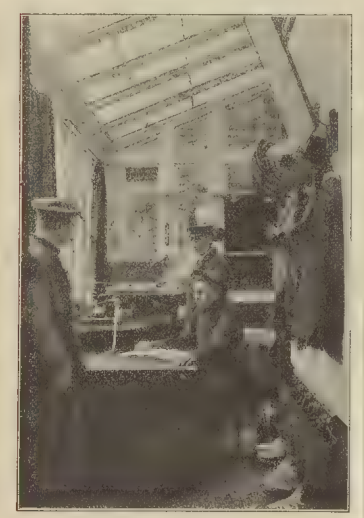


Fig. 1. – Parque de bomberos de Londres
Oficina de los aparatos de la telegrafía sin hilos

sus trascendentales consecuencias, es el de los vaticinios meteorológicos, hoy, en parte, resuelto por las ondas hertzianas.

Así como el electro-radiófono de M. T. Tommasina, inventado hace dos años, nos permite saber si una borrasca se aproxima á una estación determinada cuatro ó cinco horas antes de sentirse sus funestas consecuencias, el nuevo aparato inventado por M. Boggio-Lera nos las delata, con mayor antelación, por un procedimiento eminentemente práctico, basado en el principio simplificado de la telegrafía sin hilos.

En efecto: se coloca una varilla metálica ó antena en la parte más elevada del sitio donde se quiere colocar el aparato, para que reciba las ondas eléctricas engendradas por las descargas de la tempestad, las cuales pasan de la antena á los conductores, hasta llegar al aparato receptor avisador, constituído simplemente por el tubo de limaduras de hierro de Branly, descrito en estas mismas columnas en una de nuestras anteriores crónicas. El famoso tubo va intercalado en un circuito de una pila de tres elementos, que acciona un timbre de alarma.

Sabiendo que las ondas eléctricas vuelven instantáneamente conductoras las limaduras que antes no lo eran, se comprende fácilmente que si las primeras no existen, el timbre no puede funcionar por estar interrumpido el circuito; pero desde el mismo instante que llega al aparato la primera onda hertziana, procedente de las descargas atmosféricas, las limaduras se vuelven repentinamente conductoras, cerrando el circuito en que acciona el timbre de alarma.

Cuando suena la campanilla de tarde en tarde, es indicio, casi infalible, de que la tempestad se está formando á lo lejos; si los toques se repiten con frecuencia, se aproxima la borrasca; cuando sin interrupciones suena el timbre constantemente, la tormenta ha entrado en la zona de observación, y por fin, si los toques disminuyen progresivamente ó cesan en absoluto, es prueba manifiesta de que el mal tiempo se aleja ó ha pasado á otra comarca.

Con una antena de seis metros, las tempestades accionan el timbre de alarma á la distancia de 100 kilómetros.

Por este sencillo procedimiento, los Sindicatos, las Cámaras agrícolas y todo el mundo en general podrán estar prevenidos con la anticipación bastante para poder zafarse, del mejor modo posible, de los peligros de las grandes tempestades.

La nueva aplicación Boggio-Lera del receptor de la telegrafía sin hilos hará surgir muy pronto de todas partes, como por magia, improvisados astrólogos que, cual Vicario de Zarauz, compartirán con el eminente Julio Capré el pronóstico de las próximas tormentas.

Al notable avisador de incendios «Fénix,» que tan excelentes servicios está prestando á nuestra marina de guerra y por el que su ilustrado inventor D. J. Vila Forns acaba de recibir una honrosísima recompensa en la *International Fire Exhibition de Earl's Court* (Londres), le ha salido un poderoso auxiliar, mediante el cual el citado avisador de incendios podrá anunciar á distancia, automáticamente y sin hilos, los incendios, y en general, toda elevación excesiva de temperatura que se produzca en un lugar determinado.

El nuevo invento se debe al distinguido ingeniero belga M. Emile Guarini, quien substituye el timbre del avisador de incendios por un transmisor automático de la telegrafía sin hilos, accionado por el termómetro de contactos de tal suerte, que cuando la temperatura alcanza un grado determinado se cierra el circuito, en el cual va intercalado un electro-imán que dispara un aparato de relojería provisto de una rueda de transmisión que por medio de los puntos y líneas correspondientes á los diversos signos del alfabeto Morse, transmite por el roce de una escobilla y una bobina de inducción ondulaciones largas ó cortas á la estación receptora (un parque de bomberos, por ejemplo, fig. 1) las señas del lugar del siniestro, contenidas en la superficie circular exterior de la rueda del transmisor automático.

El aparato receptor consta de un cohesor ordinario de la telegrafía sin hilos intercalado en el circuito de una pila, unido á un aparato Morse y á su correspondiente antena.

El cuerpo de bomberos de Londres, que goza de justificada fama por la buena organización de su servicio de incendios, después de brillantes ensayos efectuados entre el barrio Streatham y la calle Firevan, dos puntos separados por una distancia de unos 800 metros, acaba de instalar en sus oficinas los aparatos de la telegrafía sin hilos para comunicarse entre sí los diversos parques de bomberos y poder recibir á la vez los avisos de incendios transmitidos por particulares ó por aparatos automáticos.

El nuevo invento de M. Guarini afianzará una vez más el brillante porvenir de los avisadores de incendios que, cual el «Fénix,» tienen desde hace tiempo su fama acreditada.

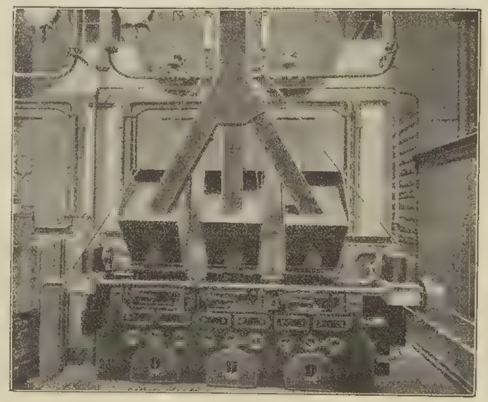


Fig. 3. – Fogonero automático

Las condiciones ideales que debe reunir toda *cocina económica* pueden resumirse de este modo: el horno, sin ser complicado, debe realizar una considerable economía de combustible y no debe despedir mal olor ni óxido de carbono (tufo) para no ofrecer peligro de asfixia.

Todas estas condiciones se encuentran reunidas en el nuevo sistema de horno ideal de cocina que acaba de construir un práctico de talento, M. Philippon.

En efecto, si examinamos la figura 2 veremos que gracias á un colador especial (1, 2, 3) de forma cónica para eliminar los productos de la combustión, una sola cocina de reducidas dimensiones

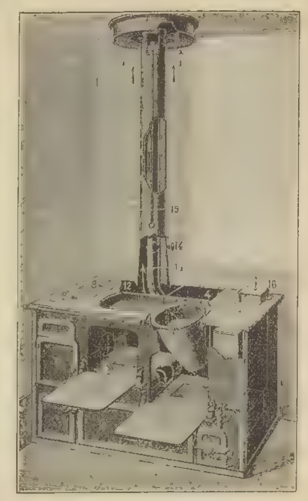


Fig. 2. – Horno ideal de cocina

puede reunir tres ó más hornos (6, 6 y 7), cuyas cenizas van á parar á los depósitos (5, 10 y 11).

En segundo lugar, el calor irradiado por el hogar se aprovecha en su totalidad y el aire indispensable para la combustión es calentado previamente por el tubo 15 antes de penetrar en la cámara de aire 4 que alimenta la combustión, de donde resulta una considerable economía de combustible.

En tercer lugar, las capas de aire de la parte superior de la cocina son arrastradas en el sentido de las flechas, desapareciendo por completo el tufo que el horno pudiera despedir.

Finalmente, la marcha del horno se regulariza por medio de una válvula (14) colocada en el tubo de aire (13).

La citada cocina representa un gran progreso en los dominios de la higiene doméstica.

Los industriales se ven precisados á introducir constantemente en sus máquinas nuevos perfeccionamientos que les permitan disminuir el precio de coste de sus manufacturas para poder luchar económicamente con la competencia exterior.

Uno de los perfeccionamientos más importantes radica en las calderas, mejor dicho, en la acertada instalación de las mismas sobre un hogar que aproveche el máximum de calor con el mínimum de combustible.

Las condiciones que debe reunir un buen hogar de caldera son las siguientes: admisión de la cantidad de aire justa y necesaria para consumir todo el carbón suprimiendo el humo; este aire debe hallarse previamente calentado á elevada temperatura, y la escasa separación de los barrotes de la rejilla del hogar para evitar la pérdida de combustible, que por pequeñas cantidades y con gran frecuencia hay que irlo reponiendo.

Todas las expresadas condiciones se obtienen mediante el aparato Meldrum para la calefacción automática y carga mecánica de calderas (fig. 3).

Consiste el indicado aparato en una ó más tolvas colocadas delante de la caldera, que reciben el carbón por conductos colocados en su parte superior. Una rosca sin fin, situada en la base de las tolvas y accionada por un pequeño motor eléctrico, distribuye continuamente, por pequeñas cantidades, el carbón en el hogar, que por este procedimiento consume de 136 á 172 kilogramos de carbón por metro cuadrado de superficie y por hora: entonces

la caldera produce nueve kilogramos de vapor por kilo de carbón gastado. Los antiguos hogares producían por igual consumo siete kilos de vapor: la economía es, pues, evidente.

El mismo aparato regula la entrada del aire que, gracias á una disposición especial de varios insufladores, llega á los hogares previamente calentado á elevada temperatura. El tal aparato viene á ser un *fogonero automático*.

La notable economía de tiempo y de combustible obtenida con el aparato Meldrum se ha comprobado prácticamente aplicándolo á las calderas Babcock y Wilcox en la fábrica de electricidad de Bristol.

Hoy, que los carbones minerales alcanzan precios fabulosos, la invención de este aparato no puede ser más oportuna.

El pino es indudablemente uno de los árboles más útiles al hombre. Sus numerosas especies crecen en las regiones templadas y frías del hemisferio Norte, desde la zona litoral hasta los límites más elevados de la vegetación; una de ellas, el pino marítimo, prospera en los terrenos más ingratos, sobre calizas, granitos, cuarcitos, areniscas gneis y serpentinas, y en algunos territorios, como en las Landas francesas, ha sido un elemento poderoso de saneamiento, pues gracias á las grandes plantaciones que de él se han hecho han desaparecido las fiebres que eran consecuencia de la estancación y evaporación de las aguas, y además ha dado fijeza á las colinas de arena movibles que antes avanzaban de 20 á 25 metros cada año.

La madera del pino marítimo se utiliza especialmente para construcciones navales; su corteza se emplea como curtiente en varios países; sus hojas sirven de pasto al ganado en los inviernos de mucha nieve; de sus tocones se sacan excelentes teas, y en algunos puntos se aprovechan sus piñones como alimento para las aves.

Pero la principal riqueza que de este árbol se extrae son los productos resinosos. Cuando el pino ha alcanzado cierta altura, se corta, á partir de algunos centímetros del suelo y en los árboles apropiados, una banda de corteza de 12 centímetros de anchura por 30 de altura próximamente, abriendo en la parte descubierta una incisión de algunos milímetros de profundidad y colocando debajo de ella una vasija cualquiera, destinada á recoger el producto exsudado (fig. 4). Esta operación que en nuestro país se designa con el nombre de sangrar los pinos, se practica en la primavera, y la recolección del producto continúa durante todo el verano, hasta bien entrado el mes de octubre, época en que cesa de fluir la trementina. Cuando de las incisiones hechas en un principio deja de fluir la materia semilíquida, se repite el sangrado un poco más arriba del tronco y se continúa de este modo hasta llegar á una altura de cinco metros, próximamente.



Fig. 4. – Extracción de la resina de los pinos

La trementina bruta, procedente de reunir la contenida en las diversas vasijas, es siempre bastante impura, pues va mezclada con fragmentos de leño y de corteza y con las hojas que el viento arranca; para privarla de estas impurezas se la expone al sol, ó se la calienta mediante el vapor de agua, para decantar luego la parte fundida, ó se la liquida en grandes calderas y se la filtra por filtros de paja; en este último caso los filtros inútiles quedan impregnados de trementina, se aprovechan quemándolos en hoyos practicados en el suelo con objeto de que el calor desprendido en la combustión incompleta funda la resina que, reuniéndose en la parte inferior, constituye lo que en el comercio se conoce con el nombre de pez negra.

Siguiendo este método se calcula que un pino, cuya vida es por término medio de setenta y cinco años, produce anualmente unos cuatro kilogramos de trementina.

Asimismo quemando en hornos los troncos de pino partidos en pedazos se obtiene alquitrán y carbón.

De él se saca también el aceite pirolignoso ó vinagre de madera.

Véase, pues, con cuánta razón hemos dicho al principio que el pino es uno de los árboles más útiles al hombre, lo cual justifica estas líneas que le dedicamos.

AL'LER-WILL.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

La unión de los jóvenes, por *E. Ibsen*. – Traducida por D. A. Palau y Dulcet, se ha publicado esta obra, comedia en cinco actos, del famoso dramaturgo noruego, que forma parte de la colección económica que con el título de Teatro Antiguo y Moderno edita el conocido editor barcelonés D. Antonio López. Precio, una peseta.

Mensaje del Presidente de la República de Guatemala á la Asamblea Nacional Constituyente en sus sesiones de 1903. – Documento leído ante la Asamblea convocada para la reforma del artículo 65 de la Constitución guatemalteca, notable por la sobriedad y sobre todo por la elevación de miras en que está inspirado. Impreso en la Tipografía Nacional de Guatemala.

Invocación, por *Luis Reyna Almandos*. – Poesía premiada en el certamen histórico-literario organizado por la Dirección de la Biblioteca Pública de la Plata (República Argentina.)

Luis Lambert. – Los desterrados. – Serafita, por *H. de Balzac*. – Estas tres preciosas novelas del gran escritor francés, muy correctamente traducidas por D. Torcuato Tasso, forman el tomo recientemente publicado de la biblioteca económica de obras de Balzac que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso. Precio, una peseta en rústica y 1'50 encuadernado.



Urna cineraria, obra de Francisco Metzner

(De la revista «Deutsche Kunst und Dekoration,» que edita Alejo Koch en Darmstadt)

La Edad Media, por *Federico Schwartz*. – Esta obra del distinguido catedrático de la Universidad de Granada forma parte de la Historia Universal que publica el conocido editor barcelonés D. Antonio J. Bastinos, abarca todas las etapas de la Edad Media, estudiadas dentro del espíritu moderno, es decir, dando menos importancia al hecho histórico en sí, aislado, que á lo que se llama con razón filosofía de la historia y á lo que podemos denominar alma de los pueblos y espíritu de las sociedades en los diversos tiempos y países. Es un libro completo sin ser complicado, y está escrito con claridad y sencillez y dentro de un criterio imparcial y sereno. Forma un tomo de 240 páginas, ilustrado con 129 grabados de Galofre Oller, Vázquez, S. Gómez, J. Puiggarí, Julián, Cuchy, Diéguez y Xumetra, y se vende á tres pesetas encuadernado con cubierta en oro y bistre, y á cuatro con percalina, planchas de oro y color.

Sucesos y Novelas cortas, por *José López Portillo y Rojas*. – Quince son las narraciones contenidas en este tomo, y bien puede afirmarse que en todas ellas brillan las relevantes cualidades que han valido al Sr. López Portillo la justa fama de que goza, y que ha sido consagrada por los títulos de miembro correspondiente de la Real Academia Española y de individuo de número de la Academia Mexicana. Estas cualidades brillan en el fondo y en la forma de sus trabajos, en los cuales se admira, de una parte el interés del argumento, el lógico desarrollo de la acción, el espíritu de observación con que han sido estudiados los asuntos y la verdad con que están expuestos, y de otra la sencillez y lo castizo del lenguaje. El libro ha sido impreso en México, en la imprenta de Victoriano Agüeros.

Notas al castellano en la Argentina, por *R. Monner Sans*. – Volver por los fueros del idioma castellano, tan corrompido en la Argentina y por lo general en toda la América que un día fué española; señalar los barbarismos, los neologismos no justificados, en suma todos los vicios filológicos y gramaticales que en aquellos países han adulterado la lengua hispana, tal es el propósito que ha movido á nuestro estimado amigo y colaborador Sr. Monner y Sans á publicar el libro que nos ocupa. Y si el propósito es altamente noble y por todo extremo laudable, la manera como lo ha realizado no es menos digna de elogio. Después de una introducción llena de sana y bien intencionada doctrina, va el autor enumerando por orden alfabético las palabras abusivamente empleadas, no sólo por el vulgo, sino hasta por escritores argentinos, explicando las razones que obligan á rechazarlas, señalando las que en su lugar deben aplicarse é ilustrando sus razonamientos con ejemplos tomados de nuestros clásicos. En una palabra, la obra del Sr. Monner, que en buena parte también tiene aplicación en España, es un trabajo en que la teoría y la práctica se combinan y completan perfectamente, constituyendo juntas una provechosa enseñanza. El libro, que lleva un interesante y notable prólogo del Dr. Estanislao S. Zeballos, ha sido impreso en Buenos Aires, en la imprenta de Carlos Parral y se vende en la República Argentina á tres pesos (moneda nacional) y en el extranjero á un peso cincuenta centavos oro.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustra; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *España Cartófila*, revista mensual ilustrada; *La Medicina Científica en España*, revista mensual (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La Crónica nueva*, revista mensual; *Gaceta de Turistas*, semanal; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *El Heraldo de la Rioja*, diario (Logroño); *El Lucero*, revista ilustrada (Lima, Perú); *El Trabajo*, diario (Popayán, Colombia.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 9 de noviembre de 1903 — Núm. 1.141

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN DEMANDA DE HOSPITALIDAD, cuadro de Román Ribera

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo cuarto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE NUEVO

El 28 de septiembre me salteó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Un mes hace que no tomo la pluma en la mano para conferenciar con el público; casi he perdido la costumbre, y experimento la sensación de extrañeza con que, al volver de largo viaje, recobramos los hábitos y las ocupaciones antiguas. De todo viaje se puede no regresar, y siempre sorprende haber regresado, ver eslabonada otra vez la cadena de las horas y los días.

***

Mientras duró la agitación en favor del indulto de Cecilia Aznar, no hubiera sido prudente escribir lo que sigue, pues pesase lo que pesase, siempre existía la contingencia de que el más leve peso inclinase la balanza hacia el patíbulo. Ahora que el indulto está otorgado, puedo decir que no me explico, á distancia y desde afuera, por qué despertó tal interés una criminal de las verdaderamente repulsivas. Si se originase el interés del convencimiento de que el derecho penal para la mujer tiene que ser diferente que para el varón, puesto que distintos son también el derecho civil y el político..., ¡ah! entonces debiéramos aplaudir una idea tan justa y humana. Pero si esta idea – que la mujer, limitada en su derecho, ha de estarlo proporcionalmente en su responsabilidad – no es la que inspiró la campaña de indulto, si algo personal la dió vuelos, me pregunto con asombro, ¿qué pudo ser? ¿Qué existe en Cecilia Aznar que atraiga simpatías? ¿Dónde se habrá visto un crimen más prosaico y repugnante? Todo delincuente, convengo en ello, es muy digno de piedad; no repruebo, antes me parecería una señal de adelantamiento y cristianización de las costumbres, el interés que, en general, inspirasen los delincuentes, y que se encaminase á sanearlos, como se sanea y desinfecta más cuidadosamente los lugares donde existen gérmenes de infección; esto sí, lo declaro bueno y santo; mas en nada se parece á la aberración sentimental, quizás provocada por los estímulos de una publicidad malsana, que concentra la compasión en los asesinos de rumbo y estrépito, que rodea de aureola la frente que debiera inclinarse al peso del arrepentimiento, que populariza y forma leyenda á los héroes del presidio. Signos de la decadencia triste de los tiempos, tales antojos de la opinión y de la multitud; si la conciencia pública estuviese robusta y limpia, correría parejas la previsión y cuidado para atajar la delincuencia con la instrucción y la moralización de las clases populares, y la sencilla y muda represión de crímenes que horripilan, no ya á nuestra ética, sino á nuestra estética; porque aún los creo más feos que malos. – Pensad que nuestras cárceles son por lo común hediondas mazmorras; pensad que allí se confunden en promiscuidad fatal los criminales empedernidos con los delincuentes ocasionales, relativamente hombres de bien; pensad en lo que descubren de lacras sociales procesos como el del *Cantinero*..., y decidme si no sería más urgente atender al remedio de un estado tan desastroso, que importar de París lo peor de su ambiente: la manía de las criminales *dernier cri*, con pedestal de papel impreso.

***

La guerra entre Rusia y el Japón se hace inminente: la causa es honda, decisiva, porque es económica; se trata de importantísimos mercados que los rusos se aseguran con la posesión de la Manchuria, y en esto sí que no cabe transigir ni vacilar: es cuestión de vida ó muerte. Y sin ser profeta ni alardear de entendido, puede ya vaticinarse que el descalabro será para el país de las teteras bonitas, de las caretas horrorosas, de los sables de empuñadura cincelada y de los *kakemonos* de colorines alegres y delicadamente casados por un instinto artístico.

El Japón se ha envalentonado con su victoria sobre el Celeste Imperio; se ha envalentonado, sobre todo, con la esperanza de una confederación y una hegemonía de la raza amarilla, que, si llegase á realizar este ideal, sin género de duda renovaría, con mayores probabilidades de éxito, las empresas de Gengiskan, sojuzgando á Europa. Los amarillos son innumerables: una inundación humana, un torrente que desatado cubriría con sus ondas el mundo. Son además pueblos y razas preparados para invadir, por su homogeneidad. Las invasiones quieren eso: unidad, no sólo de raza, sino de almas y cuerpos: de otro modo, sucede á los invasores lo que á los bárbaros del Norte, que se amalgamaron á los pueblos invadidos y llegaron á no poderse escindir nunca. No así los amarillos, seguramente: el alma amarilla es una esfinge; son para nosotros impenetrables. Y acaso el enigma de esa esfinge se descifra con una palabra: *odio.* Odio al europeo, odio al hombre blanco que por tantas centurias les ha sido superior y cuya civilización tratan de asimilarse por medio del paciente y terco instinto de imitación perfecta que distingue al asiático.

***

Hay que confesar que, en este respecto, los japoneses han hecho prodigios. Su imitación no se limita á lo externo, material y mecánico: es el espíritu, es lo íntimo de la civilización europea lo que ha recogido y lo que está poniendo en juego para adelantarse. Comparemos: aquí repetimos desde hace años que sólo puede salvarnos la instrucción; pero el último censo nos dice que las dos terceras partes de los españoles son analfabetos: no poseen ni el instrumento de la instrucción (que no debe confundirse con la instrucción misma, pero que le es indispensable). El Japón, en corto tiempo, ha dado á su instrucción pública un vuelo que parecería inverosímil, si no supiésemos que la gran Musmé, la emperatriz en persona, va todos los días á visitar la Universidad de mujeres que ha instalado cerca de su palacio. Desde los más altos hasta los más bajos, en el Nipón se abrió camino la idea de que la instrucción es la verdadera fuerza nacional; de que ella dirige los buques de guerra, impulsa á los ejércitos, extiende el comercio, normaliza la justicia, ataja la criminalidad, dignifica á los Estados. El Japón, por medio del profesorado, con catedráticos, está asegurando la victoria sobre China, victoria que no hicieron sino iniciar los triunfos navales recientes.

Así es que todas mis simpatías, en la lucha que se prepara, están por el probable vencido, el japonés. Rusia llevará la mejor parte mecánicamente, á fuerza de fuerza: tiene dos veces más buques, tiene un ejército superior, tiene *el peso*, lo bruto y material, lo que aplasta por la gravedad, y en las guerras actuales no es el valor, no es ni la astucia, lo que inclina la balanza. En esta, especialmente, hablarán los cañones de los acorazados, y el número decidirá, como decide siempre.

Si Bismarck no pronunció aquella famosa frase sobre la fuerza y el derecho, ó si no la pronunció en el sentido que se le atribuye, no por eso deja de ser la frase un Evangelio, de hierro si se quiere, pero Evangelio al fin. La fuerza: estamos dentro de ella, bajo su incontrastable dominio. A principios del siglo XIX aún luchaba el espíritu con la materia. En el XX ni se imagina tal insensatez. Los adelantos de la ciencia han hecho de la guerra, y especialmente de los combates navales, algo concreto, algebraico, y por eso creemos de antemano que la escuadra rusa destruirá á la escuadra japonesa.

***

Notemos, entre tanto, la indiferencia de Europa ante los horrores de Macedonia y demás países cristianos sometidos al yugo turco. Esa Inglaterra y esos Estados Unidos que tanto se indignaban con las supuestas crueldades españolas en Cuba, ¿qué hacen ahora, que no ponen el grito en las notas diplomáticas y no acuden con todo su vigor á remediar tamaños horrores?

Porque las iniquidades turcas, divulgadas por la prensa y las agencias telegráficas al través del mundo entero, son de aquellas que recuerdan épocas de la historia que hoy nos parecen terrorífica leyenda: los tiempos en que los normandos les cantaban á los sajones la misa de las lanzas. Mujeres y jovencitas atropelladas en presencia de sus maridos y padres; niños descuartizados, con el vientre abierto; hombres degollados sobre el regazo de sus esposas; cabezas ensangrentadas en pirámide; manos descepadas rodando por el suelo; casas ardiendo con sus moradores dentro... No sé si todo esto equivaldrá á lo de Cuba, y sin duda no equivale, cuando los humanitarios que por pura humanidad se nos echaron encima lo ven tan impávidos. En el siglo XII se hubiese alzado ya la Cruzada.

Desde el siglo XII acá ha tenido tiempo de nacer, criarse y marcar con su sello á naciones enteras aquel tipo admirablemente estudiado por el genio de Molière, Tartufo. Error creer que Tartufo representa al beato católico. Tartufo ha apostatado y es protestante; y más Tartufo.

***

En una causa que está juzgándose estos días en mi pueblo recojo un curioso documento de superstición y barbarie.

Se trata del asesinato de una señora de aldea, cometido por un mozo á quien empleaba como jornalero. Este mozo había servido en la guerra de Cuba, en las guerrillas, y matado á muchos mambises: como que era el encargado de rematar á los prisioneros, y lo hacía – de ello se jactaba – de un solo golpe. Acabada la lucha, el guerrillero vuelve á su aldea – sin una chispa más de luz en el cerebro y con la bruma sangrienta de la matanza envolviéndolo para siempre en halo rojizo. – Cuando la señora (señora relativamente: una labradora algo acomodada) que le daba jornal le niega un prado en arriendo, el mozo siente el impulso de dañarla y empieza robándola; el mezquino robo de unas cuantas libras de carne de cerdo, que substrae de un cobertizo. No pudiendo saber quién se las ha quitado, la señora deposita un cuartillo de aceite en la lámpara del Santísimo Sacramento, con la intención de que, según se consuma el aceite, irá consumiéndose la vida del desconocido ladrón: resultado que en la aldea se tiene por infalible.

El mozo se entera del nefando exvoto, y al punto mismo cree sentir que la jaqueca taladra su cráneo y que su vida en efecto se consume con cada gota del embrujado aceite. ¿Cómo evitar que se cumpla el misterioso conjuro? – Matando primero. – Y á las oraciones, se introduce en casa de la señora, aprovecha el momento en que la ve inclinarse para cortar verduras, y con un hacha la hiere, sin lograr el golpe de destreza de los mambises, pues no la acaba del primer tajo: tiene que ensañarse en su víctima.

Y esto, ¿en qué siglo acaece? – En el nuestro, en el año de gracia que corre. – Ya funciona la telegrafía sin hilos; Santos Dumont surca el aire; en las clínicas alemanas se preparan los sueros que vacunan de las infecciones; en Noruega se implanta la escuela modelo..., y en una aldea de Galicia se desarrolla este drama primitivo, de sombra y terror, de miedo y fanatismo, de instinto salvaje y conciencia caótica.

Es la otra faz de la luna, la que nunca baña la claridad. Por nuestra desdicha, esa faz es la que solemos ver.

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL PRIMER BESO

POR FÉLIX LIMENDOUX.–DIBUJO DE MEDINA VERA

... Él bajaba todas las tardes al remanso del río, donde era costumbre dar de beber al ganado.

Cuando terminaba la labor penosa de ir arando aquellos terruños que eran el pan de su casa para todo el año, dejaba el apero en la casucha donde vivía con sus padres y emprendía maquinalmente el camino, siguiendo la marcha cansina de las mulas que enfilaban la vereda hacia el río en busca del agua que refrescase sus fauces secas durante un día de labor uniforme y dura.

Antoñuelo, con la vara cruzada atrás, aquella vara que renovaba cada ocho días y de la que nunca pudo prescindir, y mirando siempre hacia aquel cielo que ante él se extendía y cuya nota azul había herido su retina desde la niñez, distraía la marcha entonando invariablemente la misma copla, seguida de la misma tonadilla y con el mismo acompañamiento.

Era una rutina suya; porque maldito si Antoñuelo paraba mientes en lo que cantaba, preocupado como iba con algo que le cosquilleaba muy adentro y que á veces causábale repeluznos tan grandes como si una ráfaga de aire helado le pasara el cuerpo de parte á parte.

¿Se encontraría, como casi siempre, con la sobrina del guarda?

A la misma hora que él, bajaba Juana todos los días, con el cántaro apoyado en la ampulosa cadera, la falda levantada y recogida atrás, el refajo corto que se ahuecaba pomposamente terminando en el sitio preciso en que se iniciaba el nacimiento de la pierna, y la cabeza al aire completamente, peinadas con sencillez las bandas de pelo negro y reluciente como la endrina que se aplastaban sobre las sienes...

La sobrina del guarda cantaba también su copla cuando emprendía la marcha; parecía aquello como un aviso mutuo que ambos se daban al llegar la hora de verse.

Cada uno venía de un sitio opuesto; á veces se divisaban en el punto más alto de ambos caminos, y mirándose desde lejos iban bajando la respectiva cuesta, sin dejar de cantar, hasta encontrarse en la hondonada donde el río formaba aquel remanso.

***

Y así llevaban años y años: desde que siendo muy niños habían empezado ambos á cumplir la faena que les encomendaran con esa monotonía fatal de la vida del campo.

Y el caso es que los que empezaron jugando de niños, olvidando él, á veces, el cuido de las mulas, que emprendían solas la vuelta hartas de beber, y rompiendo ella muchas veces el cántaro en sus juegos infantiles, habían ido evolucionando poco á poco en sus relaciones, y hoy apenas si cambiaban entre sí media docena de palabras, las mismas siempre.

Pero si las lenguas callaban, los ojos comenzaban á ser elocuentes dominando ese lenguaje cuyas palabras son rayos de luz y cuyos giros ardientes tienen la misma traducción en todas partes.

Juanilla y Toñuelo sentían algo que ellos quizá no hubiesen podido explicar en el caso de verse forzados á explicarlo: cuando de cerca se contemplaban, quedábanse á veces serios y silenciosos; y, sin embargo, cualquiera que á distancia los viese, los creería enfrascados en larga é interesante conversación.

Tan enfrascados, que muchas tardes no veían al señor cura, que en su paseo cotidiano desfilaba lentamente por la espesa alameda que iba bordeando uno de los márgenes del río.

Y aquella conversación muda prolongábase en ocasiones hasta que la luz del crepúsculo iba dando un tono gris al paisaje y una nota de melancolía á la escena.

Cuando llegaba este momento, algo así como un suspiro, contenido por ambos largo rato, ponía término á la *conversación*.

– Vaya, hasta mañana, Toñuelo.

– Hasta mañana Juanilla.

Y aquellas palabras de ritual eran la determinante de la marcha; y entonces ella levantaba el cántaro para colocarlo en la cadera, y él arreaba las mulas, que habían contemplado filosóficamente la muda escena de todas las tardes.

***

Aquel día Toñuelo y Juana *hablaron* más que de costumbre; se habían mirado de tal manera, poniendo tanto fuego en el brillo de las pupilas y habían sido los suspiros tan hondos y tan repetidos, que casi no tenían ya que decirse nada..., á pesar de lo cual, el silencio era profundo alrededor de ellos y únicamente interrumpíalo la caída constante del monótono chorro de agua que escapábase por el hueco de la tapia de una huerta vecina.

Fué aquel un momento de alucinación de ambos: sin darse cuenta exacta de lo que hacían, salvaron la breve distancia que los separaba y sintiéronse atraídos por una fuerza impulsiva superior á la de su voluntad ó tal vez dependiente de la voluntad misma.

Ello fué que en el silencio solemne de la tarde, en la placidez del sitio, bajo las ondas de luz suave que envolvían el cuadro, oyóse el chasquido sonoro y rotundo de un beso, de un beso ideal y puro, beso laborado durante años y años, que estallaba al fin por mandato imperativo del amor como expansión física de dos almas que al influjo de fuerzas iguales acababan por fin de chocar...

En aquel instante preciso, cuando aún no habían separado sus labios los dos muchachos, abrióse con rumor sordo el espeso cañaveral que ocultaba el camino de la alameda vecina, y apareció la figura escuálida y severa del cura, que destacaba lo negro de su sotana sobre el verde claro de las esbeltas cañas.

– ¡Pecadores!, exclamó con la voz solemne de un anatema.

– ¡Ha sido el primero, padre!, exclamaron los dos precipitadamente, temblorosos aún por la sorpresa de la aparición.

– ¿El primero?, interrogó el cura.

– Sí, padre, contestó ella. No lo volveremos á hacer más.

– ¡Calla, infeliz! ¡No jures tal vez en vano!

***

Toñuelo volvió solo, pagando su bochorno con las pobres mulas, á las cuales hacía subir trotando la empinada vereda...

Juanilla emprendió la marcha, acompañada por el señor cura.

A mitad del camino rompió ella el silencio, pronunciando las palabras siguientes:

– El domingo iré á confesarme, señor cura.

– Harás bien y yo te absolveré del pecado por no ser de los más graves.

– ¿De veras?

– Sí. Pero ¿vosotros os casaréis?

– Eso queremos, señor cura; cuanto antes.

– Entonces, replicó el cura con sonrisa beatífica que implicaba una indulgencia grande, no te molestes en ir el domingo. Te confesaré cuando te cases y así podré absolverte de una vez.

– Pero, padre...

– Sí, hija; vale más que te confieses del primero... y ¡del último!

PINTURAS DE Mr. J. YOUNG HUNTER
Y DE MRS. MARÍA YOUNG HUNTER

Entre los pintores ingleses que actualmente se están labrando una reputación sólida, merecen lugar muy preeminente Mr. Young Hunter y su esposa. Aunque ninguno de los dos es muy conocido del público en general, la serie de obras notables por ellos producidas les da derecho á una atención que sólo se concede á los artistas de gran mérito y larga experiencia.

Sus progresos no han sido brillantes; no ha habido en ellos esas alternativas de producciones magistrales y de vacilantes esfuerzos que observamos en los primeros años de un artista que podrá ó no alcanzar celebridad permanente en los últimos tiempos de su carrera. Al contrario, los esposos Young Hunter han ido avanzando firmemente año tras año, amplificando sus procedimientos y ensanchando el círculo de sus convicciones, pudiendo afirmarse que desde su primera presentación al público no ha habido un solo momento en que haya flaqueado su seriedad artística.

Su escuela es la de los nuevos prerrafaelistas, esa escuela que tantos adeptos cuenta entre los pintores jóvenes y que representa una reacción contra los excesos del naturalismo que tantos estragos causaron en los últimos años de la pasada centuria; pero su romanticismo está exento de exageraciones y de ese morbinismo de ideas y de procedimientos no menos dañoso que el exagerado realismo. Su arte es sano y sincero, porque han cultivado de una manera razonable las tendencias que justifican cumplidamente el desarrollo del prerrafaelismo, y sus obras son ejemplos elocuentes del valor y de la importancia de este movimiento, llamado seguramente á marcar una fecha definitiva en la historia de la pintura.

Hijo de un renombrado académico pintor de paisajes y marinas, Mr. Colin Hunter, estudió Mr. Young Hunter en la Real Academia de Londres; pero ni las enseñanzas que recibió en ésta ni lo que había visto en el estudio de su padre fueron bastantes á apartarle de la línea que se trazó y que había de darle tan felices resultados. En 1897 y 1898 expuso en la Real Academia *El hogar del aldeano* y un retrato de señora que llamaron mucho la atención; pero el lienzo que puso de manifiesto hasta qué punto le había ganado el romanticismo fué *El jardín de mi dama*, una de las mejores pinturas del certamen de aquel año, y que constituía una exposición admirable de su credo estético. Desde entonces ha producido otras varias obras, todas notables.

Mrs. María Young Hunter estudió también en la Real Academia, obteniendo cuatro medallas como recompensa de sus progresos, y expuso por vez primera en 1900, habiendo merecido grandes elogios de la crítica, elogios que aumentaron en las sucesivas exposiciones.

En otoño de 1899 se efectuó el matrimonio de estos dos artistas, que marcharon inmediatamente á Italia, residiendo ocho meses en Florencia y visitando además Perugia, Asís, Siena, Verona, Venecia y otras ciudades. A su regreso á Londres estuvieron en Munich, Nuremburgo, Rothenburg, Bruselas y Amberes.

Este viaje de estudio ejerció provechosa influencia en el curso ulterior de su carrera artística; pues si bien la afirmó en sus inclinaciones, abrió á su talento nuevos puntos de vista. – R.



Dulces caricias, cuadro de María Young Hunter



Camino penoso, cuadro de J. Young Hunter

LA CONSULTA

En alta mañana, cuando hacía su tocado del amanecer, Rosario Medina decidió aquel día visitar al doctor Durán. Ello podría no dar resultado, que el doctor no acertara á concebir la divina receta que su rara enfermedad reclamaba; pero bien pudiera también dar con la clave de su mal, y científicamente conducir su naturaleza á un nuevo período de reacción psíquica y espiritual.

Para este último caso concurrían grandes probabilidades.

Era el doctor Durán un joven de treinta años, flacucho, de constitución enfermiza y cara mefistofélica, de frente grande, talentosa y ojos gastados por el estudio, que amparaban áureos quevedos, á través de los cuales brillaba su mirada escrutadora, profunda, de psicólogo analítico. Por sus maravillosos triunfos teóricos y clínicos tenía Gustavo Durán fama de gran médico, y ciertamente lo era, especialmente en la secreta, en la íntima psicología de la mujer, á la que había consagrado y aún consagraba sus constantes estudios. De ahí que, á pesar de que aquella lumbrera era un tipo raro, medio misántropo, que vivía solo, apartado de las gentes y que no admitía clientela sino á título de consulta y por una sola vez, todo el mundo le admirase como á un semidiós de la ciencia.

En su gabinete, Rosario pareció meditar nuevamente su resolución, y por sí ó por no, algo atormentada por el cruel acicate de sus dudas, vistióse con aquella elegante sencillez que tan bien sentaba á su figura de augusta grandeza, sacó de su cabás una diminuta tarjeta que dobló por uno de sus extremos, y con el recuerdo lleno de amarguras y rebosante de esperanzas su pensamiento, encaminóse á casa de Gustavo Durán.

Cuando llegó á casa del doctor, Rosario Medina sentíase un tanto cansada: respiraba con difícil y acompasada regularidad, con esa abrumadora fatiga de los pulmones enfermos; el color claro azulado de su rostro había blanqueado más al tono rosa pálido; sus ojos siempre cargados de hermosa luz y siempre parpadeantes, inquietos, con aquella movilidad húmeda y brillante que iluminaba sus mejillas, aparecían ahora soñolientos, cansados, en esa quietud borrosa de las horas febriles; sus labios finos y de suavidad roja abríanse ligera y trabajosamente para dejar salir los vahos calenturientos que subían de su pecho.

Rosario entró en el despacho del médico. Gustavo Durán la examinó instantáneamente, con esa doble mirada de los médicos sagaces y los hombres de mundo. Inmediatamente comprendió que se las había, á la vez que con un espíritu superior, con un temperamento nervioso de enfermiza sensibilidad.

– Vengo, dijo al doctor sentándose en el sillón que aquél la ofrecía, á que me cure ó á que me mate usted. Es la mía una enfermedad casi mortal, en la cual, á la vez que la ciencia, entra por mucho la constitución fisiológica, el temperamento moral y más que nada la voluntad del enfermo... Yo quiero curarme, doctor, porque mis sufrimientos son horribles y eternas mis noches de angustia. Pero no tengo voluntad: la he perdido ó me la han robado, y aquí me tiene usted viviendo ó muriendo en una espantosa soledad, sin amor, sin afectos, sin fe, y lo que es aún más triste, sin fuerzas ya para defenderme de este mal que me ahoga... ¿Cree usted, doctor, que así se puede vivir?..

– Ciertamente que no, amable enferma, replicó Gustavo inclinándose, y por eso le ruego que para ver de poner remedio me haga extensa historia de sus padecimientos.

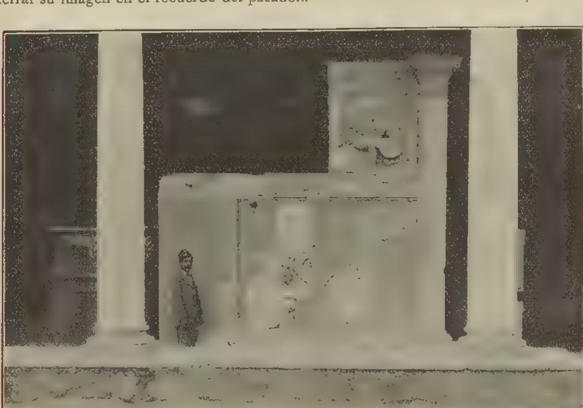
Rosario Medina incorporóse de nuevo en su asiento, humedeció sus labios con esencias de azahar de que llevaba impregnado el pañuelo, y sin más preámbulos entró de lleno en la exposición de sus dolores pasados y presentes: á grandes rasgos refirió su primera enfermedad del corazón y su amistad, en aquella época de convaleciente, con Félix Romero, el gran tirano de su vida, el torturador cruelísimo de las ternuras de su alma de mujer enamorada; después recordó las grandes luchas secretas habidas entre ellos: aquellos sondeos de corazón á corazón que tantas veces practicaron por conocerse mutuamente; luego habló de su última tragedia, del capítulo más sangriento que constituía la pasionaria novela de su juventud, del triunfo de Félix Romero, cuando al caer en sus brazos loca de amor, en la ciega convul



REPRODUCCIÓN DE UNA ACUARELA de Salvador Sánchez Barbudo,

propiedad de S. M. el Rey de Portuga

sión del deseo, él la rechazó dulcemente asegurándola que todo aquello no había sido más que un *acto* de la comedia que escribía... Por último recordó la ausencia del tirano amador, y tras aquella ausencia tan larga, tan inacabable, tan triste, sus horas crueles, sus días de lágrimas, sus cartas, sus primeras fiebres, sus vértigos de dolorosa desesperación, sus viajes, sus amigos nuevos y, en fin, sus vanos propósitos de olvidarle, de odiarle, de maldecirle, de enterrar su imagen en el recuerdo del pasado...



El *Ara Pacis Augustæ*, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, lado izquierdo (de fotografía)

– En el transcurso de dos años, siguió diciendo trabajosamente, he probado de todo y todo me sobra: las medicinas me horrorizan, las comidas me dan asco, el campo me entristece, la casa me da miedo, los viajes me fastidian, la sociedad me irrita y el mundo todo se me cae encima; todo, todo me sobra; sólo en mis exaltados ensueños, en mis eternas noches de delirios visionarios, flota un punto de luz que me atrae, una figura grande, gigante, luminosa, que me ofrece sus brazos y me llama, me llama..., pero á la que no puedo llegar, porque con alucinadora rapidez, y cuando creo aprisionarle uno de sus brazos, se me escapa riendo, burlándose, á otro extremo del paraíso de flores donde luchamos, y esa figura es mi vida, mi fe, mi alma, mi mundo, mi *todo,* porque es la visión de Félix Romero.

– ¿Y dónde vive Félix Romero?, preguntó de pronto el doctor cortándole la palabra.

– En París, casado con otra mujer, contestó Rosario con la mueca trágica de la tristeza en sus labios.

Gustavo Durán la había escuchado atentamente, fija su mirada en aquel rostro medio contorsionado por la misma verbosidad febril que la excitaba; el bisturí de su inteligencia había recorrido en diez minutos el corazón, el cerebro, la maza procreadora del pensamiento, las sutilísimas cuerdas de su sensualidad tísica, todo el organismo debilitado de aquella pobre histérica martirizada sin piedad por el azote de sus crueles nervios, y en todas partes encontró el germen devorador de la fiebre pasional, ó lo que es lo mismo, la gangrena moral del espíritu rendido, muerto por el virus morboso de la aberración del pensamiento.

Rosario Medina estaba perdida; demasiado conocía él la enfermedad, aquella enfermedad que tanto había estudiado...

Terminado su largo relato, la enferma tosió secamente y pareció pronunciarse más el color rosa pálido de su hermoso rostro.

– ¿Qué me manda usted, doctor?, preguntó fijando en él los ojos con insistencia.

Gustavo Durán, levantándose emocionado y alargando las manos á la enferma en actitud de despedida, contestó:

– Nada.

– ¿Es decir, que mi mal no tiene remedio?, replicó levantándose con cierta altivez, cual si desafiara á la ciencia.

– No lo tiene, replicó Durán más conmovido.

Y Rosario Medina repitió en el mismo tono:

– ¿Pero será posible que la ciencia no tenga receta alguna para calmar, ya que no para curar, mis dolores?

– No la tiene, insistió Gustavo Durán intentando desasirse de su interlocutora.

– ¿Por qué?, interrumpió de nuevo Rosario reteniendo en las suyas las manos del doctor.

– ¿Por qué?, repitió Durán separándose bruscamente de Rosario; porque por desgracia mía hace dos años que sufro la misma enfermedad y aún no he podido curarme...

E. Alberto Carrasco.

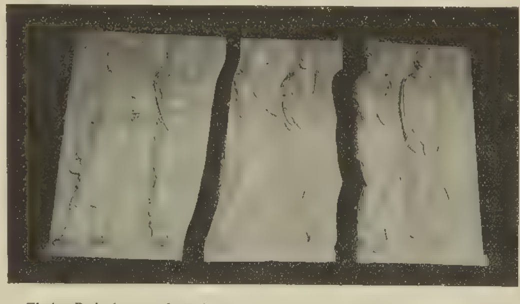
EL ARA PACIS AUGUSTÆ

Ninguno como César Octavio Augusto, entre los emperadores romanos, mereció más justificadamente los honores y monumentos que le dedicaron sin excepción, ya en vida, ya después de su muerte, ocurrida el 19 de agosto del año 14 de J. C., el senado, el orden ecuestre y el pueblo romanos. Quien mientras llevó á término la completa pacificación del imperio y agregó al mismo innumerables provincias, tuvo tiempo y recursos para construir en su capital quince templos y varios edificios civiles, restaurando además el Capitolio y ochenta y dos monumentos sagrados, el teatro Pompeyo, los acueductos, la vía Flaminia, etc., sin que olvidase dar á su pueblo leyes y constituciones sapientísimas, era muy justo que gozase de perpetua memoria y que figurase en el número de los *Divi Julii*, es decir, de los dioses que anteriormente habían sido hombres. Augusto, menos altivo que César, no permitió que en vida se le tributaran honores divinos, ni menos que se colocase su estatua entre la de los dioses en los templos del imperio; pero sí que consintió que se le dedicaran en Roma y fuera de ella, y en la misma Grecia, aras y templos y que se incluyera su nombre en los himnos sagrados entre los de los dioses. Por esto el senado, que por haber puesto fin á las guerras civiles durante sus consulados sexto y séptimo le dió el título de Augusto, y en su décimotercio consulado el de Padre de la Patria, erigiéndole una cuadriga en el Foro Augusto, le dedicó, para conmemorar la pacificación de la Galia y de España, el *Ara Pacis Augustæ,* consagrada el 30 de enero del año 9 antes de J. C.



El *Ara Pacis Augustæ*, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, lado derecho (de fotografía)

Aquella ara suntuosa, sobre la cual cada año sacerdotes y vestales debían ofrecer grandes sacrificios votivos, tenía la forma de un basamento piramidal rodeado de una gradería de mármol, y encima se levantaba el ara propiamente dicha. Cerrábala un recinto marmóreo de forma rectangular con dos puertas, la una en la parte anterior, la otra en el opuesto lado. En el pensamiento arquitectónico y figurativo de aquel recinto los artistas de aquel tiempo reprodujeron verosímilmente la escena de la primera consagración. Así el interior del ara recuerda en sus elementos constructivos el tablado sobre los cuales se elevan los fustes de madera rematados por los bucranos de los cuales pendían festones de frutos. La parte exterior representa la procesión de los amigos de Augusto, de los sacerdotes, de los senadores y de las familias ilustres, deteniéndose en los lugares sagrados, ofreciendo sacrificios y dirigiéndose á la *Ara Pacis Augustæ* coronados de laurel y llevando ramas de olivo.



El *Ara Pacis Augustæ*, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, fragmentos de los bajos relieves (de fotografía)

Los primeros descubrimientos de este grandioso monumento, elevado en el Campo de Marte, próximo á la antigua vía Flaminia (hoy calle de Umberto I), entre la espalda de Montecitorio y la plaza de San Lorenzo en Lucina, remóntanse á los primeros años del siglo XVI. Los bárbaros y los Barberini, según un antiguo adagio italiano, demolían, destruían, para construir, y fragmentos bellísimos del *Ara Pacis* fueron llevados á Florencia, á la Villa Médicis, al Pincio y á los Museos Vaticano, del Louvre é Imperial de Viena. La comunidad de estos fragmentos fué precisada no hace mucho tiempo, y el profesor Sr. Patersen, primer secretario del Instituto arqueológico germánico, con motivo del reciente Congreso histórico internacional, con los fragmentos existentes en el Museo nacional romano reconstituyó partes notables del grandioso monumento. En la actualidad llévanse descubiertas todas las partes correspondientes á la planta, un fragmento del alto relieve superior con una representación de las Lupercales, toda la fachada inferior y más de veinte grandes fragmentos decorativos, de los que darán idea á nuestros lectores los adjuntos fotograbados. – L.

LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS

EN PARÍS

Este original concurso, organizado por el periódico de deportes *Le Monde Sportif,* ha sido un verdadero acontecimiento.



PARÍS. – LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS. – Salida de las carreristas (de fotografía de Branger Doyé)

Las carreristas hallábanse reunidas desde las ocho de la mañana en la plaza de la Concordia, punto de salida: vestían unas pantalones, otras faldas cortas y cubrían sus cabezas boinas, «polos,» sombreritos de fieltro, etc.; varias llevaban prendas distintivas de las casas en donde trabajan, y las de la casa Redfern, por ejemplo, ostentaban escrito en la manga el nombre del acreditado establecimiento.



PARÍS. – LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS. – Las ganadoras de los cuatro primeros premios. – Srta. Juana Cheminel, que ganó el primero (de fotografía de Branger Doyé)

El aspecto que ofrecían aquellas 2.400 modistillas era encantador y sumamente pintoresco y animado.

A las diez y veinte minutos dióse la señal de partida y empezó la carrera, viéndose las corredoras acompañadas durante todo el trayecto por una multitud enorme de peatones, jinetes, ciclistas, automóviles y vehículos de todas clases, por entre la cual difícilmente lograban aquéllas abrirse camino. Así suben por la Avenida de los Campos Elíseos, yendo delante no la que tiene mejores piernas, sino la que dispone de más fuertes puños y sabe mejor manejarlos. Al llegar á la avenida de la Grande Armée, causa pena contemplar aquellos rostros sudorosos y aquellos pechos jadeantes.

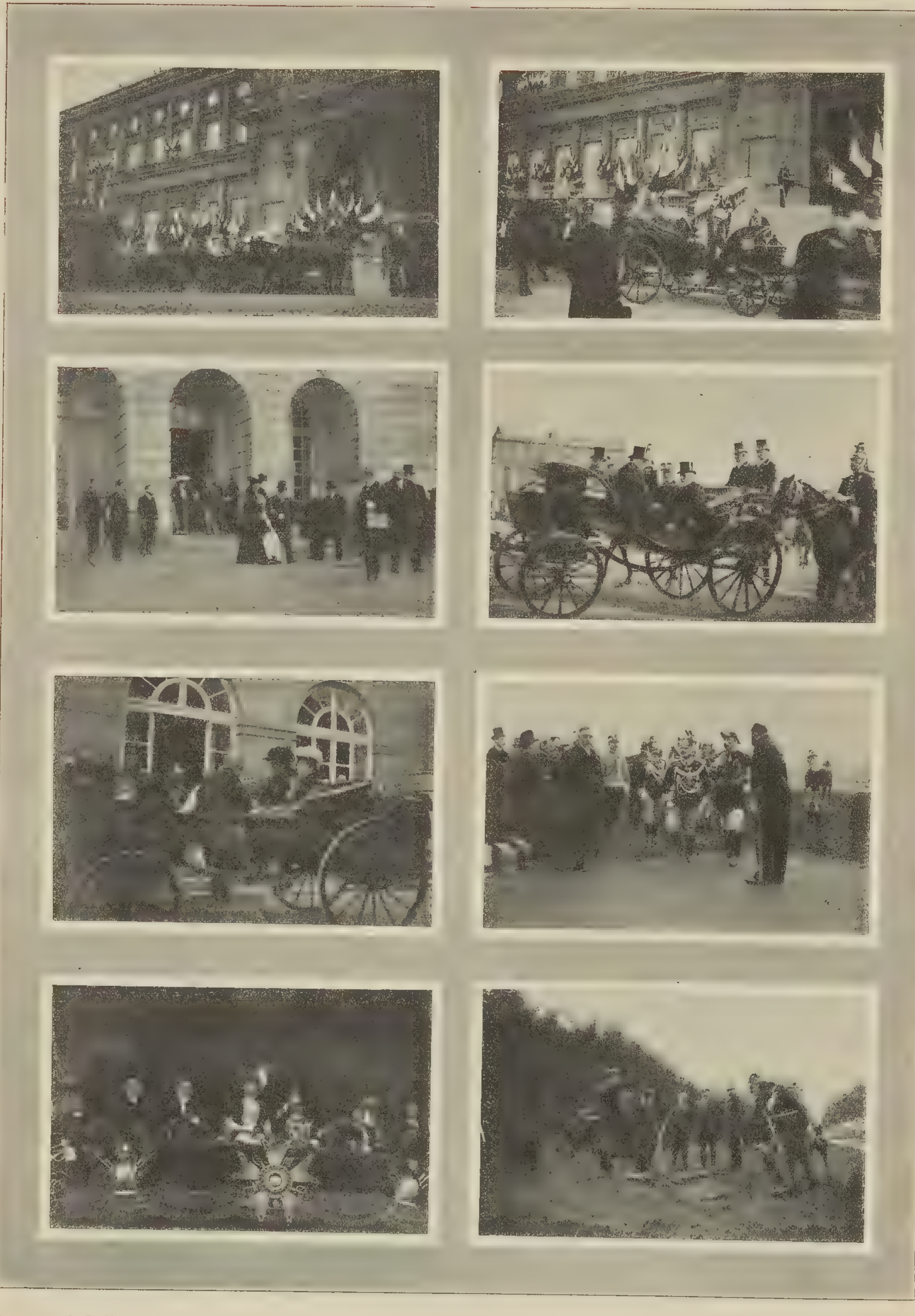
En tanto, un gentío no menos considerable llenaba la plaza de Nanterre, que era la meta señalada. Antes de las once y media, la Srta. Juana Cheminel ponía su firma en la hoja del *controle:* era la primera y había recorrido el trayecto de doce kilómetros en una hora y cinco minutos.

La vencedora es una graciosa morena de veinticuatro años y trabaja en un almacén de modas de su hermano, vicepresidente del Club Atlético: él es quien la ha aconsejado y entrenado.

Después de ella llegaron la Srta. Luisa Belesta, costurera de la casa Ameaux, y la Srta. Lucía Fleury, costurera de la casa Roux, que emplearon respectivamente treinta y treinta y tres segundos más que la primera. Omitimos en gracia á la brevedad los nombres de las demás, hasta cincuenta, que ganaron los premios concedidos.

A la una, las vencedoras y los organizadores de la carrera se reunieron en alegre banquete, terminado el cual asistieron á un concierto que bajo la dirección del maestro Gustavo Charpentier se celebró en la sala de fiestas de la alcaldía.

Por la noche, vencedoras y vencidas se divirtieron de lo lindo en los numerosos bailes que en su honor organizó la población de Nanterre. – X



Los reyes de Italia en París.— Los reyes de Italia saliendo del Ministerio de Negocios Extranjeros, su residencia. – M. y Mme. Loubet de regreso en el Elíseo. – Visita de los reyes de Italia al palacio de Versailles. – El rey de Italia y M. Loubet en su visita al palacio de Versailles. – Visita de los reyes de Italia al Hotel de los Inválidos. – El rey de Italia acompañado del general Andrée en la revista de Vincennes. – Tribuna oficial en la revista de Vincennes. – El rey de Italia y M. Loubet en la cacería de Rambouillet. (De fotografías de León Bouet y Branger Doyé.)

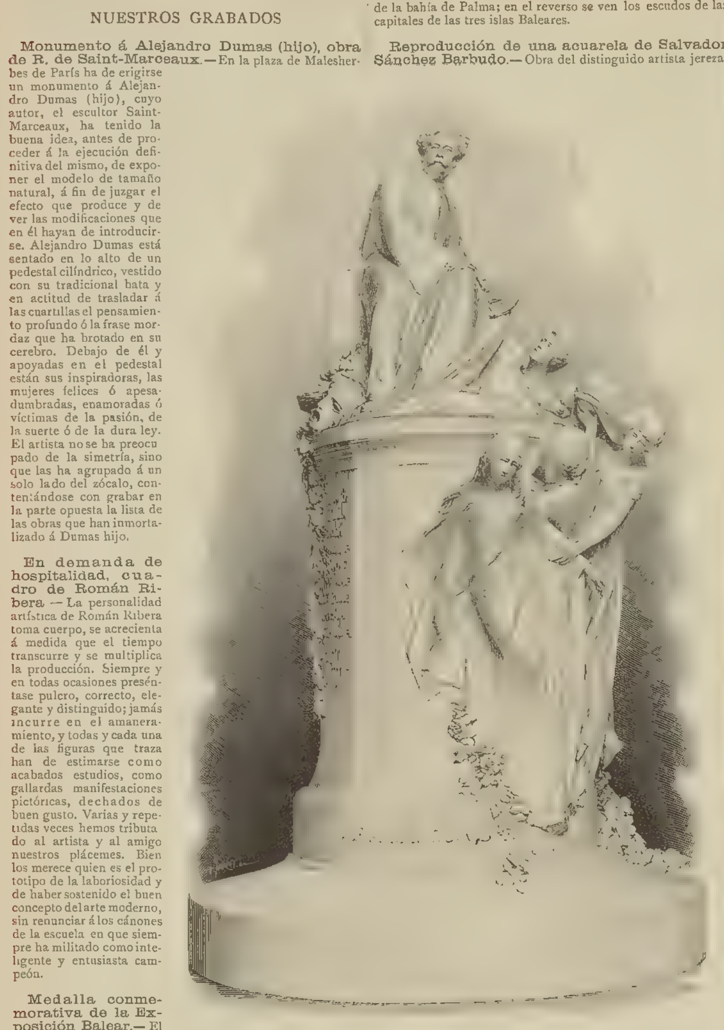


Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Zaragoza.—Visita del rey á la Facultad de Medicina y Ciencias. – Arco de triunfo construído por la guarnición de Zaragoza. – Iluminación de la plaza del Pilar. – Iluminación de la plaza de la Seo y vista de la Lonja. – Plaza de la Seo vista desde el palacio arzobispal, en donde se alojó el rey. – El rey en el puente de barcas tendido sobre el Ebro por los ingenieros militares. – Corona eléctrica dedicada á S. M. por la *Electra Real Zaragozana*. – Arco construído por la Real Maestranza de Zaragoza. – El rey regresando de presenciar la maniobra de tender el puente de barcas. (De fotografías de M. Dosset Vallespinosa.)

NUESTROS GRABADOS

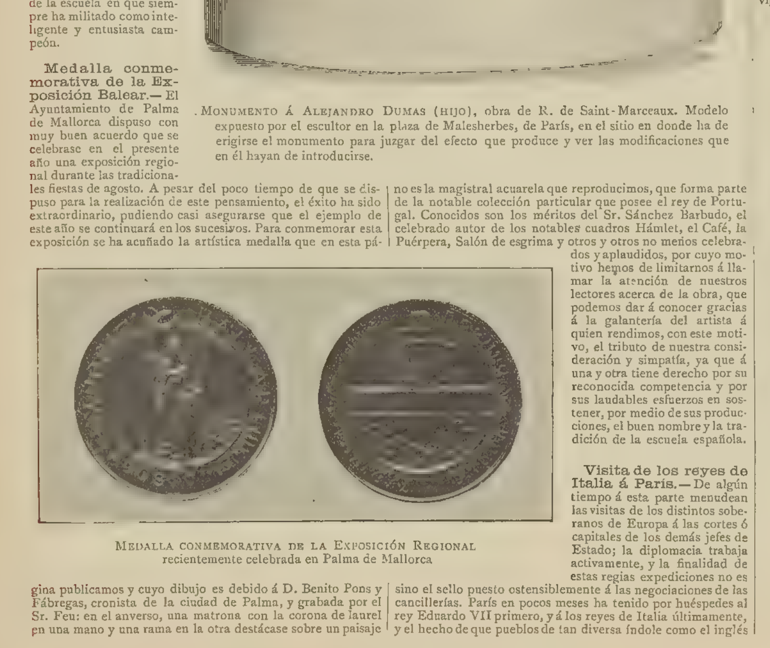
Monumento á Alejandro Dumas (hijo), obra de R. de Saint-Marceaux.—En la plaza de Malesherbes de París ha de erigirse un monumento á Alejandro Dumas (hijo), cuyo autor, el escultor Saint-Marceaux, ha tenido la buena idea, antes de proceder á la ejecución definitiva del mismo, de exponer el modelo de tamaño natural, á fin de juzgar el efecto que produce y de ver las modificaciones que en él hayan de introducirse. Alejandro Dumas está sentado en lo alto de un pedestal cilíndrico, vestido con su tradicional bata y en actitud de trasladar á las cuartillas el pensamiento profundo ó la frase mordaz que ha brotado en su cerebro. Debajo de él y apoyadas en el pedestal están sus inspiradoras, las mujeres felices ó apesadumbradas, enamoradas ó víctimas de la pasión, de la suerte ó de la dura ley. El artista no se ha preocupado de la simetría, sino que las ha agrupado á un solo lado del zócalo, contentándose con grabar en la parte opuesta la lista de las obras que han inmortalizado á Dumas hijo.

En demanda de hospitalidad, cuadro de Román Ribera.—La personalidad artística de Román Ribera toma cuerpo, se acrecienta á medida que el tiempo transcurre y se multiplica la producción. Siempre y en todas ocasiones preséntase pulcro, correcto, elegante y distinguido; jamás incurre en el amaneramiento, y todas y cada una de las figuras que traza han de estimarse como acabados estudios, como gallardas manifestaciones pictóricas, dechados de buen gusto. Varias y repetidas veces hemos tributado al artista y al amigo nuestros plácemes. Bien los merece quien es el prototipo de la laboriosidad y de haber sostenido el buen concepto del arte moderno, sin renunciar á los cánones de la escuela en que siempre ha militado como inteligente y entusiasta campeón.



Monumento á Alejandro Dumas (hijo), obra de R. de Saint-Marceaux. Modelo expuesto por el escultor en la plaza de Malesherbes, de París, en el sitio en donde ha de erigirse el monumento para juzgar del efecto que produce y ver las modificaciones que en él hayan de introducirse.

Medalla conmemorativa de la Exposición Balear.—El Ayuntamiento de Palma de Mallorca dispuso con muy buen acuerdo que se celebrase en el presente año una exposición regional durante las tradicionales fiestas de agosto. A pesar del poco tiempo de que se dispuso para la realización de este pensamiento, el éxito ha sido extraordinario, pudiendo casi asegurarse que el ejemplo de este año se continuará en los sucesivos. Para conmemorar esta exposición se ha acuñado la artística medalla que en esta página publicamos y cuyo dibujo es debido á D. Benito Pons y Fábregas, cronista de la ciudad de Palma, y grabada por el Sr. Feu: en el anverso, una matrona con la corona de laurel en una mano y una rama en la otra destácase sobre un paisaje de la bahía de Palma; en el reverso se ven los escudos de las capitales de las tres islas Baleares.



Medalla conmemorativa de la Exposición Regional recientemente celebrada en Palma de Mallorca

Reproducción de una acuarela de Salvador Sánchez Barbudo.—Obra del distinguido artista jerezano es la magistral acuarela que reproducimos, que forma parte de la notable colección particular que posee el rey de Portugal. Conocidos son los méritos del Sr. Sánchez Barbudo, el celebrado autor de los notables cuadros Hámlet, el Café, la Puérpera, Salón de esgrima y otros y otros no menos celebrados y aplaudidos, por cuyo motivo hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la obra, que podemos dar á conocer gracias á la galantería del artista á quien rendimos, con este motivo, el tributo de nuestra consideración y simpatía, ya que á una y otra tiene derecho por su reconocida competencia y por sus laudables esfuerzos en sostener, por medio de sus producciones, el buen nombre y la tradición de la escuela española.

Visita de los reyes de Italia á París.—De algún tiempo á esta parte menudean las visitas de los distintos soberanos de Europa á las cortes ó capitales de los demás jefes de Estado; la diplomacia trabaja activamente, y la finalidad de estas regias expediciones no es sino el sello puesto ostensiblemente á las negociaciones de las cancillerías. París en pocos meses ha tenido por huéspedes al rey Eduardo VII primero, y á los reyes de Italia últimamente, y el hecho de que pueblos de tan diversa índole como el inglés y el italiano se muestren tan solícitos con Francia, prueba lo mucho que esta nación pesa en la política europea. Pero dejándonos de consideraciones que aquí no vienen á cuento, digamos algo, aunque sea muy poco, pues no tenemos espacio para más, de la estancia en París de Víctor Manuel II y de su esposa Elena. Llegaron éstos á París en la tarde del 14 del pasado octubre, dirigiéndose inmediatamente al palacio del muelle de Orsay, es decir, al Ministerio de Negocios Extranjeros, que les había sido destinado como residencia. Por la noche hubo banquete de gala en el Elíseo, cruzándose en él cordiales brindis entre el rey y el presidente, y después gran recepción y concierto. Al día siguiente fueron los soberanos á Versailles, acompañados de M. Loubet y de su esposa y de un séquito de cuarenta personas y visitaron el castillo y el museo; después del almuerzo recorrieron los bosquecillos, el grande y el pequeño Trianón, el molino de María Antonieta y regresaron á París, asistiendo aquella noche á la función de gala dispuesta en la Gran Ópera en honor suyo. El día 16 visitaron la Casa de Moneda, las Casas Consistoriales y la embajada italiana, y por la noche asistieron á un banquete diplomático del gobierno y á un concierto, uno y otro celebrados en el palacio del muelle de Orsay. El 17 dedicóse á la cacería de Rambouillet: allí fué Víctor Manuel con M. Loubet mientras la reina Elena y la esposa del presidente visitaban el Louvre, reuniéndose luego todos en el Elíseo, en donde dióse una comida íntima. El domingo, después de haber oído misa, los reyes asistieron á la revista militar de Vincennes y por la tarde emprendieron su regreso á Italia. Víctor Manuel y la reina han sido recibidos en París con grande entusiasmo, la reina sobre todo se ha conquistado durante su breve estancia en aquella capital generales simpatías.

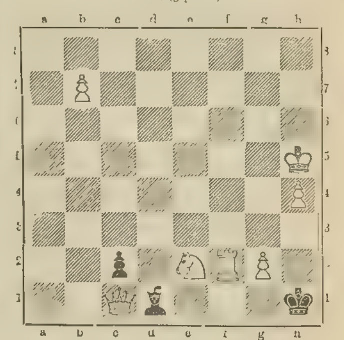
Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Zaragoza.—Grato recuerdo conservará seguramente nuestro joven monarca de su visita á la capital aragonesa, puesto que durante su estancia en ella ha recibido inequívocas muestras de simpatía y respetuosa consideración. Todos los elementos, todas las clases se esforzaron en demostrar al Jefe del Estado español que Zaragoza es un pueblo correcto, altamente respetuoso con nuestras instituciones y que sabe cuánto debe á la representación suprema de la nación. Difícil sería reseñar todas y cada una de las manifestaciones y de los actos que tuvieron lugar, desde el momento de la llegada del monarca hasta el en que abandonó la heroica ciudad. Los grabados que ilustran este número darán á conocer algunos pormenores de los festejos y ceremonias con que se agasajó á S. M. D. Alfonso XIII. La visita y adoración á la venerada imagen de la Virgen del Pilar revistió extraordinaria solemnidad, vitoreando al monarca al hacer éste ofrenda del bastón de mando. No menos importancia revistieron los Juegos Florales, en donde el poeta premiado Sr. Fernández y González recibió el merecido premio de la reina Srta. D.ª Dolores Aisa, así como una hermosa pluma de oro, ofrenda de nuestro distinguido amigo y colaborador el Dr. Juan Fastenrath. Las maniobras del regimiento de pontoneros tendiendo un puente de barcas, la visita á la Universidad y las iluminaciones de las calles y plazas constituyen números interesantes del programa, cuyo recuerdo conservarán los zaragozanos.

Carga de caballería, cuadro de Domingo Muñoz.—Reune este cuadro todas las cualidades que han de juntarse en este género de pintura: la composición está bien entendida, los grupos de jinetes que al galope se lanzan contra el enemigo, además de bien distribuídos, llevan en su conjunto impreso el furor bélico que el paroxismo de la lucha despierta; el paisaje es de hermosa perspectiva y hay en todo el lienzo ambiente, destacándose admirablemente sobre el terreno las figuras. El pintor se ha preocupado poco de los detalles, su obra no es una obra minuciosa, relamida, sino todo lo contrario, de pinceladas enérgicas, casi duras, y de trazos vigorosos cual corresponde al asunto que le ha servido de tema.

AJEDREZ

Problema número 344, por K. Frieder.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 343, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. h7–h8 (C)	1. b5–b4
2. Ch8–f7	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES.

1...... Af1–c4 jaq.; 2. b3×c4, etc.
1...... Ag1 juega; 2. Dg5×g2 mate.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

– Dejándome dar, á mi capricho y como yo quiera, un dote soberbio á Mauricio... Soberbio, ya lo sabe usted, y tal que su fortuna sea un día igual á la nuestra. Si está usted conforme, venga esa mano, primo, y abrace á su prometida, que será para usted una mujer fiel y amante.

Y al ver que Noel la volvía á coger en sus brazos, exclamó, poniéndose muy encarnada:

– Pero con más prudencia que antes.

XV

Los jóvenes volvían por el sendero de fragantes sensitivas.

Andrea se apoyaba en el brazo de Noel con entero descuido, como para recordarle que era el ser fuerte y dulce que serviría de sostén á toda su vida.

Y Noel, radiante al estrechar contra su corazón febril aquel brazo tibio y ligero, iba con la cabeza erguida, con todo su antiguo orgullo y su tranquila seguridad.

La viuda de Beraud, que los vió llegar desde el cobertizo por el sendero húmedo de lluvia, experimentó una gran sorpresa.

Nunca los había visto en aquella intimidad ni en aquella confianza.

Pero su sorpresa se convirtió en estupor cuando Noel respondió á su pregunta:

– ¿De dónde venís, hijos míos?

– Venimos de concertar nuestra boda.

La viuda, con una mirada muda y ansiosa, interrogó á Andrea, que sonreía conmovida, pero muy alegre.

– Sí, prima mía, respondió, aumentando así la estupefacción de Magdalena.

Pero antes de que su madre abriera la boca para pedir una explicación, Noel se apresuró á decir:

– Sí, mamá, Andrea es nuestra prima, la hija de Reversay.

– ¡La hija de Francisco!

Y entonces empezó una interminable explicación de Noel, en la que el joven, por hacer más claro el relato, embrolló á veces terriblemente aquella especie de cuento de hadas.

Pero al fin acabó por brotar también para Magdalena alguna luz, única que debió aclarar una parte del misterio que nunca debía Andrea revelar del todo á nadie, ni á su marido.

Y entonces resonó en la Casa Blanca un grito de júbilo y de admiración.

Magdalena no podía comprender que la elección de aquella caprichosa joven hubiera recaído en ese pobre Noel, cuando estaba allí aquel Mauricio tan guapo y tan seductor.

Mauricio por su parte experimentó un minuto de despecho. Si no su amor, su amor propio debía sufrir, aunque muy superficialmente, en aquella aventura. Pero era bueno también, aquel muchachón un poco niño por su educación femenina y por la solicitud que había ahorrado á su niñez y á su adolescencia los cuidados del presente y del día de mañana, que virilizan y acorazan las almas.

Además, Mauricio quería mucho á su hermano Noel y á todo el mundo, y cuando Andrea le dijo con su linda voz grave:

– Ahora vamos á buscarle á usted una guapa muchacha, á la que usted adorará muy pronto y que sea al mismo tiempo un soberbio partido. Porque podrá usted ser muy exigente, Mauricio, puesto que Noel y yo hemos convenido en darle la mitad justa de la fortuna que nos pertenezca.

El joven se abalanzó al cuello de Andrea y le dió en las mejillas dos besos enteramente fraternales.

– ¡Gracias, hermana mía!

Pero la más asombrada de todos fué Cristina.

La viuda, que hubiera querido contar la gran noticia á todo el universo, entró en la cocina y dijo á la muchacha:

– ¿No sabes, Cristina?

– No, señora, nada.

– La señorita Andrea se casa con...

– Con el señorito Mauricio... Lo hubiera apostado.

– No, con el señorito Noel.

– ¡Pero está lo!..

¿Qué iba á decir la hija de Mario?

Y arrepintiéndose á tiempo, mientras sus mejillas tomaban el color de una manzana, añadió:

– En fin, de gustos no hay nada escrito. Estas señoritas no tienen las mismas ideas que tendríamos nosotras. Lo que es yo, no hubiera escogido así.

– Ni yo, estuvo por decir la viuda, pero se guardó bien de formular su pensamiento.

Aquella elección, ¿no era una dicha más? A Mauricio no le costaría trabajo hacer una buena boda, y menos ahora, gracias á aquella adorable joven. Sí, con ella habían entrado en la casa la dicha y la fortuna, todo lo que creían perdido para siempre... Y Noel, aquel pobre Noel, tendría la mejor parte.

Cuando la madre volvió á reunirse con ellos, estaban los tres en gran conferencia y Andrea les anunciaba por segunda vez su partida.

– Pero esta vez nadie tiene ya miedo, decía riéndose.

– No, querida mía, dijo entonces Noel con su sonrisa juvenil, definitivamente recobrada.

– ¿Y si no vuelvo?

– Será que tendré yo que ir á buscar á usted.

– Probablemente sucederán así las cosas. Cuando reciban ustedes estas simples palabras: «Vénganse todos,» no tendrán más que ponerse en camino. Y usted, mi querida prima Magdalena, entrará en Biviers con los honores de la guerra y estará allí en su casa, puesto que será la de sus hijos...

– Pero..., dijo muy bajo Noel, vendremos aquí de vez en cuando...

– ¡Aquí!, exclamó Andrea juntando las manos;



– Todas nuestras desgracias se han acabado

seríamos muy ingratos si no viniéramos todos los años á ver las calas en las que duerme el mar en dulce calma...

– Y los grandes brezos, Andrea.

– Sí, Noel, dijo la joven bajando también la voz; los grandes brezos con los que me embriagó usted un día.

***

Aquella mañana hacía un tiempo hermoso. El mes de mayo llegaba á su fin en el despertar de todas las florescencias del verano, y el jardín de Biviers, que se extiende como un inmenso parque hasta el camino en que se levanta la verja monumental del castillo, empezaba á ostentar sus rosas, mientras los tulipanes y los jacintos languidecían en sus tallos, prontos á ceder el puesto á otras flores más veraniegas.

Con sus cuadros floridos en primer término, sus verdes valles después y los nevados Alpes en el horizonte, el Delfinado se adornaba aquel día con todas sus bellezas.

Pero el anciano sentado al sol en la escalinata del castillo no parecía interesarse por aquel bello panorama ni ocuparse en otra cosa que en calentar lo que él llamaba su vieja armazón, más atento á las corrientes de aire que á los efectos de luz y de sombra, y á la frescura del aire que á los perfumes transportados por aquella brisa alpina.

Francisco Reversay, después de la partida de Andrea, había tomado el color fresco y rosado de los viejos que vegetan á su gusto, como plantas frágiles y bien cuidadas.

Sus manos, de piel demasiado fina y reluciente, se apoyaban en el bastón con ese ademán, familiar de las personas de edad, que extienden juntos unos dedos amenazados por la anquilosis.

Sus párpados temblaban y su cabeza se mantenía poco firme, y aquel hombre de cincuenta años parecía un septuagenario por su actitud y por esa timidez vacilante y desconfiada, acompañada de ese despecho que sienten todos los que comprenden que su existencia se va agotando poco á poco.

Su pensamiento no se aventuraba ya sin fatiga más allá de las preocupaciones materiales del día y casi de la hora presente, y era para él un reposo dejarle dormitar mientras el cuerpo yacía en un bienestar perezoso.

Para sacudir aquella somnolencia no tenía más que una idea familiar y casi fija; la de volver á ver á Andrea, para no ver más á Julia; doble deseo que se traducía por este gruñir constante:

–¿Dónde está esa muchacha? ¿Quién tiene noticias suyas? ¿Por qué no viene? ¿Por qué no escribe?

Recordaba, sin embargo, que se lo había advertido, porque aquella niña terrible no quería hacerle saber adónde había ido.

Pero, en fin, puesto que lo había prometido, no tardaría en volver, y lo advertiría, al menos, para que fueran á buscarla á la estación..., en Grenoble ó donde se apease.

Por eso todas las mañanas hacía la misma pregunta á Julia, á aquella Julia de sonrisa obsequiosa y astuta, cuando le llevaba el correo:

–¿No hay cartas?

– No, señor.

–¿No hay noticias de la señorita?

– No, señor.

– Está bien; déjeme usted.

–¿El señor no necesita nada?

– Nada más que estar solo... Váyase usted.

Y Julia se escapaba, sonriente por fuera, pero indignada por dentro contra aquel salvaje, aquel ingrato...

Pero, por fin, aquella mañana recibió, no una carta, sino un telegrama.

«Papá querido, llego á las doce.»

Al oir aquella noticia tan impacientemente esperada, Reversay experimentó como una sacudida que le hizo salir de su marasmo.

Y el anciano se fué á todas partes, hasta al último rincón de la casa, á fin de que todo estuviese preparado para recibir dignamente «á la señorita.»

Dos ó tres veces inspeccionó el cuarto de Andrea y regañó y gruñó hasta hacerse insoportable.

Pero Reversay había tenido realmente como una especie de resurrección, y cuando al mediodía Andrea se presentó, el pobre hombre fué á recibirla como al único ser que le amaba en el mundo, el único cuya ternura no era fingida ni interesada, el único del que no temía ni decepción ni sufrimiento.

No bien Andrea había bajado del coche cuando su padre le abrió los brazos, y su alegría fué doble al verla con la vista animada y el aspecto radiante y oirle decir, al besarle, como en otro tiempo:

– Aquí estoy, querido papá, aquí estoy para siempre, y feliz..., feliz..., feliz...

A lo que añadió muy bajito:

– Todas nuestras desgracias se han acabado.

La joven se apoderó en seguida de su padre y se le llevó al saloncillo, aquel que tan poco se parecía al de Hortensia de la Croix d'Arbel; le instaló en uno de aquellos sillones que parecen tan estrechos y tan frágiles, pero en los que se acaba por estar tan cómodamente, y cuando le vió allí, bien entregado á ella, le dijo:

– Querido papá, quiero decírtelo en seguida, porque el corazón se me salta del pecho y á ti también te traigo la alegría.

– ¡La alegría!, dijo Reversay sonriendo con instintiva desconfianza.

– Sí, la alegría y la paz de tu conciencia... Todo esto llega conmigo.

– Cuenta, cuéntame eso, hija mía.

– ¿No me preguntas ante todo de dónde vengo?

– Temo que no querrás decírmelo.

– No quería hace un mes, pero sí ahora.

– ¿De dónde vienes?

– De Agay.

– ¿Qué pueblo es ese?

– Un pueblo encantador, en la orilla del Mediterráneo, cerca de Cannes.

– ¿Y qué has ido á hacer allí?

– Conocer á nuestra prima Magdalena.

Reversay se estremeció y dijo conmovido:

– ¡Magdalena de la Croix d'Arbel!

– Magdalena Beraud, sí, papá.

– ¡Desgraciada! ¿Qué es lo que pretendías?

Andrea vió temblar los labios flácidos de su padre y mojarse su frente de un sudor de ansiedad.

– Ya te he dicho, papá, que te traigo la felicidad y la alegría.

– ¿Pero qué pretendías?

– Pretendía y sigo pretendiendo no faltar á la palabra que te había dado y no faltar tampoco á lo que debo á nuestro nombre.

– Pero, entonces, dijo un poco más tranquilo Reversay, ¿para qué?..

– Vas á saberlo. Nuestra prima Magdalena tiene dos hijos...

Para decir verdad, si Francisco lo sabía, lo había olvidado, y respondió vagamente:

– Y bien, esos dos hijos...

– El mayor tiene veintisiete años.

– ¡Ya!

– Como yo tengo veintiuno y no he venido al mundo hasta mucho después de la aventura de Magdalena.

– ¡Es verdad, después de todo!..

– Pues bien, papá, desde hace tres meses me estoy ocupando en conquistar á mi primo Noel.

Y conteniendo con un ademán lindamente imperioso las exclamaciones y las preguntas que preveía, añadió:

– Sí, se llama Noel, y puedes figurarte que cuando me vi á su lado en Agay, donde vive con su madre y su hermano, fuí bastante prudente para no hacerles conocer quién era yo. Como las princesas que viajan de incógnito, tomé uno de mis numerosos nombres de familia y me presenté á la familia Beraud como Andrea Rival y penetré en su hogar, digno y modesto, donde me alquilaron una habitación para aumentar sus pobres recursos, como hacen casi todos los habitantes de aquel litoral.

– ¿Eso hiciste?

– Por eso no podía darte mi dirección; pero así pude entrar en la intimidad de nuestros primos, hasta el punto de que hoy te anuncio..., de que hoy te pido tu consentimiento para casarme con Noel Beraud, á quien amo y que me ama.

Reversay dió un gran suspiro.

– No necesitas mi consentimiento, dijo.

– Pero yo te lo pido, porque sería muy feliz si me le dieras.

El padre cogió la mano de Andrea y respondió:

– Ya sabes con qué condición..., por ti.., por mí, por nuestro nombre..?

– ¡Oh!, papá, ¿no comprendes que preferiría morir antes de hacer tal confesión?

– Sí, comprendo; has encontrado el medio...

– Con toda la alegría de mi corazón.

– ¿Es un guapo mozo, entonces?

– Tiene todas las dotes de inteligencia y de corazón que hacen los seres escogidos. Cuando, después de la muerte de su padre, todos los suyos iban á sucumbir á la más horrible miseria, él los salvó trabajando con tal empeño, que un día terrible sintió que perdía la vista...

– ¡Es ciego!..

– Lo que no le impide ser el hombre más guapo y mejor que conozco.

– Pero no has reflexionado, pobre hija mía. Tú no puedes unir tu vida á la de ese desgraciado joven...

– Le amo y eso basta. Así era cuando le conocí y cuando empecé á amarle... Así era cuando, con peligro de su vida, salvó una vez la mía... Así, cuando los dos hemos cambiado promesas solemnes..., que eran tan sinceras en mi boca como en la suya. Si no le hubiera visto injustamente desgraciado, no le hubiera amado acaso, ni me hubiera obstinado en leer, á pesar suyo, en su corazón un poco cerrado. Acaso entonces no hubiera sospechado la elevación, la grandeza, la ternura de su alma... ¡Ah! ¡Si supieras lo que ha hecho para tener de mí una imagen real y viviente!.. Pero ya te contaré todo eso... Hoy me basta decirte que nos amamos.

– Y yo no puedo hacer más que bendecir vuestra unión, dijo Reversay con alguna amargura. Pero, antes de la boda, Andrea, está el contrato.

La joven se estremeció al ver que su padre iniciaba por sí mismo el punto delicado.

– En eso, papá, me fío de tu generosidad.

– No hay generosidad, hija mía, puesto que eres mi única heredera. Para mí han pasado ya los tiempos de las locuras y llevarás un día á tu matrimonio toda la fortuna de Reversay... Y cuando digo «un día...»

El anciano reflexionó durante unos momentos.

Su hija había vuelto y no quería que de nuevo se marchara. Era preciso atarla con un lazo inmediato, sólido é indestructible á aquel Biviers donde él quería morir tranquila y pacíficamente, rodeado de los suyos...

Y como si tomara una resolución definitiva, dijo:

– En realidad, ¿por qué no has de aportar esa fortuna en la actualidad?.. Puesto que decididamente tu cabeza está llena de ideas y de proyectos que sabes realizar con tanta habilidad, sigue como has empezado. Yo no soy más que una sombra y no pido más que un pequeño sitio al sol y uno muy grande en tu corazón... Y con tal de que no hables más de dejarme... Y no tengo exigencias ridículas... Digo «dejarme» y no «ausentarte.» Yo sé bien que á los jóvenes les gusta correr un poco... Pero que el cuartel general, que el sitio adonde, entre viaje y viaje, vengas á hacer compañía á tu padre...

– Será Biviers, sí, papá, será siempre Biviers.

– Entonces, arregla como quieras con Pascalón la cuestión de intereses... Yo firmo sin leer... ¿Estás contenta?

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

– Eres el mejor de los padres.. Y en cuanto hayas escrito dos letras á Magdalena invitándola á venir con sus hijos...

– ¡Oh! Andrea, eso de escribir...

– Unas líneas... Yo no puedo invitarlos... ¿Qué se diría?

Y añadió alegremente:

– Lo harás por Reversay..., sólo por Reversay.

– No, hija mía, por ti sobre todo y por la dicha que te deseo.

***

Unos días después, empleados en los preparativos indispensables á los que dejan una casa habitada muchos años, la viuda de Beraud entró en Biviers por la puerta principal, abierta de par en par para recibirla.

Hacía más de veinte años que salió de aquella casa, después de aquella visita que tuvo el deseo, ó acaso la inspiración, de hacer á Hortensia con el pequeño Noel, y de la que había salido con la ilusión de haber emocionado y enternecido á su tía presentándole aquel hermoso niño...

Después la muerte pasó por allí y arrebató á Hortensia olvidadiza é implacable.

Magdalena creyó entonces que todo había acabado y que jamás volvería á aquella casa, desde la que se ve serpentear el Isere en el valle profundo, y se contemplan las praderas ondulosas hasta perderse en las primeras estribaciones de los Alpes.

Y la esposa de Beraud se había resignado, como se resignó después al ostracismo de su familia, á la pérdida del hombre amado, á la desgracia de Noel y á la pobreza...

Pero Magdalena volvió con aquel Noel, con sus dos hijos, vió revivir todos los recuerdos de la infancia y reconoció los grandes árboles del parque, un poco envejecidos, como ella, por los veinte años que habían pasado por sus frondosas cabezas.

La viuda fué acogida por la deliciosa niña que ya la llamaba madre, y con los brazos abiertos por aquel Francisco de Reversay, horriblemente decrépito, que le dijo en tono hospitalario:

– Prima, vuelves á esta casa, y espero que ahora será para no volverte á marchar.

Y toda la familia se encontró de nuevo reunida en aquel saloncillo de Andrea, que fué en otro tiempo el de Hortensia, con la misma intimidad que los reunía en el comedor blanqueado, á la orilla del mar azul.

Noel, aunque él se defendió desesperadamente, fué instalado por Andrea al lado de la chimenea, en una butaca que recordaba la «antigualla» de la Casa Blanca, con la única diferencia de que enfrente había otra butaca para el viejo Francisco, que se prometía ya ser, en cuanto sus piernas se lo permitieran, el cicerone de su futuro yerno y describirle aquel Biviers que sería suyo y que él, desgraciadamente, no vería jamás.

¿Pero no tenía Noel los ojos de su amada Andrea para reemplazar á los suyos y hacerle olvidar que la dicha completa no es de este mundo?

El joven además había visto un momento á su Andrea y había impreso en su corazón esa imagen que no se borraría nunca...

Noel no pedía á Dios nada más que no despertar de su sueño.

Andrea, mientras tanto, estaba muy ocupada, y por fin llegó el día en que los dos volvieron de la iglesia de Biviers, toda florida y llena de incienso, ella, vestida de blanco y con corona de azahar, y él llevándola del brazo tan estrechamente apretada, que al ver su andar seguro y su sonrisa orgullosa se hubiera dicho que era él quien guiaba en vez de obedecer al dulce y furtivo impulso de la que le prestaba sus ojos.


... y entre ellos Pascalón que dirigió gravemente á la recién casada el cumplimiento de Horacio á Galatea

Todos habían estado de acuerdo para hacer la boda en la más estricta intimidad. Algunos amigos fueron los testigos indispensables, y entre ellos Pascalón, que dirigió gravemente á la recién casada el cumplimiento de Horacio á Galatea: «*Sis licet felix, ubicumque mavis*...» Y en la pequeña iglesia de Biviers no hubo más que gente del país, que acudió por curiosidad y como atención de vecinos.

Pero el cura había querido ponerse á la altura de las circunstancias en aquella boda excepcional, y cuando salieron los novios, el pequeño órgano del coro lanzó sus más alegres armonías.

–¿Te acuerdas, Noel?, murmuró Andrea. Atraída por la música de un armonio, te vi por primera vez.

–Y yo que ni siquiera sospechaba... ¡Ah!.. ¡Mis ojos! ¡Mis pobres ojos!

–¡Bah! Tienes los míos... ¿No te basta que sea así toda la vida?

–¡Oh, sí, siempre!, exclamó Noel con un estremecimiento de ternura, en el que acaso había una ardiente pena..., pronto borrada por la dulce emoción amorosa que le hacía olvidar todo.

. . . .

Seis meses después se recibió en Biviers una carta dirigida á Magdalena, impacientemente esperada, y procedente de Ginebra.

Al verla tan voluminosa, la madre de Noel lanzó un grito:

–Francisco, aquí tenemos noticias, y muchas, según parece...

–Pues lee, lee pronto, prima, dijo Reversay, que estaba calentando al sol «su vieja armazón,» cada vez más deteriorada.

La viuda leyó:

«Mi querida mamá: ¡Cuántas cosas tengo que contaros y cómo debían impacientaros mis cartas anteriores, de tres líneas!

»Pero tenía tanto que hacer, y sobre todo, quería hacer tan hermosas cosas... Además hubiera tenido que contaros mi fiebre de incertidumbre, de esperanza, de desanimación..., y hubiera acabado por transmitírosla, con lo que nada hubiéramos adelantado... Hoy, en cambio, vais á ver si estoy charlatana, para tu alegría, querida mamá, y para la de todos.

»Cuando os dejamos, después de recibir la carta del doctor Potzer que nos anunciaba acaso una nueva decepción, acaso un éxito, pero probablemente una mejoría, confieso ahora que, á pesar de que las echaba de valiente, no estaba muy convencida, y sabe usted que mi pobre Noel no lo estaba nada.

»Le habían prometido formalmente tantas veces lo que el doctor Potzer le hacía sólo esperar... Tantas veces Noel había caído de nuevo y más desolado que nunca en sus tinieblas...

»Pero, en fin, aunque no fuese más que por darle unos días de consuelo, le dije: «Ahora es muy diferente. Ese doctor Potzer, el mismo que te había aconsejado que no te empeñases en buscar una curación imposible, te dice hoy espontáneamente que un nuevo procedimiento ha dado resultados ya con firmados y que ahora hay grandes probabilidades...»

»Y tanta confianza afecté, que ya viste, cuando nos marchamos, aquella fiebre, aquel estado nervioso..., aquel estado de alma nuevo en él.

»Cuando te abrazó diciéndote: «Adiós, me voy á »intentar otra vez la aventura,» ya no vivía, tanto era su loco deseo de llegar á Ginebra, de estar delante del doctor Potzer y de afrontar la prueba.

»Yo hacía como los actores, que acaban por creer en la comedia que están representando, y tenía yo tanta prisa como él y hasta me volvía menos incrédula.

»Y después, ya te acuerdas; papá, que todo lo ve de color de rosa, decía á Noel: «Vuelve pronto con »unos ojos nuevos que te hagan ver este Biviers, del »que eres señor y dueño...» Y tú murmurabas á mi oído: «¡Cuánto voy á rezar!..»

»¡Ah, madre querida!, yo no sé lo que has hecho durante este mes que acabas de pasar con mi padre, que tanto cariño te ha tomado, pero creo que has cumplido tu promesa y que has sido para con Dios una incansable abogada nuestra, porque...

»Pero no tan de prisa. Si os dijera el fin desde luego, no leeríais el resto, y quiero que paséis, como nosotros, las pruebas de nuestro terrible camino. Noel está durmiendo en la habitación contigua.. ¡Necesita tantos cuidados todavía! ¡Está tan cansado y ha sufrido tanto!.. ¡Ah, mamá querida!, cuando pienso en esto... ¡Qué caro cuesta el comprar la dicha!

»Así, pues, nos pusimos en camino, y ya os he dicho que el viaje pasó sin incidentes. No nos detuvimos en parte alguna, y á medida que nos aproximábamos á la frontera, Noel se ponía más impaciente, más irascible á la menor parada que excedía de un solo minuto el tiempo marcado en la guía..., que tenía yo que leerle á cada instante y con cualquier pretexto...

»Por fin llegamos á Ginebra y fuimos á parar al hotel de Bergnes. Media hora después, estábamos llamando á la puerta del despacho del doctor Potzer.

»Es el doctor un viejo de barba gris y cabello blanco y escaso, con unos ojillos hundidos debajo de las espesas y enmarañadas cejas..., unos ojos que penetran como barrenas cuando miran de frente...

–»Ante todo, dijo, tengo que asegurarme del estado actual del enfermo, para ver si es posible la operación.

»Y el aterrador examen dió principio... ¡Oh! ¡Aquella lámpara cuyos reflectores enviaban la claridad hasta el fondo de los ojos de mi pobre Noel! ¡Aquellos otros instrumentos! ¡Aquel oftalmoscopio! ¡Aquel silencio horrible, cortado solamente por breves preguntas á las que no había que responder más que «sí» ó «no!» Y sobre todo, mamá querida, aquella angustia mortal, la primera de todas, que consistía en pensar: ¿querrá siquiera operarle?

»Pero por fin dijo, después de un reconocimiento interminable:

–»No hay contraindicación alguna. Puedo hacer la operación con grandes probabilidades de éxito.

–»¡Ah! Noel, exclamé, ¿lo ves?..

–»Solamente, continuó el médico con su voz gutural y un marcado acento alemán, debo ante todo prevenir á ustedes que la operación se hará en tres ó cuatro veces, con intervalos de seis ú ocho días. En sí misma no será dolorosa. Se trata sólo de introducir con una jeringuilla de Pravaz en la parte posterior del ojo, una inyección de sal, de simple sal común, disuelta en agua destilada (1). Este líquido es más denso que el que hace flotar á la retina, y se produce un fenómeno de endósmosis, que, por la absorción del líquido menos denso, empuja poco á poco á la retina hasta su sitio normal y la fija en él sólidamente. El método es de una sencillez perfecta, de una lógica rigurosa y de un resultado clínico demostrado ya por una serie de éxitos. He practicado veinte veces esta operación y diez y nueve me ha dado buen resultado. La vigésima me encontré con una complicación, con una atrofia de la retina, que no existe en usted. Después de cada inyección sufrirá usted unos dolores muy grandes que durarán varios días sin descanso ni tregua, pues no se conoce el medio de aliviarlos. Una vez introducido el líquido, hay que tener valor y resignarse. Y será preciso volver á empezar lo menos tres veces y acaso cuatro...

(1) La primera mención del tratamiento de los desprendimientos de la retina por medio de inyecciones de agua salada se debe al eminente doctor de Wecker, que lo expuso en su *Traité complet des maladies des yeux* (1889).

Pero desde 1885 experimentaba en su clínica el nuevo tratamiento, hoy completamente generalizado, que ha vencido una enfermedad hasta entonces declarada incurable y que los últimos perfeccionamientos introducidos en su método operatorio han hecho mucho menos dolorosa que en un principio.

—»Mi deber es advertírselo á usted. He visto enfermos renunciar al tratamiento y preferir la ceguera á la continuación de esta prueba... Ahora, usted verá si se siente capaz de un esfuerzo de resignación tal como se lo anuncio... Si se decide usted, empezaremos cuando quiera...

—»Entonces, doctor, en seguida, dijo Noel sin dejar acabar á aquel hombre que me había aterrorizado.

—»No, es preciso que esté usted en la cama. Si usted quiere, mañana por la mañana.

—»Convenido.

»Y volvimos al hotel, él muy exaltado y loco de impaciencia, y yo en una angustiosa incertidumbre.

»Un suplicio semejante, que empezaría varias veces, cada una de varios días... y que no tendría acaso ningún resultado... Yo fuí entonces la que dije á Noel: «Renunciemos, ¿quieres? ¿Crees tú que no sabré hacerte de todos modos la vida dulce y buena?.. ¿Crees que mis ojos, que son tuyos, no bastarán para apartar las piedras de nuestro camino?»

»Y después me ocurrían mil razones absurdas.

«El día en que me viste, le decía, me encontraste bonita... y ya no envejeceré nunca en tu recuerdo... ¿No crees esto mejor que ver afearse poco á poco á la mujer que amas?»

»Pero él respondía siempre con las cejas fruncidas y con esa expresión que toma cuando su resolución es irrevocable:

—»No, será mañana temprano.

»Ese mañana llegó por fin... ¡Qué pronto, Dios mío, á pesar de nuestro insomnio!

»El doctor Potzer fué de una lamentable exactitud, y no vino solo, sino que trajo con él un ayudante, un joven rubio con anteojos. ¡Ah! Mamá, déjame reir ahora, pues entonces no tenía gana de hacerlo... Un joven que se creía obligado al hablarme á dirigirme sonrisas incendiarias...

»¡Qué batalla, Dios mío! Noel estaba acostado. Te hago gracia de los preparativos, de aquella exhibición de instrumentos que quemaron en una llama de alcohol y que Noel, á Dios gracias, no veía.

»El doctor y el ayudante se aproximan. No sé lo que le hacen á Noel..., no puedo verlo porque están inclinados sobre su cabeza... Pero oigo un grito ahogado y después al doctor, que dice: «Pronto, al otro ojo...» Otro grito de mi pobre Noel y después, rápidamente, unas compresas, una venda, y el médico hace cerrar herméticamente las ventanas y se marcha diciendo:

—»Hasta mañana... y valor, señora, porque temo que esto va á ser tan doloroso para usted como para el enfermo...

»Sí, tenía razón el médico, pero no como él preveía.

»¿Creerás, mamá, que aquellos dos gritos de Noel fueron los únicos que oí?

»Durante tres días le he visto morder las sábanas, ensangrentarse los labios, latir é hincharse las arterias de su frente como si fueran á estallar, y he asistido impotente é incapaz de compartir siquiera su suplicio, sin oirle proferir un grito...

»Algunas veces, cuando no podía más, daba un gemido, una queja, y me apretaba un poco más la mano, que siempre quería tener entre las suyas...

»Yo entonces lloraba, y sin saber qué hacer, le decía: «Noel mío, sufres mucho, ¿verdad?»

... y ofreció la mano al doctor

—»No, no, balbuceaba; esto va mejor, mucho mejor...

»Y al decírmelo tenía sudores de agonía, pero su voluntad, su esperanza y —déjame enorgullecerme —su inmenso amor por mí le daban fuerzas para luchar contra el dolor.

»Y en sus raros momentos de alivio, me animaba diciéndome:

—»Andrea, voy á tener la alegría infinita de verte otra vez...

»Yo entonces me echaba á llorar, y él me consolaba como si yo hubiera sido la enferma..

—»¿Lo ves? El tiempo va pasando y esto va mejor.

»Y en efecto, iba mejor. El tercer día acababa de tener un momento de reposo y hasta había dormitado un poco, cuando se despertó y dijo:

—»Tengo la cabeza aturdida, pero ya no siento aquel martillo que la golpeaba... Estoy rendido, pero este cansancio es casi un bienestar...

—»Duérmete otra vez, Noel...

»¡Ah! Sí, bien necesitaba dormir y tomar fuerzas, porque al día siguiente venía el médico, como de costumbre, á ver á su enfermo, y decía en seguida:

—»Esto va bien... Volvamos á empezar.

»Quiero ahorrarte un relato detallado que te haría desgraciada como á mí...

»Mi pobre Noel ha sido atenazado cuatro veces en todas las fibras de su cuerpo, y á mi pena atroz se unía esta inquietud cada vez mayor: ¿este suplicio servirá, al menos, para algo?

»Cuando se lo preguntaba al doctor, me respondía lacónicamente: «Así lo espero; »pero no puedo toda»vía saberlo con segu»ridad. Eso sería com»prometerlo todo.»

»Y se procuraba más que nunca la obscuridad en la habitación del enfermo, y para mayor precaución, se apretaba más cada vez la venda que cubría sus ojos...

»En fin, mamá, ayer mismo, cuarto día después de la última inyección, Noel se había aliviado casi por completo y estaba sumido en esa somnolencia que seguía á las crisis, cuando llegó el doctor Potzer con su ayudante, el joven de las sonrisas, que traía en la mano una especie de maleta de cuero.

»Para entrar en el cuarto de Noel hay que pasar por el mío. Cuando abrí la puerta al doctor, cuya visita esperaba, y vi con él á su ayudante, debí poner una cara tan marcada de terror, que el médico se apresuró á decirme:

—»No, no, señora; tranquilícese usted... No venimos para una nueva operación.. No lo creo, al menos; sino para el resultado, que, según todas las probabilidades, debe estar ya enteramente obtenido.

»Debí entonces ponerme pálida, porque añadió:

—»Ya ve usted que no hay por qué asustarse.

»¡No asustarse, cuando en aquel momento se iba á pronunciar la sentencia inapelable!..

»Por fin, me armé de todo mi valor, y sobre todo, de la mayor calma posible, y los introduje en el cuarto de Noel, que se despertó al ruido.

—»Noel, son estos señores...

»Y el doctor añadió prontamente:

—»Venimos á asegurarnos de si hemos conseguido dar á usted la vista.

»¡Ah, mamá!.. ¡Qué pálido debió ponerse entonces el pobre Noel, en aquella obscuridad casi completa, en la que apenas se le distinguía!

»Se incorporó bruscamente y dijo con voz trémula:

—»Cerciórese usted, doctor.

»Pero aquello fué más complicado de lo que yo creía. Fué preciso montar la lámpara de reflector é instalar el oftalmoscopio, que eran los objetos que traía en la maleta el ayudante de las sonrisas... Se cubrió el aparato con un papel negro en cuyo centro hicieron un agujerito circular para que no pasase más que un rayo de luz casi imperceptible.

»Y el doctor explicó gravemente que la menor impresión de luz determinaría un cansancio, y por consiguiente, una congestión, en aquella retina que

hacía tanto tiempo no veía, y que esa pequeña congestión era un peligro formidable que había que evitar.

–»De modo..., dijo Noel con voz muy débil, que voy á ver...

–»Acaso sí...

»El ayudante había instalado el oftalmoscopio y todo estaba preparado.

–»Vamos allá, dijo el doctor levantando la venda. El ojo derecho primero.

»Y Noel, al choque – así lo dice él, – al choque de aquel pequeño rayo, exclamó:

–»¡Ah! ¡Andrea!.. ¡La luz! ¡La luz!

»Y tuvo entonces un momento de locura... Separó al doctor con la mano, y en la obscuridad de aquella pieza iluminada sólo por la vaga claridad de la lámpara velada, su mirada vino á mí, solamente á mí.

–»¡Andrea querida!.. ¡Te veo apenas!.. ¡Pero eres tú, eres tú!..

»El doctor acabó por enfadarse.

–»¡Es insensato comprometer así el éxito de una curación!

»Y se volvió á apoderar de la cabeza de Noel mientras que yo perdía la mía, y reía, lloraba, daba gracias á Dios y al doctor y hasta cogía las manos del ayudante de las sonrisas...

»Después, de un golpe seco, la venda bajó, la lámpara escondió su luz y el doctor dijo:

–»Esto va bien..., muy bien... Pero si cometen imprudencias como la de hace un momento, no respondo de nada.

–»¡Oh! No se cometerán; yo respondo.

–»Hace falta más que nunca mantener la venda y la obscuridad. Mañana por la mañana vendré y veremos lo que hay que hacer. Pero hasta entonces...

–»No tenga usted cuidado, doctor. Tendrá que obedecerme.

»Y cuando se marcharon el doctor y su ayudante, llevándose consigo los terrores y las angustias que me habían causado, Noel exclamó:

–»¡Ah! ¡Vida mía! ¡Andrea! ¡Andrea!

»Y no puedes figurarte, madre querida, qué largo, qué deliciosamente largo fué aquel beso de alegría y de triunfo, y sobre todo, de infinita ternura.

»Esta mañana, hace un momento, el doctor ha entreabierto las ventanas, descorrido un poco las cortinas y dejado entrar en el cuarto una luz muy débil, muy inofensiva; y ha dado permiso á Noel para que, durante un minuto, uno nada más, se levantase la venda.

»¡Qué corto es un minuto! ¡Pero qué largo cuando está bien empleado!..

»Mi Noel ha tenido tiempo para pasar una revista de inspección, no diré severa, pero sí muy detallada, á su señora esposa... Yo era dichosa al presentarle estos cabellos que él adora, estos ojos, esta frente y esta boca que tantas veces ha mirado con las manos y que hoy veía con sus ojos negros de reflejos azulados, que son hermosos y acariciadores. Creo que tenía yo derecho para no saber dónde estaba...

»Noel miró un momento aquel cuarto de hotel, que yo había tratado de hacer risueño y florido, y ofreció la mano al doctor, pero pronto volvió á mí su mirada, á mí, que trataba de sonreir, pero estaba llorando á lágrima viva.

»¡Bah! Para Noel no era penoso el ver correr mis lágrimas... Bien sabía él que eran alegres y deliciosas... En seguida se corrieron las cortinas y el doctor dijo:

–»Mañana concederé cinco minutos.

»Después iremos alargando el permiso cada día un poco más, hasta que te le lleve, mamá querida..., no, hasta que él me lleve á mí, porque él será ya el guía como era el jefe.

»Habrá que tomar precauciones, los primeros meses sobre todo; pero ya lo sabemos y no nos será difícil.

»En este momento está durmiendo, mi pobre Noel, que ha sufrido tanto... y que tanto necesita descansar. ¡Si vieras qué tranquilo está y qué alegría me causa el verle dormir!..

»Y después, pienso en las demás satisfacciones que van á venir. La primera salida de su cuarto para venir al mío..., el primer viaje al balcón, desde donde se ve la isla Jean Jacques, el lago azul y su corona de montañas nevadas..., la primera salida en coche...

»Y luego la vuelta..., la alegría de papá..., la de Mauricio..., la tuya, cuando le oigas decirte: «Mamá, »te veo, te reconozco, os veo á todos, veo el cielo, »los grandes árboles, todo..., todo...»

»Pero no acabaré nunca esta carta si me pongo á contar nuestras felicidades... Me apresuro, pues, á terminarla para que la recibáis más pronto... y para que tengáis también vuestra parte de dicha.

»Hasta muy pronto, mamá querida. Pronto os tendré reunidos á los que amo, y habré realizado todos mis sueños.

»ANDREA.»

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

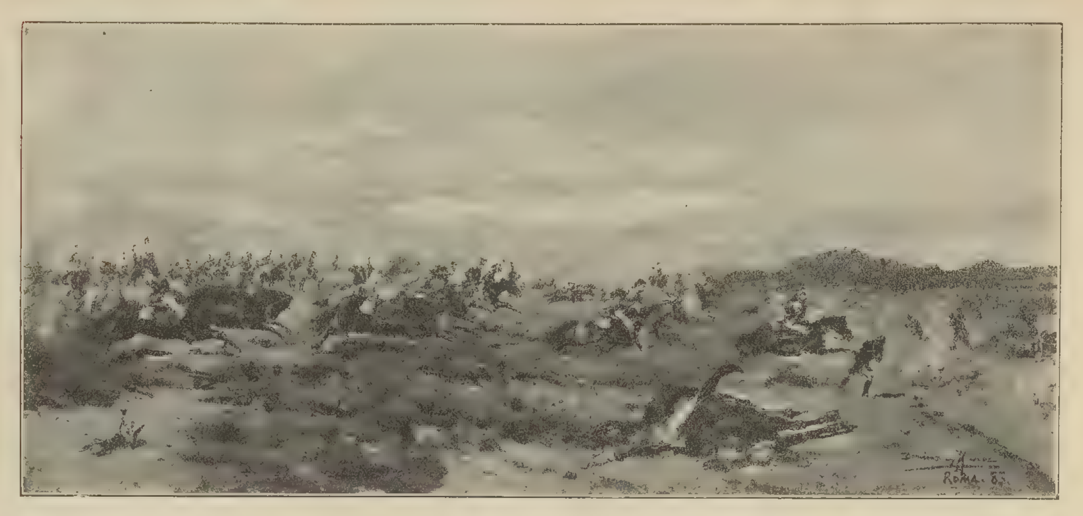
CROQUIS CUBANS, por *R. Suriñach Senties.* – Compone este libro una serie de cuadros de costumbres cubanas, hábilmente trazados, llenos de notas de ternura, algunos dramáticos y todos interesantes y pintorescos. En su mayoría tienen por protagonistas á individuos de la raza negra, hacia la cual demuestra el autor los más humanitarios sentimientos y cuyos usos típicos describe tan admirablemente, que leyendo los artículos á ellos referentes nos parece asistir á sus fiestas, ver sus grotescos bailoteos y escuchar de sus propias bocas y con su propio acento sus dichos característicos. *Croquis cubans* ha sido impreso en Barcelona por Fidel Giró y se vende á dos pesetas.

ALMA INFANTIL, por *T. Dostoiewsky.* – Interesante como todas las del célebre escritor ruso es esta novela, en la que se desarrolla un drama lleno de pasión, cuyos personajes piensan, obran y hablan movidos por sentimientos eminentemente humanos, cualidades que se hallan realzadas por un lenguaje vigoroso en unos puntos, sencillo en otros y siempre apropiado á las situaciones. El libro forma parte de la «Colección Diamante,» que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López, y se vende á dos reales.

CUENTOS AZULES, por *María Terry.* – El fin que se ha propuesto la autora de estos cuentos, al escribirlos, no puede ser más laudable: con decir que tiende á desarrollar en los niños, por medio de anécdotas piadosas y de maravillosos sucedidos, el amor á la virtud, queda hecho su mejor elogio. Para lograr este objeto, nada más á propósito que las narraciones sencillas al par que interesantes en el libro contenidas; su lectura forzosamente ha de contribuir á formar corazones virtuosos, ya que todo en ellas está concebido para atraer á la infancia hacia la senda del bien. El tomo, elegantemente encuadernado y con ilustraciones de Cuchy, Xumetra y otros, ha sido editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

BAILES Y JUEGOS. – Con este título se ha publicado en Madrid por la casa Hijos de Cuesta una obra llamada á obtener un gran éxito en las tertulias y reuniones de buena sociedad; en ella se trata de todos los bailes, como son el minué, rigodón, polca, lanceros, cotillón, vals, cake-walk, pas á quatre, etc.; juegos de prendas, de ingenio y de chasco, con una escogida colección de sentencias, juegos aritméticos, de física y química recreativa, de naipes, de prestidigitación, de jardín, de agilidad y otros de gran novedad que hacen de este libro un verdadero elemento de diversión y recreo. El tomo, ilustrado con grabados, se vende en Madrid á tres pesetas, en casa de los editores (Carretas, 9).

EL CLUB DE LAS DAMAS, por *Manuel J. Olascoaga.* – Esta novela de costumbres sudamericanas se inspira en un pensamiento original enlazado con un argumento interesante; tiene algo de crítica política y social y tiende á un noble fin, cual es el de la regeneración de un pueblo mal gobernado. Los tipos están bien observados, la acción se desarrolla naturalmente y el desenlace deja en el ánimo excelente impresión, circunstancias que acreditan á su autor de hábil novelista. El libro ha sido impreso en San Fernando (República Argentina) en la imprenta Roma, de Atilio Bazzi.



Carga de caballería, cuadro de Domingo Muñoz

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 16 de noviembre de 1903 — Núm. 1.142

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL PALCO DE LA PLAZA DE TOROS,

cuadro de Ignacio Zuloaga



REVISTA HISPANO AMERICANA

República Argentina: nuevos datos acerca de su importancia como país agrícola y ganadero: los inmigrantes: desarrollo comercial: la Convención de notables. – *Uruguay:* colorados y nacionalistas. – *Bolivia:* mensaje presidencial: relaciones internacionales: servicios públicos: comercio: población: colonización. – *Perú:* nuevo presidente. – *Salvador:* solución del asunto Burrell. – *República Dominicana:* la neutralidad y los yanquis.

En el verano último regresó á los Estados Unidos Mr. Frank W. Bicknell, agente del Departamento de Agricultura, que había permanecido durante largo tiempo en la América del Sur, especialmente en el Brasil y en la Argentina.

Los informes que ha hecho ya públicos acerca del segundo de los países citados son bien satisfactorios para los argentinos. Reconoce que los recursos naturales agrícolas en esa República son extraordinarios, y teme que en plazo no muy remoto puedan la agricultura y la ganadería argentinas arrebatar á los yanquis sus mercados de Europa. Hay posibilidad de duplicar, sin gran esfuerzo, la cosecha de cereales, y la cría de ganados ofrece allí mayores facilidades que en cualquier otro país del mundo, pues nunca faltan los pastos.

Si la República Argentina aún no ha conseguido la supremacía agrícola, imponiéndose á los Estados Unidos, es porque los colonos europeos, principalmente los italianos, no tienen experiencia ninguna de los trabajos del campo, emplean malos instrumentos, y muchos de los que llegan á hacer fortuna, que son los que mejor podrían contribuir al progreso de la agricultura, regresan á su patria y los substituyen emigrantes recién llegados.

La inmigración de australianos y neozelandeses ha de ser favorable al desarrollo y perfeccionamiento de las faenas agrícolas. A los años de continuada sequía que se ha sufrido en la Australia y Nueva Zelanda se debe el éxodo de agricultores de aquellas colonias, que preferentemente se dirigen á la República Argentina.

El comercio y las industrias habrán de aumentar en proporción con los adelantos de la agricultura.

Otros informes más recientes, que proceden de Buenos Aires, nos confirman las impresiones de Bicknell, y prueban que ese país progresa con gran rapidez y que de cada día más va difundiendo su vida hacia el exterior.

Durante el primer semestre del año actual, la República Argentina exportó por valor de 128.819 682 pesos oro, cifra superior en 26.600.000 á la del valor de la misma exportación en igual período de 1902. La importación fué de 61.202.153 pesos oro, de modo que en la balanza comercial ha habido una diferencia de 67.617.529 pesos á favor de la exportación. Compréndese, pues, el motivo de la gran afluencia de oro á la Caja de Conversión, en la que el depósito asciende á 39 millones de pesos.

En los nueve primeros meses de 1903 la aduana de la capital ha recaudado siete millones más de pesos oro que en el correspondiente período de 1902.

Los capitales abundan, los bancos reducen el interés del descuento y aumentan los negocios en grandes proporciones.

En el orden político, el hecho culminante en el pasado mes de octubre ha sido la reunión de la Convención de notables para proclamar candidato á la presidencia. Se congregaron 260 individuos, de los cuales 245 dieron su voto al ex ministro D. Manuel Quintana.

***

En el Uruguay inspiran cierto recelo las intransigencias de algunos elementos del partido colorado, á quienes contrarió que se confiase la administración de varios departamentos á personalidades ilustres del partido nacional.

Cuestas gobernó con el apoyo de este último partido y tuvo enfrente á los colorados. A Batlle le apoyan los colorados, y consiguió transigir con los nacionalistas. Esto fué ya un progreso.

Los presidentes de República son como los reyes; en cuanto ocupan tan alto puesto, tienen que dejar de ser hombres de partido. El deber de un jefe de Estado es procurar armonía ó transacción entre todos los elementos políticos.

Los comentarios desfavorables que hubo en Montevideo con motivo de conferencias que celebró el presidente con los jefes del partido nacionalista, revelaban atraso en las costumbres públicas y desconocimiento de la elevada y patriótica misión que incumbe á los jefes de Estado.

***

Ante el Congreso de Senadores y Diputados reunido en La Paz el día 30 de agosto para inaugurar las sesiones ordinarias, dió cuenta el presidente de Bolivia D. José Manuel Pando de los actos de su administración en los últimos diez meses.

Con la única excepción de los Estados Unidos del Brasil, Bolivia mantiene sus relaciones con los demás países en perfecta cordialidad.

Las concesiones otorgadas al Sindicato, sobre el territorio del Acre, caducaron de pleno derecho, y desapareció así el peligro de rompimiento con le Brasil. Quedó en pie la demanda de esta potencia para adquirir aquel territorio, como único medio, en concepto de su cancillería, de establecer el orden entre los brasileños y de evitar toda complicación en las relaciones internacionales. Apreciada la cuestión desde este punto de vista, el gobierno boliviano se avino á entrar en nuevas negociaciones y confía en que podrá llegarse á un arreglo amigable.

A nuestra patria dedica el presidente en su mensaje muy lisonjeras frases. «Su Majestad el rey de España – dice, – que ha iniciado el período de su reinado enviando á los Estados de que en un tiempo fué España la metrópoli los sentimientos afectuosos de la madre patria, tan gratos á nuestra memoria, también se ha servido acreditar un ministro de primera clase en esta República, el que ha sido recibido por mi gobierno con verdadera satisfacción, anhelando vivamente cultivar las relaciones políticas y comerciales más sinceras y estrechas con España, cuna de nuestra nacionalidad.»

En cuanto á los servicios públicos, se señalan especialmente el notable desarrollo alcanzado por el de Correos, que en varias zonas del país se hace por los ríos, para lo cual se han adquirido lanchas á vapo; los ensayos, muy satisfactorios, de comunicación telegráfica internacional directa entre las Oficinas de las Repúblicas de Bolivia, Argentina, Brasil, Chile y Paraguay, y la continuación de los trabajos del ferrocarril de Guaqui á La Paz, entregado ya, en parte, al tráfico.

El comercio de importación y exportación se ha resentido de las condiciones adversas que pesan sobre el país, á consecuencia de malas cosechas y la decadencia de la minería de plata. Se espera que el incremento que toma la explotación del estaño, unido á mejores años agrícolas, hagan cambiar favorablemente la situación. En efecto, la exportación de estaño es cada vez mayor.

La Oficina nacional de inmigración, estadística y propaganda geográfica ha terminado la formación del censo general de la República, obteniendo como cifra total la de 1.816.271 habitantes.

El ramo de colonización requiere ahora del gobierno cuidados muy preferentes. Es indispensable y de urgencia adoptar un sistema que no sólo responda á las necesidades que se presentan, sino que fomente el progreso de los territorios que, por su riqueza y extensión, constituyen el porvenir de Bolivia. Sería criminal dejar pasar un día sin prestar á ellos la atención que demandan de los Poderes públicos, pues es axiomático el principio de que los territorios extensos poco poblados y que la acción del Estado no alcanza á proteger, se vuelven un día contra la nacionalidad. Así ha sucedido en el Litoral y en el Acre.

El régimen político que impera en el Beni, establecido por el presidente José Ballivián como ensayo, cuando contaba con numerosa población, preparada para la vida culta por los Padres Jesuítas, ha cambiado de aspecto. La población ha disminuído por su alejamiento á las gomeras del Noroeste, y los pueblos languidecen por falta de actividad comercial é industrial.

En el actual territorio de Colonias son nominales las garantías que la Constitución otorga á los ciudadanos. Las relaciones entre el capital y el trabajo, ó sea entre los patronos y sus peones ó contratistas, no se hallan establecidas sobre los principios de la libertad del trabajo y los preceptos de la justicia. Tal estado de cosas puede producir un día una huelga sangrienta, que es necesario prevenir. La transformación no puede hacerse de un golpe; pero el general Pando recomienda que se prepare con tiempo y que se lleve á cabo con suma prudencia, para armonizar los actuales intereses industriales con un régimen más conforme con la civilización.

***

El 8 de septiembre, el presidente cesante señor Romaña hizo entrega del mando supremo de la República peruana al presidente electo D. Manuel Candamo.

La solemne ceremonia se verificó ante el Congreso presidido por el del Senado D. Antero Aspillaga, quien recibió del Sr. Romaña las insignias de la más alta magistratura del Estado y las pasó al señor Candamo, después de haber éste prestado juramento.

Los últimos votos de Romaña, expresados en el breve discurso que pronunció, fueron por la felicidad de la patria y por la ventura personal del nuevo presidente, que hoy encarna las esperanzas de la nación.

***

La irritante reclamación de la «Salvador Comercial C.°» y de otros ciudadanos yanquis, conocida con el nombre de «Asunto Burrell,» va á ser satisfecha, con las posibles y relativas ventajas que ha logrado el gobierno del Salvador. El capital que el laudo les reconoció se reduce á un 67 por 100 pagadero á razón de 50.000 pesos oro americano, cada año, con el interés del 6 por 100 hasta la cancelación definitiva.

El famoso laudo de 8 de mayo de 1902 fué un verdadero ultraje á los derechos de la República del Salvador. Como el Dr. Luis von Bar, miembro del Tribunal de Arbitros de La Haya, declaró en razonado dictamen, aquel laudo era completamente nulo: en primer término, «por graves vicios de fondo, á saber, carencia de motivación ó sea de exposición razonada de motivos ó fundamentos del fallo, y vicio substancial, consistente en no haber estudiado cosa alguna acerca de las deudas de la Sociedad; y en segundo, de una manera especialísima é incontrovertible, por extralimitación de los árbitros en el desempeño de su cometido.»

Sin embargo, el actual gobierno del Salvador, procediendo con exquisita corrección, ha considerado como deber de honor cumplir las decisiones del Tribunal de arbitraje, por injustas que sean. Ha instado y conseguido la deducción indicada, y procura ahora arbitrar los recursos necesarios para satisfacer la obligación.

La primera anualidad ha de pagarse en mayo próximo, y con este objeto y el de reconstruir el Palacio Nacional el presidente acude al Congreso, convocándolo á reunión extraordinaria. El mensaje de aquél se leyó en la sesión del 4 de septiembre. Proyéctase un empréstito de un millón de pesos oro y la creación de varios nuevos impuestos, y se pide también autorización para cancelar en masa la reclamación Burrell, caso que los interesados concedan compensaciones suficientes á ese sacrificio.

***

El gobierno dominicano tiene ó tenía un proyecto cuya ejecución habría de contribuir poderosamente al engrandecimiento de esa República. Se trataba de establecer puertos francos y declarar la neutralidad de las aguas dominicanas. Pero todo cuanto pueda influir en beneficio de la riqueza y bienestar de los Estados independientes de las Antillas y de Centro América, suscita la resuelta oposición de los yanquis, quienes se han apresurado ahora á imponer su veto al propósito de aquel gobierno, so pretexto de que, si llegaba á realizarse, los barcos de guerra europeos podrían surtirse de carbón en los puertos de Santo Domingo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Taller de Ignacio Zuloaga en Eibar

IGNACIO ZULOAGA

Al honrar hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con la reproducción de algunas de las más importantes obras de Ignacio Zuloaga, á quien el jurado internacional de la Exposición de Venecia acaba de otorgar la gran medalla de oro, hemos de comenzar doliéndonos de lo poco apreciado que es generalmente en España tan genial artista. Cierto que, según antiguo refrán, «nadie es profeta en su tierra;» pero son tantas las excepciones que este refrán tiene en nuestra misma patria, en donde muchas veces se ha hecho justicia al verdadero talento y no pocas se ha encumbrado hasta la celebridad á simples medianías, que es más de lamentar que tal proverbio resulte exacto tratándose precisamente de quien más digno es de que con él no rezara un dicho tan injusto.

Para que se vea cómo se juzga en el extranjero á nuestro ilustre compatriota, copiamos á continuación la mayor parte de un artículo que acerca de él ha publicado el notable crítico inglés Mr. Enrique Frantz en una de las más importantes revistas artísticas londinenses.

Después de una introducción en que señala el hecho de haber quedado interrumpida á la muerte de Goya la gran tradición de la escuela española, la de los Velázquez, Murillo y Zurbarán, he aquí lo que dice del eximio pintor á quien desde estas columnas enviamos nuestro saludo más cariñoso y nuestro aplauso más entusiasta.

Ahora, en estos últimos años, parece que el vigoroso y rudo espíritu de aquellos grandes maestros se ha encarnado en un joven pintor que es ya la admiración de la *élite* intelectual de Europa, y de algunas de cuyas composiciones tienen ya conocimiento nuestros lectores por haber sido reproducidas en estas páginas. Pero exagero un poco al decir que este renovador de la pintura española, este artista que posee hasta la medula las características de su arte nacional, ha sido comprendido y admirado en *toda* Europa. Hay un país que obstinadamente ha cerrado sus ojos para no ver á ese genio naciente, y es su propio país, ¡España! El hecho de que los artistas organizadores de la sección española en la Exposición de 1900 rechazasen las telas de Zuloaga, constituye seguramente una prueba más de lo que decimos. Si el caso no estuviese sobradamente comprobado, podría uno resistirse á creer que fuera por tal modo desautorizado el pintor de mayor personalidad en España, y si lo refiero, es porque tiene un final muy curioso. Inmediatamente después de rechazados por los jueces sus dos cuadros, envióles Zuloaga á la Exposición de la «Libre Esthétique» en Bruselas, donde produjeron verdadera sensación, como había sucedido el año anterior con otras obras suyas en el Salón de París, y ambos fueron adquiridos por Galerías artísticas; uno de ellos está en la de Bruselas, y el visitante que hoy lo admira allí, sin que le ocurra que ocupe lugar indebido al lado de las obras maestras del pasado, lee, con no poca sorpresa, en su marco, que esta tela fué rechazada en la Exposición Universal de 1900.



IGNACIO ZULOAGA, fotografía de Panapoa, de Burdeos

No eran, sin embargo, las

dos ya citadas las primeras producciones de Zuloaga; y al exponer la monstruosa injusticia que con él ejecutó su país natal – cuando diez y siete Galerías europeas se enorgullecían con poseer obras suyas – nos abstuvimos de hacer referencia desde luego á los comienzos del artista, explicando cómo y bajo que influencias y sucesivas gradaciones se desarrolló su genio é indicando el atavismo de que se deriva su soberbia naturaleza artística.

Hemos observado anteriormente que Zuloaga es, sa casa del siglo diez y seis, donde todo hablaba del pasado, teniendo muy cerca una hermosa iglesia y rodeada de muchos otros recuerdos antiguos, todo lo más á propósito para inspirar al joven el amor á la España de antaño. Pero mientras aprendía á estimar á los artistas de otros tiempos, tenía también Zuloaga ocasión de estudiar la vida que palpitaba en rededor suyo. Eibar no es por ningún modo una ciudad muerta, y los obreros empleados en las fundiciones, las corridas de toros y las fiestas de toda cuanto podamos y con toda nuestra entereza la leyenda que ha circulado de que Zuloaga *imitaba* y hasta *copiaba* á los maestros antiguos.

Conviene que conste, y lo afirmamos por saberlo de los propios labios de Zuloaga, que jamás nuestro artista asistió á Academia alguna, ni siquiera copió una sola pintura de un maestro antiguo, por más que sea éste el ejercicio *par excellence* de todo artista fiel á la tradición. Todos los estudios firmados por Zuloaga han sido hechos directamente del natural.



Requiebro picante, cuadro de Ignacio Zuloaga

por la misma esencia de su talento, español genuino, siéndolo ya por su ascendencia: desciende de antiguo linaje ibérico, y por sus venas circula pura la sangre de sus antepasados. Nació Ignacio Zuloaga en Eibar, en el rudo país vasco, del que puede decirse que dota á sus hijos con todo lo que constituye energía y audacia. Su abuelo fué director de la Armería de Madrid y un maestro en cuanto se relaciona con el arte metálico. Plácido Zuloaga, su padre, es el gran artista damasquinador, célebre en todo el mundo, como el hombre que ha logrado revivir una industria artística en la que tanta fama alcanzó su país en tiempos pasados; ha fundado una Escuela, de la que continúa siendo el indisputable maestro, y el monumento de Prim en Atocha es demostración evidente de su maestría sin rival. El tío de nuestro artista, Daniel Zuloaga, ha producido, en Segovia, un renacimiento en la cerámica análogo al que debe Eibar á Plácido en la damasquinería.

Educado en tal medio ambiente, llevando un nombre ya célebre y con tan hermosos ejemplos de independencia artística ante los ojos, nada más natural que el joven Zuloaga alcanzase también la ambición de ser «alguien» él mismo; lo extraño habría sido lo contrario. Pasó sus primeros años en la antigua y pequeña ciudad de Eibar, en una delicio- clase, con el constante movimiento y bullicio de las gentes, son espectáculos que tienen atractivo para el ojo del pintor y además le proporcionan de continuo nuevo material de observación.

Esas dos influencias – el arte antiguo y la vida moderna – forman el verdadero punto de partida y puede decirse la base esencial del talento de Zuloaga. Con fervoroso apasionamiento ama nuestro artista á los maestros antiguos de su tierra, cuya labor conoce perfectamente; y tanto es así, que, á fuerza de rebuscar en todas partes, ha logrado reunir una colección de cerca de 300 cuadros españoles, resultando una de las más completas que se pueden ver en parte alguna. En ella contemplamos á Zurbarán al lado de Del Mazo, á Pantoja de la Cruz con Herrera y á Morales con el Greco cuando nos fué enseñada recientemente por el mismo Zuloaga.

También posee éste varios Goyas, siendo uno de ellos *(Retrato de un hombre)* el que, expuesto en Viena, produjo tal admiración que se ofrecieron 80.000 coronas por él, cuando sólo había costado 3.000 pesetas en Madrid al artista. Ese cariño, de que Zuloaga hace incesante alarde, por los grandes maestros de la pintura española, y en particular por Velázquez y Goya, ha sido causa de cierto extravío de la opinión, y no nos perdonaríamos si dejáramos de aprovechar esta oportunidad para desvirtuar en Además, basta examinar con alguna detención sus cuadros para convencerse de que la técnica difiere muy marcadamente de la de Goya, á quien se supone ser su maestro favorito.

No; Zuloaga rinde culto á todos los grandes artistas de España, pero sin imitarlos: mas, como es de la misma sangre y de la misma raza, su arte contiene necesariamente algunos de los ideales y de las características, á la par que la misma concepción general de las cosas que encontramos en las obras de aquéllos. ¿Habría merecido él dignamente el dictado de «gran pintor español,» que no sólo le otorgamos nosotros, sino que le otorgan también Muther, Paul Kurth (de la «Neue Freie Presse»), Arsène Alexandre y Gustave Geffroy, si no se mostrase, al igual que sus predecesores – nos referimos á los que precedieron á Goya, no á los posteriores del siglo XIX, – practicando la honradez y la sinceridad en el arte, amante de los contrastes y ferviente observador del carácter? Todo esto lo encontramos en el arte de Zuloaga, y por lo mismo, podemos con toda justicia asociar su nombre á los de los grandes maestros españoles, á quienes no copia, volvemos á afirmar.

Hay otro punto de analogía entre aquellos y Zuloaga; nos referimos á la representación de ciertos tipos, de algunas caras que también encontramos



COQUETERIA DE GITANA, cuadro de Ignacio Zuloaga

en las obras de los pintores antiguos. Pero no creemos que sea necesario insistir en que esos tipos y esas caras no los conoció primero el artista en los cuadros expuestos en Museos y Galerías, sino en el mundo real que le rodeaba. En su propia región, res de la moderna Venecia, ó al igual que las mujeres de los barrios más humildes de Amsterdam, por ejemplo, al retrato de Saskia por Rembrandt. Tendrán las figuras de Zuloaga ciertas afinidades con las de los grandes maestros españoles, pero también en tiempo de Goya; cuando reproduce la flor de la *Tuna*, la bohemia sevillana; cuando su pincel «fija» aquel mundo estrambótico de hambrientos desarrapados, pilletes, enanos, mutilados y contrahechos; cuando pinta los demacrados ascéticos, á la manera



Gitana, cuadro de Ignacio Zuloaga

que ha conservado sus atractivos característicos de antaño, le era dable volver á ver, á cada paso, las formas y los trajes que fueron el encanto de sus maestros.

No debe olvidarse que los personajes que nos presenta hoy el artista con tan vivo sentimiento de la realidad, son los nietos de aquellos que aún viven en las grandes colecciones artísticas; se parecen mucho unos á otros, como las Venus y las Dogaresas de Ticiano y Veronese se asemejan á las mujeacusan vida propia y totalmente independiente, como procuraremos demostrarlo. En el cuadro expuesto en el Salón de 1903 y al que el mismo autor denominó *Un mot piquant*, nos llamó la atención una cabeza de labriego muy parecida á una de las del famoso lienzo *Los Borrachos;* pues la explicación de esta coincidencia no puede ser más sencilla: Zuloaga encontró su modelo en los campos de Sevilla. Del mismo modo, cuando él pinta sus mujeres, admirablemente envueltas en sus mantillas, tal como de Zurbarán, ó los altaneros nobles como los de Greco, ó cuando nos introduce en la brillante y abigarrada sociedad de manolas y toreros, permanece siempre fiel á la absoluta realidad, á la pura impresión de lo que él ha visto.

Cuando Zuloaga comunicó á su familia que tenía el propósito de hacerse pintor, encontró al principio tenaz resistencia de parte de aquélla. Pero decidido á lograr su objetivo á todo trance, trasladóse á París para procurar abrirse puesto allí entre el mundo

del arte. Durante algunos años tuvo que luchar en medio de las dificultades más amargas, y hubo momentos en que se vió en situación muy vecina á la miseria; no desmayó, y siguió luchando con todas sus energías, emprendiendo los trabajos más duros, pero siempre sin consentir que los traficantes, que de muy buena gana le habrían desembarazado de sus lienzos, se los llevasen como por limosna. Estaba en París, mas teniendo continuamente á España ante sus ojos; y ya fuera que entre sus paisanos encontrase modelos adecuados, ya que aprovechase bosquejos hechos antes de abandonar su patria, el caso es que siguió pintando tipos españoles. Presentóse por primera vez al público en el Salón de 1898 con su *Retrato de la abuela del artista* y el de *Don Pedro* el enano. Luego vino de golpe la fama, cuando exhibió en el Salón del Campo de Marte un lienzo representando algunas mujeres españolas con un perro. En pocos días fué proclamado Zuloaga, por fallo universal, como uno de los maestros del arte contemporáneo. Su cuadro fué adquirido por el Museo del Luxemburgo, y críticos entusiastas de periódicos y revistas propagaban en el extranjero la fama del joven artista, en quien había revivido la gran tradición del arte español. «M. Zuloaga - dice M. Gustavo Geffroy al hacer la reseña del Salón de 1899 - tiene la rudeza, la gracia agreste de Goya. No ha logrado el artista fundir en agradable armonía su fondo con sus figuras; pero esas figuras - aquel hombre solemne, aquellas alegres morenas engalanadas con rosas amarillas - son del todo inolvidables. La altivez sombría y desdeñosa, la ingenuidad del sentimiento, la brillante gracia de la forma, ojos chispeantes de picaresca promesa, una regocijada boca de mujer que ha conservado la alegría animal de la niñez, todo eso vemos palpitante,



Bebedores segovianos, cuadro de Ignacio Zuloaga



LA VISPERA DE LA CORRIDA, cuadro de Ignacio Zuloaga



UNA CORRIDA DE TOROS EN MI ALDEA, cuadro de Ignacio Zuloaga

y viviente en la pintura tersa y elevada de M. Zuloaga.»

Por más que en 1900 – según ya dijimos – no fuera admitido Zuloaga á la Exposición Universal, algunas personas privilegiadas tuvieron ocasión de admirar los cuadros rechazados, en el taller del artista, durante la corta estancia que éste hizo entonces en París. Allí vimos, poco antes de ser enviados á la *Libre Esthétique,* tres notables composiciones. Una de ellas, la «Corrida de toros en mi pueblo,» pintada con los fuertes contrastes y el valiente colorido de siempre, era un soberbio estudio de la vida popular en España é interpretación totalmente nueva de un asunto tan á menudo tratado por manera artificiosa y ya muy gastada. En otra ha recogido Zuloaga todo lo que hay de característico y pintoresco en la muchacha española del tipo más degradado; en esas infelices, cubiertas de afeites y de atavíos llamativos, con sus aterciopeladas miradas, sus gestos provocativos y sus flexibles actitudes, consigue el artista descubrir fascinación y hasta delicada gracia. Una de esas muchachas, en particular, atrae la mirada por la manera como ha sido sorprendida en su más característica postura, levantándose la falda con la instintiva gracia de una española y enseñando el pie, y mientras juguetea con el abanico, ha dejado caer la mantilla hasta más abajo de la cintura y parece atisbando á aquel á quien busca.

El cuadro á que acabamos de referirnos fué expuesto en Berlín en septiembre del mismo año, juntamente con una colección de varios otros de nuestro artista. Figuraba entre ellos uno de mucho carácter también; el retrato del poeta D. M., de Segovia, que se nos presenta seco y ascético, por el estilo de los hidalgos castellanos del siglo XVI, envuelto en larga capa, pero de manera que se puede ver el hombro rojo del traje del país, apoyándose con la mano derecha en un bordón, mientras que en la izquierda lleva un rollo de papel con sus versos, como es de suponer.

En 1902 exhibió Zuloaga en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París un cuadro que, por sus dimensiones, resulta uno de los de mayor empeño que ha pintado. Se titula *Paseo después de la corrida de toros,* y es un lienzo admirablemente compuesto, con grupos de figuras sobre fondo de tonos grises. La mirada se detiene con cariño contemplando la excepcional riqueza de la ejecución y en algunos trozos aislados de la obra, que son verdaderamente de primer orden, pero que tienen parte y relación debidas en el conjunto; obra notable, no sólo por el paisaje, al que raras veces se atreve Zuloaga, esencialmente pintor de figuras, sino también por el relieve de todos los personajes.

Aunque Zuloaga se vale, por lo general, de la coloración sombría (la variedad y la delicadeza de sus negros y grises resultan á menudo asombrosas), á veces nos recrea la vista con algún trozo de colorido brillante y variado. Muestras notables de éste son los tres cuadros que expuso en el Salón de 1903. En ellos celebra el artista á las jóvenes de Sevilla, más acicaladas y con mayor afición á lo fastuoso y á los colores que las del país vasco.

Y con lo expuesto quedan apuntados algunos de los aspectos reveladores de las grandes dotes de Zuloaga. Este pintor, verdaderamente español, cuyas obras todas revelan su profundo amor á la vida y su maravillosa facultad de sentirla y exteriorizarla en todas sus manifestaciones, ha producido ya ochenta cuadros, muchos de los cuales ocupan lugar conspicuo en las colecciones de Bruselas, Gante, Viena, Berlín, Stuttgart, Budapesth, Posen y Venecia.

Y si tenemos en cuenta que el artista que pinta con tan magistral facilidad no pasa de los treinta y tres años de edad, parécenos que, sin vacilación alguna, podemos incluirle entre las más altas personalidades artísticas de nuestro tiempo; y honrándole, honramos en él al restaurador de la gran pintura española y al digno sucesor de nuestros más preciados y más gloriosos maestros.

HENRI FRANTZ.



TEODORO MOMMSEN, ilustre historiógrafo, filólogo y epigrafista alemán, † en 1.º de los corrientes

TEODORO MOMMSEN

El eminente historiador y epigrafista alemán que á la edad de ochenta y seis años acaba de fallecer en Charlottenburgo, había nacido en Garding (Sleswig), en donde hizo sus primeros estudios bajo la dirección de su padre; estudió luego en el gimnasio de Altona y en la universidad de Kiel, y después de un período muy difícil, emprendió un viaje por Francia é Italia, subvencionado por la Academia de Berlín. De regreso en su patria, en 1848, fué nombrado profesor extraordinario de Derecho en Leipzig, y destituído en 1850 de este cargo á consecuencia de la parte que tomó en el movimiento revolucionario. Sucesivamente fué profesor de las universidades de Zurich, Breslau y Berlín, y en 1874 se le nombró secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de esta última capital. Desde 1873 á 1882 formó parte de la Cámara de Diputados, en donde no se distinguió ni como orador ni como jefe de partido. Teodoro Mommsen debió principalmente la grande y merecida fama de que universalmente goza á su sólida ciencia como filólogo, epigrafista é historiador. Su potente inteligencia, su laboriosidad y su penetrante espíritu observador le permitieron levantar verdaderos monumentos de erudición, tales como su grandiosa *Historia Romana*, su *Corpus inscriptionum latinarum*, el *Corpus inscriptionum neapolitanarum*, el *Derecho público romano* y otras no menos interesantes. Pertenecía á las principales academias y sociedades científicas de su patria y del extranjero y era, desde hacía tiempo, caballero de la Legión de Honor.

Bellas Artes. – SALÓN PARÉS. – Bien ha inaugurado la serie de exposiciones el Salón Parés. Si por la copiosa colección de obras que se han exhibido y por la importancia y significación de algunas de ellas debiera juzgarse, legítima sería la satisfacción de todos cuantos se interesan por el progreso y desenvolvimiento artístico de nuestra ciudad. Parece como si reverdecieran los buenos tiempos de aquel local, centro en donde tantos artistas se han dado á conocer y á cuyo calor se ha formado, por medio de la emulación y el estímulo, ese núcleo que ha asignado á Barcelona el alto concepto de centro importantísimo de la producción artística peninsular.

Los cuadros al óleo del joven pintor Sr. Isern y Alié han comenzado la serie de las exhibiciones, manifestándose afiliado á la escuela impresionista, sincero y estudioso, puesto que todas y cada una de sus obras son evidente demostración de un noble empeño y del decidido propósito de expresar el ideal que el artista persigue. En la capital de la vecina nación se ha nutrido, y por eso tienen sello especialísimo sus cuadros que reproducen pormenores y tipos.

Animadas controversias ha producido la copiosa exposición organizada por el Sr. Gosé, antiguo discípulo de nuestro querido y malogrado amigo y compañero José Luis Pellicer. Difícil es expresar, en breve espacio, el concepto que sugiere el conjunto de tan nutrida exhibición, puesto que el encanto de las tonalidades se confunde con las actitudes y contornos de las figuras sorprendidas en determinados momentos, en que el artista fustiga con espíritu ático ó interpreta con cierta libertad tipos y escenas transpirenaicos.

Justamente llamó la atención de los inteligentes el Sr. Ros y Guell, por medio de sus recomendables cuadros al óleo y acuarelas, que presentan á la naturaleza en toda la grandiosidad: el poético encanto que concibe la imaginación del artista, utilizando líneas, contrastes y efectos con gallardía y cariño.

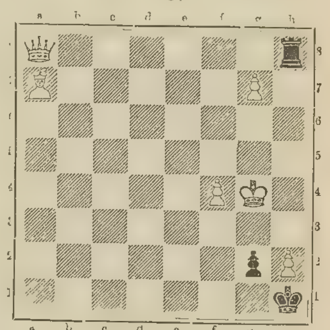
Notable y digna de mención es la exhibición realizada por la señorita Luisa Vidal, que si no hubiese demostrado su valía en otras ocasiones, bastarían las obras expuestas para acreditarla como artista de temperamento. Todos y cada uno de sus cuadros y dibujos revelan la tendencia sana y la firmeza que no se observa en otras producciones feministas.

El conocido pintor Carlos Vázquez ha expuesto á su vez una colección de preciosos cuadritos pintados al pastel, dechado de buen gusto y que descuellan por la elegancia y distinción, preparando otra exhibición de cuadros al óleo, algunos de ellos interesantísimos estudios, resultado de la reciente excursión veraniega á Suiza.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 345, POR S. MAGNER.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 344, POR K. FRIEDER.

Blancas.	Negras.
1. b7 – b8 (T)	1. Rh1 – h2
2. Tb8 – b3	2. Ad1 x e2 jaque.
3. g2 – g4 mate.	

VARIANTE.

2. ... Rh2 – h1; 3. Tb3 – h3 mate.



Ramón recorrió por vez postrera el buque

EL BLASFEMO

POR F. MORENO GODINO

ILUSTRACIONES DE G. PUJOL HERMANN

El mar está lleno de leyendas maravillosas y terribles, que los marineros se cuentan unos á otros durante sus breves ratos de descanso en los monótonos días de las largas navegaciones. El golfo pérsico tiene la leyenda del *Piloto verde*, pirata espantable en un buque gigantesco, que impulsado por la atracción de una inmensa montaña de imán, fué á clavarse en ella como un alfiler en un acerico. Aún vaga por los mares del trópico en su fantástico navío el *Cazador holandés*, que es el Judío errante del Océano; pero de todas estas narraciones ninguna hay tan extraña, tan sombría ni tan espantosa como la de Ramón Pardo, el condenado de las regiones árticas.

Hela aquí.

I

El día 24 de agosto de 181..., la fragata española mercante y ballenera *Ballena*, de la matrícula de Santander, aprovechando la brisa que acababa de levantarse, levó anclas á la caída de la tarde y salió del puerto de Bergen.

El dueño y capitán de la *Ballena* se llamaba Ramón Pardo, y era natural de Ribadeo en Galicia. Había heredado la fragata de un tío suyo, marino también, y al cual desde niño había acompañado en todas sus navegaciones.

El buque fué bautizado con el nombre de *Inmaculada Concepción;* pero después tomó el de *Ballena*, porque así le plugo á su segundo propietario Ramón Pardo, que en su impiedad y descreimiento *no quería nada que oliese á vírgenes ni á santos*, pues el tal Ramón era un tipo extraño, mucho más en aquel tiempo en que no había cundido tanto como en el actual en Galicia la despreocupación religiosa.

Ramón Pardo de dos en dos años se trasladaba con su buque á los mares del Norte, antes de comenzar la pesca de la ballena, y hacía el comercio de pescados, pieles y otros artículos entre la antigua y moderna capital de Noruega, admitiendo además pasajeros.

La *Ballena*, pues, salía de Bergen con rumbo á Cristianía. Era una hermosa fragata de grandes condiciones marineras, de mucho andar, y cuya reputación estaba bien sentada en aquellos mares, en donde se la conocía quizá más que en las costas de España. Su capitán Ramón Pardo era un hombre casi alegre y casi afable cuando estaba tranquilo y satisfecho, si bien es verdad que en cuanto experimentaba la más ligera contrariedad, se agriaba su natural irascible, hasta el punto de hacerse insoportable.

Por lo demás, repetimos que la reputación del buque español estaba bien cimentada, pues la *Ballena* tenía una cualidad que inspiraba confianza á todo el mundo.

A buen caballo, buen jinete; á buen buque, buen capitán, y la *Ballena* tenía por capitán á Ramón Pardo, uno de los más bravos é inteligentes marinos que podían hallarse, no sólo en la costa de Santander, sino también desde Nortlan hasta Wardus, puesto que habiendo pasado la mitad de su vida en los mares polares, era tan conocedor de ellos, que parecía haber presenciado el génesis de sus aguas.

Así es que los traficantes le confiaban con plena seguridad sus mercancías, y no faltaban nunca pasajeros á bordo de la *Ballena*. Porque en toda la costa de Suecia, Noruega y Dinamarca hubieran creído más fácilmente que el viento se había llevado la catedral de Upsal, que en un naufragio de la *Ballena* mandada por el capitán Ramón Pardo.

Éste, orgulloso de su buque, le veía con satisfacción cubrirse de velas conforme íbase alejando del puerto, y cuando hasta las barrederas se desplegaron graciosamente en el extremo de los mástiles, como blancos pañizuelos, el capitán, que estaba junto á la caña del timón, se frotó alegremente las manos y volviéndose al timonel dijo chanceándose:

—Olao, puedes echar un sueño; por hoy no te necesitamos; hemos admitido á nuestro servicio al viento de popa.

El capitán tenía razón para hallarse satisfecho; el cielo estaba despejado; la mar, aunque gruesa, igual, y la brisa, hinchando toda la lona de la fragata, hacíala volar sobre el oleaje.

Dos horas antes del ocaso del sol apareció en la zona del Norte una ligera nube, que fué tomando cuerpo lentamente.

—¡Hola!, exclamó el capitán observando el nublado; parece que va á cambiar el viento.

—Nordeste, capitán, dijo el contramaestre de la *Ballena*.

—Así parece, contestó aquél; pero todavía tardará.

Por primera vez quizá en su larga vida de marino iba á equivocarse el capitán Ramón Pardo. Al comenzar el crepúsculo nocturno, el viento, que era Sudeste, se hizo Nordeste, obligando á los pasajeros que estaban sobre cubierta á bajar á sus camarotes.

—¡Demonio!, exclamó el capitán; esto es extraño; nunca he visto cambios tan bruscos en esta latitud y en tal estación.

Y luego gritó:

—¡Timonel, la barra á estribor!

La fragata tuvo que barloventear, acortando su marcha, lo cual era un ligero percance nada más.

Esta repentina mudanza de viento fué la primera sorpresa del capitán español. Entre tanto la nube, que había adquirido dimensiones colosales, avanzaba con pasmosa rapidez, aumentando la sombra nocturna que ya caía sobre el mar. Ramón la observaba con inquietud, porque aquel inmenso nublado cerrado como el de la tempestad, sin el ruido lejano del trueno, sin relámpagos, sin ninguna de las señales que anuncian las borrascas, le sobresaltaba como un enemigo oculto y desconocido.

II

Súbito, el viento arreció de una manera espantosa; los mástiles de la *Ballena* crujieron con un ruido singular.

—¡Descargad, descargad!, gritó el capitán. ¡Abajo todo, dejad sólo la gavia y entablad la mesana!

La orden fué obedecida, y la fragata, antes tan rica de velas, quedó casi en esqueleto.

Los masteleros encorvados volvieron á enderezarse.

—Capitán, preguntó el timonel, ¿sigo el viento?

—¿Y qué has de hacer, ¡rayo de Dios!, si no hay medio de resistirle?

—¿Qué es esto, capitán?, preguntó á su vez el contramaestre.

—Es Dios, que deja hacer á una legión de demonios, que cambian las latitudes, que adelantan las estaciones y que han trasladado los infiernos al mar.

El viento redobló su violencia

—Llévenme los susodichos, añadió Ramón Pardo, si este maldito huracán no viene del Awa. ¿No ves el color aceitunado de la nube?

Cerró completamente la noche.

El capitán, aunque contrariado y nervioso, estaba hasta cierto punto tranquilo; aquel cambio de rumbo era nada más que pérdida de tiempo: por otra parte, esperaba que el Nordeste no fuese durable.

La primera falta en una mujer suele originar otras muchas; la primera equivocación del capitán Pardo no fué más que el preludio de algunas otras en que incurrió después.

No obstante, debemos decir en honor de la verdad que fué necesaria una concatenación de fenómenos para que el experimentado marino se engañara.

El viento arreció sin que se presentara señal alguna de tempestad, y la fragata, impelida hacia el Norte, bogaba con pasmosa rapidez.

Todos los pasajeros, que sintieron el brusco cambio de temperatura y los gritos y juramentos del capitán, subieron á la cubierta sobresaltados, quedándose mudos de terror ante el aspecto de aquella obscurísima noche; sus ávidos ojos vagaban en todas direcciones por la inmensidad del mar y del cielo, anhelando encontrar un punto luminoso. En todos los sitios, en cualquiera situación de la vida, donde hay luz hay casi alegría; pero la noche, sobre todo en el Océano, es horrorosa.

El frío comenzaba á molestarles gravemente, haciéndoles apiñarse unos á otros para darse mutuamente calor; y sin embargo, presintiendo un peligro, no se atrevían á bajar á los camarotes; y como fascinados contemplaban aquella obscuridad mezclada con un resplandor lúgubre, pesada como el sepulcro, negra como un precipicio, que agobiaba su cuerpo y llenaba su espíritu de perturbaciones extrañas. Era aquello lo limitado y lo ilimitado, juntos en un caos.

III

El viento Nordeste, contra la creencia del capitán, no cesó en toda la noche.

Llegó el día, ó mejor dicho, un crepúsculo de luz asomando por entre un cielo plomizo, y la fragata siguió bogando en la misma dirección.

Ramón comenzaba á inquietarse seriamente.

El frío había obligado á los pasajeros á bajar á los camarotes; en cuanto á los hombres de la tripulación, estaban medio helados.

Afortunadamente, toda maniobra era innecesaria y casi imposible.

Así pasaron aquel día y la noche siguiente.

La fragata habíase internado un sin número de millas en la latitud septentrional.

El tercer día la *Ballena* navegaba entre una densa niebla que cubrió su puente de un gran témpano de escarcha.

– Capitán, dijo el contramaestre acercándose sobresaltado á Ramón Pardo, vamos al cabo Norte; los hielos eternos nos esperan.

– Aún no; el mar no se congela hasta fines del mes próximo.

El capitán tenía razón; pero en esta ocasión se equivocaba.

– ¡Capitán!, gritó un gaviero; parece que cede el temporal.

Con efecto, el viento perdió una parte de su fuerza, pero siguió soplando hacia el Norte.

A la media noche sólo se sentía una brisa muy leve; pero arreció el frío de tal suerte, que los faroles del buque, helado su combustible, estaban apagados.

La obscuridad era completa.

– ¡Cargad el velacho, desplegad la gavia!, mandó el capitán.

Por medio de esta maniobra, Ramón, poniéndose al pairo, quiso aprovechar el escaso viento, separándose en lo posible de la dirección Norte, y en cierto modo lo consiguió; pero la brisa era tan tenue, que la fragata adelantaba poco.

Entre tanto el inteligente marino pretendía sondear las tinieblas con su mirada. Todo en vano; ni una estrella en el cielo, ni una ráfaga de luz sobre el Océano.

Eran dos noches compenetrándose.

Envueltos en esta tiniebla bogaron penosamente cuarenta millas. Dos horas antes de amanecer, Ramón, que se inclinaba con ansiedad sobre la borda para explorar el mar, notó una cosa extraña. El viento era constantemente el mismo; pero el oleaje lejano, que siempre, aun en la mayor obscuridad, se hace notar en el Océano, parecía haber cesado.

El mar semejaba una inmensa llanura. Sobre ella veíase confusamente una cosa blanca á trechos, como la niebla matutina en los países cálidos.

En cambio, sin aumentar el viento, aumentaba el oleaje alrededor de la fragata.

La tripulación estaba admirada.

El capitán comenzaba á comprender; la sorpresa, la ira y la inquietud se marcaban alternativamente en su semblante.

Mandó encender los faroles; en balde: el frío era cada vez más intenso.

Aquella cosa blanca observada en la lejanía iba avanzando por la parte de popa y por la banda de babor. Rastreaba sobre el mar, parecía una inmensa sábana desarrollada por una mano gigantesca. Casi de repente aumentó el oleaje cercano, cesando en seguida.

El buque disminuía su marcha, como si navegase sobre un mar de poco fondo. Había cada vez más tensión en las velas y más curvatura en los masteleros.

Ramón lo comprendió todo, y cerrando los puños como amenazando al cielo, prorrumpió en una interminable serie de juramentos y blasfemias.

Atraídos por sus voces, asomaron por la escotilla algunos pasajeros asustados, entre ellos la señora Smit, viuda de un comerciante de Bergen y única representante del sexo femenino entre los viajeros de la *Ballena*. Al oir al capitán se quedó horrorizada; pero luego se adelantó pausadamente hacia él diciéndole:

– Callaos, desgraciado; ¿no comprendéis que vuestra lengua maldita va á atraer sobre nosotros la cólera de Dios?

– El mismo caso hago yo de Dios que de las brujas que le temen, replicó Pardo. Volveos á vuestro escondrijo ú os arrojo al mar atada á un palo de escoba.

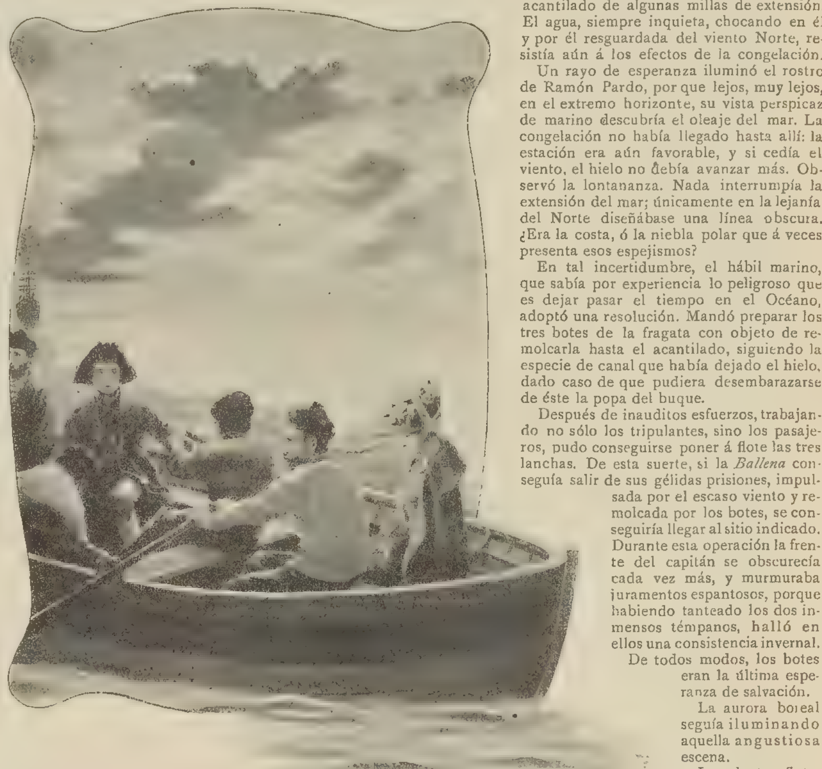
E irritado con esta contrariedad, el capitán arreció en sus juramentos.

Poco á poco se fué calmando, y dijo con voz serena:

– Descargad todo el velamen; ya no nos sirve más que de peligro.

Acabada la maniobra, la tripulación se agrupó alrededor del capitán, presintiendo alguna cosa extraordinaria.

La cosa estaba en el mar; pero además apareció otra en el cielo. Vióse en él una nube más obscura que las otras, de figura de segmento de círculo, que fué cubriéndose poco á poco de un fulgor blanquecino. Abrióse luego la parte interior, mostrando rayos de luz amarillos, encarnados y verdes, que, extendiéndose, formaron una corona luminosa: era una aurora boreal.



Colocáronse todos en los botes

Todas las miradas se alzaron al cielo; sólo las de Ramón Pardo se fijaban en el mar.

– ¡Rayo de Dios!, murmuraba. ¡En el mes de agosto! ¡Es inconcebible!

Momentos después se oyó un grito unánime de angustia. La claridad celeste iluminaba la superficie del mar, y en boca de todos los tripulantes de la *Ballena* sonó esta misma exclamación: «¡El hielo!»

IV

El hielo, sí, el hielo polar, terrible, monótono, irresistible.

Los témpanos colosales, que formando primero islas inmensas, se van uniendo y solidificando.

El silencio y quietud de la ola aprisionada.

El desierto petrificado, la extensión infinita, la cadena colosal para el buque encallado.

El *impasse* de lo inevitable.

La autopsia, permítasenos la frase, de todos los siniestros marítimos, en que el buque, cadáver viviente, analiza el dolor que produce en él el escalpelo.

El hambre, la sed, el escorbuto, el frío.., luego la muerte.

La *Ballena* quedó inmóvil; el hielo enemigo habíala alcanzado. Dos masas enormes uniéndose en la popa encerraron la fragata en un ángulo inmenso.

A la luz de la aurora boreal notábase, empero, una cosa singular; el mar, completamente helado, dejaba un canal bastante ancho por la parte de la proa del buque.

Ramón, familiarizado con los fenómenos, trató de explicarse éste. Tomó su anteojo y miró; en la zona oriental una masa obscura y gigantesca se alzaba sobre el horizonte del Océano.

Aquello debía ser, y era en efecto, un colosal acantilado de algunas millas de extensión. El agua, siempre inquieta, chocando en él y por él resguardada del viento Norte, resistía aún á los efectos de la congelación.

Un rayo de esperanza iluminó el rostro de Ramón Pardo, por que lejos, muy lejos, en el extremo horizonte, su vista perspicaz de marino descubría el oleaje del mar. La congelación no había llegado hasta allí: la estación era aún favorable, y si cedía el viento, el hielo no debía avanzar más. Observó la lontananza. Nada interrumpía la extensión del mar; únicamente en la lejanía del Norte diseñábase una línea obscura. ¿Era la costa, ó la niebla polar que á veces presenta esos espejismos?

En tal incertidumbre, el hábil marino, que sabía por experiencia lo peligroso que es dejar pasar el tiempo en el Océano, adoptó una resolución. Mandó preparar los tres botes de la fragata con objeto de remolcarla hasta el acantilado, siguiendo la especie de canal que había dejado el hielo, dado caso de que pudiera desembarazarse de éste la popa del buque.

Después de inauditos esfuerzos, trabajando no sólo los tripulantes, sino los pasajeros, pudo conseguirse poner á flote las tres lanchas. De esta suerte, si la *Ballena* conseguía salir de sus gélidas prisiones, impulsada por el escaso viento y remolcada por los botes, se conseguiría llegar al sitio indicado.

Durante esta operación la frente del capitán se obscurecía cada vez más, y murmuraba juramentos espantosos, porque habiendo tanteado los dos inmensos témpanos, halló en ellos una consistencia invernal.

De todos modos, los botes eran la última esperanza de salvación.

La aurora boreal seguía iluminando aquella angustiosa escena.

Los botes flotaron, pero faltaba romper las gélidas cadenas que aprisionaban á la fragata. A una orden de Ramón, tripulantes y pasajeros, armados de remos, hachas, cachos de masteleros y de cuanto pudieron encontrar á propósito, comenzaron á golpear sobre los témpanos. A tantos esfuerzos reunidos, el hielo cedió en algunos sitios y elevábase la líquida burbuja que anuncia la blandura; pero á los pocos momentos volvía á solidificarse.

Después de algún tiempo de insistente trabajo, el capitán se convenció de lo inútil de éste y gritó con voz ronca:

¡Basta!

Luego, descompuestas las facciones, poseído de un furor terrible, esputando racimos de bilis, prorrumpió en su acostumbrada serie de frases impías y blasfemias horrendas.

Los pasajeros y hasta los tripulantes estaban espantados. La señora Smit, asomada á la borda, se tapó los oídos y se apoyó en el mastelero de mesana.

V

Por fin Ramón Pardo se serenó y dijo:

– Es forzoso buscar otro medio de salvación, abandonando el buque antes de que se ciegue este canal, pues pensar en invernar aquí sería una locura que concluiría por comernos unos á otros; á no ser, repuso con feroz ironía, que el *Dios bueno* no nos enviase todos los días un nuevo maná. Así, pues, al avío todo el mundo, á los botes, á ver si podemos llegar al acantilado.

Tripulantes y pasajeros provistos de lo indispensable comenzaron á trasladarse á las lanchas. Ra-

món entre tanto habíase sentado en la borda de la fragata con los pies colgando hacia el mar, sacó la pipa, encendióla y presenció la traslación á los botes, lanzando grandes bocanadas de humo.

De vez en cuando escudriñaba con su mirada el buque, desde el petifoque hasta la cangreja, y entonces una vena se hinchaba en su frente y sus ojillos grises se inyectaban de sangre.

Murmuraba palabras ininteligibles.

El contramaestre dijo:

– Ya está listo todo.

Ramón recorrió por vez postrera el buque con su mirada y exclamó amenazando al cielo con la mano derecha:

– ¡Ah, Dios misericordioso! Si yo entendiera tanto de letras como de mar, ¡qué gran libro escribiría contra tí!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció.

Por lo visto Ramón Pardo era uno de esos imbéciles que sólo creen en Dios para maldecirle.

Luego quiso moverse, pero permaneció inmóvil.

Transcurrió un rato. El contramaestre volvió á decir:

– ¿Vamos, capitán?

Ramón no contestó. Seguía inmóvil teniendo la pipa en la mano izquierda y ésta descansando sobre el muslo. Con la mano derecha parecía como que se agarraba á la borda.

Este quietismo comenzó á sobresaltar á todos, porque además los ojos de Ramón Pardo giraban en sus órbitas de un modo singular. El contramaestre, suponiendo que la acción de abandonar el buque había causado alguna emoción en el capitán, dejó la lancha, y andando sobre el hielo se aproximó á la proa de la *Ballena* y casi debajo de Ramón Pardo volvió á decirle:

– ¿Qué es esto, capitán, no nos vamos?

Y como éste continuase en su silencio é inmovilidad, el contramaestre, subiendo sobre cubierta, se acercó á aquél, le preguntó sin obtener respuesta é intentó moverle agarrándole por un brazo, y decimos que intentó moverle porque no pudo conseguirlo á pesar de redoblar sus esfuerzos.

Le tocó las manos recelando que estuviese muerto; pero las manos del capitán abrasaban y además sus ojos seguían moviéndose.

El contramaestre se hallaba azorado.

Asió á Ramón por debajo de los hombros queriendo separarle de la borda; pero ¡cosa inaudita!, parecía que el capitán estaba clavado á ella y que su cuerpo había adquirido la dureza y pesantez de una piedra.

A las voces del contramaestre acudieron algunos marineros, después los restantes y por fin hasta los pasajeros.

Todos juntos, adunando sus esfuerzos, intentaron mover el cuerpo de Ramón Pardo; pero todo fué en vano: era éste como una masa de imponderable peso y parecía estar incrustado á la banda del buque.

Entre tanto la señora Smit rezaba en voz alta y se persignaba; la mayor parte de los pasajeros siguieron su ejemplo: veían en aquello un castigo providencial.

¿Qué hacer? El capitán continuaba inmovible; el canal dejado por el hielo se estrechaba poco á poco. Era necesario llegar lo más pronto posible al otro lado del acantilado. ¿Qué hacer?

Se intentaron los últimos esfuerzos para mover á Ramón Pardo, pero fueron tan inútiles como los anteriores. Algunos pasajeros no quisieron coadyuvar á esta postrera tentativa.

Entonces el contramaestre, haciéndose cargo de lo apremiante de la situación, dispuso la marcha.

Colocáronse todos en los botes. Los remos azotaron el agua, y los náufragos, alejándose de la fragata, contemplaban con ojos espantados al capitán.

Este, entre tanto, continuaba inmóvil y como petrificado; pero sus ojos vivían y lanzaban fulgores siniestros al seguir la dirección de las lanchas.

Cuando éstas se alejaron hasta el extremo de no presentar más que tres puntos negros sobre el canal, el rostro de Ramón Pardo se contrajo en una mueca abominable...

Súbito, la aurora boreal, aquella aurora, la más prolongada que se ha conocido en las regiones árticas, apagó su halo luminoso.

Al año siguiente, después del deshielo, á fines del mes de mayo, una corbeta inglesa que se dirigía á Bergen vió junto á un acantilado colosal un buque al parecer abandonado. Era la *Ballena*.

Probablemente un golpe de mar habíala llevado junto al escollo, porque su bauprés se hallaba hundido en el intersticio que formaban dos peñascales enormes; y quizá á esta circunstancia se debía que aún flotase.

El casco del buque, resguardado por el acantilado, estaba casi entero; no así el aparejo, que presentaba grandes averías.



Seguía inmóvil teniendo la pipa en la mano izquierda

De los palos sólo quedaban la mitad del de trinquete, el mayor, que se tambaleaba, y una pequeña parte del de mesana, el cual se hallaba caído sobre el puente.

Las velas, exceptuando algunas de proa, como el velacho y contrafaque, habían desaparecido ó estaban hechas girones.

La corbeta inglesa destacó una lancha y el capitán mismo registró el buque náufrago.

Junto á la banda de babor encontraron un cuerpo humano tendido en tierra, notando con asombro que estaba momificado. Registrados los bolsillos de la blusa irlandesa que tenía puesta, hallaron en un bote de hoja de lata el nombre de Ramón Pardo y papeles de á bordo.

El siniestro de la *Ballena* había cundido por todas las costas del Norte, divulgado por los tripulantes y pasajeros del buque español, los cuales consiguieron salvarse recogidos al otro lado del acantilado por un ballenero dinamarqués. La señora Smit, especialmente, no sabía hablar más que de aquel terrible suceso y del memorable castigo impuesto al impío capitán Ramón Pardo.

El capitán de la corbeta conocía, pues, la historia de la *Ballena*, y contempló con asombro la momia de aquél.

Lo mejor conservado de los restos del marino español era el rostro. El ojo derecho había desaparecido, dejando un agujero orlado de una costra rojiza; pero el izquierdo estaba casi intacto, así como el resto de las facciones, si se exceptúa uno de los cartílagos de la nariz, que parecía como si estuviese pulverizado.

El capitán inglés hizo trasbordar la momia con grandes precauciones, y llegado á Bergen se la endonó al cónsul de su nación. Fué colocada aquélla en una sala contigua á la estufa del jardín del Consulado sobre una piedra granítica, y sobre ella, por consejo de la señora Smit, se grabó la siguiente inscripción:

MOMIA DEL CAPITÁN MERCANTE ESPAÑOL

RAMÓN PARDO

Castigado de Dios por blasfemo

F. MORENO GODINO.

EL TELÉFONO AUTOMÁTICO

EN CHICAGO

Mientras en nuestras ciudades europeas la paciencia de los que utilizan el teléfono se ve sometida á rudas pruebas cada vez que quieren pedir una comunicación, los norteamericanos están á punto de realizar un maravilloso perfeccionamiento, cual es el de la supresión radical de las señoritas telefonistas.

Aquí la principal preocupación consiste en introducir economías en el personal, lo que supone un aumento de trabajo que, á pesar del mayor perfeccionamiento de los aparatos, constituye un obstáculo para la rapidez de las comunicaciones y aumenta el descontento del público; allá, en cambio, se ha resuelto el problema de las transmisiones automáticas entre todos los abonados sin necesidad de empleados intermediarios, pues por medio de un juego de conmutadores especiales instalados en la estación central cada uno de aquéllos puede llamar directamente á la persona con quien quiere comunicar y asimismo recibir una comunicación de cualquier abonado de la red.

Decíase que este sistema, tan sencillo en principio, no podía extenderse más que á un número limitado de abonados; pero la nueva estación central automática, que en breve inaugurará en Chicago la «Illinois Telephon eand Telegraph Company,» demuestra que puede aplicarse sin inconveniente á una red de las más extensas.

Esta nueva estación central contiene conmutadores automáticos para 8.000 abonados, número que pronto se aumentará hasta 10.000.

Tres pisos de un vasto edificio están ocupados por los conmutadores montados en marcos de madera en hileras de 11; cada hilera contiene los aparatos necesarios para 1.000 abonados; á los aparatos de cada hilera corresponden 1.000 conmutadores que escogen la primera cifra ó cifra de los millares del número llamado, 280 conmutadores secundarios que dan las centenas y 160 las decenas y las unidades del número que un abonado ha de formar para comunicar con otro. De modo que cada hilera de marcos tiene 1.440 conmutadores.

Cuando la estación tendrá todos sus aparatos, se dispondrá de 14 400 conmutadores afectos á las líneas de abonados.

En esta interesante instalación no es la autenticidad la única particularidad digna de mencionarse.

La Compañía se propone instalar el teléfono, sin solicitud previa, en todos los edificios del barrio de los negocios, y á este fin ha abierto en todas las calles en donde se ha de hacer el servicio galerías principales de 2'25 metros de alto por 1'80 de ancho. De estos verdaderos túneles, que tienen un desarrollo de 29 kilómetros, arrancan, á derecha é izquierda, otras galerías que van á parar á cada casa y por las cuales pasan los cables distribuidores derivados de los 60 cables de 200 pares de alambres que se extienden por las galerías principales. Cada piso está provisto gratuitamente de un circuito y de un aparato telefónico; únicamente en el caso de que el inquilino hace uso del teléfono paga 25 céntimos por comunicación hasta completar la suma anual de 450 francos; y una vez alcanzada esta cifra, las conversaciones son gratuitas.

Los únicos empleados que tiene la compañía en la estación central están encargados de comprobar el buen funcionamiento de los aparatos y de hacer las reparaciones necesarias, disponiendo para ello de ingeniosos mecanismos que les indican automáticamente cualquiera clase de entorpecimiento que se produzca y el sitio en donde se produce. Así, por ejemplo, cuando un abonado se ha olvidado de suspender el receptor del gancho de su aparato, con lo cual quedan los demás abonados en la imposibilidad de llamarle, la estación central llama su atención por medio de una señal de alarma que imprime rápidas vibraciones en el receptor.

Esta instalación notabilísima que pone el teléfono al alcance de todos, del mismo modo que en nuestras ciudades tenemos el gas y el agua, parece llamada á tener tan buena acogida, que la Compañía piensa ya en establecer en Chicago una segunda estación automática aún más importante que podrá servir á 25.000 abonados. – M.

UN CHIMPANCÉ NOTABLE

Sabedor de que Cónsul había de llegar á París, no quise perder esta coyuntura, y el día señalado fuíme á la estación de San Lázaro á esperar el tren especial de Cherburgo que trae los pasajeros de Nueva York.

¿Y quién es Cónsul?, me preguntarán mis lectores. Cónsul es un joven chimpancé americano, dotado de gran inteligencia, que, á pesar de contar solamente cuatro años y medio, se ha propuesto asombrar á Europa después de haber sido la admiración del Nuevo Mundo.

Esperaba á Cónsul en el andén, y al entrar el tren en la estación, me precipité para ver al extraño viajero. No vayan ustedes á figurarse que nuestro héroe viaja encerrado en una jaula ó en el furgón de equipajes, nada de esto; Cónsul viaja en vagón de primera clase, como ciudadano americano que se respeta; pero aunque es muy correcta su apostura, el viaje le ha fatigado mucho y desciende del coche en brazos de uno de sus empresarios. Me presentan á él, y me acoge muy amablemente, tendiéndome la mano y apretando cordialmente la mía. ¡Qué honor haber sido el primero en dar la bienvenida á ese nuevo huésped!

Cónsul no tarda en mostrarme su agradecimiento, y familiarmente, como pudiera hacerlo un antiguo amigo, me coge de la mano para salir de la estación y abrirse paso en medio de la muchedumbre; al poco rato, mi joven compañero me da una prueba de su inteligencia cuando al pasar por el salón de equipajes se detiene delante de un elegante baúl de junco y me da á entender de un modo clarísimo que ha reconocido aquel baúl como suyo en medio de



El chimpancé Cónsul guiando un automóvil

los innumerables bultos que llenan la estación en esta época de regreso de los veraneantes. Encantado por esta viveza, le felicito, y veo con cierta vergüenza que en aquella circunstancia resulta superior á otros muchos viajeros, bastante menos perspicaces.

Consciente del honor que recibo y de las obligaciones que ello me impone, acompaño á Cónsul hasta su coche y le deseo que encuentre en París la buena acogida y el éxito á que tiene derecho; y después de un último apretón de manos, mi amigo se separa de mí para ir en busca de un descanso que tiene bien merecido después de tan largo viaje.

No se crea que se aloja en una jaula del Jardín de Plantas ó del Jardín de Aclimatación; desde hace días, tenía reservadas habitaciones en uno de nuestros más elegantes hoteles.

Hemos visto ciertamente otros monos que se visten como las personas y que comen como éstas en la mesa con un cuchillo y un tenedor; pero por lo general, esto es resultado de un largo amaestramiento; Cónsul, en cambio, no ha tenido más maestros que su observación y su inteligencia.

Mide tres pies de altura y viste de ordinario un uniforme de oficial de marina; reside habitualmente en el gran palacio poblado de animales ó sabios que en Coney-Island (Nueva York) posee Mr. Frank C. Bostock, en donde ocupa una habitación ó gran sala dividida en gimnasio, comedor, dormitorio, sala de recibo y gabinete, adonde se retira para dormir lejos de la vista curiosa y fatigosa del público. Estas piezas están iluminadas por lámparas eléctricas colocadas en reflectores de metal; Cónsul, después de haber hincado los dientes en estos últimos, ha podido convencerse de que si servían para aumentar la luz, eran detestables como comestibles; tampoco trata de jugar con dichas lámparas eléctricas desde un día en que se llevó un gran susto seguido



El chimpancé Cónsul mirando láminas

de una estupefacción no menos grande al oir el ruido que hizo una de ellas al romperse y observar la repentina desaparición de la misma.

La única cosa que falta en esa habitación tan confortable es un aparato de duchas; pero Cónsul baja todos los días á la playa y toma un baño; esta operación la realiza generalmente por la mañana, muy temprano, á fin de que no le molesten miradas indiscretas.

Una aventura que le ocurrió en casa de un dentista demuestra hasta qué punto está civilizado. Un día en que parecía sufrir mucho, todo el palacio de Coney-Island se puso en revolución. Preguntado por Mr. Bostock acerca de la causa de sus sufrimientos, Cónsul le explicó que le dolían las muelas, por lo que inmediatamente le llevaron á casa de un dentista, el cual vió que tenía tres piezas cariadas. Como la operación que había que ejecutar era bastante dolorosa, creyóse prudente sujetar al joven fenómeno, lo que se hizo con ayuda de ocho hombres. Curada la primera muela, dejóse á Cónsul descansar unos momentos, y en vez de la crisis de furor que todos esperaban, el chimpancé arrojóse en brazos del dentista y después de haberle besado con efusión, señalóle las otras dos muelas que le atormentaban, terminándose la operación felizmente y sin auxilio de nadie.

Cónsul es muy aficionado á los niños y tiene por compañero de juegos á un negrito; guía un automóvil, toca el piano y le gusta en extremo entretenerse con los libros ilustrados.

Salvo que anda como las personas y nunca á cuatro patas, en nada se diferencia de los monos de su especie: dos labios anchos y delgados dejan al descubierto dos hileras de dientes respetables que llegan desde una oreja á otra, como puede verse cuando Cónsul ríe ó llora; sus orejas son muy grandes y en forma de pantalla; sus ojos tienen una expresión bastante pensativa y carece completamente de cuello. En una palabra, tiene más bien el aspecto de un viejo filósofo que el de un pisaverde.

Goza de excelente salud, come bien, bebe en copa y fuma, y para reparar las fatigas de una existencia tan mundana duerme de 10 á 14 horas cada día. Entiende perfectamente lo que le dicen y lo que le preguntan, y cuando trata de hablar, los sonidos que emite más que gruñidos de animal parecen ese lenguaje que se enseña á los mudos.

ANDRÉS CHARLOT.



Completando la descripción que de este raro fenómeno hace el ingenioso cronista francés en el artículo que acabamos de traducir, diremos que Cónsul se ha hecho célebre en pocas horas en la capital de Francia. Los fotógrafos se disputan el honor de reproducir su efigie, y hasta se dice que algún pintor se propone hacer su retrato para exponerlo en el próximo Salón; y los empresarios de varios teatros le invitan á asistir á ellos anunciando previamente la asistencia del chimpancé á la función como pudieran anunciar la de un personaje ilustre. La actitud del mono en esas representaciones es corectísima; Cónsul, armado de los gemelos, pasea sus miradas por el público, dándose cuenta de la curiosidad de que es objeto y correspondiendo á ella con la actitud formal y grave de quien está convencido de su importancia.



El chimpancé Cónsul fumando

APARATO PARA VIGILAR

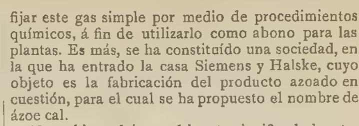
LA SUBIDA Ó BAJADA DE PASAJEROS DE LOS TRANVÍAS

Las personas que han viajado por Bélgica, por el Norte de Francia ó por ciertas comarcas de Inglaterra, habrán observado que en la parte exterior de algunas habitaciones, junto á una ventana, hay colgado un espejo, resguardado de la intemperie por un revestimiento de metal. Este aparato, al que se da el nombre de «espía,» está dispuesto de tal manera que las personas que están en el interior de la casa pueden, sin ser vistas, ver la gente que pasa por la calle ó más particularmente, si así se desea, á los que llaman á la puerta ó entran en el edificio.

Este resultado se consigue por medio de una sencilla combinación de espejos, procedimiento que podría prestar muy buenos servicios á los conductores de tranvías que, para evitar toda arrancada precipitada ó cualquier pérdida de tiempo, necesitan saber exactamente cuándo han acabado de bajar los pasajeros que se van quedando por el camino, ó cuándo han subido los que por el camino se van recogiendo. Para ello basta colocar en la plataforma delantera un «espía» del modo que indican los grabados adjuntos, es decir, de manera que salga unos ocho centímetros de la pared lateral del vehículo y forme con el eje de éste un ángulo de 45°: en el espejo así dispuesto se refleja claramente la imagen de todos los que suben ó bajan.

Este «espía» va montado sobre charnelas á fin de darle exactamente la posición que se desee, y estas charnelas son de muelle para que cedan sin que se rompa el aparato en caso de que un vehículo cualquiera chocase con él. Además el espejo está protegido por un almohadón de corcho y el marco es de bronce para que en caso de un choque se doble, pero no se rompa.

Este ingenioso aparato ha sido inventado por M. Harold P. Brown, ingeniero de Nueva York, por cuenta de la «North Jersey Street Railway company.» – D. B.



Conductor de tranvía vigilando la subida de un pasajero



Imagen del pasajero reproducida en el espejo

***

LA EXPLOTACIÓN DEL AIRE

Entre las cuestiones importantes que se han discutido en el Congreso de Química de Berlín, ha figurado en primera línea la extracción del ázoe del aire. El aire es muy rico en ázoe, que forma las cuatro quintas partes de la mezcla que respiramos, y los sabios se han ocupado mucho de los medios de fijar este gas simple por medio de procedimientos químicos, á fin de utilizarlo como abono para las plantas. Es más, se ha constituído una sociedad, en la que ha entrado la casa Siemens y Halske, cuyo objeto es la fabricación del producto azoado en cuestión, para el cual se ha propuesto el nombre de ázoe cal.

Ahora bien: el ázoe-cal barato significa la baratura del pan y de otros productos alimenticios y sería también un medio excelente de conjurar los efectos de la sequía. Sabido es que hay muchas regiones en donde las lluvias caen con gran irregularidad, produciéndose en la primavera sequías que en la mayoría de los casos resultan fatales para las cosechas. Estas sequías suspenden, en efecto, la vegetación, porque las raíces de las plantas son todavía muy débiles y no llegan á bastante profundidad del suelo para encontrar las reservas de humedad que éste contiene y que existen á distancia muy accesible.

Este efecto desastroso de las sequías podrá ser conjurado mediante el ázoe cal, pues la planta con este producto abonada podrá echar largas y sólidas raíces y no habrá de temer la falta de lluvia, ya que sus raíces habrán penetrado, gracias á la acción fortificada del abono, á suficiente profundidad para encontrar el agua que necesitan.

Todo esto es muy interesante, y mucho puede, en verdad, esperarse del ázoe cal, pero falta resolver un punto importantísimo: ¿podrá obtenerse el ázoe-cal á un precio económico? En esto estriba el problema principal.



Tentación, cuadro de Ignacio Zuloaga

Imp., de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXII — Barcelona 23 de noviembre de 1903 — Núm. 1.143



Grupo en bronce que forma parte del monumento que se erige en Portugalete á D. Víctor Chávarri, obra del distinguido escultor Miguel Blay, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo quinto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me contento.

Pero ¿es culpa mía si á las primeras de cambio, en libros que tienen la pretensión de renovar las fórmulas y los procedimientos de la literatura, doy con frases, giros y palabras que carecen de sentido ó que son puros dislates?

Yo presumo, yo infiero aproximadamente lo que ha querido significar el autor cuando suelta esos períodos más obscuros que boca de lobo; sólo que, al inferirlo, se me ocurren cien maneras de decir lo mismo en castellano. ¿Por qué no emplean una de las cien?

¿Creen acaso los que así escriben que se puede violentar y descoyuntar un idioma, no para darle la flexibilidad y agilidad que poseen los acróbatas avezados desde niños á ejercicios asombrosos, sino para quebrarle el espinazo, sacarle joroba y hacerle nacer berrugas? ¿Imaginan que la estructura de una lengua se modifica al capicho de un literato, más ó menos culto, enfuñicado en el gabinete? Si sospechasen la filología, sus leyes orgánicas, su proceso evolutivo; si supiesen cómo los idiomas realizan su desenvolvimiento, se reirían de sí propios, de sus juegos de niños y de bobalicones. No son sus antojos y balbuceos pueriles; es la ciencia por un lado, por otro la historia, por otro el verdor pintoresco del lenguaje popular, quienes renuevan los idiomas insensiblemente. El carpintero que cepilla sus tablas ó jornalero que cava su huerta, cepillan más firme y cavan más hondo en la transformación del castellano, que los neo gongoristas y cultiparlantes con su alarde perpetuo de sensibilidad artística y sus imágenes y comparaciones traídas por el último pelo de la trenza.

No gusto de molestar á nadie si puedo evitarlo; omitiré nombres de autores y títulos de libros, y presentaré al cuerdo lector un mosaico de frases que tal vez le divierta, entresacándolas de aquí y de allí y mezclándolas y clasificándolas para mayor disimulo (aunque pecados impresos no parezcan fáciles de disimular).

Señas personales. – Labios anaranjados y flameantes de deseo. Cabellos de sombra fosforescente. Mejillas aurorales fugaceadas de lividez espectral. Dentadura mórbida *(sic).* Piernas dianescas de una carnación que marfilea sobre los gazones. El emerger del seno tras bastiones de gasas irradiantes. La garganta (léase el seno también, pues del francés *gorge* hacen garganta sin más ni más) amazónica, agatina en sus tornasoleos. Vientre moldeado por la forma inquietante de un ánfora desenterrada en Tanagra (no vale desenterrarla en Alcorcón). Manos palidecidas y húmedas de maceración en aromas, cual las de las castellanas al acariciar blondas guedejas de paje que se arrodilla ante ellas para beber tempranas febricitaciones. – Fúseos dedos, ensortijados al mismo borde del pétalo róseo de la uñita. – Los pies de una ninfa vistos al transparecer del agua tremolante... (Y compongan ustedes, con tales rasgos, el retrato.)

Floricultura. – Los claveles cruentos plasmaban el alma salvaje de Iberia. – Orquídeas de una aristocracia desdeñosa, ducales y enderezadas en su isolamiento de las plebeyas manos. El desfleque tierno de las crisantemas, remolinadas como pliegues hieráticos de túnicas de musmés. (Esto se llama decir exactamente lo contrario de lo que uno se propone.) Me tendió una tulipa de esmaltes rojos, recordando viejas pinturas flamencas netas y secas, de precisión desesperadora. Langoroso y trastornador, lujuriante y nostálgico, el perfume de las pavonias (se advierte que las pavonias no huelen á nada) me llevaba hacia orillas perdidas en la bruma y valles de misterio azul, en la tarde muriente. Blancuras de lirios (confunden siempre el lirio con la azucena, que es el *lys* francés) se esfumaban levemente refractando candores aún inmarchitos por las ironías de la existencia macabra. Hollábamos en la pradería los asfodelos ponzoñosos, las cicutas cerúleas, las jusquiamas y los umbríos agáricos. (El autor, aunque parezca mentira, en ningún prado ha puesto los pies)

Y me detengo. No espigo más. Prescindo del antifonario del gorjear de los ruiseñores; del túrbido incensario de los jardines; del cristal enfermo; del canto de los pájaros que estruja las ramas; del ósculo del disco; de los polífonos bostezos que emana la onda en vaho fumiforme que elabora á la nébula errante; de los besos de terciopelo; del encarrujamiento de cristales; de los corales ignívomos; de los ojos faunálicos; del uror del follaje en los pensiles; de la occidua luminaria y de los desfallecimientos verde y rosa... No; no me detendré ni ante las fúlgidas eclosiones de aurora, ni en las emociones de luz carmíneas, ni...

¡Oh Quevedo! ¡Por tu vida! ¿En qué alfiletero modernista se guarda la aguja de navegar cultos?

Es una cosa que la hace el demonio: casi todo lo que puede decirse en forma natural, y aun en forma bastante rebuscada, está dicho; han brillado miles de poetas; han agotado quizás los extensos criaderos del sentimiento y de la fantasía; la esterilidad poética del momento presente no cabe negarla. No sabemos lo que el porvenir traerá: actualmente parece dormir la Musa. Y así, de la desesperación de la impotencia, surgen estas escuelas dislocadas, que retuercen el pensamiento y torturan la forma.

Los que hoy nos marean con Botticelli, la misa negra, el divino marqués de Sade, lo inquietante y lo sugerente, hace trescientos años escribirían sonetos con estrambote, hace cien madrigales á lo Meléndez y hace sesenta no nos dejarían vivir con el lago sereno, el bulto vestido de negro capuz, la serenata en Venecia y la mora prisionera en el castillo. Hasta puede que escribiesen historias trágicas por el estilo de *Elisa y Teodoro ó el Judío bienhechor*. Y eso no es literatura, sino, como dice Lemonnier, «viento en los molinos»

Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en el ejercicio de su cargo. Muerte voluntaria, más rara todavía. El suicidio de Rosano sorprenderá hasta la estupefacción á muchos que si se viesen en la poltrona bailarían de contentos.

La calumnia, la injuria, la malevolencia, los ataques de sus enemigos, unidos á hondos pesares de familia, han precipitado á tan extremada resolución á un hombre que, según parece, era honrado y probo. Digo «según parece,» porque toda afirmación, en semejantes cuestiones y á distancia tal, tiene mucho de aventurada. Para responder de la probidad de un hijo de Adán, ¡cuánto hay que conocerle! No basta el consabido modio de sal comido á la misma mesa, ni se pueden sacar consecuencias de datos históricos. La unidad del carácter falla y se desmiente; un mismo individuo cambia de espíritu, como de piel el armiño y de hoja el árbol. A veces se empieza con pundonor y se acaba por perderlo, y aun es este el caso más común; pero también acaece que el pundonor brota y se impone como una necesidad de conciencia, y que la acusación ayer fundada sería mañana calumniosa. El estudio de tal fenómeno lo hizo admirablemente Tolstoy al narrar la historia de aquel ladronzuelo Polikey, suicida bajo el peso de una injusta acusación fundada en su anterior conducta.

La enfermedad del Kaiser es otro tema de actualidad. Alarma porque á mal infeccioso en la garganta sucumbió su padre, en edad no avanzada y cuando empezaba á ejercer una soberanía que anunciaba una era de paz y concordia. Creyóse que el hijo, al subir al trono, iniciaría un período de lucha. Todo concurría á dar cuerpo á la sospecha: la mocedad del nuevo emperador, los formidables aprestos de la nación, el engreimiento de las recientes victorias. Y he aquí que el joven Guillermo, desde lo alto de su cuello de uniforme, fija la mirada en el comercio, en la industria, en la campaña económica por la cual Alemania ha salido definitivamente de aquel estado miserable de que hablaba con tanta energía Fichte. No le basta al Kaiser estimular la prosperidad de su pueblo: busca la buena armonía con los antiguos adversarios, y se hace agradable á los franceses, consiguiendo amortiguar en Francia, hasta un grado que se consideraría inverosímil, el escozor de los agravios y la inquietud de la *revanche*. La pacificación es la obra de este monarca de belicosas apariencias, á quien deseamos salud.

Y ya que de altas personas se trata, ¡qué impresión produce leer que á esa desventurada princesa de Sajonia, traída y llevada más de un año por agencias telegráficas y prensa de información, van á recluirla ahora en un manicomio! A decir verdad, no es bueno fiarse de las locuras de princesas y reinas enamoradas, como, por otro concepto, no hay que creer á pie juntillas en el desequilibrio é irresponsabilidad de los criminales. Lo primero salva el decoro y el *cant;* lo segundo, el pescuezo.

La moda de la irresponsabilidad de los criminales ha cundido, y ya no hay abogado defensor que no se agarre á ese clavo ardiendo. No ha mucho en mi pueblo sostenían la imbecilidad de un criminal de los más astutos que desfilan por los bancos de la sala de audiencia. Confieso que el sistema no me convence. Los criminales, en general, saben bien lo que hacen y no son más ni menos tontos que las nueve décimas partes de los hombres. La fatalidad puede precipitar á alguno; la estupidez, á otro; pero esta excusa alegada en favor de todos, llega á convertirse en algo que desafía á la conciencia pública, extraviándola ó pretendiendo extraviarla. No faltan otros arbitrios y razonamientos defensivos, que resistan mejor el examen y estén menos manoseados que estos lombrosismos de cuarta mano. La ligereza del maestro contagia á los discípulos, ¡porque cuidado que á mala información y á intrepidez, pocos le ganarán al autor de *Uomo delinquente!*

Pocos días ha recibí de Inglaterra una invitación á formar parte de cierto comité, cuyo objeto es auxiliar y facilitar su tarea á las mujeres que viven del trabajo literario en la prensa ó de otra suerte. Al dirigirme la invitación, la acompañaban con preguntas é indagaciones acerca de este problema en España. Con la lisura que gasto les contesté que, no haciendo nunca verano una mosca ó dos ó media docena, aquí tal cuestión no existía.

La mujer no ejerce aquí profesiones literarias, porque no está preparada á ello; y no está preparada porque no se educa, en infinitos conceptos, en el literario y académico especialmente. – Aunque la ley la autoriza, el caso de la mujer asistiendo al Instituto ó á la Universidad es todavía fenomenal. Y por mucho que haya que decir de nuestras Universidades y de nuestros Institutos, son lo menos deficiente de nuestra pobre enseñanza. Lo más que conceden los tolerantes con la mujer en España, es que se eduque «para saber educar á sus hijos.» Fin relativo, subordinado, como si el individuo no tuviese derechos propios. La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra, nada influye por hoy en esto, pues el problema de la educación en España es problema de gentes bien acomodadas. La ley, entre nosotros, es de completa amplitud: las costumbres son las que tienen moho, un moho dificilísimo de limpiar; acaso imposible, en el presente estado de cosas. Es curioso que en Inglaterra y en los Estados Unidos, países ideales de la igualdad y libertad feminista, *oficialmente* existan más desigualdades entre el estudiante y la estudiante que en España, en Rumanía ó en Grecia, y el estudiante aparezca privilegiado. Las leyes no son gran cosa: el buen sentido social vale y supone infinitamente más que ellas...

Venga á nos.

Emilia Pardo Bazán.



Y he aquí que ambas viven muy unidas

DE LA VIDA

Los viejos y los niños son objeto de mi particular predilección, predilección que aumenta conforme voy llegando al promedio de la vida.

Los niños, los viejos y yo formamos un gran libro en el que suelo leer con atención profundísima.

Me recuerdan los niños lo pasado: las venturosas mañanas en que vi levantarse el sol sobre las fértiles campiñas de mi pueblo; la sierra cuajada de chaparros y jarales, de romeros y tomillos; las flores silvestres acariciadas por el aire puro; los nidos de alondra, cuidadosamente ocultos en los rastrojos; la mies dorada, meciéndose suavemente con pausado bamboleo, fingiendo ondulaciones de mar en calma, y provocando con su cascabeleo armonioso y tenue emperezamientos sublimes; los lagos que parecen guardar retazos del cielo azul en sus profundidades transparentes; los bosques rumorosos donde los ruiseñores y los jilgueros anidan; los arroyuelos que se deslizan alegremente, besando flores y entonando la canción melodiosa y atrayente de las aguas que huyen; mi hogar bendito, deshecho por las tempestades de la vida primero, y arrasado después por la mano dulce, suave y misteriosa de la muerte...

Los viejos me hacen pensar en un mañana apacible y sereno; en el límite del camino; en el momento en que las pasiones tumultuosas acaban, y se vive mirando hacia atrás, alimentado del recuerdo melancólico de lo que fué; en el instante en que debe aguardarse con resignación beatífica la hora misteriosa en que ha de emprenderse el viaje definitivo, hora bendita en la que el espíritu, recobrada la libertad sacrosanta que perdió al encarnar, comenzará su vida esplendorosa al descubrir la Verdad Eterna...

Y entre los niños y los viejos estoy yo, encerrado en el largo paréntesis de las pasiones mal acalladas, de los insaciables anhelos, de los sobresaltos, de las ilusiones, de las dudas, de los amores fervientes, de los desengaños, de las grandes alegrías y de los desconsuelos infinitos...

Edad bendita de lucha valiente por la perfección, en la que á las horas de fiebre suceden las de tranquilidad apacible, cuando aquéllas se emplearon provechosamente en el trabajo afanoso y en el bien.

Y ahora sabe, lector amigo, que conozco á una vieja y á una niña. Y voy á hablarte de ellas en la seguridad de que rara vez podré hablarte de cosa mejor.

La una es sol esplendoroso que muestra sus primeros rayos; la otra es sol tibio de invierno que desaparece: una vida que acaba meláncolicamente y una vida que empieza radiante: eso son.

La niña es sonrosada y fresca como alborada de abril en que abren las flores; su carita de ángel ríe siempre; en sus ojos hay constantemente una interrogación: ¿qué es la vida?

La vieja tiene aspecto venerable; su sonrisa es bondadosa; las arrugas dan á su cara cierta severa majestad; su frente es como flor marchita; en sus ojos cansados hay una afirmación: La vida es un eterno tropezar y caer, resucitar y morir.

Y he aquí que ambas viven muy unidas, tan unidas, que dijérase que son inseparables, como partes de un mismo cuerpo: la niña alegra á la vieja con su alocado é inocente charloteo; esfuérzase la vieja en marcar á la niña el áspero derrotero de las abnegaciones y de los sacrificios.

Cuando la vieja llora, la niña se sobresalta; si la niña ríe, la vieja se regocija.

Al mirarlas tan juntas pensé muchas veces en que las dos estaban en el mundo para representar el símbolo del día y de la noche, de la obscuridad y de la luz. Por los largos paseos la niña va muchas veces delante, juguetona y alegre, y salta como vivarracho cervatillo; la vieja detrás, inclinada, meditando melancólicamente sobre cosas que huyeron. Y despiertan en quien las mira la idea de la loca esperanza perseguida de cerca por la desilusión.

Un día, contemplando á la niña sentada sobre las rodillas de la abuela, me acordé de esos rosales añosos que dan flores de sin igual hermosura, como otras veces había pensado ante los rosales de troncos retorcidos, coronados de flores, en esos padres viejos y arrugados que tienen hijas frescas y angelicales.

He sorprendido infinitas conversaciones entre ellas. La niña pregunta con afán insaciable, con ese afán que empuja á los seres hacia lo desconocido; la vieja deja sin contestación unas preguntas, contesta á otras con ambagiosidades, y á muy escasas categóricamente; sabe que la existencia es demasiado corta para llegar á conocer el verdadero sentido de la vida.

Encontrábanse cierta mañana bajo el emparrado del jardín; la luz, tamizada al pasar por los verdes pámpanos, llegaba á ellas dulcemente, como suave caricia del cielo. Bajo el alero dos golondrinas, á la vista del nido que habían hecho con parsimonia y constancia admirables, entonaban la alegre canción de los amores.

La vieja, cruzados los brazos sobre el pecho, inclinada la cabeza y entornados los ojos escuchaba aquel canto, que traía á su memoria recuerdos dulcísimos de días felices que quedaron muy atrás; la niña con los ojos muy abiertos miraba hacia arriba, escuchando con atención profunda como si quisiera descifrar el sentido de aquella canción, para ella ininteligible y confusa.

Después de un rato de muda contemplación, dijo:

– Abuela, ¿qué dicen las golondrinas? ¿Lo sabes tú?

– Hija mía, no dicen nada; cantan.

– ¿Y por qué cantan?

– Porque están alegres y alaban á Dios que nos manda la luz.

– ¿Y por qué han hecho ese nido las golondrinas?

La abuela abrió los ojos y contempló á la niña largo rato sin contestar. Esta, impaciente, repuso:

– ¿No me contestas, abuela?

– Ese nido es su casita, y lo hicieron para poder vivir y guarecerse del frío, de la lluvia y de los vendavales.

Guardó silencio la niña y siguió contemplando el nido. Luego preguntó:

– Di, abuelita, ¿por qué vienen dos nada más á cada nido? ¿Verdad que eso es raro? Podían hacerlos más grandes y venir muchas.

La abuela sin saber qué responder, permanece pensativa. Por su frente, sobre la que la misteriosa mano del tiempo dejó profunda huella, desfilaban tal vez en procesión majestuosa recuerdos de algo casi borrado ya. También hízose ella la misma pregunta en fecha muy lejana: «¿Por qué los nidos sólo son para dos pájaros?» Y luego, cuando llegó á la juventud esplendorosa, cuando la vida descorrió ante sus ojos espantados los misterios sacrosantos de la Naturaleza, comprendió: los seres traen á la tierra una misión benditísima de paz y de amor. Y, como las golondrinas, también ella tuvo su compañero, con el que construyó su nido, que fueron á ocupar benditos de Dios y de los hombres.

La niña pregunta y pregunta, y la abuela, sumida en el dulce sueño de la felicidad pasada, no acierta á responder. Reflexiona que los niños no entienden; no saben, ni deben saber... ¿Acaso la Naturaleza no les mostrará á tiempo los misterios de la vida? Ya que detrás de cada placer viene un dolor, y que sólo la inocencia es completamente placentera, bueno era callar.

Sentándose sobre las rodillas de la abuela y rodeándole el cuello con su bracito le preguntó:

– Pero, abuelita, ¿tú no hablas?

Y notando que la contestación no llegaba, volvió sus ojos brillantes hacia las golondrinas que seguían entonando la canción de sus amores...

Yo las contemplé envolviéndolas en una mirada cariñosa, mientras leía en la frente venerable, que los años y los dolores surcaron, un poema melancólico y dulce de amor ferviente no apagado aún, y en los ojos y en la boca entreabierta de la niña un deseo, un ansia gigantesca de llegar á conocer el misterio de los nidos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujo de Passos.)

LA CASA DEL DUENDE

(LEYENDA TRADICIONAL)

I

¿Existió la casa?

Sí.

¿Existió el duende?

También. Sólo que dicho duende no fué un espíritu invisible, un ente imaginario, un fantasma aterrador, como creyeron los habitantes de la capital de España, sino por el contrario un hombre resuelto, travieso y diplomático.

Nos explicaremos.

Por los años de 1660 existía, al extremo de la calle de Leganitos, un gran caserón que era de la propiedad del Real patrimonio, y hallábase ocupado por multitud de gentes pertenecientes á todas las clases sociales, según la mayor ó menor importancia de los cuartos que habitaban, de tan diversas categorías como distintos precios. De suerte que en su portalón se codeaban los hidalgos y las *trajeras* ó modistas, los fanfarrones y los alguaciles, las busconas y los sopistas, los mercaderes y los saltimbanquis, las doncellas del *tusón* y los capigorrones, las niñas del acero y los hombres del hierro. Era el caserón una viva imagen de la *Corte de los milagros*. Todas las gentes del hampa, toda la falange de los trabajadores, toda la legión de mendigos falsos y de truhanes verdaderos tenían en él su albergue ó asiento.

Aquel conjunto heterogéneo convertía el famoso caserón en un mundo pequeño, para cruzar por el cual era preciso conocer muy á fondo la topografía del edificio, y aun así era muy de temer llegar á perderse entre aquella multitud de sótanos, bodegas y patios, de pisos y corredores, de amplios salones y estrechas celdas, de encrucijadas y cuartuchos, de buhardillas y desvanes, de solanas y azoteas.

II

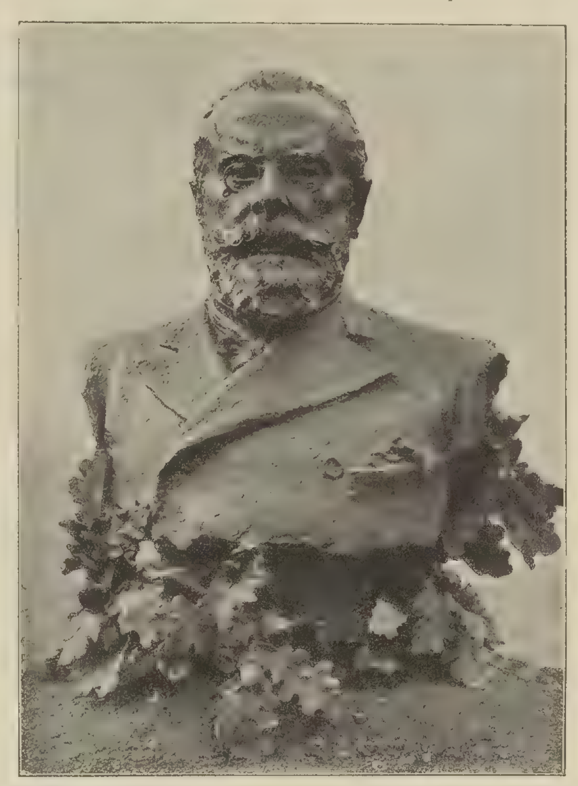
A la caída del confesor y favorito, el jesuíta padre Everardo Nithard, la reina doña Mariana de Austria, á la que él había procurado mantener alejada de todo contacto con el mundo y de toda clase de relaciones amistosas, vino á quedar en la más completa soledad. No recibía ni veía á nadie, y su vida se deslizaba en el mayor apartamiento. Mas de repente aquella mujer, que vivía recluída en el alcázar, empezó á mostrar que sabía cuanto ocurría en palacio y en Madrid. ¡La sorpresa que esto causó á los cortesanos no hay palabras para describirla!

El tiempo pasaba, y la regente mostrábase de cada día más enterada de cuanto sucedía en la corte y en la villa; hasta el punto de que en una audiencia de despacho, al presentarla sus consejeros cierta combinación de nombramientos se negó á firmarlos, añadiendo las razones en que se fundaba, basadas en la historia de los personajes á quienes sus ministros pretendían agraciar sin merecerlo.

La curiosidad que al principio despertó la conducta de doña Mariana, trocóse luego en vivísimo interés, y más tarde en un decidido empeño por averiguar el misterio.

Cortesanos y alcaldes, consejeros y militares, después de meditar el caso, convinieron en que dentro del alcázar existía un duende, al que ellos mismos denominaron el *duende de palacio*, duende que era preciso buscar y encontrar. Puestos en acecho, observaron algunos la salida en las altas horas de la noche de un hombre envuelto en una obscura capa y con el rostro cubierto por el ala de un gran sombrero chambergo. Siguiéronle, y el embozado no pareció notarlo: avanzaron, y el encubierto perdióseles en las huertas y arboledas de Leganitos. Tres noches después (1667) lograron darle alcance, y hasta le dispararon un pistoletazo. No debió ser grave la herida cuando el embozado pudo huir, y penetrar y perderse en los obscuros patios del caserón, adonde sus perseguidores no osaron llegar. Y es que Madrid entero sabía lo difícil de la empresa, y hasta los alguaciles más expertos de la Sala de Alcaldes y los familiares más listos de la Inquisición reconocían que el malhechor que llegase á penetrar en el caserón, hallábase en su interior más seguro que si una iglesia, lugar entonces de asilo y salvación, le protegiera.

Desde aquella noche el caserón fué bautizado con el pomposo nombre de la *Casa del Duende* por los cortesanos. Para el vulgo, á cuyos oídos llegó aumentado en tercio y quinto el suceso, fué indudable la existencia del fantasma en el interior del caserón, que ya no debía ser conocido con otro título que la *Casa del Duende;* pero como la mayoría de sus inquilinos no era gente asustadiza, y como además de tiempo en tiempo recibían los más necesitados dinero y ropas, lejos de maldecirle vitoreaban al duende, ser invisible, pero amigo cariñoso, sin procurar conocerle para no perder sus beneficios.



Víctor Chávarri, busto en bronce que coronará el monumento que se erige en Portugalete, obra del escultor Miguel Blay, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

III

Conozcamos nosotros al duende.

Era éste el joven y gallardo D. Fernando de Valenzuela, nacido en la ciudad andaluza de Ronda, de padres pobres, aunque hidalgos.

Protegido por el duque del Infantado, que le llevó con él á Roma, donde estuvo de embajador, bien pronto alcanzó por su mediación el hábito de Santiago.

La muerte del duque no produjo su ruina, porque éste le había presentado al padre Nithard, que le cobró grande afición y le casó con la camarista más querida de la reina, la joven doña María Eugenia de Uceda, recibiendo como regalo de boda una plaza de caballerizo. Leal al padre Nithard, su digna conducta le atrajo el desvío primero y luego el odio de los cortesanos, especialmente de los que formaban el bando del *segundo* D. Juan de Austria, hermano del futuro rey D. Carlos, más tarde conocido por el *Hechizado*.

Sabía Valenzuela por su esposa cuanto ocurría en el alcázar, y por él propio cuanto pasaba en la villa, ya que de su cuarto de la *Casa del Duende* salía con los más extraños disfraces para recorrer hosterías, bodegones, tabernas, mercados y calles.

La regente, que al principio conoció por billetes que encontraba en su cámara, en su tocador ó en su devocionario y que doña Eugenia colocaba por orden de su marido, cuanto sucedía, mostró empeño en conocer también al *duende de palacio;* y una noche, filtrándose por las paredes, como la estatua del Comendador, presentóse á ella Valenzuela. Agradóle su entrada, y aun más su discreta y amena conversación. Siguió visitándola el joven, y su gallardía, su talento, su valor, le conquistaron el afecto y aun el amor de la reina; no faltando historiadores que aseguran la aparición de unos carteles en la puerta del palacio con los retratos de doña Mariana y Valenzuela. En el de ella y sobre el corazón había un letrero que decía: *Esto se da;* en el de él y sobre varios pliegos de títulos y mercedes se leía: *Esto se vende.*

¿Supo la mujer de Valenzuela lo que ocurría y calló, segura del amor de su esposo, ó deseosa de verle ocupar los primeros puestos?

Esto es lo que se ignora.

Lo cierto es que Valenzuela llegó en pocos años, y á pesar de la enemiga de los nobles, á caballerizo mayor, conductor de embajadores, marqués de Villasierra, embajador en Venecia, marqués de San Bartolomé de los Pinares, gentilhombre, grande de España y ministro.

IV

Ansioso de popularidad, y al objeto de contrarrestar el odio de los nobles, ordenó justas, torneos, corridas de toros y representaciones de comedias gratuitas, singularmente de aquellas por él compuestas, ya que era tan buen poeta como autor dramático; la reedificación de la Plaza Mayor, el levantamiento del puente de Toledo y del frontispicio de Palacio, en Madrid, y la construcción de varias obras en diversas poblaciones.

Firmes en su rencor, formaron los nobles una liga para derrocarle y substituirle con D. Juan de Austria. Aprovechando la declaración de la mayor edad de D. Carlos (1676), lograron que éste se trasladara del palacio del Buen Retiro, confinara á su madre en el alcázar, sin atender á sus súplicas, y ordenase la prisión de Valenzuela en el Monasterio del Escorial, adonde el mismo monarca le había enviado, bajo la protección del guardián el padre Herrera, de cuyas protestas se burlaron los nobles duques de Medinaceli y D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, despreciando la excomunión que lanzó sobre ellos cuando profanaron la iglesia y arrancaron hasta los altares, buscando al favorito. Triste es decirlo, pero la *Casa del Duende* fué para Valenzuela más seguro asilo que las bóvedas del glorioso templo del Escorial.

Seguramente que al verse sacar el favorito por los soldados del duque de la celda de Juanelo, en que los novicios del convento fundado por D. Felipe II le habían escondido, cubriendo luego la puerta con un gran cuadro – escondite que parece reveló á los guardias un criado traidor (22 de enero de 1677), – el desgraciado Valenzuela echó de menos el viejo edificio y el obscuro cuarto á que debió su fama, la llamada *Casa del Duende*, en la que es casi indudable que no habrían podido encontrarle, por mucho que le buscasen, los soldados del príncipe D. Juan.

No hace muchos años que este antiguo caserón, de forma irregular, lleno de pequeñas ventanas, y con algunas no muy grandes rejas, fué derribado, levantándose sobre el ancho solar que ocupó un grupo de hermosas casas; pero siempre conservó su famosísimo título de la *Casa del Duende*.

E. Rodríguez-Solís.



EN EL CALABOZO, cuadro de J. N. Sylvestre

CUSTODIA PORTÁTIL

CONSTRUÍDA POR LOS SEÑORES MASRIERA HERMANOS

Del taller de joyería que en esta ciudad tienen los Sres. Masriera hermanos, ha salido recientemente la hermosa custodia portátil que reproduce el grabado adjunto y que por su riqueza, por la elegancia y novedad del dibujo y por la acertada combinación de los materiales, constituye una valiosa joya y una obra de orfebrería de gran mérito artístico.

Dos ángeles de cabecitas y manos de marfil, vestidos con amplios ropajes y con las alas de traslúcidos esmaltes, arquean el cuerpo sobre el plinto poligonal, en actitud de adorar la Sagrada Forma. Alrededor del viril que ha de contener ésta se ven varios querubines, también con cabezas de marfil y esmaltadas alas.

De este espacio central arrancan multitud de arcos que terminan, en la parte superior de la joya y á modo de coronamiento de ésta, en un globo, símbolo del mundo, sobre el cual se alza una cruz de piedras preciosas. Entre los indicados arcos hay tres medallones, uno con el escudo de Cataluña, otro con el sello de la orden benedictina y el de arriba con una silueta de Montserrat de esmalte traslúcido.

El círculo que limita el viril en que ha de encerrarse la Sagrada Hostia está sembrado de brillantes, algunos de gran tamaño, y contiene además dos perlas de finísimo oriente. De la parte inferior de este círculo pende una cruz.

Esta hermosa joya artística, que justifica una vez más el renombre de los Sres. Masriera, ha sido costeada por un devoto que oculta su nombre y está destinada á la basílica de la Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña. – S.

AMOR Y CIENCIA

I

Chisporroteaban en la chimenea los resecos leños, y el resplandor rojizo de las llamas iluminaba el rostro de Federico, quien sentado al lado de aquélla, con los brazos apoyados sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos parecía sumido en abstracción profunda, de la que sólo le sacaba un débil quejido que de vez en cuando salía de la inmediata alcoba, sacudiendo sus nervios con movimientos espasmódicos.

Tres meses habían transcurrido desde que Federico, creyendo realizar dorados sueños de amor, se había desposado con Ernestina, y el recuerdo de aquel venturoso día, contrastado con el dolor presente, llenaba su alma de una tristeza inconsolable, que á veces se convertía en loca desesperación.

Las eminencias médicas estudiaban diariamente el estado de la enferma; la sujetaban á minuciosos reconocimientos que ruborizaban á la pobre Ernestina, quien tenía que revestirse para sufrirlos de toda su voluntad y resignación y llevar á su alma la esperanza de un restablecimiento próximo y con él la alegría de Federico y la suya, la resurrección al amor y á la vida.

Federico presenciaba aquellos reconocimientos con dolorosa ansiedad, nervioso, temblón, con la sangre paralizada, con todo su ser pendiente de los gestos y de las miradas de aquellos hombres, cuyo pensamiento hubiera querido penetrar; y después, cuando los doctores discutían gravemente acerca de las observaciones que cada uno había hecho, le entraban angustias de muerte y pateaba de rabia y de dolor, ante el lenguaje de la ciencia, cuyo alcance no podía comprender. Escuchaba con atención, y si las palabras de uno le parecían fatídicos vaticinios, las de otro le traían un poco de esperanza, desvanecida pronto por las de un tercero en discordia; pero aquellos hombres nunca concretaban sus juicios; las interrogaciones sólo obtenían respuestas ambigüas, y á decir verdad, Federico temblaba ante una categórica.

Un pensamiento iluminó la mente de Federico como el relámpago la obscuridad de noche tormentosa, momentáneamente; pero volvió á pasar una y otra vez, hasta que se convirtió en luz fija que alumbraba tenuemente espacios de esperanza. Su razón se resistía á la empresa; su corazón le alentaba; era una hoja en la que por un lado se leía «no hay remedio» y por el otro «puede ser;» y como cuando se acaban las probabilidades y la razón pronuncia su último juicio, el hombre se entrega á los presentimientos, á esa fe de los deseos que lleva á sus oídos vagos ecos de una felicidad misteriosa que le llama desde lejos, Federico cerró los ojos y... determinó hacerse médico. A ello dedicaría todas las energías de su voluntad, toda la savia de su inteligencia, los instantes todos de su vida; estudiaría mucho, pediría exámenes extraordinarios, y llegaría á tiempo, ya que la enfermedad de Ernestina era de larga duración. Entonces, dedicado únicamente á la curación de su pobre enferma, siguiendo cuidadosamente el proceso del mal, encontraría las causas, las atacaría certeramente y Ernestina sanaría por virtud de su ciencia y de su amor. Una punzada dolorosa cortó las risueñas divagaciones de Federico: ¿y si en vez de encontrar medios de curación descubría los síntomas de una enfermedad incurable? «Entonces, pensó Federico, ¡nada!» Y sus piernas se doblaron desfallecidas como si el mundo se hubiese desplomado sobre su cabeza.

II

Querer es poder: Federico quiso y pudo; muy pronto salió del pelotón de los adocenados para formar en la fila de distinguidos primero y capitanearla después. No hay para qué decir que Federico se dedicaba á estudiar con especialidad las enfermedades de la mujer, y que apenas fué penetrando en la ciencia de Hipócrates empezó á intervenir en las consultas que celebraban los médicos de Ernestina, intervención de poca eficacia, pues que los sabios y renombrados doctores escuchaban con sonrisa despreciativa las observaciones y diagnósticos del modesto estudiante de Medicina, refutadas siempre con cuatro palabras de aquellos. Y Federico volvía al yunque, al estudio, devorado por la impaciencia. ¡Oh! ¡Si él pudiera recetar! ¡Si él pudiera operar! . Tenía ya casi el convencimiento de que *aquello* era histerismo por lesión orgánica. Era preciso llegar pronto.

¡Con cuánta impaciencia y fe esperaba la pobre Ernestina aquel venturoso día! Estaba segura de que Federico valía mucho más que sus médicos, vería lo que ellos no vieron, y allí donde no pudiera llegar la ciencia, llegaría el amor con sus maravillosas intuiciones; y era además cosa lógica para ella que si él leía en su pensamiento y penetraba en lo más recóndito de su alma, del mismo modo debía conocer palmo á palmo su organismo. Aquella fe misteriosa y absurda, como todas, y como todas bienhechora y dominante, fué apoderándose de todo su ser y envolviéndola por completo en la sutilísima red de su mentira.

III

Llegó el día á un mismo tiempo deseado y temido; el estudiante de Medicina era ya doctor, y el doctor había reunido en su casa á varios compañeros, entre los cuales estaban los médicos de Ernestina, para celebrar con ellos una detenida consulta. Manifestóles su opinión, y terminó anunciándoles que bajo su exclusiva responsabilidad ante la ciencia y ante Dios, iba á operar á Ernestina. Uno solo de los médicos que asistían á la consulta estuvo conforme con Federico; los demás se retiraron cortésmente.

Con voluntad firmísima que allanaba todos los obstáculos, sobreponiéndose á su dolor, y con la serenidad del que sólo tiene una solución y la pone en práctica, Federico preparó todas las cosas para la arriesgada operación que había de curar á Ernestina... ó la mataría.

. . . .

Intensamente pálido, pero con pulso firme, terminó la operación; curó la herida que su propia mano había abierto en aquella carne adorada; miró el rostro cadavérico de Ernestina, á quien el cloroformo había sumido en una muerte anticipada; besó su frente, y entonces, perdida aquella tensión nerviosa que le había tenido insensible ocho días, se sintió desfallecer, agarróse al compañero que le auxiliaba y rompió á gritar y á llorar en una fuerte crisis de sus nervios.

IV

La savia subía por las resecas ramas, rompiendo

Custodia portátil construída en los talleres de orfebrería de los Sres. Masriera hermanos, de Barcelona, y destinada á la basílica de Montserrat

en tiernos y jugosos brotes; los gérmenes de la vida se estremecían al venir á la luz; un viento de juventud cargado de aromas mecía suavemente las hojas nuevas; la Naturaleza se despertaba en misterioso *crescendo* que terminaba en una sublime nota de amor.

Ernestina estaba curada; la sangre corría por sus venas, acelerando los movimientos de su corazón y poblando su cerebro de ilusiones y deseos; en su organismo se desbordaba la vida y en su alma el amor.

Federico también había cambiado; su ingenuidad se convirtió en ironía; su buen humor en melancólica tristeza. ¡No parecía sino que al soplo de la ciencia habían levantado el vuelo todas las ilusiones de su alma, como tímidas aves que huyen en bandada del frondoso árbol al más leve ruido!

– No lo dudes, Federico; ha sido tu amor y no tu ciencia el que ha triunfado de la muerte. ¡Qué sabe la ciencia de esas cosas! La ciencia ha fracasado en mis anteriores médicos, bien sabios por cierto.

– ¡Ah, mi querida Ernestina, qué fácil es para ti abdicar de la razón! Si yo no fuese médico, tal vez creyera como tú; pero, como tú, estaría equivocado; mi cariño hacia ti era tan intenso antes de estudiar medicina como después, y sin embargo, entonces no pude curarte y ahora te he curado. Ha sido, pues, la ciencia y no el amor la que ha triunfado de la muerte.

– Bueno; pues á mí me dice lo contrario el corazón, y ya sabes que nunca me engaña.

– Pero... ¡pobrecita! Si el corazón no puede decirte nada. ¿Sabes tú lo que es el corazón? Pues una víscera, un órgano, así como el estómago ó los riñones; es una especie de bomba que se comprime y se dilata y llena de sangre las venas.

Esta manera de pensar tan nueva en Federico entristecía profundamente á Ernestina, quien, apenas curada de cuerpo, empezaba á enfermar de espíritu. Federico no veía ya en ella, á través del amoroso espejismo, una mujer de aroma y luz; veía á través de sus conocimientos médicos un organismo lleno, como todos, de míseras realidades; había desgarrado con su bisturí – con aquel bisturí que ella guardaba como reliquia – su carne sonrosada; había profundizado, y sabía lo que se ocultaba bajo aquella hermosa epidermis.

Sólo la ciencia era verdad, sólo en ella podía cifrar el hombre sus amores; lo demás era pueril, burbujas de jabón que estallaban al más ligero contacto con el aire, capaces sólo para distraer inteligencias infantiles. Y en nombre de aquella ciencia que había adquirido por y para Ernestina, fué Federico



El eminente actor francés COQUELIN (AINÉ) en «Cyrano de Bergerac»

poco á poco abandonando á ésta para dedicarse á aquélla.

– Qué quieres, hija mía, le decía contestando á sus quejas, no puedo abandonar mis enfermos; eso sería cruel. Ya sabes que yo te quiero lo mismo que antes. ¿A qué repetírtelo á cada momento? Sé juiciosa y considera que no puedo pasarme todas las horas del día á tu lado, mirándonos uno á otro; eso además estaría bien en mozalbetes que ni pueden ni deben pensar en cosa de más importancia; pero sería ridículo en nosotros que, seguros de nuestro mutuo cariño, debemos emplearnos en cosas más serias. Ninguna queja fundada puedes tener de mí; sigo y seguiré fiel á la fe que nos juramos al pie de los altares.

– ¡No! Por esa afirmación no paso. Me eres infiel con la peor rival que yo pudiera tener: con la ciencia, con ese sol, como tú dices, que es para mí un sol abrasador que agosta y quema todas las frescuras de mi alma.

Y era verdad. Ernestina desfallecía en la soledad, maldiciendo mil veces la ciencia que, con torpe vanidad, creía haberla curado y la mataba.

Una noche de primavera en que el aire parecía llevar todos los efluvios de la vida, en que descendían á la tierra los fulgores del cielo cuajado de estrellas, y subían al cielo los perfumes de la tierra cargada de flores, Ernestina esperaba impaciente, asomada al balcón, la vuelta de Federico, al que sólo había visto durante el almuerzo. Esperó en vano hasta una hora, y malhumorada y nerviosa cerró el balcón de tal modo, que parecía el causante de sus males; poco después Ernestina recibía una tarjeta en la que Federico la decía lacónicamente: «X se agravó después de la operación. Cena, acuéstate y no me esperes en toda la noche.»

Leer aquellos renglones y romper la tarjeta en pedacitos fué todo uno; después abrió un precioso bargueño, sacó de un cajoncito un estuche y de éste varios objetos que brillaron en sus manos: eran el bisturí y los demás instrumentos de cirugía de que Federico se valió para operarla; contempló un momento aquellos objetos que habían cortado su carne enferma, que le habían dado la salud del cuerpo y le habían robado la del alma; en su mirada fulguró la piedad y la rabia; pasaron por su mente promesas de amor no cumplidas..., luego se dirigió resuelta al balcón y abrió sus dos hojas; una oleada de frescura llena de perfumes de flores recién abiertas acarició su rostro..

Ernestina volvió á contemplar los instrumentos de la ciencia, y haciendo un rabioso mohín los tiró cuán lejos pudo.

JUAN TORAL.



MARÍA GIUDICE (*Elsa*). – FRANCISCO VIÑAS (*Lohengrin*). – CONCEPCIÓN DAHLANDER (*Ortruda*). – NESTOR DE LA TORRE (*Telramondo*). TORRES DE LUNA (*Rey Enrique el Pajarero*)



EN LA FUENTE, cuadro de Augusto Corelli

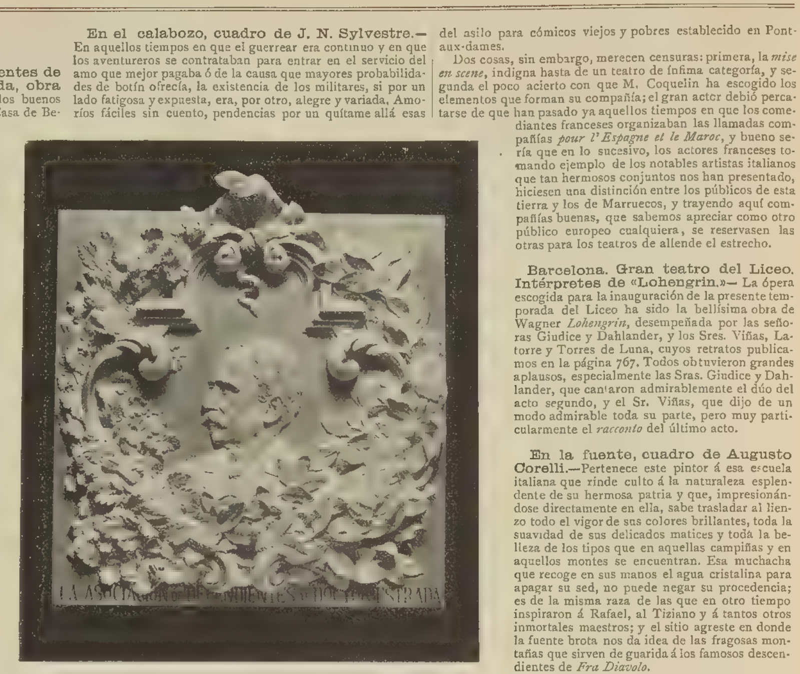


SAN EMERICO, cuadro de L. Hegedus

NUESTROS GRABADOS

Placa que la Asociación de Dependientes de la Habana ha regalado al Dr. Estrada, obra de Agapito Vallmitjana.—Agradecidos á los buenos servicios del reputado Dr. Estrada, médico de la Casa de Beneficencia de la Habana y fundador de un asilo, los miembros que componen la importante Asociación de Dependientes de la capital de Cuba le han regalado recientemente la bellísima placa que adjunta reproducimos, en la que el retrato de aquél aparece en un marco artístico del mejor gusto. La obra ha sido ejecutada por el ilustre escultor Agapito Vallmitjana, y, como todas las que de sus manos salen, caracterízase por su corrección, por su seriedad y por su elegancia, y añade un nuevo título á los muchos y valiosos que su autor lleva conquistados en su larga y brillantísima carrera.

Monumento á D. Víctor Chávarri en Portugalete.—Próximo á inaugurarse el notable monumento que en Portugalete se erige á D. Víctor Chávarri, creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores algunos de los fragmentos ó elementos más importantes que lo integran, abrigando la convicción de que han de unir su aplauso al que sin reserva tributamos á nuestro distinguido paisano el laureado escultor Miguel Blay. Entendemos ante todo que la hermosa Portugalete interpreta perfectamente los deseos de la región vasca, honrando la memoria de uno de sus ilustres hijos, que dedicó al progreso de la más importante de sus industrias todos sus esfuerzos y todas sus energías, y recordando que los pueblos que glorifican á sus grandes hombres se engrandecen. De ahí, pues, que nos felicitemos por la realización de la obra, con mayor motivo cuando aquélla sirve para que un artista ya eminente dé nueva y gallarda muestra de su genialidad y admirables aptitudes para el cultivo del gran arte. El grupo titulado «Los primeros fríos,» premiado en la Exposición Nacional de 1894, fué la revelación de lo que podía esperarse del temperamento del escultor olotense; el hermoso grupo formado por el forjador y el minero, que ha de figurar en el monumento á que nos referimos, es la confirmación de los alientos del artista y de su indiscutible maestría. Cada una de las figuras significa un interesantísimo estudio, sea cual fuere el aspecto con que se analicen. Reiteramos nuestra felicitación al artista y al amigo, así como á los fundidores Sres. Masriera y Campins, que tan acertadamente han dado cima á su difícil cometido.



Placa que la Asociación de Dependientes de la Habana ha regalado al Dr. Estrada, obra de Agapito Vallmitjana

Montevideo.—La catástrofe de la cañonera «General Rivera.»—A las doce de la mañana del día 6 del pasado octubre, un horrible estampido y un gran sacudimiento pusieron en conmoción á los habitantes de Montevideo: acababa de hacer explosión en la bahía la cañonera «General Rivera,» buque-jefe de la escuadrilla uruguaya, resultando muertos cuatro marineros de la misma y heridos todos los oficiales. La noticia cundió rápidamente, y una hora después millares de personas se disputaban en los muelles el humanitario deber de acudir en auxilio de las víctimas. Ignórase, y seguramente se ignorará siempre, cómo se produjo la catástrofe, que algunos suponen casual y otros intencionada. El gobierno nacional dispuso que el entierro de las víctimas se verificase con toda pompa, habiéndoles tributado los honores militares la marinería de los demás buques de guerra. Las Cámaras se adhirieron también á esa manifestación de dolor autorizando al Poder ejecutivo para que entregue á las madres y viudas de los infortunados marineros fallecidos el sueldo íntegro de que éstos disfrutaban, hasta que se discuta el nuevo presupuesto. Actualmente se trabaja para el salvamento de la embarcación y para encontrar los cadáveres de un fogonista y de un cabo timonel que, según afirman los buzos, están en el cuarto de máquinas.

La cañonera «General Rivera» fué construída en 1884 en la Escuela Nacional de Artes y Oficios, desde donde fué conducida, montada sobre tirantes, al varadero de Gounouilhou, empezando á prestar en seguida grandes servicios al Estado, ora resguardando sus costas, ora haciendo viajes de estudio y de cortesía.

Las fotografías que adjuntas reproducimos son de los señores Fillat la primera, y Odin la segunda, y nos han sido remitidas, lo mismo que los datos que nos han servido para esta descripción, por D. Leogardo Miguel Forterolo, á quien damos las gracias por su atención.

Montevideo. – La catástrofe de la cañonera «General Rivera.» – La cañonera antes de la catástrofe (de fotografía de Fillat)

En el calabozo, cuadro de J. N. Sylvestre.—En aquellos tiempos en que el guerrear era continuo y en que los aventureros se contrataban para entrar en el servicio del amo que mejor pagaba ó de la causa que mayores probabilidades de botín ofrecía, la existencia de los militares, si por un lado fatigosa y expuesta, era, por otro, alegre y variada. Amoríos fáciles sin cuento, pendencias por un quítame allá esas pajas, el juego y el vino, llenaban los huecos que entre sí dejaban las batallas, y jamás el recuerdo de los pasados peligros ni el temor de los peligros futuros alteraban el buen humor de aquellos soldados que se burlaban de la vida y de la muerte. Los frecuentes desmanes traían consigo los correspondientes castigos, de ordinario no muy severos; pero aquellas momentáneas privaciones de libertad no eran bastantes ni á entristecer el ánimo del castigado, ni á hacerle sentar la cabeza para lo sucesivo. Dígalo, si no, el protagonista del cuadro del notable pintor francés Sylvestre, que en él ha sabido sintetizar una clase de hombres y el espíritu de una época: por su mala cabeza fué á dar ese oficial con sus huesos en el calabozo; pero bien expresan su semblante y su actitud que es de los que no se arrepienten ni se enmiendan, y claramente se adivina que en cuanto salga de su encierro volverá á las andadas hasta que nuevas fechorías le lleven otra vez á hacer compañía á los ratones que le distraen en su encierro.

El eminente actor francés Coquelin (ainé.) – En el teatro Principal de esta ciudad ha dado estos últimos días tres funciones el ex societario de la Comedia Francesa, de la que salió en 1886 á consecuencia de una discusión surgida en el seno del comité de la misma. Desde entonces ha recorrido por su cuenta los principales teatros del mundo, cosechando en todas partes honra y provecho, siendo solicitado por todos los empresarios y aclamado por todos los públicos. No hemos de hablar de su talento, porque la fama universal lo ha consagrado: únicamente diremos que sus aptitudes artísticas se adaptan admirablemente á los más diversos géneros, como acaba de demostrarlo en esta segunda visita á Barcelona (la primera fué en 1888), interpretando de un modo maravilloso tipos tan distintos como el *Monsieur Poirier*, de la conocida obra de Augier, el *Cyrano* de la bellísima comedia de Rostand y el *Labussiere* del drama «Thermidor» de Sardou. El éxito alcanzado aquí por Coquelin ha sido tan grande como merecido, ya que á pesar de sus sesenta y dos años conserva todo el genio y todo el vigor artístico de sus mejores tiempos. A sus excepcionales dotes de artista une Coquelin un corazón excelente de filántropo, ya que á él se debe la fundación del asilo para cómicos viejos y pobres establecido en Pont-aux-dames.

Dos cosas, sin embargo, merecen censuras: primera, la *mise en scene*, indigna hasta de un teatro de ínfima categoría, y segunda el poco acierto con que M. Coquelin ha escogido los elementos que forman su compañía; el gran actor debió percatarse de que han pasado ya aquellos tiempos en que los comediantes franceses organizaban las llamadas compañías *pour l'Espagne et le Maroc*, y bueno sería que en lo sucesivo, los actores franceses tomando ejemplo de los notables artistas italianos que tan hermosos conjuntos nos han presentado, hiciesen una distinción entre los públicos de esta tierra y los de Marruecos, y trayendo aquí compañías buenas, que sabemos apreciar como otro público europeo cualquiera, se reservasen las otras para los teatros de allende el estrecho.

Barcelona. Gran teatro del Liceo. Intérpretes de «Lohengrin.»— La ópera escogida para la inauguración de la presente temporada del Liceo ha sido la bellísima obra de Wagner *Lohengrin*, desempeñada por las señoras Giudice y Dahlander, y los Sres. Viñas, Latorre y Torres de Luna, cuyos retratos publicamos en la página 767. Todos obtuvieron grandes aplausos, especialmente las Sras. Giudice y Dahlander, que cantaron admirablemente el dúo del acto segundo, y el Sr. Viñas, que dijo de un modo admirable toda su parte, pero muy particularmente el *racconto* del último acto.

En la fuente, cuadro de Augusto Corelli.—Pertenece este pintor á esa escuela italiana que rinde culto á la naturaleza esplendente de su hermosa patria y que, impresionándose directamente en ella, sabe trasladar al lienzo todo el vigor de sus colores brillantes, toda la suavidad de sus delicados matices y toda la belleza de los tipos que en aquellas campiñas y en aquellos montes se encuentran. Esa muchacha que recoge en sus manos el agua cristalina para apagar su sed, no puede negar su procedencia; es de la misma raza de las que en otro tiempo inspiraron á Rafael, al Tiziano y á tantos otros inmortales maestros; y el sitio agreste en donde la fuente brota nos da idea de las fragosas montañas que sirven de guarida á los famosos descendientes de *Fra Diavolo*.

San Emerico, cuadro de L. Hegedüs. – El autor de este cuadro cuenta actualmente 32 años, es profesor auxiliar de la Escuela Provincial de Dibujo de Budapest, ha sido discípulo de A. de Bela Pollik, el conocido pintor de animales húngaro, del vienés Eisenmenger y de los parisienses Laurens y Constant, y ha obtenido numerosas recompensas en varias exposiciones. El lienzo suyo que reproducimos representa un episodio de la vida de San Emerico, hijo del rey Esteban, que introdujo el cristianismo en Hungría, que murió á la edad de veinticuatro años y es venerado como patrono de la juventud magiar. Este obra, la primera de grandes dimensiones producida por Hegedüs, ha sido pintada por encargo del obispo de Neutra.

Teatros.— *Barcelona.* – Se ha inaugurado la temporada del Liceo con la ópera de Wagner *Lohengrin*, en cuyo desempeño han obtenido muchos aplausos las señoras Giudice y Dahlander y los señores Viñas, Latorre y Torres de Luna y el director Sr. Mascheroni. Se ha estrenado en el propio coliseo la leyenda dramática *La damnation du Faust*, de Berlioz, arreglada á la escena por Gunsburg, dirigida por el maestro Mascheroni y cantada por la señora Berlendi y los señores Blanchart, Dianni y Torres de Luna: el éxito ha sido entusiasta en los primeros cuadros y más frío en los finales; lo que sí ha merecido unánimes y calurosos aplausos ha sido la presentación escénica, por la que merece ser felicitado el señor Bernis. También merece felicitaciones la actual junta de propietarios por las mejoras realizadas en el teatro, especialmente por la relativa á la orquesta, que ahora está oculta del público.

En el Principal ha dado conciertos la Sociedad Filarmónica con el concurso del notable pianista M. Du Chastain, el cual ejecutó admirablemente distintas obras de Schumann, Bach, Schubert y Chopin; el señor Crickboom tocó con su habitual maestría varias piezas de Mozart, Haendel y Beethoven, unas solas en el violín y otras acompañadas al piano por su esposa y por M. Du Chastain; la orquesta dirigida por el propio Sr. Crickboom interpretó con gran acierto una obertura de Delacroze, una sinfonía de Mendelssohn y el preludio de *Lohengrin*.



La cañonera «General Rivera» después de la catástrofe



– Roselina, ¿no quieres venir á hacer un mimo á tu mamá?

CRIMEN DE NIÑO

NOVELA CORTA, POR ALBÉRICH-CHABROL. — ILUSTRACIONES DE SIMONT

– Roselina, ¿no quieres venir á hacer un mimo á tu mamá?.. Ven, querida mía; me harías tanto bien si quisieras...

Aquel dulce ruego no obtuvo respuesta, y la madre siguió sola en un rincón de la pieza, dolientemente echada en un sofá. En pie, al lado de un balcón, Roselina, con sus ojazos llenos de enojo y con la irritación de una criatura exasperada más de lo que consienten sus fuerzas, estaba mirando las tres anchas y alegres vías que formaba, con sus aceras y su centro empedrado, el boulevard Saint-Germain en aquel día de primavera; bajo sus dos líneas de árboles, de hojas recién brotadas.

La madre había decidido el día anterior llevarla á los grandes almacenes para comprarle un sombrero nuevo, fresco como las flores recientes, un sombrero que no hubiera sufrido las humeantes nieblas del invierno ni las apreturas de los guardarropas á la entrada de las clases. Roselina adoraba el ir á los almacenes con mamá y experimentaba la vehemente atracción, la curiosidad ardiente de los opulentos escaparates, ante los cuales sentía, en multiplicaciones embriagadoras, ese goce tan femenino y tan sutil que promete la posesión de una cosa nueva... Y cuando llegaba el momento de escoger, la niña sentía como una ligera fiebre en las mejillas y en los ojos, una fiebre que no era ella sola la que la sufría, pues vendedores, vendedoras y clientes parecían transmitírsela con las puntas de los dedos al manejar las sedosas telas y aquellas mercancías como embalsamadas en su lustre virgen... Pero, sobre todo, en el fondo de Roselina había la idea, á la vez vaga y neta, de que de todas las cosas allí admiradas y cuya posesión se deseaba ardientemente, ninguna era comparable con los dos objetos de gracia y de orgullo que eran ella y su madre; ésta alta y esbelta, con su cabecita altiva que llevaba el sombrero de flores como una reina la corona, y ella muy crecida ya, sobre sus piernas de Diana, y con los hombros inundados por el raudal de cabellos rubios que se escapaba de su gran sombrero de terciopelo todo empenachado.

Un día, cuando todas las cabezas se volvían á su paso como de costumbre, había oído murmurar:

– ¡Es la princesa K y su hija!

¿Pero de qué le servía haberlo oído, recordarlo y prometerse saborear aquel mismo día el goce de ese recuerdo? Ya no iban á salir. Es decir, ella sí saldría para ir á la clase de piano con Julieta, en lugar de ir acompañada por mamá después del paseo, como estaba convenido... ¡Mamá tenía la jaqueca; siempre esa jaqueca deplorable! Pero, también, ¿por qué no se ponía en cura?.. ¡Qué lástima que el general, el tío de Roselina, no viniese más á menudo á París! Con él se realizaban siempre los proyectos... Y Roselina le veía tan orgulloso de llevarla al teatro del Chatelet ó al circo de caballos, como si fuera su hija... El general decía también que mamá no estaba mala y que haría mejor en tratar de distraerse en vez de estarse gimiendo en su sofá.

¿Sería cierto que mamá tenía hoy la jaqueca? Roselina se volvió un poco, y en un gran espejo de cuerpo entero que cortaba un ángulo de la pieza vió que mamá tenía un libro abierto en una mesita baja que había puesto á su lado...

– ¡Cuando se tiene dolor de cabeza no se puede leer!

Cuando el año anterior estuvo Roselina amenazada de una meningitis, el médico le había prohibido estudiar y hasta ir á clase.

Si mamá no tenía jaqueca, ¿por qué se quedaba en casa y aprisionaba con ella á Roselina?.. ¡Ah! Sí; á fuerza de reflexionar, Roselina comprendía muy bien...; era para vengarse (no habían sabido enseñar á Roselina la palabra castigar), sí, era para vengarse porque ayer no había querido ir con ella á casa de la señora de Noblois, una vieja gruñona que siempre aconsejaba á mamá la firmeza y á ella la obediencia...

– ¡Vengarse!.. ¡Ah! Si creían domarla de ese modo... ¡Ya le llegaría la vez á Roselina!

La niña echó otra ojeada al espejo. Mamá, sin embargo, estaba muy pálida..., pero cuando se le decía contestaba siempre riendo que aquel era su color y que nunca había tenido sonrosadas las mejillas... Ahora había dejado en la mesita el libro abierto, y apoyada en las almohadas que había hecho añadir á los almohadones del sofá, se estaba oprimiendo el corazón con una mano... ¿Por qué ese ademán? Cuando se tiene dolor de cabeza, se pasa uno la mano por la frente... Mamá había visto, acaso, que Roselina la miraba en el espejo y quería fingir que estaba muy enferma, para meterle miedo.

Roselina volvió la espalda al espejo y apoyó con brusquedad la frente en un cristal del balcón. Sus ojos verdes se habían puesto obscuros como el agua del Océano, á la que, por lo sombría y fogosa, se parecía su alma... De pronto vió pasar por la acera de enfrente á su compañera, la niña Magdalena de Lorges, que iba con su madre. Magdalena tenía en la mano un rollo de música, en el que llevaba la sonata á cuatro manos que estaban estudiando juntas las dos... y que sería preciso tocar dentro de un momento en casa de la señorita Denisot, su profesora. ¡Oh! No, no, eso nunca... Roselina tenía los dedos como si fueran de algodón; la pieza le iba á salir pésimamente, y la mamá de Magdalena, que tenía tanta envidia de ella por su hija, iba á gozar de su torpeza... No, de perder su primer puesto en la clase, Roselina prefería que fuese á causa de una ausencia... Estaba resuelta; no iría á clase y que dijese mamá lo que quisiera...

Casi en el mismo instante la madre dijo de nuevo:

– Roselina, es la hora de la clase, querida. Di á Julieta que te vista.

Roselina se inmovilizó más y más contra el cristal.

La madre repitió con voz lánguida y quejumbrosa:

– Anda, Roselina; es la hora. Vas á llegar tarde y perderás tu puesto.

La niña murmuró entre dientes, pero de modo que se oyese:

– ¡Bah! Me es igual...

Y la madre respondió, esforzándose por hablar un poco más alto:

—¡Pero á mí no me es igual!.. Ya sabes qué orgullosa estoy por tus éxitos en clase...

—Por eso será por lo que no vas á ella casi nunca.

El tono duro de Roselina hizo estremecerse á su madre, por cuyo cuerpo, envuelto en los encajes del peinador, corrió un escalofrío. ¡Cómo! ¿Una nueva rebelión de aquella niña indomable?.. ¿Habría que decírselo todo? ¿Sería preciso hacerle prever los días lúgubres que estaban acaso próximos y procurar que comprendiese que, después de ese suceso, nadie tendría ya para ella las indulgencias de la pobre madre enferma? ¡Oh! ¡Qué porvenir se preparaba para aquella niña altanera, orgullosa y demasiado linda! Casi siempre hay dramas en la existencia de esas soberbias mujeres que atraen el amor por su belleza y el odio por las crueldades de su orgullo y de su egoísmo... Era preciso que, en lo que le quedase de vida, la madre tuviese un poco de firmeza, y aun de severidad, para disciplinar á aquel espíritu absoluto, que las fuerzas contrarias del destino habrían de quebrantar, como á todo lo que se cree inflexible, por los dolores y las lágrimas...

Su madre dijo:

—Tengo mucho gusto en acompañarte cuando estoy buena, y hoy soy yo la que más lo siente de las dos. Pero como mi jaqueca me impide por completo salir, sobre todo para asistir á una clase de piano, vas á ser buena, querida mía, y á probarme tu cariño yendo con Julieta.

¡La jaqueca! ¡Pobre madre! ¡Qué desdicha que no comprendiese que á esas ricas é impetuosas naturalezas, como la de Roselina, hay que evitarles hasta la sospecha de una mentira!

La madre llamó, y cuando apareció Julieta, le dió la orden de traer el sombrero y el abrigo de Roselina.

—Señorita Roselina, ¿quiere usted venir?

La doncella, presentando el largo abrigo de terciopelo, ofrecía en vano la manga á Roselina... La niña seguía con la cabeza apoyada en los dos brazos cruzados contra el cristal y el cuerpo contraído como para la resistencia de la rebelión.

Roselina empezaba á vengarse.

La doncella creyó dominar su capricho con una broma que algunas veces le daba resultado, y dijo:

—¡Bueno! Vamos á vestir á este niño sin que él nos ayude.

Y quiso coger un brazo de Roselina... Pero nada podía irritar en aquel momento á esta altanera niña como aquella inocente puerilidad. Roselina rechazó á Julieta con el puño cerrado, gritando con voz violenta:

—¿Quiere usted dejarme en paz?

—Déjela usted, Julieta.

Cuando salió la doncella, mamá cogió el abrigo y se acercó á su vez, más pálida que nunca y semejante, con su peinador blanco, á una gran azucena marchita por un largo día de existencia. Su boca estaba menos tierna que de costumbre, pero tan doliente...

—Te ayudaré yo misma, porque vas á ir á clase; lo quiero.

Pero Roselina, con la voz baja é irritada de una criatura que se hunde en lo irreparable, que lo sabe y que siente al mismo tiempo el invencible vértigo y el horror de su caída, replicó prontamente:

—¡No voy á clase!.. ¡Si tú lo quieres, yo no!

La madre no dijo ya nada, pero se apoderó de una mano de su hija y quiso hacerla entrar en la manga del abrigo, cuyo forro de seda color de rosa parecía sonreir ante un juego infantil....

Roselina retiró la mano de un brusco tirón.

La madre se la volvió á coger y la oprimió en la suya, tan fina, tan demacrada...

—¿Te atreverás á resistirme?

Roselina se atrevió y retorció en todos sentidos el brazo que su madre retenía á fuerza de voluntad. Roselina se puso resueltamente á separar con la mano libre los dedos de su madre, rígidos y fríos...



... ofrecía en vano la manga á Roselina

Y al ver que no triunfaba, entró en una embriaguez de furor... Toda su linda cara de pequeña reina pareció cambiarse en un haz de llamas soberbias y monstruosas; y con el fulgor de sus cabellos rubios agitados, de las mejillas rojas y de los ojos verdes llenos de reflejos maléficos, exclamó:

—¡Ya no te quiero! ¡Te aborrezco!..

Roselina dijo esto con la expresión feroz que le daban sus dientes apretados, aquellos dientes de pequeña leona que querían una presa. Y de repente, reuniendo todas sus fuerzas y todos sus furores, dió un empujón terrible... La madre lo recibió en el costado y vaciló, dió un gemido de enfermo que agoniza .. y sus manos cayeron flácidas, como si la fuerza se hubiera deslizado de sus dedos, cual fuentes que se agotan... Con pasos penosos y agitados se dirigió al sofá y cayó en los almohadones, pálida, con una palidez inexplicable todavía á los ojos de Roselina...

La niña permaneció en pie, inclinada hacia delante, con los brazos crispados aún, como buscando el obstáculo y la lucha; todo el cuerpo aguijoneado por la voluptuosidad de la rebelión y el alma ya estupefacta por el horror de sí misma y de todo... La madre se incorporó en las almohadas; sus párpados dejaron pasar una mirada y sus labios un aliento:

—¡Roselina!

La niña se acercó de un salto.

—¡Perdón, mamá, perdón!.. Iré á clase. ., haré todo lo que quieras... ¡Dime que me perdonas!

Pero mamá se quedó inmóvil, con la cabeza violentamente caída hacia atrás. Y Roselina tuvo la impresión de que su madre, en vez de estar allí, en su sofá, se dirigía con pasos de sombra hacia la puerta de la pieza, y después á todas las puertas, hasta la última de la casa, y luego á otras puertas sombrías por las que se hundía lejos, muy lejos, en los espacios de la noche, sin que le fuera posible volver la cabeza. Roselina prorrumpió en los gritos locos del abandono...

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mírame, háblame!.. ¡Abre la boca! ¡Mueve los ojos!.. ¡Mamá! ¡Yo te obedeceré siempre!.. ¡Te lo prometo!.. ¡Te lo juro!.. ¡Mamá!..

Acaso la madre quiso, en efecto, abrir la boca y mover los ojos, al menos un segundo, para perdonar á la niña arrepentida. Las largas pestañas de sus párpados cerrados se estremecieron como á impulso de ligera brisa y sus labios hicieron un imperceptible movimiento... Pero en lugar de la palabra de ternura que suplicaba el corazón enloquecido de Roselina, apareció en ellos una línea escarlata que coloreó siniestramente su palidez. Y mientras la niña enmudecía de espanto ante aquel horrible espectáculo, el hilo de sangre corrió por las almohadas, llegó á las anchas puntillas de sus bordes y tocó la mano crispada de Roselina, agarrada á ellas con desesperación.

Al sentir el tibio raudal, la niña dió un salto para caer de rodillas.

—¡Mamá!¡Mamá!¡Oh! ¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!..

Ninguna otra palabra pudo ya salir de aquella garganta oprimida por una argolla de angustia. Julieta y la cocinera acudieron temblando á sus gritos, que eran clamores desesperados, y la encontraron revolcándose en la alfombra, ahogada por un estertor y con los cabellos inundados de sangre, aquellos lindos cabellos rubios que mamá había peinado y rizado el mismo día, como todos, con dedos llenos de amor y de orgullo.

***

Roselina se despertó en su cuartito azul con esas miradas de asombro que echan los enfermos á las personas que los rodean, como si volviesen de ese mundo lejano y extraño del que los muertos no vuelven... El general, su tío, y la hermana del general, que tenía en Blois su casa de soltera, estaban al lado de la cama de Roselina, después de la última visita del médico.

—¡Vaya! ¡Ya está salvada!, exclamó el general con la expansión de la alegría. Así, ya puedo marcharme tranquilo. Dentro de ocho días, en cuanto el médico lo permita, me la llevarás... Pero trata de que de aquí á entonces pierda esa cara pálida de santa; hay que hacerle recobrar su aspecto de diablillo vivo y bullicioso... Yo no soy como aquella pobre Luisa, y me gustaría el ruido y hasta alguno que otro vendaval en la casa... Es más alegre...

Al oir el nombre de su madre, Roselina, que estaba muy débil, no pudo expresar con gritos su desesperación como lo hizo antes de ser atacada por la fiebre cerebral; pero su linda cara, de óvalo prolongado y enflaquecido, tomó una expresión de angustia y de extremado dolor, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que caían lentamente...

El general, conmovido, le dió un beso.

—¡Buena la he hecho!, dijo. Pero ha sido el médico el que ha querido que se te hable de ella en seguida... ¡Ea! Yo me voy; tu tía sabrá tratar mejor que yo el triste suceso.

Cuando salió el general, su hermana fué á sentarse á la cabecera de Roselina. Era la tal una mujer alta, delgada y dulce, con esa dulzura de alba que conservan las solteronas solas en la vida con un corazón voluntariamente consagrado al ideal. La buena mujer habló á Roselina de su madre. Hacía muchos años, desde que el padre de la niña, capitán de fragata, murió en una expedición á los mares del Sur, el estado de la pobre viuda no ofrecía esperanza alguna y su vida dependía de la primera emoción... Ahora bien: cuando se acudió á los gritos de Roselina, se vió que la enferma había estado leyendo todo el día un volumen sobre los naufragios célebres...

¡Su vida dependía de una emoción!.. Roselina no quiso escuchar más... «¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!..» Este grito, que salió de su boca al em-

pezar el delirio, era, en efecto, el de la horrible verdad. ¡Había matado á su madre como si hubiera cogido un cuchillo para hundírselo en el corazón!.. Era más criminal que los asesinos que matan á las personas extrañas á fin de apoderarse del dinero necesario para vivir... ¡Ella había golpeado á su madre, que la mecía con sus cuidados, con sus besos, con sus inmerecidas ternuras!.. ¡Ah! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡El objeto de su mayor orgullo! Nunca la tendría ya á su lado... Nunca ya su alma se sentiría inundada se ha encontrado robando en los escaparates. La encerrarían con aquellos chicos, á los que nunca hubiera querido tocar ni al borde de la ropa, y estaría en su compañía, pero mucho más castigada que ellos, sin duda, porque era infinitamente más culpable. ¡Aquella casa negra, el pan de munición, los maestros duros y que nunca sonríen, la vida en común con aquella tropa de ladronzuelos y de pequeños criminales!.. ¡Oh! ¡Con tal de que no se sepa nada jamás, jamás!..

La enfermita lloró todavía un momento en el hombro de su tía, y en seguida, como si habiendo perdido por su culpa, por su crimen, las caricias de mamá, le estuviera ya prohibido el buscar otras, se dejó caer pesadamente en las almohadas.

– Eso es, querida mía; duerme un poco y descansa bien, para que podamos ir á buscar á tu tío dentro de pocos días.

Pero Roselina, vuelta hacia la pared y agobiada por la pena, tardó en dormirse. De sus párpados,



Julieta y la cocinera acudieron temblando á sus gritos

de júbilo al oir estas palabras de sus profesores: «Roselina sigue siendo la primera de la clase... No nos extraña; con una madre como la suya...»

¡Una madre como la suya! ¡Y ella la había matado! ¡Oh! ¡Aquella sangre que un golpe brutal había hecho brotar de su corazón; aquella sangre tibia que había bañado sus manos, su cara, sus cabellos!.. ¿No estaba ya marcada para toda la vida?..

Roselina se incorporó en las almohadas é interrogó al espejo del armario... Su cabello rubio, cuidadosamente lavado, caía en suaves ondas al lado de sus mejillas, tan pálidas, que la niña se creyó mirada desde el fondo del espejo por los queridos y tristes ojos de mamá...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No podía siquiera llorar á su madre con un dolor de tranquilo duelo, como las otras huérfanas! ¡Tenía que llorar y deplorar más y más su crimen!..

La conciencia de Roselina no estaba bastante esclarecida para atenuar en provecho propio el sentido de esa palabra. ¿Es un crimen matar? Pues ella le había cometido. Si al despertar de su fiebre no había nadie á su lado para ponerle las esposas, era que nadie, no, nadie sabía... Julieta misma había estado hacía un momento en su cuarto y se había sonreído amistosamente al darle la medicina. Aquella mujer no podía imaginar que Roselina hubiera llevado hasta la locura furiosa y criminal contra mamá el acceso de cólera en que la había visto un momento antes. Julieta, sin embargo, no había dejado de hacerle ciertas observaciones en casos semejantes. Muchas veces le había dicho: «Si fuera usted de una familia pobre, señorita Roselina, tiempo ha que, por su mala cabeza, la habrían metido en una casa de corrección.» ¡Una casa de corrección! Sí, allí es donde la meterían hoy si supieran...

¡La casa de corrección! Es decir, el presidio de los niños criminales, de los niños pobres á quienes

Sin embargo, un deseo, una necesidad de decirlo todo atormentaba su boca como una sed ardiente en el verano. Necesitaba instruir de su crimen á alguien superior á ella, recibir una condena secreta, sufrir, sin vergüenza exterior, una penitencia que pudiera repararlo todo y hacer venir de nuevo los días dichosos y que obligase á mamá á volver del mundo obscuro en que se había hundido, lejos, muy lejos de aquella niña que no la merecía... ¡Oh! ¡Violentos y vanos deseos! Roselina tenía que aprender ahora sola la significación horrorosa de la palabra «imposible,» que nunca había podido concebir cuando la pronunciaba la tierna boca de su madre.

De pronto levantó la cabeza. La hermana del general, después de haber hablado á Roselina de su madre, se había retirado, pensando que la enfermita sentiría más alivio llorando sola, y estaba leyendo vuelta de espalda al interior de la pieza.

– ¡Tía!

Gozosa al ser llamada, la buena señora acudió. Roselina se abrazó á su cuello.

– ¡Oh! Tía, mi madre muerta... ¡Yo!..

Iba á decir «¡Yo la he matado!,» pero no acabó. Se había producido un hecho infinitamente extraño y misterioso, como si la mano misma de la muerta, aquella mano suave, pálida y demacrada, se hubiese aplicado á los labios de la niña para cerrárselos con una autoridad invenciblemente obedecida... La buena mamá no había nunca tolerado que nadie más que ella supiera las violencias de su hija... Hoy había cerrado los labios de Roselina como en otro tiempo cerraba las puertas para que los criados no se enterasen de las escenas más desagradables... De repente creyó Roselina que era una horrible profanación revelar el secreto de la última. ¡Sería hacer que mamá, muerta en su tumba, llorase de vergüenza!.. ¡Mamá, tan perfecta, y que había tenido una hija tan miserable!..

oprimidos por un gran peso de fatiga, se deslizaban lágrimas silenciosas, brotadas del alma, fuente que había de seguir siempre llena y que producía un murmullo de infinita tristeza, percibido por sus oídos y repetido por sus labios á pesar de su gran repugnancia:

– ¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!

El general había sufrido un desengaño. En Blois, en su lujosa y risueña casa de la orilla del Loira, Roselina había crecido demasiado juiciosa y sin alegría. El buen señor cambiaba á veces penosas miradas con su hermana, considerando cómo un síntoma temible aquella formalidad de la niña que la hacía parecerse cada vez más á su joven madre muerta. Roselina, sin embargo, tenía una salud excelente y los médicos respondían de su vigor y del perfecto equilibrio de sus órganos.

Sí, aquella gravedad de Roselina era propia de una criatura sana de cuerpo y alma, de un instrumento perfecto que la vida hacía sonar sin notas falsas. ¿Le era acaso posible el pronto olvido? ¿No había de conservar el crimen su horrible consecuencia? ¿Acaso la muerte le había devuelto su madre al verla arrepentida?.. Ese arrepentimiento había sido al principio tumultuoso y delirante, mientras Roselina no supo cómo resolver la necesidad de conciencia de confesar y de recibir un castigo.

Su madre le había cerrado la boca en el momento que iba á confiarse á su tía durante la enfermedad. No, ninguna persona, ni hombre ni mujer, debía conocer el crimen de su hija..., pero hay un hombre que es más que un hombre; el sacerdote, el que escucha por los oídos de Dios lo que se dice en el confesonario, y condena y perdona al mismo tiempo en nombre de Dios...; el sacerdote, que al cruzarse con su penitente en la calle, no tiene recuerdos en la mirada ..

(Continuará.)

AUTOMOVILISMO

El último concurso de «Resistencia» celebrado en los días 18 y sucesivos - exceptuado el 20, domingo - hasta el 26 del pasado mes de septiembre, bajo el patronato y la dirección del *Automobile Club* en el Palacio de Cristal de Londres, resultó muy interesante é instructivo, siendo evidente demostración de lo mucho que se ha perfeccionado en estos últimos años la construcción de automóviles.

La carrera de 1.000 millas estaba repartida en las jornadas siguientes:

Septiembre, 18, á Margate y vuelta
— 19, á Eastbourne —
— 21, á Worthing —
— 22, á Folkestone —
— 23, á Southsea —
— 24, á Bexhill —
— 25, á Winchester —
— 26, á Brighton —

Además de la debida vigilancia en todos los caminos, cada coche llevaba un inspector oficial. Al regreso, por la tarde, los vehículos quedaban encerrados y custodiados, no siendo permitido á sus conductores acercarse á ellos hasta la mañana siguiente para continuar la carrera.

Si bien había cerca de 150 competidores apuntados, quedó bastante reducido este número al llegar el momento de entrar en la liza, pues sólo comparecieron 104, y éstos fueron disminuyendo durante la carrera hasta verse reducidos á 77 en el último día, siendo 54 los que la terminaron sin haber tenido que hacer parada alguna. Como era de suponer, los contratiempos fueron ocasionados en su mayor parte por desarreglo de los neumáticos, en lo que no puede achacarse responsabilidad alguna al constructor de la máquina.

Como se verá por los datos que ponemos á continuación, es muy notable la manera como fueron reduciéndose las abstenciones después de las dos primeras jornadas:

	Competidores	Retirados
Margate.	[illegible]	10
Eastbourne. . . .	94	7
Worthing.	87	2
Folkestone	[illegible]	2
Southsea.	83	[illegible]
Bexhill.	79	[illegible]
Winchester. . . .	78	1
Brighton.	77	1

Tienen tanta mayor significación las cifras apuntadas, cuanto que se ha de considerar que en ese concurso no tomaron parte los automóviles de primera clase, los de mucho precio y gran potencia, que, por lo demás, poco aliciente habían de encontrar en él, dada la escasa velocidad permitida y teniendo ya bien probada la seguridad de su funcionamiento. La contienda esta vez se puede decir que era solamente entre constructores de nuevos tipos de poco precio - menos de 200 libras esterlinas - y de relativa poca fuerza, pues cada día es más patente la conveniencia de producir coches de módico coste para los miles que no pueden emplear de 500 á 1.000 libras esterlinas en un automóvil. Débese además tener en cuenta que se presentaron bastantes de esos pequeños coches acabados de salir de los talleres de sus constructores, y por lo mismo, sin suficientes pruebas de preparación.

Antes que el *Automobile Club* presente su informe oficial, sería muy aventurado emitir opinión formal respecto á la superioridad de una ú otra de las marcas que han concurrido al certamen de que nos ocupamos; pero entre aficionados é inteligentes que lo presenciaron, era muy general la satisfacción con que habían visto funcionar el de Dion Boerton de seis caballos de fuerza, el Oldsmobile de cinco caballos, el Humber también de cinco, el Baby Peugeot y el Clyde de seis caballos y medio, todos comprendidos en la clase A, ó sea la de coches pequeños y de precio menor de 200 libras esterlinas.

En este concurso se efectuaron asimismo, antes de emprender la carrera de 1.000 millas - algunos críticos opinan que más práctico habría sido *después*, sin permitir arreglo alguno, - «pruebas de frenos,» las que tienen mucho interés hasta para el más decidido adversario del automóvil, ya que el gran argumento de todo *chauffeur* en contra de medidas reguladoras de la velocidad estriba en la rapidez y absoluta confianza con que puede parar. La mayoría de los vehículos presentados salieron airosos de las pruebas, pero algunos marraron, y por pocos que fueran éstos, tal deficiencia es muy de lamentar, considerando la suma importancia del buen funcionamiento de los frenos y habiendo de suponerse que fuesen inspeccionados y ajustados debidamente por sus constructores antes de someterlos á la prueba.

Fueron también muy interesantes las pruebas que se hicieron en el mismo certamen en averiguación de lo que más contribuye en los automóviles á levantar el «polvo» en las carreteras. Resultó, como era natural, que los mayores culpables en este caso son los neumáticos; pero pudo observarse también que los coches que llevan cajas por debajo de su trasera tienen mayor propensión á arremolinar el polvo que los que carecen de tales apéndices. En este sentido es muy de aplaudir la innovación introducida en los vehículos de construcción más reciente, disponiendo los tubos de descarga paralelamente al suelo y no, como antes, inclinados hacia abajo. Esperemos igualmente que los *chauffeurs* en general seguirán el ejemplo de los que ya se han desprendido de los guardarruedas de cuero que, colgando á uno y otro lado del coche, son también causa de los remolinos de polvo que envuelven aquél en su marcha.



El capitán DEASY subiendo por el ferrocarril de cremallera de los «Rochers de Naye» (Suiza) en un automóvil Martini

Terminaremos esta sucinta reseña del último concurso automovilista en el *Crystal Palace* haciendo mención del «número sensacional» - que no sabemos si figuraría en el programa - con que Mr. Letts obsequió á los concurrentes subiendo y bajando con la mayor facilidad, montado en un Oldsmobile de cinco caballos de fuerza, las escalinatas que dan acceso á la inmensa terraza sobre la que asienta construcción tan grandiosa; y creyendo que será del agrado de nuestros lectores, reproducimos las fotografías de Russell and Sons que ilustran el hecho.



MR. LETTS subiendo y bajando las escaleras del Palacio de Cristal de Londres en un automóvil Olds de cinco caballos

Ya en el terreno de lo «sensacional,» seríamos injustos si no diésemos cuenta de otras dos proezas automovilistas de reciente fecha.

El honorable C. S. Kolls, para consolarse y rehabilitarse, sin duda, de su fracaso en el último concurso de Southport con su tremenda máquina Mor, ha creído que el mejor desquite sería «ganarse á sí mismo» el campeonato del *kilómetro relámpago*, que recabó brillantemente hace algunos meses, no empleando más que 27 segundos en ese recorrido en la pista de Clipstone (Welbeck), mientras que el *record* francés en Dourdan, hasta entonces el más rápido, era de 29 segundos; y logró su propósito, ya que el 12 del corriente mes de octubre repitió la hazaña en la misma pista de Clipstone, batiéndose «á sí mismo» por $^{3}/_{5}$ de segundo, ó sea alcanzando una velocidad de 84'64 millas por hora, velocidad no conseguida hasta aquí, que sepamos, por ningún tren de ferrocarril á vapor y casi igual á la del tren eléctrico que últimamente se probó en Alemania. Triunfo tanto más señalado cuanto que la pista en Welbeck es bastante accidentada, con dos curvas muy cerradas y una pendiente al final, mientras que en Dourdan el terreno es llano y fácil. Quede, pues, sentado que el honorable C. S. Kolls es actualmente el campeón del «kilómetro relampago,» que acaba de recorrer en 26 y $^{2}/_{5}$ segundos, y Dios no le deje de su mano si vuelve á «repetir,» no sea que por ganarse «á sí mismo» otra vez, por algunas fracciones de segundo, el campeonato de tal kilómetro, se fraccione él mismo, lo que mucho sentiríamos, pero que tiene bastantes probabilidades, ya que en esa carrera «relámpago» la máquina se convierte en «exhalación,» y por muy cuidada que esté la pista, los tropiezos son fáciles; por lo demás, á nada verdaderamente práctico en el adelanto y porvenir del automovilismo conducen tan arriesgados experimentos.

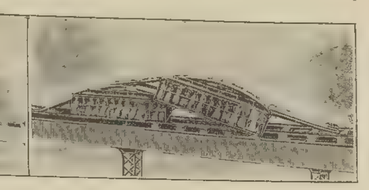
De categoría parecida es la otra hazaña de que ha sido héroe el capitán Deasy, emprendiendo la ascensión del ferrocarril de cremallera que conduce á los *Rochers de Naye*, más arriba de Montreux (Suiza) en un automóvil Martini de 14 caballos de fuerza. Las fotografías de Fransioli - de Montreux - que copiamos, dan una idea bastante exacta del *tour de force* de esta ascensión, por más que la cámara obscura pocas veces nos proporciona una representación verdadera de las grandes pendientes. La distancia que recorrió el capitán desde el punto de partida, el Palace Hotel de Caux, hasta lo más alto del citado ferrocarril, fué de tres y media millas; la pendiente media resulta de 16'8 por ciento, con poco menos de dos millas que marcan 22 por ciento de inclinación, lo que ya representaría un esfuerzo muy notable en una carretera regularmente acondicionada. Si consideramos además la resistencia y la poca seguridad que ofrecen al avance del coche las traviesas, más ó menos salientes, que tiene que cruzar aquél y la espesa capa de cascajo, sobre la que han de resbalar las ruedas, como también la tensión de nervios del *chauffeur* al verse á menudo con sólo una margen de pocas pulgadas, á lo sumo un pie, entre los neumáticos y el borde del precipicio de 1.000 pies de profundidad que tiene á uno de sus lados, decimos que teniendo en cuenta todos esos inconvenientes y peligros, hemos de convenir en que es un *record* por demás fatigoso y arriesgado el que acaba de realizar el capitán Deasy, y que le sobra razón al revistero que lo ha calificado de «fenomenal.»

***

APARENTE COLISION DE TRANVÍAS

Después de los diversos Looping the loop, círculo de la muerte, salto del abismo, etc., á propósito para hacer circular un estremecimiento de horror por la epidermis de los asistentes, se ha inventado ahora otro espectáculo más extraño todavía y dispuesto de manera que produzca, no sólo á los espectadores, sino también á los actores, la angustiosa sensación de una colisión entre dos tranvías lanzados á toda velocidad. En un puente metálico construído al efecto, se lanzan uno contra otro dos tranvías llenos de pasajeros; como no hay más que una vía y el vehículo contrario está siempre á la vista, las personas que han tomado asiento en los coches

sienten hasta el último momento la terrible impresión de un choque con aplastamiento completo. Afortunadamente, en el momento preciso en que va á producirse la catástrofe, uno de los vagones pasa por encima del otro, lo mismo exactamente que un caballo que salta un obstáculo.



APARENTE COLISIÓN DE TRANVÍAS. – Espectáculo inventado por M. P. K. Stern, de Nueva York

El mecanismo es sencillísimo, y el adjunto grabado permite formarse idea perfecta de él. Cada coche va provisto de una sólida armazón de hierro que forma cimbra encima de su techo y se prolonga por delante y por detrás de manera que sirva de guía al apoyarse sobre los rieles. El vehículo que ha de pasar por debajo del otro y que es siempre el mismo, tiene una armazón de la misma forma que el riel, sobre la cual pasa el otro coche fácilmente para saltar por encima. Cada tranvía lleva una velocidad media de 25 kilómetros por hora debida á una pendiente de 25 por ciento y á un motor eléctrico. Es, en resumen, una montaña rusa en la que, en vez de salvar una ondulación de la línea, se salta sobre un vehículo. El efecto, según parece, es de los más asombrosos, y los pasajeros no experimentan más que una ligera sacudida.

El inventor de este ingenioso aparato es M. P. K. Stern, de Nueva York. – F. DE Z.

***

LOS ALIMENTOS Y EL PROGRESO

Los médicos, que, por otra parte, hablan principalmente por sus clientes, dicen que comemos demasiado; pero un estadista inglés afirma que los pueblos que más comen son los que dirigen el mundo y los amos del comercio. Un americano come por valor de 1'45 pesetas diarias, un inglés por 1'15, un alemán por 1'05, un francés por 0'95 y un italiano por 0'45. Pues bien: la importancia de las exportaciones sigue el mismo orden que la importancia de la suma dedicada á la alimentación: el pueblo que más come es el que más exporta. Pero no basta comer mucho para ser «nación dominante,» sino que es precisa cierta selección en los alimentos. Los dominantes comen trigo; los dominados comen arroz, de modo que hay que desconfiar de éste. Se dirá que el Japón se ha elevado á la categoría de «dominante;» pero es porque al arroz ha añadido la carne. ¿Y los vegetarianos?, se preguntará: los vegetarianos son buenos para hacer de ellos esclavos, dominados. El italiano es muy vegetariano, al paso que el australiano es muy carnívoro, y esto explica, en sentir del mencionado estadista, la superioridad del segundo sobre el primero.

Es menester comer carne, mucha carne, y esto es lo que hacen los americanos y lo que les ha permitido ir á los alcances de los ingleses. Y los rusos habrán de darse prisa por comer más carne si quieren prosperar.

Mas no basta esto, sino que es necesario también beber, porque las razas sobrias en la bebida son razas dominadas, al paso que las dominantes son todas alcohólicas en grados variables. Y las razas alcohólicas son las que lo han hecho todo en el mundo: los judíos bebían y nos dieron el monoteísmo; los griegos bebían también y crearon el arte y la literatura; asimismo bebían los teutones y nos dieron la libertad; bebían los romanos y nos dieron la legislación; bebían los ingleses y establecieron el comercio. Conste que estas afirmaciones las hace el citado estadista, á quien dejamos la responsabilidad de sus asertos como también de sus omisiones.

Conque ya lo saben nuestros lectores, ¡nada de templanza! Quédese ésta para los dominados, los árabes, los chinos, los turcos y los indostanos. Además, en sentir del tal aficionado á estadísticas, el alcoholismo suaviza las costumbres, y en prueba de ello cita el pueblo holandés, en el que los borrachos abundan y sin embargo es el suyo el país en donde menos homicidios se cometen.

***

EFECTOS DE UN RAYO

Los efectos de un rayo

Conócense una porción de casos curiosos de efectos de un rayo: cítanse ejemplos de personas á quienes un rayo dejó completamente desnudas y que, sin embargo, después de un ligero desmayo, recobraron los sentidos; de otras á las cuales un rayo quitó los zapatos, que fueron encontrados á una distancia de más de cincuenta metros, ó fundió el monedero que llevaban en el bolsillo sin que experimentaran más que una ligera conmoción. Y podrían citarse muchísimos más. Entre los más raros merece figurar el que el adjunto grabado reproduce. Un habitante de Rand (Estados Unidos) iba de caza con su hijo, cuando uno y otro fueron heridos por un rayo. El padre quedó con todas las ropas destrozadas y sin zapatos y perdió el sentido, habiendo sido necesarios asiduos cuidados durante dos horas para hacerle volver en sí. Toda la superficie del cuerpo estaba quemada y además los tímpanos de las orejas habían sido perforados. Su hijo salió del trance con una parálisis pasajera de una mitad del cuerpo. Las armas que ambos llevaban fueron tal vez causa de este extraño accidente. – R.

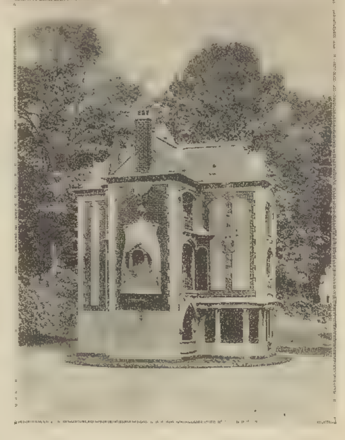
CASA GIRATORIA

Aquella casa del andaluz del cuento con cuatro fachadas al Mediodía, que se citaba como muestra de lo que en punto á exageraciones y mentiras son capaces los descendientes y continuadores de Manoli to Gázquez, ha dejado de pertenecer al género de irrealizables ensueños para convertirse en realidad. Y lo más notable del caso es que la resolución de este problema, al parecer imposible, ha resultado tan sencilla como la del problema del famoso huevo de Colón.

Un arquitecto de París, M. Eugenio Petit, ha sido quien ha dado en el clavo para que un edificio pueda disfrutar en todas sus fachadas de los benéficos rayos del sol del Mediodía, á cualquiera hora en que se desee. Se trata, por consiguiente, de una verdadera casa girasol que, como la flor de este nombre, se mueve en la misma dirección en que el sol camina, como dice nuestra Academia de la Lengua, ó dicho con más propiedad, puesto que el sol permanece quieto, en dirección contraria á la en que se mueve la tierra. Y para lograr este resultado no ha hecho otra cosa que utilizar el principio de las placas giratorias en la construcción de las casas.



CASA GIRATORIA. – Vista tomada por la mañana



CASA GIRATORIA. – Vista tomada por la tarde

El edificio en cuestión está construído sobre una de estas placas que, girando sobre ruedecitas, lleva un riel que puede correr sobre discos cuyo eje descansa sobre un sustentáculo fijo. Un espigón central, por encima del cual gira el edificio, permite la introducción del agua, del gas y de la electricidad y también la salida de las aguas sucias.

Para mover la casa y la plataforma basta el esfuerzo de dos hombres, y los gastos suplementarios no exceden, según parece, del 10 por 100 del presupuesto ordinario de construcción.

En los presentes tiempos en que la helioterapia cuenta cada día con más adeptos, esta creación es curiosa é interesante, y de ella ha sido la medicina la primera en aprovecharse para permitir á las personas amantes del sol y á los enfermos que de éste necesitan recibir á todas las horas del día la acción benéfica de sus rayos.

Los adjuntos grabados representan la misma casa tomada desde el mismo sitio por la mañana y por la tarde. – X.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXII — Barcelona 30 de Noviembre de 1903 — Núm. 1.144

Regalo a los señores suscriptores de la Biblioteca Universal Ilustrada



ALREDEDOR DEL MUNDO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

La noche del 13 de noviembre estaba anunciado en Lara el estreno del pasillo titulado *La zahorí*, original de los hermanos Alvarez Quintero. Al llegar al teatro de la calle de la Corredera, el numeroso público que acudía á ver la obrita de los dos aplaudidos autores encontró las luces del local apagadas y pintada la tristeza en el semblante de acomodadores y porteros. Lo que motivaba el lúgubre aspecto del teatro era la muerte de Julián Romea, por cuya causa se había suspendido la función.

Inútil es decir que la noticia sorprendió dolorosamente á todos. Aunque hacía tiempo que sus dolencias le impedían trabajar, nadie sospechaba que la enfermedad de Romea estuviese tan cerca de su fatal desenlace. Julián Romea ha muerto á los cincuenta y cuatro años, cuando aún podía aspirar á triunfos escénicos como actor y como autor, pues en ambas manifestaciones del arte teatral tenía dadas pruebas de su ingenio. Heredero de un nombre ilustre y sintiendo imperiosa vocación por la escena, dejó los estudios á que le dedicaran exigencias de familia, y obtuvo, al lado de Manuel Catalina, primero, y de Emilio Mario, después, los aplausos del público. Su vasta cultura, sus finos modales y su talento artístico le dieron legítimo derecho á ocupar un puesto importante en las compañías de primer orden. Sin embargo, el género chico, que tantas perturbaciones y quebrantos ha acarreado á la escena española, le atrajo por razones más económicas, sin duda, que artísticas, y durante largo tiempo le vimos en la Zarzuela alternando con Orejones y *Chavitos*.

Ultimamente trabajaba en Lara, escenario mucho más en armonía que el de la Zarzuela con sus facultades y talentos. La obra en que tomó por última vez parte fué *Pepita Reyes*, comedia en que vimos también por postrera vez á Manuel Rodríguez. La naturalidad de Romea era grande y mucho su conocimiento de la escena. En el público y en la prensa gozaba de extraordinaria simpatía. Como autor fué muy aplaudido en *El padrino del Nene*, *El Sr. Joaquín* y *La Tempranica*. Componía también música.

Ha muerto pobre, aunque á decir verdad la suerte no fué con él ni desdeñosa ni avara.

Pocos días después de la muerte de Romea se verificó en Lara el estreno, con tan justo motivo aplazado, del pasillo de los hermanos Quintero titulado *La zahorí*. Es un chistosísimo diálogo entre un gañán cazurro, con apariencias de simple, y una gitana adivinadora. Durante los diez minutos que dura la representación el público no cesa de reir; con lo cual queda hecho el elogio del saladísimo entremés.

Simultáneamente se estrenaron en la Comedia y en la Princesa dos obras traducidas del francés: *El secreto de Polichinela*, de Wolf, y *La Castellana*, original de Alfredo Capús. La primera de estas dos comedias pertenece al género sensiblero y la traducción está hecha en una especie de *patois*, que ni es francés ni español. No sé si por esta razón ó porque al público le ha dado por no ir á la Comedia, es lo cierto que la estimable compañía del teatro de la calle del Príncipe trabaja en la más espantosa soledad.

Mucho mejor éxito ha alcanzado en la Princesa la comedia de Capús, traducida con esmero por Ricardo Blasco, titulada *La Castellana*. Recuerda esta obra por su estructura y procedimientos las de Feuillet y Scribe, que tanto hicieron gozar á nuestros padres y abuelos. No hay en ella nada de tesis ni de propósitos trascendentales: su principal, ó mejor dicho, su único objeto es entretener agradablemente á los espectadores, y á fe que lo consigue. Teresa es una excelente señora guapa, elegante, distinguida..., «un ángel descendido de la altura,» según la frase consagrada por los románticos. Este ángel tuvo la debilidad de casarse con un mal sujeto, un tal Gastón, jugador y mujeriego, que da á su señora vida de perros y además arruina á ella y á su hijo. Como se ve, á Teresa le sobran motivos para separarse de Gastón, y por acuerdo de ambos cónyuges queda decidido el divorcio. Un acontecimiento inesperado viene, no obstante, á dificultarlo.

A Teresa no le ha quedado de su antigua dote más que un ruinoso castillo, que puesto en venta no le proporcionará más que una cantidad insignificante. La pobre señora está con tal motivo acongojada; pero en la literatura melodramática hay siempre una providencia teatral que todo lo resuelve á favor de los buenos y en contra de los malos. En *La Castellana* dicha providencia está representada por un personaje «simpatiquísimo,» Jossán, que se presenta como llovido del cielo ante Teresa y compra galante y generosamente el viejo castillo en la friolera de trescientos mil francos. Este Jossán es un gran tipo: en su juventud fué lo que en España llamamos un *perdis*, pero con tan buena sombra, que al día siguiente de haber perdido en la mesa del baccarrá hasta su último franco, coge y se hace industrial, electricista é inventor, con todo lo cual logra en breve plazo verse poseedor de no sé cuántos millones. Como en él todo es repentino, ver á Teresa y sentirse locamente enamorado es una misma cosa. A Teresa tampoco le parece Jossán costal de paja. Y se comprende. ¿A qué mujer, aunque sea tan angelical como la castellana, no la conmueve un rasgo de trescientos mil francos? El hecho es que Jossán y Teresa arden en llamas de amor, y para unirse cuanto antes como Dios manda en matrimonio, tratan de activar el divorcio de ella con Gastón.

Pero no cuentan con la huéspeda: el marido, que desde antiguo odia y envidia á Jossán, en cuanto se entera de que éste pretende á su mujer (é intrigado además por una señora intrigante, Madame La Baudiere), resuelve no divorciarse. Teresa se aflige, llora, se desespera; pero allí está Jossán, para quien no hay dificultades ni obstáculos. En efecto, el enamorado caballero busca á Gastón, y con tal elocuencia le habla y de tal modo afea su conducta, que el marido agacha las orejas y deja libre el campo á su rival. El divorcio, por consiguiente, se llevará á cabo, Jossán se casará con Teresa y *tutti contenti*, y más contento que todos el público burgués, que se perece por el género un poco folletinesco y un mucho convencional y falso.

Todo esto, presentado con ingenio y habilidad teatral y realzado por una ejecución primorosa, en la que llevó la palma María Tubau, fué muy celebrado y aplaudido por el público de la Princesa.

Más expectación y curiosidad que las dos obras citadas había despertado el estreno en Madrid de la comedia de Galdós *Mariucha*. El pensamiento del gran escritor no ha podido ser más noble y honrado. Enaltecer el trabajo, presentarlo como la única medicina redentora para los pueblos y para los individuos, aconsejar á los españoles que se despojen de ridículos orgullos y necias vanidades y logren su regeneración y amasen su porvenir con el sudor de su frente, tales son los generosos intentos del autor de *Mariucha*. Para exteriorizar en forma artística su pensamiento, Galdós ha ideado una fábula sencillísima, cuyo eje es el amor de dos jóvenes, aristocráticos ambos, arruinado él por sus locuras juveniles, arruinada ella por el derroche y desbarajuste de la casa de sus padres. Los dos jóvenes tienen voluntad firme, y penetrados de que el trabajo es la fuente de la felicidad y de la virtud, luchan contra todos los prejuicios sociales representados por la familia de Mariucha, vencen todos los obstáculos que se oponen á su amor, y finalmente se casan, simbolizando de este modo el triunfo de la voluntad honrada sobre las mentiras é injusticias sociales.

Suele acontecer en las obras simbólicas que el autor, atento más al fondo que á la forma, más al pensamiento que á la acción, sacrifica la lógica de los hechos externos á la integridad de su idea. Algo de esto sucede en *Mariucha*. En el desarollo de su argumento, fácil sería señalar, puesto que saltan á la vista, no pocas inverosimilitudes: muchas de las cosas que pasan en la comedia no pueden ocurrir en el mundo; el autor las ha agrupado á su gusto, no para reflejar costumbres sociales, sino para dar forma corporal á su pensamiento. Se resiente, pues, *Mariucha* de la necesidad que se ha impuesto Galdós de acomodar todas las partes de su obra á la demostración de su teoría; ha procedido, no como el artista, que imagina su cuadro con el fin exclusivo de recoger en su lienzo un trozo de la belleza del mundo, sino como el geómetra, que al trazar una figura en el encerado está pensando en el medio mejor para probar la verdad de su teorema.

Citaré una sola escena del drama, en comprobación de lo que acabo de decir. Mariucha, convencida por las palabras de León de que sólo desechando falsos prejuicios y abrazando valerosamente el trabajo puede levantarse de la ruina y huir del envilecimiento que de cerca la amenaza, decide despojarse de sus galas y con el producto de ellas emprender nueva vida. Galdós para dar forma plástica á este pensamiento hace que su heroína se desnude en el camaranchón de una escalera y venda su traje á una compradora que se le presenta como llovida del cielo. Claro es que semejante escena está en absoluto fuera de la realidad; pero el autor de *Mariucha* no se proponía copiar un hecho real, sino expresar su idea de que es preciso para levantarnos de nuestra postración romper con ridículas vanidades y despojarnos de inveterados prejuicios á fin de emprender nuevo camino, á la manera que Mariucha se desnuda materialmente de su traje á fin de comenzar una nueva vida.

Una parte del público y principalmente los aristocráticos abonados á los días de moda, no han visto ó no han querido ver el significado de la obra, y ateniéndose sólo á lo externo, han mostrado contra ella cierta hostilidad. Esto, unido á la severidad con que la han juzgado algunos periódicos, ha mermado no poco el triunfo que esperaban para la obra de Galdós sus incondicionales admiradores.

Madrid tiene un teatro que puede compararse con el de La Porte Saint-Martin de París: este teatro es el de Novedades. Situado enfrente del Mercado de la plaza de la Cebada y en la parte de la villa llamada *Barrios bajos*, á él acude la flor y nata de la chulería madrileña, juntamente con las personas de medio pelo, que tanto abundan por las calles y callejuelas contiguas y próximas á la célebre plaza. Siendo esto así, á nadie extrañará que el espectáculo propio de Novedades sea el melodrama. De todos los géneros escénicos ninguno llega tan adentro del corazón del pueblo como el género melodramático. Él es el que realiza mejor el ideal sencillo y perfectamente determinado que de la suprema justicia tienen las muchedumbres. En el melodrama, la virtud, que anda perseguida y maltrecha durante cuatro actos y medio, acaba en el final del quinto acto por resplandecer victoriosa; en cambio el traidor, que hasta el momento del desenlace ha estado cometiendo todo género de picardías, lleva al cabo su merecido. Claro es que en el mundo no suelen pasar así las cosas, pero precisamente por eso el público gusta de ver realizado en el teatro un ideal que rara vez se cumple en la vida.

Las dos grandezas, melodrama últimamente estrenado en Novedades, y arreglado á la escena española por D. Gabriel Merino, tiene cuantas condiciones pueden apetecer los aficionados al género melodramático: una joven virtuosa que está á punto de perecer envenenada, una niña lista y redicha que deshace con sus ingenuidades las más tenebrosas tramas, un traidor capaz de los mayores crímenes, y un gracioso bonachón que no cesa de decir patochadas. Con todos estos elementos y con el interés que el autor ha sabido poner en la acción, el público pasa en Novedades cuatro ó cinco horas encantado y disfrutando de las más variadas emociones.

No sale menos satisfecha la concurrencia del teatro de Lara después de asistir á la representación de la comedia en dos actos de Jacinto Benavente, titulada *Al natural*. Es esta obra recientemente estrenada una verdadera joya. En ella hace su autor abundante gala de finísima observación, de arte exquisito y de privilegiado ingenio.

El argumento es sencillísimo: se reduce á presentar el contraste que ofrece la vida cortesana con la vida campesina. Benavente nos hace tan odiosa la existencia convencional y falsa de la alta sociedad en las grandes ciudades, como amable la serena paz del campo.

Claro es que sobre este punto habría mucho que hablar. La vida campesina nos parece encantadora porque la vemos á distancia. ¿Quién sabe si el que más reniega de Madrid no exclamaría al cabo de dos meses de estancia en una aldea, como el personaje de Bretón: *¡A Madrid me vuelvo!*

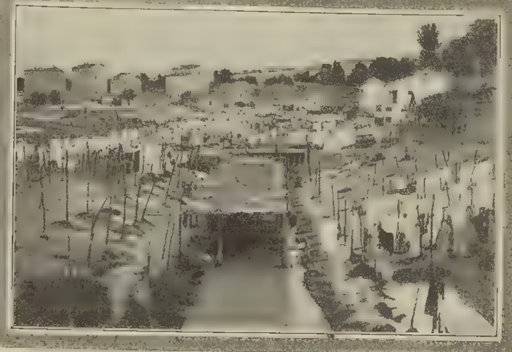
Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que *Al natural* es una comedia lindísima que llenará durante muchas noches el favorecido teatro Lara.

ZEDA.

Costumbres matritenses. – Las lavanderas. – Fotografías de Mariano Pozo



MADRID. – El Asilo de las lavanderas



MADRID. – Los lavaderos del Manzanares

EN LAS BANCAS DEL RÍO

La ribera del Manzanares, el arroyo aspirante á río que le llamó despiadadamente Lope de Vega, compensa el anémico caudal con lo pintoresco de sus márgenes. Alternan allí los ventorrillos de rojas tejas y blancas tapias con las praderas verdes, las pasaderas de tablones renegridos por el tiempo con los monumentales puentes de piedra, las pobedas con los emparrados, pero lo que caracteriza el lugar en su parte más próxima á la población, es una larga red de cuerdas sujetas á estacas que rayan el paisaje como si le cruzara un pentagrama infinito: las tomizas de los lavaderos.

Es una de las notas típicas del río. Váyase allá abajo en miércoles y en cuanto se avista el cauce, desde lo alto del camino de ronda, una fuerte irradiación blanca que ondula hiere los ojos. Las miles de cuerdas han desaparecido, y en cambio, dondequiera que se mire surge una mancha clara, muy viva, que bruñe el sol, que se destaca purísima entre las masas de la vegetación espesa. Es la ropa lavada secándose al viento en los colgaderos; miles de prendas, caprichosamente desparramadas por la ribera, que ondulan movidas por la brisa y que cobijadas por un horizonte turquí de infinita tersura, llenan el espacio de alborozo. Aun en el invierno, en los días sombríos de cielo gris en que la luz cae cernida, esos millares de paños blancos alegran el panorama y traen á la mente ideas de buen tiempo.

Sumerjámonos entre los millares de banderas de paz. El río, aparte su cauce, se destrenza en varias corrientes que en algunos sitios se deslizan bajo techados de esteras; en esas hiladas de agua es donde se asea la ropa, y así las ondas, perdida su pristina transparencia, resbalan formando una masa compacta y gorda, lechosa, con burbujas de jabonadura en los bordes. Inclinadas en las orillas hasta parecer precipitarse, hundidas en la mojada tierra, en el limo renovado sin cesar, chorreando humedad, extiéndense á todo lo largo del caudal las bancas de las lavanderas, la mayoría desocupada porque la ropa de sus dueñas, más diligentes, ondea y cruje en los tendederos con crujidos de gallardetes, y algunas con sus mujeres dentro, remangadas hasta el codo, luciendo los brazos lustrosos por el continuo chapoteo, de rodillas en el angosto cajón, la recia paleta y el jabón en una cazuela al lado, y sobre la tabla con surcos convertida en escalón de cascada, en la que se apoyan y sobre la que echan el cuerpo, las prendas golpeadas con ímpetu, retorcidas, frotadas, apaleadas, que sueltan su impureza en una goma nauseabunda.

En los días en que aún no se ha tendido, esas dos filas de bancas están totalmente ocupadas y constituyen á un lado y á otro una interminable tertulia. De allí parten gritos, voces, carcajadas, cuchufletas, cantares, el rumor fuerte de mucha gente hablando á un tiempo, apagado á veces por los golpes secos de las paletas. Las mujeres se hablan de orilla á orilla, se perguntan, se mofan, se zahieren, y á lo mejor las virginales almillas ó los honrados camisones comienzan á navegar corriente abajo, como velas deprendidas de un buque náufrago, perseguidas por los mozos del lavadero con largas pértigas, mientras en los cajones se mueve infernal algarabía y estalla un tumulto rebosando imprecaciones, insultos, alaridos y bofetadas. La nube pasa, apresadas las fugitivas tornan á su tabla y el orden torna á reinar en el río sin que manche la sangre su agua de jabón, lo cual no es poca fortuna, porque en más de un bolsillo de percal se aloja la clásica navaja de lengua de vaca.

Fuera de estas discordias intestinas, tumultos mínimos que no suelen llegar ni á la delegación, ocurre á veces en las bancas una asonada en que, dominando sus rencillas personales, se unen todas las lavanderas contra el enemigo común. Es tradicional en la villa y corte que si se las quiere ver furiosas, no hay más que gritar desde el estrecho puente verde, punto en que se domina el arroyo en que trabajan, «¡Todas! ¡todas!» Y es aserto comprobado por la experiencia: en el acto saltan las mujeres de los cajones, se yerguen iracundas empuñando las paletas chorreantes, y en coro apostrofan con tal violencia y con tan terribles interjecciones al malhadado que las insultó, que nadie aguarda el fin de la prueba y de la batahola, temeroso de que aquellas furias asalten la altura ó el paso de tablones se hunda ante su cólera.

Son las bancas, por otra parte, la bolsa de la chismografía. Porque además de las lavanderas de oficio bajan la ropa al río muchas criadas, y cada cual de éstas, entre los comentarios y las risas del respetable público que jabona, ensucia la honra de los amos mientras le limpia las prendas interiores, con lo que toda la interioridad de la casa sale á relucir al aire libre. Cualquier circunstancia arma la lengua, lo mismo la coronita de un pañuelo que el zurcido de una sábana. Y en seguida allá va la burbuja de difamación, más espesa que la que allí pellizca el agua, sobre si la señora tiene ó no tiene algo que tapar y sobre si la familia come ó no come para poder comprar ella abrigo de terciopelo y sombrero de última moda.

Todo esto sucede en el tiempo plácido, cuando el sol convida á la expansión y á la charla, en esos días luminosos de primavera y aun de verano en que no hay un corazón ni una hoja en que no rebose la alegría. Cuando del lavado no parten bromas ni cantares, es que ha llegado el invierno cruel, la temperatura glacial y que bajo aquellos techos de esteras los ojos lloran de dolor al sentir el filo del agua helada cortando la piel de las manos.

EL AGUARDIENTE Y LAS MANOS

Aunque amenazado de muerte, subsiste todavía el tipo clásico de la lavandera, que pronto borrará de nuestras costumbres el progreso implacable, nivelador universal y enemigo declarado de todo lo propio y característico. La lavadora mecánica y el lavado á vapor, heraldos de lo que vendrá después, le han dado el primer golpe. El día en que ambos inventos se popularicen por abaratarse, esas bancas del río y esas paletas habrán pasado á la historia.

¿Existe la juventud para la lavandera ó se sucede en ella la vejez á la infancia? Nunca ó rara vez he visto lavanderas de menos de cincuenta años. El rudo oficio no se compadece con las adolescentes frescuras. Diríase que apenas se abre la flor de su pubertad, que apenas se encienden las rosas de sus mejillas, las marchitan las abrumadoras lumbres del estío, los secos hielos del invierno, las inclemencias de una vida cruel deslizada entre las humedades de un río. El idilio á que todos tenemos derecho en esa edad primaveral en que las penas no flotan, echadas á fondo por la fuerza del corazón, le está vedado á la lavandera. El sol es para ella lo que seca la ropa, el cielo azul lo que le permite lavarla con facilidad. Pero el sol y el cielo azul no se prodigan, y sucediéndose unos tras otros sobre su abril, delicado en la mujer como en la naturaleza, los malos días de lluvia, de frío, de viento y condenada al continuo aire libre sin exención posible, transida bajo el cierzo, busca socorro en la copita de aguardiente, que da dentro del cuerpo un calor ficticio y febril que abrasa fingiendo fortificar, y que en plazo breve significa la muerte de cuanto brilla inefable en el rostro y de cuanto alienta dulce en el alma.

Hay que reconocerlo. La lavandera bebe y bebe aguardiente, pero bebe por necesidad, por desesperación, por un inconsciente anhelo de suicidio. Todo oficio manual es duro, pero soportable de momento, aun tratándose de los abrumadores. El obrero metalúrgico se ahoga en la nave de la fundición: se desnuda hasta no quedarse por pudor sino con el mandil; el obrero de las minas se queda también en cueros en la profunda galería; uno y otro se acostumbran al medio. La lavandera sufre vivamente, en seguida. En el invierno soporta diariamente el dolor cuando la temperatura glacial la obliga á romper el hielo con la paleta para poder lavar la ropa. Yo las he visto en tales circunstancias meter las manos en el agua y retirarlas en el acto llorando de frío y de padecimiento, prueba terrible, porque la necesidad de su obligación les obligaba á volverlas á sumergir en aquel río, las ondas del cual eran de filos de navajas de afeitar.

Lúgubre, negro es cuanto rodea á la lavandera. El río la mata con su hálito, la atmósfera la destroza con sus extremos, á veces hasta la misma ropa sucia de la que saca su jornal la hace enfermar con sus malos gérmenes. Compelida más que obrera alguna á los padecimientos, tiene siempre el hospital en perspectiva y rara es la que no lo ha pisado. Clavada en la ribera, donde vive ó ha de llevarse con ella sus hijos, de que llegan á cierta edad, que antes la caridad se los recoge y cuida en depósito, ó ha de abandonarlos á su suerte, permaneciendo todo el día lejos de ellos. Pues con todo, ninguna de tales desdichas prodúceme la honda conmiseración que sus manos deformadas, moradas, á punto de brotar la sangre en la piel y convertidas por el invierno en una llaga.

EL ASILO DE LAS LAVANDERAS

En la plazoleta donde antaño se alzaba la monumental puerta de piedra de San Vicente, en el borde del montículo por bajo del cual corre el Manzanares y del que arranca la rampa que desciende á la Casa de Campo, se enclava un sencillo edificio con aspecto de helvético chalet, en el que á veces se descubren á su puerta las blancas tocas de las Hermanas de la Caridad. Pasando cerca de la rústica casa óyese salir por sus ventanas cuchicheos de muchas criaturas, ese rumor dulce y agitado á la vez, en el que hay tanto de murmullos como de gritos, que produce la aglomeración de niños. A la caída de la tarde el rumor se convierte en cánticos,

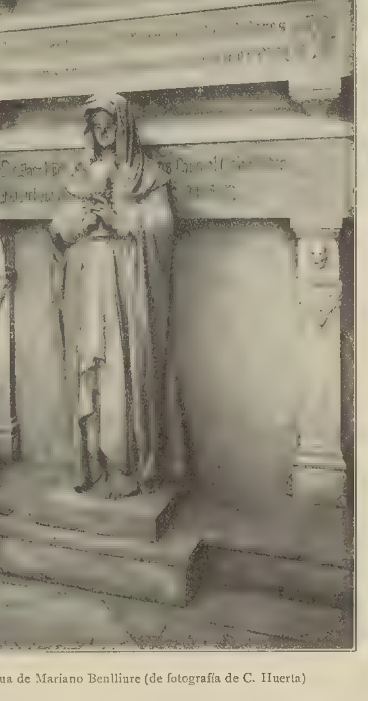
Penetrando entonces en el patio encontraríase uno con un par de centenares de chicas y chicos jugando sobre la arena: las hembras, más tranquilas, al corro; los varones, más inquietos, al toro. Nadie en aquella menuda concurrencia rebasa los seis ó siete años. De pronto una beata que aparece con un cesto. Los rapazuelos trocados en compacta masa de avispas que acude en tropel en busca de la naranja y el zoquete de pan de la merienda. El silencio se impone. La lengua se ha quedado inmóvil, prisionera de los ocupadísimos dientes.

Ya de noche, por la rampa inmediata, con sus talegos á cuestas sube el triste cordón de las lavanderas, que trepan á la altura despacio, jadeantes, cansadas del trabajo rudo de todo un día. Cada cual de las pobres mujeres entra en la casa, mira y á poco sale con una criatura de la mano, que suelta un instante para colocarse el fardo de ropa lavada en la cabeza y que vuelve á tomar, perdiéndose bajo los álamos del paseo de San Vicente. Ni una deja de hacer estación en el rojizo chalet de la algarabía infantil, y ni una deja de sacar cogida su niñita ó su muchacho. Media hora después reina en el edificio sepulcral silencio: el nido se ha quedado sin un solo pájaro.

Es tal casa el Asilo de las lavanderas, piadosa institución creada por la inolvidable esposa de don Amadeo de Saboya durante el reinado de su marido en España, y sostenida hoy por la no menos generosa intervención de la reina doña Cristina. El fin del Asilo no puede ser más tierno. Aquel chalet suizo por algo se levanta en la altura dominando el río. Allí permanecen los hijos de las desdichadas mujeres que viven de su paleta y su jabón, mientras sus madres asean en sus bancas la ropa que les da de comer. Antes de fundarse el santo albergue esos chicos quedábanse abandonados en cualquier parte, en la calle, en medio del arroyo, en el amplio patio de la vivienda vecinal, jugando con la prole de la vecina, pudriéndose en la vida de la chusma desde que se soltaban á andar; los menos eran llevados por sus madres á la ribera, dejándolos tendidos en el último rincón, sobre el césped, á la vista ó manteniéndolos alejados á los mayorcitos de la corriente, trabajando entre un continuo sobresalto. Era un problema insoluble, resuelto hoy por la caridad que ha creado ese albergue modesto, en que la lavandera deposita su niño al ir á trabajar, recogiéndolo cuando ya de noche se retira á su buhardilla, quedándose así ella libre y él á buen recaudo y seguro.

Por modo tal en la vida de la lavandera madrileña hay esa gota dulce que atenúa todas sus grandes amarguras. Porque no puede evitar el hielo del invierno y las manos cortadas y el fuego de la canícula; pero es madre, y ya no la preocupa aquel gran dolor de antaño, aquel ahogo de no saber qué hacer de sus hijos mientras ella permanece en el río el día entero ganándoles el pan.

Alfonso Pérez Nieva.



La Fe, estatua de Mariano Benlliure (de fotografía de C. Huerta)

UNA HORA DE OLVIDO

Éranse tres hijos de un rey que con frecuencia sentíanse muy disgustados de las cosas del mundo. Como cada uno de ellos tenía bajo su gobierno un reino, las preocupaciones les agobiaban y hasta les perseguían en sus sueños, durante los cuales veían tesoros vacíos, súbditos descontentos y pérfidos cortesanos. Obsesionado por tales imágenes su pensamiento no tenía un instante de reposo.

Un día en que los tres estaban reunidos y se contaban sus respectivas penas, el más joven dijo:

– Lo más triste es que en medio de eso que llaman placeres y hasta en nuestros sueños no podamos substraernos ni por un momento á nuestros cuidados. Si yo lograra siquiera olvidar, pero olvidar por completo, aunque no fuese más que durante una hora del día ó de la noche, no volvería á quejarme y me consideraría asaz dichoso.

– Sí, ciertamente, respondieron los otros dos hermanos; con una hora de olvido soportaríamos fácilmente todas nuestras molestias. Pero ¿dónde encontrar esa bendecida hora?

Apenas formulada la anterior pregunta, descendió sobre ellos una suave luz y se les apareció un hada.

Iba vestida de blanco y en su frente brillaba una estrella; su sonrisa era radiante; su mirada, profunda y como velada.

Tenía toda la majestad de una diosa y toda la gracia de una mujer.

La aparición se acercó á los tres hermanos diciéndoles:

– He oído vuestros lamentos y vengo á aliviaros de vuestras penas. Aquí tenéis tres llaves de oro; cada vez que sintáis que las preocupaciones os acosan, dad tres vueltas á la llave entre vuestros dedos y os encontraréis transportados por una hora á mi reino, en donde se disiparán inmediatamente los disgustos, los pesares y los tormentos ordinarios de la vida.

Y dichas estas palabras, desapareció.

Los tres hermanos, asombrados, cogieron cada uno una llave y le dieron tres vueltas entre sus dedos.

En seguida sonó un dulce canto de tan acariciadora armonía, de un encanto tan intenso, que las almas de los tres hermanos sintiéronse invadidas de una paz profunda é inefable; parecíales vislumbrar de repente un mundo nuevo, un mundo mejor, y todo en ellos callaba para escuchar aquella melodía que se elevaba pura, tranquila, consoladora como la voz de los ángeles.

Poco á poco, el canto hízose más fuerte, más potente; nuevas voces se unieron á la primera formando un concierto embriagador que arrastraba á regiones misteriosas á los tres hermanos, quienes cerraban los ojos y se sentían como envueltos en oleadas de armonía. Ora la melodía les mecía dulcemente como en azulado lago, bajo un cielo sonriente y en un ambiente embalsamado por los primeros aromas de la primavera; ora la corriente melodiosa se precipitaba despertando en ellos nuevas sensaciones, visiones de espesas selvas, de góticas catedrales.



La Eternidad, estatua de Mariano Benlliure (de fotografía de C. Huerta)

Después, la melodía parecía apagarse, y entonces mezclábase en ella una nueva nota, un lamento tan dulce y á la vez tan conmovedor que llegaba hasta lo más hondo del alma; hasta que al fin los lamentos fueron desvaneciéndose y confundiéndose en la armonía general.

Oyéronse todavía algunas notas amplias, llenas, sonoras, impregnadas de majestuosa calma, y luego el canto cesó por completo.

Los tres hermanos seguían escuchando. Encontrábanse otra vez en la tierra y apenas recordaban lo que había pasado antes de su sueño; pero abriendo los ojos vieron en sus manos las tres llaves de oro y delante de ellos al hada que les miraba sonriendo.

– ¡Oh tú, le dijeron cayendo á sus plantas, que nos has dado la llave de tu reino encantador! ¡Dinos de qué genio poderoso eres hija ó de cuál soberano de la tierra desciendes! ¡Dinos tu nombre para que te adoremos!

– Alzaos, respondióles el hada tendiéndoles sus blancas manos; no soy hija de ningún genio ni de ningún rey de la tierra. Dios, en un día de compasión hacia la humanidad, me hizo nacer de un rayo de su luz divina. En cuanto á mi nombre, soy la Música. – R. P.



MELILLA. – Vista del campamento moro



MELILLA. – Junta de moros en el campamento

Desde Melilla, por Federico Pita. – Fotografías de N. Gómez

¡Y válgame Dios, cómo andan los moritos! Por si Mazuza ó Benisicar quieren al Rogi ó á Abd-el-Asir; por si el cabo Moreno ó El Chadly triunfan en sus empeños; por si el *farruquismo* de unos es mayor que el de otros, han roto el fuego y hanse lanzado

MELILLA. – Moro vendedor de huevos

á la lucha fratricida que sólo dolores acarrea y pesares trae...

Fuego por doquier. Las llamas del incendio, lamiendo las vertientes del *Kulla;* los fogonazos, relampagueando en el cielo plomizo de un día triste y como pesaroso de tanta desolación... Las familias de los combatientes, abandonando sus heredades envueltas en humo, y pisando esta tierra hidalga que les da protección y amparo...; los rifeños, luchando con el corajudo valor de aquellos invasores en el poder visigodo; cayendo antes que perjurar sus ideales y defendiendo causas que sólo anidaran en el corazón por el temor y por la imposición...

Y entre los bramidos del coraje guerrero; entre los lamentos de los mártires sacrificados ante el estoicismo de Europa; entre los lloros femeninos y los gritos de *Ala insor,* ya por Mohamed, ya por Abd el-Asir, el cielo negro de indignación arrojando raudales de su *preñez* tempestuosa é iluminando las livideces del muerto y los refugios del pusilánime con el rojo luminoso de sus exhalaciones...

* * *

Gran día ha debido de ser este para los conferenciantes de La Haya. La paz tan preconizada se ha rehuído por los *vecinos* y el más sangriento coraje ha prevalecido sobre las teorías de Grocio...

En la playa española, tiendas de campaña sirven de albergue á cientos de moras, chiquillos y ancianos, que piden clemencia á la iras de Ala, simbolizadas por el deshecho temporal que aquí reina.

Allí, entre el humo de los hogares y el pintoresco conjunto de los ganados, se mueven los acogidos, entre recelosos y agradecidos; cubiertas sus faces con el velo del pudor creyente y atisbando desde sus escondrijos cuanto á cristiano trasciende.

Parece una leyenda de ha siglos; un sueño de leyente de Las mil y una noches. Su aspecto es brillante, lleno de color; pero sólo este punto de vista puede sernos útil; como de resultado político, nos atrevemos á asegurar que estos tonos brillantes pierden su *irradiantez...*

* * *

La lucha parece seguir, y quién sabe si el propio Rogi tendrá que venir con sus *cañones* y sus *jarkas* de rebeldes á sojuzgar estos *revoltosos* imperialistas.

Mientras no aparezca por las lomas de Benisicar el cañón triunfador; mientras todo no pase de entre *vecinos,* habrá relativa esperanza de triunfo por uno ú otro bando...; pero cuando aquello llegue, no será extraño ver los derruídos muros de la alcazaba de Frajana y de la posada del cabo Moreno ornados de cabezas segadas por las *mesjanías* de Muley Mohamed.

Veremos si ocurre esto

* * *

«*Huevos como punios. Huevos de pava. Mujeres, comprar huevos espanioles...*» Todos estos gritos, y aún más, saturados de exageración, atruenan el espacio de la plaza cuando, sonadas las diez, se dejan francas las puertas á la entrada *moruna.*

Moros desarrapados, sucios, con caras atezadas por el sol africano y con la expresión de pillería socarrona, tan innata en esta raza, corren á través de estas calles tortuosas de la antigua Rusadirs ofreciendo su mercancía.

Si hoy levantaran cabeza aquellos servidores de la casa de Medina Sidonia y *vieran* estos progresos de amistad y de desarrollo comercial entre españoles y moros, lo creerían efecto de sueño fantástico...

Hoy se ve esto como cosa natural; el moro entra, vende, charla y se *españoliza* de puertas adentro; lo que no evita que al respirar el aire de las vegas de Frajana se vuelva á sentir *farruco* y ansioso de recobrar *plaza...*

El moro de hoy no negaremos que nos odia más que antes, quizás con más arraigo..., pero á pesar de esto, nos contempla como defensor de sus intereses, y en este sentido acude á nuestro campo cuando en el suyo corren vientos malos...

Pero mal ó bien, el vendedor de huevos siempre acude á traficar con su mercancía, que desde cuatro *penas* ha llegado á valer ocho, diez y veinte por docena; pero esto es anormal; el precio normal aclama á doce *penas.* ¡Ni en *Jauja!*

. . . .

Ya parece que se han tranquilizado los ánimos; pero así y todo, siguen los moritos en su campamento de la playa de los *Cárabos.*

La Administración militar les ha facilitado tiendas y raciones, y con el *estómago caliente* sabe Alá cuánto tiempo seguirán en nuestro suelo. La verdad es que presenta aspecto pintoresco el tal campamento, envuelto en sutil neblina producida por los rescoldos de apagados hogares, y salpicado de brillantes tonos por las vestiduras de algunas moras y musulmanes; allí se guisa, se trabaja y se habla hasta de política internacional, echando de menos el terruño arrasado, y recreándose con cuanto á *cristiano* trasciende y para ellos tiene la novedad de lo desconocido...

¡Pobres moras! Allí encerradas entre los lienzos de aquellas tiendas en un tiempo ocupadas por nuestro ejército en Melilla, atisban todo el exterior y desean exhibirse ante los ojos de los visitantes



MELILLA. – Detalle del campamento moro

continuos, que también van allá en busca de emociones...

El peinado, el traje, los avalorios, en fin, todo cuanto concierne al traje de nuestra mujer, les causa admiración y embeleso; todo les choca y todo lo ambicionan..., pero ¡ay de la que muestre deseo por tales zarandajas *anti-muslímicas!:* el peso de Alá y lo que es peor, el peso de la gumía del marido, caerán sobre su cuerpo y le harán pagar caro su antojo.

¡Pobres moritas! Ellas, tan simpáticas, tan vivarachas, tan ávidas de conversación con las cristianas, tendrán que encerrarse en sus tiendas y allí dorar sus recuerdos con el sueño de la ilusión...

Ellos, por el contrario, allí permanecen pensativos y recelosos. Detestan al cristiano y ven con *malos ojos* que ronde por las tiendas de las moras. Por esto las encierran, las ocultan; es natural, los

celos pueden mucho y el temor los acrecienta; es un egoísmo lógico dentro de su salvajismo.

No se mueven de su propiedad casi nómada, temen abandonarla, porque quizás crean que el *cristiano* se vaya á apoderar de ella; es el carácter de la raza.



Melilla. – Entrega de tiendas de campaña á los moros por la Administración Militar

Si se han acogido á nuestro suelo es porque el temor al castigo, á la muerte, al odio de sus contrarios, les ha hecho huir en son de seguro acogimiento. La existencia es muy agradable y la vida en sus comienzos sonríe demasiado halagüeñamente á los que empiezan á vivir.

Los niños juegan y corretean por entre las filas de tiendas; los ancianos se pasan el día mirando al Kebdana y á sus laderas y recordando el traidor incendio que los dejó sin hogar; los guerreros recuerdan el fusil depositado y que tanto *jugó* en la lucha antes del vencimiento, y todos dirigen su vista y realizan sus genuflexiones al sol poniente cuando en su carrera diurna va despidiéndose de estas tierras para saludar á otras con la alborada de su nacimiento...

Alá desde el cielo de sus placeres, desde la región de sus promesas, no los abandonará, según ellos...; pero lo cierto es que Alá, si en estas cosas interviene, se preocupa poco de sus sectarios...

Verdad que Alá, por estar tan alto, no debe ocuparse de estas cosas.



EL GLOBO DIRIGIBLE «LEBAUDY»

Hace poco más de un año, el 13 de noviembre de 1902, realizó el globo *Lebaudy* su primera salida, y aunque el éxito fué bastante satisfactorio, el mal tiempo hizo que se suspendieran los ensayos, que, dicho sea entre paréntesis, se verificaron con una prudencia y un método que bien podrían servir de ejemplo á muchos inventores. Reanudáronse en la primavera las pruebas, hasta el número de treinta y una, en el parque de Moissón, y en vista de sus buenos resultados, los hermanos Pedro y Pablo Lebaudy, deseosos de mostrar su obra á los parisienses que por la navegación aérea se interesan, resolviéronse á realizar el sorprendente viaje que últimamente han llevado á cabo, en las mejores condiciones, de Moissón á París. El día 12 de este mes, á las nueve y veinte minutos de la mañana, el globo, tripulado por el aeronauta M. Juchmés, que lo dirige desde su primera salida, y por el mecánico M. Rey, salió de Moissón, y á pesar del viento contrario, salvó en una hora y cuarenta y un minutos la distancia (55 kilómetros á vista de pájaro) que media entre aquel punto y París, y habiéndose mantenido á una altura media de 100 metros, si bien á veces alcanzó la de 300.

M. Pedro Lebaudy con su familia y M. Julliot, ingeniero que ha trazado los planos del aparato, esperaban el globo en el mismo sitio en que descendió y que había sido de antemano designado por M. Juchmés, y con ayuda de algunos obreros que trabajaban en la demolición de las ruinas de la Exposición Universal, hicieron entrar el aeróstato en la galería de Máquinas, adonde acudió en los días siguientes numeroso público para admirar el *Jaune,* que también se le llama así por el color de su envoltura.

Ocho días después, ó sea el viernes día 20, el *Lebaudy* salió de París para dirigirse al parque aerostático de Chalais-Meudón, travesía que efectuó admirablemente en treinta y seis minutos. ¡Lástima que un incidente ocurrido al fin del viaje haya obscurecido el final de una de las pruebas más interesantes, aparte de esto acaso la más afortunada, de la navegación aérea!

A consecuencia de un retraso en la maniobra de aterramiento, el *Lebaudy* chocó contra un árbol, cuyas ramas desgarraron el globo, el cual vínose al suelo envolviendo entre los girones de su envoltura á sus dos tripulantes. El suceso fué tan repentino, tan inesperado, que dejó petrificados de espanto á los que lo presenciaron; afortunadamente la caída se había producido á una altura de cinco ó seis metros; y gracias á esto y á la solidez de la barquilla, M. Juchmés y M. Rey salieron indemnes de aquel accidente que hubiera podido tener para ellos consecuencias fatales.

La salida del Champ de-Mars había sido magnífica; el tiempo era hermoso, y aunque el viento era, al parecer, algo fuerte, M. Juchmés resolvió partir, comenzando en seguida los preparativos. Terminados éstos y á una voz de mando de M. Juchmés, elevóse el *Lebaudy* en perfecto equilibrio entre los aplausos y las aclamaciones entusiastas de la multitud allí reunida: á las once y cuarenta y cuatro minutos, el piloto da orden de poner en movimiento las hélices y el aerostático se pone en marcha, y ciñendo atrevidamente el viento, que sopla del Sudoeste, se aleja rápidamente, atraviesa el Sena, entre el puente de Grenelle y el viaducto del Point du Jour, tropieza con una ráfaga que por un instante lo inmoviliza, pasa por encima de Auteuil, lucha contra una corriente de la que triunfa, endereza la proa hacia los Moulineaux, vuelve á cruzar el Sena cerca de Bellancourt, se cierne sobre las colinas que conducen á Meudón, alcanza la meseta, y dando inteligentes bordadas, llega á situarse encima del hospital de la duquesa de Galliera.



París. – El globo *Lebaudy* dirigiéndose á Chalais-Meudón (de fotografía de G. Penabert)

En el césped que se extiende delante del paseo de Chalais-Meudón algunos conocidos aeronautas esperan al dirigible, cuya visita les había sido anunciada y presencian el magnífico esfuerzo final del *Lebaudy,* que lucha valientemente, durante algunos minutos contra corrientes de excesiva violencia. Al fin el globo va á triunfar: á una orden de Juchmés, Rey imprime al motor el máximo de su velocidad, haciéndole girar á razón de 1.800 revoluciones por minuto, y el aeróstato remonta la corriente y se dirige al cobertizo. Obedeciendo al impulso de su piloto, que con un silbido estridente llama en su ayuda á sus hombres para que cojan el globo y lo inmovilicen, el *Lebaudy,* cuyas hélices se paran, continúa en su impulso, toca á tierra una primera vez y á consecuencia del choque da un bote de siete ú ocho metros, y arrastrado por la corriente es arrojado contra un árbol en donde, bajo la presión interior del gas, el globo hace explosión y su tela se desgarra. – F.

París. – Accidente del globo *Lebaudy* á su llegada al parque de Chalais-Meudón (de fotografía de Branger-Doyé)

Intérpretes de la ópera «La damnation du Faust,» representada en el Teatro del Liceo de Barcelona






Livia Berlendi (*Margarita*) Ramón Blanchart (*Mefistófeles*) Augusto Dianni (*Faust*) José Torres de Luna (*Brander*)

«LA DAMNATION DU FAUST»

EN EL LICEO DE BARCELONA

«¡Me muero! ¡Al fin se ejecutará mi música!» Estas palabras, llenas de amargura, que pronunció Berlioz en su lecho de muerte, resumían los sinsabores, las tristezas sufridas en vida por el gran maestro y constuían una profecía que el porvenir se ha encargado de realizar.

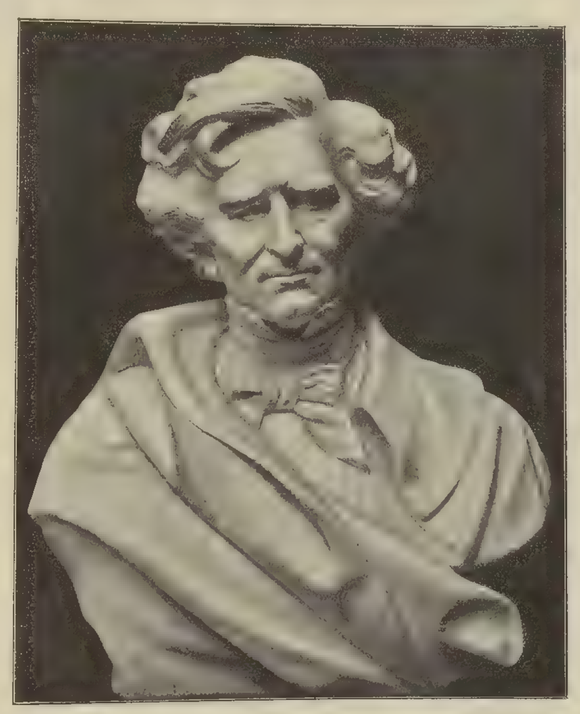
Sucedióle á Berlioz lo que á todos los innovadores: quiso oponerse á las tendencias de los autores de su época y hubo de luchar solo contra la rutina y contra la malevolencia, viéndose desconocido, ridiculizado y vilipendiado. Cierto que su *Romeo et Juliette* tuvo un éxito grandioso; pero todo el goce que este triunfo le produjo quedó pronto destruído por el desdén con que el público acogió *La Damnation du Faust,* en la que cifraba el autor sus mejores ilusiones.

He aquí cómo describe el propio compositor en sus Memorias el génesis de esta obra.

«Hube de decidirme á escribir los versos yo mismo, y procuré no traducir ni imitar el *Faust* de Goethe y sí sólo inspirarme en él. Viajando en silla de posta empecé á componer la «Invocación de Faust á la Naturaleza» y luego fuí escribiendo el resto, á medida que me ocurrían las ideas musicales, y donde y cuando podía: en coche, en ferrocarril, en buque y hasta en las ciudades á pesar del trabajo que en ellas me imponía la dirección de conciertos. En una posada de Passau, en la frontera de Baviera, escribí el aria de introducción de Faust; en Viena, la escena á orillas del Elba, el aria de las rosas de Mefistófeles, el baile de las Sílfides y en una noche la marcha húngara sobre un tema de Racoczy. El efecto extraordinario que esta marcha produjo en Pesth me sugirió la idea de incluirla en *La Damnation,* tomándome para ello la libertad de llevar á Faust á Hungría y hacerle presenciar un desfile de tropas húngaras. En Pesth, una noche en que me extravié por las calles, escribí á la luz de un mechero de gas de una tienda el tema del coro y ronda de campesinos; en Praga, me levanté una noche á escribir, antes de que se me olvidara, el tema del coro de ángeles para la apoteosis final de Margarita; en Breslau, compuse la letra y la música de la canción latina de los estudiantes; y á mi regreso á Francia, escribí en Ruán el terceto final del tercer acto. El resto lo hice en París, pero siempre de improviso: en mi casa, en el café, en los paseos ó en los bulevares.»

Berlioz compuso esta obra, no para el teatro, sino para conciertos, y así se estrenó en 1846 en la Opera Cómica de París, y se había venido ejecutando desde entonces, ya entera, ya en fragmentos.

Hará cosa de diez años, concibióse en Francia el



El eminente compositor francés HÉCTOR BERLIOZ, autor de «La damnation du Faust,» busto modelado por Bernstam

pensamiento de hacer de ella una ópera, y á este efecto abrióse un concurso, en el que se presentaron tres adaptaciones, que fueron sometidas á un jurado, compuesto de miembros del Instituto. Dos de ellas, firmadas por músicos de gran notoriedad, fueron desechadas á causa de los intercalados personales que sus autores se habían permitido introducir y que alteraban el texto y destruían, con la adición de música extraña á la obra, la armonía del conjunto.

La tercera, de Raúl Gunsbourg, fué aceptada por el jurado, precisamente porque al mismo tiempo que introducía en la disposición primitiva las modificaciones indispensables á la adaptación teatral de una obra sinfónica, respetaba la música de Berlioz, y no empleaba para unir entre sí, por medio de los juegos escénicos necesarios para la acción continua de la ópera, más que las distintas partes de la obra misma, sus temas y hasta su instrumentación.

Esta es la partitura que se estrenó en febrero de 1893 en Monte Carlo bajo la dirección del propio autor de la adaptación y la batuta de León Jehin, desempeñando los papeles de Margarita, Faust, Mefistófeles y Brander, Mlle. Felix d'Alba, Juan de Reszké, Melchisedec é Illy. A pesar del éxito grandioso que aquella representación obtuvo, *La Damnation du Faust,* en ópera, no se cantó en París hasta el 6 de mayo del presente año, habiendo sido acogida con tanto entusiasmo, que bien puede decirse que fué aquella la más hermosa apoteosis póstuma del gran maestro, que en 1846, después de las dos primeras audiciones de su obra en un teatro casi vacío, escribía: «En mi carrera artística nada me ha herido tan profundamente como esta indiferencia... Estaba arruinado y debía una cantidad considerable que no tenía.» En efecto, por no haber encontrado empresario ni editor, había tenido que pagar el alquiler del teatro y responder de los gastos de ensayo, copia y representación.

La empresa de nuestro Gran Teatro del Liceo ha tenido el buen acuerdo de estrenar en la presente temporada *La Damnation du Faust,* por lo que merece el aplauso de todos los buenos aficionados á la música. Y los merece tanto más cuanto que no ha escatimado medio ni esfuerzo alguno para que la representación de esta obra correspondiera bajo todos conceptos á la importancia de la misma. Su presentación escénica se sale de los moldes pobres y ridículos que durante tantos años prevalecieron en nuestro primer teatro lírico: el decorado es de excelente efecto y se ajusta bien á la acción; los trajes y accesorios son ricos y apropiados, y en algunos cuadros de conjunto, como el desfile militar á los acordes de la marcha húngara, la escena de la taberna de Auerbach y la de las orillas del Elba con el original *ballet volant* de las sílfides, satisfacen aun á los más exigentes en la materia.

La ejecución de la obra ha estado confiada á la señorita Berlendi *(Margarita),* Blanchart *(Mefistófeles),* Dianni *(Faust)* y Torres de Luna *(Brander):* todos han cumplido como buenos, sobresaliendo



EN EL BALCON, COPIA DEL CELEBRADO



...ADRO DE E. DE BLAAS, GRABADO POR BONG

entre ellos el barítono Blanchart, que dice é interpreta su parte de una manera verdaderamente magistral. Entusiastas elogios merecen también el maestro Mascheroni, que dirige brillantemente la orquesta, y el maestro de coros Sr. Marín, que ha conseguido con su hábil dirección de las masas corales dos triunfos ruidosos en el coro de bebedores y en el de estudiantes, cantados, á pesar de sus muchas dificultades, con un ajuste y una seguridad superiores á todo encomio.

En las representaciones de *La Damnation du Faust* han podido verse confirmadas las ventajas de la innovación introducida en la orquesta, ocultándola á la vista del público: dicen algunos que tal vez cuando se canten óperas de menos sonoridad, se oirán poco los instrumentos; pero si esto sucede, cúlpese, no á la reforma introducida, que ha dado los mejores resultados en los principales coliseos, sino algo á los músicos y mucho á los que sólo van al teatro á lucir y lo que es peor á hablar, y no en voz baja, durante la representación, molestando á los que creen de buena fe que al teatro se ha de ir á escuchar y á guardar silencio mientras el telón está levantado. – S.

BARCELONA. – Fiestas celebradas en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos en conmemoración del 50.° aniversario de su fundación. La misa de campaña.



BARCELONA. – Fiestas celebradas en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. – Vista general del lugar en donde se celebró la misa de campaña. A la izquierda, la primera piedra de la iglesia que se va á construir (de fotografías de Merletti).

NUESTROS GRABADOS

Barcelona. – Fiesta de la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos.—Para conmemorar el 50.° aniversario de la fundación de este benéfico establecimiento, celebróse el domingo 22 de los corrientes en las Corts de Sarriá, en donde aquél está situado, una fiesta tan solemne como simpática, á la que asistieron, además de la Junta de Gobierno, las autoridades, representantes de las corporaciones oficiales y una concurrencia tan numerosa como distinguida. En un altar provisional artísticamente adornado y ante el cual daba guardia de honor un piquete de Mozos de la Escuadra, rezóse una misa de campaña, terminada la cual el secretario del establecimiento don Carlos Francisco y Maymó leyó una interesante memoria haciendo la historia de la casa. Acto seguido, el Prelado, acompañado de las autoridades, Diputación y Juntas, bendijo la primera piedra del edificio que ha de construirse y cuya nave central está destinada á iglesia, y luego la comitiva, precedida de cruz alzada, recorrió todo el perímetro de la nueva construcción, mientras el clero entonaba las preces de rúbrica y el señor obispo bendecía el terreno. Concluídas estas ceremonias, las autoridades y demás concurrentes recorrieron detenidamente los edificios que constituyen en la actualidad la Casa de Maternidad y Expósitos, admirando su instalación, su organismo y la perfección de todos sus servicios. En celebración de tan grata fiesta, dióse á los asilados una comida extraordinaria y se elevaron algunos globos aerostáticos.

Como hace poco tiempo nos ocupamos extensamente de los inmensos servicios que presta la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos, omitimos hoy toda explicación acerca de este establecimiento, que honra á nuestra provincia y que puede competir con los mejores de su clase del extranjero; pero no terminaremos sin tributar nuestros más sinceros y entusiastas aplausos á la Diputación Provincial que tan bien atiende á esta hermosa institución, á la Junta de Gobierno que con tanto celo é inteligencia la dirige y sobre todo á las Hermanas de la Caridad, á esas santas mujeres que, desprendiéndose de todos los lazos mundanos y abandonando todos los amores terrenales, consagran su existencia al cuidado de esos pequeños desvalidos que la caridad ampara y hacen de madres cariñosas y solícitas de los tiernos seres á quienes una suerte adversa priva del cariño y del cuidado de sus madres verdaderas.

Alrededor del mundo, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo.—A la galantería del distinguido pintor y excelente amigo Salvador Sánchez Barbudo debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de sus hermosas obras, que fué adquirida por uno de los más inteligentes coleccionistas argentinos. Cuanto pudiéramos exponer respecto del autor de esta notable producción, lo hemos consignado recientemente y tantas cuantas veces nos hemos ocupado de sus obras. De ahí que hoy nos limitemos á decir que el cuadro titulado, con señalado aticismo y gracejo, *Alrededor del mundo*, ha de estimarse como galana manifestación de las excepcionales aptitudes y condiciones que residen en artista tan meritísimo, quien, establecido en extranjero suelo, honra á su patria por medio de sus magistrales obras, contribuyendo á sostener el buen nombre de la clásica escuela española.

La Fe.—La Eternidad, estatuas de Mariano Benlliure, de fotografía de C. Huerta.—Dos nuevas obras del notable escultor Mariano Benlliure enriquecen hoy una de las capillas de la catedral de Cuenca, destinadas una y otra á completar dos monumentos funerarios, construídos recientemente gracias á la munificencia de una piadosa é ilustre dama. Con decir que las estatuas han sido concebidas y modeladas por tan distinguido artista, entendemos basta para señalar su mérito, puesto que son conocidas de todos las relevantes cualidades que posee y sus envidiables aptitudes para el cultivo del gran arte. Así, pues, hemos de limitarnos á hacer constar que las producciones de referencia son manifestación de la variedad de los géneros que cultiva, para él familiares, y apropiados todos para que pueda evidenciar sus facultades y esa concepción verdaderamente genial, á la que indudablemente debe en gran parte la celebridad de que goza.

En el balcón, cuadro de E. de Blaas.—El autor de este cuadro pertenece al úmero de los pintores de género más apreciados en nuestros tiempos, y aunque procede de una época cuyas tendencias eran muy distintas de las que hoy han impuesto las llamadas corrientes modernistas, sus obras resultan siempre agradables y las figuras que traza en sus lienzos tienen todo el encanto de los hermosos modelos que en abundancia le ofrece su patria, Italia, y sobre todo Venecia. Como no se trata de un desconocido para nuestros lectores, no nos detendremos en demostrar esta afirmación de la valía de Eugenio de Blaas: las muchas obras suyas que hemos reproducido son la mejor justificación de lo que decimos, y si alguna prueba más se necesitaba, aquí está *En el balcón*, que es una composición bajo todos conceptos bellísima, por la vida que respiran sus personajes, especialmente las cinco lindas muchachas, por el acierto con que están distribuídos los elementos que la integran, por el ambiente que toda ella respira y por los detalles ornamentales que contribuyen á su mayor efecto.



MISCELÁNEA

Bellas Artes. – SALÓN PARÉS. – Ultimamente han expuesto en este Salón algunas de sus obras los notables artistas Manuel Feliu, Laureano Barrau y Carlos Vázquez.

Manuel Feliu ha remitido desde París, en donde actualmente reside, una colección de magistrales dibujos, al carbón, al lápiz y á la sanguina, representando tipos, hermosas cabezas de mujer y escenas tan sentidas como admirablemente ejecutadas. Siempre, desde los comienzos de su carrera artística se ha distinguido Feliu por la seguridad y belleza de sus dibujos; mas preciso es confesar que aquellos á que nos referimos son la manifestación evidente de su maestría, la demostración de cuanto puede obtenerse cuando se hallan armónicamente aparejadas la habilidad y la inteligencia.

Varias veces hemos celebrado sus notables producciones pictóricas, reveladoras de las castizas fuentes en que bebió el artista; pero confesamos sin rebozo que los dibujos son dignos compañeros de aquéllas y del buen nombre de su autor. Aunque todos merecen señalarse, pues se recomiendan por sus condiciones especiales, hemos de particularizar por su notoriedad una triste pareja, compuesta de una joven y un niño, trazada y concebida con sentimiento y gallardía; un hermoso retrato, que parece inspirado en otros magistrales de la escuela flamenca, y una cabecita de mujer, primorosa y delicada.

El laureado autor del cuadro «Guerra en 1808,» el distinguido pintor Laureano Barrau, ha expuesto á su vez varios cuadros al óleo representando paisajes, tipos y escenas de la región catalana, género en que tanto ha sabido singularizarse, alcanzando tan legítimos triunfos cual los que repetidas veces ha obtenido en el Salón de París. Cada una de las exhibiciones que realiza significa la demostración de sus empeños, el resultado de sus estudios y el decidido propósito de avanzar en el camino que se trazara. No cabe establecer comparaciones y sí únicamente aplaudirle, como lo hacemos, por sus cuadros representando un taller de elaboración de tapones, bien observado y mejor dispuesto; un lavadero al aire libre, que contrasta por sus efectos luminosos con el anterior, y el retrato de una bella dama, que con justicia destácase en el centro de la exposición.

Carlos Vázquez, que hace ya algunos años se halla entre nosotros y ha tomado carta de naturaleza en nuestro país, exhibe una interesantísima colección de paisajes suizos, resultado de su excursión veraniega; varios lienzos de bellísimo efecto, y algunos tipos femeninos ejecutados al pastel, dignos de encomio por la frescura, facilidad y elegancia con que han sido ejecutados. Si los jardines que representa el artista cautivan por sus brillantes tonalidades y los pasteles por su jugosa coloración, los paisajes nevados alpinos llevan consigo el sello de la exactitud y de la verdad. Por eso los celebran los inteligentes y en ellos se patentizan las buenas cualidades que atesora tan laborioso como inteligente artista.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els vensuts*, comedia en cuatro actos de Sebastián Gomila, y *La filla del comendador*, pieza en un acto de A. Saltiveri; y en el Eldorado *El jockey*, zarzuela en un acto del Sr. Molas y Casas con música del maestro Cotó, y *La primera verbena*, sainete en un acto de los Sres. García Alvarez y Casero.

En el teatro de las Artes ha dado varias representaciones el «Teatre Intim,» habiendo puesto en escena *El barber de Sevilla*, de Beaumarchais, muy bien traducido al catalán por Carlos Capdevila, y presentado con magníficas decoraciones de O. Junyent y A. Gracia; *La Margarideta*, escenas del *Faust*, de Goethe, admirablemente traducidas en verso y adaptadas á las costumbres modernas por Juan Maragall, con bellísimas decoraciones de Moragas y Alarma y Urgellés; y *L'Avar*, de Moliére, perfectamente traducido por J. Roca y Cupull, con hermoso decorado de A. Gracia. La ejecución de las tres obras ha sido muy acertada y la presentación escénica, á cargo del director del «Teatre Intim» Sr. Gual, inmejorable.

En Novedades ha dado su tercer concierto la Sociedad Barcelonesa de Conciertos. Bajo la dirección del inteligente maestro Sr. Goberna, la orquesta ejecutó de un modo notable varias obras de Beethoven, Hummel, Mozart, Bach, Corelli, Schumann, Boely y Schubert.

Necrología.—Ha fallecido:

Julián Romea, notable actor y autor dramático español.

Gustavo Larroumet, notable crítico francés, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes.

Alejandro Bain, filósofo inglés, profesor de la universidad de Aberdeen, autor de algunas obras importantes.

Patricio Fracassi, escultor italiano.

Pablo Rink, pintor holandés.

Antonio Rotta, pintor italiano.

Ernesto Stückelberg, pintor suizo.



– ¡Vas á pedir perdón á tu madre en seguida!

CRIMEN DE NIÑO

Novela corta, por Albérich-Chabrol. — Ilustraciones de Simonl

(conclusión)

Roselina había tenido impresiones que confirmaban su fe en ciertas conversaciones con el padre Tarade, su confesor, al que veía de vez en cuando en casa de su tía.

Pero la confesión de su crimen era difícil. ¿Cómo encontrar las palabras necesarias? Roselina sabía que su delito era más complicado que el del pilluelo que coge un puñal y lo levanta sobre su madre. Si empezaba por decir: «Me acuso de haber matado á mi mamá,» el padre Tarade la creería loca. Por otra parte, el catecismo lo dice; el sacerdote necesita saber las menores circunstancias del pecado. Habría, pues, que contarle toda la escena de desconfianzas perversas, de dureza y de cólera, y aquello no se acabaría nunca... Sus compañeras de colegio, que iban con ella á confesarse, se reirían al verla estar tanto tiempo en el confesionario, y si la veían salir de él deshecha en lágrimas, como era indudable, le dirían la broma acostumbrada, esta vez tan horriblemente cercana de la verdad: «¿Pero has asesinado á alguien?»

Roselina resolvió esperar la época de la primera comunión, el año próximo. Podía hacerlo, puesto que sólo entonces recibiría el sacramento de la penitencia después de la confesión general, siempre larga, que cinco ó seis amigas harían al mismo tiempo que ella.

Cuando llegó aquel momento, Roselina mostró toda su alma. ¿Pero fué que, á pesar de su buena voluntad, no supo expresarse? ¿Tuvo, acaso, en el confesonario y ante el representante de Dios, la sensación de aquella mano de su madre que le tapaba la boca?.. Ello fué que el padre Tarade, que había oído contar en casa del general la historia de aquel momento trágico en que se encontró á la huérfana ensangrentada á los pies de su madre muerta, y que además estaba muy contrariado al pensar que aquella niña iba á salir llorando de la iglesia y que el general vería en su cara alterada la angustia que tenía en el alma, no se ocupó más que en consolar á su penitente y en tranquilizarla. – Si en otro tiempo había sido una niña poco sumisa, Dios y la muerta se lo habían perdonado en gracia de su arrepentimiento... Mañana, al comulgar, sentiría la seguridad de ese doble perdón, y puesto que su corazón había cambiado, no tenía para qué pensar más en aquel pecado de la niñez. – Y como penitencia, le impuso la misma que á las otras niñas: rezar, de rodillas, la letanía de la Virgen.

Roselina se encontró de nuevo desorientada. El padre Tarade había dado un veredicto que no estaba en relación con el sentimiento de su culpabilidad entera, y poco á poco la niña llegó á creer que el sacerdote podía absolver en nombre de Dios, sin penetrar en los rincones de silencio eterno que un alma se reserva contra su voluntad y aun á pesar de su necesidad de revelarse por completo. Sólo su madre hubiera podido comprender, sin la confesión, el crimen de Roselina, puesto que ella había visto desarrollarse su inteligencia minuto por minuto. Era, pues, preciso que el secreto, que apenas había rozado el oído del sacerdote, se quedase entre Roselina y su madre; el secreto del crimen y el de su reparación cotidiana.

Con una lucidez maravillosa, Roselina había comprendido lo que debía ser esa reparación. Los impulsos de vanidad, de insubordinación y de egoísmo la habían conducido al crimen, y la niña había en seguida abandonado á esos malos compañeros de camino que se habían interpuesto entre ella y su madre y habían envenenado la vida de las dos, antes de provocar la triste muerte. Bella, inteligente y juiciosa, Roselina dió ocasión á que dijese de ella la madre de una de sus amigas:

– Es lástima que esta niña no tenga siquiera el orgullo de ver lo que vale; así sería un poco menos perfecta, pero gozaría de sus perfecciones.

***

Roselina no podía tener amigas en el verdadero sentido de la palabra, porque no se confiaba á ninguna y se contentaba con tomar parte amablemente, pero con aire de indiferencia, en la vida de sociedad de las adolescentes. El general, muy orgulloso de ella, abría de par en par las puertas de la casa á las muchachas de su edad, para ver si la alegría y la animación de las demás excitaban en ella el gusto por la vida que parecía faltarle. Pero en el momento en que Roselina llegaba á la edad de mujer, el general empezó á sufrir ataques de gota bastante alarmantes para obligarle á tomar el retiro. De este modo, Roselina fué llevada á París, á un hotelito que el general alquiló en los alrededores de la escuela militar, por nostalgia del oficio y para tener el gusto de ver á menudo uniformes. Y entonces, enfermo, un poco perezoso y algún tanto egoísta, se alegró de que Roselina no mostrase gusto alguno por la sociedad. No hubiera tenido, sin duda, que llevarla él mismo á los salones, pues para esto habría bastado su hermana; pero se hubiera privado muchas veces de la presencia de aquella niña perfecta á quien adoraba y que ponía inefables reflejos de aurora en el ocaso de su vida. Roselina hacía, pues, la guardia, con la sonrisa en los labios, alrededor de la butaca del general, le leía, sin aparente fastidio, el periódico y memorias de hombres de guerra y aprendía de él, con paciente aplicación, la marcha del ajedrez.

Roselina veía, sin embargo, en su retiro bastantes jóvenes, oficiales de la escuela militar é hijos de los compañeros del general, á quienes sus padres enviaban á casa de éste pensando en el porvenir, y que volvían después, deslumbrados por el puro encanto de aquella linda y modesta joven que habían encontrado allí haciendo casi el papel de hermana de la caridad. Algunos se aventuraron á expresar sus deseos, y tales eran sus probabilidades de fortuna en la vida, que el general, halagado, hubiera concedido de buen grado la mano de su sobrina, á pesar del horrible aislamiento en que se hubiera quedado al día siguiente de la boda.

Pero Roselina no quiso casarse. Se juzgaba demasiado joven y hallaba en casa de su tío toda la dicha que podía soñar por el momento, sin tener la certeza de encontrarla en otra parte. Lo que no decía era que le hacía estremecerse el pensamiento del matrimonio y de sus consecuencias posibles... Le parecía que al casarse y ser madre, era lo justo que

sufriese por sus hijos hasta la muerte, y la muerte misma, ya que ella había martirizado á su madre adorable... Y ante ese probable rigor de una justicia que aprobaba toda su alma responsable, Roselina retrocedía con angustia...

Además, ¿cómo había de encontrarse en su centro al lado de uno de esos hombres brillantes, dedicados por entero á los goces y á las ambiciones del porvenir, ella, que tenía y habría de tener siempre la misión de redimir su pasado?

En fin..., un joven que no era militar frecuentaba casi diariamente la casa del general; era Lucas, el primo de Roselina, un gran amigo de la niñez, de aquella niñez orgullosa y feliz pasada al lado de mamá. Aunque todavía muy joven, Lucas, ya juez suplente en los tribunales del Sena, era casi tan formal como Roselina y poseía una belleza menos fundada en líneas y facciones que en la irradiación sobre su cara de una viril inteligencia. Pero su gravedad, como la de la joven, no era el aspecto exterior de un alma fría ó vulgar. Al contrario, era acaso el justo pudor de una propensión al entusiasmo que se desarrolla hoy difícilmente en medio de una juventud espetada por la sequedad del sentido práctico. Su conciencia estaba siempre despierta en el ejercicio de su profesión, como la de un monje preocupado por la observancia estricta de la regla, y al lado de aquella conciencia, la de Roselina, siempre activa y apasionada, se encontraba en un fortificante unísono. En cuanto se volvieron á ver en casa del general, que invitó á comer al joven, se restableció entre ellos la cariñosa familiaridad de otro tiempo, pero en una forma nueva. Siendo Lucas adolescente, había tenido que someterse á la niña fogosa que sacudía por la menor contrariedad su blonda cabellera de seda. Ya hombre, la encontraba hecha una mujer de encantadora naturaleza, dócil á inclinarse como las flores, y sólo por esto la hubiera amado, aunque su belleza hubiera sido menos fatalmente atractiva. Lucas la amaba y sabía que la primera palabra suya de ternura haría germinar el amor en el corazón de la joven. ¿Por qué no pronunciaba esa palabra? Era aquella una impresión extraña. A juzgar por las maneras tranquilas y por la perfecta serenidad de Roselina, parecía que ésta se había establecido definitivamente en aquella existencia por una especie de vocación. Y precisamente porque no era Roselina mujer de sufrir un destino sin razonarle con toda la fuerza de su inteligencia y de su corazón, Lucas tenía miedo de hacerle la pregunta suprema...

Los años fueron pasando, tranquilos y ardientes á la vez, para Lucas y Roselina, como para todos los seres jóvenes y de sentimientos vivos.

En uno de los primeros días de primavera estaba Roselina paseándose después de almorzar en el jardinito del hotel. El portero y jardinero á la vez limpiaba los cuadros de flores y tenía consigo á su hija, una niña desmedrada y con carita enfermiza, de unos diez años. Roselina estuvo viéndolos trabajar juntos y después se alejó y entró en una estufa donde se conservaban en invierno algunas camelias y azaleas y en la que el general había hecho arreglar una especie de biblioteca donde la joven pasaba todos los días una hora leyendo ó pensando en Lucas, en lo que había dicho el día antes ó en su próxima visita. Hacía cosa de media hora que estaba allí, cuando fué arrancada á sus pensamientos por dos importunas voces regañonas, una de las cuales parecía el insoportable ladrido de un perrillo.

Todo lo que fuera irritación y cólera alarmaba el corazón y los nervios de Roselina y le proporcionaba un verdadero suplicio. Cuando conoció las voces salió de la estufa. La mujer del portero, después de entrar éste en la portería, había ido á buscar á su hija y quería enviarla á la escuela. Pero la pequeña, que había esperado una tarde de holganza y de juego, resistía con obstinación, y en el momento en que apareció Roselina, se había agarrado con toda su fuerza al tronco de un árbol, mientras su madre, perdiendo la paciencia, tiraba del otro brazo y aplicaba á la rebelde un bofetón en un carrillo.

–¡No voy!.. ¡No voy, aunque me mates! ¡Eres una mala mamá!

Y la niña, en su furor, abandonó la resistencia que le ofrecía el árbol y levantó la mano á su madre.

Roselina, que vió tal cosa, se acercó de un salto, cogió á la niña por los hombros y la hizo doblarse como un junco, de modo que sus rodillas se apoyasen en la arena. Después dijo con una voz ronca que daba lástima:

–¡Vas á pedir perdón á tu madre en seguida! ¡Infame, infame criatura!

La pequeña, en el suelo, y la portera, que le había soltado el brazo, miraban á Roselina, igualmente extrañadas la una que la otra.

La madre murmuró por fin:

–¡Oh! Señorita, cuando se encoleriza no sabe lo que hace; pero no es por maldad... Mírela usted; ya se dispone á ir á la escuela.

La niña, en efecto, se estaba levantando con un movimiento tímido y tan asustada de aquella señorita pálida de severidad, que prefería ponerse bajo la protección un poco brutal de su madre. La portera la regañaba dulcemente al llevársela:

–¿Ves? La señorita Roselina no te mimará más, porque no le gustan las niñas malas...

Roselina se quedó apoyada en el árbol, sintiendo en los nervios la debilidad de la reacción y con la mano en los ojos inundados de lágrimas. Cuando la retiró, vió á Lucas delante de ella, pero á unos pasos de distancia, como petrificado de asombro y de pena. Se adelantó, sin embargo, en seguida, hizo que Roselina se apoyase en su brazo y la condujo á la estufa.

–Roselina, dijo, ¿esa chicuela salvaje le ha hecho á usted mal?

–¡Oh! Sí; no puedo ver esas cosas. ¡Injuriar á su madre! ¡Levantarle la mano! Esa niña es una criminal...

Y cuando decía «esa niña,» Roselina no se refería á la que un momento antes había visto con su estrecho delantal sucio, sino á la niña elegante, con traje de terciopelo, que echaba miradas de sospecha y de desafío al espejo en que se reflejaba su cara enrojecida y su cabello rubio al lado de la pálida belleza de su madre.

Lucas la hizo sentarse en un banco de la estufa, é inquieto por la exaltación que seguía dominándola, quiso calmarla.

–¡Una criminal! ¡Oh! Roselina, qué inútil emoción... Esa niña es como todas, un animalito que necesita ser domado y domesticado, y creo que lo que acaba de pasar facilitará la tarea de la madre. ¿Sabe usted, Roselina, que se ha aparecido usted á esa criatura como una diosa terriblemente bella?

El joven sonreía sin atreverse á dejar ver en su frase todo el fondo de su alma... Miraba á Roselina y la encontraba mucho más hermosa, ahora que no era más que una joven llorando. Pero Roselina, al enjugarse los ojos, los fijó en él y no vió el ser amado, sino una idea, una conciencia de hombre que debía corresponder con la suya. Entonces dijo con la animación de una alarma:

–¡Un animalito esa niña, Lucas! ¿Acaso no la cree usted responsable? ¿No cree usted que existen para ella el bien y el mal?

–Permita usted, querida Roselina; la cuestión tiene dos aspectos. Esa pequeña cree, ciertamente, en el bien y en el mal con todo el rigor de la fe que le han enseñado. Pero en cuanto á declararla enteramente responsable á su edad... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si supiera usted cuán ansioso, cuán turbado hasta el fondo del alma está algunas veces el magistrado ante los hombres que le son presentados, hombres que debían tener una conciencia formada y libremente determinada para el mal!.. ¿De qué pasado depende ese presente del criminal? ¿De qué sangre? ¿De qué educación? La responsabilidad, Roselina, es el único eje á cuyo alrededor puede girar la justicia humana; es un instrumento indispensable de utilidad que nos esforzamos por conservar en pie porque mantiene la sociedad en un equilibrio que le impide caer en el caos... Pero en cuanto á discutir el valor filosófico de la responsabilidad...

–¡No lo haga usted, Lucas!.. ¡Es inatacable!..

Roselina se había puesto en pie, como para hacer la conversación más solemne. El sentimiento de la responsabilidad había sido la significación entera de su vida desde que murió su madre, y la joven quería mejor ser declarada criminal que irresponsable, como si no tuviera voluntad, ni alma, ni corazón para la expiación y el arrepentimiento. ¡Cómo! ¡Todas las nobles angustias por las que hoy se sentía medio justificada, no habrían sido entonces más que terrores nerviosos de un animal dotado de un poco de memoria!.. Lucas, por otra parte, no despreció su opinión de mujer ni desdeñó el discutir con ella, aunque sorprendido por su vehemencia.

–Pero, Roselina, se lo repito á usted; para mí el valor social de la responsabilidad no admite duda y á él ajusto todos mis actos de hombre y de magistrado; pero razonamos como verdad de principio...

Roselina movió la cabeza y se vió en ella una gran vacilación de alma combatida. ¡Había sentido á Lucas tan cerca de ella en los últimos tiempos! ¡Y ahora su amigo iba á herirla en el corazón! Y á pesar de la tentación embriagadora de abrírselo, ¿no debía hacerle la confesión que acaso le detendría justamente, y hacérsela en aquel momento mismo, saliendo de las vagas teorías generales?

La joven dijo con voz ya temblorosa:

–Lucas, yo no he estudiado filosofía; pero tengo la certeza de que hay verdades que están por encima de todo razonamiento... Una de ellas es la responsabilidad. ¡Nos sentimos tan pronto en posesión de una voluntad, buena ó mala!.. Me ha parecido que se asombraba usted al verme tan conmovida hace un momento, pero era que la maldad de esa niña me recordaba, y á usted debía recordarle también, pues me vió en otro tiempo con mi madre, lo mala hija que yo fuí para con ella...

El dolor de su voz penetró hasta el corazón de Lucas... El joven no trató de pensar lo que Roselina iba á decir en seguida; sólo vió que los dos estaban en uno de esos momentos de emoción en que los corazones, fuera de sí, se inclinan irresistiblemente el uno hacia el otro. Se acercó pues, á ella y respondió:

–Lo que recuerdo, Roselina, es que era usted una niña hermosa, á la que yo admiraba y que tenía derecho á todos los mimos y á todos los caprichos... Lo que yo quisiera es estar hoy encargado de la dicha de aquella niña; que no hubiera cambiado; que fuese menos perfecta y muy exigente, y pasar yo la vida satisfaciendo todos sus deseos...

Quiso rodear su talle con el brazo, pero ella le contuvo con un ademán de sus manos trémulas... Lucas lo había dicho: «¿De qué pasado, de qué sangre proviene el presente de un criminal?» Era preciso que lo supiese todo antes de cambiar las promesas supremas... ¿Por qué, pues, aquella mano de su madre seguía pesando sobre los labios de Roselina y cortaba al paso todas sus palabras?

La joven siguió hablando, mostrándose verdaderamente heroica:

–Se lo aseguro á usted, Lucas, he sido una hija perversa... ¡Si usted supiera!.. He hecho sufrir á mi pobre madre... como esa pequeña á la suya, hace un momento..., y mucho más...

Pero Lucas no se separó, y dijo sonriente:

–¿Cree usted que yo he sido un santito? Recuerdo haber hecho tales travesuras que todavía me ponen coloradas las orejas... Esto asegura la indulgencia á los niños que uno tiene después... ¡Nuestros hijos, Roselina! ¡Los querríamos con toda nuestra alma!

Roselina no tuvo ya miedo alguno en su espíritu ni la menor resistencia en sus labios. ¡Amaba y era amada! Su alma se asemejó en aquel momento á esas flores acuáticas que del fondo sombrío de un amargo lago surgen á una luz de aurora y que parecen ignorar el abismo en que se sumergen sus raíces. La pálida sombra de su madre se había borrado por sí misma, para dejar el puesto á la luz que exhalaban los ojos del prometido triunfante.

Los dos, estrechamente unidos en el pabellón, olvidaron por completo á la niña vulgar cuyo capricho había sacado fuera de sí sus almas y forzádolas al exquisito y anhelado encuentro. Cuando Lucas condujo á su prometida á la casa, el general miró estupefacto y deslumbrado la espléndida joven feliz en que se había convertido de pronto Roselina, sus ojos verdes inflamados de ardiente y dulce alegría, y sus labios de rosa, como asombrados de sonreir... Antes de que los jóvenes dijesen una palabra, el general estrechó la mano á Lucas y le dijo:

–Gracias, bravo joven; nunca hubiera creído que hubiese alguien capaz de infundir á esta niña la fe en la felicidad.

***

La felicidad duró tres meses. Roselina la experimentó primero en un rápido viaje de novios á Argelia, y fué tal, que los goces abundantes de aquella naturaleza africana, que aplastan los corazones vacíos, fueron como un soplo de brisa favorable para la expansión de su dicha. El agradecimiento trajo pronto á los recién casados á casa del general, cuyas cartas, aun sin quererlo él, denotaban una gran tristeza desde la partida de Roselina. Y la felicidad continuó todavía. Pero pronto empezó el eclipse. Al principio sólo fué un punto sombrío, una alarma, una ansiedad en el corazón de Roselina..., y por fin, no tardaron en invadirlo por entero completas tinieblas. Dentro de unos meses iba á ser madre, y desde que adquirió esa certeza, que endulza la vida triunfal de las demás mujeres amadas, empezó á ser una agonía para ella la sonrisa que continuaba mostrando á Lucas. Pero en cuanto éste se marchaba al Palacio de Justicia, Roselina, abandonando hasta al general, que estaba inquieto y alarmado sin atreverse á decírselo al marido, se refugiaba en la estufa del jardín y permanecía allí

horas y horas llorando y acusándose. La alteración nerviosa que sienten casi siempre las mujeres en su estado, favorecía, sin duda, la turbación de su alma, siempre entera y fogosa, entregada por completo al amor en los últimos tiempos, como antes al arrepentimiento y á la penitencia y ahora al terror...

¡Un hijo! ¡Roselina iba á dar á luz un hijo! Un hijo que tendría todo su pasado y el instinto de un crimen en la sangre y en el alma... El impulso, la corriente, serían sin duda invencibles..., y un día ese niño se arrojaría sobre ella como ella se había arrojado sobre su madre y tendría el horror de ver que otra Roselina era lo que tanto le espantaba haber sido ella... Y si era un niño, ¿no saldría predestinado á uno de esos crímenes que arrastran en la vergüenza pública el corazón muerto de una madre y el nombre maldito de un padre?.

¡Oh! ¿Por qué no había sabido disciplinar su corazón hasta el fin y tenerle alejado de los goces del amor que estaban prohibidos para ella? ¿Por qué aberración, por qué debilidad culpable había escuchado á Lucas, en el minuto mismo en que debía ser mayor su vigilancia y su resistencia, puesto que acababa de presenciar una escena semejante á la que había causado la triste aridez de su vida?

Una tarde en que Roselina se había engolfado así en sus desesperadas meditaciones, Lucas volvió del juzgado y se alarmó al no verla al lado del general.

El anciano le mostró tristemente desde la ventana la estufa del jardín.

– Sí, allí es donde se pasa sola los días... Creí que lo sabías y que juzgabas preferible no decir nada... ¡Ah! Yo esperaba que el matrimonio cambiaría todo esto, pero tenemos que convenir en que la muerte trágica de su madre fué funesta para esta pobre niña...

Lucas corrió á la estufa. Había observado que Roselina parecía menos dichosa que al principio; pero como siempre le acogía con la misma tierna sonrisa, creyó que todo era debido á esas melancolías pasajeras, á esos desórdenes fisiológicos, á esos asombros y á esas inquietudes que son inseparables de la primera maternidad.

Las plantas encerradas en la estufa alargaban en el crepúsculo de invierno sus hojas y sus palmas, como manos que languidecen en un deseo... Entre la confusión que formaban en las banquetas, Lucas no distinguió al pronto á Roselina; pero ella le vió llegar, y no pudiendo menos de recurrir al fin á su marido en aquella infinita angustia, exclamó:

– ¡Oh! ¡Lucas! ¡Lucas!

Pero antes de acercarse á ella, el marido encendió un fósforo y le aproximó á la lamparita colocada en la mesa...

Quería verla en toda su miseria y proceder á una auscultación definitiva.

Cogió las manos que se le ofrecían, ávidas de ser estrechadas y sostenidas, y lleno de admiración, de amor y de piedad hacia su mujer, tan bella y tan querida y que se le presentaba entonces desgraciada y deshecha en lágrimas, le preguntó, atrayéndola á su corazón:

– Vamos á ver, ¿qué tienes? Dímelo todo, hasta lo más cruel. ¿Has dejado de amarme? ¿Te arrepientes de nuestro matrimonio?

– ¡Oh! Sí, sí, me arrepiento...

– ¿Estás loca?

Lucas lanzó esta exclamación á impulsos de un dolor atroz. ¿Podía hablar así en su plena razón, ella, la mujer que tan feliz y amorosamente se abandonaba pocos días antes á la ternura de su marido?

Roselina continuó, vehemente y desesperada:



... le leía sin aparente fastidio el periódico

– Escúchame, Lucas... ¡Te amo! ¡Te adoro! Al casarme contigo cedí á mi amor... ¡Pero entonces fuí culpable!..

– ¡No digas esa palabra! Te lo suplico. ¡No la digas!

Lucas hacía esta súplica con el corazón torturado. ¡Culpable respecto de él! Sabía muy bien que no había podido serlo, ni antes ni después de su matrimonio... ¡Era, pues, la locura en aquella mujer adorada!..

Pero Roselina siguió hablando, exaltada y ardiente hasta martirizarse con sus propias palabras:

– ¡Sí, culpable!.. ¡Oh! ¡Si entonces te lo hubiera dicho todo!.. ¿Te acuerdas? Estábamos aquí mismo, después de la escena de aquella niña, cuando me pediste que fuese tu mujer... ¡Oh! Yo quería confesártelo todo y hasta empecé á hacerlo... Pero tus palabras de amor me deslumbraron, hicieron que mi corazón fuese débil .. y tuve miedo de perderte.

Lucas reflexionaba... Cualquier cosa que fuera lo que Roselina tenía en la mente, quimera de locura ó escrúpulo de conciencia demasiado refinada, no podía aliviarla más que provocando la confesión total. La pequeña escena dramática que había precedido al delicioso momento de las promesas mutuas estaba, naturalmente, presente en su memoria hasta en los más pequeños detalles, y la sorpresa que le produjo la apasionada intervención de Roselina y que entonces se fundió en emociones más poderosas, surgía ahora de nuevo para preocuparle ansiosamente.

Estrechó á la joven contra su pecho y le murmuró al oído:

– ¡Miedo de perderme! ¿Lo tienes hoy todavía, cuando los tres no somos más que uno solo?..

Roselina prorrumpió en un grito desesperado:

– ¡El niño!.. ¡El niño! Él es quien...

– El que hace colmar mi dicha, dijo Lucas con energía. ¿Tienes, pues, temores por tu salud?

– ¡No, no!.. ¡Pero si supieras!.. ¡Lucas, ese niño será malo, como yo lo he sido!.. Lo tendrá en la sangre. ¡Cuando pienso en mi madre, á quien hice sufrir hasta matarla!..

Lucas, aunque creía con inmenso dolor que su mujer seguía delirando, no hizo ninguna protesta. Médico resuelto á curar á la querida enferma, quiso que ella le ayudase á penetrar hasta el germen del mal.

Como si hablase con lenta reflexión dijo:

– Recuerdo, por haberlo oído contar entonces á mis padres, que te encontraron caída á los pies de tu madre muerta, é inundada en su sangre...

Roselina se apartó de los brazos de su marido, como creyéndose indigna de permanecer en ellos, y respondió:

– ¡Sí, y yo había hecho brotar aquella sangre de su corazón, de su pobre corazón enfermo!.. No, Lucas, no creas que te hablo influída por un recuerdo de terror infantil... ¡Yo había pegado á mi madre!.. ¡Esta mano la había pegado! ¡Sí!..

Y con la mano izquierda se retorcía la derecha, criminal y convulsa. Y entonces contó la escena de furor terminada por la aparición siniestra de la muerte, que arrebató á su madre y la arrancó á la hija culpable...

Lucas la escuchaba y la estrechaba más contra su pecho á medida que la veía más alterada por las palabras que expresaban su crimen. Y cuando, terminada la confesión, la joven se calló, agotada por un verdadero sudor de agonía, el marido no trató, ni por un segundo, de engañar á aquella alma severa consigo misma, pero de una severidad ciertamente justa. En aquel momento hubiera creído un crimen el rehusarle la entera responsabilidad que ella reclamaba en su remordimiento. Y con la mano puesta en aquella frente febril y dolorida y obligándola á apoyarse en su pecho varonil, dijo en el tono de un magistrado que instruye una causa:

– ¿Y temes hoy que nuestro hijo, que tu hijo, herede esa savia de cólera que había en ti y que debe haber todavía, aunque todo acto de cólera sea en ti tan imposible, mi dulce y querida mujer?.. Porque los humanos no cambiamos desde la cuna á la tumba; no podemos hacer más que maniobrar en la vida con las fuerzas que hemos recibido, haciendo funcionar á nuestra voluntad las unas ó las otras, como un general que dispone sus tropas para la batalla. Y créelo; la victoria es para el que más fuerzas posee, cualesquiera que sean, buenas ó malas, y no sólo la victoria, sino el interés de la vida. Con frecuencia he pensado que los santos, que fueron todos unos apasionados, vivieron la vida humana más completa, pues se combatieron á sí mismos, lo que es absolutamente imposible para los animales y para las criaturas vulgares y de instinto grosero. ¡Oyeme,



Y con la mano izquierda se retorcía la derecha

pues, Roselina mía! Esas fuerzas de reacción que los santos nos muestran, las tenías tú, y has dado de ello las pruebas más nobles... Sí, te lo confieso, te recuerdo cuando eras niña; tu belleza me encantaba ya, y hasta tu vehemencia, tu orgullo y tus caprichos, que yo, mayor que tú, satisfacía riéndome.. Pero un día se me partió el corazón porque vi llorar á tu madre por la impotencia en que se hallaba de dominar uno de tus momentos de furor... Creo que fué en una merienda que tu madre nos daba para festejar tu cumpleaños. Ese recuerdo permanecía vivo en mí, y cuando el general vino á París y le hice la primera visita, me atormentaba una inquietud... Sabía por mis recuerdos que iba á amarte... Pero la orgullosa mujer que debías de ser entonces, ¿tendría algo más que desprecio para un adorador tan humilde?.. Vi, sin embargo, que no eras en casa del general más que un aliento de dulzura y de modestia... ¿Cómo habías cambiado? No me lo pregunté y me acusé, al contrario, de no haber contado, al venir, con la riqueza y la rectitud de un alma como la tuya, que no había podido menos de mostrarse tal como era en la vida. Lo que va á pasar á la sangre y al alma de nuestro hijo es lo mejor de ti misma, hoy en plena fuerza y en pleno valor, gracias á tus nobles luchas íntimas. Convéncete de que esa es una herencia mucho más segura que aquellas llamaradas pasajeras en las que el instinto animal, todavía indómito, triunfó de tu buen fondo. ¡Escucha! Puedes creer al que no quisiera ser un padre maldito después de haber sido un marido tan dichoso: eres la mujer más digna de ser madre...

Y Lucas fortificó estas palabras con un abrazo de amor que dió á Roselina la divina sonrisa de paz y de confianza.

Sin embargo, Lucas no estaba siempre á su lado, y había horas en que sus palabras de cordura y de puro cariño perdían su fuerza cuando la triste frase que gritó Roselina á los pies de la madre exánime aparecía en sus labios ansiosos:



Roselina le miraba torcer sus manitas...

—¡Mamá muerta!.. ¡Yo la he matado!

Roselina fué madre en una mañana de primavera, después de los dolores con que hay que pagar ese gozo divino entre todos... La joven esposa vió los ojos de Lucas arrasados de lágrimas ante sus gritos de dolor y le dijo:

—¿Por qué lloras? ¡No he sido nunca más feliz!

Su hijo estaba ya á su lado, en la almohada, y Roselina le miraba torcer sus manitas y gritar las primeras necesidades y los primeros caprichos de pequeño animal de alma todavía ciega y por eso mismo más exigente.

Débil, aniquilada y sonriendo á su marido, que se inclinaba hacia ella con amor y reconocimiento, la joven madre se dejaba mecer en un océano de bienaventuranza...

—¡Ah! ¡Miren el rabiosillo!, dijo Lucas, ebrio de júbilo, al oir los vagidos imperiosos de la primera sed de su hijo.

—¡Se lo perdonaremos siempre todo!, suspiró Roselina con inefable dulzura.

¡Crimen de niño!.. Para juzgarlo, tenía ya Roselina el alma de aquella madre que, herida, la llamó tiernamente á su lado con el último movimiento de sus brazos y el último aliento de su boca... ¡Ah! ¿Acaso no le está perdonado de antemano todo crimen al niño, desde el momento en que la madre acepta el sufrir por él un cruel suplicio y ponerse hasta al borde del sepulcro, para satisfacer su ciego deseo de entrar en el mundo?

¡Crimen de niño!

Y al fin apaciguada, inclinada hacia su hijo, veía Roselina con los ojos de su alma nueva á Aquel de quien todos hemos salido inclinado también sobre nuestras miserias, sobre nuestras faltas y sobre nuestros crímenes, con la misma ternura compasiva y el mismo firme propósito de perdonar siempre... Conociendo de qué limo hemos sido amasados, Él sabe si el bueno podría ser mejor y si el malo podría serlo más... Y ante esos delitos que inspiran horror á la naturaleza humana y cuando le creemos pronto á abrir las puertas de su infierno para precipitar en él para siempre al criminal, acaso deja caer la mano, hace el ademán que perdona, y en el silencio de su luminosa eternidad, se dice una vez más á sí mismo: «¡Crimen de niño!»



TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

LOS BARCOS

TRANSPORTADORES DE TRENES EN DINAMARCA

Dinamarca, separada del reino de Suecia por el estrecho del Sund, se compone de grupos de islas, siendo las principales de éstas la de Zelandia, en donde está Copenhague, y la de Fionia, separada de la anterior por el Gran Belt. Enfrente de esta última y separada de ella por el Pequeño Belt, está la provincia danesa de Jutlandia, unida al continente por el Schleswig alemán.

Los diversos ferrocarriles construídos en esas islas están aislados entre sí, y las comunicaciones de isla á isla sólo pueden realizarse por medio de buques, lo cual obliga á trasbordos molestos para viajeros y muy perjudiciales para mercancías. Por otra parte, dados la poca densidad de población y el tráfico relativamente escaso, la travesía de estos estrechos, sea por medio de puentes ó túneles, habría ocasionado gastos desproporcionados con las necesidades del país.

Los ingenieros daneses han tenido, pues, que recurrir á los *ferry-boats,* buques de vapor dispuestos de modo especial que transportan los trenes de una orilla á otra. El primer *ferry boat* establecido en Dinamarca es el que pone en comunicación Fionia y Jutlandia á través del Pequeño Belt, cuya anchura entre Fredericia y la isla de Fionia es de 2'8 kilómetros, y data de 1872. Actualmente hay instalados siete, que no sólo hacen más cómodo el transporte de viajeros, sino que además han aumentado considerablemente el tráfico, siendo los más importantes el del Gran Belt entre Nyborg y Korsor, que recorre una distancia de 26 kilómetros; el que atraviesa el Sund y pone á Copenhague en comunicación con Malmo (Suecia), recorriendo un trayecto de 50 kilómetros, y finalmente el inaugurado en 1.º de octubre último entre Gjeder y Warnemünde, 48 kilómetros, que sirve para establecer, á través del Báltico, un servicio directo entre Copenhague y Berlín.



Fig 1. – Tren atravesando el puente metálico de acero

La administración de los ferrocarriles del Estado danés posee actualmente para este servicio seis buques grandes y doce más pequeños, todos, á excepción de dos, de ruedas y de una velocidad media de 10 y ½ á 13 nudos. Los grandes, construídos según los mismos principios que los pequeños, sólo difieren de éstos en que tienen en el puente dos vías en vez de una, pudiendo los primeros transportar 18 vagones de mercancías y los segundos seis. En unos y otros, el embarque de vagones puede hacerse por la proa ó por la popa.

La gran dificultad de este sistema de transporte es el trasbordo de los vagones desde el terraplén del muelle al puente del buque y viceversa; para ello se requieren disposiciones especiales sólo practicables cuando no es muy grande la diferencia de nivel entre la bajamar y pleamar. Desde este punto de vista, Dinamarca se encuen-

tra en condiciones especialísimas, pues las mareas son allí casi nulas y los desniveles no pasan de 60 centímetros sobre ó debajo del nivel normal.

Para facilitar la atracada de los buques y el tras bordo de los vagones, se dispone perpendicularmente al muelle una dársena especial cuyos costados se adaptan exactamente á la forma del buque, el cual, al penetrar en ella, se coloca en la posicion exacta que ha de ocupar para que los rieles del muelle correspondan á la prolongación de los del buque que ha de recibir los vagones. Varios cojinetes amortiguan el choque en el momento de la atracada. Entre la vía fija del muelle y la del barco se instala un puente metálico de 20 metros, que contiene la vía que ha de permitir el trasbordo de los vagones. Este puente está fijo en el muelle por una articulación y en el buque por una barra articulada que permite al puente seguir las oscilaciones del barco durante el trasbordo. Varios contrapesos equilibran una parte del peso de este puente; el resto del peso carga sobre el barco á fin de evitar que el puente se levante al pasar los vagones. La maniobra para levantar ó bajar el puente se verifica por medio de una cabria movida á mano ó por la electricidad. La inclinación de la vía entre el muelle y el puente del buque es á lo sumo de tres centímetros por metro. La figura 1 representa un tren en el momento de salir del barco y entrar en el puente metálico; la figura 2 es reproducción del *ferry-boat* «Copenhague» construído recientemente y que presta el servicio entre Copenhague y Malmo.

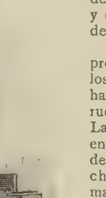



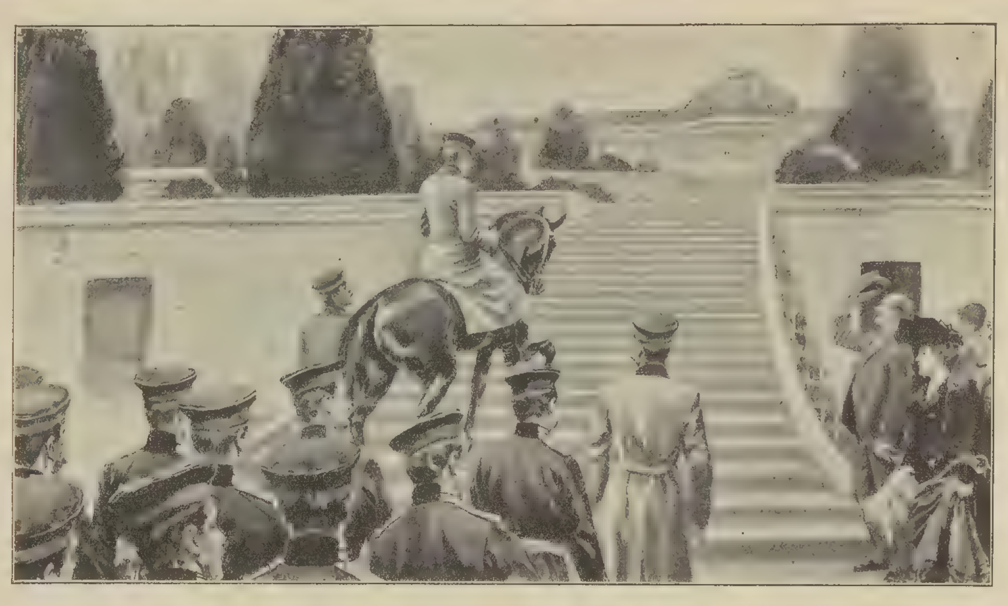
Fig. 2. – Buque transportador *(ferry-boat)* que hace la travesía de Copenhague á Malmo

Este barco, provisto de dos vías, puede transportar 18 vagones de mercancías de diez toneladas cada uno; las dos vías se reunen en una sola en cada extremo del buque por medio de curvas de escaso radio, disposición que ha debido adoptarse para evitar la forma cuadrada que, de otro modo, hubiera tenido que darse á la proa y á la popa de la embarcación, forma muy defectuosa desde el punto de vista del cabeceo en tiempo de mar agitado. En cada extremo de las vías hay topes movibles cuya altura corresponde á la de los cojinetes de los vagones y que durante la travesía se apoyan en éstos, impidiendo todo movimiento de los vehículos; además los vagones van amarrados al puente y á los rieles por medio de cadenas y otros aparatos de seguridad. La estabilidad del buque es muy grande aun en tiempo malo y con la carga máxima de vagones.

A causa de la poca profundidad del agua en los puertos de atracada, ha sido preciso emplear ruedas en vez de hélice. La longitud del barco entre perpendiculares es de 83'57 metros y su anchura en la cuaderna maestra de 10'37. Su anchura total, fuera de los tambores, es de 17'69 metros; su desplazamiento, con un calado de 2'90 metros, es de 1.450 toneladas. Las máquinas motrices compound, alimentadas por cuatro calderas, desarrollan una fuerza de 2.200 caballos; la velocidad de marcha es de 12'5 nudos. En uno de los extremos del buque hay el salón de las clases 1.ª y 2.ª y otro con tocador para señoras; el de la clase 3.ª ocupa el otro extremo; en el centro está el cuarto de máquinas y el de calderas. El barco tiene alumbrado eléctrico y calefacción por el vapor.

Por regla general los *ferry boats* no sirven para el transporte de trenes de viajeros, pues éstos prefieren dejar los vagones durante la travesía.

R. B. PRADELLE.



El príncipe heredero de Alemania subiendo á caballo las escalinatas del palacio de Sans Souci, de Potsdam

Hace pocos días el príncipe imperial de Alemania sacó del cuartel á una compañía de reclutas de su regimiento, de guarnición en Potsdam, para revistarla.

Montado á caballo, el príncipe dirigióse á los hermosos jardines del palacio de Sans Souci, y al llegar á las escalinatas que conducen al edificio, obligó á su caballo á subir, con gran admiración de la gente que allí había, los doscientos escalones.

Al llegar al final de aquéllas, descabalgó, y sirviendo de guía á sus reclutas les hizo recorrer el palacio de Federico el Grande, describiéndoles las habitaciones y los objetos interesantes que allí se conservan. En aquellas escalinatas en donde el joven príncipe ha realizado ese *tour de force* de equitación, solía pasar muchos ratos su antecesor, el gran Federico, entre sus macetas de flores.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 7 de diciembre de 1903 — Núm. 1.145

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL PALCO, cuadro de María Villedien

(Salón de París de 1903. Sociedad Nacional de Bellas Artes)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo sexto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La epidemia variolosa que fustiga á Madrid ha hecho recaer de nuevo la atención pública sobre el tema de la vacuna, sus excelencias y sus inconvenientes. Aquéllas deben de ser infinitamente superiores á éstos, cuando la generalización de la vacuna y la desaparición de la viruela, gracias á tal profilaxis, es un hecho en los países más adelantados del mundo.

La República cubana (hablemos de ella alguna vez) está tan interesada en extinguir la viruela, que, según me han asegurado, comisiona médicos, con muy crecidas dietas, á los puertos españoles donde arrecia el movimiento de emigración á la Gran Antilla, para que vacunen gratuita y forzosamente á los emigrantes. Y si alguno de ellos padece enfermedad contagiosa y transmisible y lo comprueba el reconocimiento, hay instrucciones para rehusarle el pasaje.

***

Refiérese – ¿será conseja? – que al preguntar desde España á las clínicas alemanas cómo se procede allí en las epidemias de viruela, fué respondido que no podían evacuar la consulta por haber desaparecido en absoluto de Alemania semejante enfermedad. En España, la introducción de la vacuna ha sido lenta y apenas se ha logrado desterrar y vencer la repugnancia del pueblo á la lanceta vacunadora. Hay aldeano que prefiere morir, hay criado que prefiere perder su colocación, á someterse á operación tan sencilla y fácil. No sé qué terror supersticioso brota en las incultas imaginaciones ante la idea de prevenir una enfermedad metiéndose en el cuerpo la enfermedad misma. «Señorita, eso es cosa de brujería ó del demonio – decíame años ha una vieja hilandera de la montaña, de esas que vaticinan junto al hogar al aullido del viento y al golpeteo de la lluvia. – Eso no lo hacen los cristianos.»

***

Una escuela médica reciente ha venido á confirmar en cierto modo las aprensiones de los analfabetos, alegando que la vacuna previene la viruela, pero transmite la tuberculosis, mal del que está inficionada la especie bovina. El incremento aterrador de la tuberculosis – según esta escuela – no se debe á otra causa. Yo confieso que, sin entender jota de medicina, atribuyo los pasos de gigante que parece dar la tuberculosis á infinidad de concausas. Lo caro de la vida en las grandes ciudades; la adulteración de las substancias alimenticias; el eretismo cerebral, que engendra el libertinaje y el ansia de placeres y excitaciones en todas las clases sociales, deben de contribuir también á preparar ese estado de miseria fisiológica que encamina á las enfermedades éticas, de consunción, como antaño se decía. A veces me ocurre dudar si, en efecto, éstas abundan ahora y escaseaban antes. Quizás también en otras épocas se moría de tuberculosis, pero no se estudiaba la enfermedad, ni inspiraba el sagrado terror que hoy inspira. Cuando pensamos en la antigüedad griega, se nos figura que entonces no existían ciertos padecimientos horribles y tristes de la edad moderna, contra los cuales la ciencia lucha á brazo partido. ¡Error de óptica, originado por la distancia! Leyendo á Hipócrates, ese gran científico instintivo y prematuro, y sus admirables descripciones de pestes y contagios, se nos aparece una edad pagana muy distinta de la decoración de las «bodas clásicas» en la ópera *Mefistófeles*: una edad pagana no alegre y serena, como se ha dado en decir, sino perturbada y ensombrecida por las mismas calamidades del período medioeval: pestes, infecciones, miserias orgánicas, venenos bebidos en la misma fuente de donde debiera surgir la vida. Poco importa que la fantasía griega transformase en mito la peste, atribuyéndola á las flechas de Apolo ó á las iras de Minerva: no por eso dejaba de herir, de diezmar los reales de Agamenón y las haces de Alejandro Magno.

***

Cuesta trabajo explicarse la rápida formación de una leyenda y cómo la aceptamos sin examinar sus fundamentos en la realidad y en la historia. La idea de la alegría griega, de la feliz y risueña existencia pagana, es muy discutible ante una crítica que tome en cuenta los textos generales y la misma literatura bella, por ejemplo la dramática. Todo el teatro griego es una serie de inauditos crímenes y dolores; la fatalidad se cierne sobre él, envuelta en nubes de sangre; Atreo, Filoctetes, Medea, Jason, Electra, Orestes, Clitemnestra, Antígona, de todo tendrán menos de alegres y serenos, de risueños y de olímpicos. El peso del destino, de la fatídica ley, gravita sobre ese teatro con más fuerza que sobre ninguna de las obras de arte literario que después vienen. De ninguna lectura surge imponiéndose lo amargo y desconsolador de la vida humana como del teatro griego, y creo que no hay libro místico que así demuestre la nada de las cosas, la vanidad del sueño que soñamos entre la cuna y el sepulcro.

***

Romero Robledo, que tan artísticamente – es la palabra – desempeña la presidencia del Congreso, ha tenido una diabólica idea: la de las sesiones á las nueve de la mañana. ¡Si al menos estas sesiones madrugadoras se consagrasen á los presupuestos! No asistiría un alma, y en paz. Pero es el caso que las dedica al debate político, y cata el madrugón, no sólo para los diputados, sino para las señoras golosas de oratoria parlamentaria.

La cual es cada día más entretenida y donosa. Ayer, por ejemplo, parte de la sesión se consagró al magno problema de los sombreros de las señoras en el teatro. Yo encuentro excelente determinación la de prohibirlos: á la verdad, estorbaban infinito á propios y extraños, y con el desarrollo progresivo de las alas, que ya alcanza al diámetro de una sombrilla regular, iba resultando algo pesada la broma al burgués exigente que cree adquirir en la taquilla, con la butaca, el derecho de ver la función; pero me sorprende agradablemente el que estas cuestiones se lleven al santuario de las leyes, aunque de llevarlas tengo por injusto que no se conceda la palabra, para intervenir en el debate, á María Guerrero (no la actriz, la modista de la calle del Carmen) y no se señale turno para discutir los chalecos de colorines que lucen algunos señores y que molestan á las señoras, trastornando todas sus nociones acerca de la estética de la indumentaria masculina, tan interesante para nosotras como, por lo que se ve, lo es la nuestra para ellos. La Cámara popular no puede menos de resolver con urgencia cuestiones de tal magnitud. (o'75 de ala, lo menos, y después las plumas.)

***

Ni apadrino ni rechazo..., etcétera; sólo digo que si los señores diputados adoptan la misma resolución para las tribunas que se ha adoptado en los teatros, y nos invitan á dejar el sombrerón en la guardarropía, bajo la custodia benévola de los ugieres, me dispensarán un favor; porque las tribunitas son un horno, y en ellas se estaría menos mal en bata y en pelo, que soportando las apreturas del correcto traje de calle y el peso y abrigo de estos tocados de fieltro peludo que ahora se estilan. Que nos manden descubrirnos, y por mi parte, encantada. Y si al mismo tiempo los padres de la patria, atentos á la higiene, dispusiesen que se ventilase el recinto durante las sesiones, aplauso cerrado. Se evitarían ellos las pulmonías de la salida. ¡Qué ambiente! (Sin retruécano.) ¡Qué ambiente tan impuro aquél! A ventilar; nos asfixiamos. Y á suprimir esas sesiones de madrugona, que recuerdan (por ese detalle) una Convención ó un Parlamento rabadilla, convocados en horas supremas y para tratar de algo más que de sombreros femeniles.

***

Por otra parte, debo reconocer que el Sr. Franco, promovedor en la Cámara del incidente á que aludo, tenía razón hasta por cima, no de los pelos, sino del sombrero de copa alta que use. Sus observaciones revestían gran sensatez y espíritu de justicia. Ahora hablo en serio. El Sr. Franco pretendía que pues se prohibe el sombrero de las damas, no se tolere la grosería del cigarro, que no va sólo contra el recreo del espectador, sino contra sus pulmones y aun contra el decoro y las buenas formas que en toda reunión deben guardarse. Porque el cigarro está prohibido, pero se le hace la vista gorda, lo cual redunda en desprestigio completo de la autoridad, que debe mandar siempre con justicia y hacerse obedecer con rigor; y en este particular los señoritos y caballeros se muestran más cerriles y rebeldes que la gente del pueblo, por lo cual, así como se ha dicho que ver ahorcar á un ministro es el ideal de la justicia humana, diremos que ver multar á un señorito por no quitarse el cigarro de la boca sería la regeneración de las disposiciones gubernativas.

***

Y más acertado si cabe estaba el Sr. Franco al pretender que los teatros matritenses terminen á una hora racional. La cuarta de Apolo y de la Zarzuela, sin hablar de otros teatros de menor cuantía, son una de las causas del desorden de tanta parte del pueblo de Madrid. El que tiene que ganarse la vida no puede trasnochar: el trabajo es amigo de las horas de la mañana. Crímenes y delitos, amén de holgazanería, nacen á favor de esas funcioncitas tardonas, después de las cuales se acaba la noche en la taberna. Veremos si el gobernador atiende á corregir tal escándalo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Nuestro corazón tiene la edad de aquello que ama.

MARCELO PREVOST.

Lo que es vicio en un pobre, se llama en un rico capricho.

PABLO Y VÍCTOR MARGUERITE.

Por la prisa de vivir se olvidan demasiado á menudo las razones de la vida.

GABRIEL HANOTAUX.

Para el historiador, los hechos no son más que señales indicadoras de las ideas.

FEDERICO MASSON.

Todos los gobiernos mueren por la exageración de su principio.

ARISTÓTELES.

Sincero ó fingido, el miedo no sirve más que para hacer más peligrosas las epidemias.

A. THIERS.

Las alas de la juventud llevan ligeramente la vida.

PABLO DUBOIS.

Un premio de virtud nos parece un hermoso premio, pero nos sentimos inclinados á sonreirnos por lo que toca á los accésit.

J. CHANTAVOINE.

La opinión: una potencia formada por la audacia de algunos y por la cobardía de los demás.

COSTA DE BEAUREGARD.

Lo que consideramos como justicia es con demasiada frecuencia una injusticia cometida en favor nuestro.

REVEILLERE.

La despoblación de un país es el suicidio de una raza.

ROOSEVELT.

En las almas más grandes hay rincones de debilidad en los cuales duermen las supersticiones.

BARBEY D'AUREVILLY.

Tenemos todavía el sentimiento del heroísmo, no para practicarlo, pero sí para aplaudirlo.

EMILIO FAGUET.

La iglesia es el hospital de las almas.

JORIS CARLOS HUYSMANS.



Andara, Isabela y Aladina

Sentada en el umbral una vieja mueve la cuna con el pie

Es la oveja familiar

TRAGEDIA DE ENSUEÑO

(Han dejado abierta la casa y parece abandonada. El niño duerme fuera, en la paz de la tarde que agoniza, bajo el emparrado de la vid. Sentada en el umbral una vieja mueve la cuna con el pie, mientras sus dedos arrugados hacen girar el huso de la rueca. Hila la vieja, copo tras copo, el lino moreno de su campo. Tiene cien años, el cabello plateado, los ojos faltos de vista, la barbeta temblorosa.)

Abuela. – ¡Cuántos trabajos nos aguardan en este mundo! Siete hijos tuve, y mis manos tuvieron que coser siete mortajas... Los hijos me fueron dados para que conociese la pena de criarlos, y luego, uno á uno, me los quitó la muerte cuando podían ser ayuda de mis años. ¡Estos tristes ojos aún no se cansan de llorarlos! ¡Eran siete reyes mozos y gentiles!.. Sus viudas volvieron á casarse, y por delante de mi puerta vi pasar el cortejo de sus segundas bodas, y por delante de mi puerta vi pasar después los alegres bautizos... ¡Ah! Solamente el corro de mis nietos se deshojó como una rosa de mayo!.. Y eran tantos, que mis dedos se cansaban hilando día y noche sus pañales!.. A todos los llevaron por ese camino donde cantan los sapos y el ruiseñor. ¡Cuánto han llorado mis ojos! Quedé ciega viendo pasar sus blancas cajas de ángeles. ¡Cuánto han llorado mis ojos y cuánto tienen todavía que llorar! Hace tres noches que aullan los perros á mi puerta. Yo esperaba que la muerte me dejase este nieto pequeño, y también llega por él... ¡Era, entre todos, el que más quería! Cuando enterraron á su padre, aún no era nacido: cuando enterraron á su madre, aún no era bautizado... Por eso era, entre todos, el que más quería... Ibale criando con ciertos trabajos. Tuve una oveja blanca que le servía de nodriza; pero la comieron los lobos en el monte.. ¡Y el nieto mío se marchita como una flor! ¡Y el nieto mío se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas, que no pueden contemplar el amanecer!

(La vieja llora y el niño se despierta. La vieja se inclina sollozando sobre la cuna y con las manos temblorosas la recorre á tientas buscando dónde está la cabecera. Al fin se incorpora con el niño en brazos: le oprime contra el seno, árido y muerto, y llorando hilo á hilo sus ojos ciegos: con las lágrimas detenidas en el surco venerable de las arrugas, canta por ver de acallarlo. Canta la abuela una antigua tonadilla. Al oirla se detienen en el camino tres doncellas que vuelven del río, cansadas de lavar y tender, de sol á sol, las ricas ambas de hilo de Arabia. Son tres hermanas azafatas en los palacios del rey; la mayor se llama Andara, la mediana Isabela, la pequeña Aladina.)

La mayor. – ¡Pobre abuela, canta para matar su pena!

La mediana. – ¡Canta siempre que llora el niño!

La pequeña. – ¿Sabéis vosotras porque llora el niño?.. Aquella oveja blanca que le criaba se extravió en el monte, y por eso llora el niño...

Las dos hermanas. – ¿Tú le has visto? ¿Cuándo fué que le has visto?

La pequeña. – Al amanecer le vi dormido en la cuna. Está más blanco que la espuma del río donde nosotras lavamos. Me parecía que mis manos al tocarle se llevaban algo de su vida, como si fuese un aroma que las santificase.

Las dos hermanas. – Ahora al pasar nos detendremos á besarle.

La pequeña. – ¿Y qué diremos cuando nos interrogue la abuela?.. A mí me dió una tela hilada y tejida por sus manos para que la lavase, y al mojarla se la llevó la corriente...

La mediana. – A mí me dió un lenzuelo de la cuna, y al tenderle al sol se lo llevó el viento...

La mayor. – A mí me dió una madeja de lino, y al recogerla del zarzal donde la secara un pájaro negro se la llevó en el pico...

La pequeña. – ¡Yo no sé que le diremos!..

La mediana. – Yo tampoco, hermana mía.

La mayor. – Pasaremos en silencio. Como está ciega no puede oirnos.

La mediana. – Su oído conoce las pisadas.

La mayor. – Las apagaremos en la hierba.

La pequeña. – Sus ojos adivinan las sombras.

La mayor – Hoy están cansados de llorar.

La mediana. – Vamos, pues, todo por la orilla del camino, que es donde la hierba está crecida.

(Las tres hermanas, Andara, Isabela y Aladina van en silencio andando por la orilla del camino. La vieja levanta un momento los ojos sin vista: después sigue meciendo y cantando al niño. Las tres hermanas, cuando han pasado, vuelven la cabeza. Se alejan y desaparecen, una tras otra en la revuelta. Allá, por la falda de la colina asoma un pastor. Camina despacio, y al andar se apoya en el cayado. Es muy anciano, vestido todo de pieles, con la barba nevada y solemne. Parece uno de aquellos piadosos pastores que adoraron al niño Jesús en el establo de Belén.)

El pastor. – Ya se pone el sol. ¿Por qué no entras en la casa con tu nieto?

La abuela. – Dentro de la casa anda la muerte... ¿No la sientes batir las puertas?

El pastor. – Es el viento que viene con la noche...

La abuela. – ¡Ah!.. ¡Tú piensas que es el viento! ¡Es la muerte!..

El pastor. – ¿La oveja no ha parecido?

La abuela. – La oveja no ha parecido ni parecerá...

El pastor. – Mis zagales la buscaron días enteros... Se han cansado ellos y los canes.

La abuela. – ¡Y el lobo ríe en su cubil!..

El pastor. – Yo también me cansé buscándola.

La abuela. – Y todos nos cansaremos. Solamente el niño seguirá llamándola en su lloro, y seguirá, seguirá...

El pastor. – Yo escogeré en mi rebaño una oveja mansa...

La abuela. – No la hallarás. Las ovejas mansas las comen los lobos.

El pastor. – Mi rebaño tiene tres canes vigilantes. Cuando yo vuelva del monte le ofreceré al niño una oveja con su cordero blanco.

La abuela. – ¡Ah! ¡Cuánto temía que la esperanza llegase y se cobijara en mi corazón como en un nido viejo abandonado bajo el alar!..

El pastor. – La esperanza es un pájaro que va cantando por todos los corazones.

La abuela. – Soy una pobre desvalida: pero mientras conservasen tiento mis dedos hilarían para tu regalo cuanta lana diere la oveja. ¡Pero no vivirá el nieto mío!.. Hace ya tres días, ¡desde que aullan los perros!, cuando le alzo de la cuna siento batir sus alas de ángel como si quisiere aprender á volar...

(Vuelve á llorar el niño: pero con un vagido cada vez más débil y desconsolado: vuelve su abuela á mecerle con la antigua tonadilla. El pastor se aleja lentamente; pasa por un campo verde donde están jugando á la rueda. Canta el coro infantil la misma tonadilla que la abuela; al deshacerse, unas niñas, con la falda llena de flores, se acercan á la vieja, que no las siente y sigue meciendo á su nieto. Las niñas se miran en silencio y se sonríen. La abuela deja de cantar y acuesta al niño en la cuna.)

Las niñas. – ¿Se ha dormido, abuela?

La abuela. – Sí, se ha dormido.

Las niñas. – Que blanco está... ¡Pero no duerme, abuela!..

La abuela. – ¿Habéis dicho que no duerme?

Las niñas. – Tiene los ojos abiertos... Parece que mira una cosa que no ve...

La abuela. – Una cosa que no ve. ¡Es la otra vida!..

Las niñas. – Se sonríe y cierra los ojos...

La abuela. – Con ellos cerrados seguirá viendo lo mismo que antes veía. Es su alma blanca la que mira.

Las niñas. – ¡Se sonríe!.. ¿Por qué se sonríe con los ojos cerrados?

La abuela. – Sonríe á los ángeles.

(Una ráfaga de viento pasa sobre las sueltas cabelleras sin ondularlas. Es un viento frío que hace que los ojos de la abuela lloren. El nieto permanece inmóvil en la cuna. Las niñas se alejan, pálidas y medrosas, lentamente, en silencio, cogidas de la mano.)

La abuela. – ¿Dónde estáis? Decidme, ¿se sonríe aún?..

Las niñas. – No, ya no se sonríe...

La abuela. – ¿Dónde estáis?

Las niñas. – Nos vamos ya ..

(Se sueltan las manos y huyen. A lo lejos suena una esquila. La abuela se encorva escuchando... Es la oveja familiar, que vuelve para que mame el niño. Llega como el don de un rey mago: con las ubres llenas de bien. Recorre los lugares y se acerca con dulce balido. Trae el vellón peinado por los tojos y las zarzas del

monte. La vieja extiende sobre la cuna las manos, para levantar al niño. ¡Pero las pobres manos, las manos arrugadas, temblonas y seniles, hallan que el niño está yerto!..)

LA ABUELA. – ¡Ya me has dejado, nieto mío! ¡Qué sola me has dejado! ¡Oh! ¿Por qué tu alma de ángel no puso un beso en mi boca y se llevó mi alma cargada de penas?.. Eras tú como un ramo de blancas rosas en esta capilla triste de mi vida... Si me tendías los brazos, eran las alas inocentes de los ruiseñores que encantan en el cielo á los Santos Patriarcas: si me besaba tu boca, era una ventana llena de sol que se abría sobre la noche... Eres tú como un cirio de blanca cera en esta capilla obscura de mi alma. ¡Vuélveme al nieto mío, muerte negra!.. ¡Vuélveme al nieto mío!..

(La abuela, con los brazos extendidos, entra en la casa desierta, seguida de la oveja... Bajo el techado resuenan sus gritos... Y el viento anda á batir las puertas...)

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.

(Dibujo de Triadó.)

POR LA BOCA MUERE EL PEZ

El caso era tan incomprensible, tan extraño, que todas las comadres del barrio formando corrillo en la calle lo comentaban con verdadero terror.

– Por fuerza, decían, debe haber ocurrido alguna desgracia. De lo contrario no se comprende que la tía Agustina, *la Fraila,* no se haya dejado ver, ni dado señales de su existencia, desde hacía lo menos cuarenta y ocho horas.

Y efectivamente, la buena vieja, que era muy madrugadora y á la que todas las vecinas, al salir por las mañanas al trabajo, acostumbraban á ver sentada ya en su puerta haciendo calceta ó remendando una enagua, no se había dejado ver desde dos días antes, y la puerta y las ventanas de su miserable casucha permanecían herméticamente cerradas.

La Fraila, llamada así por decirse si en sus mocedades tuvo ó no tuvo algo que ver con un exclaustrado, era una anciana de edad indefinible; chiquitilla, desdentada, arrugada y consumida como una pasa, con el pelo completamente blanco, pero ágil todavía y con los pequeñuelos y pitarrosos ojillos llenos de vivacidad.

Ignorábase de qué vivía, pero se aseguraba que debía tener mucho dinero escondido y que el viaje que mensualmente efectuaba á la capital – andando, por supuesto – tenía por objeto cobrar una renta, producto de un legado que le había dejado cierta marquesa á quien amamantó siendo nodriza.

La Fraila era muy reservada, mejor dicho, muy huraña, cambiando si acaso con la vecindad algún seco saludo, «buenos días,» «buenas noches» y nada más, sin que se le conocieran amistades ni relaciones de ninguna especie.

Este misterio de que la tía Agustina se rodeaba, contribuía á dar pábulo á los comentarios, á las suposiciones de los vecinos, respecto á la verdadera posición de aquella vieja harapienta y á los tesoros que se decían enterrados en su casa.

* * *

Llegó el juzgado, subiendo de punto la expectación entre la gente del barrio, toda la cual, mujeres y chiquillos en su mayoría, porque los hombres estaban en el trabajo, se aglomeró ante la casa misteriosa, de tal modo que los dos municipales y el alguacil, que acompañaban al juez, se vieron negros para dejar un espacio libre delante de la puerta.

El señor juez dió una vuelta á la casa, examinó las tapias y la entrada del corral, observó cuidadosamente el suelo, y el escribiente fué anotando algunas indicaciones que aquél le hacía.

Otra vez delante de la puerta, el alguacil fué por un cerrajero, con el que volvió al poco rato y la entrada quedó franca.

El juez y los que le acompañaban penetraron á tientas y vacilantes en la habitación, apenas alumbrada por la escasa claridad que la mucha gente aglomerada en la puerta dejaba penetrar de la calle.

El alguacil abrió una ventana de sucios y resquebrajados cristales, y un espectáculo horroroso se ofreció entonces á la vista de todos haciéndoles retroceder un paso.

Atravesado en la puerta de otra habitación que hacía frente á la de entrada, en una covacha ó cochiquera con honores de alcoba, tendido sobre el terroso suelo y en posición supina, revueltos y casi amontonados sobre el busto los harapos que lo cubrían, yacía el cuerpo inerte de la infeliz anciana.



El espíritu desprendiéndose de la materia, monumento funerario de Enrique Clarassó

El alguacil, inclinándose, no sin cierta repugnancia, sobre el cadáver, separó un poco aquellos trapos y quedó al descubierto el rostro horrible, tumefacto, negro, de la interfecta. Los ojos, muy abiertos, parecían salirse de las órbitas, y en ellos, así como en la expresión del hinchado semblante, aún parecía pintarse el espanto. El cuello, hinchado también, presentaba erosiones y señales de uñas, y – ¡detalle horrible! – por la desdentada boca, desmesuradamente abierta, asomaba colgando sobre la barba, como un trapo, una lengua flácida, negruzca, un pedazo de carne amoratada, que aumentaba el horror de aquel semblante con el macabro aspecto de una burlona mueca.

Se pasó á hacer el inventario. El juez dictaba y el escribano escribía, apoyando el papel sobre la rodilla. El alguacil y los municipales iban levantando y poniendo á un lado trastos y enredijos. Todo estaba revuelto y destrozado. Un viejo sofá de gutapercha tenía todo el asiento levantado y la estopa y crines del relleno estaban esparcidos por el pavimento. Dos sillas, un par de cántaros y otros muebles y utensilios, pocos y muy viejos, estaban igualmente hechos pedazos. En la alcoba ó cochiquera, unos trapos, que tendidos en el suelo habían servido sin duda de camastro, estaban también revueltos y como si uno por uno hubiesen sido objeto de minuciosa inspección. En el corral, al que daba paso una puertecilla desvencijada que el juez encontró abierta, se observaron las mismas huellas de los buscadores de tesoro, y en las tapias, las que dejó ó dejaron el ó los criminales al asaltar la casa y luego al retirarse, arrancando algunas mal sentadas piedras del caballete.

Terminadas estas diligencias, hecho el croquis de la habitación y de la posición que ocupaba el cuerpo, el juez mandó levantar el cadáver y colocarlo en unas parihuelas, que dos hombres del pueblo se encargaron de llevar al depósito.

Ya al tiempo de marcharse, el alguacil llamó la atención del juez sobre un objeto que, á pesar de lo minucioso del inventario, había pasado inadvertido. Era un taburete, una especie de banquillo corto, como para dos personas, que había en un rincón de la próxima pieza y sobre él una botella con dos dedos de vino y un pedazo de queso.

El juez se encogió de hombros y salió á la calle. El alguacil se hizo cargo de la botella y del queso, envolviendo ambos objetos en un periódico; salió á su vez, cerrando la puerta y guardándose la llave, y apretó el paso para alcanzar la fúnebre comitiva que se perdía á lo lejos, seguida de la multitud, silenciosa y consternada.

* * *

El asesino ó los asesinos, pues todavía se ignoraba si era uno ó si eran varios los que habían tomado parte en el hecho, aun cuando el juez se inclinaba á creer que sólo se trataba de un criminal audaz y desalmado, permanecían ignorados. Habían pasado por delante del juez y habían dormido en la cárcel todos los merodeadores y toda la gente de mala nota en cuatro ó seis leguas á la redonda, y á todas había sido preciso darles suelta por no resultar nada contra ellas.

Actualmente se hallaba detenido, y recaían sobre él vehementes sospechas, un viejo mendigo, el tío *Pelufre,* personaje misterioso por su aspecto y por sus costumbres y que gozaba de pésima fama en el país.

Nada concreto se podía decir en contra del tío *Pelufre;* de ningún crimen, de ningún delito se le acusaba; pero su aspecto huraño, su alejamiento de todo trato, su vida retirada y semisalvaje en unas cuevas de las inmediaciones del pueblo, los rumores que corrían respecto á su borrascosa juventud, diciéndose si había sido un terrible contrabandista y hasta un sanguinario capitán de bandidos, todo esto había formado en torno suyo una aureola de terror y espanto que en esta ocasión le perjudicaba hasta el punto de que todos lo considerasen como el asesino de la tía *Fraila.*

Pelufre, por su parte, no se apesadumbraba gran cosa por su situación, ni daba gran importancia á la acusación de que era objeto. Concretábase sencillamente á negar, pero sin fuerza, sin convicción, con molicie, como el que de mala gana se defiende. Frecuentemente permanecía callado. Era hombre de pocas palabras.

Cansado el juez y hasta picado por la lentitud con que avanzaba el proceso, hallábase á punto de terminarlo. Dos ó tres coincidencias, algunas declaraciones embrolladas, varias respuestas torpes ó de carácter evasivo del detenido, acabaron de formar su convicción, y el tío *Pelufre* fué procesado.

El juez respiró, el tío *Pelufre* se encogió de hombros y el proceso se dispuso para que pasara á la Audiencia.

* * *

El alguacil que acompañó al juez en las primeras diligencias, volvió la cabeza al oir la voz de Perico el herrero que le llamaba diciéndole:

– ¡Eh, Sr. Damaso! No vaya usted tan de prisa. ¿Va usted al juzgado?

– No; voy ahora á casa del señor alcalde, que creo



Un paréntesis, cuadro de Román Ribera (de fotografía de J. Martí)



Negocio sospechoso, cuadro de Juan A. Lomax. (Derecho de reproducción de «The Illustrated London News».)

que quiere citar á concejo. ¿Qué es eso? ¿Estás merendando?

– Sí, un poco de pan y queso. ¿Si usted gusta?

– Gracias. Ahora llevo prisa. Hasta luego.

– Usted, Pedro Atienza, es el asesino de la tía *Fraila*, dijo el juez con voz tonante.

Perico se quedó lívido y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.



MELILLA. – Exposición de las 22 cabezas de leales degollados por los insurrectos (fotografía de E. de Toro)



MELILLA. – Moros contemplando las cabezas expuestas en el exterior de la posada del cabo Moreno (fotografía de E. de Toro)

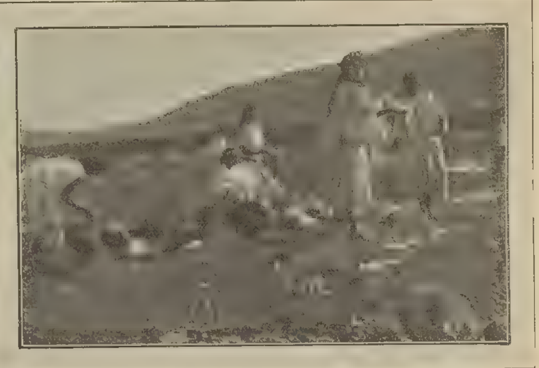
Y el Sr. Dámaso, después de arrojar una furtiva mirada al pedazo de queso que Perico tenía en la mano, se fué calle arriba, pensativo y cabizbajo.

No se sabe lo que hablarían, durante media hora y á puerta cerrada, el juez y su alguacil Dámaso; el caso es que aquella misma noche, Perico el herrero, ex concejal y persona de posición en el pueblo, estaba encerrado en la cárcel, con indecible sorpresa de todos sus convecinos.

Por un olvido sin duda, el alcaide ó carcelero encargado de la custodia de los presos, no se cuidó



MELILLA. – Moras lavando sus ropas en el río de Oro (de fotografía de M. Galbán)



MELILLA. – Moras lavando sus ropas en el río de Oro (de fotografía de M. Galbán)

para nada de Perico, metido en el calabozo, y el pobre herrero estuvo treinta y tantas horas sin probar alimento. Cuando compareció ante el juez, el infeliz se caía. Quiso hablar, quiso protestar de su prisión y ni aun hablar pudo.

El juez muy afable, le mandó sentarse y se compadeció de su estado, ofreciendo imponer un severo castigo á los que resultaran responsables de su forzada dieta, y después de dar órdenes al alguacil para que fuera en busca de alimentos que allí mismo tomaría el detenido, explicó á éste la causa de su reclusión; nada, un exhorto de la capital, un error en las cuentas de la recaudación de contribuciones que Perico había desempeñado tiempos atrás, error que se desharía, recobrando aquel muy en breve su libertad.

Perico respiró libremente, con tanto más gusto cuanto que en aquel momento vió entrar al alguacil con un pedazo de queso envuelto en un papel y un pan. El juez fué tan bueno, que obligó á Perico á que comiera y éste no se hizo rogar; pero al primer mordisco que dió en el queso, la mano del alguacil cayó sobre la suya oprimiéndola como una argolla de hierro y el queso que el herrero se iba á llevar por segunda vez á la boca pasó á la mesa del juez.

El juez exhibió entonces otro pedazo de queso que había tenido oculto hasta entonces en un cajón de su mesa, lo comparó con el que acababa de arrebatarle al detenido y exclamó de nuevo:

– ¡Abra usted la boca!

Perico, atónito, en un estado de aturdimiento imposible de describir, abrió maquinalmente la boca y el juez pudo comprobar que en la mandíbula superior faltaba uno de los incisivos y el otro colocado perpendicularmente sólo mostraba á exterior uno de sus bordes.

El hueco que había dejado el incisivo ausente y el estrecho surco trazado por el otro y que se veían perfectamenae marcados en el trozo de queso que el alguacil recogió en casa de la vieja asesinada, delataron al criminal.

El herrero cayó de rodillas temblando y á punto de desvanecerse de terror. Al aproximarse á él para sostenerlo, el alguacil le dijo:

– Perico, hijo mío; por la boca muere el pez.

DOCTOR PÓPULAS.

DESDE MELILLA

Hoy el sol alumbra fuerte y con su calor da vida á estos pelados horizontes africanos.

La posada del cabo Moreno se ve concurrida en sumo grado... ¿Que cuál es la causa de ello? Pues veintidós cabezas de leales que han caído á la *gu mía* insurgente...

Allí están colgadas de un palo y teniendo por fondo el negruzco muro de la posada moruna; allí testimonian el salvajismo de estas gentes soeces y dignas del castigo de los pueblos civilizadores...

¡Pobres Abdelazistas! En aquellos ojos vidriosos y casi opacos á los rayos de aquel sol, testigo de ilusiones y recuerdos, se ve la expresión de espanto, la nota de terror...; allí se confunde la cabeza del barbilampiño *askar*, lívida y con la mueca horrible del dolor, con la venerable del anciano que no cometió otro delito que amparar al fugitivo ó tener un hijo en las *jarkas* sultanescas...

Allí sirven de *blanco* á los secuaces del *Schadly* en sus *sports* de tiro, y á cada bala que reciben aquellos cráneos ensangrentados, aquellas masas de carne repugnantes y dignas de respeto..., parecen abrirse aquellos labios amoratados y lanzar el anatema terrible de la maldición...

¡Son mártires de la legalidad! ¡Han dado su vida por Abd-el-Azis! *¡Alah insor, Abd el Azis!*

El sultán seguramente no se acordará de estos sacrificios... ¡Se está tan bien en Fez!

Siguen su vida corriente en nuestro campo las moras acogidas; ya no se recatan de la vista de los cristianos, pues el convencimiento les ha hecho ver que éstos no son tan *fieros como los pintan*...

El río de oro se ve constantemente visitado por las moras que á él acuden á lavar sus ropas; estos cuadros, de suyo artísticos, se hacen dignos de mención por su colorido y su sabor genuinamente *mogrhébrico*... Del campamento al río no hay larga distancia, y como ya los moros han depuesto en parte sus *celos*, salen y andan las *hijas de Frajana* por nuestro campo como si el propio fuera.

¡Y vaya si presenta aspecto pintoresco el tal campamento! Las tiendas de nuestro ejército, en confuso desorden con las que con tela de *pelo de camello* ellos han levantado y con otras de forma rara y apropiada al fin de guarecimiento, forman un conjunto que lleva al ánimo verdadera satisfacción...

Veremos cuándo se repatrian estos arrojados del terruño. Mientras esto no acontece siguen aquí, haciendo su vida usual y ordinaria... Tan sólo la interrumpen con sus lamentaciones á *Alah*, en súplica de misericordia y de ayuda, que bien la necesitan...

FEDERICO PITA.





Anverso Reverso

Medalla conmemorativa de la colocación de la última piedra del puerto de Bilbao, modelada por el distinguido escultor Miguel Blay

MEDALLA CONMEMORATIVA

MODELADA POR MIGUEL BLAY

Los escultores más eminentes han dedicado su inteligencia y aptitudes al modelado de medallas, algunas de las cuales admíranse hoy en los museos como obras maestras y dechado de ejecución y buen gusto. Y cuenta que no debe sorprender la inclinación que mostraron los artistas á que nos referimos al cultivo de este género especial de producción, porque son grandes las dificultades que deben vencerse, no sólo por lo que respecta á la exacta expresión de un concepto, algunas veces harto difícil de expresar, sino también por la resolución de los planos.

Al inteligente y laborioso escultor catalán Sr. Blay le ha cabido la suerte de modelar, por especial encargo de la Diputación de Vizcaya, la medalla conmemorativa de la colocación de la última piedra del puerto de Bilbao, logrando producir una obra notable y de tanto mérito como las que le han reportado notoriedad. El tema desarrollado en el anverso ha sido magistralmente interpretado, puesto que las figuras que representan el Trabajo auxiliado por la Ciencia y la Riqueza domeñando el mar están trazadas con la seguridad y amplitud que informan las manifestaciones del gran arte. El reverso simboliza por medio de un navío y un transatlántico el pasado y el presente.

Dos ejemplares de esta medalla, en oro, han sido recientemente ofrecidos á SS. MM. el rey y la reina madre por la referida Diputación vizcaína.

EL MAESTRO JUAN MANÉN

El nombre de este joven artista catalán es bien conocido, no solamente aquí, en su patria, sino también en todo el mundo del arte, como violinista eminente.

A la edad de cuatro años y medio comenzó el estudio de la técnica musical, bajo la dirección de su padre; á los cinco empezó á aprender el violín y á los nueve daba ya conciertos públicos. Desde entonces su fama ha ido creciendo y extendiéndose por toda Europa y por América, cosechando el joven concertista merecidos laureles en Madrid, Lisboa, París, Berlín, Londres, Viena, Roma, San Petersburgo; en una palabra, en los principales centros de cultura y ante los públicos más sabios y más exigentes.



El notable violinista y compositor Juan Manén, autor de la ópera *Acté*, estrenada en el teatro del Liceo de Barcelona

En los ratos de ocio que le dejaban sus viajes, sobre todo en América, hizo sus primeros ensayos de composición, escribiendo varias piezas que fueron muy aplaudidas y cuya propiedad adquirieron importantes casas editoriales. Entre ellas citaremos, como las más importantes, un concierto de violín y orquesta, un doble concierto de piano, violín y orquesta, cuatro caprichos catalanes para violín y orquesta, una sinfonía para orquesta, un «Requiem» para solos, coro y orquesta, y un cuarteto para violín, viola, violoncelo, y piano y varias más para piano y violín. Tiene compuestas además una fantasía orquestal, dos operetas y dos óperas, *Giovanna de Napoli* y *Acté*.

En *Giovanna de Napoli*, ópera en un acto que se cantó con buen éxito en nuestro Gran Teatro del Liceo durante la última temporada, revelóse ya su autor como músico deseoso de hacer arte serio. *Acté* es obra de muchos mayores alientos que, cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores, se habrá estrenado en el mismo citado coliseo. La letra de la ópera, en catalán, es también original de Manén, quien, según él mismo ha dicho, no la ha escrito por vanidad, sino por la necesidad de ver el texto encarnado en una música que sólo de él y con él surgía. «Puede decirse (son sus palabras) que la música, en este drama de pasiones salvajes, está hecha para dar forma á pensamientos que sin ella no saldrían á la superficie y para hacer sensible el verdadero sentido de la palabra, por sí sola impotente para describir un estado puramente interno.»

Manén presenta en su ópera al emperador Nerón, «pero no pintando sus actos de barbarie ni su tenebroso reinado, sino escogiendo el aspecto más humano del personaje, el más psicológico que su vida encierra,» aquel que nos lo ofrece como «sintiendo la necesidad de algo hermoso y desconocido, de algo que le hiciese gozar, y ese algo no podía ser más que un amor verdadero, inmenso, un corazón que le amase no por ser emperador y señor del mundo.» Y este corazón lo encuentra en la esclava griega *Acté*, por él manumitida.

De la música nada podemos decir todavía. Únicamente diremos que el estreno de *Acté* es esperado con verdadera impaciencia, y que por nuestra parte deseamos de todas veras que el más completo triunfo sirva de recompensa al joven compositor catalán. – S.



LOS INVENCIBLES, grupo escultórico de Teresa Feodorowna. (Exposición de Bellas Artes del Palacio de Cristal de Munich de 1903.)



EN EL ARROYO, cuadro de **Adolfo Lins**. (Exposición de Bellas Artes del Palacio de Cristal de Munich de 1903.)

NUESTROS GRABADOS

Traslado de los restos de D. Pascual Madoz. – La figura de D. Pascual Madoz tuvo extraordinario relieve en la época de nuestros padres. Para ellos, testigos presenciales de sus actos, significaba el nombre de un patricio ilustre y de un insigne estadista, ya que en una y otra esfera logró singularizarse. Mas concretándonos á los hechos que motivaron el homenaje que le tributó Barcelona á raíz de su fallecimiento, ocurrido inopinadamente en 1870 en ocasión de formar parte de la Comisión de Diputados de las Constituyentes que fué á ofrecer la corona de España al que después fue el rey D. Amadeo I, y de los honores que acaba de tributar á sus restos, hemos de consignar que si fueron unos y otros merecidos, pregonan la hidalguía de nuestra ciudad, que no ha olvidado los títulos que de ella acreditaba el que fué su hijo adoptivo. Barcelona no podía olvidar que en período aciago y calamitoso, cual lo fué la epidemia colérica de 1854, D. Pascual Madoz, entonces gobernador civil de esta provincia, dió extraordinarias muestras de entereza, serenidad y abnegación, levantando con su noble ejemplo el decaído espíritu, ya remediando necesidades, ya acudiendo á los sitios de mayor peligro, llegando á prestar hasta su personal concurso en la asistencia de los infestados. Como testimonio de reconocimiento á sus cívicas virtudes, el Municipio de Barcelona ha construído un hermoso mausoleo en el cementerio del SO., en donde han sido colocados solemnemente los restos de aquel insigne patricio el día 30 de noviembre último, concurriendo á su traslación desde la necrópolis del Este, en donde provisionalmente se depositaron, las autoridades, familia, corporaciones y entidades. Allí reposarán las cenizas de D. Pascual Madoz, atestiguando sus méritos el monumento, así como la grandeza de nuestra ciudad, que no titubea en glorificar á los que fueron modelo de buenos ciudadanos.

En el palco, cuadro de María Villedieu. – Demuestra este cuadro no sólo un gran espíritu de observación, sino también un conocimiento profundo de la psicología infantil; únicamente merced á éste se puede dar á las caritas de esos niños la expresión que admiramos en el cuadro de la notable pintora francesa. Examinando uno por uno sus rostros, casi podría adivinarse el carácter de la obra á cuya representación asisten; indudablemente se trata de un drama ó por lo menos de una escena interesante, no ya por su aparato, sino por su argumento, siendo buena prueba de ello la gravedad, la atención sostenida de los dos mayores, capaces de entender y seguir el hilo de una acción, y la simple curiosidad de los dos pequeños, que en el más chiquitín casi raya en indiferencia. Otra figura hay en el cuadro digna de fijar la atención, la de la joven madre que les acompaña: en su semblante se advierte cierto aire de tristeza que acaso sea indicio de otro drama doméstico en que ella ha sido ó es protagonista y cuyo recuerdo tal vez aviva el que en el escenario se está representando. *En el palco*, que aparte de estas excelencias es de una factura tan elegante como sobria, constituye una página bellísima de este arte moderno que se preocupa tanto ó más que de reproducir los rasgos físicos de un sujeto ó los elementos materiales de un hecho, de ahondar en el alma de las personas y de desentrañar la significación íntima de los acontecimientos.

El espíritu desprendiéndose de la materia, monumento funerario de Enrique Clarassó. – La sentida estatua que publicamos en estas páginas, que se destaca en un monumento funerario recientemente construído en el cementerio del SO., señala una nueva fase artística del inteligente escultor Sr. Clarassó, iniciada gallarda y resueltamente con su hermosa estatua titulada «Memento,» premiada en el Salón de París. Cierto es que la variedad de producciones de este artista sirve para atestiguar sus varias aptitudes, mas preciso es establecer justas y razonadas diferencias entre las incertidumbres de ayer y la fijeza de hoy, entre una producción ligera y el sentimiento y lo conceptuoso de las obras á que nos referimos, inspiradas en elevados y nobles ideales.

Un paréntesis, cuadro de Román Ribera, de fotografía de J. Martí. – Si Ribera no se hubiera dado á conocer cumplidamente, desde hace algunos años, como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podría de él decirse que es un catalán injerto de parisiense. Cierto es que su larga residencia en París pudo haber influído para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes artísticas; pero no lo es menos que el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en que representa escuelas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura, que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca la viveza, el calor, el sentimiento distintivo y característico de la escuela española. Véase el hermoso cuadro que reproducimos, dechado de buen gusto y verdadero hechizo de color, que en su disposición, en su conjunto lleva impreso el sello de la maestría, que constituye la nota saliente de las producciones de este meritísimo artista.

Negocio sospechoso, cuadro de Juan A. Lomax. – Hay miradas que son todo un discurso, y á este género pertenece la que ese viejo usurero, después de examinar atentamente las joyas, lanza al que se las llevó para vendérselas. Es una mirada de desconfianza, de sospecha, acerca de la procedencia de aquellos valiosos objetos; y aun cuando la tranquila firmeza con que el otro personaje la sostiene, claramente indica que no se trata de un criminal, sino simplemente de un calavera, de un pródigo, es más que seguro que el prestamista fingirá no entenderlo así, á fin de que el negocio, presentado y si es menester rechazado como sospechoso, le produzca mayor beneficio. El celebrado pintor inglés Lomax ha sabido interpretar admirablemente esta situación y dar á las dos figuras toda su expresión característica, realzando estas bellezas de fondo con un dibujo correctísimo, un colorido delicado y una acertada composición.

Los invencibles, grupo escultórico de Teresa Feodorowna Ries. – La autora de esta hermosa escultura nació en Moscou y reside actualmente en Viena; comenzó dedicándose á la pintura, y á la edad de diez y siete años, á pesar de no poseer los conocimientos de anatomía y perspectiva necesarios, entró en la Academia de la citada capital rusa, en donde al cabo de pocos meses obtuvo un premio. Poco después consagróse á la escultura; pero á consecuencia de una contestación irrespetuosa que diera á un profesor, fué expulsada de la Academia, lo que no le impidió seguir trabajando por su solo impulso y producir su primera obra de alientos, *La sonámbula*, estatua en mármol que llamó poderosamente la atención de cuantos la vieron en la Exposición de Bellas Artes de Moscou. En 1894 trasladóse á Viena, esperando poder entrar en la Academia de Artes Plásticas, mas no fué admitida por razón de su sexo. Sin embargo, el profesor Helmer, que conocía *La sonámbula* y había podido apreciar el talento de la joven escultora, dióle algunas lecciones, y actualmente Teresa Feodorowna Ries figura entre los artistas más notables de la capital de Austria. En todas sus obras lo primero que se observa es la profundidad: todas son sinceramente sentidas, todo cuanto produce tiene vida y todo entraña un pensamiento hondo, revestido de formas enérgicas, duras á veces, pero siempre grandes, siempre respondiendo al vigor de la idea que en el fondo de la composición palpita. Estas cualidades se admiran en *Los invencibles*, grupo escultórico de grandiosidad incomparable y en el que encontramos magistralmente expresados la desesperación, el odio, la resignación y la indiferencia, sentimientos encarnados en las cuatro figuras que constituyen la obra y cada una de las cuales es un portento de concepción y de ejecución.

TRASLADO DE LOS RESTOS DE D. PASCUAL MADOZ

En el torrente, cuadro de Adolfo Lins. – Los buenos pintores de animales modernos suelen ser también buenos paisistas, lo cual se explica perfectamente, porque la mejor manera, casi diríamos la única posible, de trasladar aquéllos al lienzo es presentarlos en su verdadero elemento, es decir, en plena naturaleza, allí donde se ofrecen á los ojos del artista tales como son, entregados á sus instintos, no cohibidos por la servidumbre á que el hombre los sujeta. Este es el solo procedimiento aceptable para tales asuntos, y este es el que sigue el notable pintor alemán Adolfo Lins, uno de los más celebrados artistas de la agrupación de Dusseldorf, que tantos maestros cuenta en su seno. Su obra *En el torrente* resulta agradabilísima, es una nota llena de poesía en la que el autor ha juntado los más bellos elementos, disponiéndolos con grandísimo acierto, dando á cada uno el valor que le corresponde para que luzca sin detrimento de los demás y envolviéndolos á todos en una tonalidad delicada que armoniza por modo admirable con el carácter de la composición.

Banquete dedicado á la Delegación comercial española por el Club Español de Montevideo. – Muestra ó testimonio de la cariñosa acogida que se dispensa en la América latina á nuestros distinguidos amigos Sres. Zulueta, Rahola y Deulofeu, miembros de la Delegación comercial, es el magnífico banquete que el día 20 de octubre último les dedicó el Club Español de Montevideo, acto al cual asistió tan numerosa como escogida concurrencia, deseosos todos de demostrar á los delegados cuán compenetrados se hallan con la noble y trascendental misión que les cabe cumplir en las repúblicas hispano-americanas. Ocuparon la presidencia D. Bernardino Ayala, que tuvo á su derecha al delegado Sr. Zulueta, al Dr. D. Matías Alonso Criado y á D. Félix Ortiz de Taranco, y á la izquierda al delegado señor Rahola y al Sr. Suñer, teniendo enfrente al Sr. Deulofeu, al Sr. Benítez, encargado de Negocios de España, al Sr. Serratosa y al cónsul español Torrobas. Ofreció el banquete en un discurso elocuentísimo el Sr. Suñer, contestándole el Sr. Rahola, haciendo después uso de la palabra los señores Sáenz de Zumarán, Berasain, Fontela y Zulueta, que dió nueva prueba de sus dotes de orador elocuente, siendo todos aplaudidos con entusiasmo. Mas la nota saliente de la fiesta fué el magistral discurso del Dr. Alonso Criado, con que terminó el acto. «El ejemplo de los españoles en el Uruguay, unidos todos aquí por el amor á la patria ausente, debe serviros de recuerdo grato al regresar á España, donde los hijos de todas las provincias, los afiliados á todos los partidos políticos y los creyentes de todas las escuelas filosóficas deben tener una aspiración única, una sola bandera cuando se trata del engrandecimiento interno y del buen nombre de España en el extranjero. En nombre de todos los compatriotas os conferimos especial mandato para que en el Parlamento y en la prensa española, donde tanto influís, gestionéis permanentemente las reformas que juzgamos necesarias á aquel fin, ya que estamos convencidos, por larga residencia en el extranjero, de que España debe esperarlo todo de sí propia.» A continuación formuló las siguientes conclusiones. Creación de Escuelas de Comercio; ídem prácticas de Agricultura y Ganadería; ídem Industriales, reforma de las Ordenanzas de Aduanas, facilidades para el abanderamiento de buques, habilitación de algunos puertos francos y creación de zonas neutrales, supresión del impuesto de guerra, etc., etc.

Teatros. – *Barcelona.* – En el teatro Principal ha dado dos notables conciertos la Sociedad Filarmónica con el concurso de los eminentes artistas señorita doña Julia Vidal, y Sres. Du Chastain, Granados y Crickboom: la señorita Vidal demostró ser una violoncelista de excepcionales condiciones, una concertista de primera fuerza, que á pesar de su juventud, domina por completo el violoncelo, así desde el punto de vista del mecanismo, como por el sentimiento con que ejecuta y por los hermosos efectos que de aquel instrumento obtiene. Los demás cumplieron como de costumbre, lo cual equivale á decir admirablemente, obteniendo todos entusiastas aplausos. En el teatro de las Artes el «Teatre Intim» ha puesto en escena el drama en cuatro actos y cinco cuadros de Ibsen *Joan Gabriel Barkman*, traducido por J. Roca Capull; para esta obra se han estrenado decoraciones de los reputados escenógrafos Moragas y Alarma, y la dirección de la misma, á cargo de don A. Gual, ha sido excelente.

Necrología. – Han fallecido:

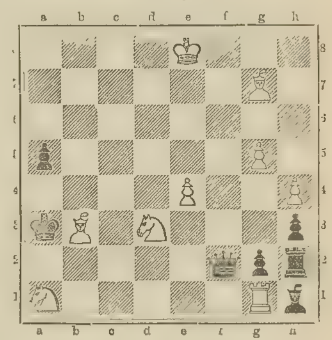
Roberto Papperitz, célebre filólogo y compositor alemán, ex profesor del Conservatorio de Leipzig.

Alejandro Dejanew, periodista ruso, escritor y crítico de teatros.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 346, POR S. LOYD.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 345, POR S. MAGNER.

Blancas.	Negras.
1. g7×h8 (A)	1. Rh1×h2
2. Ah8–d4	2. g2–g1 (D) jaque.
3. Ad4×g1 mate.	

VARIANTE.

2...... Rh2–h1; 3. Da8–h8 mate.



Habíanse conocido en el baile

EL ANIVERSARIO

POR M. L. MATTIOLY. – ILUSTRACIONES DE G. TOLMER

I

Habíanse conocido en el baile, y el ligero discreteo que brotara á la luz de las arañas, mecido por un vals húngaro, habíase poco á poco convertido en verdadero amor.

Cuando Ivona de Mazeilles pasaba del brazo de Jorge de Vaumont, no cabía imaginar más armoniosa pareja. Ivona era elegante, delicada como una figurita de vitrina, con manos y pies de niña; con unos cabellos finísimos que orlaban como aureola de oro su rostro vivaracho, de nariz ligeramente remangada; con un cutis purísimo, una boca delicadamente cincelada y unos ojos castaños cuya expresión dulce y seria corregía lo que su semblante tenía de sobradamente picaresco. Este picante contraste constituía su mayor atractivo, porque á su frágil gracia de rubia añadía el atrayente hechizo de las morenas.

Jorge de Vaumont era alto, delgado, esbelto, con esa soltura elegante que sólo se hereda, con ese no sé qué indefinible que se recibe al nacer, pero que no se compra.

Sus cabellos castaños hacían resaltar su tez mate, en la que brillaban espléndidos ojos, ora apasionados, ora soñadores, ya acariciadores, ya imperiosos; un bigote fino y sedoso sombreaba una boca que al abrirse descubría unos dientes de deslumbrante blancura.

Jóvenes ambos, de familia igualmente distinguida y de igual fortuna, habían nacido el uno para el otro; así es que, después de una temporada durante la cual habían bailado casi siempre juntos, la sociedad que frecuentaban se enteró con placer de su próximo matrimonio.

Ivona creía que el día de la boda no llegaría nunca y decía á sus amigas:

– No creeré en mi dicha hasta que baje las escaleras de la iglesia.

Casáronse en Mazeilles, pequeña aldea de Normandía en donde la familia de Ivona habitaba un antiguo castillo señorial regalado por Luis XIV á Guido de Mazeilles en 1678, después de la paz de Nimega.

Su viaje de novios duró seis meses; visitaron Italia, España, la Palestina y Grecia, y como los dos eran muy artistas y sus corazones vibraban al unísono, experimentaron durante aquella excursión placeres raros, exquisitos, porque cuando dos se aman del mismo modo, parece que se aman dos veces.

De regreso en París, instaláronse en Passy, en un elegante hotelito, en donde vivieron lejos del mundanal torbellino saboreando su felicidad.

Un hermoso niño había venido á aumentar su dicha: aquel ángel de cabellos castaños era el vivo retrato de su padre; tenía su misma mirada, su misma sonrisa y tuvo más adelante su mismo altivo porte.

El pequeño Guido era la alegría de la casa; desgraciadamente al venir al mundo había robado un poco de la hermosa salud de su madre, que, desde su nacimiento, no se sentía bien. Sin estar verdaderamente enferma, habíase tornado muy endeble y había tenido que renunciar á su distracción favorita, montar á caballo con su esposo.

También le estaban prohibidos el tennis, la patinación, ejercicios que tanto le gustaban y en los que tanto sobresalía. Por fortuna, como era excelente música, acompañaba al piano á su marido, que tenía una voz apasionada y de hermoso timbre; así es que por la noche daban los dos conciertos interminables, y muchas veces el pequeño Guido, que adoraba la música, escapábase de su cuarto envuelto en su larga camisa de dormir, y asomando por la puerta su despierta cabecita, gritaba:

– ¡Bravo, papá! ¡Que se repita!

Era un niño de una inteligencia y de una sensibilidad extraordinarias. Un día, cuando tenía cuatro años, al ver que su madre parecía más fatigada que de ordinario, le dijo besándola:

– Querida mamaíta, quisiera ir al cielo para pedir á Dios que te pusieses buena; me parece que si podía hablarle, Dios no me negaría esta gracia.

Pasaba el tiempo; el joven matrimonio permanecía tan dichoso y tan unido como el primer día. Jorge, para no dejar sola á su mujer, salía muy poco y se entretenía pintando con exquisita seguridad lindas acuarelas. Pero su mayor triunfo como pintor había sido una miniatura de su hijo, que acababa de cumplir ocho años.

Una noche, al regresar á su casa, Vaumont dijo á su esposa:

– ¿A que no aciertas á quién acabo de encontrar en una situación que inspira lástima? A mi prima de la Jarre, de quien, como sabes, me extrañaba no tener noticias desde hacía tanto tiempo. Su marido se ha arruinado en el juego y se ha suicidado como un cobarde, dejándola sola en el mundo y sin fortuna.

– Hubieras debido traerla, Jorge, que yo habría tratado de consolarla.

– He pensado en ello; así es que la he invitado para mañana.

– Has hecho muy bien. Será preciso prodigarle muchos cuidados é infundirle la ilusión de que todavía tiene una familia.

Al día siguiente, á las once, Jorge llegó á su casa, acompañado de su prima. Era ésta un tipo extraño, de una belleza poco vulgar. Tenía los cabellos negros, de ese negro de tinte azul tan poco común, que descendían en gruesas cocas alrededor de un óvalo muy puro; una piel fina y blanca que dejaba transparentarse en las sienes una red azulada; una boca roja, de un rojo de madroño, con labios delicadamente arqueados, acaso un poco desdeñosos, y unos ojos de un color gris verde, brillantes, franjeados de largas pestañas negras que velaban sus resplandores metálicos é inquietantes. Tenía, en resumen, un perfil de madona, pero con ojos de sirena.

Su figura ondulante, admirablemente proporcionada, amoldábase dentro de un elegante traje negro, sobriamente guarnecido de crespón.

Su voz era armoniosa, con inflexiones acariciadoras, y recordaba de cuando en cuando la de Jorge.

El encanto extraño, pero indiscutible, que emanaba de Valentina, cautivó desde el primer momento á Ivona. La señora de la Jarre, sin mostrarse alegre, lo que hubiera sido de mal gusto, supo conquistar á su prima con su conversación aguda é ingeniosa, y habló con gran tacto y muy ligeramente de la muerte de su marido y de la triste situación en que había quedado, diciendo solamente cuán penoso le era vivir sola y sin hijos.

– ¡Ah, si tuviese un hermoso niño como éste!, dijo sentando á Guido sobre sus rodillas. Me llamarás tía, ¿no es verdad, hijo mío? ¡Me harás con ello tan feliz!

– No, señora, respondió Guido cortésmente.

– ¿Y por qué?

– Porque usted no es verdadera tía mía y no quiero mentir.

– Pero si te lo permiten, ¿verdad, Jorge?

– ¡Vamos, Guido!, respondió éste. Nada de tonterías: ó llamarás tía á esa señora ó saldrás de la sala.

– Pues bien, papá, prefiero salir, repuso aquel hombrecito mirando á Valentina.

Y con paso seguro salió de la estancia.

Aquella escena había producido en todos un malestar inexplicable, para disipar el cual se recurrió á la música.

Avanzaba el día; Valentina se retiró, y como aquel barrio era algo desierto, acompañóla Jorge.

Cuando estuvo sola, Ivona fué á encontrar á Guido, que estaba en su cuarto de estudio y que, ocupado en sus lecciones, no oyó entrar á su madre.

– Qué, Guido, ¿no hay que pedir perdón cuando se ha sido malo? ¿Por qué te has mostrado desobediente? Te has portado muy mal; ya ves cómo papá se ha enfadado. Esa señora te quiere mucho y siente no tener un niño como tú que le haga compañía; es, pues, preciso que tú también la quieras.

– ¡No, mamá, nunca!, exclamó el muchacho con extraña energía. La detesto; me parece una mala mujer con sus feos ojos verdes; y he visto cómo se alegraba de que me regañaran. Además, en mi corazón ya no queda sitio: la primera mitad la ocupa

Dios; en la segunda están papá y mamá, y ¡nada más! Es decir, añadió, hay un rinconcito para Dyck.

Dyck era un pequeño poney irlandés que le habían regalado por Año nuevo y que montaba con mucha gracia.

Viendo que su madre se sonreía, echóle los brazos al cuello en un impulso cariñoso exclamando:

– ¿Verdad que ya no está usted enfadada, mamá? ¡Como que se ríe usted!

Y con dos besos, obtuvo Guido su perdón.

II

La señora de la Jarre habíase convertido en la compañera inseparable de Ivona, á cuyo lado pasaba muchos ratos tocando el piano, leyéndole sus autores favoritos y procurando de mil maneras distraer sus horas de reclusión.

Muchas veces, la señora de Vaumont, no queriendo privarla de que saliera, decía á Valentina que montara su yegua Ariette y fuera á dar algunos paseos con Jorge y Guido.

La señora de la Jarre, que era excelente amazona, había aceptado aquella invitación, pero las más de las veces Guido se había quedado en casa, prefiriendo privarse de su placer favorito á tener que salir con aquella supuesta tía que no le inspiraba cariño alguno.

Todos los años, en el mes de mayo, los Vaumont se iban á Mazeilles. Los padres de Ivona habían muerto, y como no dejaban más hijos, á ella fué á parar el castillo.

Pero aquel año Jorge parecía querer aplazar el viaje, pretextando una serie de razones buenas ó malas: que el tiempo estaba fresco todavía; que era menester hacer en su hotelito algunas reparaciones que quería vigilar personalmente; en una palabra, los mil motivos que se nos ocurren cuando una cosa nos interesa.

Pasaban las semanas y los Vaumont seguían en París. Ivona sentía aquel retraso, mas no tanto como Guido, que aquel año sobre todo no veía el momento de partir, pues sabía que en el castillo no vería á la señora de la Jarre.

¡Cosa extraña! El muchacho, en general tan afectuoso, había conservado una antipatía contra Valentina, y á pesar de las insinuaciones de ésta y de los reproches de sus padres, aquel sentimiento había crecido de día en día. Mostrábase cortés, pero nada más; nunca tenía para aquella señora un beso ni una palabra cariñosa.

Cuando estaba en su presencia, sentábase en un rincón y no perdía uno solo de sus movimientos; dijérase que la vigilaba con su mirada; con ese instinto tan seguro en las personas sensibles, comprendía que, á causa de ella, su padre, á quien adoraba, era más severo con él.

Al fin llegó la víspera de la partida para Mazeilles: aquel día Valentina había de comer con los Vaumont, pero envió un recado diciendo que no saldría de su casa porque estaba muy cansada y que al día siguiente iría á despedirles á la estación.

La comida fué triste; parecía que flotaba en el aire un embarazo indefinible. Una ráfaga de tempestad semejante á esos polvos impalpables que es imposible sacar de un sitio, introducía un malestar entre aquellos seres en apariencia tan felices. Jorge estaba preocupado y hacía inauditos esfuerzos para que su preocupación no se trasluciera: sólo una arruga que cruzaba su frente revelaba su incomodidad moral. Guido, por el contrario, estaba muy alegre, más alegre que de costumbre; pero aquella misma alegría parecía irritar á su padre, quien, dos ó tres veces, le riñó severamente, haciendo que los ojos del niño se llenaran de lágrimas.

Terminada la comida y cuando se hubieron trasladado al salón, Ivona dijo á su marido:

– Cántame algo esta noche; te vas volviendo muy perezoso. Voy á acompañarte *Sans toi*, que es mi pieza favorita, como sabes, y que hace un siglo que no he oído.



Ivona tendió su mano á Jorge

Y había abierto ya el piano cuando Jorge le respondió:

– Ivona mía, siento no poder complacerte, pero tengo que salir.

¿Por qué mientras escuchaba esta respuesta vió brillar delante de ella las pupilas de acero de Valentina, semejantes á dos espadas que se le clavaran en el corazón?

– ¡Ah! ¡De veras!, repuso Ivona en extremo pálida. ¿No puedes pasar con nosotros esta última velada?

– No, es imposible; un amigo mío necesita hablarme, y aún llegaré tarde á la cita.

Y después de haber mirado su reloj, Jorge salió de la estancia.

– ¡Qué lástima que no hayáis cantado y tocado esta noche en que precisamente estábamos solos!, exclamó Guido suspirando. Pero, en fin, ya nos indemnizaremos en el castillo. Dime, mamá, ¿verdad que no me reñirás? ¡Seremos tan dichosos los tres! ¡Si supieras cuánto me disgusta que esa señora de la Jarre llame á papá «Jorge!» ¡No quiero que le llame como tú! Papá es nuestro, sólo nuestro, y no quiero, no debe quitárnoslo.

Ivona se estremeció al oir estas palabras, como si Guido con su dedo de niño hubiese tocado una fibra dolorida de su ser, una fibra que comenzara á sufrir; y ella misma se sorprendió de aquella impresión. ¿Iba ahora á volverse celosa?

Sin embargo, decíale la razón que si Jorge hubiese amado á aquella prima, se habría casado con ella en otro tiempo. Sí, insinuaban los celos contestando á este argumento; pero es que entonces era Valentina casi una niña, mientras que hoy es una mujer en todo su esplendor, una flor abierta, al paso que tú decaes de día en día.

– ¡Es verdad!, decíase al fin como para poner término á la lucha. Pero yo tengo el amor de Jorge, ese amor de diez años del que estoy tan segura.

¡Ay! ¡De qué podemos estar seguros en este mundo! ¿Acaso puede nadie decir que no teme en materias de amor? Y tú mismo, pobre corazón, ¿qué haces en este instante más que dudar?

Así como nuestros ojos, cuando estamos en un sitio obscuro, acaban por percibir algunos contornos, así también en el corazón de Ivona se dibujaban hechos, en apariencia insignificantes, pero que se enlazaban entre sí como se sueldan los eslabones de una cadena.

La presencia de la camarera que iba en busca de Guido, interrumpió los pensamientos dolorosos de Ivona, que besó cariñosamente la rizosa cabeza de su hijo, cuyos párpados comenzaba á cerrar el sueño, y cogiendo un libro trató de disipar aquella obsesión cruel. Pero volvía las páginas maquinalmente y sólo leía con los ojos, hasta que al fin, cansada y nerviosa, subió á su cuarto.

Antes de acostarse, fué á dar un beso á Guido, como todas las noches: el niño dormía profundamente; tenía la cabeza graciosamente inclinada sobre su brazo encogido, como un pájaro friolero, y sus hermosos rizos castaños, que su madre no se resolvía á cortar, estaban esparcidos sobre la almohada. Un sueño venturoso debía acariciarle, porque el arco delicado de sus labios se abría para dar paso á una dulce sonrisa, la sonrisa misma de su padre, y su parecido con éste era tan sorprendente, que al posar sus labios sobre aquella frente blanca, Ivona creyó abrazar en una sola caricia sus dos grandes amores de esta tierra.

Confortado suavemente su corazón por aquel beso y sintiendo calmados sus nervios, retiróse á su habitación, y ya se disponía á apagar la luz, cuando sus ojos descubrieron en la semiobscuridad de la estancia un objeto brillante sobre la alfombra. Cogiólo y vió que era el medallón que Jorge llevaba siempre en su leontina y que ella le había regalado con su retrato cuando eran novios. Era un óvalo muy sencillo de oro mate y tenía delicadamente grabadas las armas y la divisa de Jorge: «Cuando el honor camina delante, Vaumont le sigue.» Su marido jamás se separaba de aquella joya, que ahora contenía también el retrato de Guido cuando tenía un año.

– ¡Cómo se inquietará Jorge si cree haberlo perdido en la calle!, díjose Ivona.

Iba á dejar el medallón sobre la mesa, cuando casi inconscientemente lo abrió.

Un fantasma que hubiera surgido delante de ella no la hubiera hecho estremecerse más que lo que se ofreció á su vista: en vez de los dos retratos que creía ver, se destacaba sobre la seda azul una bellísima miniatura de Valentina. Sí, era su rostro pálido, de ardientes labios, con sus ojos verdosos, cuya mirada cruelmente enigmática parecía desafiarla; con sus hombros y su seno de blancura alabastrina, delicadamente rodeado de negras gasas.

Ivona lanzó un grito desgarrador, el grito de un ser á quien se atormenta, á quien se asesina; el estertor de su corazón que sangraba. ¡Oh, qué horrible dolor! ¡Qué traición tan infame! ¡Verse engañada de un modo tan vil, tan miserable, por aquella á quien había acogido como á una hermana y que traidoramente le robaba su dicha!

¡Y él! ¡Su Jorge, á quien adoraba, á quien ponía tan por encima de los demás hombres! ¡Qué caída tan lamentable la de su ídolo!

De modo que nada había podido contenerle, ni su esposa, ni su hijo. ¡Qué terrible cinismo había necesitado para poner el retrato de aquella mujer en lugar de los otros! ¿Cómo no se había rebelado su honor?

¿Por qué lazos, por qué hechizos le había esclavizado y había aniquilado su conciencia hasta el punto de que nada en él temblara ante aquel sacrilegio?

En aquel momento – Ivona estaba segura de ello, – Jorge hallábase al lado de ella; había querido consagrarle aquella última velada. Ahora comprendía por qué no quería partir.

Arrodillada junto á la cama, sollozaba amargamente, midiendo con espanto la extensión de su desdicha.

Transcurrían las horas y aquella dolorosa vela continuaba, vela fúnebre, la de su felicidad muerta.

Un golpe dado en la puerta de su cuarto la hizo estremecerse: era la camarera con un billete de Jorge que había traído un criado del casino.

«Querida Ivona: Mi amigo se bate mañana y me ha rogado que fuera su testigo; no quiero separarme de él esta noche; volveré á casa mañana para acompañaros á la estación. – JORGE.»

– ¡Oh, el miserable!, murmuró Ivona. ¡Se atreve á hablar de un lance de honor!

Y estrujando con asco el lacónico billete, lo quemó en la bujía.

Cuando el papel quedó reducido á un poco de ceniza, acercóse á la mesa y temblando escribió estas palabras:

«Jorge, parto dejándoos á la que es verdaderamente digna de ti en punto á infamia y traición. Me llevo á mi hijo. Nada temas; prosigue en paz tu vileza. No acudiré á los tribunales, porque no quiero arrastrar por el fango el nombre que mi hijo ha de llevar.

»¡Que Dios quiera, un día, concederte el perdón que yo no te otorgaré jamás. – IVONA.»

Metió la carta en un sobre, junto con el medallón, y la cerró.

. . . .

A la mañana siguiente, á las seis, Ivona y su hijo partían para Mazeilles, y cuando Guido preguntó por qué no esperaban á *su papá*, obtuvo por toda respuesta estas palabras:

– Tu papá se ha ido y no volverá nunca más.

III

Pocos días después de su llegada al castillo, la señora de Vaumont fué acometida de una fiebre violenta.

La sacudida había sido demasiado fuerte para aquella naturaleza delicada, y aquel regreso al hogar de sus padres en tan tristes condiciones fué para ella un doloroso calvario.

A cada paso que daba, alzábase delante de ella el fantasma querido de su felicidad: allí se había casado, allí había nacido su hijo y de todas las piedras del castillo surgían recuerdos que enconaban en aquel pobre corazón lacerado la incurable herida.

Ivona había estado durante muchos días entre la vida y la muerte; pero al fin había triunfado su juventud. Desgraciadamente más á menudo se vive con el dolor que del dolor se muere.

Hasta parecía que su salud había mejorado; dijérase que la vida, por un refinamiento de crueldad, le había prestado nuevas energías á fin de que con ello aumentara su facultad para sufrir.

Guido también estaba muy cambiado, pero des favorablemente: en aquel niño excesivamente impresionable, el sufrimiento moral se había manifestado por un abatimiento extraordinario; aquel cambio brutal en su existencia le había herido de muerte, y como una flor trasplantada, descaecía á ojos vistas. Su tez se había vuelto pálida, su carita, antes tan redonda, habíase alargado, y sus ojos hundidos brillaban con resplandores calenturientos. El, en otro tiempo tan alegre, permanecía días enteros sin moverse, leyendo ó trabajando, pero siempre serio, con una expresión de tristeza, desgarradora en tan infantil semblante.

No había vuelto á pronunciar el nombre de su padre desde que, habiendo preguntado «si al fin volvería su papá,» vió que su madre se puso pálida como una muerta y se pasó el día sollozando.

La primavera había cubierto dos veces de flores los setos embalsamados de rosas, y las glicinas cubrían con sus racimos de tonos delicados las grises paredes de Mazeilles. La existencia deslizábase triste y monótona; Ivona no salía del castillo, y sus únicas visitas eran para los pobres de la aldea, que veían en ella la personificación de la caridad.

Una noche leía teniendo á Guido á su lado, porque el niño se acurrucaba siempre junto á su madre, cuando le vió estremecerse y observó que estaba más pálido que de costumbre. Pasóle la mano por la frente, y notando que estaba febril, metióle en cama; mas al verle muy agitado mandó á buscar al médico, el cual declaró acto seguido que el enfermo tenía una meningitis, tanto más grave cuanto que la naturaleza de Guido estaba ya muy debilitada.

Su madre luchó dolorosamente con la enfermedad, disputando á la muerte su presa. En la tarde del tercer día, el niño parecía estar mejor; la fiebre había cedido. Ivona, abrumada por tantas horas de angustia, se había adormecido ligeramente, teniendo entre las suyas la diáfana manecita de Guido.

De pronto, incorporóse éste en la cama gritando:

– ¡Papá, papá!

– Guido, ángel mío; estoy yo aquí, no tengas miedo, le dijo su madre.

– Querida mamaíta, veo á papá que es desgraciado... y que nos llama. ¡Oh, mamá! Es necesario que le perdonemos el habernos tenido olvidados durante tanto tiempo. Sí, papá..., te quiero siempre y voy..., voy á darte un beso.

Y diciendo estas palabras cayó de nuevo en la cama, mostrando en sus labios una última sonrisa, pálido, con los ojos mirando hacia lo alto como en extática visión.

Ivona se precipitó sobre él; pero ¡ay! era tarde. Aquella alma pura había emprendido su vuelo hacia la eternidad.

IV

Los altos cipreses iluminados por las luces del crepúsculo vespertino tomaban un aspecto fantástico, y un último rayo del sol de otoño hacía flotar como una aureola de oro la blanca tumba ante la cual estaba arrodillada la señora de Vaumont.

Aquella desdichada mujer, dos veces herida en el corazón, pasaba diariamente largas horas junto á aquel sepulcro; pero aquel día su estación piadosa se prolongaba: era el undécimo aniversario del nacimiento de Guido.

¡Cuán implacable con ella había sido la existencia! ¡No le quedaba nada en el mundo!

– ¡Dios mío!, murmuró con las manos crispadas en la verja del monumento. ¡No tengo fuerzas para sufrir más! Me habéis quitado todo lo que para mí había en la tierra, todo lo que formaba mi alegría. ¡Apiadaos de mí y tomad mi vida, esa vida tan miserable, sin consuelo y sin esperanza! He bebido hasta la última gota del amargo cáliz, pero ¡tened compasión de mí, Dios mío; no puedo más! No hay en el mundo quien sufra más que yo.

– Te engañas, Ivona, murmuró cerca de ella una voz temblorosa, porque en el mundo están aquellos á quienes martirizan los remordimientos.

La joven, bruscamente sorprendida, se volvió: Jorge estaba junto á ella; al verle, hizo ademán de retroceder, y pálida como las flores que rodeaban la cruz de mármol, díjole temblorosa:

– ¡Vete de aquí! ¡Me inspiras horror! ¡Por tu culpa murió! Mataste nuestras dos existencias y tu presencia en este sitio es un sacrilegio. ¡Déjame lo único que en este mundo me queda, el derecho de llorar en paz!

– ¡Oh, por piedad, Ivona! ¡No hables así! Desde hace dos meses que regresé de Africa, en donde busqué en vano la muerte, todas las tardes vengo y me oculto como un criminal para arrodillarme sobre la tumba de mi hijo. ¡Oh, qué expiación tan terrible! Vengo para rogarle que obre un milagro, que destruya el odio que en ti adivino. Nunca, ya lo ves, he tratado de encontrarte, porque sabía que te haría sufrir demasiado; pero no puedo vivir sin saber si el niño idolatrado á quien lloramos pensó en mí antes de morir, si no me había olvidado del todo. ¡Oh, Ivona! Te lo suplico, en nombre de todo el amor que le profesabas, dime si pronunció mi nombre; repíteme sus últimas palabras. Es una gracia que espero no tendrás el valor de negarme.

Ivona permanecía callada, y en el silencio del anochecer sólo se oía su respiración jadeante; pero al fin, con voz entrecortada por la emoción, dijo:

– Sé dichoso; sus últimas palabras fueron para ti, para decir que debíamos perdonarte el olvido en que durante tanto tiempo nos habías tenido. El te perdonó..., pero él era un ángel... ¡Yo no puedo perdonarte..., no podré jamás!

Y al decir esto, rompió á llorar.

Jorge lanzó un grito de alegría, y arrodillándose junto á su esposa, díjole en voz baja:

– Ivona, hoy es el aniversario de su natalicio; acuérdate de que en otro tiempo le regalábamos juntos, en esta fecha, lo que deseaba. Si aún estuviera aquí, con sus manecitas acercaría las nuestras. ¡Por él, no por mí, que soy indigno de ello, accede á su última petición; satisface su deseo, Ivona, y en este primer aniversario que pasa en el cielo, concede ese perdón que él reclamaba.

... Con la noche tibia, perfumada por los olores de septiembre, parecía extenderse y envolver los seres y las cosas una atmósfera de paz y de calma... En el corazón de la infortunada madre librábase un combate terrible; mas al fin, tras una lucha suprema, Ivona tendió su mano á Jorge...

Y oyó en su corazón el eco de una voz infantil, que desde el cielo le decía: «¡Gracias!»

FIN



La ciudad de Singapur.—La isla de Java

Aunque conserva su nombre sánscrito de «Ciudad de los Leones,» la ciudad de Singapur es de origen reciente y su fundación se debe al deseo del gobierno inglés de poseer en el Archipiélago Asiático un punto estratégico y á la vez comercial que le compensara de la pérdida de Java, que por los tratados de Viena había tenido que restituir á Holanda.

La isla de Singapur, tan bien resguardada en una bahía del continente asiático, cerca del ángulo extremo de la península de Malaca, ofrecía todas las ventajas como punto de escala á las embarcaciones, y teniendo esto en cuenta Stamford Raffes, ex gobernador de Java, en 1819 arrendó y más adelante compró aquella tierra al sultán de Yohor, estableciendo en ella una modesta factoría y declarando libre el puerto á fin de luchar contra el régimen prohibitivo de los holandeses. Tan rápido fué el progreso de aquella factoría, que contando al principio con una población de 200 habitantes, al cabo de tres meses tenía 3.000 y al año 10.000.

Singapur, adonde acudieron numerosos comerciantes, especialmente chinos, tuvo durante mucho tiempo el monopolio del comercio entre la India y el extremo Oriente, pues siendo como era puerto franco, todos los productos de las regiones tropicales encontraban allí siempre buques que los cargaban para Europa. Y aunque hoy en día tiene que competir con los puertos de Siam, de Cochinchina y de la Sonda, abiertos al comercio, conserva, sin embargo, una ventaja grandísima, es decir, la que para el servicio de correspondencias y de viajeros y para el depósito de mercancías le asegura su posición incomparable en la punta extrema del continente, en el estrecho que pone en comunicación los dos Océanos.



JAVA. - Estatua de Brahma en el templo denominado Djando-Blaasam, en la provincia de Brambanán

La ciudad, poblada actualmente por más de 150.000 habitantes, presenta un abigarrado aspecto, pues en pocos lugares del globo se ofrece á la observación una variedad tan grande de razas orientales, de religiones y de costumbres. Como todas las ciudades de Oriente habitadas por gente de razas y nacionalidades diferentes, divídese Singapur en numerosos barrios, el malayo, el chino, el kling, el malabar, etc., todos los cuales se distinguen por sus industrias y sistemas de construcción especiales. El barrio más activo es el situado junto á los almacenes y muelles, donde atracan los buques de todas las naciones europeas y á cuyo alrededor se agrupan los juncos chinos, los praos y otras embarcaciones asiáticas.



SINGAPUR. - Vista del muelle

Las calles, exceptuando las de los barrios chino y malayo, son anchas, limpias y con bonitas casas rodeadas de árboles. Entre los principales edificios merecen citarse la catedral católica de San Andrés, el Correo, el Palacio de Justicia, el colegio Raffles, el Hospital y el Hospicio de mendigos.

En las inmediaciones, la campiña está sembrada de *campongs* malayos y chinos y de casas de campo que se alzan á lo largo de las carreteras que conducen al Hipódromo y á las dos colinas que dominan el Norte de la ciudad y en las cuales se levantan el fuerte Cunning y el hermoso palacio rodeado de jardines, residencia del gobernador de la colonia.

En los primeros tiempos de la colonización eran muy temibles los tigres, que, según se decía, causaban anualmente trescientas víctimas; pero las cuantiosas primas ofrecidas por el gobierno y por los comerciantes y sobre todo los progresos de la agricultura han hecho desaparecer casi por completo tan peligrosos huéspedes; de modo que actualmente pueden los europeos construir sus quintas en los sitios más pintorescos sin temor alguno.

De todas las islas que en el Archipiélago Asiático poseen los holandeses, la más rica y poblada es la de Java, que tiene una superficie de 127.280 kilómetros cuadrados y 22 818.719 habitantes. Su costa es baja y llana, y su interior, atravesado en toda su longitud por una cordillera volcánica, es sumamente quebrado y montañoso.

Los indígenas de Java no pertenecen todos al mismo grupo nacional. Pretenden los javaneses que sus antecesores habitaban antiguamente la China, de donde emigraron para escapar á la tiranía de los emperadores, refugiándose en Java, y esta opinión parece confirmada por los caracteres físicos de muchos pueblos. Los malayos propiamente dichos que dan su nombre al conjunto de la raza, sólo están representados en la isla por inmigrantes y no tienen mayoría más que en una mitad de la provincia de Batavia, adonde les han llamado el comercio y la centralización política. El resto de la isla está ocupado por sundaneses, javaneses y maderenses.

A la llegada de los holandeses, los javaneses del interior de la isla eran verdaderos paganos, al paso que eran mahometanos los de la costa. Actualmente todos son mahometanos, si bien conservan prácticas brahmánicas y aun fetichistas. Consérvanse todavía templos antiquísimos (alguno de ellos se supone que tiene más de seis mil años), en los que se ven las estatuas de Brahma y de Budha.

La literatura javanesa es bastante rica y la constituyen principalmente novelas históricas, tratados de Moral y de Derecho y traducciones de obras sánscritas y árabes de Teología y Cosmografía.

Los javaneses, á pesar de lo que en contrario dicen algunos autores, son bondadosos y han adquirido naturalmente las costumbres pacíficas del agricultor. Son polígamos, no sólo porque profesan, como hemos dicho, la religión musulmana, sino además por la abundancia de mujeres: en Bautam, especialmente, había, al decir de los primeros viajeros holandeses, diez de éstas por cada hombre, razón por la cual cada uno tomaba, á más de su legítima esposa, tantas mujeres como quería.

La población extranjera se compone de chinos, árabes y europeos: los primeros son los más numerosos, los segundos los más influyentes á causa de su religión, los terceros son los dominadores, los holandeses, y algunos emigrantes de otros países.

Los cultivos principales de Java son el del café, el del arroz y el del azúcar, siendo de éstos el más importante el del arroz, grano que constituye en muchos distritos el alimento por excelencia y en algunos exclusivo.

El cultivo del arbusto del te, llevado del Japón en 1826, no ha alcanzado nunca en Java una importancia que le permita luchar en los mercados con China y Assam. El gobierno holandés había fundado en todos los puntos de la isla plantaciones que explotaba por su cuenta, pero desde 1865 y en vista del escaso éxito conseguido abandonó esta industria á la iniciativa particular. El tabaco es uno de los productos que á pesar de grandes oscilaciones comerciales, tienen más importancia en el movimiento de las exportaciones javanesas; además, su consumo local es muy considerable.

La industria moderna con su poderoso mecanismo sólo ha sido introducida en Java para el servicio de las grandes fábricas azucareras, de los ferrocarriles y de los puertos. Fuera de esto, los javaneses conservan sus procedimientos tradicionales para la fabricación de los objetos de uso ordinario y de consumo local.

Los caminos carreteros están bien trazados y perfectamente conservados, con aceras laterales y avenidas suplementarias para las carretas pesadas, por lo menos entre las ciudades principales.

El Estado holandés, llevado de su política de aislamiento, negóse durante mucho tiempo á dejar construir vías férreas para facilitar las comunicaciones entre las diversas partes de la isla; hasta 1872 no se inauguró el primer ferrocarril, entre Batavia y Buitenzorg, y desde entonces la red ha aumentado lentamente, aunque dista mucho de estar terminada. - R.



SINGAPUR. - Arbol palmera en forma de abanico gigantesco llamado «árbol del viajero,» que crece en los alrededores de la ciudad.

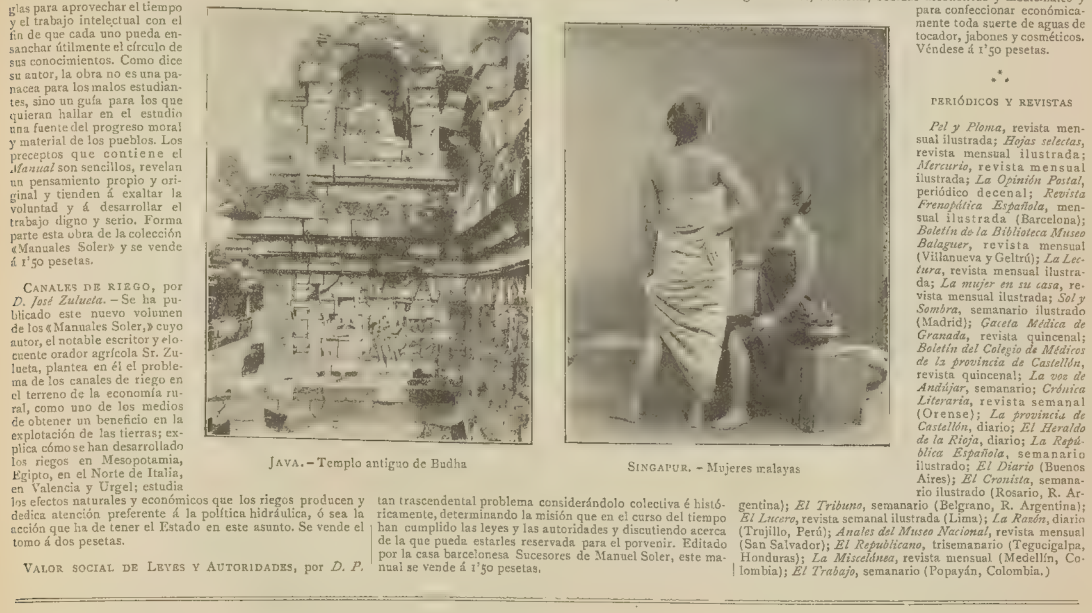
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ARTE DE ESTUDIAR, por *D. M. Rubió y Bellver*. – En este libro se dan interesantes reglas para aprovechar el tiempo y el trabajo intelectual con el fin de que cada uno pueda ensanchar útilmente el círculo de sus conocimientos. Como dice su autor, la obra no es una panacea para los malos estudiantes, sino un guía para los que quieran hallar en el estudio una fuente del progreso moral y material de los pueblos. Los preceptos que contiene el *Manual* son sencillos, revelan un pensamiento propio y original y tienden á exaltar la voluntad y á desarrollar el trabajo digno y serio. Forma parte esta obra de la colección «Manuales Soler» y se vende á 1'50 pesetas.

CANALES DE RIEGO, por *D. José Zulueta*. – Se ha publicado este nuevo volumen de los «Manuales Soler,» cuyo autor, el notable escritor y elocuente orador agrícola Sr. Zulueta, plantea en él el problema de los canales de riego en el terreno de la economía rural, como uno de los medios de obtener un beneficio en la explotación de las tierras; explica cómo se han desarrollado los riegos en Mesopotamia, Egipto, en el Norte de Italia, en Valencia y Urgel; estudia los efectos naturales y económicos que los riegos producen y dedica atención preferente á la política hidráulica, ó sea la acción que ha de tener el Estado en este asunto. Se vende el tomo á dos pesetas.

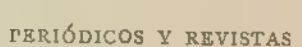
VALOR SOCIAL DE LEYES Y AUTORIDADES, por *D. P. Dorado Montero*. – Nada hemos de decir de la importancia de la materia de este libro, pues para comprenderla basta fijarse en el título del mismo. El Sr. Dorado estudia el modo como deben ejercer su acción las leyes y las autoridades para que sean instrumentos de progreso y bienestar colectivo, y analiza tan trascendental problema considerándolo colectiva é históricamente, determinando la misión que en el curso del tiempo han cumplido las leyes y las autoridades y discutiendo acerca de la que pueda estarles reservada para el porvenir. Editado por la casa barcelonesa Sucesores de Manuel Soler, este manual se vende á 1'50 pesetas.



JAVA. – Templo antiguo de Budha

SINGAPUR. – Mujeres malayas

FORMULARIO QUÍMICO-INDUSTRIAL, por *D. P. Trías*. – La colección de «Manuales Soler» se ha aumentado con el *Formulario químico industrial*, que contiene innumerables fórmulas para la exacta composición de toda clase de licores, aguardientes, mixtelas, bebidas alcohólicas y medicinales y para confeccionar económicamente toda suerte de aguas de tocador, jabones y cosméticos. Véndese á 1'50 pesetas.



PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y Ploma, revista mensual ilustrada; *Hojas selectas*, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, periódico decenal; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la provincia de Castellón*, revista quincenal; *La voz de Andújar*, semanario; *Crónica Literaria*, revista semanal (Orense); *La provincia de Castellón*, diario; *El Heraldo de la Rioja*, diario; *La República Española*, semanario ilustrado; *El Diario* (Buenos Aires); *El Cronista*, semanario ilustrado (Rosario, R. Argentina); *El Tribuno*, semanario (Belgrano, R. Argentina); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *Anales del Museo Nacional*, revista mensual (San Salvador); *El Republicano*, trisemanario (Tegucigalpa, Honduras); *La Miscelánea*, revista mensual (Medellín, Colombia); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia.)



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. – Montevideo. – Banquete dado en honor de la embajada comercial española

Imp. de Montaner y Simón



Año XXII — Barcelona 14 de diciembre de 1903 — Núm. 1.146

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el prospecto de la **BIBLIOTECA UNIVERSAL, LA ILUSTRACION ARTISTICA y EL SALON DE LA MODA** para el año 1904. Por su lectura podrán formar concepto nuestros lectores de la importancia de las obras que para la próxima serie de la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** anunciamos, cada una de las cuales ofrece especial interés en su género.

MERIENDA AL AIRE LIBRE,

cuadro de Santiago Rusiñol (propiedad de D. Enrique Batlló)

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

La República de Panamá y el canal interoceánico: el departamento de Panamá: causa del movimiento separatista: el gobierno provisional de la nueva república: conducta de los Estados Unidos: razones ó pretextos de su intervención: actitud de Colombia: posible nuevo fracaso de los panamistas: juicio sobre la importancia ó valor del canal de Panamá. – *El ferrocarril interoceánico de Tehuantepec.*

Hay un nuevo Estado en América; la República de Panamá.

Si lo constituye todo lo que fué departamento de Panamá en la República de Colombia, tendrá unos 90.000 kilómetros cuadrados de superficie y 340.000 habitantes, la mayor parte indios y mestizos. Desde el punto de vista de la instrucción, era el departamento más atrasado.

Montes, colinas y llanuras, selvas y desiertos forman la estrecha y larga zona del istmo panameño; á la selva, á la montaña inhabitada, al país desierto corresponde más de la mitad de la superficie total. Aparte el ferrocarril de Colón á Panamá, las vías terrestres de comunicación son fragosas y pésimas. La agricultura y la ganadería son rudimentarias; la industria minera está abandonada. En suma, es uno de los países más pobres y más atrasados del mundo. Su progreso ha sido casi nulo, lo mismo bajo la forma unitaria de gobierno que bajo el régimen federal.

Sin embargo, el proyecto de canal interoceánico ha dado excepcional importancia á este territorio, y alientos á sus habitantes para proclamar la independencia, que parece van á lograr, gracias al amparo de los yanquis.

Suponíamos en una de nuestras últimas *revistas* que al fin prevalecerían en Wáshington temperamentos de equidad, ó por lo menos, de decoro internacional. Mas no fué así; hubo, sin duda, interés en proceder con rapidez, en no dar tiempo á que el gobierno colombiano adoptase resoluciones que aún pudieran dificultar más el predominio absoluto de los yanquis en el canal.

El 27 de octubre discutióse en el Senado de Colombia el proyecto de ley que confería al Presidente poderes para negociar nuevos tratados con los Estados Unidos. Muchos senadores se opusieron y no llegó á tomarse acuerdo. Por otra parte, días antes habíase dicho en Wáshington que el comisionado especial de Colombia Sr. Arciniega iba á salir para Europa con propósito de gestionar la construcción del canal por cuenta de aquella república y con capital europeo, y se agregaba que los Estados Unidos no tolerarían que tal cosa se hiciese.

El medio más eficaz de impedirlo, el procedimiento más seguro para quitar toda esperanza al gobierno de Colombia, era arrebatarle la parte de su territorio por donde debe pasar el canal. Nada mejor, en consecuencia, que apoyar resueltamente al partido separatista del istmo.

Contando, pues, con la aquiescencia de los yanquis, el día 3 de noviembre el ayuntamiento de Panamá declaró que los pueblos de su jurisdicción se separaban para siempre de la República de Colombia y, de acuerdo con otros del departamento, constituían una república independiente con gobierno democrático y representativo, y una nacionalidad libre de toda intervención de potencia extranjera. Un crucero colombiano, surto en aquellas aguas, se retiró después de hacer algunos disparos sobre la ciudad, y formado gobierno provisional, sus primeros actos fueron pedir el reconocimiento por parte del de los Estados Unidos, y nombrar representante en Wáshington al francés Mr. Bunau Varilla, agente de la Compañía de Panamá.

En los siguientes inmediatos días se van adhiriendo á la revolución varios municipios del departamento, los yanquis desembarcan fuerzas so pretexto de velar por los intereses de sus conciudadanos residentes en Panamá y anuncian que sus buques impedirán desembarcos de tropas colombianas, Roosevelt se declara protector de la nueva república, el gobierno colombiano protesta con energía, y el panameño nombra una comisión que proceda, sin pérdida de momento, á tratar con los yanquis respecto de las condiciones en que ha de construirse y explotarse el canal.

El gobierno de Wáshington ha procurado cohonestar su intervención recordando un tratado de 1846 por el cual la Nueva Granada, hoy Colombia, garantizó á los Estados Unidos la libertad de tránsito por todas las vías de comunicación existentes ó que se construyesen en el istmo. Por virtud de tal tratado, el gobierno yanqui supone que adquirió el derecho y la obligación de garantir la neutralidad del istmo para que el libre paso por él no se interrumpa. Los Estados Unidos siempre habían ejercido ese derecho y cumplido esa obligación, y menos que nunca podían prescindir de ello desde que ondea el pabellón estrellado en islas del Pacífico. Ratificación y complemento del antiguo tratado debía ser el de Herrán-Hay. Pero Colombia lo rechazó, Panamá se ha hecho independiente, y como por el nuevo Estado ha de pasar el canal, natural es que el gobierno de Wáshington se entienda con el de Panamá á fin de establecer las garantías necesarias para la seguridad del tráfico, evitando conflictos ó revoluciones que en su día pudieran paralizarlo. Los Estados Unidos intervienen, pues, en interés propio y en beneficio del comercio del mundo entero. Por esto se apresuran á pactar con los delegados del gobierno provisional de Panamá, bien dispuestos á otorgar á aquéllos aún mayores derechos que los que les concedía el tratado Herrán-Hay sobre la faja de territorio adyacente al canal.

De lo que hace y de lo que piensa hacer el gobierno de Colombia, nada sabemos con certeza. Las noticias de Bogotá llegan por el cable que va desde la Buenaventura á Panamá, y aquí se interceptan ó tergiversan los despachos; de modo que ahora puede decirse que el gobierno colombiano está aislado del resto del mundo. A juzgar por los informes que el telégrafo nos ha transmitido, se halla resuelto á someter por la fuerza á los panameños y procura una acción común de estados europeos y americanos contra los yanquis, aspirando á hacer valer, en primer término, el tratado secreto que pactó con el Ecuador y con Chile, y cuya existencia reveló en 1902 el *Sun* de Nueva York.

Pero antes de llegar á un rompimiento formal, intenta avenencia, fundándose en aquel mismo tratado de 1846, por el cual los Estados Unidos se comprometieron á mantener la soberanía colombiana en el istmo. A tal propósito responde el viaje del general Reyes á Wáshington.

Busca Colombia fórmulas de transacción, medio de concertar con los yanquis bandera de paz. Decidida á no consentir la desmembración del territorio, acaso mostrará menos intransigencia en la cuestión del canal y tratará de halagar á los panameños trasladando á Panamá la capitalidad de la república. Pero si el gobierno de Wáshington no rectifica su conducta, de temer es que las banderas de reclutas recorran todo el país colombiano desde las mesetas y hondonadas de Pasto hasta las montañas del Darién.

Claro es que en la situación á que han llegado las cosas, todas las probabilidades, en caso de guerra, están contra Colombia. Las energías de que ahora alardea, debió haberlas empleado en impedir la desmembración. No se trata de un hecho imprevisto. Si aquí, en España, hace meses – como lo comprueban estas *revistas* – se veía el peligro, con más razón pudo el gobierno de Bogotá prever los acontecimientos. Disponía de tropas suficientes, de gente aguerrida tras largo período de contienda civil, y debió haber enviado al departamento fuerzas numerosas antes de que los yanquis tuvieran pretexto para oponerse á los desembarcos.

Ahora, sin buenos caminos por el interior é interceptada la vía marítima por los buques de aquéllos, Colombia se halla en condiciones muy desfavorables para sostener una campaña.

Por otra parte, cuando pudiera iniciarse la acción militar, estará resuelta la cuestión del canal, porque Varilla y sus colegas aceptan todas las exigencias de los yanquis. Estos, pues, podrán alegar mejor derecho á defender, como cosa suya, el libre tránsito por el istmo, ó tal vez, no necesitando ya de la pantalla del estado independiente, serán capaces de retirarle la protección si el gobierno de Bogotá acepta el tratado convenido con los panameños.

Si esto último no sucede, y Colombia persiste en sus propósitos de reivindicación, podrán crearse en el istmo circunstancias muy desventajosas para la construcción y explotación del canal. Cierto es que los Estados Unidos tienen recursos de sobra para imponerse; pero empresas de esta índole sólo prosperan en condiciones de absoluta confianza y seguridad para el tráfico, y sin ellas no sería difícil que fracasara el negocio en que tantas esperanzas fundan los panamistas franceses y yanquis.

Hay colombianos, y de gran prestigio y autoridad en su país, á quienes no inspira entusiasmo el famoso canal, y que habrían de preferir un estado permanente de guerra ó de alarma, si con él impedían que los yanquis lograsen su propósito, ocasionándoles enormes dispendios y acaso un desastre financiero análogo al de la primera compañía francesa. Recordamos que, según el geógrafo Sr. Vergara, «esa obra (el canal interoceánico) que se ha querido equiparar malamente en importancia al de Suez, no tiene sino un interés americano, y el Nuevo Mundo dista mucho de ser lo que es el Viejo Continente. Con el andar del tiempo las cosas habrán mejorado, pero por lo pronto (1898) nos explicamos perfectamente que Europa no quiera gastar más sumas en abrir ese *foso*, que en verdad no interesa sino á los Estados Unidos. Por esta razón desearíamos que la República del Norte optara por la vía de Nicaragua, pues si á ésta toca abrir el de Panamá, nuestra autonomía sufrirá rudísimo golpe sin ventaja ninguna (1).»

Sin negar el valor que realmente tiene el canal interoceánico y que, más ó menos, ha de favorecer al comercio de todos los pueblos, preciso es convenir en que se ha exagerado bastante su importancia. Ni será nunca lo que es el canal de Suez, ni aun será tampoco el único camino que para llegar al Pacífico tome el comercio americano desde los puertos del Atlántico.

Son, como ya he dicho en otra ocasión, varios los ferrocarriles que á través de América han de ir desde uno al otro mar: uno de ellos, el de Tehuantepec, podrá mermar buena parte del tráfico al canal de Panamá.

Esa vía férrea es una línea de 310 kilómetros que va desde Coatzacoalcos en el golfo de México á Salina Cruz en el Pacífico. Se construyó en malas condiciones; muchos de sus puentes eran de madera, que se destruye pronto en aquellos climas y que, por otra parte, tiene poca resistencia contra las avenidas de los ríos; los dos citados puertos de los extremos carecían de los elementos necesarios para la rápida carga y descarga de mercancías. Ahora las circunstancias han cambiado; se ha reconstruído la vía, á los puentes de madera substituyen puentes de hierro ó de fábrica, y se realizan importantísimos trabajos en Coatzacoalcos y en Salina Cruz, dragados, muelles, rompeolas, grúas, etc., convirtiéndolos así en excelentes puertos comerciales, con lo cual el ferrocarril servirá ya las necesidades de un tráfico intenso y veloz. A las veinticuatro horas de haber llegado un buque á uno de los puertos, podrá hallarse su carga á bordo del que haya de recibirla en el otro.

En 1905 estarán terminadas todas las obras, que se llevan á cabo con capitales ingleses. Inglaterra cedió á los Estados Unidos todos los derechos que podía alegar sobre el canal en virtud de tratados anteriores; pero les prepara para lo porvenir muy seria concurrencia.

Mucho antes que el canal pueda abrirse al comercio, habrá ya establecidas corrientes de tráfico de mar á mar por el ferrocarril de Tehuantepec, y sabido es cuántas dificultades ofrece la empresa de desviar al comercio de sus rutas de costumbre, cuando lo nuevo no proporciona positiva, segura é inmediata ventaja.

El fin principal de estos canales y ferrocarriles es acortar distancias; ahora bien, el comercio inglés y el de los puertos orientales de la América del Norte ahorrarán días, y consiguientemente gastos, tomando la vía del ferrocarril para pasar al Pacífico *(seguido)*. De Plymouth á San Francisco de California hay 9.100 millas por el canal de Panamá; 7.765 por el ferrocarril de Tehuantepec. De Nueva York á San Francisco 6.270 y 5.000 respectivamente.

Ha de ser también el ferrocarril la vía preferida por muchas de las compañías que hacen el tráfico entre el N. de Europa ó de América y los puertos del Japón y de China. Siete ú ocho días menos de navegación pueden muy bien compensar todas las ventajas ó comodidades que ofrezca el paso por el canal.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Nueva Geografía de Colombia, escrita por regiones naturales, por *F. G. Vergara y Velasco.* – Tomo I. Bogotá, 1902, pág. 800.



HIJOS Y ÁRBOLES

I

Era el frutal el benjamín del huerto, y en plena madurez, cuando se cubrían sus ramas madres de peras de invierno que las abrumaban haciéndolas encorvarse, con su altura y su esplendidez de organismo nuevo recordaba aquellos mancebos primitivos de los tiempos prehistóricos patrocinados por su tribu. A la primera mirada presentíase en el árbol un culto, una veneración, algo como un derecho, respetado, á la inmunidad. Sus peras se sazonaban colgando y pendientes se pudrían, y las que rodaban permanecían sobre la húmeda tierra, sin que nadie, legítima ni ocultamente, las levantase. Concluía, por último, de rodear al frutal de misterio una verja circular que le ceñía el tronco, rematada en agudos pinchos, con el elocuente propósito de que fuera imposible rebasarla. Así considerado y defendido, parecía explicarse el que diera tan hermosa cosecha, libre de arranques prematuros. Hasta siendo frutal se necesita buena suerte.

Semejante culto al árbol sagrado tenía un sacerdote que oficiaba todas las tardes bajo el sol del otoño, que no faltaba nunca aunque arreciase la turbonada y que permanecía las horas muertas contemplando en silencio el frutal. Era un anciano enjuto, grave, rígido, con un extraño andar de fantasma, de ensimismado, de cuerpo que no pesa. Seguía muy derecho su ruta, sin que le hicieran ladear la cabeza á los recuadros los aromas de los fresales en la primavera, de los manzanos en el invierno, de las legumbres en toda estación. Con un sombrerón de campo encasquetado salía de la casa é iba á sentarse frente al peral. Al verle alboreaba en su rostro una iniciación de sonrisa que se apagaba en el acto; diríase que reconocía al tronco y le saludaba. Después se le quedaba mirando sin pestañear, con unas pupilas inmóviles, petrificadas, sin luz, de modelo en yeso, y así permanecía trocado en una estatua hasta que la estrella de la tarde surgía por detrás de las ramas cuajadas de peras y se remontaba luego fijándose temblorosa á la vista del viejo solitario como si sollozase por él.

Porque bastaba considerar la actitud meditativa en que se hundía, para adivinar la idea fija gravitando siempre con su peso de plomo sobre el cerebro, la locura. Aquella mirada que tenía un fulgor pasajero para saludar al árbol, apagábase en seguida, y aunque caía sobre el frutal, dejaba de verlo, se perdía en el espacio, abismándose en él con la indecisión de lo que no está dirigido, con esa vaguedad que denota en el rayo lumínico de la pupila humana la carencia de la voluntad consciente que lo proyecta. Pero la demencia del pobre anciano no pasaba de ahí, de hacer una larga visita diaria á su peral. Y consintiéndole el capricho, no sufría accesos de furia, mostrábase dócil, flexible, infantil, mudo, sin pronunciar jamás palabra alguna, sordo é insensible á los halagos de la vieja criada nacida en la casa, otro árbol casi centenario que le prestaba su sombra protectora en ausencia de los seres queridos eternamente, ausentes en ultramarinas tierras, y única familia que le restaba después de la espantosa muerte de su hija, causa ocasional del eclipsamiento de aquella razón.

Todo el mundo recordaba en el país la catástrofe. El dueño de la Olmeda, una magnífica quinta con bosque y huerto, sin rival en toda la comarca, tenía la costumbre de que cada uno de sus hijos plantara un árbol en su heredad. Al cumplir los cuatro años la tierna mano infantil dejaba en la tierra la semilla del futuro tronco, y del acto quedaba en el corazón del niño otra semilla no menos provechosa, la primera del amor á la naturaleza. Aunque el hortelano era luego el que cuidaba del retoño, el padre obligaba al mocito á que lo visitara diariamente. A los tres lustros de vida el muchacho hacíase cargo en absoluto del árbol. Resultaba una simpática mayoría de edad, anticipada por la blandura del sentimiento, por el hábito de proteger y cuidar algo débil.

El dueño de la Olmeda tuvo muchos hijos. Era un hombre fuerte y sano, con la robustez de la existencia deslizada en el campo, en contacto con la tierra, bajo la acción de todos los elementos, y enlazado á una mujer igualmente recia é hija del aire libre, la prole de ambos fué abundante. Lo decían en el país admirándolos. Son dos ricos con sangre de pobre. Y sin embargo, la suerte que desde luego cubrió con sus alas las respectivas cunas y que siguió cobijando el lecho nupcial, cansóse de seguir protegiéndolos y volvió la espalda á sus vástagos. Ninguno de los hijos, excepto el último, una hembra, se logró por entero. Unos antes, otros después, quién de niño, quién de adulto, murieron todos y el huerto perdió sus más lozanos árboles frutales.

Un solo hijo había respetado la hoz de la muerte y un solo árbol frutal sobrevivía de los plantados por las manos infantiles. Enterrado el plantador dejábase secar su árbol, como un tributo al partido para siempre. Y á manera de compensación, el último vástago era una linda jovencita, llegada á la adolescencia en la plena posesión de la fuerza, á la vez que el peral de que ella cuidaba, exuberante de savia, daba unos frutos hermosísimos.

Pronto la jovencita dejó derivar hacia un hombre toda su bondad. La próspera fortuna quiso que encontrara un espíritu gemelo, y celebrada la boda, al año daba un nieto al dueño de la Olmeda, que se sintió estremecer de alegría cuando oyó el primer vagido del nuevo ser, y en seguida pensó en la generación de árboles simbólicos que se podrían plantar, ya que muerta su cónyuge no cabía que, pareja de su sucesión directa, alzasen sus copas más frutales. Y he aquí que un día sorprende una tormenta en el huerto á padre é hija en el instante en que ésta arreglaba con unas tijeras su árbol, y una chispa eléctrica la mata en presencia de su propio padre, que al ver el carbonizado cadáver perdió súbitamente la razón, siendo en vano cuanto se hizo para que la recobrara, declarándole, al fin, incurable los médicos.

Su carrera llevóle al viudo á Ultramar, yéndose con su hija, después de ordenar el enverjamiento del frutal de su esposa, y en la quinta se quedó solo, entregado á su mutismo y á su adoración, único náufrago superviviente del juicio perdido, sin contestar jamás á nadie, blanqueando sus cabellos, el pobre dueño de la Olmeda, que quizás no reconocía otra cosa, aunque vagamente, que aquel fruto que le recordaba todas las tardes á su hija.

II

Cuando el pobre maniático fué aquella tarde como todas á visitar su árbol, pasados diez años, ignoraba que le acechaban sin pestañear unos ojos «hechos» á escudriñar en la locura. La víspera, la vieja criada, regocijadísima, había visto llegar á la quinta, de vuelta de Ultramar y decidido á no moverse más del país, á su antiguo amo el marido de la señorita muerta, con su hija, una jovencita tan semejante á su madre, que no parecía sino que era la propia difunta retrotraída á sus doce primaveras. Los mismos ojos, idéntico pelo, igual estatura, hasta el timbre de voz análogo.

Pero lo que produjo á la fiel sirviente una profunda alegría fué el saber que el señor que acompañaba al padre y á la hija era un antiguo condiscípulo de bachillerato del primero, encontrado con él á bordo del transatlántico, alienista y muy eminente en su profesión, y al cual traía á la quinta la esperanza de curar al anciano. Por los antecedentes que en el buque se hizo referir, creía intentar, con algunas probabilidades de éxito, la operación; de que aquella tarde hubo observado al loco, afirmó rotundamente que le devolvería el juicio.

– No te quepa duda, decíale por la noche el alienista á su amigo fumando solos en un cuarto después de la cena. La locura de tu suegro no proviene de herencia ni de debilidad del cerebro. Es un anonadamiento de la sensibilidad, bajo el cual la memoria se ha quedado como ahogada. Al acercarse al árbol hay en su mirada un instante de lucidez que se apaga en seguida, incapaz de sostenerse, bajo el sueño de la memoria. Esta es la que hay que poner en movimiento por una conmoción brusca. Si consigo impresionarla y que recuerde, está salvado.

– Chico, le repuso su amigo, yo tengo en ti una confianza absoluta. No es lisonja de condiscípulo. Conozco tu talento y sé alguna de tus curas maravillosas. Conque pide lo que haga falta.

– Poca cosa. Tú me has dicho que conservas toda la ropa de tu mujer.

– Desde que se casó conmigo.

– ¿A qué edad fué eso?

– Tenía quince años.

– Entonces vas á buscar su traje más llamativo y á hacer que tu hija se lo pruebe. Y á ésta ya la adiestraré yo mañana en el papel que la toca representar.

– ¡Me parece adivinar lo que intentas! ¡Es una prueba decisiva!

No hablaron más, y al día siguiente desde por la mañana advirtióse en la quinta como una inquietud, el extraño desasosiego en sus moradores del que espera algo grave. La jovencita permaneció un buen rato encerrada con su padre y el médico en el despacho de la casa. Al concluirse la conferencia brillaban mucho los ojos de la niña y se advertían en sus pestañas humedades de llanto. La vieja criada estuvo ocupadísima cosiendo, achicando prendas antiguas de la señorita. Los criados atisbaban intrigadísimos tan inusitadas operaciones. Sabían que

el médico huésped de sus amos iba á intentar la curación del enfermo; pero esperaban aparatos, camisas de fuerza, recetas, y nada de eso parecía. Y de aquí su curiosidad redoblada ante la labor singular de la sirviente. Y llegó en estas la tranquila y primaveral tarde.

Aún el sol en el horizonte, con su sombrerón puesto dirigióse el pobre loco al árbol, andando como siempre, con el paso vacilante del ensimismado. De haber gozado de sano juicio habríale chocado quizás un boquete abierto á tijera en una cambronera próxima al frutal, por el que asomaban con precaución dos cabezas de hombre atisbando juntas. El anciano no reparó en nada y se acercó derecho siempre al árbol.

De pronto, vestida con un sencillo traje rosa de forma anticuada, en el que se adivinaba un figurín pasado de moda, con el cabello por la espalda, sonriente y jubilosa, se destacó del frutal la figura de una jovencita que se cruzó con el anciano, y ofreciéndole una pera le dijo á la vez que hacía un ademán de ternura:

–¡Papá, papá! ¡Mira ésta que hermosa es! ¡No me negarás que no hay en el huerto árbol que dé frutos mejores que el mío!

El loco no aguardaba la aparición. Clavó sus ojos en ella, y á la vez que su mirada caía sobre su nieta, la voz de ésta, aquella voz eco exacto de la de su madre, vibró en sus oídos. El efecto fué instantáneo. El anciano se detuvo en firme, se le dilataron las pupilas, demudósele el rostro y de pronto tendió los brazos á la celestial figura y la gritó con una voz frenética:

–¡Hija, hija!

El alienista estaba ya de un salto junto al loco. Su nieta, perpleja, le miraba entre aterrada y conmovida. Al cabo el pobre anciano rompió en sollozos, y se arrojó en los brazos de la jovencita, mirándola con una mirada lúcida y llena de resplandores, mientras el médico gritaba con anhelo:

–¡Está salvado! ¡Llora! El dolor es la sensibilidad, es la luz del cerebro.

III

Completamente cuerdo aún tuvo el anciano diez ó doce años de su vida á su disposición para plantar nuevos árboles frutales en el huerto de su casa, que substituyeron á los extinguidos. Cada uno significaba un bisnieto. No hay invierno, ni en la naturaleza ni en la vida, al que no siga una primavera.

Alfonso Pérez Nieva.

EL SEÑOR PRESENTE

Y EL SEÑOR FUTURO

El señor Presente es un hombre de baja estatura, flaco, vivaracho, que siempre tiene prisa y que siempre corre.

El señor Futuro es un caballero alto, de cabellos lisos, que mira al aire y que suspira mientras anda.

El señor Futuro. – ¡Qué! ¿Ya no vemos á los amigos, señor Presente? ¿Dónde va usted tan de prisa?

El señor Presente. – Dispense usted, señor Futuro; no le había visto á usted... Voy á la distribución de premios del colegio Bertrand, que empieza á las doce y media.

El señor Futuro. – ¡Bah! Estas cosas nunca empiezan á la hora en punto.

El señor Presente. – Pues si no se apresura usted no llegará á tiempo de oir los discursos. A mí los discursos buenos me gustan mucho porque instruyen á los niños y me alegran el alma.

El señor Futuro. – Tendré tiempo de sobra, pierda usted cuidado.

El señor Presente. – Páselo usted bien, vecino; no quiero llegar tarde.

El señor Futuro (solo). – Quería decirle algo que no recuerdo; pero ya se lo diré mañana ú otro día. Hay personas que parece que tienen azogue en el cuerpo. Sólo el ver cómo se mueven me cansa. ¿Qué he de hacer ahora? Llegaré á la distribución á la una poco más ó menos; la orquesta tocará una sinfonía; oiré los discursos, y si á mano viene echaré un sueñecito; veré coronar á mi hijo; que es un muchacho muy listo y muy activo. Luego me lo llevaré á paseo y le sermonearé un poco... Pero creo que ya es hora de ir á casa para vestirme. (Llama). Qué, ¿no hay nadie? (Dilón, dilón). ¿Nadie contesta? ¿Se burlarán de mí?

Un vecino. – ¿Qué le pasa á usted, señor Futuro?

El señor Futuro. – Que llamo y nadie me responde.



Los fueros, estatua en bronce, obra del arquitecto D. Manuel Martínez y de Ubago, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, recientemente inaugurada en Pamplona.

El vecino. – Su esposa y la criada han salido, creo que para ir á la distribución de premios. ¿No tiene usted una llave?

El señor Futuro. – Debiera haber pensado en ello. Otra vez será.

El vecino (aparte). – ¡Pobre señor, siempre pensando en hacer las cosas!

El señor Futuro (solo). – Y mientras tanto, me encuentro á la puerta de mi casa, sin afeitar y sin vestir. Voy por un cerrajero; le diré que me abra la puerta y que me haga una llave, que llevaré siempre en el bolsillo. No volverá á sucederme lo que me está pasando ahora. La llevaré siempre aquí... ¡Pero si tengo aquí la llave! Mi mujer sin duda la habrá puesto... Por fortuna me sobra tiempo... ¿Qué hora da?.. La una... ¡No es posible! Este reloj anda mal. Veamos el mío: ¡la una! ¡Demonio, cómo corre el tiempo cuando uno está ocupado! Los perezosos como el señor Presente siempre tienen tiempo para todo, mientras que yo con mi actividad no tengo nunca un minuto disponible... ¡Bueno! Pues no me afeitaré ni almorzaré y así llegaré de los primeros... Sin embargo, hubiera querido escribir cuatro palabras á M. Laboulaye para darle un hermoso tema de discurso: la exactitud, la puntualidad. ¿La puntualidad?.. La puntualidad consiste en llegar siempre á la hora justa. El señor Presente, en cambio, llega siempre demasiado pronto y esto no es puntualidad... Yo, por ejemplo, no llego nunca demasiado pronto sino á la hora precisa... ¿Qué hora es?.. ¿El cuarto?.. No, la media. ¡Las horas de estos relojes no tienen más que cuarenta y cinco minutos! ¿Quién cuida de ellos? Voy á enviar un remitido á los diarios..., es decir, no, lo enviaré mañana.

Este diálogo, está tomado de una conferencia que en 1878 dió M. Eduarde de Laboulaye en la distribución de premios de una escuela de Versailles. Después de él y á modo de moraleja, el elocuente conferenciante desarrolló con muy buen sentido los siguientes consejos:

Levantarse temprano.

No dejar para el día siguiente lo que puede hacerse el mismo día.

No hacer más que una sola cosa á la vez.

Eatar siempre de buen humor. – G.

LOS FUEROS

ESTATUA DE D. MANUEL MARTÍNEZ Y DE UBAGO

El Fuero general ha sido considerado siempre por los romanos como la base de su ley fundamental y del derecho público. Navarra constituía un á modo de campo federativo, bajo el mando de un jefe supremo, rigiéndose y gobernándose cada pueblo con absoluta independencia con arreglo ó sujeción á sus usos, costumbres y privilegios. Del afán ó deseo de conservar tales privilegios y costumbres surgió la confederación, y por lo tanto el verdadero fuero, para que sirviera de salvaguardia de todos contra los abusos del poder supremo. Difícil es señalar su origen con exactitud, puesto que si bien es verosímil que pudo redactarse en la época en que los navarros sacudieron el yugo de los carlovingios, eligiendo como señor ó soberano á Iñigo Arista, lo es mucho más que en el reinado de D. Alfonso el Batallador tuvo lugar la recopilación llevada á cabo, sin duda, por los letrados de aquellos tiempos.

Las transformaciones sociales y políticas de la nación han influído poderosamente en las que como natural consecuencia han experimentado los Fueros de Navarra. Hoy son trasunto de lo que fueron, ya que si bien en la ley de 25 de octubre de 1839 se confirmaron sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía, no lo es menos que por la ley de 16 de agosto de 1841 se introdujeron esenciales modificaciones, cediendo Navarra muchos y muy importantes fueros, franquicias y libertades á cambio de otros menos interesantes y preciados.

Síntesis del entusiasmo que la conservación de lo que resta despierta y de ese amor que á sus privilegios dedican, es la hermosa estatua alegórica que corona el monumento recientemente erigido en Pamplona, obra del distinguido arquitecto D. Manuel Martínez de Ubago, que ha demostrado evidentemente su cariño á la tierra que le vió nacer y sus dobles aptitudes, puesto que la estatua por él modelada atribúyele condiciones de escultor muy recomendables.

Réstanos consignar también que la estatua ha sido pulcramente fundida en los talleres de los señores Masriera y Campins, de Barcelona. – G.

La romería del Rocío. – Entrada de los catalanes y aragoneses en Constantinopla al mando de Roger de Flor, cuadros de José Moreno Carbonero.

Según ya dijimos hace algunos meses al estudiar la personalidad artística de José Moreno Carbonero, su nombre lleva consigo el concepto de la maestría, que se manifiesta gallardamente en todas sus producciones, sea cual fuere el período en que se produjeron, puesto que, dueño de los cánones impe-

rantes, ha de asignárseles cumplida representación.

Hoy, con motivo de reproducir el hermoso cuadro titulado *Entrada de los catalanes y aragoneses en Constantinopla al mando de Roger de Flor,* que decora uno de los testeros del salón de conferencias del Senado, hemos de llamar la atención de nuestros lectores acerca de dicha obra, que señala un período glorioso para el artista y le asigna el dictado de pintor de asuntos de carácter histórico, género por él hoy abandonado por estimar que no se ajusta á las corrientes artísticas imperantes. Si en esta clase de producciones logró distinguirse, bastaría recordar «El príncipe de Viana,» verdadera maravilla de color, que le valió una primera medalla; «La conversión del duque de Gandía,» que alcanzó igual distinción en 1884 y dos grandes medallas de oro en las exposiciones de Munich y Viena, y por último, el que reproducimos, tan celebrado y aplaudido como los anteriores y al que cupo el honor de ser adquirido por el Estado para embellecer uno de los salones del palacio del Senado. En todos ellos dióse á conocer Moreno Carbonero como pintor de temperamento, dueño de la paleta, en la que supo amasar, auxiliado por la vehemencia meridional, esos admirables matices que tanto seducen y cautivan, dando relieve corpóreo y componiendo esos conjuntos en que la fuerza imaginativa intenta armonizarse con la exactitud histórica.

La romería del Rocío representa otro aspecto del artista, amante de interpretar la luz y de reproducir escenas y costumbres características de la tierra en que nació. El cuadro á que nos referimos es digno compañero de «La venta del sevillano,» «Un alto,» «Ayer y hoy» y otros más, no menos dignos de encomio.



La romería del Rocío, cuadro de Moreno Carbonero



Entrada de los catalanes y aragoneses en Constantinopla al mando de Roger de Flor, cuadro de Moreno Carbonero

Todos constituyen y representan la ejecutoria de Moreno Carbonero, tan honrosa y nobilísima, que á ella debe la *excelencia,* en su doble concepto artístico y social. – L.



Veintiséis años hace que falleció en Sevilla el insigne novelista que fué calificado de Wáltter Scott de España, y en este espacio de tiempo no ha decaído el valor de sus personales obras y se ha hecho más clara y definida su situación entre los que han cultivado el género novelesco en nuestra patria.

Pintor realista de la sociedad que desaparecía al afirmarse en España los progresos de la vida moderna, creyente entusiasta y convencido, alma animada por el impulso poderoso de la fe y corazón inclinado á la benevolencia, todos estos sentimientos se reflejan en sus admirables cuadros de costumbres, en los que una acción sencilla y conmovedora sirve para desarrollar esas ideas, eminentemente cristianas, que hicieron que el famoso periódico democrático *La Discusión*, el que dirigió D. Nicolás María Rivero, de insigne memoria, calificase de *novelas devocionarias* las que salieron de la pluma de Fernán Caballero.

No disgustó el calificativo al autor, y á él contestó con este corto diálogo que sostienen en el cuadrito titulado *Vulgaridad y nobleza* el noble capataz Pascual y su vulgar amo don Anacleto:

—«Erraste la vocación, Pascual; debías ser cura, pues eres más místico que los Santos Padres y echas más textos de Escritura que un predicador.

—»¡Qué, señor! Si no sé más que la doctrina.

—»Pero la metes en todo, como el tomate.

—»Señor, para eso se me dió, contestó el capataz con gravedad.»

La doctrina cristiana en todo, esto es lo que domina en las obras de Fernán Caballero, campeón decidido del pasado y enemigo declarado é inconvertible de la filosofía y de las costumbres políticas que predominan en la vida moderna.

Para conseguir su objeto pone una extraordinaria delicadeza en la pintura del pasado; las más suaves tintas, los tonos más armoniosos dominan en sus cuadros, en que todos los de antaño son nobles, buenos y generosos, y perversos y endemoniados los que se han dejado contaminar por el espíritu progresivo de los tiempos.

Pero dejando aparte esta tendencia de las obras de Fernán Caballero, hay que considerarle por la época en que comenzó á escribir, el año 1849, fecha de la publicación de *La Gaviota*, como el restaurador de la novela española, y bajo este concepto sólo sinceros elogios merece.

El barón Wolf le considera como el más acabado tipo del escritor realista, en el verdadero sentido de la palabra, y como uno de los que mejor han pintado la España de su tiempo.

Hay, además de esta gran delicadeza en todas sus obras, descripciones bellísimas, escenas que encantan y una delicadeza tal, que se impregna de ella el alma del que las lea, en los años felices de la primavera de la vida, uniéndolas á las más gratas impresiones de esa época dichosa en que acuden lágrimas á nuestros ojos cuando contemplamos los melancólicos crepúsculos de una tarde de otoño, y parece que nos salen alas para volar ante los esplendores de una alborada de primavera.

Esa es la época de leer las novelas de Fernán Caballero; yo las colocaría en lugar preferente de la biblioteca de toda mujer española, y no tendría inconveniente en que la mayor parte de ellas sirviesen de texto para que aprendiesen á leer las niñas.

Cecilia Bohl de Faber y Larrea, que es el nombre verdadero de la que fué á buscar en un lugar de la Mancha el nombre varonil y sonoro con que apareció en el mundo literario, era hija de un noble alemán, D. Juan Nicolás Bohl de Faber, y de una hermosa gaditana, doña Francisca de Larrea, y nació en Morges, cantón de Berna, el día de Pascua de Navidad del año 1796.

En 1805 fué nombrado el padre de Cecilia cónsul de Hamburgo en Cádiz, y en la hermosa ciudad andaluza se estableció con su familia, consagrándose con decidido empeño al estudio de la literatura española, en la que hizo grandes progresos, como lo prueban su obra en tres tomos *Floresta de rimas antiguas castellanas* y otra no menos notable que lleva por título *El teatro anterior á Lope de Vega*.

En 1836 murió Bohl de Faber en el Puerto de Santa María y tres años después su esposa, que también cultivó las letras bajo el seudónimo de *Corina*.



Cecilia Bohl de Faber (Fernán Caballero)

Cuando Cecilia quedó huérfana era de una belleza extraordinaria, según acredita una miniatura que existe de aquella época, debida al pincel de Mongado, y tuvo muchos adoradores, entre los que prefirió para esposo á un arrogante capitán del regimiento de Granada, natural de Ibiza y llamado D. Antonio Planell y Bardají.

Este fué su primer marido, y con él marchó á Puerto Rico después de recibida la bendición nupcial. Calavera, violento y amigo de aventuras el marido y dulce y resignada la esposa, sufrió mucho ésta en el breve tiempo que duró el matrimonio, siendo una víctima á la que devolvió la libertad la muerte de su tirano, acaecida cuando llevaba poco más de un año de casada.

Regresó á Europa, y después de residir algún tiempo con su abuela paterna en Hamburgo, volvió á Cádiz, donde aceptó el homenaje del joven oficial de Guardias Españolas D. Francisco Ruiz del Arco, marqués de Arco Hermoso, que ya estuvo enamorado de ella cuando la conoció soltera.

Contrajo con él segundas nupcias el 26 de marzo de 1822 y se estableció en Sevilla, donde abrió sus salones y ejerció por su talento, su hermosura, su posición y sus virtudes una poderosa influencia que le sirvió para amparar á muchos de sus amigos, librándolos de las iras de la formidable y violenta reacción que estalló el año 1823.

Más feliz en su segundo matrimonio que en el primero, porque el marqués de Arco Hermoso adoraba y admiraba á su esposa, no pudo ésta gozar de dicha completa, porque se la nubló el delicado estado de la salud de su marido, que agravándose cada vez más, la convirtió en una verdadera hermana de la Caridad.

En esta época escribió su primera obra literaria, un estudio de costumbres andaluzas titulado *Sola*, que publicó en alemán y en Hamburgo el año 1831.

En 1835 murió el marqués, y dos años después, en 1837, Cecilia Bohl contrajo terceras nupcias casándose en el Puerto de Santa María con D. Antonio Arrón de Ayala, perteneciente á una familia de Ronda que tenía más pergaminos que bienes de fortuna.

No fué feliz en este tercer enlace la insigne escritora; pues á poco de casarse, su marido fué acometido de una terrible tisis, de la que ya no se libró nunca. Emprendió con él un viaje á Manila en busca de salud, pero no adelantó nada, y al volver á España el enfermo se dedicó á empresas mercantiles que le hicieron perder el capital que de Arco Hermoso había heredado su esposa, dejando á ésta en una situación financiera muy apurada. Para repararla marchó Arrón de cónsul á Australia y emprendió allí negocios en los que le fué la suerte más favorable, hasta el punto de que pudo depositar algunos fondos en una casa de Londres. Pero quebró ésta y Arrón al saberlo se quitó la vida, dejando á su esposa en el mayor desconsuelo.

En la época de su tercer matrimonio se dedicó Cecilia Bohl de lleno al cultivo de las letras, publicando su primer obra importante, *La Gaviota*, firmada con el nombre de *Fernán Caballero*, que tomó, como ya he dicho, de un lugar de la Mancha.

A *La Gaviota* sucedieron *La familia de Alvareda*, *Una en otra*, *Elia ó la España treinta años ha*, *Un servilón y un liberalito*, *Clemencia*, *Lágrimas*, *Un verano en Bornos*, *Lady Virginia*, *La Farisea*, *Las dos Gracias*, *La corruptora y la buena maestra*, que son sus principales novelas.

Publicó además más de diez y siete *Relaciones* y otros tantos *Cuadros de los hombres*, varios opúsculos, muchos artículos y algunos trabajos de crítica tan notables como el que dedicó á *Fabiola*, la novela del cardenal Wiseman.

Los últimos años de la vida de Cecilia Bohl se deslizaron serenos y apacibles en Sevilla, donde aceptó la habitación que el Real Patrimonio la ofreció en el patio de Banderas del Alcázar.

Allí vivió hasta que la arrojó la Revolución de Septiembre de 1868, y se trasladó á una modesta casa de la calle de Juan de Burgos, donde murió el 8 de abril de 1877, á los ochenta años de edad.

Leer, escribir y hacer obras de caridad fué la ocupación constante de sus últimos años. Vestía con extraordinaria modestia falda de percal y cubría su venerable cabeza con cofia de encaje. El adorno de su morada lo constituían la limpieza y las flores; comía frugalmente y no tenía más que una criada, dando cuanto le sobraba á los pobres. A su humilde morada acudía lo más notable de Sevilla á rendirle homenaje, y con frecuencia la infanta duquesa de Montpensier y la reina doña Isabel II, que le profesaba especial afecto.

Los admiradores de la gloria española y los aficionados á las letras que vayan á Sevilla, pueden realizar una peregrinación interesante dirigiéndose al cementerio de San Fernando. Allí, en la calle de San Zoilo, núm. 108, hallarán una modesta lápida que dice:

R. I. P. A.
Rogad á Dios en caridad
por el alma
de la S.ª D.ª Cecilia Bohl de Faber
y Larrea
(Fernán Caballero)
que falleció el 7 de abril de 1877
a la edad de 80 años

Le han dedicado este recuerdo sus sobrinos.

Rezar una oración ante esta tumba y colocar sobre ella algunas flores es obra de piedad en holocausto de un alma virtuosa y tributo de admiración al talento de la que supo conmover los corazones.

Kasabal.

D. FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Conocido desde hacía tiempo como literato, el Sr. Grandmontagne, huésped actualmente de nuestra ciudad, viene consagrándose ahora á una empresa por demás levantada y digna de entusiastas aplausos y de incondicional apoyo, la de fomentar las relaciones mercantiles entre España, su patria, y la República Argentina, en donde ha pasado la mayor parte de su vida.

Aunque español de nacimiento, bien puede afirmarse que el Sr. Grandmontagne es un escritor argentino, así por su inspiración como por la índole de los asuntos que ha desarrollado en sus obras.

De sus dos primeros libros, *Teodoro Foronda* y *La Maldonada*, ha dicho un importante periódico bonaerense que revelaron en su autor, más que al novelista clásico de fecunda inventiva y forjador de lances pintorescos, al observador de mirada sagaz y penetrante, al pensador y sociólogo que desdeña las vanas retóricas y se entrega al impulso de su vigoroso temperamento, cuyas cualidades características son la intensidad emocional, la plasticidad de los cuadros reales que hace revivir en sus descripciones y la fuerza del estilo.

Aparte de estas obras, ha escrito Grandmontagne multitud de trabajos que se han publicado durante estos últimos años en importantes revistas argentinas y que más que simples artículos de costumbres, más ó menos caprichosamente hechos, son verdaderos estudios del natural.

En la actualidad, la compañía del Teatro Español está ensayando un drama suyo, titulado *Avión* que, según parece, se estrenará en breve.

El importante diario de Buenos Aires *La Prensa*, le ha nombrado su corresponsal en Madrid; con decir que desempeñó este cargo, hasta su muerte, el eminente poeta y hombre público D. Gaspar Núñez de Arce, demuéstrase el alto concepto que del Sr. Grandmontagne tienen formado los argentinos.



D. FRANCISCO GRANDMONTAGNE, corresponsal del diario bonaerense *La Prensa* y comisionado por la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires para promover y fomentar el intercambio entre España y la República Argentina.

Mas ya hemos dicho antes que no es esta misión literaria la única que trae el notable escritor. En efecto, la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, que tantas muestras tiene dadas de su amor á España, en cuyo auxilio ha acudido con mano pródiga en las ocasiones más críticas, le ha confiado otra misión de gran trascendencia, cual es la de promover el intercambio entre los dos países.

A este efecto se propone dar conferencias en las principales ciudades españolas, que ha iniciado ya en la industriosa Bilbao y continúa ahora en nuestra capital, á fin de dar á conocer los medios más conducentes para que los productos de nuestras industrias tengan fácil salida en el mercado argentino así como también que los de aquella República puedan venderse con ventaja en el mercado español.

Para llevar á cabo con las mayores probabilidades de éxito la empresa, con tanto entusiasmo acometida, el Sr. Grandmontagne ha realizado muchos trabajos previos y algunos viajes, entre ellos á Burdeos, en donde ha estudiado la industria vinícola, sobre la cual se propone dar una conferencia especial.

En su concepto, lo que deben hacer los industriales españoles y sobre todo los catalanes es imitar lo que hacen los de otros países: no esperar á los compradores, sino ir á buscarlos á su propio país, enviando agentes entendidos que estudien concienzudamente aquellos mercados y que aprecien los gustos y las necesidades de aquellos consumidores.

La campaña de propaganda del Sr. Grandmontagne ha coincidido casi con la expedición emprendida á las repúblicas del Sur de América por la delegación comercial organizada por la revista barcelonesa «Mercurio.» Los mismos nobles propósitos mueven á uno y á otra; uno y otra trabajan por estrechar los lazos de unión entre España y los países hispano-americanos. ¡Quiera el cielo que los trabajos de todos obtengan el resultado que merecen, así por el fin que se proponen como por el entusiasmo con que han sido acometidos! – R.



Junto al lago, cuadro de José María Tamburini



MÁRTIR CRISTIANA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO



...E ALICIA ECKERMANN, GRABADO POR RICARDO BONG

NUESTROS GRABADOS

Paño mortuorio de la Asociación de Arquitectos, proyecto de D. Buenaventura Bassegoda.—El importante núcleo constituído por los arquitectos de Cataluña, que tanto se ha distinguido con la publicación de sus valiosos anuarios é interesantes monografías, demostrando el amor que dedican á nuestra región, ha tenido el buen acuerdo de adoptar un paño mortuorio, al igual de lo que practicaban los antiguos gremios, que sirva para cubrir los restos mortales de sus socios, demostrando que la Asociación les acompaña hasta el último momento. Preciso es convenir que el propósito de los arquitectos es altamente simpático y que demuestra la intensidad y finalidad de los lazos que unen á los asociados. Cuanto al paño, sólo cabe decir que es digno de la referida Asociación y del buen nombre del arquitecto D. Buenaventura Bassegoda, que es el autor del proyecto, pulcramente interpretado por el Sr. Oller. La obra resulta apropiada y del mejor gusto, puesto que sus hermosos medallones bordados en sedas de colores representando á Santa Eulalia y el escudo de la Asociación se destacan sobre el fondo de terciopelo negro formado por el paño, enriquecido por galoneadas franjas de oro.

Merienda al aire libre, cuadro de Santiago Rusiñol.—Rusiñol es de los pintores que mejor han sabido ver la naturaleza; es además de los que con más sinceridad trasladan al lienzo su visión, de tal manera que contemplando sus cuadros podemos adivinar el estado de su ánimo en el momento de trazarlos; y lo adivinamos no sólo por la elección de los asuntos, que responden perfectamente á su modo de sentir en un momento dado, sino además por la manera como los presenta y desarrolla. Quien no le conozca creerá tal vez, en presencia de algunas de sus obras, que hay en éstas cierta afectación, cierto deseo de fingir una melancolía que no siente; pero los que le conocemos, sabemos que jamás ha pintado nada que antes no haya impresionado hondamente su alma, y que el sentimiento que en líneas y colores traduce es realmente el que hace vibrar las fibras de su corazón y el que impulsa su mano á pintar, ora esos jardines tristes y abandonados, ora esos paisajes inundados de luz, ya el sencillo rincón de un huerto humilde, ya los más grandiosos peñascos de las dantescas calas mallorquinas. Esta sinceridad, este cariño con que trata todo cuanto la naturaleza ostenta ante sus ojos, revélase de una manera admirable en la *Merienda al aire libre*, nota risueña, simpática, que contrasta por su placidez con otras producciones posteriores del mismo autor, y en la cual se ha complacido Rusiñol en copiar con su habitual maestría una de esas escenas campestres que seducen al habitante de la ciudad y uno de esos rincones apartados del bullicio del mundo que despiertan la más viva añoranza en quienes sueñan con unas costumbres sencillas y con una tranquila existencia.

Junto al lago, cuadro de José M.ª Tamburini.—La especialidad de Tamburini, nuestro querido y asiduo colaborador, es la reproducción en el lienzo de los diversos estados anímicos de la mujer. Sus figuras femeninas no son simple conjunto de líneas que constituyen un cuerpo, sino que en cada una de ellas palpita un alma, cuyos sentimientos aparecen maravillosamente expresados y armonizándose perfectamente con la forma corpórea que los encarna; por esto todos los cuadros de este pintor hablan no solamente á los ojos, sino al corazón de quien los contempla; por esto todos ellos tienen ese atractivo especial que no ofrece por sí sola la materia y que únicamente sentimos cuando ésta encierra algo que le da vida. Mas Tamburini no se contenta con presentarnos sus sentidas figuras aisladas; por el contrario, completa siempre el efecto que éstas producen con un paisaje bellísimo que por los elementos de que se compone concuerda con el carácter y modo de ser de las mismas. Cuantas más obras tenemos ocasión de ver de este notable artista, tanto más nos confirmamos en la idea, varias veces consignada en las páginas de esta revista, de que Tamburini merece como pocos el dictado de pintor-poeta: dígalo, si no, *Junto al lago*, que es una hermosa poesía puesta en líneas y colores, una página impregnada de sentimiento, una de esas notas que llenan cumplidamente el más alto de los fines del arte, el de despertar la emoción estética.

Mártir cristiana, cuadro de Alicia Eckermann.—Esta artista belga, nacida en Amberes, ha sido discípula del famoso pintor Piet van Havermaet, hace tiempo fallecido; se ha dedicado principalmente á la figura, pero también ha producido obras notables en los géneros de paisaje y retrato. Su cuadro de grandes dimensiones *Triste aurora* y su lienzo, de carácter profundamente místico, *Ave María Rosa Mística*, le conquistaron grandes aplausos en los Salones de París y en varias exposiciones alemanas. El lienzo *Mártir cristiana* que en el presente número reproducimos, figuró en la Exposición de Amberes de 1901, en donde mereció los más entusiastas elogios de la crítica y del público, que admiraron la maestría con que en él está tratado el desnudo cuerpo de la santa doncella, cuya blancura se destaca sobre un fondo obscuro en el que nada distrae la atención del espectador. Con posterioridad á esta obra ha pintado una composición de un género al que suelen dedicarse poco las artistas, el género religioso: consiste en un fresco de cuatro metros de ancho por dos y medio de alto para la capilla del Hospital Dermatológico de Amberes, que ha ejecutado por encargo de la fundadora de aquel benéfico establecimiento Madame Nottenbohm.

¡Fondo!, cuadro de Antonio Pons.—El autor de este cuadro ha sido alumno del renombrado pintor D. Ricardo Martí, y aunque cultiva varios géneros, dedícase con especial predilección á los asuntos marinos, cuya técnica conoce por haber tenido siempre gran afición á las cosas del mar. Su nombre no es nuevo en el mundo del arte, pues ha expuesto en el Salón Parés de esta ciudad varios cuadros, de los que se ha ocupado con elogio la prensa; además ha vendido muchos lienzos para América. *¡Fondo!* representa un buque de alto bordo en el momento de echar anclas en el puerto de Barcelona, y en él se demuestra lo que antes decimos acerca de los conocimientos del autor en materias navales, ya que la grandiosa embarcación que ocupa la mayor parte del cuadro está tratada con gran exactitud en su conjunto y en sus detalles. Antonio Pons es joven todavía, y si persevera en el estudio, dando el debido desarrollo á las buenas aptitudes que posee, no vacilamos en augurarle un risueño porvenir.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – *Salón Parés.* – La Sociedad Artística y Literaria de Barcelona, constituída por un núcleo de artistas de reconocida valía, ha organizado en el Salón Parés la quinta de sus anuales exposiciones de Bellas Artes, nutrida quizás más que las anteriores y de indiscutible importancia por el mérito de algunas de las producciones que en ella figuran. Llama desde luego la atención un hermoso tríptico de José M.ª Tamburini titulado *Cuento celestial*, inspirado en una ternísima leyenda, que el artista ha interpretado de modo admirable, con suma delicadeza y gran sentimiento; varios grandes lienzos de Modesto Urgell, ejecutados con su reconocida maestría, trasunto fidelísimo del natural y distintivos por el encanto de la nota que tan acertadamente interpreta el distinguido pintor; algunos estudios y notas de color, obra de su hijo Ricardo, que demuestra cada vez más cuán provechosa es la enseñanza recibida de su padre y maestro; una preciosa figura de una joven leyendo, de Román Ribera, trazada con elegancia y distinción; un bonito efecto de luz de Manuel Cusi, quien ha tratado de vencer escollos, obteniendo feliz resultado con su cuadro titulado *Carnaval;* otro efecto luminoso de Luis Graner representando una escena de la fabricación del vidrio, tan bien observada como sencilla y digna de su buen nombre; algunos notables paisajes del estudioso Enrique Galvey; dos preciosas cabecitas de niño de Juan Brull; algunos estudios y paisajes de Aurelio Tolosa y Fernando Cortés, y otras obras firmadas por Fuster, Méndez Vigo y Villalonga completan la exhibición.

Palacio de Bellas Artes. – Allá en el Palacio en donde en vida expuso sus obras, figuran las que pudiéramos denominar producciones póstumas del que fué amigo queridísimo y distinguido artista Baldomero Galofre. Allí, sus amigos han reunido cuanto atesoraban sus repletas carteras, aquellos dibujos inéditos que acopiaba el artista, animado del deseo de representar una España pintoresca, tal cual la forjaba su soñadora fantasía, cual la veían sus ojos de pintor y poeta, bella, brillante, con sus encantadores y sugestivos contrastes de color y de tipos, con sus costumbres, su movimiento y vida. Allí puede estudiarse la personalidad de Galofre, apreciarse su portentosa labor y rendir al artista el tributo de consideración y afecto que merece su memoria. Bien hayan los organizadores de la exhibición, pues aparte de su real importancia, representan los honores tributados al mérito.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Gaité *La Flamenca*, drama musical en cuatro actos de Enrique Caín y Eugenio y Eduardo Adenis, música de Luciano Lambert; en el Vaudeville *Antoinette Sabrier*, comedia en tres actos de Román Coolus; en Cluny *Horribles details!*, gacetilla musical en cuatro actos y cinco cuadros de L. Decori y M. Lefevre; en el teatro Sarah-Bernhardt *Jeanne Vedekind*, comedia en tres actos de Felix Philippi, traducción francesa de L. Krauss, y *Le dieu vert*, comedia en un acto y en verso de M. Keim; en la Renaissance *L'adversaire*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus y Manuel Arene; en el teatro Víctor Hugo *Cadet Roussel*, comedia en tres actos de Jabobo Richepin, y *Les masques*, drama en un acto de Roberto Bracco; en Novedades *Les sentiers de la vertu*, comedia en tres actos de R. de Flers y G. A. de Caillavet; en el teatro Antoine *La guerre au village*, comedia en tres actos de Gabriel Trarieux, y *Au Perroquet Vert*, pieza en un acto de Arturo Schintzler, traducción de E. Lutz; en el Chatelet *L'oncle d'Amerique*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos y veintidós cuadros de V. Cottens y V. Darlay, que ha sido puesta en escena con un lujo extraordinario; en el Ateneo *Le prince consort*, comedia de los Sres. Xanrof y Chancel; en la Porte Saint-Martin *Gil Blas de Santillane*, comedia de espectáculo en cinco actos y ocho cuadros de Armando d'Artois y Jorge Duval; y en el Odeón *L'absent*, drama en cuatro actos de Roberto Michel, con acompañamientos musicales de Fernando Le Borve.

Barcelona. – En el teatro Romea se ha estrenado con éxito extraordinario *El místich*, drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol. Con buen éxito también se ha estrenado en el Liceo la ópera en cuatro actos del maestro Manén *Acté*, habiendo sido especialmente aplaudidos el final del primer acto y un *racconto* del tercero: la ejecución excelente por parte de la señora Giudicce y de los Sres. Blanchart, Angioletti y Torres de Luna, todos los cuales fueron llamados varias veces á las tablas en unión del compositor. En el Eldorado se ha estrenado con aplauso *El Arte lírico ó géneros al uso*, sátira teatral cómico-lírica en un acto, letra de D. Manuel Caba, música de D. Alberto Cotó. En el teatro de las Artes el «Teatre Intim» ha representado *Lo casament per forsa*, en un acto, de Moliere, traducida por J. Vilaregut, y estrenado *La casa de la ditxa*, comedia en un acto de Jacinto Benavente, escrita expresamente para el «Teatre Intim» y traducida por A. Gual, y *Eridon y Amina*, égloga en un acto de Goethe, traducida por Juan Maragall. Estas tres obras han sido puestas en escena con la irreprochable propiedad que caracteriza al «Teatre Intim» y perfectamente dirigidas por el Sr. Gual.

Paño mortuorio de la Asociación de Arquitectos
proyecto de D. Buenaventura Bassegoda

LA CONCIENCIA DE MISTRESS BROOME

Novela corta, por Charles Edwardes. — Ilustraciones de A. J. Gough

Muy conturbado se sentía el doctor Daniel Prancingham al dirigirse, el día 12, á Castle House, donde estaba convidado á comer. Érale forzoso reconocer que, por culpa suya, habían sufrido grave alteración sus relaciones sociales con la familia Broome desde el 4, día en que recibiera la atenta invitación de la señora de aquella casa. Y sin embargo, jamás sintió como entonces tan vivo deseo de acercarse á Elena Broome, para cogerle la mano y decirle: «La amo á usted. ¿Tengo alguna esperanza de que pueda usted amarme lo bastante para contestar *sí* á mi pregunta de si quiere ser usted esposa mía?»

¡Qué admirable ha estado usted esta tarde!

Ahora, naturalmente, no quedaba ya ni asomo de tal esperanza; se había malquistado para siempre con los Broome. Aquella misma tarde hundió con sus propias manos (es decir, con su lengua) el último clavo en el ataúd de su más acariciada ambición; y ¡deliberadamente, por añadidura!

Todo ello debido únicamente á que quería ser, sin contemplación de género alguno, escrupuloso y concienzudo, habiéndose propuesto, al tomar asiento en los escaños de la corporación municipal de Stanby, cumplir con toda lealtad sus compromisos con aquellos que le habían elegido como representante suyo.

Expongamos ahora la situación. Stanby había aumentado considerablemente en los últimos veinte años, merced, sobre todo, á las grandes fábricas de frutas en conserva, confitería y calzado. El crecimiento de Stanby acarreó también el de los impuestos, á la par que la necesidad, ó cuando menos el deseo, de tener calles anchas, tranvías municipales, balnearios, alumbrado eléctrico, Casa de Beneficencia más grandiosa; en fin, todo aquello que caracteriza un municipio progresivo, habiendo logrado ya una deuda que se escribía con seis cifras y aumentaba cada año. Ahora estaba sobre el tapete un proyecto para reformar y embellecer el Middle Way — que así se llamaba la calle principal — comprando Castle House al reverendo Arnoldo Broome por el fabuloso precio de 25.000 libras esterlinas. Seguramente que el Middle Way ganaría mucho quitando como una veintena de pies al ángulo obtuso que formaba la fachada de Castle House; pero ¡25.000 libras! El concejal Prancingham fué el primero en burlarse con el mayor sarcasmo de semejante tasación.

Cuando se trató del asunto en la Cámara municipal, nuestro buen doctor pronunció un violento discurso en contra de la proposición, y terminó diciendo que era una vergüenza para Mister Broome poner semejante precio á una casa que aun por diez mil libras resultaría cara.

En la mañana del día siguiente se cruzó Prancingham en la calle con Elena Broome, que apenas le saludó, y en cuanto á Mistress Broome, que acompañaba á su hija, alzó la cabeza, apartando la vista del doctor.

Desde entonces no escasearon los ratos de amargura á Daniel Prancingham. Recibió las congratulaciones de los electores de su distrito; pero también se daba cuenta más y más cada día de que había desbaratado su dicha. Cierto que no había hablado todavía á Elena de los tiernos sentimientos que ella le inspiraba; consideraba que la prudencia y la honradez exigían que aplazase esa confidencia hasta haberse asegurado con su profesión la renta que se había propuesto alcanzar. Y muy cierto también que el capitán Dean, de la fábrica de cerveza de Ford Hermanos, tenía tantas probabilidades como él de ganar el corazón de la linda Elena; la había observado con mucha atención, y estaba convencido de que tantas sonrisas tenía ella para Arnoldo Dean como para él mismo; pero el caso era que sólo desde que «se le había disparado la conciencia,» según frase de un colega en el municipio, se le ocurrió que Dean pudiese ser rival afortunado suyo. Tenía á éste por demasiado calavera para que á hombre tan venerable é ilustrado como el padre de Elena le pareciese apetecible como futuro yerno, aun contando con una renta de algunos miles de libras. La cosa ya variaba de aspecto en cuanto á Mistress Broome; era ésta de gustos refinados y costosos y adoraba el dinero. Pero tratábala Dean con tal desenfado, que no podía creerse que fuera esto una recomendación en su favor cerca de ella. Y quedaba aún por averiguar si los sentimientos de Dean hacia Elena eran formales, pues había sido ya muy asiduo con otras muchachas de Stanby durante una temporada, sin que resultase nada de ello.

Mas dejando á un lado esas cavilaciones, lo evidente era que en aquel día el doctor había acabado por indisponerse definitivamente con los Broome. Antes de este último debate, quedaba aún la posibilidad de que se le persuadiera á modificar su opinión; y á este efecto se pusieron en juego las más prestigiosas influencias. El diario conservador de la noche ridiculizaba á Prancingham y prestaba sus columnas á cartas en las que se hacía burla de éste, motejándole de obstruccionista estúpido. También los pacientes del doctor le hicieron sus observaciones, y pudo él comprender muy á las claras que acaso acabarían por resentirse sus ingresos si persistía en tener tanta conciencia en los asuntos comunales. Era por demás extraordinaria la ramificación de intereses en rededor de Castle House; diríase que la mitad de los habitantes de la ciudad creían que en las bodegas del viejo edificio se ocultaba un tesoro, y que con la adquisición de esa finca se rebajarían los impuestos.

En la sesión á que fué convocado aquella tarde el Consejo municipal, levantóse Daniel para insistir en su oposición al consabido proyecto. Por encima de las cabezas de sus colegas veía á un centenar de ciudadanos que, ansiosos, aguardaban oir su palabra; también había allí mujeres, y aunque algo corto de vista, pudo distinguir sombreros con plumas y otros atavíos femeniles entre las testas calvas y los animados semblantes de los contribuyentes. Mas no por eso flaqueó su ánimo, y cumplió su deber.

Pronunciáronse varios discursos, unos en pro, otros en contra de la moción; pero el de Prancingham fué el que mayor efecto produjo, y ganó á la causa del doctor á tres concejales, que hasta entonces no habían dicho nada y parecían indecisos. Algunos de los ciudadanos que acudieron á la sesión le tributaron aplausos también; y el periódico vespertino conservador, aunque tildándole de testarudo audaz, reconocía que su fanatismo puritano era de carácter peligrosamente infeccioso y debía ser tenido muy en cuenta en el Municipio.

Su triunfo se abría ya paso. Hasta aquel día todas las probabilidades indicaban que Castle House sería comprado por la ciudad conforme á la tasación hecha por el propio Mister Broome; pero ahora la cosa ofrecía ya alguna duda.

***

El doctor Prancingham bajó de su coche delante de la puerta de Castle House, y tocó el timbre.

Aquella misma mañana se había encontrado con Mister Broome y aprovechó la ocasión para insinuarle que acaso sería mejor que le permitiese excusarse de concurrir á la comida; mas el reverendo no lo entendía así, no viendo razón alguna para tal abstención. Expresóse el anciano en términos muy caballerosos, manifestando lo mucho que respetaba al joven doctor por su desinteresado culto á sus principios y acabando por decir con afectuosa sonrisa: «Después de un buen amigo, lo que más aprecio, muchacho, es un contrincante sincero y concienzudo.» Pero esto había sido por la mañana, es decir, *antes* que él pronunciara su último discurso.

Aún no se había abierto la puerta, cuando llegó en su coche Mister Harris, el abogado de Mister Broome.

— ¿*Usted* por aquí?, dijo con visible sorpresa al ver á Daniel.

Este replicó calmoso:

— Así parece.

— Nada, hay gentes que tienen una audacia...

Y luego entraron juntos. Pasados pocos momentos, había desaparecido ya todo el malestar de Daniel, y éste se preguntaba si era posible que hubiese en el mundo personas de tan buen corazón y tan magnánimas como Mister Broome y su esposa. No era solamente la amabilidad que reflejaban sus ojos al contestar á su saludo; la presión de sus manos era la demostración más convincente de sus virtudes.

Pero lo que más le confortó fué el agasajo que le hizo Elena. «Acompañe usted á mi hija, doctor Prancingham,» habíale dicho Mistres Broome con una sonrisa lo más amable y menos ceremoniosa. El no había visto á Elena hasta entonces; pero cuando en aquel instante los ojos de ella se encontraron con los suyos al pasar la puerta, el brillo que despedían le hizo más bien que el mejor tónico que hubiese podido él preparar en su dispensario.

— Buenas tardes, murmuró la joven.

Y antes que el doctor tuviese tiempo ni ánimo para decir más que «Buenas tardes, Mis Elena,» ésta prosiguió:

— ¡Qué admirable ha estado usted esta tarde! No tenía la menor idea de que usted fuera tan..., tan...

— ¿Usted estaba allí?, exclamó Prancingham, al propio tiempo que inadvertidamente pisaba el vestido de Mistress Bellingham, que iba delante.

— Yo soy la culpable, querida Mistress Bellingham, dijo en seguida Elena con sonrisa de penitencia, mientras la gruesa señora del fabricante de caramelos volvía la cara algo iracunda.

— No, querida, la culpa es mía, contestó la respetable matrona, por no tener más cuidado.

Cuando entraron en el comedor, Daniel fué presa de misteriosas emociones. Allí estaba Dean con Katie Fletcher, amiga íntima de Elena; él parecía muy agradablemente entretenido con la joven, riendo y jugueteando con su monoclo. El concejal Savage, naturalmente, era también uno de los convidados, ostentando sus enmarañadas patillas blancas, que decoraban, con el efecto de siempre, su insípida y roja faz. Entre los demás, veíanse al rector de Santa Marta y su esposa.

Y en ninguno de los allí reunidos descubrió Prancingham el menor indicio de querer tratarle como

á enemigo del bondadoso anciano que les festejaba y demostraba á todos la más imparcial benevolencia.

– ¿No nos vió usted á mamá y á mí?, preguntóle Elena, mientras servían la sopa.

– En verdad que no. Y mucho me habría turbado si las hubiese visto. Bastante odioso me era ya en aquel momento el deber que cumplía.

– Pero ¿por qué? ¡Ah, sí! Ya veo.

Y bajando la voz y con ojos muy expresivos, añadió Elena:

– Ciertamente que la primera vez nos pareció atroz el proceder de usted. Las mujeres no entendemos de política ni de negocios, ¿verdad? Reconozco que fuí bastante descortés con usted cuando le vi al salir de la tienda de Crawford. Luego lo sentí infinito, así que me dí cuenta de lo que había hecho. Pero mucho he reflexionado desde entonces, y mamá también. Créame usted, doctor Prancingham, daría cualquier cosa por tener un arrojo tan varonil como... usted.

– ¡Arrojo!, dijo él con amargura. Me gustaría saber cómo lo llama Mister Harris cuando habla con su papá de usted.

– ¿Se lo digo?, preguntó ella mirándole y esbozando confidencial sonrisa.

– Diga..., pero no. Paréceme que será mejor que no lo sepa yo ahora, en este momento.

– Pues yo quiero decirlo. Harris opina que no hay otro hombre en toda la ciudad que tenga *la mitad* del valor de usted. Y dijo á papá: «Si el doctor Prancingham estuviese á nuestro favor, podríamos pedir al Banco que nos adelantase en el acto esas veinticinco mil libras.

Esta vez tocóle el turno de ruborizarse á Daniel.

– No creo ser partidario tan valioso, contestó tras breve pausa; Pero...

– Siga usted, dijo Elena animándole con la mirada al notar que vacilaba.

– Sólo quería expresarle el bien que me han hecho sus palabras. Si supiese usted cómo temblaba yo al pisar el vestíbulo de su casa hace poco, acaso me comprendería mejor, Miss Elena.

Después de algunos signos de asentimiento con la cabeza, replicó la muchacha:

– Eso viene á confirmar lo que he dicho. Ni los caballeros de los tiempos antiguos dieron pruebas de mayor valentía. Y usted no podía honrarnos mejor que demostrando de esa manera la confianza que le merecemos. De todos modos, lo que usted pueda decir en cumplimiento de sus deberes públicos no debe recordarse en la vida privada. ¿No lo entiende usted también así? Pues qué, ¿no fueron siempre Lord Beaconsfield y Mister Gladstone los mejores de los amigos fuera de la Cámara de los Comunes, por más que dentro de ella se combatieran con encarnizamiento?

En cualquiera otra ocasión, es muy posible que Daniel se hubiese preguntado dónde había adquirido Elena aquel caudal de retórica; nunca la había oído hablar con tanta seriedad. Mas en aquellos momentos su corazón se sentía tan triunfante, que no le permitía ocuparse en semejantes averiguaciones. No hizo más que sonreirse y contestar:

– No sabía que lo fueran, pero no veo por qué no habían de serlo. ¿Ha hecho usted nuevas fotografías últimamente?

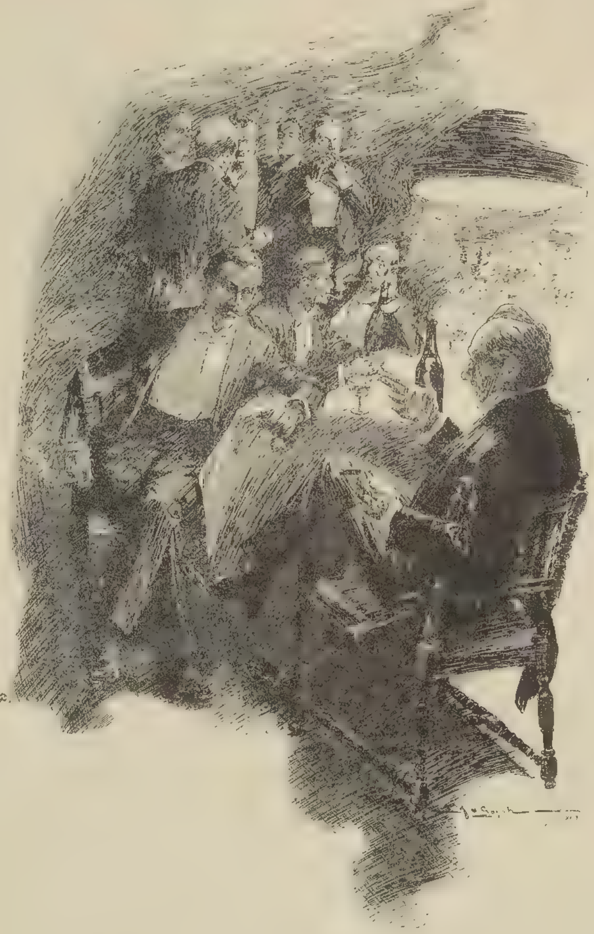
– ¡Oh! ¡Y qué malo es usted!, murmuró Elena con gracioso movimiento de hombros y mirada de niño cogido en travesura. Conque al fin, confiesa usted que nos vió.

– Pero ¿dónde, señorita?

– Pues en la sesión. Le *saqué* á usted tres veces. Una, cuando tenía la mano alzada, y creo que esta *prueba* es la mejor, por más que cambiara usted demasiado pronto de postura. No lo toma usted á mal, ¿verdad?

– Y ¿por qué, si pensó usted que valía la pena?, replicó Daniel con alguna lentitud.

– Ya lo creo que la valía. Por eso nos colocamos en la segunda fila. Y ahora, le voy á dejar á usted comer con todo sosiego, y charlaré un ratito con Mister Bellingham.


Y ahora, joven, llene su vaso y bebamos

Esto lo dijo Elena muy bajito y con tal sonrisa de encantadora intimidad, que Daniel se quedó deslumbrado.

La misma buena armonía prevaleció durante toda la comida, y siempre que sus ojos se encontraban con los de Mistress Broome, veía en éstos igual expresión afectuosa que en los de Elena.

No varió la situación cuando las señoras abandonaron el comedor. Mister Bellingham se acercó el primero á Daniel, y dándole una cordial palmada en el hombro, le dijo:

– Pero, doctor, ¿quién le ha puesto á usted tan al corriente acerca de la tasación de fincas? Tiene usted, doctor, el precioso don de la palabra, y eso vale mucho.

Luego fué el buen viejo, el padre de Elena, quien se adelantó, con su vaso de vino de Porto en la mano, y se sentó á su lado, para echar con él un parrafito. Después de haber hablado un poco de la historia de Stanby, preguntóle:

– Y ¿cómo estamos de clientela, joven?

– A Dios gracias, no puedo quejarme por ahora.

El anciano pareció complacido y replicó:

– Me alegro mucho de ello. Consérvese usted siempre digno ante el público, Prancingham, y no tema; está usted en camino de la prosperidad. Y á propósito; mi mujer se siente algo... Pero ¡calle! ¿No bebemos? ¡Ah! Gracias, Bellingham (éste acababa de acercarle la botella). Y ahora, joven, llene su vaso y bebamos ¡No tendrá usted muchas ocasiones de paladear vino de Porto del 47, madurado como el mío en medio de los ecos del nefando pasado! Vamos, hágame el favor, insisto en ello.

Fué, en verdad, una velada encantadora aquella, y cuando hubo terminado y Daniel ocupó su berlina, sintióse más feliz que no se había sentido en su vida. Una sola vez se atrevió á hacer referencia, hablando con el mismo Mister Broome, á la *gran cuestión*, y aun en sentido apologético, cuando estaban en el salón, diciéndole: «Usted me abochorna con sus muchas bondades, señor; pero me consuelo en algún modo pensando que usted reconoce que obro, según es mi convicción, por el bien de la ciudad.» El reverendo, con la más afectuosa sonrisa y apretando por un momento entre sus manos la rodilla izquierda de Daniel, contestó: «Naturalmente, joven, naturalmente. Y ahora, ni una palabra más sobre el asunto.»

Y eso fué todo. Sin embargo, aún hubo más; lo que le dijo Harris, el abogado, acerca del capitán Dean y Katie Fletcher, pareja en la que, según él, reinaba la más dulce armonía.

Así remató aquella velada feliz.

* * *

Mas en la mañana del día siguiente ya no se sentía Daniel tan satisfecho. Aquella misma tarde había de votarse en definitiva el proyecto de Castle House; y por mucho que él se esforzase por creer en la sinceridad de la cordial acogida que le dispensara la familia Broome en la noche anterior, no podía admitir, como hombre de mundo, que le dedicase aquélla, en su ausencia, los afectuosos sentimientos de que hicieron alarde cuando estaban delante. Esto era por demás natural, como seguro también que á él se le atribuiría el fracaso de la compra de Castle House, y Prancingham estaba persuadido de que ésta sería rechazada.

A las nueve y media recibió la visita del concejal Ahston, quien le dijo:

– Querido compañero, ganaremos la batalla; tenemos los votos necesarios, pero sin sobrarnos ni uno; los justitos para dar jaque y mate á ese viejo glotón clerical.

A medida que avanzaba la mañana, iba aumentando el abatimiento de Daniel; por más que hiciese para animarse, sentía cada vez más que la felicidad huía de él. La dulce visión de Elena entró con él en su coche, pero alejándose luego más y más hacia las brumas de lo imposible, según él se engolfaba más y más también en cavilaciones sobre lo que iba á suceder. El cálculo de Ahston le parecía exacto, y la moción sería rechazada. El – Daniel – triunfaría, pero su triunfo sería la muerte de sus esperanzas.

Su almuerzo fué melancólico. Jamás le había parecido su casa tan falta de una directora cariñosa; jamás había sentido tan vivo anhelo por la simpatía que sólo puede ofrecer una esposa. La obligación era una diosa muy fría; aceptaba todo sacrificio sin conmoverse. ¡Si tan sólo tuviese de cuando en cuando una sonrisa como la de Elena! Pero eso era ya pedir demasiado.

¿Quién podía sonreir como Elena, sino la misma Elena?

Y así fué pasando el tiempo hasta que el concejal Prancingham, haciendo un movimiento de hombros muy significativo de hastío, se dispuso á dirigirse á la Casa de la Ciudad. Levantóse de la silla en que había estado sentado delante de la chimenea, y casi furtivamente, puede decirse, apartó el calendario que, encima de su mesa de escribir, ocultaba – bastante discretamente – un retrato de Elena con marco liso de plata; cogió la fotografía y... la besó.

En aquel momento llamaron á la puerta de la habitación. Daniel colocó de nuevo en su escondite

el retrato de Elena, y volviéndose hacia el criado que entraba, dijo con tono imperativo:

– No puedo ver á nadie esta tarde. ¿Quién es?

– Se trata de Mistress Broome, señorito. El chico que ha traído esta carta, dice que la señora ha tenido un ataque.

Daniel abrió la carta y leyó:

«Querido doctor Prancingham: Mamá acaba de tener un síncope. ¿Puede usted hacernos el favor de venir en seguida? – ELENA BROOME.»

Prancingham no perdió un instante y salió corriendo. Aunque había mandado que le tuviesen dispuesta la berlina para ir al Ayuntamiento, no quiso aguardarla. Como propio de su carácter y modo de ser, durante el camino se inculpaba á sí mismo, considerándose como la causa, cuando menos secundaria, de la indisposición de la madre de Elena. Era esta una mujer, aunque alta y robusta, muy propensa á la excitación, y probablemente, ¿qué?, seguramente la cuestión municipal referente á Castle House había afectado su corazón.

A escape subió el Middle Way. Los que le veían pasar daban muestras de aprobación ó de desdén, según su criterio en lo concerniente á Castle House, pero todos hacían justicia á su celo.

Daniel ni los vió siquiera, en medio de su preocupación. «Supongamos que muriese Mistress Broome. Posible era. ¿Hay algo imposible en esta vida? Y si muriese ella, ¿no era él, hasta cierto punto, su asesino?»

La encontró en su tocador, extraña pieza hexagonal, una de las pocas reliquias del primitivo castillo de los Lores de Stanby. Elena le pareció muy pálida y angustiosa cuando se presentó para acompañarle al piso superior.

– Mamá no se siente muy bien, le dijo, pero no quería que le llamase á usted. Papá está en Londres.

Y luego abrió la puerta del tocador.

De algunas palabras más de la muchacha, Daniel pudo deducir que Mistress Broome había conservado lo suficiente sus sentidos para llamar á su hija antes de desmayarse. El doctor, al ver á la enferma, movió la cabeza con gravedad profesional.

– ¿Puedo quedarme?, preguntó Elena con lastimera entonación.

La pobre niña estaba tan pálida y tenía su cara tal expresión de congoja, que Prancingham creyó que sería mejor que no permaneciese allí.

– Iré á verla á usted dentro de un par de minutos; espero sinceramente, tal como lo supongo, que no hay nada serio que pueda alarmarnos.

Elena, al marcharse, dirigió á Daniel una expresiva mirada de despedida, que en toda otra ocasión habría colmado á éste de júbilo y que, aun en aquellas circunstancias, le conmovió de momento; luego cerró suavemente la puerta.

Entonces Mistress Broome abrió los ojos y se incorporó en el canapé.

Daniel quedó atónito; pero muy pronto su estupefacción subió de punto al ver cómo la madre de Elena se deslizaba entre él y la puerta, daba vuelta á la llave y se metía ésta en el bolsillo, volviendo luego á sentarse con la mano apoyada sobre el corazón.

– Doctor, dijo entonces la esposa del reverendo, circunstancias me obligan. Hágame el favor de escucharme durante pocos minutos.

Naturalmente, Daniel Prancingham ya no tenía para qué dudar de lo que se trataba, y justo es decir que al pronto fué muy viva su indignación; mas ésta fué disminuyendo á medida que seguía hablando Mistress Broome. El ignoraba que su marido se encontrase en difícil situación pecuniaria; y valientemente, sin vacilar, expúsole ella toda la verdad. Cuando hubo terminado, tendióle la mano y con voz suplicante añadió:

– Prométame usted, querido doctor Prancingham, que no nos cerrará usted el camino.

El joven hizo una fuerte inspiración y miró el reloj.

Oyóse entonces un suave golpecito á la puerta, al que Mistress Broome contestó en seguida:

– Me encuentro mucho mejor; gracias, niña. No nos interrumpas, querida.

El semblante de Daniel tomó en aquel momento un aspecto grave.

– ¿Ella.., no sabe nada de esta... conspiración, Mistress Broome?, preguntó con toda la solemnidad de un juez.

– Ciertamente que no. Ciertamente que no, doctor. Pero, vamos, ¿puedo soltarle á usted bajo palabra?



Daniel quedó atónito...

Daniel se cruzó de brazos y sonrió fríamente.

– Es una situación muy extraña esta, replicó. He de confesar que me ha sorprendido mucho lo que usted me ha dicho, Mistress Broome. Pero no; yo no puedo retractarme de mis convicciones públicamente manifestadas. Hágame el favor de darme la llave.

– Conque ¿usted no quiere?

– No puedo, Mistress Broome. ¿Qué pensaría usted, qué pensaría todo el mundo de mí, si me sometiese á coacción semejante?

– ¡Ah! Yo temía que...

Estas palabras fueron difícilmente articuladas, y parecía como que Mistress Broome se resintiese otra vez del corazón. Acongojada, y más bien murmurando que hablando, añadió:

– Yo... ¿quiere usted tener la bondad de traerme un poco de *brandy*. Creo que me hará mucho bien.

Y con un movimiento de cabeza señaló una puertecita en uno de los ángulos de la habitación.

– Por ahí se va á la bodega.

Daniel se sentía ya incomodado, y echó una mirada furibunda á la puertecita aquella, forrada de felpa verde; mas acabó por dirigirse hacia ella. Abrióla y se encontró en el rellano de una escalera de caracol, justamente lo bastante ancha para dar paso á un hombre y regularmente alumbrada. Comenzó á bajarla, decidido ya á entregar la botella de *brandy* á uno de los criados y encaminarse sin pérdida de tiempo al Municipio. Eran muchos los escalones, y á medida que los bajaba Daniel, se iba haciendo más obscuro, y así llegó hasta la bodega, cuya entrada principal – llamémosla así – halló tan fuertemente cerrada como lo puede estar una puerta. Esto le contrarió mucho.

Pero diez veces mayor fué su irritación cuando, habiendo buscado y cogido la botella que necesitaba y vuelto á subir todos aquellos peldaños, se encontró con que la puertecita que daba al tocador estaba también cerrada. Llamó una y otra vez; mas nadie contestó. Mirando por las estrechas ventanillas, á manera de aspilleras, que daban al Middle Way, pensó en llamar en su auxilio á los transeuntes; pero no pudo decidirse á ello y acabó por sentarse y aguardar.

Así pasó media hora, volviendo á golpear de cuando en cuando á la puerta. Y transcurrió una hora y luego hora y media.

Su desesperación no podía ser ya más intensa. Era demasiado tarde para el debate en la Casa Consistorial. Lo que se hubiese hecho allí estaba consumado ya irrevocablemente, ¡pasando por encima de él! Y todo eso porque una mujer poco escrupulosa...

Oyó entonces que giraba la llave en la cerradura, y alzando la vista se encontró con la cara pálida, muy pálida, casi cadavérica, de Elena que le miraba.

– ¡Oh, doctor Prancingham, dijo suspirando, qué atroz ha sido esto por parte de mamá!

Lentamente se le acercó Daniel. La joven lloraba. Ante semejante desconsuelo desvanecióse toda la cólera del doctor, quien exclamó:

– ¡No llore más, se lo suplico!

– ¿De modo que... mamá le engañó á usted desde el principio?, tartamudeó la muchacha con la más angustiosa expresión, entre sollozo y sollozo. ¿Cómo pudo hacer cosa semejante? ¡Si al menos lo hubiese sabido yo!

– No se aflija más. ¿Quién sabe? Acaso hubiera hecho yo lo mismo en su lugar, querida Miss Elena. Y además, puede ser que nada se haya perdido. Quiero decir que tal vez en el Municipio no han llegado todavía á la votación.

– Sí, dijo Elena, y eso es lo vergonzozo. Han votado ya. Mister Harris acaba de telefonearlo hace diez minutos. Han comprado la casa y... y... ¡Oh, mamá! ¿Cómo has podido proceder así?

Estos nuevos sollozos dieron al traste con la poca fortaleza que aún le quedaba á Daniel Prancingham en aquel momento. Cogió en un arranque de ternura las manos de la joven y volvió á decirle, pero esta vez con cierta gravedad:

– No se aflija más. Me obliga usted á hablar. No puedo ver que llore. La quiero á usted con toda mi alma, y dígame, querida Elena (los ojos de ésta tomaron entonces un brillo que obscurecía el de sus lágrimas y que no podía ser más significativo para Daniel), dígame, ¿quiere..., puede usted amarme?

No le fué posible á ella contestarle en seguida con palabras; pero la dulce sonrisa que apareció en sus labios tomóla él como grata respuesta.

– ¿De veras me ama usted?, insistió el doctor temblando tanto que ella misma temblaba también, ya que él la tenía aún sujeta por las manos.

Luego la estrechó en sus brazos.

– Sí, Daniel, sí; yo también le amo á usted, ya que me obliga usted á decírselo. Pero ahora tengo que ir á acabar de regañar á mamá.

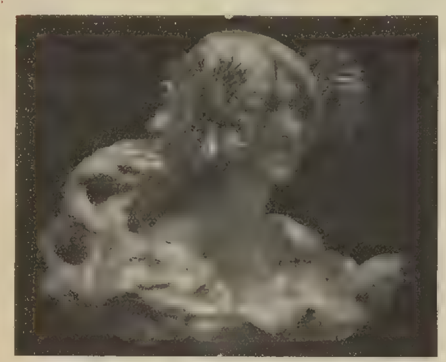
Dirigiéronse juntos al piso bajo para regañar á Mistress Broome. Mas ¿qué regaños había de haber entrando Daniel en el salón con Elena cogida de su mano y dado el alborozo de Mistress Broome ante la doble dicha doméstica que le deparaba aquel día?

Como es de suponer después de lo narrado, para Daniel Prancingham no tuvo ya gran importancia el acuerdo del Concejo Municipal favorable á la compra de Castle House por el precio fijado por Mister Broome. Encontró, sí, algo difícil explicar su defección en el último momento, y finalmente renunció á justificarse después de la primera tentativa que hizo en tal sentido. Stanby podía pensar de él lo que quisiera: él había alcanzado el amor y la estimación de alguien de mucho mayor aprecio para él que todos los habitantes juntos de la ciudad.

FIN

ARTE DECORATIVO

Algunos afirman que el arte decorativo que pudiéramos denominar íntimo alcanzó su verdadero desenvolvimiento en los comienzos del siglo XVIII, fijándose sin duda en las producciones fastuosas que representan las tendencias de un estilo y que de modo tan admirable retratan y reflejan las condiciones de un período indeciso que pugnaba por realizar una evolución en todos los órdenes, así de la producción como de las ideas. Por nuestra parte y singularmente por lo que atañe á nuestra patria, no participamos de la misma opinión, antes al contrario, puesto que en el interior de las viviendas es en donde los artistas y artífices de los pasados siglos dieron muestra de su buen gusto y de su rara habilidad, haciendo gala precisamente de sus singularísimas aptitudes para asociar el arte á la construcción. Recuérdense los hermosos zócalos de azulejos, los paramentos de estuco, los artesonados hábilmente policromados, los tapices, muebles, lámparas, obras de vidrio y de hierro forjado y cuantos objetos, útiles y enseres podían precisar para las necesidades de la vida íntima y para hacer agradable la vivienda, y se comprenderá, sin el menor esfuerzo, que los artistas de las centurias á que nos referimos, ya se llamasen Niculoso ó Arfe, Bartolomé ó Cristóbal de Andino, todos se hallaban dominados por el deseo de embellecer sus producciones y convencidos de la necesidad imperiosa de aportar el concurso del arte en todas las manifestaciones, sea cual fuere su aplicación, ya que empleaban sus aptitudes lo mismo en la ejecución de un joyel para ostentarse en una fiesta palatina, que en la guarnición de una espada, representación de la violencia y de la fuerza.



BUSTO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler



BUSTO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

Los artistas de hoy cumplen igual misión que los de ayer. Lo único que ha variado es la época y la forma de manifestarse, que actualmente y por efecto de diversas influencias obedece á la evolución operada, nunca bastante aplaudida y celebrada por los provechosos resultados que reporta, que se traducen en la producción razonada y la amplitud de la esfera de su aplicación.

La derivación actual diferénciase de las anteriores por su carácter amplio. Las precedentes se subordinaban á un estilo peculiar, utilizando elementos del arte indígena, constituyendo el conjunto la general manifestación del arte nacional. Hoy, en cambio, tiene un carácter cosmopolita, pues utiliza y combina temas y elementos de estilos diversos y de varios países, resultando el reflejo exacto del actual período, que más adelantado que los anteriores y con mayor suma de medios y energías, no ha podido marcar los cánones de un estilo que, cual los conocidos, retraten y representen la época en que vivimos.

Cierto es que á la variedad á que nos referimos se la denomina modernismo, pero no lo es menos que carece de caracteres propios, y sus elementos, esencialmente artísticos y como tales bellos, apropiados para las aplicaciones de que son objeto, no nos pertenecen.

Mas prescindamos de tal suerte de consideraciones, ya que los beneficios que la evolución representa son tan evidentes, que se halla fácilmente su expresión en la transformación de todas las industrias, obligadas á romper los moldes del rutinarismo y marchar por la senda trazada. Al calor de este movimiento adquieren creciente vida y desarrollo, contribuyendo al embellecimiento de todo cuanto utilizamos, desde lo más trivial á lo más importante.

En este armónico conjunto, que en nuestra ciudad puede observarse más que en otro centro peninsular, brilla y se destaca una especialidad, creada, puede decirse, por el joven artista Lamberto Escaler. Nos referimos á las preciosas esculturas decorativas, bello y apropiado adorno de los salones, en las que hace gala de su poderosa fantasía y de ese buen gusto que tanta notoriedad le ha reportado.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LOS TRANVÍAS EN LA AMÉRICA DEL NORTE

PAPEL QUE DESEMPEÑAN

EN LA VIDA DE LOS NORTEAMERICANOS

El tranvía, que para nosotros no es más que un simple medio de transporte, es, por el contrario, uno de los más importantes entre los diversos factores que imprimen en la vida americana su carácter tan opuesto á nuestras ideas.

Conocida es la justa reputación de salubridad de las ciudades norteamericanas, en donde la densidad de la población es tan inferior á las cifras que alcanza en Europa.

La disposición habitual de esas ciudades (barrio de los negocios, «business section,» en el centro y viviendas en la periferia) que tan favorable es á la salubridad de las mismas, no habría podido subsistir en las mayores urbes si el tranvía no hubiese acortado las distancias y permitido una diseminación de los habitantes verdaderamente extraordinaria.

Tomemos como ejemplo Boston, una de las principales ciudades, aunque no la más importante de los Estados Unidos, que no es una de esas poblaciones nacidas al azar de las corrientes comerciales, sino una ciudad antigua y por ende más parecida á las nuestras.

Durante dos siglos la pequeña población nacida del éxodo de los puritanos, fué aumentando poco á poco, agrupando sus estrechas calles en torno de su «Common House.»

En 1850, los primeros tranvías de tracción animal permitieron que los habitantes se extendieran por los arrabales y asestaron un golpe fatal á la ciudad vieja, «Boston proper,» cuya población ha disminuído incesantemente desde 1890, época en que se creó la red de tranvías eléctricos.

En la actualidad, Boston ocupa un círculo de 30 kilómetros de diámetro y tiene 1.100.000 habitantes; pero la densidad de la población, que desciende hasta 500 almas por kilómetro cuadrado, no pasa de 25.000 en el barrio más «congestionado,» como dicen los norteamericanos, cifra bien pequeña al lado de los 100.000 habitantes por kilómetro cuadrado que tiene París. Tan gran dispersión de habitantes tiene como corolario un término medio de viajes por cabeza y año excepcionalmente elevado, término medio que en Boston llega á 200 y es aún superior en otras ciudades.

JOYERO DECORATIVO, obra de L. Escaler

Un uso tan frecuente del tranvía había de asegurar necesariamente á éste un papel importante en la vida norteamericana. El «business man» lo utiliza para trasladarse rápidamente á su fábrica, á su taller, á su escritorio; y siempre apresurado lo emplea hasta... para ser conducido á la última morada.

No se crea que esto último sea broma: en México, la Compañía de tranvías posee un vagón funerario, con trono, dosel, plumas y paños negros sembrados de lagrimas de plata para los entierros solemnes. Pero no siempre el americano recurre al tranvía eléctrico con un fin tan macabro: si un candidato quiere realizar una excursión electoral, se asegura el concurso de la Compañía de la tracción de la ciudad en donde ha de hacer propaganda, y va de *meeting* en *meeting* en un vagón transformado, mediante la adición de algunas tiras de lienzo con su nombre, en tribuna, desde lo alto de la cual pronuncia sus discursos. Y lo que hace un candidato en tiempo de elecciones pueden hacerlo en cualquier tiempo los particulares.



FLORERO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

Los norteamericanos son tan aficionados á las garden parties y á las comidas en el campo, que ciertas compañías alquilan para este objeto vagones especiales, más lujosos que los ordinarios, y á menudo bautizados con un nombre propio: Margaret, Florida, Daisy, Anita, etc. (1).

Mas no se limita á esto la intervención del tranvía en las distracciones del público; en efecto, los que durante toda la semana lo han utilizado para sus negocios, se sirven también de él para pasar agradablemente el domingo, y las compañías, atentas á este servicio, organizan expediciones, desfiles y excursiones, tan fáciles de ciudad á ciudad merced á los tranvías interurbanos. En este género ha sido célebre una cabalgata carnavalesca que el martes de Carnaval de 1899 paseó por las calles de Nueva Orleáns una veintena de carros alegóricos formados por *trucks* de tranvía hábilmente disimulados por adornos de cartón.

Pero el medio que emplean todas estas compañías para proporcionar distracciones dominicales á sus clientes de la semana es la organización de parques,

(1) Esta costumbre de bautizar los vagones es bastante frecuente; así vemos también que llevan nombres propios los «parlour cars» destinados á viajeros ilustres y á los directores de compañías.

vastos jardines en donde hay instalados multitud de espectáculos. El establecimiento de estos parques ha adquirido tal importancia para las compañías, que los periódicos especiales han tenido que dedicar á esta materia una sección aparte; así es que entre los artículos concernientes á la construcción de vías, aparatos eléctricos, etc., hay otros titulados generalmente «Street Railway Parks and Pleasure Resorts» (Parques de tranvías y diversiones).

De estos artículos están tomados los siguientes detalles:

Estos parques, gratuitos unos, y otros de pago, están siempre situados á algunas millas de la ciudad, y naturalmente es el tranvía el que transporta á ellos á sus clientes. En todos ellos hay restaurants, campos de deporte, salones de baile y quiosco de música; pero los de las grandes poblaciones tienen además una porción de distracciones debidas á la iniciativa de los yanquis, tales como carreras de tranvías en pistas especiales, montañas rusas, caballitos, jardín zoológico, columpios gigantescos, fuentes luminosas (en Chicago, una de éstas alcanza una altura de 50 metros y consume 100 caballos de fuerza), ferrocarriles en miniatura, exhibiciones de animales curiosos, baños, canoas, laberinto, etc.; en una palabra, todo cuanto puede distraer al público. Hay asimismo en algunas poblaciones «parques de templanza,» en donde no se venden más que licores no alcohólicos.



ESPEJO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

En los Estados del Sur, en Florida, Luisiana, etc., hay parques especiales para los negros, á quienes se destinan también vagones especiales.

La «Binghampton Railroad C°» fué la primera que hace trece años estableció un parque con objeto de estimular su tráfico; hoy todas las compañías poseen uno ó varios, que explotan de una manera original.

Varias compañías se sindican y escogen entre sus administradores ó ingenieros un hombre listo, una especie de Barnum, encargado de reunir, por cuenta de todas, una compañía de actores y de acróbatas que durante la estación veraniega recorrerá todos los parques de las compañías asociadas.

El éxito que han obtenido estos espectáculos es extraordinario, como se demuestra con este solo dato: en Eureka Springs (Arkansas), población de 5.000 habitantes solamente, el teatro del parque, á pesar de tener cabida para 3.300 personas, resulta demasiado pequeño y va á ser ensanchado.

Así se comprende que muchas compañías hayan encontrado en este sistema el medio de realzar sus balances, que estaban muy comprometidos, porque en la América del Norte, como en todas partes, no es raro ver redes de tranvías en una situación financiera deplorable, lo que se explica por la osadía con que allí se construyen estas líneas en las regiones más desiertas.

LEO ROBIDA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANACH. 1904. – Se ha publicado el almanaque de este popular semanario barcelonés, que contiene numerosas caricaturas, reproducciones de dibujos y cuadros de conocidos artistas y multitud de cuentos, artículos, epigramas, etcétera, de distinguidos literatos catalanes. Editado por D. Antonio López, se vende á una peseta.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE. — AGENDA DE BUFETE. – AGENDA CULINARIA PARA 1904. – Son tres publicaciones muy interesantes, llenas de noticias curiosas y de conocimientos útiles. Contiene el Almanaque, entre otras cosas, una revista de todos los acontecimientos notables ocurridos durante el año, biografías de los personajes ilustres fallecidos, artículos científicos, de viajes, de historia, de literatura, de modas, etc. Forma un volumen de 600 páginas con más de 1.000 grabados y cuesta 1'50 pesetas, pudiendo el comprador verse favorecido con alguno de los muchísimos regalos que en él se ofrecen. La *Agenda de Bufete*, por los datos que encierra, es muy útil á los hombres de negocios: de ella se han hecho ocho ediciones que se venden desde 1'50 á 5 pesetas. En la *Agenda Culinaria* se encuentran dispuestas por días las minutas de comidas y almuerzos de todo el año, así de la cocina española como de la francesa, variados y dignos de figurar en las más selectas mesas y capaces de satisfacer los gustos y aficiones más delicados dentro de la mayor economía, con la manera de confeccionar los platos que se indican, orden de servirlos, etc.; contiene además una agenda en blanco para anotar el gasto diario y un almanaque ó calendario con el santoral completo. Se vende á dos pesetas en Madrid y á 2'50 en provincias.

GUÍA ARTÍSTICA, por *E. Rodríguez Solís*. – Escrita esta obra con objeto de que sirva de texto á los alumnos del Conservatorio Nacional que cursan la asignatura de Literatura general é Historia del teatro, el mejor elogio que podemos dedicarle es hacer nuestras las palabras del eminente actor Sr Díaz de Mendoza, profesor jefe de la sección de Declamación de dicho Conservatorio, quien en el prólogo dice de ella que «reune las condiciones más apreciables en todo libro de texto, es decir, orden en la exposición de la doctrina, claridad en la explicación, unidad de plan y de concepto, concisión en el lenguaje y acierto en la elección de los conocimientos que han de exigirse á los alumnos á quienes está dedicado.» Consta el libro de dos partes: la primera es una reseña histórica del teatro y la declamación, y en ella se estudia el teatro desde su origen hasta nuestros días, explicando las distintas formas de la obra dramática, la organización de las compañías, el modo de representar las comedias y la legislación, y se insertan las biografías de algunos célebres actores españoles; la segunda, titulada «Nociones de poesía y literatura dramática,» es un interesante estudio de estas materias, completado con una porción de ejemplos tomados de las principales obras del teatro griego, del latino y del español desde el siglo XV hasta la época actual. El libro ha sido impreso en Madrid en el establecimiento de los Hijos de R. Alvarez, y se vende á cuatro pesetas.



¡Fondo!, cuadro de Antonio Pons

NUEVA HISTORIA Y MONOGRAFÍAS GEOGRÁFICAS DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA. – La casa Pérez Asensio y C.ª de Madrid ha comenzado la publicación de esta obra, en la que se proponen presentar de una manera sencilla y original un completo estudio geográfico-histórico de España. La obra va ilustrada con grabados y mapas, y se publicará por cuadernos semanales de 16 páginas á 50 céntimos cada uno la edición de lujo y á 30 la corriente.

HOMENAJE Á LA MEMORIA DE GIOVANNI BOVIO, por el *Dr. Rafael Calzada*. – Para honrar la memoria del gran pensador y jefe del partido republicano italiano Juan Bovio, organizó la «Unione é Benevolenza» de Buenos Aires una velada, en la que, entre otros, el Dr. Calzada pronunció un elocuente discurso ensalzando la figura de Bovio y asociándose al acto en nombre de los republicanos españoles. Este discurso ha sido publicado en folleto, impreso en aquella capital en la imprenta de «El Correo Español.»

CANÇONS DE NADAL DEDICADAS AL INFANT JESÚS. – Contiene este librito bonitas composiciones propias para las fiestas de Navidad, originales de Costa y Deu, Casas y Amigó, Apeles Mestres, Serrat y Serra, Busquets y Punset y otros. Ha sido editado en Sabadell por Alfaro F. Martinho.





PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XXII ↞ BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1903 ↠ NÚM. 1.147

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** el tercero y último tomo de la serie de 1903 que es la hermosa novela de Juan Fid **LA ENEMIGA**, traducida por F. Sarmiento é ilustrada con multitud de dibujos de Tofani. El tomo lleva una lujosa encuadernación alegórica.



LA HUIDA A EGIPTO

cuadro de Arcadio Mas y Fondevila (propiedad de D. José Monegal)

ADVERTENCIAS

El próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con que inauguramos la serie de 1904, será extraordinario, no sólo por el mayor número de páginas, sino además por sus condiciones materiales y por la calidad de los originales artísticos y literarios que contiene. En él se publican artículos de eminentes literatos y composiciones, algunas en color, de nuestros artistas más notables, y por el interés y variedad de su texto, así como por la importancia de las ilustraciones, estamos seguros de que ha de satisfacer por completo á nuestros suscriptores.

El número va impreso en papel «couché» y lleva una artística cubierta en colores.

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo séptimo y último de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace dos días trajeron los periódicos la escueta noticia del suicidio de un capitán de ingenieros joven aún, persona conocida en los círculos de la buena sociedad, que solía frecuentar, aun cuando no fuese de esos que, como dicen, «están en todas partes.» Su resolución de morir era tan redonda, que se disparó cinco tiros seguidos en la cabeza; los cuatro primeros no hicieron blanco – tal vez por involuntario temblor de la mano que oprimía el gatillo, – pero al quinto la bala traspasó el cerebro y salió, dejando al desesperado un resto de vida, extinto á las pocas horas.

Nadie sabe ni aun sospecha las causas que pudieron impulsarle. No tenía vicios: era morigerado: no se le conocían pasiones: ninguna de las grandes luchas humanas le había atraído. Su carácter aparecía sellado por una melancolía mansa y una dulzura modesta. No era esclavo del interés ni de la vanidad, y se le podían atribuir dos cualidades muy simpáticas: la mesura y el pundonor. Entre el grupo de «muchachos» que encontramos durante el invierno casi una vez al día en el paseo, en el teatro ó en las reuniones, se distinguía por atento y respetuoso con las mujeres, por enemigo de exhibirse; se retiraba discretamente, sin ruido; no se imponía, y la frase usual para designarle era: «¡Qué buen chico!» Algunos añadían: «Sosito, pero excelente.»

***

Dijérase que en el cuadro de su vida no podía encerrarse el drama. Sin embargo, el drama llegó; hablo del drama moral, tan profundamente cruel, que precede á ciertos suicidios. Ignoro si otro drama en los hechos externos correspondió á la triste evolución interior. Es probable que no se averigüe jamás, y que si algunas personas lo saben, guarden esa religión del secreto que es el último homenaje á la memoria de un desventurado. Cuéntase que el suicida, sin explicar los móviles de su acción, dejó escrito un concepto sespiriano: «He estado loco toda mi vida, y me mato por eso.»

¡Loco toda la vida! Sí, hay horas y momentos en que el hombre repasa su existencia entera y la juzga de una sola ojeada, á la luz de una hoguera ó de un relámpago. Sus ilusiones y sus ensueños – esa tela de la cual según Shakespeare está tejida la vida humana – se le figuran entonces acceso de prolongadísima fiebre, sufrido desde la cuna y conocido sólo al borde del sepulcro. ¡Qué! ¡Todo cuanto parecía razón poderosa y única de permanecer en el mundo, era mentira, era espejismo falso, era, en suma, demencial «He estado loco toda la vida...» Confesión de tan terrible amargura es sin duda la fórmula de las grandes desesperaciones incurables, y mejor que un relato largo y circunstanciado, explica el estado de alma que determina actos como el de ese joven infeliz...

Y la gente, atónita como siempre que debajo de las ropas ve funcionar el mecanismo de un corazón torturado, comenta el hecho con más asombro que pena. «¡Si yo le vi anteayer!» «¡Si le encontré en la calle de Alcalá no hará quince días!» «¡Si hablaba como de costumbre!» «No, yo le noté algo descuidado... Parecía que no se había afeitado y llevaba la corbata mal puesta.» Breve recuerdo, algunas palabras de simpatía... y se acabó: el círculo abierto en el agua por la leve caída de una arena se cierra con rapidez. El olvido llega desde el primer instante, entre el remolino y el hervidero de los sucesos frívolos ó graves que se escalonan en una sola jornada en la corte.

Sin duda es terrible el momento en que, voluntariamente, el hombre extingue la llama de su vida; pero al cabo, es un momento. La gestación del suicidio en la mente: he ahí lo infinito del dolor. No han estudiado bien los psicólogos fenómeno tal, acaso por falta de datos y por el hosco silencio y reserva que ciertos pensamientos determinan. De los novelistas modernos, tal vez sea Eduardo Rod quien con más lucidez analiza los prodromos de la enfermedad del suicidio. Y á fuer de analista concienzudo y delicado, Rod reconoce la alternativa de momentos negrísimos, infernales, y momentos en que la idea de cerrar los ojos y reposar produce una especie de placer extraño y hondo. Las apreciaciones de Rod las he visto confirmadas por las confidencias de una pobre muchacha que casi puede decirse que regresó del otro mundo, salvándose por casualidad de una muerte muy bien dispuesta. Confidencias que no se olvidan nunca, porque sangran verdad.

***

Cosas menos tristes: la cuestión de los sombreros en el teatro. Voto y he votado siempre en contra de mi sexo... y de los sombrereros, cuya industria será todo lo respetable que se quiera, pero no debe ser antepuesta á la comodidad y á los derechos del público. No concibo que las señoras se resistan á medidas tan lógicas y justificadas como la que adoptó el Sr. Lacierva y que, con transacciones que no apruebo, va sosteniendo el conde de San Luis. Transacción es la distinción entre conciertos y espectáculos, porque en los conciertos toman parte á veces masas corales, y puede interesar ver el rostro de las artistas. Además, en estas cuestiones en que hay mar de fondo y se hace presión sobre los que establecen una disposición acertada, nunca se debe ceder: la primer concesión es un compromiso adquirido y una puerta abierta al restablecimiento del abuso. Cuando hayan transcurrido dos años de concurrir al teatro sin sombrero, como se hace en Francia y en todas partes, ya á ninguna señora ni á ningún comerciante en pamelas se les ocurrirá reclamar. Siempre que se ha construído un ferrocarril, han chillado los galereros, los carromateros, los mesoneros, y sin embargo, ¡adelante con la vía férrea!

***

El pensamiento del centenario de Cervantes ha prendido como en yesca la llama; á esta clase de movimientos colectivos, de entusiasmo y fiesta, está siempre bien preparada la opinión española. No nos obliguen á reflexionar ni á definir: aplaudir sí, aunque ignoremos lo que nos impulsa al aplauso. El Centenario traerá consigo un derroche de luminarias, percalina, músicas y fanfarrias; pero si se quiere que deje un rastro de cultura, un surco de regeneración, convendrá que Cervantes y su obra sean, después de los festejos, admirados más á conciencia. En el culto de los grandes hombres no concibo la fe del carbonero, sino el *racional obsequio* que sabe por qué y cómo eleva al pie del altar su oración.

El examen razonado de Cervantes es tanto más útil, cuanto que al estudiarle estudiamos varios aspectos de nuestra raza y nos reconocemos en él con nuestras cualidades y nuestros defectos. Yo no lo puedo remediar: tengo siempre miedo, aquí, al exceso de las apoteosis; tengo miedo á los genios convertidos en santos y en profetas (recuérdese el caso de Cristóbal Colón) y á esas corrientes de elogio incondicional y desmedido, en las cuales nos bañamos como en agua de rosas, declarando, al salir del baño, que el pueblo que ha producido á Cervantes es, en toda ocasión, el primer pueblo del mundo, y que Cervantes es, en el mundo, el primer escritor de cuantos produjeron los siglos.

***

Cervantes es muy grande: es sin género de duda nuestro *genio* literario nacional: está más arriba que la famosa trinidad dramática de Calderón, Lope y Tirso: está más arriba (por su plenitud de humanidad, no ciertamente por su perfección) que los Luises y Santa Teresa. Celebrar á Cervantes paréceme de perlas; pero en forma *didáctica*, es decir, sacrificando el ruido á las nueces, y procurando que el Centenario infunda en la multitud de los que á Cervantes no conocen, y aun de los que creen conocerle, una idea más clara de lo que fué el Manco y de lo que valen y representan, en el mapa del espíritu, las tierras por él conquistadas.

***

Y debe propagarse también, resueltamente (porque es una firme regla de cultura), la convicción de que á Cervantes y á todo genio cabe *criticarlo*, es decir, hacer su crítica, medir sus proporciones, contrastar sus quilates, señalar los límites de su influjo y su puesto entre la pléyade de genios que produjo la humanidad y que produjo España misma. Yo le creo el mayor de los nuestros; descuella, no cabe duda, sobre todos; mas no por eso considero enteramente justificado que sea el único que ha trastornado las cabezas y determinado ese curioso fenómeno que se llama *cervantismo*, y menos la forma de absoluta adoración que reviste. El dogma de la infalibilidad de Cervantes no puede sostenerse, y cae por su base solamente con revisar á Clemencín. Es preciso que, desde afuera, no se crea que alzamos un ídolo, sino que elevamos, sabiendo la razón, un altar á un genio. Y para esto, convendría empezar ya á explicar á Cervantes y su obra en ateneos, aulas y conferencias populares.

***

A propósito, recuerdo un incidente que me refería anteayer D. Juan Valera. Decíame el autor de *Pepita Jiménez* que el Sr. Fitzmaurice Kelly, inglés historiador de nuestras letras, ha emprendido una traducción y no sé si comentario de *Pérsiles y Segismunda*. Adelantada ya su labor, el Sr. Fitzmaurice escribió á Valera, confesándole que no podía soportar la lectura de esta obra de Cervantes. Valera le contestó: «A mí me sucede exactamente lo mismo.»

Ahora bien: es más claro que la luz que Fitzmaurice se puso á traducir *Pérsiles* sin conocerlo, movido por el supuesto de que en siendo fruto del ingenio de Cervantes tenía que merecer, no traducciones, loores en cualquier idioma. – Ahí se demuestra cómo el tributo de admiración requiere ojos, cómo en Cervantes hay que discretar y distinguir muchísimo, cómo el primer elemento de una consagración es el examen, cómo Cervantes (ahora, primer síntoma lamentable, dan en llamarle *don Miguel)* será mejor venerado si llega á ser mejor comprendido, y si de él, sin miedo ni falsos respetos, apartamos del barro el oro.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS ÁRBOLES DEL NACIMIENTO

I

Un zaquizamí desmantelado en el último piso de una casa de vecindad, á teja vana, constituído por dos piezas abuhardilladas. En la primera, á la que se abre la puerta del corredor, dos sillas desvencijadas y una mesita de pino ya sin pintura, sobre la que descansa un Nacimiento con mucha nieve en las cimas y un reluciente arroyo de cristal. En la segunda habitación, un jergón y un colchón en el suelo, de los que sólo se distingue un costado, oculto el resto por una mísera cortina de lana vieja. Un boquete con honores de cocina completa las estancias de aquella vivienda del hambre. Por el tragaluz de vidrios rotos penetra la débil claridad del día naciendo y el cierzo de la mañana invernal. El matrimonio que allí se aloja cambia sus impresiones de pie ante el peñasco.

MARIDO. – La verdad es que tuviste una gran idea, Petra. ¡Sin ella no sé qué sería de nosotros á estas horas! Y creo que me ha resultado bien.

MUJER. – ¡Divinamente! Tú aprendiste á modelar en la Escuela de Artes é Industrias, y no es por alabarte, pero en tu oficio de estuchista no hay manos como las tuyas. Ya lo has visto; en cuanto el Sr. Tomás, el del puesto, le echó el ojo el día que le dijiste que lo estabas haciendo, no aguardó á que se lo ofrecieras. «¡Este me quedo yo con él!»

MARIDO. – ¡Pero mira que darlo en tres duros! Lo menos le saca doce.

MUJER. – ¡Peor hubiera sido que no lo hubieras vendido! Un mes llevas de paro en el oficio, hemos empeñado hasta la última prenda, conque contentémonos con esos sesenta reales que nos llueven del cielo.

MARIDO. – ¡Pero siquiera cinco duros! Le debemos cuatro meses al casero; pagándole dos, nos quedaban tres para echarnos un remiendo.

MUJER. – Pues le pagaremos dos, y como verá nuestra buena voluntad y aunque es una roca, un tirano, se aguardará para cobrar el resto y todavía dispondremos de un duro. ¡No te quejes, Pepe; porque después de todo, ya ves que Dios no nos abandona!

MARIDO. – ¿Y qué vamos á hacer con un duro?

MUJER. – ¡Lo estiraremos hasta donde se pueda! Lo principal es que ese hombre no nos ponga en la calle. ¡Ya viste lo que nos dijo la última vez que vino! ¿Cuándo acabas la obra?

MARIDO. – Hoy pienso darle la última mano. Ya la tengo casi concluída.

MUJER. – ¿Cuándo quedó en volver el casero?

MARIDO. – Pasado mañana.

MUJER. – Pues entonces al avío. Voy á encender la lumbre y á calentar la cola.

El marido requiere de un rincón el bote del engrudo, mientras la mujer coge la lata de la cola, y en estas se oye detrás de la cortina una vocecita fina de niño, que grita al despertarse: «¡Madre! ¡Madre!»

MARIDO. – ¡Temprano empieza hoy!

MUJER. – ¡Voy, hombre, voy! ¡Pues no tienes poca prisa! ¡Ni que fueras uno de esos marqueses que se echan de la cama mandando!

II

El marido de pie delante del peñasco, completando su obra, pega por aquí, pega por allá, ya un arbolillo, ya una casita, ora ensanchando un poco el curso de cristal del río, ora nevando una cima sobre la que no había caído ni un copo. A su lado, empinándose, la alegría de la buhardilla, la única compensación á la miseria de aquel matrimonio joven, un niño de cuatro años paliducho y anémico, de cara triste por la que pasa como un rayo de sol de invierno una sonrisa de satisfacción examinando el Nacimiento. El chiquillo no cesa de moverse, da vueltas alrededor de la mesa y se empina de cuando en cuando.

MARIDO. – ¿Pero te estarás quieto en alguna parte, hombre?

NIÑO. – ¡Qué gande y qué bonito es, pade! Y es pa mí, ¿verdá?

MARIDO. – ¡Sí, hombre, sí! ¿Pues para quién había de ser? *(Pronunciando estas palabras con cierta amargura.)*

NIÑO. – Y esa casa tan vieja que no tie techo, ¿qué es?

MARIDO. – El portal de Belén. Ahí nació desnudo el niño Jesús.

NIÑO. – ¡Anda y con lo que había nevao! Pade, ¿y éstos son árboles de veras?

MARIDO *(sin suspender su tarea)*. – ¿Pues no lo ves?

NIÑO. – ¿Pero por qué no hay tamién árboles ahí arriba?

MARIDO. – ¿Entre la nieve? ¿Y con hojas?

NIÑO. – Estarían mejor. ¡Anda, ponlos!

MARIDO. – ¡Vamos! No hables tanto, que me interrumpes.

NIÑO *(con la tenacidad infantil)*. – Pues ponlos. ¡Y si no yo los poneré cuando juegue con el Nacimiento!

MARIDO. – ¡Bueno! ¡Tú los pondrás!.. ¡Qué mala cara tienes!

NIÑO. – ¿Y quién ha hecho ese río, pade?

MARIDO. – Yo.

NIÑO. – ¡Anda, cómo te habrás mojao los dedos!

MARIDO. – ¡Pero si es de cristal, tonto!

NIÑO. – Pade... ¡Yo queriba pintar tamién como tú!

MARIDO. – ¡Buena la íbamos á hacer!

La madre sale del boquete de la cocina, sin duda atraída por la charla del muchacho, y aproximándose á él practica las dos operaciones de todas las madres pobres, darle un beso con toda su alma y limpiarle las narices con un pico de su delantal.

MUJER. – ¡Calla, charlatán, que ya te estoy oyendo y no dejas trabajar á tu padre!

NIÑO *(tirando del delantal de su madre)*. – ¡Mila, made, mila! ¡Y es pa mí!

MUJER. – ¿Cómo para ti?

MARIDO *(atajándola)*. – Dile que sí. Ya lo sacaremos sin que él lo vea.

MUJER *(súbitamente apenada y tragándose su angustia)*. – ¡Pues ya lo creo, gloria! Pepe, me parece que te falta mucho todavía y la luz del día se acaba.

MARIDO. – No. Cuatro toques. Antes de que anochezca lo termino y durante la noche se seca. Mañana por la tarde en poder del Sr. Tomás.

III

La desolación más espantosa en la buhardilla. El niño se muere, y se muere en esa etapa de alegría desbordadora para los niños, próxima la Nochebuena. ¡La Nochebuena traída por la muerte! Tendido en el misérrimo colchón, bajo los harapos del cobertor asoma la cabeza inmóvil, de plomo, lívida en las sienes y roja en las mejillas. La madre llora, postrada sobre la cama; el padre permanece de pie, aterrado. El médico de la casa de socorro, llamado á toda prisa, pronunció, apenas visto el rapazuelo, la terrible sentencia. Una perniciosa con tendencia á la meningitis. Por fórmula recetó algo y se fué, asegurando que no duraría veinticuatro horas.

MUJER *(sollozando)*. – ¡Hijo de mi alma! ¡Encanto de mi vida! ¡Abre los ojos, mírame! ¿No me oyes? *(Dirigiéndose á su marido)* ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Se nos va!

MARIDO *(pugnando por contener las lágrimas)*. – ¡Ha sido un rayo esa calentura! Pero ¿cómo ha podido cogerla? ¿Dónde?

Un instante de pausa dolorosa, impuesta por el anonadamiento que interrumpe un movimiento del enfermito. El niño abre los ojos, parece que quiere incorporarse. Su madre abalanzándose á él le ayuda, y de los labios morados sale trabajosamente una palabra y un deseo.

NIÑO *(balbuceando)*. – ¡Mi... mi Nacimiento!

Reclama lo suyo, lo prometido. En aquel cerebro próximo á apagarse para siempre flota esa última idea del juguete, la predominante en el pensamiento de todos los niños. Los dos padres comprenden en el acto, la madre la primera.

MUJER. – ¡Tráeselo!

MARIDO *(precipitándose á la otra habitación)*. – ¡Ahora mismo!

Vuelve en seguida con el peñasco, que á duras penas ha cabido por la puerta de la alcoba, y lo coloca sobre el colchón al alcance del niño, que se sonríe y con ávida mano intenta coger una de las ramas de pino en funciones de árbol. La madre, ¡siempre la madre la primera!, adivina el infantil deseo. El niño no se ha olvidado de su capricho.

MUJER. – ¡Quiere poner los árboles en la nieve! *(Desolada.)* ¡No puede!

MARIDO. – ¡Yo se los pondré!

El casero, el desahucio, los tres duros, el respiro de los sesenta reales, su miseria atajada un día, todo se borra de la memoria de ambos padres, y en un instante es destrozado el peñasco, no queda un árbol en las laderas, arrancados de cuajo, y la selva entera agujerea las montañas nevadas, casi deshaciéndolas bajo la mirada vaga del rapaz. De pronto cae de espaldas en la cama.

MUJER *(dando un alarido y echándose á la vez que su marido sobre el niño)*. – ¡Hijo mío!

IV

Un ángel cruza el espacio conduciendo en sus brazos un niño de cuatro años que lleva en su mano derecha una ramita de pino. No pudo colocarla en las montañas de los Nacimientos de la tierra y va á plantarla en los de la gloria.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

Recientes trabajos acaban de atraer nuevamente la atención sobre la enfermedad del sueño, acerca

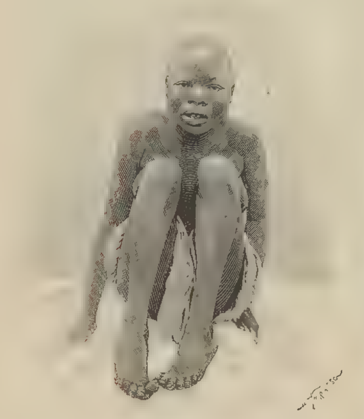
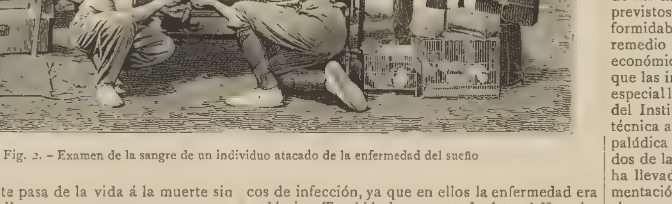


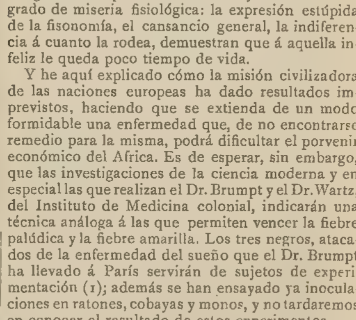
Fig. 1. – Negra en el último período de la enfermedad del sueño

de la cual se han hecho varios estudios en su país de origen á fin de determinar su naturaleza, su modo de propagación y la extensión de sus estragos. No es exagerado decir que las naciones civilizadas se encuentran en presencia de un azote que opondrá una fuerte barrera á la obra colonizadora de Africa.

¿Cuál es, pues, esta enfermedad cuyos efectos son tan terribles? Es una meningitis cerebro-espinal que en vez de ser producida por el bacilo de la tuberculosis ó por el meningococo, que son microbios, es decir, algas, reconoce por causa un animal protozoario, el *Trypanosoma ugandense* (fig. 5, página 834).

La enfermedad del sueño presenta siempre los mismos síntomas: el enfermo pierde poco á poco animación, se pone triste, le gusta aislarse, deja de hablar espontáneamente, sus párpados se cierran involuntariamente y para tenerlos abiertos ha de hacer un esfuerzo que le arruga la frente; la soñolencia es casi constante, aunque muy ligera, y basta llamar al enfermo para que se despierte; pero paulatinamente el estado general se agrava, las funciones se realizan mal, el sueño es cada vez más profundo y el paciente pasa de la vida á la muerte sin darse cuenta de ello.





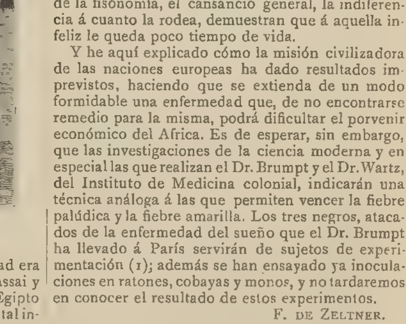


Fig. 2. – Examen de la sangre de un individuo atacado de la enfermedad del sueño

Esta enfermedad es originaria de la costa occidental de Africa, en donde se la conoce desde hace mucho tiempo y desde donde se ha propagado por la América del Sur y por las Antillas. Antes de las grandes conquistas europeas en Africa, el interior del continente, dividido en una infinidad de pequeños reinos, vivía en la anarquía más completa y en un estado de guerra continuo, y las relaciones normales y regulares de tribu á tribu eran, por consiguiente, rarísimas. Esta circunstancia impidió que las personas contaminadas por la enfermedad del sueño fuesen á llevar lejos los gérmenes de esta calamidad. Cuando los europeos hubieron penetrado en Africa, pusieron de acuerdo á los reyezuelos indígenas sojuzgándolos é impidieron las guerras locales que contrariaban sus proyectos económicos, haciendo casi imposibles el comercio y la agricultura. Así es que cuando reinó la paz, más ó menos completa, en extensas regiones, cuando los negros pudieron circular por éstas, la enfermedad pudo propagarse sin dificultades: las emigraciones, á que tan aficionados son los pueblos primitivos, la llevaron al corazón del Africa y tuvieron por resultado la invasión progresiva de todos los países habitados por los negros. La región de Loango, las orillas derecha é izquierda del Congo hasta la factoría belga de Nueva Amberes, y las del Ubanghi, hasta la altura de Banghi, pueden ser consideradas como focos de infección, ya que en ellos la enfermedad era endémica. También ha remontado ésta el Kassai y llegado al Manyema y al Uganda. El Alto Egipto está amenazado, lo propio que el Africa oriental inglesa, y nada permite prever dónde se detendrá el terrible Trypanosoma, desde el momento en que ataca á los árabes y no respeta á los europeos y en que, por consiguiente, no hay inmunidad de raza.

Si la enfermedad del sueño es bastante conocida en cuanto á sus características más generales y á su zona, no sucede lo mismo con su modo de propagarse, respecto de lo cual se han emitido varias hipótesis. De todos modos, vamos á exponer los resultados de una misión enviada al Africa por el ministerio de Instrucción Pública de Francia y por el Instituto de Medicina Colonial. El Dr. Brumpt,



Fig. 3. – Negros atacados de la enfermedad del sueño

preparador del profesor R. Blanchard, había recogido gran número de documentos sobre este asunto en el curso de una misión anterior que, dirigida por el vizconde de Bourg de Bozas, había atravesado el Africa, desde Djibouti al Congo. De sus observaciones resulta que el único agente de transmisión que puede ser en realidad inculpado es la mosca *tsetsé*, la *Glossina morsitans* (fig. 4, pág. 834), tan común desde el Nilo hasta la desembocadura del Congo. En América, en las Antillas, adonde ha sido transportada la enfermedad del sueño, no ha podido ésta aclimatarse á pesar del gran número de insectos picadores, porque entre éstos no está la *tsetsé*.

En ciertas regiones se trata á los enfermos extirpándoles ciertos ganglios que se hipertrofian; pero este tratamiento no ha sido todavía experimentalmente comprobado. Durante la mayor parte del tiempo, el enfermo continúa su género de vida hasta el momento en que ya no sale de su soñolencia y lentamente se extingue en el seno de su familia. Más dichosos son los que están cuidados en los hospitales pertenecientes á la administración ó á los misioneros. Las figuras 2 y 3 representan dos grupos de enfermos de estos: en el primero, el doctor Brumpt y el Dr. Trautmann, jefe del servicio de Sanidad en Brazzaville, hacen la punción á un enfermo para comprobar la presencia del Trypanosoma: en el segundo se ve un joven enfermo que se ha dormido mientras le fotografiaban. Finalmente la figura 1 nos presenta á una mujer en el último grado de miseria fisiológica: la expresión estúpida de la fisonomía, el cansancio general, la indiferencia á cuanto la rodea, demuestran que á aquella infeliz le queda poco tiempo de vida.

Y he aquí explicado cómo la misión civilizadora de las naciones europeas ha dado resultados imprevistos, haciendo que se extienda de un modo formidable una enfermedad que, de no encontrarse remedio para la misma, podrá dificultar el porvenir económico del Africa. Es de esperar, sin embargo, que las investigaciones de la ciencia moderna y en especial las que realizan el Dr. Brumpt y el Dr. Wartz, del Instituto de Medicina colonial, indicarán una técnica análoga á las que permiten vencer la fiebre palúdica y la fiebre amarilla. Los tres negros, atacados de la enfermedad del sueño que el Dr. Brumpt ha llevado á París servirán de sujetos de experimentación (1); además se han ensayado ya inoculaciones en ratones, cobayas y monos, y no tardaremos en conocer el resultado de estos experimentos.

F. DE ZELTNER.

(1) Uno de ellos ha muerto ya, según han dicho los periódicos. – (N. del T.)



S. M. el rey Don Alfonso XIII en Portugal

Uno de los medios hoy en día más eficaces para estrechar las relaciones entre los pueblos son las visitas de sus respectivos soberanos. Los jefes de Estado, aun dentro de las limitaciones que los preceptos constitucionales les imponen, influyen poderosamente en la política internacional de las naciones á cuyo frente se hallan, y de aquí que esos viajes, aparentemente de cortesía, sean casi siempre de grandísima trascendencia, porque cada uno de ellos, cuando no sella un pacto de alianza, sirve por lo menos para señalar la existencia de corrientes de amistad y simpatía entre dos países.

Por esta razón el viaje emprendido por D. Alfonso XIII á Portugal es merecedor de atención y de aplauso, tanto más cuanto que el país elegido para su primera visita á un monarca extranjero ha sido el que mayores afinidades tiene con el nuestro, aquel con el cual nos ligan más estrechos lazos y mayores intereses, el que un día formó con nosotros la nación ibérica.

La estancia del rey de España en la capital del vecino reino ha dado ocasión á que se manifestaran de una manera elocuente los sentimientos del pueblo lusitano hacia el pueblo español, personificado en nuestro joven monarca, que ha sido objeto en todas partes de una recepción tan cariñosa como entusiasta.



SU MAJESTAD EL REY D. ALFONSO XIII DE ESPAÑA



SU MAJESTAD EL REY D. CARLOS I DE PORTUGAL



LISBOA. - EL PALACIO DE BELÉN, EN DONDE SE HOSPEDA S. M. D. ALFONSO XIII



Carroza de Alfonso VI, de 1656

Carroza de D. Pedro II, de 1687



Carroza de D. Juan I, de 1708

CARROZAS QUE HAN FIGURADO EN EL CORTEJO DE D. ALFONSO XIII Á SU ENTRADA EN LISBOA

El día 10 llegó D. Alfonso XIII á Lisboa, siendo recibido en la estación por el rey D. Carlos, el príncipe heredero, el cuerpo diplomático, el Ayuntamiento, muchos pares del reino, diputados, altos

S. M. la reina D.ª María Amelia de Portugal

funcionarios y multitud de otras personas de significación. Su entrada en la ciudad, que estaba lujosamente engalanada, fué una ovación continua hasta la llegada del regio huésped al palacio de Belén, en donde se le había preparado magnífico alojamiento y en donde fué cariñosamente recibido por la reina D.ª María Amelia.

Por la tarde visitó D. Alfonso á la reina madre D.ª María Pía en el palacio de la Ayuda, y por la noche hubo en esta regia residencia el banquete de gala. El comedor en donde se celebró ofrecía brillantísimo aspecto y había en él dispuestas dos mesas para 85 cubiertos, presididas la una por el rey D. Carlos y la otra por D. Alfonso XIII: el primero tenía á su derecha al ministro de España en Portugal, á su izquierda á la marquesa de Fayal y enfrente á la reina D.ª María Pía, á cuyos lados se sentaban el Cardenal Patriarca y el Sr. Hintze Ribeiro, presidente del Consejo de ministros; á la derecha de D. Alfonso estaban la esposa del ministro de Francia y á la izquierda la esposa del presidente del Consejo, y á su frente la reina D.ª María Amelia, teniendo á sus lados al príncipe heredero y al ministro de Estado español Sr. Rodríguez Sampedro.

Llegado el momento de los brindis, D. Alfonso pronunció las siguientes palabras: «Agradezco vivamente la grandiosa acogida que el pueblo portugués acaba de dispensarme, especialmente por lo que representa para el sostenimiento de las relaciones de profunda amistad que existen entre ambos países para llegar á la paz universal. Brindo por el rey de Portugal, por el Ejército, la Armada y el pueblo portugués.» La reina Amelia, que brindó dos veces, encargó en una de ellas dirigiéndose al Sr. Rodríguez Sampedro: «Decid á la reina madre de D. Alfonso XIII que hoy es para mí un gran día.»

En la mañana del día 11 nuestro monarca, acompañado del rey D. Carlos, visitó el Museo de Artillería y el castillo de San Jorge y almorzó en la legación de España. Terminado el almuerzo, recibió á la colonia española y después asistió al tiro de palomas. Por la noche hubo baile de gala en el palacio de la Ayuda: la fiesta resultó brillantísima, y en ella bailaron el rigodón de honor el rey D. Carlos con la reina D.ª María Pía, el Sr. Sampedro con la esposa del presidente del Consejo de ministros de Portugal, D. Alfonso XIII con la reina D.ª María Amelia, y el Sr. Hintze Ribeiro con la esposa del ministro de Francia.



S. M. la reina madre D.ª María Pía de Portugal

El día 12 D. Alfonso obsequió á D. Carlos con un almuerzo á bordo del acorazado español *Carlos V*, y por la tarde hubo recepción en el Ayuntamiento, que estuvo muy concurrida y en la que nuestro monarca fué objeto de las mayores muestras de cariño y de respeto. Por la noche hubo de suspenderse el festival anunciado por causa del mal tiempo, asistiendo D. Alfonso á una comida de familia en el palacio de las Necesidades.



S. A. R. el príncipe heredero D. Luis Felipe de Portugal

El día 13 los dos soberanos, acompañados de las reinas D.ª María Amelia y D.ª María Pía, verificaron una excursión á Cintra, y terminado el almuerzo, que se celebró en el regio alcázar, palacio lleno de riquezas artísticas y de curiosidades históricas, regresaron á Lisboa para asistir á la corrida de toros á estilo portugués, con caballeros rejoneadores. El hermoso circo taurino hallábase completamente ocupado y el despejo de la plaza fué brillantísimo.



S. A. el infante D. Manuel M.ª de Portugal

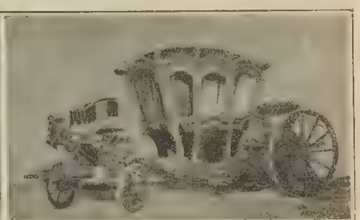
Lidiáronse diez toros que dieron mucho juego y los rejoneadores hicieron gala de su habilidad, como la hicieron también de su serenidad y de su fuerza los llamados «moços de forçado,» grupo de fornidos jóvenes situados en el redondel debajo del pal-



Carroza de Juan V, de 1727



Carroza de D. José, de 1750



Carroza de Pedro II, llamado también de D. Fernando

CARROZAS QUE HAN FIGURADO EN EL CORTEJO DE D. ALFONSO XIII Á SU ENTRADA EN LISBOA

co regio, que sujetaron con las manos á uno de los bichos que arremetió contra ellos.

La función de gala que aquella noche se dió en el teatro de San Carlos fué realmente magnífica, y en


LISBOA. – Aspecto de la calle do Carmo antes del paso de la comitiva regia

ella, como antes en la plaza de toros, D. Alfonso XIII vióse aclamado con entusiasmo: el golpe de vista que presentaba el teatro era deslumbrador, estando todos los palcos y demás localidades ocupados por los miembros de la familia real, del gobierno, del cuerpo diplomático, de la aristocracia y por las personalidades más ilustres de la capital. Los reyes fueron recibidos á los acordes de la marcha real y por los aplausos y vítores de la concurrencia, repitiéndose la ovación cuando abandonaron el teatro.

En la mañana del día 14 salió el rey de Lisboa, siendo objeto de una cariñosa despedida, y en unión de los reyes de Portugal embarcóse en una goleta hasta Barreiro, en donde los expedicionarios tomaron el tren real que los condujo á Extremoz. Desde allí se dirigieron en coches á Villaviciosa, soberbio coto real abundante en caza mayor y menor, al que llegaron á las siete de la tarde.

Dos días ha durado la cacería organizada en honor de nuestro monarca: los cazadores cobraron gran número de piezas, y D. Alfonso, cuyas aficiones cinegéticas son bien conocidas, quedó complacidísimo de aquella fiesta, en la que fué objeto de nuevas demostraciones de afecto y simpatía.

El 17 por la tarde salieron los reyes de Villaviciosa, y en Elvás separóse D. Alfonso de los reyes lusitanos para tomar el tren regio en que regresó á Madrid.

Durante su estancia en Lisboa, el monarca español se hospedó en el palacio de Belén, en donde se dispusieron para él magníficas habitaciones alhajadas con el mayor gusto. El dormitorio que ocupó D. Alfonso, está tapizado de damasco azul claro con flores y adornado con grandes espejos; la cama, llamada de D. Pedro V, es un mueble de gran riqueza y de mucho valor artístico. Comunica el dormitorio con el cuarto tocador, con colgaduras de color crema y sillería blanca, y éste con el despacho, sencilla y severamente adornado: esta pieza era el gabinete de trabajo del rey D. Carlos cuando era príncipe.

La sala de billar tiene las paredes cubiertas por grandes paños de terciopelo granate y junto á ella está la sala denominada de la Reina, forrada de damasco color crema, adornado con flores de terciopelo y en relieve: el mueblaje de esta habitación es de estilo Luis XV.

Complemento de los festejos organizados en Lisboa para obsequiar á D. Alfonso XIII han sido el lunch que los guardias marinas portugueses han dado en honor de los guardias marinas españoles, así como también el banquete que organizaron los periodistas lisbonenses en honor de los corresponsales de la prensa madrileña que acompañaron al rey en su viaje.

Ambas fiestas resultaron por todo extremo simpáticas, reinando en ellas la mayor fraternidad y haciéndose en una y otra votos para la unión cada vez más íntima de Portugal y España.


LISBOA. – Carroza que conducía á SS. MM. los Reyes de España y Portugal

La impresión que el viaje regio ha producido en España no puede ser más satisfactoria: las muestras de entusiasmo y de cariño que á nuestra patria ha tributado en la persona de nuestro monarca el pueblo portugués, son prueba elocuente de que no se han aflojado los lazos de amistad que con él nos unen y que ojalá perduren por tiempo indefinido, y demuestran los deseos de aquella nación, por la nuestra gratamente correspondidos, de que se estrechen aún más estos vínculos y moralmente unidas ambas puedan realizar algún día los altos fines á que la naturaleza y la historia parecen haberlas destinado. – X.


LISBOA. – La primera carroza de la comitiva regia delante de la estación del ferrocarril


LISBOA. – La primera carroza de la comitiva regia en marcha


LISBOA. – Llegada de la comitiva regia al Largo do Camoes


LISBOA. – La comitiva regia en la calle do Alegrim



EL SUEÑO DE LA VIRGEN, COPIA DEL



celebrado cuadro de Eduardo Pution

NUESTROS GRABADOS

Herberto Spéncer.—Este célebre filósofo inglés acaba de morir en Brighton á la edad de ochenta y tres años. Hijo de un profesor de la Iglesia metodista, nació en Derby y desde muy joven estuvo empleado, en calidad de ingeniero, en la construcción del ferrocarril de Londres á Birmingham; pero á la edad de veintiséis años abandonó la carrera industrial para consagrarse exclusivamente á sus estudios especulativos, que desde entonces habían de hacer de su vida una vida de meditaciones solitarias y de labor incesante, y debían conquistarle una fama universal.

Sus principales obras son: *La esfera propia del gobierno; El equilibrio social; Principios de Psicología; Ensayos científicos y políticos; La educación intelectual, moral y física; Primeros principios; La clasificación de las ciencias; Principios de Biología; El estudio de la Sociología; La generación espontánea y la hipótesis de la unidad fisiológica; Discusiones recientes en la Ciencia, Filosofía y Moral; Sociolología descriptiva ó grupos de hechos sociológicos; Introducción á la ciencia social; Ensayos de Moral, de Ciencia y de Estética; Las instituciones políticas; El individuo contra el Estado.*

Su sistema filosófico se basa en la ley general de la evolución, y aplicando esta ley á las sociedades, lo mismo que á los seres, formula como regla de su desarrollo el predominio de los pensamientos altruistas sobre los egoístas, y considera una condición esencial del progreso el desenvolvimiento de la libertad humana, entendiendo que ésta debe aumentar y la autoridad decrecer hasta quedar reducida al ejercicio de meras funciones protectoras.

Con Herberto Spéncer desaparece una de las figuras más grandes de la filosofía del siglo XIX.

La huída á Egipto, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila.—El autor de este cuadro es una de las mayores y más legítimas glorias del arte pictórico catalán contemporáneo: artista de verdadera conciencia, nada hay en ninguna de sus obras que revele la menor concesión á lo que no forma parte de sus convicciones; las caprichosas exigencias de los públicos, las veleidades de la moda, no han podido hacer mella en su carácter entero ni en sus ideas profundamente arraigadas, y sin preocuparse, y hace bien en ello, de lo que en arte es mudable y transitorio, prosigue firme y sereno por la senda que desde un principio se trazara, cultivando el arte serio, rindiendo culto á la belleza, ora á la que le muestran los ojos, ora á la que le hace sentir su alma. Por esto sus composiciones son de una solidez asombrosa, sin alardes efectistas, pero también sin trivialidades; y sus paisajes lo mismo que sus figuras producen la impresión más exacta de la vida de la naturaleza en sus más diversos aspectos y del ser humano en sus más distintas modalidades psíquicas. Adorador ferviente de la verdad, en el mundo real busca sus asuntos y de él toma sus modelos, sin que esto quiera decir que desdeñe otros temas en que entra como factor más ó menos principal la fantasía, según lo demuestra el bellísimo cuadro que reproducimos en el presente número. Pero aun éstos tienen un carácter de realidad que, por decirlo así, los humaniza é imprime en ellos una intensidad de sentimiento extraordinaria. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido apreciar en cien ocasiones lo que vale Mas y Fondevila, con cuya colaboración constante se honra nuestro periódico; no creemos, pues, preciso insistir en nuestros elogios, aparte de que no es este artista de los que necesitan alabanza: su nombre por sí solo constituye la mejor garantía del lienzo á cuyo pie va estampado.

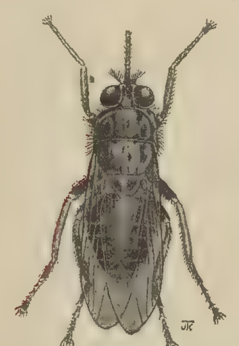
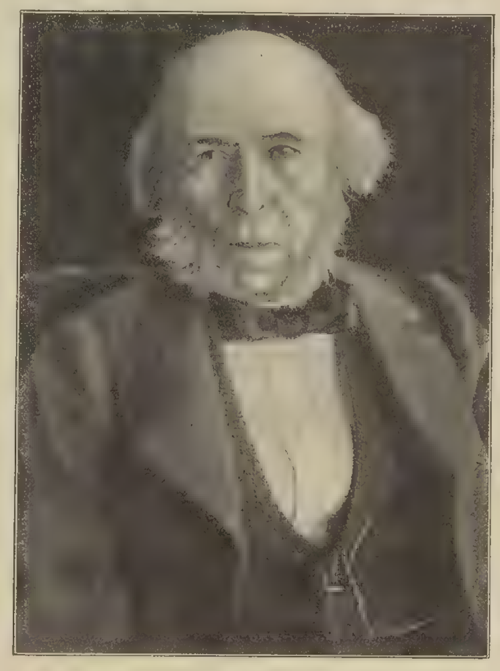


Fig. 4. – La mosca *tsetsé (Glossina morsitans)*
(Véase el artículo «La enfermedad del sueño» en la pág. 828)

El sueño de la Virgen, cuadro de Eduardo Paupion.—¡Cuánta poesía hay en el fondo y en la forma de este cuadro! La Virgen suspende su trabajo y queda sumida en dulcísimo sueño; en tanto, los ángeles cultivan su jardín y su campo regando las flores, derramando la simiente en la tierra y abriendo en ésta surcos con el arado. A esta bellísima idea en que ha sido inspirado el pintor, corresponde admirablemente la belleza con que ha sabido desarrollarla: la figura de María, las de los celestiales obreros, el grupo de flores que forma un delicado marco al cuerpo de la santísima doncella, el paisaje que en el fondo se extiende, la luz espléndida que ilumina la escena, todo es de un efecto maravilloso, eminentemente poético, todo respira algo sobrenatural, todo nos habla directamente al alma, despertando en ella los afectos más tiernos, los sentimientos más levantados. El artista que de tal modo consigue impresionar, bien puede vanagloriarse de haber realizado una obra hermosa bajo todos conceptos.



EL EMINENTE FILÓSOFO INGLÉS HERBERTO SPÉNCER,
fallecido en Brighton en 8 de los corrientes

La Virgen y el Niño de la Granada, cuadros de Alejandro Filipepi.—Como todos los de Botticelli (así comúnmente se llama al notable pintor florentino), distínguense los dos cuadros que reproducimos en la página 840 por la corrección de dibujo, la agrupación armónica de las figuras, la expresión y encantos naturales de los rostros, la estudiada disposición de los ropajes y de los accesorios, cualidades todas que distinguieron al discípulo favorito de Felipe Lippi, y en quien, como en pocos pintores, es dable estudiar la transición de la dureza austera de la Edad media á la expansión vital del Renacimiento. Representa el primero de dichos cuadros la adoración y alabanza de Madre é Hijo por los ángeles, y el segundo la coronación de la primera por su Reina después de escritas las sublimes estrofas del *Magnificat*, y en ambos el divino Infante aparece teniendo en la mano una granada, no por mero capricho del artista, sino porque tuvo presentes los versículos del *Cantar de los Cantares* (capítulo IV) en que Salomón lo usa como término de comparación para la Esposa, idea que también tuvieron el Tiziano y el Beato Angélico en dos de sus Madonas que, como las anteriores, se conservan en el Real Museo de los Oficios de Florencia.



Fig. 5. – 1. El *Trypanosoma Ugandense*. – 2 y 3. Células del líquido céfalo-raquidio. (Véase el artículo «La enfermedad del sueño» en la pág. 828.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LEIPZIG. – La Asociación Artística de Leipzig ha inaugurado su temporada de invierno con una exposición de 60 obras de Segantini y 142 de Menzel, notables todas, así por su valor artístico como por los precios que les han sido señalados. Las de Segantini, que son propiedad de un italiano comerciante en objetos de arte, están tasadas en cerca de un millón de marcos (1.250 000 pesetas): y adviértase que aquel famoso pintor murió sin dejar casi nada á su familia. El precio señalado á los tres colosales cuadros del mismo titulados *Naturaleza, Vida y Muerte*, es de 175 000 marcos; el de *Las dos madres*, 125.000; el del *Regreso al aprisco*, 70 000; el de *La recolección del heno*, 50.000; el del cuadro de pequeñas dimensiones *Bordadoras al sol*, 40.000. Algunos trabajos apenas coloridos son tasados en 5.000 y 6.000 marcos cada uno y varios dibujos pequeños en cantidades que varían entre 1.000 y 5.000 marcos. Las obras de Menzel no tienen precios tan elevados; pero sin embargo, por una pequeña acuarela, *Marienburg*, pintada en 1897, se piden 22 000 marcos, y por otros dibujos también pequeños, 1.200, 1.500 y hasta 3.200 marcos.

BERLÍN. – Procedente de la herencia del pintor Gustavo Muller, que falleció en Roma en 2 de junio de 1901, ha percibido el Imperio alemán un legado de 300.000 libras, cuyos intereses se destinarán, según voluntad expresa del testador, á la adquisición alternativamente de cuadros y esculturas que figuren en las exposiciones internacionales de Roma y sean debidos á artistas alemanes é italianos, ó á falta de estos últimos, españoles. Las obras de alemanes y españoles serán para la Galería Nacional de Berlín y las de italianos para la Academia de San Lucas de Roma.

Teatros. – En el teatro Real de Atenas se ha puesto recientemente en escena la tragedia *Orestes*, de Esquilo, pero no en su texto original, es decir, en griego antiguo, sino una traducción al griego moderno, hecha por Sotiriades. Una asamblea de estudiantes ha protestado contra esta tentativa de corromper el lenguaje sagrado de los trágicos, y el profesor Mistriotis calificó al traductor de traidor al pueblo. En vista de estas protestas y para evitar un conflicto, las autoridades atenienses han suspendido las representaciones de aquella obra

Barcelona. – En el teatro Eldorado se ha estrenado con buen éxito *La Zahorí*, entremés en un acto de los hermanos Alvarez Quintero.

Necrología.—Han fallecido:

Juan Fadrusz, célebre escultor húngaro, autor, entre otros, del monumento á María Teresa erigido en Pressburgo.

Scot Fittis, historiador y arqueólogo escocés.

Victorino de Jonciéres, compositor francés, autor de *Sardanápalo, El último día de Pompeya* y *Juan de Lorena.*

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 347, POR F. WARDENER.

NEGRAS (5 piezas)

a b c d e f g h

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 346, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. g5–g6	1. a5–a4
2. Ab3–g8	2. Df2–f7 jaque.
3. g6×f7	3. Ra3–a2
4. f7–f8 (A ó D) mate.	

VARIANTES

2.................. Df2-d2; 3. Ag7–f8 jaq, etc.
2.................. Otra jug.ª; 3. A ó C mate.
1.... Df2–d2; 2. Ag7–f8 jaq., Dd2–b4; 3. g6–g7, etc.
1.... Df2–f6; 2. Ag7×f6, etc.
1.... Df2–c2; 2. Ag7–f8 jaq., etc.



– Os aseguro, papá y mamá, que tenéis que dar un baile

EL BAILE DE LOS DOS VIEJOS

Cuento, por Charles Foley. – Ilustraciones de Simont

I

– Os aseguro, papá y mamá, que tenéis que dar un baile. Vuestra grande y hermosa habitación del piso primero, con sus diez balcones á la avenida, parece dispuesta á propósito para una fiesta soberbia. Se hablará de ella en los periódicos de la buena sociedad; vuestros invitados os recibirán después en sus casas y de este modo os encontraréis lanzados de pronto en el gran mundo.

Sentados en el borde de sus sillones de seda nuevos y flamantes y con los pies colgando, como si no se atrevieran á ponerlos en la blanda felpa de las alfombras todavía vírgenes de pisadas, el buen anciano Sr. Peroux y la no menos buena y voluminosa viejecita señora de Peroux escuchaban á la elegante joven con todo el respeto que unos padres sin gran educación deben á una hija única, educada en el colegio más caro y aristocrático de París. Pero en cuanto la joven acabó de hablar, los viejos se miraron como asustados.

– Precisamente, hija mía, se atrevió á decir el viejo con voz temblona y vacilante, aunque le animasen los movimientos de aprobación de su mujer, precisamente lo que nosotros no queremos es *lanzarnos al gran mundo*, ni al mediano, ni siquiera al pequeño. No tenemos ganas de pertenecer á ningún mundo. Te repito una vez más, puesto que pareces olvidarlo, que nuestro origen es humilde. Yo he sido mayordomo, y tu madre cocinera. En diez años, y á fuerza de economía, pudimos comprar cinco obligaciones de la Villa de París, y una de ellas nos valió el gran premio de amortización de quinientos mil francos. Como nos gustaba nuestro oficio, aunque esto te parezca raro, y nos encontrábamos aún demasiado jóvenes y activos para vivir de nuestra renta, montamos un hotel en Niza. Observamos allí mucho orden y mucha exactitud, y conociendo, como conocíamos, todo lo que se refiere á la limpieza, á la buena instalación y á la cocina, nuestra casa fué mejor y menos costosa que las otras. Los clientes afluyeron, y después de veinte años de éxito, un poco cansados ya, pero contentos, vendimos nuestro hotel en diez veces más de lo que nos había costado y nos volvimos á París muy ricos, millonarios, pero no por eso orgullosos. Como no tenemos instrucción, no somos vanidosos y nos damos cuenta de que si hemos trabajado un poco más que muchas personas, también hemos tenido mucha más suerte. No estamos, pues, en el mismo caso que tú. Has sido educada en un medio muy diferente, con otros prejuicios y otras ideas. Gracias á tu buen dote, has podido casarte á tu gusto, hacer la vida lujosa que te conviene y atraerte las amistades que te agradan. Es perfectamente comprensible que tengas costumbres, gustos y caprichos que nosotros no sospechamos siquiera. Pero así como admitimos que vivas á tu modo, lo menos que podemos pedirte es que nos dejes ir viviendo al nuestro.

La joven, impaciente, abría ya la boca para responder con viveza; pero la viejecita, envalentonada por la facundia y por la clara franqueza de su marido, hizo seña de que también ella quería hablar, y en tono de velado reproche dijo:

– Ya en lugar de dejarnos comprar un hotelito apacible y retirado, cerca de Auteuil ó de Passy, nos has hecho alquilar un piso lujoso en plenos Campos Elíseos, que no nos conviene ni poco ni mucho. Instalados de este modo, necesitamos siete ú ocho criados, y si ese gasto no excede de nuestra renta, la vigilancia, al menos, es superior á mis fuerzas. No nos hemos retirado de la vida activa para tener todos sus cuidados sin ningún beneficio. Convéncete bien de una vez para siempre de que somos viejos y no necesitamos ya más que descanso.

Después de haber dicho lo que tenían en el pensamiento, con la viveza sencilla, que era toda su elocuencia, los dos se quedaron callados, pues ni al uno ni al otro les gustaban las repeticiones inútiles. Además, creyeron justo que, ya que ellos habían hablado, hablase también su hija.

Tan molestada por las razones de su madre como por el discurso de su padre y después de haberlos escuchado con el mismo imperceptible encogimiento de hombros, la joven se puso á abogar por su causa con el imperturbable aplomo y la desconcertante volubilidad que eran el sello distintivo de todas las alumnas de su colegio.

– Siento decíroslo, queridos papás, pero no entendéis nada, absolutamente nada, de la vida parisiense. Si os abandonase á vosotros mismos, antes de tres meses os habíais muerto de aburrimiento. Yo sé mejor que vosotros lo que os conviene. En primer lugar, el deber de los ricos es gastar su dinero sin contar. No hay mejor medio de combatir la anarquía. ¡Se trata, pues, de una cuestión social! Además, á vuestra edad se tiene gran propensión á una pereza peligrosa, se sale cada vez menos, se aisla uno, se mece en sus recuerdos al lado del fuego y se adormecen el alma y el cuerpo, lo que es malísimo moral y físicamente. Para reaccionarse no hay más que un medio: la distracción. ¡Se trata, pues, también de una cuestión de salud! En fin, todos mis amigos, que saben que estáis instalados en París, encontrarían extraordinario, mezquino y hasta incomprensible que no dierais una fiesta para festejar vuestra instalación. Se creería que os daba vergüenza dejaros ver. ¡Ya veis que se trata sobre todo de una cuestión de conveniencias!

La buena señora de Peroux hubiera querido responder que ella combatía la anarquía á su manera, con limosnas bien repartidas á pobres conocidos; el buen Peroux tuvo ganas de objetar que el médico le aconsejaba la calma absoluta; y ambos tuvieron en la punta de la lengua que para gastar dinero sin contar, bastante tenían con su hija, y que no conociendo ni de vista á los amigos de su yerno, poco les importaba que los juzgasen mezquinos. Pero la joven, aprovechando la vacilación, el aturdimiento y la confusión de ideas en que les había sumido su prodigiosa facilidad de palabra, y sin dejarles respirar, los dominó con la imprevista audacia de esta peroración:

– He aquí por qué, mis queridos papás, vais á dar un gran baile, seguido de una cena, precisamente *del sábado en ocho días*...

Los dos viejos se estremecieron, y ante un peligro

tan próximo, Peroux tuvo todavía valor para decir esta frase, como si fuera su último cartucho:

– Si tienes tanta gana de dar un baile, dalo en tu casa.

La joven resistió impasible el choque, se envolvió en sus pieles voluptuosa y coquetamente y respondió:

– En casa es imposible y yo no tengo tres salones seguidos ni un personal de criados bastante numeroso. Además, hemos gastado enormemente este invierno y nuestro presupuesto no nos permite ese aumento de gasto. Siento infinito contrariaros, pero es tarde para retroceder, pues he enviado ya más de trescientas invitaciones á las personas con quienes estamos obligados.

– ¡Trescientas invitaciones!.. ¡Qué horror!, gimió el viejo, perdiendo toda fuerza de resistencia.

– ¡Misericordia!.. ¡Qué pejiguera!, dijo la anciana como un eco de desolación.

– Nada de eso, respondió la joven con sonrisa un poco burlona. No tendréis ni la más pequeña molestia. Me he entendido con Potel para el ambigú y la cena, y él me enviará sus criados, sus cocineros y sus marmitones. He pasado por casa de Bellon y él decorará toda la casa. Y mi florista, que tiene ya mis órdenes, hará lo demás. Yo vendré temprano para recibir á los primeros invitados. Me encargo de todo, y vosotros no tenéis que ocuparos de nada absolutamente... más que de pagar.

Y prudentemente, sin esperar nuevas objeciones, la joven se levantó y se despidió de sus padres. Pero tuvo que bajarse mucho para dar un beso á los dos viejecitos, pues ambos tenían la cabeza inclinada, en actitud de abatimiento y de consternación.

II

El día de su baile (*su* baile, ¡qué ironía!) los esposos Peroux no sabían dónde meterse y estaban como perdidos en su casa. Los dos iban y venían como almas en pena, tropezando con uno, recibiendo un empujón de otro, sentándose aquí y allá en un cajón ó en un rollo de alfombra, vagando de pieza en pieza con el aspecto asombrado é infeliz de dos pájaros á quienes se han quitado todas las cañas de la jaula.

Por la mañana temprano habían llegado los tapiceros y habían dejado vacía toda la casa, el billar, la sala de fumar, y amontonado cuanto en ella había en las alcobas. Después se habían puesto á cubrir las paredes de unos tapices rojos, de un rojo subido, y estaban clavando enormes clavos en las molduras doradas con ensordecedores martillazos. Unos mayordomos desconocidos se habían apoderado de los aparadores del comedor y de los armarios de la lencería y manejaban á su antojo la plata, las porcelanas y los cristales. La cocina, cuyos fogones ardían hasta prender fuego á la chimenea, estaba llena de marmitones desvergonzados que pululaban en un aquelarre de vajilla, de cacerolas y de botellas. Los electricistas plantaban por todas partes sus pesadas escaleras y multiplicaban los alambres, mientras que por todas las puertas, abiertas de par en par á las corrientes de aire, entraban los jardineros con sus zuecos llenos de barro y de estiércol, desempajaban grandes plantas, colocaban en tiestos multitud de flores y lo rociaban todo, follajes, suelos y tapices, con el fino chaparrón de sus regaderas.

Los viejos habían querido al principio sublevarse é impedir el trastorno y el saqueo de su casa tomada por asalto. Pero sus criados, creyéndose inútiles ante tantos reemplazantes, habían pedido y obtenido permiso para salir aquel día. Solos, pues, ante aquella horda de intrusos, los buenos viejos trataron en vano de gruñir, de jurar y de echárselas de amos; al verlos tan bonachones y sencillotes, nadie quiso creer que fueran los verdaderos dueños de la casa. Las órdenes de su hija, por otra parte, eran terminantes. La invasión continuó, y rechazados de umbral en umbral, maltratados y empujados, los viejos no resistieron más y se dejaron despojar con la inercia de la impotencia.

Sólo al llegar la noche toda aquella gente desapareció y cesó el ruido como por encanto. Las puertas se cerraron, y por toda la casa, bañada por una luz de oro, se repartió una tibieza de estufa, en la que vagaban fragancias de lilas, de rosas y de violetas. Los buenos ancianos se paseaban deslumbrados en medio de todo aquello con el aturdimiento del pastor cándido y de la ingenua pavera que en todas las comedias de magia son trasladados por los buenos genios á un palacio de apoteosis, en premio de servicios ignorados. Los dos lo admiraban todo tímidamente, no se atrevían á tocar nada y hasta respiraban poquito á poco, pensando que acaso vendrían á pedirles que restituyesen la parte que habían consumido de un aire tan precioso, tan raro y perfumado tan deliciosamente.

– Todo esto es demasiado hermoso y me intimida, murmuraba la pobre vieja, ya pálida y temblona. ¡Qué vieja, qué amarilla y qué fea voy á parecerles en el brillo de estos tapices, de estas flores y de estas luces!

– ¡Bah! Tú estás bien conservada, suspiró Peroux, y harás todavía tu poco de efecto... Yo sí que voy á estar torpe y ridículo!

– Si me crees tranquila, te engañas de medio á medio. Las amigas de la niña, todas ellas del gran mundo, me van á quitar el pellejo. ¡Se me pone carne de gallina al pensarlo!

– Y los amigos de nuestro yerno, unos señores elegantes, desdeñosos y hartos de todo, me van á echar unas miradas que me dan escalofríos...

– No acabo de decidirme á ir á vestirme y lo estoy retrasando todo lo que puedo. ¡Si vieras el traje que la niña ha encargado para mí, sin permitirme hacer la menor observación al modisto! ¡Es verde claro! ¡Figúrate á tu pobre vieja vestida de verde claro!.. Y el cuerpo está tan escotado que me parece que voy al baño... Me van á tomar por una loca. Mala me pongo sólo de pensarlo...

– No me hables... ¡Yo tengo un sudor frío! Cuando meto los pies en mis zapatos de charol me parece que les dan tormento. Pero eso no es nada al lado del frac que me ha hecho el sastre de mi yerno. Estoy dentro de él como una castaña en el asador, cuando siente estallar la cáscara. Y luego, tengo tal costumbre, que á falta de servilleta estoy siempre con el pañuelo debajo del brazo. ¡Bonito cuadro voy á hacer!

– ¡Yo también voy á hacer cada pifia!.. Cuando tengo miedo de este modo, se me hace un nudo en la lengua...

El sonido de un timbre interrumpió la conversación.

– Oye, mi pobre Peroux, ¿serán ya nuestros invitados? Me tiemblan las piernas y tengo un miedo...

– ¡Calla, mi vieja, no me hables de los invitados!

– No estamos aquí... ¿Vamos á escurrirnos?

– Sí, sí, sin tambores ni trompetas.

Pero al dar media vuelta rápidamente para escaparse, tropezaron los dos con un gran lacayote que iba á abrir la puerta. Con medias blancas y librea de paño azul y botones de oro, más hinchado y solemne que un pertiguero de catedral, aquel criado, á quien nunca habían visto, les cortó la retirada hacia los cuartos de dormir y con un tono y un aire de guardia civil ante culpables los apostrofó bruscamente:

– ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué os escapáis ahora de ese modo? ¿Qué quiere decir esto?

En la turbación y el pánico que les causaba aquel interrogatorio á quemarropa, los viejos se quedaron estupefactos; y sin darles tiempo para tomar aliento, el terrible lacayo los empujó delante de él.

– ¡Pronto, largo de aquí y á callar la boca!.. No es este vuestro sitio... ¿Hase visto semejantes atrevidos? Si os vuelvo á encontrar fisgando os hago llevar á la prevención... ¡Vivo! ¡Á la calle!

Ciego á sus gestos indignados y sordo á sus protestas, el lacayo los empujó á la antecámara.

Una vez allí, la anciana se dirigió á la puerta de la escalera, pero aquel hombre dijo en tono de cínica burla:

– ¡Calla! Por la escalera de los amos... ¡No faltaba más! ¡Vaya!.. ¿Para quién se ha hecho entonces la de servicio?

Y de otro empujón, el lacayo rechazó á los Peroux hasta las habitaciones de los criados y cerró la puerta. Allí, en medio de otros desconocidos, cocineros y marmitones muy ocupados, fué todavía peor. Estupefactos, sacudidos y maltratados, de empujón en codazo y de tropezón en tarascada, los viejos pasaron en un abrir y cerrar de ojos del cuarto de los criados á la cocina y de la cocina á la escalera de servicio, en la que se encontraron solos después de un gran portazo.

– ¡Esto sí que es duro!, dijo el anciano rabioso. Ser puesto en la puerta por unos lacayos á quienes uno paga. ¡Es más que duro; es el colmo!

La vieja, una vez pasada la primera emoción de sorpresa, no pudo menos de echarse á reir.

– ¡Oh! Yo no me enfado por esto... ¡Lo encuentro tan gracioso!..

– Esto no puede quedar así. Voy á subir otra vez por la escalera principal.

– Olvidas, amigo mío, que la puerta está guardada por el gran lacayón, que no te dejará pasar.

– ¡Bajaré á buscar al conserje; haré venir al comisario de policía, me haré abrir mi casa por la justicia!..

– ¡Qué escándalo, amigo mío! ¡Qué ridícula campanada!, dijo la buena anciana sonriendo y encogiéndose ligeramente de hombros. ¿Quieres que hagamos irrupción en el baile, vestidos de bata y seguidos de la fuerza armada? Sería un acontecimiento que nuestro yerno no nos perdonaría y que haría desmayarse á nuestra hija. Si quieres creerme, no haremos tanto ruido y aprovecharemos callandito, alegre y maliciosamente, la torpeza de ese gran imbécil de lacayo.

Al ver el bueno de Peroux el buen humor descuidado y algo burlón de su mujer, sintió que se disipaba lo más fuerte de su cólera, pero vacilaba todavía.

– ¿No queríamos escondernos?, le dijo su mujer.

– Sí, pero...

– Entonces era difícil, mientras que ahora es facilísimo. Ya veo que todo nos sale á nuestro gusto. Nuestros invitados se divertirán sin nosotros; divirtámonos nosotros sin ellos.

– ¡Calla!.. Es una idea, exclamó el viejo, que, no estando acostumbrado á permanecer mucho tiempo encolerizado, iba desarrugando el ceño al oir aquella proposición tentadora. Ahora sí que vamos á divertirnos. Justamente tengo en el bolsillo la llave del cuartito del piso sexto, donde guardamos los recuerdos y las reliquias de nuestro modesto ajuar de otro tiempo. Ya que nos echan de abajo, refugiémonos arriba, es nuestro único asilo.

– ¡Oh! Sí, eso es, cenaremos en nuestra buhardilla como en los buenos tiempos en que éramos tan pobres, pero tan jóvenes... ¡Va á ser delicioso! Pero... no tengo ni un céntimo para cenar. ¿Y tú?

– Yo tampoco. Estoy sin la cartera y sin el portamonedas... Sin embargo, espera, espera..., tengo aquí todavía dos monedas de un franco para mis pobres. ¡Dos francos! ¿Eh? ¡Qué suerte!

– Eso nos bastará. Vámonos pronto á comprar nuestra cena.

III

Vivarachos, alegres y encantados de la escapatoria, los dos viejecitos bajaron la escalera de servicio, ella con la mantilla echada sobre los ojos y él con el pañuelo en el carrillo como si tuviera dolor de muelas, para que el portero no los conociera al pasar. Y como la gran puerta estaba de par en par, llegaron sin dificultad á la calle.

– ¿Tienes frío, vieja mía?

– Sí, algo, pero no mucho, así no tendré ganas de entretenerme en el camino. Dame un franco. Tú vas á entrar en la tienda de comestibles y vas á pedir una botella de vino de diez y seis; no de diez y ocho, que es demasiado caro; de diez y seis, ¿entiendes?

– ¿Y si me conoce el tendero?

– No hay cuidado. Nunca ponemos los pies en su casa. ¿Cómo quieres que se figure que venimos nosotros mismos á buscar nuestras provisiones? Y además, si nos conoce será todavía más gracioso. ¡Date prisa! Mientras, me voy yo á comprar cuarenta céntimos de castañas. Eso hará un franco y veinte céntimos. Lo que sobre, para luz y para fuego, pues no debe de hacer calor allá arriba. Nos encontraremos ahí, en la esquina de la calle.

Diez minutos después los dos viejos acudieron á un tiempo á la cita.

– He comprado dos velas, dijo la mujer de Peroux, y con haber pagado la leña y las castañas, no me queda ni un céntimo. Toma, llévame la leña y las astillas, que es lo más pesado. Tengo los dedos ateridos de frío.

– Yo, dijo el bueno de Peroux, he comprado cuatro panecillitos de cinco céntimos y un limón de diez. Y también estoy sin blanca.

– Pues no es esto razonable. Hemos debido guardar algo para lo imprevisto.

Los dos se miraron sonriendo.

– Enteramente como en otro tiempo.

– Enteramente.

El marido y la mujer volvieron juntos á su casa, ayudándose mutuamente á llevar los bultos. Al llegar al hotel se detuvieron y levantaron los ojos hacia el primer piso. El fulgor de la luz eléctrica atravesaba las cortinas de tul y se deslizaba á través de las tablillas de las persianas, lo que hacía llegar hasta la acera un reflejo de iluminación.

– ¡Es muy elegante, después de todo!, exclamó el viejo. ¡Mira, mira!.. Hace todavía más efecto fuera que dentro. Lo que es como baile, podemos decir que el nuestro es de primera.

– ¡Eh!.. ¡Cuidado!, gritó un cochero, subrayando el aviso con una desvergüenza.

Y rozando con las ruedas á los dos viejecitos, un gran carruaje se metió por la puerta del hotel.

– ¿Has visto?, dijo la de Peroux; en ese coche va una señora vestida de tul rosa. Pero cuidado, apártate... Va á entrar otro coche, y otro detrás, y otro... El municipal los hace poner en fila. ¡Ah! Mira ese carruaje con dos señoronas de blanco y un señor viejo que enseña por entre el gabán de pieles toda una ristra de cruces y condecoraciones.

– Y toda esa gente va á nuestra casa. ¡Es gracioso!.. ¿Y si nos conocen?

– ¡Bah! No hay aquí más peligro que en la tienda de comestibles. Para conocernos sería preciso que nos hubieran visto alguna vez.

– Pero ¿y nuestra hija y nuestro yerno?

– Están arriba, haciendo los honores, y se pasan muy bien sin nosotros. ¿Cómo se van á figurar que tú, con la botella y los leños debajo del brazo, y yo con las velas, las castañas, los panecillos y el limón en la falda remangada, estamos aquí, en la acera, mirando como unos bobos?

– Y burlándonos de nuestros convidados. ¡Tenemos un tupé!.. Es chistoso... Me cuesta un trabajo atroz el contener la risa.

– ¡Calla, calla, hombre, ó me vas á hacer soltar la carcajada! Me estoy divirtiendo como una modistilla.

– Y yo como un pilluelo.

Los coches, entre tanto, iban aumentando y nuevos municipales empezaron á empujar á los curiosos que se agolpaban para ver. Entonces dijo el viejo:

– Dime, mujercita, ¿quieres que nos subamos ya? Todo este alboroto empieza á aturdirme un poco. Además, con ese maldito trastorno de muebles, apenas he comido y voy teniendo hambre.

– Iba á decírtelo. Hace fresquillo, y además, el piso sexto está muy alto y yo no tengo ya mis piernas de los veinte años. No estamos en nuestra casa.

– Oye, dijo el viejo, precisamente el municipal se ha vuelto de espalda; este es el momento. Cógeme de los faldones y sígueme. Vamos á escurrirnos por detrás de esa berlina que entra y así no nos verá nadie.

Sin gran trabajo pasaron inadvertidos y se deslizaron por detrás del coche, entre la pared y los caballos, y así llegaron diestramente á la escalera de servicio sin ser vistos.

– ¡Ah!, suspiró el buen viejo; ni visto ni oído. Para pescar á Peroux hay que ser más listo que mi portero.

– Con todo, yo he sentido alguna emoción, dijo la viejecita. Al pasar por la portería me ha latido el corazón de un modo... Pero á mí me gustan estos miedecillos, porque la conmueven á una.

Al principio subieron precipitadamente los escalones, no por miedo de encontrar á los criados, que estaban todos en el vestíbulo ó en la portería, viendo desfilar los *fraques* y los trajes de cola, sino porque subía del patio y de la calle un estrépito de pisadas de caballo, de ruidos de coches y de golpes de portezuelas que los asustaban instintivamente.

En el piso primero se pararon delante de la puerta de su cocina para tomar aliento y además para prestar oído curiosamente. Se oía el mismo ruido de fogones y los mismos choques de cacerolas, de vasos y de vajilla. Después, cuando se abrían las puertas del cuarto de costura, llegaban hasta ellos los rumores de la multitud y voces entrecortadas por las intermitencias de una orquesta.

– ¡Qué estrépito, mi vieja! ¡Y qué apreturas debe de haber ahí dentro!



¡A tu salud, Felicidad!

– No me hables, Peroux; deben de estar apretados como sardinas en banasta. ¡Qué calor hará en ese horno!

– Cuando pienso que podría estar ahí, siento jaqueca.

– Y yo mareos, como si fuese embarcada.

Y volvieron á subir la escalera, por miedo de que los atrapasen al paso y los arrojaran vivos en aquella hoguera. A medida que iban subiendo se apagaba el ruido del piafar de los caballos y del cierre de las portezuelas y el rodar de los coches se hacía más sordo. Una vez arriba, en el descansillo desierto y silencioso, no se percibía todo aquel ruido más que como un vago rumor de lejana marea.

– Por aquí, mi vieja. Dame una vela y tenme la botella un instante para que yo encienda una cerilla.

Encendida la vela, Peroux sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, y cuando estuvieron dentro, la volvió á cerrar con llave.

Y los dos dieron entonces un gran suspiro de satisfacción, como si acabaran de escapar de un gran peligro.

IV

La buhardilla, estrecha, limpita y provista de una chimenea, no tenía como otras un tragaluz en el techo, sino una ventanita lateral. Mientras el viejo Peroux colocaba las astillas en los morillos y los leños encima para prenderlos fuego, la vieja daba vueltas por el cuarto, y al reconocer su camita de nogal, sus dos sillas de caoba, la butaca de reps verde, el armario aparador y la mesita de tableros colgantes, todo su pobre y querido ajuar de otro tiempo, sentía en el corazón dulces latidos.

– ¡Qué bien has hecho en conservar todo este viejo mobiliario! ¡Es tan agradable recordar la juventud!

– Sí, sí, ciertamente, mi vieja, dijo el buen Peroux abriendo el aparador; pero no es este el momento de vagar ni de enternecerse, sino de que recuerdes tus talentos de cocinera. Aquí tienes nuestra cacerola de aquel tiempo y nuestra primera sartén. Aquí está también el limón cortado en rodajas y la botella descorchada. Asa las castañas y calienta el vino mientras yo pongo la mesa.

Y muy serios, ella con la falda todavía levantada á modo de mandil, y él con la servilleta debajo del brazo, se pusieron á preparar la cena.

– ¿Está eso, mi vieja?

– Ya está.

– Pues á cenar.

– Has puesto bien la mesa, Peroux; tiene muy buen aspecto.

– ¿Verdad? Y con nada. Por todo cristal, dos vasos. Como plata, una sola cuchara de estaño; nos la prestaremos mutuamente. Confiesa, mujercita mía, que no estoy todavía tan *mohoso* como parece y que podría aún ganarme la vida.

– ¡Por supuesto! No hay ya personas como nosotros... Prueba, prueba este vinillo caliente perfumado con limón y relámete con él. Me parece que las castañas necesitaban una vuelta más en la sartén.

– Están en su punto.

– Es que yo entiendo de esto y no he perdido mi olfato ni mis buenas manos. Peroux, hemos sido dos grandes artistas en nuestro género.

– Claro que sí. ¡A tu salud, Felicidad!

– ¡A la tuya, Esteban!

Los dos se echaron á reir, pero la anciana se puso de pronto pensativa y siguió diciendo:

– Es encantador encontrarnos en nuestra casa, solos, como en este momento. Esta buhardillita, que está, sin embargo, debajo del tejado y llena de estos muebles pasados de moda, se ha puesto en seguida tibia y agradable. ¿Verdad?

– ¡Y qué tranquilidad! Esto da la vida. Hay para nosotros más recuerdos en este cuartito que en todo nuestro suntuoso piso de abajo. Volveremos á subir, ¿quieres?

– ¡Oh! Sí, bien quisiera; pero ¿será fácil cuando los criados y la niña nos vigilen?

– Volveremos á dar un baile. Tus castañas están exquisitas, mi vieja. Me he atracado y ahora me ahogo. Dame más de beber.

– A ver si te hace daño...

– No hay cuidado. Esto es más sano que las drogas que tendría que tragar abajo. ¿Te figuras la cara que pondrían los mayordomos si fuese al comedor á pedirles un vaso de vino caliente?

– ¿Y las miradas de desprecio de la cocinera si le pidiese mañana castañas para cenar?

– ¡Y pensar que hay quien cree que los ricos pueden comer lo que quieren!

– ¡Y vivir como se les antoja!.. ¿Por qué te ríes?

– Porque pienso que tu hija y tu yerno nos buscan; no nos encontrarán, de seguro, en este escondite.

– No creo que nos busquen. Deben tener otra cosa en qué pensar. No les hacemos ninguna falta.

– Ninguna... Pero dices eso con melancolía. ¿Es que sientes haber subido?

de seda nuevos y flamantes y con los pies colgando como si no se atrevieran á ponerlos en la blanda felpa de las alfombras, vieron entrar á su hija en el salón apenas puesto en orden.

– Y bien, dijo la elegante dama después de los besos de costumbre; y bien, vuestro baile ha tenido un éxito enorme. Todos los periódicos del gran sala de juego. Cuando, ya muy cansados, quisimos retirarnos, ya os habíais metido, sin duda, en vuestro cuarto. Os vi muy poco, en suma, pero lo bastante, sin embargo, para juzgar que el sastre de mi marido había transformado á papá y que el modisto había rejuvenecido á mamaíta lo menos en treinta años...



¿Os burláis de mí porque os felicito?

– ¡Dios mío! No; lo que me entristece es la idea de volver á bajar.

– No tenemos prisa ninguna.

– Afortunadamente; pero tarde ó temprano, dentro de unas horas, cuando se marche toda esa gente, habrá que dejar todas estas cosas viejas que nos rejuvenecen para volver á las cosas nuevas que tan viejos nos hacen.

– ¡Ah, sí, es triste!, suspiró el buen anciano. Sin contar con que en nuestra gran casa nos vamos á ahogar todo el resto de la noche. Aquello debe apestar á cocina, á perfumes, á flores ajadas y á restos de comida. ¡Y qué polvo, qué desorden debe de haber allí!

– Es un suplicio tener que dormir en semejante casa.

– Oye, dijo el vejete irguiendo el cuerpo y mirando con malicia, ¿quieres que, para acabar nuestra escapatoria, no bajemos y nos acostemos aquí?

– ¡Ay! Amigo mío, si no es posible, ¿para qué hacerme entrar en tentación?

– Sí que es posible. En el armario hay dos sábanas y una funda de almohada. El colchón, las mantas y el edredón están en su sitio. Y entre los dos ya recordaremos cómo se hace una cama.

– Si no es más que eso, yo me encargo de hacerla sola.

– ¡Ah, viejecita mía!, dijo el anciano en tono arrullador; me parece que tenemos veinte años, que acabamos de casarnos y que nos encontramos los dos en un cuartito de una posada de aldea en una noche de primavera...

– ¡Adiós! Creo que estás un poco alegre, viejo mío, y que vas á decir tonterías.

– ¡Vamos! Da un beso á tu viejo, abuela, dale un beso muy apretado y muy franco, como querrías dárselo abajo, cuando tu yerno, tu hija y los criados están vigilándonos para burlarse de nosotros... ¿Qué nos importa aquí ser ridículos? Nadie nos ve. ¡Si nuestras caras han envejecido, el corazón no tiene arrugas!

Y la viejecita, devolviéndole el beso, murmuró con voz dulcemente conmovida:

– Tienes razón, Esteban; el amor es como las rosas: siempre huele bien, aunque esté marchito...

V

Al día siguiente, á eso de las cinco de la tarde, los dos viejos, sentados en el borde de sus sillones mundo hablan de él y no se cansan de elogiaros. Después de esto, supongo que estaréis convertidos para siempre al mundo elegante.

– Sí, sí, dijo la viejecita sonriendo maliciosamente á su marido; nuestro baile ha tenido algo bueno; convengo en ello.

– Mucho bueno, apoyó el viejo con un guiño significativo. Por nuestra parte, nos hemos divertido anoche lindamente.

– ¡Oh! Sí, muy lindamente, confirmó la anciana.

– ¿Lo veis?, exclamó la joven, un poco sorprendida por aquel entusiasmo. La cosa no os ha incomodado tanto como creíais.

– Al contrario, dijo Peroux, nos ha gustado por completo.

– Entonces habrá que dar otro baile el mes que viene.

– ¡Oh! El mes que viene es demasiado pronto, hija mía.

– No, no; no es demasiado pronto, dijo valientemente el viejo. Me siento dispuesto á volver á las andadas para complacer á mi hija.

– ¡Vamos! Veo que le habéis tomado el gusto, hizo constar la joven, dirigiendo al uno y al otro miradas de extrañeza por su cara regocijada. La verdad es que todo ha estado bien.

– Sí, muy bien.

– No ha podido estar mejor.

Después de un corto silencio, el viejo continuó hablando con su hija:

– Tu madre y yo no somos difíciles de contentar; pero tú, que entiendes estas cosas mejor que nosotros, quisiera que me dijeses si realmente no ha faltado nada en nuestra fiesta.

– Absolutamente nada, dijo la joven con convicción; todo ha estado muy bien. Cuando llegué tuve que corregir en la sala de fumar algunos detalles, pero insignificantes. Ya sabía yo que no os vería al entrar en los salones, pues era de suponer que tantos preparativos os habrían retardado y estaríais vistiéndoos. Me disponía á ir á buscar á mamá á sus habitaciones, cuando llegaron los primeros invitados. Os excusé como pude y llegó tanta gente en seguida, que tuve que quedarme para atender á todo el mundo. Preludió la orquesta, me rodearon treinta aspirantes solicitando que les concediera un baile, y en cuanto empecé á bailar, ya no lo dejé. Aquello fué un vértigo, un torbellino hasta el alba. Mi marido no pudo separarse ni un momento de la

La joven se calló, ligeramente descontenta al ver los guiños que los viejos se dirigían.

– ¿Pero qué os pasa?, preguntó. ¿Qué veis en mí tan ridículo que os hace reir? ¿Os burláis de mí porque os felicito?

– ¡Vaya! No te amosques tan pronto, dijo en tono conciliador su madre. Agradecemos mucho, por el contrario, los cumplimientos que nos dices. Nos reímos porque no creemos haberlos merecido.

– ¡Oh! Sí, respondió la hija; no hago más que repetir lo que todo el mundo decía á mi alrededor: «¡Qué bien lleva el frac su papá de usted, y qué aire tan serio y tan inteligente tiene!... ¡Y su mamá está guapísima todavía con su delicioso vestido verde claro!»

– Es lo más gracioso del mundo, exclamó la anciana, que no cabía en sí de júbilo.

– ¡Eso sí que tiene gracia!, dijo el viejo Peroux dándose golpes en las piernas.

– Pero ¿qué os sucede?, preguntó la joven señora, que empezaba á impacientarse. ¡Qué extraños estáis los dos!

– Tú sí que estás graciosa, dijeron ambos á un tiempo.

Y el viejo continuó:

– ¿Conque te pareció que el frac me estaba bien?..

– Sí; perfectamente bien.

– ¿Y que el vestido verde claro de tu madre?..

– Le sentaba á las mil maravillas.

– Eso sí que es gordo, ¿eh, vieja?

– Es el colmo, Esteban.

Y tantos esfuerzos hacían para estar serios, que la hija acabó por enfadarse.

– Me estáis ya fastidiando, dijo. Si es para burlaros de mí para lo que me hacéis contaros lo que ya sabéis...

– No sabemos ni jota, confesó imperturbablemente el bueno de Peroux.

– ¿Iréis á sostenerme que no sabéis lo que ha pasado en vuestro baile?

– Lo ignoramos por completo.

– ¿Cómo es eso? ¿Por qué?

– ¿Por qué?.. ¡Porque no estuvimos en él!..

Y ante la cara asombrada de su hija, los dos viejos no pudieron contenerse, y con el pañuelo en la boca, prorrumpieron juntos en una ruidosa carcajada.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

EL ATLANTICO EN UN BOTE

Dentro de breves días llegará á Barcelona el intrépido capitán Ludwig Eisenbraun, que ha hecho la travesía del Atlántico á bordo de una pequeña embarcación que desplaza tan sólo tres cuartos de tonelada y cuyo nombre es *Columbia II.*

Después de una infructuosa tentativa hecha meses antes, Eisenbraun salió de Boston en agosto para Europa, llegando á Madera después de 56 días de navegación y pasando luego á Gibraltar y Málaga. Actualmente navega con rumbo á Valencia y probablemente dentro de poco tendremos el gusto de saludar y admirar al valeroso capitán Eisenbraun, que de Barcelona irá á Marsella, atravesará Francia, aprovechándose de los canales que unen los ríos Ródano y Sena, pasando luego por los Rhin y Elba á Hamburgo, marchando luego á Londres, desde donde regresará á los Estados Unidos, teniendo el propósito de exhibirse con su bote en la exposición de San Luis.



M. LUIS EISENBRAUN EN SU DORY «COLUMBIA II»



EL DORY «COLUMBIA II» EN EL PUERTO DE MÁLAGA

Hasta llegar á Gibraltar tuvo que luchar con multitud de penalidades, teniendo la desgracia de sufrir grandes temporales, que si no causaron al *Columbia II* grandes averías, le arrebataron multitud de objetos útiles, los cuales ha repuesto en Gibraltar y Málaga.

Los buques que en su ruta encontró fueron los que le socorrieron; pues si no, Eisenbraun hubiese fallecido de necesidad.

En la travesía de Boston á Málaga, contando los pocos días que ha permanecido en puertos, ha invertido 110 días, habiendo recorrido durante ellos la friolera de 6.000 kilómetros.

El *Columbia II,* cuya fotografía, enviada por D. Guillermo Rittwagen, de Málaga, reproducimos adjunta, no tiene más departamento que uno minúsculo que ocupa todo el buque, y el cual, aunque reducidísimo, sirve de dormitorio, almacén, etc., á Eisenbraun. Está aparejado en balandra y tiene además foque.

El *Columbia II* perteneció á un portugués que también había intentado la misma empresa que Eisenbraun, y fué construído expresamente por una casa de Massachusets por 500 dólars. Al comprarlo su nuevo propietario sólo pagó 150, pues el portugués se cansó de la empresa.

Deseamos llegue á nuestro puerto felizmente el *Columbia II* para que podamos admirar á la vez á su propietario, capitán, piloto, pasajero y único tripulante.





La Virgen y el Niño de la Granada

cuadros de Alejandro Filipepi (Botticelli), existentes en el Real Museo de los Oficios de Florencia

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRADADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

